

[MORALIA.]

PREFACIO A LOS LIBROS MORALES.

I. Comenzamos la edición de las obras de Gregorio con nuevas revisiones y tipos, partiendo de los Morales sobre Job, debido tanto a la antigüedad de la obra (pues es la primera que elaboró el santo Doctor) como al autor sagrado explicado en este comentario; ya que el libro de Job tiene como autor a Moisés, según opinan la mayoría, o a un antepasado más antiguo que Moisés. Gregorio emprendió esta exposición mientras cumplía la misión de apocrisario o legado de la sede apostólica en Constantinopla, como explica más extensamente en la carta a Leandro que sigue a continuación; posteriormente, al disponer de mayor tiempo libre, la revisó y corrigió; así, reconocida de nuevo y por tercera vez con mayor diligencia por el santísimo y sapientísimo Padre, esta obra (lo que no se puede afirmar de ninguna otra de sus elaboraciones) se ha ganado con justicia el primer lugar en el orden de dignidad por ser absolutamente perfecta en todos sus aspectos.

En esa exposición ciertamente tan copiosa como elegante, supera a los demás escritores que intentaron ilustrar el libro de Job con comentarios, tanto como fue superior en el conocimiento y contemplación de los misterios divinos, en la ciencia de la ética cristiana unida a la experiencia, y en la pericia de todas las cosas sagradas. De tal manera que en estos libros tenemos al mismo tiempo un arsenal muy completo para establecer y confirmar los dogmas eclesiásticos, y un almacén muy abundante para instruir y formar las costumbres.

II. Tan pronto como esos libros fueron publicados, fueron recibidos con gran avidez, incluso con la orden de los obispos de que se leyeran en las vigiliyas sagradas. Cuán difícil fue para el hombre de humildad sobresaliente, él mismo nos lo enseña en la carta a Juan, subdiácono de Rávena, con estas palabras: «Sin embargo, aquello que me ha sido comunicado por algunos, que mi reverendísimo hermano y co-obispo Marianiano hace que se lean públicamente los comentarios del bienaventurado Job en las vigiliyas, no lo recibí con agrado, porque esa obra no es para el pueblo; y para los oyentes inexpertos generaría más impedimento que progreso. Pero dile que haga que se lean los comentarios de los Salmos en las vigiliyas» (Lib. XII, epist. 24).

III. La opinión preconcebida sobre los Morales de San Gregorio, transmitida a la posteridad, también nos fue legada por nuestros mayores, especialmente cuando, para que siempre pudieran tenerse a mano, confeccionaron tantas epítomes bajo diversos nombres. Aquí mencionaremos las más destacadas que hemos encontrado en las bibliotecas. En el Códice de Corbie, ahora en la biblioteca de San Germán de los Prados, que contiene una colección de ciertas cartas de San Gregorio enviadas por Paulo Diácono a San Adhalardo, abad de Corbie, también se encuentra un opúsculo con el siguiente título: En el nombre de Dios Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Comienza la Égloga que escribió Lateen, hijo de Haith, sobre los Morales de Job que Gregorio realizó. Parece tener al menos ochocientos años. Algunas hojas se han perdido. Después del libro trigésimo, no se lee nada de los cinco restantes.

En la biblioteca de San Audoeno de Ruan tenemos un manuscrito, el "Speculum" de Adalberto Levita dirigido a Hairmannus presbítero, o los "Moralia" de San Gregorio abreviados. El código tiene seiscientos años. Un ejemplar de la misma colección ya había sido encontrado por nuestro erudito Juan Mabillon mientras examinaba la biblioteca de los Premonstratenses (Tom. I vet. Anal., p. 317).

En el código manuscrito de la biblioteca de Gemeticensis se encuentran abreviaturas de los Morales bajo el título de Reclinatorio del alma.

Se dice que los mismos fueron recopilados por Simón de Affligem, monje, en diez pequeños libros, y por Garnerio, canónigo y subprior de San Víctor de París, en dieciséis libros. Existe la obra de Garnerio llamada "Gregoriana" en la biblioteca de Navarra. Sin embargo, de todos los que realizaron tales compendios, el más ilustre fue San Odón, quien de canónigo de San Martín de Tours se convirtió en monje y luego abad de Cluny. Sus treinta y cinco libros, recopilados de los "Moralia" de Gregorio, fueron publicados en París por el monje Martín Marrier de San Martín de los Campos en el año 1617. Se encuentran en la biblioteca de los Padres de Lyon, tomo XVII. Odón se dedicó a esta escritura cuando aún era joven y servía en la comunidad de San Martín. Siguiendo el ejemplo de Odón, su discípulo Juan, quien escribió su vida en tres libros, compuso una pequeña obra extraída de los "Moralia" de Gregorio, la cual, según el mismo Mabillon, fue encontrada por él en la biblioteca de Montecasino (Mus. Ital. tomo I, p. 123).

En la biblioteca de la Iglesia de Laon se encuentra un Código manuscrito que presenta los mismos libros de los Morales en un compendio, el cual fue donado a esta Iglesia por dos de sus canónigos, Adalelmo Tesorero, quien, según Flodoardo, fue creado obispo de la misma Iglesia en el año 921, y Bernardo (Gall. Christ., en episc. laud.). La obra comienza así: En el nombre del Señor. Prólogo del bienaventurado Job. A menudo se pregunta entre muchos quién sería el autor del libro del bienaventurado Job. Algunos dicen que Moisés, etc. Así concluye el prólogo: narró los hechos de su victoria. Después del prólogo se lee: Comienzan los Morales del santo papa Gregorio sobre el libro de Job. Había un hombre en la tierra de Hus llamado Job. Por eso se dice dónde habitó el santo varón, para que se exprese su mérito de virtud. Pues como es de culpa más grave, etc. El primer libro termina con estas palabras: porque sin cesar muestra al Padre su encarnación por nosotros. Siguen en orden XXXIII libros. Pues el trigésimo quinto falta. Sin embargo, aún no hemos descubierto quién es el autor de esta colección.

IV. De esto se desprende cuán constantes eran los antiguos en la lectura y recopilación de los libros de los Morales de Gregorio, como si los agruparan en pequeños fascículos; lo cual es un argumento clarísimo de la estima que se tenía por ellos. Y para que la falta de conocimiento del latín no fuera un obstáculo para su lectura, se hicieron numerosas traducciones a las lenguas vulgares. Pues se dice que Notker los tradujo al alemán; y al español, Grimoaldo, monje del monasterio de San Emiliano, hacia finales del siglo XI, por no mencionar otros casos (Bibl. vet. Hisp., tom. II, lib. VII, c. 1, num. 13). No menos demuestra el afán por leer los libros de los Morales la casi innumerable multitud de códigos manuscritos que los representan. Consideramos valioso enumerar aquí los principales que hemos leído y examinado.

El código de la antigüedad más eminente es el del ilustre varón Esteban Baluze, que se cree que casi alcanza la época de Gregorio. ¡Ojalá realmente abarcara más de cinco libros, es decir, desde el vigésimo tercero hasta el vigésimo séptimo!

El segundo lugar, debido a su antigüedad, se debe a Reims, con más de novecientos años, que fue donado a la Iglesia de Reims por el arzobispo Hincmaro. A este lo llamamos Rhem. vet., o 1 Rhem., para distinguirlo de otro Código de la misma Iglesia, pero de una época posterior.

Tres Códices nos proporcionó la biblioteca del archimonasterio de San Remigio de Reims. El primero, de mayor tamaño, lo llamaremos Remig. 1; los siguientes, 2 y 3.

Hemos tenido acceso a una copia del Insigne Códice de la Iglesia de Beauvais, gracias al esfuerzo del ilustre señor D. Foy de San Hilario, canónigo de la misma Iglesia, quien durante su vida se mostró muy dedicado a las letras y a todos los literatos. El código, que ostenta una antigüedad de setecientos años, abarca los veinte primeros libros de los Morales. En algunos lugares fue corregido, o más bien corrompido, por una mano más reciente; pero hemos tenido en cuenta la lectura original, que se distingue fácilmente. Al libro undécimo se le antepone un índice de capítulos, cuya distinción se repite a partir de los textos explicados del libro de Job. Se añaden algunos argumentos, sobre el fuego eterno, sobre la felicidad, sobre el temor de Dios, etc. El Códice Remigiano 1 también presenta algunos resúmenes añadidos en lugar de títulos. El Códice de Beauvais se indicará con las letras iniciales Bellov., o Belvac.

Hemos extraído las variantes de lectura de los diez primeros libros de los Morales de dos códigos de Corbie, que casi nunca difieren entre sí, y ambos se notarán así, Corb. Se mencionará a menudo otro código de Corbie, que se conserva actualmente en la biblioteca de San Germán de los Prados en París, y se denominará Corb. Germ. La misma biblioteca de San Germán nos proporcionó un código de excelente calidad que se indicará con el título Germanensis más adelante.

El Asceterio Dionisiano cerca de París tuvo en otro tiempo un Códice escrito hace aproximadamente ochocientos años, al que llamamos Colbertino, porque ahora se conserva en la célebre biblioteca Colbertina.

De la Iglesia de Laon hemos recibido dos Códices en los cuales se contienen los libros de los Morales desde el decimoséptimo inclusive hasta el último, que se indicarán a continuación como Laud. primero, Laud. segundo.

Seis libros anteriores y otros tantos posteriores junto con el vigésimo, vigésimo primero y vigésimo segundo, los extrajimos de la biblioteca del monasterio de Valle Clara, de la orden Cisterciense en la diócesis de Laon, con el consentimiento del reverendísimo abad, y con el apoyo del doctísimo y humanísimo señor de Noyville, el muy vigilante prior del mismo monasterio, gracias a cuya ayuda y trabajo hemos conseguido muchos otros elementos para adornar nuestra Edición. A este Códice le asignamos la nota Val. Clar.

Hemos encontrado los diez primeros libros de los Morales, así como los once últimos, en los manuscritos del monasterio de Longipont del mismo orden Cisterciense, que muestran una antigüedad de aproximadamente seiscientos años y son de excelente calidad; los cuales se distinguirán fácilmente de los demás por este nombre abreviado Longipont.

Hemos utilizado dos códigos de San Cornelio de Compiègne, uno de 700 años de antigüedad, el otro de una época posterior. Llamaremos al más antiguo Compend. 1, y al otro Compend. 2.

Consultamos los Códices de la biblioteca real de París, recomendados más por su elegancia y belleza que por su antigüedad, y los examinamos en gran parte. Uno contiene todos los libros Morales, otro dieciocho, un tercero solo cinco; un cuarto, escrito en una forma mucho mayor y con caracteres muy elegantes, contiene solamente diecisiete.

Del Códice de la Iglesia de Chartres, escrito en el siglo X, hemos seleccionado unos pocos fragmentos, que no diferían de los ya leídos por nosotros.

En el monasterio de San Pedro en el valle de Chartres existe un Códice de los Morales escrito hace ochocientos años, que se dice que Ardeus, decano de la Iglesia de Chartres, posteriormente monje en el monasterio de Fleury y luego enviado a Chartres para restaurar el monasterio de San Pedro, llevó consigo. Lo hemos consultado solo en algunos lugares más destacados, ya que en gran parte está mutilado.

La gran biblioteca del monasterio de Floriacensis, en otro tiempo ricamente equipada con manuscritos, conserva tres ejemplares de los Morales escritos a mano, de los cuales hemos extraído no pocas lecturas variadas.

De la Biblioteca de San Martín de Tours hemos obtenido un antiguo ejemplar de los mismos Morales para su estudio, gracias a la promesa del ilustre señor D. de Galiczon, doctor y miembro de la Sorbona, canónigo y precentor de la misma Iglesia, a quien las letras deben mucho.

Del Códice de San Albino de Angers hemos recibido muchas lecturas variadas de los Morales, y las hemos incorporado a la nueva Edición.

En la biblioteca del monasterio de Vendôme encontramos tres códices manuscritos antiquísimos de los Morales. Uno de ellos, que destaca por su antigüedad, presenta los últimos trece libros; otro contiene los doce primeros, y el tercero, veintidós. En este último, a cada libro se le anteponen ciertos índices de argumentos o títulos, a modo de capítulos en los que se dividen los libros. Este código a menudo ofrece una doble lectura, lo cual también hemos observado en los códigos de Útica, Lira y Bigot mencionados más adelante.

La Normandía nos ha proporcionado una mayor cantidad de códices manuscritos y una abundante cosecha de lecturas variadas, en cuya provincia principalmente se ha preparado esta nueva edición.

Hemos recibido los primeros quince libros de la biblioteca de la Iglesia de Bayeux, gracias especialmente al ilustrísimo y reverendísimo obispo Enrique de Nesmond; quien, siendo muy diligente en la restauración de la disciplina eclesiástica a partir de la doctrina de San Gregorio, consideró necesario cuidar que se publicaran las obras correctoras del mismo santo Doctor.

Leímos todos los libros de Moral en los Códices de la Iglesia de Ebroicensis, que nos fueron prestados gracias al beneficio, especialmente, de los ilustres señores DD. Bitaut, decano, Petit, precentor, y Aubery, canónigo y prefecto de la biblioteca.

Hemos comparado los mismos libros con varios manuscritos de San Miguel en el peligro del mar, San Martín de Séz, San Ebrulfo en el país de Ouche, Santa María de Lyre, San Pedro de Conches, del monasterio de Bec, de Préaux, de Jumièges. Estos códigos parecen alcanzar casi todos los setecientos años de antigüedad y son de excelente calidad, especialmente los de Préaux y Jumièges, que destacan por su antigüedad. A los códigos de San Ebrulfo a veces los llamaremos Uticenses por el país de Ouche en el que se encuentra dicho monasterio. El código de Conches se conserva ahora en la célebre biblioteca Bigotiana en Ruan, de donde lo recibimos junto con muchos otros, gracias a la amabilidad del ilustre señor D. Bigot de

Monville, senador íntegro de la suprema corte de Normandía; por lo cual lo llamaremos no de Conches sino Bigotiano.

Ocho manuscritos anglicanos con variantes de lectura nos proporcionó Thomas James en las Vindicias Gregorianas, pero muy pocas; de las cuales, sin embargo, se puede entender que los códices manuscritos de Inglaterra no difieren de los nuestros.

Finalmente, el Sr. Claudio Estiennot nos envió las diversas lecturas de los Códices Romanos y Vaticanos, a quien lloramos como inmortal por este trabajo y muchos otros emprendidos para el bien de la república literaria.

V. El interés de los cristianos por los libros de las Morales de San Gregorio se demuestra no menos por las frecuentes ediciones de estos, desde que el arte de la tipografía alivió los trabajos de los copistas, que por la abundancia de códices manuscritos. Bastará aquí con enumerar solo aquellas ediciones que hemos utilizado, ya sea que los libros mencionados hayan sido impresos por separado o junto con otras obras del santo Doctor; pues enumerarlas todas sería un trabajo inmenso y superfluo.

La más antigua que hemos leído es la parisina del año 1495, que fue publicada por el cuidado del maestro Udalrico Gering de Constanza y Bertholdo Rembolt de Estrasburgo, socios que residían en el sol dorado del barrio de la Sorbona.

A esta siguieron muchas ediciones parisinas, a saber, en el año 1518, con todas las obras de San Gregorio, bajo el estudio del mismo Rembolt o de otro del mismo apellido en la casa de Jean Petit. En los años 1533, 1542, 1551, 1562, 1571, 1575 (estas dos últimas fueron publicadas por la obra del muy erudito Jean Gilot de Champagne) 1586, 1605, 1619, 1640 y 1675, adornadas por Gussanville. La primera edición de Basilea es del año 1496, seguida de la impresa en el taller de Nicolas Kesler en el año 1503. A esta le siguió la que se hizo pública en la misma ciudad, con el financiamiento y los gastos de Ludovico Horneken, librero y ciudadano de la gran Colonia Agripina, pero con el trabajo y los cuidados de Adam Petri de Lagendorf, impresor (quizás tipógrafo) el día antes de las Calendas de febrero, en el año 1514, en la noble Basilea, reinando nuestro Salvador encarnado. Esta edición no parece diferir de la anterior de Basilea, ni en el texto ni en la división de los capítulos. La cuarta fue hecha pública en el año 1551, y nuevamente apareció en el año 1564, desde el taller de Froben, bajo el cuidado de Buldrich Coccius.

Todas las ediciones elogiadas son superadas en antigüedad por la Romana del año 1475, durante el pontificado de Sixto IV en Roma, la cual tiene una breve prefacio del obispo dominico de Brescia. Sobre otra edición Romana en la que trabajó el obispo de Venosa, ya hemos hablado en la prefacio general.

Hemos utilizado con frecuencia la edición veneciana del año 1494, designada más abajo con el nombre abreviado de Barthol., en referencia a Bartolomé de Cremona, canónigo regular, quien supervisó su cuidadosa preparación. La precedió una edición veneciana anterior del año 1480, que no hemos consultado. Nos abstenemos de hablar sobre otras ediciones realizadas en Lyon, Ruan, Douai, Amberes, u otros lugares, para poder explicar con mayor detalle lo que hemos logrado en esta última edición.

VI. En primer lugar, tras comparar diversos manuscritos con gran esfuerzo y no menor fidelidad, hemos restituido el texto puro de San Gregorio, en la medida de nuestras

posibilidades. Aquí tienes una muestra de los lugares que hemos corregido en el primer y segundo libro; pues las limitaciones de esta prefación no permiten examinar todos los libros de los Morales.

Libro I, núm. 17, antes se leía de Cristo, tomó una muerte humilde por él; cuando debe leerse mente, etc. Núm. 18, que (año jubilar) añadida la mónada, se completa la suma de nuestra unión, donde la suma redunda y cambia el sentido; como se puede leer en la nota a este lugar. Núm. 20, aceptamos las mentes más débiles de los fieles, manteniendo la fe en la Trinidad; las cuales tres últimas palabras, añadidas contra la voluntad de los manuscritos, las hemos eliminado por ser completamente superfluas; lo cual se hace evidente inmediatamente al leer lo que sigue. Núm. 21, antes se leía, a los hijos e hijas mencionados; aunque en este lugar solo debería hacerse mención de las hijas. Allí mismo, erróneamente antes, toda la viciosidad de los gentiles, por torta, etc., la cual lectura de los códices manuscritos se confirma por lo siguiente: en las conversaciones torcidas y viciosas de la vida antigua; donde los editores anteriores leyeron incorrectamente en una sola palabra, intortis. Núm. 22, por en todo lo que hacen (modo de hablar familiar a Gregorio) antes se leía, eso todo.

En el número siguiente de otras ediciones tienes: ¿qué es venir a Jerusalén montando un asno? Donde, en contra de la intención del santo Doctor, Gussanvillaeus lee: montando una asna. En el número 31, en el mismo texto, aparece: por ellos se deriva la gracia de la predicación, en lugar de purgación. Allí mismo, en un error más grave, se lee sobre Cristo: pues conociendo todo, pero asumiendo en sí mismo nuestra ignorancia, etc. Estas cosas ciertamente son completamente ajenas a la doctrina de San Gregorio, como hemos observado al corregir este pasaje. Así que, siguiendo los códices manuscritos, hemos restituido: Pero en su locución asumiendo nuestra ignorancia. En el número 37, antes estaba escrito: que, por miedo, se deja, en lugar de que, por mente, se deja, lo cual hemos repuesto según los manuscritos.

Libro segundo, núm. 9, antes corruptamente: se decía a los que estaban presentes, cuando debería leerse, tanto por los manuscritos como por la serie de la oración: se decía a los que adhieren. No menos viciosamente, núm. 11, se había introducido, tanto mayor voz en los oídos del espíritu circunscrito expresa, en lugar de incircunscrito espíritu, es decir, de Dios. Allí mismo, cómo se dice que desean venganza, en lugar de, cómo se dice que piden. Núm. 13, donde se lee, decimos que Dios en su proposición perdió, añadido gratuitamente por otros Editores, la victoria. Núm. 15, los mismos cambiaron addicat, que significa condena, por addiscat. Núm. 19, en otras Ediciones contra la fidelidad de los manuscritos y la mente del santo Doctor, después de estas palabras, da otras para tentar, añadido, otras para afligir. Núm. 28, por golpes de palabras, en las Ediciones de Gussanvill. golpes de palabras. Núm. 35, los Impresos tienen, habla de los temporales editados, imprudentemente añadido de, cuya partícula cambia el sentido. Núm. 49, se lee alta saber, en lugar de captar. Núm. 56, después de estas palabras, perdió la unidad de la concordia, en las Ediciones sigue esta larga adición reprobada por los manuscritos, ni coherente con lo anterior ni con lo siguiente: pues incluso después de su resurrección se ocultó a algunos que no iban a creer. Núm. 59, donde simplemente debe leerse, será entonces cuando aparezca visible incluso a la Sinagoga, así cambiado por los Editores, será entonces cuando visible, para que incluso a la Sinagoga aparezca. Núm. 60, en los Impresos se lee, acepta todo, en lugar de, acepta entre todo; y núm. 61, en persecución, en lugar de en percusión. Núm. 76, esta lectura genuina, la casa es desenterrada, había sido cambiada a, la casa es sepultada. Finalmente, núm. 92, poco antes del final del libro, esta sentencia sobre el Espíritu Santo: de manera diferente, pues, el espíritu

permanece en aquel, del cual por naturaleza nunca se retira, así se leía interpolada: permanece en aquel, a quien se muestra sustancialmente a su deseo, y del cual, etc.

De estas restituciones y enmiendas que hemos realizado, siempre hemos proporcionado una explicación en breves notas, a menudo solicitadas por el consenso de los manuscritos. Cuando los antiguos ejemplares difieren, nos ha bastado con indicar algunas variantes de lecturas que nos han parecido de alguna importancia.

VII. Siguiendo la división de esta obra en seis partes establecida por el santo Doctor, observada en nuestros manuscritos pero descuidada en las ediciones y quizás ignorada por la mayoría de los editores, hemos procedido de la misma manera. Sobre esta partición, el santo Gregorio habla así en la carta a Leandro que se adjunta a continuación: "He completado esta obra, extendida en treinta y cinco volúmenes, en seis códices." Al inicio del libro XI, dice: "En la carta, he explicado la razón por la cual no llevé a cabo la corrección de la tercera parte de esta obra hasta la similitud con las otras." Finalmente, al final del libro XVI: "Como recuerdo haber prometido al inicio de esta tercera parte, he pasado brevemente por estos temas." No vale la pena confirmar esto con más detalles, ya sea tomados del propio Gregorio o de otros escritores. Así, la primera parte, como se entenderá fácilmente al inspeccionar los manuscritos, contiene los cinco primeros libros. La segunda parte abarca otros cinco hasta el undécimo. La tercera parte comienza con el undécimo. La cuarta comienza con el decimoséptimo, no con el decimoctavo, como erróneamente se indica en la edición de París de 1518. La quinta parte comienza con el vigésimo tercero y termina en el vigésimo séptimo. El vigésimo octavo libro pertenece a la sexta parte junto con los restantes.

VIII. Tercero, aunque teníamos la intención de mantener la división de los capítulos establecida por los editores que nos precedieron, nos hemos visto obligados a cambiarla por razones muy serias. Es reconocido por todos que San Gregorio no se preocupó por dividir los libros de los Morales en capítulos. Sobre el primer autor de la división en capítulos, se lee lo siguiente en el Códice Colbertino señalado con el número 62, después de la carta a Leandro y la prefación en los libros Morales.

En el nombre de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesucristo, y del Espíritu Santo. Comienza el prólogo sobre los capítulos de los Morales del bienaventurado y venerabilísimo papa Gregorio. Gregorio, siervo de Cristo Jesús y venerabilísimo papa de la ciudad de Roma, compuso y tituló muchos volúmenes de libros. También dispuso a lo largo de los libros la serie de capítulos. Hizo asimismo una exposición sobre las palabras de Job, pero no añadió la ordenación de los capítulos a las sentencias de la misma. Por lo tanto, en el tiempo del emperador Enrique II, Rainerio, presbítero canónico de la Iglesia de Arezzo, con estudio vigilante y reflexión, añadió capítulos a casi todas las sentencias de la mencionada exposición, no por el favor de la vana gloria, sino guiado por el celo del amor divino y la utilidad de los lectores, o incluso de los oyentes de los lectores; para que cualquiera que buscara algo útil en esas sentencias, lo encontrara rápidamente y casi sin esfuerzo.

En las ediciones parisinas anteriores, y en otras ya sean más antiguas o casi contemporáneas, los libros de los Morales fueron divididos en secciones muy breves, sin mención alguna de capítulos. La edición de Basilea del año 1503 presenta una partición en capítulos, que fue mantenida por los editores siguientes hasta Coccio. Este último, como él mismo preface, siguió otro método de división, instituyendo nuevos capítulos; esta división ha perseverado en todas las ediciones posteriores. Sin embargo, nos persuadió a apartarnos de este método y del anterior, el hecho de que observamos que el mismo capítulo a menudo abarcaba temas

completamente diferentes: o el mismo argumento, al que debería corresponder un único capítulo, se distribuía en varios. Sirvan de ejemplo en las ediciones antiguas antes de Coccio los capítulos 3, 4 y 5 del primer libro, y en las ediciones posteriores, tanto la de Coccio como las que le siguieron, los capítulos 3, 4 y 5 del mismo libro, en los cuales se completa la explicación histórica y literal del texto de Job, y con un cambio de estilo se inicia la exposición alegórica con estas palabras: "Había un hombre en la tierra de Hus, etc., creemos que estos hechos ocurrieron históricamente, etc."

Dado que ninguno de los métodos para asignar capítulos resultaba satisfactorio, adoptamos aquel que parecía ofrecer el texto del libro de Job, ya sea en versos completos o medios, mientras son propuestos para ser explicados individualmente por el santo Doctor; de modo que casi siempre el inicio del capítulo coincide con el de la paráfrasis o explicación. No obstante, nos hemos encargado de dividir el texto en secciones menores, distinguidas por notas numéricas. También hemos asignado los capítulos de las ediciones anteriores entre corchetes, para que lo que se cita en los libros según esas ediciones pueda encontrarse sin dificultad. Llamamos Vet. a las ediciones anteriores a la de Cocciano; a esta y a las siguientes, Rec.

IX. En cuarto lugar, hemos cambiado los argumentos de los capítulos casi en todas partes, ya que no correspondían en absoluto al texto. Un ejemplo que viene inmediatamente a la mente es el argumento del capítulo 1 del prefacio. En la edición de París del año 1518, se lee: de qué linaje o en qué tiempo vivió Job; lo cual también se mantuvo en las ediciones siguientes, incluso en la de Gussanville del año 1675. Sin embargo, esto no representa en absoluto el propósito de San Gregorio; pues en este lugar diserta sobre el autor del libro de Job; se pregunta si fue Moisés u otro de los profetas, y finalmente enseña que el Espíritu Santo es el único autor de este sagrado libro, aunque utilizó la pluma del propio Job, lo cual consideramos que debía ser indicado en el argumento.

Dado que en las ediciones anteriores los argumentos se anotaron antes de la inscripción de los capítulos en un orden inverso, hemos preferido seguir el uso habitual en la publicación de otros libros; y primero hemos decidido que se inscriba el título del capítulo; luego, que se exponga brevemente el argumento de lo que se trata en el capítulo asignado. Además, todo lo que nos ha parecido digno de observación en el texto, lo hemos descrito resumidamente en el margen. También hemos añadido breves notas al final de las columnas para aclarar ciertos pasajes oscuros y poco claros para los lectores menos experimentados. Por lo demás, cuán antigua es la costumbre de escribir en el margen exterior un resumen de lo que se contiene más extensamente en el texto, se evidencia en la carta 101 de Jerónimo a Pamaquio, quien, al ser solicitado por Eusebio de Cremona para traducir una carta de Epifanio al latín, escribió sobre esta obra de la siguiente manera: Hice lo que quiso, y llamando a un notario, dicté rápidamente y con celeridad desde el margen de la página, anotando brevemente el sentido interno que contenían los capítulos individuales.

Quinto, hemos eliminado los largos pasajes del libro de Job que contienen capítulos completos, los cuales no hemos encontrado en ningún manuscrito, por considerarlos inútiles.

Sexto, hemos presentado los testimonios y elogios de los antiguos escritores sobre los libros de los Morales ya publicados, con algunos añadidos o eliminados.

X. De esta edición no hemos querido eliminar la historia de los descubrimientos por Tajón, obispo de Zaragoza, de los Morales, aunque no sea completamente cierta en todos sus

aspectos; la cual no solo hemos leído en todas las ediciones más antiguas, sino también en el códice manuscrito del monasterio de Longpont. Hay muchas razones para dudar de la veracidad de esta narración.

Primero, se dice que aquí San Leandro llevó el libro de Job, expuesto por San Gregorio, a España a la sede de Sevilla. Sin embargo, consta que fue enviado a petición de Leandro por el santo Doctor a través del presbítero Probino, como se lee en el libro V, epístola 49. Por otro lado, ¿cómo podría probarse que San Leandro vino a Roma cuando San Gregorio estaba en la sede?

En segundo lugar, el pontífice romano en esta relación, papa y señor papa, ya entonces gozaría de este título de manera singular, se le llama simplemente; no sabemos con certeza si esto refleja esa época y antigüedad.

Tercero, existe una carta de Tagio a Eugenio de Toledo, publicada por el ilustre hombre Esteban Baluze en el tomo IV de Miscellanea, extraída del Códice Colbertino, en la cual no se menciona el milagro de la invención de los Morales, aunque Tagio tuvo la oportunidad de mencionarlo. Es más, niega haber visto a Gregorio en persona: "Vimos," dice, "a nuestro Gregorio en Roma, no con los ojos del cuerpo, sino con la mirada de la mente. Lo vimos no solo entre sus notarios, sino también entre sus familiares," etc. Por lo tanto, lo que se dice en la historia de la invención de los Morales sobre que Tagio vio a Gregorio debe ser rechazado.

Cuarto, lo que se lee en esta relación, que Agustín se encuentra en un lugar más alto que cualquier sucesor de los santos apóstoles Pedro y Pablo, entre los cuales se cuentan muchos mártires, no parece digno de fe. Sobre Tagión y los Morales encontrados por él, se pueden leer Mariana, libro VI de la Historia, capítulo 8, y Mabillon, tomo II de Analecta, p. 78.

Del estilo de escritura observado por San Gregorio en los libros de los Morales, no hay nada más que advertir que lo que ya mencionamos en la prefación general arriba. De estos libros principalmente habla, cuando dice al final de la carta a Leandro: No evito la colisión del metacismo; no rehúyo la confusión del barbarismo, etc. Donde por metacismo hemos conjeturado que puede entenderse la frecuencia de hipérbatos o transposiciones de palabras, que se encuentran tanto en los Morales como en otras obras de San Gregorio. Sin embargo, quizás por metacismo deba entenderse más bien, según la mente de los gramáticos, la frecuente repetición de la letra m, que genera una colisión ingrata en el discurso, aunque no hemos detectado tales repeticiones en los Morales.

Col. 767, en la nota se lee con la puntuación cambiada, y se añade: con esta expresión, la puntuación, aunque menos usada o incluso recientemente creada, se utilizará cuando la necesidad lo exija, para evitar circunloquios. Sin embargo, de esta expresión que encontramos en las notas de Angelo Rocca al libro de los Sacramentos, y en escritores similares, nos hemos abstenido en adelante, prefiriendo más la puntuación.

DE LA INVENCION DE LOS LIBROS MORALES DE SAN GREGORIO. (C,S)*

El beato Gregorio Papa expuso el libro del beato Job, a petición del santo Leandro, obispo de Sevilla, como se puede ver claramente en el prólogo de los Morales, y se lo entregó ya expuesto; y él lo llevó expuesto a España a la sede de Sevilla. La ciudad de Sevilla, sin embargo, es llamada vulgarmente Sibilía, y es la metrópoli de España. Al fallecer el beato Leandro, el santo Isidoro, su hermano, un doctor eminente, fue hecho arzobispo en su lugar.

Después de su fallecimiento, los libros de los Morales, que el beato Leandro había traído, se perdieron por negligencia de tal manera que no se encontraban en toda España. Después de algunos años, el rey Cindasvinto de España reunió un concilio de treinta obispos en la ciudad de Toledo: donde, al hacerse la queja por la pérdida de los Morales, por consejo unánime de los obispos, el mencionado rey envió a Tajón, obispo de Zaragoza, a Roma con cartas al Papa, para buscar los mismos libros. Tajón era un obispo ferventísimo amante de la Sagrada Escritura. Llegó, pues, a Roma, y habiendo presentado las cartas reales y los regalos, al ver que su petición era diferida día tras día por el Papa, como si por la multitud de otros libros, aquellos que buscaba no pudieran encontrarse en el archivo de la sede apostólica, finalmente pidió que al menos se le concediera la licencia de velar y orar una noche entera en la iglesia de San Pedro. Habiéndola recibido, mientras rogaba fervientemente a Dios para que el éxito de su viaje prosperara, he aquí que alrededor de la medianoche, persistiendo en el fervor de la oración, vio que toda la Iglesia se llenaba de una inmensa luz. Luego vio una gran multitud de hombres reverendos vestidos con vestiduras blancas, entrando por la puerta de la iglesia, y avanzando en orden decente de dos en dos hacia el altar de San Pedro. Y mientras, aterrorizado por el gran temor, no se atrevía a moverse del lugar donde estaba, he aquí que vio a dos de ellos salir de su grupo y acercarse a él. Uno de ellos, saludándolo dulcemente, le preguntó quién era, de dónde y por qué había venido, y por qué velaba a esa hora. El obispo, respondiendo a cada pregunta y relatando toda la causa de su viaje y oración, aquel que había venido, extendiendo el dedo, dijo: "En ese cofre que ves, se contienen los libros que buscas." Entonces el obispo, tomando confianza, dijo: "Te ruego, mi señor, que te dignes revelarme quién es esta procesión tan ilustre de hombres que veo." Inmediatamente él respondió: "Aquellos dos, que ves precediendo y abrazándose mutuamente con las manos entrelazadas, son los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo. Los demás, que ves detrás de ellos, son sus sucesores, los pontífices de esta sede apostólica. Y en el mismo orden en que los siguieron en el episcopado, también ahora los siguen. Y así como amaron esta Iglesia en su vida, también ahora después de la muerte la aman, y frecuentemente vienen a visitarla." Entonces el obispo dijo: "Te ruego, mi señor, que me digas quién eres tú mismo." Él respondió: "Yo soy Gregorio, por cuyos libros has soportado el trabajo de tan largo viaje. Por eso he venido ahora para satisfacer tu petición." Entonces el obispo dijo: "Te ruego, mi señor, si él está aquí, que me digas quién de ellos es el bienaventurado Padre Agustín, cuyos libros he amado no menos que los tuyos." Respondió: "El bienaventurado Agustín, hombre excelentísimo, de quien preguntas, está en un lugar más alto que nosotros." Dicho esto, inmediatamente con su compañero, que había venido con él, regresó al grupo de los demás. Después, viendo el obispo, todos juntos se inclinaron reverentemente con las cabezas inclinadas ante el altar de San Pedro, y en el mismo orden en que habían venido, regresaron a la puerta de la Iglesia, y se retiraron con la luz que había visto antes. Al amanecer, el mencionado obispo relató al señor Papa todo lo que había visto. Así, habiendo recibido y copiado los libros de los Morales, los llevó de regreso a España. Y estableció que esta visión se anotara y se escribiera de antemano.

LIBROS MORALES DE SAN GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE ROMANO, O EXPOSICIÓN SOBRE EL LIBRO DE JOB.

Epístola en la que explica el tiempo, la ocasión, la división, el propósito de su obra, así como el modo de hablar e interpretar.

CAPÍTULO PRIMERO. Cuándo se inició la obra siguiente, en qué ocasión, quiénes fueron los exhortadores y qué se preguntaba.

1 Reverendísimo y santísimo hermano Leandro, coobispo, Gregorio siervo de los siervos de Dios.

Hace tiempo, hermano muy querido, cuando te conocí en la ciudad de Constantinopla, mientras las respuestas de la sede apostólica me retenían allí, y tú habías sido llevado a ese lugar por una misión encomendada por causas de la fe de los visigodos, te expuse todo lo que de mí me desagradaba: que durante mucho tiempo y de lejos había postergado la gracia de la conversión, y después de haber sido inspirado por el deseo celestial, consideré mejor cubrirme con el hábito secular (Joan. Diac., l. I, c. 27). Pues ya se me revelaba qué debía buscar del amor a la eternidad, pero la costumbre arraigada me ataba para no cambiar el culto exterior. Y mientras mi ánimo aún me obligaba a servir al mundo presente como si fuera solo en apariencia, comenzaron a surgir muchas preocupaciones del mismo mundo en mi contra, de modo que ya no me retenía en él por apariencia, sino, lo que es más grave, por la mente. Finalmente, huyendo de todas estas cosas con diligencia, busqué el puerto del monasterio, y dejando las cosas del mundo, como entonces creí en vano, escapé desnudo del naufragio de esta vida. Porque, en efecto, muchas veces una nave amarrada descuidadamente es sacudida por la ola incluso desde el seno del puerto más seguro cuando la tempestad crece, de repente me encontré, bajo el pretexto del orden eclesiástico, en el mar de causas seculares; y la tranquilidad del monasterio, porque no la sostuve con firmeza al tenerla, comprendí al perderla cuán estrictamente debía ser mantenida. Pues cuando la virtud de la obediencia se me opone para recibir el ministerio del sagrado altar, esto se asumió bajo el color de la Iglesia, lo cual, si se permite sin castigo, se desviaría nuevamente huyendo. Y después de esto, a mí que no quería y me resistía, cuando el ministerio del altar era pesado, también se me impuso la carga del cuidado pastoral. Lo tolero ahora con mayor dureza, cuanto más me siento inadecuado para ello, sin respirar en ningún consuelo de confianza. Porque, en efecto, los tiempos del mundo, con los males creciendo, están turbados al acercarse el fin; nosotros mismos, que creemos servir a los misterios internos, estamos implicados en cuidados exteriores: así como también en el tiempo en que accedí al ministerio del altar, esto se hizo de mí, sin que yo lo supiera, para que recibiera el peso del sagrado orden, de modo que pudiera vigilar más libremente en el palacio terrenal; donde, ciertamente, muchos de mis hermanos del monasterio, unidos por la genuina caridad, me siguieron. Veo que esto se hizo por disposición divina, para que siempre por su ejemplo fuera atado al tranquilo litoral de la oración, como por el cable de un ancla, cuando fluctuaba por el incesante impulso de las causas seculares. Pues huía al consorcio de ellos, como al seno del puerto más seguro, de las olas y volúmenes de los actos terrenales; y aunque ese ministerio me había abstraído del monasterio, extinguiendo con el filo de su ocupación la vida de la quietud primigenia; sin embargo, entre ellos, por el coloquio de la lectura diligente, la aspiración diaria de la compunción me animaba. Entonces, a esos mismos hermanos, también por tu insistencia, les pareció bien, como tú mismo recuerdas, que me obligaran con una petición insistente a exponer el libro del bienaventurado Job; y según la verdad infundiera fuerzas, les revelara los misterios de tan gran profundidad. Ellos también añadieron esto a la carga de su petición, que no solo examinara las palabras de la historia a través de los sentidos de las alegorías, sino que inclinara de inmediato los sentidos de las alegorías hacia el ejercicio de la moralidad; añadiendo aún algo más grave, que rodeara todo lo entendido con testimonios; y que los testimonios presentados, si acaso parecieran implícitos, los aclarara con la interposición de una exposición añadida.

CAPÍTULO II.

Con qué humildad del alma, con qué confianza en Dios. De qué manera se revisó, completó y dividió la misma obra. Qué sentidos se explorarán.---Pronto, sin embargo, al darme cuenta de que en esta obra oscura, y hasta ahora no discutida antes de nosotros, me veía arrastrado a cosas tan grandes y tales, vencido solo por el peso de lo escuchado, confieso que, agotado, sucumbí. Pero de repente, atrapado entre el temor y la devoción, cuando levanté los ojos de mi mente hacia el dador de dones, dejando de lado la vacilación, de inmediato me di cuenta de que no podía ser imposible lo que la caridad de los corazones fraternos me imponía. Desesperé de ser adecuado para esto: pero, más fuerte por mi propia desesperación, levanté mi esperanza hacia aquel por quien se abrió la lengua de los mudos, quien hace elocuentes las lenguas de los niños (Sab. X, 21); quien distinguió los inmensos y brutos rebuznos de la asna en modos sensatos de discurso humano. ¿Qué hay, pues, de extraño en que dé entendimiento al hombre necio, quien narra su verdad, cuando quiere, incluso por boca de los animales (Núm. XXII, 28)? Armado, pues, con la fortaleza de esta consideración, desperté mi sequedad para investigar la fuente de tan gran profundidad. Y aunque aquellos a quienes me veía obligado a exponer superaban mi vida con creces, no creí que fuera injurioso si los conductos de plomo servían las corrientes a los usos de los hombres. Por lo tanto, pronto, ante los mismos hermanos presentes, expuse las primeras partes del libro; y como encontré un tiempo un poco más libre, dicté las partes posteriores. Y como tenía más tiempo disponible, aumentando mucho, restando poco, y dejando algunas cosas tal como fueron encontradas, compuse lo que había sido recogido bajo mis ojos mientras hablaba, corrigiéndolo a través de los libros, porque incluso cuando dictaba las últimas partes, presté atención cuidadosamente al estilo en que había dicho las primeras. Así que me esforcé para que lo que había hablado, al pasar por una cuidadosa corrección, se elevara casi a la semejanza de un dictado; y lo que había dictado no se diferenciara mucho del discurso del que habla; de modo que mientras esto se extiende, aquello se atrae, y de esta manera, aunque de forma diferente, se formara una cosa no diferente; aunque la tercera parte de esta obra, al haberla presentado en forma de conversación, casi la dejé así, porque cuando los hermanos me llevan a otras cosas, no quisieron que esta se corrigiera más sutilmente. A quienes, ciertamente, al ordenar muchas cosas, mientras quise obedecer ya sea por el ministerio de la exposición, ya sea por el ascenso de la contemplación, ya sea por el instrumento de la moralidad, extendí esta obra en treinta y cinco volúmenes, completándola en seis Códices. Por lo tanto, en ella a menudo me encuentro como posponiendo el orden de la exposición, y me esfuerzo un poco más en la amplitud de la contemplación y la moralidad. Sin embargo, cualquiera que hable de Dios, debe cuidar necesariamente de examinar todo lo que instruye las costumbres de los oyentes; y debe considerar este el orden correcto de hablar, si cuando la oportunidad de edificación lo exige, se desvía útilmente de lo que había comenzado a hablar. Pues el tratador del sagrado discurso debe imitar la costumbre de un río. Porque el río, mientras fluye por su cauce, si toca valles cóncavos a su lado, de inmediato desvía el curso de su corriente hacia ellos; y cuando los ha llenado suficientemente, de repente se vierte de nuevo en su cauce. Así, ciertamente, así debe ser el tratador de la palabra divina, que cuando diserta sobre cualquier asunto, si por casualidad encuentra una ocasión cercana de edificación adecuada, como si dirigiera las ondas de su lengua hacia el valle vecino; y cuando ha llenado suficientemente el campo de la instrucción adjunta, regresa al cauce del discurso propuesto.

CAPÍTULO III.

En qué orden debe explicar cada sentido. A veces es necesario adherirse al sentido alegórico.- --Es necesario saber que algunas cosas las pasamos por alto con una exposición histórica, y otras las investigamos a través de la alegoría con una investigación típica; algunas las discutimos solo con instrumentos de moralidad alegórica; pero algunas las indagamos

triplemente, buscando con más cuidado a través de todo a la vez. Primero, ponemos los fundamentos de la historia; luego, a través del significado típico, erigimos en la mente la fortaleza de la fe; y finalmente, a través de la gracia de la moralidad, vestimos el edificio como con un color superpuesto. O ciertamente, ¿qué son las palabras de la verdad, sino alimentos que deben ser creídos para la renovación de la mente? Ofrecemos un banquete a la boca, discurriendo de múltiples maneras alternas, para que, al invitar al lector como a nuestro comensal, rechacemos su fastidio, quien, al considerar lo mucho que se le ofrece, tome lo que juzgue más elegante. A veces, sin embargo, descuidamos exponer las palabras claras de la historia, para no llegar más lentamente a las oscuras: a veces, sin embargo, no pueden entenderse según la letra; porque, tomadas superficialmente, no generan instrucción para los lectores, sino error. He aquí que se dice: Bajo el cual se inclinan los que llevan el orbe (Job 9, 13). Y de un hombre tan grande, ¿quién no sabe que de ninguna manera sigue las vanas fábulas de los poetas, como para sospechar que la masa del mundo se lleva con el sudor de un gigante? Quien, presionado de nuevo por los golpes, dice: Eligió mi alma el ahorcamiento, y mis huesos la muerte (Job 7, 15). ¿Y quién, siendo sabio y recto, creería que un hombre de tan gran renombre, que se sabe que recibe premios del juez interno por la virtud de la paciencia, decidió terminar su vida con el ahorcamiento entre los golpes? A veces también, para que no deban entenderse según la letra, las mismas palabras de la letra se impugnan a sí mismas. Dice: Pereza el día en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre (Job 3, 2). Y poco después añade: Que la oscuridad la ocupe, y se envuelva en amargura (Ibid., 5). Y en la maldición de esa misma noche añade: Que esa noche sea solitaria (Ib., 7). Ciertamente, el día del nacimiento, impulsado por el tiempo mismo, no podía detenerse. ¿De qué manera, entonces, deseaba que este se envolviera en oscuridad? Pues ya había pasado, y sin embargo, si subsistiera en la naturaleza de las cosas, de ninguna manera podría sentir amargura. Por lo tanto, está claro que de ninguna manera se dice de un día insensible, que se desea que sea golpeado por el sentido de la amargura. Y si la noche de la concepción se había ido unida a las demás noches, ¿de qué manera desea que esta se haga solitaria? Que no pudo ser fijada por el paso del tiempo, así tampoco pudo ser separada de la unión de las demás noches. Quien de nuevo dice: ¿Hasta cuándo no me perdonas, ni me dejas, para que trague mi saliva? (Job 7, 19). Y sin embargo, poco antes había dicho: Lo que antes mi alma no quería tocar, ahora por angustia es mi alimento (Job 6, 7). ¿Y quién no sabe que la saliva se puede tragar más fácilmente que el alimento? Por lo tanto, quien anuncia que toma alimento, es increíble que niegue poder tragar saliva. Y de nuevo dice: He pecado, ¿qué te haré, oh guardián de los hombres? (Job 7, 20); o ciertamente: Quieres consumirme con los pecados de mi juventud (Job 13, 26). Y sin embargo, en otra respuesta añade: Porque mi corazón no me reprende en toda mi vida (Job 27, 6). ¿De qué manera, entonces, no es reprendido por su corazón en toda su vida, quien públicamente testifica que ha pecado? Pues de ninguna manera coinciden la culpa de la obra y la irreprehensibilidad del corazón. Pero ciertamente, las palabras de la letra, cuando no pueden coincidir entre sí, muestran que hay algo más que debe buscarse en ellas, como si dijeran con ciertas voces: Mientras nos veis destruirnos en la superficie, buscad en nosotros lo que pueda encontrarse ordenado y congruente en nuestro interior.

CAPÍTULO IV.

A veces es necesario adherirse al sentido literal.---Sin embargo, a veces quien descuida tomar las palabras de la historia según la letra, oculta la luz de la verdad que se le ofrece; y mientras busca afanosamente encontrar en ellas otro significado más profundo, pierde aquello que podía alcanzar sin dificultad desde fuera. Pues el santo varón dice: Si he negado lo que querían los pobres, y he hecho esperar a los ojos de la viuda; si he comido mi bocado solo, y

no ha comido de él el huérfano; si he despreciado al que pasaba, porque no tenía vestido, y al pobre sin abrigo; si no me han bendecido sus costados, y se ha calentado con la lana de mis ovejas (Job 31, 16 y ss.). Si forzamos estas palabras hacia un sentido alegórico, vaciamos todos sus actos de misericordia. Pues el divino discurso, así como ejercita a los prudentes con sus misterios, también a menudo reconforta a los simples con su superficie. Tiene en público de dónde nutrir a los pequeños, y guarda en secreto de dónde suspender en admiración las mentes de los sublimes. Es como un río, por así decirlo, llano y profundo, en el que tanto el cordero puede caminar como el elefante nadar. Así, según lo exige la oportunidad de cada lugar, el orden se modifica a través del estudio de la exposición; de modo que tanto más verdaderamente se encuentre el sentido de la locución divina, cuanto más, según lo exija cada cosa, se alterna a través de las especies de las causas.

CAPÍTULO V.

Gregorio, sufriendo de enfermedad, completó la siguiente obra. Descuidó el arte de hablar. Qué versiones de las Escrituras debe usar.---La exposición que evidentemente he enviado para que tu beatitud la revise, no porque la considerara digna, sino porque recordé haberlo prometido a tu petición. En la cual, cualquier cosa que tu santidad encuentre tibia y descuidada, me perdone rápidamente, tanto como sabe que estoy enfermo al escribirla. Pues mientras la enfermedad desgasta el cuerpo, también los estudios de la expresión se debilitan con la mente afectada. Ya han pasado muchos años en los que sufro de frecuentes dolores de estómago, y me canso a cada hora y momento por la debilitada fuerza del estómago, jadeando con fiebres lentas pero continuas. Y entre estas cosas, mientras reflexiono con preocupación, porque, según el testimonio de la Escritura, todo hijo que es recibido por Dios es azotado (Hebr. XII, 6), cuanto más me deprimó por los males presentes, más respiro con la certeza de la esperanza eterna. Y tal vez este fue el plan de la divina providencia, que siendo golpeado, expusiera al golpeado Job, y sintiera mejor la mente del azotado a través de los azotes. [Vet. et Rec. V.] Sin embargo, para quienes consideran correctamente, está claro que la adversidad no pequeña de mi trabajo es obstaculizada por esta molestia corporal, ya que la fuerza de la carne apenas puede ofrecer el ministerio de la locución, la mente no puede expresar dignamente lo que siente. ¿Qué es el oficio del cuerpo, sino el órgano del corazón? Y por más experto que sea el artífice del canto, no puede cumplir con su arte, a menos que los ministerios exteriores también se le armonicen: porque ciertamente el cántico que la mano docta ordena, los órganos dañados no lo reproducen adecuadamente; ni el soplo expresa el arte, si la flauta resquebrajada chirría con grietas. Por lo tanto, cuanto más gravemente se ve afectada la calidad de mi exposición, en la que la gracia de hablar es disipada por la fractura del órgano, de modo que ningún arte de pericia puede componerla. Sin embargo, te ruego que al recorrer las palabras de esta obra, no busques en ellas hojas de palabras, porque a través de los sagrados discursos, la ligereza de la locuacidad infructuosa es cuidadosamente contenida por sus tratadistas, mientras que en el templo de Dios se prohíbe plantar un bosque (Deut. XVI, 21). Y todos sin duda sabemos que cuantas más hojas crecen en los tallos de una cosecha mal desarrollada, menos llenas son las espigas de grano. Por lo tanto, también he despreciado conservar el arte de hablar que las enseñanzas de la disciplina exterior insinúan. Pues como el tenor de esta carta también enuncia, no evito la colisión del metacismo, no evito la confusión del barbarismo, desprecio observar las posiciones y movimientos y los casos de las preposiciones, porque considero sumamente indigno (Dist. 38, c. Indignum) restringir las palabras del oráculo celestial bajo las reglas de Donato. Ni siquiera han sido observadas estas por ningún intérprete en la autoridad de la Sagrada Escritura. De la cual, evidentemente, surge nuestra exposición, es digno ciertamente que, como una descendencia nacida, imite la apariencia de su madre. En verdad, discuto una nueva traducción; pero cuando la causa de la

prueba lo exige, tomo ahora la nueva, ahora la antigua por testimonios; para que, dado que la sede apostólica, a la cual presido por la gracia de Dios, utiliza ambas, mi trabajo de estudio también se apoye en ambas.

Prefacio En el cual se resumen brevemente los temas que serán desarrollados a lo largo de toda la obra.

CAPÍTULO PRIMERO.

7 1. ¿Quién es el autor del libro de Job?---Con frecuencia se pregunta entre muchos quién se considera el autor del libro del bienaventurado Job. Algunos sospechan que fue Moisés, mientras que otros creen que fue uno de los profetas quien escribió esta obra. Porque en el libro del Génesis (Gén. XXXVI, 33) se describe que Jobab descendió de la estirpe de Esaú y sucedió en el reino a Bala, hijo de Beor, se ha creído que este bienaventurado Job existió mucho antes de los tiempos de Moisés, desconociendo ciertamente la costumbre del lenguaje sagrado, que en sus partes anteriores suele mencionar brevemente lo que sucederá mucho después, cuando se apresura a enumerar otras cosas con mayor detalle. Por lo tanto, allí se menciona que Jobab existió antes de que hubiera reyes en Israel. De ninguna manera, entonces, se conoce que existió antes de la ley, ya que se indica que vivió en el tiempo de los jueces israelitas. Al considerar esto algunos con menos cautela, piensan que Moisés fue el escritor de sus hechos, como si fueran de un tiempo muy anterior; de modo que, quien pudo dar los preceptos de la ley para nuestra instrucción, se cree que también nos transmitió ejemplos de virtud a partir de la historia de un hombre gentil. Sin embargo, como se ha dicho, algunos consideran que el autor de esta obra fue uno de los profetas, afirmando que nadie pudo conocer palabras de Dios tan místicas, a menos que el espíritu de la profecía elevara su mente a lo celestial.

2. Autor Espíritu Santo.---Pero, ¿quién escribió estas cosas? Es una pregunta muy superflua, ya que se cree fielmente que el autor del libro es el Espíritu Santo. Él mismo, por lo tanto, escribió estas cosas, quien dictó lo que debía escribirse. Él escribió, quien también fue el inspirador en la obra de aquel, y a través de la voz del escribiente nos transmitió sus hechos para ser imitados. Si leyéramos las palabras de las cartas recibidas de un gran hombre, pero preguntáramos con qué pluma fueron escritas, ciertamente sería ridículo conocer al autor de las cartas y entender su sentido, pero investigar con qué pluma fueron impresas sus palabras. Por lo tanto, cuando conocemos el asunto y sostenemos que el Espíritu Santo es su autor, al buscar al escritor, ¿qué otra cosa hacemos sino preguntar sobre la pluma al leer las letras?

[Vet. II.] 3. Inspirado por quien Job describió sus combates. --- Podemos considerar más verosímil que el mismo bienaventurado Job, quien soportó los combates de la lucha espiritual, también narró los hechos de su victoria consumada. No debe sorprendernos que en el mismo libro se diga, "Dijo Job"; o, "Job soportó esto y aquello". Pues es costumbre de la Sagrada Escritura que aquellos que escriben hablen de sí mismos como si hablaran de otros. De ahí que Moisés diga: "Moisés era un hombre muy manso, más que todos los hombres que habitaban en la tierra" (Núm. XII, 3). De ahí que Juan diga: "Aquel discípulo a quien Jesús amaba" (Juan XIX, 26). De ahí que Lucas diga: "Iban dos de los discípulos por el camino, Cleofás y otro" (Luc. XXIV, 13); y al no mencionar al otro con tanto cuidado, como algunos dicen, mostró que era él mismo. Los escritores del sagrado discurso, movidos por el impulso del Espíritu Santo, dan testimonio de sí mismos como si fuera de otros. Por lo tanto, el Espíritu Santo habló de Moisés a través de Moisés; el Espíritu Santo habló de Juan a través de Juan. Pablo también, porque no hablaba de sí mismo, insinúa diciendo: "¿Buscáis una

prueba de que Cristo habla en mí?" (II Cor. XIII, 3). De ahí que el ángel que se describe apareciendo a Moisés, a veces se menciona como ángel, a veces como Señor: ángel, porque servía hablando externamente; pero se le llama Señor, porque presidía internamente ministrando la eficacia del hablar. Así, cuando el que habla es guiado desde el interior, se le llama ángel por el servicio y Señor por la inspiración. De ahí que David diga: "Escucha, pueblo mío, mi ley; inclina tu oído a las palabras de mi boca" (Sal. LXXVII, 1). No es la ley de David, ni el pueblo de David, sino que asumiendo la persona de aquel de quien hablaba, habla con la autoridad de aquel cuya inspiración lo llenaba. Esto lo vemos suceder diariamente en la Iglesia, si observamos atentamente. Pues el lector, de pie en medio del pueblo, clama: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob" (Éxodo III, 6). Y ciertamente no dice que él mismo sea Dios; sin embargo, no abandona la regla de la verdad en lo que dice; porque con su voz manifiesta el dominio de aquel a quien sirve en la lectura. Así, los escritores del sagrado discurso, llenos del Espíritu Santo, son llevados más allá de sí mismos; y así emiten sentencias sobre sí mismos como si fueran de otros. Por lo tanto, el bienaventurado Job, inspirado por el Espíritu Santo, pudo escribir sus propios hechos, que eran dones de la aspiración celestial, como si no fueran suyos: porque eran de otro lo que hablaba, ya que el hombre hablaba lo que es de Dios; y era de otro lo que hablaba, ya que el Espíritu Santo hablaba lo que es del hombre.

CAPÍTULO II [Ant. III].

9 4. Mandamientos dados al hombre.---Pero ya debemos dejar de lado estas cosas y apresurarnos a considerar los hechos de la sagrada historia. Todo hombre, por el hecho de ser hombre, debe reconocer a su creador; cuanto más debe servir a su voluntad, tanto más cuanto considera que de sí mismo no es nada; sin embargo, hemos descuidado considerar a Dios, nuestro creador. Se nos dieron mandamientos, y tampoco quisimos obedecerlos. Se nos presentaron ejemplos, y también nos negamos a imitar esos ejemplos, que vemos dados a aquellos que están bajo la ley. Porque Dios habló claramente a algunos que estaban bajo la ley, nos consideramos ajenos a esos mandamientos, a los cuales no se dirigió específicamente. Por lo tanto, para refutar nuestra desvergüenza, se presenta al hombre gentil como ejemplo; para que, ya que el hombre bajo la ley desprecia obedecerla, al menos despierte por comparación con aquel que vivió legalmente sin ley. Así, al hombre errante se le dio la ley; y al que erraba incluso bajo la ley, se le presenta el testimonio de aquellos que están fuera de la ley, para que, ya que no quisimos seguir el orden de nuestra condición, seamos advertidos por los mandamientos; y porque despreciamos obedecer los mandamientos, seamos avergonzados por los ejemplos; y no, como se ha dicho, por los ejemplos de aquellos que estaban sujetos a la ley, sino de aquellos a quienes la ley no restringía de ningún pecado.

5. Ejemplos de Job, un hombre gentil, añadidos a los preceptos despreciados.---La divina providencia nos ha circunscrito, ha evitado nuestra excusa; por todas partes se ha cerrado el acceso a la tergiversación humana. Se presenta al hombre gentil, un hombre sin ley, para que se confunda la perversidad de aquellos que están bajo la ley. Esto se muestra bien y brevemente a través del profeta al decir: "Avergüénzate, Sidón, dice el mar" (Isaías XXIII, 4). En Sidón se figura la estabilidad de los que están puestos en la ley, y en el mar, la vida de los gentiles. Avergüénzate, pues, Sidón, dice el mar, porque la vida de los gentiles reprueba la vida de los que están bajo la ley, y la acción de los seculares confunde la acción de los religiosos: mientras aquellos, incluso prometiendo, no guardan lo que oyen en los preceptos; y estos, viviendo, custodian aquello en lo que de ninguna manera están obligados por los mandatos legales [Vet. IV]. La solidez de las sagradas escrituras atestigua con qué autoridad

está dotado este libro, cuando a través del profeta Ezequiel se dice (Ezequiel XIV, 14) que solo tres hombres serían liberados, a saber, Noé, Daniel y Job. Y no sin razón, entre las vidas de los hebreos, se presenta en reverencia de autoridad la vida de un justo gentil, porque nuestro Redentor, así como vino para la redención de judíos y gentiles, quiso ser profetizado por las voces de judíos y gentiles; para que por ambos pueblos se dijera, quien por ambos pueblos alguna vez padecería.

6. Su virtud, cuanto más se hacía notar, más era pulida por los flagelos. Así pues, este hombre, sostenido por las más altas fuerzas, era conocido por sí mismo y por Dios: si no fuera flagelado, de ninguna manera sería reconocido por nosotros. En efecto, la virtud también se ejercita en la calma, pero la fama de la virtud se difunde a través de los flagelos. Y quien, en su tranquilidad, contenía lo que era, al ser agitado, esparció el aroma de su fortaleza al conocimiento de todos. Pues así como los ungüentos no saben exhalar su fragancia más ampliamente a menos que sean agitados, y como los aromas no expanden su fragancia sino cuando son encendidos; así los hombres santos se dan a conocer en las tribulaciones por todo lo que exhalan en virtudes. Por lo cual, con razón se dice en el Evangelio: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Pásate de aquí, y se pasará (Mat. XVII, 19). Porque el grano de mostaza, a menos que sea triturado, de ninguna manera se reconoce la fuerza de su virtud. Pues no triturado es suave: pero si se tritura, se enciende, y muestra lo que en él estaba oculto con gran intensidad. Así, cada hombre santo, cuando no es golpeado, parece despreciable y suave: pero si alguna tritura de persecución lo oprime, inmediatamente muestra todo lo que tiene de ardiente; y se convierte en el fervor de la virtud, todo lo que antes en él parecía despreciable y débil; y lo que en tiempos de tranquilidad había cubierto voluntariamente, al ser agitado por las tribulaciones, se ve obligado a darse a conocer. Por lo cual, bien se dice por el profeta: En el día mandó el Señor su misericordia, y en la noche la declaró (Sal. XLI, 9). Porque la misericordia del Señor se manda en el día, ya que se percibe al ser conocida en tiempos de calma; pero en la noche se declara, porque el don, que se recibe en la tranquilidad, se manifiesta en las tribulaciones.

CAPÍTULO III [Ant. V].

7. Se enumeran las virtudes de Job.---Pero es necesario examinar con más detalle por qué soportó tantos sufrimientos, quien mantuvo sin reproche una custodia tan grande de virtudes. En efecto, tuvo humildad, pues él mismo testifica: Si desprecié someterme a juicio con mi siervo y mi sierva, cuando discutían contra mí (Job 31, 13). Mostró hospitalidad, como él mismo afirma, diciendo: El peregrino no pasó la noche afuera, mi puerta estuvo abierta al viajero (Job 31, 32). Mantuvo el vigor de la disciplina, como él mismo indica diciendo: Los príncipes dejaban de hablar y ponían el dedo sobre su boca (Job 29, 9). Conservó la mansedumbre en su vigor, como él mismo confiesa, diciendo: Y cuando me sentaba como rey, rodeado por el ejército, era sin embargo el consolador de los que lloraban (Ibid., 25). Abrazó la generosidad de las limosnas, como él mismo insinúa diciendo: Si comí mi bocado solo, y no comió de él el huérfano (Job 31, 17). Así pues, aunque cumplía todos los mandamientos de las virtudes, le faltaba uno, que también supiera dar gracias cuando era azotado. Era conocido que sabía servir a Dios entre los dones: pero era digno que la severidad de la disciplina indagara si permanecía devoto a Dios incluso entre los azotes. Pues la prueba interroga si alguien ama verdaderamente en la tranquilidad. El enemigo ciertamente pidió que desfalleciera, pero recibió para que progresara. El Señor permitió benignamente que se hiciera lo que el diablo inicuamente solicitó. Pues cuando el enemigo lo buscó para consumirlo, actuó tentando para aumentar sus méritos. Porque está escrito: En todo esto no pecó Job con sus labios (Job 1, 22). Y ciertamente algunas palabras de sus respuestas

resuenan ásperas para los lectores inexpertos, porque ignoran cómo entender piadosamente las palabras de los santos, tal como se dicen; y porque no saben asumir en sí mismos el ánimo del justo que sufre, por eso no pueden interpretar bien las palabras del dolor. La condescendencia de la pasión sabe bien cómo considerar la mente del paciente.

8. Absuelto por el juicio de Dios de las acusaciones de los ignorantes. --- Creen, por tanto, que el bienaventurado Job pecó en sus palabras, sin considerar cuidadosamente que, si refutan las respuestas del bienaventurado Job, también testifican que la sentencia del Señor sobre él fue falsa. Pues el Señor le dice al diablo: ¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra: hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal (Vers. 8)? A lo que el diablo responde de inmediato: ¿Acaso Job teme a Dios de balde? ¿No lo has protegido a él y a toda su familia? Pero extiende tu mano y tócalo, y verás si no te maldice en tu cara (Vers. 10). Así, el enemigo ejercitó sus fuerzas en el bienaventurado Job, pero asumió la contienda contra Dios. Entre Dios y el diablo, el bienaventurado Job fue el objeto del conflicto. Por tanto, quien afirma que el santo varón, puesto en medio de los azotes, pecó con sus palabras, ¿qué otra cosa hace sino reprochar a Dios, quien lo había propuesto, por haber perdido? Pues Él mismo quiso asumir la causa del tentado, quien lo había preferido antes de los azotes y, prefiriéndolo, permitió que fuera tentado por los azotes. Si, por tanto, se dice que Job excedió, se afirma que su alabador sucumbió, aunque los dones también testifican que de ninguna manera pecó. Pues, ¿quién no sabe que a las culpas no se deben premios, sino castigos? Quien, por tanto, mereció recibir el doble de lo que había perdido, enseñó con su recompensa que no fue vicio, sino virtud, todo lo que dijo. A esta afirmación se añade además que él mismo intercede por los amigos que pecaron. Pues quien está en graves pecados (Causa 3, q. 7, c. In gravibus), mientras está oprimido por los suyos, no expía los ajenos. Por tanto, se muestra que está limpio de sí mismo, quien pudo obtener la purificación por otros. Si a algunos les desagrada que él mismo narrara sus bienes, es necesario saber que, entre tantas pérdidas de cosas, entre tantas heridas del cuerpo, entre tantas muertes de sus seres queridos, con amigos que venían a consolarlo y que irrumpían en reproches, se veía obligado a desesperar de su vida; y a quien tantas pérdidas habían afligido, además lo herían las palabras injuriosas de los que lo increpaban. Pues aquellos que habían venido a consolarlo, al reprocharle su supuesta injusticia, lo obligaban a desesperar completamente de sí mismo. Por tanto, al recordar sus bienes, no se eleva por jactancia; sino que, como caído entre palabras y heridas, reforma su ánimo hacia la esperanza. Pues la mente es herida por el grave dardo de la desesperación, cuando es oprimida por las tribulaciones de la ira suprema y es acosada externamente por los reproches de las lenguas. Así, el bienaventurado Job, atravesado por la jabalina de tantos dolores, al temer ser sacudido por los reproches, se reafirmó en el estado de confianza recordando su vida pasada. Por tanto, de ninguna manera cayó en el vicio de la arrogancia, porque luchó contra el impulso interno de la desesperación con las palabras externas de sus alabanzas; de modo que, al decir los bienes que había hecho, no desesperara del bien que buscaba.

CAPÍTULO IV [Ant. VII].

9. Todas las maquinaciones de Satanás contra Job.---Pero ahora sigamos el orden de su tentación. El enemigo, enfurecido y tratando de derrotar el fuerte corazón del santo varón, levantó contra él todas las maquinaciones de la tentación; le quitó sus bienes, mató a sus hijos, hirió su cuerpo, instigó a su esposa, trajo amigos para consolarlo; pero los incitó a la aspereza de la recriminación: también guardó a otro amigo que lo reprendiera más duramente, en una invectiva final y más aguda, para que al menos golpeando repetidamente alcanzara el corazón, renovando siempre la herida con un golpe nuevo. Pues al verlo poderoso en el

mundo, creyó que lo movería con la pérdida de sus bienes, a quien no había sacudido con el golpe de la muerte de sus hijos. Pero viendo que incluso con la herida de la pérdida creció en alabanza divina, pidió herir la salud de su cuerpo. Al observar que no podía llegar a la pasión de su mente a través del dolor corporal, instigó a su esposa. Pues vio que la ciudad que intentaba conquistar estaba demasiado fortificada; y por eso, infligiendo tantas plagas desde fuera, movió su ejército como si fuera desde afuera; encendiendo el ánimo de la esposa con palabras de mala persuasión, corrompió los corazones de los ciudadanos desde dentro. De las guerras exteriores aprendemos qué pensar de las interiores. Pues el enemigo, enfurecido y rodeando la ciudad con ejércitos, si ve que sus defensas son invictas, se convierte a otros argumentos de combate, para corromper también los corazones de algunos ciudadanos desde dentro; de modo que cuando mueva a los atacantes desde fuera, también tenga aliados internos, y con el creciente combate exterior, la ciudad, despojada de la confianza en la fidelidad de los de dentro, sea capturada por su perfidia.

10. Fuera, la guerra; dentro, empleó consejos virulentos. Así pues, estableciendo un ariete en el exterior, golpeó el muro de esta ciudad con tantos impactos como veces anunció adversidades. Dentro, sin embargo, corrompió los corazones de los ciudadanos, mientras intentaba destruir las fuertes defensas de esta ciudad mediante la persuasión de su esposa. Por lo tanto, llevó el ímpetu de la guerra afuera, y el veneno del consejo adentro: para capturar la ciudad más rápidamente, cuanto más la perturbara por fuera y por dentro. Porque, como se ha dicho, a veces las palabras perturban más que las heridas, se armó con las lenguas de los amigos. Y como eran mayores, tal vez se podía doler menos de sus palabras. Eliú, el más joven, fue designado para herir el santo pecho con una herida más aguda, cuanto más vil era el brazo que lanzaba el golpe. He aquí al enemigo, enfurecido para golpear la fortaleza invencible, cuántos dardos de tentación encontró; he aquí cuántas máquinas de asedio dispuso alrededor; he aquí cuántas armas de percusión lanzó: pero en todas estas cosas, la mente permaneció imperturbable, la ciudad se mantuvo inmovible.

CAPÍTULO V.

11. La paciencia de Job en las adversidades.---Los enemigos, cuando se presentan de frente, suelen enviar a otros ocultamente, quienes atacan con mayor libertad el flanco del combatiente, cuanto más este fija su atención en los enemigos que vienen de frente. [Rec. V.] Así, Job, sorprendido en la batalla de este combate, sufrió pérdidas, como si fueran enemigos de frente; soportó las palabras de los consoladores, como si fueran enemigos de flanco: pero en todas estas situaciones, con el escudo de su gravedad girando a su alrededor, permaneció protegido por todas partes, enfrentando vigilante las espadas que venían de todas direcciones: desprecia en silencio la sustancia perdida, llora con ecuanimidad la carne muerta en sus hijos, tolera pacientemente la carne herida en sí mismo, enseña sabiamente a la carne en su esposa que mal aconseja. Además, los amigos se lanzan a una corrección áspera; y viniendo para calmar el dolor, añaden fuerza al dolor. Por lo tanto, todas las maquinaciones de las tentaciones se convierten para el santo varón en aumentos de virtudes. Pues a través de las heridas se prueba su paciencia; y a través de las palabras se ejercita su sabiduría. En todas partes enfrenta con fortaleza, porque supera tanto los azotes con su fortaleza, como las palabras con su razón. Sus amigos, que vienen en verdad para consolar, pero llegan hasta las palabras de reproche, deben ser considerados más por ignorancia que por malicia. Pues no se debe creer que un hombre tan virtuoso tuviera amigos inicuos: sino que, al no poder discernir la causa de los azotes, caen en la culpa.

[Vet. IX.] 12. Diversos tipos de golpes.---Existen, en efecto, diversos tipos de golpes. Uno es el golpe con el que el pecador es herido para ser castigado sin retractación; otro es el golpe con el que el pecador es herido para ser corregido; otro es el golpe con el que alguien es herido, no para corregir lo pasado, sino para evitar lo que está por venir; otro es el golpe con el que frecuentemente alguien es herido, por el cual ni se corrige la culpa pasada ni se previene la futura, sino que, cuando una inesperada salvación sigue al golpe, se ama más ardientemente la virtud del Salvador; y cuando el inocente es afligido con el flagelo, se le acumula la suma de méritos a través de la paciencia. A veces, en efecto, el pecador es herido para ser castigado sin retractación, como se dice de la Judea que perecerá: Te herí con la plaga del enemigo, con castigo cruel (Jer. XXX, 14). Y de nuevo: ¿Por qué llamas a mí por tu destrucción? Tu dolor es incurable (Ibid., 15). A veces el pecador es herido para ser corregido, como se dice a alguien en el Evangelio: Mira, has sido sanado, no peques más, para que no te suceda algo peor (Juan V, 14). Las palabras del Salvador indican que los pecados precedentes exigían la fuerza del dolor. A veces alguien es herido no para expiar una culpa pasada, sino para evitar una futura; lo cual Pablo apóstol testifica claramente de sí mismo, diciendo: Para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, se me ha dado un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea (II Cor. XII, 7). Pues no dice que lo ensalzó, sino para que no lo ensalce, indicando claramente que con ese golpe se le contiene para que no suceda, no para purgar una culpa que ya ocurrió. A veces, sin embargo, alguien es herido ni por iniquidad pasada ni futura; sino para que solo se muestre la potencia de la divina virtud a través del golpe. Por lo cual, cuando se decía al Señor en el Evangelio sobre el ciego de nacimiento: ¿Quién pecó, él o sus padres, para que naciera ciego? (Juan IX, 2), el Señor respondió diciendo: Ni él pecó, ni sus padres; sino para que se manifiesten las obras de Dios (Ibid. 3). En esta manifestación, ¿qué se logra, sino que a través del flagelo se aumente la virtud de los méritos; y cuando ninguna iniquidad pasada es borrada, se genere una gran fortaleza de paciencia? Por lo cual el mismo bienaventurado Job es preferido primero por la voz del juez, y luego es entregado a la mano del tentador: a quien, después del flagelo, Dios, al hablarle más familiarmente al recompensarlo, indica claramente cuánto ha crecido por el golpe. Los amigos del bienaventurado Job, al no saber distinguir los tipos de golpes, creyeron que fue herido por culpa; y al intentar afirmar que Dios es justo en su golpe, se vieron obligados a reprobar al bienaventurado Job por injusticia; ignorando, evidentemente, que fue flagelado para que la alabanza de la gloria divina creciera por su flagelo, no para que corrigiera pecados que no había cometido. Por lo cual regresan más rápidamente al perdón, porque pecaron más por ignorancia que por malicia. La justicia divina humilla vehementemente su soberbia, al no reformarlos a su gracia sino a través de aquel a quien habían despreciado. En efecto, una mente muy elevada es refrenada si se le somete a aquel sobre quien se había ensalzado.

CAPÍTULO VI [Vet. X].

13. Todos los santos son como estrellas que iluminan la noche de la vida presente. --- Pero es grato, entre estas maravillosas obras de la divina dispensación, observar cómo, para iluminar la noche de la vida presente, cada estrella aparece en el firmamento a su debido tiempo, hasta que al final de la noche surja el Redentor del género humano, como el verdadero lucero del alba. Pues el espacio nocturno, mientras se ilumina con el curso de las estrellas que se suceden unas a otras, se lleva a cabo con gran esplendor celestial. Así, para que los rayos de las estrellas, apareciendo a su tiempo y sucediéndose mutuamente, toquen las tinieblas de nuestra noche, vino Abel para mostrar la inocencia; vino Enoc para enseñar la pureza de la acción; vino Noé para insinuar la longanimidad de la esperanza y la obra; vino Abraham para manifestar la obediencia; vino Isaac para demostrar la castidad de la vida conyugal; vino

Jacob para insinuar la tolerancia del trabajo; vino José para recompensar el mal con la gracia de la buena retribución; vino Moisés para mostrar la mansedumbre; vino Josué para infundir confianza contra las adversidades; vino Job para mostrar la paciencia entre los azotes. He aquí cuán resplandecientes estrellas vemos en el cielo, para que caminemos con paso firme en el camino de nuestra noche. Pues la divina dispensación ha mostrado a tantos justos al conocimiento de los hombres, como si enviara tantas estrellas sobre las tinieblas de los pecadores, hasta que surgiera el verdadero lucero del alba, que anunciando el eterno amanecer para nosotros, irradiara más claramente que las demás estrellas por su divinidad.

14. Todos anunciaron a Cristo, especialmente Job. Todos los elegidos, al precederlo con una vida virtuosa, lo prometieron profetizando tanto con hechos como con palabras. Pues no hubo justo alguno que no fuera su mensajero a través de una figura. Era digno que todos mostraran en sí mismos el bien del cual todos serían buenos y que sabían que beneficiaría a todos. Por lo tanto, debía ser prometido sin cesar lo que se daba para ser recibido sin medida y retenido sin fin; para que todos los siglos dijeran al unísono lo que el fin de los siglos mostraría en la redención común. Por eso también era necesario que el bienaventurado Job, quien reveló tantos misterios de su encarnación, señalara con su vida a aquel de quien hablaba con su voz; y a través de lo que sufrió, mostrara lo que él mismo habría de padecer; y tanto más verdaderamente predijera los sacramentos de su pasión, cuanto que no solo los profetizara hablando, sino también sufriendo. Pero dado que nuestro Redentor mostró ser una sola persona con la santa Iglesia, que asumió, pues de él se dice: "Quien es la cabeza de todos nosotros" (Efesios IV, 15); y de su Iglesia está escrito: "El cuerpo de Cristo, que es la Iglesia" (Colosenses I, 24); cualquiera que lo signifique en sí mismo, a veces lo designa desde la cabeza, a veces desde el cuerpo, para que no solo mantenga la voz de la cabeza, sino también del cuerpo. Por eso el profeta Isaías, expresando las palabras del mismo Señor, dice: "Como a un esposo me ha puesto una mitra, y como a una esposa me ha adornado con ornamento" (Isaías LXI, 10). Porque él mismo es el esposo en la cabeza, él mismo es la esposa en el cuerpo, es necesario que cuando a veces se dice algo de la cabeza, se derive suavemente y de repente también a la voz del cuerpo; y de nuevo, cuando se dice algo del cuerpo, de repente se ascienda a la voz de la cabeza. Por lo tanto, el bienaventurado Job insinúa el tipo del Redentor venidero con su cuerpo; pero su esposa, que lo incita a maldecir, representa la vida de los carnales; quienes, situados dentro de la santa Iglesia con costumbres no corregidas, cuanto más cerca están de los buenos por la fe, tanto más los oprimen con su vida; porque mientras como fieles no pueden ser evitados, son tanto más perjudiciales cuanto más interiormente son tolerados por los fieles.

15. Los amigos de Job representan a los herejes.---Sus amigos, que mientras aconsejan atacan, representan la figura de los herejes, quienes bajo la apariencia de aconsejar, llevan a cabo el negocio de seducir. Por eso, hablan a Job como si fuera en nombre del Señor, pero no son aprobados por el Señor; ya que, evidentemente, todos los herejes, al intentar defender a Dios, lo ofenden. Por eso, el mismo santo varón les dice abiertamente: "Deseo discutir con Dios: mostrándoos primero como fabricantes de mentiras y cultivadores de doctrinas perversas" (Job XIII, 3 y 4). Es evidente, por tanto, que ellos representan el tipo de los herejes al errar, a quienes el santo varón reprende por servir al culto de doctrinas perversas. [Rec. VII.] Todo hereje, en lo que parece defender a Dios, se opone a su verdad, como atestigua el salmista, quien dice: "Para destruir al enemigo y al defensor" (Salmo VIII, 3). Enemigo y defensor es, en efecto, quien al predicar a Dios lo combate.

CAPÍTULO VII.

16. Con sus nombres, Job representa a Cristo, y sus amigos simbolizan a los herejes.---Porque el bienaventurado Job mantiene la figura del Redentor venidero, lo demuestra incluso con su nombre. Job, en efecto, se interpreta como doliente. En este dolor, se expresa la pasión del Mediador o el sufrimiento de la santa Iglesia, que es atormentada por las múltiples fatigas de la vida presente. Los amigos de Job también indican con el significado de sus nombres el mérito de sus acciones. Eliphaz, en lengua latina, se traduce como desprecio del Señor. ¿Y qué hacen los herejes sino, al tener falsos conceptos sobre Dios, despreciarlo con soberbia? Baldad se interpreta como solo antigüedad. Y es que todos los herejes, en lo que dicen sobre Dios, al no buscar con recta intención, sino con el deseo de ser vistos como predicadores por la gloria temporal, son llamados solo antigüedad. Pues se incitan a hablar no por el celo del hombre nuevo, sino por la depravación de la vida antigua. Sophar, en latín, se traduce como disolución de la atalaya, o disolviendo la especulación. Las mentes de los fieles se elevan para contemplar las cosas celestiales; pero cuando los herejes, con sus palabras, buscan pervertir a quienes contemplan rectamente, intentan disolver la atalaya. [Vet. XIII.] En los tres nombres de los amigos de Job, se expresan las tres caídas de la perdición de las mentes heréticas. Pues si no despreciaran a Dios, de ninguna manera tendrían conceptos perversos sobre Él; y si no fueran arrastrados por el corazón de la antigüedad, no errarían en la comprensión de la nueva vida; y si no destruyeran la especulación de los bienes, de ninguna manera serían reprobados por los juicios celestiales con tan estricto examen por la culpa de sus palabras. Despreciando, pues, a Dios, se mantienen en la antigüedad: pero al mantenerse en la antigüedad, con sus perversos discursos dañan la especulación de los rectos.

CAPÍTULO VIII.

17. En la reconciliación de los amigos de Job se figura la conversión de los herejes.---Porque, en verdad, a veces los herejes, colmados por la generosidad de la gracia divina, regresan a la unidad de la santa Iglesia, esto se representa bien en la reconciliación de los amigos. Sin embargo, se ordena al bienaventurado Job que ore por ellos, porque los sacrificios de los herejes no pueden ser aceptos a Dios, a menos que sean ofrecidos por las manos de la Iglesia universal; para que encuentren el remedio de la salvación por los méritos de ella, a la que herían atacándola con los dardos de sus palabras. Por eso se mencionan siete sacrificios ofrecidos por ellos; porque al confesar que reciben el Espíritu de la gracia septiforme, son expiados como por siete oblaciones. De ahí que en el Apocalipsis de Juan, el número de las siete Iglesias designa a la Iglesia universal (Apoc. I, 11). De ahí que por medio de Salomón se dice de la Sabiduría: La Sabiduría se edificó una casa, labró siete columnas (Prov. IX, 1). Así, por el mismo número de sacrificios, los herejes reconciliados expresan lo que antes fueron, quienes no se unen a la perfección de la gracia septiforme sino regresando.

18. Su soberbia debe ser sacrificada para que sean restituidos a la Iglesia con este sacrificio.--Se describe bien que ofrecieron toros y carneros por ellos. En el toro, ciertamente, se designa la cerviz de la soberbia, y en el carnero, el liderazgo de los rebaños que lo siguen. ¿Qué significa entonces sacrificar toros y carneros por ellos, sino matar su liderazgo soberbio; para que piensen humildemente de sí mismos y no seduzcan a los corazones de los inocentes que los siguen? Con su cerviz hinchada se habían apartado de la unidad de la Iglesia, y arrastraban tras de sí a los pueblos débiles como rebaños que los seguían. Que vengan, pues, al bienaventurado Job, es decir, que regresen a la Iglesia, y ofrezcan en sacrificio siete toros y carneros para ser sacrificados; para que, al unirse a la Iglesia universal, con la intervención de la humildad, maten todo lo que antes saboreaban de su liderazgo soberbio.

CAPÍTULO IX.

19. El soberbio, aunque piense correctamente, debe ser reprendido. Por esta razón, no necesita sacrificio.---A través de Eliú, quien habla con rectitud de pensamiento pero se desvía hacia palabras de necia arrogancia, se expresa la persona de cualquier arrogante. Muchos, de hecho, dentro de la santa Iglesia, desprecian expresar correctamente lo que piensan correctamente. Por lo tanto, son reprendidos con palabras de increpación divina, pero no se ofrece sacrificio por ellos; porque son fieles, pero arrogantes: están dentro de la verdad de la fe, pero no son aceptables debido al obstáculo de su soberbia. De aquí que la reprensión los corrige, pero el sacrificio no los restaura; porque están en la fe en la que deberían estar, pero la justicia suprema los reprende y los rechaza por sus excesos. Por eso, Eliú se llama bien en latín, Dios mío este, o Dios Señor. Los hombres arrogantes dentro de la santa Iglesia, aunque rehúyen a Dios viviendo con altivez, lo confiesan verdaderamente creyendo en Él. ¿Qué significa decir, Dios mío este, sino mostrar con abierta profesión a aquel en quien se ha creído? ¿O qué significa decir, Dios Señor, sino creer en Él como Dios por su divinidad, y atestiguarlo como Señor por su encarnación?

CAPÍTULO X. [Ant. XIV.]

20. Lo que significa que Job recibe el doble. Una bienaventuranza de los santos antes de la resurrección; después, doble.---Bien, después de las pérdidas de bienes, después de los funerales de los seres queridos, después de los tormentos de las heridas, después de las luchas y combates de palabras, es aliviado con una doble recompensa; porque ciertamente la santa Iglesia, incluso estando aún en esta vida, por los trabajos que soporta, recibe doble recompensa; cuando, habiendo acogido plenamente a las naciones, al final del mundo también convierte a sí los corazones de los judíos. De ahí que esté escrito: Hasta que entrara la plenitud de los gentiles, y así todo Israel sería salvo (Rom. XI, 25). Recibirá también el doble después: porque, terminado el trabajo del tiempo presente, no solo asciende al gozo de las almas, sino también a la bienaventuranza de los cuerpos. Por eso bien se dice por el profeta: En su tierra poseerán el doble (Isai. LXI, 7). Los santos, en la tierra de los vivientes, poseen el doble, porque ciertamente gozan de la bienaventuranza del alma y del cuerpo al mismo tiempo. De ahí que Juan en el Apocalipsis, porque vio las almas de los santos clamando antes de la resurrección de los cuerpos, observó que recibieron estolas individuales, diciendo: Y se les dieron estolas blancas a cada uno, y se les dijo que descansaran un poco más de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos (Apoc. VI, 11). Antes de la resurrección, se dice que recibieron estolas individuales, porque aún disfrutaban solo de la bienaventuranza del alma. Por lo tanto, recibirán dos cuando, con el perfecto gozo de las almas, también se vistan de la incorruptibilidad de los cuerpos.

21. La aflicción aquí es cierta; cuánto durará, es incierto.---Con razón se dice que la aflicción del bienaventurado Job es cierta, pero se omite la cantidad de tiempo de su aflicción; porque se percibe la tribulación de la santa Iglesia en esta vida, pero se desconoce cuánto tiempo aquí debe ser soportada y prolongada. Por eso, también se dice con la boca de la Verdad: No os corresponde a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha puesto en su potestad (Hechos 1, 7). Por lo tanto, al decirse que la pasión del bienaventurado Job es cierta, se nos enseña lo que conocemos por experiencia. Pero al omitirse la cantidad de tiempo en la pasión, se nos enseña lo que debemos ignorar.

Hemos prolongado las palabras de la prefación, para hablar brevemente como si abarcáramos todo. Pero, dado que hemos llegado al inicio del discurso tras hablar extensamente, debemos

primero fijar la raíz de la historia, para poder luego saciar la mente con el fruto de las alegorías.

Parte primera, QUE ABARCA CINCO LIBROS.

LIBRO PRIMERO. Los primeros versículos del primer capítulo del libro de Job se explican primero en sentido histórico, luego en sentido alegórico y finalmente en sentido moral.

CAPÍTULO PRIMERO.

VERS. 1.---Había un hombre en la tierra de Hus, llamado Job. SENSO HISTÓRICO.---1. Job es llamado bueno entre los malos, lo cual es un gran elogio. Por eso se menciona dónde vivió el santo varón, para expresar su mérito de virtud. Pues, ¿quién no sabe que Hus es tierra de gentiles? La gentilidad estaba atada a los vicios porque ignoraba el conocimiento de su creador. Por lo tanto, se dice dónde vivió, para que esto contribuya a sus alabanzas, ya que fue bueno entre los malos. No es muy loable ser bueno entre los buenos, pero sí ser bueno entre los malos. Así como es de mayor culpa no ser bueno entre los buenos, es de inmenso elogio haber sido bueno incluso entre los malos. De ahí que el mismo bienaventurado Job da testimonio de sí mismo, diciendo: Fui hermano de dragones y compañero de avestruces (Job 30, 29). De ahí que Pedro elevó a Lot con grandes alabanzas, porque lo encontró bueno entre los réprobos, diciendo: Y libró al justo Lot, oprimido por la injusta conducta de los nefandos. Pues era justo en vista y oído, habitando entre ellos, quienes día tras día atormentaban su alma justa con obras iniquas (II Pedro 2, 7-8). Quien ciertamente no podría ser atormentado, si no escuchara y viera las malas obras de sus vecinos. Y sin embargo, es llamado justo en vista y oído, porque la vida de los inicuos no tocaba sus oídos y ojos deleitándolos, sino hiriéndolos. De ahí que Pablo dice a los discípulos: En medio de una nación perversa y depravada, entre los cuales brilláis como luminarias en el mundo (Filipenses 2, 15). De ahí que al ángel de la iglesia de Pérgamo se le dice: Sé dónde habitas, donde está el trono de Satanás; y mantienes mi nombre, y no has negado mi fe (Apocalipsis 2, 13). De ahí que la santa Iglesia es alabada con la voz del esposo, cuando en el Cantar de los Cantares se le dice: Como un lirio entre espinas, así es mi amada entre las hijas (Cantar de los Cantares 2, 2). Por lo tanto, se describe bien al bienaventurado Job viviendo en la mencionada tierra gentil entre los inicuos; para que, según el elogio del esposo, se muestre que creció como un lirio entre espinas. Por lo cual, se añade correctamente enseguida:

CAPÍTULO II.

IBID.---Simple, y recto.

2. La simplicidad y rectitud de Job. Ambas son necesarias.---Algunos son tan simples que ignoran lo que es recto. Pero abandonan la inocencia de la verdadera simplicidad al no elevarse a la virtud de la rectitud; porque, al no saber ser cautos mediante la rectitud, no pueden permanecer inocentes a través de la simplicidad. De ahí que Pablo advierta a los discípulos diciendo: Quiero que seáis sabios para el bien, pero sencillos para el mal (Rom. XVI, 19). De nuevo dice: No seáis niños en el juicio, sino que en la malicia sed como niños (I Cor. XIV, 20). Por eso la Verdad misma instruye a los discípulos, diciendo: Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas (Mat. X, 16). En ambas cosas unió necesariamente la advertencia; para que la simplicidad de la paloma fuera instruida por la astucia de la serpiente, y a su vez la astucia de la serpiente fuera moderada por la simplicidad de la paloma. Por eso el Espíritu Santo manifestó su presencia a los hombres, no solo en la paloma,

sino también en el fuego (Mat. III, 11, 16). Pues en la paloma se indica la simplicidad, y en el fuego el celo. Así se muestra en la paloma y en el fuego (Hech. II, 3): porque todos los que están llenos de Él sirven a la mansedumbre de la simplicidad, de modo que también se encienden con el celo de la rectitud contra las faltas de los que delinquen. Sigue:

CAPÍTULO III.

IBID.---Temiendo a Dios, y apartándose del mal.

3. Qué significa temer a Dios. Los bienes mezclados con los males son reprobados.---Temer a Dios es no omitir ningún bien que deba hacerse. Por eso se dice a través de Salomón: El que teme a Dios, no descuida nada (Eclesiástico VII, 19). Pero como algunos hacen ciertos bienes, sin embargo, no se abstienen de algunos males, después de ser llamado temeroso de Dios, también se le describe como apartándose del mal. Pues está escrito: Apártate del mal y haz el bien (Salmo XXXVI, 27). Porque los bienes no son aceptos a Dios, que se manchan ante sus ojos por la mezcla con los males. Por eso se dice a través de Salomón: El que peca en uno, perderá muchos bienes (Eclesiástico IX, 18). De ahí que Santiago atestigua diciendo: Cualquiera que guarde toda la ley, pero ofenda en uno, se hace culpable de todos (Santiago II, 10). De ahí que Pablo dice: Un poco de levadura corrompe toda la masa (I Corintios V, 6). [Vet. III.] Por lo tanto, el bienaventurado Job, para mostrar cuán puro fue en los bienes, se indica diligentemente cuán ajeno fue a los males.

4. Por qué se describen las virtudes de Job desde el principio.---Es costumbre de los narradores que, al introducir la competencia en la palestra, primero describan los miembros de los luchadores: cuán amplio y fuerte es el pecho, cuán sanos y llenos están los brazos, cómo el vientre, al estar bien colocado, ni pesa por su masa ni se debilita por su delgadez; de modo que, al mostrar primero los miembros aptos para la competencia, luego relaten los golpes de gran fortaleza. Por lo tanto, dado que nuestro atleta iba a luchar contra el diablo, como antes de un espectáculo en la arena, el escritor sagrado de la historia, enumerando en este atleta las virtudes espirituales, describe los miembros de la mente, diciendo: Aquel hombre era sencillo, recto, temeroso de Dios y apartado del mal, para que, al conocerse la gran disposición de los miembros, de esta misma posición fuerte se pueda prever también la victoria subsiguiente. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 2.---Y le nacieron siete hijos y tres hijas.

5. La multitud de hijos no lo llevó a la avaricia.---A menudo, la fecundidad de la prole incita el corazón del padre hacia la avaricia. Pues se enciende en el deseo de acumular herencia, cuanto más se ve fecundado con muchos herederos. Para mostrar cuán santa fue la mente del bienaventurado Job, se dice que fue justo y se afirma que fue padre de numerosa prole. Al inicio de su libro, se le describe como devoto en ofrecer sacrificios, y él mismo se recuerda como generoso en sus dádivas. Consideremos, pues, con cuánta fortaleza estuvo dotado, a quien ni el afecto por tantos herederos inclinó hacia la retención de la herencia. Sigue:

CAPÍTULO V [Ant. IV].

VERS. 3.---Y su posesión era de siete mil ovejas, y tres mil camellos; quinientas yuntas de bueyes, y quinientas asnas, y una familia muy numerosa.

6. Poseyó riquezas sin amor.---Sabemos que las pérdidas mayores conmueven la mente hacia un dolor más grande. Por lo tanto, para mostrar cuánta virtud existió, se dice que fue mucho lo que perdió pacientemente. En efecto, nunca se pierde sin dolor aquello que se posee sin amor. Así, mientras se describe una gran riqueza, y sin embargo, poco después se afirma que fue perdida pacientemente; lo que perdió sin dolor, es evidente que lo poseyó sin amor. También es de notar que primero se describen las riquezas del corazón y después las riquezas del cuerpo. Pues la abundancia de cosas suele liberar la mente del temor divino tanto más cuanto más la obliga a pensar en cosas diversas. Porque mientras se dispersa en muchas cosas, se le impide permanecer fija en lo íntimo. Esto lo indicó la Verdad misma cuando explicó la parábola del sembrador, diciendo: El que fue sembrado entre espinas, este es el que oye la palabra, pero la preocupación de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda sin fruto (Mat. XIII, 22; Luc. VIII, 7, 8; Marc. IV, 7). He aquí que el bienaventurado Job es dicho poseer muchas cosas, y poco después se afirma que sirve diligentemente con sacrificios divinos.

7. Ya había dejado todo en su corazón. Consideremos, por tanto, cuán grande fue la santidad de este hombre, quien, a pesar de estar tan ocupado, se dedicó con tanto esmero al servicio de Dios. Aún no había brillado la fuerza del precepto que ordena dejarlo todo; sin embargo, el bienaventurado Job ya guardaba en su corazón la esencia de ese mismo precepto, pues ciertamente había dejado su riqueza en su mente, ya que la poseía sin deleite.

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y era aquel hombre grande entre todos los Orientales.

8. Cuántas riquezas poseía.---¿Quién ignora que los hombres orientales son muy ricos? Por lo tanto, fue grande entre los orientales, como si se dijera abiertamente: porque incluso entre los ricos fue más rico.

CAPÍTULO VII.

VERS. 4.---Y sus hijos iban y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día: y enviaban a llamar a sus tres hermanas, para que comieran y bebieran con ellos.

9. La sustancia que debía dividirse entre los hijos, no dividió sus corazones.---Suele ser que entre hermanos una mayor sustancia se convierte en causa de discordia más grave. ¡Oh, inestimable alabanza de la enseñanza paterna! Y se dice que el padre es rico, y se afirma que los hijos son concordes. Y mientras la sustancia que debía dividirse estaba presente entre ellos, sin embargo, la caridad indivisa llenaba los corazones de todos.

CAPÍTULO VIII [Ant. V, Rec. IV].

VERS. 5.---Y cuando habían pasado los días del banquete, Job enviaba a llamarlos y los santificaba; y levantándose de madrugada, ofrecía holocaustos por cada uno de ellos.

10. Casi ningún banquete está libre de culpa, debido al placer y la locuacidad. Cuando se dice, enviaba y los santificaba, se demuestra claramente qué tipo de rigor ejercía hacia ellos en su presencia, a quienes no dejaba de atender con preocupación en su ausencia. Pero debemos observar con atención que, una vez concluidos los días del banquete, se aplica la

purificación mediante holocaustos individuales. El hombre santo sabía que era difícil celebrar banquetes sin culpa. Sabía que las comidas de los banquetes debían ser purificadas con grandes sacrificios; y cualquier cosa que los hijos hubieran contaminado en sí mismos durante el banquete, el padre lo limpiaba ofreciendo sacrificios. Hay algunos vicios que apenas pueden separarse de los banquetes, o ciertamente no pueden separarse en absoluto. Casi siempre, de hecho, el placer acompaña a las comidas. Pues mientras el cuerpo se relaja en el deleite de la refección, el corazón se abre a una alegría vana. Por eso está escrito: El pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantaron a jugar (Éxodo 32, 6).

11. Casi siempre la loquacidad sigue a los banquetes; y cuando el vientre se sacia, la lengua se desata. Por eso, con razón se describe al rico en el infierno pidiendo agua, diciendo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama (Luc. XVI, 24). Primero se dice que banqueteaba espléndidamente cada día; y después se menciona que pide agua para su lengua. Porque, como hemos dicho, durante los banquetes la loquacidad suele desbordarse, la pena indica la culpa, cuando la Verdad decía que aquel que banqueteaba espléndidamente cada día, ardía más en la lengua. Aquellos que afinan la armonía de las cuerdas, lo hacen con tal arte que a menudo, cuando se toca una, otra cuerda situada lejos y con muchas intermedias vibra: y mientras esta emite sonido, aquella, que está afinada en el mismo tono, tiembla sin que las otras sean tocadas. Así, en la Sagrada Escritura a menudo se trata de las virtudes, así de los vicios; de modo que al hablar insinúa una cosa, y al callar revela otra. [Vet. VI.] En efecto, no se menciona nada contra el rico sobre la loquacidad; pero mientras se dice que la pena está en la lengua, se muestra que esta fue la culpa más grave en el banquete.

12. Job, ofreciendo sacrificio en el octavo día, celebra el misterio de la resurrección.--- Cuando se describe que los siete hermanos celebran banquetes cada día, y al concluir los días del banquete, se dice que Job ofrece siete sacrificios; la historia indica claramente que el bienaventurado Job, al ofrecer sacrificio en el octavo día, celebra el misterio de la resurrección. Pues el día que ahora se llama Domingo es el tercero desde la muerte del Redentor, pero en el orden de la creación es el octavo, que también es el primero en la creación. Pero como sigue al séptimo al completarse el ciclo, se cuenta correctamente como octavo. Por lo tanto, al decirse que ofrece siete sacrificios en el octavo día, se afirma que, lleno del Espíritu de gracia septiforme, sirvió al Señor con la esperanza de la resurrección. Por eso también el salmo está prescrito para el octavo, en el cual se anuncia el gozo de la resurrección [Vet. VII]. Pero dado que los hijos del bienaventurado Job estaban tan bien disciplinados en buena formación, que ni por sus acciones en los banquetes ni por sus palabras pecaban, se muestra claramente cuando se añade:

CAPÍTULO IX [Rec. V].

IBID.---Decía él: No sea que mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en sus corazones.

13. No se debe juzgar temerariamente el corazón ajeno. A los rectores de los fieles que desconocen sus obras. --- En efecto, había enseñado que fueran perfectos en obra y palabra, por quienes temía solo por el pensamiento del padre. Pero dado que no debemos juzgar temerariamente los corazones ajenos, reconocemos en las palabras de este santo varón, quien no dijo: Porque bendijeron en sus corazones: sino, No sea que hayan bendecido a Dios en sus corazones. Por lo cual, bien se dice por Pablo: No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará los consejos de los

corazones (I Cor. IV, 5). [Vet. VIII]. Pues quien se desvía de la rectitud en el pensamiento, peca en las tinieblas. Por tanto, nosotros debemos reprobarnos con menos audacia los corazones ajenos, cuanto sabemos que con nuestra vista no podemos iluminar las tinieblas del pensamiento ajeno. Pero debe observarse con diligencia cuánta severidad pudo el padre corregir las obras de los hijos, quien con tanta solicitud se esforzó por purificar los corazones. ¿Qué dicen a esto los rectores de los fieles, que desconocen incluso las obras manifiestas de sus discípulos? ¿Qué piensan en su excusa, quienes no cuidan las heridas de las acciones encomendadas a ellos? Para que también se demuestre la perseverancia de esta santa obra, se añade correctamente:

CAPÍTULO X.

IBID.---Así hacía Job todos los días.

14. La perseverancia de Job.---Está escrito: El que perseverare hasta el fin, ese será salvo. (Mateo 10, 22; 24, 13.) En el sacrificio, por tanto, se muestra la acción santa, y en todos los días del sacrificio, la constancia de la acción santa se manifiesta. Hemos recorrido brevemente la historia siguiendo este hilo; ahora el orden de la exposición exige que, repitiendo el comienzo, revelemos ya los secretos de las alegorías.

CAPÍTULO XI. [Ant. IX].

VERS. 1.---Había un hombre en la tierra de Hus, llamado Job.

15. SENTIDO ALEGÓRICO.---Cristo designado con el nombre de Job.---Creemos que estos hechos ocurrieron históricamente, pero veamos cómo se han cumplido alegóricamente. Job, como hemos dicho, se interpreta como doliente; Hus, en cambio, como consejero. ¿A quién más representa el bienaventurado Job con su nombre, sino a aquel de quien el profeta habla diciendo: él llevó nuestros dolores (Isaías LIII, 4)? Él habita la tierra de Hus, porque reina en el corazón del pueblo consejero. Pablo, de hecho, llama a Cristo el poder de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Y esta misma Sabiduría dice a través de Salomón: Yo, la sabiduría, habito en el consejo y estoy presente en los pensamientos de los eruditos (Proverbios VIII, 12). Por lo tanto, Job habita la tierra de Hus, porque la Sabiduría, que soportó el dolor de la pasión por nosotros, ha hecho su morada en los corazones dedicados a los consejos de vida.

CAPÍTULO XII [Vet X].

IBID.---Y era aquel hombre sencillo y recto.

16. Mantuvo la simplicidad y la rectitud. — En la rectitud se señala la justicia, y en la simplicidad, la mansedumbre. A menudo, cuando ejecutamos la rectitud de la justicia, dejamos de lado la mansedumbre; y cuando deseamos conservar la mansedumbre, nos desviamos de la rectitud de la justicia. Sin embargo, el Señor encarnado mantuvo la simplicidad con la rectitud: porque ni en la mansedumbre perdió la severidad de la justicia, ni a su vez en la severidad de la justicia perdió la virtud de la mansedumbre. Por eso, cuando algunos, al presentar a la adúltera, quisieron tentarlo para que cayera en la falta de falta de mansedumbre o de injusticia, respondió a ambos diciendo: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella (Juan 8, 7). Da la simplicidad de la mansedumbre quien de vosotros esté sin pecado; da el celo de la justicia, sea el primero en

arrojar la piedra contra ella. Por eso el profeta le dice: Avanza con éxito, procede y reina por la verdad, la mansedumbre y la justicia (Salmo 44, 5). Pues ejecutando la verdad, conservó la mansedumbre con la justicia; de modo que ni perdiera el celo de la rectitud por el peso de la mansedumbre, ni a su vez perturbara el peso de la mansedumbre por el celo de la rectitud. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

IBID.---Temiendo a Dios, y apartándose del mal.

17. Cómo temió a Dios.---Está escrito de él: Y lo llenó el espíritu del temor del Señor (Isaías XI, 3). Pues el Señor encarnado mostró en sí mismo todo lo que nos inspiró, para que lo que ordenara con precepto, lo persuadiera con ejemplo. Según la naturaleza de la humanidad, nuestro Redentor temió a Dios; porque para redimir al hombre soberbio asumió una mente humilde por él. Lo cual se designa bien por esto, que Job es dicho apartarse del mal, y su acción se señala. Él ciertamente se apartó del mal, no porque lo hiciera, sino porque lo reprobó al encontrarlo: porque abandonó la vida antigua de la conversación humana que encontró al nacer; e imprimió una nueva en las costumbres de sus seguidores que trajo consigo.

CAPÍTULO XIV [Rec. VI].

Vers. 2.---Y le nacieron siete hijos y tres hijas.

18. El número septenario es perfecto. ¿Qué se entiende por el número septenario sino la suma de la perfección? Aunque dejemos de lado las razones humanas que afirman que el número septenario es perfecto porque se compone del primer número par y del primer número impar; del primero que puede dividirse y del primero que no puede dividirse; sabemos con certeza que la Sagrada Escritura acostumbra a considerar el número septenario como símbolo de perfección (Génesis II, 3). Por eso también se afirma que el Señor descansó de sus obras en el séptimo día. De ahí que el séptimo día se haya dado a los hombres como día de descanso, es decir, como sábado. De ahí que el año jubilar, en el que se expresa el descanso pleno, se complete con siete semanas, que se cumple con la unidad añadida de nuestra reunión.

[Vet. XII.] 19. Los hijos de Job simbolizan a los apóstoles.---Nacieron, por tanto, siete hijos para él. Es decir, los apóstoles que avanzan valientemente para predicar. Quienes, al cumplir los preceptos de la perfección, mantuvieron en su conducta la fortaleza de un sexo superior. De ahí que, para ser llenos de la perfección de la gracia septiforme del Espíritu, fueron elegidos doce. Pues del número siete se asciende al doce. Porque el siete, multiplicado por sus propias partes, tiende al doce. Ya sea que se multipliquen cuatro por tres, o tres por cuatro, el siete se convierte en doce. Por lo tanto, los santos apóstoles, porque fueron enviados a predicar la santa Trinidad en las cuatro partes del mundo, fueron elegidos doce; para que también en número mostraran la perfección que predicaban con su vida y su voz.

20. Hijas del pueblo fiel. Tres órdenes de los fieles.---Y nacieron tres hijas. ¿Qué entendemos por las hijas, sino las multitudes más débiles de los fieles, que aunque no persisten con fuerte virtud hacia la perfección de la obra, sin embargo, mantienen firmemente la fe conocida de la Trinidad? En los siete hijos se representa el orden de los predicadores, y en las tres hijas se significa la multitud de los oyentes. También pueden designarse tres órdenes de fieles a través de las tres hijas. Después de los hijos, se mencionan las hijas, porque después de la

fortaleza visible de los apóstoles, siguieron tres distinciones de fieles en la vida de la Iglesia: a saber, de los pastores, de los continentes y de los casados. [Vet. XIII.] Por eso el profeta Ezequiel afirma haber oído de tres hombres liberados, a saber, Noé, Daniel y Job (Ezequiel XIV). ¿Qué se significa por Noé, que dirigió el arca en las aguas, sino el orden de los superiores; quienes, al presidir al pueblo con un modelo de vida, gobiernan la santa Iglesia en las olas de las tentaciones? ¿Qué se figura por Daniel, cuya asombrosa abstinencia se escribe, sino la vida de los continentes; quienes, al abandonar todo lo que es del mundo, dominan con alta mente la Babilonia despreciada? ¿Qué se significa por Job, sino la vida de los buenos cónyuges; quienes, de las cosas del mundo que poseen, al realizar obras piadosas, tienden como por el camino de la tierra hacia la patria celestial? Por lo tanto, ya que después de los santos apóstoles siguieron estas tres distinciones de fieles, correctamente se mencionan tres hijas nacidas después de los hijos. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 3.---Y su posesión era de siete mil ovejas y tres mil camellos.

21. Ovejas inocentes, camellos viciosos gentiles representados y samaritanos.---Puesto que los fieles oyentes han sido reunidos de diversas maneras de vida, lo que antes se decía universalmente, al mencionar a las hijas, ahora se añade distintamente bajo la denominación de animales. ¿Qué expresa en las siete mil ovejas, sino la perfecta inocencia de algunos, que viene a la perfección de la gracia desde los pastos de la ley? ¿Y qué en los tres mil camellos, sino que se designa la viciosidad torcida de los gentiles que llega a la plenitud de la fe? [Vet. XIV.] En la Sagrada Escritura, a veces el nombre de camello se refiere al mismo Señor, y otras veces al pueblo gentil. El Señor es designado con el nombre de camello, como dice el mismo Señor a los judíos adversarios: Coláis el mosquito, pero tragáis el camello (Mat. XXIII, 24). El mosquito hiere con su zumbido, pero el camello se inclina voluntariamente para recibir cargas. Así, los judíos colaron el mosquito, porque pidieron liberar al ladrón sedicioso; pero tragaron el camello, porque intentaron clamar para extinguir a aquel que había descendido voluntariamente para cargar con los pesos de nuestra mortalidad. Nuevamente, el nombre de camello designa a la gentilidad. Por eso, Rebeca, al venir a Isaac (Gén. XXIV, 61), es llevada en el lomo de un camello; porque la Iglesia, apresurándose desde la gentilidad hacia Cristo, se encuentra en las conversaciones torcidas y viciosas de la vida antigua. Al ver a Isaac, desciende; porque al conocer al Señor, la gentilidad abandona sus vicios y busca la humildad desde la altitud de la arrogancia. Y se cubre con un velo por vergüenza, porque se confunde ante Él por su vida pasada. Por eso, también el Apóstol dice a los mismos gentiles: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? (Rom. VI, 21.) Así, pues, ya que por las ovejas entendemos a los hebreos que vienen de los pastos de la ley a la fe, nada impide que por los camellos entendamos a los pueblos gentiles, torcidos en costumbres y cargados con el culto a los ídolos. Porque, al haberse encontrado a sí mismos los dioses que adoraban, era como si de sí mismos les hubiera crecido una carga en el lomo que debían llevar.

[Vet XV.] 22. También puede ser que a través de los camellos se simbolice la vida de los samaritanos, ya que son animales comunes. Los camellos rumian, pero no tienen la pezuña hendida. De manera similar, los samaritanos rumian, porque reciben en parte las palabras de la ley; y no tienen la pezuña hendida, porque la desprecian en parte. Además, soportan una carga pesada en la espalda de su mente, porque en todo lo que hacen, trabajan sin la esperanza de la eternidad. En efecto, desconocen la fe en la resurrección. ¿Y qué puede ser más pesado y cargado que sufrir la aflicción de un mundo pasajero y no esperar los gozos de

la recompensa para el alivio del alma? Pero como el Señor, apareciendo en la carne, llenó con la gracia de la perfección al pueblo hebreo, y condujo a algunos samaritanos al conocimiento de la fe mostrando obras maravillosas; se puede decir correctamente de la sombra, que expresaría la verdad, que poseía siete mil ovejas y tres mil camellos. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

IBID.---Quinientos yuntas de bueyes y quinientas asnas.

23. Qué se designa con el nombre de bueyes. Qué con el nombre de asnos.---Ya se ha dicho anteriormente que en el número cincuenta, que se completa con siete semanas y una unidad añadida, se designa el descanso; y que el número diez expresa la suma de la perfección. Dado que a los fieles se les promete la perfección del descanso, se llega al quinientos multiplicando cincuenta por diez. En la Sagrada Escritura, el nombre de bueyes a veces representa la torpeza de los necios, y a veces la vida de los que obran bien. Porque con el nombre de buey se figura la insensatez de los necios, correctamente se dice por Salomón: "Y al instante la sigue como buey llevado al matadero" (Proverbios VII, 22). Nuevamente, porque con el nombre de bueyes se expresa la vida de cada uno de los que obran, los preceptos de la ley lo atestiguan, que por Moisés se ordenó, diciendo: "No pondrás bozal al buey que trilla" (Deut. XXV, 4). Lo que claramente se dice de nuevo: "El obrero es digno de su salario" (Lucas X, 7). Con el nombre de asnos también se designa a veces la pereza de los necios, a veces la lujuria desmedida de los insolentes, y a veces la simplicidad de los gentiles. La pereza de los necios se figura con la apelación de asnos, como se dice por Moisés: "No ararás con buey y asno juntos" (Deut. XXII, 10). Como si dijera: No asocies a los necios con los sabios en la predicación, para que no obstaculices al que puede prevalecer por aquel que no puede cumplir la tarea. La lujuria desmedida de los insolentes también se expresa con la apelación de asnos, como lo atestigua el profeta, que dice: "Cuyas carnes son como carnes de asnos" (Ezequiel XXIII, 20). Con el nombre de asnos, nuevamente, se muestra la simplicidad de los gentiles. Por eso, el Señor, al dirigirse a Jerusalén, se dice que se sentó sobre un asno (Mateo XXI, 5). ¿Qué significa venir a Jerusalén sentado sobre un asno, sino poseer los corazones simples de los gentiles, guiándolos y presidiéndolos hacia la visión de la paz? Esto se muestra con un solo y sencillo testimonio: porque tanto los obreros de Judea se designan por los bueyes, como los pueblos gentiles por el asno, cuando se dice por el profeta: "Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor" (Isaías I, 3). ¿Quién es el buey, sino el pueblo judío, cuya cerviz fue sometida al yugo de la ley? ¿Y quién es el asno, sino los gentiles, que cualquier seductor encontró como un animal bruto, y sin resistencia alguna, lo sometió al error que quiso? Por tanto, el buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor, porque tanto el pueblo hebreo encontró a Dios, a quien adoraba pero no conocía, como los gentiles recibieron el alimento de la ley, que no tenían. Lo que se dice anteriormente de las ovejas y los camellos, se repite a continuación en los bueyes y los asnos.

24. Predicadores de los judíos, bueyes oprimidos por el yugo de la ley.---En verdad, antes de la venida del Redentor, Judea tenía bueyes, porque envió a predicar a los obreros, a quienes la voz de la Verdad dice: ¡Ay de vosotros, hipócritas, que recorréis el mar y la tierra seca para hacer un prosélito; y cuando lo habéis hecho, lo convertís en hijo del infierno el doble que vosotros! (Mateo XXIII, 15). A quienes el pesado yugo de la ley oprimía, porque soportaban los mandatos exteriores de la letra. A ellos la voz de la Verdad dice: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo XI, 28, 29). Por lo tanto, lo que en el Evangelio se promete a los que trabajan bien es descanso, esto es lo que aquí se

menciona con los quinientos yugos de bueyes: porque aquellos que someten su cuello al dominio del Redentor, ¿hacia dónde tienden sino hacia el descanso? [Vet. XVII.] Por eso también se mencionan quinientas asnas; porque los pueblos gentiles llamados, mientras desean llegar al descanso, llevan con gusto todas las cargas de los mandamientos. Por eso es bueno que el pueblo gentil desee este descanso, Jacob, al hablar a sus hijos, se esforzó en señalarlo con voz profética, diciendo: Isacar es un asno fuerte, recostado entre los límites, vio que el descanso era bueno, y la tierra que era óptima, y sometió su hombro para llevar (Génesis, 14, 15). Recostarse entre los límites es descansar esperando el fin del mundo, y no buscar nada de lo que ahora se mueve en medio, sino desear lo último. Y el asno fuerte ve el descanso y la tierra óptima, cuando la simplicidad de los gentiles se levanta al vigor de la buena obra, porque tiende hacia la patria de la vida eterna. Que somete su hombro para llevar; porque al contemplar el descanso supremo, se somete a los preceptos, incluso los más graves, en la operación, y lo que la pusilanimidad considera intolerable, la esperanza de la recompensa le muestra como leve y fácil. Por lo tanto, porque Judea y los gentiles se reúnen para el descanso eterno por parte de los elegidos, se dice correctamente que se tienen quinientos yugos de bueyes y quinientas asnas. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Ant. XVIII].

IBID.---Y la familia es demasiado numerosa.

25. Los necios del mundo fueron llamados antes que los sabios.---¿Qué significa que primero se describe la multitud de animales y al final se menciona la familia, sino que para el conocimiento de la fe primero se reunieron los necios del mundo, para que después también fueran llamados los astutos, como atestigua Pablo, quien dice: No muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles, sino que Dios eligió lo que es necio en el mundo para confundir a los sabios [I Cor. I, 27]? Pues los mismos principios de la santa Iglesia se describen como ignorantes de las letras, para que, en efecto, en todos sus predicadores el Redentor mostrara que a los pueblos creyentes no los persuadía el discurso, sino la causa. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Ant. XIX].

IBID.---Aquel hombre era grande entre todos los orientales.

26. Cristo en su humanidad es semejante a los demás, en su divinidad es único. Nuestro Redentor es llamado Oriente, como lo atestigua el profeta que dice: Y he aquí un varón cuyo nombre es Oriente (Zacarías 6, 12). Por lo tanto, todos los que permanecen en esta fe del Oriente son correctamente llamados Orientales. Pero dado que todos los hombres son solamente hombres, mientras que Él, el Oriente, es Dios y hombre, se dice correctamente: Era grande entre todos los Orientales. Como si se dijera abiertamente: Supera a todos los que nacen en la fe de Dios; porque no es la adopción, sino la naturaleza la que lo exalta en la divinidad, quien, aunque en humanidad apareció semejante a los demás, en divinidad permaneció sobre todo único.

CAPÍTULO XIX [Rec. VII, Vet. XX].

Vers. 4.---Y sus hijos iban y hacían banquetes en sus casas.

27. En los hijos de Job que celebran banquetes se deben entender a los predicadores. Los hijos, al organizar banquetes, iban de casa en casa, así como los apóstoles predicadores ministraban en diversas regiones del mundo, ofreciendo banquetes de virtudes a los oyentes, como si estuvieran comiendo. Por eso, a estos mismos hijos se les dice de los pueblos hambrientos: Dadles vosotros de comer (Mateo XIV, 17; XV, 32; Marcos VI, 37; Lucas IX, 13). Y de nuevo: No quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino. Es decir, que en vuestra predicación reciban la palabra de consolación, para que no queden en ayunas del alimento de la verdad y sucumban en el trabajo de esta vida. Por eso, a estos mismos hijos se les dice: Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna (Juan VI, 27). Cómo se ofrecían estos banquetes se añade cuando inmediatamente se introduce:

CAPÍTULO XX.

IBID.---Cada uno en su día.

28. Según la medida de la inteligencia para alimentar a los oyentes.---Si la oscuridad de la ignorancia es sin duda una noche del corazón, el entendimiento no sin razón se llama día. Por eso también se dice por medio de Pablo: Uno juzga un día entre día, otro juzga todos los días (Rom. XIV, 5). Como si dijera claramente: Uno entiende algunas cosas dejando otras, mientras que otro conoce todo lo posible de entender tal como debe ser visto. Cada hijo, por tanto, ofrece un banquete en su día, porque cada predicador santo alimenta las mentes de los oyentes con los manjares de la verdad según la medida de su inteligencia iluminada. En su día, Pablo había hecho un banquete, cuando decía: Serán más dichosos si permanecen así según mi consejo (I Cor. VII, 40). Advertía a cada uno que pensara en su propio día, cuando decía: Cada uno abunde en su propio sentido (Rom. XIV, 5). Sigue:

CAPÍTULO XXI.

IBID.---Y enviaron a llamar a sus tres hermanas, para que comieran y bebieran con ellos.

29. En estas se significan las hijas de Job. La Sagrada Escritura es a veces alimento, a veces bebida. Las hermanas de los hijos invitan al banquete: porque los santos apóstoles predicar a los oyentes débiles las alegrías del alimento celestial, y alimentan sus mentes, que ven hambrientas del sustento de la verdad, con los banquetes del divino discurso. [Vet. XXI.] Bien se dice: Para que comieran y bebieran con ellos. La Sagrada Escritura es a veces alimento, a veces bebida. Es alimento en los pasajes más oscuros, porque al ser explicada se desmenuza y se ingiere masticando. Es bebida en los pasajes más claros, porque se absorbe tal como se encuentra. El profeta vio la Sagrada Escritura como alimento, que se desmenuzará al ser explicada, cuando decía: Los niños pidieron pan, y no había quien se lo partiera (Lam. IV, 4): es decir, los débiles pidieron que las sentencias más fuertes de la Sagrada Escritura se desmenuzaran al ser explicadas; pero no se encuentra quien pueda explicarlas. El profeta vio la Sagrada Escritura como bebida, cuando decía: Todos los sedientos, venid a las aguas (Isa. LV, 1). Si las órdenes claras no fueran bebida, la Verdad misma no clamaría: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan VII, 37). El profeta vio que faltaban tanto el alimento como la bebida en Judea, cuando decía: Sus nobles perecieron de hambre, y su multitud se secó de sed (Isa. V, 12). Porque pocos son los que pueden conocer lo fuerte y oculto; pero muchos pueden sentir lo claro de la historia. Y por eso afirma que los nobles de Judea perecieron no de sed, sino de hambre; porque aquellos que parecían estar al mando, al entregarse completamente a la inteligencia exterior, no tenían qué masticar

discutiendo sobre lo íntimo. Y porque al caer los más sublimes del entendimiento interno, la inteligencia de los pequeños también se seca en lo exterior, se añade correctamente allí: Su multitud se secó de sed. Como si dijera abiertamente: mientras el pueblo abandona el estudio de su vida, ya no busca las corrientes de la historia. Y aquellos que testifican haber entendido tanto los mandatos ocultos como los claros del sagrado discurso, se quejan al juez que los reprueba diciendo: Comimos y bebimos delante de ti (Lucas XIII, 26). Lo que claramente explican añadiendo: Y enseñaste en nuestras plazas (Ibid.). Porque, por tanto, los sagrados discursos en los pasajes más oscuros se desmenuzan al ser explicados, y en los pasajes más claros se beben tal como se encuentran, se dice correctamente: Enviando llamaban a sus tres hermanas, para que comieran y bebieran con ellos. Como si se dijera abiertamente: llevaban a los débiles a ellos con persuasión amable, para que sus mentes, discutiendo lo grande por la contemplación, se alimentaran, y entregando lo pequeño por la historia, se nutrieran. Sigue:

CAPÍTULO XXII [Ant. XXII].

VERS. 5.---Y cuando habían pasado los días del banquete, Job enviaba y los santificaba; y levantándose de madrugada ofrecía holocaustos por cada uno de ellos.

30. Cristo purifica los corazones de sus predicadores.---Los días del banquete pasan en el mundo, mientras se llevan a cabo los ministerios de la predicación. Y una vez concluidos los banquetes, Job ofreció un holocausto por sus hijos; porque el Redentor oró al Padre por los apóstoles que regresaban de la predicación. Se dice bien que al enviar, santifica; porque al otorgar el Espíritu Santo, que procede de Él, a los corazones de los discípulos, purificó cualquier culpa que pudiera haber. Y se dice correctamente que se levanta al amanecer para ofrecer holocaustos; porque al presentar su petición de intercesión por nosotros, disipó la noche del error e iluminó las tinieblas de la mente humana; para que la mente no se contamine en secreto con el contagio del pecado, a partir de la misma gracia de la predicación; para que no se atribuya a sí misma lo que hace; para que, al atribuirse lo que hacía, no lo pierda. Por lo cual, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXIII [Ant. XXIII; Rec. VIII].

IBID.---Decía él: No sea que mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en sus corazones.

31. Cómo deben limpiarse las manchas contraídas por los predicadores.---Bendecir a Dios, es decir, maldecir, es atribuirse a uno mismo la gloria que proviene de su don. Por eso, el Señor lavó los pies de los santos apóstoles después de la predicación (Juan XIII, 5); para mostrar claramente que, a menudo, incluso en una buena obra, se contrae el polvo del pecado, y de ahí se ensucian las huellas de los que hablan, mientras se purifican los corazones de los oyentes. Pues muchas veces, algunos, al pronunciar palabras de exhortación, se elevan internamente, aunque sea de manera sutil, porque a través de ellos se deriva la gracia de la purificación; y mientras con la palabra diluyen las obras ajenas, es como si tomaran del buen camino el polvo del mal pensamiento. ¿Qué fue, entonces, lavar los pies de los discípulos después de la predicación, sino limpiar el polvo de las pensamientos tras la gloria de la predicación, y purificar los pasos del corazón de la elevación interna? No se opone a la ciencia omnisciente del Mediador lo que se dice: "No sea que". Pues, conociendo todo, pero asumiendo en su discurso nuestra ignorancia, y al asumirla enseñando, a veces habla como si fuera desde nuestra duda, como dice: "Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra?" (Lucas XVIII, 3). Completados los banquetes, Job, ofreciendo sacrificio por sus hijos, decía: "No sea que mis hijos hayan pecado y bendecido a Dios en sus

corazones"; porque nuestro Redentor, después de limpiar a sus predicadores de los males que los atacan, también los defiende de las tentaciones entre los bienes que han realizado. Sigue:

CAPÍTULO XXIV [Ant. XXIV; Rec. IX].

IBID.---Así hacía Job todos los días.

32. Holocausto ofrecido continuamente por Cristo por nosotros. Job no cesa de ofrecer sacrificios todos los días; porque nuestro Redentor inmola sin interrupción un holocausto por nosotros, mostrando continuamente al Padre su encarnación por nosotros. En efecto, su encarnación es una ofrenda para nuestra purificación; y al mostrarse como hombre, interviene y limpia los pecados del hombre. Y con el misterio de su humanidad ofrece un sacrificio perpetuo, porque también son eternas las cosas que purifica.

33. [Vet. XXV.] Qué se ha dicho hasta ahora sobre el sentido histórico y alegórico, y qué se debe tratar a continuación sobre el moral.---Por lo tanto, dado que al inicio de la exposición dijimos que la persona del bienaventurado Job anunciaba al Señor, de manera que por él se designaba la cabeza y el cuerpo, es decir, Cristo y la Iglesia; después de haber mostrado cómo se cree que se designa nuestra cabeza, ahora indiquemos cómo se expresa su cuerpo, que somos nosotros; para que, habiendo escuchado de la historia lo que debemos admirar, y conocido de la cabeza lo que debemos creer, consideremos ahora del cuerpo lo que debemos mantener en nuestra vida. Pues debemos transformar en nosotros mismos lo que leemos; de modo que, cuando el alma se excita por la audición, la vida concurra a obrar lo que ha escuchado.

CAPÍTULO XXV [Ant. XXVI, Rec. X].

VERS. 1.---Había un hombre en la tierra de Hus llamado Job.

34. SENTIDO MORAL.---Job representa a los elegidos. Cuál es su afecto hacia lo terrenal y lo eterno.---Si Job es llamado doliente y Hus consejero, no sin razón cada uno de estos nombres figura a un elegido; porque, en efecto, habita un alma consejera en quien, doliente por lo presente, se apresura hacia lo eterno. Pues hay algunos que descuidan su vida; y mientras desean lo transitorio, mientras lo eterno o no lo entienden, o lo entendido lo desprecian, ni sienten dolor, ni saben tener consejo. Y como no consideran las cosas superiores que han perdido, ¡ay de ellos, miserables!, creen estar en bienes. De ninguna manera elevan los ojos de la mente a la luz de la verdad, para la cual fueron creados; de ninguna manera dirigen la mirada del deseo hacia la contemplación de la patria eterna: sino que, abandonándose a sí mismos en aquello a lo que han sido arrojados, aman como patria el exilio que padecen, y en la ceguera que soportan, se regocijan como si fuera en la claridad de la luz. Pero, por el contrario, las mentes de los elegidos, al ver que todas las cosas transitorias no son nada, buscan para qué han sido creadas; y como nada fuera de Dios satisface su anhelo, el pensamiento de ellos, fatigado por el ejercicio de la búsqueda, descansa en la esperanza y contemplación de su Creador, desea unirse a los ciudadanos celestiales; y cada uno de ellos, aún puesto en el mundo corporalmente, ya se eleva con la mente fuera del mundo, deplora la aflicción del exilio que soporta, y se excita con los incesantes estímulos del amor hacia la patria sublime. Así, cuando el doliente ve cuán eterno es lo que ha perdido, encuentra un consejo saludable, despreciar lo temporal que pasa; y cuanto más crece el conocimiento del consejo, para abandonar lo perecedero, tanto más aumenta el dolor, porque aún no alcanza lo que ha de perdurar. Por eso, bien se dice por Salomón: Quien añade

conocimiento, añade dolor (Eclesiastés I, 18). Porque quien ya conoce las cosas supremas que aún no posee, más duele por las inferiores en las que se retiene.

35. En la tierra de Hus, es decir, en el consejo habitan. Por tanto, con razón se dice que Job habita en la tierra de Hus, porque en el consejo de la ciencia se sostiene el alma doliente de cada elegido. También debe observarse que no hay dolor mental en la acción de la precipitación. Pues aquellos que viven sin consejos, que se abandonan precipitadamente a los eventos, no se fatigan mientras tanto con el dolor de las reflexiones. Porque quien fija su mente con diligencia en el consejo de la vida, se considera cautelosamente en toda acción, y para que no surja un final repentino y adverso de lo que se hace, primero lo palpa suavemente con el pie de la reflexión; considera que el temor no impida lo que debe hacerse; que la precipitación no empuje en lo que debe diferirse; que los deseos perversos no prevalezcan en abierta batalla; que lo recto no sea suplantado por la vana gloria al acecho. Job, por tanto, habita en la tierra de Hus, mientras más se esfuerza el alma del elegido por vivir con consejo, más se fatiga con el dolor del camino angosto. Sigue:

CAPÍTULO XXVI [Ant. XXVII, Rec. XI].

IBID.---Simple y recto, temeroso de Dios, y apartado del mal.

36. La simplicidad y rectitud del justo.---Quienquiera que anhele la patria eterna, vive sin duda de manera sencilla y recta: sencillo en sus obras, recto en su fe; sencillo en las buenas acciones que realiza aquí abajo, recto en las verdades supremas que siente en su interior. Hay, en efecto, algunos que no son sencillos en las buenas obras que realizan, ya que no buscan en ellas una recompensa interior, sino un favor exterior. Por eso, sabiamente se dice: ¡Ay del pecador que entra en la tierra por dos caminos! (Eclesiástico II, 14). Pues el pecador entra en la tierra por dos caminos cuando lo que muestra en sus obras es de Dios, pero lo que busca en sus pensamientos es del mundo.

37. Comienza con el temor, se consuma en la caridad.---Bien se dice: Temiendo a Dios, y apartándose del mal; porque la santa Iglesia de los elegidos inicia sus caminos de simplicidad y rectitud con temor, pero los consuma con caridad. Entonces se aparta completamente del mal cuando, por amor a Dios, comienza a no querer pecar. Pero cuando aún obra bien por temor, no se ha apartado completamente del mal; porque peca en el mismo hecho de que desearía pecar si pudiera hacerlo impunemente. Por tanto, correctamente se dice que Job teme a Dios y también se le atribuye apartarse del mal; porque cuando el temor es seguido por la caridad, aquello que se abandona en la mente, también se pisa como culpa por el propósito del pensamiento. Y porque por temor se reprime cada vicio, pero de la caridad nacen las virtudes, correctamente se añade:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XII].

VERS. 2.---Y le nacieron siete hijos y tres hijas.

38. Los siete hijos de Job significan los siete dones del Espíritu Santo; las tres hijas, la esperanza, la fe y la caridad. En efecto, nos nacen siete hijos cuando, por la concepción de un buen pensamiento, las siete virtudes del Espíritu Santo surgen en nosotros. El profeta enumera esta prole interna cuando el Espíritu fecunda la mente, diciendo: "Reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu de temor del Señor" (Isaías XI, 2). Así,

cuando por la venida del Espíritu Santo, la sabiduría, la inteligencia, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor del Señor nacen en cada uno de nosotros, se propaga en la mente una posteridad que perdura, la cual conserva la nobleza de nuestra estirpe celestial tanto más tiempo cuanto más se asocia al amor de la eternidad. Pero sin duda, los siete hijos tienen en nosotros a sus tres hermanas, porque todo lo que estos sentidos viriles de las virtudes realizan, lo unen a la esperanza, la fe y la caridad. Pues los siete hijos no alcanzan la perfección del número diez, si no es en la fe, la esperanza y la caridad que se realiza todo lo que hacen. Y dado que a esta abundancia de virtudes precedentes sigue la múltiple consideración de las obras buenas, con razón se añade:

CAPÍTULO XXVIII [Rec. XIII].

VERS. 3.---Y su posesión era de siete mil ovejas y tres mil camellos.

39. Posee ovejas quien alimenta su mente inocente con la verdad interior. Pues, conservando la verdad de la historia, podemos imitar espiritualmente lo que escuchamos carnalmente. Poseemos siete mil ovejas cuando alimentamos pensamientos inocentes, con perfecta pureza de corazón, dentro de nosotros mismos, con el alimento de la verdad buscada.

40. Posee camellos aquel que somete lo que en él es elevado y tortuoso a la fe, o lo dobla por caridad. Y tendremos en posesión también tres mil camellos, si todo lo que en nosotros es elevado y tortuoso se somete a la razón de la fe, y bajo el conocimiento de la Trinidad, se inclina voluntariamente al deseo de la humildad. Sin duda poseemos camellos si lo que consideramos elevado lo depositamos humildemente. Poseemos camellos, sin duda, cuando inclinamos nuestros pensamientos hacia la compasión por la debilidad fraterna, para que, llevando mutuamente nuestras cargas, aprendamos a compadecernos de la debilidad ajena condescendiendo. También pueden entenderse por camellos las buenas dispensaciones de las cosas terrenales, que no dividen la pezuña, pero sí rumian: ya que tienen algo del mundo y algo de Dios, es necesario designarlas por un animal común. Pues la dispensación terrenal, aunque sirva a la utilidad eterna, no puede realizarse sin perturbación de la mente. [Vet. XXIX.] Porque, por esta razón, la mente se confunde en el presente y se prepara una recompensa eterna, como un animal común, tiene algo de la ley y algo que no tiene. No divide la pezuña, porque el alma no se separa completamente de toda obra terrenal; pero rumia, porque al dispensar bien lo temporal, espera lo celestial con la confianza de la certeza. Las dispensaciones terrenales, por tanto, al modo de los camellos, concuerdan con la ley en la cabeza, pero discrepan en el pie; porque son del cielo aquellas cosas que los justos desean, y de este mundo son aquellas en las que se ocupan con sus obras. Nosotros, entonces, cuando sometemos estas dispensaciones terrenales al conocimiento de la Trinidad, poseemos camellos por la fe. Sigue:

CAPÍTULO XXIX [Ant. XXX].

Quinientos también yugos de bueyes, y quinientas asnas.

41. Yuntas de bueyes, virtudes concordes. Asnas juguetonas, movimientos o pensamientos simples. Las yuntas de bueyes son para el uso de nuestra posesión, cuando las virtudes concordes aran la dureza de la mente. También poseemos quinientas asnas, cuando restringimos los movimientos juguetones; y todo lo que en nosotros desea surgir carnalmente, lo refrenamos con el dominio espiritual del corazón. O ciertamente poseer asnas es gobernar pensamientos simples dentro de nosotros: que mientras no pueden correr en un entendimiento

más sutil, cuanto más lentamente caminan, más mansamente llevan las cargas fraternas. Hay, de hecho, algunos que, al no entender lo alto, se someten humildemente a las obras exteriores de la conversación. Por lo tanto, bien tomamos por asnas, un animal perezoso, pero dedicado a llevar cargas, los pensamientos simples; porque al reconocer a menudo nuestra ignorancia, soportamos más fácilmente las cargas ajenas. Y como la altura de una sabiduría singular no nos eleva, nuestra mente se inclina ecuéñimemente para soportar la inercia del corazón ajeno. Con razón, entonces, se mencionan tanto las yuntas de bueyes como las quinientas asnas; porque ya sea en esto, que prudentemente sabemos, o en esto, que humildemente ignoramos, mientras buscamos el descanso de la paz eterna, estamos como dentro del número del jubileo. Sigue:

CAPÍTULO XXX [Ant. XXXI, Rec. XIV].

IBID.---Y la familia es demasiado numerosa.

42. Una gran familia es una multitud de pensamientos que deben ser controlados.---Poseemos una familia demasiado grande cuando restringimos bajo el dominio de la mente pensamientos innumerables; para que no superen al alma por su propia multitud, para que no pisen con desorden perverso el principado de nuestra discreción. Y bien, la multitud de pensamientos se designa con el nombre de una gran familia. Pues sabemos que, en ausencia de la señora, las lenguas de las sirvientas se alborotan, abandonan el silencio, descuidan los deberes del trabajo asignado, y confunden todo el orden de vida para sí mismas. Pero si de repente llega la señora, enseguida las lenguas alborotadas callan, los deberes de cada trabajo se retoman; y así regresan a su propia labor, como si no se hubieran ausentado. Si, por tanto, la razón se aleja de la casa de la mente hacia el sepulcro, como si la señora estuviera ausente, el clamor de los pensamientos se multiplica, como una multitud de sirvientas parlanchinas. Pero cuando la razón regresa a la mente, enseguida se calma la confusión tumultuosa; y como las sirvientas, se reprimen en silencio hacia la tarea asignada, mientras los pensamientos se someten inmediatamente a sus propias causas para la utilidad. Poseemos, por tanto, una gran familia, cuando con justo derecho dominamos innumerables pensamientos con la discreción de la razón. Y cuando hacemos esto con habilidad, intentamos unirnos a los ángeles a través de esa misma discreción. Por lo cual, correctamente se añade:

CAPÍTULO XXXI.

IBID.---Y era aquel hombre grande entre todos los Orientales.

43. Nos hacemos grandes al refrenarlas.---En efecto, nos hacemos grandes entre todos los Orientales cuando, disipando la niebla de la corrupción carnal, nos unimos, en la medida de lo posible, a esos espíritus que se adhieren a la luz del oriente, con los rayos de nuestra discreción. Por eso, también se dice por medio de Pablo: Nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III, 20). Quien sigue las cosas temporales y defectuosas busca el ocaso; pero quien desea las cosas celestiales demuestra que habita en el Oriente. Por tanto, no se hace grande entre los Occidentales, sino entre los Orientales, quien no busca lo bajo y fugaz entre las acciones de los malos, sino que se esfuerza por progresar entre los coros de los ciudadanos celestiales. Sigue:

CAPÍTULO XXXII [Ant. XXXII, Rec. XV].

VERS. 4. Y sus hijos iban y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día.

44. Cada virtud, en su día, celebra un banquete. Los hijos celebran un banquete en sus casas, mientras que cada virtud, según su propio modo, alimenta la mente. Y se dice bien: Cada uno en su día. Pues el día de cada hijo es la iluminación de cada virtud. Para resumir brevemente estos dones de la gracia septiforme, la sabiduría tiene un día, el entendimiento otro, el consejo otro, la fortaleza otro, la ciencia otro, la piedad otro, y el temor otro. Porque no es lo mismo saber que entender; ya que muchos saben de las cosas eternas, pero no pueden entenderlas. Por lo tanto, la sabiduría en su día celebra un banquete, porque refresca la mente con la esperanza y certeza de lo eterno. El entendimiento prepara un banquete en su día; porque al penetrar lo que ha escuchado, al refrescar el corazón, ilumina sus tinieblas. El consejo ofrece un banquete en su día; porque al impedir que sea precipitado, llena el ánimo de razón. La fortaleza celebra un banquete en su día; porque al no temer las adversidades, ofrece a la mente temerosa los alimentos de la confianza. La ciencia prepara un banquete en su día, porque supera el ayuno de la ignorancia en el vientre de la mente. La piedad ofrece un banquete en su día, porque llena las entrañas del corazón con obras de misericordia. El temor celebra un banquete en su día; porque al presionar la mente para que no se enorgullezca de lo presente, la conforta con el alimento de la esperanza en lo futuro.

45. Si se separan, fallan. --- Pero veo que en este banquete de los hijos hay que examinar que se alimentan mutuamente. En efecto, cualquier virtud individual se debilita mucho si una virtud no apoya a otra. La sabiduría es menor si carece de entendimiento; y el entendimiento es muy inútil si no se sustenta en la sabiduría; porque cuando penetra en cosas más elevadas sin el peso de la sabiduría, su ligereza lo eleva para caer más gravemente. El consejo es vano si le falta la fortaleza; porque lo que encuentra al deliberar, al carecer de fuerzas, no lo lleva a la perfección de la obra: y la fortaleza se destruye mucho si no se apoya en el consejo; porque cuanto más se ve capaz, más peligrosamente se precipita la virtud sin la moderación de la razón. No hay ciencia si no tiene la utilidad de la piedad; porque al descuidar ejecutar los bienes conocidos, se ata más estrechamente al juicio. Y la piedad es muy inútil si carece de la discreción de la ciencia; porque al no ser iluminada por ninguna ciencia, ignora cómo compadecerse. El mismo temor, si no tiene también estas virtudes, sin duda no se levanta para ninguna obra de buena acción; porque al temer a todo, vacía de todos los bienes por su propio miedo. Por lo tanto, ya que la virtud se restaura de virtud en virtud mediante un ministerio alternado, se dice correctamente que los hijos se banquetean mutuamente. Y cuando una levanta a la otra al sostenerla, como si durante sus días una numerosa descendencia prepara el banquete que debe ser alimentado. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII [Ant. XXXIII, Rec. XVI].

IBID.---Y enviaron a llamar a sus tres hermanas, para que comieran y bebieran con ellos.

46. Al banquete de las virtudes se invita a la esperanza, la fe y la caridad.---Cuando nuestras virtudes, en todo lo que hacen, invocan la esperanza, la fe y la caridad, como operadoras hijas, llaman a tres hermanas al banquete, para que la fe, la esperanza y la caridad se regocijen en la buena obra que cada virtud administra. Estas, como si recibieran fuerzas del alimento, se vuelven más confiadas en las buenas obras; y mientras, después del alimento, desean ser infundidas con el rocío de la contemplación, se embriagan como de un cáliz.

[Vet. XXXIV.] 47. Con los mismos bienes que hacemos, nos acercamos a lo peor.---Pero, ¿qué hay en esta vida que se realice sin alguna contaminación, por mínima que sea? A veces, con los mismos bienes que hacemos, nos acercamos a lo peor; porque mientras producen

alegría en la mente, también generan una cierta seguridad; y mientras la mente se vuelve segura, se relaja en la pereza. A veces, incluso, nos contaminan con un poco de vanidad; y nos hacen tanto más despreciables ante Dios, cuanto más engreídos nos volvemos ante nosotros mismos. Por eso, bien se añade.

CAPÍTULO XXXIV [Rec. XVII].

VERS. 5. Y cuando los días del banquete habían pasado, Job enviaba y los santificaba.

33 47. En las buenas obras, la intención debe ser purificada.---Al concluir el ciclo de los días del banquete, enviar a los hijos y santificarlos es, después de la práctica de las virtudes, dirigir la intención del corazón y purificar todo lo que se hace mediante un riguroso examen de conciencia; para que no se consideren buenas las cosas que son malas; ni siquiera se crean verdaderamente suficientes las cosas buenas cuando no son perfectas. Pues la mente a menudo se engaña, ya sea por la calidad del mal o por la cantidad del bien. [Vet. XXXV.] Pero estos sentidos de las virtudes son mejor descubiertos por las oraciones que por las discusiones; ya que lo que nos esforzamos por examinar más profundamente en nosotros mismos, a menudo lo penetramos más verdaderamente orando que investigando. Porque cuando la mente se eleva a las alturas mediante una especie de mecanismo de compunción, contempla con mayor certeza todo lo que se le presenta sobre sí misma, juzgándolo desde su propia perspectiva. Por lo tanto, con razón se añade:

CAPÍTULO XXXV [Rec. XVIII].

IBID.---Y levantándose de madrugada ofrecía holocaustos por cada uno.

48. Holocaustum de oración para purificar cada virtud.---Nos levantamos al amanecer, cuando, bañados en la luz de la compunción, dejamos atrás la noche de nuestra humanidad y abrimos los ojos de la mente a los rayos de la verdadera luz. Y ofrecemos un holocausto por cada uno de los hijos, cuando inmolamos al Señor la ofrenda de nuestra oración por cada virtud: para que la sabiduría no nos eleve; para que el entendimiento, al correr sutilmente, no se desvíe; para que el consejo, al multiplicarse, no confunda; para que la fortaleza, al ofrecer confianza, no precipite; para que la ciencia, al conocer y no amar, no infle; para que la piedad, al inclinarse fuera de la rectitud, no se tuerza; para que el temor, al temblar más de lo justo, no se hunda en el pozo de la desesperación. Cuando, por lo tanto, derramamos oraciones al Señor por cada virtud, para que sea pura, ¿qué otra cosa hacemos sino ofrecer un holocausto por cada uno, según el número de los hijos? El holocausto se llama así porque es totalmente consumido por el fuego. Dar un holocausto, entonces, es encender toda la mente con el fuego de la compunción, para que en el altar del amor el corazón arda, y como si fueran las faltas de la propia descendencia, queme las impurezas del pensamiento.

49. [Vet. XXXVI.] No ofrece quien no frena los movimientos internos.---Pero esto no lo saben hacer, sino aquellos que, antes de que los pensamientos se conviertan en acción, frenan cuidadosamente sus movimientos internos; esto no lo saben hacer, sino quienes han aprendido a proteger su mente con una vigilancia viril. Por eso, con razón se dice que Isboset murió de una muerte inesperada, a quien la Sagrada Escritura testifica que no tenía porteros en su casa, sino una portera, diciendo: Vinieron los hijos de Rimón Beerotita, Recab y Baaná, y entraron en el calor del día en la casa de Isboset, quien dormía sobre su lecho al mediodía. Entraron en la casa; y la portera de la casa, limpiando trigo, se había dormido. Tomando espigas de trigo, entraron sigilosamente y lo hirieron en la ingle. (II Reg. IV, 5.) La portera

limpia el trigo, cuando la custodia de la mente separa las virtudes de los vicios mediante el discernimiento. Si esta se duerme, admite a los insidiosos en la muerte de su propio Señor; porque cuando cesa la preocupación por el discernimiento, abre el camino a los espíritus malignos para que maten el alma. Quienes entran toman las espigas, porque inmediatamente se llevan los brotes de buenos pensamientos. Y hieren en la ingle, porque matan la virtud del corazón con el deleite de la carne. Herir en la ingle, en efecto, es perforar la vida de la mente con el deleite de la carne. En verdad, este Isboset no sucumbiría a esta muerte si no hubiera asignado una custodia blanda, es decir, una mujer, a la entrada de la casa, a la entrada de la mente. Porque un sentido fuerte y viril debe ser puesto a las puertas del corazón, al que ni el sueño de la negligencia oprima, ni el error de la ignorancia engañe. Por eso, también fue llamado Isboset, quien, con una guardiana femenina, queda expuesto a las espadas enemigas. Isboset, en efecto, significa hombre de confusión. Y es hombre de confusión quien no está protegido por una fuerte custodia de la mente; porque mientras cree que actúa con virtudes, los vicios que se infiltran lo matan sin que lo sepa. Por tanto, con toda virtud debe ser protegido el acceso de la mente, para que los enemigos insidiosos no la penetren por la abertura de un pensamiento descuidado. De aquí que Salomón diga: Con toda custodia guarda tu corazón, porque de él mana la vida (Prov. IV, 23). Por lo tanto, las virtudes que es digno que consideremos con sumo cuidado desde el origen de la intención, no deben surgir de un mal origen, incluso si son rectas las que muestran. Por eso aquí también se añade con razón:

CAPÍTULO XXXVI [Ant. XXXVII, Rec. XIX].

IBID.---Decía él: No sea que mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en sus corazones.

50. Diversas son las insidias del enemigo; para corromper las buenas obras, al inicio de la obra, en su progreso, y al final. Los hijos maldicen en sus corazones cuando nuestras obras rectas surgen de pensamientos no rectos; cuando muestran lo bueno abiertamente, pero en secreto traman lo dañino. Maldicen a Dios cuando nuestras mentes creen tener de sí mismas lo que son. Maldicen a Dios cuando reconocen que han recibido fuerzas de Él, pero aun así buscan su propia alabanza con sus dones. Es necesario saber que el antiguo enemigo persigue nuestras buenas obras de tres maneras, para que lo que se hace rectamente ante los hombres se corrompa ante la vista del juez interno. A veces, contamina la intención en la buena obra, de modo que todo lo que sigue en la acción no sale puro y limpio, porque lo perturba desde el origen. Otras veces, no logra corromper la intención de la buena obra, pero se opone en la misma acción como en el camino; de modo que cuando alguien sale más seguro por el propósito de la mente, es eliminado como por emboscada con un vicio añadido secretamente. Otras veces, ni corrompe la intención ni suplanta en el camino, pero atrapa la buena obra al final de la acción; y cuanto más simula haberse alejado de la casa del corazón o del camino de la obra, tanto más astutamente espera para engañar al término de la buena acción; y cuanto más incauto hace a alguien al simular retirarse, tanto más a veces lo hiere con una herida repentina, más dura e incurable.

51. La intención en una buena obra se contamina, porque cuando ve que es fácil engañar los corazones de los hombres, les ofrece el soplo de un favor transitorio; de modo que en aquello que hacen correctamente, se inclinan hacia lo bajo, debilitando la fortaleza de su intención. Por eso, bajo la figura de Judea, de cada alma atrapada en el lazo de una intención miserable, se dice correctamente por el profeta: Sus enemigos se han hecho cabeza. Como si claramente se dijera: Cuando una buena obra se emprende sin una buena intención, los espíritus adversarios dominan desde el mismo inicio del pensamiento; y tanto más la poseen plenamente, cuanto más la dominan desde el principio.

52. Cuando no logran corromper la intención, tienden trampas en el camino, de modo que el corazón, al exaltarse en lo que se hace bien, se desvíe hacia el vicio; de manera que lo que se había propuesto de una manera, en la acción se desarrolle de una forma muy distinta a como comenzó. A menudo, cuando la alabanza humana se cruza con una buena obra, cambia la mente del que actúa: aunque no se buscaba, sin embargo, cuando se ofrece, deleita. Con esta delectación, cuando la mente del que obra bien se relaja, se disipa de todo el vigor de la intención íntima. A menudo, a nuestra justicia bien iniciada, se le une la ira por un lado; y mientras el celo de la rectitud perturba la mente de manera desmedida, hiere toda la salud de la paz interior. A menudo, la tristeza se une a la gravedad del corazón como por un lado; y toda obra que la mente inicia con buena intención, esta la oscurece con el velo del pesar. Y a veces se aleja más lentamente, cuanto más parece servir a la mente oprimida como una sierva tardía. A menudo, a la buena obra se le une una alegría desmedida; y cuando exige que la mente se alegre más de lo que conviene, aleja todo el peso de la gravedad de la buena acción. Porque el salmista, al ver que incluso a los que comienzan bien se les tienden trampas en el camino, decía con razón, lleno del espíritu profético: En este camino, por el que andaba, me escondieron una trampa (Salmo 141, 4). Lo que Jeremías insinúa bien y sutilmente, quien al referir los hechos externos, indicó lo que sucede dentro de nosotros mismos, diciendo: Vinieron ochenta hombres de Siquem, de Silo y de Samaria, con la barba rasurada, las vestiduras rasgadas, y sucios; llevaban ofrendas e incienso en la mano, para ofrecer en la casa del Señor. Pero Ismael, hijo de Natánías, salió a su encuentro desde Mispá, caminando y llorando. Y cuando los encontró, les dijo: Venid a Godolías, hijo de Ahicam. Y cuando llegaron al centro de la ciudad, los mató (Jeremías 41, 5). Se rasuran la barba, quienes se quitan la confianza en sus propias fuerzas. Rasgan sus vestiduras, quienes no se perdonan a sí mismos en la laceración del adorno exterior. Vienen a ofrecer incienso y ofrendas en la casa del Señor; quienes prometen presentar en el sacrificio de Dios la oración con obras. Pero si no saben mirar cautelosamente en el mismo camino de la santa devoción, Ismael, hijo de Natánías, sale a su encuentro; porque ciertamente cualquier espíritu maligno, engendrado en el error del orgullo a ejemplo de su predecesor, Satanás, se opone como trampa de engaño. De quien se dice bien: Caminando y llorando iba; porque para prevalecer en herir y destruir las mentes devotas, se oculta a sí mismo como bajo el velo de la virtud; y mientras simula concordar con los que verdaderamente lloran, admitido más seguro al interior del corazón, mata lo que de virtud se oculta dentro. Quien a menudo se promete llevar a alturas mayores. Por lo cual se dice que dijo: Venid a Godolías, hijo de Ahicam; y mientras promete cosas mayores, incluso las menores quita. Por lo cual se dijo con razón: Cuando llegaron al centro de la ciudad, los mató. Así que mata a los hombres que venían a ofrecer ofrendas a Dios en medio de la ciudad; porque las mentes dedicadas a las obras divinas, si no se guardan con gran circunspección, al ser sorprendidas por el enemigo, pierden la vida en el mismo camino mientras llevan la ofrenda de devoción. De cuya mano del enemigo no se escapa, a menos que se recurra rápidamente al arrepentimiento. Por lo cual allí se añade adecuadamente: Pero se encontraron diez hombres entre ellos que dijeron a Ismael: No nos mates, porque tenemos tesoros en el campo de trigo, cebada, aceite y miel; y no los mató (Jeremías 41, 8). El tesoro en el campo es la esperanza en el arrepentimiento, que porque no se ve, se contiene como enterrado en la tierra del corazón. Así que los que tenían tesoros en el campo, fueron salvados; porque quienes después del vicio de su imprudencia, regresan al lamento del arrepentimiento, no mueren aunque sean capturados.

53. Sin embargo, cuando el antiguo enemigo no hiere al inicio de la intención, ni intercepta en el camino de la acción, tiende lazos más duros al final. Cuanto más astutamente acecha a quien ve que solo le queda para engañar. Estos lazos puestos al final fueron vistos por el

Profeta cuando decía: "Ellos observarán mi talón" (Salmo 55, 7). Porque en el talón está el fin del cuerpo, ¿qué se señala por este sino el término de la acción? Así, los espíritus malignos, o cualquier hombre perverso, seguidores de su soberbia, observan el talón cuando desean corromper el fin de una buena acción. Por eso se dice al mismo serpiente: "Ella observará tu cabeza, y tú su talón" (Génesis 3, 15, según la LXX). Observar la cabeza de la serpiente es mirar los inicios de su sugestión y extirparlos completamente del acceso al corazón con la mano de una consideración diligente. Sin embargo, cuando es descubierto desde el principio, intenta herir el talón, porque aunque no golpea la intención con la primera sugestión, tiende a engañar al final. Si el corazón se corrompe una vez en la intención, la mitad y el término de la acción siguiente son poseídos con seguridad por el astuto enemigo; ya que ve que todo el fruto de los árboles le lleva, al haber envenenado la raíz con su diente. Por lo tanto, se debe vigilar con suma atención para que la mente, sirviendo a buenas obras, no se contamine con una intención reprochable, se dice correctamente: "No sea que mis hijos hayan pecado y bendecido a Dios en sus corazones". Como si se dijera abiertamente: No hay bien que se haga externamente, si no se inmola por él internamente ante los ojos de Dios la víctima de la inocencia en el altar del corazón. [Vet. XXXIX]. Por lo tanto, con toda la fuerza se debe examinar el río de la obra, si fluye puro desde la fuente del pensamiento. Con todo cuidado se debe proteger el ojo del corazón del polvo de la malicia; para que lo que muestra recto en la acción a los hombres, no se tuerza en sí mismo por el vicio de una intención perversa.

54. Por lo tanto, es necesario cuidar que nuestras buenas obras no sean pocas ni sin examinar.---Es necesario, entonces, cuidar que nuestras buenas obras no sean pocas; cuidar que no sean sin examinar; para que no seamos hallados estériles por hacer pocas cosas, ni insensatos por dejarlas sin examinar. Pues ninguna virtud es verdaderamente tal si no está mezclada con otras virtudes. Por eso se dice correctamente a Moisés: Toma para ti aromas, estacte y ónice, gálbano de buen olor, e incienso purísimo; todo será de igual peso, y harás un incienso compuesto según el arte del perfumista, mezclado cuidadosamente y puro (Éxodo 30, 34). Hacemos incienso compuesto de aromas cuando, en el altar de las buenas obras, exhalamos el perfume de la multiplicidad de virtudes. Esto se hace mezclado y puro; porque cuanto más se une una virtud a otra, tanto más sinceramente se ofrece el incienso de la buena obra. Por eso se añade bien: Y cuando hayas triturado todo hasta convertirlo en polvo finísimo, pondrás de él delante del tabernáculo del testimonio (Éxodo 30, 36). Trituramos todos los aromas hasta convertirlos en polvo finísimo cuando, en el mortero del corazón, examinamos ocultamente nuestras buenas obras y, si son verdaderamente buenas, las reconsideramos sutilmente. Reducir los aromas a polvo, por tanto, es meditar sobre las virtudes, triturarlas y llevarlas hasta la sutileza del examen oculto. Y es de notar que se dice del mismo polvo: Pondrás de él delante del tabernáculo del testimonio; porque entonces, sin duda, nuestras buenas obras agradan verdaderamente a la vista del juez, cuando la mente, al reconsiderarlas sutilmente, las tritura y, como de aromas, produce polvo; para que no sea gruesa y dura la bondad de lo que se hace; para que, si la mano de la estricta reconsideración no lo desmenuza, no esparza de sí un aroma más sutil. Por eso es que la virtud de la esposa es alabada con la voz del esposo, cuando se dice: ¿Quién es esta que sube del desierto, como columna de humo de aromas de mirra e incienso, y de todo polvo de perfumista? (Cantar de los Cantares 3, 6). La Santa Iglesia asciende como columna de humo de aromas; porque progresa diariamente en la rectitud del incienso interior a partir de las virtudes de su vida, y no se dispersa en pensamientos, sino que se constriñe en la vara de rigor dentro de los secretos del corazón. Lo que hace, mientras no cesa de meditar y reconsiderar, tiene mirra e incienso en la obra, pero polvo en el pensamiento. Por eso, de los que ofrecen el sacrificio se dice nuevamente a Moisés: Quitada la piel del sacrificio, corten los miembros en pedazos (Levítico 1, 6). Quitamos la piel del sacrificio cuando removemos de los ojos de nuestra

mente la superficie de la virtud. Cortamos sus miembros en pedazos cuando distinguimos sutilmente sus partes internas y las consideramos por separado. Por lo tanto, es necesario cuidar que, al vencer el mal, no seamos derrotados por la lascivia de los bienes; no sea que salgan inestables, que sean atrapados sin precaución, que se desvíen del camino por error, que se rompan por el cansancio y pierdan el mérito del trabajo anterior. En todo, la mente debe vigilar atentamente y perseverar en la misma previsión de su circunspección. Por eso se añade correctamente:

CAPÍTULO XXXVII [Rec. XX].

IBID.---Así hacía Job todos los días.

55. La perseverancia es necesaria. --- En vano se realiza el bien (De poenit., dist. 3, can. 17, incassum), si se abandona antes del final de la vida; porque también corre en vano rápidamente quien desfallece antes de llegar a la meta. De ahí que se diga de los réprobos: ¡Ay de aquellos que perdieron la perseverancia! (Ecli. II, 16). Por eso la Verdad dice a sus elegidos: Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones (Luc. XXII, 28). De ahí que José, quien entre sus hermanos se describe como justo hasta el final, se dice que fue el único que tuvo una túnica talar (Gén. XXXVII, 24, según la LXX). Pues, ¿qué es la túnica talar, sino la acción consumada? Así como la túnica extendida cubre el talón del cuerpo, la buena acción nos cubre ante los ojos de Dios hasta el final de nuestra vida. Por eso, a través de Moisés se ordena ofrecer la cola de la víctima en el altar (Éxod. XXIX, 22; Lev. III, 9); para que todo bien que comenzamos, lo completemos también con un final perseverante. Por lo tanto, las buenas obras deben realizarse todos los días; para que, al rechazar el mal combatiendo, la misma victoria del bien se mantenga con la mano de la constancia.

56. Por lo tanto, hemos dicho esto bajo un triple entendimiento, para ofrecer a un alma que se siente insatisfecha diversos alimentos, de modo que pueda elegir algo que tomar. Sin embargo, pedimos encarecidamente que quien eleva su mente hacia la inteligencia espiritual no se aparte de la veneración de la historia.

LIBRO SEGUNDO. Desde el versículo sexto del primer capítulo hasta el final, prosigue la narración según el triple sentido.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La Sagrada Escritura es un Espejo.---La Sagrada Escritura se presenta a los ojos de la mente como un cierto espejo (ver Agustín en el Salmo CIII, sermón 1, n. 4), para que nuestro rostro interior se vea en ella. Allí reconocemos lo que es feo y lo que es hermoso en nosotros. Allí sentimos cuánto progresamos, y cuán lejos estamos del avance. Narra las gestas de los santos y provoca a la imitación los corazones de los débiles. Y mientras conmemora sus hechos victoriosos, fortalece nuestras debilidades contra las batallas de los vicios; y con sus palabras, hace que la mente tiemble menos en las luchas, al ver ante sí los triunfos de tantos hombres valientes. A veces, no solo nos presenta sus virtudes, sino que también nos da a conocer sus caídas; para que veamos en la victoria de los fuertes lo que debemos imitar, y en sus caídas lo que debemos temer. He aquí que Job es descrito como fortalecido por la tentación, pero David es derribado por ella; para que la virtud de los mayores alimente nuestra esperanza, y las caídas de los mayores nos enseñen con la cautela de la humildad; de modo que, mientras aquellas nos elevan con alegría, estas nos oprimen con temor; y el alma

del oyente, instruida allí por la confianza de la esperanza y aquí por la humildad del temor, no se enorgullezca temerariamente, porque es oprimida por el miedo, ni, oprimida por el temor, desespere, porque es fortalecida por el ejemplo de la virtud hacia la confianza de la esperanza.

CAPÍTULO II.

VERS. 6.---Un día, cuando los hijos de Dios vinieron para presentarse ante el Señor, también Satanás vino entre ellos.

2. SENTIDO HISTÓRICO. Cuán precisamente la Sagrada Escritura describe los hechos.---Es interesante observar cómo las sagradas escrituras expresan las cualidades en los inicios de las narraciones y los términos de las causas. A veces señalan desde la posición del lugar, a veces desde la posición del cuerpo, a veces desde la cualidad del aire, a veces desde la cualidad del tiempo, lo que sugieren sobre la acción futura. Desde la posición de los lugares, la divina Escritura expresa los méritos subsecuentes y los fines de las causas, como cuando dice de Israel que no pudo escuchar las palabras de Dios en el monte, sino que recibió los preceptos en las llanuras: indicando claramente la debilidad subsecuente del pueblo, que no pudo ascender a lo alto, sino que se relajó viviendo negligentemente en lo bajo. Desde la posición del cuerpo anuncia lo futuro, como en los Hechos de los Apóstoles, cuando Esteban manifiesta haber visto a Jesús, que está sentado a la derecha del poder de Dios, de pie (Hech. VII, 55, 56). Estar de pie es propio de quien ayuda. Y se le ve correctamente de pie, quien asiste en la batalla del combate. La cualidad del aire demuestra el hecho subsecuente, como el evangelista, cuando decía que mientras el Señor predicaba, ninguno de Judea creería, lo precedió diciendo: Era invierno (Juan X, 22). Pues está escrito: Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Mat. XXIV, 12). Por eso, se preocupó de expresar el tiempo de invierno, para indicar el frío de la malicia en los corazones de los oyentes. De ahí que se preanuncie sobre Pedro que lo negaría: Porque hacía frío, y estando de pie junto a las brasas, se calentaba (Juan XVIII, 18). Ya había, en efecto, enfriado internamente del calor de la caridad, y al amor de la vida presente, como a las brasas de los perseguidores, se recalentaba con la debilidad que ardía. También desde la cualidad del tiempo se expresa el fin de la acción, como cuando Judas, que no regresaría al perdón, se dice que salió de noche hacia la perfidia de la traición, cuando al salir él, el evangelista dice: Era de noche (Juan XIII, 30). De ahí que al rico injusto se le dice: Esta noche reclamarán tu alma de ti (Luc. XII, 20). El alma que es llevada a las tinieblas, no se recuerda que sea reclamada de día, sino de noche. De ahí que Salomón, quien no perseveraría en la sabiduría, se describe que la recibió en sueños y de noche (III Reyes III, 11). De ahí que los ángeles vienen a Abraham al mediodía; pero para castigar a Sodoma, se recuerda que vinieron a ella al atardecer (Gen. XVIII, 1, 2; XIX, 1). Porque la tentación del bienaventurado Job se conduce a la victoria, se dice que comenzó de día, cuando se dice:

CAPÍTULO III.

Un día, cuando los hijos de Dios vinieron para presentarse ante el Señor, también Satanás vino entre ellos.

3. Cómo los Ángeles están presentes ante Dios, incluso enviados en ministerio. Cuán sutiles son los ángeles.---¿Quiénes son llamados hijos de Dios, sino los ángeles elegidos? De quienes, al estar claro que sirven ante la majestad, es muy necesario preguntarse de dónde vienen, para que asistan ante el Señor. De ellos, en verdad, la voz de la Verdad dice: "Sus

ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre, que está en los cielos" (Mateo XVIII, 10). De ellos el profeta dice: "Miles de millares le servían, y millones de millones asistían ante Él" (Daniel VII, 10). Si, por lo tanto, siempre ven y siempre asisten, es con gran diligencia que debemos preguntarnos de dónde vienen, aquellos que nunca se apartan. Pero cuando de ellos se dice por Pablo: "¿No son todos espíritus administradores enviados para servicio, a favor de los que han de heredar la salvación?" (Hebreos I, 14). Por esto, al reconocer que son enviados, encontramos de dónde vienen. [Vet. III.] Pero he aquí que unimos cuestión a cuestión, y como si al intentar resolver el asa, atamos el nudo. ¿Cómo pueden, entonces, o siempre asistir, o siempre ver el rostro del Padre, si son enviados al ministerio exterior para nuestra salvación? Sin embargo, lo resolvemos más rápidamente si consideramos cuán sutil es la naturaleza angélica. Pues no salen de la visión divina de tal manera que se vean privados de los gozos de la contemplación interna; porque si al salir perdieran la visión del Creador, no podrían ni levantar a los caídos, ni anunciar la verdad a los ignorantes; y la fuente de luz, que ellos mismos perderían al salir, de ninguna manera la ofrecerían a los ciegos. En esto, por tanto, la naturaleza angélica se distingue ahora de la condición de nuestra naturaleza, en que nosotros estamos circunscritos por el lugar y constreñidos por la ignorancia de la ceguera: pero los espíritus de los ángeles están circunscritos por el lugar, sin embargo, su conocimiento se expande incomparablemente más allá de nosotros. Están extendidos tanto interior como exteriormente en conocimiento, porque contemplan la misma fuente del conocimiento. ¿Qué ignoran de lo que debe saberse, quienes conocen al que todo lo sabe? Por lo tanto, su conocimiento está muy expandido en comparación con el nuestro, pero sin embargo es estrecho en comparación con el conocimiento divino: así como sus espíritus, en comparación con nuestros cuerpos, son espíritus, pero en comparación con el espíritu supremo e incircunscrito, son cuerpo. Y son enviados, por lo tanto, y asisten: porque por esto, que están circunscritos, salen; y por esto, que también están presentes internamente, nunca se apartan. Y así siempre ven el rostro del Padre, y sin embargo vienen a nosotros; porque al salir hacia nosotros con presencia espiritual, se mantienen allí, de donde se habían apartado, por la contemplación interna. Por lo tanto, se dice: "Vinieron los hijos de Dios, para asistir ante el Señor", porque regresan allí por la conversión del espíritu, de donde no se apartan por ninguna aversión de la mente.

CAPÍTULO IV.

IBID.---Satanás también estuvo presente entre ellos.

4. Satanás entre los ángeles, porque no perdió su naturaleza.---Es muy necesario preguntarse cómo pudo estar presente Satanás entre los ángeles elegidos, quien, debido a su soberbia, fue condenado y expulsado de su compañía hace tiempo. Pero se describe correctamente que estuvo entre ellos, porque aunque perdió la bienaventuranza, no perdió la naturaleza similar a la de ellos; y si bien está agobiado por sus méritos, se eleva por la condición de su naturaleza sutil. Por lo tanto, se dice que estuvo presente entre los hijos de Dios ante el Señor; porque en esa mirada, con la que el Dios omnipotente contempla todas las cosas espirituales, también ve a Satanás en el orden de la naturaleza más sutil, como atestigua la Escritura, que dice: Los ojos del Señor contemplan a los malos y a los buenos (Prov. XV, 3). Pero esto, que se dice que Satanás estuvo presente ante el Señor, nos plantea una grave cuestión. Pues está escrito: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Sin embargo, Satanás, que no puede tener un corazón limpio, ¿cómo pudo estar presente para ver al Señor?

5. Dios está presente, porque es visto por Él.---Pero debe observarse que se dice que estuvo presente ante el Señor, pero no que vio al Señor. Vino, en efecto, para ser visto, no para ver.

Él estaba en la presencia del Señor, pero el Señor no estaba en su presencia: así como un ciego que está bajo el sol, está bañado por los rayos del sol, pero no ve la luz que lo ilumina. Así también, entre los ángeles, Satanás estuvo presente ante el Señor; porque la visión divina, que penetra todo al observar, no vio al espíritu impuro que no puede ver. Porque incluso aquellos que huyen de Dios no pueden ocultarse, ya que todo está desnudo ante la mirada suprema, Satanás estuvo presente estando ausente ante el presente. Sigue:

CAPÍTULO V [Ant. IV, Rec. III].

VERS. 7.---Y el Señor le dijo: ¿De dónde vienes?

6. No conocer de Dios es reprobar. — ¿Por qué a los ángeles elegidos que vienen no se les dice de ninguna manera: "¿De dónde venís?", mientras que a Satanás se le pregunta de dónde viene? Pues no preguntamos sino aquello que ciertamente no sabemos. No conocer, sin embargo, de Dios, es reprobar. Por eso a algunos al final les dirá: "No sé de dónde sois, apartaos de mí, todos los obradores de iniquidad" (Luc. XIII, 27). Así como se dice que un hombre veraz no sabe mentir, quien se niega a caer en la mentira; no porque si quisiera mentir no supiera, sino porque por amor a la verdad desprecia hablar falsedades. ¿Qué significa entonces decir a Satanás: "¿De dónde vienes?", sino reprobar sus caminos como si fueran desconocidos? La luz de la verdad, por tanto, ignora las tinieblas que reprueba; y los caminos de Satanás, porque al juzgarlos los condena, es digno que los pregunte como si no los conociera. De ahí que al pecar Adán, se le dice con la voz del Creador: "Adán, ¿dónde estás?" (Gén. III, 9). Pues la potencia divina no ignoraba a qué escondites había huido el siervo después de la culpa; pero porque lo vio caído en la culpa, ya bajo el pecado como escondido de los ojos de la verdad, porque no aprueba las tinieblas de su error, como si no supiera dónde está el pecador, lo llama y lo busca, diciendo: "Adán, ¿dónde estás?" Con esto que lo llama, da señal de que lo llama al arrepentimiento. Con esto que lo busca, insinúa abiertamente que ignora a los pecadores que con justicia deben ser condenados. Por tanto, el Señor no llama a Satanás, pero sin embargo lo busca, diciendo: "¿De dónde vienes?", porque ciertamente Dios no llama al espíritu apóstata al arrepentimiento; pero desconociendo sus caminos de soberbia, los condena. Por lo tanto, mientras se discute a Satanás sobre su camino, no es necesario preguntar a los ángeles elegidos de dónde vienen: porque sus caminos son tan conocidos por Dios, como también son realizados por el mismo autor; y mientras sirven solo a su voluntad, no pueden ser desconocidos por Él, ya que por el ojo de la aprobación siempre se realizan ante Él. Sigue:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Respondiendo Satanás, dijo: He recorrido la tierra y la he paseado.

7. El circuito de Satanás, argumento de su ansiedad.---Suele designarse la ansiedad del trabajo mediante el circuito en círculo. Satanás, por lo tanto, recorrió la tierra trabajando, porque despreció permanecer quieto en la cima del cielo. Y al insinuar que no voló, sino que caminó, demuestra cuánto lo oprime el peso del pecado en las profundidades. Recorriendo la tierra, la circundó; porque al caer de aquel vuelo de potencia espiritual, oprimido por la gravedad de su malicia, salió al circuito del trabajo. De ahí que también se diga por el Salmista sobre sus miembros: En el circuito los impíos caminan (Salmo XI, 9); porque al no desear lo interior, se fatigan en el trabajo de lo exterior. Sigue:

CAPÍTULO VII [Rec. IV].

VERS. 8.---¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?

8. Diversas locuciones de Dios y de los espíritus.---Como ya hemos expuesto detalladamente y por partes que el bienaventurado Job es llamado simple y recto, temeroso de Dios y apartado del mal por la voz divina, evitamos repetir lo que ya hemos dicho, para no retrasarnos en llegar a lo que aún no ha sido discutido. Por tanto, debemos observar con atención qué significa que el Señor hable a Satanás o que Satanás se dice que responde al Señor. Es necesario examinar qué tipo de locución es esta. Pues ni del Señor, que es el espíritu supremo e ilimitado, ni de Satanás, que no está revestido de naturaleza carnal, se extrae un soplo aéreo de manera humana, para que se exprese a través del órgano de la garganta con la emisión de la voz. Pero cuando una naturaleza invisible habla a una naturaleza incomprensible, es apropiado que nuestra mente, superando la cualidad de la locución corporal, se eleve a modos sublimes y desconocidos de locución interna. Nosotros, para expresar externamente lo que sentimos internamente, lo emitimos a través del órgano de la garganta, mediante el sonido de la voz. Nos encontramos, por así decirlo, detrás de la pared del cuerpo, en el secreto de la mente, ante los ojos ajenos; pero cuando deseamos manifestarnos, salimos, por así decirlo, por la puerta de la lengua, para mostrar cómo somos internamente. Sin embargo, la naturaleza espiritual no es así, ya que no está compuesta de mente y cuerpo de manera dual. Pero también se debe saber que incluso cuando se dice que esta naturaleza incorpórea habla, su locución no se forma de una sola y misma manera. Pues Dios habla de una manera a los ángeles, de otra manera los ángeles a Dios; de una manera Dios a las almas de los santos, de otra manera las almas de los santos a Dios; de una manera Dios al diablo, de otra manera el diablo a Dios.

9. De manera diferente Dios habla a los ángeles. Porque a la naturaleza espiritual no le impide nada por oposición corpórea, Dios habla a los ángeles santos al mostrarles en sus corazones sus secretos invisibles: para que puedan leer en la misma contemplación de la verdad lo que deben hacer, y que los mismos gozos de la contemplación sean como ciertos preceptos de voz. Pues se dice como a quienes escuchan, lo que se inspira a quienes ven. Por lo tanto, cuando Dios infundía en sus corazones, contra la soberbia humana, la advertencia de la venganza, dijo: Venid, descendamos y confundamos allí su lengua (Génesis 11, 7). Se les dice a los que se adhieren, Venid; porque ciertamente esto mismo de nunca decrecer en la contemplación divina, es siempre crecer en la contemplación divina; y nunca retirarse del corazón, es siempre venir con un cierto movimiento estable. Y a ellos les dice: Descendamos y confundamos su lengua. Los ángeles ascienden, en cuanto contemplan al creador. Los ángeles descienden, en cuanto oprimen con el juicio de la severidad a la criatura que se eleva en lo ilícito. Decir, por tanto, de Dios es: Descendamos y confundamos su lengua, mostrarles en sí mismo lo que debe hacerse correctamente, e inspirar en sus mentes, a través de la fuerza de la visión interna, los juicios que deben exhibirse con movimientos ocultos.

10. De manera diferente los ángeles a Dios.---De manera diferente hablan los ángeles a Dios, tal como en el Apocalipsis de Juan dicen: Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir poder, divinidad y sabiduría (Apoc. V, 12). La voz de los ángeles es en alabanza al Creador, esa misma admiración de la contemplación íntima. Haber quedado asombrados por los milagros de la virtud divina es haber hablado, porque el movimiento del corazón, despertado con reverencia, es un gran clamor de voz ante los oídos del espíritu infinito. Esta voz se explica a sí misma como si fuera a través de palabras distintas, mientras se forma a través de innumerables modos de admiración. Dios, por lo tanto, habla a los ángeles cuando su

voluntad íntima se les manifiesta para ser vista. Los ángeles, sin embargo, hablan al Señor cuando, al mirarse a sí mismos, se elevan en un movimiento de admiración.

[Vet. VI.] De manera diferente Dios a las almas de los santos, y ellas a Dios.---De manera diferente Dios habla a las almas de los santos, y de manera diferente las almas de los santos hablan a Dios. Por eso, en el Apocalipsis de Juan se dice nuevamente: Vi bajo el altar las almas de los que habían sido sacrificados por la palabra de Dios y por el testimonio que tenían; y clamaban con gran voz diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra? Donde inmediatamente se añade: Se les dieron a cada uno vestiduras blancas, y se les dijo que descansaran un poco más de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos. ¿Qué significa que las almas pidan venganza, sino desear el día del juicio final y la resurrección de los cuerpos extinguidos? En efecto, su gran clamor es un gran deseo. Pues cuanto menos clama alguien, menos desea; y cuanto más plenamente se entrega al deseo de Dios, más fuerte es la voz que expresa en los oídos del espíritu infinito. Por lo tanto, las palabras de las almas son sus deseos. Porque si el deseo no fuera un discurso, el Profeta no diría: El deseo de su corazón ha escuchado tu oído (Salmo IX, 17). Pero como la mente que pide suele moverse de manera diferente a la que es pedida, y las almas de los santos están tan unidas a Dios en el seno del secreto interno, que al unirse descansan; ¿cómo se dice que piden, si es evidente que no discrepan en absoluto de la voluntad interna? ¿Cómo se dice que piden, si es seguro que conocen la voluntad de Dios y no ignoran lo que ha de venir? Pero estando en Él, se dice que le piden algo, no porque deseen algo que discrepe de la voluntad de Aquel a quien contemplan, sino porque cuanto más ardientemente se adhieren a Él, más reciben de Él para pedirle lo que saben que Él quiere hacer. De Él beben, lo que de Él desean; y de una manera aún incomprensible para nosotros, en lo que piden con hambre, se sacian con presciencia. Por lo tanto, discordarían de la voluntad del Creador si no pidieran lo que ven que Él quiere; y se adherirían menos a Él si llamaran con un deseo más perezoso a Aquel que quiere dar. A quienes se les dice divinamente: Descansad un poco más de tiempo, hasta que se complete el número de vuestros consiervos y hermanos. Decir a las almas deseosas, Descansad un poco más de tiempo, es infundir consuelo de la presciencia misma en medio del ardor del deseo; de modo que la voz de las almas sea lo que los amantes desean; y la palabra del Dios que responde sea lo que las confirma en la certeza de la retribución en medio de sus deseos. Responder, por lo tanto, es de Él, para que deban esperar la reunión de los hermanos, infundiendo en sus mentes la espera con gusto; para que cuando anhelan la resurrección de la carne, también se alegren por el aumento de los hermanos que han de ser reunidos.

[Vet. VII.] 12. De otra manera Dios al diablo, y él a Dios. De otra manera Dios habla al diablo, de otra manera el diablo a Dios. Porque hablar de Dios al diablo es reprender sus caminos y negocios con la animadversión de una oculta severidad, como aquí se dice: ¿De dónde vienes? Responderle el diablo, es no poder ocultar nada a su majestad omnipotente. Por eso aquí dice: He recorrido la tierra y la he paseado. Pues decir lo que ha hecho es saber que no puede ocultar sus actos de los ojos de Él. Es necesario saber que, como aprendemos en este lugar, Dios habla al diablo de cuatro maneras; el diablo a Dios de tres maneras. Dios habla al diablo de cuatro maneras; porque reprende sus caminos injustos, propone la justicia de sus elegidos contra él, permite que su inocencia sea puesta a prueba concediéndole permiso, y a veces le prohíbe que se atreva a tentar. Reprende sus caminos injustos, como ya se ha dicho: ¿De dónde vienes? Propone la justicia de sus elegidos contra él, como dice: ¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra? Permite que su inocencia sea puesta a prueba concediéndole permiso, como dice: He aquí todo lo que tiene está en tu mano. Y nuevamente le prohíbe la tentación, cuando dice: Pero no extiendas tu mano sobre

él. El diablo habla a Dios de tres maneras, cuando insinúa sus caminos, acusa con falsos crímenes la inocencia de los elegidos, o solicita que esa misma inocencia sea puesta a prueba. Insinúa sus caminos, quien dice: He recorrido la tierra y la he paseado. Acusa la inocencia de los elegidos, quien dice: ¿Acaso teme Job a Dios en vano? ¿No lo has protegido a él, a su casa y a toda su hacienda por todos lados? Solicita que esa misma inocencia sea puesta a prueba, cuando dice: Extiende tu mano y toca todo lo que posee, verás si no te maldice en tu cara. Pero decir de Dios es: ¿De dónde vienes? como ya insinuamos, reprender con la fuerza de su justicia los caminos de su malicia. Decir de Dios es: ¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra? justificar a sus elegidos de tal manera que el ángel apóstata pueda envidiarles. Decir de Dios es: He aquí todo lo que tiene está en tu mano, para la prueba de los fieles, relajar contra ellos el ataque oculto de su malicia. Decir de Dios es: Pero no extiendas tu mano sobre él, restringirle incluso permitiéndole del ímpetu de una tentación desmedida. Decir del diablo es: He recorrido la tierra y la he paseado, no poder ocultar la sagacidad de su malicia de los ojos invisibles de Él. Decir del diablo es: ¿Acaso teme Job a Dios en vano? quejarse contra los buenos en los escondites de sus pensamientos; envidiar sus progresos, y buscando envidia, buscar las grietas de la reprobación. Decir del diablo es: Extiende un poco tu mano y toca todo lo que posee, anhelar con los ardores de la malicia la aflicción de los buenos. Pues cuanto más envidiando desea su tentación, tanto más pidiendo como si fuera su prueba. Ya que hemos dicho brevemente los modos de las locuciones internas, volvamos al orden de la exposición que habíamos interrumpido un poco.

CAPÍTULO VIII [Ant. VIII, Rec. V].

VERS. 8.---¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, un hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?

13. La lucha entre Dios y el diablo, cuya materia fue Job.---Ya se ha tratado en el sermón anterior que el diablo no propuso un combate contra Job, sino contra Dios; y la materia del combate fue el bienaventurado Job en medio. Y si en nuestros discursos decimos que Job pecó bajo los azotes, lo cual es un sacrilegio pensar, decimos que Dios perdió en su proposición. Pues he aquí que también en este lugar debe observarse que no fue primero el diablo quien pidió al bienaventurado Job al Señor, sino que el Señor lo alabó en desprecio del diablo. Y si no supiera que permanecería en su justicia, ciertamente no lo propondría. Ni concedería que pereciera en la tentación, de quien antes de la tentación, por las alabanzas de Dios, se habían encendido en la mente del tentador las llamas de la envidia.

14. ¡Cuán astutamente busca el diablo de dónde acusarnos! Pero el antiguo adversario, cuando no encuentra males de los cuales acusar, intenta torcer los bienes hacia el mal. Y cuando es vencido por las obras, examina nuestras palabras para acusarnos. Cuando tampoco encuentra acusación en las palabras, se esfuerza por oscurecer la intención del corazón; como si las buenas acciones no se realizaran con buena intención, y por lo tanto, no debieran ser consideradas buenas por el juez. Pues al ver que los frutos del árbol están verdes incluso en el calor, intenta poner un gusano en la raíz. Porque dice:

CAPÍTULO IX.

VERS. 9, 10.---¿Acaso teme Job a Dios en vano? ¿No lo has protegido a él, a su casa y a toda su hacienda por completo? Has bendecido las obras de sus manos, y su posesión ha crecido en la tierra.

15. Prueba tanto con lo próspero como con lo adverso.---Como si dijera abiertamente: ¿Quién que ha recibido tantos bienes en la tierra, qué maravilla es que se comporte inocentemente por ellos? Verdaderamente sería inocente si permaneciera bueno en medio de las adversidades. Pero, ¿por qué se llama grande a quien la recompensa de cada una de sus obras acompaña con tanta multiplicidad de cosas? Pues el astuto adversario, cuando considera que el hombre santo ha actuado bien entre las prosperidades, se apresura a reprobarlo ante el juez a través de las adversidades. Por lo cual, con razón se dice en el Apocalipsis con voz angélica: Fue arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante nuestro Dios día y noche (Apoc. XII, 10). La Sagrada Escritura, sin embargo, a menudo acostumbra a poner el día por lo próspero y la noche por lo adverso. Por tanto, no cesa de acusar de día y de noche, porque se esfuerza en mostrarnos acusables, ya sea en lo próspero, ya sea en lo adverso. Acusa de día, cuando insinúa que usamos mal lo próspero. Acusa de noche, cuando demuestra que no tenemos paciencia en lo adverso. Por lo tanto, el bienaventurado Job, porque aún no había sido tocado por los flagelos, no tenía de dónde ser acusado en la noche. Pero como había florecido en gran santidad en lo próspero, simulaba que había obrado bien por esos mismos bienes prósperos: con una afirmación engañosa, mintiendo que no poseía la sustancia para el uso del Señor, sino que adoraba al Señor para el uso de la sustancia. Hay, en efecto, algunos que para disfrutar de Dios, usan este mundo de manera dispensadora. Y hay algunos que para disfrutar de este mundo, quieren usar a Dios de manera transitoria. Así, cuando narra los bienes del don divino, piensa que aligera los hechos del fuerte trabajador; para que, al no poder reprochar su vida por las obras, someta su mente como si fuera por pensamientos; mintiendo que no sirvió todo lo que vivió exteriormente inocente al amor del Señor, sino al deseo de la prosperidad temporal. Por lo tanto, desconociendo las fuerzas del bienaventurado Job, pero sabiendo que cada uno es probado más verdaderamente por las adversidades, solicita probarlo; para que quien había caminado con paso firme durante el día de la prosperidad, al menos tropezara en la noche de la adversidad, y yaciera postrado ante los ojos de su alabador por la ofensa de la impaciencia. Por lo cual añade:

CAPÍTULO. X [Rec. VI].

VERS. 11.---Pero extiende un poco tu mano, y toca todo lo que posee, y verás si no te bendice en tu presencia.

16. El diablo no puede hacer nada sin el permiso de Dios.---Cuando Satanás desea tentar al hombre santo, y sin embargo le dice al Señor que debe extender su mano, es muy notable que no se atribuye a sí mismo el poder de golpear, él que singularmente se enorgullece contra el autor de todo. Pues el diablo sabe que no es suficiente para él hacer cualquier cosa por sí mismo, ya que ni siquiera existe por sí mismo en lo que es espíritu. De ahí que en el Evangelio la legión que debía ser expulsada del hombre decía: Si nos echas, envíanos al hato de cerdos (Mateo VIII, 31). Porque quien no podía ir por sí mismo a los cerdos, ¿qué maravilla es que no pudiera tocar la casa del hombre santo sin la mano del autor?

[Vet. X.] 17. La voluntad del diablo es mala, pero su poder es justo.---Es necesario saber que la voluntad de Satanás siempre es inicua, pero su poder nunca es injusto: porque tiene la voluntad de sí mismo, pero el poder del Señor. Pues lo que él desea hacer inicua, Dios solo permite que se haga justamente. Por eso, bien se dice en los libros de los Reyes: El espíritu malo del Señor se apoderaba de Saúl (I Reyes XVIII, 10). He aquí un mismo espíritu, llamado del Señor y malo: del Señor, evidentemente, por la licencia de un poder justo, y malo por el deseo de una voluntad injusta. No debe temerse, por tanto, a quien no puede nada sin permiso. Solo debe temerse aquel poder que, cuando permite al enemigo ensañarse, sirve al

uso de un juicio justo, y la voluntad injusta de aquel. Pide, en verdad, que se extienda un poco la mano; porque lo que busca destruir son cosas exteriores. Pues Satanás no cree haber hecho mucho, a menos que hiera el alma, para que, golpeándola, la aleje de aquella patria de la que él mismo yace lejos, derribado por el dardo de su soberbia.

18. El rostro de Dios es el reflejo de la gracia.---Pero, ¿qué significa lo que dice: A menos que te bendiga en la cara? Nosotros, ciertamente, miramos aquello que amamos; pero de lo que queremos apartarnos, desviamos el rostro. ¿Qué es, entonces, el rostro de Dios, sino el reflejo de su gracia que se nos da a entender? Dice, por tanto: Extiende un poco tu mano, y toca todo lo que posee, a menos que te bendiga en la cara. Como si dijera abiertamente: Retira lo que le has dado; pues si pierde lo recibido, no buscará el reflejo de tu gracia, al serle quitadas las cosas temporales. Porque si no tiene aquello en lo que se deleita, despreciará tu favor incluso maldiciendo. La Verdad no es vencida por la astuta petición del enemigo, sino que se le concede para su propia decepción, lo que al fiel siervo le sirve para el aumento de su recompensa. Por lo cual, se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XI [Ant. XI, Rec. VII].

VERS. 12.--- He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; pero no extiendas tu mano contra él.

19. Dios al tentador unas cosas permite, otras niega.---Debe considerarse en las palabras del Señor la dispensación de la santa piedad, cómo permite y retiene a nuestro enemigo; lo relaja y lo refrena. Le da algunas cosas para tentar, pero lo ata de otras. Todo lo que tiene está en tu mano, solo no extiendas tu mano sobre él. Entrega su sustancia, pero sin embargo protege su cuerpo, el cual después entregará al tentador; pero no relaja al enemigo en todo a la vez, para que no rompa al ciudadano golpeándolo por todas partes. Pues cuando muchos males suceden a los elegidos, la gracia admirable del Creador los dispensa a su tiempo; de modo que lo que acumulado los destruiría, dividido pueda ser tolerado. De aquí Pablo dice: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis, sino que hará con la tentación también la salida, para que podáis soportar (I Cor. X, 13). De aquí David dice: Prueba, Señor, y tiente (Psal. XXV, 2). Como si dijera abiertamente: Primero observa mis fuerzas, y entonces permite que sea tentado según lo que puedo soportar. Sin embargo, lo que se dice: He aquí todo lo que tiene está en tu mano, solo no extiendas tu mano sobre él, puede entenderse de otra manera, porque el Señor conocía a su fuerte luchador, pero quería dividirle las pruebas contra el enemigo; de modo que aunque al robusto guerrero le asistiera la victoria en todo, primero el enemigo vencido regresara al Señor de una sola contienda: y entonces le concediera otra vez venciendo, para que el fiel siervo existiera más admirablemente victorioso, cuanto más el enemigo vencido se preparara de nuevo para nuevas batallas contra él. Sigue:

CAPÍTULO XII [Ant. XII, Rec. VIII].

IBID.---Y salió Satanás de la presencia del Señor.

20. Dios está dentro y fuera de todas las cosas, por encima y por debajo de todas las cosas. ¿Qué significa que se dice que Satanás salió de la presencia del Señor? ¿A dónde se puede salir de aquel que está en todas partes? Por eso dice: Yo lleno el cielo y la tierra (Jeremías XXIII, 24). Por eso la Sabiduría dice: He recorrido sola el círculo del cielo (Eclesiástico XXIV, 8). De su Espíritu está escrito: El Espíritu del Señor ha llenado el orbe de la tierra (Sabiduría I, 7). Por eso el Señor dice de nuevo: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de

mis pies (Isaías LXVI, 1). Y de nuevo está escrito de Él: Mide el cielo con el palmo y abarca toda la tierra con el puño (Isaías XL, 12). A la sede, sobre la cual preside, permanece interior y exterior. Midiendo el cielo con el palmo y abarcando la tierra con el puño, se muestra que Él es exterior a todas las cosas que ha creado. Pues lo que se concluye interiormente, es contenido exteriormente por el que lo concluye. Por lo tanto, a través de la sede sobre la cual preside, se entiende que está interior y superior; a través del puño con el que contiene, se señala que está exterior e inferior. Porque Él permanece dentro de todas las cosas, fuera de todas las cosas, por encima de todas las cosas, por debajo de todas las cosas; y es superior por su poder, e inferior por su sustentación; exterior por su magnitud, e interior por su sutileza: gobernando arriba, conteniendo abajo; rodeando por fuera, penetrando por dentro; y no es superior por una parte, inferior por otra, ni exterior por una parte, y por otra permanece interior: sino que es uno y el mismo, todo en todas partes, presidiendo al sostener, sosteniendo al presidir, rodeando al penetrar, penetrando al rodear; de donde preside arriba, de allí sostiene abajo; y de donde rodea por fuera, de allí llena por dentro: sin inquietud gobierna arriba, sin esfuerzo sostiene abajo; penetra por dentro sin disminución, rodea por fuera sin extensión. Es, por tanto, inferior y superior sin lugar; es más amplio sin latitud, es más sutil sin disminución.

21. De la presencia del Señor sale Satanás, cuando alcanza el cumplimiento de su deseo.--- ¿Cómo, entonces, se sale de Él, quien, aunque no está en ningún lugar por la masa del cuerpo, no falta en ningún lugar por su sustancia incircunscripta? Pero mientras Satanás, oprimido por el poder de la majestad, no pudo ejercer el apetito de su malicia, estuvo como ante la presencia del Señor. Sin embargo, salió de la presencia del Señor; porque, liberado divinamente de la angustia de la retención interna, alcanzó el cumplimiento de su deseo. Salió de la presencia del Señor, porque la voluntad nociva, atada por mucho tiempo con los lazos de la disciplina, finalmente se manifestó en acción. Pues cuando, como se ha dicho, no pudo cumplir lo que deseaba, estuvo como ante la presencia del Señor; porque la disposición suprema lo contuvo de realizar su malicia. Pero salió de su presencia, porque al recibir el poder de la tentación, alcanzó los deseos de su malicia. Sigue:

CAPÍTULO XIII [Rec. IX].

VERS. 13, 14, 15.---Un día, cuando los hijos e hijas de Job comían y bebían vino en casa de su hermano primogénito, llegó un mensajero a Job y le dijo: Los bueyes estaban arando y las asnas pastaban cerca de ellos, y de repente los sabeos cayeron sobre ellos, se llevaron todo y mataron a los siervos a filo de espada, y solo yo escapé para contártelo.

22. El diablo elige los tiempos para tentar.---Es importante observar qué tiempos son adecuados para las tentaciones. En efecto, el diablo eligió el momento para tentar cuando encontró a los hijos del bienaventurado Job en un banquete. Pues el enemigo no solo observa qué hace, sino también cuándo lo hace. Aunque recibió poder, buscó un tiempo adecuado para la subversión; para que, por disposición de Dios, se nos mostrara que la alegría de la saciedad es un presagio de tribulación. Es necesario observar cuán astutamente se anuncian las mismas pérdidas que se infligen. No se dice que los bueyes fueron llevados por los sabeos, sino que los bueyes que fueron llevados estaban arando; para que, al recordar el fruto del trabajo, aumente la causa del dolor. Por eso, entre los griegos no solo se informa que fueron robadas las asnas, sino las asnas preñadas; de modo que, mientras los animales más pequeños impactan menos al ánimo del oyente por su calidad, lo hieren más por su fecundidad. Y porque las adversidades hieren más al ánimo cuando son muchas, también se

anuncian de repente, aumentando la medida de los gemidos, incluso a través de los detalles de los mensajeros. Pues sigue:

CAPÍTULO XIV [Ant. XIV].

VERS. 16.---48 Y mientras él aún hablaba, vino otro y dijo: El fuego de Dios cayó del cielo, y consumió las ovejas y a los pastores, y solo yo escapé para anunciarlo a ti.

23. Los casos repentinos intentan derribar la constancia de Job.---Para que la pérdida de sus bienes no cause menos dolor al oyente, se incita su ánimo a excederse incluso con las palabras de los mensajeros. Es digno de observarse cuán astutamente se dice: Fuego de Dios, como si se dijera: Soportas la reprensión de aquel a quien quisiste aplacar con tantas ofrendas; toleras la ira de aquel a quien diariamente servías con esfuerzo. Pues al indicar que Dios, a quien había servido, le había traído adversidades, menciona la ofensa en la que podría excederse; de modo que recordara los servicios pasados y, pensando que había servido en vano, se enorgulleciera en injuria del autor. En efecto, la mente piadosa, cuando ve que sufre adversidades por parte de los hombres, encuentra descanso en la consolación de la gracia divina; y cuando ve que las tormentas de las tentaciones crecen desde fuera, buscando el refugio de la esperanza del Señor, huye al puerto de la conciencia. Pero para que el astuto enemigo sacudiera al mismo tiempo el robusto pecho del hombre santo con adversidades humanas y desesperación divina, primero informó que los sabeos habían irrumpido, y luego anunció que el fuego de Dios había caído del cielo; para que, al mostrar que incluso aquel que podría consolar el ánimo en medio de las adversidades se oponía, excluyera toda vía de consolación: de modo que, al considerar que está abandonado y oprimido por todas partes, estalle en injuria con tanto más audacia cuanto más desesperadamente. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 17.---Pero mientras él aún hablaba, vino otro y dijo: Los caldeos formaron tres grupos, y atacaron los camellos, y se los llevaron, y también mataron a los siervos a espada, y solo yo escapé para anunciarlo a ti.

24. Multiplica las heridas.---He aquí de nuevo, para que no sintiera menos el dolor de la adversidad humana, anuncia que las tropas de los caldeos han irrumpido; y para que la adversidad que viene de lo alto no lo golpee menos, muestra la ira repetida en el aire. Pues sigue:

CAPÍTULO XVI [Ant. XV].

VERS. 18, 19.---Él estaba hablando, y he aquí que otro entró y dijo: Tus hijos e hijas estaban comiendo y bebiendo vino en la casa de su hermano primogénito, cuando de repente un viento vehemente vino de la región del desierto y sacudió los cuatro ángulos de la casa, la cual se derrumbó sobre tus hijos, y murieron, y solo yo escapé para anunciarlo a ti.

25. Intenta provocar el odio hacia Dios.---Aquel que no es derribado con una sola herida, por eso es golpeado dos y tres veces, para que a veces sea herido hasta lo más profundo. Así pues, se anunció la adversidad de los sabeos, se anunció la retribución divina por el fuego del cielo, se anuncia de nuevo por los hombres el robo de los camellos y la matanza de los jóvenes, y se repite la ira de la indignación divina, mientras se indica que un viento impetuoso sacudió las esquinas de la casa y extinguió a los hijos. Porque es sabido que los

elementos no pueden moverse sin el consentimiento divino, se insinúa secretamente que Él mismo movió los elementos contra él, quien permitió que se movieran; aunque Satanás, una vez recibida del Señor la potestad, también prevalece en sacudir los elementos para el uso de su maldad. No debe sorprender que un espíritu arrojado desde lo alto pueda perturbar el aire en vientos; ya que es evidente que incluso a los condenados en las minas, el agua y el fuego les sirven para su uso. Se buscó, por tanto, que se anunciaran males, que fueran muchos, que fueran repentinos. Pero cuando primero anunció las adversidades, infligió una herida a un pecho aún tranquilo, como a miembros sanos; y cuando repitió el golpe al corazón herido, para forzarlo a palabras de impaciencia, impuso herida sobre herida.

26. Las plagas súbitas y múltiples de Job.---Es digno de observar cuán astutamente el antiguo enemigo procuró no tanto romper la paciencia del santo varón con la pérdida de sus bienes, como con el mismo orden de los mensajeros. Quien, esforzándose por anunciar primero las cosas pequeñas y después las mayores, al final trajo la muerte de los hijos, para que el padre no considerara insignificantes las pérdidas de sus bienes si las escuchaba ya habiendo quedado sin hijos; y para que la pérdida de las cosas afectara menos, al haber conocido previamente la muerte de los hijos, ya que evidentemente no habría herencia si primero quitaba a aquellos que se mantenían como herederos. Pero comenzando por lo más pequeño, anunció al final lo más grave; de modo que, al conocer gradualmente lo peor, cada herida encontrara en su corazón un lugar para el dolor. Es de notar cuán astutamente se anuncian los pesos de tantos males, tanto divididos como súbitos, para que, creciendo de repente y por partes, el dolor mismo no cupiera en el corazón del oyente; y tanto más ardientemente lo incitara a la blasfemia, cuanto más estrechamente se agitara en él por los mensajes súbitos y múltiples.

[Vet. XVI, Rec. X]. 27. A los que están al frente y sirven al placer, se les aflojan las riendas a los subordinados. Incluso en banquetes moderados, el diablo encuentra su lugar. Pero tampoco creo que deba pasarse por alto negligentemente el hecho de que los hijos estaban celebrando en la casa del hermano mayor cuando perecieron. Pues se ha dicho anteriormente que los banquetes difícilmente pueden llevarse a cabo sin culpa. Para hablar de nosotros, no de ellos, debemos saber que lo que los menores hacen con voluptuosidad, es contenido por la disciplina de los mayores; pero cuando los mayores mismos sirven al placer, sin duda se aflojan las riendas de la lascivia para los menores. ¿Quién se mantendría bajo la restricción de la disciplina, cuando incluso aquellos que tienen el derecho de imponerla se entregan a los placeres? Por lo tanto, cuando celebran en la casa del hermano mayor, perecen, porque entonces el enemigo toma fuerzas más vehementemente contra nosotros, cuando ve que incluso aquellos que han sido puestos para la custodia de la disciplina sirven a la alegría. Pues ocupa con más libertad para herir, cuanto más aquellos que podían interceder por las culpas se dedican al placer. Sin embargo, lejos esté de nosotros sospechar que los hijos de tan grandes hombres se entregaron al vientre por el afán de los banquetes; pero sin embargo, sabemos con certeza que, aunque por la custodia de la disciplina nadie sobrepase los límites de la necesidad al comer, la atención encendida de la mente se adormece entre los banquetes; y considera menos en qué medida está en la guerra de las tentaciones, aquella que se relaja por la seguridad. Por lo tanto, en el día del hermano mayor, los hijos son abatidos, porque el antiguo enemigo busca en la muerte de los menores una entrada de subversión a través de la negligencia de los mayores. Pero como hemos reconocido cuántos dardos de los mensajeros lo han herido, escuchemos cómo nuestro hombre fuerte se mantiene entre las heridas. Sigue:

CAPÍTULO XVI [Rec. XI].

VERS. 20.---Entonces Job se levantó, rasgó sus vestiduras, se afeitó la cabeza, y cayendo en tierra, adoró.

28. Los flagelos de Dios, o no sentirlos, o sentirlos demasiado, es un vicio. Algunos consideran que es una gran muestra de constancia filosófica el no sentir los golpes de los azotes y los dolores cuando son corregidos con severidad. Sin embargo, otros sienten tanto los flagelos de las percusiones que, movidos por un dolor desmedido, incluso caen en excesos de lengua. Pero quien se esfuerza por mantener la verdadera filosofía, debe necesariamente caminar entre ambos extremos. Pues no es signo de verdadera virtud la insensibilidad del corazón: porque también los miembros que están muy enfermos por el estupor no pueden sentir dolor cuando son cortados. Por otro lado, abandona la custodia de la virtud quien siente el dolor de los azotes más de lo necesario; porque cuando el corazón es tocado por una aflicción excesiva, se excita hasta las injurias de la impaciencia, y quien debería corregir sus malas acciones mediante los flagelos, actúa de manera que la maldad crece a través del flagelo. Contra la insensibilidad de los golpeados, se dice por el profeta: "Los golpeaste, y no les dolió; los quebrantaste, y rehusaron recibir disciplina" (Jeremías 5, 3). Contra la pusilanimidad de los golpeados, se dice por el salmista: "En las miserias no subsistirán" (Salmo 139, 11). Pues subsistirían en las miserias si soportaran con ecuanimidad las adversidades. Pero después de que caen en mente entre los flagelos, pierden la constancia de subsistir entre las miserias infligidas.

[Vet XVII.] 29. Job evitó ambos extremos. Costumbre de dejar crecer o cortar el cabello en tiempos de aflicción.---El bienaventurado Job, porque mantuvo la regla de la verdadera filosofía, se mantuvo admirablemente en equilibrio entre ambos extremos; de modo que, sin dejar de sentir el dolor, no despreciara los azotes; ni, por otro lado, sintiendo el dolor en exceso, se volviera loco contra el juicio del que azota. Pues habiéndolo perdido todo, habiendo perdido a todos sus hijos, se levantó, rasgó sus vestiduras, y con la cabeza rapada se postró en tierra y adoró. Que rasgó sus vestiduras y que con la cabeza rapada se postró en tierra, muestra claramente que sintió el dolor del azote. Pero lo que se añade, que adoró, muestra abiertamente que, aun en el dolor, no excedió el juicio del que azota. Por lo tanto, no se mostró del todo insensible, para no despreciar a Dios con esa insensibilidad; ni se mostró del todo afectado, para no pecar por dolerse demasiado. Pero como hay dos preceptos de la caridad, a saber, el amor a Dios y al prójimo; para cumplir con el amor al prójimo, ofreció luto por sus hijos; para no abandonar el amor a Dios, cumplió con la oración entre gemidos. Algunos suelen amar a Dios en la prosperidad, pero en la adversidad, al ser azotados, lo aman menos. Sin embargo, el bienaventurado Job, al mostrar exteriormente su conmoción, demostró que reconocía los azotes del Padre; y al permanecer humilde adorando, mostró que no abandonó el amor del Padre ni siquiera en el dolor. Para no ser orgulloso al no sentir, cayó en la aflicción; pero para no hacerse extraño al que lo hería, cayó para adorar. Era costumbre de los antiguos que quien mantenía la apariencia de su cuerpo cuidando su cabello, lo cortara en tiempos de aflicción; y, por otro lado, quien cortaba su cabello en tiempos de tranquilidad, lo dejara crecer en señal de aflicción. Así, el bienaventurado Job se muestra que conservó su cabello en tiempos de tranquilidad, ya que se recuerda que se rapó la cabeza para el uso del dolor; de modo que cuando la mano divina lo golpeó en todas las cosas, incluso voluntariamente, su apariencia se oscureció con diversas señales de penitencia. Pero este hombre, despojado de sus bienes, privado de sus hijos, que rasgó sus vestiduras, que se rapó la cabeza, que se postró en tierra, escuchemos lo que dice.

CAPÍTULO XVII [Rec. XII].

VERS. 21.---Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré allá.

30. Las cosas temporales deben ser consideradas de poca importancia, ya que en algún momento no las tuvimos, ni las tendremos. ¡Oh, cuán elevado es el asiento del consejo interno que ocupa aquel que, con sus vestiduras rasgadas, yace postrado en tierra! Pues, al haberlo perdido todo por el juicio del Señor, para mantener la paciencia, recordó aquel tiempo en el que aún no poseía lo que ahora ha perdido; de modo que, al contemplar que en algún momento no tuvo esas cosas, modera el dolor de haberlas perdido. En verdad, es un gran consuelo en la pérdida de las cosas, traer a la mente aquellos tiempos en los que no poseíamos lo que hemos perdido. Y dado que todos hemos sido engendrados por la tierra, no sin razón la llamamos madre. Por eso está escrito: Un yugo pesado sobre los hijos de Adán desde el día de su salida del vientre de su madre, hasta el día de su sepultura en la madre de todos (Ecli. XL, 1). Así, el bienaventurado Job, para llorar pacientemente lo que aquí ha perdido, observa atentamente cómo vino aquí. Para aumentar la paciencia que debe conservar, examina aún más cuidadosamente cómo se va de aquí, y dice: Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré allá. Como si dijera: La tierra me trajo aquí desnudo al entrar, la tierra me recibirá desnudo al salir. [Vet. XVIII.] Entonces, si he perdido lo que recibí pero debía dejar, ¿qué he perdido que fuera propio? [Rec. XIII.] Y dado que el consuelo no solo debe provenir de la consideración de nuestra condición, sino también de la justicia del Creador, correctamente añade:

IBID.---El Señor dio, el Señor quitó, como al Señor le agradó, así se hizo.

31. Dios, al despojarnos de bienes, no nos quita lo nuestro, sino lo suyo. Un hombre santo, al ser tentado por el adversario, lo había perdido todo; pero sabiendo que Satanás no tenía poder para tentarlo sin el permiso del Señor, no dijo: El Señor dio, el diablo quitó; sino: El Señor dio, el Señor quitó; pues habría sido motivo de dolor si el enemigo hubiera quitado lo que el Creador había dado. Pero, dado que no quitó sino aquel que dio, recuperó lo suyo, no nos quitó lo nuestro. Si de Él recibimos lo que usamos en esta vida, ¿por qué dolernos cuando, por su juicio, se nos exige lo que Él nos prestó? Nunca es injusto el acreedor que, al no estar obligado a un tiempo fijo de devolución, exige cuando quiere lo que prestó. Y bien se añade: Como agradó al Señor, así se hizo. Pues cuando en esta vida sufrimos lo que no deseamos, es necesario inclinar los deseos de nuestra voluntad hacia aquel que no puede querer nada injusto. Gran consuelo es que lo que nos desagrada se haga bajo la orden de aquel a quien solo lo justo agrada. Si sabemos que lo justo agrada al Señor, y no podemos sufrir nada que no le agrade al Señor, todo lo que sufrimos es justo, y es muy injusto murmurar por un sufrimiento justo.

32. El diablo, al atacarnos, es herido por nuestra humildad y paciencia.---Pero como hemos escuchado cómo un orador fuerte ha alegado la afirmación de su parte contra el adversario, ahora escuchemos cómo al final de su discurso alaba al juez bendiciéndolo. Sigue: Sea bendito el nombre del Señor. He aquí que todo lo que sintió recto, lo concluyó con la bendición del Señor; para que de aquí el adversario observe, y para su vergüenza vencido se sonroje, porque él mismo, aun siendo creado en bienaventuranza, se mostró contumaz al Señor, a quien el hombre, aun golpeado, canta un himno de gloria. [Vet. XIX.] Es de observar que nuestro enemigo nos golpea con tantos dardos como tentaciones nos aflige. Pues cada día estamos en la batalla, cada día recibimos sus flechas de tentaciones. Pero también nosotros lanzamos dardos contra él, si, heridos por las tribulaciones, respondemos con humildad. El bienaventurado Job, golpeado por la pérdida de sus bienes, golpeado por la muerte de sus hijos, porque convirtió la fuerza del dolor en alabanza al Creador, diciendo: El Señor dio, el

Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo; sea bendito el nombre del Señor; derribó al enemigo soberbio con humildad, abatió al cruel con paciencia. No creamos que nuestro guerrero recibió heridas y no las infligió. Pues cuantas voces de paciencia en alabanza a Dios pronunció al ser golpeado, como tantos dardos lanzó al pecho del adversario, e infligió heridas mucho más agudas de las que soportó. Pues afligido perdió lo terrenal, pero soportando humildemente la aflicción, multiplicó lo celestial. Sigue:

CAPÍTULO XIX [Rec. XIV].

VERS. 22.---En todo esto no pecó Job: ni dijo nada insensato contra Dios.

33. Job se abstuvo de la murmuración de boca y corazón.---Porque, al ser atrapados por las tribulaciones de las tentaciones, incluso con el movimiento silencioso de los pensamientos podemos pecar sin hablar, se da testimonio del bienaventurado Job tanto de su boca como de su corazón. Primero se dice: No pecó; y luego se añade: Ni dijo nada insensato contra Dios. Pues quien no ha hablado insensatamente ha contenido la culpa de su lengua; pero cuando se antepone, No pecó, queda claro que también restringió el vicio de la murmuración desde el pensamiento. Por lo tanto, no pecó ni habló insensatamente, porque ni en su conciencia se hinchó en silencio, ni relajó su lengua en contumacia. Habla insensatamente contra Dios quien, puesto bajo los azotes de la advertencia divina, intenta justificarse a sí mismo. Pues si se atreve a afirmar con soberbia que es inocente, ¿qué otra cosa hace sino acusar la justicia del que castiga? Hasta aquí nos ha bastado recorrer las palabras de la historia: ahora el discurso se dirige a investigar los misterios de la alegoría de la exposición. Pero en lo que está escrito:

CAPÍTULO XX [Ant. XX, Rec. XV].

VERS. 6.---Un día, cuando los hijos de Dios vinieron ante el Señor, también Satanás se presentó entre ellos.

34. Dios dispone los tiempos sin tiempo.---Primero debe discutirse por qué se dice que algo se hizo en cierto día ante el Señor, cuando en Él de ninguna manera el curso del tiempo se varía con el cambio del día y la noche. Pues en esa luz, que sin acercarse ilumina lo que elige y sin alejarse abandona lo que rechaza, no llega el defecto de la mutabilidad; porque permaneciendo en sí misma inmutable, dispone todas las cosas cambiantes; y así creó en sí lo que transita, de modo que en Él no pueden transitar; ni el tiempo fluye ante su presencia, como corre externamente para nosotros. De ahí que en su eternidad permanezcan fijos aquellos que no están fijos en los volúmenes de los siglos que emanan externamente. ¿Por qué, entonces, se dice ante Él, En cierto día, cuando para Él un solo día es su eternidad? Eternidad que el Salmista no vio cerrarse con un fin ni abrirse con un inicio, cuando dice: Mejor es un día en tus atrios que mil (Salmo 83, 11).

35. Conduce gradualmente a los acostumbrados a lo temporal hacia lo eterno.---Pero cuando la Sagrada Escritura habla de cosas temporales, es digno que use palabras temporales, para que al condescender eleve; y mientras narra algo de la eternidad de manera temporal, conduzca gradualmente a los acostumbrados a lo temporal hacia lo eterno; y así, la eternidad, que es desconocida para nuestras mentes, se infunda en nosotros al halagarnos con palabras conocidas. ¿Y qué maravilla hay en que Dios no revele apresuradamente su inmutabilidad a la mente humana en el sagrado discurso, cuando incluso en la solemnidad de su resurrección, se dio a conocer mediante ciertos pasos de progreso, la incorruptibilidad del cuerpo que

retomó? Pues, como atestigua Lucas (Luc. XXIV, 4), aprendemos que a algunos que lo buscaban en el sepulcro primero les envió ángeles; y nuevamente, a los discípulos que hablaban de Él en el camino, se les apareció Él mismo, pero sin ser reconocido (Ibid., 15), quien después de un tiempo de exhortación, se mostró reconocible en la fracción del pan; y finalmente, entrando de repente, se presentó no solo reconocible, sino también palpable. Porque, dado que los discípulos aún llevaban corazones débiles, debían ser alimentados con esta disposición en el conocimiento de tan gran misterio, para que al buscar algo por un momento lo encontraran; al encontrarlo, crecieran, y al crecer, sostuvieran con más firmeza lo conocido. Por lo tanto, ya que no somos conducidos de repente, sino por incrementos de causas y palabras, como por ciertos pasos hacia la eternidad, se dice que algo se hizo en un día ante Él, quien contempla incluso los tiempos sin tiempo.

[Vet. XXI.] 36. En la luz ve las tinieblas. — ¿Acaso porque también Satanás estuvo presente, mientras se dice que esto ocurrió un cierto día, la Sagrada Escritura quiso indicar que en la luz Dios vio las tinieblas? Nosotros, en efecto, no podemos contemplar la luz y las tinieblas con una misma mirada: porque cuando el ojo se fija en las tinieblas, la luz se desvanece; y cuando se vuelve hacia el resplandor de la luz, la sombra de las tinieblas se aleja. Sin embargo, esa visión, que ve inmutablemente todas las cosas cambiantes, como si fuera de día, Satanás estuvo presente para Él, porque comprende las tinieblas de los ángeles apóstatas sin oscuridad. Nosotros, como se ha dicho, no podemos contemplar con una misma mirada tanto lo que elegimos aprobando como lo que condenamos rechazando: porque cuando el ánimo se dirige hacia esto, se separa de aquella consideración; y cuando se vuelve hacia aquella, se aleja de esto a lo que se había adherido.

37. El que ordena cosas diversas no es diverso. Dios, en verdad, porque sin mutabilidad contempla todo a la vez, sin distensión lo comprende, a saber, tanto los bienes que ayuda, como los males que juzga, y lo que recompensa al asistir, y lo que condena al juzgar, en estas cosas que dispone en diverso orden, no es diverso. Por tanto, se describe que Satanás estuvo presente ante Él en el día, porque la luz de su eternidad no es tocada por ninguna sombra de mutabilidad; y en esto, que las tinieblas se hacen presentes ante Él, se dice que estuvo presente entre los hijos de Dios: porque el espíritu inmundo es penetrado por la fuerza de la justicia, con la cual se llenan los corazones de los espíritus puros; y este es transfigurado por el mismo rayo de luz con el que aquellos son inundados para que brillen.

38. Los ángeles buenos sirven a Dios para el auxilio, los malos para la prueba.---Estuvo presente entre los hijos de Dios, porque aunque aquellos sirven a Dios para el auxilio de los elegidos, este lo hace para la prueba. Estuvo presente entre los hijos de Dios, porque aunque a aquellos se les otorga en esta vida el auxilio de la piedad, este, sirviendo sin saberlo a su justicia oculta, intenta ejecutar el ministerio de la reprobación. [Rec. XVI.] Por eso, bien se dice en los libros de los Reyes a través del profeta: Vi al Señor sentado sobre su trono, y todo el ejército del cielo a su derecha y a su izquierda, y se dijo: ¿Con qué engañaré a Acab para que suba y caiga en Ramot de Galaad? Y uno decía de una manera, y otro de otra. Y salió uno y dijo: Yo engañaré a Acab. Y se le dijo: ¿Con qué lo engañarás? Y él respondió, diciendo: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas (III Reyes XXII, 19 ss.). ¿Qué es el trono del Señor, sino las potestades angélicas, sobre cuyas mentes preside en lo alto, disponiendo todo en lo bajo? ¿Y qué es el ejército del cielo, sino la multitud de ángeles ministrantes? ¿Qué significa, entonces, que el ejército del cielo se dice que está a su derecha y a su izquierda? Dios, que está dentro de todo, pero también fuera de todo, no se limita ni a la derecha ni a la izquierda. Pero la derecha de Dios designa la parte elegida de los ángeles; la izquierda de Dios, la parte reprobada de los ángeles. No solo los buenos sirven a Dios,

quienes ayudan, sino también los malos, quienes prueban; no solo quienes levantan a los que regresan de la culpa, sino también quienes oprimen a los que no quieren regresar. Tampoco se prohíbe entender que en el ejército del cielo se incluya la parte reprobada de los ángeles. Pues a las aves que sabemos que se suspenden en el aire las llamamos aves del cielo. Y de estos mismos espíritus Pablo dice: Contra las fuerzas espirituales de maldad en las regiones celestiales (Efesios VI, 12). Anunciando su cabeza, dice: Según el príncipe de la potestad del aire (Efesios II, 2). Por lo tanto, el ejército de ángeles está a la derecha y a la izquierda de Dios: porque la voluntad de los espíritus elegidos concuerda con la piedad divina; y el sentido de los reprobados, sirviendo a su malicia, obedece al juicio de su severidad. Por eso, enseguida se describe que el espíritu engañoso se lanzó al medio, por el cual el rey Acab, debido a sus méritos, es engañado. Pues no es lícito creer que un buen espíritu quisiera servir al engaño, diciendo: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas. Pero como el rey Acab era digno, por sus pecados precedentes, de ser condenado por tal engaño: para que quien a menudo había caído voluntariamente en la culpa, alguna vez fuera atrapado involuntariamente para el castigo, se da permiso por justicia oculta a los espíritus malignos, para que a quienes voluntariamente estrangulan en el lazo del pecado, también los arrastren involuntariamente al castigo del pecado. Por lo tanto, lo que allí se describe como el ejército del cielo que estaba a la derecha y a la izquierda de Dios, aquí se dice que Satanás estuvo presente entre los hijos de Dios. He aquí que los ángeles estuvieron a la derecha de Dios, porque se les llama hijos de Dios; he aquí que los ángeles están a la izquierda, porque también Satanás estuvo presente entre ellos.

[Vet. XXII.] 39. Pero dado que hemos decidido investigar los misterios de la alegoría, no es inapropiado aceptar que el Señor vio a Satanás durante el día, porque corrigió sus caminos en la encarnación de su Sabiduría; como si no lo hubiera visto, al haber tolerado su depravación en la perdición del género humano durante tanto tiempo. Por lo cual, inmediatamente se le dice con voz divina:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 7. ¿De dónde vienes?

40. Dios reveló las insidias del diablo con la luz de la sabiduría encarnada. En el día en que se interroga a Satanás sobre sus caminos, las insidias del enemigo oculto se descubren a la luz de la sabiduría manifestada. Por lo tanto, cuando el Señor se encarnó, el diablo fue reprendido y corregido de su desenfreno pestilente, y con razón se añade: El Señor le dijo: ¿De dónde vienes? En ese momento, se reprenden los caminos de Satanás al ser refutadas las maldades de su persuasión por la venida del Mediador. No es de extrañar que en este día se mencione que los hijos de Dios se presentaron ante el Señor; porque, en efecto, todos los elegidos, llamados a la patria eterna, fueron reunidos bajo la luz de la sabiduría que los ilumina. Aunque la Sabiduría encarnada vino a reunirlos mediante la obra realizada, ya asistían intrínsecamente a su divinidad por su presciencia. Pero dado que el antiguo enemigo es examinado con la venida del Redentor, escuchemos lo que dice.

CAPÍTULO XXII. [Rec. XVII.]

IBID.---He recorrido la tierra y la he atravesado.

41. El diablo recorrió la tierra, porque engañó y poseyó a todos los hombres. Desde Adán, antes de la venida del Señor, arrastró tras de sí a todas las naciones gentiles. Recorrió la tierra

y la atravesó, porque imprimió las huellas de su iniquidad en los corazones de las naciones. Al caer desde las alturas, poseyó con justicia las mentes humanas, porque las ató voluntariamente con el lazo de su culpa; y cuanto más vagó por el mundo, más amplio fue su dominio, ya que nadie fue hallado completamente libre de su culpa. Para él, recorrer el mundo fue como un acto de poder, al no encontrar a ningún hombre que le resistiera plenamente. Pero ahora que Satanás retroceda, es decir, que el poder divino lo constriña de su malicia, porque ya ha aparecido en la carne aquel que, en la contaminación del pecado, no tenía nada de la debilidad de la carne. Vino humilde, a quien incluso el enemigo soberbio admira; para que aquel que había despreciado la fortaleza de su divinidad, también tema la debilidad de su humanidad. Por lo tanto, de inmediato, como una señal maravillosa, se propone contra él la misma debilidad de la humanidad para que se diga:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 8.---¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra?

42. Hasta que vino Cristo, de quien nuevamente se explican las palabras de Job. Asumió la humildad de la carne, sin detrimento de la majestad. Con sus virtudes reprimió la soberbia del diablo.---Ya hemos dicho anteriormente que Job se interpreta como "doliente". Verdaderamente se le llama doliente en figura, aquel que, según atestigua el Profeta, se dice que llevó nuestros dolores. No hay nadie en la tierra semejante a él, porque todo hombre es solamente hombre, pero él es Dios y hombre. No hay nadie en la tierra semejante a él, porque aunque cada hijo adoptivo progresa para recibir la divinidad, de ninguna manera se le concede ser Dios por naturaleza. Bien se le llama también siervo, porque no desdeñó asumir la forma de siervo. La humildad de la carne asumida no injurió a la majestad; porque al asumir lo que debía ser salvado, no cambió lo que tenía, ni disminuyó lo divino con la humanidad, ni consumió lo humano con la divinidad; porque aunque por Pablo se dice: "El cual, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo" (Filipenses II, 6), despojarse a sí mismo es mostrarse visible desde la grandeza de su invisibilidad, para que la forma de siervo cubriera aquello que, de manera incircunscripta, todo lo penetra desde la divinidad. Decir de Dios a Satanás en figura es: "¿Has considerado a mi siervo Job?" para mostrarle admirable en la forma de siervo a su Hijo unigénito contra él. Pues, al dar a conocer en la carne a aquel de tan gran virtud, indicó al adversario soberbio que considerara al doliente. Pero como había introducido algo bueno que admirar, queda por enumerar aún sus virtudes para reprimir su soberbia. Sigue.

CAPÍTULO XXIV. [Ant. XXIII].

IBID.---Hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal.

43. De qué manera Cristo, sencillo, recto, etc., hizo que el Diablo dudara de su divinidad debido a lo que sufrió.---Vino entre los hombres el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, para ofrecer un ejemplo de vida a los hombres, sencillo; para no perdonar a los espíritus malignos, recto; para vencer la soberbia, temeroso de Dios; y para limpiar en sus elegidos la impureza de la vida, apartándose del mal. De él se dice principalmente por medio de Isaías: Y lo llenará el espíritu del temor del Señor (Isaías XI, 3). Y él se apartó singularmente del mal: porque no quiso imitar las obras que encontró en los hombres, ya que, como atestigua Pedro: No cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pedro II, 22). Sigue: Respondiendo Satanás dijo: ¿Acaso teme Job a Dios en vano? ¿No lo

has protegido a él, a su casa y a toda su hacienda por todos lados? Bendijiste las obras de sus manos, y su posesión creció en la tierra. El antiguo enemigo reconoció que el Redentor del género humano, su vencedor, había venido al mundo: por lo que también se dice en el Evangelio a través de un hombre poseído: ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí antes de tiempo a atormentarnos? (Mateo VIII, 20). Sin embargo, cuando primero lo vio pasible, al ver que la humanidad podía sufrir cosas mortales, todo lo que sospechaba de su divinidad, por el orgullo de su soberbia, le hizo dudar. Pues nada sabio sino soberbio, al ver que era humilde, dudó de que fuera Dios. Por lo que se volvió a los argumentos de las tentaciones, diciendo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes (Mateo IV, 3). Porque al verlo pasible, no creyó que fuera nacido de Dios, sino protegido por la gracia de Dios. Por lo que ahora se dice que infiere.

CAPÍTULO XXV.

VERS. 9, 10.---¿Acaso no lo has protegido a él, a su casa y a toda su hacienda por completo? Has bendecido las obras de sus manos, y su posesión ha crecido en la tierra.

44. Al ver al humilde, el soberbio diablo dudó de que fuera Dios.---Dice que él y su casa están protegidos por Dios, porque al intentar penetrar su conciencia, no pudo. Afirma que su sustancia está protegida, porque no se atreve a invadir a sus elegidos. Se queja de que Dios ha bendecido las obras de sus manos y que su posesión ha crecido en la tierra: porque, consumiéndose, ve que su fe se multiplica en el conocimiento de los hombres, gracias a la predicación de los apóstoles. Se dice que su posesión crece, mientras los predicadores trabajan, el número de fieles aumenta diariamente. Así pues, esto es lo que Satanás dijo a Dios, sintiéndolo con envidia. Esto es lo que Satanás dijo a Dios, lamentándose con pesar. Sigue:

CAPÍTULO XXVI [Ant. XXIV].

VERS. 11.---Pero extiende un poco tu mano, y toca todo lo que posee, y verás si no te bendice en tu presencia.

45. Su divinidad fue puesta a prueba por las tentaciones. Pues aquel a quien creyó protegido por la gracia de Dios en tiempos de tranquilidad, pensó que podría pecar a través de la pasión. Como si dijera abiertamente: El hombre es reconocido como pecador cuando es interrogado por las aflicciones, aquel que en los milagros es considerado Dios. Dijo entonces el Señor a Satanás:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 12.---He aquí, todo lo que tiene está en tu mano: solo no extiendas tu mano contra él.

46. La mano de Satanás debe entenderse no como poder, sino como tentación.---Cuando discutimos la sagrada historia bajo un entendimiento figurativo, la mano de Satanás debe entenderse no como poder, sino como tentación. Por lo tanto, todo lo que posee se entrega en manos del tentador, y se prohíbe extender la mano de la tentación sobre él, lo cual, sin embargo, se permite cuando se pierde la sustancia: porque, ciertamente, primero Judea, que había sido su posesión, fue arrebatada en la infidelidad, y después su carne fue fijada al madero de la cruz. Así, quien primero soportó a la Judea adversa, y luego llegó hasta la cruz,

como si primero hubiera perdido lo que poseía, después soportó en sí mismo la maldad del adversario.

CAPÍTULO XXVIII.

IBID.---Y salió Satanás de la presencia del Señor.

47. El diablo, habiendo logrado su deseo, sale de la presencia del Señor.---Como se ha dicho anteriormente, Satanás salió de la presencia del Señor porque alcanzó los deseos de su corazón. Pues, en cierto modo, estaba ante Él mientras no podía cumplir lo que malamente anhelaba por causa de Él.

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 13.---Un día, cuando los hijos e hijas de él comían y bebían vino en casa de su hermano primogénito.

18. El hijo del Señor es el pueblo judío mayor.---Hemos dicho que los hijos e hijas del bienaventurado Job designan ya sea el orden de los apóstoles o la multitud de todos los fieles. Sin embargo, el Señor encarnado primero eligió a unos pocos de Judea para la fe, y después agregó a sí mismo una multitud del pueblo gentil. Pero, ¿quién debe ser considerado el hijo mayor del Señor, sino el pueblo judío, que fue engendrado por la doctrina de la ley dada hace tiempo? En cambio, el pueblo gentil es menor, ya que fue reunido en los confines del mundo. Por lo tanto, cuando Satanás, sin saberlo, servía a la utilidad de los hombres y, al corromper los corazones de los perseguidores, buscaba la licencia de la pasión del Señor, los santos apóstoles aún no conocían que la gentilidad sería agregada a Dios, y solo predicaban los misterios de la fe a Judea; cuando se dice que Satanás salió de la presencia del Señor, se refiere que los hijos e hijas convivían en la casa del hermano primogénito. Pues se les había dicho: No vayáis por el camino de los gentiles (Mat. X, 5). Después de la muerte y resurrección del Señor, se volvieron a la predicación a los gentiles. Por eso, en sus Hechos dicen: A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios; pero ya que la rechazasteis y os juzgasteis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hech. XIII, 46). Estos son, por tanto, los hijos del esposo, de quienes también se dice con la voz del mismo esposo: No ayunarán los hijos del esposo mientras el esposo esté con ellos (Mat. IX, 15), y conviven en la casa del hermano primogénito, porque evidentemente los apóstoles aún se alimentaban de las delicias de la Sagrada Escritura en la recolección del solo pueblo judío.

CAPÍTULO XXX [Ant. XXV, Rec. XVIII].

VERS. 14, 15.---Llegó un mensajero a Job, que dijo: Los bueyes estaban arando, y las asnas pastaban junto a ellos, y los sabeos irrumpieron, se llevaron todo, y a los jóvenes mataron a espada, y solo yo escapé para anunciarlo a ti.

49. Los sencillos, al adherirse a los más perfectos, se alimentan de su entendimiento. ¿Qué otra cosa representan los bueyes, sino aquellos que obran bien? ¿Y qué otra cosa las asnas, sino aquellos que viven de manera sencilla? Se dice que estas se alimentan bien junto a los bueyes, porque las mentes de los sencillos, aun cuando no pueden comprender cosas elevadas, están más cercanas a ellos, ya que creen que los bienes de sus hermanos son suyos por caridad; y como no saben envidiar los entendimientos ajenos, no se dividen en su pasto. Así, las asnas se alimentan junto con los bueyes, porque los más lentos, al unirse a los

prudentes, se nutren de su inteligencia. Los sabeos se interpretan como los que capturan. ¿Y quiénes son designados con el nombre de capturadores, sino los espíritus impuros, que llevan cautivos a todos los que se someten a ellos en la infidelidad? Estos también hieren a los niños con la espada, porque los vulneran gravemente con los dardos de su tentación, a aquellos que aún no son protegidos por la constancia juvenil, ni son libres o robustos. Aquellos que, aunque comienzan bien, en la misma ternura de su iniciación, son sometidos por los espíritus impuros capturadores. A quienes el enemigo hiere con la espada, porque los atraviesa con la desesperación de la eternidad.

[REC. XIX.] 50. La profecía, mientras los demás perecen, permanece para siempre. — ¿Qué significa esto de que llegó un mensajero que decía: "He escapado yo solo"? ¿Quién es este mensajero que, mientras los demás perecen, escapa solo, sino el discurso profético, que, mientras se cumplen todos los males que predijo, regresa solo y sano al Señor? Pues cuando se reconoce que habló la verdad sobre la caída de los perdidos, se muestra como si hubiera vivido entre los muertos. De aquí que un joven sea enviado para llevar a Rebeca al matrimonio con Isaac (Génesis XXIV, 9), porque evidentemente la profecía sirve de intermediaria para desposar a la Iglesia con el Señor. Así, cuando los sabeos irrumpen, solo el joven que lleva el mensaje escapa, porque cuando los espíritus malignos llevan las mentes de los débiles al cautiverio, la sentencia de la profecía prevalece; que prediciendo ese mismo cautiverio dice: "Por eso mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento" (Isaías V, 13). La profecía, por tanto, se salva, mientras se muestra el cautiverio que predijo. Sigue:

CAPÍTULO XXXI [Ant. XXVI, Rec. XX].

VERS. 16.---Y mientras él aún hablaba, vino otro y dijo: El fuego de Dios cayó del cielo, y consumió las ovejas y a los jóvenes, y solo yo escapé para anunciarlo a ti.

51. El fuego que consume las ovejas y los hijos de Job simboliza la envidia de los sacerdotes contra Cristo. El fuego atormenta ahora a los malos por la envidia, y después por la venganza. Todos los que desempeñaron el oficio de predicación en la sinagoga fueron correctamente llamados cielo, porque se creía que comprendían las cosas celestiales. Por eso Moisés, cuando exhortaba a los sacerdotes y al pueblo con las palabras de su advertencia, dijo: "Escucha, cielo, y hablaré; y oiga la tierra las palabras de mi boca" (Deut. XXXII, 1, según la LXX); señalando con el cielo el orden de los superiores, y con la tierra al pueblo sometido. En este contexto, no es inapropiado entender por cielo a los sacerdotes, fariseos o doctores de la ley, quienes, al servir a los oficios celestiales ante los ojos de los hombres, parecían brillar desde lo alto. Pero como ellos se conmocionaron profundamente en la adversidad de nuestro Redentor, fue como si el fuego cayera del cielo, cuando la llama de la envidia se encendió incluso en aquellos que se suponía enseñaban la verdad, para engañar al pueblo ignorante. Pues sabemos, según el testimonio del Evangelio, que envidiando la doctrina de la verdad, buscaban la oportunidad de traicionar al Señor; pero temiendo al pueblo, no se atrevían a revelar sus maquinaciones. De ahí que también esté escrito que, para disuadir al pueblo, dicen: "¿Acaso alguno de los príncipes ha creído en él, o alguno de los fariseos? Pero esta multitud que no conoce la ley, son malditos" (Juan VII, 48). ¿Qué entendemos por las ovejas y los hijos, sino a los inocentes, aunque aún débiles, que, temiendo soportar la adversidad de los fariseos y príncipes, fueron consumidos por el fuego de la infidelidad? Por tanto, se dice: "El fuego de Dios cayó del cielo y consumió las ovejas y los hijos", es decir, la llama de la envidia cayó de los corazones de los superiores y quemó todo lo bueno que surgía en el pueblo; porque cuando los malos superiores exigen su honor contra la verdad, subvierten los corazones de los seguidores de toda rectitud. Donde también se añade adecuadamente: "Y yo

solo escapé para contártelo"; porque cuando se cumple la causa predicha de la malicia, la palabra de la profecía escapa a la destrucción de la falacia, que dice: "Y ahora el fuego consume a los adversarios" (Isaías XXVI, 11). Como si dijera abiertamente: Los malos no solo son atormentados por el fuego de la venganza después, sino que ahora también son quemados por la envidia, porque aquellos que serán castigados después con el suplicio de la retribución, ahora se afligen a sí mismos con el tormento de la envidia. Por tanto, el hijo que huye solo regresa y anuncia que las ovejas y los hijos han perecido por el fuego, mientras la profecía abandona al pueblo judío, manifestando que dijo la verdad, que dice: "El celo aprehendió al pueblo ignorante". Como si dijera abiertamente: Cuando el pueblo no quiso discutir las palabras de los profetas, sino que dio su credulidad a las palabras de los envidiosos, pereció por el fuego del celo, porque se quemó en la llama de la envidia ajena. Sigue:

CAPÍTULO XXXII [Ant. XXVII].

VERS. 17.---Pero mientras él aún hablaba, vino otro y dijo: Los caldeos formaron tres grupos, y atacaron los camellos, y se los llevaron, y también mataron a los siervos a espada, y solo yo escapé para anunciarlo a ti.

59 52. Los caldeos forman tres grupos: fariseos, herodianos y saduceos. Camellos, samaritanos o judíos adheridos a la mera letra de la ley. — Porque sabemos que los caldeos se interpretan como feroces, ¿quiénes son designados con el nombre de caldeos, sino los autores de la persecución que estallan en abiertos clamores de malicia, cuando dicen: Crucificalo, crucificalo (Luc. XXIII, 21; Marc. III, 6)? Ellos mismos se dividen en tres grupos cuando los fariseos, herodianos y saduceos se separan para proponer cuestiones al Señor. Aunque fueron vencidos por la Sabiduría, se cree que arrastraron tras de sí a algunos necios, llevando camellos en sus grupos. Cada uno de estos órdenes, en su perverso saber, corrompió los corazones de los insensatos; y al persuadirlos hacia la perdición, condujeron las mentes tortuosas de los débiles hacia la cautividad. Mientras el Señor predicaba en Samaria, muchos samaritanos fueron llevados a la posesión de nuestro mismo Redentor. Pero, ¿acaso aquellos que, por los siete maridos de una mujer fallecida, intentan al Señor sobre la desesperación de la resurrección (Mat. XXII, 25), no intentaron reducir a los samaritanos creyentes de la fe, quienes se sabe que ignoran la esperanza de la resurrección? Ellos, al recibir algunas cosas de la ley y despreciar otras, son como los camellos que, como animales puros, rumian, pero como impuros, no dividen la pezuña. Aunque también los camellos que rumian, pero no dividen la pezuña, indican a aquellos que en Judea escucharon la historia según la letra, pero no sabían discernir espiritualmente su virtud. Los caldeos los arrebatan en tres grupos; mientras los fariseos, herodianos y saduceos los pervierten de toda rectitud de sentido con persuasión iniqua. Y al mismo tiempo hieren a los niños con la espada, porque aunque algunos en el pueblo ya podían usar la razón, no se oponían a ellos con la virtud de la razón, sino con la autoridad del poder; y mientras desean ser imitados por los subordinados como superiores, aunque los seguidores puedan entender algo, los arrastran a la perdición por la autoridad del gobierno asumido. De los cuales bien huye solo el niño que anuncia: porque al cometer iniquidades los fariseos, herodianos y saduceos, el discurso profético que dice: Y los que tienen la ley no me conocieron (Jer. II, 8), ciertamente se fortalece al abandonarlos. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII [Ant. XXVIII, Rec. XXI].

VERS. 18, 19.--- Él estaba hablando, y he aquí que otro entró y dijo: Tus hijos e hijas estaban comiendo y bebiendo vino en la casa de su hermano primogénito, cuando de repente un viento vehemente vino de la región del desierto y sacudió los cuatro ángulos de la casa. La cual, al derrumbarse, aplastó a tus hijos, y murieron.

53. El pueblo judío figurado en el primogénito Job.---Hace poco mencionamos que entendemos a los hijos e hijas como los apóstoles predicadores y las multitudes sometidas: quienes se refieren a convivir en la casa del hermano primogénito, porque aún en la morada del pueblo judío se deleitaban con las delicias de la sagrada predicación. Sin embargo, de repente un viento vehemente irrumpió desde la región del desierto. La región del desierto es el corazón de los infieles, que cuando el Creador lo abandona, ningún habitante lo cultiva. ¿Y qué otra cosa se entiende por viento vehemente sino una fuerte tentación? Por lo tanto, el viento vehemente irrumpió desde la región del desierto; porque en la pasión de nuestro Redentor, una fuerte tentación vino contra sus fieles desde los corazones de los judíos. También se puede entender la región del desierto, sin inconveniente, como la multitud abandonada de espíritus inmundos. De la cual vino el viento y sacudió la casa, porque de ellos surgió la tentación y movió los corazones de los perseguidores.

54. Su casa destruida es la sinagoga, derribada con sus cuatro ángulos, es decir, con sus cuatro órdenes sacudidos. De ahí que los hijos sean oprimidos. Pero esta casa, en la que convivían los hijos, se mantenía en cuatro ángulos. Conocemos tres órdenes de gobernantes en la sinagoga, a saber, los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo. Si a estos les unimos los fariseos, encontramos cuatro ángulos en esta casa. Por lo tanto, el viento vino desde la región del desierto y sacudió los cuatro ángulos de la casa, porque la tentación de los espíritus impuros irrumpió y excitó las mentes de los cuatro órdenes hacia la malicia de la persecución. Esta casa, al derrumbarse, oprimió a los hijos, porque cuando Judea cayó en la crueldad de la persecución del Señor, la fe de los apóstoles fue abrumada por el temor de la desesperación. Pues solo vieron al maestro ser apresado, y ya negándolo, huían por diferentes caminos. Y aunque la mano interna de su espíritu los sostuvo en la presciencia hacia la vida, el temor carnal, sin embargo, extinguió temporalmente su vida de fe. Aquellos que abandonaron a su autor, mientras Judas se enfurecía, fueron como muertos con los ángulos de la casa sacudidos y derrumbados. ¿Qué creemos que sucedió en ese tiempo con el rebaño de fieles, cuando sabemos que incluso los carneros huyeron? Pero entre estos, uno que anuncia escapa, porque la palabra profética, que había anunciado estas cosas, muestra que se ha fortalecido, diciendo del pueblo perseguidor: Mi amado ha cometido muchos crímenes en mi casa (Jeremías XI, 15); diciendo de los buenos predicadores, pero que sin embargo huyeron en la pasión: Mis cercanos se mantuvieron a distancia (Salmo XXXVII, 12); diciendo de todos los que temían grandemente: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño (Zacarías XIII, 7; Mateo XXVI, 31). Sigue:

CAPÍTULO XXXIV Vet. [XXIX, Rec. XXII].

VERS. 20.---Entonces Job se levantó y rasgó sus vestiduras.

55. Job levantándose y rasgando su vestidura prefigura a Cristo.---Con la casa derrumbada y los hijos muertos, Job se levantó, porque cuando Judea se perdió en la infidelidad y los predicadores cayeron en la muerte del temor, el Redentor del género humano se resucitó a sí mismo de la muerte de su carne: demostró con cuánto juicio abandonó a sus perseguidores. Levantarse, en efecto, es mostrar con qué severidad abandona a los pecadores, pues yacer es soportar pacientemente los males. Por lo tanto, se levanta cuando ejerce el juicio de justicia

contra los réprobos. Por eso, con razón se dice que rasgó sus vestiduras. ¿Qué otra cosa es la vestidura del Señor sino la Sinagoga, que, al adherirse a la expectativa de su encarnación, fue anunciada por los profetas? Pues así como ahora se viste de aquellos que lo aman, según atestigua Pablo, quien dice: Para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (Efesios V, 27). La que se dice que no tiene mancha ni arruga, ciertamente se muestra como una vestidura racional, limpia por la acción y extendida por la esperanza. Así, cuando Judea creyó en su encarnación, al adherirse, fue también una vestidura.

56. La sinagoga es su vestidura rasgada, con algunos creyendo y otros no creyendo. Pero porque el esperado vino, al venir enseñó cosas nuevas, al enseñar realizó maravillas, al hacer maravillas soportó cosas perversas; rasgó la vestidura que había vestido, mientras en Judea levantó a algunos de la incredulidad, y a otros los dejó en la incredulidad. ¿Qué es, entonces, la vestidura rasgada, sino Judea dividida en opiniones contrarias? Pues si su vestidura no estuviera rasgada, el evangelista no diría que al predicar el Señor surgía contienda en el pueblo, para que algunos dijeran: Es bueno; y otros, No, sino que engaña a las multitudes (Juan VII, 12). Casi como una vestidura rasgada fue aquella que, dividida por opiniones, perdió la unidad de la concordia. Sigue:

CAPÍTULO XXXV.

IBID.---Y con la cabeza rapada, cayendo en tierra, adoró.

57. Casi como si se hubiera rapado la cabeza, cae al suelo, mientras que, rechazado el sacerdocio judío, desciende hacia los gentiles. ¿Qué se representa por los cabellos cortados, sino la sutileza de los sacramentos? ¿Qué se designa por la cabeza, sino la suma del sacerdocio? Por eso se dice también al profeta Ezequiel: Tú, hijo de hombre, toma para ti una espada afilada, que afeite el cabello, y la tomarás y la pasarás por tu cabeza y tu barba (Ezequiel V, 1), para que, evidentemente, el acto del profeta exprese el juicio del Redentor, quien al aparecer en la carne se afeitó la cabeza, porque quitó los sacramentos de sus preceptos del sacerdocio judío; se afeitó la barba, porque al abandonar el reino israelita, amputó su belleza de virtud. ¿Qué se expresa en este lugar por la tierra, sino el hombre pecador? Al primer hombre pecador se le dijo: Tierra eres, y a la tierra volverás (Génesis III, 19). Por el nombre de tierra, por tanto, se designa la gentilidad pecadora. Pues mientras Judea se creía justa, es evidente cuán reprobable consideraba a la gentilidad, como atestigua Pablo, quien dice: Nosotros, por naturaleza judíos, y no pecadores de entre los gentiles (Gálatas II, 15). Así, nuestro Mediador, como si se hubiera rapado la cabeza, cayó al suelo, porque al abandonar Judea, al quitar sus sacramentos de su sacerdocio, llegó al conocimiento de los gentiles. Pues se afeitó los cabellos de la cabeza, porque quitó los sacramentos de la ley de aquel primer sacerdocio suyo; y cayó al suelo, porque se entregó a los pecadores que debían ser salvados; y mientras abandonó a aquellos que se consideraban justos, asumió a aquellos que se conocían y confesaban como injustos. De ahí que él mismo diga en el Evangelio: Yo he venido a este mundo para juicio, para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan IX, 39). De ahí también que la columna de nube, que guiaba al pueblo en el desierto (Éxodo XIII, 21), brillaba con el resplandor del fuego no de día, sino de noche, porque evidentemente nuestro redentor, con el ejemplo de su vida, no brilló con ninguna luz para aquellos que confiaban en su propia justicia; pero resplandeció con el fuego de su amor para aquellos que reconocían las tinieblas de sus pecados. Tampoco debe la mente considerar indigno que se diga que Job cayó, en el sentido de la significación del Redentor. Pues está escrito: El Señor envió una palabra a Jacob, y cayó en Israel (Isaías IX, 8). Jacob, en efecto, se dice que es el suplantador, e Israel, el que ve a Dios. ¿Y qué se designa por Jacob, sino el

pueblo judío? ¿Qué se designa por Israel, sino el pueblo gentil? Porque aquel a quien Jacob intentó suplantar por la muerte de la carne, a este, sin duda, el pueblo gentil vio a Dios por los ojos de la fe. Así, la palabra enviada a Jacob, cayó en Israel, porque aquel que fue rechazado por el pueblo judío al venir a ellos, fue encontrado de repente por el pueblo gentil que lo confesó. Pues está escrito del Espíritu Santo: El espíritu del Señor cayó sobre ellos (Hechos X, 44).

58. Caer que se diga la palabra de Dios o el Espíritu Santo.---Por eso se dice en la Sagrada Escritura que la palabra de Dios o el Espíritu Santo cae, para expresar su llegada inesperada. Porque lo que se precipita o cae, llega de repente a lo más bajo. Por lo tanto, para el Mediador, caer a la tierra es como haber venido inesperadamente a las naciones sin señales previas. Bien se dice que al caer adoró, porque al asumir la humildad de la carne, infundió en los creyentes en él los votos de humildad. Hizo, porque enseñó a hacer; como también se dice de su Espíritu: El mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables (Rom. VIII, 26). Pues no pide quien es igual, sino que se dice que intercede; porque ciertamente hace que aquellos a quienes llena, se conviertan en suplicantes: aunque esto también lo mostró en sí mismo nuestro Redentor, quien incluso oró al Padre cuando se acercaba a la pasión. ¿Qué maravilla, pues, que en forma de siervo se sometiera al Padre orando, en la cual también soportó las manos de los pecadores hasta los extremos de la muerte? Sigue:

CAPÍTULO XXXVI [Ant. XXXI, Rec. XXIII].

VERS. 21.---Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré allá.

59. Cristo, al final del mundo, regresará a los judíos de quienes salió. La madre del Redentor según la carne fue la Sinagoga, de la cual salió hacia nosotros en cuerpo visible. Pero ella lo retuvo cubierto bajo el velo de la letra, al negarse a abrir los ojos de la mente a su comprensión espiritual. Como no quiso ver a Dios oculto en la carne del cuerpo humano, lo despreció como si estuviera desnudo en su divinidad. Pero salió desnudo del vientre de su madre, porque al salir de la carne de la Sinagoga, se presentó visible a las naciones. Esto fue bien simbolizado cuando José, dejando su manto, huyó (Génesis 39, 12). Pues cuando la mujer adúltera quiso usarlo mal, él dejó el manto y huyó, porque cuando la Sinagoga, creyendo que el Señor era un mero hombre, quiso atraparlo con un abrazo adúltero, él dejó el velo de la letra ante sus ojos y se mostró visible a las naciones para que conocieran el poder de su divinidad. Por eso Pablo dijo: Hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, hay un velo sobre su corazón (II Cor. 3, 15), porque la mujer adúltera retuvo el manto para sí misma y perdió desnudo a quien malamente sostenía. Así, quien viniendo de la Sinagoga apareció visible a la fe de las naciones, salió desnudo del vientre de su madre. Pero, ¿acaso la abandona por completo? ¿Y dónde queda lo que se dice por el profeta: Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, solo un remanente se salvará (Isaías 10, 22; Romanos 9, 27)? ¿Dónde lo que está escrito: Hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Romanos 11, 25)? Habrá un momento en que también se mostrará visible a la Sinagoga. Será al final del mundo, sin duda, cuando se dé a conocer a los restos de su pueblo como Dios, tal como es. Por eso se dice bien aquí: Desnudo volveré allá. Desnudo, en efecto, regresa al vientre de su madre, cuando al final de este mundo, aquel que en el siglo fue despreciado como hombre, se declara Dios ante los ojos de su Sinagoga. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII [Rec. XXIV].

IBID.---El Señor dio, el Señor quitó: como al Señor le agradó, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor.

60. Dios dio y quitó Judea a Cristo. Nuestro Redentor, por ser Dios, da todo junto con el Padre; pero por ser hombre, recibe del Padre entre todas las cosas. Diga, pues, de Judea, cuando creía en el misterio de su encarnación venidera: El Señor dio. Diga de Judea, cuando despreció la presencia esperada de su encarnación: El Señor quitó. En efecto, fue dada cuando algunos creyeron en lo futuro; pero, por el mérito exigente de su ceguera, fue quitada cuando despreció venerar lo que algunos creyeron.

61. Cristo enseñó con su ejemplo a bendecir a Dios en los castigos. Enseñe, pues, a los creyentes en Él, para que, puestos en los castigos, sepan bendecir al Señor, cuando se dice: Como agradó al Señor, así se hizo; bendito sea el nombre del Señor. Por eso, como testifica el Evangelio (Mateo XXVI, 26), cuando se dice que se acercaba a la pasión, se relata que, habiendo tomado el pan, dio gracias. Da gracias, entonces, quien recibe los castigos de la iniquidad ajena. Y quien no mostró nada digno de ser golpeado, humildemente bendice en el castigo; para que así muestre qué debe hacer cada uno en el castigo de su propia culpa, si Él soporta con ecuanimidad los castigos de la culpa ajena, para que así muestre qué debe hacer el súbdito en la corrección, si, puesto en el castigo, da gracias al Padre igual. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 22.---En todo esto no pecó Job, ni pronunció ninguna insensatez contra Dios.

62. El engaño entre los hombres es prudencia, pero ante Dios es necedad. — De él se afirma que ni pecó ni dijo algo insensato contra Dios; esto lo testifica claramente Pedro, como ya hemos mencionado, diciendo: "El cual no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca" (1 Pedro 2, 22). En efecto, el engaño en la boca, cuanto más astutamente se disfraza entre los hombres, tanto más neciamente se muestra ante Dios, como atestigua Pablo, quien dice: "La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios" (1 Corintios 3, 19). Por lo tanto, ya que no hubo engaño en su boca, sin duda no dijo nada insensato. Los sacerdotes y príncipes creyeron que había hablado insensatamente contra Dios, cuando, interrogado en el tiempo de la pasión, testificó ser el Hijo de Dios. Por eso, al buscar pruebas, dicen: "¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí que nosotros mismos hemos oído la blasfemia" (Mateo 26, 65). Pero no dijo nada insensato contra Dios: porque hablando la verdad, demostró a los infieles incluso muriendo lo que poco después mostró resucitando para todos los redimidos.

[Vet. XXXII.] 63. SENTIDO MORAL.---Satanás asiste a Dios con los santos ángeles, intercalando malos pensamientos entre los buenos.---Hemos tratado brevemente esto en relación con la significación de nuestra cabeza: ahora, para la edificación de su cuerpo, volvamos a tratarlo moralmente, para que lo que se narra como hecho externo en la obra, sepamos cómo se realiza internamente en la mente. Pues cuando los hijos de Dios asisten ante Dios, también entre ellos asiste Satanás, porque a menudo a nuestras buenas intenciones, que en nuestro corazón son sembradas por la llegada del Espíritu Santo, aquel antiguo enemigo se interpone y se añade astutamente, para perturbar lo bien pensado y desgarrar lo perturbado de manera maligna. Pero no nos abandona en la tentación quien nos creó. Pues a nuestro enemigo, que se oculta en emboscadas contra nosotros, nos lo hace visible con la iluminación de su luz; por lo cual le dice enseguida:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 7.---¿De dónde vienes?

64. ¿A quién se debe preguntar de dónde vienes?---Porque investigar al astuto enemigo es revelar sus insidias para nosotros, de modo que, al discernir por dónde intenta infiltrarse en el corazón, podamos vigilar con una fuerte y atenta precaución contra él.

CAPÍTULO XL.

IBID.---Y respondiendo dijo: He recorrido la tierra y la he atravesado.

65. Que Dios nos revele sus insidias. — El recorrer de Satanás la tierra significa examinar los corazones carnales y buscar de dónde puede encontrar ocasión para acusar. Recorre la tierra porque rodea los corazones humanos para quitar lo bueno, para sembrar lo malo en las mentes, para aumentar lo sembrado, para perfeccionar lo aumentado, para adquirir como compañeros de castigo a los que son perfectos en iniquidades. Y es de notar que no afirma haber volado, sino haber recorrido, porque ciertamente no abandona rápidamente a quien tienta; sino que, donde encuentra un corazón blando, allí fija el pie de su miserable persuasión, para que, permaneciendo, imprima las huellas de una acción perversa, y por la semejanza de su iniquidad, haga réprobos a quienes puede. Pero contra él se alaba al bienaventurado Job, y se dice:

CAPÍTULO LXI.

VERS. 8.---¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, un hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?

66. Alabar a Dios es dar cosas buenas y guardar lo dado. Aquel a quien la inspiración divina fortalece contra el enemigo, Dios lo alaba como si fuera en los oídos de Satanás. Alabar, en efecto, es tanto conceder bienes primero como guardar lo concedido después. Pero el antiguo enemigo ataca con más ferocidad a los buenos cuanto más los ve protegidos por el don de la protección divina. Por eso, añadiendo, dice:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 9.---¿Acaso teme Job a Dios en vano? ¿No lo has protegido tú, a él, a su casa y a toda su hacienda por todos lados? Has bendecido las obras de sus manos, y su posesión ha crecido en la tierra.

67. El hombre no se sostiene por sus propias fuerzas.---Como si dijera abiertamente: ¿Por qué alabas a quien fortaleces protegiendo? Pues, al despreciarme a mí, el hombre sería digno de tus alabanzas si se mantuviera en pie por sus propias fuerzas contra mí. Por lo tanto, inmediatamente y con malicia exige del hombre lo que, sin embargo, el protector del hombre concede con benevolencia. Pues se añade:

CAPÍTULO XLIII [Rec. XXV].

VERS. 11. Pero extiende un poco tu mano, y toca todo lo que posee, y verás si no te bendice en tu presencia.

68. Los elegidos progresan en la tentación.---En efecto, generalmente, mientras rendimos abundantemente los frutos de las virtudes, mientras prosperamos continuamente, la mente se eleva un poco, hasta el punto de pensar que los bienes que posee provienen de sí misma. Estos bienes, sin duda, el antiguo enemigo busca maliciosamente tocar; pero Dios permite que sean tentados solo de manera benigna, para que, mientras la mente es sacudida por la tentación en los bienes de los que se alegraba, al reconocer la debilidad de su propia fragilidad, se fortalezca más firmemente en la esperanza del auxilio divino. Y así, por una maravillosa disposición de piedad, de donde el maligno enemigo intenta el corazón para destruirlo, el misericordioso Creador lo instruye para que viva. Por lo cual, bien se añade:

CAPÍTULO XLIV.

VERS. 12.---He aquí, todo lo que tiene está en tu mano, pero no extiendas tu mano sobre él.

69. Con la perseverancia otorgada por Dios.---Como si dijera abiertamente: A cada uno de los elegidos te concedo que sus bienes sean probados externamente, pero debes saber que yo lo conservo perseverante en la raíz de su mente. Donde también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLV.

IBID.---Y salió Satanás de la presencia del Señor:

70. Bajo su dirección, el diablo no hiere los corazones de los buenos hasta la destrucción.---Porque al no permitírsele prevalecer hasta el colapso del corazón, queda excluido de lo más íntimo y vaga por fuera. Aunque a menudo perturbe las virtudes de la mente, está fuera precisamente porque, resistiendo Dios, no hiere los corazones de los buenos hasta la destrucción. Se le permite atacar tanto como sea necesario para que, instruidos por las tentaciones, se fortalezcan; para que no atribuyan a sus propias fuerzas las buenas obras que realizan, para que no se abandonen a la pereza de la seguridad y se liberen de la preparación del temor: sino que vigilen con mayor diligencia la custodia de su progreso, cuanto más se ven siempre en la línea de batalla de las tentaciones contra el adversario.

CAPÍTULO XLVI [Ant. XXXIII].

VERS. 13, 14, 15.---Un día, cuando los hijos e hijas de Job comían y bebían vino en casa de su hermano primogénito, llegó un mensajero a Job y le dijo: Los bueyes estaban arando y las asnas pacían junto a ellos, y cayeron sobre ellos los sabeos, se llevaron todo y mataron a los siervos a filo de espada; y solo yo escapé para contártelo.

71. La fe es la primera de todas las virtudes. En el corazón de los elegidos, la sabiduría nace antes que los demás bienes, y esta se manifiesta como el primogénito a través del don del Espíritu. Esta sabiduría, sin duda, es nuestra fe, como atestigua el profeta que dice: "Si no creéis, no entenderéis" (Isaías VII, 9, según la LXX). Pues verdaderamente alcanzamos la sabiduría para entender cuando damos fe de credulidad a todo lo que el Creador dice. En la casa del hermano primogénito, los hijos se banquetearán, cuando las demás virtudes se deleiten en la fe. Si esta no nace primero en nuestro corazón, las demás cosas no pueden ser buenas, aunque lo parezcan. En la casa del hermano primogénito, los hijos se banquetearán, mientras nuestras virtudes se sacian con el alimento del sagrado elocuente en la morada de la fe. Pues está escrito: "Sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebreos XI, 6). Entonces nuestras virtudes toman verdaderos manjares de vida, cuando comienzan a nutrirse de los sacramentos

de la fe. En la casa del hermano primogénito, los hijos se banquetearán, porque a menos que las demás virtudes se llenen de los manjares de la sabiduría y actúen prudentemente en lo que desean, no pueden ser virtudes en absoluto.

72. Cómo el diablo acecha de diversas maneras nuestras virtudes.---Pero he aquí que mientras las buenas obras que realizamos se alimentan de los banquetes de la sabiduría y de la fe, nuestro enemigo nos arrebatara los bueyes que aran y las asnas que pastan, y mata a los jóvenes con la espada. ¿Qué entendemos por los bueyes que aran, sino nuestras más graves reflexiones? Las cuales, mientras el corazón las lleva a cabo con diligente ejercicio, producen abundantes frutos de progreso. ¿Qué entendemos por las asnas que pastan, sino los movimientos simples del corazón? Los cuales, mientras los contenemos cuidadosamente del error de la duplicidad, los nutrimos en el campo de la pureza libre. Pero a menudo el enemigo astuto, cuando observa pensamientos graves en el corazón, los corrompe introduciendo el deleite de la voluptuosidad; y cuando ve los movimientos simples del corazón, muestra sutiles agudezas de invenciones; de modo que, mientras se busca la alabanza por la sutileza, se pierde la simplicidad de la pureza; y si no puede llevar hasta la obra perversa, tentando sin embargo, daña al sustraer las buenas reflexiones; de modo que, mientras se reconoce que perturba los bienes de la mente, parece haberlos arrebatado por completo. También pueden entenderse por los bueyes que aran, las reflexiones de caridad; con las cuales intentamos beneficiar a otros, cuando deseamos romper la dureza del corazón fraterno predicando. También puede significar la mansedumbre de la paciencia por las asnas, que ciertamente no resisten con locura de ferocidad a quienes las cargan. Y a menudo el antiguo enemigo, cuando ve que queremos beneficiar a otros hablando, sumerge la mente en una especie de letargo de ocio; de modo que no nos apetece beneficiar a otros, incluso cuando estamos libres de nuestras propias ocupaciones. Por lo tanto, arrebatara los bueyes que aran, cuando rompe las reflexiones de la mente dedicadas a los frutos de la utilidad fraterna, mediante el letargo de la negligencia. Y aunque los corazones de los elegidos vigilan dentro de los secretos de su reflexión, y consideran lo que soportan del tentador, el maligno enemigo se regocija de haber arrebatado algo, en cuanto prevalece sobre las reflexiones de los buenos, aunque sea por un momento.

[Vet. XXXIV.] 73. Con cuánta vigilancia deben enfrentarse sus esfuerzos. El don de la discreción en la tentación.---A menudo, cuando ve que la mente está preparada para la tolerancia, indaga qué es lo que más ama, y allí inserta los lazos del escándalo, de modo que cuanto más se ama algo, más fácilmente se turba la paciencia a través de ello. Y ciertamente, los corazones de los elegidos siempre regresan a sí mismos con solicitud, y se afligen gravemente incluso por un leve movimiento de exceso; y mientras aprenden cómo debieron haberse mantenido firmes, a veces se consolidan mejor tras haber sido sacudidos. Pero el antiguo enemigo, mientras perturba los pensamientos de tolerancia incluso por un momento, se regocija como si hubiera arrebatado las asnas del campo del corazón. En lo que nos disponemos a hacer, con una custodia razonable, consideramos cuidadosamente qué conviene a cada cosa. Pero a menudo el enemigo, al irrumpir sobre nosotros con una súbita perturbación de tentación, previniendo inesperadamente las circunspecciones del corazón, mata con la espada a los mismos guardianes que son como niños. Sin embargo, uno escapa, quien anuncia que los demás han perecido, porque en lo que la mente sufre del enemigo, la discreción de la razón siempre regresa al ánimo; y como si indicara que solo ella ha escapado, considera con fortaleza lo que ha soportado. Así, mientras los demás perecen, uno regresa a casa, cuando en los movimientos perturbados por la tentación, la discreción recurre a la conciencia; para que lo que la mente, ocupada por incursiones repentinas, piensa haber perdido, lo recupere afligida por el estudio de la compunción.

CAPÍTULO XLVII.

VERS. 16.---Y mientras él aún hablaba, vino otro y dijo: El fuego de Dios cayó del cielo, y consumió las ovejas y a los jóvenes; y solo yo escapé para anunciarlo a ti.

74. El diablo intenta corromper los pensamientos castos. Pero la discreción evita el peligro. ¿Qué se designa por ovejas, sino la inocencia de los pensamientos, qué por ovejas, sino la pureza de los corazones buenos? Ya hemos dicho hace poco que el cielo se llama aéreo: de ahí que también llamemos aves del cielo. Y sabemos que los espíritus impuros, que cayeron del cielo etéreo, vagan en este medio entre el cielo y la tierra: quienes tanto más envidian que los corazones de los hombres asciendan a lo celestial, cuanto más se ven a sí mismos arrojados de lo celestial por la impureza de su soberbia. Por tanto, ya que de las potestades aéreas irrumpe la llama de la envidia contra la pureza de nuestros pensamientos, el fuego del cielo viene a las ovejas. Pues a menudo encienden los pensamientos puros de nuestra mente con el ardor de la lujuria; y como si quemaran las ovejas con fuego, perturban los movimientos castos del alma con la tentación de la lujuria. Este fuego se dice de Dios, porque aunque no lo hace Dios, sin embargo, se genera con su permiso. Y porque a veces, con un impulso repentino, abruma incluso las mismas precauciones de la mente, como si mataran a los niños guardianes con la espada. Sin embargo, uno huye ileso, mientras todo lo que sufre la mente, la discreción perseverante lo observa sutilmente, y solo ella escapa al peligro de muerte; porque incluso con los pensamientos perturbados, la discreción no sucumbe, para que pueda comunicar sus pérdidas al alma, y como si llamara al señor al lamento.

CAPÍTULO XLVIII [Rec. XXVI].

VERS. 17.---Pero mientras él aún hablaba, vino otro y dijo: Los caldeos formaron tres grupos, y atacaron los camellos, y se los llevaron, y también mataron a los siervos a espada; y solo yo escapé para anunciarlo a ti.

75. Cuán numerosos son los peligros a los que está sujeta la administración de las cosas terrenales.---Por los camellos, que tienen algo de mundo, mientras rumian, y algo impuro, mientras no dividen la pezuña, ya hemos dicho anteriormente que se entienden las buenas administraciones de las cosas temporales, en las cuales, cuanto más se extiende la preocupación, más nos acecha el enemigo. [Vet. XXXV.] Todo aquel que preside sobre la administración de las cosas terrenales está más expuesto a los dardos del enemigo oculto. Pues intenta actuar con previsión, y a menudo, mientras cautelosamente prevé el futuro con sutileza, no ve los daños presentes por descuido; a menudo, mientras vigila lo presente, se adormece para prever lo inminente; a menudo, mientras actúa con torpeza, descuida lo que debe hacerse con vigilancia; a menudo, mientras se muestra más vigilante de lo justo en la acción, perjudica peor a las cosas sometidas por la misma inquietud de su acción. A veces intenta poner límite a su lengua, pero, por la exigencia del peso de la administración, se le prohíbe guardar silencio. A veces, mientras se restringe con una censura excesiva, calla incluso lo que debía decir. A veces, al relajarse demasiado para decir lo necesario, dice incluso lo que no debía decir. Con frecuencia, sin embargo, se ve envuelto en tantos volúmenes de pensamientos, que apenas puede soportar lo que prudentemente discurre en su interior; y aunque no haga nada en la obra, suda intensamente bajo el gran peso de su corazón. Porque, en efecto, son duras las cosas que sufre en su interior, se cansa en el exterior en la quietud y el ocio. Con frecuencia, el alma parece prever lo que vendrá, y propone toda su intención contra ello; se inserta un gran ardor de contienda, el sueño huye, la noche se

convierte en día; y mientras el lecho sostiene los miembros quietos en el exterior, en el foro del corazón se litiga con grandes clamores. Y sucede a menudo que no ocurre nada de lo que se preveía: y todo aquel pensamiento, que durante mucho tiempo se había preparado con plena intención, de repente descansa vacío. Cuanto más se extiende la mente en pensamientos vanos, más se aleja de lo necesario. Porque, por tanto, los espíritus malignos golpean las preocupaciones de la administración, ya sea con acción torpe o precipitada, ya sea con locución perezosa o desmedida, pero casi siempre las oprimen con excesivas cargas de pensamientos, los caldeos arrebatan los camellos en tres turmas. Pues hacer tres turmas contra los camellos es devastar los estudios de las administraciones terrenales ya sea con obra ilícita, ya sea con locución superflua, ya sea con pensamiento desordenado; de modo que, mientras la mente intenta extenderse eficazmente hacia la administración exterior, se separa de la consideración de sí misma; y no sabe los daños que sufre de sí misma, porque se esfuerza con un estudio más fuerte de lo que conviene en lo ajeno. Sin embargo, la mente recta, cuando asume las preocupaciones de la administración, atiende a lo que debe a sí misma y a los prójimos; y ni por la immoderación de la preocupación ajena descuida sus propios estudios, ni por la vigilancia de su propia utilidad pospone lo ajeno. Pero, sin embargo, a menudo, mientras la mente vigila solícitamente ambas cosas, mientras se ocupa de grandes circunspecciones hacia sí misma y hacia lo que se le ha confiado, turbada repentinamente por el surgimiento de cualquier causa emergente, es llevada precipitadamente, de modo que de repente todas sus circunspecciones son abrumadas. Por lo cual, los caldeos hieren con la espada a los jóvenes guardianes de los camellos. Sin embargo, uno regresa; porque entre estas cosas, la razón de la discreción se presenta a los ojos de nuestra mente, y el alma solícita entiende lo que pierde internamente por el impulso repentino de la tentación. Sigue.

CAPÍTULO XLIX [Rec. XXVII].

VERS. 18, 19.--- Él estaba hablando, y he aquí que otro entró y dijo: Tus hijos e hijas estaban comiendo y bebiendo vino en la casa de su hermano primogénito, cuando de repente un viento vehemente vino de la región del desierto y sacudió los cuatro ángulos de la casa, la cual se derrumbó sobre tus hijos, y murieron: y solo yo escapé para anunciarlo a ti.

76. El edificio espiritual se apoya en cuatro virtudes. De dónde es sacudido.---Como ya hemos dicho anteriormente, la región del desierto es una multitud de espíritus inmundos abandonada: que al abandonar la bienaventuranza de su Creador, perdió como la mano del cultivador de la cual vino un viento vehemente y derribó la casa; porque una fuerte tentación de los espíritus inmundos arrebató, y trastorna la conciencia de su estado de tranquilidad. [Vet. XXXVI.] Esta casa se sostiene en cuatro ángulos, porque ciertamente el sólido edificio de nuestra mente es sostenido por la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia. Esta casa subsiste en cuatro ángulos, porque en estas cuatro virtudes se levanta toda la estructura de la buena obra. Por eso también los cuatro ríos del paraíso riegan la tierra, porque cuando el corazón es infundido con estas cuatro virtudes, se temple de todo ardor de deseos carnales. Pero a veces, cuando la pereza se apodera de la mente, la prudencia se enfría; pues cuando está fatigada y adormecida, no prevé lo que ha de venir. A veces, cuando algún deleite se apodera de la mente, nuestra templanza se marchita; en la medida en que somos llevados por el deleite de lo presente, en esa medida menos nos abstenemos de lo ilícito. A veces el miedo se insinúa en el corazón y perturba nuestras fuerzas de fortaleza; y somos menos capaces contra las adversidades, cuanto más tememos perder ciertas cosas amadas desmesuradamente. A veces, sin embargo, su propio amor se introduce en la mente y la desvía con un movimiento latente de la rectitud de la justicia; y cuanto más descuida entregarse

completamente a su Autor, tanto más contradice el derecho de la justicia en sí misma. Por lo tanto, el viento vehemente sacude los cuatro ángulos de la casa; cuando una fuerte tentación sacude con movimientos ocultos las cuatro virtudes; y como si los ángulos de la casa fueran sacudidos, es derribada, cuando las virtudes son golpeadas y la conciencia es turbada.

77. De ahí que las demás virtudes, como si fueran descendencia del corazón, se alimentan mutuamente. Dentro de estos cuatro ángulos de la casa, los hijos se banquetan, porque dentro de los secretos de la mente, que principalmente se eleva a la cumbre de la rectitud suprema por estas cuatro virtudes, las demás virtudes, como si fueran una especie de descendencia del corazón, se alimentan mutuamente. En efecto, el don del Espíritu, que en la mente sujeta forma antes que nada la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia, modera esa misma mente en siete virtudes para instruirla contra cada una de las tentaciones: contra la necedad, la sabiduría; contra la torpeza, el entendimiento; contra la precipitación, el consejo; contra el temor, la fortaleza; contra la ignorancia, la ciencia; contra la dureza, la piedad; contra la soberbia, infunde el temor.

78. A aquellos que están dotados de virtudes, la gracia a veces se retira de manera útil. Sin embargo, en ocasiones, cuando nuestra mente se sostiene por la plenitud y abundancia de tan gran don, si disfruta de una seguridad continua en estos, olvida de quién los ha recibido; y cree que lo posee por sí misma, lo que nunca considera que le falta. Por lo tanto, sucede que a veces esta misma gracia se retira de manera útil, y muestra a la mente presuntuosa cuán débil es en sí misma. Entonces, verdaderamente reconocemos de dónde provienen nuestros bienes, cuando al sentir que casi los perdemos, comprendemos que no pueden ser conservados por nosotros mismos. Así, para enseñar humildad, sucede a menudo que, en el momento de la tentación, una gran necedad golpea nuestra sabiduría, de modo que la mente turbada no sabe cómo enfrentar los males inminentes o cómo prepararse contra la tentación. Pero esta misma necedad educa prudentemente el corazón, porque al desvariar por un momento, después, cuanto más humildemente, más verdaderamente, se vuelve sabio; y la sabiduría, que parece perderse, se posee con más certeza. A veces, mientras el alma se eleva en la altivez al comprender cosas sublimes, se adormece con una grave torpeza en las cosas bajas y viles, de modo que de repente ve cerradas incluso las cosas más bajas, quien penetraba ágilmente las más altas. Pero esta misma torpeza, al retirarnos el entendimiento, lo preserva, porque al humillar el corazón por un momento, lo confirma más verdaderamente para comprender las cosas sublimes. A veces, mientras nos alegramos de actuar con la gravedad del consejo, en el momento de una causa emergente, somos arrastrados por una precipitación repentina; y quienes creíamos haber vivido siempre ordenadamente, de repente somos devastados por una profunda confusión. Sin embargo, por la enseñanza de esta misma confusión, aprendemos a no atribuir nuestros consejos a nuestras propias fuerzas; y cuanto más rápidamente nos restringimos a la gravedad, más rápidamente regresamos a ella como si la hubiéramos perdido. A veces, mientras la mente desprecia valientemente las adversidades, al surgir eventos adversos, un miedo vehemente la golpea. Pero al ser sacudida por esto, aprende a quién atribuir el hecho de haber resistido valientemente en algunas cosas; y retiene la fortaleza con más vigor después, cuanto más ve que esta casi se le escapa al irrumpir repentinamente el temor. A veces, mientras nos alegramos de saber grandes cosas, nos adormecemos con la ceguera repentina de la ignorancia. Pero cuanto más se cierra el ojo de la mente por un momento debido a la ignorancia, más verdaderamente se abre después al conocimiento, de modo que, instruido por el castigo de su propia ceguera, sabe de quién ha recibido el saber mismo. A veces, mientras disponemos todo religiosamente, mientras nos congratulamos de tener plenamente las entrañas de la piedad, somos golpeados por una cierta dureza de mente que irrumpe. Pero al sentirnos casi endurecidos, reconocemos a quién

debemos atribuir los bienes de la piedad que poseemos; y la piedad se recibe más verdaderamente como extinguida, cuando se ama más intensamente como si se hubiera perdido. A veces, mientras el alma se alegra de estar sometida al temor divino, de repente se endurece al ser tentada por la soberbia. Sin embargo, temiendo mucho porque no teme, se inclina de nuevo rápidamente hacia la humildad; y la recibe con más solidez cuanto más ha considerado el peso de esta virtud como si la hubiera perdido.

79. Las tentaciones adquieren humildad y vigilancia. — Destruida, pues, la casa, mueren los hijos porque, turbada la conciencia en la tentación, para utilidad del propio conocimiento, las virtudes nacidas en el corazón son rápidamente y en un momento sepultadas. [Vet. XXXVII.] Estos hijos ciertamente viven interiormente por el espíritu, mientras exteriormente mueren por la carne, porque, en efecto, nuestras virtudes en tiempo de tentación, aunque momentáneamente turbadas, decaen de la integridad de su estado, sin embargo, por la perseverancia de la intención, subsisten íntegras en la raíz de la mente. Con las cuales también caen tres hermanas, porque en el corazón a veces la caridad se turba por los azotes, la esperanza se sacude por el temor, la fe es golpeada por las cuestiones. Pues a menudo casi nos adormecemos del amor del Creador, mientras somos fatigados por el azote más allá de lo que creemos que nos conviene. A menudo, mientras la mente teme más de lo necesario, debilita en sí misma la confianza de la esperanza. A menudo, mientras el ánimo se extiende en inmensas cuestiones, la fe perturbada se fatiga como si fuera a desfallecer. Sin embargo, viven las hijas que mueren con la casa sacudida, porque aunque la perturbación misma anuncia que la esperanza, la fe y la caridad casi sucumben dentro de la conciencia, la perseverancia de la recta intención las mantiene vivas ante los ojos de Dios. Por lo cual también el niño que anuncia esto es el único que escapa, porque la discreción de la mente permanece intacta incluso entre las tentaciones. Y el niño actúa para que Job recupere a sus hijos llorando, mientras, con la discreción anunciando, el alma doliente conserva las fuerzas que casi había comenzado a perder mediante el arrepentimiento. Sin embargo, esto se lleva a cabo con nosotros con una disposición admirable, para que nuestra mente a veces sea herida por el golpe de la culpa. Pues el hombre creería ser de grandes fuerzas si nunca sintiera dentro de los secretos de la mente ningún defecto de esas mismas fuerzas. Pero mientras es sacudido por la irrupción de la tentación, y como si fuera fatigado más allá de lo que puede soportar, se le muestra el baluarte de la humildad contra las insidias de su enemigo, y de donde teme caer débilmente, de allí recibe la fortaleza para mantenerse firmemente. Tentado, además, no solo aprende de quién recibe las fuerzas, sino que entiende con cuánta vigilancia debe conservarlas. A menudo, en efecto, a quien no pudo superar la lucha de la tentación, su propia seguridad lo derribó peor. Pues mientras cada uno se relaja en el ocio, prostituye la mente disuelta al corruptor; pero si la tentación, por disposición de la piedad suprema, no irrumpe de repente con vehemencia, sino que lo golpea con un acceso moderado, ciertamente se despierta para prever las insidias, para que se prepare cautelosamente en la lucha contra el enemigo. Por lo cual también se añade bien:

CAPÍTULO L.

VERS. 20.---Entonces se levantó Job.

80. La discreción progresa con las tentaciones.---Sentarse es propio del que descansa; levantarse, del que lucha. Por lo tanto, al escuchar las adversidades, levantarse es preparar la mente con más fortaleza para los combates de las tentaciones experimentadas. Con estas tentaciones, la discreción también progresa, porque reconoce cómo distinguir más sutilmente las virtudes de los vicios. Por lo tanto, bien se añade:

CAPÍTULO LI [Ant. XXXVIII].

IBID.---Rasgó sus vestiduras.

81. Los que son asediados por las tentaciones deben refugiarse en el llanto de la penitencia y la humildad para ser sanados.---Rasgamos nuestras vestiduras cuando revisamos nuestras obras con discernimiento. Pues si nuestras obras no nos cubrieran ante Dios como vestiduras, de ninguna manera se diría con voz angélica: Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, para que no ande desnudo y vean su vergüenza (Apoc. XVI, 15). Nuestra vergüenza se manifiesta cuando una vida reprochable no está cubierta ante los ojos de los justos en el juicio por el manto de una obra buena que le sigue. Pero, como cuando somos tentados por la culpa, nos encendemos en lamentos; y, excitados por esos mismos lamentos, abrimos los ojos de la mente más sutilmente para contemplar la luz de la justicia, es como si rasgáramos nuestras vestiduras en el dolor, porque a partir del llanto, al crecer el discernimiento, juzgamos con mano severa todo lo que hacemos. Entonces, toda nuestra altivez se derrumba, entonces toda la superfluidad de pensamientos en el alma cae. Por eso se añade:

CAPÍTULO LII.

IBID.---Y con la cabeza rapada, cayó en tierra y adoró.

82. Cómo deben cortarse la altivez y la vanidad de los pensamientos.---¿Qué entendemos moralmente por cabellos, sino los pensamientos fluctuantes del alma? Por eso, en otro lugar se dice a la Iglesia: Como cinta escarlata son tus labios, esposa, y tu palabra es dulce (Cant. IV, 3). La cinta sujeta los cabellos de la cabeza. Así, los labios de la esposa son como una cinta, porque con la exhortación de la santa Iglesia, se atan todas las pensamientos dispersas en las mentes de los oyentes; para que no se dispersen descuidadamente, para que no se esparzan en lo ilícito, para que no depriman los ojos del corazón; sino que se reúnan en una sola intención, mientras la cinta de la santa predicación las ata. Y con razón la llama escarlata; porque la predicación de los santos arde solo con el fervor de la caridad. ¿Y qué se significa por la cabeza, sino la mente misma, que es el principal de cada acción? Por eso, en otro lugar se dice: Y que no falte el aceite sobre tu cabeza (Ecles. IX, 8). El aceite en la cabeza es la caridad en la mente; y el aceite falta en la cabeza cuando la caridad se aleja de la mente. Por lo tanto, cortar el cabello es recortar los pensamientos superfluos de la mente. Y cae al suelo con la cabeza rapada, quien, al reprimir los pensamientos de su presunción, reconoce humildemente cuán débil es en sí mismo.

Es difícil realizar grandes obras y no tener confianza en ellas. Es difícil, en efecto, realizar grandes obras y no tener confianza en los grandes actos de las propias reflexiones. Pues, al vivir valientemente contra los vicios, se genera en el corazón la presunción de los pensamientos; y cuando la mente destruye valientemente las culpas externas, a menudo se enorgullece secretamente en su interior; y ya estima que posee un gran mérito, y no cree pecar en la consideración de su propia estima. Sin embargo, ante los ojos del juez estricto, se delinque tanto más gravemente cuanto más ocultamente se comete la culpa, casi de manera incorregible; y tanto más se abre la fosa para devorar, cuanto más se gloria la vida de sí misma. Por lo tanto, como ya hemos dicho a menudo, se actúa por la piadosa disposición del Creador, para que el alma que confía en sí misma sea golpeada por una tentación dispensadora, de modo que, debilitada, descubra lo que es y deposite el orgullo de su propia

presunción. Pues, en cuanto la tentación golpea la mente, toda presunción y tumulto de nuestros pensamientos se aquietan.

84. La mente elevada estalla en tiranía; sus secuaces huyen ante la tentación.---Cuando la mente se eleva en soberbia, es como si estallara en tiranía. Sin embargo, esta tiranía tiene sus secuaces, que son sus pensamientos favorables. Pero si un enemigo ataca al tirano, el favor de los secuaces cesa de inmediato. Cuando el adversario entra, los secuaces huyen, y al estar aterrados se retiran, aquellos que en tiempos de paz alababan con astuta adulación. Con los secuaces retirados, el tirano queda solo ante el enemigo, porque al retirarse los pensamientos altivos, el alma perturbada solo se ve a sí misma y a la tentación. Así, al escuchar las adversidades, la cabeza es rapada, cuando las tentaciones irrumpen con fuerza, la mente se desnuda de los pensamientos de presunción. ¿Qué significa que los nazareos dejan crecer su cabello (Num. VI, 5), sino que a través de una vida de gran continencia crecen los pensamientos de presunción? Pero, ¿qué significa que, al completar su devoción, el nazareo debe afeitar su cabeza y poner el cabello en el fuego del sacrificio, sino que alcanzamos la cumbre de la perfección cuando vencemos los vicios externos de tal manera que también cortamos los pensamientos superfluos de la mente? Quemar estos pensamientos en el fuego del sacrificio es encenderlos con la llama del amor divino, de modo que todo el corazón arda en amor a Dios, y consumiendo los pensamientos superfluos, como los cabellos del nazareo, se consuma en la perfección de la devoción. [Vet. XL.] Y es de notar que, cayendo en tierra, adoró. Pues aquel que ofrece verdadera adoración a Dios es quien se ve a sí mismo humildemente como polvo, quien no se atribuye ninguna virtud, quien reconoce que los bienes que realiza son por la misericordia del Creador. Por eso, dice adecuadamente:

CAPÍTULO LIII.

VERS. 21.---Desnudo salí del vientre de mi madre: desnudo volveré allá.

85. Quien se considera despojado de virtudes, se viste mejor con la misma humildad. Así, si un alma tentada y sorprendida en la debilidad de su pobreza dice: Desnudo me engendró la primera gracia en la fe, desnudo la misma gracia me salvará en la ascensión. Es, en efecto, un gran consuelo para el alma turbada, que al ser golpeada por los vicios, cuando se ve casi despojada de virtudes, recurra solo a la esperanza de la misericordia; y no permita despojarse de aquello de lo que humildemente se considera despojado de virtudes: quien, aunque tal vez se descubra con alguna virtud en la tentación, reconociendo sin embargo su propia debilidad, se viste mejor con la misma humildad; y yace mucho más robusto de lo que estaba de pie, cuando deja de atribuirse lo que tiene sin la ayuda divina. Por lo tanto, reconoce humildemente la mano del dador y juez, diciendo:

CAPÍTULO LIV.

IBID.---El Señor dio, el Señor quitó.

86. Crecemos mediante la tentación.---He aquí que, instruido por las tentaciones, ha crecido aquel que, tanto en la virtud poseída reconoce la generosidad del que da, como en la perturbación de la fortaleza, reconoce el poder del que quita. Sin embargo, esa fortaleza no se quita, sino que se fatiga por la perturbación; de modo que la mente sacudida, mientras teme perderla en cualquier momento, al hacerse siempre humilde, nunca la pierda.

CAPÍTULO LV.

IBID.---Como agradó al Señor, así se hizo, bendito sea el nombre del Señor.

87. Intento sobre qué hacer.---En esto, que somos sacudidos por una perturbación interna, es digno que recurramos al juicio del Creador; para que nuestro corazón ofrezca mayores alabanzas a su ayudador, desde donde, al ser golpeado, considera más verdaderamente la debilidad de su propia fragilidad. Sin embargo, se dice bien:

CAPÍTULO LVI.

VERS. 22.---En todas estas cosas, Job no pecó ni habló insensatamente contra Dios.

88. No murmure sobre la tentación.---Porque el alma doliente debe custodiar con esmerada atención, para que cuando la tentación la estimule internamente, no estalle en palabras de locución ilícita, para que no murmure sobre la prueba, y el fuego que la purifica como el oro, no se convierta, por el exceso de palabras ilícitas, en ceniza de paja.

[Vet. XLI, Rec. XXVIII.] 89. Los dones de Dios a veces se retiran de manera útil. El Espíritu de profecía no siempre está presente en los profetas.---Nada impide que lo que hemos dicho sobre las virtudes, lo sintamos también sobre los dones del Espíritu Santo que se otorgan en la manifestación de la virtud. A unos se les da el don de profecía, a otros el don de lenguas, a otros el don de curaciones. Pero como estos mismos dones no siempre están presentes en la mente de la misma manera, se demuestra claramente que, para que la mente no se eleve en presunción, a veces se retiran de manera útil. Pues si el espíritu de profecía siempre estuviera presente en los profetas, ciertamente el profeta Eliseo no diría: Déjala, porque su alma está en amargura, y el Señor me ha ocultado la palabra (2 Reyes 4, 27). Si el espíritu de profecía siempre estuviera presente en los profetas, el profeta Amós, al ser interrogado, no diría: No soy profeta, donde también añadió: Ni hijo de profeta; sino que soy un boyero, y recolector de sicómoros (Amós 7, 14). Pero, ¿cómo no fue profeta quien predijo tantas verdades sobre el futuro? ¿O cómo fue profeta si negó la verdad sobre sí mismo en el presente? Pero como en el momento en que fue interrogado sintió que el espíritu de profecía le faltaba, dio testimonio veraz de sí mismo, diciendo: No soy profeta. Sin embargo, luego añadió: Y ahora escucha la palabra del Señor. Así dice el Señor: Tu esposa se prostituirá en la ciudad, y tus hijos e hijas caerán a espada, y tu tierra será medida con cuerda; y morirás en tierra impura (Amós 7, 16-17). Con estas palabras del profeta se muestra claramente que, mientras hablaba de sí mismo, fue llenado; y pronto mereció tener el espíritu de profecía, porque humildemente reconoció que no era profeta. Y si el espíritu de profecía siempre estuviera presente en los profetas, el profeta Natán no concedería al rey David lo que poco después negaría, cuando este le consultó sobre la construcción del templo (2 Samuel 7, 3-5).

90. Tener el Espíritu permanente de Cristo es un privilegio. Se dice que permanecerá también en los discípulos. Por eso está bien escrito en el Evangelio: Sobre quien veas al Espíritu descender y permanecer sobre él, ese es el que bautiza (Juan 1, 33). Pues en todos los fieles el Espíritu viene, pero solo en el Mediador permanece de manera singular, porque nunca abandonó su humanidad, de cuya divinidad procede. En él, por tanto, permanece, quien solo puede todo y siempre. Porque los fieles, que lo reciben, al no poder tener siempre los dones de los signos como desean, testifican que lo han recibido como una manifestación pasajera. Pero cuando nuevamente se dice a los discípulos sobre el mismo Espíritu de Verdad, Permanecerá con vosotros, y estará en vosotros (Juan 14, 18), ¿qué significa que esta misma permanencia del Espíritu Santo se declara como un signo por la voz divina del Mediador,

cuando se dice: Sobre quien veas al Espíritu descender y permanecer sobre él? Si, por tanto, según la voz del maestro, también permanece en los discípulos, ¿cómo será ya un signo singular el que permanece en el Mediador? Sin embargo, lo comprendemos más rápidamente si discernimos los dones de ese mismo Espíritu.

[Vet. XLII, Rec. XXIX.] 91. Permanecerá en los dones con los cuales se confiere la santidad, no en aquellos por los cuales esta se declara para la utilidad de otros. Pues bien, son unos los dones de Él, sin los cuales de ninguna manera se alcanza la vida, y otros aquellos por los cuales la santidad de la vida se declara para la utilidad de otros. La mansedumbre, la humildad, la paciencia, la fe, la esperanza, la caridad, son sus dones, pero aquellos sin los cuales los hombres de ninguna manera pueden llegar a la vida. La profecía, el poder de curaciones, los géneros de lenguas, la interpretación de discursos, son sus dones, pero aquellos que muestran la presencia de su poder para la corrección de los que observan. En estos dones, pues, sin los cuales no se puede llegar a la vida, el Espíritu Santo permanece siempre, ya sea en sus predicadores, ya sea en todos los elegidos; pero en aquellos por los cuales no se conserva nuestra vida mediante su manifestación, sino que se busca la de otros, de ninguna manera permanece siempre en los predicadores, porque siempre preside en su corazón para vivir bien, pero no siempre muestra a través de ellos las señales de sus virtudes: sino que a veces se retira de ellos en cuanto a la manifestación de señales, para que sus virtudes sean tenidas con mayor humildad, ya que no pueden ser retenidas una vez poseídas.

92. Muy diferente de estos permanece en Cristo.---El Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, lo tiene presente en todo y siempre y continuamente, porque de Él mismo el mismo Espíritu se produce por sustancia. Por lo tanto, correctamente y aunque permanezca en los santos predicadores, se dice que permanece singularmente en el Mediador, porque en estos permanece por gracia para algo, pero en Él permanece por sustancia para todo. Así como nuestro cuerpo reconoce únicamente el sentido del tacto, pero la cabeza del cuerpo posee el uso de los cinco sentidos a la vez, para ver, oír, gustar, oler y tocar; así los miembros de la cabeza suprema brillan en algunas virtudes, pero la misma cabeza resplandece en todas las virtudes. De manera diferente, pues, el Espíritu permanece en Él, de quien por naturaleza nunca se aparta. Los dones de Él, por los cuales se tiende a la vida, no pueden perderse sin peligro; pero los dones por los cuales se demuestra la santidad de la vida, a menudo, como se ha dicho, se retiran sin detrimento. Por lo tanto, aquellos deben ser retenidos para nuestra instrucción, estos deben ser buscados para el progreso de los demás. En aquellos nos debe asustar el temor de que se pierdan; en estos, cuando a veces se retiran temporalmente, la humildad nos consuela, porque tal vez elevan la mente hacia la arrogancia. Por lo tanto, cuando se nos retiran las señales de las virtudes concedidas, digamos correctamente: El Señor dio, el Señor quitó; como agradó al Señor, así se hizo; bendito sea el nombre del Señor. Entonces verdaderamente mostramos que hemos retenido correctamente lo recibido, cuando de hecho soportamos con ecuanimidad lo que se nos ha quitado por un momento.

LIBRO TERCERO. Todo el segundo capítulo del libro de Job, al modo de los libros anteriores, explicado históricamente, alegóricamente y moralmente.

CAPÍTULO PRIMERO.

SENTIDO HISTÓRICO.---1. El bienaventurado Job, solicitado hasta la muerte en la tentación, creció hacia la vida a partir del castigo; y el antiguo enemigo, de donde pensó extinguir sus bienes, lamentó haberlos multiplicado. Pero, como en el primer combate se

considera derrotado, se prepara para otras batallas de tentaciones, y aún espera impudicamente el mal del santo varón; porque el malvado no puede creer en el bien, ni siquiera cuando lo ha experimentado. Sin embargo, lo que se presentó en su primer golpe se repite nuevamente, cuando se dice:

VERS. 1, 2, 3.---Sucedió que un día, cuando los hijos de Dios vinieron y se presentaron ante el Señor, también vino Satanás entre ellos y se puso delante de Él. Y el Señor dijo a Satanás: ¿De dónde vienes? Y él respondió: He recorrido la tierra y la he paseado. Y el Señor dijo a Satanás: ¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, un hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?

La debilidad del orgullo del diablo es reprendida.---Puesto que hemos discutido esto extensamente antes, es mejor que lo pasemos en silencio: no sea que, al repetir lo que ya ha sido discutido muchas veces, lleguemos más lentamente a lo que no ha sido discutido. Aunque esto, que se dice con la voz del Señor a Satanás: ¿De dónde vienes? no creo que se le diga como antes. Pues cuando regresa de la contienda en la que había sido derrotado y se le pregunta de dónde viene, siendo sabido de dónde viene; ¿qué otra cosa se reprende sino la debilidad de su orgullo? como si la voz divina le dijera abiertamente: He aquí que eres vencido por un solo hombre colocado en carne débil, tú que intentas levantarte contra mí, el creador de todo. Por lo tanto, el Señor, al enumerar los bienes del bienaventurado Job, como antes, añade esto junto con los triunfos de la victoria:

CAPÍTULO II.

IBID.---Y aún conservando su inocencia.

2. Job conservó su inocencia de manera más gloriosa en el sufrimiento.---Como si dijera abiertamente: Tú ciertamente ejerciste la malicia, pero él no perdió la inocencia; y de donde pensaste que disminuirías su progreso, fuiste obligado a servir a su avance, porque la inocencia de mente, que mantuvo gloriosamente en la tranquilidad, la conservó de manera más gloriosa en el sufrimiento. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. II].

IBID.---Pero tú me incitaste contra él, para que lo afligiera sin motivo.

3. Dios afligió a Job en vano, porque en él no castigó pecado alguno; y no en vano, porque aumentó su mérito.---Siendo Dios justo y veraz, es necesario investigar profundamente cómo se indica que afligió en vano al bienaventurado Job. Porque, siendo justo, no pudo afligir en vano; pero, a su vez, siendo veraz, no pudo decir de otra manera que como lo hizo. Para que, por tanto, a un Dios justo y veraz le convengan ambas cosas, de modo que diga la verdad y no haga injusticia; reconozcamos que el bienaventurado Job fue golpeado en cierto modo en vano, y de otro modo no en vano. Porque, siendo justo y veraz, afirma esto de sí mismo, mostremos que lo que dijo fue verdadero y lo que hizo fue recto. Era necesario, en efecto, que el santo varón, conocido solo por Dios y por sí mismo, diera a conocer a todos cuánta virtud poseía para ser imitado. Pues claramente no ofrecería a otros ejemplos de virtud si él permaneciera sin ser probado. Por tanto, se dispuso que la misma fuerza de la aflicción mostrara a todos las virtudes que debían imitarse, y que los azotes revelaran lo que había permanecido oculto en la tranquilidad. Pero con esos mismos azotes creció la virtud de la paciencia, y del dolor del castigo se aumentó la gloria de la recompensa. Para que, por tanto,

en la palabra del Señor se mantenga la verdad, y en el hecho la rectitud, el bienaventurado Job es golpeado no en vano, porque se aumenta su mérito; y sin embargo, es golpeado en vano, porque no se castiga ninguna falta. En vano fue golpeado aquel a quien no se le recorta ninguna culpa; y no en vano fue golpeado aquel a quien se acumula el mérito de la virtud.

[Vet. II.] 4. Dios conmovido que se entiende.---Pero, ¿qué significa lo que se dice: Me has conmovido contra él? ¿Acaso la Verdad se enciende con las palabras de Satanás para ser instigada en los sufrimientos de sus súbditos? ¿Quién podría pensar esto de Dios, lo cual incluso un hombre recto consideraría indigno? Pero como nosotros no sabemos herir sin estar conmovidos, esa misma acción divina se llama conmoción; y se descende a nuestras palabras con voz divina, para que su acción sea comprendida de alguna manera por el hombre. Pues esa fuerza que creó todo sin necesidad, y preside sobre todo sin desprecio, y sostiene todo sin esfuerzo, y gobierna sin ocupación, también corrige sin conmoción, y así forma las mentes humanas con azotes hacia lo que desea, sin pasar a la sombra de la diversidad desde la luz de su inmutabilidad. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 4, 5.---Respondiendo Satanás, dijo: Piel por piel, y todo lo que el hombre tiene lo dará por su vida; de lo contrario, extiende tu mano, y toca sus huesos y su carne, y entonces verás que te maldice en tu presencia.

5. Dios permite que el diablo reanude la guerra contra los santos, para que, al ser vencido repetidamente, quede en silencio. El antiguo enemigo recoge de las cosas exteriores lo que inflige al hombre santo como crimen de la mente. Pues afirma que se da piel por piel, ya que a menudo, cuando vemos venir un golpe contra el rostro, ponemos la mano sobre los párpados para defender los ojos del golpe; y exponemos el cuerpo a la herida, para no ser heridos en la parte más delicada del cuerpo. Satanás, sabiendo que esto suele suceder, dice: Piel por piel, y todo lo que el hombre tiene, lo dará por su alma. Como si dijera abiertamente: Por eso Job soporta con ecuanimidad tantos azotes externos, porque teme ser herido él mismo. Es cuidado de la carne que el daño de los afectos carnales no sea un movimiento, porque mientras teme por sí mismo, siente menos las heridas de los suyos. Por lo tanto, inmediatamente pide que su carne sea herida, diciendo: Extiende tu mano y toca su hueso y su carne, y entonces verás que te bendecirá en tu cara (Job II, 5). Anteriormente había dicho: Toca todo lo que posee, y entonces verás que te bendecirá en tu cara (Job I, 11). Ahora, como si hubiera olvidado la proposición anterior, derrotado en unas cosas, pide otras. Sin embargo, esto se permite correctamente por la disposición divina, para que el impudente altercador, aunque a menudo vencido, quede en silencio. Sigue:

CAPÍTULO V [Rec. III].

VERS. 6.---Dijo entonces el Señor a Satanás: He aquí, está en tu mano, pero guarda su vida.

6. Job es entregado a la mano del adversario, pero siempre se mantiene en la mano del auxiliador. Una vez más, la permisión del castigo va acompañada de la custodia de la protección, y la divina disposición, al proteger, abandona a su elegido, y al abandonar, lo protege; revela algunas cosas de él, mientras que otras las protege. Pues si Job fuera completamente abandonado en manos de tan gran adversario, ¿qué sería del hombre? Por tanto, en esa misma justicia de la permisión se mezcla una cierta balanza de piedad, de modo que en una misma contienda el siervo humilde progresa por la opresión, y el enemigo

soberbio sucumbe por la permisión. Así, el santo varón es entregado a la mano del adversario, pero sin embargo, en lo más íntimo, se mantiene en la mano de su auxiliador. Pues era de aquellas ovejas de las que la misma Verdad dice en el Evangelio: "Nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10, 28); y sin embargo, al enemigo que lo solicita se le dice: "He aquí, está en tu mano." Así, el mismo está en la mano de Dios, y el mismo está en la mano del diablo. Pues al decir: "Está en tu mano," cuando inmediatamente añade: "Sin embargo, guarda su vida," claramente se manifiesta el piadoso auxiliador, porque retuvo a quien concedió, y al dar no dio, a quien, lanzado por los dardos de su adversario, escondió.

[Vet. III.] Se dice que Satanás guarda aquello en lo que no se le permite irrumpir. Pero, ¿qué significa esto que se dice a Satanás: Guarda su alma? ¿Cómo puede guardar aquel que siempre desea irrumpir en lo que está guardado? Sin embargo, se dice que Satanás guarda cuando no se atreve a irrumpir, de manera similar a como pedimos al Padre en la oración, diciendo: No nos dejes caer en la tentación (Mateo 6, 13). Porque el Señor no nos induce a la tentación, Él que siempre protege misericordiosamente a los súbditos de la tentación; pero, sin embargo, inducirnos a la tentación es como no protegernos de la seducción de la tentación. Y no nos induce al lazo de la tentación cuando no permite que seamos tentados más allá de lo que podemos soportar. Así como se dice que Dios nos induce a la tentación si permite que el adversario nos induzca, de igual manera se dice que el adversario guarda el alma cuando se le prohíbe vencerla mediante la tentación.

VERS. 7.---Satanás salió, pues, de la presencia del Señor.

Cómo Satanás se aleja de la presencia del Señor, ya lo manifiestan las cosas que se han dicho anteriormente. Sigue:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Job fue herido con una llaga maligna, desde la planta del pie hasta la coronilla de su cabeza.

8. En el cuerpo de Job nada está exento de castigo, así como en su alma nada está exento de gloria.---Los flagelos siempre deben ser considerados de dos maneras, a saber, deben ser evaluados por su naturaleza o por su cantidad. Pues a menudo lo que es mucho se aligera por su calidad, y lo que es grave se aligera por su cantidad: es decir, si son muchos, no son graves; si son graves, no son muchos. Así, para mostrar cómo el adversario, a través de la severidad del castigo, se encendió contra el hombre santo no solo por la maldad de la calidad, sino también por el peso de la cantidad, se dice para demostrar la calidad: Lo hirió con una llaga maligna; y para insinuar la cantidad se añade: Desde la planta del pie hasta la coronilla, de modo que nada en su mente esté exento de gloria, en cuyo cuerpo nada está exento de castigo. Sigue:

CAPÍTULO VII [Rec. IV].

VERS. 8.---Quien se rascaba con un tiesto, sentado en el muladar.

9. Job, al raspar la podredumbre de su cuerpo con un tiesto, nos enseña que el vaso de barro que llevamos se romperá pronto. ¿De dónde proviene el tiesto, sino del barro? ¿Y qué es la podredumbre del cuerpo, sino barro? Por lo tanto, se dice que raspa la podredumbre con un tiesto, como si se dijera abiertamente: Con barro limpiaba barro. Pues el hombre santo

reflexionaba sobre de dónde había sido tomado lo que llevaba, y con un fragmento de un vaso de barro raspaba el vaso de barro quebrado. Con este acto se muestra claramente cómo sometió su cuerpo a sí mismo, al despreciarlo incluso cuando estaba herido; qué poca indulgencia concedió a su carne sana, que no solo no usó ropa ni sus dedos, sino que incluso aplicó un tiesto a sus heridas. Así, raspaba la podredumbre con un tiesto, para que, al considerarse a sí mismo en el fragmento, también tomara cuidado mental de la limpieza de su herida.

[Vet. IV.] 10. En el estercolero yaciendo, considera que el cuerpo pronto será estiércol. — Porque a menudo, debido a las cosas que rodean al cuerpo, el alma se infla, y por lo que se hace en torno a nosotros, la fragilidad de nuestro cuerpo se aparta de los ojos del corazón (así como algunos seculares, cuando se sostienen con dignidades temporales, mientras presiden en lugares elevados, mientras ven que las atenciones de muchos les llegan a su deseo, descuidan mirar su fragilidad, y el vaso que llevan, de barro, cuán rápidamente ha de romperse, olvidándolo de todas las maneras no lo consideran), el bienaventurado Job, para que la consideración de su fragilidad también la extrajera de lo que le rodeaba, y ante sus ojos aumentara la fuerza de su desprecio, se describe no sentado en cualquier lugar de la tierra, que casi en todas partes se encuentra limpia, sino en un estercolero. Ponía el cuerpo en el estercolero, para que el alma, progresando bien, ponderara qué era la sustancia de la carne tomada de la tierra. Ponía el cuerpo en el estercolero para que, incluso por el hedor del lugar, comprendiera que el cuerpo rápidamente volvería al hedor.

[Rec. V]. 11. De los castigos de los santos se debe entender cuál es la recompensa reservada para ellos y cuál es el castigo para los inicuos.---Pero he aquí que el bienaventurado Job soporta tantas pérdidas, sufre por la muerte de sus hijos, tolera tantas heridas; mientras raspa con un tiesto la pus que fluye, mientras se sienta en el estiércol debido a la putrefacción; es conveniente considerar por qué el Dios omnipotente, que contempla a los que le son tan queridos por la eternidad, los aflige tan vehementemente como si los despreciara. Sin embargo, mientras considero las heridas y sufrimientos del bienaventurado Job, de repente mis ojos mentales se vuelven hacia Juan, y no sin una gravísima admiración reflexiono sobre el hecho de que él, lleno del espíritu de profecía en el vientre de su madre, y, por así decirlo, renacido antes de nacer: aquel amigo del esposo, aquel de quien no surgió nadie mayor entre los nacidos de mujer; aquel que fue profeta, y más aún que profeta (Mat., XI, 9), es encarcelado por los inicuos, y por el baile de una joven, es decapitado, y un hombre de tal severidad muere por la burla de los impíos. ¿Acaso creemos que hubo algo en su vida que esa muerte tan despreciada pudiera borrar? Pero, ¿cuándo pecó él siquiera en la comida, quien solo comió langostas y miel silvestre? ¿Qué ofensa cometió ante Dios con la calidad de su vestimenta, quien cubrió su cuerpo con pelos de camello? ¿Qué pudo ofender con su modo de vida, quien no salió del desierto? ¿Qué culpa de locuacidad lo contaminó, quien estuvo alejado de los hombres? ¿Cuándo lo tocó siquiera la culpa del silencio, quien reprendió tan vehementemente a los que venían a él, diciendo: "Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?" (Mat. III, 7; Luc. III, 7; Marc. I, 4.) ¿Qué es, entonces, que Job es preferido por el testimonio de Dios, y sin embargo es abatido hasta el estiércol? ¿Qué es, que Juan es alabado por la voz de Dios, y sin embargo muere como premio a las palabras de un borracho en una danza? ¿Qué es, que el Dios omnipotente desprecia tan vehementemente en este mundo a aquellos que eligió tan sublimemente antes de los siglos: sino esto, que es evidente para la piedad de los fieles, que por eso los oprime así en lo más bajo, porque ve cómo los recompensará en lo más alto; y los arroja afuera hasta lo despreciado, porque los lleva adentro hasta lo incomprensible. De aquí, pues, cada uno puede deducir qué sufrirán allí aquellos que son reprobados, si aquí así atormenta a los que ama; o cómo serán golpeados

aquellos que deben ser acusados en el juicio, si así se oprime la vida de aquellos que son alabados por el mismo juez. Sigue:

CAPÍTULO VIII [Rec. VI].

VERS. 9.---Y su esposa le dijo: ¿Aún persistes en tu integridad? Bendice a Dios y muere.

12. El diablo intenta quebrantar a los que se mantienen firmes, ya sea con tribulaciones o con persuasiones. Busca a la mujer como una escalera para ascender al corazón de Job, pero en vano. El antiguo enemigo del género humano suele tentar de dos maneras; a saber, quebrantar los corazones de los que se mantienen firmes con tribulaciones o ablandarlos con persuasiones. En ambos casos, se ejercitó vehementemente contra el bienaventurado Job. Primero, infligió pérdidas materiales al padre de familia, privó al padre de sus hijos por la muerte, y golpeó al hombre sano con la podredumbre de las heridas. Pero al ver que, aunque podrido por fuera, permanecía sano por dentro, y que a quien había dejado desnudo por fuera, se hacía más rico por dentro por la alabanza ofrecida al Creador, envidió; pensando astutamente que el atleta de Dios, de donde era oprimido, de allí se levantaba, y vencido, se convirtió a argumentos más sutiles de tentación. [Vet. V.] Pues repite las insidias de su antigua astucia; y como sabe cómo solía ser engañado Adán, recurre a Eva. Vio al bienaventurado Job, entre tantas pérdidas materiales y tantas heridas de golpes, permanecer invicto como en una cierta fortaleza de virtudes. En efecto, había fijado su mente en lo alto; y por eso las insidias hostiles no podían irrumpir. Por lo tanto, el adversario busca por qué escalones ascender a esta fortaleza muy bien defendida. La mujer está cercana y sujeta al hombre. Así que tomó el corazón de la mujer, y encontró una escalera para poder ascender al corazón del hombre. Ocupó la mente de la esposa, la escalera del marido. Pero nada prevaleció con esta astucia, porque el hombre santo consideró a la mujer como sujeta a él, y no como superior; y hablando rectamente, enseñó a quien la serpiente instigó para que hablara perversamente. Era digno que la censura viril restringiera la mente inconstante, ya que ciertamente sabía del primer pecado del género humano que la mujer no sabía enseñar rectamente. Por eso, bien se dice por Pablo: No permito a la mujer enseñar (I Tim. II, 12); porque, sin duda, alguna vez cuando enseñó, separó de la eternidad de la sabiduría. Así, el antiguo enemigo perdió a Adán en el estercolero, quien había vencido a Adán en el paraíso; y mientras incitaba a su ayudante, la mujer, a las palabras de mala persuasión, la envió a la doctrina de la santa instrucción; y la que fue incitada para perder, fue instruida para no perecer. Así, así, nuestros hombres fuertes golpean al enemigo, de modo que incluso sus propias armas le son arrebatadas. De donde él estima aumentar el dolor de la herida, de allí les sugiere armas de virtud contra sí mismo.

13. El diablo nos tienta a través de las palabras de aquellos que nos son cercanos.---De las palabras de una esposa que persuade malamente, debemos observar con vigilancia que el antiguo adversario no solo intenta inclinar el estado de nuestra mente por sí mismo, sino también a través de aquellos que nos son cercanos. Pues cuando no puede subyugar nuestro corazón con su persuasión, ciertamente se infiltra a través de las lenguas de los que nos rodean. Por eso está escrito: Cuídate de tus hijos y atiende a los de tu casa (Ecli. 32, 26). Por eso se dice a través del profeta: Que cada uno se guarde de su prójimo y no confíe en ningún hermano (Jer. 9, 4). Por eso, nuevamente, está escrito: Los enemigos del hombre son los de su propia casa (Mat. 10, 36). El astuto adversario, cuando ve que es rechazado por los corazones de los buenos, busca a aquellos que son muy queridos por ellos; y habla con palabras halagadoras a través de aquellos que son más amados que los demás; de modo que, mientras la fuerza del amor perfora el corazón, la espada de su persuasión penetra fácilmente

en las defensas de la rectitud interior. Después de las pérdidas de bienes, después de los funerales de los seres queridos, después de las heridas y desgarros de los miembros, el antiguo enemigo movió la lengua de la esposa.

14. En la serie de tentaciones de Job, ¿qué artes del enemigo?---Y es de notar en qué momento intentó corromper la mente del hombre con palabras venenosas. Pues introdujo las palabras después de las heridas, para que, ciertamente, cuando la fuerza del dolor se intensificara, la sugerencia perversa de la persuasión prevaleciera fácilmente. [Vet. VI.] Pero si consideramos sutilmente el orden de su tentación, encontramos con qué astucia actúa. Primero movió las pérdidas de la sustancia, que ciertamente estaban fuera de la naturaleza y fuera del cuerpo. Sustrajo a los hijos, lo cual ya no estaba fuera de la naturaleza, pero aún de alguna manera fuera del propio cuerpo. Finalmente, golpeó también el cuerpo. Pero como no pudo llegar a la herida de la mente con las heridas de la carne, buscó también la lengua de la mujer unida. Pues, al dolerse de ser superado en combate abierto, lanzó un dardo desde la boca de la esposa, como desde una emboscada, que ciertamente diría: ¿Aún permaneces en tu simplicidad? Bendice a Dios, y muere. He aquí que, tentando, lo quitó todo, he aquí que, tentando, dejó a la mujer, y al santo varón astutamente le arrebató todo; pero mucho más astutamente reservó a su mujer como ayudante, que dijera: ¿Aún permaneces en tu simplicidad? Eva repite sus palabras. Pues, ¿qué es decir: Abandona la simplicidad, sino: Desprecia la obediencia, comiendo lo prohibido? Y ¿qué es decir: Bendice a Dios, y muere, sino: Transgrediendo el precepto, vive más allá de lo que fuiste creado? Pero nuestro Adán, fuerte, yacía en el estercolero, quien una vez débil estuvo en el paraíso. Pues inmediatamente respondió a las palabras de quien mal aconsejaba, diciendo:

CAPÍTULO IX [Rec. VII].

VERS. 10.---Has hablado como una de las mujeres necias. Si de la mano del Señor recibimos lo bueno, ¿por qué no habremos de soportar lo malo?

15. Job, despojado de bienes externos, lleno de Dios en su interior. Hasta qué punto los males pueden llamarse flagelos.---He aquí que el enemigo es derrotado por todas partes, vencido en todas partes, sucumbió en todos los argumentos de las tentaciones, porque incluso perdió aquel consuelo familiar suyo de la mujer. En medio de esto, es grato contemplar al santo varón, vacío de cosas externas, lleno de Dios en su interior. Pablo, al contemplar en sí mismo las riquezas de la sabiduría interna, y al ver que su cuerpo exterior era corruptible, dijo: Tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7). He aquí que en el bienaventurado Job el vaso de barro sintió exteriormente las grietas de las úlceras; pero este tesoro permaneció íntegro en su interior. Pues exteriormente se quebró por las heridas, pero el tesoro de la sabiduría, naciendo inagotablemente en su interior, emanó a través de las palabras de santa erudición, diciendo: Si hemos recibido bienes de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos los males? bienes, es decir, los dones de Dios, ya sean temporales o eternos; y los males, llamando flagelos presentes, de los cuales el Señor dice por el profeta: Yo soy el Señor, y no hay otro, formo la luz y creo las tinieblas; hago la paz y creo los males (Isaías XLV, 7). Pues los males, que no subsisten por su propia naturaleza, no son creados por el Señor; sino que el Señor indica que crea los males cuando transforma las cosas bien creadas en flagelo para nosotros que actuamos mal, de modo que esas mismas cosas, por el dolor que causan, son malas para los delincuentes; y por la naturaleza que tienen, son buenas. Por eso, el veneno es muerte para el hombre, pero vida para la serpiente. Nos alejamos del amor de nuestro Creador por el amor a las cosas presentes; y la mente perversa, al someterse al amor de la criatura, se separó de la sociedad del Creador. Por lo tanto, debía ser castigada por el

Creador aquello que, errando, había antepuesto al Creador, para que de donde el hombre no temió admitir la culpa con soberbia, encontrara la pena para corregirse; y cuanto más pronto se arrepintiera de lo que perdió, más se daría cuenta de que lo que buscó estaba lleno de dolor. Por eso, se dice bien: Formo la luz y creo las tinieblas, porque cuando por los flagelos se crean exteriormente las tinieblas del dolor, en el interior se enciende la luz de la mente por la erudición. Haciendo la paz y creando los males, porque entonces se nos devuelve la paz con Dios, cuando estas cosas que están bien creadas, pero no bien deseadas, se convierten en flagelos que son males para nosotros. Por la culpa, nos volvimos discordantes con Dios; por lo tanto, es justo que volvamos a su paz por los flagelos; para que cuando cada cosa bien creada se convierta en dolor para nosotros, la mente corregida se reforme humildemente a la paz del Creador. Por lo tanto, el bienaventurado Job llama a estos flagelos males; porque considera el bien de la salvación y la tranquilidad, que son perturbados por ellos.

16. La pena del flagelo, el recuerdo del don, la alegría debe ser moderada por el temor del flagelo. Los sentidos son culpables, no el sexo. — Pero es muy importante observar en sus palabras cómo, frente a la persuasión de su esposa, se recoge con gran arte de consideración, diciendo: Si hemos recibido bienes de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos los males? [Vet. VII.] En efecto, es un gran consuelo en la tribulación, si cuando sufrimos adversidades, recordamos los dones de nuestro Creador. No nos quebranta lo que se nos opone con dolor, si en la mente surge rápidamente aquello que nos alivia como un don. Por eso está escrito: En el día de los bienes no olvides los males, y en el día de los males no olvides los bienes (Ecli. XI, 27). Pues quien recibe dones, pero en el tiempo de los dones no teme también los flagelos, cae en la exaltación por la alegría. Pero quien es golpeado por los flagelos, pero en el tiempo de los flagelos no se consuela con los dones que ha recibido, es destruido por la desesperación total de su mente. Así, por tanto, deben unirse ambas cosas, de modo que una siempre se sostenga con la otra; para que el recuerdo del don modere la pena del flagelo, y la sospecha y el temor del flagelo muerdan la alegría del don. Por lo tanto, el hombre santo, para calmar su mente oprimida entre las heridas, sopesa los consuelos de los dones en los dolores de los flagelos, diciendo: Si hemos recibido bienes de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos los males? Donde también dice bien, Has hablado como una de las mujeres insensatas. Porque el sentido de la mujer perversa, no el sexo, es lo que está en el vicio, no dice: Has hablado como una de las mujeres, sino, de las mujeres insensatas, para que se muestre que lo que es perverso en sabiduría, pertenece a la necedad que se añade, no a la naturaleza creada. Sigue:

CAPÍTULO X [Rec. VIII].

IBID.---En todas estas cosas, Job no pecó con sus labios.

17. Job no pecó con sus labios, porque ni dijo injusticias ni calló lo justo. De dos maneras pecamos con los labios: cuando decimos injusticias o cuando callamos lo justo. Pues si en algún momento el silencio no fuera una falta, el profeta no diría: ¡Ay de mí, porque he callado! (Isaías VI, 5). Por lo tanto, el bienaventurado Job en todo lo que hizo, no pecó con sus labios, porque ni dijo palabras soberbias contra quien lo hería, ni calló lo recto ante quien lo persuadía. Así, ni hablando ni callando pecó, pues agradeció al padre que lo flagelaba y ofreció la sabiduría de la doctrina a la esposa que le aconsejaba mal. Porque sabía lo que debía a Dios y al prójimo, es decir, paciencia al Creador y sabiduría a la esposa, por eso la corrigió enseñándola y alabó a Dios dándole gracias. ¿Quién de nosotros, si recibiera una sola herida de tan gran golpe, no caería inmediatamente abatido desde lo más profundo? He aquí que, aunque herido externamente en la carne, permanece erguido internamente con la

fortaleza de su mente; y observa cómo todo dardo vuela sobre él, que el enemigo, con mano severa, clava en él desde fuera, percibiendo vigilante los dardos, ya sea que vengan como heridas de frente o como palabras lanzadas de lado. Y nuestro guerrero, atrapado en el ardor de los combates que lo rodean, en todas partes opone el escudo de su paciencia; enfrenta las flechas que vienen de todas partes y gira su mente, atenta por todos los lados de las virtudes, contra las heridas que irrumpen.

[Vet. VIII.] 18. Es tentado por los amigos.---Pero cuanto más poderosamente es vencido el antiguo enemigo, tanto más ardientemente se incita a nuevas insidias. Pues como la esposa, al ser reprendida, guardó silencio, inmediatamente incitó a otros que, al ser reprendidos, se levantarán con injurias. Así como se esforzó en herir con frecuencia anunciando pérdidas de bienes, ahora se afana en penetrar el robusto pecho golpeándolo repetidamente con injurias verbales. Sigue:

CAPÍTULO XI [Rec. IX].

VERS. 11.---Por lo tanto, al escuchar los tres amigos de Job todo el mal que le había sucedido, vinieron cada uno de su lugar: Elifaz el temanita, Bildad el suhita y Zofar el naamatita. Pues habían acordado entre sí venir juntos para visitarlo y consolarlo.

19. La recta intención de los amigos de Job se oscurece por la indiscreción.---Aquellos que vienen con el propósito de consolar al afligido, y demuestran cuánta caridad tienen entre ellos y hacia el golpeado. Aunque también por esto, que la Escritura testifica que fueron amigos de un hombre tan grande, se muestra que fueron de buen propósito y recta intención; sin embargo, esta misma intención de ellos, al pronunciar palabras, se oscurece por la indiscreción surgida ante los ojos del juez estricto. Sigue:

CAPÍTULO XII [Rec. X].

VERS. 12.---Y alzando de lejos sus ojos, no lo reconocieron; y clamando lloraron, y rasgando sus vestiduras esparcieron polvo sobre su cabeza hacia el cielo.

20. Quien ha de consolar al afligido debe entristecerse. Pero debe poner un límite al dolor. — Porque la apariencia del herido había cambiado por el golpe, los amigos llorando exclamaban, rasgaban sus vestiduras, cubrían sus cabezas de polvo; de modo que al ver cambiado a aquel a quien habían venido a visitar, el dolor espontáneo también alteraba la apariencia de los consoladores. El orden de la consolación es, pues, que cuando queremos apartar a alguien afligido de su tristeza, nos esforcemos primero en concordar con su luto entristeciéndonos. Porque no puede consolar al doliente quien no concuerda con su dolor, ya que al diferir de la aflicción del que sufre, es menos recibido por aquel de quien se separa en la calidad del ánimo. Por tanto, primero debe ablandarse el ánimo para que se acomode al afligido, se adhiera concordando, y adhiriéndose lo atraiga. Pues el hierro no se une al hierro si no se funden ambos por el calor del fuego; y lo duro no se adhiere a lo blando a menos que primero su dureza se suavice, de modo que se convierta en aquello que se procura que se mantenga. Así tampoco levantamos a los caídos si no nos inclinamos desde la rigidez de nuestra posición, porque mientras la rectitud del que está de pie difiere de la situación del que yace, no levanta a aquel a quien descuida descender. Por tanto, los amigos del bienaventurado Job, para apartar al afligido de su dolor, se preocuparon necesariamente de dolerse con él; y al ver su cuerpo herido, se esforzaron en rasgar sus vestiduras; y al contemplarlo cambiado,

se esforzaron en cubrir sus cabezas de polvo; para que el hombre afligido recibiera más fácilmente sus palabras, cuanto más reconociera en ellos algo de su propia aflicción.

[Vet. IX.] 21. Pero entre estas cosas, es necesario saber que quien desea consolar al afligido, debe establecer una medida para el dolor que asume, no sea que no solo no alivie al doliente, sino que, al doler intemperadamente, oprima el ánimo del afligido hasta el peso de la desesperación. Pues nuestro dolor debe unirse al dolor de los que sufren de tal manera que, a través de la moderación, alivie, y no que, por el aumento, lo agrave. De donde tal vez se puede deducir que los amigos del bienaventurado Job, más de lo necesario, se afligieron en la consolación, quienes, al ver el golpe, pero no conocer la mente del golpeado, se volvieron en un inmenso luto, como si el hombre de tanta fortaleza, en la herida del cuerpo, también hubiera caído de corazón. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 13.---Y se sentaron con él en la tierra durante siete días y siete noches, y nadie le dirigía palabra alguna; pues veían que su dolor era muy grande.

22. Es incierto si los amigos se sentaron con Job de manera continua o con intervalos de siete días y noches. No sabemos si se sentaron con el afligido Job durante siete días y siete noches continuas, o si ciertamente durante siete días y noches le visitaron frecuentemente. A menudo decimos que realizamos algo durante un número determinado de días, aunque no nos dediquemos a ello continuamente durante esos días. En verdad, la Sagrada Escritura frecuentemente utiliza el todo por la parte, así como la parte por el todo. Habla de la parte por el todo, como cuando al describir la familia de Jacob dice: Jacob entró en Egipto con setenta almas (Gén. XLVI, 27). Al mencionar las almas, es evidente que también incluye los cuerpos de los que entraron. De nuevo, insinúa el todo por la parte, como cuando María se lamenta en el sepulcro diciendo: Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto (Juan XX, 2). Pues había venido a buscar solo el cuerpo del Señor, y lamenta como si todo el Señor hubiera sido llevado. Por lo tanto, es incierto si en este lugar se dice el todo por la parte.

23. Que el discurso no sea precipitado, ni después del debido silencio indiscreto. Sin embargo, esto, que callaron por mucho tiempo y en algún momento hablando fueron reprobados, no debe ser descuidado. Hay algunos que comienzan a hablar precipitadamente y ejecutan lo comenzado de manera aún más desenfrenada. Y hay algunos que, aunque comienzan a hablar lentamente, una vez que empiezan, desconocen el límite de su discurso. Los amigos del bienaventurado Job, al ver su dolor, guardaron silencio por mucho tiempo; pero al comenzar tarde, hablaron indiscretamente, porque no quisieron compadecerse del doliente. Contuvieron su lengua para no comenzar precipitadamente; pero una vez que comenzaron, no se moderaron para no pasar de la consolación a las injurias. Y ciertamente vinieron con buena intención para consolar; pero lo que la mente piadosa ofreció a Dios, el discurso precipitado lo corrompió. Pues está escrito: Si bien ofreces, pero no divides bien, has pecado (Génesis IV, 7, según los LXX). Se ofrece bien cuando se actúa con recta intención. Pero no se divide bien si lo que se hace durante el día no se discierne también sutilmente. Dividir bien lo ofrecido es considerar cuidadosamente nuestros buenos esfuerzos discerniéndolos. Quien, por supuesto, se niega a hacer esto, incluso ofreciendo correctamente, peca.

[Vet. X.] 24. Debemos asegurarnos de que lo que comenzamos con recta intención, lo llevemos a cabo con un fin recto. A menudo, lo que hacemos con buena intención, al no discernir con cautela, no sabemos con qué fin será juzgado; y a veces lo que se considera causa de virtud se convierte en motivo de culpa. Quienquiera que considere las acciones de los amigos del bienaventurado Job, no ignora con qué piadosa intención vinieron a él. Pensemos en la caridad que demostraron al reunirse de manera concordante con el afligido; cuánta virtud de longanimidad mostraron al permanecer en silencio con el afligido durante siete días y noches; qué humildad al sentarse en la tierra tantos días y noches; qué compasión al cubrirse la cabeza con polvo. Sin embargo, al comenzar a hablar, de donde pensaron adquirir la recompensa del mérito, encontraron el reproche de la culpa, porque a menudo lo que se inicia con la sola intención de obtener una recompensa se convierte, por descuido, en pecado. He aquí que con una precipitada locución perdieron el bien que con tanto esfuerzo habían adquirido. Y si la gracia divina no les hubiera mandado ofrecer un sacrificio por su culpa, podrían haber sido justamente castigados por el Señor, de donde pensaban agradar al Señor de manera admirable. Desagradan al juez de donde, por una defensa desenfundada del juez, pensaban agradarse a sí mismos. Decimos esto para recordar a los lectores que cada uno debe considerar cuidadosamente cuánto castiga el Señor las acciones realizadas con mala intención, si castiga con tanta severidad las que, iniciadas con buena intención, se mezclan con la negligencia de la indiscreción. ¿Quién no creería haber actuado por causa del mérito si dijera algo contra el prójimo en defensa de Dios, o si permaneciera en silencio durante siete días y noches por el dolor del prójimo? Y sin embargo, los amigos del bienaventurado Job, al hacer esto, llegaron a la culpa por su esfuerzo, porque conocían el bien de la consolación que realizaban, pero no sabían con cuánta discreción debía hacerse. Por lo tanto, es necesario que no solo observemos lo que hacemos, sino también con cuánta discreción lo llevamos a cabo. Primero, para no hacer el mal de ninguna manera, y luego, para no hacer el bien de manera imprudente. A estos bienes que deben realizarse con diligencia, el profeta nos advierte, diciendo: Maldito el hombre que hace la obra del Señor negligentemente (Jeremías XLVIII, 10). Que estas palabras sirvan para que, ante el examen sutil e incomprensible del terrible juez, temamos no solo los males que hemos cometido, sino también, si hay en nosotros obras bien hechas, porque a menudo en su juicio se descubre culpa en lo que antes del juicio se consideraba virtud; y de donde se espera la piadosa recompensa de la obra, de allí sigue el castigo de una justa venganza.

25. SENTIDO ALEGÓRICO.---La unión entre Cristo y la Iglesia.---Habiendo tratado brevemente estos temas según la historia, ahora dirijamos nuestras palabras al misterio de las alegorías. Pero, dado que al inicio de esta obra, mientras tratábamos sobre la unidad de la cabeza y el cuerpo, anticipamos con cuidadosa atención cuán grande es el vínculo de caridad entre ellos, ya que ciertamente el Señor aún sufre mucho a través del cuerpo, que somos nosotros, y ya su cuerpo, es decir, la Iglesia, se gloria de su cabeza, a saber, el Señor, en el cielo; así ahora deben expresarse las pasiones de esa misma cabeza, para mostrar cuántas cosas también soporta en su cuerpo. Pues si nuestras tormentas no tocaran a nuestra cabeza, de ninguna manera clamaría desde el cielo al perseguidor por los miembros afligidos: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 5). Si nuestros sufrimientos no fueran sus penas, Pablo, convertido y afligido, no diría: Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo (Col. I, 24). Y sin embargo, exaltado ya por la resurrección de su cabeza, dice: Él nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales (Efes. II, 6). Ciertamente, en la tierra lo constriñeron los tormentos de las persecuciones; pero, oprimido por el peso de sus penas, he aquí que ya por la gloria de la cabeza residía en el cielo. Por tanto, como sabemos que en todo la cabeza y el cuerpo están unidos, comenzamos con el golpe a la cabeza, para luego llegar a los flagelos del cuerpo. Pero esto, que se dice que un día Satanás se presentó ante el

Señor, que se le pregunta de dónde viene, que el bienaventurado Job es exaltado con grandes alabanzas del Creador, ya lo hemos discutido a menudo, y evitamos repetirlo. Pues si la mente se enreda mucho tiempo en asuntos ya discutidos, se impide llegar a los no discutidos. Por tanto, ahora ponemos el inicio de la alegoría donde, después de palabras repetidas a menudo, sabemos que se añade algo nuevo. Así pues, dice:

CAPÍTULO XIV.

Me has incitado contra él, para afligirlo sin motivo.

26. Cristo afligido en vano por sí mismo, no en vano por nosotros.---Si el bienaventurado Job representa la figura de nuestro Redentor en su pasión, ¿cómo es que el Señor dice a Satanás: "Me has incitado contra él"? En verdad, el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, vino a soportar los sufrimientos de nuestra mortalidad para extinguir las culpas de nuestra transgresión; pero dado que es de la misma naturaleza que el Padre, ¿cómo puede el Padre afirmar que fue incitado por Satanás contra él, cuando es evidente que ninguna desigualdad de poder ni diversidad de voluntad interrumpe la concordia entre el Padre y el Hijo? Sin embargo, el mismo que es igual al Padre por la divinidad, vino por nosotros a los sufrimientos a través de la carne. Ciertamente, no habría recibido estos sufrimientos si no hubiera asumido la forma del hombre condenado para redimirlo. Y si el primer hombre no hubiera pecado, el segundo no habría venido a las afrentas de la pasión. Por lo tanto, cuando el primer hombre fue incitado por Satanás contra el Señor, entonces el Señor fue incitado en el segundo hombre. Así, Satanás incitó al Señor a esta aflicción cuando en el paraíso derribó al primer hombre del pináculo de la justicia con la culpa de la desobediencia. Porque si Adán primero no hubiera llevado voluntariamente al pecado a la muerte del alma, Adán segundo no habría venido sin pecado a la muerte voluntaria de la carne. Por lo tanto, se dice bien de nuestro Redentor: "Me has incitado contra él, para afligirlo en vano". Como si se dijera más claramente: Cuando este no muere por su propia causa, sino por la de aquel, entonces me incitaste a la aflicción de este, cuando con astuta persuasión lo apartaste de mí. De lo cual también se añade bien, "en vano". En vano fue afligido, quien fue oprimido por la venganza de la culpa, pero no fue contaminado por el contagio de la culpa. En vano fue afligido, quien encarnado, no tuvo pecados propios, y sin embargo, sufrió la pena de los carnales sin culpa. De ahí que hable a través del Profeta, diciendo: "Lo que no robé, entonces lo devolví" (Salmo 68, 5). Pues otro, creado para el paraíso, quiso arrebatarse con soberbia la semejanza del poder divino, pero sin embargo, el Mediador pagó la culpa de esta soberbia sin culpa. De ahí que un sabio diga al Padre: "Siendo justo, dispones todo con justicia, incluso condenas a quien no debe ser castigado" (Sabiduría 12, 15).

27. Dios castigó a Cristo inocente. — Pero debe considerarse cómo es justo, y dispone todo justamente, si condena a quien no debe ser castigado. Nuestro Mediador, en efecto, no debía ser castigado por sí mismo, porque no cometió ningún contagio de culpa. Pero si Él no asumiera lo indebido, nunca nos liberaría de la muerte debida. Por lo tanto, el Padre, siendo justo, al castigar al justo, dispone todo justamente; porque justifica todo al condenar por los pecadores a quien está sin pecado; para que todos los elegidos se eleven a la cumbre de la justicia; por lo cual, aquel que está sobre todo soporta las injusticias nuestras. Por lo tanto, lo que allí se dice condenado cuando no debe, aquí se menciona afligido en vano. Sin embargo, quien fue afligido en vano según sí mismo, no lo fue en vano según nuestras acciones. En efecto, la herrumbre del vicio no pudo ser purgada sino por el fuego del tormento. Así vino sin vicio, quien se sometiera voluntariamente al tormento; para que los castigos debidos a nuestra iniquidad perdieran justamente a sus culpables, al haber retenido injustamente a este

libre de ellos. Por lo tanto, fue afligido en vano y no en vano, quien en sí mismo no tuvo faltas cometidas, pero con su propia sangre limpió la mancha de nuestra culpa.

CAPÍTULO XV [Ant. XII].

VERS. 4, 5.---Respondiendo Satanás dijo: Piel por piel, y todo lo que el hombre tiene, lo dará por su vida. De lo contrario, extiende tu mano, y toca su hueso y su carne, y entonces verás que en tu presencia te maldecirá.

28. De dónde sabe Satanás de Cristo, de dónde duda de Él. Cómo se engaña al estimar la caridad y paciencia de Cristo. La voz de Satanás tanto por sí mismo como por sus seguidores.---El espíritu maligno, al ver que nuestro Redentor resplandece con milagros, exclama: Sabemos quién eres, el Santo de Dios (Luc. IV, 34). Al decir esto, teme al reconocer al Hijo de Dios; pero, sin embargo, ignorando la fuerza de la piedad celestial, a veces, al considerarlo pasible, lo cree un hombre puro. Había aprendido de muchos que, bajo la apariencia de santidad, ocupaban un lugar pastoral, quienes, muy ajenos a las entrañas de la caridad, consideraban insignificantes las pérdidas ajenas. Así, deduciendo de otros, porque no vio ser superado al sustraer a muchos, ardió hasta su carne, por el toque de la pasión, de tal manera que dijo: Piel por piel, y todo lo que el hombre tiene, lo dará por su alma. De lo contrario, extiende tu mano y toca su hueso y su carne, y entonces verás que te bendecirá en tu cara. Como si dijera abiertamente: No se conmueve por lo que está fuera de sí; pero entonces se reconoce verdaderamente quién es, si experimenta en sí mismo lo que duele. Esto, cuando Satanás desea que suceda, lo dice no con palabras, sino con deseos. Esto lo introduce a través de sus miembros tanto con palabras como con deseos. Él mismo habla, cuando, según la voz del profeta, sus seguidores dicen: Pongamos madera en su pan, y erradiquémoslo de la tierra de los vivientes (Jerem. XI, 19). Poner madera en su pan es aplicar el madero de la cruz a su cuerpo crucificándolo; y piensan que pueden erradicar su vida de la tierra de los vivientes, a quien, al verlo mortal, sospechan que terminará con la muerte.

CAPÍTULO XVI.

VERS. 6.---Dijo el Señor a Satanás: He aquí, está en tu mano, pero guarda su vida.

29. Miembros de Satanás, todos los que viven mal. Las manos de Satanás, su poder. Al entregarse el Señor a él, lo obliga a servirle. ¿Quién, aunque sea insensato, creería que el Creador de todo fue entregado en manos de Satanás? Sin embargo, ¿quién, instruido en la verdad, no sabe que todos aquellos que se unen a él viviendo perversamente son miembros de ese mismo Satanás? Pilato fue, en efecto, un miembro suyo, quien, hasta el extremo de la muerte, no reconoció al Señor que venía para nuestra redención. Los príncipes de los sacerdotes fueron su cuerpo, quienes intentaron rechazar al Redentor del mundo, persiguiéndolo hasta la cruz. Así, cuando el Señor se entregó en manos de los miembros de Satanás por nuestra redención, ¿qué otra cosa permitió sino que la mano de ese mismo Satanás se ensañara contra Él, para que, de donde Él sucumbiera exteriormente, nos liberara a nosotros tanto exterior como interiormente? Si, por tanto, la mano de Satanás se entiende como su poder, Él soportó su mano según la carne, cuya potestad sobre el cuerpo toleró hasta los escupitajos, los golpes, los azotes, la cruz y la lanza. Por eso, al venir a la pasión, dice a Pilato, es decir, a su cuerpo: No tendrías poder sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba (Juan 19, 11). Sin embargo, este poder que le había dado contra Él externamente, lo obligaba a servir a sus propios beneficios internamente. Pues Pilato, o Satanás, que era la cabeza de

ese mismo Pilato, estaba sujeto al poder de aquel sobre quien había recibido potestad; porque el superior mismo había dispuesto lo que, acercándose desde abajo, soportaba del perseguidor; para que, aunque surgiera de la mala mente de los infieles, esa misma crueldad sirviera para la utilidad de todos los elegidos. Piadosamente, pues, disponía internamente lo que permitía que se le infligiera malvadamente externamente. De ahí que se diga de Él en la cena: Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todo en sus manos, y que había salido de Dios y a Dios iba, se levanta de la cena y se quita sus vestiduras (Juan 13, 3). He aquí que, yendo a las manos de los perseguidores, sabía que incluso a esos perseguidores los había recibido en su mano. Porque quien sabía que había recibido todo, es evidente que también tenía a aquellos por quienes era retenido; para que Él mismo torciera en su favor de piedad todo lo que la malicia permitida de ellos ensañara contra Él. Por tanto, dígaselo: He aquí que está en tu mano; porque recibió la licencia para herir la carne, pero sirvió sin saberlo a su potestad.

[Vet. XIII.] 30. Se demuestra que el diablo no puede vencer el alma de Cristo.---Se ordena preservar su alma, no porque se prohíba tentar a esta, sino porque se demuestra que no puede ser vencida. Pues no es como nosotros, que siendo meros hombres, a menudo somos sacudidos por la tentación que irrumpe; así, el alma de nuestro Redentor no es turbada por la necesidad de la tentación. Porque nuestro enemigo, aunque se le permitió llevarlo a un monte alto, si afirmó que le daría los reinos del mundo, si mostró que las piedras podían convertirse en pan (Mat. IV, 8; Luc. IV, 4), no pudo sacudir con tentación la mente del mediador entre Dios y los hombres. Pues se dignó recibir exteriormente todas estas cosas, de modo que su mente, adherida interiormente a su divinidad, permaneciera incommovible. Y aunque en algún momento se dice que se turbó en espíritu y se conmovió (Juan XI, 33, 38), él mismo dispuso divinamente cuánto se turbaba humanamente, presidiendo inmutablemente sobre todo, y mostrando a sí mismo como mutable en la satisfacción de la debilidad. Así, permaneciendo tranquilo en sí mismo, dispuso todo lo que, incluso turbado, hizo para mostrar la humanidad que había asumido.

31. Los elegidos pueden ser llamados Anima Christi. Estos son liberados del poder del diablo.---Porque cuando amamos correctamente, no amamos nada en las cosas creadas más que nuestra alma; y así como decimos que amamos con el alma a aquellos a quienes intentamos expresar el peso de nuestro amor, la vida de los elegidos puede ser señalada por su alma. Y cuando a Satanás se le permite herir la carne del Redentor, se separa del alma; porque cuando su cuerpo acepta la pasión, pierde a sus elegidos del derecho de su poder; y cuando su carne muere en la cruz, la mente de estos se fortalece contra las tentaciones. Por lo tanto, se dice: He aquí, está en tu mano, pero guarda su alma. Como si claramente escuchara: Toma licencia contra su cuerpo, y de sus elegidos, a quienes en su presciencia posee desde antes de los siglos, pierde el derecho de tu dominio perverso.

CAPÍTULO XVII [Ant. XIV].

VERS. 7.---Entonces Satanás salió de la presencia del Señor y golpeó a Job con una llaga maligna, desde la planta del pie hasta la coronilla.

32. Cristo desde el principio del mundo en sus sufrimientos.---Ninguno de los elegidos ha venido a esta vida sin soportar las adversidades de este enemigo. Los miembros de nuestro Redentor han existido incluso desde el mismo principio del mundo, cuando, viviendo piadosamente, sufrieron crueles padecimientos. ¿Acaso no se mostró Abel como miembro de Él, quien, al igual que aquel de quien está escrito, "Como cordero llevado al matadero, y

como oveja muda ante sus trasquiladores, no abrió su boca" (Isaías 53, 7), no solo agradó en el sacrificio, sino que también selló su muerte con silencio? Desde el mismo principio del mundo, el cuerpo de nuestro Redentor ha sido objeto de ataque. Desde la planta del pie hasta la cabeza, ha infligido heridas, porque comenzando con hombres puros, ha llegado hasta el mismo jefe de la Iglesia con su furia. Bien se dice:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 8.---Raspaba la costra con un tiesto.

33. La teja, es decir, su carne tomada de la tierra, raspó la podredumbre del pecado. ¿Qué otra cosa es la teja en la mano del Señor, sino la carne tomada del barro de nuestra sustancia? En efecto, la teja se solidifica con el fuego. La carne del Señor se hizo más robusta por su pasión, ya que muriendo en debilidad, resucitó de la muerte sin debilidad. Por eso, con razón se dice también por el Profeta: "Mi fuerza se ha secado como una teja" (Salmo XXI, 16). Pues su fuerza se secó como una teja, quien fortaleció la debilidad de la carne asumida con el fuego de su pasión. ¿Qué debe entenderse por podredumbre, sino el pecado? Por carne y sangre suelen designarse los pecados de la carne. Por eso, el Salmista dice: "Líbrame de las sangres" (Salmo L, 16). La podredumbre es, por tanto, la corrupción de la sangre. ¿Qué entendemos entonces por podredumbre, sino los pecados de la carne empeorados por la larga antigüedad? La herida se convierte en podredumbre cuando la culpa descuidada se agrava por el hábito. Así, el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), entregando su cuerpo a las manos de los perseguidores, raspó la podredumbre con la teja, porque eliminó el pecado con la carne. Pues vino, como está escrito, "en semejanza de carne de pecado, para condenar el pecado en la carne" (Rom. VIII, 3). Y al ofrecer al enemigo la inocencia de su carne, limpió las contaminaciones de nuestra carne; y de aquello con lo que el enemigo nos mantenía cautivos, por ello nos liberó; porque lo que nosotros hicimos instrumento de culpa, se nos convirtió en armas de justicia por el Mediador. Por tanto, la podredumbre es raspada con la teja, cuando la culpa es superada por la carne. Bien se añade:

CAPÍTULO XIX.

IBID.---Sentado en el estercolero.

34. Se sentó en el estercolero, porque eligió lo débil del mundo. No en el foro, donde resuena la ley; no en un edificio que se eleva con su cúspide hacia lo alto; sino que se sienta en el estercolero, porque evidentemente el Redentor del género humano, al venir en carne, como atestigua Pablo, eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (1 Cor. 1, 27). ¿Acaso no se sienta en el estercolero, como en edificios que se derrumban, quien, dejando a los judíos soberbios, reposa en la gentilidad que antes había rechazado? Se encuentra fuera de la morada en la herida, quien, en lo que soportó de la Judea adversa, sintió el dolor de la pasión despreciado por su propio pueblo; como atestigua Juan, quien dice: A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron (Juan 1, 11). Pero, ¿cómo descansa sentado en el estercolero? Que esta misma Verdad hable de sí misma: Dice, en efecto: Habrá gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, más que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento (Lucas 15, 10). He aquí que, doliente, se sienta en el estercolero, quien después de las culpas cometidas posee de buen grado los corazones de los penitentes. ¿Acaso no son como un estercolero los corazones de los penitentes, quienes, al considerar sus males llorando, se acumulan a sí mismos como estiércol, rechazándose? Por lo tanto, Job, golpeado, no buscó el monte, sino que se sentó en el estercolero, porque al venir el Redentor a la pasión, dejó los

corazones altivos de los soberbios y reposó en la humildad de los afligidos. Esto, sin embargo, lo indicó de sí mismo incluso antes de encarnarse, cuando dijo por medio del Profeta: ¿A quién miraré, sino al humilde y tranquilo y que tiembla ante mis palabras? (Isaías 66, 2, según la LXX).

35. Cristo en los suyos, tanto por los infieles como por los fieles carnales, sufre mucho. ¿Quién puede considerar cuántos beneficios ha otorgado a los hombres y cuántas perversidades ha tolerado de ellos? ¿Quién puede considerar cuánto sigue tolerando ahora, incluso cuando reina desde el cielo sobre los corazones de los fieles? Él, en efecto, sufre diariamente todo lo que sus elegidos son lacerados por los réprobos. Y aunque la cabeza de este cuerpo, que somos nosotros, ya se eleva libre sobre todo, sin embargo, aún siente las heridas de los réprobos a través de su cuerpo, que retiene abajo. Pero, ¿qué decimos de los infieles, cuando también en la misma Iglesia vemos a muchos carnales luchar con costumbres perversas contra la vida del Redentor? Hay, en efecto, algunos que, porque no pueden perseguirlo con espadas, lo persiguen con actos perversos; porque, al ver que les falta en la Iglesia lo que ambicionan, se convierten en enemigos de los buenos; y no solo se entregan a acciones perversas, sino que también intentan desviar la rectitud de los justos hacia lo perverso. Descuidan, en efecto, mirar lo eterno y sucumben al apetito de lo temporal por la pusilanimidad de su mente; y tanto más caen desde lo eterno cuanto más sospechan que los bienes temporales son los únicos. La simplicidad de los justos les desagrada, y cuando encuentran la ocasión de perturbación, les persuaden para que adopten su duplicidad. Por lo tanto, también es apropiado lo que se añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 9.---Y su esposa le dijo: ¿Todavía permaneces en tu integridad? Bendice a Dios y muere.

36. La esposa de Job, que aconseja mal, es figura de los carnales situados en el seno de la Iglesia. Pues, ¿de quién es figura la mujer que aconseja mal, sino de aquellos carnales situados en el seno de la Iglesia, que, aunque están dentro por las palabras de la fe profesada, oprimen peor a los buenos con sus costumbres no corregidas? Porque tal vez habrían hecho menos daño si la santa Iglesia no los admitiera internamente hasta el lecho de la fe, ya que al recibirlos por la fe profesada, sin duda se hacen casi inevitables para ella. De aquí que, mientras la multitud presionaba, una mujer tocó a nuestro Redentor; por lo cual, nuestro mismo Redentor inmediatamente dice: "¿Quién me ha tocado?" Y cuando los discípulos respondieron: "Las multitudes te aprietan y te oprimen, y dices: ¿Quién me ha tocado?" añadió enseguida: "Alguien me ha tocado, porque he sentido que una virtud ha salido de mí" (Lucas VIII, 44, 45, 46).

[Vet. XX.] 37. Estos oprimen a Cristo, no lo tocan.---Muchos, por tanto, comprimen al Señor, y uno solo lo toca, porque los carnales en la Iglesia lo oprimen, de quien están lejos; y solo lo tocan aquellos que se unen a Él con verdadera humildad. La multitud, por lo tanto, oprime, porque la multitud de carnales que es admitida dentro, es más difícil de soportar. Oprime, y no toca, porque es importuna por su presencia, y ausente por su vida. A veces nos persiguen con palabras torcidas, y otras veces con sus malos ejemplos. Pues a veces persuaden con lo que sostienen; y otras veces, aunque no persuadan, no cesan de ofrecer ejemplos de iniquidad. Aquellos que nos incitan al mal ya sea con palabras o con ejemplos, son ciertamente nuestros perseguidores, de quienes tomamos las pruebas de tentación, que al menos en el corazón debemos vencer.

38. A veces el miedo, otras veces la audacia persuaden.---Es necesario saber que los carnales en la Iglesia a veces intentan persuadir lo perverso por miedo, y otras veces por audacia; y cuando ellos mismos fallan ya sea por pusilanimidad o por soberbia, intentan infundir estas cosas en los corazones de los justos, como si fuera por amor. En efecto, Pedro mantenía una mente carnal antes de la muerte y resurrección del Redentor; con una mente carnal, el hijo de Sarvia se había unido a su líder David; pero sin embargo, uno pecaba por temor, el otro por soberbia. Aquel, al escuchar sobre la muerte del maestro, dijo: "¡Lejos de ti, Señor, esto no te sucederá!" (Mateo XVI, 22, 23); este, no soportando las injurias a su líder, dijo: "¿Acaso no será muerto Semei por estas palabras, él que maldijo al ungido del Señor?" (II Samuel XIX, 21, 22). Pero a aquel se le dice de inmediato: "¡Apártate de mí, Satanás!"; y este, junto con su hermano, escuchó de inmediato: "¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia, que hoy os convertís en Satanás para mí?" Así, los que persuaden malamente son considerados con la denominación de ángeles apóstatas, que con palabras suaves atraen a lo ilícito como si amaran. Sin embargo, son mucho peores aquellos que sucumben a esta culpa no por miedo, sino por soberbia: de los cuales la esposa del bienaventurado Job mantuvo especialmente la figura, quien intentó persuadir a su esposo con soberbia, diciendo: "¿Aún permaneces en tu simplicidad? Bendice a Dios y muere." Reprochó la simplicidad en su esposo, porque despreciando todas las cosas pasajeras, con corazón puro solo anhela lo eterno. Como si dijera: ¿Por qué deseas simplemente lo eterno y gimes con ecuanimidad bajo los males presentes? Excediéndote, desprecia lo eterno y escapa de los males presentes, aunque sea muriendo. Pero los elegidos, cuando toleran lo perverso de los carnales en su interior, muestran cuán grande es la forma de rectitud que presentan, aprendamos de las palabras del herido y del sano, del que está sentado y del que está erguido, quien dice:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 10.---Has hablado como una de las mujeres insensatas. Si de la mano del Señor hemos recibido bienes, ¿por qué no soportaremos los males?

39. Los santos oponen el escudo de la paciencia a los que hieren, y lanzan los dardos de la doctrina a los que aconsejan mal. Los santos varones, sorprendidos en la batalla de las tribulaciones, soportan al mismo tiempo a unos que hieren y a otros que aconsejan. A los primeros les oponen el escudo de la paciencia, a los segundos les lanzan los dardos de la doctrina; y se levantan con admirable arte de virtud para ambos modos de combate, de manera que enseñen sabiamente lo perverso en su interior y desprecien valientemente lo adverso en el exterior; corrigen a los que enseñan, oprimen a los que toleran. Desprecian a los enemigos que se levantan soportando, y a los ciudadanos debilitados los conducen a la salvación compadeciéndose: a aquellos les resisten para que no arrastren a otros; a estos temen, no sea que pierdan por completo la vida de rectitud.

[Rec. XII.] 40. Esto se comprueba con el ejemplo de San Pablo.---Veamos al soldado de los campamentos de Dios luchando contra ambos. Dice: *Foris pugnae, intus timores*. Enumera las batallas que soporta externamente, diciendo: *Periculis fluminum, periculis latronum, periculis ex genere, periculis ex gentibus, periculis in civitate, periculis in solitudine, periculis in mari, periculis in falsis fratribus* (II Cor. VII, 5; XI, 26). En esta guerra, que lanza dardos contra el adversario, añade: *In labore et aerumna, in vigiliis multis, in fame et siti, in jejuniis multis, in frigore et nuditate*. (Ibidem.) Pero atrapado entre tantas luchas, dice cuánto vigila para proteger también los campamentos. Pues inmediatamente añade: *Praeter illa quae extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium Ecclesiarum*. He aquí que en

sí mismo soporta valientemente las batallas, y se dedica misericordiosamente a proteger a los prójimos. Narra los males que sufre, añade los bienes que imparte. Pensemos, pues, en el trabajo que supone, al mismo tiempo, soportar adversidades externas y proteger debilidades internas. Sufrir luchas externas, porque es azotado con látigos, encadenado; internamente soporta el miedo, porque teme que su pasión no le perjudique a él, sino a sus discípulos. Por eso también les escribe, diciendo: *Nemo moveatur in tribulationibus istis. Ipsi enim scitis, quod in hoc positi sumus* (I Thess. III, 3). Temía, en efecto, en su propia pasión, la caída de otros, no fuera que, al reconocer sus discípulos que él era azotado por la fe, se negaran a profesarse fieles. ¡Oh entrañas de inmensa caridad! Desprecia lo que él mismo sufre, y se preocupa de que los discípulos no sufran en su corazón por una persuasión errónea. En sí mismo desprecia las heridas del cuerpo, y en otros cura las heridas del corazón. Esto es propio de los justos, que, puestos en el dolor de su tribulación, no abandonan el cuidado de la utilidad ajena; y aunque sufren adversidades por sí mismos, prevén lo necesario para otros, y como grandes médicos heridos, enferman. Ellos soportan las laceraciones de la herida, y a otros ofrecen medicinas de salud. Sin embargo, es mucho menos laborioso enseñar cuando no se soporta nada; o soportar cuando no se enseña nada. Por eso los hombres santos se extienden hábilmente a ambos; y cuando tal vez son heridos por tribulaciones, así asumen las batallas externas, que piensan cuidadosamente para que no se desgarran las internas de los prójimos. Así los hombres santos se mantienen fuertes en la línea de batalla; y desde allí hieren con dardos los pechos adversarios, aquí protegen con el escudo a los débiles que están detrás, y así vigilan con la velocidad de la circunspección en ambos lados; de modo que hieren a los audaces delante de ellos, y defienden de las heridas a los temerosos detrás de ellos. Porque, por tanto, los hombres santos saben soportar las adversidades externas, de modo que también saben corregir las perversidades internas, se dice correctamente: *Locuta es quasi una ex stultis mulieribus*. Porque a los elegidos se les dice: *Viriliter agite, et confortetur cor vestrum* (Salmo XXX, 25), las mentes carnales, que sirven a Dios con intención inconstante, no sin razón son llamadas mujeres.

41. Aspirando a los bienes eternos, no se resiente por los males temporales. --- Si hemos recibido bienes de la mano del Señor, ¿por qué no soportar los males? Como si dijera: Si aspiramos a los bienes eternos, ¿qué extraño es que suframos los males temporales? Pablo había considerado cuidadosamente estos bienes cuando soportaba con ecuanimidad los males infligidos, diciendo: Las pasiones de este tiempo no son dignas de comparación con la gloria futura que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18).

IBID.---En todas estas cosas, Job no pecó con sus labios.

Ni en Dios, ni en los adversarios es contumelioso.---Los hombres santos, cuando sufren persecución tanto externa como interna, no solo no exceden en injurias contra Dios, sino que tampoco lanzan palabras contumeliosas contra sus propios adversarios. Lo cual el líder de los buenos, Pedro, advierte correctamente, diciendo: Que ninguno de vosotros sufra como homicida, o ladrón, o maldiciente (I Pe. IV, 15). Pues el maldiciente sufre, quien en el tiempo de su pasión se desboca en injurias contra el perseguidor para su propia salvación. Pero dado que el cuerpo del Redentor, la santa Iglesia, lleva así el peso de los dolores, que no sobrepasa el límite de la humildad con palabras, se dice correctamente de este doliente:

CAPÍTULO XXII [Ant. XVII].

IBID. Y VERS. 11.---En todo esto no pecó Job con sus labios; ni habló necesidad alguna contra Dios. Entonces, al oír sus tres amigos todo el mal que le había sucedido, vinieron cada uno de su lugar: Elifaz el temanita, Bildad el suhita, y Zofar el naamatita.

42. En los amigos de Job se prefiguran los herejes.---En la introducción de esta obra dijimos que los amigos del bienaventurado Job, aunque se acercan a él con buena intención, sin embargo, representan a los herejes porque, al hablar indiscretamente, caen en el error. Por eso, el mismo bienaventurado Job les dice: "Deseo discutir con Dios, mostrándoos primero como fabricantes de mentiras y cultivadores de doctrinas perversas." [Rec. XIII]. Así, la Santa Iglesia, durante todo el tiempo de su peregrinación en este mundo, se encuentra en aflicción; cuando soporta heridas, cuando lamenta las caídas de sus miembros, además tolera a otros enemigos de Cristo bajo el nombre de Cristo. Para aumentar su dolor, también los herejes se reúnen en contienda y la atraviesan con ciertas flechas, palabras irracionales.

43. El lugar de donde viene la soberbia.---Bien se dice: Vinieron de su lugar. El lugar de los herejes es precisamente la soberbia; porque si no se hubieran hinchado primero en su corazón, no habrían llegado a las contiendas de afirmaciones erróneas. Así como el lugar de los malos es la soberbia, de igual manera, al contrario, la humildad es el lugar de los buenos. De lo cual se dice por medio de Salomón: Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no abandones tu lugar (Eclesiastés X, 4). Como si dijera abiertamente: Si consideras que el espíritu del tentador prevalece contra ti en algo, no abandones la humildad de la penitencia. Y porque ha dicho que nuestro lugar es la humildad de la penitencia, lo muestra con las palabras siguientes, diciendo: Porque la curación hará cesar los grandes pecados (Ibid.). ¿Qué es, pues, la humildad del lamento, sino la medicina del pecado? Por lo tanto, los herejes vienen de su lugar, porque se mueven contra la santa Iglesia por soberbia.

44. Los nombres de los amigos de Job señalan la acción de los herejes.---La acción perversa de estos también se deduce de la interpretación de sus nombres. Se llaman Elifaz, Bildad, Zofar; y, como dijimos anteriormente, Elifaz se interpreta como desprecio de Dios. Pues si no despreciaran a Dios, de ninguna manera tendrían pensamientos perversos sobre Él. Bildad se interpreta como solo antigüedad. Pues al rehusar ser vencidos verdaderamente y buscar ser vencedores con un estudio perverso, descuidan la vida nueva; y lo que intentan proviene solo de la antigüedad. Zofar, por su parte, se interpreta como el que disipa la vigilancia. Aquellos que están en la santa Iglesia contemplan humildemente con verdadera fe los misterios de su Redentor; pero cuando los herejes vienen con falsas alegaciones, disipan la vigilancia, porque inclinan las mentes de aquellos a quienes atraen hacia sí, apartándolas de la intención de la recta contemplación.

La curiosidad, la locuacidad y la hipocresía de los herejes designadas en los lugares de los amigos de Job.---Los lugares de donde provienen se describen adecuadamente en relación con los actos de los herejes. Se menciona a los temanitas, suhitas y naamitas. Tema se interpreta como el Austro; Suhi, como el que habla; Naama, como el decorado. ¿Quién no sabe que el Austro es un viento cálido? Los herejes, por lo tanto, porque desean ardientemente saber, como si fuera más de lo necesario, se esfuerzan por calentarse. La desidia, en efecto, se corresponde con el frío de la pereza, y la inquietud de la curiosidad desmedida se alinea con el calor intemperado. Porque, por lo tanto, desean percibir más de lo que deben el calor de la sabiduría, se dice que vienen del Austro. Pablo se preocupó por moderar este calor de sabiduría desmedida en las mentes de los fieles, cuando decía: No pensar más de lo que se debe pensar, sino pensar con sobriedad (Rom. XII, 3). De ahí que David golpeará los valles de la sal (II Sam. VIII, 13), porque evidentemente nuestro

Redentor, con el examen de su severidad, extingue en aquellos que tienen pensamientos erróneos sobre Él la necedad del sabor desmedido. Suhi, además, se dice que significa el que habla. Desean tener calor no para vivir bien, sino para hablar con altivez. Se dice, por lo tanto, que vienen de Tema y Suhi, es decir, del calor y la locuacidad, porque al mostrarse estudiosos de las Escrituras, carecen de las entrañas de la caridad, limitándose a las palabras de la locuacidad. Naama se interpreta como decorado. Porque desean no ser doctos, sino parecerlo, toman de las palabras de erudición la apariencia de quienes viven bien; y a través del calor de la locuacidad muestran en sí mismos la imagen del decoro, para que, por el decoro de la lengua, persuadan fácilmente lo perverso, mientras ocultan astutamente la fealdad de su vida. Pero tampoco los nombres de los lugares están desordenadamente dispuestos en la narración. Primero se menciona Tema, luego Suhi, y finalmente Naama; porque primero los enciende el calor desordenado, luego el brillo de la locuacidad los eleva, y finalmente la hipocresía los muestra decorosos ante los hombres.

CAPÍTULO XXIII.

IBID.---Pues habían acordado venir juntos a visitarlo y consolarlo.---46. Los herejes se ponen de acuerdo contra la Iglesia. Pueden ser llamados amigos. Los herejes se ponen de acuerdo entre sí cuando sienten de manera unánime ciertas cosas perversas contra la Iglesia; y en aquello en lo que se apartan de la verdad, concuerdan entre sí en la falsedad. Todos aquellos que nos instruyen sobre la eternidad, ¿qué otra cosa hacen sino consolarnos en la aflicción de nuestra peregrinación? Sin embargo, los herejes, porque desean enseñar a la santa Iglesia, se acercan a ella como si fueran consoladores. No es de extrañar que quienes expresan la forma de los adversarios sean llamados amigos, ya que al traidor también se le dice: Amigo, ¿a qué has venido? (Mat. XXVI, 50); y el rico, que es consumido en el fuego del infierno, es llamado hijo por Abraham (Luc. XVI, 25); porque, aunque los malos descuiden corregirse por nosotros, es digno que los llamemos amigos, no por su maldad, sino por nuestra bondad.

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 12.---Y cuando alzaron sus ojos de lejos, no lo reconocieron.

47. No conocen la Iglesia. Por qué.---Los herejes, cuando consideran los hechos de la santa Iglesia, levantan los ojos, porque evidentemente ellos están situados en lo más bajo, y cuando observan sus obras, están situadas en lo alto las que contemplan; pero sin embargo, no reconocen que ella está puesta en el dolor. En efecto, ella desea recibir aquí los males, para poder llegar purificada al premio de la recompensa eterna. A menudo teme las cosas prósperas y se alegra con la disciplina de la enseñanza. Por lo tanto, los herejes, porque buscan con gran afán las cosas presentes, no reconocen que ella está puesta en las heridas. Pues lo que ven en ella, no lo repasan en el conocimiento de sus corazones. Así que, cuando ella progresa en las adversidades, ellos permanecen adheridos a su asombro: porque ignoran por experiencia lo que ven.

CAPÍTULO XXV [Ant. XIX].

IBID.---Y rasgando sus vestiduras, esparcieron polvo sobre su cabeza hacia el cielo.

48. Se dividen en muchas partes.---Así como aceptamos a todos los fieles como las vestiduras de la Iglesia; por eso, también se dice por el profeta: Te vestirás con todos ellos como con un ornamento; de igual manera, las vestiduras de los herejes son todos aquellos que,

adhiriéndose a ellos con concordia, se envuelven en sus errores. Los herejes tienen, sin embargo, esta característica propia: que en el grado en que salen de la Iglesia, no pueden permanecer mucho tiempo; sino que diariamente caen en cosas peores, y al sentir cosas más malas, se dividen en muchas partes, y frecuentemente se separan más lejos de sí mismos por la altercación de su propia confusión. Por lo tanto, porque desgarran en mucha división a aquellos que unen a su infidelidad, se dice correctamente que los amigos que vienen rompen las vestiduras. Sin embargo, al romperse las vestiduras, se muestra el cuerpo, porque a menudo, al desgarrarse los seguidores, se revela la malicia de su pensamiento; para que la discordia descubra los engaños que antes la grave culpa de la concordia ocultaba.

49. Las cosas terrenales tienen sabor a palabras celestiales.---En verdad, esparcen polvo hacia el cielo sobre sus cabezas. ¿Qué se representa por el polvo, sino la inteligencia terrenal? ¿Qué se designa por la cabeza, sino aquello que es nuestro principal, es decir, la mente? ¿Qué se expresa por el cielo, sino el mandato de la locución suprema? Esparcir polvo sobre la cabeza hacia el cielo, por lo tanto, es corromper la mente con intelecto secular y tener pensamientos terrenales sobre las palabras celestiales. Sin embargo, las palabras divinas a menudo discuten más de lo que comprenden. Por lo tanto, esparcen polvo sobre sus cabezas, porque en los mandamientos de Dios se esfuerzan más allá de las fuerzas de sus mentes mediante la inteligencia terrenal.

CAPÍTULO XXVI [Rec. XV].

Vers. 13.---Y se sentaron con él en la tierra durante siete días y siete noches.

50. A través de una falsa humildad intentan persuadir con soberbia.---Durante el día reconocemos lo que vemos; pero en la noche, o por ceguera no percibimos nada, o por duda nos confundimos. Por lo tanto, el día representa la inteligencia, mientras que la noche simboliza la ignorancia. El número siete expresa la totalidad del universo. Por eso, todo este tiempo transitorio se completa en no más de siete días. ¿Qué significa entonces que los amigos del bienaventurado Job se sentaron con él durante siete días y siete noches, sino que los herejes, ya sea en lo que comprenden con verdadera luz o en lo que sufren las tinieblas de la ignorancia, fingen condescender con la Iglesia santa, que está como enferma, y bajo la apariencia de halagos, preparan engaños de decepción? Y aunque, ya sea en lo que entienden o en lo que no pueden entender, se consideran grandes en su propia estima, hinchados por el tipo de altivez, a veces se inclinan ante la Iglesia santa solo en apariencia; y mientras suavizan sus palabras, infunden veneno. Sentarse en la tierra, por lo tanto, es mostrar algo de la imagen de la humildad; para que, mientras exhiben humildad, persuadan con la soberbia de lo que enseñan.

[Vet. XX.] 51. Con nosotros en la tierra se sientan cuando consienten con nosotros sobre la encarnación. — En verdad, la misma encarnación del Mediador puede ser designada por la tierra. Por eso se dice a Israel: "Me haréis un altar de tierra" (Éxodo XX, 24). Hacer un altar de tierra para Dios es esperar en la encarnación del Mediador. En efecto, nuestro don es aceptado por Dios cuando nuestra humildad, es decir, lo que hacemos, se coloca sobre la fe en la encarnación del Señor. Por lo tanto, ponemos nuestra ofrenda en el altar de tierra si consolidamos nuestros actos con la fe en la encarnación del Señor. Pero hay algunos herejes que no niegan la encarnación del Mediador, pero o bien tienen una opinión diferente sobre su divinidad, o bien discrepan con nosotros sobre la naturaleza misma de la encarnación. Aquellos que, por tanto, proclaman la verdadera encarnación del Redentor con nosotros, se sientan en la tierra junto con Job. Se describe que se sentaron en la tierra durante siete días y

siete noches, porque ya sea en lo que entienden algo de la plenitud de la verdad, o en lo que son cegados por las tinieblas de su necesidad, no pueden negar el misterio de la encarnación. Sentarse en la tierra con el bienaventurado Job es creer en la verdadera carne del Redentor junto con la santa Iglesia.

94 52. Los amigos silenciosos, al contradecir, se convierten en adversarios.---A veces, los herejes también nos persiguen con suplicios, a veces nos atacan solo con palabras, a veces provocan a los que están en paz, y otras veces, si nos ven callados, permanecen tranquilos; y son amigos de los mudos, pero adversarios de los que hablan. Por eso, como el bienaventurado Job aún no había dicho nada a ellos, se añade correctamente: Y nadie le dirigía palabra. Pues tenemos adversarios silenciosos si descuidamos engendrar hijos de la verdadera fe mediante la predicación. Pero si comenzamos a hablar correctamente, pronto sentimos graves injurias de su respuesta; inmediatamente saltan a la adversidad y estallan en voces de dolor contra nosotros, porque temen que la voz correcta del que habla eleve los corazones que el peso de la necesidad mantiene en lo bajo. Por lo tanto, como hemos dicho, los adversarios nos aman mudos, pero nos odian cuando hablamos, se dice correctamente de Job, que estaba en silencio:

CAPÍTULO XXVII.

IBID. Nadie le dirigía la palabra.

53. A veces los herejes se ven obligados a guardar silencio. Sin embargo, no pocas veces, cuando perciben la apatía y la inercia en los corazones de los fieles, no cesan de sembrar las semillas del error con sus palabras. Pero cuando observan que las mentes de los buenos aspiran a lo alto, buscan el regreso a la patria celestial, y lamentan con vigor la aflicción de este exilio, frenan su lengua con cuidadosa precaución, porque se dan cuenta de que al hablar en vano contra los corazones de los que sufren, pronto se verán obligados a callar. Por eso, con razón, cuando se decía: Nadie le dirigía la palabra, inmediatamente se añade la causa del silencio, cuando se dice:

CAPÍTULO XXVIII.

IBID.---Porque veían que el dolor era vehemente.

54. Cuando el corazón duele por el amor de Dios, el adversario teme hablar mal. Pues cuando el dolor vehemente del amor de Dios atraviesa nuestros corazones, el adversario teme hablar mal en todas partes, porque ve que al provocar una mente atenta, no solo no puede arrastrarla a la perversidad, sino que quizás, al ser despertada, incluso perderá a aquellos que había retenido.

[Ant. XXI. Rec. XVI.] 55. En las Escrituras, lo bien hecho a veces significa lo que debe hacerse mal; y viceversa.---Quizás a algunos les sorprenda que hayamos dicho esto, que lo que ha sido bien hecho por los amigos, significa que debe hacerse mal por los herejes. Pero así, a menudo, cualquier cosa a través de la historia es virtud, y por su significado es culpa: como a veces un hecho realizado es causa de condenación; pero en la escritura es profecía de virtud. Esto lo demostraremos más rápidamente si presentamos un testimonio de la Sagrada Escritura para probar ambos casos. ¿Quién, al escuchar, no solo de los fieles, sino incluso de los infieles, no detestaría de todas formas que David, paseando en la azotea, codiciara a Betsabé, la esposa de Urías? A quien, sin embargo, al regresar de la batalla, le aconseja ir a su

casa a lavarse los pies. Quien inmediatamente respondió, diciendo: "El Arca del Señor está bajo tiendas, ¿y yo descansaré en mi casa?" (II Sam. XI, 11). A quien David recibió en su propia mesa y le entregó cartas por las cuales debía morir. ¿De quién es tipo David paseando en la azotea, sino de aquel de quien está escrito: "En el sol puso su tabernáculo" (Sal. XVIII, 6)? ¿Y qué es llevar a Betsabé a sí mismo, sino unir la ley de la letra, unida al pueblo carnal, con el entendimiento espiritual? Betsabé se llama el séptimo pozo, porque a través del conocimiento de la ley, con la infusión de la gracia espiritual, se nos ministra la sabiduría perfecta. ¿A quién representa Urías, sino al pueblo judío? Cuyo nombre se interpreta como "mi luz es de Dios". El pueblo judío, porque se enorgullece del conocimiento recibido de la ley, se gloria como si fuera de la luz de Dios. Pero David le quitó la esposa a este Urías y la unió a sí mismo: porque, evidentemente, el Redentor apareciendo en la carne, que se llama David, al dar a conocer que la ley hablaba espiritualmente de él, demostró que esta, que se mantenía según la letra, era ajena al pueblo judío; y la unió a sí mismo, porque declaró que se predicaba a través de ella. Sin embargo, David aconseja a Urías ir a casa a lavarse los pies, porque el Señor encarnado, al venir, ordenó al pueblo judío que regresara a la conciencia y limpiara las manchas de sus obras con lágrimas; para que entendiera espiritualmente los mandamientos de la ley, y después de tanta dureza de preceptos, encontrando la fuente del bautismo, recurriera al agua después del trabajo. Pero Urías, que recuerda que el Arca del Señor está bajo tiendas, respondió que no podía entrar en su casa. Como si el pueblo judío dijera: "Veo los mandamientos de Dios en los sacrificios carnales, y no busco regresar a la conciencia a través de la inteligencia espiritual". Pues dice que el Arca está bajo tiendas, quien entiende los mandamientos de Dios solo para exhibir el ministerio del sacrificio carnal. Sin embargo, David llama a su mesa a este que no quiere regresar a casa; porque aunque el pueblo judío desprecia regresar a la conciencia, el Redentor que viene le predica los mandamientos espirituales, diciendo: "Si creyerais a Moisés, quizás también me creeríais a mí, porque él escribió de mí" (Juan V, 46). Así, el pueblo judío mantiene la ley, que habla de su divinidad, a quien este mismo pueblo se niega a creer. Por lo tanto, Urías es enviado a Joab con cartas por las cuales debe ser asesinado, porque este mismo pueblo judío lleva la ley, por la cual, al ser convencido, debe morir. Pues al retener los mandamientos de la ley y resistirse a cumplirlos, él mismo lleva el juicio por el cual es condenado. ¿Qué, entonces, puede decirse más criminal que el acto de David? ¿Qué más puro que Urías? Pero, de nuevo, por el misterio, ¿qué más santo que David, qué más infiel que Urías se encuentra, cuando aquel, por la culpa de su vida, en la profecía señala la inocencia; y este, por la inocencia de su vida, en la profecía expresa la culpa? Por lo tanto, no es incongruente que por lo que fue bien hecho por los amigos de Job, se signifique que debe hacerse mal por los herejes, mientras la virtud del sagrado discurso narra lo pasado de tal manera que expresa lo futuro; así aprueba el hecho, que en el misterio lo contradice; así condena lo hecho, que persuade que esto debe hacerse místicamente.

SENSUS MORALIS.---[Vet. XXII]. 56. Por qué el diablo a veces cesa en su tentación.---Así pues, habiendo desentrañado los misterios de la alegoría por partes, ahora abordemos rápidamente la comprensión moral. La mente se apresura a discutir lo más oscuro; y si se detiene demasiado en lo evidente, se ve impedida de tocar lo oculto, como es digno. A menudo, el antiguo enemigo, después de haber infligido a nuestra mente la lucha de las tentaciones, se retira de su propio combate por un tiempo; no para poner fin a su malicia, sino para que, al haber hecho que los corazones se sientan seguros en la tranquilidad, pueda irrumpir de nuevo de manera inesperada y más fácilmente. De ahí que vuelva a tentar al hombre bienaventurado, y busque su tormento, aunque la piedad suprema se lo permita reteniéndolo, diciendo:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 6.---He aquí, está en tu mano, solo guarda su vida.

57. A veces Dios nos abandona para protegernos. La tentación se convierte en salvación del alma, donde se niega el consentimiento. Sin embargo, la herida de la delectación debe ser curada con penitencia. Así, Él nos abandona para protegernos; nos protege, pero permitiendo el momento de la tentación, nos muestra el estado de nuestra debilidad. Aquel que pronto salió de la presencia del Señor, y desde la planta del pie hasta la coronilla hirió con golpes, porque ciertamente, cuando recibe permiso, comenzando por lo más pequeño y llegando hasta lo más grande, como si desgarrara todo el cuerpo de la mente con las tentaciones infligidas, lo atraviesa. Sin embargo, al herir, no llega al alma, porque en todas las reflexiones interiores, entre las mismas heridas de las delectaciones que recibe, la intención del propósito secreto resiste; de modo que, aunque la delectación muerda la mente, no doblega la deliberación de la santa rectitud hasta la debilidad del consentimiento. Sin embargo, debemos limpiar las mismas heridas de las delectaciones mediante la aspereza de la penitencia, y purificar con la censura de una rigurosa severidad, si algo fluido emana en el pensamiento. Por lo tanto, bien se añade enseguida,

CAPÍTULO XXX [Rec. XVII].

VERS. 8.---Porque se rascaba con un tiesto.

58. Porque raspar la llaga con un tiesto es purificar el pecado juzgándose a sí mismo y contemplando su fragilidad. ¿Qué se entiende por tiesto, sino el vigor de la severidad; y qué por llaga, sino el flujo de pensamientos ilícitos? Por lo tanto, raspamos la llaga con un tiesto cuando, después de las contaminaciones de pensamientos ilícitos, nos purificamos juzgándonos con dureza. También se puede entender el tiesto como la fragilidad de la mortalidad. Limpiar la llaga con un tiesto, entonces, es considerar el curso de la mortalidad y su fragilidad, y eliminar la podredumbre de la miserable delectación. Pues cuando uno considera cuán rápidamente la carne vuelve al polvo, supera rápidamente aquello que desde la carne lo ataca vergonzosamente por dentro. Así, cuando por una tentación perversa un pensamiento invade la mente, es como si la llaga supurara. Pero la llaga se limpia rápidamente si en nuestra consideración la fragilidad se sostiene en la mano como un tiesto.

59. Las malas intenciones no deben ser despreciadas. No deben ser consideradas de poca importancia aquellas que, aunque no se llevan a cabo, sin embargo, se mantienen ilícitamente en la mente. Por eso, nuestro Redentor vino a limpiar las heridas cuando decía: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón" (Mateo 5, 27). Así, se limpia la herida cuando la culpa se elimina no solo de la acción, sino también del pensamiento. Por eso, Jerobaal, cuando sacudía el trigo de la paja, vio a un ángel, a cuyo mandato inmediatamente coció un cabrito, que puso sobre una piedra y vertió el caldo de la carne sobre ella; el ángel tocó con su vara, y el fuego que salió de la piedra lo consumió (Jueces 6, 11, 12, 19). ¿Qué significa golpear el trigo con una vara, sino separar con la rectitud del juicio los granos de virtud de la paja de los vicios? Pero el ángel aparece a quienes hacen esto, porque el Señor revela más los interiores cuanto más diligentemente los hombres se purifican de los exteriores. Él ordena matar al cabrito, es decir, inmolar todo apetito de nuestra carne, y poner las carnes sobre la piedra, y verter el caldo de la carne sobre ella. ¿A quién más señala la piedra, sino a aquel de quien Pablo dice: "La piedra era Cristo"

(1 Corintios 10, 4)? Ponemos las carnes sobre la piedra cuando mortificamos nuestro cuerpo en imitación de Cristo. También vierte el caldo de la carne sobre ella quien, en la vida de Cristo, vacía de sí mismo incluso los pensamientos carnales. Pues, como el caldo líquido de la carne se vierte sobre la piedra, así la mente se vacía del flujo de pensamientos carnales. Sin embargo, el ángel toca con la vara, porque el poder del auxilio divino nunca abandona nuestra intención. De la piedra sale fuego y consume el caldo y las carnes, porque el espíritu soplado por el Redentor inflama nuestro corazón con tal llama de compunción que quema todo lo ilícito en él, tanto de obra como de pensamiento. Así que, verter el caldo sobre la piedra es lo mismo que limpiar la herida con una teja. La mente perfecta vigila diligentemente para no solo rechazar hacer lo perverso, sino también limpiar todo lo que en ella se licua torpemente por pensamientos. Pero a menudo de esa misma victoria surge la batalla, de modo que cuando se vence un pensamiento impuro, el ánimo del vencedor es golpeado por la soberbia. Por tanto, es necesario que la mente se eleve por la pureza, pero debe ser cuidadosamente sometida en humildad. Por eso, cuando se decía del hombre santo: "Rascaba la herida con una teja", inmediatamente se añade apropiadamente.

CAPÍTULO XXXI.

IBID.---Sentado en el estercolero.

60. El vencedor de la tentación debe mantener la humildad. La soberbia de quienes hacen poco y piensan mucho de sí mismos. La soberbia de los inicuos, cuando otros pecan en lo que ellos no pecan. Sentarse en el estercolero es sentir de uno mismo cosas viles y despreciables. Sentarse en nuestro propio estercolero es volver con los ojos de la mente, en penitencia, a lo que ilícitamente hemos hecho; de modo que, al ver ante nosotros los excrementos de nuestros pecados, inclinemos todo lo que surge en el alma de soberbia. Se sienta en el estercolero quien, con preocupación, observa su debilidad y no se enaltece por los bienes que ha recibido por gracia. ¿Acaso no se sentaba Abraham en su propio estercolero cuando decía: "Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza" (Génesis XVIII, 27)? Vemos claramente en qué lugar se colocaba a sí mismo, quien se consideraba polvo y ceniza, incluso mientras hablaba con Dios. Si, por tanto, se desprecia así quien ha ascendido hasta el honor de la conversación divina, con atenta reflexión debe considerarse qué castigo merecen aquellos que no progresan hacia lo alto y, sin embargo, se enaltecen por lo mínimo. Hay algunos que, al hacer poco, piensan mucho de sí mismos: elevan su mente y creen que superan a los demás en méritos de virtudes. Estos, sin duda, abandonan en su interior el estercolero de la humildad y ascienden a las alturas de la soberbia; imitando a aquel que primero se elevó en su interior, pero al elevarse se derrumbó; imitando a aquel que no estuvo contento con la dignidad de su condición, diciendo: "Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono" (Isaías XIV, 13). Por eso, Babilonia, que se unió malamente a él, es decir, la confusa multitud de pecadores, dice: "Me siento como reina, y no soy viuda" (Isaías XLVII, 8, según la LXX). Cualquiera que se infla en su interior se ha colocado en lo alto ante sí mismo. Pero se hunde más gravemente en lo bajo cuanto más desprecia sentir de sí mismo lo más bajo. Hay algunos que no se esfuerzan en hacer nada de virtud, pero cuando ven a otros pecar, se consideran justos en comparación con ellos. Pues no todos los corazones son heridos por la misma culpa. A uno lo atrapa la soberbia, a otro quizás lo derriba la ira, a uno lo atormenta la avaricia, a otro lo inflama la lujuria. Y a menudo sucede que quien es abatido por la soberbia observa a otro encendido por la ira; y porque la ira no lo incita rápidamente, ya se considera mejor que el iracundo, y se enaltece en su interior como si fuera justo, porque descuida considerar el vicio que lo retiene más gravemente. A menudo sucede que quien es herido por la avaricia ve a otro sumido en el abismo de la lujuria; y porque se ve a sí mismo ajeno a la contaminación

carnal, no presta atención a las inmundicias del vicio espiritual con las que está internamente manchado; y mientras considera el mal en otro que él no tiene, descuida considerar lo que tiene en sí mismo: y así sucede que, al ser llevada la mente a juzgar lo ajeno, se priva de la luz del juicio propio; y cuanto más duramente se enorgullece contra lo ajeno, más negligentemente ignora lo propio.

[Vet. XXIV.] 61. La humildad no la pierde el perfecto al observar la culpa ajena. La tentación a veces golpea desde fuera y desde dentro.---Por el contrario, aquellos que verdaderamente desean elevarse a las altas virtudes, cuando escuchan las culpas ajenas, inmediatamente llevan su corazón a las propias; y tanto más rectamente las juzgan, cuanto más sinceramente lamentan las suyas. Por lo tanto, ya que cada elegido se reprime al considerar su propia debilidad, se dice correctamente que el hombre santo se sienta doliente en el estercolero. Porque quien verdaderamente se humilla, con el ojo de la continua consideración, reflexiona sobre las inmundicias de los delitos que lo rodean. Es necesario saber que a menudo en la prosperidad la mente es tocada por una tentación inoportuna; pero a veces también sufrimos adversidades externamente, y nos fatigamos por el impulso de la tentación interior; de modo que los azotes crucian la carne, y sin embargo, la sugestión carnal inunda la mente. Por eso, después de tantas heridas del bienaventurado Job, se añaden también las palabras de la esposa que mal aconseja, quien dice:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 9.---¿Todavía permaneces en tu simplicidad? Bendice a Dios y muere.

62. La esposa de Job que aconseja mal, es la cogitación carnal.---La esposa que aconseja mal es, sin duda, la cogitación carnal que acosa la mente. Pues a menudo, como se ha dicho, somos golpeados externamente con azotes y fatigados internamente por la sugestión carnal. De ahí que Jeremías se lamenta, diciendo: Fuera mata la espada, y en casa hay muerte semejante (Lam. 1, 20). Fuera mata la espada, cuando la venganza nos hiere externamente. Pero en casa hay muerte semejante, porque aunque se soportan los azotes, la conciencia interior no está limpia de las impurezas de la tentación. De ahí que David dice: Sean como polvo ante el viento, y el ángel del Señor los aflija (Sal. 34, 5). Pues quien en su corazón es arrebatado por el soplo de la tentación, es elevado como polvo ante el viento. Y cuando en medio de esto la justicia divina golpea, ¿qué otra cosa hace sino que el ángel del Señor aflija?

63. La tentación es recibida de manera diferente por los elegidos y los réprobos.---Pero estas cosas se manejan de manera diferente por los réprobos y por los elegidos. Los corazones de aquellos son tentados de tal manera que consienten. En cambio, estos reciben las tentaciones, pero resisten. La mente de aquellos es capturada con deleite; y si por un tiempo lo que se sugiere malamente les desagrada, después, mediante la deliberación, les agrada. Estos, por su parte, reciben los dardos de las tentaciones de tal manera que siempre se fatigan resistiendo; y si en algún momento la mente tentada es llevada hasta el deleite, sin embargo, pronto se avergüenzan de esa sutilidad de su deleite, y con fuerte censura reprenden cualquier cosa carnal que descubren surgir dentro de sí. Por lo tanto, bien se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XXXIII. [Rec. XIX].

VERS. 10.---Has hablado como una de las mujeres necias. Si hemos recibido bienes de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos los males?

64. Cómo resistir lo áspero o lo halagador.---Es digno que la mente santa, con corrección espiritual, reprima cualquier murmullo insolente de la carne; para que la carne, al hablar áspidamente, no la lleve a la impaciencia, o al hablar halagadoramente, no la disuelva en la lujuria. Por lo tanto, la censura viril, redarguyendo la sugerencia de pensamientos ilícitos, debe reprimir la disoluta blandura de la torpeza, diciendo: Has hablado como una de las mujeres necias. Y de nuevo, la consideración de los dones debe refrenar la impaciencia del pensamiento áspero, diciendo: Si hemos recibido bienes de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos los males? Pero quien desea someter los vicios y tiende hacia las cumbres eternas de la retribución interna, con pasos de verdadera intención, cuanto más se ve rodeado por la guerra de los vicios, tanto más se ciñe con las armas de las virtudes; y tanto menos teme los dardos, cuanto más valientemente blindas su pecho contra ellos.

65. Los vicios se ocultan bajo la apariencia de virtudes.---Pero a menudo, mientras nos esforzamos por sostenernos con grandes virtudes contra esta guerra de tentaciones, algunos vicios se nos ocultan bajo la apariencia de virtudes y se nos presentan con un rostro aparentemente amable; pero, una vez examinados, se percibe de qué adversidad provienen. Por eso, los amigos del bienaventurado Job acuden como si fueran a consolarlo, pero terminan en insultos; porque los vicios insidiosos asumen el rostro de las virtudes, pero nos hieren con una invectiva hostil. Pues muchas veces la ira desmedida quiere parecer justicia; y muchas veces la indulgencia descontrolada quiere parecer misericordia. A menudo el temor imprudente quiere parecer humildad; a menudo la soberbia desenfrenada busca aparecer como libertad. Así, los amigos vienen a consolar, pero se deslizan hacia palabras de reproche; porque, sin duda, los vicios disfrazados de virtudes comienzan con una superficie amable, pero nos perturban con una áspera contradicción. Sin embargo, se dice bien:

CAPÍTULO XXXIV.

VERS. 11.---Pues se habían puesto de acuerdo para venir juntos a visitarlo.

66. Hacen un pacto contra nosotros.---Los vicios, en efecto, se ocultan bajo el pretexto de las virtudes, porque hay ciertos vicios que se unen entre sí con cierta conveniencia en nuestra contra, como el orgullo y la ira, la negligencia y el temor. La ira es cercana al orgullo, la negligencia al temor. Así, se alían y vienen contra nosotros, unidos por una especie de parentesco depravado. Pero si reconocemos la aflicción de nuestra cautividad, si por amor a la patria eterna nos dolemos en lo más íntimo, los vicios que se infiltran en los que se alegran indebidamente no pueden prevalecer sobre los que se entristecen correctamente. Por eso, bien se añade:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 12.---Y cuando alzaron sus ojos de lejos, no lo reconocieron.

67. La aflicción ahuyenta los vicios.---En efecto, los vicios apenas nos reconocen cuando estamos afligidos, porque al tocar un corazón triste, inmediatamente retroceden rechazados; y aquellos que nos conocían alegres, porque nos penetraban, no pueden reconocernos cuando estamos tristes, porque se rompen con nuestra misma severidad. Pero el antiguo enemigo, al verse descubierto en ellos con fuerza, los esconde más profundamente bajo la apariencia de virtudes. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXXVI.

IBID.---Y clamando lloraron, y rasgando sus vestiduras esparcieron polvo sobre su cabeza hacia el cielo, y se sentaron con él en tierra durante siete días y siete noches.

68. A menos que bajo la apariencia de virtudes engañen.---La piedad se representa por el llanto, la discreción por el rasgado de vestiduras, el afecto de las obras por el polvo sobre las cabezas, la humildad por la posición sentada. A veces, el enemigo insidioso simula algo piadoso para llevarnos al extremo de la crueldad; como cuando impide que la culpa sea castigada por la disciplina, para que lo que aquí no se reprime, sea golpeado por el fuego del infierno. A veces presenta la imagen de la discreción ante los ojos y nos conduce a las trampas de la indiscreción; como cuando, por su impulso, nos concedemos más alimentos por debilidad, como si fuera discretamente, pero indiscretamente despertamos en nosotros las batallas de la carne. A veces simula el afecto de las buenas obras, pero a través de esto impone la inquietud de los trabajos; como cuando alguien no puede descansar y teme ser juzgado por ocio. A veces muestra la imagen de la humildad para sustraer el afecto de la utilidad; como cuando a algunos se les hace creer que son más débiles e inútiles de lo que realmente son, de modo que, al considerarse demasiado indignos, temen servir en cosas en las que podrían beneficiar a los prójimos.

69. La compunción protege contra los vicios.---Pero estos vicios que el antiguo enemigo oculta bajo la apariencia de virtudes, la mano de la compunción los examina con gran sutileza. Porque quien verdaderamente siente dolor en su interior, prevé con firmeza qué cosas deben hacerse externamente y cuáles no. Pues si la virtud de la compunción nos afecta en lo más íntimo, todo el ruido de la mala sugestión enmudece. Por lo tanto, sigue:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 13.---Y nadie le dirigía palabra: pues veían que su dolor era muy grande.

70. Los vicios pueden servir al uso de la virtud. Si el corazón verdaderamente se duele, los vicios no tienen lengua contra nosotros. Pues cuando se busca plenamente la vida de rectitud, se obstruye la sugerencia superflua de la maldad. Sin embargo, a menudo, si con fuerte empeño nos enfrentamos a los incentivos de los vicios, incluso los mismos vicios los transformamos para el uso de la virtud. A algunos, por ejemplo, los posee la ira: pero cuando la someten a la razón, la convierten en el ministerio del santo celo. A otros, la soberbia los eleva; pero cuando inclinan su ánimo al temor divino, la transforman en defensa de la justicia con voz de libre autoridad. A algunos, la fortaleza de la carne los seduce; pero cuando someten el cuerpo a la práctica de obras piadosas, de donde sufrieron el estímulo de la iniquidad, de allí obtienen las ganancias de la piedad. Por eso, el bienaventurado Job, después de muchas luchas, inmola una ofrenda por sus amigos. A quienes durante mucho tiempo soportó como enemigos por la contienda, en algún momento los convierte en ciudadanos por el sacrificio; porque al someter y transformar en virtudes cualquier pensamiento vicioso, los esfuerzos adversos de las tentaciones los convertimos, por la ofrenda de la intención, como en corazones amigos. Que nos baste haber discutido esto de manera triple en tres volúmenes. Pues en el mismo inicio de esta obra, como en la masa de un árbol naciente, hemos fijado la raíz de la lengua, para que después produzcamos las ramas de la exposición, según lo requieran los lugares individuales.

LIBRO CUARTO. En el cual Gregorio, después de una breve introducción, menciona que la letra de la Escritura a veces parece contradecirse, y que las imprecaciones de Job, al igual que

las de Jeremías y David, no pueden entenderse literalmente sin caer en absurdos. Expone las palabras de Job desde el comienzo del capítulo tercero hasta el versículo vigésimo de manera histórica, mística y moral.

CAPÍTULO PRIMERO. PREFACIO.

101 La letra de la Escritura a veces se contradice a sí misma. El sentido de la Escritura es penetrado por los humildes mediante la asiduidad en la lectura. Quien considera el texto y desconoce el sentido de la locución sagrada, no se instruye tanto con erudición como se confunde con ambigüedad, porque a veces las palabras de la letra se contradicen entre sí; pero mientras discrepan entre sí por contrariedad, envían al lector a la inteligencia de la verdad. ¿Qué significa lo que dice Salomón: "Mejor es comer y beber" (Ecles. II, 24); y poco después añade: "Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete" (Ecles. VII, 3)? ¿Por qué prefirió el luto al banquete, quien antes alabó la comida y la bebida? Pues si por elección es bueno comer y beber, sin duda debería ser mejor dirigirse a la casa de la alegría que a la casa del lamento. De ahí que diga de nuevo: "Alégrate, joven, en tu juventud" (Ecles. XI, 9). Y poco después añade: "Porque la juventud y la alegría son vanas" (Ibid., 10). ¿Qué es esto que primero ordena lo que debe ser reprendido, o después reprende lo que ha ordenado, sino que con las mismas palabras de la letra insinúa que quien sufre la dificultad exterior, considere la inteligencia de la verdad, a la que debe seguir? Esta inteligencia de la verdad, cuando se busca con humildad de corazón, se penetra con la asiduidad en la lectura. Así como vemos los rostros de personas desconocidas y no conocemos sus corazones, pero si nos unimos a ellos con locución familiar, mediante el uso del coloquio indagamos también sus pensamientos; así, cuando en el sagrado discurso solo se observa la historia, no se ve más que el rostro; pero si nos unimos a este con uso asiduo, penetramos su mente, como por la familiaridad del coloquio. Pues mientras recogemos unas cosas de otras, fácilmente reconocemos en sus palabras que es diferente lo que indican de lo que suenan. Sin embargo, cuanto más se queda uno en la superficie, más se vuelve extraño a su conocimiento.

CAPÍTULO II.

Las imprecaciones de Job no pueden entenderse literalmente sin caer en absurdos.---He aquí que se describe al bienaventurado Job maldiciendo su día, diciendo: "Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre". Si se considera superficialmente, ¿qué puede encontrarse más reprochable que estas palabras? Pero, ¿quién no sabe que el día en que nació no podía entonces permanecer? La naturaleza del tiempo es tal que no tiene estado de permanencia. Porque, al tender hacia el futuro para existir, siempre se apresura a no ser desde el pasado. ¿Por qué, entonces, un hombre tan grande maldeciría algo que sabía que no podía subsistir? Pero tal vez alguien diga que de ahí se observa el peso de su virtud, porque, movido por la tribulación, lanza una maldición a algo que se sabe que no subsiste en absoluto. Pero esta razón se destruye rápidamente, porque si subsistía la cosa a la que maldecía, le infligía una maldición perniciosa; si no subsistía, era ociosa. Cualquiera que esté lleno del espíritu de aquel que dijo: "Toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio" (Mateo XII, 36), teme admitir palabras ociosas tanto como perniciosas. A esta sentencia se añade: "Que ese día se convierta en tinieblas, que Dios no lo requiera desde arriba, y que no esté en la memoria, y que no lo ilumine la luz: que lo oscurezcan las tinieblas y la sombra de la muerte, que lo ocupe la oscuridad, y que se envuelva en amargura. Que la noche aquella la posea un torbellino tenebroso, que sea una noche solitaria, y no digna de alabanza; que espere la luz, y no la vea, ni el amanecer del alba naciente". ¿Por qué se dice que un día que se sabe que ha pasado en el curso del tiempo se

convierta en tinieblas? Y cuando se sabe que no subsiste, ¿por qué se desea que lo oscurezca la sombra de la muerte; o qué oscuridad lo ocupa, qué implicación de amargura lo envuelve; o quién posee la noche un torbellino tenebroso, que ningún estado sostiene? ¿O cómo se desea que sea solitaria, si al pasar ya no era nada? ¿O cómo espera la luz, si carece de sentido y no permanece en su propio estado? A estas palabras aún añade:

CAPÍTULO III.

¿Por qué no morí en el vientre, por qué al salir del útero no perecí de inmediato? ¿Por qué fui recibido sobre las rodillas? ¿Por qué fui amamantado? Pues ahora estaría durmiendo en silencio, y descansarí en mi sueño.

Confirmación del argumento propuesto. Que los hombres fueran liberados del pecado original antes de la institución del bautismo. ¿Acaso si hubiera perecido inmediatamente al salir del útero, habría obtenido mérito de retribución por esta misma perdición? ¿Acaso los abortivos disfrutan del descanso eterno? Pues quien no es liberado por el agua de la regeneración, permanece atado por la culpa del primer vínculo. Lo que el agua del bautismo realiza entre nosotros, lo hacía entre los antiguos, ya sea para los pequeños solo la fe, o para los mayores la virtud del sacrificio, o para aquellos que descendían de la estirpe de Abraham, el misterio de la circuncisión. Pues, como cada uno es concebido con la culpa del primer padre, el Profeta testifica, diciendo: "He aquí que en iniquidades fui concebido" (Salmo 50, 7). Y porque aquel a quien la ola de la salvación no lava, no pierde los castigos de la culpa original, la Verdad misma lo declara abiertamente, diciendo: "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no tendrá vida eterna" (Juan 3, 5). ¿Qué es entonces lo que desea haber estado muerto en el vientre, y espera poder descansar en los beneficios de esa misma muerte, cuando está claro que de ninguna manera el descanso de la vida lo acogería, si los sacramentos del conocimiento divino no lo hubieran liberado de la culpa original? Aún añade con quienes podría haber descansado, diciendo: "Con los reyes y los cónsules de la tierra, que edifican para sí soledades". ¿Quién ignora que los reyes de la tierra y los cónsules están lejos de la soledad, ya que están rodeados por innumerables multitudes de servidores? ¿O cuán difícil es para ellos tender al descanso, quienes están atados por tan duros lazos de múltiples razones? La Escritura lo atestigua, diciendo: "Un juicio muy severo se hará con los que presiden" (Sabiduría 6, 6). Por lo cual en el Evangelio la Verdad dice: "A quien mucho se le dio, mucho se le pedirá" (Lucas 12, 48). Aún insinúa con quienes habría tenido compañeros en el mismo descanso, diciendo: "O con los príncipes, que poseen oro, y llenan sus casas de plata". Es muy raro que quienes poseen oro tiendan al descanso, cuando la Verdad misma dice: "Difícilmente los que tienen riquezas entrarán en el reino de los cielos" (Mateo 19, 24). Pues quienes aquí ansían multiplicar riquezas, ¿qué alegrías de otra vida esperan? Sin embargo, para mostrar que esto es muy raro y solo puede ocurrir por un milagro divino, nuestro Redentor dice: "Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible". Por lo tanto, ya que estas palabras en la superficie parecen discordar de la razón, la misma letra indica que en ellas el santo varón no dice nada según la letra.

CAPÍTULO IV [Ant. III].

Ni las imprecaciones de David ni las de Jeremías deben tomarse al pie de la letra.---Pero si primero discutimos otras maldiciones en la Sagrada Escritura, investigamos más a fondo lo que fue pronunciado por boca del bienaventurado Job. ¿Qué significa que David, quien no devolvió mal por mal a quienes le hicieron daño, maldijo a los montes de Gelboe cuando Saúl y Jonatán cayeron en batalla, diciendo: "Montes de Gelboe, que no caiga sobre vosotros ni

rocío ni lluvia, ni haya campos de primicias, porque allí fue desechado el escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con aceite" (II Sam. 1, 21)? [Rec. IV.] ¿Qué significa que Jeremías, al ver que su predicación era obstaculizada por la dificultad de los oyentes, maldijo diciendo: "Maldito el hombre que anunció a mi padre, diciendo: Te ha nacido un hijo varón" (Jer. 20, 15)? ¿Qué culpa tuvieron los montes de Gelboe con la muerte de Saúl para que en ellos no cayera ni rocío ni lluvia, y la palabra de sentencia los secara de todo brote de verdor? Pero como Gelboe se interpreta como "decurrir", y por Saúl, ungido y muerto, se expresa la muerte de nuestro Mediador, no sin razón los montes de Gelboe simbolizan los corazones soberbios de los judíos, que, mientras se desvanecen en los deseos de este mundo, se mezclaron con la muerte de Cristo, es decir, del ungido. Y porque en ellos el rey ungido muere corporalmente, ellos se secan de todo rocío de gracia. De los cuales también se dice bien: "Para que no puedan ser campos de primicias". Las mentes soberbias de los hebreos no llevan frutos primitivos, porque en la venida del Redentor, en su mayoría permanecieron en la perfidia, y no quisieron seguir los inicios de la fe. La Santa Iglesia, en sus primicias fecundada por la multitud de las naciones, apenas al final del mundo recibirá a los judíos que encuentre, y recogiendo lo último, los pondrá como restos de frutos. De estas reliquias, Isaías dice: "Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, solo un remanente se salvará" (Isaías 10, 22, según la LXX; Rom. 9, 27). Sin embargo, los montes de Gelboe pueden ser maldecidos por boca del profeta, para que, mientras la tierra seca no produce fruto, los poseedores de la tierra sufran el daño de la esterilidad, de modo que reciban la sentencia de maldición aquellos que, por su iniquidad, merecieron recibir la muerte del rey. [Vet. IV.] Pero, ¿qué significa que el profeta pronunció una sentencia de maldición sobre aquel hombre que anunció su nacimiento a su padre? Esto está lleno de un misterio tanto mayor en su interior cuanto más vacío está de razón humana en su exterior. Pues si algo razonable hubiera sonado exteriormente, no nos incitaría al estudio del entendimiento interior. Por lo tanto, nos insinúa algo más plenamente en su interior, cuanto menos muestra algo razonable en su exterior. Si el profeta salió al mundo desde el vientre de su madre para ser afligido, ¿qué culpa tuvo el mensajero de su nacimiento? Pero, ¿qué representa la persona del profeta fluctuante, sino la mutabilidad del género humano que viene por el mérito del castigo? ¿Y qué representa su padre, sino este mundo del cual nacemos? ¿Y quién es ese hombre que anuncia nuestro nacimiento al padre, sino el antiguo enemigo, que cuando nos ve fluctuar en pensamientos, incita las mentes de los malvados, que sobresalen por la autoridad de este mundo, a la persuasión de nuestra decepción; y cuando nos ve actuar débilmente, lo exalta como si fuera fuerte con favores, y habla como si hubiéramos nacido varones, cuando se regocija de que nos hayamos convertido en corruptores de la verdad por medio de la mentira? Por lo tanto, anuncia al padre que ha nacido un varón, cuando demuestra a este mundo que aquel a quien ha persuadido se ha convertido en corruptor de la inocencia. Pues cuando a cualquiera que peca y se enorgullece se le dice: "Has actuado como un hombre", ¿qué otra cosa se dice sino que ha nacido un varón en el mundo? Con razón, por lo tanto, se maldice al hombre que anuncia el nacimiento de un varón, porque su anuncio indica el gozo reprochable de nuestro corruptor. Por estas maldiciones de la Sagrada Escritura aprendemos qué debemos buscar en la voz de maldición del bienaventurado Job, para que el lector no presuma de refutar sus palabras sin entender, ya que Dios lo recompensa después de las heridas y las palabras. Por lo tanto, habiendo distinguido de alguna manera estas cosas que debían ser investigadas en la introducción, procedamos ahora a discutir las palabras de la historia.

CAPÍTULO PRIMERO [Rec. V].

CAP. III. VERS. 1-3.---Después de esto, Job abrió su boca y maldijo su día, diciendo: Perezca el día en que nací.

1. SENTIDO HISTÓRICO Y MÍSTICO.---Job no pronunció maldición por impaciencia.---No debe pasarse por alto lo que se dice: "Abrió su boca". La Sagrada Escritura, al mencionar brevemente ciertos hechos, indica con reverencia que debemos esperar lo que sigue. Así como ignoramos lo que contienen los recipientes cerrados, pero al abrirlos reconocemos lo que hay dentro, de igual manera los corazones de los santos, ocultos con la boca cerrada, se revelan al abrirla; y cuando descubren sus pensamientos, se dice que abren su boca, para que con mente atenta, como si fueran recipientes abiertos, nos apresuremos a conocer lo que contienen en su interior y nos recreemos con su fragancia íntima. Por eso, antes de que el Señor pronuncie sublimes preceptos en el monte, se dice: "Abriendo su boca, dijo" (Mat. V, 2); aunque allí también debe entenderse que abrió su boca en los preceptos en los que ya había abierto la boca de los profetas. Es muy importante observar lo que se dice: "Después de esto", para que la fuerza del hecho que se realiza se perciba verdaderamente en su momento. Primero se describe la devastación de las cosas, la muerte de los hijos, el dolor de las heridas, la persuasión de la esposa, la llegada de los amigos, quienes se rasgaron las vestiduras, lloraron clamando, cubrieron sus cabezas de polvo y permanecieron sentados en la tierra en silencio durante mucho tiempo, y luego se añade: "Después de esto, Job abrió su boca y maldijo su día"; para que, por el orden mismo de la narración, se entienda que no pronunció la maldición por impaciencia, ya que estalló en palabras de maldición mientras sus amigos aún guardaban silencio. Si hubiera maldecido movido por la ira, al escuchar la pérdida de sus bienes o al conocer la muerte de sus hijos, sin duda el dolor lo habría incitado a maldecir. Pero, ¿qué dijo entonces? Escuchamos que dijo: "El Señor dio, el Señor quitó" (Job I, 21). Nuevamente, si hubiera maldecido movido por la ira, al menos al ser herido en el cuerpo o mal aconsejado por su esposa, podría haber proferido una maldición. Pero, ¿qué respondió entonces? Reconocemos que dijo: "Has hablado como una de las mujeres necias. Si hemos recibido bienes de la mano del Señor, ¿por qué no soportar los males?" (Job II, 10). Después de esto, se describe que los amigos vienen, lloran, se sientan, guardan silencio; y enseguida se añade que se dice que maldijo su día. Es, por tanto, muy incongruente suponer que, sin que nadie lo instigue o lo presione, estallara en palabras de maldición por impaciencia, cuando sabemos que entre la pérdida de sus bienes y la muerte de sus hijos, entre las heridas del cuerpo, entre las palabras de su esposa mal aconsejando, rindió grandes alabanzas al Creador con humilde mente. Por lo tanto, reveló con qué mente dijo estas cosas en calma, quien incluso herido emitió tantas alabanzas a Dios. Pues no podría haber caído en soberbia después de ser herido, ya que el dolor en la herida lo mostró humilde. Pero, si sabemos con certeza que la Sagrada Escritura prohíbe la maldición, ¿por qué decimos que a veces se hace correctamente lo que sabemos que debe evitarse según el mismo sagrado discurso?

[Rec. VI.] 2. Maldición, una por juicio, otra por venganza.---Es necesario saber que la Sagrada Escritura menciona la maldición de dos maneras: una que aprueba y otra que condena (24, q. 3, c. 1, can. Cum sancti). La maldición se pronuncia de manera diferente por el juicio de la justicia y por el rencor de la venganza. La maldición por el juicio de la justicia fue pronunciada al primer hombre pecador cuando escuchó: "Maldita será la tierra por tu causa" (Génesis III, 17). La maldición se pronuncia por el juicio de la justicia cuando se dice a Abraham: "Maldeciré a los que te maldigan" (Génesis XII, 3). Nuevamente, porque la maldición no se pronuncia por el juicio de la justicia, sino por el rencor de la venganza, somos advertidos por la voz del apóstol Pablo, quien dice: "Benedicid, y no maldigáis" (Romanos XII, 14). Y nuevamente: "Ni los maldicientes heredarán el reino de Dios" (I Corintios VI, 10). Por lo tanto, se dice que Dios maldice, y sin embargo, se prohíbe al hombre

maldecir; porque lo que el hombre hace por malicia de venganza, Dios no lo hace sino por el examen y la virtud de la justicia. [Vet. VI.] Cuando los hombres santos pronuncian una sentencia de maldición (24, q. 3, can. 12, Cum sancti), no lo hacen por deseo de venganza, sino que surge del examen de la justicia. Pues contemplan el sutil juicio de Dios en su interior, y reconocen que los males que surgen externamente deben ser heridos por la maldición; y no pecan en la maldición, porque no discrepan del juicio interno. De ahí que Pedro, al recibir dinero de Simón, lanzó una sentencia de maldición, diciendo: "Tu dinero perezca contigo" (Hechos VIII, 20). Pues no dijo "es", sino "sea", indicando que lo dijo en modo optativo, no indicativo. De ahí que Elías dijo a los dos capitanes de cincuenta que venían a él: "Si soy hombre de Dios, descienda fuego del cielo y os consuma" (IV Reyes I, 10). La razón de verdad de la sentencia de ambos se mostró en el resultado del caso. Pues Simón pereció en eterna perdición, y la llama que descendió consumió a los dos capitanes de cincuenta. La virtud que sigue testifica con qué mente se pronuncia la sentencia de maldición. Pues cuando la inocencia del que maldice permanece, y sin embargo, la maldición absorbe hasta la destrucción a aquel que es maldecido, se concluye por el fin de ambas partes que la sentencia es lanzada por un único e íntimo juez sobre el culpable.

3. La maldición de Job desde la rectitud del juez.---Por lo tanto, si consideramos cuidadosamente las palabras del bienaventurado Job, su maldición no proviene de la malicia de un delincuente, sino de la rectitud de un juez; no es la ira de alguien perturbado, sino la enseñanza de alguien tranquilo. Porque quien pronunció maldiciones tan rectas no sucumbió al vicio de la perturbación, sino que impartió la enseñanza de un maestro. En efecto, vio a sus amigos llorar con clamor, vio rasgar sus vestiduras, vio cubrirse la cabeza de polvo, vio que en consideración a su sufrimiento enmudecían; y el hombre santo observó que aquellos que buscaban prosperidad temporal, al compararse con su propia mente, creían que él había sido quebrantado por la adversidad temporal. Percibió que no llorarían desesperadamente por alguien golpeado por una aflicción transitoria, a menos que ellos mismos apartaran su mente desesperada de la esperanza de la integridad interna; y mientras estalla en una voz de dolor, mostró a los heridos por dentro la virtud del remedio, diciendo:

Perezca el día en que nací.

[Rec. VII.] 4. Maldice al día de la mutabilidad, desde la perspectiva de la eternidad. — ¿Qué debe entenderse por el día del nacimiento, sino todo este tiempo de nuestra mortalidad? Mientras nos retiene en esta corrupción de nuestra mutabilidad, la inmutabilidad de la eternidad no se nos manifiesta. Por tanto, quien ya ve el día de la eternidad, soporta con dificultad el día de su mortalidad. Y es de notar que no dice: *Pereat dies in qua conditus*: sino, *Pereat dies in qua natus sum*. En el día de la justicia el hombre fue creado, pero ya en el tiempo de la culpa nació. Pues Adán fue creado, pero Caín fue el primero en nacer. ¿Qué es entonces maldecir el día del nacimiento, sino decir abiertamente: *Pereat dies mutabilitatis, et lumen aeternitatis erumpat*?

[Vet. VII.] 5. El tiempo de nuestra mutabilidad alguna vez perecerá por completo. El día que aquí se desea que perezca de tal manera que sea malo, es el espíritu apóstata.---Pero como solemos decir que algo perece de dos maneras (pues decimos que algo perece cuando deseamos que no exista; y decimos que perece de otra manera cuando deseamos que sea malo), esto que se añade sobre este día, "Que lo oscurezca la niebla, y se envuelva en amargura", muestra claramente que este día no se desea que perezca de tal manera que no exista, sino que se desea que perezca de tal manera que sea malo. Pues no puede envolverse en amargura aquello que de ninguna manera está completamente perdido. Sin embargo, este

tiempo de nuestra mutabilidad no perecerá de tal manera que sea malo, es decir, no pasará de tal manera, sino que no existirá en absoluto, como atestigua el ángel en la sagrada escritura, quien dice: "Por el que vive por los siglos, que el tiempo ya no será" (Apoc. X, 6). Pues aunque el Profeta dice, "Su tiempo será para siempre" (Sal. LXXX, 16), porque el tiempo se agota en momentos, llamó defecto al tiempo de ellos, mostrando que aquellos que son separados del consuelo de la visión íntima perecen sin ningún tipo de defecto. Por lo tanto, el tiempo de nuestra mortalidad no perece de tal manera que sea malo, sino que perece de tal manera que no exista; se debe preguntar qué es lo que no se desea que no exista, sino que se desea que perezca de tal manera que sea malo. Pues el alma humana, o el espíritu angélico, es tan inmortal que puede morir; tan mortal, que no puede morir. Pues pierde la vida bienaventurada, ya sea por vicio o por suplicio. Sin embargo, vivir esencialmente no lo pierde ni por vicio ni por suplicio. Pues decae de la cualidad de vivir, pero no siente la destrucción de subsistir de ninguna manera, ni siquiera muriendo. Para decirlo brevemente, es inmortalmente mortal y mortalmente inmortal. [Rec. VIII.] Por lo tanto, mientras se desea que el día perezca, y poco después se dice que será envuelto en amargura; ¿a quién creemos que el hombre santo quiso expresar con el nombre de día, sino al espíritu apóstata, que subsiste en la esencia de vivir incluso muriendo? La pérdida de la vida no lo sustrae, porque colocado en el dolor eterno, la muerte inmortal lo extingue conservándolo: quien ya ha sido arrojado de la gloria de la bienaventuranza, aún se desea que perezca, para que, recluido en justos suplicios, pierda también la licencia de tentar.

[Vet. VIII, Rec. IX]. 6. De qué manera es el día, o qué es la noche. Qué se le desea, mientras se desea que perezca. — Sin duda, él se muestra como día, porque seduce a través de cosas prósperas; pero termina en las tinieblas de la noche, porque conduce a la adversidad. Mostraba el día, cuando decía: "El día en que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses" (Génesis III, 5); pero introdujo la noche, cuando condujo a las tinieblas de la mortalidad. Así pues, el día es la promesa de cosas mejores; pero la noche es la experiencia misma de las calamidades. El antiguo enemigo es día por naturaleza bien creado; pero es noche por mérito, al caer en las tinieblas. Es día, cuando prometiendo cosas buenas, se disfraza ante los ojos humanos como ángel de luz, como atestigua Pablo, quien dice: "Porque el mismo Satanás se transforma en ángel de luz" (II Cor. XI, 14), pero es noche, cuando oscurece las mentes de los que consienten con las tinieblas del error. Por tanto, el hombre santo, lamentando en su propio dolor la causa de todo el género humano, y no pensando en nada especial de manera particular en su herida especial, trae a su mente el origen de la culpa; y con la consideración de la justicia, modera el dolor del castigo. Que vea el género humano de dónde a dónde ha caído, y diga: "Pereat el día en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre." Como si dijera abiertamente: Pereat la esperanza introducida por el ángel apóstata, que simulándose día, brilló con la promesa de divinidad; pero exhibiéndose como noche, oscureció la luz de nuestra inmortalidad. Pereat el antiguo enemigo, que mostró la luz de la promesa, y trajo las tinieblas del pecado; que se dio a conocer como día al halagar, pero condujo hasta la noche tenebrosa por la ceguera impresa en el corazón. Sigue:

CAPÍTULO II.

VERS. 4.---Que ese día se convierta en tinieblas.

7. Se convierte en tinieblas, cuando lo que promete prosperidad se entiende como adversidad.---Este día parece brillar en las mentes de los hombres, cuando la persuasión de su maldad se cree próspera, y no se ve cómo es en su interior. Pero cuando su iniquidad se reconoce tal como es, el día de la falsa promesa se oscurece ante los ojos de nuestro juicio

como si estuviera en tinieblas; porque, evidentemente, tal como es en su mérito, así se percibe en su halago. Por lo tanto, el día se convierte en tinieblas, cuando entendemos como adverso incluso aquello que promete prosperidad al persuadir. El día se convierte en tinieblas, cuando el antiguo enemigo, tal como es en su furia, es percibido por nosotros incluso cuando se oculta bajo halagos; para que no nos engañe con falsas prosperidades como si fuera la luz del día, y nos arrastre a las verdaderas miserias, a las tinieblas del pecado. Sigue:

CAPÍTULO III [Ant. IX].

IBID.---No lo requiera Dios desde lo alto, y no lo ilumine con su luz.

8. Por qué la naturaleza humana fue restaurada, no la angélica.---El Dios omnipotente, así como pudo crear bienes de la nada, también, cuando quiso, restauró los bienes perdidos mediante el misterio de su encarnación. Hizo dos criaturas para que lo entendieran, a saber, la angélica y la humana: ambas fueron golpeadas por la soberbia y quebrantadas de su estado de rectitud innata. Pero una tenía el revestimiento de la carne, mientras que la otra no llevaba nada débil de la carne. El ángel es solamente espíritu, mientras que el hombre es espíritu y carne. Por lo tanto, el Creador, compadecido, para redimir, debía devolver a sí mismo a aquella que, en la perpetración de la culpa, se comprobó que tenía algo de debilidad; y debía rechazar al ángel apóstata con mayor fuerza, ya que, al caer de la fortaleza de la perseverancia, no llevaba nada débil de la carne. Por eso, con razón el Salmista, al decir que el Redentor se compadeció de los hombres, también expresó la causa misma de la misericordia, diciendo: Y se acordó de que eran carne (Salmo LXXVII, 39). Como si dijera: Al ver su debilidad, no quiso castigar estrictamente las culpas. Hay aún otra razón por la cual el hombre perdido debía ser restaurado y el espíritu soberbio no puede serlo, porque ciertamente el ángel cayó por su propia malicia, mientras que el hombre fue derribado por la ajena. Por lo tanto, ya que el género humano es llevado a la luz del arrepentimiento con la venida del Redentor, pero el ángel apóstata no es llamado a la luz de la restauración con ninguna esperanza de perdón, ni con ninguna enmienda de conversión; se dice con razón: No lo busque Dios desde arriba, y no lo ilumine con su luz. Como si se dijera abiertamente: Porque él mismo trajo las tinieblas, que soporte sin fin lo que hizo; y que nunca reciba la luz de su estado original, porque también lo perdió sin ser persuadido. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 5.---Que lo oscurezcan las tinieblas y la sombra de la muerte.

9. La ceguera del error envuelve al diablo de tal manera que no resucitará a la luz del arrepentimiento. Por la sombra de la muerte, debe entenderse el olvido; porque así como la muerte destruye la vida, el olvido extingue la memoria. Por lo tanto, dado que el ángel apóstata es entregado al olvido eterno, se oscurece con la sombra de la muerte. Por tanto, digamos: Que lo oscurezcan las tinieblas y la sombra de la muerte; es decir, que la ceguera de su error lo envuelva de tal manera que no resucite más a la luz del arrepentimiento por el recuerdo del divino favor. Sigue:

CAPÍTULO V [Ant. X].

IBID.---Que lo ocupe la oscuridad, y sea envuelto en amargura.

10. Qué sufre ahora y qué sufrirá después del juicio.---El antiguo enemigo, atado por las cadenas de su maldad, sufre ahora de una manera y sufrirá de otra al final. Porque al haber caído del orden de la luz íntima, ahora se confunde a sí mismo en la oscuridad del error. Pero después de esto, se envuelve en amargura, porque por el mérito de su oscuridad voluntaria es atormentado por el eterno tormento del infierno. Digamos, pues: Aquel que perdió la serenidad de la luz íntima, ¿qué es lo que soporta antes del castigo final? Que lo ocupe la oscuridad. Añádase también el castigo que lo devasta sin término: Que se envuelva en amargura. Todo lo que está envuelto no indica su fin en ninguna parte; porque así como no muestra dónde comienza, tampoco revela dónde termina. Por lo tanto, se dice que el antiguo enemigo se envuelve en amargura, porque los castigos de su soberbia no solo son completos, sino también infinitos. Este castigo suyo comienza cuando el juez viene al juicio final. Por lo tanto, bien se añade:

109 CAPÍTULO VI [Rec. XI].

VERS. 6.---Que la posea un oscuro torbellino.

11. Cuánta tempestad lo arrastra a los eternos suplicios.---Pues está escrito: Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará. Fuego arderá delante de Él, y a su alrededor habrá una tempestad poderosa (Salmo XLIX, 3). Por lo tanto, un oscuro torbellino posee esta noche, porque el espíritu apóstata es arrebatado por esa temible tempestad desde la presencia del juez severo hacia los eternos suplicios. Así, esta noche es poseída por el torbellino, porque su orgullosa ceguera es golpeada por una severa retribución. Sigue:

CAPÍTULO VII.

IBID.---No se cuente en los días del año, ni se numere en los meses.

12. Qué se debe entender por el nombre del día, mes y año en las palabras de Job.---No es inapropiado interpretar el año como la predicación de la gracia celestial; porque así como el tiempo se completa con los días acumulados en un año, de igual manera la vida múltiple de virtudes se completa en la gracia celestial. También se puede entender el año como la multitud de los redimidos; porque así como el año se forma de la multitud de días, de igual manera se completa esa innumerable universalidad de los elegidos con la colección de todos los buenos. Isaías proclama este año de multitud perfecta, diciendo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido: me ha enviado a anunciar a los mansos, a sanar a los quebrantados de corazón, a proclamar a los cautivos la indulgencia, y a los cerrados la apertura, a proclamar el año agradable del Señor (Isaías 61, 1). Se proclama el año agradable del Señor cuando se predice que el futuro pueblo de fieles será iluminado con la luz de la verdad. ¿Y qué se designa por los días, sino cada una de las mentes de los elegidos; y por los meses, sino las multiplicadas Iglesias de ellos, que forman una sola católica? Por lo tanto, esa noche no se cuente en los días del año, ni se numere en los meses; porque el antiguo enemigo, oprimido por las tinieblas de su soberbia, contempla la venida del Redentor, pero de ninguna manera regresa al perdón con los elegidos. De ahí que está escrito: En ninguna parte toma a los ángeles, sino que toma la descendencia de Abraham (Hebreos 2, 16). Por eso nuestro Redentor no se hizo ángel, sino hombre, porque sin duda debía hacerse lo que redimió; para que al no tomar al ángel perdido lo dejara, y al tomar al hombre en sí mismo lo reparara. También pueden ser estos días que permanecen en la luz interna, los espíritus angélicos; y los meses, sus órdenes y dignidades. Porque cada uno de los espíritus, al brillar, son días. Pero como se distinguen por ciertas dignidades, de modo que unos son tronos, otros dominaciones,

otros principados, otros potestades; por esta misma distribución de ejércitos, se les llama meses. Pero como el antiguo enemigo de ninguna manera se reduce al mérito de la luz, de ninguna manera se reduce al orden de los ejércitos celestiales: no se cuenta ni en los días del año, ni en los meses. Así lo oprime la ceguera de la soberbia perpetrada, que no regresa más a esos ejércitos de claridad íntima y celestial. De ninguna manera se mezcla ya con las dignidades de la luz que permanecen, porque por el mérito de sus tinieblas siempre es empujado hacia lo más bajo. Y como permanece excluido para siempre de esa frecuencia de la patria celestial, con razón se añade:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 7.---Sea esa noche solitaria, y no digna de alabanza.

13. El diablo, con el hombre redimido y los ídolos rechazados, queda solitario y sin alabanza.---Aquella noche se convierte en solitaria, porque por una distinción perpetua es separada de la frecuencia de la patria celestial. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera, a saber, que pierde al hombre, a quien había hecho su compañero para la perdición; y el enemigo perece solo con su cuerpo, mientras que muchos de los que había destruido son reformados por la gracia del Redentor. Por lo tanto, la noche se convierte en solitaria, cuando, al ser llevados aquellos que son elegidos, el antiguo enemigo es entregado solo a los fuegos eternos del infierno. Sin embargo, se dice acertadamente: Ni digna de alabanza. Pues cuando el género humano, oprimido por las tinieblas del error, creía que los dioses eran piedras, al servir a los ídolos, ¿qué otra cosa hacía sino alabar las obras de su seductor? De ahí que Pablo diga acertadamente: Sabemos que el ídolo no es nada; pero lo que sacrifican las naciones, lo sacrifican a los demonios (I Cor. VIII, 4). Aquellos que están sometidos a la veneración de los ídolos, ¿qué otra cosa hicieron sino alabar las tinieblas de la noche? Pero he aquí que ya vemos que esa noche no se considera digna de alabanza, ya que la veneración de los ídolos es rechazada por el género humano redimido; y la noche solitaria queda, porque no se va a los tormentos con el espíritu apóstata condenado. Sigue:

CAPÍTULO IX.

VERS. 8.---Maldíganlo los que maldicen el día, los que están preparados para despertar a Leviatán.

14. Por Cristo, su malicia ya es destruida; al final del mundo su poder será extinguido. --- En la traducción antigua no se dice así; sino, Maldígala aquel que maldijo el día, aquel que capturará al gran cetáceo. Con estas palabras se muestra claramente que el santo varón prevé la futura perdición del Anticristo al final del mundo. Pues el maligno espíritu, que por mérito es la noche, se hace pasar por el día al final del mundo, cuando se presenta a los hombres como si fuera Dios, cuando falsamente se atribuye la claridad de la Divinidad, y se exalta por encima de todo lo que es llamado o adorado como Dios. Por lo tanto, maldice la noche quien maldice el día; porque aquel ahora destruye su malicia, quien con la iluminación de su venida también extinguirá entonces el poder de su fortaleza. Por lo cual, bien se añade: Aquel que capturará al gran cetáceo. Pues la fortaleza de este cetáceo es capturada en las aguas, porque la astucia del antiguo enemigo es superada por el sacramento del bautismo.

15. Los ángeles elegidos de él nos indican las tinieblas del engaño. Lo que en la antigua traducción se dice del autor de todo, en esta traducción, que nos ha llegado del hebreo y del árabe, se menciona de sus ángeles elegidos (Consulta lo que dijimos en el libro XXXV,

capítulo antes 13, al versículo 14 del último capítulo del libro de Job). De ellos se dice: Maldigan a él los que maldicen el día. Este espíritu soberbio quiso mostrar el día incluso a las potestades angélicas, alzándose sobre los demás como si tuviera la potencia de la divinidad; arrastró tras de sí a tantas legiones hacia la perdición. Pero aquellos que permanecieron en su autor con corazón humilde, al ver que en su error había noche, pisotearon el día de su claridad sintiendo humildemente de sí mismos: ahora nos indican las tinieblas de su engaño y demuestran cuán despreciable es su falsa claridad. Por tanto, que se diga de la noche tenebrosa, que cierra los ojos de la debilidad humana: Maldigan a él, los que maldicen el día, es decir, que esos espíritus elegidos denuncien condenando las tinieblas de su error, quienes ya desde el principio ven la grandeza de su claridad como ficticia. Bien se añade: Que están preparados para despertar a Leviatán. Leviatán, interpretado, se dice que es el añadido de ellos. ¿De quiénes, sino de los hombres? Se dice correctamente que es el añadido de ellos, porque después de que introdujo la primera culpa con mala sugestión, no cesa de aumentarla diariamente con persuasiones más graves. O ciertamente, por reproche, fue llamado Leviatán, es decir, llamado el añadido de los hombres. Los encontró en el paraíso inmortales; pero prometiéndoles divinidad a los inmortales, como si les prometiera añadir algo más de lo que eran. Pero mientras blandamente prometía dar lo que no tenían, astutamente les quitó lo que tenían. Por eso el profeta lo describe diciendo: Sobre Leviatán, la serpiente recta, sobre Leviatán, la serpiente tortuosa (Isaías XXVII, 1). Este Leviatán, en cuanto prometió añadirse al hombre, se deslizó hacia él con sinuosos pliegues; porque mientras prometía falsamente lo imposible, verdaderamente quitó lo posible. Debemos preguntarnos por qué, habiendo dicho serpiente, añadiendo inmediatamente tortuosa, intercaló recta, a menos que sea porque en la tortuosidad de la serpiente hay una blandura fluida, y en la recta hay dureza de rigidez. Para señalarlo tanto duro como blando, lo llama recta y serpiente. Es duro por la malicia, blando por las lisonjas. Por tanto, se le llama recta, porque golpea hasta la muerte; serpiente, porque se infiltra suavemente por las insidias.

16. Los ángeles elegidos mantienen al diablo encerrado en el pozo del abismo.---Pero este Leviatán, los espíritus de los ángeles elegidos lo mantienen ahora encerrado en el pozo del abismo. De donde está escrito: Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en su mano: y prendió al dragón, la antigua serpiente, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años, y lo arrojó al abismo (Apocalipsis XX, 1, 2 y siguientes). Sin embargo, al final del mundo lo convocan para combates más abiertos, y lo liberan completamente contra nosotros en sus fuerzas. De donde también está escrito allí de nuevo: Cuando se completen los mil años, Satanás será soltado (Ibid., 7). Pues aquel ángel apóstata, porque había sido creado de tal manera que sobresaliera entre las demás legiones de ángeles, cayó por su soberbia de tal modo que quedó sometido al dominio de los ángeles que permanecen firmes; de manera que ahora, para nuestra utilidad, permanece oculto atado por ellos que ministran, o entonces, para nuestra prueba, al ser liberado por ellos, se ejercite contra nosotros con todas sus fuerzas desatadas. Por lo tanto, ya que estos espíritus elegidos reprimen al apóstata soberbio, quienes humildemente no quisieron seguirlo, y bajo su administración se dispone que para el propósito de un combate abierto sea alguna vez completamente destruido, se dice correctamente: Los que están preparados para despertar a Leviatán. Sin embargo, como el astuto enemigo aún no ha sido despertado para guerras abiertas, insinúa cómo esta noche oscura ahora obscurece secretamente las mentes de algunos. Sigue:

CAPÍTULO X [Ant. XIII, Rec. XIV].

VERS. 9.---Que las estrellas se oscurezcan con su niebla.

17. Las estrellas a veces se refieren a los santos, a veces a los hipócritas en las Escrituras. La luz de los hipócritas se oscurece por el error manifiesto. En la Sagrada Escritura, bajo el nombre de estrellas, a veces se muestra la justicia de los santos, que brilla en las tinieblas de esta vida, y a veces la ficción de los hipócritas, quienes muestran las buenas obras que hacen para recibir alabanzas de los hombres. Pues si los que viven rectamente no fueran estrellas, Pablo no diría a sus discípulos: "En medio de una nación perversa y depravada, entre quienes resplandecéis como luminarias en el mundo" (Filipenses II, 15). Nuevamente, si entre aquellos que parecen actuar rectamente, algunos no buscaran la retribución del favor humano por sus acciones, Juan no vería caer estrellas del cielo, diciendo: "El dragón lanzó su cola y arrastró la tercera parte de las estrellas" (Apocalipsis XII, 4). Porque la cola del dragón arrastra una parte de las estrellas, ya que por la persuasión extrema del Anticristo, algunos que parecen brillar serán arrebatados. Arrastrar estrellas a la tierra significa envolver en la iniquidad del error manifiesto a aquellos que parecen adherirse al estudio de la vida celestial por amor terrenal. Hay algunos que ante los ojos humanos parecen brillar con grandes obras; pero como estas obras no provienen de un corazón puro, capturados en pensamientos ocultos, se oscurecen en las tinieblas de esta noche; quienes a menudo pierden incluso las obras que no hacen con un corazón puro. Por lo tanto, cuando se permite que la noche prevalezca, incluso cuando la intención del corazón no se purifica en las buenas obras, se dice correctamente: "Que se oscurezcan sus estrellas con su niebla"; es decir, que contra aquellos que ante los ojos humanos parecen brillar con buenas obras, prevalezca la oscuridad de la malicia del antiguo enemigo; y que depongan la luz de la alabanza que habían recibido ante los juicios humanos. Se oscurecen con la niebla de la noche cuando su vida se confunde con el error manifiesto; para que tales personas aparezcan en sus acciones externas tal como no temen parecer ante el juicio divino en su interior. Sigue:

CAPÍTULO XI [Ant. XIV].

IBID. Espere la luz, y no la vea, ni el amanecer de la aurora naciente.

18. Cristo es una sola persona con los buenos, y el diablo una con los réprobos. Aquellos que actúan mal, o bien no con un corazón recto, esperan en vano la recompensa eterna. En el Evangelio, la Verdad dice: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12). Así como nuestro Redentor es una sola persona con la congregación de los buenos; pues Él es la cabeza del cuerpo, y nosotros el cuerpo de esta cabeza; de igual manera, el antiguo enemigo es una sola persona con toda la colección de los réprobos, porque él les precede como cabeza en la iniquidad, y ellos, al servir a sus persuasiones, se adhieren como cuerpo subordinado a la cabeza. Por lo tanto, lo que se dice de esta noche, es decir, del antiguo enemigo, es digno de ser derivado a su cuerpo, es decir, a todos los inicuos. Dado que el Redentor del género humano es la luz, ¿qué significa lo que se dice de esta noche: Espere la luz, y no la vea, sino que hay algunos que muestran con palabras que mantienen la fe que destruyen con obras? De los cuales se dice por Pablo: Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan (Tito I, 16). Estos, sin duda, o hacen cosas malas, o siguen obras rectas no con un corazón recto. No buscan de sus obras retribuciones perpetuas, sino favores transitorios; y sin embargo, porque oyen que se les alaba como si fueran santos, creen ser verdaderamente santos; y cuanto más se consideran irrepreensibles por la estimación de muchos, tanto más esperan con seguridad el día del juicio estricto. De los cuales bien se dice por el profeta: ¡Ay de los que desean el día del Señor! (Amós V, 18). A quienes el bienaventurado Job pronuncia la sentencia debida, con el afán de un predicador; no con el deseo de un optante, diciendo: Espere la luz, y no la vea. Pues aquella noche, es decir, el oscuro enemigo, en sus miembros espera la luz, y no la ve,

porque aquellos que retienen la fe sin obras, cuando confían en poder salvarse en el juicio final por esa misma fe, su esperanza será frustrada, porque han destruido viviendo lo que confesando sostuvieron, o aquellos que se exhiben en buena acción por la alabanza humana, en vano esperan del juez venidero la retribución de las buenas obras; porque al hacer esto por ostentación de alabanza, ya han recibido su recompensa de la boca humana, como atestigua la Verdad, que dice: En verdad os digo, ya recibieron su recompensa (Mateo VI, 2, 5). Donde también se añade bien: Ni el amanecer del alba naciente.

(Vet. XV.) 19. No verán la claridad de la Iglesia en el juicio final.---La Iglesia es llamada aurora, ya que se transforma de las tinieblas de sus pecados a la luz de la justicia. Por eso, el esposo en el Cantar de los Cantares se maravilla de ella, diciendo: ¿Quién es esta que avanza como la aurora que se levanta? (Cant. VI, 9). La Iglesia de los elegidos surge como la aurora, abandonando las tinieblas de su antigua depravación y convirtiéndose en el resplandor de una nueva luz. En esa luz, que se muestra en la venida del juez severo, el cuerpo del enemigo condenado no ve el nacimiento de la aurora que se levanta; porque cuando el juez severo venga para la retribución, cada iniquo, oprimido por la oscuridad de sus méritos, ignora con cuánta claridad la santa Iglesia se eleva hacia la luz interna del corazón. Entonces, la mente de los elegidos es elevada a lo alto para ser iluminada por los rayos de la divinidad; y cuanto más se inunda de su mirada, más se eleva por la gracia resplandeciente. Entonces, la santa Iglesia se convierte en una aurora plena, cuando pierde por completo las tinieblas de su mortalidad e ignorancia. En el juicio, por tanto, aún es aurora, pero en el reino es día; porque aunque ya con la restauración de los cuerpos comienza a ver la luz en el juicio, su visión se consuma más plenamente en el reino. El nacimiento de la aurora es el comienzo del resplandor de la Iglesia, que los réprobos no pueden ver, porque son arrastrados a las tinieblas por el peso de sus males ante la presencia del juez severo. Por eso, correctamente se dice por el profeta: Sea quitado el impío para que no vea la gloria de Dios (Isaías XXVI, 10, según la LXX). De ahí que sobre esta aurora se diga por el Salmista: Los esconderás en el secreto de tu rostro, de la perturbación de los hombres (Salmo XXX, 21). Porque cada elegido en el juicio es escondido en la visión interna del rostro de la Divinidad, mientras que la ceguera de los réprobos es turbada por la severa observación de la justicia.

20. Hipócritas que no perciben la intención de las obras de los justos, no ven su luz. --- Lo cual también podemos aplicar al presente sin inconvenientes, si investigamos más a fondo los corazones de los simuladores. Los arrogantes y los hipócritas observan las obras buenas exteriormente, reconocen que son alabados por los hombres en sus acciones, admiran su nombre célebre y ven que reciben alabanzas por sus buenas obras; pero no ven con cuánto empeño evitan esas alabanzas. Consideran sus obras manifiestas; pero ignoran que las realizan solo con una esperanza íntima. Porque aquellos que son iluminados por la verdadera luz de la justicia, primero son transformados por las tinieblas de la intención interna, para que abandonen completamente la oscuridad del deseo terrenal en su interior, y conviertan perfectamente sus corazones hacia los deseos de la luz celestial, para que no sean oscuros para sí mismos mientras parecen luminosos para los demás. Los arrogantes, por lo tanto, porque consideran las obras de los buenos y no ponderan sus corazones, imitan aquello por lo que pueden ser alabados externamente, no aquello por lo que pueden elevarse internamente hacia la luz de la justicia: y como si no supieran ver el amanecer de la aurora naciente, desprecian considerar la intención de la mente religiosa.

[Judea XVI.] 21. Judea no vio la luz de Cristo venidero y de la Iglesia naciente.---También puede el santo varón, lleno de la gracia del espíritu profético, contemplar la perfidia de Judea al venir el Redentor, y profetizar los daños de su ceguera a través de estas palabras, como si

lo hiciera desde la cualidad de quien desea, diciendo: Espere la luz, y no la vea, ni el amanecer del alba naciente. Judea ciertamente esperó la luz, y no la vio; porque aunque profetizando aguardó al Redentor del género humano que había de venir, no lo reconoció cuando vino; y aquellos ojos de la mente que abrió a la esperanza, los cerró a la presencia de la luz. Tampoco vio el amanecer del alba naciente: porque despreció venerar aquellos débiles comienzos de la santa Iglesia; y mientras creía que esta se tambalearía con la muerte de los suyos, ignoró a qué fortaleza llegaría. Pero porque hablando de los infieles, dio a conocer los miembros de la cabeza inicua, vuelve de nuevo sus palabras a la misma cabeza de los inicuos, diciendo:

CAPÍTULO XII.

VERS. 10.---Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó, ni apartó los males de mis ojos.

22. El paraíso es el útero del género humano, cuyas puertas abrió la serpiente. Lo que es el vientre de la madre para cada ser humano, eso fue la morada suprema del paraíso para todo el género humano. De allí, en efecto, la descendencia del género humano surgió como del vientre, y así como para el crecimiento del cuerpo, así para el aumento de la prole, se manifestó hacia afuera. Allí se consolidó nuestra concepción, donde el primer hombre, origen de los hombres, habitó. Pero la serpiente abrió las puertas de este vientre, porque con persuasión astuta disolvió en el corazón del hombre el mandato celestial. La serpiente abrió las puertas de este vientre, porque rompió las barreras de la mente fortificadas con advertencias celestiales. Por lo tanto, el hombre santo, en la pena que soporta, debe volver sus ojos a la culpa de la mente. Que lamente esto, que la noche tenebrosa, es decir, la oscura sugestión del antiguo enemigo, introdujo en las mentes humanas; que lamente esto, que la mente humana consintió en su engaño a la sugestión astuta, y diga: Porque no cerró las puertas del vientre, quien me llevó, ni apartó los males de mis ojos. No debe sorprender que se queje de que no cerró, a quien detesta por haber abierto la puerta del paraíso. No cerró, dice, abrió; y no apartó los males, los impuso. Pues como si quitara, si cesara; y como si cerrara, si dejara de irrumpir. Considera, en efecto, de quién habla, y pondera que habría sido como si hubiera dado ganancias al espíritu perverso, si no hubiera infligido daños. Así hablamos de los ladrones, porque otorgan vida a sus cautivos, si no se la quitan.

23. SENTIDO MORAL.---Es grato repetir esto desde el principio y, a partir de lo que reconocemos en el uso de la vida presente, reflexionar moralmente. [Vet. XVII.] El bienaventurado Job, al considerar cómo, después de que el estado de la mente humana sucumbió, la humanidad se eleva con cuánta confianza en las cosas prósperas, o se quiebra con cuánta perturbación en las adversas, vuelve con la mente a aquel estado de inmutabilidad que pudo tener en el paraíso, y al ver cuán despreciable es la caída de la mortalidad que varía entre lo próspero y lo adverso, lo declaró maldiciendo, diciendo:

CAPÍTULO XIII [Rec. XV].

VERS. 3. Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre.

24. El día es prosperidad, la noche tribulación. El día es el deleite del pecado, la noche es la ceguera de la mente.---Es como un día cuando la prosperidad de este mundo sonríe. Pero este día termina en noche, porque a menudo la prosperidad temporal conduce a las tinieblas de la tribulación. El profeta había despreciado este día de prosperidad cuando decía: No he deseado

el día del hombre, tú lo sabes (Jeremías XVII, 16). El Señor anunciaba que sufriría esta noche de tribulación al final de su encarnación, cuando a través del Salmista decía como si fuera en el pasado: Hasta la noche me han reprendido mis riñones (Salmo XV, 7). Sin embargo, se puede entender por el día el deleite del pecado, y por la noche la ceguera de la mente, por la cual el hombre se deja abatir en la perpetración de la culpa. Por lo tanto, desea que perezca el día, para que todo lo que se ve como halago de la culpa sea destruido por la intervención del vigor de la justicia. También desea que perezca la noche, para que lo que la mente cegada perpetra incluso por consentimiento, sea extinguido por la advertencia de la penitencia.

La Escritura llama al hombre de tres maneras. El hombre es arrastrado por las tinieblas voluntarias de la mente debido al deleite del pecado.---Pero debemos preguntarnos por qué se dice que el hombre nace de día y es concebido de noche. La Sagrada Escritura llama al hombre de tres maneras: a veces por naturaleza, a veces por culpa, y a veces por debilidad. El hombre se llama por naturaleza, como está escrito: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I, 26). El hombre por culpa, como está escrito: Yo dije, dioses sois, e hijos del Altísimo todos; pero como hombres moriréis (Salmo LXXXI, 6). Como si dijera abiertamente: Moriréis como delincuentes. De donde también Pablo dice: Pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales y andáis según el hombre? (I Cor. III, 3). Como si dijera: ¿No pecáis aún por una humanidad reprochable al llevar mentes discordantes? El hombre se llama por debilidad, como está escrito: Maldito el hombre que confía en el hombre (Jeremías XVII, 5). Como si dijera abiertamente, en la debilidad. El hombre, por tanto, nace de día, pero es concebido de noche, porque no es arrastrado por el deleite del pecado, a menos que primero se debilite por las tinieblas voluntarias de la mente. Primero se vuelve ciego en la mente, y luego se somete al deleite reprobable. Por lo tanto, digamos: Perece el día en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre; es decir, perezca el deleite que arrastró al hombre al pecado, perezca la incauta debilidad de la mente que cegó hasta las tinieblas del consentimiento perverso. Pues el hombre, al no percibir cautelosamente los halagos del deleite, también cae en la noche de la más malvada perpetración. Por lo tanto, es necesario vigilar con diligencia, para que cuando el pecado comience a halagar, la mente reconozca hasta qué punto de destrucción es arrastrada. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 4.---Que ese día se convierta en tinieblas.

26. El inicio del deleite debe ser castigado con los lamentos de la penitencia. En efecto, el día se convierte en tinieblas cuando la culpa, en el mismo comienzo del deleite, parece arrastrar hacia el fin de la perdición. Convertimos el día en tinieblas cuando, castigándonos severamente a nosotros mismos, atormentamos los mismos halagos del deleite perverso con los estrictos lamentos de la penitencia, cuando perseguimos llorando todo lo que en el corazón pecamos en silencio por deleite. Pues, como cualquier fiel no ignora que los pensamientos serán examinados minuciosamente en el juicio, según el testimonio de Pablo, quien dice: "Acusándose o defendiéndose mutuamente sus pensamientos" (Rom. II, 15); examinándose a sí mismo interiormente, se somete a un riguroso examen antes del juicio, para que el juez severo venga ya más tranquilo, al ver que su culpa, que desea examinar, ya ha sido castigada por el pecado. Por lo tanto, con razón se añade:

CAPÍTULO XV [Ant. XVIII, Rec. XVI].

IBID.---No lo requiera Dios desde lo alto.

27. Para no ser castigado por Dios en el juicio.---Dios exige lo que examina juzgando; no exige lo que, perdonando, deja ya impune en su juicio. Este día, es decir, este deleite del pecado, no será requerido por el Señor, si es castigado por una advertencia espontánea, como atestigua Pablo, quien dice: Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor (I Cor. XI, 31). Que Dios requiera nuestro día, es investigar sutilmente en juicio todo lo que en nuestra mente se regocija de la culpa; en cuyo requerimiento entonces golpea más severamente a aquel a quien ahora descubre que se ha perdonado más suavemente. Bien sigue: Y no lo ilumine con luz. En el juicio, cuando el Señor aparece, ilumina con luz todo lo que entonces reprende. Pues lo que no se trae a la memoria del juez parece estar cubierto por una cierta oscuridad. Está escrito: Todo lo que es reprendido, es manifestado por la luz (Efes. V, 13). Casi como ciertas tinieblas, los pecados de los penitentes se ocultan, de los cuales se dice por el Profeta: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Sal. XXXI, 1). Porque todo lo que se cubre, se oculta como en tinieblas; en el día del juicio final no se ilumina con luz lo que no se discute con venganza. Los actos nuestros, que entonces no quiso justamente castigar, la divina misericordia, sabiéndolo, de algún modo los oculta. En la luz se muestra todo lo que entonces se demuestra ante todos. Que este día se convierta en tinieblas, para que todo lo que pecamos, lo golpeemos con penitencia. Que el Señor no requiera este día, y no lo ilumine con luz; para que, al golpearlos nosotros mismos por nuestra culpa, Él no la increpe con la advertencia del juicio final.

28. El penitente encuentra solo un lugar donde esconderse del juicio de Dios. Sin embargo, el juez mismo vendrá, quien penetrará todo, quien examinará todo. Y dado que está en todas partes, no hay lugar donde huir. Pero porque se aplaca con las lágrimas de nuestra corrección, solo aquel que, después de haber cometido la culpa, ahora se esconde en penitencia, encuentra un lugar de refugio ante Él. Por lo tanto, se añade apropiadamente sobre este día de deleite:

CAPÍTULO XVI [Rec. XVII].

VERS. 5.---Que lo oscurezcan las tinieblas y la sombra de la muerte.

29. Los juicios ocultos de Dios son como ciertas tinieblas. En verdad, las tinieblas oscurecen el día cuando los lamentos infligidos por la penitencia atraviesan la delectación de la mente. También pueden designarse los juicios ocultos a través de las tinieblas. En la luz, reconocemos lo que vemos; en las tinieblas, en cambio, o no vemos nada en absoluto, o nuestra visión es incierta y oscura. Por lo tanto, los juicios ocultos son como ciertas tinieblas ante nuestros ojos, porque no pueden ser escrutados. De ahí que esté escrito sobre Dios: "Puso las tinieblas como su escondite" (Salmo XVII, 12). Y porque no merecemos ser absueltos, lo reconocemos: pero, al adelantarse la gracia divina, somos liberados por sus juicios ocultos. Así, las tinieblas oscurecen el día, cuando el gozo de nuestra delectación debe ser llorado, y sus juicios inescrutables son misericordiosamente ocultados por aquel rayo de justa advertencia. Donde también se añade adecuadamente: "Y sombra de muerte".

[Vet. XX.] 30. La sombra de la muerte se entiende de tres maneras en las Escrituras.---En la Sagrada Escritura, la sombra de la muerte a veces se interpreta como el olvido de la mente, a veces como la imitación del diablo, y a veces como la muerte de la carne. La sombra de la muerte se entiende como el olvido de la mente; porque, como dijimos anteriormente, así

como la muerte actúa sobre lo que mata para que no esté en la vida, de igual manera el olvido actúa sobre lo que intercepta para que no esté en la memoria. Por eso, es correcto que, dado que Juan venía a predicar al pueblo hebreo sobre el Dios del que se habían olvidado, se diga a través de Zacarías: Iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte (Luc. I, 79). Habitar en la sombra de la muerte es languidecer en el olvido del conocimiento del amor divino. La sombra de la muerte se entiende como la imitación del antiguo enemigo. Él mismo, porque introdujo la muerte, es llamado muerte, como atestigua Juan, quien dice: Y su nombre era Muerte (Apoc. VI, 8). Por lo tanto, la sombra de su muerte designa la imitación; porque así como la sombra sigue la calidad del cuerpo, así las acciones de los inicuos se expresan según la especie de su imitación. Por eso, es correcto que Isaías, al ver que los pueblos gentiles habían caído en la imitación del antiguo enemigo y que resurgirían al verdadero amanecer del sol, lo que considera que ciertamente sucederá, lo narra como si fuera del pasado, diciendo: A los que habitaban en tinieblas y en sombra de muerte, la luz les ha amanecido (Isai. IX, 2). La sombra de la muerte también se entiende como la muerte de la carne; porque así como la verdadera muerte es aquella en la que el alma se separa de Dios, así la sombra de la muerte es aquella en la que la carne se separa del alma. Por eso, es correcto que con la voz de los mártires se diga a través del Profeta: Nos humillaste en el lugar de la aflicción, y nos cubrió la sombra de la muerte (Sal. XLIII, 20). Porque aquellos que se sabe que no mueren en espíritu, sino solo en carne, no dicen que están cubiertos por la verdadera muerte, sino por la sombra de la muerte.

31. Cristo, con una sola muerte, eliminó la doble muerte de los hombres. ¿Qué significa, entonces, que el bienaventurado Job pida que la sombra de la muerte oscurezca el día de la deleitación perversa, sino que, para borrar los pecados ante los ojos de Dios, requiere al mediador entre Dios y los hombres, quien asumiría por nosotros solo la muerte de la carne y borraría la verdadera muerte de los pecadores mediante la sombra de su muerte? En efecto, vino a nosotros, que estábamos retenidos en la muerte del espíritu y de la carne; trajo a nosotros su única muerte y liberó nuestras dos muertes que encontró. Pues si él hubiera asumido ambas, no nos habría liberado de ninguna. Pero aceptó misericordiosamente una y condenó justamente ambas. Confrontó su muerte simple con nuestra doble muerte y, muriendo, sometió nuestra doble muerte. Por lo tanto, no sin razón, yació un día en el sepulcro y dos noches, porque, evidentemente, unió la luz de su muerte simple a las tinieblas de nuestra doble muerte. Así, quien aceptó solo la muerte de la carne por nosotros, soportó la sombra de la muerte y ocultó ante los ojos de Dios la culpa que cometimos. Por tanto, se puede decir correctamente: Que lo oscurezcan las tinieblas y la sombra de la muerte. Como si se dijera abiertamente: que venga aquel que, para liberar a los deudores de la muerte de la carne y del espíritu, pague la muerte de la carne que no debe. Pero, dado que el Señor no deja ningún pecado sin castigo, o lo perseguimos llorando, o él juzgando, es necesario que la mente siempre vigile diligentemente para su enmienda. Por lo tanto, en aquello en lo que cada uno considera que se le ha ayudado misericordiosamente, es necesario que lo limpie confesando. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVII.

IBID.---Que lo envuelva la oscuridad.

32. La saludable oscuridad de una mente penitente.---Porque así como en la oscuridad el ojo se confunde, esa misma confusión de nuestra mente a través de la penitencia se llama oscuridad. Pues así como la oscuridad con su densa niebla oscurece el día, de igual manera la confusión con pensamientos perturbados nubla la mente. De la cual se dice a través de

alguien: Hay una confusión que trae gloria (Ecli. IV, 25). Porque cuando traemos a la mente los actos mal realizados con arrepentimiento, pronto nos confundimos con un profundo dolor, una multitud de pensamientos resuena en el alma, el dolor nos quebranta, la ansiedad nos devasta, la mente se convierte en aflicción y se oscurece como por una especie de nube de oscuridad. Esta oscuridad de confusión había oprimido saludablemente la mente de aquellos a quienes Pablo decía: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? (Rom. VI, 21). Que esta oscuridad del pecado ocupe el día, es decir, que la aflicción de la penitencia perturbe con un digno dolor el halago de la maldad. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVIII.

IBID.---Que se envuelva en amargura.

33. El dolor saludable por la mala delectación.---El día se envuelve en amargura cuando, al volver la mente al conocimiento, los placeres del pecado son seguidos por los tormentos del arrepentimiento. Envolvemos el día en amargura cuando contemplamos las penas que siguen al gozo de la mala delectación, y lo rodeamos con lágrimas amargas. Pues lo que se envuelve queda cubierto por todos sus lados, se desea que el día se envuelva en amargura, para que cada uno pueda ver desde todos los ángulos los males que amenazan a los incorregidos, y limpie la lascivia de su placer con los lamentos de la tristeza.

34. Cuánto mayor debe ser el consenso hacia la culpa.---Pero si el día, que hemos llamado de la delectación del pecado, lo hemos escuchado ser atacado por tantas súplicas, para que evidentemente los llantos circundantes expíen todo lo que el alma, deleitada por la negligencia, comete, ¿con cuánta mayor severidad debe ser golpeada la noche de este día de penitencia, es decir, el mismo consenso hacia la culpa? Pues así como es de menor culpa cuando la mente es arrastrada carnalmente por la delectación, pero sin embargo se resiste a su delectación por el espíritu; así también es de mayor y plena maldad ser no solo arrastrado por la delectación hacia la tentación del pecado, sino también servirle con consenso. Por tanto, con mano más estricta de penitencia, la mente debe ser limpiada de la contaminación, cuanto más se ve a sí misma más sucia por el consenso. Por lo cual, adecuadamente se añade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 6.---Que la posea un oscuro torbellino.

35. La fuerza de la compunción.---El espíritu de tristeza es como un torbellino de tempestad. Pues cuando alguien comprende el pecado que ha cometido, cuando reflexiona detenidamente sobre la maldad de su perversidad, nubla su mente con tristeza y, como si el aire de la alegría serena fuera sacudido, devasta toda la tranquilidad del corazón con el torbellino de la penitencia. Porque si este torbellino no quebrantara el alma que se reconoce a sí misma, el Profeta no habría dicho: Con un viento impetuoso destrozará las naves de Tarsis (Salmo 47, 8). Tarsis, en efecto, se dice que es la exploración de la alegría. Pero cuando el vehemente espíritu de penitencia ocupa la mente, perturba en ella toda exploración de la alegría reprochable, de modo que ya no desea más que llorar, no atiende más que a lo que pueda asustarla. Pues pone ante sus ojos, por un lado, la severidad de la justicia, y por otro, el mérito de la culpa: contempla con qué castigo es digna, si falta la piedad del que perdona, que a través de los lamentos presentes suele librar del castigo eterno. Por lo tanto, el espíritu vehemente destroza las naves de Tarsis, cuando la fuerza de la compunción confunde

nuestras mentes, entregadas a este mundo como al mar, con un saludable terror. Diga, pues: Que la noche la posea un torbellino tenebroso; es decir, que la perpetración de la culpa no sea fomentada por las caricias de un descanso seguro, sino que irrumpa la amargura de la penitencia que, piadosamente enfurecida, se abalanza.

36. Qué significa poseer la noche y ser poseído por la noche.---Es necesario saber que, cuando dejamos los pecados sin castigo, somos poseídos por la noche; pero cuando los castigamos con la corrección del arrepentimiento, ciertamente poseemos la noche que hemos creado. Sin embargo, el pecado del corazón se reduce a nuestra posesión si, cuando comienza, es reprimido. Por eso, con voz divina se dice a Caín, que pensaba en el mal: "El pecado está a la puerta, pero su deseo estará bajo ti, y tú lo dominarás" (Génesis IV, 7). El pecado está a la puerta cuando golpea en los pensamientos. Su deseo está debajo, y el hombre lo domina si, al observar la maldad del corazón, se reprime rápidamente y, antes de que crezca en dureza, se somete con una mente resistente. Para que el alma sienta rápidamente su delito y restrinja la tiranía de la culpa bajo su propio dominio mediante el arrepentimiento, se dice correctamente: "Que la noche sea poseída por la oscura tormenta". Como si se dijera abiertamente: Para que la mente cautiva no sirva a la culpa, no deje la culpa libre de arrepentimiento. Y porque lo que perseguimos llorando, ciertamente esperamos que no nos sea reprochado por el juez venidero, se añade bien:

CAPÍTULO XX [Rec. XVIII].

IBID.---No se cuente en los días del año, ni se numere en los meses.

37. Debemos rogar a Dios que los males que hemos cometido no se nos imputen en el juicio. El año de nuestra iluminación se completa cuando, al aparecer el juez eterno, se culmina la vida de peregrinación de la santa Iglesia. Entonces recibe la recompensa de su labor, cuando, al concluir este tiempo de batalla, regresa a la patria. Por eso, bien se dice por el Profeta: Bendecirás la corona del año de tu bondad (Salmo 64, 12). Pues como si se bendijera la corona del año, cuando, terminado el tiempo de trabajo, se otorga la recompensa de las virtudes. Los días de este año son cada una de las virtudes; los meses, en cambio, son los múltiples actos de las virtudes. Pero he aquí que, cuando la mente se eleva con confianza para esperar que, al venir el juez, sea recompensada por las virtudes, también le vienen a la memoria los males que ha cometido; y teme mucho que el juez estricto, que viene para recompensar las virtudes, examinando también lo que se ha hecho ilícitamente, lo pese con sutileza; no sea que, al completar el año, también cuente la noche. Diga, pues, de esta noche: No se cuente en los días del año, ni se numere en los meses. Como si suplicara al juez estricto, diciendo: Cuando, al completar el tiempo de la santa Iglesia, te manifiestes en el juicio final, así remunera los dones que has concedido, que no busques los males que hemos cometido. Pues si esa noche se cuenta en los días del año, todo lo que hemos hecho se confunde por la estimación de nuestra maldad. Y los días de las virtudes ya no brillan, si ante tu presencia la oscura confusión de nuestra noche empaña el año.

[Vet. XXIII.] 38. Por eso no dejemos nada impune.---Pero si no queremos que se nos mueva de nuestra noche, es sumamente importante que ahora nos preocupemos por vigilar en su examen; para que no quede ninguna culpa impune en nosotros, para que la mente perversa no se atreva a defender lo que ha hecho, y al defenderlo, no añada maldad a la maldad. Por lo cual, bien se añade:

CAPÍTULO XXI [Rec. XIX].

VERS. 7.---Sea esa noche solitaria, y no digna de alabanza.

39. No exageremos excusándonos.---Hay algunos que no solo no lamentan lo que hacen, sino que tampoco dejan de alabarlo y defenderlo. Y ciertamente, mientras se defiende la culpa, se duplica. Contra esto, se dice acertadamente por alguien: Has pecado, no lo repitas (Eclesiástico XXI, 1). Pues añade pecado al pecado quien también defiende las malas acciones; y no deja la noche solitaria quien a las tinieblas de su culpa añade también las justificaciones de la defensa. De ahí que el primer hombre, interrogado en la noche de su error, no quiso que esa noche fuera solitaria; porque cuando fue llamado a la penitencia mediante la interrogación, añadió excusas de justificación, diciendo: La mujer que me diste como compañera me dio del árbol, y comí (Génesis III, 12); evidentemente, atribuyendo sutilmente la culpa de su exceso al autor, como si dijera: Tú proporcionaste la ocasión de pecar, al darme a la mujer. De ahí que la rama de este error se extienda en el género humano desde esa raíz hasta ahora, de modo que lo que se hace mal, aún se defiende. Diga, pues: Que esa noche sea solitaria, y no digna de alabanza. Como si abiertamente suplicara, diciendo: Que la culpa que cometimos permanezca sola, para que al ser alabada y defendida, no nos ate más en la presencia de nuestro juez. No debimos pecar; pero ojalá, sin añadir otras cosas, al menos abandonemos solo lo que hemos hecho.

40. Persigue verdaderamente su culpa quien desprecia la prosperidad del mundo.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que aquel persigue verdaderamente su culpa, quien ya no es incitado por ningún deseo de prosperidad hacia el amor de este mundo; quien considera cuán engañosos son los halagos de este mundo, y estima sus favores como ciertas persecuciones. Por lo cual, se añade acertadamente:

CAPÍTULO XXII [Rec. XX].

VERS. 8.---Maldíganlo aquellos que maldicen el día.

41. Castiga las culpas pasadas quien descubre las insidias del seductor en la misma sugestión.---Como si dijera abiertamente: Que hieran las tinieblas de esta noche con verdadero arrepentimiento aquellos que, despreciando ya la luz de la prosperidad mundana, la pisan. Pues si tomamos el día como la alegría de la delectación, se dice con razón de esta noche: Maldigan a ella los que maldicen el día; porque, sin duda, aquellos corrigen verdaderamente los males pasados mediante la consideración del arrepentimiento, quienes ya no son arrastrados por ninguna delectación hacia los bienes engañosos. Pues aquellos a quienes todavía deleitan otras cosas nocivas, es falso lo que se percibe, porque lamentan otras cosas perpetradas. Pero si, como se ha dicho antes, tomamos la sugestión astuta del antiguo enemigo, se entiende que maldicen la noche aquellos que maldicen el día; porque, ciertamente, aquellos castigan verdaderamente las culpas pasadas, quienes descubren las insidias del maligno seductor en la misma sugestión halagadora. Bien se añade:

CAPÍTULO XXIII [Ant. XXIV, Rec. XXI].

IBID.---Quienes están preparados para despertar a Leviatán.

42. Se suscitan al diablo aquellos que desprecian su tiranía. Porque todos los que con la mente pisan las cosas del mundo y desean con plena intención las cosas de Dios, levantan a Leviatán contra sí mismos, ya que inflaman su malicia con la instigación de su conducta.

Pues aquellos que están sujetos a su voluntad son poseídos por él como por un derecho tranquilo, y su soberbio rey disfruta de una cierta seguridad mientras domina con poder inmovible los corazones de ellos. Pero cuando el espíritu de cada uno se recalienta con el deseo de su Creador, cuando abandona la pereza de la negligencia y enciende el frío de la insensibilidad pasada con el fuego del amor santo; cuando recuerda la libertad innata y se avergüenza de ser retenido por el enemigo como esclavo, porque ese mismo enemigo se considera despreciado, porque ve que se toman los caminos de Dios, se duele de que el cautivo se resista contra él, y pronto se enciende de celo, pronto se mueve al combate, pronto se excita a innumerables tentaciones contra la mente rebelde, y en toda arte de laceración instiga, para que lanzando los dardos de las tentaciones perfore el corazón, que antes poseía con derecho tranquilo. Pues dormía, mientras reposaba adormecido en el corazón perverso: pero se despierta en la provocación del combate, cuando ha perdido el derecho de la dominación perversa. Maldigan, pues, esta noche, aquellos que están preparados para despertar a Leviatán: es decir, que se levanten con juicio de severidad contra el pecado, aquellos que en sus tentaciones no temen despertar al antiguo adversario. Pues está escrito: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación (Ecli. II, 1). Porque quien se apresura a ceñirse en el servicio divino, ¿qué otra cosa hace sino prepararse para el combate contra el antiguo adversario, para que reciba libre el golpe en la lucha, quien servía tranquilo en cautiverio bajo la tiranía? Pero en el mismo hecho de que la mente se ciñe contra el enemigo, que somete unos vicios, resiste a otros, a veces se permite que quede algo de culpa, que sin embargo no cause gran daño.

43. Por humildad, Dios permite que quien ha vencido muchos y graves vicios, no conquiste uno mínimo. Y a menudo, la mente que supera muchas y fuertes adversidades, no conquista en sí misma una, y tal vez mínima, aunque vigile con gran intención. Esto se hace, sin duda, por disposición divina, para que, resplandeciendo en virtudes por todas partes, no se eleve en soberbia; de modo que, al ver en sí misma algo pequeño que es reprochable, y sin embargo no puede vencerlo, atribuya la victoria no a sí misma, sino al autor, en aquellas cosas que puede vencer con fortaleza. Por lo cual, bien se añade:

CAPÍTULO XXIV [Rec. XXII].

VERS. 9.---Que las estrellas se oscurezcan con su niebla.

44. Así, aquellos que son como estrellas, se oscurecen por alguna neblina. En efecto, las estrellas de esta noche se oscurecen por la neblina, cuando incluso aquellos que ya brillan con grandes virtudes, aún soportan algo de la oscuridad del pecado, de modo que, aunque resplandezcan con gran claridad de vida, todavía arrastran a su pesar los restos de la noche. Esto sucede, como se ha dicho, para que la mente que progresa en la virtud de su justicia se fortalezca mejor en la debilidad; y así brille más verdaderamente en el bien, por lo cual, incluso a su pesar, pequeñas cosas reprochables la oscurecen humildemente. Por eso, cuando la tierra de la promesa fue repartida al pueblo israelita, se dice que el pueblo gentil cananeo no fue exterminado, sino que se convirtió en tributario de la tribu de Efraín, como está escrito: "El cananeo habitó en medio de Efraín como tributario" (Jos. XVI, 10). ¿Qué significa el cananeo, es decir, el pueblo gentil, sino el vicio? Y a menudo entramos en la tierra de la promesa con grandes virtudes, porque nos fortalecemos con la esperanza íntima de la eternidad. Pero mientras retenemos algunos pequeños vicios entre las acciones sublimes, es como si permitiéramos que el cananeo viva en nuestra tierra. Sin embargo, se convierte en tributario, porque este mismo vicio, que no podemos someter, lo volvemos humildemente para nuestro beneficio; de modo que la mente, incluso en lo más alto, siente lo

vil de sí misma, al no poder vencer con sus fuerzas incluso las pequeñas cosas que desea. Por eso está bien escrito nuevamente: "Estas son las naciones que el Señor dejó para instruir a Israel en ellas" (Jue. III, 1). En efecto, algunos de nuestros pequeños vicios se retienen para que nuestra intención se ejercite siempre con diligencia en la lucha; y no se enorgullezca de la victoria, al ver que en sí misma viven enemigos de los cuales aún teme ser vencida. Así, Israel es instruido por las naciones que se reservan, cuando en algunos pequeños vicios se reprime la exaltación de nuestra virtud, y al resistir en lo pequeño, aprende que por sí misma no somete lo mayor.

45. Nadie en esta vida, por más que brille en santidad, puede ver a Dios tal como es. Sin embargo, lo que se dice: "Que las estrellas se oscurezcan con su niebla", puede entenderse de otra manera. Esa noche, es decir, el consentimiento al pecado, que nos fue transmitido por la transgresión del primer padre, ha golpeado el ojo de nuestra mente con tal oscuridad que, en el exilio de esta vida, oprimido por las tinieblas de su ceguera, no puede penetrar, por más que intente alcanzar la luz de la eternidad. Pues nacemos pecadores después de la pena del condenado, y venimos a esta vida con el mérito de nuestra muerte; y cuando dirigimos la mirada de nuestra mente hacia el rayo de la luz suprema, nos cegamos con la misma oscuridad de nuestra debilidad. Y ciertamente, muchos en esta debilidad de la carne han sido fortalecidos con tal virtud que pudieron resplandecer en el mundo como estrellas. Muchos, en las tinieblas de la vida presente, mientras exhiben ejemplos superiores de sí mismos, nos iluminan desde arriba como astros; pero por más que brillen con el resplandor de sus obras, por más que se enciendan con el fuego de la compunción, es evidente que, mientras estén aún cargados con la carne corruptible, no pueden ver la luz eterna tal como es. Por lo tanto, que se diga: "Que las estrellas se oscurezcan con su niebla"; es decir, que incluso aquellos en su contemplación aún sientan las tinieblas de la antigua noche, de quienes es evidente que ya extienden los rayos de sus virtudes al género humano en la oscuridad de esta vida, porque aunque ya se eleven con la mente a lo más alto, aún están gravados por el peso de la primera culpa en lo más bajo. De ahí que ofrezcan ejemplos de luz hacia afuera como estrellas, pero sin embargo, presionados por la oscuridad de la noche, no ascienden hasta la certeza de la visión fija. A menudo, sin embargo, la mente se enciende de tal manera que, aunque esté situada en la carne, es arrebatada hacia Dios, sometiendo todo pensamiento carnal; sin embargo, no ve a Dios tal como es, porque, como se ha dicho, el peso de la primera condenación oprime en la carne corruptible. A menudo desea ser absorbida tal como es, para alcanzar la vida eterna, si fuera posible, sin la intervención de la muerte corporal. Por eso Pablo, cuando buscaba ardientemente la luz interna, pero temía de alguna manera los daños de la muerte exterior, dijo: "Mientras estamos en esta morada, gemimos oprimidos, porque no queremos ser despojados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida" (II Cor. V, 4). Los hombres santos, por tanto, desean ver el verdadero amanecer, y, si se les concede, incluso con el cuerpo quieren alcanzar el secreto íntimo de la luz. Pero por más que se eleven con el ardor de su intención, aún los oprime la antigua noche, y el juez justo oprime los ojos de esta carne corruptible, que el enemigo astuto abrió a la concupiscencia, impidiéndoles la contemplación de su resplandor interno. Por eso, bien se añade:

CAPÍTULO XXV [Rec. XXIII].

IBID.---Espere la luz, y no la vea, ni el amanecer de la aurora naciente.

46. El nacimiento de la aurora es la claridad de la verdad interna. Por más que la mente peregrina se esfuerce con cualquier intención por ver la luz tal como es, no puede, porque la ceguera de su condenación se lo oculta. El nacimiento de la aurora es la claridad de la verdad

interna, que siempre debe ser nueva para nosotros. Sin duda, la noche no la ve, porque nuestra debilidad ciega, debido a la culpa, no asciende a esa luz que ya irradia a los ciudadanos celestiales, mientras estamos aún en la carne corruptible. Esta aurora surge en el interior, donde a los espíritus de los ángeles se les muestra siempre nueva la claridad de la divinidad; y es como si siempre naciera el gozo de la luz, que nunca termina. El nacimiento de la aurora es ese nuevo nacimiento de la resurrección, por el cual la santa Iglesia, incluso resucitada en la carne, surge para contemplar la luz de la eternidad. Pues si la resurrección de nuestra carne no fuera como un cierto nacimiento, la Verdad no habría dicho de ella: En la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad (Mat. XIX, 28; Luc. XXII, 69). Por lo tanto, vio que esto era un nacimiento, al que llamó regeneración. Pero por más que los elegidos brillen ahora con cualquier virtud, no pueden penetrar qué será aquella gloria del nuevo nacimiento, por la cual entonces ascienden con la carne para contemplar la luz de la eternidad. Por eso Pablo dice: Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido en corazón de hombre, es lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9). Diga, pues: Espere la luz, y no la vea, ni el nacimiento de la aurora que surge; porque nuestra debilidad, oscurecida por el vicio voluntario, no penetra la claridad de la luz interna, a menos que primero pague, a través de la muerte, la deuda de su pena. Sigue:

CAPÍTULO XXVI [Rec. XXIV].

VERS. 10.---Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó, ni apartó los males de mis ojos.

47. Nuestro consentimiento abrió las puertas de la concupiscencia, de donde provienen innumerables males.---Como se dijo anteriormente, no se dice que las cerró, sino que las abrió; y no se dice que las quitó, sino que las impuso. Esta noche, es decir, la culpa, abrió las puertas del vientre, porque al concebir el pecado, desató en el hombre los deseos de la concupiscencia. Las puertas del vientre son, en efecto, los deseos de la concupiscencia, de los cuales se dice por el profeta: Entra en tus aposentos, cierra tus puertas (Isaías XXVI, 20). Entramos en los aposentos cuando penetramos en los secretos de nuestra mente. Cerramos las puertas cuando reprimimos los deseos ilícitos. Estas puertas de la concupiscencia carnal, al ser abiertas por nuestro consentimiento, nos han arrastrado a innumerables males de corrupción. Por eso ahora gemimos bajo el peso de la mortalidad, aunque llegamos a esto por nuestra propia voluntad; porque así lo exige la justicia del juicio, que lo que hicimos voluntariamente, lo soportemos a la fuerza. Sigue:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 11, 12.---¿Por qué no morí en el vientre? ¿Por qué al salir del útero no perecí de inmediato? ¿Por qué fui recibido sobre las rodillas? ¿Por qué fui amamantado con pechos?

48. ¿Qué se debe entender en las palabras de Job cuando desea haber sido abortado? --- Lejos de nosotros creer que el bienaventurado Job, dotado de tan gran conocimiento espiritual, alabado por el testimonio de su juez interior, desee haber perecido como un abortivo. Pero, dado que, como también se reconoce por la recompensa, tiene internamente el testimonio de su fortaleza, deben considerarse internamente los pesos de su locución.

[Vet. XXVII. Rec. XXV.] 49. El pecado se completa de cuatro maneras o grados en el corazón, y de igual número en la obra.---En el corazón, el pecado se comete de cuatro maneras: por sugestión, deleite, consentimiento y audacia de defensa. La sugestión proviene

del adversario, el deleite de la carne, el consentimiento del espíritu, y la audacia de defensa de la soberbia. La culpa, que debería asustar a la mente, la eleva, y al derribarla la exalta, pero al elevarla más gravemente la derrumba. Así, el antiguo enemigo rompió la rectitud del primer hombre con estos cuatro golpes. La serpiente persuadió, Eva se deleitó, Adán consintió; quien, incluso al ser interrogado, no quiso confesar su culpa por audacia. Esto se repite diariamente en el género humano, lo que no se ignora que ocurrió en el primer padre de nuestro linaje. La serpiente persuadió; porque el enemigo oculto sugiere secretamente el mal a los corazones de los hombres. Eva se deleitó; porque el sentido carnal se somete inmediatamente al deleite ante las palabras de la serpiente. Adán, puesto sobre la mujer, le dio su consentimiento; porque cuando la carne es llevada al deleite, también el espíritu, debilitado, se inclina desde su rectitud. Y Adán, al ser interrogado, no quiso confesar su culpa, porque el espíritu, al pecar, se separa de la verdad y se endurece más neciamente en la audacia de su caída. El pecado también se consume en la obra de estas cuatro maneras. Primero, la culpa se comete en secreto; luego, se manifiesta ante los ojos de los hombres sin vergüenza; después, se convierte en costumbre; y finalmente, se alimenta ya sea por las seducciones de una falsa esperanza o por la obstinación de una desesperación miserable.

50. Job deplora estos cuatro modos de pecar en el corazón.---Por lo tanto, estos modos de pecado, que se realizan de manera oculta en el corazón o de manera manifiesta en la obra, el bienaventurado Job los considera y deplora cuántos grados de pecado ha caído el género humano, diciendo: ¿Por qué no morí en el vientre? ¿Por qué no perecí al salir del útero? ¿Por qué fui recibido en las rodillas? ¿Por qué fui amamantado en los pechos? Pues el primer vientre de la concepción fue la lengua de la mala sugestión. Pero el pecador moriría en el vientre si el hombre reconociera que va a morir en esa misma sugestión. Sin embargo, ha salido del útero; porque después de que la lengua que sugiere el pecado lo concibió, inmediatamente también lo arrebató el deleite. Después de la salida, fue recibido en las rodillas; porque cuando salió al deleite de la carne, ciertamente consumió la culpa por la consensión del espíritu, con todos los sentidos sometidos, como si fueran rodillas puestas debajo. Pero recibido en las rodillas, también fue amamantado en los pechos. En el consentimiento de la culpa, con los sentidos del espíritu entregados, siguieron muchos argumentos de vana confianza, que alimentaron con leche virulenta al alma nacida en pecado, y para que no temiera los ásperos castigos de la muerte, la consolaron con dulces excusas. [Vet. XXVIII.] Por lo cual, el primer hombre después de la culpa se mostró más audaz, diciendo: La mujer que me diste como compañera, ella me dio del árbol, y comí (Génesis III, 12). Quien, en efecto, por temor había huido para esconderse; pero sin embargo, al ser requerido, mostró cuánto incluso temiendo se enorgullecía. Pues cuando por el pecado se teme el castigo presente, y no se ama el rostro perdido de Dios; el temor proviene de la soberbia, no de la humildad. En efecto, se enorgullece quien no abandona el pecado si se le permitiera no ser castigado.

51. Lamenta y suplica sobre las cuatro maneras en que los hombres pecan en la obra.---Pero estos, como se ha dicho, cuatro modos de culpa, tal como se conciben en el corazón, también se perpetran en la obra. Pues dice: ¿Por qué no morí en el vientre? En efecto, el vientre del pecador es la culpa oculta del hombre, que en secreto concibe al pecador y aún esconde su culpa en las tinieblas. ¿Por qué no perecí al salir del útero? Se sale del útero cuando el pecador no se avergüenza de cometer abiertamente lo que ha hecho en secreto. Como si hubieran salido del vientre de su ocultación, de quienes el Profeta decía: Y su pecado, como Sodoma, lo proclamaron, no lo ocultaron (Isaías III, 9). ¿Por qué fui recibido en las rodillas? Porque, en efecto, el pecador, cuando ya no se avergüenza de su iniquidad, se fortalece en la misma iniquidad con los apoyos de la pésima costumbre. Como si el pecador fuera sostenido

en las rodillas para crecer, mientras la culpa se fortalece con las costumbres para prosperar. ¿Por qué fui amamantado con pechos? Porque cuando la culpa comienza a salir al uso, se alimenta a sí misma con la falsa esperanza de la misericordia divina o con la abierta miseria de la desesperación; para que no regrese a la corrección, ya sea porque simula desordenadamente a su Creador como piadoso, o porque teme desordenadamente lo que ha hecho. Por tanto, el hombre bienaventurado contempla la caída del género humano, y observa en qué precipicios ha sido sumergido en el abismo de la iniquidad, diciendo: ¿Por qué no morí en el vientre? es decir, en la misma perpetración oculta del pecado, ¿por qué no quise morir a la vida de la carne? ¿Por qué no perecí al salir del útero? es decir, después de haber salido a la iniquidad abierta, ¿por qué al menos entonces no me reconocí perdido? Pues habría perecido en su juicio, si se hubiera reconocido perdido. ¿Por qué fui recibido en las rodillas? es decir, incluso después de la culpa abierta, ¿por qué aún me recibió la costumbre en ella, para hacerme más fuerte en las maldades, y sosteniéndome en sus usos perversos me fomentó? ¿Por qué fui amamantado con pechos? es decir, después de haber caído en la costumbre de la culpa, ¿por qué me nutrí para una iniquidad más atroz con la confianza de una falsa esperanza o con la leche de la miserable desesperación? Pues cuando la culpa ha entrado en uso, el alma ya resiste más débilmente, incluso si lo desea; porque cuantas veces se ata con la frecuencia de lo malo, es como si se ligara con tantas cadenas a la mente. [Vet. XXIX.] De ahí que el alma débil, cuando no puede liberarse, se incline hacia ciertos consuelos de falsa consolación; para que prometa a sí misma un juez venidero de tanta misericordia, que incluso a aquellos que encuentre culpables no los mate del todo. A lo cual se añade el peor de los casos, que la lengua de muchos semejantes le consiente, cuando muchos incluso exageran con alabanzas las malas acciones: de donde resulta que la culpa crece incesantemente, alimentada por los favores. Sin embargo, se descuida curar la herida que parece digna del premio de la alabanza. Por lo cual, bien se dice por Salomón: Hijo mío, si los pecadores te seducen, no consientas en ellos (Prov. I, 10). Pues los pecadores seducen, cuando introducen con halagos los males que se han de perpetrar, o exaltan con favores los ya perpetrados. ¿Acaso no son seducidos, de quienes se dice por el Salmista: Porque el pecador es alabado en los deseos de su alma: y el que hace iniquidades es bendecido (Salmo IX, 24)?

52. El cuarto grado del pecado es más difícil de corregir.---También se debe saber que esos tres modos de pecadores, según el orden de su descenso, se corrigen más fácilmente, pero este cuarto es más difícil de enmendar. Por eso nuestro Redentor resucita a la niña en la casa, al joven fuera de la puerta, y a Lázaro en el sepulcro. Pues aún yace muerto en la casa quien se oculta en el pecado. Ya casi es llevado fuera de la puerta aquel cuya iniquidad se manifiesta hasta la desvergüenza de la perpetración pública. Sin embargo, está oprimido por el peso de la sepultura quien, en la perpetración de la maldad, también está agobiado por el uso de la costumbre. Pero a estos, compadecido, los llama a la vida, porque a menudo la gracia divina ilumina con la luz de su mirada no solo a los muertos en iniquidades ocultas, sino también a los oprimidos por el peso de la mala costumbre. Sin embargo, nuestro Redentor reconoce al cuarto muerto por el anuncio del discípulo, pero no lo resucita, porque es muy difícil que aquel a quien, después del uso de la mala costumbre, también las lenguas aduladoras reciben, sea revocado de la muerte de su mente. De quien bien se dice: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Lucas IX, 60). Pues los muertos entierran a los muertos cuando los pecadores oprimen al pecador con favores. ¿Qué otra cosa es pecar, sino caer; y enterrar, sino esconder? Pero quienes siguen al pecador con alabanzas, lo esconden bajo el peso de sus palabras. Sin embargo, Lázaro estaba muerto, pero no sepultado por los muertos. Pues mujeres fieles lo habían cubierto, quienes también anunciaban su muerte al vivificador. Por eso, de inmediato regresó a la luz, porque cuando el alma muere en el pecado, se reduce más rápidamente a la vida si sobre ella viven pensamientos solícitos. Sin embargo, a veces,

como se dijo anteriormente, la falsa esperanza no intercepta la mente, sino que la desesperación más grave la hiere, la cual, al eliminar por completo toda esperanza de perdón, nutre más abundantemente el alma con la leche del error.

[Vet. XXX, Rec. XXVI]. 53. Job se lamenta de haber pecado en el primer hombre y llora las miserias de este pecado.---Considere, pues, el santo varón, cuántos males peores ha cometido el hombre después de la primera culpa; después de haber perdido el paraíso, hasta qué profundidades de este exilio ha descendido, y diga: ¿Por qué no morí en el vientre? es decir, cuando la sugestión de la serpiente me concibió como pecador, ojalá hubiera reconocido entonces la muerte que me seguiría, para que la sugestión no me arrastrara hasta la delectación y me atara más estrechamente a la muerte. ¿No perecí al salir del útero? Como si dijera: Ojalá al salir hacia la delectación exterior hubiera reconocido que me privaba de la luz interior; y al menos en esa misma delectación hubiera sucumbido, para que la muerte no me castigara más severamente por el consentimiento. ¿Por qué fui recibido en las rodillas? Como si dijera: Ojalá el consentimiento no me hubiera recibido con los sentidos sujetos a la depravación, para que ese mismo consentimiento no me arrastrara peor hacia la audacia. ¿Por qué fui amamantado en los pechos? Como si dijera: Ojalá al menos después de haber perpetrado el mal no me hubiera complacido, para no atarme más neciamente a la culpa cuanto más suavemente me complaciera en ella. Con estas palabras de reproche hacia sí mismo, se acusa de haber pecado en el primer padre. Pero si el hombre no hubiera descendido pecando a la miseria de este exilio, diga de qué quietud habría podido disfrutar. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 13.---Pues ahora dormiría en silencio, y descansaría en mi sueño.

54. La primera condición del hombre, de la cual cayó al pecar. El silencio tranquilo del hombre inocente.---El hombre fue puesto en el paraíso para que, si se ataba con los lazos del amor a la obediencia de su Creador, pudiera algún día ser trasladado a la patria celestial de los ángeles sin pasar por la muerte de la carne. Así fue creado inmortal, de modo que, si pecaba, pudiera morir; y fue creado mortal, de modo que, si no pecaba, también pudiera no morir; y por el mérito del libre albedrío alcanzara la bienaventuranza de aquella región en la que ni pecar ni morir pudiera. Allí, por tanto, después del tiempo de la redención, con la muerte de la carne interpuesta, los elegidos pasan, sin duda alguna, a donde los primeros padres, si hubieran permanecido en el estado de su condición, también podrían haber sido trasladados sin la muerte de sus cuerpos. Así, durmiendo, callaría, y en su sueño el hombre descansaría, mientras, conducido al descanso de la patria eterna, encontraría como un retiro de este clamor de la debilidad humana. Después del pecado, quien lleva la contienda de su propia carne vigila como clamando. Este silencio de quietud lo tuvo el hombre creado, cuando recibió el libre albedrío contra su enemigo. Pero, como sucumbió por su propia voluntad, pronto encontró en sí mismo lo que clamaba contra él, pronto halló tumulto en la lucha de la debilidad; y aunque fue creado en la paz del silencio por el autor, sometido voluntariamente al enemigo, soportó los clamores de la batalla. La misma sugestión de la carne es como un clamor contra la quietud de la mente, que el hombre no sintió antes de la transgresión; porque ciertamente no tenía lo que pudiera tolerar de la debilidad. Pero después de que voluntariamente se sometió al enemigo, atado por los lazos de su culpa, en algunas cosas le sirve incluso sin querer, y sufre clamores en la mente cuando la carne se resiste al espíritu. ¿Acaso no escuchaba clamores internamente, quien soportaba las palabras de la ley perversa contra sí mismo, diciendo: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado que está en mis miembros (Rom. VII, 23)?

Contemple, pues, el hombre santo en cuánta paz del corazón descansaría, si el hombre no hubiera querido recibir las palabras de la serpiente, y diga: Ahora dormiría en silencio, y descansaría en mi sueño, es decir, me retiraría dentro del secreto de la mente a la contemplación del Creador, si el consentimiento de la culpa del primer pecado no me hubiera traicionado a los tumultos de las tentaciones fuera de mí. A las alegrías de esta quietud, con qué compañeros también disfrutaría, añadida, diciendo:

CAPÍTULO XXIX [Ant. XXXI, Rec. XXVII].

VERS. 14.---Con los reyes y cónsules de la tierra.

55. Hubiera sido compañero del gozo angélico. Quiénes son los ángeles, reyes y cónsules.--- De las cosas insensibles aprendemos qué debemos pensar sobre las sensibles e inteligibles. La tierra es fecundada por el aire, y el aire es dispuesto por la calidad del cielo. Así, los hombres presiden sobre los animales, los ángeles sobre los hombres, y los arcángeles sobre los ángeles. Pues que los hombres presiden sobre los animales, lo vemos por experiencia y lo aprendemos de las palabras del Salmista, que dice: "Todo lo sujetaste bajo sus pies, ovejas y bueyes, y aun las bestias del campo" (Salmo VIII, 8). Que los ángeles presiden sobre los hombres, lo testifica el ángel a través del profeta, diciendo: "El príncipe del reino de Persia se me opuso" (Dan. X, 13). Que los ángeles son dispensados por las potestades de los ángeles superiores, lo atestigua el profeta Zacarías, quien dice: "He aquí el ángel que hablaba en mí salía; y otro ángel salía a su encuentro, y le dijo: Corre, habla a este joven, diciendo: Jerusalén será habitada sin muro" (Zac. II, 3). Pues si en los mismos oficios de los santos espíritus las potestades supremas no dispusieran a las menores, de ninguna manera el ángel habría conocido de otro ángel lo que debía decir al hombre. Por tanto, ya que el Creador de todos sostiene todo por sí mismo, y sin embargo, para distinguir el orden de la hermosa universalidad, gobierna unas cosas por medio de otras que las dispensan, no sin razón consideramos a los reyes como espíritus de ángeles, quienes, cuanto más familiarmente sirven al Autor de todo, tanto más gobiernan lo que les está sujeto. Por lo tanto, cuando dormía con los reyes, es porque ciertamente el hombre ya descansaría con los ángeles, si no hubiera querido seguir la lengua del persuasor. Bien se les llama también cónsules, porque consultan a la república espiritual, mientras nos unen a ellos como compañeros para el reino. Bien se les llama cónsules, porque al reconocer la voluntad del Creador por medio de sus anuncios, sin duda encontramos en ellos consejo para salir de esta angustia de nuestra tribulación.

[Vet. XXXII.] 56. Los santos antes de Cristo eran retenidos en el infierno, ahora sin demora se dirigen al cielo. Los reyes y cónsules son santos predicadores. — Pero como el bienaventurado Job está lleno del espíritu de la eternidad santa, y la eternidad no tiene pasado ni futuro, a la cual, ciertamente, ni los pasados pasan, ni los futuros llegan, porque ve todo en el presente, puede contemplar en el presente del espíritu a los futuros predicadores de la Iglesia, quienes, después de pasar de sus cuerpos, no son diferidos de la percepción de la patria celestial por espacios de tiempo, como los antiguos Padres. En efecto, tan pronto como salen de la atadura de la carne, descansan en la sede celestial, como atestigua Pablo, quien dice: Sabemos que si nuestra casa terrenal de esta habitación se disuelve, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (II Cor. V, 1). Pero antes de que nuestro Redentor pagara con su muerte la pena del género humano, incluso aquellos que siguieron los caminos de la patria celestial, después de salir de la carne, fueron retenidos por las puertas del infierno: no para ser castigados como pecadores, sino para que, descansando en lugares más remotos, porque aún no había llegado la intercesión del

Mediador, la culpa original les prohibiera la entrada al reino. De donde, según el testimonio de nuestro mismo Redentor, el rico que es atormentado en el infierno contempla a Lázaro descansando en el seno de Abraham (Luc. XVI, 19). Si no estuvieran aún en las profundidades, aquel que está en tormentos no los vería. Por lo tanto, nuestro mismo Redentor, sucumbiendo por la deuda de nuestra culpa, penetra en el infierno; para llevar a los suyos, que se le habían adherido, a los cielos. Pero a donde ahora asciende el hombre redimido, allí ciertamente, si no hubiera pecado, también llegaría sin redención. Considere, pues, el hombre santo que si no hubiera pecado, también sin redención ascendería allí, a donde es necesario que los santos predicadores lleguen con gran esfuerzo después de la redención. Y con quienes ya ahora descansaría, insinúa, diciendo: Con los reyes y cónsules de la tierra [Vet. XXXIII]. Los reyes son, en efecto, los santos predicadores de las cosas de la Iglesia, que saben disponer rectamente de los que les han sido confiados y gobernar bien sus propios cuerpos; quienes, mientras moderan en sí mismos los movimientos de los deseos, reinan sobre los pensamientos sujetos con la ley de la virtud. Quienes también son bien llamados cónsules de la tierra. Son reyes, porque se presiden a sí mismos; cónsules de la tierra, porque, extinguidos los pecados, ofrecen consejo de vida. Son reyes, porque saben gobernarse a sí mismos; son cónsules de la tierra, porque a las mentes terrenales, mediante el consejo de su exhortación, las llevan a las celestiales. ¿No era cónsul de la tierra quien decía: En cuanto a las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor, pero doy mi consejo (I Cor. VII, 25)? Y de nuevo: Será más feliz si permanece así, según mi consejo (Ibid., 40). Bien se añade:

CAPÍTULO XXX [Rec. XXVIII.]

IBID.---Quienes se construyen soledades.

57. Llevan dentro de sí una multitud tumultuosa. Dedicado a la lujuria, iracundo, avaro, soberbio, sirviendo a las preocupaciones mundanas. Porque todos aquellos que desean lo ilícito o quieren parecer algo en este mundo, son oprimidos en su corazón por densos tumultos de pensamientos; y mientras excitan dentro de sí las multitudes de deseos, pisan con el pie de la miserable frecuencia una mente postrada. Pues uno se ha sometido al dominio de la lujuria, y ante los ojos de la mente imagina esquemas de actos vergonzosos: y cuando no se le concede el efecto de la obra, esto se realiza más frecuentemente en la intención del pensamiento. Se busca la perfección del placer, y el alma, debilitada y sacudida, ansiosa y ciega, busca de aquí y de allá la ocasión de la más vil satisfacción. Esta mente, por lo tanto, sufre como si fuera un pueblo, devastada por el insolente tumulto de pensamientos. Otro se ha rendido al dominio de la ira; y ¿qué realiza en su corazón, sino disputas, incluso las que no existen? Este a menudo no ve a los presentes, contradice a los ausentes, profiere y recibe insultos dentro de sí mismo, y responde más duramente a los recibidos; y aunque no haya nadie que se le oponga, compone disputas en su corazón con grandes clamores. Por lo tanto, este sostiene una multitud dentro de sí, oprimido por el peso vehemente de pensamientos inflamados. Otro se ha entregado al dominio de la avaricia, y despreciando lo propio, codicia lo ajeno: Este, a menudo incapaz de obtener lo que desea, pasa el día en ocio y la noche en pensamiento: se entorpece en el trabajo útil, porque se fatiga con pensamientos ilícitos; multiplica consejos y expande más ampliamente el seno de su mente con invenciones de pensamientos; se esfuerza por alcanzar lo que desea, y busca ciertos caminos secretos de causas para obtenerlo. Tan pronto como cree haber encontrado algo sutil en la causa, ya se regocija como si hubiera obtenido lo que deseaba: ya piensa qué añadir a lo que ha conseguido, y considera cómo debe ser mejorado en un estado superior. Porque ya lo posee casi, y casi lo lleva a una mejor apariencia, pronto considera las insidias de los envidiosos, y

reflexiona sobre qué disputas se levantarán contra él: investiga qué responder, y aunque no posee nada, ya como un litigante vacío se esfuerza en la defensa de lo que desea. Aunque, por lo tanto, no ha tomado nada de lo que codicia, ya tiene en su corazón el fruto de la codicia, el trabajo de la disputa. Por lo tanto, está oprimido por un pueblo pesado, devastado por el tumulto de la avaricia incitante. Otro se ha sometido a la tiranía de la soberbia; y el corazón miserable, mientras se levanta contra los hombres, se somete al vicio. Apetecen las insignias de honores sublimes, buscan ser exaltados por los éxitos, y todo lo que desean ser, lo pintan para sí mismos en pensamientos: ya presiden como en un tribunal, ya ven las obediencias de los súbditos, ya sobresalen sobre los demás, ya imponen males a unos, a otros recompensan porque los han impuesto. Ya, rodeado de multitudes, procede al público, ya observa con qué servicios se sostiene; sin embargo, pensando en estas cosas, avanza solo; ya aplasta a unos, eleva a otros; ya satisface los odios de los aplastados, ya recibe favores de los elevados. ¿Qué otra cosa ve este que imprime tantas fantasías en su corazón, sino un sueño despierto? Porque, por lo tanto, soporta tantas causas de cosas que imagina, sin duda lleva dentro de sí las multitudes nacidas de deseos. Otro ya rehúye lo ilícito, pero teme carecer de los bienes del mundo: desea retener lo concedido, se avergüenza de parecer menor entre los hombres, y se preocupa mucho de no ser pobre en casa, de no ser despreciado en público. Investiga qué le es suficiente, qué necesita la necesidad de los súbditos; y para cumplir suficientemente los derechos de patronazgo con los súbditos, busca patronos a quienes servir; pero mientras se une familiarmente a ellos, sin duda se implica en sus causas, a las que a menudo consiente en lo ilícito, y comete males que no desea para sí mismo, por otras cosas que no abandona. Pues a menudo, mientras teme que su honor en este mundo disminuya, aprueba ante personas mayores lo que ya condena por su propio juicio. Este, mientras piensa ansiosamente qué debe a los patronos, qué a los súbditos; qué le aumenta, qué beneficia a los afectos, es oprimido por tanta multitud de turbas, cuanta es la importunidad de las preocupaciones que lo desgarran.

[Vet. XXXIV.] 58. Solo están consigo mismos quienes han vencido los vicios.---Por el contrario, los hombres santos, porque no desean nada de este mundo, sin duda alguna no son oprimidos por tumultos en el corazón; pues expulsan con la mano de la santa consideración todos los movimientos desordenados de los deseos del lecho del corazón, y porque desprecian todas las cosas transitorias, no sufren las insolencias de los pensamientos que de ellas nacen. Pues solo desean la patria eterna; y porque no aman nada de este mundo, disfrutan de una gran tranquilidad mental. Por lo tanto, se dice con razón: Quienes edifican para sí soledades. Edificar soledades, en efecto, es expulsar del secreto del corazón los tumultos de los deseos terrenales, y con una sola intención anhelar el amor de la quietud interior de la patria eterna. ¿Acaso no había expulsado de sí todos los tumultos de los pensamientos, quien decía: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite yo en la casa del Señor (Salmo XXVI, 4)? Había huido de la frecuencia de los deseos terrenales, hacia una gran soledad, donde más seguramente no viera nada extraño, porque no amara nada inapropiado. Había buscado un gran retiro del tumulto de las cosas temporales, una mente tranquila, en la cual tanto más puramente viera a Dios, cuanto más lo encontrara solo consigo mismo.

59. Y verdaderamente son cónsules, porque no dejan de aconsejar a los demás.---Bien se les llama cónsules a aquellos que se construyen soledades, porque edifican en sí mismos la soledad de la mente, sin dejar de aconsejar a otros con caridad en lo que prevalecen. Examinemos, pues, un poco más detenidamente a este cónsul que hemos mencionado, cómo, para ofrecer ejemplos de una vida más sublime, esparce las piedras de las virtudes ante las filas de los pueblos sometidos. He aquí que, para insinuar la retribución del bien por el mal, confiesa de sí mismo, diciendo: Si he devuelto mal a quienes me lo hicieron, caiga

merecidamente vacío ante mis enemigos (Sal. VII, 5). Para despertar el amor al Creador, insinúa, diciendo: Pero para mí, el bien es adherirme a Dios (Sal. LXXII, 28). Para imprimir la forma de la santa humildad, revela los secretos de su corazón, diciendo: Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han alzado mis ojos (Sal. CXXX, 1). Nos excita a imitar la rectitud del cielo con su ejemplo, diciendo: ¿No odiaba yo, oh Dios, a los que te odian, y me consumía por tus enemigos? Con perfecto odio los odiaba, se han convertido en mis enemigos (Sal. CXXXVIII, 22). Para encender en nosotros el deseo de la patria eterna, deplora la longitud de la vida presente, diciendo: ¡Ay de mí! que mi estancia se ha prolongado (Sal. CXIX, 5). Con la generosidad del consulado, resplandece, quien con el ejemplo de su propia conducta, esparce para nosotros tantas piedras de virtudes.

[Vet. XXXV.] 60. Pero que este cónsul narre si también se construye una soledad. Pues dice: He aquí que me alejé huyendo, y permanecí en la soledad (Sal. LIV, 8). Huyendo se aleja, porque se eleva de la multitud de deseos temporales a la alta contemplación de Dios. Permanece en la soledad, porque persevera en la intención remota de la mente. De esta soledad bien dice el Señor a Jeremías: Me senté solo ante tu mano, porque me llenaste de amenaza (Jerem. XV, 17). La faz de la mano de Dios es aquel golpe del justo juicio, por el cual expulsó al hombre soberbio del paraíso, y lo excluyó en esta ceguera del exilio presente. Su amenaza es el terror del castigo futuro. Después de la faz de la mano, aún nos aterrorizan las amenazas, porque por la experiencia del juicio ya nos golpea la pena del exilio presente, y si no dejamos de pecar, nos condena a castigos eternos. Considere, pues, el hombre santo, arrojado aquí, de dónde cayó el hombre, y a este que aún peca, a dónde lo lleva la justicia del juez; y expulse de sí todas las multitudes de deseos temporales, y se esconda en la gran soledad de la mente, diciendo: Me senté solo ante tu mano, porque me llenaste de amenaza. Como si dijera abiertamente: Mientras considero lo que ya sufro por la experiencia del juicio, busco el retiro de la mente, temeroso del tumulto de los deseos temporales, porque aún temo más agudamente aquellos castigos eternos que amenazas. Bien se dice, pues, de los reyes y cónsules: Que se construyen soledades. Porque aquellos que saben gobernarse bien a sí mismos y aconsejar a otros, aunque no puedan presentarse por ahora a aquella íntima quietud, la imitan en sí mismos mediante el estudio de una mente tranquila. Sigue:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 15.---Con los príncipes, que poseen oro, y llenan sus casas de plata.

61. Los príncipes son los rectores de la Iglesia, el oro es la sabiduría, la plata es la palabra de Dios. ¿A quiénes llama príncipes, sino a los rectores de la santa Iglesia, a quienes la divina disposición subroga incesantemente en el lugar de los predicadores precedentes? De quienes el Salmista dice a la misma Iglesia: Por tus padres nacieron tus hijos: los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Salmo 44, 17). ¿Y qué es el oro, sino la sabiduría? de la cual se dice por medio de Salomón: Un tesoro deseable reposa en la boca del sabio (Prov. 21, 20). Oro, en efecto, vio como sabiduría, a la que llamó tesoro. Y que con razón se designa con el nombre de oro; porque así como con el oro se compran bienes temporales, así con la sabiduría se adquieren bienes eternos. Si el oro no fuera sabiduría, de ninguna manera se diría a la Iglesia de Laodicea por el ángel: Te aconsejo que compres de mí oro refinado (Apoc. 3, 18). Compramos oro, ciertamente, cuando para recibir sabiduría, primero ofrecemos obediencia. A este contrato nos incita bien un sabio, diciendo: ¿Deseaste la sabiduría? Guarda los mandamientos, y el Señor te la concederá (Ecli. 1, 33). ¿Y qué se designa por casas, sino las conciencias? De ahí que a cierto sanado se le dice: Ve a tu casa (Mat. 9, 6). Como si claramente oyera: Después del milagro exterior, vuelve a la conciencia, y considera cómo

debes presentarte interiormente ante Dios. ¿Y qué se figura por la plata, sino los dichos divinos? de los cuales el Salmista dice: Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego (Salmo 11, 7). La palabra del Señor se dice plata refinada en el fuego, porque la palabra de Dios, si se fija en el corazón, se prueba con tribulaciones.

[Vet. XXXVI.] 62. Si Adán no hubiera pecado, solo nacerían aquellos que ahora están destinados a ser salvados. Así, un hombre santo, lleno del espíritu de la eternidad, recoge lo que está por venir; y abarca con la amplitud de su mente a aquellos que las generaciones futuras engendrarán, y considera con gran admiración con qué elegidos descansaría sin esfuerzo en la eternidad, si por el apetito de la soberbia nadie hubiera pecado, y dice: Ahora, en verdad, durmiendo callaría, y en mi sueño descansaría con los reyes y cónsules de la tierra que edifican para sí soledades, o con los príncipes que poseen oro y llenan sus casas de plata. Porque si la corrupción del pecado no hubiera afectado al primer padre, de ninguna manera habría engendrado hijos para la gehena; sino que solo nacerían de él aquellos que ahora están destinados a ser salvados por la redención, y contempla a esos mismos elegidos, y considera cómo podría haber descansado con ellos. Ve a los santos apóstoles gobernar la Iglesia de tal manera que no cesan de ofrecerle consejo con la palabra de la predicación, y los llama reyes y cónsules. Ve después de ellos surgir en su lugar a rectores que, viviendo sabiamente, poseen oro, y brillan con la plata de la sagrada locución al predicar rectamente a otros, y los recuerda como príncipes ricos con las casas de sus conciencias llenas de oro y plata. Pero como a veces al espíritu profético no le basta prever lo que vendrá, sino que también representa al corazón del profeta lo pasado y lo antiguo, el hombre santo abre los ojos tanto hacia abajo como hacia arriba, y no solo contempla lo que vendrá, sino que también trae a la memoria lo que ha pasado. Pues inmediatamente añade:

CAPÍTULO XXXII [Rec. XXIX].

VERS. 16.---O como un aborto oculto no subsistiría: o como aquellos que fueron concebidos y no vieron la luz.

63. Los santos que surgieron antes del tiempo de la redención son como abortivos. Fueron más numerosos de los que Moisés menciona. Abortivo, porque nace antes del tiempo completo, extinguido de inmediato se oculta. ¿A quiénes llama entonces el santo varón otros abortivos, con quienes considera que podría haber descansado, sino a aquellos elegidos que, desde el mismo principio del mundo, surgieron antes del tiempo de la redención y, sin embargo, se preocuparon por mortificarse a sí mismos para este mundo? Quienes, sin tener las tablas de la ley escrita, nacieron como muertos desde el vientre, porque temieron a su autor por la ley natural; y, creyendo en el Mediador venidero, se esforzaron al máximo por observar los preceptos, mortificando sus placeres, incluso aquellos que no habían recibido por escrito. Por lo tanto, aquel tiempo, que junto al inicio del mundo produjo a nuestros padres muertos para este siglo, fue como un vientre abortivo. Allí está Abel, de quien no se lee que resistiera a su hermano que lo mataba (Gén. IV, 8, 24). Allí está Enoc, quien se mostró de tal manera que, caminando con el Señor, fue trasladado (Gén. V, 22, 24). Allí está Noé, quien, al agradar al juicio divino, sobrevivió en un mundo puro (Gén. VII, 23). Allí está Abraham, quien, siendo peregrino en el mundo, se hizo amigo de Dios (Gén. XII, 1). Allí está Isaac, quien, con los ojos de la carne oscurecidos, no vio las cosas presentes por la edad, pero por la virtud del espíritu profético brilló con gran luz de visión en los siglos futuros (Gén. XXVII, 1). Allí está Jacob, quien humildemente huyó de la ira de su hermano, y clementemente la dominó; quien fue fecundo en prole, pero más fecundo en la abundancia del espíritu, ató a esa misma prole bajo los lazos de su profecía (Gén. XXXIII, 4). Bien se dice que este abortivo

está oculto, porque desde los principios del mundo, mientras conocemos a algunos pocos por la escritura de Moisés, la mayor parte de la humanidad nos es oculta. No se debe creer que solo existieron tantos justos hasta la recepción de la ley como los que Moisés describió brevemente. Por lo tanto, como la multitud de buenos desde el principio del mundo se nos sustrae en gran parte del conocimiento, este abortivo se llama oculto. Y se dice que no subsistió, porque, enumerados unos pocos, su frecuencia no se retiene en ningún escrito de nuestra memoria.

[Vet. XXXVII.] 64. Fueron concebidos, pero no vieron la luz, aquellos que nacieron después de la ley y antes de Cristo. --- Con razón se añade: O los que concebidos no vieron la luz. Pues estos, que nacieron en este mundo después de recibir la ley, fueron concebidos por la advertencia de su autor, la misma ley. Sin embargo, concebidos no vieron la luz, porque no pudieron llegar al advenimiento de la encarnación del Señor, aunque creyeran fielmente en ella. En efecto, el Señor encarnado dice: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12). Y la misma Luz dice: Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron (Mateo XIII, 17). Concebidos, por tanto, no vieron la luz, porque, aunque fueron incitados a la esperanza del Mediador venidero por las claras voces de los profetas, no pudieron contemplar su encarnación. En ellos, por tanto, la concepción interior produjo la forma de la fe, pero no la llevó hasta la visión abierta de la presencia divina, porque la muerte intervino y los arrebató del mundo antes de que la Verdad manifiesta iluminara al mundo.

[Vet. XXXVIII.] 65. Job, contemplando el pasado y el futuro, anhela lo eterno.---El hombre santo, lleno del espíritu de eternidad, retiene en la memoria con la mano del corazón todas las cosas pasajeras; y dado que toda criatura es limitada en comparación con el Creador, por medio de ese mismo espíritu, que no tiene en sí ni junto a sí nada más que el ser eterno, contempla lo que será y lo que ha pasado; y extiende el ojo de la mente más allá y más acá, considerando lo venidero como si ya hubiera pasado, y arde profundamente por el ser eterno, diciendo: Ahora, en verdad, dormiría en silencio. Ahora, en verdad, es del tiempo presente. ¿Y qué es buscar la quietud que siempre permanece en el presente, sino anhelar la alegría de la eternidad, a la cual nada llega ni nada pasa? La Verdad, para infundirnos de alguna manera su ser eterno, lo insinúa a través de Moisés, diciendo: Yo soy el que soy. Y dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros (Éxodo III, 14). Pero he aquí que, porque contempla lo pasajero, porque busca siempre la alegría presente, porque recuerda la luz verdadera, porque al enumerar los órdenes de sus elegidos los considera: que nos insinúe ya más claramente la misma quietud de esta luz, y que nos demuestre con palabras más manifiestas lo que diariamente se hace en ella respecto a la conducta de los perversos. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII [Ant. XXXIX, Rec. XXX].

VERS. 17.---Allí cesaron los impíos de su tumulto, y allí descansaron los fatigados de su esfuerzo.

66. Los impíos son liberados del arduo trabajo por el beneficio de la Encarnación.---Hace poco mencionamos que los corazones de los pecadores, al ser poseídos por el estruendo de los deseos, son oprimidos por el tumulto pesado de las incitaciones de sus pensamientos. Pero en esta luz, que no vieron los concebidos, se dice que los impíos cesan de su tumulto, porque ciertamente los pueblos gentiles encontraron en el advenimiento del Mediador, que los padres situados en la ley esperaron durante mucho tiempo, el descanso para sus vidas, como atestigua Pablo, quien dice: Lo que buscaba Israel, no lo ha conseguido, pero la elección lo ha conseguido (Rom. XI, 7). En esta luz, por tanto, los impíos cesan de su tumulto, mientras las

mentes de los perversos, al conocer la verdad, huyen de los deseos laboriosos del mundo y se aquietan en la tranquilidad del amor interior. ¿Acaso no llama a la cesación la misma Luz, que dice: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar: tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mat. XI, 28, 29, 30)? ¿Qué impone de pesado a las cervices de nuestra mente, quien manda evitar todo deseo que perturba? ¿Qué ordena de gravoso a los súbditos, quien aconseja declinar los caminos laboriosos de este mundo? Y como atestigua el apóstol Pablo, Cristo murió por los impíos (Rom. V, 6). Pero por eso mismo la Luz se dignó morir por los impíos, para que no permanecieran en el tumulto de sus tinieblas. Contemple, pues, el hombre santo que la Luz, por el misterio de su encarnación, libera a los impíos del arduo trabajo, mientras limpia de sus corazones los deseos depravados; contemple que los convertidos ya aquí degustan la paz que desean percibir en la eternidad, a través de la tranquilidad de la mente, y diga: Allí los impíos cesaron de su tumulto, y allí descansaron los fatigados de fuerza.

134 67. Cuanto más nos fortalecemos en el amor de Dios, más nos debilitamos en nuestra propia virtud. La luz eterna es nuestro lugar.---Todos los que en este mundo son fuertes, lo son con una fuerza que parece ser suya, no con una fuerza debilitada. Pero aquellos que se fortalecen en el amor de su Creador, cuanto más se fortalecen en la fortaleza deseada de Dios, más se debilitan en su propia virtud; y cuanto más robustamente anhelan lo eterno, más se cansan de lo temporal con una saludable debilidad. De ahí que el salmista, cansado por la fortaleza de su amor, decía: Mi alma desfallece por tu salvación (Salmo 118, 81). Pues al progresar en la salvación de Dios, desfallecía, porque deseando la luz de la eternidad, ya quebrantado en la confianza de la carne, suspiraba. De ahí que nuevamente dice: Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor (Salmo 83, 3). Quien, al decir "anhela", correctamente añade "y desfallece", porque el deseo de la divinidad es mucho menor si no le sigue inmediatamente un propio desfallecimiento. Pues quien se enciende en el deseo de los atrios de la eternidad, es digno, sin duda, de que se canse del amor a esta temporalidad, de modo que se enfríe en el afán del mundo tanto como se eleva más ardiente en el amor de Dios. A quien, si lo abraza perfectamente, también abandona completamente el mundo; y cuanto más muere a lo temporal, más se anima con el soplo de la eternidad hacia la vida suprema. ¿Acaso no se encontraba cansada de su propia fortaleza, aquella que decía: Mi alma se ha derretido cuando él habló (Cantar de los Cantares 5, 6)? Porque, sin duda, cuando la mente es tocada por la inspiración de una locución oculta, debilitada en el estado de su fortaleza, se derrite en el mismo deseo que la absorbe; y se encuentra a sí misma cansada, porque ve que la fortaleza que asciende está más allá de ella. De ahí que el profeta, cuando decía haber visto la visión de Dios, añade: Me desvanecí y estuve enfermo por muchos días (Daniel 8, 27), porque cuando la mente es atraída hacia la virtud de Dios, la carne se cansa de su propia fortaleza. [Vet. XL.] De ahí que Jacob, quien sostuvo al ángel, pronto cojeó de un pie (Génesis 32, 25), porque quien mira con verdadero amor a lo sublime, ya no sabe caminar con deseos dobles en este mundo. Pues se apoya en un solo pie, quien se fortalece solo en el amor de Dios; y es necesario que el otro se marchite, porque, al crecer la virtud de la mente, sin duda debe languidecer la fortaleza de la carne. Por tanto, que el bienaventurado Job contemple los altos corazones de los fieles, y considere qué seno de íntima quietud encuentran, mientras se cansan al progresar en Dios desde sus propias fuerzas, y diga: Allí descansaron los cansados de fortaleza. Como si insinuara abiertamente, diciendo: Allí la recompensa de la luz reposa, a quienes aquí el progreso interior fatiga recreando. No debe sorprender que al nombrar la luz, no haya añadido: En esta, sino Allí. Pues al ver que contiene a los elegidos, percibe que esta es nuestro lugar. De donde el salmista, al contemplar la inmutabilidad de la eternidad, diciendo: Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán

(Salmo 101, 28), declara que este es el lugar de los elegidos, añadiendo: Los hijos de tus siervos habitarán allí (Ibid., 29). Porque Dios, que sin lugar contiene todo, para nosotros que vamos hacia Él, permanece como un lugar no local. Al alcanzar este lugar, incluso en esta vida, vemos cuánta perturbación ha sido la tranquilidad de nuestra mente; porque aunque los justos ya están en reposo en comparación con los perversos, en la estimación de la quietud íntima de ningún modo están en reposo. De donde bien se añade:

CAPÍTULO XXXIV.

VERS. 18.---Y en otro tiempo, los prisioneros juntos sin molestia.

68. Los duros vínculos con los que aquí incluso los justos son atados.---Pues aunque los justos no sean poseídos por ningún tumulto de deseos carnales, sin embargo, en esta vida son atados por los duros vínculos de la molestia de su corrupción. Está escrito: El cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Por el mismo hecho de ser aún mortales, son gravados por el peso de su corrupción y están atados por la molestia, porque todavía no se levantan en aquella libertad de la vida incorruptible. Sufren algo en la mente y algo en el cuerpo, y diariamente sudan en un combate interno contra sí mismos. ¿No están atados por un duro vínculo de molestia, aquellos cuya mente, sin esfuerzo, se disuelve en la ignorancia y no se educa sino con el estudio del trabajo? Se levanta forzada, yace voluntariamente, apenas se eleva desde lo más bajo, y sin embargo, elevada, pronto cae. Venciendo laboriosamente a sí misma, contempla lo supremo; pero, al ser rechazada, huye de la luz que la había iluminado. ¿No están atados por un duro vínculo de molestia, aquellos a quienes, cuando el espíritu encendido los lleva con pleno deseo al seno de la paz interior, la carne los perturba con un ferviente combate? Aunque ya no se opone de frente como un ejército enemigo, todavía murmura como cautiva desde la espalda de la mente: y aunque con temor, sin embargo, con un ruido vergonzoso, mancha en el corazón la imagen de la hermosa quietud. Por lo tanto, aunque los elegidos superan todo valientemente, cuando desean la seguridad de la paz interior, les es gravosa la molestia de tener aún algo que vencer. Además de esto, soportan también aquellos vínculos que la grave necesidad exterior impone. Pues tener hambre, sed, cansancio, son vínculos de corrupción: los cuales ciertamente no pueden ser desatados sino cuando nuestra mortalidad se transforma en aquella gloria de la inmortalidad. Llenamos el cuerpo con alimentos para que no desfallezca por la debilidad; lo debilitamos con abstinencia para que no nos oprima cuando está lleno. Lo mantenemos activo con movimientos para que no perezca por la inmovilidad; pero pronto lo detenemos al colocarlo, para que no sucumba por su propia actividad. Lo cubrimos con ayudas de vestimenta para que el frío no lo destruya, y desecharnos las ayudas buscadas para que el calor no lo queme. ¿Qué hacemos, pues, al enfrentar tantas diversidades, sino servir a la corruptibilidad, para que al menos la multiplicidad del servicio prestado sostenga el cuerpo, que la ansiedad de la frágil mutabilidad agobia? Por eso, bien dice Pablo: Porque la creación fue sometida a la vanidad, no por su voluntad, sino por causa de aquel que la sometió en esperanza: porque también la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. VIII, 20). La creación, ciertamente, es sometida a la vanidad no queriendo, porque el hombre, que voluntariamente abandonó el estado de la constancia innata, oprimido por el peso de la justa mortalidad, sirve no queriendo a la corrupción de su mutabilidad. Pero esta creación será liberada de la servidumbre de la corrupción cuando, resucitando incorrupta, se eleve a la gloria de los hijos de Dios. Aquí, por lo tanto, los elegidos están atados por la molestia, porque aún son oprimidos por la pena de su corrupción. Pero cuando nos despojamos de la carne corruptible, somos liberados de los vínculos de

molestia que ahora nos atan. Pues ya deseamos ser presentados a Dios, pero aún estamos impedidos por la obligación del cuerpo mortal. Con razón, entonces, se nos dice que estamos atados, porque aún no tenemos libre el camino de nuestro deseo hacia Dios. Por eso, bien Pablo, deseando lo eterno, pero aún llevando la carga de su corrupción, clama atado: Deseo ser disuelto y estar con Cristo (Fil. I, 23). No buscaría ser disuelto si no se viera sin duda atado. Y estos vínculos, porque ciertamente los veía romperse en la resurrección, ya el Profeta se alegraba como si estuvieran rotos, cuando decía: Rompiste mis cadenas, te ofreceré sacrificio de alabanza (Sal. CXV, 7).

Epílogo.---Contemple, pues, el hombre santo, que la luz interna recibe a los pecadores convertidos, y diga: Allí cesaron los impíos del tumulto. Contemple, que los hombres santos, fatigados por el ejercicio de su deseo, descansen más profundamente en ese seno íntimo, y diga: Y allí descansaron los fatigados de fuerza. Contemple, que todos, liberados a la vez de las cadenas de su corrupción, lleguen a esos gozos incorruptos de libertad, y diga: Y los que antes estaban encadenados, ahora sin molestia. Bien se dice, Los que antes estaban encadenados; porque mientras se contempla esa alegría siempre presente, todo lo que será y fluye, ya parece como pasado. Pues al considerar el fin de las cosas, todo lo que pasa, ya se piensa como si hubiera sido. Pero todos aquellos a quienes la paz interna acogerá allí, aquí entretanto cuenten lo que hicieron. Sigue:

CAPÍTULO XXXV [Rec. XXXI].

IBID.---No escucharon la voz del recaudador.

69. El diablo como cobrador. No es escuchado cuando se resiste al tentador. ¿Quién más debe ser entendido bajo el nombre de cobrador, sino aquel persuasor importuno que una vez entregó al género humano la moneda del engaño, y no cesa de exigir diariamente la deuda de muerte? Él, en el paraíso, prestó al hombre la moneda del pecado; pero con el aumento de la iniquidad, la exige diariamente con intereses. Sobre este cobrador, la Verdad en el Evangelio dice: "Y el juez te entregará al cobrador" (Lucas XII, 58). Por lo tanto, la voz de este cobrador es la tentación de la miserable sugestión. Escuchamos la voz del cobrador cuando somos golpeados por su tentación; pero no la escuchamos si resistimos al que golpea. Escucha, en efecto, quien siente la tentación; pero escucha verdaderamente quien consiente a la tentación. Por lo tanto, se puede decir de los justos: "No escucharon la voz del cobrador", porque aunque oyen su sugestión, ya que son tentados, no la escuchan porque desprecian consentir. [Vet. XLII.] Pero como lo que la mente ama mucho, también lo repite con frecuencia en el discurso, el bienaventurado Job, porque contempla con amor la frecuencia de la paz interna, nuevamente sirve a su descripción, diciendo:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 19.---Allí están el pequeño y el grande, y el siervo libre de su señor.

70. Así como aquí hay méritos, en el cielo habrá premios diversos. Porque en esta vida hay distinción de obras, sin duda habrá en aquella distinción de dignidades, de modo que, así como aquí uno supera a otro en mérito, allí uno superará a otro en retribución. Por eso, en el Evangelio, la Verdad dice: En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan 14, 2). Pero en esas muchas moradas habrá de algún modo una diversidad de retribuciones que será concorde; porque tal es la fuerza de esa paz que nos une, que lo que uno no haya recibido en sí mismo, se regocijará de haberlo recibido en otro. Por eso, los que no trabajaron igualmente

en la viña (Mateo 20, 10), todos reciben igualmente el denario. Y ciertamente, en la casa del Padre hay muchas moradas, y sin embargo, los trabajadores desiguales reciben el mismo denario; porque habrá una misma bienaventuranza de alegría para todos, aunque no haya la misma sublimidad de vida para todos. Quien contemplaba lo pequeño y lo grande en esta luz, decía con la voz de la cabeza: Mis ojos vieron mi ser aún informe, y en tu libro se escribirán todos (Salmo 138, 16). Contemplaba lo pequeño y lo grande cuando decía: Bendijo a todos los que le temen el Señor, a los pequeños con los grandes (Salmo 113, 13).

71. ¿Quién es esclavo del pecado, quién está libre de él, y que aquí nadie está libre de él? --- Sin embargo, se añade bien: Y el siervo libre de su señor. Pues está escrito: Todo el que peca es esclavo del pecado (Juan VIII, 34); porque, sin duda, quien se somete a un deseo perverso, somete hace tiempo el cuello libre de su mente al dominio de la iniquidad. Pero nos oponemos a este señor cuando luchamos contra la iniquidad que nos había capturado; cuando resistimos violentamente a la costumbre, y pisoteando los deseos perversos, reivindicamos para nosotros el derecho de la libertad innata; cuando golpeamos la culpa con el arrepentimiento, y lavamos las manchas de la suciedad con lágrimas. Sin embargo, a menudo la mente ya deplora lo que recuerda haber hecho perversamente; ya no solo abandona las malas acciones, sino que también las castiga con amarguísimos lamentos; pero, sin embargo, mientras recuerda lo que ha hecho, se aterroriza con el grave temor del juicio. Ya se ha convertido perfectamente; pero aún no se eleva perfectamente a la seguridad, porque mientras considera cuán estricta es la justicia del juicio final, entre la esperanza y el miedo, tiembla preocupada, porque el justo juez que viene, no sabe qué considerará de lo perpetrado, qué perdonará. Pues recuerda cuán perversamente ha cometido, pero no sabe si ha llorado dignamente lo cometido; y teme que la enormidad de la culpa supere la medida del arrepentimiento. Y a menudo la verdad ya perdona la culpa, pero la mente afligida aún tiembla por el perdón, mientras está muy preocupada por sí misma. Por lo tanto, este siervo ya huye de su señor, pero no es libre, porque el hombre ya abandona su pecado corrigiéndose y arrepintiéndose, pero aún teme al juez estricto por su retribución. Allí, por lo tanto, el siervo será libre de su señor, donde ya no habrá duda sobre el perdón del pecado, donde ya la memoria de su culpa no someterá a la mente segura, donde el alma no temblará bajo la acusación, sino que exultará libre por su indulgencia.

138 72. ¿Acaso no hay memoria del pecado en el cielo, que no interfiera con la bienaventuranza?---Pero si allí el hombre no es tocado por la memoria de su pecado, ¿de qué se congratula por haber sido rescatado? ¿O cómo agradece al dador por el perdón recibido, si al intervenir el olvido de la maldad pasada, no sabe que era deudor de castigo? Pues no debe pasarse por alto lo que dice el Salmista: Cantaré eternamente las misericordias del Señor (Salmo LXXXVIII, 1). ¿Cómo canta eternamente las misericordias de Dios, si ignora que fue miserable? Y si no recuerda la miseria pasada, ¿cómo rinde alabanzas a la largueza de la misericordia? Pero nuevamente se debe preguntar, ¿cómo podrá la mente de los elegidos ser perfecta en la bienaventuranza, si esta memoria de su culpa los toca entre las alegrías? ¿O cómo resplandece la gloria de la luz perfecta, que la culpa traída a la mente ensombrece? Pero se debe saber que así como a menudo ahora recordamos con alegría las cosas tristes, así entonces recordaremos la maldad pasada sin lesión a nuestra bienaventuranza. Pues muchas veces en tiempos de salud traemos a la memoria dolores pasados sin dolor; y cuanto más recordamos que estuvimos enfermos, más amamos estar sanos. Habrá, por tanto, en aquella bienaventuranza memoria de la culpa, no para contaminar la mente, sino para atarnos más estrechamente a la alegría; de modo que mientras el alma recuerda su dolor sin dolor, se entienda más verdaderamente deudora del médico, y ame más la salud recibida, cuanto más recuerda la molestia de la que escapó. En aquella alegría, por tanto, contemplamos entonces

nuestros males sin tedio, así como ahora, estando en la luz, vemos las tinieblas con el alma sin ninguna oscuridad del corazón; porque aunque lo que percibimos con la mente es oscuro, esto es por el juicio de la luz, no por la pasión de la ceguera. Y por tanto, eternamente devolvemos alabanza al dador de misericordia, y de ninguna manera somos agobiados por la conciencia de la miseria; porque mientras miramos nuestros males sin ningún mal de la mente, nunca habrá nada que contamine los corazones de los que alaban por las iniquidades pasadas, y siempre habrá algo que encienda esto para la alabanza del libertador. Porque, por tanto, el descanso de la luz interna eleva así a los grandes en sí mismo, sin abandonar a los pequeños, se dice correctamente: Allí están el pequeño y el grande. Y porque allí el alma del pecador es tocada por la memoria de su culpa, sin que ninguna confusión de esa memoria lo deprima, se añade adecuadamente: Y el siervo libre de su señor.

LIBRO QUINTO. Explica la parte restante del capítulo tercero desde el versículo XX, todo el capítulo cuarto, y los dos primeros versículos del quinto.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los santos aquí temen más la prosperidad que la adversidad.---Dado que los juicios divinos son muy ocultos, ¿por qué en esta vida a veces a los buenos les va mal y a los malos bien? Son aún más ocultos cuando a los buenos les va bien y a los malos mal. Pues cuando a los buenos les va mal y a los malos bien, esto tal vez se comprende porque los buenos, si han cometido alguna falta, reciben aquí su castigo para ser liberados de una condena eterna más plena; y los malos encuentran aquí el bien que hacen por esta vida, para ser llevados solo a los tormentos futuros. Por eso se le dice al rico ardiendo en el infierno: "Recuerda, hijo, que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males" (Luc. XVI, 25). Pero cuando a los buenos les va bien aquí y a los malos mal, se vuelve muy incierto si los buenos reciben bienes para ser provocados a crecer en algo mejor; o si, por un justo y oculto juicio, reciben aquí la recompensa de sus obras, para que se queden sin los premios de la vida futura; y si los malos sufren adversidades para ser defendidos de los castigos eternos mediante corrección; o si su castigo comienza aquí para llevarlos algún día a los tormentos finales del infierno. Por lo tanto, como la mente humana está oprimida por la densa incertidumbre de los juicios divinos, los hombres santos, cuando ven que les llegan las prosperidades de este mundo, se turban con una sospecha temerosa. Temen que aquí reciban el fruto de sus trabajos; temen que la justicia divina oculta vea en ellos una herida y, acumulándolos con dones exteriores, los aleje de los interiores. Pero cuando piensan en silencio que no hacen el bien sino para agradar solo al Señor, y no se regocijan en la abundancia de su prosperidad, temen menos los juicios ocultos contra ellos por las prosperidades, pero aun así, estas prosperidades, porque los impiden en su intención íntima, las soportan con dificultad; y toleran con molestia las seducciones de la vida presente, porque no ignoran que de alguna manera se retrasan en su deseo interno. Pues en este mundo, el honor ocupa más que el desprecio, y la sublimidad de la prosperidad pesa más que la adversidad de la necesidad. Porque a veces, cuando el hombre es oprimido exteriormente, se relaja más libremente para desear lo que está dentro. Pero por aquella, el alma, mientras se ve obligada a obedecer a muchos, es retenida en el curso de su deseo. Por eso, los hombres santos temen más las prosperidades que las adversidades en este mundo. Saben que cuando la mente es oprimida por una ocupación halagadora, a veces se deriva voluntariamente hacia lo exterior. Saben que a menudo el pensamiento clandestino la engaña de tal manera que ignora cómo se transforma. Consideran cuáles son los bienes eternos que desean, y reconocen cuán insignificante es todo lo que temporalmente parece halagador; y su mente soporta con dificultad todas las prosperidades de este mundo, porque está herida por el amor de la felicidad suprema, y se eleva tanto más en el desprecio de la dulzura presente

cuanto más ve que esta le halaga furtivamente en el desprecio de la gloria eterna. Por eso, el bienaventurado Job, cuando contemplaba el descanso supremo, decía: "Allí están el pequeño y el grande, y el siervo libre de su señor", inmediatamente añade:

CAPÍTULO II [Rec. II].

VERS. 20.---¿Por qué se da la luz al miserable?

2. Contemplando lo eterno, rehúyen la prosperidad terrenal.---En la Sagrada Escritura, a veces la luz se utiliza para designar la prosperidad, mientras que la noche representa la adversidad de este mundo. Por eso, el Salmista dice acertadamente: "Como sus tinieblas, así también su luz" (Salmo 138, 12). Porque los hombres santos desprecian y pisan la prosperidad del mundo de la misma manera que soportan y pisan su adversidad, sometiendo tanto lo adverso como lo próspero del mundo bajo la grandeza de su mente, dicen: "Como sus tinieblas, así también su luz". Es como si dijeran más claramente: Así como las tristezas no oprimen la fortaleza de nuestra intención, tampoco las seducciones la corrompen. Pero, como hemos dicho, estas cosas perturban la mente de los buenos incluso cuando no la elevan, los hombres santos, que se reconocen a sí mismos como miserables en la aflicción de este exilio, rehúyen brillar en su prosperidad. Por eso se dice acertadamente ahora: "¿Por qué se da la luz al miserable?" La luz se da a los miserables cuando aquellos que contemplan las cosas sublimes reconocen que son miserables en esta peregrinación y reciben la claridad de la prosperidad transitoria. Y aunque lloran mucho porque tardan en regresar a la patria, se ven obligados a soportar además las cargas del honor. El amor por lo eterno los consume, y la gloria de lo temporal les sonríe. Mientras piensan en lo que los retiene en lo bajo y en lo que no ven de lo sublime; en lo que los sostiene en la tierra y en lo que han perdido de lo celestial, se sienten mordidos por la tristeza de su prosperidad; porque aunque ven que no son completamente oprimidos por ella, consideran cuidadosamente cómo dividir su pensamiento entre el amor del Señor y su disposición. Por eso, cuando dice acertadamente: "¿Por qué se da la luz al miserable?", añade de inmediato:

CAPÍTULO III [Ant. II, Rec. III].

VERS. 20.---Y vida para aquellos que están en amargura de alma.

3. Aquí en la amargura están los elegidos y los reprobados; por qué distinción.---En la amargura del alma están todos los elegidos, porque no dejan de llorar por castigar lo que han delinquido, o se afligen con gran tristeza porque, arrojados lejos de la presencia del Creador, aún no están en los gozos de la patria eterna. De cuyo corazón se dice bien por medio de Salomón: El corazón que conoce la amargura de su alma, en su gozo no se mezclará el extraño (Prov. XIV, 10). En la amargura también están los corazones de los reprobados, porque incluso con sus deseos perversos se afligen; pero no conocen esa amargura, porque, cegados por su propia voluntad, no pueden considerar lo que soportan. En cambio, el corazón de los buenos conoce su amargura, porque entiende la aflicción del exilio en la que, arrojado, se desgarrar; y siente cuán tranquilos son los que perdió, cuán confusos aquellos en los que cayó. Pero este corazón amargado se reduce alguna vez a su gozo, y en su gozo no se mezcla el extraño; porque aquel que ahora se expulsa fuera de este dolor del corazón por sus deseos, quedará entonces excluido de aquella íntima solemnidad suya.

4. Quien ha muerto al mundo, y para quien el mundo ha muerto.---Así pues, aquellos que están en la amargura del alma desean profundamente morir al mundo; de modo que, así como

en el siglo no desean nada, tampoco sean retenidos por ninguna obligación del siglo. Y a menudo sucede que el hombre ya no retiene al mundo en su mente, pero el mundo aún lo ata con ocupaciones: y él, aunque ya ha muerto al mundo, el mundo aún no ha muerto para él. Pues el mundo lo ve como si aún estuviera vivo, mientras intenta arrastrarlo a sus actividades, aunque él esté enfocado en otra cosa. Por eso, Pablo, al despreciar perfectamente el siglo y al verse a sí mismo de tal manera que este siglo ya no podía desearlo en absoluto, dice libre, habiendo roto los lazos de esta vida: "Para mí el mundo está crucificado, y yo al mundo" (Gál. VI, 14). El mundo, en efecto, estaba crucificado para él, porque ya no amaba al mundo muerto en su corazón. Pero también se había crucificado a sí mismo para el mundo, porque se esforzó por presentarse de tal manera que no pudiera ser deseado por él como si estuviera muerto. Pues si en un lugar están un muerto y un vivo; aunque el muerto no ve al vivo, el vivo sí ve al muerto; pero si ambos están muertos, ninguno ve al otro. Así, quien ya no ama al mundo, pero aún es amado por él, aunque él, como muerto, no ve al mundo, el mundo aún no muerto lo ve. Pero si ni él retiene al mundo en amor, ni es retenido por el amor del mundo, ambos están mutuamente extintos; porque mientras uno no desea al otro, como muerto no atiende al muerto. Por lo tanto, ya que Pablo ni buscaba la gloria del mundo, ni era buscado por la gloria del mundo, se gloria de que tanto él al mundo, como el mundo a él, están crucificados. Lo cual muchos desean, pero no logran elevarse completamente hasta la cima de la extinción, correctamente gimiendo dicen: "¿Por qué se da luz al miserable, y vida a los que están en la amargura del alma?" En efecto, se da vida a los amargados, cuando la gloria de este mundo se otorga a los tristes y gemebundos. En esta vida, ciertamente, se afligen con el castigo del temor más intenso, porque aunque ellos no retienen al mundo, aún temen ser tales que sean retenidos por el mundo; porque si no vivieran al menos un poco para él, sin duda no los amaría para su uso. Pues el mar retiene en sí mismo los cuerpos vivos; pero a los muertos los expulsa inmediatamente. Sigue:

CAPÍTULO IV [Rec. IV].

VERS. 21.---Los que esperan la muerte, y no llega.

5. Deseando morir al mundo, a menudo se ven obligados a servir en ministerios humanos. No sin su propio beneficio y el de otros. Pues desean mortificarse completamente y extinguirse de toda vida de gloria temporal; pero a menudo, por juicios ocultos de Dios, se ven obligados a presidir en el gobierno o a ocuparse en honores impuestos, y en medio de esto esperan incesantemente la mortificación más plena. Pero la muerte esperada no llega, porque su uso de la gloria temporal, aunque no lo deseen, sigue vivo, la cual, sin embargo, toleran por temor divino. Y en su interior guardan el deseo de piedad, mientras que exteriormente cumplen el ministerio del orden; de modo que ni se aparten de la perfección por intención, ni contradigan la disposición del Creador por soberbia. Pues es obra de la admirable piedad divina cuando aquel que con corazón perfecto tiende a la contemplación, se ocupa en ministerios humanos; para que su mente perfecta progrese para muchos más débiles, y donde se ve a sí mismo imperfecto, desde allí se eleve más perfectamente a la cumbre de la humildad. [Vet. III.] A veces, en efecto, los hombres santos, de donde soportan las pérdidas de sus deseos, de allí obtienen mayores ganancias, al convertir a otros; porque mientras no se les permite dedicarse como desean, les agrada atraer consigo a otros con quienes se mezclan. Por lo tanto, se realiza una admirable dispensación de piedad, de modo que de donde se consideran más destruidos, de allí se elevan más enriquecidos para la construcción de la patria celestial.

6. Dios a menudo difiere en cumplir los deseos piadosos para que crezcan. A veces, no se alcanzan los deseos concebidos para que, con la intervención de la tardanza, se dilaten en el

seno de la mente, y lo que quizás podría haberse debilitado al cumplirse, se maneja con gran disposición para que, al ser rechazado, crezca. Así, desean morir para poder contemplar perfectamente, si fuera posible, el rostro de su Creador. Pero su deseo se difiere para que progrese; y se nutre en el seno de su tardanza para que crezca. Por eso, la esposa, anhelando en el deseo de su esposo, clama: En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma; lo busqué, y no lo hallé (Cant. III, 1). El esposo se oculta cuando es buscado, para que, al no ser encontrado, sea buscado con más ardor; y la esposa que busca es diferida para que no lo encuentre, de modo que, al ser hecha más capaz por su tardanza, encuentre en mayor medida lo que buscaba. Por eso, el bienaventurado Job, al decir: Esperan la muerte, y no llega, para satisfacer más sutilmente el deseo de los que buscan, añade inmediatamente:

CAPÍTULO [Rec. V].

IBID.---Como quienes desentierran un tesoro.

7. Crecen, donde el fin está más cercano.---Todos aquellos que buscan un tesoro cavando, cuando comienzan a cavar más profundo, se encienden con mayor fervor en su labor; porque cuanto más estiman que se acercan al tesoro escondido, tanto más trabajan con empeño en la excavación. Por lo tanto, quienes desean plenamente su propia mortificación, buscan como quienes cavan un tesoro; porque cuanto más se acercan al fin, tanto más se muestran ardientes en la obra. Así, no desfallecen en el trabajo, sino que más bien crecen en el uso del esfuerzo; porque cuanto más consideran que las recompensas están cercanas, tanto más sudan con deleite en la obra. Por eso, Pablo dice bien a algunos que buscan el tesoro escondido de la patria eterna: No abandonando nuestra congregación, como es costumbre de algunos, sino consolándonos, y tanto más, cuanto veáis que se acerca el día (Hebreos 10, 25). Consolar al que trabaja es, al mismo tiempo, perseverar en el trabajo, porque la visión del colaborador es un alivio del trabajo: así como cuando un compañero se une en el camino, el viaje no se acorta, pero la compañía del compañero aligera el esfuerzo del viaje. Por lo tanto, cuando Pablo buscaba consolarse en los trabajos, añadió diciendo: Tanto más, cuanto veáis que se acerca el día. Como si dijera: Que el trabajo crezca, cuanto más se acercan ya las recompensas del trabajo, como si dijera abiertamente: ¿Buscáis un tesoro? pero debéis cavar con más ardor, cuanto más cerca habéis llegado cavando al oro buscado.

8. Los muertos al mundo se esconden de las cosas terrenales dentro de sí mismos. Aunque lo que se dice: "Esperan la muerte, y no llega, como quienes cavan en busca de un tesoro", puede entenderse de otra manera. Porque no podemos morir perfectamente al mundo, a menos que nos escondamos de lo visible dentro de lo invisible de nuestra mente, con razón aquellos que desean su propia mortificación se comparan con quienes cavan en busca de un tesoro. Morimos al mundo a través de la sabiduría invisible, de la cual se dice por medio de Salomón: "Si la buscas como dinero, y como tesoros la excavas" (Prov. II, 4, 5). La sabiduría, en efecto, no yace en la superficie de las cosas, porque se oculta en lo invisible. Y entonces alcanzamos nuestra mortificación tocando la sabiduría, si, dejando lo visible, nos escondemos en lo invisible; si la buscamos, excavando el corazón, de tal manera que todo lo que la mente piensa como terrenal, lo expulse de sí misma con la mano de la santa discreción, y reconozca el tesoro de la virtud que estaba oculto. Pues fácilmente encuentra el tesoro en sí misma, si repele de sí la carga de la terrena cogitación que la oprimía malamente. Y porque dice que la muerte buscada es como un tesoro, con razón añade:

CAPÍTULO VI.

VERS. 22.---Y se alegran mucho cuando encuentran el sepulcro.

9. La contemplación divina es el sepulcro en el cual la mente, muerta al mundo, descansa. Así como el sepulcro es el lugar donde se oculta el cuerpo, la contemplación divina es una especie de sepulcro de la mente, donde se oculta el alma. Vivimos como si aún estuviéramos en este mundo cuando nuestra mente vaga hacia afuera; pero estamos muertos y ocultos en el sepulcro cuando, mortificados exteriormente, nos escondemos en el secreto de la contemplación interna. Por lo tanto, los hombres santos no cesan de mortificarse a sí mismos con la espada de la palabra sagrada, alejándose de la importunidad de los deseos temporales, del tumulto de las preocupaciones inútiles, del clamor de las perturbaciones ensordecedoras, y se ocultan en el seno de su mente ante la presencia de Dios. Por eso, bien dice el salmista: "Los esconderás en el secreto de tu rostro, lejos de la perturbación de los hombres" (Salmo 30, 21). Aunque esto se realice perfectamente después, también ahora se lleva a cabo en gran parte, cuando son arrebatados con deleite hacia lo interior, lejos de los tumultos de los deseos temporales; de modo que su mente, al estar completamente dirigida al amor de Dios, no sea desgarrada por ninguna perturbación inútil. De ahí que Pablo, a través de la contemplación, veía a sus discípulos como muertos y casi ocultos en el sepulcro, a quienes decía: "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Colosenses 3, 3-4). Por lo tanto, quien busca la muerte se regocija al encontrar el sepulcro, porque quien desea mortificarse se alegra mucho al encontrar el descanso de la contemplación; para que, extinguido al mundo, permanezca oculto y se esconda de todas las perturbaciones de las cosas exteriores en el seno del amor íntimo.

10. Los muertos de antaño sepultados con riquezas.---Si bien se dice que el tesoro es desenterrado, también se sugiere el descubrimiento de la tumba, es necesario que nuestra intención contemple que los antiguos enterraban a los muertos con riquezas. Por lo tanto, quien busca un tesoro se alegra al encontrar una tumba, porque al buscar la sabiduría, cuando revisamos las páginas de la Sagrada Escritura, cuando investigamos los ejemplos de los que nos precedieron, obtenemos alegría como de una tumba, porque encontramos las riquezas de la mente entre los muertos: quienes, al estar completamente extintos para este mundo, descansan en secreto con riquezas. Por lo tanto, se enriquece con la tumba quien, a través de los ejemplos de los justos, se eleva en la virtud de la contemplación. Pero cuando el que busca dice: ¿Por qué se da luz al miserable? sugiere al atreverse a preguntar esto mismo, diciendo:

CAPÍTULO VII [Rec. VI].

VERS. 23.---Al hombre, cuyo camino está oculto, y Dios lo ha rodeado de tinieblas.

11. Ignora el que actúa rectamente si perseverará. Pues el camino del hombre le está oculto, ya que aunque ya considera en qué calidad de vida se encuentra, aún ignora hacia qué fin se dirige. Aunque ya anhela lo celestial, aunque lo busca con deseos plenos, aún no sabe si permanecerá en esos mismos deseos. En efecto, abandonando los pecados, nos dirigimos hacia la justicia; y sabemos de dónde venimos, pero ignoramos a dónde llegaremos. Sabemos qué fuimos ayer, pero no sabemos qué nos deparará el mañana. Por tanto, el camino del hombre le está oculto, porque así como pone el pie en la obra, no puede prever el resultado de su consumación.

[Vet. IV.] 12. Ignora si lo que considera recto, Dios no lo condena. Está rodeado de tinieblas.--Hay también otro ocultamiento de nuestro camino; porque a veces ignoramos si aquello que

creemos hacer correctamente es recto en el juicio estricto de Dios. Con frecuencia, como dijimos mucho antes, nuestra obra es causa de condenación, y se cree que es un avance en virtud. A menudo, lo que se piensa que aplaca al juez, es lo que incita su ira; como atestigua Salomón, quien dice: Hay un camino que al hombre le parece recto; pero su fin es camino de muerte (Prov. XIV, 12). Por eso, los hombres santos, cuando superan el mal, temen incluso sus buenas acciones, no sea que al desear hacer el bien, sean engañados por la apariencia de la acción, y que bajo la apariencia de un buen color se esconda una pestilente corrupción. Saben que, aún cargados con el peso de la corrupción, no pueden discernir con sutileza lo bueno; y cuando consideran la regla del juicio final, a veces temen incluso aquello que aprueban en sí mismos. Y aunque desean con toda su mente interna, sin embargo, por la incertidumbre de sus obras, ignoran hacia dónde se dirigen. Por eso, después de decir: ¿Por qué se da luz al miserable? se añade: Al hombre cuyo camino está oculto. Como si se dijera: ¿Por qué recibe el éxito de esta vida, quien no sabe bajo qué estimación del juez está el camino de su obra? Bien se añade: Y Dios lo rodeó de tinieblas. El hombre está rodeado de tinieblas; porque aunque arda en deseo celestial, ignora lo que está dispuesto sobre él internamente. Y teme mucho que algo le salga al encuentro en el juicio, que ahora se le oculta en su deseo de fervor por el bien. El hombre está rodeado de tinieblas, porque está oprimido por la oscuridad de su ignorancia. ¿No está rodeado de tinieblas aquel que a menudo no recuerda el pasado, no encuentra el futuro, y apenas reconoce el presente? Un sabio se vio rodeado de tinieblas cuando decía: Lo que está a la vista, lo encontramos con trabajo; y lo que está en los cielos, ¿quién lo investigará? (Sab. IX, 16). El Profeta se vio rodeado de estas tinieblas cuando no pudo penetrar en lo íntimo de su disposición interna, diciendo: Puso las tinieblas por su escondite (Sal. XVII, 12). Pues nuestro Autor, al habernos arrojado a este exilio, nos privó de la luz de su visión, y se ocultó a nuestros ojos como en un escondite de tinieblas.

13. De aquí la materia de llanto para los santos.---Cuando contemplamos con atención las tinieblas de nuestra ceguera, provocamos a la mente al lamento. Pues llora la ceguera que sufre exteriormente, si humildemente recuerda que en su interior está privada de luz. Y cuando observa las tinieblas que la rodean, se aflige con ardiente deseo por el esplendor íntimo; y con todo el esfuerzo de su intención se sacude a sí misma, y busca la luz celestial que, habiendo sido creada, abandonó y ahora rechazada anhela. De ahí que a menudo suceda que en esos mismos piadosos llantos estalle la claridad del gozo interior; y la mente, que antes yacía ciega en la apatía, fortalecida por suspiros, recupere la visión del resplandor íntimo. Por lo cual, bien sigue:

CAPÍTULO VIII [Rec. VII].

VERS. 24.---Antes de comer, suspiro.

14. Las lágrimas a menudo son seguidas por el gozo de la contemplación. Pues alimentarse es para el alma nutrirse con las contemplaciones de la luz celestial. Por lo tanto, suspira antes de comer, porque primero es afectada por los gemidos de la tribulación, y después se sacia con el alimento de la contemplación. Porque si no suspira, no come; ya que quien no se humilla en este exilio con los lamentos de los deseos celestiales, no degusta las alegrías de la patria eterna. Están en ayuno del alimento de la verdad aquellos que se alegran en esta pobreza de peregrinación. Sin embargo, suspira quien come, porque aquellos a quienes afecta el amor de la verdad, también son alimentados por la refacción de la contemplación. El Profeta suspirando comía, cuando decía: Mis lágrimas fueron mi pan (Salmo XIV, 4). Pues el alma se alimenta con su luto, cuando es elevada llorando a los gozos celestiales, y en su interior

soporta los gemidos de su dolor; pero percibe el alimento de la refacción, en la medida en que la fuerza del amor se manifiesta a través de las lágrimas. Por lo cual, el bienaventurado Job sigue la misma fuerza de las lágrimas, añadiendo:

CAPÍTULO IX.

IBID.---Y como aguas desbordantes, así es mi rugido.

15. Causas de duelo y temor para los santos.---Las aguas cuando inundan, vienen con ímpetu; y al crecer en múltiples volúmenes, se hinchan. Los elegidos, al oponer los juicios divinos a los ojos de su mente, al temer por la sentencia oculta sobre ellos, al confiar en que pueden llegar a Dios, pero temen no llegar, al recordar sus acciones pasadas, que lamentan, al temer lo que aún les está por venir, porque lo desconocen; se reúnen en ellos como ciertos volúmenes de agua que fluyen hacia las orillas en rugidos de tristeza. Así, el hombre santo vio cuán grandes son en los lamentos de la penitencia los volúmenes de pensamientos; y llamó a estas mismas olas de tristeza aguas inundantes, diciendo: Y como aguas inundantes, así es mi rugido. [Vet. V.] A veces, los justos, como dijimos un poco antes, incluso en sus buenas obras, tiemblan, y para no desagradar en ellas por algún error oculto, se dedican a lamentos continuos. Cuando los azotes divinos los corrigen de repente, sospechan haber ofendido la gracia de su Creador, porque, ya sea impedidos por enfermedades o presionados por amarguras, no se levantan para realizar obras piadosas hacia los demás. Y el corazón se convierte en lamento, porque el cuerpo se retrasa en el ministerio de su devoción. Y cuando consideran que no aumentan su recompensa, también temen que las obras pasadas hayan desagradado. Por eso, bien dijo el bienaventurado Job cuando comparó su rugido con aguas inundantes, y de inmediato añadió:

CAPÍTULO X.

VERS. 25.---Porque el temor que temía me ha sobrevenido, y lo que me aterraba ha sucedido.

16. Cuán temibles son los juicios de Dios.---Por tanto, los justos lloran y tiemblan, y se atormentan con grandes lamentos, porque temen ser abandonados; y aunque se alegran por su corrección, sin embargo, la misma corrección perturba su mente temerosa; no sea que el mal que soportan no sea un piadoso castigo de disciplina, sino una justa retribución de venganza. Lo cual el Salmista considera bien al decir: ¿Quién conoce el poder de tu ira? (Salmo 89, 11). En efecto, el poder de la ira divina no puede ser comprendido por nuestra mente, porque su disposición sobre nosotros, a menudo con designios oscuros, nos recoge de donde se estima que nos abandona; y de donde se cree que nos recoge, nos abandona; de modo que a menudo lo que se dice que es por gracia, es ira, y lo que a veces se cree que es ira, es gracia. Pues algunos son corregidos por los azotes, mientras que otros son llevados a la locura de la impaciencia; y a algunos las cosas prósperas, al halagarlos, los mitigan de la locura; a otros, al elevarlos, los arrancan completamente de toda esperanza de conversión. Sin embargo, todos los vicios arrastran hacia lo más bajo: pero algunos regresan más fácilmente de ellos, cuanto más se avergüenzan de haber caído profundamente en ellos. Y siempre las virtudes elevan hacia lo alto; pero a veces algunos, al concebir soberbia por la virtud, caen por el mismo camino de ascensión. Por lo tanto, ya que el poder de la ira divina no se conoce en absoluto, es necesario que en todo se tema sin cesar. Sigue:

CAPÍTULO XI [Rec. VIII].

VERS. 26.---¿Acaso no disimulé? ¿Acaso no guardé silencio? ¿Acaso no estuve en paz? y vino sobre mí la indignación.

17. Aquellos que suelen pecar pensando, hablando, actuando, estando en posición de poder. Aunque en cualquier lugar que estemos, pequemos pensando, hablando, actuando, sin embargo, el alma se deja llevar más desenfrenadamente por estas tres cosas cuando se eleva con la prosperidad de este mundo. Pues cuando se ve a sí mismo precediendo a los demás en poder, siente pensamientos elevados sobre sí mismo. Y cuando nadie resiste a la autoridad de su voz, su lengua se desboca más libremente. Y cuando le es permitido hacer lo que le place, considera justo que todo lo que le place le es permitido. Pero los hombres santos, cuando son sostenidos por el poder de este mundo, se someten a una disciplina mental mayor, cuanto más saben que la impaciencia del poder les sugiere ilícitos como si fueran más permisibles. Pues reprimen su corazón de considerar su propia gloria, restringen su lengua de la locución desmedida, guardan su obra de la vagación de la inquietud. A menudo, quienes están en el poder, pierden lo que hacen correctamente porque piensan con altivez; y mientras se consideran útiles para todo, incluso condenan el mérito de la utilidad que se les atribuye. Para que las acciones de cualquiera sean más dignas, es necesario que siempre le parezcan indignas a sí mismo, para que la buena acción no eleve el corazón del agente, y al elevarlo, no derribe más al autor por la altivez que ayude a aquellos a quienes se les ofrece. De ahí que el rey de Babilonia, mientras en su mente elevada reflexionaba en silencio, diciendo: ¿No es esta la Babilonia que yo he edificado? (Dan. IV, 27), fue transformado inmediatamente en un animal irracional. Pues perdió lo que había sido hecho, porque no quiso disimular humildemente lo que hizo. Y porque se elevó sobre los hombres con la altivez de su pensamiento, perdió el sentido humano que tenía en común con los hombres. A menudo, quienes están en el poder, irrumpen en insultos hacia sus subordinados; y lo que sirven vigilando el gobierno, lo pierden por la procacidad de su lengua, considerando con menor temor las palabras del juez, porque quien sin causa diga a su hermano, fatuo, se expone a los fuegos del infierno (Mat. V, 22). A menudo, quienes están en el poder, al no saber retenerse de lo lícito, se deslizan hacia obras ilícitas e inquietas. Solo aquel que no cae en lo ilícito es quien a veces se restringe cautelosamente de lo lícito. Pablo bien se insinúa atado por esta restricción, diciendo: Todo me es lícito, pero no todo conviene (I Cor. VI, 12). Y para mostrar cuán libremente se expandía en su mente por esa misma restricción, añadió de inmediato: Todo me es lícito, pero yo no me dejaré dominar por nada (Ibid., 12). Pues cuando la mente sigue los deseos concebidos, se ve obligada a servir a las cosas por cuyo amor es superada. Pero Pablo, a quien todo le es lícito, no se somete al poder de nada, porque restringiéndose incluso de lo lícito, trasciende despreciando aquello que podría oprimirlo por deleite.

18. Cómo Job evitó esto.---El bienaventurado Job, para instruirnos, revela qué tipo de poder poseía, diciendo: ¿Acaso no disimulé? Pues cuando se tiene poder, debe considerarse para el bien y disimularse para evitar la soberbia; de modo que quien lo utiliza, sepa que debe hacerlo para el bien, y que no debe envanecerse, ignorando su propio poder. Qué tipo de palabras usó, añade diciendo: ¿Acaso no guardé silencio? Qué actitud tuvo hacia las obras ilícitas, aún añade: ¿Acaso no descansé? Sin embargo, se puede investigar más profundamente el silencio y el descanso. Silenciar es restringir la mente de la voz de los deseos terrenales. Pues la fuerza de un gran clamor es el tumulto del corazón.

19. Los que presiden deben interrumpir las ocupaciones temporales para dedicarse a Dios. También descansan aquellos que están bien en su poder, cuando por amor divino posponen el ruido de las acciones terrenales; no sea que, al ocuparse incesantemente de las cosas bajas, su

corazón caiga completamente de las alturas. Saben, en efecto, que la mente no se eleva a lo alto si está continuamente ocupada en los tumultos de las preocupaciones. Pues, ¿qué puede obtener de Dios una mente ocupada, que incluso estando libre lucha por comprender algo de Él? Bien dice el salmista: "Dejad de lado y ved que yo soy Dios" (Salmo 45, 11); porque quien descuida dedicarse a Dios, por su propio juicio se oculta la luz de su visión. De aquí también se dice por Moisés que no se coman los peces que no tienen aletas (Levítico 11, 12, 13). Los peces que tienen aletas suelen dar saltos sobre las aguas. Así, solo pasan como alimento en el cuerpo de los elegidos aquellos que, en lo que sirven a las cosas bajas, saben a veces ascender a lo alto con saltos de la mente, para que no permanezcan siempre ocultos en las profundidades de las preocupaciones, y ninguna brisa de amor supremo, como aire libre, los toque. Por lo tanto, los que están ocupados en asuntos temporales disponen bien de las cosas exteriores cuando se refugian cuidadosamente en las interiores; cuando no aman el ruido de las perturbaciones externas, sino que descansan en el seno de la tranquilidad dentro de sí mismos.

[Vet. VII.] 20. Cómo las mentes desviadas están afectadas por estas ocupaciones. Cómo las piadosas.---Las mentes desviadas no cesan de revolver dentro de sí mismas el tumulto de las cosas temporales, incluso cuando están desocupadas. Pues en su pensamiento conservan pintadas las cosas que aman, y aunque no hagan nada exteriormente, dentro de sí mismas trabajan bajo el peso de una inquieta quietud. Si se les ofrece la administración de estas mismas cosas, se abandonan por completo y siguen estas cosas temporales fugitivas con el curso de su intención, con pasos continuos de pensamientos. Sin embargo, las mentes piadosas no buscan estas cosas ni siquiera cuando faltan, y las soportan con dificultad incluso cuando están presentes, porque temen salir de sí mismas por el cuidado de las cosas exteriores. Esto está bien simbolizado por la vida de los dos hermanos, de los cuales está escrito: "Esau se hizo un hombre experto en la caza, y un hombre agricultor; pero Jacob era un hombre sencillo que habitaba en tiendas" (Génesis XXV, 27, según la LXX). O como se dice en otra traducción, "Habitaba en casa". Pues, ¿qué se figura por la caza de Esau, sino la vida de aquellos que, dispersos en los placeres exteriores, siguen la carne? También se describe como agricultor, porque los amantes de este siglo cultivan tanto más las cosas exteriores cuanto más dejan incultas sus cosas interiores. Jacob, en cambio, es descrito como un hombre sencillo que habita en tiendas o en casa, porque ciertamente todos los que rehúyen dispersarse en los cuidados exteriores, permanecen sencillos en el pensamiento y en la morada de su conciencia. Habitar en tiendas o en casa es restringirse dentro de los secretos de la mente y no disiparse exteriormente por deseos, para que, al ansiar muchas cosas fuera, no se alejen de sí mismos con pensamientos ajenos. Diga, pues, el hombre probado y ejercitado en las prosperidades: "¿Acaso no disimulé? ¿Acaso no callé? ¿Acaso no descansé?" Pues, como dijimos antes, los hombres santos, cuando la prosperidad transitoria les sonríe, disimulan el favor del mundo como si no lo conocieran, y con paso firme pisan interiormente aquello por lo que exteriormente son elevados. Callan, porque no resuenan con clamores de acción desviada. Toda iniquidad tiene sus voces ante los secretos juicios de Dios. Por eso está escrito: "El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado" (Génesis XVIII, 20). Descansan, pues, no solo porque no son arrastrados por ningún apetito turbulento de las codicias temporales, sino también porque rehúyen ocuparse desmedidamente en los cuidados necesarios de la vida presente.

21. Por qué los justos sufren flagelos continuamente.---Pero al actuar así, aún sienten los flagelos paternos, para que lleguen a la herencia tanto más perfectos cuanto que la disciplina, al golpearlos piadosamente, los purifica diariamente incluso de las faltas más pequeñas. Por lo tanto, hacen justicia sin cesar, pero sufren continuamente dificultades, porque a menudo

nuestra propia justicia, llevada al examen de la justicia divina, es injusticia, y lo que brilla en la estimación del que actúa, se ensucia en el juicio del juez. Por eso, cuando Pablo decía: No tengo nada de qué acusarme, inmediatamente añadió: Pero no por esto soy justificado (I Cor. IV, 4). Insinuando enseguida la razón por la cual no es justificado, dice: Quien me juzga es el Señor. Como si dijera: Por eso, en lo que no tengo nada de qué acusarme, me niego a ser justificado, porque sé que quien me juzga me examina con mayor sutileza. Por lo tanto, deben ser ignoradas las cosas que favorecen exteriormente, reprimidas las que resuenan interiormente, evitadas las que parecen necesarias; y sin embargo, en todas estas cosas aún deben temerse los flagelos de un examen riguroso, porque incluso nuestra perfección no está libre de culpa, a menos que un juez severo la pese misericordiosamente en la balanza sutil del examen.

[Rec. IX.] 22. Si los justos sufren tanto, ¿qué castigos esperan a los inicuos?---Sin embargo, se añade acertadamente: Y vino sobre mí la indignación. Con gran habilidad doctrinal, se han presentado primero los azotes a los rectos; para que cada uno considere qué castigos esperan a los pecadores después, si incluso a los justos aquí los flagelos tan fuertes los castigan. De ahí que Pedro diga: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios. Y si el justo con dificultad se salvará, ¿dónde aparecerán el impío y el pecador? (I Pe. IV, 17, 18). De ahí que Pablo, después de haber dicho muchas cosas en alabanza de los Tesalonicenses, añadió de inmediato: De tal manera que nosotros mismos nos gloriamos en vosotros en las Iglesias de Dios por vuestra paciencia y fe, en todas vuestras persecuciones y tribulaciones, que soportáis como ejemplo del justo juicio de Dios (II Tes. I, 4). Como si dijera: Mientras soportáis tantas dificultades, vosotros que actuáis tan rectamente, ¿qué otra cosa hacéis sino dar ejemplos del justo juicio de Dios? Porque de vuestro sufrimiento se debe deducir cómo golpeará a aquellos con quienes está enojado, si permite que vosotros, en quienes se deleita, seáis afligidos de esta manera; o cómo golpeará a aquellos a quienes exhibe su justo juicio, si incluso a vosotros os atormenta así, a quienes corrigiendo con piedad, cuida.

[Vet. IX, Rec. X.] 23. La intención de los amigos de Job fue piadosa, pero su discurso fue imprudente. Qué debían haber hecho.---Una vez terminada la primera locución del bienaventurado Job, sus amigos, que habían venido a consolarlo, se someten piadosamente a su reprensión; y mientras se lanzan a palabras de contención, pierden la causa de piedad por la que habían venido. No lo hacen con mala intención; pero aunque muestran afecto al herido, creyeron que el herido lo estaba solo por iniquidad; y como un discurso cauteloso no sigue a una buena intención, la misma propuesta de piedad se convierte en un vicio de transgresión. Debía haberse considerado a quién y cuándo hablaban. Pues era justo aquel a quien habían venido, y estaba rodeado de golpes divinos. Por su vida pasada debieron haber ponderado sus palabras, que no podían entender; y por los flagelos presentes, no debieron reprenderlo, sino temer por su propia vida; y al justo flagelado, no debieron erigirse como razonadores, sino unirse llorando; para que su conocimiento no se mostrara a través de palabras, sino que el dolor enseñara a la lengua de los consoladores a hablar correctamente. Y si acaso sentían algo diferente, ciertamente era digno que lo dijeran con humildad, para no acumular heridas al herido con palabras desmedidas.

24. A menudo, las palabras o acciones de los mejores desagradan a los peores.---Con frecuencia, porque no pueden ser comprendidas, las palabras o acciones de los mejores desagradan a los peores: pero no deben ser criticadas temerariamente por ellos, ya que no pueden ser comprendidas verdaderamente. A menudo, algo es hecho de manera discreta por los mayores, lo cual es considerado un error por los menores. Muchas veces, los fuertes dicen cosas que los débiles juzgan porque las ignoran. Esto fue bien simbolizado por la inclinación

del arca del testamento ante los bueyes que coceaban, ya que el levita, creyendo que iba a caer, quiso sostenerla y de inmediato recibió la sentencia de muerte (II Sam. VI, 7). ¿Qué es la mente del justo, sino el arca del testamento? Que es inclinada por los bueyes que cocean; porque a veces incluso quien bien gobierna, al ser sacudido por la confusión de los pueblos sujetos, se ve movido a la condescendencia de la dispensación por amor. Pero en esto, que se hace de manera discreta, la misma inclinación de la fortaleza es considerada una caída por los ignorantes. Por lo tanto, algunos súbditos extienden la mano de la crítica contra esto, pero de inmediato perecen por su propia temeridad. Así, el levita, como si ayudara, extendió la mano, pero al delinquir perdió la vida, porque cuando los débiles critican las acciones de los fuertes, ellos mismos son rechazados de la suerte de los vivientes. A veces, incluso los hombres santos dicen ciertas cosas condescendiendo a los más pequeños, y otras las pronuncian contemplando las más altas; y mientras no conocen la fuerza de la condescendencia o de la altura, los necios las critican audazmente. ¿Y qué es querer corregir al justo en su condescendencia, sino levantar el arca inclinada con la mano soberbia de la crítica? ¿Qué es criticar al justo por un discurso desconocido, sino considerar el movimiento de su fortaleza como una caída de error? Pero pierde la vida quien levanta con arrogancia el arca de Dios, porque nadie presumiría corregir las acciones rectas de los santos, a menos que primero se considerara a sí mismo mejor. Por lo tanto, el levita es llamado correctamente Oza, que se interpreta como robusto del Señor; porque los presuntuosos, a menos que creyeran audazmente que son fuertes en el Señor, de ninguna manera juzgarían las acciones o palabras de los mejores como débiles. Así, los amigos de Job, al lanzarse contra él como si defendieran a Dios, exceden la regla del precepto divino con soberbia.

25. Si algo en esto desagrada, no debe callarse, sino expresarse con gran humildad. Cuando ciertos actos de los mejores desagradan a los peores, lo que mueve la mente no debe callarse, sino expresarse con gran humildad; de modo que la intención de quien siente piadosamente conserve verdaderamente la forma de rectitud, mientras avanza por el camino de la humildad. Por lo tanto, lo que sentimos debe decirse libremente, y lo que decimos debe expresarse con mucha humildad, para que no hagamos incorrectamente lo que correctamente intentamos, al expresarlo con altivez. Pablo había dicho muchas cosas humildemente a sus oyentes; pero aún se esforzaba por apaciguarlos con una exhortación más humilde, diciendo: "Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación; pues os he escrito brevemente" (Hebreos XIII, 22). También al despedirse de los efesios en Mileto, afligidos y gimiendo, recuerda su humildad, diciendo: "Velad, recordando que durante tres años, noche y día, no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros" (Hechos XX, 31). A los mismos, nuevamente, en la Epístola dice: "Os ruego, hermanos, yo, prisionero en el Señor, que andéis dignamente según la vocación con que fuisteis llamados" (Efesios IV, 1). De aquí, pues, que cada uno recoja cuánta humildad debe tener un discípulo al hablar con su maestro cuando siente algo correctamente; si el mismo maestro de las naciones, en lo que predica con autoridad, ruega a sus discípulos con tanta sumisión. De aquí, cada uno debe recoger cuán humildemente debe decir a aquellos de quienes ha recibido ejemplos de buena vida lo que bien entiende; si Pablo se sometió a ellos con voz humilde, a quienes él mismo resucitó a la vida.

26. Quien no sabe hablar con humildad ignora la regla de la consolación. Elifaz, quien es el primero de los amigos en hablar, aunque viene con piedad para consolar, al abandonar la humildad en su discurso, ignora la regla de la consolación. Al descuidar la moderación en sus palabras, llega incluso a insultar al afligido, diciendo: "El tigre pereció porque no tenía presa. El rugido del león, la voz de la leona y los dientes de los cachorros de león fueron dispersados" (Job 4, 11). Evidentemente, señala al bienaventurado Job con el nombre de

tigre, como si lo acusara de la falta de constancia, indicando con el rugido del león el terror de este hombre, con la voz de la leona la locuacidad de su esposa, y con los dientes dispersos de los cachorros de león la destruida voracidad de sus hijos. Por eso, el juicio divino reprende adecuadamente el sentir de los amigos, que se elevó en una corrección arrogante, diciendo: "No habéis hablado rectamente delante de mí, como mi siervo Job" (Job 32, 7).

[Vet. XI.] 27. ¿De qué manera Dios reprende las sentencias de los amigos de Job, y Pablo las recomienda?---Veo que es necesario preguntar por qué Pablo utiliza con tanta autoridad las sentencias de ellos, si estas son invalidadas por la reprensión del Señor. Pues son palabras de Elifaz las que introdujo a los Corintios diciendo, como está escrito: Aprenderé a los sabios en su astucia (I Cor. III, 19; Job. V, 13). ¿Cómo, entonces, rechazamos como erróneas las que Pablo establece con autoridad? ¿O cómo consideraremos correctas por el testimonio de Pablo, las que el Señor mismo no definió como correctas? Pero reconocemos más rápidamente que ambas no son diferentes, si consideramos con más detalle las palabras de la misma sentencia del Señor; que ciertamente cuando dijo: No habéis hablado rectamente delante de mí, inmediatamente añadió: Como mi siervo Job. Por lo tanto, está claro que algunas cosas en sus dichos son correctas, pero son superadas por la comparación con algo mejor. Pues entre otras cosas que dicen irracionalmente, pronuncian muchas sentencias fuertes hacia el bienaventurado Job, pero comparadas con dichos más fuertes, pierden su fuerza. Sin embargo, muchas de las cosas que dicen son admirables, a menos que se dijeran en adversidad del santo varón. En sí mismas, por lo tanto, son grandes, pero porque intentan herir al hombre justo, pierden el peso de esa grandeza; porque por más fuerte que sea, se lanza en vano un dardo para golpear piedras duras; ya que cuanto más fuerte viene lanzado, más lejos rebota al quedar embotado. Por lo tanto, aunque las palabras de los amigos de Job son en algunos aspectos muy fuertes, cuando hieren la fuerte vida del santo varón, embotan todo el filo de su agudeza. Por lo tanto, porque en sí mismas son grandes, pero no debieron ser asumidas de ninguna manera contra el bienaventurado Job; y Pablo, considerando esto desde la virtud, las presenta con autoridad; y el juez las reprende por la calidad de la persona, ya que fueron pronunciadas imprudentemente.

28. Aquellas, como algunas cosas tienen rectas y otras perversas, se asemejan a los herejes.---Pero dado que anteriormente dijimos que los mismos amigos del bienaventurado Job tienen la apariencia de los herejes, ahora investigaremos cómo sus palabras se asemejan a las de los herejes. Pues sienten algunas cosas muy rectas, pero sin embargo, entre estas se deslizan hacia lo perverso. Los herejes tienen esto como propio, que mezclan lo malo con lo bueno, para que fácilmente engañen el sentido del oyente. Porque si siempre dijeran cosas erradas, rápidamente serían reconocidos en su error y no persuadirían en absoluto lo que quisieran. Nuevamente, si siempre sintieran cosas rectas, ciertamente no serían herejes. Pero mientras sirven a ambos con el arte de engañar, contaminan lo bueno con lo malo y ocultan lo malo con lo bueno, para ser aceptados; así como quien ofrece una copa de veneno, toca el borde de la copa con la dulzura de la miel; y mientras lo que es dulce se saborea al primer contacto, también se absorbe sin dudar lo que es mortal. Así, los herejes mezclan lo recto con lo perverso, para atraer a los oyentes mostrando lo bueno; y al exhibir lo malo, los corrompen con una peste oculta. Sin embargo, a veces, corregidos por la predicación de la santa Iglesia y la exhortación, son salvados de esta diversidad de su pensamiento. Por lo cual, los amigos de Job ofrecen el sacrificio de su reconciliación en manos de este santo varón, y son devueltos a la gracia del supremo juez. A quienes bien en el Evangelio se designa con la purificación de los diez leprosos (Luc. XVII, 15). Pues en la lepra, una parte de la piel se lleva al resplandor, y otra parte se retiene en color sano. Los leprosos, por tanto, expresan a los herejes, porque mientras mezclan lo recto con lo errado, salpican el color sano con manchas. Por lo cual, bien

claman para ser salvados, ¡Jesús, maestro! Porque al significar que han errado en sus palabras, humildemente llaman a este como maestro de salvación; y cuando regresan al conocimiento del maestro, pronto recurren a la forma de la salvación. Pero dado que en las palabras de los amigos hemos llevado la introducción de la exposición un poco más lejos, consideremos ahora sus palabras con sutileza. Sigue:

CAPÍTULO XII [Ant. XII, Rec. XI].

CAP. IV. VERS. 1, 2.---Entonces Elifaz de Temán respondió y dijo: Si comenzamos a hablarte, tal vez lo tomes a mal.

29. Las palabras de los herejes son primero suaves, luego ásperas.---Ya se ha dicho anteriormente qué se expresa con estas interpretaciones de vocablos. Por lo tanto, como nos apresuramos hacia lo no discutido, evitamos repetir lo ya expuesto. Así pues, es necesario observar con astucia que aquellos que mantienen la apariencia de herejes comienzan a hablar suavemente, diciendo: Si comenzamos a hablarte, tal vez lo tomes a mal. Los herejes temen exasperar a sus oyentes al inicio de su discurso, para que no sean escuchados con atención, y evitan en gran medida su tristeza, para captar su negligencia. Y casi siempre son suaves las cosas que proponen; pero ásperas las que, al continuar, insinúan. Por eso, ahora los amigos de Job comienzan con la reverencia de una locución suave, pero llegan hasta los dardos de una invectiva muy áspera; porque también las raíces de las espinas son suaves, pero de esa misma suavidad surge aquello que punza. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 2.---¿Pero quién puede retener el discurso concebido?

30. Algunos conciben y pronuncian palabras malas, otros reprimen lo que han concebido, y otros ni siquiera lo conciben.---Existen tres tipos de personas, que se distinguen gradualmente por sus cualidades. Hay quienes conciben palabras malas para hablar y no son refrenados por la gravedad del silencio. Y hay quienes, aunque conciben palabras malas, se restringen con gran vigor de silencio. Y hay algunos que, fortalecidos por la práctica de las virtudes, son elevados a tal altura que ni siquiera conciben en su corazón lo perverso para hablar, lo cual podrían reprimir con el silencio. Así, se muestra de qué orden es Elifaz, quien testifica que no puede retener el discurso concebido. En esto también se hace evidente que sabe que ofenderá al hablar. Pues no querría retener palabras que no puede, a menos que supiera de antemano que se infligirá heridas con ellas. Los hombres buenos retienen con el freno del consejo la precipitación de la palabra, y consideran cautelosamente no herir la conciencia de los oyentes con una locución imprudente al relajar la lascivia de la lengua. Por eso, bien se dice por Salomón: El que deja correr el agua, es el comienzo de las contiendas (Prov. XVII, 14). En efecto, el agua se deja correr cuando se desenfrena el flujo de la lengua. Pero el que deja correr el agua se convierte en el comienzo de las contiendas, porque a través de la incontinencia de la lengua, se ofrece el origen de la discordia. Así, los malos son ligeros en el pensamiento y precipitados en la locución, y descuidan reflexionar sobre lo que dicen. Pero lo que una conciencia ligera concibe, una lengua aún más ligera lo revela de inmediato. Por eso ahora Elifaz, a partir de su propia experiencia, concluye lo que desesperadamente siente sobre todos, diciendo: Pero, ¿quién puede retener el discurso concebido? Sigue:

CAPUT XIV [Rec. XII].

VERS. 3, 4.---He aquí que has instruido a muchos, y has fortalecido las manos cansadas; tus palabras han confirmado a los vacilantes, y has confortado las rodillas temblorosas.

31. Cuán grande fue Job, cuyas alabanzas no puede callar ni siquiera quien intenta imputarle un crimen.---Si se observa el texto de la historia, es de gran utilidad para el lector que, de las disputas de los amigos en el bienaventurado Job, en lugar de una laceración de los vicios, se presentan alabanzas de las virtudes. Nunca es tan robusto el testimonio de vida como cuando habla bien de alguien quien intenta imputarle un crimen. Consideremos, pues, cuán elevado fue este hombre, que enseñando a los ignorantes, fortaleciendo a los cansados y confirmando a los vacilantes, entre las preocupaciones del hogar, entre la custodia de múltiples asuntos, entre los afectos de los seres queridos, y entre los estudios de tantos trabajos, se dedicó a instruir a los demás. Y aunque ocupado ejercía esas tareas, sin embargo, libremente se dedicaba al magisterio de la doctrina. Gobernando dispuso lo temporal; predicando anunció lo eterno; mostró la rectitud de la vida tanto actuando para los que veían, como hablando para los que escuchaban. [Vet. XIII.] Pero ya sean herejes o cualquier perverso, cuando refieren las bondades de los justos, las tuercen en argumento de crimen. De ahí que Elifaz contra el bienaventurado Job recoja ocasión de reproche, de donde narró lo que debía ser alabado. Pues sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 5.---Pero ahora te ha sobrevenido una plaga, y has desfallecido; te ha tocado, y te has turbado.

32. Los perversos atacan la vida de los buenos de dos maneras.---Los perversos atacan la vida de los buenos de dos maneras, ya sea afirmando que dicen cosas incorrectas, o que no practican lo que predicán. Así, el bienaventurado Job es criticado por sus amigos por sus palabras; ahora, sin embargo, es acusado de haber dicho cosas correctas pero de no haberlas cumplido. Por lo tanto, los malvados a veces reprueban el discurso de los buenos, a veces sus acciones, de modo que, o bien la lengua criticada guarde silencio, o bien la vida sucumba al juicio de su propio testimonio. Y es de notar que primero alaban la lengua, y luego se quejan de la debilidad de la vida. Los inicuos, para no parecer públicamente perversos, a veces hablan bien de los justos, de lo que ya es conocido y sabido por otros. Pero, como hemos dicho antes, inmediatamente utilizan esto para aumentar su culpa, y muestran que se les debe creer en lo contrario, porque también hablaban de cosas buenas. Así, insinúan los males como más verdaderos, cuanto más devotamente alababan los bienes. Por lo tanto, retuercen las palabras de favor para usarlas como crimen, mientras hieren más gravemente la vida de los justos, de donde poco antes la defendían en apariencia. A menudo desprecian los bienes que antes tenían, y luego los admiran como si se hubieran perdido. Así, Elifaz enumera las virtudes del santo varón, afirmando que se han perdido, diciendo:

CAPÍTULO XVI [Rec. XIII].

VERS. 6.--- ¿Dónde está tu temor, tu fortaleza, tu paciencia y la perfección de tus caminos?

33. Los cuatro grados de las virtudes.---Todo esto lo atribuye a la sentencia que mencionó antes, diciendo: Ahora ha venido sobre ti la plaga, y has desfallecido; te ha tocado, y te has turbado. Por lo tanto, afirma que todo ha perecido a la vez, al reprochar al bienaventurado Job por haberse turbado con el flagelo. Pero es muy importante observar que, aunque increpa de manera inapropiada, narra los órdenes de las virtudes de manera adecuada. Enumeró las

virtudes de la vida del bienaventurado Job en cuatro grados, uniendo el temor a la fortaleza, la fortaleza a la paciencia, y la paciencia a la perfección. En el camino de Dios se comienza con el temor para llegar a la fortaleza. Pues así como en el camino del mundo la audacia engendra fortaleza, en el camino de Dios la audacia engendra debilidad; y así como en el camino del mundo el temor engendra debilidad, en el camino de Dios el temor engendra fortaleza, como atestigua Salomón, quien dice: En el temor del Señor está la confianza de la fortaleza (Prov. XIV, 26). Se dice que en el temor del Señor reside la confianza de la fortaleza, porque nuestra mente desprecia con más valentía los terrores de las cosas temporales cuanto más se somete con temor verdadero al autor de esas mismas cosas temporales. Aquella que está establecida en el temor del Señor no encuentra fuera de sí lo que temer, porque al unirse con justo temor al creador de todo, se eleva con cierto poder sobre todas las cosas. Sin embargo, la fortaleza solo se muestra en la adversidad, por lo que inmediatamente después de la fortaleza se subroga la paciencia. Pues cada uno demuestra más verdaderamente cuánto ha progresado en fortaleza cuanto más robustamente tolera los males ajenos. Porque ha menoscabado en sí mismo a quien la iniquidad ajena derriba. Quien yace atravesado por la espada de su propia pusilanimidad al no poder soportar la contrariedad. Y dado que la perfección nace de la paciencia, inmediatamente después de la paciencia se introduce la perfección de los caminos. [Vet. XIV.] En verdad, aquel es verdaderamente perfecto quien no es impaciente ante la imperfección del prójimo. Pues quien, al no poder soportar la imperfección ajena, se aparta, es testigo de sí mismo de que aún no ha progresado perfectamente. De ahí que en el Evangelio la Verdad dice: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (Luc. XXI, 19). ¿Qué es poseer las almas sino vivir perfectamente en todo, dominando todos los movimientos de la mente desde la cima de la virtud? Quien, por lo tanto, mantiene la paciencia, posee su alma; porque de ahí se hace fuerte contra todas las adversidades, venciendo y dominándose a sí mismo. Y cuanto más se quiebra laudablemente, más se muestra invicto; porque al superarse en sus propios placeres, se prepara invicto para lo contrario. Pero como Elifaz reprendió increpando, ahora añade algunas cosas como exhortando, diciendo:

CAPÍTULO XVII [Rec. XIV].

VERS. 7.---Recuerda, te ruego, ¿quién alguna vez, siendo inocente, pereció? ¿O cuándo fueron destruidos los justos?

154 34. A menudo los inocentes perecen y son destruidos aquí, los rectos.---Ya sean herejes, de quienes dijimos que los amigos del bienaventurado Job tienen la apariencia, o cualquier perverso, tan desordenadamente reprenden, como reprochablemente exhortan. Pues dice: ¿Quién alguna vez inocente pereció, o cuándo fueron destruidos los rectos? A menudo, en efecto, aquí perecen los inocentes, y los rectos son completamente destruidos; pero, sin embargo, pereciendo, son guardados para la gloria eterna. Pues si ningún inocente pereciera, el Profeta no diría: El justo pereció, y no hay quien lo considere (Isaías LVII, 1). Si Dios no arrebatara a los rectos por providencia, de ninguna manera la Sabiduría habría dicho del justo: Fue arrebatado, para que la maldad no cambiara su entendimiento (Sabiduría IV, 11). Si ningún castigo golpeará a los justos, Pedro de ninguna manera habría predicho, diciendo: Es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios (I Pedro IV, 17). Por tanto, verdaderamente rectos son aquellos que, por amor a la patria celestial, se preparan para todas las adversidades de la vida presente. Pues quienes temen sufrir males aquí por los bienes eternos, evidentemente no son rectos. Pero Elifaz no considera que los rectos sean destruidos, ni que los inocentes perezcan aquí, porque a menudo aquellos que no sirven a Dios por la esperanza de la gloria celestial, sino por la retribución terrenal, se imaginan a sí mismos lo

que buscan; y presumiendo enseñar, cuando predicán la seguridad terrenal, muestran con todos sus trabajos lo que aman. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Ant. y Rec. XV].

VERS. 8, 9.---Más bien vi a aquellos que obran iniquidad, y siembran dolores, y los cosechan; al soplar Dios perecieron, y con el espíritu de su ira fueron consumidos.

35. Siembran y cosechan dolores. Por qué Dios a veces tolera a los malos y a veces los castiga de inmediato.---Sembrar dolores es hablar con engaño; cosechar dolores es prevalecer con lo dicho. O ciertamente, siembran dolores quienes actúan perversamente; cosechan dolores cuando son castigados por esa misma perversidad. Pues el fruto del dolor es la retribución de la condenación. Pero cuando se añade inmediatamente que quienes siembran y cosechan dolores, perecen por el soplo de Dios y son consumidos por el espíritu de su ira, en este lugar la cosecha del dolor no se muestra ya como un castigo, sino aún como la perfección de la iniquidad, porque por el espíritu de la ira divina, se subroga el castigo de esa cosecha. Por lo tanto, aquí siembran y cosechan dolores, porque son inicuos los actos que realizan, y prosperan en esa misma iniquidad; como se dice del inicuo por el salmista: Sus caminos son torcidos en todo tiempo; tus juicios son alejados de su vista, dominará sobre todos sus enemigos (Salmo X, 5, según el hebreo). De quien poco después se añade: Bajo su lengua hay trabajo y dolor (Ibid., 7). Así que siembra dolores cuando actúa perversamente; cosecha dolores cuando temporalmente prospera en esas mismas perversidades. ¿Cómo, entonces, perecen por el soplo de Dios, quienes a menudo se les permite permanecer aquí por mucho tiempo, y más felices que los justos? Pues de ellos se dice nuevamente por el salmista: No están en los trabajos de los hombres, ni son azotados como los demás hombres (Salmo LXXII, 5). De esto Jeremías dice: ¿Por qué prospera el camino de los impíos? (Jeremías XII, 1). Porque, como está escrito, el Señor es un paciente retribuidor (Eclesiástico V, 4), a menudo tolera por mucho tiempo a quienes condena eternamente; pero a veces golpea rápidamente, concurriendo para consolar la pusilanimidad de los inocentes. A veces, por lo tanto, el Dios omnipotente permite que los inicuos prevalezcan por mucho tiempo, para que la vida de los justos se purifique más limpiamente. Otras veces, sin embargo, rápidamente aniquila a los injustos, y con su muerte confirma los corazones de los inocentes. Pues si ahora golpeará a todos los que obran mal, ¿a quiénes mostraría el juicio final? Pero si no golpeará a ninguno en absoluto, ¿quién creería que Dios cuida de los asuntos humanos? A veces, por lo tanto, golpea a los inicuos, para mostrar que no deja impunes los males. Otras veces, sin embargo, tolera a los inicuos por mucho tiempo, para insinuar a los que observan, a qué juicio los reserva.

36. En qué sentido es falsa o verdadera la destrucción de los inicuos.---Por lo tanto, esta sentencia sobre la destrucción de los inicuos, si no se dice de manera general al final de este siglo, sin duda se vacía en gran parte de la fuerza de la verdad. Pero será verdadera cuando ya no haya demora en la iniquidad. Esto tal vez pueda entenderse más correctamente de esta manera, ya que ni el inocente perece, ni el recto es destruido; porque aunque aquí sea afligido en la carne, en la presencia del juez eterno es restaurado con verdadera salvación. Y aquellos que siembran dolores y cosechan, perecen al soplar Dios; porque cuanto más progresan aquí actuando perversamente, tanto más duramente son golpeados por la condenación subsiguiente. Pero cuando a esta sentencia se le antepone, Recuerda, evidentemente se hace patente que se trae a la mente un asunto pasado, no se anuncia algo futuro. Por lo tanto, Elifaz hablaría más verdaderamente si hubiera creído que esto se haría de manera general con los inicuos en la última retribución.

37. Dios se dice que sopla adecuadamente cuando retribuye con venganza. Entonces, quien en sí mismo está tranquilo, parece turbulento para los que perecen.---Pero esto de que se dice que Dios sopla, requiere un discernimiento más sutil. Pues cuando nosotros soplamos, atraemos el aire desde el exterior hacia adentro, y lo expulsamos de nuevo hacia el exterior. Por lo tanto, se dice que Dios sopla en la retribución de la venganza, porque concibe el consejo del juicio desde causas externas hacia adentro, y desde el consejo interno emite la sentencia hacia afuera. Como si Dios soplara, algo se atrae desde el exterior hacia adentro, cuando observa nuestros males desde fuera y dispone el juicio dentro. Y de nuevo, como si Dios soplara, el espíritu se emite desde el interior hacia afuera, cuando desde el concepto interno del consejo, se impone externamente el juicio de condenación. Por lo tanto, se dice bien que quienes siembran dolores, perecen con el sople de Dios; porque de donde hacen cosas perversas afuera, de ahí son justamente heridos desde lo íntimo. O ciertamente, cuando se dice que Dios sopla, porque inmediatamente se añade el espíritu de su ira, con la apelación de su sople puede designarse su misma advertencia. Pues cuando nos enojamos, nos inflamamos con el sople de la furia. Así, para demostrar que el Señor piensa en la venganza, se dice que sopla al enojarse; no porque Él en su naturaleza reciba la vicisitud de la mutabilidad, sino porque después de una larga paciencia, cuando ejecuta la venganza del pecador, quien en sí mismo es tranquilo, parece turbulento para los que perecen. La mente reprobada, porque ve al juez contra sus actos, se le muestra como agitado, porque en su presencia se turba por su propia culpa. Pero después de que amonestó como con clemencia, añade abiertamente palabras de increpación, diciendo:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 10.---El rugido del león, y la voz de la leona, y los dientes de los cachorros de león han sido quebrantados.

38. Duras palabras de Elifaz en Job. — ¿Qué significa el rugido del león, sino, como hemos mencionado antes, la severidad del hombre? ¿Qué significa la voz de la leona, sino la locuacidad de la esposa? ¿Qué significan los dientes de los cachorros de león, sino la voracidad de la descendencia? Porque los hijos que estaban de fiesta han sido exterminados, y esto se representa con la expresión de los dientes. Mientras Elifaz, rígido, se regocija en la destrucción de todo esto, lo anuncia como si estuviera justamente condenado. Aún refuerza la dureza de su reproche cuando añade:

CAPÍTULO XX [Ant. y Corr. XVI].

VERS. 11.---El Tigris pereció, porque no tenía presa, y los cachorros de los leones fueron dispersados.

39. El tigre, con su variedad y rapacidad, representa adecuadamente a los hipócritas. ¿A quién, si no al bienaventurado Job, se refiere con el nombre de tigre, señalando la nota de variedad o manchado con las marcas de la simulación? Todo simulador, en su deseo de parecer recto, no se muestra completamente puro; porque mientras asume ciertas virtudes por hipocresía y secretamente se somete a los vicios, algunos vicios ocultos de repente emergen a la superficie, y la simulación superpuesta, como una piel de visión, muestra su variedad por la mezcla; de modo que a menudo es sorprendente por qué un hombre, que parece poseer tantas virtudes, también se contamina con actos tan reprobables. Sin duda, todo hipócrita es un tigre, porque mientras el color puro se toma de la simulación, se varía por la interrupción de la

negrura de los vicios. A menudo, mientras se exalta por la pureza de la castidad, se ensucia con la mancha de la avaricia. A menudo, mientras se muestra hermoso por la virtud de la generosidad, se mancha con las marcas de la lujuria. A menudo, mientras se viste con el decoro de la castidad y la generosidad, como por el celo de la justicia, se oscurece con la atrocidad de la crueldad. A menudo, se viste con la hermosa visión de la generosidad, la castidad y la piedad, pero se nota la oscuridad interpuesta del orgullo. Así, al no mostrar el hipócrita una apariencia pura en sí mismo debido a los vicios mezclados, es como si no pudiera tener un solo color, como el tigre. Este tigre, en efecto, arrebató la presa, porque usurpa para sí la gloria del favor humano. Quien se exalta con la alabanza arrebatada, se sacia como con una presa. Bien se dice que la alabanza de los hipócritas es una presa. En efecto, es una presa cuando se quita violentamente lo ajeno. Todo hipócrita, al simular la vida de justicia, se apropia de la alabanza de los justos, ciertamente toma lo que es ajeno. Así, Elifaz, al conocer que el bienaventurado Job había actuado dignamente en tiempos de su integridad, creyó que lo había mantenido por hipocresía tras el golpe recibido, diciendo: "El tigre pereció, porque no tenía presa". Como si dijera abiertamente: "La variedad de tu simulación se ha extinguido, porque también se ha quitado la adulación de la alabanza; y ahora tu hipocresía no tiene presa, porque, golpeada por lo divino, carece de favores humanos".

40. Myrmicoleón representa a aquellos que son tímidos ante los fuertes y audaces ante los débiles. Sin embargo, en la traducción de los Setenta intérpretes no se menciona al tigre, sino que se dice: "El myrmicoleón pereció, porque no tenía presa". El myrmicoleón es un animal muy pequeño, enemigo de las hormigas, que se esconde bajo el polvo y mata a las hormigas que llevan granos, consumiéndolas después de matarlas. Myrmicoleón en latín se traduce como "león de las hormigas" o, más expresivamente, "hormiga y león a la vez". Se le llama adecuadamente hormiga y león, porque para los animales voladores o cualquier otro animal pequeño es una hormiga, pero para las hormigas es un león. A estas las devora como un león, pero por aquellos es devorado como una hormiga. Así, cuando Elifaz dice: "El myrmicoleón pereció", ¿qué otra cosa reprende en el bienaventurado Job bajo el nombre de myrmicoleón, sino el temor y la audacia? Como si le dijera abiertamente: No has sido golpeado injustamente, porque fuiste tímido ante los altivos y audaz ante los sometidos. Como si dijera abiertamente: El miedo te oprimió ante los astutos, la temeridad te infló ante los simples. Pero el myrmicoleón ya no tiene presa, porque tu altivez tímida, al ser reprimida por los golpes, se ve impedida de causar daño a otros. Pero dado que hemos dicho que los amigos del bienaventurado Job representan la figura de los herejes, es necesario que expliquemos cómo estas mismas palabras de Elifaz deben ser entendidas también de manera tipológica.

CAPÍTULO XXI [Rec. XVII].

VERS. 10.---El rugido del león, y la voz de la leona, y los dientes de los cachorros de león han sido quebrantados.

SENSUS ALLEGORICUS.---41. En las Escrituras, la misma cosa figura diversas realidades.--Dado que la naturaleza de cada cosa se compone de diversidad, en el sagrado discurso, por cualquier cosa se figuran lícitamente diversas realidades. El león, por ejemplo, posee virtud y también ferocidad. Por la virtud, entonces, representa al Señor; por la ferocidad, al diablo. De ahí que se diga del Señor: "Ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz de David" (Apoc. V, 5). Y del diablo está escrito: "Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar" (I Pet. V, 8). Bajo el nombre de leona, a veces se designa a la santa Iglesia, y otras veces a Babilonia. Por su audacia frente a las adversidades, la Iglesia es llamada leona; como se aprueba en las palabras del mismo bienaventurado Job, quien

indicando a la Judea abandonada por la Iglesia, dice: "No la pisaron los hijos de los mercaderes, ni pasó por ella la leona" (Job XXVIII, 8). Sin embargo, a veces, bajo el nombre de leona, se expresa la ciudad de este mundo, es decir, Babilonia, que se enfurece contra la vida de los inocentes con la crueldad de su ferocidad, que, aliada al antiguo enemigo, como a un león muy feroz, concibe las semillas de su persuasión perversa, y engendra de sí misma hijos reprobos a semejanza de él, como crueles cachorros. Los cachorros de los leones son cualquier reprobado, engendrados para una vida inicua por el error de los espíritus malignos: quienes, todos juntos, forman la ciudad del mundo que mencionamos, Babilonia, y sin embargo, los mismos individualmente son llamados hijos de Babilonia, como si no fueran leona, sino cachorros de leona. Así como Sion es llamada toda la Iglesia en conjunto, pero los hijos de Sion son mencionados individualmente como cada uno de los santos, así también los hijos de Babilonia son cada uno de los reprobos, y la misma Babilonia es llamada en conjunto todos los reprobos.

[Ant. XVII.] 42. Los santos temen las tentaciones; los herejes, seguros de su propia santidad, las desprecian.---Pero los hombres santos, mientras están en esta vida, se guardan a sí mismos con cuidadosa vigilancia, no sea que el león que ronda los sorprenda con engaños, es decir, que el antiguo enemigo los mate bajo alguna apariencia de virtud; no sea que la voz de la leona resuene en sus oídos, es decir, que la gloria de Babilonia desvíe su mente del amor a la patria celestial; no sea que los dientes de los cachorros de león muerdan, es decir, que la persuasión de los réprobos se fortalezca en su corazón. Por el contrario, los herejes ya están como seguros de su santidad, porque sospechan que han superado todo por los méritos de su vida. Por eso se dice ahora: El rugido del león, y la voz de la leona, y los dientes de los cachorros de león han sido quebrantados. Como si se dijera abiertamente: No somos afligidos por ningún flagelo, porque con los méritos de nuestra vida superamos y pisoteamos tanto la fuerza del antiguo enemigo, como el deseo de la gloria terrena, y las persuasiones de todos los réprobos. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 11.---El Tigris ha perecido, porque no tenía presa, y los cachorros de los leones han sido dispersados.

43. Satanás es llamado correctamente león, tigre y myrmicoleon. Los herejes se glorían como si hubieran vencido a Satanás. Repite con el término tigre a aquel que designó con la apelación de león. Satanás, por su crueldad, es llamado león, y por la variedad de su astucia multiforme, no incongruentemente es llamado tigre. A veces se presenta a los sentidos humanos tal como es, perdido, y otras veces se muestra como un ángel de luz. A veces persuade las mentes de los necios con halagos, y otras veces los arrastra al pecado con amenazas. A veces intenta abiertamente inducir al vicio, y otras veces se disfraza bajo la apariencia de virtud en sus sugerencias. Esta bestia, que está salpicada de tanta variedad, con razón es llamada tigre, que en los Setenta intérpretes, como hemos dicho antes, se llama myrmicoleon. Este animal, oculto en el polvo, mata a las hormigas que, como dijimos, llevan granos; porque el ángel apóstata, arrojado del cielo a la tierra, acecha las mentes de los justos, que se preparan la recompensa de sus buenas obras, en el mismo camino de la acción; y cuando las supera con engaños, las mata de improviso como hormigas que llevan granos. Con razón se le llama myrmicoleon, es decir, león y hormiga. Para las hormigas, como dijimos, es león, para los volátiles es hormiga, porque el antiguo enemigo es fuerte contra los que consienten, pero débil contra los que resisten. Si se le presta consentimiento a sus sugerencias, no se puede tolerar como león; pero si se le resiste, se aplasta como hormiga.

Para unos, por tanto, es león; para otros, hormiga; porque las mentes carnales apenas toleran su crueldad, mientras que las espirituales pisan su debilidad con el pie de la virtud. Los herejes, por lo tanto, porque se enorgullecen de la presunción de santidad, dicen exultantes: Myrmicoleon, o ciertamente tigre, ha perecido, porque no tenía presa. Como si dijeran abiertamente: El antiguo adversario no tiene presa en nosotros, porque en cuanto a nuestros esfuerzos, ya yace vencido. Por eso se repite con la apelación de myrmicoleon o tigre, aquel que ya había sido designado con el rugido del león quebrantado, porque lo que se dice con alegría a menudo se repite. El alma repite las voces cuando exulta. Por eso, el salmista, con verdadera alegría, repite frecuentemente lo que sabe que ha sido escuchado, diciendo: El Señor ha escuchado la voz de mi llanto; el Señor ha escuchado mi súplica, el Señor ha aceptado mi oración (Salmo VI, 9, 10).

[Vet. XVIII.] 44. Los santos se alegran con temor al vencer los vicios. Los hipócritas, al superar uno, se creen perfectos.---Pero los hombres santos, aunque se alegran al verse liberados de ciertos vicios, se estremecen con gran temor incluso en su propia exaltación; porque aunque ya han sido rescatados de la tormenta de cualquier tempestad, saben que aún están en las inciertas olas de un mar dudoso: y así exultan con esperanza, mientras tiemblan de miedo; tiemblan de miedo, mientras exultan con la confianza de la esperanza. Por eso, a través del mismo Salmista se dice: Servid al Señor con temor, y alegraos ante él con temblor (Salmo II, 11). En cambio, aquellos que se enorgullecen de la apariencia de santidad, cuando superan cualquier vicio, inmediatamente elevan su mente en soberbia, y se glorían como si hubieran alcanzado la perfección de su vida; y por el hecho de que tal vez una vez fueron rescatados del peligro de la tempestad, ya olvidan que navegan en el mar: se consideran grandes en todo, y creen haber vencido por completo al antiguo adversario; miran a todos por debajo de ellos, porque piensan que los superan a todos por su sabiduría. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXIII [Rec. XVIII].

VERS. 12.---Además, se me ha dicho una palabra oculta.

45. Los herejes buscan una doctrina nueva y oculta, ¿por qué? --- Los herejes fingen escuchar una palabra escondida para revestir con cierta reverencia la mente de sus oyentes hacia su predicación. Por eso predicán en secreto, para que su predicación parezca tanto más santa cuanto más oculta. Rehúsan tener un conocimiento común, para no ser considerados iguales a los demás; y siempre buscan algo nuevo, que mientras otros desconocen, ellos se glorían en las mentes de los ignorantes por la singularidad de su conocimiento. Como hemos dicho, insinúan que es oculta, porque afirman haberla recibido en secreto para poder mostrarla como maravillosa. Por eso, en el libro de los Proverbios, la figura de los herejes es representada por una mujer que dice: "Las aguas robadas son más dulces, y el pan escondido es más sabroso" (Prov. IX, 17). De ahí que también se añade aquí: "Y como furtivamente mi oído percibió el murmullo de sus palabras". Perciben las venas del murmullo furtivamente, porque al abandonar la gracia del conocimiento compartido, no entran por la puerta, como atestigua el Señor, quien dice: "El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otro lado, ese es ladrón y salteador" (Juan X, 1, 2). Así, quien recibe furtivamente las venas del murmullo divino, al buscar el conocimiento de su virtud, abandona la puerta de la predicación pública y busca las grietas de una inteligencia torcida. Y dado que el ladrón y salteador, que entra por otro lado, ama las tinieblas y aborrece la claridad de la luz, con razón se añade:

CAPÍTULO XXIV [Ant. XIX].

VERS. 13.---En el horror de la visión nocturna, cuando suele el sueño ocupar a los hombres.

46. Para mostrar que lo que enseñan es elevado, declaran que apenas pueden comprenderlo. A veces se exaltan por la singularidad de su sabiduría. Con frecuencia, los herejes, al intentar decir cosas más elevadas, son testigos de que lo que proclaman no es verdad. En una visión nocturna, se percibe de manera incierta. Por lo tanto, afirman haber percibido las grietas del susurro en el temor de la visión nocturna, porque para mostrar a otros que lo que enseñan es elevado, apenas pueden declarar que lo comprenden. Pero de aquí se debe deducir cómo podrán ser ciertas para los oyentes las cosas que ellos mismos han visto de manera incierta. Por un orden admirable, cuando hablan de cosas elevadas, en la revelación de su necesidad, quedan atados por las mismas voces de su altitud. Cuanto más se elevan por la singularidad de su sabiduría, se muestra cuando inmediatamente se añade: Cuando el sueño suele apoderarse de los hombres. Como si los herejes dijeran abiertamente: Cuando los hombres duermen abajo, nosotros vigilamos para percibir las cosas celestiales, porque nos son conocidas, a las cuales los corazones adormecidos de los demás hombres no se elevan para conocer. Como si dijeran más abiertamente: En lo que nuestra inteligencia se eleva, el sentido de los demás hombres duerme. Sin embargo, a veces, cuando ven que esto es despreciado por el oyente, fingen temer lo que dicen. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 14.---El pavor me sobrecogió y el temblor, y todos mis huesos se estremecieron.

47. Ahora se simulan temerosos.---Porque, en efecto, desean parecer admirables por la altura de su doctrina, fingen temer lo que inventan; y siendo menor esfuerzo escuchar que hablar, son audaces para proferir aquello que afirman, ya que apenas pudieron escucharlo ellos mismos. Por lo tanto, se añade aún:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 15, 16.---Y cuando un espíritu pasaba ante mí, se erizaron los cabellos de mi carne; se detuvo alguien, cuyo rostro no reconocía.

48. Ahora pretenden haber conocido lo incomprensible.---Para indicar que han conocido lo incomprensible, narran que el espíritu no se detuvo, sino que pasó ante ellos; y fingen haber visto un rostro desconocido, para mostrar que son conocidos por aquel que no puede ser conocido por la mente humana. Donde aún se añade:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 16.---Una imagen ante mis ojos, y escuché una voz como de una suave brisa.

49. No pueden contemplar a Dios espiritualmente, sin embargo, no siempre yerran. Hablan de cosas verdaderas y sublimes. A menudo, los herejes se imaginan a Dios de una manera que no pueden contemplar espiritualmente; y afirman escuchar su voz como un suave susurro, porque se regocijan en ser, según ellos, más familiares que otros en conocer sus secretos. No enseñan lo que Dios dice públicamente, sino lo que parece ser susurrado a sus oídos en secreto. Hemos dicho esto para que se entienda más profundamente lo que debe percibirse en los discursos de Elifaz bajo la apariencia de los herejes. Pero los amigos del bienaventurado

Job no serían amigos de un hombre tan grande si no hubieran aprendido algo manifiesto de la verdad, porque aunque yerran en sus sentencias de corrección, no titubean completamente en el conocimiento de la verdad: repitamos estas mismas palabras un poco más arriba, para discernir con más sutileza cómo lo que se dice sobre la percepción de la verdad puede ser expresado verdaderamente por quienes piensan correctamente. [Vet. XX.] A veces, los herejes hablan de ciertas cosas verdaderas y sublimes, no porque las perciban divinamente, sino porque las han aprendido en oposición a la santa Iglesia; y no las llevan al progreso de la conciencia, sino a la ostentación del conocimiento. Por lo tanto, sucede a menudo que dicen cosas elevadas al saber, pero al vivir, desconocen lo que dicen. Ya sea bajo la apariencia de los herejes, es decir, aquellos que retienen las palabras pero no la vida del conocimiento, o ciertamente desde la perspectiva de los amigos del bienaventurado Job, quienes pudieron experimentar sin duda al percibir el conocimiento de la verdad, lo que se esforzaron por enseñar al hablar, discutamos con más sutileza estas mismas cosas que hemos mencionado; para que, al examinar cuidadosamente el discurso de Elifaz, se demuestre cuán grande era su conocimiento; aunque en ese mismo conocimiento no mantuvo la humildad, quien se arrogó un bien común como algo especial para sí mismo. Dice, pues:

CAPÍTULO XXVIII [Rec. XIX].

VERS. 12.---Además, a mí se me dijo una palabra oculta.

SENTIDO ALEGÓRICO.---50. El Verbo oculto, el Hijo de Dios, o la locución del Espíritu Santo. Esto es percibido por pocos. Puede ser sentido, no expresado.---En efecto, el Verbo oculto es llamado el Hijo invisible, del cual Juan dice: En el principio era el Verbo. Él mismo también insinúa que es oculto, al añadir: Y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Pero este verbo oculto se dice a las mentes de los elegidos, cuando el poder del Hijo unigénito se manifiesta a los creyentes. También puede entenderse por el verbo oculto, la locución de la íntima aspiración; de la cual Juan dice: Su unción os enseña acerca de todas las cosas (1 Juan 2, 27). Esta aspiración, al tocar la mente humana, la eleva, y al deprimir los pensamientos temporales, la inflama con deseos eternos, de modo que ya no le agrada nada, sino lo que es celestial, y desprecia todo lo que resuena abajo por la corrupción humana. Escuchar, por tanto, el verbo oculto es concebir en el corazón la locución del Espíritu Santo. Esto, de hecho, no puede ser conocido, sino por aquel que puede poseerlo. Por eso, con la voz de la Verdad, se dice de esta locución oculta: Yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir (Juan 14, 16). Pues así como el mismo Paráclito, después de la ascensión del Mediador, es otro consolador del género humano, en sí mismo es invisible; así enciende a todo aquel a quien llena, para desear las cosas invisibles. Y puesto que los corazones mundanos solo aman lo visible, el mundo no lo recibe, porque no se eleva a amar lo invisible. En efecto, las mentes seculares, cuanto más se expanden hacia afuera por los deseos, tanto más estrechan el seno del corazón para recibirlo. Y dado que en el género humano son muy pocos los que, purificados de la suciedad de los deseos temporales, se expanden por esta misma purificación para la percepción del Espíritu Santo, este verbo se dice oculto, porque sin duda es percibido en el corazón por algunos, lo que es desconocido por la mayoría de los hombres. O ciertamente esta misma inspiración del Espíritu Santo es el verbo oculto, porque puede ser sentido, pero no puede ser expresado con el ruido de la locución. Así, cuando la aspiración divina eleva la mente sin ruido, se escucha el verbo oculto, porque la palabra del Espíritu suena silenciosamente en el oído del corazón. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXIX [Rec. XX].

IBID.---Y como furtivamente mi oído captó el murmullo de su susurro.

51. Busca una mente abstraída de lo visible. De qué diversas maneras se le dirige.---El oído del corazón recibe furtivamente las venas del susurro celestial, porque la mente inspirada reconoce rápidamente y en secreto la sutileza de la locución íntima. Pues si no se oculta de los deseos exteriores, no penetra en lo interno. Y se oculta para escuchar, y escucha para ocultarse; porque al apartarse de lo visible, contempla lo invisible, y al llenarse de lo invisible, desprecia perfectamente lo visible. Cabe señalar que no dice: "Como furtivamente mi oído recibió su susurro", sino "las venas de su susurro". El susurro de la palabra oculta es esta misma locución de la aspiración interna. Las venas del susurro se llaman los orígenes de las causas, por las cuales esta misma aspiración se conduce a la mente. Pues es como si abriera las venas de su susurro, cuando Dios nos insinúa secretamente de qué maneras llega al oído de nuestra inteligencia. A veces nos conmueve con amor, a veces con temor; a veces muestra cuán insignificantes son las cosas presentes, y eleva el deseo de amar las eternas; a veces primero indica las eternas, para que después las temporales se vuelvan despreciables. A veces nos revela nuestros propios males, y nos extiende hasta el punto de que también nos duelan los males ajenos. A veces nos presenta los males ajenos ante nuestros ojos, y nos corrige maravillosamente de nuestra propia maldad al compungirnos. Escuchar furtivamente las venas del susurro divino es reconocer tenuemente y en secreto los modos ocultos de la aspiración divina.

52. Dios nos susurra, porque no se manifiesta plenamente. A través de las obras creadas, como por ciertas rendijas, se nos presenta admirable. Aunque todavía podemos entender de manera diferente el susurro o las venas del susurro. Quien susurra, habla en secreto, y no expresa su voz, sino que la imita. Por lo tanto, mientras estemos oprimidos por la corrupción de la carne, de ninguna manera vemos la claridad del poder divino, tal como permanece inmutable en sí mismo, porque la debilidad de nuestra visión no soporta lo que de su rayo de eternidad brilla sobre nosotros de manera intolerable. Así, cuando el Dios omnipotente se nos indica a través de las rendijas de la contemplación, no nos habla, sino que nos susurra, porque aunque no se revela plenamente, sin embargo, manifiesta algo de sí mismo a la mente humana. Sin embargo, ya no susurra, sino que habla, cuando su forma cierta se nos revela. Por eso, en el Evangelio, la Verdad dice: "Os anunciaré abiertamente del Padre" (Juan 16, 26). De ahí que Juan diga: "Le veremos tal como es" (1 Juan 3, 2). Y Pablo dice: "Entonces conoceré como soy conocido" (1 Corintios 13, 12). Ahora bien, el susurro divino tiene tantas venas hacia nosotros como obras creadas preside la divinidad misma. Pues al contemplar todas las cosas creadas, nos elevamos en admiración del creador. Así como el agua fluye suavemente, buscada a través de venas hendidas para aumentar, y se derrama más ampliamente cuanto más abiertas encuentra las venas; así nosotros, al recoger diligentemente el conocimiento de la divinidad a partir de la consideración de su creación, abrimos hacia nosotros las venas de su susurro; porque al ver lo que está hecho, admiramos la virtud del hacedor; y a través de lo que está en público, nos llega lo que está oculto. Es como si un sonido llegara a nosotros, cuando nos muestra sus obras para que las consideremos, en las cuales se indica a sí mismo de alguna manera, al manifestar cuán incomprensible es. Por lo tanto, como no podemos considerarlo dignamente, no escuchamos su voz, sino apenas su susurro. Porque, ya que no podemos comprender plenamente ni siquiera lo que está creado, se dice correctamente: "Casi furtivamente mi oído captó las venas de su susurro". Expulsados de los gozos del paraíso y castigados con la pena de la ceguera, apenas captamos las venas del susurro, porque también consideramos sus obras maravillosas de manera rápida y tenue.

[Vet. XXI] Sin embargo, es necesario saber que cuanto más elevada considera la mente su virtud, tanto más reprimida teme su rectitud. Por lo tanto, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXX [Rec. XXI].

VERS. 13.---En el horror de la visión nocturna.

53. Cuanto más se eleva la mente hacia Dios, más tiembla por sus acciones. De ahí que tema y ame a Dios más intensamente. El horror de la visión nocturna es el temor de la contemplación oculta. En efecto, cuanto más se eleva la mente humana, considerando las cosas eternas, más teme y se estremece por sus acciones temporales; porque se ve a sí misma más culpable cuanto más percibe que se ha desviado de aquella luz que brilla sobre ella; y así, iluminada, teme más, porque ve con mayor claridad cuán lejos está de la regla de la verdad; y su propio progreso la sacude con un temor grave, ya que antes, como si nada viera, se sentía más segura. Aunque haya avanzado en cualquier virtud, no comprende aún claramente algo de la eternidad, sino que lo percibe bajo una especie de oscuridad de la imaginación. Por eso, esta misma se llama visión nocturna. En la noche, como dijimos antes, vemos de manera incierta; en el día, en cambio, vemos con claridad. Porque, al contemplar el rayo del sol interior, se interpone la nube de nuestra corrupción, y esa luz inmutable no irrumpe en los ojos débiles de nuestra mente tal como es; aún vemos a Dios como en una visión nocturna, cuando sin duda nos oscurecemos bajo una contemplación incierta. Pero aunque la mente haya concebido algo mínimo de Él, en la consideración de su grandeza se estremece, y teme más, porque se siente inadecuada ante las huellas de su contemplación, y al volver a sí misma, lo ama más intensamente, ya que, incapaz de soportar su maravillosa dulzura, apenas la ha saboreado bajo una visión incierta. Pero como no se alcanza la cumbre de esta elevación sin antes reprimir la multitud importuna de deseos carnales, con razón se añade:

CAPÍTULO XXXI [Rec. XXII].

IBID.---Cuando suele el sueño ocupar a los hombres.

54. No se llega a la contemplación sino con los deseos carnales aplacados. El sueño se entiende de tres maneras. Quien desea realizar las cosas del mundo, está como despierto; pero quien busca la paz interior y huye del ruido de este mundo, está como dormido. Primero, es necesario saber que en la Sagrada Escritura, el sueño se toma figuradamente de tres maneras. A veces, el sueño indica la muerte de la carne, a veces la pereza de la negligencia, y a veces, al haber vencido los deseos terrenales, la paz de la vida. En efecto, con el nombre de sueño o dormición se insinúa la muerte de la carne, como dice Pablo: No quiero que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen. Y poco después: Así también Dios traerá con Jesús a los que durmieron en él (1 Tes. IV, 12). El sueño también designa la pereza de la negligencia, como dice el mismo Pablo: Ya es hora de que despertemos del sueño (Rom. XIII, 11). Y nuevamente: Despertad, justos, y no pequéis (1 Cor. XV, 34). El sueño, además, al haber vencido los deseos de la carne, figura la paz de la vida, como se dice con la voz de la esposa en el Cantar de los Cantares: Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V, 2); porque, en efecto, cuanto más la mente santa se aparta del ruido de la concupiscencia temporal, tanto más verdaderamente conoce lo interior; y tanto más vigilante está hacia lo íntimo, cuanto más se oculta de la inquietud exterior. Esto se representa bien por Jacob durmiendo en el camino (Gén. XXVIII, 11), quien puso una piedra bajo su cabeza y se durmió: vio una escalera apoyada en la tierra que llegaba al cielo, al Señor apoyado en la escalera, y a los ángeles subiendo y bajando. Dormir en el camino, pues, es en este tránsito de la vida presente

descansar del amor a las cosas temporales. Dormir en el camino es, en el curso de los días que pasan, cerrar los ojos de la mente al apetito de lo visible: ojos que el seductor abrió a los primeros hombres, quien dijo: Sabe Dios que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos (Gén. III, 5, 6). Por lo cual, poco después se añade: Tomó del fruto de él, y comió; y dio también a su marido, quien comió, y se abrieron los ojos de ambos. La culpa, en efecto, abrió los ojos de la concupiscencia, que la inocencia mantenía cerrados. Ver a los ángeles subiendo y bajando es contemplar a los ciudadanos de la patria celestial, o con cuánto amor se adhieren a su Creador por encima de sí mismos, o con cuánta compasión de caridad condescienden a nuestras debilidades.

55. Para la contemplación no basta con descansar de las acciones del mundo, sino que también se deben ejercitar las virtudes. Y es muy notable que aquel que duerme ve a los ángeles, quien pone su cabeza sobre una piedra; porque ciertamente, aquel que cesa de las obras exteriores penetra en lo interno, quien observa atentamente lo que es principal en el hombre, la imitación de su redentor. Poner la cabeza sobre la piedra es adherirse mentalmente a Cristo. Pues aquellos que están alejados de la acción de la vida presente, pero no son arrebatados por ningún amor hacia lo celestial, pueden dormir, pero no pueden ver a los ángeles; porque desprecian tener la cabeza sobre la piedra. Hay, de hecho, algunos que huyen de las acciones del mundo, pero no se ejercitan en ninguna virtud. Estos, sin duda, duermen por pereza, no por devoción; y por eso no contemplan lo interno, porque han puesto su cabeza no sobre la piedra, sino sobre la tierra. A estos les sucede a menudo que cuanto más seguros están de cesar de las acciones externas, tanto más acumulan en sí mismos el ruido de pensamientos impuros a través del ocio. Por eso, bajo la apariencia de Judea, el alma que languidece en el ocio es lamentada por el Profeta, cuando se dice: "La vieron sus enemigos, y se burlaron de sus sábados" (Lamentaciones 1, 7). Pues por mandato de la ley se cesa de la obra exterior en el sábado. Los enemigos, por tanto, al ver los sábados, se burlan, cuando los espíritus malignos arrastran los momentos de ocio hacia pensamientos ilícitos; de modo que cada alma, cuanto más se cree apartada de las acciones externas para servir a Dios, tanto más sirve a su tiranía pensando en lo ilícito. Pero los hombres santos, que no son adormecidos por las obras del mundo por pereza, sino por virtud, duermen con más esfuerzo de lo que podrían vigilar, porque en lo que superan al abandonar las acciones de este siglo, luchan diariamente con fuerte conflicto contra sí mismos, para que la mente no languidezca por negligencia, no se enfríe sometida al ocio hacia deseos impuros, no se inflame más de lo justo en los mismos buenos deseos, no languidezca de la perfección bajo la apariencia de discreción al perdonarse a sí misma. Hace esto, y se aparta completamente de la inquieta concupiscencia de este mundo, y abandona el ruido de las acciones terrenales, y a través del estudio del descanso, atenta a las virtudes, duerme vigilante. Pues no se es llevado a contemplar lo interno, a menos que se retire diligentemente de lo que implica exteriormente. De ahí que la Verdad misma dice: "Nadie puede servir a dos señores" (Mateo 6, 24). De ahí que Pablo dice: "Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios seculares, para agradar a aquel que lo eligió" (2 Timoteo 2, 4). De ahí que el Señor, advirtiendo a través del Profeta, dice: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios" (Salmo 45, 11). Porque, por tanto, el conocimiento interno no se contempla, a menos que se cese de la implicación externa, ahora se expresa correctamente el tiempo de la palabra escondida y del susurro divino, cuando se dice: "en el horror de la visión nocturna, cuando suele el sueño ocupar a los hombres", porque ciertamente nuestra mente de ninguna manera es arrebatada a la fuerza de la contemplación íntima, a menos que primero sea adormecida diligentemente del tumulto de los deseos terrenales. Pero el alma humana, elevada por una especie de máquina de su contemplación, cuanto más alto contempla sobre sí misma, tanto más terriblemente tiembla en sí misma. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXXII [Rec. XXIII].

VERS. 14.---El pavor me ha sobrecogido, y el temblor, y todos mis huesos están aterrados.

56. Cuanto más profundamente contemplamos la rectitud de Dios, más tememos por la nuestra. ¿Qué se significa por los huesos, sino las acciones fuertes? De las cuales también se dice por el Profeta: El Señor guarda todos sus huesos (Salmo XXXIII, 21). Y a menudo los hombres estiman que lo que hacen tiene algún valor, porque ignoran cuán sutil es el juicio de la estricta justicia. Pero cuando, arrebatados por la contemplación, ven las cosas celestiales, de algún modo se disuelven en la seguridad de su propia presunción; y tanto más tiemblan ante la presencia divina, cuanto más consideran que sus buenas obras no son dignas del examen de Aquel a quien contemplan. Por eso, aquel que había progresado realizando obras fuertes, elevado por el espíritu clamaba: Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como tú? (Salmo XXXIV, 10). Como si dijera: Mis carnes no tienen palabras, porque mis debilidades ante ti guardan un profundo silencio; pero mis huesos proclaman la alabanza de tu grandeza, porque incluso aquellos que creí fuertes en mí, tiemblan ante tu consideración. Por eso, cuando Manué, temiendo tras ver al ángel, dice: Moriremos, porque hemos visto al Señor (Jueces XIII, 22), su esposa lo consuela de inmediato, diciendo: Si el Señor quisiera matarnos, no habría aceptado de nuestras manos el holocausto y las libaciones (Ibid., 23). ¿Qué significa que ante la visión del ángel el hombre se vuelve temeroso y la mujer audaz, sino que cada vez que se nos muestran las cosas celestiales, el espíritu se estremece de miedo, pero la esperanza se atreve? De ahí que la esperanza se eleva para atreverse a cosas mayores, mientras el espíritu se turba, porque primero ve las cosas celestiales. Porque cuando la mente elevada contempla los secretos más altos del cielo, toda la solidez de las fuerzas humanas tiembla, y con razón se dice ahora: El pavor me ha tomado, y el temblor, y todos mis huesos están aterrados. Como si se dijera abiertamente: Percibiendo los arcanos de la sutil intimidad, donde me creía fuerte, ante la presencia del juez titubeé. Contemplando la estricta justicia divina, con razón tememos incluso por las obras que creíamos fuertes. Pues llevada nuestra rectitud a la regla interna, si encuentra un juicio estricto, se enfrenta a muchos pliegues de sus propias torceduras en la rectitud interna. Por eso, bien dice Pablo, al ver que tenía los huesos de las virtudes, y sin embargo, bajo el estricto examen, estos mismos huesos temblaban, dice: Para mí es de poca importancia ser juzgado por vosotros, o por juicio humano. Ni siquiera me juzgo a mí mismo; pues nada me reprocha mi conciencia (I Cor. IV, 3). Pero al escuchar las venas del susurro divino, estos mismos huesos suyos temblaron, y de inmediato añadió: Pero no por esto soy justificado: quien me juzga es el Señor. Como si dijera: recuerdo haber actuado rectamente, y sin embargo no presumo de mis méritos, porque nuestra vida es llevada a su examen, bajo el cual incluso los huesos de nuestra fortaleza se turban.

57. La gracia de la contemplación no es duradera.---Pero cuando la mente se eleva en la contemplación, superando las angustias de la carne, a través del poder de la especulación, vislumbra algo de la libertad de la seguridad interior, no puede permanecer mucho tiempo sobre sí misma; porque aunque el espíritu la eleva a las alturas, la carne, sin embargo, con el peso de su propia corrupción, la empuja hacia abajo. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 15.---Y cuando el espíritu pasaba ante mí, se erizaron los cabellos de mi carne.

58. Conocemos las cosas invisibles, pero de manera fugaz.---Cuando estamos presentes, el espíritu pasa, ya que conocemos las cosas invisibles, y sin embargo, no las vemos de manera

sólida, sino fugazmente. Pues la mente no se fija por mucho tiempo en la dulzura de la contemplación íntima, porque es devuelta a sí misma, deslumbrada por la inmensidad de la luz. Y cuando saborea la dulzura interna, arde de amor, se esfuerza por ir más allá de sí misma, pero, quebrantada, recae en las tinieblas de su debilidad; y aunque progresa con gran virtud, ve que no puede ver aquello que ama ardientemente, y sin embargo, no lo amaría ardientemente si no lo viera de alguna manera. Por lo tanto, el espíritu no se detiene, sino que pasa, porque nuestra contemplación nos revela la luz suprema cuando la anhelamos, y pronto la oculta cuando nos debilitamos. Y porque en esta vida, por mucha virtud que alguien haya alcanzado, aún siente el aguijón de su corrupción: Pues el cuerpo, que se corrompe, pesa sobre el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15), con razón se añade: Se erizaron los cabellos de mi carne.

[Rec. XXIV.] 59. Nadie aquí es tan perfecto que no le nazca siempre algo que deba ser cortado. Pues los pelos de la carne son cualquier exceso de la corrupción humana. Los pelos de la carne son los pensamientos de la vida antigua, que cortamos de la mente de tal manera que no nos fatiguemos con dolor por su pérdida. Bien se dice por Moisés: Los levitas se afeitarán todos los pelos de su carne (Núm. VIII, 7). El levita, en efecto, es llamado a ser elegido. Por lo tanto, es necesario que los levitas se afeiten todos los pelos de la carne, porque aquel que es asumido en los servicios divinos debe aparecer ante los ojos de Dios limpio de todos los pensamientos carnales, para que la mente no produzca pensamientos ilícitos y no haga que la hermosa apariencia del alma se vuelva deforme como si estuviera cubierta de pelos. Pero, por más que, como hemos dicho, la virtud de una santa conversación eleve a alguien, todavía le nace de la antigüedad de la vida algo que debe ser tolerado. Por eso, también se ordena que los pelos de los levitas sean afeitados, no arrancados. Pues al afeitar los pelos, las raíces permanecen en la carne y vuelven a crecer para ser cortadas de nuevo, porque los pensamientos superfluos deben ser amputados con gran diligencia, pero no pueden ser eliminados por completo. Siempre la carne genera excesos que el espíritu debe cortar con la espada de la preocupación. Sin embargo, percibimos esto en nosotros con mayor sutileza cuando penetramos en las profundidades de la especulación. Por eso, se dice correctamente ahora: Cuando el espíritu pasaba ante mí, se erizaron los pelos de mi carne.

[Vet. XXIV.] 60. Esto lo corta con más cuidado la mente dedicada a la contemplación, y así casi fija el Espíritu, aunque no lo retiene por mucho tiempo. En efecto, la mente humana, elevada en la cima de la contemplación, se atormenta a sí misma más severamente por las cosas superfluas, cuanto más sutil percibe que es aquello que ama; y cuando contempla la belleza de lo que desea por encima de sí misma, juzga estrictamente todo lo que en sí misma antes toleraba tranquilamente como débil. Por lo tanto, cuando el espíritu pasa, los cabellos tiemblan, porque ante la fuerza de la compunción huyen los pensamientos superfluos, de modo que ya no agrada nada frívolo, nada relajado, porque la severidad de la visita íntima inflama la mente inspirada incluso contra sí misma. Y cuando lo que nace ilícito en el corazón se corta con continua severidad, sucede a menudo que la mente, fortalecida, se adhiere un poco más ampliamente al rayo de su especulación, y casi fija el espíritu que pasaba. Sin embargo, esta misma demora de la contemplación no revela plenamente la fuerza de la Divinidad, porque su inmensidad trasciende las fuerzas humanas aumentadas y elevadas. Por lo cual, bien se añade:

CAPÍTULO XXXIV [Rec. XXV].

VERS. 16.---Se detuvo un hombre, cuyo rostro no reconocía.

61. El hombre, hecho totalmente carnal por el pecado, no piensa sin imágenes de cuerpos. Que perciba su alma y luego a Dios sin ellas. Pues no decimos de alguien, sino ciertamente de aquel a quien no queremos o no podemos expresar. Pero con qué mente se dice aquí "alguien", evidentemente se expone cuando inmediatamente se añade: "Cuyo rostro no reconocía". El alma humana, expulsada de los gozos del paraíso por el vicio de los primeros hombres, perdió la luz de las cosas invisibles y se entregó completamente al amor de las cosas visibles; y tanto más se cegó a la especulación interna cuanto más se dispersó deformemente hacia afuera; de donde resulta que no conoce nada sino aquello que, por así decirlo, palpa con los ojos corporales. Pues el hombre, que si hubiera querido guardar el precepto, incluso en la carne habría sido espiritual, al pecar se hizo carnal incluso en la mente, de modo que solo piensa en lo que atrae al alma a través de imágenes de cuerpos. El cuerpo es, en efecto, del cielo, de la tierra, de las aguas, de los animales y de todas las cosas visibles, que contempla incesantemente, en las cuales, mientras la mente se proyecta deleitada, se vuelve torpe por la sutileza de la inteligencia interna; y porque ya no puede elevarse a las cosas sublimes, yace débilmente en ellas con gusto. Pero cuando con grandes esfuerzos intenta levantarse de ellas, es muy grande si el alma es llevada al conocimiento de sí misma, reprimida la imagen corporal; para que se piense a sí misma sin imagen corpórea, y al pensarse a sí misma, se prepare el camino hasta considerar la sustancia de la eternidad.

[Vet. XXV.] 62. Cuánto dista el alma humana de la sustancia divina. Si aún no percibe qué es Dios, ciertamente percibe qué no es. De este modo, se presenta a sí misma como una especie de escalera, por la cual, ascendiendo desde lo exterior, pasa a sí misma y desde sí misma se dirige hacia su autor. Pues al abandonar las imágenes corporales, la mente, al venir a sí misma, asciende no poco. Pero aunque el alma sea incorpórea, como se adhiere al cuerpo, se reconoce por su propia cualidad, que se retiene en lugar de la carne. Mientras olvida lo sabido, conoce lo desconocido, recuerda lo que fue entregado al olvido, se alegra después de la tristeza, se somete después de la alegría: con su propia diversidad indica cuánto dista de la sustancia de la inmutable eternidad, que siempre es lo mismo: presente en todas partes, invisible en todas partes, entera en todas partes, incomprensible en todas partes, es percibida por la mente anhelante sin visión, sin duda es escuchada, es recibida sin movimiento, es tocada sin cuerpo, es retenida sin lugar. Cuando la mente, acostumbrada a las cosas corporales, piensa en esta sustancia, soporta las fantasías de diversas imágenes. Al apartarlas de los ojos de su intención con la mano de la discreción, posponiéndolas a todas, ya la contempla en cierta medida. Si aún no aprehende qué es, ciertamente ha reconocido qué no es. Por lo tanto, cuando la mente es llevada a lo insólito al indagar la esencia de la divinidad, se dice correctamente ahora: Se detuvo alguien, cuyo rostro no reconocía.

63. Estar es propio solo de Dios. --- Sin embargo, se ha dicho bien que se mantuvo firme. Toda criatura, en efecto, porque ha sido hecha de la nada y por sí misma tiende a la nada, no tiene el estar, sino el fluir. La criatura racional, por el hecho mismo de haber sido creada a imagen de su autor, para no pasar a la nada, es fijada; la irracional, en cambio, de ninguna manera es fijada, sino que, mientras cumple con el servicio de su visión para completar la apariencia del universo, es retardada en su tránsito. Pues aunque el cielo y la tierra permanecen para siempre, por sí mismos ahora se apresuran hacia la nada, pero perseveran siendo transformados en algo mejor para el uso de aquellos a quienes sirven. Estar, por tanto, es propio solo del creador, por quien todas las cosas que pasan no pasan, y en quien algunas son retenidas para que no pasen. Por eso, nuestro Redentor, ya que el estado de su divinidad no pudo ser comprendido por la mente humana, al venir a nosotros, creado, nacido, muerto, sepultado, resucitado y regresando a los cielos, nos lo mostró como si pasara. Lo cual bien insinúa en el Evangelio al ciego iluminado, a quien al pasar le dio el oído, pero estando firme

le restauró la vista (Mat. IX, 27; XX, 30; Marc. VIII, 22; Luc. XVIII, 35; Juan IX, 1). Pues por la dispensación de su humanidad tuvo que pasar; pero por el poder de su divinidad, porque está presente en todas partes, permanece. Se dice, por tanto, que el Señor escucha las voces de nuestra ceguera al pasar, porque hecho hombre se compadece de la miseria humana. Pero estando firme, restaura la luz, porque ilumina las tinieblas de nuestra debilidad con la virtud de su divinidad. Bien, pues, después de que se ha dicho: Cuando el espíritu pasaba en mi presencia, se añade: Se detuvo alguien cuyo rostro no reconocía. Como si se dijera abiertamente: A aquel que percibí al pasar, no lo encontré pasando. Él es, por tanto, quien pasa, él quien permanece. Pasa, en efecto, porque no puede ser comprendido; pero permanece, porque en cuanto es conocido, aparece inmutable. Porque, por tanto, aquel que siempre es el mismo es percibido rápidamente, al mismo tiempo Dios es visto pasando y permaneciendo. O ciertamente, permanecer es no ser variado por ningún cambio, como se dice a Moisés: Yo soy el que soy (Éxodo III, 14). Y como lo insinúa Santiago, diciendo: En quien no hay mudanza, ni sombra de variación (Santiago I, 17). Porque, en verdad, quien ya ha aprehendido algo de la contemplación de la eternidad, contempla esto a través de su especie coeterna, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXXV.

IBID.---Imagen ante mis ojos.

64. Todo lo que percibimos del Padre, lo vemos a través del Hijo. Pues el Hijo es la imagen del Padre, como Moisés insinúa sobre el hombre creado, diciendo: "Dios creó al hombre, a imagen de Dios lo hizo" (Génesis 1, 27). Y como un sabio dice sobre el mismo Hijo a través de la expresión de la Sabiduría: "Porque es el resplandor de la luz eterna" (Sabiduría 7, 26). Y como Pablo dice: "Quien siendo el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia" (Hebreos 1, 3). Por tanto, cuando se contempla su eternidad, en la medida en que la capacidad de nuestra debilidad lo permite, su imagen se presenta ante los ojos de nuestra mente; porque cuando verdaderamente nos dirigimos al Padre, lo vemos, en la medida en que lo comprendemos, a través de su imagen, es decir, a través del Hijo; y a través de esa forma, que ha nacido de Él sin principio, intentamos de algún modo contemplarlo, a Él que ni comenzó ni termina. Por eso, esta misma Verdad dice en el Evangelio: "Nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14, 6). Bien se añade:

CAPÍTULO XXXVI [Rec. XXVI].

IBID.---Y oí una voz como de una brisa suave.

65. La voz del Espíritu Santo es tanto una brisa suave como un viento impetuoso. ¿Qué se representa con la voz de la brisa suave, sino el conocimiento del Espíritu Santo, que procede del Padre y toma de lo que es del Hijo, infundiéndose tenuemente en la debilidad de nuestro entendimiento? Sin embargo, al venir sobre los apóstoles, se manifiesta a través de un sonido exterior como un viento impetuoso, cuando se dice: "Y de repente vino del cielo un ruido como de un viento impetuoso" (Hechos 2, 2). El Espíritu Santo, al insinuarse en la debilidad del conocimiento humano, se expresa tanto con el sonido de un viento impetuoso como con la voz de una brisa suave; porque al venir, es a la vez impetuoso y suave: suave, porque modera su conocimiento a nuestros sentidos para que, en la medida de lo posible, pueda ser comprendido; impetuoso, porque, aunque lo modere, con su llegada perturba iluminando la ceguera de nuestra debilidad. Con su iluminación nos toca suavemente, pero sacude intensamente nuestra indigencia.

66. Una brisa suave se revela aquí, aunque sea mínimamente, a los santos. En la contemplación, cualquier cosa que la mente pueda percibir perfectamente, no es Dios. La voz de Dios se escucha como una brisa suave, porque en esta vida, la Divinidad no se revela a sus contempladores tal como es, sino que muestra su claridad tenuemente a los ojos debilitados de nuestra mente. Esto se simboliza bien en la aceptación de la ley, cuando se dice que Moisés subió y el Señor descendió en el monte (Éxodo 24, 1). El monte es nuestra propia contemplación, a la cual ascendemos para ser elevados a ver lo que está más allá de nuestra debilidad. Pero el Señor desciende a ella, porque a aquellos que progresan mucho, les revela poco de sí mismo a nuestros sentidos; si bien se puede decir que en Él hay poco o algo, quien siendo siempre uno e inmutable, no puede ser comprendido parcialmente, y sin embargo se dice que es compartido por sus fieles, aunque en su sustancia no se admite parte alguna. Pero como no podemos expresarlo con un discurso perfecto, lo resonamos balbuceando de alguna manera, como impedidos por la debilidad de nuestra infancia humana. Y aunque elevados en gran contemplación, alcanzamos algo sutil del conocimiento de la eternidad, se muestra en las palabras de la historia sagrada, cuando el noble profeta Elías es instruido sobre el conocimiento de Dios. Cuando el Señor le prometió pasar delante de él, diciendo: "He aquí que el Señor pasa, un gran y fuerte viento que derriba montes y quiebra peñas delante del Señor"; inmediatamente añadió: "No está el Señor en el viento; y después del viento, un terremoto, no está el Señor en el terremoto; y después del terremoto, un fuego, no está el Señor en el fuego; y después del fuego, un susurro de una brisa suave" (1 Reyes 19, 11-12). El viento ante el Señor derriba montes y quiebra peñas, porque el temor que surge de su llegada derriba la altivez de nuestro corazón y derrite su dureza. Pero se dice que el Señor no está en el viento, el terremoto o el fuego, pero no se niega que esté en el susurro de una brisa suave; porque cuando la mente está suspendida en la sublimidad de la contemplación, cualquier cosa que pueda percibir perfectamente, no es Dios: pero cuando percibe algo sutil, eso es lo que escucha de la incomprensible sustancia de la eternidad. Percibimos como un susurro de una brisa suave cuando degustamos sutilmente el sabor de la verdad infinita en la contemplación. Entonces es verdadero lo que conocemos de Dios, cuando sentimos que no podemos conocerlo plenamente. Por eso se añade bien allí: "Cuando Elías lo oyó, cubrió su rostro con su manto y, entrando, se detuvo en la entrada de la cueva" (1 Reyes 19, 13). Después del susurro de la brisa suave, el profeta cubre su rostro con un manto, porque en la contemplación más sutil de la verdad, reconoce cuánta ignorancia cubre al hombre. Cubrir el rostro con un manto es no atreverse a buscar lo más alto, velándolo por la consideración de nuestra propia debilidad; para que no abra imprudentemente los ojos de la inteligencia más allá de sí mismo, sino que los cierre reverentemente ante lo que no puede comprender. Quien hace esto, se describe como estando en la entrada de la cueva. ¿Qué es nuestra cueva sino esta morada de corrupción, en la que aún estamos retenidos por la antigüedad? Pero cuando comenzamos a percibir algo del conocimiento de la Divinidad, es como si ya estuviéramos en la entrada de nuestra cueva. Porque aunque no podemos avanzar perfectamente, al anhelar el conocimiento de la verdad, ya captamos algo de la brisa de la libertad. Estar en la entrada de la cueva es, al reprimir el obstáculo de nuestra corrupción, comenzar a salir hacia el conocimiento de la verdad. Por eso, cuando la nube descendía sobre el tabernáculo, se recuerda que los israelitas, viéndolo desde lejos, se detenían en las puertas de sus tiendas (Éxodo 33, 9), porque aquellos que de alguna manera perciben la llegada de la Divinidad, es como si ya salieran de la morada de la carne. Porque la mente humana, por más que se esfuerce, apenas conoce los extremos de lo íntimo, se dice correctamente ahora: "Y escuché una voz como una brisa suave". Pero como cuando la divina cognición nos muestra al menos un poco de sí misma, nos enseña perfectamente la ignorancia de nuestra debilidad, quien escuchó la voz de la brisa suave, diga lo que aprendió de esta misma audición. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII [Rec. XXVII].

VERS. 17.---¿Acaso el hombre será justificado en comparación con Dios, o será el hombre más puro que su Hacedor?

67. La justicia humana comparada con la divina es injusticia. Quién refrena las quejas de los castigos de Dios. La justicia humana comparada con la justicia divina es injusticia: porque una lámpara se ve brillar en la oscuridad, pero colocada en el rayo del sol se oscurece. ¿Qué, entonces, reconoció Elifaz arrebatado en la contemplación, sino que el hombre no puede justificarse en comparación con Dios? Creemos que son rectas las acciones que realizamos exteriormente, pero cuando no conocemos lo interno, es como si estuviéramos en el rayo del sol y nos cegáramos. Cuando percibimos aquello de alguna manera, no juzgamos esto de cualquier manera, porque cada uno juzga las tinieblas con más sutileza cuanto más verdadera es la claridad de la luz que posee. Quien ve la luz, sabe qué pensar de las tinieblas. Pues quien ignora el resplandor de la luz, aprueba lo oscuro como si fuera luminoso. Bien se añade: ¿Será el hombre más puro que su Hacedor? Cualquiera que murmura por el castigo, ¿qué otra cosa hace sino acusar la justicia del que golpea? Por lo tanto, el hombre se considera más puro que su Hacedor si prepara una queja contra el castigo; y sin duda lo coloca por debajo de sí mismo, ya que refuta su juicio sobre su aflicción. Para que el hombre no se atreva a reprender al juez de la culpa, debe considerar humildemente al autor de la naturaleza, porque quien maravillosamente hizo al hombre de la nada, no aflige impiamente lo que ha hecho. Esto lo aprendió Elifaz cuando escuchó una voz como de suave brisa. En la consideración de la grandeza divina se aprende cuán humildemente debe temerse en su advertencia. Y quien degusta lo celestial, tolera con ecuanimidad lo inferior, porque contempla plenamente en su interior cuánto valora lo que hace exteriormente. Pues se considera recto erróneamente quien ignora la regla de la suma rectitud; y a menudo se cree que un madero es recto si no se compara con la regla; pero cuando se une a la regla, se descubre cuán torcido está, porque la rectitud lo reprende cortando lo que el ojo engañado aprobaba. Así, Elifaz, al haber contemplado lo celestial, emite un juicio estricto sobre lo inferior; y aunque no reprende correctamente al bienaventurado Job, en comparación con el creador de todo, describe correctamente la medida de la criatura diciendo:

[CAPÍTULO XXXVIII [Ant. XXVII, Rec. XXVIII].

VERS. 18, 19. He aquí, en sus siervos no confía, y en sus ángeles halla defectos: ¿cuánto más aquellos que habitan en casas de barro, cuyo fundamento es terrenal, serán consumidos como la polilla?

68. La naturaleza angélica, por qué es mutable y cómo se vuelve inmutable. La caída de los ángeles advierte a los hombres de no confiar en su propia debilidad. La polilla, la concupiscencia.---Aunque la naturaleza angélica, al adherirse a la contemplación de su Creador, permanece inmutable en su estado, por el mismo hecho de ser criatura, tiene en sí misma la posibilidad de cambio. Cambiar, sin embargo, es ir de un estado a otro y no ser estable en sí mismo. Pues cada cosa tiende hacia otro estado con tantos pasos como movimientos de su mutabilidad le son inherentes. Solo la naturaleza incomprensible no sabe moverse de su estado, ya que no puede cambiar de lo que siempre es lo mismo. Porque si la sustancia de los ángeles hubiera sido ajena al movimiento de la mutabilidad, bien creada por el Creador, de ninguna manera habría caído de la cima de su bienaventuranza en los espíritus reprobados. Sin embargo, Dios omnipotente creó maravillosamente la naturaleza de los

espíritus supremos buena, pero mutable, para que aquellos que no quisieran permanecer, cayeran, y aquellos que persistieran en su condición, fueran tanto más dignos en ella, cuanto que permanecieran por su propia voluntad; y se hicieran de mayor mérito ante Dios, al fijar el movimiento de su mutabilidad con la estabilidad de su voluntad. Por lo tanto, dado que la misma naturaleza angélica es en sí misma mutable, y ha vencido esta mutabilidad al estar ligada con los lazos del amor a aquel que siempre es el mismo, se dice correctamente ahora: "He aquí que los que le sirven no son estables". Y de inmediato se añade una prueba de esta mutabilidad, cuando se menciona a los espíritus apóstatas: "Y en sus ángeles halló maldad". De cuya caída se deduce bien la consideración de la debilidad humana, cuando se añade enseguida: "¿Cuánto más aquellos que habitan en casas de barro, que tienen un fundamento terrenal, serán consumidos como la polilla?" Habitamos en casas de barro, porque existimos en cuerpos terrenales. Lo cual Pablo consideró bien cuando dijo: "Tenemos este tesoro en vasos de barro" (II Cor. IV, 7). Y de nuevo: "Sabemos que si nuestra casa terrenal de esta morada se deshace, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos" (II Cor. V, 1). El fundamento terrenal es también la sustancia de la carne. Lo cual el salmista observó cuidadosamente en sí mismo cuando decía: "No fue ocultado de ti mi hueso, que hiciste en lo oculto, y mi sustancia en las partes más bajas de la tierra" (Salmo CXXXVIII, 15). La polilla nace de la ropa y corrompe la misma ropa de la que surge. La carne es como una especie de vestidura del alma; pero esta vestidura ciertamente tiene su polilla, porque de ella surge la tentación carnal, que la desgarrar. Pues nuestra vestidura se consume como por una polilla propia, cuando la carne corruptible genera tentación y por esta llega a la destrucción. El hombre se consume como la polilla, cuando de sí mismo surge aquello que lo destruye. Como si dijera abiertamente: Si esos espíritus no pueden ser inmutables por sí mismos, que no son oprimidos por ninguna debilidad de la carne; ¿con qué temeridad los hombres piensan que pueden permanecer constantemente en el bien, cuando en aquello que el intelecto eleva a lo más alto, la debilidad carnal los agobia y les impide, de modo que por el vicio de la corrupción tienen en sí mismos aquello por lo que envejecen desde su novedad más íntima?

[Vet. XXVIII.] 69. Los ángeles son doctores, quienes, aunque santos, no están sin culpa. La polilla, que causa daño sin hacer ruido, representa a los inicuos que no prestan atención a sus propios daños. También pueden entenderse como santos doctores a través de los ángeles, como se dice por el profeta: "Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca buscan la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos" (Mal. VII, 1). Por más que brillen con cualquier virtud, no pueden estar completamente sin culpa mientras caminan por el camino de la vida presente, ya que sus pasos, sin duda, son tocados por el lodo de la obra ilícita o el polvo del pensamiento. Habitan en casas de barro aquellos que se regocijan en esta vida carnal llena de placeres. Pablo había despreciado habitar en esta casa de barro cuando decía: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filip. III, 20, 21). Diga, pues: "He aquí que los que le sirven no son estables, y en sus ángeles encuentra perversidad; ¿cuánto más aquellos que habitan en casas de barro que tienen un fundamento terrenal, serán consumidos como la polilla?" Como si dijera abiertamente: Si no pueden transitar el camino de la vida presente sin contagio aquellos que, anunciando lo eterno, se preparan contra lo temporal, ¿qué pérdidas sufrirán aquellos que se regocijan en los placeres de la morada carnal? Porque los que le sirven no son estables, ya que cuando la mente se esfuerza por lo alto, se disipa con el pensamiento de su carne; de modo que a menudo el alma, mientras anhela lo íntimo, mientras contempla solo lo celestial, golpeada por un repentino deleite carnal, yace desgarrada de sí misma, y quien se alegraba de haber superado las molestias de su debilidad, gime postrado por una herida repentina. Por lo tanto, se encuentra perversidad incluso en los ángeles, cuando incluso aquellos que anuncian la verdad, a veces son gravados por la insidia de la vida engañosa. Si, por lo tanto, también estos son heridos por la iniquidad de este mundo, a

quienes la santa intención levanta contra él, ¿con qué golpes son penetrados aquellos a quienes la misma delectación de su debilidad derriba ante sus dardos? Bien se describe que son consumidos como la polilla. La polilla ciertamente causa daño, y no hace ruido; así las mentes de los inicuos, porque descuidan considerar sus daños, pierden la integridad como si no la conocieran. Pierden del corazón la inocencia, de la boca la verdad, de la carne la continencia, y con el paso del tiempo, de la edad, la vida. Pero no se dan cuenta de que pierden esto continuamente, mientras están ocupados con todo deseo en preocupaciones temporales. Por lo tanto, son consumidos como por la polilla, porque sin ruido, soportan la mordedura de la culpa, ignorando cuántas pérdidas de vida e inocencia sufren. Por lo cual, bien se añade:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 20.---Desde la mañana hasta la tarde serán abatidos.

70. Los réprobos ni siquiera en el último momento cambian su mente perversa. Desde la mañana hasta la tarde, el pecador es abatido, ya que desde el comienzo de su vida hasta su fin, es herido por la perpetración de la iniquidad. En todo momento, los réprobos, mediante el aumento de la maldad, multiplican los golpes contra sí mismos, por los cuales, abatidos, caen en lo profundo. De ellos se dice acertadamente por el Salmista: Los hombres sanguinarios y engañosos no llegarán a la mitad de sus días (Salmo 54, 25). Dividir los días, en efecto, es separar el tiempo de la vida mal vivida en placeres para dedicarlo al lamento de la penitencia, y así repararlo mediante un buen uso. Pero los inicuos de ninguna manera dividen sus días, porque no cambian su mente perversa ni siquiera en el último momento. En contraposición, Pablo advierte sabiamente diciendo: Redimiendo el tiempo, porque los días son malos (Efesios 5, 16). Redimimos el tiempo, en efecto, cuando reparamos llorando la vida pasada que perdimos en la lascivia. Sigue:

CAPÍTULO XL.

IBID.---Y porque nadie entiende, perecerán para siempre.

71. Desprecian saber qué castigos les esperan, qué premios aguardan a los justos. — Ninguno de ellos, evidentemente, será cortado desde la mañana hasta la tarde. Ninguno entiende, ni de aquellos que perecen, ni de aquellos que imitan las costumbres perdidas de los que perecen. Por eso está escrito en otro lugar: El justo perece, y no hay quien lo considere en su corazón, y los hombres de misericordia son recogidos, porque no hay quien entienda (Isaías VI, 57). Los inicuos, por lo tanto, mientras solo desean lo temporal y desprecian conocer qué bienes permanecen para los elegidos eternamente; mientras contemplan la aflicción de los justos, pero no reconocen cuál es la retribución de la aflicción, extienden el pie de su acción hacia el abismo, porque cierran voluntariamente sus ojos a la luz de la inteligencia. Engañados por placeres insensatos, mientras aman temporalmente lo que ven, alienados de sí mismos, no ven dónde caen eternamente. También puede designarse la prosperidad como la mañana y la adversidad de este mundo como la tarde. Desde la mañana hasta la tarde, los réprobos son cortados, porque perecen tanto por la lascivia en la prosperidad como por la impaciencia que los lleva a la locura en la adversidad. No serían cortados por la culpa desde la mañana hasta la tarde, si creyeran que la prosperidad es un estímulo o consideraran la adversidad como una incisión de su herida.

[Vet. XXIX.] 72. Quienes usan bien de las cosas prósperas o adversas.---Pero como de ninguna manera se abandona a la multitud del género humano para que todo tienda a la perdición, hay algunos que desprecian el placer de la vida presente, incluso cuando lo tienen, consideran que son transitorios, y por amor a la eternidad los pisan. Y cuando ponen su paso en este primer grado de juicio, llegan más vigorosos a cosas más altas, de modo que desprecian todas las cosas temporales no solo porque pronto se perderán, sino que no desean adherirse a ellas, incluso si pudieran ser eternas; y retiran su amor de las cosas bellamente creadas, porque con los pasos del corazón tienden hacia el mismo autor de la belleza. Y hay algunos que aman los bienes de la vida presente, pero sin embargo no los logran de ninguna manera: quienes anhelan con todos sus deseos las cosas temporales, buscan la gloria del mundo, pero no pueden alcanzarla. A estos, por así decirlo, el corazón los atrae hacia el mundo, el mundo los rechaza hacia el corazón. Pues a menudo sucede que, quebrantados por sus propias adversidades, vuelven en sí mismos y consideran cuán vanas son las cosas que buscaban, y por tan necio deseo se convierten inmediatamente en lamento; y tanto más poderosamente desean las cosas eternas, cuanto más lamentan haber trabajado neciamente por las temporales. Por lo cual, después de describir bien a los réprobos, se añade:

CAPÍTULO XLI [Rec. XXIX].

Vers. 21.---Pero los que queden, serán apartados de ellos.

73. A quienes el mundo desprecia, Dios elige. ¿A quiénes más podemos entender como los restantes, sino a aquellos despreciados por este mundo? A quienes el siglo presente no elige para ningún uso de gloria, dejándolos como los más pequeños e indignos. Pero se dice que el Señor toma a los restantes del mundo, porque se digna elegir a los despreciados de este siglo, como atestigua Pablo al decir: No muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; sino que Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios; y lo débil del mundo eligió Dios para confundir a lo fuerte (I Cor. I, 26, 27). Esto se simboliza bien en los libros de los Reyes con el joven egipcio que se cansa en el camino, a quien el amalecita enfermo abandona en el viaje, pero David lo encuentra, lo alimenta y lo convierte en guía de su camino; persigue al amalecita, lo encuentra festejando y lo extermina por completo (I Reg. XXX, 13). ¿Qué significa que el joven egipcio se cansa en el camino del amalecita, sino que el amante de este siglo presente, cubierto por la negrura de su pecado, a menudo es dejado débil y despreciado por el mismo siglo, de modo que no puede correr con él, sino que se debilita por la adversidad? Pero David lo encuentra, porque nuestro Redentor, verdaderamente fuerte de mano, a veces convierte en su amor a aquellos que encuentra despreciados por la gloria del mundo. Los alimenta con comida, porque los nutre con el conocimiento de la palabra. Los elige como guías del camino, porque incluso los convierte en sus predicadores. Y quien no pudo seguir al amalecita, se convierte en guía de David, porque aquel a quien el mundo consideró indigno, no solo recibe al Señor en su mente al convertirse, sino que también lo lleva a otros corazones predicando. Con este guía, David encuentra al amalecita festejando y lo extermina, porque Cristo, al ser predicado por aquellos que el mundo despreció como compañeros, destruye la alegría del mundo. Por lo tanto, ya que a menudo el Señor elige a quienes el mundo deja, se dice correctamente ahora: Los que queden, serán tomados de entre ellos. Sigue:

CAPÍTULO XLII.

IBID.---Morirán, y no en sabiduría.

74. La costumbre de la Escritura es que, cuando introduce algo extraño, regresa de inmediato al tema tratado. ¿Qué significa que anteriormente mencionó la destrucción de los réprobos, diciendo: "Porque nadie entiende, perecerán para siempre"; y enseguida añadió sobre los elegidos de Dios: "Los que queden serán apartados de ellos"; y luego añadió algo que no corresponde a esos mismos elegidos, diciendo: "Morirán, y no en sabiduría"? Si son apartados divinamente de los réprobos, ¿cómo se dice que morirán no en sabiduría? Pero, sin duda, es costumbre de la Sagrada Escritura que, al narrar algo, tras interponer la sentencia de otra causa, regrese de inmediato a lo anterior. Pues después de decir: "Y porque no hay quien entienda, perecerán para siempre", inmediatamente introdujo la suerte de los elegidos, diciendo: "Pero los que queden serán apartados de ellos". Y de nuevo, volviendo su mirada a la destrucción de los réprobos que había mencionado antes, añadió de repente: "Morirán, y no en sabiduría". Como si dijera: Aquellos de quienes dije que, al no entender, perecerán para siempre, sin duda morirán no en sabiduría. Pero mostraremos mejor que este es a veces el hábito del sagrado discurso si presentamos alguna semejanza de esto. Pues el apóstol Pablo, cuando advertía a su amado discípulo sobre los oficios de la Iglesia que debía instituir, para que no promoviera desordenadamente a algunos a las órdenes sagradas, dijo: "No impongas las manos a nadie precipitadamente, ni participes en pecados ajenos; consérvate puro" (I Tim. V, 22). Y de inmediato, volviendo sus palabras a la debilidad de su cuerpo, dijo: "No bebas agua solamente, sino usa un poco de vino por tu estómago y tus frecuentes enfermedades" (Ibid., 23). E inmediatamente añadió, diciendo: "Los pecados de algunos hombres son manifiestos, precediendo al juicio, pero los de otros les siguen" (Ibid., 24). ¿Qué tiene que ver, entonces, con lo que prohibió beber agua al enfermo, lo que añadió sobre los pecados ocultos y manifiestos de algunos hombres, sino que, interpuesta la sentencia sobre su debilidad, regresó al final a lo que dijo antes: "No impongas las manos a nadie precipitadamente, ni participes en pecados ajenos"? Pues para mostrar con cuánta diligencia debían buscarse estos mismos pecados, interpuesta la advertencia de discreción contra la molestia de la debilidad, inmediatamente añadió que en algunos se manifestarían, en otros permanecerían ocultos, diciendo: "Los pecados de algunos hombres son manifiestos, precediendo al juicio, pero los de otros les siguen". Así como, por esta sentencia, Pablo no se ajusta a las mismas palabras que añadió hablando de la debilidad de Timoteo, sino que regresó a lo que narró antes interrumpiendo; de igual manera, en este lugar, Elifaz, cuando dijo de los elegidos: "Los que queden serán apartados de ellos", inmediatamente añadiendo: "Morirán, y no en sabiduría", regresó de inmediato a lo que antes dijo de los réprobos, diciendo: "Y porque nadie entiende, perecerán para siempre".

[Vet. XXX.] 75. Mueren los réprobos y los elegidos, estos en sabiduría, aquellos en insensatez. — Sin embargo, los réprobos desprecian a los elegidos porque se dirigen hacia la vida invisible a través de la muerte visible. De los cuales se dice acertadamente ahora: Morirán, y no en sabiduría. Como si se dijera abiertamente: Huyen tanto de la muerte como de la sabiduría; pero abandonan completamente la sabiduría, y no escapan de las trampas de la muerte. Y porque en algún momento, al estar destinados a morir, podrían haber vivido muriendo, mientras temen la muerte que sin duda vendrá, pierden tanto la vida como la sabiduría. Por el contrario, los justos mueren en sabiduría, porque la muerte que no pueden evitar por completo, cuando se avecina por la verdad, desprecian posponerla; y al soportarla con ecuanimidad, convierten el castigo de la descendencia en un instrumento de virtud, de modo que deba recuperarse la vida de donde, por el mérito de la primera culpa, se ve obligada a terminar. Pero como Elifaz pronunció estas palabras verdaderamente contra los inicuos, considerando al bienaventurado Job como reprochable, se infló de orgullo en su sabiduría. Por lo cual, después de las declaraciones de tal rectitud, añade palabras de burla, diciendo:

CAPÍTULO XLIII [Rec. XXX].

CAP. V. VERS. 1.---Llama, pues, si hay quien te responda.

76. Llamar a Dios, qué significa, qué es responder de Dios.---Porque el Dios Omnipotente a menudo abandona la oración de aquel en su perturbación, quien desprecia sus mandamientos en la tranquilidad. Por eso está escrito: Quien aparta su oído para no escuchar la ley, su oración será abominable (Prov. XXVIII, 9). Llamar, entonces, es pedir a Dios con humilde oración; y responder de Dios es conceder el efecto a las oraciones. Dice, por tanto: Llama, si hay quien te responda. Como si dijera abiertamente: Por mucho que clames afligido, no tienes a Dios que te responda, porque la voz en la tribulación no encuentra a quien la mente en la tranquilidad despreció. Donde aún añade burlándose:

CAPÍTULO XLIV.

IBID.---Y dirígete a alguno de los santos.

77. Y si despreciando dice: Tampoco puedes encontrar a los santos como ayudantes en la aflicción, a quienes no quisiste tener como compañeros en la alegría. Quien después de la burla inmediatamente añade la sentencia, diciendo:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 2.---Al hombre necio lo mata la ira, y al pequeño lo destruye la envidia.

78. Eliphaz dice la verdad, pero no verdaderamente en Job. Cuán grande es la culpa de la ira, cuántos males.---Esta sentencia ciertamente sería verdadera si no se hubiera aplicado contra la paciencia de un hombre tan grande. Pero consideremos lo que se dice, aunque sea refutado por la virtud de su oyente, para mostrar cuán recto es lo que se proclama, si no se aplicara injustamente al bienaventurado Job, ya que está escrito: Tú, Señor, juzgas con tranquilidad (Sab. XII, 18); debemos saber con gran atención que cada vez que restringimos los movimientos turbulentos del alma bajo la virtud de la mansedumbre, intentamos volver a la semejanza del Creador. Pues cuando la ira golpea la tranquilidad de la mente, la perturba de tal manera que queda desgarrada y dividida, de modo que no concuerda consigo misma y pierde la fuerza de la semejanza interior. Pensemos, pues, cuán grande es la culpa de la ira, por la cual, al perderse la mansedumbre, se corrompe la semejanza de la imagen celestial. Por la ira se pierde la sabiduría, de modo que no se sabe en absoluto qué hacer ni en qué orden, como está escrito: La ira reposa en el seno del necio (Ecl. VII, 10); porque ciertamente sustrae la luz de la inteligencia al confundir la mente al agitarla. Por la ira se pierde la vida, aunque parezca que se retiene la sabiduría, como está escrito: La ira destruye incluso a los prudentes (Prov. XV, 1, según la LXX); porque ciertamente el alma confundida no cumple, aunque pueda entender algo prudentemente. Por la ira se abandona la justicia, como está escrito: La ira del hombre no obra la justicia de Dios (Sant. I, 20); porque cuando la mente perturbada exaspera el juicio de su razón, todo lo que sugiere la furia lo considera recto. Por la ira se pierde la gracia de la vida social, como está escrito: No te hagas amigo del hombre iracundo, no sea que aprendas sus caminos y tomes escándalo para tu alma (Prov. XXII, 24, 25). Y también: ¿Quién podrá habitar con un hombre cuyo espíritu es fácil de airarse? (Prov. XVIII, 14). Porque quien no se modera por la razón humana, necesariamente vivirá bestialmente solo. Por la ira se rompe la concordia, como está escrito: El hombre iracundo

provoca contiendas. Y el hombre iracundo desentierra pecados (Prov. XV, 18). El iracundo ciertamente desentierra pecados, porque incluso a los malos, a quienes imprudentemente provoca a la discordia, los hace peores. Por la ira se pierde la luz de la verdad, como está escrito: No se ponga el sol sobre vuestra ira (Efes. IV, 26); porque cuando la ira infunde tinieblas de confusión en la mente, Dios oculta a esta el rayo de su conocimiento. Por la ira se excluye el esplendor del Espíritu Santo; al contrario, según la antigua traducción está escrito: ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo y que tiembla ante mis palabras? (Isa. LXVI, 2). Pues al decir humilde, añadió inmediatamente tranquilo. Si, por tanto, la ira sustrae la tranquilidad de la mente, cierra su morada al Espíritu Santo, cuya retirada deja al alma vacía, llevándola pronto a una locura manifiesta, y se disipa hasta la superficie desde el fundamento más íntimo de los pensamientos.

79. Imagen del iracundo expresada con los mejores colores.---Pues el corazón encendido por los estímulos de su ira palpita, el cuerpo tiembla, la lengua se traba, el rostro se enciende, los ojos se exacerban, y los conocidos no se reconocen en absoluto. En verdad, la boca forma un clamor, pero el sentido ignora lo que dice. ¿En qué, pues, se diferencia este del poseído, quien no es consciente de su acción? De ahí que muchas veces la ira llegue hasta las manos, y cuanto más se aleja la razón, más audaz se levanta; y el ánimo no puede contenerse a sí mismo, porque ha caído bajo el poder de otro; y el furor ejercita los miembros hacia afuera en golpes, mientras mantiene cautiva la mente, que es la dueña de los miembros. A veces, sin embargo, no extiende las manos, sino que convierte la lengua en un dardo de maldición. Pues pide con oraciones la muerte del hermano, y solicita a Dios que realice lo que él, hombre perverso, o teme hacer, o se avergüenza. Y así, con deseo y voz comete homicidio, incluso cuando cesa de herir al prójimo con las manos. A veces la ira, con el ánimo perturbado, impone silencio como si fuera un juicio; y al no expresarse hacia afuera por la lengua, arde peor por dentro, de modo que el iracundo retira su conversación del prójimo, y al no decir nada, dice cuán apartado está. Y a veces esta severidad del silencio se lleva a cabo por la disposición de la disciplina, si se mantiene cuidadosamente la forma de la discreción en lo íntimo. Sin embargo, a veces, cuando el ánimo encendido se restringe de la locución habitual, con el paso del tiempo se separa completamente del amor al prójimo, y llegan a la mente estímulos más agudos, y surgen causas que exasperan más gravemente; y en el ojo del iracundo la paja se convierte en viga, mientras la ira se transforma en odio. Muchas veces la ira, encerrada en silencio dentro de la mente, hierve más intensamente y forma voces clamorosas en silencio; se lanza palabras para exasperarse, y como si estuviera en un examen de causa, responde más duramente exacerbada; lo que Salomón insinúa brevemente, diciendo: La esperanza de los impíos es ira (Prov. XI, 23). Y así sucede que el ánimo perturbado siente un mayor estruendo de su silencio, y la llama de la ira encerrada lo consume más gravemente. Por lo cual, un sabio antes de nosotros dijo bien: Los pensamientos del iracundo son generaciones de víboras, devoran a su madre, la mente.

[Vet. XXXII.] 80. Cuatro grados por los cuales somos afectados por la ira.---Es necesario saber que a algunos la ira los enciende rápidamente, pero los abandona con la misma facilidad. A otros, en cambio, les conmueve lentamente, pero los retiene por más tiempo. Algunos son como cañas encendidas, que mientras resuenan con voces, emiten como ciertos sonidos de su encendido; rápidamente producen llama, pero enseguida se enfrían en ceniza. Otros, sin embargo, no son diferentes de maderas más pesadas y duras, tardan en encenderse, pero una vez encendidos, son más difíciles de extinguir, y porque se incitan más lentamente a la aspereza, conservan por más tiempo el fuego de su furia. Otros, lo que es más pernicioso, tanto reciben rápidamente las llamas de la ira como las deponen lentamente. Algunos, en cambio, las reciben lentamente y las pierden rápidamente. En estos cuatro modos, el lector

claramente reconoce que el último se aproxima más al bien de la tranquilidad que el primero, y en el mal, el tercero supera al segundo. Pero, ¿de qué sirve decir cómo la ira retiene la mente, si no expresamos también cómo debe ser contenida?

81. Dos modos de contener la ira.---En efecto, la ira, una vez dominada, deja de poseer el alma de dos maneras. La primera es que la mente, antes de comenzar cualquier acción, se proponga todas las injurias que puede sufrir, de modo que, al considerar los ultrajes de su Redentor, se prepare para las adversidades. Y ciertamente, cuanto más fuerte las recibe cuando llegan, es porque se ha armado con mayor cautela a partir de la previsión. Pues quien es sorprendido por la adversidad sin previsión, es hallado como si estuviera durmiendo por el enemigo; y el enemigo lo mata más rápidamente, porque lo atraviesa sin resistencia. Porque quien, por medio de la preocupación, prevé los males inminentes, espera los ataques hostiles como quien vigila en una emboscada; y de ahí se ciñe valientemente para la victoria, donde se pensaba que sería sorprendido sin saberlo. Por tanto, el alma debe meditar con astucia todos los contratiempos antes de comenzar su acción; de modo que, pensando siempre en ellos, siempre armado con el escudo de la paciencia, supere con previsión todo lo que se presente, y considere ganancia todo lo que no se presente. El segundo modo de conservar la mansedumbre es que, cuando observamos los excesos ajenos, pensemos en nuestras propias faltas, en las que hemos excedido a otros. Pues al considerar nuestra propia debilidad, excusamos los males ajenos. En efecto, quien recuerda piadosamente que tal vez aún tiene algo en lo que debe ser tolerado, soporta pacientemente la injuria recibida. Y como el agua extingue el fuego, cuando surge la furia del alma, cada uno recuerda su propia culpa, porque se avergüenza de no perdonar los pecados, quien a menudo recuerda que ha pecado de manera que debe ser perdonado, ya sea por Dios o por el prójimo.

[Vet. XXXIII.] 82. La ira surge a veces de la impaciencia, otras del celo. La primera ciega el ojo, la segunda lo turba de tal manera que lo dispone para ver más claramente.---Pero entre estas, es necesario saber con astucia que hay una ira que la impaciencia excita, y otra que el celo forma. Aquella se genera del vicio, esta de la virtud. Pues si ninguna ira surgiera de la virtud, Finees no habría aplacado con la espada el ímpetu de la divina retribución. Porque Heli no tuvo esta ira, provocó contra sí el implacable movimiento de la venganza celestial. Pues cuanto más se enfrió ante los vicios de sus súbditos, tanto más ardió contra él la severidad del eterno gobernante. De esta ira se dice a través del Salmista: Iraos, pero no pequéis (Salmo IV, 5). Esto, sin duda, no lo entienden correctamente aquellos que quieren que nos enojemos solo con nosotros mismos, y no también con los prójimos que delinquen. Pues si se nos manda amar a los prójimos como a nosotros mismos, queda que nos enojemos con sus errores como con nuestros propios vicios. De esta ira se dice a través de Salomón: Mejor es la ira que la risa, porque con la tristeza del rostro se corrige el ánimo del delincuente (Eclesiastés VII, 4). De esta ira, el Salmista dice nuevamente: Mi ojo se ha turbado de ira (Salmo VI, 8). La ira, ciertamente, por el vicio ciega el ojo de la mente, pero la ira por el celo lo turba; porque cuando al menos se conmueve por la emulación de lo recto, la contemplación se disipa, ya que no puede percibirse sin un corazón tranquilo. Pues el mismo celo de la rectitud, al agitar la mente con inquietud, oscurece inmediatamente su agudeza, de modo que no ve en la conmoción lo que casi antes veía en tranquilidad. Pero de ahí se reduce más sutilmente a lo alto, de donde por un tiempo se le impide ver. Pues la misma emulación de lo recto abre más ampliamente en la tranquilidad eterna, lo que por ahora cierra a través de la conmoción; y de donde la mente se turba para no ver, de ahí progresa para que al ver se aclare más verdaderamente: así como cuando se aplica un colirio al ojo enfermo, la luz se niega por completo; pero después de un tiempo la recibe verdaderamente, de donde la pierde saludablemente por un tiempo. Nunca se une la contemplación a la conmoción, ni la mente

perturbada prevalece para contemplar aquello a lo que apenas puede aspirar en tranquilidad, porque tampoco se ve el rayo del sol cuando las nubes agitadas cubren el rostro del cielo, ni la fuente turbada devuelve la imagen del que la mira, que la tranquila muestra propiamente, porque cuanto más palpita su onda, tanto más oscurece en sí la imagen de la semejanza.

83. Debe evitarse que la ira, movida por el celo, domine la mente.---Pero cuando el ánimo se mueve por el celo, es necesario cuidar con el mayor esmero que esta misma, que se asume como instrumento de virtud, no domine la mente con ira, y que no actúe como una señora que guía, sino como una sierva preparada para la obediencia, que nunca se aparte del control de la razón. Pues se enfrenta con más fuerza a los vicios cuando sirve sometida a la razón. Porque por más que la ira surja del celo por la rectitud, si vence desmedidamente a la mente, inmediatamente desprecia servir a la razón; y se expande con más desvergüenza cuanto más considera el vicio de la impaciencia como virtud. Por lo tanto, es necesario que quien se mueve por el celo de la rectitud preste atención, ante todo, a que la ira no se salga del dominio de la mente, sino que, considerando el tiempo y el modo en la venganza del pecado, restrinja la perturbación del ánimo que surge, reflexionando con sutileza, reprima la animosidad y disponga los movimientos fervorosos bajo la equidad; para que se convierta en un vengador más justo de los demás, en la medida en que primero fue vencedor de sí mismo, de modo que corrija las faltas de los que delinquen, mientras él mismo, quien corrige, crezca en paciencia y, trascendiendo su fervor, se juzgue a sí mismo, para que no, excitado intemperantemente por el mismo celo de la rectitud, se aleje mucho de la rectitud. Porque, como hemos dicho, incluso la loable emulación del bien turba el ojo de la mente, se dice correctamente ahora: La ira mata al hombre necio. Como si se dijera abiertamente: La ira por el celo turba a los sabios, pero la ira por el vicio mata a los necios, porque aquella se restringe bajo la razón, mientras que esta domina irracionalmente a la mente vencida. Sin embargo, se añade correctamente.

CAPÍTULO XLVI [Rec. XXXI].

IBID.---Y la envidia mató al pequeño.

84. El envidioso demuestra ser menor que aquel a quien envidia. No podemos envidiar sino a aquellos que consideramos mejores que nosotros en algún aspecto. Por lo tanto, es pequeño quien es consumido por la envidia, ya que él mismo da testimonio de ser menor que aquel cuya envidia lo atormenta. De ahí que el enemigo astuto robó al primer hombre envidiándolo, porque al perder la bienaventuranza, reconoció ser menor que su inmortalidad. De ahí que Caín cayó en el fratricidio (Génesis 4, 5-7); porque, al ser despreciado su sacrificio, se enfureció al ver que Dios había preferido la ofrenda de su hermano: y a quien temía ser mejor que él, lo eliminó de cualquier manera. De ahí que Esaú se encendió en persecución de su hermano (Génesis 25, 34; 27, 41), porque al perder la bendición de los primogénitos, que él mismo había vendido por un plato de lentejas, lamentó ser menor que aquel a quien había precedido en el nacimiento. De ahí que los hermanos de José lo vendieron a los ismaelitas que pasaban (Génesis 37, 27-28), porque al conocer el misterio de la revelación, intentaron oponerse a su progreso para que no se hiciera mejor que ellos. De ahí que Saúl persiguió a David, su súbdito, lanzándole una lanza (1 Samuel 18, 11), porque al sentir que diariamente crecía en grandes éxitos de virtudes, temió que lo superara. Por lo tanto, es pequeño quien es consumido por la envidia, porque si no fuera inferior, no se dolería del bien ajeno.

[Vet. XXXIV.] 85. En la envidia, la serpiente antigua sacude y vomita todo su veneno. Descripción del envidioso.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que aunque por cada

vicio que se comete, el enemigo antiguo infunde su veneno en el corazón humano, en esta maldad, la serpiente sacude todas sus entrañas y vomita la peste de la malicia que ha de imprimirse. De lo cual, sin duda, está escrito: Por la envidia del diablo, la muerte entró en el mundo (Sab. II, 24). Pues cuando la podredumbre de la envidia ha corrompido el corazón vencido, también lo exterior indica cuán gravemente la locura incita al alma. En efecto, el color se torna pálido, los ojos se abaten, la mente se enciende y los miembros se enfrían; se produce una rabia en el pensamiento, un rechinar de dientes; y cuando el odio, creciendo, se esconde en los recovecos del corazón, la herida oculta perfora la conciencia con un dolor ciego. Nada de lo propio agrada, porque la pena propia hiere la mente que se consume, la cual es atormentada por la felicidad ajena; y cuanto más se eleva la obra ajena, más profundamente se socava el fundamento de la mente envidiosa; de modo que, mientras otros se apresuran hacia lo mejor, él mismo cae más gravemente; con esta caída, evidentemente, también se destruye aquello que en otros actos se creía haber surgido con obra perfecta. Pues cuando la envidia ha consumido la mente, destruye todo lo que encuentra bien hecho. Por eso, bien se dice por Salomón: Vida de la carne, salud del corazón; podredumbre de los huesos, la envidia (Prov. XIV, 30). ¿Qué se significa por la carne, sino cosas débiles y tiernas; y qué por los huesos, sino actos fuertes? Y a menudo sucede que algunos, con verdadera inocencia de corazón, parecen débiles en algunos de sus actos; otros, en cambio, ya ejercen ciertas cosas robustas ante los ojos humanos, pero sin embargo, respecto a los bienes ajenos, se consumen internamente por la pestilencia de la envidia. Bien se dice, por tanto: Vida de la carne, salud del corazón, porque si se guarda la inocencia de la mente, incluso si hay cosas débiles externamente, alguna vez se fortalecen. Y correctamente se añade: Podredumbre de los huesos, la envidia, porque por el vicio de la envidia, ante los ojos de Dios, también perecen los actos fuertes de las virtudes. Que los huesos se pudran por la envidia significa que incluso lo robusto perece.

86. La disminución de la envidia y la muerte, el amor iniciado o perfecto de la eternidad.--- Pero, ¿por qué hablamos de la envidia si no indicamos también cómo erradicarla? Es difícil que alguien no envidie a otro por lo que desea obtener; porque cualquier cosa temporal que se percibe, se hace menos para cada uno cuanto más se divide entre muchos; y por eso la mente del que desea es atormentada por la envidia, porque lo que anhela, otro al recibirlo, o lo quita por completo o lo restringe en cantidad. Quien, por tanto, desea librarse completamente de la peste de la envidia, debe amar aquella herencia que no se ve limitada por el número de coherederos; que es una para todos y toda para cada uno; que se muestra más generosa cuanto más se expande la multitud de los que la reciben. La disminución de la envidia es el afecto que surge de la dulzura interna y su muerte plena es el amor perfecto de la eternidad. Pues cuando la mente se retrae del deseo de aquello que se divide entre el número de los que lo reciben, tanto más ama al prójimo cuanto menos teme que su progreso le cause daño. Y si se deja llevar completamente por el amor de la patria celestial, también se consolida plenamente en el amor al prójimo sin ninguna envidia; porque cuando no desea nada terrenal, no hay nada que contradiga su caridad hacia el prójimo. Esta caridad, sin duda, ¿qué es sino el ojo de la mente? Que si es tocado por el polvo del amor terrenal, pronto es herido y deslumbrado por la luz interna. Y dado que es pequeño quien ama lo terrenal, grande quien desea lo eterno, también se puede entender de esta manera sin inconveniente: La envidia mata al pequeño, ya que esta peste no muere sino en quien aún está debilitado por los deseos.

Parte Segunda, QUE CONTIENE CINCO LIBROS.

LIBRO SEXTO. Todo el capítulo quinto, comenzando desde el versículo tercero, se expone en un sentido espiritual, en parte alegórico, pero en su mayoría moral.

CAPÍTULO PRIMERO.

181 Job prefigura a Cristo y la Iglesia, sus amigos a los herejes.---Conservando la verdad histórica de las palabras del bienaventurado Job y de sus amigos, he propuesto discutir su interpretación mística; porque es evidente para todos los que conocen la verdad que la Sagrada Escritura se esfuerza en anunciar al Redentor del mundo en todas sus alegaciones, y ha procurado señalarlo a través de todos los elegidos, como si fueran sus miembros. Por eso, el mismo bienaventurado Job es llamado doliente en el lenguaje latino, para que tanto su nombre como sus heridas designen la pasión de nuestro Redentor, de quien el profeta dice: Verdaderamente él llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores (Isaías LIII, 4). El tentador, habiéndole quitado todo, mata a sus siervos e hijos; porque no solo golpeó al pueblo judío que servía por temor, sino también a los mismos apóstoles regenerados en su amor, en el tiempo de su pasión, con el dardo de la perfidia. El cuerpo del bienaventurado Job es herido, porque nuestro Redentor no despreció ser clavado en el madero de la cruz. Desde la planta del pie hasta la cabeza recibió heridas, porque el tentador aflige a la santa Iglesia, que es su cuerpo, no solo en sus partes extremas y últimas, sino hasta en sus miembros más altos, con la persecución. Por eso también Pablo dijo: Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo (Colosenses I, 24). Su esposa intenta persuadirlo para que maldiga, porque los carnales dentro de la santa Iglesia son cómplices astutos del tentador. Pues ella, que lo incita a maldecir, representa la vida de los carnales; porque, como ya dijimos antes (I. III, c. 20, n. 36, 37), aquellos que están dentro de la santa Iglesia con costumbres incorrectas, cuanto más cerca están de los buenos por la fe, más los oprimen con su vida. Porque, al no poder ser evitados como si fueran fieles, son tanto más perjudiciales cuanto más íntimamente son tolerados por los fieles. Sus amigos, que vienen como para consolarlo pero exceden en palabras de áspera invectiva, representan a los herejes, quienes, al intentar defender a Dios contra los buenos, ofenden.

2. Los sentidos espirituales que expone Gregorio surgen de la raíz de la historia. Las palabras de los amigos de Job no deben ser rechazadas en su totalidad.---Así pues, lo que se ha dicho más extensamente antes, ahora he procurado resumirlo brevemente desde una designación mística, para que mi lector, a partir de esta misma repetición, recuerde que en esta obra sirvo al entendimiento espiritual. Y sin embargo, cuando el uso de la utilidad lo requiere, también me esfuerzo por examinar sutilmente las palabras de la historia. Pero cuando es necesario, abarco ambos a la vez, para que la alegoría produzca frutos espirituales, los cuales, sin embargo, la verdad produce desde la raíz de la historia. A los amigos del bienaventurado Job, a quienes hemos dicho que tienen la apariencia de herejes, no los rechazamos en su totalidad en sus palabras, porque cuando por sentencia divina se dice contra ellos: No habéis hablado rectamente delante de mí, y se añade de inmediato, como mi siervo Job (Job XLII, 7), ciertamente queda claro que no se desprecia por completo lo que se reprueba en comparación con algo mejor. En su reprensión, ciertamente se deslizan imprudentemente; pero sin embargo, porque son amigos de un hombre tan grande, han aprendido muchas cosas místicas de su familiaridad. Por lo tanto, como también dijimos antes (Lib. V, n. 27), Pablo utiliza sus palabras, y al tomarlas como ayuda para su afirmación, testifica que fueron pronunciadas con verdad. Sin embargo, esta verdad reprende correctamente, porque no debió emitirse ninguna sentencia, por fuerte que fuera, contra el santo varón. Por lo tanto, las palabras de Elifaz pueden ser consideradas místicas, cuando habla al bienaventurado Job, diciendo:

CAPÍTULO II.

VERS. 3.---Yo vi al necio con raíz firme, y maldije su hermosura de inmediato.

SENTIDO ALEGÓRICO. 3. Los judíos son insensatos, también sujetos a la maldición de los herejes por el rechazo a Cristo.---En verdad, el pueblo judío fue insensato, porque despreció la presencia misma de la Sabiduría eterna en la carne. Este pueblo, como si hubiera crecido con una raíz firme, prevaleció temporalmente extinguendo la vida de los elegidos. Pero Elifaz lo desprecia maldiciéndolo, porque, sin duda, todos los herejes, a quienes hemos dicho que representan a los amigos del bienaventurado Job, cuando se glorían en el nombre de Cristo, reprenden la perfidia de los judíos con autoridad. De este insensato se añade inmediatamente:

CAPÍTULO III.

VERS. 4.---Lejos estén sus hijos de la salvación, y sean quebrantados en la puerta, y no habrá quien los libre.

4. Todos los hijos de estos son pérfidos. En Cristo, que es la puerta, son destruidos.---Los hijos de este son todos necios, quienes son generados por la predicación de su perfidia. Estos están lejos de la salvación, porque aunque perciben la vida temporal sin aflicción, son golpeados más gravemente por la venganza eterna, como el Señor dice de esos mismos hijos: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis el mar y la tierra seca para hacer un prosélito, y cuando lo habéis hecho, lo hacéis hijo del infierno el doble que vosotros (Mateo XXIII, 15). Sigue: Y serán destruidos en la puerta, y no habrá quien los libre. ¿Quién más debe ser entendido por el nombre de la puerta, sino el mediador entre Dios y los hombres, quien dice: Yo soy la puerta, si alguno entra por mí, será salvo (Juan X, 9)? Los hijos de este necio prosperan fuera de la puerta, y son destruidos en la puerta, porque la perversa descendencia de los judíos floreció en la observancia de la ley antes de la venida del Mediador; pero en la misma presencia de nuestro Redentor, fueron rechazados y cayeron del servicio de la Divinidad por los méritos de su perfidia. A quienes, ciertamente, no hay quien los libre, porque al intentar perseguir y extinguir al mismo Redentor, cortaron los remedios de liberación que se les ofrecían; de lo cual se añade acertadamente:

CAPÍTULO IV.

VERS. 5.---Cuyo campo segará el hambriento, y el armado lo arrebatará.

5. Los gentiles comen su cosecha, es decir, las sagradas escrituras, y se apoderan de las riquezas. Pues la cosecha de este necio había sido la siembra del sagrado discurso. Algunos granos de espigas son las palabras de los profetas, que el necio poseía, pero no comía, porque el pueblo judío mantenía la ley solo de palabra, pero por el desprecio de su necesidad ayunaba de su entendimiento. Sin embargo, el hambriento comió la cosecha de este necio, porque el pueblo gentil, al entender las palabras de la ley, las consume, mientras que el pueblo judío trabajaba sin entendimiento. El Señor previó a estos hambrientos de fe, cuando dijo a través del evangelista: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). De estos hambrientos se dice en la profecía de Ana: Los que antes estaban llenos se alquilan por pan, y los hambrientos fueron saciados (I Sam. II, 5). Pero como perdió la cosecha, se añade correctamente cómo también el necio perece, cuando se dice: Y el armado lo arrebatará. El antiguo enemigo arrebató armado al pueblo judío, porque extinguió en él la vida de la fe con los dardos de la sugestión fraudulenta, de modo que, creyendo adherirse a Dios, en realidad se oponía a su ordenación. Esto es lo que la Verdad

advierte a los discípulos, diciendo: Llega la hora en que todo el que os mate pensará que rinde servicio a Dios (Juan XVI, 2). Sigue:

CAPÍTULO V [Vet. et Rec. III].

Y beberán los sedientos sus riquezas.

6. Palabras de Dios, cosecha y riquezas. Cómo se dice que se come y se bebe. — Las riquezas de este necio son bebidas por los sedientos, porque las mentes de los gentiles son irrigadas por el flujo de la sagrada locución, que el pueblo judío poseía en ostentación de soberbia. Por eso, a través del profeta se les dice: Todos los sedientos, venid a las aguas; y los que no tenéis dinero, apresuraos (Isaías 55, 1). Porque, en efecto, las palabras divinas se significan con el término plata, como lo atestigua el salmista, diciendo: Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego (Salmo 12, 7). Aquellos que no tienen plata son llamados a las aguas, porque ciertamente la gentilidad, que no había recibido los preceptos de la Sagrada Escritura, se sacia con la inundación del sagrado discurso, que ahora bebe con más avidez cuanto más tiempo la había anhelado en sequía. Por lo tanto, las mismas palabras divinas son llamadas cosechas y riquezas: cosechas porque restauran la mente hambrienta; riquezas, porque nos componen con gran belleza de costumbres. También se dice que se comen y se beben, porque, ciertamente, mientras algunas de ellas son oscuras y no las entendemos sino interpretadas, las asimilamos como masticando; mientras que otras, fáciles de entender, las tomamos tal como las encontramos, bebiéndolas sin masticar, porque las absorbemos sin romperlas. Pasamos brevemente por estas bajo un entendimiento místico, para que no parezca que hemos omitido algo. Pero, dado que los amigos del bienaventurado Job no podrían serlo si no brillaran también en algunos aspectos con gran honestidad de costumbres, queda por investigar moralmente la virtud de sus palabras, para que, al examinar el peso de su locución, se muestre de qué doctrina eran.

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 3.---Yo vi al necio con raíz firme, y maldije su hermosura de inmediato.

SENSUS MORALIS. 7. Los que siguen las cosas terrenales en la prosperidad parecen tener una raíz firme. — Casi como una raíz firme, el necio se fija en la tierra, porque con todos sus deseos se solidifica en el amor terrenal. Por eso se describe que el primer Caín construyó una ciudad en la tierra (Génesis IV, 17), para mostrar claramente que él puso su fundamento en la tierra, siendo ajeno a la solidez de la patria celestial. Casi como una raíz firme, el necio se eleva cuando aquí se apoya en la prosperidad temporal; para que logre todo lo que desea, no sufra adversidades, prevalezca sin resistencia contra los débiles, contradiga con autoridad a los que obran bien, y llegue a mayores beneficios siempre por acciones peores, de modo que, al abandonar el camino de la vida, viva más feliz por un tiempo. Pero cuando los débiles ven florecer a los malos, tiemblan; y turbados por la prosperidad de los pecadores, vacilan interiormente en los pasos de su mente. El salmista ciertamente tomó su ejemplo de ellos cuando dijo: "Mis pies casi se movieron, casi se deslizaron mis pasos; porque tuve envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores" (Salmo LXXII, 2).

8. Los prudentes desprecian su gloria. Ni tardan en condenarla.---Cuando los fuertes contemplan la gloria de ellos, inmediatamente consideran el castigo que sigue a la gloria; y con profunda reflexión interior desprecian aquello en lo que los soberbios se hinchan hacia afuera con el vacío de la arrogancia. Por eso se dice bien: Yo vi al necio con raíz firme, y

maldije su hermosura de inmediato. Maldicir la hermosura del necio es juzgar su gloria desde la condenación considerada, porque cuanto más alto se eleva en pecados, más terriblemente es hundido en tormentos; porque lo que se exalta pasa, lo que se castiga permanece; porque quien es honrado en el camino, será condenado al llegar; y es como si llegara a la cárcel a través de prados hermosos, quien se dirige a la destrucción a través de las prosperidades de la vida presente. Es de notar, sin embargo, que cuando dijo que había maldecido la hermosura del necio, añadió inmediatamente, de inmediato. Pues es costumbre de la mente humana e inestable variar con la cualidad de las cosas que contempla. A menudo su juicio se guía por la apariencia de la cosa presente, y según lo que ve, se forma su intención y sentido. Pues frecuentemente algunos, al contemplar la gloria de otros, se deleitan con las apariencias de esa misma gloria, y piensan que es algo grande, y desean merecer tales cosas. Pero cuando ven a los gloriosos, ya sea súbitamente abatidos o incluso muriendo, confiesan con gemido que la gloria humana no es nada en absoluto, de modo que inmediatamente dicen: He aquí cuán nada es el hombre. Sin duda, dirían esto más correctamente si, al ver al hombre en gloria, pensarán en su destrucción y sintieran que el poder transitorio no es nada. Entonces, en efecto, se debe considerar cuán nada es la exaltación humana, cuando se eleva sobre los demás con éxitos. Entonces se debe considerar con qué rapidez vuela la felicidad, cuando ante los ojos humanos parece prevalecer como permanente. Pues cualquiera puede considerar que la gloria del que va a morir no es nada, ya en la misma muerte. Entonces incluso aquellos que la aman y la siguen hasta la muerte la desprecian. Por lo tanto, se dice bien: Yo vi al necio con raíz firme, y maldije su hermosura de inmediato. Como si dijera abiertamente: Contra la hermosura del necio, no tuve demora en la maldición, porque cuando la vi, también vi el castigo que seguía. No maldeciría de inmediato si alguna delectación de su gloria me hubiera retenido; pero maldije sin tardanza, porque al contemplar los castigos que habrían de permanecer, reprobé su poder sin duda. Pero como los inicuos, cuanto más prosperan en este mundo, más arrastran consigo a otros a la destrucción, se añade correctamente: Lejos estén sus hijos de la salvación. Los hijos del necio son, en efecto, aquellos que nacen de su imitación en la ambición de este siglo; quienes ciertamente se alejan más de la salvación cuanto más en la perpetración de la maldad no son heridos por ninguna debilidad. De los cuales se añade bien:

CAPÍTULO VII [Ant. IV, Rec. V].

VERS. 4.---Y serán quebrantados en la puerta, y no habrá quien los libre.

9. El día del juicio es la puerta del reino. Entonces no vale ser liberado, quien aquí rehúsa ser corregido. Así como la entrada de una ciudad se llama puerta, así el día del juicio es la puerta del reino, porque a través de él todos los elegidos entran a la gloria de la patria celestial. Por eso, cuando Salomón vio que este día se acercaba para la retribución de la santa Iglesia, dijo: "Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra" (Prov. XXXI, 23). El Redentor del género humano es el esposo de la Iglesia, quien se muestra noble en las puertas, quien antes fue despreciado en afrentas, pero en la entrada del reino aparecerá sublime. Él se sienta con los ancianos de la tierra, porque decretará la sentencia del juicio con los santos predicadores de la misma Iglesia, como él mismo dice en el Evangelio: "Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mat. XIX, 28). Isaías también lo predijo mucho antes, diciendo: "El Señor vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo" (Is. III, 14). De estas puertas Salomón dice de nuevo: "Dadle del fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus obras" (Prov. XXXI, 31). Entonces la santa Iglesia recibe del fruto de sus manos, cuando la retribución de su trabajo la

eleva a recibir las cosas celestiales. Entonces sus obras la alaban en las puertas, cuando a sus miembros en la misma entrada del reino se les dice: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis" (Mat. XXV, 35), y demás. Los hijos de este mundo necio son exaltados ante la puerta, pero en la puerta serán quebrantados, porque los amantes de este siglo se enorgullecen en la vida presente, pero en la misma entrada del reino son heridos con eterna retribución. Bien se añade: "Y no habrá quien los libre". La verdad libra de la adversidad eterna a aquellos a quienes en las prosperidades temporales oprime con disciplina. Quien ahora rehúsa ser oprimido, entonces no podrá ser liberado, porque los inicuos no encuentran al liberador en el tiempo de su aflicción, a quien por disciplina descuidaron tener como padre. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 5.---Cuyo campo segará el hambriento.

10. El malvado recto e inteligente que habla, tiene una cosecha que otros comen. También el necio tiene una cosecha, cuando cualquier inicuo recibe el don de la recta inteligencia: es enseñado por las sentencias de la Sagrada Escritura, habla cosas buenas, pero de ninguna manera practica lo que dice: pronuncia las palabras de Dios, pero no las ama; alaba exageradamente, pero con su vida las pisotea. Por lo tanto, este necio entiende y dice lo correcto, pero al no amar lo que hace, ayuna teniendo la cosecha. Sin duda, el hambriento la come, porque aquel que anhela a Dios con santos deseos, aprende lo que escucha, actúa según lo que ha aprendido; y mientras se nutre de la recta predicación de un mal maestro, ¿qué otra cosa hace sino saciarse con el fruto del necio? ¿Acaso no advertía la Verdad a sus hambrientos para que comieran la cosecha del necio, cuando, a los que ardían en santos deseos, les mandaba sobre los fariseos, diciendo: Haced lo que dicen, pero no hagáis conforme a sus obras (Mateo XXIII, 3)? Como si dijera abiertamente: Cultivan la cosecha de la palabra hablando, pero al vivir mal no la tocan en absoluto. Que esta cosecha sacie, pues, vuestra hambre, porque os la guardan por el desprecio de su necesidad. Sin embargo, se añade bien:

CAPÍTULO IX.

IBID.---Y él mismo lo arrebatará armado.

11. El diablo a menudo permite el conocimiento para corromper la vida. Pues el antiguo enemigo es vencido como si estuviera desarmado, cuando sugiriendo abiertamente el mal a la mente humana, intenta destruir todos los bienes a la vez. Pero viene armado cuando, dejando intactos algunos bienes, corrompe otros de manera oculta. Pues a menudo no tienta a algunos en el intelecto, ni se opone a ellos en la meditación del sagrado discurso; sin embargo, suplanta su vida en la acción, ya que mientras son alabados por la virtud del conocimiento, de ninguna manera consideran los daños de sus obras; y cuando el alma es llevada al deleite del favor, no cura las heridas de su vida. Por lo tanto, el enemigo armado ha arrebatado a aquel a quien, dejando en otra parte con engaño oculto, ha superado desde otro lado. Sigue:

CAPÍTULO X.

Y beberán los sedientos sus riquezas.

12. A menudo, el que es torpe en el estudio de la ley divina entiende lo que por negligencia el ingenioso desconoce. A menudo, el necio posee la fuente del licor interno, pero no bebe, porque aunque recibe el ingenio de la inteligencia, desprecia conocer las sentencias de la verdad leyendo; sabe que puede prevalecer en la comprensión estudiando, pero se abstiene con fastidio de todo estudio de doctrina. Las riquezas de la mente son también las palabras de la sagrada locución; pero el necio contempla estas riquezas con los ojos y no las asume para su propio adorno, porque al escuchar las palabras de la ley, considera que son grandes, pero no se esfuerza con amor para comprenderlas. En cambio, otro tiene sed, pero no tiene ingenio; el amor lo lleva a meditar, pero la torpeza del sentido se lo impide; y a menudo, en el estudio de la ley divina, entiende lo que por negligencia el ingenioso desconoce. Por lo tanto, los sedientos beben de las riquezas de este necio, mientras que los preceptos de Dios, que los ingeniosos desprecian y desconocen, los torpes amantes los alcanzan. En estos, ciertamente, el ojo del amor ilumina las tinieblas de la torpeza; pues esto abre a los más lentos por la sed, lo que el fastidio cierra a los más veloces. Y por eso llegan a las alturas de la inteligencia, porque no desprecian actuar en lo más mínimo de lo que han entendido; y mientras ayudan al sentido con las manos, se elevan por encima de la altura de los ingeniosos. Por lo cual, bien se dice por Salomón: "El lagarto se apoya en sus manos y habita en los palacios del rey" (Prov. XXX, 28). Pues a menudo las aves, que son elevadas por sus plumas para volar, residen en los matorrales; y el lagarto, que no tiene plumas para volar, apoyándose en sus manos, habita en el edificio del reino, porque ciertamente a menudo los ingeniosos, mientras languidecen por negligencia, permanecen en malas acciones, y los simples, a quienes no ayuda la pluma del ingenio, son elevados por la virtud de la operación para obtener las murallas del reino eterno. Por lo tanto, el lagarto, mientras se apoya en sus manos, habita en los palacios del rey, porque el simple llega por la intención de la obra recta a donde el ingenioso no asciende. Pero al escuchar esto, surge una cuestión en nuestro corazón: ¿por qué se otorga el don de la inteligencia al negligente, o por qué el estudioso es impedido por la lentitud de su sentido? A lo cual se responde rápidamente, mientras se añade de inmediato:

CAPÍTULO XI.

VERS. 6.---Nada en la tierra sin causa.

13. ¿Por qué se atribuye al ingenio lento al estudio, y al negligente al agudo? Porque a menudo el perezoso recibe ingenio para que sea justamente castigado por su negligencia, ya que desprecia saber lo que pudo alcanzar sin esfuerzo. Y por eso, a veces, el estudioso es oprimido por la lentitud de la inteligencia, para que encuentre mayores recompensas de retribución, cuanto más se esfuerza en el estudio de la invención. Nada, por lo tanto, es en la tierra sin causa, cuando la lentitud del estudioso contribuye al premio, y la rapidez del perezoso aumenta para el castigo. [Vet. V.] Para entender lo que es recto, a veces somos instruidos por el esfuerzo del trabajo, y otras veces por el dolor de la corrección. Por lo tanto, cuando se ha dicho, Nada en la tierra sin causa; se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XII [Rec. VI].

IBID.---Y del polvo no saldrá el dolor.

14. Por los méritos ocultos de las mentes, se manifiestan abiertamente los azotes de las penas. Pues el dolor surge como de la tierra, cuando el hombre, creado a imagen de Dios, es azotado por cosas insensibles. Pero, dado que por los méritos ocultos de las mentes, se manifiestan abiertamente los azotes de las penas, y el dolor no surge de la tierra, ya que nuestra malicia

exige que seamos heridos por cosas insensibles. He aquí que vemos que, para nuestra corrección, la esperada lluvia se retiene sobre la tierra seca, y el aire nebuloso se seca con el sol ardiente; el mar se enfurece con tormentas crecientes, y detiene a algunos que intentan cruzarlo, mientras que a otros les niega el camino deseado con olas que se levantan en cúmulos; la tierra no solo disminuye los brotes de fertilidad, sino que también consume las semillas recibidas. En todas estas cosas, claramente se observa lo que un sabio testifica sobre el Señor, diciendo: Y luchará con él el orbe de la tierra contra los insensatos (Sab. V, 21). Pues el orbe de la tierra lucha con el Señor contra los insensatos, cuando en el castigo de los delincuentes, la adversidad de los elementos combate. Sin embargo, el dolor no surge de la tierra, porque cualquier cosa insensible se excita para nuestra aflicción por el estímulo de nuestra acción. El dolor no surge de la tierra, porque la pena no nace de la criatura que golpea, sino sin duda de aquella que, pecando, forzó el poder del golpe. Pero es necesario cuidar mucho que, cuando en las cosas exteriores somos afectados por el peso del dolor, nos dirijamos con esperanza hacia lo alto; para que la mente llegue a lo alto, donde la pena exterior nos castiga. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XIII [Rec. VII].

VERS. 7.---El hombre nace para el trabajo, y el ave para el vuelo.

15. Cuanto más la carne es afligida por los flagelos, más la mente se eleva a lo alto. En efecto, el hombre nace para el trabajo, ya que aquel que ha sido dotado de razón considera que le es completamente imposible pasar el tiempo de su peregrinación sin gemidos. Por eso, Pablo, al enumerar sus tribulaciones a los discípulos, añadió: "Porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos destinados" (I Tes. III, 3). Pero en cuanto la carne es afligida por los flagelos, la mente se eleva a desear cosas más altas; como también atestigua Pablo, quien dice: "Y aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior, no obstante, se renueva de día en día" (II Cor. IV, 16). Por lo tanto, el hombre nace para el trabajo, y el ave para el vuelo, porque de donde la mente se eleva a lo más alto, es de donde la carne trabaja más duramente en lo más bajo.

16. El arduo trabajo de los carnales, ninguno para los espirituales.---También puede designarse la vida de los carnales con la apelación de hombre. De ahí que Pablo diga: Porque habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales? (I Cor. III, 3). A los cuales poco después añadió, diciendo: ¿No sois hombres? (Ibid., 4). En esta vida, pues, el hombre nace para el trabajo, porque el carnal, al desear lo transitorio, se aflige con el peso de sus deseos. En efecto, es un arduo trabajo buscar la misma gloria de esta vida presente, percibirla alguna vez cuando se ha buscado, y custodiarla con precaución una vez percibida. Es un arduo trabajo alcanzar esto con gran fatiga, sabiendo quien lo alcanza que no puede permanecer mucho tiempo. Sin embargo, los hombres santos, porque no aman lo transitorio, no solo no soportan ningún peso de deseos temporales; sino que, si surgen adversidades, no se fatigan en sus propias presiones y debilidades. ¿Qué hay más duro que los azotes? Y sin embargo, de los apóstoles azotados está escrito: Se iban gozosos de la presencia del concilio, porque habían sido considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hech. V, 41). ¿Qué, pues, es trabajo para sus mentes, para quienes incluso el castigo de los azotes no es trabajo? El hombre, por tanto, nace para el trabajo, porque aquel que verdaderamente siente los males de este mundo es quien ansiosamente apetece sus bienes. Pues aquel cuya mente se eleva a lo alto, está por encima de todo lo que exteriormente se mueve contra ella. [Vet. VI.] Bien se añade, Y el ave para el vuelo. Porque tanto más el alma se sustrae de la aflicción del trabajo, cuanto más se eleva a lo alto por la esperanza. ¿No nació acaso como

ave para el vuelo Pablo, quien soportando tantas adversidades decía: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filip. III, 20)? Y de nuevo: Sabemos que si nuestra morada terrestre de este tabernáculo se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos (II Cor. V, 1). Como ave, pues, había trascendido lo bajo, a quien, aún permaneciendo en la tierra con el cuerpo, ya lo elevaba la pluma de la esperanza en las alturas. Pero como nadie puede por sus propias fuerzas elevarse a lo alto, para que cuando se aflige con lo visible, se eleve a lo invisible, con razón se añade enseguida:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 8---Por lo tanto, rogaré al Señor, y ante Dios expondré mi discurso.

17. Este es el don de Dios.---Como si dijera abiertamente: ruego a aquel por quien sé que estas cosas son concedidas. Pues si creyera que lo tiene por sí mismo, no necesitaría suplicar a Dios. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 9---Él hace cosas grandes e inescrutables y maravillas sin número.

18. Las obras de Dios se han vuelto comunes a los ojos humanos. ¿Quién puede escudriñar las maravillas del Dios omnipotente, que creó todo de la nada, que la misma estructura del mundo está dispuesta con la admirable fuerza de su poder, y el cielo está suspendido sobre el aire, y la tierra se equilibra sobre el abismo; que de cosas invisibles existe todo este universo y de cosas visibles, que hizo al hombre, por así decirlo, reuniendo en breve otro mundo, pero racional; que al constituirlo de alma y carne, mezcló con disposición de virtud insondable el espíritu y el barro? De estas cosas, por tanto, conocemos unas y somos otras; pero sin embargo, descuidamos maravillarnos, porque aquellas cosas que son maravillas de indagación incomprensible, se han vuelto comunes a los ojos humanos por el uso. De ahí que si un hombre muerto resucita, todos saltan de admiración, y cada día nace un hombre que no existía, y nadie se maravilla, cuando sin duda es evidente para todos que es más crear lo que no existía, que reparar lo que existía. Porque la vara seca de Aarón floreció, todos se maravillaron; cada día de la tierra seca se produce un árbol, y la virtud del polvo se convierte en madera, y nadie se maravilla. Porque cinco mil hombres fueron saciados con cinco panes, todos se maravillaron de que los alimentos crecieran en los dientes; cada día los granos de semillas esparcidos se multiplican en la plenitud de las espigas, y nadie se maravilla. Al ver el agua convertida en vino una vez, todos se maravillaron; cada día la humedad de la tierra es atraída a la raíz de la vid, y a través del racimo se convierte en vino, y nadie se maravilla. Por lo tanto, todas las cosas son maravillosas, las cuales los hombres descuidan admirar, porque, como hemos dicho, se adormecen por el uso al considerarlas. [Rec. VIII.] Sin embargo, cuando dijo: "El que hace grandes cosas", añadió inmediatamente: "E inescrutables". Pues habría sido menos hacer grandes cosas, si las que fueron hechas pudieran ser escudriñadas. Y correctamente se añade: "Y maravillas sin número", porque sería de menor magnitud si las cosas inescrutables que creó fueran pocas.

19. Los milagros de Dios deben ser considerados con estudio, no discutidos con el intelecto. La fe, donde vacila, debe ser fortalecida. De ahí que la resurrección se haga creíble.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que los milagros divinos siempre deben ser considerados con estudio, y nunca discutidos con el intelecto. Pues a menudo, cuando el sentido humano busca la razón de ciertas cosas y no la encuentra, se sumerge en el abismo de la duda. De ahí

que algunos hombres consideren los cuerpos de los muertos reducidos a polvo; y al no poder deducir la fuerza de la resurrección por la razón, desesperan de que estos puedan volver a su estado original. Por lo tanto, los milagros deben ser creídos por la fe, no investigados por la razón; porque si la razón los desplegara ante nuestros ojos, no serían milagros. Pero cuando en estas cosas el ánimo tal vez vacila, es necesario que recuerde lo que conoce por experiencia, aunque no lo deduzca por la razón; para que, con el argumento de una cosa similar, fortalezca la fe que percibe tambalearse por su sagacidad. Pues al considerar el polvo de la carne humana, la mente de algunos se conmueve y desespera, cuando el polvo vuelva a la carne, y el cuerpo revivido se componga por las líneas de los miembros; cuando esa sequedad de la tierra reverdezca a través de los miembros vivientes, y se distinga por sus especies y formas. Esto, sin duda, no puede ser comprendido por la razón, pero sin embargo, puede ser creído fácilmente por el ejemplo. ¿Quién creería que de un solo grano de semilla surge un árbol inmenso, si no lo tuviera por cierto a través de la experiencia? Pues en la pequeñez de un solo grano y casi sin ninguna disimilitud de sí mismo, ¿dónde se oculta la dureza de la madera, y la médula más tierna o más dura que la madera, la aspereza de la corteza, la verdor de la raíz, el sabor de los frutos, la suavidad de los olores, la diversidad de colores, la suavidad de las hojas? Y sin embargo, porque lo conocemos por experiencia, no dudamos que de un solo grano de semilla surjan todas estas cosas. ¿Qué, entonces, es difícil, que el polvo vuelva a los miembros, cuando diariamente contemplamos el poder del Creador, que maravillosamente crea madera de un grano, y aún más maravillosamente frutos de la madera? Diga, pues: El que hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas sin número, porque la grandeza de las obras divinas no puede ser discutida por su cualidad, ni numerada por su cantidad. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XVI [Ant. VII].

VERS. 10, 11.---El que da lluvia sobre la faz de la tierra, y riega con aguas todo. El que pone a los humildes en lo alto, y a los afligidos levanta con salvación.

SENSUS MYSTICUS.---20. Dios riega con las aguas de la gracia todo el universo. Bajo el nombre de universidad se designa al hombre.---Puesto que creemos que los amigos del bienaventurado Job fueron instruidos por su compañía, es necesario que discutamos estas palabras de Elifaz de manera mística. En efecto, el Dios omnipotente concede lluvia a la tierra cuando infunde la gracia celestial de la predicación en los corazones áridos de los gentiles. Y riega todo con las aguas, porque transforma la esterilidad del hombre perdido en fructificación mediante la plenitud del Espíritu, tal como la Verdad misma dice: Quien beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás (Juan IV, 13). Bajo el nombre de universidad se designa al hombre, porque en él se muestra la verdadera esencia y la gran comunión del universo. Pues todo lo que existe, o es y no vive; o es y vive, pero no siente; o es, vive y siente, pero no entiende ni discierne; o es, vive, siente, entiende y discierne. Existen las piedras, pero no viven. Existen los arbustos, viven ciertamente, pero no sienten. La vida de las hierbas y los árboles se llama verdor, como dice Pablo sobre las semillas: Necio, lo que tú siembras no se vivifica si no muere antes (I Cor. XV, 36). Existen los animales brutos, viven y sienten, pero no entienden. Existen los ángeles, y viven, sienten y disciernen mediante el entendimiento. Así pues, el hombre, porque tiene en común el ser con las piedras, el vivir con los árboles, el sentir con los animales, y el discernir con los ángeles, se expresa correctamente bajo el nombre de universidad, en el cual se contiene, en cierto modo, el mismo universo. Por eso la Verdad dice a los discípulos: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura (Marcos XVI, 15). Evidentemente quiso que se entendiera que toda criatura es solo el hombre, a quien creó con algo en común con todos.

21. Dios riega a todos, cuando llama al conocimiento de sí mismo a personas de toda clase.--- Aunque en este contexto, el término "todos" puede entenderse de otra manera. Pues la gracia del Espíritu Santo, mientras somete a los ricos, no rechaza a los pobres; cuando humilla a los fuertes, no rehúsa recibir a los débiles; cuando reúne a los nobles, también acoge a los ignobles; cuando acepta a los sabios, no desprecia la ignorancia de los inexpertos. Por lo tanto, Dios riega a todos con sus aguas, quien con el don del Espíritu Santo llama al conocimiento de sí mismo a personas de toda clase.

Dios riega a todos, porque adapta la fuerza de su palabra en cada uno según la diversidad de costumbres. Las mismas diferencias de costumbres pueden ser designadas con el nombre de todos. Pues uno se eleva por la soberbia, otro se inclina por el peso del temor, otro arde en lujuria, otro jadea por la avaricia, otro se abate por la negligencia, otro se enciende en ira. Pero a través de la doctrina del sagrado discurso, mientras al soberbio se le otorga humildad, al temeroso se le ofrece confianza, el lujurioso es limpiado de la impureza mediante el estudio de la castidad, el avaro es moderado del ardor de la ambición por la continencia, el negligente es levantado por la rectitud del celo, el iracundo es refrenado de la excitación de su precipitación; Dios riega a todos con aguas, porque adapta la fuerza de su palabra en cada uno según la diversidad de costumbres, para que cada uno encuentre en su discurso aquello por lo cual produzca el germen de la virtud necesaria. Por eso, un sabio dice sobre la dulzura del maná: "Les diste pan preparado del cielo sin trabajo, que contiene en sí todo deleite y toda suavidad de sabor" (Sab. 16, 20). El maná, en efecto, tuvo en sí todo deleite y toda suavidad de sabor, ya que, en la boca de los espirituales, según la voluntad de los que lo comían, daba sabor, porque el discurso divino, siendo adecuado para todos y no discrepando de sí mismo, se adapta a la calidad de los oyentes; y cuando cada elegido lo entiende útilmente según su modo, convierte el maná recibido en sabor voluntario. Y porque la gloria de la retribución sigue al trabajo de la buena obra, después de la irrigación de las aguas, se añade correctamente: "Él pone a los humildes en lo alto, y levanta a los afligidos con salvación."

[Vet. VIII, Rec. X.] 23. Los siervos de Dios, ahora despreciados y afligidos, recibirán gloria y gozo.--- Los humildes son puestos en lo alto, porque aquellos que ahora son despreciados por amor a Dios, vendrán entonces con Dios como jueces, tal como lo que dijimos poco antes, la Verdad les promete a estos humildes, diciendo: Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28). Entonces el Señor levanta a los que lloran con salvación, porque aquellos que, encendidos por sus deseos, huyen de lo próspero, sufren lo adverso, toleran los tormentos de los perseguidores, y se castigan a sí mismos con lamentos, recibirán entonces una salvación tanto más sublime cuanto ahora mueren devotamente a todas las alegrías del mundo. De aquí que se dice por Salomón: El corazón que conoce la amargura de su alma, en su gozo no se mezclará el extraño (Prov. XIV, 10). Pues la mente humana conoce la amargura de su alma cuando, encendida por los deseos de la patria eterna, reconoce llorando la pena de su peregrinación; pero en su gozo no se mezclará el extraño, porque quien ahora es ajeno al dolor de la compunción, entonces no será partícipe de la alegría de la consolación. De aquí que en el Evangelio la Verdad dice: En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo (Juan XVI, 20). Y de nuevo: Vosotros, pues, ahora tenéis tristeza, pero os veré otra vez, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo (Ibid., 22). Por lo tanto, se dice que el Señor levanta a los que lloran con salvación, porque consuela con

verdadera salvación temporal a los afligidos por Él. Sin embargo, esto no impide que se entienda también de los elegidos de Dios en esta vida.

24. Los humildes ya en esta vida están situados en lo sublime. En efecto, los humildes son colocados en lo alto, porque al someterse por humildad, con el juicio de una mente elevada, trascienden todas las cosas temporales; y al considerarse indignos en todo, con el examen de un pensamiento recto, pisan y trascienden la gloria de este mundo. Veamos al humilde Pablo. He aquí que dice a los discípulos: No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, nuestro Señor, y a nosotros como vuestros siervos por Cristo (II Cor. IV, 5). Veamos a este humilde ya situado en lo sublime. Dice: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (I Cor. VI, 3). Y de nuevo: Nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales (Efes. II, 6). Quizás entonces una cadena lo ataba exteriormente, pero su mente estaba situada en lo alto, pues ya por la certeza de su esperanza se sentaba en los cielos. Así, los hombres santos son despreciados externamente y soportan todo como indignos; pero confiando en que son dignos de las moradas celestiales, esperan con certeza la gloria de la eternidad; y mientras sufren externamente la adversidad de la persecución, recurren a la fortaleza interior de su mente; y desde allí desprecian todo lo que está bajo ellos, entre lo cual se ven a sí mismos corporalmente; no temen las amenazas, porque incluso despreciando el sufrimiento, las soportan. Por eso se dice a través de Salomón: El justo, confiado como un león, estará sin temor (Prov. XXVIII, 1). Y de nuevo está escrito por él: No entristecerá al justo lo que le suceda (Prov. XII, 21). Porque los rectos están situados en la cima de su intención, y mientras no sienten la muerte al morir, de un modo admirable las flechas de los impíos los hieren, pero no los alcanzan. Por lo tanto, los humildes están situados en lo sublime, porque al despreciarse en todo, se vuelven más seguros contra todo.

[Vet. IX, Rec. XI.] La mente que deja de aspirar a lo que está por encima de ella, cae incesantemente bajo sí misma. Por el contrario, bajo la figura de Babilonia, se dice correctamente a la mente reprobada a través del profeta: Desciende, siéntate en el polvo, virgen hija de Babilonia, siéntate en la tierra; no hay trono para la hija de los caldeos (Isaías XLVII, 1). En este contexto, la mente humana no se llama virgen por ser incorrupta, sino estéril. Y dado que Babilonia se interpreta como confusión, la mente estéril se llama correctamente hija de Babilonia, ya que al no producir buenas obras, al no estar ordenada en una vida recta, es como si fuera generada por una madre de confusión. Pero si la virgen no se llama estéril, sino incorrupta, después de haber perdido el estado de salvación, se le llama lo que fue para aumentar su confusión. A quien se le dice adecuadamente con voz divina: Desciende. La mente humana está en lo alto cuando aspira a las recompensas celestiales; pero desciende de este estado cuando, vencida deshonorosamente, se somete a los deseos efímeros del mundo. A lo cual se añade acertadamente: Siéntate en el polvo. Porque al descender, se sienta en el polvo, ya que al abandonar las cosas celestiales, se cubre de pensamientos terrenales y se debilita en lo vil. Donde aún se añade reiterando: Siéntate en la tierra. Como si dijera abiertamente reprochando: Porque no quisiste elevarte con la conversación celestial, humíllate en los actos terrenales, postrado bajo ti mismo. Por lo cual se añade necesariamente: No hay trono para la hija de los caldeos. Los caldeos se interpretan como feroces. Son muy feroces aquellos que, siguiendo sus propias voluntades, no saben ni siquiera perdonar sus propias muertes. La ferocidad son los deseos terrenales, que no solo van contra los preceptos del Creador, sino que a menudo, incluso contra los golpes de las aflicciones, vuelven la mente dura e insensible. Pero la hija de los feroces no tiene trono, porque la mente que nace del amor al mundo por deseos perversos, y se endurece con esos mismos deseos, al someterse a las concupiscencias terrenales, pierde el asiento del juicio; y no preside sobre ningún trono en sí misma, porque carece del examen de la discreción, y es como si fuera

rechazada de la sesión de su propio juicio, porque vaga por las concupiscencias exteriores. Es evidente que la mente que ha perdido el asiento del consejo interior, se dispersa innumerablemente hacia afuera por los deseos. Y porque disimula lo que entiende, se ciega correctamente, de modo que ni siquiera sabe qué hacer; y a menudo, por justo juicio, se le deja en su propia voluntad, y se le relaja en los laboriosos ministerios del mundo que ansiosamente desea. [Vet. X.] Por lo cual se añade adecuadamente allí: Porque ya no serás llamada blanda y tierna; toma el molino y muele harina (Ibid., 2). Es evidente que los padres perdonan a su hija tierna, y no la afligen con trabajos duros y serviles. Por lo tanto, el Dios Omnipotente llama hija tierna, cuando llama a cada alma amada de los servicios laboriosos de este mundo; para que no se endurezca por los deseos internos mientras se ve afectada por los actos exteriores. Pero la hija de los caldeos no se llama blanda y tierna; porque la mente entregada a deseos perversos, en lo que ansiosamente desea, se deja en el trabajo de este siglo, para que sirva al mundo como una esclava, que no ama a Dios como una hija en su interior. Por lo cual se le ordena tomar el molino y moler harina. El molino se lleva en círculo, y se produce harina. Cada acción de este mundo es un molino, que al acumular muchas preocupaciones, gira las mentes humanas como en un círculo; y de sí misma produce como harinas, porque con el corazón seducido, siempre genera pensamientos minuciosos. [Vet. XI.] A veces, quien se cree merecedor de algún mérito en la quietud, se desnuda en cualquier acción, por lo cual se añade inmediatamente: Desnuda tu vergüenza, descubre el hombro, revela las piernas, cruza los ríos (Ibid., 2). En la administración de la obra, se desnuda la vergüenza, cuando se conoce la mente vil y despreciable en la ostentación de la acción, que antes se consideraba grande en la quietud. La mente descubre el hombro, cuando muestra su obra que era desconocida. Revela las piernas, porque manifiesta con qué pasos de deseos se aferra a las ganancias del mundo. También cruza los ríos, porque ansía incesantemente las acciones de este siglo, que diariamente fluyen hacia su fin; y mientras deja unas, alcanza otras, como si siempre se dirigiera de río en río. Hemos dicho esto brevemente en exceso, para mostrar dónde yace la mente expulsada del trono de la santa intención, porque si deja de aspirar a lo que está por encima de ella, también cae incesantemente bajo sí misma. Pero se fija en lo alto, si abandonando el amor a lo temporal, se liga a la esperanza de la eternidad inmutable.

26. La verdadera alegría de los siervos de Dios; la alegría de los inicuos proviene de la locura, no de la salud. Por tanto, se dice acertadamente: "Él eleva a los humildes a lo alto". Y se añade apropiadamente: "Y levanta a los afligidos con salud". A menudo, en este mundo, incluso los que están alegres son elevados, mientras se enorgullecen de la gloria de su prosperidad. Pero el Señor levanta a los afligidos con salud, porque eleva a sus afligidos a la gloria de la verdadera alegría con solidez. En efecto, son levantados con salud, no con locura, aquellos que, situados en buenas acciones, se regocijan con una esperanza firme en Dios. Pues algunos, como hemos dicho, cometen iniquidades y no dejan de alegrarse; de los cuales se dice por medio de Salomón: "Se alegran cuando hacen el mal y se regocijan en las cosas perversas" (Prov. II, 14). Y nuevamente: "Hay impíos que están tan seguros como si tuvieran las obras de los justos" (Ecle. VIII, 14). Estos, sin duda, no son levantados con salud, sino con locura, quienes se enorgullecen cuando deberían ser afligidos; y de ahí que los miserables se desborden en exultación, mientras los buenos lloran por ellos. Similares a los sentidos de los frenéticos, consideran la locura que prevalece en ellos como virtud; quienes no saben que lo que pueden más que los sanos es debido a la enfermedad; y piensan que han crecido en fuerzas, mientras se acercan al final de la vida por el aumento de su languidez. Porque no tienen el sentido de la razón, lloran y ríen; y se expanden en gran exultación, tanto como ignoran insensiblemente el mal que padecen. Por tanto, el Señor levanta a los afligidos con salud, porque la mente de los elegidos se alegra no por la locura de la vida presente, sino por

la certeza de la salvación eterna. De donde apropiadamente se añade enseguida sobre esta misma destrucción de los perversos:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 12.---El que disipa los pensamientos de los malvados para que no puedan llevar a cabo con sus manos lo que han comenzado.

27. A menudo son vanos los pensamientos de los malvados, y no menos la conciencia culpable. Las mentes de los réprobos siempre están vigilantes con pensamientos perversos, pero la disposición divina frecuentemente se les opone; y aunque no corrigen la maldad de su consejo ni siquiera quebrantados por las adversidades, para que no prevalezcan contra los buenos, sus fuerzas son refrenadas. Por el contrario, se actúa con un juicio admirable, de modo que carecen del efecto de la obra perversa, y sin embargo, la justa sentencia del juez los condena en su conciencia. Así, lo que piensan mal, muestra lo que ellos mismos harían; pero lo que no pueden llevar a cabo, aquellos contra quienes lo pensaron, son defendidos. Por lo tanto, se añade bien:

CAPÍTULO XVIII [Rec. XII].

VERS. 13.---Él atrapa a los sabios en su astucia, y desbarata los planes de los perversos.

28. Resistiendo a los designios de Dios, le sirven a pesar suyo. Se demuestra con los ejemplos de los hermanos de José, Saúl, Jonás, los judíos.---Con frecuencia, algunos, inflados por la sabiduría humana, al ver que los juicios divinos se oponen a sus deseos, intentan resistirles con astutas maquinaciones; y para torcer la fuerza de la disposición suprema a su favor, se empeñan en pensamientos astutos, buscan consejos más sutiles; pero así cumplen la voluntad de Dios, aunque intenten cambiarla; y al consejo del Dios omnipotente, mientras se esfuerzan por resistir, obedecen, porque a menudo también esto sirve adecuadamente a su disposición, lo que resulta fútilmente de los esfuerzos humanos. El Señor, por tanto, atrapa a los sabios en su propia astucia, cuando los hechos humanos sirven adecuadamente a sus designios, incluso cuando se resisten. Lo mostramos mejor si presentamos algunos ejemplos de hechos pasados.

[Vet. XII.] 29. José había tenido un sueño en el que su gavilla se inclinaba ante las gavillas de sus hermanos (Génesis XXXVII, 7); había soñado que el sol y la luna, junto con las demás estrellas, lo adoraban. Como relató esto a sus hermanos con pureza, sus corazones fueron inmediatamente golpeados por la envidia y el temor de la futura dominación. Y cuando lo vieron venir hacia ellos, dijeron con creciente malicia: "He aquí que viene el soñador, venid, matémoslo, y veamos qué le aprovechan sus sueños" (Ibid., 20). Temiendo someterse a su dominio, lo arrojaron a un pozo y lo vendieron a los ismaelitas que pasaban; quienes lo llevaron a Egipto, donde fue sometido a servidumbre, condenado por una acusación de lujuria, ayudado por el mérito de su castidad, y elevado por el juicio de la profecía, fue puesto por encima de todo Egipto; por la sabiduría suprema, prudentemente acumuló granos y previno el peligro futuro de necesidad. Cuando el hambre azotó el mundo, Jacob, preocupado por la preparación de alimentos, envió a sus hijos a Egipto: quienes, sin saberlo, encontraron a José, encargado de la distribución de los granos, y para merecer recibir alimentos, se vieron obligados a adorar al dispensador con sus cuellos inclinados hacia la tierra. Consideremos, pues, el orden de los hechos realizados, consideremos cómo la sabiduría divina atrapa a los sabios en su propia astucia. José fue vendido por ellos para que no fuera adorado; pero fue adorado precisamente porque fue vendido. Intentaron actuar astutamente para cambiar el plan

de Dios; pero por el juicio divino, sirvieron resistiendo aquello que intentaron evitar. Fueron obligados a cumplir la voluntad de Dios precisamente por aquello que intentaron astutamente cambiar. Así, el plan divino se cumple mientras se evita; así, la sabiduría humana es atrapada mientras se resiste. Los hermanos temieron que José creciera sobre ellos; pero lo que fue dispuesto divinamente, al tratar de evitarlo, se hizo para que sucediera. Por lo tanto, la sabiduría humana fue atrapada en sí misma, ya que, al resistir la voluntad de Dios con intención, sirvió a su cumplimiento.

[Vet. XIII.] 30. Así, cuando Saúl vio que David, su súbdito, crecía diariamente en el éxito de sus virtudes, le prometió a su hija en matrimonio y pidió como dote cien prepucios de filisteos, con la intención de que, al buscar el soldado superarse a sí mismo, fuera entregado a las espadas de los enemigos y perdiera la vida, como está escrito: "El rey no tiene necesidad de dote, sino solamente de cien prepucios de filisteos, para que se haga venganza de los enemigos del rey" (I Sam. XVIII, 25). Sin embargo, Saúl pensaba entregar a David en manos de los filisteos; pero David, fortalecido por el favor de su disposición interna, se comprometió a dar cien y trajo doscientos prepucios. Saúl, superado por la evidencia de esta obra, fue atrapado por el consejo de la providencia divina en su propia sabiduría; porque, de donde creyó extinguir la vida del soldado en ascenso, acumuló la gloria de su virtud.

31. Pero porque a veces incluso los elegidos intentan actuar con astucia, es conveniente presentar a otro sabio y demostrar cómo en los consejos internos se comprende la astucia de los mortales. En efecto, Jonás quiso actuar prudentemente cuando, enviado a predicar el arrepentimiento de los ninivitas, temiendo que las naciones elegidas abandonaran Judea, se negó a cumplir con el oficio de la predicación (Jonás 1, 2, 3, ss.). Buscó un barco, eligió huir a Tarsis; pero de inmediato se desata una tempestad, se echa suertes para conocer de quién es la culpa de que el mar se agite. Jonás es hallado culpable, es sumergido en el abismo, devorado por un cetáceo que lo traga, y es llevado por la bestia a donde se negó a ir por su propia voluntad. He aquí que la tempestad encuentra al fugitivo de Dios, la suerte lo atrapa, el mar lo recibe, la bestia lo encierra, y porque se resiste a obedecer a su Creador, es llevado al lugar al que había sido enviado, siendo prisionero en su propio calabozo. El hombre no quiso ministrar la profecía por mandato de Dios, pero al inspirar Dios, la bestia vomita al profeta. Así, el Señor atrapa a los sabios en su astucia, cuando incluso convierte en instrumento de su voluntad aquello con lo que la voluntad humana le contradice.

32. Examinemos aún más la sabiduría de los hebreos, para ver qué prohibió previendo, qué provocó prohibiendo. Ciertamente, cuando la multitud de creyentes acudía a los milagros de nuestro Redentor, cuando los sacerdotes del pueblo, encendidos por las llamas de la envidia, proclamaban que el mundo iba tras Él diciendo: "¿Veis que no logramos nada? Mirad, todo el mundo ha ido tras Él" (Juan 12, 19); para cortar la fuerza de tal concurrencia, intentaron acabar con su poder mediante la muerte, diciendo: "Conviene que un solo hombre muera, y no perezca toda la nación" (Juan 11, 50). Pero la muerte del Redentor sirvió para la unión de su cuerpo, es decir, la Iglesia, no para la separación. Por eso, también por la ley de la tórtola o la paloma, en figura de nuestro sacrificio, se ordena cortar el cuello, pero no separarlo completamente, para que incluso después de la muerte la cabeza permanezca unida al cuerpo (Levítico 1, 15); porque evidentemente el mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2, 5), es decir, la cabeza de todos nosotros, y la verdadera víctima de purificación, de donde sufrió la muerte por nosotros, de ahí se unió más verdaderamente a nosotros. Después de la sección, la cabeza de la tórtola permanece unida a su cuerpo, porque ni siquiera la muerte interpuesta separa a Cristo de la Iglesia. Los perseguidores, por tanto, llevaron a cabo lo que perniciosamente intentaron, infligieron la muerte para cortar de Él la devoción de los fieles;

pero de donde creyeron que extinguirían la fe, esta creció. Y mientras pensaban que al perseguir sus milagros los cortarían, ciertamente fueron obligados, sin saberlo, a difundirlos. Así, el Señor atrapó a los sabios en su astucia, cuando incluso esto lo convirtió en servicio de su piedad, lo que contra Él la crueldad humana encendió.

33. Dios concede algunas cosas con benevolencia, otras permite con ira. En efecto, el justo y misericordioso, disponiendo los actos de los mortales, concede algunas cosas con benevolencia y permite otras con ira; y lo que permite, lo tolera de tal manera que lo convierte en utilidad para su propio consejo. De ahí que, de manera admirable, lo que se hace sin la voluntad de Dios no sea contrario a la voluntad de Dios, porque cuando las malas acciones se convierten en un buen uso, incluso aquellas que se oponen a su consejo sirven a su propósito. Por eso, a través del salmista se dice: Grandes son las obras del Señor, buscadas en todas sus voluntades (Salmo 110, 2). Así, sus obras son grandes, de modo que en todo lo que los hombres hacen, se busca su voluntad. Pues a menudo se logra aquello de lo que se pensaba que sería rechazado. De ahí que se diga de nuevo: Todo lo que quiso el Señor lo hizo en el cielo y en la tierra (Salmo 134, 6). De ahí que Salomón diga: No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor (Proverbios 21, 30). Por lo tanto, queda que en todo lo que hacemos busquemos la fuerza de la voluntad suprema, a la cual, una vez conocida, nuestra acción debe servir devotamente y seguir como guía de su camino, para no servirle incluso sin querer, si con soberbia se aparta de ella. Pues la fuerza del consejo supremo no puede ser evitada; pero quien se refrena bajo sus impulsos la modera con gran virtud; y quien la lleva con el hombro del corazón sometido, aligera sus cargas. Pero como anteriormente hemos hecho memoria de los perseguidores, mostremos cómo incluso lo que sigue es congruente con su ceguera. Sigue:

CAPÍTULO XIX [Rec. XIII].

VERS. 14.---Durante el día encontrarán tinieblas, y como en la noche, así palparán al mediodía.

34. Los perseguidores de Cristo sufrieron tinieblas en pleno día. Y como ciegos, palparon al mediodía.---Incurrieron en tinieblas durante el día, porque en la misma presencia de la verdad fueron cegados por el error de la perfidia. Claramente se ve durante el día, mientras que por la noche nuestra visión se oscurece. Los perseguidores de nuestro Redentor, al ver los milagros de la divina virtud y sin embargo dudar de su divinidad, sufrieron tinieblas en pleno día, porque perdieron la vista en la luz. Por eso, la misma Luz les advierte diciendo: Caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas (Juan XII, 35). Por eso se dice de Judea: Se le puso el sol, aunque aún era de día (Jeremías XV, 9). Por eso el profeta nuevamente toma la voz de los penitentes, diciendo: Tropezamos al mediodía como en las tinieblas, en lugares oscuros como muertos (Isaías LIX, 10). Por eso nuevamente dice: Centinela, ¿qué hay de la noche? Centinela, ¿qué hay de la noche? Dijo el centinela: Viene la mañana y la noche (Isaías XXI, 11). En efecto, el centinela viene de noche, porque el protector del género humano apareció manifestamente en la carne, y sin embargo, Judea, oprimida por las tinieblas de su perfidia, no lo reconoció. Donde bien se añade de la voz del centinela: Viene la mañana y la noche, porque por su presencia una nueva luz brilló en el mundo, y sin embargo, en el corazón de los infieles permaneció la antigua ceguera. [Vet. XV.] Bien se dice: Como en la noche, así palparán al mediodía. Pues lo que buscamos palpando, es aquello que no vemos con los ojos. Los judíos vieron sus milagros manifiestos, y aún así, como palpando, buscaban cuando decían: ¿Hasta cuándo nos tienes en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente (Juan X, 24). He aquí que la luz de los milagros estaba

ante sus ojos, y sin embargo, tropezando en las tinieblas de su corazón, aún buscaban palpando. La ceguera de ellos, ciertamente, se encendió en crueldad, y la crueldad incluso llegó hasta las obras manifiestas de persecución. Pero el Redentor del género humano no pudo ser retenido por mucho tiempo en manos de sus perseguidores. Por eso, inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 15.---Además, salvará al necesitado de la espada de su boca, y al pobre de la mano del violento.

35. Cristo superó las lenguas de los judíos y la espada de los gentiles resucitando. En efecto, este mismo es el pobre del que se dice por medio de Pablo: "Por nosotros se hizo pobre, siendo rico". Y puesto que los judíos entregaron al Señor acusándolo, y los gentiles lo mataron una vez entregado (II Cor. VIII, 9), puede ser señalado por la espada de la boca de los hebreos acusadores, de quienes se dice por el salmista: "Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua una espada afilada" (Sal. LVI, 5); porque, como también atestigua el Evangelio, clamaron: "¡Crucifícalo, crucifícalo!" (Luc. XXIII, 21). Por la mano violenta, puede expresarse la misma gentilidad que crucificó, la cual cumplió con obras las voces de los hebreos en la muerte del Redentor. Así pues, Dios salvó a este pobre tanto de la mano violenta como de la espada de la boca; porque, evidentemente, nuestro Redentor soportó las fuerzas de los gentiles y las lenguas de los judíos muriendo en su humanidad, pero las superó resucitando por el poder de su divinidad. ¿Qué otra cosa se logra con esta resurrección, sino que nuestra debilidad se fortalezca en la esperanza de la vida futura? Por lo cual, bien se añade a continuación:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 16.---Y habrá esperanza para el necesitado.

36. Afirmó la esperanza de los suyos. — En efecto, al ser arrebatado el pobre, el necesitado es llevado a la esperanza, porque el humilde pueblo de los fieles, al morir el Redentor, es sacudido por el temor, pero al resucitar, es fortalecido. Pues la muerte vista de Él golpeó a los primeros pobres de este pueblo, es decir, a los predicadores elegidos, pero la resurrección manifestada los restauró. Así, al ser salvado el pobre, el necesitado recobra la esperanza, porque al resucitar en la carne el Señor, cada fiel se fortalece en la confianza de la vida eterna. Pero he aquí que ya en la manifestación evidente viene la Verdad, ya ha soportado la muerte de la carne, y al resucitar la ha destruido, ya ha honrado la resurrección con la gloria de la ascensión; y sin embargo, la lengua de los hebreos no cesa aún de provocarlo con injurias, a quienes ciertamente soporta con ecuanimidad, para convertir a otros soportando, y a otros no convertidos, en algún momento, golpearlos con mayor severidad. Entonces, en efecto, la lengua de los infieles enmudecerá de la desenfrenada locuacidad, cuando vea venir a aquel justo juez, a quien ahora juzgó injustamente. Por lo cual, bien se añade:

CAPÍTULO XXII.

IBID.---La iniquidad cerrará su boca.

37. Los judíos cesarán de sus injurias contra Cristo. Pues ahora la iniquidad aún ensancha su boca, ya que la lengua de los infieles no cesa de provocar con injurias al Redentor del género

humano. Pero entonces cerrará su boca, cuando lo que no quiere por estudio, lo cerrará por castigo. Sin embargo, esto también puede entenderse bien de los perseguidores convertidos. Pues al ser salvado el pobre, cuando el necesitado vuelve a la esperanza, la iniquidad enmudece con la boca cerrada, porque al resplandecer el milagro de su resurrección, mientras una copiosa multitud de infieles cree, cesó de las injurias y afrentas a su Redentor. Pues su boca, que abrió burlándose de Dios, ya la ha cerrado con temor.

[Vet. XVI.] SENTIDO MORAL.---38. Las tinieblas de los envidiosos y la malicia ansiosa.--- Es conveniente pasar por alto la significación de los judíos y considerar esto moralmente, investigando cómo actúan generalmente los malvados. Las mentes de los hombres inicuos, cuando observan que sus prójimos realizan buenas acciones, son torturadas en el potro extendido de su envidia y soportan el grave castigo de su malicia al ver que se consumen por el bien ajeno. Por tanto, se dice acertadamente: Durante el día incurrirán en tinieblas, porque su mente, al afligirse por la mejora ajena, se oscurece con el rayo de luz; porque a menudo, al considerar los bienes evidentes en los prójimos, investigan si hay algún mal oculto, y se esfuerzan con ansiosas indagaciones por encontrar algo que puedan acusar. En efecto, contemplan miembros sanos, pero con los ojos del corazón cerrados, buscan palpando una herida. Por eso se añade acertadamente: Y como en la noche, así palparán al mediodía. El día de la buena obra brilla exteriormente en el prójimo; pero palpan como en la noche, porque soportan en su interior las tinieblas de su envidia. Se esfuerzan por encontrar algo que puedan reprochar, buscan una vía de difamación; pero como no pueden encontrarla, vagan ciegos exteriormente. Esto se expresa bien cuando los sodomitas, con los ángeles protegiendo, no encontraron la puerta de la casa de Lot, como está escrito: Hacían gran violencia a Lot, y ya estaba próximo a romper las puertas, y los hombres extendieron la mano, introdujeron a Lot, cerraron la puerta, y a los que estaban fuera los hirieron con ceguera desde el menor hasta el mayor, de modo que no pudieron encontrar la puerta (Gén. XIX, 9, 10 ss.). ¿Qué significa que, con los malvados adversando, Lot es llevado y protegido dentro de la casa, sino que cualquier justo, mientras soporta las insidias de los perversos, vuelve a su mente y permanece impertérrito? Los hombres sodomitas no pueden encontrar la puerta en la casa de Lot, porque los corruptores de las mentes no descubren ninguna vía de acusación contra la vida del justo. Pues, heridos de ceguera, vagan alrededor de la casa, quienes envidian y escudriñan los hechos y palabras. Pero como la acción fuerte y laudable del justo les enfrenta por todos lados, errantes no palpan más que la pared. Por tanto, se dice acertadamente: Como en la noche, así palparán al mediodía, porque mientras no pueden acusar el bien que ven, cegados por la malicia, buscan para la acusación el mal que no ven.

39. La culpa nos arrastra por la delectación o el terror; ninguno de los dos afecta al humilde. — Donde correctamente se añade: Además, salvará al pobre de la espada de su boca y de la mano del violento. En efecto, es pobre quien no se ensalza a sí mismo. Por eso, en el Evangelio, la Verdad dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V, 3). Sin embargo, cada uno es arrastrado a la culpa de dos maneras. O bien es conducido por la delectación, o es vencido por el terror. La espada de la boca es la iniquidad de la persuasión, y la mano del violento es la adversidad del poder. Pero porque el verdaderamente humilde, que aquí se llama pobre, no desea ninguna prosperidad de este mundo, también desprecia audazmente las adversidades, se dice correctamente: Salvará al pobre de la espada de su boca y de la mano del violento. Como si se dijera abiertamente: Así Dios fortalece las mentes de los humildes en sí mismos, para que ni las seducciones de las persuasiones los arrastren a cometer maldades, ni los dolores de los castigos los quiebren. La esperanza en la eternidad eleva el ánimo, y por eso no siente ningún mal exterior que soporta. Por lo cual se añade: Y será esperanza para el necesitado. Al fruto de esta esperanza, el pobre

llegará, y todo el que se ensalza enmudece. Por lo cual se añade aún: La iniquidad cerrará su boca. Ahora el malvado desmerece a los buenos, y no cesa de lacerar, criticando en otros, lo que él mismo descuida hacer rectamente. Pero entonces la iniquidad cierra su boca, cuando reconoce cuánta gloria de retribución aguarda a los justos. Entonces no tiene tiempo para hablar contra los buenos, porque los tormentos atan su lengua con la retribución digna de sus males. Por eso, bien se dice, profetizando Ana: Guardará los pies de sus santos, y los impíos en las tinieblas enmudecerán (I Samuel II, 9). Pero para que cada elegido evite los castigos eternos y el pobre ascienda a la gloria perenne, debe aquí ser desgastado por azotes continuos, para que en el juicio pueda ser hallado purificado. Pues con el peso de nuestra debilidad somos llevados hacia abajo cada día, a menos que seamos levantados por la mano maravillosa del artífice a través de los azotes que nos socorren. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XXIII [Ant. XVII].

VERS. 17.---Bienaventurado el hombre que es corregido por el Señor.

40. Este elegido debe ser desgastado con azotes continuos. La primera virtud es evitar los pecados para que no se cometan; la segunda, al menos, corregir los ya cometidos. Pero generalmente no solo no evitamos las culpas inminentes, sino que tampoco reconocemos las ya cometidas. Y la mente del pecador se oscurece tanto más cuanto menos comprende el daño de su ceguera. Por lo tanto, sucede a menudo, por la generosidad del don divino, que la culpa es seguida por el castigo, y los azotes abren los ojos del delincuente, que la seguridad entre los vicios cegaba. En efecto, el alma adormecida es tocada por el golpe para ser despertada; de modo que quien perdió su estado de rectitud por seguridad, afligido considere dónde yace. De aquí, entonces, la misma aspereza de la corrección se convierte en el origen de la luz. Por eso también se dice por medio de Pablo: Todo lo que es reprendido, es manifestado por la luz (Efesios V, 13), pues el dolor es un argumento de salvación. De aquí que Salomón diga: La corrección hará cesar los grandes pecados (Eclesiástico X, 4). De aquí que nuevamente diga: Porque el Señor corrige a quien ama; azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6). De aquí que el Señor hable con voz angélica a Juan, diciendo: Yo reprendo y castigo a todos los que amo (Apocalipsis III, 19). De aquí que Pablo diga: Toda disciplina, en el presente, no parece ser motivo de alegría, sino de tristeza; pero después da el fruto pacífico de justicia a los que por ella han sido ejercitados (Hebreos XII, 11). Aunque, por tanto, no puedan coincidir el dolor y la bienaventuranza, sin embargo, se dice correctamente ahora: Bienaventurado el hombre que es corregido por el Señor; porque por esto, que el pecador es oprimido por el dolor de la corrección, a veces es instruido para la bienaventuranza, que es sin la intervención del dolor. Sigue:

CAPÍTULO XXIV [Rec. XIV].

IBID.---Por lo tanto, no rechaces la reprensión del Señor.

41. La corrección de Dios a veces castiga, a veces prueba. Quien es golpeado por su culpa, pero se exalta en la queja de su castigo, reprueba la corrección del Señor, porque acusa que la sufre injustamente. Sin embargo, aquellos que son golpeados no para la purificación del crimen, sino para la prueba de su fortaleza, cuando investigan las causas de su castigo, no se dice que reprueben la corrección del Señor, porque se esfuerzan por encontrar en sí mismos lo que desconocen. Por eso, el bienaventurado Job, al estallar en palabras de libertad en medio de los golpes, pregunta con más razón sobre los juicios de quien lo golpea, cuanto más ignora en sí mismo las causas de su sufrimiento. Así pues, Elifaz, al considerar que Job fue

golpeado no por un examen de prueba, sino por purificación, creyó que al hablar libremente entre los azotes, había reprobado la corrección de Dios. A quien también hemos dicho que representa adecuadamente la figura de los herejes, que siempre tuercen hacia el vicio de la obstinación todo lo que la santa Iglesia hace correctamente, según su juicio. Pero como es llevado a hablar con buena intención, aunque no se preocupa por discernir a quién habla, aún añade predicando las moderaciones de la disposición divina, diciendo:

CAPÍTULO XXV [Ant. XVIII].

VERS. 18.---Porque él hiere y cura; golpea, y sus manos sanarán.

42. Dios hiere de dos maneras para la salvación. A la mente que regresa a Dios, se convierte en tentación todo lo que antes en el mundo era placentero. Dios omnipotente hiere de dos maneras a aquellos a quienes se preocupa por llevar a la salvación. A veces golpea la carne y ablanda la dureza de la mente con su temor. Así, al herir, llama a la salvación, cuando aflige exteriormente a sus elegidos para que vivan interiormente. Por eso también habla a través de Moisés, diciendo: Yo mataré, y haré vivir; heriré, y yo sanaré (Deut. XXXII, 39). Mata para vivificar, hiere para sanar; porque por eso aplica golpes externos, para curar las heridas de los pecados en el interior. Sin embargo, a veces, aunque los azotes externos parezcan cesar, inflige heridas en el interior, porque golpea la dureza de nuestra mente con su deseo. Pero al golpear, sana, porque nos llama al sentido de la rectitud con el dardo de su terror. Nuestros corazones están mal sanos cuando no son heridos por el amor de Dios, cuando no sienten la aflicción de su peregrinación, cuando no languidecen con el más mínimo afecto hacia la debilidad del prójimo. Pero son heridos para ser sanados, porque Dios golpea las mentes insensibles con los dardos de su amor, y pronto las hace sensibles por el ardor de la caridad. Por eso también la esposa en el Cantar de los Cantares dice: Estoy herida de amor (Cant. II, 5, según la LXX). El alma mal sana, postrada en el lecho de este exilio con ciega seguridad, ni veía al Señor, ni buscaba verlo; pero herida por los dardos de su amor, es herida en lo más íntimo por el afecto de la piedad, arde en el deseo de la contemplación, y de manera maravillosa es vivificada por la herida, la que antes yacía muerta en la salvación; se agita, anhela, y ya desea ver a quien huía. Por lo tanto, es llevada a la salvación por la herida, la que es llamada a la seguridad de la paz interior por la perturbación de su amor. Pero cuando la mente herida comienza a anhelar a Dios, cuando despreciando todas las seducciones de este mundo, se dirige por el deseo a la patria celestial, se convierte en tentación para ella todo lo que antes se consideraba amigo y placentero en el mundo. Porque aquellos que solían amar al pecador, cruelmente atacan al que vive rectamente. Y el alma elevada a Dios soporta las batallas de su carne, en la que antes, sirviendo a los vicios, yacía placenteramente; las antiguas voluptuosidades vuelven a la memoria y afligen a la mente que se opone con una dura lucha. Pero porque mientras somos desgastados por el trabajo transitorio, somos liberados del dolor perpetuo, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XXVI [Rec. XV].

VERS. 19.---En seis tribulaciones te libraré, y en la séptima no te tocará el mal.

43. El trabajo transitorio nos libra del dolor perpetuo. ¿Qué significa el número seis, al que sigue el séptimo, sino el curso y la operación de la vida presente? En efecto, al completar todo en el sexto día, Dios creó al hombre, y el séptimo día descansó. Este séptimo día, ciertamente, no tiene ocaso, porque ningún término cierra la subsiguiente paz. Por lo tanto, la paz sigue a todas las cosas completadas; porque después de las buenas obras de la vida

presente, se encuentra la recompensa del descanso eterno. Así, el Señor nos libera en seis tribulaciones, para que en la séptima no nos toque el mal, porque a través de la enseñanza de la piedad paterna nos aflige con el trabajo de la vida presente, pero en la venida del juez nos esconde del castigo; para que entonces nos muestre más seguros para la salvación, cuanto más ahora nos hieren los azotes. Quien, enumerando adecuadamente los males de la vida presente y las ayudas de la protección celestial, añade:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 20.---En el hambre te libraré de la muerte, y en la guerra de la mano de la espada.

44. Dios, al nutrir las mentes con el alimento de su palabra, las fortalece contra las tentaciones. Así como el hambre del cuerpo es la falta de sustento físico, el hambre de la mente es el silencio de la palabra divina. Por eso, con razón se dice por medio del profeta: "Enviaré hambre sobre la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios" (Amós VIII, 11). Y porque cuando la palabra divina abandona la mente humana, la tentación de la carne prevalece contra ella, se añade apropiadamente: "Y en la guerra de la mano de la espada." Sufrimos guerra cuando somos atacados por las tentaciones de nuestra carne; de esta guerra, sin duda, se dice por el Salmista: "Protege mi cabeza en el día de la batalla" (Salmo CXXXIX, 3). Por lo tanto, ya que los réprobos, al carecer del alimento de la palabra de Dios, también son atravesados por la espada de la guerra; el Señor libra a sus elegidos de la muerte en el hambre y los esconde de la espada en la guerra, porque al nutrir sus mentes con el alimento de su palabra, los fortalece contra las tentaciones del cuerpo. Pero hay algunos que, aunque se nutren del divino discurso y se sostienen con la virtud de la continencia contra las tentaciones del cuerpo, aún temen ser heridos por las detracciones humanas, y a menudo, al temer las flechas de las lenguas, se estrangulan con el lazo del pecado. Por eso, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XXVIII [Ant. XIX].

VERS. 21.---Serás escondido del flagelo de la lengua.

45. Contra el flagelo de la lengua, contra los castigos corporales, es necesario armarse. El flagelo de la lengua es la reprensión de la injuria infligida. Con el flagelo de la lengua hieren a los buenos, aquellos que persiguen sus obras con burla. Pues a menudo la lengua aparta de la buena obra, mientras vitupera; y se manifiesta como un flagelo, porque golpea la espalda de la mente tímida. Este flagelo de la lengua, el Profeta lo había visto acechar a la mente elegida, cuando prometiendo ayuda divina decía: Él te libraré del lazo del cazador, y de la palabra áspera (Salmo 90, 3). Los cazadores no buscan otra cosa que la carne. Pero somos liberados del lazo de los cazadores y de la palabra áspera, cuando superamos despreciando tanto las insidias de los carnales como los insultos de las burlas. En efecto, sus palabras ásperas son las que se oponen a nuestros buenos caminos. Pero evadir la aspereza de la palabra es pisotear las burlas de los detractores disimulando. Así, el alma santa se esconde del flagelo de la lengua, porque mientras en este mundo no busca el honor de la alabanza, tampoco siente las injurias de la detracción. Pero hay algunos que ya desprecian las palabras de los detractores, ya consideran las burlas como nada, pero aún temen los castigos y tormentos del cuerpo. Pues el antiguo adversario, para apartarnos de la recta intención, nos ataca de múltiples formas; y aborda nuestra tentación a veces con el hambre de la palabra, a veces con la lucha de la carne, a veces con el flagelo del discurso, a veces con la calamidad de la persecución. Pero porque cada uno, cuando ha vencido los vicios en sí mismo,

inmediatamente arma su mente también contra las heridas de la pasión, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Y no temerás la calamidad, cuando venga.

46. Al luchar contra el adversario multiforme, debemos prepararnos de manera aún más diversa. Los hombres santos, al considerar que combaten contra un adversario multiforme, se preparan a sí mismos de múltiples maneras en la contienda. Tienen, en efecto, contra el hambre del divino verbo, el alimento; contra la espada de la guerra, el escudo de la continencia; contra el flagelo de la lengua, la protección de la paciencia; contra la pérdida de la calamidad exterior, la ayuda del amor interno. Por lo tanto, de manera admirable se logra que, cuanto más astutamente el enemigo los tienta en número, más ricos en virtudes se vuelven los soldados de Dios. Y porque los elegidos, al soportar valientemente las contiendas de la vida presente, se preparan seguridad en el terror del juicio venidero, con razón se añade:

CAPÍTULO XXX [Ant. XX, Rec. XVI].

VERS. 22.---Te reirás de la desolación y del hambre.

47. Los réprobos serán atormentados tanto interior como exteriormente. En efecto, los réprobos sufrirán devastación y hambre cuando, condenados en el juicio final, sean separados de la visión del pan eterno. Pues está escrito: "Sea quitado el impío, para que no vea la gloria de Dios" (Isaías 26, 10, según los Setenta). Y el Señor dice por sí mismo: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan 6, 51). Así, la devastación y el hambre los atormentan, ya que no solo sienten tormentos exteriores, sino que también mueren interiormente por la peste de la inanición. El infierno devasta porque quema, el hambre mata porque el Redentor oculta su rostro de ellos. Reciben bien la retribución tanto interior como exteriormente, porque pecaron tanto en pensamiento como en acción. Por eso, bien dice el salmista: "Los pondrás como horno de fuego en el tiempo de tu presencia; el Señor en su ira los confundirá, y el fuego los devorará" (Salmo 20, 10). Pues lo que es devorado por el fuego se enciende desde el exterior, pero el horno se inflama desde el interior. En el tiempo del rostro del Señor, todos los injustos son puestos como horno y devorados por el fuego; porque, al aparecer el juez, cuando su multitud es apartada de su visión, la conciencia arde interiormente por el deseo, y el infierno atormenta la carne exteriormente.

48. Entonces los justos reirán, y no se conmovrán con misericordia hacia los condenados. También puede entenderse el flagelo de la lengua como la sentencia de la última reprobación, cuando el juez severo dice a los réprobos: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mateo XXV, 41). Por lo tanto, el justo es escondido del flagelo de la lengua y de la calamidad venidera, porque en tal severidad de sentencia es reconfortado por la suave voz del juez cuando se dice: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí" (Ibid., 35, 36). A lo cual se antepone: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Ibid., 34). En la devastación y el hambre, el justo reirá; porque cuando la última venganza golpea a todos los inicuos, él se regocija en la gloria de la retribución merecida. Y ya no compadece a los condenados por humanidad; porque, adherido a la justicia divina por la visión, se fortalece con el vigor inquebrantable de la severidad

interna. Las mentes de los elegidos, elevadas en la claridad de la rectitud suprema, no son afectadas por misericordia alguna, porque la altura de la bienaventuranza las hace ajenas a las miserias. Por eso, bien se dice también por el Salmista: "Verán los justos y temerán, y se reirán de él, y dirán: He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador" (Salmo LI, 8). Los justos ven ahora a los inicuos y temen, pero entonces los verán y se reirán. Porque ahora pueden caer en la imitación de sus errores, aquí tienen temor; pero como no pueden ayudar a los condenados entonces, allí no tienen compasión. No se debe tener misericordia de los entregados al castigo eterno, lo leen en la misma justicia del juez en la que son bienaventurados, quienes, lo que no es lícito sospechar, disminuirían la calidad de la felicidad recibida si, estando en el reino, quisieran lo que de ninguna manera pueden cumplir. Pero quien se dirige a los preceptos de la vida, antes de recibir las recompensas eternas, ya aquí degusta los inicios de la seguridad perpetua que seguirá; para que no tema al antiguo enemigo, para que, al intervenir el momento de la muerte, no tema en absoluto sus violentos ataques. Para los justos, el inicio de la retribución es a menudo la misma seguridad de la mente en el momento de la muerte. Por lo tanto, correctamente se añade:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 22.---Y no temerás a la bestia de la tierra.

49. A menudo en el momento de la muerte perciben la seguridad de la mente. En efecto, el astuto adversario es llamado bestia de la tierra, porque se lanza con violencia y crueldad para arrebatarse las almas de los pecadores en el momento de la muerte. A quienes engaña con halagos en vida, los arrebatase con furia al morir. En contraposición, el Señor promete a través del profeta sobre la Iglesia de los elegidos, diciendo: "La mala bestia no pasará por ella" (Isaías 35, 9). Temen, pues, a la bestia de la tierra al morir aquellos que no temen el poder de su Creador en vida. Los hombres santos, al someterse profundamente al temor divino, desechan todo peso de temor ante la llegada del adversario. Por eso el salmista suplica al Señor, diciendo: "No sea que arrebatase como león mi alma" (Salmo 7, 3). Y nuevamente dice: "Escucha, Dios, mi oración cuando estoy atribulado, librame del temor del enemigo" (Salmo 63, 1-2). En efecto, temen perfectamente al juez en vida, para no temer al acusador al morir. Por tanto, se dice bien: "Y no temerás a la bestia de la tierra". Como si se dijera abiertamente: Porque ahora no eres vencido por el enemigo que halaga, no temerás después al que se enfurece. Pero cuando se vive bien, es necesario tener mucho cuidado de que la mente, despreciando a los demás, no se eleve por la gloria de la singularidad. Por lo tanto, se recuerda adecuadamente el bien social, cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 23.---Pero con las piedras de las regiones será tu pacto.

50. La singularidad debe ser evitada por los piadosos.---Las Iglesias de las naciones son como regiones distintas en el mundo, que, aunque están unidas en una sola fe, se dividen por la diversidad de costumbres y lenguas. ¿Qué son, entonces, las piedras de las regiones, sino los elegidos de las Iglesias? A quienes se les dice con la voz del primer instructor: Vosotros, como piedras vivas, sois edificados (I Pedro II, 5). Sobre los cuales el Señor promete a la santa Iglesia a través del profeta, diciendo: He aquí que yo pondré tus piedras en orden (Isaías LIV, 11). Quien vive rectamente, se une a las piedras de las regiones, porque al superar los deseos del mundo, sin duda alguna, liga su vida a la imitación de los santos que le precedieron. Pero cuando se separa de la acción del mundo, crecen los ataques de los

espíritus malignos: sin embargo, cuanto más afligen a alguien en su tristeza, más humildemente lo someten al Creador. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XXXIII.

IBID.---Y las bestias de la tierra te serán pacíficas.

51. Las insidias más agudas del enemigo nos obligan a pedir la ayuda de la gracia.---Es de notar primero que no dice *pacatae*, sino *pacifcae*, es decir, no porque tengan paz, sino porque hacen la paz. En efecto, los enemigos astutos, mientras acechan, afligen; pero la mente afligida tanto más ama el regreso a la patria eterna, cuanto más laboriosamente vive en este exilio lleno de sufrimientos; y se humilla más verdaderamente ante la gracia de su ayudador, cuando considera las insidias más agudas de los enemigos contra sí misma. Por lo tanto, las bestias de la tierra se vuelven pacíficas para los elegidos, porque los espíritus malignos, cuando oprimen los corazones de los buenos adversándolos, los impulsan, aunque no lo quieran, al amor del Señor. De ahí que con Dios surge una paz más robusta, de donde se genera para nosotros una lucha más dura por parte de los adversarios.

[Vet. XXII.] 52. Los movimientos de la carne rugen tentando, pero no llegan hasta el mordisco. Más bien, nos procuran la paz con Dios. También se pueden entender los movimientos de la carne como bestias de la tierra, que al incitar nuestra mente con cosas irracionales, se levantan contra nosotros de manera bestial. Pero cuando el corazón se somete a la ley divina, incluso los incentivos de la carne se calman; de modo que, aunque murmuren tentando, no llegan al efecto de las obras, como si se alzarán a la rabia de un mordisco abierto. ¿Quién, permaneciendo aún en esta carne corruptible, doma completamente estas bestias de la tierra, cuando aquel insigne predicador arrebatado al tercer cielo dice: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros (Rom. VII, 23)? Pero es una cosa ver a estas bestias rugiendo en el campo de la obra, y otra es mantenerlas rugiendo dentro de la cueva del corazón. Pues reducidas dentro de los límites de la continencia, aunque rugen tentando, como hemos dicho, no exceden hasta el mordisco de la acción ilícita. Por lo tanto, las bestias de la tierra son pacíficas, porque los movimientos de la carne, aunque palpiten por los deseos, no nos atacan con abierta contradicción de obra. Aunque por el hecho mismo de que se les llama pacíficas, también se puede entender lo que dijimos de los espíritus malignos. Los movimientos de la carne nos hacen la paz con Dios, cuando nos contradicen tentando. Pues la mente del justo, al dirigirse hacia lo alto, se fatiga en una dura batalla con el cuerpo corruptible. Si alguna vez se demora de los deseos celestiales por la más mínima delectación de este mundo, es impulsada por la misma batalla de su tentación a amar con todo el corazón aquello que ninguna contradicción perturba. De ahí que recuerde la paz interior y, huyendo de las seducciones de su carne, suspire por ella con pleno amor. Pues cada uno es compelido por la tentación a considerar de dónde cayó, quien después de haber abandonado la paz de Dios, siente que surge en sí mismo una lucha contra sí mismo, y entonces ve más claramente lo que perdió de la segura dilección de Dios, quien al caer en sí mismo, encuentra su propia deshonra en sí. Por lo tanto, las bestias de la tierra nos hacen la paz, porque los movimientos de la carne, al provocarnos tentando, nos impulsan al amor de la paz interior. Bien se añade:

CAPÍTULO XXXIV [Ant. XXIII.]

Y sabrás que tu morada tiene paz.

En las Escrituras, paz plena y paz iniciada.---En la Sagrada Escritura, la paz plena se menciona de una manera, y la paz iniciada de otra. La Verdad había dado a sus discípulos la paz iniciada cuando decía: "La paz os dejo, mi paz os doy" (Juan XIV, 27), y Simeón había deseado la paz plena cuando oraba diciendo: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, según tu palabra" (Lucas II, 29). Nuestra paz comienza con el deseo del Creador, pero se perfecciona con la visión manifiesta. Será plena cuando nuestra mente no sea cegada por la ignorancia ni sacudida por la lucha de su carne. Pero, dado que tocamos sus inicios cuando sometemos la mente a Dios o la carne a la mente, se dice que el tabernáculo del justo tiene paz, porque su cuerpo, en el que habita la mente, es refrenado bajo la disposición de la justicia de los movimientos perversos de los deseos. Pero, ¿de qué sirve restringir la carne mediante la continencia si la mente no sabe expandirse en el amor al prójimo a través de la compasión? No hay castidad de la carne que no sea encomendada por la suavidad de la mente. Por eso, después de la paz del tabernáculo, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXXV.

IBID.---Y visitando tu especie, no pecarás.

54. Que cada uno piense y ame en el otro. Pablo se hizo todo para todos condescendiendo, no cayendo. La apariencia del hombre es, en efecto, otro hombre. Con razón se dice que nuestro prójimo es nuestra apariencia, porque en él vemos lo que somos nosotros mismos. Con la visita corporal nos acercamos al prójimo con el paso de nuestros pies; pero espiritualmente, no con el paso, sino con el afecto somos llevados. Por lo tanto, visita su propia apariencia quien, al dirigirse con pasos de amor hacia aquel que ve semejante a sí por naturaleza, considera en el otro lo que es él mismo, y de sí mismo deduce cómo condescender al otro que está débil. Visita su propia apariencia quien, para restaurar al otro en sí mismo, se considera a sí mismo en el otro. De ahí que, cuando la Verdad describía los hechos a través de Moisés, señalaba lo que debía hacerse, diciendo: "La tierra produjo hierba verde que da semilla según su especie, y árbol que da fruto, y cada uno tenía semilla según su especie" (Génesis I, 12). El árbol, en efecto, produce semilla según su especie, cuando nuestra mente, a partir de sí misma, recoge la consideración hacia el otro y produce el germen de la obra recta. De ahí que un sabio dice: "Lo que no quieres que te hagan a ti, no lo hagas a otro" (Tobías IV, 16). De ahí que en el Evangelio el Señor dice: "Todo lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo también vosotros a ellos" (Mateo VII, 12). Como si dijera abiertamente: Visitad vuestra apariencia en el otro, y reconoced por vosotros mismos lo que debéis ofrecer a los demás. De ahí que Pablo dice: "Me hice a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están bajo la ley, como si estuviera bajo la ley, aunque yo mismo no esté bajo la ley, para ganar a los que están bajo la ley; a los que están sin ley, como si estuviera sin ley, aunque no estoy sin la ley de Dios, sino en la ley de Cristo" (I Corintios IX, 20 y 21). Y poco después: "Me he hecho todo para todos, para salvar a todos" (Ibid., 23). Porque el ilustre predicador, al hacerse como judío, no cayó en la infidelidad; ni al hacerse como si estuviera bajo la ley, regresó al sacrificio carnal; ni al hacerse todo para todos, cambió la simplicidad de su mente en la variedad del error; sino que condescendiendo se acercó a los infieles, no cayendo; de modo que, recibiendo a cada uno en sí mismo y transformándose en cada uno, los recogiera compadeciéndose, si él mismo, como ellos, hubiera querido que se le ofreciera algo correctamente por los demás; y tanto más verdaderamente concurría con cada errante, cuanto más aprendía el modo de su salvación a partir de su propia consideración. Por lo tanto, se dice bien: "Y visitando tu apariencia no pecarás", porque entonces el pecado se vence plenamente, cuando cada uno, a partir de su semejanza, considera cómo expandirse en el amor al prójimo. Cuando la carne se restringe de los vicios, cuando la mente se ejercita en las

virtudes, queda que cada uno enseñe con la palabra la vida que guarda con sus costumbres. [Vet. XXIV.] Porque aquel recoge abundantes frutos de la predicación, quien anticipa las semillas de la buena obra. Por lo tanto, después de la paz del tabernáculo y la visita de nuestra apariencia, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 25.---Y sabrás que tu descendencia será numerosa, y tu progenie como la hierba de la tierra.

55. Semilla del justo en abundancia.---Después de la paz del tabernáculo, tras la visita de nuestra especie, surge en abundancia la semilla del justo, porque, ciertamente, después de la mortificación de los miembros y la grandeza de las costumbres, se le concede tanto más fecundamente la palabra de la predicación, cuanto más se anticipa en su pecho con la preparación de una obra perfecta. Pues aquel que extiende el seno del corazón mediante el estudio de vivir rectamente, recibe la elocuencia de hablar bien. Y la conciencia no impide al que habla, cuando la vida precede a la lengua. De ahí que los egipcios, bajo el servicio público, con José como administrador, se someten (Génesis XLVII, 20 y ss.); al entregarse al derecho del rey se humillan, y también llevan grano para semilla. Pues recibimos fruto para comer libremente, cuando nos alimentamos con la sagrada palabra, y sin embargo, nos desviamos hacia ciertas cosas que deseamos en este mundo en nuestras pasiones. Pero hechos siervos, también recibimos grano para semilla, porque cuando nos sometemos plenamente a Dios, también nos llenamos con la palabra de la predicación. Y puesto que una gran descendencia de fieles sigue, cuando se otorga la santa predicación, después de la multiplicidad de la semilla se añade correctamente: Y tu descendencia será como la hierba de la tierra. La descendencia del justo se compara con la hierba de la tierra, porque quien nace de su imitación, al abandonar la gloria árida de la vida presente, reverdece con esperanza en la eterna. O ciertamente, la descendencia del justo surge como la hierba, porque al mostrar con su vida lo que afirma predicando, surge una multitud innumerable de seguidores. Pero quien ya desprecia los deseos terrenales, quien se extiende a través de las obras de la vida activa, no le basta con hacer grandes cosas exteriormente, a menos que también pueda penetrar internamente mediante la contemplación. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXXVII [Rec. XVII].

VERS. 26.---Entrarás en el sepulcro en abundancia, como se lleva el montón de trigo en su tiempo.

56. Quien ha dominado la carne, debe dedicarse a la contemplación. Y quien se dedica a la predicación. ¿Qué significa el nombre de sepulcro, sino la vida contemplativa, que nos sepulta como muertos de este mundo, mientras nos esconde en lo íntimo de los deseos terrenales? Por la vida exterior, muertos y sepultados por la contemplación, a quienes Pablo decía: "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Colosenses III, 3). La vida activa también es un sepulcro, porque nos cubre de las malas obras; pero la contemplativa sepulta más perfectamente, porque nos separa completamente de todas las acciones del mundo. Por tanto, quien ya ha dominado las pasiones de la carne, debe ejercitar la mente en los estudios de la santa operación; y quien ya ha expandido la mente a través de las obras santas, debe extenderla hasta los secretos de la íntima contemplación. No es un predicador perfecto quien, por el estudio de la contemplación, descuida las obras, o por la urgencia de la operación, pospone la contemplación. Por eso Abraham sepulta a su esposa

muerta en un sepulcro doble (Génesis XXIII, 19); porque, sin duda, todo predicador perfecto esconde su alma, muerta a los deseos de la vida presente, bajo el manto de la buena operación y la contemplación, para que, insensible a la concupiscencia carnal, permanezca oculta bajo la vida activa y contemplativa, la cual, antes, viviendo mortalmente, sentía los deseos del mundo. Por eso el Redentor del género humano muestra milagros durante el día en las ciudades, y pasa la noche en el monte en oración, para insinuar a los predicadores perfectos que no deben abandonar completamente la vida activa por amor a la especulación, ni despreciar totalmente los gozos de la contemplación por la excesiva operación; sino que, contemplando en la quietud, absorban lo que, ocupados, devuelvan hablando a los prójimos. Pues al contemplar se asciende al amor de Dios, pero al predicar se retorna a la utilidad del prójimo. Por eso, en Moisés, cuando se sacrifica la vaca (Números XIX, 3), se ordena ofrecer con hisopo y madera de cedro el carmesí teñido dos veces. Sacrificamos la vaca cuando extinguimos la carne de la lascivia de su voluptuosidad. La ofrecemos con hisopo, madera de cedro y carmesí, porque con la maceración de la carne, ofrecemos el sacrificio de la fe, la esperanza y la caridad. El hisopo suele purificar nuestro interior. Y por Pedro se dice: "Purificando por la fe sus corazones" (Hechos XV, 9). La madera de cedro no se corrompe, porque el fin de las esperanzas celestiales no se consume. Por eso, también por Pedro se dice: "Nos regeneró para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible" (I Pedro I, 3). El carmesí resplandece con color rojo, porque quien está lleno de caridad arde. Por eso, en el Evangelio, la Verdad dice: "He venido a traer fuego a la tierra" (Lucas XII, 49). Pero se ordena ofrecer el carmesí teñido dos veces, para que, ante los ojos del juez interno, nuestra caridad se coloree con el amor de Dios y del prójimo; de modo que la mente convertida no ame tanto la quietud por amor a Dios que descuide el cuidado y la utilidad del prójimo; ni sirva tan ocupada por amor al prójimo que, abandonando completamente la quietud, extinga en sí el fuego del amor supremo. Por tanto, quien ya se ha ofrecido a sí mismo como sacrificio a Dios, si desea la perfección, debe procurar extenderse no solo a la amplitud de la operación, sino también a las cumbres de la contemplación.

[Vet. XXVI.] 57. La vida activa es más adecuada para algunos, mientras que la contemplativa lo es para otros. Cada uno debe cultivar la que mejor se adapte a su naturaleza.---Pero entre estas, es muy importante saber que las disposiciones de los ánimos son muy diversas entre sí. Hay algunos hombres cuya mente es tan ociosa que, si se les presenta el trabajo, sucumben en el mismo inicio de la obra; y hay otros tan inquietos que, si tienen tiempo libre, sufren más, porque soportan tumultos del corazón tanto más graves cuanto más libremente se entregan a sus pensamientos. Por lo tanto, es necesario que una mente tranquila no se extienda hacia un ejercicio de trabajo desmedido, ni que una mente inquieta se constriña al estudio de la contemplación. A menudo, quienes podían contemplar a Dios en tranquilidad, caen presionados por las ocupaciones; y a menudo, quienes vivían bien ocupados en usos humanos, son extinguidos por la espada de su propia tranquilidad. De aquí que algunos espíritus inquietos, al buscar más en la contemplación de lo que pueden captar, llegan hasta dogmas perversos; y al descuidar humildemente ser discípulos de la verdad, se convierten en maestros de errores. Por eso, la Verdad misma dice: Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y échalo de ti. Es mejor para ti entrar en la vida con un solo ojo, que con dos ojos ser arrojado al infierno de fuego (Mat. V, 29). En efecto, las dos vidas, la activa y la contemplativa, cuando se conservan en la mente, son como dos ojos en el rostro. El ojo derecho es la vida contemplativa, el izquierdo la activa. Pero hay algunos, como hemos dicho, que no pueden mirar discretamente las cosas supremas y espirituales, y sin embargo asumen las alturas de la contemplación, y por eso caen en el pozo de la infidelidad, diluyéndose en el error de un entendimiento perverso. Así, la vida contemplativa, asumida

más allá de sus fuerzas, los obliga a caer de la verdad, a quienes solo la activa podía custodiar humildemente en el estado de su rectitud. A estos, la Verdad les dice correctamente lo que hemos mencionado: Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y échalo de ti. Es mejor para ti entrar en la vida con un solo ojo, que con dos ojos ser arrojado al infierno de fuego. Como si dijera abiertamente: Cuando no eres suficiente con la adecuada discreción para la vida contemplativa, mantén solo la activa con más seguridad. Y cuando fallas en lo que eliges como grande, conténtate con lo que consideras mínimo; para que, si por la vida contemplativa te ves obligado a caer del conocimiento de la verdad, puedas al menos entrar al reino de los cielos como tuerto a través de la sola vida activa. De aquí que nuevamente dice: Quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo hundieran en el fondo del mar (Mat. XVIII, 6). ¿Qué se significa por el mar, sino el presente siglo; y por la piedra de molino, sino la acción terrena? Que, al apretar el cuello de la mente por deseos insensatos, la envía al círculo del trabajo. Hay algunos que, al abandonar las acciones terrenas y elevarse a los estudios de la contemplación, dejando de lado la humildad, más allá de las fuerzas de su inteligencia, no solo se precipitan en el error, sino que dividen a los débiles del seno de la unidad. Por lo tanto, quien escandaliza a uno de los más pequeños, le habría sido mejor, con una piedra de molino atada al cuello, ser arrojado al mar, porque ciertamente a una mente perversa le habría sido más conveniente ocuparse en los negocios terrenales del mundo, que vacar en los estudios de la contemplación para la perdición de muchos. Nuevamente, si la vida contemplativa no fuera más adecuada que la activa para algunas mentes, el Señor no diría a través del Salmista: Estad quietos y sabed que yo soy Dios (Sal. XLV, 11).

[Vet. XXVII.] 58. Qué pueden lograr el temor y el amor en la contemplación.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que a menudo el amor despierta a las mentes perezosas para la obra, y el temor refrena a las inquietas en la contemplación. Pues el ancla del corazón es el peso del temor; y frecuentemente es sacudido por el oleaje de los pensamientos, pero es retenido por las cadenas de su disciplina; y su tempestad de inquietud no lo lleva al naufragio, porque en la orilla del amor divino, la caridad perfecta lo sujeta. Por lo tanto, es necesario que cualquiera que se apresure hacia los estudios de la contemplación, primero se interroge a sí mismo con sutileza, cuánto ama. Pues la fuerza del amor es la máquina de la mente, que al extraerla del mundo, la eleva a las alturas. Primero, entonces, debe examinar si, buscando lo supremo, ama; si amando, teme; si sabe comprender lo desconocido amando, o venerar lo no comprendido temiendo. En la contemplación, si el amor no excita la mente, la tibieza de su letargo la oscurece; si el temor no la pesa, el sentido la lleva a través de lo vano hacia la niebla del error; y cuando la puerta de los secretos se le abre lentamente, es repelida más lejos por su propia presunción; porque intenta irrumpir en aquello que no encuentra al buscar; y cuando la mente soberbia percibe el error como verdad, donde extiende su paso hacia adentro, se dirige hacia afuera. Por eso, cuando el Señor iba a dar la ley, descendió en fuego y humo (Éxodo XIX, 18); porque ilumina a los humildes con la claridad de su manifestación, y oscurece los ojos de los soberbios con la niebla del error. Por lo tanto, la mente debe ser limpiada primero del apetito de la gloria temporal y de todo deleite de la concupiscencia carnal, y entonces ser elevada a la agudeza de la contemplación. Por eso, cuando se recibe la ley, el pueblo es prohibido del monte, para que aquellos que aún desean cosas terrenales con mentes débiles no presuman considerar lo sublime. Por eso, se dice correctamente: Si una bestia toca el monte, será apedreada (Éxodo XIX, 12, 13). Pues la bestia toca el monte cuando la mente, sometida a deseos irracionales, se eleva a las alturas de la contemplación. Pero es golpeada con piedras, porque al no soportar lo supremo, es destruida por los mismos golpes del peso celestial.

59. Qué perfección es necesaria para alcanzarla.---Por lo tanto, aquellos que se esfuerzan por alcanzar la cumbre de la perfección, cuando desean sostener la cima de la contemplación, primero deben probarse a sí mismos en el campo de la obra a través del ejercicio, para saber con diligencia si ya no causan ningún mal a los prójimos, si soportan con ecuanimidad los males infligidos por los prójimos, si su mente no se disuelve en alegría por los bienes temporales ofrecidos, si no se hiere con excesivo dolor por los bienes retirados; y luego consideren si, cuando regresan hacia su interior, en lo que investigan espiritualmente, no arrastran consigo las sombras de las cosas corporales, o tal vez, si las arrastran, las alejan con la mano de la discreción; si, deseando ver la luz ilimitada, reprimen todas las imágenes de su propia limitación; y en lo que desean alcanzar por encima de sí mismos, vencen lo que son. [Vet. XXVIII.] Por lo tanto, se dice correctamente ahora: Entrarás en abundancia en el sepulcro. En efecto, el hombre perfecto entra en abundancia en el sepulcro, porque primero reúne las obras de la vida activa, y luego oculta completamente al mundo el sentido de la carne muerto por la contemplación. Por lo tanto, se añade adecuadamente: Como se lleva un montón de trigo en su tiempo (Ibid.).

60. La acción debe preceder a la contemplación.---El tiempo de la acción es primero, el de la contemplación es último. Por lo tanto, es necesario que cada persona perfecta primero ejercite su mente con virtudes, y luego la deposite en el granero de la quietud (Luc. VIII, 35). De ahí que aquel a quien la legión de demonios dejó por mandato del Señor, se sienta a los pies de su Salvador, recibe las palabras de la doctrina, y desea salir de su región junto con el autor de su salvación; pero sin embargo, la misma Verdad que le otorgó la salvación le dice: Regresa primero a tu casa, y cuenta cuántas cosas ha hecho el Señor por ti. Pues cuando percibimos aunque sea un poco del conocimiento divino, ya no queremos volver a lo humano, y nos negamos a ser cargados con las necesidades de los prójimos; buscamos la quietud de la contemplación, y no amamos nada más que aquello que nos restaura sin esfuerzo. Pero la Verdad, una vez sanados, nos envía a casa, nos ordena narrar lo que se ha hecho con nosotros, para que evidentemente primero la mente sude en la obra, y luego deba ser restaurada por la contemplación.

[Rec. XVIII.] 61. Figuras de contemplación y acción: Raquel y Lía, María y Marta. Grandes méritos de la vida activa, mayores los de la contemplativa.---De aquí que Jacob sirva por Raquel, y reciba a Lía, y se le diga: No es costumbre en nuestra tierra dar en matrimonio a las menores antes que a las mayores (Génesis XXIX, 27). Raquel, en efecto, significa el principio de la visión; Lía, en cambio, se dice laboriosa. ¿Y qué se designa por Raquel, sino la vida contemplativa? ¿Qué por Lía, sino la vida activa? En la contemplación se busca el principio, que es Dios; en la operación, en cambio, se trabaja bajo el pesado yugo de las necesidades. Por eso Raquel es hermosa, pero estéril; Lía, en cambio, es de vista débil, pero fecunda, porque ciertamente la mente, cuando anhela los momentos de contemplación, ve más, pero genera menos hijos para Dios; cuando, en cambio, se dirige al trabajo de la predicación, ve menos, pero engendra más. Después del abrazo de Lía, Jacob llega a Raquel, porque todo perfecto primero se une a la fecundidad de la vida activa, y después se une al descanso de la contemplativa. Porque la vida contemplativa, aunque menor en tiempo, es mayor en mérito que la activa, se muestra en las palabras del sagrado Evangelio, en el que se refiere que dos mujeres actuaron de manera diferente. María, escuchando las palabras de nuestro Redentor, se sentaba a sus pies; Marta, en cambio, se dedicaba a los ministerios corporales. Y cuando Marta se quejaba del ocio de María, escuchó: Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (Lucas X, 41, 42). ¿Qué se expresa por María, que escuchaba las palabras del Señor sentada, sino la vida contemplativa? ¿Qué se significa por

Marta, ocupada en los servicios exteriores, sino la vida activa? Pero el cuidado de Marta no se reprende, y el de María incluso se alaba, porque grandes son los méritos de la vida activa, pero mayores los de la contemplativa. Por eso se dice que la parte de María nunca le será quitada, porque las obras de la vida activa pasan con el cuerpo, pero los gozos de la contemplativa se fortalecen mejor al final. Esto lo expresa bien y brevemente el profeta Ezequiel, cuando contemplando a los animales voladores dice: Y la semejanza de la mano del hombre estaba debajo de sus alas (Ezequiel X, 21). ¿Qué podemos entender por las alas de los animales, sino las contemplaciones de los santos, con las que vuelan a lo alto, y dejando lo terrenal, se equilibran en lo celestial? ¿Qué entendemos por las manos, sino las operaciones? Porque cuando se expanden en el amor al prójimo, administran también corporalmente los bienes que prevalecen. Pero sus manos están bajo las alas, porque las obras de su acción superan por la virtud de la contemplación.

[Vet. XXIX.] 62. El nombre de sepulcro puede entenderse como descanso eterno.---También puede entenderse por sepulcro no solo la contemplación en esta vida nuestra, sino el descanso de la retribución eterna e íntima; en la cual se descansa tanto más verdaderamente, cuanto más perfectamente se mata en nosotros la vida de corrupción. Entra, pues, en abundancia al sepulcro, quien después de acumular las obras de la vida presente, muerto plenamente a su mutabilidad, se oculta en el secreto de la verdadera luz. Por eso también se dice por el Salmista: Los esconderás en el secreto de tu rostro, de la perturbación de los hombres (Sal. XXX, 21). Lo cual bien lo recomienda la comparación añadida, cuando se subraya: Como se lleva el montón de trigo a su tiempo. El trigo, en efecto, es tocado por el sol en el campo, porque en esta vida, el alma humana es iluminada respecto a la luz suprema; recibe lluvias, porque se enriquece con la palabra de la verdad; es sacudido por los vientos, porque es ejercitado por las tentaciones; y lleva consigo las pajas que crecen, porque soporta diariamente la vida más perversa de los pecadores contra sí; y llevado a la era, es presionado por el peso de la trilla, para ser liberado de la conexión con las pajas; porque nuestra mente, sometida a la disciplina celestial, mientras recibe los azotes de la corrección, se aleja más pura de la sociedad de los carnales; y dejando las pajas, es llevada al granero, porque quedando fuera los reprobos, el alma elegida es elevada a los gozos eternos de la mansión suprema. Bien se dice, pues: Entrarás en abundancia al sepulcro, como se lleva el montón de trigo a su tiempo; porque cuando después de la aflicción los justos encuentran las recompensas de la patria celestial, como si después de las presiones los granos fueran llevados al granero; y en tiempo ajeno sienten los golpes, pero en el suyo descansan de la percusión. Para los elegidos, en efecto, el tiempo presente es ajeno, por lo que la Verdad dice a algunos aún infieles: Mi tiempo aún no ha llegado, pero vuestro tiempo siempre está preparado (Juan VII, 6). Y de nuevo: Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas (Luc. XXII, 53). Por lo tanto, el sepulcro entra en su tiempo como el montón de trigo, porque aquel percibe el descanso eterno, quien primero aquí siente las presiones de la disciplina para estar libre de las pajas que serán quemadas. Elifaz, en verdad, porque en la serie de su discurso mencionó el tabernáculo, las piedras, las bestias, la semilla, las hierbas y el sepulcro, insinúa que no dijo estas cosas según la letra, quien después de todo inmediatamente añade.

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 27.---He aquí, esto es tal como lo hemos investigado.

63. Las palabras de Elifaz deben entenderse espiritualmente.---Es evidente que en estas palabras nada se dice según la superficie, porque ciertamente no yace ante la vista lo que se investiga. Por lo tanto, quien indica haber investigado esto, demuestra que ha buscado lo

interior en las palabras exteriores. Pero después de todo, llega a la necedad de la jactancia, porque inmediatamente añade:

CAPÍTULO XXXIX.

IBID.---Lo que se ha escuchado, meditado en la mente.

64. Es una grave ignorancia querer enseñar al que es mejor. Por mucha doctrina que posea la mente, es una grave ignorancia querer enseñar al que es mejor. Por eso, incluso lo que los amigos han expresado correctamente, no es juzgado como correcto por el juez interno. Pues pierden la fuerza de su rectitud al no ser adecuados para el oyente; ya que los medicamentos también pierden su eficacia cuando se aplican a miembros sanos. Por lo tanto, en todo lo que se dice, es necesario considerar la causa, el tiempo y la persona; si la verdad de la sentencia fortalece las palabras, si el tiempo adecuado lo requiere, y si la calidad de la persona no impugna la verdad de la sentencia ni la congruencia del tiempo. Porque aquel que lanza las flechas de manera loable, primero observa al enemigo al que va a herir. Pues maneja mal el arco de fuertes cuernos quien, dirigiendo la flecha con fuerza, hiere a un ciudadano.

LIBRO SÉPTIMO. Explica todo el capítulo sexto, excepto los tres últimos versículos, en parte de manera alegórica y en parte de manera moral.

CAPÍTULO PRIMERO.

211 1. Job probado por los azotes y los insultos. Si dice algo que suena a impaciencia, esto no debe ser juzgado por el criterio humano, sino por el divino.---Las mentes de algunos son más atormentadas por los azotes que por los insultos; mientras que en otros, los insultos castigan más que los azotes. Pues a menudo, los tormentos de las palabras nos hieren más duramente que cualquier castigo físico; y cuando nos incitan a defendernos, nos llevan a la impaciencia. Por eso, para que al bienaventurado Job no le faltara ninguna tentación, no solo lo golpean los azotes desde lo alto, sino que las palabras de sus amigos, más graves que las heridas, lo afligen; de modo que el alma del santo varón, golpeada de un lado a otro, pudiera estallar en ira y soberbia, y todo lo que había vivido en pureza se manchara por la obstinación de un discurso altivo. Pero, tocado por las heridas, dio gracias; provocado por las palabras, respondió con rectitud; y al ser golpeado, se hizo evidente cuánto valoraba la salvación de la carne como algo mínimo. Al hablar, también mostró cuán sabiamente callaba. Sin embargo, algunas de sus palabras parecen, a juicio humano, sobrepasar el límite de la paciencia: las entendemos verdaderamente si consideramos el juicio del juez supremo en su examen. Pues Él mismo presentó al bienaventurado Job ante el adversario, diciendo: "¿Has visto a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra; hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?" (Job 1, 8). Él mismo, después de la prueba, reprendió a sus amigos, diciendo: "212 No habéis hablado rectamente delante de mí, como mi siervo Job" (Job 42, 7). Por lo tanto, cuando la mente fluctúa en los discursos del bienaventurado Job, debe considerar su peso desde el inicio y el final de la misma historia. Pues el juez eterno no pudo alabar a quien iba a caer, ni preferir a quien había caído. Si, por tanto, atrapados en la tempestad de la ambigüedad, observamos el principio y el final de esta historia, la nave del corazón se restringe con las cuerdas de su consideración, como desde la proa y la popa, para no ser llevada a las rocas del error. No nos hundimos, entonces, en las tormentas de nuestra ignorancia, si mantenemos la tranquila orilla del juicio supremo. Pues he aquí que dice algo que no deja de mover el ánimo del lector con una cuestión no menor. Pero, ¿quién se atrevería a decir que no es recto lo que suena recto en los oídos de Dios?

CAPÍTULO II [Rec. II].

CAP. VI. VERS. 2, 3.---¡Ojalá se pesaran mis pecados, con los cuales merecí la ira, y la calamidad que padezco, en una balanza: parecería más pesada que la arena del mar!

SENSUS TYPICUS. 2. Cristo es el libro en el cual se evalúa tanto lo que merecemos como lo que sufrió por nosotros. Nos hizo conocer la gravedad de nuestras penas. ¿Quién más se expresa con el nombre de balanza, sino el mediador entre Dios y los hombres? Él vino a evaluar el mérito de nuestra vida, y trajo consigo justicia y misericordia; pero inclinándose hacia el platillo de la misericordia, alivió nuestras culpas perdonándolas. En la mano del Padre, se convirtió en una balanza de maravilloso equilibrio, suspendiendo de un lado nuestra calamidad y del otro nuestros pecados. Pero reveló la gravedad de nuestra calamidad muriendo, y mostró ante la misericordia que el pecado es leve al perdonarlo. Él fue el primero en otorgar esta gracia, porque nos hizo conocer nuestra pena. El hombre, creado para contemplar a su autor, pero expulsado de los gozos internos por sus méritos, cayendo en la miseria de la corrupción y soportando la ceguera del exilio, sufría y desconocía el castigo de su culpa; de tal manera que creía que el exilio era su patria, y así, bajo el peso de la corrupción, se alegraba como si estuviera en la libertad de la salvación. Pero aquel a quien el hombre había dejado en su interior, apareció externamente como Dios al asumir la carne; y al mostrarse exteriormente, llamó de nuevo al hombre expulsado hacia el interior, para que ahora vea sus pérdidas, ahora gima por la pena de su ceguera. Así, la calamidad del hombre apareció pesada en la balanza, porque el mal que sufrió solo lo reconoció en presencia del Redentor; pues, ignorando la luz, soportaba voluptuosamente las tinieblas de su condenación. Pero después de ver lo que amaba, también comprendió lo que dolía; y sintió grave lo que sufrió, porque se hizo dulce lo que perdió. Así, el hombre santo, sacudido de los claustros del silencio por las sentencias del amigo que conversa, y lleno de la abundancia del espíritu profético, diga lo suyo, diga con la voz del género humano: Ojalá se pesaran mis pecados, por los cuales merecí la ira, y la calamidad que padezco, en la balanza, como la arena del mar, esta apareciera más grave. Como si dijera abiertamente: El mal de nuestra condenación se cree leve, porque aún no se evalúa con la equidad del Redentor. Pero ojalá venga, y suspenda la miseria de tan grande exilio en el platillo de su misericordia, y nos enseñe qué debemos buscar después del exilio. Pues si se nos hace conocer lo que hemos perdido, insinúa que es grave lo que soportamos. [Vet. II.] Bien se compara esta misma calamidad de nuestra peregrinación con la arena del mar. La arena del mar es empujada hacia afuera por el oleaje, porque el hombre pecador, al soportar inestablemente las olas de las tentaciones, salió de su interior. Sin embargo, la arena del mar es de gran peso; pero se dice que la calamidad del hombre es más grave que la arena del mar, porque se muestra que la pena fue dura, mientras que por el juez misericordioso la culpa se aligera. Y porque quien reconoce la gracia del Redentor, quien ama el regreso a la patria, instruido bajo el peso de la peregrinación, gime, después del deseo de la balanza, se añade correctamente:

CAPÍTULO III.

VERS. 2.---Por lo cual mis palabras están llenas de dolor.

3. No cesa de gemir aquí quien se sabe exiliado. Quien ama la peregrinación por la patria, no sabe dolerse incluso entre dolores. Las palabras de los justos están llenas de dolor, porque mientras toleran lo presente, suspiran hablando de otra cosa; contemplan todo lo que el

pecador ha soportado; y para volver al estado de bienaventuranza, consideran con preocupación los juicios por los cuales son afligidos. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO IV.

VERS. 4.---Porque las flechas del Señor están en mí.

4. La predicación o el castigo se simbolizan con flechas. Bajo el nombre de flechas, a veces se designan las palabras de la predicación, y otras veces las sentencias de la reprensión. Las palabras de la predicación se expresan con flechas porque, al herir los vicios, atraviesan los corazones de los que viven mal. De estas flechas se dice al Redentor que viene: "Tus flechas son agudas, oh poderoso; los pueblos caerán bajo ti en el corazón" (Salmo 44, 6). De esto dice Isaías: "Enviaré de ellos a los que se hayan salvado a las naciones en el mar, a África, y a Lidia, portando flechas, a Italia, a Grecia" (Isaías 66, 19). Nuevamente, las flechas designan el golpe de la reprensión, como se dice al rey Joás por medio de Eliseo: "Lanza una flecha". Al lanzarla, dijo: "Herirás a Siria hasta consumirla" (2 Reyes 13, 17). Así, el hombre santo, al considerar la aflicción de su peregrinación, al gemir bajo los golpes de la reprensión del Señor, dice: "Por eso mis palabras están llenas de dolor, porque las flechas del Señor están en mí". Como si dijera abiertamente: No me regocijo en la condena del exilio, sino que sufro bajo el juicio, porque reconozco la fuerza del golpe. Sin embargo, hay muchos a quienes los tormentos atormentan, pero no corrigen. A lo cual se añade adecuadamente:

CAPÍTULO V [Ant. III].

IBID.---Cuyo enojo ha consumido mi espíritu.

5. Los justos son corregidos por los castigos que soportan. ¿Qué es el espíritu del hombre, sino un espíritu de soberbia? Sin embargo, las flechas del Señor absorben el espíritu del hombre, cuando las sentencias de la corrección divina reprimen la mente afligida de su altivez. Las flechas del Señor absorben el espíritu del hombre, porque lo que está enfocado en lo exterior es atraído hacia el interior. El espíritu de David había sido absorbido cuando decía: "Cuando mi espíritu desfallecía dentro de mí, tú conociste mis caminos" (Salmo 141, 4). Y de nuevo: "Rechacé consolar mi alma, recordé a Dios y me deleité, me ejercité, y mi espíritu desfalleció por un momento" (Salmo 76, 4). Por lo tanto, la indignación de las flechas absorbe el espíritu del justo, porque las sentencias divinas transforman a los elegidos que encuentran en pecado, al herirlos, para que la mente traspasada abandone su dureza y de la herida salvadora fluya la sangre de la confesión. Consideran de dónde han caído y a qué tormentos de su corrupción han descendido desde una gran bienaventuranza; y no solo gimen por lo que soportan, sino que además temen lo que el juez estricto amenaza a los transgresores con los fuegos del infierno. Por lo tanto, correctamente se añade:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y los terrores del Señor militan contra mí.

6. Los presentes castigos de Dios duelen, temen los futuros. La mente de los justos no solo considera lo que soporta, sino que también teme lo que queda; ve qué tipo de sufrimientos padece en esta vida; teme que después de esta sufra cosas más graves. Lloro porque en el exilio de esta ceguera ha caído de los gozos del paraíso; teme que, incluso cuando el exilio termine, le siga la muerte eterna. Así pues, ya soporta la sentencia en el castigo; pero aún

teme las amenazas del juicio venidero por su culpa. De ahí que el salmista diga: "Sobre mí pasaron tus iras, y tus terrores me conturbaron" (Salmo 87, 17). En efecto, después de que las iras del juez interno pasan, también los terrores conturban, porque ya sufrimos algo por la condena, y aún tememos otra cosa por la venganza eterna. Por lo tanto, el hombre santo, considerando los males que soporta, dice: "Las saetas del Señor están en mí, cuya indignación ha bebido mi espíritu." Pero, temiendo cosas más graves para siempre, añade: "Y los terrores militan contra mí." Como si dijera abiertamente: Golpeado por lo presente, sufro; pero este dolor se agrava porque, estando ya en el castigo, aún temo los suplicios eternos. Pero como ya desea la intervención de la balanza, ya considera los males en los que ha caído el género humano, aunque esté en una nación gentil, sin embargo, lleno del don del espíritu profético; con qué ardor el advenimiento del Redentor sea anhelado por la gentilidad o por Judea, lo demuestra con las palabras siguientes, diciendo:

CAPÍTULO VII [Rec. IV].

VERS. 5.---¿Acaso rugirá el asno salvaje cuando tenga hierba? ¿O mugirá el buey cuando esté ante el pesebre lleno?

7. Los deseos de los gentiles y de los judíos ante la venida del Redentor.---¿Qué se designa con el onagro, es decir, el asno salvaje, sino al pueblo gentil? Así como la naturaleza lo creó fuera de los establos de la disciplina, permaneció errante en el campo de sus placeres. ¿Qué se figura con el buey sino al pueblo judío, que, sometido al yugo de la dominación suprema, reuniendo prosélitos con esperanza, trazó con el arado de la ley a través de los corazones que pudo? Pero, atestiguando la vida del bienaventurado Job, sabemos que muchos de los gentiles esperaron la venida del Redentor. Y con el nacimiento del Señor, al venir Simeón en espíritu al templo, aprendimos con cuánto deseo los hombres santos del pueblo israelita anhelaban ver el misterio de su encarnación. Por eso, a través de ese mismo Redentor, se dice a los discípulos: Muchos, os digo, justos y profetas desearon ver lo que veis, y no lo vieron (Luc. X, 24). [Vet. IV.] Por lo tanto, la hierba del onagro y el heno del buey es esta misma encarnación del Mediador, por la cual tanto los gentiles como los judíos son saciados. Porque, como dice el profeta: Toda carne es heno (Isa. XL, 6), el creador del universo, tomando carne de nuestra sustancia, quiso hacerse heno, para que nuestra carne no permaneciera heno para siempre. Entonces el onagro encontró hierba, cuando el pueblo gentil recibió la gracia de la encarnación divina. Entonces el buey no tuvo un pesebre vacío, cuando la ley presentó a la carne de aquel que el pueblo judío esperaba, profetizado desde hace mucho tiempo. Por eso, el Señor nacido es puesto en un pesebre, para señalar que los animales santos, que durante mucho tiempo fueron encontrados hambrientos bajo la ley, son saciados con el heno de su encarnación. Pues el nacido llenó el pesebre, quien se ofreció a sí mismo como alimento a las mentes mortales, diciendo: El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él (Juan VI, 57). Pero como los deseos de los gentiles elegidos fueron postergados por mucho tiempo, y los santos del pueblo hebreo gemían esperando su redención durante largo tiempo, el bienaventurado Job, explicando bien los misterios de la profecía, insinúa las causas de aflicción de ambas naciones, diciendo: ¿Rugirá el onagro cuando tenga hierba? ¿O mugirá el buey cuando esté ante un pesebre lleno? Como si dijera abiertamente: Por eso gime la gentilidad, porque aún no la ha saciado la gracia de su Redentor; y por eso Judea extiende su mugido, porque, teniendo la ley, pero no viendo al autor de la ley, permanece hambrienta ante el pesebre. Y esta ley, que antes de la venida del Mediador no se mantenía espiritualmente, sino carnalmente, se añade correctamente:

CAPÍTULO VIII [Rec. V].

VERS. 6.---¿O se podrá comer lo insípido, que no está sazonado con sal?

8. La ley entendida carnalmente es insípida, pero Cristo la sazonó con sal.---En la ley, la sal de la letra es la virtud de la inteligencia oculta. Por tanto, quien, dedicado a los servicios carnales, no quiso entenderla espiritualmente, ¿qué otra cosa hizo sino comer un alimento insípido? Pero en este alimento, la Verdad envió la sal cuando enseñó que en la ley se oculta el sabor de la inteligencia oculta, diciendo: Si creyerais a Moisés, quizás me creeríais a mí también, porque él escribió sobre mí (Juan 5, 46). Y de nuevo: Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros (Marcos 9, 50). Pero como antes de la venida del Mediador, Judea mantuvo la ley carnalmente, la gentilidad se negó a someterse a sus preceptos duros. Por lo tanto, no quiso comer un alimento insípido, porque antes de percibir el condimento del Espíritu, temía guardar la fuerza de la letra. ¿Quién de los gentiles soportaría lo que allí se ordena, cortar la carne de los hijos por el servicio de la religión, cortar las culpas de las palabras con la muerte? Por lo cual, bien se añade:

CAPÍTULO IX.

IBID.---¿O puede alguien saborear lo que, al ser probado, trae la muerte?

9. La ley, degustada carnalmente, antes era mortífera. La ley, en efecto, degustada carnalmente, trajo la muerte, porque castigó con dura severidad las faltas de los delincuentes; trajo la muerte, porque a través del precepto se hizo conocida la culpa, y no la borró por la gracia, como atestigua Pablo, quien dice: La ley no llevó nada a la perfección (Heb. VII, 19). Y de nuevo: La ley, en verdad, es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno. Y poco después: El pecado, para que aparezca como pecado, por medio de lo bueno me produjo la muerte (Rom. VII, 12, 13). Pero la gentilidad, convertida a Cristo, porque entiende que Él resuena a través de las palabras de la ley, angustiada por sus deseos, busca espiritualmente a aquel a quien ama intensamente entre los preceptos carnales. Por lo cual, también se añade inmediatamente por la voz de la Iglesia a través del espíritu de profecía:

CAPÍTULO X.

VERS. 7.---Las cosas que antes mi alma no quería tocar, ahora, por la angustia, son mi alimento.

10. Las palabras de Job están cargadas de un entendimiento espiritual. Se predice que las naciones buscarán el alimento de la ley, y que los judíos no despreciarán la compañía de las naciones.---Ciertamente, cae en un gran error quien piensa que las palabras del bienaventurado Job fueron pronunciadas solo con un sentido histórico. Pues, ¿qué grandeza, o más bien qué verdad, diría un hombre santo, sostenido por tantos elogios de su Creador, si dijera que no puede comer un alimento insípido? ¿O quién le habría ofrecido alimentos mortales para que añadiera: "¿Puede alguien probar lo que, al ser probado, trae la muerte?" Si entendemos que estas palabras se refieren a las conversaciones con sus amigos, somos refrenados por la sentencia que sigue, donde dice: "Lo que antes mi alma no quería tocar, ahora, por la angustia, es mi alimento." Lejos esté que el hombre santo, en la integridad de su estado, haya despreciado alguna vez las palabras de sus amigos, quien, como aprendimos por su propio testimonio, fue humilde incluso con sus siervos. Por lo tanto, sus palabras no carecen de misterios, las cuales, como aprendemos del final de la historia, son alabadas por el

juez interno. Y de ninguna manera habrían llegado con tanta veneración hasta los confines del mundo, si no hubieran estado cargadas de un entendimiento místico.

11. Por lo tanto, el bienaventurado Job, siendo miembro de la santa Iglesia, también habla con su voz, diciendo: Lo que antes mi alma no quería tocar, ahora por la angustia, es mi alimento, porque ciertamente la gentilidad, ansiosa por el fervor de su amor, tiene hambre del alimento de la Escritura antigua, que antes, con soberbia, despreciaba. Sin embargo, estas palabras también concuerdan con las voces de Judea, si se consideran con un poco más de atención. Pues ella, por la instrucción de la ley y el conocimiento del único Dios, tenía sal, y despreciaba a todas las naciones como si fueran animales brutos. Pero, como había sido instruida por los preceptos de la ley para no recibir a los gentiles en su comunidad, ¿qué otra cosa hacía sino rechazar el alimento insípido? La sentencia divina, al proponer la muerte, había prohibido que el pueblo israelita hiciera alianza con extranjeros y contaminara la vida de la santa religión (Éxodo 23, 32). Por eso se añade: ¿O puede alguien gustar lo que probado trae la muerte? Pero como esta misma Judea, de entre los elegidos, se convirtió a la fe del Redentor, se esforzaba por predicar la luz que había conocido a los infieles de su descendencia a través de los santos apóstoles. Sin embargo, la soberbia de los hebreos rechazó su servicio de predicación. Por eso, pronto dirigió las palabras de su exhortación a la recolección de los gentiles, como también se dice por medio de esos mismos apóstoles: A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hechos 13, 46). Por lo tanto, en este lugar también se añade adecuadamente: Lo que antes mi alma no quería tocar, ahora por la angustia, es mi alimento. Judea, desdeñando la vida de los gentiles, no quiso tocarla antes, rechazando recibir su comunidad; pero al venir a la gracia del Redentor, siendo rechazada por los infieles israelitas, al expandirse a la recolección de los gentiles a través de los santos apóstoles, toma como alimento, hambrienta, lo que antes había despreciado con desdén. Pues soportó las angustias de su predicación, viendo que lo que hablaba era despreciado entre los hebreos. Pero por la angustia come los alimentos que antes había despreciado, deseando recibir a los pueblos gentiles que había despreciado, al ser rechazada por la dureza de los judíos. Ya que hemos dicho esto figurativamente, ahora queda investigar moralmente.

SENSUS MORALIS.---12. El hombre santo, deseando la venida del Redentor bajo la apelación de la balanza, al revelarse a través de su discurso, nos instruye en el arte de vivir; al narrar sus propias experiencias, indica algunas de las nuestras; al insinuar lo que debemos reconocer en él, nos confirma en la esperanza a los que estamos temerosos y débiles. Ya vivimos por la fe en el Mediador, y sin embargo, aún soportamos los duros azotes de la corrección interna para la purificación de los vicios. Por lo tanto, después del deseo de la balanza, añade:

CAPÍTULO XI.

VERS. 4.---Porque las saetas del Señor están en mí, cuya indignación ha bebido mi espíritu.

13. Los buenos son afligidos por los azotes y el terror del juicio. Sin embargo, es mejor ser guiado por el amor.---Pero he aquí, como se dijo anteriormente, somos también afligidos por el golpe de la corrección divina, y sin embargo, es aún más grave lo que tememos del terror del juicio venidero por la eterna retribución. Por lo tanto, se añade inmediatamente: Y los terrores del Señor combaten contra mí. Sin embargo, el alma debe ser liberada del miedo y del dolor, y extenderse solo hacia los deseos de la patria eterna. Entonces mostramos la

nobleza de nuestra regeneración, si amamos como a un padre a aquel a quien ahora tememos con mente servil como a un señor. Por eso también se dice por medio de Pablo: No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba Padre (Rom. VIII, 15). Por lo tanto, la mente del elegido debe dejar de lado el peso del temor, ejercitarse en la virtud del amor, desear la dignidad de su renovación, anhelar la imagen de su creador; a quien, mientras no pueda contemplar, es necesario que espere su eternidad, es decir, su alimento íntimo, hambriento. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XII [Ant. VI].

VERS. 5.---¿Acaso rugirá el asno salvaje cuando tenga hierba? ¿O mugirá el buey cuando esté ante el pesebre lleno?

14. El onagro representa al pueblo fiel, y el buey al orden eclesiástico. Ambos tienen aquí motivo de lamentación por la visión de Dios diferida. ¿Quiénes son designados con el nombre de onagros, sino aquellos que, establecidos en el campo de la fe, no están atados por las riendas de ningún oficio? ¿O a quiénes expresa la significación del buey, sino a aquellos que, dentro de la santa Iglesia, son oprimidos por el yugo del oficio de la predicación que han asumido? La hierba del onagro y el alimento del buey son la refacción interna del pueblo fiel. Algunos, al modo del buey, están sujetos dentro de la Iglesia por las riendas del oficio asumido; otros, al modo del onagro, desconocen los establos del orden sagrado y viven en el campo de su propia voluntad. Pero cuando alguien, desde la vida secular, arde en deseo de la visión interna, cuando anhela el alimento de la refacción íntima, cuando se considera a sí mismo ayunando en la ceguera de esta peregrinación, se alimenta con los llantos que puede, como un onagro que ruge al no encontrar hierba. Otro también soporta la necesidad del orden asumido, suda en el trabajo de la predicación y desea ser alimentado por la contemplación eterna; pero como aún no contempla la figura de su Redentor, gime como un buey atado a un pesebre vacío. Porque, al estar lejos de la sabiduría interna, no percibimos la verdor de la herencia eterna, y como animales brutos, ayunamos de la hierba deseada. De esta hierba, ciertamente, se dice con la voz del Redentor: "Por mí, si alguno entra, será salvo, y entrará, y saldrá, y hallará pastos" (Juan 10, 9). Pero a menudo, lo que suele ser más grave para los amantes, la vida de los malos contradice los estudios de los santos; y cuando la mente es arrebatada al deseo celestial, la buena intención comenzada es reverberada por las palabras y costumbres de los necios que interrumpen; de modo que lo que ya había volado a lo alto por el esfuerzo de la contemplación, se prepara en lo más bajo para luchar contra las batallas de la necesidad de los perversos. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 6.---¿O se puede comer lo insípido que no está sazonado con sal? ¿O puede alguien gustar lo que, al ser probado, trae la muerte?

15. Cuán graves son las palabras y costumbres de los carnales para los elegidos. Las palabras y costumbres de los carnales se imponen a nuestras mentes como alimento, para ser capturadas en el vientre de la delectación. Pero cada elegido no consume lo insulso, porque al juzgar las palabras y hechos de los perversos, los rechaza del corazón. Pablo prohibió que se introdujera lo insulso en el alimento de las mentes, cuando dijo a los discípulos: Que vuestro discurso sea siempre con gracia, sazonado con sal (Colosenses IV, 6). Y las palabras de los réprobos también supieron insulsas en la boca del corazón del salmista, cuando decía: Los

iniciuos me contaron fábulas, pero no como tu ley, Señor (Salmo CXVIII, 84). A menudo, las palabras de los carnales, al imponerse inoportunamente a nuestros oídos, generan en el corazón una guerra de tentación; y aunque la razón las rechace y la lengua las reprenda, sin embargo, con esfuerzo se vence internamente lo que externamente se juzga con autoridad. Por lo tanto, es necesario que no llegue a los oídos lo que la mente, vigilante, rechaza desde el acceso del pensamiento. Los hombres santos, al anhelar los deseos de la eternidad, se elevan a tal altura de vida que consideran ya pesado y deprimente escuchar lo que es del mundo. Pues estiman muy insolente e intolerable cualquier cosa que no suene como aquello que aman en su interior.

[Vet. VII.] 26. No todos están preparados para afrontar los sufrimientos del cuerpo por Dios. — Pero a menudo la mente ya es llevada por el deseo a las cosas sublimes, ya se separa completamente de la conversación insensata de los hombres terrenales, y sin embargo, aún no se prepara para soportar los sufrimientos de la vida presente por amor a la verdad; ya anhela lo celestial, ya desprecia lo insensato en lo más bajo, pero todavía no se dirige hacia la tolerancia de la adversidad que debe soportar. Por lo cual se añade: ¿O puede alguien probar lo que, al ser probado, trae la muerte?

CAPÍTULO XIV.

17. Tolerando las debilidades de los prójimos, nos fortalecemos para enfrentar los sufrimientos. En efecto, es difícil desear lo que atormenta, seguir lo que huye de la vida. Pero a menudo la mente del justo se extiende hasta tal cúspide de virtud, que preside en la fortaleza interna de la razón y convierte la necesidad de algunos al tolerarla externamente. A quienes nos esforzamos por llevar hacia lo valiente, es necesario que toleremos sus debilidades, porque solo quien inclina la rectitud de su estado mediante la compasión puede levantar al caído. Cuando, en verdad, compartimos la debilidad ajena, nos fortalecemos más en la nuestra; de modo que, con amor por lo futuro, la mente se prepara para las adversidades presentes y espera los sufrimientos del cuerpo que temía. Pues al aumentar los deseos celestiales, se angustia; y al considerar cuán dulce es la patria eterna, ama ardientemente por ella las amargas de la vida presente. Por lo cual, después del hastío del alimento insulso, después del imposible sabor de la muerte, se añade correctamente:

CAPÍTULO XV [Rec. VII].

VERS. 7.---Las cosas que antes mi alma no quería tocar, ahora, por la angustia, son mi alimento.

18. Por amor a la patria celestial, amamos las penas del exilio. La mente del justo que progresa, que antes, mientras solo se ocupaba de lo propio, despreciaba soportar lo ajeno, y que, siendo menos compasiva con los demás, no podía fortalecerse contra las adversidades, cuando se inclina a tolerar las debilidades del prójimo, se fortalece para superar las adversidades; de tal manera que, por amor a la verdad, anhela con más fuerza los sufrimientos de la vida presente, cuanto antes huía de las debilidades. Pues se eleva por su propia inclinación, se extiende por atracción, se fortalece por compasión; y cuando se expande en amor al prójimo, como si recogiera de la meditación cuánta fortaleza tiene para elevarse hacia el Creador. La caridad, que nos humilla hacia la fuerza de la compasión, nos eleva más alto en la cumbre de la contemplación; y ya multiplicada, arde con mayores deseos, ya anhela llegar a la vida del espíritu, incluso a través de los sufrimientos del cuerpo. Lo que antes no quería tocar, ahora lo consume por la angustia, quien apenas puede contener

sus deseos, y ya por amor a la patria celestial, ama las penas que antes temía. Pues si la mente se dirige a Dios con fuerte intención, estima dulce todo lo que en esta vida le resulta amargo, considera descanso todo lo que aflige; incluso desea pasar por la muerte, para poder obtener la vida más plenamente; desea extinguirse completamente en lo más bajo, para ascender más verdaderamente a lo más alto. Pero mentiría sobre el ánimo de cualquier justo, mentiría sobre la mente del bienaventurado Job, a menos que él mismo añada:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 8-10.---¿Quién me concederá que se cumpla mi petición, y que el Señor me otorgue lo que espero; y que Él, quien comenzó, me destruya; retire su mano y me corte, y que esto sea para mí consuelo, que al afligirme con dolor, no me perdone?

19. Ejemplo de Job bendiciendo a su agresor. Dios nos quebranta, y también el diablo, pero con diferentes resultados. --- Pero tal vez esto lo busca por contumacia, tal vez acusa de injusticia al que golpea, deseando extinguirse por completo. Lejos esté esto. Pues con qué intención lo busca, lo demuestra con las palabras siguientes, diciendo: No contradeciré las palabras del santo. De ninguna manera, por lo tanto, murmura de la injusticia del que golpea, quien llama santo a su agresor incluso en medio de los golpes. Es necesario saber que a veces nos quebranta el adversario, y otras veces Dios. Por la contrición del adversario, decaemos en virtud; pero por la contrición del Señor, al ser quebrantados, nos fortalecemos en virtud alejándonos de los vicios. Esta contrición la había previsto el Profeta, cuando decía: Los regirás con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrantarás (Sal. II, 9). Con vara de hierro el Señor nos guía y quebranta, porque con la fuerte rectitud de su disposición, mientras nos refuerza interiormente, nos aflige exteriormente. Pues cuanto más humilla la fuerza de la carne, más exalta la intención del espíritu. Por eso esta misma contrición se compara a la vasija del alfarero, como también dice Pablo: Tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7). Quien expresando simultáneamente la contrición y el gobierno, dice: Aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior se renueva de día en día (Ibid., 16). [Vet. VIII.] Por lo tanto, el hombre santo, que desea acercarse a Dios incluso a través de los azotes, diga con espíritu de humildad:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 9.---El que comenzó, él mismo me quebrante.

20. Dios corrige misericordiosamente al que se exalta por sus virtudes.---Con frecuencia, el Señor comienza a obrar en nosotros la contrición de los vicios; pero cuando la mente se exalta desde el mismo inicio del progreso, y se levanta como si ya estuviera en las virtudes, abre la puerta al adversario que arremete contra ella, quien, penetrando en lo más íntimo del corazón, destruye todo lo que encuentra en él del esfuerzo de un buen comienzo; y se muestra tanto más vehemente en su destrucción cuanto más le duele, porque aunque sea por poco tiempo, había progresado. Por eso, como testifica el Evangelio, con la voz de la Verdad, el espíritu inmundo que salió solo regresa con siete espíritus (Mateo XII, 45). Para que, después de los inicios de la corrección divina, el antiguo enemigo no se infiltre y lleve a la destrucción de las virtudes, el hombre santo ora adecuadamente, diciendo: Que quien comenzó, él mismo me quebrante. Como si claramente dijera: Que no deje de perfeccionar en mí lo que ha comenzado, golpeando, para que no me abandone al adversario para la destrucción. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVIII.

IBID.---Suelte su mano, y córteme.

21. ¡Cuán temible es que pueda tener la mano atada para golpear nuestros vicios! Pues a menudo, inflados por la confianza en una larga prosperidad, nos erguimos en un cierto estado de altivez. Y cuando el Creador nos ve elevarnos, pero no ejerce su amor hacia nosotros a través de los castigos, es como si tuviera la mano atada para golpear nuestros vicios. ¿Acaso no había atado la mano de su afecto cuando decía al pueblo pecador: "Ya no me enojaré contigo" (Isaías 54, 9); y: "Mi celo se apartó de ti" (Ezequiel 16, 42)? Que, por tanto, se diga que desate su mano, que ejerza su afecto. Con razón se añade: "Y me corte". Pues cuando el dolor repentino de un flagelo o la tentación de una enfermedad nos golpea, mientras estamos seguros y elevados por la abundancia de virtudes, de inmediato la altivez de nuestra mente cae cortada desde la cima de su estado, para que no se atreva a nada por sí misma, sino que, abatida por el golpe de su debilidad, busque la mano que la levante. De ahí que los hombres santos, cuando sospechan de la disposición oculta hacia ellos, teman más las mismas prosperidades, deseen ser tentados, anhelan ser flagelados, para que el miedo y el dolor instruyan a la mente incauta, no sea que en este camino de peregrinación, al irrumpir el enemigo desde las emboscadas, su misma seguridad la derribe peor. De ahí que el salmista diga: "Pruébame, Señor, y tiente mi corazón" (Salmo 25, 2). Y nuevamente dice: "Estoy preparado para los flagelos" (Salmo 38, 18). Porque los santos consideran que la herida de la corrección de su mente no puede estar sin putrefacción, se preparan voluntariamente bajo la mano del médico para las incisiones, para que, al abrirse la herida, salga el veneno del pecado, que mataba por dentro con la piel sana. Por lo cual se añade aún:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 10.---Y que esto sea para mí consuelo, que afligiéndome con dolor, no me perdone.

22. Los santos temen la prosperidad, desean los azotes. Los elegidos, que saben que han cometido actos ilícitos, pero al examinarse descubren que no han sufrido adversidades por sus ilícitos, se consumen con un temor inmenso, arden de pavor, trabajan agitados por sospechas siniestras, temen que la gracia los haya abandonado para siempre, ya que en la vida presente no reciben ninguna retribución por su maldad; temen que la venganza que se pospone sea más grave al final; desean ser heridos por la corrección paterna, y consideran el dolor de la herida como un remedio de salvación. Por tanto, correctamente se dice ahora: Esta sea mi consolación, que afligiéndome con dolor no me perdone. Como si se dijera abiertamente: A quienes aquí se les perdona, es para herirlos eternamente; que aquí me hiera, para que no perdonándome, me perdone eternamente. Pues me consuelo en la aflicción, porque conociendo la podredumbre de la corrupción humana, me siento seguro de la esperanza de salvación a través de la herida. Y como esto no lo expresó con una mente altiva sino humilde, lo aclara añadiendo, como hemos dicho antes, diciendo:

CAPÍTULO XX.

IBID.---Ni contradeciré las palabras del santo.

23. Dios a menudo habla en silencio a través de sus obras.---Generalmente, las palabras de Dios hacia nosotros no son sonidos de declaraciones, sino efectos de sus acciones. En efecto, nos habla a través de lo que realiza silenciosamente en nosotros. Por lo tanto, el

bienaventurado Job contradiría las palabras de Dios si murmurara sobre sus golpes. Pero indica lo que siente sobre su castigador, quien (como ya hemos dicho) llama santo a aquel a quien soporta golpeando. Sigue:

CAPÍTULO XXI [Ant. IX, Rec. VIII].

VERS. 11.---¿Cuál es, en efecto, mi fortaleza para que pueda soportar; o cuál es mi fin, para que actúe con paciencia?

24. Cuál es la fortaleza de los justos, cuál la de los réprobos.---Es necesario saber que la fortaleza de los justos es diferente de la de los réprobos. La fortaleza de los justos consiste en vencer la carne, oponerse a sus propias voluntades, extinguir el deleite de la vida presente, amar las dificultades de este mundo por las recompensas eternas, despreciar los halagos de la prosperidad, superar el miedo a la adversidad en el corazón. En cambio, la fortaleza de los réprobos es amar sin cesar lo transitorio, perdurar insensiblemente contra los castigos del Creador, no descansar del amor a las cosas temporales ni siquiera en la adversidad, alcanzar la vana gloria incluso con detrimento de la vida, buscar el aumento de la malicia, atacar la vida de los buenos no solo con palabras y costumbres, sino también con espadas, poner su esperanza en sí mismos, cometer iniquidad diariamente sin ningún desfallecimiento del deseo. De ahí que el Salmista diga a los elegidos: Actuad con valentía, y se fortalezca vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor (Salmo XXX, 25). De ahí que el profeta diga a los réprobos: Ay de los que son poderosos para beber vino, y hombres fuertes para mezclar embriaguez (Isaías V, 22). De ahí que Salomón diga que los santos contemplan la paz interior sin ninguna debilidad del deseo: He aquí el lecho de Salomón, sesenta valientes lo rodean, de los más fuertes de Israel (Cantar de los Cantares III, 7). De ahí que el Salmista, insinuando con la voz del Redentor contra los réprobos en la pasión, diga: He aquí que han ocupado mi alma, han arremetido contra mí los fuertes (Salmo LVIII, 4). Qué bien abarcó Isaías ambas fortalezas, diciendo: Los que confían en el Señor, renovarán su fortaleza (Isaías XL, 31). Pues al decir que no la tomarán, sino que la renovarán, claramente se dio a conocer que una es la que se abandona, y otra la que se inicia.

25. En los cuales el réprobo es fuerte, el justo es débil. ¿Acaso no son también fuertes los réprobos, que corren con tantos trabajos hacia la concupiscencia de la vida presente, se exponen audazmente a los peligros, soportan con gusto las injurias por ganancias, no retroceden vencidos por ninguna contrariedad de su propia lujuria, se endurecen con los golpes y toleran los males del mundo por el mundo, y, por así decirlo, buscan sus alegrías y las pierden, sin embargo, al perderlas no se fatigan? Por eso, bien se dice con la voz del género humano a través de Jeremías: Me embriagó con ajeno (Lam. III, 15). El ebrio, en efecto, no sabe lo que padece. Por lo tanto, está ebrio de ajeno quien, por amor al siglo presente, ajeno al sentido de la razón, mientras considera leve todo lo que soporta por el mundo, ignora la amargura del trabajo que tolera, porque ciertamente es llevado con deleite a todo aquello en lo que se fatiga penosamente. En cambio, el hombre justo se esfuerza por ser débil ante los peligros del mundo que deben ser tolerados por el mundo, contempla su fin, observa cuán transitoria es la vida presente, y se niega a sufrir trabajos exteriores por ella, cuya delectación interior ha vencido. Por tanto, el bienaventurado Job, oprimido por las adversidades de la vida presente, diga con su voz, diga con la voz de todos los justos: ¿Cuál es mi fortaleza para que soporte? ¿O cuál es mi fin para que actúe con paciencia? Como si insinuara abiertamente, diciendo: No puedo tolerar los males del mundo por el mundo, porque ya no soy fuerte en su deseo. Pues al contemplar el fin de la vida presente, ¿por qué he de soportar su peso, cuyo apetito piso? Y porque los injustos, como hemos dicho, soportan

tanto más fuertemente sus trabajos cuanto más ávidamente se alimentan de su deleite, correctamente añade enseguida esa misma fortaleza de los réprobos, diciendo:

CAPÍTULO XXII [Ant. X, Rec. IX].

VERS. 12.---Ni la fortaleza de las piedras es mi fortaleza, ni mi carne es de bronce.

26. A la percusión de Dios, algunos son piedras sin sonido, otros son bronce resonante sin sentido. Job no es fuerte por locura, sino por el estado de salvación. ¿Qué se significa aquí con el bronce y las piedras, sino los corazones de hombres insensibles, que a menudo reciben golpes celestiales y, sin embargo, no se ablandan con la disciplina? En contraste, a los elegidos, el Señor promete a través del profeta: "Quitaré de vosotros el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne" (Ezequiel 11, 19). Pablo también dice: "Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad, soy como bronce que resuena o címbalo que retiñe" (1 Corintios 13, 1). Sabemos que las piedras golpeadas no pueden emitir un sonido claro; en cambio, el bronce, cuando es golpeado, produce un sonido muy melodioso. Pero, al igual que las piedras, carece de vida y no tiene sentido en su sonido. Hay algunos que, semejantes a las piedras, se han endurecido tanto ante los preceptos de la piedad que, cuando la percusión de la advertencia celestial los examina, no emiten el sonido de una humilde confesión. Otros, no diferentes del metal del bronce, cuando reciben los azotes de la percusión celestial, emiten el sonido de una confesión piadosa; pero como no pronuncian las voces de humildad desde el corazón, una vez devueltos al estado de salvación, no saben lo que prometieron. Aquellos, por tanto, como piedras golpeadas, no tienen voces; estos, en nada evitan la imitación del bronce, que, puestos en la percusión, hablan de bienes que no sienten. Aquellos niegan palabras y veneración al que golpea; estos, prometiendo lo que no cumplen, claman sin vida. Por lo tanto, el hombre santo, huyendo de la dureza de los réprobos entre los golpes, dice: "Ni la fortaleza de las piedras es mi fortaleza, ni mi carne es de bronce". Como si abiertamente confesara, diciendo: "Huyo de la semejanza de los réprobos bajo el golpe de la disciplina, porque ni como piedras me he endurecido tanto que bajo el estímulo de la percusión enmudezca en el ministerio de la confesión; ni, por otro lado, resueno como bronce la voz de la confesión, ignorando el sentido de la voz". Pero como los réprobos son débilmente fuertes ante la percusión, y los elegidos son valientemente débiles, el bienaventurado Job, al afirmar que no es fuerte por locura, se manifiesta fuerte por el estado de salvación. [Vet. XI. Por lo tanto, que insinúe de dónde ha recibido esta misma fortaleza, para que no se atribuya las fuerzas que tiene y corra poderosamente hacia la muerte. Pues a menudo la virtud poseída mata peor que si faltara; porque al elevar la mente a la confianza en sí misma, la atraviesa con la espada de la soberbia; y al vivificarla como si la fortaleciera, la mata al elevarla; la lleva a la perdición al arrancarla de la confianza en la fortaleza interna por su propia esperanza. Pero como el bienaventurado Job posee virtud y no tiene confianza en sí mismo, y, por así decirlo, tiene fuerzas siendo débil, añade apropiadamente, diciendo:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 13.---He aquí, no hay ayuda para mí en mí mismo.

27. Porque no atribuye sus fuerzas a sí mismo, sino a Dios.---Ya está claro a qué esperanza recurre el alma golpeada, cuando niega que en sí misma tenga ayuda. Pero como se insinúa débil en sí misma, para alcanzar aún mayor mérito de fortaleza, añade cómo también es abandonada por los más cercanos,---IBID.:---También mis allegados se apartaron de mí. Pero

he aquí que, despreciado exteriormente, en su interior preside en el trono del juicio. Pues cuando afirma que ha sido abandonado, inmediatamente irrumpe en sentencia, diciendo:

CAPÍTULO XXIV [Rec. X].

VERS. 14.---El que quita la misericordia a su amigo, abandona el temor del Señor.

28. Qué se ofrecen mutuamente el amor de Dios y el amor al prójimo.---¿Quién, en este contexto, se designa con el nombre de amigo sino cualquier prójimo, que se une a nosotros fielmente, ayudándonos verdaderamente a obtener la patria eterna, al recibir ahora de nosotros una buena obra? Pues bien, ya que hay dos preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y el amor al prójimo, el amor al prójimo nace del amor de Dios, y el amor de Dios se nutre del amor al prójimo. Porque quien descuida amar a Dios, ciertamente no sabe amar al prójimo; y progresamos más plenamente en el amor de Dios si primero nos alimentamos con la caridad del prójimo en el seno de ese mismo amor. Porque el amor de Dios genera el amor al prójimo, el Señor, al dictar la ley, dijo: Amarás a tu prójimo (Deut. VI, 5; X, 12), y antes de eso, dijo: Amarás al Señor tu Dios (Mat. XXII, 37, 39): para que, en efecto, primero plantara la raíz de su amor en la tierra de nuestro corazón, de modo que luego la fraternidad germinara a través de sus ramas. Y nuevamente, porque el amor de Dios se fortalece a partir del amor al prójimo, Juan testifica, diciendo: Quien no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? (I Juan IV, 20). Sin embargo, este amor divino nace del temor, pero al crecer se transforma en afecto.

29. La caridad hacia el prójimo se prueba en sus tribulaciones. ¡Cuánta iniquidad hay en despreciar a un amigo en la adversidad! A menudo, el Dios omnipotente, para que se manifieste cuánto se aleja alguien de la caridad hacia Él y hacia el prójimo, o cuánto ha progresado en ella, disponiendo todo con admirable orden, abate a unos con azotes y sostiene a otros con éxitos. Y cuando temporalmente abandona a algunos, muestra en los corazones de otros el mal que se oculta. Pues muchas veces nos persiguen aquellos que, sin comparación, nos veneraban en la felicidad. Porque cuando alguien es amado en la prosperidad, es muy incierto si se ama la prosperidad o a la persona. La pérdida de la felicidad interroga la fuerza del amor. Por eso, un sabio dice bien: No se reconoce al amigo en los bienes, y no se oculta al enemigo en los males (Ecli. XII, 8). Ni la prosperidad indica al amigo, ni la adversidad oculta al enemigo, porque aquel a menudo se oculta por reverencia a nuestra prosperidad, y este se revela por la confianza en la adversidad. Por tanto, el hombre justo, puesto en los azotes, diga: Quien quita la misericordia a su amigo, abandona el temor del Señor, porque ciertamente quien desprecia al prójimo en la adversidad, se demuestra abiertamente que no lo amó en la prosperidad. Y cuando el Dios omnipotente hiere a algunos para educar a los heridos y ofrecer a los no heridos la ocasión de una buena obra, quien desprecia al herido rechaza de sí la ocasión de la virtud; y se levanta tanto más perversamente contra el autor, cuanto menos lo reconoce como piadoso en su propia salvación, ni justo en la herida ajena. Es de observar que el bienaventurado Job habla de sí mismo de tal manera que también se señala a través de él la vida de todo el pueblo elegido. Porque siendo miembro de ese pueblo, cuando narra lo que él mismo padece, también anuncia lo que aquel soporta, diciendo:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 15.---Mis hermanos me han abandonado como un torrente, que pasa rápidamente por los valles.

30. Los réprobos, ¿por qué son llamados tanto hermanos como transeúntes por los justos? Con razón se les compara con un torrente. Con una vida breve y fugaz, pasan a tormentos eternos. La mente de los réprobos, porque ama solo lo presente, a menudo ahora se encuentra tan alejada del castigo como después permanece ajena a la herencia; y con soberbia desprecian a los justos, a quienes la severidad paterna aflige misericordiosamente. A menudo, los réprobos retienen la misma fe en la que vivimos, reciben los mismos sacramentos de la fe, están contenidos en la unidad de la misma religión; pero, sin embargo, desconocen las entrañas de la compasión, la fuerza de la caridad, con la que ardemos en amor a Dios y al prójimo, no la reconocen. Por tanto, con razón son llamados tanto hermanos como transeúntes, porque surgen con nosotros del mismo seno materno por la fe, pero no se fijan en el mismo cielo de caridad hacia Dios y el prójimo. Por lo cual, también se les compara adecuadamente con un torrente que pasa rápidamente por los valles. Pues el torrente fluye desde las montañas hacia las profundidades, y recogido por las lluvias invernales, se seca con los soles estivales. Porque aquellos que, amando lo terrenal, abandonan la esperanza de la patria celestial, como si buscaran los valles desde las montañas; a quienes, sin embargo, el invierno de la vida presente multiplica, pero el verano del juicio venidero seca, porque cuando el sol de la estricta justicia celestial arda, convierte la alegría de los réprobos en aridez. Bien se dice, por tanto: Pasa rápidamente por los valles. Pues que el torrente pase rápidamente a los valles es que las mentes de los perversos desciendan a deseos bajos sin ningún obstáculo ni dificultad. [Vet. XII.] Porque todo ascenso es en trabajo, el descenso en placer, ya que por el esfuerzo se tiende hacia lo superior, pero por la relajación se declina hacia lo inferior. Pues subir una roca a la cima de una montaña es de gran trabajo, y dejarla caer desde lo alto a lo bajo no es trabajo. Sin demora, ciertamente se precipita, quien con grandes esfuerzos ha llegado a lo alto. Con largo estudio se siembra la cosecha, se nutre con sol y lluvia prolongada, pero sin embargo, una sola y repentina chispa la consume. Por un momento los edificios progresan hacia lo alto, pero por caídas repentinas buscan la tierra. Un árbol robusto se eleva en el aire con lentos incrementos; pero todo lo que durante mucho tiempo ha elevado hacia lo alto, cae de una vez y de golpe. Porque, por tanto, el ascenso es en trabajo, el descenso en placer, se dice con razón ahora: Mis hermanos me han pasado como un torrente, que pasa rápidamente por los valles. Lo cual, sin embargo, puede ser sentido de otra manera.

225 31. Si entendemos que los valles bajos son lugares de castigo, todos los injustos pasan rápidamente como un torrente hacia los valles, porque en esta vida, que desean con todas sus ansias, no pueden permanecer mucho tiempo. Pues los días de su vida que reciben, son como pasos diarios hacia el final. Desean que se les aumenten los días, pero como los que se les conceden no pueden detenerse, por cada aumento de vida que reciben, pierden el mismo espacio de vida. Por lo tanto, los momentos del tiempo que siguen, huyen; lo que reciben, pierden. Así, pasan rápidamente a los valles, quienes alargan sus deseos de placeres, pero son llevados de repente a las puertas del infierno. Porque incluso este tiempo, que se extiende con cualquier longevidad, si se cierra con un final, no es largo; los miserables concluyen por el final que fue breve lo que tuvieron al perderlo. Por eso, bien se dice a través de Salomón: Si el hombre vive muchos años, y en todos ellos se alegra, debe recordar el tiempo de oscuridad, y los muchos días, que cuando lleguen, acusarán de vanidad lo pasado (Eclesiastés XI, 8). Porque la mente necia, cuando encuentra de repente un mal que no pasa, entiende su eternidad al soportarlo, porque lo que pudo pasar fue vano. Sin embargo, es necesario saber que muchos desean actuar correctamente, pero hay cosas que contradicen sus mentes débiles en esta vida presente; y mientras temen sufrir adversidades en lo más bajo, ofenden la rectitud del juicio supremo. Por lo tanto, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXVI [Rec. XI].

VERS. 16.---A los que temen la escarcha, la nieve cae sobre ellos.

32. Los que por miedo a daños temporales abandonan la justicia, caen en males eternos. Pues la escarcha se congela abajo, pero la nieve cae desde lo alto. Y a menudo, algunos, al temer las adversidades temporales, se exponen a la severidad de la retribución eterna. De ellos se dice acertadamente por el Salmista: Allí temblaron de miedo, donde no había miedo (Salmo XIII, 5). Este ya desea defender la verdad libremente, pero sin embargo, en su mismo deseo, teme con temor la indignación del poder humano; y mientras en la tierra teme al hombre contra la verdad, soporta desde el cielo la ira de esa misma verdad. Aquel, consciente de sus pecados, ya desea dar lo que posee a los necesitados, pero sin embargo teme carecer él mismo de lo que da. Y mientras, temeroso, reserva los recursos de la carne, mata su alma por falta de misericordia; y al temer sufrir necesidad en la tierra, se priva de la abundancia eterna de la restauración celestial. Por tanto, se dice correctamente: Los que temen la escarcha, la nieve cae sobre ellos, porque los que temen lo que debe ser pisoteado desde abajo, sufren lo que debe ser temido desde lo alto; y cuando no quieren pasar por lo que podían pisar, reciben el juicio desde lo alto, que de ninguna manera pueden soportar. Pero al hacer esto, obtienen temporalmente la gloria del mundo. ¿Qué harán, sin embargo, en el momento de su llamado, cuando, temerosos, abandonen todo lo que aquí guardaron con gran temor? Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 17.---En el tiempo en que sean dispersados, perecerán.

33. Cuán grande es su temor, al acercarse el juicio. Aquellos a quienes el afán de la vida presente ordena, la pérdida los dispersa; y entonces también perecen exteriormente, quienes ya hace tiempo perecieron interiormente por descuidar lo eterno. De quienes se añade acertadamente: Y cuando se calienten, se disolverán de su lugar. Porque todo injusto, cuando se calienta, se disuelve de su lugar, ya que al acercarse al juicio de la estricta intimidad, cuando ya comienza a arder por el conocimiento del castigo, se separa del deleite de su carne al que antes se había adherido. De ahí que por el profeta se diga contra los réprobos: Y solo la aflicción dará entendimiento al oído (Isaías XXVIII, 19), porque evidentemente no entienden lo eterno, sino cuando ya son castigados sin enmienda por lo temporal. Entonces la mente se agita, y se inflama en los fuegos de una penitencia infructuosa, teme ser llevada al suplicio, retiene la vida presente por deseo; pero se disuelve de su lugar, porque al abandonar los placeres de la carne, su dureza se licua por el castigo. Pero como hemos oído lo que todos los inicuos sufrirán en el tiempo de su separación, escuchemos aún algunas cosas en las que se enredan en el espacio de su libertad. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII [Ant. XIV, Rec. XII].

VERS. 18.---Se han enredado las sendas de sus pasos.

34. De nada sirve proponer lo correcto, si no somos firmes en nuestro propósito. Todo lo que se envuelve en sí mismo se repliega. Y hay algunos que, con toda su intención, deliberan oponerse a los vicios seductores, pero cuando llega el momento de la tentación, no perseveran en su propósito deliberado. Uno, por ejemplo, inflado por la audacia perversa del orgullo, cuando considera cuán grandes son las recompensas de la humildad, se levanta contra sí

mismo y, como si dejara el tumor de la arrogancia hinchada, promete mostrarse humilde ante cualquier injuria; pero cuando de repente una sola palabra de injuria lo golpea, regresa inmediatamente a su acostumbrada altivez, y así es llevado al orgullo, de modo que no recuerda que había deseado el bien de la humildad. Otro, ardiendo en avaricia, anhela aumentar sus riquezas. Este, al ver que todo pasa rápidamente, fija su mente errante en las concupiscencias, decide ya no desear nada, y poseer lo que ha obtenido solo bajo el freno de un gran control; pero cuando de repente se le presentan cosas agradables a la vista, su mente anhela inmediatamente con ambición, no se contiene, busca la ocasión de adquirirlas, y olvidando la continencia que había pactado consigo mismo, se inquieta con los estímulos de pensamientos por el deseo de adquisición. Otro está manchado por la corrupción de la lujuria, y ya capturado por la larga costumbre es retenido; sin embargo, ve cuán grande es la pureza de la castidad, y descubre que es vergonzoso ser vencido por la carne. Por lo tanto, delibera restringir los flujos de las voluptuosidades, y se prepara con todas sus fuerzas para resistir la costumbre. Pero ya sea por una imagen presentada a los ojos, o traída a la memoria, cuando es sacudido por una tentación repentina, inmediatamente se disipa de su preparación anterior; y quien había levantado el escudo de la deliberación contra esto, yace atravesado por el dardo de la delectación; y así la lujuria lo vence debilitado, como si no hubiera preparado ningún arma de intención contra ella. Otro se enciende con las llamas de la ira, y se desboca hasta infligir injurias a los prójimos. Pero cuando ninguna ocasión de furia golpea su ánimo, considera cuán grande es la virtud de la mansedumbre, cuán alta es la paciencia, y se prepara incluso para ser paciente ante las injurias; pero cuando surge cualquier pequeña ocasión de conmoción, de repente se inflama profundamente con palabras e injurias; de tal manera que no solo no vuelve a la memoria la paciencia prometida, sino que su mente no reconoce ni a sí misma ni las injurias que profiere. Y cuando ha satisfecho plenamente su furia, como después de un ejercicio, regresa a la tranquilidad; y entonces se recoge en los claustros del silencio, cuando no es la paciencia de la lengua, sino la satisfacción de su propia procacidad la que ha puesto freno. Apenas, pues, se contiene tarde después de haber proferido injurias, porque a menudo no es la mano del jinete la que detiene a los caballos espumantes en su carrera, sino el límite del campo. Bien se dice, por tanto, de los reprobos: "Están envueltas las sendas de sus pasos", porque deliberando desean lo recto, pero siempre se repliegan a los males acostumbrados; y como si tensos fuera de sí, regresan a sí mismos por el circuito, quienes desean el bien, pero nunca se apartan del mal. Quieren ser humildes, pero sin desprecio; estar contentos con lo propio, pero sin necesidad; ser castos, pero sin mortificación del cuerpo; ser pacientes, pero sin injurias; y cuando buscan adquirir virtudes, pero huyen de los trabajos de las virtudes, ¿qué otra cosa hacen sino desconocer las batallas en el campo y desear triunfar en las ciudades por la guerra?

[Vet. XV.] 35. Mientras algunos dominan ciertos vicios, descuidan otros, y pronto sucumben incluso a los que ya habían sometido.---Aunque esto, que se menciona que sus caminos son enredados, aún puede entenderse de otra manera. A menudo, algunos se arman vehementemente contra ciertos vicios, pero descuidan someter otros; y cuando no se levantan contra estos, aquellos que habían sometido se levantan contra ellos. Por ejemplo, uno ya ha dominado la carne de la lujuria, pero aún no ha refrenado la mente de la avaricia; y mientras se retiene en el mundo para ejercer la avaricia, y no se retira de los actos terrenales, al surgir una ocasión, también cae en la lujuria, que ya parecía haber sometido. Otro ha vencido el ardor de la avaricia, pero de ninguna manera ha sometido la fuerza de la lujuria; y cuando prepara el precio para satisfacer la lujuria, también somete el cuello de su corazón al yugo de la avaricia, que hace tiempo había dominado. Otro ya ha abatido la impaciencia rebelde, pero aún no ha vencido la vana gloria, y cuando se inserta en los honores del mundo a través de esta, atrapado por los estímulos de las causas, regresa a la impaciencia; y cuando la vana

gloria levanta su ánimo para defenderse, soporta vencido aquello que había superado. Otro ha sometido la vana gloria, pero aún no ha abatido la impaciencia; y cuando amenaza con muchas cosas a los que resisten a través de la impaciencia, avergonzado de no cumplir lo que dice, es devuelto bajo el yugo de la vana gloria; y soporta vencido por una cosa aquello que se alegraba de haber vencido completamente. Así, pues, los vicios retienen a su fugitivo con ayuda mutua, y como si ya lo hubieran perdido, lo reciben bajo el derecho de su dominio, y se lo entregan mutuamente para su venganza. Por lo tanto, los caminos de los perversos son enredados, porque aunque levantan el pie de una maldad vencida, al reinar otra, lo enredan incluso en aquella que habían vencido.

36. El pecador se enreda a sí mismo, ya que una culpa es ocasión de otra y de muchas más que le siguen. Es como si el hombre se convirtiera en bestia, pues bajo el pretexto de la razón peca contra la razón. A veces, sin embargo, en caminos enredados de pasos, no se ve atrapado por ninguna culpa, y una se comete a través de otra. Pues a menudo al robo se le une la falacia de la negación, y frecuentemente la culpa de la falacia se acumula con la acusación de perjurio. A menudo cualquier vicio se comete con presunción impudente, y a menudo (lo que es más grave que cualquier culpa) incluso se enorgullece del vicio cometido. Porque aunque la exaltación suele nacer de la virtud, a veces la mente necia se exalta por la maldad perpetrada. Pero cuando una culpa se une a otra, ¿qué otra cosa sino que los pasos de los malvados se atan con caminos enredados y lazos anudados? Por eso, bien se dice contra la mente perversa bajo la figura de Judea a través de Isaías: Será morada de dragones, y pastizal de avestruces, y los demonios se encontrarán con los onocentauros, y el peludo gritará uno al otro (Isaías 34, 13). Pues, ¿qué se designa por los dragones sino la malicia, y qué por el nombre de los avestruces sino la hipocresía? El avestruz, en efecto, tiene la apariencia de volar, pero no tiene el uso de volar, porque la hipocresía insinúa a todos los que la miran una imagen de santidad, pero no sabe mantener la vida de santidad. En la mente perversa, pues, el dragón reposa y el avestruz se alimenta, porque la malicia latente se oculta astutamente, y a los ojos de los que miran se antepone la simulación de bondad. ¿Qué se figura con el nombre de los onocentauros, sino los lascivos y los altivos? En el lenguaje griego, ὄνος significa asno, y con la denominación de asno se designa la lujuria, como atestigua el profeta que dice: Como la carne de los asnos, es su carne (Ezequiel 23, 20). Con el término toro se demuestra la cerviz de la soberbia, como se dice con la voz del Señor sobre los judíos soberbios a través del salmista: Toros gordos me rodearon (Salmo 21, 13). Los onocentauros, por tanto, son aquellos que, sujetos a los vicios de la lujuria, levantan la cerviz de donde deberían haberse humillado. Quienes, sirviendo a los placeres de su carne, expulsada la vergüenza, no solo no lamentan perder la rectitud, sino que incluso se alegran de la obra de confusión. A los onocentauros les salen al encuentro los demonios, porque los espíritus malignos les sirven mucho a su antojo a aquellos que ven alegrarse de lo que deberían haber llorado. Donde se añade adecuadamente: Y el peludo gritará uno al otro. ¿Quiénes son figurados con el nombre de peludos, sino aquellos a quienes los griegos llaman Panas y los latinos incubos? cuya forma, ciertamente, comienza con la figura humana, pero termina en una extremidad bestial. Con el nombre de peludo se designa, por tanto, la aspereza de cualquier pecado, que aunque a veces comienza como por el pretexto de la razón, siempre tiende a movimientos irracionales; y como si el hombre se convirtiera en bestia, cuando la culpa, comenzando por la imagen de la razón, lleva hasta un efecto irracional. Pues a menudo el deleite de comer sirve a la gula, y simula servir a la necesidad de la naturaleza; y cuando extiende el vientre en glotonería, levanta los miembros en lujuria. El peludo grita uno al otro, cuando la maldad perpetrada provoca a otra por perpetrar, y como con una voz de pensamiento, la culpa ya cometida invita a la culpa que aún ha de cometerse. Pues a menudo, como hemos dicho, la gula dice: Si no repones el cuerpo con abundante alimento, no subsistes en ningún trabajo útil. Y cuando ha

encendido la mente con los deseos de la carne, también la lujuria pronuncia las palabras de su propia sugerencia, diciendo: Si Dios no quisiera que los hombres se unieran corporalmente, no habría hecho los miembros mismos aptos para el uso de la unión. Y cuando sugiere esto como si fuera por razón, lleva la mente a la desenfrenada lujuria. Que a menudo, al ser descubierta, busca inmediatamente el patrocinio de la falacia y la negación; y no se considera culpable si defiende su vida mintiendo. El peludo, pues, grita uno al otro, cuando bajo alguna apariencia de razonamiento, la culpa subsiguiente atrapa a la mente perversa por ocasión de la culpa precedente. Y cuando los pecados duros y ásperos la oprimen, como si los peludos convocados en ella dominaran en concordia; y así sucede que siempre los caminos de los pasos se enredan peor, mientras la mente reprobada se ata culpa por culpa.

[Vet. XVI, Rec. XIII.] 37. La costumbre de pecar a veces es precedida por la ceguera de la mente, y a veces la precede.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que a veces primero se embota el ojo del entendimiento, y luego el alma, capturada, vaga por deseos exteriores, de modo que la mente ciega no sabe a dónde es llevada, y se somete voluntariamente a las seducciones de su carne. Sin embargo, a veces primero brotan los deseos de la carne, y después de un largo uso de la obra ilícita, cierran el ojo del corazón. Pues a menudo la mente ve rectamente, pero no se levanta audazmente contra lo perverso; y resistiendo, es vencida, mientras, juzgando lo que hace, es superada por el deleite de su carne. Porque, en efecto, a menudo primero se pierde el ojo de la contemplación, y luego, por los deseos de esta carne, el alma es sometida a los trabajos del mundo, lo atestigua Sansón capturado por los filisteos, quien después de perder los ojos, fue destinado a la molienda, porque ciertamente los espíritus malignos, después de que con los estímulos de las tentaciones excavan la agudeza de la contemplación interior, envían afuera a los trabajos del mundo. Nuevamente, porque a menudo se pierde la operación recta exteriormente, y sin embargo aún se retiene la luz de la razón en el corazón, lo insinúa el profeta Jeremías, quien al narrar la cautividad de Sedequías, anuncia el orden de la cautividad interna, diciendo: Y el rey de Babilonia mató a los hijos de Sedequías en Reblata ante sus ojos, y mató a todos los nobles de Judá, y también sacó los ojos de Sedequías (Jeremías XXXIX, 6). El rey de Babilonia es el antiguo enemigo, poseedor de la confusión interna, que primero mata a los hijos ante los ojos del que mira, porque a menudo así mata las buenas obras, de modo que el que es capturado, viéndolo, se duele de perderlas. Pues a menudo el alma gime; y sin embargo, vencida por los deleites de su carne, pierde amando los bienes que ha engendrado, considera las pérdidas que sufre, y sin embargo no levanta el brazo de la virtud contra el rey de Babilonia. Pero mientras ve que es golpeada por la perpetración de la iniquidad, a veces es llevada por el uso del pecado a tal punto que también se le priva de la luz de la razón. Por lo tanto, el rey de Babilonia, después de haber matado primero a los hijos, saca los ojos de Sedequías, porque el espíritu maligno, después de haber sustraído primero las buenas obras, también quita la luz de la inteligencia. Lo que Sedequías sufre justamente en Reblata. Reblata, en efecto, significa muchas cosas. Pues a veces también se le cierra la luz de la razón, al que por el mal uso se ve agobiado por la multitud de su iniquidad. [Vet. XVII.] Sin embargo, como la culpa surge, o por cualquier ocasión estalla, los caminos de los reprobos siempre están envueltos, de modo que, entregados a malas concupiscencias, o no apetecen ningún bien, o, apeteciéndolos con un deseo débil, no tienden hacia ellos con pasos libres de la mente. Pues no comienzan rectamente, o, quebrados en el mismo camino, no llegan a ellos. Por lo cual, a menudo sucede que, cansados, regresan a su costumbre, y se postran desde la intención del alma en los placeres de la carne, piensan solo en lo que pasa, no se preocupan por lo que permanece con ellos. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Caminarán en vano, y perecerán.

38. El trabajo vacío de quienes ansían bienes transitorios.--- En verdad, caminan en vano aquellos que no llevan consigo ningún fruto de su labor. Uno suda por alcanzar honores, otro se afana por multiplicar sus riquezas, otro anhela obtener alabanzas; pero como todos estos bienes son abandonados por cada uno al morir, han perdido sus trabajos en vano, ya que no llevan nada consigo ante el juez. En contraste, bien se dice en la ley: No aparecerás vacío ante el Señor (Éxodo 23, 15). Pues quien no se ha preparado para la recompensa de la vida mediante buenas acciones, aparece vacío ante el Señor. De los justos, el salmista dice: Vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas (Salmo 125, 6). Vienen al juicio trayendo sus gavillas aquellos que en sí mismos muestran las buenas obras con las que merecen la vida. De cada uno de los elegidos, el salmista dice nuevamente: Quien no ha recibido su alma en vano (Salmo 24, 4). En vano recibe su alma quien, pensando solo en lo presente, no atiende a lo que le seguirá eternamente. En vano recibe su alma quien, descuidando su vida, antepone el cuidado de la carne. Pero los justos no reciben su alma en vano, porque con intención continua refieren a su utilidad todo lo que operan corporalmente, de modo que, aun cuando la obra pase, no pase la causa de la obra, que prepara las recompensas de la vida después de la vida. Pero los réprobos descuidan cuidar de esto, porque ciertamente, caminando en vano, huyen de la vida que sigue, y perdiendo lo que encuentran. Sin embargo, nos apartamos mejor de la imitación de los perversos si consideramos sus pérdidas al final. Por lo tanto, bien se añade con exhortación:

CAPÍTULO XXX [Rec. XIV].

VERS. 19. Considerad los caminos de Temán, los senderos de Sabá, y esperad un poco.

39. Algunos se ven atrapados en las redes del mundo bajo el pretexto de la honestidad. Entre ellos están quienes se ocupan de los asuntos familiares o quienes aman desordenadamente a sus parientes. En efecto, el viento del sur, Auster, se interpreta como red en Saba. ¿Qué se representa aquí por el viento del sur, que con su calor disuelve los miembros, sino la relajación de una vida disipada? ¿Y qué se representa por la red sino la obligación de la acción? Aquellos que, con una mente disoluta, desean lo eterno, se atan a sí mismos con sus esfuerzos desordenados, y al implicarse en los actos inconstantes de su vida, es como si pusieran sus pies en las mallas de una red, quedando atrapados. Así como dijimos un poco antes que algunos son arrastrados de nuevo a las culpas ya vencidas por ciertos vicios evidentes y no vencidos, así también algunos regresan a lo que habían dejado por ciertas cosas que se disfrazan con el nombre de honestidad o con el honor de la alabanza. Pues hay muchos que ya no desean lo ajeno y se apartan de las disputas de este mundo con un amor incipiente por la paz, ansían ser instruidos en las sagradas escrituras, desean dedicarse a las contemplaciones celestiales; sin embargo, no abandonan con perfecta libertad de espíritu el cuidado de los asuntos familiares, a los cuales, mientras sirven lícitamente, también se ven implicados en las disputas ilícitas de este mundo; y al desear proteger diligentemente las cosas terrenales, abandonan la paz del corazón que buscaban; y mientras la sustancia que huye se protege con una provisión continua, la palabra de la ciencia divina concebida en el alma se disipa, porque, según la sentencia de la Verdad (Mateo XXIII, Marcos IV, Lucas VIII), las espinas ahogan la semilla naciente, cuando las preocupaciones inoportunas de las cosas terrenales expulsan de la memoria la palabra de Dios. Por lo tanto, caminan en la red con pasos disolutos, aquellos que, al no abandonar completamente el mundo, se atan a sí mismos al caminar, para que no puedan avanzar.

40. Y hay muchos que no solo no desean lo ajeno, sino que también abandonan todo lo que poseían en el mundo, se desprecian a sí mismos, no buscan ninguna gloria de la vida presente, se separan de las acciones de este mundo, y casi todo lo que les sonríe de prosperidad lo desprecian. Sin embargo, aún atados por el vínculo de la relación carnal, al servir indiscriminadamente al amor de la cercanía, a menudo regresan, por el efecto de las relaciones familiares, a aquello que ya habían sometido con su propio desprecio. Y cuando aman a los parientes carnales más de lo necesario, siendo atraídos exteriormente, se dividen del Padre del corazón. Pues a menudo vemos a algunos que, en cuanto a su propio empeño se refiere, ya no tienen deseos de la vida presente, han dejado el mundo tanto en obra como en profesión; pero, sin embargo, por los afectos desordenados de los parientes, irrumpen en los tribunales, se dedican a las disputas de las cosas terrenales, abandonan la libertad de la paz interior, y reconstruyen en sí mismos los afanes del mundo que ya habían destruido hace tiempo. ¿A dónde, pues, caminan estos sino en una red, aquellos a quienes la perfección de vida ya iniciada había liberado del presente siglo, pero el amor desordenado de la relación terrenal los ata?

41. Debemos despreciar, odiar, ignorar a los parientes por causa de Dios. Porque aquellos que, con un estudio riguroso y pasos no vacilantes, persiguen la recompensa de la promesa eterna, así como se desprecian a sí mismos por amor divino, de igual manera posponen todo aquello que sienten que los obstaculiza; y cuando es necesario servir a todos por Dios, niegan incluso a los parientes los servicios privados por Dios. De ahí que cuando alguien dijo: "Permíteme primero ir y enterrar a mi padre" (Mateo VIII, 21), inmediatamente escuchó de la boca de la Verdad: "Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú ve y anuncia el reino de Dios" (Ibid., 22). En este asunto, es notable que el discípulo elegido, al ser impedido de la sepultura del padre, no le es permitido ofrecer al padre muerto, por afecto carnal, lo que debe a los extraños por el Señor. [Vet. XVIII.] De ahí que la Verdad diga nuevamente: "Si alguno viene a mí y no odia a su padre, y madre, y esposa, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia alma, no puede ser mi discípulo" (Lucas XIV, 26). En este pasaje, evidentemente, mientras se introduce el odio a nuestra propia alma junto con el odio a los parientes, se muestra claramente que se nos ordena odiar a los parientes como a nosotros mismos, para que, al llevarlos hacia lo eterno y posponer su gracia carnal cuando obstaculiza, aprendamos a amarlos con la moderada habilidad de la discreción y a odiarlos saludablemente, de modo que el amor sepa surgir del odio, para que podamos amarlos verdaderamente a través del odio. De ahí que nuevamente se diga por Moisés: "El que diga a su padre y a su madre, No os conozco, y a sus hermanos, Los ignoro, y no conocieron a sus hijos, estos guardaron tu palabra y tu pacto, y observaron tus juicios" (Deuteronomio XXXIII, 9). Porque aquel que desea conocer a Dios más íntimamente, desea no conocer a aquellos que conoció carnalmente por amor a la piedad. En efecto, el conocimiento divino se disminuye gravemente si se comparte con el conocimiento de la carne. Por lo tanto, cada uno debe hacerse extraño a los parientes y cercanos, si desea unirse más verdaderamente al Padre de todos, para que ame más sólidamente a aquellos que útilmente descuida por Dios, en la medida en que ignora en ellos el afecto disoluble del vínculo carnal.

42. Debemos beneficiar más a nuestros parientes que a los demás, siempre que nuestro progreso hacia Dios no se vea retrasado por ello. Debemos mostrarles afecto con benevolencia, pero sin desviarnos del camino que conduce a Dios. En efecto, debemos ayudar más a aquellos con quienes estamos más estrechamente unidos, al igual que una llama extiende su fuego a los objetos cercanos, pero primero enciende donde nace. Debemos reconocer el vínculo de la relación terrenal; sin embargo, cuando este vínculo obstaculiza el

curso de la mente, debemos ignorarlo, de modo que el alma fiel, encendida en el estudio divino, no desprecie lo que está unido a ella en lo más bajo, y, ordenando correctamente estas cosas en sí misma, trascienda por amor a lo supremo. Por lo tanto, es necesario prever con cuidadosa diligencia que el afecto carnal no se infiltre y desvíe el paso del corazón del camino recto, que no impida la fuerza del amor celestial, y que no oprima la mente que se eleva con un peso superpuesto. Así, cada uno debe compadecerse de las necesidades de sus parientes, pero sin permitir que la compasión impida la fuerza de su intención, de modo que el afecto llene las entrañas de la mente, pero no la desvíe de su propósito espiritual. Porque los hombres santos no dejan de amar a sus parientes carnales al proporcionarles lo necesario, pero superan ese amor con el amor a lo espiritual, de modo que lo temperan con la moderación de la discreción, para que por ello no se desvíen del camino recto, ni siquiera en lo más mínimo. Esto nos lo enseñan bien por medio de la significación de las vacas, que, yendo bajo el arca del Señor hacia las montañas, avanzan con afecto y con sentido firme, como está escrito: "Tomaron dos vacas que amamantaban terneros, las unieron al carro, y encerraron a sus terneros en casa, y pusieron el arca de Dios sobre el carro" (1 Sam. 6, 10). Y poco después: "Las vacas iban en línea recta por el camino que conduce a Bet-sembles, y avanzaban por un solo camino, mugiendo y sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda" (Ibid., 12). Pues bien, con los terneros encerrados en casa, las vacas que están atadas al carro bajo el arca del Señor, mugen y avanzan, emiten mugidos desde lo más profundo, y sin embargo no desvían sus pasos del camino. Sienten amor por compasión, pero no desvían sus cuellos hacia atrás. Así, así es necesario que avancen aquellos que, sometidos al yugo de la ley sagrada, ya llevan el arca del Señor por el conocimiento interno, de modo que, al compadecerse de las necesidades de sus parientes, no se desvíen del camino de la rectitud emprendido. Bet-sembles, en efecto, significa casa del sol. Avanzar con el arca del Señor hacia Bet-sembles es acercarse, con el conocimiento supremo, a la morada de la luz eterna. Pero verdaderamente nos dirigimos a Bet-sembles cuando, caminando por el camino de la rectitud, no nos desviamos hacia los lados cercanos del error ni por el afecto de los lazos familiares. La gracia de estos, ciertamente, debe sostener nuestra mente, pero no debe desviarla, para que esta misma mente no sea dura si no es tocada por el afecto, o, si es tocada en exceso, no se relaje si se inclina.

[Vet. XIX.] 43. La gracia de los parientes debe sostener, no debe desviar.---Es un placer contemplar al bienaventurado Job, en quien el yugo del temor divino había desgastado el cuello del corazón, llevando con cuánta moderación de discreción el arca de la sentencia divina. Pues, habiendo perdido a sus hijos, clama, porque al escuchar la muerte de sus hijos, cayó al suelo con la cabeza rapada (Job. I, 20); pero, sin embargo, clama avanzando por el camino recto, porque su boca se abre en gemido para alabar a Dios, cuando de inmediato dice: El Señor dio, el Señor quitó, como al Señor le agradó, así se hizo; bendito sea el nombre del Señor (Ibid., 21). Pero las mentes indiscretas desconocen esta regla de vida, y cuanto más buscan desordenadamente los caminos de Dios, tanto más neciamente se repliegan a los caminos del mundo.

44. Las pérdidas del fervor en otros suelen conmover a los piadosos. Por tanto, el hombre santo menciona correctamente los caminos de Temán y las sendas de Sabá, porque aquellos a quienes el viento del sur ha debilitado con su tibieza, ciertamente quedan atrapados en la red de la implicación. Sin embargo, al describir adecuadamente las acciones de los malvados, nos advierte que debemos considerarlas, porque al actuar perversamente, amamos lo que hacemos, pero juzgamos lo que vemos en otros; y lo que creemos que en nosotros es menos digno de juicio, reconocemos cuán vergonzoso es en la acción de los demás; y así, la mente vuelve a sí misma y se avergüenza de hacer lo que reprueba. Pues, como un rostro feo

desagrada al mirarse en un espejo, cuando la mente, a través de una vida similar, ve en sí misma lo que rechaza. Por lo tanto, dice: Considerad las sendas de Temán, los caminos de Sabá, y esperad un poco. Como si dijera abiertamente: Observad las pérdidas del fervor ajeno, y entonces tomaréis más firmemente la esperanza en lo eterno, si con el ojo recto del corazón veis lo que desagrada en otros.

[Vet. XX.] 45. Cuán útil es considerar la brevedad de esta vida.---Bien se dice: Esperad un poco. A menudo, cuando se ama la brevedad de la vida presente como si fuera a durar mucho tiempo, el alma se desanima de la esperanza eterna, y deleitándose en lo presente, se ve golpeada por la oscuridad de su desesperación. Y cuando cree que le queda mucho tiempo para vivir, de repente abandona la vida y encuentra lo eterno, lo cual ya no puede evitar. Por eso se dice a través de un sabio: ¡Ay de aquellos que han perdido la paciencia! (Ecli. II, 16). Pierden la paciencia, evidentemente, quienes, al pensar que permanecerán mucho tiempo en lo visible, abandonan la esperanza de lo invisible. Y cuando la mente se fija en lo presente, la vida termina; y de repente llegan a castigos imprevistos, que, engañados por sus presunciones, creyeron que nunca les alcanzarían o que lo harían tarde. Por eso la Verdad dice: Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora (Mat. XXV, 13). Por eso también está escrito: El día del Señor vendrá como ladrón en la noche (I Tes. V, 2). Porque al acercarse para arrebatarse el alma no se le ve, se le compara con un ladrón en la noche. Por tanto, debe temerse como si siempre estuviera viniendo, ya que no podemos prever su llegada. Por eso los hombres santos, al considerar continuamente la brevedad de la vida, viven como si murieran cada día; y se preparan más sólidamente para lo que ha de permanecer, cuanto más piensan que lo transitorio no es nada. Por eso el Salmista, al observar la rápida huida de la vida del pecador, dice: Un poco más, y el pecador ya no existirá (Sal. XXXVI, 10). Por eso dice de nuevo: El hombre, sus días son como la hierba (Sal. CII, 15). Por eso Isaías dice: Toda carne es hierba, y su gloria como la flor del campo (Is. XL, 6). Por eso Santiago reprende las mentes presuntuosas diciendo: ¿Qué es vuestra vida? Es un vapor que aparece por un poco de tiempo (Sant. IV, 15). Por tanto, se dice correctamente: Esperad un poco, porque es inmenso lo que sigue sin término, y poco es todo lo que tiene fin. No debe parecernos largo lo que, en el curso de su tiempo, tiende a no ser; lo que, al ser llevado por momentos, esos mismos momentos que lo difieren lo empujan; y de donde se ve que se sostiene, de allí se mueve para no ser retenido. Bienaventurado Job, después de despreciar la brevedad de la vida presente, se levanta inmediatamente contra los inicuos en la voz de todos los elegidos, añadiendo:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 20.---Se confundieron, porque esperé.

46. Los réprobos se sienten avergonzados por la constancia de los buenos.---Cuando los réprobos infligen males a los buenos, si ven que estos se tambalean en su esperanza más íntima, se alegran con el éxito de su engaño. Consideran como su mayor ganancia la propagación de su error, porque se regocijan al tener compañeros en la perdición. Pero cuando la esperanza de los buenos se afianza interiormente y no se inclina hacia lo bajo por los males exteriores, la confusión ocupa la mente de los perversos, porque al no poder llegar al interior de los afligidos, se avergüenzan de ser crueles en vano. Por tanto, que el hombre santo hable con su voz, que hable con la constancia de la Iglesia universal afligida y gemebunda, que en medio de las adversidades de los réprobos desea el gozo de la retribución celestial sin ningún defecto de mente, y perdura hacia la vida muriendo: Se han confundido, porque he esperado. Como si dijera abiertamente: Porque los réprobos no ablandan la fuerza

de mi firmeza con duras persecuciones, sin duda avergonzados pierden el esfuerzo de su crueldad. Por lo cual, inmediatamente contempla los bienes de la retribución venidera como si ya estuvieran presentes, y observa qué condena espera a los réprobos en el juicio, añadiendo:

CAPÍTULO XXXII.

IBID.---También llegaron hasta mí, y estaban cubiertos de vergüenza.

47. La inquietud de los réprobos en el juicio.---Hasta la santa Iglesia llegan los réprobos en el día del juicio, porque son llevados hasta contemplar su gloria, para que, rechazados a mayores castigos por su culpa, vean lo que han perdido. Entonces, en verdad, la vergüenza cubrirá a los inicuos, cuando la conciencia como testigo los acuse ante la presencia del juez. Entonces el juez se verá externamente, pero el acusador será soportado internamente. Entonces toda culpa será traída ante los ojos, y la mente será atormentada más gravemente por su propio fuego que por las llamas del infierno. De ellos se dice acertadamente por el Profeta: Señor, elévese tu mano, para que no vean, vean y se confundan (Isaías XXVI, 11). En efecto, los méritos oscurecen ahora el entendimiento de los réprobos, pero entonces la conciencia de su culpa lo ilumina, de modo que ahora no ven lo que deben seguir, y entonces lo perciben después de haberlo perdido. Ahora, en efecto, descuidan entender las cosas eternas, o desprecian desear lo que entienden; pero entonces, sin duda, las comprenden y las desean, cuando no pueden alcanzarlas.

[Vet. XXI.] 48. Los amigos de Job avergonzados por su confianza en Dios.---Estas palabras del bienaventurado Job son especialmente adecuadas para sus amigos, quienes intentaban debilitar el ánimo del santo varón con duras recriminaciones. Pues dice: Se confundieron, porque esperé. Como si dijera abiertamente: Mientras no pueden inclinarme a la desesperación con sus necias increpaciones, ellos mismos se confunden por la insensatez de su temeridad. También llegaron hasta mí, y quedaron cubiertos de vergüenza. Como si dijera: Al ver las heridas del cuerpo, pero sin conocer la constancia de mi mente, al atreverse a increparme por injusticia, aún no han llegado hasta mí; pero al golpearme con dura invectiva, al descubrir que mi ánimo permanece firme entre las adversidades, se avergüenzan como si vinieran a mí. Pues llegan a mí cuando me conocen en lo más íntimo; y allí los cubre la vergüenza, donde la pérdida exterior no me afecta mientras permanezco firmemente. Hay, en verdad, algunos que no saben temer a Dios, a menos que se vean aterrados por la adversidad experimentada en sí mismos o conocida en otros, a quienes la prosperidad eleva por audacia y la contrariedad turba por debilidad. De este número, ciertamente, el bienaventurado Job reprende a sus amigos, cuando inmediatamente añade, diciendo:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 21.---Ahora habéis venido, y ahora que veis mi herida, teméis.

49. Dios también debe ser temido en la prosperidad.---Como si dijera abiertamente: Yo temí a Dios entonces, cuando, sostenido por la prosperidad, no sentí los daños de los castigos. Pero vosotros, que no temisteis a Dios por amor, solo le teméis por el golpe del azote. Sigue:

CAPÍTULO XXXIV.

VERS. 22, 23.---¿Acaso dije: Traedme algo, y de vuestra sustancia dadme? o: Libradme de la mano del enemigo, y de la mano de los poderosos rescatadme?

50. La Iglesia no desea escuchar a aquellos que, afirmando errores sobre la fe, enseñan verdades sobre la moral. Los espíritus malignos fueron creados sin la debilidad de la carne. Si estas palabras se refieren a la persona de la santa Iglesia, ya que hemos dicho que los amigos del bienaventurado Job representan a los herejes, correctamente se afirma que su sustancia no es necesaria. La sustancia de los herejes se puede entender como la sabiduría carnal, con la cual, al sostenerse perversamente, se muestran como ricos en palabras; pero la santa Iglesia no la busca, ya que la trasciende con el entendimiento espiritual. A menudo, los herejes, cuando afirman cosas erróneas sobre la fe, hablan de manera sutil sobre las tentaciones de la carne contra el antiguo enemigo. Pues a veces muestran en sí mismos miembros aparentemente sanos en sus acciones, mientras que en la fe están heridos por la mordedura de la serpiente en la cabeza. Pero la santa Iglesia no desea escuchar sobre las sutilezas de las tentaciones de aquellos que, mientras afirman algunas verdades sobre la conducta, conducen a falsedades de infidelidad. Por lo tanto, ahora se dice correctamente: ¿Acaso dije: Traedme, y de vuestra sustancia dadme? o: Libradme de la mano del enemigo, y de la mano de los fuertes rescatadme? La mano del enemigo se refiere a la fortaleza de Satanás, y la mano de los fuertes se refiere a las fuerzas de los espíritus malignos. Se les llama fuertes porque, al haber sido creados sin la debilidad de la carne, no enfrentan la debilidad en sus esfuerzos perversos. Lo que sigue es:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 24.---Enseñadme, y yo callaré; y si algo he ignorado, instruidme.

51. Bajo cuyo equilibrio de distinción pende, parece incierto; si está subordinado a lo que había mencionado: ¿Acaso dije? o si ciertamente se presenta una sentencia separada de las anteriores, en la que se dice con reproche: Enseñadme, y yo callaré; y si algo ignoré, instruidme. Sin embargo, esto conviene a ambas distinciones, porque no se aparta del camino del sano entendimiento por ninguna de ellas. Pero como hemos dicho esto de manera alegórica en el transcurso, queda que examinemos moralmente las palabras de la historia.

[Vet. XXII, Rec. XV.]---SENSUS MORALIS. 52. El ánimo del pobre, oprimido y necio por causa de Dios.---El bienaventurado Job había soportado la pérdida de sus bienes, sentía los dolores de sus heridas entregado a los golpes de los espíritus malignos; pero, amando la sabiduría de Dios que parece necedad, había pisoteado con desprecio la sabiduría mundana que parece sensata. Por lo tanto, se le llama pobre frente a los ricos del mundo, oprimido frente a los poderosos, necio frente a los sabios. Respondió tres cosas, porque ni el pobre busca su sustancia, ni el oprimido busca ayuda contra los fuertes, ni el necio busca la doctrina de la sabiduría carnal. En efecto, el santo varón, porque es arrebatado en su mente por encima de sí mismo, no se angustia por la pobreza, no sufre siendo oprimido, y voluntariamente no admira la sabiduría carnal siendo necio. De ahí que otro pobre oprimido diga: Estamos atribulados, pero no abatidos; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos (II Cor. IV, 8). De ahí que, insinuando la sabiduría de la santa necedad, diga: Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios (I Cor. I, 27). Y: Si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio (I Cor. III, 18). De ahí también, revelando la gloria de la opresión y las riquezas de la pobreza deseada, dice: Como moribundos, y he aquí vivimos; como castigados, pero no muertos; como tristes,

pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo (II Cor. I, 19).

53. La sublimidad de los santos oprimidos exteriormente. Y la libertad al reprender a las potestades.---En medio de estas reflexiones, es grato elevar los ojos de la mente y contemplar cuán grande es la fortaleza interior de los elegidos de Dios, oprimidos exteriormente. Todo lo que resplandece externamente yace despreciado ante sus miradas ocultas. Pues, arrebatados interiormente por encima de sí mismos, fijan su espíritu en lo alto; y lo que sufren en esta vida lo contemplan como algo que fluye muy por debajo y ajeno a ellos; y, por así decirlo, mientras luchan por hacerse mente fuera de la carne, casi ignoran lo que soportan. En verdad, a los ojos de estos, cualquier cosa que temporalmente se eleve no es alta. Pues, como si estuvieran en la cima de una gran montaña, desprecian las llanuras de la vida presente, y al trascenderse a sí mismos por la altura espiritual, ven dentro de sí lo que está sujeto a ellos, y lo que se hincha externamente por la gloria carnal. Por eso no perdonan a ninguna potestad que se oponga a la verdad; sino que a quienes ven elevarse por la soberbia, los oprimen con la autoridad del espíritu. De ahí que Moisés, viniendo del desierto, se enfrenta al rey de Egipto con autoridad, diciendo: "Así dice el Señor Dios de los Hebreos: ¿Hasta cuándo no querrás someterte a mí? Deja ir a mi pueblo, para que me ofrezca sacrificios" (Éxodo 10, 3). Y cuando el Faraón, presionado por las plagas, decía: "Id, sacrificad a vuestro Dios en esta tierra" (Éxodo 8, 25), respondió con autoridad aumentada: "No puede ser así; inmolaremos al Señor nuestro Dios las abominaciones de los egipcios" (Éxodo 8, 26). De ahí que Natán se enfrenta al rey pecador, y primero, aludiendo a la similitud de la transgresión cometida, yteniéndolo como culpable por la voz de su propio juicio, añadió de inmediato, diciendo: "Tú eres ese hombre que ha hecho esto" (2 Samuel 12, 7). De ahí que el hombre de Dios, enviado a Samaria para destruir la idolatría, mientras el rey Jeroboam ofrecía incienso sobre el altar, sin temer al rey ni presionado por el miedo a la muerte, ejerció la autoridad de la voz libre contra el altar, diciendo: "Altar, altar, así dice el Señor Dios: He aquí que nacerá un hijo a la casa de David, llamado Josías, y sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos" (1 Reyes 13). De ahí que Acab, soberbio y sometido al servicio de los ídolos, cuando se atrevió a increpar a Elías, diciendo: "¿Eres tú el que turbas a Israel?" (1 Reyes 18, 17), Elías de inmediato golpeó la necedad del rey soberbio con la autoridad de una reprensión libre, diciendo: "No he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, que habéis abandonado los mandamientos del Señor y habéis seguido a Baal" (1 Reyes 18, 18). De ahí que Eliseo, siguiendo la verdadera altura de su maestro, confundió a Joram, hijo de Acab, que venía a él con el rey Josafat, por su perfidia, diciendo: "¿Qué tengo yo que ver contigo? Ve a los profetas de tu padre y de tu madre" (2 Reyes 3, 13). Y: "Vive el Señor de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que si no fuera por el respeto al rostro de Josafat, rey de Judá, no te miraría ni te vería" (2 Reyes 3, 14). De ahí que el mismo hombre fijó a Naamán, que venía a él con caballos y carros, ante la puerta de su casa, y no salió a su encuentro a pesar de la abundancia de talentos y vestiduras; no abrió la puerta de la casa, sino que le mandó por un mensajero que debía lavarse siete veces en el Jordán (2 Reyes 5, 9-10). Por lo cual, el mismo Naamán se marchaba enojado, diciendo: "Pensaba que saldría a mí" (2 Reyes 5, 11). De ahí que Pedro, cuando los sacerdotes y príncipes, incluso con azotes, le prohibieron hablar en el nombre de Jesús, respondió de inmediato con gran autoridad, diciendo: "Juzgad si es justo ante Dios escucharos a vosotros antes que a Dios. Porque no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hechos 4, 19-20). De ahí que Pablo, al ver al sumo sacerdote sentado contra la verdad, y cuando su ministro lo golpeó en la cara, no perturbado, no lanzó una maldición, sino que lleno del Espíritu profetizó con voz libre, diciendo: "Te golpeará Dios, pared blanqueada. Y tú, sentado para juzgarme según la ley, y contra la ley mandas que me golpeen" (Hechos 23, 3). De ahí que Esteban, al ejercer la autoridad de la voz contra la

violencia de los perseguidores, no temió ni siquiera al morir, diciendo: "Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y oídos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también vosotros" (Hechos 7, 51).

[Vet. XXIII.] 54. Esta libertad de los santos surge del celo por la verdad, no de un vicio de soberbia. — Pero como los hombres santos se elevan a palabras de tan alta magnitud por el celo de la verdad, y no por un vicio de soberbia, ellos mismos lo indican claramente, mostrando con hechos y palabras cuánta humildad poseen y cuánta caridad manifiestan hacia aquellos a quienes reprenden. En efecto, la soberbia genera odio, la humildad amor. Las palabras que el amor exacerba, ciertamente manan de la fuente de la humildad. ¿Cómo, entonces, pudo Esteban proferir una reprensión por soberbia, si por los mismos a quienes había reprendido, que crecían en maldad y lo apedreaban, oró de rodillas diciendo: Señor, no les imputes este pecado (Ibid., 59)? ¿Cómo pudo Pablo dirigir palabras de aspereza contra el sacerdote y príncipe de su pueblo con soberbia, si con humildad se somete al servicio de los discípulos, diciendo: No nos predicamos a nosotros mismos, sino a nuestro Señor Jesucristo, y a nosotros como vuestros siervos por Cristo (II Cor. IV, 5)? ¿Cómo pudo Pedro resistir a los príncipes por soberbia, si compadeciéndose de su error casi excusa su culpa, diciendo: Sé que lo hicisteis por ignorancia, como también vuestros príncipes. Pero Dios, que predijo por boca de todos los profetas que su Cristo había de padecer, así lo cumplió (Hech. III, 17). A quienes misericordiosamente atrae a la vida, diciendo: Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados (Ibid., 19). ¿Cómo pudo Eliseo negarse a ver a Naamán por soberbia, si no solo permitió ser visto, sino también ser tocado por una mujer? De la cual está escrito: Cuando llegó al hombre de Dios en el monte, se echó a sus pies; y se acercó Giezi para apartarla, y el hombre de Dios dijo: Déjala, porque su alma está en amargura (II Re. IV, 27). ¿Cómo pudo Elías dirigir palabras de reprensión al rey soberbio por arrogancia, si humildemente corrió delante de su carro, como está escrito: Ceñidos sus lomos, corría delante de Acab (I Re. XVIII, 46)? ¿Cómo pudo el hombre de Dios despreciar la presencia de Jeroboam por soberbia, si con piedad restauró inmediatamente su mano seca a su salud original? Como está escrito: Cuando el rey oyó la palabra del hombre de Dios, que había clamado contra el altar en Betel, extendió su mano desde el altar, diciendo: Prendedlo; y se secó su mano (I Re. XIII, 4). Y poco después: El hombre de Dios oró al Señor; y la mano del rey volvió a él, y fue como antes (Ibid., 6). Porque la soberbia no sabe engendrar virtudes, se muestra cuán grande es la voz de reprensión que surge de la humildad, acompañada de señales. ¿Cómo pudo Natán hincharse de soberbia contra el rey David con palabras de reprensión, si cuando faltaba la culpa que debía reprender, se postró en tierra ante él, como está escrito: Anunciaron al rey diciendo: Está aquí el profeta Natán. Y cuando entró ante el rey, lo adoró postrado en tierra (I Re. I, 23)? ¿Cómo pudo Moisés resistir libremente al rey de Egipto y despreciarlo, si, hablando familiarmente con Dios, adoró humildemente a Jetró, su suegro, que lo seguía (Éx. XVIII, 7)? A cuyo consejo prestó tanta obediencia, que después de los secretos coloquios con Dios, consideró gran ganancia lo que escuchó externamente de boca de un hombre.

[Vet. XXIV.] 55. Quienes reprenden a otros, no se adulen a sí mismos.---De los hechos de otros santos aprendemos cómo debemos considerar a los demás. Los hombres santos no están libres de la soberbia ni sometidos por el temor; pero mientras la rectitud los llama a la libertad de palabra, la consideración de su propia debilidad los mantiene en humildad. Aunque reprenden severamente las faltas de los pecadores desde lo alto, al juzgarse a sí mismos con mayor sutileza, se colocan como si fueran los más humildes; y cuanto más persiguen los errores en los demás, tanto más severamente se corrigen a sí mismos; y de nuevo, cuanto menos se perdonan a sí mismos cuando actúan mejor, tanto más vigilantes son

al reprobar las acciones ajenas. Pues, ¿qué podrían admirar exteriormente del poder humano, quienes incluso se desprecian a sí mismos, aun cuando casi han alcanzado la cima de la sublimidad interior? Por eso, juzgan bien la altura de la grandeza terrenal, porque el peso de la soberbia no les nubla la vista interior. Así, el bienaventurado Job, al despreciar la prudencia terrenal, las fuerzas y la sustancia de sus amigos que hablaban duramente, dice: ¿Acaso dije: Traedme, y de vuestra sustancia dadme? o: Libradme de la mano del enemigo; y de la mano de los poderosos, rescatadme? Enseñadme, y yo callaré; y si algo ignoré, instruidme; lo que siente de sí mismo lo manifiesta un poco más abajo, diciendo: Os lanzáis contra el huérfano (Vers. 27). Así, queda más claro que la luz cuán consciente es de su debilidad, a quien llama huérfano. Sigue:

CAPÍTULO XXXVI [Rec. XVI].

VERS. 25.---¿Por qué habéis denigrado las palabras de la verdad, cuando no hay entre vosotros quien pueda refutar?

56. Debe ser puro quien desea corregir a otros. Quien se ocupa de corregir a los demás debe estar libre de vicios, para no pensar en lo terrenal ni sucumbir a deseos bajos; de modo que pueda ver con mayor claridad lo que otros deben evitar, en la medida en que él mismo, a través del conocimiento y la vida, se aparta verdaderamente de ello. Porque el ojo que está cubierto de polvo no puede ver con claridad la mancha en un miembro, y las manos que sostienen lodo no pueden limpiar las suciedades superpuestas. Esto, según la serie de la antigua traducción, es bien insinuado por la voz divina en relación con David, quien trabajaba en las guerras exteriores, cuando dice: No edificarás para mí un templo, porque eres un hombre de sangre (II Sam. VII; XVI, 8; I Crón. XXII, 8). El templo de Dios lo edifica quien se dedica a corregir y formar las mentes de los prójimos. Porque nosotros somos el templo de Dios, que se construye para la vida verdadera por su habitación, como atestigua Pablo, quien dice: El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (I Cor. III, 17). Pero se prohíbe al hombre de sangre edificar un templo para Dios, porque quien aún está inmerso en actos carnales debe avergonzarse de instruir espiritualmente las mentes de los prójimos. Por tanto, se dice bien: ¿Por qué habéis detractado de las palabras de la verdad, si entre vosotros no hay quien pueda reprender? Como si se dijera abiertamente: ¿Con qué temeridad criticáis lo que habéis oído, ignorando las causas de mi aflicción, y aún así proferís cosas reprochables? Sigue:

CAPÍTULO XVII [Rec. XVII].

VERS. 26.---Solo preparáis palabras para reprender, y lanzáis palabras al viento.

57. Dos tipos de locuciones nocivas para los hombres.---Existen dos tipos de locuciones que son extremadamente inoportunas y nocivas para el género humano: una que se dedica a alabar incluso lo perverso, y otra que se empeña en criticar siempre incluso lo correcto. La primera se deja llevar por la corriente, mientras que la segunda intenta obstruir y desviar el cauce de la verdad. La primera es impulsada por el miedo, la segunda es levantada por la arrogancia. La primera busca el favor a través de la adulación, la segunda se agita por la ira para mostrarse en la contienda. La primera es evidente y accesible, la segunda siempre se infla desde el lado opuesto. Por la calidad de esta última, el bienaventurado Job reprochó a sus amigos, cuando dijo: "Solo componéis palabras para reprender." Pero de inmediato se reveló de dónde proviene la audacia de la reprensión injusta, al añadir: "Y lanzáis palabras al viento." Pues lanzar palabras al viento es hablar ociosamente. En efecto, a menudo, cuando la

lengua no se refrena de palabras ociosas, se desboca también hacia la temeridad de la reprensión insensata. La mente perezosa es empujada hacia la caída por los escalones de su propia ruina. Pues cuando descuidamos evitar las palabras ociosas, llegamos a las nocivas, de modo que primero nos deleitamos en hablar de asuntos ajenos, y luego la lengua muerde con detracciones la vida de aquellos de quienes habla, y a veces incluso estalla en abiertas injurias. De aquí se siembran los estímulos de la ira, surgen disputas, se encienden las antorchas del odio, y toda la paz de los corazones se extingue. Por eso, con razón se dice a través de Salomón: "El que deja correr el agua es el comienzo de las contiendas" (Prov. XVII, 14). Dejar correr el agua es relajar la lengua en el flujo del discurso. En contraste, también se afirma en un sentido positivo, diciendo: "Aguas profundas son las palabras de la boca del hombre" (Prov. XVIII, 4). Por lo tanto, el que deja correr el agua es el comienzo de las contiendas, porque quien no refrena su lengua, disipa la concordia. Por eso, en sentido contrario, está escrito: "El que impone silencio al necio, mitiga las iras" (Prov. XXVI, 10).

[Vet. XXV.] 58. Los males del mucho hablar. Palabra ociosa. ---Porque al servir al mucho hablar, nadie puede mantener la rectitud de la justicia, lo testifica el Profeta, pues dice: El hombre hablador no se afirmará sobre la tierra (Salmo CXXXIX, 12). De aquí que Salomón diga de nuevo: En el mucho hablar no faltará pecado (Prov. X, 19). De aquí que Isaías diga: El cultivo de la justicia es el silencio (Isaías XXXII, 17), indicando evidentemente que la justicia del alma se desola cuando no se evita la locución desmedida. De aquí que Santiago diga: Si alguno se cree religioso, no refrenando su lengua, sino engañando su corazón, la religión de este es vana (Santiago I, 26). De aquí que nuevamente diga: Sea todo hombre pronto para oír, pero lento para hablar (Ibid., 19). De aquí que nuevamente añada: La lengua es un mal inquieto, llena de veneno mortal (Santiago III, 8). De aquí que la Verdad misma nos advierte, diciendo: Toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio (Mateo XII, 36). La palabra ociosa, en efecto, es aquella que carece de razón de justa necesidad o de intención de piadosa utilidad. Si, por tanto, se exige razón de la palabra ociosa, es muy de considerar qué castigo seguirá al mucho hablar, en el cual también se peca por palabras de soberbia.

59. Sin la censura del silencio, la mente entera queda expuesta al enemigo. --- También se debe saber que aquellos que se desvían de todo estado de rectitud, se pierden a través de palabras nocivas. En efecto, la mente humana, al igual que el agua, cuando está contenida se eleva hacia lo alto, porque busca regresar a su origen; y cuando se relaja, se pierde, porque se dispersa inútilmente hacia lo bajo. Pues, por cada palabra superflua que se pronuncia, se desvía de la censura de su silencio, como si fuera conducida por tantos riachuelos fuera de sí misma. Por lo tanto, no logra regresar a su interior para conocerse, porque dispersa exteriormente por el exceso de palabras, pierde la fuerza de la consideración interna. Así, se expone completamente a las heridas del enemigo acechante, porque no se rodea de ninguna protección de custodia. Por eso está escrito: Como una ciudad abierta y sin murallas, así es el hombre que no puede contener su espíritu al hablar (Prov. XXV, 28). Porque al no tener el muro del silencio, la ciudad de la mente queda expuesta a las flechas del enemigo; y cuando se lanza fuera de sí misma a través de las palabras, se muestra abierta al adversario, quien la vence sin esfuerzo, ya que ella misma, al ser vencida, lucha contra sí misma a través del exceso de palabras.

60. Inconvenientes del silencio excesivo.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que cuando nos restringimos de hablar con un temor excesivo, a veces nos vemos confinados dentro de los límites del silencio más de lo necesario; y mientras evitamos imprudentemente los vicios de la lengua, nos involucramos secretamente en peores. Pues a menudo, cuando nos

reprimimos de hablar de manera desmedida, soportamos un grave parloteo en el corazón, de modo que cuanto más las ideas hierven en la mente, más las constriñe la violenta custodia de un silencio indiscreto; y frecuentemente se dispersan tanto más ampliamente cuanto más seguras se consideran, porque no son vistas por los censores externos. De ahí que la mente a veces se eleva en soberbia, y ve a aquellos que escucha hablar como si fueran débiles. Y mientras cierra la boca del cuerpo, no reconoce cuánto se abre a los vicios por la soberbia. Pues reprime la lengua, pero eleva el pensamiento; y cuando no se considera a sí misma por negligencia, acusa a todos con mayor libertad, cuanto más secretamente lo hace. [Vet. XXVI.] Además, a menudo, los que son demasiado callados, cuando sufren algunas injusticias, se adentran en un dolor más agudo, porque no hablan de lo que soportan. Pues si la lengua dijera tranquilamente las molestias infligidas, el dolor emanaría de la conciencia. Las heridas cerradas duelen más, porque cuando se expulsa la podredumbre que hierve internamente, el dolor se abre hacia la sanación. A menudo, los que son demasiado callados, al observar los males de algunos y sin embargo reprimen la lengua en silencio, como si al ver las heridas retiraran el uso del remedio. Pues se convierten en autores de muerte al no querer expulsar el veneno que podrían haber eliminado hablando. Por eso, si el silencio excesivo no fuera una culpa, el profeta no diría: ¡Ay de mí porque he callado! (Isaías VI, 5).

61. La lengua debe ser contenida por la disciplina y soltada por necesidad. ¿Qué se debe hacer, entonces, sino frenar cuidadosamente la lengua con el equilibrio de un gran control, sin atarla de manera indisoluble, para que no se desvíe hacia el vicio si se suelta, ni se entorpezca de la utilidad si se restringe? Por eso, se dice a través de alguien: El sabio callará hasta el momento oportuno (Eclo. 20, 7), para que, cuando lo considere adecuado, dejando de lado la censura del silencio, se dedique a hablar lo que conviene, en beneficio de la utilidad. De ahí que Salomón diga: Tiempo de callar y tiempo de hablar (Ecl. 3, 7). Los tiempos de las vicisitudes deben ser ponderados discretamente, para que no se suelte la lengua inútilmente cuando debe ser restringida, ni se restrinja perezosamente cuando puede hablar con utilidad. Esto lo consideró bien el salmista, quien lo expresó en una breve súplica diciendo: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta a los labios de mis circunstancias (Sal. 141, 3). La puerta, en efecto, se abre y se cierra. Quien pidió que no se pusiera un obstáculo a su boca, sino una puerta, enseñó claramente que la lengua debe ser contenida por la disciplina y soltada por necesidad, de modo que la boca discreta abra la voz en el momento adecuado, y de nuevo la cierre el silencio en el momento oportuno. Esto, porque ni los amigos del bienaventurado Job, ni todos los herejes, de quienes estos tienen la apariencia, saben conservarlo, se dice que pronuncian palabras al viento, porque las palabras que no son solidificadas por el peso de la discreción son llevadas por el aire de la ligereza.

LIBRO OCTAVO. Expone la última parte del capítulo sexto, desde el versículo 27, y junto con el séptimo, todo el octavo. En esta exposición, desde el versículo 11 del capítulo octavo hasta el final, discurre extensamente sobre el vicio de la hipocresía.

CAPÍTULO PRIMERO.

241 1. La humildad de Job y el amor hacia los perseguidores. Así se esboza la caridad de la Iglesia hacia los herejes.---En el libro anterior ya hemos tratado cómo el bienaventurado Job nos da a conocer la fuerza de su humildad, diciendo:

CAP. VI, VERS. 27.---Osáis atacar al huérfano y tratáis de subvertir a vuestro amigo.

Cuánta es la debilidad que se percibe a sí mismo, a quien llama pupilo; porque, aunque la caridad herida no sabe apartarse del amor, se queja de querer ser subvertido, y sin embargo, testifica ser amigo. Sus palabras, como ya hemos dicho a menudo, le convienen especialmente, pero también expresan, por el espíritu profético, el sentir del pueblo fiel, desde la voz de la Iglesia universal, que tolera la contrariedad de los herejes, y se ve a sí mismo como débil por humildad, pero no se aparta de la grandeza del amor que debe conservar. En efecto, el pueblo de la Santa Iglesia, porque es hijo de un padre muerto, no se llama incongruentemente pupilo; cuya vida resucitada sigue ya por la fe, pero aún no contempla por la visión. Sobre el pupilo irrumpen los herejes, cuando afligen la humildad del pueblo fiel con alegaciones importunas y falsas. Y sin embargo, es amigo a quien intentan derribar, porque el pueblo fiel de Dios no deja de llamar a la verdad incluso a aquellos que tolera amando, aunque lo persigan. Pero entre estas cosas, es necesario saber que los hombres santos no temen soportar falsedades por debilidad, ni callan jamás la verdad cuando son heridos. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO II.

VERS. 28.---Sin embargo, completad lo que habéis comenzado; prestad oído y ved si miento.

2. A la verdadera caridad contra los adversarios deben acompañar la paciencia y la benignidad. Pues, al no temer sufrir adversidades, diga: Sin embargo, lo que habéis comenzado, completadlo. Y porque no retira a sus propios perseguidores las enseñanzas de la verdad, añada: Prestad oído, y ved si miento. Como si dijera abiertamente: Ni temo las molestias infligidas, ni escondo las ayudas de corrección a los oyentes ingratos, porque, oprimido por los malos, me ejercito, y al ser generosamente dedicado a mis propios perseguidores, crezco. En efecto, la mente de los santos en esta batalla de tentaciones, tanto protegida por el escudo de la paciencia como ceñida con las espadas del amor, toma fortaleza para soportar los males y despliega benignidad para devolver los bienes, de modo que tanto reciba poderosamente los dardos del odio como devuelva valientemente las flechas del amor. Pues no avanza armado a la batalla quien, tomando el escudo, no usa las espadas, o usando las espadas, no se protege con el escudo. Por lo tanto, el soldado de Dios, sorprendido en la batalla de la adversidad, debe anteponer el escudo de la paciencia para no perecer; y, dispuesto a predicar, lanzar las flechas del amor para vencer. Pablo insinúa brevemente la suma de esta armadura, diciendo: La caridad es paciente, es benigna (I Cor. XIII, 4). Sin embargo, cuando falta uno de los dos, no hay caridad, si, a saber, tolerando a los malos sin benignidad, no ama, o, por el contrario, exhibiéndose sin paciencia, descuida tolerar a quienes ama. Para que, por tanto, mantengamos la verdadera caridad, es necesario que tanto la paciencia apoye a la benignidad como la benignidad a la paciencia, de modo que, construyendo en nuestro corazón un gran edificio, la paciencia solidifique la fortaleza de la benignidad y la benignidad adorne los edificios fundados por la paciencia. Así, el bienaventurado Job, dispuesto a la paciencia, diga: Sin embargo, lo que habéis comenzado, completadlo; dotado de benignidad, añada: Prestad oído, y ved si miento.

3. La Iglesia se esfuerza por recuperar a los errantes mediante la razón.---Dado que la santa Iglesia, fundada en la enseñanza de la humildad, no impone con autoridad lo que dice a los errantes, sino que persuade mediante la razón, se dice acertadamente ahora: Mirad si miento. Como si dijera abiertamente: No creáis lo que afirmo por mi autoridad, sino considerad si es verdad mediante la razón. Y aunque a veces dice lo que no puede ser comprendido por la razón, para que no se deba buscar con la razón humana lo que está oculto, persuade

razonablemente. Pero a menudo los herejes, al tomar ocasión de la argumentación, se desbocan en disputas contenciosas. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO III.

VERS. 29.---243 Respondan, por favor, sin contienda.

4. Los herejes buscan disputas, no razones.---En efecto, los herejes no intentan alcanzar la verdad con sus investigaciones, sino parecer victoriosos. Y mientras desean mostrarse sabios exteriormente, interiormente están atados por las cadenas de la necedad de su soberbia. Por eso buscan las contiendas y no saben hablar pacíficamente sobre Dios, que es nuestra paz, convirtiéndose en inventores de disputas a partir del asunto de la paz. A estos se les dice acertadamente por medio de Pablo: Si alguno parece ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni la Iglesia de Dios (I Cor. XI, 16). Con razón se añade:

CAPÍTULO IV.

IBID.---Y hablando lo que es justo, juzgad.

5. Nada debe ser dicho sin reflexión. Pues aquel que habla, mientras espera el juicio del oyente sobre sus palabras, se somete, por así decirlo, al juicio de quien lo escucha. Por lo tanto, quien teme ser reprobado por lo que dice, debe primero examinar sus palabras, de modo que entre el corazón y la lengua se sienta un árbitro justo y discreto, considerando sutilmente si el corazón ofrece palabras correctas, que, al ser recibidas útilmente, la lengua lleve al juicio de los oyentes. Así, el bienaventurado Job, actuando contra sus amigos pero denunciando a los herejes en nuestro nombre, reprende la precipitación de los que hablan y recoge sus palabras en la mente, diciendo: Juzgad lo que es justo al hablar. Como si dijera abiertamente: Si no queréis ser reprendidos en lo que sale de nosotros en la locución, mantened internamente la balanza de la justicia, para que lo que se dice externamente agrade por el peso de la verdad, tanto como internamente lo pesa la balanza de la discreción. Y porque aquellos que ejercen un juicio recto sobre las palabras ajenas son los que primero saben juzgar las propias, después de decir, Juzgad lo que es justo al hablar, añade adecuadamente:

CAPÍTULO V.

VERS. 30.---Y no encontraréis iniquidad en mi lengua, ni necedad resonará en mi boca.

6. El censor de sus propias palabras juzga más correctamente las de los demás. Primero deben refutarse las falsedades antes de enseñar las verdades.--- Como si dijera abiertamente: Si consideraréis con más detalle lo vuestro, juzgáis con más verdad lo ajeno, y cuando lo que decís comienza a ser correcto, reconoceréis como justo lo que escucháis. En efecto, mi lengua no resuena con necedad para vosotros, si no procede de vuestra conciencia. Así, la santa Iglesia se esfuerza primero en mostrar las falsedades de las afirmaciones de los enemigos, y luego en revelar los predicamentos de la verdad, porque cuando creen que se mantienen en lo correcto, atacan obstinadamente lo correcto que oyen. Por lo tanto, es necesario primero que los herejes sientan su error, para que no contradigan la verdad escuchada, porque si el labrador no arranca con el arado las espinas del campo, la tierra no produce la cosecha al recibir la semilla; y si el médico no elimina la putrefacción abriendo la herida, de ninguna manera se forma carne sana en el lugar de la putrefacción. Destruyendo primero lo perverso,

diga: Juzgad lo que es justo; después, insinuando lo correcto, añada: Y no encontraréis iniquidad en mi lengua, ni resonará necedad en mi boca. [Vet. III.] Sin embargo, los herejes suelen decir unas cosas abiertamente y mantener otras en secreto. En efecto, la lengua designa la locución abierta, mientras que la boca designa el trato oculto.

7. La Iglesia no profesa abiertamente una cosa y oculta otra, al modo de los herejes. Por lo tanto, en la Santa Iglesia no resuena la iniquidad en su lengua, ni la necedad en su boca, porque lo que proclama a través de la locución pública, también lo guarda con fe íntima; no enseña una cosa en público y retiene otra en secreto, sino que expresa lo que siente hablando, y lo que habla lo guarda viviendo; y del banquete de la sabiduría suprema, todo lo que emana a través de la lengua de la predicación, lo degusta a través de la espera silenciosa de la boca. Pero el bienaventurado Job, como un miembro singular de la Iglesia universal, insinuando lo suyo y manifestando los corazones de todos los elegidos, revela todo lo que siente, para que la rectitud de su mente se haga conocida por el testimonio de su locución. Sigue:

CAPÍTULO VI [Ant. IV, Rec. III].

CAP. VII, VERS. 1.---La vida del hombre sobre la tierra es una milicia.

8. Nuestra vida es tanto milicia como tentación en el mismo sentido. La tentación es en sí misma. En este pasaje, en la traducción antigua, la vida del hombre no se llama milicia, sino tentación. Pero si se considera el sentido de ambas palabras, lo que resuena exteriormente es diferente, pero forman un mismo y concordante entendimiento. ¿Qué otra cosa se expresa con el nombre de tentación sino la lucha contra los espíritus malignos? ¿Y qué se designa con el término milicia sino el ejercicio contra los enemigos? Por lo tanto, la tentación es en sí misma milicia, porque mientras vigila contra las insidias de los espíritus malignos, sin duda suda en el campo de batalla. Es de notar, sin embargo, que esta misma vida del hombre no se dice que tenga tentación, sino que se afirma que es en sí misma tentación. Pues, habiendo caído voluntariamente de su estado de condición y sometida a la podredumbre de su corrupción, mientras se genera molestias a sí misma, ya se ha convertido en lo que soporta. Porque al haber abandonado el estado de la mente inclinada, ¿qué encuentra en sí misma sino el movimiento de la variabilidad? De ahí que ahora, aunque se eleve para aspirar a lo más alto, por el impulso de la inestabilidad resbaladiza, cae de inmediato sobre sí misma. Quiere permanecer en la contemplación, pero no puede. Se esfuerza por fijar el paso del pensamiento, pero se debilita por las caídas de su propia debilidad. Y ciertamente, porque buscó voluntariamente las cargas de su mutabilidad, las lleva involuntariamente. El hombre en paz pudo poseer la carne, si bien creado por el autor, hubiera querido ser poseído. Y cuando se esforzó por erigirse contra el creador, de inmediato encontró en sí mismo la afrenta de la carne. Pero como junto con la culpa también se propaga el castigo desde el origen, nacemos con el defecto de la debilidad injertado, y llevamos con nosotros al enemigo, al que superamos con esfuerzo. Por lo tanto, la vida del hombre es en sí misma tentación, de la cual nace en sí misma aquello por lo que es destruida. Y aunque siempre sucumbe por la virtud a lo que genera por la debilidad, siempre genera por la debilidad aquello a lo que sucumbe por la virtud.

9. De cuántas maneras somos tentados; cómo una tentación sigue a otra.---Así, la vida humana es una tentación, de modo que, aunque ya se abstenga de cometer iniquidades, incluso en las buenas obras, se ve oscurecida a veces por el recuerdo de los males, a veces por la oscuridad de la seducción, a veces por la interrupción de su intención. Pues bien, uno ya refrena la carne de la lujuria, pero aún soporta las fantasías de la lujuria, porque recuerda

involuntariamente lo que hizo voluntariamente, y sufre el castigo de lo que consideró placer. Porque teme ser arrastrado de nuevo a la culpa vencida, restringe su vientre con el vigor de una abstinencia admirable, y su rostro palidece por la abstinencia; y cuando se ve la palidez en su cara, su vida reverenda es alabada por los hombres; y pronto la vana gloria llega al alma del abstinentes con palabras de favor, y como la mente sacudida no puede someterla, busca borrar de su rostro la palidez por la que había venido; y así sucede que, atado por los lazos de la debilidad, o huyendo de la palidez de la abstinencia, teme de nuevo ser sometido a la lujuria a través de los alimentos, o, superando el impulso de la lujuria por la abstinencia, teme que su palidez sirva a la vana gloria. Otro, superando la caída de la soberbia, ya con todo su deseo alcanza el estado de humildad; y cuando ve a algunos soberbios irrumpir hasta la opresión de los inocentes, encendido por la excitación del celo, se ve obligado a posponer de alguna manera lo que había decidido, ejerce la fuerza de la rectitud, y contradice a los perversos no con mansedumbre, sino con autoridad. De donde a menudo sucede que o bien abandona el celo de la rectitud por el estudio de la humildad, o bien, de nuevo, el celo de la rectitud perturba el estudio de la humildad que mantenía. Y como apenas se puede conservar al mismo tiempo la autoridad del celo y la humildad de la proposición, el hombre se vuelve desconocido para sí mismo por la perturbación, de modo que duda vehementemente, no sea que en su mente seducida la soberbia insinúe la autoridad del celo, o el temor perezoso finja humildad. Otro, considerando cuán grande es la culpa del engaño, decide protegerse con la fortaleza de la verdad, para que ya no salga de su boca palabra falsa, y se separe completamente de la transgresión de la mentira. Pero a menudo sucede que cuando se dice la verdad, se agrava la vida del prójimo; y como teme infligir daño a otro, vuelve al vicio de la falsedad que antes había reprimido, como si fuera por un estudio de piedad; y así sucede que, aunque la malicia no posea su mente, sin embargo, la sombra de la mentira oscurece en ella el rayo de la verdad. Por lo cual, a menudo, porque quien es interrogado no puede callar, o, diciendo lo falso, hiere su mente, o, diciendo la verdad, agrava la vida del prójimo. Otro, excitado por el amor de su Creador, cuida de suspender su mente de las cogitaciones terrenales con oración continua, y de colocarla en la seguridad de la íntima quietud; pero en el mismo ascenso de su oración, mientras se esfuerza por elevarse de lo inferior, es golpeado por el fantasma de lo inferior; y el ojo de la mente se extiende para contemplar la luz, pero por el uso corporal, se oscurece con las imágenes de las cosas terrenales que surgen. Por lo cual, a menudo sucede que el ánimo del que intenta, fatigado por su propia debilidad, o, abandonando la oración, languidece en la desidia, o, si permanece mucho tiempo en la oración, la oscuridad de las imágenes que surgen se espesa ante sus ojos.

[Vet. V.] 10. A veces caemos peor por ocasión de las virtudes.---Por tanto, bien se dice: La vida del hombre en la tierra es una tentación, cuando allí también encuentra la culpa de la caída, donde pensaba haber alcanzado el progreso de la ascensión; y de allí la mente se confunde, de donde se esforzaba por levantarse de la confusión, para que, golpeada, regrese a sí misma, por lo que ya recogida y unida pasaba. Aquel, ajeno a la enseñanza de la ley divina, es oprimido por su ignorancia, para que no realice nada para obtener la salvación. Aquel dotado de la ciencia de la ley divina, mientras se alegra de tener entendimiento por encima de los demás, porque se regocija en una alegría privada, disipa en sí los dones del entendimiento recibido; y por ello se muestra en el juicio peor que los demás, de donde se mostraba más claro que los demás por un tiempo. A este, porque los dones de las virtudes no lo elevan, también se desvía del camino simple de la rectitud; y como considerándose extraño al don celestial, actúa mal como si fuera más seguro, porque no ha recibido los sublimes dones del don celestial. Aquel es llenado por el espíritu de profecía, elevado al conocimiento anticipado, y se le muestran las cosas futuras como ya presentes. Pero mientras a menudo y en muchas cosas se eleva sobre sí mismo, para contemplar verdaderamente lo futuro, la

mente, llevada a la confianza en sí misma, estima que el espíritu de profecía, que no siempre puede tenerse, siempre está presente en él; y como todo lo que siente lo considera profecía, porque se atribuye esto incluso cuando no lo tiene, y en cuanto pudo tenerlo, lo pierde. Y así sucede que regresa triste por los méritos de los demás, de donde avanzaba alegre en la estimación de todos. La vida del hombre en la tierra es, por tanto, una tentación, que o bien, ajena a las virtudes, no puede elevarse al premio celestial, o bien, enriquecida con dones espirituales, a veces cae peor por ocasión de las virtudes.

[Vet. VI.] 11. Nuestra vida es una milicia, porque al igual que esta, al crecer decrece y se termina. — Pero como un poco más arriba dijimos que esto es una tentación, al llamarla milicia, es sumamente importante saber que con la denominación de milicia se nos insinúa algo más que con el nombre de tentación. Esto, en efecto, se amplía en nuestro entendimiento con la expresión de milicia, ya que ciertamente a través de la milicia se tiende diariamente hacia el fin; y aunque por el orden de la milicia el lugar crece, toda la milicia de los hombres a la vez decae. La milicia, por tanto, es la vida del hombre sobre la tierra, porque, como dijimos más arriba (Lib. VII, n. 31), cada uno mientras diariamente tiende al término de la vida por el aumento de los tiempos, al aumentar la vida, deja de vivir. En efecto, los días esperan para llegar; pero cuando llegan al aumento de la vida, ya se sustraen del aumento de la vida, porque también el paso del viajero, mientras avanza hacia adelante, el camino que resta decrece. Por lo tanto, nuestra vida es una milicia, que cuanto más se conduce al aumento, tanto más se termina para no ser. Bien se dice, por tanto: La milicia es la vida del hombre sobre la tierra, porque mientras a través de los espacios de tiempo desea crecer, del mismo espacio, que al perder recoge, al crecer lo atraviesa. De donde también se expresa adecuadamente el mismo curso de la milicia, cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO VII.

IBID.---Y como los días del jornalero son sus días.

12. El elegido, al igual que un mercenario, desea que sus días se desenvuelvan rápidamente. Trabaja en lo ajeno. Se preocupa de que ningún día pase vacío de trabajo. --- El mercenario desea que sus días se desenvuelvan rápidamente, para llegar sin demora a la recompensa de su trabajo. Por lo tanto, los días del hombre verdaderamente sabio y eterno se comparan correctamente con los días del mercenario, porque considera la vida presente como un camino, no como la patria, una milicia, no una palma; y se da cuenta de que está más lejos de la recompensa cuanto más tarda en llegar al final. También se debe considerar que el mercenario suda en trabajos ajenos, pero sin embargo prepara su propia recompensa. Sin embargo, nuestro Redentor dice: Mi reino no es de este mundo (Juan XVIII, 36). Por lo tanto, todos los que, dotados de la esperanza celestial, nos desgastamos en el ejercicio de la vida presente, trabajamos en lo ajeno. Pues a menudo nos vemos obligados a servir incluso a los reprobados, nos vemos forzados a devolver al mundo lo que es del mundo; y aunque nos fatigamos en trabajo ajeno, sin embargo recibimos nuestras recompensas; y llegamos a lo propio porque servimos puramente lo ajeno. Por el contrario, la Verdad dice a algunos: Si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? (Lucas XVI, 12). También se debe saber que el mercenario cuida diligentemente de que nunca pase un día vacío de trabajo, y que el fin esperado del tiempo no llegue vacío a la remuneración. En el estudio del trabajo, observa lo que puede recibir en el tiempo de la remuneración. Pues cuando el trabajo crece, la confianza en la recompensa progresa; pero cuando el trabajo languidece, la esperanza de la remuneración se debilita. Por lo tanto, cada elegido, considerando su vida como los días de un mercenario, tiende con más confianza hacia la recompensa cuanto más robustamente

perdura ahora en el incremento del trabajo; considera el curso del tiempo presente, cuenta los días con las obras, teme que los momentos de la vida pasen vacíos de trabajo; se regocija en las adversidades, se renueva con la pasión, se consuela con el dolor, porque se da cuenta de que será recompensado más abundantemente con las recompensas de la vida futura cuanto más verdaderamente se entrega a las muertes diarias por amor a ella. De ahí que los ciudadanos de la patria celestial digan a su Creador con las voces de los Salmistas: Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día (Salmo XLIII, 22). De ahí que Pablo diga: Cada día muero por vuestra gloria, hermanos (I Cor. XVI, 31). De ahí que diga de nuevo: Por esta causa sufro estas cosas, pero no me avergüenzo; porque sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día (II Tim. I, 12). Por lo tanto, los hombres santos, cuantos trabajos ahora presentan encomendándose a la verdad, tantos ya tienen cerrados dentro de la cámara de la esperanza como prenda de su recompensa. Pero ahora se siente el pesado calor en el trabajo, para que alguna vez se perciba el refrigerio del descanso. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO VIII [Rec. IV.].

VERS. 2, 3.---Así como el siervo desea la sombra, y como el jornalero espera el fin de su trabajo, así también yo he tenido meses vacíos, y noches laboriosas me he contado.

13. Desea el descanso eterno. Es un siervo, no libre, mientras está sujeto a la corrupción. Desear la sombra es propio del siervo después del calor de la tentación y el sudor del trabajo, buscar el descanso del refrigerio eterno. Pues este siervo deseaba esa sombra cuando decía: Mi alma tiene sed de Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Salmo XLI, 3). Y de nuevo: ¡Ay de mí! que mi estancia se ha prolongado (Salmo CXIX, 5). Quien, como huyendo del calor de un arduo trabajo y buscando el refugio del descanso, dice de nuevo: Entraré en el lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios (Salmo XLI, 5). Pablo anhelaba alcanzar esta sombra, deseando ser disuelto y estar con Cristo (Filipenses I, 23). A esta sombra habían llegado ya por la perfección del deseo quienes decían: Nosotros que hemos llevado el peso del día y el calor (Mateo XX, 12). Bien se dice que quien desea la sombra es llamado siervo, porque cada elegido, mientras está constreñido por la condición de debilidad, es retenido bajo el yugo de la corrupción dominante, como bajo la ansiedad del calor. Sin embargo, cuando se despoje de la corrupción, entonces se reconocerá a sí mismo como libre y tranquilo. Por eso, también se dice correctamente por Pablo: La misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Romanos VIII, 21). Ahora, la pena de la corrupción agobia a los elegidos, pero entonces la gloria de la incorruptibilidad los exaltará; y en cuanto al peso de la necesidad presente, ahora en los hijos de Dios no se muestra nada de libertad, pero en cuanto a la gloria de la libertad futura, entonces en los siervos de Dios no aparecerá nada de servidumbre. La criatura, por tanto, despojada de la servidumbre de la corrupción y aceptada en la dignidad de la libertad, se transforma en la gloria de los hijos de Dios, porque, unida a Dios por el espíritu, se declara que ha trascendido y sometido lo que es como criatura. Pero quien aún desea la sombra es siervo, porque mientras soporta el calor de las tentaciones, lleva el yugo de la miserable condición. Donde se añade adecuadamente: Y como el jornalero espera el fin de su obra.

248 [Rec. V.] 14. El trabajo de los elegidos se alivia en vista de la recompensa. En efecto, el jornalero, cuando contempla las obras que debe realizar, inmediatamente se siente abrumado por la lejanía y el peso del trabajo; pero cuando vuelve su mente cansada a considerar la recompensa de la obra, pronto recupera el vigor del ánimo para el ejercicio del trabajo, y lo que considera pesado por la obra, lo estima ligero por la remuneración. Así, así, los elegidos,

cuando sufren las adversidades de este mundo, cuando soportan las injurias a la honestidad, las pérdidas materiales, los tormentos del cuerpo, piensan que son pesadas las pruebas a las que son sometidos, pero cuando dirigen los ojos de su mente a la consideración de la patria eterna, descubren, por comparación con la recompensa, cuán ligero es lo que padecen. Pues lo que se muestra como muy insoportable por el dolor, se aligera con la previsión de la recompensa. De ahí que Pablo siempre se levante más fuerte contra las adversidades, porque, sin duda, espera el fin de su obra como un jornalero. Considera pesado lo que soporta, pero lo estima ligero por la consideración de la recompensa. Él mismo indica cuán grave es lo que padece (II Cor. XI, 23), quien testifica haber estado en cárceles más abundantemente, en azotes más allá de lo debido, en muertes frecuentemente; quien recibió de los judíos cinco veces cuarenta azotes menos uno, quien fue tres veces azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragó, una noche y un día estuvo en lo profundo del mar; quien soportó peligros de ríos, de ladrones, de su propia gente, de los gentiles, en la ciudad, en el desierto, en el mar, entre falsos hermanos; quien trabajó en fatiga y penuria, en muchos ayunos, en hambre y sed, en frío y desnudez; quien sostuvo luchas externas, temores internos; quien se declara abrumado más allá de sus fuerzas, diciendo: Fuimos abrumados sobremanera, más allá de nuestra capacidad, de modo que nos cansamos incluso de vivir (II Cor. I, 8). Pero él mismo anuncia cómo seca los sudores de tanto trabajo con el paño de la recompensa, diciendo: No son comparables los sufrimientos de este tiempo presente con la gloria futura que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18). Por lo tanto, espera el fin de la obra como un jornalero que, al considerar el avance de la recompensa, estima vil lo que trabaja casi desfalleciendo. Apropiadamente se añade: Si también yo tuve meses vacíos, y noches laboriosas me conté.

15. Los elegidos tienen meses vacíos y noches laboriosas, sufriendo la escasez y las adversidades, y aún no poseen la recompensa. Los elegidos, en efecto, sirven al Creador de todas las cosas y a menudo se ven constreñidos por la falta de recursos; se adhieren a Dios por amor, y sin embargo carecen de los medios de la vida presente. Aquellos que, por tanto, no buscan lo presente a través de sus acciones, pasan meses vacíos de las ganancias del mundo. También soportan noches laboriosas, porque llevan las sombras de las adversidades no solo hasta la escasez, sino a menudo hasta el tormento del cuerpo. Pues para las buenas mentes no es laborioso soportar el desprecio y la pobreza; pero cuando la adversidad se convierte en aflicción de la carne, el trabajo sin duda se siente por el dolor. [Vet. VIII] También se puede entender sin inconveniente que cada santo pasa meses vacíos como un mercenario, porque ya soporta el trabajo, pero aún no posee la recompensa; tolera esto, espera aquello. Enumera las noches laboriosas, porque acumula para sí las adversidades del tiempo presente ejercitándose en las virtudes. Pues si no desea progresar en la mente, tal vez siente menos las asperezas que son del mundo.

16. La Iglesia en sus miembros débiles tiene meses vacíos, en los fuertes noches laboriosas. El trabajo para el mundo se reconoce como vano por su fin.---Sin embargo, si esta sentencia se lleva a la voz de la santa Iglesia, su significado se indaga con un poco más de sutileza. Ella ciertamente tiene meses vacíos, ya que en sus miembros débiles sostiene acciones terrenales que fluyen sin la recompensa de la vida. Ella enumera noches laboriosas, ya que en sus miembros fuertes lleva múltiples tribulaciones. En esta vida, en efecto, algunas cosas son laboriosas, otras vacías, y algunas verdaderamente vacías y laboriosas a la vez. Por amor al Creador, ejercitarse en las tribulaciones de la vida presente es ciertamente laborioso, pero no es vacío. Sin embargo, por amor al mundo, entregarse a los placeres es ciertamente vacío, pero no laborioso. Por amor al mismo mundo, sufrir algunas adversidades es a la vez vacío y laborioso, porque la mente se ve afectada por la adversidad y no se llena con la recompensa. En estos, la santa Iglesia, aquellos que ya están en ella pero aún se entregan a los placeres, y

por lo tanto no se enriquecen con el fruto de las buenas obras, lleva meses vacíos, porque gasta los tiempos de la vida sin el don de la retribución. En aquellos que, dedicados a los deseos eternos, sufren las adversidades de este mundo, enumera noches laboriosas, porque lleva las tinieblas de las tribulaciones como en la penumbra de la vida presente. En aquellos que aman el mundo pasajero y, sin embargo, se fatigan con su contrariedad, soporta a la vez meses vacíos y noches laboriosas, porque su vida no es recompensada por ninguna retribución subsecuente, y la tribulación presente los angustia. Con razón, no se dice que tiene días vacíos, sino meses vacíos. Con el nombre de meses se señala la colección y suma de días. Por lo tanto, cada acción se expresa por el día, pero el fin de las acciones se insinúa por los meses. Y a menudo, cuando hacemos algo en este mundo, suspendidos por la alacridad de la esperanza, no consideramos vacío lo que hacemos; pero después de llegar al término de las acciones, al no obtener lo que deseamos, lamentamos haber trabajado en vano. No solo llevamos días, sino también meses vacíos, cuando consideramos que hemos trabajado sin fruto en acciones terrenales, no desde el principio de las acciones, sino desde el fin. Pues cuando la adversidad sigue a nuestros trabajos, se argumenta que son meses vacíos de nuestra vida, porque se reconoce desde la culminación de las acciones cuán en vano se sudaba en las acciones.

17. De este vano trabajo la Iglesia gime.---Pero dado que en la Sagrada Escritura a veces la noche se utiliza para referirse a la ignorancia, como atestigua Pablo, quien dice a sus discípulos conocedores de la vida venidera: Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas (I Tes. V, 5); a quienes les ha dicho antes: Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón (Ibid., 4); en este lugar puede tomarse la voz de la santa Iglesia desde la perspectiva de aquellos que, tras la oscuridad de su ignorancia, regresan al amor de la rectitud y, iluminados por los rayos de la verdad, lavan con lágrimas sus errores. Pues cada iluminado reconoce cuán vergonzoso fue trabajar por el amor a esta vida presente. En ellos, por tanto, la santa Iglesia, en quienes vuelve a la vida, compara su trabajo con el del siervo que anhela el descanso y el del jornalero que espera el fin de su labor, diciendo: Como el siervo desea la sombra y como el jornalero espera el fin de su trabajo: así yo he tenido meses vacíos, y noches laboriosas he contado para mí. En la comparación, en efecto, hay dos cosas que ha mencionado; en la expresión de la fatiga también añadió inmediatamente dos. Al que anhela, le atribuyó meses vacíos, porque cuanto más se busca el eterno refrigerio, más se percibe cuán en vano se trabaja por esta vida. Al que espera, le añadió noches laboriosas, porque cuanto más contemplamos la recompensa que alcanzaremos al final de la obra, más gemimos por no haber sabido durante tanto tiempo lo que buscamos. Por eso, también se expresa cuidadosamente la preocupación del penitente, al decirse que ha contado noches laboriosas, porque cuanto más verdaderamente volvemos a Dios, tanto más sutilmente lamentamos los trabajos que sufrimos en este mundo por ignorancia. Pues cuanto más dulce se hace para cada uno lo que desea de lo eterno, tanto más grave se le muestra lo que soportaba por amor a lo presente. Si, en cambio, las palabras siguientes se consideran solo desde la historia, sin duda se expresa a través de ellas el ánimo del doliente, cómo se ve alterado por los diversos movimientos del deseo, impulsado por la tristeza. Pues se añade.

CAPÍTULO IX.

VERS. 4.---Si duermo, diré: ¿Cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde.

18. Dolorosa presencia desprecia, espera lo futuro. En la noche, de hecho, se busca el día, en el día se desea la tarde, porque ciertamente el dolor no permite que agraden las cosas

presentes; y cuando afecta la mente a través de la experiencia de lo presente, siempre la lleva hacia otras cosas mediante la expectativa, como si la consolara el deseo. Pero porque la mente afligida también es guiada por el deseo, y sin embargo su dolor no se termina incluso seducida por los deseos, correctamente se añade, ---IBID.:--- Me llenaré de dolores hasta las tinieblas. La causa de este mismo dolor se expresa, cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO X [Rec. VI].

VERS. 5.---Mi carne está vestida de podredumbre y suciedad del polvo, mi piel se ha secado y se ha contraído.

19. Inestabilidad del hombre caído.---Pero discutimos esto con más sutileza y congruencia si volvemos al orden de la exposición anterior. Pues el letargo del ocio se expresa con el sueño, y la actividad de la acción con el despertar. También, con el nombre de vísperas, porque concuerda con el sueño, se figura nuevamente el deseo de ocio. La Santa Iglesia, mientras lleva una vida de corrupción, no cesa de llorar las pérdidas de su mutabilidad. Pues el hombre había sido creado para que, con la mente firme, se elevara a la cima de la contemplación, y ninguna corrupción lo apartara del amor de su Creador. Pero en cuanto movió su pie de la solidez innata de la voluntad hacia la culpa, cayó inmediatamente de la dilección del Creador en sí mismo. Abandonando el amor de Dios, que es la verdadera cima de la estabilidad, tampoco pudo sostenerse en sí mismo, porque, impulsado por la resbaladiza mutabilidad, precipitándose por la corrupción, incluso discrepó de sí mismo. Ahora, porque no está fijado en la solidez de su condición, siempre es variado por el movimiento de un deseo cambiante, de modo que, estando en reposo, desea la acción, y estando ocupado, anhela el ocio. Porque, en efecto, la mente fija que pudo permanecer no quiso, ya no puede permanecer incluso cuando lo desea. Al abandonar la contemplación de su Creador, perdió la fortaleza de su salvación, y en cualquier lugar que se encuentre, siempre enferma, busca otro lugar. Expresando, por tanto, la variedad de la mente humana, diga: Si me duermo, diré: ¿Cuándo me levantaré? y nuevamente esperaré la tarde. Como si dijera abiertamente: Nada percibido es suficiente para la mente, porque perdió aquello que verdaderamente podía bastar. Pues en el sueño deseo el despertar, en el despertar espero la tarde, porque estando en reposo anhelo el ejercicio de la acción, y estando ejercitado busco el ocio del descanso.

251 [Vet. X.] 20. Justo también es necesario levantarse del pecado. Para no envanecerse, desea ser fortalecido por las adversidades. ---Sin embargo, esto puede entenderse de otra manera. Dormir es yacer en los pecados. Pues si el término sueño no implicara culpa, de ninguna manera Pablo diría a los discípulos: Despertad, justos, y no pequéis (I Cor. XV, 34). Por eso también advierte a su oyente, diciendo: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Efes. V, 14). Y de nuevo: Ya es hora de que nos levantemos del sueño (Rom. XIII, 11). Por eso también Salomón reprende al pecador, diciendo: ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás? (Prov. VI, 9). Así, cada elegido, cuando es oprimido por el sueño del pecado, intenta levantarse hacia las vigiliass de la justicia. Pero a menudo, cuando se ha levantado, siente que la magnitud de sus virtudes lo enaltece. Por eso desea ser probado por las adversidades de la vida presente después de las virtudes, para no caer peor por la confianza en sus virtudes. Pues si no supiera que es mejor ser preservado por la tentación, de ninguna manera el salmista diría: Prueba, Señor, y tienta (Psal. XXV, 2). Bien se dice ahora: Si durmiera, diré: ¿Cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde, porque incluso en el sueño del pecado se busca la luz de la justicia; y cuando las prosperidades de las virtudes elevan la mente, se desea la adversidad como ayuda, para que ciertamente el alma, cuando se eleva más de lo debido por el gozo de sus virtudes, sea fortalecida por la tristeza

producida por la contrariedad de la vida presente. Por eso no se dice Temeré la tarde, sino Esperaré. Pues esperamos las prosperidades, tememos las adversidades. Así, el hombre justo espera la tarde, porque cuando es necesario que sea ejercitado por la tribulación, esa misma adversidad se le convierte en prosperidad.

21. La tentación del pecado nunca deja de estar presente aquí. No teme las tentaciones, sino que se prepara contra ellas. — También puede designarse con el nombre de vísperas la tentación del pecado, que a menudo acosa la mente con mayor intensidad cuanto más el espíritu eleva esa misma mente hacia lo alto. Pues en esta vida, a través del ejercicio de la justicia, el pecado no se abandona de tal manera que se permanezca inquebrantable en esa misma justicia, porque aunque la rectitud ya elimina la culpa del corazón, la culpa misma que es rechazada permanece en las puertas de nuestra mente, llamando para que se le abra. Moisés también lo insinúa espiritualmente cuando narra corporalmente los momentos del tiempo, diciendo: "Se hizo la luz"; y poco después añade: "Se hizo la tarde" (Génesis I, 3, 5). El Creador de todo, previendo la culpa humana, expresó en el tiempo lo que ahora se mueve en la mente. La luz se lleva al atardecer, porque ciertamente la sombra de la tentación sigue a la luz de la rectitud. Pero como la luz de los elegidos no se extingue con la tentación, no se dice que se hizo noche, sino tarde, porque a menudo la tentación en el corazón de los justos oculta la luz de la justicia, pero no la destruye; la lleva casi al pálido temblor, pero no la extingue por completo. Los elegidos, por tanto, anhelan levantarse después del sueño, esperan la tarde después de levantarse, porque despiertan del pecado a la luz de la justicia, y estando en esa luz de justicia, siempre se preparan contra las seducciones de las tentaciones. No las temen, sino que las esperan, porque saben que las pruebas también contribuyen a la utilidad de su rectitud.

22. Ninguno aquí goza de una salvación plena.---Por más que luchen con virtud contra su corrupción, no pueden alcanzar una salvación completa hasta que termine el día de la vida presente. Por eso se añade: Y me llenaré de dolores hasta las tinieblas. Pues ahora los infortunios irrumpen: ahora también las mismas prosperidades, con astuta alegría, halagan. Ahora los vicios que surgen provocan la guerra de la carne, ahora los vencidos llaman al alma a la exaltación. Por lo tanto, la vida de los buenos se llena de dolores hasta las tinieblas, porque mientras dura el tiempo de la corrupción, se sacude con aflicción interna y externa, y no encuentra la seguridad de la salvación, sino cuando abandona por completo el día de la tentación. Por eso, bien se añade de inmediato esta misma causa de dolores, cuando se dice: Mi carne está vestida de podredumbre y de suciedad del polvo. Como dijimos un poco más arriba, el hombre abandonó voluntariamente la solidez innata y se sumergió en el abismo de la corrupción; de ahí que ahora caiga por obras impuras o se manche por pensamientos ilícitos. Para decirlo así, sometida penalmente a su culpa, nuestra misma naturaleza se ha hecho ya extraña a la naturaleza; y se conduce hasta las obras perversas cuando se relaja, pero se oscurece con la inoportuna reflexión de las obras perversas cuando se restringe. Por la realización de la acción ilícita, la podredumbre afecta a la carne, mientras que por la ligereza del pensamiento impropio, el polvo se levanta casi ante los ojos. Consintiendo en los vicios, somos desgastados por la podredumbre, y soportando las imágenes de los vicios en el corazón, nos manchamos con la suciedad del polvo. Dice, pues: Mi carne está vestida de podredumbre y de suciedad del polvo. Como si dijera abiertamente: La vida carnal que sufro, o la contamina la corrupción de la operación resbaladiza, o la oprime la oscuridad del pensamiento miserable por la memoria de los vicios.

23. La carne de la Iglesia se pudre en los miembros resbaladizos, se ensucia en los que buscan la tierra. --- Sin embargo, si tomamos esto desde la voz de la Iglesia universal,

encontramos que a veces sin duda se pudre por la corrupción de la carne, y otras veces se ve agobiada por la suciedad del polvo. Pues hay muchos en ella que, mientras sirven al amor de la carne, se pudren con el hedor de la lujuria. Y hay algunos que se abstienen del placer de la carne, pero sin embargo yacen con toda su mente en los actos terrenales. Que diga, por tanto, la santa Iglesia con las voces de uno de sus miembros, que diga lo que tolera de ambos tipos de hombres: Mi carne está vestida de putrefacción y de suciedad del polvo. Como si insinuara abiertamente, diciendo: Hay muchos que son miembros míos por la fe, pero sin embargo no son sanos o puros por sus acciones, porque o bien, vencidos por deseos vergonzosos, caen en la putrefacción de la corrupción, o bien, entregados a los actos terrenales, se cubren de polvo. En aquellos a quienes tolero resbaladizos, gimo por la carne que evidentemente se pudre, y en estos a quienes sufro buscando la tierra, ¿qué otra cosa porto sino el polvo que los ensucia?

24. La piel de la Iglesia que se dedica solo a cuidados exteriores: de ahí que se seque.---Por lo tanto, se añade adecuadamente sobre ambos aspectos: Mi piel se ha secado y contraído. En el cuerpo de la santa Iglesia, aquellos que se dedican solo a cuidados exteriores son apropiadamente llamados piel. Esta piel, al secarse, se contrae, porque las mentes carnales, al amar lo presente y desear lo cercano, no quieren dirigirse hacia el futuro con paciencia. Al descuidar la riqueza de la esperanza interna, se secan y se contraen, porque si sus corazones no fueran secados por la desesperación, de ninguna manera el calor de esta pusilanimidad los contraería. El salmista temía esta contracción cuando, temiendo la sequedad de la mente, decía: Mi alma será saciada como de meollo y grosura (Salmo 62, 6). La grosura del meollo llena el alma cuando la infusión de la esperanza celestial la reconforta contra el ardor de los deseos presentes. Por lo tanto, la piel que se seca se contrae cuando el corazón, entregado a las cosas exteriores y secado por la desesperación, no se dirige al amor de su Creador, sino que, por así decirlo, se repliega en sí mismo con pensamientos arrugados.

25. No se aferra al amor de las cosas presentes quien reflexiona sobre la brevedad de esta vida. En verdad, hay que considerar que las mentes carnales aman las cosas presentes porque no perciben cuán fugaz es la vida de la carne. Pues si observaran la rapidez de su tránsito, no amarían ni siquiera sus prosperidades. Sin embargo, la Santa Iglesia, en sus elegidos, contempla diariamente cuán rápido es el curso de las cosas exteriores, y por eso fija el pie de su intención solícita en lo interior. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XI [Rec. VII].

VERS. 6.---Mis días han pasado más rápido que el hilo cortado por el tejedor.

26. El tiempo de la carne se compara adecuadamente a un telar.---Con una similitud muy adecuada, el tiempo de la carne se compara a un telar, porque así como el telar avanza con los hilos, así la vida mortal progresa día a día; pero a medida que avanza en aumento, también tiende hacia el corte, porque, como dijimos anteriormente (Lib. VII, n. 30), cuando los tiempos percibidos pasan, los futuros se acortan, y del total del espacio de la vida, se hacen menos los que vienen, cuanto más son los que han pasado. El telar, atado por arriba y por abajo, se entrelaza con dos maderas para ser tejido; pero cuanto más se enrolla el tejido por abajo, más se despliega por arriba para ser tejido; y de donde se multiplica en aumento, de allí se hace menos lo que queda. Así, ciertamente, los tiempos de nuestra vida los enrollamos como por abajo, y los futuros los desplegamos desde arriba, porque cuanto más se hacen los pasados, menos comienzan a ser los futuros. Pero como el telar no es suficiente para expresar nuestro tiempo, ya que la velocidad de nuestra vida supera también su rapidez, se dice correctamente ahora: Mis días pasaron más rápido que el telar cortado por el tejedor. El telar,

en efecto, tiene la lentitud del progreso, pero la vida presente no tiene demora en su defecto. En aquel, cuando la mano del trabajador se detiene, el término de llegada se alarga; en esta, porque consumimos el tiempo siempre terminando sin cesar, llegamos al fin de nuestro camino incluso descansando, y a través del curso de nuestro tránsito, incluso dormidos avanzamos. Los elegidos, por lo tanto, al ver que los momentos de esta vida presente transcurren con rapidez, de ninguna manera fijan la intención del corazón en este camino de tanta movilidad. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

IBID.---Y fueron consumidos sin ninguna esperanza.

27. Los elegidos piensan en la muerte incluso estando sanos, los réprobos ni siquiera cuando se avecina. La mente de los réprobos está tan atada al amor por los días de la vida presente, que siempre desean vivir aquí de tal manera que, si pudieran, desearían que su curso de vida nunca terminara. Desprecian pensar en lo que vendrá, ponen toda su esperanza en las cosas pasajeras, y no desean poseer nada más que lo que pasa. Y como piensan demasiado en lo transitorio y de ninguna manera esperan lo que perdura, el ojo del corazón se cierra con una ceguera insensible, de modo que no se dirige de ninguna manera hacia la luz eterna. Por eso sucede que a menudo el cuerpo ya es sacudido por la enfermedad, y la muerte cercana corta la fuerza del espíritu vital, y sin embargo no dejan de preocuparse por las cosas del mundo. Ya el vengador los arrastra al juicio; y sin embargo, ellos, ocupados con una ordenación solícita de las cosas pasajeras, no piensan en nada más que en cómo vivir aún en este mundo. Al dejar todo, lo disponen como si lo poseyeran, porque la esperanza de vivir no se rompe, incluso cuando la vida termina. Ya son llevados al juicio por sentencia, y sin embargo aún se aferran a las cosas que deben poseer con preocupación. En efecto, con una mente dura, la muerte se cree lejana, incluso cuando se siente. Y así el alma se separa de la carne, reteniéndose con un amor desmedido hacia lo presente, y mientras es llevada al castigo eterno, ni siquiera sabe a dónde es llevada; y al dejar lo que no quiso amar con un término, de repente encuentra sin término lo que nunca previó. En cambio, la mente de los justos se dirige hacia la intención de la eternidad, incluso cuando la vida presente la acompaña felizmente. Disfruta de una gran salud corporal, pero sin que la confianza en ella retrase su ánimo. Ningún momento de muerte aún irrumpe, y casi la contempla diariamente como presente. Porque, en efecto, la vida se desliza incesantemente, la esperanza de vivir le es completamente amputada. Bien se dice, por tanto, de los días que pasan: Se consumieron sin ninguna esperanza. Como si se dijera abiertamente: No puse la confianza de mi mente en la vida presente, porque todo lo que pasa lo desprecié pisoteándolo. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XIII [Rec. VIII].

VERS. 7.---Recuerda que mi vida es como el viento.

28. La vida presente, valiosa para quienes no atienden a la eterna, es despreciable para quienes sí lo hacen. La consideración de la brevedad de la vida es una ofrenda grata a Dios. Pues aquellos que aman la vida de la carne como si fuera permanente, no atienden a cuán eterna es la vida siguiente; y al no considerar la solidez de la perpetuidad, creen que el exilio es la patria, las tinieblas son la luz, el curso es la estación, porque quienes desconocen lo mayor, de ninguna manera pueden juzgar lo menor. El orden del juicio exige que lo que intentamos examinar lo trascendamos. Pues si el alma no puede estar por encima de todas las cosas, de ninguna manera ve con claridad aquellas por las que es vencida. Por tanto, la mente reprobada no es capaz de estimar el valor de la vida presente, porque sucumbe a su

admiración por amor. Sin embargo, los hombres santos, al elevar su corazón hacia lo eterno, consideran cuán breve es lo que se cierra con un fin; y cuanto más pasa, más se desprecia en sus sentidos, porque lo que es aceptado nunca se aleja de su intelecto resplandeciente; y al contemplar la infinitud de la perpetuidad, ya no desean como algo grande aquello que el fin limita. Pero la mente elevada es llevada más allá de los límites del tiempo, incluso cuando la carne se mantiene en el tiempo; y tanto más desprecia lo que ha de terminar, cuanto más verdaderamente conoce lo infinito. Pero esta misma consideración de la brevedad humana es una gran ofrenda de virtud a nuestro Creador. Por lo tanto, ahora se ofrece correctamente con súplica la inmolación de esa misma virtud, cuando se dice: Recuerda que mi vida es un viento. Como si se dijera abiertamente: Mírame con benevolencia mientras paso rápidamente, porque debo ser visto con más misericordia por ti, cuanto más no aparto mis ojos de la consideración de mi brevedad. Pero como, mientras se corta el tiempo de la vida presente, no se regresa a la operación de merecer el perdón, se añade correctamente:

CAPÍTULO XIV.

IBID.---Ni mi ojo se volverá para ver el bien.

29. Después de la muerte no hay lugar para merecer el perdón.--- El ojo no regresa para ver los bienes del difunto, porque el alma, despojada de la carne, no vuelve para realizar obras rectas. De ahí que el rico, atormentado por la llama del infierno, al reconocer que no podía repararse a sí mismo mediante obras, no se preocupaba por sí mismo, sino por sus hermanos que había dejado, diciendo: Te ruego, padre Abraham, que lo envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, no sea que ellos también vengan a este lugar de tormentos (Luc. XVI, 27). Suele la esperanza, aunque falsa, consolar al alma afligida. Pero para que los réprobos sientan más gravemente su pena, también pierden la esperanza del perdón. Por eso, entregado a las llamas vengadoras, como hemos dicho, deseó ayudar a sus hermanos, porque reconoció que nunca se libraría de los tormentos del fuego, con el castigo añadido de la desesperación. De ahí que Salomón diga: Todo lo que tu mano pueda hacer, hazlo con empeño, porque en el infierno, adonde te diriges, no hay obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría (Ecl. IX, 10). Por lo tanto, el ojo no volverá para ver los bienes, porque al encontrar su retribución, la mente no se revoca en absoluto al uso de la acción. Así pues, ya que todo lo que se ve huye, y lo que sigue es lo que perdura, el bienaventurado Job abarcó ambos en un solo verso, diciendo: Recuerda que mi vida es un soplo, y que mi ojo no volverá para ver los bienes. Contemplando el curso de las cosas presentes, dijo: Recuerda que mi vida es un soplo. Considerando la eternidad de lo que sigue, añadió: Y que mi ojo no volverá para ver los bienes. Donde también, de manera adecuada, toma de inmediato la voz de todo el género humano privado del don de la redención, diciendo:

CAPÍTULO XV [Ant. XIII].

VERS. 8.---Ni la mirada del hombre me verá.

30. Entonces, la gracia de Cristo no libera a quien ahora no reforma. En efecto, la mirada del Redentor es la misericordia que ablanda la dureza de nuestra insensibilidad cuando nos contempla. Por eso, como también testifica el Evangelio, se dice: "El Señor miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que Jesús le había dicho; salió fuera y lloró amargamente" (Lucas 22, 61). Sin embargo, el alma despojada de la carne ya no es vista por la mirada humana, porque después de la muerte no libera a quien antes de la muerte la gracia no reforma para el perdón. Por eso Pablo dice: "He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora

el día de salvación" (II Cor. 6, 2). De ahí que el salmista afirme: "Porque su misericordia es para siempre" (Salmo 117, 1). Porque, ciertamente, a quien ahora la misericordia no rescata, solo la justicia lo condena después de este mundo presente. Por eso Salomón dice: "Porque el árbol, en cualquier lugar que caiga, ya sea al sur o al norte, allí quedará" (Eclesiastés 11, 3), porque cuando, en el tiempo de la caída humana, ya sea el espíritu santo o maligno reciba el alma que sale de las ataduras de la carne, la retendrá consigo eternamente sin ningún cambio, de modo que ni la que se eleva caiga al suplicio, ni la que está sumergida en suplicios eternos ascienda a un remedio de liberación. Por lo tanto, el hombre santo, considerando las pérdidas del género humano, que es apartado de este mundo presente sin el conocimiento del Redentor, y sepultado irreparablemente en los fuegos eternos, y acogiendo en sí mismo su voz, diga: "No me verá la mirada del hombre", porque ciertamente la gracia del Redentor, a quien ahora no contempla para corregir, entonces no mirará para esconder del exterminio. En efecto, el Señor viniendo en juicio, ve al pecador para herirlo, pero no lo ve para reconocerlo y otorgarle la gracia de la salvación; examina las culpas y desconoce la vida de los que perecen. Por eso, el hombre santo, al confesar que después de la vida presente no podrá ser visto por la mirada humana, añadió adecuadamente:

CAPÍTULO XVI [Rec. IX].

IBID.---Tus ojos están sobre mí, y no subsistiré.

31. Cristo en el juicio verá a los réprobos para herirlos, a quienes aquí no vio para otorgarles misericordia. Como si dijera abiertamente: Viniendo estrictamente al juicio, no ves para salvar, y ves para herir, porque a quien en la vida presente no miras con la misericordia de tu dispensación, mirándolo después, lo extingues por justicia. Ahora, en efecto, cualquier pecador no teme a Dios y vive, blasfema y prospera, porque ciertamente el creador misericordioso, al esperar corregirlo, no quiere castigarlo al mirarlo, como está escrito: Disimulando los pecados de los hombres por causa del arrepentimiento (Sab. XI, 24). Pero entonces el pecador, cuando es mirado, no subsiste, porque cuando el juez estricto investiga minuciosamente los méritos, el culpable no es suficiente para los tormentos.

32. Los justos saben que perecerán si son juzgados por Dios sin piedad. Esto también concuerda con la voz de los justos, cuya mente siempre está atenta y preocupada por el juicio venidero. Pues temen todo lo que hacen, mientras consideran con cautela ante qué gran juez habrán de presentarse. Contemplan el poder de su grandeza y reflexionan sobre cuán atados están por la culpa de su propia debilidad. Enumeran los males de sus propias obras y, en contraposición, ponderan los bienes del Creador. Consideran cuán estrictamente juzga las acciones malas, cuán minuciosamente evalúa las buenas obras, y saben sin ambigüedad que perecerán si son juzgados sin piedad, porque incluso aquello que parece justo en nuestra vida es culpa, si la divina misericordia no excusa nuestra vida cuando la juzga. Por eso está escrito en este mismo libro: "Las estrellas no son puras a sus ojos" (Job 25, 5), porque, juzgados estrictamente por Él, incluso aquellos que brillan por la pureza de la santidad tienen manchas de impureza. Por tanto, se dice acertadamente: "Tus ojos están sobre mí, y no subsistiré". Como si la voz de los justos dijera abiertamente: Si soy examinado con una investigación minuciosa, no me sostengo ante el juicio, porque la vida no es suficiente para soportar el castigo si la severidad de la justa retribución la oprime. Además, se resume brevemente tanto la culpa como el castigo del género humano cuando se dice inmediatamente:

CAPÍTULO XVII [Ant. XIV, Rec. X].

VERS. 9.---Así como se disipa la nube y pasa, así el que desciende al infierno no ascenderá.

33. Los condenados no tienen retorno al perdón, ni a las cosas que amaban. En efecto, la nube se suspende en lo alto; pero, al ser densada, el viento la impulsa para que corra, y el calor del sol la disipa para que se desvanezca. Así, así son ciertamente los corazones de los hombres, que, por el ingenio de la razón recibida, se elevan a lo alto, pero, impulsados por el soplo del espíritu maligno, son arrastrados aquí y allá por los perversos movimientos de sus deseos; pero, bajo la estricta mirada del juicio supremo, se derriten como por el calor del sol, y, una vez entregados a los lugares de castigo, no regresan más al uso de la acción. Por lo tanto, el hombre santo, expresando la elevación, el curso y el defecto del género humano, dice: Así como se consume la nube y pasa, así el que desciende al infierno no ascenderá. Como si hablara abiertamente, diciendo: Al correr hacia lo alto, falla, quien, al enorgullecerse, tiende a la perdición; a quien, si una vez la culpa lo lleva al castigo, la misericordia no lo devuelve más al perdón. Por lo cual, se añade aún:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 10.---Ni volverá más a su casa.

34. La casa de la mente es aquello en lo que habita amando. Los corazones de los desesperados son semejantes a las nubes. Se dispersan fuera de sí mismos. Así como la casa es la morada corporal del cuerpo, de igual manera para cada mente se convierte en casa aquello que por deseo ha acostumbrado habitar. Por lo tanto, no regresa a su casa, porque una vez que alguien es entregado a los castigos eternos, ya no es llamado de regreso a aquello a lo que se había adherido por amor. También puede designarse con el nombre de infierno la desesperación del pecador, de la cual se dice a través del Salmista: "¿Quién te confesará en el infierno?" (Salmo VI, 6). Por eso está escrito nuevamente: "El impío, cuando ha llegado al fondo de los pecados, desprecia" (Proverbios XVIII, 3). Pero quien sucumbe a la impiedad, ciertamente abandona la vida de justicia al morir. Y quien, incluso después del pecado, es abrumado por el peso de la desesperación, ¿qué otra cosa hace sino ser sepultado en los tormentos del infierno después de la muerte? Por lo tanto, se dice bien: "Así como se consume la nube y pasa, así el que desciende al infierno no ascenderá", porque a menudo con la perpetración de la maldad también se asocia la desesperación, y el camino de regreso ya se corta. Con razón se comparan los corazones de los desesperados con las nubes, porque están oscurecidos por la niebla del error y densos por la multiplicidad de los pecados; pero, consumidos, pasan, porque iluminados por la claridad del juicio final, se disipan. También suele entenderse la morada del corazón como una casa. Por eso se dice a uno que ha sido sanado: "Ve a tu casa" (Marcos V, 19), porque ciertamente es digno que el pecador, después del perdón, regrese a su mente, para no admitir de nuevo aquello por lo que justamente sería herido. Pero quien ha descendido al infierno, no ascenderá más a su casa, porque aquel a quien la desesperación abruma, es expulsado de la morada de su corazón, y no puede regresar hacia adentro, porque, disperso hacia afuera, es impulsado cada día a cosas peores. Pues el hombre fue creado para contemplar al Creador, para buscar siempre su semblante y habitar en la solemnidad de su amor. Pero, enviado fuera de sí mismo por la desobediencia, perdió el lugar de su mente, porque, esparcido por caminos tenebrosos, se alejó de la morada de la verdadera luz. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XIX [Ant. XV].

IBID.---Ni su lugar lo conocerá más.

35. El lugar del hombre es Dios, abandonado por la desobediencia. No será reconocido en el juicio quien lo haya despreciado aquí. --- El lugar del hombre, aunque no local, es precisamente el Creador, quien lo creó para que existiera en Él mismo. Este lugar fue abandonado por el hombre cuando, escuchando las palabras del seductor, se apartó del amor del Creador. Pero cuando el Dios omnipotente, al redimir, se mostró también corporalmente al hombre, Él, por así decirlo, siguiendo las huellas de su fugitivo, vino como lugar para retener al hombre que había perdido. Pues si el Creador no pudiera ser llamado lugar, el salmista que alaba a Dios no diría: Los hijos de tus siervos habitarán allí (Salmo 101, 29). Decimos allí solo cuando designamos un lugar específicamente. Pero hay muchos que, incluso después de recibir la ayuda del Redentor, caen en las tinieblas de la desesperación; y perecen tanto más neciamente cuanto desprecian los remedios ofrecidos por la misericordia. Por tanto, se dice correctamente del hombre condenado: Ni su lugar lo reconocerá más, porque por el Creador no será reconocido en el juicio con mayor severidad, cuanto ahora no es llamado a la gracia de la reparación ni por los dones. Por lo tanto, es sumamente importante notar que no dice: Ni reconocerá más su lugar, sino que dice: Ni su lugar lo reconocerá más. Pues al atribuir el conocimiento no al hombre, sino al lugar, claramente se designa al mismo Creador con el nombre de lugar, quien, viniendo con severidad al juicio final, dirá a los que persisten en la iniquidad: No sé de dónde sois (Lucas 13, 25). Pero los elegidos, al considerar cuán estrictamente son rechazados los réprobos, se purifican a diario con mayor diligencia de las manchas de la maldad cometida. Y cuando ven a otros que perecerán enfriarse en el amor a la vida, se encienden con esmero en los lamentos de la penitencia. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XX.

VERS. 11.---Por lo tanto, yo tampoco refrenaré mi boca.

36. La ira del juez es prevenida por los elegidos en la confesión. Pues quien se avergüenza de confesar el mal que ha hecho, perdona a su propia boca. En efecto, poner la boca en el trabajo es ocuparse en la confesión de la iniquidad cometida. Pero el justo no perdona a su boca, porque previniendo la ira del juez severo, se ensaña con palabras de su propia confesión. De ahí que el Salmista diga: Prevenimos su rostro con confesión (Salmo 94, 2). De ahí que por medio de Salomón se diga: Quien oculta sus crímenes, no prosperará; pero quien los confiesa y los abandona, alcanzará misericordia (Proverbios 28, 13). De ahí que nuevamente está escrito: El justo es el primero en acusarse a sí mismo (Proverbios 18, 17). Pero la boca no se abre a la confesión, a menos que, con la consideración del juicio severo, se angustie por el temor del espíritu. Por lo tanto, adecuadamente se añade:

CAPÍTULO XXI [Rec. XI].

IBID.---Hablaré en la tribulación de mi espíritu.

37. La confesión de los pecados debe ir acompañada del dolor del arrepentimiento. En efecto, la tribulación del espíritu mueve la lengua, de modo que la voz de la confesión combate la culpa de la mala obra. También se debe saber que a menudo los réprobos confiesan sus pecados, pero desprecian llorarlos. Sin embargo, los elegidos persiguen sus culpas, que revelan con las palabras de la confesión, con lágrimas de severa consideración. Por eso, bienaventurado Job, después de prometer no perdonar a su boca, inmediatamente sometió su espíritu a la tribulación. Como si abiertamente confesara, diciendo: Así la culpa la expresa la

lengua, para que de ninguna manera el espíritu, libre del estímulo del dolor, se disperse en otras cosas: pero al hablar de las culpas, abro la herida; y al pensar en las culpas para corregirlas, busco la salud de la herida con el remedio del dolor. Porque quien insinúa los males que ha cometido, pero se niega a llorar por lo que ha insinuado, es como si descubriera la herida quitando el vestido, pero con una mente insensible no aplica el remedio a la herida. Por lo tanto, es necesario que solo el dolor despierte la voz de la confesión, para que la herida revelada, pero descuidada, no se pudra peor al ser tocada más libremente por el conocimiento humano. En cambio, el salmista no solo había descubierto la llaga del corazón, sino que también aplicaba el remedio del dolor a lo descubierto, diciendo: "Mi iniquidad la pronuncio, y pensaré en mi pecado" (Salmo XXXVII, 19). Pues al pronunciar, descubre la herida oculta, y al pensar, ¿qué otra cosa hace sino aplicar el remedio a la herida? Pero en la mente afligida, que considera cuidadosamente sus propios daños, surge una disputa consigo misma. Porque cuando se incita a los lamentos del arrepentimiento, se desgarrar con una reprimenda oculta. Por eso, adecuadamente se añade:

CAPÍTULO XXII.

IBID.---Conversaré con la amargura de mi alma.

38. La mente compungida descubre en sí misma muchas cosas que debe lamentar. Recuerda cuántos dones de Dios ha sido ingrata. Pues, afligidos por el temor del juicio divino, mientras lamentamos algunas malas acciones, la misma fuerza de nuestra amargura nos despierta a examinarnos más vigilantes, y encontramos en nosotros mismos otras cosas que debemos lamentar aún más. Porque a menudo lo que permanecía oculto en la indiferencia, se revela más claramente a los que lloran; y la mente afligida descubre con más certeza el mal que había hecho y no sabía, y su propia contienda le revela más verdaderamente cuánto se ha desviado de la paz de la verdad, porque su culpa, de la que no recordaba con seguridad, la descubre en sí misma al estar perturbada. En efecto, la amargura creciente del arrepentimiento se impone inoportunamente al corazón avergonzado con los actos ilícitos que ha cometido, muestra al juez severo contra ellos, infunde amenazas de castigos, golpea el ánimo con temor, lo confunde con vergüenza, reprende los movimientos ilícitos, perturba la tranquilidad de la seguridad nociva; enumera los bienes que el Creador le ha conferido, los males con los que él ha respondido a esos bienes, que fue maravillosamente creado por Él, que fue alimentado gratuitamente, que fue enriquecido con la sustancia de la razón en su creación, que fue llamado por la gracia del Creador, que él mismo no quiso seguir aun siendo llamado, que la misericordia del que llama no lo despreció ni sordo ni resistente, que fue iluminado con dones, que por su propia voluntad fue cegado por actos perversos incluso después de los dones, que fue purificado de los errores de su ceguera por los azotes de la solicitud paterna, que fue llevado de los dolores de los azotes a las alegrías de la salvación por el remedio de la misericordia; que, aunque sometido a algunas culpas, no graves, sin embargo no deja de pecar incluso entre los azotes; que la gracia suprema no lo abandonó ni despreciado. Así pues, cuando increpa a la mente afligida a veces por la repetición de los dones de Dios, a veces por los reproches de su acción con tanta severidad, la amargura del alma tiene en el corazón de los justos su propia lengua, que les habla tanto más sutilmente cuanto más interiormente se escucha. Por lo tanto, no se dice: Hablaré en la amargura de mi alma, sino, Conversaré con la amargura de mi alma, porque la fuerza del dolor, que al considerar cada pecado, despierta al alma indiferente a los lamentos, como si formara palabras de conversación con ella, en las que, corregido, se encuentre a sí mismo, y se levante más solícito para su propia custodia. Diga, pues, el hombre justo con su voz, y teniendo el tipo de la santa Iglesia, diga de nuestra parte: Conversaré con la amargura de mi alma. Como

si insinuara más claramente, diciendo: Hablo dentro de mí contra mí mismo con el dolor de mi corazón, y me escondo fuera del golpe del juez. Pero la mente oprimida por los dolores del arrepentimiento se constriñe en sí misma, y se separa con fuerte pensamiento de todas las delectaciones de la carne, desea avanzar hacia lo más alto, y sin embargo aún siente la contradicción de la corrupción del cuerpo. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 12.---¿Acaso soy yo un mar, o un monstruo marino, para que me hayas rodeado con un cerco?

39. El hombre, el diablo, los carnales son aprisionados; cuando no pueden cumplir lo que desean. El hombre está rodeado por una cárcel, porque a menudo se esfuerza por elevarse a las alturas con los progresos de las virtudes, y sin embargo, es impedido por la corrupción de su carne. De esta prisión el Salmista bien suplica ser liberado, diciendo: "Saca de la cárcel mi alma, para que confiese tu nombre" (Salmo 141, 8). ¿Qué se expresa con el término mar, sino los corazones de los carnales, fluctuantes con pensamientos tumultuosos? ¿Y qué se expresa con el nombre del cetáceo, sino el antiguo enemigo? Quien, al penetrar poseyendo las mentes de los seculares, nada como en sus resbaladizos pensamientos. Pero el cetáceo es aprisionado, porque el espíritu maligno, arrojado a las regiones inferiores, está constreñido por el peso de su castigo para que no pueda volar a las alturas celestiales, como atestigua Pedro, quien dice: "Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, arrojados al infierno con cadenas, los entregó al tártaro para ser reservados al juicio y ser torturados" (II Pedro 2, 4). El cetáceo es aprisionado porque se le prohíbe tentar a los buenos tanto como desea. El mar también está rodeado por una cárcel, porque los deseos tumultuosos e insensatos de las mentes carnales son gravados por la angustia de su imposibilidad para realizar los males que desean. A menudo desean dominar a los mejores; pero, sin embargo, están sometidos a ellos, ya que el juicio divino dispone maravillosamente todas las cosas. Desean, en su altivez, dañar a los buenos, y sin embargo, sometidos, esperan de ellos consuelo. Anhelan la longevidad de la vida presente para satisfacer los placeres de la carne, pero son arrebatados de ella con rapidez. De ellos bien se dice a través del Salmista: "Estableció las aguas como en un odre" (Salmo 77, 13). Las aguas están en un odre cuando sus deseos resbaladizos, al no encontrar el efecto de la obra, son reprimidos bajo el corazón carnal. Por lo tanto, el cetáceo y el mar son oprimidos por la prisión, porque tanto el espíritu maligno como sus seguidores, en cuyas mentes se recoge y en ellas hace girar las olas de pensamientos tumultuosos, no pueden cumplir los males que desean, y la restricción suprema los angustia.

Los justos se quejan de sufrir lo mismo. No por soberbia, sino por amor a la verdad. Los hombres santos, cuanto más puro es su corazón al considerar los misterios celestiales, más anhelan con ardor creciente alcanzarlos cada día. Desean saciarse plenamente allí, donde ahora apenas degustan algo con el paladar de la contemplación. Anhelan someter perfectamente el aguijón de la carne, no tolerar nada ilícito en el pensamiento debido a su corrupción; pero como está escrito: El cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15), ya con la intención se elevan más allá de sí mismos, pero aún, sometidos a los inciertos movimientos de su debilidad, lamentan estar encerrados en la cárcel de la corrupción. Dice, por tanto: ¿Acaso soy yo el mar, o un monstruo marino, para que me hayas rodeado de cárcel? Como si dijera abiertamente: El mar o el monstruo marino, es decir, los inicuos y su autor, el maligno espíritu, porque desean desenfrenarse solo con la licencia de cometer iniquidades, justamente son constreñidos por la cárcel de su castigo. Pero yo, que ya deseo la libertad de tu eternidad,

¿por qué aún estoy oprimido por la cárcel de mi corrupción? Sin embargo, esto no lo piden los justos con soberbia, porque, encendidos por el amor a la verdad, desean superar perfectamente las angustias de su debilidad; ni es dispuesto injustamente por el autor de los justos, porque al diferir los deseos de sus elegidos, los aflige, purificándolos con la aflicción, para que al recibir lo que desean, alguna vez se fortalezcan mejor por la demora. Pero los elegidos, mientras son diferidos de la paz interior, regresan a su corazón; allí, escondidos de los tumultos de su carne, buscan un secreto muy placentero. Pero allí a menudo sienten los aguijones de la tentación, sufren los incentivos de la carne; y encuentran trabajos muy pesados, donde buscaban gran descanso del trabajo. Por lo cual, el hombre santo, después de insinuar la cárcel de su corrupción, apresurándose a regresar a los espacios tranquilos del corazón, porque encuentra la misma contienda en su interior que huía de lo exterior, inmediatamente añade, diciendo:

CAPÍTULO XXIV [Rec. XIII].

VERS. 13, 14.---Si dijere, me consolaré mi lecho, y me aliviaré hablando conmigo mismo en mi lecho; me aterrará con sueños, y con visiones me sacudirás con horror.

41. El justo regresa de lo exterior al corazón, y tampoco allí encuentra descanso. Se turba por el terror de los juicios de Dios. En el sagrado discurso, el lecho, el tálamo o la cama suelen entenderse como el secreto del corazón. De ahí que, bajo la figura de cada alma, la esposa, excitada por los ocultos estímulos del santo amor, diga en el Cantar de los Cantares: "En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma" (Cant. III, 1). En el lecho y durante la noche se busca al amado, porque ciertamente la figura del Creador invisible, reprimida toda imagen de visión corporal, se encuentra en el tálamo del corazón. Por eso la Verdad dice a sus amantes: "El Reino de Dios está dentro de vosotros" (Luc. XVII, 21). Y de nuevo: "Si yo no me voy, el Paráclito no vendrá" (Juan XVI, 7). Como si dijera abiertamente: Si no aparto el cuerpo de los ojos de vuestra intención, no os conduzco al entendimiento invisible por el Espíritu consolador. De ahí que se diga de los justos por el Salmista: "Exultarán los santos en la gloria, se alegrarán en sus lechos" (Sal. CXLIX, 5), porque cuando huyen de los males exteriores, seguros se glorían en los secretos de sus mentes. Pero la alegría de los corazones será perfecta cuando no haya lucha exterior de la carne. Pues mientras la carne incita, como si se sacudiera la pared de nuestra casa, también se turba el lecho. Por eso, acertadamente se dice por el mismo Salmista: "Has trastornado todo su lecho en su enfermedad" (Sal. XL, 4), porque cuando la tentación de la carne nos sacude, nuestra debilidad, temblorosa, también confunde el lecho de la mente. ¿Qué entendemos aquí por sueños o visiones, sino las imaginaciones del último y estricto juicio? Que ya de alguna manera percibimos por el temor, pero sin embargo no lo vemos tal como es verdaderamente. Los hombres santos, como hemos dicho, siempre regresan a los secretos del corazón, cuando en este mundo sufren prosperidades más allá de su deseo o adversidades más allá de sus fuerzas; y, fatigados por los trabajos externos, buscan el lecho o tálamo, los refugios de la mente. Pero cuando, por ciertas imaginaciones de pensamientos, contemplan cuán sutiles son los juicios divinos, se turban como por la visión de un sueño en el mismo descanso de su lecho. Contemplan cuán severo vendrá el juez, quien, con la fuerza de su inmensa magnitud, ilumina los secretos de los corazones y trae todas las culpas ante los ojos. Consideran cuánta será la vergüenza, al ser confundidos entonces ante la vista de todo el género humano, de todos los ángeles y arcángeles. Sopesan qué tormento les espera después de la confusión, cuando la culpa consuma el alma que muere inmortalmente y la carne que perece indeficientemente en el infierno. Así, cuando la mente se sacude con tan temerosa imaginación, ¿qué otra cosa es sino un triste sueño en el lecho? Diga, pues: "Si dijere: Me consolaré mi lecho, y me aliviaré

hablando conmigo en mi lecho, me aterrorarás con sueños, y me sacudirás con visiones de horror". Como si abiertamente confesara, diciendo: Si, huyendo de lo exterior, regreso al interior, y de alguna manera deseo descansar en el tálamo del corazón, allí, cuando me enfrentas a la contemplación de tu severidad, me aterra vehementemente por las mismas imaginaciones de mi providencia. Bien se dice: "Y me aliviaré, hablando conmigo en mi lecho", porque ciertamente cuando, fatigados, regresamos al silencio de nuestra mente, como hablando en el lecho, damos vueltas a las palabras ocultas de nuestros pensamientos dentro de nosotros. Pero esta misma conversación nuestra se convierte en temor, porque de ella se nos abre más intensamente el entendimiento, que nos muestra el terror del juez en la mente.

[Vet. XVIII.] 42. Seis causas de los sueños.---Para que nadie se esfuerce en investigar esto según la letra, es necesario indagar cuidadosamente de cuántas maneras afectan al alma las imágenes de los sueños. Pues a veces los sueños se generan por la plenitud o la vacuidad del vientre, a veces por ilusión, a veces por pensamiento e ilusión simultáneamente, a veces por revelación, y a veces por pensamiento y revelación al mismo tiempo. Pero todos conocemos por experiencia los dos primeros que mencionamos, mientras que los cuatro restantes los encontramos en las páginas de la Sagrada Escritura. Porque si los sueños no fueran frecuentemente causados por el enemigo oculto a través de la ilusión, de ninguna manera lo indicaría el hombre sabio diciendo: Muchos han sido llevados al error por los sueños, y las ilusiones vanas (Ecli. XXXIV, 7). O ciertamente: No adivinaréis, ni observaréis los sueños (Lev. XIX, 26). Con estas palabras, se muestra claramente la abominación de lo que se asocia con los augurios. Nuevamente, si a veces no procedieran de pensamiento e ilusión simultáneamente, Salomón no habría dicho: Muchas preocupaciones siguen a los sueños (Ecl. V, 2). Y si a veces los sueños no surgieran de un misterio de revelación, José no se vería a sí mismo preferido a sus hermanos en un sueño (Gén. XXXVII, 7), ni el ángel advertiría al esposo de María en un sueño para que huyera a Egipto con el niño (Mat. II, 13, 14). Nuevamente, si a veces los sueños no procedieran de pensamiento y revelación simultáneamente, de ninguna manera el profeta Daniel, al explicar la visión de Nabucodonosor, habría comenzado desde la raíz del pensamiento: Tú, oh rey, comenzaste a pensar en tu lecho qué sucedería después de esto, y el que revela los misterios te mostró lo que ha de venir (Dan. II, 29). Y poco después: Veías, y he aquí una estatua grande, aquella estatua grande y de estatura sublime estaba frente a ti (Ibid., 31), etc. Así, Daniel, al insinuar reverentemente el cumplimiento del sueño y manifestar de qué pensamiento surgió, muestra claramente que esto frecuentemente se genera de pensamiento y revelación simultáneamente.

43. No debemos creer fácilmente en los sueños. Por qué se permite que el demonio afecte los corazones de los santos con sueños.---Sin embargo, dado que los sueños varían tanto en sus cualidades, tanto más difícil debe ser creer en ellos, cuanto más no se esclarece fácilmente de dónde provienen. Pues a menudo el espíritu maligno promete cosas prósperas en sueños a aquellos a quienes intercepta despiertos con amor a la vida presente; y a quienes considera temerosos de las adversidades, les presenta estas de manera más dura en imágenes oníricas, para que afecte la mente indiscreta con diversa cualidad, y la confunda, ya sea elevándola con esperanza o deprimiéndola con temor. Sin embargo, a menudo también intenta afectar los corazones de los santos con sueños, para que se desvíen, al menos por un momento, de la intención de pensamientos sólidos, aunque ellos inmediatamente disipen su mente de la ilusión de la imaginación. Pero el enemigo, acechando, ataca más gravemente a los que no puede superar despiertos, cuando están dormidos. Sin embargo, la disposición divina permite benignamente que él actúe maliciosamente, para que al menos el sueño no esté vacío de la recompensa del sufrimiento en los corazones de los elegidos. Por tanto, bien se dice al rector de todos: Si dijera: Me consolaré mi lecho, y me aliviaré hablando conmigo en mi lecho, me

aterrarás con sueños, y me sacudirás con visiones de horror, porque ciertamente Dios dispone maravillosamente todas las cosas, y Él mismo hace lo que el espíritu maligno injustamente desea hacer, quien solo permite que esto ocurra justamente. Pero como la vida de los justos es sacudida por la tentación en las vigilias y fatigada por la ilusión en el sueño, soporta externamente las molestias de su corrupción, y lleva internamente pensamientos ilícitos gravemente, ¿qué puede hacer para liberar el pie del corazón de tantos lazos de escándalo? He aquí, bienaventurado varón, hemos conocido cuánta perturbación te oprime por todas partes, pero escuchemos qué consejo encuentras contra esto. Sigue:

CAPÍTULO XXV [Rec. XIV].

VERS. 15.---Por lo tanto, mi alma eligió el ahorcamiento, y mis huesos la muerte.

44. Es un remedio contra la ansiedad de la mente elevarla a lo alto. ¿Qué se designa por el alma sino la intención de la mente, y por los huesos sino la fortaleza de la carne? Todo lo que se suspende, sin duda, se eleva desde lo bajo. Por tanto, el alma elige la suspensión para que los huesos mueran, porque mientras la intención de la mente se eleva a lo alto, mata en sí toda la fortaleza de la vida exterior. Los hombres santos saben con certeza que no pueden tener descanso en esta vida; y por eso eligen la suspensión, porque, abandonando los deseos terrenales, elevan su alma a lo alto. Los que están suspendidos infligen muerte a sus huesos, porque, por amor a la patria celestial, dedicados al estudio de las virtudes, persiguen con el vínculo de la humildad aquello en lo que antes eran fuertes en el mundo. Es digno de ver cómo Pablo había suspendido su alma, quien decía: "Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí" (Gálatas II, 20). Y de nuevo: "Deseo partir y estar con Cristo" (Filipenses I, 23). Y: "Para mí, vivir es Cristo y morir es ganancia" (Ibid., 21). Quien, recordando las hazañas de la fortaleza terrenal, contaba en sí mismo como ciertos huesos, diciendo: "Hebreo de hebreos, según la ley fariseo, según el celo perseguidor de la Iglesia de Dios" (Filipenses III, 5, 6). Pero con la suspensión del alma, porque mata estos huesos en sí, afirma de inmediato, añadiendo: "Pero lo que para mí era ganancia, lo he considerado pérdida por Cristo" (Ibid., 7). Insinúa aún más vehementemente que estos huesos están muertos en él mismo, cuando añade: "Por quien todo lo he perdido, y lo considero como basura" (Ibid., 8). Muestra cuán exánime cuelga con los huesos muertos, cuando inmediatamente añade, diciendo: "Para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es de la ley, sino la que es por la fe en Jesucristo" (Ibid., 9). Pero como hemos testificado con sus testimonios que Pablo está suspendido a lo alto, muerto al mundo, ahora mostremos que el bienaventurado Job, lleno del mismo espíritu, huye de la concupiscencia de la vida exterior. Sigue:

CAPÍTULO XXVI [Ant. XIX, Rec. XV].

VERS. 16.---Desesperé, ya no viviré más.

45. Algunos justos poseen bienes terrenales, otros los renuncian. Hay algunos justos que, aunque anhelan las cosas celestiales, no se dejan quebrantar por la esperanza de las terrenales. Poseen patrimonios otorgados por la divinidad como sustento necesario, mantienen honores temporales que se les confieren, no ambicionan lo ajeno y usan lícitamente lo suyo. Sin embargo, son ajenos a las mismas cosas que poseen, porque no están atados a ellas por deseo. Y hay algunos justos que, preparados para alcanzar la cumbre de la perfección, mientras anhelan cosas más elevadas interiormente, exteriormente lo abandonan todo; se despojan de los bienes que poseen, se desnudan de la gloria del honor; se afligen con la tristeza de los amigos por el deseo constante de lo interior, no quieren tener consuelo de las cosas

exteriores; mientras se acercan con la mente a los gozos internos, matan en sí mismos la vida de la delectación corporal. A estos, Pablo les dice: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3). El salmista había expresado su voz cuando decía: Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor (Sal. LXXXIII, 3). Anhelan, pero no desfallecen, quienes ya desean las cosas celestiales, pero aún no se cansan de las delectaciones terrenales. Anhela y desfallece en los atrios de Dios quien, deseando lo eterno, no persevera en el amor de lo temporal. De aquí que el salmista diga de nuevo: Mi alma desfallece por tu salvación (Sal. CXVIII, 81). De aquí que la Verdad misma advierta, diciendo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo (Luc. IX, 23). Y de nuevo: Cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Luc. XIV, 33). En este número se inserta el hombre santo, separado de los deseos terrenales, quien dice: Desesperé, ya no viviré más. Desesperar para los justos es abandonar los bienes de la vida presente por la elección de la eternidad, buscar lo que perdura y no tener confianza en las cosas temporales. Quien hace esto afirma que ya no vivirá más, porque, evidentemente, con la muerte vivificadora se mata diariamente a la vida de la pasión. Lejos esté que el hombre santo desespere de la generosidad de la misericordia divina, que retire el paso del corazón del progreso del camino interior, que, abandonando el amor del Creador, quede en el camino como si estuviera desamparado por el guía, y caiga herido por la espada de la desesperación ladrona. Pero para no parecer que violentamente inclinamos sus palabras al juicio de nuestro entendimiento, debemos considerar lo anterior a partir de lo posterior. Pues él mismo indica en qué sentido dice esto, cuando añade:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XVI].

IBID.---Perdóname, Señor, pues mis días no son nada.

46. Job, con una piadosa desesperación, abandonó los bienes perecederos y anheló los que permanecen eternamente. Pues estas dos palabras, desesperé y perdona, no se concilian entre sí. Quien desespera, de ninguna manera pide ya ser perdonado, y quien aún desea ser perdonado, ciertamente no desespera. Por lo tanto, la desesperación proviene de una fuente distinta a la de la súplica de perdón del santo varón, porque, al abandonar por desesperación los bienes de la vida pasajera, se levanta con mayor fortaleza en la esperanza de obtener los que permanecen. Así, al desesperar, se conduce mejor hacia la esperanza del perdón, pues anhela con más certeza lo venidero, cuanto más verdaderamente abandona lo presente por desesperación. Y es de notar que, al insinuar la fuerza de su corazón, pronunció una sola sentencia sobre sí mismo, pero la replicó insinuándola tres veces. Pues lo que antes había dicho: Mi alma eligió el ahorcamiento, al replicarlo añadió, Desesperé; y al desear lo eterno y posponer lo temporal, finalmente añadió, Perdóname; y lo que antes dijo, La muerte a mis huesos, ciertamente añadió, Ya no viviré más; y finalmente pronunció, Porque mis días no son nada. Bien considera que sus días no son nada, porque, como hemos dicho repetidamente un poco más arriba, cuanto más verdaderamente los santos varones conocen lo supremo, más sublimemente desprecian lo terrenal; y por eso ven que los días de la vida presente no son nada, porque fijan los ojos de su mente iluminada en la consideración de la eternidad. Al volver a sí mismos desde esta perspectiva, reconocen que no son más que polvo, y conscientes de su debilidad, temen ser juzgados estrictamente. Y cuando contemplan la fuerza de tan gran vigor, tiemblan al ser examinados por lo que son. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 17.---¿Qué es el hombre para que lo engrandezcas? ¿O por qué pones tu corazón en él?

47. Los santos siempre consideran su propia humildad, así como los dones y juicios de Dios. Dios engrandece al hombre, porque lo enriquece con la generosidad de la razón, lo visita con la infusión de la gracia, lo exalta con el honor de la virtud conferida. Y aunque por sí mismo no sea nada, le concede, por el don de su benignidad, ser partícipe de su conocimiento. Pero el Señor pone su corazón en el mismo hombre engrandecido, porque después de los dones ejerce juicio, sopesa cuidadosamente los méritos, examina con rigor los pesos de la vida, y cuanto más lo ha prevenido con un don más generoso, tanto más estrictamente le exige después las penas. Por tanto, el hombre santo debe contemplar la inmensidad de la majestad suprema, y volver el ojo de la consideración a su propia debilidad. Que vea que la carne no puede comprender lo que la Verdad enseña sobre sí misma a través del espíritu. Que vea que incluso el espíritu elevado del hombre no puede soportar el juicio que Dios pretende bajo el examen de la retribución estricta, y diga: ¿Qué es el hombre, para que lo engrandezcas? ¿O qué pones tu corazón en él? Como si abiertamente exclamara, diciendo: El hombre es engrandecido con un don espiritual, pero sin embargo es carne; y consideras estrictamente sus caminos después de los dones, pero si se le juzga sin piedad, el peso que se cierne sobre él por tu sutileza, ni siquiera el espíritu elevado a la justicia puede soportarlo, porque aunque tus dones lo expandan más allá de sí mismo, su debilidad lo constriñe ante la investigación de tu estricto examen. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXIX [Rec. XVII].

VERS. 18.---Lo visitas al amanecer, y de repente lo pones a prueba.

48. A quienes Dios ha enriquecido con dones, los prueba con tentaciones. Para que aprendan qué es de Dios y qué es de ellos mismos. Por eso, en esos momentos se turban con pensamientos resbaladizos. ¿Quién de nosotros no sabe que se llama amanecer cuando los tiempos nocturnos se transforman en la claridad de la luz? Así, nos vemos oprimidos por las tinieblas de la noche cuando nos oscurecemos con la perpetración de la iniquidad. Pero la noche se convierte en luz cuando la oscuridad de nuestro error es iluminada por el conocimiento de la verdad. La noche se convierte en luz cuando nuestros corazones son iluminados por el resplandor de la justicia, que la ceguera de la culpa deprimía. Pablo había visto este amanecer surgir en las mentes de los discípulos cuando decía: "La noche ha pasado, el día se ha acercado" (Rom. XIII, 12). Por tanto, el Señor nos visita al amanecer, porque ilumina las tinieblas de nuestro error con la luz de su conocimiento, nos eleva con el don de la contemplación, nos exalta a la cima de la virtud. Pero es de notar que Dios, después de visitar al amanecer, de repente prueba al hombre, porque al acercarse lo impulsa hacia las virtudes, y al alejarse permite que sea sacudido por la tentación. Pues si después de los dones de las virtudes no es sacudido por ninguna tentación, el alma se gloria de tenerlas por sí misma. Así, para que tenga los dones de la firmeza y reconozca humildemente su debilidad, es elevado a las alturas por el acceso de la gracia, y por el retiro se prueba qué es de sí mismo. Esto se nos insinúa bien en la historia de la lectura sagrada (III Reg. III, 16), donde se recuerda que Salomón recibió sabiduría divinamente, y sin embargo, después de recibir esa misma sabiduría, fue inmediatamente cuestionado por las meretrices. Pues tan pronto como recibió la gracia de tan gran revelación, soportó la disputa de mujeres impúdicas, porque ciertamente, a menudo, cuando la mirada de la generosidad íntima ilumina nuestra mente con las virtudes concedidas, inmediatamente también la turban pensamientos resbaladizos, para que, al ser elevada por el inmenso don, exulte, y al ser golpeada por la tentación, descubra

qué es. Así, Elías, visitado al amanecer, abrió los cielos con su palabra; y sin embargo, probado de repente, huyendo débil por el desierto, temió a una sola mujer (III Reg. XIX, 3). Así, Pablo es llevado al tercer cielo, penetra los secretos del paraíso (II Cor. XII, 2); y sin embargo, al regresar a sí mismo, lucha contra la guerra de la carne, soporta otra ley en sus miembros, cuyo espíritu se duele de ser fatigado por la rebelión en sí mismo (Rom. VII, 21). Por tanto, Dios visita al amanecer, pero de repente después de la visita prueba, porque al otorgar el don eleva, y al retirarlo por un momento, muestra al hombre a sí mismo. Sin duda, sufrimos esto hasta que, borrada completamente la mancha del pecado, seamos reformados a la sustancia de la incorruptibilidad prometida. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXX [Ant. XXI, Rec. XVIII].

VERS. 19.---¿Hasta cuándo no me perdonarás, ni me dejarás, para que pueda tragar mi saliva?

49. El sabor de la contemplación, no la saciedad, se nos da aquí. La saliva cae en la boca desde la cabeza, y de la boca se lleva al vientre cuando se traga. ¿Qué es, entonces, nuestra cabeza sino la divinidad? por la cual tomamos el principio de existir, para ser criaturas, como atestigua Pablo, quien dice: La cabeza del hombre es Cristo, y la cabeza de Cristo es Dios (I Cor. XI, 3). ¿Y qué es nuestro vientre sino la mente? que, al recibir su alimento, a saber, el entendimiento supremo, sin duda alguna gobierna todos los miembros de las acciones. Pues si las sagradas escrituras no expresaran a veces la mente con el nombre de vientre, ciertamente Salomón no habría dicho: La lámpara del Señor es el espíritu del hombre, que escudriña todos los secretos del vientre (Prov. XX, 27), porque, sin duda, cuando la gracia de la mirada suprema nos ilumina, también nos manifiesta todos los secretos de nuestra mente. ¿Qué se entiende, entonces, por el nombre de saliva sino el sabor de la contemplación íntima? que fluye a la boca desde la cabeza, porque de la claridad del Creador, aún en esta vida, apenas nos toca con el gusto de la revelación. Por eso, el Redentor al venir mezcló saliva con barro y restauró los ojos del ciego de nacimiento (Juan IX, 6), porque la gracia suprema irradia nuestro pensamiento carnal mediante la mezcla de su contemplación, y reforma al hombre del ciego original hacia el entendimiento. Pues, como la naturaleza lo ha producido expulsado de los gozos del paraíso en este exilio, el hombre ha surgido como sin ojos desde su nacimiento. Pero, como insinúa el santo varón, esta saliva cae en la boca, pero no se traga hasta llegar al vientre, porque la contemplación de la divinidad toca el sentido, pero no llena completamente la mente, ya que el alma no puede contemplar perfectamente lo que aún ve rápidamente, porque la oscuridad de la corrupción lo impide.

50. La mente, oprimida por la carga del cuerpo, no puede adherirse por mucho tiempo a la luz celestial. Pues he aquí que la mente de los elegidos ya somete los deseos terrenales, ya trasciende todo lo que considera pasajero, ya se aparta de la delectación de las cosas exteriores, y examina cuáles son los bienes invisibles; y al hacer esto, a menudo es arrebatada por la dulzura de la contemplación celestial, y ya vislumbra algo de lo íntimo como a través de una niebla, y con ardiente deseo intenta participar en los ministerios espirituales de los ángeles; se alimenta del gusto de la luz infinita, y elevada más allá de sí misma, desdeña volver a caer en sí misma; pero como aún el cuerpo que se corrompe grava el alma (Sab. IX, 15), no puede adherirse por mucho tiempo a la luz que ve brevemente. Pues la misma debilidad de la carne retrae al alma que la trasciende, y la devuelve suspirando a pensar en las cosas bajas y necesarias. Así, la saliva que fluye de la cabeza toca la boca, pero no llega al vientre, porque nuestro entendimiento ya es infundido con el licor de la contemplación celestial, pero la mente no se sacia plenamente. En la boca está el gusto, en el vientre la

saciedad. No podemos tragar la saliva, porque no se nos permite saciarnos con el bien de la claridad celestial, que aún degustamos tenuemente. Pero porque esto mismo, que de alguna manera ya conocemos desde lo alto, es por la piedad del que perdona, y el hecho de que no podamos percibirlo perfectamente aún es por la pena de la antigua condenación, con razón se dice ahora: ¿Hasta cuándo no me perdonas, ni me dejas tragar mi saliva? Como si se dijera abiertamente: Entonces perdonas plenamente al hombre, cuando lo admites a la perfección de tu contemplación, para que vea tu claridad arrebatado interiormente, y la corrupción de su carne no lo rechace exteriormente. Entonces permites que trague la saliva, cuando me has infundido con el sabor de tu claridad hasta la abundancia de la saciedad, para que ya no tenga hambre por la necesidad del gusto de la boca, sino que permanezca firme en ti con el vientre de la mente irrigado. Pero quien desea merecer el bien que anhela, debe confesar el mal que ha hecho. Sigue:

CAPÍTULO XXXI [Rec. XIX].

VERS 20.---He pecado; ¿qué puedo hacer por ti, oh guardián de los hombres?

51. El hombre, por sí mismo caído, por sí mismo no puede levantarse. He aquí que confiesa el mal que ha hecho, pero no encuentra el bien que debe ofrecer a Dios en compensación, porque para lavar la culpa, cualquier virtud de la acción humana es débil, a menos que la misericordia del que perdona la sostenga, y no la oprima la justicia del que juzga rectamente. Por eso, con razón se dice por el Salmista: Tu misericordia es mejor que la vida (Salmo 62, 4), porque aunque nuestra vida parezca inocente, ante el juez estricto no nos libera, si la benignidad de su misericordia no nos perdona la deuda de nuestra culpa. O ciertamente, cuando se dice: ¿Qué te haré?, se muestra claramente que estos mismos bienes que se nos mandan hacer, no benefician al que manda, sino a nosotros. Por eso, nuevamente se dice por el Salmista: No necesitas de mis bienes (Salmo 15, 2). La humildad de nuestra carencia se expresa cuando Dios es llamado guardián de los hombres, porque si su custodia no nos protege, ante las asechanzas del enemigo oculto, el ojo vigilante de nuestra preocupación duerme, como atestigua nuevamente el Salmista, que dice: Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la guardan (Salmo 126, 1, 2). Porque por nosotros mismos caímos, pero no podemos levantarnos con nuestras propias fuerzas. La culpa de nuestra propia voluntad nos derribó una vez, pero la pena de la culpa nos oprime peor cada día. Nos esforzamos por levantarnos a la rectitud perdida con los esfuerzos de nuestros estudios, pero el peso de los méritos nos agobia. Por eso, se añade adecuadamente.

CAPÍTULO XXXII [Ant. XXII, Rec. XX].

¿Por qué me has puesto en oposición a ti, y me he convertido en una carga para mí mismo?

52. Al pecar, se hizo contrario a Dios.---Dios puso al hombre en su contra cuando el hombre, al pecar, abandonó a Dios. Ciertamente, al ser capturado por las persuaciones de la serpiente, se convirtió en enemigo de aquel cuyos mandamientos despreció. El justo Creador lo puso en su contra, porque lo consideró enemigo debido a su arrogancia. Pero esta misma contrariedad de culpa se convirtió para el hombre en el peso del castigo, de modo que sirve mal a su propia corrupción, quien como siervo bueno se regocijaba en la libertad de la incorruptibilidad. Pues al abandonar la saludable fortaleza de la humildad, llegó al yugo de la debilidad por su soberbia, y al levantar el cuello de su corazón, se sometió, porque quien no quiso someterse a los mandatos divinos, se postró bajo sus propias necesidades. Lo mostramos mejor si

expresamos lo que soporta al ser derribado, primero los pesos de la carne, y después los de la mente.

53. De cuántas maneras el hombre se siente agobiado, a causa del cuerpo. Y a causa de la mente. Nuestra mente es amplia y estrecha. ---Para no mencionar esto, que soporta dolores, que jadea con fiebres, se constriñe por una cierta enfermedad que se llama salud de nuestro cuerpo. Pues se debilita con el ocio, se agota con el trabajo; debilitándose con el ayuno, se restaura con el alimento para subsistir; cansándose con la restauración, se alivia con la abstinencia para vigorizarse; se baña con agua para no secarse; se seca con lienzos para no licuarse demasiado con la perfusión; se vigoriza con el trabajo para no entorpecerse con el reposo; se reanima con el reposo para no sucumbir a la fatiga del ejercicio; reparada del cansancio con la vigilia, se restaura con el sueño; oprimida por el sueño, se despierta con la vigilia para no fatigarse más con su propio descanso; se cubre con ropas para no ser penetrada por la adversidad del frío; debilitada por el calor buscado, se reanima con el soplo de las brisas. Y cuando encuentra molestias en aquello de lo que buscó evitar molestias, mal herida, por así decirlo, languidece por su propio remedio. Por lo tanto, eliminadas las fiebres y cesando los dolores, nuestra propia salud es una enfermedad, a la cual nunca le falta la necesidad de ser curada. Pues cuántos consuelos buscamos para el uso de vivir, como si con tantos medicamentos enfrentáramos nuestra enfermedad. Pero el mismo medicamento se convierte en herida, porque al adherirnos un poco más de lo debido al remedio buscado, nos debilitamos más gravemente por aquello que preparamos con previsión para la restauración. Así, sin duda, debía ser corregida la presunción, así debía ser abatida la soberbia. Porque, habiendo tomado una vez un espíritu elevado, he aquí que diariamente llevamos barro que se desmorona.

54. Nuestra mente misma, excluida del seguro gozo del secreto interior, a veces es engañada por la esperanza, a veces es atormentada por el miedo, a veces es abatida por el dolor, a veces es aliviada por una falsa alegría; ama obstinadamente lo transitorio y se ve continuamente desgastada por su pérdida, porque también es incesantemente cambiada por el curso que la arrastra. Sometida a cosas mutables, se transforma a sí misma. Pues al buscar lo que no tiene, lo percibe con ansiedad; y cuando comienza a poseerlo, se cansa de haber conseguido lo que buscaba. A menudo ama lo que despreciaba, desprecia lo que amaba. Con esfuerzo aprende lo que es eterno, pero de repente lo olvida si deja de esforzarse. Busca durante mucho tiempo para encontrar algo de lo supremo, pero al volver rápidamente a lo acostumbrado, ni siquiera persevera en lo poco que ha encontrado. Deseando ser instruida, apenas supera su ignorancia, pero una vez instruida, lucha más gravemente contra la gloria del conocimiento. Apenas somete a su propia carne a la tiranía, pero aún tolera dentro de sí las imágenes de la culpa, cuyas obras externas ya ha restringido venciendo. Se eleva en la búsqueda de su Creador, pero la confunde la oscuridad amiga de las cosas corporales. Quiere contemplar cómo el alma incorpórea gobierna el cuerpo, y no puede. Busca con asombro lo que no puede responderse a sí misma, y bajo aquello que prudentemente busca, falla por ignorancia. Considerándose a la vez amplia y estrecha, ignora cómo debe estimarse verdaderamente, porque si no fuera amplia, no buscaría tanto lo que debe investigar, y si no fuera estrecha, al menos encontraría lo que busca.

55. Cuando el hombre, al abandonar a Dios, creyó que se bastaba a sí mismo, no encontró en sí más que tumulto y perturbación. Afligido por esto, Job implora la misericordia de Dios. Por eso se dice acertadamente: Me has puesto en oposición a ti, y me he vuelto pesado para mí mismo, porque al ser rechazado, el hombre soporta molestias tanto de la carne como de la mente, llevando así un peso ciertamente gravoso. Por todas partes es oprimido por

debilidades, por todas partes es acosado por enfermedades, de modo que, al abandonar a Dios, creyó que se bastaba a sí mismo para encontrar descanso, pero no encontró en sí más que tumulto y perturbación, y buscó huir de sí mismo, pero, al despreciar a su Creador, no tenía adónde huir. Contemplando bien el peso de esta debilidad, un sabio dijo: Un yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre hasta el día de su sepultura en la madre de todos (Ecli. XL, 1). Pero el bienaventurado Job, al considerar estas cosas y lamentarse de por qué están ordenadas así, no reprocha la justicia, sino que busca la misericordia, para que, al preguntar humildemente, toque lo que la piedad divina puede cambiar al perdonar. Como si dijera abiertamente: ¿Por qué desprecias al hombre como si fuera contrario a ti, cuando estoy seguro de que no deseas que perezca incluso aquel a quien crees despreciar? Por lo tanto, expresa bien tanto la humildad de la confesión como añade la voz de la libre investigación, diciendo:

CAPÍTULO XXXIII [Ant. XXIII].

VERS. 21.---¿Por qué no quitas mi pecado, y por qué no apartas mi iniquidad?

56. Desea un mediador y la resurrección.---¿Qué otra cosa indican estas palabras sino el deseo del esperado Mediador? De quien Juan dice: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan 1, 29). O ciertamente, el pecado es plenamente quitado del género humano cuando nuestra corrupción es transformada por la gloria de la incorruptibilidad. Pues no podemos ser libres de culpa mientras estemos retenidos en el cuerpo de la muerte. Por lo tanto, desea la gracia del Redentor o la solidez de la resurrección, quien espera que su iniquidad sea completamente eliminada. Por eso, inmediatamente añade el castigo que mereció desde el origen y el juicio que teme por su propia acción:

CAPÍTULO XXXIV [Rec. XXI].

IBID.---He aquí que ahora dormiré en el polvo; y si por la mañana me buscas, no estaré.

57. Mientras se sufre la pena presente, se siente una presión más grave por lo que está por venir. La humildad es un escudo contra la espada del juez. Al primer hombre pecador se le dijo: "Eres polvo, y al polvo volverás" (Génesis 3, 19). Sin embargo, se menciona esa manifestación de las mentes en la mañana, que en la venida del juez se revela con pensamientos abiertos, como si se mostrara después de las tinieblas de la noche. De esta mañana, ciertamente, se dice a través del salmista: "Por la mañana estaré ante ti y veré" (Salmo 5, 5). Buscar a Dios es examinar al hombre con una interrogación sutil y juzgarlo estrictamente al examinarlo. Por lo tanto, el bienaventurado Job, considerando las pérdidas de la humillación humana, ve que ya se le oprime con la pena presente y que aún se le presiona más gravemente por lo que está por venir. Y dice: "He aquí que ahora dormiré en el polvo; y si me buscas por la mañana, no subsistiré". Como si lamentara más abiertamente, diciendo: en el presente ya sufro la muerte de la carne, y sin embargo, aún temo la muerte más grave del juicio venidero, la sentencia de tu severidad: soporto la destrucción por culpa, pero aún temo ser restituido a las culpas y al juicio después de la destrucción. Considerando, pues, la muerte exterior, diga: "He aquí que ahora dormiré en el polvo"; temiendo la interior, añada: "Y si me buscas por la mañana, no subsistiré". Por mucha justicia que posean, los elegidos no se bastan a sí mismos para la inocencia, si son estrictamente requeridos en el juicio. Pero ahora encuentran consuelo en su liberación, al saber humildemente que no pueden bastarse a sí mismos. Bajo el escudo de la humildad, se esconden de la espada de tan gran juicio, y

cuanto más esperan con continuo temor el terror del juicio venidero, tanto más se esfuerzan sin cesar para estar más preparados. Sigue.

CAPÍTULO XXXV [Ant. XXIV, Rec. XXII].

CAP. VIII, VERS. 1, 2.---Entonces Baldad el suhita respondió: ¿Hasta cuándo hablarás tales cosas, y el espíritu de tus muchas palabras?

58. Las palabras de los justos son pesadas para los injustos. Cuádruple es la fuerza de hablar. Solo una está sujeta a la culpa. Para los injustos, siempre son pesadas las palabras de los justos; y lo que escuchan como palabras de edificación, lo llevan como si fuera un peso impuesto. Esto lo indica claramente Baldad el Suhita, diciendo: ¿Hasta cuándo hablarás así? Pues quien dice ¿hasta cuándo?, muestra que ya no puede soportar las palabras de edificación. Pero cuando los inicuos desprecian corregirse, critican lo bien dicho. Por eso añade de inmediato: Y el espíritu múltiple del discurso de tu boca. Cuando se reprende la multiplicidad en el discurso, sin duda se niega la gravedad de la inteligencia en el sentido. La fuerza suprema de los que hablan se distingue por una cualidad cuádruple. Hay algunos a quienes la amplitud de sentir y decir los dilata, y hay otros a quienes la escasez de sentir y decir los angustia. Hay algunos que tienen eficacia al hablar, pero no tienen agudeza al sentir; y hay otros que están apoyados por la agudeza al sentir, pero enmudecen por la escasez de locución. Esto lo discernimos en los hombres, como a menudo lo vemos en las cosas insensibles. Pues a menudo el agua abundante se extrae de lo profundo y se deriva a la superficie por amplios conductos. A menudo, el agua estrecha se oculta en lo profundo y, encontrando difícilmente grietas para salir, exuda estrechamente hacia afuera. A menudo, la mínima surge en lo oculto; y cuando encuentra por dónde salir, procede tenuemente por un amplio orificio, y los grandes conductos se dilatan, pero no hay nada que viertan. A menudo, en cambio, la amplia surge en lo oculto, pero presionada por estrechos conductos, fluye muy tenuemente. Así, en algunos, la boca abierta emana lo que un abundante manantial de ingenio suministra. En otros, el intelecto no lo extiende ni el sentido ni la lengua lo vierte. En algunos, la boca está abierta para hablar, pero la lengua preparada para responder no recibe nada del sentido. En otros, un abundante manantial de sentir desborda del corazón, pero una lengua inadecuada lo constriñe como un conducto estrecho. De estas cuatro cualidades de hablar, solo la tercera está sujeta a la culpa, que se apropia por la locución de lo que no alcanza por el ingenio. Pues la primera es digna de alabanza, que sobresale valientemente en ambos. La segunda es digna de compasión, que carece humildemente de ambos. La cuarta debe ser ayudada, que no puede expresar lo que siente. La tercera, en cambio, es despreciable y debe ser reprimida, que, al erigirse en el discurso, yace en el sentido, semejante a miembros hinchados por la inflación, se presenta vasta, pero vacía, a los oídos de los oyentes. Esto es lo que ahora Baldad lanza como acusación contra el bienaventurado Job, diciendo: [Vet. XXV.] El espíritu múltiple del discurso de tu boca. Pues quien atribuye la multiplicidad del discurso a la boca, ciertamente reprende la escasez del corazón. Como si dijera abiertamente: Te elevas por la abundancia del espíritu en el discurso de la boca, pero te constriñe la escasez del sentido. [Vet. XXV.] Sin embargo, los perversos, cuando reprenden lo recto, para que no parezca que desconocen lo justo, presentan como desconocido lo bueno que han aprendido escuchando, conocido por todos. Por eso Baldad añade de inmediato:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 3.---¿Acaso Dios pervierte el juicio y el Omnipotente subvierte lo que es justo?

59. Los que tienen una doctrina errónea buscan alabanza. Alaban la justicia de Dios cuando les va bien, pero la condenan cuando les va mal. Esto, el bienaventurado Job ni lo negó al hablar, ni lo ignoró al callar. Pero algunos insolentes, como hemos dicho, incluso pronuncian jactanciosamente lo que es conocido, para parecer sabios al hablar: desprecian el callar moderadamente, para que no se crea que han guardado silencio por ignorancia. Sin embargo, es necesario saber que alaban la rectitud de la justicia divina cuando su bienestar los eleva al gozo, y los castigos corrigen a otros; cuando se ven disfrutando de la prosperidad, mientras otros se fatigan con la adversidad. Pues, aunque actúan perversamente, se consideran rectos, y creen que lo que les llega de bueno se debe a sus méritos; y concluyen que Dios no juzga injustamente, ya que ninguna adversidad los aflige como si fueran justos. Pero si la fuerza de la corrección divina toca brevemente su vida, inmediatamente critican el juicio divino que antes admiraban en su bienestar, y niegan que el juicio que se opone a sus costumbres sea justo, discuten sobre la equidad divina, saltan a palabras de reproche, y al ser corregidos por haber pecado, pecan más gravemente. Por eso, bien se dice también a través del Salmista contra la confesión del pecador: "Te confesará cuando le hagas bien" (Salmo 48, 19). En efecto, es despreciable la voz de la confesión que se forma en la alegría de la prosperidad. Solo la confesión tiene el gran mérito de peso, que no es separada de la verdad de la rectitud por la fuerza del dolor, que la adversidad afila hasta el juicio de la voz, testigo del corazón. No es, por tanto, sorprendente que Baldad alabe la justicia divina, quien no sufre nada adverso de esa misma justicia.

60. La locura de los herejes oprimiendo a la Iglesia. --- Pero dado que hemos dicho que los amigos del bienaventurado Job tienen la apariencia de los herejes, es conveniente demostrar brevemente cómo las palabras de Baldad se corresponden con las insidias de los herejes. Estos, al observar que la santa Iglesia es corregida con una advertencia temporal, se enorgullecen audazmente en la jactancia de su predicación perversa; y, pretendiendo la rectitud del juicio divino, afirman que prosperan por sus méritos, mientras que atestiguan que aquella es afligida por retribuciones merecidas. Buscan inmediatamente, con palabras halagadoras, una entrada de insidia entre los dolores, y hieren la vida de otros, reprochando las muertes de otros, como si aquellos ya hubieran muerto justamente por no haber querido creer lo que es digno de Dios. Por eso, Baldad el suhita, después de haber expuesto la justicia divina, añade de inmediato:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 4, 5, 6.---Aunque tus hijos hayan pecado contra Él, y los haya entregado en manos de su iniquidad, tú, sin embargo, si te levantas de madrugada hacia Dios, y al Omnipotente has suplicado, si caminas puro y recto, de inmediato se despertará hacia ti, y hará pacífica la morada de la justicia.

61. Reprochan a la Iglesia la separación de los pueblos como argumento de error. Como si los predicadores de errores dijeran a los católicos afligidos: Cuidaos de vuestra vida, y reconoced cuán perverso es lo que sostenéis, por la condenación de aquellos que entre vosotros han fallecido, porque si vuestra perfidia no desagradara al Creador de todo, de ninguna manera os sustraería tantos pueblos con una muerte tan violenta. Pues dice: Aunque tus hijos hayan pecado contra Él, los dejó en manos de su iniquidad. Como diciendo abiertamente: Han sido dejados en manos de su iniquidad, aquellos que no quisieron imitar la vida de nuestra rectitud. Sin embargo, si te levantas de madrugada hacia Dios, y ruegas al Omnipotente. [Vet. XXVI.] Porque los herejes creen tener la luz de la verdad, llaman a la santa Iglesia, como si estuviera en la noche del error, al amanecer de la verdad, para que, a través del conocimiento

de Dios, se levante como al amanecer, y a través de la oración de penitencia, lave lo pasado. Si caminas puro y recto. Puro en pensamiento, recto en obra. Inmediatamente despertará hacia ti. Como si dijera abiertamente: Porque aquel que ahora no manifiesta el poder de su protección en tus tribulaciones, duerme como si estuviera apartado de la ayuda del errante. Y hará pacífica la morada de tu justicia. Es decir, remueve las contrariedades de la vida presente, y ofrece de inmediato la seguridad de la tranquilidad. Porque los perversos consideran el gozo temporal como el bien singular de la recompensa divina, lo que ellos ansiosamente buscan, esto prometen a otros como algo grande. De donde a menudo sucede que prometen recuperar lo perdido, o extienden las mentes de sus oyentes hacia mayores recompensas de la vida presente. Lo cual Baldad expresa claramente, cuando añade de inmediato:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS 7.---De tal manera, que si tus comienzos fueron pequeños, tus postrimerías se multiplicarán en gran manera.

62. ¿Qué prometen a sus seguidores? Si llaman morada de justicia al consejo de la mente, los maestros del error prometen a los católicos afligidos una morada pacífica de justicia, porque si logran atraerlos a su causa, ciertamente cesan de la contienda. Pues aquellos que pudieron ser llevados a lo perverso, ya están más tranquilos en la paz temporal, cuanto más lejos están separados de la eterna. También prometen que las riquezas de la inteligencia crecerán para quienes los sigan. Por eso se añade: Tanto, que si tus comienzos fueron pequeños, tus postreros se multiplicarán en gran manera. Pero como no se cree fácilmente en sus palabras, ya que a menudo se demuestra una vida despreciable, presentan las sentencias de los antiguos padres y tuercen su rectitud como argumento de su error. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXXIX [Rec. XXIII]

VERS. 8. Pregunta, pues, a la generación pasada, e investiga diligentemente la memoria de los padres.

63. Abusan de la autoridad de los antiguos padres.--- Aconsejan que la generación pasada y la memoria de los padres no deben ser simplemente vistas, sino investigadas: porque no quieren que se observe en ellas lo que claramente es evidente para todos. A veces, al modo de los buenos, enseñan algunas cosas moralmente y sugieren cómo se pueden deducir los presentes a partir de los pasados, y demuestran cuán insignificantes son las cosas que parecen ser, a partir de aquellas que ya han pasado de nuestra vista. Por lo tanto, se añade aún:

VERS. 9.---Ciertamente, somos de ayer y no sabemos, porque como sombras son nuestros días sobre la tierra.

64. Lo que ya ha pasado nos enseña cuán rápidamente pasarán las demás cosas. Por lo tanto, se propone interrogar a la generación anterior, para que se muestre que el tiempo de la vida presente pasa como una sombra; porque, en efecto, si traemos a la memoria lo que fue y ya ha pasado, reconocemos claramente cuán rápidamente también se desvanecerá lo que ahora tenemos. A menudo, los herejes alaban a los mismos padres que nosotros veneramos, pero con un entendimiento distorsionado, nos atacan con sus alabanzas. Por lo cual, se añade aún:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 10.---Ellos te enseñarán; te hablarán, y de su corazón pronunciarán palabras.

65. A veces los malvados producen cosas buenas, pero no de buena manera. Se hieren a sí mismos con su propia espada.---Es de notar que anteriormente decía: Espíritu múltiple del discurso de tu boca; ahora, recordando a los padres, dice: De su corazón proferirán palabras. Como si los herejes, detestando la vida de la santa Iglesia, dijeran: Tienes multiplicidad de espíritu en la boca, no en el corazón. Pero deben ser escuchados aquellos que, pronunciando palabras desde el corazón, enseñaron viviendo rectamente. Sin embargo, a menudo los malvados, ignorando el vicio de su fortaleza, audazmente laceran la rectitud de otros; y cuando se apropian de la autoridad de la reprensión contra los buenos, o bien producen cosas buenas que aprendieron no viendo, sino escuchando; o bien imputan falsamente a otros los males que ellos mismos cometen. Pero cuando producen cosas buenas que desprecian guardar, es de saber que a menudo la verdad resuena así por la boca de los adversarios, que moviendo su lengua hieren su vida, de modo que hablando e ignorando la cumbre de la rectitud, se convierten en jueces con sus palabras y acusadores con sus hechos. Por eso Baldad añade cosas admirables contra los hipócritas, pero se hiere con la espada de la palabra, porque un simulador de justicia, a menos que él mismo lo fuera en alguna medida, no se atrevería a enseñar al justo con tanta temeridad. Y ciertamente son muy fuertes las cosas que dice; pero debió decirlas a los necios, no al sabio, a los malvados, no al recto, porque se asevera insensato quien, a jardines sedientos, vierte agua en un río. Pero mientras tanto, posponiendo a quién se dice, consideremos sutilmente lo que se dice, para que lo pronunciado nos instruya, aunque impugne el mérito de su autor. Sigue:

VERS. 11.---¿Acaso puede reverdecer el junco sin humedad, o crecer el carrizo sin agua?

[Rec. XXIV.] A lo que Baldad compara el junco o el carrizo, él mismo lo revela de inmediato cuando añade:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 12, 13.---Cuando aún está en flor, y no es cortada por la mano, antes que todas las hierbas se marchita; así son los caminos de todos los que se olvidan de Dios, y la esperanza del hipócrita perecerá.

66. El hipócrita tiene la apariencia de buenas obras, pero no su fruto. Los dones de Dios los tiene para el incremento de su condenación. Por lo tanto, el nombre de junco o cañaveral señala la vida de los hipócritas, que tiene la apariencia de verdor, pero no tiene el fruto de utilidad para los usos humanos; que, permaneciendo árida por la esterilidad de la obra, reverdece solo con el color de la santidad. Pero ni el junco prospera sin humedad, ni el cañaveral sin agua, porque la vida de los hipócritas recibe la infusión del don celestial para las buenas obras, pero, al buscar en todo lo que hace alabanzas exteriores, se vacía del fruto de la infusión recibida. Muchas veces realizan obras maravillosas de señales, expulsan espíritus de cuerpos poseídos, y por el don de la profecía prevén con conocimiento lo que ha de venir, pero sin embargo están separados del dador de tantos dones por la intención de su pensamiento, porque a través de sus dones no buscan su gloria, sino sus propios favores; y cuando se elevan en su propia alabanza por los bienes recibidos, luchan contra el dador con los mismos dones. De ahí que se enorgullecen contra el que da, cuando más humildes deberían ser ante él. Pero una sentencia más estricta los golpea después, cuanto más ahora la bondad celestial los inunda abundantemente siendo ingratos. Y así, la amplitud del don se

convierte para ellos en incremento de condenación, porque, aunque regados, no dan fruto, sino que bajo el color del verdor crecen vacíos hacia lo alto. La Verdad los expresa bien a través del Evangelio, diciendo: Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? Y entonces les confesaré: nunca os conocí, apartaos de mí, los que obráis iniquidad (Mateo VII, 22). Por lo tanto, el junco o el cañaveral no vive sin agua, porque ciertamente los hipócritas no reciben el verdor de la buena obra sino del don celestial; pero como lo toman para el uso de su propia alabanza, crecen verdes en el agua, pero sin embargo vacíos.

67. El hipócrita es impaciente ante la corrección. --- Bien se añade: Cuando aún está en flor, y no se arranca con la mano, se marchita antes que todas las hierbas. El junco en flor es el hipócrita en alabanza. El junco, al elevarse con ángulos agudos, no se arranca con la mano, porque el hipócrita, con sus sentidos agudizados por la arrogancia, se niega a ser corregido por su maldad. En su flor, se hiere con la mano que lo arranca, porque el hipócrita, al ser alabado, para que nadie se atreva a corregirlo, corta de inmediato con su aspereza la vida de quien lo corrige. Pues no desea ser santo, sino ser llamado así; y cuando tal vez es corregido, se siente mutilado en la gloria de su reputación. Se enfurece al ser descubierto en su maldad, prohíbe que se le hable al que lo reprende, porque duele como una herida oculta al ser tocada. Como se ha dado a conocer a los ignorantes, así quiere ser estimado por todos; y, más dispuesto a morir que a ser corregido, se vuelve peor con la reprensión, porque considera la palabra de pureza como un dardo de terrible golpe. Por lo tanto, irritado, se levanta de inmediato en injurias, y busca qué males exagerar contra la vida del corrector. Desea demostrar que su reprobador es culpable de manera incomparable, para mostrar que él es inocente no por sus propios actos, sino por los crímenes ajenos; de tal manera que a menudo el hombre se arrepiente de haber dicho algo en la reprensión, y como de la mano que arranca, así del ánimo del que corrige, por así decirlo, corre cierta sangre de tristeza. Por lo cual, bien se dice por Salomón: No reprendas al burlador, para que no te odie (Prov. IX, 8). Pues no es de temer para el justo que el burlador, al ser corregido, le infiera injurias, sino que, llevado al odio, se vuelva peor.

68. El hipócrita en las buenas obras no persevera.--- Entre estas cosas, es necesario saber que las buenas obras de los justos, porque comienzan desde el corazón, crecen hasta el término de la vida presente; pero las obras de los hipócritas, porque no están enraizadas en lo oculto, a menudo fallan antes de que la vida presente termine. Pues frecuentemente se dedican al estudio de la sagrada erudición; y como no la buscan para preparar méritos, sino para obtener favores, tan pronto como reciben el juicio de la alabanza humana, y por esto logran la gracia de un progreso transitorio, sirven con toda su mente a las preocupaciones mundanas, y se vacían completamente de la sagrada erudición; y al actuar después, muestran cuánto aman lo temporal, quienes antes solo predicaban lo eterno. A menudo, además, muestran la apariencia de la madurez asumida; se adornan con la quietud del silencio, la longanimidad de la paciencia, la virtud de la continencia; pero cuando alcanzan la cumbre del honor buscado a través de estas cosas, y cuando ya se les rinde reverencia por todos, inmediatamente se entregan a la lascivia del placer, y son testigos de sí mismos de que no mantuvieron el bien desde el corazón, ya que pronto lo abandonaron. A veces, algunos distribuyen lo que poseen y lo dan todo a los necesitados; pero antes del término de la vida, encendidos por el prurito de la avaricia, desean lo ajeno, quienes parecían haber dado lo suyo, y con posterior crueldad pertinaz ambicionan lo que antes dejaron con fingida piedad. [Vet. XXVIII.] Por lo cual, se dice correctamente ahora: Aunque aún esté en flor, antes de ser arrancado por la mano, se seca antes que todas las hierbas. Según la carne, los justos son hierba, como atestigua el

profeta, que dice: Toda carne es hierba (Isaías XL, 6). Pero se dice que el junco se seca antes que todas las hierbas, porque, mientras los justos permanecen en su bondad, la vida de los hipócritas se seca desde la verdor de la rectitud asumida. También las demás hierbas se secan, porque las obras de los justos se desvanecen con la vida de la carne. Pero el junco precede a la sequedad de las hierbas, porque antes de que el hipócrita pase de la carne, abandona las obras de virtud que había mostrado en sí mismo. De los cuales también se dice bien por el Salmista: Sean como la hierba de los tejados, que antes de ser arrancada se seca (Salmo CXXVIII, 6). La hierba del tejado nace en lo alto, pero no se solidifica con una raíz robusta, porque el hipócrita también parece actuar en lo más alto, pero no se fortalece en ellos con la pureza del corazón. Esta hierba, sin ser arrancada, se seca más rápidamente, porque evidentemente el hipócrita aún subsiste en la vida presente, y ya pierde las obras de santidad como apariencia de verdor. Porque, al haber intentado hacer el bien sin la intención de un pensamiento recto, al perderlo, indica que floreció sin raíz.

69. El hipócrita no puede disfrutar de su esperanza por mucho tiempo.---Pero Baldad, como hemos mencionado antes, a quien compara con el junco o el carrizo, lo aclara de inmediato cuando añade: Así son los caminos de todos los que se olvidan de Dios, y la esperanza del hipócrita perecerá. Pues, ¿qué espera el hipócrita con todas sus obras, sino la reverencia del honor, la gloria de la alabanza, ser temido por los mejores, ser llamado santo por todos? Pero la esperanza del hipócrita no puede perdurar, porque, al no buscar la eternidad, huye de lo que posee. En verdad, la intención de su mente no se fija en aquella gloria que se posee sin fin, sino que, al ansiar los favores transitorios, pierde al recibir lo que trabaja, como atestigua la Verdad, que dice: En verdad os digo que ya recibieron su recompensa (Mateo VI, 2, 5). Pero esta esperanza de recibir recompensa no puede sostenerse por mucho tiempo, porque se otorga honor por las obras mostradas, pero la vida se apresura hacia su fin; resuenan las alabanzas, pero los tiempos se apresuran hacia el final con las alabanzas; y porque el alma no se arraiga en el amor de la eternidad, ciertamente se desliza con las mismas cosas que ama. Nadie puede amar lo móvil y permanecer inmóvil. Pues quien abraza lo pasajero, por eso mismo es llevado al curso al que se ve implicado por lo que transcurre. Diga, pues: Y la esperanza del hipócrita perecerá, porque la alabanza humana que busca con grandes esfuerzos se desvanece impulsada por los momentos del tiempo. Bien se añade:

CAPÍTULO XLIII [Rec. XXV].

VERS. 14.---No le agradará su insensatez.

70. El hipócrita vende a bajo precio algo de gran valor. Es similar a una vid fecunda y descuidada. En verdad, es una gran insensatez actuar con esfuerzo y ansiar la alabanza del viento; servir con obras fuertes a los preceptos celestiales, pero buscar la recompensa de la retribución terrenal. Pues, para decirlo así, quien por la virtud que practica desea favores humanos lleva a la venta por un precio vil algo de gran mérito; de donde pudo merecer el reino de los cielos, busca el pago de una palabra pasajera. Vende, por tanto, su obra a bajo precio, porque gasta mucho, pero recibe poco. ¿A quiénes, entonces, son semejantes los hipócritas, sino a las vides fecundas y descuidadas, que producen fruto en abundancia, pero de ninguna manera son levantadas de la tierra con esmero? Los sarmientos que brotan vigorosos son pisoteados por las bestias errantes; y cuanto más abundantes se ven, más ávidamente son consumidos en lo bajo, porque ciertamente las obras de los hipócritas, mientras se muestran claras, surgen como pingües, pero mientras buscan alabanzas humanas, son como abandonadas en la tierra. Las bestias de este mundo, es decir, los espíritus malignos, las devoran, porque las inclinan al uso de la perdición; y tanto más ardientemente

las arrebatan, cuanto más claramente se manifiestan como grandes. Por eso bien se dice por el profeta: "El tallo está en pie, no hay en ellos germen, y no harán harina; y si la hicieran, la comerán los extraños" (Oseas 8, 7). En efecto, el tallo no tiene germen cuando la vida carece de los méritos de las virtudes. El tallo no hace harina cuando quien progresa en este siglo presente no entiende nada de sutileza, no rinde fruto de buena obra.

71. Con sus frutos sacia el hipócrita a los espíritus malignos. Se alimenta también él mismo ahora, de manera diferente después de la muerte.---Pero a menudo, incluso cuando ha hecho esto, otros comen de ello, porque cuando los hipócritas muestran buenas obras, los deseos de los espíritus malignos se sacian. Pues quienes no buscan agradar a Dios a través de estas acciones, no alimentan al dueño del campo, sino a extraños. Así, el hipócrita es semejante a una vid fecunda pero descuidada, incapaz de conservar el fruto, porque el racimo de la buena obra yace en la tierra. Sin embargo, se alimenta de su propia insensatez, porque por la buena obra es honrado por todos; sobresale entre los demás, domina las mentes de los hombres, es elevado a lugares más altos, es nutrido por favores. Esta insensatez le agrada por ahora, pero no le agradará, porque cuando llegue el tiempo de la retribución, lo que fue insensato le desagrade en el castigo. Entonces comprenderá que actuó neciamente, cuando por el deleite del elogio reciba la sentencia de la reprensión divina. Entonces considerará que fue insensato, cuando los tormentos perpetuos castiguen la gloria temporal que recibió. Entonces los suplicios revelarán la verdadera sabiduría, porque a través de ellos se recoge ciertamente que todo lo que pudo pasar no fue nada. Por lo tanto, se añade correctamente:

CAPÍTULO XLIV [Rec. XXVI].

IBID.---Y como la tela de araña es su confianza.

72. La confianza de los hipócritas es vana, no tienen buenas obras ante Dios, su predicación es infructuosa, su abstinencia es inútil. Bien se dice que la confianza de los hipócritas es semejante a las telas de araña, porque todo lo que sudan para obtener gloria es disipado por el viento de la vida mortal. Pues como no buscan lo eterno, pierden los bienes temporales con el tiempo. También se debe considerar que los hilos de la araña se conducen con orden, porque los hipócritas disponen sus obras como si fuera con discreción. La tela de araña se teje con esmero, pero se disipa de repente con un soplo, porque cualquier cosa que el hipócrita realiza con esfuerzo es llevada por el viento del favor humano; y cuando en el deseo de alabanza la obra falla, el trabajo se desvanece como en el viento. A menudo, de hecho, las obras de los hipócritas perduran hasta el final de la vida presente, pero como no buscan la alabanza del autor a través de ellas, nunca fueron buenas ante los ojos de Dios. Frecuentemente, como hemos dicho antes, se apoyan en la erudición de la ley sagrada, pronuncian palabras de doctrina, todo lo que sienten lo rodean de testimonios, pero no buscan con esto la vida de los oyentes, sino sus propios favores, porque no saben pronunciar otra cosa que no sea lo que excita los corazones de los oyentes a devolver alabanzas, pero no a encenderse en lágrimas. La mente ocupada en concupiscencias exteriores no se calienta con el fuego del amor divino; y por eso no pueden inflamar a sus oyentes con el deseo supremo las palabras que se pronuncian con un corazón frío. Pues una cosa que no ha ardido en sí misma no enciende a otra. De ahí que a menudo las palabras de los hipócritas no instruyan a los oyentes, y a los mismos que las pronuncian, elevados por las alabanzas, los hagan peores. Pues como atestigua Pablo, "La ciencia hincha, la caridad edifica" (I Cor. VIII, 1). Cuando, por tanto, la caridad no edifica al elevar, la ciencia pervierte al hinchar. A menudo los hipócritas se afligen con una abstinencia admirable, desgastan toda la fuerza del cuerpo, y como viviendo en la carne extinguen la vida de la carne, y así, a través de la abstinencia, se acercan a la muerte,

viviendo casi muriendo cada día. Pero buscan para esto los ojos humanos, desean la gloria de la admiración, como atestigua la Verdad, que dice: "Desfiguran sus rostros para parecer a los hombres que ayunan" (Mat. VI, 16). Pues los rostros palidecen, el cuerpo tiembla de debilidad, el pecho se oprime con suspiros interrumpidos. Pero entre esto, se busca de la boca de los prójimos la palabra de admiración, y con tanto esfuerzo no se piensa en otra cosa que en la estimación humana. A quienes, sin duda, bien representa aquel Simón, que en el tiempo de la pasión del Señor llevaba la cruz por obligación, de quien está escrito: "Encontraron a un hombre de Cirene, que venía del campo, llamado Simón; a este obligaron a llevar la cruz de Jesús" (Mat. XXVII, 32; Marc. XV, 21). Porque lo que hacemos por obligación, no lo realizamos por amor. Llevar la cruz de Jesús por obligación es soportar la aflicción de la abstinencia por otra intención que no es necesaria. ¿Acaso no lleva la cruz de Jesús por obligación quien, como por mandato del Señor, mortifica la carne, pero no ama la patria espiritual? Por eso, Simón lleva la cruz, pero no muere, porque todo hipócrita aflige el cuerpo por abstinencia, pero por amor a la gloria vive para el mundo.

[Vet. XXXI.] 73. La cruz se impone a la carne, pero vive para el mundo.---Por el contrario, se dice bien de los elegidos a través de Pablo: Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus pasiones y deseos. En efecto, crucificamos la carne con sus pasiones y deseos si restringimos el apetito de tal manera que ya no buscamos nada de la gloria del mundo. Porque quien mortifica el cuerpo, pero ansía honores, ha impuesto la cruz a la carne, pero vive peor para el mundo por la concupiscencia, ya que a menudo, bajo la apariencia de santidad, alcanza indignamente un puesto de gobierno, que no merecería obtener sin mostrar alguna virtud en sí mismo. Pero lo que obtiene con deleite pasa, y lo que sigue permanece con pena. Ahora la confianza en la santidad se pone en boca de los hombres; pero cuando el juez interno examina los secretos del corazón, no se buscan testigos externos de la vida. Por lo tanto, se dice bien: Como la tela de araña es su confianza, porque cuando aparece el testigo del corazón, pasa todo lo que exteriormente confía en el favor humano. Por lo cual, también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLV [Rec. XXVII].

VERS. 15.---Se apoya en su casa, y no se mantendrá; la sostiene, y no se levantará.

74. Hipócritas, la casa sobre la cual se apoyan, es el favor humano. No puede sostenerse. Así como la casa de la conversación exterior es el edificio que habita el cuerpo, de igual manera la casa de nuestro pensamiento es cualquier cosa que el alma habita por amor. Pues todo lo que amamos, en ello habitamos como si descansáramos. Por eso Pablo, porque había fijado su corazón en las cosas celestiales, aunque estaba en la tierra, sin embargo, era ajeno a la tierra, decía: Nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III, 20). La mente del hipócrita, entonces, no piensa en otra cosa en todo lo que hace sino en la gloria de su propia opinión, y no le importa a dónde lo lleva su mérito después, sino lo que se dice mientras tanto. Por lo tanto, su casa es el deleite del favor, que habita como si estuviera en reposo, porque en todas sus obras se reclina hacia esto dentro de su alma. Pero esta casa no puede sostenerse, porque la alabanza pasa con la vida, y el favor humano no subsiste en el juicio. Por eso las vírgenes necias, que no tomaron aceite en sus vasijas, porque tenían la gloria en voces ajenas y no en sus propias conciencias, turbadas por la presencia del esposo, dicen: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan (Mateo XXI, 8). Pedir aceite a los prójimos es implorar la gloria de una buena obra del testimonio de boca ajena. Pues la mente vacía, cuando encuentra que con todos sus trabajos no ha retenido nada en su interior,

busca testimonio afuera. Y como si las vírgenes necias dijeran abiertamente: Cuando veáis que somos rechazadas sin recompensa, decid qué habéis visto en nuestra obra.

[Vet. XXXII.] 75. Tampoco se mantendrá en el juicio la confianza en la santidad del hipócrita.---Pero en vano el hipócrita se apoya entonces en esta casa de alabanza, porque en el juicio no le sirve de nada el testimonio humano; ya que la misma alabanza que después exige en el testimonio, la recibió antes como recompensa. O ciertamente el hipócrita se apoya sobre su casa, cuando, engañado por vanos favores, se eleva como si tuviera confianza en su santidad. En efecto, muchos hipócritas hacen el mal en secreto, pero algunas cosas buenas en público. Y cuando reciben alabanzas por las buenas acciones visibles, apartan los ojos de la consideración de los males ocultos; y se estiman a sí mismos como los que escuchan afuera, no como los que conocen en su interior. De ahí que a menudo suceda que también se presenten con confianza al juicio supremo, porque creen que son ante el juez interno como los consideraban los hombres externamente. Pero la casa del hipócrita no puede mantenerse, porque en el terror del examen riguroso toda la confianza pasada en la santidad cae. Y cuando se da cuenta de que le faltan los testimonios de boca ajena, se vuelve a enumerar sus propias obras. Por eso se añade: La sostendrá, y no se levantará. Pues aquello que no puede mantenerse por sí mismo, se sostiene para que permanezca, porque cuando el hipócrita ve que su vida se tambalea en el juicio, intenta sostenerla enumerando sus obras. ¿Acaso no sostienen su morada de alabanza de un lado a otro, quienes enumerando sus hechos en el juicio, como hemos dicho antes, dicen: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? (Mateo VII, 22)? Pero la casa de alabanza, sostenida por tantas alegaciones, no se levanta, porque inmediatamente el juez dice: Nunca os conocí, apartaos de mí, obradores de iniquidad (Ibid. 23). Y es necesario saber que aquello que se levanta se erige desde lo más bajo hacia lo superior. Por tanto, la casa del hipócrita no puede levantarse, porque en todo lo que pudo hacer según los preceptos celestiales, nunca elevó su ánimo desde la tierra. Con razón, entonces, no se eleva al premio de la retribución, quien por lo que ahora exhibe yace en el apetito de la gloria temporal. [Vet. XXXIII, Rec. XXVIII.] Pero como hemos escuchado cómo la vida del hipócrita, señalada con la denominación de junco, es reprobada en el juicio, escuchemos cómo es considerada por los hombres antes de que aparezca el juez riguroso. Sigue:

CAPÍTULO XLVI.

VERS. 16.---279 Humedecido parece antes de que llegue el sol.

76. Ahora el hipócrita es considerado santo, pero cuando Cristo venga, se mostrará como iniquo. A menudo en la Sagrada Escritura, el Señor es figurado con la apelación de sol, como se dice por el profeta: "Pero para vosotros que teméis mi nombre, se levantará el sol de justicia" (Mal. IV, 2). Y como los impíos rechazados en el juicio son descritos en el libro de la Sabiduría diciendo: "Nos hemos desviado del camino de la verdad, y la luz de la justicia no ha brillado para nosotros, y el sol no ha salido para nosotros" (Sab. V, 6). Ante el sol, por tanto, el junco se ve húmedo, porque antes de que la divina severidad resplandezca en el juicio, todo hipócrita se muestra como si estuviera lleno de la gracia de la santidad; se le ve como verdeante, porque se le estima justo, obtiene un lugar de honor, se destaca por la gloria de la santidad, todos le rinden veneración, su reputación de alabanza se extiende. Así, este junco está húmedo en la noche; pero cuando viene el sol, se seca, porque ciertamente el hipócrita en las tinieblas de la vida presente es considerado santo por todos, pero cuando venga el juez severo, se mostrará cuán iniquo es. Diga, pues: "Se ve húmedo antes de que

venga el sol", porque ahora se exhibe como verdeante a los ojos humanos, pero en el calor del juicio divino se secará. Sigue:

CAPÍTULO XLVII.

IBID.---Y en su nacimiento, su brote sale.

77. Tan pronto como actúa correctamente, el hipócrita desea ser alabado. Adoptando el hábito de la santidad, a veces se vuelve peor. --- Cualquier hierba al nacer primero es producida por la tierra, es tocada por el aire y el calor, es nutrida por el sol y las lluvias, y solo entonces se abre para ofrecer el germen de su semilla. Sin embargo, el junco nace con su flor, y pronto surge de la tierra, produciendo consigo el germen de su semilla. Por lo tanto, los santos son bien representados por las demás hierbas, mientras que el hipócrita es designado por el junco, porque los hombres justos, antes de surgir en la obra de la santa conversación, soportan el invierno de esta vida, y los agota el calor de las graves persecuciones; pero cuando actúan correctamente, de ninguna manera buscan aquí la recompensa de su rectitud; y cuando salen de los trabajos del mundo presente, llegando a la patria eterna, disfrutan de la retribución esperada. Por el contrario, el hipócrita, porque nace en la buena obra, intenta recibir la gloria del mundo presente. Surge como el junco con su germen, quien, por el hecho de comenzar a vivir bien, busca inmediatamente ser honrado por todos. Así, el germen en el nacimiento es la remuneración en el inicio. A menudo, algunos abandonan los caminos de la maldad manifiesta, adoptan el hábito de la santidad; y tan pronto como tocan los primeros umbrales de vivir bien, olvidan quiénes fueron, ya no quieren ser afligidos por la penitencia de las maldades consumadas; pero desean ser alabados por la justicia iniciada, y anhelan presidir sobre otros incluso mejores. A quienes, cuando la prosperidad presente sigue según su deseo, se vuelven mucho peores de lo que eran antes con el hábito de la santidad. Pues ocupados en múltiples asuntos, y confundidos por esa misma ocupación, no solo no lamentan lo perpetrado, sino que aún agravan lo que debería ser lamentado.

[Vet. XXXIX. Rec. XXIV.] 78. Un recién convertido no debe ser promovido a oficios exteriores como un hipócrita. Nuestros bienes perecen si se revelan prematuramente. Quienes abandonan el mundo no deben ser promovidos a oficios exteriores, a menos que se fortalezcan en el desprecio del mismo mundo a través de la humildad durante un tiempo prolongado. Los bienes que se dan a conocer a los hombres antes de tiempo perecen rápidamente, porque los arbustos plantados, antes de que sus raíces se afiancen, se marchitan si una mano los sacude. Pero si la raíz se fija profundamente y se solidifica al ser regada por la humedad de la tierra, aunque una mano los empuje, no los daña; aunque los vientos los sacudan al doblarlos, no los derriban. Por lo tanto, para que no se arranque la vida de la obra comenzada, la raíz del corazón debe fijarse profundamente y con firmeza en la humildad, de modo que cuando el viento de la crítica o del favor humano sople, aunque se incline en cualquier dirección, no arranque el ánimo de raíz; sino que regrese inmediatamente a su estado después de la flexión, si permanece fuerte en su raíz. ¿Qué hay más robusto en las cosas que crecen que una pared que se eleva? Sin embargo, si se empuja mientras se construye, se destruye fácilmente; pero si se le permite secarse durante un tiempo, a menudo no se ve afectada ni por los golpes de los arietes. Así, nuestros bienes, si se manifiestan intempestivamente, perecen, y si se ocultan por más tiempo, se solidifican, porque cuando la mano de la ocupación humana toca la vida incipiente de nuestra conversión, es como si empujara una pared recién construida, y la destruye fácilmente, porque aún no ha perdido la humedad de su propia debilidad. Pero cuando el ánimo se comprime en el largo abandono de su quietud, se endurece como una pared seca contra los golpes, y todo lo que golpea lo sólido

rebota inmediatamente. Por eso Moisés prohibió que la vida de los principiantes se ejerciera en ocupaciones humanas, diciendo: No trabajarás con el primogénito del buey, ni esquilarás los primogénitos de las ovejas (Deut. XV, 19). Trabajar con el primogénito del buey es mostrar los inicios de una buena conversión en el ejercicio de la acción pública. Esquilar los primogénitos de las ovejas es desnudar nuestros bienes incipientes a los ojos humanos, quitándoles el manto de su ocultación. Por lo tanto, se nos prohíbe trabajar con el primogénito del buey y se nos impide esquilar los primogénitos de las ovejas, porque aunque comencemos algo robusto, no debemos ejercitarlo abiertamente demasiado pronto. Y cuando nuestra vida comienza algo simple e inocente, es digno que no abandone el velo de su secreto, para que no lo muestre desnudo a los ojos humanos como si le hubieran quitado el vellón.

[Vet. XXXV.] 79. Los inicios de una vida buena deben dedicarse a un solo Dios. Por qué no deben darse a conocer demasiado pronto.---Por lo tanto, que los primogénitos de los bueyes y de las ovejas se ofrezcan solo en sacrificios divinos, para que cualquier cosa que comencemos, inocente y pura, la inmolemos en el altar del corazón en honor del juez interior. Esto, sin duda, es recibido con mayor agrado por Él, cuanto más se mantiene oculto a los hombres, sin mancharse con el deseo de alabanza. Sin embargo, a menudo los comienzos de una nueva vida están aún mezclados con la vida carnal; y por eso no deben darse a conocer demasiado pronto, no sea que, al ser alabadas las cosas buenas que agradan, el alma, engañada por su propia alabanza, no pueda percibir los males que se ocultan. Por lo cual, acertadamente se dice de nuevo por medio de Moisés: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os daré, y plantéis en ella árboles frutales, quitaréis sus prepucios. Los frutos que broten serán inmundos para vosotros, y no comeréis de ellos (Levítico XIX, 23). Los árboles frutales son, sin duda, obras fecundas en virtudes. Quitamos, pues, los prepucios de los árboles cuando, sospechando de la debilidad misma del inicio, no aprobamos los comienzos de nuestras obras. Consideramos inmundos los frutos que brotan y no los adaptamos a nuestro consumo, porque cuando se alaban los comienzos de una buena obra, es digno que esto no alimente el ánimo del que obra; no sea que, al saborear suavemente la alabanza recibida, se consuma prematuramente el fruto de la obra. Así, quien haya recibido la alabanza de una virtud incipiente de boca humana, es como si hubiera comido el fruto de un árbol plantado antes de tiempo.

80. El hipócrita busca testigos de su obra; si no los tiene, considera que ha perdido su esfuerzo. Por eso, a través del Salmista, la Verdad dice: Es vano para vosotros levantaros antes del amanecer, levantaos después de haberos sentado (Salmo 126, 3). Levantarse antes del amanecer significa alegrarse en la noche de la vida presente antes de que aparezca la claridad de la retribución eterna. Por lo tanto, primero debemos sentarnos para luego levantarnos correctamente, porque quien ahora no se humilla voluntariamente, no será exaltado por la gloria que sigue. Así que levantarse antes del amanecer es, para el hipócrita, como brotar en su nacimiento, porque deseando alabanzas humanas, donde nace para una buena obra, allí inmediatamente busca alcanzar la gloria de la retribución. ¿Acaso no habían brotado en su nacimiento aquellos de quienes la Verdad decía: Aman los primeros asientos en los banquetes, y las primeras sillas en las sinagogas, y los saludos en las plazas, y ser llamados rabí por los hombres (Lucas 20, 46; Mateo 23, 6)? Por lo tanto, porque comienzan a actuar bien, pero intentan conseguir honor de los hombres, se levantan como juncos desde su nacimiento con el brote. Estos, ciertamente, cuando desean obrar rectamente, primero buscan con mente ansiosa testigos de su obra, y en pensamiento silencioso consideran si hay quienes puedan ver lo que hacen, si quienes lo han visto pueden hablar dignamente de ello. Pero si acaso sus hechos no llegan a ser vistos por ningún hombre, sin duda los consideran perdidos;

y consideran los ojos del juez interno como ausentes, porque rehúsan recibir de él la recompensa de su obra en el futuro. Y puesto que cuando el hipócrita hace algo recto, busca ser visto por muchos, se añade bien sobre este junco:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 17.---Sobre el montón de piedras se fortalecerán sus raíces, y entre las piedras habitará.

81. El hipócrita busca con toda su intención la admiración de los hombres. ¿Qué entendemos por el nombre de raíces, sino las pensamientos ocultos que surgen en secreto, pero se manifiestan abiertamente en las obras? Como se dice del germen de la palabra a través del profeta: "Y lo que se salve de la casa de Judá, y lo que quede, echará raíz hacia abajo y dará fruto hacia arriba" (Isaías 37, 31). Echar raíz hacia abajo significa multiplicar el buen pensamiento en lo oculto. Hacer fruto hacia arriba es mostrar a través de la eficacia de la obra lo que se ha pensado correctamente. En la Sagrada Escritura, los hombres son designados con el nombre de piedras, como se dice de la santa Iglesia a través de Isaías: "Pondré tus baluartes de jaspe, y tus puertas de piedras labradas" (Isaías 54, 12). Él explicó lo que quiso decir con esas piedras cuando añadió: "Todos tus hijos serán enseñados por el Señor" (Isaías 54, 13). Y como se dice por la advertencia de Pedro: "Y vosotros, como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual" (1 Pedro 2, 5). En este lugar, ya que se mencionan piedras, pero no se dice que sean vivas, con la simple denominación de piedras se pueden figurar tanto los reprobados como los elegidos. Este junco que habita entre las piedras echa raíces densas sobre el montón de piedras, porque todo hipócrita multiplica sus pensamientos en la búsqueda de la admiración de los hombres. Pues en todo lo que hacen los hipócritas, ya que buscan en sus pensamientos ocultos las alabanzas de los hombres, es como si echaran raíces de junco en un montón de piedras. Al planear sus alabanzas, las meditan en silencio en sus pensamientos cuando son alabados. Se alegran de haber destacado en la estimación humana. Y cuando, inflados por los favores, se enorgullecen en su interior, a menudo se admiran en silencio de lo que son. Desean parecer cada día más altos a sus propios ojos, y crecen en sus obras con invenciones admirables, porque así como las virtudes debilitan todo vicio, la arrogancia lo fortalece. Obliga a la mente a rejuvenecer y a prevalecer contra las fuerzas, porque lo que niega el vigor de la salud, lo ordena el amor a la alabanza. Por eso, como hemos dicho, buscan jueces para sus hechos. Si les falta testigos de sus obras, ellos mismos narran lo que han hecho. Y cuando comienzan a ser exaltados por los favores, a menudo añaden algo falso a sus obras al relatar lo que han hecho. Y cuando dicen la verdad, al decirla la hacen ajena, porque al ser recompensados con los favores buscados, se vacían de la retribución interna.

82. El hipócrita, al ostentar sus bienes, los revela a los espíritus malignos. Provoca a los enemigos al saqueo al descubrirles sus riquezas. Pues al mostrar sus bienes, los expone a los espíritus malignos, como a enemigos al acecho, para que los depreden. La vida de Ezequías, conocida por todos, figuró esta culpa, quien, después de haber derribado con una sola oración y en el espacio de una noche a ciento ochenta y cinco mil enemigos por el golpe de un ángel, después de haber hecho retroceder al sol, cercano al ocaso, a las alturas del cielo, después de haber prolongado su vida, ya cercana al fin, a tiempos más largos, mostró todos los bienes que poseía a los mensajeros del rey de Babilonia; pero de inmediato escuchó la voz del profeta: "He aquí que vendrán días en que se llevarán todo lo que hay en tu casa, a Babilonia; no quedará nada, dice el Señor" (IV Reyes XX, 17). Así, los hipócritas, después de crecer en grandes virtudes, porque descuidan las insidias de los espíritus malignos y no quieren ocultarse en esas mismas virtudes, al mostrar sus bienes, los hacen enemigos y, al revelarlos,

pierden de repente todo lo que con esfuerzo han trabajado. De ahí que el salmista diga: "Entregó a la cautividad sus virtudes, y sus bellezas en manos del enemigo" (Salmo LXXVII, 61). La virtud y la belleza de los arrogantes se entregan en manos del enemigo, porque todo bien que se muestra por la concupiscencia de la alabanza se somete al dominio del adversario oculto. Provoca a los enemigos al saqueo quien desnuda sus riquezas a su conocimiento. Pues mientras estemos separados de la seguridad de la patria eterna, caminamos por un camino lleno de ladrones al acecho. Quien teme ser despojado en el camino, es necesario que oculte los bienes que lleva. ¡Oh miserables, que deseando las alabanzas de los hombres, disipan en sí mismos los frutos de sus trabajos; y cuando desean mostrarse a los ojos ajenos, condenan lo que hacen! Los espíritus malignos, al provocarlos a la jactancia, como hemos dicho, desnudan sus obras, capturándolas. Por eso, bajo la figura de una cierta nación, señalando la malicia de los antiguos enemigos, la Verdad dice por el profeta: "Puso mi viña en desierto, despojó mi higuera, desnudándola la despojó, sus ramas quedaron blancas" (Joel I, 7). La viña de Dios se pone en desierto por los espíritus insidiosos, cuando el alma llena de frutos se disipa por la concupiscencia de la alabanza humana. Esta nación despoja la higuera de Dios, porque arrebatando la mente seducida al apetito del favor, al llevarla a la ostentación, le quita el manto de la humildad; y desnudándola la despoja, porque mientras se oculta en sus bienes, está vestida como con la corteza de su propio manto. Pero cuando la mente desea que lo que ha hecho sea visto por otros, como la higuera despojada pierde la corteza que la cubría. Donde se añade adecuadamente: "Sus ramas quedaron blancas", porque las obras mostradas a los ojos humanos resplandecen, se toma el nombre de santidad cuando la acción recta se divulga. Pero como, al quitar la corteza, las ramas de esta higuera se secan, es necesario observar con atención que las obras de los arrogantes, mostradas a los ojos humanos, se secan de donde desean agrandar. La mente, por tanto, que se revela por la jactancia, se llama higuera despojada, porque es blanca por lo que se ve, y cercana a la sequedad por lo que se desnuda del manto de la corteza. Por lo tanto, lo que hacemos debe guardarse en el interior, si esperamos recibir la recompensa de nuestra obra del juez interno. De ahí que la Verdad diga en el Evangelio: "Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha; para que tu limosna sea en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará" (Mateo VI, 3). De ahí que se diga de la Iglesia de los elegidos por el salmista: "Toda la gloria de la hija del rey es interior" (Salmo XLIV, 14). De ahí que Pablo diga: "Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia" (II Corintios I, 12). La Iglesia, hija de reyes, que en buena obra es generada por la predicación de los príncipes espirituales. Tiene su gloria en el interior, porque lo que hace no lo tiene para la jactancia de la ostentación. Pablo recuerda que su gloria es el testimonio de su conciencia, porque, no deseando los favores de la boca ajena, no sabe poner las alegrías de su vida fuera de sí mismo.

[Vet. XXXVIII.] 83. Las obras buenas deben ocultarse, o revelarse solo para la gloria de Dios.---Por lo tanto, deben ocultarse las acciones que realizamos, para que, al llevarlas descuidadamente en el camino de esta vida, no las perdamos por el ataque de los espíritus ladrones. Y sin embargo, la Verdad dice: Que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Pero ciertamente es diferente cuando en la manifestación de la obra se busca la gloria del dador, a cuando se desea la alabanza personal por el don recibido. Por eso, nuevamente en el Evangelio, esta misma Verdad dice: Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos (Mat. VI, 1). Por lo tanto, cuando nuestra obra se muestra a los hombres, primero debe ser evaluada en el examen del corazón para determinar qué se busca con el afán de esa manifestación. Porque si buscamos la gloria del dador, incluso nuestras obras publicadas permanecen ocultas ante su vista. Pero si deseamos nuestra propia alabanza a través de ellas, ya han sido expulsadas de su presencia, aunque muchos las ignoren.

84. Es propio de los perfectos, al mostrar la obra, buscar la gloria de Dios. Pero es muy propio de los más perfectos, al mostrar así la obra, buscar la gloria del autor, de modo que no sepan alegrarse con exultación privada por la alabanza recibida. Pues solo entonces se muestra la obra laudable a los hombres sin daño, cuando por el desprecio de la mente se pisa verdaderamente la alabanza otorgada. Como los débiles no superan perfectamente este desprecio, es necesario que oculten el bien que realizan. Pues a menudo, desde el inicio de la ostentación, buscan su propia alabanza. A menudo, en la ostentación de la obra, desean manifestar la gloria del autor; pero, atrapados por los favores, son arrastrados al deseo de su propia alabanza; y al descuidar juzgarse a sí mismos interiormente, dispersos exteriormente, ignoran lo que hacen; y su obra sirve a su propia vanidad, y creen que lo hacen en servicio del dador. Así, el junco mora entre las piedras, porque allí se encuentra el hipócrita, donde solidifica la intención de su mente. Pues cuando ambiciona recibir el testimonio de muchos, es como si permaneciera en la colección de piedras. Pero este hipócrita, señalado con el nombre de junco, cuando somete su cuerpo con abstinencia, cuando se esfuerza en la piedad distribuyendo lo que posee, cuando se instruye en el conocimiento de la ley sagrada, cuando utiliza la palabra de la predicación, ¿quién al verlo lleno de tanta generosidad, lo consideraría ajeno a la gracia del dador? Y sin embargo, la dispensación divina le otorga los dones de la obra, pero le niega la suerte de la herencia; acumula los dones de obrar, y sin embargo ignora la vida del que obra, porque cuando el don recibido se lleva a la propia alabanza, en la presencia de la luz íntima, la sombra de la vanidad se oscurece. Por lo cual, bien se añade:

CAPUT XLIX.

VERS. 18.---Si lo absorbe de su lugar, lo negará y dirá: No te conozco.

85. Reprobación del hipócrita.---El hipócrita es absorbido de su lugar cuando, al intervenir la muerte, es separado de los favores de la vida presente. Pero el juez interno niega conocer a este absorbido y declara que no lo reconoce, porque la Verdad, al reprobar justamente la vida del simulador, lo ignora y no reconoce los bienes que ha hecho, ya que no los realizó con recta intención. Por eso, al venir al juicio, dirá a las vírgenes necias: En verdad os digo, no os conozco (Mateo XXV, 12). En ellas, al considerar la corrupción de la mente, también condena la incorruptibilidad de la carne. Pero ojalá que su perdición fuera suficiente para los hipócritas, y que sus estudios perversos no incitaran ardientemente a otros a la vida de duplicidad. Pues es propio de cada uno que, tal como es él, así quiera unir a otros a sí mismo, rehuyendo la diversidad de vida, e imprimiendo como digno de imitar aquello que ama. Por eso, en el juicio de los hipócritas, toda simplicidad es un crimen. Juzgan las mentes abiertas y llaman torpeza a la pureza del corazón; y a todos aquellos que desean adherir a ellos, los desvían del camino de la simplicidad; y, como si hubieran expulsado la insensatez, se consideran a sí mismos como quienes han instruido, cuando en realidad han combatido la pureza de la mente, es decir, la cima de la sabiduría. [Vet. XXXIX.] Pero como el hipócrita no solo es reprobado por su propia perversidad, sino también por la perdición de los seguidores que se le adhieren, después de que se dice que no es conocido por el juez, se añade correctamente:

CAPÍTULO L.

VERS. 18, 19.---Porque esta es la alegría de su camino, que de nuevo de la tierra otros broten.

86. Múltiple castigo del hipócrita.---Como si se dijera abiertamente: Al llegar el juez, no es reconocido, sino que recibe múltiples castigos, porque se alegró ampliamente en su iniquidad, propagando el mal en otros. Aquel a quien aquí no le basta su propia iniquidad, es necesario que allí sea atormentado también, y con razón, por la culpa ajena. Ahora, pues, que los simuladores se alegren y se gloríen de haber obtenido los juicios humanos; que se desprecie la simplicidad de los justos, y que la astucia de los dobles sea llamada necesidad; el desprecio de los simples pasa rápidamente, la gloria de los dobles se desvanece rápidamente. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO LI [Rec. XXXI].

VERS. 20.---Dios no rechazará al sencillo, ni extenderá su mano a los malvados:

285 87. Por las obras buenas realizadas con mala intención y por los engaños.---Porque ciertamente, al aparecer en el juicio estricto, exaltará la humildad de los sencillos glorificándolos, y quebrantará la gloria de los malvados reprobándolos. Los malvados son llamados hipócritas, quienes hacen el bien sin rectitud, y realizan acciones correctas con el afán de ser alabados. A quien extendemos la mano, a este lo elevamos desde lo más bajo. Por tanto, Dios no extiende su mano a los malvados, porque los que buscan la gloria terrenal los deja en lo bajo, y aunque sus acciones parezcan rectas, no los lleva a los gozos celestiales. O ciertamente, los hipócritas son llamados malvados porque muestran bondad hacia los prójimos y ocultan los engaños de su iniquidad. Pues en todo lo que hacen o dicen, exteriormente exhiben simplicidad, pero interiormente son astutos en su duplicidad; simulan pureza en la superficie, pero siempre ocultan la malicia bajo la apariencia de pureza. Contra ellos, bien se dice por Moisés: No vestirás ropa tejida de lana y lino (Deut. XXII, 11, 12). Por la lana se designa la simplicidad, y por el lino la sutileza. Y ciertamente, la vestidura que se confecciona de lana y lino, oculta el lino en el interior y muestra la lana en la superficie. Viste, pues, ropa tejida de lana y lino quien en su discurso o acción oculta la sutileza de la malicia en el interior y muestra la simplicidad de la inocencia en el exterior. Porque la astucia no puede ser descubierta bajo la apariencia de pureza, como el lino se oculta bajo la grosura de la lana. Sin embargo, después de la reprobación de los dobles, se muestra la recompensa de los justos, cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO LII.

VERS. 20, 21.---Hasta que se llene de risa tu boca, y tus labios de júbilo.

88. La risa de los santos después del luto. Júbilo.---En efecto, la boca de los justos se llenará de risa cuando sus corazones, tras finalizar los llantos de la peregrinación, se sacien con la exultación de la alegría eterna. Sobre esta risa, la Verdad dice a los discípulos: El mundo se alegrará, pero vosotros os entristeceréis; pero vuestra tristeza se convertirá en gozo (Juan XVI, 20). Y de nuevo: Os veré, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo (Ibid., 22). Sobre esta risa de la santa Iglesia, Salomón dice: Reirá en el último día (Prov. XXXI, 25). De esto se dice también: Al que teme al Señor, le irá bien en sus últimos días (Ecli. I, 13). Sin embargo, entonces no será una risa del cuerpo, sino una risa del corazón. Pues la risa del cuerpo ahora proviene de la lascivia de la disolución, mientras que la risa del corazón entonces nacerá de la alegría de la seguridad. Cuando, por tanto, todos los elegidos se llenan de la alegría de la contemplación manifiesta, saltan en hilaridad de risa en la boca de la mente. Llamamos júbilo cuando concebimos en el corazón una alegría tan grande que la eficacia del discurso no puede expresar; y sin embargo, la exultación de la mente suena con la

voz lo que no puede explicar con palabras. Bien se dice que la boca se llena de risa, los labios de júbilo, porque en aquella patria eterna, cuando la mente de los justos es arrebatada en exultación, la lengua se eleva en canto de alabanza. Ya que ven tanto como no pueden decir, en la risa jubilan, porque resuenan sin poder expresar completamente lo que aman.

[Antiguo XL.] 89. Los castigos de los réprobos nunca terminarán. El sentido de la palabra "hasta".---Se dice "hasta", no porque el Dios omnipotente no levante a los malvados hasta que asuma a sus elegidos en el gozo de la jubilación, como si después los librara del castigo a aquellos que antes, al abandonarlos en su culpa, condena; sino porque no lo hace antes del juicio, cuando podría parecer dudoso para los hombres si se hará. Pues después del júbilo de sus elegidos, ya que no extiende su mano a los malvados, se confirma por la misma severidad del último juicio. Así también se dice por el Salmista: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies" (Salmo CIX, 1, 2), no porque el Señor no se siente a la derecha del Señor después de que somete a sus enemigos bajo su poder, sino porque preside en eterna bienaventuranza para todos, y antes de que someta los corazones de sus rebeldes. En esto, ciertamente, se confirma que, con los enemigos sometidos, reina sin fin y posteriormente. Así se dice en el Evangelio sobre el esposo de María: "Y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito" (Mateo I, 25); no porque la conociera después del nacimiento del Señor, sino porque no la tocó, incluso cuando no sabía que era la madre de su Creador. Pues, como no pudo tocarla después de reconocer que el misterio de nuestra redención se celebraba desde su vientre, era necesario que el evangelista diera testimonio de aquel tiempo sobre el cual, debido a la ignorancia de José, se podría haber dudado. Así, ahora se dice: "Dios no rechazará al sencillo, ni extenderá su mano a los malvados, hasta que se llene de risa tu boca, y tus labios de júbilo". Como si se dijera abiertamente: No abandona la vida de los sencillos antes del juicio, ni deja de golpear las mentes de los maliciosos al abandonarlas, ni lo omite antes de que se manifieste. Pues no hay duda de que atormentará sin fin a los réprobos, y sus elegidos reinarán para siempre después de que se haya manifestado. Sigue:

CAPÍTULO LIII [Rec. XXXII].

VERS. 22.---Los que te odian se vestirán de confusión.

90. De qué se avergonzarán los réprobos en el día del juicio.---Los enemigos de los justos serán cubiertos de confusión en el juicio final, porque cuando vean ante los ojos de su mente los males pasados que se les presentan, serán oprimidos por su propia culpa que los rodea. En ese momento soportarán el recuerdo de sus acciones para su castigo, aquellos que ahora pecan con alegría como si estuvieran ajenos al sentido de la razón. Allí verán cuánto debieron haber huido de lo que amaron, allí contemplarán cuán lúgubre fue lo que ahora celebran en su culpa. Entonces la culpa oscurecerá su ánimo, y su propia conciencia se atacará con los dardos de su memoria. ¿Quién, pues, puede medir dignamente cuánta será la confusión de los inicuos en ese momento, cuando el juez eterno se ve afuera y la culpa se presenta ante los ojos en el interior? Llegan a esto porque aquí solo amaron lo transitorio. Por lo cual, adecuadamente se añade a continuación:

CAPÍTULO LIV.

IBID.---Y el tabernáculo de los impíos no subsistirá.

91. La afección de los réprobos hacia los bienes terrenales. La de los justos.---En efecto, se construye una tienda para proteger el cuerpo del calor y del frío. ¿Qué se expresa, entonces, en este lugar con el nombre de tienda, sino la edificación de la felicidad terrenal, mediante la cual los réprobos multiplican lo que caerá sobre ellos, para defenderse de las necesidades de la vida presente como si fuera del calor y de las lluvias? Pues anhelan crecer en honores, para no parecer despreciados. Acumulan bienes terrenales para no languidecer en el frío de la pobreza. Desprecian cuidar lo que sigue, y con toda su intención se esfuerzan para que no falte nada en el presente. Se afanan por expandir su nombre, para no pasar desapercibidos; y si todo se les presenta según su deseo, se consideran en todo protegidos y felices. Donde, por tanto, construyen la morada de su mente, allí sin duda han fijado sus tiendas. Soportan con impaciencia las adversidades, se alegran débilmente en la prosperidad. Solo piensan en lo que está presente, y no respiran con ningún recuerdo hacia el afecto de la patria celestial. Se alegran de tener los bienes que desean; y donde descansan en la carne, allí también sepultan su mente extinguiéndola, porque, heridos por el dardo del cuidado secular, el montón de cosas terrenales que multiplican buscando afuera, lo llevan siempre dentro a través del pensamiento.

92. [Vet. XL.] Por el contrario, los justos no consideran los bienes ofrecidos aquí como algo grande, ni temen en exceso los males que se les imponen. Pero, aun cuando disfrutan de los bienes presentes, temen los males futuros; y cuando gimen por los males presentes, se consuelan con el amor de los bienes venideros. Así, se reconfortan con el auxilio temporal, como el viajero que usa una cama en una posada: descansa, pero se apresura a partir; reposa el cuerpo, pero su mente se dirige a otro lugar. A veces incluso desean sufrir adversidades, rehúyen prosperar en lo transitorio, para no ser retrasados en su llegada a la patria por el deleite del viaje, para no fijar el paso del corazón en el camino de la peregrinación, y para que no lleguen alguna vez a la vista de la patria celestial sin recompensa. Se alegran de ser despreciados, y no se duelen de ser afligidos por las necesidades. Por tanto, quienes no se protegen contra las adversidades presentes, son como aquellos que no quieren tener un refugio contra el calor y la lluvia. Por eso Pedro es justamente reprendido, porque, aún no fortalecido por la perfección de la mente, al conocer la claridad de la verdad, intenta fijar una tienda en la tierra (Mat. XVII, 4; Marc. IX, 2). Así, los justos aquí descuidan construirse, porque se reconocen como peregrinos y huéspedes. Pues, ya que desean gozar en lo propio, rehúsan ser felices en lo ajeno. Sin embargo, los injustos, cuanto más alejados están de la herencia de la patria eterna, tanto más profundamente fijan en la tierra los fundamentos de su pensamiento. De ahí que, desde el mismo inicio de la condición humana, en la descendencia elegida, Enoch nace séptimo. De ahí que Caín llame a su primer hijo Enoch, y nombre la ciudad que construyó con su nombre (Gén. IV, 17). Enoch, en efecto, significa dedicación. Los inicuos, por tanto, se dedican desde el principio, porque en esta vida, que es anterior, plantan la raíz del corazón, para florecer aquí según su deseo, y marchitarse completamente en la patria futura. En cambio, para los justos, Enoch nace séptimo, porque la dedicación festiva de su vida se reserva para el final. De ahí que, según atestigua Pablo, Abraham habita en tiendas (Hebr. XI, 9), porque espera la ciudad que tiene fundamentos, la cual el supremo artífice ha construido. De ahí que Jacob, siguiendo humildemente los rebaños de ovejas, avanza (Gén. XXXIII, 14), y Esaú, al encontrarse con él, se eleva con el tumulto de un séquito numeroso, porque, sin duda, los elegidos aquí no tienen elevación, y los réprobos se hinchan de alegría en los bienes de la carne. De ahí que el Señor diga a Israel: Si eliges a uno del pueblo de la tierra y lo constituyes como príncipe sobre ti, no hará para sí caballos y jinetes (Deut. XVII, 16). Y sin embargo, el primer rey elegido por ese mismo pueblo, tan pronto como alcanzó la cumbre del poder, eligió para sí tres mil jinetes, inmediatamente se mostró en su elevación, y estalló en la edificación de la cumbre alcanzada (I Reg. XIII, 2),

porque no podía restringir externamente bajo igualdad lo que internamente su ánimo se hinchaba sobre los demás. Aquel rico había construido para sí una tienda fortificada, quien decía: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años: descansa, come y bebe, y regocíjate (Luc. XII, 19). Pero como su tienda no subsiste en el fundamento de la verdad, enseguida escuchó: Necio, esta noche te reclamarán el alma; lo que has preparado, ¿de quién será? (Ibid., 20). Por tanto, se dice bien: La tienda de los impíos no subsistirá, porque los amantes de la vida fugitiva, mientras se construyen afanosamente en lo presente, son repentinamente arrebatados hacia lo eterno.

LIBRO NOVENO. EXPLICA EL CAPÍTULO NOVENO CON TODO EL DÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

287 1. Los perversos rechazan las palabras de los adversarios, ya sean rectas o torcidas, mientras que los buenos actúan de manera diferente.---Las mentes perversas, una vez que se han entregado al estudio de la contradicción, ya sea que escuchen algo torcido o recto de quienes les contradicen, lo atacan con respuestas adversas, porque cuando la persona les desagrada por la contradicción, tampoco les agradan las cosas rectas que pueda haber dicho. En cambio, los corazones de los buenos, que no odian a la persona sino la culpa, juzgan lo perverso de tal manera que asumen lo recto que se dice. De hecho, se sientan como jueces muy justos para discernir los sentimientos de los contradictores, y rechazan lo mal dicho, pero aprueban lo que reconocen como verdad. Pues suele suceder que entre la multitud de espigas, también crece una espiga del grano de trigo. Por lo tanto, el obrar debe hacerse con mano cauta, de modo que mientras se quita la espina, se nutra la espiga, para que quien se esfuerza en erradicar lo que hiere, sepa conservar lo que alimenta. Por eso, el bienaventurado Job, porque Baldad el suhita había dicho correctamente en su investigación: ¿Acaso Dios pervierte el juicio, o el Omnipotente subvierte lo que es justo? (Job VIII, 3), porque había dicho cosas verdaderas y fuertes contra los hipócritas, al ver que estas palabras también se aplicaban bien contra los perversos en general, deja de lado su propio interés en la defensa y aprueba de inmediato lo que ha escuchado, diciendo:

CAPÍTULO II [Rec. II].

CAP. IX, VERS. 2.---Verdaderamente sé que es así, y que el hombre no puede justificarse ante Dios.

2. Debemos someternos a Dios, no compararnos con Él.---El hombre, al someterse a Dios, recibe justicia; al compararse, la pierde, porque quien se equipara al autor de los bienes, se priva del bien que ha recibido. Pues quien se atribuye los bienes recibidos, lucha con sus dones contra Dios. Por lo tanto, si el despreciado se enaltece, es justo que el enaltecido sea destruido. Sin embargo, el hombre santo, al darse cuenta de que todo mérito de nuestra virtud es un vicio si es juzgado estrictamente por el juez interno, correctamente añade:

CAPÍTULO III.

Si quisiera contender con Él, no podría responderle ni una de mil.

289 3. Pierde los dones de Dios quien se ensalza por ellos.---En la Sagrada Escritura, el número mil suele entenderse como símbolo de totalidad. Por eso el Salmista dice: "El pacto que mandó para mil generaciones" (Sal. CIV, 8); aunque ciertamente se sabe que desde el

inicio del mundo hasta la venida del Redentor, el evangelista no cuenta más de setenta y siete generaciones (Luc. III, 38). ¿Qué se expresa entonces en el número mil, sino la totalidad perfecta de la generación predestinada para dar lugar a una nueva descendencia? Por eso también se dice por medio de Juan: "Y reinarán con él mil años" (Apoc. XX, 6), porque el reino de la santa Iglesia se consolida con la perfección de la totalidad. Y dado que la unidad multiplicada por diez se lleva al centenar, y este a su vez multiplicado por diez se extiende al millar, cuando comenzamos desde uno para llegar al millar, ¿qué se designa en este contexto con la mención de uno, sino el inicio de una vida bien vivida, y con la amplitud del número mil, sino la perfección de esa misma buena vida? Contender con Dios no es atribuirle gloria, sino arrogarse a sí mismo la gloria de su virtud. Pero el hombre santo debe darse cuenta de que incluso quien ha recibido los dones más altos, si se ensalza por lo recibido, pierde todo lo que había recibido, y debe decir: "Si quisiera contender con él, no podría responderle uno de mil". Porque quien contiende con el Creador no puede responder uno de mil, ya que quien se ensalza por su perfección no muestra ni siquiera el inicio de una vida bien vivida. No podemos responder uno de mil, porque cuando nos ensalzamos por la perfección de la buena vida, mostramos que ni siquiera la hemos comenzado. Pero entonces somos sacudidos más verdaderamente por nuestra debilidad, si consideramos y reflexionamos sobre cuán inmenso es el poder del juez. Por eso se añade:

CAPÍTULO IV [Ant. II].

VERS. 4.---Es sabio de corazón y fuerte en vigor.

4. Dios, siendo sabio, no puede ser engañado, y siendo fuerte, no puede ser evitado. ¿Qué maravilla es que llamemos sabio al creador de los sabios, a quien sabemos que es la misma sabiduría? ¿Y qué maravilla es que se le recuerde como fuerte, a quien nadie ignora que es la misma fortaleza? Pero el santo varón, al pronunciar dos palabras en alabanza del autor, nos insinúa algo que nos lleva de regreso a nuestro conocimiento con temor. En efecto, Dios es llamado sabio porque conoce sutilmente nuestros secretos; y se añade que es fuerte porque golpea con poder lo que ha conocido. Por lo tanto, no puede ser engañado por nosotros, porque es sabio; ni puede ser evitado, porque es fuerte. Ahora, como sabio, ve todas las cosas invisibles; entonces, como fuerte, sin ningún obstáculo, castiga a los que reprueba. Él también ordena aquí con sabia fortaleza que la mente humana, cuando se eleva contra su creador, se confunda a sí misma con su propia altivez. Por eso se añade:

CAPÍTULO V.

IBID.---¿Quién le ha resistido y ha tenido paz?

5. Quien resiste a Dios, cae en la paz. Qué significa resistir a Dios.---Porque quien maravillosamente crea todo, Él mismo ordena para que lo creado se ajuste a sí mismo. Por lo tanto, donde se resiste al Creador, se disipa el convenio de la paz, porque no pueden estar ordenadas las cosas que pierden la disposición del gobierno supremo. Pues lo que, sujeto a Dios, permanecería en tranquilidad, se confunde al dejarse a sí mismo, porque no encuentra en sí la paz, al contradecir al que viene de lo alto como autor. Así, aquel supremo espíritu angélico, que podría haber permanecido en la cima sujeto a Dios, sufre al ser rechazado por sí mismo, porque vaga fuera por la inquietud de su naturaleza. Así, el primer padre del género humano, porque resistió al precepto del autor, sintió de inmediato la afrenta de la carne; y porque no quiso someterse al Creador por obediencia, postrado bajo sí mismo, perdió de inmediato la paz del cuerpo. Bien se dice, por tanto: ¿Quién resistió a Él, y tuvo paz? porque

la mente perversa, de donde se levanta contra el autor, allí mismo se confunde en sí misma. Se dice que resistimos a Dios cuando intentamos oponernos a sus disposiciones. Pues nuestra debilidad no se opone a su inmutable sentencia, pero sin embargo intenta lo que no puede cumplir. Porque a menudo la debilidad humana reconoce ocultamente la fuerza de la disposición, y sin embargo, si pudiera cambiarla, lo desea. Se esfuerza por contradecir, pero se rompe a sí misma con la espada de la contradicción. Se resiste al orden interno, pero queda atada por sus propios esfuerzos vencidos. Por lo tanto, el que resiste no puede tener paz, porque mientras la confusión sigue al orgullo, lo que se hace neciamente por culpa, se ordena maravillosamente para el castigo del que actúa. Pero el hombre santo, lleno de la virtud del espíritu profético, cuando contempla la confusión general del orgullo humano, dirige de inmediato los ojos de su mente al mal particular del pueblo israelita, y muestra qué castigo espera a todos los altivos, a través de la destrucción de una sola nación. Pues de repente añade, diciendo:

CAPÍTULO VI.

VERS. 5.---El que trasladó montes, y no lo supieron estos, a quienes subvirtió en su furor.

6. Se predice que la predicación de la palabra de Dios será transferida de los judíos a los gentiles. En la Sagrada Escritura, el nombre de los montes a menudo simboliza la altura de los predicadores, de los cuales se dice a través del Salmista: "Que los montes traigan paz a tu pueblo" (Salmo 71, 3). Los predicadores elegidos de la patria eterna no sin razón son llamados montes, porque a través de la elevación de su vida, dejan las profundidades de la tierra y se acercan al cielo. Pero la Verdad trasladó los montes cuando apartó a los santos predicadores de la obstinación de Judea. Por lo tanto, también se dice correctamente a través del Salmista: "Los montes serán trasladados al corazón del mar" (Salmo 45, 3). En efecto, los montes fueron trasladados al corazón del mar cuando los apóstoles predicadores, rechazados por la perfidia de Judea, llegaron al entendimiento de los gentiles. Por eso, ellos mismos dicen en sus Actos: "A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles" (Hechos 13, 46). Pero esta misma traslación de los montes no la conocieron aquellos que fueron subvertidos en la ira del Señor, porque cuando los hebreos expulsaron a los apóstoles de sus territorios, pensaron que habían logrado una ganancia, cuando en realidad perdieron la luz de la predicación. Exigiendo sus méritos, golpeados por una justa retribución, fueron cegados por tal error de entendimiento que pensaron que perder la luz era motivo de alegría. Pero, una vez rechazados los apóstoles, Judea fue destruida de inmediato por el príncipe romano Tito, y dispersada entre todas las naciones. Por lo tanto, con los montes trasladados, se añade correctamente:

CAPÍTULO VII [Ant. III].

VERS. 6.---El que conmueve la tierra de su lugar, y sus columnas se estremecen.

291 7. Se predice la dispersión de los judíos.---La tierra ciertamente se conmovió de su lugar cuando el pueblo israelita, arrancado de los confines de Judea, sometió su cuello a las naciones, porque se negó a someterse a su Creador. Esta tierra, en efecto, tenía columnas, porque en los sacerdotes y príncipes, doctores de la ley y fariseos, se levantó la estructura de su obstinación que estaba destinada a caer. En ellos, el edificio de la letra se mantuvo, y en el tiempo de su tranquilidad, soportó las cargas de los sacrificios carnales como si fueran una fábrica superpuesta. Pero al ser trasladadas las montañas, las columnas fueron sacudidas,

porque al ser retirados los apóstoles de Judea, tampoco se permitió vivir en ella a aquellos que expulsaron a los predicadores de la vida. Era digno que perdieran la patria terrenal, sometidos, ya que por amor a ella no temieron atacar a los soldados de la patria celestial. Pero, expulsados los santos doctores, Judea quedó completamente inerte, y por el justo juicio del que juzga, cerró los ojos de su mente en las tinieblas de su error. Por lo cual, aún se añade:

CAPÍTULO VIII [Rec. III].

VERS. 7.---El que manda al sol, y no sale; y sella las estrellas como bajo un sello.

8. Expulsados los predicadores, a Judea le faltó la luz. En efecto, a veces en el sagrado discurso, el nombre del sol designa la claridad de los predicadores; como se dice por Juan: "El sol se volvió negro como un saco de cilicio" (Apoc. VI, 12). En el tiempo final, el sol se muestra como un saco de cilicio, porque la vida resplandeciente de los predicadores se presenta áspera y despreciada ante los ojos de los réprobos. También se figuran con la claridad de las estrellas, porque al predicar rectamente a los pecadores, iluminan las tinieblas de nuestra noche. Por eso, al ser retirados los predicadores, se dice por el profeta: "Fueron prohibidas las estrellas de las lluvias" (Jerem. III, 3). Porque el sol brilla durante el día, y las estrellas irradian la oscuridad de la noche; y a menudo en el sagrado discurso, la apelación del día significa la patria eterna, y el nombre de la noche, la vida presente: los santos predicadores se convierten en sol a nuestros ojos cuando nos abren la contemplación de la verdadera luz, y brillan como estrellas en las tinieblas cuando, a través de la vida activa, disponen lo terrenal para nuestras necesidades. Resplandecen como el sol en el día cuando elevan la mirada de nuestra mente para contemplar la patria de la claridad interna; y resplandecen como estrellas en la noche, porque incluso cuando actúan en lo terrenal, dirigen el pie de nuestra obra, que está a punto de tropezar, con el ejemplo de su rectitud. Pero como, expulsados los predicadores, no hubo quien mostrara al pueblo judío, que permanecía en la noche de su perfidia, ni la claridad de la contemplación ni la luz de la vida activa (pues la verdad, que fue rechazada y los abandonó, al retirarse la luz de la predicación, cegó justamente por el mérito de su depravación), se dice correctamente: "Él manda al sol, y no sale; y sella las estrellas como bajo un signo". No quiso que el sol saliera para aquellos de quienes apartó el ánimo de los predicadores. Y selló las estrellas como bajo un signo, porque al retener a sus predicadores en silencio dentro de sí mismos, ocultó la luz celestial a los sentidos ciegos de los inicuos.

9. Judea debe ser reconducida a la fe.---Es necesario considerar que cerramos algo bajo sello para presentarlo en el momento oportuno. Y, como atestigua la Sagrada Escritura, hemos aprendido que Judea, que ahora es descrita, será reunida en el seno de la fe. Por eso, a través de Isaías se dice: Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, solo un remanente será salvo (Isaías 10, 22, según la Septuaginta). De aquí que Pablo diga: Hasta que entre la plenitud de los gentiles, y así todo Israel será salvo (Romanos 11, 25). Por lo tanto, Él retira ahora a sus predicadores de la vista de Judea, pero luego los mostrará, como si hubiera cerrado las estrellas bajo un sello, para que, ocultas primero y luego brillando, con los rayos de las estrellas espirituales, no vean ahora la noche de su infidelidad, y entonces, iluminadas, la reconozcan. Por eso, esos dos eminentes predicadores fueron retirados con la muerte diferida, para que sean llamados al uso de la predicación al final. De los cuales se dice a través de Juan: Estos son los dos olivos y los dos candelabros que están delante del Señor de la tierra (Apocalipsis 11, 4). Uno de los cuales la Verdad misma promete en el Evangelio, diciendo: Elías vendrá y restaurará todas las cosas (Mateo 17, 11). Así, pues, están como

estrellas cerradas bajo sello, que ahora se ocultan para no aparecer, y luego aparecerán para poder ser útiles. Sin embargo, el pueblo israelita, que será abundantemente reunido al final, se endurece cruelmente en los inicios de la santa Iglesia. Pues rechaza a los predicadores de la verdad, desprecia las palabras de ayuda. Sin embargo, esto se hace por la maravillosa disposición del Autor, para que la gloria de los predicadores, que podría haber permanecido oculta en un solo pueblo, al ser rechazada, se extienda a todas las naciones. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO IX [Rec. IV.]

VERS. 8.---Él que extiende los cielos solo.

10. Dios permitió que el Evangelio fuera rechazado por los judíos, para que se difundiera entre todas las naciones. ¿Qué se designa con el nombre de cielos sino esta misma vida celestial de los predicadores? De ellos se dice a través del Salmista: Los cielos proclaman la gloria de Dios (Salmo XVIII, 1). Por lo tanto, estos mismos cielos son recordados como el sol; cielos, porque protegen intercediendo; sol, porque al predicar muestran la fuerza de la luz. Así, cuando la tierra se conmueve, los cielos se extienden, porque cuando Judea se enfureció con la violencia de la persecución, el Señor dilató la vida de los apóstoles al conocimiento de todas las naciones; y mientras aquella es dispersada en el mundo como cautiva por el juicio, estos son elevados en honor por todas partes por la gracia. En efecto, los cielos eran estrechos cuando un solo pueblo retenía a tantos predicadores ilustres. ¿Quién de los gentiles conocería a Pedro, si permaneciera en la predicación del solo pueblo israelita? ¿Quién reconocería las virtudes de Pablo, si Judea no lo hubiera enviado a nuestro conocimiento al perseguirlo? He aquí que ya aquellos que fueron rechazados con azotes y afrentas por el pueblo israelita son honrados hasta los confines del mundo. Solo el Señor extendió los cielos, quien con la maravillosa dispensación de su secreto consejo permitió que sus predicadores fueran oprimidos en una sola nación, para hacerlos dilatarse desde allí hasta los confines del mundo. Pero ni siquiera esta gentilidad entregada al mundo presente, cuando la lengua de los apóstoles corrigió sus culpas, aceptó de buen grado las palabras de vida. Pues inmediatamente se hinchó en la altivez de la contradicción, y se incitó a la crueldad de la persecución. Pero aquello que intenta oponerse a las palabras de la predicación, pronto se modera con la admiración de los signos. Por lo tanto, también se añade apropiadamente en alabanza del autor:

CAPÍTULO X [Ant. y Rec. V].

IBID.---Y camina sobre las olas del mar.

Las persecuciones de los gentiles deben ser quebrantadas por la virtud de los milagros. ¿Qué se significa con el nombre del mar sino la amargura de este mundo que se ensaña en la muerte de los buenos? De lo cual también se dice por el salmista: "Reuniendo como en un odre las aguas del mar" (Salmo 32, 7). En efecto, el Señor reúne las aguas del mar como en un odre cuando, disponiendo todo con admirable moderación, frena las amenazas de los carnales encerradas en sus corazones. Así, el Señor camina sobre las olas del mar, porque cuando se levantan las tormentas de la persecución, son quebrantadas por el asombro de sus milagros. Pues quien mitiga las hinchazones de la locura humana, pisa las olas levantadas en cúmulo. Porque cuando la gentilidad veía que su costumbre era destruida por la predicación de la nueva conversación, cuando los ricos de este mundo veían que los hechos de los pobres contradecían su altivez, cuando los sabios del siglo consideraban que las palabras de los

ignorantes les eran adversas, inmediatamente se hincharon en la tempestad de la persecución. Pero quienes, movidos por la adversidad de las palabras, se lanzan a las tormentas de la persecución, como hemos dicho, son moderados por la admiración de los signos. Por tanto, el Señor puso tantos pasos en estas olas como milagros mostró a los soberbios perseguidores. De donde bien se dice de nuevo por el salmista: "Admirables son las elevaciones del mar, admirable en las alturas es el Señor" (Salmo 92, 4), porque el mundo se levantó admirablemente contra la vida de los elegidos hacia las olas de la persecución, pero el Creador de las cosas celestiales las aplanó más admirablemente con la virtud elevada de los predicadores; pues mostró que sus ministros podían más por los milagros que las potestades terrenales por la ira. Lo cual también el Señor, narrando lo exterior y denunciando lo interior, dice bien por Jeremías: "Puse la arena como límite al mar, un precepto eterno que no pasará; y se conmoverán, y no podrán, y se hincharán sus olas, y no lo pasarán" (Jeremías 5, 22). En efecto, el Señor puso la arena como límite al mar, porque eligió a los despreciados y pobres para quebrantar la gloria del mundo. Ciertamente, las olas de este mar se hinchan cuando las potestades del siglo saltan a la conmoción de la persecución. Pero no pueden pasar la arena, porque son quebrantadas por los milagros y la humildad de los despreciados. Pero mientras el mar se enfurece, mientras se levanta por las olas de su locura, sin embargo, al ser pisado por la manifestación de la virtud íntima, la santa Iglesia progresa y se levanta al estado de su orden a través del incremento de los tiempos. Por lo cual, adecuadamente se añade enseguida:

CAPÍTULO XI [Ant. y Rec. VI].

VERS. 9.---El que hace el Arcturo, y el Orión, y las Híades, y las regiones del sur.

12. Por qué la Escritura utiliza las palabras de los sabios del mundo. --- De ninguna manera el discurso de la verdad sigue las vanas fábulas de Hesíodo, Arato y Calímaco, como al nombrar a Arcturo, sospechando que es la última estrella de la cola de la Osa, y como si Orión, amante insensato, sostuviera una espada. Estos nombres de las estrellas fueron inventados por los cultivadores de la sabiduría carnal; pero la Sagrada Escritura utiliza estos mismos términos para que las cosas que desea insinuar se expresen con el conocimiento de una denominación habitual. Pues si dijera las estrellas que quisiera con nombres desconocidos para nosotros, el hombre, para quien esta misma Escritura fue hecha, sin duda no sabría qué está escuchando. Así, en el sagrado discurso, los sabios de Dios toman el lenguaje de los sabios del mundo, como en él, por la utilidad del hombre, el mismo Dios, creador de los hombres, asume la voz de la pasión humana, para que diga: Me arrepiento de haber hecho al hombre sobre la tierra (Génesis VI, 6, 7); cuando de hecho está claro que aquel que ve todas las cosas antes de que sucedan, de ninguna manera se arrepiente después de haber hecho algo. ¿Qué, entonces, es sorprendente si los hombres espirituales usan las palabras de los carnales, cuando el mismo Espíritu inefable y creador de todo, para atraer la carne a su entendimiento, forma en sí mismo el lenguaje de la carne? En la Sagrada Escritura, por lo tanto, cuando escuchamos los nombres conocidos de las estrellas, reconocemos de qué estrellas se está hablando. Pero cuando consideramos qué estrellas se narran, queda que, a partir de sus movimientos, ascendamos a los secretos de la inteligencia espiritual. Pues no se dice nada sorprendente según la letra, que Dios hizo a Arcturo, a Orión y a las Híades, de quien ciertamente se sabe que no hay nada en el mundo que Él no haya hecho. Pero el hombre santo dice que el Señor hizo estas cosas: por las cuales entiende que se señalan propiamente aquellas que se realizan espiritualmente.

13. Arcturus significa la Iglesia.---¿Qué se expresa con el nombre de Arcturus, que, situado en el eje del cielo, brilla con los rayos de siete estrellas, sino la Iglesia universal, que en el

Apocalipsis de Juan se representa por las siete Iglesias y los siete candelabros (Apoc. I, 12, 20)? La cual, mientras contiene en sí los dones del Espíritu de gracia septiforme, irradiando con la claridad de la virtud suprema, brilla como desde el eje de la verdad. [Vet. VII.] También debe considerarse que Arcturus siempre gira y nunca se sumerge, porque la santa Iglesia soporta sin cesar las persecuciones de los inicuos, pero sin embargo perdura sin defecto hasta el fin del mundo. Muchas veces, de hecho, los réprobos, porque la persiguieron hasta la exterminación, creyeron haberla extinguido por completo; pero cuanto más trabajó muriendo entre las manos de los perseguidores, más volvió a su estado de progreso. Arcturus, por lo tanto, se eleva mientras gira, porque entonces la santa Iglesia se renueva más poderosamente en la verdad, cuando se fatiga más ardientemente por la verdad.

14. Los mártires de Orión.---Por lo tanto, adecuadamente después de Arcturo, se menciona inmediatamente a Orión. Orión, en efecto, surge en el mismo peso del tiempo invernal, y con su aparición provoca tempestades, perturbando los mares y las tierras. ¿Qué, pues, se designa después de Arcturo a través de Orión sino a los mártires? ¿Qué, cuando la santa Iglesia se eleva al estado de predicación, vinieron a la faz del cielo como en invierno, dispuestos a soportar el peso de las molestias de los perseguidores? Con su nacimiento, el mar y la tierra se turbaron, porque cuando la gentilidad lamentó que sus costumbres fueran destruidas ante la fortaleza de ellos, no solo levantó a los iracundos y turbados, sino también a los pacíficos para su muerte. Así, con Orión, el invierno se intensificó, porque, al resplandecer la constancia de los santos, la fría mente de los infieles se incitó a la tempestad de la persecución. Por lo tanto, el cielo produjo a Orión cuando la santa Iglesia envió a los mártires. Quienes, al atreverse a hablar rectamente a los rudos, soportaron todo el peso de la adversidad del frío.

15. Hyades doctores.---Bien, pues, menciona inmediatamente a las Hyades, que aparecen en el cielo al rejuvenecer la primavera, y se muestran cuando el sol ya despliega la fuerza de su calor. Se adhieren, en efecto, a los inicios de aquella constelación que los sabios del mundo llaman Tauro, desde la cual el sol comienza a aumentar, y se eleva más ardiente para extender la duración del día. ¿Quiénes, entonces, si no los doctores de la santa Iglesia, son designados con el nombre de Hyades después de los Orionas? Ellos, tras la partida de los mártires, llegaron al conocimiento del mundo en el tiempo en que la fe brilla más claramente, y, reprimido el invierno de la infidelidad, el sol de la verdad calienta más intensamente los corazones de los fieles. Ellos, con la tormenta de la persecución apartada, tras las largas noches de infidelidad, surgieron entonces en la santa Iglesia, cuando ya se le abre un año más luminoso por la primavera de la credulidad. [Vet. VIII.] No sin razón los santos doctores son señalados con la denominación de Hyades. En el lenguaje griego, ὑετὸς se llama lluvia, y las Hyades tomaron su nombre de las lluvias, porque sin duda traen lluvias al surgir. Bien, pues, fueron expresados con la denominación de Hyades aquellos que, llevados casi a la faz del cielo para el estado de la Iglesia universal, derramaron sobre la tierra árida del corazón humano las lluvias de la santa predicación. Pues si la palabra de la predicación no fuera lluvia, Moisés no habría dicho: "Espere mi palabra como la lluvia" (Deut. XXXII, 2); ni la Verdad habría dicho por medio de Isaías: "Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella" (Isaías V, 6); y esto, que poco antes mencionamos: "Por lo cual fueron prohibidas las estrellas de las lluvias" (Jeremías III, 3). Así, cuando las Hyades vienen con las lluvias, el sol es conducido a los espacios más altos del cielo, porque, al aparecer la ciencia de los doctores, mientras nuestra mente es impregnada con la lluvia de la predicación, el calor de la fe aumenta. Y la tierra empapada progresa hacia el fruto, cuando la luz del cielo se enciende, porque rendimos más abundantemente el fruto de la buena obra, mientras ardemos más claramente en el corazón por la llama de la sagrada erudición. Y mientras por ellos cada día

se muestra más y más la ciencia celestial, se nos abre como un tiempo primaveral de luz interior, para que un nuevo sol resplandezca en nuestras mentes, y conocido por sus palabras, brille cada día más claro por sí mismo. Pues, con el fin del mundo acercándose, la ciencia suprema progresa, y crece más abundantemente con el tiempo. De ahí que se diga por medio de Daniel: "Muchos correrán de aquí para allá, y el conocimiento se multiplicará" (Dan. XII, 4). De ahí que el ángel diga a Juan en la primera parte de la revelación: "Sella lo que han dicho los siete truenos" (Apoc. X, 4). Sin embargo, al final de la misma revelación le ordena, diciendo: "No selles las palabras de la profecía de este libro" (Ibid., XXII, 10). Pues se ordena sellar la parte anterior de la revelación, pero se prohíbe el final, porque lo que estuvo oculto en los inicios de la santa Iglesia, el final lo revela cada día. Algunos, sin embargo, creen que las Hyades fueron nombradas por la letra griega que se llama η . Si es así, no es contrario a la significación que hemos mencionado. Pues los doctores no son inadecuadamente expresados por estas estrellas que toman su nombre de las letras. Pero aunque las Hyades no discrepen de la visión de esa misma letra, es cierto, sin embargo, que η ετὸς significa lluvia, y al surgir traen lluvias.

16. En la Iglesia brillaron los apóstoles, luego los mártires, después los doctores. Así pues, el hombre santo, al contemplar el orden de nuestra redención, debe admirarse y, admirado, exclamar diciendo: Él que extiende los cielos solo, y camina sobre las olas del mar; Él que hace el Arcturo, y el Orión, y las Híades. En efecto, al extender los cielos, el Señor formó el Arcturo, porque, al honrar a los apóstoles llevándolos, fundó la Iglesia en la conversación celestial. Formado el Arcturo, hizo los Orión, porque, fortalecida la fe de la Iglesia universal, produjo mártires contra las tempestades del mundo. Producidos los Orión, trajo las Híades, porque, al fortalecerse los mártires contra las adversidades, confirió la doctrina de los maestros para infundir en la sequedad de los corazones humanos. Estos, por tanto, son los órdenes de los astros espirituales, que, mientras destacan por sus máximas virtudes, siempre brillan desde lo alto.

17. Qué gloria está preparada para los santos que migran de aquí. --- Pero después de esto, ¿qué queda, sino que la santa Iglesia, recibiendo el fruto de su labor, llegue a ver las profundidades de la patria celestial? Por eso, apropiadamente, después de decir, "El que hace el Arcturo, y el Orión, y las Híades," añadió de inmediato: "Y las partes interiores del Austro." ¿Qué se designa en este lugar con el nombre de Austro sino el fervor del Espíritu Santo? Cuando alguien se llena de él, se enciende en amor por la patria espiritual. Por eso, también se dice con la voz del esposo en el Cantar de los Cantares: "Levántate, Aquilón, y ven, Austro, sopla en mi jardín, y fluyan sus aromas" (Cant. IV, 16). En efecto, al venir el Austro, el Aquilón se levanta y se retira, cuando con la llegada del Espíritu Santo, el antiguo enemigo, que había oprimido la mente en la pereza, se aleja. Y el Austro sopla en el jardín del esposo para que fluyan los aromas, porque ciertamente cuando el Espíritu de verdad llena a la santa Iglesia con las virtudes de sus dones, esparce de ella, lejos y ampliamente, los aromas de las buenas obras. Las partes interiores del Austro son, por tanto, aquellos órdenes ocultos de los ángeles y los secretos más íntimos del seno de la patria celestial, que el calor del Espíritu Santo llena. Allí, en efecto, las almas de los santos, ahora despojadas de sus cuerpos y después restituidas a ellos, llegan y se ocultan como estrellas en lo profundo. Allí, durante el día, como en el tiempo meridiano, el fuego del sol arde más intensamente, porque la claridad del Creador, ya sin la oscuridad de nuestra mortalidad, se ve más claramente; y como el rayo de una esfera se eleva a espacios más altos, porque la verdad nos ilumina más sutilmente desde sí misma. Allí, la luz de la contemplación íntima se ve sin la sombra interviniente de la mutabilidad; allí, el calor de la luz suprema sin ninguna oscuridad del cuerpo; allí, los coros invisibles de ángeles brillan como estrellas en lo profundo, que ahora

no pueden ser vistos por los hombres, porque son bañados más profundamente por la llama de la verdadera luz. Es, por tanto, muy admirable que, habiendo enviado a los apóstoles, el Señor extendiera los cielos; que, al calmar los tumultos de las persecuciones, reprimiera las olas del mar al caminar; que, al consolidar la Iglesia, estableciera el Arcturo; que, al fortalecer a los mártires contra las adversidades, enviara los Orión; que, al llenar de tranquilidad a los doctores, ofreciera las Híades; pero después de esto, es muy admirable que nos haya preparado el seno de la patria celestial como las partes interiores del Austro.

18. La belleza de los santos es distinta en sus costumbres y en sus recompensas.---Es hermoso todo lo que se percibe en la faz del cielo por la divina disposición, pero mucho más hermoso e incomparablemente más bello es aquello a lo que se llega invisiblemente. Por eso, el esposo dice bien en las alabanzas a su esposa: ¡Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa! tus ojos son de palomas, sin contar lo que se oculta en el interior (Cant. IV, 1). La llama hermosa, y repite que es hermosa, porque una es la belleza de las costumbres en la que ahora se la ve, y otra es la belleza de las recompensas en la que entonces será elevada por la visión de su Creador. Todos los elegidos, que son sus miembros, porque avanzan con sencillez hacia todo, son llamados sus ojos de palomas, que irradian gran luz, porque también resplandecen con los milagros de los signos. Pero, ¿cuánto vale todo este milagro que se puede ver? Aquel milagro interno es más maravilloso, que ahora no se puede ver. De lo cual se añade adecuadamente: Sin contar lo que se oculta en el interior. Grande es, en efecto, la gloria de la obra manifiesta, pero incomparablemente mayor es la recompensa oculta. Lo que, por tanto, se designa por el bienaventurado Job con el nombre de los astros, se señala con las palabras de Salomón con la denominación de los ojos; y lo que se dice por Salomón: Sin contar lo que se oculta en el interior, nos lo indica el bienaventurado Job, cuando alaba los interiores del Austro. Pero he aquí que el hombre santo, admirando lo exterior, considerando lo interior, narrando lo manifiesto, penetrando lo oculto, intenta decir todo lo que se realiza interior y exteriormente; pero, ¿cuándo podrá la lengua de la carne explicar las obras de suma magnitud? Por eso, adecuadamente, pronto comprende mejor estas mismas obras al fallar, diciendo:

CAPÍTULO XII [Ant. X].

VERS. 10.---Él hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas, cuyo número no tiene fin.

19. Alabamos las obras de Dios más elocuentemente al asombrarnos que al hablar.---Cumplimos verdaderamente con los hechos de la fortaleza divina cuando reconocemos que no podemos cumplirlos; hablamos más elocuentemente cuando, asombrados, guardamos silencio. En efecto, nuestra insuficiencia tiene para narrar las obras de Dios, que no puede desplegar adecuadamente su lengua, de modo que lo que no puede comprender adecuadamente, lo alabe adecuadamente en silencio. Por eso bien se dice a través del Salmista: Alabadle por sus proezas, alabadle según la multitud de su grandeza (Salmo 150, 2). En efecto, aquel que alaba al Señor según la multitud de su grandeza, considera que sucumbe en el cumplimiento de su alabanza. Diga, pues: Él hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas sin número, a saber, grandes en virtud, inescrutables en razón, innumerables en multiplicidad. Por lo tanto, las obras divinas, que no pudo cumplir diciendo, las definió más elocuentemente al fallar. Pero en la consideración de las cosas, ¿por qué nos llevamos tan lejos de nosotros mismos, cuando ignoramos incluso lo que se hace con nosotros? Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XIII [Rec VII.]

VERS. 11.---Si viene a mí, no lo veré; y si se va, no lo entenderé.

20. El hombre es tan ciego que a menudo considera el don de la gracia como ira, y viceversa. --La humanidad, separada de los gozos internos por la exigencia de la culpa, ha perdido los ojos de la mente y no sabe hacia dónde se dirige con los pasos de sus méritos. A menudo, lo que considera como ira es en realidad un don de gracia, y lo que cree ser gracia es en realidad la ira de la divina justicia. Pues frecuentemente estima como gracia los dones de las virtudes, y sin embargo, al envanecerse con esos mismos dones, cae. Frecuentemente teme como ira las adversidades de las tentaciones; y sin embargo, presionado por esas mismas tentaciones, se levanta más cauteloso para guardar las virtudes. ¿Quién no pensaría que se acerca a Dios cuando reconoce que crece con los dones celestiales, cuando recibe el don de la profecía, el magisterio de la doctrina, o se fortalece para ejercer la gracia de la curación? Y sin embargo, a menudo la mente, al relajarse en la seguridad de su virtud, es perforada por el dardo de una culpa inesperada, acechada por el adversario; y así se aleja de Dios eternamente, de donde temporalmente se había acercado sin la custodia de la cautela. [Vet. XI.] ¿Y quién no consideraría que ha sido abandonado por la gracia divina cuando, después de experimentar la pureza, se ve acosado por las tentaciones de la carne, se acumulan pensamientos deshonestos en su mente, y ante los ojos de su pensamiento se presentan cosas impuras e inmundas? Y sin embargo, cuando estas cosas fatigan pero no vencen, no destruyen por contaminación, sino que preservan por humildad, de modo que el alma, al descubrirse débil en la tentación, se entrega completamente a la ayuda de la Divinidad y pierde por completo la confianza en sí misma; y así sucede que se adhiere más profundamente a Dios, de donde suspiraba haber caído más profundamente de Él. Por lo tanto, el acceso y el retiro de Dios de nuestra mente no se conocen mientras se ignora el fin de las cosas alternantes, porque es incierto si la tentación prueba o destruye, y no se percibe si los dones recompensan a los abandonados aquí, o si nutren en el camino para llevar a la patria. Así, el hombre, una vez expulsado de los gozos internos, contempla las puertas cerradas del secreto espiritual contra sí mismo, y proyectado hacia afuera en la carne, gime, y considerando las pérdidas de su ceguera, dice: Si viene a mí, no lo veré; y si se va, no lo entenderé. Como si abiertamente lamentara, diciendo: Después de haber perdido voluntariamente los ojos una vez, sufro la ceguera de la noche buscada, y ya no reconozco el amanecer ni el ocaso del sol. Y sin embargo, el hombre que es oprimido por la pena de la debilidad y gravado por la oscuridad de su ceguera, se apresura al juicio de la luz suprema, para rendir cuentas de sus actos. Por lo tanto, se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XIV [Rec. VIII].

VERS. 12.---Si de repente pregunta, ¿quién le responderá?

21. El hombre no es suficiente para responder a Dios que juzga o golpea.---De repente, Dios interroga cuando nos llama inesperadamente al rigor de su examen. Pero el hombre no es suficiente para responder a esa interrogación, porque si en ese momento se examina sin piedad, incluso la vida de los justos sucumbe en ese juicio. O ciertamente interroga cuando nos golpea con duras pruebas, para que cuando nuestra mente se estima grandemente en tranquilidad, se descubra a sí misma verdaderamente cómo es en la perturbación. Y a menudo, porque es golpeado, gime, pero no es suficiente para responder, porque incluso la adversidad de su propio golpe le desagrada; sin embargo, el hombre, al considerarse a sí mismo, guarda silencio y teme discutir los juicios divinos, porque reconoce que es polvo. Por eso también se dice por medio de Pablo: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios?

(Rom. IX, 20). Se demuestra que el que es llamado hombre no puede responder a Dios, porque por el hecho de haber sido tomado del polvo, no es digno de discutir los juicios celestiales. Por lo tanto, aquí también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XV.

IBID.---¿O quién puede decirle a él: por qué haces esto?

22. Las obras de Dios no deben ser discutidas, sino veneradas.---Las obras del Autor siempre deben ser veneradas sin discusión, porque no pueden ser injustas de ninguna manera. Buscar la razón de su consejo oculto no es otra cosa que enorgullecerse contra su consejo. Por lo tanto, cuando no se comprende la causa de los hechos, queda callar con humildad bajo sus obras, porque el sentido de la carne no es suficiente para penetrar los secretos de la majestad. Quien, por tanto, no ve la razón en las obras de Dios, al considerar su propia debilidad, ve por qué no ve la razón. Por eso, también se añade posteriormente a través de Pablo: ¿Acaso dirá la cosa formada al que la formó: Por qué me hiciste así (Ibid.)? Pues cuanto más se reconoce como obra del divino, más se reprende a sí mismo para no oponerse a la mano del que obra, porque quien bondadosamente hizo lo que no existía, no abandona injustamente lo que es. Por tanto, que la mente vuelva a sí misma en la aflicción, y no busque lo que no puede comprender, no sea que si se discute la causa de la ira divina, al ser discutida se provoque más; y lo que la humildad podía aplacar, la soberbia lo encienda inextinguiblemente. Por lo cual, también se añade adecuadamente sobre esta misma ira:

CAPÍTULO XVI [Rec. IX].

VERS. 13.---Oh Dios, cuya ira nadie puede resistir, y bajo quien se inclinan los que sostienen el mundo.

23. De qué manera nadie puede resistir a la ira de Dios. Solución de la cuestión.---Es muy sorprendente que se diga que nadie puede resistir a la ira de Dios, cuando los textos divinos atestiguan que muchos se han enfrentado a la indignación de la justicia suprema. ¿Acaso no resistió Moisés a la ira de Dios, quien, erguido por el pueblo que caía, contuvo el ímpetu de la percusión celestial con la ofrenda de su propia muerte, diciendo: Perdona a este pueblo su pecado; de lo contrario, bórrame del libro que has escrito (Éxodo 32, 31)? ¿Acaso no resistió Aarón a la ira de Dios, cuando tomó el incensario entre los vivos y los muertos, y moderó el fuego de la indignación con el humo del incienso (Números 16, 47-48)? ¿Acaso no resistió Finees a la ira de Dios, quien, al matar a los que se entregaban a la lujuria con extranjeras en pleno acto, ofreció su celo a la indignación divina y apaciguó la furia con la espada (Números 25, 11)? ¿Acaso no resistió David a la ira de Dios, quien, ofreciéndose al ángel que hería, obtuvo la gracia de la reconciliación antes del tiempo previsto (2 Samuel 24, 25)? ¿Acaso no resistió Elías a la ira de Dios, quien, después de mucho tiempo de sequía en la tierra, hizo volver las lluvias del cielo con su palabra (1 Reyes 18, 44)? ¿Cómo, entonces, se dice que nadie puede resistir a la ira divina, cuando se demuestra con ejemplos que muchos han resistido a menudo? Pero si examinamos con sutileza tanto estas palabras del bienaventurado Job como los hechos de aquellos, reconocemos que es verdad que no se puede resistir a la ira divina, y también es verdad que muchos han resistido a menudo. Todos los santos que se oponen a la ira de Dios reciben de Él mismo la capacidad de enfrentarse al ímpetu de su percusión, y, por así decirlo, se levantan con Él contra Él mismo, y la fuerza divina los opone a sí misma, porque en lo que obtienen externamente contra la ira furiosa, internamente la gracia del que se enoja los sostiene; y eleva interiormente a los que tolera como adversarios

externamente. Por lo tanto, soporta la contradicción de los que interceden, que Él mismo inspira; y se le impone, como si no quisiera, lo que Él mismo ordena que se haga. A Moisés le dice: Déjame, para que mi furor se encienda contra ellos y los destruya; y haré de ti una gran nación (Éxodo 32, 10). ¿Qué significa decirle al siervo, Déjame, sino darle el atrevimiento de interceder? Como si se dijera abiertamente: Considera cuánto vales ante mí, y reconoce que podrás obtener lo que pidas por el pueblo. Y porque esto se hace con esta intención, inmediatamente se concede el perdón. Pero cuando la indignación suprema se mueve, por así decirlo, profundamente, la oposición humana no la retiene (23, q. 4, c. Vasis, § unde Gregorius); ni la intercesión de cualquiera se interpone eficazmente, cuando Dios dispone algo desde lo más íntimo en su ira. Por eso, Moisés, quien borró la culpa de todo el pueblo ante Dios con sus oraciones, y al ofrecerse como obstáculo, apaciguó la fuerza de la ira divina, al llegar a la roca de Horeb y dudar por la exhibición del agua, no pudo entrar en la tierra prometida, con el Señor enojado (Números 20, 12). Y a menudo se aflige por esto, a menudo se turba por el deseo que lo excita, y no pudo apartar de sí mismo la ira de la venganza dispuesta, quien, con el Señor queriéndolo, la apartó del pueblo. Por eso David, quien después contuvo con su oración la espada del ángel sobre el pueblo postrado (2 Samuel 24, 10), antes llorando y lamentándose, huyó descalzo de su hijo; y hasta que recibió plenamente la venganza del crimen cometido, no pudo moderar la ira de Dios por sí mismo. Por eso Elías, aunque como hombre sintió poco de la animadversión divina, quien abrió los cielos con su palabra (1 Reyes 17, 1), antes, aterrorizado por la indignación de una mujer, huyó por el desierto; y se debilitó por el miedo por sí mismo, quien apacigua la furia de Dios por otros mediante la intercesión (1 Reyes 19, 3). Por lo tanto, se puede resistir a la ira de Dios cuando Él mismo, que se enoja, ayuda; y no se puede resistir en absoluto cuando Él mismo se excita para vengarse, y no escucha la oración que se le dirige. Por eso se dice a Jeremías: Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos alabanza y oración, porque no escucharé en el tiempo de su clamor hacia mí (Jeremías 7, 16). Y de nuevo: Aunque Moisés y Samuel se presentaran ante mí, mi alma no estaría con este pueblo (Jeremías 15, 1).

24. La virtud de la oración por los enemigos.---En este asunto, se puede preguntar provechosamente por qué, dejando de lado a tantos padres antiguos, solo Moisés y Samuel son mencionados de manera más destacada y elegante para derramar la oración. Sin embargo, esto lo reconocemos fácilmente si consideramos los méritos de la caridad que se nos manda amar incluso a los enemigos. [Vet. XIII.] La oración que se esfuerza por interceder también por los enemigos es la que más se recomienda a los oídos del Creador. Por eso, la Verdad misma dice: Orad por los que os persiguen y calumnian (Mat. V, 44). Y de nuevo: Cuando estéis de pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguien (Mar. XI, 25). Cuando revisamos los hechos de los antiguos padres descritos en la sagrada escritura, encontramos que Moisés y Samuel oraron por sus adversarios. Uno de ellos huyó de la persecución de un pueblo enfurecido, y sin embargo intercedió por la vida de su perseguidor; el otro, depuesto del liderazgo del pueblo, dice a sus propios adversarios: Lejos de mí este pecado contra el Señor, de dejar de orar por vosotros (I Sam. XII, 23). ¿Qué significa entonces mencionar a Moisés y Samuel en la dificultad de interceder, sino indicar más claramente que ni siquiera ellos podrían resistir la ira de Dios si estuvieran presentes, quienes por eso podrían intervenir más rápidamente por los amigos, porque solían interceder ante Él también por los enemigos? De aquí que se diga a la misma Judea: Te herí con la plaga del enemigo, con castigo cruel (Jer. XXX, 14). Y de nuevo: ¿Por qué clamas a mí por tu destrucción? Tu dolor es incurable (Ibid., 15). Por lo tanto, el hombre santo debe observar que la ira divina no se restringe por la intervención de nadie cuando se excita implacablemente, y debe decir: Dios, cuya ira nadie puede resistir. Esto lo llevamos bien a un entendimiento especial si consideramos las pérdidas del mismo pueblo israelita, al que el Redentor, manifestado por el misterio de su

dispensación, abandonó en su soberbia, y llamó a las naciones a la gracia de su conocimiento. Por lo tanto, se añade adecuadamente: Bajo el cual se inclinan los que sostienen el mundo.

[Lec. X.] 25. Llevan el mundo quienes lo gobiernan. En efecto, llevan el mundo aquellos que soportan las preocupaciones de este siglo presente. Cada uno se ve obligado a sostener el peso de tantas responsabilidades como las que gobierna en este mundo. Por eso, el príncipe de la tierra no se llama incongruentemente en griego βασιλεὺς. Λαός se interpreta como pueblo. Por lo tanto, βασιλεὺς se llama βάσις λαοῦ, que en latín se traduce como base del pueblo, porque él sostiene al pueblo sobre sí mismo, quien, fijado por el peso de su poder, gobierna. Cuanto más soporta las cargas de sus súbditos, tanto más lleva la columna superpuesta como una base. El bienaventurado Job, lleno de la virtud del espíritu profético, ve que Judea es abandonada y que los príncipes de las naciones se inclinan hacia el culto de la Divinidad, y dice: Dios, cuya ira nadie puede resistir, bajo quien se inclinan los que llevan el mundo. Como si abiertamente confesara diciendo: Y a los súbditos que antes abandonaste estrictamente, ahora misericordiosamente inclinas a las potestades erigidas de las naciones.

[Vet. XIV.] 26. Tales ángeles enviados para el ministerio. ---Aunque por lo que se dice, bajo el cual se inclinan los que sostienen el orbe, también pueden entenderse las virtudes angélicas. Pues ellas sostienen el orbe, administrando los cuidados del gobierno del mundo, como atestigua Pablo, quien dice: ¿No son todos espíritus administradores, enviados para el ministerio a favor de los que han de heredar la salvación? (Heb. I, 14). Dice, por tanto: Dios, cuya ira nadie puede resistir, bajo el cual se inclinan los que sostienen el orbe. Como si contemplara la humildad de toda criatura, y tembloroso dijera: ¿Quién de los hombres débiles se opone a tus designios, ante cuya fortaleza incluso las virtudes angélicas se inclinan? O ciertamente, ya que cuando nos inclinamos, no vemos lo que está arriba: Aquellos espíritus sutilísimos estarían erguidos si alcanzaran plenamente el poder de su majestad. Pero los que sostienen el orbe están inclinados bajo Dios, porque aunque ven la altura de su divinidad, las virtudes angélicas no la comprenden. El hombre justo, no penetrando por su debilidad, pero considerando esto de alguna manera a través de los ministerios de los espíritus supremos sujetos, se recoge con humilde solicitud a su propia consideración, y se humilla ante sí mismo por el poder de la grandeza suprema, diciendo:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 14.---¿Cuán grande soy yo, entonces, para responderle y hablarle con mis propias palabras?

27. No pueden disputar sobre los juicios de Dios aquellos que están oprimidos por el peso de la corrupción.---Como si dijera abiertamente: Si aquella criatura no es suficiente para considerar esto, la cual no está oprimida por la carne, ¿con qué mente disputo yo sobre sus juicios, que estoy angustiado por el peso de la corrupción? Así como a menudo las palabras de Dios son para nosotros sus juicios, que expresan la sentencia de nuestros actos, así nuestras palabras hacia Dios son las obras que presentamos. Pero el hombre no puede hablar con Dios con sus propias palabras, porque ante su sutil juicio no tiene ninguna confianza en sus actos. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVIII [Rec. XI].

VERS. 15.---Aunque tuviera algo justo, no respondería, sino que suplicaría a mi juez.

28. Nuestra justicia necesita la súplica del perdón.---Como hemos dicho a menudo, toda justicia humana se demuestra como injusticia si se juzga estrictamente. Por lo tanto, la justicia necesita de la súplica, para que lo que podría sucumbir al ser examinado, se fortalezca únicamente por la piedad del juez. Aunque los más perfectos la poseen plenamente, se dice que se tiene algo de ella, porque la mente humana apenas logra realizar lo que comprende, y lo que comprende es muy limitado. Por lo tanto, que diga: Si tuviera algo justo, no responderé, sino que suplicaré a mi juez. Como si confesara más abiertamente, diciendo: Y si he crecido en la obra de la virtud, no me fortalezco para la vida por méritos, sino por el perdón. Por lo tanto, debemos apoyarnos en la súplica cuando actuamos rectamente, para que todo lo que vivimos justamente, lo condimentemos con humildad. [Vet. XV.] 302 Pero a menudo nuestra propia súplica es sacudida por tantas tentaciones, que parece casi rechazada de la vista del juez. Y a menudo el Creador misericordioso la percibe; pero porque no puede presentarse como desea, teme sobre sí el juicio de reprobación. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 16.---Y cuando me invoque, no creo que haya escuchado mi voz.

29. Movimientos alternantes del alma durante la oración.---Con frecuencia, la mente se enciende con el fuego del amor divino y se eleva para contemplar las cosas celestiales y los misterios; es llevada a lo más alto, y, compungida por un deseo perfecto, se aleja de las cosas inferiores; pero, golpeada por una tentación repentina, aquello que había sido elevado hacia Dios con fuerte intención, se ve abatido por pensamientos que surgen, de tal manera que no puede discernirse a sí misma, y atrapada entre vicios y virtudes, no reconoce de qué lado es más fuerte. Pues a menudo se llega al punto de maravillarse de cómo comprende cosas tan sublimes, que son contaminadas por pensamientos ilícitos; y nuevamente, de cómo recibe pensamientos ilícitos, cuando el fervor del espíritu la eleva poderosamente. Estos movimientos alternantes de pensamientos en el alma, bien los observa el Salmista cuando dice: Suben hasta los cielos, y descienden hasta los abismos (Salmo 106, 26). En efecto, ascendemos hasta los cielos cuando penetramos en lo más alto; pero descendemos hasta los abismos cuando de repente somos arrojados desde la cima de la contemplación por tentaciones vergonzosas. Así, los movimientos del alma, mientras alternan entre deseos y vicios, ciertamente oscurecen la certeza de ser escuchados. Por tanto, se dice correctamente: Y cuando me haya escuchado al invocarle, no creo que haya escuchado mi voz, porque la mente, debido a su propia mutabilidad, se vuelve temerosa; y por lo que sufre sin querer, sospecha que ha sido rechazada y desechada.

30. La severidad del juicio final. Especialmente para aquellos a quienes la paciencia de Dios ha tolerado por mucho tiempo. --- Es digno de observar cómo el hombre santo se juzga a sí mismo con tal sutileza, para que los juicios divinos no encuentren en él nada reprochable. Contemplando su propia debilidad, dice: ¿Quién soy yo para responderle y hablar con él con mis palabras? [Rec. XII.] No confiando en los méritos de su propia justicia, sino trasladándose únicamente a la esperanza de la súplica, añade: Aunque tuviera algo justo, no responderé, sino que suplicaré a mi juez. Pero incluso sobre la misma súplica, temeroso, añade: Y aunque me escuche cuando lo invoque, no creo que haya escuchado mi voz. ¿Por qué tiembla con tanta circunspección, por qué teme con tanta ansiedad, sino porque considera el terror del juez en la extrema severidad, y, no soportando la fuerza de su examen, piensa que todo lo que hace es insuficiente para él? Por lo cual añade inmediatamente:

CAPÍTULO XX [Ant. XVI].

VERS. 17.---Porque en un torbellino me destrozará.

31. Cada pecador es triturado en el torbellino, quien parecía erguido en la tranquilidad, porque a quien la longanimidad divina soporta por mucho tiempo, la severidad extrema del juicio lo mata; lo cual se llama correctamente torbellino, porque se revela en la conmoción de los elementos, como atestigua el Salmista, quien dice: Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará. Fuego arderá delante de Él, y a su alrededor habrá una tempestad poderosa (Salmo XLIX, 3). Por eso también otro profeta dice: El Señor en la tempestad y el torbellino son sus caminos (Nah. I, 3). En este torbellino, ciertamente, el justo no es triturado, porque siempre teme con solicitud aquí no ser triturado. Considera, pues, aún en el camino de la vida presente, cuán estricto aparece el exactor de las obras en los actos humanos, quien a algunos, entonces atados por la culpa original, los condena incluso sin obras. Por lo cual, correctamente el hombre santo añade de inmediato con la voz del género humano:

CAPÍTULO XXI.

IBID.---Y multiplicará mis heridas aun sin causa.

32. Los niños pequeños son condenados solo por la culpa original. Algunos, de hecho, son apartados de esta vida presente antes de llegar a realizar méritos buenos o malos en la vida activa. A estos, porque los sacramentos de la salvación no los liberan de la culpa original, y aquí no han hecho nada por sí mismos, llegan allí a los tormentos. Para ellos, una herida es nacer corruptiblemente, otra es morir carnalmente. Pero como después de la muerte sigue la muerte eterna, por un juicio oculto y justo, incluso sin causa, se multiplican las heridas. Reciben tormentos perpetuos incluso aquellos que no han pecado por su propia voluntad. De ahí que esté escrito: "No hay nadie puro ante sus ojos, ni siquiera el niño de un día sobre la tierra" (Job 15, 14). De ahí que la Verdad misma diga: "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3, 5). De ahí que Pablo diga: "Éramos por naturaleza hijos de ira, como los demás" (Efesios 2, 3). Así pues, quien, sin añadir nada propio, es destruido solo por la culpa de origen, ¿qué es lo que sufre en ese juicio final, según la estimación del sentido humano, sino que es herido sin causa? Sin embargo, bajo la estricta justicia divina, es justo que la descendencia mortal, como un árbol infructuoso, conserve en sus ramas la amargura que tomó de la raíz. Dice, por tanto: "En el torbellino me destrozará, y multiplicará mis heridas incluso sin causa". Como si, considerando abiertamente los daños del género humano, dijera: ¿Con qué severidad el juez estricto castiga a aquellos a quienes la culpa de su propia acción condena, si también golpea eternamente a aquellos a quienes la culpa del libre albedrío no condena?

33. Job teme el juicio de Dios. Fue golpeado para que su mérito aumentara, no para que su defecto fuera borrado.---Estas palabras, ciertamente, no las reconocemos como discrepantes del bienaventurado Job, si investigamos cuán verdaderamente fueron pronunciadas. Pues, considerando sutilmente a sí mismo y juzgando en toda acción, insinúa con cuánta preocupación teme la fuerza de la severidad divina, añadiendo: "En el torbellino me triturará." Como si dijera abiertamente: Por eso siempre le temo, incluso en la tranquilidad, porque no ignoro cómo viene en el torbellino a través de los flagelos. Estos flagelos, ciertamente, los previó temiéndolos, y previéndolos, los soportó. De donde añade: "Y multiplicará mis heridas aun sin causa." Pues, como ya hemos dicho muchas veces, el bienaventurado Job no fue golpeado para que la herida borrara un defecto en él, sino para que aumentara su mérito. Afirmando así que fue herido sin causa, habla de sí mismo

externamente, lo que la Verdad testifica en secreto sobre él, diciendo: "Me incitaste contra él, para que lo afligiera sin motivo" (Job 2, 3). Por lo tanto, el hombre santo no dice con soberbia lo que dice verdaderamente, ni se aparta de la rectitud con estas palabras, por las cuales no discrepa del juez. Quien de inmediato expresa la continuación de las mismas heridas, cuando añade:

CAPÍTULO XXII [Ant. XVII].

VERS. 18.---No permite que mi espíritu descanse, y me llena de amarguras.

34. Job es afligido por dentro y por fuera.---A menudo, para los justos, el ejercicio de la virtud consiste únicamente en tolerar adversidades externas. Pero para que sus fuerzas sean plenamente probadas en la contienda, a veces son lacerados por tormentos externos y castigados por tentaciones internas. Por eso, el hombre santo afirma estar lleno de amarguras, ya que, aunque soporta los azotes externamente, lo más grave es lo que lleva en su interior debido a la tentación del adversario. Sin embargo, en medio de esto, la equidad y el poder del que hiere mitigan la fuerza del dolor. Por eso añade:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 19.---Si se busca la fortaleza, Él es el más robusto; si se trata de la equidad del juicio, nadie se atreve a dar testimonio por mí.

35. La equidad del juicio de Dios. Él examina las causas de la vida, quien no las explora a través del testimonio ajeno, porque aquel que a veces se muestra como el estricto portador de la pena, él mismo ha sido durante mucho tiempo un testigo silencioso de la culpa. Por eso, a través del profeta se dice: Yo soy juez y testigo (Jeremías XXIX, 23). Y de nuevo dice: Callé, siempre guardé silencio, fui paciente, como una parturienta hablaré (Isaías XLII, 14). Pues la parturienta expulsa con dolor lo que durante mucho tiempo llevó oculto con peso. Después de un largo silencio, como una parturienta, el Señor habla, porque lo que ahora tolera en silencio, en la venganza del juicio a veces lo manifiesta como con dolor. Pero debemos preguntarnos, este hombre justo, si alguien se atreviera a dar testimonio por él, ¿lo liberaría de la culpa? Y si nadie le ofrece testimonio, ¿acaso él mismo tiene la fuerza para dar testimonio a su favor? Sigue.

VERS. 20.---Si quisiera justificarme, mi propia boca me condenaría; si me mostrara inocente, me probaría perverso.

36. Nadie se sabe inocente con certeza.---Como si dijera abiertamente: ¿De qué hablaré de otros, si yo mismo no puedo dar testimonio de mí? Pero, dado que no puedes testificar sobre tu propia inocencia, ¿acaso sabes esto mismo, que tienes inocencia? Añade:

CAPÍTULO XXV [Rec. XIII].

VERS. 21.---Aunque sea simple, mi alma no lo ha sabido.

37. Utilidad e inconveniente de nuestra ignorancia. [Vet. XVIII]. A menudo el vicio completa lo que la virtud ha comenzado. --- Frecuentemente, si conocemos los bienes que hacemos, nos lleva a la soberbia; si no los conocemos, no los conservamos en absoluto. Pues, ¿quién no se enorgullece al menos un poco de la conciencia de su virtud? ¿O quién, por otro lado,

guarda el bien en sí mismo que ignora? Pero, ¿qué queda, sino que sepamos ignorar lo recto que hacemos, para que lo consideremos tanto como mínimo, de modo que el conocimiento de la rectitud sensibilice el ánimo para su custodia, y la estimación de la pequeñez no lo eleve a la hinchazón? Pero hay algunas cosas que no podemos conocer fácilmente, incluso cuando se realizan. Pues a menudo nos encendemos con recto celo contra las faltas de los delincuentes; y cuando somos llevados por la ira más allá de los límites de la equidad, consideramos esto como celo de justa severidad. A menudo asumimos el oficio de la predicación, para servir así a la utilidad fraterna; pero si no agradamos a quien hablamos, de ninguna manera se recibe con agrado lo que predicamos. Y cuando la mente se esfuerza útilmente por agradar, desciende vergonzosamente al amor de la propia alabanza; y aquello que antes cuidaba de liberar de la cautividad de los vicios, comienza a servir cautiva a sus propios favores. Pues el apetito de la alabanza humana es como un ladrón que se une al camino recto de los que caminan, para que, sacando la espada de lo oculto, se asesine la vida de los caminantes. Y cuando la intención de la utilidad propuesta se reduce a intereses privados, de manera horrenda, una misma obra es completada por la culpa que la virtud había comenzado. A menudo, desde los mismos inicios, el pensamiento busca una cosa, y la acción muestra otra.

[Vet. XIX.] 38. A veces la acción es recta, pero no el ánimo. --- A menudo, ni siquiera el pensamiento se muestra fiel a sí mismo, porque mientras una cosa ocupa la mente, la intención se apresura hacia algo muy diferente. Pues con frecuencia algunos buscan recompensas terrenales y defienden la justicia, considerándose inocentes y exultando por ser defensores de la rectitud. Si se les quita la esperanza de dinero, inmediatamente cesan en la defensa de la justicia; y sin embargo, se consideran defensores de la justicia y se afirman rectos, cuando en realidad no buscan la rectitud, sino el dinero. Contra estos, bien se dice por medio de Moisés: Ejecutarás justamente lo que es justo (Deut. XVI, 20). Injustamente ejecuta lo que es justo quien se excita a la defensa de la justicia no por emulación de la virtud, sino por amor a la recompensa temporal. Injustamente ejecuta lo que es justo quien no teme vender la misma justicia que pretende. Ejecutar justamente lo justo es buscar esa misma justicia en la afirmación de la justicia. A menudo actuamos rectamente, y no esperamos recompensas ni alabanzas de los hombres; pero, sin embargo, la mente, erguida en su propia confianza, desprecia agradar a aquellos de quienes no espera nada, desprecia sus juicios, y se lleva a sí misma, mal liberada, por los precipicios de la arrogancia; y así se ve más hundida bajo el vicio, de donde, como si hubiera vencido los vicios, se gloria de no estar sujeta a ninguna apetencia.

39. Una excesiva o nula discusión sobre nosotros mismos no nos hace diferencia. A menudo, mientras nos examinamos más de lo debido, erramos de manera indiscreta en el mismo estudio de la discreción; y cuanto más se esfuerza la agudeza de nuestra mente por discernir, más se oscurece, porque quien mira insistentemente los rayos del sol, se ciega; y se ve obligado a no ver nada, precisamente por intentar ver más. Por lo tanto, ya que no nos conocemos en absoluto debido a nuestra inercia en la investigación, o si nos examinamos con un análisis sutil, a menudo nos confundimos entre los vicios y las virtudes, se dice correctamente ahora: Incluso si fuera simple, mi alma no lo sabría. Como si se dijera abiertamente: ¿Con qué temeridad refuto los juicios del Creador contra mí, si ignoro incluso a mí mismo en la oscuridad de mi debilidad? Por eso se dice bien a través del profeta: El abismo dio su voz desde la altura de su fantasía (Hab. III, 10, según LXX). En efecto, el abismo de la fantasía lleva la altura cuando el alma humana, oscurecida por inmensos pensamientos, no logra penetrarse a sí misma incluso al examinarse. Pero dar voz desde esta altura es, porque al no poder comprenderse, se ve obligada a levantarse en admiración, para

no atreverse a investigar lo que está por encima de ella, al pensar en su propia incomprensibilidad, no puede encontrar lo que es. Pero los corazones de los justos, al no poder examinarse perfectamente, soportan con dificultad este exilio de ceguera. Por eso se añade: Y me cansaré de mi vida. Al justo le cansa vivir, porque al obrar no deja de buscar la vida, y sin embargo no puede encontrar el mérito de su propia vida. Toma la balanza del examen del seno de la equidad íntima; y de ahí en sí mismo falla en el efecto de la invención, de donde sobre sí mismo se eleva al poder de la investigación. Pero hay una consolación en nuestra oscuridad, reducida al alma, la justa e incomprensible potencia del Creador, que no abandona a los inicuos sin venganza, y trasciende la justicia de los rectos con la inmensidad de su incomprensibilidad. Por eso se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXVI [Rec. XIV].

VERS. 22.---Una cosa he dicho: tanto al inocente como al impío Él mismo consume.

40. La pureza humana se desvanece comparada con la divina. El impío no escapa a la venganza de Dios. La muerte a todos invade.---El inocente es consumido por el Creador, porque, por muy grande que sea su simplicidad, es devorado por la simplicidad de la grandeza divina. Pues aunque nos esforcemos por mantener la simplicidad, al considerar la pureza íntima se muestra que esta misma simplicidad que practicamos no lo es. El impío también es consumido por el Creador, porque, al ordenar Dios todas las cosas de manera admirable, su impiedad queda atada por sus propias artimañas. Pues se enreda en los castigos sin saberlo, de donde se jacta de hacer algo con conocimiento. Por tanto, ya que el Dios omnipotente supera la inocencia de los buenos con su simplicidad, y penetrando la astucia de los malos los condena, se dice con razón ahora: Una cosa he dicho, y al inocente y al impío él mismo consume. Como si se dijera abiertamente: He expresado este pensamiento, porque ni el inocente, si soy examinado estrictamente, apareceré como inocente; ni el impío, si quiero esconderme, seré ocultado de la agudeza del examen supremo, ya que el juez estricto, comprendiendo todo, penetra maravillosamente la malicia oculta, y ordenando bien sus hallazgos, la condena. O ciertamente se dice que él mismo consume tanto al inocente como al impío, porque aunque estén divididos en la vida del alma, sin embargo, por el mérito de la primera culpa, son igualmente llevados a la destrucción de la carne. Por lo cual también se dice por medio de Salomón: Muere el sabio al igual que el ignorante (Ecles. II, 16). Y de nuevo: Todo está sujeto a la vanidad, y todo va a un mismo lugar; de la tierra fueron hechos, y a la tierra igualmente vuelven (Ecles. III, 19). Sigue:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XV].

VERS. 23.---Si azota, que mate de una vez y no se burle de los sufrimientos de los inocentes.

41. Job desea un mediador que nos libere con su muerte.---¿Quién no creería que estas palabras fueron pronunciadas por soberbia, si no escuchara la sentencia del juez, que dice: No habéis hablado rectamente delante de mí, como mi siervo Job (Job 42, 7)? Por lo tanto, queda claro que nadie debe atreverse a reprochar las palabras del autor, ya que el juez las alaba. Sin embargo, deben ser examinadas con mayor cautela y sutileza en su interior, cuanto más duramente suenan hacia afuera. El hombre santo, considerando las pérdidas del género humano, reflexionando sobre de dónde provienen; que el hombre, al desear conocer el bien y el mal, prometido por el adversario, perdió incluso a sí mismo, de tal manera que pueda decir con verdad: Aunque sea simple, mi alma no lo sabrá; que después del castigo de la expulsión también soporta los azotes de la corrupción, y aún tiende hacia la destrucción de la carne, o

ciertamente de la mente, incluso después del tormento, para que pueda decir con razón: Él consume tanto al inocente como al impío; requiere la gracia del Mediador contra esto, diciendo: Si azota, que mate de una vez. Porque nosotros, al habernos alejado de Dios en mente, y al regresar al polvo en carne, estamos sujetos a la pena de una doble muerte. Pero vino a nosotros quien moriría solo en carne por nosotros, quien uniría su muerte simple a nuestra doble, y nos liberaría de ambas muertes. De lo cual se dice por medio de Pablo: Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas (Rom. 6, 10). Por lo tanto, el hombre santo contempla las pérdidas de nuestra corrupción, y busca la única muerte del Mediador que destruya nuestras dos, y deseándola dice: Si azota, que mate de una vez.

42. Desea que su anhelo no se difiera.---Pero he aquí que parece oponerse a la humildad lo que inmediatamente se añade: Y que no se ría de los sufrimientos de los inocentes. Sin embargo, reconocemos que esto es muy humilde sin dificultad, si lo consideramos con una mente humilde. Es evidente para todos que todo deseo es un sufrimiento cuando se difiere, como también lo atestigua Salomón, quien dice: La esperanza que se difiere aflige el alma (Prov. XIII, 12). Reírse, en cambio, es no querer tener misericordia de la aflicción humana. Por eso, a través de Salomón, el Señor dice nuevamente a los reprobos que persisten en la culpa: También yo me reiré de vuestra destrucción (Prov. I, 26); es decir, no me compadeceré de vuestra aflicción con piedad alguna. Antes del advenimiento del Redentor, todos los elegidos tuvieron su sufrimiento, porque, con el deseo ardiente, anhelaban ver el misterio de su encarnación, como él mismo atestigua, diciendo: Muchos, os digo, justos y profetas desearon ver lo que veis, y no lo vieron (Luc. X, 24). Por lo tanto, los sufrimientos de los inocentes son los deseos de los justos. Así que, mientras el Señor no compadecido difirió los deseos de sus elegidos, ¿qué otra cosa hizo sino reírse de los sufrimientos de los inocentes? Por lo tanto, el hombre santo, considerando los dones del Redentor venidero y soportando gravemente la dilación de sus deseos, diga: Si flagela, que mate de una vez, y que no se ría de los sufrimientos de los inocentes. Como si abiertamente suplicara, diciendo: Porque nuestra vida diariamente es desgastada por el flagelo de la venganza por la culpa, que venga ya aquel que por nosotros muera de una vez sin culpa, para que Dios no se ría más de los sufrimientos de los inocentes, si él mismo aparece en la carne pasible en cuyos deseos nuestra mente se castiga.

Dios se ríe de los sufrimientos de los inocentes, cuando se deleita con sus lágrimas. O ciertamente, si llama risa de Dios a su alegría, se dice que el Señor se ríe de los sufrimientos de los inocentes, porque cuanto más ardientemente lo buscamos, más dulcemente se alegra de nosotros. Pues le hacemos una especie de gozo a partir del sufrimiento, cuando nos castigamos por amor a Él a través de santos deseos. De ahí que el salmista diga: Estableced un día solemne en las congregaciones, hasta el cuerno del altar (Salmo 117, 27). En efecto, establece un día solemne al Señor en la congregación, quien se aflige continuamente en su deseo. Y ciertamente, se ordena que el día de solemnidad se extienda hasta el cuerno del altar, porque es necesario que cada uno se afligiera hasta alcanzar la altura del sacrificio supremo, es decir, hasta los gozos eternos. Por lo tanto, el hombre justo, porque desea que su deseo se cumpla, no que se difiera, dice humildemente: Que no se ría de los sufrimientos de los inocentes. Como si dijera: Aceptando de buen grado nuestras súplicas, que no lo difiera más, sino que al mostrarlo, exhiba a aquel que nos castiga en su espera. Y porque el bienaventurado Job pidió especialmente ser muerto de una vez, quien soportó solo la muerte de la carne al final del mundo por nosotros, inmediatamente revela, añadiendo también el orden de su pasión, diciendo:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 24.---La tierra ha sido entregada en manos del impío, cubre el rostro de sus jueces.

44. La carne de Cristo entregada al impío diablo. Los asesinos de Cristo cegados por el diablo. El impío y el diablo como una sola persona, nada más impío que esto. ¿Qué se expresa con el nombre de tierra sino la carne? ¿Quién se designa con el apelativo de impío sino el diablo? Las manos de este impío fueron aquellos que se ensañaron en la muerte de nuestro Redentor. Así, la tierra fue entregada en manos del impío, porque el antiguo enemigo no pudo corromper la mente del Redentor intentando por sí mismo (Mat. IV, 10, 11), pero se le permitió extinguir su carne por medio de sus secuaces durante tres días (Mat. XXVII, 45), y sin saberlo, sirvió a la dispensación de la piedad suprema. Pues al golpear a nuestro Redentor con tres tentaciones, no pudo profanar el corazón de Dios. Pero cuando incitó la mente de Judas a la muerte de su carne (Mat. XXVI, 14), y cuando le entregó la cohorte y los ministros de los sumos sacerdotes y fariseos, ciertamente este impío extendió sus manos hacia la tierra. Los jueces de esta tierra fueron los sacerdotes y príncipes, Pilato y los soldados burladores. Así, este impío cubrió el rostro de sus jueces, porque nubló con malicia el corazón de los perseguidores para que no reconocieran a su autor. De ahí que Pablo dice: Hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, hay un velo sobre su corazón (II Cor. III, 15). Y nuevamente dice: Si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Por lo tanto, el rostro de los jueces estuvo cubierto, porque la mente de los perseguidores no reconoció a Dios en aquel a quien pudieron tener en la carne, ni siquiera por los milagros. Y dado que el antiguo enemigo es una sola persona con todos los inicuos, así a menudo la Sagrada Escritura habla de la cabeza de los inicuos, es decir, del diablo, para luego referirse de repente a su cuerpo, es decir, a sus seguidores. Por lo tanto, el nombre de impío puede designar al pueblo infiel y perseguidor, a quien también le corresponde completamente lo que se añade:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Pero si no es él, ¿quién es entonces?

45. Como si se dijera abiertamente: ¿Quién podría ser considerado impío, si aquel pueblo que persiguió la misma piedad no es impío? Pero el hombre santo, considerando la perfidia del pueblo judío, vuelve los ojos de su mente hacia sí mismo; se duele de no poder ver a quien ama; se aflige porque es retirado de este mundo presente antes de que se revele la salvación del mundo. Por lo cual añade:

CAPÍTULO XXX [Rec. XVI].

VERS. 25.---Mis días fueron más veloces que un corredor; huyeron, y no vieron el bien.

46. Los justos antiguos lamentan no haber llegado a los tiempos de Cristo. En efecto, el deber del mensajero es anunciar lo que ha de venir. Por tanto, todos los elegidos que nacieron antes de la venida del Redentor, ya que lo anunciaron solo viviendo o también hablando, fueron como ciertos mensajeros en el mundo. Pero como prevén que serán retirados antes del tiempo esperado de la redención, lamentan pasar más rápido que un mensajero veloz; y gimen porque sus días son breves, ya que no se extienden hasta ver la luz del Redentor. Por eso se dice adecuadamente: Huyeron, y no vieron el bien. Todas las cosas que fueron creadas son buenas, como atestigua Moisés, quien dice: Dios vio todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno (Génesis I, 31). Pero este bien es principalmente bueno, por el cual todas estas

cosas son buenas, que no existen principalmente como buenas. De este bien, la Verdad dice en el Evangelio: Nadie es bueno sino solo Dios (Lucas XVIII, 19). Por lo tanto, como los días de los padres antiguos terminaron antes de que Dios se mostrara en carne al mundo, se dice correctamente de esos días: Huyeron, y no vieron el bien. Como si se dijera abiertamente: Pasaron antes del tiempo esperado, porque no pudieron llegar a la presencia del Redentor. Por eso se añade aún:

309 CAPÍTULO XXXI.

VERS. 26.---Pasaron como naves que llevan frutas.

47. Aquel a quien esperaban con ansias, nosotros lo contemplamos y nos saciamos con su presencia y fruto. Nos han traído el fruto oculto del Espíritu. Aquellos que, llevando frutos, cruzan los mares, disfrutan del aroma de los frutos, pero llevan esos mismos frutos como alimento para otros. ¿Qué fueron, entonces, los antiguos padres sino naves que portaban frutos? Ellos, al profetizar el misterio de la encarnación divina, disfrutaron del aroma de la esperanza, pero nos trajeron el fruto de la perfección de esa misma esperanza. Lo que ellos esperaban con ansias, nosotros lo contemplamos y percibimos, y nos saciamos. Por eso el Redentor dice a los mismos discípulos: Otros trabajaron, y vosotros habéis entrado en sus trabajos (Juan IV, 38). Sus días, en efecto, se comparan a naves porque pasan; y con razón a las que llevan frutos, porque a todos los elegidos que llevaron antes de la presencia del Redentor, pudieron, por el espíritu de profecía, refrescarlos con la expectativa, pero no alimentarlos con la manifestación clara. O ciertamente, porque las naves que llevan frutos los mezclan con paja para llevarlos intactos a tierra, los días de los padres precedentes se describen correctamente como similares a naves que llevan frutos, porque las palabras de los antiguos, en cuanto anuncian los misterios de la vida espiritual, los preservan a través de la paja intercalada de la historia, y nos traen el fruto oculto del Espíritu cuando hablan de cosas carnales. Pues a menudo, mientras narran ciertas cosas propias, se elevan a los secretos de la Divinidad. Frecuentemente, incluso cuando contemplan la altura de la Divinidad, de repente se sumergen en el misterio de su encarnación. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXXII.

IBID.---Como el águila volando hacia el alimento.

48. Como las águilas descienden de las alturas a las profundidades, alimentándose de la carne de Cristo. Es costumbre del águila mirar los rayos del sol con una mirada sin parpadear; pero cuando la necesidad de alimento la apremia, inclina esa misma mirada, que había fijado en los rayos del sol, hacia un cadáver; y aunque vuela alto, para alimentarse de carne desciende a la tierra. Así, de hecho, fueron los antiguos padres, quienes, en la medida en que la debilidad humana lo permitía, contemplaron la luz del Creador con la mente elevada; pero previendo que Él se encarnaría al final del mundo, bajaron sus ojos de los rayos del sol a la tierra. Y es como si descendieran de las alturas a las profundidades, al reconocerlo como Dios sobre todas las cosas y hombre entre todas las cosas. Al verlo sufrir y morir por el género humano, sabiendo que por esa muerte serían alimentados y reformados para la vida, buscan alimento en el cadáver como el águila después de contemplar los rayos del sol. Es grato contemplar al águila mirando los rayos del sol, que dice: Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz (Isaías IX, 6). Pero que descienda de su alto vuelo de grandeza a la tierra, y busque el alimento del cadáver abajo. Poco después añade, diciendo: La disciplina de nuestra paz sobre él, y por su llaga fuimos sanados (Isaías LIII, 5). Y de nuevo: Y es hombre, ¿y quién lo

conocerá? (Jeremías XVII, 10, según los LXX). Así, la mente del justo, elevada a la divinidad, cuando considera la gracia de la dispensación desde su carne, vuela repentinamente desde las alturas, como el águila hacia el alimento. Pero he aquí que el pueblo israelita, infundido hace tiempo con el inmenso espíritu de profecía, perdió los dones de esa misma profecía, y no permaneció en la fe que había anunciado previendo; y al negar la presencia del Redentor, la rechazó, aunque la había declarado anunciándola a todos los que lo seguirían. Por lo tanto, el discurso se convierte apropiadamente por compasión hacia su dureza, y se indica cómo se les retira la gracia de la profecía. Pues se añade:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 27.---Cuando digo: De ninguna manera hablaré así, cambio mi semblante y me atormento con dolor.

49. La perfidia y reprobación de los judíos.---En efecto, el pueblo judío se negó a hablar como antes, ya que negó a aquel a quien había predicho. Pero, con el rostro cambiado, se retuerce de dolor, porque al manchar con la fealdad de la perfidia el aspecto de su hombre interior, por el cual podía ser reconocido por el Creador, se condenó a sí mismo bajo la eterna venganza, comenzando por los males presentes. Pues, como si tuviera el rostro cambiado, no es reconocido por el Autor, ya que, al perder la fe de una buena conciencia, es reprobado. Sin embargo, queda claro que el dolor de los suplicios atormenta a quien su Creador, al no reconocerlo, ignora. Por lo tanto, ya que hemos pasado por esto bajo la significación de nuestro Redentor, ahora volvamos a discutirlo moralmente.

SENSUS MORALIS.---50. CAP. IX, VERS. 25.---Mis días han sido más veloces que un corredor; huyeron, y no vieron el bien.---De qué bienes el hombre es despojado al pecar, a qué males está sujeto.---Como hemos dicho a menudo, así fue creado el primer hombre, de modo que su vida pudiera extenderse solo a través del aumento de los tiempos, no agotarse. Pero porque voluntariamente cayó en la culpa, al tocar lo prohibido, sufrió el curso que ahora el hombre, oprimido por el deseo de la vida presente, soporta y anhela sin cesar. Pues, para que no termine, desea vivir, pero a través del aumento de la vida, diariamente tiende hacia el fin. Y no percibe cuán insignificantes son los incrementos del tiempo, sino cuando de repente se convierten en pasado lo que parecía largo al venir. [Vet. XXIV.] Por tanto, el hombre santo contemple el estado de su condición, y gima por las pérdidas del curso de la voz del género humano, diciendo: Mis días han sido más veloces que un corredor; huyeron, y no vieron el bien. Como si dijera abiertamente: El hombre fue creado para que pudiera ver el bien, que es Dios; pero quien no quiso permanecer en la luz, al huir perdió la vista, porque al comenzar a descender por la culpa, sufrió ceguera para no ver la luz interior. De estos días se añade apropiadamente: Pasaron como naves que llevan frutas. Las naves, al llevar frutas, transportan los frutos de la tierra a través de las olas. La tierra del hombre fue el paraíso, que pudo mantenerlo firme si hubiera querido permanecer en la inocencia. Pero porque cayó en las olas de la mutabilidad por la culpa, llegó al mar de la vida presente después de la tierra. Las frutas de esta tierra fueron la palabra del mandato, la posibilidad concedida de la obra, la inteligencia de la naturaleza dada por el creador. Pero estas frutas que nos negamos a comer en la tierra, las llevamos por los mares, porque no quisimos guardar los bienes concedidos de tantos dones en el paraíso, y ahora intentamos conservarlos en las tentaciones. Al tender hacia el fin, somos impulsados por el viento de la vida presente, fatigados por el oleaje de nuestra mutabilidad. Pero porque a través del misterio de la cruz somos restringidos a los bienes innatos de la naturaleza, llevamos las frutas como por un árbol. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera. Las naves, al llevar frutas, tienen la suavidad del aroma,

pero no tienen la gravedad del peso. Y el género humano, expulsado de las alegrías del paraíso, perdió la fuerza de la contemplación, perdió la fortaleza de la condición creada; y cuando se eleva para recuperar lo supremo, fragante ciertamente con el aroma de la memoria, pero no exhibe dignamente el peso de la vida. Por lo tanto, se llena de los aromas de las frutas, y sin embargo, la nave de nuestra mente es impulsada ligeramente de aquí para allá, porque recordamos la altura del paraíso con el recuerdo del aroma, y soportamos los inoportunos oleajes de las tentaciones de la carne. Por lo cual se añade apropiadamente: Como el águila volando hacia la presa. [Vet. XXV.] Pues el águila se suspende en un vuelo muy alto, y con un esfuerzo rápido se equilibra en el éter; pero por el apetito del vientre busca la tierra, y de repente se lanza hacia abajo desde las alturas. Así, así el género humano en el primer padre cayó de lo alto a lo bajo, pues la dignidad de su condición lo había suspendido en la altura de la razón como en la libertad del aire; pero porque, contra el precepto, tocó el alimento prohibido, por la concupiscencia del vientre vino a la tierra; y como después del vuelo se alimenta de carnes, porque perdió aquellos libres inspiraciones de la contemplación, y se deleita abajo con los placeres corporales. Así como el águila volando hacia la presa, nuestros días pasan rápidamente, porque cuanto más buscamos lo bajo, más se nos prohíbe permanecer en la vida.

51. Cuestiones difíciles sobre la caída del hombre que deben ser refrenadas. La mente, aunque justa, sin embargo, ciega y dura.---Pero cuando revolvemos estas cosas ante los ojos de la mente con continua meditación, nos vemos silenciosamente acosados por duras preguntas: ¿por qué el Dios omnipotente creó a quien sabía que perecería? ¿por qué Él, que es sumamente poderoso y sumamente bueno, no quiso hacer al hombre de tal manera que no pudiera perecer? Sin embargo, cuando la mente pregunta en silencio estas cosas, teme que con el mismo atrevimiento de la pregunta estalle en soberbia, y se reprime humildemente, restringiendo sus pensamientos. Pero se aflige más gravemente, cuanto más, entre los males que soporta, también se atormenta por el entendimiento oculto de su condición. De ahí que aquí también se añada apropiadamente: Cuando diga, De ninguna manera hablaré así, cambio mi rostro, y me atormento con dolor. Decimos que de ninguna manera debemos hablar así cuando, al exceder el límite de nuestra debilidad en la investigación, nos reprendemos con temor y nos refrenamos con la consideración de la reverencia suprema. En esta refrenación, ciertamente, el rostro de nuestra mente se transforma, porque lo que antes, sin comprender, buscaba audazmente lo supremo, al reconocer después su debilidad, comienza a venerar lo que ignora. Pero en esa misma transformación hay dolor, porque se aflige mucho, ya que por el mérito de la primera culpa se ciega para entender las cosas que son de ella. Considera que lo que padece es justo; teme no excederse en el dolor por la licencia de la locución; impone silencio a su boca, pero el dolor excitado se incrementa precisamente por ser restringido. Diga, pues: Cuando diga, De ninguna manera hablaré así, cambio mi rostro, y me atormento con dolor, porque a menudo nos afligimos más gravemente cuando, como por un esfuerzo de consolación, intentamos aliviar los males de nuestra aflicción. Pero quienquiera que, considerando ya sutilmente la condena propagada del primer padre, considere los daños del género humano, le queda temer añadir a estos los propios. Por lo tanto, el hombre santo, después de haber mencionado lo común, de repente añade lo especial, diciendo:

312 CAPÍTULO XXXIV [Rec. XVII].

VERS. 28.---Temía todas mis obras, sabiendo que no perdonarías al que delinque.

52. Job también enseña a temer incluso en las buenas obras. Las obras que el bienaventurado Job realizó, las muestra el texto de esta sagrada historia. Se esforzó por agradar al Creador

con múltiples holocaustos, pues, como está escrito, levantándose de madrugada, ofrecía holocaustos por cada uno de sus hijos, según su número; y los purificaba no solo de actos impuros, sino también de pensamientos perversos. De él, con el testimonio de la Escritura, se dice: "Pues decía: Quizás hayan pecado mis hijos y maldecido a Dios en sus corazones" (Job 1, 5). Por lo tanto, ejerció el afecto de la compasión, porque él mismo, sometido a las preguntas de sus amigos, dice: "Lloraba en otro tiempo por el que estaba afligido" (Job 30, 25). Prestó el ministerio de la piedad, quien dice: "Fui ojos para el ciego, y pies para el cojo" (Job 29, 15). Custodió la pureza de la castidad en su corazón, quien se revela jurando, diciendo: "Si mi corazón se dejó seducir por una mujer" (Job 31, 9). Mantuvo profundamente la cumbre de la humildad, quien dice: "Si desprecié someterme a juicio con mi siervo y mi sierva, cuando discutían contra mí" (Ibid., 13). Ofreció los beneficios de la generosidad, quien dice: "Si comí mi bocado solo, y no comió de él el huérfano" (Ibid., 17). Y de nuevo: "Si no me bendijeron sus lomos, y se calentó con la lana de mis ovejas" (Ibid., 20). Exhibió la gracia de la hospitalidad, quien dice: "El extranjero no pasó la noche fuera, mi puerta estuvo abierta al viajero" (Ibid., 32). Y entre estas cosas, para el cúmulo de virtudes por el camino más excelente de la caridad, también amó a sus enemigos, quien dice: "Si me alegré por la ruina del que me odiaba" (Ibid., 29). Y de nuevo: "No di mi garganta al pecado, para desear maldiciendo su alma" (Ibid., 30). ¿Qué temía entonces el santo varón de sus obras, quien siempre realizó aquellas por las cuales Dios suele ser aplacado respecto a las iniquidades? ¿Qué es, entonces, que, haciendo obras admirables, también teme y se estremece ante ellas, cuando dice: "Temía todas mis obras", sino que en los actos y palabras del santo varón recogemos que, si verdaderamente deseamos agradar a Dios, después de someter lo perverso, también temamos en nosotros las buenas acciones realizadas?

[Vet. XXVI.] 53. En ellos, la desidia y el fraude son temibles. ---Hay dos cosas que en las buenas obras es necesario temer con diligencia: la desidia y el fraude. Por eso, a través del profeta en la antigua traducción se dice: Maldito sea todo aquel que hace la obra de Dios con fraude y desidia (Jeremías XLVIII, 10). Pero es muy importante saber que la desidia nace de la pereza, y el fraude del amor propio. La primera es exacerbada por un amor menor a Dios, mientras que el segundo es creado por un amor propio que posee malamente la mente. Comete fraude en la obra de Dios quien, amándose desordenadamente a sí mismo, se apresura hacia los bienes transitorios de la recompensa por lo que ha hecho correctamente. También se debe saber que el fraude se comete de tres maneras, porque sin duda a través de él se desea la gracia oculta del corazón humano, el aura del favor, o cualquier cosa exterior. En contraposición, correctamente se dice del justo por el profeta: Bienaventurado el que sacude sus manos de todo soborno (Isaías XXXIII, 15). Porque no solo el fraude está en la aceptación de dinero, sin duda el soborno no es uno solo. Hay tres tipos de sobornos a los que se apresura por fraude. El soborno del corazón es la gracia captada por el pensamiento. El soborno de la boca es la gloria por el favor. El soborno de la mano es el premio por la dádiva. Pero el justo sacude sus manos de todo soborno, porque en lo que hace correctamente, no busca recibir ni la vana gloria del corazón humano, ni la alabanza de la boca, ni la dádiva de la mano. Solo aquel que no comete fraude en la obra de Dios es quien, al vigilar las buenas acciones, no anhela ni las recompensas materiales, ni las palabras de alabanza, ni la gracia del juicio humano. Por lo tanto, nuestras buenas obras, porque no pueden evadir la espada de la culpa insidiosa, a menos que sean protegidas diariamente con temor diligente, ahora se dice correctamente a través del hombre santo: Temía todas mis obras. Como si se dijera con humilde confesión: Veo lo que he hecho abiertamente, pero ignoro lo que he sufrido en secreto en ellas. [Vet. XXVII]. A menudo, nuestras buenas obras perecen por el fraude latente, porque se subordinan a nuestros actos rectos las concupiscencias terrenales. A menudo, fallan por la intervención de la desidia, porque el amor con el que fueron

comenzadas se enfría y se debilita. Por lo tanto, ya que la infiltración de la culpa apenas se vence incluso en el mismo acto de virtud, ¿qué queda para la seguridad, sino que siempre se tema diligentemente incluso en la virtud?

54. Ningún delito queda sin castigo.---Pero después de esto, se presenta al corazón algo muy escrupuloso que se añade: Sabiendo que no perdonarías al delincuente. Pues si al delincuente no se le perdona, ¿quién se libra de la muerte eterna, cuando en el mundo no se encuentra a nadie sin delito? ¿Acaso se perdona al penitente y no al delincuente? Porque cuando lamentamos nuestros delitos, ya no somos delincuentes. Pero, ¿qué decir de Pedro, que al negar es mirado, y por la mirada del Redentor a quien negó, es llamado a las lágrimas? ¿Qué decir de Pablo, que al intentar extinguir el nombre del Redentor en la tierra, mereció escuchar sus palabras desde el cielo? Sin embargo, la culpa en ambos fue castigada, porque de Pedro, según el testimonio del Evangelio, está escrito: Pedro, recordando la palabra de Jesús, salió fuera y lloró amargamente (Luc. XXII, 61). Y de Pablo, la misma Verdad que lo llamó dice: Yo le mostraré cuánto debe sufrir por mi nombre (Hech. IX, 16). Por lo tanto, el Señor de ningún modo perdona al delincuente, porque no abandona el delito sin venganza. O bien el hombre mismo, arrepentido, se castiga a sí mismo, o Dios lo golpea vengándose con el hombre. De ninguna manera, pues, se perdona el pecado, porque de ningún modo se deja sin venganza. Así, David (De poenit. dist. 1, cap. Si peccatum) mereció escuchar después de la confesión: El Señor ha perdonado tu pecado (II Sam. XII, 13). Y sin embargo, afligido por muchos tormentos y huyendo, pagó la culpa del delito que había cometido. Así nosotros, por la ola de la salvación, somos absueltos de la culpa del primer padre; pero, sin embargo, al lavar la culpa de la misma, aun absueltos, morimos carnalmente. Bien se dice, pues: Sabiendo que no perdonarías al delincuente, porque nuestros delitos los corta, ya sea por nosotros o por sí mismo, incluso cuando los perdona. Porque de sus elegidos se esfuerza en borrar las manchas de iniquidad con aflicción temporal, que no quiere ver en ellos para siempre. Pero a menudo, mientras la mente tiembla más de lo justo, mientras se agita por el miedo, mientras es urgida por sospechas siniestras, se cansa de vivir, dudando si llegará a la vida incluso a través de los trabajos. Por lo cual, se añade subsecuentemente:

VERS. 29.---Pero si aun así soy impío, ¿por qué he trabajado en vano?

CAPUT XXXV [Rec. XVIII].

Los santos son tan inciertos que confían, tan confían que no se vuelven perezosos. Pues si somos examinados sin piedad, nuestra obra es digna de castigo, ya que esperamos ser recompensados con premios. Por lo tanto, el hombre santo, temblando ante los juicios ocultos, dice: "Si aun así soy impío, ¿por qué he trabajado en vano?" No porque se arrepienta de haber trabajado, sino porque está incierto sobre los premios y sufre en medio de sus labores. Es necesario saber que los hombres santos son tan inciertos que confían, y tan confían que no se vuelven perezosos por la seguridad. Porque, por lo tanto, la mente a menudo tiembla incluso en acciones rectas, queda que después de realizar una buena obra se busquen las lágrimas de súplica, para que la humildad de la petición eleve el mérito de la obra recta hacia los premios eternos. [Vet. XXVIII, Rec. XIX.] Sin embargo, es necesario saber que ni la vida ni las lágrimas pueden hacernos completamente puros mientras nuestra mortalidad nos mantenga en corrupción. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 30, 31.---Aunque me lave con aguas de nieve, y mis manos brillen como las más puras; aun así, me sumergirás en la inmundicia, y mis vestiduras me abominarán.

56. Las lágrimas purifican si fluyen con humildad. No por bienes terrenales, sino por los celestiales. Las lágrimas de humildad son como aguas de nieve. Esta humildad, que ante los ojos del juez severo sobresale entre las demás virtudes, brilla con el color de un gran mérito. Hay algunos que tienen lágrimas, pero no tienen humildad, porque lloran afligidos, pero en esos mismos llantos se enorgullecen contra la vida de sus prójimos o se rebelan contra la ordenación del Creador. Estos ciertamente tienen agua, pero no tienen agua de nieve, y no pueden ser puros, porque no son lavados con las lágrimas de la humildad. Se había lavado de culpa con las aguas de nieve quien decía con confianza: "Un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia" (Salmo 50, 19). Porque aquellos que se afligen con lamentos, pero son rebeldes murmurando, ciertamente rompen su mente, pero desprecian humillarse. Aunque las aguas de nieve pueden entenderse de otra manera. El agua de fuente y de río surge de la tierra, pero el agua de nieve cae del aire. Y hay muchos que se atormentan con lamentos de oración, pero con todos sus esfuerzos de lamento sudan solo por deseos terrenales; se conmueven en las oraciones, pero buscan las alegrías de la felicidad transitoria. Por lo tanto, el agua de nieve no los lava, porque su llanto viene de lo más bajo. Es como si estuvieran empapados con agua de la tierra, aquellos que se conmueven en las oraciones por bienes terrenales. Pero aquellos que lloran porque desean las recompensas celestiales, el agua de nieve los lava, porque la compunción celestial los infunde. Pues cuando anhelan la patria eterna a través de los lamentos, y lloran encendidos por sus deseos, reciben de lo alto de donde ser purificados. ¿Y qué otra cosa se designa por las manos sino las obras? Por eso, a algunos se les dice por el profeta: "Vuestras manos están llenas de sangre" (Isaías 1, 15); es decir, obras de crueldad.

57. Aquí no alcanzamos la pureza perfecta. --- Sin embargo, es de notar que el hombre santo no dice: "Mis manos han brillado purísimas", sino "como si mis manos fueran purísimas", porque mientras estemos sujetos a la pena de la corrupción, por más rectas que sean nuestras obras, de ninguna manera alcanzamos la verdadera pureza, sino que la imitamos. Por eso, se añade adecuadamente: "Sin embargo, me sumergirás en inmundicias". Se dice que Dios nos sumerge en inmundicias, es decir, nos muestra sumergidos en inmundicias, porque cuanto más nos elevamos hacia Él a través de buenas obras, tanto más reconocemos sutilmente las manchas de nuestra vida, por las cuales nos apartamos de Su pureza. Por lo tanto, dice: "Si me lavara con aguas de nieve, y brillaran como purísimas mis manos, sin embargo, me sumergirás en inmundicias". Como si dijera más claramente: Aunque sea infundido con los lamentos de la compunción celestial, aunque me ejercite en los estudios de la operación recta, en tu pureza veo que no soy puro. Pues el alma atenta a Dios es aún golpeada por la carne corruptible, y la belleza de su amor es mancillada por los movimientos obscenos e ilícitos de los pensamientos.

[Vet. XXIX.] 58. El alma es la vestidura del cuerpo.---Por eso se añade: Y mis vestiduras me abominarán. ¿Qué se expresa con el término vestidura sino este cuerpo terrenal, con el que el alma se cubre para no parecer desnuda en la sutileza de su sustancia? De ahí que Salomón diga: En todo tiempo sean blancas tus vestiduras (Ecles. IX, 8); es decir, que los miembros del cuerpo estén limpios de actos impuros. De ahí que Isaías diga: La vestidura mezclada con sangre será para la combustión (Isaías IX, 5). Mezclar la vestidura con sangre es manchar el cuerpo con deseos carnales. De estos, el salmista temía contaminarse cuando decía: Líbrame de las sangres, Dios, Dios de mi salvación (Salmo L, 16). De ahí que el ángel diga a Juan: Tienes unos pocos nombres en Sardis que no han manchado sus vestiduras (Apoc. III, 4).

Según el modo del sagrado discurso, se dice que nuestras vestiduras nos abominan porque nos hacen abominables; así como también se dice por Pedro de Judas: Este adquirió un campo con el precio de la iniquidad (Hechos I, 18). Pues Judas no pudo poseer el campo del alfarero comprado con el precio de sangre, ya que, al devolver las treinta monedas de plata, fue castigado con una muerte aún más criminal por el crimen de la traición; pero se dijo que poseyó porque hizo poseer. Así en este lugar: Mis vestiduras me abominarán se dice que harán abominable, porque ciertamente, mientras los miembros se rebelan contra la mente, mientras interrumpen los estudios del santo deseo con los tumultos de sus tentaciones, el alma, puesta en su propia lucha, reconoce cuánto aún es despreciada por la divinidad, que deseando plenamente pasar su corrección, pero no pudiendo, se mancha con el polvo vil del pensamiento. Esta abominación de las vestiduras la sintió quien decía: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros (Rom. VII, 23). Estas vestiduras, en las que no podía agradar perfectamente, deseaba apresuradamente dejarlas para retomarlas mejor en algún momento, diciendo: ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). Diga, pues, el hombre justo: Aunque me lave con aguas de nieve, y mis manos brillen como las más puras, sin embargo, me sumergirás en la inmundicia, y mis vestiduras me abominarán, porque por mucho que ascienda a las alturas por la compunción de la contemplación, por mucho que se ciña en la obra por el ejercicio del trabajo, aún siente algo indigno del cuerpo de muerte, y se considera abominable en muchas cosas que lleva del peso de la corrupción. [Vet. XXX, Rec. XX.] Esto también le resulta más grave, porque a menudo ni siquiera entiende de dónde peca. Recibe castigos, pero no reconoce ante el juez estricto qué le desagrada más o menos. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 32.---Porque no hay hombre semejante a mí a quien pueda responder, ni quien pueda ser escuchado conmigo en juicio de igual a igual.

59. Cuán grave es ignorar de dónde se peca. --- Cuando con cualquiera en juicio contendemos equitativamente, y reconocemos lo que se dice contra nosotros, y en lo que decimos somos escuchados, y comprendemos claramente lo que se nos objeta, entonces respondemos con confianza a lo propuesto. Porque el juez invisible ve lo que hacemos, como si escuchara lo que decimos; pero como no conocemos plenamente lo que le desagrada, es como si ignoráramos lo que él dice. Por lo tanto, el hombre santo, considerando la abominación de sus vestiduras, teme más, ya que no puede ser escuchado equitativamente en el juicio, porque mientras es oprimido por el peso de su corrupción, soporta más gravemente en su pena el hecho de que ignora el juicio de su censor. Como si dijera abiertamente: En esto no soy escuchado equitativamente, porque todo lo que hago es evidente, y sin embargo, no sé por cuántas cosas soy reprendido. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 33.---No hay quien pueda argumentar en ambos casos y poner su mano sobre ambos.

60. Acusar a Dios, qué significa.---Suena duro que se pregunte quién acusa a Dios; pero no será duro, si se recurre a la memoria de lo que Él mismo dice a través de otro profeta. Pues por medio de Isaías advierte, diciendo: Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad la justicia, socorred al oprimido, defended al huérfano, abogad por la viuda; y venid, y discutid conmigo, dice el Señor (Isaías 1, 16). Porque a aquel a quien acusamos, nos

oponemos con la autoridad de la razón. ¿Y qué es lo que el Señor, al advertirnos que hagamos cosas santas, añade: Venid, y discutid conmigo, sino que insinúa abiertamente cuánta confianza otorgan las buenas acciones? Como si dijera claramente: Obrad rectamente, y enfrentad los impulsos de mi advertencia no ya con el gemido de la súplica, sino con la confianza de la autoridad. De aquí es que Juan dice: Si nuestro corazón no nos reprende, tenemos confianza ante Dios (1 Juan 3, 21). De aquí que Moisés, porque agrada sirviendo, es escuchado en silencio, cuando se le dice en silencio: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo 14, 15). De aquí que retiene al que se enoja, cuando escucha: Déjame, para que mi ira se encienda contra este pueblo (Éxodo 32, 10). De aquí que el Señor se queja de no haber tenido a quien lo acuse, cuando se dice por el profeta: Busqué un hombre que interpusiera un cerco, y se pusiera en pie contra mí, para que no la destruyera, y no lo hallé (Ezequiel 22, 30). De aquí que Isaías deplora gravemente, diciendo: Todos nosotros caímos como hoja, y nuestras iniquidades nos llevaron como el viento; no hay quien invoque tu nombre, quien se levante y te sostenga (Isaías 64, 6, 7).

61. Cristo solo pudo liberarnos de la muerte. Sufriendo, corrigió la culpa del hombre y aplacó la ira de Dios. Sin embargo, aunque los justos pueden, por el mérito de la inocencia recibida, a veces oponerse a los movimientos presentes de la retribución, no tienen la capacidad por su propia virtud de expulsar del género humano los castigos de la muerte futura. Por lo tanto, el hombre santo debe considerar a qué punto ha caído el género humano; debe contemplar los daños de la muerte eterna; y, al darse cuenta de que la justicia humana no puede contradecir, debe ver cuán perversamente ha pecado el hombre; debe ver cuán estrictamente el Creador se enoja contra el hombre, y debe buscar al mediador entre Dios y los hombres, Dios y hombre. [Vet. XXXI, Rec. XXI.] Al considerar que vendrá mucho después, lamentándose, diga: No hay quien pueda argumentar entre ambos y poner su mano sobre ambos. El Redentor del género humano, mediador entre Dios y los hombres hecho carne, porque apareció como el único justo entre los hombres, y sin embargo llegó al castigo de la culpa incluso sin culpa, reprendió al hombre para que no pecara, y se opuso a Dios para que no hiriera, ofreció ejemplos de inocencia, asumió el castigo de la maldad. Sufriendo, por lo tanto, reprendió a ambos, pues corrigió la culpa del hombre aspirando a la justicia, y moderó la ira del juez muriendo; y puso su mano sobre ambos, porque ofreció ejemplos a los hombres para que los imitaran, y mostró a Dios en sí mismo obras con las que se aplacara hacia los hombres. Ninguno antes de él existió que intercediera por los delitos ajenos sin tener propios. Por lo tanto, nadie podía oponerse a la muerte eterna en otros, tanto como este estaba atado por sus propios delitos. Así, vino un nuevo hombre a los hombres, contradictor de la culpa, amigo del castigo; mostró maravillas, soportó crueldades. Puso, por lo tanto, su mano sobre ambos, porque de donde enseñó al culpable rectamente, de allí aplacó al juez enojado. Esto también lo ofreció de manera más maravillosa con sus propios milagros, porque corrigió los corazones de los pecadores más con mansedumbre que con terror. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XXXIX [Rec. XXII].

VERS. 34.---Quite de mí su vara, y que su temor no me aterre.

62. Nos corrigió más con mansedumbre que con terror. En efecto, Dios sostenía la vara a través de la ley, cuando decía: Si alguien hace esto o aquello, morirá. Pero al encarnarse, retiró la vara, porque mostró los caminos de la vida a través de la mansedumbre. Por eso, a través del Salmista se le dice: Atiende, avanza con prosperidad y reina, por la verdad, la mansedumbre y la justicia (Salmo 44, 5). En verdad, no quiso ser temido como Dios, sino que inspiró ser amado como padre. Esto lo dice claramente Pablo: No habéis recibido un espíritu

de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción filial, en el cual clamamos, Abba Padre (Rom. 8, 15). Por lo tanto, aquí también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XL.

VERS. 35.---Hablaré, y no le temeré.

63. El temor no pudo levantarnos del pecado. Un hombre santo, al ver que el Redentor del género humano viene con mansedumbre, no toma el miedo hacia el Señor, sino el afecto hacia el Padre; y desprecia el temor, porque se eleva al amor por la gracia de la adopción. De ahí que Juan diga: "En la caridad no hay temor, sino que la caridad perfecta expulsa el temor" (1 Juan 4, 18). De ahí que Zacarías diga: "Para que, liberados de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor" (Lucas 1, 74). Por lo tanto, el temor no pudo levantarnos de la muerte del pecado, sino que la gracia de la mansedumbre nos elevó al estado de vida. Esto se simboliza bien en Eliseo resucitando al hijo de la sunamita (2 Reyes 4, 30, 34), quien, al enviar el bastón al niño, no devolvió la vida al hijo muerto; pero viniendo él mismo, extendiéndose sobre el muerto, y juntándose a sus miembros, caminando de un lado a otro, y aspirando siete veces en la boca del muerto, lo animó de inmediato a la luz de la vida por el ministerio de la compasión. El Creador del género humano, Dios, se dolió como de un niño muerto, cuando nos miró con misericordia, extinguidos por el aguijón de la iniquidad. Y porque a través de Moisés promulgó el terror de la ley, es como si hubiera enviado el bastón a través del niño. Pero el niño con el bastón no pudo resucitar al muerto, porque, como atestigua Pablo: "La ley no llevó nada a la perfección" (Hebreos 7, 19). Sin embargo, él mismo viniendo, y extendiéndose humildemente sobre el cadáver, se juntó a los miembros del muerto para igualarlos a sí mismo: "Porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre" (Filipenses 2, 6). Camina de un lado a otro, porque llama tanto a Judea como a las naciones lejanas. Sopla siete veces sobre el muerto, porque a través de la apertura del don divino del espíritu de gracia septiforme, otorga el espíritu a los que yacen en la muerte del pecado. Y pronto se levanta vivo, porque aquel a quien el bastón del terror no pudo resucitar, el niño volvió a la vida por el espíritu del amor. Que diga, pues, desde su propia voz, desde la voz del género humano: "Que quite de mí su bastón, y su pavor no me aterre; hablaré, y no le temeré". Donde también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLI.

IBID.---Ni siquiera puedo responder con temor.

64. El temor no devuelve a Dios los homenajes dignos por sus dones.---Se dice que respondemos a cualquiera cuando le devolvemos obras dignas de sus hechos. Responder a Dios, por tanto, es devolverle nuestros homenajes por sus dones precedentes. Por eso, algunos salmos, en los que se propone imitar la santa operación, están escritos con la indicación de responder. Dios creó al hombre recto y lo toleró con paciencia cuando se desvió hacia lo perverso. Cada día observa la culpa, y sin embargo no corta rápidamente el tiempo de vida; otorga dones con su benignidad y usa su paciencia con los malos. El hombre debe responder a tantos beneficios; pero, sin embargo, temiendo no puede responder, porque quien todavía teme servilmente al Creador del género humano, sin duda no lo ama. Pues solo devolvemos verdaderos homenajes a Dios cuando no lo tememos por la confianza del amor;

cuando nos dirige el afecto hacia las buenas obras, no el miedo; cuando el mal ya no agrada a nuestra mente, incluso si es permitido. Porque quien se restringe de la obra de la perversidad por temor, actuaría perversamente con gusto, si le fuera permitido. Por lo tanto, no es verdaderamente recto quien aún no está libre del deseo de la maldad. Bien se dice, por tanto: No puedo responder temiendo, porque no devolvemos verdaderos homenajes a Dios si servimos a sus mandatos por temor y no más bien por amor. Pero cuando el amor de su dulzura enciende nuestra mente, todo deseo de la vida presente se aligera, el amor se convierte en tedio, y la mente lo tolera con tristeza, a la que antes servía vencida por el amor reprobable. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLII [Ant. XXXIII, Rec. XXIII].

CAP. X, VERS. 1.---Mi alma está hastiada de mi vida.

65. El amor de Dios engendra el hastío de esta vida y conduce a la confesión de los errores. --
- Pero cuando la vida presente comienza a perder su valor y el amor del Creador empieza a endulzarse, el alma se enciende contra sí misma, de modo que debe acusarse de las culpas en las que antes, ignorante de las cosas celestiales, se defendía. Por lo tanto, correctamente añade:

CAPÍTULO XLIII.

IBID.---Dejaré que mi palabra hable contra mí.

66. Quien utiliza su propio discurso como si fuera para sí mismo, es aquel que intenta defender con excusas las malas acciones que ha realizado. Pero deja ir el discurso contra sí mismo, quien comienza a acusarse de lo que ha errado. A menudo, incluso cuando pecamos, juzgamos también lo que hacemos. La mente misma acusa lo que comete; pero como no abandona esto por deseo, se avergüenza de confesar lo que ha hecho. Sin embargo, cuando ya con todo juicio reprime el deleite de la carne, se levanta con voz audaz en la confesión de su propia acusación. Por eso, con razón se dice ahora: Dejaré ir el discurso contra mí mismo, porque la mente fuerte comienza a soltar palabras de detestación contra sí misma, que antes retenía débilmente avergonzada en su interior. Pero hay algunos que confiesan sus culpas con palabras abiertas, pero no saben gemir en la confesión, y dicen con alegría lo que debería lamentarse. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLIV [Rec. XXIV].

IBID.---Hablaré en la amargura de mi alma.

67. La confesión debe hacerse en la amargura del alma.---Quien, detestando sus culpas, habla, es necesario que lo haga en la amargura del alma, para que esta misma amargura castigue lo que la lengua acusa mediante el juicio de la mente. Es necesario saber que, a partir de la pena de la penitencia que la mente se impone a sí misma, percibe cierta seguridad y se levanta con más confianza ante la interrogación del juicio supremo, para encontrarse a sí misma con mayor sutileza y reconocer cómo se disponen las cosas respecto a ella. Por lo tanto, se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 2.---Diré a Dios: No me condenes; indícame por qué me juzgas así.

68. Dios nos juzga y castiga aquí de dos maneras. — Porque se declara pecador en la amargura del alma, ¿qué otra cosa le pide a Dios sino que no sea condenado? Porque la amargura de la penitencia presente extingue los castigos de la ira futura. Dios juzga al hombre en esta vida de dos maneras, ya sea porque comienza a imponer tormentos futuros a través de los males presentes, o porque extingue los tormentos futuros con los azotes presentes. Pues si el juez justo no golpeará a algunos ahora y después debido a sus delitos, Judas no habría dicho: "En segundo lugar, destruyó a los que no creyeron" (Judas 5); y el salmista no diría de los inicuos: "Vístanse de confusión como de un manto" (Salmo 108, 29). Llamamos manto doble a la diploide. Por lo tanto, están vestidos de confusión como de una diploide aquellos que, según el mérito de su culpa, son heridos con una retribución tanto temporal como perpetua. Solo la pena libera del castigo a aquellos a quienes transforma. Pues a quienes los males presentes no corrigen, los conducen a los futuros. Si la pena presente no defendiera a algunos del castigo eterno, Pablo no habría dicho: "Cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con este mundo" (1 Cor. 11, 32). De ahí que con voz angélica se dice a Juan: "Yo reprendo y castigo a todos los que amo" (Apoc. 3, 19). También está escrito: "El Señor castiga a quien ama, azota a todo hijo que recibe" (Hebreos 12, 6).

La mente del justo, para estar segura, se inquieta. Así, la mente del justo, para estar más segura, se inquieta profundamente; y cuando es rodeada por los azotes, se turba por la incertidumbre del juicio divino. Teme que todo lo que sufre sea el comienzo de una condenación futura; y a través de la reflexión interroga al juez, porque duda de los méritos de su vida en el sufrimiento. Pero cuando la virtud de su vida se trae a la mente, es como si el juez respondiera con consuelo, porque no golpea para destruir a quien, en la inocencia de su acción, protege al herir. Por lo tanto, ahora se dice bien: Indícame por qué me juzgas así. Como si se dijera abiertamente: Ya que me juzgas azotándome, muestra que a través de los azotes me haces seguro para el juicio. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera. Pues a menudo el hombre justo recibe los azotes como prueba, y al examinar su vida con la más sutil investigación, aunque se sienta y confiese pecador, no reconoce en absoluto por qué culpa específica es golpeado; y tanto más se inquieta en el sufrimiento, cuanto más ignora las causas de su aflicción. Pide que el juez le revele a sí mismo, para que lo que Él corrige al castigar, él mismo lo castigue llorando. Sabe que el juez más justo de ninguna manera aflige injustamente a ninguno de nosotros, y se estremece con gran temor, porque sufre en el castigo y no puede descubrir perfectamente en sí mismo lo que debe lamentar. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XLVI [Rec. XXV].

VERS. 3.---¿Acaso te parece bien calumniar y oprimir al pobre, obra de tus manos, y ayudar al consejo de los impíos?

70. La ansiedad del justo que ignora por qué es flagelado.---Esto, sin duda, se dice de manera interrogativa para negar. Como si se dijera abiertamente: Tú, que eres sumamente bueno, sé que no consideras bueno oprimir al pobre mediante calumnias. Y sé, por tanto, que no es injusto lo que sufro, y me duele más cuanto más ignoro las causas de la justicia. Es de notar que no dice "Para oprimir al inocente", sino "al pobre". Pues quien no presenta su inocencia, sino su pobreza ante el juicio, no se atreve a hablar de su vida, sino que muestra cuán débil se

considera. Donde también añade congruentemente: "Obra de tus manos". Como si dijera abiertamente: No puedes oprimir impiamente a quien recuerdas haber creado gratuitamente.

71. Dios no permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas. --- Sin embargo, se añade acertadamente: ¿Y ayudas el consejo de los impíos? ¿A quiénes llama aquí impíos, sino a los espíritus malignos? Ya que, al no poder ellos mismos regresar a la vida, buscan cruelmente compañeros para la muerte. Su consejo, sin duda, fue que la corrección divina tocara al bienaventurado Job, y que, habiendo sido justo en la tranquilidad, al menos pecara a través de los castigos. Pero el Señor no ayudó al consejo de los impíos, porque entregó la carne del justo a sus tentaciones, pero negó su alma. Este es el consejo que los espíritus malignos incesantemente tramán contra los buenos, para que aquellos a quienes ven servir a Dios inocentemente en tranquilidad, sean arrastrados a la vorágine de la culpa al ser afligidos por adversidades. Pero la agudeza de su consejo es destruida, porque el piadoso Creador modera los castigos con las fuerzas, para que la pena no supere la virtud, y la astucia de los fuertes no haga caer la debilidad humana. Por eso, acertadamente se dice a través de Pablo: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis, sino que con la tentación dará también la salida, para que podáis soportarla (I Cor. X, 13). Porque si el misericordioso Dios no ajustara las tentaciones a nuestras fuerzas, ciertamente no habría nadie que no sucumbiera ante las insidias de los espíritus malignos, ya que si el juez no pone medida a las tentaciones, de inmediato derriba al que está de pie al imponerle cargas más allá de sus fuerzas. Así, el bienaventurado Job negó buscando lo que expresó, como también niega buscando lo que inmediatamente añade, diciendo:

CAPÍTULO XLVII [Rec. XXVI].

VERS. 4-7.---¿Acaso tienes ojos de carne, o ves tú como ve el hombre? ¿Son acaso tus días como los días del hombre, o tus años como los tiempos humanos, para que busques mi iniquidad y escudriñes mi pecado? y sepas que no he hecho nada impío.

72. Diferencia entre la visión humana y divina, de nuestros días y de la eternidad. Los ojos de la carne solo reconocen los hechos del tiempo dentro del tiempo, ya que ellos mismos surgen para ver con el tiempo y se cierran con el tiempo; y la visión humana sigue cualquier obra, no la precede, porque apenas puede ver lo que existe y de ninguna manera reconoce lo que está por venir. Los días y años del hombre también difieren de los días y años de la eternidad, porque nuestra vida, que comienza en el tiempo, termina en el tiempo; mientras se forma dentro de la amplitud de su seno, la eternidad la devora. La inmensidad de esta, que se extiende más allá y más acá sobre nosotros, se dilata eternamente sin inicio ni fin; y a ella no le pasan desapercibidos los eventos pasados, ni le faltan los futuros, como si no aparecieran, porque aquel que siempre existe, contempla todo como presente; y al mirar, no se extiende ni hacia atrás ni hacia adelante, no se varía con ningún cambio de visión. Por tanto, que diga: ¿Acaso tienes ojos de carne; o verás tú como ve el hombre? ¿Acaso tus días son como los días del hombre, y tus años como los tiempos humanos, para que busques mi iniquidad y escudriñes mi pecado? y sepas que no he hecho nada impío. Como si humildemente preguntara: ¿Por qué me examinas en el tiempo con flagelos, a quien conociste perfectamente antes del tiempo? ¿Por qué interrogas mis culpas con azotes, a quien por el poder de tu eternidad no ignoraste antes de crearme? De cuya potencia, ciertamente, expresa inmediatamente el peso, cuando añade:

CAPÍTULO XLVIII.

IBID.---Puesto que no hay nadie que pueda librar de tu mano.

73. Humilde súplica del flagelado.---Como si abiertamente dijera: ¿Qué te queda, sino perdonar, tú cuya virtud nadie puede contradecir? Pues, ya que no hay nadie que pueda detener tu juicio por el mérito de su virtud, tanto más fácilmente tu piedad exige de sí misma perdonar. Porque, habiendo sido concebidos en delito, nacidos en iniquidades, o cometemos maldades de manera nociva, o incluso al actuar rectamente, pecamos por descuido, no tenemos un juez estricto que se nos haga propicio. Pero, como no podemos presentar nuestra obra digna ante sus ojos, queda que para su apaciguamiento le ofrezcamos su propia obra. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XLIX [Rec. XXVII].

VERS. 8.---¿Tus manos me formaron y me hicieron por completo en derredor, y así de repente me precipitas?

74. El dogma de los maniqueos es destruido.---Como si le dijera humildemente: Ya que bajo un justo examen no es digno de tu complacencia lo que he hecho, considera misericordiosamente, para que no perezca lo que has creado. Con estas palabras también se destruye el perverso dogma de los maniqueos, quienes, mintiendo, afirman que hay dos principios, intentando sostener que el espíritu es de Dios y la carne, en cambio, fue creada por Satanás. Pues el santo varón, lleno de la gracia del espíritu profético, considera lo que vendrá en el futuro lejano, y previendo los errores, los aplasta, diciendo: Tus manos me formaron y me hicieron por completo en derredor. Porque quien afirma que ha sido formado y hecho por completo en derredor por Dios, no deja nada a la gente de las tinieblas ni en su espíritu ni en su carne. Pues se refiere a sí mismo como formado por la imagen interna; y al hecho de ser hecho por completo en derredor, lo menciona en cuanto a lo que consiste en el revestimiento de la carne.

[Ant. XXXVI.] 75. La prerrogativa del hombre en la creación de las cosas.---Es de notar que al afirmar que fue formado por las manos de Dios, opone la dignidad de su condición a la misericordia del juez. Aunque todas las cosas fueron creadas por el Verbo coeterno al Padre, en la misma relación de la creación se muestra cuánto el hombre es preferido sobre todos los animales, sobre las cosas celestiales, aunque insensibles. Pues dijo y todo fue hecho (Salmo CXLVIII, 5). Pero cuando decide hacer al hombre, precede con lo que debe ser considerado con reverencia, diciendo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I, 26). No está escrito de él como de las demás cosas, Sea hecho, y fue hecho (Ibid., 3); ni como las aguas produjeron las aves, así la tierra produjo al hombre; sino que antes de que fuera hecho se dice hagamos, para que, al ser creada una criatura racional, pareciera hecha como con consejo. Es formado de la tierra con esmero, y por la inspiración del creador se eleva en virtud del espíritu vital, para que no existiera por la voz de una orden, sino por la dignidad de la operación, siendo hecho a imagen del creador. Lo que el hombre recibió en su condición más elegantemente que las demás criaturas en la tierra, lo opone a la piedad de su creador cuando está en el castigo, diciendo: Tus manos me formaron y me hicieron todo alrededor, ¿y así de repente me precipitas? Como si dijera abiertamente: ¿Por qué desprecias con tanta vileza a quien creaste con tanta dignidad? Y a quien prefieres con razón sobre las demás cosas, ¿por qué lo sometes al dolor? Sin embargo, esta misma dignidad nuestra brilla por la imagen, y está lejos de la perfección de la bienaventuranza por la carne, porque mientras el espíritu se mezcla con el polvo, de algún modo se conecta con la debilidad. Esta debilidad, el bienaventurado Job la objeta a la piedad del juez, cuando añade:

CAPÍTULO L [Rec. XXVIII].

VERS. 9.---Acuérdate, te ruego, que como el barro me has formado.

76. Por qué el ángel pecó irremisiblemente, no el hombre.---Los espíritus de los ángeles pecaron irremisiblemente porque podían mantenerse firmes con mayor robustez, ya que no los retenía la mezcla de la carne. El hombre, en cambio, mereció el perdón después de la culpa porque, a través del cuerpo carnal, recibió algo que lo hacía menor que sí mismo. Por eso, ante el juicio, esta misma debilidad de la carne es un argumento de piedad; como se dice a través del Salmista: Pero él es misericordioso, y se mostrará propicio a sus pecados, y no los destruirá. Y multiplicó para apartar su ira de ellos, y no encendió toda su ira, y recordó que son carne (Salmo LXXVII, 38). Así, el hombre fue hecho barro, porque fue tomado de la tierra para su condición. En efecto, se hace barro cuando el agua se mezcla con la tierra. Así, el hombre fue formado como barro, porque el polvo se humedece como si fuera agua, cuando el alma riega la carne. Esto lo objeta bien el santo varón a la piedad del juez, cuando dice suplicando: Recuerda, te ruego, que me hiciste como barro. Como si dijera abiertamente: Considera la debilidad de la carne y perdona la culpa de la iniquidad. Donde también se menciona abiertamente la muerte de esa misma carne, cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO LI.

IBID.---323 Y me reduces a polvo.

77. La debilidad de la carne excusa al hombre.---Como si claramente pidiera, diciendo: Recuerda, te ruego, que por la carne vengo de la tierra, y por su destrucción tiendo hacia la tierra. Considera, por tanto, la materia del origen y el castigo del fin, y perdona la culpa que pasa rápidamente. Pero como ha expuesto la cualidad del hombre creado, ahora añade el orden del hombre propagado, diciendo:

CAPÍTULO LII.

VERS. 10, 11.---¿No me has ordeñado como leche, y como queso me has cuajado? Con piel y carne me vestiste, con huesos y nervios me entrelazaste.

78. Descripción del origen del hombre.---En efecto, el hombre fue formado como arcilla, pero se propaga y es ordeñado como leche en la semilla, y como queso se coagula en la carne. Se reviste de carnes y piel, se solidifica con huesos y nervios. Por lo tanto, a través de la arcilla se expresa la cualidad de la primera condición, y a través de la leche, el orden de la concepción subsiguiente, porque se lleva a cabo mediante los incrementos de la coagulación, para que poco a poco se fortalezca en los huesos. Pero la descripción del cuerpo creado es una alabanza limitada a Dios, a menos que también se exprese subsecuentemente la maravillosa aspiración de la vivificación. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO LIII.

VERS. 12.---Vida y misericordia me has concedido.

79. Inspiración y conservación de la vida.---Pero en vano nos concede el Creador sus dones, si Él mismo no conserva todo lo que nos ha otorgado. Sigue,---IBID:---Y tu visita ha

custodiado mi espíritu. Sin embargo, lo que hemos dicho sobre el hombre exterior, también nos gustaría mostrar brevemente cómo puede aplicarse al hombre interior.

80. El hombre es barro, se convierte en polvo cuando se le quita la gracia. Sufre las batallas de la carne, pero es fortalecido por la gracia. —Recuerda, te lo ruego, que me has hecho como el barro. En efecto, nuestro hombre interior existe como barro, porque la gracia del Espíritu Santo se infunde en la mente terrenal para elevarla al entendimiento de su Creador. El pensamiento humano, que se ha secado por la esterilidad de su pecado, reverdece como tierra regada por la fuerza del Espíritu Santo. Pero a menudo, cuando usamos sin interrupción las virtudes del don celestial recibido, nos elevamos a una confianza privada por el uso continuo de la prosperidad. Por lo tanto, sucede frecuentemente que el mismo Espíritu que había elevado al hombre lo abandona por un momento, para mostrarle al hombre lo que es por sí mismo. Lo cual el santo varón expresa de inmediato cuando añade: Y me reduces a polvo. Porque cuando la mente es abandonada un poco en la tentación por la retirada del Espíritu, es como si la tierra se secase de su humedad anterior, para que, al ser abandonado, sienta su debilidad y reconozca cuánto se ha secado el hombre sin la infusión de la gracia celestial. También se dice adecuadamente que es reducido a polvo, porque al ser dejado a sí mismo, es arrastrado por el soplo de cualquier tentación. Pero cuando somos sacudidos al ser abandonados, pensamos más sutilmente en los dones que conocimos al ser inspirados. Por eso añade: ¿No me has ordeñado como leche y me has cuajado como queso? En efecto, nuestra mente, cuando es apartada del uso de la antigua conversación por la gracia del Espíritu Santo, es ordeñada como leche, porque se forma en una cierta ternura y sutileza de nueva iniciación; y se cuaja como queso, porque se aprieta en la constipación de un pensamiento que engorda, para que ya no se disuelva en deseos, sino que, reuniéndose en un solo amor, se eleve a una sólida reforma. [Vet. XXXVIII.] Sin embargo, a menudo contra estos mismos rudimentos espirituales, la carne murmura desde el uso antiguo, y la mente soporta batallas del hombre que lleva externamente. Por eso añade: Me vestiste de piel y carne. En efecto, el hombre interior se viste de piel y carne, porque en lo que se eleva hacia lo celestial, está rodeado por el asedio de los movimientos carnales. Pero el Creador no abandona en la tentación a quien tiende hacia la justicia, quien también previene al pecador por la infusión de la gracia; sino que eleva la mente y la deja a las batallas exteriores, y la fortalece interiormente. Por eso se añade adecuadamente: Me has ensamblado con huesos y nervios. Nos vestimos de carne y piel, pero somos ensamblados con huesos y nervios, porque aunque somos sacudidos por la tentación que irrumpe desde fuera, la mano del Creador nos fortalece por dentro para que no seamos quebrantados. Así, nos humilla con los movimientos de la carne hacia los dones, pero nos fortalece contra las tentaciones con los huesos de las virtudes. Por lo tanto, dice: Me vestiste de carne y piel, me has ensamblado con huesos y nervios. Como si dijera abiertamente: Me abandonas externamente para la prueba, pero sin embargo, internamente me guardas, atándome con virtudes para que no perezca. Quien por eso nos concede la rectitud de vivir bien, porque benignamente perdona los pecados pasados que cometimos. Por eso también se añade adecuadamente: Me has dado vida y misericordia.

81. La vida se recibe y se conserva por la misericordia de Dios que precede y sigue. En efecto, la vida se otorga cuando la benignidad inspira a las mentes malignas. Pero la vida no puede recibirse sin misericordia, porque el Señor no ayuda a obtener los bienes de la justicia si primero no perdona misericordiosamente las iniquidades pasadas. O ciertamente nos otorga vida y misericordia, porque la misericordia que nos precede para vivir bien también nos guarda al seguimos. Pues si no añade misericordia, no se puede conservar la vida que ofrece. En efecto, diariamente envejecemos con el uso de la vida humana, y por el impulso del hombre exterior, con pensamientos inestables, nos alejamos de lo interior. Y si la visita

celestial no nos vivifica compungiendo al amor, o no nos restaura flagelando al temor, la mente, que parecía renovada por el largo estudio de la virtud, se destruye por completo con una caída repentina. Por eso añade: Y tu visita ha guardado mi espíritu. La visita celestial guarda el espíritu humano, cuando no cesa de enriquecerlo con virtudes, ya sea golpeándolo con el flagelo o compungiendo con amor. Pues si concede dones, pero no lo eleva restaurándolo continuamente, pronto se pierde el bien que no es custodiado por el dador. Pero he aquí que el hombre santo, al reconocerse humildemente, descubre en general los secretos de la misericordia divina; y al confesar sinceramente su debilidad, de repente es elevado a conocer la vocación de las naciones. Pues inmediatamente añade:

CAPÍTULO LIV [Rec. XXX].

VERS. 13.---Aunque ocultes esto en tu corazón, sin embargo, sé que recuerdas todas las cosas.

82. La vocación de las naciones en el plan oculto de Dios.---Como si dijera abiertamente: ¿Por qué me inquieto, si sé que reúnes a todas las naciones? Lo cual, sin embargo, ocultas en tu corazón, porque aún no lo indicas con palabras claras. Pero tú, que recuerdas a todos, sin duda me aseguras del perdón. [Vet. XXXIX.] Es necesario saber que en ciertos actos somos hechos seguros del perdón, y después de cometer faltas, somos fortalecidos en la confianza de nuestra absolución mediante la corrección y la penitencia subsiguiente; sin embargo, aún somos tocados por el recuerdo de nuestra maldad cometida, y somos perturbados por pensamientos ilícitos, aunque no queramos. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO LV [Rec. XXXI].

VERS. 14.---Si he pecado, y por un momento me has perdonado, ¿por qué no permites que sea limpio de mi iniquidad?

83. Los pecados borrados que infectan la memoria y reavivan la guerra. Qué hacer entonces.- --Por un momento el Señor perdona el pecado, cuando el llanto concedido inmediatamente lava la culpa. Pero no permite que estemos limpios de nuestra iniquidad, porque aunque cometimos la culpa voluntariamente, a veces soportamos involuntariamente su memoria con deleite. A menudo, lo que ya ha sido borrado de la vista del juez por la intervención del llanto, regresa a la mente, y la culpa vencida intenta nuevamente infiltrarse en el deleite, y se repara en la antigua lucha con un renovado golpe; de modo que lo que antes actuó en el cuerpo, luego lo revuelve en la mente con una importuna reflexión. Esto lo sabía observar cautelosamente el atleta espiritual que decía: Se pudrieron y se deterioraron mis cicatrices, a causa de mi insensatez (Salmo XXXVII, 6). ¿Qué son las cicatrices sino sanaciones de las heridas? [Vet. XL.] Así, quien lloraba las cicatrices había observado que las maldades relajadas regresaban al deleite de la memoria. Porque que las cicatrices se pudran es que las heridas ya sanadas de los pecados vuelvan a reptar en la tentación, y que por sus sugerencias, después de la piel superpuesta de la penitencia, se sienta nuevamente el hedor de la culpa y el dolor. En este caso, no se realiza nada externamente en obra, y solo se peca internamente en pensamiento; y la mente se obliga a sí misma con un estricto cargo de culpa, a menos que lo limpie con solícitos lamentos.

84. Por eso bien se dice por Moisés: Si hay entre vosotros un hombre que se haya contaminado con un sueño nocturno, saldrá fuera del campamento; y no volverá antes de que se lave con agua al atardecer, y después de la puesta del sol regresará al campamento (Deut.

XXIII, 10). El sueño nocturno es, en efecto, una tentación oculta, por la cual, a través de un pensamiento oscuro, se concibe algo vergonzoso en el corazón, que sin embargo no se lleva a cabo con el acto del cuerpo. Pero se ordena al que se ha contaminado con un sueño nocturno salir fuera del campamento, porque es digno que quien se contamina con un pensamiento impuro se considere indigno de la compañía de todos los fieles, ponga ante sus ojos el mérito de su culpa y se desprecie a sí mismo en comparación con los buenos. Salir del campamento estando contaminado es, por tanto, para quien sufre una impugnación vergonzosa, despreciarse a sí mismo en comparación con los continentes. Quien se lava con agua al atardecer, es cuando, al reconocer su defecto, se convierte en lamentos de penitencia, para que con lágrimas lave todo lo que la contaminación oculta acusa en su alma. Pero después de la puesta del sol regresa al campamento, porque, al calmarse el ardor de la tentación, es necesario que recupere la confianza en la sociedad de los buenos. Después del lavado con agua, al ponerse el sol, regresa al campamento, quien después de los lamentos de penitencia, al enfriarse la llama del pensamiento ilícito, se restaura para asumir los méritos de los fieles; para que ya no se considere lejos de los demás, quien se alegra de estar limpio por la extinción del ardor interno. Pero entre estas cosas, es necesario saber que a veces somos afligidos por el impulso de un pensamiento ilícito, porque en algunos actos de la conversación terrena, aunque lícitos, nos ocupamos con gusto. Y cuando incluso en las mínimas acciones terrenas se toca el deseo, al crecer contra nosotros la fortaleza del antiguo enemigo, nuestra mente se contamina con la no pequeña importunidad de la tentación. Por eso también el sacerdote de la ley, se le ordena quemar en el fuego los miembros de la víctima cortados en pedazos, la cabeza y lo que está junto al hígado, pero lavar primero con agua los pies y las entrañas de la víctima (Lev. I, 7, 12). Nosotros mismos ofrecemos sacrificio a Dios cuando dedicamos nuestra vida al culto divino. Ponemos los miembros de la víctima cortados en pedazos sobre el fuego, cuando inmolamos las obras de nuestra vida distinguiéndolas en virtudes. Encendemos la cabeza y lo que está junto al hígado, cuando en nuestro sentido, por el cual se gobierna todo el cuerpo, y en los deseos ocultos, ardemos con la llama del amor divino. Y sin embargo, se ordena que se laven los pies y las entrañas de la víctima. Porque con los pies se toca la tierra, y con las entrañas se llevan los excrementos, ya que a menudo ya nos encendemos con el deseo de la eternidad, ya con todo el sentido de devoción anhelamos el apetito de nuestra mortificación; pero porque aún hacemos algo terrenal por la debilidad, también toleramos en el corazón algunas cosas ilícitas que ya hemos sometido. Y cuando nuestras pensamientos son contaminados por una tentación impura, ¿qué otra cosa hacen sino llevar los excrementos de las entrañas de la víctima? Pero para que sean quemados, deben ser lavados, porque es necesario que las lágrimas del temor laven los pensamientos impuros, que el amor supremo encienda en la aceptación del sacrificio. Y todo lo que la mente sufre ya sea por la inexperiencia en la lucha, o por la memoria de la conversación pasada, debe ser lavado, para que arda más suavemente ante la vista de su espectador, cuanto más, cuando comience a asistirle, no ponga nada terrenal, nada resbaladizo en el altar de su oración. Por tanto, el hombre santo debe contemplar los daños de la mente humana, que a menudo se contamina con un pensamiento ilícito; y después de que el juez relaja la culpa de la obra, y llorando por lo suyo, nos muestra lo que debemos llorar, diciendo: Si he pecado, y por un momento me has perdonado, ¿por qué no permites que esté limpio de mi iniquidad? Como si dijera abiertamente: Si la culpa ha sido borrada por el perdón, ¿por qué no se borra también de la memoria? [Vet. XLI, Rec. XXXII.] Sin embargo, a menudo la mente es sacudida en el recuerdo de la culpa, de modo que es impulsada a la perpetración de la misma mucho más gravemente de lo que había sido capturada antes; y al ser sorprendida, tiembla, y se perturba a sí misma impulsada por varios movimientos. Teme ciertamente ser vencida por las tentaciones, pero resistiendo, se horroriza de ser afligida por el largo trabajo de la lucha. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO LVI.

VERS. 15.---Y si soy impío, ¡ay de mí!; y si soy justo, no levantaré la cabeza, saciado de aflicción y miseria.

85. Diferencia entre resistir y ceder a los vicios.---El impío tiene un "ay", el justo una miseria, porque la condenación eterna sigue al réprobo, y cada elegido es expiado por los dolores de la adversidad transitoria. El impío levanta la cabeza, pero no puede escapar del "ay" que le sigue. El justo, afligido por el trabajo de su lucha, no se le permite levantar la cabeza, pero es liberado de la aflicción perpetua. Aquel se eleva en los placeres, pero se hunde en los castigos que le siguen. Este se deprime en el dolor, pero se esconde del peso de la reprobación eterna. Considere, pues, el hombre santo que o bien resistiendo a los vicios es afligido por el trabajo presente, o bien sucumbiendo es entregado a la aflicción perpetua, y diga: Y si soy impío, ¡ay de mí!; y si soy justo, no levantaré la cabeza, saturado de aflicción y miseria. Como si abiertamente lamentara, diciendo: O bien sometido a los deseos de la carne, soy sujeto al castigo eterno; o bien resistiendo a los movimientos ilícitos, soy atormentado por la pena presente, porque no estoy libre del trabajo de la lucha. Pero la dispensación suprema nos permite ser sacudidos por las impugnaciones de nuestra carne, para que nuestra mente no se atreva a elevarse en orgullo por la presunción de su seguridad, de modo que, al temblar cuando es golpeada, fije su pie más firmemente en la esperanza del auxilio del Creador. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO LVII [Rec. XXXIII].

VERS. 16.---Y por la soberbia, como una leona, me atraparás.

86. Cómo se captura a la leona. De la misma manera caímos y fuimos restaurados.---La leona, cuando busca alimento para sus cachorros, se lanza con avidez en la trampa. Según se dice en algunas regiones, se cava una fosa en su camino, en la cual se deposita un animal, para que la leona, atraída por el deseo, se lance allí: esta fosa se prepara estrecha y profunda, de modo que pueda caer al intentar alcanzarla, pero de ninguna manera pueda escapar saltando. También se excava otra fosa que se conecta con la primera, unida por una abertura en la parte extrema de la que contiene al animal. En esta segunda fosa se coloca una jaula, de modo que la leona, al caer y sentirse amenazada desde arriba, al intentar ocultarse en la parte más secreta de la fosa, entre voluntariamente en la jaula; ya no se teme su ferocidad, porque encerrada en la jaula es levantada. Pues la que cayó por su propia voluntad en la fosa, regresa a la superficie rodeada de barrotes. Así, de manera similar, la mente humana fue capturada, que, creada en la libertad del albedrío, al desear alimentar los deseos de la carne, buscó alimento para sus cachorros como la leona, y cayó en la trampa de su engaño, extendiendo la mano hacia el alimento prohibido, incitada por el enemigo. Pero en la fosa encontró inmediatamente la jaula, porque al venir voluntariamente a la muerte, sufrió de inmediato la prisión de su corrupción; y es llevada de nuevo al aire libre, gracias a la intervención de la gracia. Pero cuando intenta hacer muchas cosas y no puede, está atada por los obstáculos de su propia corrupción, como por los barrotes de la jaula. Ya ha escapado de la fosa de condenación en la que había caído, porque, ayudada por la mano de la redención, superó el castigo de la muerte futura al regresar al perdón. Sin embargo, soporta la jaula estrecha, porque también está rodeada por los lazos de la disciplina celestial, para que no vague por los deseos de la carne. Así, la que cayó por su propia voluntad en la fosa, regresa encerrada al aire libre, porque, aunque cayó en la culpa por la libertad del albedrío, la gracia del Creador

la constriñe, obligándola a pesar de sí misma. Después de la fosa, soporta la jaula, porque, rescatada del castigo eterno, es atada por los movimientos de la libertad perversa y bajo la disposición del celestial artífice. Por tanto, dice correctamente: Y por el orgullo, como una leona me capturarás, porque el hombre libre también se trajo la muerte a sí mismo por el alimento, y al ser llevado de nuevo al perdón, vive mejor encerrado bajo la disciplina. Así, como la leona, fue capturado por el orgullo, porque ahora la disciplina lo oprime por su corrupción, de donde, sin temer la transgresión del precepto, audazmente dio un salto en la fosa.

[Vet. XLII.] 87. Así también se permite que el que se ensalza por la virtud caiga, para que sea sanado de la soberbia.---Pero si apartamos por un momento la mirada de la mente de la culpa del primer padre, nos encontramos aún hoy en día siendo capturados como una leona por el vicio de la altivez. A menudo, en efecto, el hombre, al recibir virtudes, se eleva en la audacia de su presunción, pero por una maravillosa disposición de piedad, se ordena ante sus ojos cualquier cosa en la que pueda caer. Y mientras por culpa desea algo, ¿qué otra cosa hace sino codiciar una presa en la trampa? Por su propia voluntad cae, pero no puede levantarse con sus propias fuerzas. Cuando considera que no es nada por sí mismo, aprende sin duda de quién debe buscar ayuda. Sin embargo, la misericordia divina lo saca como de una trampa, porque al reconocer su debilidad, lo lleva al perdón. Así, al modo de la leona, por la soberbia regresa a las partes superiores de la cueva, quien, al ser ensalzado por la virtud, al caer es atado a los deseos en humildad. Porque, habiendo perecido antes por su propia presunción, se actúa con maravillosa piedad para que, ya con el conocimiento de su debilidad, viva encerrado. Y porque el hombre santo ve que esto sucede frecuentemente a los hombres, toma la voz de nuestro peligro en sí mismo; para que cuando reconozcamos su llanto, aprendamos lo que en nosotros debe ser llorado. Pero cuando la altivez eleva nuestra mente, el amor de compunción del Altísimo se aleja de nosotros; sin embargo, cuando la gracia divina nos visita, inmediatamente nos incita a sus deseos a través de las lágrimas. Por lo tanto, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO LVIII [Rec. XXXIV].

IBID.---Y regresando, me atormentas maravillosamente.

88. La obstinación de una mente abandonada por Dios, la compunción de una visitada.--- Cuando somos abandonados por el Creador, no sentimos en absoluto los daños de nuestro abandono. Cuanto más nos aleja el Creador, más insensible se vuelve nuestra mente, no ama en absoluto las cosas de Dios, no desea lo celestial; y porque no tiene el calor del amor íntimo, yace fría hacia abajo, y de manera lamentable se vuelve cada día más segura cuanto peor es; y como no recuerda de dónde ha caído, ni teme los castigos futuros, no sabe cuánto debe lamentarse. Pero si es tocada por el soplo del Espíritu Santo, despierta de inmediato a la consideración de su perdición, se sacude en la búsqueda de las cosas celestiales, arde en los ardores del amor supremo, considera los daños que la rodean, y llora progresando donde antes perecía alegre. Por tanto, bien se dice al Creador: Y al regresar, me atormentas maravillosamente, porque el Dios omnipotente, al visitar nuestra mente, la eleva a su amor, y al mismo tiempo la aflige más gravemente a través de las lágrimas. Como si dijera abiertamente: Al abandonarme no me afectas, porque me vuelves insensible; pero cuando regresas, me atormentas, porque al insinuarte en mí, me muestras cuán lamentable soy. Por eso no afirma ser atormentado penalmente, sino maravillosamente, porque mientras la mente es llevada a lo alto por el llanto, contempla con alegría el castigo de su compunción; y le agrada ser afectada, porque en su aflicción se ve elevada a las alturas. [Vet. XLIII.] Sin

embargo, a menudo, cuando la piedad celestial ve que nos adormecemos en el ejercicio del santo deseo, nos presenta ejemplos de quienes la siguen, para que la mente, relajada por el ocio, al considerar el progreso de los vigilantes en otros, se avergüence de su propia pereza y letargo. Por eso, correctamente se añade:

CAPÍTULO LIX [Rec. XXXV].

VERS. 17.---Renuevas tus testigos contra mí, y multiplicas tu ira, y las penas combaten en mí.

89. Dios nos llama hacia Él mediante los ejemplos de los buenos.---Son testigos de Dios aquellos que, a través del ejercicio de la obra santa, testifican las recompensas de la verdad que seguirán a los elegidos. Por eso, a aquellos que reconocemos haber sufrido por la verdad, los llamamos en griego mártires, es decir, testigos. Y el Señor dirá por medio de Juan con voz angelical: En los días de Antipas, mi testigo fiel, que fue muerto entre vosotros (Apoc. II, 13). Pero el Señor renueva sus testigos contra nosotros, multiplicando la vida de los elegidos, contraria a nuestra depravación, para reprendernos e instruirnos. Por tanto, sus testigos son renovados contra nosotros, porque todo lo que hacen es contrario a los deseos de nuestra depravación. Por eso, también se llama adversario al discurso de la verdad, cuando con la voz del Mediador se dice en el Evangelio: Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, mientras estás con él en el camino (Mat. V, 25). Y sobre este mismo Redentor, los impíos perseguidores dicen: Es contrario a nuestras obras (Sab. II, 12); y poco después: Y su vida es diferente a la de los demás (Ibid., 15). Así, el Señor renueva sus testigos contra nosotros, porque demuestra que las buenas obras que nosotros mismos descuidamos son realizadas por otros para nuestra corrección; para que, si no nos encendemos con los preceptos, al menos nos animemos con los ejemplos, y en el deseo de rectitud nuestra mente no considere difícil lo que ve que otros realizan perfectamente. Y sucede a menudo que, al contemplar las buenas obras de la vida ajena, tememos más cuidadosamente los daños de la nuestra; y así se hace evidente cuánto sufrimos bajo el peso de la reprensión, al estar ahora tan alejados de las costumbres de los buenos.

90. Su labor indica qué castigo espera a los réprobos. Las bondades vistas en otros deben suscitar ciertos movimientos del alma. Por eso, tras mencionar la renovación de los testigos, se añade adecuadamente: "Y multiplicas tu ira". Se dice que la ira de Dios se multiplica para nosotros, porque se indica que es múltiple, ya que ahora, a partir de la vida y el trabajo de los buenos, comprendemos, si no queremos corregirnos mientras hay tiempo, con qué severidad seremos golpeados después. Vemos que los elegidos de Dios actúan piadosamente y soportan muchas crueldades. De aquí se deduce cuán severamente golpeará el juez estricto a los que reprueba, si aquí aflige tanto a los que ama; como atestigua Pedro, quien dice: "Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios?" (I Pe. IV, 17). Por lo tanto, el Dios omnipotente, al renovar los testigos contra nosotros, multiplica su ira, porque al presentarnos la vida de los buenos ante nuestros ojos, muestra con qué severidad golpeará en el juicio la dureza de la maldad perpetrada. Pues cuando engrandece sus dones solo a los que le siguen, demuestra que ya ha abandonado a los que están inactivos. Por lo tanto, cuando vemos bondades en otros, es muy necesario que mezclemos la exultación con nuestro temor, y el temor con nuestra exultación, para que la caridad se regocije con los progresos ajenos y la conciencia tiemble por sus propias debilidades. Pero cuando nos reconfortamos con el progreso fraterno, cuando consideramos la severidad del juez interno sobre nosotros debido a nuestra propia inactividad, ¿qué queda sino que el alma vuelva a examinarse a sí misma y

aflija todo lo que encuentra reprobable o perverso en sí misma? Por eso se añade adecuadamente: "Y las penas militan en mí". Considerando los testigos de Dios, las penas militan en nosotros, porque al contemplar sus obras admirables, torturamos nuestra vida, que nos desagrada en comparación con la de ellos, con una aflicción diligente; para que lo que nuestras obras han contaminado, lo limpien los lamentos; y si alguna culpa de deleite aún mancha, la pena del dolor la limpie. Por lo tanto, el bienaventurado Job, al contemplar la vida de los padres precedentes, reconoce más sutilmente lo que debe lamentar en sí mismo. Pero con la enseñanza de un gran dolor, mientras llora por sí mismo, nos instruye en el lamento: para que, al ver las virtudes en otros, temamos diligentemente nuestros propios delitos ante el juez estricto. Sigue:

CAPÍTULO LX.

VERS. 18.---¿Por qué me sacaste del vientre? Ojalá hubiera perecido, para que ningún ojo me viera.

91. Lo que ciertamente ya expresó en su primera oración, diciendo: ¿Por qué no morí en el vientre? Lo que aquí también añade, diciendo: —VERS. 19.— Habría sido como si no existiera, trasladado del útero al sepulcro, lo une de manera similar con otras palabras, diciendo: Como un aborto escondido no subsistiría, o como aquellos que concebidos no vieron la luz (Job III, 16). Pero dado que ya hemos tratado extensamente estos temas anteriormente (Lib. IV, n. 48 y ss.), para evitar el tedio del lector, evitamos repetir lo expuesto. Sigue:

CAPÍTULO LXI [Ant. XLIV, Rec. XXXVI].

VERS. 20.---¿Acaso no se acabarán pronto los pocos días de mi vida?

92. El término de la vida, sobre todo, debe ser considerado.---Demuestra vivir con cautela y preocupación quien, al considerar la brevedad de la vida presente, no se enfoca en su uso, sino en su término, para deducir del final que no hay nada que deleite en lo que es pasajero. Por eso, a través de Salomón se dice: Si el hombre viviera muchos años, y en todos ellos se alegrara, debe recordar el tiempo de oscuridad y los muchos días; que cuando lleguen, lo pasado será considerado vanidad (Eclesiastés XI, 8). De nuevo está escrito: En todas tus obras recuerda tus postrimerías, y nunca pecarás (Eclesiástico VII, 40). Por lo tanto, cuando la culpa tienta al alma, es necesario que la mente contemple la brevedad de su deleite, para que la iniquidad no la arrastre a una muerte vivaz, ya que es evidente que la vida mortal se recorre rápidamente hasta su fin. Pero a menudo el ojo de nuestra contemplación se confunde cuando nuestro dolor se agrava con el aumento de los flagelos. Es deseable lamentar el exilio de la vida presente, pero debido a la misma aflicción, la mente no puede evaluar las pérdidas de su ceguera. Por lo tanto, inmediatamente se añade:

CAPÍTULO LXII. [Rec. XXXVII].

IBID.---Déjame, pues, llorar un poco mi dolor.

93. Las lágrimas y el sentido del dolor son eliminados por el exceso de tristeza. La fuerza de la costumbre no nos permite llorar nuestras desgracias. Así como la aflicción moderada exprime lágrimas, la aflicción desmedida las suprime, porque el mismo dolor se convierte en algo casi sin dolor, que, devorando la mente afligida, elimina el sentido del dolor. Por lo

tanto, el hombre santo teme ser herido más de lo que es suficiente, diciendo: Déjame, pues, para que llore un poco mi dolor. Como si dijera abiertamente: Modera los golpes de tu castigo, para que, con dolores moderados, pueda llegar a comprender los males que sufro llorando. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera. A menudo, el pecador se ve tan constreñido por las cadenas de su iniquidad que soporta el peso de sus pecados, pero, sin embargo, porque lo soporta, lo ignora. A menudo, incluso si reconoce cuán oprimido está por su culpa, intenta liberarse y no puede, para que con una mente libre y una conversión íntegra, lo persiga. No puede llorar su dolor, porque considera la culpa de su iniquidad, y sin embargo, debido al peso de las ocupaciones terrenales, no tiene tiempo para gemir por ello. No puede llorar su dolor, quien se esfuerza por oponerse a la mala costumbre, pero aún está agobiado por los deseos crecientes de la carne. La presencia de este dolor atormentaba la mente del Profeta, cuando decía: Mi dolor está siempre ante mí, porque yo declaro mi iniquidad, y pensaré en mi pecado (Salmo XXXVII, 18, 19). Pero, al conocer que había sido liberado de las cadenas de la iniquidad, se regocijaba diciendo: Rompiste mis cadenas, te ofreceré un sacrificio de alabanza (Salmo CXV, 16).

94. A menos que Dios nos ayude en ello.---Entonces el Señor nos permite lamentar nuestro dolor cuando nos muestra los males que hemos cometido y nos ayuda a llorar por esos mismos males que reconocemos. Nos pone las culpas ante los ojos y, con su mano piadosa, desata las cadenas del corazón con la gracia, para que nuestra mente se eleve hacia el descanso del arrepentimiento y, liberada de las ataduras de la carne, dirija su paso libre de amor hacia su creador. [Vet. XLV.] Pues a menudo nosotros mismos censuramos nuestra vida, pero sin embargo hacemos de buen grado aquello que en nosotros justamente reprobamos. El espíritu nos eleva hacia la justicia, pero la carne nos restringe a la costumbre. La mente se resiste a su amor, pero inmediatamente, al ser deleitada, es cautivada. Por tanto, se dice bien: Déjame, pues, para que llore un poco mi dolor, porque a menos que seamos misericordiosamente liberados de la culpa que nos ata, no podemos llorar perfectamente aquello que en nosotros mismos lamentamos contra nosotros mismos. Pero entonces el dolor de nuestra culpa se lamenta verdaderamente, cuando con temor atento se prevé aquella oscura retribución del infierno. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO LXIII [Rec. XXXVIII].

VERS. 21.---Antes de que vaya, y no regrese, a la tierra tenebrosa y cubierta por la oscuridad de la muerte.

95. Las penas del infierno no son transitorias ni fantásticas. Por qué el infierno es llamado tierra, por qué lago. — ¿Qué se significa con el nombre de tierra tenebrosa, sino los oscuros confines del tártaro? Que la oscuridad de la muerte eterna cubre, porque separa para siempre a los condenados de la luz de la vida. Y no sin razón se llama infierno tierra, porque cualquiera que sea capturado por él, es retenido firmemente. Pues está escrito: Una generación pasa, y otra generación viene, pero la tierra permanece para siempre (Eclesiastés I, 4). Por tanto, con razón se llaman las oscuras prisiones del infierno tierra, porque a quienes reciben para ser castigados, no los atormentan con penas transitorias o imaginaciones fantásticas, sino que los mantienen con la sólida venganza de la condenación perpetua. Que a veces, sin embargo, se designan con el nombre de lago, como atestigua el profeta, que dice: Llevaron su ignominia con aquellos que descienden al lago (Ezequiel XXXII, 24, 25). Por lo tanto, el infierno se llama tierra, porque retiene firmemente a los que recibe; y se llama lago, porque a aquellos que una vez ha capturado, siempre los absorbe fluctuantes y temerosos con tormentos circundantes. Sin embargo, el hombre santo pide ser liberado, ya sea en su propia

voz o en la del género humano, antes de que vaya, no porque quien lamenta su culpa vaya a la tierra tenebrosa, sino porque sin duda va a ella quien descuida lamentarse; como el acreedor dice a su deudor: Paga la deuda antes de que seas constreñido por la deuda; quien, sin embargo, no es constreñido, si no demora en pagar lo que debe. Donde también se añade correctamente: No volveré, porque de ninguna manera la misericordia del que perdona libera a aquellos que una vez en los lugares de castigo la justicia del juez condena [Vet. XLVI]. Estos lugares se describen aún más sutilmente, cuando se dice:

CAPÍTULO LXIV.

VERS. 22.---Tierra de miseria y tinieblas.

96. Los que están allí, sufren tormentos por fuera y son cegados por dentro. La miseria se relaciona con el dolor, las tinieblas con la ceguera. Por lo tanto, aquello que el alma expulsada de la presencia del juez severo retiene, se denomina tierra de miseria y tinieblas, porque el dolor atormenta por fuera a quienes la ceguera interna oscurece al estar separados de la verdadera luz. Aunque la tierra de miseria y tinieblas también puede entenderse de otra manera. Pues esta tierra en la que nacemos es ciertamente de miseria, pero no de tinieblas, porque aquí sufrimos muchos males de nuestra corrupción, pero aún en ella, por la gracia de la conversión, regresamos a la luz, persuadidos por la Verdad, que dice: Caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas (Juan XII, 35). Aquella, sin embargo, es tierra de miseria y tinieblas al mismo tiempo, porque quien desciende a soportar sus males, de ninguna manera regresa a la luz. En cuya descripción aún se añade:

CAPÍTULO LXV.

IBID.---Donde la sombra de la muerte, y no hay orden.

97. La venganza tiene, no la luz. ¡Cuán justos son estos castigos! Así como la muerte exterior separa la carne del alma, así la muerte interior separa el alma de Dios. La sombra de la muerte es, por tanto, la oscuridad de la división, porque cada condenado, encendido con el fuego eterno, es oscurecido por la falta de luz interior. La naturaleza del fuego es, en efecto, que de sí mismo produce tanto luz como combustión; pero esa llama vengadora de los vicios pasados tiene combustión, pero no luz. De ahí que la Verdad diga a los réprobos: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mateo 25, 41). De nuevo, significando el cuerpo de todos ellos en la persona de uno solo, dice: "Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas exteriores" (Mateo 22, 13). Si, por tanto, el fuego que atormenta a los réprobos pudiera tener luz, no se diría que el que es rechazado es arrojado a las tinieblas. De ahí que también el salmista diga: "Cayó sobre ellos fuego y no vieron el sol" (Salmo 57, 9). El fuego cae sobre los impíos, pero el sol no se ve cuando el fuego cae, porque cuando la llama del infierno los devora, son cegados de la visión de la verdadera luz; de modo que el dolor de la combustión los atormenta por fuera, y la pena de la ceguera los oscurece por dentro; para que aquellos que ofendieron a su Creador con cuerpo y corazón, sean castigados tanto en cuerpo como en corazón; y sientan penas por ambos lados, aquellos que mientras vivían aquí servían a sus depravadas delectaciones con ambos. Por eso bien se dice por el profeta: "Descendieron al infierno con sus armas" (Ezequiel 32, 27). Las armas de los pecadores son, en efecto, los miembros del cuerpo, con los cuales ejecutan los deseos perversos que conciben. Por eso, correctamente se dice por Pablo: "Ni presentéis vuestros miembros al pecado como armas de iniquidad" (Romanos 6, 13). Descender al infierno con armas es, por tanto, soportar los tormentos del juicio eterno con los mismos miembros con los

que cumplieron los deseos de la voluptuosidad, para que entonces el dolor los consuma por todas partes, aquellos que ahora, sometidos a sus deleites, combaten por todas partes contra la justicia del justo juez.

[Vet. XLVII. Rec. XXXIX]. 98. Están ordenados, para que sean proporcionados a los crímenes por un juez justo. Es realmente sorprendente lo que se dice: Donde no hay orden. Pues el Dios omnipotente, que castiga bien los males, de ninguna manera permite que los tormentos sean desordenados, porque incluso los castigos que provienen de la balanza de la justicia no pueden infligirse sin orden. ¿Cómo no habrá orden en los castigos, cuando a cada condenado le sigue una retribución de venganza según la medida de su crimen? De ahí que esté escrito: Los poderosos sufrirán poderosos tormentos, y a los más fuertes les espera una mayor aflicción (Sab. VI, 7). De ahí que en la condena de Babilonia se diga: Quanto se glorificó a sí misma y vivió en delicias, tanto dadle tormento y llanto (Apoc. XVIII, 7). Si, por lo tanto, la pena se distingue según la medida de la culpa, es evidente que en los castigos se mantiene el orden. Y si los actos de los méritos no determinaran la suma de los tormentos, el juez que viene no diría a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla (Mat. XIII, 30). Pues si no se mantuviera ningún orden en los castigos, ¿por qué se ata la cizaña en manojos para ser quemada? Pero ciertamente atar en manojos para quemar es asociar a aquellos que han de ser entregados al fuego eterno con sus iguales, de modo que a quienes mancha una culpa similar, una pena igual los constriña, y quienes no están contaminados por una iniquidad desigual no sean atormentados por un castigo desigual, para que la condena destruya juntos a quienes la soberbia elevaba juntos; y a quienes la ambición no disímil ensanchó, una aflicción no disímil los angustie, y una llama igual de castigo atormente a quienes una llama igual de pecado encendió en el fuego de la lujuria. Pues así como en la casa del Padre hay muchas moradas según la diversidad de la virtud (Juan XIV, 2), así a los condenados la disparidad del crimen los somete a diferentes castigos en los fuegos del infierno. Aunque el infierno es uno para todos, no a todos los enciende con la misma calidad. Pues así como todos somos tocados por un solo sol, pero no todos ardemos bajo él con el mismo orden, porque el peso del calor se siente según la calidad del cuerpo, así para los condenados hay un solo infierno que afecta, pero no a todos los quema con la misma calidad, porque lo que aquí hace la disparidad de la salud de los cuerpos, allí lo exhibe la disparidad de la causa de los méritos. ¿Cómo, entonces, se dice que no hay orden en los castigos, en los cuales ciertamente cada uno es atormentado según la medida de su culpa?

[Vet. XLVIII.] 99. No están ordenadas en el corazón de los condenados.---Pero el hombre santo, después de haber mencionado la sombra de la muerte, añade cuánta es la confusión en la mente de los condenados, porque incluso los mismos suplicios, que vienen ordenados por la justicia, sin duda no están ordenados en el corazón de los moribundos. Pues como dijimos un poco más arriba, mientras cada condenado es encendido por la llama exteriormente, es devorado por el fuego de la ceguera interiormente, y puesto en el dolor, se confunde tanto exterior como interiormente, para que sea atormentado peor por su propia confusión. Por lo tanto, no habrá orden en el suplicio de los rechazados, porque en su muerte la misma confusión de la mente se ensaña más ferozmente. Sin embargo, la equidad de la maravillosa potencia del juez lo ordena, para que el castigo confunda el alma como si fuera desordenado. O ciertamente se dice que el orden está ausente en los suplicios, porque cuando cualquier cosa surge para el castigo, no se conserva su cualidad propia. Por lo cual inmediatamente se añade:

CAPÍTULO LXVI.

IBID.---Y el horror eterno habita.

100. Descripción de los tormentos del infierno.---En los tormentos de esta vida, el temor acompaña al dolor, pero el dolor no acompaña al temor, porque la mente no es atormentada por el miedo cuando ya ha comenzado a sufrir lo que temía. Sin embargo, el infierno está oscurecido por la sombra de la muerte y habitado por un horror eterno, porque aquellos entregados a sus fuegos sienten el dolor en los suplicios, y en la angustia del dolor son golpeados continuamente por el miedo, de modo que soportan lo que temen y, a su vez, temen sin cesar lo que soportan. De estos está escrito: Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará (Isaías 66, 24). Aquí la llama que enciende ilumina; allí, como enseñamos anteriormente con las palabras del Salmista, el fuego que atormenta oscurece. Aquí el miedo se pierde cuando ya se comienza a tolerar lo que se temía; allí tanto el dolor desgarrar como el pavor angustia. De manera horrenda, entonces, habrá para los réprobos dolor con temor, llama con oscuridad. Así, así debe sentirse por los condenados el peso de la suma equidad, para que aquellos que no temieron apartarse de la voluntad del Creador mientras vivían, en su destrucción, los tormentos también discrepen de sus propias cualidades, de modo que al contradecirse aumenten los sufrimientos, y al manifestarse de diversas maneras se sientan de múltiples formas. Estos suplicios, sin embargo, atormentan a los sumergidos en ellos más allá de sus fuerzas, y en ellos extinguen el sustento de la vida, para que así el término castigue la vida; de modo que el tormento viva siempre sin término, porque avanza hacia el fin a través de los tormentos, y sin fin, en su deficiencia, perdura. Se convierte, por tanto, para los miserables en muerte sin muerte, fin sin fin, deficiencia sin defecto, porque la muerte vive, el fin siempre comienza, y la deficiencia no sabe decaer. Porque, por tanto, la muerte mata pero no extingue, el dolor atormenta pero de ninguna manera ahuyenta el miedo; la llama quema, pero de ninguna manera disipa las tinieblas; según se deduce del conocimiento de la vida presente, los suplicios no tienen orden, ya que no mantienen su cualidad en todo.

[Vet. XLIV.] 101. Allí el fuego niega la luz como consuelo, pero la conserva para el tormento. Aunque allí el fuego no brilla para consolar, sin embargo, brilla de alguna manera para atormentar más. Pues los réprobos verán a sus seguidores en el tormento con la llama iluminando, aquellos por cuyo amor pecaron, de modo que quienes amaron su vida carnalmente contra los preceptos del Creador, también sean afligidos por la destrucción de ellos como un aumento de su propia condenación. Esto lo deducimos ciertamente con el testimonio del Evangelio (Luc. XVI, 23), en el cual, con la Verdad anunciando, se describe que aquel rico que descendió a los tormentos del fuego eterno recordaba a cinco hermanos, a quienes pidió a Abraham que enviara para su instrucción, para que no vinieran allí y fueran atormentados con un castigo similar. Por lo tanto, quien recuerda a sus parientes ausentes para el cúmulo de su dolor, es evidente sin duda que poco después pudo verlos presentes para el aumento de su suplicio. ¿Y qué maravilla que también vea quemarse a los réprobos con él, quien, para el cúmulo de su dolor, vio a Lázaro, a quien había despreciado, en el seno de Abraham? Aquel, pues, a quien, para que su pena creciera, se le apareció un hombre elegido, ¿por qué no se ha de creer que también pueda ver en el suplicio a aquellos a quienes amó contra Dios? De lo cual se deduce que aquellos a quienes los réprobos ahora aman desordenadamente, los verán entonces en los tormentos con ellos en un orden maravilloso del juicio, para que el parentesco carnal, que se antepuso al Creador, aumente la pena de su propia punición con una venganza igual ante sus ojos. Por lo tanto, el fuego que en la oscuridad atormenta se debe creer que conserva la luz para el tormento. Si no podemos aprobar esto con testimonios en su expresión, entonces queda que lo demostremos de manera contraria.

102. El fuego puede tener simultáneamente luz y oscuridad. Los tres jóvenes hebreos, por orden del rey caldeo, fueron arrojados con las manos y pies atados a un horno encendido. Sin embargo, cuando el rey, compadecido, los observó en el incendio del horno, los vio caminando con sus vestiduras intactas. De esto se deduce claramente que, por una maravillosa disposición del Creador, la cualidad del fuego, moderada en virtud diversa, no tocó las vestiduras, pero quemó las ataduras, y para los santos varones la llama fue fría para infligir tormento, y ardiente para el ministerio de la liberación. Así como el fuego sabe arder para consuelo de los elegidos, pero no para su castigo, de manera opuesta, la llama del infierno no brilla para los réprobos con gracia de consolación, pero sí para el castigo; de modo que a los ojos de los condenados, el fuego del suplicio no resplandece con claridad, y, para aumentar el dolor, muestra cómo son atormentados los bienaventurados. ¿Y qué maravilla hay en creer que el fuego del infierno tiene simultáneamente el suplicio de la oscuridad y la luz, cuando sabemos por experiencia que la llama de las antorchas brilla oscura? Entonces la llama devoradora quema a aquellos que ahora son manchados por el deleite carnal, entonces el abismo del infierno, infinitamente abierto, devora a aquellos que ahora son exaltados por la vana elevación; y aquellos que aquí, por cualquier vicio, cumplieron la voluntad del astuto persuasor, entonces llegan con su líder, los réprobos, al tormento.

Ángeles y hombres réprobos comparten un mismo castigo. El malvado es la tumba del diablo.---Y aunque la naturaleza de los ángeles y de los hombres es muy diferente, un mismo castigo implica a aquellos que un mismo delito une en culpa. Esto lo insinúa bien y brevemente el profeta, quien dice: Allí está Asur y toda su multitud, y en su derredor sus sepulcros (Ezequiel XXXII, 22). Pues, ¿quién es Asur, bajo el nombre del rey soberbio, sino aquel antiguo enemigo que cayó por su altivez, quien, por arrastrar a muchos al pecado, desciende con toda su multitud a las puertas del infierno? Los sepulcros cubren a los muertos. ¿Y quién ha sufrido la muerte más agudamente que aquel que, despreciando a su creador, abandonó la vida? Cuando los corazones humanos lo acogen, sin duda se convierten en sus sepulcros. Pero sus sepulcros están a su alrededor, porque en aquellos corazones en los que ahora se entierra a través de los deseos, a estos los unirá posteriormente mediante tormentos. Y puesto que ahora los réprobos reciben en sí mismos a los espíritus malignos al perpetrar actos ilícitos, entonces los sepulcros arderán con los muertos.

[Rec. XL.] 104. No sirve de nada conocer de antemano las penas del infierno, sino evitarlas.--He aquí que conocemos el castigo que espera a los condenados; y, instruidos por la sagrada escritura, no dudamos en absoluto de cuán grande es el fuego en la condenación, cuánta la oscuridad en el fuego, y cuán grande el terror en la oscuridad. Pero, ¿de qué sirve conocer esto de antemano, si no se logra evitarlo? Por lo tanto, es necesario esforzarse con toda intención para que, cuando recibamos el tiempo de descanso, huyamos de los tormentos vengadores de los males mediante el empeño de vivir bien. De aquí que se dice a través de Salomón: Todo lo que tu mano pueda hacer, hazlo con empeño, porque en el infierno, adonde te diriges, no habrá obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría (Eccl. IX, 10). De aquí que Isaías dice: Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadlo mientras está cerca (Isaías LV, 6). De aquí que Pablo dice: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación (II Cor. VI, 2). De aquí que nuevamente dice: Mientras tengamos tiempo, hagamos el bien a todos (Gálatas VI, 10).

[Vet. LI.] 105. El cuidado de la carne obstaculiza al alma que se esfuerza por ello.---Pero a menudo el alma se prepara para el camino de la rectitud, sacude la pereza; y es arrebatada por tal deseo de las cosas celestiales, que parece que casi nada inferior ha quedado en ella. Y sin

embargo, cuando se reduce al cuidado de la carne, sin el cual de ninguna manera se completa el camino de la vida presente, la mantiene tan deprimida hacia lo inferior, como si aún no hubiera alcanzado las alturas. Al escuchar las palabras del oráculo celestial, se eleva en amor hacia la patria celestial; pero al resurgir el afán de la vida presente, se sepulta bajo el peso del cuidado terrenal; y en el suelo del corazón de ninguna manera prospera la semilla de la esperanza suprema, porque la espina de la baja reflexión se densifica. Esta espina, en efecto, la Verdad misma la erradica con la mano de la santa exhortación, diciendo: No os preocupéis por el día de mañana (Mat. VI, 34). Contra esto también se dice por medio de Pablo: No os preocupéis de la carne en sus concupiscencias (Rom. XIII, 14). Pero en estas palabras del líder y del soldado reconocemos que entonces el alma es herida con una herida mortal, cuando no se mantiene la equidad de la medida en ello.

106. Estas preocupaciones no deben ser eliminadas por completo, sino moderadas. Pues a quienes aún viven en la carne mortal no se les quita totalmente la preocupación por la carne, sino que se regula para que sirva discretamente al espíritu. Porque, aunque la Verdad nos prohíbe estar ansiosos por el mañana, no nos niega tener alguna preocupación por el presente, aunque prohíbe que se extienda hacia el futuro. Y ciertamente, cuando Pablo no permite que se tenga cuidado de la carne en las concupiscencias, sin duda lo concede en la necesidad. Por lo tanto, con la discreción de un gran control, la preocupación por la carne debe ser frenada, para que sirva y no domine, no sea que, como una señora, venza al espíritu, sino que, sometida al dominio de la mente, sirva como una sierva, para que esté presente cuando se le ordene y se retire al menor gesto del corazón, de modo que apenas aparezca detrás de la santa meditación y nunca se oponga directamente a la mente recta. Esto se nos insinúa bien en la historia de la sagrada lectura, cuando se recuerda que Abraham salió al encuentro de tres ángeles (Génesis XIII, 2 y ss.). Él, como varón y señor de la casa espiritual, es decir, nuestro intelecto, debe superar las barreras de la carne en el conocimiento de la Trinidad y salir como por la puerta de la morada inferior; pero la preocupación por la carne, como mujer, no debe aparecer afuera y debe avergonzarse de ser vista jactanciosamente, de modo que, como detrás del varón bajo la discreción del espíritu, atenta solo a lo necesario, no se atreva a descubrirse imprudentemente, sino que se modere con pudor. Sin embargo, a menudo, cuando se le dice que no confíe en sí misma, sino que transfiera toda su confianza a la esperanza divina, ella desprecia y, cesando en su esfuerzo, desconfía de que pueda tener los medios de vida. Por eso, esta misma Sara, al escuchar las promesas de Dios, se ríe, pero al reír es reprendida, y corregida, de inmediato se vuelve fecunda; y la que no pudo ser fecundada en su juventud, concibe en su vejez, con el útero marchito, porque cuando la preocupación por la carne deja de tener confianza en sí misma, recibe contra toda esperanza de la promesa divina lo que dudaba tener según la razón humana. Por eso, bien se llama Isaac, es decir, risa, al que es engendrado, porque cuando concibe la confianza en la esperanza celestial, ¿qué otra cosa engendra nuestra mente sino alegría? Por lo tanto, es necesario cuidar que la preocupación por la carne no sobrepase los límites de la necesidad, ni que, en lo que ejecuta moderadamente, confíe en sí misma. A menudo, el espíritu se engaña, pensando que lo que desea con placer es necesario, de modo que todo lo que le agrada lo considera de utilidad debida para la vida. Y a menudo, porque el efecto sigue a la providencia, la mente se eleva en su confianza. Y cuando tiene lo que ve que falta a los demás, se alegra en silencio por la grandeza de su propia previsión; y cuanto más lejos está ya de la verdadera providencia, tanto más desconoce la misma elevación que padece. Por lo tanto, siempre debe considerarse con la intención de una custodia diligente lo que hacemos en la obra o lo que meditamos en el corazón, para que ni la mente, obstaculizada, se multiplique hacia afuera con preocupaciones terrenales, ni al menos la meditación interna se exalte por su moderación; para que, cuando

tememos los juicios divinos con la circunspección temporal, evitemos los castigos del horror eterno.

LIBRO DÉCIMO. Con todo el capítulo undécimo y los cinco primeros versículos del capítulo duodécimo del libro de Job explicados, se cierra la segunda parte de esta obra.

337 CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fortaleza de Job, que no es superada por el cambio sucesivo de los adversarios.---Cada vez que un atleta fuerte desciende a la arena del espectáculo, aquellos que son inferiores en fuerzas se someten sucesivamente a su conquista: y una vez vencido uno, inmediatamente se levanta otro contra él; y al ser derrotado este, se subroga otro; para que las fuerzas del luchador encuentren en algún momento un oponente más débil, fatigadas por su propia victoria creciente; de modo que cuando cada nuevo adversario se enfrenta, aquel que no puede ser vencido por la calidad de sus fuerzas, al menos sea superado por el cambio de personas. Así, en este espectáculo de hombres y ángeles, el bienaventurado Job salió como un fuerte atleta, mostrando cuánto puede resistir contra los cambios de los adversarios con la continuación de su inquebrantable fortaleza. El primero en enfrentarse a él fue Elifaz, el segundo Bildad, y al final se presentó Zofar en su conquista: quienes se levantan con todos sus esfuerzos para asestar golpes, pero no logran alcanzar la altura de su robusto pecho. Sus palabras claramente insinúan que lanzan golpes al aire, porque al no reprender correctamente al santo varón, pierden en el vacío las palabras de su ataque. Esto se muestra claramente cuando la respuesta de Zofar el naamatita comienza con injurias, quien dice:

CAPÍTULO II.

CAP. XI, VERS. 2.---¿Acaso el que habla mucho no será también escuchado? ¿O será justificado el hombre verboso?

2. Los insolentes siempre responden de manera contraria a las palabras correctas. La sentencia de Sofar es verdadera, pero mal expresada.---Es costumbre de los insolentes responder siempre de manera contraria a las palabras correctas, para que, al no consentir con lo dicho, no parezcan inferiores. Para ellos, las palabras de los justos, por pocas que sean, son muchas, porque al cortar sus vicios, les resultan pesadas de escuchar. Por eso, lo que se pronuncia con recta predicación contra los crímenes se lleva al crimen. Así, Sofar, quien había dicho fuertes sentencias basadas en la verdad, al ser refutado, llama verboso a quien increpa las culpas con sabiduría desde la boca de los justos, ya que a los oídos de los necios suena como superfluidad de palabrería. Los perversos no consideran nada recto, salvo lo que ellos mismos piensan; y las palabras de los justos las consideran ociosas, ya que las encuentran diferentes a sus propios sentidos. Sin embargo, Sofar no emitió una sentencia engañosa al decir que un hombre verboso no puede justificarse, porque cuando alguien se desborda en palabras, perdiendo la gravedad del silencio, pierde la custodia de su mente. De ahí que esté escrito: El cultivo de la justicia es el silencio (Isaías XXXII, 17). De ahí que Salomón diga: Como ciudad abierta y sin murallas, así es el hombre que no puede contener su espíritu al hablar (Proverbios XXV, 28). De ahí que nuevamente diga: En el mucho hablar no faltará pecado (Proverbios X, 19). De ahí que el salmista testifique, diciendo: El hombre verboso no se dirigirá sobre la tierra (Salmo CXXXIX, 12). Pero la virtud de la verdadera sentencia se pierde si no se pronuncia bajo la custodia de la discreción. Es cierto, por tanto, que un hombre verboso no puede justificarse. Pero lo bueno no se dice bien, porque no se dirige a quien debe. Una sentencia verdadera contra los malos, si ataca la rectitud de los

buenos, se pierde, y rebota sin fuerza, porque es fuerte aquello que golpea. [Vet. et Rec. III.]? Sin embargo, como los perversos no pueden escuchar pacientemente lo bueno, y al descuidar la enmienda de vida, se preparan para responder con palabras, Sofar lo insinúa claramente al añadir:

CAPÍTULO III.

VERS. 3.---¿A ti solo callarán los hombres, y cuando te burles de los demás, nadie te refutará?

3. Sobre la corrección, cómo afecta de manera diversa a los malvados y a los justos.---La mente ignorante, como hemos dicho, soporta con dificultad las sentencias de la verdad, y considera el silencio como un castigo, y todo lo que se dice recto lo juzga como una afrenta a su burla, porque cuando la verdadera voz se acerca a los oídos de los malvados, la memoria de la culpa los muerde, y en la reprensión de los vicios, cuanto más la mente es tocada internamente por el conocimiento, más se excita externamente hacia el afán de contradicción. No puede soportar la voz, porque al ser tocada en la herida de su culpa, duele, y por lo que se dice generalmente contra los perversos, sospecha que se le ataca de manera especial. Pues lo que recuerda haber hecho internamente, le avergüenza escucharlo externamente. Por eso, de inmediato se prepara para la defensa, para cubrir la vergüenza de su culpa con las palabras de una refutación perversa. Así como los justos consideran la voz de corrección sobre algunas cosas que no han hecho correctamente como un ministerio de caridad, así los perversos lo consideran una afrenta de burla. Aquellos se inclinan de inmediato hacia la obediencia, estos se levantan hacia la locura de su defensa. Aquellos consideran la corrección como un apoyo para la vida, por el cual, mientras se corrige la culpa de la vida presente, se modera la ira del juicio venidero; estos, cuando ven que se les ataca con la reprensión, lo consideran una espada de golpe, porque mientras la voz de corrección descubre la culpa, se mancilla la opinión de la gloria presente. De ahí que en la alabanza del justo, la Verdad dice a través de Salomón: Enseña al justo, y se apresurará a recibir (Prov. IX, 10). De ahí que desprecia la obstinación de los malvados, diciendo: El que corrige al burlador, se hace a sí mismo una injuria (Ibid., 7). Pues sucede a menudo que, cuando no pueden defender los males corregidos en sí mismos, por vergüenza se vuelven peores; y así, en su defensa, se enorgullecen, buscando ciertos vicios contra la vida del que corrige; y no se consideran criminales si también imputan crímenes a otros. Y cuando no pueden encontrar verdades, las inventan, para que también ellos tengan algo que increpar con una justicia no impar. Por eso, también Sophar, porque dolió al sentirse casi burlado por la reprensión, de inmediato añade mintiendo:

CAPÍTULO IV.

VERS. 4.---Porque has dicho: Mi palabra es pura, y soy limpio ante tus ojos.

4. Los malvados verdaderamente se niegan a lamentar sus propios males, y atribuyen falsedades a otros. Quien recuerda las palabras del bienaventurado Job, reconoce cuán falsamente se le atribuye esto a su voz. Pues, ¿cómo pudo decirse puro aquel que dijo: Si quisiera justificarme, mi propia boca me condenaría (Job IX, 20)? Pero tal es la malicia de los malvados, que cuando se niegan a lamentar los verdaderos males en sí mismos, inventan los ajenos. Porque utilizan como consuelo de su crimen el manchar con falsas palabras la vida de quien los corrige. [Vet. IV.] Es necesario saber que a menudo los perversos desean verbalmente cosas buenas, para mostrar que lo que poseen en el presente es malo; y como si

fueran favorables, buscan lo próspero, para parecer benignos. Por eso también Sofar inmediatamente añade, diciendo:

CAPÍTULO V.

VERS. 5.---¡Y ojalá Dios hablara contigo, y abriera Sus labios para ti!

5. Cuando Dios habla al hombre, cuando el hombre se habla a sí mismo. --- El hombre se habla a sí mismo cuando, a través de lo que siente, no se separa del entendimiento de la prudencia carnal por el espíritu de la Divinidad; cuando la carne expresa su sentido y, como provocando a la mente hacia la inteligencia, la envía hacia afuera. Por eso, la Verdad dice a Pedro, que aún piensa en cosas terrenales: No entiendes las cosas de Dios, sino las de los hombres (Marcos VIII, 33). Sin embargo, a quien confiesa correctamente se le dice: No te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mateo XVI, 17). ¿Qué entendemos por los labios de Dios sino sus juicios? Porque con los labios cerrados, la voz se reprime y el sentido del que calla se ignora; pero cuando se abren y se pronuncia la palabra, se descubre el ánimo del que habla. Así, Dios abre sus labios cuando muestra su voluntad a los hombres a través de juicios manifiestos. Es como si hablara con la boca abierta, cuando, eliminada la oscuridad de su disposición íntima, se niega a ocultar lo que desea. Pues, como si tuviera los labios cerrados, no nos indica su sentido cuando, a través de juicios ocultos, oculta por qué hace lo que hace. Por eso, Sophar desea a Job, para reprenderlo de su entendimiento carnal y mostrar cuán benévolo es, los bienes que, aun teniéndolos, ignora, diciendo: ¡Ojalá Dios hablara contigo y abriera sus labios para ti! Como si dijera claramente: Compadezco más tu ignorancia que tu castigo, porque, dotado solo de la prudencia de la carne, te reconozco vacío del espíritu de la verdad. Pues si conocieras los juicios ocultos de Dios, no pronunciarías sentencias tan atrevidas contra Él. Y porque el Dios omnipotente, cuando nos eleva a considerar sus juicios, disipa de inmediato la ceguera de nuestra ignorancia, manifiesta de inmediato que, al abrir sus labios, nos llega la enseñanza, diciendo:

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 6.---Para mostrarte los secretos de la sabiduría, y cuán múltiple es su ley.

6. Obras de la sabiduría que son públicas. Cuáles son secretas.---Las obras públicas de la sabiduría suprema son aquellas en las que el Dios omnipotente gobierna a quienes crea, perfecciona los bienes que inicia y ayuda inspirando a quienes ilumina con la luz de su visita. En efecto, es evidente para todos que a quienes creó gratuitamente, los dispone con benevolencia. Y cuando otorga dones espirituales, Él mismo perfecciona lo que Él mismo ha iniciado por el don de su benignidad. Las obras secretas de la sabiduría suprema son aquellas en las que Dios abandona a quienes creó; cuando no lleva a término los bienes que había comenzado previniendo; cuando nos ilumina con la claridad de su ilustración, y sin embargo, al permitir las tentaciones de la carne, nos golpea con las tinieblas de la ceguera; cuando no guarda los dones que ha conferido; cuando excita los deseos de nuestra mente hacia Él, y sin embargo, con un juicio oculto, nos angustia con la dificultad de nuestra debilidad.

[Vet. V.] 7. Esto no encontrando encontré, quien aprendió que no se puede comprender. La ley de Dios y la caridad de Cristo. ---Ciertamente, los secretos de su sabiduría pocos pueden investigar, pero nadie puede encontrar, porque lo que sobre nosotros se dispone con sabiduría inmortal, no injustamente, es justo que aún lo ignoremos siendo mortales. Pero contemplar estos mismos secretos de su sabiduría es de alguna manera ver el poder de su

incomprensibilidad, porque aunque desfallezcamos en la búsqueda de sus consejos, al desfallecer aprendemos más verdaderamente a quién debemos temer. A estos secretos de su sabiduría se dirigía Pablo cuando decía: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? (Rom. XI, 33). Quien, incluso desfalleciendo en la búsqueda, pero progresando al reconocer su propia debilidad, dice: ¡Oh hombre, quién eres tú para responder a Dios? ¿Acaso dice la obra a quien la hizo: Por qué me hiciste así? (Rom. IX, 20). Quien, no pudiendo alcanzar los secretos de Dios, regresó al conocimiento de su debilidad, y al reconocer su propia insuficiencia se instruyó, de modo que, por así decirlo, no encontrando los secretos de la sabiduría, los encontró, porque al desfallecer en la búsqueda de los consejos supremos, aprendió a temer con más humildad; y a quien su debilidad alejó del conocimiento íntimo, la humildad lo unió más verdaderamente. Así, Sofar, tanto experto por el estudio de la ciencia como ignorante por la audacia de su hinchada locución, porque no tiene gravedad, desea lo mejor que tiene, diciendo: ¡Ojalá Dios hablara contigo y abriera sus labios para ti, para mostrarte los secretos de la sabiduría! Quien también, al desear la sabiduría que estima tener sobre su amigo, la muestra, cuando añade: Y que múltiple es su ley. ¿Qué debe entenderse aquí por la ley de Dios sino la caridad, por la cual siempre se lee en la mente cómo deben mantenerse en acción los preceptos de la vida? De esta ley se dice con la voz de la Verdad: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros (Juan XV, 12). De esta ley dice Pablo: La plenitud de la ley es el amor (Rom. XIII, 10). De esta ley dice nuevamente: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gál. VI, 2). Pues, ¿qué puede entenderse más congruentemente por la ley de Cristo que la caridad, que verdaderamente cumplimos cuando soportamos las cargas fraternas por amor?

8. La caridad comienza con dos preceptos y se extiende a innumerables acciones. El amor al prójimo evita hacer daño y se preocupa por hacer el bien. Estos dos se practican de muchas maneras. Sin embargo, esta misma ley se dice múltiple, porque la caridad, con diligente solicitud, se extiende a todas las obras de virtud. Comienza con dos preceptos, pero se extiende a innumerables acciones. El inicio de esta ley es el amor a Dios y el amor al prójimo. [Vet. VI.] Pero el amor a Dios se distingue en tres, porque el Creador manda ser amado con todo el corazón, con toda el alma y con toda la fuerza. En esto se debe notar que el discurso divino, al mandar amar a Dios, no solo indica desde dónde, sino también cuánto, al añadir "con todo", para que quien desea agradar perfectamente a Dios no se reserve nada para sí mismo. El amor al prójimo se deriva de dos preceptos, cuando se dice a través de un justo: "Lo que odias que te hagan a ti, no lo hagas a otro" (Tob. IV, 16). Y la Verdad misma dice: "Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos" (Mat. VII, 12). Con estos dos mandamientos de ambos Testamentos, por uno se reprime la malicia, por el otro se promueve la bondad, para que, al no hacer el mal que uno no quiere sufrir, se cese en la obra de dañar; y, al realizar el bien que uno desea recibir, se ejercite en beneficio del prójimo con bondad. Pero estos dos, cuando se meditan con intención diligente, llevan el corazón a innumerables ministerios de virtud, para que ni la mente inquieta por deseos arda en infligir lo que no debe, ni se relaje en ocio al exhibir lo que debe. Pues cuando se cuida de no hacer a otro lo que no quiere tolerar de otro, se observa con intención diligente, para que no se eleve con soberbia y, al despreciar al prójimo, se exalte; para que la ambición no desgare el pensamiento y, al extenderlo a desear lo ajeno, lo estreche; para que el corazón no se contamine con lujuria y, sometido a deseos, se corrompa por lo ilícito; para que la ira no exacerbe y encienda hasta proferir injuria; para que la envidia no muerda y, envidiosa de las felicidades ajenas, se consuma con su propia llama; para que la locuacidad no arrastre la lengua desmedidamente y la extienda hasta la lascivia de la

difamación; para que el odio no despierte la malicia y excite la boca hasta el dardo de la maldición. Nuevamente, cuando se piensa en hacer a otro lo que uno espera recibir de otro, se considera ciertamente responder con bien a los malos y con mejor a los buenos; mostrar mansedumbre y longanimidad hacia los insolentes; otorgar la gracia de la bondad a los que languidecen por la peste de la malicia; unir a los discordantes con paz y armar a los concordantes con el deseo de la verdadera paz; proporcionar lo necesario a los necesitados; mostrar el camino de la rectitud a los errantes; consolar a los afligidos con palabra y compasión; reprender a los encendidos en deseos de este mundo; mitigar las amenazas de los poderosos con razonamiento; aliviar las angustias de los oprimidos con toda la ayuda posible; oponer paciencia a los que resisten externamente; mostrar disciplina con paciencia a los que se enorgullecen internamente; temperar el celo con mansedumbre en los errores de los súbditos, de modo que no debilite el estudio de la justicia; hacer que el celo arda para la venganza, pero sin exceder el límite de la piedad; provocar a los ingratos al amor con beneficios; mantener a los agradecidos en el amor con servicios; callar los males de los prójimos cuando no se pueden corregir, y temer que el silencio sea consentimiento cuando se pueden corregir hablando; soportar en silencio lo que se calla, pero sin ocultar en el alma el veneno del dolor; mostrar el don de la bondad a los malintencionados, pero sin exceder por gracia el derecho de la rectitud; proporcionar todo lo que se puede a los prójimos, pero sin enorgullecerse al hacerlo; temer el precipicio del orgullo en los bienes que se exhiben, pero sin dejar de ejercitar el bien; dar lo que se posee, considerando cuán grande es la generosidad del que recompensa; no pensar en la propia pobreza más de lo necesario al dar bienes terrenales, y no oscurecer con tristeza la luz de la alegría en la ofrenda del don.

[Vet. VII.] 9. La caridad se muestra de múltiples formas en los ejemplos de los santos. Por tanto, bien se dice que la ley de Dios es múltiple, porque aunque la caridad es una y la misma, si llega a llenar completamente la mente, la enciende de múltiples maneras hacia innumerables obras. Expresamos brevemente su diversidad si enumeramos los bienes de ella en cada uno de los elegidos. Pues esta, a través de Abel, ofreció dones escogidos a Dios y soportó sin resistencia la espada de su hermano (Génesis IV, 4, 8). Esta enseñó a Enoc a vivir espiritualmente entre los hombres y lo apartó corporalmente de ellos hacia una vida sublime (Génesis V, 24). Esta mostró a Noé, despreciando a todos, como agradable solo a Dios, y lo ejercitó en la construcción del arca con el esfuerzo de un largo trabajo, y lo preservó en el mundo como sobreviviente mediante una obra piadosa (Génesis VII, 6). Esta, a través de Sem y Jafet, se avergonzó humildemente de la desnudez del padre, y cubriéndola con un manto sobre sus espaldas, ocultó lo que no veía (Génesis IX, 23). Esta hizo que Abraham levantara su mano derecha para obedecer hasta la muerte de su hijo, y lo convirtió en padre de una innumerable descendencia de naciones (Génesis XXII, 10). Esta mantuvo la mente de Isaac siempre en pureza, y aunque sus ojos se oscurecían por la edad, los dilató para ver lo que vendría mucho después (Génesis XXVII, 1). Esta impulsó a Jacob a lamentar profundamente la pérdida de su buen hijo y a soportar con ecuanimidad la presencia de sus hijos perversos (Génesis XXXVII, 34). Esta enseñó a José, vendido por sus hermanos, a soportar el servicio con libertad de espíritu no quebrantada, y a gobernar sobre los mismos hermanos sin elevarse en su mente (Génesis XLII, 33). Esta postró a Moisés en oración hasta pedir la muerte por el pueblo pecador, y lo levantó hasta la ejecución del pueblo por el celo, para que se ofreciera a la muerte por el pueblo pereciente y, sin embargo, actuara con la ira del Señor contra el pecador (Éxodo XXXII, 33). Esta levantó el brazo de Finees en venganza contra los pecadores, para que, tomando la espada, atravesara a los que se unían, y aplacara la ira del Señor con su propia ira (Números XXV, 8, 9). Esta enseñó a Josué, el explorador, a defender primero la verdad con la palabra contra los ciudadanos falsos, y luego a alegar con la espada contra los enemigos (Josué I, 2, ss.; Números XIV, 6, 7, ss.). Esta mostró a Samuel humilde

en el principado y lo mantuvo íntegro en la caída, quien, amando al pueblo que lo perseguía, fue testigo de sí mismo de que no amó la cumbre de la que fue derribado (I Samuel III, 4, ss.). Esta conmovió a David ante el rey inicuo con humildad para huir, y lo llenó de piedad para el perdón; quien huyó de su perseguidor temiéndolo como a un señor, y sin embargo, cuando encontró la oportunidad de herirlo, no reconoció a un enemigo (I Samuel XXIV, 6, 18). Esta levantó a Natán contra el rey pecador con la autoridad de una reprensión libre, y cuando faltó la culpa del rey, lo postró humildemente en la petición (II Samuel XII, 1, ss.). Esta, a través de Isaías, no se avergonzó de la desnudez de la carne en la predicación, y al quitar el velo carnal, penetró en los misterios celestiales (Isaías XX, 2). Esta enseñó a Elías a vivir espiritualmente con el celo del fervor, y también lo apartó corporalmente hacia la vida (II Reyes II, 11). Esta enseñó a Eliseo a amar sencillamente al maestro, y lo llenó doblemente con el espíritu del maestro (Ibid., 10). A través de esta, Jeremías se opuso a que el pueblo descendiera a Egipto; pero, amando a los desobedientes, descendió él mismo a donde prohibió descender (Jeremías XLII, 18). Esta levantó a Ezequiel primero de los deseos terrenales, y luego lo suspendió en el aire por un mechón de su cabeza (Ezequiel VIII, 3). Esta, en Daniel, refrenó su gula de los manjares reales, y cerró la boca de los leones hambrientos (Daniel XIV, 40). Esta, a los tres jóvenes, sometió los incendios de los vicios en la tranquilidad, y en tiempo de tribulación moderó las llamas en el horno (Daniel III, 50). Esta, en Pedro, resistió valientemente las amenazas de los príncipes aterradores, y escuchó humildemente las palabras de los menores en la cuestión de la circuncisión. Esta, en Pablo, soportó humildemente las manos de los perseguidores, y sin embargo, en el asunto de la circuncisión, reprendió audazmente el sentido del anterior, aunque no igual (Hechos XV). Por tanto, esta ley de Dios es múltiple, que se adapta sin cambiar a cada uno de los aspectos de las cosas, y se une sin variar a las causas que se diversifican.

[Vet. VIII.] 10. De los deberes de la caridad según Pablo.---Ciertamente, Pablo enumera bien la multiplicidad de esta ley, diciendo: La caridad es paciente, es benigna; no tiene envidia, no se envanece, no obra con imprudencia, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa el mal, no se alegra de la injusticia, se goza con la verdad (I Cor. XIII, 4). La caridad es paciente, porque soporta con ecuanimidad los males infligidos. Es benigna, porque generosamente ofrece bienes por los males recibidos. No tiene envidia, porque al no desear nada en este mundo presente, no sabe envidiar los éxitos terrenales. No se envanece, porque aunque ansía la recompensa de la retribución interna, no se exalta por los bienes exteriores. No obra con imprudencia, porque al expandirse solo en el amor a Dios y al prójimo, ignora todo lo que se aparta de la rectitud. No es ambiciosa, porque al esforzarse ardientemente por lo suyo en el interior, no codicia en absoluto lo ajeno. No busca lo suyo, porque descuida todo lo que posee transitoriamente aquí como si fuera ajeno, reconociendo que nada es propio salvo lo que permanece con ella. No se irrita, porque aunque es provocada por injurias, no se excita a movimientos de venganza, mientras espera mayores recompensas por grandes trabajos. No piensa el mal, porque al consolidar la mente en el amor de la pureza, al erradicar todo odio de raíz, no sabe concebir en el ánimo lo que contamina. No se alegra de la injusticia, porque al aspirar solo con amor hacia todos, no se regocija por la perdición de los adversarios. Se goza con la verdad, porque al amar a los demás como a sí misma, se alegra como si fuera un aumento de su propio progreso al ver lo recto en los otros. Por tanto, esta ley de Dios es múltiple, que se enfrenta con el escudo de su instrucción contra el dardo de cada culpa que ataca la mente para destruirla, de modo que, como el antiguo enemigo nos asedia con diversas emboscadas, ella lo combate de múltiples maneras. Si consideramos esta ley con atención diligente, reconocemos cuánto ofendemos diariamente a nuestro Creador. Pero si reflexionamos sobre nuestras culpas, ciertamente soportamos con ecuanimidad los castigos; y no se precipita hacia la impaciencia por el dolor, cuando la conciencia se somete a

su propio juicio. Por lo cual, Sofar, sabiendo qué decir, pero no a quién decirlo, después de haber dicho, Para mostrarte los secretos de la sabiduría, y que su ley es múltiple, añade inmediatamente:

CAPÍTULO VII [Rec. V.]

IBID.---Y entenderías que Dios te exige mucho menos de lo que merece tu iniquidad.

11. El conocimiento de nuestras culpas modera el dolor de los castigos. En efecto, como hemos dicho, el dolor del castigo se modera cuando se reconoce la culpa, porque cada uno soporta con más paciencia el instrumento del médico cuanto más percibe que lo que se corta está podrido. Por tanto, quien entiende la multiplicidad de la ley, considera cuán menores son todas las cosas que sufre, porque al reconocerse el peso de la culpa, se aligera la pena de la aflicción.

[Vet. IX.] 12. Peque venialmente aquellos que, por el fervor del celo, exceden el límite de la corrección.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que no fue sin gran iniquidad que Sophar increpó al hombre justo hasta la objeción de iniquidad. Por lo cual, la Verdad justamente reprende su audacia, pero benignamente los lleva de nuevo a la gracia; porque ante el juez misericordioso, la culpa no queda sin perdón cuando se peca por el fervor del celo y por amor a Él. A menudo, esto sucede a grandes y admirables doctores, que, cuanto más arden en alta caridad, más exageran el modo de corrección, y la lengua dice algo que no debe, porque el amor inflama la mente tanto como debe. Pero la palabra de la contumelia proferida se perdona tanto más rápidamente cuanto se considera de qué raíz procede. Por lo cual, bien mandó el Señor por medio de Moisés diciendo: Si alguien va con su amigo simplemente al bosque a cortar leña, y el hierro del hacha se escapa de su mano, y el hierro, al caer del mango, hiere a su amigo y lo mata, este huirá a una de las ciudades mencionadas y vivirá, no sea que su prójimo, cuyo sangre ha sido derramada, lo persiga impulsado por el dolor, lo alcance y le quite la vida (Deut. XIX, 5). Vamos al bosque con un amigo cada vez que nos volvemos con cualquier prójimo para contemplar nuestros delitos, y simplemente cortamos leña cuando, con piadosa intención, cortamos los vicios de los delincuentes. Pero el hacha se escapa de la mano cuando la corrección se lleva a la aspereza más de lo necesario. Y el hierro salta del mango cuando la palabra de corrección excede en dureza; y al herir al amigo, lo mata, porque la contumelia proferida mata al oyente del espíritu de amor. La mente del corregido se precipita repentinamente al odio si una corrección desmedida lo somete más de lo debido. Pero aquel que imprudentemente golpea la leña y extingue a su prójimo, es necesario que huya a tres ciudades, para que en una de ellas viva defendido, porque si, convertido a los lamentos de penitencia, se esconde en la unidad del sacramento bajo la esperanza, la fe y la caridad, no se le considera culpable del homicidio perpetrado; y el prójimo del difunto, aunque lo encuentre, no lo mata, porque cuando venga el juez estricto, que se unió a nosotros por la comunión de nuestra naturaleza, sin duda no buscará venganza por la culpa de aquel a quien la esperanza, la fe y la caridad esconden bajo su perdón. Por lo tanto, la culpa se perdona más rápidamente cuando no se comete por estudio de malicia. Por lo cual, Sophar llama iniquo a aquel a quien la sentencia divina había alabado; sin embargo, no es excluido del perdón, porque es movido a palabras de contumelia por el celo del amor divino. Quien, por no reconocer los méritos del bienaventurado Job, añade aún con irrisión ignorante, diciendo:

CAPÍTULO VIII [Rec. VI].

VERS. 7.---¿Acaso comprenderás las huellas de Dios, y hasta lo perfecto, encontrarás al Omnipotente?

13. Las huellas de Dios son sus dones, por los cuales somos llamados a lo celestial. Dios aquí no se ve manifestamente. La visión de la contemplación. La esencia de Dios no es plenamente contemplada por la mente angélica o humana. ¿Qué son las huellas de Dios sino la benignidad de su visita? Por las cuales, ciertamente, somos llamados a avanzar hacia lo celestial cuando somos tocados por el soplo de su Espíritu, y, elevados fuera de las limitaciones de la carne, reconocemos por amor la imagen de nuestro Creador que debemos contemplar y seguir. Pues cuando el amor por la patria espiritual inflama nuestra mente, es como si insinuara un camino a seguir, y en el corazón se imprime como una huella de Dios caminando, para que por él se mantenga el camino de la vida con pasos rectos de pensamientos. A quien aún no vemos, es necesario que lo busquemos a través de las huellas de su amor, para que la mente, hasta llegar a la visión de la contemplación, encuentre a quien ahora, como siguiéndolo desde atrás, explora a través de santos deseos. El salmista sabía bien seguir las huellas de nuestro Creador cuando decía: "Mi alma se adhiere a ti" (Salmo 62, 9). También se esforzaba por encontrarlo hasta la visión de su grandeza, diciendo: "Mi alma tiene sed de Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios?" (Salmo 41, 3). Entonces, ciertamente, Dios omnipotente es encontrado de manera manifiesta en el pensamiento, cuando, habiendo pisoteado completamente la corrupción de nuestra mortalidad, es visto por nosotros en la claridad de su divinidad. Ahora, sin embargo, el alma es elevada por la gracia del Espíritu infundido desde el pensamiento carnal, y es exaltada en el desprecio de las cosas pasajeras; y la mente desprecia todo lo que apetecía en lo inferior, y se enciende en deseos celestiales, y por la fuerza de su contemplación es llevada fuera de la carne, que aún es retenida en la carne por el peso de su corrupción. Intenta contemplar el resplandor de la luz infinita, y no puede; lo que el alma, presionada por la debilidad, ni penetra, y sin embargo, rechazada, ama. Ya el Creador se muestra a sí mismo por lo que debe ser amado, pero sustrae a los amantes la visión de su imagen. Por lo tanto, solo viendo sus huellas avanzamos, quienes seguimos a través de las señales de sus dones, a quien aún no vemos. [Vet. X, Rec. VII.] Estas huellas ciertamente no pueden ser comprendidas, porque no se sabe de dónde, dónde, o de qué maneras vienen los dones de su Espíritu, como atestigua la Verdad, que dice: "El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va" (Juan 3, 8). En la cumbre de la retribución, sin embargo, el Omnipotente puede ser encontrado por la visión de la contemplación, pero no perfectamente, porque aunque alguna vez lo contemplemos en su claridad, no obstante no contemplamos plenamente su esencia. Pues la mente angélica o humana, cuando anhela la luz infinita, se constriñe a sí misma por el hecho de ser criatura; y aunque se extiende por el progreso, no es suficiente para comprender su resplandor, que al trascender, sostener y llenar todo, lo abarca. Por lo tanto, aún se añade:

CAPÍTULO IX.

VERS. 8, 9.---Más alto que el cielo es, ¿y qué harás? Más profundo que el infierno, ¿y cómo lo conocerás? Más larga que la tierra es su medida, y más ancha que el mar.

14. Que Dios trasciende todo.---Que Dios es descrito como más excelso que el cielo, más profundo que el infierno, más largo que la tierra y más ancho que el mar, debe entenderse espiritualmente en la medida en que es inapropiado concebir algo de Él según los lineamientos corporales. Pero es más excelso que el cielo, porque con la incircunscripción de su espíritu trasciende todo; más profundo que el infierno, porque al trascender eleva; más

largo que la tierra, porque excede el límite de la criatura con la perpetuidad de su eternidad; más ancho que el mar, porque posee y gobierna las olas de las cosas temporales de tal manera que las rodea con la presencia de su omnipotente poder. Aunque también pueden designarse los ángeles con la apelación de cielo, y los demonios con el término infierno; por la tierra, los hombres justos, y por el mar, los pecadores. Es más excelso que el cielo, porque incluso los espíritus elegidos no penetran perfectamente la visión de tan gran altura. Es más profundo que el infierno, porque juzga y condena las astucias de los espíritus malignos con una sutileza mucho mayor de la que ellos habían imaginado. Más largo que la tierra, porque la paciencia de la longanimidad divina supera nuestra longanimidad, que nos tolera pecando y espera a los convertidos para premiarlos con la recompensa. Más ancho que el mar, porque en todas partes ocupa con la presencia de su retribución los hechos de los pecadores, de modo que, aunque no se le vea presente por la apariencia, se le sienta presente por el juicio.

15. El hombre que es cielo, infierno, tierra, mar. La anchura, longitud, altura y profundidad de Dios.---Sin embargo, todo puede referirse únicamente al hombre, de modo que él mismo sea el cielo cuando ya, por el deseo, se adhiere a las cosas más altas; él mismo sea el infierno, cuando, perturbado por la oscuridad de sus tentaciones, yace en lo más bajo; él mismo sea la tierra, porque fructifica en la abundancia de la esperanza fijada en la buena obra; él mismo sea el mar, porque en ciertas ocasiones es sacudido con temor y es agitado por el viento de su propia inestabilidad. Pero Dios es más alto que el cielo, porque somos vencidos por la magnitud de su poder, incluso cuando nos elevamos sobre nosotros mismos; más profundo que el infierno, porque sin duda juzga más de lo que el alma humana puede investigar en sus tentaciones; más largo que la tierra, porque los frutos de vida que retribuye al final, de ninguna manera son comprendidos ahora por nuestra esperanza; más ancho que el mar, porque la mente humana fluctuante conjetura muchas cosas sobre lo que ha de venir, pero cuando comienza a ver lo que había estimado, reconoce que fue estrecha en su estimación. [Vet. XI.] Por tanto, se hace más alto que el cielo cuando nuestra contemplación en él falla. Por eso el corazón del Salmista se había elevado, pero aún no sentía que lo había alcanzado, diciendo: Maravillosa es para mí tu ciencia, fortalecida, y no puedo alcanzarla (Salmo 138, 6). Conocía que era más profundo que el infierno, quien examinándose a sí mismo, pero temiendo sus juicios más sutiles, decía: Nada me reprocha mi conciencia, pero no por eso estoy justificado; quien me juzga es el Señor (1 Cor. 4, 4). Vio que era más largo que la tierra, cuando consideraba que los deseos de la mente humana eran menores, diciendo: Quien es poderoso para hacer todas las cosas abundantemente más de lo que pedimos o entendemos (Efesios 3, 20). Percibió que era más ancho que el mar, quien temiendo pensaba que de ninguna manera la mente humana podría reconocer la inmensidad de su severidad, por mucho que fluctuara en su búsqueda, diciendo: ¿Quién conoce el poder de tu ira, o por temor puede contar tu ira? (Salmo 89, 11). Su poder nos lo insinúa bien el insigne doctor, cuando narra brevemente: Para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad (Efesios 3, 18). Dios tiene anchura, porque extiende su amor hasta la reunión de los perseguidores. Tiene longitud, porque nos lleva pacientemente a la patria de la vida. Tiene altura, porque trasciende incluso la inteligencia de aquellos que han sido recibidos en la congregación suprema. Tiene profundidad, porque manifiesta incomprensiblemente su juicio de severidad más abajo de los condenados. Estas cuatro cosas las ejerce en nosotros, que estamos en esta vida, porque muestra su anchura amando, su longitud tolerando, su altura superando no solo nuestra inteligencia, sino también nuestros deseos, y su profundidad juzgando estrictamente los movimientos ocultos e ilícitos de los pensamientos. Pero su altura y profundidad, cuán inescrutables son, nadie lo reconoce, a menos que comience a ser elevado a lo más alto por la contemplación, o, resistiendo a los movimientos ocultos, comience a ser turbado por la importunidad de las tentaciones. Por eso

se dice al bienaventurado Job: Es más alto que el cielo, ¿y qué harás? más profundo que el infierno, ¿y cómo lo conocerás? Como si se le dijera con una mirada abierta: ¿Cuándo podrás conocer su profundidad y excelencia, tú que no sabes elevarte a lo más alto por la virtud, ni reprenderte a ti mismo en las tentaciones? Sigue:

CAPÍTULO X. [Rec. VIII].

VERS. 10.---Si lo destruyera todo, o lo redujera a uno, ¿quién le contradeciría? ¿O quién puede decirle, por qué haces esto?

16. Cómo Dios en nosotros subvierte el cielo, el infierno, la tierra, el mar.---El Señor subvierte el cielo cuando destruye con una terrible y oculta disposición la altura de la contemplación humana. Subvierte el infierno cuando permite que la mente de cualquiera caiga, en sus tentaciones, temerosa incluso hacia cosas peores. Subvierte la tierra cuando interrumpe la fructificación de la buena obra por la irrupción de adversidades. Subvierte el mar cuando confunde la fluctuación de nuestra vacilación con un miedo repentino que emerge. En efecto, con su duda, el corazón ansioso teme mucho precisamente porque vacila, y como si el mar se subvirtiera, nuestra propia inquietud en Dios se turba al considerar el terror de su juicio. [Vet. XII.] Por lo tanto, ya que hemos dicho brevemente cómo se subvierte el cielo o el infierno, la tierra o el mar, ahora queda, aunque con cierto esfuerzo, demostrar cómo pueden ser reunidos en uno.

17. Cielo e infierno juntos, en una sola mente la contemplación y la tentación de la carne.---A menudo sucede que el espíritu eleva la mente a las alturas, pero sin embargo, la carne la ataca con tentaciones importunas. Y cuando el alma es llevada a contemplar las cosas celestiales, es golpeada por las imágenes de acciones ilícitas que se le presentan. Pues el estímulo de la carne hiere de repente a aquel que la santa contemplación arrebatava fuera de la carne. Así, el cielo y el infierno se comprimen juntos cuando una misma mente es iluminada por la elevación de la contemplación y oscurecida por la importunidad de la tentación; de modo que ve, al enfocarse, lo que desea, y al sucumbir en el pensamiento, soporta lo que le avergüenza. Porque del cielo surge la luz, pero el infierno está poseído por las tinieblas. Así, el cielo y el infierno se reducen a uno cuando la mente, que ya considera la luz de la patria celestial, también lleva las tinieblas de la tentación oculta por la guerra de la carne. Ciertamente, Pablo ya había ascendido a la cumbre del tercer cielo, ya había conocido los secretos del paraíso, y sin embargo, aún gimiendo, soportaba las guerras de la carne, diciendo: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros (Rom. VII, 23). ¿Qué había, pues, en el pecho de este gran predicador sino que Dios había comprimido el cielo y el infierno, quien ya había recibido la luz de la visión íntima, y sin embargo, aún soportaba las tinieblas de la carne? Sobre sí veía lo que alegremente deseaba, en sí mismo veía lo que temiendo dolía. Ya la luz de la patria celestial había irradiado, pero aún la oscuridad de la tentación confundía su alma. Así, soportó el infierno con el cielo, porque la seguridad lo elevó iluminado, y el gemido lo abatió tentado.

18. Tierra y mar a la vez, certeza de fe con algo de duda.---Y a menudo sucede que la fe ya florece en la mente, pero sin embargo, en parte, se marchita con cierta duda; de modo que se eleva con certeza por encima de lo visible, y se perturba por algunas incertidumbres. Pues muchas veces se levanta para desear lo eterno, y agitada por los estímulos de pensamientos que surgen, se contradice a sí misma. En uno, por tanto, se unen tierra y mar cuando una misma mente es fortalecida por la certeza de una fe sólida, y sin embargo, por cierta mutabilidad, el soplo de la duda la agita con la perfidia. ¿Acaso no reconocía en su propio

pecho que se unían tierra y mar, quien, esperando por la fe y fluctuando por la incredulidad, decía: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad (Marcos IX, 23)? ¿Qué es, entonces, lo que afirma creer y busca que se le ayude en su incredulidad, sino que había descubierto que en sus pensamientos se unían tierra y mar, quien ya había comenzado a orar con certeza por la fe, y aún incierto soportaba las olas de la perfidia por la incredulidad?

19. Por qué Dios permite que la mente que se eleva hacia lo recto sea atacada.---Sin embargo, esto se permite por una disposición oculta, para que cuando la mente ya comience a elevarse hacia la rectitud, sea atacada por los restos de su propia depravación; de modo que este mismo ataque, o bien ejercite al que resiste, o quiebre al que es seducido por los placeres. Por tanto, ahora se dice correctamente: Si Él trastorna todo, o lo reduce a uno, ¿quién le contradecirá? o ¿quién puede decirle: Por qué haces esto? porque ciertamente el juicio divino no puede ser disminuido por la adversidad, ni conocido por la investigación, ya sea que retire las virtudes que había otorgado, o permitiendo que, sin retirarlas del todo, sean sacudidas por el ataque de los vicios. Pues a menudo el corazón se eleva en soberbia cuando se fortalece con éxitos felices en la virtud, pero cuando el Creador observa los movimientos ocultos de audacia en el pensamiento, abandona al hombre mostrándole a sí mismo, para que su mente, al ser abandonada, descubra lo que es, ya que se alegraba malamente segura en sí misma. Por lo tanto, cuando se dice que todo es trastornado o reducido a uno, inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XI [Rec. IX].

VERS. 11.---Porque Él conoce la vanidad de los hombres, y viendo la iniquidad, ¿acaso no la considera?

20. Diferencia entre vanidad e iniquidad.---Como si, al revelar lo anterior, añadiera diciendo: Porque al tolerar, observa que los vicios crecen, confundiendo los dones al juzgar. Sin embargo, se mantiene el orden correcto en la descripción, cuando primero se conoce la vanidad y después se considera la iniquidad. Toda iniquidad es ciertamente vanidad, pero no toda vanidad suele ser iniquidad. Actuamos vanamente cada vez que pensamos en lo transitorio. Por eso se dice que se desvanece lo que de repente se aparta de los ojos de los que miran. De ahí que el salmista diga: Toda vanidad es todo hombre viviente (Salmo XXXVIII, 6); porque por el hecho de que viviendo tiende a la destrucción, con razón se le llama vanidad, pero de ninguna manera se le llama correctamente iniquidad, ya que aunque el declive es una pena de la culpa, no es en sí mismo culpa el hecho de que pase de la vida. Por lo tanto, son vanas las cosas que pasan. Por eso también se dice por medio de Salomón: Todo es vanidad (Eclesiastés I, 2).

21. La vanidad conduce a la iniquidad. La vanidad nubla la mente, la iniquidad ciega.---Con razón, después de la vanidad, se introduce inmediatamente la iniquidad, porque mientras somos llevados por cosas transitorias, quedamos peligrosamente atados a algunas de ellas; y cuando la mente no mantiene el estado de inmutabilidad, al desviarse de sí misma, se precipita hacia los vicios. Por lo tanto, la vanidad lleva a la iniquidad, ya que acostumbrada a las cosas cambiantes, al ser siempre impulsada de unas a otras, se contamina con las culpas que surgen. [Vet. XIV.] Sin embargo, la vanidad también puede entenderse como culpa, y la iniquidad como un término que demuestra una culpa más grave. Pues si alguna vez la vanidad no fuera culpa, el salmista no diría: Aunque el hombre camine en la imagen de Dios, sin embargo, se turba en vano; acumula riquezas y no sabe para quién las reúne (Salmo XXXVIII, 8); porque aunque conservamos la imagen de la Trinidad en nuestra naturaleza, perturbados por los vanos movimientos de deleite, pecamos en nuestra conducta; de modo

que la codicia nos sacude siempre con modos alternantes, el miedo nos quebranta, la alegría nos acaricia, el dolor nos aflige. Por lo tanto, como se dijo anteriormente, somos llevados de la vanidad a la iniquidad cuando primero caemos por faltas leves, de modo que, al suavizarse todo por el uso, ya no tememos cometer incluso las más graves. Pues cuando la lengua descuida moderar las palabras ociosas, capturada por el hábito de la indulgencia, se lanza audazmente hacia lo dañino; cuando se cede a la gula, se cae inmediatamente en la locura de la ligereza; y cuando la mente se niega a someter el deleite de la carne, a menudo se precipita también en el abismo de la perfidia. Por eso, Pablo, al observar bien las pérdidas del pueblo israelita, para contener los males inminentes de sus oyentes, se preocupó por narrar los hechos en orden, diciendo: No os hagáis idólatras, como algunos de ellos, como está escrito (I Cor. X, 7): El pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantaron a jugar (Éxodo XXXII, 6). Pues la comida y la bebida llevaron al juego, el juego condujo a la idolatría, porque si la culpa de la vanidad no se contiene cautelosamente, la mente incauta es devorada inmediatamente por la iniquidad, como atestigua Salomón, quien dice: Quien desprecia lo pequeño, poco a poco cae (Eclesiástico XIX, 1). Pues si descuidamos cuidar lo pequeño, seducidos insensiblemente, también perpetraremos audazmente lo mayor. Y es de notar que la iniquidad no se dice que se vea, sino que se considere. Pues observamos más atentamente lo que consideramos. Así, Dios conoce la vanidad de los hombres, considera la iniquidad, porque no deja sin castigo las faltas menores, y se prepara más intensamente para castigar las mayores. Porque, por lo tanto, se comienza con males menores y se llega a los mayores; la vanidad nubla la mente, la iniquidad ciega. Y ciertamente, la mente, al perder la luz, se eleva más alto por el orgullo, cuanto más, capturada por los lazos de la iniquidad, se aleja de la verdad. Por eso, también expresa adecuadamente a dónde lleva la vanidad junto con la iniquidad, cuando de repente añade:

CAPÍTULO XII [Rec. XV, Rec. X].

VERS. 12.---El hombre vano se eleva en soberbia.

22. La vanidad hace audaz al culpable y desenfrenado en los movimientos de la naturaleza. En efecto, el fin de la vanidad es que, al herir la mente con el pecado, la haga audaz en su culpa; de modo que, olvidada de su propia culpa, al no lamentar haber perdido la inocencia, cegada por un juicio justo, pierda también la humildad. Y sucede a menudo que, sirviendo a deseos perversos, se libera del yugo del temor divino y, como si ya fuera libre para cometer males, se esfuerza por cumplir todo lo que el placer sugiere. Por lo tanto, cuando se dice que el hombre vano se eleva en soberbia, inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XIII.

IBID.---Y se cree libre como el pollino de un asno salvaje.

23. En efecto, por el pollino del onagro se expresa todo el género de los agrestes, que, dejado a los impulsos de la naturaleza, no se mantiene bajo las riendas de los dominantes. Los animales del campo tienen la libertad de ir adonde desean y descansar cuando se cansan. Y aunque el hombre es mucho mejor que los animales insensatos, a menudo no le está permitido lo que a los animales brutos sí se les permite. Pues aquellos que no se reservan para otro fin, sus movimientos sin duda alguna no se restringen bajo disciplina. Sin embargo, el hombre que es conducido a la vida futura, es necesario que en todos sus movimientos esté sujeto bajo la disposición de la disciplina, y sirva como un animal doméstico atado con riendas, y viva restringido por disposiciones eternas. Quien, por tanto, busca cumplir todo lo

que desea mediante una libertad desenfrenada, ¿qué otra cosa anhela sino ser semejante al pollino del onagro, para que las riendas de la disciplina no lo contengan, sino que audazmente, vagando, corra por el bosque de los deseos?

24. Las riendas con las que Dios nos contiene y gobierna.---A menudo, la divina misericordia, al ver a aquellos que se lanzan a la desenfrenada libertad ilícita, los quiebra con la aparición de una adversidad repentina, para que, al ser abatidos, aprendan cuán reprochable era la altivez con la que se habían ensoberbecido; de modo que, ya domados por la experiencia del castigo, como animales domésticos, sometan sus cuellos a las riendas de los preceptos, y recorran los caminos de la vida presente al mandato de quien los gobierna. Bien sabía que estaba atado por estas riendas quien decía: Como un animal fui ante ti, y yo siempre contigo (Salmo LXXII, 23). Por eso, aquel feroz perseguidor, llevado del campo de la pérvida voluptuosidad a la casa de la fe, herido por las espuelas de su guía, escuchaba: Duro te es dar coces contra el aguijón (Hechos IX, 5). Por lo tanto, si ya no queremos ser semejantes al pollino salvaje, debemos buscar primero en todo lo que deseamos el mandato de la disposición interna, para que nuestra mente, en todo lo que se esfuerza, sea contenida por la rienda del gobierno supremo; y así cumpla más sus deseos hacia la vida, desde donde sus esfuerzos de vida pisan incluso contra su propia voluntad. Sofar pronunció muchas cosas fuertes, pero no sabe que habla con alguien mejor que él. Por eso, aún reprendiendo, añade:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 13.---Tú, sin embargo, fortaleciste tu corazón y extendiste tus manos hacia él.

25. Sophar acusa a Job de tener un espíritu endurecido y orgulloso. Los malvados y herejes imitan esto contra los buenos y católicos.---El corazón firme no se menciona aquí por virtud, sino por insensibilidad. Pues todo aquel que se somete a la consideración interna de la estricta justicia, se ablanda inmediatamente por su temor; y es penetrado por la flecha del temor divino, porque lleva entrañas débiles por la humildad. Pero quien se endurece con la terquedad de la insensibilidad, como si fortaleciera su corazón, lo hace para que las flechas del temor supremo no lo atraviesen. Por eso, el Señor dice misericordiosamente a algunos por medio del profeta: "Quitaré de vosotros el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne" (Ezequiel 36, 26). En efecto, quita el corazón de piedra cuando nos aparta la dureza del orgullo, y nos da un corazón de carne cuando transforma inmediatamente nuestra dureza en sensibilidad. Por las manos, como ya hemos enseñado frecuentemente, se designan las obras. Por lo tanto, con culpa, extender las manos a Dios es enorgullecerse de la virtud de las obras contra la gracia del dador. Pues quien, hablando ante el juez eterno, se atribuye a sí mismo los bienes que hace, extiende las manos con orgullo hacia Dios. Así, de hecho, los réprobos siempre se desatan contra los elegidos, y los herejes contra los católicos, de modo que, cuando no pueden reprochar las acciones, intentan criticar a los buenos por la elevación de sus hechos, para que a aquellos a quienes no pueden acusar por la debilidad de sus acciones, los acusen del crimen de la soberbia. Por eso, los bienes que se hacen exteriormente ya no se consideran buenos, pues se presentan como si fueran por el esfuerzo de un pensamiento hinchado. Quienes a menudo increpan a los humildes que se enorgullecen, y no saben que con sus palabras se hieren a sí mismos. Pero como Sophar ha reprendido hasta ahora al hombre justo, ahora añade como enseñando:

CAPÍTULO XV [Ant. XVI, Rec. XI].

VERS. 14, 15.---Si quitas de ti la iniquidad que está en tu mano, y no permanece la injusticia en tu tabernáculo, entonces podrás levantar tu rostro sin mancha, y serás estable, y no temerás.

26. Para que la mente esté pura, primero debe eliminarse la iniquidad de la obra y luego del corazón. Todo pecado se comete ya sea solo con el pensamiento, o con el pensamiento y la obra a la vez. Por lo tanto, la iniquidad en la mano es culpa en la obra, mientras que la injusticia en el tabernáculo es iniquidad en la mente. Nuestra mente, de hecho, se llama adecuadamente tabernáculo, en el cual nos escondemos a nosotros mismos cuando no somos vistos externamente en la obra. Así, Sophar, siendo amigo del hombre justo, sabe lo que dice; pero porque reprende al justo, manteniendo la apariencia de los herejes, ignora cómo expresar correctamente incluso lo que sabe. Pero nosotros, dejando de lado lo que él dice con altivez, consideremos cuán verdaderas serían sus palabras si se dijeran correctamente. Primero, advierte que se debe retirar la iniquidad de la mano y luego cortar la injusticia del tabernáculo, porque cualquiera que ya elimina las malas obras de sí mismo exteriormente, es necesario que, al regresar a sí mismo, se examine cuidadosamente en la intención de su mente; para que la culpa, que ya no tiene en la acción, no persista aún en el pensamiento. Por eso, también se dice bien a través de Salomón: Prepara tu obra fuera, y cultiva diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa (Prov. XXIV, 27). ¿Qué es preparar la obra y cultivar diligentemente el campo exteriormente, sino arrancar las espinas de la iniquidad y cultivar nuestra acción para el fruto de la retribución? ¿Y qué es volver al edificio de la casa después del cultivo del campo, sino que a menudo aprendemos de las buenas obras cuánta pureza de vida construimos en el pensamiento? Casi todas las buenas obras provienen del pensamiento, pero hay algunas agudezas del pensamiento que nacen de la operación; pues así como la obra se toma del ánimo, así también el ánimo se educa por la obra. La mente, al captar los inicios del amor divino, ordena que se hagan cosas buenas; pero después de que se comienza a hacer lo ordenado, aprende, ejercitada por sus propias acciones, cuánto menos veía cuando comenzaba a ordenar lo bueno. Por lo tanto, el campo se cultiva externamente para que la casa se construya después, porque a menudo tomamos de la obra exterior cuánta sutileza de rectitud mantenemos en el corazón. Sophar estudió bien este orden, cuando dijo que primero se debe quitar la iniquidad de las manos y luego la injusticia del tabernáculo, porque el ánimo no se eleva completamente en el pensamiento cuando aún se yerra externamente en la obra.

[Vet. XVII.] 27. Esta pureza proporciona confianza en la oración; de lo contrario, si falta.--- Si limpiamos perfectamente estas dos cosas, levantamos nuestro rostro hacia Dios sin mancha. La faz interna del hombre es la mente, en la cual ciertamente somos reconocidos para ser guiados por nuestro Creador. Levantar esta faz es elevar el espíritu hacia Dios mediante el esfuerzo de la oración. Pero el rostro elevado es manchado por la culpa si la conciencia acusa a la mente que se dirige a Dios, porque la confianza en la esperanza se quiebra de inmediato si la memoria de las culpas aún no vencidas muerde al que ora. Desconfía de poder recibir lo que desea, quien ciertamente recuerda que aún no quiere hacer lo que ha escuchado de lo divino. Por eso, se dice a través de Juan: Si nuestro corazón no nos reprende, tenemos confianza ante Dios, y lo que pidamos lo recibiremos de Él (1 Juan 3, 21). Por eso, Salomón dice: Quien aparta su oído para no escuchar la ley, su oración será abominable (Proverbios 28, 9). El corazón nos reprende en la petición cuando recuerda que resiste los preceptos de aquel a quien solicita, y la oración se vuelve abominable cuando se aparta de la censura de la ley, porque es ciertamente justo que uno sea ajeno a los beneficios de aquel a cuyas órdenes no quiere estar sujeto.

28. Cuando no está presente, qué se debe hacer.---En este asunto, hay un remedio saludable: cuando la mente se reprocha a sí misma por el recuerdo de una culpa, primero debe llorar en oración por haber errado; de modo que la mancha del error se limpie con lágrimas, y en su petición, el rostro del corazón aparezca limpio ante el Creador. Pero se debe cuidar mucho de no caer de nuevo en aquello que se ha limpiado con lágrimas, no sea que, al cometer nuevamente la culpa lamentada, incluso los lamentos se vuelvan ligeros ante la vista del justo juez. Debemos recordar con diligencia lo que se dice: No repitas la palabra en tu oración (Ecli. VII, 15). Con esta expresión, el sabio no nos prohíbe pedir perdón con frecuencia, sino repetir las culpas. Como si dijera abiertamente: Cuando hayas llorado por tus malas acciones, no vuelvas a hacer lo que en tus plegarias lamentas de nuevo.

29. Antes de la oración, deben alejarse los pensamientos impuros y terrenales.---Para que, por tanto, el rostro se eleve sin mancha hacia la oración, siempre antes de los momentos de oración se debe examinar cuidadosamente cualquier cosa que pueda ser reprobada en la oración; y la mente debe apresurarse a mostrarse tal como desea aparecer ante el juicio en el mismo momento de la oración, incluso cuando cesa de orar. Pues a menudo revolvemos en el ánimo ciertas cosas impuras o ilícitas, siempre que estamos alejados de las plegarias. Pero cuando la mente se ha elevado al estudio de la oración, sufre las imágenes de aquellas cosas que antes la oprimían con gusto en su ocio; y como si ya no pudiera levantar el rostro del alma hacia Dios, porque ciertamente se avergüenza de las manchas de pensamientos impuros en su mente contaminada. A menudo nos ocupamos con gusto en las preocupaciones del mundo. Y cuando después de esto nos dedicamos al estudio de la oración, la mente de ninguna manera se eleva hacia lo celestial, porque el peso de la preocupación terrenal la ha sumergido en lo profundo; y en la oración no se muestra un rostro puro, porque está manchado con el lodo de pensamientos bajos.

[Vet. XVIII.] 30. Relajación de las faltas ajenas en nosotros. ¿Quién está libre del temor?---A veces, en verdad, examinamos nuestro corazón de todos los males y nos oponemos a los impulsos ilícitos, incluso cuando estamos libres de oración; pero, sin embargo, porque cometemos faltas con menos frecuencia, más lentamente perdonamos las faltas ajenas; y cuanto más nuestro espíritu teme pecar, más aborrece lo que otro peca contra él. De ahí que alguien se encuentre más lento para el perdón, cuanto más ha avanzado en ser cauteloso ante la culpa; y cuanto más teme él mismo excederse contra otro, más busca castigar con dureza lo que se excede contra él. Pero, ¿qué puede encontrarse peor que esta mancha de dolor, que no solo mancha la caridad ante el juez, sino que la mata? Ciertamente, cualquier culpa contamina la vida del alma, pero el dolor guardado contra el prójimo la mata. Se clava en la mente como una espada, y con su filo perfora los secretos de las entrañas. Y si no se extrae antes del corazón traspasado, nada se obtiene en las oraciones de ayuda divina, porque no se pueden aplicar medicinas de salvación a los miembros heridos, a menos que primero se retire el hierro de la herida. Por eso es que la Verdad misma dice: Si no perdonáis a los hombres sus pecados, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestros pecados (Mat. VI, 15). Por eso advierte, diciendo: Cuando estéis de pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguien (Mar. XI, 25). Por eso nuevamente dice: Dad, y se os dará; perdonad, y se os perdonará (Luc. VI, 38). Por eso puso la condición de la petición en la piedad, diciendo: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12); para que ciertamente el bien que pedimos a Dios con arrepentimiento, primero lo hagamos con el prójimo. Entonces, verdaderamente levantamos el rostro sin mancha, cuando ni cometemos los males prohibidos, ni retenemos por nuestro propio celo los que se han cometido contra nosotros. Nuestra mente, en efecto, se deprime con grave confusión en el tiempo de su oración, si aún la contamina su propia acción o la acusa el dolor guardado por la

malicia ajena. Cuando alguien limpia estos dos, se levanta libremente hacia lo que sigue. Y estarás firme, y no temerás; porque, sin duda, cuanto menos teme al juez, más firmemente se mantiene en las buenas acciones. Supera el temor quien mantiene la estabilidad, porque mientras estudia con diligencia cumplir lo que el Creador mansamente ordena, también piensa con seguridad en lo que terriblemente amenaza.

31. En la vida activa es más fácil perseverar que en la contemplativa. Quién debe considerarse perseverante en la contemplación.---Además, es necesario saber que hay ciertos bienes en los que perseveramos incansablemente, y nuevamente hay otros de los que continuamente nos desviamos, y hacia estos nos reformamos con grandes esfuerzos en intervalos de tiempo. En efecto, en la vida activa la mente se fija sin desfallecer, pero en la contemplativa, vencida por el peso de su debilidad, se cansa. Aquella perdura con más firmeza cuanto más se extiende hacia lo cercano en beneficio del prójimo; esta, en cambio, se desliza más rápidamente cuanto más intenta ir más allá de sí misma, superando las barreras de la carne. Aquella se dirige por terrenos llanos, y por eso fija con más robustez el pie de la obra; esta, sin embargo, cuanto más alto aspira sobre sí misma, más rápidamente descende agotada. Esto lo insinúa bien y brevemente Ezequiel, cuando narra el movimiento de los animales que había visto, diciendo: No se volvían cuando avanzaban. Y poco después añade: Y los animales iban y volvían (Ezequiel 1, 9, 14). En efecto, los santos animales a veces van y no regresan; a veces van y regresan de inmediato, porque las mentes de los elegidos, cuando por la gracia de la vida activa que se les ha concedido abandonan los caminos del error, no saben regresar a los males del mundo que dejaron; pero cuando se suspenden de esta misma vida activa por la agudeza de la contemplación, van y regresan, porque al no poder perseverar mucho tiempo en la contemplación, se vuelven nuevamente a la acción; para que, ejercitándose en lo que les es cercano, se fortalezcan y puedan levantarse nuevamente sobre sí mismos mediante la contemplación. Pero cuando esta misma contemplación se repite debidamente a intervalos de tiempo, sin duda se persevera en su solidez, porque aunque la mente, vencida por el peso de su debilidad, desfallezca, sin embargo, la comprende nuevamente reparada por esfuerzos continuos. Y no se puede decir que ha perdido su estabilidad en ella, ya que aunque siempre desfallezca, siempre la busca incluso cuando la ha perdido. Sigue:

CAPÍTULO XVI [Rec. XII].

VERS. 16.---354 También olvidarás tus miserias, y no te acordarás de ellas, como de las aguas que han pasado.

32. Los males de esta vida no son graves para quien piensa en los bienes eternos. Los males de la vida presente son tanto más duros para el alma cuanto más se descuida de pensar en el bien que sigue; y al no querer considerar las recompensas que quedan, estima que son graves las cosas que tolera. Por eso, ante el golpe del flagelo, la mente ciega se queja, y se cree que la calamidad es infinita, cuando cada día se termina con el curso de los días que pasan. Pero si uno se eleva hacia lo eterno y fija el ojo del corazón en lo que permanece inmutable, ve que aquí casi nada es lo que corre hacia el fin. Tolerar las adversidades de la vida presente, pero considerar que todo lo que pasa es casi nada. Pues cuanto más se inserta en los gozos internos, menos siente los dolores exteriores. Por eso, Sofar, sin temer enseñar temerariamente a alguien mejor, exhorta a la justicia y muestra cuán insignificante parece el castigo a los ojos del justo. Como si dijera abiertamente: Si pruebas el gozo que permanece dentro, se hace leve de inmediato todo lo que duele afuera. Bien compara las miserias de la vida presente con aguas que pasan, porque la calamidad transitoria no abruma la mente del elegido con la

fuerza del golpe, pero sí infunde tristeza con su toque. Pues se humedece con la sangre de la herida, aunque no se quiebra en la certeza de su salvación. [Vet. XX.] A menudo, no solo los flagelos desgastan, sino que también las tentaciones de los espíritus malignos asaltan el alma de cada justo, de modo que duele exteriormente por el golpe y se enfría un poco interiormente por la tentación. Pero la gracia no abandona, que cuanto más nos golpea duramente por disposición, más nos guarda por piedad. Pues cuando comienza a oscurecerse por la tentación, la luz interna se enciende de nuevo. Por eso se añade:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 17.---Y como el resplandor del mediodía se levantará para ti al atardecer.

33. La virtud se renueva en la tentación.---En efecto, el resplandor del mediodía en la tarde es la renovación de la virtud en la tentación, para que con el repentino fervor de la caridad el alma se fortalezca, la cual temía que la luz de la gracia ya estuviera a punto de extinguirse. Esto lo explica aún más sutilmente Sophar, cuando añade:

CAPÍTULO XVIII.

IBID.---Y cuando te creas consumido, surgirás como el lucero del alba.

34. La tristeza causada por la tentación implora la misericordia de Dios por nosotros. El justo, como el lucero del alba.---A menudo, tantas tentaciones nos asedian que su misma cantidad casi nos inclina al abismo de la desesperación. Por eso, frecuentemente, cuando la mente se convierte en tedio, apenas considera los daños de su propia virtud; y, completamente dolida, pero como si ya estuviera ajena al sentido del dolor, se quiebra y no puede enumerar cuán tumultuosa es la devastación de sus pensamientos. Se ve a sí misma cayendo momento a momento, y el mismo dolor le impide más gravemente tomar las armas de la resistencia. La oscuridad rodea sus ojos por todas partes, y cuando las tinieblas siempre impiden la visión, la mente triste no ve otra cosa que oscuridad. Pero ante el juez misericordioso, a menudo esta misma tristeza, que también agrava el esfuerzo de la oración, intercede sutilmente por nosotros. Pues entonces el Creador contempla la oscuridad de nuestro dolor y devuelve los rayos de la luz retirada, de modo que la mente, erguida de inmediato por los dones, florece, la cual poco antes era oprimida por los vicios de la soberbia que luchaban contra ella. Pronto disipa el peso de la apatía y, tras las tinieblas de su turbación, irrumpe hacia la luz de la contemplación. Pronto se eleva en el gozo del progreso, que entre las tentaciones se veía obligada a caer peor por la desesperación. Sin la lucha del pensamiento, desprecia lo presente; sin el obstáculo de la duda, confía en la retribución futura. Así, el justo, cuando se cree consumido, surge como el lucero del alba, porque tan pronto como comienza a oscurecerse por la niebla de las tentaciones, es reformado a la luz de la gracia, y en sí mismo muestra el día de la justicia, quien poco antes temía caer en la noche de la culpa. Con razón, la vida del justo se compara con el lucero del alba. [Vet. XXI.] Pues el lucero del alba, que precede al sol, anuncia el día. ¿Y qué nos proclama la inocencia de los santos sino la claridad del juicio venidero? En su admiración, contemplamos qué debemos estimar de la majestad de la verdadera luz. Aún no vemos el poder de nuestro Redentor, pero admiramos su virtud en las costumbres de sus elegidos. Por lo tanto, como la vida de los buenos, en su consideración, presenta a nuestros ojos la fuerza de la verdad, el lucero del alba llega a nosotros antes que el sol.

35. El justo sufre aquí duramente, pero le irá bien al final. Ya desde ahora, aunque caiga exteriormente, se renueva interiormente. Es necesario saber que lo que hemos discutido sobre las adversidades de las tentaciones espirituales, también puede entenderse respecto a los males exteriores. Los hombres santos, porque aman profundamente lo supremo, sufren duramente en lo más bajo; pero al final encuentran la luz de la alegría, que desprecian tener en este breve espacio de la vida que corre. Por eso ahora se dice a través de Sofar: Y como el resplandor del mediodía se levantará para ti al atardecer. La luz del pecador es oscuridad al atardecer, porque en la vida presente se eleva con felicidad, pero al final es devorado por las tinieblas de la adversidad. Sin embargo, para el justo, el resplandor del mediodía surge al atardecer, porque reconoce cuánta claridad le espera cuando ya comienza a caer. Por eso está escrito: Al que teme a Dios le irá bien al final (Ecli. I, 13). Por eso se dice a través del Salmista: Cuando da sueño a sus amados, esta es la herencia del Señor (Sal. CXXVI, 2). Aquel que aún está en la lucha de esta vida, cuando se cree consumido, surge como el lucero del alba, porque aunque caiga exteriormente, se renueva interiormente; y cuanto más soporta adversidades exteriores, más abundantemente resplandece interiormente con la luz de las virtudes, como atestigua Pablo, quien dice: Aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior se renueva de día en día. Porque lo que es momentáneo y leve en nuestra tribulación presente produce en nosotros un peso eterno de gloria en una medida extraordinaria (II Cor. IV, 16). Y es de notar que no dice cuando hayas sido consumido, sino cuando te creas consumido, porque lo que vemos está en duda, y lo que esperamos está en certeza. Por eso el mismo Pablo no sabía que estaba consumido, sino que lo creía, quien, cayendo en la adversidad de las tribulaciones, resplandecía como el lucero del alba, diciendo: Como moribundos, y he aquí vivimos; como tristes, pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos (II Cor. VI, 9). [Vet. XXII.] También es necesario saber que cuanto más la mente de los buenos soporta por la verdad, más ciertamente espera las recompensas de la eternidad. Por eso se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 18.---Y tendrás confianza, con la esperanza que se te ha propuesto.

36. Tanto más seguro es en su esperanza en Dios, cuanto más duras cosas sufre por Él. Pues la esperanza en Dios se fortalece más, cuanto más graves cosas se padecen por Él, porque el gozo de la retribución eterna no se recoge si no se siembra aquí primero con piadosa tribulación. Por eso se dice en el Salmo: Iban y lloraban, llevando la semilla; pero al regresar, vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas (Salmo 125, 6). De ahí que Pablo diga: Si morimos con Él, también viviremos con Él; si sufrimos, también reinaremos con Él (II Timoteo 2, 11). Por eso advierte a los discípulos, diciendo: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios (Hechos 14, 21). Por eso el ángel, mostrando a Juan la gloria de los santos, dice: Estos son los que vienen de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras y las han emblanquecido en la sangre del Cordero (Apocalipsis 7, 14). Así, puesto que ahora se siembra con tribulación para cosechar después el fruto del gozo, tanto mayor confianza fortalece la mente, cuanto más fuerte es la aflicción que la constriñe por la verdad. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XX.

IBID.---Y enterrado, dormirás seguro.

37. La seguridad presente para los malos engendra trabajo, mientras que el trabajo presente para los buenos engendra seguridad. Así como la seguridad presente para los malos engendra trabajo, de igual manera el trabajo presente para los buenos engendra seguridad perpetua. Por eso, aquel que ya sabía que podía dormir seguro en su sepulcro decía: "Porque yo ya estoy para ser ofrecido en sacrificio, y el tiempo de mi partida está cercano; he peleado el buen combate, he terminado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día" (II Tim. IV, 6). Porque, habiendo luchado sin desfallecer contra los males pasajeros, sin duda alguna esperaba con alegría los gozos eternos.

38. Liberación de las preocupaciones terrenales: descanso y obra.---Aunque enterrado puede entenderse de otra manera. A menudo, ocupados en asuntos transitorios, descuidamos reflexionar sobre la magnitud de nuestros pecados; pero si, con el ojo de la consideración vuelto, se remueve el montículo de pensamientos terrenales del seno del corazón, se descubre todo lo que yacía oculto en la mente. Por eso, los hombres santos no cesan de escudriñar los rincones de sus almas, investigándose con sutileza, rechazan las preocupaciones de las cosas terrenales y, al desenterrar completamente sus pensamientos, cuando descubren que no son mordidos por la culpa de ningún crimen, descansan seguros en el lecho de su corazón. También desean apartarse de los actos de este mundo, siempre consideran lo suyo, y cuando no están atados por el yugo del gobierno, se niegan a juzgar lo que es ajeno. Por lo tanto, desenterrados, duermen seguros, porque mientras penetran vigilantes en su interior, se ocultan de las cargas laboriosas de este mundo bajo el ocio de la quietud. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 19.---Descansarás, y no habrá quien te atemorice.

39. El que anhela lo eterno no teme nada del mundo. Quien busca la gloria presente, ciertamente teme el desprecio. Quien siempre ansía ganancias, siempre teme las pérdidas. Pues aquel que se nutre de algo, sin duda se hiera con su pérdida; y cuanto más se aferra a lo mutable y perecedero, más lejos yace en lo más bajo, alejado de la cima de la seguridad. Pero, por el contrario, quien se fija solo en el deseo de la eternidad, no se exalta con la prosperidad ni se tambalea con la adversidad; al no tener nada en el mundo que desee, no hay nada del mundo que tema. Por eso Salomón dice: No entristecerá al justo cualquier cosa que le suceda (Prov. XII, 21). Y nuevamente dice: El justo, como un león confiado, estará sin temor (Prov. XXVIII, 1). Por lo tanto, bien se dice ahora: Descansarás, y no habrá quien te atemorice (Job XI, 19), porque cuanto más uno rechaza el miedo que proviene del mundo, más verdaderamente vence en sí mismo la concupiscencia del mundo. ¿Acaso no descansaba sin temor Pablo en su corazón, quien decía: Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom. VIII, 38)? La fortaleza de este amor es alabada con la verdadera voz de la santa Iglesia, cuando en el Cantar de los Cantares se dice (Cant. VIII, 6): Fuerte es el amor como la muerte (De poenit., dist. 2, cap. 4). En efecto, el amor se compara con la fuerza de la muerte, porque ciertamente mata de raíz en la mente que ha capturado una vez, el deleite del mundo; y tanto más la eleva a la autoridad, cuanto más la hace insensible a los terrores. [Vet. XXIII.] Pero entre estas cosas, es necesario saber que cuando los malvados predicán lo recto, es muy difícil que no estallen en lo que secretamente ambicionan. Por eso Sofar añade de inmediato:

CAPÍTULO XXII.

IBID.---Y muchos suplicarán ante tu rostro.

40. Los rectos no buscan ser vistos como intercesores por otros.---Ni los hombres justos se mantienen en los caminos estrechos de la inocencia para ser solicitados por otros. Pero ya sean herejes o cualquier tipo de perversos, por el hecho de vivir entre los hombres como si fueran inocentes, desean ser vistos como intercesores por los hombres; y cuando hablan de cosas santas, lo que ellos mismos desean, lo prometen a otros como algo grandioso; y mientras predicán cosas celestiales, en sus propias promesas muestran lo que aman. Pero para que no se descubra lo que son al prometer cosas terrenales por mucho tiempo, rápidamente regresan a las palabras de rectitud. Por lo tanto, inmediatamente se añade.

CAPÍTULO XXIII [Rec. XIII].

VERS. 20.---Pero los ojos de los impíos se debilitarán, y el escape desaparecerá de ellos.

41. Los impíos tienen aquí algún escape de la miseria; después de la muerte, ninguno.---Lo que se expresa con el nombre de los ojos es la fuerza de la intención, como atestigua la Verdad en el Evangelio, diciendo: Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso (Mateo VI, 22); porque, evidentemente, si nuestra intención pura precede a nuestra acción, aunque de otro modo sea vista por los hombres, a los ojos del juez interno se muestra el cuerpo de la acción subsiguiente como puro. Los ojos de los impíos son, por tanto, las intenciones en ellos de los deseos carnales. Estos fallan porque descuidan lo eterno y siempre esperan solo lo transitorio. Piensan en alcanzar la gloria terrenal, desean multiplicarse en bienes temporales, tienden diariamente hacia la muerte con el curso de las cosas que pasan; pero no saben pensar en lo mortal de manera mortal. La vida de la carne se desvanece en momentos, y sin embargo, el deseo carnal crece. La posesión es arrebatada por el fin inminente, y la ansiedad de poseer no termina. Pero cuando la muerte arrebatada a los impíos, sus deseos ciertamente terminan con la vida. Sus ojos, entonces, fallan por la venganza suprema, porque aquí no quisieron fallar por su propio juicio al placer terrenal. El salmista había visto cerrarse esos ojos de su antigua alegría, cuando decía: En ese día perecerán todos sus pensamientos (Salmo CXLV, 4); porque encuentran los males eternos nunca pensados, y de repente pierden los bienes temporales que durante mucho tiempo habían mantenido. Y de ellos también parece todo escape, porque su maldad no encuentra dónde ocultarse de la observación del juez estricto. Pues ahora los inicuos, cuando sufren alguna tristeza o adversidad, encuentran escondites de escape, porque recurren inmediatamente al placer de los deseos carnales. Para que la pobreza no los atormentara, endulzan su ánimo con riquezas. Para que el desprecio de los prójimos no los deprimiera, se exaltan con dignidades. Si el cuerpo es abatido por el hastío, se nutre con la diversidad de manjares presentados. Si el ánimo es abatido por el impulso de la tristeza, pronto se alivia con los halagos interpuestos de los juegos. Aquí, por tanto, tienen tantos escapes como deleites se preparan. Pero alguna vez el escape se les pierde, porque su mente, habiéndolo perdido todo, solo se ve a sí misma y al juez. Entonces el placer se retira, pero la culpa del placer se conserva, y de repente los miserables al perecer aprenden que poseyeron lo que había de perecer. Sin embargo, mientras vivan corporalmente, no dejan de buscar lo que les hará daño. Por lo tanto, aún se añade:

CAPÍTULO XXIV.

IBID.---Y la esperanza de ellos es abominación del alma.

42. Lo que es placer para el injusto, es castigo para el justo. De donde se nutre la carne, de allí se debilita el espíritu. ¿Qué espera aquí el pecador con todas sus intenciones, sino superar a los demás en poder, sobrepasar a todos en la multiplicidad de bienes, someter a los adversarios dominándolos, hacerse conocer como admirable por los que le obedecen, satisfacer su ira según su deseo, mostrarse benévolo cuando es alabado; ofrecer todo lo que el apetito desea; y cumplir con lo que el placer ordena mediante la ejecución de sus obras? Por tanto, bien se dice que la esperanza de ellos es abominación del alma, porque incluso aquello que los carnales ambicionan, los espirituales lo rechazan con juicio de rectitud. Pues lo que los pecadores consideran placer, los justos sin duda lo consideran castigo. [Vet. XXIV.] Por lo tanto, la esperanza de los perversos es abominación del alma, porque ciertamente el espíritu se debilita donde la carne descansa. Así como la carne se nutre de lo suave, el alma se nutre de lo duro: aquella se reanima con lo placentero, esta se ejercita con lo áspero; aquella se alimenta de deleites, esta se vigoriza con amarguras. Y así como lo duro hiere a la carne, lo suave mata al espíritu; así como lo laborioso destruye a aquella, lo deleitable extingue a este. Por tanto, la esperanza de los carnales se llama abominación del alma, porque de donde la carne vive dulcemente por un tiempo, de allí el espíritu perece para siempre.

43. La indiscreción del hablante a menudo corrompe las palabras bien dichas. --- Pero Sofar hablaría correctamente, si el bienaventurado Job no hubiera proclamado todo con mayor amplitud incluso viviendo. Sin embargo, después de intentar aconsejar sobre una vida más santa y de tratar de instruir a alguien más sabio que él en el magisterio de la sabiduría, él mismo aligera el peso de sus palabras, ya que, al interponer indiscreción, destruye todo lo que dice, porque derrama el licor de la ciencia de un vaso lleno. Así, las riquezas de la ciencia son poseídas por los indiscretos, como las riquezas de la sustancia corporal a menudo son poseídas por los necios. Pues algunos, que están apoyados por la multiplicidad de las cosas terrenales, a veces dan mucho incluso a quienes ya tienen, para que ellos mismos parezcan tener estas cosas en mayor abundancia para todos. Así, los perversos, cuando tienen sabiduría verdadera, hablan de ciertas cosas correctas incluso a los más rectos; no para enseñar a otros que escuchan, sino para que ellos mismos sean conocidos por cuánta doctrina poseen. Pues creen que superan a todos en sabiduría, y por eso piensan que no dicen nada a nadie más allá de las medidas de su propia grandeza. Así, cualquier perverso, así todos los herejes, no temen enseñar con voz altiva a los mejores, porque consideran a todos inferiores a ellos. [Vet. XXIV.] Pero la santa Iglesia llama a todos los altivos desde la cima de su propia estimación, y con la mano de la discreción los reforma a la estructura de la igualdad. Por lo tanto, el bienaventurado Job, que es miembro de esa misma santa Iglesia, al ver que la mente de sus amigos se hinchó por las palabras de la erudición pronunciada, respondió de inmediato, diciendo:

CAPÍTULO XXV [Ant. XXV].

CAP. XII, VERS. 2.---359 ¿Acaso sois vosotros los únicos hombres, y con vosotros morirá la sabiduría?

44. La fatuidad del sabio soberbio.---Quienquiera que se considera superior a todos en razón, ¿qué otra cosa hace sino exaltar que él solo es humano? Y a menudo sucede que cuando la mente se eleva por la hinchazón, se levanta en desprecio de todos y en admiración de sí mismo. En el pensamiento, de hecho, surgen los propios favores, y la misma fatuidad se halaga a sí misma por la singularidad de su sabiduría. Considera lo que ha escuchado y las palabras que pronuncia; y se maravilla de las suyas, se ríe de las ajenas. Quien, por tanto,

estima que solo él es sabio, ¿qué otra cosa hace sino pensar que esta misma sabiduría muere con él? Pues al negarla a los demás, atribuyéndosela solo a sí mismo, ciertamente la encierra dentro de los límites de su brevedad temporal. Sin embargo, debe considerarse con cuánta discreción el hombre santo actúa para reprimir la arrogancia de los amigos soberbios, cuando inmediatamente añade:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 3.---Y yo tengo corazón, al igual que vosotros, y no soy inferior a vosotros.

45. La arrogancia de este debe ser moderadamente reprimida. — ¿Quién no sabe cuánto la vida y la sabiduría del bienaventurado Job exceden la sabiduría de sus amigos? Pero para corregir su soberbia, niega ser inferior a ellos; y para no sobrepasar el límite de su humildad, calla sobre ser superior: no se prefiere a sí mismo, sino que al compararse, indica que aquellos que son muy inferiores a él aprendan, para que, mientras la sabiduría que sobresale se inclina voluntariamente, la ciencia que yace no se levante contra las fuerzas. Bien los devuelve pronto al sentido de igualdad, porque piensa que se hinchan mucho como por la singularidad de la grandeza, cuando subsecuentemente añade:

CAPÍTULO XXVII.

IBID.---¿Quién, pues, ignora estas cosas que conocéis?

46. Mostrando aquello que se gloria de saber, para que nadie lo ignore.---Como si dijera abiertamente: Si lo que decís es conocido por todos, ¿por qué os enorgulleceís singularmente del conocimiento de lo dicho? Por lo tanto, al revocar la arrogancia de los soberbios hacia la comunión de la igualdad, los reprende con corrección perfecta, y ahora se dirige a las sentencias de la doctrina, para que sus amigos, humillados, aprendan primero el peso de la verdad antes de escucharla con reverencia. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII [Ant. XXVI, Rec. XV].

VERS. 4.---El que es burlado por su amigo como yo, invocará a Dios, y Él le escuchará.

74. Qué daño puede hacer al que actúa rectamente la alabanza, qué beneficio la burla de los hombres. La burla es beneficiosa cuando no hay mérito de culpa. A menudo, la mente débil, cuando recibe el soplo del favor humano por sus buenas acciones, se desvía hacia las alegrías exteriores, de modo que pospone lo que desea interiormente y se recuesta gustosamente en lo que escucha externamente; de tal manera que se alegra no tanto de ser bienaventurada como de ser llamada así. Y cuando se deleita en las voces de su propia alabanza, abandona lo que había comenzado a ser. Por lo tanto, se separa de Dios precisamente en aquello en lo que parecía ser digna de alabanza en Dios. Sin embargo, a veces el alma se apoya firmemente en la obra recta y, sin embargo, es acosada por las burlas humanas: realiza cosas admirables y recibe oprobios; y quien pudo salir al exterior por las alabanzas, rechazado por las injurias, regresa a sí mismo; y se fortalece más robustamente en Dios interiormente, ya que no encuentra fuera dónde descansar. En efecto, toda esperanza se fija en el Creador, y entre las burlas se invoca solo al testigo interior; y el alma afligida se hace tanto más cercana a Dios cuanto más ajena está a la gracia del favor humano: se derrama inmediatamente en oración, y presionada exteriormente, se purifica más limpiamente para penetrar lo que está dentro. Por lo tanto, ahora se dice bien: El que es burlado por su amigo como yo, invocará a Dios, y Él lo

escuchará, porque cuando los malvados reprochan a la mente de los buenos, muestran a quién buscan como testigo de sus acciones. Y mientras se prepara compungida en las oraciones, se une a la escucha celestial dentro de sí misma, de donde se separa de la alabanza humana fuera de sí. [Vet. XXVII.] Sin embargo, es de notar cuán providencialmente se interpone Como yo, porque hay algunos a quienes las burlas humanas deprimen y, sin embargo, no son escuchados por los oídos divinos. Pues cuando la burla nace contra la culpa, ciertamente no se genera ningún mérito de virtud en la burla. En efecto, los sacerdotes de Baal, invocándolo con voces clamorosas, fueron burlados por Elías, cuando decía: Clamad con voz más fuerte, porque es un dios, y tal vez está hablando, o está en una posada (III Reg. XVIII, 27). Pero esta burla no les fue útil para el uso de la virtud, porque vino por el mérito de la culpa. Por lo tanto, ahora se dice providencialmente: El que es burlado por su amigo, como yo, invocará a Dios, y Él lo escuchará, porque la burla humana hace a aquel cercano a Dios, a quien la inocencia de vida lo mantiene alejado de las depravaciones humanas. Sigue:

CAPÍTULO XXIX [Rec. XVI].

IBID.---Pues la simplicidad del justo es objeto de burla.

48. ¿Qué es la sabiduría de este mundo? ¿Qué es la sabiduría de los justos? ¿Por qué el mundo se burla de ella? La sabiduría de este mundo consiste en ocultar el corazón con maquinaciones, en velar el sentido con palabras, en mostrar como verdaderas las cosas falsas, en demostrar como falacias las cosas verdaderas. Esta prudencia, sin duda, se aprende por experiencia desde jóvenes, se enseña a los niños a cambio de un precio, y quienes la conocen se enorgullecen despreciando a los demás; quienes no la conocen, sujetos y temerosos, la admiran en otros, porque esta misma duplicidad de iniquidad, disfrazada con un nombre, es apreciada, mientras que la perversidad de la mente se llama urbanidad. Esta sabiduría ordena a sus seguidores buscar las cumbres de los honores, alegrarse con la vanidad de la gloria temporal, devolver multiplicadamente los males infligidos por otros, no ceder ante nadie cuando tienen fuerzas, y cuando carecen de la posibilidad de la virtud, simular con bondad pacífica lo que no pueden lograr por malicia. En cambio, la sabiduría de los justos es no fingir nada por ostentación, revelar el sentido con palabras, amar la verdad tal como es, evitar lo falso, ofrecer el bien gratuitamente, tolerar el mal con más gusto que hacerlo; no buscar venganza por la injuria, considerar la afrenta como ganancia por la verdad. Pero esta simplicidad de los justos es ridiculizada, porque para los sabios de este mundo, la virtud de la pureza es considerada necedad. Todo lo que se hace inocentemente, sin duda, es considerado estúpido por ellos; y todo lo que la verdad aprueba en la obra, suena como necedad para la sabiduría carnal. Pues, ¿qué parece más necio al mundo que mostrar la mente con palabras, no simular nada con maquinaciones astutas, no devolver injurias con afrentas, orar por los maldicientes, buscar la pobreza, dejar lo poseído, no resistir al que arrebató, ofrecer la otra mejilla al que golpea? Por eso, bien dice aquel insigne sabio de Dios a los amantes de este mundo: "Inmolaremos al Señor nuestro Dios las abominaciones de los egipcios" (Éxodo 8, 26). Los egipcios desdeñan comer ovejas; pero lo que los egipcios abominan, eso los israelitas lo ofrecen a Dios, porque la simplicidad de conciencia, que los injustos desprecian como baja y despreciable, los justos la convierten en sacrificio de virtud; y cultivando la pureza y mansedumbre recta, la inmolan a Dios, lo que los reprobos abominan y consideran necedad. Esta simplicidad de los justos se expresa brevemente, pero suficientemente, cuando inmediatamente se añade.

CAPÍTULO XXX [Ant. XXVIII, Rec. XVII].

VERS. 5.---La lámpara es despreciada en las reflexiones de los ricos.

49. La posesión de riquezas no es un crimen, sino el deseo. — ¿Qué se señala en este lugar con el nombre de ricos, sino la altivez de los soberbios, que no tienen en cuenta la venida del juez, mientras se hinchán con pensamientos orgullosos? Pues hay algunos a quienes la riqueza no eleva por la soberbia, sino que los exalta por las obras de misericordia. Y hay otros que, al ver que abundan en bienes terrenales, no buscan las verdaderas riquezas de Dios, y no aman la patria eterna, porque piensan que les basta con ser sostenidos por cosas temporales. No es, por tanto, la riqueza un crimen, sino el afecto. Porque todas las cosas que Dios creó son buenas; pero quien hace mal uso de los bienes actúa de tal manera que, como por la glotonería, muere por el pan por el cual debería vivir. El pobre Lázaro llegó al descanso, pero el rico soberbio era atormentado (Luc. XVI, 26). Sin embargo, Abraham era rico, quien tenía a Lázaro en su seno; quien, hablando con su Creador, dice: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén. XVIII, 27). ¿Qué sabía este de valorar sus riquezas, quien se consideraba a sí mismo polvo y ceniza? ¿O cuándo lo elevarían las posesiones, si sobre sí mismo, el poseedor de ellas, tenía un concepto tan humilde?

50. Se consideran ricos aquellos que carecen y se llenan de orgullo. Para ellos, los que desprecian el mundo son objeto de desprecio.---Y nuevamente, hay algunos a quienes no les faltan las cosas terrenales, y sin embargo, se elevan en su interior por el orgullo de la soberbia. A estos, la riqueza no les sirve para mostrar poder, y sin embargo, la obstinación de sus costumbres los clasifica entre los ricos reprobados. Por tanto, a quienes el amor por la vida futura no humilla, en este lugar el sagrado discurso los llama ricos, porque en el juicio de la venganza no hay diferencia entre si se enorgullecen por las cosas o solo por las costumbres. Cuando ven la vida de los sencillos en este mundo como humilde y despreciable, inmediatamente los ridiculizan con desdén altivo. Pues no consideran que poseen exteriormente aquello por lo que ellos mismos suspiran con todos sus esfuerzos. Así, desprecian como tontos a quienes no tienen lo que ellos, ya sea poseyéndolo o solo amándolo, mueren; y los consideran como muertos, a quienes no piensan que vivan carnalmente con ellos. Porque quien muere al apetito de este mundo, ciertamente es considerado extinto de todas las maneras por las mentes terrenales. Esto lo señala bien el milagro de nuestro Redentor, cuando libera a un hombre del espíritu inmundo, de quien está escrito: Clamando y desgarrándolo mucho, salió de él; y quedó como muerto, de modo que muchos decían que estaba muerto. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó, y se levantó (Marcos IX, 25). Pues se muestra como muerto quien es liberado del poder del espíritu maligno, porque quien ya somete los deseos terrenales, extingue en sí la vida de la conversación carnal; y aparece muerto al mundo, porque carece del poseedor perverso, que se agitaba por deseos impuros. Muchos lo llaman muerto, porque quienes no saben vivir espiritualmente consideran completamente extinto a quien no sigue los bienes carnales.

[Vet. XXIX.] 51. Los justos, sin luz en los ojos carnales, arden y brillan ante Dios. Pero, como también ellos son considerados burladores bajo el nombre de la cristiandad, presionados por la reverencia de la religión, se avergüenzan de exhibir el mal de la burla pública. De ahí que, hinchados y callados, se burlen en privado de aquellos que consideran muy despreciables e insignificantes por su simplicidad. Por tanto, se dice bien: Lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos, porque los soberbios, al no saber valorar los bienes futuros, como dijimos antes, casi no estiman a quien no ven poseer lo que aman. A menudo sucede que cualquier elegido, que es conducido a la felicidad eterna, aquí es abatido por la adversidad continua, no lo sostiene la abundancia de bienes, no lo muestra honorable la gloria de las dignidades, no le acompaña la multitud de seguidores, no lo adorna ante los ojos

humanos la pompa de las vestiduras; es visto como despreciable por todos, y considerado indigno de la gracia de este mundo. Sin embargo, ante los ojos del juez oculto, resplandece con virtudes, brilla con los méritos de su vida, teme ser honrado, no rehúye ser despreciado; afecta su cuerpo con continencia, se enriquece solo con el amor en su alma, siempre prepara su mente para la paciencia, y erguido por la justicia, se regocija por las injurias recibidas, compadece de corazón a los afligidos, se alegra de las prosperidades de los buenos como si fueran propias, rumia con diligencia en su mente los alimentos de la palabra sagrada, y cuando se le pregunta, ignora cómo expresar cualquier cosa de dos maneras. Por tanto, se dice bien que la simplicidad de los justos es lámpara y despreciada. Lámpara, porque brilla interiormente; despreciada, porque no brilla exteriormente. En su interior arde la llama de la caridad, fuera no resplandece ninguna gloria de decoro. Por tanto, brilla y es despreciado quien, ardiendo en virtudes, es considerado insignificante. Las mentes carnales no pueden valorar los bienes, a menos que los vean carnalmente. De ahí que el mismo padre de David el santo lo despreciara, a quien se negaba a presentar ante los ojos del profeta Samuel. Cuando llevó a sus siete hijos para la gracia de la unción, y el profeta le preguntó si había completado el número de su descendencia, respondió con gran desesperación: Hay un niño pequeño que apacienta las ovejas (I Sam. XVI, 10, 11). Cuando fue llevado y elegido, inmediatamente escuchó: El hombre ve el rostro, pero Dios escudriña el corazón (Ibid., 7). Por tanto, la lámpara de David era por su inocencia; pero muy despreciada, porque no brillaba para los que veían lo exterior. Es necesario saber que cualquier justo o no tiene gloria temporal, o la somete bajo sí mismo si la tiene, para que su honor resplandezca libremente, no sea que sucumba a la delectación. De ahí que aquel predicador ilustre humillara ante los ojos humanos la gloria de su apostolado, quien decía: No hemos usado este poder, aunque podíamos ser una carga como apóstoles de Cristo, sino que nos hicimos pequeños entre vosotros (I Tes. II, 7). Sin duda, en sus oyentes aún permanecía el orgullo de los ricos en el corazón, cuando decían: Las cartas son graves y fuertes, pero la presencia del cuerpo es débil, y el discurso despreciable (II Cor. X, 10). A quien conocían capaz de decir tales cosas, juzgaban que no podía vivir en común con ellos. Y cuando lo veían humilde en su vida, y elevado en su discurso, su propia altivez los impulsaba a despreciar con palabras de presencia a quien temían por sus escritos. ¿Qué fue entonces Pablo, sino una lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos, quien, de donde exhibió la enseñanza de la humildad, de allí recibió las injurias de soberbia de los discípulos rudos? De manera horrenda, la enfermedad de los soberbios creció donde debía disminuir, mientras la mente elevada de los carnales rechazaba como indigno lo que el maestro mostraba como digno de imitación. ¿No era una lámpara despreciada, quien, resplandeciendo con tantas virtudes, soportaba tantas adversidades de los perseguidores (Efes. VI, 20)? Cumple su misión en cadenas, y sus ataduras se manifiestan en todo el pretorio, es azotado, y es acosado por muchos peligros de su raza, de las naciones (Filip. I, 13), es apedreado en Listra, arrastrado fuera de la ciudad porque se le considera muerto (II Cor. XI, 26). Pero, ¿hasta cuándo se desprecia esta lámpara? ¿Hasta cuándo se le considera despreciable? ¿Acaso no muestra en absoluto su resplandor, y nunca demuestra con cuánta claridad brilla? Claro que lo muestra. Pues cuando se decía lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos, inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXXI.

IBID.---Preparada para el tiempo establecido.

52. Los justos despreciados aquí brillarán en el día del juicio. En efecto, el tiempo establecido para la lámpara despreciada es el día predestinado del juicio final, en el cual se demostrará con cuánta potestad resplandece cada justo que ahora es menospreciado. Entonces, vendrán

como jueces con Dios aquellos que ahora son injustamente juzgados por causa de Dios. En ese momento, su luz brillará más ampliamente cuanto más duramente ahora los oprime la mano de los perseguidores. Entonces, se hará evidente a los ojos de los réprobos que aquellos que han dejado voluntariamente todas las cosas terrenales están sostenidos por el poder celestial. Por eso, la Verdad dice a sus elegidos: Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28). Pues la corte interna de jueces no tendrá más de doce jueces; pero, sin duda, el número doce expresa la totalidad del universo, porque cualquiera que, impulsado por el amor divino, haya dejado aquí lo que poseía, allí sin duda obtendrá la cumbre del poder judicial, para que entonces venga como juez con el Juez, quien ahora se castiga a sí mismo con la pobreza voluntaria en consideración del juicio. Por eso, se dice de él, el esposo de la santa Iglesia, a través de Salomón: Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra (Prov. XXXI, 23). De ahí que Isaías diga: El Señor vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo (Is. III, 14). Por eso, la Verdad ya no los llama siervos, sino amigos, diciendo: Ya no os llamaré siervos, sino amigos míos (Juan XV, 15). El salmista, al contemplarlos, dice: Para mí, en cambio, son muy honorables tus amigos, Dios (Sal. CXXXVIII, 17). Y al observar la altura de su corazón, añade de inmediato cómo pisan con el talón la gloria del mundo: Muy fortalecido es su principado. Y para que no creamos que son pocos los que reconocemos que han progresado hasta la cumbre de tan gran perfección, añade de inmediato: Los contaré, y serán más numerosos que la arena. Así, cuantos ahora se humillan voluntariamente por amor a la verdad, tantas lámparas resplandecerán en el juicio. Por tanto, se dice correctamente: Lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos, preparada para el tiempo establecido, porque el alma de cada justo es despreciada como si fuera rechazada cuando, viviendo en lo bajo, no tiene gloria, pero se la ve admirable cuando resplandece desde lo alto.

53. Cristo, la lámpara aquí despreciada.---En medio de estas reflexiones, es oportuno elevar los ojos de la mente hacia los caminos del Redentor y, poco a poco, pasar de los miembros a la cabeza. Él, en verdad, se nos presentó como la lámpara, quien, muriendo en la cruz por nuestra redención, derramó luz sobre nuestras mentes oscuras a través del madero. Juan vio que nos iluminábamos con esta lámpara cuando decía: Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan 1, 9). Sin embargo, vio que esta luz fue despreciada por los pensamientos de los ricos, cuando poco después añadió: A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron (Ibid., 11). Herodes quiso explorar las llamas de esta lámpara cuando deseó ver sus milagros, como está escrito: Porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba ver alguna señal hecha por él (Lucas 23, 8). Pero esta lámpara no brilló con ningún rayo de luz ante sus ojos, porque a quien lo buscó no piadosamente sino con curiosidad, no le mostró nada admirable de sí mismo. En efecto, el Redentor, al ser interrogado, guardó silencio, y al ser esperado para mostrar milagros, lo despreció, manteniéndose oculto en su interior, dejando afuera a aquellos que descubrió que buscaban lo exterior, ingratos: eligiendo más bien ser abiertamente despreciado por los soberbios, que ser alabado con vacías palabras por los incrédulos. Por lo tanto, esta lámpara fue inmediatamente despreciada, como se añade allí: Herodes, con su ejército, lo menospreció y, burlándose, lo vistió con una vestidura blanca (Ibid. 11).

En el último día resplandecerá. — Pero la lámpara despreciada, que en la tierra soporta burlas, resplandece juicio desde el cielo. Por eso aquí se añade apropiadamente: Preparada para el tiempo señalado. De este tiempo, en efecto, dice el salmista: Cuando tome el tiempo,

yo juzgaré con justicia (Salmo 74, 3). De aquí que en el Evangelio la Verdad misma anuncia, diciendo: Mi tiempo aún no ha llegado (Juan 7, 6). De aquí que Pedro dice: A quien es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración (Hechos 3, 21). Por lo tanto, la lámpara que ahora es despreciada se prepara para venir en el tiempo señalado, porque él mismo juzga los pecados en el último día, quien ahora soporta las burlas de los pecadores. Y entonces tanto más duramente ejercerá la severidad, cuanto ahora extiende su paciencia con suavidad a los pecadores llamados. Porque quien espera mucho tiempo a los que deben convertirse, sin retractación atormenta a los no convertidos. Lo cual insinúa brevemente por el profeta, diciendo: He callado, siempre he guardado silencio, he sido paciente, como parturienta hablaré (Isaías 42, 14). Pues como ya hemos dicho, la parturienta expulsa con dolor lo que ha llevado en su interior por largo tiempo. Por lo tanto, quien siempre ha guardado silencio como parturienta habla, porque el juez venidero, que sin venganza ha soportado por mucho tiempo las acciones de los hombres, alguna vez con el fervor del examen, como con el dolor de la mente, muestra cuán grande sentencia de advertencia ha guardado en su interior. Que nadie, por tanto, desprecie esta lámpara cuando está oculta, no sea que, cuando resplandezca desde el cielo, queme a sus despreciadores. Porque a quien ahora no arde para el perdón, entonces sin duda arderá para el castigo. Por lo tanto, ya que por la gracia suprema recibimos el tiempo de la vocación, mientras aún tenemos la libertad, huyamos de su ira, quien está en todas partes, cambiando nuestras costumbres para mejor. Pues solo esa advertencia no encuentra a quien la corrección esconde.

55. Que esto nos baste, con la generosidad del Señor, haber recorrido ya en dos cuerpos. Porque no podemos exponer brevemente las secuencias de los libros sagrados, extendidas en las virtudes de los misterios, es necesario que las reservemos para otros volúmenes, de modo que el lector regrese con tanto más fervor al estudio de la lectura, cuanto más respira también por la interrupción de la lectura.

Parte Tercera, CONSISTENTE EN SEIS LIBROS.

LIBRO UNDÉCIMO. En el cual se exponen el capítulo duodécimo, desde el versículo sexto, el decimotercero, y los cuatro primeros versículos del decimocuarto, cambiando por un momento el estilo.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Qué se expondrá en toda esta tercera parte y con qué estilo.---Aunque en una obra extensa no debe ser motivo de crítica la variabilidad del estilo, para que nadie me reproche por el cambio en mi manera de expresarme, en la carta que precede a los libros he explicado la razón por la cual llevé la tercera parte de esta obra hasta la similitud de las otras sin corregirla en absoluto. Excluyendo estas, se añade también que la exposición de esta parte comienza desde el verso que dice: Abundan las tiendas de los ladrones, y se extiende hasta lo que está escrito: Su dulzura es un gusano; abarcando en su disertación. Estas cosas son tan numerosas que no podrían ser comprendidas en un solo cuerpo, a menos que se dijeran con gran brevedad. Por lo tanto, quien esté libre de otras ocupaciones, lea lo demás que se ha dicho de múltiples maneras. A quien no le quede tiempo para leer con detenimiento, le agradará la brevedad de esta parte, en la cual no tanto decimos lo que sentimos, sino que señalamos lo que debe ser dicho. Así pues, ya que en ella dejé muchas cosas tal como fueron recogidas mientras hablaba, acepta con ecuanimidad, lector mío, el cambio de estilo, porque incluso a quienes comen los mismos alimentos con frecuencia, les agrada la diversidad en la preparación. Pero cada vez que tomes una parte para leer, esfuérzate por recordar siempre el

origen de la causa que propuse, porque a través del bienaventurado Job, quien se dice que sufre, se designan las pasiones del Señor y de su cuerpo, es decir, la santa Iglesia, y sus amigos representan la figura de los herejes, quienes, como ya hemos dicho muchas veces (Máxime prefacio, c. 6, n. 15), al intentar defender a Dios, lo ofenden. Mientras fingen aconsejar, afligen fuertemente la mente de los santos; sin embargo, no se desvían por completo del conocimiento de la verdad en todo lo que dicen, sino que a menudo mezclan la prudencia con la necedad, y la verdad con la falsedad, de modo que al ofrecer algo de verdad, fácilmente arrastran hacia la falsedad. Por eso, los amigos del bienaventurado Job a veces dicen cosas despreciables, y otras veces cosas admirables; sin embargo, el santo varón a veces las refuta rechazándolas, y otras veces las acepta aprobándolas, y las lleva al uso de la rectitud incluso cuando son correctas, pero no correctamente expresadas. Así, despreciando su propia indigencia, desprecia a los demás, y estando su cuerpo en el estiércol, muestra en qué cumbre de virtudes se sienta en su interior, al recordar que las riquezas de esta vida presente no son nada, las cuales narra que abundan incluso en los réprobos, diciendo:

CAPÍTULO II [Ant. I, Rec. II].

CAP. 12, VERS. 6.---Abundan las tiendas de los ladrones, y provocan audazmente a Dios, cuando Él ha puesto todo en sus manos.

2. Cuán grande es el desprecio de las riquezas que resplandece en Job.---Es fácil para un hombre despreciar las riquezas cuando las posee; sin embargo, es difícil considerarlas de poco valor cuando no las tiene. De ahí se muestra claramente cuán grande fue el desprecio por las cosas terrenales en el pensamiento del bienaventurado Job, quien afirma que no son nada aquellas cosas que abundan en los impíos, cuando él lo ha perdido todo. Dice, por tanto: Abundan las tiendas de los ladrones, y provocan a Dios con audacia, porque a menudo los malvados se vuelven más soberbios contra Dios cuanto más se enriquecen por su generosidad y sin merecerlo; y aquellos que deberían ser incitados a mejores cosas por los bienes, se vuelven peores con los dones.

3. Lo que los malvados hacen injustamente, Dios lo permite justamente. Debemos entender cómo se les llama ladrones, cuando inmediatamente se añade: "Cuando Él mismo ha puesto todo en sus manos". Si son ladrones, han tomado por la fuerza, y no hay duda de que Dios no es ayudante de los violentos. ¿Cómo, entonces, Él da lo que estos ladrones toman malvadamente? Pero debe saberse que una cosa es lo que el Dios omnipotente concede misericordiosamente, y otra lo que permite que se tenga en su ira. Porque lo que los ladrones hacen perversamente, el dispensador justísimo no lo permite sino justamente; para que aquel que se le permite robar, cegado en su mente, aumente su culpa, y aquel que sufre el robo sea castigado en el daño de ese robo por otra culpa que cometió anteriormente. He aquí, por ejemplo, alguien apostado en un desfiladero de la montaña acecha a los viajeros; pero el que viaja tal vez haya cometido alguna injusticia en el pasado, y el Dios omnipotente, retribuyéndole su mal en esta vida presente, entregándolo en manos del acechador, permite que sea despojado de sus bienes o incluso asesinado. Lo que el ladrón buscó injustamente, el juez justísimo permitió que sucediera justamente; para que aquel recibiera lo que injustamente había hecho, y este otro sea castigado más gravemente en algún momento, por cuya malvada voluntad Dios omnipotente justamente vengó la culpa en otro. Aquel que es oprimido es purificado; en este, que oprime, se aumenta la culpa, para que o bien regrese del abismo de la maldad a la penitencia, o si no regresa, sea castigado más gravemente con la condenación eterna, cuanto más tiempo ha sido tolerado en su iniquidad. Con aquel, entonces, se actúa misericordiosamente para que termine su pecado, con este, estrictamente

para que lo multiplique, a menos que recurra a la penitencia. En aquel, los males se purgan mientras soporta la violencia, en este se acumulan mientras la comete. Por lo tanto, es justo que el Dios omnipotente permita que suceda lo que prohíbe que se haga, para que, de donde ahora espera, y tolera a los no convertidos por mucho tiempo, en algún momento los castigue más. Por lo tanto, se dice bien: "Abundan las tiendas de los ladrones, y provocan audazmente a Dios, cuando Él mismo ha puesto todo en sus manos", porque lo que los inicuos toman, Él mismo se lo da, quien podría oponerse a su robo si quisiera tener misericordia.

[Ant. II.] 4. Son ladrones aquellos que se enorgullecen de los dones recibidos de Dios.---Esto también puede entenderse respecto a las cosas espirituales. Pues a menudo algunos reciben dones de doctrina, pero se envanecen con esos mismos dones y desean parecer grandes ante los demás. Y provocar al Dios omnipotente es enorgullecerse de sus dones entre los prójimos. Estos también son llamados ladrones con razón, porque mientras hablan de lo que no hacen, toman las palabras de los justos para su propio uso en el discurso. Pero como estas mismas palabras les son otorgadas por la gracia divina, aunque su vida permanece en malas costumbres, por sí mismos son ladrones, pero los bienes que poseen los han recibido divinamente. Sigue:

VERS. 7 y 8.---Sin duda, pregunta a los animales, y te enseñarán; a las aves del cielo, y te lo indicarán. Habla a la tierra, y te responderá, y los peces del mar te lo contarán.

CAPÍTULO III.

368 5. Qué se significa por los animales de carga y las aves del cielo, qué por la tierra y los peces del mar.---¿Qué debemos entender por los animales de carga, sino aquellos de sentido más lento, y qué por las aves del cielo, sino los sabios en lo más alto y sublime? De los animales de carga, es decir, de aquellos de sentido más lento, está escrito: "Tus animales habitarán en ella" (Salmo 67, 11). Y porque los sabios en lo sublime vuelan en las palabras de nuestro Redentor, está escrito: "De modo que las aves del cielo vienen y habitan en sus ramas" (Mateo 13, 32). ¿Qué se debe entender por la tierra, sino aquellos que son sabios en lo terrenal? Por eso al primer hombre que abandonó lo celestial se le dijo: "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Génesis 3, 19). ¿Qué debemos entender por los peces del mar, sino los curiosos de este siglo? De los cuales el salmista dice: "Los peces del mar, que recorren los senderos del mar" (Salmo 8, 9). Quienes en grandes investigaciones de las cosas, como en olas ocultas, se esconden. Pero, ¿qué enseñan todas estas cosas investigadas? Lo añade, diciendo:

CAPÍTULO IV.

VERS. 9.---¿Quién ignora que todo esto lo ha hecho la mano del Señor?

6. Todo proclama a Dios como creador de todo.---Como si dijera abiertamente: Ya sea que busques a los de entendimiento más lento, o a los sabios en cosas sublimes, o a los dedicados a los actos terrenales, o a los ocupados en las investigaciones de este mundo, todas estas cosas reconocen a Dios como creador de todo, y concuerdan en su poder, aunque no vivan en concordia bajo él. Porque lo que cada justo proclama también viviendo, el injusto a menudo se ve obligado a confesarlo de Dios al menos con la voz; y así sucede que los malos, al Creador de todo, a quien resisten con sus obras, le sirven de testimonio, porque a quien se atreven a desafiar con sus costumbres, no pueden negar como creador de todo. Sin embargo, esto también puede entenderse útilmente según la mera apariencia de la letra, porque toda

criatura observada da como una voz de su propio testimonio, la misma que tiene en su apariencia. Preguntamos a los animales, o a las aves, a la tierra, o a los peces, mientras consideramos que nos responden concordemente que el Señor hizo todo; porque al presentar sus formas a nuestros ojos, testifican que no son de sí mismos. Pues en el mismo hecho de que son creados, a través de la apariencia mostrada, rinden como una voz de confesión a su creador, quien, porque creó todo, también dispuso cómo deben ser administrados. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO V [Vet. et Rec. III].

VERS. 10.---En cuya mano está el alma de todo ser viviente, y el espíritu de toda carne humana.

7. Quien concedió ser a lo que no era, proveyó cómo debe ser lo que ya existe. El espíritu del hombre se entiende de dos maneras. — Por la mano, en efecto, se expresa el poder. Así pues, el alma de todo ser viviente y el espíritu de toda carne humana están bajo el poder de aquel de quien provienen; para que él disponga cómo debe ser, quien concedió ser a lo que no existía. En verdad, por el alma de todo ser viviente puede señalarse la vida de los animales. Sin embargo, el Dios Omnipotente vivifica el alma de los animales hasta los sentidos corporales, mientras que el espíritu de los hombres se extiende hasta el entendimiento espiritual. En su mano, por tanto, está el alma de todo ser viviente y el espíritu de toda carne humana, ya que en aquel concede al alma que vivifique la carne, y en este vivifica el alma para que llegue a comprender la eternidad. Es necesario saber que en el sagrado discurso el espíritu del hombre suele colocarse de dos maneras. A veces, el espíritu se refiere al alma, y otras veces al efecto espiritual. El espíritu se dice por el alma, como está escrito sobre nuestra propia cabeza: Inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX, 30). Pues si el evangelista dijera que el espíritu es algo distinto del alma, al salir el espíritu, el alma habría permanecido. También se dice espíritu por el efecto espiritual, como está escrito: Quien hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente (Salmo CIII, 4). Los ángeles, es decir, los mensajeros, en el sagrado discurso a veces son llamados predicadores, como se dice por el profeta: Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca buscan la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Malaquías II, 7). Por tanto, el Dios Omnipotente hace a sus ángeles espíritus, porque hace a sus predicadores espirituales. En este lugar, si el alma de todo ser viviente se señala como la vida del cuerpo, el espíritu de toda carne humana expresa el efecto de la inteligencia espiritual. Sigue:

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 11.---¿Acaso el oído no juzga las palabras, y el paladar del que come no distingue el sabor?

8. Los diversos dones y modos de inhabitación de una misma sabiduría.---Casi nadie ignora que los cinco sentidos de nuestro cuerpo, a saber, la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, obtienen del cerebro la virtud de la discreción y el sentido en todo lo que perciben y distinguen. Y aunque hay un único juez del sentido en el cerebro que preside internamente, sin embargo, por sus propios canales, los cinco sentidos disciernen, obrando Dios maravillosamente, de modo que ni el ojo oye, ni el oído ve, ni la boca huele, ni las narices saborean, ni las manos perciben olores. Y aunque todo se disponga por un único sentido del cerebro, sin embargo, cada uno de estos sentidos no puede hacer otra cosa que aquello que ha recibido de la disposición del creador. De estos, por tanto, corporales y exteriores, se deben

recoger las cosas interiores y espirituales, para que por lo que en nosotros es público debamos pasar al secreto que está en nosotros y que nos es oculto. [Vet. IV.] Es necesario observar que, aunque hay una sola sabiduría, habita en uno menos, en otro más; a uno le concede esto, a otro aquello, y, como a modo del cerebro, se sirve de nosotros mismos como de ciertos sentidos, de modo que, aunque ella misma nunca sea diferente de sí misma, a través de nosotros siempre opere cosas diversas y disímiles, de manera que este reciba el don de la sabiduría, aquel el de la ciencia; este tenga el don de lenguas, aquel la gracia de curaciones.

9. Las palabras de sabiduría solo son escuchadas por los réprobos, pero los elegidos también las saborean.---En estas palabras del bienaventurado Job, cuando dice: El oído juzga las palabras, y el paladar del que come, el sabor, parece insinuar algo sobre los elegidos y los réprobos, porque las palabras de sabiduría que los réprobos escuchan, los elegidos no solo las oyen, sino que también las saborean, de modo que en su corazón tiene sabor lo que para los réprobos solo resuena en los oídos, no en la mente. Pues una cosa es solo escuchar el nombre de un alimento, y otra muy distinta es saborearlo. Así, los elegidos escuchan el alimento de la sabiduría de tal manera que lo degustan, porque lo que oyen les sabe profundamente por amor. En cambio, el conocimiento de los réprobos se extiende solo hasta la percepción del sonido, de modo que oyen las virtudes, pero con un corazón frío ignoran cómo saben. Con estas palabras, el bienaventurado Job reprueba la ignorancia de sus amigos y la arrogancia de aquellos que se envanecen con la doctrina de la sabiduría, porque una cosa es saber algo sobre Dios, y otra muy distinta es saborear con el paladar de la inteligencia lo que se conoce. Por tanto, se dice correctamente: ¿Acaso el oído no juzga las palabras, y el paladar del que come, el sabor? Como si se dijera abiertamente a los arrogantes: Las palabras de la doctrina, que llegan a vuestros oídos, también tocan mi paladar a través del sabor íntimo de la inteligencia. Y dado que una edad inmadura, incluso cuando tiene buen juicio, no debe lanzarse imprudentemente a predicar, se añade correctamente:

CAPÍTULO VII.

VERS. 12.---370 En los ancianos está la sabiduría, y en la mucha edad la prudencia.

10. La sabiduría se confirma a través del uso de la vida y la experiencia.---Pues aquellas palabras están arraigadas en la raíz de la sabiduría, las cuales se fortalecen también por la experiencia de los actos a través del uso de la vida. Pero dado que a muchos se les concede una vida más larga, y no se les otorga la gracia de la sabiduría, se demuestra correctamente aún en el juicio de quién dependen esos dones, cuando se añade:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 13.---Con él está la sabiduría y la fortaleza; él tiene el consejo y la inteligencia.

11. Cristo, sabiduría y fortaleza de Dios.---No es inapropiado entender esto del Unigénito del Padre supremo, para que lo reconozcamos como la sabiduría y fortaleza de Dios. Pues Pablo también da testimonio a nuestro entendimiento, diciendo: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24); quien siempre está con Él, porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Dios posee consejo e inteligencia: consejo, evidentemente, porque dispone sus asuntos; inteligencia, porque conoce los nuestros. También puede el término consejo señalar la demora del juicio oculto, de modo que cuando a veces castiga más lentamente a los pecadores, no es porque no se perciba la culpa de los iníquos, sino para que la sentencia de su condenación, que se difiere para dar lugar al

arrepentimiento, parezca surgir tardíamente como fruto del consejo. Lo que, por tanto, a veces se indica con una sentencia abierta, estaba oculto en consejo ante el Señor omnipotente desde antes de los siglos. Sigue:

CAPÍTULO IX [Rec. V].

VERS. 14.---Si destruye, nadie hay que edifique; si encierra a un hombre, no hay quien lo abra.

12. Dios destruye la mente humana al alejarse de ella. Quien actúa mal convierte su conciencia en una prisión para sí mismo.---El Dios Omnipotente destruye el corazón humano cuando lo abandona, lo edifica cuando lo llena. Pues no destruye la mente humana combatiéndola, sino alejándose, porque dejada a sí misma, es suficiente para su propia perdición. Por eso, a menudo sucede que cuando el corazón del oyente, debido a sus culpas, no es llenado por la gracia del Dios omnipotente, es en vano que sea advertido exteriormente por el predicador, porque toda boca que habla es muda si no clama interiormente en el corazón aquel que inspira las palabras que se escuchan. De ahí que el Profeta diga: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican (Salmo 126, 1). De ahí que Salomón diga: Considera las obras de Dios, que nadie puede corregir a quien Él ha despreciado (Eclesiastés 7, 14). Y no es de extrañar que el predicador no sea escuchado por un corazón reprobado, ya que a veces el mismo Señor es combatido en las costumbres de los que resisten lo que Él dice. Por eso, Caín pudo ser advertido por la voz divina, pero no pudo cambiar, porque debido a la culpa de su malicia, Dios ya había abandonado su corazón interiormente, al cual externamente daba testimonio con palabras. Bien se añade: Si encierra al hombre, no hay quien lo abra. Porque todo hombre, por lo que hace mal, ¿qué otra cosa hace sino una prisión de su propia conciencia, para que el peso de su culpa lo oprima, aunque nadie lo acuse exteriormente? Cuando, al juzgar Dios, es dejado en la ceguera de su malicia, es como si estuviera encerrado en sí mismo, para que no encuentre lugar de escape, el cual no merece encontrar. Pues a menudo algunos desean salir de sus malas acciones; pero porque son oprimidos por el peso de esos mismos actos, encerrados en la prisión de la mala costumbre, no pueden salir de sí mismos. Y algunos, deseando castigar sus propias culpas, convierten lo que estiman que es actuar correctamente en culpas más graves; y sucede de manera miserable que lo que consideran una salida, encuentran que es un encierro. Así, evidentemente, el reprobado Judas (Mateo 27, 5), al infligirse la muerte contra el pecado, llegó al suplicio de la muerte eterna, y se arrepintió peor de su pecado que del pecado mismo.

13. A Dios que llama nadie resiste, al que abandona nadie se opone. Por tanto, se dice: Si encierra al hombre, no hay quien lo abra, porque así como nadie se opone a la generosidad del que llama, tampoco nadie se opone a la justicia del que abandona. Encerrar, por tanto, es de Dios no abrir a los que están cerrados. Por eso se dice a Moisés sobre el faraón: Yo endureceré su corazón (Éxodo IV, 21; VII, 3). Dios se dice que endurece por justicia, cuando no ablanda el corazón reprobado por gracia. Así, encierra al hombre a quien deja en las tinieblas de sus obras. [Vet. VI.] Pues Isaac quiso abrir esta clausura a su hijo primogénito, cuando intentó bendecirlo prefiriéndolo a su hermano (Génesis XXVII, 5). Pero el hijo que el padre quiso, el Señor lo reprobó, y al que el Señor quiso, el padre incluso sin quererlo bendijo (Ibid., XXV, 34), para que quien ya había vendido su primogenitura a su hermano por comida no recibiera la bendición de los primogénitos, que había dejado por el deseo de gula: quien ansiando lo terrenal, siguiendo lo efímero, deseando heredar la bendición, fue reprobado. No encontró lugar para el arrepentimiento, aunque la buscó con lágrimas, porque evidentemente los lamentos no tienen fruto, aquellos que se esfuerzan en desear con gemidos lo perecedero.

Así, Isaac no pudo abrir ni siquiera a su hijo, a quien Dios omnipotente, con justo juicio, encerró en la cárcel de su maldad. Sigue:

CAPÍTULO X [Rec. VI].

VERS. 15.---Si retiene las aguas, todo se secará; si las deja fluir, trastornarán la tierra.

14. Sin la predicación o la gracia, el corazón se seca.--- Si el agua se toma como la ciencia de la predicación, como está escrito: Agua profunda, las palabras de la boca del hombre y torrente desbordante, fuente de sabiduría (Prov. XVIII, 4), cuando el agua se retiene, todo se seca; porque si se retira la ciencia de los predicadores, los corazones de aquellos que podían reverdecer en la esperanza eterna se secan de inmediato; para que permanezcan en una sequedad desesperada, mientras, amando lo fugaz, no saben esperar lo que perdura. Pero si con el nombre de agua se designa la gracia del Espíritu Santo, como se dice con la voz de la Verdad en el Evangelio: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 38, 39); donde el evangelista añadió inmediatamente: Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él; se hace evidente el sentido adecuado en estas palabras, cuando dice: Si retiene las aguas, todo se secará, porque si la gracia del Espíritu Santo se retira de la mente del oyente, el entendimiento se seca de inmediato, el cual ya parecía reverdecer en el oyente por la esperanza. Pero al mencionar no agua, sino aguas, con la apelación de pluralidad, se refiere a la gracia septiforme de los dones espirituales, porque cada uno es infundido como por tantas aguas, cuantos dones recibe. De lo cual se añade adecuadamente: Si las envía, trastornarán la tierra.

15. Al ser infundida por la gracia, el corazón que piensa en cosas terrenales es subvertido y transformado. ¿Qué es la tierra, sino el pecador, a quien se le dijo por sentencia: "Eres polvo, y al polvo volverás" (Génesis III, 19)? Así, la tierra permanece inmóvil cuando el pecador desprecia obedecer los mandamientos del Señor; cuando levanta el cuello de la soberbia y cierra los ojos de su mente a la luz de la verdad. Pero, como está escrito: "Sus pies se detuvieron, y la tierra se movió" (Habacuc III, 6, según los LXX), cuando la verdad se fija en el corazón, la inmovilidad de la mente se agita, si la gracia del Espíritu Santo se infunde como don celestial según la voz del predicador, inmediatamente la tierra es subvertida, porque la dureza de la mente pecadora se transforma de su obstinación en la inmovilidad, de modo que después se somete llorando a los mandamientos del Señor tanto como antes, con soberbia, levantaba el cuello de su corazón contra el Señor. Pues bien, puedes ver que la tierra del corazón humano, al ser infundida con el agua del don divino, después soporta con gusto las injurias que antes infligía vehementemente; después también da lo suyo, cuando antes robaba lo ajeno; después mortifica la carne con abstinencia, cuando antes se desbordaba en la saciedad de la carne por los placeres mortales de las torpezas; después incluso ama a los perseguidores, cuando antes no quería amar ni siquiera a los que la amaban. [Vet. VII.] Así, cuando la mente humana, infundida por el don divino, comienza a actuar en contra de lo que solía hacer, la tierra es subvertida, porque es enviada hacia abajo la que antes sobresalía, y es elevada hacia arriba la faz que antes estaba oprimida en lo profundo.

16. Esto se manifiesta maravillosamente en la conversión de Pablo.---Es grato, a modo de ejemplo, llamar a Pablo al centro de esta cuestión; quien, habiendo recibido cartas contra Cristo, se dirigía a Damasco, cuando la gracia del Espíritu Santo lo inundó en el camino, y de inmediato fue transformado de su crueldad; y posteriormente recibió heridas por Cristo, las cuales venía a infligir a los cristianos; y quien antes, viviendo carnalmente, intentaba entregar a los santos del Señor a la muerte, se regocija después en ofrecer el sacrificio de su carne por

la vida de los santos (I Tim. I, 13). Aquellos fríos pensamientos de su crueldad se convirtieron en ardor de piedad; y quien antes fue blasfemo y perseguidor, se hizo después humilde y piadoso predicador (Hechos IX, 1). Quien consideró como la mayor ganancia matar a Cristo en sus discípulos, ahora estima su vida como Cristo, y morir como ganancia (Filip. I, 21). Así, al derramarse el agua, la tierra fue subvertida, porque la mente de Pablo, tan pronto como recibió la gracia del Espíritu Santo, cambió el estado de su inmovilidad y crueldad. Lo contrario es lo que el Señor se queja a través del profeta contra Efraín, diciendo: Efraín se ha convertido en un pan cocido a medias, que no se vuelve (Oseas VII, 8). Pues el pan cocido a medias, llevando ceniza sobre sí, oprime la parte más limpia hacia abajo, y tiene la parte superior tanto más sucia cuanto más ceniza soporta en ella. ¿Qué otra cosa lleva sobre sí la mente que piensa en cosas terrenales sino una carga de ceniza? Pero si desea volverse, lleva la cara limpia que había oprimido hacia abajo a la parte superior, cuando sacude la ceniza que llevaba. Si, por lo tanto, sacudimos de la mente la ceniza de los pensamientos terrenales, es como si volviéramos el pan cocido a medias, de modo que nuestra intención ya no deba ser postergada, la cual antes era oprimida por la ceniza de pensamientos bajos; y la cara limpia ascienda a lo superior, para que nuestra recta intención no sea oprimida por el peso del deseo terrenal. Lo cual no podemos hacer de ninguna manera, a menos que seamos inundados por la gracia del Espíritu Santo, porque ciertamente el Dios omnipotente, si derrama las aguas, subvertirán la tierra. Sigue:

CAPÍTULO XI [Ant. VIII].

VERS. 16.---Con él está la fortaleza y la sabiduría.

17. En el juicio, los réprobos serán condenados antes de que los elegidos sean otorgados con gloria.---Un poco antes se había dicho: En Él está la sabiduría y la fortaleza; ahora, sin embargo, se dice: En Él está la fortaleza y la sabiduría. Porque, en efecto, el Dios omnipotente, cuando se hizo hombre en el misterio de su piedad, primero presentó la doctrina de la mansedumbre, y luego, en el juicio, mostró cuán grande es su fortaleza, correctamente antes se menciona la sabiduría antes que la fortaleza, cuando se dice del Unigénito del Padre: En Él está la sabiduría y la fortaleza. Pero, ya que al venir a juzgar aparecerá en el terror de su virtud, y habiendo rechazado a los réprobos, mostrará a sus elegidos en el reino perpetuo cuán grande es la sabiduría del Padre, correctamente en la sentencia siguiente se dice que en Él está primero la fortaleza, y después la sabiduría. En las palabras anteriores, en las que dice: En Él está la sabiduría y la fortaleza, indica claramente que lo que enseñó con mansedumbre sobre cómo se debe creer, lo mostrará de manera terrible en la virtud del juicio. En las palabras siguientes, en las que dice: En Él está la fortaleza y la sabiduría, demuestra con claridad meridiana que primero en el juicio destruye a los réprobos con su virtud, y luego ilumina las mentes de los elegidos con la luz perfecta del reino eterno. Pero como antes del día del juicio final no cesa de juzgar diariamente los hechos de los mortales con disposiciones ocultas, se vuelve a lo que ahora se realiza, cuando se añade:

CAPÍTULO XII [Rec. VII].

VERS. 16, 17.---Él conoce tanto al que engaña como al que es engañado. Lleva a los consejeros a un fin insensato y a los jueces al asombro.

18. Dios conoce los engaños de los inicuos en el juicio, pero no en el amor.---Dado que todo aquel que intenta engañar a su prójimo es inicuo, y a los inicuos la Verdad les dice: No os conozco, apartaos de mí todos los que obráis iniquidad (Mateo VII, 23), ¿cómo se dice en

este lugar que el Señor conoce al engañador? Pero como el conocimiento de Dios a veces se refiere a reconocer y otras a aprobar, Él conoce al inicuo porque al reconocerlo lo juzga (pues no juzgaría a nadie inicuo si no lo conociera), y sin embargo, no lo conoce porque no aprueba sus obras. Así, lo conoce porque lo descubre; y no lo conoce porque no lo reconoce en la apariencia de su sabiduría: como se dice de cualquier hombre veraz que desconoce la falsedad, no porque ignore cuando otros dicen falsedades, sino porque esa misma falsedad la conoce en el juicio, pero no en el amor, de modo que él mismo no la comete, aunque condena cuando otros la cometen. Y sucede a menudo que algunos, dedicados a las insidias, tienden trampas de su perversidad a la vida ajena; y cuando alguien, sin saberlo, es atrapado en esas trampas, se duda si esto es visto por la divinidad; y los hombres se asombran de si Dios ve esto, por qué permite que suceda; pero Él conoce al engañador y al que es engañado. Conoce al engañador, porque a menudo observa sus acciones anteriores, y permite que caiga en otros pecados por un juicio justo. Conoce al engañador, porque lo abandona en manos de sus obras para que, dejado a su suerte, caiga en males mayores, como está escrito: El que hace mal, haga mal todavía; y el que está en suciedad, ensúciase todavía (Apocalipsis XXII, 11). También conoce al que es engañado, porque a menudo los hombres cometen males que conocen, y por eso se les permite ser engañados, para que caigan en males que desconocen. Sin embargo, esto a veces sucede a los engañados para su purificación, y otras veces como inicio de su castigo.

19. El fin necio de aquellos que no hacen el bien con buena intención.---Lleva a los consejeros a un fin necio, cuando incluso el bien que hacen no lo hacen con buena intención, sino que tienden a la retribución de un cargo temporal. Pues si el mismo Unigénito del Padre Supremo, porque al hacerse hombre anunció lo eterno, es llamado ángel del gran consejo, correctamente consideramos consejeros a los predicadores, quienes ofrecen consejo de vida a sus oyentes. Pero cuando un predicador proclama lo eterno con el fin de obtener ganancias temporales, ciertamente es conducido a un fin necio, porque se dirige con esfuerzo hacia aquello de lo que debería haber huido por la rectitud de la mente.

De aquellos que presiden sobre otros y no vigilan, estupor.---Bien se añade: Y los jueces en estupor. Pues todos los que están encargados de examinar las costumbres de otros son correctamente llamados jueces. Pero cuando aquel que preside no examina con diligencia la vida de sus subordinados, ni reconoce a quién y cómo corregir, el juez ha caído en estupor, porque quien debería juzgar las malas acciones, de ninguna manera percibe lo que debe ser juzgado. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 18.---Desata el cinturón de los reyes, y ciñe con cuerda sus lomos.

21. Dios castiga la altivez de la mente con pecados carnales. Aquellos que saben gobernar bien los movimientos de sus miembros, con razón son llamados reyes. Pero cuando la mente es tocada por la altivez en la misma continencia, a menudo el Dios omnipotente, abandonando su soberbia, permite que caiga en la impureza de la obra. Así, desata el cinturón de los reyes, cuando en aquellos que parecían gobernar bien sus miembros, por culpa de la altivez, destruye en ellos el cinturón de la castidad. ¿Qué se entiende por cuerda, sino el pecado? Como se dice por medio de Salomón: "Sus propias iniquidades atrapan al impío, y con las cuerdas de sus pecados es atado" (Prov. V, 22). Y porque en los riñones reina el deleite de la carne, el estricto juez de las conciencias, que desata el cinturón de los reyes, ciñe sus riñones con una cuerda, para que, desatado el cinturón de la castidad, el deleite del

pecado domine sus miembros, de modo que aquellos a quienes la soberbia mancha en secreto, se muestre cuán detestables son incluso en público. Sigue:

CAPÍTULO XIV [Rec. IX].

VERS. 19.---Conduce a los sacerdotes sin gloria, y a los nobles derriba.

22. Aquellos que descuidan el cuidado de sus subordinados o buscan algo distinto a las recompensas eternas, son sin gloria. La gran gloria de un sacerdote es la rectitud de sus subordinados. Por eso, el excelente predicador dice bien a sus discípulos: ¿Cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria? ¿No sois vosotros ante el Señor? (I Tes. II, 19). Pero cuando los sacerdotes descuidan la vida de sus discípulos y no llevan ningún fruto de sus progresos ante el Señor, ¿qué otra cosa se puede decir de ellos sino que son sin gloria? Porque ante el juez estricto, ciertamente no encuentran la gloria que ahora no buscan en las costumbres de sus subordinados con el esfuerzo de la predicación. Bien se dice: Y suplanta a los príncipes, porque cuando el juicio justo abandona la mente de los gobernantes, estos no buscan la recompensa interna de la retribución; y son engañados en aquello en lo que se equivocan, al regocijarse por el dominio temporal en lugar de la gloria eterna. Por lo tanto, los príncipes son suplantados, porque al descuidar las verdaderas recompensas de la patria celestial, caen aquí en sus placeres. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 20.---Cambiano el lenguaje de los veraces, y quitando la doctrina de los ancianos.

23. Dios otorga la palabra de verdad a quienes la practican, y se la quita a quienes no la practican. Cuando un sacerdote no actúa conforme a las buenas obras que predica, incluso se le retira la palabra, para que no se atreva a hablar de lo que no practica, como se dice por medio del Profeta: "Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras mis justicias y tomas mi pacto en tu boca?" (Salmo 49, 16). Por eso también suplica, diciendo: "Y no quites de mi boca en ningún momento la palabra de verdad" (Salmo 118, 43). Pues considera que el Dios omnipotente otorga la palabra de verdad a quienes la practican y se la quita a quienes no la practican. Por lo tanto, quien pidió que no se le quitara de su boca, ¿qué otra cosa buscó sino la gracia de la buena obra? Como si dijera abiertamente: No me dejes errar del buen obrar, para que no pierda la rectitud de hablar al perder el orden de vivir bien. Y muchas veces el maestro que se atreve a enseñar lo que descuida practicar, cuando deja de hablar de las buenas obras que despreció realizar, comienza a enseñar a sus subordinados las malas que hace, para que, por el justo juicio del Dios omnipotente, ya no tenga lengua para el bien quien se niega a tener una buena vida, de modo que, cuando su mente se enciende con el amor a las cosas terrenales, siempre hable de cosas terrenales. Por eso, en el Evangelio, la Verdad dice: "De la abundancia del corazón habla la boca: el hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas, y el hombre malo, del mal tesoro saca cosas malas" (Mateo 12, 34; Lucas 6, 45). De ahí que Juan también diga: "Ellos son del mundo, por eso hablan del mundo" (1 Juan 4, 5). Bien se dice, entonces: "Cambiano el labio de los veraces y quitando la doctrina de los ancianos", porque aquellos que antes eran veraces al predicar las cosas celestiales, al caer en lo terrenal por amar lo temporal, el labio de los veraces se cambia y la doctrina de los ancianos se quita, porque al amar lo temporal no siguen en absoluto las enseñanzas de sus predecesores, para que ocupen el lugar de gobierno como si fuera para el fruto del placer, no para el uso del trabajo.

24. Los judíos negaron a Cristo, a quien habían dicho que vendría, cuando estuvo presente. Esto se puede entender más claramente en relación con los judíos, quienes antes de la encarnación del Señor fueron veraces, porque creyeron y anunciaron que Él vendría; pero después de que apareció en la carne, negaron que fuera Él. Por lo tanto, el labio de los veraces ha cambiado, porque negaron al presente a quien habían dicho que vendría. Y la doctrina de los ancianos fue quitada, porque no siguieron creyendo en lo que recordaban que sus padres habían predicho. Por eso, también se promete que cuando Elías venga, volverá el corazón de los hijos hacia sus padres (Malaquías IV, 6), para que la doctrina de los ancianos, que ahora ha sido quitada del corazón de los judíos, regrese por la misericordia del Señor, cuando los hijos comiencen a entender del Señor lo que sus padres predicaron. Pero si también entendemos por ancianos a esos mismos judíos que, persuadidos por la perfidia, intentaron oponerse a la palabra de la Verdad, la doctrina de los ancianos fue quitada después de que la Iglesia, evidentemente joven, la recibió de entre los gentiles, la cual dice a través del salmista: "He entendido más que los ancianos" (Salmo CXVIII, 100). Y porque la mantuvo obrando, muestra cómo entendió más que los ancianos, al añadir inmediatamente, diciendo: "Porque busqué tus mandamientos". Porque se esforzó en cumplir obrando lo que aprendió, recibió el entendimiento para enseñar lo que debía. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 21.---Derrama desprecio sobre los príncipes, y levanta a los que habían sido oprimidos.

25. Los judíos despreciados por su infidelidad. Los gentiles levantados de su caída por la fe.--
-Pues cuando el pueblo judío permanecía en el mandato de la ley, y toda la gentilidad no conocía ningún precepto de Dios, aquellos parecían gobernar por la fe, y estos yacían oprimidos en lo profundo por la infidelidad. Pero cuando el misterio de la encarnación del Señor fue negado por Judea, la gentilidad creyó, y los príncipes cayeron en el desprecio, y aquellos que estaban oprimidos por la culpa de la perfidia fueron elevados a la libertad de la verdadera fe. Jeremías, previendo esta caída de los israelitas mucho antes, dijo: El Señor se ha vuelto como enemigo, ha precipitado a Israel, ha derribado todos sus muros, ha destruido sus fortificaciones (Lam. II, 5). Los muros en las ciudades son para ornamento, y las fortificaciones para defensa. [Vet. XI.] Y hay dones que nos protegen, y otros que nos adornan. La doctrina profética, los géneros de lenguas, el poder de las curaciones, son como ciertos muros de la mente. Aunque alguien no los tenga, puede permanecer protegido por la fe y la justicia, aunque no parezca estar adornado con la altura de las virtudes. La esperanza, la fe y la caridad no son nuestros muros, sino nuestras fortificaciones; si descuidamos tenerlas, quedamos expuestos a las insidias del enemigo. Por tanto, de Judea, porque le quitó la profecía y la doctrina, o las señales de los milagros, derribó los muros. Y porque permitió que la esperanza, la fe y la caridad le fueran quitadas por su dureza, se esforzó en destruir sus fortificaciones. Se mantuvo el orden correcto, de modo que primero se dijera que los muros, y luego las fortificaciones, fueron destruidos, porque cuando el alma pecadora es abandonada, primero se le quitan los dones de las virtudes, que fueron dados para la manifestación del espíritu, y luego se destruyen los fundamentos de la esperanza, la fe y la caridad. Todo esto, el Señor lo quitó a los infieles y lo otorgó a la gentilidad, y con lo que quitó a los infieles adornó las mentes de los fieles. Por eso está escrito: Y repartir los despojos de la casa de la belleza (Sal. LXVII, 13). Pues cuando quitó los despojos de las virtudes a los judíos, dio a la casa del corazón de los gentiles, que se dignó habitar por la fe, la belleza de los dones. Esto se

realizó cuando el pueblo judío recibía las palabras de Dios solo en la letra que mata, y la gentilidad convertida penetraba por el espíritu que vivifica. Por eso se añade enseguida:

CAPÍTULO XVII [Rec. X].

VERS. 22.---El que revela lo profundo de las tinieblas y saca a la luz la sombra de la muerte.

26. Cristo reveló lo oculto y transformó en luz la sombra de la muerte. Pues cuando los creyentes reconocen los misterios en las palabras ocultas de los profetas, ¿qué otra cosa sucede sino que se revelan las profundidades de las tinieblas? Por eso, la misma Verdad, hablando en parábolas a sus discípulos, dice: Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz (Mateo 10, 27). Porque cuando desatamos los nudos místicos de las alegorías mediante la explicación, decimos en la luz lo que escuchamos en las tinieblas. La sombra de la muerte era la dureza de la ley, que sancionaba que todo pecador fuera castigado con la muerte del cuerpo. Pero después de que nuestro Redentor suavizó la aspereza de la sanción legal con mansedumbre, y ya no estableció que por culpa se infligiera la muerte de la carne, sino que indicó cuánto debía temerse la muerte del espíritu, sin duda alguna, sacó a la luz la sombra de la muerte. Esta muerte en la que la carne se separa del alma es la sombra de aquella muerte en la que el alma se separa de Dios. Por lo tanto, la sombra de la muerte se saca a la luz cuando, comprendida la muerte del espíritu, la muerte de la carne no se teme en absoluto. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera. Pues no sin razón se llaman príncipes a aquellos que, con gran juicio de consejo, siempre gobiernan sus pensamientos y reprimen todos los movimientos insensatos con el poder de la sabiduría. Pero a menudo sucede que en lo oculto el alma se eleva en orgullo por su propia sabiduría, y cae bajo aquellos vicios sobre los cuales se alegraba de haber sido victoriosa. Por tanto, se dice correctamente: Derrama desprecio sobre los príncipes. Pero como a veces aquellos que parecen yacer en vicios corren hacia los lamentos de la penitencia, y se levantan contra las culpas a las que estaban sujetos, se añade adecuadamente: Y levanta a los oprimidos. Pues algunos, iluminados por el don supremo, ven en cuánta vileza de sus pecados yacen, lavan las manchas de sus hechos con lágrimas, y luego someten los movimientos de su carne, que antes los oprimían.

Por la gran disposición de Dios, todo aquí se considera incierto.---En efecto, por la gran disposición del Dios omnipotente, se lleva a cabo que en esta vida todo se considere incierto, y nadie se enorgullezca de su castidad adquirida, porque derrama desprecio sobre los príncipes. Nadie debe desesperar por la opresión de sus vicios, porque levanta a los que habían sido oprimidos. Y puesto que cuando estas cosas se realizan por los ocultos consejos de Dios, se emite un juicio claro sobre cada uno, se añade correctamente: Y revela lo profundo de las tinieblas.

28. Dios, en sus juicios ocultos, todo lo ve sin ser visto. Pues el Señor revela las profundidades de las tinieblas cuando manifiesta un juicio claro desde sus consejos ocultos, mostrando lo que piensa de cada uno. Porque el Creador ve ahora todas las cosas, y Él mismo no es visto en sus consejos, se dice correctamente de Él a través del Salmista: "Puso las tinieblas por su escondite" (Salmo XVII, 12). Pero es como si saliera de estas tinieblas hacia la luz cuando muestra lo que piensa de las acciones de cada uno. Y porque cuando aquel que estaba oprimido por el peso de sus pecados es conducido al estado de rectitud, primero contempla la misma muerte, en la cual solía desfallecer y que no sabía considerar, se añade correctamente: "Y saca a la luz la sombra de la muerte." La sombra de la muerte es la mala acción, que se expresa como si fuera de los lineamientos del cuerpo por la imitación del

antiguo enemigo. De quien también se dice bajo cierta significación: "Y su nombre era Muerte" (Apoc. VI, 8). Y a menudo su maligna intención permanece oculta en las mentes de los hombres, y por esto, al no ser conocida, prevalece más. Por lo tanto, la sombra de la muerte se saca a la luz cuando la maligna acción del antiguo enemigo se revela a las mentes de los santos para que pueda ser destruida. Sigue:

VERS. 23.---El que multiplica las naciones, y las destruye, y después de haberlas subvertido, las restaura por completo.

29. Por los juicios ocultos de Dios, unos caen, otros se levantan. — Quizás se pueda entender que el Señor multiplica y destruye a las naciones, porque nacen diariamente para morir; y las restituye en su totalidad, porque resucitarán los que han muerto. Sin embargo, lo entendemos mejor si percibimos cómo esto se lleva a cabo en su mente. En efecto, multiplica las naciones y las destruye, porque las extiende mediante la fecundidad de la descendencia, y sin embargo, las abandona en su propia infidelidad. Pero las restituye en su totalidad, porque aquellas que había dejado en la caída de la infidelidad, en algún momento las devuelve al estado de fe. A estas, una vez restituidas en la integridad de la mente, el antiguo pueblo, que parecía ser fiel a Dios, fue reprobado y rechazado de corazón, para que, engañado por su propia perfidia, se levantara contra aquel a quien antes había proclamado. Sigue:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 24, 25.---Él cambia el corazón de los príncipes del pueblo de la tierra, y los engaña, para que caminen en vano por un camino sin salida. Andarán a tientas como en la oscuridad, y no en la luz, y los hará errar como a ebrios.

30. La ceguera de los judíos hacia Cristo, quien sufrió como humano, pero mostró lo divino. -- El corazón de los príncipes de la tierra se transformó cuando en Judea los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo intentaban oponerse con su consejo a aquel cuya venida antes proclamaban. Y mientras, al perseguir su nombre, intentaban extinguirlo, engañados por su malicia, intentaban avanzar por un camino infranqueable en vano, porque su crueldad no podía abrir camino contra el autor de todo. Veían los milagros, se aterraban por su poder; pero, negándose a creer, aún buscaban señales, cuando decían: ¿Qué señal haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obra realizas? (Juan VI, 30). Por tanto, bien se dice: Palparán como en tinieblas, y no en la luz. Porque quien entre tantos milagros evidentes tiembla, palpa como en tinieblas, porque lo que toca no lo ve. Y todo el que yerra, es llevado ahora aquí, ahora allá. Y porque a veces parecían creer, cuando decían: Si este no viniera de Dios, no podría hacer nada (Juan IX, 33); pero a veces negaban que este fuera de Dios, cuando despreciando decían: ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas, y sus hermanas, no están todas entre nosotros? (Mateo XIII, 55); correctamente se añade: Y los hará errar como ebrios. Pues lo veían resucitar a los muertos, y sin embargo ser mortal. ¿Quién no creería en Dios, a quien veían resucitar a un muerto? Pero de nuevo, cuando lo veían mortal, despreciaban creer que este fuera el Dios inmortal. Por lo tanto, al exhibirse el Dios omnipotente ante sus ojos de tal manera que podía mostrar lo divino y sufrir lo humano, los hizo errar como ebrios, para que su soberbia, que prefirió despreciar el misterio de su encarnación antes que seguirlo, se alzara contra su humanidad y admirara internamente el poder resplandeciente de su Deidad. Todo esto, porque fue hecho presente a los ojos del bienaventurado Job por el espíritu de la profecía, correctamente se añade:

CAPÍTULO XX [Rec. XII].

CAP. XIII. VERS. 1.---He aquí todas las cosas.

31. Job poseía el espíritu de profecía. Pues en él veía lo que estaba por venir, asistiendo a Aquel a quien ni el futuro llega, ni el pasado se aleja, sino que todo está presente ante Sus ojos. Y porque vio que esas mismas cosas que habrían de venir eran diferentes en obras y en palabras, correctamente se añade: —Y vio mi ojo, y oyó mi oído. Pero las palabras no tienen utilidad si carecen de entendimiento. Por lo tanto, se añade apropiadamente: —Y entendí cada cosa. Pues cuando algo se muestra o se escucha, si no se otorga entendimiento, no es profecía. Faraón vio en sueños lo que habría de venir a Egipto (Génesis XLI, 2, y ss.); pero como no pudo entender lo que vio, no fue profeta. El rey Belsasar contempló los dedos de una mano escribiendo en la pared (Daniel V, 5); pero no fue profeta, porque no recibió el entendimiento de lo que había visto. Así, para que el bienaventurado Job testifique que posee el espíritu de profecía, afirma no solo haber visto y oído, sino también haber entendido todo. De este entendimiento, porque no se ensalza, sus palabras añadidas lo atestiguan cuando dice:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 2.---Según vuestro conocimiento, yo también lo sé, y no soy inferior a vosotros.

32. Recibido este don no se envaneció.---Con estas palabras se manifestó cuán grande fue la humildad de aquel que no se considera inferior a aquellos cuya vida había superado con creces viviendo santamente. Pues también afirma conocer según su ciencia, quien, conociendo las cosas celestiales, trascendía sus pensamientos terrenales a través del espíritu de profecía. Sigue:

CAPÍTULO XXII [Rec. XIII].

VERS. 3.---Sin embargo, hablaré con el Omnipotente, y deseo discutir con Dios.

33. Quien ahora es familiar a Dios en la oración, con Él juzgará después.---Hablamos con el Omnipotente cuando imploramos su misericordia; pero discutimos con Él cuando, uniéndonos a su justicia, examinamos nuestros actos con una investigación minuciosa. O ciertamente, disputar con Dios es que aquel que aquí obedeció sus preceptos venga después con Él como juez para juzgar a los pueblos, tal como se dice a los predicadores que lo dejaron todo: Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28). Por eso, el Señor dice por medio de Isaías: Librad al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda, y venid, disputemos (Isa. I, 17). Es justo que disputen con Dios sobre los huérfanos en el juicio aquellos que abandonan perfectamente el presente siglo por las palabras de Dios. Hablar, por tanto, pertenece a la oración, y disputar al juicio. Así, el hombre santo ahora habla al Omnipotente, para que después dispute con el Omnipotente, porque aquel que aquí ha sido familiar a Él en la oración, vendrá después como juez con Dios. Pero la santa Iglesia, de la cual ya hemos dicho que el bienaventurado Job es figura (Principalmente en el prefacio, c. 6 y ss.), no solo juzga a los inicuos cuando llegue el día del juicio final, sino que ahora también no cesa de juzgar a todos los que obran mal o piensan neciamente. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXIII [Ant. XV].

VERS. 4.---Primero os muestra como fabricantes de mentiras y adoradores de doctrinas perversas.

34. Herejes, fabricantes de mentiras.---Con estas palabras, se muestra claramente que sus amigos, casi como si fueran de la especie de los herejes, se oponen a los juicios del hombre santo. Es evidente que no mantienen la figura de los católicos quienes son llamados adoradores de doctrinas perversas. En este asunto, también es necesario considerar que son llamados fabricantes de mentiras. Así como un edificio se construye con piedras, de igual manera la mentira se fabrica con palabras. Donde no hay un discurso engañoso, sino el sentido de la verdad, surge como una estructura fortificada no por obra humana, sino por naturaleza. Sigue:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 5.---Y ojalá guardarais silencio, para que se os considerara sabios.

35. La utilidad del silencio para ocultar la necedad.---Así como una puerta cerrada en una casa oculta qué miembros se encuentran dentro, de igual manera, muchas veces, el necio, si guarda silencio, se oculta si es sabio o necio, siempre que no haya otras obras que revelen el sentido de quien calla. Por lo tanto, el hombre santo, al observar que sus amigos deseaban aparentar lo que no eran, los aconsejó a guardar silencio, para que no pudieran mostrar lo que realmente eran. Por eso, también se dice por medio de Salomón: El necio, si calla, será tenido por sabio (Prov. XVII, 28). Pero dado que el necio, al hablar, no es capaz de considerar las palabras de los sabios que introduce, con razón, después de imponer el silencio, añade:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 6.---Escuchad, pues, mis correcciones, y prestad atención al juicio de mis labios.

36. Corrección necesaria para los necios.---Bien ha puesto primero la corrección y luego el juicio, porque si no se reduce primero el orgullo del necio mediante la corrección, de ninguna manera se reconoce el juicio del justo a través de la inteligencia. Sigue:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 7.---¿Acaso Dios necesita de vuestra mentira, para que habléis engaños en su favor?

37. La verdad no busca ser sostenida por la ayuda de la falsedad.---Dios no necesita de la mentira, porque la verdad no busca ser sostenida por la ayuda de la falsedad. Los herejes, sin embargo, como no pueden defender lo que entienden erróneamente sobre Dios con la verdad, buscan como si fuera para probar un rayo de luz con la sombra de la falsedad. Y por ello hablan con engaños, mientras con una seducción insensata engañan a las mentes débiles en su entendimiento. Sigue:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 8.---¿Acaso aceptáis su persona y os esforzáis por juzgar en lugar de Dios?

38. Los necios juzgan con mayor severidad los asuntos ajenos cuanto más profundamente ignoran los propios. Los necios, al observar las acciones de los prudentes, les parecen todas ellas reprochables; quienes, olvidando su propia ignorancia y debilidad, juzgan con más atención los asuntos ajenos cuanto más profundamente ignoran los propios. Por el contrario, los justos, al reprobar las acciones de los perversos, siempre conscientes de su propia debilidad, los reprenden exteriormente con severidad, pero interiormente con compasión, porque solo aquel que, por la omnipotencia de su naturaleza, desconoce el pecado, puede examinar los pecados de los hombres sin compasión. Por lo tanto, como los amigos del bienaventurado Job habían reprobado sus acciones como si en ellos mismos no hubiera nada reprochable, se dice acertadamente ahora: ¿Acaso tomáis su rostro y os esforzáis por juzgar en lugar de Dios? Tomar su rostro significa asumir su autoridad en el juicio; y quien se esfuerza por juzgar en lugar de Dios es aquel que, al reprobar las debilidades en otro, no se debilita interiormente por la compasión. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 9.---¿O le agradará a Él, a quien nada se le puede ocultar; o será engañado, como un hombre, por vuestras fraudes?

39. Los herejes ofenden a Dios mientras fingen defenderlo. Los herejes presentan un engaño a Dios, porque afirman cosas que de ninguna manera agradan a aquel por quien dicen hablar; y mientras intentan defenderlo, lo ofenden, al caer en la adversidad de aquel a quien parecen servir con su predicación. Por eso, también se dice a través del Salmista: Para destruir al enemigo y al defensor (Salmo VIII, 3). En efecto, todo hereje es enemigo y defensor del Dios omnipotente, porque al intentar defenderlo, se opone a su verdad. Pero como nada puede ocultarse a Dios, Él juzga en ellos lo que sienten en su interior, no lo que parecen servir externamente. Por lo tanto, ya que Dios no es engañado por sus fraudes como lo sería un hombre, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 10, 11.---Él os reprenderá, porque en lo oculto aceptáis su rostro. En cuanto se conmueva, os turbará, y su terror caerá sobre vosotros.

40. Qué castigo merecen aquellos que combaten la verdad conocida.---Esto, que afirma recibir en secreto el rostro de Dios, puede entenderse de dos maneras. Hay algunos que sienten la verdad en su corazón, y sin embargo, externamente hablan falsedades sobre Dios. Para no parecer vencidos, reconocen la verdad internamente, pero la combaten externamente. Por eso, ahora se dice acertadamente: Él os acusará, porque en secreto recibís su rostro. Como si se dijera abiertamente: Tanto más sois reprochables ante él por la falsedad, cuanto que vosotros mismos veis lo que es verdadero. Y hay algunos que, cuando vuelven a sí mismos, contemplan la justicia y rectitud de Dios, y orando y llorando tiemblan; pero después de que pasa la hora de la contemplación, regresan audazmente a las iniquidades como si, colocados a sus espaldas, no fueran vistos por la luz de su justicia. Estos, por tanto, en secreto, como si corporalmente vieran, reciben el rostro de Dios, porque cuando están presentes le halagan con lágrimas, y cuando se alejan de su presencia, le ofenden con sus costumbres. Estos deben ser castigados aún más por sus males, cuanto que en lo oculto de su pensamiento reconocen los justos juicios de Dios. Por eso se añade: Tan pronto como se conmueva, os turbará; y su terror caerá sobre vosotros.

41. Los justos temen a Dios antes de experimentar su ira.---Siendo Dios omnipotente de naturaleza inmutable, no se perturba en la ira del juicio. Pero, en lenguaje humano, el movimiento de Dios se refiere a la misma rectitud de su juicio, con la cual se castiga la maldad humana. Los hombres justos temen a Dios antes de que su ira se vuelva contra ellos; y para no sentirlo alterado, temen su tranquilidad. En cambio, los perversos temen ser heridos solo cuando ya están siendo heridos; y es entonces cuando su terror los despierta del letargo de su somnolencia, cuando la venganza los perturba. Por eso, a través del profeta se dice: Y solo la aflicción dará entendimiento al oído (Isaías 28, 19). Pues cuando comienzan a ser castigados por la venganza debido a los mandamientos de Dios despreciados y desatendidos, entonces comprenden lo que han escuchado. Y el salmista dice: Cuando los mataba, entonces lo buscaban (Salmo 77, 34). Por tanto, se dice acertadamente: Tan pronto como se conmueva, os turbará; y su terror caerá sobre vosotros, porque en los corazones de los réprobos no es el temor el que produce descanso, sino que es el castigo el que produce temor. Sigue:

CAPÍTULO XXX [Rec. XIV].

VERS. 12.---Vuestra memoria será comparada con ceniza.

42. La memoria de los soberbios se compara con cenizas llevadas por el viento y con el lodo. Todos los que con pensamiento terrenal se conforman a este siglo, intentan dejar su memoria en este mundo a través de todo lo que hacen. Unos se esfuerzan intensamente en los títulos de guerras, otros en las altas murallas de edificios, otros en los elocuentes libros de doctrinas seculares, y construyen un nombre para su memoria. Pero cuando la vida misma se recorre rápidamente hacia su fin, ¿qué permanecerá fijo en ella, cuando también ella pasa rápidamente y es móvil? Pues el viento lleva las cenizas, como está escrito: No así los impíos, no así, sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo I, 4). Por tanto, con razón la memoria de los necios se compara con cenizas, porque se coloca allí donde el viento las lleva. Por mucho que alguien se esfuerce por lograr la gloria de su nombre, ha puesto su memoria como cenizas, porque el viento de la mortalidad la lleva rápidamente. En cambio, está escrito sobre el justo: En memoria eterna será el justo (Salmo CXI, 4). Pues al imprimir sus obras solo a los ojos de Dios, fija el nombre de su memoria en la eternidad. Sigue:

CAPÍTULO XXXI.

IBID.---Y vuestros cuellos serán reducidos al lodo.

43. Así como el ojo representa la vista, el cuello suele simbolizar el orgullo. Por lo tanto, el cuello se reduce a lodo cuando el orgulloso es humillado en la muerte, y la carne elevada se descompone en putrefacción. Consideremos, pues, cómo yacen en las tumbas los cadáveres de los ricos, cuál es esa imagen de la muerte en la carne extinguida, cuál es la corrupción de la descomposición. Y ciertamente, ellos eran los que se exaltaban con honores, se envanecían con sus posesiones, despreciaban a los demás y se alegraban como si fueran los únicos; y mientras no consideraban hacia dónde se dirigían, no sabían lo que eran. Pero el cuello ha sido reducido a lodo, porque yacen despreciados en la putrefacción, aquellos que se envanecían en la vanidad. El cuello se reduce a lodo, porque la descomposición de la corrupción demuestra cuánto vale el poder de la carne. Sigue:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 13.---Callad un momento, para que pueda hablar lo que mi mente me sugiera.

44. Los que hablan carnalmente deben ser llevados al silencio.---Indica a aquellos que han hablado con sentido carnal, a quienes por eso restringe al silencio, para que diga lo que la mente les haya sugerido. Como si dijera abiertamente: No hablo carnalmente, sino espiritualmente, porque escucho a través del sentido del espíritu lo que expreso mediante el ministerio del cuerpo. Por lo tanto, inmediatamente asciende a lo alto, se eleva en los misterios, y transforma la reprensión que había pronunciado en palabras místicas, diciendo:

CAPÍTULO XXXIII [Ant. XVIII, Rec. XV].

VERS. 14.---¿Por qué desgarrar mi carne con mis dientes, y llevar mi alma en mis manos?

45. Los justos castigan sus faltas leves con grandes sufrimientos. En la Sagrada Escritura, los dientes a veces se interpretan como los santos predicadores, y otras veces como los sentidos internos. De los santos predicadores se ha dicho a la esposa: "Tus dientes son como rebaños de ovejas esquiladas que suben del lavadero" (Cant. IV, 2). Por eso, a uno de ellos, al mostrársele en figura las naciones, se le dice: "Mata y come" (Hech. X, 13); es decir, destruye su antigüedad y conviértelas en el cuerpo de la Iglesia, es decir, en tus miembros. Nuevamente, porque los dientes suelen interpretarse como sentidos internos, el profeta Jeremías testifica diciendo: "Quebró mis dientes en número" (Lam. III, 10). Porque a través de los dientes se rompe el alimento para ser tragado. Por lo tanto, no sin razón, entendemos los sentidos internos en los dientes, que mastican y desmenuzan cada pensamiento, y lo transmiten al vientre de la memoria. El profeta dice que están quebrados en número, porque según la medida de cada pecado se genera ceguera de entendimiento en los sentidos, y según lo que cada uno ha hecho exteriormente, se asombra de lo que pudo entender de lo interno e invisible. Por eso está escrito correctamente: "Todo hombre que coma uva agria, sus dientes se entumecerán" (Ezeq. XVIII, 2; Jer. XXX, 30). ¿Qué es la uva agria sino el pecado? La uva agria es un fruto antes de tiempo. Quien desea saciarse con los placeres de esta vida presente se apresura a comer frutos antes de tiempo. Quien come uva agria, sus dientes se entumecen, porque quien se alimenta de los placeres de este mundo presente, sus sentidos internos se atan, de modo que ya no pueden masticar, es decir, entender lo espiritual, porque de lo que se deleitaron exteriormente, de eso se asombran internamente. Y mientras el alma se alimenta del pecado, no puede comer el pan de la justicia, ya que los dientes atados, por la costumbre del pecado, no pueden comer lo justo que saborean internamente. Por lo tanto, en este lugar, ya que los dientes, como hemos dicho, se interpretan como sentidos internos, debemos considerar cuidadosamente lo que suelen hacer los justos. Quienes, a menudo, si descubren en sí mismos algo carnal, aunque sea levemente, lo reconsideran en sus sentidos internos, se persiguen intensamente a sí mismos, se afligen, y juzgan con grandes sufrimientos incluso las más mínimas faltas en sí mismos, y las condenan mediante la penitencia. Hacen esto para que, en la presencia del juez eterno, puedan ser encontrados, en la medida de lo posible, irrepreensibles, y aquellos que los ven juzgarse a sí mismos de esta manera se enciendan en corregirse de faltas más graves. Esto es lo que el bienaventurado Job había hecho ante sus amigos, que poseían gloria temporal y alababan los bienes pasajeros; sin embargo, no podía llevar su entendimiento a reconocer la utilidad de su aflicción, para que pudieran considerar que no solo el Dios omnipotente otorgaba prosperidad, sino que a veces también enviaba adversidades con benevolencia. Por eso dice bien ahora: "¿Por qué desgarraré mi carne con mis dientes?" Como si dijera abiertamente: ¿Por qué discuto con mis sentidos internos las cosas carnales, si no puedo beneficiar a mis espectadores? Donde también se añade adecuadamente: "Y llevo mi alma en mis manos".

383 [Vet. XIX, Rec. XVI.] 46. No solo buscan su propio progreso, sino también la edificación del prójimo en todo. — Llevar el alma en las manos es mostrar la intención del corazón en la acción. Los justos tienen como característica propia que en todo lo que dicen y hacen, no solo buscan su propio avance, sino también la edificación de los demás. Y a veces se juzgan a sí mismos en ciertas cosas, para que los oyentes perezosos se vuelvan a considerar a sí mismos. A veces muestran buenas obras, para que quienes las observan se avergüencen de no imitar lo que ven. Pues está escrito: Vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Por lo tanto, quien insinúa su intención a través de las obras, lleva su alma en las manos. Pero cuando un justo no logra el beneficio de los demás ni juzgándose a sí mismo ni mostrando buenas obras, vuelve a las palabras de dolor por lo que ha hecho. Por eso se dice correctamente ahora: ¿Por qué desgarré mi carne con mis dientes y llevo mi alma en mis manos? Es decir, ¿por qué me juzgo estrictamente ante los hombres o muestro lo que deseo en la obra, si no beneficio a los demás ni juzgando lo malo ni mostrando lo bueno? Sin embargo, los justos, incluso cuando dicen esto, nunca dejan de ofrecer un buen ejemplo a los demás. Por eso, aún ante sus amigos, el bienaventurado Job, mostrando y exhibiendo la virtud de la paciencia, dice:

CAPÍTULO XXXIV [Rec. XVII.]

VERS. 15.---Aunque me mate, en Él esperaré.

47. El justo alaba a Dios incluso en las adversidades. Nunca se manifiesta la virtud de la paciencia en tiempos prósperos. Sin embargo, verdaderamente es paciente aquel que, aunque es golpeado por las adversidades, no se desvía de la rectitud de su esperanza. Pues está escrito sobre el sentir del réprobo: Y te alabará cuando le hagas bien (Salmo 48, 19). En esto, por tanto, se distingue la mente justa de la injusta, ya que confiesa la alabanza del Dios omnipotente incluso en medio de las adversidades, no se quiebra con las cosas, no cae con el azar de la gloria exterior, sino que demuestra más bien cómo es con las cosas, permaneciendo más fuerte incluso sin ellas. Sigue:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 15, 16.---Sin embargo, defenderé mis caminos ante Él, y Él será mi salvador.

48. No sabe perdonarse sus propias culpas, para que Dios le perdone.---Cuando el apóstol Pablo dice: Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados (I Cor. XI, 31), el Señor Salvador se encuentra entonces, cuando ahora, por temor de Dios, nuestro pecado es reprendido por nosotros mismos. Por eso, los elegidos nunca saben perdonarse sus propias culpas, para poder encontrar al juez de las culpas aplacado. Y verdaderamente creen encontrarlo después como salvador, a quien ahora temen estrictamente como juez. Pues quien ahora se perdona a sí mismo en la culpa, no se le perdonará después en el castigo. Diga, por tanto: Sin embargo, reprenderé mis caminos ante Él. Y añada cuál es la utilidad que sigue de esta reprensión: Y Él será mi salvador. Sigue:

CAPÍTULO XXXVI [Rec. XVIII].

IBID.---No vendrá en su presencia ningún hipócrita.

49. El hipócrita huye de la presencia de Dios, mientras desea agradar a los ojos humanos.--- Dado que está claro que el juez, al venir, colocará a las ovejas a su derecha y a los cabritos a su izquierda (Mat. XXV, 33), ¿de qué manera se dice ahora que el hipócrita no vendrá ante su presencia, si es que estará entre los cabritos y aparecerá a la izquierda del juez? Pero es necesario saber que venimos ante la presencia del Señor de dos maneras. Una, ciertamente, cuando aquí, considerando sutilmente nuestros pecados, los castigamos en su presencia y los juzgamos llorando. Pues cada vez que traemos a la mente el poder de nuestro Creador, tantas veces estamos ante su presencia. Por lo cual, también se dice correctamente por el hombre de Dios Elías: Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy (1 Reyes XVII, 1). De otra manera también venimos ante la presencia del Señor, cuando en el juicio final estamos ante su tribunal. El hipócrita, por lo tanto, viene ante la presencia del juez en el examen último; pero porque ahora disimula considerar y llorar sus culpas, rehúsa venir ante la presencia del Señor. Así como los hombres justos, cuando contemplan la severidad del juez venidero, traen a la memoria sus pecados, lloran lo que han cometido y se juzgan estrictamente a sí mismos para no ser juzgados; así los hipócritas, cuanto más agradan exteriormente a los hombres, tanto más descuidan mirarse interiormente; se entregan por completo a las palabras de los demás y se consideran santos, porque piensan que así son tenidos por los hombres. Y cuando han dispersado su mente con las palabras de su propia alabanza, nunca la llevan al conocimiento de su culpa, nunca consideran dónde ofenden al juez interno, no temen nada de su severidad, porque creen haberle agradado como a los hombres. Si trajeran a la mente su terror, temerían más el hecho de agradar a los hombres con mala intención. Por lo tanto, se dice bien: No vendrá ante su presencia ningún hipócrita, porque no pone la severidad de Dios ante sus ojos, mientras desea agradar a los ojos humanos. Si, examinando su mente, se pusiera a sí mismo ante la presencia de Dios, ciertamente ya no sería un hipócrita. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 17.---Escuchad mi palabra, y percibid los enigmas con vuestros oídos.

50. Job, lenguaje figurado.---Al mencionar los enigmas, demuestra que utiliza un lenguaje figurado. Por lo tanto, adecuadamente se añade con la voz del pueblo fiel:

CAPÍTULO XXXVIII [Rec. XIX].

VERS. 18.---Si soy juzgado, sé que seré hallado justo.

51. También la humildad de Job al alabarse a sí mismo. Atribuye a sí mismo la iniquidad, pero a Dios su purificación. --- Lo cual no difiere de la persona del mismo bienaventurado Job, cuando él mismo habla externamente de sí mismo lo que la Verdad había dicho interiormente a su enemigo: ¿Has visto a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra? (Job 1, 8). Y ciertamente, el mismo hombre recuerda de sí algo mucho más inferior que lo que el Señor dijo de él. Pues una cosa es ser justo, y otra es no tener igual. Humildemente, por tanto, pensó de sí mismo, quien, siendo justo sin comparación, no se recordó a sí mismo por encima de los demás, sino que solo podía ser hallado justo. [Vet. XXI.] Sin embargo, en sus palabras parece haber una cuestión, ya que quien anteriormente dijo: Defenderé mis caminos ante Él (Vers. 15); y más adelante dice: Quieres consumir mis pecados de juventud; y reconociendo sutilmente sus pecados, añade aún más abajo: Has sellado mis delitos como en un saco; ahora dice: Si soy juzgado, sé que seré hallado justo. Pues no pueden coincidir el pecado y la justicia. Pero el santo varón, atribuyéndose a sí mismo la iniquidad, y al omnipotente Señor su purificación, se reconoce pecador por sí mismo, y no ignora que ha

sido hecho justo por don. Quien, incluso en la obra recta, mereció soportar los azotes por la gracia abundante. Y ya se alegra de ser hallado justo en el juicio, quien se vio golpeado antes del juicio. Por lo cual, cuando mucho después dice: Has sellado mis delitos como en un saco, inmediatamente añade:

IBID.---385 Pero has curado mi iniquidad. Por tanto, quien recuerda ser hallado justo en el juicio, de ninguna manera niega haber sido justamente castigado; aunque con su flagelo el Señor no buscó borrar pecados, sino aumentar méritos. Sigue:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 19.---¿Quién es el que se juzgará conmigo? Que venga.

52. Nadie puede estar libre de pensamientos pecaminosos. Los hombres santos se guardan en sus obras, con la ayuda de Dios, de tal manera que no se encuentra en ellos nada de lo que puedan ser acusados externamente; internamente, en sus pensamientos, se vigilan con tanta cautela que, si fuera posible, siempre estarían irrepreensibles ante los ojos del juez interno. Pero, por mucho que puedan evitar caer externamente en sus acciones, no pueden evitar caer internamente en sus pensamientos. La conciencia humana, al alejarse de lo más íntimo, siempre está en peligro de resbalar. Por eso, incluso los hombres santos frecuentemente tropiezan en su corazón. Así, el bienaventurado Job, hablando tanto por su propia voz como por la de los elegidos, dice: ¿Quién es el que se juzgará conmigo? Que venga. Pues, al no tener nada de lo que pueda ser reprendido en sus actos externos, busca libremente a su acusador. Sin embargo, como incluso los corazones de los justos a veces se reprenden a sí mismos por pensamientos insensatos, tal vez por eso se añade:

CAPÍTULO XL.

IBID.---¿Por qué me consumo en silencio?

53. Cuya penitencia debe realizarse en secreto. Pues quien calla se consume, ya que, al reprocharse a sí mismo por un pensamiento insensato, es mordido por el diente de la conciencia. Como si dijera abiertamente: Así como viví sin temer a ningún acusador externo, ¡ojalá hubiera vivido de tal manera que no tuviera una conciencia acusadora dentro de mí mismo! Pues quien calla se consume, al encontrar dentro de sí mismo la causa de su tormento. Sigue:

VERS. 20.---Sólo dos cosas no me hagas, y entonces de tu rostro no me esconderé.

54. De la mirada de Dios nadie está a salvo.---En este contexto, ¿qué debemos entender por el rostro de Dios sino su mirada de reprobación, en la cual, al observar los pecados, castiga? De la cual, evidentemente, ningún justo se oculta, si no se apartan las dos cosas que Él exige; sobre las cuales añade:

CAPÍTULO XLI [Ant. XXII, Rec. XX].

VERS. 24.---Aparta tu mano de mí, y que tu temor no me aterre.

55. Los santos antes de Cristo deseaban aquella ley en la cual no sirvieran por temor, sino por amor. En estos dos aspectos, ¿qué otra cosa busca la voz profética sino el tiempo de la gracia

y la redención? La ley mantenía al pueblo bajo la amenaza de la venganza, de modo que cualquiera que pecara bajo ella era inmediatamente castigado con la muerte. Y el pueblo israelita no servía al Señor por amor, sino por temor. En verdad, la justicia nunca puede cumplirse por temor, porque, según la voz de Juan: La caridad perfecta expulsa el temor (1 Juan 4, 18). Y Pablo también consuela a los hijos de la adopción, diciendo: No habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre (Rom. 8, 15). Por lo tanto, con la voz del género humano, deseando pasar de la dureza de la ley a la gracia, y anhelando llegar al amor desde el temor, suplica al Dios omnipotente que aleje de él estas dos cosas, diciendo: Aleja de mí tu mano, y que tu temor no me aterre; es decir, remueve de mí la dureza de la ley, quita el peso del temor, pero infunde el espíritu de seguridad con la gracia resplandeciente del amor, porque si no estoy lejos de la dureza y el temor, sé que no podré esconderme de la severidad de tu juicio, ya que ante ti no puede ser justo quien te sirve no por amor, sino por temor. Por eso busca la presencia de su Creador casi de manera familiar y corporal, para que a través de ella pueda escuchar lo que ignora y ser escuchado en lo que sabe. Pues inmediatamente añade:

VERS. 22.---Llámame, y te responderé; o ciertamente hablaré, y tú me responderás.

56. Cristo manifestó los pecados que estaban ocultos.---Quien, al aparecer a los ojos humanos por la carne asumida, reveló a los hombres sus pecados, los cuales cometían y desconocían. Por lo tanto, se añade.

CAPÍTULO XLII. [Rec. XXI].

VERS. 23.---Cuántas iniquidades y pecados tengo, mis crímenes y delitos muéstrame.

57. Dios llama cuando nos elige amando. Respondemos obedeciéndole. Qué diferencia hay entre pecado e iniquidad, entre crímenes y delitos. Aunque llamar y responder se puede entender de otra manera. Llamar es que Dios nos mire amando y eligiendo. Responder es obedecer a su amor con buenas obras. Donde se añade apropiadamente: O ciertamente hablaré, y tú me responderás. Hablamos cuando pedimos su rostro por deseo. Dios responde a los que hablan cuando se manifiesta a los que lo aman. Pero porque cualquiera que anhela la eternidad, reprendiéndose sutilmente, examina sus acciones y busca que no haya nada en él que ofenda el rostro de su Creador, correctamente añade: Cuántas iniquidades y pecados tengo, muéstrame mis crímenes y delitos. Este es el trabajo de los justos en esta vida, encontrarse a sí mismos, y encontrándose, llorando y corrigiendo, avanzar hacia lo mejor. Y aunque el apóstol Juan afirme que no hay diferencia entre iniquidad y pecado, diciendo: La iniquidad es pecado (1 Juan 3, 4), sin embargo, en el uso del lenguaje, la iniquidad suena más que el pecado, y todo hombre libremente se confiesa pecador, pero a veces se avergüenza de llamarse iniquo. [Vet. XXIII.] Entre crímenes y delitos, la diferencia es que el crimen incluso supera el peso del pecado, mientras que el delito no lo supera, ya que cuando se ordena ofrecer sacrificio por la ley, se manda tanto por el pecado como por el delito. Y el crimen nunca es sino en la obra, mientras que el delito a menudo está solo en el pensamiento. Por eso el salmista dice: ¿Quién entiende los delitos? (Salmo 18, 13). Porque evidentemente los pecados de obra se conocen más rápidamente cuanto más se ven exteriormente; pero los pecados de pensamiento son difíciles de entender porque se cometen invisiblemente. Por tanto, quien ansía aparecer puro ante el juez venidero por deseo de eternidad, se examina ahora con más sutileza, pensando que entonces estará libre de su terror, y ruega que se le

muestre donde desagrada, para castigarlo en sí mismo por penitencia, y juzgándose aquí, se haga injuiciable.

58. Hemos llegado a tal ceguera por el pecado, que nos desconocemos a nosotros mismos.--- Pero entre estas cosas es necesario observar cuán grande es el castigo de nuestra peregrinación que nos ha golpeado, al haber llegado a tal ceguera que nos desconocemos a nosotros mismos. Cometemos males, y sin embargo, no los detectamos rápidamente ni siquiera después de haberlos cometido. En efecto, la mente, excluida de la luz de la verdad, no encuentra en sí misma más que tinieblas, y a menudo extiende el pie hacia el abismo del pecado, y no lo sabe. Esto, sin duda, lo sufre solo por la ceguera de su exilio, porque, rechazada de la iluminación del Señor, ha perdido la capacidad de verse a sí misma, ya que no amó el rostro de su Creador. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XLIII.

VERS. 24.---¿Por qué escondes tu rostro y me consideras tu enemigo?

59. Del temor penal se debe regresar al amor.---El género humano tuvo la contemplación de la luz interior en el paraíso; pero complaciéndose a sí mismo, al alejarse de sí, perdió la luz del creador y su rostro; huyó hacia los árboles del paraíso, porque después de la culpa temía ver a quien solía amar. Pero he aquí que después de la culpa viene el castigo, y del castigo se regresa al amor, porque descubre cuál fue el fruto de la culpa; y aquel rostro que temió en la culpa, lo busca despertado por el castigo, para que ya huya de la oscuridad de su ceguera, y para que se horrorice profundamente de no ver a su creador. Con este deseo, el santo varón clama: ¿Por qué escondes tu rostro y me consideras tu enemigo? porque si me miraras como amigo, no me privarías de la luz de tu visión. Siguiendo también la inconstancia del corazón humano, añade:

CAPÍTULO XLIV.

VERS. 25.---¿Contra una hoja que el viento arrastra muestras tu poder, y persigues la paja seca?

60. El hombre es como una hoja y una paja, movido por el viento de la tentación. ¿Qué es el hombre, sino una hoja, que evidentemente cayó del árbol en el paraíso? ¿Qué es sino una hoja, que es arrastrada por el viento de la tentación y levantada por los soplos de los deseos? La mente humana, en efecto, sufre tantas tentaciones como soplos la mueven. A menudo la perturba la ira; cuando la ira se retira, le sucede una alegría insensata. Es urgida por los estímulos de la lujuria, y se extiende ampliamente por el ardor de la avaricia para abarcar lo que es terrenal. A veces la eleva la soberbia; otras veces, el temor desordenado la deposita en lo más bajo. Por tanto, ya que es elevada y llevada por tantos soplos de tentaciones, el hombre es justamente comparado a una hoja. Por eso, también se dice acertadamente por medio de Isaías: "Todos caímos como hoja, y nuestras iniquidades nos llevaron como el viento" (Isaías 64, 6). En efecto, la iniquidad nos llevó como el viento, porque nos elevó a una vana exaltación sin el peso firme de la virtud. Sin embargo, después de la hoja, el hombre también es llamado paja. Pues quien fue árbol en su condición, se convirtió en hoja por la tentación, pero después apareció como paja en la caída. Porque cayó desde lo alto, es hoja; pero porque por la carne fue cercano a la tierra, incluso cuando parecía estar de pie, se recuerda que es paja. Pero como perdió la frescura del amor íntimo, ya es paja seca. Considere, pues, el hombre santo, cuán vil es el hombre y cuán estricto es Dios, y diga:

"¿Contra la hoja que el viento arrastra muestras tu poder, y persigues la paja seca?" Como si abiertamente lamentara, diciendo: ¿Por qué con tanta rectitud atacas a quien sabes que es tan débil en la tentación? Sigue:

CAPÍTULO XLV. [Rec. XXIII].

VERS. 26.---Porque escribes contra mí amarguras.

61. La sentencia escrita sobre la muerte del hombre pecador no puede ser cambiada.---Porque todo lo que hablamos pasa, pero lo que escribimos permanece, se dice que Dios no habla, sino que escribe amarguras, cuando sus flagelos perduran sobre nosotros. En efecto, al hombre pecador se le dijo una vez: Eres polvo, y al polvo volverás (Génesis III, 19). Y a menudo los ángeles que aparecían daban mandamientos a los hombres. Moisés, el legislador, reprimió los pecados con severidad. El mismo Unigénito del Padre supremo vino a redimirnos, absorbiendo la muerte al morir; nos anunció la vida eterna, que mostró en sí mismo. Pero, sin embargo, aquella sentencia sobre la muerte de nuestra carne dada en el paraíso desde el inicio del género humano hasta el fin del mundo no se cambia. ¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Salmo LXXXVIII, 49). Lo cual el salmista, observando bien, dice de nuevo: Tú eres terrible, ¿y quién resistirá ante ti? desde entonces tu ira (Salmo LXXV, 8). Aquel que, en efecto, enojado con el hombre pecador en el paraíso, fijó una vez la sentencia sobre la mortalidad de nuestra carne, la cual ahora y hasta el final no podrá ser cambiada de ninguna manera. Diga, pues: Escribes contra mí amarguras. Por lo cual se añade aún:

CAPÍTULO XLVI. [Ant. XXV, Rec. XXIV].

IBID.---Y deseas consumirme con los pecados de mi juventud.

62. Así como en el cuerpo, también hay diversas edades en la mente. He aquí el hombre justo, que al no encontrar pecado en su juventud, teme las acciones de su adolescencia. Pero es necesario saber que, al igual que en el cuerpo, también hay incrementos de edad en la mente. La primera edad del hombre es la infancia, cuando, aunque vive inocentemente, no sabe expresar la inocencia que posee. Luego sigue la niñez, en la cual ya puede decir lo que quiere; a esta le sucede la adolescencia, que es la primera edad en la acción; a la que sigue la juventud, apta para la fortaleza; y posteriormente la vejez, ya adecuada por el tiempo a la madurez. Por lo tanto, ya que hemos dicho que la primera edad apta para las buenas acciones es la adolescencia, y los hombres justos, cuando avanzan en gran madurez mental, a veces retrotraen a la memoria el inicio de sus acciones, y se reprochan tanto de sus comienzos, cuanto más han progresado en la profundidad de su mente, porque se encuentran a sí mismos haber sido indiscretos en la medida en que después alcanzan más plenamente la cima de la discreción, correctamente ahora por la voz del hombre santo se temen los pecados de la adolescencia. Pero si se ha de tomar al pie de la letra, de aquí se debe considerar cuán graves son los pecados de los jóvenes y los ancianos, si incluso aquellos temen tanto lo que pecaron en la edad débil. Sigue:

CAPÍTULO XLVII [Rec. XXV].

VERS. 27.---Pusiste mi pie en el cepo, y observaste todos mis caminos, y consideraste las huellas de mis pies.

63. La severidad del juicio divino al castigar incluso los pensamientos perversos. Dios ha puesto el pie del hombre en el cepo, porque ha atado su perversidad con la sentencia de su fuerte severidad. Observa todos sus caminos, porque juzga con detalle cada uno de sus actos. En efecto, el sendero suele ser más estrecho que el camino. Y dado que las acciones son los caminos, no sin razón consideramos que los pensamientos de las acciones son los senderos. Así, Dios observa todos los senderos, porque en cada uno de nuestros actos también sopesa los pensamientos. Y considera las huellas de los pies, porque examina cuán rectamente se colocan las intenciones de nuestras obras, para que lo que se hace bien no se haga con un deseo incorrecto. También pueden señalarse algunas malas acciones a través de las huellas de los pies. Pues el pie en el cuerpo es la huella en el camino. Y a menudo, cuando hacemos ciertas cosas perversas, al ser observados por los hermanos, damos un mal ejemplo; y, como si desviáramos el pie fuera del camino, dejamos huellas torcidas para los que nos siguen, provocando con nuestras obras el escándalo en los corazones ajenos. Sin embargo, es muy laborioso evitar que el hombre se atreva a hacer el mal, que en las buenas acciones titubee por la intención, y que entre las obras rectas la mala intención lo engañe. Todo esto, sin embargo, el Dios omnipotente lo examina con detalle y lo sopesa en el juicio. Pero, ¿cuándo podrá el hombre, constreñido por la debilidad de su carne, levantarse con sutileza contra todo y mantener la rectitud con un pensamiento inquebrantable? Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 28.---Soy consumido como la podredumbre, y como un vestido que es comido por la polilla.

64. El hombre se consume por la putrefacción innata en él. Así como la polilla devora la ropa de la que ha surgido, el hombre lleva en sí mismo la putrefacción que lo consume; y esto es lo que lo lleva a no ser. Esto también puede entenderse de otra manera, si se dice desde la voz del hombre tentado: "Estoy destinado a ser consumido como la putrefacción, y como una vestidura que es devorada por la polilla". El hombre es consumido como la putrefacción, mientras es destruido por la corrupción de su carne. Porque la tentación impura no nace de otro lugar, sino de sí mismo, la tentación consume la carne, como la polilla consume la vestidura de la que procede. En sí mismo, el hombre tiene de dónde ser tentado. Así, la polilla consume la vestidura de la que ha surgido. También se debe saber que la polilla perfora la vestidura sin hacer ruido; y a menudo el pensamiento atraviesa la mente de tal manera que la mente misma no lo siente, sino hasta que ha sido traspasada por su aguijón. Por tanto, se dice acertadamente que el hombre es consumido como una vestidura por la polilla, porque a veces no reconocemos las heridas de nuestras tentaciones hasta que hemos sido heridos en la mente por ellas. Esta debilidad nuestra, el santo varón la considera bien, y añade:

CAPÍTULO XLIX [Ant. y Rec. XXVI].

CAP. XIV, VERS. 1.---El hombre nacido de mujer, de breve vida, se llena de muchas miserias.

65. El hombre nace de la debilidad, porque ha nacido de mujer. En la Sagrada Escritura, la mujer se menciona ya sea por su sexo o por su debilidad. Por el sexo, como está escrito: "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley" (Gálatas 4, 4). Por la debilidad, como dice un sabio: "Mejor es la iniquidad del hombre que la mujer que hace el bien" (Eclesiástico 42, 14). En efecto, cualquier hombre fuerte y discreto es llamado varón,

mientras que la mujer se entiende como mente débil o indiscreta. Y a menudo sucede que incluso una persona discreta cae repentinamente en culpa, y otra indiscreta y débil realiza una buena acción. Pero aquel que es indiscreto y débil a veces se eleva más por lo que ha hecho bien, y cae más gravemente en culpa; mientras que una persona discreta, incluso al darse cuenta de que ha actuado mal, se ajusta más estrictamente a la regla de la discreción; y así progresa más en la justicia, de donde parecía haber caído temporalmente de la justicia. En este sentido, se dice correctamente: "Mejor es la iniquidad del hombre que la mujer que hace el bien", porque a veces incluso la culpa de los fuertes se convierte en ocasión de virtud, y la virtud de los débiles en ocasión de pecado. Por lo tanto, en este contexto, ¿qué se designa con el nombre de mujer sino la debilidad, cuando se dice: "El hombre nacido de mujer"? Como si se dijera más claramente: ¿Qué fortaleza puede tener en sí mismo quien ha nacido de la debilidad?

66. Se estrecha hacia la vida, se dilata hacia la miseria.---Viviendo por breve tiempo, se llena de muchas miserias. He aquí que con las voces de los hombres santos se ha expresado brevemente la pena del hombre, porque se estrecha hacia la vida y se dilata hacia la miseria. Pues si se considera sutilmente todo lo que aquí se hace, es pena y miseria. Servir a la corrupción de la carne para lo necesario y lo permitido es miseria, como buscar vestimenta contra el frío, alimentos contra el hambre, frescura contra el calor. Que la salud del cuerpo se custodia con mucha cautela; que incluso custodiada se pierde, perdida se repara con gran esfuerzo, y sin embargo, reparada siempre está en duda; ¿qué es esto sino la miseria de la vida mortal? Que amamos a los amigos, sospechando que puedan ofenderse; tememos a los enemigos, y no estamos seguros de aquellos a quienes tememos; que a menudo hablamos con los enemigos tan confiadamente como con los amigos, y a veces recibimos las palabras puras de los prójimos, y de aquellos que quizás nos aman mucho, como si fueran palabras de enemigos, y quienes nunca queremos engañar ni ser engañados, por nuestra cautela erramos más gravemente; ¿qué es esto sino la miseria de la vida humana? Que, habiendo perdido la patria celestial, el hombre rechazado se deleita en el exilio, se agobia con preocupaciones, y sin embargo disimula pensar cuán grave es porque se piensan muchas cosas; que está privado de la luz interna, y sin embargo en esta vida desea prolongar su ceguera; ¿qué es esto sino miseria nacida de nuestra pena? Pero aunque desee permanecer aquí mucho tiempo, por el mismo curso de la vida mortal es empujado a salir. Por lo cual el hombre santo correctamente añade:

CAPÍTULO L [Ant. XXVII].

VERS. 2.---Que sale como una flor y es destruido, y huye como una sombra, y nunca permanece en el mismo estado.

67. El mundo está lleno de tantas flores que pronto se secarán, como de nombres. Pues como una flor, el hombre surge, porque brilla en la carne; pero se marchita, porque se reduce a la putrefacción. ¿Qué son los hombres nacidos en el mundo, sino ciertas flores en el campo? Dirijamos los ojos del corazón a esta extensión del mundo presente, y he aquí que está lleno de tantas flores como hombres. La vida, por tanto, en la carne, es una flor en el heno. Por eso bien dice el Salmista: El hombre, sus días son como la hierba; florecerá como la flor del campo (Salmo 102, 15). También Isaías dice: Toda carne es hierba, y toda su gloria como la flor del campo (Isaías 40, 6). Pues el hombre, al modo de una flor, procede del oculto y de repente aparece en público, quien inmediatamente del público es retraído por la muerte al oculto. La lozanía de la carne nos muestra, pero la aridez del polvo nos retira de la vista.

Como una flor aparecimos, que no éramos; como una flor nos marchitamos, que temporalmente aparecíamos.

68. El hombre avanza hacia la muerte en cada momento de su vida. De donde progresa, de allí decae. Y dado que el hombre es impulsado diariamente hacia la muerte, se añade correctamente: Y huye como una sombra, y nunca permanece en el mismo estado. Pero, aunque el sol también recorre su curso sin cesar y nunca se fija en la estabilidad, ¿por qué se compara el curso de la vida del hombre más con una sombra que con el sol, sino porque, al perder el amor del Creador, ha perdido el calor del corazón y ha quedado solo en el frío de su iniquidad? Porque, según la voz de la Verdad: Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos (Mat. XXIV, 12). Así, quien no tiene el calor del corazón en el amor de Dios, y sin embargo no retiene la vida que ama, huye como una sombra. Por lo tanto, está escrito correctamente sobre él: Porque siguió la sombra (Ecli. XXXIV). Bien se dice: Y nunca permanece en el mismo estado, porque mientras la infancia pasa a la niñez, la niñez a la adolescencia, la adolescencia a la juventud, la juventud a la vejez, y la vejez pasa a la muerte, en el curso de la vida presente, con sus propios aumentos, es impulsado hacia las pérdidas; y siempre decae de donde cree progresar en el espacio de la vida. No podemos tener aquí un estado fijo, donde venimos para pasar: y este mismo vivir nuestro es diariamente pasar de la vida. Esta caída, el primer hombre no pudo tenerla antes de la culpa, porque los tiempos pasaban mientras él permanecía. Pero después de que pecó, se colocó en una especie de resbaladizo de temporalidad; y porque comió el alimento prohibido, encontró inmediatamente el defecto de su estado. Sin embargo, esta mutabilidad no solo la sufre el hombre exteriormente, sino también interiormente, mientras intenta levantarse hacia obras mejores. La mente, por el peso de su mutabilidad, siempre es impulsada hacia algo diferente de lo que es, y a menos que se mantenga en su estado con la estricta disciplina de la custodia, siempre se desliza hacia lo peor. Porque, habiendo abandonado al que siempre permanece, perdió el estado que pudo haber tenido. Por lo tanto, ahora cuando se esfuerza por lo mejor, es como si luchara contra la corriente de un río. Cuando se relaja de la intención de ascender, sin esfuerzo es llevado hacia lo bajo. Porque en el ascenso hay trabajo, en el descenso hay ocio, el Señor advierte a los que van a entrar por la puerta angosta, diciendo: Esforzaos por entrar por la puerta angosta (Luc. XIII, 24). Al hablar de la entrada de la puerta angosta, precedió con "esforzaos", porque a menos que la contienda de la mente arda, no se vence la ola del mundo, por la cual el alma siempre es llevada hacia lo bajo. Por lo tanto, ya que el hombre nace como una flor y se marchita, ya que huye como una sombra y nunca permanece en su estado, escuchemos qué añade en esta consideración. Sigue:

CAPÍTULO LI.

VERS. 3.---¿Y consideras digno fijar tus ojos sobre alguien como este, y llevarlo contigo a juicio?

69. Dos extremos: el hombre y el creador, polvo y Dios. Consideró, pues, anteriormente el poder del Dios omnipotente y su propia debilidad; puso ante sus ojos a sí mismo y a Dios, reflexionó sobre quién viene con quién al juicio. Vio de un lado al hombre, del otro al creador, es decir, al polvo y a Dios; y con razón dijo: ¿Y consideras digno abrir tus ojos sobre alguien como este? Abrir los ojos para el Dios omnipotente es ejercer juicios, ver a quien debe golpear. Pues, como si tuviera los ojos cerrados, no quiere mirar a quien no quiere herir. Por eso, inmediatamente se añade sobre ese mismo juicio: ¿Y traerlo contigo al juicio? Pero porque contempló a Dios viniendo al juicio, nuevamente considera su propia debilidad. Ve

que el mundo no puede existir por sí mismo, ya que para poder existir, surgió de la impureza, y añade:

CAPÍTULO LII.

VERS. 4.---¿Quién puede hacer puro lo que ha sido concebido de semilla impura? ¿No eres tú, que eres el único?

70. El hombre, debido a su origen viciado, sufre impurezas incluso sin querer. Aquel que es puro por sí mismo tiene el poder de purificar lo impuro. El hombre, viviendo en carne corruptible, lleva impresas en sí mismo las impurezas de las tentaciones, ya que, sin duda, las ha heredado desde su origen. De hecho, su concepción es impura debido al placer de la carne. Por eso el salmista dice: "He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre" (Salmo 50, 7). De ahí que a menudo sea tentado incluso sin querer. De ahí que sufra ciertas impurezas en la mente, aunque se resista con juicio, porque, concebido en impureza, al tender hacia la pureza, intenta vencer lo que es. Sin embargo, quien haya vencido los impulsos de la tentación oculta y la impureza del pensamiento, no debe atribuirse a sí mismo su pureza, porque nadie puede hacer puro lo que ha sido concebido de semilla impura, excepto aquel que es puro por sí mismo. Por tanto, quien ya ha llegado con la mente al lugar de la pureza, debe considerar el camino de su concepción, por el cual ha venido, y de ahí deducir que no posee la pureza de vida por su propia virtud, ya que su inicio de existencia proviene de la impureza. En este contexto, se puede entender que el bienaventurado Job, al contemplar la encarnación del Redentor, vio que solo un hombre en el mundo no fue concebido de semilla impura, quien así vino al mundo de una Virgen, sin tener nada de concepción impura. Pues no procedió de hombre y mujer, sino del Espíritu Santo y de María Virgen. Solo él, por tanto, fue verdaderamente puro en su carne, quien no pudo ser tocado por el placer de la carne, porque tampoco vino aquí por placer carnal.

LIBRO DUODÉCIMO. En el cual, habiendo expuesto el capítulo XIV del libro de Job, desde el versículo quinto, se explica en su totalidad el capítulo XV, en su mayoría de manera moral.

Es costumbre de los justos considerar con mayor diligencia la vida presente, por más fugaz que sea, cuanto más cuidadosamente conocen los bienes eternos de la patria celestial. Pues, a partir de lo que contemplan como permanente en su interior, observan con mayor sutileza la transitoriedad de las cosas externas. Por eso, el bienaventurado Job, al emitir su juicio sobre el paso del tiempo humano, dijo: El hombre nacido de mujer, de breve vida. Y nuevamente: Y huye como una sombra, y nunca permanece en el mismo estado, aún añade sobre la brevedad de su vida:

CAPÍTULO PRIMERO.

CAP. XIV, VERS. 5.---Los días del hombre son breves, el número de sus meses está contigo.

1. Lo que pasa con tanta rapidez es como si no existiera.---Esto, en efecto, se considera entre nosotros como si no existiera, lo que pasa con tanta rapidez. Porque, en verdad, ante el Dios omnipotente incluso lo que fluye permanece, y se dice que ante Él existe el número de nuestros meses. O ciertamente, en los días se designa la brevedad del tiempo, mientras que en los meses se designan como espacios multiplicados de días. Para nosotros, por lo tanto, los días son breves. Pero como nuestra vida se extiende después, ante Dios se recuerda el número

de nuestros meses. Por eso también se dice por medio de Salomón: La longitud de los días está en su mano derecha. Sigue:

CAPÍTULO II [Rec. II].

IBID.---Has establecido sus límites, que no podrán ser traspasados.

393 2. Nada sucede a los hombres sin el consejo de Dios, aunque sea oculto. Nada de lo que ocurre en este mundo a los hombres sucede sin el consejo oculto del Dios omnipotente. Pues Dios, previendo todo lo que ha de suceder, decretó antes de los siglos cómo se dispondrían a lo largo de los siglos. Está establecido para el hombre cuánto lo seguirá la prosperidad del mundo o cuánto lo golpeará la adversidad, para que a sus elegidos no los eleve una prosperidad desmedida ni los agobie una adversidad excesiva. También está establecido cuánto vivirá temporalmente en esta vida mortal. Pues aunque el Dios omnipotente añadió quince años a la vida del rey Ezequías (IV Reg. XX, 1), cuando permitió que muriera, ya había previsto que moriría. En esto surge la cuestión de cómo se le dice a través del profeta: Dispón tu casa, porque morirás y no vivirás; a quien, habiéndosele dictado la sentencia de muerte, inmediatamente se le añadió vida por sus lágrimas. Pero el Señor dijo a través del profeta en qué momento merecía morir; por la generosidad de su misericordia, lo aplazó a la muerte en el tiempo que Él mismo había previsto antes de los siglos. Por lo tanto, el profeta no es engañoso, porque dio a conocer el tiempo de la muerte que aquel hombre merecía; ni se han alterado los decretos del Señor, porque el que los años de vida crecieran por la generosidad de Dios también fue fijado antes de los siglos; y el espacio de vida que inesperadamente se añadió externamente, fue establecido internamente sin aumento de la presciencia. Por tanto, bien se dice: [Vet. II.] Has establecido sus límites, que no podrán ser traspasados.

3. Dios establece un límite a los progresos espirituales.---Esto, sin embargo, también puede entenderse según el espíritu, porque a veces intentamos avanzar en las virtudes y recibimos ciertos dones, pero somos rechazados por otros y permanecemos en lo más bajo. Pues no hay nadie que alcance tanta virtud como desea, porque el Dios omnipotente, que discierne los interiores, establece un límite a los mismos progresos espirituales, para que el hombre, al intentar alcanzar lo que no puede, no se eleve en aquello que sí puede. Por eso, aquel insigne predicador, que fue arrebatado al tercer cielo y penetró los secretos del paraíso, no podía estar tranquilo ni sin tentaciones después de la revelación (II Cor. XII, 3). Pero como el Dios omnipotente ha establecido límites para el hombre, que no pueden ser superados, lo elevó para conocer lo sublime y lo devolvió nuevamente para soportar lo débil, de modo que, al observar la medida de su propio límite, al intentar alcanzar la seguridad y no poder, no se extravíe por la exaltación, sino que por la humildad se vea obligado a regresar siempre dentro de sus propios límites. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 6.---Aléjate un poco de él, para que descanse, hasta que llegue lo que desea, como el día de su jornalero.

4. Los santos, cansados de la vida presente, siempre anhelan el descanso eterno. En este contexto, se dice "retírate" para significar que se aleje el castigo. Pues, ¿quién puede descansar si Dios se retira, cuando solo Él es el descanso, y cuanto más lejos está uno de Él, más inquieto se vuelve? Por lo tanto, se dice "retírate de él" para que entiendas que es a través

del sufrimiento. Apropiadamente se añade: "Hasta que llegue el día deseado, como el día de un jornalero." Cuanto más lejos está el jornalero del fin de su trabajo, más lejos está de la retribución de su salario. Así, cada hombre santo, situado en esta vida, mientras se ve lejos del final de la vida presente, gime por estar lejos de los gozos eternos. ¿Qué significa entonces decir: "Retírate un poco de él, para que descanse," sino: ya retira los castigos de la vida presente y muestra los bienes del descanso eterno? Por eso también se añade sobre ese descanso: "Hasta que llegue el día deseado, como el día de un jornalero." Entonces, en efecto, el día deseado llega al hombre como el día de un jornalero, cuando haya recibido el descanso eterno como recompensa por su trabajo. En cuanto a la apariencia de la vida presente, el bienaventurado Job insinúa cuán despreciado está el género humano, lleno de muchas miserias, y narra cómo incluso las cosas insensibles parecen precederlo, cuando dice:

CAPÍTULO IV [Ant. III, Rec. IV].

VERS. 7-10.---El árbol tiene esperanza; si es cortado, vuelve a reverdecer, y sus ramas brotan. Si su raíz envejece en la tierra, y su tronco muere en el polvo, al olor del agua germinará, y echará ramas como cuando fue plantado por primera vez. Pero el hombre, cuando muere y es despojado y consumido, ¿dónde, por favor, está?

5. Bajo el nombre de "madera" se significan muchas cosas: la Cruz, el hombre justo, la Sabiduría de Dios encarnada. A partir del sufrimiento del justo, se encienden en amor hacia la patria celestial.---Pero, dado que esto es evidente según la letra, debemos llevar el sentido hacia lo interior y examinar cómo deben entenderse estas cosas según el espíritu. En la Sagrada Escritura, bajo el nombre de "madera" a veces se figura la cruz, a veces el hombre justo, o incluso el injusto, y a veces la sabiduría de Dios encarnada. La cruz, en efecto, se señala con la madera, cuando se dice: "Pongamos madera en su pan" (Jeremías XI, 19). Poner madera en el pan es aplicar la cruz al cuerpo del Señor. Nuevamente, bajo el nombre de "madera" se expresa al hombre justo o incluso al injusto, como dice el Señor por el profeta: "Yo, el Señor, humillé el árbol elevado y exalté el árbol humilde" (Ezequiel XVII, 24). Porque según la voz de la misma Verdad: "Todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado" (Lucas XIV, 11). También Salomón dice: "Si el árbol cae hacia el sur o hacia el norte, en el lugar donde caiga, allí quedará" (Eclesiastés XI, 3). En el día de su muerte, el justo cae hacia el sur, el pecador hacia el norte, porque el justo, por el fervor del espíritu, es conducido a las alegrías, y el pecador, con el ángel apóstata, que dijo: "Me sentaré en el monte del testimonio, en los lados del norte" (Isaías XIV, 13), es rechazado en su frío corazón. Nuevamente, por la madera se figura la Sabiduría de Dios encarnada, como está escrito de ella: "Es árbol de vida para los que la toman" (Proverbios III, 18); y como ella misma dice: "Si en el árbol verde hacen esto, ¿en el seco qué se hará?" (Lucas XXIII, 31). Así pues, en este lugar, cuando se prefiere la madera al hombre, ¿qué se entiende sino que se toma a cada hombre carnal? ¿Y qué se designa bajo el nombre de "madera" sino la vida de cada justo? Porque la madera tiene esperanza; si es cortada, reverdece de nuevo, porque cuando en la muerte de la pasión por la verdad el justo es afligido, se recupera en el verdor de la vida eterna. Y el que aquí reverdecía por la fe, allí reverdece por la visión. Y sus ramas brotan, porque a menudo, a partir de la pasión del justo, los fieles se multiplican en amor hacia la patria celestial y reciben el verdor de la vida espiritual, mientras aquí se congratulan de haber actuado valientemente por Dios. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERS. 8, 9.---Si envejece en la tierra su raíz, y en el polvo muere su tronco, al olor del agua brotará, y echará ramas como cuando fue plantado por primera vez.

6. Su muerte produce en nosotros abundantes frutos de justicia. ¿Qué es la raíz del justo sino la santa predicación, ya que de ella nace y en ella subsiste? ¿Y qué se entiende por el nombre de tierra o polvo sino al pecador? A quien la voz del Creador dice: Eres tierra, y a la tierra volverás, o ciertamente, como tiene nuestra traducción: Eres polvo, y al polvo volverás (Gén. III, 19). La raíz del justo, por tanto, envejece en la tierra, y en el polvo el tronco muere, porque en los corazones de los perversos su predicación es despreciada y se cree agotada en todas sus fuerzas. Y en el polvo el tronco muere, porque entre las manos de los perseguidores su cuerpo es exánime. Según la voz de la Sabiduría: Parecieron a los ojos de los insensatos morir, y se estimó como aflicción su salida (Sab. III, 2). Pero aquel cuya raíz envejeció en la tierra, y en el polvo el tronco murió, al olor del agua germina, porque por el soplo del Espíritu Santo en los corazones de los elegidos, con el ejemplo de su obra, hace germinar la virtud. En efecto, bajo la denominación de agua a veces se suele designar la irrigación del Espíritu Santo, como está escrito: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Pero quien beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás (Juan VII, 37; IV, 13). Sigue: Y hará brotar su cabellera como cuando fue plantado por primera vez. Hacer brotar la cabellera del tronco cortado es, al justo extinguido corporalmente, con el ejemplo de su pasión, suscitar los corazones de muchos y mostrar la frescura de la verdad desde la fe recta. Bien se dice: Como cuando fue plantado por primera vez. Todo lo que aquí hacen los justos es una segunda plantación, porque la primera plantación no está en la obra de los justos, sino en la presciencia del Creador. Y porque todo lo que hacen los elegidos, así como primero se contempla y dispone interiormente, así después se perfecciona exteriormente, bien se dice: Hará brotar su cabellera como cuando fue plantado por primera vez; es decir, muestra su frescura en el efecto de la obra, que antes tuvo en la presciencia del Creador.

[Vet. IV.] 7. El hombre por sí mismo decae, pero al llegar el Espíritu Santo se renueva. También puede entenderse que la raíz del justo es la misma naturaleza de la humanidad, de la cual subsiste. Esta raíz, en efecto, envejece en la tierra cuando la naturaleza de la carne se reduce a polvo. Su tronco muere en el polvo, porque el cuerpo extinto se disipa de su forma. Pero al olor del agua germina, porque por la llegada del Espíritu Santo resucita: Y hará brotes como cuando fue plantado por primera vez, porque regresa a aquella forma para la cual fue creado, si, estando en el paraíso, no hubiera querido pecar.

8. Cristo es el árbol cortado en la pasión, multiplicado en la resurrección. --- Lo cual tal vez también se puede entender del mismo Señor, es decir, la cabeza de todos los bienes; pues según lo que hemos dicho antes, porque de sí mismo dijo: Si en el leño verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? (Luc. XXIII, 31). Dijo que él era el leño verde, y nosotros el leño seco, porque él tenía en sí el poder de la divinidad; nosotros, que somos meros hombres, somos llamados leño seco. Por lo tanto, el leño tiene esperanza, si ha sido cortado, porque reverdece de nuevo, ya que, aunque pudo ser muerto por la pasión, por la gloria de la resurrección volvió de nuevo a la vitalidad de la vida. Sus ramas brotan, porque, multiplicados por su resurrección, los fieles crecieron por doquier. Su raíz en la tierra como que envejeció, porque su predicación fue despreciada por la perfidia de los judíos. Y en el polvo el tronco murió, porque en el corazón de los perseguidores, que era llevado por el viento de su perfidia, fue tenido por despreciable y desechado, porque en la carne pudo ser muerto. Pero al olor del agua germinó, porque por el poder de Dios su carne extinguida volvió a la vida, según está escrito: A quien Dios resucitó de entre los muertos (Hech. III, 15). Porque Dios es Trinidad, la carne extinguida del Hijo unigénito fue resucitada por la

santa Trinidad, es decir, el Padre, y el mismo Hijo, y el Espíritu Santo. Y creció como cuando fue plantado por primera vez, porque aquella debilidad de los apóstoles, que en su muerte se espantó, y negó, y al negar se secó, por la gloria de su resurrección volvió a reverdecer en la fe. En comparación con este leño, ¿qué es todo hombre, sino polvo? Por lo cual se añade:

CAPÍTULO VI [Ant. V].

VERS. 10.---Pero el hombre, cuando haya muerto, y haya sido despojado y consumido, ¿dónde, por favor, está?

9. El hombre pecador muere en culpa, es despojado de justicia, es consumido en el castigo.--- Ningún hombre está sin pecado, excepto aquel que no vino a este mundo por el pecado. Y porque todos estamos atados en culpa, morimos por la misma pérdida de justicia; despojados primero en el paraíso de la vestidura de la inocencia, somos consumidos también por la destrucción de la carne que sigue. Así, el hombre pecador muere en culpa, es despojado de justicia, es consumido en el castigo. Esta desnudez del hijo pecador se dignó a cubrir el padre, quien al verlo regresar dijo: "Pronto traed la mejor túnica" (Luc. XV, 22). La primera túnica es, en efecto, la vestidura de la inocencia, que el hombre bien creado recibió, pero que, persuadido por la serpiente, perdió. Contra esta desnudez se dice: "Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, para que no ande desnudo" (Apoc. XVI, 15). Guardamos las vestiduras cuando mantenemos en la mente los preceptos de la inocencia, para que cuando la culpa nos desnude ante el juicio, la penitencia nos cubra al regresar a la inocencia perdida. Bien se dice: "¿Dónde, por favor, está?" porque el hombre pecador no quiso estar allí donde fue creado; aquí, donde cayó, se le prohíbe permanecer mucho tiempo. Perdió la patria que deseaba, y de su peregrinación, que ama, es expulsado a la fuerza. ¿Dónde, entonces, está aquel que en su amor no está donde verdaderamente se debe estar? Sigue:

CAPÍTULO VII.

VERS. 11, 12.---Así como si las aguas se retiran del mar, y el río se seca y queda vacío, así el hombre, cuando duerme, no resucitará.

10. La mente humana es semejante a un mar agitado.---El mar es como la mente del hombre, y las olas del mar son como los pensamientos de la mente, que a veces se hinchan por la ira, se vuelven tranquilos por la gracia, y fluyen con amargura por el odio. Pero cuando el hombre muere, las aguas del mar retroceden, porque, según la voz del Salmista: En ese día perecerán todos sus pensamientos (Salmo 145, 4). Y nuevamente está escrito sobre el que muere: También el amor y el odio perecerán juntos (Eclesiastés 9, 6). Por lo tanto, el río se seca y queda vacío, porque, al retirarse el alma, el cuerpo queda vacío. Pues el cuerpo sin vida es como el cauce vacío de un río. En esto se debe observar atentamente que la vida presente, es decir, mientras el alma permanece en el cuerpo, se compara con el mar y el río. Porque el agua del mar es amarga, y la del río es dulce. Y dado que aquí, los que vivimos, a veces nos vemos afectados por ciertas amarguras, y otras veces nos encontramos tranquilos y apacibles con dulzura, el curso de la vida presente se expresa en comparación con el mar y el río.

11. (Vet. VI, Rec. V.) Job no niega la resurrección de manera absoluta, sino solo que sucederá antes del fin del mundo. --- Pero en esto parece ser muy duro lo que se añade: Así el hombre, cuando haya dormido, no resucitará. ¿Por qué, entonces, trabajamos, si no aspiramos a la recompensa de la resurrección? ¿Cómo se dice, entonces: No resucitará, cuando está escrito: Todos ciertamente resucitaremos, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV,

51)? Y de nuevo: Si en esta vida solamente hemos esperado en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres (I Cor. XV, 19). Y la Verdad misma dice: Todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán los que hicieron el bien para la resurrección de la vida (Juan V, 28). Pero la sentencia que se añade indica qué distinción se oculta en lo anterior. Pues se añade:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 12.---Hasta que se desgaste el cielo, no despertará, ni se levantará de su sueño.

12. Es evidente que no resucitará, es decir, hasta que el cielo sea destruido, porque a menos que llegue el fin de este mundo, la humanidad no despertará del sueño de la muerte a la vida. No es, por tanto, que no resucite en absoluto, sino que antes de la destrucción del cielo, la humanidad no resucitará, se insinúa. También es notable por qué, después de haber llamado al hombre muerto anteriormente, más adelante no lo llama muerto, sino dormido, y narra que no se levantará de su sueño hasta que el cielo sea destruido, a menos que se entienda claramente que, en comparación con el árbol que reverdece, llama al hombre muerto pecador, extinguido de la vida de la justicia. Sin embargo, cuando habla de la muerte de la carne, prefiere llamarla sueño en lugar de muerte, insinuando sin duda la esperanza de la resurrección, porque así como el hombre despierta rápidamente del sueño, así también resucitará rápidamente a la orden del Creador de la muerte del cuerpo. En efecto, el nombre de muerte es temido intensamente por las mentes débiles, pero el término sueño no se teme. Por eso también Pablo, al amonestar a los discípulos, dice: No queremos que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios llevará con Él a los que durmieron por medio de Jesús (I Tes. IV, 12). ¿Qué es lo que el insigne predicador llama muerte a la muerte del Señor, pero a la muerte de los siervos del Señor no la llama muerte, sino sueño, sino porque, mirando los corazones débiles de los oyentes, compone el medicamento de su predicación con admirable arte, y no duda en insinuarles que aquel que ya sabían que había resucitado estaba muerto; pero a aquellos que aún no habían resucitado, para insinuar la esperanza de la resurrección, no los llama muertos, sino dormidos? No temía decir muerto a quien los oyentes ya sabían que había resucitado, y temía decir muertos a quienes apenas creían que resucitarían. Por lo tanto, el bienaventurado Job, porque no duda que los muertos en la carne despertarán nuevamente a la vida, los llama dormidos más bien que muertos. Sigue:

CAPÍTULO IX [Ant. VII, Rec. VI].

VERS. 13.---¿Quién me concederá que me protejas en el infierno?

13. Doble infierno, uno inferior destinado a los malos para ser atormentados, otro superior destinado a recibir a los justos hasta la venida de Cristo.---Porque antes de la venida del mediador entre Dios y los hombres, todo hombre, aunque hubiera llevado una vida pura y probada, descendía a las prisiones del infierno, no hay duda de que el hombre, que por sí mismo cayó, no podía regresar por sí mismo al descanso del paraíso, a menos que viniera aquel que, con el misterio de su encarnación, nos abriera el camino al mismo paraíso. Por lo cual, después de la culpa del primer hombre, se recuerda que se colocó una espada flamígera en la entrada del paraíso (Génesis III, 24), la cual se dice que giraba, porque en algún momento podría llegar el tiempo en que también pudiera ser removida. Sin embargo, no decimos que las almas de los justos descendieran al infierno para ser retenidas en lugares de

castigo. Sino que se debe creer que hay lugares superiores en el infierno y otros inferiores, de modo que en los superiores los justos descansaran, y en los inferiores los injustos fueran atormentados. Por eso el salmista, debido a la gracia de Dios que lo precede, dice: "Libraste mi alma del infierno inferior" (Salmo LXXXV, 13). Así, el bienaventurado Job, sabiendo que antes de la venida del Mediador descendería al infierno, pide la protección de su creador allí, para estar alejado de los lugares de castigo, donde, mientras es conducido al descanso, sea escondido de los suplicios. Por eso añade:

CAPÍTULO X [Rec. VII].

IBID.---Y escóndeme hasta que pase tu furor.

14. La ira de Dios, libre de perturbación, se consuma al final del mundo.---La ira del Dios omnipotente también se manifiesta diariamente en el rigor de su justicia, sumergiendo a los vivos que actúan indignamente en castigos merecidos. Esta ira, en efecto, ahora pasa, pero al final del mundo se consuma, porque ahora se ejerce, pero en el término del mundo se completa. Sin embargo, esta ira, en cuanto a las almas de los elegidos, pasó con la venida de nuestro Redentor, porque Él, como mediador entre Dios y los hombres, las condujo desde las prisiones del infierno a las alegrías del paraíso, cuando descendió allí piadosamente. Entre estas cosas, es necesario saber que el nombre de ira no es apropiado para la Divinidad, porque ninguna perturbación confunde la naturaleza simple de Dios. Por eso se le dice: Tú, que eres el Señor del poder, juzgas con tranquilidad y nos dispones con gran reverencia (Sab. XII, 18). Pero como las almas de los justos debían ser liberadas de los lugares del infierno, aunque no de los penales, por la venida del Mediador, el hombre justo también prevé esto y, al pedir, añade:

CAPÍTULO XI [Ant. y Rec. VIII].

IBID.---¿Y establecerás para mí un tiempo en el que te acuerdes de mí?

15. Cristo sacó del infierno solo a aquellos que previó que se adherirían a Él.---Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley (Gál. IV, 4). Esta redención, que el hombre de Dios previó, en la cual muchos también de entre los gentiles serían liberados, como él mismo dice: Aunque ocultes esto en tu corazón, sé que recuerdas a todos (Job X, 13), pide a Dios omnipotente que establezca un tiempo para su recuerdo. De ahí que en el Evangelio el Señor diga: Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí (Juan XII, 32), es decir, a todos los elegidos. Pues al regresar del infierno, el Señor no atrajo a los elegidos y a los reprobos al mismo tiempo, sino que sacó de allí a todos aquellos que previó que se adherirían a Él. Por eso también dice a través del profeta Oseas: Seré tu muerte, oh muerte, seré tu mordedura, oh infierno (Oseas XIII, 14). Porque lo que matamos, hacemos que no exista en absoluto. De lo que mordemos, quitamos una parte y dejamos otra. Por lo tanto, en sus elegidos, el Señor mató la muerte completamente, convirtiéndose en la muerte de la muerte. Pero al quitar una parte del infierno y dejar otra, no lo mató completamente, sino que mordió el infierno. Dice entonces: Seré tu muerte, oh muerte; es decir, en mis elegidos te destruyo completamente. Seré tu mordedura, oh infierno, porque, al quitarlos, te hirió parcialmente. Sabiendo, por tanto, el bienaventurado Job de esta venida de nuestro Redentor al infierno, pide lo que previó que sucedería, y dice: Y establece para mí un tiempo en el que te acuerdes de mí. Sigue:

CAPÍTULO XII.

VERS. 14.---¿Crees que un hombre muerto vivirá de nuevo?

16. A veces, de los fuertes deben tomarse palabras de debilidad.---Los hombres justos, en aquello que sienten como cierto y sólido, suelen expresar algo como si fuera desde la duda, para trasladar a sí mismos las palabras de los débiles. Pero, a su vez, contradicen de manera absoluta la duda del débil con una sentencia firme, de modo que, al parecer expresar algo con duda, se condescienden en cierta medida con los débiles, y al expresar una sentencia cierta, atraen las mentes dubitativas de los débiles hacia la solidez. Al hacer esto, siguen el ejemplo de nuestra cabeza. En efecto, el Señor, al acercarse a la pasión, tomó la voz de los que se debilitan, diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz (Mateo 26, 39), y asumió su temor para apartarlo; y nuevamente, mostrando la fuerza de la obediencia, dijo: Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú (Ibid., 39), para que cuando se avecina lo que no queremos que suceda, pidamos en nuestra debilidad que no se haga, de modo que por la fortaleza estemos preparados para que se haga la voluntad de nuestro creador, incluso contra nuestra voluntad. Por este ejemplo, a veces deben tomarse palabras de debilidad de los fuertes, para que, a través de sus posteriores declaraciones fuertes, los corazones de los débiles se fortalezcan más gratamente. Por eso, el bienaventurado Job, cuando pronunció palabras como de duda, diciendo: ¿Acaso el hombre muerto volverá a vivir?, de inmediato añadió la sentencia de su certeza, diciendo:

CAPÍTULO XIII [Vet et Rec. IX].

IBID.---Todos los días, en los que ahora milito, espero hasta que llegue mi cambio.

17. Job, despreciando el curso de esta vida, busca un estado de inmutabilidad. Así, al esperar con tanto deseo su cambio, insinúa cuán seguro está de la resurrección; y se da a conocer cuánto desprecia el curso de la vida presente, al llamarlo milicia. Pues en la milicia siempre se tiende hacia el fin, y cada día se espera el término de la conclusión. Desprecia, por tanto, el curso de esta vida y busca un estado de solidez, quien, por el hecho de militar de manera mutable, se apresura a llegar a su cambio. Para el justo, en esta vida, la carga misma de su corrupción es onerosa. Lo que las vigiliat fatigan, se busca el sueño, para que el trabajo y la ansiedad de las vigiliat se moderen. Pero a veces también el sueño mata. El hambre desgasta el cuerpo, y para que su necesidad sea repelida, se requieren alimentos; pero a menudo también los alimentos agobian, los cuales habían sido buscados para repeler la carga de la debilidad. Es, por tanto, pesada la carga de la corrupción, que si no fuera tan pesada, Pablo de ninguna manera diría: La criatura fue sometida a la vanidad, no por su voluntad, sino por causa de aquel que la sometió con esperanza, porque también la misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que toda criatura gime y sufre dolores de parto hasta ahora (Rom. VIII, 20). Por lo tanto, el santo varón deseando el estado de incorrupción, diga: Todos los días, en los que ahora milito, espero hasta que venga mi cambio. En esta mutación, añade lo que se hará:

CAPÍTULO XIV [Rec. X].

VERS. 15.---Me llamarás, y yo te responderé.

18. Responderemos al llamado de Dios cuando, a su mandato, resucitemos incorruptibles. Se dice que respondemos a alguien cuando devolvemos obras que corresponden a sus acciones.

En esa transformación, el Señor llama y el hombre responde, porque antes de la claridad de la incorruptibilidad, el hombre se muestra incorrupto después de la corrupción. Pues ahora, mientras estamos sujetos a la corrupción, no respondemos adecuadamente a nuestro Creador, ya que mientras la corrupción está lejos de la incorruptibilidad, no hay una similitud adecuada para nuestra respuesta. Sobre esa transformación está escrito: Cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3, 2). Entonces, verdaderamente responderemos al llamado de Dios cuando, a la orden de la suprema incorruptibilidad, resucitemos incorruptibles. Y dado que la criatura no puede alcanzar esto por sí misma, sino que se realiza por el don del Dios omnipotente para ser transformada en tal gloria de incorruptibilidad, se añade correctamente:

CAPÍTULO XV [Rec. XI].

IBID.---Extenderás tu mano derecha sobre la obra de tus manos.

19. Lo que el hombre no puede lograr por sí mismo.---Como si dijera claramente: Por eso tu criatura corruptible puede persistir hacia la incorruptibilidad, porque es levantada por la mano de tu poder y sostenida por la gracia de tu mirada, para que persista. La criatura humana, por el hecho mismo de ser criatura, tiene en sí misma la tendencia a decaer, pero del Creador recibió el hombre la capacidad de ser elevado por la contemplación y de mantenerse en sí mismo en la incorruptibilidad. Por lo tanto, para que la criatura no decaiga, sino que persista en la incorruptibilidad, es elevada al estado de inmutabilidad por la mano derecha de su autor. También puede designarse al Hijo con el nombre de la mano derecha: Porque todas las cosas fueron hechas por Él (Juan 1, 3). Así, el Dios omnipotente extendió su mano derecha a la obra de sus manos, porque para elevar al género humano, que yacía abatido y en lo más bajo, a lo más alto, envió a su unigénito encarnado para este propósito. De cuya encarnación se nos ha dado que, habiendo caído en la corrupción por nuestra propia voluntad, podamos responder alguna vez a la gloria de la incorruptibilidad al Dios que nos llama. ¿Quién puede medir la generosidad de la misericordia divina en esto, que lleva al hombre a tanta gloria después de la culpa? Dios considera los males que hacemos, y sin embargo, por la gracia de su benignidad, los perdona misericordiosamente. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XVI [Rec. XII].

VERS. 16.---Tú ciertamente has contado mis pasos, pero perdonas mis pecados.

20. Nuestras culpas, para que Dios no las castigue, deben ser corregidas con penitencia. Dios cuenta nuestros pasos, ya que registra cada una de nuestras obras para la retribución. ¿Qué se designa con los pasos, sino cada una de nuestras acciones? Así, el Dios Omnipotente cuenta los pasos y perdona los pecados, porque considera con detalle nuestras acciones y, sin embargo, las perdona misericordiosamente a los penitentes. Él observa la dureza en los pecadores, pero con su gracia anticipada, la suaviza hacia la penitencia. Por lo tanto, cuenta las culpas cuando nos convierte a nosotros mismos en lamentadores de cada cosa que hemos hecho. Las perdona misericordiosamente, porque cuando nosotros mismos las castigamos, Él no las juzga en el juicio final, como atestigua Pablo, quien dice: Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados (I Cor. XI, 31). Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XVII [Ant. XI].

VERS. 17.---Has sellado mis delitos como en un saco, pero has cuidado mi iniquidad.

21. Los pecados, a menos que sean lavados por la penitencia, saldrán del saco del secreto al público del juicio.---Nuestros delitos están como sellados en un saco, porque lo que hacemos exteriormente, si no lo lavamos mediante la intervención de la penitencia, se guarda en el secreto de los juicios de Dios bajo cierta ocultación, para que en algún momento también salga del saco del secreto al público del juicio. Por eso también se dice por medio de Moisés: ¿No están estas cosas guardadas junto a mí, y selladas en mis tesoros? En el día de la venganza les daré su pago (Deut. XXXII, 34, 35). Pero cuando somos castigados por los males que hemos hecho con el látigo de la disciplina, y lloramos por ellos mediante la penitencia, Él sella y cura nuestra iniquidad, porque ni aquí la deja sin castigo, ni la reserva para ser castigada en el juicio. Sella, pues, los delitos, porque aquí los observa con atención para golpearlos; pero los cura, porque los relaja completamente mediante el castigo. Por eso también curó sellando la iniquidad de aquel perseguidor suyo, a quien había derribado en la tierra, cuando dijo a Ananías sobre él: Este es un vaso de elección para mí, para llevar mi nombre ante las naciones, los reyes y los hijos de Israel. Porque yo le mostraré cuánto debe sufrir por mi nombre (Hechos IX, 15). A quien aún amenaza con futuras pasiones por los excesos pasados, ciertamente mantenía sellado en su corazón lo que había delinquido. Pero sin duda había curado sus delitos sellándolos, a quien llamaba vaso de elección. O ciertamente nuestros pecados están sellados en el saco cuando consideramos siempre con un corazón solícito los males que hemos hecho. ¿Qué es el corazón del hombre, sino el saco de Dios? Donde, mientras observamos cuidadosamente por cuántas cosas delinquimos, llevamos nuestros pecados como sellados en el saco de Dios. ¿Acaso David no mantenía su pecado sellado en el saco, quien decía: Reconozco mi iniquidad, y mi delito está siempre ante mí (Salmo L, 5)? Y porque las culpas que no reconocemos mirando y haciendo penitencia, nuestro piadoso Creador nos las perdona, correctamente después de los delitos sellados en el saco se añade: Pero curaste mi iniquidad. Como si dijera abiertamente: Lo que ahora sellas para que lo vea haciendo penitencia, actúas sin duda para que no se vea en la retribución. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Rec. XIII].

VERS. 18, 19.---El monte que cae se deshace, y la roca es trasladada de su lugar. Las aguas excavan las piedras, y con la inundación la tierra se consume poco a poco, y así también destruyes a los hombres.

22. Algunos son derribados por tentaciones súbitas, otros por tentaciones lentas y suaves. Esto ocurre frecuentemente para que, al caer las rocas, la piedra sea trasladada a otros lugares; para que las aguas excaven las piedras, y poco a poco la tierra sea consumida por aluviones. Pero debemos examinar con gran atención lo que se introduce: Y así también destruirás a los hombres. ¿Qué significa esto, que la destrucción humana se compara con una montaña que cae, una piedra trasladada, una piedra excavada y una tierra consumida por aluvión, sino que se da a entender claramente que hay dos tipos de tentaciones? Una, que ocurre en la mente incluso del hombre justo por un evento repentino, de modo que es tentado de repente, sacudido y derribado por un acontecimiento inesperado, y solo ve su caída después de haber caído. La otra, que entra poco a poco en la mente, infecta el ánimo resistente con suaves sugerencias, y consume todas las fuerzas de la justicia no por su intensidad, sino por su constancia. Por lo tanto, como hay una tentación que frecuentemente derriba a los justos por una invasión repentina, se dice: La montaña que cae se desliza, y la piedra es trasladada de su lugar; es decir, la mente santa, cuyo lugar era la justicia, es trasladada de repente a la culpa. Nuevamente, como hay otra tentación que se infunde

suavemente en el corazón del hombre, corrompe y consume toda la dureza de la fortaleza, se dice: Las aguas excavan las piedras, porque evidentemente la dureza de la mente es absorbida por los blandos y constantes halagos de la lujuria, y el vicio lento y sutil corrompe el propósito duro y fuerte de la mente. De ahí se añade: Y la tierra es consumida poco a poco por aluvión. Así como la tierra es consumida poco a poco por el agua que fluye, así también la mente fuerte es absorbida por el vicio que se infiltra suavemente. Por lo tanto, se añade acertadamente: Y así también destruirás a los hombres. Es decir, porque cuando permites que la tentación, por justo juicio, domine de repente la mente de aquel que se ve en lo alto, haces que la montaña caiga y se deslice; y cuando la voluntad se transforma en vicio, es como si la piedra fuera trasladada a otro lugar; cuando permites que la tentación lenta y sutil, pero constante, prevalezca en las mentes de aquellos que se creen fuertes, es como si las aguas excavasen las piedras, y la tierra fuera consumida poco a poco por aluvión, porque ciertamente la dureza de la mente es suavizada por la sugerencia suave.

23. David, un monte elevado, cayó de repente. Salomón, poco a poco, por la seducción del pecado. Veamos cuán alto monte fue aquel David, que con espíritu profético pudo contemplar tantos misterios de Dios; pero observemos cuán rápidamente cayó, cuando, paseando por su terraza, codició y tomó a la esposa ajena, y causó la muerte de su esposo con la pérdida de su ejército (II Reg. XI, 4, ss.); de repente el monte cayó, cuando aquella mente acostumbrada a los misterios celestiales fue vencida por una tentación inesperada y sometida a una deshonra tan inmensa. Así, la roca fue trasladada de su lugar, cuando el ánimo del profeta, excluido de los misterios de la profecía, se dedicó a pensar en deshonras. Veamos también cómo las aguas excavan las piedras, y la tierra se consume poco a poco por la erosión. Salomón, por el uso desmedido y la asiduidad con las mujeres, fue llevado hasta el punto de construir un templo para los ídolos (III Reg. XI, 7); y quien antes había construido un templo para Dios, por la asiduidad de la lujuria, no temió construir templos para los ídolos, sometido también a la perfidia. Así sucedió que, desde la continua petulancia de la carne, llegó hasta la perfidia de la mente. ¿Qué otra cosa sino que las aguas excavaron la piedra, y la tierra se consumió poco a poco por la erosión, porque al infiltrarse lentamente el pecado, la tierra de su corazón se desmoronó hasta consumirse? Considere, pues, el bienaventurado Job ambas tentaciones, ya sea la súbita e inmensa, o la lenta y prolongada; considere las caídas de los hombres, y de lo que exteriormente sucede, extraiga una contemplación interior, diciendo: El monte que cae se desmorona, y la roca es trasladada de su lugar. Las aguas excavan las piedras, y la tierra se consume poco a poco por la erosión; y así también destruyes a los hombres; es decir, así como estas cosas insensibles a veces caen de repente, a veces se consumen lentamente por la suavidad de las aguas infiltradas, así también a aquel que creaste racional, o lo derribas por una tentación súbita, o permites que se consuma lenta y prolongadamente. Y enseguida explica a esa misma criatura racional con las palabras siguientes, diciendo:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 20.---Lo fortaleciste por un momento, para que pasara para siempre.

24. A la brevedad de la vida le sigue la eternidad.---El hombre ha sido fortalecido por un breve momento, porque aquí ha recibido fuerzas para vivir por un corto tiempo, para que pueda pasar a donde su vida no tenga fin. Pero en esta brevedad donde ha sido fortalecido, recoge lo que encontrará en la perpetuidad, ya sea para alegrarse siempre o para no escapar de los castigos recibidos. Porque, habiendo sido fortalecido por un breve momento para pasar a la eternidad, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XX [Rec. XIV].

IBID.---Cambiarás su rostro, y lo enviarás.

25. Cuánta es la transformación del hombre en la muerte.---El rostro del hombre se transforma cuando su apariencia es desgastada por la muerte. En verdad es expulsado, porque se ve obligado a pasar a lo eterno, aunque no lo desee, de las cosas que voluntariamente sostuvo; y mientras es conducido a aquellas, no sabe cómo se mantendrán estas que durante tanto tiempo pensó y sostuvo. Por lo cual se añade.

CAPÍTULO XXI [Ant. XIII].

VERS. 21. Ya sean nobles sus hijos, ya sean innobles, no lo comprende.

26. Las almas de los santos, al ver a Dios, no ignoran nada de lo que está fuera de ellas; de otro modo, las demás. Así como aquellos que aún están vivos ignoran en qué lugar se encuentran las almas de los muertos, así los muertos no saben cómo se dispone la vida de los que viven en la carne después de ellos, porque la vida del espíritu está muy alejada de la vida de la carne; y así como lo corpóreo y lo incorpóreo son diferentes en su género, también lo son en su conocimiento. Sin embargo, esto no debe pensarse de las almas de los santos, porque no se puede creer de ninguna manera que quienes ven la claridad de Dios omnipotente desde dentro ignoren algo que esté fuera. Pero los carnales, porque dedican un amor especial a sus hijos, el bienaventurado Job afirma que no saben después lo que aquí amaron intensamente, de modo que no saben si sus hijos son nobles o innobles, aquellos por quienes siempre se fatigaban con preocupación. Sin embargo, si esto debe entenderse espiritualmente, no es incongruente que bajo el nombre de hijos se designen las obras; como Pablo dice de la mujer: Porque se salvará por la generación de hijos (I Tim. II, 15). Pues la mujer que, dedicándose a la continencia, no engendra hijos, no por eso no se salvará, sino que se dice que se salvará por la generación de hijos, porque a través del efecto de las buenas obras se asocia a la salvación eterna. Por lo tanto, los hijos nobles son las obras rectas, y los innobles, las acciones perversas. Y a menudo el hombre se esfuerza por realizar cualquier bien con intención; pero, sin embargo, debido a muchas cosas que se infiltran, es incierto cómo son consideradas sus acciones ante Dios omnipotente. Así, ya sean nobles o innobles sus hijos, no lo entiende, porque, al ser examinadas con un juicio sutil, ignora si sus obras son aprobadas o reprobadas. Y así, el hombre está aquí en el dolor del trabajo, y allí es llevado en el temor de la sospecha. Por lo tanto, aún se añade sobre el trabajo de esta vida presente:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 22.---Sin embargo, su carne, mientras vive, sufrirá, y su alma sobre sí misma se lamentará.

27. Los que se deleitan en los placeres de la carne experimentan mayores tribulaciones de la carne. San Pablo dice sobre los cónyuges: "Pero tendrán tribulación en la carne los tales" (I Cor. VII, 28). Sin embargo, la tribulación de la carne puede ser sufrida aquí incluso por aquellos que ya viven espiritualmente. ¿Por qué, entonces, se dice que la tribulación de la carne está presente de manera especial en los cónyuges, cuando tampoco está lejos de la vida de los espirituales, a menos que aquellos que se deleitan en los placeres de la carne frecuentemente experimenten mayores tribulaciones de la carne? Bien se dice: "Y su alma

llorará sobre sí misma", porque quien busca alegrarse en sí mismo, ya está en luto por el hecho de haberse apartado de la verdadera alegría. En efecto, el verdadero gozo de la mente es el Creador. Por lo tanto, es justo que el hombre siempre encuentre tristezas en sí mismo, quien, habiendo abandonado al Creador, buscaba el gozo en sí mismo. Sigue.

CAPÍTULO XXIII [Ant. XIV, Rec. XV].

CAP. XV, VERS. 1, 2.---Entonces Elifaz el Temanita respondió y dijo: ¿Acaso responderá el sabio como quien habla al viento, y llenará su vientre de ardor?

28. Los malos consideran las palabras de los buenos no como sentencias de razón, sino como estímulos de furia.---Ya hemos dicho con frecuencia que el bienaventurado Job es un tipo de la santa Iglesia universal, mientras que sus amigos representan a los herejes, quienes, como si defendieran al Señor, encuentran ocasión para hablar neciamente y lanzan palabras injuriosas contra los buenos. Todo lo que los fieles sienten les parece desagradable, como si fuera lanzado al viento. Por eso ahora se dice: ¿Acaso responderá el sabio como quien habla al viento? No consideran las palabras de los buenos como dichas con razón, sino como estímulos de furia. Por eso se añade: Y llenará de ardor su estómago. Porque incluso aquello que saben que dicen de manera injuriosa, siempre se esfuerzan, como se ha dicho, en encubrirlo bajo la defensa del Señor. Por eso Elifaz añade:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 3.---Acusas con palabras a aquel que no es igual a ti, y hablas de lo que no te conviene.

29. Cuando los herejes no encuentran verdaderas acusaciones, inventan falsedades. No consideran que alguien tenga temor de Dios, a menos que puedan arrastrarlo a la necesidad de su confesión. Por eso se añade: VERS. 4—En cuanto a ti, has anulado el temor y has retirado las oraciones ante Dios. Se dice "has retirado" como si abiertamente se dijera: Presumiendo de tu justicia, desprecias suplicar la gracia de tu Creador. Pues cuando los herejes no encuentran verdaderos males contra los buenos, inventan lo que puedan reprochar, para parecer justos, y a menudo llegan a palabras abiertamente injuriosas. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 5.---Porque tu iniquidad ha enseñado a tu boca, y imitas la lengua de los blasfemos.

30. Cuidando de la apariencia del honor de Dios, le restan a su bondad. --- La iniquidad enseña a la boca cuando de una mala vida se concibe lo que peor se dice. Pero como el bienaventurado Job era tan libre en su palabra como justo en su obra, es reprendido por sus amigos, que representan el tipo de los herejes, tanto por su vida iniqua como por su audaz palabra, para que se diga: "Tu iniquidad ha enseñado a tu boca." Como si abiertamente se le dijera: "Lo que hablas perversamente, lo aprendiste de una vida más perversa." A menudo, los herejes, mientras aparentemente veneran a Dios, contradicen sus misterios y consideran humildad si niegan la verdad. Hay, de hecho, algunos que piensan que ofenden a Dios si admiten que asumió verdadera carne, o si creen que pudo morir verdaderamente por nosotros en la carne. Y mientras intentan atribuir más honor a Dios, se ven obligados a negar las verdaderas alabanzas de su bondad. Pues, ¿qué hay más poderoso en la alabanza de su caridad que el hecho de que se dignara a asumir por nosotros aquello que parece indigno para

Él? Sin embargo, la Santa Iglesia confiesa su verdadera carne, su verdadera muerte; pero al decir esto, se cree que ofende a Dios según los herejes. Por eso ahora se dice: "Y imitas la lengua de los blasfemos." A quien, si le ocurre alguna adversidad en este mundo, dicen que le sucede por esta misma injuria de su confesión. Por lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 6.---Te condenará tu propia boca, y no yo; y tus labios testificarán contra ti.

31. Deliran al pensar que la confesión de la fe recta es castigada con los azotes de la adversidad. Pues, al creer que los males de la adversidad surgen del error de la confesión, afirman que sus labios responden a ello, de modo que la culpa del discurso sea la causa del castigo. A veces, incluso, quieren reprimirla como si razonaran. Por eso, Elifaz intenta reprender al bienaventurado Job, como si lo hiciera con razón, diciendo:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 7, 8.---¿Acaso naciste tú el primero de los hombres, y fuiste formado antes que los montes? ¿Acaso escuchaste el consejo de Dios, y será inferior a ti su sabiduría?

32. Mientras parecen defender la gloria divina, buscan su propio beneficio.---Como si dijera con palabras más claras: Tú que hablas de lo eterno, considera que eres temporal; tú que discutes sobre su sabiduría, considera que ignoras su consejo. Pero dado que los herejes asumen las palabras de la defensa del Señor para parecer sabios, y mientras parecen defender la gloria divina, hacen conocer su propia ciencia a los hombres, las mismas palabras que Elifaz añade lo atestiguan, quien comenzó a hablar de la sabiduría de Dios, pero inmediatamente cayó en su propia arrogancia, diciendo:

VERS. 9.---¿Qué sabes tú que nosotros ignoremos? ¿Qué entiendes tú que nosotros no sepamos?

405 Estas palabras manifiestan claramente de qué altivez de espíritu proviene todo lo que parece resonar como defensa del Señor. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 10.---Y los ancianos y los antiguos entre nosotros son mucho más viejos que tus padres.

33. Se engañan falsamente a sí mismos con la enseñanza y el consenso de los antiguos padres.---Porque todos los herejes han salido de la santa Iglesia universal, lo testifica Juan, quien dice: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros (1 Juan 2, 19). Pero para poder presentar lo que afirman a las mentes necias de los hombres como si proviniera de la antigüedad, aseguran tener a los antiguos padres como testigos, y dicen que estos mismos doctores de la Iglesia son maestros de su profesión. Y mientras desprecian a los predicadores presentes, se glorían con falsa presunción del magisterio de los antiguos Padres, para que lo que ellos mismos dicen, también confiesen que los antiguos padres lo sostuvieron, de modo que lo que no pueden establecer con rectitud, lo confirmen como si fuera por la autoridad de ellos. Porque está escrito: A quien ama el Señor, lo corrige, y azota a todo hijo que recibe (Hebreos 12, 6). A menudo la santa Iglesia sufre muchas adversidades en esta vida, y la vida

de los réprobos se deja sin castigo, tanto como se reserva para ninguna recompensa. Pero los herejes, al ver las aflicciones de la santa Iglesia, la desprecian, y sospechan que es azotada por tantos flagelos debido al mérito de su profesión errónea. Por lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 11.---¿Acaso es algo grande que Dios te consuele? pero tus palabras perversas lo impiden.

34. Desprecian a la Iglesia afligida.---Como si le dijera abiertamente: Si corrigieras la profesión de fe, ya hace tiempo que podrías haber tenido consuelo de los flagelos. Sigue:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 12.---¿Por qué se eleva tu corazón, y, como si pensaras en cosas grandiosas, tienes los ojos atónitos?

35. La contemplación de los santos es ridiculizada por quienes nunca la han experimentado.--
-A menudo, la mente de los justos se eleva tanto hacia las alturas de la contemplación que exteriormente su rostro parece estar absorto. Pero como los herejes desconocen esta fuerza de la contemplación que actúa en lo oculto, piensan que esto lo hacen los justos y los verdaderamente sabios más por hipocresía que por verdad, ya que no sospechan que aquello que ellos mismos no pueden poseer, pueda estar verdaderamente presente en otros. Sigue:

CAPÍTULO XXXI [Vet et Rec. XVI].

VERS. 13.---¿Por qué se enaltece tu espíritu contra Dios, para que pronuncies de tu boca tales palabras?

36. Las palabras de los justos y de los inicuos son a menudo similares, pero el corazón es diferente. Los herejes mezclan algunas verdades con falsedades, que no deben ser rechazadas.---Frecuentemente, los justos, afligidos por algunas necesidades, se ven obligados a confesar sus obras, como lo hizo el bienaventurado Job, a quien los azotes abatían después de su justicia; pero cuando los injustos escuchan sus palabras, las consideran pronunciadas más por vanidad que por verdad. Pues juzgan las palabras de los justos desde sus propios corazones, y no creen que las buenas palabras puedan ser dichas con humildad. Así como es una grave culpa que un hombre se atribuya lo que no es, así muchas veces no hay culpa si dice humildemente el bien que es. Por lo tanto, a menudo sucede que los justos y los injustos tienen palabras similares, pero siempre un corazón muy diferente, y de las mismas palabras con las que el Señor se ofende de los injustos, se complace en los justos. Pues el fariseo, al entrar en el templo, decía: Ayuno dos veces por semana, doy diezmos de todo lo que poseo (Luc. XVIII, 12); pero el publicano salió más justificado que él. También el rey Ezequías, cuando, afligido por la enfermedad del cuerpo, llegó al extremo de la vida, compungido en oración dijo: Te ruego, Señor, acuérdate, por favor, de cómo he caminado delante de ti en verdad y con corazón perfecto (Isaías XXXVIII, 3). Sin embargo, el Señor no despreció esta confesión de su perfección, ni rechazó a quien pronto escuchó en sus oraciones. He aquí que el fariseo se justificó en la obra, y Ezequías afirmó ser justo incluso en el pensamiento, y de lo que aquel ofendió, este agradó al Señor. ¿Por qué, entonces, esto, sino porque el Dios omnipotente pesa las palabras de cada uno desde sus pensamientos, y en sus oídos no son soberbias las que se pronuncian con corazón humilde? Por lo tanto, el bienaventurado Job,

cuando expuso sus obras, de ninguna manera se enorgulleció contra Dios, porque dijo humildemente lo que había hecho verdaderamente. Pero los herejes suelen mezclar algunas verdades con los errores de sus dichos, y los amigos del bienaventurado Job, aunque se equivoquen completamente en su reproche, pueden sin embargo decir algunas verdades que aprendieron de su constancia. Si todas sus palabras debieran ser rechazadas, el apóstol Pablo no habría citado la sentencia de Elifaz, diciendo: Atrapa a los sabios en su astucia (I Cor. III, 19). Porque, aunque lo que dicen correctamente contra el bienaventurado Job no lo dicen correctamente, nosotros en sus palabras debemos pisar el vicio de la indiscreción y examinar las fuerzas de la rectitud. Sigue:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 14.---¿Qué es el hombre, para que sea inmaculado?

37. ¿Quién, nacido de la tierra y de mujer, puede estar sin mancha? Pues en el mismo hecho de ser llamado hombre, se expresa su condición terrena e infirme: en efecto, el hombre es llamado así por haber sido formado de la tierra. ¿Y cómo puede estar sin mancha aquel que, por su propia voluntad, cae en la debilidad siendo hecho de tierra? Donde también se añade: —Y para que aparezca justo el nacido de mujer. En efecto, la mujer ofreció al hombre la primera injusticia en el paraíso. ¿Cómo, entonces, aparecerá justo aquel que ha nacido de ella, quien fue la propinadora de la injusticia? Sigue:

CAPÍTULO XXXIII [Ant. y Rec. XVII].

VERS. 15.---He aquí, entre sus santos ninguno es inmutable, y los cielos no son puros a sus ojos.

38. Solo Dios es ajeno a la mutabilidad. — Con este nombre de cielos repitió lo que antes había señalado con la apelación de santos. Pues de esos mismos santos está escrito: Los cielos narran la gloria de Dios (Sal. XVIII, 1). Quienes por naturaleza tienen en sí mismos su propia mutabilidad; pero mientras desean adherirse siempre con diligencia a la verdad inmutable, al adherirse actúan para volverse inmutables. Y cuando se aferran a esto con todo su afecto, a veces reciben que, llevados por encima de sí mismos, vencen aquello en lo que eran mutables en sí mismos. ¿Qué es la mutabilidad sino una especie de muerte? Que al transformar cualquier cosa en otra, casi mata lo que era, para que comience a ser lo que no era. Y del autor de todo está escrito: Él solo tiene la inmutabilidad (I Tim. VI, 16), porque evidentemente en sí mismo es el único inmutable. De quien dice Santiago: En quien no hay transmutación, ni sombra de cambio (Jac. I, 17). Pues la misma mutabilidad es una sombra, que casi oscurecería la luz, si la permutara a través de algunos cambios. Pero como en Dios no entra la mutabilidad, ninguna sombra de cambio interrumpe su luz. Bien se dice: Los cielos no son puros a sus ojos, porque por sí mismos, ante el estricto juicio de Dios, ni siquiera ellos pueden ser perfectamente puros, quienes se convierten en predicadores de la pureza, atestiguando Juan, quien dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos (I Juan I, 3). Si, por tanto, entre sus santos nadie es inmutable, y los cielos no son puros a sus ojos, ¿quién presumirá de la obra de justicia? Por lo cual se añade:

407 CAPÍTULO XXXIV [Rec. XVIII].

VERS. 16.---¿Cuánto más abominable e inútil es el hombre, que bebe la iniquidad como si fuera agua?

39. Nuestras malas obras son sumamente perversas, pero las buenas son imperfectas e inútiles.---Quien antes había negado que un hombre pudiera ser inmaculado y justo por sí mismo, ahora lo llama abominable e inútil: abominable, ciertamente, por la impureza de la mancha, e inútil por la injusticia de una vida imperfecta. Sin embargo, este abominable e inútil puede entenderse de otra manera. A veces, un hombre perverso parece hacer algunas cosas correctamente, pero por aquellas que son iniquas, incluso las que son rectas en él se destruyen. Y porque las malas acciones desagradan mucho a Dios, tampoco agradan aquellas que parecen buenas. Por lo tanto, quien es abominable a Dios por sus malas acciones, es inútil en las buenas, porque mientras se muestra execrable a Dios por sus obras perversas, tampoco agrada aquello que parece recto en él. Bien se dice: Quien bebe la iniquidad como agua. Pues lo que se come se traga con demora, porque se mastica para ser tragado. Pero lo que se bebe, no tiene demora para ser tragado, ya que no tiene necesidad de ser masticado. Por lo tanto, la culpa, porque es perpetrada por un hombre necio sin ninguna retractación, se bebe como agua de iniquidad. Porque hace lo ilícito sin temor, traga la injusticia como una bebida sin obstáculo. Sigue:

CAPÍTULO XXXV [Ant. XVIII].

VERS. 17.---Te lo mostraré, escúchame, te contaré lo que he visto.

40. Los soberbios, cuanto más se elevan por la inteligencia, más gravemente caen por la arrogancia. Todos los arrogantes tienen esto en común: cuando perciben algo correcto o pequeño, lo desvían hacia el uso de la soberbia; y así, de donde se elevan a sí mismos por el entendimiento, caen en el abismo de la arrogancia, considerándose más sabios que los doctos, exigiendo reverencia de los mejores, y pretendiendo enseñar a los más santos como si tuvieran autoridad. Por eso ahora se dice: Te mostraré, escúchame. Y dado que enseña con menor autoridad quien habla de lo que ha oído que quien habla de lo que ha visto, para arrogarse una autoridad más fuerte, Elifaz dice: Lo que he visto te narraré. Pero como a veces los herejes se avergüenzan de sus padres condenados, y sin embargo presentan sus sentencias como si tuvieran autoridad, de cuya necedad justamente son reprobados, se introduce correctamente la audacia de los herejes, cuando se dice:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 18.---Los sabios confiesan, y no ocultan a sus padres.

41. Qué maestros del error han tenido los herejes, cuán insensatamente se jactan de ser sabios.---En cuya alabanza se lanzan, y se glorían de que ellos solos han estado al frente de la Iglesia. De donde aún se añade:---VERS. 19:---A quienes solos se les dio la tierra, y ningún extraño pasó por ellos. Creen que la tierra fue dada solo a sus padres, porque piensan que solo los maestros de sus errores han gobernado verdaderamente la Iglesia. ¿Quién, en verdad, es llamado extraño sino el ángel apóstata? De donde también se dice por el salmista de todos los espíritus malignos juntos: Porque se levantaron contra mí extraños, y poderosos buscaron mi alma (Salmo LIII, 5). Los herejes, por tanto, porque creen que los corazones de sus doctores no estuvieron sujetos al ángel apóstata, niegan que el extraño haya pasado por ellos. A saber, pasar por cada uno es para ese extraño introducir pensamientos inicuos en su corazón. De donde también se dice por la voz del profeta de los espíritus malignos contra el alma que resiste: Y dijeron a tu alma: Inclínate para que pasemos (Isaías LI, 23). Pero Elifaz el Temanita, porque quiere ser escuchado al narrar ciertas cosas, aunque sabe muchas que deben

ser dichas, pero porque no debían ser dichas al bienaventurado Job, escuchemos las sentencias que pronunció contra el bienaventurado Job. Pues no debemos considerar a quién, sino solo ponderar lo que dijo. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII [Rec. XIX].

VERS. 20.---Todos los días de su vida, el impío se enorgullece.

42. Los elegidos terminan su vida en humildad, los réprobos en soberbia.---También los elegidos suelen enorgullecerse en algunos de sus pensamientos y actos. Pero, como son elegidos, no pueden enorgullecerse todos los días de su vida, porque antes de que terminen su vida, cambian sus corazones del orgullo al temor de la humildad. En cambio, el impío se enorgullece todos los días de su vida, porque termina su vida sin apartarse del orgullo. Observa lo que florece temporalmente y descuida considerar hacia dónde es conducido eternamente. Pone su confianza en la vida de la carne y estima que lo que posee en el presente permanecerá por mucho tiempo. Su ánimo se solidifica en el orgullo, y todo prójimo es llevado al desprecio; nunca considera cuán repentina puede ser la muerte; nunca reflexiona sobre cuán incierta es su felicidad. Si contemplara la incertidumbre de la vida fugaz, no tomaría lo incierto por cierto. Por lo tanto, bien se añade:

CAPÍTULO XXXVIII [Rec. XX].

IBID.---Y el número de años de su tiranía es incierto.

43. La muerte debe ser temida, porque no puede preverse.

No debería haberse envanecido, incluso si hubiera podido conocer con certeza el número de sus años, para que, sabiendo cuánto viviría, pudiera prever cuándo apartarse de la arrogancia. Pero dado que esta vida presente es siempre incierta, la muerte, que siempre acecha, debe ser temida tanto más cuanto nunca puede ser prevista. Sin embargo, con razón llama tiranía a la soberbia del impío. Pues propiamente se llama tirano a quien gobierna en la república común sin derecho. [Vet. XIX.] Pero debe saberse que todo soberbio ejerce una tiranía según su propio modo. Pues lo que a veces uno ejerce en la república, es decir, a través del poder de la dignidad recibida, otro lo ejerce en la provincia, otro en la ciudad, otro en su propia casa, otro a través de la maldad oculta lo ejerce en su pensamiento. Y el Señor no considera cuánto mal puede hacer cada uno, sino cuánto desea hacerlo. Y cuando falta el poder exterior, es un tirano para sí mismo, a quien la iniquidad domina internamente, porque aunque exteriormente no aflige a los prójimos, interiormente desea tener el poder para afligir. Y porque el Dios omnipotente pesa los corazones, ya en sus ojos el impío ha hecho lo que ha pensado. Nuestro creador quiso que nuestro fin nos fuera oculto, para que, mientras estemos inciertos de cuándo moriremos, siempre estemos preparados para la muerte. Por eso, correctamente, después de haber dicho: Todos los días de su vida el impío se enorgullece, añade: Y el número de sus años de tiranía es incierto. Como si se dijera abiertamente: ¿Por qué se enaltece como si fuera seguro, cuando su vida está sujeta a la pena de la incertidumbre? Pero el Dios omnipotente no solo reserva los castigos futuros para los que obran mal, sino que también aquí, donde delinquen, implica sus corazones en penas, para que, en el mismo acto de pecar, se hieran a sí mismos, de modo que siempre temerosos y siempre sospechosos, teman sufrir males de otros, que recuerdan haber hecho a otros. Por eso, aún se añade sobre este impío:

CAPÍTULO XXXIX [Rec. XXI].

VERS. 21.---El sonido del terror siempre está en sus oídos; y cuando hay paz, él sospecha de insidias.

44. La simplicidad del corazón es una fortaleza muy segura. Nada hay más feliz que un corazón sencillo, porque al mostrar inocencia hacia los demás, no tiene nada que temer de ellos. La simplicidad es como una fortaleza de fortaleza. No teme sufrir lo que no recuerda haber hecho. Por eso, sabiamente se dice a través de Salomón: En el temor del Señor hay confianza de fortaleza (Prov. XIV, 26). Y también dice: La mente tranquila es como un banquete continuo (Prov. XV, 15). Porque la tranquilidad de la seguridad es como una continua renovación. Por el contrario, la mente perversa siempre está en trabajos, porque o bien trama males que infligir, o teme que estos le sean infligidos por otros. Y todo lo que maquina contra los prójimos, teme que los prójimos lo maquinen contra él. Se vuelve sospechosa por todas partes, temerosa por todas partes. Todo aquel que viene a la memoria se cree que busca lo contrario. A quien le falta la tranquilidad de la seguridad, sin duda siempre tiene el sonido del terror en sus oídos. Y a menudo sucede que cualquier prójimo le habla sencillamente, sin pensar en nada adverso. Pero cuando hay paz, él sospecha de insidias, porque quien siempre actúa con engaño, no cree que se actúe sencillamente hacia él. Y porque está escrito: El impío, cuando ha llegado al fondo de sus pecados, desprecia (Prov. XVIII, 3), envuelto en las tinieblas de su iniquidad, ya desespera de la luz. Por eso sigue:

CAPÍTULO XL [Ant. XX].

VERS. 22.---No cree que pueda volver de las tinieblas a la luz, mirando por todas partes la espada.

45. El impío, desesperado de la salvación, siempre crece en maldad.---Porque mientras cree que está rodeado de asechanzas por todas partes, al desesperar de la salvación, siempre crece en maldad. A veces, este perverso incluso considera los juicios divinos y teme que estos caigan sobre él. Pero cuando busca el beneficio de la vida presente, vencido por la locura de la avaricia, desprecia esos mismos juicios que había comenzado a temer. Y ciertamente piensa que puede morir en pecado, pero sin embargo no cesa de pecar. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 23.---Cuando se mueve a buscar pan, sabe que el día de las tinieblas está preparado en su mano.

46. Aunque tema ser herido, siempre aumenta aquello por lo que puede ser herido. Pues el pan es el sustento de la vida presente; pero el día de las tinieblas se considera el tiempo de la venganza. En su acción, a veces este perverso percibe la ira del juicio supremo presente; pero no se aparta del mal, para que incluso su propia destrucción pueda ser evitada. Sin embargo, al acusarse a sí mismo, teme ser herido, pero siempre aumenta aquello por lo que puede ser herido. Desprecia su regreso, desespera del perdón, se enorgullece en su culpa; pero, sin embargo, lleva dentro de sí el temor como testigo de su maldad. Y aunque parezca actuar audazmente en el exterior, se ve obligado a temblar por estas cosas en su interior. Por eso está escrito: Pues la maldad, siendo temerosa, da testimonio de la condenación (Sab. XVII, 10), porque cuando alguien comete actos ilícitos, teme lo que hace; y el mismo temor de la

iniquidad es un testigo evidente de la condenación, porque se teme lo que se hace, y sin embargo no se vence el mal que se teme. Sobre lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 24.---Lo aterrará la tribulación, y la angustia lo rodeará, como a un rey que se prepara para la batalla.

47. Cuán estrechamente está rodeado de angustias aquel que abandona el camino de la verdad, compañera de la seguridad. Llano es el camino de la verdad; áspero el sendero de la mentira. En todo lo que hace el inicuo, está rodeado de tribulación y angustia, porque su corazón se confunde con ansiedad y sospecha. Uno desea en secreto apoderarse de lo ajeno, y se afana en sus pensamientos para no ser descubierto. Otro, dejando la verdad, decide mentir para engañar el ánimo de los oyentes. Pero, ¡cuánto esfuerzo requiere custodiar con cuidado que su engaño no sea descubierto! Pone ante sus ojos lo que aquellos que conocen la verdad podrían responderle, y con gran reflexión trata de superar con argumentos falsos los testimonios de la verdad. Se rodea por todos lados y busca una respuesta similar a la verdad en caso de ser descubierto, cuando si quisiera decir la verdad, podría hacerlo sin esfuerzo. Llano es el camino de la verdad, y pesado es el sendero de la mentira. Por eso, también se dice por el profeta: Enseñaron a su lengua a hablar mentira, trabajaron para actuar inicualemente (Jeremías IX, 5). Bien se dice, por tanto: Lo aterrizará la tribulación, y la angustia lo rodeará, porque en sí mismo desfallece en el trabajo del temor, quien abandona el camino de la verdad, compañera de la seguridad. Se compara bien al inicuo con un rey preparado para la batalla, porque en el mismo mal que hace, se aterroriza, se apresura, tiembla por su conciencia, y anhela por deseo, teme y se enorgullece, se estremece por sospechas, y eleva su mente por audacia. También se debe saber que un rey preparado para la batalla está tan sospechoso del enemigo, que incluso teme al ejército que conduce, no sea que se debilite, no sea que por la deserción de los soldados quede expuesto a los dardos de los enemigos. Así, el inicuo está rodeado de angustia, como un rey preparado para la batalla, porque, evidentemente, actuando falsamente, hablando falsamente, teme perder a sus soldados, es decir, los argumentos de la falsedad, y quedar expuesto a los dardos de la verdad, si acaso le falta algo que oponer desde el engaño. Pero aunque el ánimo tiemble, aunque la conciencia acuse, el inicuo es vencido por su propia codicia, y suprimiendo el temor, toma audacia de sus iniquidades. Y a menudo, incluso con la venganza propuesta en su mente, se levanta contra Dios, deliberando sufrir cualquier adversidad de Él, con tal de que aquí, mientras pueda, haga todo lo que le plazca. Por eso se añade:

CAPÍTULO XLIII [Rec. XXII].

VERS. 25, 26.---Porque extendió su mano contra Dios, y se fortaleció contra el Omnipotente. Corrió contra Él con cuello erguido, y se armó con cerviz robusta.

48. A veces Dios, por misericordia, se opone a la voluntad de los malvados, aunque en ocasiones, en su ira, permite que se cumpla. Esto se entiende más claramente en relación con el jefe de los inicuos, es decir, el Anticristo, quien alzando su mano contra Dios, se dice que es fortalecido, porque se le permite exaltarse por un breve tiempo, de modo que, al ser permitido gloriarse por un corto período, sea castigado más severamente para siempre. Pero dado que todos los inicuos son sus miembros, veamos ahora cómo actúan los malvados individualmente, lo que aquel hará singularmente al final del mundo. Hay algunos que, aunque a veces intentan actuar contra el juicio del Dios omnipotente, al ser quebrantados por

la imposibilidad de cumplir su voluntad, reflexionan sobre sí mismos y se convierten al que habían querido despreciar; y aquellos que podrían haberse alejado mucho, si hubieran podido cumplir lo que deseaban, a veces se salvan porque no pudieron realizar lo que maliciosamente querían. Así, al ser llevados de nuevo a sí mismos, reconocen su condición y lamentan haber querido lo contrario a la verdad. Y hay algunos que, por el justo juicio de Dios, son permitidos cumplir lo que perversamente desean contra Él. Y cuando la malicia los enciende, el poder los fortalece, tanto que ya no pueden reconocerse a sí mismos en el error, cuanto más son arrastrados fuera de sí mismos por el poder en medio de la abundancia. De cuya intención ahora se dice: Extendió su mano contra Dios, y se fortaleció contra el Omnipotente. Tender la mano contra Dios es perseverar en una obra perversa, despreciando los juicios de Dios. Y porque Dios se enoja más cuando permite que se cumpla lo que ni siquiera debería haberse concebido en el pensamiento, este iniquo se fortalece contra el Omnipotente, porque se le permite prosperar en su mala acción, de modo que haga lo perverso y, sin embargo, viva felizmente. De lo cual aún se añade: Corrió contra Él con el cuello erguido.

49. ¡Cuánta audacia tienen los ricos soberbios en sus malas obras! Con el cuello erguido, correr contra Dios es realizar con audacia aquello que desagrada al Creador. De quien se dice acertadamente: Corrió, es decir, en la mala obra no encontró obstáculo en la adversidad. De quien además se añade: Y está armado con un cuello grueso. Un cuello grueso es la soberbia opulenta, sostenida por bienes abundantes como por muchas carnes. Así, el poderoso injusto se arma contra Dios con un cuello grueso, quien, hinchado por las cosas temporales, se levanta contra los preceptos de la verdad, como si se erigiera por la magnitud de la carne. Pues, ¿qué es la pobreza sino una especie de delgadez, y qué es la abundancia de bienes sino la gordura de la vida presente? Por lo tanto, se erige contra Dios con un cuello grueso quien asume la abundancia temporal con soberbia. Porque los poderosos e injustos tienen esto como propio, que, ocupados con riquezas engañosas, descuidan las verdaderas riquezas de Dios; y cuanto menos buscan lo que es verdadero, tanto más se exaltan con las riquezas falsas. Pues el cuidado múltiple de las cosas terrenales, porque ocupa, ciega. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLIV.

VERS. 27.---La gordura cubrió su rostro.

50. La abundancia de las cosas terrenales ciega los ojos.---La vista, en efecto, se encuentra en el rostro, donde también está la parte más honorable del cuerpo. Por lo tanto, no sin razón, la intención de la mente se representa por el rostro, hacia donde lo dirigimos, allí vemos. Así, la grosura cubre el rostro, porque el deseo de la abundancia de las cosas terrenales oprime los ojos de la mente, y aquello que debería ser honorable en ellos, ante los ojos de Dios se desfigura, porque se agrava con múltiples preocupaciones. Sin embargo, no les basta con ser soberbios ellos mismos, sino que también aquellos que están unidos a ellos se glorían de su opulencia. Pues hay algunos que, ayudados por patrones más poderosos, se enorgullecen y se exaltan contra los pobres por su poder. Por lo cual, se añade aún:

CAPÍTULO XLV.

IBID.---Y de sus costados cuelga la grasa.

51. Los que se adhieren a un poderoso injusto, se enorgullecen de su poder. Así como la grasa es la gordura de la carne, y solemos llamar "costados" a los ricos a aquellos que vemos unidos a ellos, la grasa cuelga de sus costados, porque cualquiera que se adhiere a un poderoso e injusto, también se enorgullece de su poder, como si fuera de la gordura de las cosas, para que, siguiendo la iniquidad de un patrón perverso, no tema a Dios, aflija a los pobres a quienes puede y cuanto puede, y eleve su corazón con la gloria temporal. Por lo tanto, cuando alguien es así, quien se adhiere a un poderoso injusto, ciertamente la grasa cuelga de su costado. Sobre los cuales aún se añade:

CAPÍTULO XLVI [Ant. XXIII].

VERS. 28.---Habitará en ciudades desoladas, y en casas desiertas, que han sido reducidas a escombros.

52. Aquel, a su vez, mientras es ensalzado por las alabanzas de los que se le unen, es arrastrado con más vehemencia hacia las obras malas. Pues, dado que la ciudad se llama así por la convivencia de sus habitantes, las ciudades son desoladas por los grupos de seguidores perversos, cuyos clamores alaban a este perverso cuando es arrastrado hacia las malas obras por la maldad. De ahí que esté escrito: "El pecador es alabado en el deseo de su alma, y el que obra iniquidad es bendecido" (Salmo X, 3, según los Hebreos). Las casas desiertas son los pensamientos perversos que este iniquo habita, porque en todo lo que hace busca agradar a los pensamientos de los hombres inicuos. Estas ciudades desoladas y casas desiertas son correctamente nombradas, porque si el Dios omnipotente no abandonara, debido a sus culpas precedentes, las conversaciones y pensamientos de tales personas, no llegarían a cometer actos más graves. Bien se dice: "Que han sido reducidas a montones". Pues los edificios derrumbados de casas y ciudades forman montones, ya que cuando los malvados se unen entre sí con acciones confusas hacia obras perversas, muestran sin duda que han caído del edificio de la vida. Sigue:

CAPÍTULO XLVII.

VERS. 29.---No será habitada, ni perdurará su sustancia, ni echará raíz en la tierra.

53. No se enriquece con virtudes sino aquel cuya mente habita Dios. Sin raíz, el soberbio se mantiene, pero al menor soplo será derribado. En algunos códigos se encuentra la expresión "No se enriquecerá" en lugar de "No habitará", pero el sentido no difiere, aunque las palabras sean distintas. En efecto, se enriquece con virtudes aquel cuya mente habita el Dios omnipotente. Pero como el pensamiento del soberbio no es habitado por la gracia de su Creador, ciertamente no se enriquece con virtudes. Por eso, al estar vacío interiormente, se dice: "No habitará"; y debido a que lo transitorio se hincha exteriormente, se añade correctamente: "Ni su sustancia perdurará". Como si se dijera abiertamente: Lo que parece tener exteriormente pasa, y aquello que no podía pasar, no lo tiene interiormente. Por eso también se añade adecuadamente: "Ni echará raíz en la tierra". Si entendemos que esto se refiere a esta tierra, está claro sin duda que un árbol que no tiene raíz en la tierra cae con los vientos más leves. Y cualquier soberbio, mientras se fortalece contra el Señor omnipotente, mientras corre con el cuello erguido y se levanta con un cuello grueso contra su Creador, parece estar de pie como un árbol. Pero su estado es sin raíz, porque como al menor soplo, así al movimiento de un juicio oculto, su vida es arrancada. Pero si en este lugar entendemos la tierra como la retribución de la vida eterna, de la cual el Profeta dice: "Mi porción en la tierra de los vivientes" (Salmo 141, 6), este iniquo no echa raíz en la tierra, porque nunca planta los

pensamientos de su corazón en el deseo de la vida eterna. Porque lo que es la raíz para el árbol, eso es el pensamiento para cada hombre, ya que en lo que se ve exteriormente, se sostiene por lo que no se ve exteriormente. Por eso también se dice por el profeta: "Echará raíz hacia abajo y dará fruto hacia arriba" (Isaías 37, 31). Pues cuando dirigimos nuestro pensamiento a compadecer al prójimo necesitado, es como si echáramos raíz hacia abajo, para que hagamos el fruto de la retribución hacia arriba. Sigue:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 30.---No se apartará de las tinieblas.

54. Porque no busca la luz de la justicia, no se aparta de las tinieblas.---Si este soberbio hubiera querido regresar de la culpa a la justicia, se apartaría de las tinieblas. Pero porque no busca la luz de la justicia, no se aparta de las tinieblas. Con su ejemplo, aquellos que se adhieren a él anhelan los logros terrenales, se encienden con las llamas de la avaricia, se consumen con los fuegos de los deseos carnales. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XLIX.

IBID---Sus ramas secará la llama.

55. Se consume con las llamas de los deseos carnales junto a aquellos que se le unen. Pues si se uniera a algunos que buscan la patria eterna, tendría en sí ramas verdes. Pero como aquellos que se le unen también arden con deseos terrenales, y mientras la llama de los deseos enciende las almas de sus seguidores, ciertamente seca sus ramas, de modo que no llevan el fruto de las buenas obras, porque anhelan con malicia lo más bajo. Sin embargo, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO L.

IBID.---Y será destruido con el espíritu de su boca.

56. Por haber soltado las riendas de su lengua, será atormentado gravemente. En efecto, cuanto más poder tiene una persona orgullosa en esta vida, más audazmente suelta las riendas de su lengua para hablar cualquier perversidad, sin temer las consecuencias de sus palabras, hiriendo a unos con insultos y lanzando maldiciones a otros. A veces incluso se deja llevar por la blasfemia contra el Creador, como se dice de tales personas a través del Salmista: "Pusieron su boca en el cielo, y su lengua pasó sobre la tierra" (Salmo 72, 9). Por eso, el rico, puesto en el fuego, pide que Lázaro moje la punta de su dedo en agua para refrescar su lengua (Lucas 16, 24). De esto se entiende que donde más había pecado, allí ardía más intensamente. Por tanto, se dice con razón ahora: "Y será quitado por el Espíritu de su boca", porque recibió la sentencia de castigo por no haber contenido el espíritu de su boca bajo el temor divino. Sigue:

CAPÍTULO LI [Rec. XXIII].

VERS. 31.--- No crea en vano el engañado, que será redimido por otro precio.

57. Solo nos benefician las limosnas cuando lamentamos y renunciamos a nuestros pecados. Cada vez que, después de una falta, damos limosnas, es como si pagáramos un precio por

nuestras malas acciones. Por eso, a través del Profeta, se dice de quien no actúa así: No dará a Dios su propiciación, ni el precio de la redención de su alma (Salmo 48, 8-9). A veces, los ricos altivos oprimen a los inferiores, se apoderan de lo ajeno, y sin embargo, como si fuera algo, lo reparten a otros; y aunque oprimen a muchos, a veces brindan ayuda de defensa a algunos, y parece que dan un precio por las iniquidades que nunca abandonan. Pero entonces el precio de las limosnas nos libera de las culpas, cuando lamentamos lo cometido y renunciamos a ello. Porque quien siempre quiere pecar y, como si siempre diera limosna, en vano ofrece un precio, ya que no redime el alma que no refrena de los vicios. Por eso ahora se dice: No crea, engañado por el error, que será redimido por algún precio. Porque la limosna del rico soberbio no puede redimirlo, ya que la rapiña cometida del pobre no permite que ascienda ante los ojos de Dios. [Vet. XXV.] Esto quizás pueda entenderse de otra manera, porque a menudo los ricos soberbios, cuando dan limosna, no lo hacen por el deseo de la vida eterna, sino para prolongar la vida temporal, creen que pueden diferir la muerte con donaciones, pero no crea, engañado por el error, que será redimido por algún precio, porque no puede obtener del don ofrecido que evada el fin debido, cuya maldad incluso interrumpe la vida. Por eso se añade:

CAPÍTULO LII.

VERS. 32.---Antes de que se cumplan sus días, perecerá, y su mano se secará.

58. Los días están fijados para cada uno, y no pueden ser aumentados ni disminuidos. Quien espera días más largos, parece antes de que se cumplan.---Los días fijados para cada uno por la interna presciencia de Dios no pueden ser aumentados ni disminuidos, a menos que suceda que sean prescientes de tal manera que, o bien con las mejores obras sean más largos, o bien con las peores sean más cortos, como Ezequías mereció un aumento de días por el derramamiento de lágrimas; y como está escrito sobre los perversos: La muerte se encuentra con los indisciplinados. Pero a menudo el iniquo, aunque en la oculta presciencia de Dios no estén predestinados largos tiempos de vida, él mismo, porque desea vivir carnalmente, propone días con largo ánimo. Y porque no puede llegar al tiempo que espera, parece como si fuera antes de que se cumplan sus días. Sin embargo, esto lo podemos entender de otra manera. Pues a menudo vemos a algunos actuar perversamente y llegar hasta la última vejez. ¿Cómo, entonces, se dice: Perecerá antes de que se cumplan sus días, cuando en algunos a menudo vemos que, aunque sus miembros ya desfallecen por la larga edad, no dejan de ejecutar sus deseos depravados?

59. Después de la conversión, al volver a las cosas exteriores, se erradica de todo estado de buena obra. Hay, en efecto, algunos que, tras una vida perdida, regresan a sí mismos y, con la conciencia acusándolos, abandonan los caminos perversos, cambian sus obras, contradicen su antigua depravación, huyen de las acciones terrenales y persiguen deseos celestiales. Pero, antes de que se consoliden en esos santos deseos, por la pereza de la mente, regresan a lo que habían comenzado a juzgar y recurren a los males que habían decidido evitar. Pues sucede a menudo que, por la utilidad de muchos, incluso los hombres santos sirven en acciones exteriores y se ocupan en la gobernación de los pueblos. Los débiles, al observar esto y buscando imitarlo por su antigua soberbia, se insertan en acciones exteriores; pero, cuanto menos instruidos en lo espiritual llegan a ellas, tanto más carnalmente las ejecutan. Porque, a menos que primero el corazón se fortalezca en deseos celestiales mediante un largo estudio y una prolongada conversación, cuando se vuelva a realizar acciones exteriores, se erradica de todo estado de buena obra. Por lo cual, con razón se dice de este iniquo: Antes de que se cumplan sus días, perecerá. Porque, aunque tal vez comience a hacer algo bueno, antes de

que se fortalezca en ello por la longitud del tiempo, recae en lo exterior y abandona perversamente lo que parecía haber comenzado correctamente. Por lo cual, también se añade adecuadamente: Y su mano se secará. Porque, al involucrarse intempestivamente en acciones exteriores, se seca, sin duda, de toda buena operación. Por lo cual, aún se añade bien:

CAPÍTULO LIII [Rec. XXIV].

VERS. 33, 34.---Será dañada como la vid en su primer florecimiento su racimo, y como el olivo que arroja su flor. Porque la congregación del hipócrita es estéril.

60. Por qué las buenas obras de los hipócritas se marchitan. Qué peligroso es que aquellos que son débiles en virtud estén al mando.---Es de notar que, aunque se habla de este inicuo de manera general, el discurso divino se dirige a su maldad específica. Pues al decir: "Será herido como la vid en el primer florecimiento de su racimo, y como el olivo que arroja su flor", añade de inmediato: "Porque la congregación del hipócrita es estéril", indicando claramente que en este inicuo se pronuncia una sentencia de reprobación contra su hipocresía. Pero ahora debemos considerar cómo el hipócrita es herido como la vid en su primer florecimiento, o como el olivo que arroja su flor. Si una vid floreciente es tocada por un frío excesivo debido a la desigualdad del aire, de inmediato se marchita por completo. Y hay algunos que, después de caminos perversos, desean seguir las sendas santas, pero antes de que sus buenos deseos se fortalezcan en ellas, como hemos dicho, cierta prosperidad de este mundo los atrapa, los involucra en asuntos exteriores, y mientras los aleja del calor del amor interior, los extingue como por frío, y mata todo lo que parecía aparecer en ellos del florecimiento de las virtudes. En los actos terrenales, el alma se enfría mucho si aún no ha sido fortalecida por dones internos. Por lo tanto, es necesario que aquellos que deben ejercer mayores cargos o realizar obras exteriores, que son útiles para las necesidades humanas, sean quienes saben juzgarlas y someterlas bajo sí mismos desde la virtud interior. Porque cuando alguien débil es llevado a un lugar de gobierno o a realizar acciones exteriores, es arrancado, ya que un árbol que no ha echado raíces profundas es derribado rápidamente por el ímpetu de los vientos si se eleva en altura; y cuanto más alto crece en el aire sin raíces, más rápido cae al suelo. A veces, sin embargo, no es el frío sino el calor el que marchita la vid floreciente. Y cuando es tocada por un calor excesivo, el racimo se marchita al dispersarse la flor. Y a menudo sucede que aquellos que no llegan a las buenas obras con una intención recta, cuando ven que agradan a los hombres, se encienden más vehementemente para realizar estas mismas obras, ansiosamente se esfuerzan por hacer lo que agrada a los ojos humanos, y casi parecen fervorosos en un estudio santo. ¿Quién, pues, sino el calor en la flor, toca a aquellos que la búsqueda de la alabanza humana ha hecho ajenos al fruto? Por lo cual se añade bien: "Y como el olivo que arroja su flor". Pues cuando el olivo está en flor, si es tocado por una niebla excesiva, queda vacío de la plenitud de sus frutos. Y cuantas veces aquellos que comienzan buenas obras empiezan a ser alabados por los que los observan, y se deleitan en sus alabanzas, se produce una niebla de inteligencia en su pensamiento, de modo que ya no pueden discernir con qué intención hacen algo, y pierden el fruto de la obra, como por una niebla de favor. Por lo cual se dice bien por Salomón: "Levantémonos temprano y vayamos a las viñas, veamos si la vid ha florecido, si las flores producen fruto" (Cant. II, 12). Las viñas florecen cuando las mentes de los fieles proponen buenas obras. Pero no producen fruto si, vencidos por algunos errores, se debilitan en lo que han propuesto.

[Vet. XXVII.] 61. En las buenas obras no debe atenderse al inicio, sino al fin.---No debe, por tanto, observarse si las viñas florecen, sino si las flores se fortalecen para dar fruto, porque no es sorprendente que alguien comience bien, pero es muy admirable si con recta intención

persevera en la buena obra. De ahí que a menudo suceda que si en la buena obra no se mantiene la recta intención, incluso la misma obra que se cree buena se pierde. Pues hemos visto a algunos que a menudo han dejado las cosas terrenales que poseían, y ya no buscan nada transitorio, no se mezclan en disputas por esta vida. Cuando, por tanto, el alma fiel muestra esto en sí misma, es como si el olivo produjera flor. Pero cuando algunos de estos han comenzado de nuevo a buscar la gloria del mundo que despreciaron, y a desear insaciablemente las cosas terrenales que parecían haber despreciado, a involucrarse en disputas, a buscar el daño de los prójimos, ciertamente el olivo ha arrojado la flor que propuso, porque no llevó los rudimentos del buen estudio a obras perfectas. Pero debe saberse que esto siempre les sucede a aquellos que no siguen a Dios con un estudio puro y simple. Por lo tanto, se añade correctamente: Congregación de hipócritas estéril. No perdería las buenas obras comenzadas, si no fuera hipócrita. Los hipócritas también reúnen buenas obras, pero su congregación es estéril, porque con lo que hacen no buscan recibir fruto en la retribución eterna. Parecen fecundos y verdes en sus obras a los ojos humanos, pero ante la vista del juez oculto aparecen infecundos y áridos. A menudo, encendidos por el ardor de la avaricia, muestran mayores obras a los ojos humanos, cuanto más grandes dones desean recibir de los hombres. Por lo tanto, se añade aún:

CAPÍTULO LIV [Rec. XXV].

VERS. 34.---Y el fuego devorará las tiendas de aquellos que aceptan dones con gusto.

62. Es poco rechazar un regalo con la mano si no rechazamos también el regalo con la boca. Así como el cuerpo habita en el tabernáculo, la mente habita en el pensamiento. Pero el fuego devora los tabernáculos cuando el ardor de la avaricia devasta los pensamientos. Y sucede a menudo que el hipócrita desprecia recibir oro o cualquier bien material de las personas, pero al no aceptar estos, busca recibir mayores alabanzas de ellas; y tal vez no considera que ha recibido un regalo, porque se niega a aceptar bienes materiales. Por lo tanto, es necesario saber que a veces el regalo se ofrece con la mano, y otras veces con la boca. Pues quien da una moneda, ofrece un regalo con la mano; pero quien ofrece una palabra de alabanza, presenta un regalo con la boca. Así, el hipócrita, aunque se niega a aceptar dones exteriores que tal vez se ajustan a una necesidad terrenal, busca que se le retribuya más, deseando ser alabado más allá de su mérito, y busca el regalo de la boca. Y porque en ese excesivo deseo de alabanza el corazón se enciende con ardor, se dice correctamente: Y el fuego devorará los tabernáculos de aquellos que aceptan regalos con gusto.

[Vet. XXVIII.] 63. Estos dones serán devorados por el fuego.---Si debemos entender sus tabernáculos como los cuerpos en los que habitan sus almas, el fuego devora sus tabernáculos, porque aquellos que aquí arden en su mente con el fuego de la avaricia, allí también son consumidos en la carne por los fuegos del infierno, y porque la mente del hipócrita nunca está libre de pensamientos maliciosos; pues ya sea que desee cosas terrenales o alabanza, envidia a otros lo que anhela que se le conceda a él mismo; y tanto más se esfuerza por mostrar a los demás como perversos, cuanto más desea parecer más santo que todos, para que, al hacerse los demás despreciables, él siempre aparezca más reverente. Por lo tanto, sucede que, por la opinión del prójimo ante los juicios humanos, tiende las trampas de su lengua, para que solo él reciba la estimación de aquellos a quienes desea agradar. Por lo cual sigue:

CAPÍTULO LV.

VERS. 35.---Concibió dolor, y dio a luz iniquidad, y su vientre prepara engaños.

64. Concibe dolor quien piensa perversidades, para dar a luz iniquidad. En efecto, concibe dolor cuando piensa perversidades. Da a luz iniquidad cuando comienza a realizar lo que ha pensado. Al envidiar, concibe dolor; al denigrar, da a luz iniquidad. En verdad, la iniquidad es grave cuando aquel que es perverso intenta mostrar a otros como perversos, para que él mismo aparezca como santo, al demostrar que otros no lo son. Es necesario saber que en el lenguaje sagrado, el término vientre o útero suele entenderse como la mente. De ahí que se diga por medio de Salomón: La lámpara del Señor es el aliento del hombre, que investiga todos los secretos del vientre (Prov. XX, 27). La luz de la gracia, que viene de lo alto, proporciona al hombre el aliento para la vida. Esta luz se dice que investiga todos los secretos del vientre, porque penetra los ocultos de la mente, para que lo que estaba oculto de sí misma en el alma, lo traiga de nuevo ante sus ojos llorando. De ahí que Jeremías diga: Mi vientre, mi vientre, me duele (Jer. IV, 19). Para mostrar qué quiso decir con su vientre, añadió: Los sentidos de mi corazón están turbados. Por lo tanto, el término útero se entiende correctamente como la mente, porque así como la prole se concibe en el útero, así la idea se genera en la mente; y así como los alimentos se contienen en el vientre, así las ideas se contienen en la mente. El útero del hipócrita prepara engaños, porque siempre concibe en su mente mayor malicia contra los prójimos, cuanto más desea parecer el más inocente de todos. Elifaz dijo esto porque pensó que el bienaventurado Job había sido golpeado por su hipocresía. Pero aunque sus palabras se aplican a muchos, son ajenas a aquel por quien solo se decían, porque el santo varón no tuvo duplicidad en sus acciones, a quien la verdad testificó alabando la simplicidad de su corazón.

LIBRO DECIMOTERCERO. En el cual se contiene una breve exposición moral y típica de los capítulos XVI y XVII del libro de Job.

CAPÍTULO PRIMERO.

417 1. Los santos, a quienes no pueden corregir con amonestaciones, los toleran con paciencia. — Es propio de los perversos que imputen sus males a los buenos mediante calumnias, antes de que ellos mismos sean acusados con verdad; y mientras temen ser reprendidos por lo que hacen, atestiguan que los justos, que se oponen a sus maldades, hacen estas cosas. Sin embargo, los hombres santos escuchan pacientemente incluso lo que recuerdan no haber hecho nunca, aunque saben que los males que se les imputan han sido perpetrados por sus propios acusadores; y cuando no pueden corregirlos predicando, los toleran con paciencia, para que, si no pueden obtener el fruto de su conversión, al menos adquieran de ellos la recompensa de la longanimidad. Por eso, la santa Iglesia dice con las palabras del profeta David: Sobre mi espalda fabricaron los pecadores (Salmo 128, 3), porque evidentemente, mientras tolera a los herejes o a cualquier reprobado que no puede corregir, lleva sobre su espalda las obras de los pecadores. Así, el bienaventurado Job, al ver a su amigo Elifaz quejándose mucho contra él de hipocresía, quien había pasado de palabras de consuelo a la amargura de la reprensión, y aparecía como un consolador simulado, guarda a través de su paciencia el tipo de la Iglesia, que sabe tolerar tales cosas escuchando, y, cuando se admite su discurso, destruir razonando, y dice:

CAPÍTULO II. [Rec II].

CAP. XVI, VERS. 2.---He escuchado frecuentemente tales cosas.

2. Job es un tipo de la Iglesia oprimida por falsos amigos, que simulan ser consoladores. De palabras consolatorias, los amigos de Job pasaron a palabras de reproche. En efecto, los elegidos frecuentemente escuchan los males ajenos como si fueran propios, y se les imputa un crimen por aquellos que cometen los crímenes que les son imputados. Con esta respuesta, el bienaventurado Job significa aquel tiempo de la Iglesia en el que, oprimida por los adversarios, se cree casi derribada por su poder temporal. De donde sigue: --- IBID. --- Todos vosotros sois consoladores molestos. Pues ya sean herejes o cualquier malvado, cuando ven a los buenos sufrir en la adversidad, en su intento de consolarlos, tratan de persuadirles de cosas malas. Por lo tanto, no sin razón, su consolación se vuelve onerosa para las mentes de los buenos, porque desean infundir el veneno del error entre palabras dulces; y mientras con palabras suaves parecen aliviar los dolores, se apresuran a imponer la carga del pecado. Pero los hombres elegidos, incluso cuando son privados de la gloria temporal, no pierden el vigor del juicio interno. Pues saben sufrir adversidades externamente, y sin embargo, interiormente, sin quebrantarse, defienden lo recto sin temor. De donde se añade:

CAPÍTULO III

VERS. 3.---¿Acaso tendrán fin las palabras vanas?

3. Palabras sanas, a veces ventosas debido a la altivez de quienes las pronuncian. No se debe reprender al que está de luto. Pues las palabras ventosas son aquellas que sirven más a la vanidad temporal que a la rectitud. Sin embargo, a menudo los malos también dicen cosas buenas; pero como no las dicen bien, pronuncian palabras ventosas. Porque sus dichos, aunque a veces sean sanos en su contenido, están inflados por la altivez. [Vet. II.] En lo que se ha dicho: Todos vosotros sois consoladores molestos, ¿qué otra cosa se nos enseña por la instrucción del bienaventurado Job, sino que cada uno debe saber considerar cuidadosamente para no introducir palabras de reprensión en tiempo de luto? Pues si hay ciertas cosas que deben ser reprendidas con justicia, deben posponerse en la aflicción, para que el consolador no aumente el dolor con la reprensión, cuando había propuesto aliviarlo. Sigue:

CAPÍTULO IV.

IBID.---¿O algo te molesta si hablas?

4. Los justos no devuelven insultos.---Los hombres malvados, junto con otros semejantes a ellos, pronuncian palabras insultantes, y cuanto más rápido se callan, más pronto escuchan de sí mismos lo que dicen a sus oyentes. Sin embargo, cuando lanzan palabras insultantes a los hombres buenos, no les nace molestia alguna del insulto, porque hablan contra quienes guardan silencio, y no se ven obligados a escuchar lo que son, ya que los justos no devuelven insultos, incluso cuando se ven obligados a escuchar lo que no son. Por lo tanto, se dice bien: ¿Te molesta algo si hablas? Como si se le dijera abiertamente: Cuanto más hablas, más no escuchas de mí algo molesto sobre tu acción. Por lo tanto, se añade,---VERS. 4.---También yo podría hablar cosas semejantes a las vuestras. [Rec III.] El justo narra lo que podría haber hecho; pero para no abandonar la justicia, evita hacer lo que podría haber hecho. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERS. 4-6.---¡Y ojalá vuestra alma fuera por mi alma! Yo también os consolaría con palabras, y movería mi cabeza sobre vosotros. Os fortalecería con mi boca, y movería mis labios, como si os perdonara.

5. A veces se deben desear los castigos divinos para los malvados.---En ocasiones es necesario que para las mentes perversas, que no pueden ser corregidas por la predicación humana, se deseen benignamente los castigos divinos. Esto se hace con gran amor, ya que no se busca el castigo del que yerra, sino su corrección, y se muestra más como una oración que como una maldición. En estas palabras se muestra que el bienaventurado Job pretendía que sus amigos, que no sabían compadecerse de su dolor por caridad, aprendieran por experiencia cómo debían mostrar misericordia ante la aflicción ajena; y, dominados por los dolores, extrajeran de su propia pasión la consolación que debían ofrecer a otros; y entonces vivieran más saludablemente en su interior, al sentir algo de la debilidad exterior. Es de notar que no dijo: "¡Ojalá mi alma fuera por vuestra alma!", sino "¡Ojalá vuestra alma fuera por mi alma!", porque ciertamente se maldeciría a sí mismo si deseara hacerse semejante a ellos. En verdad, deseó mejores cosas para aquellos a quienes buscó hacer semejantes a sí mismo. Consolamos a los perversos en los castigos cuando indicamos que, a través del golpe exterior, la salud interior en ellos puede fortalecerse. [Vet. III.] También movemos la cabeza cuando inclinamos la mente, que es nuestro principal, hacia la compasión. Y los fortalecemos entre los castigos cuando aliviemos la fuerza de su dolor con palabras suaves. Hay, en efecto, algunos que, al desconocer lo interno, se afligen desesperadamente por los males exteriores, de los cuales se dice por el salmista: "No subsistirán en las miserias" (Salmo 139, 11). Pues bien sabe subsistir en las miserias exteriores aquel que sabe siempre alegrarse con la esperanza interna.

6. A veces, la Iglesia parece perdonar a los malos sin perdonarlos realmente, y a veces parece no perdonar cuando en realidad perdona.---El hecho de que no diga "perdonando", sino "como perdonando a ustedes", no creo que deba pasarse por alto negligentemente, porque la santa Iglesia, manteniendo el vigor de la disciplina con una mezcla de mansedumbre, a veces parece perdonar a los malos sin perdonarlos realmente, y a veces parece no perdonar cuando en realidad perdona. Esto se muestra mejor si presentamos ejemplos de lo que suele suceder. Pongamos ante los ojos de la mente a dos personas malvadas establecidas en la santa Iglesia, de las cuales una es poderosa y atrevida, y la otra es dócil y sumisa. Si alguna culpa se desliza en el dócil y sumiso, el predicador lo sigue inmediatamente con reprensión y lo corrige, y al corregirlo, lo libera de la culpa y lo reforma en el camino de la rectitud. ¿Qué hizo entonces sino que, al no perdonar, realmente perdonó, porque al no retrasar la palabra de corrección, lo liberó rápidamente de la culpa? Pues al reprender libremente no perdonó, pero al corregirlo, sí perdonó. En cambio, cuando se sabe que el poderoso y atrevido ha cometido algo, se busca el momento adecuado para reprenderlo por el mal que ha hecho. Porque si el predicador no espera el momento en que pueda soportar adecuadamente la corrección, aumenta el mal que sigue. A menudo sucede que tal persona no acepta ninguna palabra de reprensión. ¿Qué debe hacer entonces el predicador con la culpa de este, sino que, en el discurso de admonición que hace por la salvación común de todos los oyentes, exponga tales culpas como las que considera que ha cometido quien está presente, y que aún no puede ser acusado solo, para que no empeore? Y cuando la invectiva se dirige generalmente contra la culpa, la palabra de corrección se lleva voluntariamente a la mente, porque el poderoso malvado ignora que esto se dice especialmente para él. ¿Qué hizo entonces su predicador sino que, al no perdonar, realmente perdonó, al no dirigirle palabras de corrección especialmente, y sin embargo, golpeó su herida bajo la admonición común? De ahí que a menudo sucede que lamenta más intensamente la culpa cometida, cuanto más cree que su culpa es desconocida, aunque siente que ha sido golpeado.

7. Con qué discreción deben ser reprendidos los obstinados.---Por tanto, es necesario actuar con gran arte de predicación para que aquellos que se vuelven peores por una corrección abierta, puedan regresar a la salvación mediante una corrección moderada. Por eso también Pablo dice: "A los miembros del cuerpo que consideramos menos honorables, les damos mayor honor; y a los que son menos decorosos, les damos mayor decoro; pero nuestros miembros decorosos no necesitan nada" (I Cor. XII, 23). Así como hay miembros menos decorosos en el cuerpo, también hay algunos dentro de la santa Iglesia que son poderosos y obstinados, quienes no pueden ser heridos por una invectiva abierta y, por tanto, son cubiertos como con un manto de honor. Pero esto lo decimos sobre los delitos ocultos de los poderosos. Pues cuando pecan a la vista de otros, deben ser reprendidos también a la vista de otros, para que si el predicador calla, no parezca que aprueba la culpa, y esta, al crecer, no se convierta en un ejemplo que la lengua del pastor no corta. Por lo tanto, la santa Iglesia, cuando a través de sus predicadores reprende ciertos actos de los malvados bajo la dispensa de la invectiva, mueve los labios como si perdonara; pero, sin embargo, al perdonar no perdona, porque no calla la invectiva de la culpa en general, aunque la calle en particular. Sigue:

CAPÍTULO VI.

VERS. 7.---Pero, ¿qué haré? Si hablo, no cesará mi dolor; y si callo, no se apartará de mí.

8. El dolor de la Iglesia cuando ve que es en vano reprender a los malvados.---Nadie ignora cómo esto se aplica a la persona del bienaventurado Job. Pero si se lleva al tipo de la santa Iglesia, esto, incluso cuando habla, el dolor no cesa, cuando ve que con su discurso no logra corregir a los perversos. Y cuando calla, el dolor no se retira, porque aunque haya guardado silencio por aversión, gime aún más por el mismo hecho de callar, ya que al callar ve que las culpas de los perversos crecen. Sigue:

CAPÍTULO VII. [Rec. IV].

VERS. 8.---Ahora, sin embargo, me ha oprimido mi dolor, y todos mis miembros han sido reducidos a la nada.

9. Dolor de la Iglesia al ver a los débiles ser arrastrados por los ejemplos de los malvados.---La santa Iglesia es oprimida por su dolor cuando observa a los perversos crecer en su malicia. Y porque, mientras los malvados crecen, también los débiles que están en ella son incitados a seguir los caminos de la depravación, se añade correctamente: Y todos mis miembros han sido reducidos a la nada. Pues así como los fuertes son designados por los huesos, así los débiles suelen ser designados por los miembros. Por lo tanto, los miembros de la Iglesia son reducidos a la nada cuando, por la imitación de los malvados que crecen en este mundo, los débiles se debilitan aún más. Al ver la felicidad de los malvados, a menudo se deslizan del mismo estado de fe, desean los bienes temporales, y son como reducidos a la nada, porque al abandonar la esencia permanente de Dios, amando lo transitorio, tienden casi a no ser. Sin embargo, se dice bien: Ahora me oprime mi dolor, porque evidentemente el tiempo de dolor de la Iglesia es ahora, y el tiempo de alegría vendrá después. A menudo sucede que la santa Iglesia no solo tolera a los infieles y a los adversarios externos, sino que apenas soporta las insidias y la adversidad de aquellos que tiene dentro. Por lo tanto, con la voz del hombre bienaventurado, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO VIII. [Ant. V.]

VERS. 9.---Mis arrugas dan testimonio contra mí.

10. Las arrugas de la Iglesia son los malos cristianos. ¿Qué se designa por arrugas sino la duplicidad? Las arrugas, por tanto, son todos aquellos en la santa Iglesia que viven de manera doble, que proclaman la fe con palabras, pero la niegan con obras. Estos, sin duda, en tiempos de paz, al ver que la misma fe es honrada por los poderes de este mundo, fingen ser fieles. Pero cuando una repentina tormenta de adversidad sacude a la santa Iglesia, inmediatamente muestran lo que tramaban en su mente traicionera. Sin embargo, la santa Iglesia no tiene estas arrugas en sus elegidos, porque evidentemente no saben mostrar una cosa por fuera y tener otra por dentro. Por eso, el insigne predicador dice con razón: Para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (Efesios V, 27). No tiene mancha ni arruga, porque carece de la fealdad de las obras y de la duplicidad del discurso. Pero, dado que ahora dentro del seno de la fe también retiene a muchos reprobos, cuando el tiempo de persecución se encienda, sufrirá a los mismos enemigos que antes parecía alimentar con las palabras de la predicación. Por lo tanto, que diga: Mis arrugas dan testimonio contra mí, es decir, me reprenden persiguiéndome, aquellos que ahora, estando en mi cuerpo, no corrigen en sí mismos la malicia de su duplicidad. Por lo cual, bien se añade:

IBID.---Y se levanta un falso testigo contra mi rostro, contradiciéndome.

11. A través de los malos actúa el diablo.---Incluso en tiempos de su paz, la santa Iglesia sufre la falsedad, ya que hay muchos en ella que desconfían de la promesa de la eternidad, y sin embargo, fingen ser fieles. Estos, al no atreverse a contradecir abiertamente su predicación, hacen que la falsedad no se manifieste de frente, sino como si fuera a sus espaldas. Pero cuando estalla el tiempo de la malicia, aquel que ahora, por temor, desmerece, se presenta a contradecir de frente, porque se opone con voces abiertas a las palabras de la verdadera fe. Es necesario saber que cuando sufrimos esto de los carnales, no son tanto ellos quienes se ensañan en nuestra muerte, sino el espíritu maligno que gobierna sus mentes, como se dice a través de Pablo: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra los gobernantes de las tinieblas de este mundo (Efesios VI, 12). Por lo tanto, cuando aquí también hablaba de la falsedad, adecuadamente dirigió sus palabras a describir al príncipe de esa falsedad diciendo:

CAPÍTULO X [Rec. V].

VERS. 10.---Reunió su furor contra mí, y, amenazándome, rechinó sus dientes contra mí; mi enemigo me miró con ojos terribles.

12. El diablo actúa a través de los malvados, a veces con persecución oculta, a veces abierta. ¿Qué son todos los inicuos sino miembros del diablo? Él, por lo tanto, actúa a través de ellos, infundiéndoles en sus corazones lo que deben hacer. [Vet. VI]. El diablo aún tiene furia contra la santa Iglesia, pero su furia está dispersa, ya que provoca tentaciones ocultas en cada individuo. Sin embargo, cuando se desata en una persecución abierta contra ella, concentra toda su furia, porque en su aflicción se enfoca con toda su intención. Sus miembros, en este tiempo de paz, no tienen furia concentrada contra los elegidos, porque sienten que pueden cumplir su maldad menos de lo que desean. Pero cuando ven que tienen la licencia para la maldad, la ejercen con más audacia, ya que se unen en unanimidad contra ella. Por lo tanto, se dice correctamente ahora: Ha concentrado su furia en mí. Y para explicar más ampliamente su furia, se dice: Y amenazándome, rechinó sus dientes contra mí. A lo que se

añade: Mi enemigo me miró con ojos terribles. Ese antiguo enemigo de la Iglesia rechina sus dientes contra ella y la mira con ojos terribles, porque a través de unos ejerce crueldades y a través de otros prevé lo que debe ejercer.

13. Los dientes del diablo son los perseguidores; los ojos, quienes los guían con sus consejos. Los dientes de este enemigo son los perseguidores y verdugos de los buenos, que desgarran sus miembros al afligir a sus elegidos con sus persecuciones. Los ojos de este enemigo son aquellos que planean el mal contra ella, inflamando con sus consejos las crueldades de sus perseguidores. Así, su antiguo adversario rechina los dientes contra ella, persiguiendo la vida de los buenos a través de crueles réprobos. La observa con ojos terribles, que no cesan de buscar el mal con consejos perversos, en los cuales siempre la afligen más gravemente. Pues así como la Verdad encarnada eligió en su predicación a los pobres, ignorantes y sencillos, de manera contraria, aquel hombre condenado, que al final del mundo el ángel apóstata asumirá, elegirá a los astutos y dobles, y a los que poseen la ciencia de este mundo, para predicar su falsedad. [Vet. VII]. Por eso, también se dice por Isaías: ¡Ay de la tierra del zumbido de alas, que está más allá de los ríos de Etiopía, que envía mensajeros por el mar, y en vasijas de papiro sobre las aguas! (Isaías XVIII, 1). La tierra a la que se dice "ay" es principalmente aquel hombre condenado, que es llamado el zumbido de alas, porque aquellos que por soberbia vuelan a la altura del pensamiento, resuenan predicando a ese mismo hombre perverso. Esta tierra se dice correctamente que está más allá de los ríos de Etiopía. Etiopía, en efecto, envía un pueblo negro, y este mundo produce a todo hombre, porque engendra al pecador, como Etiopía engendra un pueblo negro. Pero la tierra a la que se dice "ay" se dice que está más allá de los ríos de Etiopía, porque aquel hombre condenado es tan inmensamente inicuo que trasciende los pecados de todos los pecadores. Él envía mensajeros por el mar, porque dispersa a sus predicadores en el mundo. De los cuales se añade correctamente cómo son enviados, cuando se dice: En vasijas de papiro sobre las aguas. Pues de papiro es el papel. ¿Qué se designa entonces por papiro sino la ciencia secular? Las vasijas de papiro son, por tanto, los corazones de los doctores seculares. Enviar mensajeros en vasijas de papiro sobre las aguas es poner su predicación en los sentidos de los sabios carnales, y llamar a los pueblos que fluyen hacia la culpa. Aquellos que allí son designados por vasijas de papiro, aquí, porque ven carnalmente, son designados por los ojos. De los cuales aún se añade:

CAPÍTULO XI.

VERS. 11.---Abrieron su boca contra mí, reprochándome.

14. Los del diablo que predicán errores.---Los impíos abren sus bocas reprochando cuando no temen proclamar los males de su error y se burlan de los fundamentos de la fe recta. De estos se debe saber que persiguen principalmente en la santa Iglesia a aquellos que ven que serán de gran provecho, quienes con la palabra de corrección destruyen la vida de los carnales y los transforman espiritualmente en el cuerpo de la Iglesia. Por lo tanto, se añade.

CAPÍTULO XII. [Rec. VI].

IBID.---Golpearon mi mejilla, se saciaron con mis penas.

15. Mandíbula de la Iglesia, los santos predicadores.---La mandíbula de la Iglesia son, en efecto, los santos predicadores, como se dice bajo la figura de Judea por Jeremías: Llorando ha llorado en la noche, y sus lágrimas están en sus mejillas (Lam. I, 2), porque en las

adversidades de la Iglesia, aquellos que saben romper la vida de los carnales mediante la predicación lloran más. A través de ellos, la santa Iglesia destruye a los inicuos de sus vicios y, como si los devorara, los convierte en sus miembros. Por eso, al primer predicador también se le llama como las mandíbulas de la Iglesia: Mata y come (Hech. X, 13). (Vet. VIII). De aquí también que Sansón sostuvo la mandíbula de un asno y mató a los enemigos (Jue. XV, 16), porque nuestro Redentor, sosteniendo con su mano de virtud la simplicidad y paciencia de los predicadores, mató a los carnales de sus vicios. Y la mandíbula arrojada a la tierra después derramó aguas, porque los cuerpos de los predicadores entregados a la muerte mostraron grandes milagros a los pueblos. Por lo tanto, los perversos golpean la mandíbula de la Iglesia cuando persiguen a los buenos predicadores. Y porque entonces los réprobos creen haber hecho algo grande cuando matan la vida de los predicadores, después del golpe a la mandíbula se añade adecuadamente:---IBID.---Se saciaron con mis penas. Esa pena los sacia, la cual castiga principalmente la mente de la Iglesia. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 12. Dios me ha encerrado con el inicuo, y me ha entregado en manos de los impíos.

16. Elegidos temporalmente permitidos por las persecuciones del antiguo enemigo.---El pueblo de los elegidos es encerrado por el inicuo cuando su carne es temporalmente entregada a las persecuciones del antiguo enemigo. No es el espíritu, sino el cuerpo el que es entregado en manos de los impíos, porque al no poder capturar su mente, arden con mayor crueldad contra su carne. Pero cuando el pueblo de la santa Iglesia comienza a sufrir adversidades gravemente y observa a sus débiles deslizarse hacia lo peor, recuerda los tiempos de paz, cuando alimentaba a sus fieles con la abundancia de su predicación. Por lo tanto, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 13.---Yo, aquel que una vez fue opulento, por mi propia voluntad he sido quebrantado.

17.---A las mentes firmes ninguna adversidad llega de repente.---En lo que afirmó que se sintió de repente abatido, designó la mente desprevenida de los débiles. Aquellos que no saben prever los males que están por venir; tanto más pesados se les hacen cuanto más inesperados los soportan. Sin embargo, a las mentes firmes las adversidades no les llegan de repente, porque se prevén antes de que lleguen. No obstante, esto es algo que también sufre ahora la santa Iglesia en algunos que retroceden, quienes, después de la abundancia de la doctrina, a veces son abatidos por vicios repentinos, de modo que caen en ciertos males, como si nunca hubieran tenido el alimento de la palabra. Sigue:

CAPÍTULO XV.

IBID.---Sostuvo mi cuello, me quebrantó, me puso para sí como en señal.

18. Los enfermos, bajo la presión de la persecución, temen predicar la verdad. Así como en los males el cuello señala la soberbia, en los bienes indica la elevación de la libertad. Por eso, a veces, la misma soberbia se utiliza para representar la autoridad de la elevación, como el Señor prometiendo a la santa Iglesia a través del profeta dice: "Te pondré en la soberbia de los siglos" (Isaías 60, 15). Y porque en tiempos de persecución algunos débiles no se atreven

a predicar libremente las verdades que sienten, se dice correctamente de este enemigo: "Sujeté mi cuello, me quebrantó". Quizás, sin embargo, aquellos que se destacan por el término "cuello" son los que en tiempos de paz se elevan más de lo que conviene, y bajo el pretexto de defender la rectitud, sirven al vicio de la arrogancia. Estos, en tiempos de persecución, sienten más las adversidades porque se exaltan en la prosperidad. De ellos se dice bien: "Sujeté mi cuello, me quebrantó". Es decir, la elevación que tenía en los débiles, la inclinó con la severidad de su golpe. "Y me puso como en un signo". Es evidente que un signo se coloca para ser herido por el lanzamiento de flechas. Así, el pueblo fiel es puesto como un signo para su enemigo, porque siempre lo ataca con sus golpes y lo aflige con sus persecuciones. Pues quien en esta vida soporta males continuos, como puesto en un signo, recibe los golpes del atacante. Por eso, el predicador insigne, al soportar los males de las persecuciones y gemir bajo la persecución de los adversarios, consolando la mente tierna de sus discípulos con sus aflicciones, dijo: "Porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos" (1 Tesalonicenses 3, 3). Como si les dijera abiertamente: ¿Por qué os asombráis de nuestras heridas en este tiempo, si buscamos las alegrías eternas, hemos venido aquí para ser heridos? Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 14.---Me rodeó con sus lanzas, hirió mis lomos, no tuvo piedad, y derramó en tierra mis entrañas.

19. El enemigo nos ataca con los dardos de las tentaciones desde todas partes. Esto, según la letra, parecía poder aplicarse al bienaventurado Job, por lo que se dice: Me rodeó con sus lanzas, hirió mis lomos, no perdonó, a menos que se añadiera lo que de él no se lee escrito: Derramó mis entrañas en la tierra. Por lo cual es necesario que, al no poder encontrar esto según la letra, busquemos en sus palabras lo que suena según la historia, conforme al espíritu. La Santa Iglesia es rodeada por las lanzas de su enemigo cuando en sus miembros es atacada por el astuto adversario con los dardos de las tentaciones. Bien se dice que somos rodeados por lanzas, porque el antiguo enemigo nos ataca con la herida de su tentación desde todas partes. Pues a menudo, mientras se restringe la gula para someter la lujuria, el aguijón de la vana gloria golpea la mente. Si el cuerpo no es mortificado por la aflicción de la abstinencia, la llama de la lujuria se levanta contra la mente. A menudo, mientras nos esforzamos por mantener la moderación, caemos en la avaricia. Y a menudo, mientras distribuimos generosamente lo que poseemos, somos llevados a la avaricia, porque buscamos nuevamente recolectar lo que damos. Por lo tanto, mientras los dardos del antiguo enemigo nos atacan por todas partes, correctamente no se dice: Me rodeó con sus lanzas. Y porque todo pecado es ciertamente sugerido por el enemigo astuto, pero nosotros lo perpetramos consintiendo en sus sugerencias, se añade apropiadamente: Hirió mis lomos. En los lomos, en efecto, está la lujuria. Por eso, aquel que deseaba extinguir del corazón el placer de la lujuria, predicó diciendo: Ceñid los lomos de vuestra mente (I Pe. I, 13). Cuando, por lo tanto, el antiguo enemigo lleva al pueblo fiel a la lujuria, sin duda lo hiere en los lomos. También es de notar que no dice: Hirió, sino Hirió mis lomos. Así como hablar a veces es de uno, pero conversar es de dos, o quizás de muchos, así el antiguo enemigo, porque no nos arrastra al pecado sin nuestra voluntad, no se dice que hiere nuestros lomos, sino que los hiere junto con nosotros, porque lo que él nos sugiere mal, nosotros lo seguimos y lo cumplimos por nuestra propia voluntad, y casi nos herimos junto con él, porque somos llevados a perpetrar el mal por libre albedrío. Sigue: No perdonó. Como si dijera: No desistió. Y derramó mis entrañas en la tierra. ¿Qué otra cosa debemos entender por las entrañas de la santa Iglesia, sino las mentes de aquellos que contienen en sí ciertos misterios de ella, que sirven a los sacramentos

internos? Pero el antiguo adversario, cuando lleva a algunos fieles, que parecían servir a los sacramentos internos, a los negocios mundanos, sin duda derrama sus entrañas en la tierra, porque los pisotea en cosas bajas a aquellos que antes permanecían ocultos en actos espirituales y secretos. Sigue:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 15.---Me hirió con herida sobre herida.

425 20. Para que la herida se sume sobre herida y nos derribe.---En sus débiles, la santa Iglesia es derribada por herida sobre herida cuando se añade pecado a pecado, de modo que la culpa se agrava con mayor intensidad. Pues aquel a quien la avaricia lleva al robo, el robo lo conduce al engaño, de manera que, consumada la culpa, también se defiende con falsedad, ¿qué es sino herido sobre herida? Por lo cual, bien se dice también por el profeta: Maldición, mentira, homicidio, robo y adulterio han inundado, y sangre toca sangre (Oseas IV, 2). Pues suele el pecado ser señalado con el nombre de sangre. Por lo cual, quien desea ser liberado de los pecados clama por penitencia: Líbrame de las sangres (Salmo L, 16). Así, sangre toca sangre cuando la culpa se acumula sobre la culpa. Y porque cuando se añade herida a herida, las fuerzas del antiguo enemigo crecen con mayor intensidad contra nosotros, se añade correctamente:

CAPÍTULO XVIII.

IBID. Irrumpió en mí como un gigante.

21. Quienes no se resisten, lo experimentan como un gigante luchando contra ellos. En efecto, es fácil resistir al enemigo si no se le consiente, ya sea en muchas caídas o en una sola, durante mucho tiempo. Pero si el alma se acostumbra a someterse a sus persuasiones, cuanto más frecuentemente se le somete, tanto más intolerable se vuelve, de modo que no puede resistirle, porque ciertamente el maligno adversario lucha contra ella, vencida por la mala costumbre, como un gigante. Sin embargo, a menudo la santa Iglesia, incluso después de las culpas cometidas, llama a las mentes de los fieles al arrepentimiento y purifica los pecados mediante la virtud de la aflicción voluntaria. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 16.---Cosí un saco sobre mi piel, y cubrí mi carne con ceniza.

22. La Iglesia enseña a purificar los pecados mediante la aflicción voluntaria. ¿Qué se debe entender por saco y ceniza sino penitencia, y qué por piel y carne sino el pecado de la carne? Así, cuando algunos, después de caer en la carne, regresan a la penitencia, es como si el saco se cosiera sobre la piel y la carne se cubriera de ceniza, porque la culpa de la carne se cubre con la penitencia, para que no se vea en el juicio del juez severo como motivo de venganza. La santa Iglesia, al apartar a sus miembros débiles de los pecados y conducirlos al remedio de la penitencia, sin duda los ayuda con lágrimas, para que puedan recuperar la gracia de su Creador, y lamenta con fuerza lo que no hizo, como si lo hubiera hecho en sus miembros débiles. Por eso, bien se añade:

CAPÍTULO XX [Ant. XI, Rec. VII].

VERS. 17.---Mi rostro se ha hinchado de tanto llorar.

23. Ayuda a sus hijos penitentes con sus lágrimas. Los prelados se afligen por las caídas ajenas como si fueran propias. En efecto, los rostros de la santa Iglesia son aquellos que, colocados en posiciones de gobierno, aparecen como los primeros, de modo que de su apariencia depende el honor del pueblo fiel, incluso si algo deforme se oculta en el cuerpo. Estos prelados, sin duda, lloran las culpas de los débiles entre el pueblo, y se afligen por las caídas ajenas como si fueran propias. Y a menudo, al ver a algunos regresar al perdón después de las culpas, y a otros persistir en la iniquidad, se maravillan de los juicios ocultos del Dios omnipotente, pero no pueden penetrarlos. Se asombran, en efecto, de lo que no entienden. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXI.

IBID.---Y mis párpados se han oscurecido.

24. Dirijan los caminos de los súbditos en lugar de los ojos.---En efecto, aquellos que vigilan para prever los caminos de los pies son correctamente llamados párpados. Pero cuando ni siquiera los superiores vigilantes comprenden los ocultos juicios de Dios, los párpados de la santa Iglesia se oscurecen. Pero, como recuerdo haber dicho ya muchas veces, el bienaventurado Job, manteniendo el tipo de la santa Iglesia, utiliza a veces la voz del cuerpo, y otras veces la voz de la cabeza; y mientras habla de sus miembros, de repente se eleva a las palabras de la cabeza. Por lo tanto, aquí también se añade:

CAPÍTULO XXII [Rec. VIII].

VERS. 18.---Estas cosas he sufrido sin iniquidad en mis manos, teniendo oraciones puras ante Dios.

25. Solo Cristo, por encima de todos, tuvo oraciones puras hacia Dios. Pues sus manos soportaron sin iniquidad, él que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pe. II, 22, sig.), y sin embargo, soportó el dolor de la cruz por nuestra redención. Él solo, por encima de todos, tuvo oraciones puras hacia Dios, porque incluso en el dolor de la pasión oró por sus perseguidores, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). ¿Qué puede decirse o pensarse más puro en la oración que cuando se concede la misericordia de la intercesión incluso a aquellos por quienes se soporta el dolor? De ahí que sucediera que la sangre de nuestro Redentor, que los perseguidores derramaron con saña, después la bebieran creyendo, y proclamaran que él era el Hijo de Dios. De cuya sangre, en efecto, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 19.---Tierra, no cubras mi sangre, ni encuentre mi clamor en ti lugar para esconderse.

26. Su sangre habla mejor que la de Abel; pues esta clama venganza, mientras aquella implora perdón. Al hombre pecador se le dijo: Eres polvo, y al polvo volverás (Génesis III, 19). Esta tierra ciertamente no ocultó la sangre de nuestro Redentor, porque cada pecador, al recibir el precio de su redención, confiesa y alaba, y lo da a conocer a sus prójimos en la medida de sus posibilidades. La tierra tampoco cubrió su sangre, porque la santa Iglesia ha predicado el misterio de su redención en todas las partes del mundo. [Vet. XII.] Es de notar lo

que se añade: Que mi clamor no halle en ti lugar donde esconderse (Génesis III, 19). Pues la misma sangre de la redención que se recibe es el clamor de nuestro Redentor. Por eso también Pablo dice: Y la aspersion de la sangre que habla mejor que la de Abel (Hebreos XII, 24). Se había dicho del sangre de Abel: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra (Génesis IV, 10). Pero la sangre de Jesús habla mejor que la de Abel, porque la sangre de Abel pidió la muerte del fraticida, mientras que la sangre del Señor obtuvo vida para los perseguidores. Para que el sacramento de la pasión del Señor no sea inútil en nosotros, debemos imitar lo que recibimos y predicar a los demás lo que veneramos. Su clamor encuentra lugar para esconderse en nosotros si la lengua calla lo que el corazón cree. Pero para que su clamor no se oculte en nosotros, es necesario que cada uno, según su capacidad, dé a conocer a sus prójimos el misterio de su vivificación. Es grato volver los ojos de la mente a la hora de la pasión del Señor, cuando los judíos perseguían con saña y los discípulos, temerosos, huían. Pues aquel que parecía morir en la carne no se creía que fuera Dios. Por eso aquí se añade acertadamente:

CAPÍTULO XXIV [Rec. IX.].

VERS. 20.---He aquí que en el cielo está mi testigo, y mi consciente en las alturas.

27. A los hombres que no conocían a Cristo, tuvo como consciente y testigo al Padre en el cielo. Pues cuando el Hijo era debilitado en la tierra, tenía como testigo en el cielo. En efecto, el testigo del Hijo es el Padre, de quien él mismo dice en el Evangelio: Y el Padre que me envió, él ha dado testimonio de mí (Juan V, 37). Con razón también se le llama consciente, porque el Padre siempre obra con el Hijo con una sola voluntad, un solo consejo. De quien también es testigo, porque nadie conoce al Hijo sino el Padre (Mateo XI, 27). Entonces, tuvo en el cielo un testigo y consciente en las alturas, cuando aquellos que lo veían morir en la carne no sabían considerar el poder de su divinidad. Y aunque los hombres ignoraban, en la muerte, sin embargo, el Mediador entre Dios y los hombres sabía que el Padre obraba con él. Lo cual tal vez también puede referirse a la voz de su cuerpo. [Vet. XIII.] La Santa Iglesia soporta las adversidades de la vida presente para que la gracia celestial la conduzca a las recompensas eternas. Desprecia la muerte de su carne, porque aspira a la gloria de la resurrección. Y son transitorias las cosas que sufre, perpetuas las que espera. De estos bienes perpetuos, ciertamente, no tiene duda, porque ya posee el fiel testimonio de la gloria de su Redentor. Contempla con la mente la resurrección de su carne, y se fortalece en la esperanza porque, lo que ya ve realizado en su cabeza, espera también en su cuerpo, que sin duda alguna seguirá. Esta Iglesia, que el Salmista contempla permaneciendo en perpetua perfección, describe bajo la apelación de la luna, diciendo: Luna perfecta en eterno (Salmo LXXXVIII, 38). Y porque la resurrección del Señor fortalece su esperanza de resurrección, con razón añade: Y testigo fiel en el cielo, porque para no temer por su resurrección, ya tiene en el cielo al que resucitó de entre los muertos como testigo. Así, el pueblo fiel, cuando sufre adversidades, cuando se fatiga con duras tribulaciones, eleva su mente a la esperanza de la gloria venidera, y, confiando en la resurrección de su Redentor, dice: He aquí que en el cielo está mi testigo, y mi consciente en las alturas. Quien con razón es llamado consciente, porque conoce nuestra naturaleza no solo al crearla, sino también al asumirla. Pues conocer es haberla asumido. Por lo cual también se dice por el Salmista: Porque él conoce nuestra formación (Salmo CII, 13). ¿Qué maravilla hay si se dice que conoce especialmente nuestra formación, cuando es evidente que no hay nada que no sepa? Pero conocer nuestra formación es haberla asumido en sí mismo por piedad.

28. Debemos buscar el mismo testigo. Sin embargo, esta expresión puede aplicarse a cada uno de nosotros, al igual que al bienaventurado Job. Pues todo aquel que busca alabanzas humanas por lo que hace, busca un testigo en la tierra. Pero quien se esfuerza por agradar a Dios Todopoderoso con sus acciones, considera que tiene un testigo en el cielo. Y a menudo sucede que incluso nuestras buenas obras son criticadas por personas imprudentes. Pero quien tiene un testigo en el cielo no debe temer las críticas de los hombres. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XXV [Ant. XIV].

VERS. 21.---Mis amigos verbosos, mi ojo llora ante Dios.

29. No se debe buscar testimonio de los hombres. — ¿Qué se designa por el ojo sino la intención del corazón? como está escrito: Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso (Mateo VI, 22). Porque cuando se actúa con buena intención, la acción de esa intención no se oscurece ante Dios. Por lo tanto, cuando hay amigos verbosos, es decir, cuando también aquellos que están unidos en la fe critican, es necesario que el ojo se dirija a Dios, para que nuestra intención fluya completamente en la compunción del amor íntimo, y se eleve tanto más sutilmente hacia el interior cuanto más, al ser rechazada por los oprobios exteriores, se ve obligada a regresar hacia adentro, para no desvanecerse hacia afuera. Sigue.

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 22.---¡Y ojalá que así se juzgara al hombre con Dios, como se juzga al hijo del hombre con su compañero!

30. Es incierto por cuál pecado Dios nos castiga con sus flagelos.---Reconocemos siempre que somos pecadores; sin embargo, a menudo, cuando estamos bajo el castigo, ignoramos por cuál pecado en particular somos castigados; y nos examinamos a nosotros mismos con una investigación minuciosa, para que, si de alguna manera podemos, logremos investigar la causa de nuestro sufrimiento. Y mientras a menudo esto nos es desconocido, nuestra ceguera se convierte en una carga para nosotros, y nos duele más lo que sufrimos. Cualquiera que se presenta a juicio con su colega, dice lo que siente, reconoce cualquier contradicción, y sabe por qué es cuestionado. Pero quien es golpeado por la retribución divina, aunque sabe que está siendo castigado, ignora por qué lo es, como si dijera lo que siente, pero no sabe qué se dice en su contra, porque él gime bajo el castigo, pero Dios no declara abiertamente por qué lo golpea con su venganza. Por lo tanto, ahora se dice: ¡Ojalá el hombre fuera juzgado con Dios, como el hijo del hombre es juzgado con su colega! Como si se dijera abiertamente: Así como soy escuchado en todo lo que digo, así escucharía todo lo que se dice de mí. Sin embargo, esto no puede suceder de ninguna manera en esta vida, porque hay una gran barrera para los ojos de nuestro corazón para contemplar la sutileza de Dios, a saber, nuestra propia debilidad. Pero entonces veremos claramente a aquel a quien ahora contemplamos sutilmente, cuando, dejando atrás esta debilidad, lleguemos a la gracia de la contemplación interna, de la cual Pablo dice: Entonces conoceré como soy conocido (I Cor. XIII, 12). Por lo tanto, el bienaventurado Job, al ver que esta plena comprensión no puede lograrse aquí, gime por la ceguera de la vida presente, pero se consuela con su brevedad, diciendo:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 23.---He aquí que pasan breves años, y camino por una senda de la cual no regresaré.

31. La brevedad de la vida mitiga y compensa sus miserias.---Todo lo que pasa es breve, incluso si parece terminar más lentamente. Sin embargo, caminamos por el sendero de la muerte, del cual no regresamos, no porque no resucitemos a la vida de la carne, sino porque no volvemos de nuevo a los trabajos de esta vida mortal, ni a obtener premios mediante esfuerzos.

CAPÍTULO XXVIII [Vet. XV, Rec. X].

CAP. XVII, VERS. 1.---Mi espíritu se debilitará.

32. Los buenos se prometen una vida breve, mientras que los malos se prometen una larga.---El espíritu se atenúa por el temor al juicio, porque las mentes de los elegidos, cuanto más sienten que se acerca el juicio final, tanto más tiemblan terriblemente al examinarse a sí mismos, y si encuentran en sí mismos algún pensamiento carnal, lo consumen con el ardor del arrepentimiento, y no permiten que sus pensamientos se expandan con el placer carnal, porque al juzgarse a sí mismos con mayor sutileza, se hieren más, esperando al juez estricto que está cerca. Por eso, siempre sospechan que su fin está próximo. En cambio, las mentes de los réprobos actúan maliciosamente porque creen que vivirán aquí por más tiempo. Por lo tanto, el espíritu de los justos se atenúa, pero el de los inicuos se engrosa. Pues cuanto más se hinchan por la soberbia, menos tienen la atenuación del espíritu. Los justos, al considerar la brevedad de su vida, evitan las culpas de la soberbia y la impureza. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Mis días se acortarán, y solo me queda la tumba.

33. De aquí que unos evitan las culpas de la soberbia y la impureza, mientras que otros las multiplican. La vida perfecta es la imitación de la muerte. Quien considera cómo será en la muerte, siempre actúa con temor; y así, al no vivir ya casi a sus propios ojos, vive verdaderamente a los ojos de su Creador. No desea nada que sea pasajero, contradice todos los deseos de la vida presente; y se considera casi muerto, porque no ignora que ha de morir. En efecto, la vida perfecta es la imitación de la muerte, que al practicarla diligentemente los justos, evitan las trampas de las culpas. Por eso está escrito: En todas tus obras recuerda tus postrimerías, y nunca pecarás (Ecli. VII, 40). Por eso también el bienaventurado Job, al considerar que sus días se acortan y pensar que solo le queda el sepulcro, añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 2.---No he pecado, y mi ojo permanece en amarguras.

34. No fue para corregir una culpa, sino para aumentar la gracia que Job fue golpeado.---Como si dijera abiertamente: No cometí culpa, y recibí los azotes. Pero en este asunto se mueve el ánimo, porque en muchos lugares de esta historia confiesa haber pecado, ¿cómo puede ahora negar que ha pecado? Pero a esto la razón acude rápidamente, porque no pecó tanto como para merecer los azotes, ni pudo estar sin pecado. Pues porque fue golpeado no para corregir una culpa, sino para aumentar la gracia, el mismo juez lo testifica, quien alaba y hiere. Y de nuevo, porque no estuvo sin pecado, tampoco lo niega él mismo, quien es alabado por el juez, y por eso es alabado, porque no lo niega. Pero creo que mejor discutimos estas palabras, si las entendemos como dichas por la voz de la cabeza. [Vet. XVI.] Pues nuestro

Redentor, viniendo para nuestra redención, no pecó, y soportó la amargura, porque asumió la pena de nuestra culpa sin culpa, de cuya voz se añade:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 3.---Líbrame, y ponme junto a ti, y que la mano de cualquiera luche contra mí.

35. Cristo estuvo en amargura por la pasión, fue liberado por la resurrección. Pues Él no pecó ni en pensamiento ni en obra, Él permaneció en amargura por la pasión, Él fue liberado por la resurrección, Él fue colocado junto al Padre por la ascensión, porque habiendo subido al cielo, se sienta a la derecha de Dios. Y porque después de la gloria de su ascensión Judea se agitó en la persecución de sus discípulos, con razón se dice ahora: Y que la mano de cualquiera luche contra mí. Entonces, en efecto, en los miembros de Él, la furia de los perseguidores se desató, entonces contra la vida de los fieles la llama de la crueldad se encendió. Pero, ¿a dónde irían los inicuos, o qué harían, mientras aquel a quien perseguían en la tierra ya estaba sentado en el cielo? De los cuales aún se añade:

CAPÍTULO XXXII [Rec. XI].

VERS. 4.---Has alejado su corazón de la disciplina.

36. Dios permite que el corazón de los malvados esté lejos de la disciplina. Pues si conocieran la custodia de la disciplina y no despreciaran los preceptos de nuestro Redentor, la misma mortalidad de su carne los habría incitado al amor de la vida inmortal. Porque el hecho de que en esta vida estemos sujetos a la corrupción ya es un castigo de la disciplina. Ser perturbados por el calor y el frío, el hambre y la sed, ser afectados por enfermedades, e incluso extinguirse a veces, ¿qué son estas cosas sino castigos del pecado? Pero hay algunos que soportan los castigos y, sin embargo, no reforman su mente por temor al que castiga. Por lo tanto, se dice correctamente ahora: Has alejado su corazón de la disciplina. Porque aunque el cuerpo está bajo disciplina, el corazón no lo está, mientras uno es castigado y, sin embargo, no se reduce a la humildad de mente. Esto no se dice como si el Dios omnipotente y misericordioso alejara el corazón del hombre de la disciplina, sino que permite que permanezca allí donde cayó, juzgando que se ha deslizado voluntariamente, como también le decimos en la oración. Y no nos dejes caer en la tentación (Mateo VI, 13); es decir, no permitas que seamos inducidos. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII.

Por lo tanto, no serán exaltados.

430 37. Los que carecen de disciplina nunca se elevan desde lo más bajo hasta lo celestial. Pues si el corazón estuviera bajo disciplina, aspiraría a lo superior y no codiciaría los bienes pasajeros. De aquellos cuyo corazón no está bajo disciplina, se dice con razón: Por eso no serán exaltados, porque mientras, dejados a las bajas pasiones, siempre desean los bienes terrenales, nunca elevan su corazón a los gozos celestiales. Serían exaltados si elevaran su mente a la esperanza de la patria celestial. Pero quienes no se esfuerzan en guardar su vida mediante la disciplina, siempre yacen en lo más bajo por sus deseos, y, lo que es más grave, se levantan al yacer, porque se enaltecen con cosas transitorias. Pueden ser enaltecidos, pero no exaltados, porque están más profundamente en lo bajo cuanto más altos se creen. Por lo

tanto, el corazón que carece de disciplina no puede ser exaltado, porque la mente humana, así como mal elevada es oprimida en lo bajo, así bien presionada es elevada a lo sublime. Sigue:

CAPÍTULO XXXIV [Rec. XII].

VERS. 5.---Promete botín a sus compañeros, y los ojos de sus hijos desfallecerán.

38. Son un solo cuerpo el diablo y los inicuos. Sus compañeros, los ángeles apóstatas; sus hijos, los hombres perversos. Después de que el bienaventurado Job pronunció su sentencia sobre la multitud de los inicuos, es decir, sobre el cuerpo del antiguo enemigo, inmediatamente dirigió su sentencia al mismo príncipe de ellos, es decir, a la cabeza de todos los perdidos, y pasó del número plural al singular. Así, el diablo y todos los inicuos son un solo cuerpo, de modo que frecuentemente el cuerpo se designa con el nombre de la cabeza, y la cabeza se llama con el nombre del cuerpo. Pues el cuerpo se designa con el nombre de la cabeza cuando se dice de un hombre perverso: Uno de vosotros es un diablo (Juan 6, 71). Y nuevamente, la cabeza se llama con el nombre del cuerpo cuando se dice del mismo ángel apóstata: Un enemigo ha hecho esto (Mateo 13, 28). Este, por tanto, príncipe de todos los perversos, tiene otros compañeros y otros hijos. ¿Quiénes son sus compañeros, sino aquellos ángeles apóstatas que cayeron con él de la sede de la patria celestial? ¿O qué otros hijos tiene, sino los hombres perversos, que son engendrados en la operación de la malicia por su perversa persuasión? Por lo cual también se dice con la voz de la Verdad a los infieles: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan 8, 44).

39. Qué botín promete el diablo a sus socios.---Este perverso autor del error promete botín a sus socios, porque promete a los espíritus malignos las almas de los malvados para ser arrebatadas al final de sus vidas. Y los ojos de sus hijos se debilitarán, porque mientras excita las intenciones de los hombres a esperar solo cosas terrenales, les hace amar aquello que no pueden retener por mucho tiempo. Pues no puede la intención de un amor perverso permanecer, cuando tanto lo que ama como el que ama se sabe que fallan rápidamente. También pueden entenderse por socios quizás los más crueles y ya llenos de toda maldad; y por hijos, aquellos que aún son engañados por promesas engañosas, alimentados para aumentar su perversidad, de modo que el diablo ya los tenga como socios por el mérito de su maldad, aquellos que ya no tienen en la perdición hacia dónde crecer, y a estos como hijos a quienes alimenta con promesas para que progresen hacia peores cosas. Pero los ojos de sus hijos se debilitarán, porque las intenciones de los perversos caen cuando abandonan todo lo que aquí desean, y allí sufren sin fin lo que lamentan. Sigue:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 6.---Me ha puesto como un proverbio del pueblo: y soy un ejemplo ante ellos.

40. De la opinión errónea del vulgo sobre los castigos de los elegidos.---Esto lo dice el bienaventurado Job de sí mismo, lo dice con las voces de todos los elegidos. Pues todo aquel que es golpeado por el castigo es puesto casi como un proverbio del vulgo, porque cualquier necio, al desear maldecir a alguien, toma la maldición de la semejanza de aquel a quien ve temporalmente golpeado, y desea para su adversario el mismo castigo que observa haber sucedido al justo. Y así sucede que el justo es llevado como ejemplo a aquellos que no son rectamente sabios, mientras que el castigo del justo es considerado como condenación, y la gloria que le espera no es prevista con ninguna esperanza de fe. Sigue:

CAPÍTULO XXXVI [Ant. XVIII, Rec. XIII].

VERS. 7.---Se ha oscurecido mi ojo por la indignación, y mis miembros se han reducido casi a la nada.

41. Ante los azotes, los santos quedan atónitos y confusos, y a veces los débiles caen. Ante la indignación, el ojo se oscurece cuando incluso aquellos que tienen la luz de la verdad en el cuerpo del Señor, es decir, en la Iglesia, al verse despreciados y desairados por los malvados durante mucho tiempo, se turban por la admiración del juicio oculto y no pueden penetrar el secreto de Dios, preguntándose por qué se permite que los perversos prevalezcan contra la inocencia de los buenos. ¿Quién no se asombraría cuando Herodías, ante un rey ebrio, obtiene con el baile de su hija que la cabeza del amigo del Esposo, profeta y más que profeta, sea llevada en un plato ante los ojos de los comensales (Marcos VI, 27)? Pero cuando los justos se oscurecen por la indignación, los débiles a menudo caen hasta la infidelidad. Por eso se añade: Y mis miembros casi han sido reducidos a la nada. Con el nombre de miembros se expresa la fragilidad de los débiles, quienes al ver prosperar a los perversos y sufrir a los justos, a veces llegan a arrepentirse de haber comenzado el bien; y así se apartan más rápidamente para hacer el mal, como si el bien que comenzaron hubiera perjudicado su vida. Pero lo que dice: Mi ojo se ha oscurecido por la indignación, lo aclara con palabras más claras, añadiendo:

CAPÍTULO XXXVII [Rec. XIV].

VERS. 8. Los justos se asombrarán de esto, y el inocente se levantará contra el hipócrita.

42. Es propio de los imperfectos envidiar la gloria de los perversos. En este contexto, se entiende por inocente al justo aún no perfecto, quien, comenzando a hacer el bien, aunque no sabe hacer daño a otros, tampoco es capaz de realizar obras perfectas. Y dado que los corazones de los pequeños, al ver prosperar a los perversos en esta vida presente, se encienden con las llamas de la envidia; pues cuanto más envidia uno los bienes presentes de otros, menos los desprecia él mismo. Porque lo que no puede ser poseído por todos al mismo tiempo en su totalidad, a este le falta lo que otro ha tenido. El inocente se enciende contra el hipócrita, cuando envidia la gloria del simulador, incluso aquel que no suele hacer daño a nadie. Pero si en este lugar se entiende por inocente a cualquiera que sea perfecto en el bien, el inocente se levanta contra el hipócrita cuando lo ve prosperar y, sin embargo, lo desprecia junto con su florecimiento; y al predicar lo que es recto, tanto más declara que debe ser despreciado por los demás, cuanto más lo ve ansiosamente buscar aquello que no puede permanecer con él por mucho tiempo. En este sentido aún se añade:

CAPÍTULO XXXVIII [Ant. XIX].

VERS. 9.---Y el justo mantendrá su camino, y el de manos limpias añadirá fortaleza.

43. Dios, que concede bienes temporales a los malos, no negará los eternos a los justos. Considerando al hipócrita, el justo mantiene su camino, porque al observar que aquel obtiene lo que es del mundo por su voluntad perversa, él mismo se aferra más firmemente al amor de las cosas celestiales, sabiendo que a los buenos deseos no les faltarán las recompensas eternas, mientras que a los corazones perversos y dobles no se les niegan los bienes temporales. Por esta razón, también añade fortaleza a sus manos puras, porque al ver a los perversos obtener la gloria terrenal, lleva sus buenas obras a la perfección; y tanto más

desprecia lo temporal cuanto más ve que abunda incluso para los malos. Considera cuán despreciables son las cosas que el Dios omnipotente concede incluso a los perversos. Pues si fueran principalmente grandes, de ninguna manera el Creador las otorgaría a sus adversarios. Por lo tanto, considera indigno para sí mismo desear aquellos bienes que ve abundar incluso en los malos, sino que dirige su mente a recibir las cosas celestiales, que no pueden ser comunes a él y a los reprobos. Así, después de haber mencionado los progresos exteriores de los malos y los interiores de los buenos, pronunció palabras de exhortación, diciendo:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 10.---Por lo tanto, todos vosotros convertíos y venid.

44. Debemos convertirnos a Dios con fe y venir con obras. ---Estas palabras de exhortación están dirigidas propiamente a los elegidos, a quienes llama a la eternidad. Son invitados de dos maneras, a saber, a convertirse y a venir: convertirse, sin duda, con fe, y venir con obras. O ciertamente, convertirse abandonando el mal, y venir haciendo el bien, como está escrito: Apártate del mal y haz el bien (Salmo 36, 27). Es de admirar lo que se añade:

CAPÍTULO XL.

IBID.---Y no encontraré entre vosotros a ningún sabio.

45. Al considerarse sabios en sí mismos, no pueden alcanzar la verdadera sabiduría. ¿Qué es lo que los llama a la sabiduría y, sin embargo, desea no encontrarlos sabios, sino que no pueden llegar a la verdadera sabiduría aquellos que son engañados por la confianza en su falsa sabiduría? De ellos está escrito: ¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos! (Isaías 5, 21). Y a quienes nuevamente se les dice: No seáis prudentes ante vosotros mismos (Romanos 12, 16). Por eso, el mismo predicador ilustre, al encontrar a aquellos que eran sabios según la carne, buscaba primero que se hicieran necios para que pudieran percibir la verdadera sabiduría, diciendo: Si alguno entre vosotros se cree sabio en este mundo, hágase necio para llegar a ser sabio (1 Corintios 3, 18). Y la Verdad misma dice: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños (Mateo 11, 25). Por lo tanto, ya que aquellos que son sabios en sí mismos no pueden alcanzar la verdadera sabiduría, el bienaventurado Job, deseando la conversión de sus oyentes, anhela no encontrar en ellos a ningún sabio. Como si les dijera abiertamente: Aprended a ser necios ante vosotros mismos, para que podáis ser verdaderamente sabios en Dios. Sigue:

CAPÍTULO XLI [Ant. XX, Rec. XV].

VERS. 11.---Mis días han pasado, mis pensamientos se han disipado, atormentando mi corazón.

46. La prosperidad es el día de la Iglesia, la adversidad es la noche. Los santos, obligados a ocuparse de asuntos terrenales, sienten que son atormentados. La santa Iglesia de los elegidos contempla el paso de su vida a través de tiempos diurnos y nocturnos, pues acostumbra tener la noche en las adversidades y el día en las prosperidades. Es como si la luz le surgiera de la tranquilidad de la paz, y la noche del dolor de la persecución. Pero cuando, después de los momentos de quietud, regresa al trabajo de la persecución creciente en su contra, da testimonio de que sus días han pasado. Sin embargo, en esos días suele ser oprimida por

preocupaciones tanto más graves cuanto que, debido a la misma tranquilidad de la paz, considera que el juez le exigirá cuentas más sutiles. En la tranquilidad de la paz, a veces piensa en las ganancias de las almas, a veces se ocupa de la administración de los asuntos terrenales. Estas administraciones de los actos terrenales son tanto más gravosas para las buenas mentes cuanto que, por su causa, se apartan, aunque sea brevemente, de la contemplación de las cosas celestiales. Por eso, bien dice el bienaventurado Job, ya sea en su propia voz o en la de la Iglesia universal, que después de dar testimonio de que sus días han pasado, inmediatamente añade: Mis pensamientos se han disipado, atormentando mi corazón. Porque cuando la felicidad temporal pasa para las buenas mentes, también se les quita la preocupación por la administración terrenal, que parecía atormentarlas en sus pensamientos. Pues, al desear estar siempre elevadas para percibir las cosas celestiales, en el mismo momento en que, por la administración terrenal, descienden a pensar en cosas bajas, sienten que son atormentadas. De ahí que la misma adversidad de la persecución se convierta en una gran exultación de alegría, debido a la paz alcanzada en el corazón. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 12.---Convirtieron la noche en día.

47. Los santos prefieren sufrir males antes que fatigarse con el cuidado de los bienes. Pues los pensamientos dispersos convierten la noche en día, ya que a veces a los justos les agrada más sufrir males por la adversidad que fatigarse con el cuidado de la prosperidad terrena. Pero como saben con cautela que tanto las adversidades pasan como las prosperidades vuelven a brillar, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLIII.

IBID.---Y de nuevo, después de las tinieblas, espero la luz.

48. Los santos son recompensados con premios celestiales inmediatamente después de la muerte. Se espera la luz después de las tinieblas, ya que, o bien después de la noche de la vida presente se recibe la luz eterna, o bien aquí la adversidad y la prosperidad se alternan de tal manera que no dejan de sucederse mutuamente. Por eso, sucede que en la luz la noche está en sospecha, y en la noche la luz está en presunción, como está escrito: En el día de los bienes no te olvides de los males, y en el día de los males no te olvides de los bienes (Ecl. XI, 27). Pero he aquí que, redimidos por la gracia de nuestro autor, ya tenemos este don celestial, que cuando somos apartados de la morada de nuestra carne, inmediatamente somos conducidos a los premios celestiales, porque mientras nuestro Creador y Redentor, penetrando las puertas del infierno, sacó de allí las almas de los elegidos, no nos permite ir a aquel lugar del que ya liberó a otros descendiendo. Aquellos que vinieron a este mundo antes de su advenimiento, por mucha virtud de justicia que tuvieran, no podían ser recibidos inmediatamente en el seno de la patria celestial al ser sacados de sus cuerpos, porque aún no había venido aquel que, con su descenso, liberaría las puertas del infierno y colocaría las almas de los justos en su morada perpetua. Por eso, el bienaventurado Job, sintiendo la aflicción y sabiendo que la retribución de los justos aún se difería, añade apropiadamente:

CAPÍTULO XLIV [Vet. XXI, Rec. XVI].

VERS. 13.---Si espero, el infierno es mi casa, y en las tinieblas he tendido mi lecho.

49. Antes de Cristo, las almas de los justos eran retenidas en el infierno, aunque sin experimentar tormentos. Los antiguos santos podían soportar las adversidades, pero al ser separados de sus cuerpos, aún no podían ser liberados de los lugares infernales, porque aún no había venido aquel que descendiera sin culpa para liberar de la culpa a los que allí estaban retenidos. En verdad, el hombre tendió su lecho en las tinieblas cuando, al consentir con el astuto seductor, abandonó la luz de la justicia. Y dado que en esos mismos lugares del infierno las almas de los justos eran retenidas sin tormento, de modo que descendieran allí por la culpa original, pero no sufrieran castigo por sus propios actos, era como si al tender su lecho en las tinieblas se prepararan un descanso en el infierno. En efecto, fue un gran pesar para los elegidos no poder ver la apariencia del Creador después de la disolución de la carne. Este pesar, con razón, el bienaventurado Job lo llama tinieblas. Pero como esto proviene del castigo de la debilidad, correctamente añade de inmediato la misma debilidad diciendo:

CAPÍTULO XLV [Rec. XVII].

VERS. 14.---A la podredumbre dije: Padre mío eres; madre mía, y hermana mía, a los gusanos.

50. De la origen viciada de la concupiscencia y de las preocupaciones traemos los gusanos. ¿Qué significa esto que dijo a la putrefacción: "Padre mío eres", sino que todo hombre desciende ya de un origen viciado? Por eso se añade: "Madre mía, y hermana mía, a los gusanos", porque evidentemente venimos a este mundo tanto de la misma putrefacción como con ella. En cuanto a la materia de la carne corruptible, nuestra madre y hermana son los gusanos, porque de la putrefacción procedemos y con la putrefacción venimos, la cual llevamos. Si esto puede entenderse espiritualmente, la naturaleza como madre y la costumbre no sin razón se llama hermana, porque con aquella estamos con esta. Esta madre y hermana son gusanos, porque de la naturaleza corruptible y de la costumbre perversa somos impulsados, de modo que, como por ciertos gusanos, así por pensamientos inquietos nos fatigamos en la mente. Pues la naturaleza viciada de la carne y la costumbre perversa, porque generan innumerables preocupaciones en el corazón de nuestra debilidad, bien se llaman madre y hermana gusanos. Mordisquean el ánimo las preocupaciones, mientras inquietan. No cesan los hombres justos de pensar y considerar con preocupación qué deben hacer, ni de prever con atención a dónde serán llevados después de la vida presente. Porque entonces los elegidos, antes de la venida del Señor, se veían en el trabajo de la vida presente, y sin embargo, después de la vida presente, aún no podían percibir los bienes celestiales, se quemaban con muchas reflexiones. Esperaban la gracia de su Redentor, pero no podían alcanzarla viviendo en la carne. Por eso se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLVI.

VERS 15.---¿Dónde está, pues, ahora mi esperanza?

51. En tantas adversidades de los justos, Cristo es su única esperanza. ¿Qué otra expectativa podían tener los justos, sino el Dios que justifica a los justos, quien voluntariamente descendió para asumir las penas del género humano y liberar a los cautivos de la muerte con el poder de su justicia? En efecto, no cesaban de esperar con atención su presencia: sabían que vendría, pero deseaban que llegara más pronto. Por eso no dice: ¿Dónde está entonces mi expectativa? sino que dice: ¿Dónde está entonces ahora mi expectativa? [Vet. XXII.] Al

añadir ahora, muestra que deseaba que lo que en algún momento habría de venir, llegara más pronto. Sigue:

CAPÍTULO XLVII.

IBID.---¿Y quién considera mi paciencia?

52. Ardentibus desideriis por aquellos solicitado.---Expresó el deseo con el que, estando en la carne, se apresura a ser redimido y llamado de los infiernos a las alturas. Y ciertamente, pocos hombres han sido capaces de considerar esto, para saber pensar en los trabajos de la vida presente o en la dilación que sigue a la muerte. Ambos sufrimientos dolían a los justos antes de la venida de nuestro Redentor. Por eso, con razón se dice: ¿Y quién considera mi paciencia? En verdad, no falta quien considere la paciencia; pero cuando no se escucha rápidamente, se dice que Dios considera menos. Pues la redención del género humano que vino al final del mundo, por aquellos que precedieron desde el inicio del mundo, se creía tardía, porque fueron separados por un largo tiempo de la recompensa celestial, como atestigua la Verdad, que dice: Muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron (Luc. X, 24). Así que lo que ahora se dice: ¿Quién considera mi paciencia? se revelan los votos de un deseo ardiente. Porque, como hemos dicho antes, Dios no deja de considerar la paciencia de los justos, sino que se dice que considera menos porque la gracia de su disposición aparece menos rápidamente al deseo, y se difiere por tiempos más prolongados. Diga, pues: ¿Quién considera mi paciencia? porque lo que es breve para quien dispone, es largo para quien ama. Por eso, considerando aún las pérdidas de su dilación, repite lo que ya había dicho, y, descendiendo a lo más bajo, redobra su voz de dolor, diciendo:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 16.---En el más profundo infierno descenderán todas mis cosas.

53. Que el infierno más profundo, se llamen sus receptáculos.---Dado que está claro que en el infierno los justos no eran retenidos en lugares de castigo, sino en un seno superior de descanso, surge para nosotros una gran cuestión sobre qué significa lo que el bienaventurado Job afirma, diciendo: En el infierno más profundo descenderán todas mis cosas. Y aunque antes de la venida del mediador entre Dios y los hombres iba a descender al infierno, está claro que no iba a descender al infierno más profundo. ¿Acaso llama infierno más profundo a esos lugares superiores del infierno? Porque, evidentemente, en comparación con la sublimidad del cielo, ya el espacio de este aire no sin razón puede llamarse infierno. De donde, cuando los ángeles apóstatas fueron sumergidos desde las sedes celestiales en este aire tenebroso, el apóstol Pedro dice: A los ángeles que pecaron no perdonó, sino que, arrastrados con cadenas del infierno, los entregó al tártaro para ser reservados para el juicio y el tormento (II Pedro II, 4). Si, por tanto, en comparación con la altura del cielo, este aire tenebroso es infierno, en comparación con la altitud de este mismo aire, la tierra que yace más abajo puede entenderse como infierno y profundo; y en comparación con la altitud de esta misma tierra, aquellos lugares del infierno que son superiores a otros receptáculos del infierno, en este contexto no incongruentemente se designan con la apelación de infierno profundísimo, porque lo que el aire es al cielo, la tierra es al aire, así es ese seno superior de los infiernos a la tierra.

[Vet. XXIII.] 436 54. Job siente que el alma sola es todo el hombre.---Pero es muy sorprendente lo que añade: Descenderán todas mis cosas. Pues, aunque solo el alma descendería a los lugares del infierno, ¿qué significa que el santo varón afirma que todas sus cosas descenderán allí, sino que se ve a sí mismo completamente allí donde entiende que está el peso de su recompensa? Porque aquello que de sí mismo deja insensible en la tierra, hasta que regrese a la incorruptibilidad de la resurrección, no siente que sea él. Por lo tanto, afirma que todas sus cosas descenderán al infierno más profundo, donde ve que solo su alma descenderá, porque está completamente allí donde puede sentir lo que ha recibido. O ciertamente, todas sus cosas descienden al infierno, porque la retribución de todos sus trabajos aún esperaba ser recibida en la sola quietud del infierno. Y es como si todo lo que hizo descendiera allí, porque allí encuentra el descanso de su retribución de todo. Por lo cual, también se añade la misma quietud esperada, cuando inmediatamente se introduce:

CAPUT XLIX.

IBID.---¿Crees que al menos allí habrá descanso para mí?

55. Job, al temer por su salvación, que nadie esté seguro.

En estas palabras, sin duda, se revela lo que desea, y sin embargo, se muestra aún dudoso sobre recibir el descanso, no sea que, por un juicio oculto del juez supremo, después de tantos azotes temporales que siguieron a sus santas obras, también le siguieran tormentos eternos. En este asunto, debemos considerar con gran temor quién de nosotros puede estar seguro del descanso eterno, si incluso él, cuyas virtudes son proclamadas por el mismo juez que castiga, aún tiembla: Porque si el justo con dificultad se salva, ¿dónde aparecerán el impío y el pecador? (I Pedro IV, 18). En efecto, el bienaventurado Job sabía que llegaría al descanso después de los azotes; pero para sacudir nuestros corazones con temor, él mismo pareció dudar de la recompensa del descanso eterno cuando dice "¿Acaso?", para que nosotros consideremos con cuánta aprensión debemos siempre temer el juicio venidero, cuando incluso aquel que fue alabado por el juez no está seguro en sus palabras sobre la retribución del juicio.

LIBRO DECIMOCUARTO, En el cual el santo Gregorio expone el sentido histórico, alegórico y moral de los capítulos XVIII y XIX del libro de Job.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Recapitulación de lo dicho anteriormente.---En la parte anterior de esta obra (principalmente en el prefacio, capítulo 2) tratamos sobre cómo el Dios omnipotente, para corregir las mentes bajo la ley establecida, presentó la vida del bienaventurado Job como testimonio, quien no conocía la ley, y sin embargo la cumplió, quien guardó los preceptos de vida que no había recibido por escrito. Primero, su acción es alabada con el testimonio de Dios, y luego se le permite ser probado por el diablo que conspira, para que a través de las pruebas de la tribulación se muestre cuánto había progresado previamente en la tranquilidad. La vida de este hombre, el enemigo del género humano, según su costumbre, la reconoció como digna de alabanza con el testimonio de Dios, y sin embargo solicitó probarlo. Cuando no pudo derribarlo con tantas pérdidas materiales y tantas desgracias, incitó a su esposa como estímulo de mala persuasión, para que al menos con palabras familiares corrompiera a quien no pudo derribar con tantos tormentos de mensajeros. Pero con la ayuda de la mujer, lo que antes había logrado contra Adán en el paraíso, no pudo fortalecerse contra este segundo

hombre puesto en el estercolero, y se volvió hacia otros argumentos de tentación, para traer a sus amigos como si fueran consoladores, y sin embargo, excitar sus mentes hacia la aspereza de la reprensión; de modo que a quien los azotes no habían vencido en paciencia, al menos las palabras ásperas lo superaran entre los azotes. Pero el enemigo, insidioso y astuto, soportó el fraude que había preparado contra el santo varón, porque al santo varón le proporcionó tantas causas de victoria como ocasiones de perdición le presentó. Contra los tormentos mantuvo la paciencia, contra las palabras la sabiduría, porque soportó con ecuanimidad los dolores de los golpes, y refrenó sabiamente la necedad de los que mal aconsejaban. Pero porque en esas mismas pasiones y locuciones doctas mantiene el tipo de la santa Iglesia, sus amigos, como ya hemos dicho muchas veces, dicen algunas cosas correctas y otras necias, no sin razón se figuran los herejes, quienes por ser amigos del santo varón dicen muchas cosas correctas sobre los réprobos; pero por tener la apariencia de herejes, a menudo se desvían en el exceso de su boca, y con los dardos de sus palabras hieren el pecho del santo varón, pero contra la mente inexpugnable se fatigan con su propia percusión. Nosotros, por tanto, debemos distinguir con sutil discreción, qué hay en sus palabras que verdaderamente sienten sobre los réprobos, y qué es lo que suena necio contra el bienaventurado Job.

CAPÍTULO II.

CAP. XVIII, VERS. 1, 2.---Respondiendo entonces Bildad el suhita, dijo: ¿Hasta cuándo lanzarás palabras? Entiende primero, y así hablemos.

2. Los herejes acusan a la Iglesia de soberbia e ignorancia.---Todos los herejes creen que la santa Iglesia se enorgullece de ciertas cosas conocidas, mientras sospechan que no comprende otras. Por eso Bildad el suhita afirma que el bienaventurado Job había caído en soberbia, al que acusa de lanzar palabras vanas. Pero él mismo muestra cuán inflado de arrogancia estaba, al pensar que el bienaventurado Job hablaba de cosas que no comprendía. Y dado que todos los herejes se quejan de ser despreciados por la santa Iglesia en su estimación, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO III.

VERS. 3.---¿Por qué hemos sido considerados como bestias, y nos hemos vuelto viles ante ti?

3. Sospechas y calumnias de los herejes contra la Iglesia.---Es propio de la mente humana sospechar que otros hacen lo que uno mismo hace. Pues aquellos que están acostumbrados a despreciar las costumbres de los buenos, piensan que son despreciados. Y porque en las cosas que pueden ser comprendidas por la razón, la Iglesia demuestra a los herejes que lo que afirman no es razonable, ellos sospechan que son considerados por su juicio como bestias. De esta sospecha de ser despreciados, inmediatamente saltan a la indignación y se excitan a calumniar a la misma Iglesia. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO IV.

VERS. 4.---¿Por qué pierdes tu alma en tu furor?

4. Los herejes llaman al celo de la Iglesia, furor y locura.---Los herejes consideran el celo por la rectitud o la gracia espiritual de la santa predicación, no como un peso de virtud, sino como una locura de furor. Con este furor, evidentemente, piensan que las almas de los fieles

perecen porque creen que la vida de la Iglesia se extingue de donde la ven arder contra ellos. Sigue:

CAPÍTULO V.

IBID.---¿Acaso se abandonará la tierra por ti?

5. Dios no es verdaderamente adorado fuera de la verdadera Iglesia.---Ellos creen que al adorar a Dios en todas partes, han ocupado todo el mundo. ¿Qué significa entonces decir: "¿Acaso será abandonada la tierra por ti?", sino lo que a menudo dicen a los fieles, que si lo que ustedes dicen es verdad, toda la tierra ha sido abandonada por Dios, la cual ya poseemos por nuestra multitud; sin embargo, la santa Iglesia universal proclama que Dios no puede ser verdaderamente adorado sino dentro de ella, afirmando que todos los que están fuera de ella no se salvarán. Por el contrario, los herejes, que confían en que pueden salvarse incluso fuera de ella, profesan que la ayuda divina está presente en cualquier lugar. Por eso dicen: "¿Acaso será abandonada la tierra por ti?", es decir, ¿que cualquiera que esté fuera de ti no se salvará? Por lo cual también se añade:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y las rocas serán trasladadas de su lugar.

6. 438 Los herejes llaman a sus doctores rocas.---Los herejes llaman rocas a aquellos que consideran superiores en los sentidos humanos, a quienes ciertamente se glorían de tener como doctores. Pero cuando la santa Iglesia se esfuerza por reunir a todos los predicadores perversos dentro del seno de la fe recta, ¿qué otra cosa hace sino mover las rocas de sus lugares propios, para que dentro de ella yaciendo humildemente sientan correctamente, aquellos que antes permanecían firmes en sus perversos sentidos? Pero los herejes se oponen totalmente a que esto suceda, y por su voz se resisten a que las rocas sean trasladadas de su lugar propio, porque evidentemente no quieren que aquellos que, viniendo a ella, humildemente sientan la verdad, quienes entre ellos, elevados en sus sentidos, saboreaban falsedades.

7. Contra la Iglesia, debido a los flagelos que sufre, se enfurecen.---Con frecuencia, los herejes, al ver a algunos dentro de la santa Iglesia sufriendo por la pobreza o los flagelos, inmediatamente se elevan a sí mismos en la arrogancia de la justicia; y consideran que cualquier adversidad que les ocurra a los fieles es consecuencia de sus iniquidades, ignorando ciertamente que el mérito de las acciones no prueba en absoluto la calidad de la vida presente. Pues a menudo tanto los bienes llegan a los malos como los males a los buenos, porque los verdaderos bienes para los buenos y los verdaderos males para los malos se reservan para la retribución eterna. Así, Baldad, manteniendo el tipo de los herejes que se exaltan por la prosperidad de la vida presente, se inflama contra los flagelos del bienaventurado Job como si fuera la voz de ellos contra los reproches de los justos, y aunque discute claramente contra los impíos, ignora cuán perversamente dice tales cosas contra el justo, pues añadió, diciendo:

CAPÍTULO VII.

VERS. 5.---¿Acaso no se extinguirá la luz del impío, y no brillará la llama de su fuego?

8. A menudo, los males suceden a los buenos y los bienes a los malos en la vida. ---Si esto se declara en la definición de la vida presente, se equivoca; porque a menudo se observa que los impíos poseen la luz de la prosperidad, y a los piadosos los ocultan las tinieblas de la ignominia y la pobreza. Pero si su discurso se dirige a mostrar lo que los impíos sufrirán al final, se dice con verdad: ¿Acaso no se extinguirá la luz del impío, y no brillará la llama de su fuego? Si bien esto se pudo decir correctamente del impío, no debió decirse contra el hombre santo en medio de los flagelos. Pero nosotros, considerando la fuerza de sus brazos en sus sentencias, pensemos cuán poderosamente lanza sus dardos, y dejemos de mirar a quien ataca al lanzar, sabiendo ciertamente que, con golpes frustrados, golpea la piedra. Diga, pues: ¿Acaso no se extinguirá la luz del impío? Porque también los impíos tienen su luz, es decir, la prosperidad de la vida presente. Pero la luz del impío se extinguirá; porque la prosperidad de la vida fugitiva termina pronto con la misma vida. Por lo cual, se añade adecuadamente: ¿Y no brillará la llama de su fuego?

9. Lo malo que desean, generalmente lo obtienen para su propia ruina. Porque todo impío tiene la llama de su propio fuego, que enciende en su corazón por el fervor de los deseos temporales, mientras se agita ahora con estos, ahora con aquellos anhelos, y enciende aún más sus pensamientos con las múltiples seducciones del mundo. Sin embargo, el fuego si no tiene llama, de ninguna manera brilla con luz difundida. La llama, por tanto, de su fuego es el esplendor o el poder exterior, que procede de su ardor interno, porque lo que ansiosamente desea obtener en este mundo, generalmente lo consigue para su propia ruina, y ya sea en el poder del alto cargo, ya sea en la multiplicación de riquezas, brilla como por una gloria exterior. Pero no brillará la llama de su fuego; cuando en el día de su partida, todo esplendor exterior se retira, y se consume solo por su ardor interno. La llama, por tanto, se retira del fuego cuando la gloria exterior se separa de su ardor interno. También los justos tienen la llama de su fuego, pero ciertamente resplandece, porque sus deseos brillan en buenas obras. En cambio, la llama de los inicuos no resplandece, porque al desear lo malo, son arrastrados hacia las tinieblas. Por lo cual sigue:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 6.---La luz se oscurecerá en su tabernáculo.

10. La alegría de los inicuos pronto se desvanece. Sobre ellos está la alegría; de los justos, debajo.---Si a menudo aceptamos la tristeza como oscuridad, con razón debemos aceptar la alegría como luz. Por lo tanto, la luz en su tabernáculo se oscurece, porque en su conciencia, que habita mal, la alegría que provenía de las cosas temporales se desvanece. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

IBID.---Y la lámpara que está sobre él se apagará.

[Vet. IV.] Pues, para hablar del uso de muchos, la lámpara es luz en el recipiente, pero la luz en el recipiente es gozo en la carne. Por lo tanto, la lámpara que está sobre él se apaga, porque cuando la retribución de sus males sigue al impío, el gozo carnal se disipa en su mente. Sin embargo, de esta lámpara no se dice que está con él, sino que está sobre él, porque las alegrías terrenales poseen la mente de los inicuos, y así la absorben en placeres, de modo que están sobre ella, no con ella. Los justos, sin embargo, incluso cuando tienen la prosperidad de la vida presente, saben someterla bajo sí mismos, para que lo que les alegra en los bienes, lo trasciendan con el consejo de la gravedad y lo superen con el gobierno de la virtud. Por lo tanto, la lámpara del impío que está sobre él se apaga, porque su gozo se

desvanece rápidamente, ya que lo poseyó completamente en esta vida. Y quien ahora se expande mal en los placeres, después en los suplicios la pena lo constriñe. Por lo cual, aún se añade:

CAPÍTULO IX.

VERS. 7.---Se estrecharán los pasos de su poder.

11. Los que ahora se deleitan, serán atormentados en los suplicios.---Ahora, en efecto, extiende los pasos de su virtud tantas veces como ejerce las violencias de su poder. Pero los pasos de su virtud serán restringidos, porque las fuerzas de su malicia, que ahora exhibe en su placer, posteriormente serán constreñidas por el castigo. Sigue:

CAPÍTULO X [Rec. V].

IBID.---Y precipitará su consejo.

12. Cada impío se precipita por su propio consejo.---Ahora cada iniquo tiene su propio consejo: buscar lo presente, abandonar lo eterno, hacer lo injusto, burlarse de lo justo; pero cuando venga el juez de los justos e injustos, cada impío se precipita por su propio consejo, porque al elegir aquí desear con pensamientos perversos, se sumerge en las tinieblas del castigo eterno. Pues a quien aquí la gloria temporal exalta, allí la pena sin fin oprime. Quien aquí se alegró en el placer, allí es atormentado con venganza perpetua. Y sucede a menudo que la misma prosperidad de este mundo, que los impíos ansiosamente buscan, ata sus pasos de tal manera que, incluso cuando quieren volver a las buenas obras, apenas pueden, porque no se atreven a hacer lo correcto por temor a desagradar a los amantes de este mundo. Por lo tanto, sucede que por la gloria que el impío obtiene del pecado, sus pecados se multiplican aún más, lo cual Baldad expresa bien cuando añade:

CAPÍTULO XI [Rec. VI].

VERS. 8.---Porque ha metido su pie en la red, y camina en sus mallas.

13. Cuando el pecador se esfuerza por liberarse de las trampas del pecado, reconoce cuán fuertes son los lazos que lo atan, especialmente al final de su vida. Quien pone los pies en la red, no los saca cuando quiere, así como quien se arroja a los pecados no se levanta tan pronto como lo desea; y quien camina sobre las mallas de la red, enreda sus pasos al caminar, y cuando intenta liberarse para caminar, se ve impedido de hacerlo. A menudo sucede que alguien, persuadido por el deleite de este mundo, alcanza en él la gloria del honor, para llegar al cumplimiento de sus deseos, y se alegra de haber alcanzado lo que deseaba. Pero como los bienes del mundo no son amados cuando no se poseen, y a menudo se desprecian cuando se poseen, al obtenerlos aprende cuán vil es lo que deseaba. Por lo tanto, al ser llamado a la reflexión, busca cómo huir sin culpa de lo que ve que ha obtenido con culpa; pero la misma dignidad que lo ha implicado lo retiene, y no puede huir sin otras culpas de aquello a lo que no llegó sin culpa. Así pues, ha puesto sus pies en la red, y camina en sus mallas, porque cuando intenta liberarse, entonces verdaderamente se da cuenta de cuán fuertes son los lazos que lo atan. Pues no conocemos verdaderamente nuestra obligación, sino cuando, intentando escapar, tratamos de levantar los pies. Por lo tanto, también revela esta misma obligación añadiendo:

VERS. 9.---Su pie será atrapado por un lazo.

[Vet. V.] Porque evidentemente el fin se verá constreñido en el pecado. Y porque el enemigo del género humano, cuando ata la vida de cada uno en la culpa, ansiosamente anhela su muerte, con razón se añade:

CAPÍTULO XII.

IBID.---Y se encenderá contra él la sed.

14. Cuando el pecador se siente obligado, la concupiscencia arde más intensamente. Nuestro antiguo enemigo, al atrapar la vida en el pecado, ansía beber la muerte del pecador. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera. Pues la mente perversa, al darse cuenta de que ha caído en el pecado, busca escapar de las trampas del pecado con una superficialidad de pensamiento; pero temiendo los terrores o los reproches de los hombres, elige morir eternamente antes que sufrir alguna adversidad temporal. Por lo tanto, se abandona completamente a los vicios, a los cuales ya se siente una vez atado. Así, aquel cuya vida está atrapada en la culpa hasta el final, su pie está sujeto por el lazo. Pero como considera que está atado por los males, desespera de su retorno, y por esa misma desesperación arde más intensamente en las concupiscencias de este mundo, se enciende el fervor de los deseos en la mente, y el alma, atrapada por los pecados anteriores, se inflama incluso hacia delitos mayores. Por eso se añade: Y se encenderá contra él la sed. En su mente, la sed se enciende contra él, porque cuanto más se acostumbra a actuar perversamente, más se enciende vehementemente para beber los males. Para el impío, tener sed es desear los bienes de este mundo. Por eso, nuestro Redentor cura al hidrópico ante la casa del fariseo, y cuando discutía contra la avaricia, está escrito: Escuchaban todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él (Lucas XIV, 12; XVI, 4). ¿Qué significa entonces que el hidrópico sea curado ante la casa del fariseo, sino que a través de la enfermedad del cuerpo de uno, se expresa la enfermedad del corazón en otro? El hidrópico, cuanto más bebe, más sed tiene, y todo avaro multiplica su sed con la bebida, porque cuando ha conseguido lo que desea, anhela aún más otras cosas. Pues quien al obtener más desea, su sed crece con la bebida. Sigue:

CAPÍTULO XIII [Ant. VI, Rec. VII].

VERS. 10.---Está escondida en la tierra su trampa, y su lazo sobre el camino.

15. Cuánta es la astucia del diablo en el engaño. Cualidades de los comportamientos afines a ciertos vicios.---En la tierra se esconde una trampa cuando la culpa se oculta bajo los bienes terrenales. El enemigo, acechando, muestra a la mente humana lo que debe desear en el lucro terrenal, y oculta el lazo del pecado, para atrapar su alma, de modo que vea lo que puede codiciar, pero no vea dónde pone el pie en el lazo de la culpa. La trampa, en efecto, se llama así por el engaño. Y entonces el antiguo enemigo coloca una trampa en el camino, cuando en la acción de este mundo, que la mente desea, se prepara el lazo del pecado; el cual no engañaría fácilmente si pudiera ser visto. Así se coloca la trampa, de modo que mientras se muestra el cebo, no sea vista por el que pasa. Como un cebo en el lazo es el lucro con culpa, y la prosperidad de este mundo con iniquidad. Así, cuando el codicioso busca el lucro, la trampa que no se ve atrapa el pie de la mente. A menudo, pues, se proponen al alma honores, riquezas, salud y vida temporal con culpa; que la mente débil, al verlos como cebo, y no ver la trampa, se ve atrapada por la culpa que no ve. Existen, en efecto, cualidades de los comportamientos que son cercanas a ciertos vicios. Pues los comportamientos ásperos suelen

estar unidos a la crueldad o al orgullo; los comportamientos amables, y más alegres de lo que conviene, a veces a la lujuria y a la disolución. El enemigo del género humano observa, entonces, los comportamientos de cada uno, a qué vicio son cercanos, y pone ante ellos aquello a lo que sabe que la mente se inclina más fácilmente, de modo que a los comportamientos amables y alegres a menudo les propone la lujuria, a veces la vana gloria; a las mentes ásperas, la ira, el orgullo o la crueldad. Allí, pues, coloca la trampa, donde ve que está el camino de la mente, porque allí inserta el peligro del engaño, donde encuentra el camino del pensamiento cercano. Y porque el hombre perverso teme sufrir todo lo que hace, y estima que todos le harán lo que él prepara para todos los que puede, sigue correctamente:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 11.---Por todas partes lo aterrorizan los temores.

16. El pecador, arrastrado por deseos perversos hacia una mala acción, se ve atrapado por el temor.---Pues tales personas sospechan que todos están en su contra, de la misma manera que ellos se esfuerzan por estar en contra de todos. Lo que estas temores hacen en su acción, se sugiere cuando se dice:

IBID.---Y envolverán sus pies.

[Vet. VII.] Si los pies están envueltos, no pueden tener un paso libre, y no pueden recorrer ningún camino, porque sus envolturas los retienen. Así, los deseos perversos conducen a una acción malvada, pero la acción malvada restringe con temor. Este temor envuelve los pies, para que no puedan salir hacia una acción recta. Y a menudo sucede que alguien teme ser bueno, para no sufrir de los perversos lo que recuerda haber hecho a los buenos; y mientras teme sufrir lo que hizo, aterrorizado por todas partes, sospechoso por todas partes, es como si tuviera los pies envueltos, quien está atrapado por el miedo, no puede actuar libremente, porque en la buena obra casi pierde el paso, desde donde se desvió hacia los males que había deseado. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 12.---Que su fuerza se debilite por el hambre, y que la inanición invada sus costados.

17. El inicuo se consume de hambre, porque no se alimenta con la refección del alimento interior. --- Al modo de las Sagradas Escrituras, parece desear lo que prevé que sucederá, es decir, no con ánimo de maldecir, sino de predecir. Todo hombre, por tanto, ya que consiste en alma y carne, está compuesto como de fortaleza y debilidad. Pues por la parte en que el espíritu racional es creado, no se dice incongruentemente fuerte; pero por la parte carnal, es débil. La fortaleza del hombre es, por tanto, el alma racional, que puede resistir a los vicios que la atacan mediante la razón. Por eso también anteriormente se dijo por el bienaventurado Job: Lo fortaleciste un poco, para que pasara para siempre (Job XIV, 20). Pues el hombre tiene del alma racional que viva para siempre. Por tanto, la fortaleza de este inicuo se debilita por el hambre, porque su alma no se alimenta con ninguna refección del alimento interior. De esta hambre, Dios habla por el profeta: Enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra del Señor (Amós VIII, 11).

18. Aquí los sentidos de la mente desfallecen.---Bien se añade: Y que el hambre invada sus costillas. Pues las costillas constriñen las entrañas, para que lo que está oculto en su interior

sea protegido por su solidez. Las costillas, por tanto, de cada uno son los sentidos del alma, que protegen los pensamientos ocultos. El hambre invade las costillas cuando, al ser retirada toda nutrición espiritual, los sentidos de la mente desfallecen y no pueden gobernar ni proteger sus pensamientos. El hambre invade las costillas del impío, porque el hambre interna debilita los sentidos de la mente, de modo que no pueden gobernar en absoluto sus pensamientos. Pues cuando los sentidos de la mente han sido embotados, los pensamientos salen al exterior, y, como si las costillas se debilitaran, las entrañas que podrían haber permanecido sanas y ocultas se derraman hacia afuera. De ahí que, al dispersarse los pensamientos hacia el exterior, el alma engañada anhele la apariencia de la gloria exterior, y no ame nada, salvo lo que ve hermoso por fuera. Contra quien aún se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVI [Ant. y Rec. VIII].

VERS. 13.---Devore la belleza de su piel, y consuma sus brazos la muerte primogénita.

19. La primera muerte es la soberbia, de la cual los ricos difícilmente pueden guardarse. La belleza de la piel es una gloria temporal, que mientras se desea exteriormente, se retiene como apariencia en la piel. Con el nombre de los brazos no inadecuadamente se designan las obras, porque la obra corporal se realiza con los brazos. ¿Qué es la muerte sino el pecado, que mata el alma desde la vida interior? Por eso está escrito: Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección (Apoc. XX, 6), porque aquel resurgirá felizmente en la carne, quien, estando en esta vida, haya resucitado de la muerte de su mente. Si, por lo tanto, el pecado es muerte, no inadecuadamente la primera muerte puede entenderse como soberbia, porque está escrito: El principio de todo pecado es la soberbia (Ecli. X, 15). La belleza de su piel y sus brazos son devorados por la primera muerte, porque la soberbia suplanta la gloria o la obra de los inicuos. Pues pudo también en esta vida existir glorioso sin culpa, si no hubiera sido soberbio; pudo ser recomendado por el juicio de su Creador por algunas de sus obras, si la misma altivez no hubiera suplantado estas obras ante sus ojos. A menudo vemos a algunos ricos, que podrían haber tenido riquezas y gloria sin culpa, si hubieran querido tenerlas con humildad. Pero se ensalzan con las cosas, se inflan con los honores, desprecian a los demás, y ponen toda la confianza de su vida en la misma abundancia de cosas. Por eso también un cierto rico decía: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe, regocíjate (Luc. XII, 19). Cuando el juez supremo observa sus pensamientos, los arranca de esa misma confianza. Por eso aquí también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVII [Rec. IX].

VERS. 14.---Sea arrancada de su tabernáculo su confianza, y pise sobre él como un rey la destrucción.

20. A quienes el diablo engaña con persuasiones halagadoras, los arrastra con lazos violentos al suplicio. En este contexto, el nombre de destrucción designa al mismo enemigo del género humano, quien trajo la destrucción, y que se expresa a través de uno de sus secuaces, de quien se dice a Juan: "Su nombre es Muerte" (Apoc. VI, 8). Este destructor, en el día del fin, pisa como rey sobre el impío, porque a quien antes engañó con persuasiones halagadoras, al final lo arrastra con lazos violentos al suplicio, y lo oprime tanto más duramente cuanto más vehementemente lo ata en actos perversos. Aquí también pisa la mente del réprobo mientras la posee, porque cada vez que la oprime con deleites, es como si pusiera sus pies de dominio tiránico sobre ella.

[Antiguo IX.] 21. Podemos huir no de la tentación del pecado, sino de su dominio.---Si bajo el nombre de destrucción no debe entenderse abiertamente al diablo, sino al pecado, por el cual los réprobos son llevados a la destrucción, tal destrucción ciertamente pisa la mente como un rey, cuando la posee sin resistencia. En esta vida, el hombre no puede estar exento de la tentación del pecado, pero es una cosa resistir al pecado que tienta, y otra servir al que domina. Sin embargo, cualquier iniquo, porque no sabe resistir a las sugerencias del pecado, y no teme ser sometido a su dominio, se dice correctamente de él: "Lo pisa como un rey de destrucción". Este reino de destrucción era repelido de los corazones de los discípulos. El Apóstol decía: "No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal" (Rom. VI, 12). No dijo: "No esté", sino "No reine", porque no puede no estar, pero no puede reinar en los corazones de los buenos. Por lo tanto, cuando cualquier culpa golpea el corazón del iniquo, no lo encuentra resistiendo, sino que lo somete a su dominio, se dice correctamente: "Sea arrancada de su tabernáculo su confianza, y lo pise como un rey de destrucción". Por lo tanto, su confianza es arrancada de la tierra, cuando cualquier perverso, que había preparado muchas cosas a su antojo en esta vida, es disipado por una muerte repentina. Y lo pisa como un rey de destrucción, porque aquí es oprimido por los vicios, o en el momento de su muerte es sometido al poder demoníaco al ser llevado a los suplicios. Esto se lleva a cabo así en las mentes de los réprobos, porque incluso cuando falta la ocasión de cometer el pecado, los pensamientos de sus deseos no faltan en sus corazones. Y aunque siempre sigan al diablo en la obra, se obligan mucho a él en el pensamiento. Primero, por lo tanto, la culpa está en el pensamiento, y después en la obra. Por eso se dice a las hijas de Babilonia: "Desciende al polvo, virgen hija de Babilonia, siéntate en la tierra" (Isaías XLVII, 1). Pues aunque el polvo siempre sea tierra, no siempre la tierra es polvo. ¿Qué debemos entender, entonces, por polvo sino los pensamientos, que mientras vuelan importunamente y en silencio en la mente, ciegan sus ojos? ¿Y qué se designa por tierra sino la acción terrenal? Y porque la mente de los réprobos primero se inclina a pensar en lo malo, y después a hacerlo, correctamente se dice a las hijas de Babilonia, que descendieron del juicio de la rectitud interna, por la sentencia que golpea, que primero se sienten en el polvo, y después en la tierra, porque si no se postraran en el pensamiento, no se habrían adherido a la mala obra. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Rec. X].

VERS. 15.---Habiten en su tabernáculo sus compañeros, porque él ya no está.

22. Se dice que Satanás no es, porque perdió el bien ser. Es decir, en la mente de su ángel apóstata habitan pensamientos malvados, sus compañeros, quienes ya no son porque se apartaron de la suma esencia, y por esto, con un defecto que crece cada día, tienden casi a no ser, desde que cayeron de aquel que verdaderamente es; con razón también se dice que no es, porque perdió el bien ser, aunque no perdió la esencia de su naturaleza. [Vet. X.] Sin embargo, expresando más sutilmente esos mismos pensamientos inicuos, añade, diciendo:

CAPÍTULO XIX.

IBID.---Que se rocíe azufre en su tabernáculo.

23. Los pecados de la carne se comparan correctamente con el azufre fétido y ardiente. ¿Qué es el azufre sino un combustible del fuego? Sin embargo, lo alimenta de tal manera que exhala un hedor gravísimo. ¿Qué otra cosa entendemos por azufre sino el pecado de la carne? Que mientras llena la mente con pensamientos perversos, como ciertos olores, le prepara incendios eternos; y mientras extiende la nube de su hedor en la mente reprobada, le

suministra como nutrimento para las llamas que le siguen. Pues que por el azufre se entiende el hedor de la carne, lo atestigua la misma historia del sagrado discurso, que narra que el Señor hizo llover fuego y azufre sobre Sodoma (Génesis XIX, 24). Cuando decidió castigar los crímenes de su carne, señaló en la misma naturaleza de la venganza la mancha del crimen. El azufre, en efecto, tiene hedor, el fuego ardor. Así que, como ardieron en deseos perversos por el hedor de la carne, fue justo que perecieran a la vez por el fuego y el azufre, para que aprendieran por el justo castigo lo que habían hecho por el deseo injusto. Por tanto, en el tabernáculo del impío se esparce azufre, cada vez que la perversa delectación de la carne domina en su mente. A quien, porque incesantemente lo poseen pensamientos malos y le impiden dar fruto de buena obra, se añade correctamente:

CAPÍTULO XX.

VERS. 16.---Abajo se sequen sus raíces, y arriba se marchita su cosecha.

24. La aridez y esterilidad de los inicuos. — ¿Qué entendemos por el nombre de raíces, que están ocultas y llevan el brote a lo visible, sino las cogitaciones que, aunque no se ven en el corazón, producen obras visibles? Por eso, la operación manifiesta se designa también con el nombre de cosecha, que evidentemente se produce de una raíz oculta. Y porque todo inicuo primero se seca en las cogitaciones de las tentaciones y después decae de las buenas acciones, con razón dice Baldad: "Abajo se secarán sus raíces, y arriba se marchitará su cosecha". Porque cuando alguien perverso pone sus pensamientos en cosas bajas y descuida apetecer las alegrías de la eterna verdor, ¿qué otra cosa hace sino permitir que sus raíces se sequen abajo? Su cosecha arriba se marchita, porque toda su operación es considerada como nada por el juicio supremo, incluso si ante los ojos humanos parece buena. Así, las raíces están en lo profundo y la cosecha arriba, porque aquí primero enviamos buenas cogitaciones, para que algún día merezcamos recibir el fruto de buenas obras en la retribución eterna. Pero el inicuo, cuando abandona las buenas cogitaciones y se derrama hacia lo exterior, sus raíces se secan abajo. Arriba, su cosecha se marchita, porque quien aquí persiste estéril, después de esta vida no es llamado a ninguna recompensa. Sigue:

CAPÍTULO XXI [Antiguo y Reciente XI].

VERS. 17.---Que su memoria perezca de la tierra, y que su nombre no sea celebrado en las plazas.

25. La gloria del Anticristo y de todos los inicuos es muy breve.---Debemos considerar que Baldad el Suhita habla de cada iniquo de tal manera que sus palabras se refieren sutilmente al jefe de todos los inicuos. Pues el jefe de los inicuos es el diablo. Él, en los últimos tiempos, habiendo entrado en ese vaso de perdición, será llamado Anticristo, quien intentará difundir su nombre por doquier, lo cual ahora cada uno imita cuando se esfuerza por extender la gloria de su alabanza a partir de la memoria de un nombre terrenal, y se regocija en una opinión transitoria. Así, estas palabras deben entenderse de cada iniquo, de modo que también deben referirse especialmente al mismo jefe de los inicuos. Por lo tanto, diga: Que su memoria perezca de la tierra, y que su nombre no sea celebrado en las plazas. Pues las plazas, en la denominación griega, son llamadas por su amplitud. El Anticristo intenta establecer su memoria en la tierra, cuando en la gloria terrenal desea, si fuera posible, permanecer para siempre. Se regocija en que su nombre sea celebrado en las plazas, cuando extiende su obra de iniquidad por doquier. Pero como no se permite que esta iniquidad suya se exalte por mucho tiempo, se dice: Que su memoria perezca de la tierra, y que su nombre no sea

celebrado en las plazas; es decir, que pronto pierda la alabanza del poder terrenal, y pierda toda la alegría de su nombre, que había difundido por doquier en una breve prosperidad temporal. Sigue:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 18.---Lo expulsará de la luz a las tinieblas.

26. La gloria de los inicuos es seguida por el castigo eterno. ---Es conducido de la luz a las tinieblas cuando es condenado de los honores de la vida presente a los suplicios eternos. Por lo cual, se añade más claramente:

IBID.---Y lo trasladará del orbe.

Del mundo, en efecto, es trasladado cuando, al aparecer el juez supremo, es quitado de este mundo, en el cual se gloria perversamente. Y porque con todos sus seguidores, al intervenir el fin del mundo, es condenado, con razón se añade:

VERS. 19.---No habrá descendencia suya, ni progenie en su pueblo, ni quedarán reliquias en sus regiones.

Está escrito, porque el Señor Jesús lo matará con el espíritu de su boca y lo destruirá con la manifestación de su venida (II Tes. II, 8). Así pues, cuando su iniquidad termine con el estado del mundo, su progenie no será dejada entre su pueblo, porque tanto él como su pueblo son llevados juntos al castigo, y todos los inicuos, que nacieron de su perversa persuasión en acciones malvadas, serán golpeados con destrucción eterna por la manifestación de la venida del Señor junto con su misma cabeza. Y no queda ninguna de su progenie en el mundo, porque el juez estricto concluye sus iniquidades con el fin del mundo. Que esto debe entenderse claramente sobre el Anticristo se demuestra cuando se añade:

CAPÍTULO XXIII [Ant. XII].

VERS. 20.---En sus días se asombrarán los últimos, y el horror invadirá a los primeros.

27. La feroz persecución del Anticristo. Entonces, a los santos les asistirá tanto la constancia derivada de la virtud como el temor proveniente de la carne. Pues en ese tiempo, la iniquidad se desatará contra los justos de tal manera que incluso los corazones de los elegidos serán golpeados por un gran temor. Por eso está escrito: "De modo que, si fuera posible, incluso los elegidos caerían en el error" (Mateo 24, 24). Esto se dice, no porque los elegidos vayan a caer, sino porque temblarán ante grandes terrores. Entonces, en verdad, se dice que tanto los últimos elegidos como los primeros tendrán que enfrentarse a la justicia contra él, ya que aquellos que sean encontrados elegidos al final del mundo serán abatidos en la muerte de la carne, y también aquellos que procedieron de las primeras partes del mundo, a saber, Enoc y Elías, serán llamados de nuevo al medio y sufrirán la crueldad de su saña en su carne mortal. Los últimos se asombran de sus fuerzas desatadas en tanto poder, y los primeros temen, porque aunque desprecian todo su poder temporal según lo que se eleva en el espíritu de soberbia, sin embargo, según lo que ellos mismos aún están en carne mortal, en la cual pueden ser temporalmente atormentados, temen los mismos suplicios que soportan valientemente; de modo que en ellos, al mismo tiempo, hay constancia derivada de la virtud y temor de la carne, porque aunque son elegidos, para que no puedan ser vencidos por los

tormentos, sin embargo, por el hecho de que son humanos, temen los mismos tormentos que vencen. Por lo tanto, se dirá: "En sus días se asombrarán los últimos, y el horror invadirá a los primeros", porque ciertamente mostrará entonces tantas señales y hará cosas crueles y duras, que llevará al asombro a aquellos que encuentre al final del mundo, y transfigurará con el dolor de la muerte carnal a los primeros padres que han sido reservados para su derrota. Así pues, porque ha narrado muchas cosas sobre todos los inicuos, o sobre el mismo jefe de los inicuos, añada inmediatamente una definición general:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 21.---Estos son, por tanto, los tabernáculos del impío, y este es el lugar de aquel que ignora a Dios.

28. El lugar del Anticristo son las tinieblas, en las cuales será arrojado junto con todos los inicuos. Pues anteriormente había dicho: Lo expulsará de la luz a las tinieblas, y lo trasladará del mundo. Al añadir sus males, agregó: Estas son las moradas del iniquo, y este es el lugar de aquel que ignora a Dios, indicando claramente que aquel que ahora se ensalza ignorando a Dios, entonces llegará a sus propias moradas, cuando su iniquidad lo sumerja en los suplicios; y encontrará su lugar en las tinieblas, quien mientras aquí se alegraba de la falsa luz de la justicia, ocupaba un lugar ajeno. Pues los perversos, en todo lo que hacen por simulación, intentan ocupar el nombre de la gloria de los justos como si fuera un lugar ajeno. Pero llegan a su lugar cuando, por el mérito de su iniquidad, son atormentados por el fuego perpetuo. Aquí, en todo lo que hacen, sirven al deseo de la alabanza que han de recibir, y a través de la imagen de las buenas obras extienden el seno de su mente hacia la avaricia. Que el iniquo, pues, vaya ahora, y, hinchado con muchos aparatos, construya aquí sus moradas, extienda el nombre de la gloria, multiplique sus tierras, y se deleite con sus abundantes riquezas; pero cuando llegue a los suplicios eternos, ciertamente reconocerá que estas son las moradas del iniquo, y este es el lugar de aquel que ignora a Dios. Baldad dijo bien estas cosas, pero ignoraba a quién se las decía. Sin embargo, el corazón del justo se aflige grandemente cuando se emiten sentencias contra él basadas en una estimación injusta. Por lo cual, el bienaventurado Job respondió de inmediato, diciendo:

CAPÍTULO XXV [Ant. XIII, Rec. XII].

CAP. XIX, VERS. 2.---¿Hasta cuándo afligiréis mi alma y me atormentaréis con palabras?

447 29. Qué sufren los justos de los malvados.---Las palabras de los santos varones, como ya hemos dicho a menudo, deben entenderse a veces desde su propia persona, a veces desde la voz de la cabeza, y a veces desde el tipo de la Iglesia universal. En verdad, el alma de los justos se aflige mucho cuando aquellos que ignoran cómo vivir bien lanzan sentencias severas contra los buenos; y se atribuyen a sí mismos la justicia con palabras, la cual combaten con sus costumbres. Por eso, a los amigos del bienaventurado Job, que como ya hemos dicho a menudo, sostienen el tipo de los herejes, se les responde correctamente por él: ¿Hasta cuándo afligiréis mi alma y me destrozaráis con palabras? Pues los buenos son destrozados por las palabras de los inicuos, cuando aquellos que yacen en la fe perversa o en costumbres depravadas se enorgullecen en palabras contra ellos. Sigue:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 3.---He aquí, me habéis confundido diez veces.

30. Ya sea que los justos guarden silencio o hablen, siempre encuentran adversarios en los malvados. En las ocasiones en que los amigos de Job hablaron, sabemos que lo hicieron cinco veces. Pero debido a que escuchó cinco veces sus reproches, a los cuales respondió también cinco veces, se considera a sí mismo confundido diez veces, porque sufrió intensamente al ser reprendido en vano y experimentó confusión al hablar palabras de doctrina a quienes no escuchaban. Así, tanto al escuchar en silencio como al no ser escuchado al hablar, soportó el sufrimiento, sintiendo el dolor del corazón al guardar silencio pacientemente y al hablarles inútilmente. Por eso dice más arriba: ¿Qué haré? Si hablo, no cesará mi dolor; y si callo, no se apartará de mí (Job XVI, 7). Pero si referimos estas palabras al tipo de la santa Iglesia, es claro que su gran gozo es guardar los mandamientos del Decálogo. Sin embargo, los perversos la confunden diez veces, porque con cada pecado y sus malos hábitos abandonan los mandamientos del Decálogo, y causan confusión a los buenos tantas veces como se oponen a las voces divinas en sus acciones. Sigue:

CAPÍTULO XXVII.

IBID.---¿Y no os avergonzáis de oprimirme?

31. Los enemigos de la Iglesia no se refrenan ni por el temor de Dios ni por la vergüenza ante los hombres.---Hay algunos a quienes una malicia repentina invita a perpetrar la maldad, pero sin embargo, la vergüenza humana los detiene. Y a menudo, por el hecho de que se avergüenzan exteriormente, regresan a su interior y emiten un juicio interno contra sí mismos, porque si temen hacer el mal por causa del hombre, ¿cuánto más deberían evitar desear el mal por causa de Dios, que todo lo ve? En ellos sucede que corrigen males mayores por bienes menores, a saber, por la vergüenza exterior corrigen la culpa interior. Y hay quienes, después de haber despreciado a Dios en su mente, desprecian mucho más los juicios humanos, y no se avergüenzan de realizar audazmente todo el mal que desean. A estos, la iniquidad oculta los invita a perpetrar el mal, y ninguna vergüenza abierta los detiene; como se dice de cierto juez inicuo: No temía a Dios, ni respetaba a los hombres (Luc. XVIII, 2). De aquí también que de algunos que pecan con frente impúdica se ha dicho: Y proclamaron su pecado como Sodoma (Isai. III, 9). Por lo tanto, a menudo tales son los adversarios de la santa Iglesia, que no se refrenan de perpetrar males ni por el temor del Señor ni por la vergüenza ante los hombres. A quienes bien se les dice por el bienaventurado Job: Y no os avergonzáis de oprimirme, porque aunque fue perverso desear el mal, es peor no avergonzarse de los males deseados. Sigue:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 4.---Ciertamente, aunque haya ignorado, mi ignorancia estará conmigo.

448 32. Los herejes oponen la arrogancia a la humildad de la Iglesia.---Es propio de los herejes que se inflen con la vana arrogancia de su conocimiento, y a menudo se burlen de la simplicidad de los que creen correctamente, considerando que la vida de los humildes no tiene mérito alguno. [Vet. XIV.] Pero, por el contrario, la santa Iglesia, en todo lo que verdaderamente sabe, humilla su entendimiento, para que el conocimiento no la infle, para que no se enorgullezca en la búsqueda de lo oculto, y para que no presuma de investigar cosas que están más allá de sus fuerzas. En efecto, prefiere no saber lo que no puede investigar, antes que definir audazmente lo que desconoce. Pues está escrito: Como el que come mucha miel, no le es bueno; así el que investiga la majestad será oprimido por la gloria

(Prov. XXV, 27). La dulzura de la miel, si se toma más de lo necesario, de donde deleita la boca, de allí mata la vida del que la come. También es dulce la búsqueda de la majestad; pero quien desea investigarla más de lo que la comprensión humana permite, es oprimido por su misma gloria, porque, como la miel tomada en exceso, rompe el entendimiento del investigador, al no poder ser comprendida. Se dice que está con nosotros lo que es para nosotros; y nuevamente se dice que no está con nosotros lo que está contra nosotros (Luc. XI, 13). Por tanto, ya que el conocimiento de los herejes infla el corazón, pero el conocimiento de su ignorancia humilla a los fieles, que el bienaventurado Job lo diga con su voz, que lo diga también con la confesión de la Iglesia universal: Ciertamente, aunque haya ignorado, mi ignorancia estará conmigo. Como si claramente se dijera a los herejes: Todo vuestro conocimiento no está con vosotros, porque está contra vosotros, mientras os eleva con necia arrogancia. Pero mi ignorancia está conmigo, porque es para mí; ya que, mientras no me atrevo a investigar algo sobre Dios con soberbia, me mantengo humildemente en la verdad. Y porque estos mismos herejes buscan saber para el solo uso de la arrogancia, para parecer doctos contra los fieles y humildes, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXIX [Rec. XIII].

VERS. 5.---Pero vosotros os levantáis contra mí.

33. El orden exige que primero nos levantemos contra nosotros mismos, y luego contra los malos. Esta forma de corrección es desconocida para los malvados. --- Pero quizás comprendamos mejor estas palabras si mostramos cómo se aplican específicamente a los amigos del bienaventurado Job. Ellos, al ver al justo golpeado, debieron haber vuelto a su interior, y de ninguna manera oprimir al bienaventurado Job con palabras de reproche, sino lamentarse a sí mismos, porque si así fue golpeado quien servía de tal manera, ¿con qué castigo merecían ser heridos quienes no servían de igual modo? A ellos se les dice acertadamente: Pero vosotros os levantáis contra mí. Como si se les dijera más claramente: Vosotros debisteis levantaros contra vosotros mismos a causa de mi aflicción. Pues el orden de levantarse en el bien es este: primero levantarse contra nosotros mismos y luego contra los malos. Porque quien se levanta contra los buenos se infla de soberbia. Nos levantamos contra nosotros mismos cuando, reconociendo nuestros propios males, nos castigamos con la estricta venganza de la penitencia, cuando no nos perdonamos en nuestros pecados y no nos inclinamos a ningún halago de pensamientos hacia nosotros. Si primero perseguimos estrictamente nuestros males en nosotros mismos, también es justo que nos levantemos útilmente contra los males ajenos; y lo que castigamos en nosotros, también lo superamos en otros al reprocharlo.

34. Pero esta elevación del mal no la conocen, porque se abandonan a sí mismos y atacan a los buenos. Se inclinan dentro de su conciencia con la blandura de una adulación suave, y se levantan con la severidad de la aspereza contra la vida de los buenos. Por eso, a los amigos del bienaventurado Job, que se enorgullecen en su aflicción, se les dice correctamente ahora: Pero vosotros os levantáis contra mí; es decir, os dejáis a vosotros mismos sin reproche, y me increpáis con sentencias severas. Porque quien no se juzga a sí mismo primero, ignora cómo juzgar correctamente en otro. Y si acaso sabe por oído que debe juzgar correctamente, no puede juzgar rectamente los méritos ajenos, a quien la conciencia de su propia inocencia no le ofrece ninguna regla de juicio. Por eso, a aquellos que acechan y llevan a una adúltera para ser castigada, se les dice (Juan VIII, 7): Quien de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra contra ella (3, q. 7, cap. 3). Pues iban a castigar los pecados ajenos, y dejaban los suyos. Por lo tanto, son llamados de nuevo a su conciencia, para que primero corrijan lo

propio, y luego reprendan lo ajeno. De ahí que cuando la tribu de Benjamín fue arrasada por el crimen de la carne, todo Israel se reunió para vengar la iniquidad, pero sin embargo, una y otra vez fue derrotado en la batalla. Consultando al Señor si debían ir a vengarse, se les ordenó. Quien, siguiendo el mandato de la voz divina, fue, y cayó una y otra vez, y entonces finalmente, golpeando severamente a la tribu pecadora, casi la exterminó por completo. ¿Qué significa que se inflama en la venganza del crimen, y sin embargo primero es derrotado, sino que primero deben ser purificados aquellos por quienes se castigan las culpas de otros, para que ya purificados vengan a la venganza, quienes se apresuran a corregir los vicios de otros? Por lo tanto, es necesario que cuando la venganza del juicio divino cesa contra nosotros, nuestra propia conciencia se reprenda a sí misma, y se levante contra sí misma hacia los lamentos de la penitencia, no elevada contra los buenos y humilde consigo misma, sino rígida contra sí misma, y sumisa a todos los buenos [Vet. XVI]. A los soberbios que corrigen, se les dice correctamente ahora: Pero vosotros os levantáis contra mí, y me acusáis con mis oprobios. Todos los altivos consideran que las desgracias temporales son un grave oprobio; y creen que cada uno es tanto más despreciado por Dios, cuanto más lo ven afligido por el azote de la aflicción. Pues no buscan nada en las costumbres, nada en los actos; sino que a quienes ven golpeados en esta vida, ya los consideran condenados por el juicio divino. Por eso, bien se dice ahora con la voz del bienaventurado Job:

CAPÍTULO XXX.

IBID.---Y me reprocháis con mis propias afrentas.

35. Falsos juicios de los réprobos sobre los castigos de los justos. --- Porque aquellos que conocían a alguien como justo antes de los castigos, lo juzgaban injusto a partir de su propio sufrimiento. De ahí que, a menudo, los herejes, al ver que algunos son afligidos dentro de la santa Iglesia, ya que está escrito de Dios: A todo hijo que recibe, lo castiga (Hebreos XII, 6), sospechan que las tribulaciones de los fieles no son sino consecuencia del pecado, y por eso se creen justos, porque, abandonados a la perversidad de su propio juicio, han permanecido sin castigo. Sigue:

CAPÍTULO XXXI [Rec. XIV].

VERS. 6.---Al menos ahora comprended que Dios no me ha afligido con un juicio justo.

36. Algunas palabras de la Sagrada Escritura se consideran erróneas porque no se requiere su comprensión interior. ¡Oh, cuán dura suena la voz del justo afligido por los golpes! Sin embargo, no fue la altivez, sino el dolor lo que la expresó. Pero no es justo quien abandona la justicia en el dolor. Sin embargo, el bienaventurado Job, porque tenía un corazón humilde, no pecó con palabras duras. Pues si decimos que pecó con estas palabras, afirmamos que el diablo logró lo que propuso, diciendo: Toca su hueso y su carne, y verás si no te maldice en tu cara (Job 2, 5). Surge, por tanto, una grave cuestión. Si no pecó al decir: Al menos ahora comprended que Dios no me ha afligido con juicio justo, consentimos que Dios (lo cual es impío decir) haya actuado injustamente. Pero si pecó, el diablo cumplió lo que prometió. Debe demostrarse, por tanto, que Dios actuó rectamente con el bienaventurado Job, y sin embargo, el bienaventurado Job no mintió al decir que no fue afligido por el justo juicio de Dios, y el antiguo enemigo mintió en lo que prometió sobre el hombre bienaventurado. A veces, las palabras de los buenos se consideran erróneas porque no se ponderan con su comprensión interior. El bienaventurado Job consideró su vida, y ponderó los azotes que sufría, y veía que no era justo que recibiera tales azotes para una vida tal. Y cuando dice que

no fue afligido con juicio justo, lo dijo con voz libre, lo que en secreto el Señor había dicho de él a su adversario: Me incitaste contra él para que lo afligiera sin causa (Ibid., 3). Pues lo que Dios dice, que afligió al bienaventurado Job sin causa, esto mismo afirma el bienaventurado Job, que no fue afligido con juicio justo por el Señor. En qué, por tanto, pecó quien en nada discrepó de la sentencia de su autor.

[Vet. XVII.] 37. Decir cosas buenas de uno mismo, siempre que sean verdaderas, a veces es lícito. Esto se confirma con el ejemplo de Pablo y Job.---Pero tal vez alguien diga que no es posible que digamos algo bueno de nosotros mismos sin pecado, si un juez en secreto lo ha dicho de nosotros. Pues no se duda que aquel a quien un juez justo alaba, es justamente digno de alabanza. Sin embargo, si uno mismo se alaba, ya no se cree que su justicia sea digna de alabanza. Esto se dice correctamente, si lo que un juez justo afirma con una sentencia equitativa, lo presume decir de sí mismo la persona en cuestión con una mente altiva. Pues si él mismo, permaneciendo en un pensamiento humilde, por causa o dolor exigente, dice cosas verdaderas y buenas de sí mismo, no se aparta de la justicia en la medida en que de ninguna manera se desvía de la verdad.

38. Por eso también el apóstol Pablo narró muchas cosas valientes sobre sí mismo para la edificación de sus discípulos; pero al narrarlas no cometió falta alguna, porque no se apartó del camino de la verdad, del testimonio cierto y del corazón humilde. Así, sintiendo el bienaventurado Job que su vida era justa, dice que no fue afligido por un juicio justo. Y no peca al decir esto, ya que no discrepa del autor, porque aquel a quien Dios golpeó sin motivo, también él mismo afirma que no fue afligido por un juicio justo. Pero surge de nuevo otra cuestión que ya recordé haber resuelto al inicio de esta obra (Lib. III, cap. y num. 3), cuando el Dios omnipotente no hace nada en vano, ¿por qué testifica que afligió en vano al bienaventurado Job? Pues nuestro justo Creador, con tantos golpes sobre el bienaventurado Job, no buscó extinguir sus vicios, sino aumentar sus méritos. Por lo tanto, fue justo lo que hizo por el aumento del mérito bueno; sin embargo, no parecía justo, ya que se creía que castigaba las causas del pecado. Pero el bienaventurado Job creyó que sus pecados eran borrados por esos azotes, no que sus méritos aumentaban; y por eso llama a esto un juicio no justo, porque examina su vida con los azotes. Así que, si se ponderan la vida y los azotes, no fue justo lo que el bienaventurado Job, como dije, creyó que se le hacía por ira de severidad. Pero si se considera la misericordia del juez, porque por el castigo del hombre justo se acumulan los méritos de su vida, fue un juicio justo o más bien misericordioso. Por lo tanto, Job dijo la verdad, al ponderar su vida con el azote; y Dios no afligió a Job con un juicio injusto, porque acumuló méritos con el azote; y el diablo no cumplió lo que prometió, porque el bienaventurado Job, entre palabras que suenan duras, no se apartó de la verdadera sentencia ni de la mente humilde. Pero tal vez entendemos menos estas palabras del afligido, a menos que conozcamos la sentencia del juez. Quien, al dar sentencia entre ambas partes, dice a los amigos de Job: No habéis hablado rectamente delante de mí, como mi siervo Job (Job XLII, 8). ¿Quién, entonces, con mente necia, admitiría que el bienaventurado Job pecó en su discurso, cuando con la misma voz del juez se afirma que habló rectamente? Si referimos esta voz a la persona de la santa Iglesia, no inapropiadamente la adaptamos a sus miembros débiles, que, en tiempo de persecución, al considerar tanto sus méritos como sus azotes, al ver a los injustos prosperar y a los justos perecer, de ninguna manera sospechan que esto sea justo. Bien se añade con la voz del bienaventurado varón:

CAPÍTULO XXXII [Ant. XVIII].

IBID.---Y me rodeará con sus azotes.

39. Los miembros débiles de la Iglesia son perturbados por los constantes flagelos. Porque una cosa es ser golpeado con flagelos, y otra es ser ceñido. Somos golpeados con flagelos cuando encontramos consuelo en otras cosas durante los dolores. Pues cuando una aflicción tan grande nos oprime que el alma no puede respirar con el consuelo de nada, ya no solo somos golpeados con flagelos, sino también ceñidos, porque estamos rodeados por el azote de las tribulaciones por todas partes. Pablo estaba ceñido con flagelos cuando decía: "Por fuera, luchas; por dentro, temores" (II Cor. VII, 5). Estaba ceñido con flagelos cuando decía: "Peligros de parte de mi raza, peligros de parte de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto" (II Cor. XI, 26), y otras cosas que enumera de tal manera que muestra que en ningún lugar tuvo descanso. Y cuando la Santa Iglesia es ceñida con los flagelos de sus tribulaciones, los débiles en ella caen en la pusilanimidad, de tal manera que se consideran ya despreciados, al ver que son escuchados con tardanza. Con razón, también se añade la voz de los hombres santos como tipo de ellos:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 7.---He aquí, clamaré sufriendo violencia, y nadie me escuchará; gritaré, y no hay quien juzgue.

40. Dios disimula las quejas de los dolientes para aumentar su utilidad.---El Dios Omnipotente, sabiendo lo que nos puede ser provechoso, disimula al escuchar la voz de los dolientes, para aumentar la utilidad, para que la vida se purifique a través del sufrimiento, y se busque en otro lugar la tranquilidad de la paz que aquí no se puede encontrar. Pero algunos fieles desconocen esta gracia de la dispensación. Desde la perspectiva de ellos se dice ahora: He aquí que clamaré sufriendo violencia, y nadie me escuchará; gritaré, y no hay quien juzgue. Se dice que no hay quien juzgue cuando Él mismo, que es el juez, disimula en juzgar, porque no hay otro que pueda juzgar nuestra causa contra el adversario, excepto Él. Sin embargo, esto no está exento de juicio, ya que el juicio se difiere, porque cuando el bienaventurado Job decía estas cosas, crecían tanto los méritos del hombre santo como el castigo del adversario. Por lo tanto, diferir este juicio es en sí mismo un juicio del juez. Pero lo que Dios dispone justamente en su interior es diferente de lo que el alma, afligida por los azotes, busca externamente. Por eso, aún sobre la misma opresión de los golpes, añade:

CAPÍTULO XXXIV [Rec. XV].

VERS. 8.---Ha cercado mi camino, y no puedo pasar, y ha puesto tinieblas en mi senda.

41. Dios es la iluminación y salvación para aquellos que pecan por ignorancia e infirmitud.---Vio su camino rodeado de golpes cuando, deseando pasar a la seguridad, no pudo evitar los azotes. Y porque se vio a sí mismo siendo golpeado, pero no encontró en sí mismo una vida digna de tal castigo, halló oscuridad en el camino de su corazón, en su ignorancia, ya que no pudo comprender por qué era castigado. Esto se refiere también, de manera adecuada, a los miembros débiles de la santa Iglesia, cuando, al recordar que han actuado mal, se ven retrasados en la obra buena; y por su propia debilidad, temerosos, no se atreven a emprender obras buenas y fuertes. Temen comenzar grandes obras, aquellos que recuerdan su debilidad en sus acciones. Y cuando muchas veces ni siquiera saben qué bien elegir, temen las tinieblas que encuentran en su propio camino. Pues a menudo el ánimo se vuelve tan incierto respecto a su obra, que ignora completamente qué es virtud y qué es culpa. Por lo tanto, encuentra tinieblas en su camino, quien no sabe qué debe elegir en lo que desea hacer. [Vet. XIX.]

Porque, por tanto, a menudo se peca por debilidad, y a veces por ignorancia, se dice de los miembros debilitados: "Circundó mi camino, y no puedo pasar." Y de aquellos que se oscurecen respecto a la obra buena que deben elegir, se añade: "Y puso tinieblas en mi camino." Pues es una pena de la culpa ver el bien que se debe hacer, y sin embargo no poder cumplirlo, y nuevamente es una pena más grave de la culpa no ver lo que se debe hacer. Por eso, contra ambas cosas se dice con la voz del Salmista: "El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?" (Salmo XXVI, 1). Contra las tinieblas de la ignorancia, el Señor es la iluminación, y contra la debilidad, es la salvación, cuando muestra qué se debe desear para actuar, y da fuerzas para que lo que ha mostrado pueda cumplirse. Sigue:

CAPÍTULO XXXV [Rec. XVI.]

VERS. 9.---Me ha despojado de mi gloria, y ha quitado la corona de mi cabeza.

42. Los miembros débiles de la Iglesia a veces son despojados de la justicia por un tiempo.--- No hay duda de que todas estas cosas se aplican a la persona del hombre bienaventurado en aflicción. Pero como las palabras de la historia son claras, no necesitan interpretación literal. Por lo tanto, es necesario que sean investigadas a través de sentidos místicos. Dice: Me ha despojado de mi gloria. En efecto, la gloria de cada uno es la justicia. Así como la vestimenta protege del frío, la justicia protege de la muerte. Por eso, no sin razón, la justicia se compara con una vestimenta, cuando el Profeta dice: Que tus sacerdotes se vistan de justicia (Salmo 131, 9). Y porque en el tiempo de su aflicción, esta vestimenta de justicia, que protege ante Dios, la santa Iglesia la pierde en sus miembros debilitados, se dice correctamente: Me ha despojado de mi gloria; es decir, la justicia ha sido quitada de los débiles, la cual no podría serles arrebatada si estuviera profundamente arraigada; pero por eso pudo ser quitada, porque como una vestimenta, se adhería externamente. En esto, se debe preguntar cómo pueden ser llamados miembros de la santa Iglesia aquellos que pudieron perder la justicia que parecían tener. Pero se debe saber que a menudo la justicia se pierde temporalmente por sus miembros debilitados; pero cuando, a través del reconocimiento de la culpa, regresan después al arrepentimiento, se aferran a esa misma justicia que habían perdido con más fuerza de lo que se creía. Donde aún se añade: Y ha quitado la corona de mi cabeza. Así como la cabeza es la primera parte del cuerpo, así la mente es la parte principal del hombre interior. La corona es el premio de la victoria, que se obtiene desde arriba, para que quien haya luchado sea recompensado. Porque muchos, presionados por las adversidades, no perseveran en la lucha, en ellos la santa Iglesia pierde como una corona de la cabeza. La corona en la cabeza es la recompensa suprema en la mente. Y hay muchos que, mientras son afligidos por adversidades, descuidan pensar en las recompensas supremas y no pueden llegar a la perfección de la victoria. En estos, por lo tanto, se quita la corona de la cabeza, porque la recompensa suprema y espiritual se quita del pensamiento de la mente, para que ya deseen las cosas exteriores tranquilas, y no busquen las recompensas eternas, porque solían pensar en ellas.

43. La corona se quita de la cabeza de la Iglesia, cuando los prelados descuidan los bienes espirituales. — O ciertamente, los sacerdotes no sin razón son considerados la cabeza de los fieles, porque son la primera parte de los miembros del Señor. Por lo tanto, a través del profeta se dice que la cabeza y la cola serán exterminadas, donde evidentemente con el nombre de cabeza se designan a los sacerdotes, y con la apelación de cola a los profetas reprobos. Por lo tanto, la corona se quita de la cabeza cuando incluso aquellos que parecían presidir en este cuerpo de la Iglesia abandonan las recompensas de la remuneración celestial. Y a menudo, cuando caen los líderes, sucumbe más ampliamente el ejército que los seguía.

Por lo tanto, inmediatamente después de las pérdidas de los mayores, añadió que siguió la multifacética decadencia de la Iglesia:

CAPÍTULO XXXVI [Ant. XX].

VERS. 10.---Me ha destruido por completo, y perezco, y como un árbol arrancado, ha quitado mi esperanza.

44. Cuando los superiores caen, los débiles tropiezan. Pues la Iglesia se destruye por todas partes y se deteriora en sus miembros más débiles cuando aquellos que parecían fuertes caen, cuando la corona se quita de la cabeza, es decir, cuando incluso los superiores descuidan las recompensas eternas. Bien se añade sobre los débiles que caen: Y como árbol arrancado, ha quitado mi esperanza. El árbol, en efecto, es empujado por el viento para que caiga. Y aquel a quien las amenazas asustan para que caiga en la injusticia, ¿qué otra cosa ha soportado sino el soplo del viento, perdiendo así su estado de rectitud? Pues quien, vencido por las amenazas y persuasiones de los perversos, abandona las recompensas eternas que esperaba, ha perdido su esperanza como si fuera por el viento. Y porque a menudo sucede que alguien, temiendo el castigo, abandona la justicia, ocurre, por el juicio de Dios, que incluso al abandonar la justicia no escapa del castigo que temía, y quien no temió la ruina de su mente, también soporta los males de la carne que temía. Por lo cual se añade aún:

CAPÍTULO XXXVII [Rec. XVII].

VERS. 11.---Se encendió su furor contra mí, y así me trató como a su enemigo.

45. Dios hiere a algunos como hijos, a otros como enemigos. — Con el testimonio del predicador insigne decimos que Dios es fiel y no permitirá que seamos tentados más allá de lo que podemos soportar, sino que con la tentación dará también la salida, para que podamos resistir (I Cor. X, 13). También el Señor dice por medio del profeta: Te herí con la herida de un enemigo, con un castigo cruel (Jerem. XXX, 14). Por tanto, aquel que es herido de tal manera que sus fuerzas son superadas por el golpe, no es herido por el Señor como un hijo por disciplina, sino como un enemigo por ira. Cuando, por lo tanto, los azotes superan la virtud de nuestra paciencia, es muy de temer que, debido a nuestros pecados, no seamos heridos ya como hijos por el Padre, sino como enemigos por el Señor. Y dado que a menudo sucede que incluso los espíritus malignos sugieren muchas cosas a los corazones afligidos, y entre los azotes que hieren exteriormente siembran pensamientos nocivos en las mentes, después del furor del Señor se añade con razón:

CAPÍTULO XXXVIII [Rec. XVIII].

VERS. 12.---Juntos vinieron sus ladrones, y se abrieron camino a través de mí.

46. Los espíritus malignos irrumpen y asedian a los afligidos. En ellos, la voluntad es injusta, y el poder es justo. Pues sus ladrones son espíritus malignos, que se ocupan en buscar la muerte de los hombres. Porque se abren camino en los corazones de los afligidos, cuando no cesan de introducir pensamientos perversos entre las adversidades que se toleran exteriormente. De los cuales aún se dice:

Y rodearon en torno a mi tienda.

En efecto, rodean la tienda cuando con sus tentaciones rodean la mente por todos lados. A veces persuaden con malas sugerencias a lamentarse por lo temporal, a desesperarse por lo eterno, a caer en la impaciencia y a lanzar palabras de blasfemia contra Dios. Estas palabras, como ya hemos dicho, también se aplican al bienaventurado Job según la historia, quien, al considerar los males que sufrió, se juzgó no como un hijo que debe ser corregido, sino como un enemigo golpeado. A través de él, sus ladrones también encontraron el camino, porque los espíritus malignos recibieron permiso para atacarlo. Rodearon su tienda, porque, al perder sus bienes y sus hijos, también su cuerpo fue completamente herido. [Vet. XXI.] Pero es muy sorprendente que, al hablar de ladrones, añadiera "suyos", para mostrar que esos mismos ladrones pertenecen a Dios. En esto, si se distingue la voluntad y el poder de los espíritus malignos, se revela por qué se les llama ladrones de Dios. Los espíritus malignos anhelan incesantemente hacernos daño; pero aunque tienen una voluntad perversa por sí mismos, no tienen el poder de hacer daño, a menos que la voluntad suprema lo permita. Y aunque ellos injustamente buscan dañarnos, no se les permite dañar a nadie, sino solo justamente por el Señor. Por lo tanto, en ellos la voluntad es injusta y el poder es justo, y se les llama ladrones, y de Dios, de modo que de ellos proviene el deseo de infligir males injustamente, y de Dios, que los deseos se consuman justamente. Pero como, como ya hemos dicho muchas veces, el santo varón, puesto en el dolor de las penas, a veces usa sus propias palabras, a veces las de la Iglesia, a veces las de nuestro Redentor, y a menudo narra sus propias cosas, pero a través del tipo expresa las de la santa Iglesia y nuestro Redentor, dejando de lado por un momento el cuidado de la historia, demostremos cómo lo que sigue concuerda con las palabras de nuestro Redentor. Sigue:

CAPÍTULO XXXIX [Rec. XIX].

VERS. 13, 14.---Mis hermanos se alejaron de mí, y mis conocidos se apartaron de mí como extraños. Mis parientes me abandonaron, y los que me conocían se han olvidado de mí.

SENTIDO ALEGÓRICO.---47. Los judíos, hermanos de Cristo, conocidos y cercanos, a quien habían predicho que se encarnaría, negaron cuando se encarnó.---Esto lo mostramos mejor si traemos a colación el testimonio de Juan, quien dice: Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron (Juan 1, 11). De él, en efecto, se alejaron como hermanos, y se apartaron como conocidos, a quien, manteniendo la ley, los hebreos sabían profetizar, pero no reconocían cuando estaba presente. Por eso se dice con razón: Me abandonaron mis cercanos, y los que me conocían se olvidaron de mí. Los judíos, en efecto, cercanos por la carne, conocidos por la instrucción de la ley, como si se hubieran olvidado de aquel a quien profetizaron, mientras que con las palabras de la ley cantaban que se encarnaría, y con palabras de perfidia negaban que se había encarnado. Sigue:

CAPÍTULO XL.

VERS. 15.---Los habitantes de mi casa y mis siervas me han considerado como un extraño.

48. Cristo fue considerado un extraño por los sacerdotes y levitas. Los sacerdotes, quienes eran los habitantes de la casa de Dios, tenían su origen destinado al servicio de Dios, y su condición se mantenía a través de su oficio. Las almas de los levitas, que servían más íntimamente en los secretos del tabernáculo, como en los interiores de una cámara, no sin razón se entienden como siervas. Por lo tanto, que se diga de los sacerdotes que servían con diligente cuidado, que se diga de los levitas que obedecían en los interiores de la casa de Dios: Los habitantes de mi casa y las siervas me consideraron como un extraño, porque no

quisieron reconocer ni venerar al Señor encarnado, a quien habían predicho hace tiempo a través de las palabras de la ley. Él manifiesta aún más claramente que no fue reconocido debido a su perversa voluntad cuando añade:

CAPÍTULO XLI.

IBID.---Y fui como un peregrino ante sus ojos.

49. Cristo como peregrino en su propia casa.---Nuestro Redentor, al no ser reconocido por la sinagoga, se encontró como un peregrino en su propia casa. Esto lo atestigua claramente el profeta, diciendo: ¿Por qué serás como un colono en la tierra, y como un viajero que se detiene para quedarse? (Jeremías XIV, 8). Porque al no ser escuchado como Señor, no fue considerado dueño del campo, sino un colono. Quien como un viajero solo se detuvo para quedarse un momento, porque tomó a pocos de Judea y, yendo hacia la vocación de los gentiles, completó el camino emprendido. Por lo tanto, fue un peregrino a sus ojos, porque al pensar solo en lo que podían ver, no lograron entender en el Señor lo que no podían ver. Pues al despreciar la carne visible, no alcanzaron la majestad invisible. Por tanto, se puede decir correctamente: Y fui como un peregrino a sus ojos. De este mismo pueblo se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 16.---Llamé a mi siervo, y no respondió.

50. Cristo fue despreciado por su siervo, es decir, por el pueblo judío. ¿Qué fue el pueblo judío sino un siervo que no obedecía al Señor por amor filial, sino por temor servil? En contraste, a nosotros se nos dice por medio de Pablo: No habéis recibido un espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: Abba, Padre (Rom. VIII, 15). Por lo tanto, el Señor llamó a este siervo, porque, al otorgar dones, se esforzó por atraerlo hacia Él como si lo llamara con voces. Pero no respondió, porque despreció devolver obras dignas de sus dones. Dios nos llama cuando nos precede con dones, y respondemos a su llamado cuando servimos dignamente conforme a los dones recibidos. Por lo tanto, ya que precedió al pueblo judío con tantos dones, que diga: Llamé a mi siervo. Pero como incluso después de tantos dones lo despreció, que añada: Y no respondió. Sigue:

CAPÍTULO XLIII (Ant. XXII, Rec. XX).

IBID.---Con mi propia voz le suplicaba.

51. Cristo, al dar órdenes, rogó a quien se resistía, y no fue escuchado. Como si dijera más claramente: Yo, que antes de mi encarnación había dado tantas órdenes a través de las bocas de los profetas, encarnado vine a él y le rogué con mi propia boca. Por eso Mateo, al describir que daba órdenes en el monte, dice: "Abriendo su boca, les enseñaba" (Mateo 5, 2). Como si dijera claramente: Entonces abrió su boca, quien antes había abierto las bocas de los profetas. De ahí también que la esposa, deseando su presencia, dice de él: "¡Que me bese con los besos de su boca!" (Cantar de los Cantares 1, 1). Pues la Santa Iglesia, cuántos preceptos ha conocido de su predicación, como tantos besos de su boca ha recibido. Bien se dice: "Rogaba", porque al mostrarse en la carne, mientras humildemente decía los mandamientos

de vida, rogaba como a un siervo altivo, para que viniera. Donde también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLIV (Rec. XXI).

VERS. 17.---Mi esposa aborreció mi aliento.

52. La sinagoga, esposa, rechazó a Cristo.---¿Qué se entiende por la esposa del Señor sino la Sinagoga, sujeta a Él en el pacto de la ley carnal con entendimiento? El aliento, en verdad, proviene de la carne. Pero el pueblo infiel entendió carnalmente la carne del Señor, pues creyó que era un simple hombre. Por lo tanto, su esposa rechazó su aliento, porque la Sinagoga temió creer que aquel hombre que veía era Dios. Y aunque escuchaba de su boca palabras de manera corporal, se negó a comprender en él los misterios de la divinidad, y no creyó que era el Creador a quien veía como creado. Así, la esposa carnal rechazó el aliento de la carne, porque, entregada a los sentidos carnales, no reconoció el misterio de su encarnación. Sigue:

CAPÍTULO XLV (Rec. XXII).

IBID.---Y oraba por los hijos de mi vientre.

53. Quien se dice que Dios tiene miembros corporales.---En Dios, que no está limitado por la forma corporal, se nombran miembros del cuerpo, es decir, manos, ojos, útero, de tal manera que a partir de los nombres de los miembros se designan los efectos de su poder. Se dice que tiene ojos, porque ve todo; se describe que tiene manos, porque obra todo; en el útero, sin embargo, se concibe la prole, que en esta vida se da a luz. ¿Qué debemos entender, entonces, por el útero de Dios sino su consejo, en el cual fuimos concebidos antes de los siglos por la predestinación, para que, creados, seamos manifestados a través de los siglos? Dios, por lo tanto, que permanece antes de los siglos, oró por los hijos de su útero, porque a aquellos que poderosamente creó por su divinidad, viniendo encarnado, humildemente rogó. Pero porque en la misma carne en la que apareció fue despreciado por su estimación, se añade:

CAPÍTULO XLVI.

VERS. 18.---También los necios me despreciaban.

54. Al caer los sabios de la verdad, también los necios desfallecieron.---Cuando los sabios caen de la fe en la verdad, se añade con razón acerca de los necios, porque mientras los fariseos y los doctores de la ley despreciaban al Señor, la multitud del pueblo también siguió su incredulidad, despreciando las enseñanzas del Redentor del mundo al ver en Él solo a un hombre. Pues a menudo, con el nombre de necios se designa a los pobres del pueblo. Por eso, también se dice por Jeremías: Dije, tal vez son pobres y necios, ignorando el camino del Señor y el juicio de su Dios (Jeremías V, 4). Sin embargo, dejando a los sabios y ricos del mundo, nuestro Redentor vino a buscar a los pobres y necios. Por eso ahora se dice, como en aumento del dolor: También los necios me despreciaban. Como si se dijera abiertamente: Incluso ellos me despreciaron, por quienes asumí la necedad de la predicación para sanarlos. Pues está escrito: Porque en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por medio de la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación (I Cor. I, 21). La Palabra de Dios es sabiduría, pero la necedad de esta sabiduría se dice que es la carne del Verbo; para que, como los carnales no podían alcanzar la sabiduría de Dios por la

prudencia de su carne, fueran sanados por la necesidad de la predicación, es decir, por la carne del Verbo. Dice, por tanto: También los necios me despreciaban. Como si se dijera abiertamente: y fui despreciado por aquellos por quienes no temí ser considerado necio. Y porque el pueblo judío, al ver los milagros de nuestro Redentor, lo honraba por las señales, diciendo: Este es el Cristo (Marcos XIII, 21); pero cuando veía las debilidades de su humanidad, se negaba a creer que era el creador, diciendo: No, sino que engaña a las multitudes (Juan VII, 12); con razón se añade:

CAPÍTULO XLVII (Ant. XXIII).

IBID.---Y cuando me aparté de ellos, me difamaban.

55. Cristo fue criticado cuando cesó de realizar milagros.---El Señor se acercaba a los corazones del pueblo cuando les mostraba milagros, y parecía alejarse cuando no mostraba señales. Pero criticaban al Señor cuando cesaba de realizar milagros, ya que no querían creer en Él. Pero, ¿qué maravilla que sufriera esto de parte del pueblo, cuando incluso aquellos que parecían ser doctores de la ley, que proclamaban que Él debía encarnarse según las palabras proféticas, lo vieron encarnado y, sin embargo, se separaron de Él por la interrupción de su incredulidad? Sobre ellos se añade:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 19.---Mis consejeros me han abominado y aquel a quien más amaba se ha apartado de mí.

56. Los doctores de la ley y los fariseos lo aborrecieron.---Es evidente para todos que Dios no necesita consejeros, ya que Él mismo ofrece consejo a los consejeros de la sabiduría humana. De Él está escrito: ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? (Rom. XI, 34, tomado de Isaías XL, 13). Pero así como cuando se da pan o vestido al necesitado, el Señor testifica que lo ha recibido Él mismo (Mat. XXV, 40), de igual manera, cuando se da un consejo recto a quien lo ignora, lo recibe Él mismo, de quien es miembro aquel que es instruido. Pues todos los fieles somos miembros de nuestro Redentor; y así como Él es alimentado en nosotros por la misericordia de la generosidad, así también es ayudado en nosotros por el consejo de la doctrina. Los escribas y doctores de la ley, que solían instruir a los pueblos para la vida, ¿qué otra cosa fueron sino consejeros del Redentor venidero? Sin embargo, al ver al Señor encarnado, con sus consejos apartaron a muchos de la fe en Él, aunque antes parecían haber enseñado a muchos a creer en el misterio de su encarnación a través de las palabras de los profetas. Y porque aquel es más amado por Dios, quien atrae a muchos a su amor, aún se añade sobre el mismo orden de los doctores de la ley y los fariseos: Y aquel a quien más amaba me ha rechazado. Pues ese mismo orden, persuadido por la perfidia, se apartó de la fe de la verdad, que antes, sirviendo en el trabajo de la predicación, era muy amado; al cual no solo siguió la multitud de los pueblos para no creer, sino también para perseguir al Señor, encendida hasta la pasión con las llamas de la crueldad. En cuya pasión, ciertamente, los corazones de los discípulos se turbaron. Por lo cual ahora se añade:

CAPÍTULO XLIX [Rec XXIII].

VERS. 20.---A mi piel y a mi carne consumida se ha adherido mi hueso.

57. A Cristo sufriente, mientras los apóstoles huían, las santas mujeres se adhirieron como la piel. En el hueso se designa la fortaleza, mientras que en las carnes se designa la debilidad del cuerpo. Dado que Cristo y la Iglesia son una sola persona, ¿qué se designa por el hueso sino el mismo Señor? ¿Y qué por la carne sino los discípulos, que en el tiempo de su pasión mostraron debilidad? Por la piel, que permanece exterior a la carne en el cuerpo, ¿qué se figura sino aquellas santas mujeres, que servían al Señor con ministerios exteriores para preparar los auxilios del cuerpo? Pues cuando sus discípulos, aunque aún no firmes, predicaban la fe de la verdad a los pueblos, las carnes se adherían a su hueso. Y cuando las santas mujeres preparaban lo necesario exteriormente, permanecían como piel en el cuerpo. Pero cuando llegó la hora de la cruz, un gran temor por la persecución de los judíos invadió a sus discípulos: huyeron todos, las mujeres se adhirieron. Así, como si la carne se hubiera consumido, el hueso del Señor se adhirió a su piel, porque su fortaleza, en el tiempo de la pasión, encontró a las mujeres junto a él mientras los discípulos huían. Ciertamente Pedro permaneció un tiempo, pero luego, aterrorizado, negó (Mat. XXVI, 70). También permaneció Juan, a quien en el mismo tiempo de la cruz se le dijo: "He aquí tu madre" (Juan XIX, 27). Pero no pudo perseverar, porque también está escrito de él que "un joven lo seguía, cubierto con una sábana sobre su desnudez, y lo agarraron; pero él, dejando la sábana, huyó desnudo de ellos" (Marcos XIV, 51). Aunque después regresó para escuchar las palabras de su Redentor en la hora de la cruz, primero huyó aterrorizado. Sin embargo, se recuerda que las mujeres no solo no temieron ni huyeron, sino que permanecieron hasta el sepulcro. Diga, pues: "A mi piel, consumidas las carnes, se adhirió mi hueso". Esto es, aquellos que debieron adherirse más cercanamente a mi fortaleza, en el tiempo de mi pasión fueron consumidos por el temor, y encontré que aquellas a quienes puse para los ministerios exteriores, en mi pasión se adhirieron a mí fielmente sin temor. Donde también se entiende claramente que estas palabras se dicen por misterio, mientras sigue:

CAPÍTULO L [Ant. XXIV].

IBID.---Y solo quedaron los labios alrededor de mis dientes.

58. Los dientes de Cristo, los apóstoles, al sufrir Él, perdieron toda su fuerza. ¿Qué tenemos alrededor de los dientes sino los labios, incluso si no sufrimos ningún flagelo? Pero, ¿qué se designa a través de los labios sino la locución, y a través de los dientes, sino los santos apóstoles? Ellos fueron colocados en este cuerpo de la Iglesia para morder con corrección la vida de los carnales y quebrantarla de la dureza de su obstinación. Por eso, al primer apóstol, como si fuera un diente colocado en su cuerpo, se le dice: Mata y come (Hechos 10, 13). Pero, porque en el tiempo de su pasión estos dientes, por temor a la muerte, perdieron el mordisco de la corrección, perdieron la confianza del vigor, perdieron la eficacia de toda operación, de tal manera que dos de ellos, caminando después de su muerte y resurrección, hablaban en el camino y decían: Nosotros esperábamos que él fuera el que redimiría a Israel (Lucas 24, 21), ahora se dice correctamente: Y solo quedaron los labios alrededor de mis dientes. Aún conversaban sobre Él, pero ya no creían en Él. Por lo tanto, solo quedaron los labios alrededor de sus dientes, porque perdieron la virtud de la buena operación y solo retenían las palabras de conversación sobre Él. Perdieron el mordisco de la corrección y tenían el movimiento de la locución. Así, solo quedaron los labios alrededor de los dientes, porque aún sabían conversar, pero ya temían predicarlo o morder los vicios de los infieles. Habiendo dicho estas cosas en la voz de la cabeza, el bienaventurado Job vuelve a sus propias palabras, diciendo:

CAPÍTULO LI.

VERS. 21.---Tened piedad de mí, tened piedad de mí, al menos vosotros, mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.

59. La mente de los piadosos, en las adversidades, se mueve hacia la oración, no hacia la ira. Esto es propio de la mente de los piadosos, que cuando sufren injusticias de sus adversarios, se inclinan más hacia la oración que hacia la ira, de modo que si pueden moderar la maldad de ellos con calma, prefieren suplicar más que enojarse. Por eso se dice acertadamente: "Tened piedad de mí, tened piedad de mí, al menos vosotros, mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado." He aquí que a aquellos de quienes siempre se considera afligido por injurias, los llama amigos, porque para las mentes buenas incluso lo que parece adverso se convierte en próspero. Pues los perversos, por la dulzura de los buenos, o se convierten para regresar, y en eso mismo son amigos al hacerse buenos; o perseveran en la maldad, y en esto también, aunque no quieran, son amigos, porque si hay alguna falta en los buenos, ellos, con sus persecuciones, las purgan incluso sin saberlo. También es de notar que las palabras de los hombres santos en público concuerdan con lo que se ha hecho en secreto ante Dios. Pues había sido golpeado por Satanás, y sin embargo no atribuye su golpe a Satanás, sino que se llama tocado por la mano del Señor, tal como el mismo Satanás había dicho: "Extiende tu mano y toca su hueso y su carne, si no te maldice en tu cara" (Job 2, 5). Pues el hombre santo sabía que incluso en esto, lo que Satanás había hecho contra él con voluntad perversa, no tenía poder por sí mismo, sino que lo tenía del Señor. Sigue:

CAPÍTULO LII [Ant. XXV, Rec. XXIV].

VERS. 22.---¿Por qué me perseguís como Dios, y os saciáis de mi carne?

60. Dios no nos persigue con saña.---No es contrario a la expresión de piedad afirmar que uno es perseguido por Dios. En efecto, Él es un buen perseguidor, tal como el Señor dice de sí mismo por boca del profeta: "Al que calumniaba en secreto a su prójimo, a este perseguía". Cuando un santo es permitido ser azotado, sabe que sufre persecución contra los vicios cometidos por una disposición interna. Sin embargo, las mentes crueles de los perseguidores, cuando buscan el poder de herir, se encienden no por el deseo de purificación de la vida de los buenos, sino por las llamas de la envidia. Y ciertamente hacen lo que Dios Todopoderoso permite que se haga. Pero aunque una causa se lleva a cabo con Dios incluso a través de ellos, no se mantiene la misma voluntad en la misma causa, porque mientras el Dios omnipotente ofrece purificación por amor, la maldad de los injustos ejerce la malicia con saña. Por lo tanto, lo que se dice, "¿por qué me persiguen como Dios?", se refiere a la persecución externa, no a la intención interna, porque aunque exteriormente hacen lo que Dios ha dispuesto que se haga, no buscan lo que Dios busca en su acción, que es que los buenos sean purificados por la aflicción. Esto también puede entenderse de otra manera. Tanto más justamente golpea Dios omnipotente los vicios ajenos, cuanto que en sí mismo no tiene vicios. Los hombres, cuando hieren a otros por disciplina, deben golpear la debilidad ajena de tal manera que también sepan volver sus ojos hacia su propia debilidad, para que consideren en sí mismos cuánto deben perdonar a otros al herir, ya que no ignoran que ellos mismos son dignos de ser golpeados. Así que ahora se dice: "¿Por qué me persiguen como Dios?" Como si se dijera abiertamente: Me afligen por mis debilidades como si ustedes mismos no tuvieran ninguna debilidad, al modo de Dios. Por lo tanto, se debe considerar que si hay quienes tal vez necesiten corrección severa, entonces se les debe aplicar una corrección dura de nuestra parte cuando la mano de Dios cesa de azotar. Pero cuando los azotes celestiales están

presentes, no se debe corrección de nuestra parte, sino consuelo, para que no unamos la reprensión al dolor, asociando un golpe a otro golpe.

61. Los detractores, al igual que las bestias, devoran a los hombres. --- Sin embargo, se añade acertadamente: ¿Y os saciáis de mis carnes? Aquellos cuya mente ansía el castigo de los prójimos, sin duda buscan saciarse con las carnes ajenas. También se debe saber que aquellos que se alimentan de la difamación de la vida ajena, sin duda se sacian con las carnes ajenas. Por eso se dice a través de Salomón: No estés en banquetes de bebedores, ni comas con aquellos que ofrecen carnes para comer (Prov. XXIII, 20). Ofrecer carnes para comer es, en la conversación de la difamación, hablar de los vicios de los prójimos. De cuya pena se añade inmediatamente: Porque los que se entregan a las bebidas y dan su parte serán consumidos, y la somnolencia se vestirá de harapos (Ibid.). Se entregan a las bebidas, aquellos que se embriagan con el oprobio de la vida ajena. Dar su parte es, como cada uno suele aportar su parte de alimentos para comer, así en la conversación de la difamación aportar palabras. Pero los que se entregan a las bebidas y dan su parte serán consumidos, porque como está escrito (Quizás, Proverbios XV, 5): Todo detractor será erradicado. Y la somnolencia se vestirá de harapos, porque la muerte encuentra despectivo y pobre de todas las buenas obras a aquel a quien aquí el languor de su difamación ocupó en buscar los crímenes de la vida ajena. [Vet. XXVI.] Pero tantas cosas duras que el bienaventurado Job soporta, no es digno que pasen en silencio, y que la oscuridad de la ignorancia las cubra del conocimiento de los hombres. Pues tanto pueden edificarse para mantener la paciencia, cuanto, llenándose de la gracia suprema, conozcan los hechos de su paciencia. Por eso el mismo bienaventurado Job quiere que se lleven como ejemplo los flagelos que siente, quien inmediatamente añade diciendo:

CAPÍTULO LIII [Rec. XXV].

VERS. 23, 24.---¿Quién me concederá que se escriban mis palabras? ¿Quién me dará que se graben en un libro con un estilo de hierro y lámina de plomo, o ciertamente se esculpan en piedra?

62. A través de la lámina de plomo se designan los corazones de los judíos, y a través del pedernal, los corazones de los gentiles. Todo lo que el bienaventurado Job soportó, porque aquel grave pueblo de los judíos, instruido por la fuerte sentencia de los padres, lo reconoció, está escrito con un estilo de hierro y en una lámina de plomo. Pero como también estos duros corazones de los gentiles lo conocieron, ¿qué vemos sino que está esculpido en el pedernal? Y es de notar que lo que se escribe en el plomo, por la misma blandura del metal, se borra más rápidamente; en el pedernal, en cambio, las letras tardan más en imprimirse, pero son más difíciles de borrar. No sin razón, pues, se expresa a Judea por la lámina de plomo, que recibió los preceptos de Dios sin esfuerzo y los perdió con rapidez. Con razón se figura a los gentiles por el pedernal, que apenas pudieron recibir las palabras del sagrado discurso para custodiarlas; pero, sin embargo, las conservaron firmemente una vez recibidas. Por el estilo de hierro, ¿qué otra cosa se designa sino la fuerte sentencia de Dios? Por eso también se dice por el profeta: El pecado de Judá está escrito con un estilo de hierro en la uña de diamante (Jeremías XVII, 1). En la uña está el fin del cuerpo. Así, el diamante es una piedra tan dura que no puede ser cortada por el hierro. Por el estilo de hierro se señala la fuerte sentencia, y por la uña de diamante, el fin eterno. Por lo tanto, se dice que el pecado de Judá está escrito con un estilo de hierro en la uña de diamante, porque la culpa de los judíos se conserva hasta el fin infinito por la fuerte sentencia de Dios.

63. El plomo significa la avaricia.---También correctamente, a través de la lámina de plomo, entendemos a aquellos a quienes el peso de la avaricia agobia, a quienes el profeta reprende diciendo: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón? (Salmo IV, 3). Pues por el plomo, cuya naturaleza es de peso grave, se designa especialmente el pecado de la avaricia, que hace tan pesada la mente que ha infectado, que no puede elevarse para desear las cosas sublimes. Por eso está escrito en Zacarías: Alza tus ojos y mira. ¿Qué es esto que sale? Y dije: ¿Qué es? Y él dijo: Esta es la ánfora que sale, y dijo: Este es el ojo de ellos en toda la tierra. Y he aquí que se llevaba un talento de plomo, y he aquí una mujer sentada en medio de la ánfora, y dijo: Esta es la impiedad. Y la arrojó en medio de la ánfora, y puso una masa de plomo en su boca (Zacarías V, 5, ss.). Quien, para mostrar más ampliamente lo que había conocido de esta visión de la ánfora, la mujer y el plomo, aún añadió: Y alcé mis ojos y vi; y he aquí dos mujeres que salían, y el espíritu en sus alas, y tenían alas como alas de milano, y levantaron la ánfora entre la tierra y el cielo. Y dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan la ánfora? Y me dijo: Para que se le construya una casa en la tierra de Senaar (Ibid., 9, ss.). Este testimonio del profeta lo hemos presentado inútilmente como documento del plomo, si no lo explicamos repitiéndolo. Pues dice: Alza tus ojos y mira. ¿Qué es esto que sale? Y dije: ¿Qué es? Y él dijo: Esta es la ánfora que sale (Ibid.). Queriendo Dios mostrar al profeta el género humano, del cual principalmente se desliza la culpa, a través de la imagen de la ánfora designó como una boca abierta de la avaricia. La avaricia, en efecto, es como una ánfora, que mantiene abierta la boca del corazón en su contorno. Y dijo: Este es el ojo de ellos en toda la tierra (Ibid.). Vemos a muchos hombres de sentidos obtusos, y sin embargo los vemos astutos en malas acciones; también el profeta lo atestigua, quien dice: Son sabios para hacer el mal, pero no saben hacer el bien (Jeremías IV, 22). Estos, por tanto, son torpes de sentido, pero en lo que desean son excitados por los estímulos de la avaricia; y quienes son ciegos para ver el bien, se vuelven vigilantes para realizar el mal por las recompensas que los excitan. Por eso, correctamente se dice de esta misma avaricia: Este es el ojo de ellos en toda la tierra. Y he aquí que se llevaba un talento de plomo (Ibid.). ¿Qué es el talento de plomo, sino el peso del pecado de la misma avaricia? Y he aquí una mujer sentada en medio de la ánfora. Qué mujer, para que no pudiéramos dudar de quién era, el ángel lo aclaró de inmediato. Pues allí sigue: Y dijo: Esta es la impiedad. Y la arrojó en medio de la ánfora. La impiedad es arrojada en medio de la ánfora, porque ciertamente en la avaricia siempre se mantiene la impiedad. Y puso una masa de plomo en su boca. Se pone una masa de plomo en la boca de la mujer, porque ciertamente la impiedad de la avaricia es gravada por el peso de su pecado. Pues si no ambicionara las cosas terrenales, no sería impía hacia Dios y el prójimo.

[Vet. XXVIII.] 64. La soberbia y la vana gloria son dos vicios principales. De ellos se alimenta la avaricia.---Y alcé mis ojos, y vi; y he aquí dos mujeres que salían, y el espíritu en sus alas. ¿Qué otra cosa entendemos en estas dos mujeres, sino dos vicios principales, a saber, la soberbia y la gloria vana, que sin duda alguna están unidas a la impiedad? Se dice que tienen el espíritu en sus alas, porque en sus acciones sirven a la voluntad de Satanás. El profeta llama espíritu a esto, de lo cual Salomón dice: Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar (Eccl. X, 4). Y de lo cual en el Evangelio el Señor dice: Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares áridos y sin agua (Mat. XII, 43). El espíritu está en sus alas, porque la soberbia y la vana gloria, en todo lo que hacen, sirven a la voluntad de Satanás. Y tenían alas, como alas de milano. El milano siempre se dedica a acechar a los polluelos. Estas mujeres, por tanto, tienen alas, como alas de milano, porque sus acciones son sin duda semejantes al diablo, que siempre acecha la vida de los pequeños. Y levantaron la ánfora entre el cielo y la tierra. La soberbia y la vana gloria tienen esto propio, que a quien infectan lo elevan en su pensamiento sobre los demás hombres, y ya

sea por la ambición de las cosas, ya sea por el deseo de dignidades, a quien una vez han capturado lo elevan como a una altura de honor. Pero quien está entre el cielo y la tierra, abandona lo bajo y no alcanza lo superior.

65. Levantan, pues, estas mujeres la ánfora entre el cielo y la tierra, porque la soberbia y la vana gloria elevan la mente capturada por la avaricia del honor, de tal manera que, despreciando a cualquier prójimo, abandonan lo bajo y buscan lo alto, jactándose. Pero tales personas, mientras se enorgullecen, pasan con la mente a aquellos con quienes están, y de ninguna manera se unen a los ciudadanos superiores. Por lo tanto, se dice que el ánfora está levantada entre la tierra y el cielo, porque los avaros, por la soberbia y la vana gloria, desprecian a los prójimos que están cerca de ellos y no alcanzan en absoluto las cosas superiores que están más allá de ellos. Así, son llevados entre la tierra y el cielo, porque no mantienen la igualdad de la fraternidad en lo bajo por la caridad, ni logran alcanzar lo supremo al elevarse. Y dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan estas el ánfora? Y él me dijo: Para que se construya una casa para ella en la tierra de Senaar. A la misma ánfora se le construye una casa en la tierra de Senaar. Senaar, en efecto, se dice que es el hedor de ellos. Y así como el buen olor proviene de la virtud, según atestigua Pablo, quien dice: Manifiesta el olor de su conocimiento por nosotros en todo lugar, porque somos el buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 14). Así, por el contrario, el hedor proviene del vicio. Porque la raíz de todos los males es la codicia (I Tim. VI, 10). Y porque cualquier mal se engendra por la avaricia, es digno que la casa de la avaricia se construya en el hedor. También se debe saber que Senaar es un valle muy extenso, en el cual se comenzó a construir una torre por los soberbios, que, al hacerse la diversidad de lenguas, fue destruida. Esta torre, en efecto, fue llamada Babel, por la misma confusión de mentes y lenguas. No sin razón se coloca allí el ánfora de la avaricia, donde se construye Babel, es decir, la confusión, porque mientras por la avaricia y la impiedad es cierto que surgen todos los males, con razón se dice que esta misma avaricia e impiedad habitan en la confusión.

66. La Iglesia exige que sus palabras se graben en corazones pesados por la avaricia y duros. Hemos dicho esto brevemente para mostrar el peso del pecado a través de la imagen de una lámina de plomo. Sin embargo, estas palabras del bienaventurado Job también se aplican a la santa Iglesia, que custodiando los dos Testamentos de la sagrada Escritura, desea que sus palabras se escriban por segunda vez, diciendo: "¿Quién me dará que se escriban mis palabras? ¿Quién me concederá que se graben en un libro?" Porque habla con firmeza, a veces a corazones pesados por la avaricia, y otras veces a corazones duros, escribe con un estilo de hierro en una lámina de plomo o ciertamente en una piedra. Pero con razón decimos que el bienaventurado Job utiliza las palabras de nuestro Redentor y de su Iglesia si encontramos algo que hable abiertamente de nuestro mismo Redentor. [Vet. XXIX.] Pues, ¿cómo se puede creer que insinúa algo a través de una figura si no nos lo muestra con palabras claras? Pero ya que nos revele lo que piensa de Él, y nos quite todas las ambigüedades de sus pensamientos. Sigue:

CAPÍTULO LIV.

VERS. 25.---Porque yo sé que mi Redentor vive.

67. Job anunció abiertamente a Cristo Redentor. Pues no dijo creador, sino Redentor, anunciando claramente a aquel que, después de haber creado todo, se encarnó entre nosotros para redimirnos de la cautividad, y con su pasión nos liberó de la muerte eterna. Y es digno de notar con cuánta fe se aferra a la virtud de su divinidad, de quien se dice por medio de

Pablo: Porque aunque fue crucificado por debilidad, vive por el poder de Dios (II Cor. XIII, 4). Dice, pues: Sé que mi Redentor vive. Como si dijera con voz clara: Cualquiera que sea incrédulo, sepa que fue azotado, burlado, golpeado con palmas, coronado con una corona de espinas, cubierto de escupitajos, crucificado, muerto; yo creo con fe cierta que vive después de la muerte, lo proclamo con voz libre, porque mi Redentor vive, quien cayó en manos de los impíos. Pero, bienaventurado Job, ya que confías en la resurrección de tu carne por su resurrección, por favor, profesa con voz clara. Sigue:

CAPÍTULO LV [Rec. XXVII].

IBID.---Y en el último día resucitaré de la tierra.

68. Cristo murió para que no temiéramos a la muerte; resucitó para que confiáramos en que también nosotros podemos resucitar. Pues la resurrección que mostró en sí mismo, la realizará también en nosotros algún día. La resurrección que mostró en sí mismo nos la prometió, porque los miembros siguen la gloria de su cabeza. Nuestro Redentor, por tanto, aceptó la muerte para que no temiéramos morir. Mostró la resurrección para que confiáramos en que podemos resucitar. Por eso quiso que esa misma muerte no durara más de tres días, para que si en Él se retrasara la resurrección, en nosotros no se desesperara de ningún modo. Bien se dice de Él por el Profeta: "Beberá del torrente en el camino, por eso levantará la cabeza" (Salmo 109, 7). Pues como de un cierto río de nuestra pasión, no se dignó beber en la estancia, sino en el camino, porque la muerte le tocó transitoriamente, es decir, por tres días, y en esa muerte que le tocó, de ningún modo permaneció como nosotros hasta el fin del mundo. [Rec. XXVIII.] Así, cuando resucitó al tercer día, mostró lo que seguiría en su cuerpo, es decir, en la Iglesia. Con su ejemplo mostró lo que prometió como recompensa, para que así como los fieles reconocieran que Él resucitó, también esperaran en sí mismos las recompensas de la resurrección al final del mundo. He aquí que nosotros, por la muerte de la carne, permanecemos en el polvo hasta el fin del mundo, pero Él al tercer día reverdeció de la aridez de la muerte; para que nos mostrara el poder de su divinidad con la misma renovación de su carne. Esto se demuestra bien por las doce varas puestas en el tabernáculo por Moisés (Núm. 17, 2). Pues cuando el sacerdocio de Aarón, que era de la tribu de Leví, fue despreciado, y no se creyó que la tribu fuera digna de ofrecer holocaustos, se ordenó que se pusieran doce varas, según las doce tribus, en el tabernáculo; y he aquí que la vara de Leví reverdeció, y mostró qué virtud tenía en el ministerio de Aarón (Ibid., 8). Con este signo, ¿qué se insinúa, sino que todos los que yacemos en la muerte hasta el fin del mundo, permanecemos como las otras varas en la aridez? Pero mientras todas las varas permanecen en la aridez, la vara de Leví vuelve a florecer, porque el cuerpo del Señor, nuestro verdadero sacerdote, puesto en la aridez de la muerte, brotó en la flor de la resurrección. Con esta flor, Aarón es reconocido correctamente como sacerdote, porque con esta gloria de la resurrección, nuestro Redentor, que nació de la tribu de Judá y Leví, se muestra como intercesor por nosotros. He aquí, pues, que ya la vara de Aarón florece después de la aridez; pero las varas de las doce tribus permanecen en la aridez, porque ya el cuerpo del Señor vive después de la muerte, pero nuestros cuerpos aún se diferencian de la gloria de la resurrección hasta el fin del mundo. Por eso, prudentemente introdujo esta misma dilación, diciendo: "Y en el último día resucitaré de la tierra."

Nuestra confianza se fortalece con la resurrección de muchos muertos. Por lo tanto, tenemos esperanza en nuestra resurrección, considerando la gloria de nuestra cabeza. Pero para que nadie, ni siquiera en pensamiento silencioso, diga que Él resucitó de la muerte porque siendo Dios y hombre, superó la muerte que sufrió en su humanidad con su divinidad, mientras que

nosotros, siendo meros humanos, no podemos levantarnos de la condena de la muerte, en el momento de su resurrección también resucitaron los cuerpos de muchos santos. Así, nos mostró un ejemplo en sí mismo y nos fortaleció con la resurrección de otros que fueron semejantes a nosotros en pura humanidad, para que cuando el hombre deseperara de alcanzar lo que Dios hombre mostró en sí mismo, pudiera presumir que esto es posible en él mismo, al reconocer que se hizo en aquellos que no dudaba que fueran puros hombres.

70. La fe en la resurrección se afirma.---Hay, sin embargo, algunos que, al considerar que el espíritu se separa de la carne, que la carne se convierte en putrefacción, que la putrefacción se reduce a polvo, que el polvo se disuelve en los elementos de tal manera que no puede ser visto por los ojos humanos, desesperan de que la resurrección pueda ocurrir; y mientras observan los huesos secos, dudan de que estos puedan ser revestidos de carne y reverdecer de nuevo a la vida. Si no mantienen la fe en la resurrección por obediencia, ciertamente deberían mantenerla por razón. ¿Qué hace el mundo cada día sino imitar nuestra resurrección en sus elementos? En los momentos cotidianos, la luz temporal misma parece morir, ya que, al llegar las tinieblas de la noche, lo que se veía se retira, y parece resurgir cada día, ya que la luz, retirada de los ojos, se restaura nuevamente al disiparse la noche. También observamos en los momentos del tiempo cómo los arbustos pierden el verdor de sus hojas, cesan en la producción de frutos; y he aquí que de repente, como si de un leño seco viniera una especie de resurrección, vemos brotar hojas, crecer frutos, y todo el árbol vestirse de un renovado esplendor. Constantemente vemos pequeñas semillas de árboles ser confiadas a la humedad de la tierra, de las cuales no mucho después observamos grandes arbustos surgir, producir hojas y frutos. Consideremos, pues, la pequeña semilla de cualquier árbol, que se lanza a la tierra para que de ella se produzca un árbol, y comprendamos, si podemos, dónde en esa pequeñez de semilla se ocultaba el inmenso árbol que de ella surgió, dónde estaba la madera, dónde la corteza, dónde el verdor de las hojas, dónde la abundancia de los frutos. ¿Acaso se veía algo así en la semilla cuando se lanzaba a la tierra? Y sin embargo, con el oculto artífice de todas las cosas ordenando maravillosamente todo, en la suavidad de la semilla se ocultaba la aspereza de la corteza, y en su ternura estaba escondida la fortaleza del tronco, y en su sequedad la abundancia de la fructificación. ¿Qué, entonces, es sorprendente si, cuando quiere, reforma en hombre el polvo más fino, reducido a elementos ante nuestros ojos, quien de semillas diminutas restaura inmensos arbustos? Porque, siendo racionales, debemos recoger la esperanza de nuestra resurrección de la misma apariencia y contemplación de las cosas. Pero como en nosotros el sentido de la razón se ha entorpecido, se añadió como ejemplo la gracia del Redentor. Vino nuestro Creador, asumió la muerte, mostró la resurrección, para que quienes no quisimos mantener la esperanza de la resurrección por razón, la mantuviéramos por su ayuda y ejemplo. Diga, pues, el bienaventurado Job: Sé que mi Redentor vive, y que al final del día resurgiré de la tierra. Y quien desespera de que la virtud de la resurrección pueda realizarse en él, que se avergüence de las palabras de un hombre fiel en la gentilidad, y considere con cuánto peso de pena será castigado, si aún no cree en su propia resurrección, quien ya ha conocido que la del Señor se ha realizado, si aquel creyó en la suya, quien aún esperaba que la de Jesucristo se realizara.

[Vet. XXXI.] 1. La cualidad de los cuerpos después de la resurrección.---He aquí que escucho sobre la resurrección, pero busco entender el efecto de esa misma resurrección. Creo, por supuesto, que resucitaré, pero deseo saber cómo seré. Debo saber si resucitaré en un cuerpo quizás más sutil o aéreo, o en el mismo cuerpo con el que moriré. Pero si resucito en un cuerpo aéreo, ya no seré yo quien resucite. Pues, ¿cómo puede ser una verdadera resurrección si la carne no puede ser verdadera? La razón clara sugiere, por tanto, que si la carne no es verdadera, sin duda alguna la resurrección no será verdadera. No se puede llamar

propiamente resurrección si no resurge lo que cayó. Pero, bienaventurado Job, quita de nosotros estas nubes de duda, y ya que has comenzado a hablarnos de la esperanza de nuestra resurrección por la gracia del Espíritu Santo que has recibido, indícanos claramente si nuestra carne verdaderamente resucitará. Sigue:

CAPÍTULO LVI [Rec XXIX].

VERS. 26.---Y de nuevo seré revestido con mi piel.

72. El error de Eutiquio, que afirma que el cuerpo será impalpable y más sutil que el aire, es refutado.---Cuando claramente se menciona la piel, se elimina toda duda sobre la verdadera resurrección, porque no, como escribió Eutiquio, obispo de la ciudad de Constantinopla, nuestro cuerpo en aquella gloria de la resurrección será impalpable, más sutil que los vientos y el aire. En aquella gloria de la resurrección, nuestro cuerpo será ciertamente sutil por el efecto del poder espiritual, pero palpable por la verdad de la naturaleza. Por eso, nuestro redentor, a los discípulos que dudaban de su resurrección, les mostró las manos y el costado, ofreció huesos y carne para ser palpados, diciendo: Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo (Luc. XXIV, 39). Cuando, estando en la ciudad de Constantinopla, presenté este testimonio de la verdad evangélica a Eutiquio, él dijo: Por eso el Señor hizo esto, para quitar la duda de su resurrección de los corazones de los discípulos. A lo que respondí: Es muy sorprendente lo que afirmas, que de ahí surja para nosotros la duda, de donde los corazones de los discípulos fueron sanados de la duda. ¿Qué puede decirse de peor que dudar de su verdadera carne, por lo cual sus discípulos fueron restaurados a la fe sin ninguna duda? Si no se afirma que tuvo lo que mostró, de donde la fe de sus discípulos fue confirmada, de ahí la nuestra es destruida. Él añadía también, diciendo: Tuvo un cuerpo palpable que mostró; pero después de confirmar los corazones de los que palpaban, todo aquello en el Señor que pudo ser palpado fue reducido a cierta sutileza. A esto mismo respondí, diciendo: Está escrito: Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre él (Rom. VI, 9). Si algo en su cuerpo después de la resurrección pudo ser cambiado, contra la verdadera sentencia de Pablo, después de la resurrección el Señor volvió a la muerte. ¿Quién se atrevería a decir tal cosa, salvo quien niega la verdadera resurrección de su carne? Entonces me objetó, diciendo: Cuando está escrito: La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios (I Cor. XV, 50), ¿por qué razón se ha de creer que la carne resucitará verdaderamente? A lo que respondí: en el sagrado discurso, la carne se menciona de manera diferente según la naturaleza, y de otra manera según la culpa o corrupción. La carne según la naturaleza, como está escrito: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne (Gén. II, 23); y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). La carne según la culpa, como está escrito: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Gén. VI, 3). Y como dice el salmista: Se acordó de que eran carne: un espíritu que va y no vuelve (Sal. LXXVII, 39). Por eso Pablo decía a los discípulos: Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu (Rom. VIII, 9). Pues no es que no estuvieran en la carne, a quienes enviaba las epístolas, sino que, habiendo vencido las pasiones de los deseos carnales, ya libres por la virtud del espíritu, no estaban en la carne. Por lo tanto, lo que el apóstol Pablo dice: Porque la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, quiere que se entienda la carne según la culpa, no la carne según la naturaleza. Por eso, inmediatamente muestra que hablaba de la carne según la culpa, añadiendo: Ni la corrupción heredará la incorrupción. En aquella gloria del reino celestial, la carne será según la naturaleza, pero no será según los deseos de las pasiones, porque, vencido el aguijón de la muerte, reinará en eterna incorrupción.

[Vet. XXXII.] 73. Se refutan las respuestas y evasivas de Eutiquio.---Dichas estas palabras, Eutiquio respondió de inmediato que estaba de acuerdo, pero aún negaba que el cuerpo palpable pudiera resucitar. Incluso en el libelo que había escrito sobre la resurrección, había incluido el testimonio del apóstol Pablo, quien dice: Lo que siembras no es vivificado si no muere primero; y lo que siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo (I Cor. XV, 36). Evidentemente, se apresuraba a mostrar que la carne o bien sería impalpable, o bien no existiría, ya que el santo Apóstol, al hablar de la gloria de la resurrección, dijo que no se siembra el cuerpo que ha de ser. Pero a esto se responde rápidamente. Pues el apóstol Pablo, al decir: No siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, insinúa lo que vemos, que el grano nace con tallo y hojas, aunque se siembra sin tallo ni hojas. Así, en el aumento de la gloria de la resurrección, no dijo que al grano de la semilla le faltara lo que era, sino que se añadía lo que no era. Sin embargo, al negar que el verdadero cuerpo resucite, este no dice que se añada lo que faltaba, sino que falte lo que era.

74. El emperador piensa condenar el libro de Eutiquio a las llamas. Muere Eutiquio, habiendo abjurado de su error.---Entonces, llevados a una larga contienda sobre este asunto, comenzamos a retroceder con la más grave disimulación, cuando el emperador Tiberio Constantino de piadosa memoria, recibiéndonos en privado a mí y a él, conoció cuál era la discordia entre nosotros, y sopesando las alegaciones de ambas partes, destruyendo también con sus propias alegaciones el mismo libro que Eutiquio había escrito sobre la resurrección, decidió que debía ser quemado en las llamas. Tan pronto como salimos de allí, una fuerte enfermedad me siguió a mí, y a Eutiquio le siguió la enfermedad y la muerte. Una vez muerto, como casi no había nadie que siguiera sus palabras, decidí no continuar con lo comenzado, para no parecer que lanzaba palabras al viento. Sin embargo, mientras aún vivía, y yo sufría de fuertes fiebres, cualquiera de mis conocidos que iba a saludarlo, según su relato, él sostenía ante sus ojos la piel de su mano, diciendo: Confieso que todos resucitaremos en esta carne. Lo cual, según ellos mismos admitían, solía negar completamente antes.

75. De las palabras de Job se prueba la resurrección.---Pero dejando de lado estas cosas, examinemos cuidadosamente en los discursos del bienaventurado Job si la resurrección será verdadera y si el cuerpo será verdadero en la resurrección. [Vet. XXXIII.] Pues ya no podemos dudar de la esperanza de la resurrección, cuando dice: Y en el último día de la tierra resucitaré. También eliminó la duda sobre la verdadera restauración del cuerpo, quien dice: Y de nuevo seré revestido con mi piel. Aún añade para eliminar las ambigüedades de nuestro pensamiento:

VERS. 26.---Y en mi carne veré a Dios.

76. Job creyó que la carne sería restaurada a su estado íntegro.---He aquí la resurrección, he aquí la piel, he aquí la carne, lo confiesa con palabras claras. ¿Qué queda entonces de lo que nuestra mente pueda dudar? Si este hombre santo, antes del cumplimiento de la resurrección del Señor, creyó que la carne sería restaurada a su estado íntegro, ¿cuál será la culpa de nuestra duda si no se cree en la verdadera resurrección de la carne ni siquiera después del ejemplo del Redentor? Porque si después de la resurrección el cuerpo no será palpable, ciertamente resucita otro que no es el que muere, lo cual es un sacrilegio creer, porque yo muero, y otro resucita. Por lo tanto, te ruego, bienaventurado Job, que añadas lo que sientes y nos quites la duda de esta cuestión. Sigue:

CAPÍTULO LVII [Rec. XXX].

VERS. 27.---A quien yo mismo veré, y mis ojos lo contemplarán, y no otro.

77. Nuestra carne después de la resurrección será la misma por naturaleza, y diferente por gloria. Si, como algunos seguidores de errores piensan, después de la resurrección el cuerpo no será palpable, sino que la sutileza de un cuerpo invisible será llamada carne, aunque no sea la sustancia de la carne, ciertamente es otro el que muere y otro el que resucita. Pero el bienaventurado Job destruye esta opinión con voz veraz, cuando dice: A quien yo mismo veré, y mis ojos contemplarán, y no otro. Nosotros, siguiendo la fe del bienaventurado Job y creyendo verdaderamente en el cuerpo palpable de nuestro Redentor después de la resurrección, confesamos que nuestra carne después de la resurrección será la misma y diferente: la misma por naturaleza, diferente por gloria; la misma por verdad, diferente por poder. Será, por tanto, sutil, porque también será incorruptible. Será palpable, porque no perderá la esencia de la verdadera naturaleza. Pero el santo varón añade con cuánta esperanza sostiene esta confianza en la resurrección, y con cuánta certeza la espera. Sigue:

CAPÍTULO LVIII.

IBID.---Esta esperanza está guardada en mi seno.

78. Job, certísimo de su resurrección.---No creemos tener nada más cierto que aquello que llevamos en nuestro seno. Por lo tanto, en su seno guardó la esperanza, porque asumió la verdadera certeza de la esperanza de la resurrección. Pero como se le reveló el día venidero de la resurrección, ya sea con su propia voz o con el símbolo de la santa y universal Iglesia, refuta las acciones de los perversos y predice el juicio que seguirá en el día de la resurrección. Pues inmediatamente añade:

CAPÍTULO LIX.

VERS. 28, 29.---¿Por qué entonces decís ahora: Persigámoslo, y encontremos una raíz de palabra contra él? Huid, pues, de la cara de la espada, porque la espada es vengadora de las iniquidades, y sabed que hay juicio.

79. Del juicio que ha de seguir a la resurrección, urge a los inicuos a la penitencia. En la sentencia anterior reprende las acciones de los inicuos, y en la siguiente da a conocer las penas del juicio divino. Dice: ¿Por qué entonces decís ahora: Persigámoslo, y encontremos la raíz de la palabra contra él? Cualquier perverso que escucha con mala intención lo que se dice bien, y busca encontrar en la lengua del justo una vía de acusación, ¿qué otra cosa hace sino buscar la raíz de la palabra contra él, de la cual evidentemente toman origen para hablar, y extienden las ramas de la locuacidad perversa en la acusación? Pero el hombre santo, cuando sufre tales cosas de los perversos, no se duele contra ellos, sino más bien por ellos, y refuta sus malos pensamientos, y les muestra los males que deben evitar, diciendo: Huid, pues, de la cara de la espada, porque la espada es vengadora de las iniquidades, y sabed que hay juicio. Todo el que actúa perversamente, por el mismo hecho de que desprecia temerlo, no sabe que hay juicio de Dios. Pues hay muchos que saben de palabra que el juicio es el último, pero al actuar perversamente testifican que no lo saben. Porque quien no lo teme como debe, aún no ha comprendido con cuánta tempestad de terror vendrá. Si supiera considerar el peso del tremendo examen, ciertamente lo prevería temiendo el día de la ira. Huir también de la cara de la espada es aplacar la sentencia de la severa retribución antes de que aparezca. Pues el terror del juez no puede evitarse sino antes del juicio. Ahora no se ve, pero se aplaca con

oraciones. Pero cuando en ese tremendo examen se siente, puede ser visto, y ya no puede ser aplacado, porque las acciones de los perversos, que durante mucho tiempo soportó en silencio, las devolverá todas a la vez con ira. Por lo tanto, es necesario temer ahora al juez, cuando aún no ejerce el juicio, cuando soporta por mucho tiempo, cuando todavía tolera los males que ve, para que cuando una vez haya levantado la mano en la retribución de la venganza, tanto más severamente golpee en el juicio cuanto más tiempo esperó antes del juicio.

LIBRO DECIMOQUINTO. En el cual se completa la breve explicación de los capítulos XX y XXI del libro de Job.

469 [Vet. et Rec. I.] Porque los amigos del bienaventurado Job de ninguna manera pudieron ser perversos, las palabras de Sofar Naamathitis lo atestiguan, quien al escuchar de su boca el terror del juicio venidero, inmediatamente añade:

CAPÍTULO PRIMERO.

CAP. XX, VERS. 2.---Por eso mis pensamientos se suceden de manera variada, y mi mente es llevada en diferentes direcciones.

1. Cuánto terror debemos sentir por la consideración constante de esto.---Como si dijera con voces claras: Porque considero el terror del juicio final, por eso me confundo en el temor de los tumultos de mis pensamientos. Pues el alma se expande más en la reflexión cuanto más piensa que lo que se avecina es terrible. Y la mente se ve arrastrada en diferentes direcciones, cuando considera con pavor ansioso las malas acciones que ha cometido, las buenas que ha dejado de hacer, las cosas reprochables en las que se encuentra, y las rectas que aún ve que le faltan. Pero los amigos del bienaventurado Job, aunque instruidos por la constancia de su vida sabían vivir bien, al no conocer con sutileza los juicios de Dios, no creían que aquí alguien justo pudiera recibir males. Por eso sospecharon que el mismo santo varón era iniquo, al verlo flagelado, y de esta sospecha se movieron a increparlo; a la cual increpación descenden como con cierta reverencia. Por eso Zofar añade diciendo:

CAPÍTULO II.

VERS. 3.---Escucharé la doctrina con la que me reprendes, y el espíritu de mi inteligencia me responderá.

2. Muchos escuchan las advertencias para juzgar, no para seguirlas.---Como si dijera abiertamente: Escucho tus palabras, pero discierno con el espíritu de mi inteligencia si han sido pronunciadas correctamente. Porque aquellos que desprecian las palabras del maestro no toman su enseñanza como ayuda, sino como ocasión de disputa, para juzgar lo escuchado en lugar de seguirlo. Con estas palabras, bajo cierta moderación, se lanza ahora a la abierta reprensión del hombre santo, cuando añade:

CAPÍTULO III [Rec. II].

VERS. 4, 5.---Esto lo sé desde el principio, desde que el hombre fue puesto sobre la tierra, que la alabanza de los impíos es breve, y el gozo del hipócrita es como un instante.

3. Breve es todo lo que tiene fin.---Ahora está claro que, inflado por el espíritu de su propia inteligencia, aplica las sentencias que pronuncia contra los impíos en las refutaciones del bienaventurado Job. Pues al ver a alguien que primero actúa con justicia y luego sufre penas, considera que todo en él fue hipocresía, porque no podía creer que un Dios justo pudiera afligir a un siervo justo. Pero nosotros, considerando con atención las mismas sentencias que él no pronunció correctamente, las examinaremos; y, despreciando lo que falsamente dice contra el bienaventurado Job, observemos cuán verdaderas serían si las dijera contra los impíos. Dice, pues: Esto sé desde el principio, desde que el hombre fue puesto sobre la tierra, que la alabanza de los impíos es breve. [Vet. II.] Al hablar de la brevedad de la vida presente, dirige el ojo del corazón al inicio del origen, para deducir de lo pasado cuán insignificantes son las cosas que parecen ser algo mientras existen. Pues si llevamos los ojos de la mente desde el mismo origen del género humano hasta este tiempo en el que estamos, vemos cuán breve ha sido todo lo que pudo terminar. Supongamos que cualquier hombre viviera desde el primer día de la creación del mundo hasta el día de hoy, sin embargo, hoy termina esa misma vida que parecía tan larga, he aquí que el fin ha llegado, ya no hay nada pasado, porque todo ha pasado. No hay nada futuro en este mundo, porque no queda ni el más breve momento para la vida. ¿Dónde está, entonces, el largo tiempo que, comprendido entre el principio y el fin, se consume de tal manera que parece que nunca hubiera sido ni siquiera breve?

4. Muchos no se preocupan por ser buenos, sino por ser llamados así. La alegría de los hipócritas pasa, pero el castigo permanece. Los impíos, por lo tanto, porque aman la vida presente, sin duda buscan recibir alabanza en ella. Son exaltados por los favores de las lenguas, y no desean ser buenos, sino ser llamados así. Consideran que esta alabanza es larga mientras la obtienen, pero comprenden que fue breve cuando la pierden. Al final, se les muestra cuán insignificante fue lo que amaron. Por eso, se dice correctamente contra esos mismos impíos: Esto lo sé desde el principio, desde que el hombre fue puesto sobre la tierra, que la alabanza de los impíos es breve. Donde se añade apropiadamente: Y la alegría del hipócrita es como un punto. A menudo, el hipócrita, mientras se finge santo y no teme mostrarse iniquo, es honrado por todos, y se le otorga la gloria de la santidad por aquellos que ven lo exterior, pero no pueden percibir lo interior. De ahí que se regocije en el primer asiento, se alegre en el primer lugar de descanso, se infle en el primer saludo, se eleve en la voz reverente de los que le obedecen, y se hinche de pensamiento soberbio en el servicio de los subordinados, como también se dice con la voz de la Verdad sobre tales: Pero todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres. Ensanchan sus filacterias y alargan sus flecos. Aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los saludos en las plazas, y ser llamados por los hombres, Rabí (Mateo XXIII, 5). Pero, ¿qué será de su alegría comparada con la eternidad, cuando, al llegar el momento de la muerte, se consume como si nunca hubiera sido? La alegría de este gozo ha pasado, y el castigo permanece, y cuando se pierde la cosa, la causa perdura. Bien se dice: La alegría del hipócrita es como un punto. En un punto, el estilo se levanta tan pronto como se coloca, y no se demora en absoluto para ser arrastrado por una línea que se exprese. Por lo tanto, la alegría del hipócrita es como un punto, porque aparece por un momento, pero desaparece para siempre; y así como el estilo en el punto se levanta cuando se coloca, así el hipócrita pierde las alegrías de la vida presente cuando las toca. De lo cual también se añade:

CAPÍTULO IV [Rec. III].

VERS. 6, 7.---Si su soberbia subiera hasta el cielo, y su cabeza tocara las nubes, al final será destruido como estiércol.

5. Los placeres de la vida presente, que los inicuos valoran tanto, los justos los consideran estiércol. La soberbia del hipócrita se dice que asciende hasta el cielo, cuando su altivez parece llevar una vida celestial. Su cabeza incluso parece tocar las nubes cuando la parte principal, es decir, su intelecto, se cree igual en méritos a los santos que le precedieron. Pero al final se pierde como un estercolero, porque en su muerte, cuando es llevado a los tormentos, lleno de los estiércoles de sus vicios, es pisoteado por los espíritus malignos. Los placeres de la vida presente, que los injustos consideran grandes bienes, los justos los consideran estiércol. Por eso está escrito: "Del estiércol el perezoso es lapidado" (Eclesiástico 22, 2). Así, quien no quiere seguir a Dios, se vuelve perezoso en el amor a la vida eterna. Y cada vez que es golpeado por la pérdida de cosas temporales, se aflige por aquellas que los hombres justos desprecian como estiércol. Así, quien se ve abatido por el golpe de las cosas terrenales, ¿qué otra cosa es sino lapidado con estiércol de bueyes? Y con razón se dice que el hipócrita es semejante a un estercolero, porque mientras desea tener gloria temporal, a veces se hincha en su pensamiento consigo mismo, a veces envidia esa misma gloria a otros, y se burla de aquellos que verdaderamente la poseen. Por lo tanto, lleno de tantos vicios, su pecho apesta como con tantos estiércoles ante el eterno juez. Por lo tanto, se puede decir: "Si su soberbia asciende hasta el cielo, y su cabeza toca las nubes, al final se perderá como un estercolero." Aunque simule llevar una vida celestial, aunque muestre que su intelecto es similar al de los verdaderos predicadores, al final se perderá como un estercolero, porque su mente es condenada por el hedor de sus vicios. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERS. 7.---Y los que lo habían visto dirán: ¿Dónde está?

6. La vida de los hipócritas se revela al final.---La vida de los hipócritas, generalmente reprobada por todos, se reconoce al final, para que se muestre quiénes fueron con señales ya más evidentes. Por lo tanto, quienes ahora lo vieron exaltado, dirán del difunto: ¿Dónde está? Porque no aparece aquí donde había sido exaltado, ni en el descanso de la eternidad, donde se pensaba que estaría. Sobre la brevedad de su vida, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 8.---Como un sueño que vuela no se encontrará, pasará como una visión nocturna.

7. La vida del hipócrita es semejante a un fantasma.---¿Qué es la vida del hipócrita, sino una especie de visión de un fantasma, que muestra en imagen lo que no posee en verdad? Por eso, con razón también se compara a un sueño, porque toda alabanza y gloria de él se pierde como si se sostuviera en el aire. A menudo, en una visión nocturna, algunos pobres se admiran de haberse vuelto ricos, ven que se les rinden honores, consideran que tienen a su disposición montones de riquezas, una multitud de servidores, la belleza de las vestiduras, la abundancia de alimentos; se alegran de haber escapado de la penuria que soportaban con gemidos; pero de repente, al despertar, descubren cuán falso era lo que les alegraba, y lamentan haber despertado, porque despiertos los retiene la verdadera pobreza. Así las mentes de los hipócritas, mientras una cosa es lo que hacen y otra lo que muestran a los hombres, reciben alabanzas por la misma ostentación de santidad, son preferidos en la estimación de los hombres a muchos mejores, y mientras en su interior se enorgullecen en silencio, exteriormente se muestran humildes. Y cuando son desmedidamente alabados por los hombres, también piensan que son tales ante Dios como se alegran de haberse dado a conocer a los hombres. De ahí que incluso presuman que recibirán las recompensas de la vida eterna,

y quienes aquí se regocijan con los favores humanos, no dudan en absoluto de que allí tendrán descanso. Pero entre tanto, se infiltra la hora oculta de la llamada, y cuando cierran los ojos de la carne, abren los de la mente, y tan pronto como reciben los castigos eternos, ven allí que en sueños fueron ricos en la estimación de las virtudes. Por tanto, se dice bien de este hipócrita: Pasará como una visión nocturna. Porque esto de verse momentáneamente rico en las estimaciones humanas es por la ostentación de un fantasma, no por la solidez de la virtud. Pues cuando su mente despierta en la muerte de la carne, reconoce sin duda que veía los favores de los hombres mientras dormía. Sigue:

CAPÍTULO VII [Rec. V].

VERS. 9.---El ojo que lo había visto, no lo verá, ni su lugar lo contemplará más.

8. Las palabras de los aduladores no le sirven de nada en el juicio.---¿Cuál es el lugar del hipócrita, sino el corazón de los aduladores? Allí, en efecto, descansa, donde encuentra favores. Por lo tanto, el ojo que lo veía, no lo verá, porque, apartado por la muerte, se oculta de sus necios admiradores, quienes solían contemplarlo con admiración. Y su lugar ya no lo verá, porque las lenguas de los aduladores no lo siguen con sus favores hasta el juicio. Sin embargo, mientras vive, no deja de enseñar a sus seguidores lo que él mismo hace, y a través de la perversidad de su error, también genera en otros la simulación que él exhibe. Sobre los cuales aquí se añade apropiadamente:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 10.---Sus hijos serán abatidos por la indigencia.

9. Los hipócritas, multiplicados exteriormente, se vuelven vacíos interiormente. Está escrito: En el alma maliciosa no entrará la sabiduría (Sab. I, 4). Y el Salmista dice: Los ricos han carecido y han tenido hambre (Sal. XXXIII, 11). Pues si se hablara de la carencia y el hambre exterior de ellos, ciertamente no serían ricos, quienes carecen del pan corporal. Pero, como al multiplicarse exteriormente, se vuelven vacíos interiormente, se les recuerda como ricos y necesitados a la vez, porque evidentemente no merecen saciarse con el pan de la sabiduría. Los hijos de este hipócrita, por tanto, son abatidos por la indigencia, porque aquellos que nacen de su imitación en la hipocresía, al no sostener la solidez de la verdad, desfallecen en la indigencia del corazón.

CAPÍTULO IX [Ant. IV].

IBID.---Y su mano le devolverá su dolor.

10. A los hipócritas se les pagará un castigo eterno como una especie de deuda.---¿Qué se designa por las manos sino las obras? Por lo tanto, sus manos le devolverán el dolor, porque recibirá una condena justa por su operación inicua. Sin embargo, no se dice que le darán, sino que le devolverán, porque sus acciones perversas le pagarán un castigo eterno como una especie de deuda. Pero antes de que llegue a los castigos eternos, que se muestre aquí plenamente cómo se comporta. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 11.---Sus huesos se llenarán de los vicios de su juventud, y con él dormirán en el polvo.

11. Los hipócritas nunca abandonan sus vicios.---El origen de un mal comienzo multiplica las causas de la culpa incluso al presumir. Pues cuando alguien comienza a hacer el mal, con el tiempo se agrava en lo que había iniciado. ¿Qué es, entonces, la adolescencia de este hipócrita sino el inicio de la depravación? En la adolescencia, ciertamente, ya comienza a hervir la lujuria. Y entonces el hipócrita tiene su adolescencia, cuando empieza a desear y abrazar la lujuria de la gloria. Mientras los halagos de los aduladores multiplican en él este deseo, lo hacen más robusto, y casi lo convierten en sus huesos. Pues lo que comenzó mal, lo fortalece cada día peor por la costumbre. Por lo tanto, se puede decir: Sus huesos se llenarán de los vicios de su adolescencia, porque las duras costumbres depravadas en él provienen de un pésimo inicio. Por eso está escrito en los Proverbios: El joven según su camino, aun cuando envejezca, no se apartará de él (Prov. XXII, 6). Estos huesos, sin duda, dormirán con él en el polvo, porque las costumbres iniquas perduran en él hasta llevarlo al polvo de la muerte. Dormir con él en el polvo es no abandonarlo hasta el polvo, es decir, no cesar de la iniquidad hasta la muerte. Por lo tanto, lo retienen las malas costumbres, que una vez comenzaron, y cada día se vuelven más duras. Y duermen con él en el polvo, porque no terminan sino con su vida. Pero esto también puede entenderse de otra manera.

[Vet. V.] 12. Los hipócritas, al pretender tener muchas cosas que no poseen, pierden incluso las que tienen. Pues el hipócrita a veces posee algo fuerte y valioso en su acción; pero al simular tener muchas virtudes que no posee, pierde incluso las que tiene. Por eso se dice acertadamente ahora: Sus huesos se llenarán de los vicios de su juventud. Porque cuando actúa de manera ligera e inconstante, haciendo muchas cosas de manera infantil, incluso en aquellas acciones que son fuertes, se debilita por el vicio. Y sus huesos dormirán con él en el polvo, porque así como todo lo que simula es polvo, también en él, si tiene algo fuerte, se vacía de toda solidez, de modo que por la arrogancia de la virtud pierde también aquello que podría haber sido virtud en él. Dormir sus huesos con él en el polvo significa que con sus malas acciones también se pierden las que fueron bien hechas. Sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 12.---Porque aunque el mal sea dulce en su boca, lo esconderá bajo su lengua.

13. Los hipócritas son aquellos que presentan palabras dulces, mientras en sus pensamientos traman perversidades. En la boca del hipócrita, el mal es dulce, porque la iniquidad le resulta placentera en la mente. La boca del corazón es el pensamiento, sobre el cual está escrito: "Labios engañosos en el corazón, y en el corazón hablaron maldades" (Salmo XI, 3). Pero este mal, que en la boca del hipócrita es dulce, está escondido bajo su lengua, porque la aspereza de la malicia que se oculta en la mente, se cubre bajo el manto de una locución amable. El mal estaría en la lengua, y no bajo la lengua, si el hipócrita al hablar revelara la malicia de su depravación. Pero así como muchos justos, cuando ven a algunos actuar perversamente, quienes deben ser reprendidos con dureza, toman aspereza en la lengua, pero bajo la lengua ocultan la benignidad de su mente. Por eso se dice con la voz del esposo de la santa Iglesia: "Miel y leche hay bajo tu lengua" (Cantar de los Cantares IV, 11). Aquellos que no quieren revelar la dulzura de su mente a los débiles, pero al hablar los hieren con cierta aspereza, y sin embargo, entre palabras ásperas, intercalan algo de dulzura, estos no tienen dulzura en la lengua, sino bajo la lengua, porque entre las cosas duras que pronuncian, emiten algunas blandas y dulces, con las cuales la mente afligida puede ser reconfortada por la

benignidad. Así, los perversos, porque no tienen el mal en la lengua, sino bajo la lengua, presentan palabras dulces, y en sus pensamientos traman perversidades. De ahí que Joab tomó a Amasa por la barbilla con la mano derecha, pero con la izquierda, ocultamente, llevó la mano a la espada y derramó sus entrañas (II Samuel XX, 9). Tomar la barbilla con la mano derecha es como acariciar con benignidad. Pero lleva la mano izquierda a la espada, quien golpea ocultamente con malicia. De ahí que también está escrito sobre el jefe de ellos: "Bajo su lengua hay trabajo y dolor" (Salmo X, 7). Porque quien no muestra abiertamente los males que piensa, no manifiesta el trabajo y el dolor de aquellos cuya muerte desea, sino que lo oprime bajo la lengua. Bien se añade sobre este hipócrita:

CAPÍTULO XII [Rec. VI].

VERS. 13.---Le perdonará, y no lo abandonará, y lo ocultará en su garganta.

14. El hipócrita nunca confiesa lo que ha cometido. Pues perdona lo que ama, porque no lo persigue arrepintiéndose de ello. Por eso se añade: No lo abandonará. Si quisiera abandonarlo, de ninguna manera lo perdonaría, porque lo perseguiría. Pero lo oculta en su garganta, porque así lo guarda en su pensamiento, que nunca lo expresa en voz alta. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 14.---Su pan se convertirá en su vientre en hiel de áspides en su interior.

15. Hipócritas, cuya gloria les deleita, se convierte en hiel de áspides.---Lo que es el pan en el vientre, eso es la saciedad de la delectación temporal en la mente. Que se sacie, pues, ahora el hipócrita con la alabanza recibida, que se deleite con los honores; su pan en su vientre se convertirá en hiel de áspides en su interior, porque la saciedad de la delectación transitoria se convertirá en amargura al final de la retribución; y la hiel de áspides, es decir, la persuasión de los espíritus malignos, se reconocerá que fue lo que aquí se creía que era alabanza de gloria. Entonces los inicuos verán que están infectados con el veneno de la antigua serpiente, mientras, entregados a las llamas vengadoras, son atormentados con su mismo persuasor. Este pan, por tanto, tiene un sabor en la boca, pero otro en el vientre, porque la alegría de la delectación transitoria es dulce cuando aquí se consume como si se masticara; pero se vuelve amarga en el vientre, porque la alegría consumada se traga para el castigo.

[Ant. VI.] 16. El hipócrita desea ser instruido en los misterios de las Sagradas Escrituras, no para vivir según ellas, sino para envanecerse.---O ciertamente, porque el pan, la inteligencia de las Sagradas Escrituras, no se toma inadecuadamente, ya que refuerza la mente y le proporciona fuerzas para la buena obra, y a menudo el hipócrita también se esfuerza por ser instruido en los misterios del sagrado discurso; sin embargo, no para vivir según ellos, sino para que a los demás hombres les parezca que es docto; su pan se convertirá en su interior en hiel de áspides, porque mientras se gloría en el conocimiento de la sagrada ley, convierte para sí la bebida de vida en un cáliz de veneno; y de ahí muere reprobado, de donde parecía ser instruido para la vida. Tampoco se toma esto inadecuadamente, que a veces el hipócrita, mientras se esfuerza en la palabra de la doctrina para la ostentación, cegado por el juicio divino, entiende mal la misma palabra que busca de manera incorrecta. Cuando cae en el error de la herejía, le sucede que, al igual que con la hiel de áspides, así el infeliz muere por el pan; y encuentra la muerte en su doctrina, porque en las palabras de vida no buscó la vida. A menudo sucede que las palabras de la divina admonición, aunque el hipócrita las entienda correctamente, porque de ninguna manera las guarda en la obra, las pierde incluso antes de

que termine el curso de la vida presente, para que pierda el saber lo que sabiendo no quiso hacer. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XIV [Vec. VII.]

VERS. 15.---Las riquezas que devoró vomitará, y Dios las extraerá de su vientre.

17. Despreciando la buena obra, el hipócrita a menudo también pierde el conocimiento. El hipócrita desea conocer las palabras divinas, pero no hacerlas. Desea hablar con erudición, pero no vivir de acuerdo a ello. Por lo tanto, debido a que no actúa según lo que sabe, incluso lo que sabe lo pierde, de modo que, al no asociar una operación pura a su conocimiento, al despreciar la pureza de la buena obra, también pierde el conocimiento. Así, las riquezas de la sagrada ley, que devoró leyendo, las vomita olvidando, y Dios las extrae de su vientre, porque lo que no quiso observar, con justo juicio lo arranca de su memoria, para que no retenga al menos en su lengua los preceptos de Dios, que no guardó en su vida. Por eso se dice por el Profeta: Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras mis justicias y tomas mi pacto en tu boca? (Salmo XLIX, 16). Incluso si sucede que el hipócrita parece retener hasta el final las palabras de la doctrina en su boca, será más condenado por ello, ya que por el buen don de Dios no se le priva de ello, aunque sea malo. Pues está escrito: Memoria de los que guardan sus mandamientos, para que los hagan (Salmo CII, 18). Por lo tanto, quien retiene en su memoria los mandamientos, pero de ninguna manera los hace, este en las palabras de la doctrina retiene las sentencias por las cuales será condenado.

[Rec. VIII.] 18. Las sagradas escrituras son para condenación eterna para aquellos que no quieren conocerlas o, conociéndolas, las desprecian. Así está escrito en Zacarías: ¿Qué ves, Zacarías? Y dije: Veo un rollo volando, su longitud es de veinte codos y su anchura de diez codos. Y me dijo: Esta es la maldición que saldrá sobre la faz de toda la tierra, porque todo ladrón, como está escrito allí, será juzgado (Zac. V, 2). ¿Qué es el rollo volando, sino la Sagrada Escritura? Que al hablar de las cosas celestiales, eleva la intención de nuestra mente hacia lo alto, porque al verla sobre nosotros, evitamos atender, es decir, desear las cosas bajas. Se dice que tiene una anchura de diez codos y una longitud de veinte, porque la anchura de nuestra acción es simple, y la longanimidad de la esperanza se extiende al doble, ya que por nuestra buena obra se nos prepara aquí el descanso de la mente y allí los gozos eternos, como atestigua la Verdad, que dice: Si alguno deja casa, o campos, y otras cosas, recibirá el ciento por uno en este siglo, y en el futuro poseerá la vida eterna (Mat. XIX, 29; Luc. XVIII, 30). El número cien se completa multiplicando por diez el número diez. Así, recibe el ciento por uno quien, aunque no tenga nada, con la misma perfección de mente ya en este siglo no busca tener nada. Por lo tanto, porque por esto se nos devuelve el doble por lo simple, correctamente este rollo se extiende en longitud por veinte codos, lo que se dilata por diez. Pero porque estas mismas sagradas escrituras son para condenación eterna para aquellos que no quieren conocerlas o, ciertamente, conociéndolas, las desprecian, correctamente se dice de este rollo: Esta es la maldición que saldrá sobre la faz de toda la tierra (Zac. V, 3). Y añade por qué se llama maldición: Porque todo ladrón, como está escrito allí, será juzgado. El hipócrita, por lo tanto, porque desprecia vivir según las palabras de la ley que conoce, y busca favores de la doctrina, será juzgado como ladrón, porque por lo que habla justamente, se roba a sí mismo la alabanza de la vida de los justos. De lo cual aún se añade bien:

CAPÍTULO XV [Rec. IX].

VERS. 16.---Chupará la cabeza de áspides, y lo matará la lengua de víbora.

19. El diablo en la tentación primero se insinúa suavemente, luego arrastra violentamente. La áspid es una serpiente pequeña, mientras que la víbora tiene un cuerpo más largo; las áspides ponen huevos, y de sus huevos nacen crías, pero las víboras, cuando conciben, sus crías se agitan en el vientre y, rompiendo los costados de sus madres, salen de sus vientres. Por eso la víbora se llama así, porque da a luz con violencia. Así, la víbora nace de tal manera que sale violentamente y se produce con la muerte de su madre. ¿Qué se figura, pues, por las pequeñas áspides sino las sugerencias latentes de los espíritus inmundos, que primero se insinúan en los corazones de los hombres con una pequeña persuasión? ¿Y qué se designa por la lengua de la víbora sino la violenta tentación del diablo? Primero se insinúa suavemente, pero luego también arrastra violentamente. Chupa la cabeza de las áspides, porque el inicio de la sugerencia oculta nace primero pequeño en el corazón, pero lo mata la lengua de la víbora, porque luego la mente capturada es asesinada por el veneno de la tentación violenta. Primero, los espíritus inmundos hablan al corazón del hombre con consejos sutiles, que mientras persuaden suavemente, vierten como veneno de áspides. Por eso está escrito: Rompieron los huevos de áspides y tejieron telas de araña. Quien coma de sus huevos morirá, y lo que está incubado estallará en basilisco (Isaías 59, 5). Romper los huevos de áspides para los hombres malvados es abrir con obras perversas los consejos de los espíritus malignos que yacen ocultos en sus corazones. Tejer también telas de araña es trabajar cualquier cosa temporal por la concupiscencia de este mundo. Y como no están consolidadas con ninguna estabilidad, sin duda el viento de la vida mortal las arrastra. Bien se añade: Quien coma de sus huevos morirá (Ibid.), porque quien recibe los consejos de los espíritus inmundos mata en sí la vida del alma. Y lo que está incubado estallará en basilisco, porque el consejo del espíritu maligno que se oculta en el corazón se nutre hasta la plena iniquidad. El basilisco se llama rey de las serpientes. ¿Y quién es la cabeza de los réprobos sino el Anticristo? Lo que está incubado estallará en basilisco, porque quien recibe en sí los consejos de la áspid para nutrirlos, hecho miembro de la cabeza iniqua, crece en el cuerpo del Anticristo. De este hipócrita se dice: Chupará la cabeza de las áspides, y lo matará la lengua de la víbora, porque cuando recibe con gusto la iniqua sugerencia del antiguo enemigo, luego se entrega vencido a sus violentas tentaciones. Por eso también en el paraíso, al hombre que estaba de pie le dirigió palabras de persuasión halagadora (Génesis 3, 5 ss.); pero a quien una vez arrastró al consentimiento, ahora incluso lo arrastra resistiéndose, y casi lo mata violentamente vencido por los deleites de su corrupción. Pero tal vez podamos entender esto mismo también por una interpretación contraria. Pues como la áspid mata rápidamente con su veneno, pero la víbora más lentamente, por la áspid se designa la tentación violenta y repentina, y por la víbora la tentación suave y duradera. Por eso se dice que la muerte de aquella está en la succión de la cabeza, pero la de la víbora en la lengua, porque la tentación repentina a menudo mata de inmediato a la mente desprevenida tan pronto como surge; pero la tentación prolongada, porque sugiere persuadiendo mal durante mucho tiempo, mata como por la lengua de la víbora. Y como todo hipócrita, penetrado por la sugerencia de los espíritus inmundos, como por el veneno de las serpientes, no considera en absoluto cuáles son los dones celestiales del santo espíritu, mientras divulga la intención del corazón en favores exteriores, se añade correctamente:

CAPÍTULO XVI [Rec. X].

VERS. 17.---No verá los arroyos del río, el torrente de miel y mantequilla.

20. Hipócrita de la fe, sin esperanza ni caridad.---En el Evangelio, el Señor dice: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" (Juan VII, 38). Donde el Evangelista añade, diciendo: "Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él". Los arroyos del río son, por tanto, los dones del Espíritu Santo. Un arroyo del río es la caridad, otro arroyo del río es la fe, y otro arroyo del río es la esperanza. Pero como todo hipócrita no ama ni a Dios ni al prójimo, al buscar la gloria pasajera del mundo, no ve los arroyos del río, porque no se le infunde la irrigación de la caridad. El hipócrita, mientras busca ganancias presentes, desprecia los dones futuros, y al no tener fe, no ve con la mente el arroyo del río, porque "la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hebreos XI, 1). Y mientras el hipócrita retiene lo que se ve, descuida la esperanza de lo que no se ve. Por lo tanto, no ve el arroyo del río por el deseo, porque se enfoca solo en lo visible. Y está escrito: "Porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera?" (Romanos VIII, 24). Habría visto los arroyos del río si cerrara los ojos a la gloria de este mundo presente y los abriera al amor de la patria celestial. Y es de notar que no dice ríos, sino arroyos. Los arroyos del río pueden ser esos dones espirituales que fluyen sutilmente en la mente del amante desde lo celestial, de tal manera que no pueden ser expresados por la boca de la carne. A menudo, el alma del amante se llena tanto con el don de la contemplación, que puede ver lo que no puede expresar. El río torrente es la misma inundación del Espíritu Santo, que se recoge en la mente del contemplador con una infusión exuberante, cuando la mente se llena más de lo que puede comprender. [Vet. IX.] Y se debe saber que cuando la gracia del Espíritu Santo nos infunde, nos llena de miel y mantequilla. Pues la miel cae desde arriba, mientras que la mantequilla se recoge de la leche de los animales. La miel, por tanto, es del aire, y la mantequilla es de la carne. El Unigénito del Padre Supremo, siendo Dios sobre todas las cosas, se hizo hombre entre todas las cosas. Quien, al llenarnos con la dulzura de su divinidad y el misterio de su encarnación, nos sació con miel y mantequilla. Por lo tanto, el espíritu de Cristo, al llenar la mente, la alegra con la dulzura de su divinidad y con la fe de su encarnación, y estos arroyos del río torrente de miel y mantequilla se recuerdan, porque tanto de la alta cognición de Dios refrescan la mente con suavidad, como de la gracia de la encarnación la ungen con el misterio del carisma. Pero este hipócrita, porque está disperso en favores exteriores, no percibe estos dones internos, a los cuales se dirige después de los suplicios, cuando se añade:

CAPÍTULO XVII [Rec. XI].

VERS. 18.---Pagaré por todo lo que ha hecho, pero no será destruida.

21. Los condenados siempre mueren, nunca siendo consumidos por la muerte. Pues paga en tormento los deseos que aquí ilícitamente guardó; y, entregado a las llamas vengadoras, siempre muere, porque siempre se mantiene en la muerte. No se consume en la muerte, porque si la vida del moribundo se consumiera, con la vida también terminaría el castigo. Pero para que sea atormentado sin fin, se le obliga a vivir sin fin en el castigo, de modo que cuya vida aquí fue muerta en culpa, allí su muerte viva en el castigo. Diga, pues: Pagaré por todo lo que hizo, y sin embargo no será consumido, porque es atormentado, y no se extingue; muere, y vive; desfallece, y subsiste; siempre termina, y es sin fin. Esto es muy terrible solo de oír, ¡cuánto más de sufrir! Pero como la multitud de su iniquidad exige que nunca pueda carecer de suplicios, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XVIII.

IBID.---Según la multitud de sus invenciones, así también soportará.

22. Los que han descubierto muchas cosas para el pecado, son atormentados con nuevos inventos para su castigo. Porque quien ha encontrado mucho para el pecado, es atormentado con nuevos inventos en el castigo. Pues lo que aquí no pudo sospechar, allí lo siente entregado a la venganza. Así como los elegidos, ejercitados en buenas obras, a veces se esfuerzan por hacer más de lo que el Señor les ha mandado (la virginidad de la carne no ha sido ordenada, sino solo alabada; pues si hubiera sido ordenada, el matrimonio ya se consideraría una culpa, y sin embargo, muchos sobresalen en la virtud de la virginidad, de modo que ofrecen más en servicio de lo que han recibido como mandato), así también, a menudo, los perversos se ejercitan en actos malvados, de modo que encuentran más en la operación perversa para hacer, de lo que pudieron tomar como ejemplo de iniquidad de los reprobos. Por lo tanto, son golpeados con el tormento de una retribución más amplia, porque ellos mismos encontraron más acciones perversas de las que deben ser golpeados. [Vet. X, Rec. XII.] Por eso se dice bien: Según la multitud de sus invenciones, así también sufrirá. Pues no encontraría una nueva iniquidad, si no la buscara; y no la buscaría, si no se apresurara a perpetrarla con empeño. Por lo tanto, en su tormento se mide la enormidad de su mala intención, y recibe el dolor de una retribución merecida. Y aunque el dolor de todos los condenados es infinito, reciben tormentos más graves aquellos que encontraron muchas iniquidades también de sus propios deseos. Pero como Sophar mencionó el castigo de este hipócrita, inmediatamente añade la culpa, y no narra cualquiera, sino aquella de la que todas las demás surgen. Pues está escrito: La raíz de todos los males es la avaricia (I Tim. VI, 10). A quien, por tanto, se dice que la avaricia domina, se demuestra sin duda sujeto a todos los males. Pues añade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 19, 20.---Porque al destruir despojó la casa del pobre, la saqueó y no la reconstruyó, ni se sació su vientre.

23. Quien no ha distribuido lo suyo es castigado con pena eterna; cuánto más aquel que ha robado lo ajeno. La avaricia crece con los bienes obtenidos y deseados, no se extingue. Rompe y despoja la casa del pobre, quien no se avergüenza de despojar también por avaricia a aquel a quien oprime con su poder. La arrebató y no la edifica. Como si se dijera abiertamente: Quien debería edificarla, además la roba. Pues el Señor, que vendrá en el juicio, dirá a los réprobos: Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me recogisteis; desnudo, y no me cubristeis, y así sucesivamente (Mateo 25, 42). De esta culpa se añade: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Ibid.). Si, por tanto, se castiga con tan gran pena a quien se demuestra que no dio lo suyo, ¿con qué pena será castigado quien es acusado de haber tomado lo ajeno? Robó, pues, y no la edificó, porque no solo no dio nada de lo suyo, sino que también tomó lo que era ajeno. Bien se añade: Y su vientre no se sació. El vientre del iniquo es la avaricia, porque en ella se acumula todo lo que se devora con deseo perverso. Es evidente que la avaricia no se extingue con las cosas deseadas, sino que se incrementa. Pues, al igual que el fuego, cuando recibe leña para consumir, crece; y de donde parece que la llama se comprime por un momento, poco después se ve expandirse. Y a menudo, cuando el Dios omnipotente se enoja vehementemente con una mente avara, primero le permite tener todo a su antojo, y después, por medio de la venganza, se lo quita, para que deba soportar castigos eternos por ello. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 20.---Y cuando haya obtenido lo que deseaba, no podrá poseerlo.

24. Es un signo de mayor ira cuando se concede lo que se desea malamente. En efecto, es una muestra de mayor iracundia cuando se otorga lo que se desea de manera incorrecta, y de ahí sigue una repentina venganza, porque también obtuvo lo que, con Dios enojado, codició. Por eso, a través del Salmista se dice, cuando se relata que el pueblo deseó malamente el alimento de la carne: "Aún estaba la comida en sus bocas, y la ira de Dios se levantó contra ellos, y mató a muchos de ellos" (Salmo 77, 31). Los juicios divinos suelen aparecer más lentamente cuando se impide que se cumplan los malos deseos. Pues cuanto más rápidamente se permite que se cumpla un mal deseo, a menudo tanto más rápidamente se castiga. Por lo tanto, cuando el hipócrita se multiplica rápidamente para ser poderoso, se actúa con celeridad para que no lo sea, porque los arbustos que crecen más lentamente perduran por años; y los que prosperan en poco tiempo se marchitan más rápido, y como si apresuraran su existencia, tienden a no ser. Sigue:

CAPÍTULO XXI [Ant. XI].

VERS. 21.--- Ni quedó nada de su comida.

25. Su alimento es todo aquello que con deseo perverso ha codiciado. Pero cuando el hipócrita es castigado, de su alimento no queda nada, porque al ser conducido a los eternos suplicios, es despojado de todos los bienes que aquí poseía. Por lo tanto, se añade aún:

IBID.---Por lo tanto, nada permanecerá de sus bienes.

Si de sus bienes algo le quedara, se llevaría consigo lo que había tenido. Pero como, abarcando todo, no quiso temer al juez, al ser apartado de esta vida, va desnudo ante el juez. Sin embargo, para este injusto hay menos retribución en el tormento subsiguiente, si al menos en esta vida se le permite ser libre. Pero no hay libertad en la culpa, porque está escrito: Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (II Cor. III, 17). Y a menudo, para la mente perversa, su propia culpa se convierte en castigo. Por lo tanto, con razón se añade:

CAPÍTULO XXII [Rey. XIII].

VERS. 22.---Cuando haya sido saciado, será restringido.

26. La angustia de los ricos por la saciedad.---Primero, por la avaricia, anhela reunir lo que desea; y cuando ha acumulado mucho, como en un vientre de avaricia, al saciarse se siente oprimido, porque al preocuparse por cómo guardar lo adquirido, su propia saciedad lo angustia. Un cierto rico había recibido abundantes frutos de su campo, pero como no tenía dónde almacenarlos, dijo: "¿Qué haré, porque no tengo dónde reunir mis frutos?" Y dijo: "Esto haré, destruiré mis graneros y edificaré otros más grandes" (Luc. XII, 17). Así que, agobiado por la abundancia, decía: "¿Qué haré?", como si estuviera abrumado por mucho alimento. Pensemos cuántos deseos tuvo para que su campo produjera abundantes frutos. He aquí que sus deseos se han cumplido, porque el campo ha producido abundantes frutos. Pero como no tiene suficiente espacio para almacenarlos, el rico multiplicado no sabe qué hacer. ¡Oh angustia nacida de la saciedad! La mente del avaro se angustia por la abundancia del campo. Al decir: "¿Qué haré?", indica claramente que, presionado por los deseos de sus votos, trabajaba bajo una especie de carga de cosas. Por lo tanto, se dice bien: "Cuando esté saciado, se sentirá oprimido". Porque la mente del avaro, que antes buscaba descanso en la

abundancia, después trabajaba más arduamente para custodiarla. Por lo cual aquí también se añade:

CAPÍTULO XXIII.

IBID.---Arderá, y todo dolor caerá sobre él.

27. En la adquisición y conservación de riquezas, la ansiedad preludia los castigos eternos. Primero, experimentó dolor en el mismo esfuerzo de su codicia, pensando en cómo arrebatarse lo deseado, cómo quitar unas cosas con halagos y otras con terrores; pero después de haber alcanzado su deseo con las cosas adquiridas, otro dolor lo fatiga, al tener que custodiar con temor ansioso lo que recuerda haber conseguido con gran esfuerzo. De aquí que teme a los insidiosos, y teme sufrir lo mismo que él hizo a otros. Teme a otro más poderoso, no sea que lo soporte violento; y cuando ve a un pobre, sospecha que es un ladrón. También cuida mucho de lo que ha acumulado, no sea que por negligencia se consuma debido al defecto propio de la naturaleza. En todas estas cosas, ya que el mismo temor es un castigo, el infeliz sufre tanto como teme sufrir. Después de esto, también es conducido al infierno y entregado a tormentos eternos. Por tanto, todo dolor cae sobre él, a quien aquí primero quema el castigo de la codicia, luego el cuidado de la custodia, y allí alguna vez el castigo de la venganza.

[Vet. XII.] 28. Admirable seguridad del corazón, no expuesta a la avaricia.---Admirable es la seguridad del corazón que no busca lo ajeno, sino que se contenta con el sustento de cada día. De esta seguridad, en efecto, nace también el descanso eterno, porque de un pensamiento bueno y tranquilo se pasa a los gozos eternos. Por el contrario, los réprobos se fatigan aquí en sus deseos y allí en sus tormentos; y de su laboriosa reflexión nace el dolor del trabajo, mientras son arrastrados del ardor de la avaricia al fuego del infierno. Y porque, como ya dijimos antes, a menudo el perverso cuanto más rápido alcanza su deseo, tanto más fácilmente es llevado al tormento, se añade deseando:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 23.---¡Ojalá se llene su vientre, para que descargue sobre él la ira de su furor, y haga llover sobre él su guerra!

29. Sobre el rico avaro llueven los dardos de Dios.---Sobre este hipócrita el Señor hace llover su guerra cuando con las espadas de sus juicios golpea sus obras. Porque hacer llover guerra Dios es urgir la vida del impío hacia la destrucción con sentencias severas desde lo alto. Hacer llover guerra Dios es golpear los corazones soberbios contra sí mismos, y herir la mente árida, como con ciertas gotas de lluvia que se densifican, con los dardos de sus juicios, para que cuando ya es llevado al juicio, recuerde ahora que codició malamente, y que peor aún se esforzó en acumular lo codiciado, ahora lamente que abandona lo acumulado, y en ocasiones también sienta el fuego de la venganza, que, para no vivir bien, despreció prever. Sigue:

CAPÍTULO XXV [Rec. XIV].

VERS. 24.---Huirá de las armas de hierro, y caerá sobre el arco de bronce.

30. Previendo la escasez temporal, la avaricia se entrega a los castigos eternos y perpetuos. Es necesario saber que la avaricia a veces se infiltra a través de la arrogancia, y otras veces a

través del miedo. Hay algunos que, al desear parecer más poderosos, se encienden en la ambición de las cosas ajenas. Y hay otros que, al temer que les falten los recursos necesarios, relajan su mente hacia la avaricia y codician lo ajeno, sospechando que lo suyo no les puede bastar. Toda necesidad, en verdad, no incongruentemente se llama hierro, porque atormenta la vida del pobre con la herida de la tristeza, como está escrito también sobre las necesidades de aquel que, vendido por sus hermanos, llevaba una vida afligida: "El hierro atravesó su alma" (Salmo 104, 18). ¿Qué son, entonces, las armas de hierro, sino las necesidades de la vida presente, que presionan duramente y persiguen la vida del pobre? El hierro, en efecto, es consumido por el óxido, mientras que el bronce es más difícil de consumir. Por lo tanto, la necesidad presente, que es transitoria, se figura con el hierro, mientras que la sentencia eterna se figura con el bronce. Y porque el juicio supremo no es atendido por la mente del iniquo, justamente se compara con un arco, ya que golpea como desde una emboscada, mientras aquel que es golpeado no lo advierte. Así, huirá de las armas de hierro y caerá en el arco de bronce, porque, temiendo las necesidades presentes, roba mucho por avaricia, exponiéndose a los golpes severos del juicio final. Y cuando huye de las armas de hierro, es alcanzado por las flechas del arco de bronce, porque, al prevenir neciamente los males temporales, es golpeado por la sentencia eterna. Pues quien aquí huye de la dureza de la pobreza con culpa, allí encuentra la perpetuidad de la justa venganza. Pero antes de ser llevado al juicio, aún se insinúa lo que este iniquo hace aquí. Sigue:

CAPÍTULO XXVI [Rec. XV].

VERS. 25.---Sacado y saliendo de su vaina, y resplandeciendo en su amargura.

31. Al pecado, atraídos por el diablo, salimos por nuestra propia voluntad. Este inicuo acecha con depredaciones a sus prójimos; pero mientras maquina pensamientos perversos, es como si la espada aún estuviera en la vaina; sin embargo, cuando lleva a cabo injustamente el mal que ha concebido, sale de su vaina, porque se revela la maldad de su operación al descubrirse el oculto pensamiento. Se muestra en la obra lo que estaba oculto en el pensamiento. Y es de notar lo que dice: Sacado y saliendo de su vaina; sacado por el seductor, saliendo por su propia voluntad. Pues quien es conducido, sin duda sigue al que lo conduce; pero quien sale, parece ir según su propia voluntad. Por lo tanto, quien es atraído a malas obras tanto por el antiguo enemigo como por su libre albedrío se ve obligado en sus deseos, se dice que es sacado de su vaina y saliendo, ya que lo que sale de un pensamiento perverso hacia una operación pésima, es tanto del espíritu que lo sugirió como de la maldad de quien consintió por su propia voluntad.

32. Cuanto más brillan los inicuos, tanto más severamente serán castigados. El terror de su poder se muestra cuando inmediatamente se añade: Y fulgurando en su amargura. En efecto, el relámpago, cuando de repente descende desde lo alto, resplandece con terror ante los ojos, muestra su claridad y golpea lo que está delante. Así, así es como el inicuo, cuando ha asumido la gloria de la vida presente, por lo cual en este mundo se muestra claro por su poder, es llevado a ser golpeado al final. Porque fulgurar del inicuo es brillar en el honor de esta vida. Pero como el esplendor de su gloria es entregado a los eternos suplicios del infierno, correctamente se dice ahora: Fulgurando en su amargura. Porque quien ahora se alegra golpeando como con terror y claridad, después soporta los suplicios para siempre. Y ciertamente está escrito de cierto rico (Luc. XVI, 19) que banquetaba espléndidamente cada día. Pero una cosa es resplandecer, y otra cosa es fulgurar. A veces, en efecto, el resplandor es sin golpe, pero con el nombre de relámpago se expresa el resplandor con golpe. Así, quien está en el poder y daña a otros, no incongruentemente se dice fulgurante, porque de donde él

mismo se exalta contra los buenos como desde la luz de la gloria, de allí la vida de los buenos es atormentada. Sigue:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XVI].

IBID.---Irán, y vendrán sobre él cosas horribles.

33. Cuantos más vicios se suceden en el pecador, tantos más espíritus malignos van y vienen devastándolo. ¿Quiénes, si no son los espíritus malignos, son llamados horribles en este contexto, a quienes las mentes buenas deben temer y evitar? Y dado que se cree que estos mismos espíritus malignos están dedicados a ciertos vicios específicos, cuando este perverso parece abandonar momentáneamente algunos vicios, pero comienza a practicar otros, ciertamente sobre él van y vienen los horribles, porque aunque abandone algunos males, otros ocupan su mente perversa. A menudo se puede ver a un injusto en el poder terrenal, agitado por una furia intensa, ejecutando todo lo que la ira le sugiere; y cuando la furia se desvanece, su mente es devastada por la lujuria; cuando la lujuria se interrumpe temporalmente, la soberbia se introduce en su pensamiento como si fuera por continencia, y desea parecer temible para ser temido por los demás. Pero cuando la situación exige que hable de manera ambigua, como si dejara de lado el terror de la soberbia, se suaviza en su discurso; y cuando deja de parecer soberbio, no teme volverse doble. Por lo tanto, en cuya mente los vicios se suceden, se dice correctamente de él: "Van y vienen sobre él los horribles", porque cuantos más vicios lo oprimen al irse y venir, tantos más espíritus malignos devastan su alma como si fueran y vinieran. Pero estas acciones que realiza externamente se manifiestan por partes; pues en su mente todos los males se reúnen simultáneamente. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 26.---Todas las tinieblas están ocultas en sus secretos.

34. Todos los vicios están unidos en la mente del hipócrita. Aunque el hipócrita muestre buenas acciones en la superficie, sin embargo, ciertas sombras de malas obras aparecen en él; pero, sin embargo, se manifiesta menos en la obra de lo que se oculta en su pensamiento. Porque quien no cumple todo a la vez en el acto, retiene en silencio en su mente todo lo que puede dañar. Por lo tanto, se dice que todas las tinieblas están ocultas en sus secretos, porque aunque no muestra en sí mismo todos los males, sin embargo, desea infligirlos a los demás. Pero que esta mente tan reprochable sea castigada con la debida retribución, se añade a continuación:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Lo devorará un fuego que no se enciende.

35. El fuego del infierno se alimenta de manera asombrosa, y atormenta tanto el alma como el cuerpo.---De manera muy admirable se ha expresado en pocas palabras el fuego del infierno. Pues el fuego corporal, para poder ser fuego, necesita de combustibles corporales. Este, al ser necesario para mantenerse, sin duda se alimenta de leña acumulada; no puede existir sin ser encendido, ni subsistir sin ser avivado. Pero, al contrario, el fuego del infierno, aunque es corporal y quema corporalmente a los réprobos que en él son arrojados, no es encendido por esfuerzo humano ni alimentado por leña, sino que, creado una vez, dura inextinguible, no necesita ser encendido y no carece de ardor. Por tanto, bien se dice de este fuego iniquo: Lo

devorará un fuego que no se enciende, porque la justicia del Omnipotente, previsor de lo futuro, creó desde el origen del mundo el fuego del infierno, que comenzaría a existir una vez en el castigo de los réprobos, pero su ardor nunca terminaría, incluso sin leña. Es necesario saber que todos los réprobos, porque pecaron tanto con el alma como con la carne, allí son atormentados igualmente en el alma y en la carne. Por eso, el Salmista dice: Los pondrás como horno de fuego, en el tiempo de tu ira; el Señor en su ira los confundirá, y el fuego los devorará (Salmo XX, 10). Pues el horno arde por dentro, y aquel que es devorado por el fuego comienza a ser consumido desde la parte exterior. Así, para que las sagradas escrituras mostraran que los réprobos arden tanto por fuera como por dentro, testifican que son devorados por el fuego y puestos como horno, para que sean atormentados en el cuerpo por el fuego y ardan en la mente por el dolor. Por eso, también aquí, cuando se decía de este impío: Lo devorará un fuego que no se enciende, inmediatamente se añade sobre su espíritu:

CAPÍTULO XXX [Rec. XVIII].

IBID. Será afligido el que queda en su tabernáculo.

36. Los malvados que ahora son sacados del cuerpo contra su voluntad, serán retenidos en el cuerpo a la fuerza. Pues la carne es el tabernáculo del iniquo, porque la habita con alegría, y si fuera posible, desearía nunca dejarla. Los justos, en cambio, porque ponen su gozo en la esperanza de las cosas celestiales y su conversación está en los cielos (Filipenses 3, 20), aunque aún estén en la carne, es como si ya no estuvieran en ella, porque no se alimentan de ningún deleite carnal. Por eso se dice a algunos: Vosotros, sin embargo, no estáis en la carne, sino en el espíritu (Romanos 8, 9). No es que no estuvieran en la carne aquellos que recibían las palabras de exhortación a través de las epístolas del maestro; sino que es como si ya no estuvieran en la carne cuando no tienen amor por las cosas carnales. Pero al contrario, este iniquo, porque puso toda su alegría en la vida carnal, habitó en el tabernáculo de la carne. Y cuando reciba de nuevo esa carne en la resurrección, arderá con ella en el fuego del infierno. Entonces deseará ser sacado de ella, entonces buscará, si puede, escapar de sus tormentos; entonces comenzará a querer evitar lo que amó. Pero porque antepuso esa misma carne a Dios, al juzgar Dios, se dispone que sea más atormentado en el fuego con ella. Aquí, por tanto, no quiere dejarla, y sin embargo es arrancado de ella; allí desea dejarla, y sin embargo es retenido en ella para el suplicio. Para el aumento del tormento, aquí es sacado del cuerpo contra su voluntad, y allí es retenido en el cuerpo a la fuerza. Por lo tanto, porque su espíritu querrá escapar en el tormento de la carne que malamente amó y no podrá, se dice correctamente ahora: Será afligido, abandonado en su tabernáculo. De cuya acusación se dice inmediatamente:

CAPÍTULO XXXI [Ant. XX, Rec. XIX].

VERS. 27.---Los cielos revelarán su iniquidad, y la tierra se levantará contra él.

37. Los inicuos en el juicio encontrarán acusadores tanto justos como injustos. ¿Qué entendemos por cielos sino a los justos, y por tierra sino a los pecadores? Por eso, en la oración dominical pedimos: "Hágase tu voluntad así en el cielo como en la tierra" (Mateo 6, 10), para que la voluntad de nuestro Creador se cumpla tanto en todos los justos como también en todos los pecadores. De los justos está escrito: "Los cielos proclaman la gloria de Dios" (Salmo 18, 1). Y al hombre pecador se le impone la sentencia que dice: "Eres polvo, y al polvo volverás" (Génesis 3, 19). Así, estos impíos llevados a aquel terrible juicio, los cielos revelan su iniquidad, y la tierra se levanta contra él, para que quien aquí nunca perdonó ni a

buenos ni a malos, en aquel temible examen sea acusado tanto por la vida de los justos como por los pecadores. Y es más grave si alguien daña a los justos más que a los pecadores. Por eso, a través del profeta se dice: "Su sangre está en medio de ella, la derramó sobre la roca más limpia; no la derramó sobre la tierra, para que pudiera ser cubierta con polvo" (Ezequiel 24, 7). Por tierra y polvo se designan a los pecadores, mientras que por la roca más limpia se señala al justo, que no se exaspera con las graves contaminaciones de los pecadores. La sangre, por tanto, se derrama sobre la roca más limpia cuando la malicia de una mente cruel se ensaña en la aflicción de un alma justa. Así, es más grave afligir injustamente a los justos que a los injustos, pero es mucho más grave dañar tanto a justos como a injustos. Porque este iniquo aquí dañó tanto a justos como a injustos, en la acusación de condenación los cielos revelarán su iniquidad, y la tierra se levantará contra él, porque se opuso tanto a aquellos que aspiraban a lo celestial como a aquellos que se inclinaban hacia lo bajo. Sin embargo, por tierra pueden designarse no a los pecadores y reprobos, sino a aquellos que, ocupados en actos terrenales, llegan a la vida eterna con la ayuda de limosnas y lágrimas, de quienes se dice a través del salmista, cuando se anunciaba la venida del Señor al juicio: "Convocó a los cielos arriba y a la tierra, para juzgar a su pueblo" (Salmo 49, 4). Convoca a los cielos arriba cuando aquellos que, dejando todo, mantuvieron una vida de conversación celestial son llamados a sentarse en el juicio, y vienen con él como jueces. También se llama a la tierra arriba cuando aquellos que estaban obligados a actos terrenales, sin embargo, buscaron más las ganancias celestiales que las terrenales, a quienes se les dice: "Fui forastero y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis" (Mateo 25, 43). Así, los hipócritas revelan la iniquidad de este cielo, y la tierra se levanta contra él, mientras que tanto aquellos que vienen con Dios como jueces, como aquellos que son liberados por el juicio, son testigos de su depravación. Por lo tanto, nada de lo que hizo en el tiempo de su condenación queda oculto, y aunque sus acciones ahora se ocultan a los hombres por duplicidad, en el día de la condenación se mostrará todo lo que en él estaba oculto interiormente. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXXII [Ant. XVI].

VERS. 28.---El brote de su casa será abierto, será arrancado en el día de la ira de Dios.

38. En el juicio se revelarán los males ocultos en el interior. Entonces se descubrirá el germen de esa casa, cuando se muestre todo el mal que nacía en su conciencia. Ahora, ciertamente, el germen de la casa del hipócrita permanece oculto, porque aunque su acción parece buena en apariencia, la intención permanece oculta. Pues una cosa es lo que hace, y otra lo que pretende. Pero cuando, con la llegada del juez, la conciencia de cada uno sea llevada a testimonio, de donde está escrito: "Acusando o también defendiendo sus pensamientos" (Rom. II, 15), en esto se descubre el germen de la casa del hipócrita, porque se revela el pensamiento perverso en su mente. Y en el día de la ira de Dios se le apartará, porque, al mostrarse la ira del juez, entregado a las llamas vengadoras, será separado de su presencia. Pues quien no quiso pensar en lo supremo mientras vivía, oprimido por el peso de sus pecados, caerá desde la presencia del juez a lo más profundo de los suplicios. Ahora, sin embargo, el juez considera y tolera al pecador, y espera la conversión de cada uno, porque es el día de la paciencia, y aún no es el día de la ira. Pero en este día de paciencia el hipócrita permanece como inmóvil, mientras comete muchos males, y ningún castigo lo corrige. Pero en el día de la ira será apartado, porque, en el tiempo de la venganza, arrebatado a los suplicios, será separado del rostro del juez eterno. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII [Rec. XX].

Esta es la parte del hombre impío de Dios, y la herencia de sus palabras del Señor.

39. En el juicio, incluso los males más pequeños serán castigados. Si hubiera querido actuar bien en esta vida, habría tenido parte en la comunión del reino celestial con el Señor. Pero como eligió someterse a deseos perversos, encontró su parte en los tormentos del Señor, porque no buscó participar de la gracia del mismo Señor. Sin embargo, se dice acertadamente: Y la herencia de sus palabras es del Señor. Porque aquel que se sumerge en el castigo por grandes males, tal vez creía que no sería juzgado por las palabras que había dicho mal. Pero cuando la estricta justicia de Dios Todopoderoso exige castigo a los reprobos por sus actos perversos, les devuelve el mal hasta la retribución de las palabras, para que aquellos que son deudores de grandes males, entregados a los castigos, paguen incluso el último cuadrante. A aquellos se les perdonan las cosas mínimas que han lamentado severamente las mayores en sí mismos. Porque a quienes les oprimen grandes males, incluso los males más pequeños los afligen igualmente en el infierno. Los hombres santos, sin embargo, no desean recibir una parte del Señor, sino tener al mismo Señor como su parte. Por eso el Profeta suplica, diciendo: Mi porción es el Señor (Salmo LXXII, 26). El impío, porque no buscó tener al mismo Señor como su porción, encontró su parte fuera del Señor en el fuego, para que, excluido de su presencia, porque no deseó gozar en Él, sea atormentado bajo Él. Sofar introdujo esto de tal manera que, a través de lo que había dicho contra el hipócrita, hería la vida del bienaventurado Job, pensando que aquel que había sido golpeado por el Señor no había hecho todo el bien con una mente sencilla. A quien vio golpeado, creyó que había desagradado a Dios. Pero los amigos del bienaventurado Job también en esto tienen la apariencia de los herejes, quienes en la santa Iglesia, cuando ven a algunos que actúan bien gemir bajo los azotes, piensan que no tienen buenos méritos en sus buenas acciones, y creen que son malos aquellos a quienes ven afligidos por el castigo divino, evidentemente sin saber que muchas son las tribulaciones de los justos (Salmo XXXIII, 20); y azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6). Pero el bienaventurado Job, al modo de la santa y universal Iglesia, que soporta con ecuanimidad los dardos de las palabras perversas, y cuando escucha las palabras de los soberbios, no abandona el camino de su humildad, con gran humildad de corazón añadió, diciendo:

CAPÍTULO XXXIV [Ant. XXII, Rec. XXI].

CAP. XXI, VERS. 2.---Escuchad, os ruego, mis palabras, y haced penitencia.

40. Los santos, cuando enseñan correctamente, no temen ser ridiculizados. Pues quien, al decir "Escuchad", añadió "Os ruego", muestra con cuánta humildad habla, mientras ruega a aquellos que se enorgullecen en su contra, para que su entendimiento sea llevado a la doctrina de la salvación. Sin embargo, los hombres santos, mientras están dentro de la Iglesia universal, no solo están preparados para enseñar lo correcto, sino también para tolerar lo perverso, no temen ser ridiculizados. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 3.---Sostenedme, para que yo también hable, y después de mis palabras, si os parece, reíd.

41. Los santos en sus palabras buscan beneficiar tanto a sus oyentes como a sí mismos. Para los oyentes soberbios, la doctrina de la humildad es una carga pesada. En efecto, los buenos, cuando hablan, consideran dos cosas en sus discursos: que puedan beneficiar tanto a sí

mismos como a sus oyentes, o solo a sí mismos si no pueden beneficiar a los oyentes. Pues cuando se escuchan bien las cosas buenas que dicen, se benefician tanto ellos como sus oyentes. Pero cuando son objeto de burla por parte de los oyentes, sin duda se han beneficiado a sí mismos, ya que se han liberado de la culpa del silencio. Así, el bienaventurado Job, para beneficiarse a sí mismo y a sus oyentes, dice: Escuchad, os ruego, mis palabras y haced penitencia. Pero para cumplir con su deber, incluso si no puede beneficiar a los oyentes, añade: Soportadme, para que yo también hable, y después, si os parece, reíd de mis palabras. Y es de notar que cuando añadió Haced penitencia, precedió con Escuchad; pero cuando dijo: Después, si os parece, reíd de mis palabras, precedió con Soportadme. Escuchar es propio de quien quiere, soportar de quien no quiere. Por lo tanto, si sus amigos desean ser instruidos, que escuchen; pero si están dispuestos a burlarse, que soporten lo que se dice, ya que para las mentes soberbias la carga de la doctrina de la humildad es un peso grave. Sigue:

CAPÍTULO XXXVI [Rec. XXII].

VERS. 4.---¿Acaso es mi disputa contra un hombre, para que con razón no deba yo entristecerme?

42. Job, humillado por los azotes, solo temió haber desagradado a Dios.---Cualquiera que, agradando a Dios, desagrada a los hombres, no tiene razones para la tristeza. Pero aquel que, agradando a los hombres, desagrada a Dios, o cree que desagrada tanto a Dios como a los hombres, si no se siente afectado por la tristeza, está alejado de la virtud de la sabiduría. Sin embargo, el bienaventurado Job creyó que había desagradado a Dios en medio de los azotes, y por eso volvió su ánimo a la tristeza, porque no debía ser despreciado aquel a quien temía haber desagradado. Si hubiera disputado sobre los méritos de su vida contra un hombre, no habría tenido razón para entristecerse; pero como, debido a los azotes presentes, se encontraba incierto sobre su vida pasada, justamente buscaba la tristeza en el azote. Por lo tanto, también añade:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 5.---Atended a mí, y quedad asombrados.

43. De las aflicciones de Job debemos aprender qué debemos temer.---Es decir, consideren lo que he hecho y admiren en esta aflicción que padezco. A lo cual correctamente añade, diciendo:

IBID.---Y poned el dedo sobre vuestra boca.

Como si dijera abiertamente: Conociendo los bienes que he hecho y considerando los males que padezco, absteneos también vosotros de la culpa de las palabras, y en mis sufrimientos temed por vuestras propias pérdidas. O ciertamente, porque discernimos cada cosa con los dedos, no es incongruente que por el dedo se designe la discreción. Por eso también el Salmista dice: Bendito sea el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra (Salmo 143, 1). Designando evidentemente por las manos la operación, y por los dedos la discreción. Por lo tanto, el dedo se coloca sobre la boca cuando por la discreción se refrena la lengua, para que no caiga en la culpa de la necedad por lo que habla. Dice, pues: Poned el dedo sobre vuestra boca, es decir, añadid a vuestra locución la virtud de

la discreción, para que por lo que decís correctamente contra el hipócrita, veáis a quiénes debe ser dicho. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 6.---Y yo, cuando lo recuerdo, me lleno de temor, y un temblor sacude mi carne.

44. Algunas cosas son dichas irónicamente y con burla por los santos.---Porque el bienaventurado Job no ha olvidado sus acciones, su última expresión lo demuestra. De ahí que lo que ahora dice a sus amigos: Y cuando lo recuerdo, me asusto, y un temblor sacude mi carne, se entiende claramente que se dice con ironía. Como si se dijera abiertamente: Si recuerdo haber tenido algo de hipócrita, inmediatamente tiemblo en el llanto de la penitencia. En verdad, dice que su carne, si la recuerda, es sacudida por el temblor, es decir, que la debilidad de la obra se fatiga por el temor de la venganza. Pero como Sophar afirmó muchas cosas sobre la condenación repentina del impío, en las cuales mordió el poder del bienaventurado Job, el santo varón responde a sus palabras, diciendo:

CAPÍTULO XXXIX [Rec. XXIII].

VERS. 7.---¿Por qué, entonces, viven los impíos, son exaltados y fortalecidos con riquezas?

45. La felicidad de esta vida se mide en dignidades y riquezas, en hijos y parientes; en un hogar pacífico; en la fecundidad del ganado; en la multitud y alegría de la familia. Pues si la paciencia divina no los soportara, de ninguna manera llevarían una vida larga en pecados. Se elevan con las riquezas cuando comienzan a ser poderosos, y se fortalecen cuando se les permite permanecer mucho tiempo en esta vida. Aquellos a quienes la riqueza eleva, la duración de los días en la arrogancia de su poder los fortalece. O ciertamente se dice que son elevados y fortalecidos, porque se elevan con honores y se fortalecen con bienes. Pero hay muchos que, aunque elevados por honores y fortalecidos por riquezas, reciben lo que desean en esta vida, pero se ven privados de la sucesión de descendencia. Para estos, su propio poder es un castigo, cuando consideran que tienen una gran herencia, pero no tienen herederos a quienes dejarla. ¿De qué sirve, entonces, tenerlo todo si faltan los hijos que sean sucesores? Sigue:

CAPÍTULO XL.

VERS. 8.---Su descendencia permanece ante ellos.

46. Para el aumento de gran felicidad, se otorgan herederos junto con un gran patrimonio; y para que ninguna necesidad, aunque sea temporal, aparte de la vista a aquellos en quienes el espíritu se regocija, de su descendencia se dice: Permanece ante ellos. Pero, ¿qué sucede si se han dado hijos, pero ellos mismos son afectados por la esterilidad? Así se extingue en ellos la estirpe, tal como se temía que se extinguiera por la esterilidad de los padres. Sigue:

IBID.---La multitud de parientes y descendientes ante su vista.

He aquí la vida, están presentes los honores y las riquezas, están presentes los hijos, están presentes los nietos. ¿Qué sucede si algún pensamiento interno consume la mente, y las alegrías de la seguridad son atravesadas por una disputa doméstica? ¿Cuál es la felicidad de este mundo, si no es alegre? Sigue:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 9.---Sus casas están seguras y en paz, y no está la vara de Dios sobre ellos.

47. Están seguras y tranquilas, porque viven pecando, realizan actos lamentables y no abandonan sus placeres. La vara de la disciplina celestial no los golpea, y tanto más progresan en la culpa cuanto menos son castigados por ella. Pero ya que hemos escuchado lo que prospera en su interior, veamos también en los campos lo que la prosperidad sonríe. Sigue:

VERS. 10.---Su buey ha concebido, y no ha abortado; la vaca ha parido, y no ha sido privada de su cría.

Es de uso común en el lenguaje vulgar llamar buey al macho y vaca a la hembra, pero en la literatura (es decir, en la gramática), se llama buey al género común. De ahí que ahora se diga: "Su buey concibió y no abortó; la vaca parió y no fue privada de su cría." La primera felicidad para los dueños de los rebaños es que el rebaño, sin esterilidad, conciba; la segunda, que lo concebido llegue al parto; y la tercera, que lo que ha nacido sea llevado a la madurez mediante la crianza. Así, para demostrar que toda esta prosperidad estaba presente entre los impíos, el bienaventurado Job afirma que sus rebaños concibieron y no abortaron; parieron y no fueron privados de su cría. Sin embargo, es menor la felicidad si, mientras los rebaños crecen, los cuidadores de los rebaños no prosperan. Por eso, a la fecundidad de los rebaños se le añade inmediatamente la fecundidad de la familia. Pues se dice:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 11.---Salen como rebaños sus pequeños, y sus infantes se regocijan con juegos.

48. Así como se han concedido mayores dones para poseer, que así también muchos florezcan para custodiar. Pero porque dijo Exsultant lusibus, para que no creamos que el juego de los niños en la casa de los impíos es algo muy despreciable, añade diciendo:

VERS. 12.---Toman el pandero y la cítara, se alegran al son del órgano.

Como si dijera abiertamente: Cuando los señores se enorgullecen de honores y bienes, los súbditos se deleitan en actos frívolos. Pero, oh bienaventurado varón, ¿por qué nos cuentas tantas cosas sobre los placeres de los inicuos? Hace ya tiempo que hablas de su descripción, después de mucho, distingue brevemente lo que sientes. Sigue:

CAPÍTULO XLIII [Ant. XIX, Rec. XXIV].

VERS. 13.---Llevan sus días en prosperidad, y en un instante descienden al infierno.

49. Todo lo que tiene fin es momentáneo. La prosperidad no es prueba de inocencia, ni la adversidad de iniquidad. — He aquí, bienaventurado varón, narrabas largamente las alegrías de ellos; ¿cómo ahora afirmas que en un instante descienden al infierno, sino porque toda la extensión del tiempo de la vida presente se reconoce como un punto cuando se termina con el fin? Pues cuando cada uno es llevado al extremo, ya no retiene nada del pasado, porque todos los tiempos han pasado; en el futuro no tiene nada, porque no quedan ni los momentos de una

hora. Por lo tanto, la vida que así pudo ser reducida fue un punto. Como dijimos antes, en un punto ponemos el estilo y lo levantamos. Así pues, como si en un punto tocara la vida, quien la recibió y la perdió. Esto también puede entenderse en el sentido de que a menudo aquellos que han sido tolerados en la iniquidad durante mucho tiempo son arrebatados por una muerte repentina, de modo que no se les permite llorar antes de la muerte por lo que pecaron. Pero como a veces también la vida de los justos se termina con un fin repentino, mejor aceptamos aquello, si pensamos esto de su vida temporal, porque todo lo que pudo pasar fue repentino. A los amigos del bienaventurado Job, que por eso creyeron que era injusto, porque lo vieron flagelado, con razón se les mostró con la voz del mismo santo varón sobre la flor y la perdición de los inicuos que la prosperidad de la vida presente no es testimonio de inocencia, porque muchos regresan a la vida eterna a través de los flagelos, y muchos son llevados a castigos infinitos muriendo sin flagelo. De los cuales aún se añade:

CAPÍTULO XLIV [Rec. XXV].

VERS. 14.---Que dijeron a Dios: Apártate de nosotros.

50. Los que no obedecen los mandamientos de Dios lo alejan de sí mismos.---Decir esto con palabras ni siquiera los necios se atreven; sin embargo, todos los perversos dicen a Dios Apártate, no con palabras, sino con sus acciones. Porque aquellos que hacen lo que Dios omnipotente prohíbe, ¿qué otra cosa hacen sino cerrar su alma contra el Omnipotente? Pues así como meditar en sus preceptos es invitarlo a uno mismo, resistir sus mandamientos es rechazarlo de la morada del corazón. Dicen, por tanto: Apártate de nosotros, quienes se niegan a darle acceso a sí mismos y lo combaten con actos perversos, incluso si parecen alabarlo con palabras. También dicen:

CAPÍTULO XLV.

IBID.---No queremos el conocimiento de tus caminos.

51. Es una cosa no conocer los caminos de Dios, y otra no querer conocerlos. Al despreciar el conocimiento de Él, lo rechazan. Hay algunos que, basándose en lo que dice la Verdad: "El siervo que no conoció la voluntad de su señor y hace cosas dignas de azotes, recibirá pocos; y el siervo que conoció la voluntad de su señor y no actuó conforme a ella, recibirá muchos" (Lucas XII, 47, 48), no quieren saber qué deben hacer, y piensan que serán menos castigados si ignoran lo que debieron haber hecho. Pero una cosa es no haber sabido, y otra no haber querido saber. Desconoce quien quiere aprender y no puede. Pero quien aparta su oído de la voz de la verdad para no saber, no es ignorante, sino que se le considera un despreciador. [Vet XX.] El camino de Dios es la paz, el camino de Dios es la humildad, el camino de Dios es la paciencia. Pero como los inicuos desprecian todo esto, dicen: "No queremos el conocimiento de tus caminos". Pues mientras en la vida presente se enorgullecen, mientras se inflan de honores, mientras incluso si no los tienen los desean, desprecian los caminos de Dios en su pensamiento. Porque el camino de Dios en esta vida fue la humildad, Él mismo, Dios y Señor nuestro redentor, vino aquí a los insultos, a las injurias, a la pasión, y soportó con ecuanimidad las adversidades de este mundo, evitó con fortaleza las prosperidades, para enseñar a desear las prosperidades de la vida eterna y no temer las adversidades de la vida presente. Pero como los inicuos desean la gloria de la vida presente, huyen de la ignominia, se les recuerda decir: "No queremos el conocimiento de tus caminos". No quieren saber lo que desprecian hacer. Aún se añaden sus palabras, cuando se dice:

CAPÍTULO XLVI [Rec. XXVI].

VERS. 15.---¿Quién es el Omnipotente, para que le sirvamos?

52. Los carnales, o sospechan que Dios no existe, o desprecian servirle. La mente del hombre, dispersa exteriormente, está tan esparcida en las cosas corporales que ni regresa a sí misma internamente, ni es capaz de pensar en Aquel que es invisible. Por eso, los hombres carnales, al despreciar los mandatos espirituales, al no ver a Dios corporalmente, a veces llegan a sospechar que ni siquiera existe. De ahí que esté escrito: "Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios" (Salmo XIII, 1). Por eso también se dice ahora: "¿Quién es el Omnipotente, para que le sirvamos?" Pues a menudo los hombres prefieren servir a otros hombres, a quienes ven corporalmente, que servir a Dios, a quien no ven. En todo lo que hacen, tienden al fin de sus ojos; y como no pueden dirigir los ojos del cuerpo hacia Dios, desprecian o se fatigan al ofrecerle sus servicios. Porque, como se ha dicho, no creen en la existencia de Aquel a quien no contemplan corporalmente. Si buscaran humildemente a Dios, el autor de todo, encontrarían en sí mismos que lo que no se ve es mejor que lo que se ve. Ellos mismos subsisten de un alma invisible y un cuerpo visible; pero si se les quita lo que no se ve, inmediatamente cae lo que se ve. Y aunque los ojos de la carne están abiertos, no pueden ver ni sentir nada. El sentido de la visión se pierde porque el habitante se ha ido; y la casa de la carne queda vacía porque el espíritu invisible, que solía mirar a través de sus ventanas, se ha marchado. Por lo tanto, como las cosas invisibles son superiores a las visibles, los carnales deberían haberlo considerado por sí mismos y, por así decirlo, ascender por esta escala de consideración hacia Dios: porque Él es, ya que permanece invisible, y es supremo porque no puede ser comprendido. Sin embargo, hay algunos que no dudan de que Dios existe y es incomprensible; pero no buscan a Él mismo, sino dones exteriores. Cuando ven que estos dones faltan a quienes le sirven, desprecian servirle. De cuyas palabras aún se añade:

CAPUT XLVII [Rec. XXVII].

IBID.---¿Y de qué nos sirve si le hemos rezado?

53. Orden de las cosas en la oración de petición.---Cuando Dios no es buscado en la oración, el ánimo se cansa más rápidamente: porque cuando alguien pide aquello que tal vez, según el juicio oculto, Dios se niega a conceder, también se cansa de quien no quiere dar lo que se ama. Pero el Señor desea ser amado más que las cosas que ha creado, que se pidan las eternas más que las terrenales, como está escrito: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mateo 6, 33). Pues no dijo que serán dadas, sino que serán añadidas: ciertamente indica que hay algo que se da principalmente, y otra cosa que se añade. Porque la eternidad debe ser nuestra intención, y la temporalidad nuestro uso, y aquello se da, y esto ciertamente se añade en abundancia. Y sin embargo, a menudo los hombres, cuando piden bienes temporales y no buscan las recompensas eternas, piden lo que se añade, y no desean aquello a lo que se añade. No consideran ganancia de su petición si aquí son temporalmente pobres, y allí viven eternamente ricos en bienaventuranza; sino que, como se ha dicho, enfocados solo en lo visible, rehúsan con el esfuerzo de la petición adquirir lo invisible. Si buscaran lo celestial, ya con fruto exhibirían su esfuerzo: porque cuando la mente en las oraciones anhela la visión de su Creador, inflamándose con deseos divinos, se une a lo celestial, se separa de lo inferior, se abre con el amor de su fervor para recibir, y al recibir inflama; y amar lo superior ya es ascender; mientras con gran deseo aspira a lo celestial, de manera maravillosa degusta aquello mismo que busca recibir. Sigue:

CAPÍTULO XLVIII [Ant. XXI, Rec. XXVIII].

VERS. 16.---Sin embargo, puesto que sus bienes no están en sus manos, que su consejo esté lejos de mí.

54. Los justos poseen sus bienes, no son poseídos por ellos; al contrario, los inicuos. Tiene los bienes en su mano quien, despreciando lo temporal, los somete al dominio de su mente. Pues quien los ama excesivamente, se somete más a ellos que a sí mismo. Muchos de los justos fueron ricos en este mundo, parecían tener muchas cosas, apoyados en bienes y honores, pero como el deleite excesivo de lo que poseían no dominaba su mente, sus bienes estaban en su mano: porque estaban sujetos al poder del alma. En cambio, los inicuos se entregan con todos sus deseos a la búsqueda de cosas externas, de modo que no son ellos quienes poseen lo que tienen, sino que son retenidos por lo que poseen, con la mente cautiva. Por lo tanto, como sus bienes no están en su mano, se dice con razón: Que su consejo esté lejos de mí. ¿Qué es el consejo de los inicuos sino buscar la gloria terrenal, descuidar la eterna, desear la salvación temporal con daño interior, y cambiar los dolores transitorios por gemidos eternos? Así, el hombre santo, al contemplar estos pensamientos de los inicuos, los rechaza y dice: Que su consejo esté lejos de mí. Porque ciertamente ve que es incomparablemente mejor elegir gemir aquí bajo el castigo por un breve tiempo que soportar los suplicios de la eterna venganza. Pero ni siquiera en esta vida prosperan continuamente aquellos que desean prosperar en ella. Pues a menudo sus alegrías son interrumpidas por gemidos que surgen. Por eso se añade:

CAPÍTULO XLIX [Rec. XXIX].

VERS. 17.--- Cuántas veces se apagará su lámpara, y les sobrevendrá una inundación, y dolores repartirán su furor.

55. Qué castigos y de qué tipo sufren los malvados.---A menudo el impío considera su lámpara como la vida de sus hijos; pero cuando el hijo, que es amado en exceso, es arrebatado, la lámpara del impío, que parecía brillar, se apaga. A menudo el impío cree que la gloria del honor presente es su lámpara; pero cuando, al ser despojado de su dignidad, es derribado, la lámpara que brillaba según su deseo se apaga. A menudo el impío considera las riquezas de la sustancia terrenal como una gran lámpara de luz para él; pero cuando, al sobrevenir una pérdida, pierde las riquezas que amaba más que a sí mismo, ¿qué otra cosa ha perdido sino la lámpara en cuya luz se regocijaba? Por lo tanto, quien no desea alegrarse de las cosas eternas, tampoco aquí, donde quiere encontrar solidez, puede alegrarse continuamente. Pues cada vez que la lámpara de los impíos se apaga, les sobreviene la purificación, y los dolores dividen su furia. Una inundación sobreviene a los impíos cuando sufren oleadas de dolores por alguna adversidad. Porque el Dios Omnipotente, al ver que es despreciado y que se regocijan en la concupiscencia terrenal, también golpea con dolores aquello que ve que el impío prefiere en su pensamiento. Bien se dice: Y los dolores dividirán su furia. Porque quien reserva al impío dolores eternos como retribución, a veces también atraviesa su mente con dolor temporal: porque aquí y allá golpea, dividiendo los dolores de su furia sobre el impío. Pues el castigo presente, que no cambia el alma del injusto de sus deseos perversos, no lo libera de los suplicios eternos. Por eso también se dice a través del Salmista: Lloverá sobre los pecadores lazos, fuego, azufre y espíritu de tormentas, parte de su cáliz (Salmo X, 7). Al decir lazos, fuego, azufre y espíritu de tormentas, ciertamente infligió muchos dolores. Pero como el pecador que no se corrige es llamado de esos dolores a los suplicios eternos, esos mismos dolores ya no son todo el cáliz, sino parte del cáliz: porque

evidentemente su sufrimiento aquí comienza con dolores, pero se consuma en la venganza perpetua. Sobre cuyo fin aún se añade:

CAPÍTULO L [Vet. XXII, Rec. XXX].

VERS. 18.---Serán como paja ante la faz del viento, y como ceniza que el torbellino dispersa.

56. Como pajas son llevadas por el soplo de la ira divina hacia el fuego. Cuando el impío se ve en el poder, cuando se desboca en opresiones y violencias, es considerado por los pensamientos de los débiles como muy pesado y casi arraigado en este mundo. Pero cuando llega la sentencia del juez estricto, todos los impíos serán como pajas ante el viento: porque, por así decirlo, son levantados y llevados de repente por el soplo de la ira hacia el fuego, aquellos a quienes aquí las lágrimas de los necesitados no podían mover de sus prejuicios, como si fueran una masa de peso duro que yacía sobre ellos. Y son ligeros en las manos del juicio que arrebató, quienes fueron pesados para sus prójimos por la injusticia. Y como ceniza que el torbellino dispersa. Ante los ojos del Dios omnipotente, la vida del impío es como ceniza: porque, aunque parece verde por un momento, ya se ve consumida por su juicio; porque está destinada a la consumación eterna. Esta ceniza es dispersada por el torbellino: porque Dios vendrá manifiesto; nuestro Dios, y no callará. Fuego arderá ante Él, y a su alrededor habrá una fuerte tempestad (Salmo 49, 3). Pues en el torbellino de esta tempestad los impíos son arrebatados de la presencia del juez eterno; y aquellos que aquí habían solidificado su mente con un deseo perverso, allí serán vistos como pajas y ceniza: porque el torbellino que los arrebató los lleva a los castigos eternos. Sigue:

CAPÍTULO LI [Rec. XXXI].

VERS. 19.---Dios guardará para los hijos de él el dolor del padre: y cuando lo haya devuelto, entonces lo sabrá.

57. Que Dios castigue los pecados de los padres en los hijos.---Sabemos que está escrito: Tú que devuelves los pecados de los padres en los hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generación (Éxodo XXXIV, 7). Y nuevamente está escrito: ¿Qué es lo que convertís en proverbio entre vosotros en la tierra de Israel, diciendo: Los padres comieron uvas agrias, y los dientes de los hijos se entumecieron? Vivo yo, dice el Señor Dios, si este proverbio será más para vosotros en Israel. He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así también el alma del hijo, es mía. El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 2; Jeremías XXXI, 29). En ambas sentencias, al encontrarse un sentido diferente, se instruye al ánimo del oyente para que busque sutilmente el camino de la discreción. Pues ciertamente traemos el pecado original de los padres; y a menos que seamos liberados por la gracia del bautismo, también llevamos los pecados de los padres: porque aún somos uno con ellos. Por lo tanto, devuelve los pecados de los padres en los hijos, cuando por la culpa del padre, el alma de la descendencia se contamina por el pecado original. Y nuevamente no devuelve los pecados de los padres en los hijos: porque cuando somos liberados de la culpa original por el bautismo, ya no tenemos las culpas de los padres, sino las que nosotros mismos cometemos. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera: porque cualquiera que imita la iniquidad de un padre perverso, también se ve constreñido por su delito. Pero quien no imita la iniquidad del padre, de ninguna manera se ve agravado por su delito. De ahí que el hijo iniquo de un padre iniquo no solo pague por lo que él mismo ha añadido, sino también por los pecados del padre; ya que no teme añadir su propia maldad a los vicios del padre, que sabe que han irritado al Señor. Y es justo que quien no teme imitar los caminos del padre iniquo

bajo un juez estricto, se vea obligado en esta vida presente a pagar también las culpas del padre iniquo. Por eso se dice: El alma del padre es mía, y el alma del hijo es mía. El alma que pecare, esa morirá: porque a veces los hijos son destruidos en la carne también por el pecado del padre. Sin embargo, borrado el pecado original, no se ven retenidos en el alma por la maldad de los padres. ¿Qué es lo que hace que los hijos pequeños a menudo sean poseídos por demonios, sino que la carne del hijo es castigada por la pena del padre? Pues en sí mismo es golpeado el padre iniquo, y desprecia sentir la fuerza del golpe. A menudo es golpeado en los hijos, para que arda más intensamente; y el dolor del padre se devuelve a la carne de los hijos, para que por las penas de los hijos se castigue la mente iniqua del padre. Pero cuando no son los pequeños, sino los hijos ya mayores los que son heridos por la culpa de los padres, ¿qué otra cosa se da a entender abiertamente, sino que también sufren las penas de aquellos cuyos actos han seguido? Por eso se dice correctamente: Hasta la tercera y cuarta generación. Porque hasta la tercera y cuarta generación, pueden ver la vida de los padres que los hijos imitan, la venganza se extiende hasta aquellos que vieron lo que mal siguieron.

[Vet. XXIII.] 58. La culpa ciega los ojos de los impíos, el castigo los abre.---Y porque la culpa ciega los ojos de los impíos, pero al final el castigo los abre, correctamente se añade: Y cuando haya retribuido, entonces sabrá. Pues el impío no conoce el mal que ha hecho, sino hasta que comienza a ser castigado por esos mismos males. Por eso también se dice por el profeta: Y solo la aflicción dará entendimiento al oído (Isaías XXVIII, 19). Entonces entiende lo que ha escuchado, cuando ya sufre por ser castigado por su desprecio. De ahí que se diga por Balaam de sí mismo: Dijo el hombre, cuyo ojo está cerrado: dijo el oyente de las palabras de Dios, que ha visto la visión del Omnipotente, que caerá: y así se abrirán sus ojos (Números XXIV, 3, 4). En efecto, ofreció consejo contra los israelitas, pero después en el castigo vio lo que antes había cometido por culpa. Los elegidos, sin embargo, prevén para no pecar: es decir, sus ojos están abiertos antes de la caída. El iniquo, en cambio, abre los ojos después de la caída: porque después de la culpa ya en su castigo percibe que debió evitar el mal que hizo. De cuya ya entonces inútil ciencia se añade:

CAPÍTULO LII.

VERS. 20.---Sus ojos verán su propia destrucción, y beberá del furor del Omnipotente.

59. Después de la caída, los ojos se abren inútilmente.---Quien, estando en esta vida, hubiera querido ver su culpa, no bebería después de la furia del Omnipotente. Pero quien aquí aparta los ojos de la consideración de su crimen, allí no puede evitar la sentencia de condenación. A menudo, aquellos que no temen los castigos eternos, temen al menos actuar mal por el temor de un castigo temporal. Pero hay algunos que se han endurecido tanto en la iniquidad, que ni siquiera temen ser heridos en aquello que aman, con tal de cumplir lo que perversamente han concebido. Por lo tanto, en este lugar se añade sobre la obduración del iniquo:

CAPÍTULO LIII.

VERS. 21.---¿Qué le importa a él de su casa después de sí? ¿O si el número de sus meses se reduce a la mitad?

60. La asombrosa obstinación y ceguera de algunos malvados, incluso cuando son castigados. — No debemos entender que este impío, una vez condenado a suplicios eternos, no pensara en su casa, es decir, en los parientes que dejó, ya que la Verdad misma dice que el rico que fue sepultado en el infierno se preocupaba por los cinco hermanos que había dejado, incluso

mientras sufría el castigo (Luc. XVI, 28). Todo pecador será prudente en el castigo, quien fue necio en la culpa (Dist. 38, c. 10), porque allí, ya constreñido por el dolor, abre los ojos a la razón, que aquí cerró entregado al placer; y la tortura del castigo exige que sea sabio, quien aquí, cegado por su soberbia, fue insensato. Sin embargo, su sabiduría ya no le servirá de nada, porque aquí, donde debía actuar según la sabiduría, perdió el tiempo. Pues aquí anhela como el mayor bien tener descendencia, llenar su casa de familia y riquezas, y vivir mucho tiempo en esta corrupción de la carne. Pero si acaso algo llega a su deseo, que no puede obtener sin ofender a su Creador, su mente se perturba un poco, porque si hace aquí algo que incurra en la ofensa de su Creador, es golpeado en su casa, en sus hijos, en su vida. Pero instigado por su soberbia, se endurece de inmediato; y aunque sienta cualquier golpe en su casa, en su vida, no le importa, con tal de cumplir lo que ha pensado; y mientras viva, no deja de satisfacer sus placeres. Pues bien, su casa es golpeada por su culpa; pero ¿qué le importa a él su casa después de él? He aquí que, por la venganza de su mala obra, la longitud de vida que pudo haber tenido se acorta; pero ¿qué le importa a él, si el número de sus días se reduce a la mitad? Y así, el pecador se levanta contra Dios, donde Dios Todopoderoso quiebra su levantamiento; y ni siquiera el castigo infligido humilla su mente, que en la deliberación contra el Señor la obstinación endurece. Y es de notar cuán grave es la culpa de proponer a la mente el castigo por la culpa, y sin embargo, no inclinar el cuello del corazón bajo el yugo del Creador por miedo al tormento. [Vet. XXIV, Rec. XXXII.] Pero he aquí que cuando escuchamos esto, surge en nuestro corazón la cuestión de por qué el Dios omnipotente y misericordioso permitió que la razón de la mente humana cayera en tal ceguera. Para que nadie presuma de discutir los juicios ocultos de Dios más de lo debido, se añade correctamente:

CAPÍTULO LIV.

VERS. 22.---¿Acaso alguien puede enseñar conocimiento a Dios, quien juzga a los excelsos?

61. Los juicios ocultos de Dios no deben ser investigados con curiosidad excesiva.--- Cuando dudamos sobre lo que nos sucede, debemos observar otras cosas que son ciertas para nosotros y apaciguar la queja de nuestro pensamiento que surgió de nuestra incertidumbre. He aquí que los azotes llaman a los elegidos a la vida, y ni siquiera los azotes refrenan a los réprobos de sus malas acciones; los juicios del Dios omnipotente son muy ocultos para nosotros, y no son injustos. Pero si dirigimos el ojo de la mente hacia lo alto, en ellos vemos que no tenemos de qué quejarnos justamente. Pues el Dios omnipotente, al discernir los méritos de los ángeles, determinó que unos permanecieran en la luz eterna sin caer, y a otros, que cayeron voluntariamente de su estado de grandeza, los derribó en la venganza de la condenación eterna. Por lo tanto, no actúa injustamente con nosotros, quien también juzgó justamente nuestra naturaleza más sutil. Que diga, entonces: ¿Acaso alguien enseñará ciencia a Dios, que juzga a los excelsos? Porque quien hace maravillas sobre nosotros, es evidente sin duda que dispone todo sobre nosotros con conocimiento. Con esto, se añade donde el ánimo humano se fatiga en la búsqueda. Pues se añade:

CAPÍTULO LV.

VERS. 23-25.---Este muere robusto y sano, rico y feliz, sus entrañas están llenas de grasa, y sus huesos son irrigados con médulas; otro, en cambio, muere en la amargura de su alma sin ninguna riqueza.

62. La vida de los elegidos y de los réprobos es diferente, pero la muerte de la carne es la misma. La alegría del inicuo pasa al castigo, el castigo del inocente a la alegría.---Siendo así, ¿quién puede discutir los secretos del Dios omnipotente sobre por qué permite que esto sea así? Pero aunque la vida de los elegidos y de los réprobos es ciertamente diferente, la corrupción de la carne en la muerte no es diferente. Por lo tanto, se añade:

VERS. 26.---Y sin embargo, juntos yacerán en el polvo, y los gusanos los cubrirán.

¿Qué, pues, de extraño tiene que en la prosperidad o adversidad de este siglo presente corran de manera diferente por un momento, aquellos que por la corrupción de la carne vuelven igualmente a la tierra? [Vet. XXV.] Esa es, por tanto, la única vida que debe considerarse, en la cual con la resurrección de la carne se alcanza un fin diferente de retribución. ¿Cuál es, en efecto, la salvación o la fortaleza de los inicuos, que la gordura y las riquezas, mientras todo aquí se deja con rapidez, y allí se encuentra la retribución que nunca puede ser dejada? Así como la alegría de este iniquo pasa al castigo, así el castigo del inocente afligido pasa a la alegría. Ni las riquezas, por tanto, deben ensoberbecer la mente, ni la pobreza perturbarla. Por eso el bienaventurado Job, entre las pérdidas de las cosas, no admite en su ánimo pérdidas de pensamientos, sino que a aquellos que lo desprecian en su aflicción les responde, diciendo:

CAPÍTULO LVI [Rec. XXXIII].

VERS. 27, 28.---Ciertamente conozco vuestros pensamientos, y vuestras sentencias iniquas contra mí. Pues decís: ¿Dónde está la casa del príncipe, y dónde las tiendas de los impíos?

63. Job quebrantado, porque al perder lo demás no había perdido a Dios. Pues lo consideraban impío, ya que lo veían temporalmente destruido al ser despojado de sus bienes. Pero el santo varón los juzga con tan alta consideración, cuanto que permanecía con rectitud inquebrantable entre las pérdidas que había sufrido. ¿Qué daño le habían causado las pérdidas externas de las cosas, si no había perdido a aquel a quien amaba interiormente?

Sentido alegórico.---64. De la abundancia nace la soberbia.---Esto que se dice: "Juntos dormirán en el polvo, y los gusanos los cubrirán", si alguien quisiera interpretarlo alegóricamente, podemos explicarlo brevemente si repetimos lo que ya se ha dicho sobre este rico injusto. Se dice: "Sus entrañas están llenas de grasa". Pues así como de la abundancia de comida surge la grasa, de la abundancia de bienes nace la soberbia, que engorda la mente del rico, mientras se eleva el espíritu del soberbio. La soberbia del corazón es como una especie de gordura de grosor. Por eso, ya que muchos cometen pecados por abundancia, se dice por el Profeta: "Ha salido como de la grasa su iniquidad" (Salmo LXXII, 7). Sigue: "Y sus huesos se riegan con médulas". Los amantes de este siglo tienen como huesos cuando poseen en este mundo la fortaleza de las dignidades. Pero si en la dignidad exterior faltan las riquezas terrenales y domésticas, en cuanto a su juicio tienen huesos, pero no tienen médulas en los huesos. Por lo tanto, como este amante de este siglo se sostiene con el poder exterior, de modo que también se engorda con la abundancia de la casa terrenal interior, se dice: "Y sus huesos se riegan con médulas". O ciertamente, los huesos de este rico son las costumbres malas y duras, y las médulas en los huesos son los mismos deseos de vivir mal, que no se sacian con la satisfacción de la maldad. Estas médulas riegan como huesos, cuando los deseos perversos conservan sus malas costumbres en el deleite de los placeres.

[Ant. XXVI, Rec. XXXIV.] 65. De donde el rico se alegra vanamente, de allí el pobre se aflige aún más vanamente. Los bienes que el rico posee con temor, el pobre los desea con

ansiedad. Y hay algunos que en este mundo no tienen riquezas, pero desean tenerlas, anhelan ser exaltados; aunque en este mundo no pueden obtener lo que desean; y aunque no estén respaldados por bienes o honores, sin embargo, por malos deseos, la conciencia los acusa como culpables ante el juez interno. Tal persona a menudo se aflige porque no puede enriquecerse y enorgullecerse. De lo cual se añade: Otro muere en la amargura de su alma sin ningún bien. He aquí de donde el rico con corazón soberbio se alegra vanamente, de allí otro pobre con corazón soberbio se aflige aún más vanamente. Bien se añade de ambos: Y sin embargo, juntos dormirán en el polvo, y los gusanos los cubrirán. Dormir en el polvo es cerrar los ojos de la mente a los deseos terrenales. Por lo cual a cada pecador que duerme en su culpa se le dice: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará (Efesios V, 14). Los gusanos que nacen de la carne los cubren juntos, porque tanto el rico como el pobre soberbio son oprimidos por preocupaciones carnales. En las cosas terrenales, el pobre y el rico reprobado, aunque no sean sostenidos por igual prosperidad, son turbados por igual ansiedad, porque lo que aquel ya tiene con temor, este lo desea con ansiedad; y porque no puede tenerlo, se duele. Por tanto, se dice: Juntos dormirán en el polvo, y los gusanos los cubrirán, porque aunque no sean levantados juntos por cosas temporales, juntos son adormecidos por la torpeza de la mente en el cuidado de las cosas temporales. Y juntos los cubren los gusanos, porque ya sea a este para que tenga lo que desea, o a aquel para que no pierda lo que tiene, las preocupaciones carnales los oprimen.

66. Job ni se enorgulleció con lo que poseía, ni se angustió por lo que perdió.---El bienaventurado Job, que no se había enorgullecido con lo que poseía, ni buscaba con ansiedad lo que había perdido, porque no era atormentado por pensamientos de pérdidas externas, no estaba cubierto por los gusanos del corazón. Y porque no había dejado caer su mente en el cuidado terrenal, de ninguna manera dormía en el polvo. Sigue: Ciertamente conozco vuestros pensamientos, y vuestras sentencias injustas contra mí. Cuando está escrito: ¿Quién de los hombres sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? (I Cor. II, 11), ¿de qué manera se dice ahora: Ciertamente conozco vuestros pensamientos? Pero entonces el espíritu del hombre es desconocido por otro cuando no se demuestra con palabras o acciones. Pues cuando está escrito: Por sus frutos los conoceréis (Mat. VII, 20), por lo que se hace externamente se revela lo que está oculto internamente. Por lo tanto, también se dice correctamente por Salomón: Como en las aguas resplandecen los rostros de los que miran, así los corazones de los hombres son manifiestos a los prudentes (Prov. XXVII, 19). Por consiguiente, el bienaventurado Job, cuando decía conocer los pensamientos de sus amigos que conversaban, añadió: Y las sentencias injustas contra mí, para mostrar claramente que había descubierto lo que estaba oculto en ellos. Por lo tanto, también añade sus sentencias injustas, diciendo: Porque decís: ¿Dónde está la casa del príncipe, y dónde las tiendas de los impíos?

[Rec. XXXV.] 67. Falsa es la opinión de aquellos que miden las culpas por los castigos.---Todos los débiles, que en este mundo desean prosperar, y temen los castigos como grandes males, miden las culpas por el castigo en aquellos a quienes ven castigados. Pues a quienes ven golpeados, sospechan que han desagradado a Dios. Por eso, los amigos del bienaventurado Job, a quien vieron golpeado, creyeron que era impío, pensando evidentemente que si no hubiera sido impío, sus tiendas habrían permanecido. Pero esto solo lo piensa quien aún sufre el tedio de la debilidad, quien fija el paso de su pensamiento en el deleite del siglo presente, quien no sabe pasar con deseos perfectos a la patria eterna. Por eso, bien se añade:

CAPÍTULO LVII [Ant. XXVII].

VERS. 29, 30.---Interrogad a cualquiera de los viajeros, y conoceréis que él entiende lo mismo. Porque el malvado es reservado para el día de la perdición, y es conducido al día de la ira.

68. Deben ser consultados aquellos que consideran la vida como un camino, no como un destino. A menudo, la paciencia divina tolera por mucho tiempo a quienes ya ha condenado a castigos previstos, permitiendo que prosperen aquellos que aún ve cometer peores actos. Porque al ver hacia qué abismo de condenación se dirigen, considera que no tiene importancia que aquí los perversos multipliquen lo que deben dejar atrás. Pero quien ama la gloria de esta vida presente, considera que es una gran felicidad florecer aquí según su deseo, aunque después se vea obligado a soportar castigos eternos. Solo aquel que ya ha apartado su corazón del amor por este mundo presente percibe que no es nada que el impío prospere. Por eso, cuando se hablaba de la condenación futura del impío, se dice con razón: Pregunta a cualquiera de los viajeros, y verás que entiende lo mismo. Se llama viajero a quien considera que la vida presente es un camino y no un destino, quien desprecia fijar su corazón en el amor por el mundo pasajero, quien no desea permanecer en lo transitorio, sino llegar a lo eterno. Porque quien no desea ser un viajero en esta vida, no desprecia las prosperidades de esta vida, y se asombra cuando ve que otros abundan en lo que él mismo desea. Por eso, el profeta David, habiendo ya pasado con su corazón del amor por este mundo presente, describiendo la gloria del impío, decía: Vi al impío exaltado y elevado como los cedros del Líbano (Salmo 36, 35). Pero porque no sometió su corazón a este mundo, lo despreció con razón, diciendo: Pasé, y he aquí que no estaba (Ibid., 36). El impío sería algo en su estimación si él mismo no hubiera pasado de este mundo por intención. Pero para aquel a quien no sería algo grande lo que no pasa, al pasar con su mente le apareció como nada, porque al considerar la retribución eterna, se reconoce cuán nula es la gloria presente. De ahí que Moisés, cuando buscaba la gloria de la contemplación celestial, dijo: Pasando, veré la visión (Éxodo 3, 3). Porque si no hubiera removido el paso de su corazón del amor por el mundo, no habría podido entender las cosas celestiales. De ahí que Jeremías, pidiendo que se considere el luto de su corazón, dice: Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como mi dolor (Lamentaciones 1, 12). Porque quienes no pasan por la vida presente como un camino, sino que la consideran como un destino, no saben considerar el luto del corazón de los elegidos. Por eso, el profeta busca que consideren su dolor aquellos que no han fijado su ánimo en este mundo. De ahí que se dice por Salomón: Abre tu boca por el mudo, y en la causa de todos los hijos que pasan (Proverbios 31, 8). Se llaman mudos a quienes no resisten contradiciendo las palabras de los predicadores. También son aquellos que pasan, porque desprecian fijar la intención de su mente en el amor por la vida presente. Por lo tanto, porque el malvado es reservado para el día de la perdición y llevado al día de la ira, esto solo lo entiende quien es un viajero, ya que quien ha fijado su corazón en las cosas presentes no percibe los castigos que siguen al impío. De lo cual aún se añade:

CAPÍTULO LVIII [Rec. XXXVI.]

VERS. 31.---¿Quién le reprochará su camino? Y lo que ha hecho, ¿quién se lo devolverá?

69. Al Anticristo, elevado por tantos signos y demostraciones de santidad, solo Cristo lo derrotará. A menudo, el malvado experimenta la indignación de su Creador, que sufrirá eternamente, incluso en esta vida, cuando pierde la prosperidad que ama y encuentra la adversidad que teme. Y aunque puede ser reprendido por la lengua de los justos incluso en tiempos prósperos, sabemos que cuando sus acciones lo derriban, la reprensión de los justos

se fortalece. Pero, ¿de qué manera se dice ahora: "¿Quién le reprochará su camino?" cuando también, aunque los justos callen, es sabido que el camino del inicuo es reprochado tantas veces como su prosperidad es perturbada por la adversidad que interviene [Vet. XXVIII]? Pero el bienaventurado Job, al hablar del cuerpo de todos los malvados, de repente dirigió sus palabras a la cabeza de todos los inicuos. Pues vio que al final del mundo, Satanás, entrando en un hombre al que la Sagrada Escritura llama Anticristo, se exalta con tanta arrogancia, gobierna con tanto poder, y se eleva con tantos signos y prodigios en la demostración de santidad, que sus acciones no pueden ser reprochadas por el hombre, porque a la potestad del terror añade también signos de santidad aparente, y dice: "¿Quién le reprochará su camino?" ¿Quién, en efecto, se atreverá a reprender a ese hombre, cuyo aspecto teme soportar? Sin embargo, su camino no solo es reprochado por Elías y Enoc, quienes son llevados al medio para su reproche, sino también por todos los elegidos, cuando lo desprecian, cuando con la fuerza de su mente resisten a su malicia. Pero como esto lo hacen por la gracia divina y no por sus propias fuerzas, se dice correctamente ahora: "¿Quién le reprochará su camino?" Pues, ¿quién sino Dios, cuyo auxilio sostiene a los elegidos para que puedan resistir? A veces, en la Sagrada Escritura, cuando se pregunta "¿Quién?", se designa al Omnipotente. De ahí que esté escrito: "¿Quién lo levantará?" (Génesis XLIX, 9). De quien se dice por Pablo: "A quien Dios resucitó de los muertos" (Gálatas I, 1). Por lo tanto, en el hecho de que los santos hombres contradicen su iniquidad, no son ellos quienes reprochan su camino, sino aquel de cuya gracia son fortalecidos. Y porque su presencia, cuando venga en el hombre, será mucho más atroz en la persecución que ahora, cuando no se le ve, porque aún no se lleva especialmente en su propio vaso, se ha dicho bien: "Delante de él". Muchos ahora juzgan y reprenden los caminos del Anticristo, pero lo hacen como en su ausencia, mientras reprenden a quien aún no ven especialmente. Pero cuando venga en ese hombre condenado, cualquiera que resista a su presencia, reprocha su camino delante de él, cuyas fuerzas ve y desprecia. O ciertamente, reprochar su camino es perturbar la prosperidad de su curso con el castigo eterno que interviene. Lo cual, porque solo el Señor lo hará con su propia virtud, de quien está escrito: "A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la manifestación de su venida" (II Tesalonicenses II, 8), se dice correctamente: "¿Quién le reprochará su camino?" De donde sigue: "¿Y lo que ha hecho, quién se lo devolverá?" ¿Quién, sino el Señor? Quien solo devolverá a ese hombre perdido lo que ha hecho, cuando su poder tan fuerte sea destruido por su venida con eterna condenación. Pero escuchemos qué hace este príncipe exaltado de los malvados mientras está en esta vida. Sigue:

CAPÍTULO LIX [Ant. XXIX, Rec. XXXVII].

VERS. 32.---Él será llevado a los sepulcros, y en el montón de los muertos velará.

70. En la multitud de los pecadores, como en un montón de muertos, y en los sepulcros, Satanás vigila. Porque los sepulcros cubren a los muertos, ¿qué otra cosa se designa por sepulcros sino a los réprobos, en los cuales las almas, extinguidas de la vida de la bienaventuranza, yacen ocultas como en sepulcros? Este iniquo, por tanto, será conducido a los sepulcros, porque será recibido en los corazones de los perversos, ya que solo ellos lo acogen, en quienes se encuentran las almas muertas para Dios. De él se dice con razón, mientras se describen sus suplicios, por el profeta: "Alrededor de él están sus sepulcros, todos los muertos, y los que cayeron por la espada" (Ezequiel XXXII, 22). Ellos, en efecto, están en el infierno junto a él, en quienes yace muerto el mismo espíritu maligno. Aquellos que cayeron heridos por la espada de su iniquidad. Por lo cual está escrito: "Tú que libraste a David, tu siervo, de la espada maligna" (Salmo CLIII, 10). Con razón se dice: "Y en el montón de muertos vigilará", porque ahora en la congregación de los pecadores despliega las

insidias de su astucia. Por el hecho de que en el mundo hay escasez de buenos y multitud de malos, con razón se llama montón de muertos, para que se señale esa misma multitud de inicuos. Porque ancha es la vía que conduce a la perdición, y muchos son los que entran por ella (Mateo VII, 13). Así, que Satanás vigile en el montón de muertos es ejercer las astucias de su malicia en los corazones de los réprobos. De lo cual aún se añade:

CAPÍTULO LX [Rec. XXXVIII].

VERS. 33.---Fue dulce en las arenas del Cocito.

71. Así como es amargo para los elegidos, de igual manera es dulce para los réprobos al sugerirles vicios. En griego, "cocytus" significa lamento, que suele entenderse como el lamento de las mujeres o de cualquier persona débil. Los sabios de este mundo, excluidos de la luz de la verdad, intentaron sostener sombras de la verdad mediante la investigación. Por eso pensaron que el río Cocytus corría en el inframundo, designando que aquellos que realizan obras dignas de dolor, descienden al infierno para lamentarse. Pero despreciemos la sombra de la sabiduría carnal, nosotros que ya sostenemos la luz de la verdad, y reconozcamos con la voz del hombre bienaventurado que Cocytus se dice lamento de los débiles. Pues está escrito: "Obrad virilmente, y confortad vuestro corazón" (Salmo 30, 25). Quienes rehúsan fortalecerse en Dios, tienden al lamento por la debilidad del alma. Acostumbramos llamar guijarros a las piedras de los ríos, que el agua corriente arrastra. ¿Qué se designa entonces por los guijarros del Cocytus sino a los réprobos, que entregados a sus placeres, son arrastrados siempre por el río hacia lo más bajo? Quienes no quieren resistir con firmeza a los placeres de este mundo, se convierten en guijarros del Cocytus, que con sus caídas diarias tienden al lamento, para que lloren eternamente después, aquellos que ahora se relajan deleitablemente en sus placeres. Y porque el antiguo enemigo, al entrar en su vasija, ese hombre réprobo, mientras otorga dones a los perversos, mientras los exalta con honores en este mundo, mientras les muestra prodigios a sus ojos, las mentes inconstantes lo admiran y lo siguen en sus prodigios, se dice bien de él: "Dulce fue para los guijarros del Cocytus". Pues cuando los elegidos lo desprecian, cuando lo desestiman con el pie de la mente, aquellos que lo siguen lo aman, quienes como arrastrados por el agua del placer hacia el lamento perpetuo, se deslizan hacia lo más bajo por la concupiscencia terrenal al modo de los guijarros con caídas diarias. A unos les ofrece el gusto de su dulzura por la soberbia, a otros por la avaricia, a otros por la envidia, a otros por el engaño, a otros por la lujuria; y a cuántos géneros de vicios arrastra, como si les ofreciera tantas bebidas de su dulzura. Pues cuando persuade algo soberbio en la mente, se hace dulce lo que dice, porque el hombre perverso desea ser visto como superior a los demás. Cuando intenta infundir avaricia en la mente, se hace dulce lo que dice en secreto, porque por la abundancia se evita la necesidad. Cuando sugiere algo de envidia, se hace dulce lo que dice, porque la mente perversa al ver que otro decrece, se regocija de no parecer menor que él. Cuando persuade algo de engaño, se hace dulce lo que sugiere, porque al engañar a los demás, se ve a sí mismo como prudente. Cuando habla de lujuria a la mente engañada, se hace dulce lo que sugiere, porque disuelve el ánimo en el placer. Cuántos vicios inserta en los corazones carnales, como si les ofreciera tantas bebidas de su dulzura. Sin embargo, como he dicho, su dulzura no la perciben sino aquellos que, entregados a los placeres presentes, son arrastrados al lamento perpetuo. Por eso se dice bien: "Dulce fue para los guijarros del Cocytus", porque es amargo para los elegidos, y dulce para los réprobos. Pues solo alimenta con sus deleites a aquellos que con caídas diarias los impulsa al gemido. Sigue:

CAPÍTULO LXI [Ant. XXX, Rec. XXXIX].

IBID.---Y después de sí atrae a todo hombre, y delante de sí a innumerables.

72. Por el Anticristo, al acercarse el fin del mundo, atraerá a todos los carnales hacia sí, ahora solo a muchos. En este contexto, el hombre que piensa humanamente es mencionado. Pero dado que todos son más que innumerables, debemos preguntarnos por qué se dice que antes de él atrae a innumerables y después a todos, a menos que el antiguo enemigo, habiendo entrado en el hombre reprobado, someta bajo el yugo de su dominio a todos los carnales que encuentre. Y ahora, antes de que aparezca, ciertamente atrae a innumerables, pero no a todos, porque diariamente muchos son llamados de las obras carnales a la vida, y otros regresan al estado de justicia, algunos por breve, otros por larga penitencia. Y ahora arrebató a innumerables, aunque no exhibe a los hombres las asombrosas señales de su falsedad. Pero cuando ante los ojos de los carnales realice prodigios maravillosos, entonces no atraerá a innumerables, sino a todos, porque aquellos que se deleitan en los bienes presentes se someten a su poder sin retractarse. Pero, como hemos dicho antes, dado que atraer a todos los hombres es más que atraer a innumerables, ¿por qué se dice primero que atrae a todos los hombres, y después en aumento se someten innumerables? La razón exige que primero se diga lo que es menos y después en aumento lo que es más. Pero debe saberse que en este contexto fue más decir innumerables que todos. Después de él, atrae a todos los hombres, porque en tres años y medio somete al yugo de su dominio a todos los que encuentre en los estudios de la vida carnal. Antes de él, atrajo a innumerables, porque a lo largo de cinco mil años y aún más, aunque no pudo atraer a todos los carnales, sin embargo, en tan largo tiempo, son muchos más los que arrebató antes de él, que todos los que encontrará para arrebatar en tan breve tiempo. Por lo tanto, se dice bien: Después de él atrae a todos los hombres, y antes de él a innumerables, porque entonces toma menos cuando toma a todos, y ahora arrebató más cuando invade los corazones de innumerables. Esto lo muestra claramente el bienaventurado Job, porque habló admirablemente contra el príncipe de los iníquos, quien en esta vida se permite ser exaltado, pero en la venida del Señor será destruido, mostrando claramente que no recibió los azotes del Señor por ofensa, porque si a cualquier iníquo se le permite prosperar en esta vida, es necesario que el elegido de Dios deba ser retenido bajo el freno del azote. Por lo cual reprende a sus amigos, diciendo:

CAPÍTULO LXII.

VERS. 54.---¿Cómo, pues, me consoláis en vano, cuando vuestra respuesta se ha mostrado contraria a la verdad?

73. Cuán odiosa es la mentira para los santos. Los amigos del bienaventurado Job no podían consolarlo, ya que con sus palabras contradecían la verdad. Y cuando lo llamaban hipócrita o impío, al mentir cometían una falta, aumentando sin duda el dolor del justo afligido por las heridas. Pues las mentes de los santos, porque aman la verdad, se atormentan incluso por la falta de falsedad ajena. Cuanto más grave consideran el crimen de la mentira, tanto más lo odian no solo en sí mismos, sino también en los demás.

LIBRO DECIMO SEXTO Tras una breve explicación de los capítulos XXII, XXIII y XXIV del libro de Job, hasta la mitad del versículo 20, se cierra la tercera parte.

501 [Vet. et Rec. I.] Aquellos que carecen de argumentos verdaderos en su alegato, a menudo repiten acusaciones, para no parecer vencidos por su silencio. Por eso Elifaz, presionado por las palabras del bienaventurado Job, dice cosas que nadie ignora. Pues dice:

CAPÍTULO PRIMERO.

CAP. XXII, VERS. 2.---¿Acaso puede el hombre compararse con Dios, incluso cuando haya alcanzado la ciencia perfecta?

1. Nuestra ciencia comparada con la divina, es ignorancia.---En comparación con Dios, nuestra ciencia es ignorancia. Pues participamos de la sabiduría de Dios, no por comparación. ¿Qué, entonces, es sorprendente cuando aquello se dice casi como por enseñanza, lo que pudo saberse incluso si se callara? Quien aún añade, como defendiendo el poder de Dios:

CAPÍTULO II.

VERS. 3.---¿Qué aprovecha a Dios, si fueres justo? ¿O qué le das, si tu vida fuera inmaculada?

2. Dios no necesita nuestra justicia.---En todo lo que hacemos bien, nos ayudamos a nosotros mismos, no a Dios. Por eso, a través del Salmista se dice: Dije al Señor: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes (Salmo XV, 2). Él es verdaderamente nuestro Señor, porque es Dios, quien no necesita el bien del que le sirve, sino que otorga la bondad que recibe, de modo que la bondad ofrecida no le beneficia a Él, sino primero a quienes la reciben y luego a quienes la devuelven. Pues aunque el Señor, al venir en juicio, dice: Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV, 40), habla con admirable piedad por la compasión hacia sus miembros. Y Él mismo nos ayuda, siendo nuestra cabeza, quien es ayudado en sus miembros por nuestras buenas obras. Elifaz añade algo que nadie ignora, diciendo:

CAPÍTULO III.

VERS. 4.---¿Acaso te reprenderá por temor, y vendrá contigo a juicio?

3. Ociosamente se dice de Dios que por nadie es ignorado. ¿Quién, aunque sea insensato, podría pensar que el Señor nos reprende por temor y que propone su juicio contra nosotros por miedo? Pero aquellos que no saben medir sus palabras, sin duda alguna, caen en palabras ociosas. Si no se corrigen a sí mismos en esto, inmediatamente saltan a palabras dañinas y contumeliosas. Por eso Elifaz, quien introdujo palabras ociosas, de inmediato se precipitó a palabras contumeliosas, diciendo:

CAPÍTULO IV.

VERS. 5.---¿Y no es por tu gran maldad y tus infinitas iniquidades?

4. De las palabras ociosas se llega a las injuriosas.---He aquí que de un corazón perezoso se llega a palabras ociosas, y de las palabras ociosas, a través del crimen de la falsedad, se enciende en injurias. Estos son, sin duda, los casos de la culpa creciente, de modo que la lengua, cuando no se restringe, no permanece donde ha caído, sino que siempre desciende a cosas peores. Sin embargo, lo que sigue, porque es muy evidente según la historia, no debe ser explicado literalmente.

5. Pero dado que hemos dicho que los amigos del bienaventurado Job representan la figura de los herejes (Sup., en el prefacio, y en otros lugares muy a menudo), y que él mismo lleva el significado de la santa Iglesia, demostremos ahora cómo las palabras de Elifaz se corresponden con la falsedad de los herejes. Pues sigue:

CAPÍTULO V [Vet. et Rec. II].

Porque quitaste el empeño de tus hermanos sin causa, y despojaste de sus vestiduras a los desnudos. No diste agua al cansado, y al hambriento le quitaste el pan. Con la fuerza de tu brazo poseías la tierra, y el más poderoso la obtenía.

SENTIDO TÍPICO. 6. Los herejes mienten al decir que pierden el Espíritu Santo cuando regresan a la Iglesia. En la Sagrada Escritura, la palabra "prenda" a veces se refiere a los dones del Espíritu Santo y otras veces a la confesión del pecado. La prenda se considera un don del Espíritu Santo, como dice Pablo: "Quien nos dio la prenda del Espíritu" (II Cor. I). Recibimos esta prenda para tener certeza de la promesa que se nos hace. Por lo tanto, el don del Espíritu Santo se llama prenda porque fortalece nuestra alma con la certeza de la esperanza interior. Nuevamente, el término prenda suele entenderse como la confesión del pecado, como está escrito en la Ley: "Cuando tu hermano te deba algo y tomes una prenda de él, devuélvela antes de la puesta del sol" (Éxodo XXII, 26). Nuestro hermano se convierte en deudor cuando se muestra que algún prójimo ha cometido una falta contra nosotros. Llamamos deudas a los pecados. Por eso se dice al siervo pecador: "Te perdoné toda la deuda" (Mateo XVIII, 32). Y en la oración dominical pedimos diariamente: "Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo VI, 12). Tomamos una prenda de nuestro deudor cuando obtenemos de quien ha pecado contra nosotros la confesión de su pecado, por la cual se nos pide que perdonemos el pecado cometido contra nosotros. Quien confiesa el pecado que ha cometido y pide perdón, ya ha dado una prenda por la deuda. Esta prenda debe devolverse antes de la puesta del sol, porque antes de que el sol de la justicia se ponga en nosotros por el dolor del corazón, debemos devolver el perdón a quien nos ha confesado su culpa, para que quien recuerda haber pecado contra nosotros sienta que lo que pecó ha sido perdonado de inmediato. Por lo tanto, cuando la santa Iglesia recibe a quienes regresan de la herejía a la verdad de la fe, primero les persuade de que deben confesar la culpa de su error, como se dice bajo la figura de los herejes por Elifaz: "Porque tomaste la prenda de tus hermanos sin causa". Es decir, exige inútilmente la confesión del error de aquellos que vienen a ti desde nosotros. Si, como dijimos antes, consideramos la prenda como los dones del Espíritu Santo, los herejes dicen que la santa Iglesia ha tomado la prenda de sus hermanos, porque sospechan que aquellos que vienen a ella pierden los dones espirituales. Por eso sigue: "Y despojaste a los desnudos de sus vestiduras".

[Rec. III.] 7. A esos mismos los llaman perezosos y torpes.---A aquellos que los herejes arrastran con sus predicaciones perversas, consideran que tienen los preceptos de su doctrina como si fueran ciertas vestiduras, y piensan que están vestidos mientras observan lo que ellos han predicado; de los cuales, cuando algunos regresan a la santa Iglesia, sospechan inmediatamente que han perdido las vestiduras de la doctrina. [Vet. III.] Pero, dado que un desnudo no puede ser despojado, debemos preguntarnos cómo es que primero se les menciona como desnudos y luego como despojados. Sin embargo, es necesario saber que todo aquel que disfruta de la pureza del corazón, precisamente porque no tiene el manto de la duplicidad, está desnudo. Y hay algunos entre los herejes que, aunque tienen pureza de corazón, aceptan sin embargo los dogmas perversos de su doctrina. Estos, ciertamente, están

desnudos por su propia pureza, y como vestidos por la predicación de ellos. Y porque tales personas regresan fácilmente a la santa Iglesia, ya que no usan la malicia de la duplicidad, los herejes los confiesan desnudos, a quienes dicen despojados de vestiduras, porque consideran que los simples son perezosos y torpes, aquellos que han perdido sus dogmas perversos.

8. Acusan a la Iglesia de ignorancia cuando hablan de lo desconocido.---Sigue: No diste agua al cansado, y al hambriento le quitaste el pan. Los herejes, al no sostener la solidez de la verdad, a veces se esfuerzan por parecer más locuaces y se glorían contra la fe católica como si tuvieran conocimiento doctrinal; buscan atraer a todos los que ven con discursos perversos, y creen que están haciendo algo vivaz cuando asocian a otros a su perdición. Decimos que están cansados aquellos que se fatigan bajo la carga laboriosa de este mundo. Por eso la Verdad misma dice: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mateo XI, 28). Los herejes, pues, porque no cesan de predicar sus dogmas, se burlan de la santa Iglesia como si fuera ignorante, diciendo: No diste agua al cansado, y al hambriento le quitaste el pan. Creen que dan agua al cansado cuando ofrecen su copa de error a algunos que trabajan bajo el yugo terrenal. Y suponen que no han quitado el pan a los hambrientos, porque incluso cuando se les pregunta sobre lo invisible e incomprensible, responden con audacia orgullosa. Y entonces se creen más sabios que todos cuando presumen hablar de lo desconocido de manera desafortunada. Pero la santa Iglesia, cuando ve a alguien hambriento de lo que no le conviene recibir, o si ya le es conocido, lo suprime modestamente, o si aún parece desconocido, lo confiesa humildemente, y los llama al sentido de la humildad ordenada cuando dice a través de su predicador: No penséis más de lo que conviene pensar, sino pensad con sobriedad (Romanos XII, 3). Y de nuevo: No te ensoberbezcas, sino teme (Romanos XI, 20). Y otra vez: No busques lo que es demasiado alto para ti, ni escudriñes lo que es demasiado fuerte para ti (Eclesiástico III, 22). Y de nuevo: Si encuentras miel, come lo que te basta, no sea que, saciado, la vomites (Proverbios XXV, 15). Encontrar miel es degustar la dulzura del entendimiento santo. Se come suficientemente cuando nuestra inteligencia se mantiene bajo moderación según la medida del sentido. Pues quien, deseando penetrar más de lo que puede, se sacia de miel, la vomita, y pierde aquello de lo que pudo nutrirse. Por tanto, porque la santa Iglesia prohíbe a las mentes débiles investigar lo alto, se dice al bienaventurado Job: Al hambriento le quitaste el pan.

[Vet. IV.] 9. Envidian su grandeza y universalidad.---Y porque los herejes también envidian su grandeza, que en la verdadera fe mantiene universalmente a los pueblos, cuando encuentran un tiempo de prosperidad terrenal, se exceden contra ella con voces altivas, y reprochando revelan cuánto antes envidiaban secretamente su poder. Pues sigue: Con la fortaleza de tu brazo poseías la tierra, y la mantenías poderosísimamente. Como si dijeran abiertamente: Que en tu predicación ocupaste universalmente la tierra, no fue por la razón de la verdad, sino por la potencia de la fortaleza. Porque al ver que los príncipes cristianos sostienen su predicación, sospechan que lo que le es creído por los pueblos no es por la virtud de la rectitud, sino por la causa del poder secular. Sigue:

CAPÍTULO VI.

VERS. 9.---Has dejado a las viudas vacías, y has quebrantado los brazos de los huérfanos.

10. Acusan al que acoge con benevolencia a los maestros de errores que se arrepienten. Las personas que están sujetas a los predicadores heréticos conciben, por una comprensión carnal, las semillas perversas de sus errores y se asocian con ellos en su condenación. Pero cuando la santa Iglesia acoge a estos predicadores de errores, ya sea porque han sido vencidos por la

razón o porque, endurecidos por su perversidad, los restringe bajo el vínculo de su disciplina, los herejes, al ver que las personas quedan sin predicadores, ¿qué otra cosa lamentan de la santa Iglesia sino que las deja viudas y vacías? Y porque, al sustraer a los maestros heréticos, sospechan que sus discípulos se debilitan en su obra, se quejan de que la Iglesia ha quebrantado los brazos de los huérfanos. O ciertamente, porque la santa Iglesia, al acoger a algunos que vienen de los herejes, es evidente que contradice su error anterior. Pues hay algunos que se dedican tanto a la virginidad de la carne que condenan el matrimonio; y hay otros que alaban tanto la abstinencia que detestan a quienes toman los alimentos necesarios. De los cuales se dice por Pablo: "Prohíben casarse, mandan abstenerse de alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias por los fieles" (I Tim. IV, 3). Por lo tanto, porque los aparta de la intención carnal de su superstición, los herejes, al ver que estos viven de manera diferente a como enseñaron, testifican que la Iglesia ha quebrantado sus brazos de la obra que antes sostenían. Por lo tanto, en este tiempo de disciplina, si le ocurre alguna adversidad, sospechan que ha sucedido como una retribución digna de los pecados. Pues se añade:

CAPÍTULO VII.

VERS. 10.---Por eso estás rodeado de lazos, y te turba un miedo repentino.

11. Al que sufre adversidades, le reprochan que son castigos por sus crímenes. --- Aquel que descuida considerar lo que amenaza con venir del juicio del juez que se aproxima, es perturbado por un miedo repentino. Por lo tanto, los herejes creen que el pueblo fiel está oprimido por las culpas de la perfidia, y lo acusan de estar rodeado de lazos. Y como piensan que no prevé lo que está por venir, creen que en su aflicción está perturbado por un miedo repentino. Quienes, aún insultando, añaden:

VERS. 11.---Y pensabas que no verías las tinieblas, y que no serías oprimido por el ímpetu de las aguas inundantes.

Como si dijera abiertamente: Habías propuesto para ti la seguridad de la paz en la esperanza, y por eso te alegrabas de tu presunción como si fuera luz, y nunca pensaste que podrías ser oprimido por tribulaciones. Pero he aquí que, mientras eres afligido por los males que sobrevienen, las mismas tinieblas de las tribulaciones que te oprimen muestran si son rectas las cosas que sostienes. Estas tribulaciones, de hecho, Elifaz las compara con aguas inundantes, porque mientras unas irrumpen sobre otras, como aguas que se hinchan, las olas siguen a las olas. Sigue:

CAPÍTULO VIII [Ant. V].

VERS. 12-14.---¿Acaso piensas que Dios es más alto que el cielo, y que se eleva sobre las cumbres de las estrellas? Y dices: ¿Qué sabe Dios? y juzga como a través de la oscuridad. Las nubes son su escondite, y no considera nuestras cosas, y camina alrededor de los ejes del cielo.

12. Descripción excelsa de la inmensidad y providencia divina. Dios atiende a todos de tal manera que está presente en cada uno.---Hay muchos tan obtusos que no temen sino lo que ven corporalmente. De ahí que no teman a Dios, a quien no pueden ver. Los herejes, sin embargo, porque se consideran sabios, pronuncian palabras de burla contra los católicos, y sospechan que ellos no temen a aquel a quien no pueden ver corporalmente, como si por una

especie de torpeza de los sentidos consideraran a su autor, porque es más alto que el cielo y se eleva sobre las cumbres de las estrellas, incapaz de ver desde lejos; y porque entre nosotros y la sede celestial hay partes aéreas interpuestas, como si, oculto en una nube, juzgara a través de la oscuridad, y atento a las cosas superiores, prestara menos atención a las inferiores; y mientras abarca los ejes del cielo, no viera lo interior. Pero, ¿quién sospecharía tales cosas de Dios, ni siquiera un insensato, quien, siendo siempre Omnipotente, atiende a todos de tal manera que está presente en cada uno; está presente en cada uno de tal manera que nunca falta a todos al mismo tiempo? Pues aunque abandone a algunos pecadores, a esos mismos está presente por juicio, a quienes parece faltar por ayuda. Así rodea lo exterior, que llena lo interior; así llena lo interior que rodea lo exterior; así gobierna lo supremo, que no abandona lo inferior; así está presente en lo inferior, que no se aleja de lo superior; así se oculta en su esencia, que sin embargo se conoce en su operación; así se conoce en su obra, que sin embargo no puede ser comprendido por la estimación del conocedor; así está presente, que no puede ser visto; así no puede ser visto, que sin embargo sus juicios mismos atestiguan su presencia; así se ofrece a nuestro entendimiento, que sin embargo oscurece para nosotros el rayo de su intelecto; y nuevamente así nos reprime con la oscuridad de la ignorancia, que sin embargo a nuestra mente destella con los rayos de su claridad: para que, elevada, vea algo, y, deslumbrada, tiemble; y porque no puede verlo tal como es, lo conozca de alguna manera viviendo. Pero los herejes no estiman que la santa Iglesia sepa estas cosas, porque con juicio necio piensan que solo ellos son sabios. De cuyo tipo aún se añade:

CAPÍTULO IX.

VERS. 15.---¿Acaso deseas guardar el camino de los siglos, que pisaron los hombres inicuos?

13. La senda de Cristo es la humildad, la del mundo es la soberbia.---Así como la senda de nuestro Redentor es la humildad, la senda de los siglos es la soberbia. Por lo tanto, los hombres inicuos pisan la senda de los siglos, porque transitan en la altivez a través de los deseos de esta vida. Sobre estos inicuos se añade aún:

CAPÍTULO X [Ant. VI, Rec. IV].

VERS. 16.---Los que fueron arrebatados antes de su tiempo y el río destruyó su fundamento.

14. Los inicuos nunca mueren antes del tiempo que Dios les ha fijado.---Dado que el tiempo de nuestra vida está sin duda alguna determinado por la presciencia divina, es muy necesario preguntarse cómo se dice ahora que los inicuos son retirados de este mundo antes de su tiempo propio. Porque el Dios omnipotente, aunque a menudo cambia de parecer, nunca cambia de propósito. Así, cada uno es retirado de esta vida en el momento que fue previsto por el poder divino antes de los tiempos. Pero es necesario saber que el Dios omnipotente, al crearnos y ordenarnos, dispone nuestros límites según los méritos de cada uno, de modo que el malvado viva brevemente para no dañar a muchos que obran bien; o que el bueno permanezca más tiempo en esta vida para ser ayuda en las buenas obras de muchos; o que el malvado sea prolongado en la vida para que aumente aún sus malas obras, de las cuales los justos, purificados por la tentación, vivan más verdaderamente; o que el bueno sea retirado más pronto, para que si viviera mucho tiempo aquí, su inocencia no sea corrompida por la malicia. Sin embargo, es necesario saber que la benignidad de Dios es conceder a los pecadores un tiempo para la penitencia. Pero como no utilizan el tiempo recibido para el fruto de la penitencia, sino para el uso de la iniquidad, pierden lo que podrían haber merecido de la misericordia divina. Aunque el Dios omnipotente conoce de antemano el tiempo de la muerte

de cada uno, en el cual su vida termina, nadie puede morir en otro tiempo que no sea aquel en el que muere. Pues si se menciona que a Ezequías se le añadieron quince años a su vida (IV Reg. 20, 6), ciertamente el tiempo de su vida se extendió desde aquel término en el que merecía morir. Porque la disposición divina previó su tiempo en aquel momento en el que posteriormente fue retirado de esta vida presente. Entonces, si es así, ¿qué significa que se dice: Porque los inicuos fueron retirados antes de su tiempo, sino que todos los que aman esta vida presente se prometen a sí mismos períodos más largos de la misma vida? Pero cuando la muerte, sobrevenida, los retira de la vida presente, interrumpe los períodos de vida que solían extenderse en su pensamiento como más largos. De los cuales se dice correctamente: Y el río destruyó su fundamento.

15. El fundamento de los inicuos está en lo terrenal, el de los justos en lo celestial. Los inicuos, al descuidar en su corazón el tránsito hacia lo eterno y no considerar que todas las cosas presentes son fugaces, fijan su mente en el amor a la vida presente y construyen para sí un fundamento como si fuera de larga duración, porque se consolidan en las cosas terrenales por medio del deseo. Así, se describe que Caín fue el primero en construir una ciudad en la tierra (Génesis IV), quien evidentemente se muestra como un peregrino, porque puso su fundamento en la tierra, estando ajeno a la solidez de la patria eterna. En efecto, el peregrino de las alturas puso su fundamento en lo más bajo, al colocar la estación de su corazón en el deleite terrenal (San Agustín, libro XV de La Ciudad de Dios, cap. 17 y 19). Por eso, en su descendencia, Enoch, que se interpreta como dedicación, nace primero; mientras que en la progenie de los elegidos, se recuerda que Enoch fue el séptimo, porque los réprobos se dedican a sí mismos edificando en esta vida que es anterior, mientras que los elegidos esperan la dedicación de su edificación al final de los tiempos, es decir, en el séptimo. Puedes ver a muchos pensar solo en lo temporal, buscar honores, ansiar cosas ambiciosas, sin buscar nada después de esta vida. ¿Qué hacen estos sino dedicarse en la primera generación? Puedes ver a los elegidos no buscar la gloria presente, soportar la pobreza con gusto, sufrir los males del mundo con ecuanimidad, para poder ser coronados al final. Para los elegidos, Enoch nace en la séptima generación, porque buscan la dedicación de su gozo en la gloria de la retribución final. Y dado que con el paso diario del tiempo, la mortalidad de esta vida presente se desvanece, y la dedicación de los réprobos los destruye al sustraerlos, se dice correctamente de los inicuos: Y el río subvirtió su fundamento. Es decir, el mismo curso de la mutabilidad socava en ellos el estado de la construcción perversa. Sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 17.---Que decían a Dios: Apártate de nosotros.

16. ¿Quién podría dudar que también el bienaventurado Job dijo esto? Sin embargo, evitamos repetir lo que hemos expuesto en sus dichos, para no causar tedio al lector. Sigue:

IBID.---Y lo consideraban como si el Omnipotente no pudiera hacer nada.

En este también el discurso, y no se cambia la sentencia. Pues lo que fue dicho por el bienaventurado Job: ¿Quién es el Omnipotente, para que le sirvamos? (Job XXI, 15), esto es dicho por Elifaz: Y lo estimaban como si el Omnipotente no pudiera hacer nada. Sigue:

CAPÍTULO XII [Ant. VII].

VERS. 18.---Cuando él llenó sus casas de bienes.

17. Dios también colma de beneficios a los malos. ¿Con qué propósito?---El Señor llena las casas de los malvados con bienes, porque no niega sus dones ni siquiera a los ingratos, para que o bien se avergüencen de la bondad del Creador y regresen a la bondad; o bien, si desprecian regresar de cualquier modo, sean castigados más severamente allí, porque aquí devolvieron mal por los generosos bienes de Dios, de modo que entonces los castigos más duros los castiguen, ya que aquí ni siquiera los dones vencieron su malicia. Sigue:

IBID.---Lejos esté de mí su opinión.

Otra es la sentencia, otro el consejo.---Esto también fue dicho por el bienaventurado Job. Pues dice: Que su consejo esté lejos de mí (Job 21, 16), aunque se pueda entender que la sentencia es una cosa y el consejo otra. La sentencia, en efecto, está en la boca, el consejo en el pensamiento. Así pues, mientras Elifaz deseó estar lejos de la sentencia de los malvados, el bienaventurado Job deseó estar lejos de su consejo, es evidente que aquel desea ser diferente en las palabras de los malvados, y este incluso en el pensamiento. Sigue:

CAPÍTULO XIII [Rec. VI.]

VERS. 19.---Verán los justos y se alegrarán, y el inocente se burlará de ellos.

18. Los justos ahora se consumen por los pecados de los inicuos, pero algún día se alegrarán de su destrucción. Los justos, al ver aquí a los injustos errar, no pueden alegrarse del error de los que perecen. Pues si se alegran de los errores, no son justos. De nuevo, si se alegran por insulto al no ser como aquellos que ven errar, son completamente soberbios. Por eso el fariseo perdió la justificación, porque se enaltecía sobre los méritos del publicano, diciendo: "Te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, o como este publicano" (Lucas 18, 11). De nuevo, si decimos que los justos pueden exultar con perfecto gozo por la muerte de los malvados, ¿qué tipo de gozo es en este mundo la venganza de los pecadores, donde aún es incierta la vida de los justos? Distingamos, pues, los tiempos de temor y de exultación. Ahora los justos ven a los injustos y se consumen por su maldad. Y cuando los ven ser heridos, también se vuelven sospechosos de su propia vida. ¿Cuándo, entonces, verán los justos la destrucción de los inicuos y se alegrarán, sino cuando se adhieran con perfecta seguridad de exultación al juicio estricto, cuando en ese juicio final contemplen la condenación de ellos, y ya no tengan nada que temer por sí mismos? Ahora, pues, miran a los réprobos y gimen; entonces los mirarán y se burlarán, porque los despreciarán con exultación, a quienes ahora no pueden ver sin gemir cometiendo iniquidades, ni sin temor ver morir por la iniquidad. Por lo tanto, por lo que se añade, se muestra que se habla de su condenación final; pues inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XIV [Rec. VII.]

VERS. 20. ¿Acaso no ha sido cortada su altivez y el fuego ha devorado sus restos?

19. Ahora los malvados prosperan, aunque en algún momento serán cortados y castigados tanto en la carne como en el alma. Pues los inicuos se levantan, porque se exaltan en acciones perversas, ya que actúan de manera torcida y, sin embargo, no son castigados por sus actos perversos. Pecan y prosperan, aumentan sus pecados y multiplican los bienes terrenales. Pero su elevación será cortada cuando sean llevados de la vida presente a la destrucción, o de la presencia del juez eterno al fuego eterno del infierno. Aunque aquí dejan su carne muerta,

también la recibirán en la resurrección, para que ardan con la carne en la que pecaron. Pues así como su culpa estuvo en la mente y en el cuerpo, así su castigo será igualmente en el alma y en la carne. Por lo tanto, ya que ni siquiera esto que aquí dejan muerto estará libre del tormento, con razón se dice ahora: El fuego devoró sus restos. Sigue:

CAPÍTULO XV [Ant. VIII].

VERS. 21, 22.---Acéptalo, pues, y ten paz, y por ello tendrás los mejores frutos. Recibe de su boca la ley, y pon sus palabras en tu corazón.

20. La soberbia y presunción de los herejes.---La culpa de la soberbia es enseñar al que es mejor, lo cual a menudo perpetran los herejes, quienes presumen de enseñar a los católicos sobre aquello en lo que erróneamente creen. Pues piensan que están obedeciendo a Dios si logran que otros consientan en sus perversidades. Y prometen paz a quienes consienten, porque dejan de disputar contra aquellos que están de acuerdo con ellos. Además, prometen los mejores frutos a quienes les consienten, porque consideran que solo aquellos que se adhieren a sus doctrinas realizan buenas obras. Esto se ajusta a lo que se añade: Recibe de su boca la ley. Porque sospechan que lo que ellos sienten procede de la boca de Dios: Y pon sus palabras en tu corazón. Como si abiertamente afirmaran, diciendo: Lo que hasta ahora has tenido en la boca, y no en el corazón. Pues como rechaza sus perversas doctrinas, lo acusan de tener las palabras de Dios no en el sentido, sino en la apariencia. Por lo tanto, bajo una especie de dulzura, infunden el veneno de su persuasión pestilente, para que adviertan a la Iglesia a poner las palabras de Dios en su corazón. Si alguna vez hubieran salido de su corazón, de ellos no escucharía tales cosas. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 23.---Si te vuelves al Omnipotente, serás edificado, y alejarás la iniquidad de tu tabernáculo.

21. Quien se vuelve a Dios después de los pecados, es purificado en pensamiento y obra. Los herejes piensan que el pueblo fiel se ha alejado de Dios, porque lo ven resistir a sus predicaciones. Cuando lo ven afligido por males presentes, intentan atraerlo a la gracia del Creador mediante la advertencia, diciendo: Si te vuelves al Omnipotente, serás edificado. Como si dijera abiertamente: Porque al resistir nuestros dogmas te alejaste del Señor, por eso has sido destruido de la edificación de la justicia. A veces tomamos el tabernáculo como la morada del cuerpo, y otras veces como la morada del corazón. Pues así como habitamos en el cuerpo con el alma, así habitamos en la mente con los pensamientos. La iniquidad, por tanto, en el tabernáculo de la mente, es la intención perversa en el estudio del pensamiento, y la iniquidad en el tabernáculo del cuerpo es la acción carnal mediante la ejecución de la obra. Elifaz, siendo amigo del hombre bendito, percibiendo algunas verdades, y sin embargo, en aquellas en las que se desvía de la rectitud, manteniendo la apariencia de los herejes, creyó erróneamente que el bendito Job había errado, al verlo golpeado, y le promete que si se vuelve al Omnipotente, diciendo: Alejarás la iniquidad de tu tabernáculo, como si dijera claramente: Quienquiera que se vuelva a Dios después de los errores, es purificado en pensamiento y obra. Sigue:

CAPÍTULO XVII [Ant. IX, Rec. VIII].

VERS. 24.---Dará por tierra pedernal, y por pedernal torrentes de oro.

22. Los enfermos, al ser sanados por Dios, se vuelven fuertes y brillan con su enseñanza para los demás. ¿Qué significa la tierra sino la debilidad de la acción? ¿Qué representa la dureza del pedernal sino la fortaleza? ¿Qué entendemos por los torrentes dorados sino la doctrina de la claridad interior? Sin embargo, el Dios Omnipotente da a los que se convierten a Él, en lugar de tierra, pedernal, porque en lugar de una acción débil, les concede la fortaleza de una obra robusta. También da, en lugar de pedernal, torrentes dorados, porque en lugar de una obra robusta, multiplica la doctrina de una predicación clara, para que cada pecador convertido pueda pasar de ser débil a fuerte, y en su fortaleza se eleve hasta pronunciar palabras de claridad interior, de modo que en él la debilidad de la acción, en la que parece disolverse, se solidifique con la fortaleza de vivir bien; y nuevamente, cuando el sentido se extrae de la vida, de esa misma fortaleza fluyan torrentes dorados, porque en la boca de los que viven bien, la claridad de la doctrina inunda. Sigue:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 25. Y el Omnipotente será contra tus enemigos, y la plata se acumulará para ti.

23. Dios, al ahuyentar a los enemigos, nos enriquece con la plata de su divino verbo. ¿Qué otros enemigos sufrimos más que los espíritus malignos, que nos asedian en nuestros pensamientos para poder irrumpir en la ciudad de nuestra mente y mantenerla cautiva bajo el yugo de su dominio? El salmista testifica que las sagradas escrituras están designadas con el nombre de plata, cuando dice: Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego de la tierra (Salmo XI, 7). Y a menudo, cuando nos dedicamos a las sagradas escrituras, soportamos más gravemente las insidias de los espíritus malignos, porque esparcen el polvo de pensamientos terrenales sobre nuestra mente, para oscurecer los ojos de nuestra intención de la luz de la visión interior. Esto, sin duda, lo había soportado el salmista cuando decía: Apartaos de mí, malignos, y escudriñaré los mandamientos de mi Dios (Salmo CXVIII, 115). Evidentemente insinuando claramente que no podía escudriñar los mandamientos de Dios mientras soportaba las insidias de los espíritus malignos en su mente. Esto también lo reconocemos designado en la obra de Isaac bajo la perversidad de los filisteos, quienes llenaban de tierra los pozos que Isaac había cavado (Génesis XXVI, 15). Sin duda, nosotros cavamos estos pozos cuando penetramos profundamente en los sentidos ocultos de la Sagrada Escritura. Sin embargo, los filisteos los llenan secretamente cuando los espíritus impuros nos imponen pensamientos terrenales mientras nos dirigimos hacia lo alto, y casi nos quitan el agua de la ciencia divina encontrada. Pero como nadie supera a estos enemigos con su propia fuerza, se dice por Elifaz: Y el Omnipotente será contra tus enemigos, y la plata se acumulará para ti. Como si se dijera abiertamente: Cuando el Señor haya repelido de ti a los espíritus malignos con su poder, el talento luminoso del divino verbo crecerá en tu interior. Sigue:

CAPUT XIX [Vet. X, Rec. IX].

VERS. 26.---Entonces te deleitarás en el Omnipotente.

24. Se deleitan aquellos que saben discernir los múltiples sentidos en las Sagradas Escrituras.---Deleitarse en el Omnipotente es saciarse en el banquete del amor de esa Sagrada Escritura. En cuyas palabras, ciertamente, encontramos tantas delicias como diversidades de entendimiento recibimos para nuestro provecho, de modo que a veces nos alimenta la historia desnuda, a veces nos refresca profundamente la alegoría moral velada bajo el texto de la letra, y a veces la contemplación nos eleva a lo más alto, brillando ya en las tinieblas de la vida

presente con la luz de la eternidad. Y es de saber que quien se deleita se disuelve en una especie de relajación de sí mismo, y se libera del estudio del trabajo como por un cansancio, porque ciertamente cuando el alma comienza a abundar en delicias internas, ya no consiente en dedicarse a las obras terrenales; sino que, capturada por el amor del Creador, y ya libre en su cautiverio, suspira desfalleciendo por contemplar su belleza, y como si se debilitara, se fortalece, porque mientras ya no puede llevar cargas sucias, se apresura en reposo hacia aquel a quien ama en su interior. De aquí también está escrito en la admiración de la esposa: ¿Quién es esta que sube del desierto deleitándose? (Cant. VIII, 5). Porque ciertamente la santa Iglesia no podría ascender a lo alto desde el desierto de la vida presente si no se deleitara en las palabras de Dios. Por lo tanto, se deleita y asciende, porque mientras se alimenta de inteligencias místicas, se eleva diariamente a contemplar las cosas celestiales. De aquí también dice el Salmista: Y la noche será mi iluminación en mis delicias (Sal. CXXXVIII, 11), porque mientras la mente estudiosa se refresca por el entendimiento místico, ya en ella la oscuridad de la vida presente se ilumina con el resplandor del día siguiente, de modo que incluso en la oscuridad de esta corrupción, la visión de aquella luz futura irrumpe en el entendimiento, y alimentada por las delicias de las palabras, aprende al probar qué debe desear del alimento de la verdad. Sigue:

CAPÍTULO XX.

IBID.---Y elevarás tu rostro hacia Dios.

25. Levantar el rostro hacia Dios es elevar el corazón purificado por la penitencia para investigar lo divino. Levantar el rostro hacia Dios es elevar el corazón para investigar lo sublime. Pues así como somos conocidos y visibles para los hombres a través del rostro del cuerpo, de igual manera somos conocidos y visibles para Dios a través de la imagen interior. Sin embargo, cuando estamos oprimidos por la culpa, tememos levantar el rostro de nuestro corazón hacia Dios. Porque cuando no hay confianza en las buenas obras, la mente suprema tiembla al mirar, ya que la propia conciencia la acusa. Pero cuando la culpa se disuelve con los lamentos de la penitencia, y se lamentan los actos cometidos de tal manera que no se vuelvan a cometer, nace una gran confianza en la mente, y el rostro de nuestro corazón se eleva para contemplar las alegrías de la recompensa celestial. Pero Elifaz diría esto correctamente si aconsejara al débil. Sin embargo, cuando desprecia al hombre justo por los azotes, ¿qué otra cosa hace sino pronunciar palabras de sabiduría sin conocimiento? Si llevamos estas palabras al tipo de los herejes, ellos mismos nos prometen falsamente levantar el rostro hacia Dios. Como si dijeran abiertamente al pueblo fiel: Mientras no sigas nuestra predicación, oprimes el corazón en los débiles. Pero como Elifaz aconsejó al bienaventurado Job que se volviera hacia Dios, de quien este hombre bienaventurado nunca se apartó, aún añade prometiendo:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 27.---Le pedirás, y te escuchará.

26. En vano ruegan a Dios quienes desprecian sus mandamientos. En efecto, ruegan al Señor, pero no merecen ser escuchados, aquellos que desprecian los mandamientos del Señor que ordena. Por eso está escrito: "El que aparta su oído para no escuchar la ley, su oración será abominable" (Prov. XXVIII, 9). Mientras Elifaz creyó que el bienaventurado Job no era escuchado, sin duda juzgó que había errado en su conducta. Por eso añade:

IBID.---Y cumplirás tus votos.

[Vet. XI.] Quien ha hecho votos, pero no puede cumplirlos debido a la debilidad, sufre la pena del pecado de tal manera que se le quita la capacidad de hacer el bien que desea. Sin embargo, cuando ante el juicio del juez interior se elimina la culpa que lo impide, sucede inmediatamente que la posibilidad sigue al voto. Sigue:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 28.---Decidirás una cosa, y te será concedida.

27. Falsos juicios de los hombres sobre las adversidades y prosperidades.---Es propio del juicio de los débiles pensar que alguien es justo en la medida en que lo ven obtener todo lo que desea. Sin embargo, sabemos que a veces los bienes terrenales se les quitan a los justos y se les otorgan generosamente a los injustos, porque los médicos también ordenan dar todo lo que piden a los enfermos desahuciados, y niegan lo que desean a aquellos que prevén que pueden ser devueltos a la salud. Pero si Elifaz dijo esto refiriéndose a los dones espirituales, es necesario saber que la cuestión se decide y se realiza cuando la virtud que se desea, con el favor de Dios, también prospera en efecto. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XXIII [Rec. X].

IBID.---Y en tus caminos brillará la luz.

28. Esplendor admirable de la virtud.---En los caminos de los justos, el resplandor de la luz se manifiesta al esparcir, a través de las obras admirables de las virtudes, señales de su claridad, de modo que, adondequiera que se dirijan con su intención, disipen la noche del pecado de los corazones de los que los observan, y con el ejemplo de su obra, infundan en ellos la luz de la justicia. Pero por grande que sea la justicia de la obra, ante el juez interno no es nada, si la hincha el orgullo de la mente. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 29.---Porque el que se humillare, será en gloria; y el que inclinare sus ojos, él mismo será salvado.

29. Recomendación de la humildad.---Esta sentencia, ciertamente, no discrepa de la boca de la Verdad que dice: Todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado (Luc. XIV, 11). Por eso también se dice por medio de Salomón: Antes de ser quebrantado, se ensalza el corazón del hombre; y antes de ser glorificado, se humilla (Prov. XVIII, 12). Con razón se dice: El que inclina sus ojos, él mismo será salvado, porque, en la medida en que puede ser percibido por el ministerio de los miembros, la primera manifestación de la soberbia suele estar en los ojos. De ahí que esté escrito: Y humillarás los ojos de los soberbios (Sal. XVII, 28). De ahí que se diga del mismo jefe de los soberbios: Todo lo sublime ve (Job XLI, 25). De ahí que esté escrito sobre aquella que se adhirió a él por la infidelidad: Generación cuyos ojos son altivos, y sus párpados levantados hacia lo alto (Prov. XXX, 13). Inclinare los ojos, por tanto, es no despreciar a nadie al mirar, sino considerarse menor e inferior a todos los que se observa. Será salvado, por lo tanto, quien inclina sus ojos, porque quien abandona la falsa cima de la soberbia, asciende a la altura de la verdad. Sigue:

CAPÍTULO XXV.

VERS. 30.---El inocente será salvado, y será salvado por la pureza de sus manos.

30. La necesidad de la gracia preveniente, que debe acompañar y seguir al libre albedrío.--- Esta sentencia, si se refiere a la retribución del reino celestial, está sostenida por la verdad, porque cuando está escrito sobre Dios: "Él retribuirá a cada uno según sus obras" (Rom. II, 6), en el juicio final, la justicia del juez eterno salva a aquel a quien aquí su piedad libera de obras impuras. Pero si se cree que alguien es salvado aquí por la pureza de sus propias manos, para hacerse inocente por sus propias fuerzas, sin duda se está en error, porque si la gracia celestial no precede al culpable, nunca encontrará a quien recompensar como inocente. Por eso, con la voz verídica de Moisés se dice: "Nadie es inocente por sí mismo ante ti" (Éxodo XXXIV, 7). Por lo tanto, la piedad celestial actúa primero en nosotros sin nosotros, para que, con nuestro libre albedrío siguiéndola, el bien que ya deseamos lo realice con nosotros, lo cual, sin embargo, en el juicio final recompensa en nosotros por la gracia otorgada, como si hubiera procedido solo de nosotros. Porque la bondad divina nos precede para hacernos inocentes, Pablo dice: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (I Cor. XV, 10). Y porque nuestro libre albedrío sigue a esa misma gracia, añade: "Y su gracia no ha sido en vano en mí, sino que he trabajado más que todos ellos". Al ver que no era nada por sí mismo, dice: "No yo". Y sin embargo, porque se encuentra siendo algo con la gracia, añade: "Sino la gracia de Dios conmigo". No diría "conmigo" si el libre albedrío no siguiera a la gracia preveniente. Por lo tanto, para mostrar que no es nada sin la gracia, dice: "No yo". Pero para demostrar que ha obrado con la gracia a través del libre albedrío, añade: "Sino la gracia de Dios conmigo". Así, la pureza de sus manos salvará al inocente, porque quien aquí es prevenido con el don de hacerse inocente, cuando es llevado al juicio, es recompensado por su mérito. Todo esto, como se ha dicho, Elifaz lo expresó correctamente, aunque no sabía a quién se lo decía, porque no debía enseñar a alguien mejor, sino escuchar. Sin embargo, todo esto concuerda con las promesas de los herejes, quienes, al encontrar a los fieles afligidos en esta vida presente, los consideran golpeados por la culpa de la perfidia, y si siguen sus doctrinas, les prometen la salvación de la inocencia por la pureza de las buenas obras. Pero la mente de los fieles los desprecia tanto más cuanto no ve en ellos la inocencia que prometen. Por eso, bien se dice por Salomón: "En vano se tiende la red ante los ojos de los que tienen alas" (Prov. I, 17). Los espíritus buenos son alados, que al volar hacia lo alto por la esperanza de la verdad, evitan las redes de engaño de los hombres perversos. Sigue:

CAPÍTULO XXVI [Rec. XI].

CAPÍTULO XXIII, VERS. 1, 2.---Respondió Job y dijo: Ahora también mi discurso está en amargura, y la mano de mi aflicción se ha agravado sobre mi gemido.

31. La consolación desordenada aumenta el dolor.---A su manera, el bienaventurado Job comienza con palabras más claras, pero concluye sus dichos con una profunda prosecución del misterio. En efecto, el dolor del afligido debería haber sido aliviado por la consolación de los amigos; pero como la consolación se convirtió en halagos engañosos, el dolor del afligido se intensificó. Porque, en verdad, Elifaz no temió prometer mejores cosas al converso, como si de un medicamento nocivo se tratara, la herida creció. Por eso se dice acertadamente: Ahora también mi discurso está en amargura, y la mano de mi llaga se ha agravado sobre mi gemido, porque evidentemente la intención de la consolación desordenada multiplicó el golpe que debía disminuir. En estas palabras, ciertamente, se expresa también el dolor de los fieles de la santa Iglesia, quienes gimen aún más al ver a los malos halagar, quienes, según la voz

de Pablo: Con dulces palabras y bendiciones seducen los corazones de los inocentes (Rom. XVI, 18).

32. [Vet. XIII.] Las mentes de los fieles no saben estar sin amargura. Estas palabras también se refieren adecuadamente a la consideración más sutil de la mente de los fieles, que no saben estar sin amargura, incluso si en este mundo parecen prosperar. Cuando les ocurre la adversidad, el dolor que encuentran se duplica. Por eso se dice correctamente: Ahora también mi discurso está en amargura, para mostrar abiertamente que la mente de los elegidos no ha estado sin amargura ni siquiera en la prosperidad. Bien se dice: Y la mano de mi herida se ha agravado sobre mi gemido. La mano de la herida es la fuerza del golpe. Los elegidos consideran su primer golpe, porque están separados de la visión de su Creador, porque no disfrutaban de la claridad de la iluminación íntima, sino que gimen relegados en el exilio de la vida presente, como en un lugar de ceguera. Siempre tienen en esta mano de la herida su gemido. Pero cuando aún les suceden adversidades en esta vida, la mano de su herida se agrava también sobre su gemido. Había gemido de la herida incluso cuando faltaban las adversidades de la vida presente. Pero la amargura del primer golpe también crece por la tentación de la adversidad. Por lo tanto, dice: Y la mano de mi herida se ha agravado sobre mi gemido: porque la adversidad no golpea alegremente a cualquier justo en esta vida, sino que multiplica en él el dolor de la herida. Sin embargo, por el admirable gobierno del Dios omnipotente, cuando en este mundo la mente del justo sufre más por las adversidades, más anhela contemplar el rostro de su Creador. Por eso aquí se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XII].

VERS. 3.---¿Quién me concederá que lo conozca y lo encuentre, y que llegue hasta su trono?

33. Ardor de los elegidos que desean disfrutar de la presencia de Dios.---Cada elegido, si no hubiera conocido a Dios, ciertamente no lo amaría. Pero una cosa es conocer por la fe, y otra por la visión; una cosa es encontrar por la credulidad, otra por la contemplación. De lo cual se deduce que todos los elegidos anhelan ver también en visión a aquel que conocieron por la fe. Arden con el amor de Él, porque ya degustan la dulzura de su suavidad en la certeza misma de su fe. Esto lo representa bien aquel que fue sanado de los demonios en la región de los Gerasenos, quien desea irse con Jesús; pero el maestro de la salvación le dice: Vuelve a tu casa y cuenta cuántas cosas ha hecho Dios por ti (Luc. VIII, 39). Al amante se le impone aún una demora, para que el mérito de la retribución se incremente por el deseo del amor diferido. Así, Dios omnipotente se nos hace dulce en los milagros, y sin embargo permanece oculto en su excelsitud, para que, mostrando algo de sí mismo, nos encienda en su amor con una inspiración oculta, y sin embargo, al ocultar la gloria de su Majestad, aumente la fuerza de su amor por el ardor del deseo. Pues si el hombre santo no buscara ver a Dios en su Majestad, ciertamente no añadiría: Y vendré hasta su trono [Vet. XIV]. ¿Qué es el trono de Dios, sino aquellos espíritus angélicos que, según el testimonio de la Escritura, son llamados tronos? Quien, por tanto, desea llegar hasta el trono de Dios, ¿qué otra cosa anhela sino estar entre los espíritus angélicos, para no soportar ya los momentos defectuosos de los tiempos, sino elevarse a la gloria permanente en la contemplación de la eternidad?

34. Los elegidos veneran los juicios ocultos de Dios.---Sin embargo, estas palabras también son apropiadas para los justos que aún viven en esta vida. Pues cuando ven que algo se realiza en contra de su voluntad y deseo, recurren a los juicios ocultos de Dios, para ver en ellos que no se dispone desordenadamente en el interior lo que parece correr desordenado en el exterior. Porque cuando contemplan con los ojos de la fe al Creador de todo, que preside

sobre los espíritus angélicos, ciertamente llegan a su trono. Y al considerar que aquel que gobierna maravillosamente a los ángeles no dispone injustamente a los hombres, de hecho encuentran razones causales de cuán justas son, aunque las mismas causas parezcan injustas externamente; y mientras lo hacen humildemente, a menudo se reprenden a sí mismos en su propia voluntad, a veces juzgan sus propios deseos, al considerar que son mejores las disposiciones del Creador. Por lo tanto, bien se añade:

CAPÍTULO XXVIII [Rec. XIII].

VERS. 4.---Pondré delante de él mi juicio, y mi boca llenaré de reproches.

35. De la consideración de los juicios ocultos de Dios, los elegidos son incitados al arrepentimiento.---Poner el juicio ante Dios es abrir los ojos de nuestra consideración dentro del secreto de la mente, mediante la contemplación de la fe, al temible examen de Su majestad, observar lo que merece el hombre pecador, y considerar cuán terrible aparecerá después el juez que ahora es oculto y silencioso. De esto se trata para que el alma sea llevada más sutilmente al conocimiento de sí misma, y cuanto más ve a su juez oculto como terrible, más se angustia temerosamente por sus acciones. Tiembla ansiosamente, persigue sus culpas con lamentos, se reprende con arrepentimiento, recordando cómo ha sido. Por lo tanto, ahora también, después de haber dicho: Pondré el juicio ante él, correctamente se añade: Llenaré mi boca de reproches. Porque quien pone el juicio ante sí en la presencia de Dios, llena su boca de reproches, ya que mientras contempla el sutil examen del temible juez contra sí mismo, se persigue con la invectiva del amargo arrepentimiento. Sin embargo, a menudo, cuando descuidamos considerar nuestras culpas, ignoramos qué reproche de ellas seguirá en el juicio; pero cuando las perseguimos con arrepentimiento, descubrimos lo que el juez puede decirnos sobre ellas en su examen. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 5.---Para que sepa las palabras que me responderá, y entienda lo que me diga.

36. Los juicios ocultos de Dios, cuando los elegidos los temen, los evitan.---Pues entonces lamentamos las culpas cuando comenzamos a reflexionar sobre ellas. Pero reflexionamos más sutilmente cuando lamentamos con más preocupación, y de los lamentos en nuestro corazón nace más plenamente lo que la severidad divina amenaza a los pecadores, cuáles serán los reproches de los réprobos, qué terror, qué implacable aversión de la Majestad. Pues tanto dirá entonces el Señor, airado a los réprobos, cuanto les haya permitido sufrir con equidad. Sin duda, las palabras de esa justa retribución, mientras ahora las temen con preocupación, las evitan. Pero, ¿quién podrá ser hallado justo en ese juicio, si Dios examina la vida de los hombres según la Majestad de su fortaleza? Por tanto, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XXX [Ant. XV, Rec. XIV].

VERS. 6.---No quiera contender conmigo con gran fortaleza; ni me oprima con el peso de su grandeza.

37. Temiendo la fortaleza de Dios, desean la debilidad en la humanidad asumida. En efecto, la mente de cualquier justo, si es juzgada estrictamente por el Señor omnipotente, se ve oprimida por el peso de su grandeza. En estas palabras, ciertamente, también se debe entender que el hombre santo, al evitar la fortaleza de Dios, ¿qué otra cosa desea sino su

debilidad? Y está escrito: Lo que es debilidad de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25). Por lo tanto, añade inmediatamente:

VERS. 7.---Proponga la equidad contra mí, y mi juicio llegará a la victoria.

¿Quién sino el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), es designado con el nombre de equidad? De quien está escrito: Él se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios y justicia (I Cor. I, 30). Esta justicia, al venir al mundo contra los caminos del pecado, vencemos al antiguo enemigo, por quien éramos mantenidos cautivos. Que diga, pues: No quiero que con mucha fortaleza contienda conmigo, ni que el peso de su grandeza me oprima; que presente la equidad contra mí, y mi juicio llegará a la victoria. Es decir, que envíe al Hijo encarnado para refutar mis caminos, y entonces excluiré victorioso al adversario que acecha mediante el juicio de mi absolución. Pues si el Hijo unigénito de Dios permaneciera invisible en la fortaleza de su divinidad, sin asumir nada de nuestra debilidad, ¿cuándo podría el hombre débil encontrar acceso a su gracia? El peso de su grandeza considerada nos oprimiría más que ayudarnos. Pero el fuerte sobre todas las cosas apareció débil entre todas, para que, al adaptarse a nosotros por la debilidad asumida, nos elevara a su fortaleza permanente. En su altura, su divinidad no podía ser aprehendida por nosotros, como pequeños que somos, pero se inclinó hacia los hombres a través de la humanidad, y como si ascendieramos sobre alguien caído; se levantó, y fuimos elevados. Por lo cual, también se añade inmediatamente aquello por lo que se demuestra la divinidad invisible e incomprensible. Pues sigue:

CAPÍTULO XXXI [Rec. XV].

VERS. 8, 9.---Si voy hacia el Oriente, no aparece; si hacia el Occidente, no lo comprendo; si a la izquierda, ¿qué haré? no lo alcanzaré; si me vuelvo a la derecha, no lo veré.

38. Dios invisible e incomprensible, no debe ser buscado en parte, sino en todas partes.---El Creador de todo no está en parte, porque está en todas partes. Y se encuentra menos cuando se busca en parte a aquel que está completamente en todas partes. Pues el espíritu incircunscrito contiene todo dentro de sí mismo, y sin embargo, rodea llenando, llena rodeando, sostiene trascendiendo y trasciende sosteniendo. Bien se ha dicho: Si voy al Oriente, no aparece; si al Occidente, no lo entenderé; si a la izquierda, ¿qué haré? no lo alcanzaré; si me vuelvo a la derecha, no lo veré; inmediatamente añade: Él conoce mi camino. Como si dijera abiertamente: No puedo ver al que me ve, y no puedo contemplar al que me observa sutilmente; para mostrar que debe ser temido con más cautela cuanto menos visible es. Pues quien nos observa de tal manera que no puede ser observado por nosotros, debe ser temido más cuanto más ve todo y menos es visto. Cuando creemos que alguien se esconde en emboscadas contra nosotros, más lo tememos cuanto menos lo vemos. Y cuando no detectamos sus emboscadas donde están, las tememos donde no están. Nuestro Creador, que está completamente en todas partes, y viendo todo no es visto, debe ser temido más cuanto más permanece invisible, y se ignora cuándo y qué decide sobre nuestros actos. Sin embargo, estas palabras pueden entenderse de otra manera. Vamos al Oriente cuando elevamos la mente en la consideración de su majestad. Pero no aparece, porque tal como es en su naturaleza, no puede ser visto por el pensamiento mortal. Si al Occidente, no lo entenderé. Vamos al Occidente cuando el ojo del corazón, elevado en Dios, es reflejado por la inmensidad de la luz, y nos volvemos a nosotros mismos, y cansados aprendemos que lo que buscábamos está muy por encima de nosotros, y considerando nuestra mortalidad, nos descubrimos indignos aún de poder ver al inmortal. Si a la izquierda, ¿qué haré? no lo

alcanzaré. Ir a la izquierda es consentir en las delectaciones de los pecados. Y ciertamente está claro que no puede alcanzar a Dios quien aún yace en la delectación del pecado por la izquierda. Si me vuelvo a la derecha, no lo veré. Sin duda, se vuelve a la derecha quien se eleva por las virtudes. Pero no puede ver a Dios quien se alegra con alegría privada de sus buenas acciones, porque en él el ojo del corazón es oprimido por el tumor de la soberbia. Por eso bien se dice en otro lugar: No te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda (Deut. XVII, 11). En todas estas cosas, el alma a menudo se examina a sí misma, pero no puede comprenderse completamente. Por eso aquí se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 10.---Él, en verdad, conoce mi camino.

39. Dios examina los caminos de los justos y los pone a prueba.---Como si dijera claramente: Yo me examino rigurosamente y no puedo conocerme perfectamente; y, sin embargo, Aquel a quien no puedo ver, ve sutilmente todo lo que hago. Sigue:

Y me probará como el oro que pasa por el fuego.

El oro en el horno avanza hacia la claridad de su naturaleza al perder sus impurezas. Así como el oro que pasa por el fuego, son probadas las almas de los justos, a quienes, por la quema de la tribulación, se les quitan los vicios y se les aumentan los méritos. No fue por soberbia que el santo varón se comparó al oro en la tribulación, porque, habiendo sido llamado justo por la voz de Dios antes de los castigos, no fue permitido que fuera probado para purgar vicios en él, sino para que crecieran sus méritos, ya que el oro es purificado por el fuego. Por lo tanto, se estimó a sí mismo menos de lo que era, al creer que debía ser purificado al ser entregado a la tribulación, cuando en realidad no tenía nada que purgar en sí mismo.

40. Los justos, por muy humildes que sean, no ignoran sus buenas obras.---Es necesario saber que, aunque el alma de los justos tenga pensamientos humildes sobre sí misma, sin embargo, reconocen cuán rectas son las acciones que realizan, pero no presumen de su rectitud: Por eso se añade: Mis pies han seguido sus huellas: he guardado su camino, y no me he desviado de él. No me aparté de los mandamientos de sus labios, y en mi seno escondí las palabras de su boca. Pero en todo esto, veamos si se considera a sí mismo como algo. Sigue: Porque solo Él es [Rec. XVI]. Con esta sentencia añadida, muestra que en todos los bienes que había hecho, no creía ser nada. Pero repitiendo estas mismas palabras anteriores, las resumamos como podamos.

CAPÍTULO XXXIII.

517. VERS. 11.---Mi pie ha seguido sus huellas.

41. La longanimidad y piedad de Dios nos unen. Ejemplos de Cristo a seguir.---Porque las operaciones de Dios, que observamos, son como ciertos pasos suyos, por los cuales se gobierna tanto al bueno como al malo, se disponen los justos e injustos en sus órdenes, y se conduce diariamente al sometido hacia lo mejor, mientras se tolera al adverso que cae hacia lo peor. De estos pasos, el Profeta decía: Han sido vistos tus pasos, Dios (Salmo 67, 25). Así, cuando contemplamos la virtud de su longanimidad y piedad, y nos esforzamos por imitarla, ¿qué otra cosa hacemos sino seguir las huellas de sus pasos, porque imitamos ciertos

extremos de su operación? La Verdad nos exhortaba a imitar estas huellas de su Padre cuando decía: Orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos (Mateo 5, 45; Lucas 6, 28). [Vet. XVII.] Sin embargo, el bienaventurado Job, que ya había dicho con fe cierta: Sé que mi Redentor vive, y que al final se levantará sobre el polvo (Job 19, 25), puede así contemplar en la futura operación de la sabiduría encarnada, como nosotros vemos por la fe las obras pasadas de esa misma sabiduría, que el Mediador entre Dios y los hombres fue benigno para dar, humilde para soportar, paciente para ofrecer ejemplo. Cuando el bienaventurado Job, lleno del espíritu supremo, contemplaba con atenta intención la vida de este Mediador, previendo la futura humildad de su mansedumbre, recurría a ella como a un ejemplo propuesto para sí, de modo que todo lo que hiciera en esta vida lo ligara a las huellas de su imitación, para que, aunque no pudiera ver las sublimes disposiciones ocultas de Él, como si las viera en la tierra, mantuviera las huellas de su imitación. De estas huellas se dice por medio de Pedro: Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas (I Pedro 2, 21). De lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XXXIV.

IBID.---He guardado su camino, y no me he apartado de él.

42. La preocupación de los justos es observar los caminos de la verdad. — Guarda y no se desvíe, quien obra con esta intención. Pues custodiar mediante la intención es no desviarse en la acción. Esta es, en efecto, la preocupación de los justos: examinar diariamente sus actos conforme a los caminos de la verdad y, proponiéndolos como regla, no desviarse del sendero de su rectitud. Se esfuerzan, en efecto, por superarse a sí mismos cada día, y al ser llevados a la cima de las virtudes, juzgan con cuidadosa crítica todo lo que de ellos mismos queda por debajo de ellos mismos, y se apresuran a llevarse completamente allí donde se encuentran que han llegado en parte. Sigue:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 12.---De los mandamientos de sus labios no me aparté.

43. La voluntad de Dios en las Escrituras es objeto de estudio para los justos.---Así como los siervos obedientes están siempre atentos a los rostros de sus señores, para escuchar rápidamente y esforzarse por cumplir lo que se les ordena, de igual manera las mentes de los justos están en presencia de su Señor omnipotente a través de su intención, y en su escritura contemplan como si fuera su rostro, para que, dado que Dios habla a través de ella todo lo que desea, no se aparten de su voluntad, en la medida en que reconocen esa misma voluntad en sus palabras. Por eso, sus palabras no pasan en vano por sus oídos, sino que las graban en sus corazones. Por lo tanto, aquí se añade:

CAPÍTULO XXXVI

518. IBID.---Y en mi seno escondí las palabras de su boca.

44. Ocultar las palabras de Dios en el seno, otra preocupación de los justos. En el seno del corazón ocultamos las palabras de su boca, en la medida en que escuchamos sus mandamientos no de manera pasajera, sino para cumplirlos con obras. De ahí que esté escrito sobre la misma Madre Virgen: Pero María conservaba todas estas palabras, meditándolas en

su corazón (Luc. II, 19). Estas palabras, cuando se manifiestan en la acción, permanecen ocultas en el seno del corazón, si por lo que se hace externamente el ánimo del que actúa no se eleva. Pues cuando la palabra concebida se lleva a la acción, si por ello se busca la alabanza humana, sin duda la palabra de Dios no se oculta en el seno de la mente. Pero quisiera saber, bienaventurado varón, ¿por qué te examinas con tanta intención, por qué te esfuerzas con tanta preocupación? Sigue:

CAPÍTULO XXXVII. [Ant. XVIII].

VERS. 13.---Porque él es el único, y nadie puede desviar su pensamiento.

45. Solo Dios es, en comparación con cuya esencia nuestro ser es no ser. ¿Acaso no existen los ángeles y los hombres, el cielo y la tierra, el aire y los mares, todas las aves, los cuadrúpedos y los reptiles? Y ciertamente está escrito: "Creó todas las cosas para que existieran" (Génesis II, 3, sig.). Entonces, cuando en la naturaleza hay tantas cosas, ¿por qué se dice ahora con la voz del hombre santo: "Porque Él solo es"? Pero una cosa es ser, y otra es ser principalmente; una cosa es ser de manera mutable, y otra es ser de manera inmutable. Todas estas cosas existen, pero no existen principalmente, porque no subsisten en sí mismas, y si no fueran sostenidas por la mano del que gobierna, no podrían existir de ninguna manera. Todo subsiste en Él, por quien fueron creadas, y ni las cosas que viven se otorgan vida a sí mismas, ni las que se mueven y no viven son llevadas al movimiento por sus propios impulsos, sino que Él mueve todas las cosas, vivificando algunas, y otras, no vivificadas, las conserva ordenándolas maravillosamente en su esencia extrema. Todo fue hecho de la nada, y su esencia tendería de nuevo a la nada, si el autor de todo no la retuviera con su mano de gobierno. Por lo tanto, todas las cosas que fueron creadas, por sí mismas no pueden subsistir ni moverse; subsisten en la medida en que han recibido ser, y se mueven en la medida en que son dispuestas por un impulso oculto. Pues bien, el pecador debe ser castigado por las cosas humanas: la tierra se seca en sus labores, el mar se agita en sus naufragios, el aire se enciende en sus sudores, el cielo se oscurece contra él con inundaciones, los hombres arden en sus opresiones, y las virtudes angélicas se mueven en su adversidad. ¿Acaso estas cosas, que hemos dicho que son inanimadas o vivientes, se agitan por sus propios impulsos y no más bien por impulsos divinos? Por lo tanto, cualquier cosa que exteriormente se enfurezca, a través de ella debe ser contemplado aquel que interiormente la dispone. En toda causa, por tanto, solo Él debe ser contemplado, quien es principalmente. Quien también dice a Moisés: "Yo soy el que soy. Así dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros" (Éxodo III, 14). Por lo tanto, cuando somos castigados por lo que vemos, debemos temer diligentemente a aquel que no vemos. Así, el hombre santo debe despreciar todo lo que exteriormente aterra, todo lo que por su esencia, si no fuera gobernado, tendería a la nada, y con el ojo de la mente, suprimiendo todo, contemple al único en comparación con cuya esencia nuestro ser es no ser, y diga: "Porque Él solo es".

519 [Rec. XVII.] 46. Dios inmutable por naturaleza y voluntad.---De cuya inmutabilidad se añade apropiadamente: Y nadie puede cambiar su pensamiento. Pues así como es inmutable por naturaleza, así también es inmutable por voluntad. Nadie puede cambiar su pensamiento, porque nadie puede resistir sus juicios ocultos. Aunque hubo algunos que parecieron cambiar su pensamiento mediante sus súplicas, su pensamiento interno fue tal que pudieron cambiar su sentencia mediante la súplica, y recibieron de Él lo que debían hacer ante Él. Por lo tanto, digamos: Y nadie podrá cambiar su pensamiento, porque los juicios una vez fijados no pueden cambiarse de ninguna manera. Por eso está escrito: Ha establecido un precepto, y no pasará (Salmo CXLVIII, 6); y de nuevo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no

pasarán (Marcos XIII, 31); y de nuevo: Porque mis pensamientos no son como vuestros pensamientos, ni mis caminos como vuestros caminos (Isaías LV, 8). Por lo tanto, cuando exteriormente parece que la sentencia cambia, el consejo interior no se altera, porque sobre cada cosa se establece inmutablemente en el interior, lo que exteriormente se realiza de manera mutable. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII. [Ant. XIX, Corr. XVIII].

IBID.---Y su alma hizo todo lo que quiso.

47.---A Dios no le impiden ni siquiera aquellas cosas que parecen hacerse contra su voluntad.---Siendo Dios exterior a todos los cuerpos e interior a todas las mentes, esa misma fuerza suya, con la que penetra todo y dispone todas las cosas, es llamada su alma. A cuya voluntad no le impiden ni siquiera aquellas cosas que parecen hacerse contra su voluntad, porque a veces permite que se hagan incluso cosas que no ordena, para que a través de ellas se cumpla más seguramente lo que manda. La voluntad perversa de los ángeles apóstatas, por ejemplo, es ordenada de manera maravillosa por Dios, de modo que incluso sus insidias sirvan para el beneficio de los buenos, a quienes purifican al tentarles. Así, pues, su alma hace todo lo que quiere, de manera que también cumple su voluntad a través de aquello que parecía oponerse a su voluntad. Por lo tanto, que el hombre justo se aterre, y al considerar el peso de tan gran majestad, se reconozca a sí mismo como débil.

48. Pero entre estas palabras es lícito preguntar y decir: Oh bienaventurado Job, ¿por qué temes aún las adversidades estando en medio de tantos azotes? Ya estás rodeado de tribulaciones, ya te angustian innumerables aflicciones. El mal debe temerse cuando aún no ha sido sufrido; tú, puesto en tan gran dolor, ¿qué temes? Pero he aquí que el hombre justo, satisfaciendo nuestras indagaciones, añade:

CAPÍTULO XXXIX.

VERS. 14.---Cuando haya cumplido en mí su voluntad, aún otras muchas cosas semejantes están a su disposición.

49. De lo que sufrimos, aprendemos a temer lo que aún no hemos sufrido.---Como si dijera abiertamente: Ya considero lo que padezco, pero todavía temo lo que puedo padecer. Cumple en mí su voluntad, porque me aflige con muchos golpes. Pero tiene a su disposición muchas cosas similares, porque si piensa en golpear, aún encuentra dónde puede crecer la herida. Por lo tanto, debe considerarse cuán temeroso fue antes del castigo, quien incluso después de ser golpeado todavía teme ser herido. Considerando que en él reside una fuerza incomprensible tanto de poder como de juicio, no quiso ser un hombre justo ni estar seguro del castigo. Por lo cual, aún temiendo, añade:

CAPÍTULO XL.

VERS. 15.---Y por eso me turbó su presencia, y al considerarlo, me siento inquieto por el temor.

50. Los malvados que presumen de seguridad, los justos siempre temen.---Bien se turba ante la presencia del Señor aquel que propone a la mirada de su corazón el terror de su majestad, y se estremece por el temor de su rectitud, al ver que no es idóneo para rendir cuentas si se le

juzga estrictamente. Con razón se dice: Y considerándolo, me inquieto con temor, porque cuando alguien no considera en absoluto la fuerza de la retribución divina, no teme en absoluto; y tanto más en esta vida se siente seguro, cuanto más ajeno está a la consideración de la estricta justicia interna. En efecto, los hombres justos siempre regresan al santuario del corazón, contemplan la fuerza de la justicia oculta, asisten al juicio de la majestad íntima, para que algún día estén más seguros, cuanto más aquí, mientras vivieron, no quisieron estar seguros. Pues las mentes de los malvados, al negarse a considerar lo que deben temer, llegan a veces a alegrarse de lo que temen y de lo que de ninguna manera pueden escapar. Pero he aquí que sabemos de Job el bendito, que dedicado a frecuentes sacrificios a Dios, a la hospitalidad, a las necesidades de los pobres, humilde con sus subordinados, benigno con sus adversarios, y sin embargo recibió tantos azotes y no estuvo seguro entre los azotes, sino que aún temía, aún considerando la fuerza de la justicia divina, temblaba. ¿Qué decimos nosotros, miserables, qué decimos los pecadores, si así teme quien así ha obrado? Pero el peso de tan gran temor, si lo tiene de sí mismo, lo manifiesta. Sigue:

CAPÍTULO XLI [Ant. XX].

VERS. 16. Dios ha ablandado mi corazón, y el Omnipotente me ha turbado.

51. Este temor es un don de Dios. Se dice que el corazón del justo es moldeado por un don divino, porque es penetrado por el temor del juicio supremo. Lo que puede ser penetrado es blando, lo que no puede ser penetrado es duro. Por eso, Salomón dice: Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso, pero el que tiene un corazón duro caerá en el mal (Prov. XXVIII, 14). Por lo tanto, no atribuye la virtud de su temor a sí mismo, sino a su autor, quien dice: Dios ha ablandado mi corazón, y el Omnipotente me ha perturbado. Sin embargo, los corazones de los buenos no están seguros, sino perturbados, porque al considerar el peso del juicio futuro, no desean tener aquí tranquilidad, y perturban su seguridad con la consideración de la estricta justicia interna. No obstante, en medio de los mismos suplicios del temor, a menudo traen de vuelta su ánimo a los dones, y para reconfortarse con consuelo, en medio de lo que temen, vuelven la mirada a los dones que han recibido, para que la esperanza levante a quien el temor oprime. Por eso, sigue:

CAPÍTULO XLII [Rec XIX].

VERS. 17.---No he perecido a causa de las tinieblas inminentes, ni la oscuridad ha cubierto mi rostro.

52. Los azotes de los justos o purifican los males cometidos, o evitan los futuros. Pues aquel que se encuentra bajo el azote perece de la salvación del cuerpo a causa de las tinieblas inminentes, siendo golpeado por lo pasado para ser ocultado de los castigos futuros. En efecto, los azotes de los buenos o purifican los vicios cometidos, o evitan aquellos que podrían cometerse en el futuro. Pero el bienaventurado Job, porque estando bajo el azote, ni era purificado de pecados precedentes, ni era cubierto de los inminentes, sino que su virtud solamente se aumentaba en el azote, dice con confianza: No he perecido a causa de las tinieblas inminentes, ni mi rostro ha sido cubierto por la oscuridad. Pues aquel que siempre ha contemplado el peso del temor divino, su rostro del corazón no ha sido cubierto por la oscuridad del pecado. Y aquel a quien no seguían castigos, no perdió la salvación del cuerpo a causa de las tinieblas inminentes.

53. Nadie está libre de pensamientos perversos.---Y es de notar que al anunciar los primeros, no dice: Mi rostro no fue tocado; sino: La oscuridad no lo cubrió. Pues a menudo incluso los corazones de los justos son manchados por pensamientos que surgen, tocados por las delectaciones de las cosas terrenales, pero mientras son rápidamente alejados por la mano de la santa discreción, se actúa con prontitud para que la oscuridad no cubra el rostro del corazón, que ya era tocado por la delectación ilícita. Porque a menudo, incluso en el mismo sacrificio de la oración, se imponen pensamientos inoportunos, que pueden arrebatar o manchar aquello que ofrecemos llorando a Dios. De ahí que Abraham, cuando ofrecía el sacrificio al ocaso del sol, soportó las aves que se posaban, las cuales alejó diligentemente para que no se llevaran el sacrificio ofrecido (Génesis XV, 11). Así nosotros, cuando ofrecemos a Dios el holocausto en el altar del corazón, debemos protegerlo de las aves impuras, para que los espíritus malignos y los pensamientos perversos no arrebaten lo que nuestra mente espera ofrecer útilmente al Señor. Sigue:

CAPÍTULO XLIII [Ant. y Rec. XX].

CAP. XXIV, VERS. 1.---Del Omnipotente no están ocultos los tiempos; pero aquellos que lo conocen, ignoran sus días.

54. El día de Dios es su eternidad. Dios es lo que tiene. ¿Qué es el día de Dios, sino que se llama su misma eternidad? A veces se expresa con la pronunciación de un solo día, como está escrito: "Mejor es un día en tus atrios que mil" (Salmo 83, 11). Sin embargo, a veces, por su longitud, se señala con la denominación de muchos días, de los cuales está escrito: "Tus años son por los siglos de los siglos" (Salmo 101, 25). Nosotros, por tanto, nos movemos dentro del tiempo, por el hecho de que somos criaturas. Pero Dios, que es el creador de todo, abarca nuestros tiempos con su eternidad. Dice, por tanto: "Del Omnipotente no están ocultos los tiempos; pero los que lo conocen, ignoran sus días". Porque Él ciertamente contempla lo nuestro de manera comprensible, pero nosotros no podemos de ninguna manera comprender lo que es de Él. Pero siendo la naturaleza de Dios simple, es muy sorprendente por qué dice: "Los que lo conocen, ignoran sus días". Pues no es que Él sea una cosa y sus días otra. Dios es, en efecto, lo que tiene. Tiene eternidad, pero Él mismo es eternidad. Tiene luz, pero su luz es Él mismo. Tiene claridad, pero Él mismo es su claridad. No hay, por tanto, en Él ser una cosa y tener otra. ¿Qué significa entonces decir: "Los que lo conocen, ignoran sus días", sino que incluso los que lo conocen aún no saben? Porque incluso los que ya lo sostienen por la fe, todavía lo ignoran en apariencia. Y aunque Él mismo es su eternidad, en quien verdaderamente creemos, sin embargo, ignoramos cómo es su misma eternidad. En esto, pues, que escuchamos sobre el poder de la naturaleza divina, a veces acostumbramos a pensar en lo que sabemos por experiencia. Todo lo que comienza y termina, está encerrado en un principio y un fin. Si se difiere por un tiempo para terminar, se dice que es largo; en esa misma longitud, cuando uno retrocede con los ojos de la mente a través de la memoria, se extiende hacia adelante por la expectativa, como si se dilatara en la mente a través del espacio del tiempo. Y cuando escucha sobre la eternidad de Dios, el alma que contempla a la manera humana propone largos espacios de vida, en los cuales siempre mide lo que ha pasado atrás, que se retiene en la memoria, y lo que queda adelante, que se espera con intención.

55. En la eternidad nada es pasado ni futuro. Pero cada vez que pensamos en esa eternidad, aún no la hemos comprendido. Allí, en efecto, está lo que no comienza con un inicio ni termina con un fin, donde no se espera lo que vendrá ni se recuerda lo que debe ser recordado, sino que es uno lo que siempre es. Aunque nosotros y los ángeles comenzamos a ver con un inicio, sin embargo, vemos esto sin inicio, donde siempre es sin fin, de modo que

el alma nunca se extiende hacia lo que sigue, como si se multiplicaran las cosas y se hicieran largas. Pues aunque por el espíritu de la profecía se ha dicho: Señor, que reinas por los siglos, y por los siglos, y aún (Quizás, Éxodo XV, 18, donde se lee: El Señor reinará por los siglos [Hebreo, por los siglos] y más allá), según el modo del sagrado lenguaje, el espíritu ha hablado a los hombres de manera humana, para que allí dijera aún, donde no hay expectativa. En efecto, la eternidad no tiene aún, que siempre tiene ser, en la cual ninguna parte de su longitud pasa para que otra parte suceda, sino que todo es al mismo tiempo, de modo que no parece faltar nada que no se vea; en la cual todo lo que el alma ve no es lento, y es largo. Pero al hablar de los días de la eternidad, intentamos más ver algo que lo que realmente vemos. Por tanto, se dice correctamente: Pero los que lo conocen, ignoran sus días, porque aunque ya conocemos a Dios por la fe, cómo es su eternidad, sin pasado antes de los siglos, sin futuro después de los siglos, sin demora larga, sin espera perpetua, no lo vemos. Así, el bienaventurado Job, manteniendo el tipo de la santa Iglesia, porque se modera bajo el gran freno de la ciencia, para no saber más de lo que debe saber, y testificando que los días de Dios no pueden ser comprendidos, pronto devuelve la atención de la mente a la soberbia de los herejes, que desean saber cosas altas, y se glorían de saber perfectamente lo que de alguna manera no pueden captar. Pues sigue:

CAPÍTULO XLIV [Rec. XXI].

VERS. 2.---Otros han trasladado los límites, han saqueado los rebaños y los han apacentado.

56. Los herejes trasladan los límites establecidos por los padres. — ¿A quiénes designa con el nombre de otros sino a los herejes, que se encuentran fuera del seno de la santa Iglesia? Ellos son los que trasladan los límites, porque transgreden las constituciones de los padres. De estas constituciones, ciertamente, está escrito: No transgredas los límites antiguos que pusieron tus padres (Prov. XXII, 28). Ellos saquean y apacientan los rebaños, porque atraen a los inexpertos hacia sí con persuasiones perversas y los nutren con doctrinas pestilentes para su destrucción. Pues que con el nombre de rebaños se designa a los pueblos inexpertos, lo atestiguan las palabras del esposo, que se dirige a su esposa diciendo: Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal y sigue las huellas de los rebaños (Cant. I, 7), es decir, si no reconoces bien tu dignidad, por la cual fuiste creada a semejanza de Dios, sal de la contemplación de mi presencia y sigue la vida de los pueblos inexpertos. Sigue:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 3.---Han ahuyentado al asno de los huérfanos, y han tomado en prenda el buey de la viuda.

57. Son elegidos los huérfanos.---¿A quiénes entendemos por huérfanos en este contexto, sino a los elegidos de Dios, situados en la ternura de la mente, que son nutridos con la gran gracia de la fe, y que aún no ven el rostro de su Padre que ya murió por ellos? Y hay muchos en la Iglesia que observan a algunos aspirar a las cosas celestiales, despreciando todas las terrenales; y aunque ellos mismos se afanen en los trabajos de este mundo, sin embargo, brindan ayuda en esta vida a aquellos que ven anhelar las cosas celestiales con los bienes que poseen en este mundo. Y aunque ellos mismos no puedan realizar obras espirituales, con gusto proporcionan apoyo a quienes tienden hacia lo más alto. Pues el asno suele llevar las cargas de los hombres. Así, pues, es como si un cierto asno de los elegidos, sirviendo en los actos terrenales, transportara las cargas para el uso de los hombres. Y a menudo, cuando los

herejes apartan a alguno de estos del seno de la santa Iglesia, es como si alejaran al asno de los huérfanos, porque al atraerlo hacia su infidelidad, lo apartan del ministerio de los buenos.

58. La Iglesia es viuda.---¿Y qué viuda debe entenderse sino la santa Iglesia, que está privada de la visión de su esposo asesinado por el momento? El buey de esta viuda es cada predicador. Y a menudo sucede que los herejes, con sus doctrinas perversas, incluso arrastran a aquellos que parecían ser predicadores. Por lo tanto, quitan el buey de la viuda cuando se llevan al predicador de la santa Iglesia. Donde correctamente se añade: Como prenda. Pues cuando se toma una prenda, se retiene una cosa, pero aún se busca otra. Y a menudo los herejes intentan llevarse a los que predicán para arrastrar también a sus seguidores. Por lo tanto, el buey de la viuda se toma como prenda, cuando el que predicaba es arrebatado para que otros lo sigan. De cuya caída a menudo se actúa de manera que también aquellos que parecían ser mansos y humildes con buenas costumbres en el seno de la santa Iglesia, salgan de ella. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XLVI.

VERS. 4.---Han pervertido el camino de los pobres, y han oprimido igualmente a los mansos de la tierra.

59. En el nombre de los pobres se deben entender los humildes.---Con frecuencia, el término pobreza suele designar la humildad. Y a veces, aquellos que parecen mansos y humildes, si no saben mantener la discreción, caen por los ejemplos de otros. Sin embargo, hay algunos herejes que evitan mezclarse con el pueblo y buscan el retiro de una vida más secreta; estos, a menudo, infectan con la peste de su persuasión a aquellos que encuentran, tanto más cuanto que parecen más dignos de reverencia por los méritos de su vida. Sobre ellos se añade:

CAPÍTULO XLVII [Ant. XXIII, Rec. XXII].

VERS. 5.---Otros, como asnos salvajes en el desierto, salen a su labor.

60. Los herejes son semejantes a los onagros. No realizan la obra de Dios, sino la suya propia. El onagro es, en efecto, un asno salvaje. Y con razón en este lugar se comparan los herejes a los onagros, porque, entregados a sus placeres, están alejados de los vínculos de la fe y la razón. Por eso está escrito: "Onagro acostumbrado a la soledad, en el deseo de su alma atrajo el viento de su amor" (Jeremías II, 24). El onagro está acostumbrado a la soledad, porque al no cultivar la tierra de su corazón con la virtud de la disciplina, habita donde no hay fruto. Porque en el deseo de su alma atrae el viento de su amor, ya que lo que concibe en su mente por el deseo de conocimiento tiene el poder de inflar, no de edificar. Contra ellos se dice: "La ciencia hincha, pero la caridad edifica" (I Cor. VIII, 1). Por eso aquí también se añade adecuadamente: "Salen a su obra". No realizan la obra de Dios, sino la suya propia, ya que no siguen los dogmas rectos, sino sus propios deseos. Pues está escrito: "El que camina en el camino inmaculado, este me servía" (Salmo C, 6). Por lo tanto, el que no camina en el camino inmaculado, se sirve más a sí mismo que al Señor. Sigue:

CAPÍTULO XLVIII.

IBID.---Vigilantes para la presa, preparan el pan para los hijos.

61. Los herejes están atentos al botín.---Están atentos al botín aquellos que siempre intentan interpretar las palabras de los justos según su propio sentido, para así preparar con ellas el pan del error para los hijos perversos. Sobre este pan, en el libro de los Proverbios, se dice en palabras de la mujer que representa el tipo de la herejía: Las aguas robadas son más dulces, y el pan escondido es más sabroso (Prov. IX, 17). Sigue:

CAPÍTULO XLIX.

VERS. 6.---Cosechan un campo que no es suyo, y vendimian la viña de aquel a quien han oprimido con violencia.

62. Los herejes devastan un campo que no es suyo y una viña ajena.---El término "campo" puede simbolizar la amplitud de la Sagrada Escritura, que los herejes cosechan sin ser suya, ya que extraen de ella sentencias muy diferentes de sus propios sentidos. También se expresa con la denominación de "viña", porque a través de las sentencias de la verdad produce racimos de virtudes. Al dueño de esta viña, es decir, al autor de la Sagrada Escritura, lo oprimen como por la fuerza, porque intentan violentamente torcer su sentido en las palabras del sagrado discurso, quien dice: Me hiciste servir en tus pecados, me diste trabajo en tus iniquidades (Isaías XLIII, 24). Y vendimian esa misma viña, porque de ella acumulan racimos de sentencias según la intención de su propia inteligencia. El término "campo" o "viña" puede designar a toda la Iglesia, que los predicadores perversos cosechan, y vendimian oprimiendo a su autor en sus miembros, porque al perseguir la gracia de nuestro Creador, al arrebatarse a algunos de ella que parecían rectos, ¿qué otra cosa hacen sino tomar espigas o racimos de almas? De lo cual aún se añade:

CAPÍTULO L.

VERS. 7.---Los hombres dejan desnudos, quitando las vestiduras, a aquellos que no tienen abrigo en el frío.

63. Las buenas obras destruyendo, dejan desnudos a los hombres los herejes. Así como las vestiduras protegen el cuerpo, las buenas obras protegen el alma. Por eso se dice a alguien: Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, para que no ande desnudo (Apoc. XVI, 15). Los herejes, por lo tanto, cuando destruyen las buenas obras en las mentes de algunos, ciertamente quitan los velos de las vestiduras. Bien se dice: A quienes no tienen cobertura en el frío. La cobertura, en efecto, pertenece a la justicia, el frío a la culpa. Y hay algunos que en ciertas cosas cometen pecados, pero en otras siguen obras rectas. Quien, por tanto, peca en unos actos y en otros realiza justicia, ¿qué hace sino vestirse en el frío; siente frío y está cubierto; porque por una obra se calienta hacia la justicia, por otra se enfría hacia la culpa? Pero cuando los herejes les quitan las buenas obras a tales personas, actúan para que en el frío no tengan con qué vestirse. Por eso se dice correctamente: Dejan desnudos a los hombres, quitándoles las vestiduras, a quienes no tienen cobertura en el frío, para que el frío de la culpa destruya a aquellos que el calor de otra obra cubría en alguna parte. [Vet. XXIV.] Sin embargo, el frío puede significar el deseo, y la vestidura la operación. Y hay muchos que aún arden en deseos perversos, pero, luchando espiritualmente contra sí mismos, se oponen con obras rectas y cubren con buenas acciones aquello que sienten que les resulta adverso por la tentación. Estos, por lo tanto, de donde desean el mal, de allí sienten frío; pero de donde obran el bien, de allí están vestidos. Cuando los herejes, con alegaciones perversas, sustraen las obras de la fe recta, ¿qué hacen sino que aquellos que aún sienten los fríos de los deseos carnales mueran sin el vestido de las buenas acciones? Sigue:

CAPÍTULO LI.

VERS. 8.---A quienes riegan las lluvias de las montañas, y no teniendo abrigo, abrazan las piedras.

64. Las sentencias de los Santos Padres nos riegan como fuentes. Invocación de los santos mártires.---Las palabras de los doctores son como lluvias de las montañas. De estas montañas se dice con la voz de la santa Iglesia: Levanté mis ojos hacia las montañas (Salmo 120, 1). Estas lluvias de las montañas riegan, porque las fuentes de los Santos Padres sacian. El velo, como ya hemos dicho, lo entendemos como el manto de las buenas obras, con el cual cada uno se cubre para que, ante los ojos del Dios omnipotente, la fealdad de su maldad quede oculta. Por eso está escrito: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Salmo 31, 1). ¿A quiénes sino a los hombres fuertes dentro de la santa Iglesia entendemos por el nombre de piedras? A quienes se les dice por el primer pastor: Y vosotros, como piedras vivas, sed edificadas (I Pedro 2, 5). Así, aquellos que no confían en ninguna de sus obras, corren a la protección de los santos mártires, y con lágrimas insisten ante sus sagrados cuerpos, suplicando obtener el perdón, intercediendo ellos por ellos. ¿Qué hacen, pues, estos en esta humildad, sino que, al no tener el manto de la buena acción, abrazan las piedras? Sigue:

CAPÍTULO LII [Rec. XXIII].

VERS. 9.---Hicieron violencia los que saqueaban a los huérfanos, y despojaron al pueblo de los pobres.

65. Los herejes capturan a los débiles e ignorantes, ya sea por la fuerza o por halagos. — Como los herejes no poseen la prosperidad de la vida presente, persuaden con palabras halagadoras a las mentes débiles con ideas perversas. Si alguna prosperidad del tiempo presente les sonríe, no dejan de arrastrar violentamente a quienes pueden. Por lo tanto, bajo el nombre de huérfanos se designan aquellos que aún son tiernos dentro de la santa Iglesia, cuya vida el misericordioso Padre ha salvado al morir, quienes ya han sido llevados a una buena intención, pero aún no están fortalecidos con ninguna virtud en sus buenas acciones. Los herejes, al saquear a los huérfanos, ejercen violencia, porque atacan con violencia de palabras y obras las mentes débiles de los fieles. El vulgo de los pobres es el pueblo ignorante, que si tuviera las riquezas de la verdadera sabiduría, no perdería el vestido de su fe. Pues dentro de la santa Iglesia hay como ciertos senadores, verdaderos doctores, que al multiplicar el conocimiento en su corazón, abundan en verdaderas riquezas. Pero los herejes despojan al vulgo de los pobres, porque al no poder con los doctos, desnudan a los ignorantes del manto de la fe con su predicación pestilente. Sigue:

CAPÍTULO LIII [Ant. XXV].

VERS. 10.---A los desnudos y a los que andan sin vestidura, y a los hambrientos les quitaron las espigas.

66. Los herejes privan de la doctrina de los santos Padres a los ociosos e incautos. Lo que dice "desnudos", lo repite como "sin vestidura"; pero una cosa es estar desnudo y otra es andar desnudo. Pues todo aquel que no realiza ni buenas ni malas obras, está desnudo y ocioso; pero quien hace el mal, anda desnudo, porque avanza por el camino de la depravación

sin el manto de una buena obra. Sin embargo, hay algunos que, reconociendo el mal de su maldad, se apresuran a saciarse con el pan de la justicia, desean recibir las palabras del sagrado discurso. Estos, cada vez que meditan las sentencias de los Padres para edificar sus mentes, es como si llevaran espigas de una buena cosecha. Por lo tanto, los herejes quitan las espigas a los desnudos y a los que andan sin vestidura y tienen hambre, porque ya sea que algunos estén ociosos y no se ejerciten en ningún bien, o que avancen por el camino de la impudencia sin el manto de una buena obra, incluso si en algún momento desean volver al arrepentimiento y anhelan el alimento de la palabra, les quitan las espigas mientras tienen hambre, porque con persuasiones perniciosas destruyen en su mente las sentencias de los Padres. No sin razón decimos que las espigas simbolizan las sentencias de los Padres, porque a menudo, cuando se expresan a través de discursos figurados, les quitamos el revestimiento de la letra como si fueran las pajas de las aristas, para ser nutridos con la médula del espíritu. Sigue:

CAPÍTULO LIV.

VERS. 11.---Entre sus montones se han recostado al mediodía, los que, habiendo pisado los lagares, tienen sed.

67. Utilidad de las persecuciones que los herejes imponen a los fieles. Los poderosos del mundo se levantan contra ellos.---Todos los que persiguen a la santa Iglesia, ¿qué otra cosa hacen sino pisar el lagar? Esto se permite por disposición divina, para que los racimos de almas fluyan en vino espiritual, y, despojadas de la carne corruptible, corran hacia los reinos celestiales como si fueran a una bodega. Pues los injustos, al oprimir a los justos, los colocan como racimos bajo sus pies. Sin embargo, los racimos comprimidos abundan para la saciedad del banquete celestial, que antes pendían como en la libertad de este aire. Por eso, el profeta David, al contemplar la aflicción de la santa Iglesia, escribe un salmo para los lagares (Salmo VIII, o LXXXIII). Pero todos los que persiguen la vida de los fieles, pisan y tienen sed, porque al actuar con crueldad, se vuelven más feroces, cegados por los méritos de su impiedad, buscan hacer cosas más graves cuanto más graves ya han hecho. Sin embargo, los herejes, al no tener por sí mismos el poder de la persecución, incitan a los poderosos de este mundo, atraen sus mentes a la persecución y los encienden con las persuasiones que pueden. Cuando los ven actuar con crueldad contra la vida de los católicos, descansan como en el mismo ardor del sol. Por tanto, se dice bien ahora: Descansaron al mediodía entre sus montones, quienes, al pisar los lagares, tienen sed, porque se unen a la multitud de aquellos que ya ven hacer cosas graves y aún tienen sed de cosas más graves. Mientras el fervor de estos sacia sus deseos, descansan en sus acciones, como al mediodía. Sigue:

CAPÍTULO LV.

VERS. 12.---De las ciudades hicieron gemir a los hombres.

68. Los herejes intentan disolver la unidad de la Iglesia.---Así como las ciudades son llamadas por los pueblos que las habitan, no sin razón las Iglesias de la verdadera fe son designadas con el nombre de ciudades, las cuales, situadas en cada parte del mundo, forman una sola Iglesia católica, en la que todos los fieles, teniendo rectos pensamientos sobre Dios, viven en concordia. [Vet. XXVI.] En efecto, el Señor en el Evangelio designó esta concordia de los pueblos convivientes incluso a través de la distinción de lugares, cuando, al estar a punto de saciar al pueblo con cinco panes, ordenó que se recostaran en grupos de cincuenta o de cien, para que la multitud de fieles recibiera su alimento, separada en lugares pero unida

en costumbres. En efecto, el descanso del jubileo se contiene en el misterio del número cincuenta, y el cincuenta se duplica para llegar al cien. Porque, por tanto, primero se descansa de la obra mala, para que después el alma descansa más plenamente en la contemplación, unos se recuestan en grupos de cincuenta y otros en grupos de cien, ya que hay algunos que ya tienen descanso de las malas acciones y otros que ya tienen descanso de las perversas pensamientos. Los herejes, por lo tanto, porque a menudo adhieren a los poderosos perversos de este mundo, persiguen la vida social y la concordia de los buenos, correctamente se dice ahora: De las ciudades hicieron gemir a los hombres. A quienes el bienaventurado Job recuerda correctamente como hombres, porque los herejes buscan extinguir más a aquellos que, con pasos perfectos, corren por el camino de Dios no de manera floja y débil, sino virilmente. Cuando ven que la herida de la perfidia se introduce en la mente de los pequeños fieles, siempre vuelven al clamor y a los gemidos. Por lo tanto, correctamente se dice:

CAPÍTULO LVI.

IBID.--- Y el alma de los heridos clamó, y Dios no permite que quede sin venganza.

69. Dios no dejará sin castigo los crímenes de los herejes. En efecto, el alma de los justos se hiere cuando se turba la fe de los débiles, para quienes ya es un clamor el consumirse por la caída ajena. Pero Dios no permite que quede impune, porque aunque permite que se haga algo injusto por un orden justo, no deja sin castigo la injusticia que permitió que se hiciera justamente, ya que a través de la injusticia de los réprobos castiga ciertas culpas que observa en los elegidos, y sin embargo, la justicia eterna no descuida castigar la injusticia de los que hieren. Sigue:

CAPÍTULO LVII [Rec. XXIV].

VERS. 13.---Ellos fueron rebeldes a la luz.

70. La ceguera es el castigo para quienes rechazan la luz divina.---Con frecuencia, los perversos conocen el camino recto que deben seguir, y sin embargo, desprecian seguir lo que conocen. Por lo tanto, son rebeldes a la luz, porque al seguir sus propios deseos, desprecian el bien que conocen. Aquellos que pecan no por ignorancia, sino por soberbia, colocan el escudo de su altivez ante los dardos de la verdad, para que no hieran saludablemente su corazón. De esta soberbia suya se deriva que, al no querer hacer lo que conocen, ya no puedan conocer los bienes que deben hacer, sino que su ceguera los excluya por completo de la luz de la verdad. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO LVIII

IBID.---No conocieron sus caminos, ni se volvieron por sus sendas.

71. Los perversos son entregados a un sentido reprobado porque fueron rebeldes a la luz divina. Aquellos que primero, conociendo, se rebelan, después son cegados para que no sepan, como se dice de algunos: Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias (Rom. I, 21). De los cuales se añade poco después: Dios los entregó a un sentido reprobado, para que hicieran lo que no conviene (Ibid., 28). Porque no quisieron glorificar a quien conocían, entregados a un sentido reprobado, fueron dejados para que ya no supieran discernir los males que hacían. [Vet. XXVII.] Bien se dice: No conocieron sus caminos, ni se volvieron por sus sendas. Más estrecha es la senda que el camino. Aquellos

que desprecian hacer el bien más manifiesto, de ninguna manera llegan a entender lo más sutil. Sin embargo, el Dios omnipotente esperó que caminaran por sus sendas; pero ojalá hubieran querido al menos volver por ellas, para que los caminos de la vida que no quisieron seguir por inocencia, al menos los tomaran por penitencia. En esto se muestra cuán grandes son las entrañas de misericordia del Dios omnipotente, que busca a aquellos que se alejaron de Él, para que regresen. Por eso, después de enumerar las culpas de la Sinagoga pecadora, la llama de nuevo con voz profética, diciendo: Por lo menos desde ahora llámame, padre mío, tú eres el guía de mi virginidad (Jerem. III, 4). Sigue:

CAPÍTULO LIX [Rec. XXV].

VERS. 14.---Al amanecer se levanta el homicida, mata al necesitado y al pobre; pero por la noche será como un ladrón.

72. Los perversos abusan de la prosperidad de la vida presente para oprimir a los justos.--- Aunque el homicida suele actuar en la oscuridad de la noche para asesinar a sus semejantes, ¿por qué en este pasaje se dice que se levanta al amanecer para matar al necesitado y al pobre, y se le describe como un ladrón en la noche? Al no coincidir las palabras literales entre sí, somos llevados a investigar los secretos del espíritu. En la Sagrada Escritura, la mañana a veces representa la venida de la encarnación del Señor, a veces la llegada del juez terrible y estricto, y a veces la prosperidad de la vida presente. La mañana fue, en efecto, la venida de la encarnación del Señor, como dice el profeta: "Vino la mañana y la noche" (Isaías XXI, 12), porque los comienzos de la nueva luz brillaron en la presencia del Redentor, y sin embargo, las tinieblas de su perfidia no fueron eliminadas de los corazones de los perseguidores. Nuevamente, la mañana designa la venida del juez. Por eso, el salmista dice: "Por la mañana destruía a todos los pecadores de la tierra" (Salmo C, 8). Así como también, expresando la persona de los elegidos, dice: "Por la mañana estaré ante ti y veré" (Salmo V, 5). Nuevamente, la mañana designa la prosperidad de la vida presente, como dice Salomón: "¡Ay de ti, tierra, cuyo rey es un niño, y cuyos príncipes comen por la mañana!" (Eclesiastés X, 16). Porque la mañana es el primer tiempo del día, y la tarde el último, no debemos ser alimentados por la prosperidad de esta vida que precede, sino por aquellas que siguen al final del día, es decir, al término del mundo. Por lo tanto, comen por la mañana aquellos que se exaltan con las prosperidades de este mundo, y mientras se preocupan intensamente por lo presente, no piensan en lo futuro. Porque todo el que odia a su hermano es un homicida (I Juan III, 15). Así, el homicida se levanta al amanecer, porque en la gloria de la vida presente, cualquier perverso se erige, y deprime la vida de aquellos que, mientras anhelan la gloria futura, buscan saciarse al atardecer. En efecto, cualquier malvado, al tomar en este mundo la dignidad de un poder transitorio, se expande tanto más ferozmente para realizar el mal cuanto menos ama a nadie a través de las entrañas de la caridad. Pues cada vez que se enfurece en sus pensamientos contra los buenos, tantas veces quita la vida de los inocentes.

73. Los hombres malvados, oprimidos por la adversidad, dañan secretamente con consejos perversos. Si, por disposición de Dios, de repente pierden la gloria del poder recibido, cambian de lugar, pero no de mente, porque inmediatamente caen en lo que sigue: Por la noche será como un ladrón. En la noche de su tribulación y abatimiento, aunque no pueden ejercer la mano de la crueldad, ofrecen consejos de perversidad a aquellos que ven prevalecer; corren de un lado a otro, y sugieren todo lo que pueden para dañar a los buenos. Con razón se les llama como un ladrón, porque en sus propios consejos perversos temen ser descubiertos. Así, quien por la mañana es homicida contra el necesitado y el pobre, por la noche se esconde como un ladrón, porque cualquier perverso, que en la prosperidad de la

vida presente oprime y destruye la vida de los humildes, cuando se encuentra en adversidad y abatimiento, daña secretamente con consejos inicuos, y lo que no puede cumplir por sí mismo, lo ejerce adhiriéndose a los poderosos de este mundo. Sigue.

CAPÍTULO LX.

VERS. 15.---El ojo del adúltero observa la oscuridad, diciendo: No me verá el ojo.

74. Los herejes adulteran la palabra de Dios.---Esto también, según la letra, no impide entenderse, porque quien desea cometer adulterio busca las tinieblas. Pero dado que la sentencia se pronuncia contra los herejes, es digno que esto que se dice se entienda místicamente. Pues Pablo dice: No somos, como muchos, adulterando la palabra de Dios (II Cor. XVII, 2). En efecto, el adúltero en el coito carnal no busca prole, sino placer. Y cualquiera que es perverso y sirve a la vana gloria se dice correctamente que adultera la palabra de Dios, porque a través del sagrado discurso no desea engendrar hijos para Dios, sino mostrar su propia ciencia. A quien la lujuria de la gloria arrastra a hablar, dedica su esfuerzo más al placer que a la generación. Donde también se añade adecuadamente: No me verá el ojo, porque el adulterio que se lleva a cabo en la mente es muy difícil de penetrar por la vista humana. Lo que la mente perversa perpetra con tanta seguridad, cuanto menos teme ser vista por los hombres, a quienes debería avergonzar. También se debe saber que así como quien comete adulterio une ilícitamente la carne de la esposa ajena a sí mismo, así todos los herejes, cuando arrastran el alma fiel a su error, toman como esposa ajena, porque evidentemente la mente que espiritualmente se adhiere a Dios, y a Él como en una especie de tálamo de amor se une, cuando es llevada a la depravación del dogma por persuasiones perversas, es manchada por el corruptor como esposa ajena. Bien se añade:

CAPÍTULO LXI.

IBID.---Y cubrirá su rostro.

75. Los herejes, al igual que los adúlteros, cubren su rostro. Por eso el adúltero cubre su cara, para no ser reconocido. Todo aquel que vive de manera malvada en sus pensamientos o acciones cubre su rostro, porque con la perversidad de su doctrina o de sus obras busca no ser reconocido por el Dios omnipotente en el juicio. Por eso, a algunos les dirá al final: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad (Mateo 7, 23). ¿Y qué es el rostro del corazón humano, sino la semejanza de Dios? Este rostro, en efecto, el perverso lo cubre para no ser reconocido, cuando confunde su vida con malas acciones o con el error de la perfidia. Pero tal persona, cuando ve que los justos son sostenidos por la prosperidad de la vida presente, no se atreve a persuadirles con sus perversiones; sin embargo, si alguna tormenta de adversidad encuentra, inmediatamente irrumpe con palabras de persuasión pestilente. Por eso se añade:

CAPÍTULO LXII.

VERS. 16.--- Perforan en las tinieblas las casas, como durante el día se habían acordado, y no conocen la luz.

76. Los herejes intentan perforar la conciencia de los justos en la noche de la adversidad. ¿Qué se designa en este contexto con el nombre de casas, sino las conciencias, en las que habitamos al reflexionar sobre nuestras acciones? Por eso se le dice a un sanado: Ve a tu casa, a los tuyos, y anúnciales cuántas cosas ha hecho el Señor por ti (Lucas VIII, 39), es decir,

regresa a tu conciencia ya seguro del vicio del pecado, y despierta en ella la voz de la predicación. Así, los justos, cuando en este mundo brillan en el día de la prosperidad, los maestros del error temen persuadirles con perversidades. Pero buscan consejos, esperan con ansias la caída de su prosperidad, para que en las tinieblas de la adversidad perforen sus mentes con persuasiones, a quienes viviendo prósperamente no se atrevían a hablar perversamente. Tan pronto como los ven en la adversidad, se levantan y afirman que sufren tales cosas solo por el mérito del pecado, porque amando únicamente la gloria de esta vida presente, creen que el castigo es condenación. Por lo tanto, perforan las casas en la oscuridad, porque intentan corromper las mentes de los buenos a partir de su misma adversidad. Bien se dice: Como en el día se habían puesto de acuerdo, porque cuando veían a los justos brillar con la luz de la prosperidad, como no podían hablar, se dedicaban únicamente a tramar planes malignos contra ellos. Ya sean herejes o cualquier tipo de perversos, cuando ven a los justos en la caída, se alegran; pero cuando los ven emerger al culmen del poder gobernante, se perturban, temen, se consumen en aflicciones. Por eso se añade:

CAPÍTULO LXIII.

VERS. 17.---Si de repente aparece la aurora, la consideran como la sombra de la muerte.

77. Los inicuos se turban por la prosperidad de los justos. Los inicuos siempre esperan la aflicción de los fieles y desean verlos en tribulación. Y en las tinieblas perforan las casas, mientras corrompen con la peor conversación el corazón de los inocentes, aunque débiles, en tiempos de abatimiento. Pero a menudo sucede que, mientras observan a los buenos en su abatimiento, de repente, por una disposición divina oculta, algún justo que parecía oprimido es sostenido por algún poder del mundo, y la prosperidad de la vida presente le sonríe, a quien antes oprimían las tinieblas de la adversidad. Cuando los perversos contemplan esta prosperidad, como se ha dicho, se turban. Inmediatamente regresan a sus corazones, traen ante los ojos de su mente todo lo que recuerdan haber hecho perversamente, temen que se les castigue por cada vicio, y donde brilla aquel que recibe poder, allí cada perverso que teme ser corregido se oscurece en tristeza. Por tanto, se dice bien: Si de repente aparece la aurora, consideran que es la sombra de la muerte. La aurora es, en efecto, la mente del justo, que, abandonando las tinieblas de su pecado, ya irrumpe hacia la luz de la eternidad, como también se dice de la santa Iglesia: ¿Quién es esta que avanza como la aurora que se levanta? (Cant. VI, 9). Así, cuanto más un justo, irradiando la luz de la justicia, es exaltado con honores en la vida presente, tanto más ante los ojos de los perversos se convierten en tinieblas de muerte, porque aquellos que recuerdan haber actuado perversamente temen ser corregidos. Siempre desean ser liberados en sus maldades, vivir sin corrección y tener alegría en la culpa. Esta misma letal alegría de ellos se expresa convenientemente cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO LXIV.

IBID.---Y así caminan en las tinieblas como en la luz.

78. Los inicuos se alegran en la noche del pecado, como si la luz de la justicia los rodeara. Con una mente perversa se regocijan en sus crímenes, y por su culpa son arrastrados diariamente al suplicio, y están seguros. Por eso se dice a través de Salomón: Hay impíos que están tan seguros, como si tuvieran las obras de los justos (Eccl. VIII, 14). De los cuales también está escrito: Se alegran cuando hacen el mal, y se regocijan en las cosas perversas (Prov. II, 14). Así, pues, caminan en las tinieblas como si estuvieran en la luz, porque se

alegran en la noche del pecado, como si la luz de la justicia los rodeara. O ciertamente, porque las tinieblas expresan adecuadamente la vida presente, en la cual no se ven las conciencias ajenas; pero nuestra luz es la patria eterna, en la cual, mientras miramos los rostros, vemos nuestros corazones mutuamente; los inicuos, sin embargo, aman tanto la vida presente, y abrazan estos tiempos de exilio como si ya reinaran en la patria; con razón se dice: Así caminan en las tinieblas como si estuvieran en la luz, porque están tan felices en la ceguera presente, como si ya disfrutaran de la luz de la patria eterna. Sigue:

CAPÍTULO LXV [Ant. XXX].

VERS. 18.---Es ligera sobre la superficie del agua.

Los inicuos son volubles ante cualquier viento de tentación o error.---Se pasa del plural al singular, porque generalmente uno inicia el mal, y muchos lo siguen por imitación. Pero la culpa recae principalmente en aquel que dio el ejemplo de iniquidad a los que lo siguieron en su perversidad. Por eso, a menudo la sentencia recae sobre aquel que fue el autor de la culpa. La superficie del agua es impulsada de un lado a otro por el viento, y al no estar solidificada con estabilidad, se mueve por todas partes. Así, la mente del iniquo es más voluble que la superficie del agua, porque cualquier viento de tentación que la toque, la arrastra sin ninguna demora de retractación. Si pensamos en el corazón inconstante de cualquier perverso, ¿qué otra cosa vemos sino la superficie del agua expuesta al viento? Pues ahora lo impulsa el viento de la ira, ahora el viento de la soberbia, ahora el viento de la lujuria, ahora el viento de la envidia, ahora el viento del engaño lo arrastra. Por lo tanto, es más voluble que la superficie del agua aquel a quien cualquier viento de error, cuando llega, lo impulsa. Por eso, también se dice acertadamente a través del Salmista: Dios mío, ponlos como rueda, y como paja ante el viento (Salmo 82, 14). Los inicuos son puestos como rueda, porque, enviados en el círculo del trabajo, mientras descuidan lo que está delante y siguen lo que debe ser abandonado, se elevan por lo que está detrás y caen en lo que está delante. También se les compara correctamente con la paja ante el viento, porque, cuando irrumpe el viento de la tentación, al no estar sostenidos por ninguna razón de gravedad, se elevan para caer, y a menudo piensan que tienen algún mérito, cuando el sople del error los lleva a lo alto. Sigue:

CAPÍTULO LXVI [Rec. XXVI].

IBID.---Maldita sea su parte en la tierra, ni ande por el camino de las viñas.

80. Los inicuos, al perder la rectitud de la fe o de la justicia, quedan atados por la culpa de la maldición. Quien en la vida presente actúa rectamente y soporta las adversidades, se le ve trabajar en la adversidad, pero se consume en la bendición de la herencia perpetua. En cambio, quien actúa perversamente y, sin embargo, recibe prosperidad, y no se detiene de sus malas acciones ni por la abundancia de dones, se le ve prosperar, pero queda atado por la culpa de la maldición perpetua. Por eso, con razón se dice ahora: Maldita sea su parte en la tierra. Porque aunque sea bendecido por un tiempo, sin embargo, está retenido en la culpa de la maldición. De lo cual se añade adecuadamente: Ni ande por el camino de las viñas. Pues el camino de las viñas es la rectitud de las Iglesias. En este asunto, no hay obstáculo para entender tanto al hereje como a cualquier carnal, porque el camino de las viñas, es decir, la rectitud de las Iglesias, se pierde cuando no se mantiene ni la fe recta ni la rectitud de la justicia. Pues aquel que camina por el camino de las viñas es quien, considerando la predicación de la santa Iglesia universal, no se desvía ni de la rectitud de la fe ni de las buenas obras. Caminar por el camino de las viñas es contemplar a los Padres de la santa

Iglesia como racimos colgantes, cuyos discursos, mientras se atiende en el trabajo del camino, embriagan con el amor de la eternidad. Sigue:

CAPÍTULO LXVII [Rec. XXVII].

VERS. 19.---Que pase del excesivo calor a las aguas de nieve.

81. Qué difícil es tener un juicio sobrio. Por eso la iniquidad se compara al frío, porque congela la mente del pecador con torpeza. De ahí que esté escrito: "Como cisterna que enfría su agua, así enfría su maldad" (Jeremías VI, 7). En cambio, la caridad es calor, porque enciende la mente que llena. De este calor está escrito: "Abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos" (Mateo XXIV, 12). Y hay algunos que, al evitar los fríos de sus iniquidades, llegan a la verdadera fe o al hábito de la santidad. Pero, porque presumen más de lo necesario de sus propios sentidos, a menudo en la fe que reciben, quieren investigar lo que no comprenden, para ser guiados más por la razón en Dios que por la fe. Pero como la mente humana no puede investigar los secretos divinos, desprecian creer todo lo que no pueden investigar con la razón, y por una excesiva indagación caen en el error. Así, cuando aún no creían, o todavía se dedicaban a las obras de iniquidad, eran como aguas de nieve. Pero cuando, abandonando las obras carnales, en la fe a la que han sido llevados, desean investigar más de lo que comprenden, ciertamente arden más de lo que deberían. Por lo tanto, bien se dice de cualquier perverso, en la sentencia del profeta, no deseando, sino profetizando: "Que pase al calor excesivo desde las aguas de nieve". Como si claramente se dijera: Quien no se restringe humildemente bajo el vínculo de la disciplina, desde su infidelidad, o el frío de su obra perversa, cae en el error por una sabiduría desmedida. Por eso también el ilustre predicador, evitando este excesivo calor de sabiduría exquisita en los corazones de sus discípulos, dice: "No pensar más de lo que se debe pensar, sino pensar con sobriedad" (Romanos XII, 3). No sea que el calor excesivo destruya a aquellos que antes las aguas de nieve, es decir, el frío de la infidelidad o de las acciones torpes, mantenían a punto de morir. Y porque es muy difícil que quien se considera sabio reduzca su mente a la humildad, crea a los que predicán rectamente, y rechaza el sentido de su perversidad, se añade correctamente:

CAPÍTULO LXVIII [Rec. XXVIII].

IBID.---Y hasta los infiernos su pecado.

82. El pecado que aquí no se enmienda, es irremisible.---En efecto, el pecado se lleva hasta el infierno, aquel que antes del fin de la vida presente no se corrige mediante la penitencia. De este pecado, en particular, se dice a través de Juan: Hay un pecado que lleva a la muerte, no digo que se pida por él (1 Juan 5, 16). Porque el pecado que lleva a la muerte es un pecado hasta la muerte, ya que el pecado que aquí no se corrige, su perdón se solicita en vano. De lo cual aún se añade

VERS. 20.---Que su misericordia lo olvide.

La misericordia del Dios Omnipotente se olvida de aquel que ha olvidado la justicia del Dios Omnipotente, porque quien ahora no teme a Dios justo, después no podrá encontrarlo misericordioso. Esta sentencia, por supuesto, no solo se aplica a quien abandona los preceptos de la verdadera fe, sino también a quien, estando en la fe correcta, vive carnalmente, ya que la retribución de la eterna condenación no se evade, ya sea que se peque en la fe o en la obra.

Pues aunque la calidad de la condenación es diferente, no hay posibilidad de absolución para la culpa que de ninguna manera se limpia por el arrepentimiento. Sigue.

CAPÍTULO LXIX [Rec. XXIX]

VERS. 21.---La dulzura de aquel gusano.

83. Las preocupaciones mundanas deleitan a las personas carnales, quienes son roídas por ellas como por gusanos. Cualquiera que en este mundo desea prosperar, superar a los demás, hincharse de bienes y honores, ciertamente encuentra deleite en las preocupaciones mundanas y descanso en el trabajo. En efecto, se fatiga mucho si le falta la preocupación mundana que lo fatiga. Y dado que es propio de los gusanos moverse incesantemente en cada momento, no sin razón se simboliza con el nombre de gusanos la inquietud de los pensamientos. Así, la dulzura de una mente perversa es como un gusano, porque se alimenta con deleite de aquello que la agita incesantemente con inquietud. También puede designarse más claramente con el nombre de gusano a la carne. Por eso se dice más arriba: El hombre es podredumbre, y el hijo del hombre es un gusano (Job 25, 6). Se demuestra cuán grande es la ceguera de cualquier lujurioso y de aquellos entregados a los placeres de la carne cuando se dice: La dulzura de ese gusano. ¿Qué es la carne sino podredumbre y gusano? Y quien anhela los deseos carnales, ¿qué otra cosa ama sino un gusano? La naturaleza de la carne la atestiguan las tumbas. ¿Quién de los padres, quién de los amigos fieles puede tocar la carne de su ser querido, por más amado que sea, cuando está llena de gusanos? Por lo tanto, cuando se desea la carne, se debe considerar qué es cuando está sin vida, y se entiende qué se ama. Nada es tan eficaz para dominar el apetito de los deseos carnales como que cada uno considere qué es lo que ama en vida y cómo es en la muerte. Al considerar la corrupción carnal, se reconoce rápidamente que cuando la carne se desea ilícitamente, se anhela la descomposición. Por tanto, se dice bien de la mente del lujurioso: La dulzura de ese gusano; porque quien arde en el deseo de la corrupción carnal, anhela el hedor de la podredumbre. Esto, como recuerdo haber prometido al inicio de esta tercera parte (Libro XI, en el exordio), lo he tratado brevemente, para que lo que sigue en esta obra, que está envuelto en gran oscuridad, pueda ser discutido más ampliamente con la ayuda de Dios.

Parte cuarta, QUE CONTIENE SEIS LIBROS

LIBRO DECIMOSÉPTIMO. Expone principalmente en sentido moral lo que resta del capítulo 24 desde el versículo 20 a la mitad, junto con los capítulos 25 y 26 completos.

CAPÍTULO PRIMERO.

El propósito del Santo Doctor es exponer la historia de Job de manera típica y con un sentido místico.---Cada vez que nos embarcamos en desentrañar el misterio de la exposición típica en la historia del santo varón a través de un nuevo volumen, es necesario que principalmente extraigamos el significado místico ya sea de su nombre o de su sufrimiento, de modo que, al igual que en las moradas, cuando colocamos la inscripción del título en el mismo frente del poste, se reconoce de quién es la casa y se entra con mayor seguridad. Recuerdo haber dicho con frecuencia que el bienaventurado Job, con su sufrimiento y su nombre, señaló las pasiones de nuestro Redentor y de su cuerpo, es decir, de la santa Iglesia. Job, en efecto, se interpreta como doliente. ¿Y quién más se figura en este doliente, sino aquel de quien está escrito: "Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores" (Isaías 53, 4)? De quien se dice nuevamente: "Por sus llagas fuimos sanados" (Ibid., 5). Sus amigos,

en cambio, representan la figura de los herejes, quienes, como hemos dicho ya muchas veces, al intentar defender a Dios, lo ofenden. Así, el santo varón habla a través de sus heridas y palabras de manera que también signifique las nuestras, y frecuentemente, por el espíritu de profecía, narra lo que ha de venir, trasciende lo presente; a veces, sin embargo, diserta sobre lo presente de tal manera que guarda silencio sobre lo futuro. Conociendo, por tanto, la custodia de esta discreción, nuestra inteligencia también debe alternar con el cambio de su voz, para que tanto más verdaderamente concuerde con sus sentidos, cuanto más se transforma con sus palabras. En las palabras precedentes, el santo varón, a través de sentencias hábiles de la prudencia, expuso las culpas de cualquier iniquo y expresó cuán condenable es su acción. De cuya pena inmediatamente añade, diciendo:

CAPÍTULO II [Rec. II].

VERS. 20.---No sea recordado, sino que sea destruido como un árbol infructuoso.

2. La pena de los iníquos es ser borrados de la memoria de Dios.--- Pues no se trae al recuerdo del Creador a quien se somete a los vicios hasta el final de su vida. Porque si la memoria del respeto divino lo tocara, sin duda lo apartaría de la iniquidad. Sus méritos exigen que sea borrado completamente de la memoria del Creador. Sin embargo, es necesario saber que Dios no se dice propiamente que recuerde. Pues quien no puede olvidar, ¿cómo puede recordar? Pero como abrazamos a aquellos de quienes nos acordamos, y nos alejamos de aquellos de quienes nos olvidamos, según el uso humano, se dice que Dios recuerda cuando otorga dones, y olvida cuando deja en culpa. Pero como Él sopesa todo, considera todo sin alternación de interrupción; y recuerda a los buenos, de quienes sin embargo nunca se olvida; y de ninguna manera recuerda a los malos, a quienes sin embargo siempre observa por juicio. Pues es como si regresara a la memoria de los buenos, a la cual nunca abandonó; y como si no mirara a los malos, cuyas obras sin embargo considera, pero sobre estas guarda el juicio de condenación para el final. De ahí que está escrito: Los ojos del Señor contemplan a los buenos y a los malos (Prov. XV, 3). De ahí que el salmista dice: El rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria (Sal. XXXIII, 17). Considera, pues, a quienes ha de castigar, pero a esos mismos antes no los vio, a quienes no conoce. Pues a algunos al final les dirá: No sé de dónde sois; apartaos de mí todos los obradores de iniquidad (Mat. VII, 23; Luc. XIII, 27). De modo admirable, por tanto, observa y olvida la vida de los perversos, porque a quienes juzga con la severidad de la sentencia, en cuanto a la memoria de la misericordia los ignora.

3. Serán quebrantados como un árbol infructuoso. ---Porque no vienen a su memoria, serán quebrantados como un árbol infructuoso por cuyo juicio son destruidos. La tierra ciertamente los sustentó con recursos temporales, la lluvia de la predicación los regó desde lo alto. Pero como su vida no produjo fruto de buenas obras, el agricultor, enojado, lo corta, para que, según la sentencia de la Verdad, no ocupe el lugar que otro puede aprovechar para dar fruto (Luc. XIII, 7). De este árbol infructuoso se dice por Juan: Ya está puesta el hacha a la raíz del árbol. Todo árbol, pues, que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego (Mat. III, 10; Luc. III, 9). En este lugar, para que se designen los castigos eternos de los réprobos, no se dice que el árbol sea cortado, sino quebrantado, porque evidentemente la muerte de la carne corta a los réprobos, pero el castigo subsiguiente los quebranta. Pues aquí es como si se cortara, cuando se separa de la vida presente. Pero en el infierno es quebrantado, cuando es atormentado con condenación perpetua. El hombre santo, porque ha expuesto el severo castigo del perverso, inmediatamente recurre a la culpa, para enseñar por la inmensidad de la injusticia que tan grande condenación no es injusta. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 21.---Porque alimentó a la estéril, a la que no da a luz, y no hizo bien a la viuda.

4. El injusto alimentando la carne estéril, descuida el cuidado del alma. ¿Qué se nombra aquí como estéril, sino la carne? Que mientras solo desea lo presente, no sabe engendrar buenos pensamientos. ¿Y qué se llama viuda, sino el alma? A la cual, porque el Creador quiso unirse, vino al tálamo del útero carnal, como atestigua el salmista, que dice: Y él, como un esposo, saliendo de su tálamo (Salmo XVIII, 6). Con razón se dice viuda, porque su esposo sufrió la muerte por ella, y ahora, oculto de sus ojos en los recintos celestiales, vive como en otra región. El injusto, por tanto, alimenta lo estéril y descuida hacer el bien a la viuda, porque sirviendo a los deseos de la carne, desprecia el cuidado y la vida del alma. Con toda su intención y esfuerzo, piensa en cómo la carne, que ha de morir, subsista sin necesidades, y desprecia cuidar la vida del alma, que sin duda vive eternamente, ya sea en la muerte o en la bienaventuranza. Con razón, cuando se dice: Alimentó lo estéril, se añade de inmediato: Y la que no da a luz. Pues conocemos de la historia sagrada a algunas mujeres que fueron estériles, pero que al final dieron a luz. Sin embargo, la carne no solo se dice estéril, sino también que no da a luz, porque por su propio sentido no puede engendrar buenos pensamientos ni siquiera al final. Ya carece de su propio vigor, y sin embargo no deja de desear lo transitorio, y ya agotada de su antigua fortaleza, casi es rechazada por el mismo mundo que ama, y sin embargo, aún con esfuerzo impropio, intenta obtener lo temporal. Ya no puede hacer lo perverso, pero no deja de pensar en lo que no hace. Con razón, por tanto, se dice no solo estéril, sino también que no da a luz, porque por su propio sentido, como hemos dicho, no engendra la prole de buenos pensamientos, ni siquiera cuando está debilitada.

5. Los trabajos de los herejes son estériles.---Esto también puede entenderse de los herejes que predicán. Pues cada predicador del error, mientras enseña al pueblo situado fuera de la unidad de la Iglesia, ciertamente alimenta a una que es estéril y que no puede dar a luz, porque dedica el esfuerzo de su trabajo a aquella que de ninguna manera devuelve frutos espirituales. Sin embargo, no hace bien a la viuda, porque desprecia vivir y servir a la santa Iglesia universal, cuyo esposo sufrió las adversidades de la muerte. Hacer bien a la viuda es trabajar en la consolación de aquella que se consume por el amor de su esposo muerto. Por eso, con la voz del salmista, esta misma viuda, es decir, la santa Iglesia, se lamenta diciendo: Busqué a quien me consolara, y no lo encontré (Salmo 68, 21). Solo encuentra consuelo cuando ve que, de esa muerte que sufrió su esposo, muchos resucitan a la vida dentro de ella misma. A menudo, el predicador del error se une a los ricos de este mundo, quienes, por estar absortos en ocupaciones terrenales, desconocen las astucias de sus palabras; y mientras ambicionan ser poderosos exteriormente, son atrapados sin esfuerzo en el lazo de la predicación perversa. Por eso se añade:

CAPÍTULO IV.

VERS. 22.---Ha derribado a los poderosos en su fortaleza.

6. En efecto, en la fortaleza de su propia maldad, arrastra a los fuertes, cuando a través de la astucia de su error captura a los poderosos de este mundo. Contra ellos, se dice por medio de Pablo: Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (I Cor. I, 27). La fortaleza del predicador perverso es el conocimiento elevado de la elocuencia, por el cual, hinchado, desprecia a los demás y, en el desprecio de todos, se enorgullece como si fuera singularmente

experto. Quien tiene grandes pensamientos sobre sí mismo, pero ignora la verdad del Señor, se aleja del conocimiento de la fe, y sin embargo, intenta parecer un predicador de la fe. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO V [Ant. III].

IBID.---Y cuando se haya levantado, no creerá en su vida.

7. Todo pecador es culpable de incredulidad.---En este mundo, cada predicador perverso permanece mientras vive en su cuerpo terrenal. Pero se niega a creer en su propia vida, porque desprecia conocer la verdad sobre Dios. Creería en su vida si pensara correctamente sobre la esencia de su Creador. Esto, por tanto, decíamos anteriormente sobre cualquier inicuo, pero de repente dirigimos nuestro entendimiento hacia el predicador del error. Por lo tanto, es necesario saber que somos llevados a la apariencia, sin ser arrancados completamente de la especie. Pues cada perverso, aunque parezca mantener la fe correcta en el seno de la Iglesia universal, permanece, y no cree en su vida, porque lo que entiende sobre el Creador a través de la fe es correcto, pero desprecia mantener las obras de la fe; y es acusado de incredulidad, porque es reprobado por su vida de aquello que dice creer. De ahí que Juan diga: El que dice que conoce a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso (1 Juan 2, 4). De ahí que Pablo diga: Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan (Tito 1, 16). De ahí que Santiago diga: La fe sin obras está muerta (Santiago 2, 20, 26). Pero entre estas cosas, el Creador, con admirable disposición de consejo, observa las culpas y concede tiempos de vida, para que los largos espacios de la vida temporal se conviertan, ya sea en ayuda del don para el convertido, o en aumento de la condenación para el no convertido. Por lo tanto, se añade aún:

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 23.---Dios le concedió un lugar para el arrepentimiento, y él lo malgasta en soberbia.

8. La misericordia otorgada al pecador y descuidada se convierte en castigo. — Cualquiera que peca y vive, es tolerado en su iniquidad por la divina dispensación para que se aparte de la iniquidad. Pero aquel que es tolerado por más tiempo y no se aparta de la iniquidad, recibe ciertamente el don de la paciencia suprema, pero se ata más estrechamente con las cadenas de su culpa por ese mismo don. Pues, al desviar el tiempo concedido para la penitencia hacia la culpa, el juez estricto en el final convierte los argumentos de misericordia otorgados en castigo. De ahí que Pablo diga: ¿O ignoras que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero tú, según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. II, 4, 5). De ahí que Isaías diga: El niño de cien años morirá, y el pecador de cien años será maldito (Is. LXV, 20). Como si abiertamente nos advirtiera, diciendo: La vida del niño se prolonga para que se corrija de sus actos pueriles; pero si no se aparta de la perpetración del pecado ni siquiera con la prolongación del tiempo, esta misma longevidad de vida, que recibió por misericordia, le aumenta la maldición. Por lo tanto, es necesario que cuando nos vemos esperados por más tiempo, temamos esos mismos tiempos de piedad otorgada como si fueran argumentos de condenación, no sea que de la clemencia del juez crezca el castigo del pecador; y de donde alguien podía ser rescatado de la muerte, de allí se dirija más gravemente hacia la muerte. Esto se hace a menudo porque el ojo de la mente no se separa de lo presente. Pues el pecador descuida considerar los caminos del Redentor, y por eso envejece sin cesar en sus propios caminos. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO VII [Ant. IV, Rec. V].

IBID.---Porque sus ojos están en sus caminos.

9. El pecador, habiendo abandonado los caminos del Señor, se deleita en los suyos, es decir, en sus vicios. El pecador contempla sus propios caminos, porque se esfuerza en pensar y ver solo aquello que le proporciona un beneficio temporal. Por eso Pablo dice: Todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo (Filipenses II, 21). El camino del altivo es la soberbia; el camino del ladrón, la avaricia; el camino del lujurioso, la concupiscencia carnal. Por lo tanto, en sus propios caminos, el iniquo baja la mirada, porque se enfoca únicamente en los vicios para satisfacer su alma. De ahí que Salomón diga: Los ojos de los necios están en los confines de la tierra (Proverbios XVII, 34), porque solo contemplan con toda la intención del corazón aquello que los lleva al fin de su deseo terrenal. Sin embargo, el pecador no fijaría su mirada en la tierra si levantara los ojos de su mente hacia los santos caminos de su Redentor. Por eso Salomón dice nuevamente: Los ojos del sabio están en su cabeza (Eclesiastés II, 14), porque, evidentemente, el sabio considera con toda su intención a aquel de quien se considera miembro por la fe. Despreció ver estos caminos de la conversación humana quien decía: En tus mandamientos me ejercitaré, y consideraré tus caminos (Salmo CXVIII, 15). Así, abiertamente promete, diciendo: Ya rehúso ver lo que es mío, porque ardo en seguir con los pasos de mi conversación el camino de tu imitación. Pues quien ya contradice al mundo presente, con la continua excitación del amor, presenta los caminos de su Redentor ante los ojos de su corazón, para que la mente huya de lo próspero, se prepare para lo adverso; no desee nada que adule, no tema nada que se crea aterrador; considere el dolor como alegría; valore las alegrías de la vida presente como pérdidas de dolor; no tema las pérdidas de la abyección, sino que busque a través de ellas el lugar de la gloria permanente. La Verdad mostraba estos caminos a los ojos de los seguidores cuando decía: Si alguno me sirve, sígame (Juan XII, 26). A estos caminos llamaba de nuevo los corazones altivos de los discípulos, cuando ya buscaban el lugar de la gloria, pero ignoraban el camino de esa misma gloria, diciendo: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mateo XX, 22). Habían buscado la altura de aquella confesión a la derecha y a la izquierda, pero no veían cuán angosto era el camino hacia ella. Por eso, inmediatamente se les presenta el cáliz de la pasión a sus ojos para que, si aspiraban a las alegrías de la sublimidad, primero encontraran el camino de la humildad. Por lo tanto, ya que el pecador descuida considerar los caminos de Dios, pero se enfoca solo en aquellos en los que se deleita carnalmente, ahora se dice con razón: Porque sus ojos están en sus caminos. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 24.---Se elevaron por un momento, y no subsistirán.

10. La vana gloria, al ser exaltada por un breve tiempo, cae.---La gloria de los inicuos, aunque a menudo se extiende por muchos años, es considerada larga y casi estable por las mentes débiles. Pero cuando un fin repentino la intercepta, sin duda demuestra haber sido breve, ya que el fin determinante se hace evidente, porque lo que pudo pasar fue breve. Por lo tanto, son elevados por un breve tiempo y no subsisten, porque en el mismo momento en que desean ser vistos en lo alto, se alejan de la verdadera esencia de Dios por su altivez. No pueden subsistir, porque están separados de la solidez de la esencia eterna, y soportan esta primera caída, porque caen en sí mismos por la gloria privada. De aquí que el salmista diga: Los derribaste cuando se elevaron (Sal. LXXII, 18), porque caen internamente en la misma

medida en que se levantan externamente de manera incorrecta. [Vet. V]. Contemplando esta brevedad de la gloria temporal, dice de nuevo: Vi al impío superexaltado y elevado como los cedros del Líbano; pasé, y he aquí que ya no estaba (Sal. XXXVI, 35). De aquí dice nuevamente: Un poco más, y el pecador no existirá (Ibid. 10). De aquí que Santiago diga: ¿Qué es vuestra vida? es un vapor que aparece por un poco de tiempo (Sant. IV, 15). De aquí que el profeta, considerando la brevedad de la gloria carnal, proclama, diciendo: Toda carne es hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba (Is. XL, 6). En efecto, el poder de los inicuos se compara con la flor de la hierba, porque ciertamente la gloria carnal, mientras brilla, cae; mientras se exalta en sí misma, es terminada por un fin repentino. Así, la paja es llevada en alto por el sople de los vientos, pero con una caída rápida es devuelta a lo bajo. Así, el humo se eleva hacia las nubes, pero de repente se disipa en la nada al hincharse. Así, la niebla se eleva densificándose desde lo más bajo; pero el rayo del sol la disipa como si no hubiera existido. Así, la humedad del rocío nocturno se esparce sobre la superficie de las hierbas, pero se seca rápidamente con el calor de la luz diurna. Así, las burbujas espumosas de las aguas, excitadas por las lluvias incipientes, emergen apresuradamente desde lo profundo; pero cuanto más rápidamente se rompen y desaparecen, más se inflan y se extienden hacia lo alto. Y aunque crecen para aparecer, al crecer logran no subsistir. Por lo tanto, de los inicuos que se hinchan con la elevación de la gloria temporal, pero que no duran en esta solidez, se dice correctamente: Fueron elevados por un breve tiempo, y no subsistirán. De los cuales aún se añade:

CAPÍTULO IX.

IBID.---Y serán humillados como todo, y serán quitados.

11. La tierra en esencia siempre permanecerá, aunque en apariencia continuamente pase. Así debe ser el avance de la contemplación, que de lo poco se eleve a lo mucho, a considerar todo, de modo que gradualmente, al ser guiado, progrese, y juzgando todas las cosas transitorias, al comprenderlas, crezca casi incomprensiblemente. Por eso, el hombre santo, al examinar la gloria y la decadencia de los malvados, dirigió de inmediato el ojo de su mente a todo, diciendo: Serán humillados como todo, y serán quitados. Todo lo terrenal, en efecto. Como si dijera abiertamente: De ninguna manera pueden permanecer, porque también huyen aquellas cosas en las que se apoyan; y mientras aman lo temporal, pasan con ellas por la volubilidad del tiempo. Pero se puede preguntar, cuando se dice por Salomón: Una generación pasa, y otra generación viene, pero la tierra permanece para siempre (Ecles. I, 4), ¿por qué el bienaventurado Job afirma que todo será humillado y quitado? Sin embargo, lo discutimos fácilmente si distinguimos cómo pasan o permanecen la tierra y el cielo. Ambas cosas pasan por la imagen que ahora tienen, pero sin embargo subsisten por esencia sin fin. De ahí que Pablo diga: Porque la figura de este mundo pasa (I Cor. VII, 31). De ahí que la Verdad misma diga: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mat. XXIV, 35). De ahí que se diga con voz angélica a Juan: Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva (Apoc. XXI, 4). Que no han de ser creados otros, sino que estos mismos se renovarán. Así, el cielo y la tierra pasan y serán, porque son purificados por el fuego de la forma que ahora tienen, y sin embargo siempre se conservan en su naturaleza. Por eso el salmista dice: Los cambiarás, y serán cambiados (Sal. CI, 27). Esta última transformación nos la anuncian ahora las vicisitudes mismas, que alternan incesantemente para nuestro uso. Pues la tierra decae de su forma en la sequedad invernal, reverdece con la humedad primaveral. El cielo se cubre diariamente con la oscuridad de la noche, y se renueva con la claridad diurna. De aquí, pues, cada fiel puede deducir que estas cosas perecen, y sin embargo se restauran por la renovación, que ahora se constata que se reparan continuamente como si fuera por defecto.

Entre estas cosas, por tanto, cuando el hombre santo contempla el curso de los malvados, se da cuenta de cuánta retribución alguna vez decaerán, cuando de inmediato añade:

CAPÍTULO X.

IBID.---Y así como las cimas de las espigas serán trituradas.

12. Los ricos malvados, aunque están de acuerdo en oprimir a los justos, están separados entre sí por sus codicias. Las cimas de las espigas son las aristas. Las aristas, sin embargo, surgen unidas en la espiga, pero al crecer un poco, se separan entre sí, ásperas y rígidas. Así, de hecho, los ricos perversos se elevan hacia la gloria de este mundo. Pues están unidos por la comunión de la naturaleza, pero al crecer se dividen entre sí. Uno desprecia al otro, y uno se enciende contra el otro con las llamas de la envidia. Aquellos que, por la hinchazón de su mente, se separan de la unidad de la caridad, están rígidos entre sí como las aristas. ¿Qué diré entonces de los ricos perversos de este mundo, sino que son como ciertas aristas del género humano? Mientras se enorgullecen unos contra otros, afligen unánimemente la vida de los buenos, están divididos entre sí, pero sin embargo, de manera concordante, oprimen los granos hacia abajo.

13. Los réprobos se levantan ahora como espigas; los elegidos se ocultan como granos.---Ahora, pues, las espigas se elevan, los granos se ocultan, porque también la potencia de los réprobos se destaca, y la gloria de los elegidos no aparece. Aquellos se muestran en la pompa de los honores, estos se humillan en la humildad. Pero llegará el tiempo de la trilla, que quebrará la rigidez de las espigas y no triturará los granos sólidos. Entonces, en efecto, se quebrantará la soberbia de los inicuos, entonces se declarará con cuánta integridad brilla la vida de los elegidos, porque cuando los injustos perecen, de esta misma trituración de las espigas se hace que aparezcan los granos que estaban ocultos. Y cuando las espigas se rompen, se muestra el resplandor de los granos, porque al caer los inicuos en los castigos eternos, se demuestra con cuánta verdad resplandece la justicia de los santos. Por lo cual, también se dice acertadamente por Juan: "Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja con fuego inextinguible" (Mat. III, 12; Luc. III, 17). Por tanto, el bienaventurado Job observe con cuánta severidad se quebranta la altivez de los perversos, y comparándolos con espigas que perecen, diga: "Como las cimas de las espigas serán trituradas", porque ciertamente la rigidez de los soberbios se quiebra con la fortaleza de la última trilla, que ahora se eleva despreciando la vida de los elegidos. Sigue:

CAPÍTULO XI. [Rec. VII.]

VERS. 25.---Pero si no es así, ¿quién podrá acusarme de haber mentido y poner mis palabras ante Dios?

14. Los justos, si delinquen, no deben ser reprendidos por los impíos.---Si no es así como se dice, ciertamente todos pueden acusarlo de falsedad. ¿Por qué entonces se dice: Si no es así, ¿quién podrá acusarme de haber mentido, cuando sabemos que a cualquiera le es lícito reprender al engañoso? Pero si examinamos el sentido del que habla con una sutil interrogación, más rápidamente descubrimos cuán rectas son las cosas que ha dicho. Pues el justo, aunque alguna vez hable errando, no es digno de ser juzgado por los injustos y los que viven de manera depravada. Por eso, el santo varón, rebajando la soberbia de sus amigos, confía en que no puede ser reprendido, no solo si es así, sino incluso si no es así como lo ha dicho, porque ciertamente aquellos que no saben actuar falsamente pueden rectamente refutar

las falsedades. Pues pierden el atrevimiento de corrección contra la falsedad, quienes aún viven de manera engañosa. Dice, por tanto: Pero si no es así, ¿quién podrá acusarme de haber mentido? Como si dijera abiertamente: Todas las cosas son como las he expuesto, que, sin embargo, si no fueran así, no podrían ser refutadas por vosotros, porque mientras aún sucumbís a vuestras propias faltas, no podéis reprender la falsedad ajena.

15. Nuestros juicios deben ser ponderados ante el supremo juez.---Donde se añade adecuadamente: Y poner mis palabras ante Dios. Pues quien verdaderamente reprende las palabras engañosas, reflexionando sobre lo escuchado y sopesándolo según la regla de la verdad, pone las palabras ante Dios: porque examina en su interior, en presencia de la verdad, qué debe decidir externamente contra el engaño. Poner las palabras ante Dios es, en efecto, considerar al juez íntimo y sopesar las palabras exteriores. Por lo tanto, el hombre santo no considera que sus palabras puedan ser puestas ante Dios por sus amigos soberbios. Como si dijera abiertamente: Por eso no podéis poner lo que digo ante el juez, porque ocultáis su rostro al pecar. Sin embargo, esto no impide que se entienda también desde la perspectiva de la santa Iglesia, que, cuando es reprendida por la burla de los herejes debido a sus débiles, desprecia la astucia de su burla, porque es más tolerable para Dios que alguien permanezca en la debilidad e ignorancia con humildad, que comprender con altivez. Pero como el hombre santo ha dicho muchas cosas contra aquellos que se enorgullecen de un poder efímero y se hinchán con honores vanos, Baldad el Suhita, aprovechando su corrección, reconoce en quién reside el verdadero poder, diciendo:

CAPÍTULO XII [Ant. VII, Rec. VIII].

CAP. XXV, VERS. 2---El poder y el terror están con él, quien establece la concordia en sus alturas.

16. Solo Dios es poderoso y temible.---Como si dijera abiertamente: Solo aquel que verdaderamente posee estas cosas por el poder de su divinidad aterra verdaderamente los corazones de los mortales. Pues, ¿qué terror infunde el poder humano, que no sabe cuándo carecerá justamente de ese mismo poder? Con razón se dice: El que hace la concordia en sus alturas, porque muchas cosas aquí abajo están en desacuerdo entre sí, pero corren hacia la plenitud concordante de las cosas celestiales; y por causa de la paz interna, sucede que a menudo las cosas externas se disponen sin paz. Pues el Dios omnipotente eleva a los buenos al mérito, cuando permite que los malos se ensañen contra su vida. Y en la concordia se componen las cosas supremas, mientras se confunden las inferiores, porque allí en los cielos asocia a sus elegidos con los coros de los ángeles, mientras que en la tierra y en las cosas inferiores soporta las costumbres de los réprobos que se oponen a sus designios.

17. Se dice que los ángeles, sumamente concordes entre sí, se enfrentan.---Pero entre estas cosas es interesante investigar si la paz en las alturas se mantiene suprema, ¿qué significa lo que se dice a Daniel por medio de un ángel: "He venido a causa de tus palabras; pero el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; y he aquí que Miguel, uno de los principales príncipes, vino en mi ayuda" (Dan. X, 13)? Y poco después: "Ahora volveré para luchar contra el príncipe de Persia. Cuando salía, apareció el príncipe de los griegos viniendo" (Ibid., 20). ¿A qué otros príncipes de las naciones, sino a los ángeles, se refiere, que podrían haberle resistido al salir? ¿Qué paz puede haber en las alturas si entre los mismos espíritus angélicos se lleva a cabo una contienda de lucha, quienes siempre están ante la presencia de la verdad? Pero dado que ciertos ministerios de los ángeles han sido asignados para la administración de cada una de las naciones, cuando los comportamientos de los

súbditos merecen la ayuda de los espíritus superiores en su contra, se dice que los mismos espíritus que presiden vienen en oposición entre sí. Pues el ángel que hablaba con Daniel se reconoce como el que estaba asignado a los cautivos del pueblo israelita establecidos en Persia. Miguel, sin embargo, se encuentra como el que estaba a cargo de aquellos que de ese mismo pueblo permanecieron en la tierra de Judea. Por eso, el mismo ángel dice poco después a Daniel: "Nadie es mi ayudante en todas estas cosas, sino Miguel, vuestro príncipe" (Ibid. 21). De quien también dice lo que mencionamos antes: "Y he aquí que Miguel, uno de los principales príncipes, vino en mi ayuda" (Ibid., 13). Al decir que no estaba con él, sino que vino en su ayuda, se reconoce claramente que estaba asignado al pueblo que estaba cautivo en otra parte. ¿Qué significa entonces que el ángel diga: "He venido a causa de tus palabras, pero el príncipe del reino de Persia se me opuso" (Ibid., 13), sino anunciar sus obras a los súbditos? Como si dijera abiertamente: Los méritos de tus oraciones exigen que el pueblo israelita sea liberado del yugo de su cautiverio, pero aún hay algo que debe ser purificado bajo el dominio persa en ese pueblo, de modo que el príncipe de Persia me contradiga con razón sobre su liberación, aunque las oraciones tuyas también sean ayudadas por las lágrimas de aquellos que quedaron en Judea. Por eso, añade lo que hemos dicho: "Miguel, vuestro príncipe, vino en mi ayuda". Y cuando sale para luchar contra el príncipe de Persia, aparece el príncipe de los griegos viniendo hacia él. De lo cual se insinúa que Judea también había cometido algo contra los griegos, cuya causa ciertamente resistía a su liberación. El ángel escucha las oraciones del profeta, pero el príncipe de Persia resiste, porque aunque la vida del justo que intercede ya exige la liberación del pueblo, la vida de ese mismo pueblo aún se opone, de modo que, como aquellos que fueron llevados al cautiverio aún no han sido completamente purificados, los persas con razón aún los dominan. Miguel ayuda, pero el príncipe de los griegos viene a la batalla, porque la larga opresión del cautiverio de los oprimidos podría merecer el perdón, pero el beneficio de su liberación también se encuentra con lo que habían ofendido a los griegos. Por lo tanto, se dice correctamente que los ángeles vienen en oposición entre sí, porque los méritos de las naciones sujetas a ellos se contradicen mutuamente. Pues los sublimes espíritus que gobiernan a las naciones no luchan por los que actúan injustamente; sino que juzgan justamente sus acciones. Y cuando la culpa o la justicia de cada nación se lleva al consejo de la corte celestial, se dice que el jefe de esa nación ha ganado o no ha ganado en la contienda. Sin embargo, la victoria de todos ellos es la voluntad suprema de su Creador sobre ellos, que al contemplarla siempre, nunca desean lo que no pueden obtener. Por lo tanto, se dice bien: "Él hace la concordia en sus alturas". Sigue:

CAPÍTULO XIII [Rec. IX].

VERS. 3.---¿Acaso hay número para sus ejércitos?

18. Aunque el número de los ángeles es finito para Dios, es infinito para los hombres. En el conocimiento de la razón humana no hay número para los espíritus celestiales, porque no se sabe cuán grande es esa multitud de ejércitos invisibles; de lo cual se dice por medio de Daniel: Mil millares le servían, y diez mil veces cien mil estaban en pie delante de él (Daniel, VII, 10). El número de los ciudadanos celestiales se expresa como infinito y definido, para mostrar que, aunque es numerable para Dios, es innumerable para los hombres. Aunque es diferente asistir que ministrar. Asisten, sin duda, aquellas potestades que no salen para anunciar ciertas cosas a los hombres. Ministran, en cambio, aquellos que vienen a cumplir los oficios de los ungidos, pero aun así, ellos tampoco se apartan de la contemplación de lo íntimo. Y dado que son más los que ministran que los que principalmente asisten, el número

de los asistentes se muestra como definido, mientras que el de los ministros se muestra como indefinido.

Vet. VIII] 19. Por qué se les llama soldados de Dios.---Con razón llamamos a los espíritus angélicos soldados de Dios, porque no ignoramos que luchan contra las potestades aéreas. Sin embargo, estas batallas no las llevan a cabo con esfuerzo, sino con autoridad, ya que todo lo que buscan lograr contra los espíritus inmundos lo pueden hacer con la ayuda de quien gobierna todo. De esta milicia, al nacer nuestro rey, está escrito: De repente apareció con el ángel una multitud de la milicia celestial (Luc., 13). A esta milicia se une también el número de hombres elegidos, quienes, por el sublime deseo de su mente, son liberados de la servidumbre de la vida terrena. De ellos se dice a través de Pablo: Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios seculares (II Tim. II, 4). Aunque ahora parezcan pocos, en la patria invisible reinan innumerables, porque aunque en comparación con los malvados sean pocos, no pueden medirse en la frecuencia de su congregación. Y dado que la virtud de estos mismos soldados no se fortalece por sus propias fuerzas, sino por la infusión de la gracia suprema, con razón se añade:

CAPÍTULO XIV.

IBID.---¿Y sobre quién no se levantará su luz?

20. No son fuertes por sus propias fuerzas, sino por el don de la gracia. En efecto, la gracia es la luz de Dios que previene. Si esta no surgiera gratuitamente en nuestro corazón, ciertamente nuestra mente permanecería oscura en las tinieblas de sus pecados. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XV [Rec. X].

VERS. 4.---¿Acaso puede justificarse el hombre comparado con Dios, o aparecer puro el nacido de mujer?

21. Nadie es justo sino por la iluminación de Dios, no por comparación.---Este verso fue dicho anteriormente por el bienaventurado Job, y ahora se repite en su reproche. Todo hombre justo es justo por la iluminación de Dios, no por comparación. En efecto, la justicia humana, comparada con su autor, es injusticia, porque incluso si el hombre permaneciera en su condición original, la criatura no podría igualarse al creador (Job IX, 2). Sin embargo, a los más graves pesos de la deficiencia, se añadió también la culpa, que la serpiente insidiosa introdujo, y la mujer debilitada persuadió (Génesis III, 6). Por lo tanto, ahora, dado que el hombre nace sometido a la culpa por la mujer, la debilidad del primer pecado se propaga en la descendencia. Y porque en la raíz se pudrió la rama del género humano, no subsiste en el verdor de su condición. Por eso, ahora se dice correctamente: ¿Acaso puede justificarse el hombre comparado con Dios, o aparecer puro el nacido de mujer? Como si se dijera abiertamente: Para que el hombre no se enorgullezca contra su autor, considere de dónde vino aquí, y entienda qué es. Pero he aquí que algunos, ayudados por el don del espíritu, se levantan contra la debilidad de su carne, brillan en virtudes, y también resplandecen con milagros de señales; sin embargo, no hay nadie que pase la vida sin culpa, mientras lleve la carne de corrupción. Por lo tanto, se añade aún:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 5.--- He aquí, ni siquiera la luna resplandece, y las estrellas no son puras a sus ojos.

22. Nadie es tan justo que en la carne corruptible esté libre de todo pecado. ¿Qué se representa por la luna, sino toda la Iglesia en conjunto? ¿Y qué se representa por las estrellas, sino las almas de aquellos que viven bien? Estos, al sobresalir con grandes virtudes entre las conversaciones de los hombres perversos, brillan como luces en la oscuridad de la noche. Por eso, también Pablo dice a los discípulos: "Entre los cuales resplandecéis como luminarias en el mundo" (Filipenses II, 15). Porque la santa Iglesia se expresa con la denominación de luna, el profeta lo atestigua diciendo: "El sol se elevó, y la luna se mantuvo en su orden" (Habacuc III, 11). En efecto, cuando el sol se eleva, la luna se establece en su orden, porque al ascender el Señor a los cielos, la santa Iglesia se fortalece inmediatamente en la autoridad de la predicación. Y porque los elegidos se señalan con el nombre de estrellas, Pablo lo insinúa de nuevo, diciendo: "Una estrella difiere de otra en claridad" (I Corintios XV, 41). Por lo tanto, la luna no resplandece, y las estrellas no son puras a su vista, porque ni la santa Iglesia brilla con su propia virtud en tantos milagros, a menos que la inunden los dones de la gracia que la precede, ni las mentes de aquellos que viven bien están libres de las manchas del pecado, si se juzgan sin la piedad, porque ante los ojos del juez estricto, la corrupción de cada uno lo mancha, a menos que la gracia del perdón lo limpie diariamente. El ánimo de los elegidos se esfuerza por salir a la libertad de la justicia, pero aún está retenido por la cadena de la debilidad; y aunque desea someter completamente las culpas, mientras esté atado por la corrupción de la carne, está ligado por sus cadenas, incluso cuando no lo desea. De aquí, pues, se puede deducir cuán oprimidos por el peso de los pecados están aquellos que descuidan luchar contra ellos, si ni siquiera aquellos que luchan valientemente contra ellos logran superarlos completamente. Por eso, después de haber dicho: "He aquí que ni la luna resplandece, ni las estrellas son puras a su vista", se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XVII

VERS. 6.---¿Cuánto más el hombre, que es podredumbre, y el hijo del hombre, que es un gusano?

23. Si las manchas más santas no están libres de imperfecciones, ¿cuánto más se ensucian aquellos que se sumergen en las impurezas de la carne? Es como si se dijera abiertamente: Si ni siquiera pueden estar sin contagio aquellos que brillan con virtudes en las tinieblas de la vida presente, ¿cuánta culpa de iniquidad tienen aquellos que aún viven carnalmente? Si no pueden estar libres de pecado quienes ya se dedican a los deseos celestiales, ¿qué peso de pecados soportan aquellos que, entregados a los placeres de su carne, aún llevan el yugo de la corrupción? De aquí que Pedro diga: Si el justo con dificultad se salvará, ¿dónde aparecerán el impío y el pecador? (I Pe. IV, 18). De aquí que se diga por medio de Isaías: Sobre la tierra de mi pueblo crecerán espinas y abrojos, ¿cuánto más sobre toda casa de alegría de la ciudad exultante? (Is. XXXII, 13). En efecto, el Señor llama tierra de su pueblo a la mente de todos los elegidos, sobre la cual dice que crecerán espinas y abrojos, porque ni siquiera a ella la ve sin las punzadas de los vicios. La casa de alegría de la ciudad exultante es la mente de los perversos, que al descuidar la contemplación de los castigos venideros, se abandona a la voluptuosidad de la carne y se alegra vanamente. Dice, pues: Sobre la tierra de mi pueblo crecerán espinas y abrojos, ¿cuánto más sobre toda casa de alegría de la ciudad exultante? Es como si dijera abiertamente: Si los vicios también deprimen la mente de aquellos que se afligen por el deseo de la patria celestial, ¿a qué culpas están sometidos quienes sin ningún temor se abandonan al placer de la carne?

24. El primer hombre es podredumbre, cuyos hijos son gusanos.---Es digno de notar en su discurso cuánto Baldad mantuvo el orden de nuestra condición y nacimiento, al llamar al hombre no gusano, sino podredumbre, y al hijo del hombre gusano. Pues el primer padre del género humano, hombre, no hijo de hombre, del cual cualquiera que ha surgido, no solo fue hombre, sino también hijo de hombre. Así como del hombre nace el hijo del hombre, así de la podredumbre nace el gusano. Por lo tanto, con razón se llama al hombre podredumbre, y al hijo del hombre gusano. El primer hombre es podredumbre, no gusano, porque aunque se descompuso por la muerte, no vino por nacimiento de la podredumbre. Pero el que es hijo del hombre, se llama gusano, porque ya se propaga de la corrupción de los cuerpos mortales.

25. Por lo tanto, dado que las palabras de los amigos han terminado, el bienaventurado Job se apoya en una prosecución de mayor agudeza, y sus palabras son tan contundentes como finales, porque también es costumbre de los juristas que el argumento con el que prevén sobresalir sobre sus adversarios lo reservan para la conclusión de la prosecución. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Ant. X, Rec. XI].

CAP. XXVI, VERS. 1, 2.---545 Respondió Job, y dijo: ¿De quién eres ayudador? ¿Acaso del débil? ¿Y sostienes el brazo de aquel que no es fuerte?

26. Querer ayudar al débil es caridad; al poderoso, es soberbia. Ayudar al débil es caridad; querer ayudar al poderoso es soberbia. Por lo tanto, como sus amigos, que tenían la apariencia de herejes, intentaban mostrar su sabiduría como si ayudaran a Dios, Baldad es justamente reprendido, para que se diga: ¿A quién ayudas? ¿Acaso al débil? ¿Y sostienes el brazo de aquel que no es fuerte? Como si dijera abiertamente: Mientras intentas ayudar a aquel bajo cuya grandeza sucumbes, todo el consuelo que ofreces es por ostentación, no por piedad.

27. En qué sentido se dice que ayudamos a Dios.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que a menudo también ayudamos humildemente a Dios, quien evidentemente no es débil. Por eso, a través de Pablo se dice: Somos colaboradores de Dios (I Cor. III, 9). Pues cuando concurrimos con la voz de exhortación a aquel a quien Él mismo infunde por gracia interna, lo que Él obra por el espíritu interiormente, nosotros lo ayudamos exteriormente con el ministerio, y solo entonces nuestra exhortación se lleva a la perfección, cuando en el corazón está Dios quien es ayudado. Por eso también en otro lugar dice: Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (Ibid., 7). Plantar y regar, ciertamente, es ayudar. Ambos ministerios serán vacíos si en el corazón Dios no da el crecimiento. Pero aquellos que, según su propio entendimiento, piensan de otra manera, no quieren ser humildemente colaboradores de Dios, porque al estimarse útiles a Dios, se alejan del fruto de la utilidad. Por eso, con la voz de la Verdad se dice a los discípulos: Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debíamos hacer (Luc. XVII, 10). Sigue:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 3.---¿A quién diste consejo? ¿Acaso a aquel que no tiene sabiduría?

28. Dar consejo al necio es de caridad; al sabio, de ostentación; a la misma Sabiduría, de perversidad. Dar consejo al necio es de caridad; al sabio, de ostentación; pero darlo a la misma Sabiduría, de perversidad. Y porque aquellos que dijimos que mantenían la apariencia

de herejes servían más a la ostentación que a la utilidad a través de su discurso, se añade correctamente contra Baldad:

IBID.---Y mostraste tu gran prudencia.

Todo aquel cuya prudencia es recta, no es excesiva, porque, según la voz de Pablo, no desea saber más de lo que conviene saber (Rom. XII, 3). Pero aquel que tiene en exceso, no es recto, porque al extenderse más allá de lo debido, se inclina hacia la culpa en cualquier dirección. Aquellos que desean parecer más prudentes que los demás muestran su prudencia excesiva. Por lo cual, sucede a menudo que, al no saber ser moderados en su saber, incluso hablan necedades. Por esta razón, se añade el exceso de prudencia, para que se diga:

CAPÍTULO XX.

VERS. 4.---¿A quién quisiste enseñar? ¿No es acaso a aquel que creó el aliento?

29. ¡Cuánta insensatez de Baldad, al preferir su propia sabiduría a la divina! Vivimos por el aliento, somos sabios por la prudencia. Primero es nuestro vivir, luego el saber, porque para poder ser sabios, primero se trata de ser. Quien dio la vida, sin duda alguna también otorgó la prudencia. Pero Baldad, al creer que el bienaventurado Job fue castigado por culpa, intentó penetrar con temeraria soberbia el oculto juicio de Dios, que debía venerar humildemente. Se antepuso a Él por su prudencia, juzgando un juicio que no comprendía. Se antepuso a Él por su prudencia, de quien recibió el aliento de vida; como si fuera más sabio que aquel de quien tenía el ser. Pero como el bienaventurado Job, manteniendo el tipo de la santa Iglesia, pronunció pocas palabras en la corrección de los soberbios, a quienes no ignoró que representaban la figura de los herejes, como dijo anteriormente: "Deseo disputar con Dios, mostrándoos primero como fabricantes de mentiras y cultivadores de doctrinas perversas" (Job XIII, 3); de repente se eleva a la doctrina y, contra la ignorancia de los altivos, expande la amplitud de su conocimiento a través de sentencias, diciendo:

CAPÍTULO XXI [Ant. XI, Rec. XII].

VERS. 5.---He aquí, los gigantes gimen bajo las aguas.

30. Los ángeles y los hombres soberbios están envueltos en el abismo de la ignorancia. Era, en efecto, digno que primero, mediante la reprensión, se redujera la hinchazón de la sabiduría terrenal, y que luego, a través de la enseñanza, se pasara a palabras llenas de misterios. No hay obstáculo para entender por gigantes a los ángeles apóstatas o a cualquier hombre soberbio. De ahí que el profeta diga: Los muertos no vivirán, los gigantes no resucitarán (Isaías XXVI, 16). ¿A quiénes llama muertos sino a los pecadores? ¿Y a quiénes llama gigantes sino a aquellos que incluso se enorgullecen de su pecado? Aquellos no viven porque al pecar han perdido la vida de la justicia. Estos tampoco pueden resucitar después de la muerte, porque, inflados por la soberbia tras su culpa, no recurren a los remedios de la penitencia. De ahí que esté escrito nuevamente: El hombre que se desvía del camino de la doctrina, morará en la asamblea de los gigantes (Proverbios XXI, 16); porque quien abandona el camino de la rectitud, ¿a qué número se une sino al de los espíritus soberbios? Bien se dice contra los altivos: He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas. Como si se dijera abiertamente: ¿Por qué ha de enorgullecerse el hombre de su conocimiento, cuando el abismo de la ignorancia oprime incluso a los espíritus más soberbios de los ángeles?

31. Los que aspiran a presidir sobre los demás, se someten a los mismos.---Si con el nombre de gigantes se designan los poderosos de este mundo, en las aguas pueden figurar los pueblos, como atestigua Juan, quien dice: Las aguas son pueblos (Apoc. XVII, 15). Bien se dice contra el que se enorgullece: He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas, porque todos los altivos, mientras en esta vida desean alcanzar la altura de los honores, gimen bajo el peso de los pueblos. Pues cuanto más uno se eleva aquí sobre otro, tanto más se carga con preocupaciones más graves; y a esos mismos pueblos se somete en mente y pensamiento, a quienes se sobrepone en dignidad. Y bien se indica brevemente con estas palabras que toda soberbia yace en lo más bajo precisamente porque se eleva a lo alto, de modo que está más sometida a todos desde donde desea sobresalir sobre todos. En efecto, el hombre elevado en las alturas sostiene sobre sí a tantos como gobierna debajo de él. Y aquellos que se asocian con tales, también se ven deprimidos por la participación en su trabajo. Pues con ellos soportan el trabajo y también el peso, mientras juntos anhelan la gloria del honor. Por eso, cuando decía: He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas, inmediatamente añadió:

CAPÍTULO XXII.

IBID.---Y los que habitan con ellos.

32. Las mayores preocupaciones abren un camino más fácil a los vicios. Las dignidades deseadas no pueden ser administradas sin pecado.---Como si dijera: Igualmente gimen aquellos cuya gloria se asocia con el deleite. Sin embargo, la misma ocupación de las dignidades seculares está oprimida por vicios tanto más fáciles cuanto más se agrava con mayores preocupaciones. Pues el alma humana ojalá pudiera ver y evitar los pecados al menos en la tranquilidad. Por lo tanto, al ver que las alturas deseadas de las cosas no pueden ser administradas sin pecados, y porque nada de lo ilícito que se comete se esconde de la ira divina, adecuadamente añadió:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 6.---El infierno está desnudo ante Él, y no hay cobertura para la perdición.

33. Ningún pecado se oculta de la ira divina. Así lo afirma también el Apóstol Pablo: Todo está desnudo y expuesto a los ojos de Él (Hebreos IV, 13). Con el nombre de infierno y perdición designó al diablo y a todos sus compañeros de condenación. ¿Quién es aquel ante quien el infierno está desnudo? Sigue diciendo:

CAPÍTULO XXIV [Rec. XIII].

VERS. 7.---El que extiende el Norte sobre el vacío.

34. Los corazones vacíos de amor divino son llenados por el diablo.---Con el nombre de Aquilón, en el lenguaje sagrado, se suele referir al diablo, quien, para congelar con el frío de la apatía los corazones de las naciones, dijo: Me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón (Isaías XIX, 13). Él se extiende sobre el vacío, porque posee aquellos corazones que no están llenos de la gracia del amor divino. Sin embargo, al Dios omnipotente le es posible llenar con el don de su gracia incluso los vasos del diablo vacíos de todas las virtudes, y poner en ellos la solidez del temor divino, en aquellos que no se ven fortalecidos por ninguna acción de rectitud. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXV.

IBID.---Y suspendió la tierra sobre la nada.

35. La Iglesia fundada sobre gentiles y judíos reducidos a la nada por el pecado. — ¿Qué se designa con el nombre de tierra sino la santa Iglesia, que al recibir las palabras de la predicación, produce el fruto de las buenas obras? De la cual se dice por Moisés: "Escuche la tierra las palabras de mi boca, sea esperado mi discurso como la lluvia" (Deut. XXXII, 2). ¿Y qué se designa por la nada sino los pueblos gentiles? De los cuales se dice por el profeta: "Todas las naciones son consideradas como nada y vacío" (Isaías XL, 17). Por tanto, la tierra está suspendida sobre la nada, que antes estaba vacía desde el Norte, porque esos corazones de los gentiles fueron llenados con el amor de Dios, que antes estaban oprimidos por la inercia del diablo. [Vet. XII.] También puede designarse por este vacío la infidelidad de Judea y por la tierra, como hemos dicho, la fructificación de la santa Iglesia. Así, el hombre santo contempla la caída de la Judea pereciente, y observa los méritos de la gentilidad que retorna al perdón, y dice: "Él extiende el Norte sobre el vacío, y cuelga la tierra sobre la nada." Pues porque los corazones de los judíos vacíos de fe están sometidos al diablo, extiende el Norte sobre el vacío. Y porque, como se ha dicho, sin méritos existentes: "Por nada los salvarás" (Salmo LV, 8), el Señor fundó su Iglesia sobre los gentiles, que por el profeta son llamados nada, adecuadamente añade: "Cuelga la tierra sobre la nada." Y sobre cómo se hizo esto, lo explica con una razón maravillosa. Dice así:

CAPÍTULO XXVI [Rec. XIV]

VERS. 8.---El que ata los corderos en sus nubes, para que no se precipiten juntos hacia abajo.

36. Con el nombre de nubes se designan a los Apóstoles y predicadores. — ¿Qué se entiende aquí por agua sino la ciencia, y por nubes sino los predicadores? Pues sabemos, con el testimonio de Salomón, que en el sagrado discurso a veces el agua se llama ciencia, quien dice: Agua profunda son las palabras de la boca del hombre, y torrente desbordante es la fuente de sabiduría (Prov. XVIII, 4). El profeta David también testifica que el agua representa la ciencia, diciendo: Agua tenebrosa en las nubes del aire (Sal. XVII, 12). Es decir, la ciencia oculta en los profetas, quienes antes de la venida del Señor, mientras llevaban en su interior los sacramentos ocultos, portaban inmensos misterios, y la inteligencia de ellos se oscurecía ante los ojos de los que los contemplaban. Con el nombre de nubes, ¿qué otra cosa se designa aquí sino los santos predicadores, es decir, los apóstoles, quienes fueron enviados por todas partes del mundo, y sabían llover con palabras y resplandecer con milagros? Isaías el profeta, viéndolos desde lejos, dijo: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes? Porque este hombre, lleno del espíritu profético, en su discurso desea comenzar la alabanza de Dios con los inicios de la naciente Iglesia, se esfuerza en narrar su orden desde la predicación de los apóstoles, quienes se preocuparon sumamente de predicar a los pueblos rudos cosas claras y comprensibles, no sublimes y arduas. Pues si la ciencia santa, que aquí se designa con el nombre de agua, la vertieran por la boca tal como la absorbían en el corazón, con su inmensidad oprimirían a sus oyentes más que regarlos. Por lo tanto, retenida la ciencia en el interior para que no brotara hacia abajo de manera desmedida, nutriendo a sus oyentes con la destilación de las palabras, aquella nube hablaba, diciendo: No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento (I Cor. III, 1, 2). ¿Quién podría soportar, si arrebatado al tercer cielo, arrebatado al paraíso, escuchando palabras secretas que no es lícito a un hombre pronunciar, abriera tan inmensos senos de la ciencia suprema (II Cor. XII, 2)? ¿O a quién no oprimiría la fuerza del oyente, si

lo que podía absorber en su interior, en cuanto la lengua de la carne lo permitiera, la inmensidad de esta agua emanara exteriormente?

37. Los oyentes inexpertos no deben ser inundados, sino irrigados con la destilación del conocimiento.---Para que los oyentes inexpertos sean fortalecidos no con una inundación de conocimiento, sino con una moderada destilación de la predicación, Dios ata las aguas en las nubes, para que no irruman de golpe hacia abajo, porque modera la predicación de los doctores, de modo que la debilidad de los oyentes, nutrida con el rocío de las palabras, pueda fortalecerse. Esto se narra bien en el Evangelio con una descripción mística, cuando se dice: Jesús subió a la barca de Pedro y le rogó que la apartara un poco de la tierra, y así, sentado, predicaba a las multitudes (Luc. V, 3). ¿Qué otra cosa se designa por la barca de Pedro sino la Iglesia encomendada a Pedro? Para que el Señor predique a las multitudes que confluyen, ordena que se aparte un poco de la tierra. No manda que se lleve a lo profundo, pero sí que se aleje de la tierra, significando ciertamente que sus predicadores no deben hablar a los pueblos inexpertos de cosas demasiado elevadas de los cielos, ni tampoco de cosas terrenales. Así, el agua se ata en las nubes, porque se prohíbe a la ciencia de los predicadores hablar a las mentes de los débiles más de lo que pueden comprender.

[Vet. XIII]. 38. A las mentes débiles debe ocultarse el conocimiento más elevado. Pues frecuentemente, si el corazón de los oyentes se corrompe por la inmensidad de la palabra, la lengua de los que enseñan es castigada con la pena de la indiscreción. Por eso está escrito: Si alguien abre una cisterna y cava, y no la cubre, y cae un buey o un asno en ella, el dueño de la cisterna pagará el precio de los animales (Éxodo XXI, 33). ¿Qué es abrir una cisterna, sino penetrar con un intelecto fuerte los secretos de la Sagrada Escritura? ¿Y qué se entiende por el buey y el asno, animales puros e impuros, sino cualquier fiel e infiel? Quien cava la cisterna, que la cubra, para que no caiga en ella el buey o el asno, es decir, quien ya comprende las alturas en el sagrado discurso, debe cubrir con silencio los sentidos sublimes ante aquellos que no pueden comprender, para no destruir por escándalo de la mente al pequeño fiel, o al infiel que podría haber creído. Pues por la muerte de los animales debe pagar el precio, porque se le convence de haber cometido aquello por lo que está obligado a hacer penitencia. Por lo tanto, la cisterna debe ser cubierta, porque ante las mentes pequeñas debe leerse el conocimiento elevado, para que no suceda que, de donde el corazón de los que enseñan se eleva a las alturas, de allí la debilidad de los oyentes se deslice hacia lo más bajo. Por tanto, se dice correctamente: Quien ata las aguas en las nubes, para que no irruman juntas hacia abajo. Pues las aguas irrumpirían juntas si, ante oyentes débiles, la magnitud del conocimiento emanara de la boca del que habla, si toda la plenitud de la predicación se derramara a la vez, y no se reservara nada para los que progresan. Es digno, pues, que quien predica considere la capacidad del oyente, para que la misma predicación crezca con el crecimiento de su oyente. Así debe actuar cada predicador, como se actúa divinamente con él, para que no insinúe a los débiles todo lo que siente, porque mientras él mismo es débil en la carne de la mortalidad, no siente todo lo que es superior. Por lo tanto, no debe predicar a los inexpertos todo lo que conoce, porque él mismo no puede conocer cuán grandes son los misterios superiores. De ahí que el apóstol Pablo, después de haber participado en los misterios celestiales, diga: Ahora vemos por espejo, en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12). Por lo cual, aquí sigue inmediatamente:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XV].

VERS 9.---El que cubre el rostro de su trono y extiende sobre él su nube.

39. En esta vida, la gloria de Dios se conoce solo en parte. --- En el rostro suele demostrarse el conocimiento. Por lo tanto, el rostro de su trono está oculto, porque en esta vida no reconocemos la gloria de su reino tal como se posee internamente. Sobre esto, se dice con razón que se extiende una nube, porque la gloria de ese reino celestial no se ve. Pues el cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Por lo tanto, somos rociados con una nube que nos impide ver, porque nos oscurecemos con la misma oscuridad de nuestra ignorancia. De ahí que el Salmista diga con razón: Oscuridad bajo sus pies, y ascendió sobre los querubines, y voló, voló sobre las alas de los vientos, y puso las tinieblas como su escondite (Sal. XVII, 10). La oscuridad está bajo sus pies, porque no se le ve desde abajo con la claridad con la que domina en lo alto. Ascendió sobre los querubines y voló. Los querubines, de hecho, se llaman plenitud de conocimiento. Por lo tanto, se dice que ascendió sobre la plenitud del conocimiento y voló, porque ninguna ciencia comprende la altura de su majestad. Voló, pues, porque se elevó lejos, en lo alto, de nuestro entendimiento. Voló sobre las alas de los vientos, porque trasciende el conocimiento de las almas. Quien puso las tinieblas como su escondite, porque mientras nos oscurecemos con la niebla de nuestra debilidad, se nos oculta por nuestra ignorancia, para que no lo veamos ahora en su eterna e íntima claridad. Por eso, en el Cantar de los Cantares, la esposa le dice: Huye, amado mío, huye (Cant. VIII, 14). [Vet. XIV.] Decimos que nos huye cuando aquello que queremos recordar no acude a nuestra mente. Decimos que nos huye cuando no retenemos en la memoria lo que deseamos. Así, la Santa Iglesia, después de describir la muerte y resurrección del Señor, y su ascensión, le clama llena del espíritu profético: Huye, amado mío, huye. Como si dijera: Tú, que te hiciste comprensible en la carne, excede con tu divinidad la inteligencia de nuestros sentidos, y permanece incomprensible para nosotros en ti mismo. Por lo tanto, oculta el rostro de su trono, porque esconde el poder de su majestad a los mortales.

40. Los ministerios de los ángeles apenas conocidos.---Pero si tomamos su trono como las virtudes angélicas, ciertamente Él preside sobre ellas como sobre un trono real, nos muestra el rostro de su trono, porque mientras permanecemos en esta carne mortal, no vemos qué y cuán grandes son esos ministerios de los ángeles. Y extendió sobre él su nube, porque sin duda eleva nuestro corazón para buscar, y sin embargo, se actúa con una moderación oculta, de modo que se reprime por la inmensidad de su propia búsqueda. Por eso está escrito: El abismo dio su voz, desde la altura de su fantasía (Habacuc III, 10). Pues la mente humana se ve obligada a exclamar en admiración, mientras en la altura de la consideración en sus búsquedas, cuanto más se extiende, más se angustia. O ciertamente, porque nosotros mismos somos el trono de Dios, no sin razón se dice que sostiene el rostro de su trono, mientras nuestro conocimiento se ve impedido de avanzar hacia lo más alto. Sobre este trono se dice que Dios extiende su nube, porque permaneciendo invisible, ejerce sobre nosotros juicios ocultos, de modo que se haga evidente lo que podemos ver, y sin embargo, el origen del hecho permanezca oculto, para que no sepamos por qué se hace. Por eso, adecuadamente se añade:

CAPÍTULO XXVIII [Rec XVI].

VERS. 10.---Puso un límite a las aguas, hasta que se terminen la luz y las tinieblas.

41. La perfecta ciencia de la eternidad no se concede a nadie mientras vivimos. Como hemos mencionado anteriormente, en las Sagradas Escrituras, el término "aguas" a menudo representa a los pueblos. El Señor pone un límite a las aguas, porque regula el conocimiento del género humano de tal manera que, mientras pasan las vicisitudes de los tiempos

alternantes, no se alcanza completamente el conocimiento de la claridad interna. Pero si entendemos que el término "luz" se refiere a los justos y "tinieblas" a los pecadores (de donde Pablo dice: "En otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" [Efesios 5, 8]), no hay obstáculo para entender lo que hemos dicho, ya que la perfecta ciencia de la eternidad no se concede a nadie hasta que se complete el curso de los justos y los injustos. Pero como no es sorprendente que los pueblos carnales desconozcan las cosas celestiales, el hombre santo se eleva en la admiración de ese mismo poder divino, y contempla que supera incluso el conocimiento de los ángeles y de los hombres perfectos, diciendo:

CAPÍTULO XXIX [Rec. XVII].

VERS. 11.---Las columnas del cielo tiemblan y se estremecen ante su mandato.

42. Las columnas del cielo son o los ángeles, o los grandes predicadores de la Iglesia, o incluso las mismas Iglesias. ¿Qué otra cosa llama columnas del cielo sino a los santos ángeles o a los grandes predicadores de la Iglesia? Sobre quienes, creciendo en los cielos, se ha levantado toda la estructura de la edificación espiritual, como en otro lugar lo atestigua la Sagrada Escritura, diciendo: Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios (Apoc. III, 12). Pues cualquiera que se afirme con recta intención en la obra de Dios, se erige como columna en la estructura de la edificación espiritual, para que, colocado en este templo, que es la Iglesia, sea tanto de utilidad como de ornamento. A aquellos, en verdad, Job llama columnas del cielo, a quienes el Apóstol llama columnas de la Iglesia, diciendo: Pedro, y Jacobo, y Juan, que parecían ser columnas, me dieron la diestra (Gál. II, 9).

43. También podemos considerar las columnas del cielo como las mismas Iglesias, que, aunque muchas, forman una sola Iglesia católica extendida por todo el mundo. Por eso Juan el apóstol escribe a las siete Iglesias, para designar una Iglesia católica llena del espíritu de la gracia septiforme (Apoc. I, 4; II, 29). Y sabemos que Salomón dijo del Señor: La sabiduría edificó su casa, talló sus siete columnas (Prov. IX, 1). Para que se entendiera que hablaba de las siete Iglesias, añadió cuidadosamente los mismos sacramentos, diciendo: Inmoló víctimas, mezcló vino y dispuso la mesa, envió a sus doncellas para que invitaran a la fortaleza y a las murallas de la ciudad: Si alguno es pequeño, venga a mí (Ibid.). El Señor inmoló víctimas, ofreciéndose a sí mismo por nosotros. Mezcló vino, combinando la copa de sus preceptos con la narración histórica y la inteligencia espiritual. Por eso se dice en otro lugar: La copa en la mano del Señor, de vino puro, está llena de mezcla (Sal. LXXIV, 9). Y dispuso la mesa, es decir, la Sagrada Escritura, que nos restaura con el pan de la palabra cuando llegamos a ella cansados y agobiados por las cargas del mundo, y nos fortalece con su alimento contra los adversarios. Por eso también se dice en otro lugar por la Iglesia: Has preparado una mesa ante mí, frente a los que me afligen (Sal. XXII, 5). Envío a sus doncellas, es decir, las almas de los apóstoles, al principio débiles, para que invitaran a la fortaleza y a las murallas de la ciudad, porque al anunciar la vida interior, nos elevan a las altas murallas de la ciudad celestial, a las cuales ciertamente no ascienden sino los humildes. Por eso, allí mismo la Sabiduría añade: Si alguno es pequeño, venga a mí (Prov. IX, 4). Como si dijera abiertamente: Quien se considera grande en sí mismo, estrecha el acceso a mí, porque se llega a mí más alto cuanto más se humilla severamente la mente de cada uno.

[Vet. XV.] 44. Los juicios de Dios nadie puede indagar.---Pero, por mucha virtud que alguien adquiera, por mucho que crezca en conocimiento, no es suficiente para penetrar el modo en que nuestro Creador nos gobierna con sus juicios. Diga, pues: Las columnas del cielo tiemblan y se estremecen a su mandato, porque en muchos casos ni siquiera aquellos que

anuncian las recompensas de su voluntad logran alcanzar la altura de su voluntad. Lo cual, como dijimos anteriormente, no impide que se entienda también de los santos ángeles, porque incluso las mismas virtudes celestiales, que lo contemplan sin cesar, tiemblan en su propia contemplación. Pero este temblor no es para ellos de temor, sino de admiración. Y dado que ha introducido cuán grande es el temor de su admiración, ahora narra el orden de nuestra salvación. Sigue:

CAPÍTULO XXX [Rec. XVIII].

VERS. 12.---En su fortaleza, de repente los mares se congregaron, y con su prudencia hirió al soberbio.

45. En la Encarnación del Señor, el mundo fue dominado por su hinchazón. ¿Qué otra cosa se designa con el nombre del mar sino el presente siglo, en el cual los corazones de los hombres que buscan lo terrenal se hinchan con las diversas olas de pensamientos? Estos, agitados por la altivez del orgullo, mientras se atacan con intenciones alternas, chocan entre sí como olas que se enfrentan. Pero ya en su fortaleza los mares han sido reunidos, porque con el Señor encarnado, los corazones discordantes del mundo creen en concordia. Ya Pedro camina sobre el mar, porque ciertamente los corazones que antes eran altivos han sido sometidos a una humilde escucha por los predicadores de Cristo, de modo que también en el Evangelio se ha figurado la mansedumbre de este mundo, cuando las aguas tormentosas del mar fueron pisadas por los pies del Señor, con su hinchazón dominada. Pero se revela cómo se logró esto, cuando se dice: Y su prudencia golpeó al soberbio.

46. Dios prefirió golpear al diablo con prudencia antes que con fortaleza. Economía de la Encarnación.---¿Quién es este otro soberbio que se menciona, sino aquel que dijo: Subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Isaías 14, 14)? Y de quien se dice con la voz de Dios: Que fue hecho para no temer a nadie, y él es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job 41, 25). A esta sentencia también concuerda el profeta David, diciendo: Tú humillaste, como herido, al soberbio (Salmo 88, 11). Pero aunque en la simple naturaleza de la divinidad no haya diferencia entre ser, saber y ser fuerte, ya que la fortaleza misma es sabiduría, y la sabiduría es la esencia de la divinidad, considero que es importante observar atentamente que este hombre lleno del espíritu profético prefirió decir que el diablo soberbio fue golpeado por la prudencia de Dios antes que por su fortaleza. No dijo que la fortaleza, sino que la prudencia de Dios golpeó al soberbio. Pues aunque, como se ha dicho, debido a la naturaleza simple, la fortaleza de Dios es sabiduría, el Señor venció al diablo, en cuanto a la apariencia, no con poder, sino con razón. El mismo diablo, al engañarnos en la raíz de nuestro primer padre, mantuvo al hombre bajo su cautiverio casi con justicia, ya que, creado con libre albedrío, consintió en lo que injustamente le fue sugerido. Creado para la vida en la libertad de su propia voluntad, por su propia voluntad se hizo deudor de la muerte. Por lo tanto, tal culpa debía ser borrada, pero no podía ser eliminada sino por un sacrificio. Se debía buscar un sacrificio, pero ¿qué tipo de sacrificio podría encontrarse para absolver a los hombres? No era justo que por el hombre racional se sacrificaran víctimas de animales brutos. Por eso dice el Apóstol: Es necesario, pues, que las figuras de las cosas celestiales sean purificadas con estos sacrificios, pero las cosas celestiales mismas con sacrificios mejores que estos (Hebreos 9, 23). Por lo tanto, si los animales brutos no eran víctimas dignas por el animal racional, es decir, por el hombre, se debía buscar un hombre que debiera ser ofrecido por los hombres, para que por el pecador racional se sacrificara una víctima racional. Pero, ¿qué hacer si no se podía encontrar un hombre sin pecado, y la víctima ofrecida por nosotros cuándo podría limpiarnos del pecado, si esa misma víctima no estuviera libre de la contaminación del

pecado? Lo contaminado no podría limpiar a los contaminados. Por lo tanto, para que la víctima fuera racional, debía ofrecerse un hombre, y para que pudiera limpiar al hombre de los pecados, debía ser un hombre sin pecado. Pero, ¿quién sería un hombre sin pecado si descendiera de la mezcla del pecado? Por eso, el Hijo de Dios vino por nosotros al vientre de la Virgen, allí se hizo hombre por nosotros. Tomó de ella la naturaleza, no la culpa. Hizo por nosotros un sacrificio, ofreció su cuerpo como víctima sin pecado por los pecadores, que con su humanidad pudo morir, y con su justicia pudo limpiar. [Vet. XVI.] Cuando el antiguo enemigo lo vio después del bautismo, inmediatamente lo atacó con tentaciones, y al intentar penetrar en su interior por diversos caminos, fue vencido, y fue derribado por la misma integridad inexpugnable de su mente (Mateo 4, 1 y ss.).

47. El diablo, al no poder tentar a Cristo interiormente, lo atacó exteriormente. Pero, al no poder vencer en lo interior, se dirigió a lo exterior, de modo que, al ser derrotado por la fortaleza de la mente, intentó al menos superar a aquel a quien no pudo engañar con la tentación, mediante la muerte de la carne. Y, como se ha dicho antes, se le permitió actuar sobre aquello que el Mediador había tomado de nosotros, los mortales. Pero donde pudo hacer algo, fue completamente derrotado; y de donde recibió el poder exterior para matar la carne del Señor, allí fue destruido su poder interior que nos mantenía cautivos. En efecto, fue vencido interiormente, mientras que exteriormente parecía vencer; y aquel que nos mantenía como deudores de la muerte, perdió en nosotros el derecho a la muerte, porque, a través de sus secuaces, buscó destruir la carne de aquel en quien no encontró deuda de culpa. Así, nuestro Señor pagó por nosotros una muerte indebida, para que la muerte que nos era debida no nos dañara. Por tanto, se ha dicho bien: Su prudencia hirió al soberbio, porque el antiguo enemigo, por su exceso de presunción, perdió incluso a aquel que poseía por la ley de la persuasión injusta; y al atacar audazmente a aquel en quien nada le correspondía, perdió justamente a aquel que tenía como si fuera suyo. Así, fue herido por la prudencia, no por la fuerza, quien al ser liberado para tentar a Dios, fue atado para poseer al hombre, de modo que perdió a aquel que estaba bajo él, al intentar enfrentarse con aquel que está sobre él. Y después de que el Señor fue muerto en la carne, se narra la gloria de las virtudes de sus predicadores, cuando se añade:

CAPÍTULO XXXI [Rec. XIX].

VERS. 13.---Su espíritu adornó los cielos.

48. La debilidad de los apóstoles y de su príncipe, antes de recibir el Espíritu Santo. ¿Qué cielos, sino aquellos de los que está escrito: "Los cielos proclaman la gloria de Dios" (Salmo XVIII, 1)? ¿A quiénes adornó entonces el Espíritu, cuando los llenó? Lo aprendemos por el relato de Lucas, quien dice: "De repente vino del cielo un ruido, como de un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu Santo les concedía expresarse" (Hechos II, 2). Desde entonces recibieron los ornamentos de la virtud, aquellos que antes estaban poseídos por la inmensa fealdad del miedo. Sabemos que aquel apóstol, es decir, el primero de los cielos, antes de recibir la gracia de este Espíritu, cuántas veces, temiendo morir, negó la vida. No fue abatido por castigos, ni por aflicciones, ni por el terrible poder de alguien, sino solo por la pregunta de una sierva. Y para que el sexo más fuerte no se mostrara terrible, fue tentado por la pregunta de una criada (Mateo XXVI, 70). Y nuevamente, para que la debilidad de tal sexo se desvalorizara aún más por la degradación de su oficio, no solo fue interrogado por una criada, sino por la portera (Juan XVIII, 25). He

aquí cuán vil es la persona requerida para tentar, para que se revelara abiertamente cuánta debilidad de miedo lo poseía, quien ni siquiera podía resistir ante la voz de la portera.

[Vet. XVII.] 49. La fortaleza de Pedro al recibirlo.---Pero veamos cómo este, que poco antes era tímido, se mostró después de la venida del Espíritu. Ciertamente, según el testimonio de Lucas, aprendemos con cuánta autoridad predicó al Señor frente a los sacerdotes y príncipes. Pues cuando, tras un milagro realizado, surgió una cuestión (Hechos IV, 14), y los príncipes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas se unieron en la persecución de los apóstoles, colocándolos en medio, se preocuparon por preguntar con qué poder habían hecho el milagro. A lo que Pedro, lleno del Espíritu Santo, dijo: Príncipes del pueblo y ancianos, si hoy somos juzgados por el beneficio hecho a un hombre enfermo, por el cual este ha sido sanado, sea conocido por todos vosotros y por todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis, a quien Dios resucitó de los muertos, en este nombre este hombre está aquí sano delante de vosotros (Ibid. 8). Y cuando la furia de los perseguidores creció contra estas cosas, y los sacerdotes y príncipes prohibieron predicar a Jesús, se indica con cuánta autoridad Pedro se levantó contra la ira de los príncipes, cuando inmediatamente se añade: Pero Pedro y los apóstoles respondieron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Ibid., I, 9). Pero como los preceptos de los que resistían no oprimían la autoridad de los que predicaban, se llegó a los azotes. Pues se añade: Entonces los príncipes de los sacerdotes, después de azotarlos, les ordenaron que no hablaran en el nombre de Jesús, y los dejaron ir (Ibid., V, 40). Pero como ni siquiera los azotes pudieron oprimir la virtud de los apóstoles, se muestra claramente cuando inmediatamente se añade: Y ellos se iban gozosos de la presencia del concilio, porque habían sido considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Ibid., 41). Inmediatamente después de la alegría de los azotes, se indica qué hacían: Y cada día, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y evangelizar a Cristo Jesús. He aquí que aquel que poco antes era tímido, ahora habla con lenguas, resplandece con milagros, increpa con voz libre la incredulidad de los sacerdotes y príncipes, da ejemplo de autoridad a los demás para predicar a Jesús, es prohibido con azotes de hablar en su nombre, y sin embargo no es contenido. Desprecia los azotes de los que golpean, quien poco antes temía las palabras de los que preguntaban; y quien temió al ser interrogado por la fuerza de una criada, ahora, azotado, oprime la fuerza de los príncipes. Pues ya fortalecido por la virtud del Espíritu Santo, pisoteaba con el talón de la libertad las alturas de este mundo, para que viera en lo más bajo todo lo que se alzara altivo contra la gracia del creador.

[Vet. XVIII.] 50. Con qué dones y virtudes, al ser derramado sobre ellos el Espíritu Santo, brillaron los apóstoles.---Estos son los ornamentos de los cielos, estos son los dones del Espíritu, que suelen manifestarse en diversas virtudes, las cuales, divididas por el don de una dispensación oculta, Pablo enumera, diciendo: A unos, en efecto, por el Espíritu se les da palabra de sabiduría, a otros palabra de ciencia según el mismo espíritu, a otro fe en el mismo espíritu, a otros gracia de sanidades en un solo espíritu, a otros operación de milagros, a otros profecía, a otros discernimiento de espíritus, a otros diversidad de lenguas, a otros interpretación de lenguas (I Cor. XII, 8, 9, 10). Concluyendo luego con una definición general, dice: Pero todas estas cosas las realiza uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno según quiere. De estos cielos también se ha dicho en el salmo: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos (Sal. XXXII, 6). De estos ornamentos del espíritu se añade: Y con el espíritu de su boca toda su fuerza. Bien se dice, por tanto: Su espíritu adornó los cielos, porque los predicadores santos, si no recibieran los dones prometidos del Paráclito, no habrían brillado con ningún ornamento de fortaleza. Pero como la predicación de vida de los santos apóstoles, adornados con la gracia de las virtudes, prevaleció contra los corazones de

los infieles, y el antiguo enemigo, expulsado por las voces de los predicadores, dejó las mentes de los infieles que tenía obsesionadas, después de los ornamentos de los cielos se añade apropiadamente.

CAPÍTULO XXXII [Rec. XX].

Ibid.---Y mientras su mano asistía en el parto, fue extraído un colubro tortuoso.

51. La antigua serpiente fue expulsada por la mano de Dios de los corazones de los pecadores, como si fueran sus cavernas. ¿Quién es llamado serpiente, sino el antiguo enemigo, resbaladizo y tortuoso, que habló al hombre con la boca de una serpiente para engañarlo? De él se dice por el profeta: "Leviatán, la serpiente tortuosa" (Isaías 27, 1). Fue permitido que hablara con la boca de la serpiente para que el hombre, a través de ese recipiente, conociera quién habitaba en su interior. La serpiente no solo es tortuosa, sino también resbaladiza. Por lo tanto, al no permanecer en la rectitud de la verdad, entró en un animal tortuoso. Y como su sugestión, si no se resiste desde el principio, de repente se desliza completamente en el interior del corazón sin ser percibida, habló al hombre a través de un animal resbaladizo. Las cavernas de esta serpiente fueron los corazones de los inicuos. Y como los atrajo hacia su propia perversidad, descansó en su morada. Pero con la mano del Señor asistiendo, la serpiente tortuosa fue expulsada de sus propias cavernas, porque mientras la gracia divina nos sana, el antiguo enemigo que nos tenía es expulsado de nosotros, como dice la Verdad encarnada: "Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (Juan 12, 31). Por lo tanto, ahora ya no posee a todos los santos reteniéndolos, sino que los persigue tentándolos. Pues como no reina en ellos internamente, lucha contra ellos externamente; y porque perdió el dominio interno, trama guerras desde fuera. Aquel que lo expulsó de los corazones carnales de los hombres fue quien vino a la encarnación por los hombres; y mientras sostuvo los corazones de los infieles, fue como si extendiera su mano a las guaridas de la serpiente. Por eso, correctamente se dice por el profeta: "El niño se deleitará al destetar sobre el agujero de la áspid; y el que fue destetado pondrá su mano en la caverna del basilisco. No harán daño ni destruirán en todo mi monte santo" (Isaías 11, 8). ¿A quién llama niño destetado, sino al Señor? ¿Y qué significa el agujero de la áspid y las cavernas del basilisco, sino los corazones de los inicuos? Porque el antiguo enemigo, al volcarse completamente en su consentimiento, como una serpiente tortuosa en su propio agujero, reunió los pliegues de la astucia. A quien llama áspid, ocultamente feroz, y basilisco, abiertamente golpeador. Por lo tanto, el Señor puso su mano en el agujero del basilisco y de la áspid cuando sostuvo los corazones de los inicuos con poder divino; y de allí sacó al áspid o basilisco, es decir, al diablo cautivo, para que en su monte santo, que es la Iglesia, no dañara a los fieles elegidos.

52. El diablo comparado con un león.---Por eso, en el Cantar de los Cantares, se dice al esposo que viene: Serás coronado desde la cumbre de Amana, desde la cima de Sanir y Hermón, desde las guaridas de los leones (Cant. IV, 8). ¿Qué otra cosa se designa con el nombre de leones sino los demonios, que con ira de la más atroz crueldad se ensañan contra nosotros? Y porque los pecadores han sido llamados a la fe, cuyos corazones alguna vez fueron guaridas de leones, cuando el Señor es creído haber vencido a la muerte por su confesión, es como si fuera coronado desde las guaridas de los leones. La recompensa de la victoria es, en efecto, la corona. Por tanto, los fieles le ofrecen una corona tantas veces como confiesan que Él ha vencido a la muerte por la resurrección. Así, el león es expulsado de sus guaridas, porque, con la mano del Señor asistiendo, la serpiente tortuosa es prohibida de

habitar en las cavernas que había ocupado. Pues, vencido, ha salido de los corazones de los fieles, sobre los cuales antes reinaba con el cetro de la perfidia.

53. El primer advenimiento de Cristo en humildad, el segundo en terror.---He aquí que en pocas y breves sentencias el santo varón relató el orden de los advenimientos del Señor, expresó su peso, y narró con admiración lo que pudo suceder por su encarnación. Pero quien hizo maravillas viniendo en humildad, no puede ser considerado sin pensar con cuánto terror vendrá, apareciendo en la fortaleza de su majestad. El orden de su primer advenimiento pudo ser ponderado y contemplado en la medida en que, viniendo a redimir a los carnales, moderó la grandeza de su divinidad a los ojos carnales. Pero, ¿quién podrá soportar el terror de su excelsitud, cuando, en el poder de su segundo advenimiento, ejerciendo juicio a través del fuego, resplandezca en la majestad de su potestad? Por eso el santo varón narra su primer advenimiento, pero se agota ante el segundo, diciendo:

CAPÍTULO XXXIII

VERS. 14.---He aquí que estas cosas son parte de sus caminos; y cuando apenas hemos oído una pequeña gota de sus palabras, ¿quién podrá contemplar el trueno de su grandeza?

54. Descripción del terrible juicio de Dios. — ¿Qué se entiende en este contexto por el nombre de caminos sino las acciones del Señor? Por eso, el Señor dice a través del profeta: No son mis caminos como vuestros caminos (Isaías 55, 8). Al narrar la venida del Señor, había mencionado en parte los caminos de Dios, porque una fue su acción al crearnos y otra al redimirnos. Así, lo que narró sobre la acción del Señor, aliviándolo en comparación con el juicio final, dice: He aquí que estas cosas han sido dichas en parte de sus caminos. Lo que también llama una pequeña gota de sus palabras, porque cualquier cosa elevada, cualquier cosa terrible que conocemos en esta vida sobre su consideración, de la inmensidad de los secretos celestiales, emana hacia nosotros como una tenue gota de licor supremo: ¿Y quién podrá contemplar el trueno de su grandeza? Como si dijera abiertamente: Si apenas soportamos lo admirable de su humildad, ¿con qué fuerza soportaremos el sonoro y terrible advenimiento de su majestad? Este trueno de su venida también lo proclama el salmista, diciendo: Vendrá nuestro Dios manifiestamente, y no callará; fuego arderá delante de él, y a su alrededor habrá una fuerte tempestad (Salmo 49, 3). De aquí el profeta Sofonías anuncia, diciendo: Cercano está el gran día del Señor, cercano y muy veloz. La voz del día del Señor es amarga, allí se angustiará el fuerte. Día de ira es aquel día, día de tribulación y angustia, día de calamidad y miseria, día de tinieblas y oscuridad, día de nubes y torbellino, día de trompeta y clamor (Sofonías 1, 14). Por lo tanto, el terror del juicio estricto, que Sofonías llama trompeta, el bienaventurado Job lo llama trueno. Joel también, al considerarlo, dice: Que se turben todos los habitantes de la tierra, porque viene el día del Señor, porque está cerca el día de tinieblas y oscuridad, día de nube y torbellino: Porque grande es el día del Señor, y muy terrible, ¿y quién podrá soportarlo? (Joel 2, 1). Pero cuán incomprensible e inconcebible es esa grandeza con la que vendrá en la segunda manifestación, lo comprendemos bien de alguna manera si consideramos con atención los pesos del primer advenimiento. Ciertamente, para redimirnos de la muerte, el Señor vino a morir, y soportó en su cuerpo la debilidad de nuestra carne y sus penas. Antes de llegar al patíbulo de la cruz, permitió ser apresado, escupido, burlado y golpeado con bofetadas. He aquí a cuántas afrentas consintió venir por nosotros; y sin embargo, antes de permitir ser apresado, preguntó a sus perseguidores, diciendo (Juan 18, 4): ¿A quién buscáis? A lo que respondieron de inmediato: A Jesús Nazareno. Cuando de repente les dijo: Yo soy, emitió solamente la voz de una respuesta muy suave, y de inmediato derribó a sus perseguidores armados al suelo. ¿Qué

hará entonces cuando venga a juzgar, él que con una sola voz derribó a sus enemigos, incluso cuando vino a ser juzgado? ¿Qué es ese juicio que ejercerá el inmortal, él que no pudo ser soportado en una sola voz cuando iba a morir? ¿Quién soportará su ira, cuya mansedumbre misma no pudo ser soportada? Considere, pues, el hombre santo, y diga: Cuando apenas hemos escuchado una pequeña gota de sus palabras, ¿quién podrá contemplar el trueno de su grandeza?

557 LIBRO DECIMOCTAVO. (Contiene la exposición de los capítulos XXVIII y del libro de Job hasta el versículo 21 a la mitad, según múltiples sentidos).

[Rec. I.] 1. La oscuridad de las Sagradas Escrituras nos impulsa a investigar su sentido más profundo.---Frecuentemente, en el lenguaje sagrado, algunas cosas místicas se describen de tal manera que parecen presentarse según una narración histórica. Pero a menudo, en la misma narración histórica, se mezclan tales palabras que anulan la superficie de la historia: las cuales, al no resonar nada histórico, obligan al lector a buscar algo diferente en ellas. Pues con estas palabras que creemos claras, cuando encontramos algunas intercaladas de manera más oscura, somos como picados por ciertos estímulos, para que vigilemos en entender algo más profundamente, y sintamos lo que se ha dicho de manera más oscura, incluso aquello que pensábamos que se había dicho claramente. Así, cuando el bienaventurado Job hablaba del discurso del Señor y de la grandeza del trueno, inmediatamente se añade con las mismas palabras:

CAPÍTULO PRIMERO [Vet. I, Rec. II].

CAP. XXVII, VERS. 1.---Job añadió, tomando su parábola, y dijo.

2. El estilo de hablar de Job es parabólico y místico.---Con este verso se muestra cuán místicas son las palabras de este santísimo hombre, ya que se narra una parábola, es decir, una similitud asumida por aquel que no habla de cosas inferiores mediante comparación o similitud. Lejos esté de nosotros pensar que aquí la parábola se refiere a aquel instrumento musical. No es lícito creer que en medio de las aflicciones de las penas se usara de la música, ya que la verdad en su Escritura dice: La música en el duelo es un relato inoportuno (Ecli. XXII, 6). Nombrada, pues, la parábola, ya aprendemos del mismo texto que no debemos considerar solo las palabras del texto. Todo debe ser llevado a esa similitud en la que se designa figuradamente a la Iglesia. Y en el mismo inicio de la locución, las palabras se presentan claramente, pero se complican con lo que sigue, más oscuro. Pues comienza con una locución clara, como es habitual, pero sus palabras se consuman en una narración cargada de sentidos místicos. Así dice:

CAPÍTULO II [Rec. III].

VERS. 2.---Vive Dios, que me ha quitado mi derecho, y el Omnipotente que ha llevado mi alma a la amargura.

3. Contra las palabras de los detractores, la sabiduría; contra las espadas de los perseguidores, la paciencia es necesaria. Con estas palabras, el bienaventurado Job narra su propia historia y también significa los tiempos afligidos de la santa Iglesia, en los cuales es oprimida por la abierta obstinación de los infieles y perturbada por la amargura de la persecución. La Iglesia suele ser tentada por los adversarios de dos maneras, a saber, para que sufra persecución ya sea por palabras o por espadas. La santa Iglesia se esfuerza en gran medida por tener

sabiduría y paciencia. Pero su sabiduría se ejercita cuando es tentada por palabras, y su paciencia se ejercita cuando es tentada por espadas. Ahora bien, habla de esa persecución en la cual no es atacada por espadas, sino por falsas afirmaciones. Conocemos a muchos que, cuando sufren alguna adversidad en esta vida, creen que Dios existe. Sin embargo, algunos piensan que Dios existe, pero que no se preocupa en absoluto por los asuntos humanos. De estos se dice por David: "Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios" (Salmo XIII, 1). Y estos dicen ante Él: "¿Cómo sabe Dios, y hay conocimiento en lo alto?" (Salmo LXXII, 11). Y nuevamente: "Y dijeron: No verá el Señor, ni entenderá el Dios de Jacob" (Salmo LXXXIII, 7). Este hombre, por tanto, llevando el tipo de la santa Iglesia, constituido en la misma amargura de su aflicción, respondió contra ambos. Pues, porque la esencia tiene vida, la muerte no la tiene, para confesar que Dios existe, dijo: "Vive Dios". Y para afirmar que Él se preocupa por los asuntos humanos, añadió: "Quien quitó mi juicio, y llevó mi alma a la amargura". Esto que padece, testifica que no lo sufre por casualidad, sino que todo es dispuesto por Dios; y no atribuye a su tentador el poder sobre su amargura, sino al autor.

4. El diablo no tiene poder para tentar, a menos que Dios lo permita. Pues sabe que, aunque el diablo siempre desea la aflicción de los justos, si no recibe poder de nuestro Creador, de ninguna manera puede llegar al punto de la tentación. Por lo tanto, toda la voluntad del diablo es injusta, y sin embargo, con el permiso de Dios, todo poder es justo. Porque por sí mismo desea tentar a cualquiera de manera injusta, pero a aquellos que deben ser tentados, Dios solo permite que sean tentados de manera justa. [Vet. II.] Por eso, también en los libros de los Reyes está escrito sobre el diablo: Que el espíritu malo del Señor irrumpía en Saúl (1 Reyes 18, 10). Aquí se pregunta con justicia: si es del Señor, ¿por qué malo? y si es malo, ¿por qué se dice del Señor? Pero en dos palabras se comprende tanto el poder justo en el diablo como la voluntad injusta. Pues se le llama espíritu malo por su voluntad maliciosa; y el mismo espíritu del Señor por el poder justísimo recibido. Por lo tanto, se dice bien: Vive Dios, que ha quitado mi juicio, y el Omnipotente que ha llevado mi alma a la amargura, porque aunque el enemigo se enfurezca, deseando herir, es el Creador quien le permite prevalecer en algo. Pero como el hombre santo invoca algo de la vida de Dios, se ha atado a sí mismo, escuchemos qué añade al atarse. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. IV].

VERS. 34.---Porque mientras haya aliento en mí, y el Espíritu de Dios esté en mis narices, no hablarán mis labios iniquidad, ni mi lengua meditará mentira.

5. Como toda mentira es una iniquidad, no está permitido defender la vida de nadie con una mentira. Lo que primero llama iniquidad, luego lo repite como mentira. Pues toda mentira es iniquidad, y toda iniquidad es mentira, porque ciertamente se aparta de la equidad todo lo que se desvía de la verdad. Pero hay una gran diferencia entre lo que dice, hablar, y lo que añade después, meditar. A veces es peor meditar una mentira que hablarla. Pues hablar suele ser por precipitación, mientras que meditar es por malicia estudiada. ¿Y quién no sabe cuánta diferencia hay en la culpa si alguien miente por precipitación o por intención? Pero el hombre santo, para adherirse perfectamente a la verdad, no se permite mentir ni por intención ni por precipitación. Se debe evitar con sumo cuidado toda mentira, aunque a veces hay un tipo de mentira de culpa más leve, si alguien miente para ayudar. Pero como está escrito: "La boca que miente mata el alma" (Sab. I, 11). Y: "Destruirás a todos los que hablan mentira" (Sal. V, 7), también este tipo de mentira lo evitan con sumo cuidado los hombres perfectos, para que no se defienda la vida de nadie con su engaño, no sea que dañen su propia alma mientras intentan preservar la vida de la carne ajena; aunque creemos que este mismo tipo de pecado

se perdona fácilmente. Pues si cualquier culpa suele purgarse con una obra piadosa posterior (22, q. 2, c. 20), ¿cuánto más fácilmente se limpia esta, que la misma piedad, madre de la buena obra, acompaña?

6. Se responde a la objeción basada en la mentira de las parteras egipcias.---Algunos, en efecto, intentan argumentar a partir de la falsedad de las parteras que este tipo de mentira no es pecado, especialmente porque está escrito que, al mentir ellas, "el Señor les edificó casas" (Éxodo 1, 21). En esta recompensa se reconoce más bien lo que merece la culpa de la mentira. Pues la recompensa de su bondad, que podría haberles sido retribuida en la vida eterna, se desvió hacia una recompensa terrenal debido a la culpa de la mentira, de modo que en su vida, que quisieron proteger mintiendo, recibieron el bien que hicieron, y ya no tendrían más el premio de la recompensa que esperaban. Pues si se considera con detenimiento, mintieron por amor a la vida presente, no con la intención de una recompensa. Al perdonar, intentaron proteger la vida de los niños; al mentir, la suya.

7. En el Antiguo Testamento, la mentira era una culpa más leve que en el Nuevo. Y aunque en el Antiguo Testamento se puedan encontrar algunas cosas de este tipo, el lector estudioso casi nunca encontrará que este tipo de mentira haya sido admitido por los perfectos, aunque la mentira parezca tener una cierta imagen de la verdad, y bajo el Antiguo Testamento pudo haber sido de menor culpa, en el cual a través de las víctimas de toros y cabras el sacrificio no era la verdad misma, sino la sombra de la verdad. Pues en el Nuevo Testamento, con preceptos más elevados, progresamos con la Verdad manifestada en la carne; y es justo que abandonemos ciertos hechos que en aquel pueblo servían como sombras de la verdad. [Vet. III.] Si alguien, sin embargo, quiere defender su mentira a través del Antiguo Testamento (22, q. 2, c. 19), porque tal vez allí perjudicó menos a algunos, es necesario que diga que el robo de cosas ajenas y la retribución de la injuria, que allí fueron concedidos a los débiles, no pueden perjudicarlo. Todo esto es claro para todos cuánta atención la Verdad persigue, que para nosotros, ya dejando de lado la sombra de su significado, se declara en la verdadera carne. Pero como el hombre santo promete no hablar ni meditar la mentira, añade a continuación estas mismas cosas en las que concuerda con la verdad al ejecutarlas:

CAPÍTULO IV.

VERS. 5.---Lejos de mí juzgaros como justos; mientras yo viva, no me apartaré de mi inocencia.

8. ¡Cuán nocivo es adular a los pecadores! Pues se apartaría de la inocencia si considerara buenas las acciones de los malvados, como atestigua Salomón, quien dice: "El que justifica al impío y el que condena al justo, ambos son abominables ante Dios" (Prov. XVII, 15). Hay algunos (Dist. XLVI, c. 2) que, al ensalzar con alabanzas las malas acciones de los hombres, aumentan lo que deberían reprender. Por eso, a través del profeta se dice: "¡Ay de los que cosen almohadillas para todos los codos de las manos y hacen cojines para la cabeza de toda edad!" (Ezequiel XIII, 18). Pues la almohadilla se coloca para descansar más cómodamente. Así, quien adula a los que obran mal, coloca una almohadilla bajo la cabeza o el codo del que yace, para que quien debería ser reprendido por su culpa, apoyado en alabanzas, descanse suavemente en ella. De nuevo está escrito: "Él edificaba un muro, pero ellos lo recubrían" (Ibid. XIII, 10). El nombre del muro designa la dureza del pecado. Edificar un muro es construir obstáculos de pecado contra uno mismo. Pero recubren el muro quienes adulan a los que cometen pecados, de modo que lo que aquellos edifican actuando perversamente, estos aduladores lo hacen parecer brillante. Pero el hombre santo, así como no estima lo malo de lo

bueno, tampoco acepta juzgar lo bueno de lo malo, diciendo: "Lejos de mí juzgaros justos; mientras no desfallezca, no me apartaré de mi inocencia". Donde claramente añadió:

VERS. 6.---No abandonaré mi justificación que he comenzado a mantener.

Porque abandonaría la justificación comenzada si se inclinara hacia la alabanza de los pecadores. Pero porque verdaderamente nos alejamos de los pecados ajenos cuando primero nos guardamos de los propios, insinúa las razones por las cuales debe temer pecar de ellos, cuando añade:

CAPÍTULO V [Rec. V].

IBID.---Pues mi corazón no me reprende en todo mi camino.

9. Reprende a quienes escuchan los mandamientos divinos pero no los cumplen.---Como si dijera abiertamente: No debo ser llevado a la culpa por ustedes, quienes temen pecar en lo propio. Es necesario saber que cualquiera que discorde de los mandamientos del Señor en sus acciones, cada vez que los escucha, es reprendido y confundido en su corazón, porque recuerda lo que no ha hecho. Pues en aquello en lo que se considera haber errado, su propia conciencia lo acusa en secreto. Por eso el profeta David suplica, diciendo: Entonces no seré confundido, cuando observe todos tus mandamientos (Salmo 118, 6). En efecto, cada uno se confunde gravemente cuando observa los mandamientos de Dios, ya sea leyendo o escuchando, los cuales ha despreciado en su vida. De ahí que se dice con la voz de Juan: Si nuestro corazón no nos reprende, tenemos confianza ante Dios; y lo que pidamos de Él, lo recibiremos (1 Juan 3, 21); como si dijera: Si hacemos lo que Él manda, obtendremos lo que pedimos.

10. La acción debe ser sostenida por la oración, y la oración por la acción.---En verdad, ambas cosas son necesarias y se complementan mutuamente ante Dios, de modo que la operación se sostiene con la oración, y la oración con la operación. Por eso Jeremías dice: Examinemos nuestros caminos, busquemos y volvamos al Señor. Elevemos nuestros corazones con las manos hacia Dios en los cielos (Lamentaciones III, 40). Examinar nuestros caminos es analizar el interior de nuestros pensamientos. Eleva el corazón con las manos aquel que fortalece su oración con obras. Pues quien ora pero se niega a actuar, eleva el corazón, pero no las manos. Quien actúa pero no ora, eleva las manos, pero no el corazón. Según la voz de Juan, el corazón adquiere confianza en la oración cuando ninguna maldad de vida se le opone. De esta confianza, el hombre santo dice ahora con razón: Ni siquiera me reprende mi corazón en toda mi vida. Como si dijera abiertamente: No recuerda haber hecho nada que le cause vergüenza en sus oraciones. [Vet. IV.] Pero se puede preguntar cómo es que niega ser reprendido por su corazón, cuando antes se acusa de haber pecado, diciendo: He pecado, ¿qué puedo hacer por ti, oh guardián de los hombres? (Job VII, 20). O ciertamente: Si quisiera justificarme, mi boca me condenaría (Job IX, 20).

11. Algunos pecados no pueden evitarse.---Pero es necesario saber que hay pecados que los justos pueden evitar, y hay algunos que incluso los justos no pueden evitar. Pues, ¿quién, teniendo su corazón en esta carne corruptible, no cae en pensamientos erróneos, o si no se sumerge hasta el foso del consentimiento? Y sin embargo, el mero hecho de pensar en estas cosas malas ya es pecar. Pero cuando se resiste a la tentación del pensamiento, el alma se libera de su confusión. Así, la mente de los justos, aunque está libre de obras perversas, a veces cae en pensamientos perversos. Y por lo tanto cae en pecado, porque al menos se

desvía en el pensamiento; y sin embargo, no tiene de qué reprocharse a sí misma llorando después, porque se corrige antes de caer por consentimiento. Por lo tanto, quien se confiesa pecador, no confiesa ser reprendido por su propio corazón, porque aunque tal vez haya faltado a la rectitud al pensar en cosas ilícitas, resistió con fuerte combate mental al pensamiento. Sigue:

CAPÍTULO VI [Rec. VI].

VERS. 7.---Como el impío mi enemigo, y mi adversario como el inicuo.

12. La Iglesia considera infiel a quien, estando dentro de ella, observa con costumbres depravadas. En el lenguaje sagrado, "como" y "casi" a veces no se utilizan para indicar similitud, sino para expresar verdad. De ahí la expresión: "Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre" (Juan 1, 14). Por lo tanto, aquí también "como" y "casi" parecen decirse más para afirmación que para similitud. Entre impío e inicuo, suele haber una diferencia: todo impío es inicuo, pero no todo inicuo es impío. Impío se refiere al infiel, es decir, ajeno a la piedad de la religión; inicuo se llama a quien, por la depravación de sus obras, se aparta de la equidad, aunque tal vez lleve el nombre de la fe cristiana. Así, la santa Iglesia, en la voz típica del bienaventurado Job, que tolera a quienes contradicen la fe recta, confiesa tener al impío como enemigo. Pero como sufre a otros que, bajo el pretexto de la fe, están dentro con obras depravadas, detesta al inicuo como su adversario. Si, sin embargo, debemos entender "como" y "casi" más bien como puestos para similitud, la santa Iglesia señala a aquellos que, viviendo carnalmente dentro de ella, se asemejan a los impíos. En efecto, es enemigo suyo quien, mientras afirma ser fiel con palabras, lo niega con sus costumbres. Y porque lo considera como infiel, quien, estando dentro solo en apariencia, la ataca con la depravación de sus acciones, dice con razón: "Como impío es mi enemigo, y mi adversario es casi inicuo". Como si dijera abiertamente: También discrepa de mí en la fe quien no concuerda conmigo en las obras. Sigue:

CAPÍTULO VII [Rec. VII].

VERS. 8.---¿Cuál es la esperanza del hipócrita, si avaramente arrebatada, y Dios no libera su alma?

13. El hipócrita es avaro y ladrón.---El hipócrita, que en lengua latina se llama simulador, no desea ser justo, sino parecerlo. Y por eso es avaro y ladrón, porque al actuar injustamente y desear ser venerado por su santidad, roba la alabanza de la vida ajena. Es costumbre de los hipócritas ocultar lo que son y dar a conocer a los hombres que son lo que no son, para que así superen su medida por la estimación y muestren que aventajan a los demás en nombre de la acción. Rehúyen ser vistos como son y se visten ante los ojos de los hombres con una cierta apariencia de inocencia. Por eso, con razón son reprendidos en el Evangelio por la voz de nuestro Redentor, cuando se les dice: ¡Ay de vosotros, hipócritas, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también vosotros, por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de avaricia e iniquidad (Mat. XXIII, 27; Luc. XI, 39). [Vet. V.] En cambio, todos los verdaderamente santos no solo no desean en absoluto la gloria más allá de su medida, sino que también rehúyen ser vistos como lo que han merecido ser. Por eso, aquel insigne predicador de la verdad, hablando contra los pseudoapóstoles, mientras narraba las virtudes eminentes de su obra para la instrucción de los discípulos (II Cor. XI, 13, ss.), describía cómo había soportado tantos peligros acumulados

por la persecución, y después de esto recordaba haber sido arrebatado hasta el tercer cielo, y nuevamente al paraíso, donde pudo conocer tanto que no podía hablar en absoluto (Ibid. XII, 2), tal vez estaba a punto de decir cosas aún más admirables sobre sí mismo, pero moderándose con alta consideración de la alabanza humana, añade: Pero me abstengo, para que nadie me estime por encima de lo que ve en mí, o escucha algo de mí (Ibid. XII, 6). Tenía, por tanto, aún algo que decir de sí mismo, quien se abstiene de decirlo; pero el insigne doctor hizo ambas cosas, para instruir a los discípulos con lo que había hecho y para guardarse dentro del límite de la humildad al callar. Sería demasiado ingrato si callara todo sobre sí mismo a los discípulos, y tal vez demasiado imprudente si revelara todo sobre sí mismo incluso a los discípulos. Pero maravillosamente, como se ha dicho, hizo ambas cosas, para instruir la vida de los oyentes hablando, y para guardar la suya callando.

14. Los santos a veces se alaban a sí mismos sin culpa.---Es necesario saber que los hombres santos, cada vez que revelan algo de sí mismos a sus seguidores, imitan la costumbre de su Creador. Pues Dios, que nos prohíbe alabarnos con nuestra propia boca, habla de sus alabanzas a través de la Sagrada Escritura, no porque Él las necesite, ya que no puede mejorar con alabanzas, sino que al narrarnos su grandeza, eleva nuestra ignorancia hacia Él; y al hablar de sus bondades, nos enseña, a quien el hombre no conocería en absoluto si hubiera querido guardar silencio sobre sí mismo. Por lo tanto, indica sus alabanzas para que podamos conocerlo al escucharlo, amarlo al conocerlo, seguirlo al amarlo, alcanzarlo al seguirlo, y al alcanzarlo, disfrutar de la visión de Él. De ahí que el salmista diga: Anunciará al pueblo la virtud de sus obras, para darles la herencia de las naciones (Salmo CX, 6). Como si dijera abiertamente: Por eso insinúa la fortaleza de su obra, para que quien la escuche se enriquezca con sus dones. Así, imitando la costumbre de su Creador, los hombres santos a veces manifiestan ciertas cosas de sí mismos, no para su propio beneficio, sino para instruir a los oyentes; y sin embargo, en estas cosas se guardan con alta consideración, para que, mientras elevan a otros de la intención terrenal, no se hundan ellos mismos en la búsqueda de alabanzas terrenales. Las palabras de ellos a menudo son imitadas por los hipócritas, pero ignoran completamente el sentido de las palabras, porque lo que los justos hacen para la utilidad del prójimo, ellos lo hacen para la extensión de su propio nombre. Sin embargo, el hombre santo, al observar a los hipócritas, dice que no desean la gloria futura, sino que desean retener la presente: ¿Cuál es la esperanza del hipócrita? porque mientras ama lo presente, no espera lo futuro. Pues está escrito: Porque lo que uno ve, ¿qué espera? (Rom. VIII, 24). Por lo tanto, el hipócrita no se dirige hacia las recompensas eternas por la esperanza, porque lo que debería buscarse en otro lugar, aquí se gloria de tenerlo. Y como se ha expuesto su culpa, también se añade su castigo, cuando inmediatamente se infiere:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 9.---¿Acaso escuchará Dios su clamor cuando le sobrevenga la angustia?

15. Quien no escucha a Dios hablando en la ley, no será escuchado por Dios cuando ore en sus últimos momentos. Dios no escucha su clamor en tiempos de angustia, porque en tiempos de tranquilidad él mismo no escuchó al Señor clamando en sus preceptos. Pues está escrito: "Quien aparta su oído para no escuchar la ley, su oración será abominable" (Prov. XXVIII, 9). Así, el hombre santo, al observar que todos los que ahora desprecian obrar rectamente se vuelven en el último momento a las palabras de petición, dice: "¿Acaso escuchará Dios su clamor?" Con estas palabras, ciertamente, obedece a las voces de nuestro Redentor, quien dice: "Finalmente vienen también las vírgenes necias, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y se les responde: En verdad os digo, no os conozco" (Mat. XXV, 11); porque entonces se ejerce

una gran severidad, tanto mayor cuanto ahora se prolonga la misericordia; y entonces se aplica estrictamente el juicio a los no corregidos, quien ahora pacientemente extiende su piedad a los pecadores. Por eso el profeta dice: "Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadlo mientras está cerca" (Isai. LV, 6). Ahora no se le ve, y está cerca; entonces se le verá, y no estará cerca. Aún no ha aparecido en el juicio, y si se le busca, se le encuentra. Pues de manera maravillosa, cuando aparezca en el juicio, podrá ser visto, pero no podrá ser encontrado. De aquí que Salomón refiere la sabiduría tanto suavemente halagadora como terriblemente juzgadora, diciendo: "La sabiduría clama en las calles, da su voz en las plazas" (Prov. I, 20). Insinúa también su voz, añadiendo: "¿Hasta cuándo, simples, amaréis la simpleza, y los necios desearán lo que les es nocivo, y los imprudentes odiarán el conocimiento?" (Ibid., 22). "Convertíos a mi reprensión; he aquí que derramaré mi espíritu sobre vosotros, y os mostraré mis palabras" (Ibid., 23). He aquí con qué palabras se expresa la dulzura del que llama. Veamos ahora de qué modos se insinúa la severidad del que reprende, para que al final se ejerza alguna vez la estricta justicia del que castiga. "Porque llamé", dice, "y rehusasteis; extendí mi mano, y no hubo quien mirara; despreciasteis todo mi consejo, y mis reprensiones desechasteis" (Ibid., I, 24). Diga ya cómo golpeará a aquellos que de ninguna manera se vuelven a él, a quienes sostiene con tanta longanimidad. "Yo también me reiré en vuestra destrucción y me burlaré cuando os llegue lo que temíais, cuando venga sobre vosotros la calamidad repentina, y la destrucción como una tormenta, cuando venga sobre vosotros tribulación y angustia. Entonces me invocarán, y no escucharé; se levantarán temprano, y no me encontrarán" (Ibid., I, 26). Así, en boca del sapientísimo Salomón, todo está cuidadosamente expresado sobre el juicio supremo, porque primero llama dulcemente, luego reprende terriblemente, y al final condena irrevocablemente. Bien se dice, por tanto: "¿Acaso escuchará Dios su clamor cuando le venga la angustia?" Porque ciertamente todo hipócrita no encuentra entonces remedio en el clamor, quien ahora pierde el tiempo oportuno del clamor. De cuya perversidad aún se añade:

CAPÍTULO IX [Rec. VIII].

VERS. 10.---¿O podrá deleitarse en el Omnipotente?

16. Ambos amores, el de Dios y el del mundo, no pueden coexistir en un solo corazón. Porque quien es vencido por el amor a las cosas terrenales, de ninguna manera se deleita en Dios. El alma nunca puede existir sin deleite, pues se deleita en lo bajo o en lo alto, y cuanto más se esfuerza con fervor hacia lo alto, tanto más se hastía de lo bajo; y cuanto más arde con cuidado en lo bajo, tanto más se enfría con un tibio y condenable desdén hacia lo alto. Ambos no pueden ser amados simultáneamente y con igual intensidad. Por eso, el apóstol Juan, sabiendo que entre las espinas de los amores mundanos no puede germinar la cosecha de la caridad celestial, antes de sembrar las semillas del amor eterno, con la santa mano de la palabra, arranca de los corazones de los oyentes las espinas de los amores mundanos, diciendo: No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo (1 Juan 2, 15). Y añade enseguida: Porque si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Como si dijera abiertamente: Ambos amores no pueden coexistir en un solo corazón; ni puede brotar la cosecha de la caridad celestial en aquel en el que las espinas del deleite inferior la matan. Y enumera las punzadas que nacen de este deleite inferior, diciendo: Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, que no proviene del Padre, sino del mundo; y el mundo pasa, y su concupiscencia (Ibid. II, 16). Por lo tanto, el hipócrita no puede deleitarse en Dios, porque en su mente no surgen deseos celestiales, ya que ciertamente las espinas del amor terrenal lo oprimen. De lo cual se añade apropiadamente.

CAPÍTULO X.

IBID.---¿Y invocar a Dios en todo momento?

17. El hipócrita no invoca a Dios, sino cuando se encuentra en dificultades. En efecto, el hipócrita invoca a Dios cuando la tribulación de las cosas terrenales lo angustia. Pues cuando en este mundo encuentra el cumplimiento de la felicidad buscada, no busca al autor que le ha concedido esa misma felicidad. Porque, como hemos dicho antes, el arte de los que enseñan debe ser destruir primero lo perverso en las mentes de sus oyentes, y luego predicar lo recto, para que la buena semilla de la santa predicación no caiga en corazones llenos de maldad; por eso se dice a Jeremías: "Mira que te he puesto hoy sobre naciones y reinos, para arrancar y destruir, para arruinar y derribar, para edificar y plantar" (Jeremías 1, 10) (primero, pues, se le ordena destruir, y luego edificar; primero arrancar, y luego plantar, porque de ninguna manera se pone el fundamento de la verdadera rectitud, si primero no se destruye la estructura del error); el bienaventurado Job, después de haber respondido a las palabras de sus amigos, como si fueran contra las palabras de los herejes, y de haber destruido su arrogancia con múltiples respuestas, ya se dispone a enseñar, de modo que claramente se vea que en lo que añadió planta lo recto, y en lo que dijo antes arrancó lo perverso. Sigue:

CAPÍTULO XI [Rec. IX].

VERS. 11.---Os enseñaré por la mano de Dios, lo que tiene el Omnipotente, y no lo ocultaré.

18. Los santos atribuyen su sabiduría a Dios, los soberbios a sí mismos. Así habla el bienaventurado Job con sus palabras, para señalar algo de lo nuestro. Pues la santa Iglesia, al enseñar, en la medida en que conviene conocer, no oculta nada de la verdad. Porque el Hijo es llamado la mano de Dios (pues todas las cosas fueron hechas por Él (Juan 1, 3)), se dice que enseña por la mano de Dios a aquellos que ve permanecer necios en su propia sabiduría. Como si dijera abiertamente: Yo no sé nada por mí mismo; pero todo lo que siento sobre la verdad, lo comprendo por la generosidad de esa misma Verdad. Vosotros, por eso, no sabéis lo correcto, porque no atribuíis esta vuestra sabiduría a la mano de Dios, sino a vosotros mismos. Pues los enemigos de la santa Iglesia, si alguna vez sienten algo verdadero, lo atribuyen a sus propias fuerzas; y tanto más se privan de la sabiduría celestial, cuanto más desean tenerla como si fuera privada de su propio ingenio. A quienes a veces se les da para su juicio que, aunque sepan algunas cosas correctamente, se vuelven más obligados al castigo por ese mismo conocimiento. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XII [Ant. VII].

VERS. 12.---He aquí, todos vosotros lo sabéis, ¿y por qué habláis vanidades sin razón?

19. A algunos se les da el juicio para que sepan correctamente ciertas cosas. Está escrito: El siervo que conoció la voluntad de su señor y no se preparó ni actuó según su voluntad, recibirá muchos azotes. Pero el que no conoció y no hizo lo que merecía, recibirá pocos azotes (Luc. XII, 47). Y nuevamente está escrito: Al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es pecado (Jac. IV, 17). Por lo tanto, la santa Iglesia declara que sus enemigos, para mayor acumulación de culpa, saben lo que deben seguir y no quieren seguir lo que saben. De los cuales se ha dicho en otro lugar: Desciendan vivos al infierno (Sal. LIV, 16). Vivos son aquellos que sienten lo que se hace contra ellos. Pues los muertos ni saben en absoluto ni

sienten. Así, los muertos que no sienten suelen ser considerados como ignorantes, mientras que los vivos que sienten suelen ser considerados como conocedores. Descender vivos al infierno, por lo tanto, es pecar con conocimiento y sentimiento. [Rec. X.] Sigue, VERS. 13,--- Esta es la parte del hombre impío ante Dios, y la herencia de los violentos, que recibirán del Omnipotente. Esta parte y herencia ciertamente se insinúa de inmediato, cuando se añade:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 14.---Si sus hijos se multiplican, serán para la espada, y sus descendientes no se saciarán de pan.

20. Los herejes que violentan la Sagrada Escritura son castigados por Dios.---No es absurdo llamar impíos a los herejes, quienes, por el error de un dogma perverso, están alejados del conocimiento de la verdad. A estos también se les llama violentos en el siguiente término, ya que intentan torcer violentamente las sentencias de la Sagrada Escritura, que contienen dogmas rectos, hacia un entendimiento perverso. Por lo tanto, son violentos, y si no lo son en las cosas de los hombres, ciertamente lo son en los sentidos de los preceptos. Los hijos de los violentos son los seguidores de los herejes, quienes, al consentir en su error, son como engendrados por su predicación. Pero serán multiplicados en la espada, porque aunque ahora crezcan en inmensa multitud en una libertad perdida, serán heridos por la sentencia del juez venidero. Por eso, el Señor dice a través de Moisés: Mi espada devorará carne (Deut. XXXII, 42). La espada de Dios devora carne, porque en el juicio final su sentencia mata a aquellos que piensan carnalmente. En este asunto, se debe preguntar por qué se dice que los perversos reciben esta parte y herencia del Omnipotente. Pero a quienes consideran correctamente, les queda claro que, aunque ellos mismos actuaron injustamente, la equidad suprema tiene el poder de juzgar justamente los actos injustos, para que la sentencia divina ordene al castigo a aquellos que su acción desordenada llevó a la culpa. De los cuales se añade apropiadamente: Y sus descendientes no se saciarán de pan.

21. Ayunan del conocimiento de la verdad aquellos que leen la Escritura para cuestionar, no para nutrirse. En efecto, son los descendientes de los herejes, nacidos de la predicación de los hijos errantes. A estos no les sacia el pan, porque mientras buscan sentir más de lo que pueden comprender en el alimento de la palabra sagrada, siempre ayunan del conocimiento de la verdad; y los elementos de la doctrina que estudian para cuestionar, no pueden tenerlos para su nutrición. Pero dado que la santa Iglesia recoge a algunos de estos herejes, mientras deja a otros en su pertinaz malicia, se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XIV

VERS. 15.---Los que queden de él, serán sepultados en la destrucción.

22. En el error de la pena de los moribundos.---De ese pueblo de herejes, evidentemente, los abandonados son sepultados en la destrucción, porque al no regresar a la luz de la verdad, ciertamente son oprimidos en la pena perpetua por la inteligencia terrena. Y porque a veces, cuando el líder de los pueblos errantes es llevado al castigo, los pueblos seducidos se reforman hacia el conocimiento de la verdad, y entonces los súbditos regresan al verdadero conocimiento, cuando aquellos que fueron malos prelados llegan a los castigos eternos, se añade apropiadamente:

IBID.---Y las viudas de ella no llorarán.

23. Cuando los maestros del error son llevados al castigo, las multitudes engañadas a menudo se arrepienten. ¿A quiénes entendemos como sus viudas, sino a las multitudes sometidas que, felizmente, quedan desamparadas por su muerte? Porque a menudo, como se ha dicho, cuando el predicador del error es llevado a los castigos eternos, las multitudes sometidas regresan a la gracia del verdadero conocimiento. Para estas multitudes, el predicador perverso era como un esposo, porque se había unido a ellas de manera incorrecta como corruptor de la mente. Por lo tanto, no lloran como viudas o desamparadas, porque con la muerte del mal maestro encuentran el camino de la verdad, del cual parecían poder ser afligidas por su desaparición. O ciertamente no lloran como viudas, porque permaneciendo en su error, mientras consideran que su predicador fue santo, se consuelan con una falsa esperanza para no lamentarse. Sigue:

CAPÍTULO XVI [Ant. VIII, Rec. XI].

VERS. 16, 17.---Si acumula la plata como el polvo, y prepara vestiduras como el barro, ciertamente las preparará, pero el justo se vestirá con ellas, y el inocente repartirá la plata.

24. Los católicos derrotan a los herejes con los mismos testimonios de la Sagrada Escritura que ellos presentan.---La claridad del sagrado discurso suele entenderse como plata, tal como se dice en otro lugar: Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego (Salmo XI, 7). Y porque algunos desean tener la palabra de Dios no interiormente por la manifestación, sino exteriormente por la exhibición; por eso se dice a través del profeta: Han perecido todos los que están cubiertos de plata (Sofonías I, 11). Estos, sin duda, no se llenan con la renovación interior de la palabra de Dios, sino que se visten con su exhibición exterior. Por lo tanto, la plata de ellos, es decir, el discurso de los herejes, se compara con la tierra, porque se esfuerzan por saber algo de la Sagrada Escritura por el deseo de alabanza terrenal. También preparan vestimentas como de barro, porque de manera inestable y contaminada tejen los testimonios de la Sagrada Escritura con los que quieren protegerse. Sin embargo, el justo se vestirá con ellas, porque el hombre lleno de fe recta, que suele ser considerada justicia para los santos, recoge esos mismos testimonios de la Sagrada Escritura que el hereje presenta, y con ellos refuta su obstinación en el error. Pues cuando nos traen testimonios de la ley sagrada, nos traen con ellos la manera de ser vencidos. Por eso, David, como figura del Señor, y Goliat, simbolizando la soberbia de los herejes, expresaron con hechos lo que nosotros revelamos con palabras. Goliat vino con espada, y David con su bolsa de pastor al combate. Pero David, superando a Goliat, lo mató con su propia espada, lo que también hacemos nosotros, que hemos merecido ser miembros del prometido David por su dignación. Pues cuando vencemos a los herejes soberbios que traen sentencias de la Sagrada Escritura, los vencemos con las mismas palabras y sentencias que ellos presentan, como si decapitáramos al altivo Goliat con su propia espada. Por lo tanto, el justo se viste con las vestimentas que prepara el injusto, porque el hombre santo utiliza esas mismas sentencias para la verdad, con las que el perverso intenta mostrarse docto contra la verdad.

25. La Palabra de Dios debe ser expuesta con discreción y adaptada a cada uno. Y dividirá la plata inocente.---Dividir la plata inocente es exponer las palabras del Señor de manera minuciosa y discreta, y adaptar a cada uno lo que le corresponde dignamente. Pues la palabra del Señor, que aquí se llama plata o vestimentas, en otro lugar se denomina despojos. Lo cual también atestigua el Salmista mediante una comparación, diciendo: Me alegraré en tus palabras, como quien encuentra muchos despojos (Salmo 118, 162). Estos despojos se llaman así porque, al pasar la gentilidad a la fe del Señor, los judíos son despojados de las sagradas

palabras con las que estaban revestidos. [Vet. IX.] De esta división de la plata o de los despojos se dice en otro lugar: Benjamín es un lobo rapaz, por la mañana devorará la presa, por la tarde repartirá los despojos (Génesis 49, 27). Con estas palabras, sin duda, se designa al apóstol Pablo, nacido de la estirpe de Benjamín, quien por la mañana devoró la presa, porque en sus inicios, arrebatando a los fieles que pudo, satisfizo su propia crueldad. Por la tarde repartió los despojos, porque, hecho fiel posteriormente, distribuyó las sagradas palabras exponiéndolas.

26. Deben discernirse las cosas dichas saludablemente por los herejes. Aunque este dinero que el inocente divide puede entenderse de otra manera. Los herejes, para poder persuadir fácilmente con sus errores, mezclan algunas cosas correctas en sus discursos, para atraer las mentes de los oyentes con sentidos rectos y herirlas con los perversos. En los preceptos de Dios, porque se varían con locuciones sanas e insanas, bien son designados en el Evangelio con la figura de los diez leprosos (Luc. XVII, 12), cuyo color sano es manchado por un candor vicioso, y con este candor desmedido se afean. Por lo cual se nos advierte no pensar más de lo que conviene pensar, sino pensar con sobriedad (Rom. XII, 3). También, porque aún no aman a Dios, de quien piensan mal, ni al prójimo, de quien están divididos, son adversos a los preceptos del decálogo, y por eso vienen a suplicar al Señor en número de diez. Pero porque mezclaron lo insano con lo sano, se varían en la diversidad de color. Pero como ofendieron en sus preceptos, llaman a aquel de quien ofendieron diciendo: Maestro Jesús (Luc. XVII, 13); por lo cual merecieron ser curados de inmediato. Así, porque el hombre católico entiende lo que de ellos es correcto o lo que es erróneo, divide el dinero inocente, es decir, discierne lo que de ellos ha sido dicho saludablemente o lo que ha sido dicho de manera pestilente. Sigue:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 18.---Construyó su casa como una línea.

27. Las mentes que los maestros de las herejías ocupan, las corrompen. --- La polilla construye su casa corrompiéndola. No se podría demostrar al hereje con mejor comparación, ya que solo establece el lugar de su perfidia en las mentes que ha corrompido, y también promete a sus seguidores que estarán libres del fuego eterno. Les asegura, en efecto, el refrigerio del descanso eterno; pero sus palabras carecen de solidez, porque les falta la plenitud de la verdad. Por eso se añade: Y como el guardián hizo un cobertizo. El cobertizo del guardián no se sostiene con ningún fundamento, sino que se destruye tan pronto como pasa el tiempo. Y el descanso prometido por los herejes se destruye con el tiempo, ya que después de esta vida no se encuentra de ninguna manera. Y dado que a menudo los herejes, en su desprecio por la Iglesia universal, se apoyan en los patrocinios de los poderosos del mundo, y los ricos no cesan de ayudarlos con protección y administración en la medida de sus posibilidades, también cualquier persona que se enorgullece de sus bienes temporales contra su creador es tocada ahora por la sentencia del hombre santo, y el discurso se deriva de la destrucción especial de los herejes a la definición general de todos los soberbios, cuando se añade:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 19.---El rico, cuando haya dormido, no se llevará nada consigo; abrirá sus ojos, y no encontrará nada.

28. Los bienes temporales los perdemos al guardarlos para nosotros, pero los conservamos al darlos a los pobres. A esta sentencia, el Salmista se une diciendo: "Se turbaron todos los insensatos de corazón; durmieron su sueño, y nada hallaron todos los hombres de riquezas en sus manos" (Salmo 75, 6). Para que los ricos encuentren algo en sus manos después de la muerte, se les dice antes de morir que coloquen sus riquezas en manos de otros: "Haced amigos con las riquezas de iniquidad, para que cuando falten, os reciban en las moradas eternas" (Lucas 16, 9). El rico, cuando duerma, no se llevará nada consigo. Se llevaría sus bienes al morir, si al escuchar la voz del necesitado mientras vivía, se los hubiera llevado a sí mismo. Pues todas las cosas terrenales que perdemos al guardarlas, las conservamos al compartirlas; y nuestro patrimonio, si se retiene, se pierde, pero si se distribuye, permanece. No podemos durar mucho tiempo con nuestras posesiones, porque o las dejamos al morir, o ellas nos dejan a nosotros al perecer. Por lo tanto, debemos actuar de manera que las cosas que están destinadas a perecer, las hagamos pasar a una recompensa que no perece.

[Vet. X.] 29. La muerte abre los ojos del pecador, para que vea cómo los bienes temporales huyen de él y la pena le sucede.---Pero es muy sorprendente lo que se dice: Cuando duerma, abrirá sus ojos, y no encontrará nada. Para dormir, cerramos los ojos, y al despertar los abrimos. Pero en este caso, dado que el hombre consta de alma y cuerpo, cuando se habla del sueño de una cosa, se demuestra la vigilia de la otra, porque cuando el cuerpo duerme en la muerte, entonces el alma despierta en el verdadero conocimiento. Así que el rico duerme y abre los ojos, porque cuando muere en la carne, su alma se ve obligada a ver lo que despreció prever. Entonces, de hecho, despierta en el verdadero conocimiento, entonces ve que no es nada lo que poseía. Entonces se encuentra vacía, quien se alegraba de ser plena de bienes por encima de los demás hombres. Duerme, y no se lleva nada consigo, nada de los bienes que poseía. Pues la culpa de las cosas se lleva consigo, aunque aquí se dejen todas las cosas por las cuales se cometió la culpa. Que vaya ahora, y se enorgullezca de los bienes recibidos, y se eleve sobre los demás, se glorie de tener lo que el prójimo no tiene. Vendrá algún día el tiempo en que despierte, y entonces reconozca cuán vacío fue lo que poseía en el sueño. A menudo sucede que el pobre que duerme se ve a sí mismo rico en sueños, y se enorgullece de esos mismos bienes, se alegra de tener lo que no tenía, y ya busca desdeñar a aquellos de quienes se dolió de ser desdeñado. Pero de repente, al despertar, se lamenta de haber despertado, quien mientras tanto tenía la imagen de las riquezas incluso durmiendo. Gime de inmediato bajo el peso de la pobreza, y es oprimido por las angustias de su indigencia; y tanto peor, cuanto que por un tiempo brevísimo fue rico aunque vacío. Así, así son ciertamente los ricos de este mundo, que se enorgullecen de los bienes recibidos. No saben obrar bien con su abundancia, son como ricos dormidos; pero al despertar encuentran su pobreza, porque no llevan consigo nada a ese juicio que permanece, y cuanto más ahora se elevan por un breve tiempo, tanto más gravemente gimen contra sí mismos para siempre. Diga, pues: Abrirá sus ojos, y no encontrará nada, porque allí abre a los suplicios, aquellos que aquí mantenía cerrados a la misericordia. Abre sus ojos, y no encuentra el fruto de la piedad, aquellos que aquí mantenía cerrados cuando lo encontraba. También tardíamente abren los ojos aquellos que, según el testimonio de la Sabiduría, se dice que dirán en el tiempo de su condenación: ¿De qué nos sirvió la soberbia, qué nos aportó la jactancia de las riquezas? Todo aquello pasó como sombra, y como mensajero que corre (Sab. V, 8). Reconocen que lo que poseían era vil y fugitivo, ya perdido, lo que mientras estaba presente parecía grande y duradero a sus necios corazones. Tarde abrió los ojos el rico (Luc. XVI, 23), cuando vio a Lázaro descansando, a quien despreció ver yaciendo ante la puerta. Allí entendió lo que aquí no quiso hacer; en su condenación fue obligado a conocer qué fue lo que perdió, cuando no reconoció al prójimo necesitado. De lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 20.---Lo alcanzará la miseria como el agua, de noche lo oprimirá la tempestad.

30. La asombrosa pobreza del rico condenado después de la muerte.---Veamos ahora la pobreza del rico ardiente, cuya abundancia fue tan grande mientras banqueteaba. Dice: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama (Luc. XVI, 24). Con estas palabras no se nos da a entender que en ese ardor se requiera una sola gota de agua para un refrigerio suficiente, sino que aquel que pecó en la abundancia, allí se quema excesivamente en la pobreza. Vemos en las palabras del rico, por el juicio más sutil de Dios, qué pena tan digna respondió a tal culpa. Pues, actuando la pobreza, allí fue obligado a pedir hasta lo más mínimo, quien aquí, actuando la avaricia, llegó a negar hasta lo más mínimo. ¿Qué puede ser retribuido de manera más sutil, qué más estricta? Pide una gota de agua, quien negó migajas de pan. Por lo tanto, la pobreza lo atrapó como agua. No sin razón se compara entonces esa pobreza con el agua, porque en el infierno atormenta, quien absorbiendo a los acogidos en las profundidades, suele ser designado con el nombre de lago. Por eso también se dice por el profeta con la voz del género humano: Mi vida cayó en el lago (Lamentaciones III, 53). Y con la exultación de los rescatados se canta: Señor mi Dios, clamé a ti, y me sanaste; Señor, sacaste mi alma del infierno, me salvaste de los que descienden al lago (Salmo XXIX, 3).

[Vet. XI.] 31. El torbellino del juicio divino lo sorprenderá en la hora que no espera, y por eso, de noche, lo oprimirá.---De noche lo oprimirá la tempestad. ¿Qué significa aquí la noche, sino el tiempo oculto de una salida repentina? Con el término tempestad, se designa el torbellino del juicio. Esto también lo atestigua el Salmista, diciendo: Dios vendrá manifiestamente, nuestro Dios, y no callará; fuego arderá delante de Él, y a su alrededor habrá una tempestad poderosa (Salmo XLIX, 3). De esta tempestad también habla la Sabiduría a través de Salomón: Yo también me reiré en vuestra destrucción, y me burlaré cuando os llegue lo que temíais, cuando irrumpa la calamidad repentina, y la destrucción os asalte como una tempestad (Prov. I, 26). Y porque la ignorancia del momento de la venida se llama noche, la tempestad lo oprimirá de noche, es decir, el torbellino del juicio divino lo atraparé mientras no lo espera. De ahí que la Verdad misma dice: Si el padre de familia supiera a qué hora viene el ladrón, ciertamente velaría y no dejaría perforar su casa. Y vosotros estad preparados, porque a la hora que no pensáis vendrá el Hijo del Hombre (Mat. XXIV, 43). También se dice contra el mal siervo: Pero si aquel mal siervo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comienza a golpear a sus consiervos; y come y bebe con los borrachos; vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y a la hora que ignora (Ibid., 48). Pablo dice a los discípulos: Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día: no somos de la noche ni de las tinieblas (I Tes. V, 4). Aquí se dice al rico soberbio con la voz de Dios: Necio, esta noche te reclamarán el alma; lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII, 20). Se dice que entrega el alma de noche quien, no previendo la muerte, es arrebatado en las tinieblas del corazón. Dice, pues: La tempestad lo oprimirá de noche. Porque no quiere hacer el bien que ve, es sorprendido por la tempestad de su destrucción que no ve. A esto se añade aún más.

CAPÍTULO XX.

VERS. 21.---Lo llevará el viento abrasador, y lo apartará.

32. Será arrebatado por el diablo, quien con razón es llamado viento abrasador. ¿Quién en este contexto es llamado viento abrasador, sino el espíritu maligno, que enciende las llamas de los deseos en el corazón para arrastrarlo a la eternidad de los suplicios? Por lo tanto, se dice que el viento abrasador se lleva a cualquiera que sea perverso, porque el espíritu maligno, que incita a cada viviente a los vicios, lo arrastra al tormento al morir. Pues el viento abrasador suele entenderse como el espíritu impuro, que con el soplo de la mala sugestión enciende los corazones de los inicuos hacia los deseos terrenales, como lo atestigua el profeta Jeremías, diciendo: "Veo una olla hirviendo, y su cara está orientada desde el norte" (Jeremías 1, 13). La olla hirviendo es el corazón humano, ferviente por los ardores de las preocupaciones mundanas y las ansiedades de los deseos. Esta se enciende desde el norte, es decir, se inflama por las sugestiones del diablo. Él mismo suele ser llamado con el nombre de Aquilón, quien dijo: "Me sentaré en el monte del testimonio, en los lados del Aquilón, ascenderé sobre la altura de las nubes" (Isaías 14, 13). Por lo tanto, la mente de cada uno de los elegidos se templea con la abrasión de este viento ardiente, cuando en ella se extingue el fervor de los vicios y la llama de los deseos carnales se enfría. Por eso, la santa Iglesia, gozosa en las alabanzas de su esposo, clama: "Bajo la sombra de aquel a quien deseaba me senté" (Cantar de los Cantares 2, 3). Sobre la templanza de este ardor, el Señor le promete a través de Isaías: "En lugar de la zarza crecerá el ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá el mirto" (Isaías 55, 13). En lugar de la zarza, en ella crece el ciprés, cuando en el corazón de los santos, en lugar del rechazo del pensamiento terrenal, surge la altura de la contemplación celestial. La ortiga, por su parte, es de naturaleza completamente ígnea. Sin embargo, se dice que el mirto tiene una virtud templada. Por lo tanto, en lugar de la ortiga crece el mirto, cuando las mentes de los justos alcanzan la templanza y la tranquilidad de los pensamientos, alejándose del prurito y el ardor de los vicios, cuando ya no desean lo terrenal, cuando extinguen las llamas de la carne con deseos celestiales.

[Vet. XII.] 33. El refrigerio del alma dado a María.---Por esto también se dice que el refrigerio del alma fue dado a María desde el cielo: La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 35). Aunque en este caso, mediante el término de "sombra", se pudo señalar la naturaleza dual de la encarnación de Dios. Pues la sombra se forma por la luz y el cuerpo. El Señor, a través de su divinidad, es luz, quien, mediando el alma, se dignó hacerse cuerpo en su vientre por medio de la humanidad. Por lo tanto, ya que la luz incorpórea iba a ser encarnada en su vientre, a ella que concibió lo incorpóreo para el cuerpo se le dice: La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; es decir, el cuerpo de la humanidad recibirá en ti la luz incorpórea de la divinidad. Pero ya continuemos con lo que hemos comenzado sobre cualquier iniquidad. Por lo tanto, el viento ardiente lo lleva, porque evidentemente el espíritu maligno, a quien ahora ha encendido con el fuego de la concupiscencia perversa, lo arrastra después a las llamas del infierno. Sigue:

CAPÍTULO XXI.

IBID.---Y como un torbellino lo arrebatará de su lugar.

34. Cuál es el lugar de los inicuos.---El lugar de los perversos es el deleite temporal de la vida y el placer de la carne. Así pues, como por un torbellino, cada uno es arrebatado de su lugar cuando, aterrorizado por el último día, es separado de todos sus deleites. Sobre este último día, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXII [Rec. XIII].

VERS. 22.--- Enviará sobre él, y no perdonará.

35. Dios azota a los elegidos aquí para perdonarles, a los réprobos para comenzar a castigarles. Toda corrección divina es o purificación de la vida presente, o el inicio del castigo siguiente. Cada vez que Dios corrige al pecador mediante el castigo, envía el azote para perdonar. Pero cuando concluye la vida de alguien que persiste en el pecado mediante el castigo, envía el azote, pero de ninguna manera perdona. Porque quien envió el azote para perdonar, a veces lo envía para no perdonar. En esta vida, el Señor se esfuerza tanto más en perdonar cuanto más espera para castigar, como Él mismo dice con la voz del ángel a Juan: "Yo a los que amo, reprendo y castigo" (Apoc. III, 19). Y como se dice en otro lugar: "A quien ama el Señor, castiga, y azota a todo hijo que recibe" (Hebr. XII, 6). En cambio, sobre el azote de la condenación está escrito: "El pecador es atrapado en las obras de sus manos" (Sal. IX, 17). De lo cual el Señor dice a través de Jeremías, al ver a los pueblos que delinquen incorrigiblemente, a quienes ya no mira como hijos bajo disciplina, sino como enemigos bajo severo castigo: "Te herí con la herida de un enemigo, con castigo cruel" (Jer. XXX, 14). Y lo que aquí se dice: "No perdonará"; allí también se declara con otras palabras: "¿Por qué llamas por tu quebranto? Tu dolor es incurable" (Ibid., 15). Por lo tanto, los elegidos siempre prevén esto, para que regresen a la justicia antes de que la ira del juez se encienda inextinguiblemente, no sea que, sorprendidos por el último azote, su vida termine junto con su culpa. Porque el azote entonces expiará la culpa, cuando cambie la vida. Pues aquel cuyos hábitos no cambia, no expía sus acciones. Toda corrección divina, por tanto, es o purificación de nuestra vida presente, o el inicio del castigo siguiente. Porque para aquellos que progresan a partir del azote, se ha dicho: "Tú que formas el dolor en el precepto" (Salmo XCIII, 26). Porque mientras el impío es azotado y corregido; no quiso escuchar el precepto, escucha el dolor. El dolor, por tanto, se forma en el precepto para aquel que es contenido por el dolor de las malas obras, como si fuera un precepto. De aquellos a quienes los azotes condenan y no liberan, se dice: "Los heriste, y no dolieron; los quebrantaste, y rehusaron recibir disciplina" (Jerem. V, 3). Para estos, los azotes comienzan en esta vida y perduran en la eterna corrección. Por lo cual el Señor dice a través de Moisés: "El fuego se encendió por mi ira, y arderá hasta el infierno abajo" (Deut. XXXII, 22). En cuanto a la corrección presente, se dice correctamente: "El fuego se encendió por mi ira" (De Poenit., d. 3, c. 43). Pero en cuanto a la condenación eterna, se añade adecuadamente: "Y arderá hasta el infierno abajo". Aunque algunos suelen decir aquello que está escrito: "Dios no juzga dos veces lo mismo" (Nahum. I, 9). Sin embargo, no consideran lo que se dice por el profeta sobre los inicuos: "Y con doble confusión destrúyelos" (Jerem. XVII, 18). Y lo que está escrito en otro lugar: "Jesús, salvando al pueblo de la tierra de Egipto, después destruyó a los que no creyeron" (Judas, V). Sin embargo, si les damos nuestro consentimiento, que cualquier culpa no puede ser castigada dos veces, esto debe considerarse para aquellos que son golpeados por el pecado y mueren en su pecado, porque su corrección comenzada aquí se perfecciona allí, de modo que para los que se niegan completamente a corregirse, el azote de los castigos presentes sea el inicio de los tormentos siguientes. Por lo tanto, enviará sobre él, y no perdonará. Sigue:

CAPÍTULO XXIII [Ant. XIII].

IBID.---De su mano huyendo huirá.

36. Solo escapamos de la mano que hiere mediante la enmienda.--- Pues aquel huye de la mano del que hiere, quien corrige la maldad de su acción. O ciertamente, porque en el sagrado discurso la mano suele entenderse como operación, huye de la mano del que golpea

quien, al contemplar la destrucción del malvado, abandona los caminos de la maldad. Por lo cual se añade aún:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 23.--- Impondrá sus manos sobre él.

37. En el castigo de otros vemos lo que debemos temer.---Apretar las manos es confirmar las obras de nuestra vida en la rectitud. Por eso también Pablo dice: "Fortaleced las manos caídas y las rodillas paralizadas" (Hebreos XII, 12). Así, al contemplar la perdición ajena, se vuelven al corazón para reflexionar sobre la propia; y de donde uno es llevado al tormento, otro es liberado de él. Por lo tanto, aprieta sus manos sobre él, porque ve en el castigo ajeno lo que debe temer; y al ver al delincuente así castigado, refuerza sus propias obras con el vigor de la justicia. Así sucede que quien, viviendo en la iniquidad, había arrastrado a muchos al pecado por la delectación del mismo, al morir, aleja a algunos del pecado por el terror del tormento. El salmista también testifica que esto sucede con los buenos, diciendo: "El justo se alegrará al ver la venganza de los impíos, lavará sus manos en la sangre de los pecadores" (Salmo LVII, 11). Las manos de los justos se lavan en la sangre de los pecadores moribundos, porque al contemplar su castigo, se purifica la vida de quien lo contempla. Sigue.

CAPÍTULO XXV.

IBID.---Y silbará sobre él, mirando su lugar.

38. Así nos contenemos del pecado. ¿Qué se expresa en un silbido, sino la intención de admiración? Si en el silbido se busca quizás otro significado al morir el pecador, aquellos que presencian su fin, cierran la boca en un silbido, mientras se convierten a las palabras espirituales que antes despreciaban, para que ya comiencen a creer y a predicar lo que antes, al ver prosperar al impío, no creían. Pues sucede a menudo que el ánimo de los débiles tiembla más al escuchar la verdad, cuanto más ve prosperar a los que desprecian la verdad. Pero mientras la justa retribución elimina a los injustos, a otros los contiene de la maldad. Por eso se dice por medio de Salomón: "Cuando se castiga al insolente, el sencillo se hace más sabio" (Prov. XXI, 11). Así, el hombre santo, después de haber cumplido suficientemente con las penas de los poderosos que se exaltan en el mundo, vuelve sus palabras nuevamente hacia la soberbia de los herejes, que se exaltan en elocuencia. Pues sigue:

CAPÍTULO XXVI [Ant. y Rec. XIV].

CAP. XXVIII, VERS. 1.---La plata tiene sus veneros de donde se extrae: y el oro un lugar donde se funde.

39. Los herejes deben ser remitidos a las Sagradas Escrituras y a los libros de los Padres antiguos.---En el lenguaje simbólico, el elocuente se representa con la plata, y la claridad de vida o sabiduría con el oro. Y dado que los herejes se enorgullecen tanto del brillo de su elocuencia que no se fundamentan en ninguna autoridad de los libros sagrados (los cuales son para nosotros como vetas de plata para hablar, ya que de ellos extraemos el origen de nuestra locución), se les remite a las páginas de la autoridad sagrada, para que si realmente desean hablar, de allí deban tomar lo que han de decir. Y dice: "La plata tiene sus principios en sus vetas." Como si dijera abiertamente: Quien se prepara para las palabras de la verdadera

predicación, es necesario que tome los orígenes de las causas de las páginas sagradas, para que todo lo que hable se remita al fundamento de la autoridad divina, y en él afiance el edificio de su locución. Pues como hemos dicho antes, a menudo los herejes, mientras se esfuerzan por establecer sus perversidades, pronuncian cosas que ciertamente no se sostienen en las páginas de los libros sagrados. Por eso, el predicador insigne también advierte a su discípulo, diciendo: "Oh Timoteo, guarda el depósito, evitando las profanas novedades de palabras" (I Tim. VI, 20); porque mientras los herejes desean ser alabados como de excelente ingenio, presentan cosas como nuevas, que no se sostienen en los libros antiguos de los Padres; y así sucede que, mientras desean parecer sabios, esparcen semillas de necedad entre sus desdichados oyentes.

40. Solo la Iglesia católica tiene mártires. --- Bien se añade: Y hay un lugar para el oro donde se funde. Como si dijera abiertamente: La verdadera sabiduría de los fieles, cuyo lugar es la Iglesia universal, sufre tribulación por parte de los que los persiguen, pero es purificada de todas las impurezas del pecado por el fuego de vuestra persecución. Por eso está escrito: En el fuego se prueba el oro y la plata, y los hombres aceptables en el horno de la humillación (Ecli. II, 5). En este pasaje también se puede entender convenientemente que los herejes parecen ser reprendidos por su insensata pasión. Pues a menudo sufren mucho por el nombre de Jesucristo nuestro Señor y Redentor, y esperan hacerse mártires con las mismas pasiones de Él. A quienes ahora se les dice con la voz de los santos: Hay un lugar para el oro donde se funde. Pues según lo que ya se ha dicho antes de nosotros (A Cipriano, de la unidad de la Iglesia, y en otros lugares), cualquiera que sufra fuera de la unidad de la Iglesia puede sufrir penas, pero no puede hacerse mártir, porque hay un lugar para el oro donde se funde. ¿Qué decís, pues, a esto, herejes? Queréis ser fundidos por la aflicción de la carne, o incluso por el martirio, pero no sabéis el lugar donde debéis ser fundidos. Escuchad lo que se dice con la voz del santo predicador: Hay un lugar para el oro donde se funde. Buscad, pues, este lugar de fundición, encontrad este horno, donde el oro pueda ser purificado adecuadamente.

41. Todo lo que se tolera fuera de la Iglesia, quema, no purifica.---Hay una sola Iglesia en la cual quien pueda ser fundido podrá también ser purificado de toda mancha de pecado. Si soportáis alguna amargura o tribulación por Dios estando fuera de ella, podéis ser quemados solamente, no purificados. Que diga Jeremías, que diga cómo el fuego de vuestra fundición carece de toda virtud: En vano ha fundido el fundidor, pues no se han consumido sus maldades (Jeremías VI, 29). He aquí el fuego que funde desde fuera, y aplica el castigo de una dura pasión, y sin embargo no purga la culpa del error, y da tormentos de crueles penas, y no incrementa los méritos de los buenos. De este fuego de fundición que se tolera fuera de la Iglesia católica, de cuán carente de virtud es, el Apóstol Pablo lo insinúa, diciendo: Si entregare mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 3). Algunos tienen pensamientos erróneos sobre Dios; otros sostienen lo correcto sobre el Creador; pero no mantienen la unidad con los hermanos. Aquellos están divididos por el error de la fe, estos por la perpetración del cisma. Por lo tanto, en esa primera parte del decálogo se reprenden las culpas de ambas partes, cuando con voz divina se dice: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza (Deut. VI, 5). Y enseguida se añade: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Porque quien tiene pensamientos perversos sobre Dios, claramente no ama a Dios. Quien, teniendo pensamientos correctos sobre Dios, está dividido de la unidad de la santa Iglesia, es evidente que no ama al prójimo, a quien rehúsa tener como compañero.

43. Porque tanto a los cismáticos como a los herejes les falta la caridad.---Cualquiera, por lo tanto, que se separa de esta unidad de la madre Iglesia, ya sea por herejía al tener

pensamientos perversos sobre Dios, o por el error del cisma al no amar al prójimo, se priva de la gracia de esta caridad, de la cual Pablo dice lo que hemos mencionado antes: Si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 3). Como si dijera con voz clara: Fuera de su lugar, el fuego que se me aplica me atormenta con sufrimiento, no me purifica con limpieza. Todos los amantes de la santa paz buscan con el mayor empeño este lugar, lo buscan y lo encuentran, lo encuentran y lo mantienen, sabiendo dónde, cuándo y a quiénes se concede la remisión de los pecados. ¿Dónde, sino en el seno de la madre católica? ¿Cuándo, sino antes del día de la salida venidera? Porque, he aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (II Cor. VI, 2). Y: Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadlo mientras está cerca (Isai. LV, 6). ¿A quiénes, sino a los convertidos, que son formados por la humildad como maestra a imitación de los pequeños? A quienes se les dice: Dejad que los niños vengan a mí; porque de ellos es el reino de los cielos (Matth. XIX, 14). Y: Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Matth. XVIII, 3). [Rec. XV.] Porque, por tanto, no se hacen verdaderos mártires sino en la Iglesia católica, se dice correctamente: Hay un lugar para el oro donde se funde, porque el alma no brillará en el resplandor de la belleza eterna, a menos que, por así decirlo, primero arda aquí en el taller de la caridad.

43. Dios salva a unos por la inocencia, a otros por el arrepentimiento.---Además, se debe considerar que, por un consejo oculto, el Dios omnipotente guarda a algunos inocentes desde sus mismos comienzos, llevándolos hasta la cumbre de las virtudes, de modo que, al crecer en edad, crezcan en ellos tanto el número de años como la altura de sus méritos. A otros, sin embargo, los abandona en sus inicios, permitiéndoles ir por caminos abruptos debido a los vicios que brotan. No obstante, a menudo también los mira, y los enciende con el fuego del amor santo para que lo sigan, y convierte las inclinaciones viciosas en sus corazones en fervor de virtudes, y se encienden tanto en el deseo de buscar la piedad de Dios, cuanto más se avergüenzan de la memoria de su iniquidad, como a menudo sucede que en el combate, un soldado, colocado ante los ojos de su líder, cede vergonzosamente ante la fuerza enemiga, y al ofrecer débilmente su espalda, es herido: sin embargo, avergonzándose de lo que hizo vergonzosamente, ante los ojos de su líder toma mayores fuerzas de esa misma vergüenza, y realiza acciones valientes tanto para lograr la gloria presente de la virtud como para cubrir la ignominia pasada de su debilidad. Así, pues, a veces algunos en el servicio de Dios se fortalecen más intensamente por la debilidad pasada, y el deseo de lo futuro los atrae a guardar los mandamientos, y la memoria de lo pasado los impulsa, de modo que el amor los provoca hacia lo venidero, y la vergüenza de lo pasado los incita. [Vet. XVI.] Sin embargo, cuando los adversarios de la Iglesia ven a estos dotados de las más altas virtudes, y no pueden encontrar en la vida presente de qué denigrarlos, intentan acusarlos de lo pasado, como el maniqueo ataca a nuestro Moisés, en quien intenta manchar la gracia de las virtudes posteriores con la culpa del homicidio pasado. En esto no considera cuán paciente fue después para soportar, sino cuán precipitado fue antes para golpear. Por lo tanto, el bienaventurado Job, enfrentándose a tales adversarios con la más sutil consideración, después de haber dicho: "La plata tiene sus principios en las venas, y hay un lugar para el oro donde se funde", añadió adecuadamente:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XVI].

VERS. 2.---El hierro se extrae de la tierra.

44. No se debe considerar qué son los doctores de la Iglesia por sí mismos, sino qué han llegado a ser por la gracia. Los herejes suelen gloriarse contra nosotros con la altivez de su

propia justicia y alardear de sus obras con ostentación inflada, y nos acusan, como hemos dicho, de ser o haber sido inicuos. Por lo tanto, el hombre santo habla contra ellos con una confesión muy humilde y una defensa veraz, diciendo: "El hierro se extrae de la tierra". Como si dijera abiertamente: Los hombres fuertes, que se convierten en hierro en esta batalla por la defensa de la fe con las espadas afiladísimas de sus lenguas, alguna vez fueron tierra en las acciones más bajas. Pues al hombre pecador se le dijo: "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Génesis III, 19). Pero el hierro se extrae de la tierra (Dist. L, c. 18), cuando un fuerte defensor de la Iglesia se separa de la acción terrenal que antes mantenía. Por lo tanto, no debe despreciarse en él lo que fue, quien ya ha comenzado a ser lo que no era. ¿Acaso no fue encontrado Mateo en la tierra, quien, implicado en negocios terrenales, servía en las funciones del telonio (Mateo IX, 9)? Pero, elevado de la tierra, se fortaleció en la fortaleza del hierro, cuya lengua, con la administración del Evangelio como una espada afiladísimas, el Señor atravesó los corazones de los infieles; y quien antes era débil y despreciado por los negocios terrenales, se hizo fuerte posteriormente para los predicamentos celestiales. Por lo tanto, se añade aún:

CAPÍTULO XXVIII [Rec. XVII].

IBID.---Y la piedra, disuelta por el calor, se convierte en bronce.

45. Con la infusión de la gracia, el corazón se ablanda para el amor y se fortalece para la acción. Así como la piedra se disuelve con el calor, el corazón duro y frío por la falta del fuego del amor divino es tocado por ese mismo fuego del amor divino, y se derrite en el fervor del espíritu, para que arda con el deseo de la vida futura, de la cual antes, al escuchar, permanecía insensible. De este ardor, ciertamente, se ablanda para el amor y se fortalece para la acción, de modo que así como antes era duro en el amor del mundo, así después se manifieste fuerte en el amor de Dios; y lo que antes se negaba a escuchar, ahora comience a creer y a predicar. La piedra, por tanto, disuelta por el calor, se convierte en bronce, porque la mente dura, derretida por el fuego del amor supremo, se transforma en verdadera fortaleza, de modo que el pecador, que antes era insensible, después se vuelva fuerte por la autoridad y sonoro por la predicación. Esto se dice bien por Isaías: Los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas (Isaías 40, 31). Renovamos nuestra fortaleza cuando, convertidos, huimos del presente siglo con la misma fuerza con la que antes lo buscábamos. Y como la vida pasada es mal considerada por los adversarios de las costumbres católicas, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 3.---Él ha establecido un tiempo para las tinieblas y contempla el fin de todas las cosas.

46. Dios contempla el fin de los elegidos y de los réprobos. Hace y ordena el bien; no hace el mal, pero lo ordena. Él estableció un tiempo para las tinieblas, es decir, un límite para que los inicuos dejen de serlo. Por eso, a ellos se les dice a través del Apóstol: "En otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor." Así como también a otros discípulos, el mismo insigne doctor dice: "La noche está avanzada, el día se acerca. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz; andemos como de día, honestamente." (Efesios 5, 8; Romanos 13, 12). Por eso, en el Cantar de los Cantares se dice de la Iglesia que viene: "¿Quién es esta que avanza como la aurora que se levanta?" (Cantar de los Cantares 6, 9). Con propiedad, la Iglesia es comparada a la aurora, que a través del conocimiento de la fe se transforma de las tinieblas de sus pecados en la clara luz de la justicia. Por lo tanto, Él

estableció un tiempo para las tinieblas y considera el fin de todos. Bajo el nombre de todos, quiso que se comprendieran tanto los elegidos como los réprobos. Pues Dios, haciendo y ordenando el bien, y no haciendo el mal, sino disponiendo que lo hecho por los inicuos no ocurra desordenadamente, considera el fin de todos, y pacientemente tolera todo, y contempla el término de los elegidos, que se transformen del mal al bien. También contempla el fin de los réprobos, que por su mala obra se atraigan un castigo merecido. Vio el fin del perseguidor Saulo, quien postrado diría: "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hechos 9, 6). Vio el fin del discípulo que parecía obediente, que por el crimen cometido se apretaría el cuello con una soga, castigándose a sí mismo y, al castigarse peor, se engañaría. Vio a los ninivitas pecando, pero consideró el fin de los pecadores, la penitencia de los corregidos. También vio a Sodoma pecando, pero consideró el fin del ardor de la lujuria, el fuego del infierno. Vio el fin de la gentilidad, que poseída por las tinieblas de las iniquidades, alguna vez resplandecería con la luz de la fe. También vio el término de Judea, que de la luz de la fe que tenía, se cegaría en las tinieblas de la perfidia endurecida. Por lo tanto, aún se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXX [Rec. XVIII].

IBID. VERS. 4.---El torrente también separa la piedra de la oscuridad y la sombra de la muerte del pueblo peregrino.

47. En el juicio final, el fuego separará a los buenos de los malos. ¿Qué fue aquel pueblo judío obstinado en su perfidia, que no quiso ver al autor de la vida por la fe, a quien había predicho por la profecía, sino una piedra de oscuridad? Porque se mostró duro en su crueldad y nebuloso en su infidelidad. También se le llama con otro nombre, sombra de muerte. Tal sombra se expresa según las características de aquello de lo que se deriva. ¿Y quién es llamado con el nombre de muerte, sino el diablo? De quien se dice, a través de una cierta significación de su ministro: Y su nombre era Muerte (Apoc. VI, 8). Ese pueblo fue su sombra, porque siguiendo su iniquidad, expresó en sí mismo su imagen. ¿Y qué se llama con el nombre de torrente, sino aquel fuego que, saliendo de la presencia del juez temible en el último examen, separa a los elegidos de los reprobos? Por eso también se dice por el profeta: Un río de fuego rápido salía de su presencia (Dan. VII, 10).

48. Todos los elegidos son peregrinos en el mundo. ¿Y quién es el pueblo que peregrina en este mundo, sino aquel que, corriendo hacia la herencia de los elegidos, sabe que su patria está en los cielos; y tanto más espera encontrar allí lo que le es propio, cuanto más considera aquí como ajeno todo lo que pasa? Por lo tanto, el pueblo es peregrino, el número de todos los elegidos, que considerando esta vida como un exilio, suspiran con toda la intención del corazón por la patria celestial, de los cuales Pablo dice: Confesando que son peregrinos y extranjeros sobre la tierra (Hebreos XI, 13). Porque los que dicen esto, indican que buscan una patria. Esta peregrinación también la soportaba el mismo Apóstol, cuando decía: Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor. Porque caminamos por fe, y no por vista (II Corintios V, 6). Se esforzaba por evadir las penalidades de esta peregrinación, cuando decía: Deseo partir y estar con Cristo (Filipenses I, 23). Y de nuevo: Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia (Ibid. I, 21). El salmista sentía el peso grave de esta peregrinación, cuando decía: ¡Ay de mí! porque mi estancia se ha prolongado: he habitado con los que habitan en Cedar, mi alma ha sido por mucho tiempo extranjera (Salmo CXIX, 5). Anhelaba ser liberado de esto cuanto antes, cuando, ardiendo en deseos celestiales, decía: Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Salmo XLI, 3). Pero este deseo lo desconocen quienes fijan su corazón en los placeres terrenales. Pues al amar solo lo que es visible, ciertamente no aman lo invisible, aunque crean

que existe, porque al seguirse demasiado a sí mismos exteriormente, también se vuelven carnales en mente. Ambos pueblos corren juntos en esta vida, pero no llegan juntos a la eternidad, porque una corriente de oscuridad y sombra de muerte separa a los que peregrinan. Como si dijera abiertamente: Aquellos a quienes ahora ciega la infidelidad o endurece la crueldad, el río de llamas que sale de la presencia del juez eterno separa entonces del pueblo de los elegidos, para que el fuego del juicio estricto separe entonces de los buenos a aquellos que ahora las tinieblas de los vicios ciegan en sus concupiscencias.

49. La irrigación de la predicación, como un torrente, separa a los buenos de los malos. — Quizás en el nombre de torrente se pueda entender la misma irrigación de la santa predicación, conforme a lo que se dice por medio de Salomón: El ojo que se burla del padre y que desprecia el parto de su madre, lo saquen los cuervos de los torrentes (Prov. XXX, 17). Pues los perversos, al criticar los juicios divinos, se burlan del padre. Y cualquier hereje, al despreciar con burla la predicación de la santa Iglesia y su fecundidad, ¿qué otra cosa hace sino despreciar el parto de la madre? A quienes no sin razón también llamamos su madre, porque de ella salen los que hablan contra ella; como atestigua Juan, quien dice: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (I Juan II, 19). Los cuervos vienen de los torrentes, cuando los verdaderos predicadores proceden de los manantiales de los libros sagrados para la defensa de la santa Iglesia. Quienes también son llamados cuervos con razón, porque de ninguna manera se enorgullecen de la luz de su justicia, sino que por la gracia de la humildad confiesan en sí mismos la negrura de los pecados. Por lo cual también se dice por la Iglesia de los elegidos: Soy negra, pero hermosa (Cant. I, 4). Y Juan dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos (I Juan I, 8). Estos cuervos, en efecto, arrancan el ojo del que se burla, porque vencen la intención de los hombres perversos y obstinados. Por lo tanto, de este testimonio, si aquí también el torrente debe entenderse como predicación, el torrente separa la piedra de la oscuridad y la sombra de la muerte del pueblo peregrino, ya que la predicación de los santos abandona las mentes endurecidas de los réprobos y se convierte hacia los piadosos corazones de los humildes. Por lo cual aún se añade:

CAPUT XXXI [Vet. XIX].

VERS. 4.---Aquellos a quienes ha olvidado el pie del hombre necesitado, y los caminos intransitables.

50. Dejando a los judíos, se dirigió a los gentiles. ¿Quién en este contexto es el hombre necesitado, sino aquel de quien se dice a través de Pablo: "Siendo rico, se hizo pobre por nosotros" (II Cor. VIII, 9)? Los pies de este hombre necesitado fueron los santos predicadores, por cuya presencia recorrió toda la gentilidad, caminando por todo el mundo. De ellos se dice a través del profeta: "Y caminaré entre ellos" (Lev. XXVI, 12; II Cor. VI, 16). ¿Acaso no era su pie aquel que, estando encadenado, decía: "Por el cual soy embajador en cadenas" (Efes. VI, 20)? Pero el pie del hombre necesitado se olvidó de aquellos que fueron sombra de muerte y piedra de oscuridad, porque al inicio mismo de la naciente Iglesia, cuando los santos apóstoles quisieron predicar el reino de los cielos a Judea, viendo que no lograban nada, se dirigieron a predicar a los gentiles, como ellos mismos dicen en sus Actos: "A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles" (Hech. XIII, 46). De los cuales también se dice a través del Salmista: "Se trasladarán los montes al corazón del mar" (Sal. XLV, 3), porque los apóstoles, rechazados por Judea, fueron trasladados a este siglo de gentilidad. ¿Quiénes son, entonces, aquellos que, por la inmensa dureza y oscuridad

de su corazón, como una piedra de oscuridad y sombra de muerte, son separados del pueblo peregrinante de los santos, sino aquellos a quienes el pie del hombre necesitado ha olvidado, es decir, aquellos que los predicadores del Señor, por la humanidad del pobre, dejaron atrás por el orgullo de su soberbia, y de los cuales se olvidaron por completo, al trasladar las semillas de su predicación únicamente a la fructificación de los gentiles? A quienes también llama justamente sin camino, porque, al estar endurecidos en su infidelidad, no quisieron abrir el camino a las palabras de vida en su corazón. Pero escuchemos cómo era esta Judea, que así se endureció, o cómo fue en otro tiempo, o qué sufrió después. Sigue:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 5.---La tierra de la cual surgía el pan, en su lugar fue destruida por el fuego.

51. La sinagoga, que ministraba el pan de la ley y de las escrituras, fue destruida por la llama de la envidia. Judea solía dar el pan, que eran las palabras de la ley. Esta ley, que ya no podían entender ni explicar los reprobados, el profeta Jeremías la deplora en sus lamentaciones, diciendo: "Los niños pidieron pan, y no había quien se lo partiera" (Lam. IV, 4). Pero esta tierra fue subvertida en su lugar por el fuego, porque al contemplar las señales de los fieles, se consumió en la llama de la envidia. Pues la envidia siempre suele nacer de la soberbia, y pereció en su lugar por el fuego, porque ardió en envidia al no abandonar la soberbia. Por lo tanto, la tierra que antes tenía pan, después fue subvertida por el fuego, ya que la sinagoga, que proclamó los mandamientos de Dios a través de la ley, al perseguir a la naciente Iglesia, se consumió en el fuego de la envidia. ¿Acaso no ardía con las llamas de su emulación, cuando al ver las señales de nuestro Redentor, decía a través de algunos de los suyos: "¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchas señales?" o ciertamente: "Veis que no adelantamos nada, he aquí que todo el mundo va tras él" (Juan XI, 47). Veían de dónde debían convertirse, y de ahí se volvían más perversos. Buscaban extinguir a quien veían vivificar a los muertos. Tenían la ley en la boca, pero perseguían al autor de la ley. Por lo tanto, la tierra de la que surgía el pan, fue subvertida en su lugar por el fuego, porque Judea en sí misma primero tuvo la ley que restauraba, y después la envidia que consumía. De cuya descripción aún se añade:

CAPÍTULO XXXIII.

VERS. 6.---El lugar de sus piedras es zafiro, y sus terrones son de oro.

52. Aumenta la caída de los judíos, la abundancia de dones y gracias con las que antes estaban adornados. Aumenta la culpa del pecado siguiente la proclamación de la gloria precedente. Pues la caída de cada uno es tanto más criminal cuanto mayor pudo ser su virtud antes de caer. Digamos entonces de Judea, digamos lo que fue, y que la grandeza de las virtudes precedentes crezca para el cúmulo de los delitos siguientes. El lugar de sus piedras es zafiro, y sus terrones son de oro. ¿Qué entendemos en este lugar por piedras, sino las mentes de los santos y fuertes? (Vet. XX). En la Sagrada Escritura, a veces las piedras se toman en mal sentido, y a veces en buen sentido. Pues cuando la piedra se pone por insensibilidad, se señalan corazones duros por las piedras. Por eso también se dice por Juan: Dios puede de estas piedras suscitar hijos a Abraham (Mat. III, 9). Que, en efecto, con el nombre de piedras designa los corazones de los gentiles, duros entonces e insensibles por la infidelidad. Y por el profeta el Señor promete, diciendo: Quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré un corazón de carne (Ezeq. XI, 19). Nuevamente, por las piedras se suelen designar las mentes de los fuertes. Por eso también por Pedro se dice a los santos: Y vosotros, como

piedras vivas, sois edificados como casa espiritual (I Pe. II, 5). Y por el profeta el Señor promete a la Iglesia venidera, diciendo: He aquí que yo pondré en orden tus piedras, y te fundaré en zafiros, y pondré jaspe en tus baluartes, y tus puertas en piedras labradas; y todos tus términos en piedras deseables, todos tus hijos enseñados por el Señor (Is. LIV, 11). Porque en ella dispuso las piedras en orden, ya que en ella distinguió las almas santas por la diversidad de méritos. La fundó en zafiros, que son piedras de color aéreo que tienen en sí semejanza, porque la fortaleza de la Iglesia se solidifica en las almas que apetecen lo celestial. Y puesto que el jaspe es de color verde, puso el jaspe en sus baluartes, porque aquellos que se oponen a los adversarios para la defensa de la santa Iglesia, que, verdes en deseos internos, no se marchitan por la aridez de un reprobado tibio. Y puso sus puertas en piedras labradas. Estos son las puertas de la Iglesia, por cuya vida y doctrina entra en ella la multitud de creyentes. Que por el hecho de que sobresalen en grandes obras, y lo que afirman hablando, lo muestran viviendo, se recuerdan no como piedras puras, sino labradas. En cuya vida se discierne la operación recta, como si en ellos mismos se expresara lo que hicieron. Donde también concluyendo con una colección general todo el número de los santos, añadió: Todos tus términos en piedras deseables (Is. LIV, 12). Y, como si pidiéramos a los oyentes que indicara qué piedras decía, añadió: Todos tus hijos enseñados por el Señor. Porque, por tanto, de Judea nunca faltaron las almas santas que llevaran una vida celestial, se dice: El lugar de sus piedras es zafiro. Y porque brilló con gran claridad de vida y sabiduría por la fe, se añade: Y sus terrones son de oro. ¿Qué se designa por terrones, sino las colecciones de cada orden y multitudes? Los terrones se forman de humedad y polvo. Todos, pues, los que, infundidos por el rocío de la gracia, confesaron con verdadero conocimiento que eran polvo por la deuda de la muerte, mientras brillaban por la virtud de la vida, yacieron en ella como terrones de oro. Esta tierra tuvo terrones en los profetas, terrones en los doctores, terrones en los Padres antiguos, que se mantuvieron con gran infusión de gracia en la unanimidad de profesión y obra. Diga, pues: Y sus terrones son de oro, porque en ella la multitud de los espirituales brilló con tanto mayor virtud cuanto más se unieron en Dios y en el prójimo con mayor unanimidad.

53. El oro con el que brillaban, oscurecido por las tinieblas de la perfidia.---Pero este oro de la perfidia fue posteriormente oscurecido por las tinieblas. Ciertamente, el profeta Jeremías contempla y lamenta su negrura, diciendo: ¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha cambiado el color excelente? (Lam. IV, 1). En efecto, el oro se ha oscurecido, porque en ellos aquel antiguo esplendor de fe e inocencia, al irrumpir la perfidia, se oscureció con la noche de la malicia. Así que, puesto que hemos escuchado lo que fue: Ciertamente el lugar de sus piedras de zafiro, y el oro de sus terrones, ahora escuchemos por qué este pueblo amado por Dios perdió tantos bienes. Sigue.

CAPÍTULO XXXIV [Ant. XXI].

VERS. 7.---La senda no la conoció el ave, ni la contempló el ojo del buitre.

54. Ignorando los caminos de la humildad de Cristo, perdieron el fruto de su muerte. ¿Quién en este contexto es simbolizado por el nombre de ave, sino aquel que elevó al cielo el cuerpo de carne que asumió? También se expresa adecuadamente con la denominación de buitre. En efecto, el buitre, cuando vuela y divisa un cadáver, desciende para devorarlo; y a menudo es capturado en la muerte, cuando desciende desde lo alto hacia el animal muerto. Por tanto, correctamente se designa a nuestro redentor, mediador entre Dios y los hombres, con la denominación de buitre, quien, permaneciendo en la altura de su divinidad, como desde un vuelo sublime, vio el cadáver de nuestra mortalidad en lo más bajo, y se sometió desde lo

celestial a lo ínfimo. En efecto, se dignó hacerse hombre por nosotros, y al buscar al animal muerto, encontró la muerte entre nosotros, él que era inmortal en sí mismo. Pero el ojo de este buitre fue la misma intención de nuestra resurrección, porque él, muerto por tres días, nos liberó de la muerte eterna. Aquel pueblo infiel de Judea vio al mortal; pero no atendió cómo con su muerte destruiría nuestra muerte. En efecto, vio al buitre, pero no miró los ojos del buitre. Al no querer considerar los caminos de su humildad, por los cuales nos elevó a lo alto, ignoró la senda del ave. No se preocupó por reflexionar que su humildad nos elevaría a los cielos y que la intención de su muerte nos reformaría para la vida. Ignoró, pues, la senda del ave, ni contempló los ojos del buitre, porque aunque vio a aquel que sostuvo en la muerte, no quiso ver cuánta gloria seguiría para nuestra vida de su muerte. Por eso, también se encendió en la crueldad de la persecución, rechazó recibir las palabras de vida, y prohibiendo, enfureciendo, golpeando, rechazó a los predicadores del reino de los cielos. Estos, rechazados, abandonaron Judea, a la cual habían sido enviados, y se dispersaron en la colecta de la gentilidad. Por lo cual, aún se añade:

CAPÍTULO XXXV [Rec. XX].

VERS. 8.---No la han pisado los hijos de los mercaderes, ni la ha atravesado la leona.

55. Los apóstoles y sus sucesores abandonaron Judea y se dedicaron a la conversión de los gentiles. En todos los códigos latinos encontramos que se mencionan a los "institutores", mientras que en los griegos se mencionan a los "negociadores". De esto se puede deducir que en este lugar, por ignorancia, los escritores pusieron "institutores" en lugar de "institores". Llamamos "institores" a los negociadores, porque se dedican con empeño a su trabajo. Pero aunque ambos términos difieran en la voz, no discrepan en el entendimiento, ya que todos los que instruyen las costumbres de los fieles llevan a cabo un negocio espiritual, de modo que cuando ofrecen la predicación a sus oyentes, reciben de ellos fe y obras rectas, como está escrito sobre la santa Iglesia: "Hizo lino fino y lo vendió" (Prov. XXXI, 24); y poco después se dice allí: "Vio que su negocio era bueno" (Ibid. XXXI, 18). ¿Quiénes son llamados "institutores" en este lugar sino los santos profetas, que se preocuparon de instruir las costumbres de la sinagoga hacia la fe mediante la profecía? Evidentemente, sus hijos son llamados los santos apóstoles, quienes, para que creyeran que Dios se hizo hombre, fueron generados a la misma fe por su predicación. De ellos se dice en la Iglesia a través del salmista: "En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra" (Sal. XLIV, 17). Pero como los apóstoles fueron rechazados y salieron de los confines de la sinagoga, ahora se dice con razón: "No la pisaron los hijos de los institores". La habrían pisado los hijos de los institores si los santos predicadores hubieran reprimido los vicios de la misma sinagoga con el calzado de la virtud. Sin embargo, si aceptamos que los mismos predicadores de la santa Iglesia son los institores, no hay obstáculo para entender que los hijos de los institores son los pastores y doctores que siguieron el camino de los apóstoles. No pisaron la sinagoga, porque cuando sus padres, es decir, los apóstoles, fueron rechazados por ella, ellos también cesaron en su vocación hacia ella.

[Vet. XXII.] 56. La Sinagoga abandonada, la Iglesia se dedicó a reunir a los gentiles.---Por esta Sinagoga, en efecto, la leona no pasó, porque la santa Iglesia, dedicada a la recolección de los gentiles, no se ocupó más tiempo en aquel pueblo de Judea. Con razón, sin embargo, la Iglesia es llamada leona, porque mata a los que viven mal en los vicios con la boca de la santa predicación. Por eso, al primer pastor se le dice como si fuera la boca de esta leona: Mata y come (Hechos X, 13). Lo que se mata, ciertamente se quita de la vida, y lo que se come, se transforma en el cuerpo del que lo come. Por tanto, se dice mata y come, es decir, mata a

aquellos en el pecado en el que viven, y conviértelos de sí mismos en tus miembros. Y porque esta Iglesia es el cuerpo del Señor, el mismo Señor es llamado león por su voz, y leona por su cuerpo, cuando bajo la figura de Judá se le dice: A la presa, hijo mío, has subido, descansando te has acostado como león, y como leona; ¿quién lo despertará? (Génesis XLIX, 9). Por lo tanto, esta leona no se dice que no pasó por Judea, sino que no la atravesó. Pues cuando los apóstoles predicaban, primero tres mil, luego cinco mil de ellos creyeron. Así, la Iglesia pasó por la Sinagoga, pero no la atravesó, porque de ella arrebató a pocos para la fe, pero no extinguió completamente a ese pueblo infiel de su perfidia. Pero, como ya hemos dicho muchas veces, rechazada por la infidelidad de los judíos, se desvió hacia la vocación de los gentiles. Por eso, aún se dice de la misma leona:

CAPÍTULO XXXVI.

VERS. 9.---Extiende su mano hacia la roca, arranca de raíz los montes.

57. Cuya dureza ablandó y cuyo orgullo abatió. Pues extendió su mano hacia el pedernal, porque envió el brazo de su predicación hacia la dureza de las naciones. Por eso el mismo bienaventurado Job, previendo que la historia de su pasión sería conocida por las naciones, dice: Que estas cosas sean escritas con un estilo de hierro en una lámina de plomo, o ciertamente esculpidas en el pedernal (Job XIX, 24). ¿Y quiénes son los montes en este lugar, sino los poderosos de este siglo, que se hinchan por la sustancia terrena? De los cuales el salmista dice: Toca los montes, y humeen (Salmo CXLIII, 5). Pero los montes son derribados desde las raíces, porque, al predicar la santa Iglesia, los poderes supremos de este siglo cayeron en adoración al Dios omnipotente desde su pensamiento más íntimo. Pues las raíces de los montes son los pensamientos íntimos de los soberbios. Y los montes caen desde las raíces, porque para adorar a Dios, los poderes del siglo son derribados desde sus pensamientos más bajos. Con razón se señala el pensamiento oculto por la raíz, porque de lo que no se ve dentro, brota lo que se ve fuera. Por eso también en buen sentido se dice por el profeta: Enviaré lo que haya sido salvado de la casa de Judá, y lo que quede, enviaré raíz hacia abajo, y hará fruto hacia arriba (Isaías XXXVII, 31). Como si se dijera abiertamente: En lo más bajo nace el pensamiento, para que en lo más alto se devuelva la recompensa. Diga, pues: Extendió su mano hacia el pedernal, subvirtió los montes desde las raíces, porque mientras la santa predicación buscó la dureza de las naciones, abatió por completo la altitud de los soberbios. Porque a aquellos a quienes vacía de pensamientos terrenales, los llena de dones celestiales, y a quienes agota de cuidados ínfimos, los riega con corrientes celestiales, se añade enseguida:

CAPÍTULO XXXVII.

VERS. 10.---En las rocas talló arroyos.

58. En los corazones pétreos de los gentiles, Dios abrió ríos de predicación. Es decir, en los corazones duros de los gentiles, abrió ríos de predicación, tal como también se dice a través del profeta sobre el riego de la aridez de los gentiles: "Convirtió el desierto en estanque de aguas, y la tierra sin agua en manantiales de aguas" (Salmo 106, 35). Y en el Evangelio, el Señor promete, diciendo: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" (Juan 7, 38). Esa promesa que entonces escuchamos, ahora la vemos cumplida. Pues en los santos predicadores, y no nacidos de Judea, a través de toda la Iglesia difundida por todo el mundo, los manantiales de los mandamientos celestiales fluyen

abundantemente de la boca de los gentiles. Porque, al abrir ríos en las rocas, también de los corazones duros emanó el río de la santa predicación. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

IBID.---Y su ojo vio todo lo precioso.

59. El mundo es vil para Dios, y preciosas son las almas que Él ha elegido. Es de suma importancia saber que cada alma se vuelve más preciosa ante los ojos de Dios cuanto más, por amor a la verdad, se desprecia a sí misma. Por eso se dice a Saúl: "¿No eras pequeño a tus propios ojos, y te hice cabeza de las tribus de Israel?" (1 Sam. 15, 17). Como si dijera abiertamente: Fuiste grande para mí porque eras despreciado para ti; pero ahora, porque eres grande para ti, te has vuelto despreciable para mí. Por eso también se dice por el profeta: "¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos!" (Isaías 5, 21). Así, cuanto más vil es alguien para Dios, más precioso es para sí mismo; y cuanto más precioso es para Dios, más vil es para sí mismo por Él: "Porque mira a lo humilde, y a lo alto lo conoce de lejos" (Salmo 137, 6). [Vet. XXIII.] Todo lo precioso lo ha visto su ojo. En la Sagrada Escritura, ver de Dios a veces se usa para elegir, como está escrito en el Evangelio: "Cuando estabas bajo la higuera, te vi" (Juan 1, 48); es decir, te elegí estando bajo la sombra de la ley. Vio, pues, lo precioso porque eligió lo humilde: "Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte" (1 Cor. 1, 27). Vio lo precioso cuando miró con la iluminación de su gracia al alma humana que se había despreciado a sí misma. De la cual, por cierto, se dice por el profeta: "Si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca" (Jeremías 15, 19). En efecto, el mundo presente es vil para Dios, pero el alma humana es preciosa para Él. Quien separa lo precioso de lo vil es llamado como la boca del Señor, porque a través de él Dios expresa sus palabras, quien, hablando de lo que puede, arranca el alma humana del amor al siglo presente. Y porque los doctores del Nuevo Testamento han sido llevados hasta el punto de escudriñar también las oscuridades ocultas de las alegorías en el Antiguo Testamento, se añade con razón:

CAPÍTULO XXXIX [Rec. XXI].

VERS. 11.---También escudriñó las profundidades de los ríos, y sacó a la luz las cosas ocultas.

60. Dios reveló a los doctores sagrados los profundos y ocultos misterios de la ley y los profetas. ¿Qué otra cosa se entiende aquí por ríos sino las palabras de los antiguos Padres? ¿Quién podría medir cuán poderoso río brotó del corazón de Moisés al establecer la ley, cuán poderoso río fluyó del corazón de David; cuántos manantiales de sabiduría emanaron de la boca de Salomón y de todos los profetas? Pero Judea mantuvo la apariencia de estos ríos, conservando la superficie de las letras, sin conocer su profundidad. Nosotros, sin embargo, que con la venida del Señor buscamos en ellos lo espiritual interno, exploramos sus profundidades. Esto se dice que lo hace el mismo Señor, porque prevalecemos en hacerlo gracias a su don. Por nosotros, que seguimos no la letra que mata, sino el espíritu que vivifica, el Señor escudriña las profundidades de los ríos y saca a la luz lo oculto, porque las palabras de la ley, que la historia demasiado oscura ensombrece, ahora la exposición espiritual ilumina. Por eso, hablando en parábolas a través del Evangelio, la Verdad ordenó a los discípulos, diciendo: Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los tejados (Mat. X, 27). Las palabras de los expositores han hecho que las sentencias de los antiguos Padres sean ya claras para nosotros. Por eso el profeta

Isaías, al ver las palabras claras de la exposición de la santa Iglesia, y no oscuras por las tinieblas de las alegorías, exclamó diciendo: Lugar de ríos, arroyos muy anchos y extensos (Is. XXXIII, 21). Las palabras del Antiguo Testamento eran como arroyos estrechos y cerrados, que contenían sus inmensas sentencias de sabiduría en una colección muy oscura. En cambio, los arroyos de la doctrina de la santa Iglesia son anchos y extensos, porque sus palabras son muchas para los que las encuentran y claras para los que las buscan. Dice, pues: Escudriñó las profundidades de los ríos y sacó a la luz lo oculto. Porque al infundir el espíritu de inteligencia a sus expositores, abrió las antiguas oscuridades de los profetas. Y esto ya lo reconoce la santa Iglesia por el espíritu, lo que la Sinagoga antes no pudo entender en absoluto por la letra. Por eso, cuando Moisés hablaba con el pueblo (Éxodo XXXIV, 33), cubría su rostro, para señalar que aquel pueblo judío conocía las palabras de la ley, pero de ningún modo veía su claridad. Por eso, con razón se dice también por Pablo: Hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones (II Cor. III, 15). Pero como las palabras de Dios de ningún modo se penetran sin su sabiduría (pues quien no ha recibido su espíritu, de ningún modo conoce sus palabras), el hombre santo añade sobre la búsqueda de esa sabiduría de Dios, diciendo:

CAPÍTULO XL [Ant. XXIV, Rec. XXII].

VERS. 12-15.---¿Pero dónde se hallará la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? El hombre no conoce su valor, ni se encuentra en la tierra de los vivientes. El abismo dice: No está en mí; y el mar declara: No está conmigo. No se dará oro fino por ella, ni se pesará plata en cambio de ella.

61. El lugar y el valor de la sabiduría de Dios no pueden ser asignados.---Primero, es necesario notar que se propuso dos cosas, y responde a ambas. A lo que anteriormente dijo: ¿Dónde se encuentra la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? Respondió en este verso: El abismo dice: No está en mí, y el mar dice: No está conmigo. A lo que había dicho: El hombre no conoce su valor, ni se encuentra en la tierra de los que viven placenteramente, respondió en el verso inferior, diciendo: No se dará oro puro por ella, ni se pesará plata en cambio de ella. Respondió, por tanto, a ambas, pero aumentando lo que había objetado, no resolviendo. Pues cuando buscaba el lugar de la sabiduría, y luego respondía: El abismo dice: No está en mí, indicó no dónde estaba, sino dónde no estaba. Nuevamente, cuando decía que el hombre ignoraba su valor, y a esto respondía: No se dará oro puro por ella, mostró no cuál era su valor, sino qué no era. Sin embargo, es evidente para todos que esta sabiduría humana no puede ser ni contenida en un lugar ni comprada con riquezas. Pero el hombre santo, lleno de sentidos místicos, nos lleva a entender otras cosas, para que busquemos no la sabiduría creada, sino la creadora. Pues si no exploramos los secretos de las alegorías en estas palabras, ciertamente lo que sigue es completamente digno de desprecio, si se considera solo desde la narración histórica. Poco después dice: No se igualará a ella el oro ni el vidrio. Y como sabemos, el vidrio es mucho más barato y diferente al oro, ¿por qué después de mencionar el oro, un metal ciertamente precioso, dijo que el vidrio tampoco se iguala a la sabiduría para su inmensa alabanza? Por la misma dificultad de la letra, nos vemos obligados a estar atentos a los significados místicos de estas palabras. ¿Qué sabiduría contempla, entonces, el hombre santo, sino aquella de la que el apóstol Pablo dice: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24)? De la cual está escrito por Salomón: La sabiduría se edificó una casa (Prov. IX, 1); y de la cual el salmista dice: Todo lo hiciste con sabiduría (Sal. CIII, 24). El hombre ciertamente no conoce el valor de esta sabiduría, porque no encuentra nada digno de su estimación. Sin embargo, no se dice que este sea el valor de la sabiduría y que sea desconocido, sino que es desconocido porque falta: en ese modo de hablar, en el que alguien

atrapado en dificultades, cuando no encuentra remedio para su ayuda, suele confesar que no sabe qué hacer.

62. Ningún mérito se debe a una buena obra. Por lo tanto, desconocer el precio de esta sabiduría es no encontrar el mérito de una obra digna para recibirla. Pues damos un precio para que, en lugar de aquello que deseamos poseer, debamos dar algo. Pero, ¿qué hemos dado nosotros para merecer recibir esta sabiduría, que es Cristo (Rom. XI, 6)? En verdad, hemos sido redimidos por gracia. Porque solo hemos dado obras malas viviendo mal, por las cuales, si se guardara una justa retribución, no se nos daría Cristo, sino castigos. Pero el hombre mereció una cosa por justicia y recibió otra por gracia. Que lo testifique Pablo, antes de que su mente recibiera la semilla de la verdad gratuita, con qué espinas de error estaba oprimido: "Yo que antes fui blasfemo, perseguidor e injurioso; pero alcancé misericordia porque lo hice por ignorancia en la incredulidad" (I Tim. I, 13). Que testifique por quienes Cristo se dignó morir: "Cuando aún éramos pecadores, a su tiempo Cristo murió por los impíos" (Rom. V, 8). Entonces, si fuimos hallados impíos cuando llegó la sabiduría, ¿qué buena obra dimos para merecer recibir esa misma sabiduría? Por lo tanto, el hombre no conoce el precio de esta sabiduría, porque cualquiera que esté separado de los animales brutos por el intelecto de la razón, al entender que no ha sido salvado por sus propios méritos, reconoce que no ha dado ninguna buena obra para llegar a la fe. Pues dar un precio para recibir la sabiduría es como anticiparse a Dios con el mérito de su acción.

63. La gracia es dada gratuitamente, no por méritos. Quien decía: "¿Quién le dio primero a Él, para que le sea recompensado?" (Rom. XI, 35) había comprendido que esta sabiduría no tiene precio. Por eso está escrito nuevamente: "Por gracia habéis sido salvados mediante la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efes. II, 8). De ahí que hable de sí mismo nuevamente, diciendo: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (I Cor. XV, 10). De cuya inspiración de gracia, puesto que las obras de virtud se generan inmediatamente en el corazón, para que también la acción siga del libre albedrío, a la cual después de esta vida corresponda la retribución eterna, añadió de inmediato: "Y su gracia no ha sido en vano en mí" (Ibid. XV, 10). [Vet. XXV.] Pero hay algunos que se jactan de estar sanos por sus propias fuerzas, y se glorían de haber sido redimidos por sus méritos precedentes. La afirmación de estos ciertamente se encuentra en contradicción consigo misma, porque mientras se declaran inocentes y redimidos, vacían en sí mismos el nombre de redención. Pues todo aquel que es redimido, sin duda alguna es liberado de alguna cautividad. ¿De dónde, entonces, fue redimido cualquiera de estos, si antes no estaba cautivo bajo culpa? Por lo tanto, está claro que quien piensa así es muy insensato. En efecto, el mérito del hombre no es encontrado por la gracia divina para que venga, sino que, después de haber venido, lo hace; y Dios, viniendo a una mente indigna, la hace digna al venir; y crea en ella el mérito que ha de recompensar, quien solo había encontrado en ella lo que debía castigar.

[Ret. XXIII.] 64. Ejemplo de la predestinación gratuita en el ladrón que alcanzó la salvación.- --Es grato volver los ojos de la mente hacia aquel ladrón que ascendió de las fauces del diablo a la cruz, y de la cruz al paraíso. Contemplemos cómo llegó al patíbulo y cómo se alejó de él. Llegó culpable de la sangre de su hermano, llegó ensangrentado, pero por la gracia interna fue transformado en la cruz; y aquel que causó la muerte a su hermano, proclamó la vida del Señor moribundo, diciendo: Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino (Luc. XXIII, 42). En la cruz, los clavos habían atado sus manos y pies, y nada en él quedó libre de penas salvo el corazón y la lengua. Inspirado por Dios, ofreció todo lo que encontró libre en sí mismo, para que, según lo que está escrito: Con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación (Rom. X, 10). En el corazón de los fieles, el Apóstol testifica que

permanecen principalmente tres virtudes, diciendo: Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad (I Cor. XIII, 13). Lleno de gracia repentina, el ladrón las recibió y las conservó en la cruz. Pues tuvo fe, quien creyó que el Señor reinaría, a quien vio morir junto a él; tuvo esperanza, quien pidió la entrada a su reino, diciendo: Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino (Luc. XXIII, 42). También mantuvo vivamente la caridad en su muerte, quien reprendió a su hermano y compañero de cruz por morir por un crimen similar, y le predicó la vida que había conocido, diciendo: ¿Ni siquiera tú temes a Dios, estando en la misma condenación? Y nosotros, en verdad, justamente; pues recibimos lo que merecen nuestros hechos; pero este nada malo ha hecho (Ibid., 40). Aquel que llegó a la cruz tal por culpa, he aquí cómo se aleja de la cruz por gracia. Confesaba al Señor, a quien veía morir con él en la debilidad humana, cuando los apóstoles negaban a aquel a quien habían visto hacer milagros con poder divino.

[Vet. XXVI.] 65. Error de aquellos que afirman que el hombre se salva por sus propias fuerzas.---Pero aquellos que afirman que el hombre se salva por sus propias fuerzas, sospechan que la confesión del hombre proviene de la virtud del mismo hombre. Si así fuera, el Salmista no diría en la alabanza a Dios: La confesión y la magnificencia son obra suya (Salmo CX, 3). Por lo tanto, recibimos de Él el confesar correctamente, así como se nos da realizar grandes obras. Porque no hemos aportado ninguna buena obra por la cual mereciéramos percibir esta sabiduría, se dice correctamente: El hombre no conoce su valor, ya que quien ya usa la razón, se desprecia a sí mismo tanto más bajo el entendimiento de esta sabiduría, cuanto más verdaderamente conoce internamente la misma sabiduría, de modo que se ve indigno de haber llegado a ella, por la cual es llevado gratuitamente a hacerse digno. De la cual bien se añade a continuación.

CAPÍTULO XLI [Rec. XXIV].

VERS. 13.---Ni en la tierra de los que viven placenteramente.

66. Cualquiera que se alimenta de los placeres de esta vida, se separa del entendimiento de la sabiduría eterna. ¿Qué se significa en este lugar con el nombre de tierra, sino el alma humana? De la cual el Salmista dice: Mi alma es como tierra sin agua para ti (Salmo 142, 6). Esta sabiduría no puede encontrarse en la tierra de los que viven suavemente, porque cualquiera que aún se alimenta de los placeres de esta vida, se separa del entendimiento de la sabiduría eterna. Pues si verdaderamente supiera, expulsado de los gozos internos, lloraría por la ceguera de su exilio en la que ha caído. Por eso se dice a través de Salomón: Quien añade ciencia, añade dolor (Eclesiastés 1, 18), porque cuanto más comienza el hombre a saber lo que ha perdido, tanto más empieza a llorar la sentencia de su corrupción que encuentra. Considera de dónde a dónde ha caído; que de los gozos del paraíso ha venido a las penalidades de la vida presente, de la compañía de los ángeles ha venido a las preocupaciones de las necesidades; piensa en cuántos peligros ya yace, quien antes sin peligro despreciaba estar; llora el exilio que sufre condenado, y suspira por el estado de la gloria celestial, que podría disfrutar seguro si no hubiera querido pecar. Lo cual bien considerando el Salmista, dice: Yo dije en mi pavor: He sido arrojado de la presencia de tus ojos (Salmo 30, 23). Contemplando los gozos internos de la visión de Dios, y la frecuente compañía de los ángeles persistentes, volvió los ojos a lo bajo, vio dónde yacía, quien había sido creado para poder estar en los celestiales; pensó dónde estaba, y al faltar allí gimió; dolióse de haber sido arrojado de la presencia de los ojos de Dios, porque en comparación con la luz íntima sintió más graves las tinieblas de su exilio que toleraba. Por eso es que no admite aliento de gracia alguna de la vida presente a su alma, diciendo: Negué consolar mi alma (Salmo 76, 3). Pues a

menudo los ricos de este siglo, afectados por el tedio de la mente, suelen contemplar los bienes temporalmente recibidos, y aliviar la tristeza. Pues cuando sienten que un cierto pesar los toca, miran sus caballos, contemplan sus vasijas de oro y plata, recorren sus propiedades. Y cuando a través de estas cosas temporales atraen sus ojos con gusto, vencen la tristeza que ha surgido en su alma. Por eso también en el Evangelio la Verdad les dice: Ay de vosotros, ricos, que aquí tenéis vuestro consuelo (Lucas 6, 24). Pero el hombre santo que llora esto, porque ha caído de los gozos eternos, no admite consuelo de las cosas temporales, diciendo: Negué consolar mi alma. Como si dijera abiertamente: Quien no llora por la pérdida de las cosas temporales, de ninguna manera puede consolarse con la abundancia de las cosas temporales. A quien, como si nosotros oyendo estas cosas dijéramos: ¿Qué buscas entonces, tú que rehúas consolarte con las cosas del mundo? inmediatamente añade: Me acordé de Dios, y me deleité (Salmo 76, 4). Como si dijera abiertamente: La abundancia de las cosas terrenales no me reconforta, pero la sola memoria de mi Creador, a quien aún no puedo ver, me deleita. Esta es, por tanto, la amargura de la sabiduría, porque mientras están elevados en la esperanza a lo alto, no se postran aquí con ningún gozo. Por eso está escrito: El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios donde hay alegría (Eclesiastés 7, 5). Por eso Santiago dice: Sed miserables, y llorad, y lamentaos, y vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza (Santiago 4, 9). Por eso la Verdad atestigua por sí misma, diciendo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo 5, 5). Por tanto, la sabiduría no puede encontrarse en la tierra de los que viven suavemente, porque tanto más verdaderamente son necios, cuanto más grandes cosas pierden, y se alegran en las menores. Por eso Pedro reprende la misma necedad de los perversos, diciendo: Teniendo por delicia el placer de un día, manchas y suciedades (2 Pedro 2, 13). Por eso Salomón dice: A la risa la consideraré un error, y al gozo dije: ¿Por qué te engañas en vano? (Eclesiastés 2, 2). Diga, pues, el hombre santo de la sabiduría: Ni se encuentra en la tierra de los que viven suavemente, porque ciertamente los que viven suavemente en este mundo son aún tan necios, que ni siquiera saben de dónde han caído. Sigue:

CAPÍTULO XLII [Rec. XXV].

VERS. 14.---El abismo dice, No está en mí.

67. Están alejados de la sabiduría de Dios aquellos que piensan según la carne y el mundo. ¿Qué otra cosa llama abismo en este lugar sino los corazones de los hombres? que son fluidos por la caída y oscuros por la duplicidad. Este abismo ciertamente no profesa tener esta sabiduría en sí mismo, porque la mente inicua, mientras desea ser sabia carnalmente, se muestra necia en lo espiritual. Pues, como testifica Pablo, la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (1 Cor. III, 19), tanto más necio se vuelve uno interiormente cuanto más intenta parecer sabio exteriormente. De este abismo se dice por Juan: Vi a un ángel descendiendo del cielo, que tenía la llave del abismo y una gran cadena en su mano; y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años, y lo arrojó al abismo, y lo cerró, y selló sobre él, para que no seduzca más a las naciones, hasta que se consuman mil años (Apoc. XX, 1). Con el número mil no designó la cantidad de tiempo, sino la universalidad en la que reina la Iglesia. Sin embargo, la antigua serpiente es atada con una cadena y arrojada al abismo, porque, atada en los corazones de los buenos, encerrada en las mentes de los réprobos, les domina más atrozmente. Que poco después también se describe que es sacada del pozo del abismo, porque de los corazones de los inicuos que ahora actúan ocultamente, entonces, con el poder recibido contra la Iglesia, estallará abiertamente en violencia de persecución. Este abismo, en el que ahora el diablo se mantiene oculto, dice no tener sabiduría en sí mismo, porque se muestra ajeno a la verdadera

sabiduría con obras iniquas. Pues cuando alguien oculta la malicia en su corazón, pero con la boca ofrece halagos, cuando nubla sus pensamientos con duplicidad, cuando evita las palabras de pureza como si fueran necedad, cuando declina los caminos de la simple inocencia, es como si el abismo se negara a tener la sabiduría de Dios. Y porque las mentes dedicadas a este mundo se perturban con las preocupaciones y ansiedades de la vida presente, y por eso no pueden disfrutar de la tranquilidad de esa sabiduría, se añade correctamente:

CAPÍTULO XLIII.

IBID.---Y el mar dice: No está conmigo.

68. No disfrutan de ella quienes están distraídos por preocupaciones terrenales. ¿Qué se significa con el nombre del mar sino la amarga inquietud de las mentes mundanas? Estas, al atacarse mutuamente con enemistades, se golpean como olas enfrentadas. Con razón se llama mar a la vida de los mundanos, porque al ser agitada por las tormentosas acciones, se separa de la quietud y estabilidad de la sabiduría interna. Por el contrario, bien dice el profeta: "¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras?" (Isaías 66, 2). El espíritu huye tanto más lejos de las mentes terrenales cuanto menos encuentra en ellas descanso. Por eso el salmista dice de algunos: "Destrucción e infelicidad hay en sus caminos, y no conocieron el camino de la paz" (Salmo 13, 3). De esta destrucción de la perturbación nos llama el Señor, diciendo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar; tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mateo 11, 28). ¿Qué hay en esta vida más laborioso que arder en deseos terrenales? ¿O qué hay más tranquilo aquí que no desear nada de este mundo? Por eso el pueblo israelita recibió el mandamiento del sábado como un don (Éxodo 16, 29); y por el contrario, Egipto fue golpeado por la multitud de moscas (Éxodo 8, 21). El pueblo que sigue a Dios recibe el sábado, es decir, el descanso de la mente, para que no se fatigue con el apetito de deseos carnales en esta vida. Egipto, que representa la apariencia de este mundo, es golpeado por las moscas. La mosca es un animal muy insolente e inquieto. ¿Qué otra cosa se designa con ella sino las insolentes preocupaciones de los deseos carnales? Por eso se dice en otro lugar: "Las moscas muertas pierden la dulzura del ungüento" (Eclesiastés 10, 1), porque los pensamientos superfluos, que continuamente nacen y mueren en el alma que piensa carnalmente, pierden esa dulzura con la que cada uno está ungido interiormente por el espíritu, ya que no permiten disfrutar de su integridad. Egipto, por tanto, es golpeado por las moscas, porque los corazones de quienes aman la vida terrenal, al ser heridos por las inquietudes de sus deseos, son abatidos por las multitudes de pensamientos carnales, de modo que no se elevan al deseo de la quietud interior. Por eso, cuando la verdad llega al corazón con admirable obra de piedad, primero expulsa de él el ardor de los pensamientos carnales, y luego dispone en él los dones de las virtudes. Esto nos lo insinúa bien la sagrada historia del Evangelio, en la que, cuando el Señor fue invitado a resucitar a la hija del príncipe, se añade de inmediato: "Y cuando la multitud fue echada fuera, entró, tomó su mano, y la niña se levantó" (Mateo 9, 25). Por tanto, la multitud es echada fuera para que la niña sea resucitada, porque si no se expulsa primero de los secretos del corazón la importuna multitud de preocupaciones mundanas, el alma que yace muerta en su interior no resucita. Pues al dispersarse en innumerables pensamientos de deseos terrenales, de ninguna manera se recoge para considerarse a sí misma. Reconociendo que la sabiduría no puede habitar en estos mares de inquietudes, dice: "Y el mar dice: No está conmigo". Nadie la recibe plenamente, sino quien se esfuerza por apartarse de toda fluctuación de acciones carnales. Por eso también se dice en otro lugar: "Escribe la sabiduría en tiempo de ocio, y quien se reduce en la acción, él

la percibirá" (Eclesiástico 38, 25). Y de nuevo: "Estad quietos y ved que yo soy Dios" (Salmo 46, 10).

[Vet. XXIX.] 69. A menos que no se les sirva con un afán terrenal.---Pero, ¿qué es lo que hace que conozcamos a muchos de los antiguos padres que mantuvieron esta sabiduría vivamente en su interior y, al mismo tiempo, administraron solemnemente las preocupaciones del mundo exterior (Gén. XLII, 43, etc.)? ¿Acaso decimos que José carecía de esta sabiduría, él que, asumiendo las responsabilidades de todo Egipto durante el tiempo de hambre, no solo proporcionó alimentos a los egipcios, sino que también salvó la vida de los extranjeros que llegaban gracias a su habilidad en el servicio? ¿O estuvo Daniel ajeno a esta sabiduría, él que fue hecho príncipe de los magistrados en Babilonia por el rey de los caldeos, y estuvo ocupado en mayores preocupaciones cuanto más elevado era su dignidad sobre todos (Dan. II, 48)? Por lo tanto, dado que a menudo se constata que incluso los buenos se implican en preocupaciones terrenales sin un afán terrenal, reconocemos claramente que a veces los ciudadanos de Jerusalén pagan tributos a Babilonia, así como frecuentemente los ciudadanos de Babilonia prestan tributos a Jerusalén. Pues hay algunos que predicán la palabra de vida solo para ostentar sabiduría, y proporcionan ayuda en forma de limosnas por el deseo de una vana gloria. Y ciertamente parecen ser de Jerusalén por lo que hacen, pero sin embargo son ciudadanos de Babilonia.

70. Debemos desear dedicarnos únicamente a Dios y servir en las preocupaciones externas según la voluntad de Dios. Así, a veces sucede que aquellos que solo aman la patria celestial parecen estar sujetos a las preocupaciones de la patria terrenal. Sin embargo, su ministerio se distingue de las obras de los malvados, a menudo en la acción y, a veces, ante el juicio divino, solo en el pensamiento. Llenos de sabiduría celestial, discernen cómo deben dedicarse internamente a una cosa y ocuparse externamente de otra, de modo que si por la oculta disposición de Dios se les impone algo de las preocupaciones de este mundo sin que ellos lo deseen, ceden a Dios, a quien aman, y por amor a Él desean internamente solo su visión; y por temor a Él, cumplen humildemente la acción impuesta externamente, de modo que desean dedicarse a Dios por la gracia del amor, y a su vez cumplen las preocupaciones impuestas por la condición de servidumbre. Y cuando las ocupaciones externas resuenan, internamente se mantiene una paz muy tranquila en el amor; y el tumulto de las ocupaciones que resuena externamente es administrado por la razón, que actúa como juez interior, y con moderación tranquila dispone lo que es menos tranquilo a su alrededor. Pues así como el vigor de la mente prevalece sobre los movimientos de la carne, así el amor a la quietud a menudo gobierna bien los tumultos de la ocupación impuestos, porque las preocupaciones externas, si no se desean con amor perverso, pueden ser servidas con un ánimo no confuso, sino ordenado. Los hombres santos no las desean en absoluto, sino que lamentan que les sean impuestas por un orden oculto; y aunque las evitan con mejor intención, sin embargo, las soportan con una mente sumisa. Se apresuran a evitarlas si es posible; pero temiendo las ocultas disposiciones de Dios, sostienen lo que evitan y ejercen lo que huyen. Entran en su corazón y allí consultan qué quiere la oculta voluntad de Dios; y reconociendo que deben estar sujetos a las más altas ordenaciones, humillan el cuello del corazón al yugo de la disposición divina. Cualquiera que sea así, por muchos tumultos que se agiten externamente, nunca llegan a su interior. Así se actúa de modo que una cosa se mantiene internamente por deseo, y otra externamente por deber; y con esta sabiduría, los corazones ya no se llenan de confusión y turbulencia, sino de tranquilidad. Por lo tanto, se dice bien de ella: El abismo dice: No está en mí, y el mar dice: No está conmigo. Como si se dijera abiertamente: Las mentes perturbadas de los mundanos claman por el mismo hecho de que están lejos de la verdadera sabiduría, porque no están en paz. Y como esta sabiduría de Dios, que permanece

con el Padre antes de los siglos, debía encarnarse al final de los tiempos, para redimir al género humano, no enviando ángeles santos ni hombres justos, sino viniendo por sí misma en la manifestación de la visión, se añade correctamente:

CAPÍTULO XLIV [Rec. XXVI].

VERS. 15.---No se dará oro fino por ella.

71. Los ángeles están libres de toda mancha, no los hombres. ¿Qué se designa con el oro puro sino a los santos ángeles? Con razón se les llama oro y oro puro: oro, porque resplandecen con la claridad de la justicia; oro puro, porque nunca han tenido contagio de culpa. Los hombres justos, mientras viven mortalmente en esta carne corruptible, pueden ser oro, pero de ninguna manera pueden ser oro puro, porque el cuerpo que se corrompe pesa sobre el alma y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Pues aunque en esta vida resplandezcan con gran claridad de justicia, de ninguna manera están completamente libres de las manchas de los pecados; como atestigua el apóstol Juan, quien dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan I, 8); y lo afirma Santiago, quien sostiene, diciendo: Porque todos ofendemos en muchas cosas (Sant. III, 2). También el profeta suplica, diciendo: No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. CXLII, 2). Se les llama oro puro a aquellos que, permaneciendo en la inocencia en la que fueron creados, resplandecen con la claridad de la justicia y no están manchados por ninguna o las más mínimas impurezas de culpa.

[Vet. XXX.] 72. Sin embargo, ningún ángel fue enviado para redimir al hombre, ni es suficiente.---Pero porque para esta sabiduría no fue enviado ningún ángel como redentor del género humano, para que nadie pusiera su esperanza en estos ángeles, que hemos aprendido que a menudo han aparecido en ayuda de los hombres, se ha dicho: No se dará oro puro por ella. Como si se dijera abiertamente: La sabiduría se manifestará por sí misma, para que el género humano sea redimido de la culpa. Ningún ángel es enviado en su lugar, porque es necesario que la criatura sea liberada por el creador. Por eso, en el Evangelio el Señor dice: Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan VIII, 36). Pero el hombre santo, lleno del espíritu de esa misma sabiduría, previó que algunos en Judea no dejarían de poner su esperanza en el legislador, y considerarían a Moisés como el autor de su salvación, como también dicen maldiciendo a uno que fue sanado: Tú eres su discípulo, nosotros somos discípulos de Moisés (Juan IX, 28). Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XLV.

IBID.---Ni se añadirá plata en su intercambio.

73. La insensatez de aquellos que consideran a Moisés o a alguno de los santos como autor de su salvación.---Puesto que las palabras divinas a menudo se representan con la plata, también se puede entender que el término plata se refiere a los escritores de esas mismas palabras, cuya vida brilló entre las multitudes de hombres con la luz de las virtudes. Pero dado que la ley podía señalar los pecados, no eliminarlos, ninguno de los antiguos padres, ni el legislador Moisés, fue redentor del género humano. Por lo tanto, la plata no se pesa en el intercambio de esta sabiduría, porque aunque los santos pudieron haber existido, en comparación con el Hijo unigénito de Dios, se considera que no tienen mérito alguno, ya que si no reconocieran ser siervos de esta sabiduría, de ninguna manera habrían sido santos. A esto fueron enviados,

para preparar en los corazones de los hombres el camino a esta sabiduría predicando, y no para gobernar a los pueblos sujetos por ella, sino a través de ella. Porque era cierto que con el paso del tiempo los males del mundo decadente aumentarían, se dispuso que la eterna sabiduría de Dios viniera al final de los tiempos por sí misma a este gran enfermo de extrema debilidad, es decir, al género humano postrado por todo el mundo, para que, después de haber enviado primero a los predicadores, como ciertos visitantes, viniera después con mayor poder el médico, cuanto más había crecido la enfermedad del enfermo. Y dado que nadie es enviado en su lugar para salvarnos, se dice correctamente: No se pesará plata en su intercambio, porque la vida de los justos predicadores, por más que resplandezca con la luz de la santidad, no sustituye con su presencia la venida de la sabiduría suprema. Pero hubo muchos gentiles que, dedicados a las disciplinas de los sabios de este mundo, mantenían lo que es honesto entre los hombres y creían que serían salvados por mantener esa honestidad, y ya no buscaban al mediador entre Dios y los hombres, pues consideraban suficiente la doctrina de los filósofos. En su desprecio, se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XLVI [Rec. XXVII].

VERS. 16.---No se comparará con los colores teñidos de la India.

74. Cuánto más prevalece la sabiduría de Dios sobre el brillo engañoso del discurso filosófico. Pues, ¿qué se entiende por la India, que envía un pueblo oscuro, sino este mundo, en el cual la vida de los hombres se genera oscura por la culpa? Los colores teñidos de la India son los sabios de este mundo; quienes, aunque a menudo sean feos por la infidelidad y la acción, ante los ojos humanos se disfrazan con el color de la honestidad superpuesta. Pero la sabiduría eterna de Dios no se compara con los colores teñidos de la India, porque quien la entiende verdaderamente, reconoce cuán lejos está de aquellos hombres que el mundo ha venerado como sabios. Y las palabras de sus mandamientos difieren de los sabios de este mundo, quienes, mientras se enfocan en la elocuencia, sus dichos parecen bellos en apariencia y teñidos de falsedad; y al carecer de la virtud de las cosas, mienten sobre lo que son mediante la composición de palabras, como si fueran colores superpuestos. Por el contrario, la doctrina de la sabiduría es bella en la predicación y conspicua en la pura verdad; no pretende exteriormente ser algo diferente a lo que es interiormente; ni en sus dichos busca parecer bella por el brillo del discurso, sino por la integridad de la verdad. Por tanto, en sus mandamientos, la sabiduría de Dios no se compara con los colores teñidos de la India, porque al no tener adornos engañosos de elocuencia, agrada como una vestidura sin teñir. Pablo bien despreció esta falsedad de la tintura cuando decía: "Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con doctrina del Espíritu" (I Cor. II, 13). Pues prefería mostrar esta sabiduría con la sola pureza de la verdad, y no disfrazarla con la tintura del elocuente discurso. Sigue:

CAPÍTULO XLVII.

IBID.---Ni a la piedra sardónica preciosísima, ni al zafiro.

75. A Cristo no se le puede comparar ni con los hombres ni con los ángeles. ¿Quién no sabe que el sardónice o el zafiro son piedras preciosas? Y aunque hay muchas otras piedras preciosas que superan a estas en valor y tamaño, ¿por qué se ha llamado especialmente preciosos al zafiro o al sardónice, cuando ambas piedras son, en comparación con otras, de menor valor? A menos que, al reconocer que estas piedras no son preciosas, busquemos otro significado en su descripción. El sardónice tiene la apariencia de tierra roja, mientras que el

zafiro tiene un aspecto aéreo. Por lo tanto, en el sardónice pueden designarse los hombres a través de la tierra roja, y en el zafiro, los ángeles a través de la visión aérea. Pues, dado que el sardónice tiene la apariencia de tierra roja, no es inapropiado que represente al hombre, ya que Adán, quien fue creado primero, se llama tierra roja en latín. ¿Qué significa entonces que esta sabiduría no se compara con el sardónice o el zafiro, sino que aquel que es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, es tan excelso que ni los primeros hombres en la tierra ni los ángeles en el cielo se le pueden comparar? Por eso, también se dice a través del salmista: ¿Quién en las nubes se igualará al Señor, o quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios? (Salmo 88, 7).

[Vet. XXXI.] 76. Cuánto los apóstoles célibes superan a los patriarcas casados del Antiguo Testamento.---Pueden, sin embargo, ser representados por la piedra sardónica los patriarcas del Antiguo Testamento, y por el zafiro los predicadores del Nuevo Testamento. Aquellos, aunque llevaban una vida de gran justicia, servían a la propagación carnal. Por lo tanto, dado que es evidente que realizaban ciertas acciones terrenales, no sin razón son designados por la piedra sardónica, que, como hemos dicho, tiene la apariencia de tierra roja. En cambio, por el zafiro, que es de color etéreo, hemos aceptado congruentemente a los predicadores del Nuevo Testamento, quienes, posponiendo los deseos de la propagación carnal, se dedicaron únicamente a lo celestial. Por eso el profeta, al contemplar cómo los santos apóstoles superan con ardor espiritual todos los deseos de la carne, admirado dice: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes? (Isaías 60, 8). Como si dijera abiertamente: Nosotros caminamos por la tierra, quienes aún estamos implicados en matrimonios y dedicamos las obras de la carne a la propagación de la descendencia; estos, sin embargo, no caminan en la tierra, sino que vuelan como nubes, ya que al desear lo celestial, no tocan en absoluto los deseos terrenales. Dice, por tanto, que la sabiduría de Dios no se compara con la piedra sardónica ni con el zafiro, como si insinuara claramente, diciendo: Aquel que es visto como hombre entre los hombres, no se iguala a ninguno de los antiguos ni de los nuevos patriarcas, porque de la Deidad tiene lo que en la humanidad no tiene semejante alguno. Por eso aún se añade:

CAPÍTULO XLVIII.

Vers. 17.---No se le igualará el oro ni el vidrio.

77. Los bienaventurados resplandecerán en el cielo como el oro, brillarán como el vidrio. ¿Quién, en su sano juicio, se dignaría interpretar esto literalmente? Pues el vidrio, como dijimos anteriormente, es mucho más vil que el oro; y después de haber dicho que el oro no se iguala a esta sabiduría, se añade, como si se estuviera creciendo, que tampoco el vidrio puede igualarse a ella. Pero la misma letra, al carecer de un entendimiento histórico, nos envía a indagar el misterio de la alegoría. Sabemos que el metal del oro brilla con mayor claridad que todos los metales. La naturaleza del vidrio es que, visto desde fuera, brilla con pureza y transparencia desde dentro. En otro metal, lo que se contiene en su interior está oculto; en el vidrio, cualquier líquido que se contiene en su interior se muestra tal cual es en el exterior, y, por así decirlo, todo líquido encerrado en un vaso de vidrio es visible. ¿Qué otra cosa entendemos en el oro o el vidrio, sino aquella patria celestial, aquella sociedad de ciudadanos bienaventurados, cuyos corazones resplandecen entre sí con claridad y brillan con pureza? Juan la contempló en el Apocalipsis, cuando decía: Y la estructura de su muro era de jaspe; la ciudad misma era de oro puro, semejante a vidrio puro (Apoc. XXI, 18). Porque todos los santos resplandecerán en ella con la máxima claridad de bienaventuranza, se dice que está adornada con oro.

78. En sus rostros se perciben los sentimientos más íntimos del alma. Y puesto que esa misma claridad de ellos se revela mutuamente en los corazones alternos, y cuando se observa el rostro de cada uno, al mismo tiempo se penetra la conciencia, se recuerda que este mismo oro es semejante al vidrio puro. Allí, en efecto, la mente de cada uno no será ocultada por la corpulencia de los miembros a los ojos de los demás, sino que el alma se manifestará, y también la armonía del cuerpo será visible a los ojos corporales, y así cada uno será entonces visible al otro, como ahora no puede ser visible a sí mismo. [Vet. XXXII.] Ahora bien, nuestros corazones, mientras estamos en esta vida, porque no pueden ser vistos de uno a otro, no están encerrados en vasos de vidrio, sino en vasos de barro, a los cuales, ciertamente, el Profeta temía adherirse por la pasión del alma, cuando decía: Líbrame del lodo, para que no me adhiera (Sal. LXVIII, 15). Esta morada de los cuerpos, Pablo la llama casa terrenal, diciendo: Sabemos que si nuestra casa terrenal de esta morada se disuelve, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (II Cor. V, 1). En esta casa terrenal, mientras vivimos, no penetramos de ninguna manera, por así decirlo, el muro de nuestra corrupción con los ojos del alma, y recíprocamente no podemos ver lo oculto en los demás. Por eso, la santa Iglesia, deseando ver la apariencia de su esposo en la divinidad, y no pudiendo, porque la forma de esa eternidad que anhelaba contemplar estaba oculta a sus ojos por la humanidad asumida, dice lamentándose en el Cantar de los Cantares: He aquí que él está detrás de nuestro muro (Cant. II, 9). Como si dijera abiertamente: Yo deseo ver a este en la apariencia de su divinidad, pero aún estoy excluida de su visión por el muro de la carne asumida. Mientras vivamos en esta carne corruptible, no vemos nuestros pensamientos unos a otros. Por eso, nuevamente, a través del mismo Pablo se dice: ¿Quién de los hombres sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? [I Cor. II, 11]. Y nuevamente: No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará los consejos de los corazones (I Cor. IV, 5). Esa ciudad, que manifiesta mutuamente los corazones de cada uno, se dice que es semejante al oro y al vidrio puro, para designarla clara como el oro y transparente como el vidrio.

79. Cómo los santos son semejantes y no semejantes a Dios.---Pero aunque en ella todos los santos resplandezcan con tanta claridad, y brillen con tanta transparencia, no pueden igualarse a esa sabiduría de cuya imagen tienen todo lo que son. Por eso se dice bien: No se le igualará el oro ni el vidrio. Porque todos los santos llegan a esos gozos eternos para poder ser semejantes a Dios, como está escrito: Cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3, 2). Y sin embargo, está escrito: Señor Dios de los ejércitos, ¿quién es semejante a ti? (Salmo 88, 9). Y de nuevo: ¿O quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios? ¿De dónde, pues, semejantes, y de dónde no semejantes, sino porque a esta sabiduría serán semejantes en imagen y, sin embargo, no serán iguales en igualdad? Pues al contemplar la eternidad de Dios, se hace para ellos que sean eternos; y mientras perciben el don de su visión, por la percepción de la bienaventuranza imitan lo que ven. Y por tanto, son semejantes, porque se hacen bienaventurados; y sin embargo, no son semejantes al creador, porque son criaturas. Y tienen, por tanto, una cierta semejanza con Dios, porque no tienen fin; y sin embargo, no tienen la igualdad del incircunscrito, quienes tienen circunscripción. Por tanto, se dice correctamente: No se le igualará el oro ni el vidrio, porque por mucha claridad y transparencia que los santos resplandezcan, es una cosa ser hombres sabios en Dios, y otra cosa ser el hombre la sabiduría de Dios. Esa sabiduría, en efecto, la reconoció verdaderamente aquel que no se atrevió a comparar a ningún santo con el mediador entre Dios y los hombres. Por eso se añade:

CAPÍTULO XLIX [Ant. XXXIII].

IBID---Ni serán cambiados por ella vasos de oro excelsos y eminentes.

80. Todos los santos deben ser trascendidos para llegar a Cristo, Dios y hombre. Elías fue un excelso vaso de oro, Jeremías también, y los padres anteriores fueron vasos de oro excelsos y eminentes. Pero esta sabiduría de Dios, para redimirnos de nuestra vida carnal, apareció en la carne, y quien no la reconoció verdaderamente, pensó que el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, era uno de los profetas, mientras que los ojos de los elegidos lo reconocieron como Dios al ver al hombre. Por eso, Él dice a sus santos discípulos: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" (Mateo 16, 13). A lo que ellos respondieron de inmediato: "Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o uno de los profetas" (Ibid., 14). Luego se les pregunta sobre su propia opinión: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" (Ibid., 15). A lo que Pedro, respondiendo con la voz de toda la Iglesia, dice: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Ibid., 16). Así, según la voz de Pablo, conocemos a Cristo como el poder de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 18, 30). Pedro no quiso cambiar esta sabiduría por los vasos de oro excelsos y eminentes, porque entendió de ella nada más que lo que era. Como se ha dicho, Juan fue un gran vaso de oro, y también lo fueron Elías y Jeremías. Pero quien creyó que el mismo Dios era cualquiera de ellos, cambió un vaso de oro excelso y eminente por la sabiduría. La Iglesia, sin embargo, no cambia los vasos de oro excelsos y eminentes por esta sabiduría, porque cree que Cristo, el Hijo de Dios, no es uno de los profetas, sino el Señor de los profetas. Al ver que la sabiduría misma había venido a ella, no quiso fijarse en esos vasos de oro, sino que se esforzó por trascenderlos con la fe más segura. Por eso en el Cantar de los Cantares dice: "Me encontraron los guardias que rondan la ciudad. ¿Habéis visto al que ama mi alma? Apenas los hube pasado, encontré al que ama mi alma" (Cant. III, 3). ¿A quiénes entendemos por los guardias que rondan la ciudad, sino a los padres anteriores o profetas, que se esforzaron por vigilar con la voz de la santa predicación para nuestra custodia? Pero cuando la Iglesia buscaba a su Redentor, no quiso fijar su esperanza en esos antiguos predicadores, diciendo: "Aparte los hube pasado, encontré al que ama mi alma" (Ibid., III, 4). No podría haberlo encontrado si no hubiera querido trascenderlos. Los infieles se fijaron en estos guardianes, creyendo que Cristo, el Hijo de Dios, era uno de ellos. Con la voz y la fe de Pedro, la santa Iglesia trascendió a los guardias encontrados, despreciando creer que el Señor de los profetas era uno de ellos. Por lo tanto, se dice: "No se cambiarán por ella los vasos de oro excelsos y eminentes", porque los elegidos veneran la vida de los santos desde la sublimidad, y sin embargo, no caen en el error. Saben que son hombres puros, y no los comparan en absoluto con Dios hecho hombre. Por eso se añade:

CAPÍTULO L.

Vers. 18.---Ni serán recordados en comparación con él.

596 81. Todos los ciudadanos celestiales son santos y justos, pero por participación en la sabiduría divina, no por comparación. Todos los elegidos de la patria celestial son santos y justos; pero por participación en la sabiduría, no por comparación. ¿Qué son los hombres comparados con Dios? La sabiduría es luz, y los siervos de la sabiduría también suelen ser llamados luz. Pero aquella es luz que ilumina, estos son luz iluminada, como está escrito: "Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan 1, 9). A estos se les dice solamente: "Vosotros sois la luz del mundo" (Mateo 5, 14). La justicia es sabiduría, y los siervos de la sabiduría también son llamados justicia; pero aquella es justicia que justifica, estos son justicia justificada. De Dios, que es sabiduría, se dice: "Para que Él sea justo y el que justifica" (Romanos 3, 26); pero estos dicen: "Para que nosotros fuésemos

hechos justicia de Dios en Él" (2 Corintios 5, 21). Por lo tanto, de manera diferente se debe venerar la luz que ilumina y la luz iluminada; de manera diferente la justicia que justifica y la justicia justificada. La sabiduría es, y saborea; no tiene un ser distinto de su sabiduría; los siervos de la sabiduría pueden ser sabios, pero no tienen el mismo ser que el saber; pues pueden ser, y no ser sabios. La sabiduría tiene vida, pero no tiene algo distinto de lo que es, ya que para ella ser es vivir. Los siervos de la sabiduría, cuando tienen vida, son una cosa y tienen otra, ya que para ellos no es lo mismo ser que vivir; pues pueden existir en algún sentido, y no vivir. Para ellos, ser es una cosa, vivir es otra, porque en el primer padre tuvieron esencia por inicio, vida por acceso; ya que primero el hombre fue hecho de la tierra, y después, como está escrito: "Inspiró en su rostro aliento de vida, y fue hecho el hombre en alma viviente" (Génesis 2, 7). La sabiduría tiene esencia, tiene vida; pero lo que tiene, ella misma es. Por lo tanto, vive inmutablemente, porque no vive por accidente, sino esencialmente. Solo ella, con el Padre y el Espíritu Santo, es verdaderamente, cuya esencia comparada con nuestro ser, no es ser. Si nos unimos a ella, somos, vivimos, saboreamos; si nos comparamos con ella, ni saboreamos, ni vivimos en absoluto, ni somos.

82. Cuanto más los santos conocen a Dios, tanto más se consideran insignificantes. Por eso, todos los santos, al avanzar en la visión de Dios, cuanto más contemplan los misterios de la divinidad, tanto más reconocen que no son nada. En ninguna parte se lee que Abraham se declaró ceniza y polvo, sino cuando mereció tener una conversación con Dios. Dijo: "Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza" (Génesis XVIII, 27). Pues tal vez creería ser algo, si no hubiera percibido la verdadera esencia que está por encima de él. Pero cuando fue elevado para contemplar al Inmutable por encima de sí mismo, lleno de tal poder de contemplación, al verlo, se dio cuenta de que no era más que polvo. Por eso también el Profeta, lleno de la misma sabiduría, exclama: "Acuérdate, Señor, de que somos polvo" (Salmo CII, 15). Y al contemplar nuevamente la inmutabilidad de su esencia, dice: "Todo como un vestido se envejecerá, y como un manto los cambiarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán" (Salmo CI, 27, 28). Por eso se dice a Moisés: "Yo soy el que soy; y dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros" (Éxodo III, 14, 15). Pues solo verdaderamente es quien solo permanece inmutable. Porque todo lo que ahora es de una manera y luego de otra, está cerca de no ser. No puede permanecer en su estado. Y de alguna manera se va hacia el no ser, mientras se conduce de lo que siempre fue a otra cosa a través de los momentos del tiempo. Para que, por tanto, en la participación de esa esencia seamos algo, reconozcamos que nosotros mismos somos casi nada. Bien se dice: "Ni se mencionarán en comparación con él", porque los vasos de oro altos y eminentes, que por la participación de la sabiduría son venerables para nosotros, en comparación con la sabiduría ni siquiera son dignos de mención. Y como esta sabiduría se infunde secretamente en los corazones humanos, así como también se ha dicho del Espíritu Santo: "El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va" (Juan III, 8), por eso se añade:

CAPÍTULO LI.

IBID.---Porque la sabiduría es extraída de lo oculto.

83. La sabiduría de Dios revelada desde lo oculto. La Iglesia, cuando faltaban enemigos manifiestos, comenzó a ser tentada por los suyos. La sabiduría se extrae de lo oculto, porque siendo invisible, no se encuentra sino invisiblemente. También se dice correctamente que se extrae, porque así como inhalamos el aliento para que el cuerpo viva, así se conduce el espíritu de la sabiduría desde lo más íntimo, para que el alma subsista para la vida. Por eso el Salmista dice: Abrí mi boca y atraje el espíritu (Salmo 118, 131). Esta sabiduría, asumida en

carne humana con alma racional, cuando apareció desde lo más íntimo a lo manifiesto, este mundo, al no poder ver a su autor invisible, al hombre visible que contempló, también lo reconoció como Dios invisible. La gentilidad, primero soberbia en su propia aversión, se convirtió de las tinieblas de su infidelidad; con los signos y prodigios mostrados, la fe creció; y propagada la fe, en la veneración de todos, resplandeció la cumbre de la santa Iglesia. Cuando le faltaban enemigos manifiestos, comenzó a ser tentada por los suyos. Pues también surgieron en ella muchas herejías que prepararon guerras de dura contienda contra ella. Debe ser ejercitada en este tiempo a través del trabajo, la que en el siguiente tiende a la recompensa. De ahí que sucediera que en ella surgieran algunos que dijeran que el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, era un hombre puro creado, pero deificado por gracia; y le atribuían tanta santidad como reconocían en los demás santos, es decir, sus siervos. A quienes el bienaventurado Job, inspirado por el espíritu de profecía, refutó con la definición de su sentencia, diciendo:

CAPÍTULO LII [Ant. XXXV].

VERS. 19.---No se le igualará el topacio de Etiopía.

84. Se refutan a aquellos que enseñan que Cristo es un mero hombre similar a otros santos. ¿Qué entendemos por Etiopía, sino el mundo presente? que con la negrura del color designa al pueblo pecador, con la fealdad de sus méritos. A veces, sin embargo, el nombre de Etiopía suele designar específicamente a los gentiles, antes negros por sus pecados de infidelidad. Cuando vino el Señor, el profeta Habacuc los vio aterrorizados por el temor, y dijo: "Las tiendas de Etiopía tiemblan, las tiendas de la tierra de Madián" (Habacuc 3, 7). También el profeta David, al ver que el Señor vendría a redimir a Judea, pero que primero los gentiles creerían y luego seguiría Judea, como está escrito: "Hasta que entre la plenitud de los gentiles, y así todo Israel será salvo" (Romanos 11, 25); dice: "Etiopía adelantará sus manos a Dios" (Salmo 67, 32); es decir, antes de que Judea crea, la gentilidad negra por los pecados se ofrece a sí misma para ser salvada por el Dios omnipotente. El topacio es una piedra preciosa; y porque en griego *παν* significa todo, por resplandecer con todos los colores, el topacio se llama así como *topantium*. Cuando la gentilidad convertida a Dios creyó, muchos de ellos fueron enriquecidos con el don de su Espíritu, de modo que, como si brillaran con muchos colores, así resplandecen con muchas virtudes. Pero para que nadie se enorgullezca de las virtudes recibidas, el santo varón dice ahora: "No se igualará a él el topacio de Etiopía". Como si dijera abiertamente: Ninguno de los santos, por más lleno de virtudes que esté, recogido de esta negrura del mundo, puede igualarse a aquel de quien está escrito: "Lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1, 35). Porque aunque nosotros nos hacemos santos, no nacemos santos, ya que estamos constreñidos por la misma condición de la naturaleza corruptible, para que digamos con el Profeta: "He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre" (Salmo 50, 7). Sin embargo, solo él verdaderamente nació santo, quien para vencer esa misma condición de la naturaleza corruptible, no fue concebido por la mezcla de la unión carnal.

85. La locura de Nestorio contra Cristo. Enseñó que, aunque era un hombre puro, Cristo alcanzó por sus méritos ser Dios. Refutación. Modo de la Encarnación del Verbo. Cristo es algo del Padre, algo de la madre, no otro.---Quiso igualarse a esta sabiduría como un topacio de Etiopía, cuando un cierto hereje dijo: No envidio a Cristo hecho Dios, porque si quiero, yo también puedo llegar a serlo. Este pensó que Jesucristo nuestro Señor no fue Dios por el misterio de la concepción, sino por el progreso de la gracia, afirmando perversamente que nació como un hombre puro, pero que llegó a ser Dios por mérito, y por esto estimaba que él

y cualquier otro podían igualarse a Él, quienes se hacen hijos de Dios por gracia, sin entender, sin considerar, que el topacio de Etiopía no se igualará a Él. Porque es una cosa que los hombres nacidos reciban la gracia de la adopción, y otra que uno singularmente por el poder de la divinidad haya surgido como Dios desde la concepción. Ni puede igualarse la gloria del Unigénito obtenida por naturaleza con otra recibida por gracia; pues el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), no es, como este hereje delira, otro en la humanidad, otro en la Deidad. No fue concebido y nacido como un hombre puro, que luego por mérito recibió ser Dios, sino que, al anunciar el ángel y al venir el Espíritu, enseguida el Verbo en el útero, enseguida dentro del útero el Verbo se hizo carne, y permaneciendo en esencia inmutable, que le es coeterna con el Padre y con el Espíritu Santo, asumió dentro de las entrañas virginales de donde, siendo impasible, pudo sufrir, y siendo inmortal, pudo morir, y siendo eterno antes de los siglos, pudo ser temporal al final de los siglos, para que por un sacramento inefable, en una concepción santa y un parto inviolable, según la verdad de ambas naturalezas, la misma virgen fuera sierva del Señor y madre. Así le dice Isabel: ¿De dónde a mí esto, que la madre de mi Señor venga a mí? (Luc. I, 43). Y la misma Virgen, concibiendo, dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra (Ibid., I, 38). Y aunque Él es algo del Padre, algo de la Virgen, no obstante no es otro del Padre, otro de la Virgen, sino que Él mismo es eterno del Padre, Él mismo temporal de la madre; Él mismo que hizo, Él mismo que fue hecho; Él mismo hermoso en forma más que los hijos de los hombres por la divinidad, y Él mismo de quien se dijo: Lo vimos, y no había aspecto, ni hay en Él belleza ni hermosura (Isai. LIII, 2), por la humanidad. Él mismo antes de los siglos del Padre sin madre, Él mismo al final de los siglos de la madre sin padre. Él mismo templo, Él mismo constructor del templo; Él mismo autor de la obra, Él mismo obra del autor; permaneciendo uno en ambas y de ambas naturalezas, ni confundido por la unión de las naturalezas, ni duplicado por la distinción de las naturalezas. Pero como no hemos asumido tratar estas cosas, volvamos al orden de la exposición.

86. Recapitulación de lo dicho anteriormente.---Debemos notar que el santo varón, para demostrar que los ángeles están muy lejos de esta sabiduría, dice: No se dará oro fino por ella. Para mostrar que incluso los antiguos Padres, tratadistas del sagrado elocuente, son inferiores, añadió: Ni se pesará plata en cambio de ella. Para demostrar que la sabiduría de los filósofos también está muy por debajo de esta, introdujo: No se comparará con los colores teñidos de la India. Y añadió: Ni con la piedra sardónica más preciosa, ni con el zafiro. Para demostrar que en aquella ciudad celestial nadie puede llegar a la igualdad del Unigénito, agregó: No se igualará a ella el oro ni el vidrio. Para mostrar que los profetas también están por debajo de ella, añadió: Ni se cambiarán por ella vasos de oro excelsos y eminentes, ni se mencionarán en comparación con ella. Porque la sabiduría se extrae de lo oculto. Finalmente, para reprender también a los herejes en la Iglesia, que viniendo del error del paganismo, dividen por soberbia la fe que reciben, añadió: No se igualará a ella el topacio de Etiopía. Como si insinuara claramente, diciendo: Aquellos que vienen de la negrura del pecado a la conversión, no pueden ser igualados al hombre-Dios, aunque parezcan resplandecer con muchas virtudes de colores. Para refutar su soberbia, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO LIII.

IBID.---Ni se compondrán las tinturas más puras.

87. Verdaderamente humildes y santos son aquellos que no atribuyen nada a sus propios méritos. Se les llama tinturas purísimas a quienes son verdaderamente humildes y verdaderamente santos, quienes saben que por sí mismos no poseen la apariencia de las

virtudes, sino que la tienen por el don de la gracia que les ha sido concedida. No estarían teñidos si hubieran tenido la santidad de manera natural. Pero son tinturas purísimas porque custodian humildemente la gracia de las virtudes que han recibido. Por eso se dice con la voz del esposo sobre la santa Iglesia: ¿Quién es esta que sube blanqueada? (Cant. VI, 9; III, 6). Porque la santa Iglesia no posee naturalmente la vida celestial, sino que, con la llegada del Espíritu, se adorna con la belleza de los dones, no se la llama blanca, sino blanqueada. Y es de notar que anteriormente, cuando dijo: No se comparará con los colores teñidos de la India, no introdujo esos colores como puros. Pero en este lugar, para distinguir la tintura de las verdaderas virtudes de aquella falsificación de los filósofos, al decir tinturas, añadió purísimas. Con razón se llaman tinturas purísimas aquellos que antes, por sus malas obras, eran feos, pero con la llegada del espíritu, se visten con el brillo de la gracia, de modo que parecen ser algo muy diferente de lo que eran. Por eso también el bautismo, es decir, la tintura, se llama nuestro descenso al agua. Nos teñimos, y quienes antes éramos indecorosos por la deformidad de los vicios, al recibir la fe, somos hechos hermosos por la gracia y el ornamento de las virtudes. Sigue:

CAPÍTULO LIV [Rec. XXVIII].

VERS. 20, 21.---¿De dónde, pues, viene la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? Está oculta a los ojos de todos los vivientes.

88. Mientras vivimos mortalmente, no vemos a Dios en su propia naturaleza, sino a través de ciertas imágenes, a menos que primero, extinguiendo por completo el amor a la vida carnal, muramos. Es de gran importancia considerar de dónde se requiere que venga la sabiduría de un hombre santo. Pues viene de aquel de quien se originó. Pero dado que nace del Padre invisible y coeterno, su camino es oculto. Por eso se dice a través del profeta: ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII, 8). El lugar de su inteligencia es la mente humana, que esta sabiduría de Dios, al llenarla, la hace santa. Por lo tanto, ya que es invisible de donde proviene, y es incierto para nosotros en qué mente entendida reposa, se dice correctamente ahora: ¿De dónde, pues, viene la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? [Job XXXVII]. Pero es muy sorprendente lo que se añade inmediatamente: Está oculta a los ojos de todos los vivientes. La sabiduría que es Dios, si estuviera oculta a los ojos de todos los vivientes, sin duda alguna nadie de los santos la habría visto. Pero aquí escucho a Juan concordar con esta sentencia, quien dice: A Dios nadie lo ha visto jamás (1 Juan IV, 12). Y nuevamente, cuando miro a los padres del Antiguo Testamento, reconozco que muchos de ellos, según la historia misma de la sagrada lectura, vieron a Dios. Jacob vio al Señor, quien dijo: Vi al Señor cara a cara, y mi alma fue salvada (Génesis XXXII, 30). Moisés vio a Dios, de quien está escrito: El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como suele hablar un hombre con su amigo (Éxodo XXXIII, 11). Job vio al Señor, quien dice: De oídas te había oído, pero ahora mis ojos te ven (Job XLII, 5). Isaías vio al Señor, quien dijo: En el año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado (Isaías VI, 1). Miqueas vio al Señor, quien dijo: Vi al Señor sentado en su trono, y todo el ejército del cielo estaba a su derecha y a su izquierda (1 Reyes XXII, 19). ¿Qué significa entonces que tantos padres del Antiguo Testamento testificaron haber visto a Dios, y sin embargo se dice de esta sabiduría que es Dios: Está oculta a los ojos de todos los vivientes; y Juan dice: A Dios nadie lo ha visto jamás (1 Juan IV, 12), a menos que esto se entienda claramente, que mientras aquí se vive mortalmente, Dios puede ser visto a través de ciertas imágenes, pero no puede ser visto por la misma especie de su naturaleza, de modo que el alma, inspirada por la gracia del espíritu, vea a Dios a través de ciertas figuras, pero no alcance la fuerza misma de su esencia? De aquí es que Jacob, quien testifica haber visto a Dios, no lo vio sino en un ángel (Éxodo

XXXIII, 11). De aquí es que Moisés, quien hablaba con Dios cara a cara, como suele hablar un hombre con su amigo, le dice en medio de sus palabras: Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame tu ser claramente, para que te vea (Éxodo XXXIII, 13). Pues ciertamente, si no era Dios con quien hablaba, diría muéstrame a Dios, y no muéstrame a ti mismo. Pero si era Dios con quien hablaba cara a cara, ¿por qué pedía ver a quien veía? Pero de esta petición suya se deduce que anhelaba verlo por la claridad de su naturaleza incircunscripta, a quien ya había comenzado a ver a través de ciertas imágenes, para que así la esencia suprema estuviera presente a los ojos de su mente, de modo que ninguna imagen creada temporalmente interviniera en la visión de la eternidad. Y así, los padres del Antiguo Testamento vieron al Señor, y sin embargo, según la voz de Juan: A Dios nadie lo ha visto jamás (Juan IV, 12); y según la sentencia del bienaventurado Job, la sabiduría que es Dios está oculta a los ojos de todos los vivientes, porque en esta carne mortal, pudo ser vista a través de ciertas imágenes circunscriptas, y no pudo ser vista por la luz incircunscripta de la eternidad.

[Vet. XXXVIII.] 89. Sin embargo, si por algunos puede en esta carne corruptible aún viviente, pero creciendo con una virtud inestimable, ser vista la eterna claridad de Dios con cierta agudeza de contemplación; esto tampoco está en desacuerdo con la sentencia del bienaventurado Job, quien dice: Está oculta a los ojos de todos los vivientes; porque cualquiera que ve la sabiduría, que es Dios, muere completamente a esta vida, para que ya no sea retenido por su amor. En efecto, nadie la ha visto, quien aún vive carnalmente, porque nadie puede abrazar a Dios y al mundo al mismo tiempo. Pues quien ve a Dios, por ese mismo hecho muere, al separarse con toda su mente de las delicias de esta vida, ya sea por la intención del corazón o por el efecto de la obra. Por eso también se dice a Moisés: No me verá hombre, y vivirá (Éxodo XXXIII, 21). Como si se dijera abiertamente: Ninguno ve espiritualmente a Dios, y vive carnalmente en el mundo. Por eso también el apóstol Pablo, quien aún conocía en parte las cosas invisibles de Dios, como él mismo testifica (I Cor. XIII, 12), ya se declaraba completamente muerto para este mundo, diciendo: Para mí el mundo está crucificado, y yo para el mundo (Gálatas VI, 14). Pues como ya dijimos mucho antes, no basta con que dijera, Estoy crucificado para el mundo, si no añadiera también, Para mí el mundo está crucificado, para testificar no solo que él estaba muerto para el mundo, sino también que el mundo estaba muerto para él, de modo que ni él deseara al mundo, ni el mundo lo deseara a él. Porque si acaso dos están en un mismo lugar, de los cuales uno está vivo y el otro está muerto, aunque el muerto no ve al vivo, el vivo sí ve al muerto. Pero el predicador de Dios, para mostrar que por el rechazo con el que se había humillado, ya se había hecho tal que ni él deseaba al mundo, ni el mundo lo deseaba a él, no solo dice que está crucificado para el mundo, para que él, como muerto, no viera la gloria del mundo que pudiera desear, sino que también afirma que el mundo está crucificado para él, en el cual se había humillado tanto, que el mundo, como muerto para él, ya no podía ver a Pablo humilde y despreciado.

90. Se refutan a quienes afirman que Dios es visto por los bienaventurados solo en su claridad, no en su naturaleza.---Es necesario saber que hubo algunos que decían que Dios, incluso en aquella región de la bienaventuranza, es contemplado en su claridad, pero no visto en su naturaleza. A estos, ciertamente, les engañó una menor sutileza de investigación. Pues para aquella esencia simple e inmutable, no es una cosa la claridad y otra la naturaleza, sino que su misma naturaleza es su claridad, y su claridad es su naturaleza. Porque esta sabiduría de Dios promete manifestarse a sus amantes, diciendo: El que me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV, 21). Como si dijera claramente: Los que me ven en vuestra naturaleza, les queda ver en mi naturaleza. De aquí dice nuevamente: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). De aquí

Pablo dice: Ahora vemos por espejo, en enigma, pero entonces cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido (I Cor. XIII, 12).

[Vet. XXXIX.] 91. Se refutan también aquellos que sueñan que los ángeles carecen de la visión divina.---Pero dado que se dice de Dios por el primer predicador de la Iglesia: En quien desean los ángeles mirar (I Pe. I, 12), hay algunos que sospechan que ni Dios ni los ángeles pueden ser vistos, y sin embargo sabemos que se ha dicho por la sentencia de la Verdad: Sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos (Mat. XVIII, 10). ¿Acaso la verdad dice una cosa y el predicador de la verdad otra? Pero si se comparan ambas sentencias, se reconoce que no están en desacuerdo. Pues los ángeles ven a Dios y desean verlo; y tienen sed de contemplarlo y lo contemplan. Porque si desean verlo de tal manera que no disfrutan del efecto de su deseo, el deseo sin fruto lleva a la ansiedad, y la ansiedad al castigo. Pero los bienaventurados ángeles están lejos de toda pena de ansiedad, porque nunca coinciden el castigo y la bienaventuranza. Nuevamente, cuando decimos que los ángeles se sacian con la visión de Dios, porque también el salmista dice: Me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Sal. XVI, 15), debemos considerar que la saciedad suele ser seguida por el hastío. Para que ambas cosas se concilien correctamente, diga la verdad: Porque siempre ven; diga el predicador egregio: Porque siempre desean ver. Para que no haya ansiedad en el deseo, los deseantes se sacian; y para que no haya hastío en la saciedad, los saciados desean. Y desean, por tanto, sin esfuerzo, porque la saciedad acompaña al deseo; y se sacian sin hastío, porque la misma saciedad siempre se enciende por el deseo. Así también seremos nosotros cuando lleguemos a la misma fuente de vida. Tendremos impresa de manera deleitosa la sed junto con la saciedad. Pero está lejos de esta sed la necesidad, lejos de la saciedad el hastío, porque sedientos seremos saciados, y saciados tendremos sed. Veremos, por tanto, a Dios, y Él mismo será la recompensa de nuestro trabajo, para que después de las tinieblas de esta mortalidad, nos regocijemos con la luz de su presencia.

92. En qué sentido Dios habita en una luz inaccesible.---Pero cuando decimos que su luz es accesible, se opone a nuestra mente lo que dice Pablo: "El que habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver" (I Tim. VI, 16). Y nuevamente escucho lo que dice el salmista: "Acercaos a él y seréis iluminados" (Sal. XXXIII, 6). ¿Cómo, entonces, al acercarnos somos iluminados, si no vemos la misma luz por la cual podemos ser iluminados? Si al acercarnos a él vemos la luz por la cual somos iluminados, ¿cómo se dice que es inaccesible? En esto, debemos considerar que dijo inaccesible a todo hombre con sabiduría humana. La Sagrada Escritura suele señalar a todos los seguidores carnales con el nombre de humanidad. Por eso, el mismo apóstol dice a algunos discordantes: "Porque habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales y andáis según el hombre?" (I Cor. III, 3, 4). A quienes poco después añade: "¿No sois hombres?" Y de donde en otro lugar trae el testimonio: "Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido en corazón de hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor. II, 2). Y cuando dijo que esto estaba oculto a los hombres, inmediatamente añadió: "Pero Dios nos lo reveló por su Espíritu" (Ibidem); distinguiéndose a sí mismo de la vocación del hombre, quien arrebatado por encima del hombre ya saboreaba lo divino. Así también en este lugar, cuando afirmaba que la luz de Dios es inaccesible, para mostrar a quiénes, añadió: "A quien ningún hombre ha visto ni puede ver." Llamando, como es su costumbre, hombres a todos los sabios humanos, porque quienes saborean lo divino, evidentemente están por encima de los hombres. Veremos, por tanto, a Dios, si por una conversación celestial merecemos estar por encima de los hombres. Sin embargo, no lo veremos como él se ve a sí mismo. Pues el Creador se ve a sí mismo de manera muy diferente a como la criatura ve al Creador. En cuanto a la inmensidad de Dios, se

nos fija un cierto modo de contemplación, porque estamos circunscritos por el mismo peso con el que somos criaturas.

[Vet. XL.] 93. No vemos a Dios como Él se ve a sí mismo. — Pero ciertamente no vemos a Dios como Él se ve a sí mismo, así como no descansamos en Dios de la misma manera que Él descansa en sí mismo. Pues nuestra visión o descanso será de alguna manera similar a su visión o descanso, pero no será igual. Para que no permanezcamos en nosotros mismos, por así decirlo, el ala de la contemplación nos eleva, y nos dirigimos hacia Él para contemplarlo, arrebatados por la intención del corazón y la dulzura de la contemplación, de alguna manera vamos de nosotros mismos hacia Él, y ya este mismo ir nuestro es menos que descansar, y sin embargo, ir así es descansar perfectamente. Y por lo tanto, es un descanso perfecto, porque Dios es contemplado; y sin embargo, no se iguala al descanso de Aquel que no pasa de sí mismo a otro para descansar. Es, por lo tanto, un descanso, por así decirlo, similar y disímil, porque lo que es descanso para Él, eso imita el nuestro. Pues para ser bienaventurados y eternos por siempre, imitamos lo eterno. Y la eternidad es grande para nosotros, la imitación de la eternidad. No estamos privados de Aquel a quien podemos imitar, porque al ver participamos, y al participar imitamos. Esta visión, sin duda, ahora comienza con la fe, pero entonces se perfecciona en la realidad, cuando bebamos en la fuente misma la sabiduría coeterna con Dios, que ahora recibimos a través de las bocas de los predicadores como a través de ríos que fluyen.

LIBRO DECIMONOVENO. Desde la parte final del versículo 21 del capítulo XXVIII hasta el versículo 21 del siguiente capítulo, se desarrolla la exposición, abriéndose varios sentidos no menos doctos que piadosos, principalmente sobre Cristo y la Iglesia.

[Vet. et Rec. I] 1. ¿Qué maravilla hay si la eterna sabiduría de Dios no puede ser contemplada, cuando incluso las cosas invisibles que por ella fueron creadas no pueden ser comprendidas por los ojos humanos? En las cosas creadas, por tanto, aprendemos a venerar al creador de todo con cuánta humildad, para que en esta vida la mente humana no se atreva a usurpar nada de la apariencia del Dios omnipotente, lo cual reserva solo como recompensa para sus elegidos en la remuneración futura. Por eso, bien se dice después de que: Está oculta a los ojos de todos los vivientes, inmediatamente se añade:

CAPÍTULO PRIMERO.

CAP. XXVIII, VERS. 21.---También está oculta a las aves del cielo.

2. Las aves del cielo a veces se interpretan en un sentido negativo, otras veces en un sentido positivo. En la Sagrada Escritura, las aves a veces se entienden en un sentido malo, otras veces en un sentido bueno. Por las aves, a menudo se designan las potestades aéreas, adversas a los esfuerzos de los buenos. Por eso, en boca de la Verdad se dice: "Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves y la comieron" (Mateo XIII, 4; Lucas VIII, 5); porque, sin duda, los espíritus malignos, al obsesionar las mentes humanas, mientras introducen pensamientos nocivos, arrancan de la memoria la palabra de vida. De aquí que nuevamente se dice a cierto rico con soberbia sabiduría: "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza" (Mateo VIII, 20; Lucas IX, 58). Las zorras son animales muy engañosos, que se esconden en fosas o cuevas; y cuando aparecen, nunca corren por caminos rectos, sino por tortuosos desvíos. Las aves, como sabemos, se elevan en el aire con alto vuelo. Por el nombre de las zorras se designan los engañosos y fraudulentos, y por el nombre de las aves, estos

mismos demonios soberbios. Como si dijera: Los demonios engañosos y altivos encuentran su morada en vuestro corazón, es decir, en el pensamiento de soberbia; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza, es decir, mi humildad no encuentra descanso en vuestra mente soberbia. Como si con cierto vuelo de ave se hubiera elevado aquel primero, que por un pensamiento altivo dijo: "Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, me sentaré en el monte del testimonio, en los lados del norte, subiré sobre las alturas de las nubes, y seré semejante al Altísimo" (Isaías XIV, 13). He aquí cuán alto buscó con soberbia volar. A este mismo vuelo persuadió también a los primeros hombres. Ellos, en efecto, intentaron volar como si quisieran ir más allá de sí mismos, cuando se les dijo que comieran y serían como dioses (Génesis III, 5, 19). Y al apetecer la semejanza divina, perdieron los dones de la inmortalidad (Ibid., 19). No habrían ido a la tierra muriendo, si hubieran querido permanecer humildemente sobre la tierra.

3. Por el contrario, las aves suelen ser puestas en un contexto positivo, como cuando en el Evangelio el Señor, al anunciar la semejanza del reino celestial con el grano de mostaza, dijo: "¿A qué es semejante el reino de Dios, y a qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su huerto, y creció y se hizo un árbol grande, y las aves del cielo reposaron en sus ramas" (Mateo XIII, 31). Él mismo es el grano de mostaza que, plantado en la sepultura del huerto, se levantó como un gran árbol. Fue grano cuando murió, árbol cuando resucitó. Grano por la humildad de la carne, árbol por el poder de la majestad. Grano, porque "lo vimos, y no tenía aspecto" (Isaías LIII, 2); árbol, porque "hermoso en su forma más que los hijos de los hombres" (Salmo XLIV, 3). [Vet. II.] Las ramas de este árbol son los santos predicadores. Y veamos cuán lejos se extienden. ¿Qué se dice de ellos? "Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Salmo XVIII, 5). En estas ramas reposan las aves, porque las almas santas, que con ciertas alas de virtudes se elevan del pensamiento terrenal, encuentran descanso en sus palabras y consuelos del cansancio de esta vida. Por tanto, en este lugar, después de que se ha dicho de la sabiduría: "Está oculta a los ojos de todos los vivientes", se añade correctamente: "También está oculta a las aves del cielo", porque en esta carne corruptible, incluso aquellos que ya vuelan por el mérito de la santa contemplación no penetran viendo el poder de su naturaleza. Donde se añade adecuadamente:

CAPÍTULO II [Rec. II].

VERS. 22.---La perdición y la muerte dijeron: Con nuestros oídos hemos oído su fama.

4. Los ángeles soberbios no ven la sabiduría divina, porque no la disfrutan. ¿Quiénes son designados con el nombre de perdición y muerte sino los espíritus malignos? Ellos se convirtieron en inventores de la muerte y la perdición, como se dice de su propio príncipe bajo la apariencia de su ministro a través de Juan: Y su nombre era Muerte (Apoc. VI, 8). Todos los espíritus de soberbia sujetos a él dicen de esta sabiduría que es Dios: Con nuestros oídos hemos oído su fama; porque ciertamente no pudieron tener la visión de ella con plena bienaventuranza. Ver perfectamente la sabiduría coeterna con Dios es lo mismo que poseerla. Por eso, a Juan se le dice sobre el don del vencedor: Le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, que nadie conoce sino el que lo recibe (Apoc. II, 17). En esta vida podemos saber o ver algo, incluso lo que no hemos recibido; pero tener el nombre nuevo escrito en la piedrecita es, en la recompensa eterna, poseer un conocimiento de Dios inusitado para los sentidos humanos, que no puede conocer sino quien lo recibe. Por lo tanto, como hemos dicho, ver a Dios es lo mismo que poseerlo, por eso los espíritus inicuos no ven esta sabiduría, porque rechazados por la soberbia no pudieron poseerla. Cerraron los ojos del

corazón a su luz, resistiendo a sus rayos que se derramaban, como también se puede entender de esos mismos espíritus malignos lo que está escrito: Ellos fueron rebeldes a la luz (Job XXIV, 13). Así, haber oído la fama de la sabiduría por los espíritus malignos, pero no haber visto esa misma sabiduría, es haber conocido su poder por su virtud, y sin embargo no haber querido permanecer humildemente bajo ella. Por eso, con la voz de la Verdad se dice del mismo jefe de los espíritus malignos: Él era homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad (Juan VIII, 44). Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 23.---Dios entiende su camino, y Él conoce su lugar.

5. Los hombres no sabían cuándo la Sabiduría vendría a ellos en la carne; ni cómo, apareciendo externamente, permanecería invisible junto al Padre. Esta sabiduría coeterna con Dios tiene de una manera su camino, y de otra su lugar. Si alguien entiende el lugar, no lo entienda como local. Pues Dios no puede ser contenido corporalmente; sino que, como se ha dicho, el lugar se entiende no como local. El lugar de la sabiduría es el Padre, el lugar del Padre es la sabiduría. Como la misma Sabiduría atestigua al decir: Yo en el Padre, y el Padre en mí. Por lo tanto, la sabiduría tiene de una manera su camino, y de otra su lugar. El camino es a través del tránsito de la humanidad, el lugar es a través del aliento de la divinidad. De allí no transita, donde es eterna; pero de allí transita, donde por nosotros apareció temporal. Así está escrito en el Evangelio: Que saliendo de Jericó el Señor pasaba; y dos ciegos sentados junto al camino clamaron, diciendo: Señor, ten misericordia de nosotros, hijo de David (Juan XIV, 10, 11; Mateo XX, 29, 30). A cuya voz, como está escrito allí, Jesús se detuvo y les devolvió la vista. ¿Qué significa escuchar al pasar y devolver la luz al detenerse, sino que por su humanidad se compadeció de nosotros, quien por el poder de su divinidad expulsó de nosotros las tinieblas de nuestra mente? Porque por nosotros nació y padeció, resucitó, ascendió al cielo, como si Jesús transitara, porque esta acción es ciertamente temporal. Pero al detenerse los tocó e iluminó, porque no como aquella dispensación temporal, así la eternidad del Verbo transita, que permaneciendo en sí misma renueva todas las cosas. Estar de pie para Dios es disponer todas las cosas mutables con pensamiento inmutable. Quien, por lo tanto, escuchó las voces de los que pedían al pasar, devolvió la luz al detenerse, porque aunque por nosotros soportó lo temporal, de allí nos dio la luz, de donde no conoce el tránsito de la mutabilidad. Por lo tanto, ya que era incierto cuándo aparecería a los hombres en la carne, con razón se dice ahora: Dios entiende su camino, y él conoce su lugar. Como si se dijera abiertamente: Son ocultos al pensamiento humano, o cuándo la sabiduría vendrá a los hombres en la carne, o cómo, invisible junto al Padre, incluso cuando aparece externamente, permanece.

6. El advenimiento y la permanencia de Él en los corazones de los hombres son desconocidos.---Aunque esto puede entenderse de otra manera. Pues su camino no se interpreta incorrectamente como el hecho mismo de que viene al corazón y se infunde en nosotros interiormente. El lugar de Él se convierte en el corazón, al cual viniendo permanece. De este camino de Él se dice: Voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor (Mat. III, 3); es decir, abrid el acceso en vuestro corazón a la Sabiduría que viene, como se dice en otro lugar: Preparad camino al que asciende sobre el ocaso (Sal. LXVII, 5). Ascender sobre el ocaso fue superar la misma muerte que había soportado resucitando. Dice, pues: Al que asciende sobre el ocaso, preparad camino; es decir, al Señor resucitado en vuestros corazones, ofrecedle camino por la fe. De aquí que a Juan se le dice por el espíritu: Irás delante de la faz del Señor a preparar sus caminos (Luc. I, 76). Pues quien predicando limpia

los corazones de los oyentes de las suciedades de los vicios, prepara el camino a la sabiduría que viene. Por lo tanto, esta sabiduría tiene camino, y también tiene lugar: Camino por el cual viene, lugar donde permanece, como ella misma dice: Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV, 23). Es, pues, camino por el cual viene, lugar donde permanece. Pero, ¿a dónde viene, ella que está en todas partes? ¿O es que venir es para la sabiduría indicar mediante la iluminación de nuestra mente la presencia de su majestad? Y porque es incierto para los hombres en qué corazón vendrá, o en cuál, después de haber venido, permanecerá descansando, se dice correctamente ahora: Dios entiende su camino, y Él conoce su lugar, porque es solo de la visión divina discernir de qué maneras el entendimiento de la sabiduría viene al corazón del hombre, o qué mente no pierde el entendimiento de la vida que ha percibido por pensamientos mortíferos. Y porque esta misma sabiduría, manifestada por la gracia de la humanidad, iba a llenar los corazones de los elegidos en todas las partes del mundo, se añade correctamente.

CAPÍTULO IV [Ant. IV].

VERS. 24.---Porque Él contempla los confines del mundo, y observa todo lo que está bajo el cielo.

Dios nos reforma al mirarnos con gracia.---7. Mirar de Dios es, en efecto, restaurar por su gracia lo que había sido perdido y extraviado. Por eso está escrito: El rey que se sienta en el trono del juicio, disipa todo mal con su mirada (Prov. XX, 8). Pues al mirarnos, ha contenido los males de nuestra inconstancia y nos ha otorgado grandes méritos de madurez. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO V [Rec. IV].

VERS. 25.---Quien dio peso a los vientos,

8. Fija las almas errantes y las dota de gravedad. En efecto, en la Sagrada Escritura las almas suelen ser designadas por la velocidad y sutileza de los vientos, como se dice de Dios a través del Salmista: "El que camina sobre las alas de los vientos" (Salmo 103, 3); es decir, el que trasciende las virtudes de las almas. Por tanto, hizo un peso para los vientos, porque al llenar las almas con la sabiduría suprema, las hace graves con la madurez otorgada; no con aquella gravedad de la que se dice: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado?" (Salmo 4, 3). Pues una cosa es ser grave por consejo, otra por pecado; una cosa es ser grave por constancia, otra por culpa. Esta gravedad tiene el peso de la carga, aquella de la virtud. Por tanto, las almas adquieren peso, para que no salten ya con ligero movimiento de la intención de Dios, sino que permanezcan fijas en Él con la gravedad de la constancia. Aún se movía ligeramente aquel pueblo, del cual se dice por el profeta: "Se fue errante por el camino de su corazón; vi su camino, y lo dejé" (Isaías 57, 17). Sin embargo, el grave consejo del corazón expulsa toda inconstancia de vagación. Y puesto que hay almas que con ligero movimiento desean ahora esto, ahora aquello, el Dios omnipotente, porque no considera ligeramente esas leves fluctuaciones de las mentes, juzga la vagación del corazón al dejarlo. Pero cuando por gracia mira la mente errante, la fija en la estabilidad del consejo. Por tanto, se dice correctamente ahora: "El que hizo un peso para los vientos", porque cuando se digna misericordiosamente mirar los ligeros movimientos del alma, inmediatamente los forma hacia la madurez de la constancia. O ciertamente, hacer un peso para los vientos es templar aquí la gloria concedida a los elegidos de las virtudes, mezclada con la debilidad. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y midió las aguas con medida.

9. Las virtudes de los elegidos se mezclan y se moderan con la debilidad para que no se ensalcen. Las aguas en la Sagrada Escritura a veces suelen designar al Espíritu Santo, a veces a la ciencia sagrada, a veces a la ciencia perversa, a veces a la tribulación, a veces a los pueblos que se desbordan, a veces a las mentes de los que siguen la fe. Por el agua, en efecto, se designa la infusión del Espíritu Santo, como se dice en el Evangelio: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" (Juan VII, 38). Donde el evangelista añadió: "Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él". Nuevamente, por el agua se designa la ciencia sagrada, como se dice: "Les dará de beber agua de sabiduría saludable" (Ecli. XV, 3). También por el agua suele llamarse a la ciencia perversa, como en Salomón, la mujer que representa la herejía, con astutas persuasiones halaga diciendo: "Las aguas robadas son más dulces" (Prov. IX, 17). Con el nombre de aguas también suelen entenderse las tribulaciones, como dice el salmista: "Sálvame, Dios, porque las aguas han llegado hasta mi alma" (Sal. LXVIII, 2). Por el agua se designan los pueblos, como dice Juan: "Las aguas son pueblos" (Apoc. XVII, 15). Por el agua también se designan no solo los flujos de los pueblos que se desbordan, sino también las mentes de los buenos que siguen los preceptos de la fe, como dice el profeta: "Bienaventurados los que siembran junto a todas las aguas" (Isaías XXXII, 20). Y el salmista dice: "La voz del Señor sobre las aguas" (Sal. XXVIII, 3). ¿Qué se designa, pues, en este lugar con el nombre de aguas sino los corazones de los elegidos, que por el entendimiento de la sabiduría ya han recibido el oído de la voz celestial? De los cuales se dice con razón: "Y midió las aguas con medida". Porque los santos mismos, que son elevados a las alturas por el Espíritu Santo, mientras están en esta vida, para que no se ensoberbezcan con alguna altivez, son reprimidos por ciertas tentaciones, de modo que no puedan avanzar tanto como desean, pero para que no se ensalcen con soberbia, haya en ellos una cierta medida de virtudes.

10. Lo cual se confirma con el ejemplo de Elías huyendo de Jezabel.---Pues bien, Elías, aunque había progresado en tan altas virtudes, fue contenido por cierta medida, cuando posteriormente huyó de Jezabel, aunque reina, sin embargo, una mujer (III Reg. XIX, 3). Considero a este hombre de admirable virtud, que atraía fuego del cielo, y en dos ocasiones consumía a los quinquagenarios con todos sus hombres mediante una súplica repentina, cerraba los cielos a las lluvias con su palabra, abría los cielos a las lluvias con su palabra, resucitaba a los muertos, preveía todo lo que estaba por venir; y he aquí que nuevamente me viene a la mente con qué temor huyó ante una sola mujer. Considero al hombre abatido por el miedo pidiendo la muerte de la mano de Dios, y no recibéndola; evitando la muerte huyendo de la mano de una mujer. Pues buscaba la muerte mientras huía, diciendo: "Basta ya, toma mi alma; porque no soy mejor que mis padres" (Ibid. XIX, 4). ¿De dónde, entonces, tan poderoso, que realiza todas esas virtudes? ¿De dónde tan débil, que teme tanto a una mujer, sino porque las aguas se miden con medida, para que los mismos santos hombres de Dios sean muy poderosos por el poder de Dios, y nuevamente sean moderados por cierta medida debido a su debilidad? En aquellas virtudes, Elías reconocía lo que había recibido de Dios, en estas debilidades reconocía lo que podía ser de sí mismo. Aquella potencia era virtud, esta debilidad era guardiana de la virtud. En aquellas virtudes mostraba lo que había recibido, en estas debilidades guardaba lo que había recibido. En los milagros se manifestaba Elías, en las debilidades se conservaba.

11. Y la muerte de Pablo que declina, o las tentaciones de Satanás que padece. Así veo a Pablo soportando peligros de ríos y ladrones, de la ciudad y la soledad, del mar y la tierra (II Cor. XI, 26), refrenando su cuerpo con ayunos y vigiliass, soportando la penuria del frío y la desnudez, ejerciendo vigilante y pastoralmente la custodia de las iglesias, arrebatado al tercer cielo, y nuevamente arrebatado al paraíso (Ibid., XII, 4), y escuchando palabras secretas que no es lícito al hombre pronunciar; y sin embargo, se le concede al ángel de Satanás tentarlo (Ibid. XII, 7), ora para ser liberado, y no es escuchado. Cuando contemplo los mismos inicios de su conversión, considero que la piedad celestial le abre los cielos, y Jesús se le muestra desde lo alto. Quien perdió la luz del cuerpo por un tiempo, recibió la luz del corazón para siempre. Es enviado a Ananías (Hech. IX, 7), es llamado vaso de elección; y sin embargo, huye de la misma ciudad que había ingresado después de la visión de Jesús, como él mismo testifica diciendo: En Damasco, el gobernador de la gente del rey Aretas guardaba la ciudad de los damascenos para capturarme; y por una ventana en un cesto fui descolgado por el muro, y así escapé de sus manos (II Cor. XI, 32). A quien puedo decir libremente: Oh Pablo, ya contemplas a Jesús en el cielo, ¿y en la tierra aún huyes del hombre? Eres llevado al paraíso, conoces las palabras secretas de Dios, ¿y aún eres tentado por el ángel de Satanás? ¿De dónde tan fuerte, que eres arrebatado a las cosas celestiales? ¿De dónde tan débil, que en la tierra huyes del hombre, y aún soportas adversidades del ángel de Satanás, sino porque el mismo que te eleva nuevamente te modera con medida muy sutil, para que en tus milagros nos prediques la virtud de Dios, y nuevamente en tu temor nos hagas recordar nuestra debilidad? Sin embargo, para que esta debilidad no nos lleve a la desesperación cuando nos golpea, mientras rogabas al Señor por tu debilidad, porque no fuiste escuchado, también nos hablaste de lo que escuchaste: Mi gracia te basta, porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 9).

Custodio de la virtud es la debilidad.---Con la clara voz de Dios se muestra que la debilidad es el custodio de la virtud. En efecto, somos bien custodiados interiormente cuando, por la disposición de Dios, somos tolerablemente tentados exteriormente, a veces por vicios, a veces por presiones. Pues tampoco faltaron tentaciones y combates de vicios a aquellos que conocemos como hombres de virtudes. De ahí que, para nuestro consuelo, ese mismo predicador ilustre se digne revelar ciertas cosas de sí mismo, diciendo: Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom. VII, 23). La carne arrastra hacia lo bajo, para que el espíritu no se ensalce; y el espíritu arrastra hacia lo alto, para que la carne no derribe. El espíritu eleva, para que no yacemos en lo más bajo; la carne pesa, para que no nos ensalcemos desde lo más alto. Si la carne nos tentara sin que el espíritu nos elevara, sin duda, por la perfección de su tentación, nos arrojaría a lo más bajo. Pero, de nuevo, si el espíritu no nos elevara a lo alto mientras la carne nos tienta, nos derribaría peor con la caída de la soberbia. Pero se hace con un cierto moderado control que, mientras cada uno de los santos ya es arrebatado interiormente a lo alto, pero aún es tentado exteriormente, no incurra en la caída de la desesperación ni en la elevación del orgullo, ya que la tentación exterior no completa la culpa, porque la intención interior atrae hacia arriba; ni tampoco la intención interior eleva al orgullo, porque la tentación exterior humilla mientras pesa. Así, con gran orden, reconocemos en el progreso interior lo que recibimos, en el defecto exterior lo que somos. Y de manera maravillosa se actúa, para que nadie deba ensalzarse por la virtud, ni desesperar por la tentación, porque mientras el espíritu atrae y la carne retrae, con el más sutil control del juicio interno, el alma se equilibra en un cierto medio, por debajo de lo más alto y por encima de lo más bajo. Bien se dice, por tanto: Y midió las aguas con medida. Sigue:

CAPÍTULO VII.

VERS. 26, 27.---Cuando ponía una ley a las lluvias, y un camino a las tormentas sonoras, entonces la vio, y la declaró, y la preparó, y la investigó.

13. A los pregoneros de la Palabra de Dios se les impone la ley de cumplir con sus obras lo que predicán. A quienes guardan esta ley se les abre el acceso a los corazones de los hombres.---Las palabras de los predicadores suelen ser comparadas con las lluvias. Por eso, a través de Moisés se dice: "Caiga como lluvia mi enseñanza" (Deut. XXXII, 2). Sus palabras, cuando persuaden suavemente, son lluvias; pero cuando anuncian con terror el juicio venidero, son tormentas resonantes. Y es de notar que se establece una ley para las lluvias, de modo que se abra el camino a las tormentas resonantes. En efecto, se impone una ley a los mismos predicadores, para que vivan lo que se apresuran a persuadir con sus palabras. Pues la autoridad de hablar se pierde cuando la voz no es apoyada por las obras. Por eso, a través del Salmista se dice: "Pero al pecador dice Dios: ¿Por qué recitas mis leyes y tienes en boca mi alianza, tú que detestas la disciplina y echas a tus espaldas mis palabras?" (Sal. XLIX, 16). El predicador arroja las palabras de Dios detrás de sí cuando desprecia hacer lo que dice. ¿Cómo puede obedecerle otro en sus palabras, si él mismo rechaza con sus obras lo que predica con su voz y finge no escuchar lo que narra? De esta ley de la predicación está escrito: "Quien quebrante uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos" (Mat. V, 19). El reino de los cielos, evidentemente, se refiere a la Iglesia presente, de la cual está escrito: "Y recogerán de su reino todos los escándalos" (Mat. XIII, 41). En el reino celestial no hay escándalos que deban ser recogidos. Quien, por tanto, quebranta con sus obras y así enseña con su voz, será el más pequeño en este reino de los cielos, y en aquel no será ni el más pequeño. Puso el camino para las tormentas resonantes cuando abrió a sus predicadores el acceso a los corazones de los hombres, aterrorizados por el juicio venidero. Primero, pues, se establece la ley, para que luego se abra el camino, porque aquella voz penetra el corazón del oyente cuando lo que ha sonado con la boca se conserva con las obras. [VET. VII.] Entonces, cuando estableció la ley para las lluvias y el camino para las tormentas resonantes, Dios vio, narró, preparó e investigó esta sabiduría. Con la locución usual del sagrado discurso, se dice que Dios ve, como nosotros hacemos, así como el Señor dice al hombre justo: "Ahora sé que temes a Dios" (Gén. XXII, 12). Y los israelitas son advertidos: "El Señor vuestro Dios os prueba para saber si lo amáis" (Deut. XIII, 3); es decir, para haceros saber. Entonces, cuando estableció la ley para las lluvias, es decir, dio el mandato de custodia a los predicadores, hizo que esta sabiduría encarnada fuera vista y narrada por los predicadores, preparada e investigada por los oyentes. Pues quien la prepara bien viviendo para el día del juicio, la prepara propicia para sí mismo. Y es de notar que de ella se dicen cuatro cosas. Dice: "Vio, narró, preparó, investigó". Vio, porque es apariencia; narró, porque es palabra; preparó, porque es remedio; investigó, porque es oculta. Pero, ¿cuándo se penetra con la mente humana que la eterna sabiduría de Dios es la apariencia del Padre y la Palabra? ¿Quién puede entender la palabra sin tiempo o la apariencia sin circunscripción? Por tanto, debía decirse algo que el hombre pudiera conocer en sí mismo. Por eso, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO VIII [Rec. VI].

VERS. 28.---Y dijo al hombre: He aquí, el temor del Señor, eso es la sabiduría, y apartarse del mal es la inteligencia.

14. El que teme a Dios comienza a poseer su sabiduría, y en sí mismo reconoce a quien no puede conocer en su naturaleza. Como si se dijera abiertamente: Vuélvete a ti mismo, hombre, examina los secretos de tu corazón. Si descubres que temes a Dios, ciertamente es claro que estás lleno de esta sabiduría. Aunque aún no puedas conocer qué es en sí misma, ya conoces mientras tanto qué es en ti. Pues lo que en sí misma es temido por los ángeles, en ti se llama temor del Señor, porque es seguro que la posees si no es incierto que temes a Dios. De ahí que también se dice por el Salmista: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Salmo 110, 10); porque entonces el corazón comienza a penetrar, cuando lo perturba el temor del juicio final. Por tanto, el divino discurso se adapta a nuestra pequeñez: como un padre que habla con su pequeño hijo, balbucea para que pueda ser entendido por él. Porque no podemos penetrar la naturaleza de la sabiduría en lo que es en sí misma, por la condescendencia de Dios hemos escuchado lo que es en nosotros, cuando se dice: He aquí el temor del Señor, esa es la sabiduría. Pero porque verdaderamente entiende la fuerza del temor divino aquel que se guarda de todas las obras malas, correctamente se añade: Y apartarse del mal, es inteligencia. Por lo tanto, lo que sigue, porque está lleno del espíritu de profecía, lo atestiguan las mismas palabras de la sagrada historia, cuando se dice:

CAPÍTULO IX [Ant. VIII, Rec. VII].

Cap. XXIX, VERS. 1.---Añadió también Job, tomando su parábola, y dijo.

15. Job predice los últimos tiempos de la Iglesia, en los cuales sufrirá a los carnales y herejes. Porque la parábola se nombra como similitud, queda claro que habla de misterios a través de la forma externa de las palabras, quien se recuerda haber asumido para hablar en parábola. Pues cuando narra sus propias cosas, anuncia lo que ha de venir a la santa Iglesia; y a través de lo que él mismo padece, indica lo que ella padecerá. A veces mezcla las palabras de su historia de tal manera que no suena nada alegórico; otras veces habla de sus dolores como si hablara con la voz de la Iglesia doliente. En esta última parte de su discurso, designa el último tiempo de la Iglesia, cuando se ve obligada a tolerar con burla a sus adversarios, es decir, a los carnales, herejes y gentiles, a quienes ahora intenta reprimir con la autoridad de la sabiduría, pero que entonces se alzarán con desenfrenada jactancia. Por eso, en este discurso también se dice: Ahora se burlan de mí los más jóvenes en edad, cuyos padres no consideraba dignos de poner con los perros de mi rebaño (Job XXX, 1). Y la misma razón del orden exige que por las palabras del bienaventurado Job se designen los últimos días de la santa Iglesia, cuando, al crecer la persecución, se ve obligada a tolerar las voces abiertas de los herejes, cuando los movimientos de su corazón, que ahora ocultan en el seno de sus pensamientos, entonces se manifiestan en la voz del error revelado. Pues ahora, como se dice por Juan (Apoc. XX, 3), el dragón se mantiene encerrado en el abismo, porque la malicia diabólica se oculta en sus corazones engañosos. Pero como se dijo allí, el dragón será sacado del pozo del abismo, porque lo que ahora se oculta por temor, entonces se revelará públicamente contra la Iglesia todo el veneno serpentino de los corazones inicuos. Ahora se esconde bajo la lengua lisonjera, con la conciencia furiosa, y la malicia de la astucia se cubre como con un abismo de simulación; ahora el Señor, como se dice con la voz del Salmista, Reúne como en un odre las aguas del mar (Salmo XXXII, 7). El odre es, en efecto, el pensamiento carnal. Las aguas del mar están reunidas en el odre cuando la amargura de la mente perversa no estalla exteriormente en la voz de la libertad perversa. Ciertamente vendrá el tiempo cuando los perversos y carnales proclamen abiertamente lo que ahora traman en pensamiento oculto. Vendrá el tiempo cuando opriman a la Iglesia católica no solo con voces injustas, sino también con crueles golpes.

16. La Iglesia sufre persecución de dos maneras, con palabras y con espadas. La Iglesia sufre persecución de sus adversarios de dos maneras, es decir, ya sea con palabras o con espadas. Pero cuando soporta la persecución con palabras, se ejercita su sabiduría; y cuando es con espadas, se ejercita su paciencia. Sin embargo, las persecuciones de palabras las toleramos hoy en día de los herejes, quienes con lenguas engañosas y falsa humildad nos halagan. Las persecuciones de espadas seguirán hacia el fin del mundo, para que los granos destinados a los graneros celestiales se separen más verdaderamente de la paja de los pecadores, cuanto más estrechamente sean afligidos. Entonces, todos los elegidos que sean atrapados en esa tribulación recordarán estos tiempos en los que ahora la Iglesia mantiene la paz de la fe y somete los orgullosos cuellos de los herejes, no con el poder del dominio, sino con el yugo de la razón. Recordarán nuestros tiempos, en los que llevamos una vida de fe tranquila; que aunque estamos constreñidos por las guerras de las naciones, no somos derrotados en las palabras de los padres. Por lo tanto, el bienaventurado Job, manteniendo el tipo de la santa Iglesia, que entonces se encuentra en esas angustias; y sin embargo, como dije, recuerda nuestra tranquilidad, narra sus experiencias pasadas y anuncia a otros lo que vendrá, diciendo:

CAPÍTULO X [Rec. VIII].

VERS. 2.---¿Quién me concederá estar como en los meses pasados?

17. Aunque la Iglesia ya haya sufrido mucho, sufrirá aún más gravemente. Porque la santa Iglesia, oprimida por tantos dolores, dirá muchas cosas semejantes. En efecto, será tan angustiada por las tribulaciones futuras, que deseará con gran suspiro estos tiempos que nosotros soportamos con gran dolor. Que diga, pues, que diga con la voz del bienaventurado Job: ¿Quién me diera ser como en los meses pasados? Porque el número establecido de días se llama meses, ¿qué otra cosa significa con el nombre de meses, sino la recolección de almas? Pues los días, al ser reunidos en meses, se restan, porque también en este tiempo la santa Iglesia, al recoger las almas resplandecientes con la luz de la verdad, las esconde en su interior. A veces también el mes se pone por la perfección, como dice el profeta: Será de mes en mes (Isaías LXVI, 23); perfección, en verdad, para aquellos en el descanso, para quienes ahora la perfección ha sido en la obra. [Vet. IX.] Recuerde, pues, la perfección pasada, traiga a la memoria cuántas ganancias reportaba con su predicación al recoger almas, y angustiada por las tribulaciones diga: ¿Quién me diera ser como en los meses pasados? En los cuales, ciertamente, enumera cómo fue, diciendo:

CAPÍTULO XI.

VERS. 2, 3.---Según los días en que Dios me guardaba, cuando su lámpara brillaba sobre mi cabeza, y a su luz caminaba en las tinieblas.

18.---Entonces muchos enfermos caerán, mientras los fuertes se dolerán por su caída. En ese momento, debido a la persecución, verá que muchos de los débiles caen, aquellos a quienes ahora, como una madre, acoge en el seno de la paz y mantiene en las tranquilas cunas de la fe, porque al estar mezclados con los fuertes, se nutren de la misma tranquilidad de la fe. Sin embargo, entonces muchos de estos caerán, y a través de las entrañas de la caridad, el alma de los perfectos sufre lo que soporta en la pérdida de los pequeños. En efecto, las pérdidas de los débiles pasan al corazón de los fuertes por compasión. Por eso, Pablo dice: ¿Quién se enferma y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me quemo? (II Cor. XI, 29). Pues cuanto más perfecto es alguien, más perfectamente siente los dolores ajenos. Por eso, la

santa Iglesia, angustiada por los débiles que entonces caerán, cuando recuerda estos tiempos, con razón dirá: Según los días en que Dios me guardaba, porque se estima a sí misma caer en aquellos, que ahora se ve guardada en estos. Bien se dice: Cuando su lámpara brillaba sobre mi cabeza, y a su luz caminaba en las tinieblas. Con el nombre de lámpara, se señala la luz de la Sagrada Escritura, de la cual el mismo pastor de la Iglesia dice: Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana se levante en vuestros corazones (II Pet. I, 19). Y el salmista dice: Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor (Sal. CXVIII, 105). Pero como nuestro principal es la mente, con la apelación de cabeza se llama mente. Por eso, el salmista dice: Has ungido mi cabeza con aceite (Sal. XXII, 5). Y si lo dice abiertamente: Has llenado mi mente con la unción de la caridad. Ahora, por tanto, la lámpara brilla sobre la cabeza de la Iglesia, porque las sagradas palabras irradian las tinieblas de nuestra mente, para que en este oscuro lugar de la vida presente, mientras percibimos la luz de las palabras de Dios, veamos lo que se debe hacer. Ahora camina a su luz en las tinieblas, porque la santa Iglesia universal, aunque no penetra en los pensamientos ocultos ajenos, porque como si no conociera el rostro en la noche, sin embargo, pone los pasos de la buena obra, dirigida por la luz de la locución suprema. Sigue:

CAPÍTULO XII [Rec. IX].

VERS. 4.---Como fui en los días de mi juventud, cuando Dios estaba en secreto en mi tabernáculo.

19. Las diversas edades de la Iglesia. Infancia, adolescencia, vejez. Al final, sin embargo, acogerá a muchos hijos.---Así como se describe la edad de cada ser humano, también se describe la edad de la santa Iglesia. Era pequeña cuando, recién nacida, no podía predicar la palabra de vida. Por eso se dice de ella: Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos (Cant. VIII, 8), porque ciertamente la santa Iglesia, antes de crecer en el incremento de la virtud, no pudo ofrecer los pechos de la predicación a los oyentes débiles. La Iglesia se dice adulta cuando, unida a la palabra de Dios y llena del Espíritu Santo, se fecunda en la concepción de hijos a través del ministerio de la predicación, a quienes engendra exhortando y da a luz convirtiendo. De esta etapa suya se dice al Señor: Las jóvenes te amaron (Cant. I, 3). Todas las Iglesias, que forman una sola católica, son llamadas jóvenes, no ya envejecidas por la culpa, sino renovadas por la gracia; no estériles por la vejez, sino adecuadas en la edad de la mente para la fecundidad espiritual. Entonces, cuando en aquellos días la Iglesia, debilitada como por una cierta vejez, no puede engendrar hijos por la predicación, recuerda la fecundidad antigua diciendo: Como fui en los días de mi adolescencia. Aunque después de esos días en los que se ve oprimida, ya cerca del fin de los tiempos, se fortalecerá con gran poder de predicación. Pues, habiendo acogido plenamente a las naciones, atraerá al seno de la fe a todo el pueblo israelita que entonces se encuentre. Porque está escrito: Hasta que la plenitud de las naciones haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI, 25). Pero antes de esos tiempos habrá días en los que parecerá oprimida por los adversarios, cuando también recuerda estos días, diciendo: Como fui en los días de mi adolescencia, cuando Dios estaba secretamente en mi tabernáculo.

20. [Vet. X]. Quien medita en los mandamientos de Dios, tiene a Dios habitando en él. Los santos se observan tanto por fuera como por dentro. — ¿Qué entendemos por tabernáculo en este contexto, sino la morada de la mente? Porque en todo lo que hacemos al meditar, habitamos en el consejo de nuestro corazón. Quienquiera que medita en silencio los mandamientos de Dios, tiene a Dios en secreto en su tabernáculo. Pues quien vio que la

morada de su corazón estaba ante los ojos de Dios, decía: Y la meditación de mi corazón esté siempre en tu presencia (Salmo XVIII, 15). Las obras exteriores son visibles a los ojos de los hombres, pero nuestras más íntimas y sutiles reflexiones son incomparablemente más visibles a los ojos de Dios. Porque, como está escrito, todo está desnudo y abierto a sus ojos (Hebreos IV, 13). Y a menudo tememos aparecer desordenados en nuestras obras exteriores ante los ojos de los hombres, y no tememos la mirada de aquel que ve todo, a quien no vemos. Pues somos mucho más visibles a Dios en nuestro interior que a los hombres en el exterior. Por eso, todos los santos se observan tanto por fuera como por dentro, y temen invisiblemente ser vistos como inicuos, ya sea reprendiéndose exteriormente o interiormente. De ahí que los animales vistos por el profeta se recuerdan llenos de ojos por dentro y por fuera (Ezequiel I, 18; X, 12). Porque quien dispone honestamente sus asuntos exteriores, pero descuida los interiores, tiene ojos alrededor, pero no dentro. Pero todos los santos, porque observan tanto sus asuntos exteriores para dar buenos ejemplos a los hermanos, como vigilan atentamente sus interiores, porque se preparan para ser irreprochables ante la mirada del juez interno, se dice que tienen ojos por dentro y por fuera; y se componen internamente para agradar a Dios, como también se dice a través del salmista sobre la santa Iglesia: Toda la gloria de la hija del rey es interior (Salmo XLIV, 14). Pero como también guarda sus asuntos exteriores irreprochables, con razón se añade sobre ella: Vestida de bordados de oro, con variedad, para que sea hermosa para sí misma por dentro y para los demás por fuera; y se eleva a sí misma por la gloria interna, y educa a otros por los ejemplos exteriores de sus obras. Por tanto, que el bienaventurado Job hable de sí mismo, hable en nombre de la Iglesia universal: Cuando Dios estaba en secreto en mi tabernáculo. Pues para demostrar cuánto ha progresado internamente, afirma que Dios estaba en secreto en su tabernáculo. Y para mostrar cuánto ha guardado las obras de rectitud externamente, añade.

CAPÍTULO XIII.

VERS. 5.---Cuando el Omnipotente estaba conmigo, y a mi alrededor mis hijos.

21. Mientras los santos están dedicados a Dios en su interior, los malvados solo buscan lo exterior. No tienen religión, sino que la simulan. Todos aquellos que temen los mandamientos divinos se convierten en el tabernáculo de Dios. Por eso, como ya hemos dicho antes (Num. 6), la Verdad misma dice sobre aquel que guarda sus mandamientos: "Vendremos mi Padre y yo, y haremos morada en él" (Juan XIV, 23). En cambio, los perversos, al no desear lo interno, se dispersan hacia afuera en sus pensamientos. Por eso, a través del profeta se les dice: "Regresad, transgresores, al corazón" (Isaías XLVI, 8). Y de nuevo: "¡Ay de los que piensan en lo inútil!" (Miqueas II, 1). En sus acciones temen a los hombres, a quienes ven corporalmente, y no consideran que Dios está presente, a quien no ven. En contraste, se dice en alabanza del justo, mientras despreciaba al rey de Egipto y obedecía los mandamientos de Dios: "Porque se sostuvo como viendo al Invisible" (Hebreos XI, 27). No vio al perverso príncipe de la tierra, a quien rechazó de los ojos de su corazón. Pero se sostuvo como viendo al Rey invisible, porque no apartó el ojo de su mente de la visión de su temor. Así, la Santa Iglesia, atrapada en grandes tribulaciones cuando ve a muchos alejarse de Dios por pensamientos perversos, ve ciertamente que la morada de su mente queda vacía al descender Dios, y con razón lamenta diciendo: "Cuando Dios estaba en secreto en mi tabernáculo". Con estas palabras, no sin razón, también se lamenta la simulación de la religión, porque algunos incluso ahora no desean ser cristianos, sino parecerlo. Para ellos, Dios está en público, no en secreto. Pero la Santa Iglesia desea tener a Dios en secreto, porque considera verdaderamente fieles a aquellos que reconoce que permanecen con un corazón pleno en la vida de fe. Según la rectitud de su vigor exterior, dice: "Cuando el Omnipotente estaba conmigo, y mis hijos

alrededor de mí". Se les llama hijos, a saber, a los que sirven a los mandamientos celestiales. Por eso, el Señor dice a través del profeta: "He aquí yo y los hijos que Dios me dio" (Isaías VIII, 18). Y de nuevo en el Evangelio: "Hijos, ¿tenéis algo de comer?" (Juan XXI, 5). Ahora, pues, sus hijos están a su alrededor, porque en casi todas las naciones se encuentran quienes guardan los mandamientos celestiales y obedecen las reglas de la disciplina espiritual. Ciertamente, entonces faltarán los hijos para el servicio, cuando los perversos que se encuentren desprecien sus mandamientos espirituales. Sigue:

CAPÍTULO XIV [Rec. X].

VERS. 6.---Cuando lavaba mis pies con mantequilla.

22. Los pies del Señor son los predicadores, a quienes unge y limpia.---Puesto que ya hemos dicho con frecuencia que Cristo y la Iglesia son una sola persona, siendo Él la cabeza de este cuerpo y ella el cuerpo de esa cabeza, estas palabras deben ser entendidas de manera diferente según la voz de la cabeza y según la voz del cuerpo. ¿Qué pies del Señor, entonces, sino los santos predicadores? De quienes dice: "Y caminaré entre ellos" (Levítico 26, 12). Por lo tanto, los pies se lavan con mantequilla, porque los santos predicadores se llenan de la abundancia de buenas obras. En efecto, como ya hemos dicho antes (Libro I, n. 30), apenas se puede predicar sin cometer alguna falta. Pues cualquier predicador es llevado a una pequeña indignación si es despreciado, o a una pequeña gloria si es venerado por los oyentes. Por eso, también a los apóstoles se les lavaron los pies, para que fueran limpiados de cualquier pequeño contagio contraído en la misma predicación, como si fuera polvo recogido en un camino. Y el bienaventurado Santiago dice: "No os hagáis muchos maestros, hermanos míos" (Santiago 3, 1). Y poco después: "Porque todos ofendemos en muchas cosas" (Ibid., 2). Por lo tanto, los pies se lavan con mantequilla, porque la abundancia de buenas obras infunde y limpia el polvo recogido de la gloria de la predicación. O ciertamente, los pies se lavan con mantequilla cuando a los santos predicadores se les confieren los estipendios debidos por los oyentes, y la fatiga del trabajo de la predicación impuesta es aliviada por la abundancia de buenas obras de los discípulos, no porque prediquen para ser alimentados, sino que son alimentados para que puedan predicar; es decir, para que puedan continuar predicando, no para que la acción del predicador se convierta en la intención de obtener sustento, sino para que los ministerios de sustento sirvan a la utilidad de la predicación. Por lo tanto, los buenos predicadores no imparten la predicación por causa del sustento, sino que reciben el sustento por causa de la predicación. Y cada vez que se les confieren las necesidades a los predicadores por parte de los oyentes, no suelen alegrarse por el don de las cosas, sino por la recompensa de quienes las confieren. Por eso, a través de Pablo se dice: "No busco el don, sino que busco el fruto" (Filipenses 4, 17). El don es la cosa misma que se ofrece; el fruto del don es si se ofrece algo con una mente benigna y con el deseo de la futura recompensa. Por lo tanto, recibimos el don en la cosa, el fruto en el corazón. Y porque el Apóstol se alimentaba más de la recompensa de sus discípulos que del don, confiesa que no busca el don, sino el fruto. Por eso, añade de inmediato, diciendo: "Tengo todo, y abundo" (Ibid., 18). Por lo tanto, los pies se lavan con mantequilla cuando los santos predicadores, como hemos dicho, fatigados por la misma predicación, son consolados por las buenas obras de sus oyentes. Pues aquellos pies cansados fueron ungidos con mantequilla por quien escuchaba: "Las entrañas de los santos han descansado por ti, hermano" (Filemón 7). Este pie fue ungido con mantequilla cuando estaba en cadenas, diciendo: "El Señor conceda misericordia a la casa de Onesíforo, porque muchas veces me ha refrescado y no se avergonzó de mi cadena" (2 Timoteo 1, 16). Si, por lo tanto, consideramos estas palabras desde la voz de la cabeza, correctamente entendemos los pies, como se ha dicho, como los predicadores.

[Pies de la Iglesia son los ministros inferiores, que se ocupan de las cosas terrenales.] Si debemos entender esto solo desde la perspectiva del cuerpo, ciertamente los pies de la Iglesia son los ministros de las obras inferiores, quienes, al dedicarse a los usos necesarios de lo exterior, se adhieren a la tierra a través del ministerio más bajo, como los pies. Pero aquellos que están al frente, que se dedican al estudio de la doctrina, deben buscar con esmero los corazones de los ocupados, y proporcionarles, con frecuentes exhortaciones, la infusión de la sabiduría que ellos mismos reciben en su tiempo de contemplación. Pues así como en un cuerpo los miembros se preocupan mutuamente, así como nuestros extremos son sostenidos por sus ministerios, es necesario que sus interiores sean llenados por nuestros estudios. Por lo tanto, cuando los santos doctores predicán la unción de la encarnación del Señor a aquellos dedicados a los ministerios más bajos, lavan los pies con la mantequilla de la elocuencia. También es común que los pies se laceren por la aspereza del camino. Por eso es muy difícil transitar por las acciones terrenales de esta vida sin sufrir heridas por el esfuerzo del camino. Así, cuando los superiores vigilantes llaman a sus oyentes, ocupados en preocupaciones exteriores, a volver al corazón, para que reconozcan los males que han cometido en medio de las obras lícitas y lloren por ellos, lavan los pies con mantequilla, porque proporcionan ungüentos de penitencia a sus heridas. Que la Iglesia, entonces, recuerde con intensidad en tiempos de gran aflicción cómo, en tiempos de paz, purificaba incluso sus miembros más extremos con la palabra de exhortación, y diga: "Cuando lavaba mis pies con mantequilla". Esto se puede admirar maravillosamente en el bienaventurado Job, quien, entre tantas preocupaciones de las cosas, entre tantos afectos de sus seres queridos, entre tantos estudios de sacrificios, predicaba a sus subordinados, por más bajos que fueran, los bienes de la vida futura, para que aquellos que le servían en obras terrenales fueran imbuidos de lo celestial. ¿Qué decimos nosotros, los obispos, que no nos preocupamos por impartir la palabra de vida a los que se nos han confiado, cuando un hombre casado no fue impedido de la función de la predicación ni por su estado secular ni por la gran ocupación de sus bienes? Pero, manteniendo la verdad de la historia, volvamos a las palabras de la santa Iglesia, que habla a través del bienaventurado Job, es decir, a través de la boca de su miembro, sobre lo que sufrirá en el tiempo final, cuando recuerde sus tiempos pasados, cuando por la riqueza de la palabra se lavaba la vida de los que trabajaban. Y, explicando más plenamente la vigilancia de sus predicadores, añade:

CAPÍTULO XV.

IBID. Y la roca me vertía ríos de aceite.

24. En la Iglesia, los ríos de aceite son o bien los sagrados dogmas, o bien la gracia del Espíritu Santo. — Porque bajo el nombre de piedra se entiende a Cristo, como confiesa el insigne predicador, diciendo: "La piedra era Cristo" (I Cor. X, 4). Esta piedra, para el uso de la santa Iglesia, derrama ríos de aceite, porque en ella, hablando el Señor, emana los preceptos de la unción íntima. De esta piedra salió un río de aceite: el libro de Mateo, el libro de Marcos, el libro de Lucas y el libro de Juan. En las diversas partes de este mundo, lo que los preceptos produjeron, esta piedra derramó por la boca de todos los apóstoles ríos de aceite. Todavía se derrama un río de aceite de esta piedra cada vez que, por el Espíritu Santo, se explican a las mentes de los oyentes las cosas que en los libros antiguos se dijeron de Cristo. Y se llaman ríos de aceite, porque fluyen y ungen. En los cuales, quienquiera que se sumerge es ungido, quienquiera que es ungido interiormente es enriquecido. De esta riqueza, el salmista dice: "Como de meollo y grosura se saciará mi alma" (Salmo LXII, 6). El nombre de aceite puede designar la misma unción del Espíritu Santo, de la cual se dice por el profeta:

"El yugo se pudrirá a causa del aceite" (Isaías X, 27). El yugo, en efecto, se pudre a causa del aceite, porque mientras somos ungidos por la gracia del Espíritu Santo, somos liberados de la servidumbre de nuestra cautividad: y mientras se rechaza la soberbia dominación del espíritu maligno, se rompe el yugo que oprimía los cuellos de nuestra libertad. De este aceite está escrito nuevamente: "Mi amado tenía una viña en un fértil collado" (Isaías V, 1). El hijo del aceite, en efecto, se llama al pueblo fiel, que es engendrado a la fe de Dios por la unción interna del Espíritu Santo. Por tanto, la santa Iglesia, entonces oprimida por muchas tribulaciones, recuerda los dones del Espíritu y los maravillosos preceptos que ahora posee, y deplora su silencio, diciendo: "La piedra me derramaba ríos de aceite". A estas palabras añade congruentemente:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 7-10.---Cuando me dirigía a la puerta de la ciudad, y en la plaza me preparaban una cátedra. Me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos, levantándose, permanecían de pie. Los príncipes dejaban de hablar, y ponían su dedo sobre su boca. Los líderes contenían su voz, y su lengua se adhería a su garganta.

25. Las buenas obras y la cátedra de la doctrina son insignias de la Iglesia. Era costumbre de los antiguos que los ancianos se situaran en la puerta y juzgaran las causas de los que entraban, de modo que el pueblo de la ciudad fuera tanto más pacífico cuanto menos se permitiera la entrada a los discordantes. Pero nosotros, venerando la historia sagrada, tenemos por cierto que el bienaventurado Job hizo esto por el culto a la justicia, y somos conducidos a investigar los misterios de la alegoría. ¿Qué se designa, pues, por la puerta de la ciudad, sino toda buena acción, por la cual el alma entra al encuentro del reino celestial? Por eso también el Profeta dice: "Tú que me levantas de las puertas de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion" (Salmo IX, 15). Las puertas de la muerte son, en efecto, acciones malas que conducen a la perdición. Pero como Sion significa observación, entendemos por puertas de Sion las buenas acciones, por las cuales ingresamos a la patria celestial para contemplar la gloria de nuestro Rey. ¿Y qué se designa por la cátedra, sino la autoridad del magisterio? En griego, la palabra "platea" se usa para indicar amplitud. Ahora, pues, la santa Iglesia avanza hacia la puerta de la ciudad, porque para recibir el acceso al reino celestial, se manifiesta en acciones santas. A ella se le prepara una cátedra en la plaza, porque en la amplitud de una gran autoridad exhibe la libertad de su magisterio. Pues lo que siente rectamente lo predica con voz pública, como si se sentara en una cátedra en la plaza, ya que no teme a nadie por su predicación, ni, oprimida por terrores, se esconde en silencio. ¿Acaso no preside en público para enseñar, a quien simultáneamente la verdad de lo que siente y el poder de enseñar la sostienen? Pero cuando avanzaba hacia la puerta y se sentaba en la cátedra en la plaza, añade diciendo qué se hacía por los ligeros y qué por los graves:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 8.---Los jóvenes me veían y se escondían, y los ancianos se levantaban y permanecían de pie.

618 26. El vigor y la rectitud de la Iglesia son temidos por los imperfectos; los perfectos los aman.---Si atendemos a la historia, creemos lo que ha dicho; si a la alegoría, vemos lo que ha predicho. Se suele llamar jóvenes a aquellos que no están agobiados por la gravedad del consejo. Sin embargo, la Sagrada Escritura no acostumbra a llamar ancianos a aquellos que

solo por la cantidad de años, sino a los que son maduros por la gravedad de sus costumbres. Por eso, un sabio dice: La vejez venerable no es la prolongada, ni se cuenta por el número de años. Las canas son el sentido del hombre, y la edad de la vejez es una vida inmaculada (Sab. IV, 8). Por eso, el Señor dice acertadamente a Moisés: Reúne para mí setenta hombres de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo (Num. XI, 16). En los cuales, ¿qué otra cosa se requiere sino la vejez del corazón, cuando se ordena elegir a aquellos que se sabe que son ancianos? Pues si se buscara en ellos la vejez del cuerpo, podrían ser conocidos por tantos como vistos. Pero cuando se dice: Que tú sabes que son ancianos del pueblo, claramente se indica que se debe elegir la vejez de la mente, no del cuerpo. [Vet. XIV.] Por lo tanto, los jóvenes ven ahora a la santa Iglesia y se esconden, mientras que los ancianos se levantan y permanecen a su lado, porque los inmaduros temen su vigor y rectitud, mientras que los ancianos la glorifican. Los que son ligeros huyen; los graves y perfectos la veneran con los méritos de su vida. Los perfectos aman su disciplina, los imperfectos la reprueban. Por lo tanto, los jóvenes la ven y se esconden, porque temen ser descubiertos en sus acciones ocultas. Los ancianos, en cambio, se levantan y permanecen, porque los perfectos indican con humildad cuánto han progresado en la buena obra. Pero como esto habla de los suyos, que también narre cómo es temida por los extraños:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 9, 10.---Los príncipes cesaban de hablar, y ponían el dedo sobre su boca. Los jefes contenían su voz, y su lengua se adhería a su garganta.

27. Herejes obligados a callar en tiempos de San Gregorio. Los herejes coinciden en la culpa, pero discrepan en las sentencias. En las adversidades de la Iglesia, los herejes predicán libremente.---¿Quiénes pueden ser entendidos en este lugar como otros líderes o príncipes sino los autores de la depravación herética? De quienes el salmista dice: "Se derramó contienda sobre sus príncipes, y los sedujeron en el desierto, y no en el camino" (Salmo CVI, 40). Porque ellos, al no temer interpretar perversamente la dispensación de Dios, ciertamente arrastran a los pueblos sometidos no por el camino que es Cristo, sino por un desierto. Sobre ellos, con razón, se dice que se derramó contienda, porque se contradicen mutuamente con sus propias alegaciones. Pues Ario, al aceptar tres personas en la divinidad, también creyó en tres dioses. Contra él, Sabelio, al aceptar un solo Dios, creyó que era una sola persona. Entre ellos, la santa Iglesia, manteniendo indeclinablemente el camino recto de su predicación, predicando un solo Dios, afirma tres personas contra Sabelio, y afirmando tres personas, confiesa un solo Dios contra Ario. Pero como Maniqueo encontró que en la sagrada escritura se alaba la virginidad, condenó los matrimonios. Por el contrario, Joviniano, al saber que se permitían los matrimonios, despreció la pureza de la virginidad. De ahí que, siempre confundidos por la perversa inteligencia de los herejes, su maldad concuerde en la culpa y discrepe en la sentencia. En cambio, la santa Iglesia avanza por medio de las disputas de ambas partes con ordenada paz, y sabe recibir los bienes superiores, de modo que también conoce venerar los inferiores, para que ni iguale lo supremo con lo ínfimo, ni desprecie lo ínfimo cuando venera lo supremo. Ahora, pues, los príncipes de los pueblos heréticos, al considerar la autoridad de la santa Iglesia, cesan de hablar, y como si pusieran un dedo sobre su boca, indican que no son reprimidos por la razón de la voz, sino por la mano de la virtud. Los líderes contienen su voz, porque ciertamente aquellos que intentan arrastrar a los pueblos errantes tras de sí, ahora no se atreven a hablar perversidades, y son frenados por el peso de la autoridad y la virtud de la razón. Su lengua se adhiere a su garganta, porque aunque no se atrevan a hablar perversidades con voz libre, internamente ocultan todo lo que falsamente intentan proponer contra la verdadera fe. La Iglesia, recordando la tribulación de estos

tiempos, se lamenta, diciendo: "Cuando salía a la puerta de la ciudad, y en la plaza preparaban mi silla. Me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos se levantaban y permanecían de pie. Los príncipes cesaban de hablar, y ponían el dedo sobre su boca. Los líderes contenían su voz, y su lengua se adhería a su garganta." Como si dijera abiertamente: Cuando se me permitió predicar con voz pública, todos los que no estaban sujetos a la verdad me temían. En aquel tiempo, cuando la santa Iglesia es oprimida por la adversidad, se da licencia de locución a los predicadores perversos. [Vet. XV.] Lo que mucho antes Jeremías, al observar, dijo: "Pero también las lamias desnudaron su pecho, amamantaron a sus cachorros" (Lamentaciones IV, 3). ¿Qué otra cosa son las lamias sino los herejes, que llevan un rostro humano, pero corazones bestiales por la impiedad? Ellos desnudan su pecho cuando predicán libremente su error. Entonces amamantan a sus cachorros, porque al insinuar perversidades, nutren y confirman en la impiedad las almas de los pequeños que los siguen malamente. Sigue:

CAPÍTULO XIX [Rec. XII].

VERS. 11.---El oído que escuchaba me bendecía, y el ojo que veía daba testimonio de mí.

28. Debemos dar testimonio de la Iglesia viviendo bien.---Mientras el bienaventurado Job confiesa ser beatificado por los que lo escuchan y recibir testimonio de los que lo ven, se muestra cómo fue en palabra y en obra. Pues no es perfecto en obra aquel a quien todavía contradice la perversidad de la lengua; ni es loable en palabra quien no muestra en obra lo que dice. Así, el bienaventurado Job, apremiado por las recriminaciones de sus amigos, declara haber tenido ambas cosas, manifestando que fue venerado tanto por los que lo escuchaban como por los que lo veían. Si referimos esto a la voz de la santa Iglesia, aquel bendice sus palabras porque lleva a cabo en obra lo que ha escuchado. Aquel le da testimonio, quien responde con ejemplos de vida viviendo bien. En verdad, ve la santa Iglesia aquel cuya vida da testimonio de que la ve. Pues la rectitud de los buenos dentro de ella se percibe para que quienes la vean se corrijan de sus perversidades. Por tanto, aún no ve a los buenos dentro de la santa Iglesia quien no ha sido corregido de los males. Pero se muestra de dónde se le da testimonio cuando añade:

CAPÍTULO XX.

VERS. 12, 13.---Porque libré al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía ayudador. La bendición del que iba a perecer venía sobre mí, y el corazón de la viuda he consolado.

29. La Iglesia alimenta y protege a sus hijos. Estas son obras de gran misericordia: liberar al pobre que clama, brindar ayuda al huérfano, rescatar al que está a punto de perecer, consolar el corazón de la viuda. Anteriormente se mencionó lo que ofreció a través de la doctrina. Pues dice: "El oído que escuchaba me bendecía". Ahora narra lo que realizó por misericordia, diciendo: "Porque liberé al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía ayuda". La voz, en efecto, debe concordar necesariamente con la obra. Esto lo mostró el bienaventurado Job a sus súbditos, y sin embargo, lo señaló como algo que debe ser realizado por la santa Iglesia. La cual ahora ejerce incesantemente ambas cosas, para que, en efecto, alimente a sus hijos hablando y los proteja defendiendo, de modo que sacie a los buenos con palabras y los defienda de los males con su patrocinio. Bien está escrito: "Produzca la tierra hierba verde, que dé semilla, y árbol frutal que dé fruto según su especie" (Génesis 1, 11). Esto se hizo verdaderamente de tal manera que significara algo que debe hacerse verdaderamente. Por la tierra se figura la Iglesia, que nos nutre con el alimento de la palabra y nos guarda con el

amparo del patrocinio; que alimenta hablando y protege ayudando, para que no solo produzca la hierba de la nutrición, sino también, con el fruto de la obra, el árbol de la protección.

[Vet. XVI.] 30. En los rectores de la Iglesia, ni el vigor debe ser rígido, ni la mansedumbre disuelta.---También veo que deben considerar aquellos que están al frente de las gobernaciones del pueblo, lo que anteriormente decía: Me veían los jóvenes, y se escondían; ahora añade: Consolé el corazón de la viuda. ¡Cuánta disciplina en el gobierno, para que los jóvenes se escondan ante él; cuánta mansedumbre de piedad, para que por él se consuelen los corazones de las viudas! Hay, en efecto, algunos tan estrictos, que pierden toda mansedumbre de benignidad, y hay otros tan mansos, que pierden los derechos estrictos del gobierno. Por lo tanto, todos los rectores deben mantener ambas cosas con sumo cuidado, para que ni en el vigor de la disciplina abandonen la benignidad de la mansedumbre, ni, por otro lado, en la mansedumbre abandonen la severidad de la disciplina, de modo que no se endurezcan por la falta de compasión de la piedad cuando corrigen a los contumaces; ni suavicen el vigor de la disciplina cuando consuelen los ánimos de los débiles. Que el vigor de la disciplina, pues, gobierne la mansedumbre, y que la mansedumbre adorne el vigor, y así se recomiende uno por el otro, de modo que ni el vigor sea rígido, ni la mansedumbre disuelta.

31. Las obras de piedad se exhiben corporal y espiritualmente por la Iglesia.---Estas obras de piedad que hemos mencionado anteriormente, la santa Iglesia las exhibe tanto corporal como espiritualmente, y no cesa de hacerlo. Pues libera al pobre que clama, cuando al pecador que implora perdón le absuelve de las culpas que ha cometido. De tales pobres se dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5, 3). Y el clamor de tales pobres es la voz del salmista que dice: Pronto nos alcance tu misericordia, porque hemos sido hechos muy pobres (Salmo 78, 8). Libera al huérfano que no tiene ayudador, cuando cada uno, muerto el antiguo padre diablo, corriendo al seno de la santa Iglesia, encuentra en ella el auxilio de la exhortación, habiendo ya huido de los deseos del mundo perseguidor. Puede entenderse también por el nombre de huérfano a cualquier fiel debido a la muerte del buen padre, de cuya visión está privado temporalmente, aunque no está privado de su consuelo. La bendición del que perece viene sobre ella, cuando previene la perdición del pecador, y con santas exhortaciones lo saca de la fosa de la culpa. Por eso está escrito: El que haga volver al pecador del error de su camino, salvará su alma de la muerte, y cubrirá multitud de pecados (Santiago 5, 20). Pues si es de gran recompensa librar de la muerte a la carne que alguna vez morirá, ¿cuánto mayor mérito tiene liberar el alma de la muerte, para que viva sin fin en la patria celestial? Consola el corazón de la viuda, cuando a cada alma fiel que narra las eternas recompensas del Señor, le recuerda como los bienes de su esposo. A quien, porque espiritualmente el alma está unida, al morir él se le llama viuda, pero es reconfortada por las voces de la santa Iglesia con su resurrección. Por tanto, el corazón de la viuda recibe gran consuelo, cuando el alma fiel en las palabras de la Iglesia conoce algo del advenimiento de aquel a quien está espiritualmente unida. Sigue:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 14.---Me he revestido de justicia, y me la he puesto como un vestido.

32. Ninguna obra buena es tal si se mancha con algunas malas. Al vestirnos con una prenda, nos cubrimos por completo. Así, aquel que se viste de justicia como de un vestido, se protege por todas partes con buenas obras y no deja ninguna parte de su acción desnuda al pecado. Pues quien es justo en algunas acciones e injusto en otras, cubre un lado y deja el otro desnudo, y ya no son buenas las obras que se contaminan con otras malas que surgen. Por

eso, a través de Salomón se dice: "El que en uno peca, perderá muchos bienes" (Ecles. IX, 18). De ahí que Santiago diga: "Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un solo punto, se hace culpable de todos" (Sant. II, 10). Esta sentencia suya la explicó cuidadosamente cuando añadió: "Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también dijo: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, te has hecho transgresor de la ley" (Ibid., 11).

[Vet. XVII.] 33. De aquí la necesidad de aplicar vigilancia y custodia por todas partes. En vano están protegidas las demás cosas, si se deja un solo acceso abierto al enemigo. Por lo tanto, con los ojos del corazón extendidos en todas direcciones, debemos aplicar custodia por todas partes. Por eso, con razón se dice a través de Salomón: Con toda custodia guarda tu corazón, porque de él mana la vida (Prov. IV, 23). Al hablar de custodia, precedió con toda, para que cada uno se examine diligentemente por todos lados, y mientras esté en esta vida, sepa que está colocado en batalla contra los enemigos espirituales, no sea que pierda la recompensa que recoge por estas acciones, por otras, no sea que cierre las puertas al enemigo por un lado y le abra el acceso por otro. Pues si alguna ciudad está protegida contra los enemigos insidiosos con un gran terraplén, rodeada de fuertes muros, y por todas partes asegurada con vigilancia insomne, pero se deja un solo agujero sin protección por negligencia; por ahí, sin duda, entra el enemigo, que parecía excluido por todas partes. Escuchemos cuánta protección levantó el fariseo aquel, que subió al templo a orar, alrededor de la ciudad de su mente: Ayuno, dice, dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo (Luc. XVIII, 12). Quien precedió con: Te doy gracias, ciertamente aplicó grandes defensas. Pero veamos dónde dejó el agujero sin protección al enemigo insidioso: Porque no soy como este publicano (Ibid., 11). He aquí que abrió la ciudad de su corazón a los enemigos insidiosos por la soberbia, la cual cerró en vano con ayuno y limosnas. En vano están protegidas las demás cosas, cuando un solo lugar, por donde el enemigo tiene acceso, no está protegido. Dio gracias correctamente, pero se elevó perversamente sobre el publicano. Traicionó la ciudad de su corazón al exaltarse, la cual había guardado con abstinencia y generosidad. Fue vencida la gula por la abstinencia, destruida la voracidad del vientre, superada la avaricia por la generosidad, abatida la codicia. ¿Qué creemos que se logró con estos trabajos? ¡Pero cuántos trabajos cayeron heridos por un solo vicio, cuántos bienes fueron aniquilados por la espada de una sola culpa! Por lo tanto, es sumamente necesario siempre hacer el bien, y cuidarnos cautelosamente en el pensamiento incluso de las mismas buenas obras, no sea que si elevan la mente, no sean buenas, las que no luchan por el autor, sino por la soberbia.

[Rec. XIII]. 34. Máximo cuidado debe tenerse con la soberbia.---Sobre este asunto no actuamos de manera desordenada si traemos un testimonio de libros, aunque no canónicos, pero editados para la edificación de la Iglesia. Pues Eleazar, al herir al elefante en la batalla, lo derribó, pero cayó bajo aquel al que extinguió (I Mac. VI, 46). ¿A quiénes, entonces, significa este que fue oprimido por su victoria, sino a aquellos que vencen los vicios, pero sucumben bajo aquello que someten, al enorgullecerse? Pues es como si muriera bajo el enemigo que derriba, quien se eleva por la culpa que supera. Por lo tanto, es necesario considerar con gran atención que los bienes no pueden ser útiles si no se evitan los males que se infiltran. Todo lo que se hace parece si no se guarda con diligencia en humildad. Por eso también se dice bien del mismo primer padre: El Señor lo puso en el paraíso de la delicia, para que lo labrara y lo guardara (Génesis II, 15). Trabaja, en efecto, quien hace el bien que se le manda, pero no guarda lo que ha trabajado, a quien se le infiltra lo que se prohíbe. Por tanto, el bienaventurado Job, porque se había cubierto con buenas obras por todas partes,

dice: Me he vestido de justicia, y me he cubierto como con un manto. Donde inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXII [Ant. XVIII].

IBID.---Y con la diadema, según mi juicio.

35. Los justos atienden solícitamente a lo que deben a Dios y al prójimo. Los juicios de los justos se comparan correctamente con una diadema, porque a través de la gloria de una gran obra conducen a la corona de la retribución. Estos juicios, sin duda, los llevan a cabo internamente cada día, observan con diligencia lo que deben a Dios y al prójimo, se encienden vehementemente para hacer el bien y reprenden estrictamente los males cometidos. Por eso también se dice acertadamente por Salomón: Los pensamientos de los justos son juicios (Prov. XII, 5). En efecto, regresan a sus corazones desde todo ruido secular, y allí ascienden al tribunal de la mente, y se colocan a sí mismos y al prójimo ante sus ojos, llevan al medio la regla del testamento, donde se dice: Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos (Mat. VII, 12). Se ponen en el lugar del prójimo y atienden solícitamente a lo que justamente querrían que se les hiciera o no si estuvieran en esa situación, y así, con derecho y juicio estricto, examinan su causa y la del prójimo según las tablas de la ley divina en el foro del corazón. Por tanto, se dice acertadamente: Los pensamientos de los justos son juicios, porque su íntimo movimiento del corazón es como una especie de balanza de poder judicial. Una vez realizados estos, como no buscan retribución aquí abajo, sus juicios se comparan correctamente con una diadema. La diadema, en efecto, se coloca en la parte superior del cuerpo. Por lo tanto, el juicio de los justos se llama diadema, porque a través de esto no desean ser recompensados en lo terrenal e inferior, sino en lo alto. Sigue

CAPÍTULO XXIII [Rec. XIV].

VERS. 15, 16.---Fui ojo para el ciego, y pie para el cojo. Era padre de los pobres, y la causa que no conocía, la investigaba con diligencia.

36. Las buenas obras, aunque deben ocultarse por humildad, a veces deben hacerse públicas por necesidad.---En este contexto, el lector tal vez se pregunte por qué el bienaventurado Job enumera sus virtudes con tanto detalle. Es propio de los hombres santos ocultar las buenas obras que han hecho, para no caer en la trampa de la vanidad. Por eso, la Verdad misma dice: "Cuidaos de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos" (Mateo VI, 1). De ahí que, al iluminar a dos ciegos sentados junto al camino, les ordenó diciendo: "Mirad que nadie lo sepa" (Mateo IX, 30). De quienes inmediatamente se escribió que, al irse, divulgaron su fama por toda aquella tierra. Pero debemos preguntarnos qué significa que el mismo Omnipotente, para quien querer es poder, quiso que sus virtudes fueran ocultadas, y sin embargo, por aquellos que fueron iluminados, se divulgan casi contra su voluntad, sino que dio un ejemplo a sus siervos que lo siguen, para que ellos deseen ocultar sus virtudes, y sin embargo, para que otros se beneficien de su ejemplo, se den a conocer a pesar de sí mismos, y al ocultar sus obras se protejan a sí mismos, pero al ser divulgadas involuntariamente, transmitan buenos ejemplos a sus prójimos. Por lo tanto, que se oculten por diligencia, pero se hagan públicas por necesidad; y que su ocultación sea su propia protección, y su publicación sea la utilidad ajena. Nuevamente, porque está escrito: "Ni se enciende una lámpara para ponerla debajo del celémín, sino sobre el candelero, y alumbre a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para

que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo V, 15). A veces, los hombres santos se ven obligados a hacer el bien delante de los hombres, o a narrar sus obras a los hombres; pero refiriendo todo a ese fin, para que no ellos mismos, sino su Padre que está en los cielos, sea glorificado por esas obras. Pues cuando predicán cosas santas, tal vez se desprecie su predicación, si se desconoce su vida. Por lo tanto, se ven obligados a contar su vida, para poder cambiar la vida de sus oyentes. Y relatan sus obras para ser venerados; desean ser venerados para ser escuchados con reverencia. Pues está escrito: "Cuando se elevaban los seres vivientes de la tierra, se elevaban también las ruedas" (Ezequiel I, 19), porque evidentemente, cuando las mentes de los oyentes contemplan la vida de los predicadores, necesariamente también admiran la fuerza de la predicación.

[Vet. XIX]. 37. Lo que el santo Pablo demostró con su ejemplo. Quienes lo imitan no sirven a la vanidad, sino a la humildad.---De aquí que los buenos predicadores evitan el honor por vanidad, pero desean ser honrados por imitación. Así, el apóstol Pablo, hablando a sus discípulos, evitó el honor, pero mostró cuánto debía ser honrado. Pues cuando decía a los Tesalonicenses: "Porque nunca fuimos con palabras de adulación, como sabéis, ni con pretexto de avaricia, Dios es testigo" (I Tes. II, 5), añadió: "Ni buscamos gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga, como apóstoles de Cristo, sino que nos hicimos pequeños entre vosotros" (Ibid., 6, 7). Nuevamente, a los Corintios, evitando el honor, dice: "Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo Señor nuestro, y a nosotros como vuestros siervos por Jesús" (II Cor. IV, 5). Sin embargo, al ver que se desviaban del camino de la verdadera fe por las persuasiones de falsos apóstoles, les mostró cuánto debía ser venerado, diciendo: "En lo que alguien se atreve, en insensatez lo digo, yo también me atrevo. Son hebreos, yo también. Son israelitas, yo también. Son descendencia de Abraham, yo también. Son ministros de Cristo, yo también. Como menos sabio digo, más yo" (II Cor. XI, 21-23). A esto añade que también se le revelaron los secretos del tercer cielo, y que fue arrebatado para penetrar los misterios del paraíso. He aquí que, evitando el honor, se proclama siervo de sus discípulos. He aquí que, buscando el honor por la utilidad de los oyentes, sobrepone los méritos de su vida a los falsos apóstoles. El doctor egregio actuó de tal manera que, al ser reconocido por lo que era, la vida y la lengua de los malos predicadores se desvalorizara en comparación con él. Los habría elogiado si se hubiera ocultado; y al no mostrarse, habría dado lugar al error. De modo admirable, exhibe la gracia de la humildad y busca el incremento de la utilidad, para proclamarse siervo de sus discípulos y mostrarse superior a sus adversarios. Muestra a los discípulos qué humildad ha recibido, muestra a los adversarios qué grandeza. Se da a conocer contra los adversarios lo que tienen por don, se da a conocer a los discípulos cómo permanece en su pensamiento, se da a conocer a los adversarios cómo aparece externamente en su obra. Por tanto, los hombres santos, cuando se ven obligados a narrar los bienes que hacen, no sirven a la vanidad, sino a la utilidad. De ahí que el bienaventurado Job, a sus amigos que lo increpaban injustamente y, por tanto, desconocían sus bienes, les habla para que aprendan a no erigirse contra su vida increpando, sino a imitarla en silencio, aunque, como ya dijimos, la desesperación inducida por los que lo increpaban lo obligaba a recordar sus obras. Pues entre tantos dolores de la herida y palabras de desesperación, al narrar los bienes que hizo, reforma su ánimo, colapsado por palabras y golpes, hacia la esperanza. Que diga, pues, los bienes que hizo, para no verse obligado a desesperar de sí mismo entre tantos males que escucha. Fui ojos para el ciego, y pies para el cojo.

38. Las obras de justicia deben preceder a las obras de misericordia. Quien da limosnas y no se abstiene del pecado, ofrece su bien a Dios, pero a sí mismo al pecado.---Cuando consideramos los ejemplos de obras santas, debemos observar primero, para mantener el

orden correcto de narración, que se describan primero las obras de justicia y después las de misericordia. Pues aquel que actúa bien en lo que es piadoso, sabe primero guardar lo que es justo, para que el río de misericordia que se derrama sobre los prójimos sea conducido desde la fuente de la justicia. [Vet. XX.] Porque muchos ofrecen a los prójimos lo que parecen obras de misericordia, pero no abandonan los actos de injusticia. Si realmente desean practicar la misericordia con los prójimos, primero deberían haberse compadecido de sí mismos viviendo justamente. Por eso está escrito: Ten misericordia de tu alma agradando a Dios (Eccl. XXX, 24). Quien, por tanto, quiere tener misericordia del prójimo, debe necesariamente extraer de sí mismo el origen de la misericordia. Pues está escrito: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mat. XIX, 19). ¿Cómo puede ser piadoso con otro a través de la misericordia, quien aún viviendo injustamente es impío consigo mismo? Por eso se dice a través de un sabio: ¿Quién será bueno con otro si es malo consigo mismo? (Eccl. XIV, 5). Para que la misericordia pueda ser plenamente ofrecida a los necesitados, se requieren dos cosas necesarias: un hombre que ofrezca y una cosa que se ofrezca. Pero el hombre es incomparablemente mejor que la cosa. Así, quien ofrece al prójimo necesitado una sustancia exterior, pero no guarda su vida de la maldad, ofrece su bien a Dios y a sí mismo al pecado. Ofreció al Creador lo que es menos, y guardó para la iniquidad lo que es más. Por eso, bien se dice primero a través del bienaventurado Job: Me vestí de justicia, y me cubrí con ella como con un manto; y como una diadema, con mi juicio. Y luego se añade: Fui ojos para el ciego, y pies para el cojo. Porque la ofrenda de verdadera rectitud es ante Dios cuando de la raíz de la justicia brotan ramas de piedad. Pero como en la obra de misericordia el ánimo suele ser más valorado por el juez interno que el hecho, es notable que se afirma haber sido ojo para el ciego, pie para el cojo. Al decir esto, indica claramente que a aquel le había extendido la mano por sí mismo, y a este lo había sostenido llevándolo. De lo cual se deduce cuánto se derramaban las entrañas de su misericordia sobre los pobres y débiles. Por eso también se añade: Era padre de los pobres.

39. La Iglesia ilumina a los ciegos, sostiene a los cojos. Si referimos estas palabras a la voz de la santa Iglesia mediante una interpretación típica, ella misma es el ojo del ciego, porque brilla a través de la palabra, y es el pie del cojo, porque sostiene a través de la ayuda. En efecto, ilumina a los ciegos predicando, y sostiene a los cojos asistiendo. Ciego es aquel que aún no ve a dónde debe ir; cojo es aquel que no puede ir a donde ve. Frecuentemente, el pecado se comete por ignorancia o debilidad, de modo que el hombre no sabe qué debe desear, o no puede lograr todo lo que desea. Por eso, acertadamente se dice a través del Salmista: El Señor es mi luz y mi salvación (Salmo XXVI, 1). Porque el Señor proporciona tanto conocimiento como fortaleza, y se le llama luz contra la ignorancia y salvación contra la debilidad. De ahí que también se diga de los inicuos: Que sus caminos sean tinieblas y resbaladizo (Salmo XXXIV, 6), para que, por las tinieblas, no vean a dónde deben ir, y aunque vieran el camino recto, no pudieran mantenerse en él por lo resbaladizo. Estos, por lo tanto, cojean entre los bienes por lo resbaladizo, aquellos ignoran qué bienes seguir por las tinieblas. Así, la santa Iglesia, sorprendida por extremas tribulaciones, recuerda los tiempos antiguos, cuando solía iluminar enseñando y fortalecer ayudando, y habla con la boca de su miembro anterior, diciendo: Fui ojo para el ciego y pie para el cojo.

[Cáp. XXI.] 40. Los gentiles son ciegos, los judíos en cambio son cojos.---Dado que esto reúne en sí a dos pueblos, el judío y el gentil, correctamente puede designarse al pueblo gentil como ciego y al pueblo judío como cojo. El gentil, en efecto, carecía de ojos, porque al no haber recibido la ley, no veía hacia dónde debía ir. Por el contrario, el judío, teniendo ojos, era cojo, porque aunque conocía la ley, no dirigía sus pasos hacia la obra recta. Si el pueblo gentil no hubiera sido ciego, el profeta no habría dicho: El pueblo que habitaba en tinieblas

vio una gran luz (Isaías IX, 2). De nuevo, si el pueblo israelita no hubiera cojeado en la buena obra, el salmista no habría dicho con la voz del Señor: Los hijos extraños me mintieron, los hijos extraños envejecieron y cojeaban de sus caminos (Salmo XVII, 46). Este pueblo, sin duda, es llamado cojo porque no tenía un paso firme en la acción, ya que no quiso usar ambos pies, al recibir un Testamento y despreciar el otro. Cuando la santa Iglesia lo acoge al venir a ella, le añade al Antiguo Testamento que ya posee, también el Nuevo Testamento, para dirigir sus pasos, como si le uniera otro pie. Este pueblo fiel de la santa Iglesia correctamente añade: Era padre de los pobres, porque evidentemente los humildes, que son llamados pobres de espíritu, nacen de su predicación. Pero es necesario que en todas estas cosas consideremos cuidadosamente las palabras de la historia. Dice, en efecto:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 16.---Era padre de los pobres, y la causa que no conocía la investigaba con diligencia.

41. Es mejor hacer una buena obra por afecto que por mandato. Porque muchas veces las personas dan a los pobres, no porque los amen, sino porque temen la ira del juez supremo; si no temieran a Dios, no querrían dar lo que tienen. Y ciertamente, en la buena obra, el primer grado de los principiantes es que, aunque aún no saben amar al prójimo como a sí mismos, ya comienzan a temer los juicios supremos. Por lo tanto, ya que es diferente hacer una buena obra por mandato que hacerla también por afecto, el hombre santo, para insinuarnos la intención de su acción, dice: Era padre de los pobres. No se declara a sí mismo como patrón, ni como prójimo, ni como ayudante de los pobres, sino que testifica haber sido su padre, porque, ciertamente, con gran oficio de caridad, convirtió el esfuerzo de la misericordia en afecto natural, de modo que los veía como hijos por amor, a quienes gobernaba como padre por protección. Por lo tanto, ya que la fuerza de su misericordia había imitado la naturaleza, recuerda que fue padre de los pobres. Donde también añade.

CAPÍTULO XXV.

IBID.---Y la causa que no conocía la investigaba diligentemente.

42. Aunque no se deben descuidar las buenas obras, las menores deben ser pospuestas por las más importantes. En estas palabras, todo debe ser considerado con la mayor claridad, ya que ninguna recompensa le es pasada por alto. Es justo en sus acciones, piadoso en las debilidades de los prójimos, diligente en los asuntos de los pobres. Quien piensa en los bienes de la retribución eterna, es necesario que se extienda a toda causa de la recompensa futura. Por eso, a través de Salomón se dice: El que teme a Dios, no descuida nada (Ecles. VII, 19). También Pablo dice: Preparados para toda buena obra (II Tim. II, 21). Pero entre estas cosas, se debe saber que a veces en nuestras acciones, los bienes menores deben ser omitidos por la utilidad de los mayores. Pues, ¿quién ignora que es meritorio de buena obra enterrar a un muerto? Y sin embargo, a alguien que pidió ser dejado para enterrar a su padre, se le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú ve y anuncia el reino de Dios (Luc. IX, 60). Porque el servicio de este ministerio debía ser pospuesto al oficio de la predicación, ya que con aquel enterraría a los muertos en la carne en la tierra, pero con este resucitaría a los muertos en el alma a la vida. También a través del profeta se dice a los principales de la sinagoga: Buscad el juicio, socorred al oprimido (Isai. I, 17). Y sin embargo, el apóstol Pablo dice: Constituid a los despreciables de la Iglesia para juzgar (I Cor. VI, 4). Pues incitaba a sus oyentes a la virtud de la sabiduría, a los géneros de lenguas, a indagar también los misterios de la profecía, diciendo: Anhelad los dones espirituales, pero más que profeticéis (I Cor. XIV,

1). Pero como no podrían recibir los dones espirituales si los asuntos terrenales los deprimieran, mucho antes lo anticipó, diciendo: Constituid a los despreciables de la Iglesia para juzgar (I Cor. VI, 4). Como si dijera abiertamente, que los de menor mérito en la Iglesia, y que no poseen las virtudes de los grandes dones, ellos juzguen los asuntos terrenales, para que por quienes no pueden las grandes cosas, se suplan los bienes menores. A quienes también llama despreciables, y sin embargo los llama sabios, cuando dice: ¿Así que no hay entre vosotros algún sabio que pueda juzgar entre su hermano? (Ibid., 5). ¿Qué se deduce de esto, sino que examinen las causas terrenales aquellos que han percibido la sabiduría de las cosas exteriores? Pero quienes están enriquecidos con dones espirituales, ciertamente no deben involucrarse en asuntos terrenales, para que, al no ser obligados a disponer de los bienes inferiores, puedan ejercitarse en servir a los bienes superiores.

[Vet. XXII.] 43. Quienes no pueden por sí mismos, están obligados a ejercer los oficios de caridad a través de otros.---Pero es necesario cuidar con gran esmero que aquellos que destacan por sus dones espirituales no abandonen por completo los asuntos de los hermanos más débiles, sino que los confíen a otros que sean dignos de tratarlos. Por eso también Moisés estableció setenta hombres sobre el pueblo en su lugar, para que cuanto más se apartara de las causas externas, tanto más ardientemente penetrara en las internas. Así sucede que los hombres eminentes progresan más en los dones espirituales, mientras sus mentes no son perturbadas por asuntos inferiores; y, a su vez, los hombres más humildes en la Iglesia no viven sin buenas obras, ya que encuentran en los asuntos externos lo correcto que deben hacer. En efecto, la Santa Iglesia se sostiene en la unidad de los fieles, así como nuestro cuerpo está unido por la cohesión de sus miembros. Hay miembros en el cuerpo que están destinados a contemplar la luz, y otros que no se separan del contacto con la tierra. El ojo, por ejemplo, está dirigido hacia la luz, y para no quedar ciego, se protege del polvo. El pie, por su parte, cumple correctamente su función cuando no rehúye el polvo de la tierra que debe pisar. Sin embargo, estos miembros del cuerpo se conectan entre sí al compartir mutuamente sus funciones, de modo que el pie corre para los ojos, y el ojo guía al pie.

44. Los miembros de la Iglesia, aunque distintos en sus funciones, están unidos por la caridad.---Así, los miembros de la santa Iglesia deben estar distintos en sus funciones y unidos por la caridad, de modo que los hombres eminentes provean el camino de aquellos que se ocupan en los asuntos terrenales, para que el pie camine como hacia la luz de los ojos, y a su vez, todo lo que los implicados en asuntos terrenales hagan, lo refieran al beneficio de los mayores, de modo que el pie, cuyo camino es previsto, no camine solo para sí mismo, sino también para los ojos. Así, mientras se asisten mutuamente en la administración alterna, se logra de manera admirable que, al ofrecerse mutuamente lo que pueden, las obras de cada uno se conviertan en aquellas que ellos mismos no pueden realizar.

45. Por necesidad, la contemplación debe interrumpirse para servir a la utilidad del prójimo.--Pero entre estas cosas, se debe saber que cuando faltan aquellos que puedan servir adecuadamente a las causas exteriores del prójimo, también deben aquellos que están llenos de dones espirituales condescender a la debilidad de ellos y, en la medida en que sea decoroso, servir a sus necesidades terrenales con la condescendencia de la caridad. No debe cansarse el ánimo si su sentido, siempre atento a la contemplación de las cosas espirituales, se inclina a veces, como disminuido, a la administración de asuntos menores, cuando el Verbo, por el cual todas las cosas fueron creadas, para beneficiar a los hombres, quiso, al asumir la humanidad, hacerse un poco menor que los ángeles. ¿Qué, entonces, es de extrañar si el hombre se inclina por el hombre, cuando el creador de los hombres y de los ángeles asumió la forma de hombre por el hombre? Sin embargo, el sentido no se disminuye cuando así se

inclina, porque penetra en las cosas superiores con mayor sutileza cuanto más humildemente, por amor al Creador, no desprecia las inferiores. ¿Qué hay indigno o difícil para nosotros si llevamos el ánimo arriba y abajo, cuando con la misma mano del cuerpo lavamos el rostro y también calzamos el pie? Por lo tanto, el bienaventurado Job, porque mientras realizaba grandes cosas no despreciaba las pequeñas, dice: [Vet. XXIII.] Y la causa que no conocía la investigaba diligentemente.

46. En los juicios no seamos precipitados. Los crímenes mayores deben ser creídos con más lentitud; pero cuando se reconocen, deben ser castigados más rápidamente. En este asunto veo que debemos tener cuidado de no ser nunca precipitados al emitir un juicio, de no juzgar temerariamente sin haber investigado, de no dejarnos llevar por cualquier mal rumor que escuchemos, de no creer en palabras dichas sin prueba alguna. Ciertamente tememos cometer esto si consideramos más detenidamente los hechos de nuestro Creador. Él mismo, para refrenarnos de emitir juicios apresurados, aunque todo está desnudo y abierto ante sus ojos, no quiso juzgar los males de Sodoma solo por lo que había oído, quien dijo: "El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado, y su pecado se ha agravado mucho; descenderé y veré si han consumado en obra el clamor que ha llegado hasta mí, o no es así, para que lo sepa" (Génesis XVIII, 20). Así pues, el Señor Omnipotente (2, q. 1, c. Deus omnipotens) y que todo lo sabe, ¿por qué parece dudar antes de la prueba, sino para proponernos un ejemplo de gravedad, para que no presumamos creer en los males de los hombres antes de probarlos? He aquí que descende por medio de ángeles para conocer los males, y pronto castiga a los malhechores; y aquel paciente, aquel manso, aquel de quien está escrito: "Tú, Señor, juzgas con tranquilidad" (Sabiduría XII, 18), aquel de quien está escrito nuevamente: "El Señor es paciente al devolver" (Eclesiástico V, 4); encontrando a aquellos envueltos en tan gran crimen, parece haber dejado de lado la paciencia, y no quiso esperar el día del juicio final para la venganza, sino que los anticipó con el fuego del juicio antes del día del juicio. He aquí que creyó el mal con dificultad cuando lo oyó, y sin embargo lo castigó sin demora cuando lo encontró verdadero al conocerlo, para darnos un ejemplo de que los crímenes mayores deben ser creídos con lentitud cuando se escuchan, y castigados más rápidamente cuando se reconocen verdaderamente. Por lo tanto, el bienaventurado Job, llevando la preocupación de esta diligencia, dice: "Y la causa que no conocía, la investigaba diligentemente". Estas palabras, ciertamente, también podemos referirlas no inconvenientemente a la interpretación típica a través de la voz de la Iglesia. Pues ella, a través de sus elegidos, cuando juzga los males de los carnales, investiga lo que no conoce, porque los males que no conoce al actuar, los investiga corrigiendo a través del juicio. Así, la Santa Iglesia, cuando ha sido oprimida temporalmente por la maldad de los injustos, recuerda diciendo: "La causa que no conocía, la investigaba diligentemente". Como si dijera abiertamente: Los males que no conocía al actuar en mis elegidos, los castigaba juzgando estrictamente a los hombres inicuos. Y porque ahora, con el poder de su predicación, aplasta al diablo, y arrebatada de su boca el alma de cada uno que recibe, sigue diciendo:

CAPÍTULO XXVI [Rec. XV].

VERS. 17.---Trituraba las muelas del inicuo, y de sus dientes arrancaba la presa.

47. La Iglesia arrebatada al diablo su presa cuando llama a alguien de vuelta del error o del pecado. ¡Oh, qué presa arrebató de la boca del diablo cuando, al convertir a Saulo, lo rescató, mientras él, aún respirando amenazas y con cartas en mano, se dirigía a Damasco! Y mientras perseguía a los fieles para congregar una presa para el diablo, al reconocer la fe, él mismo se unió a Cristo (Hechos IX, 2). Tantas veces la Iglesia ha arrebatado presas de los dientes del

inicuo, cuantas veces ha rescatado un alma del mordisco del error predicando. ¿Quién puede ser llamado más verdaderamente inicuo que el diablo? Trituramos sus muelas cada vez que, discurrendo contra sus insidias, mostramos sus maquinaciones ocultas; y es como si arrebatáramos una presa de sus dientes, porque la mente que ya había mordido al quebrantarla con el pecado, la llamamos de vuelta a la salvación de la vida. [Vet. XXIV.] Por las muelas se demuestran sus insidias ocultas, y por los dientes la perpetración abierta de la culpa. De estas muelas y dientes está escrito por el salmista: Dios quebrantará sus dientes en sus bocas, el Señor romperá las muelas de los leones (Salmo LVII, 7). Pero el hombre santo afirma que primero tritura las muelas para poder después arrebatarse la presa de sus dientes, porque verdaderamente arrebatamos la presa de sus dientes cuando primero sabemos triturar sus muelas. Primero es necesario exponer las maquinaciones ocultas de sus consejos para que podamos luego rescatar el alma de nuestro oyente de la caída abierta. El mismo sumo pastor de la Iglesia trituraba las muelas de este inicuo predicando, cuando decía: Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; resistidle firmes en la fe (I Pedro V, 8). Contra este león, la santa Iglesia, al percibir sus insidias, fortalece los rediles de la fe. Tantas veces rompe sus muelas como destruye los argumentos de los herejes; y tantas veces arrebatase la presa de sus dientes como convierte a alguien del error predicando. Y porque muchos de los justos serán aquellos que creyeron que saldrían de este mundo en tiempos de paz eclesiástica, el bienaventurado Job, al narrar su historia, también indica las voces de los justos que le seguirán, diciendo:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XVI].

VERS. 18.---Y decía: En mi nido moriré, y multiplicaré mis días como la palma.

48. Si los hijos de Él desean disfrutar de la paz, permanezcan en su nido y seno. ¿Qué se expresa en este lugar con el nombre de nido, sino la tranquila quietud de la fe, con la cual cada uno de los débiles es nutrido? En efecto, aquella multitud de buenos, que fue descubierta en tiempos de persecuciones, creyó llenar sus días de alimento como en un nido, así en un lugar de quietud. Pues si la santa Iglesia no nutriese ahora a sus hijos débiles en el nido de la paz, el Salmista no diría: "Aun el gorrión ha encontrado casa, y la tórtola nido donde poner sus polluelos" (Salmo 83, 4). Ya el gorrión ha encontrado casa, porque nuestro Redentor ha entrado en la eterna morada del cielo. Y la tórtola ha encontrado nido, porque la santa Iglesia, afectada por el amor del Creador, utiliza frecuentes gemidos, y como si fuera un nido para sí, es decir, construye la paz más tranquila de la fe, en la cual calienta y cuida a sus hijos en crecimiento, como polluelos que empluman, en el regazo de la caridad hasta que vuelen a las alturas. Por lo tanto, porque entonces habrá quienes en tiempo de paz creyeron migrar a lo alto, es decir, volar del nido, su voz es anticipada por la voz del bienaventurado Job, cuando dice: "Y decía: En mi nido moriré." Y porque se prometían a sí mismos este mismo ocio de paz por la longitud de muchos días, añade correctamente, diciendo: "Y como la palma multiplicaré mis días." La palma, en efecto, progresa lentamente, pero permanece mucho tiempo en su verdor. Con muchas dificultades, la santa Iglesia llega al estado de la fe, y por la reunión de muchos desea permanecer más tiempo en la gloria de esa misma fe. Como la palma, por lo tanto, creyó multiplicar sus días, la cual, al surgir el momento de una súbita tentación, lamenta la gracia de su paz, tanto tardíamente adquirida por los fieles como rápidamente interceptada por los infieles.

[Vet. XXV.] 49. Por qué los justos son comparados con las palmas.---No sin razón la vida de los justos se compara con la palma, ya que la palma es áspera al tacto en su parte inferior y está envuelta en cortezas secas; pero en la parte superior es hermosa a la vista con sus frutos;

en la parte inferior se estrecha con las envolturas de sus cortezas, pero en la parte superior se expande con la amplitud de su hermosa verdor. Así es la vida de los elegidos, despreciada en lo inferior, hermosa en lo superior; en lo bajo está como envuelta en muchas cortezas, mientras se angustia con innumerables tribulaciones, pero en lo alto se expande con la amplitud de la retribución como con hojas de hermoso verdor. La palma tiene además otra característica que la diferencia de todos los demás tipos de árboles. Todo árbol se sostiene con gran amplitud cerca de la tierra, pero al crecer hacia arriba se estrecha, y cuanto más alto llega, más delgado se vuelve. La palma, sin embargo, comienza con menor amplitud desde abajo y se eleva con mayor robustez cerca de las ramas y los frutos; y lo que comienza delgado desde abajo, crece más vasto hacia lo alto. ¿A qué otros arbustos sino a las mentes terrenales se encuentran semejantes, vastos en lo inferior, estrechos en lo superior? porque ciertamente todos los amantes de este siglo son fuertes en las cosas terrenales (Dist. 47, c. 3), pero débiles en las celestiales. Pues desean esforzarse hasta la muerte por la gloria temporal, y por la esperanza eterna no perseveran ni un poco en el trabajo. Por las ganancias terrenales toleran cualquier injuria, y por la recompensa celestial rehúsan soportar las contumelias de la palabra más leve; son fuertes para asistir todo el día ante un juez terrenal, pero en la oración ante el Señor se cansan en un solo momento de una hora. A menudo toleran la desnudez, la humillación, el hambre, para adquirir riquezas y honores, y se atormentan con la abstinencia de aquellas cosas que se apresuran a obtener; pero disimulan tanto más buscar laboriosamente lo celestial, cuanto más piensan que se les retribuirá tardíamente. Estos, por tanto, son como los otros árboles, vastos hacia abajo, estrechos hacia arriba, porque son fuertes en lo inferior, pero fallan en lo superior. En cambio, la vida de los justos que progresa se designa por la cualidad de las palmas, que no son fuertes en los estudios terrenales y débiles en los celestiales; sino que se muestran más diligentes y distantes para Dios de lo que recuerdan haber sido para el mundo. Pues cuando a algunos se les dice por nuestro predicador: Digo esto en términos humanos, a causa de la debilidad de vuestra carne; así como presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad para iniquidad, así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia en santificación (Rom. VI, 19); sin duda se condesciende a su debilidad, como si se les dijera más claramente: Si ya no podéis más, al menos sed en el fruto de las buenas obras como fuisteis antes en la acción de los vicios, para que la santa libertad de la caridad no os encuentre más débiles de lo que os encontró el uso de la voluptuosidad terrena en la carne.

[Vet. XXVI.] 50. No se comparan verdaderamente con las palmas aquellos que, habiendo comenzado bien, no perseveran. Hay, sin embargo, algunos que, mientras aspiran a las cosas celestiales y abandonan las obras nocivas de este mundo, desfallecen diariamente desde su inicio por la inconstancia y la pusilanimidad. ¿A quiénes sino a estos podría comparar con los arbustos que no crecen hacia arriba como deberían desde abajo? Estos, al llegar a la conversión, no perseveran como comenzaron, y al igual que los árboles, son vastos al inicio, pero crecen delgados, porque durante un tiempo sufren pérdidas de virtudes a medida que el tiempo avanza. Poco a poco, en ellos languidecen los deseos celestiales; y aquellos que habían propuesto cosas robustas y fuertes, terminan con cosas débiles e insignificantes; y mientras avanzan con el aumento de la edad, crecen como flexibles. La palma, sin embargo, como se ha dicho, es más vasta en la cima de lo que era al comenzar desde la raíz, porque a menudo la conversión de los elegidos logra más al finalizar que lo que propone al comenzar; y si comienza con tibieza, termina con fervor, considerando siempre que está comenzando, y por eso perdura infatigable en la novedad. El profeta, al contemplar esta constancia de los justos, dice: Los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas, levantarán alas como las águilas, correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán (Isaías 40, 31). Cambian su fortaleza, porque se esfuerzan por ser fuertes en la obra espiritual, quienes antes eran fuertes

en la carne. Asumen alas como las águilas, porque vuelan contemplando. Corren y no se fatigan, porque predicán con gran celeridad. Caminan y no se cansan, porque retienen la velocidad de su entendimiento, para condescender con los más lentos. En todos los bienes que reciben, cuanto más los comparten con otros, tanto más perduran inmutables en la novedad; y aquellos que salen delgados desde la raíz del inicio, se fortalecen en la perfección de la cima. Que diga, pues, el bienaventurado Job desde su propia persona, que diga con la voz de la santa Iglesia por aquellos que había tenido convertidos a ella en tiempos de paz, y que creía que perseverarían en buenas costumbres: Y decía: En mi nido moriré, y multiplicaré mis días como la palma. Pues creyó multiplicar sus días como la palma, ya que pensaba que las mentes de los fieles se levantarían más robustas hasta el final. Porque cuando los corazones de muchos comienzan a debilitarse por las persecuciones, lamenta que aquellos que admiraba por haber propuesto cosas fuertes, ahora tiendan a la debilidad. Y porque siempre se dedica con mente espiritual al conocimiento, se añade correctamente.

CAPÍTULO XXVIII.

VERS. 19.---Mi raíz está abierta junto a las aguas.

51. La Iglesia siempre se dedica a la ciencia espiritual. Pues la raíz se abre junto a las aguas, cuando la mente en silencio se expande para recibir los flujos de la verdad. Como ya dijimos en el libro anterior (Lib. VIII, n. 81), en el lenguaje sagrado, el término "raíz" suele designar el pensamiento oculto. Así, abrimos nuestra raíz junto a las aguas cuando dirigimos la reflexión del corazón silencioso hacia la infusión íntima. [Vet. XXVII.] Si llevamos estas palabras a la voz de la santa Iglesia, la raíz de esta debe entenderse como la encarnación del Redentor. Esta se abrió junto a las aguas cuando Dios, invisible, se manifestó a nuestra visión a través de la asunción de su humanidad. El Creador, que en su divinidad no podía ser visto, asumió de nosotros aquello por lo cual pudiera ser visto por nosotros. Por lo tanto, la raíz se abre junto a las aguas, porque el autor del género humano se muestra a los hombres a través de su humanidad. Por eso, también se dice acertadamente a través del Salmista: Y será como un árbol plantado junto a corrientes de aguas (Salmo I, 3). Las corrientes de aguas son los tránsitos diarios de los pueblos que perecen. Y la Verdad dice de sí misma: Si en el árbol verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? (Lucas XXIII, 51). El árbol junto a las corrientes de aguas es, porque ofreciendo fruto y protección de su sombra, el creador apareció en la carne, para que el género humano, a través de la resurrección, se fijara, lo que por el defecto diariamente iba hacia la muerte. Sigue:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Y vosotros permaneceréis en mi cosecha.

52. La cosecha de su rocío de gracia debe ser atribuida.---Se sobreentiende, decía. La cosecha de la santa Iglesia no se entiende inadecuadamente cuando las almas perfectas, separadas de los cuerpos, como las mieses maduras cortadas de la tierra, emigran a los graneros celestiales; lo cual, porque no se realiza por nuestra virtud, sino por la gracia celestial que se otorga, bien dice: Y el rocío permanecerá en mi cosecha. Pues el rocío cae desde arriba, la cosecha se recoge abajo. Por lo tanto, el rocío permanece en la cosecha, porque la gracia que viene de arriba actúa para que seamos dignos de ser recogidos de lo inferior. Porque al infundirnos desde arriba, llevamos el fruto de las buenas obras. Por lo cual, también correctamente se dice por Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia en mí no fue en vano (I Cor. XV, 10). Si se pregunta qué es el rocío que viene de arriba, dice: Por la gracia de Dios soy lo que

soy. Si observamos la cosecha creciendo bajo el rocío, dice: Y su gracia en mí no fue en vano, sino que trabajé más abundantemente que todos ellos. Sigue:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 20.---Mi gloria se renovará siempre, y mi arco se restaurará en mi mano.

53. La Iglesia llora a los hijos que reconoce que regresan a la vida antigua. — Se sobreentiende decía. En efecto, se une a la sentencia anterior lo que se introduce con una locución continua, cuando dice: Y decía: En mi nido moriré, y como la palma multiplicaré mis días. Y luego se añade: Mi raíz está abierta junto a las aguas, y el rocío permanecerá en mi cosecha. Mi gloria siempre se renovará, y mi arco en mi mano se restaurará. Es evidente para todos los que saben que los vicios pertenecen a la vida antigua, las virtudes a la nueva. Por eso Pablo dice: Despojándoos del hombre viejo con sus actos, y revistiéndoos del nuevo (Colosenses III, 9). Por eso nuevamente dice: Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente (Romanos VI, 6). Por eso el Salmista, hablando en representación del género humano, atrapado entre los espíritus malignos, dice: Me he envejecido entre todos mis enemigos (Salmo VI, 8). Pues por el fervor de la mente, ya sea entre enemigos espirituales o entre cualesquiera prójimos carnales, envejecemos de algún modo por el uso de vivir, y oscurecemos la apariencia de la novedad asumida. Sin embargo, de esta vejez, si los esfuerzos de la circunspección vigilan diariamente, renovamos orando, leyendo, viviendo bien, porque nuestra vida, mientras se lava con lágrimas, se ejercita en buenas obras, se dirige a santas meditaciones, se repara sin cesar hacia su novedad. Por tanto, el bienaventurado Job narra así lo suyo, para significar lo nuestro, porque la santa Iglesia, cuando ve a sus fieles regresar a las culpas de la vida antigua, a aquellos que observa perder la novedad de la mente, se ve obligada a llorar. En efecto, el predicador egregio dice a sus discípulos: ¿Cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria? ¿No sois vosotros ante el Señor? (I Tesalonicenses II, 19). Por tanto, la santa Iglesia lamenta como una gloria perdida, cuando considera que sus fieles regresan a la vida antigua. Pues dice: Decía: Mi gloria siempre se renovará, porque a aquellos que creyó que militaban en ella en la nueva vida, los reconoce sirviendo a los deseos antiguos.

[Vers. XXVIII.] 54. Cuántos significados se atribuyen al nombre de arco en las Sagradas Escrituras.---El nombre de arco en el lenguaje sagrado a veces designa las insidias de los malvados, a veces el día del juicio, y a veces las mismas Sagradas Escrituras. En efecto, las insidias se figuran mediante el arco, como dice el Salmista: Han tensado su arco, cosa amarga (Salmo LXIII, 4). También el día del juicio final se designa mediante el arco, como dice nuevamente el mismo Salmista: Mostraste a tu pueblo cosas duras, nos diste a beber vino de compunción; diste a los que te temen una señal, para que huyan de la cara del arco (Salmo LIX, 5). En el arco, cuanto más se tensa la cuerda, tanto más sale la flecha con fuerza. Así, el día del juicio final, cuanto más se difiere su llegada, tanto más severa será la sentencia cuando llegue. Por eso, ahora somos golpeados por diversas calamidades, para que, corregidos por ellas, podamos ser hallados más preparados entonces. De ahí que se haya dicho antes: Mostraste a tu pueblo cosas duras, es decir, los flagelos del mundo, que preceden al día del juicio más grave que vendrá. Nos diste a beber vino de compunción, para que las alegrías terrenales se conviertan en lágrimas. Distes a los que te temen una señal, para que huyan de la cara del arco. Como si dijera abiertamente: Este es el tiempo de la misericordia, aquel será el tiempo del juicio. Por estos flagelos del tiempo presente, indicas cómo golpearás entonces cuando juzgues sin perdonar, tú que ahora golpeas con severidad cuando perdonas.

55. La misma Sagrada Escritura es el arco de la Iglesia.---A veces, sin embargo, también se designa la Sagrada Escritura con el término arco. Ella misma es el arco de la Iglesia, ella misma es el arco del Señor, del cual llegan a los corazones de los hombres como flechas que hieren, así sentencias que aterrorizan. Por lo cual, con razón también se dice a través del Salmista: "Tendió su arco y lo preparó, y en él preparó armas de muerte, hizo sus flechas ardientes" (Salmo VII, 13). En efecto, el Señor tendió su arco; porque a todos los pecadores les mostró amenazas a través de la Sagrada Escritura. En ese arco, ciertamente, prepara armas de muerte, porque según la sentencia de su palabra condena como reprobos a aquellos que ahora descuidan corregirse. En el mismo también hizo sus flechas ardientes, porque en aquellos a quienes corrige mediante el terror, lanza sentencias encendidas de palabras. De este arco de los predicadores se dice a través de Isaías: "Con flechas y arco entran allí" (Isaías VII, 24), porque ciertamente los santos apóstoles vinieron con las afiladas puntas de las palabras para herir la dureza de la vida gentil. ¿Qué, pues, debe entenderse en este lugar con el nombre de arco sino el sagrado elocuente? En la cuerda se toma el Nuevo Testamento, y en el cuerno el Antiguo Testamento. En el arco, sin embargo, cuando se tira de la cuerda, el cuerno se curva; así en este mismo sagrado elocuente, cuando se lee el Nuevo Testamento, se suaviza la dureza del Antiguo Testamento. Porque a sus preceptos espirituales y suaves se inclina el rigor de aquella letra, ya que el Nuevo Testamento, cuando se tira como con un brazo de buena obra, se doblan las leyes de severidad en el Antiguo Testamento. No decimos indebidamente que la cuerda concuerda con el Nuevo Testamento, que se sabe que existió por la encarnación del Señor. Así, pues, se tira de la cuerda y se curvan los cuernos, porque cuando en el Nuevo Testamento se reconoce la encarnación del mediador, el rigor del Antiguo Testamento se inclina hacia la inteligencia espiritual. Dice, por tanto, el santo varón: "Decía: Mi gloria siempre se renovará, y mi arco en mi mano se restaurará."

56. Utiliza correctamente este arco quien, comprendiendo las palabras divinas, las lleva a cabo con sus obras. El arco en la mano es la Sagrada Escritura en acción. En efecto, sostiene el arco en la mano quien lleva a cabo con sus obras las palabras divinas que comprende con el intelecto. Por lo tanto, el arco se renueva en la mano cuando todo lo que se aprende estudiando la Sagrada Escritura se completa viviendo. De ahí que Salomón, al describir a los valientes guerreros de la lucha espiritual, dijo: Todos empuñan espadas y son muy diestros en la guerra (Cant. III, 8). Pues bien, Pablo aclaró qué se figura con la espada en la Sagrada Escritura, diciendo: Y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (Efes. VI, 17). Sin embargo, Salomón no dijo: Todos tienen espadas, sino empuñan, porque evidentemente no es admirable solo conocer la palabra de Dios, sino también practicarla. Tiene, pero no empuña la espada, quien conoce la palabra divina, pero descuida vivir según ella. Y ya no puede ser diestro en la guerra quien no ejercita la espada espiritual que posee. Pues no basta para resistir las tentaciones quien, viviendo mal, pospone empuñar esta espada de la palabra de Dios. Así pues, la Santa Iglesia, que es oprimida por la persecución que se avecina, considerando la abundancia de los malos y la escasez de los buenos, anuncia sus pérdidas con las palabras del bienaventurado Job, diciendo: Y decía: En mi nido moriré, y multiplicaré mis días como la palma. Mi raíz está abierta junto a las aguas, y el rocío permanecerá en mi cosecha. Mi gloria se renovará siempre, y mi arco se renovará en mi mano. Considerando todas estas cosas, no se engañaba con una esperanza vana. Pues los perfectos ahora contemplan a muchos de sus ayudantes, pero sin duda consideran que, al surgir el momento de la persecución, muchos de ellos se convierten en sus enemigos, quienes en tiempos de paz parecen ser sus ciudadanos. Sin embargo, no desesperan de todos, pero a menudo sucede que aquellos en quienes tenían mayor confianza en la fe, se convierten en los enemigos más feroces de esa misma fe, de modo que los ven actuar contra las palabras sagradas, de cuya operación creían que restaurarían estas mismas palabras sagradas para la gracia de la

predicación. Sin embargo, lamentamos que estos tiempos ya hayan comenzado, cuando vemos a muchos dentro de la Iglesia que o no quieren practicar lo que entienden, o incluso desprecian entender y conocer esta misma palabra sagrada. Pues apartando su oído de la verdad, se vuelven a las fábulas, mientras buscan todos lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo (Filip. II, 21). Los escritos de Dios, encontrados por todas partes, se presentan ante los ojos, pero los hombres desprecian conocerlos. Casi nadie busca saber lo que ha creído. Por lo tanto, la multitud de los buenos que precedieron lamenta que su arco sea destruido, ya que siempre creyeron que la palabra sagrada sería restaurada por el estudio de los que vendrían después.

LIBRO VIGÉSIMO. Se explican más extensamente los cinco últimos versos del capítulo XXIX del libro de Job, junto con el capítulo XXX completo, especialmente sobre los herejes y los carnales que atormentan a la Iglesia.

CAPÍTULO PRIMERO.

635 1. La Sagrada Escritura debe ser antepuesta a los demás libros.---Aunque la Sagrada Escritura trasciende sin comparación alguna toda ciencia y doctrina, dejando de lado que proclama la verdad, que llama a la patria celestial; que transforma el corazón del lector de los deseos terrenales a abrazar lo celestial; que con palabras más oscuras ejercita a los fuertes, y con lenguaje humilde halaga a los pequeños, que no está tan cerrada como para temerla, ni tan abierta como para que se desprecie, que con el uso elimina el tedio, y tanto más se ama cuanto más se medita; que ayuda al ánimo del lector con palabras humildes, lo eleva con sentidos sublimes, que de algún modo crece con los lectores, que por los lectores inexpertos es como reconocida, y sin embargo siempre se encuentra nueva para los doctos; así pues, dejando de lado el peso de las cosas, trasciende todas las ciencias y doctrinas incluso por el modo de su locución, porque con un mismo discurso mientras narra el texto, revela el misterio, y sabe decir lo pasado de tal manera que con ello mismo sabe predecir lo futuro, y sin cambiar el orden del discurso, con las mismas palabras sabe describir lo pasado y anunciar lo que ha de venir, como estas mismas palabras del bienaventurado Job, que mientras dice lo suyo, predice lo nuestro; y mientras indica sus propios lamentos a través del discurso, expresa las causas de la santa Iglesia a través del entendimiento. Pues dice:

CAPÍTULO II.

CAP. XXIX, VERS. 21-23.---Los que me escuchaban, esperaban mi sentencia, y atentos guardaban silencio ante mi consejo. No se atrevían a añadir nada a mis palabras, y sobre ellos destilaba mi elocuencia. Me esperaban como a la lluvia, y abrían su boca, como al aguacero tardío.

2. Los fieles escuchan a la Iglesia docente, siguiendo sus palabras, no juzgándolas. --- Creemos sin duda que esta fue la reverencia de los súbditos en el bienaventurado Job. Pero, como ya hemos dicho muchas veces, la santa Iglesia, oprimida por las tribulaciones de los herejes o carnales, recuerda los tiempos pasados, en los cuales todo lo que ella decía era escuchado con temor por los fieles, y lamentando la obstinación de sus adversarios, dice: [Rec. II.] Los que me escuchaban, esperaban la sentencia, y atentos guardaban silencio ante mi consejo. Como si dijera abiertamente: No como estos obstinados y altivos, que mientras rehúsan recibir las palabras de la verdad, se adelantan a las sentencias de mi predicación como si enseñaran. Ahora sus discípulos guardan silencio atentos a su consejo, porque no se

atreven a impugnar sus palabras, sino a creerlas. Pues para poder beneficiarse de ellas, sin duda las escuchan no para juzgarlas, sino para seguirlas.

3. A su doctrina no añaden nada. De manera diferente los herejes.---De quienes se dice correctamente: No se atrevían a añadir nada a mis palabras, porque ciertamente entonces los herejes, cuando con la peor libertad se desbocaron en contra de esto, presumen añadir algo a sus dichos, cuando intentan como corregir la rectitud de sus enseñanzas. Lo que aún se dice de los buenos oyentes: Y sobre ellos destilaba mi elocuencia.

4. Los predicadores deben adaptarse a la capacidad de sus oyentes. — ¿Qué otra cosa se entiende por esta destilación del discurso sino la medida de la santa predicación? Porque es necesario que la gracia de la exhortación se ofrezca a cada uno según la capacidad de su entendimiento. Por lo tanto, al decir: "No se atrevían a añadir nada a mis palabras", se alaba la reverencia de los oyentes. Y al añadir: "Y sobre ellos destilaba mi discurso", se indica la disposición de los maestros. Quien enseña debe observar con sutileza, para no esforzarse en predicar más de lo que el oyente puede captar. Debe descender adaptándose a la debilidad de los oyentes, no sea que, al hablar de cosas sublimes a los pequeños, y por tanto no provechosas, se preocupe más por mostrarse a sí mismo que por beneficiar a los oyentes. [Vet. II.] Sin embargo, por mandato del Señor, no solo se preparan copas para la mesa del tabernáculo, sino también cálices (Éxodo XXXVII, 16). ¿Qué se designa por las copas sino la amplia predicación, y por los cálices sino la mínima y tenue locución sobre Dios? En la mesa del Señor, por tanto, se preparan tanto copas como cálices, porque en la doctrina del sagrado discurso no solo deben ofrecerse cosas grandes y arcanas que embriagan, sino también pequeñas y sutiles que proporcionan conocimiento casi por degustación. Por lo tanto, la santa Iglesia, oprimida en estos últimos tiempos, debe recordar esta discretísima disposición suya y decir: "Sobre ellos destilaba mi discurso".

5. Los humildes abren su boca para recibir sus enseñanzas como la lluvia tardía.---Donde también se añade adecuadamente: Me esperaban como la lluvia, y abrían su boca como para la lluvia tardía. Pues soportamos las palabras de la santa predicación como la lluvia, cuando con verdadera humildad reconocemos la aridez de nuestro corazón, para ser regados con el agua de la santa predicación. Por lo cual, se dice correctamente a Dios por medio del Salmista: Mi alma es para ti como tierra sin agua (Salmo 142, 6). El profeta nos advierte que nos llenemos de estos flujos de doctrina, diciendo: Sedientos, venid a las aguas (Isaías 55, 1). Cuando recibimos las palabras de la santa predicación ya en la última parte del siglo, abrimos la boca del corazón como para la lluvia tardía. Pues si no hubiera boca en el corazón, el Salmista no diría: Labios engañosos en el corazón, y con el corazón hablaron maldades (Salmo 11, 3). Por lo tanto, porque dirigimos la boca del corazón a las palabras de la última predicación, la abrimos como a flujos tardíos. Esta predicación ciertamente surgió de su sacrificio hacia nosotros, quien dice por medio del Salmista: La elevación de mis manos es sacrificio vespertino (Salmo 140, 2). Porque nuestro Redentor, cerca del fin del mundo, soportó la violencia de los perseguidores, se dio a sí mismo como sacrificio vespertino por nosotros. De esta lluvia tardía está escrito en otro lugar: Os daré lluvia temprana y tardía (Jeremías 5, 24). Dio la lluvia temprana, porque a sus elegidos en el tiempo anterior de la ley les concedió entendimiento. También otorgó la lluvia tardía, porque hizo que en los últimos días se predicara el misterio de su encarnación. Y como la santa Iglesia no cesa de anunciarlo diariamente, infunde las bocas del corazón de los oyentes como de la lluvia tardía. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 24.---Si alguna vez les sonreía, no lo creían, y la luz de mi rostro no caía en tierra.

637 6. El prelado debe mostrarse tan grave que no sea odioso; tan alegre que no sea vil. Si entendemos esto según las palabras de la historia, es necesario creer que el hombre santo se mostró de tal manera ante sus súbditos que incluso riendo podía ser temido. Pero cuando anteriormente se dice que fue padre de los pobres y consolador de las viudas, se requiere una gran discreción para entender cómo, en medio de tanto terror del gobierno, también hubo tanta suavidad y mansedumbre de piedad. Sin una gran suavidad de benignidad, no habría sido posible que se llamara a sí mismo padre de los pobres y consolador de las viudas. Pero, a su vez, sin una gran severidad, no podría haber sido temido incluso riendo. ¿Qué otra cosa se nos enseña en esto, sino que la administración del gobierno debe ser tal que quien preside modere su conducta hacia los súbditos de manera que, sonriendo, deba ser temido, y enojado, amado? para que ni la excesiva alegría lo haga vil, ni la severidad desmedida lo haga odioso. A menudo quebrantamos a los súbditos cuando mantenemos el vigor de la justicia más allá de lo justo. Este vigor ciertamente ya no será de justicia si no se mantiene bajo un justo control. Y a menudo liberamos a los súbditos del temor a la disciplina si aflojamos las riendas de la alegría en nuestro gobierno, porque cuando nos ven casi licenciosamente alegres, ellos mismos se resuelven audazmente a lo ilícito. Pero para que el rostro del rector, incluso alegre, deba ser temido, es necesario que él mismo tema sin cesar el rostro de su Creador. Porque es difícil creer que una mente que se sabe afligida continuamente por amor al Señor pueda alegrarse. Por eso, el mismo bienaventurado Job dirá poco después: Siempre temí a Dios como olas que se levantan sobre mí (Job 31, 23). Así temía a su juez, como si fueran embates de olas inminentes, a punto de morir. Por tanto, los súbditos no creían en su alegría, porque se veían obligados a no creer en quien conocían que su corazón estaba sostenido por una continua tristeza en el temor de su Creador.

7. Nuestra luz cae a la tierra cuando deseamos cosas terrenales. Esto también se puede interpretar de manera adecuada según la historia, como se menciona inmediatamente: Y la luz de mi rostro no caía en la tierra. Está escrito: Los ojos de los necios están en los confines de la tierra (Prov. XVII, 24). Y nuevamente, por el mismo Salomón se dice: Los ojos del sabio están en su cabeza (Ecle. II, 14). Pablo también dice: La cabeza del hombre es Cristo (I Cor. XI, 3). Por lo tanto, los ojos del sabio están en su cabeza, mientras contempla siempre las obras de su Redentor, que debe imitar. Así, la luz de su rostro no cayó en la tierra, porque no miró con deseo las cosas terrenales.

8. Los santos nunca están seguros. La seguridad imprudente es un grave peligro.---Pero, dado que hemos discutido brevemente la superficie de la historia, consideremos qué puede ocultarse en ella desde un entendimiento místico. Ya hemos dicho a menudo que Cristo y la Iglesia son una sola persona, y frecuentemente la voz de la cabeza pasa a ser la voz del cuerpo, y la voz del cuerpo pasa a ser la voz de la cabeza. Porque aquellos que son una sola carne, nada impide que también coincidan en una sola voz. Que diga entonces con la voz de la cabeza sobre sus elegidos, que diga la Iglesia: Si alguna vez me reía con ellos, no lo creían. Reír de Dios es prosperar los caminos de los santos con su favor, como también se dice por costumbre de aquellos a quienes en este mundo acompañan los halagos de la felicidad: El tiempo les sonrió. De donde, por el contrario, se llama ira del Señor, debilitarse en las buenas acciones, como está escrito: No sea que se enoje el Señor, y perezcáis del camino justo (Sal. II, 12). Si, por lo tanto, se dice que el Señor se enoja cuando los hombres pierden el camino de la justicia, correctamente se dice que el Señor sonríe cuando nuestras buenas obras son acompañadas por el favor de la gracia suprema. [Res. V.] Pero los elegidos, mientras están en esta vida, no prometen para sí mismos la confianza de la seguridad. Pues en todas las horas,

sospechosos de las tentaciones, temen las insidias del enemigo oculto, que incluso cuando cesa la tentación, se turban gravemente solo con la sospecha. Porque a menudo la seguridad imprudente ha sido un grave peligro para muchos, de modo que conocieron las insidias del enemigo astuto no al ser tentados, sino ya al ser derribados. Siempre se debe vigilar, para que la mente continuamente preocupada nunca se relaje en su intención suprema, no sea que, abandonando lo laborioso, en pensamientos frívolos, como acostada en ciertas blandas pajas, la mente se prostituya relajada al diablo corruptor que viene. Siempre, en verdad, el ánimo debe ser erigido para el combate del adversario; siempre se debe prever con cautela contra las insidias ocultas. De ahí que el profeta Habacuc diga: Sobre mi guardia estaré (Hab. II, 1). De ahí que nuevamente esté escrito: Coloca una atalaya; pon para ti amarguras, tú que evangelizas a Sion (Jerem. XXXI, 21). De ahí que por Salomón se diga: Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso; pero el que es de mente dura, caerá en el mal (Prov. XXVIII, 14). De ahí que nuevamente diga: Cada uno con su espada sobre su muslo, por los temores nocturnos (Cant. III, 8). Los temores nocturnos son, en efecto, las insidias de la tentación oculta. La espada sobre el muslo es la vigilancia que guarda, oprimiendo las seducciones de la carne. Para que, por lo tanto, el temor nocturno, es decir, la tentación oculta y repentina, no se infiltre, siempre es necesario que nuestra vigilancia oprima con la espada superpuesta. [Vet. IV.] Los hombres santos están tan seguros de la esperanza, que sin embargo siempre están sospechosos de la tentación; a quienes se les dice: Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor (Sal. II, 11), para que de la esperanza nazca la alegría, y de la sospecha nazca el temblor. En cuya voz nuevamente el salmista dice: Alégrese mi corazón, para que tema tu nombre (Sal. LXXXV, 11). En lo cual se debe notar que no dice: Alégrese para que esté seguro, sino, Alégrese para que tema. Recuerdan, pues, que aunque su acción prospere, aún están en esta vida; de la cual se dice por el mismo Job: La vida humana sobre la tierra es una tentación (Job. VII, 1). Recuerdan nuevamente lo que está escrito: El cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Recuerdan y temen, y no presumen prometerse certeza en sí mismos; sino que, puestos entre la alegría de la esperanza y el temor de la tentación, confían y temen; se confortan y titubean; se aseguran y están sospechosos. Bien, pues, por la voz del miembro elegido bajo la figura de nuestra cabeza se dice: Si alguna vez me reía con ellos, no lo creían, porque a nuestro Redentor, como si sonriera, no le creemos, mientras, ya con muchos de sus dones testificando, recibimos la gracia de su favor, y sin embargo, aún bajo su juicio, titubeamos por nuestra debilidad.

9. San Pablo, ya arrebatado al tercer cielo, no estuvo libre de temor. Veamos cómo a Pablo ya se le sonríe por la gracia celestial, y él aún casi no cree por el miedo de la sospecha. Ya desde el cielo el Señor le había hablado, abriendo sus ojos interiores y cerrando los exteriores, mostrando el poder de su majestad (Hechos IX, 4); ya Ananías había dicho de él: "Es un vaso de elección para mí" (Ibid. IX, 15); ya había sido arrebatado al tercer cielo (II Cor. XII, 2); ya había sido llevado al paraíso y había oído palabras secretas que no podía expresar; y sin embargo, aún temeroso dice: "Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado" (I Cor. IX, 27). He aquí que la gracia divina le sonríe y ya cree por la esperanza, y sin embargo, aún no cree por la seguridad. Pues bien, estas palabras de nuestro Redentor concuerdan con las voces, como también lo atestiguan las palabras siguientes, cuando se dice: "Y la luz de mi rostro no caía en la tierra". ¿Qué es la tierra, sino el pecador, a quien se le dijo en la primera sentencia: "Eres polvo, y al polvo volverás" (Génesis III, 19)? Por lo tanto, la luz del rostro del Señor no cae en la tierra, porque la claridad de su visión no aparece a los pecadores. Pues está escrito: "Sea quitado el impío, para que no vea la gloria de Dios" (Isaías XXVI, 10). Como si la luz

cayera en la tierra, si en el juicio final, viniendo, revelara la claridad de su majestad a los pecadores.

10. No se deben predicar cosas fuertes a los débiles.---Si recibimos estas palabras de la voz de la santa Iglesia, podremos entender sin incongruencia que la luz de su rostro no cae en la tierra, porque prohíbe predicar los misterios de su suprema contemplación a aquellos ocupados en acciones terrenales. Pues prohíbe decir cosas fuertes a los débiles, no sea que, al escuchar lo que no pueden comprender, sean oprimidos por las palabras de la predicación que debieron elevarlos. La misma luz corporal, que ilumina los ojos sanos, oscurece a los débiles; y cuando los ojos enfermos se exponen a la claridad del sol, a menudo se genera ceguera a partir de la luz. Así, la santa Iglesia, oprimida en tiempos de persecución, pero recordando su discreción pasada, puede decir: La luz de mi rostro no caía en la tierra. Pero dado que hemos comenzado a entender estas palabras desde su cabeza, continuemos con lo que sigue. Pues se añade:

CAPÍTULO IV [Rec. VI].

VERS. 25.---Si hubiera querido ir a ellos, me sentaba el primero.

11. En el corazón de los carnales, Cristo ocupa el último lugar; en el corazón de los justos, el primero.---Porque en el corazón de los réprobos, las acciones de la carne ocupan el primer lugar, y las acciones del alma el último, sin duda alguna, en sus pensamientos Cristo no ocupa el primer lugar, sino el último. Pero los elegidos, porque piensan ante todo en lo que es eterno, y disponen en último lugar y como mínimo lo que es temporal, a ellos se les dice con la voz magistral de la Verdad: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (Mateo VI, 33), en su corazón el Señor ocupa el primer lugar. Donde se dice adecuadamente: Si hubiera querido ir a ellos. Porque, como está escrito (Efesios I, 5), todo lo opera según el consejo de su voluntad; no según nuestro mérito, sino porque Él así lo quiere, el Señor nos ilumina con su visita. Así que viene cuando quiere; y cuando viene, ocupa el primer lugar, porque su llegada a nuestro corazón es gratuita, y el deseo de Él no es igual en nuestra mente a los demás deseos. Sigue:

CAPUT V [Rec. VII].

IBID.---Y cuando me sentaba como un rey rodeado por el ejército, era sin embargo el consolador de los que lloran.

12. Cristo, sentado en nosotros como un rey, consuela a los afligidos. Lo mismo hace la Iglesia. El Señor se sienta como un rey en el corazón, porque gobierna los movimientos del alma que resuenan en nuestros pensamientos. En la mente que habita, mientras despierta lo que está adormecido, frena lo inquieto, enciende lo frío, modera lo encendido, suaviza lo rígido, restringe lo fluido; de esta diversidad de pensamientos, un ejército parece rodearlo. O ciertamente, se sienta como un rey rodeado de un ejército, porque una multitud de virtudes rodea al que preside las mentes de los elegidos. Él también es el consolador de los afligidos, por la promesa que dice: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo 5, 5). Y de nuevo: Os volveré a ver, y se alegrará vuestro corazón; y nadie os quitará vuestro gozo (Juan 16, 22). Lo que hemos dicho sobre la cabeza de la santa Iglesia, nada impide que lo refiramos también a la voz de la misma Iglesia. En ella, el orden de los doctores preside como un rey, rodeado por la multitud de sus fieles. Esta multitud de fieles también se llama con razón ejército, porque se prepara diariamente, sin cesar, en la

disposición de las buenas obras contra las batallas de las tentaciones. La santa Iglesia también consuela los corazones de los afligidos, mientras considera las mentes de los elegidos afligidas por las penas de la peregrinación presente, y las alegra con la promesa de la patria eterna. Considera también que los pensamientos de los fieles están golpeados por el temor divino; y a aquellos que ve que han escuchado de Dios con temor, también actúa para que escuchen la mansedumbre de su piedad y así confíen.

13. Mezcla esperanza y temor, para que no confiemos imprudentemente en la misericordia, ni temamos desesperadamente la justicia. Así, la santa Iglesia mezcla esperanza y temor en la serie de su predicación sobre la piedad y justicia del Redentor, para que sus fieles no confíen imprudentemente en la misericordia, ni teman desesperadamente la justicia. Pues con las palabras de su cabeza, reconforta a los temerosos, diciendo: No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino (Luc. XII, 32). Y nuevamente aterra a los presuntuosos cuando dice: Velad y orad, para que no entréis en tentación (Marc. XIV, 38). De nuevo reconforta a los temerosos, diciendo: Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo (Luc. X, 20). Pero aterra a los presuntuosos en sí mismos, cuando dice: Vi a Satanás caer del cielo como un rayo (Ibid., X, 18). Reconforta a los temerosos, cuando dice: Mis ovejas oyen mi voz; y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano (Juan X, 27). Pero aterra a los presuntuosos en sí mismos, diciendo: Harán grandes señales y prodigios, de tal manera que, si fuera posible, engañarán incluso a los elegidos (Mat. XXIV, 24). Reconforta a los temerosos, diciendo: El que persevere hasta el fin, éste será salvo (Ibid., 13). Aterra a los presuntuosos, diciendo: Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8). Reconforta a los temerosos, cuando dice al ladrón: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Pero aterra a los presuntuosos, cuando Judas cae de la gloria del apostolado al abismo. De quien se dice por definición de sentencia: A los doce os elegí, y uno de vosotros es un diablo (Juan VI, 70). Reconforta al temeroso, cuando dice: Si un hombre deja a su esposa, y ella se va y se casa con otro hombre, ¿volverá a ella? ¿No estará esa mujer contaminada y profanada? Pero tú, que te has prostituido con muchos amantes, vuelve a mí, dice el Señor (Jerem. III, 1). Pero aterra al presuntuoso, cuando dice: ¿Por qué clamas por tu destrucción? Tu dolor es incurable (Jerem. XXX, 12). Reconforta al temeroso, diciendo: Al menos desde ahora llámame: padre mío, guía de mi virginidad eres tú (Jerem. III, 4). Pero aterra al presuntuoso, diciendo: Tu padre es amorreo, y tu madre hitita (Ezequiel XVI, 3). Reconforta al temeroso, cuando dice: Vuelve, Israel rebelde, y no apartaré mi rostro de vosotros, porque soy santo, dice el Señor, y no me enojaré para siempre (Jerem. III, 12). Pero aterra al presuntuoso, cuando prohíbe a su profeta interceder, diciendo: No tomes para ellos alabanza y oración, porque no escucharé en el tiempo de su clamor hacia mí en el tiempo de aflicción, porque si Moisés y Samuel estuvieran delante de mí, mi alma no estaría con este pueblo (Jerem. VII, 16). [Rec. VIII.] Así, la santa Iglesia eleva la mente de sus oyentes con la benignidad de la misericordia y los perturba con la severidad del juicio, para que en su predicación, al mezclar bien ambos, sus elegidos no presuman de la justicia exhibida, ni desesperen por la iniquidad pasada.

14. En los buenos pastores se unen la benignidad y la autoridad, la misericordia y la disciplina. Pero esto que dice: "Cuando me sentaba como rey rodeado por el ejército, era sin embargo consolador de los afligidos", debemos saber que puede edificar mucho al lector incluso desde el punto de vista histórico, si considera cómo en los buenos rectores se mezcla tanto la autoridad de gobernar como la benignidad de consolar. Dice: "Y cuando me sentaba como rey rodeado por el ejército", he aquí la autoridad del gobierno: "Era sin embargo consolador de los afligidos", he aquí el ministerio de la piedad. La disciplina o la misericordia

se ven muy disminuidas si se mantienen una sin la otra. Pero en los rectores debe haber tanto una misericordia que consuela justamente como una disciplina que actúa piadosamente. De ahí que a las heridas de aquel medio muerto, que fue llevado por el Samaritano a la posada, se les aplique tanto vino como aceite, para que las heridas sean mordidas por el vino y consoladas por el aceite, de modo que cada uno que está a cargo de sanar las heridas aplique en el vino el mordisco de la severidad y en el aceite la suavidad de la piedad; que las partes podridas sean limpiadas con el vino y las que deben ser sanadas sean consoladas con el aceite. Por lo tanto, debe mezclarse la suavidad con la severidad, y debe hacerse una especie de equilibrio entre ambas, para que los súbditos no sean ulcerados por demasiada aspereza ni debilitados por excesiva benignidad. Esto es precisamente lo que significa el arca del tabernáculo, en la cual junto con las tablas están la vara y el maná, porque con el conocimiento de la Sagrada Escritura en el corazón del buen rector, si hay vara de severidad, también debe haber maná de dulzura. De ahí que también David diga: "Tu vara y tu cayado me consuelan". Con la vara somos golpeados, y con el cayado somos sostenidos. Si, por lo tanto, hay la severidad de la vara que golpea, también debe haber la consolación del cayado que sostiene. Que haya amor, pero no debilitante; que haya vigor, pero no exasperante; que haya celo, pero no que se ensañe immoderadamente; que haya piedad, pero no que perdone más de lo conveniente. Es digno de observarse en el corazón de Moisés la misericordia unida a la severidad. Veamos a alguien que ama piadosamente y que actúa con severidad estricta. Ciertamente, cuando el pueblo israelita había cometido una ofensa casi irreparable ante los ojos de Dios, de tal manera que su rector escuchó: "Desciende, tu pueblo ha pecado", como si Dios le dijera de inmediato: "Quien ha caído en tal pecado ya no es mío", y añadiera: "Déjame, para que mi furor se encienda contra ellos y los destruya, y te haga a ti una gran nación"; él, una y otra vez, oponiéndose como obstáculo al ímpetu del Dios iracundo, dijo: "O perdona esta culpa a ellos, o si no lo haces, bórrame del libro que has escrito". Pensemos, pues, con qué entrañas amó a ese pueblo, por cuya vida pidió ser borrado del libro de la vida. Pero, sin embargo, este que está tan constreñido por el amor a su pueblo, pensemos con qué celo de rectitud se enciende contra sus culpas. Pues tan pronto como obtuvo el perdón de las culpas con su primera petición, para que no fueran destruidos, al llegar al mismo pueblo, dijo: "Que cada hombre ponga su espada sobre su muslo. Id y volved de puerta en puerta por el medio del campamento, y mate cada uno a su hermano, a su amigo y a su vecino". Y cayeron en aquel día como veintitrés mil hombres. He aquí que quien pidió la vida de todos incluso con su propia muerte, extinguió la vida de unos pocos con la espada. Ardió internamente con el fuego del amor, y externamente se encendió con el celo de la severidad. Tal fue su piedad, que no dudó en ofrecerse a la muerte ante el Señor por ellos; tal fue su severidad, que a aquellos que temía que fueran heridos divinamente, él mismo los hirió con la espada del juicio. Así amó a aquellos sobre los que presidía, que por ellos no se perdonó a sí mismo; y sin embargo, persiguió a los delincuentes, a quienes amó, de tal manera que incluso cuando el Señor perdonaba, él los derribaba. En ambos casos, fue un fuerte embajador, un admirable mediador, alegó la causa del pueblo ante Dios con oraciones, y la causa de Dios ante el pueblo con espadas. Amando internamente, se opuso a la ira divina suplicando; externamente, actuando con severidad, consumió la culpa golpeando. Acudió rápidamente a todos, mostrando la muerte de unos pocos. Y por eso el Dios omnipotente escuchó más rápidamente a su fiel siervo que actuaba por el pueblo, porque vio lo que él mismo iba a hacer sobre el pueblo por Dios. En el gobierno del pueblo, Moisés mezcló ambos, de modo que ni la disciplina faltara a la misericordia, ni la misericordia a la disciplina. Por lo tanto, aquí también se dice según ambas virtudes: "Y cuando me sentaba como rey rodeado por el ejército, era sin embargo consolador de los afligidos". Sentarse rodeado por el ejército es el vigor y la disciplina del gobierno; consolar los corazones de los afligidos es el ministerio de la piedad. Pero porque entre estas cosas es necesario que el discurso de la exposición recurra

a la inteligencia espiritual, la santa Iglesia, presionada por sus adversarios en los últimos tiempos, recuerda los derechos del gobierno pasado; recuerda también cuántos beneficios de piedad ha exhibido a los afligidos. Cuyo disciplina y misericordia son entonces ridiculizadas por los frívolos. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO VI [Ant. VII, Rec. IX].

CAP. XXX, VERS. 1.---Ahora, sin embargo, se burlan de mí los más jóvenes.

15. Todos los herejes son más jóvenes que la Iglesia.---Todos los herejes, comparados con la edad de la Iglesia universal, son justamente llamados más jóvenes en el tiempo, porque ellos salieron de ella, y no ella de ellos. Por lo tanto, también se dice correctamente por Juan: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (1 Juan 2, 19). Por lo tanto, los que se han apartado de ella se burlan de la santa Iglesia, despreciando las palabras de su doctrina, sobre los cuales aún se añade:

IBID.---Cuyos padres no consideraba dignos de poner con los perros de mi rebaño.

¿Quién es el rebaño de la santa Iglesia, sino la multitud de los fieles? ¿Y quiénes son llamados los perros de este rebaño, sino los santos doctores, que han sido los guardianes de esos mismos fieles? Ellos, mientras vigilaban día y noche por su Señor, lanzaron grandes, por así decirlo, ladridos de predicación. De ellos se dice a la misma Iglesia a través del Salmista: "La lengua de tus perros de entre tus enemigos" (Salmo 67, 24). Algunos, en efecto, fueron apartados de la adoración de ídolos y se convirtieron en predicadores de Dios. Por lo tanto, la lengua de los perros de la Iglesia surge de entre los enemigos, porque el Señor también hace predicadores a los gentiles convertidos. De ahí que la lentitud de los judíos, que no quisieron hablar por Dios, es reprendida por el profeta, quien dice: "Perros mudos, que no pueden ladrar" (Isaías 56, 10).

16. Sus líderes, incluso en aquellas cosas que parecen bien hechas, son reprobados.---Nos referimos a los padres de los herejes, es decir, a aquellos a quienes llamamos herejes; de cuya predicación perversa, es decir, de la semilla de su discurso, los pueblos que los siguen han sido engendrados en el error. Por lo tanto, la Santa Iglesia se niega a considerar a los padres de los herejes como guardianes de su rebaño, porque rechaza a los inventores de errores al juzgarlos, y se niega a contarlos entre los verdaderos padres. Aunque parezca que algunos de ellos han logrado apartar a otros del error del paganismo, o han enseñado a algunos a llevar una vida honesta, sin embargo, debido a que no han tenido pensamientos correctos sobre Dios, no los coloca entre los guardianes de su rebaño, porque no los cuenta entre los predicadores rectos. Es evidente que Arrio, Fotino, Macedonio, Nestorio, Eutiques, Dióscoro, Severo, y muchos otros similares, al enseñar y persuadir, intentaron parecer padres; pero la santa Iglesia universal, juzgando con severidad estricta sus errores, no los cuenta entre los guardianes de su rebaño, a quienes condena por dispersar la unidad de ese mismo rebaño. De ellos se dice con la voz de Pablo a los Efesios: Sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos feroces, que no perdonarán al rebaño (Hechos 20, 29). Y porque a veces los herejes, cuanto más caen en el error de la infidelidad, tanto más se cuidan en su operación exterior, de modo que parecen realizar grandes obras más que otros, la santa Iglesia universal desprecia todas sus obras, que considera que no proceden de la autoridad de la fe. Por lo tanto, con razón se añade también con la voz del bienaventurado Job:

CAPÍTULO VII.

VERS. 2.---Cuyo vigor de manos me era por nada: y se consideraban indignos de la misma vida.

17. Porque han abandonado la caridad de Dios y del prójimo. Algunos herejes han realizado milagros. Herejes indignos de vida, que bajo el nombre de Cristo luchan contra Cristo. En efecto, la virtud está en la mano como grandeza, en la operación. Pero la virtud de las manos de los herejes es considerada por la santa Iglesia como nada, porque, al haber perdido la verdadera fe, lo que hacen no tiene mérito alguno. Abandonan la caridad de Dios y del prójimo, quienes tienen falsos sentimientos sobre Dios y se dividen de sus prójimos por disputas. Pero el predicador insigne testifica que la virtud de las manos sin caridad no vale nada, quien dice: Si distribuyera todos mis bienes para alimentar a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 3). A veces, sin embargo, los herejes también hacen señales y milagros, pero para recibir aquí las recompensas de su aflicción y abstinencia, es decir, las alabanzas que buscan. Por lo cual, también se dice con la voz del Redentor: Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? Y entonces les confesaré que nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad. Con esta sentencia, ¿qué se da a entender, sino que los hombres deben venerar la humildad de la caridad, y no las señales de las virtudes? Por lo tanto, ahora la santa Iglesia, incluso si se realizan milagros por parte de los herejes, los desprecia, porque reconoce que estos no son un ejemplo de santidad. La prueba de la santidad no es hacer señales, sino que cada uno se ame a sí mismo, y tenga verdaderos sentimientos sobre Dios, y sobre el prójimo mejores que sobre sí mismo. Pues la verdadera virtud está en el amor, no en la demostración del milagro, como lo demuestra la verdad, que dice: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros (Juan XIII, 35). Porque no dice: En esto conocerán que sois mis discípulos, si hacéis señales, sino que dice: Si tenéis amor los unos por los otros, indica claramente que los verdaderos siervos de Dios no son probados por los milagros, sino solo por la caridad. El testimonio, por tanto, del discipulado supremo es el don del amor fraterno. Este amor, que todos los herejes rehúsan tener, mientras se dividen de la unidad de la Iglesia universal, con razón se dice de ellos: Cuya virtud de las manos era para mí como nada. Y porque no concuerdan con humildad en las mismas señales que exhiben, se añade correctamente: Y se consideraban indignos de la vida misma. O ciertamente, la santa Iglesia declara que todos los herejes son indignos de la vida misma, porque bajo el nombre de Cristo luchan contra el nombre de Cristo. De los cuales aún se añade:

CAPÍTULO VIII [Rec. X].

VERS. 3.---Por la indigencia y el hambre, estériles.

18. Los que investigan curiosamente lo divino, sufren de pobreza y esterilidad.---Todos los herejes, mientras en el sagrado discurso se esfuerzan por escrutar los secretos de Dios más allá de lo que comprenden, se vuelven estériles por su propia hambre. Pues no buscan aquello que les enseñe a sí mismos la humildad, que disponga sus costumbres en tranquilidad, que conserve la paciencia, que exhiba la longanimidad; sino que desean conocer solo aquello que los muestre como doctos y elocuentes, aquello que los haga parecer singularmente eruditos. Con frecuencia, de hecho, tratan audazmente sobre la naturaleza de la divinidad, mientras que, pobres de ellos, no se conocen a sí mismos. Por lo tanto, se vuelven estériles por su pobreza y hambre, porque desean escrutar aquello de lo que no producen brotes de buena

vida. En efecto, lo que investigan está más allá de ellos, y mientras tienden hacia lo que no pueden comprender, descuidan conocer aquello de lo que podrían haber sido instruidos. Qué bien refrena su audacia el insigne predicador, diciendo: No pensar más de lo que se debe pensar, sino pensar con sobriedad (Rom. XII, 3). De aquí que Salomón diga: Pon un límite a tu prudencia (Prov. XXIII, 4). Y nuevamente dice: Has encontrado miel, come lo que te basta, no sea que, saciado, la vomites (Prov. XXV, 16). Pues quien desea comer la dulzura de la inteligencia espiritual más allá de lo que puede asimilar, incluso lo que había comido lo vomita, porque mientras busca entender lo supremo más allá de sus fuerzas, también pierde lo que había entendido bien. Nuevamente dice: Como quien come mucha miel, no le es bueno, así quien investiga la majestad, será oprimido por la gloria (Ibid., 27). Pues la gloria del invisible Creador, que moderadamente investigada nos eleva, cuando se escruta más allá de las fuerzas, oprime. Así, los herejes, porque cuanto más ambicionan llenarse de la sublime inteligencia, tanto más se vacían, bien se dice de ellos: Estériles por pobreza y hambre. Pues con sus desmedidos atrevimientos, cuanto más desean la ciencia del conocimiento supremo, más la pierden.

[Vet. IX.] 19. Los humildes entienden las cosas celestiales, o veneran lo que no entienden.--- Por el contrario, aquellos que en la santa Iglesia son verdaderamente humildes y verdaderamente instruidos, saben entender algunos de los secretos celestiales considerados, y venerar otros que no comprenden, de modo que lo que entienden lo mantengan con reverencia, y lo que aún no entienden lo esperen con humildad. Por eso se nos dice a través de Moisés: Que al comer el cordero, lo que quede de él lo quememos en el fuego (Éxodo XII, 10). Comemos el cordero cuando, al entender, guardamos en el vientre de la mente muchas cosas de la humanidad del Señor. De lo cual nos quedan algunas cosas que no pueden ser comidas, porque aún quedan muchas de Él que no pueden ser comprendidas. Sin embargo, estas deben ser quemadas en el fuego, porque lo que no podemos captar de Él, lo reservamos humildemente al Espíritu Santo. Muchas veces, esta humildad revela a los sentidos de los elegidos aquello que parecía imposible de entender. Pues las mentes perversas de los herejes, al atribuirse orgullosamente entendimiento, presumen dar sentencias ciertas incluso sobre lo desconocido. De ahí que esa misma elevación que los eleva internamente, los expulsa de la verdad, y apenas pueden captar los aspectos exteriores de las palabras de Dios, quienes pensaban singularmente haber penetrado los secretos espirituales. Por eso aquí también se añade:

CAPÍTULO IX [Rec. XI].

VERS. 3, 4.---Que roían en la soledad, desolados por la calamidad y la miseria; y comían hierbas y cortezas de árboles.

20. Los herejes no se alimentan de la médula de la Sagrada Escritura, sino que roen la corteza. Se roe lo que no se puede comer. Los herejes, al intentar comprender la Sagrada Escritura por su propia fuerza, sin duda alguna no pueden aprehenderla; y al no entenderla, es como si no la comieran. Y como no pueden consumirla sin la ayuda de la gracia divina, la roen con ciertos esfuerzos. La tocan exteriormente cuando intentan, pero no llegan a sus interiores. Y como están separados de la sociedad de la Iglesia universal, se dice que roen no en cualquier lugar, sino en soledad. A esta soledad, a la que los falsos predicadores arrastran a sus seguidores, la Verdad advirtió mucho antes, diciendo: Si os dicen: He aquí que está en el desierto, no salgáis (Mateo XXIV, 26). Con razón se les describe como desaliñados por calamidad y miseria, porque son despreciados tanto por la ruina de sus costumbres como por la perversidad de sus sentidos. También mastican hierbas y cortezas de árboles, porque,

rechazados por el obstáculo de su soberbia, no pueden percibir lo grande y profundo en el sagrado discurso, sino que apenas conocen en él algunas cosas tiernas y exteriores. Por las hierbas se significan las palabras más claras, y por las cortezas de los árboles, las palabras exteriores de los Padres. Aquellos que desean saber cosas por las cuales no sean realmente instruidos, sino que lo parezcan, mientras no buscan en los sagrados volúmenes la fuerza de la caridad hacia Dios y el prójimo en lo más profundo, se alimentan como de hierba y corteza, porque son cosas bajas o exteriores las que nutren las mentes de los soberbios. O ciertamente, masticar hierbas es guardar los preceptos mínimos de la Sagrada Escritura y despreciar los mayores. La Verdad los reprende bien, diciendo: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmáis la menta, el eneldo y el comino, y habéis dejado lo más grave de la ley! (Mateo XXIII, 23). También mastican cortezas de árboles, porque hay algunos que veneran solo la superficie de la letra en los sagrados volúmenes, y no guardan nada del entendimiento espiritual, ya que no sospechan que haya nada más en las palabras de Dios que lo que han oído exteriormente. Sin embargo, en todos sus errores, el deseo de vana gloria los posee, y la ambición de honor los mantiene cautivos, y a menudo, a través de lo que hablan, no buscan otra cosa que ganancias terrenales. De los cuales se dice por Pablo: Porque estos tales no sirven a Cristo nuestro Señor, sino a su propio vientre (Romanos XVI, 18). Por lo tanto, con razón se añade:

CAPÍTULO X [Rec. XII]

VERS. 4.---Y la raíz de los enebros era su alimento.

21. Solo buscan ganancias temporales. --- El árbol de enebro tiene espinas en lugar de hojas. Así son sus frutos, tan ásperos que pueden herir al tocarlos, como si fueran espinas. En verdad, todo pecado es una espina, porque mientras atrae al placer, hiere la mente como si la desgarrara. Por eso, con la voz del justo y del penitente se dice: Me volví en mi aflicción mientras se quebraba la espina (Salmo XXXI, 4), porque la mente se vuelve al lamento para que la herida del pecado se rompa con el arrepentimiento. En otra traducción, no se dice que la espina se quiebra, sino que se clava, lo cual no difiere en sentido, ya que el alma del penitente es llevada al duelo mientras la culpa cometida se retiene fija en la memoria [Vet. X]. ¿Qué se designa entonces por la raíz del enebro sino la avaricia, de la cual se producen las espinas de todos los pecados? De la cual Pablo dice: La raíz de todos los males es la codicia (I Tim. VI, 10). Esta surge ocultamente en la mente, pero produce abiertamente las heridas de todos los pecados en la obra. Estas heridas, que surgen de esta raíz, el predicador insigne las insinúa inmediatamente cuando añade: Algunos, al desearla, se desviaron de la fe y se enredaron en muchos dolores (Ibid., 10). Quien mencionó muchos dolores, dio a conocer las heridas que nacen de esta raíz. En los enebros, por tanto, entendemos los pecados, y en la raíz de los enebros, ¿qué otra cosa sino la avaricia, es decir, la materia de los pecados? Porque, en efecto, los herejes a menudo buscan solo ganancias externas en sus palabras, y no ignoran que afirman cosas perversas, pero no abandonan las doctrinas del error, mientras desean recibir recompensas como si fueran doctores, bien se dice ahora con la voz de los santos hombres sobre ellos: Y la raíz de los enebros era su alimento, porque mientras con todos los sentidos de su mente piensan en la avaricia, se alimentan de aquello de lo que sin duda suelen nacer las heridas de los pecados que siguen. Si alguna vez encuentran en el sagrado discurso algo que parece prudente, que al no entenderlo, sospechan que es para sus propias afirmaciones, inmediatamente lo esparcen vociferando a sus miserables oyentes, de quienes no desean las almas, sino las posesiones. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XI [Rec. XIII].

VERS. 5.---Los que, arrebatando estas cosas de los valles, cuando encontraban cada una, corrían hacia ellas con clamor.

22. Torcen y arrastran hacia sí las oscuras sentencias de la Sagrada Escritura y de los Padres. --- De los valles las arrebatan, porque recogen con espíritu soberbio estas de las humildes palabras de los Padres. 647 Mientras se glorían de haberlas encontrado para sus propios fines, corren hacia ellas con clamores, porque evidentemente intentan difundir a los oídos de los hombres todo lo que sienten con apetito de alabanza. Sigue:

CAPÍTULO XII

VERS. 6.---En los desiertos habitaban de los torrentes, y en las cavernas de la tierra, o sobre la grava.

23. Los herejes son conocidos por sus escondites y su inestabilidad.---Llamamos torrentes a los arroyos que se forman con las aguas invernales, que en ciertas épocas también se secan. Con razón, pues, los inventores de doctrinas perversas son llamados torrentes, porque, fríos por la falta de calor de la caridad, crecen como en el letargo del tiempo invernal, ya que no fluyen con plenitud perpetua, sino que son secados por las alegaciones de los católicos, como por los soles estivales. Y, de hecho, los inventores de doctrinas perversas que se levantaron contra la santa Iglesia, ya han sido extinguidos por el fervor de la verdad, pero sin embargo, sus discípulos no cesan de sostener y defender lo que aquellos enseñaron. Así, los que siguen sus errores habitan en los desiertos de los torrentes, es decir, confían en la predicación de aquellos cuyas palabras ya han sido secadas por la respuesta y razonamiento de los católicos. [Vet. XI.] ¿Qué otra cosa entendemos por cavernas de la tierra sino las predicaciones ocultas de los herejes? Así, los herejes se reúnen entre sí en reuniones clandestinas, para dar a su error la reverencia que no pueden obtener por la razón, a través de la ocultación, y la palabra depravada aparece tanto más reverenda a las almas débiles cuanto más secreta es. Por eso, en Salomón, una mujer como símbolo de la herejía persuade diciendo: Las aguas robadas son más dulces, y el pan escondido es más sabroso (Prov. IX, 17). Estas predicaciones ocultas son detestadas por la Verdad, que dice: Si alguien os dice: He aquí está Cristo, o he aquí allí, no lo creáis. Y de nuevo: Si os dicen: He aquí está en el desierto, no salgáis; he aquí está en los aposentos, no lo creáis. Porque así como el relámpago sale del Oriente y se muestra hasta el Occidente, así será también la venida del Hijo del hombre (Mat. XXIV, 23, 26). Esto, pues, en los aposentos, es lo que aquí se dice en las cavernas. En las cavernas, por tanto, habitan los herejes, porque a menudo ocultan su error con predicaciones secretas, para que, al no mostrarse a los más doctos y prudentes, atraigan con más fuerza a los ignorantes. Por eso, bien se añade: O sobre la grava. Llamamos grava a esas pequeñas piedras que arrastra el agua del río. Los doctores de las doctrinas perversas habitan sobre la grava, porque arrastran aquellas mentes humanas que no están solidificadas con la estabilidad de la gravedad, que como ríos de error las llevan siempre de un lugar a otro. Por eso, el predicador egregio, cuando deseaba que sus oyentes no fueran llevados temporalmente, sino solidificados con fuerte gravedad, les advirtió diciendo: Para que ya no seamos niños fluctuantes, ni llevados por todo viento de doctrina (Efes. IV, 14). Así, la santa Iglesia, oprimida por un momento por sus adversarios, cuando ve que las mentes audaces de los errantes se atreven a insultarla, recuerda cuál fue su conversación, diciendo: Habitaban en los desiertos de los torrentes, y en las cavernas de la tierra, o sobre la grava. Porque su predicación perversa, al perder el fuego de la caridad, creció por el frío de la mente, ciertamente habitó en los desiertos de los torrentes. Porque no fue abierta y libre, se ocultó en las cavernas. Y porque no sostuvo a un

pueblo fijo, sino móvil, no permaneció sobre la roca, sino sobre la grava; de los cuales aún se añade:

CAPÍTULO XIII [Rec. XIV].

VERS. 7.---Que se alegraban entre tales cosas, y consideraban un deleite estar entre espinos.

24. En las peores situaciones se regocijan y se deleitan. ¿Qué entendemos por "espinas" sino aquellas punzadas de los pecados que ya mencionamos anteriormente (número 21 de este libro)? Sin embargo, las mentes perversas se alegran en las iniquidades que deberían lamentar; todos los herejes se exaltan con una alegría vana, tanto más cuanto más se fortalecen en el mal; y consideran un deleite estar entre las espinas, porque elevan su mente perversa al gozo desde donde llevan las espinas de los pecados. Pues si alguna vez logran arrastrar a alguien a su error, se jactan con alegría; y de donde diariamente acumulan pecados para sí mismos, incluso perdiendo a otros, de allí se exaltan como si fueran guías hacia la justicia. Por tanto, se dice acertadamente: "Quienes se regocijaban entre tales cosas, y consideraban un deleite estar entre las espinas." Pues arrastran a quienes pueden hacia su perdición, y creen que al estar bajo los pecados, o al añadir culpas a las culpas, están acumulando la opulencia de las virtudes.

CAPÍTULO XIV [Rec. XV].

VERS. 8.---Hijos de necios e ignobles, y en la tierra completamente sin padres.

25. Los padres de los herejes son necios e innobles.---Es decir, los hijos de aquellos que fueron maestros de errores. Por lo tanto, se les llama hijos, no por su descendencia, sino por haber sido generados por imitación, quienes al enseñar cosas perversas, fueron necios por ignorancia; viviendo de manera malvada, innobles por sus acciones. Quienes no están unidos a nuestro Redentor por ningún parentesco de sabiduría ni de vida. De quien se dice en la voz de Salomón en alabanza de la santa Iglesia: Su esposo es noble en las puertas (Prov. XXXI, 23). Así pues, estos, porque siguieron los ejemplos perversos de los errantes, se recuerdan como hijos de necios e innobles. Con razón se añade: Y en la tierra completamente no son padres, porque mientras aquí desean ser vistos como algo, ciertamente se vuelven excluidos de la tierra de los vivientes.

26. Lo mismo puede decirse de los carnales que de los herejes.---Pero lo que hemos dicho en el contexto de los herejes, no impide en absoluto que también lo entendamos sobre los perversos y carnales, aunque estén en la fe correcta. Pues la santa Iglesia de los elegidos no considera como adversarios solo a aquellos que, estando fuera de su fe, disienten de ella, sino también a aquellos que, viviendo mal, la oprimen desde dentro. Que contemple, pues, afligida por la adversidad que se abalanza sobre ella, cómo en tiempos de prosperidad ha sido agobiada por la perversidad de los inicuos que viven en su interior. Que contemple que, por los méritos de algunos, no injustamente su vida ha sido turbada para todos, y diga: Los que roían en la soledad, desolados por la calamidad y la miseria. Como he mencionado en la primera parte de esta obra, a veces la soledad de la mente se entiende por la virtud de la contemplación. Pero en este lugar, cuando se menciona la soledad como reproche, ¿qué otra cosa se demuestra sino la privación del bien? Por lo cual, bajo el símbolo de Judea, Jeremías deplora el alma del pecador, diciendo: ¿Cómo está sentada sola la ciudad llena de gente? (Lam. I, 1). Pero cuando se dice de los perversos a través del bienaventurado Job: Roían en la

soledad, es grato observar también lo que se ha dicho por el salmista: Sus enemigos lamerán el polvo (Sal. LXXI, 9).

649 27. [Vet. XII]. Algunos se dedican a la avaricia mediante la adulación, otros mediante la fuerza abierta.---Existen dos tipos de personas que sirven a su propia ambición: una que siempre utiliza la adulación de la lengua para la avaricia; y otra que se dedica abiertamente al saqueo. Pues roemos cuando desgastamos algo exterior con un esfuerzo fuerte. Se lame cuando lo que no se puede comer fácilmente se saborea con la suavidad impresa de la lengua. Por lo tanto, todos los que viven mal bajo la apariencia de fe, que desean lo ajeno, pero no pueden arrebatarse lo que desean, intentan abstraer lo codiciado con palabras suaves y una especie de dulzura, ¿qué otra cosa hacen sino lamer la tierra? porque intentan con la suavidad de la lengua lo que no pueden quitar con fuerza. Pero aquellos que en este mundo están respaldados por algún poder, y deseando lo ajeno, desprecian adular por fraude, porque incluso con fuerza injusta pueden cumplir lo que quieren, no lamen lo que desean, sino que roen, ya que demuelen la vida de sus prójimos con la fortaleza de sus fuerzas como con el esfuerzo de los dientes. Que la santa Iglesia contemple las verdaderas riquezas de la patria eterna; contemple la multitud de los ciudadanos celestiales; contemple en sus elegidos el culto de la mente, y los bienes de innumerables virtudes, y que retire el ojo de la mente de la vida de los perversos, desprovista de todo bien; y que, por comparación con ellos, vea cómo esta está vacía de todas las virtudes, porque ha abandonado lo celestial y ha codiciado lo inferior. Vea cómo a menudo lo que desea, si acaso prevalece, incluso lo arrebatara violentamente. Vea que tales personas, como si estuvieran dentro de sí mismas, han tolerado durante mucho tiempo, y que por sus culpas han llegado incluso a los peligros y detrimentos de los buenos, y diga: Los que roían en la soledad. Como si abiertamente se quejara, diciendo: No roerían lo ajeno incluso arrebatándolo violentamente, si primero no permanecieran solos y vacíos en su interior de la cultura de las virtudes. Sin embargo, explica bien su cualidad, diciendo: Desaliñados por la calamidad y la miseria. Pues la carne enferma, si se descuida su cuidado diligente, se agrava peor en la enfermedad con el desaliño que se le añade: y cuando a la calamidad de la enfermedad se añade la miseria de la negligencia, se soporta una molestia más grave con el desaliño que surge.

28. Al servir a las necesidades de la naturaleza más de lo debido, aumentamos sus debilidades.---La naturaleza humana, bien creada, pero caída en debilidad por el vicio de su propia voluntad, ha caído en calamidad, porque, oprimida por innumerables necesidades, no encuentra en esta vida más que aquello que la aflige. Pero cuando a menudo servimos a las necesidades de nuestra naturaleza más de lo que conviene, y descuidamos el cuidado de la mente, añadimos a la miseria de la negligencia la suciedad de la culpa a nuestra debilidad. Las necesidades naturales suelen tener este peligro, que a menudo no se discierne en ellas que se hace por el estudio de la utilidad y que por el vicio del placer. Pues frecuentemente, encontrada la ocasión de seducción, mientras pagamos lo debido a la necesidad, servimos al vicio del placer, y bajo el velo de la debilidad, nuestra excusa se disfraza ante los ojos de la discreción, y se oculta como si fuera bajo el patrocinio de la utilidad que debe cumplirse. Relajar la debilidad de nuestra naturaleza por negligencia no es otra cosa que añadir miseria a la calamidad y multiplicar la suciedad de los vicios a partir de esa misma miseria. Por eso, los hombres santos disciernen con la más cuidadosa intención en todo lo que hacen, para que la debilidad de su naturaleza no exija de ellos más de lo debido, y para que bajo el manto de la necesidad no crezca en ellos el vicio del placer. Pues soportan una cosa por la debilidad, y otra por la sugestión de la tentación; y como jueces muy rectos, situados entre la necesidad y el placer, consuelan y alivian a esta, y frenan y reprimen a aquella. De ahí que, aunque soporten la calamidad de su debilidad, no descendan, sin embargo, a la suciedad de la

miseria por negligencia. Pues estar en calamidad es soportar las necesidades de la naturaleza por la debilidad de la carne aún corruptible. Estas necesidades deseaba evadir quien decía: Líbrame de mis necesidades (Salmo XXIV, 17). Pues sabía que a menudo las culpas de los placeres brotan por ocasión de las necesidades; y para no admitir voluntariamente nada ilícito, se esforzaba por arrancar aquello que, sin querer, toleraba desde la raíz.

29. Los carnales, mientras parecen obedecer a la necesidad, sirven al placer. Ojalá su propia muerte bastara para los perversos. Al contrario, los perversos se regocijan en las necesidades de su corrupción, porque las retuercen para el uso de los placeres. Pues cuando sirven a la naturaleza al restaurar los cuerpos con alimento, se expanden en la glotonería del placer a través de la delectación del gusto. Cuando buscan vestimentas para cubrir sus miembros, no solo buscan las que cubran, sino también las que exalten; y contra el entumecimiento del frío, no solo buscan las que protejan por su grosor, sino también las que deleiten por su suavidad; no solo las que acaricien el tacto por su suavidad, sino también las que seduzcan los ojos por su color. Convertir, por tanto, la causa de la necesidad en el uso del placer, ¿qué es sino asociar el desaliño de la miseria a su calamidad? Así, la Iglesia, oprimida en tiempos de adversidad, recuerde a aquellos por cuyo mérito soporta tales cosas, y diga: Los que roían en la soledad, desaliñados por la calamidad y la miseria. No estarían desaliñados por la calamidad, si no añadieran la miseria de los placeres a las necesidades inherentes. Necesidades que, ciertamente, merecimos por la culpa del primer padre. Pero aquellos que añaden miseria a su calamidad, pasan del tormento del castigo a los aumentos de la culpa. Pero ojalá que tales, cuando desprecian ser transformados a mejor, actúen de manera perversa sin propagarlo también a otros. Ojalá su propia muerte les bastara, y no mataran también la vida ajena con persuasiones venenosas. Pues envidian que otros sean lo que ellos no son, se duelen de que otros adquieran lo que ellos pierden. Porque si acaso ven surgir algún bien en los actos de otros, pronto lo arrancan con la mano de la reprochación pestilente. De ahí que sigue: Y comían hierbas y cortezas de árboles.

30. Intentan pervertir a quienes comienzan y progresan en el bien. ¿Qué se representa por las hierbas sino la vida tierna y cercana a la tierra de aquellos que bien comienzan, y qué por las cortezas de los árboles sino las obras exteriores de aquellos que ya aspiran a lo sublime? Pues los malvados, cuando observan a los que rectamente comienzan, contradicen ya sea burlándose o como si aconsejaran. Pero cuando perciben que algunos ya progresan hacia lo alto, como no pueden destruir completamente su progreso, los desvían de sus obras. Por lo tanto, masticar hierbas y cortezas de árboles es, para ellos, destruir con persuasiones perniciosas, como con dientes de su malicia, los esfuerzos de los que bien comienzan o las obras de aquellos que, como los árboles, tienden hacia lo superior. Los malvados mastican hierbas cuando consumen, burlándose, los inicios de los débiles. También mastican cortezas de árboles cuando, con mano de consejo perverso, sustraen el manto de buenas obras de la vida de los que crecen rectamente. A estos, en ciertos actos, los despojan como a árboles; a aquellos, como a hierbas, los arrastran despreciándolos, como si comieran lo que pisan. Demuelen en parte la fortaleza de algunos que ya se elevan a lo alto; y destruyen completamente la ternura de otros que aún están en lo bajo. Por lo tanto, diga: Masticaban hierbas y cortezas de árboles, porque con burlas perversas destruían en algunos las obras exteriores, y en otros los corazones que florecían con esperanza.

31. Algunos se alimentan solo de la apariencia de la virtud, como si fuera corteza. --- O ciertamente, masticar hierbas es imitar ciertas cosas leves y tiernas de los antiguos padres. Comer la corteza de los árboles es realizar sus obras solo en la superficie, pero no mantener la intención recta en las mismas obras. Hay algunos que, al no poder obtener la gloria del

mundo presente mediante las acciones de este mundo, buscan la apariencia de santidad, adoptan un hábito de veneración, desean parecer imitadores de los antiguos padres, y realizan ciertas cosas pequeñas y leves, pero desprecian imitar las fuertes, aquellas que surgen solo de la raíz de la caridad. Estos, evidentemente, comen hierbas, porque descuidan lo grande y se sacian con lo vil. Sin embargo, a menudo también realizan algunas obras aparentemente más robustas, pero no mantienen la intención recta en las mismas obras. Para ellos, ciertamente, comer la corteza de los árboles es asumir los actos exteriores de los elegidos y no tener una buena intención en los buenos actos. Pues, al buscar obras rectas por la alabanza humana, pero descuidar imitar el corazón de los que obran rectamente, se llenan solo de las cortezas de los árboles. Con todo su deseo buscan la gloria o la abundancia de la vida presente. Por lo tanto, se añade correctamente: Y la raíz de los enebros era su alimento.

32. La acción incorrecta que deleita en la culpa, hiere en la pena. Pues aunque internamente, por la fe, están situados, mientras a menudo sirven a los pensamientos de avaricia, es como si comieran aquello de lo que al final de la vida se producen los ásperos castigos. Aquellos que no desean el fruto de la palabra divina, sino que sirven al ámbito de las cosas temporales, no se sacian con el pan de trigo, sino con la raíz del enebro. Pues estas cosas, que surgen desde lo más bajo y vil, los ocupan, y como el enebro, después los hieren con la dureza de las retribuciones, como con la aspereza de las hojas. Despreciando a Dios aquí, no sienten en absoluto cuán grande es el mal que cometen. Aún comen la raíz del enebro, pero no consideran cuán ásperas son las ramas de esta raíz, porque ciertamente la acción incorrecta ahora deleita en la culpa como si fuera de la raíz, pero después hiere en la pena como si fuera de las ramas. Donde también se añade bien: Aquellos que arrebatan estas cosas de los valles, cuando encontraban cada una, corrían hacia ellas con clamor.

33. En el valle de la vida presente, a menudo se litiga con gran clamor por una vil paga.---En comparación con las cosas celestiales, toda la vida presente es un valle. Sin embargo, estos, porque no saben contemplar las alturas de las montañas, es decir, las acciones fuertes de los santos, siempre se entretienen en lo más bajo, como si estuvieran en los valles, y cuando encuentran cualquier ganancia o un pequeño estipendio, corren con clamor, porque intentan obtenerlo incluso disputando. Correr con clamor por lo que se encuentra en el valle es, al surgir ocasiones de disputas, litigar incluso por una pequeña paga. Sin embargo, a menudo, aquel a quien una buena acción muestra como santo, es examinado por la ocasión de una ganancia terrenal que se presenta. Puedes ver a algunos que ya realizan acciones sublimes, ya siguen los ejemplos de los padres en la obra de la abstinencia y la doctrina; pero cuando de repente encuentran la ganancia de la vida presente, como si fuera el fruto del valle, corren hacia ella con clamor, porque, al romperse la tranquilidad de la santidad que los cubría, se lanzan hacia ello.

[Vet. XIV]. 34. Muchos buscan la recompensa de la virtud, no la virtud misma.---También pueden entenderse, como se ha dicho antes, no solo las obras buenas, sino las consolaciones y prosperidades en esta vida a través de las hierbas y las cortezas de los árboles. Pues a menudo el Dios omnipotente enriquece a sus elegidos con dones interiores y también los eleva con honores exteriores. Y cuando los hace honorables, prefiriéndolos a los demás, los muestra más dignos de ser imitados; y no pocas veces los malvados desprecian su vida, pero desean alcanzar su felicidad en este mundo. Porque buscan aquí los halagos de la consolación transitoria, comen hierbas, ya que en sus pensamientos meditan sobre la gloria exterior de ellos, mastican cortezas de árboles. Y puesto que en todo esto sirven con toda su intención solo a la avaricia, se llenan de la raíz del enebro. Todo lo cual arrancan de los valles, porque arden en inmensas codicias por el amor de esta vida baja y corruptible. Y cuando encuentran

algo, corren hacia ello con clamores, porque evidentemente se esfuerzan por apoderarse de los lugares y cargos de los santos padres, cuyos méritos no buscan adquirir; y cuando no pueden conseguir esto tranquilamente, a menudo lo intentan incluso rompiendo la paz de la concordia.

35. Lo que los justos desprecian, eso es lo que más desean. --- Porque, al estar alejados de las acciones de los padres precedentes, se dice correctamente: Habitaban en los desiertos de los torrentes, y en las cavernas de la tierra, o sobre la grava. En una buena parte, correctamente entendemos por torrentes a los santos predicadores, quienes, mientras en la vida presente nos influyen con sus divinas palabras, se reúnen como en invierno con la multitud de aguas. Y se retiran cuando llega el sol del verano, porque cuando brille la luz de la patria eterna, cesarán de predicar. Los desiertos de estos torrentes son las comodidades de la vida temporal. Pues las abandonan y se convierten para alcanzar las ganancias celestiales. Todo esto lo había dejado aquel torrente que decía: Por quien todo lo he considerado pérdida, y lo tengo por estiércol (Fil. III, 8). Pero como las mentes de los perversos desean obtener en esta vida lo que los justos desprecian y abandonan, se dice que habitan en los desiertos de los torrentes. Porque aquello que es indigno para los santos, ellos lo desean con gran ansia. Las cavernas de la tierra son pensamientos perversos, en los cuales se esconden de los ojos humanos. Los perversos, en efecto, rehúyen ser vistos por los hombres, y mientras simulan ser algo distinto de lo que son, se ocultan en los escondites de su conciencia como en las cavernas de la tierra. No harían todo esto si no desearan de la vida eterna y sólida, si no fijaran su ánimo en esta incierta temporalidad. Por eso se añade correctamente: O sobre la grava.

653 36. Aferrados a lo efímero, se precipitan hacia lo más bajo. Pues la vida presente es como grava, que incesantemente es llevada hacia su fin por el mismo defecto de su mutabilidad, como si fuera impulsada por un río. Habitar sobre la grava, aferrarse al flujo de la vida presente y poner allí la intención, donde el paso no puede afirmarse con solidez, es como poner el pie en una superficie resbaladiza que, por su inestabilidad, se desliza y se precipita hacia lo más bajo. Esta situación no difiere en nada de la vida de los perversos, porque cuando, por amor al mundo, se esfuerzan en hacer cosas lícitas y honestas, es como si pusieran el pie en una superficie plana; pero de repente el pie resbala hacia lo más bajo, porque su acción, al desear siempre más, desciende hasta lo injusto e ilícito. Así, cuando la santa Iglesia tolera las adversidades de este tiempo, recuerda la vida de los carnales, a quienes soportó como adversarios incluso en la prosperidad, y reconoce que sufre estas cosas por sus méritos, diciendo: Habitaban en los desiertos de los torrentes, y en las cavernas de la tierra, o sobre la grava. Porque, al estar desprovistos de la doctrina de los padres, habitan en los desiertos de los torrentes, porque se ocultan en sus pensamientos secretos, en las cavernas de la tierra, y porque desean fijar su intención en la inestabilidad del siglo presente, se dice que habitan sobre la grava. Pero ojalá tales personas, que no quieren combatir los pecados tentadores, al menos lloraran por los cometidos; ojalá reconocieran al menos sus males ya perpetrados, y aplicaran a la higuera estéril un cesto de estiércol, es decir, a la mente infructuosa la riqueza del lamento.

[Vet. XV]. 37. El mal que cometemos pone un obstáculo ante el ojo de la mente.---Pero el alma humana tiene a menudo esta característica propia, que tan pronto como cae en la culpa, se separa aún más del conocimiento de sí misma. Pues este mismo mal que comete se interpone como un obstáculo ante el ojo de la razón. De ahí que el alma, primero obsesionada por las tinieblas voluntarias, después ya no reconozca el bien que debería buscar. Cuanto más se adhiere a los males, tanto menos entiende los bienes que pierde. La luz de la verdad, porque examina sutilmente las culpas de los reprobos, cuanto más se descuida, tanto más

permite juzgar estrictamente, de modo que ni siquiera se busque lo perdido; y cuando se rechaza en el acto, huye del sentido, de modo que, al ser despreciada su faz en la obra, ya ni siquiera se vean sus espaldas en el recuerdo. De aquí, pues, que los reprobos, sujetos a crímenes lamentables, se alegren, de los cuales se dice por medio de Salomón: Se alegran cuando hacen el mal, y exultan en las cosas más perversas (Prov. II, 14). De aquí que ejecuten danzando las causas de sus lágrimas; de aquí que lleven a cabo riendo el negocio de su propia muerte. Por lo cual aquí también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XV [Rec. XVI].

VERS. 7.---Que se alegraban entre tales cosas, y consideraban un deleite estar entre espinos.

38. En las cosas transitorias se alegran, pero se afligen con graves preocupaciones. En medio de estas cosas se alegran, porque ciertamente atienden a lo transitorio que perciben y descuidan mirar los bienes permanentes que pierden. Y mientras arden de amor por lo temporal, queriendo la verdadera alegría, la ignoran. Si buscaran conocerla con esmero, verían cuán lamentables son los placeres que desean. Pero mientras desprecian conocer lo mejor, eligen para sí como lo supremo solo aquello que visiblemente halaga sus ojos con engaño fugaz. Siguiendo lo visible, fijan su corazón; y tanto más se alegran exteriormente cuanto menos tienen el recuerdo de sí mismos interiormente. Sin embargo, a menudo se mezclan con sus alegrías tribulaciones, y son flagelados por las mismas cosas de las que se enorgullecen. Pues no pueden, sin las graves molestias de las preocupaciones, buscar lo temporal que desean y no tienen, o guardar lo que han conseguido, buscar una gloria más destacada entre sus iguales, exigir más reverencia de la que se debe a los menores, y dar menos de la que deben a los mayores; a menudo mostrar poder a través de la impotencia; siempre actuar mal, y sin embargo, temerosamente cuidar de no tener la reputación de maldad. Todas estas cosas ciertamente hieren a los miserables, pero vencidos por el amor a las cosas temporales, no sienten esas mismas punzadas. Por lo cual, con razón se dice ahora: Y consideraban delicias estar entre espinas, porque, oprimidos por los placeres del pecado, ignoran cuán ásperas son las cosas que sufren debido al afecto por la vida presente.

39. Consideran un deleite permanecer entre espinos.---Así se alegran, pero entre espinos, porque se regocijan en las cosas temporales, pero al no poder administrar estas mismas cosas temporales sin tribulación, son atormentados por la preocupación que los oprime. Permanecen entre espinos y consideran esto mismo un deleite, porque soportan las dificultades por amor a la vida presente, y sin embargo, atados por el afecto de una excesiva codicia, consideran el esfuerzo de esa tolerancia como un placer. Por eso, Jeremías, tomando en sí mismo la imagen de toda la conducta humana, se lamenta diciendo: Me embriagó con ajenjo (Lam. III, 15). Como ya dijimos en la parte superior (Lib. VII, n. 25), un ebrio no sabe lo que sufre. Quien se embriaga con ajenjo, lo que ha tomado es amargo, y sin embargo, no comprende la misma amargura con la que se llena. Así, el género humano, dejado a sí mismo en sus placeres por el justo juicio de Dios, y entregado a tribulaciones voluntarias a través de esos mismos placeres, está ebrio de ajenjo, porque son amargas las cosas que soporta por amor a esta vida, y sin embargo, ignora esa misma amargura por la ceguera de la codicia, como si fuera insensibilidad de embriaguez. Pues, deseando la gloria del mundo, al encontrar muchas tribulaciones por ella, lo que bebe es amargo. Pero como lo ha tomado con demasiada avidez, ya no puede discernir el mal de esa amargura debido a la misma embriaguez. [Vet. XVI.] Los hombres perversos aman incluso las tribulaciones por la gloria de este mundo, y sirven gustosamente con todos los sudores por ella, y someten devotamente sus cuellos al yugo de trabajos pesados. Esto se describe bien bajo la figura de Efraín en la

profecía de Oseas, quien dice: Efraín es una novilla enseñada a amar la trilla (Oseas X, 11). Pues una novilla acostumbrada a los trabajos de la trilla, a menudo, incluso sin ser forzada, regresa a ese mismo uso del trabajo. Así, la mente de los perversos, dedicada a los servicios de este mundo y acostumbrada a las fatigas de las cosas temporales, aunque se le permita descansar libremente, se apresura a someterse a los trabajos terrenales, y busca la trilla del trabajo de su miserable conducta, de modo que no le plazca cesar del yugo de la servidumbre mundana, incluso si se le permite. Este yugo, el Señor lo liberaba del cuello de los discípulos cuando dijo: Cuidaos de que no se carguen vuestros corazones con glotonería y embriaguez (Lucas XXI, 34), e inmediatamente añadió: Y con las preocupaciones de esta vida; y que aquel día os sorprenda de repente. Y de nuevo: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo XI, 28). ¿Qué significa que el Señor se diga manso y humilde en su enseñanza, sino mostrar caminos llanos de buena vida, dejando las dificultades de la arrogancia? Pero como las mentes de los perversos se deleitan más en las asperezas de la arrogancia que en la suavidad de la humildad y la mansedumbre, consideran un deleite estar entre espinos. Pues están dispuestos a soportar cosas duras como si fueran suaves y deleitables por amor al mundo, mientras intentan alcanzar las cimas de las cosas en esta vida.

40. Se deleitan más con la aspereza del trabajo que con la dulzura del descanso. El Señor ordena la cesación de los trabajos del mundo, persuade la dulzura del santo descanso; y, sin embargo, la mente insensata de los inicuos se alegra más en alcanzar lo áspero carnalmente que en mantener lo dulce espiritualmente, se alimenta más de la amargura del cansancio que de la dulzura del descanso. Esto nos lo muestra claramente el pueblo israelita en sí mismo (Éxodo XVI, 3), que, mientras recibía el maná del cielo, deseaba las ollas de carne, los melones, los puerros y las cebollas de Egipto. ¿Qué se significa en el maná, sino el alimento de la gracia, de sabor suave, dado desde lo alto para la restauración de la vida interior a quienes bien se dedican? ¿Y qué representan las ollas de carne, sino las obras carnales, que apenas se pueden purificar con los trabajos de las tribulaciones como con fuegos? ¿Qué se expresa con los melones, sino las dulzuras terrenales? ¿Qué se expresa con los puerros y las cebollas, que a menudo hacen llorar a quienes los comen, sino la dificultad de la vida presente, que es llevada por sus amantes no sin luto, y sin embargo es amada con lágrimas? Así, abandonando el maná, buscaron los melones y las carnes, los puerros y las cebollas, porque evidentemente las mentes perversas desprecian los dones dulces de la gracia del descanso, y por los placeres carnales desean los caminos laboriosos de esta vida, incluso llenos de lágrimas; desprecian tener donde alegrarse espiritualmente, y desean ansiosamente donde también gimen carnalmente. Que la voz veraz de Job reprenda, por tanto, su insensatez, porque con juicio perverso, anteponen lo perturbado a lo tranquilo, lo duro a lo suave, lo áspero a lo tierno, lo transitorio a lo eterno, lo sospechoso a lo seguro. Que la santa Iglesia recuerde la insensatez de estos, cuando es oprimida por adversidades externas severas, a quienes mantuvo dentro de sí como fieles, pero toleró por mucho tiempo su vida adversa a la fe, y diga: Quienes entre tales se alegraban, y consideraban delicias estar entre espinas, porque ciertamente aprendieron los males que cometen de la perversidad de los inicuos precedentes. Por lo cual, con razón se añade:

CAPÍTULO XVI [Ant. XVII].

VERS. 8.---Hijos de necios e innobles.

41. Hay una doble necesidad; una unida a la más alta nobleza. Debemos saber que algunos dentro de la santa Iglesia son llamados necios, pero sin embargo nobles, mientras que otros

son necios e innobles. Se les llama necios, pero no pueden ser innobles, aquellos que, despreciando la prudencia de la carne, buscan una necedad que les será provechosa, y se elevan a la novedad de la prole interna por la nobleza de la virtud; quienes desprecian la sabiduría necia del mundo y anhelan la necedad sabia de Dios. Pues está escrito: Lo que es necio en Dios es más sabio que los hombres (I Cor. I, 25). Pablo nos exhorta a comprender esta necedad, diciendo: Si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio (Ibid., III, 18). Aquellos que han seguido perfectamente esta necedad merecieron escuchar la voz de la sabiduría: Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28). He aquí que, dejando lo temporal, han adquirido la gloria del poder eterno. ¿Qué hay, pues, en este mundo más necio que abandonar lo propio? ¿Y qué hay en la eternidad más noble que venir como jueces con Dios? La nobleza de estos jueces, como atestigua Salomón, se recuerda cuando se dice lo que ya he mencionado: Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra (Prov. XXXI, 23). Considera, pues, muy nobles a aquellos a quienes llama senadores. Pablo había contemplado esta nobleza en sí mismo, cuando, unido por el espíritu a la parentela del Creador, decía: Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que lo divino sea semejante al oro, o a la plata, o a la piedra, esculpidos por el arte y el pensamiento del hombre (Hech. XVII, 29). Somos llamados linaje de Dios, no nacidos de su naturaleza, sino creados voluntariamente por su espíritu y recreados por adopción. Por tanto, cada uno se eleva a esta nobleza en la medida en que, por la imagen recibida, se renueva a semejanza de Él mediante la imitación.

42. Otra ignobleza, por la cual se abandona la sabiduría suprema.---Por el contrario, son necios e ignobles aquellos que, al huir de la sabiduría suprema siguiendo sus propios caminos, se adormecen en su ignorancia como en la vileza de una descendencia despreciable. Pues al no comprender aquello para lo que fueron creados, también pierden el parentesco de la nobleza recibida por la imagen. Son, por tanto, necios e ignobles, aquellos a quienes la servidumbre de la mente aleja de la herencia eterna. Porque está escrito: Todo el que comete pecado, es esclavo del pecado (Juan VIII, 34). Y se dice con la voz del insigne predicador: La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (I Cor. III, 19). Aquellos que, al saborear las cosas terrenales, fueron rechazados de la nobleza íntima, fueron simultáneamente necios e ignobles. Aquellos cuyos actos muchos imitan, se convierten en hijos de necios e ignobles; y al seguirlos en sus sentidos y costumbres, son necios, porque no entienden la verdadera sabiduría, e ignobles, porque no se renuevan con la libertad del espíritu. Pero aunque practiquen los actos de los inicuos, a menudo ocupan en esta vida los lugares de los justos, y se consideran hijos de aquellos cuyos oficios administran exteriormente por la concupiscencia del honor. La santa corrección los llama al conocimiento de sí mismos, para que, situados en deseos perversos, consideren de quiénes son hijos. No son hijos de aquellos cuyos lugares ocupan, sino de aquellos cuyas obras realizan. Por tanto, se dice correctamente: Hijos de necios e ignobles. Donde se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVII.

IBID.---Y en la tierra completamente no obedecen.

43. Son necios e innobles aquellos a quienes Dios declara no conocer. Muchos, al conocer la verdad, la oprimen, no la tocan. Así como hay muchos en la tierra que, debido a la vileza de su condición, están ocultos a la vista de los hombres como si estuvieran cubiertos por un velo, así también hay algunos en la Iglesia que, al someterse a la vileza de malas obras, no son

conocidos por la mirada divina. A estos, en algún momento, se les dirá: "En verdad os digo, no os conozco" (Mateo 25, 12). Estar, por tanto, en la tierra y aparecer es mostrar en la fe recta la nobleza de la mente a través de la virtud de las obras. Estar en la tierra y no aparecer en absoluto es, en efecto, estar en la Iglesia por la fe, pero no demostrar nada digno de la fe en las obras. Estos, por tanto, dentro de la santa Iglesia son vistos por los ojos de la divinidad a través del juicio, pero no son vistos por el mérito de una buena vida, porque no muestran en su vida lo que profesan creer. De ellos, Pablo dice: "Profesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan" (Tito 1, 16). Estos, en la santa Iglesia, oprimen la fe que afirman tener más que venerarla, ya que desean más las ganancias de su nombre que sus beneficios. Los elegidos, sin embargo, al cuidar de mantener el mérito de la fe con obras rectas, se acercan al conocimiento de su Creador incluso en medio del tumulto de los reprobados. Esto está bien señalado en el Evangelio con la mujer que sufría de flujo de sangre, de quien el Señor dijo: "¿Quién me ha tocado?" (Lucas 8, 45). Pedro respondió razonando: "Las multitudes te aprietan y te oprimen, y dices: ¿Quién me ha tocado?" Pero mereció escuchar las razones de la verdadera razón cuando el Señor le dijo: "Alguien me ha tocado, porque he sentido que una virtud ha salido de mí". He aquí, las multitudes oprimían al Señor, pero solo lo tocó aquella que se acercó a Él humildemente, porque, sin duda, muchos también en la santa Iglesia, al conocer la verdad, la oprimen, pero descuidan tocarla viviendo bien. La oprimen y están lejos, porque siguen el conocimiento divino con sus profesiones, pero lo huyen con sus costumbres. La oprimen, digo, pero están lejos, porque contradicen con sus acciones la misma fe que afirman con sus palabras. Así como este testimonio nos enseña que algunos, al tocar al Señor, no lo tocan, así también algunos no son vistos por el Señor incluso cuando parecen serlo, porque a sus ojos ocultos aparecen para el castigo de la condenación, pero no para el mérito de la elección. Por tanto, se dice correctamente: "Y en la tierra no aparecen en absoluto", porque aunque la Iglesia los retuvo en apariencias, el Creador no los vio dentro de ella, como si no existieran, a quienes ignoró. En tiempos de tranquilidad, sostienen la fe solo de palabra, porque ven que esa misma fe florece generalmente. Pero cuando de repente surge una tormenta de adversidad contra ella, inmediatamente se separan de ella con una negación pública, y todo lo que antes habían sostenido como venerable, después lo combaten con burla. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVIII [Res. XVII].

VERS. 9.---Ahora he sido convertido en su canción, y me he hecho un proverbio para ellos.

44. Al aumentar los inicuos, la fe será motivo de oprobio y la verdad será considerada un crimen.---Con estas palabras se expresa aquel tiempo de la santa Iglesia en el que es públicamente ridiculizada por los réprobos, cuando al aumentar los inicuos, la fe se convierte en oprobio y la verdad en crimen. Pues tanto más despreciado será cada uno, cuanto más justo pueda ser; tanto más abominable, cuanto más digno de alabanza. Así, la santa Iglesia de los elegidos se convierte en un proverbio para los perversos en tiempos de aflicción, porque cuando ven morir a los buenos a través de tormentos, toman de ellos la semejanza de una maldición. Pues ven la muerte transitoria, pero no ven la vida permanente; tanto más huyen de los males presentes con burla, cuanto menos alcanzan a través del entendimiento interior los bienes permanentes. Pero lo que sigue, al no estar implicado en sentencias más oscuras, debemos pasar brevemente, para que podamos llegar más rápidamente a aquello en lo que se debe trabajar. Sigue:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 10.---Me abominan, y huyen lejos de mí, y no temen escupir en mi rostro.

45. La Iglesia no se deja abatir por las burlas de los inicuos, sino que se levanta y crece.--- Todos los inicuos huyen lejos de la santa Iglesia, no con pasos de los pies, sino con las cualidades de sus costumbres; huyen lejos no por el lugar, sino por el mérito; mientras, al crecer su soberbia, la desprecian con abierta burla. Pues escupir en su rostro es no solo hablar mal de los buenos en su ausencia, sino también refutar a cada justo en su presencia. Aquellos que los malvados desprecian abiertamente con burla, emiten en sus insultos palabras vacías como si fueran salivas que fluyen. Pero la santa Iglesia sabe crecer en las pasiones y mantener una vida honorable entre los oprobios; sabe no dejarse abatir por las adversidades, ni gloriarse en las prosperidades; sabe humillar su mente ante las prosperidades, sabe elevar su espíritu hacia la esperanza del supremo culmen ante las adversidades; sabe atribuir sus bienes a la misericordia del Redentor, sabe atribuir sus males a la justicia del juez; que tiene bienes por la generosidad de Él, y sufre males por el permiso de Él. Por lo cual, inmediatamente añade sobre el Señor, diciendo:

CAPÍTULO XX.

VERS. 11.---Porque abrió su aljaba y me afligió.

46. Con el permiso de Dios, aunque con juicio oculto, sabe que debe soportar el mal. ¿Qué se designa con el carcaj de Dios, sino el consejo oculto? El Señor lanza una flecha del carcaj cuando emite un juicio manifiesto desde un consejo oculto. Porque sabemos que alguien es castigado, pero ignoramos por qué razón viene el castigo. Sin embargo, cuando después de los castigos sigue la corrección de la vida, también se revela la virtud del consejo mismo. Por lo tanto, el carcaj cerrado es el consejo oculto. Pero somos afligidos con el carcaj abierto cuando, por lo que sigue al castigo, vemos con qué consejo somos castigados. Cuando el Señor ve los pecados y, sin embargo, no mueve su mano para la venganza, es como si tuviera el carcaj cerrado, pero al herir indica cuánto le ha disgustado en nosotros lo que ha tolerado viendo por tanto tiempo. Así, la santa Iglesia de los elegidos, oprimida por tribulaciones, diga: "Abrió su carcaj y me afligió". Sufriendo las voces insolentes de los adversarios, al ver que su predicación no es admitida, abandonando la dureza de algunos, modera las palabras de su predicación. Pues, al considerar que sus perseguidores se vuelven peores ante la voz de su exhortación, elige más bien callar. Y cuando ve que no son dignos de escuchar, restringe su predicación con un silencio impuesto. Por lo cual, añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXI.

IBID.---Y puso un freno en mi boca.

47. Debe cesar la predicación cuando aquellos que reciben la palabra de Dios se vuelven peores por ello. Reconocieron que se les había impuesto un freno a algunos, quienes decían: "A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles" (Hechos XIII, 46). Los hombres santos ven el freno del silencio impuesto sobre los corazones duros de los réprobos, quienes dicen por el Profeta: "¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña?" (Salmo CXXXVI, 4). Pablo también advirtió sobre poner un freno, quien ordenó a su discípulo, diciendo: "Al hombre hereje, después de una y otra amonestación, evítalo, sabiendo que el tal es perverso y peca, condenado por su propio juicio" (Tito III, 10). Los santos doctores, con alta consideración, a menudo observan los corazones resistentes, y

cuando los ven abandonados por lo divino, afligidos y gimiendo, guardan silencio. ¿Acaso Salomón no impone a veces un freno a los doctores, quien dice: "No reprendas al burlador, para que no te odie" (Proverbios IX, 8)? Pero si callamos en la reprensión porque tememos el odio del burlador que se levanta contra nosotros, ya no buscamos las ganancias de Dios, sino las nuestras. En esto, es necesario saber que a veces, cuando se reprende a los malvados, se vuelven peores. Por lo tanto, a ellos y no a nosotros perdonamos, si cesamos de reprenderlos por amor a ellos. Por lo cual, es necesario que a veces toleremos en silencio lo que son, para que aprendan de nosotros, viviendo bien, lo que no son. Porque, por tanto, la santa Iglesia, que siempre expresa sus palabras por caridad, también a veces las restringe por caridad, diciendo: "Puso un freno en mi boca". Como si abiertamente confesara, diciendo: Porque en algunos no vi progreso en la predicación, moderé mi impulso hacia ellos, para que al menos aprendieran mi vida por paciencia, cuando no quisieron aceptar mis palabras a través de la predicación ofrecida. Pero esto nos duele más a menudo en las tribulaciones, porque las sufrimos de aquellos en quienes confiábamos con amor genuino. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XXII [Rec. XVII].

VERS. 12.---A la derecha del oriente, mis calamidades se levantaron de inmediato.

48. Los gentiles deben entenderse como la izquierda, y los judíos como la derecha. En efecto, las calamidades surgirían a la izquierda si se soportaran adversidades de persecución por parte de aquellos que están fuera de la religión y niegan abiertamente a Cristo. Pero cuando sufre la tentación de tormentos por parte de algunos que se consideran fieles, las calamidades surgen a la derecha, porque aquellos que militan bajo el nombre de Cristo atacan su nombre en ella. En el uso del lenguaje, decimos que consideramos como derecho lo que valoramos mucho, y como izquierdo lo que despreciamos; lo cual Zacarías insinúa claramente, diciendo: "Y me mostró a Jesús, el sumo sacerdote, de pie ante el ángel del Señor, y Satanás estaba a su derecha para oponerse a él" (Zac. III, 1). Para mostrar más claramente lo que había dicho antes, añadió: "Y el Señor dijo a Satanás: Que el Señor te reprenda, Satanás, que ha elegido a Jerusalén. ¿No es este un tizón arrebatado del fuego? Y Jesús estaba vestido con vestiduras sucias" (Ibid., 2). Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, porque aunque ajeno a todo pecado, vino en semejanza de carne pecaminosa. Al venir, Satanás se situó a su derecha. Pues el Señor parecía tener al pueblo judío en gran estima y a las naciones por nada. Pero después de que apareció encarnado, los gentiles, que habían sido considerados como la izquierda, creyeron; y el pueblo judío se inclinó hacia la perfidia. Por lo tanto, Satanás se situó a su derecha, porque arrebató para él a ese pueblo que antes había sido amado. Pero como ese mismo pueblo judío, ahora perdido, al final creará, como testifica el profeta que dice: "Un remanente será salvo" (Isa. X, 21), el Señor remueve a Satanás de su derecha, diciendo: "Que el Señor te reprenda, Satanás" (Zac. III, 1). Y señalando la liberación de ese mismo pueblo, añade: "Porque elige a Jerusalén" (Ibid., 2). Ese pueblo, que ciertamente, guiado por la perfidia, se deslizaba hacia los incendios del infierno, pero al ser llevado de nuevo a la fe, es liberado de ese mismo incendio eterno, inmediatamente se añade sobre él: "¿No es este un tizón arrebatado del fuego?"

49. Y siguiendo la fe de la Iglesia, de quienes a veces sufre violencia. Así como allí el pueblo judío es designado por la derecha, en este lugar el término derecha designa al pueblo fiel de la santa Iglesia. Por eso, el juez venidero pondrá a los cabritos a la izquierda y a las ovejas a la derecha (Mateo 25, 33). Pero cuando en tiempos de adversidad también la acosan aquellos que parecían ser fieles, sin duda las calamidades surgen a la derecha. Sin embargo, esta misma derecha es llamada Oriente. Pues de su misma cabeza está escrito: Oriente es su

nombre (Zacarías 6, 12). Ya que la luz surge del Oriente, correctamente se llama Oriente a aquel cuya luz de justicia ilumina la noche de nuestra injusticia. Por lo tanto, las calamidades surgen a la derecha del Oriente, porque también se lanzan a la persecución aquellos que se creía que eran miembros elegidos de nuestro Redentor. Estas calamidades, en efecto, se afirma correctamente que surgen de inmediato, porque al no ser extraños quienes persiguen, el mal se produce de repente y de inmediato. Si, en verdad, se llama derecha a aquellos que son verdaderamente fieles, las calamidades surgen a la derecha del Oriente, porque en el momento de la persecución, los justos sufren los crueles ataques de los perversos. Sigue:

CAPÍTULO XXIII [Rec. XIX].

IBID. Mis pies han sido trastornados, y me han oprimido como olas en sus caminos.

50. Sus extremidades, como los pies, a veces se vuelven inestables. ¿Qué se representa por los pies de la Iglesia, sino sus miembros más alejados? Estos, mientras se dedican a las obras terrenales, pueden ser engañados más fácilmente por los adversarios, ya que comprenden menos las cosas sublimes. Así, los adversarios trastornan estos pies, es decir, cuando arrastran a los miembros más alejados hacia el error de su doctrina. Los pies trastornados no pueden mantener el camino, cuando los débiles, persuadidos por las promesas de sus perseguidores, aterrorizados por sus amenazas o quebrantados por sus torturas, se desvían del camino recto. Bien se comparan los senderos de los adversarios con las olas, cuando se dice: Y oprimieron como con olas sus caminos, porque la vida de los malvados, con su inquietud insolente, se abalanza como una tempestad para hundir, por así decirlo, la nave del corazón. De esta tempestad se dice a través de Salomón: Como una tempestad que pasa, no será el impío (Prov. X, 25). Y cuando cualquier débil ve florecer a los perversos, la ola de la miserable imitación lo sumerge en el mar de la perversidad. Sigue:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 13.---Han desviado mis caminos, me han tendido trampas, y han prevalecido, y no hubo quien ofreciera ayuda.

51. Las insidias ocultas de los enemigos disipan sus caminos, cuando Dios, por un tiempo, útilmente se retira.---Que diga esto el bienaventurado Job sobre los espíritus malignos, es decir, los enemigos ocultos; que lo diga toda la Iglesia sobre los perversos perseguidores, es decir, los adversarios manifiestos. Ellos ciertamente disipan sus caminos, cuando en las mentes de algunos débiles perturban con astuta persuasión los caminos de la verdad. Ellos prevalecen con sus insidias, cuando a aquellos que no pueden arrastrar abiertamente al mal, los pervierten simulando el bien. Pero es muy sorprendente lo que añade: No hubo quien prestara ayuda, cuando el salmista clama sobre la ayuda divina: Auxilio en las oportunidades, en la tribulación (Salmo IX, 10); y: Esperen en ti, los que conocen tu nombre, porque no abandonarás a los que te buscan, Señor. Y cuando nuevamente está escrito: ¿Quién esperó en el Señor y quedó confundido; permaneció en sus mandamientos y fue abandonado? ¿Y quién lo invocó y lo despreció? (Eclesiástico II, 11, 12). ¿De qué manera, entonces, se dice ahora: No hubo quien prestara ayuda, sino porque el Dios omnipotente a aquellos que ama eternamente a veces los deja por un tiempo? De donde está escrito: Por un breve momento te abandoné, y con grandes misericordias te recogeré. En un momento de indignación escondí mi rostro un poco de ti, y con misericordia eterna me compadecí de ti (Isaías LIV, 7). De aquí también el salmista suplicaba, diciendo: No me abandones del todo (Salmo CXVIII, 8). Sabía, por tanto, que podía ser útilmente abandonado por un breve tiempo, quien pedía no ser

abandonado del todo. El Señor, en efecto, ayuda a sus santos viniendo, los prueba dejándolos; los fortalece con dones, los tienta con tribulaciones. Por lo cual, también se dice acertadamente por un sabio: Al principio lo eligió, le impondrá temor y miedo y prueba, y lo atormentará en la tribulación de su doctrina, hasta que lo pruebe en sus pensamientos (Eclesiástico IV, 18). La gracia llama al alma del justo, la tentación la interroga. Y el Dios omnipotente permite temporalmente que los adversarios de sus elegidos crezcan, para que por la crueldad de los malos se purifique la vida de los buenos.

52. También la potestad de los perversos sirve para la utilidad de los justos. En efecto, el Señor nunca permitiría que los adversarios fueran contrarios a los buenos, si no viera cuánto pueden beneficiar. Pues mientras los injustos se ensañan, los justos se purifican, y la vida de los perversos sirve a la utilidad de los inocentes, ya que al oprimirlos los humilla, y al humillarlos siempre los forma para mejor. Por eso, con razón se dice a través de Salomón: El necio servirá al sabio (Prov. XI, 29). Sin embargo, a menudo vemos a los sabios sometidos, mientras que los necios ocupan el trono del dominio; los sabios sirven servilmente, y los necios dominan con tiránica altivez. ¿Cómo, entonces, según la definición de la sentencia divina, el necio sirve al sabio, cuando a menudo lo oprime con el derecho del dominio temporal? Pero debe saberse que contra la vida del sabio, mientras el necio preeminente ejerce el terror del poder, mientras lo fatiga con trabajos, lo lacera con injurias, ciertamente lo purga de toda herrumbre de vicios quemándolo. Así, el necio sirve al sabio incluso dominándolo, al promoverlo a un estado mejor oprimiéndolo. Así, a veces, los siervos están al frente de los amos menores como maestros de disciplina, los aterrorizan, los oprimen, los hieren, y sin embargo no dejan de ser siervos de ninguna manera, porque están ordenados a esto mismo, para que sirvan a los amos que progresan incluso hiriéndolos. Por lo tanto, ya que los males de los réprobos purgan a los buenos mientras los atormentan, también la potestad de los inicuos sirve a la utilidad de los justos. Pero a menudo los justos, atrapados en la tribulación, consideran tardía la mano del que socorre, cuando la inhumanidad de los perseguidores los angustia un poco más. Y aunque los remedios del libertador son rápidos, lo que el libertador hace rápidamente, al doliente le parece lento. Y cuando se busca que el auxilio esté presente a la petición, si no sigue inmediatamente a la voz, se considera que falta. Por eso ahora se dice: Y no hubo quien trajera auxilio. En esta expresión se manifiesta la misma fuerza de la pasión, porque la ayuda suprema, aunque está presente según la providencia ordenada del protector, sin embargo se cree que falta según los deseos urgentes del paciente. Sigue:

CAPÍTULO XXV [Ant. XXII, Rec. XX].

VERS 14.---Como un muro roto y una puerta abierta irrumpieron sobre mí, y se precipitaron hacia mis miserias.

53. Debe lamentarse el estado del alma cuando los enemigos irrumpen en ella, habiendo roto el muro de la fe o destruido la materia de la disciplina. ¿Qué se entiende en este contexto por el nombre de muro sino al Redentor del género humano? De quien, para la edificación de la santa Iglesia, se dice por el profeta: "Se pondrá en ella un muro y un antemural" (Isaías 26, 1). Él es en verdad nuestro muro, que impide que los espíritus malignos lleguen a nuestros corazones. Él también puso un antemural para nuestra fe, porque antes de mostrarse en la carne envió a los profetas, predicadores de su misterio. Con razón se les llama antemurales, porque al predicar al Señor que vendría, se situaron como delante del muro. Pero el muro se rompe cuando, por las persuasiones de los malvados, la fe en nuestro Redentor se disipa en el corazón de algunos. Y cuando a los perversos se les concede poder en esta vida, ¿qué otra

cosa sucede sino que se abre la puerta al error? Así, con el muro roto y la puerta abierta, los malos irrumpen sobre los buenos, cuando, habiendo recibido temporalmente el poder, los perversos intentan destruir también en el corazón de algunos las defensas de la fe. De ellos se dice acertadamente: "Y se han precipitado en mis miserias", porque evidentemente primero cayeron en las suyas. Pues si no cayeran primero en sus propias miserias viviendo perversamente, de ninguna manera persuadirían después a otros a caer en ellas. Pero después de caer en sus propias miserias, los réprobos se precipitan también en nuestras miserias, cuando arrastran a algunos de los que están unidos a nosotros hacia esos males en los que ya ellos mismos están implicados.

54. También se puede entender que el nombre del muro representa la fortificación de la disciplina; como atestigua Salomón, quien dice: Pasé por el campo del hombre perezoso, y por la viña del hombre necio; y he aquí que todo estaba lleno de ortigas, su superficie cubierta de espinas, y el muro de piedras estaba destruido (Prov. XXIV, 30). Pasar por el campo del hombre perezoso y por la viña del hombre necio es observar la vida de cualquier persona negligente y considerar sus obras. Las ortigas o espinas lo llenan, porque en el corazón de los negligentes brotan deseos terrenales pruriginosos y punzantes de vicios, ya que está escrito: En deseos está todo ocioso (Prov. XXVIII, 19, según la LXX). El muro de piedras estaba destruido, es decir, la disciplina de los padres se había disuelto en su corazón. Pues al ver que el muro de piedras estaba destruido, y que la disciplina se había disuelto, inmediatamente añadió: Cuando lo vi, lo puse en mi corazón, y con el ejemplo aprendí la disciplina (Prov. XXIV, 32). Así, cuando el muro está roto, el enemigo entra, ya sea por la persuasión astuta de los espíritus malignos o de los hombres perversos, y las defensas de la disciplina se disipan en el corazón. Pero cuando el vigor de esa misma disciplina se disuelve en el corazón de los reprobos, ante sus ojos todas las obras de honor son despreciadas, y no consideran que haya valor en lo que ven de las virtudes de los elegidos. Por lo tanto, se añade:

CAPÍTULO XXVI.

VERS 15.---He sido reducido a la nada.

55. Despreciando los verdaderos bienes, los carnales se apoyan en los efímeros, con los cuales perecen. En efecto, según la estimación de los malvados, somos reducidos a la nada cuando no poseemos aquellos bienes temporales que ellos consideran como los más grandes. Al despreciar las promesas celestiales, desean las terrenales; y si alguna vez surge en su mente algún deseo de eternidad, pronto se disipa con el placer transitorio que aparece. Por eso, inmediatamente se añade:

IBID.--- Has arrebatado mi deseo como el viento.

El pueblo fiel ciertamente se declara dispuesto a sufrir, porque le duele que aquellos a quienes ama sufran. Por lo tanto, el viento lleva el deseo, cuando cualquier cosa transitoria destruye el anhelo de la eternidad. Por lo cual, se añade adecuadamente:

IBID.---Y como una nube pasó mi salvación.

Las nubes ciertamente se elevan en lo alto, pero el viento las impulsa en su curso. Así, sin duda, son los bienes temporales de los inicuos. Parecen vivir en lo alto, por la grandeza del honor; pero en el curso de la vida diaria, son impulsados como por ciertos vientos de su mortalidad. La salvación, por tanto, pasa como las nubes, porque la gloria de los perversos,

aunque alta, no es fija. Pero una vez cumplidos los deseos y actos de los débiles, el discurso se dirige a la voz de los elegidos, cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXVII.

VERS. 16.---Ahora, sin embargo, mi alma se marchita en mí mismo, y me poseen los días de aflicción.

56. Ahora los elegidos se marchitan en sí mismos, pero florecen en Dios. En efecto, el alma de los elegidos ahora se marchita, porque después reverdece en la eterna exultación. Ahora los días de aflicción los poseen, porque los días de alegría les siguen después. Pues está escrito: Al que teme a Dios le irá bien al final (Eccl. 1, 13, 19). Y de nuevo se dice de la Iglesia: Reirá en el último día (Prov. 31, 25). Ahora es tiempo de aflicción para los buenos, para que les siga la exultación alguna vez sin tiempo. De ahí que se diga de ellos en otro lugar: Nos humillaste en el lugar de aflicción (Sal. 43, 20). El lugar de aflicción es la vida presente. Por tanto, los justos aquí, es decir, en el lugar de aflicción, son humillados, porque en la vida eterna, es decir, en el lugar de gozo, son exaltados. Y cuando dice que el alma se marchita, también correctamente añade, En mí mismo, porque en nosotros mismos ciertamente se aflige, pero en Dios nuestra mente se reconforta; y tanto más se aleja de la verdor del gozo, cuanto más se retira de la luz del Creador. Entonces llega a la verdor de la verdadera alegría, cuando, elevada por la gracia de la contemplación eterna, incluso se trasciende a sí misma. Pero estas cosas que hemos recorrido con indagación alegórica, es necesario que también las mantengamos en todo según la historia. Sin embargo, ahora las paso por alto porque sé que son claras para los lectores. En los días de la última persecución, porque son muchos los que perecen y pocos los que se salvan; por eso el santo varón en el tiempo de su pasión habla poco de los buenos y mucho de los perversos. Por lo cual, inmediatamente convierte sus palabras a la persona de aquellos que caen; y así insinúa lo suyo, para que lo que narra pueda concordar con los que caen. Pues sigue

CAPÍTULO XXVIII [Rec. XXI, Vet. XXIII].

VERS. 17.---Por la noche mi boca es perforada por dolores, y los que me devoran no duermen.

57. Durante la persecución feroz, los fuertes y aquellos que son como los huesos en el cuerpo de la Iglesia desfallecen. Si atendemos a la historia, la causa es evidente, ya que una multitud de gusanos laceraba el cuerpo de los santos varones a través de las llagas. Pero si investigamos el misterio de la alegoría, ¿qué se designa por los huesos sino a los fuertes en el cuerpo de la santa Iglesia? Ellos, que con su fortaleza sostienen los miembros, llevan firmemente las costumbres de los débiles. Pero cuando el fervor de la última tribulación crezca contra ella, en la noche su hueso es perforado por dolores, porque a veces, vencidos por los tormentos, incluso aquellos que parecían mantener a otros en la fe, caen en la perfidia. Por lo tanto, dice: En la noche mi hueso es perforado por dolores. Como si dijera abiertamente: Oprimidos por las tinieblas de la tribulación, son taladrados por la aflicción, de modo que incluso aquellos que tenían en mí el vigor de la fortaleza, ahora tienen como un agujero de temor. Bien se dice: Y los que me devoran no duermen, porque los espíritus malignos, que consumen a los carnales de la Iglesia, tanto más no saben descansar de la tentación cuanto no están gravados por el peso de la carne. Pero los perseguidores de la santa Iglesia, porque son muy perversos, ojalá fueran pocos. Sigue:

CAPÍTULO XXIX [Rec. XXII].

VERS. 18.---En la multitud de ellos se consume mi vestidura, y como el borde de una túnica me han ceñido.

58. Aquellos que se adhieren a la Iglesia como un vestido, a veces son separados de ella por la fuerza de los tormentos. Si atendemos a la historia, ¿qué otra cosa es el vestido del bienaventurado Job sino su cuerpo? Cuyo vestido se consume mientras la carne es atormentada. Según el misterio de la alegoría, el vestido es la vida de los fieles de la santa Iglesia. Pues así como toda la Iglesia en conjunto es el vestido de Cristo, así los fieles de la misma Iglesia son considerados sus vestiduras. Si la santa Iglesia no fuera el vestido de Cristo, Pablo ciertamente no diría: Para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (Efesios 5, 27); es decir, sin mancha por el pecado, ni arruga por la duplicidad, porque es pura por la justicia y tensa por la intención simple. La que, por tanto, ha sido lavada para no tener mancha, está tensa para no tener arruga, es ciertamente un vestido. Así como, por tanto, la Iglesia en general es llamada el vestido de Cristo, así las almas de cada uno son el vestido de la Iglesia, que, convertidas del error, rodean a la misma Iglesia creyendo en ella y adhiriéndose fielmente a ella. De las cuales el Señor dice a la misma Iglesia por medio del profeta: Vivo yo, que con todos estos te vestirás como con un ornamento (Isaías 49, 18). Pero cuando se levanta la tormenta de una persecución cruel, muchos de los fieles son separados de su amor, aquellos que parecían adherirse a ella con diligencia. Diga, por tanto: En la multitud de ellos se consume mi vestido, porque mientras son muchos los que atormentan, se destruyen muchos que se adherían a ella con el vínculo del amor.

59. Los réprobos intentan extinguir la vida de la fe y la voz de la predicación en la Iglesia. --- Sin embargo, se añade acertadamente: Y como el cuello de una túnica me han ceñido. Pues el cuello de la túnica rodea el cuello de quien la viste. Si el cuello es apretado, se anula el uso de la voz y el aliento vital. Por lo tanto, los réprobos constriñen a la santa Iglesia como el cuello de una túnica, porque intentan extinguir en ella, con sus persecuciones, la vida de la fe y la voz de la predicación. Esto es precisamente lo que suelen intentar sus perseguidores, quitarle ante todo la palabra de la predicación. Por eso, aquellos que se oponían a los inicios de la santa fe, después de haber matado a los Apóstoles, advertían diciendo: Os hemos mandado estrictamente que no enseñéis en ese nombre, y he aquí que habéis llenado Jerusalén con vuestra doctrina (Hechos 5, 28). Así, habían ceñido el cuerpo de la santa Iglesia como el cuello de una túnica, pues al restringir a los predicadores, querían cerrar en ella el camino de la voz, como si apretaran su cuello. Pero los elegidos, en tiempos de persecución, están más dispuestos a morir que a callar. Y aunque caen corporalmente en la muerte, son despreciados y considerados viles por los necios y carnales, porque los réprobos, al no poder ver los bienes espirituales que los elegidos poseen, al verlos extinguirse carnalmente, los consideran infelices. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 19.---Me he comparado al lodo, y me he asimilado a la ceniza y al polvo.

60. La pisan como barro, ceniza y polvo. En el juicio de los réprobos, la santa Iglesia de los elegidos es comparada con el barro, porque temporalmente es despreciada y pisoteada. Se asemeja a la ceniza y al polvo, porque al no ver sus bienes interiores, piensan que solo ha llegado a los males que ven manifestarse corporalmente en ella. Sin embargo, el pueblo fiel

de los elegidos, al ver caer a muchos de los suyos, desea, si pudiera lograrlo, cambiar los tiempos de su adversidad. Como su oración se difiere, su gemido aumenta. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXXI. [Ant. XXIV].

VERS. 20.--- Clamaré a ti, y no me escucharás; me presento, y no me miras.

La oración de la Iglesia que pide ser liberada no es escuchada de inmediato. ¿Por qué razón? La Santa Iglesia, en tiempos de persecución, permanece firme en la fe y clama con sus deseos. Pero sufre al sentirse como si no fuera escuchada, al ver que sus súplicas en las tribulaciones se retrasan. Con un alto propósito, el Dios omnipotente, cuando sus santos son oprimidos por las persecuciones de sus adversarios y claman constantemente para ser liberados, suele retrasar las voces de los que piden, para que crezcan los méritos de los que sufren, de modo que sean escuchados más por sus méritos cuanto menos lo son por sus deseos. Por eso está escrito en otro lugar: "Dios mío, clamaré de día, y no escucharás, y de noche" (Salmo XXI, 3). Y la misma utilidad de la demora en ser escuchados se añade de inmediato, cuando allí se dice: "Y no para mi insensatez" (Ibid.). En efecto, la sabiduría de los santos se multiplica al recibir tarde lo que piden, para que el deseo crezca con la demora, y con el deseo se aumente el entendimiento. Cuando el entendimiento se intensifica, se revela un afecto más ardiente hacia Dios. Y el afecto se hace tanto más capaz de merecer las cosas celestiales cuanto más paciente es en la espera. Sin embargo, entre estas cosas, el dolor urge a los santos a clamar, y aunque progresan con la demora, temen que, al faltarles fuerzas, sean rechazados como despreciados. Sigue:

CAPÍTULO XXXII [Rec. XXIII].

VERS. 21.---Te has vuelto para mí en un cruel, y con la dureza de tu mano te opones a mí.

62. De Dios no podemos decir ni pensar nada digno.---La antigua traducción difiere mucho de esta sentencia, porque lo que en esta se dice de Dios, en aquella se menciona sobre los adversarios y perseguidores. Sin embargo, dado que se afirma que esta nueva traducción ha vertido todo más fielmente del hebreo y del árabe, debemos creer en lo que se dice en ella, y es necesario que nuestra exposición examine cuidadosamente sus palabras. Dice, por tanto: Te has vuelto para mí cruel, y con la dureza de tu mano te has vuelto mi adversario. En la Sagrada Escritura, cuando se dice algo indigno de Dios, el ánimo del lector se conmueve, como si alguna vez se dijera algo digno de Dios. Pues casi todo lo que se dice de Dios ya es indigno por el mismo hecho de poder ser dicho. Porque si la conciencia asombrada no es suficiente para su alabanza, ¿cuándo lo será la lengua que habla? Sin embargo, el Espíritu Santo, insinuando esto mismo a los hombres inteligentes, cuán inefables son las cosas supremas y divinas, a veces utiliza incluso estas palabras sobre Dios que entre los hombres se consideran un defecto, para que, a partir de lo que parece indigno a los hombres y sin embargo se dice de Dios, los hombres sean advertidos de que ni siquiera aquellas cosas que se consideran dignas entre los hombres son ya dignas de Dios.

63. En qué sentido se dice que Dios es celoso, se enoja, se arrepiente, se compadece, prevé. Para Dios nada es pasado o futuro. Las cosas no son vistas por Dios porque existen, sino que existen porque son vistas. Se dice que Dios es celoso, como está escrito: "El Señor, cuyo nombre es Celoso" (Éxodo 34, 14). Se dice que está enojado, como está escrito: "El Señor se enojó contra Israel" (Números 32, 13). Se dice que Dios se arrepiente, como está escrito: "Me arrepiento de haber hecho al hombre sobre la tierra" (Génesis 6, 7). Y de nuevo: "Me

arrepiento de haber constituido a Saúl como rey en Israel" (1 Samuel 15, 11). Se dice que es misericordioso, como está escrito: "Misericordioso y compasivo es el Señor, paciente y muy misericordioso" (Salmo 85, 15). Se dice que es presciente, como el Apóstol dice de Él: "A los que conoció de antemano, también los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo" (Romanos 8, 29), aunque ni el celo, ni la ira, ni el arrepentimiento, ni propiamente la misericordia, ni la presciencia pueden existir en Dios. Todas estas cosas han sido tomadas de cualidades humanas para Él, al descender a las palabras de nuestra debilidad, para que, como si se nos hubieran hecho ciertos escalones y puestos junto a nosotros, podamos a veces ascender a su grandeza a través de lo que vemos cercano a nosotros. Se dice que es celoso quien, con sufrimiento de mente, guarda la castidad de su esposa. Se dice que está enojado quien, con fervor de ánimo, se enciende contra el vicio que debe ser castigado. Se dice que se arrepiente quien se desagrada de lo que ha hecho y, al cambiar, hace algo diferente. Se dice que es misericordioso quien se conmueve con piedad hacia el prójimo. La misericordia se llama así por un corazón compasivo, porque cada uno mira a alguien miserable y, compadeciéndose de él, al ser tocado por el dolor del alma, hace su corazón compasivo para liberarlo de la miseria a la que se dirige. Se dice que es presciente quien ve cada cosa antes de que llegue, y prevé lo que será antes de que se haga presente. ¿Cómo, entonces, es celoso Dios, quien en guardar nuestra castidad no es tocado por ningún sufrimiento de mente? ¿Cómo se enoja, quien en vengar nuestros vicios no es movido por ninguna perturbación del ánimo? ¿Cómo se arrepiente, quien no se duele de haber hecho lo que hizo una vez? ¿Cómo tiene misericordia, quien nunca tiene un corazón compasivo? ¿Cómo es presciente, cuando nada sino lo que será puede ser previsto? Y sabemos que para Dios nada es futuro, ante cuyos ojos nada es pasado, lo presente no pasa, lo futuro no llega, ya que todo lo que para nosotros fue y será, está presente ante Él; y todo lo que es presente, puede saberlo más que preverlo. Y sin embargo, se dice que es celoso, se dice que está enojado, se dice que se arrepiente, se dice que es misericordioso, se dice que es presciente, para que, porque guarda la castidad del alma de cada uno, sea llamado celoso de manera humana, aunque no sea tocado por sufrimiento de mente. Y porque castiga las culpas, se dice que se enoja, aunque no sea movido por ninguna perturbación del ánimo. Y porque Él, inmutable, cambia lo que quiere, se dice que se arrepiente, aunque cambie la cosa, no cambia el consejo. Y cuando socorre nuestra miseria, es llamado misericordioso, aunque socorra a los miserables y nunca tenga un corazón compasivo. Y porque ve lo que será para nosotros, que sin embargo siempre está presente para Él, se dice que es presciente, aunque no prevea lo que será, porque lo ve presente. Pues las cosas que son, no son vistas en su eternidad porque son, sino que son porque son vistas. Por lo tanto, al descender a las palabras de nuestra mutabilidad, que ascienda quien pueda a la inmutabilidad de Dios, para que vea al que es celoso sin celo, al que se enoja sin ira, al que se arrepiente sin dolor y arrepentimiento, al que es misericordioso sin un corazón compasivo, al que es presciente sin previsiones. En Él no pueden encontrarse ni pasado ni futuro, sino que todas las cosas mutables duran inmutablemente, y lo que no puede existir simultáneamente en sí mismo, todo le asiste simultáneamente, y nada pasa en Él que transite, porque en su eternidad, de un modo incomprensible, todos los volúmenes de los siglos que pasan permanecen, los que corren están.

[Vet. XXV.] 64. Dios parece cruel cuando, aunque golpeando justamente, no perdona. Así como aceptamos que Él es celoso sin celo, airado sin ira, de igual manera un hombre santo pudo llamarlo cruel sin crueldad. Se dice cruel a quien, golpeando severamente, no perdona, de modo que en este contexto se puede entender como cruel al que golpea severamente y no perdona la culpa que debe ser vengada. Por eso también Isaías, al ver que el día del juicio final no vendría con clemencia, sino con severidad, dijo: "He aquí que el día del Señor vendrá cruel, lleno de indignación, y de ira y furor suyo, para convertir la tierra en desolación, y para

destruir de ella a sus pecadores" (Isaías XIII, 9). Así, el hombre santo, para afirmar que esta misma crueldad podría atribuirse más a él que a Dios, dijo: "Te has vuelto cruel conmigo". Como si dijera abiertamente: "Tú, que en ti mismo no tienes nada de crueldad, me pareces cruel a mí, a quien no permites respirar del golpe". Pues Dios no puede ser cruel, así como tampoco puede cambiar de ninguna manera. Pero dado que en Dios nunca hay crueldad ni mutabilidad, al decirme que no siente a Dios en sí mismo ni cruel ni mutable, lo demuestra. Porque cuando ciertas cosas prósperas y adversas varían a nuestro alrededor, en lo que nosotros cambiamos, sospechamos que su ánimo hacia nosotros ha cambiado. Sin embargo, Él, permaneciendo inmutable en sí mismo, es percibido de diferentes maneras en el pensamiento de los hombres, según la calidad de sus méritos. Pues la luz del sol, aunque no es diferente en sí misma, parece áspera a los ojos enfermos, pero suave a los sanos, por el cambio de ellos, no por el suyo. Por eso, como dijimos antes, al decir: "Te has vuelto", añadió, "conmigo", para que esta crueldad y mutación no estén en la calidad del juez, sino en la mente del que sufre. Lo cual también reitera con otras palabras, diciendo: "Y en la dureza de tu mano te opones a mí". La mano de Dios se cree dura cuando, contraria a nuestra voluntad, persigue golpeando lo que le desagrada en nosotros y multiplica los castigos cuando el alma doliente espera clemencia. Sin embargo, según el misterio de la alegoría, estas palabras se ajustan bien a la santa Iglesia en las voces de los enfermos, que a menudo piensan que son golpeados más de lo que creen merecer, y consideran casi crueldad la justa severidad del juez, porque cuando la herida del enfermo es cortada con un instrumento medicinal, el médico es llamado cruel, quien, sin embargo, a través de la dureza de la mano que corta, se opone a la herida, pero concuerda con la salud. Sigue:

CAPÍTULO XXXIII [Rec. XXIV].

VERS. 22.---Me has elevado, y como si me pusieras sobre el viento, me has golpeado con fuerza.

65. Se sienta sobre el viento quien se alegra con éxitos transitorios. La adversidad no derriba a quien la prosperidad no corrompe. Porque la gloria de la vida presente se percibe como en lo alto, pero no se consolida con ninguna estabilidad, como si estuviera elevado sobre el viento quien se alegra con la prosperidad transitoria, ya que solo para esto lo eleva la brisa de la felicidad fugitiva, para que de repente lo derribe peor en lo más bajo. Porque, en efecto, la santa Iglesia es honrada por todos, y aquellos débiles en ella que se alegran con los éxitos transitorios, ¿no parecen elevados como si estuvieran sobre el viento? Porque cuando llega el tiempo de persecución, mientras pasa la brisa de la prosperidad, su elevación se derrumba de inmediato, y al caer repentinamente aprenden que antes estaban sentados sobre el viento. Estas palabras, en particular, también se ajustan especialmente a la persona del hombre santo, no por lo que era, sino por lo que parecía ser. Porque la prosperidad fugitiva no había elevado su mente, que siempre se mantenía con el admirable peso de la virtud entre tanta abundancia de cosas; pero según lo que podía parecer exteriormente, quien era humilde en lo suyo, en los ojos ajenos era elevado, y como si estuviera puesto sobre el viento, fue fuertemente abatido, porque sostenido por cosas exteriores, de donde se estimaba que se levantaba, parecía haber caído. Este caso, en efecto, el hombre santo no lo soportó en su mente, porque ninguna adversidad derriba a quien ninguna prosperidad corrompe. Porque quien se adhiere a la verdad, de ninguna manera sucumbe a la vanidad, ya que al fijar con firmeza la intención en su pensamiento interior, todo lo que se realiza exteriormente de manera mutable no alcanza la cima de su mente. Sigue:

CAPÍTULO XXXIV [Ant. XXVI, Rec. XXV].

VERS. 23.---Sé que me entregarás a la muerte, donde está establecida la morada para todo ser viviente.

66. Nadie escapa a la muerte; pocos evitan el abismo de los placeres y la destrucción. Elías pospuso la muerte, no la evitó. En la parte superior de esta obra (Supra, lib. XII, cap. 6, Edit. Gussanv. novae, n. 13) se trató que antes de la venida del Señor, incluso los justos descendían a los receptáculos del infierno, aunque no eran guardados en suplicios, sino en reposo. Ahora no nos detenemos a demostrar esto con testimonios, porque creemos que ya ha sido suficientemente probado. Por lo tanto, lo que se dice: Sé que me entregarás a la muerte, donde está establecida la casa para todo ser viviente, se ajusta correctamente al bienaventurado Job incluso según la historia, ya que es evidente que antes de la gracia del Redentor, incluso los justos eran llevados a las puertas del infierno. En efecto, esa recepción del infierno se llama la casa de todos los vivientes, porque nadie llega aquí que antes de la venida del Mediador no haya pasado allí por la misma condición de su corrupción, nadie llega aquí que no haya dirigido sus pasos hacia la muerte de la carne por los caminos de esa misma corrupción. De esta muerte, en particular, se dice a través del Salmista: ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? (Salmo LXXXVIII, 49). Pues aunque se dice que Elías fue arrebatado al cielo, pospuso la muerte, no la evitó. De la misma boca de la verdad se dice: Elías, en verdad, vendrá y restaurará todas las cosas (Mateo XVII, 11). Vendrá, en efecto, para restaurar todas las cosas, porque para esto se le devuelve a este mundo, para que cumpla con los deberes de la predicación y pague la deuda de la carne. Sin embargo, esta sentencia del santo varón, según el misterio de la alegoría, se ajusta a las voces de la santa Iglesia desde la persona de los débiles, que mantienen la fe solo de palabra, pero sirven a sus deseos en contra de los preceptos de la fe. Dice, en efecto: Sé que me entregarás a la muerte, donde está establecida la casa para todo ser viviente. Porque al ver a muchos entregados a los placeres, y previendo ya su destrucción, considera que en el camino de la vida presente sirven a sus deseos, pero sin embargo, todos los que viven carnalmente en ella llegan a la casa de la muerte. Hay, sin embargo, algunos que caen en el abismo de sus placeres, pero a través de los lamentos de la penitencia rápidamente retiran su pie de lo más profundo, a quienes los golpes de la corrección divina cortan más para su instrucción que para su extinción. De los cuales se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 24.---Sin embargo, no extiendes tu mano para su destrucción, y si caen, tú los salvarás.

67. Algunos son golpeados por Dios para su instrucción, no para su destrucción, y son liberados del pecado. En estas palabras, ciertamente, debe entenderse con astucia que el bienaventurado Job, al narrar su propia historia, se refiere a otros a través de sí mismo. Pues, como si hablara específicamente de sí mismo, decía: "Me has elevado, y como puesto sobre el viento, me has golpeado fuertemente; sé que me entregarás a la muerte, donde está establecida la morada para todo ser viviente"; y sin embargo, no se refería a sí mismo, sino que añadía sobre otros: "Sin embargo, no extiendes tu mano para su destrucción". Pues al hablar de sí mismo, al razonar, añade causas sobre otros, mostrando cuántas personas representa en sí mismo. Así, el Señor no extiende su mano para la destrucción de los pecadores, cuando corrige golpeando para apartarlos de los pecados, y salva a los que caen, hiriendo el cuerpo para la salvación cuando caen en culpa, de modo que, postrados exteriormente, se levanten interiormente, para que aquellos que yacen en el cuerpo regresen

al estado interior, quienes, estando de pie exteriormente, yacían en el estado de la mente. Sigue:

CAPÍTULO XXXVI [Rec. XXVI].

VERS. 25.---Lloraba en otro tiempo por el que estaba afligido, y mi alma se compadecía del pobre.

68. La limosna debe ser valorada principalmente por el afecto del corazón con que se realiza. No es la abundancia de bienes lo que hace al donante, sino la compasión. Aunque la verdadera compasión consiste en participar en el sufrimiento del prójimo mediante la generosidad, a veces, cuando se dispone abundantemente de bienes exteriores para dar, la mano del que da encuentra más rápidamente la acción de dar que el alma el dolor. Por lo tanto, es necesario saber que aquel que da perfectamente es quien, junto con lo que ofrece al afligido, también asume en sí mismo el ánimo del afligido, de modo que primero transfiere a sí mismo la pasión del que sufre, y luego concurre contra su dolor mediante el servicio. Pues a menudo, como hemos dicho antes, la abundancia de bienes hace al donante del regalo, y no la virtud de la compasión. Porque quien realmente compadece al afligido, frecuentemente da incluso aquello que, si lo diera, le causaría angustia. Y entonces nuestra compasión es plena cuando no tememos asumir el mal de la escasez por el prójimo, para liberarlo de su sufrimiento.

69. Cristo nos dio un modelo de piedad, y Pablo nos lo enseñó. Este modelo de piedad nos lo dio el Mediador entre Dios y los hombres. Aunque podía ayudarnos sin morir, quiso socorrer a los hombres muriendo, porque nos habría amado menos si no hubiera asumido nuestras heridas; y no nos habría mostrado la fuerza de su amor si no hubiera soportado temporalmente lo que nos quitaba. Nos encontró pasibles y mortales, y quien nos hizo existir de la nada, ciertamente podía devolvernos de la pasión sin su muerte. Pero para mostrar cuán grande era la virtud de la compasión, se dignó hacerse por nosotros lo que no quiso que fuéramos, para asumir en sí mismo temporalmente la muerte que de nosotros alejaría para siempre. ¿Acaso no podía, permaneciendo invisible en las riquezas de su divinidad, enriquecernos con virtudes admirables? Pero para que el hombre regresara a las riquezas internas, se dignó aparecer externamente como un Dios pobre. Por eso, el insigne predicador, para encender en nosotros las entrañas de la compasión hacia la gracia de la generosidad, dijo: "Por nosotros se hizo pobre, siendo rico" (II Cor. VIII, 9). Y también dice: "No para que haya alivio para otros y tribulación para vosotros" (II Cor. VIII, 13). Esto, sin duda, lo introdujo condescendiendo con los débiles, porque para algunos que no pueden soportar la escasez, es más tolerable dar menos que murmurar después de su generosidad por la angustia de la pobreza. Pues para encender las mentes de los oyentes hacia grandes esfuerzos de generosidad, añadió poco después, diciendo: "Esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente" (II Cor. IX, 6). Decimos a veces que es más valioso compadecerse de corazón que dar, porque quien compadece perfectamente al necesitado, estima menos todo lo que da. Pues si la buena voluntad no superara la mano del que da, el insigne predicador no habría dicho a los discípulos: "No solo comenzasteis a hacer, sino también a querer desde el año pasado" (II Cor. VIII, 10). Es fácil obedecer en una buena obra incluso sin querer. Pero esta gran virtud existía en los discípulos, que quisieron antes lo que se les había mandado.

70. Al dar bienes exteriores, ofreciendo algo de lo suyo, al mostrar compasión, da algo de sí mismo. Por lo tanto, como el hombre santo sabía que ante el Dios omnipotente a veces el don

del corazón es mayor que el del objeto, puede decir: Lloraba en otro tiempo por el que estaba afligido, y mi alma se compadecía del pobre. Al dar bienes exteriores, ofreció algo fuera de sí mismo. Pero quien otorga lágrimas y compasión al prójimo, le da también algo de sí mismo. Por eso decimos que la compasión es más que el don, porque a menudo cualquiera puede dar algo sin compadecerse, pero quien realmente se compadece nunca niega lo que ve necesario para el prójimo.

La Iglesia, compadeciéndose de sus hijos penitentes, une sus lágrimas y oraciones. Esta sentencia, en efecto, también se ajusta bien a las voces de la santa Iglesia: que al contemplar a los afligidos a través de los lamentos de la penitencia, une a ellos sus propios llantos con oración continua, y tantas veces se compadece del necesitado, cuantas veces asiste con sus súplicas de intercesión a la mente despojada de virtudes. En efecto, lloramos compadeciéndonos del afligido, cuando consideramos las pérdidas ajenas como nuestras, y nos esforzamos por limpiar con nuestras lágrimas las culpas de los que delinquen. Al hacer esto, a menudo nos beneficiamos más a nosotros mismos que a aquellos por quienes actuamos, porque ante el juez íntimo y la gracia de la caridad que aspira, quien llora puramente por los ajenos, borra perfectamente sus propias faltas. Por lo tanto, la santa Iglesia, sorprendida por la tribulación de la última persecución, recuerde en su memoria los bienes que realizó en tiempos de paz, diciendo: "Lloraba en otro tiempo por el que estaba afligido, y mi alma se compadecía del pobre". Deseando los gozos eternos de la luz interna, pero aún diferidos, porque es oprimida por males exteriores, una sus voces a las de los hombres santos:

CAPÍTULO XXXVII [Rec. XXVII].

VERS. 26.---Esperaba el bien, y me vinieron males; aguardaba la luz, y surgieron las tinieblas.

72. El dolor de los elegidos y de la Iglesia, incluso en tiempos de paz, al soportar la persecución de los suyos. Pues el pueblo fiel espera bienes, pero recibe males; aguarda la luz, y encuentra tinieblas, porque por la gracia de la recompensa espera participar pronto de los gozos de los ángeles, y sin embargo, aquí, dilatado por más tiempo, soporta las manos de los perseguidores; y quien se estima a sí mismo disfrutar cuanto antes de la retribución de la luz eterna, aquí aún se ve obligado a sufrir las tinieblas de sus perseguidores. Estos males de los perseguidores dolerían menos si surgieran de los infieles y adversarios. Pero atormentan peor la mente de los elegidos, porque vienen de aquellos de quienes esperaban bienes. Por lo cual se añade:

VERS. 27.---Mis entrañas se agitaron sin ningún descanso.

Ciertamente, el interior de la Santa Iglesia se agita al soportar en la atrocidad de la persecución a aquellos que, por el amor de la fe, había llevado como entrañas. Quienes, conociendo sus secretos previamente, cuanto más saben dónde duele más, tanto peor no cesan de afligirla. A quienes, sin embargo, también tolera gravemente en tiempos de paz, porque considera sus costumbres contrarias a sus predicaciones. Pues gime al ver sus vidas disímiles a la suya. De los cuales, adecuadamente se añade:

IBID.---Me han alcanzado los días de aflicción.

[Vet. XXVIII.] Sabe bien la santa Iglesia de los elegidos que en la última persecución sufrirá muchos males; pero los días de su aflicción la preceden, porque lleva dentro de sí, incluso en

tiempos de paz, el peso de una vida llena de males. Pues aunque en los últimos días seguirá una persecución abierta por parte de los infieles, a esta la preceden, incluso antes de que aparezca, aquellos que en ella son fieles solo de palabra, con sus costumbres perversas. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII [Rec. XXVIII].

VERS. 28.---Con tristeza avanzaba, sin furia me levanté en la multitud y clamé.

73. Los santos, en la cumbre del honor, mantienen la humildad y, en tiempos de alegría, conservan la tristeza. Luchan internamente contra la prosperidad. Todo lo que abunda sin la visión de Dios es pobreza. Es digno de notar, según la historia, que el santo varón, quien poco antes dijo: "Me has elevado", añade más adelante: "Caminaba con tristeza". De manera admirable, en las acciones de los buenos suele coincidir al mismo tiempo el honor externo de la cumbre y la tristeza interna de la humildad afligida. Por eso, el santo varón, elevado en bienes y honores, caminaba con tristeza, porque aunque la gloria del poder lo mostraba como superior a los hombres, interiormente ofrecía al Señor el sacrificio secreto de un corazón contrito. En efecto, el sacrificio a Dios es un espíritu contrito (Salmo 50, 19). Los elegidos saben luchar con íntima reflexión contra las tentaciones de la excelencia exterior. Si pusieran su corazón en su felicidad exterior, ciertamente no serían justos. Pero como el corazón humano no puede evitar ser tentado por la gloria de las prosperidades, por pequeña que sea, los santos varones luchan internamente contra su propia prosperidad, no digo para no sucumbir a la soberbia, sino para no caer siquiera en su amor. Sucumbir a ella es someter la mente cautiva a sus deseos. ¿Quién, siendo sabio en lo terrenal y abrazando lo temporal, no creería que Job era feliz entre tantas prosperidades, teniendo salud corporal, vida de sus hijos, bienestar de su familia, integridad de sus rebaños? Pero él mismo es testigo de que no se alegraba en todas estas cosas, pues dice: "Caminaba con tristeza". Para el santo varón, aún en esta peregrinación, todo lo que abunda sin la visión de Dios es pobreza, porque aunque los elegidos ven que todo les acompaña, gimen porque no ven al autor de todo; y todo esto es menos para ellos, porque aún falta la visión de uno. Así, la gracia de la disposición suprema los exalta externamente, pero internamente los mantiene bajo la disciplina de la tristeza, maestra de la caridad. Por ella aprenden a humillarse más con lo que reciben externamente, a mantener la mente bajo el yugo de la disciplina, y a no estallar en impaciencia por la licencia del poder. Por eso, se añade adecuadamente: "Sin furia, me levanté en la multitud y clamé". A menudo, los tumultos de los sediciosos provocan la mente de sus superiores y exceden el límite de su orden con movimientos desordenados.

74. La impaciencia es casi siempre amiga del poder, la cual los buenos superan. Y a menudo, quienes están al mando, a menos que sean contenidos por el freno del Espíritu Santo en el corazón, se precipitan hacia la atrocidad de la retribución iracunda, y consideran que tanto como pueden actuar, tanto les está permitido con sus subordinados. Porque la impaciencia es casi siempre amiga del poder; y también manda a los malos que le están sujetos, porque el poder ejecuta lo que ella siente. Pero los hombres santos se someten más al yugo de la paciencia interior que al mando exterior sobre los hombres; y muestran un liderazgo más verdadero cuanto más humilde es su servicio a Dios en su interior; y por eso a menudo toleran más a algunos, cuanto más pueden vengarse de ellos; y para no pasar nunca a lo ilícito, a menudo no quieren ejecutar en su favor ni siquiera lo que es lícito; soportan el clamor de los subordinados, reprenden por amor a aquellos a quienes soportan con mansedumbre. Por lo tanto, ahora se dice correctamente: "Sin furia, levantándome en la multitud, clamé", porque ciertamente los buenos tienen clamor contra los tumultos de los

insolentes, pero no tienen furia, ya que no cesan de enseñar a aquellos a quienes toleran con clemencia. Pero lo que hemos dicho de uno según la historia, es necesario que lo entendamos según la alegoría de los diversos elegidos de la Iglesia. Pues ella misma, en sus elegidos, avanza afligida incluso en la prosperidad, porque no considera nada verdaderamente próspero hasta que alcanza el bien que busca singularmente. Sus fieles disfrutan de la paz temporal, pero suspiran perpetuamente; son honrados y afligidos; porque a menudo parecen estar en la cima, donde no son ciudadanos. Ella misma se levanta sin furia en la multitud y clama, porque persigue la vida de los malvados con el celo de la emulación recta, no con la locura de la furia. Se enoja y ama, se enfurece y está tranquila, para corregir a sus débiles con emulación y favorecerlos con piedad. Sigue:

CAPÍTULO XXXIX [Rec. XXIX].

VERS. 29.---Fui hermano de los dragones, y compañero de los avestruces.

75. No hay verdadera santidad, sino aquella que ha sido probada entre los malos. ¿Qué se significa con el nombre de dragones sino la vida de los hombres maliciosos? De los cuales también se dice por el profeta: Atrajeron el viento como dragones (Jeremías XIV, 6). Pues todos los perversos atraen el viento como dragones, cuando se inflan con maliciosa soberbia. ¿Y quiénes suelen entenderse bajo la denominación de avestruces, sino los simuladores? El avestruz tiene plumas, pero no tiene vuelo; porque todos los simuladores tienen apariencia de santidad, pero no tienen la virtud de la santidad. La visión de la buena acción los adorna, pero la pluma de la virtud no los eleva de la tierra. Así, el pueblo elegido de la santa Iglesia, porque en tiempo de su paz sufre dentro de sí a algunos maliciosos y simuladores, diga: Fui hermano de dragones, y compañero de avestruces. Lo cual también se ajusta especialmente a las palabras del bienaventurado Job, quien fue bueno entre los malos hasta el culmen de una gran fortaleza. Ninguno es perfecto, quien no es paciente ante los males de sus prójimos. Pues quien no tolera con ecuanimidad los males ajenos, él mismo es testigo por su impaciencia de que está lejos de la plenitud del bien. Se niega a ser Abel (7, q. 1, c. Adversitas, § 3, p. Abel), quien no es ejercitado por la malicia de Caín (Génesis IV, 3 ss.).

76. ¿Por qué los malos están mezclados entre los buenos aquí? Así como en la era los granos son oprimidos bajo la paja, así las flores brotan entre las espinas, y la rosa que exhala su fragancia crece junto a la espina que pincha. El primer hombre tuvo dos hijos, pero uno fue elegido y el otro reprobado (Gén. IV, 1, 2). También el arca de Noé contenía tres hijos, pero mientras dos persistieron en la humildad, uno cayó en la burla de su padre (Ibid., IX, 18). Abraham tuvo dos hijos, pero uno fue inocente, mientras que el otro fue perseguidor de su hermano (Ibid., XVI, 15; XXI, 9). Asimismo, Isaac tuvo dos hijos, uno fue preservado en humildad, pero el otro fue reprobado incluso antes de nacer (Ibid., XXV, 24 ss.). Jacob engendró doce hijos, pero de ellos uno fue vendido por su inocencia, mientras que los demás fueron vendedores de su hermano por malicia (Ibid., XXXVII, 27). También fueron elegidos doce apóstoles en la santa Iglesia, pero para que no quedaran sin ser probados, uno fue mezclado con ellos, quien al perseguirlos los probó. Así, el pecador se une al justo con malicia, como en el horno la paja se asocia con el fuego al oro, para que al arder la paja, el oro sea purificado. Por tanto, verdaderamente buenos son aquellos que pueden persistir en la bondad incluso entre los malos. De aquí que la voz del esposo a la santa Iglesia dice: Como un lirio entre espinas, así es mi amiga entre las hijas (Cant. II, 2). De aquí que el Señor dice a Ezequiel: Hijo de hombre, los incrédulos y subversores están contigo, y habitas entre escorpiones (Ezeq. II, 6). De aquí que Pedro glorifica la vida del justo Lot, diciendo: Y libré al justo Lot, oprimido por la conducta injuriosa de los nefandos (II Pe. II, 7). Pues era justo en

vista y oído, habitando entre aquellos que día tras día atormentaban el alma del justo con obras iniquas. De aquí que Pablo glorifica la vida de los discípulos, y al glorificarla la confirma, diciendo: En medio de una nación perversa y torcida, entre los cuales resplandecéis como luminarias en el mundo, sosteniendo la palabra de vida (Filip. II, 15). De aquí que el ángel atestigua a la Iglesia de Pérgamo por medio de Juan, diciendo: Sé dónde habitas, donde está el trono de Satanás, y mantienes mi nombre, y no has negado mi fe (Apoc. II, 13). Por tanto, el bienaventurado Job, para mostrar de qué fortaleza fue, insinúa con quiénes vivió, diciendo: Fui hermano de dragones, y compañero de avestruces. Porque sería menos que él hiciera el bien, si no soportara también el mal de otros para el cúmulo de su bondad. Sigue:

CAPÍTULO XL [Rec. XXX].

VERS. 30.---Mi piel se ha ennegrecido sobre mí, y mis huesos se han secado por el calor.

77. Por la caída de los débiles, los fuertes son quemados por el fuego de su celo.--- Descuidamos considerar esto según la historia, porque evidentemente la virtud del discurso se manifiesta en la pena de la pasión. Pero, como ya hemos dicho muchas veces, el bienaventurado Job narra los hechos de tal manera que predice lo que ha de suceder, esto se ajusta bien a las voces de la santa Iglesia, que siente gravemente el dolor de la última persecución en los débiles. Y cuando algunos perecen de ella, los más fuertes son atormentados por el dolor. La causa exterior de esto es la administración terrena, pero la interior es el cuidado celestial. Por lo tanto, con el nombre de piel se señalan los débiles, que ahora sirven a la utilidad exterior en ella. Por los huesos, en cambio, se figuran sus fuertes, en los cuales se solidifica toda la estructura de su cuerpo. Porque, provocados por dones o afligidos por persecuciones, muchos en ella caen de su estado de fe, y después de haber caído, la persiguen, ¿qué otra cosa sufre que la negrura de su piel, para que en ellos aparezca luego fea, en quienes antes parecía hermosa? Pues cuando aquellos que antes solían administrar bien las cosas exteriores luego se ensañan contra los elegidos de Dios, es como si la piel de la Iglesia perdiera el color de la justicia pasada, llegando a la negrura de la iniquidad. Esto también lo deplora Jeremías bajo la apariencia de un metal precioso, diciendo: ¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha cambiado el color excelente? (Lam. IV, 1). Así, los perversos, al salir de sus sacramentos, a menudo toman un lugar de honor entre los reprobos, para que ellos, con autoridad, se ensañen contra la santa Iglesia, a la que desprecian más atrozmente como si la conocieran. Por eso, cuando decía: Mi piel se ha ennegrecido, añadió, sobre mí, porque a aquellos que antes tenía como blancos en el decoro de la justicia, después los lleva más negros. Pero cuando la piel se vuelve negra, los fuertes que están en ella se consumen por el celo de la fe. Por eso añade apropiadamente: Y mis huesos se han secado por el calor. Así también en tiempos anteriores, el hueso más fuerte de la santa Iglesia, Pablo, ardía con cierta sequedad de tedio, cuando decía al caer algunos: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Cor. XI, 29). Por lo tanto, la piel se ennegrece y los huesos se secan por el calor, porque mientras los débiles se precipitan hacia la iniquidad, los fuertes son atormentados por el fuego de su celo. Sigue:

CAPÍTULO XLI [Ant. XXX, Rec. XXXI].

Vers. 31.---Mi cítara se ha convertido en luto, y mi órgano en la voz de los que lloran.

78. Los ministros de la palabra divina, cuando son despreciados, deben guardar silencio y refugiarse en el luto de la penitencia. La discreción debe moderar la abstinencia. Que se extingan los vicios de la carne, no la carne misma.---Así como el órgano suena a través de las

flautas y la cítara a través de las cuerdas, la operación recta puede ser designada por la cítara, y la santa predicación por el órgano. No es inapropiado entender que las flautas del órgano representan las bocas de los predicadores, y las cuerdas de la cítara la intención de los que viven rectamente. Cuando estas se dirigen hacia otra vida mediante la aflicción de la carne, suenan en la cítara como una cuerda tensada por la admiración de los que observan. La cuerda se seca para dar un sonido adecuado en la cítara, porque los hombres santos castigan su cuerpo y lo someten a servidumbre (I Cor. IX, 27), y se elevan de lo inferior a lo superior. También debe considerarse que si la cuerda en la cítara no se tensa lo suficiente, no suena; si se tensa demasiado, suena ronca, porque ciertamente la virtud de la abstinencia o es nula si alguien no doma su cuerpo tanto como puede, o es muy desordenada si el cuerpo se desgasta más de lo que puede soportar. A través de la abstinencia deben extinguirse los vicios de la carne, no la carne misma; y cada uno debe gobernarse con tal moderación que la carne no se enorgullezca en el pecado, y sin embargo, permanezca en la operación para el cumplimiento de la rectitud. En medio de esto, es grato observar al excelente predicador, con cuánta habilidad del magisterio tensa las almas de los fieles como cuerdas en la cítara, a veces tensándolas más para afinarlas, y otras veces relajándolas de su tensión para conservarlas. A unos les dice: No en comilonas y borracheras, no en lechos y lujurias (Rom. XIII, 13). Y nuevamente dice: Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra (Col. III, 5). Y sin embargo, escribe al querido predicador, diciendo: No bebas solo agua, sino usa un poco de vino, por tu estómago y tus frecuentes enfermedades (I Tim. V, 23). Por lo tanto, tensa esas cuerdas afinándolas para que no dejen de sonar por falta de tensión; y a esta la modera en su tensión, para que al tensarse demasiado, no suene menos.

79. Hay dos modos de exhortación, uno con palabras y otro con obras. Así, tanto los santos predicadores en la Iglesia como cualquier persona sencilla y abstinentes, según sus capacidades, ofrecen a sus prójimos en ella el cántico de la buena exhortación. Pues los prudentes vigilan diligentemente para obtener el fruto de la predicación y se esfuerzan con el sonido de una gran persuasión para llevar a otros a la vida; y aquellos que parecen de ingenio más lento, por el mismo mérito de su vida, en la medida en que se ven capaces, toman la autoridad de exhortar a otros y no cesan de atraer a quienes pueden hacia la patria celestial. Pero la santa Iglesia, oprimida por las últimas persecuciones, cuando ve que sus palabras son despreciadas por los réprobos, transforma la gracia de su amor en lamentos, porque ciertamente llora a aquellos que no puede atraer con la exhortación. Diga, pues: "Mi cítara se ha convertido en luto, y mi órgano en voz de los que lloran". Como si abiertamente confesara diciendo: "En el tiempo de mi paz, predicaba a través de unos como una pequeña cítara, y a través de otros como un órgano grande y sonoro, pero ahora la cítara se ha convertido en luto, y el órgano en voz de los que lloran, porque al ver que soy despreciada, lloro a aquellos que no escuchan el cántico de la predicación". Esto es lo que la santa Iglesia hará por algunos al final, y lo que ya hizo por algunos en sus comienzos. Pues el primer mártir, Esteban, intentó beneficiar a los judíos que lo perseguían mediante la predicación, pero cuando vio que, después de sus palabras, se lanzaban a arrojar piedras, oraba de rodillas diciendo: "Señor Jesús, no les tomes en cuenta este pecado" (Hechos 7, 59). ¿Qué otra cosa le quedaba a él, que había narrado tanto lo pequeño como lo grande, sino que el cántico de su cítara y órgano ya había enmudecido y se había convertido en luto, porque lloraba amando a aquellos que no había podido atraer con la predicación? Esto es lo que la santa Iglesia no cesa de hacer diariamente, al ver que la palabra de la predicación casi en todas partes ha enmudecido. Pues algunos disimulan al hablar, y otros desprecian escuchar lo correcto. Pero la mente de los elegidos, al ver que el cántico de la predicación ha enmudecido, regresa gimiendo y en silencio al llanto. Diga, pues: "Mi cítara se ha convertido en luto, y mi órgano en voz de los

que lloran", porque cada elegido, donde la voz de la santa predicación ha enmudecido, lamenta más gravemente las pérdidas de la Iglesia.

Hasta aquí, el bienaventurado Job ha descrito los males que sufrió; pero desde este punto comienza a narrar con más detalle los bienes que realizó. Sin embargo, pasamos por alto las palabras de dolor con una exposición histórica y alegórica, mientras que las obras de virtud las mantenemos en gran parte según el texto de la historia misma, para que, si las llevamos a investigar misterios, no parezca que vaciamos de verdad la obra.

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO. Se expone el capítulo XXXI del libro de Job, hasta el versículo 24 exclusivo, y después de alabar primero la castidad, la humildad, la misericordia, se enseña principalmente a evitar muchas ocasiones de pecado.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Al explicar las Sagradas Escrituras, no se debe seguir únicamente el sentido histórico, ni siempre el alegórico. El entendimiento del sagrado discurso debe ser ponderado con tal equilibrio entre el texto y el misterio, que, con una balanza moderada de ambas partes, ni el peso de una excesiva discusión lo deprima, ni la inercia de la negligencia lo deje vacío. Muchas de sus sentencias están tan cargadas de concepciones alegóricas, que quien intenta adherirse solo a la historia se priva de su conocimiento por su propia negligencia. Sin embargo, algunas sirven tanto a los preceptos exteriores, que si alguien desea penetrarlas más sutilmente, no encuentra nada en su interior, pero incluso lo que expresan externamente se le oculta.

2. Se prueba la proposición anterior. — Por lo tanto, también se dice bien en la narración histórica a través de la significación: Jacob tomó varas verdes de álamo, de almendro y de plátano, y las descortezó parcialmente, y al quitarles la corteza, apareció el blanco en las partes despojadas; pero las que estaban intactas permanecieron verdes, y de este modo el color se hizo variado (Génesis 30, 37). Y se añade: Y las puso en los canales donde se vertía el agua, para que cuando los rebaños vinieran a beber, tuvieran las varas ante sus ojos, y al verlas concibieran. Y sucedió que en el mismo calor del apareamiento, las ovejas miraban las varas y parían manchadas y variadas, salpicadas de diverso color (Ibid., 38, 39). ¿Qué significa poner varas verdes, de almendro y de plátano ante los ojos de los rebaños, sino ofrecer al pueblo las vidas y sentencias de los Padres antiguos como ejemplo a través de la serie de la Sagrada Escritura? Las cuales, ciertamente, porque son rectas según el examen de la razón, se llaman varas. A las cuales se les quita parcialmente la corteza, para que en las partes despojadas aparezca el candor interior; y se conserva parcialmente la corteza, para que permanezcan en su verdor exterior como eran; y el color de las varas se hace variado, mientras la corteza se quita en parte y se retiene en parte. Ante los ojos de nuestra consideración se colocan las sentencias de los padres precedentes como varas variadas. En las cuales, cuando a menudo evitamos el sentido literal, es como si quitáramos la corteza, y cuando a menudo seguimos el sentido literal, es como si reserváramos la corteza. Y cuando se quita la corteza de la letra, se muestra el candor interior de la alegoría, y cuando se deja la corteza, se muestran ejemplos verdes de la inteligencia exterior. Jacob las colocó bien en los canales de agua, porque también nuestro Redentor las fijó en los libros de la ciencia sagrada, con los cuales nos infundimos interiormente. Los carneros, al mirar estas varas, se unen con las ovejas, porque nuestros espíritus racionales, mientras están fijos en su intención, se mezclan con cada una de las acciones, para que procreen tales frutos de obras como los ejemplos de los precedentes que ven en las voces de los preceptos; y la prole de la buena obra

tiene un color diverso, porque a veces, al quitar la corteza de la letra, considera más agudamente lo interior, y a veces, al reservar el velo de la historia, se forma bien en lo exterior.

3. Se prueba la otra.---Pues dado que las sentencias divinas a veces deben ser examinadas interiormente y otras veces observadas exteriormente, también se dice por medio de Salomón: El que oprime fuertemente los pechos para extraer leche, exprime mantequilla; y el que exprime con vehemencia, extrae sangre (Prov. XXX, 33). Sin duda, oprimimos fuertemente los pechos cuando ponderamos las palabras del sagrado discurso con un intelecto sutil; en esta presión, mientras buscamos leche, encontramos mantequilla, porque mientras buscamos ser nutridos con un intelecto tenue, somos ungidos con la abundancia de la grasa interna. Sin embargo, esto no debe hacerse ni excesivamente ni siempre, no sea que mientras se busca leche de los pechos, siga la sangre. Pues a menudo algunos, mientras discuten las palabras del sagrado discurso más de lo que deben, caen en un entendimiento carnal. Sin duda, extrae sangre quien exprime con vehemencia, porque se convierte en carnal lo que se siente por una discusión excesiva del espíritu. Por lo tanto, es necesario que examinemos las obras del bienaventurado Job, que narra entre las palabras de sus amigos que lo reprenden para que su mente afligida no desfallezca en la desesperación, según el peso de la historia, no sea que si el alma investiga más de lo necesario espiritualmente, de los pechos de sus palabras nos responda sangre en lugar de leche. Sin embargo, si en algún momento mezcla ciertos misterios en la narración de sus obras, es necesario que la mente vuelva a ellos con prontitud, a los cuales el orden del hablante la llama, según se da a entender. Pues el santo varón, después de haber narrado lo que le fue infligido por el castigo del Señor, ahora enumerando en orden sus propias virtudes, da a conocer cómo era antes del castigo; tejiendo así la historia de su vida, de modo que rara vez inserta algo que pueda entenderse alegóricamente, para que en gran parte sean históricas las cosas que menciona, y sin embargo, a veces, a través de estas mismas, se eleve a la inteligencia espiritual. Con qué fortaleza, por lo tanto, ha restringido sus asuntos exteriores con la disciplina de la custodia interior, insinúa diciendo:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXI, VERS. 1.---Hice un pacto con mis ojos, para no pensar siquiera en una virgen.

4. Para que la mente no desee lo ilícito, deben controlarse los sentidos exteriores, que son las puertas de la mente. No es apropiado mirar lo que no está permitido desear. Aunque el alma es invisible, no se ve afectada por el deleite de las cosas corporales, a menos que, al estar unida al cuerpo, tenga los sentidos de este como ciertas aberturas por las que puede salir. La vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto son como caminos de la mente, por los cuales sale al exterior y desea lo que está fuera de su sustancia. A través de estos sentidos corporales, como por ciertas ventanas, el alma observa las cosas exteriores y, al observarlas, las desea. De ahí que Jeremías diga: "La muerte ha subido por nuestras ventanas, ha entrado en nuestras casas" (Jeremías 9, 21). La muerte sube por las ventanas y entra en la casa cuando, a través de los sentidos del cuerpo, la concupiscencia entra en la morada de la mente. En contraste con esto, lo que ya hemos dicho a menudo sobre los justos se dice a través de Isaías: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas?" (Isaías 60, 8). Los justos son llamados a volar como nubes porque se elevan por encima de las contaminaciones terrenales; y son como palomas a sus ventanas porque no miran con intención de rapacidad a las cosas exteriores a través de los sentidos del cuerpo, y la concupiscencia carnal no los arrastra hacia afuera. Pero quienquiera que mire descuidadamente al exterior a través de estas

ventanas del cuerpo, a menudo cae en el deleite del pecado incluso sin quererlo; y, atado por los deseos, comienza a querer lo que no quería. El alma, al no prever antes, para no mirar descuidadamente lo que desea, comienza ciegamente a desear lo que ha visto. Por eso, la mente del Profeta, que a menudo se elevaba y participaba en los misterios internos, porque vio descuidadamente a la esposa de otro, después se unió ilícitamente a ella (2 Samuel 11, 2). Sin embargo, el hombre santo, que, habiendo recibido los sentidos del cuerpo como si fueran ministros subordinados, actúa como un juez muy justo, percibe las culpas antes de que lleguen, y como si fuera un enemigo al acecho, cierra las ventanas del cuerpo, diciendo: "Hice un pacto con mis ojos, para no pensar siquiera en una virgen." Para poder guardar castamente los pensamientos del corazón, hizo un pacto con sus ojos, para no mirar primero descuidadamente lo que después amaría contra su voluntad. Porque es muy cierto que la carne tira hacia abajo, y una vez que la imagen de la forma se ha atado al corazón a través de los ojos, apenas se libera con gran esfuerzo. Por lo tanto, para no revolver pensamientos resbaladizos en la mente, debemos ser precavidos; porque no es apropiado mirar lo que no está permitido desear. Para que la mente se mantenga pura en sus pensamientos, los ojos deben ser reprimidos, como si fueran ciertos raptos hacia la culpa. Eva no habría tocado el árbol prohibido si no lo hubiera mirado primero descuidadamente. Está escrito: "Vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y agradable a los ojos, y deseable a la vista; y tomó de su fruto, y comió" (Génesis 3, 6). Por lo tanto, debemos considerar con cuánta moderación debemos restringir nuestra vista hacia lo ilícito, nosotros que vivimos mortalmente, si incluso la madre de los vivientes llegó a la muerte a través de los ojos. De ahí que, bajo la voz de Judea, que al desear los bienes exteriores perdió los interiores, el profeta diga: "Mi ojo ha despojado mi alma" (Lamentaciones 3, 51). Porque al desear lo visible, perdió las virtudes invisibles. Así que, lo que perdió el fruto interior por la vista exterior, sufrió el saqueo del corazón a través del ojo del cuerpo. Por lo tanto, para mantener la pureza del corazón, también debemos observar la disciplina de los sentidos exteriores. Porque, por mucha virtud que tenga la mente, por mucha gravedad que posea, los sentidos carnales hacen ruido exteriormente como algo infantil, y a menos que sean refrenados por el peso de la gravedad interior y una especie de vigor juvenil, arrastran la mente hacia cosas frívolas y ligeras.

5. El ejemplo de Job no solo refrena la lujuria de la carne, sino también la del corazón y la mente. A través de Moisés, la lujuria cometida es condenada, y a través de Cristo, incluso la lujuria pensada es condenada. Quien es ciudadano del cielo debe abandonar la lujuria, no por temor, sino por caridad. Veamos, por tanto, cómo el bienaventurado Job restringió con el vigor de la sabiduría juvenil aquello que en él podía parecer frívolo e infantil en la carne. Dice: He hecho un pacto con mis ojos. Y porque no solo extinguió en sí la acción, sino también el pensamiento de lujuria, añadió: Para no pensar siquiera en una virgen. Sabía, sin duda, que la lujuria debía ser refrenada en el corazón, sabía, por el don del Espíritu Santo, que nuestro Redentor al venir trascendería los preceptos de la ley, y que de sus elegidos aboliría no solo la lujuria de la carne, sino también la del corazón, diciendo: Está escrito: No cometerás adulterio; pero yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mat. V, 27). Pues bien, a través de Moisés la lujuria cometida es condenada, pero a través del autor de la pureza, la lujuria pensada es condenada. De ahí que el primer pastor de la Iglesia diga a los discípulos: Por lo cual, ceñid los lomos de vuestra mente, sed sobrios y esperad perfectamente en la gracia que se os ofrece (I Pet. I, 13). Ceñir los lomos de la carne es refrenar la lujuria del acto. Ceñir los lomos de la mente es restringirla incluso del pensamiento. De ahí que el ángel que habla a Juan (Apoc. I, 13) se describe ceñido con un cinto de oro sobre el pecho. Porque la pureza del Nuevo Testamento frena incluso la lujuria del corazón, el ángel que apareció en él vino ceñido en el pecho. A quien bien le ciñe un cinto de oro, porque quien es ciudadano de la patria celestial,

ya no abandona la impureza por temor al castigo, sino por amor a la caridad. El mal de la lujuria se comete ya sea por pensamiento o por obra. Pues nuestro astuto enemigo, cuando es expulsado del acto de la obra, intenta contaminar en secreto con el pensamiento. Por eso se dice al serpiente por el Señor: Te arrastrarás sobre tu pecho y tu vientre (Gén. III, 14). La serpiente, en efecto, se arrastra sobre el vientre cuando el enemigo resbaladizo ejerce la lujuria a través de los miembros humanos sometidos a él hasta la consumación del acto. Pero la serpiente se arrastra sobre el pecho cuando contamina en pensamiento a aquellos a quienes no puede en el acto de la lujuria. Así, uno ya comete lujuria en acción, a este la serpiente se arrastra desde el vientre. Pero otro la contempla en la mente, a este la serpiente se arrastra desde el pecho. Pero como a través del pensamiento se llega a realizar las obras, correctamente se describe a la serpiente arrastrándose primero sobre el pecho y luego sobre el vientre. [Rec. III.] Por lo tanto, el bienaventurado Job, porque mantuvo la disciplina incluso en el pensamiento, superó con una sola custodia el pecho y el vientre de la serpiente, diciendo: He hecho un pacto con mis ojos, para no pensar siquiera en una virgen. [Vet. III.] Quien no desea adquirir esta pureza del corazón, ¿qué otra cosa hace sino rechazar de sí mismo al autor de esa misma pureza? Por eso el bienaventurado Job añade inmediatamente:

CAPÍTULO III.

VERS. 2.---¿Qué parte tendría Dios en mí desde lo alto, y qué herencia el Omnipotente desde las alturas?

6. Para que seamos herencia de Dios, el pecado no debe reinar en nosotros. De nada sirve una castidad orgullosa o una humildad no casta. Como si dijera abiertamente: Si he contaminado mi mente con pensamientos, no puedo ser herencia de aquel que es el autor de la pureza. Ningún otro bien es valioso si no es aprobado por el testimonio de la castidad ante los ojos del juez oculto. En efecto, todas las virtudes se sostienen mutuamente ante el Creador con ayuda recíproca, ya que una virtud sin otra es o completamente nula o mínima, y se fortalecen mutuamente con su unión. Pues si la humildad abandona la castidad, o la castidad deja la humildad, ¿de qué sirve ante el autor de la humildad y la pureza una castidad orgullosa o una humildad manchada? Por lo tanto, el hombre santo, para merecer ser poseído por su autor en los demás bienes, guardando la pureza del corazón, debe decir: He hecho un pacto con mis ojos, para no pensar siquiera en una virgen. ¿Qué parte tendría Dios en mí desde lo alto, y qué herencia el Omnipotente desde las alturas? Como si confesara abiertamente, diciendo: El Creador de las alturas se niega a tenerme como su posesión si mi mente se consume en deseos bajos ante su presencia.

7. La cogitación impura no contamina cuando golpea, sino cuando, a través del deleite, subyuga. En la carne corruptible basta con que el pecado no reine.---Pero entre estas cosas (De poenit., dist. 2, c. 23) es necesario saber que una cosa es lo que el alma sufre por la tentación de la carne, y otra cuando se ve obligada por el consentimiento a las delectaciones. Pues a menudo es golpeada por un pensamiento perverso, pero resiste; sin embargo, a menudo, cuando concibe algo perverso, lo medita dentro de sí mismo incluso con deseo. Y ciertamente, la mente no es contaminada por el pensamiento impuro cuando golpea, sino cuando, a través del deleite, se subyuga a sí misma. De aquí que el insigne predicador dice: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana" (I Cor. X, 13). Pues la tentación humana es aquella por la cual a menudo somos tocados en el pensamiento incluso contra nuestra voluntad, porque el hecho de que a veces vengan cosas ilícitas a la mente, lo tenemos en nosotros mismos por el peso de la humanidad corruptible. Ahora bien, es una tentación demoníaca, y no humana, cuando el alma se ata por consentimiento a lo que la

corruptibilidad de la carne sugiere. De aquí que nuevamente dice: "No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal" (Rom. VI, 12). Pues prohibió que el pecado no esté en el cuerpo mortal, sino que reine, porque en la carne corruptible puede no reinar, pero no puede no estar. Pues el mismo hecho de ser tentado por el pecado es pecado, del cual, mientras vivamos, no podemos carecer completamente de ninguna manera; la santa predicación, ya que no pudo expulsarlo completamente, le quitó el reino de la morada de nuestro corazón, para que el apetito ilícito, aunque a menudo se inserte ocultamente como un ladrón en nuestros buenos pensamientos, al menos si entra, no domine. Por lo tanto, el hombre santo diciendo: "Hice un pacto con mis ojos, para no pensar siquiera en una virgen", de ninguna manera quiere que se entienda que su alma no fue tocada por la culpa en el pensamiento, sino que nunca fue superada por el consentimiento. Pues reivindica su mente como una posesión íntegra de Dios contra el saqueo del adversario, quien inmediatamente añade: "¿Qué parte tendría Dios en mí desde lo alto, y qué herencia el Omnipotente desde las alturas?" Como si dijera abiertamente: ¿Estoy sujeto a la condición de corrupción de la carne mortal, pero al Creador a quien sirvo, si no defendiendo mi alma íntegra del consentimiento de la culpa? Sigue:

CAPÍTULO IV [Ant. y Rec. IV].

VERS. 3.---¿Acaso no es la perdición para el impío, y la alienación para los que obran iniquidad?

8. Los justos, a través de un camino áspero, se dirigen a la patria de la salvación, mientras que los réprobos se encaminan hacia el abismo por prados placenteros. La pronta consolación de los buenos es el fin considerado de los males. Pues al contemplar el mal que evitan a través de la destrucción de los otros, consideran leve cualquier adversidad que sufran en esta vida. Que los réprobos, entonces, sigan adelante y satisfagan los deseos de sus deleites; en la condenación de su fin sentirán que amaron la muerte viviendo mal. Los elegidos, sin embargo, son afligidos por un castigo transitorio, para que los azotes los corrijan de la depravación, a quienes la piedad paterna reserva para la herencia. Ahora, el justo es azotado y corregido con el látigo de la disciplina, porque se le prepara para el patrimonio de la herencia eterna. En cambio, el injusto se relaja en sus placeres, porque se le conceden bienes temporales en la medida en que se le niegan los eternos. El injusto, corriendo hacia la muerte debida, disfruta de placeres desenfrenados, porque también los terneros que van a ser sacrificados se dejan en pastos libres. Por el contrario, el justo es restringido de la alegría de la delectación transitoria, porque, sin duda, el ternero destinado al uso del trabajo de la vida se mantiene bajo el yugo. A los elegidos se les niegan en esta vida los bienes terrenales, porque a los enfermos, en quienes hay esperanza de vida, el médico no les concede todo lo que desean. Sin embargo, a los réprobos se les dan los bienes que desean en esta vida, porque a los enfermos desahuciados no se les niega nada de lo que desean. Consideren, pues, los justos cuáles son los males que esperan a los inicuos, y no envidien en absoluto su felicidad pasajera. ¿Qué es lo que pueden admirar de sus alegrías, cuando ellos mismos se dirigen por un camino áspero a la patria de la salvación, y aquellos, como por prados placenteros, al abismo? Que diga, entonces, el hombre santo: ¿Acaso no es perdición para el iniquo, y alienación para los que obran iniquidad? La palabra alienación sonaría más dura si el intérprete la hubiera mantenido en la voz de su lengua. Porque lo que para nosotros es alienación, para los hebreos se dice anatema. Entonces habrá alienación para los réprobos, cuando, apartados de la herencia del juez estricto, se vean a sí mismos como anatema, porque aquí lo despreciaron con costumbres perversas. Que florezcan, pues, los inicuos, ajenos al florecimiento de la herencia eterna; los justos, por su parte, examínense diligentemente a sí

mismos, y teman ser vistos por el Señor en todas sus acciones. Por lo cual, adecuadamente se añade:

CAPÍTULO V.

VERS 4. ¿Acaso Él no considera mis caminos y cuenta todos mis pasos?

9. Las más mínimas cogitaciones y las palabras más tenues que poco valoramos, no pasarán desapercibidas en el juicio de Dios. Según el grado de culpa, crece el orden de la sentencia condenatoria. ¿Qué se anuncia con el nombre de caminos sino las acciones? De aquí que por Jeremías se dice: Mejorad vuestros caminos y vuestras obras (Jeremías VII, 3). ¿Y qué entendemos por la apelación de pasos, sino los movimientos de las mentes o los progresos de los méritos? Con estos pasos, en efecto, la Verdad nos llama hacia sí misma, diciendo: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados (Mateo XI, 28). El Señor nos manda venir a Él, ciertamente no con los pasos del cuerpo, sino con los progresos del corazón. Pues Él mismo dice: Vendrá la hora cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre (Juan IV, 21). Y poco después: Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre busca a tales que le adoren (Ibid., 23). Insinúa, por tanto, que los pasos están en el corazón, cuando nos llama a venir y, sin embargo, no nos manda trasladarnos a otros lugares con el movimiento del cuerpo. Así el Señor considera los caminos de cada uno, así enumera los pasos, que ni las más mínimas cogitaciones ni las palabras más tenues, que en nuestro uso se han vuelto vulgares, queden sin ser examinadas por su juicio. De aquí que dice: Quien se enoja con su hermano, será reo de juicio. Quien diga a su hermano: Raca, será reo del concilio. Quien diga: Fatuo, será reo del fuego del infierno (Mateo V, 22). Raca, en el lenguaje hebreo, es una interjección que muestra el ánimo del que se enoja, pero no expresa una palabra completa de ira. Primero, pues, se reprende la ira sin voz, luego la ira con voz, pero aún no formada en una palabra completa; finalmente, cuando se dice: Fatuo, se reprende la ira que, con el exceso de la voz, se completa también con la perfección del discurso. Y es de notar que en la ira se considera reo de juicio; en la voz de la ira, que es raca, reo del concilio; en la palabra de la voz que es fatuo, reo del fuego del infierno. Pues el orden de la sentencia creció según los grados de culpa, porque en el juicio aún se discute la causa, en el concilio ya se define la sentencia de la causa, y en el fuego del infierno se cumple la sentencia que sale del concilio. Porque el Señor enumera los pasos de los actos humanos con un examen sutil, la ira sin voz, al juicio; la ira en la voz, al concilio; la ira en la voz y el discurso, al fuego del infierno. Esta sutileza de su consideración la había visto el profeta cuando decía: Fuerte, grande, poderoso Señor de los ejércitos; tu nombre, grande en consejo, incomprensible en pensamiento, cuyos ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de Adán, para dar a cada uno según sus caminos y según el fruto de sus invenciones (Jeremías XXXII, 18).

10. Ningún bien sin recompensa, ningún mal sin castigo. Así, el Señor examina con sutil discernimiento los caminos, de modo que en cada uno de nosotros no pase por alto los bienes que debe recompensar, ni deje sin reprensión los males que le desagradan. Por eso, al ángel de la Iglesia de Pérgamo, en algunas cosas lo alaba y en otras lo reprende, diciendo: "Sé dónde habitas, donde está el trono de Satanás, y mantienes mi nombre, y no has negado mi fe" (Apoc. II, 13, 14). Y poco después: "Pero tengo unas pocas cosas contra ti, porque tienes allí a los que sostienen la doctrina de Balaam." Al ángel de la Iglesia de Tiatira se le dice: "Conozco tus obras, tu amor, tu fe, tu servicio, tu paciencia, y tus últimas obras, más numerosas que las primeras; pero tengo contra ti unas pocas cosas, porque permites que la mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer de lo

sacrificado a los ídolos" (Ibid., 19). He aquí que menciona los bienes, pero no deja sin penitencia los males que deben ser corregidos, porque así considera los caminos de cada uno, así pesa enumerando los pasos, que con sutil examen evalúa cuánto progresa cada uno en el bien, o cuánto, desviándose hacia el mal, contradice sus propios progresos. Pues el incremento de los méritos, que se aumenta con los esfuerzos de una vida buena, a menudo se retrae por la mezcla del mal; y el bien que el alma construye al obrar, lo pervierte al cometer otras cosas. Por eso, los hombres santos se constriñen tanto más sutilmente en sus pensamientos, cuanto más estrictamente se ven considerados por el juez supremo. Examinar la mente, buscar si han dejado algo, para hacerse irreprochables ante el juez, tanto como se reprenden a sí mismos diariamente y sin cesar. Sin embargo, no toman de esto ya la alegría de la seguridad, porque saben que son vistos por aquel que ve en ellos incluso lo que ellos mismos no pueden ver en sí mismos. Y ciertamente, el bienaventurado Job mantuvo una vida de perfección entre los antiguos; pero como su intención se proyecta hacia la venida del Redentor con espíritu profético, él mismo considera cuán mucho le falta para la perfección. Por eso añade:

CAPÍTULO VI [Ant. VI, Rec. V].

VERS. 5, 6.---Si he caminado en vanidad, y mi pie se apresuró en el engaño, que me pese en una balanza justa, y conozca Dios mi integridad.

11. Los santos deben pesar sus méritos en Cristo como en una balanza, para que reconozcan lo que les falta.--- Se dice que Dios sabe, en el sentido de hacernos saber, de acuerdo con el modo habitual de nuestra expresión, como cuando decimos "día feliz" porque nos trae felicidad. Por eso el Señor le dice a Abraham: "Ahora sé que temes a Dios" (Gén. 22, 12). Pues el creador del tiempo no aprende nada con el tiempo; sino que su conocimiento es darnos a conocer en el momento de cualquier causa emergente. ¿Quién, si no el Mediador entre Dios y los hombres, es designado con el nombre de balanza? En él se pesan equitativamente todos nuestros méritos, y en sus preceptos reconocemos lo que nos falta en nuestra vida. En esta balanza somos pesados cada vez que somos llamados a seguir su ejemplo de vida. Por eso está escrito: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus huellas, él que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca. Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando sufría, no amenazaba" (I Pe. II, 21). Por eso Pablo dice: "Corramos con paciencia la carrera que se nos propone, puestos los ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe, quien, por el gozo puesto delante de él, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza" (Heb. XII, 1). Así, el Señor apareció en la carne para despertar la vida humana con su advertencia, encenderla con su ejemplo, redimirla con su muerte y renovarla con su resurrección. Por tanto, cuando el bienaventurado Job no encuentra en sí mismo nada que pueda ser justamente reprochado, dirige los ojos de su mente a la vida del Redentor, que excede todo, para reconocer en ella lo que le falta, cuando dice: "Si he caminado en vanidad, y mi pie se ha apresurado en el engaño, que me pese en una balanza justa, y que Dios conozca mi integridad." Como si dijera abiertamente: Si alguna vez he actuado con ligereza o de manera perniciosa, que aparezca el Mediador entre Dios y los hombres, para que en su vida reconozca si verdaderamente he sido íntegro. Porque, como hemos dicho, habiendo superado a los hombres de su tiempo, buscaba al Mediador entre Dios y los hombres, para que, al ser pesado en él, reconociera si realmente había llevado una vida íntegra. Por tanto, diga: "Que me pese en una balanza justa, y que Dios conozca mi integridad." Lo que significa que me haga saber. Como si confesara claramente, diciendo: En cuanto al modo de vida humana, ya no veo nada en mí que deba ser reprochado; pero a menos que el Mediador entre Dios y los hombres aparezca con los preceptos de una vida más

sutil, no reconozco cuánto aún difiero de la verdadera integridad. Se mantiene el orden correcto si primero se dice que ha caminado en vanidad, y luego que el pie se ha apresurado en el engaño. Pues la vanidad pertenece a la ligereza, y el engaño a la malicia. Y muchos a menudo llegan a ciertas cosas maliciosas porque primero no evitan las cosas leves. Sigue.

CAPÍTULO VII [Ant. VII].

VERS. 7.---Si mis pasos se han desviado del camino.

12. Nos desviamos del camino cada vez que consentimos al error.---Tantas veces se aparta el paso del camino, cuantas nuestra mente abandona el camino de la rectitud por el consentimiento al error. Como si realmente pusieramos tantos pasos fuera del camino, cuantas veces nos separamos de la delectación de la vida celestial por deseos perversos. Pues como hemos dicho antes, aún cargados con el peso de la carne corruptible, de ninguna manera podemos vivir de tal forma que ninguna delectación de culpa nos pueda tocar. Pero es una cosa ser tocado sin querer, y otra cosa es que el alma consienta en ser destruida. Los hombres santos se guardan con tanta más vigilancia y circunspección, cuanto más se indignan de ser tocados por movimientos siniestros o por la delectación transitoria. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO VIII [Rec VI].

IBID.---Si mi ojo ha seguido a mi corazón.

13. Que el ojo niegue servir al corazón que codicia ilícitamente. La tentación a veces se atrae por los ojos, a veces se concibe internamente. Quien usa negligentemente el ojo exterior, justamente se ciega en el ojo interior. Así, por la custodia del vigor interior, se regresa a la disciplina de los miembros exteriores, de modo que si acaso el corazón codiciara algo ilícito, el ojo, presionado por la enseñanza de la disciplina, se negaría a ver. Pues así como a menudo la tentación se atrae por los ojos, así también a veces, concebida internamente, obliga a los ojos exteriores a servirle. Porque frecuentemente cualquier cosa se mira con mente inocente, pero con la misma visión el alma es herida por la espada de la concupiscencia. No es que, como ya dijimos a modo de ejemplo, David mirara intencionadamente a la esposa de Urías porque la codiciaba, sino que más bien la codició porque la miró descuidadamente. En verdad, por el justo examen de la retribución, quien usa negligentemente el ojo exterior, no injustamente se ciega en el ojo interior. Sin embargo, a menudo la concupiscencia domina internamente, y el alma seducida exige que los sentidos corporales le sirvan a modo de tiranía, y obliga a los ojos a servir a sus placeres, y, por así decirlo, abre las ventanas de la luz a las tinieblas de la ceguera. Por eso, los hombres santos, cuando sienten que son golpeados por el deleite siniestro, restringen sus ojos por la enseñanza de la disciplina, a través de los cuales las formas ingresan a la mente, para que la visión no sirva de cómplice a la mala cogitación. Si alguna vez se descuida custodiar esto con sutileza, la impureza del pensamiento pasa inmediatamente a la acción. Por lo cual, se añade enseguida:

CAPÍTULO IX [Rec. VII].

IBID.---Y si en mis manos se adhirió una mancha.

14. Que la culpa no llegue a la acción, sino que se extinga en su origen.---El hombre santo, sabiendo que a menudo el mal pensamiento llega a la mente a través de los ojos, dijo un poco

antes: Hice un pacto con mis ojos, para no pensar siquiera en una virgen. Considerando también que a veces surge en la mente, pero los ojos perversamente le sirven, dijo: Si mi ojo siguió a mi corazón. Como si dijera abiertamente: No quise ver al azar lo que podría desear, ni al ver seguí lo que deseaba. Diga, pues: Si mi ojo siguió a mi corazón, porque incluso si alguna vez su mente, como humana, concibió algo ilícito, no quiso que sus ojos, sujetos a la disciplina superior, siguieran lo ilícito y le sirvieran. Examinemos nuestras conciencias ante esto, y veamos cuán elevado fue este hombre, comparándolo con la bajeza de nuestro corazón. He aquí, si alguna vez pensó en algo ilícito, porque rápidamente lo extinguió con la espada del santo vigor en lo más profundo de su corazón, no permitió que llegara a las obras. Por eso, como dijimos antes, inmediatamente añade: Y si en mis manos se adhirió mancha alguna. Pues cuando la mancha está en las manos, es decir, la culpa en las acciones, ¿cómo la censura de la disciplina no la dejaba prosperar en el pensamiento? Porque no se permite que la culpa llegue a la acción si se extingue en su origen. Pero si no se resiste rápidamente a la tentación naciente en el corazón, esta misma demora que la alimenta la fortalece; y existiendo fuera en las obras, apenas puede ser vencida, porque mantiene cautiva a la mente, que es la señora de los miembros. Y como el hombre santo introdujo todo lo anterior bajo la condición de que si alguna vez lo hubiera perpetrado, se ata a sí mismo con la sentencia de maldición, diciendo:

CAPÍTULO X [Rec. VIII].

VERS. 8.---Siembro, y otro come, y mi descendencia sea desarraigada.

15. El predicador siembra en ayunas, y otro come, cuando no practica lo que enseña. Decimos que sembrar según la costumbre del sagrado elocuente es predicar las palabras de vida. De ahí que el profeta diga: Bienaventurados los que sembráis sobre todas las aguas (Isaías XXXII, 20). En efecto, vio a los predicadores de la Santa Iglesia sembrar sobre todas las aguas, porque entregaron las palabras de vida, como granos de pan celestial, a todos los pueblos en general. Comer es saciarse con buenas obras. Por eso, la Verdad misma dice: Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió (Juan IV, 34). Si, por lo tanto, omite hacer lo que ha proclamado, dice: Siembro, y otro come. Como si dijera abiertamente: Lo que mi boca habla, no lo hago yo, sino otro. En efecto, el predicador que con sus costumbres se aparta de sus palabras, siembra en ayunas lo que otro comerá, porque no se alimenta de su propia semilla, cuando se desvía de la rectitud de su palabra con una acción perversa. Y porque muchas veces los discípulos escuchan en vano cosas buenas, cuando son destruidos por el ejemplo de vida de su maestro, se añade con razón: Y mi descendencia sea erradicada.

16. Su descendencia es erradicada, porque a quienes engendra por la palabra, mata con el ejemplo. La descendencia del maestro es erradicada cuando aquel que nace por la palabra es muerto por el ejemplo, porque a quien la lengua vigilante engendra, la negligencia de la vida mata. No debemos pasar por alto con mente adormecida lo que en Salomón la mujer, que solía amamantar a su hijo mientras estaba despierta, lo mató mientras dormía (III Reg. III, 19), porque ciertamente los maestros que están despiertos en conocimiento, pero dormidos en vida, matan a sus oyentes, a quienes nutren con las vigiliias de la predicación, al descuidar hacer lo que dicen, y los oprimen con negligencia a quienes parecían alimentar con la leche de las palabras. Por lo tanto, a menudo, mientras viven de manera reprochable, no pueden tener discípulos de vida loable, y tratan de atraer a otros, para que al mostrar que tienen buenos seguidores, excusen ante el juicio de los hombres las malas acciones que realizan, y como si cubrieran con la vida de sus súbditos la negligencia mortal. De ahí que la mujer, al haber extinguido a su propio hijo, buscó uno ajeno. Sin embargo, la espada de Salomón

encontró a la verdadera madre, porque evidentemente el juicio final del juez severo demuestra de quién vive el fruto o de quién perece. También es importante observar con atención que primero se ordena dividir al hijo vivo, para que luego sea devuelto solo a la madre, porque en esta vida se permite como si se partiera la vida del discípulo, mientras que de ella a veces se permite que uno tenga mérito ante Dios y otro tenga alabanza ante los hombres.

17. Al perder a sus propios hijos, envidia que los ajenos vivan. --- Pero la falsa madre no teme que aquel a quien no engendró sea asesinado, porque los maestros arrogantes e ignorantes de la caridad, si no pueden obtener el máximo reconocimiento de alabanza de los discípulos ajenos, persiguen cruelmente su vida. Encendidos por la llama de la envidia, no quieren que vivan para otros aquellos que ven que no pueden poseer. De ahí que la mujer perversa clame: "Ni sea mío, ni de este" (Ibid., 26). Pues, como hemos dicho, a aquellos que no ven que les obedecen para la gloria temporal, les envidian que vivan para la verdad. Sin embargo, la verdadera madre se esfuerza para que su hijo al menos esté y viva con una extraña, porque los maestros veraces permiten que otros tengan la alabanza del magisterio de sus discípulos, siempre que esos mismos discípulos no pierdan la integridad de vida. Por estas entrañas de piedad se reconoce a esta misma verdadera madre, porque todo magisterio se aprueba en el examen de la caridad; y mereció recibir todo, quien como si todo concediera, porque los superiores fieles, por el hecho de que no solo no envidian a otros la alabanza de sus buenos discípulos, sino que también les imploran la utilidad de su progreso, ellos mismos reciben hijos íntegros y vivientes, cuando en el examen supremo obtienen de su vida las alegrías de la retribución perfecta. Hemos dicho esto brevemente en exceso, para mostrar cómo la descendencia de los oyentes se extingue por la negligencia de los doctores, porque cualquiera que no vive según lo que habla, arranca de la estabilidad de la rectitud a aquellos que engendró con la palabra. Pero el bienaventurado Job, a quienes engendró vigilante con la predicación, de ninguna manera los extinguió durmiendo en la acción, y por eso dice con confianza: Si no he cumplido lo predicho, siembro, y otro coma, y mi descendencia sea erradicada. Quien aún discutiéndose a sí mismo de la contaminación de la mala obra, añade:

CAPÍTULO XI [Ant. y Rec. IX].

VERS. 9.---Si mi corazón se ha dejado engañar por una mujer, y si he acechado a la puerta de mi amigo.

18. En las Sagradas Escrituras, el adulterio y la fornicación a veces se distinguen, a veces significan lo mismo. Ambos están prohibidos. Job se abstuvo incluso de pensar en cualquiera de los dos. Aunque a veces la culpa de la fornicación no difiere en absoluto de la del adulterio, ya que la Verdad dice: "Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón" (Mat. V, 28). (Porque en griego, el término "moechus" se refiere a un adúltero, y cuando se prohíbe mirar a una mujer, no solo a la esposa de otro, la Verdad muestra claramente que incluso con solo mirar con lujuria a una mujer soltera, se comete adulterio). Sin embargo, a menudo se distingue por el lugar o el estado del que codicia, ya que la concupiscencia en el orden sagrado mancha a este como la culpa del adulterio mancha a aquel. Sin embargo, en personas no similares, la misma culpa de lujuria se distingue, en las cuales la culpa de la fornicación, porque se diferencia de la del adulterio, es testificada por la lengua del predicador ilustre, quien entre otras cosas afirma, diciendo: "Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros heredarán el reino de Dios" (I Cor. VI, 9). Porque al añadir la sentencia a la culpa disjunta, muestra cuán diferente es una de otra. Por lo tanto, al decir: "Si mi corazón fue seducido por una mujer", se demuestra que el hombre santo

ni siquiera pensó en la mancha de la fornicación. Pero al añadir: "Y si he acechado a la puerta de mi amigo", se hace evidente que estaba libre de la culpa del adulterio. Pero tal vez alguien diga: ¿Qué maravilla afirma el santo varón de sí mismo, si no solo se mantuvo libre del crimen de adulterio, sino también de la mancha de la fornicación? Sin embargo, subestimamos esto si no consideramos los tiempos de sus virtudes. Pues aún no había avanzado la más estricta censura de la gracia revelada que reprende no solo la lascivia del cuerpo, sino también la del corazón. Aún no habían surgido los bienes de la castidad de muchos continentes para ser imitados, y sin embargo, el bienaventurado Job transmitía ejemplos de pureza que no había recibido. Sin embargo, ahora muchos cometen impurezas carnales incluso después de la prohibición de Dios. De aquí se debe concluir que, cuando ahora se delinque gravemente incluso después del mandamiento, con cuánta alabanza antes se abstenía de lo grave. Si alguna vez hubiera hecho esto, espera que la misma culpa se convierta en castigo para él, diciendo:

CAPÍTULO XII.

VERS. 10.---Que la esposa mía sea concubina de otro, y que otros se inclinen sobre ella.

19. El crimen de la lujuria devora hasta la perdición y destruye todas las virtudes. Nadie aquí está sin pecado.---Y porque a menudo no comprendemos cuán grave es esto al hacerlo, lo comprendemos al sufrir la fuerza del mismo crimen, que al declararse culpable, manifiesta que debe sufrir, expresando, diciendo:

VERS. 11, 12.---Porque esto es una maldad y una gran iniquidad; es un fuego que devora hasta la perdición, y arrasa todos los brotes.

688 La diferencia entre pecado y crimen es que todo crimen es pecado, pero no todo pecado es crimen. En esta vida, muchos pueden estar sin crimen, pero nadie puede estar sin pecados. Por eso, el santo predicador, al describir a un hombre digno de la gracia sacerdotal, no dijo: Si alguien está sin pecado; sino, Si alguien está sin crimen (Tit. I, 6). ¿Quién puede estar sin pecado, cuando Juan dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8)? En esta distinción entre pecados y crímenes, se debe considerar que algunos pecados contaminan el alma, mientras que los crímenes la extinguen. Por eso, el bienaventurado Job, definiendo el crimen de la lujuria, dice: Es un fuego que devora hasta la perdición, porque la culpa de este delito no solo mancha hasta la contaminación, sino que devora hasta la perdición. Y porque, aunque haya otras buenas obras, si el crimen de la lujuria no se lava, son sepultadas por la inmensidad de este crimen, añade: Y arranca todos los brotes. Los brotes son las buenas obras del alma. Sin embargo, si la carne domina en un orden perverso, todo lo bien hecho se quema en el fuego de la lujuria. Ninguna obra de justicia y piedad es pura ante los ojos del Dios omnipotente si se muestra contaminada por la corrupción. ¿De qué sirve compadecerse piadosamente de la necesidad del prójimo, si uno destruye impiamente su propia morada de Dios? Si, por tanto, la llama de la lujuria no se extingue con la pureza del corazón, cualquier virtud que surja es en vano, como se dice por Moisés: Un fuego se encendió por mi ira, y arderá hasta el infierno abajo; devorará la tierra y sus nacimientos (Deut. XXXII, 22). El fuego devora la tierra y sus nacimientos, cuando la lujuria consume la carne y, a través de ella, todo lo bien hecho. Porque lo que surge del fruto de la rectitud, la llama de la corrupción lo quema. Por tanto, diga: Es un fuego que devora hasta la perdición, y arranca todos los brotes, porque si no se resiste al mal de la corrupción, sin duda perecen también aquellas cosas que parecían buenas. Pero a menudo los vicios humillan a algunos, mientras que las virtudes elevan la soberbia de

la mente. [Vet. I.] Debemos preguntarnos, entonces, si el bienaventurado Job, en tanta pureza de castidad, también fue humilde. Pero el santo varón, al mantener altas virtudes, revela de repente lo humildemente que piensa de sí mismo, cuando añade:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 13.---Si he rehusado someterme al juicio con mi siervo y mi sierva, cuando discutían contra mí.

20. Observa en Job la humildad en tanta inocencia de vida. Pues quien no rehúsa ser juzgado con sus siervos y siervas, claramente indica que nunca se ensoberbeció contra ningún prójimo. Entre estas cosas, es grato contemplar con cuánta discreción el santo varón custodiaba su vida en todo. No dijo mucho antes: Me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos, levantándose, permanecían de pie; los príncipes dejaban de hablar y se llevaban el dedo a la boca; los líderes contenían su voz, y su lengua se pegaba a su garganta. (Reg. X.) Ahora dice: Si desprecié someterme a juicio con mi siervo y mi sierva, cuando discutían contra mí. ¿Quién puede considerar dignamente tan sublimes moderaciones de virtudes de este hombre? En quien hay tanta autoridad de gobierno, que los líderes son reducidos al silencio: tanta humildad de corazón, que las siervas son permitidas venir al juicio en igualdad. He aquí que aparece de manera admirable más poderoso que los príncipes en autoridad, igual a los siervos en contienda; en la asamblea de los príncipes, recuerda el gobierno; en la contienda de los siervos, recuerda la condición. Pues se ve a sí mismo como siervo bajo el verdadero Señor, y por eso no se ensalza sobre los siervos en la altitud de su corazón. Por lo cual, inmediatamente añade:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 14.---¿Qué haré cuando Dios se levante para juzgar? Y cuando pregunte, ¿qué le responderé?

21. Los que están al frente de otros, deben siempre recordar que están bajo la autoridad de Dios. Quien piensa en el juez que ha de venir, se prepara cada día sin cesar para mejorar las razones de sus acciones; quien contempla al Señor eterno con temor en su corazón, se ve obligado a moderar las leyes de su dominio temporal sobre los subordinados. Pues comprende que no es nada lo que temporalmente preside sobre los demás, cuando está sujeto a rendir cuentas a Aquel que domina sin fin. A menudo, el poder transitorio arrastra el ánimo por los abismos de la soberbia. Y dado que uno se enaltece al verse por encima de otros, es necesario que siempre mire a Aquel que está por encima de él, para que, por temor a Aquel que está sobre todo, reprima el creciente orgullo interior del alma. Observa a quienes están bajo su mando, pero debe considerar bajo quién está él, para que, a partir de la consideración del verdadero Señor, disminuya el orgullo de la falsa dominación. Por eso, el bienaventurado Job, porque temía el juicio de Aquel que está sobre todo, se presentó aquí al juicio temporal igual a sus siervos, diciendo: "Si he despreciado someterme al juicio con mi siervo y mi sierva, cuando discutían contra mí. ¿Qué haré cuando Dios se levante para juzgar? ¿Y cuando pregunte, qué le responderé?" Para mantener siempre el corazón en humildad, no observa en esos mismos siervos la diferencia de estatus, sino la naturaleza común. Por eso también añade:

CAPÍTULO XV [Ant. XI].

VERS. 15.---¿Acaso no me hizo en el vientre el mismo que lo formó a él, y no nos modeló uno solo en el seno?

22. Consideren la igualdad de condición, no el poder del orden, y esfuércense más por ser útiles que por mandar. A los hombres poderosos, la gran virtud de la humildad les viene al considerar la igualdad de condición. Todos los hombres somos naturalmente iguales; pero por un orden dispensador, parece que estamos por encima de algunos. Si, por tanto, eliminamos de nuestra mente lo que temporalmente se ha añadido, encontramos más rápidamente lo que somos por naturaleza. Pues frecuentemente el poder recibido se impone al ánimo y lo engaña con pensamientos altivos. Por lo tanto, el tumor de la soberbia debe ser abatido con la mano de la consideración más humilde. Si la mente desciende de la cima del poder, encuentra más rápidamente la llanura de la igualdad natural. Pues, como hemos dicho antes, todos los hombres nacen naturalmente iguales, pero el orden variable de los méritos, por una dispensación oculta, coloca a unos por encima de otros. Sin embargo, esta diversidad, que ha surgido del vicio, está ordenada correctamente por los juicios divinos, para que, dado que no todos los hombres caminan por el camino de la vida de la misma manera, unos sean gobernados por otros. Los hombres santos, cuando están al mando, no consideran el poder del orden, sino la igualdad de condición, y no se alegran de estar por encima de los hombres, sino de ser útiles. Saben que nuestros antiguos padres no se recuerdan tanto como reyes de los hombres, sino como pastores de ovejas. Y cuando el Señor dijo a Noé y a sus hijos: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra", añadió: "Y vuestro terror y vuestro temor estarán sobre todos los animales de la tierra" (Génesis IX, 1, 7). No dijo: "Estará sobre los hombres que han de venir", sino: "Estará sobre todos los animales de la tierra".

23. El hombre está naturalmente por encima de los animales irracionales, pero no de los demás hombres. En efecto, el hombre está por encima de los animales irracionales, pero no de los demás hombres por naturaleza; y por eso se le dice que debe ser temido por los animales y no por el hombre, porque es contrario a la naturaleza querer ser temido por un igual, aunque a menudo los hombres santos desean ser temidos por sus subordinados, pero esto ocurre cuando descubren que esos mismos subordinados no temen a Dios, para que al menos por el temor humano teman pecar, aquellos que no temen los juicios divinos. Por lo tanto, los superiores no se enorgullecen de este temor buscado, en el cual no buscan su propia gloria, sino la justicia de sus subordinados. Pues en cuanto exigen temor de aquellos que viven perversamente, dominan como si no fueran hombres, sino animales brutos, porque evidentemente, en la medida en que los subordinados son bestiales, en esa misma medida deben estar sometidos al temor.

24. Sin que haya una necesidad imperiosa de corregir un vicio, los prelados deben evitar ser temidos y sobrevalorados. Cuando no hay un vicio que corregir, se alegran no por la excelencia de su poder, sino por la igualdad de su condición; y no solo evitan ser temidos, sino también ser honrados más de lo necesario. No creen que sea un daño leve para su humildad si son sobrevalorados por el mérito de su orden. Por eso, el primer pastor de la Iglesia, cuando Cornelio se postró ante él, al ver que se le ofrecía un honor indebido, rápidamente recurrió a la igualdad de su condición, diciendo: "Levántate, yo también soy hombre" (Hechos 10, 26). ¿Quién no sabe que el hombre debe postrarse ante su Creador y no ante otro hombre? Al ver que su prójimo se humillaba más de lo debido, para que su mente no se ensoberbeciera más allá de los límites humanos, reconoció que era hombre, para quebrar la exaltación del honor recibido mediante la consideración de la igualdad de su condición. Así, cuando el ángel fue adorado por Juan, reconoció ser una criatura, diciendo: "Mira que no lo hagas; soy consiervo tuyo y de tus hermanos" (Apocalipsis 19, 10; 22, 9). De

igual manera, el profeta, cuando es arrebatado para ver cosas sublimes, es llamado hijo de hombre (Ezequiel 3, 1), para que, llevado a las alturas celestiales, recuerde que es hombre. Como si la voz divina le advirtiera con palabras más claras, diciendo: Recuerda lo que eres, no te ensalces por aquello a lo que eres arrebatado, sino modera la altura de la revelación con la memoria de tu condición. De esto se debe deducir cuánto debe ser reprimido en el corazón el orgullo del poder terrenal por la memoria de la naturaleza común, si se actúa desde el término de humanidad, para que la exaltación del pensamiento no se genere a partir de los secretos celestiales. De esta humanidad, el bienaventurado Job siempre mantuvo un buen recuerdo, quien dijo: "¿No me hizo a mí en el vientre el mismo que lo hizo a él, y nos formó en el útero uno solo?" Como si dijera abiertamente: ¿Por qué no debemos ser juzgados de igual manera en cualquier asunto, si por el poder del Creador hemos sido hechos igualmente? Pero como conocemos sus actos de castidad y humildad, ahora conozcamos sus obras de liberalidad. Sigue:

CAPÍTULO XVI [Ant. XII, Rec. XI].

VERS. 16.---Si he negado lo que deseaban los pobres, y he hecho esperar a los ojos de la viuda.

25. La generosidad de Job al dar a los pobres según su deseo. Aquellos que piden más allá de los límites de la necesidad no merecen obtenerlo. --- A través de estas palabras, se muestra que el hombre santo no solo atendía a la necesidad de los pobres, sino también a su deseo de poseer. Pero, ¿qué si los pobres quisieran aquello que tal vez no les convendría recibir? ¿Acaso porque en la Sagrada Escritura se suele llamar humildes a los pobres, solo deben considerarse aquellos deseos que los pobres quieren recibir, que los humildes piden? Y sin duda, es necesario dar sin vacilar todo lo que se requiere con verdadera humildad; es decir, lo que se pide no por deseo, sino por necesidad. Pues es un gran acto de soberbia desear algo más allá de los límites de la necesidad. Por eso, a los que piden con soberbia se les dice: Pedís y no recibís, porque pedís mal (Sant. IV, 3). Porque, por tanto, verdaderamente son pobres aquellos que no están inflados por el espíritu de soberbia, a quienes la Verdad claramente expresa cuando dice: Bienaventurados los pobres de espíritu (Mat. V, 3); correctamente ahora se dice a través del hombre santo: Si negué lo que querían los pobres, porque aquellos que desean lo que claramente no les conviene, por el mismo hecho de que abundan en el espíritu de soberbia, ya no son pobres. Pero el bienaventurado Job, al llamar humildes a los pobres, no negó nada de lo que el pobre quiso recibir de él, porque verdaderamente nadie humilde quiso lo que no le convenía.

26. La munificencia de Job no solo debe evaluarse por el don, sino por la rapidez en dar.--- Pero cuando indica la generosidad de su mente, porque manifiesta que acudió al encuentro de los pobres con prontitud, es necesario que investiguemos si no oscureció la luz de la misericordia con la tardanza en dar. Por eso añade: Y a los ojos de la viuda hice esperar. No quiso hacer esperar a la viuda que pedía, para aumentar el mérito de sus buenas obras no solo con el don, sino también con la rapidez del mismo. Por eso está escrito en otro lugar: No digas a tu amigo, ve y vuelve, mañana te daré, cuando puedes dar inmediatamente (Prov. III, 28). Pero algunos suelen dar mucho exteriormente, pero rechazando la gracia de la vida común, rehúyen tener a los pobres como compañeros en la convivencia doméstica. Por eso el bienaventurado Job, para mostrar que no solo ofreció mucho exteriormente, sino que también acogió a los necesitados en su convivencia doméstica, añade de inmediato:

CAPÍTULO XVII [Rec. XII].

VERS. 17.---Si he comido mi bocado solo, y no ha comido de él el huérfano.

27. Recibir a los pobres con hospitalidad y sentarlos a la mesa. --- Considerando que sería un perjuicio para la piedad si comiera solo lo que el Señor de todos había creado para todos. Esta comunión de convivencia con tales personas dentro de los muros domésticos debe ser tal que se obtengan méritos para la retribución eterna. Por lo tanto, se dice que el santo varón no tenía a cualquiera como compañero para comer, sino a un huérfano. Pero si esta entrañable piedad la poseía por sí mismo o la había conseguido por la gracia de su Creador, que se haga conocido. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Rec. XIII].

VERS. 18.---Porque la compasión creció conmigo desde mi infancia, y salió conmigo del vientre de mi madre.

28. Los santos no atribuyen sus bienes a sí mismos, sino a Dios. Algunos, al crecer en edad, disminuyen en inocencia. Porque aunque la misericordia haya sido de su elección, para que con ella progresara, es evidente que no fue de su elección salir del vientre con ella. Por lo tanto, está claro que no atribuye nada a su propia virtud, quien ciertamente testifica que recibió esto como un don de su condición. Así, el bien que indica haber recibido de su condición, sin duda lo narra para la alabanza del Creador, indicando que lo recibió de Él para ser piadoso, de quien recibió el ser, ya que así como no fue formado en el vientre por su propia obra, tampoco fue piadoso desde el vientre por su propia virtud. Pero debemos considerar lo que afirma: Creció conmigo. Pues algunos, al crecer en edad, disminuyen en inocencia. Sin embargo, en los elegidos, cuando el cuerpo crece externamente en edad, internamente, si se me permite decirlo, crece la edad de la virtud. Sigue:

CAPÍTULO XIX [Ant. XIII, Rec. XIV].

VERS. 19, 20.---Si he mirado con desdén al que pasaba, porque no tenía vestido, y al pobre sin abrigo; si no me han bendecido sus costados, y con la lana de mis ovejas se ha calentado.

29. La misericordia hacia los pobres debe ir acompañada de humildad. Aquellos que dan limosna precedida de reproches apenas satisfacen la injuria causada. Quien no despreció al pobre mostró la virtud de la humildad; y quien lo cubrió, la de la piedad. Estas dos virtudes deben estar tan unidas entre sí que siempre se sostengan mutuamente con obras; de modo que ni la humildad, al honrar al prójimo, abandone la gracia de la generosidad, ni la piedad, al dar, se enorgullezca. Así, frente a la necesidad del prójimo, la piedad debe sostener la humildad, y la humildad la piedad, de modo que cuando veas a un necesitado, compañero de tu naturaleza, no dejes de cubrirlo por impiedad, ni descuides honrar a quien cubres por soberbia. Pues hay algunos que, tan pronto como los hermanos necesitados les piden lo necesario, antes de darles, les lanzan palabras injuriosas. Aunque cumplen con el ministerio de la piedad con sus bienes, pierden la gracia de la humildad con sus palabras; de tal manera que a menudo parece que apenas satisfacen la injuria causada cuando, después de las injurias, dan sus dones. No es gran obra dar lo que se pide, porque con el mismo acto de dar apenas cubren el exceso de sus palabras. A estos se les dice bien en el libro del Eclesiástico: "A todo don no añadas tristeza con una mala palabra" (Eclo. 18, 16). Y de nuevo: "He aquí una palabra sobre el don es buena, y ambas con el hombre justificado" (Ibid., 17), es decir, que el don debe ser ofrecido con piedad, y la buena palabra con humildad. Por el contrario, otros no

se esfuerzan en sostener a los hermanos necesitados con bienes cuando pueden, sino que solo los consuelan con palabras amables. A estos los reprende severamente la santa predicación de Santiago, diciendo: "Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos; pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué os servirá?" También el apóstol Juan los amonesta, diciendo: "Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad" (1 Juan 3, 18). Pues nuestro amor siempre debe manifestarse tanto en la veneración de la palabra como en el ministerio de la generosidad.

[Vet. XIV.] Al dar limosna a los pobres, ofrecemos dones a los patronos. Sembramos lo que después cosecharemos con gran interés. En verdad, es muy útil para domar la soberbia del que da, si al otorgar bienes terrenales considera cuidadosamente las palabras del maestro celestial, quien dice: Haced amigos con las riquezas de la iniquidad, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas (Luc. XVI, 9). Si con su amistad adquirimos las moradas eternas, sin duda debemos considerar que más bien ofrecemos dones a los patronos que damos regalos a los necesitados. De aquí que Pablo diga: Vuestra abundancia supla la escasez de ellos, para que la abundancia de ellos supla vuestra escasez (II Cor. II, 14). Para que consideremos cuidadosamente que aquellos a quienes ahora vemos necesitados, alguna vez los veremos abundantes; y nosotros, que ahora somos vistos como abundantes, si descuidamos el dar, alguna vez seremos necesitados. Así, quien ahora otorga ayuda temporal al pobre, recibirá de él posteriormente lo eterno, como si cultivara la tierra para que lo que reciba lo devuelva con mayor abundancia. Por lo tanto, queda que nunca surja la altivez del don cuando el rico, al dar al pobre, actúa para que no sea pobre para siempre. El bienaventurado Job, para mostrar diligentemente cuánta humildad y misericordia estaban unidas en él, dice: Si desprecié al que pasaba, porque no tenía vestido, y al pobre sin abrigo; si no me bendijeron sus costados, y se calentó con la lana de mis ovejas. Como si dijera abiertamente: En el amor al prójimo, oprimiendo en un mismo orden el vicio de la soberbia y la impiedad, no desprecié humildemente al que pasaba, y misericordiosamente lo calenté. Pues quien se ensalza con soberbia sobre aquel a quien da algo, comete una mayor culpa internamente al enorgullecerse que externamente al dar, y se queda desnudo de bienes interiores, mientras desprecia al desnudo que viste; y actúa de tal manera que se hace peor a sí mismo, al considerarse mejor que el prójimo necesitado. Menos necesitado es quien no tiene vestido que quien no tiene humildad. Por lo tanto, es necesario que cuando vemos que nuestros semejantes en la naturaleza carecen de bienes exteriores, consideremos cuántos bienes interiores nos faltan; para que el pensamiento no se eleve sobre los necesitados, al ver con astucia que somos tanto más verdaderamente cuanto más interiormente necesitados.

31. También a los desconocidos se les debe dar limosna.---Y porque hay algunos que no saben extender las entrañas de su piedad hasta los desconocidos, sino que solo se compadecen de aquellos a quienes han conocido por la asiduidad del trato, en quienes, sin duda, la familiaridad pesa más que la naturaleza, ya que dan a algunos lo necesario no porque sean hombres, sino porque son conocidos, bien se dice ahora por el bienaventurado Job: Si he despreciado al que pasa, por no tener vestido. Pues se indica que se ha compadecido del prójimo desconocido, a quien llama transeúnte, porque, evidentemente, en una mente piadosa la naturaleza pesa más que el conocimiento. Porque cada uno que necesita, por el mismo hecho de ser hombre, ya no es desconocido para él. Sigue:

CAPÍTULO XX [Rec. XV].

VERS. 21.---Si he levantado mi mano contra el huérfano, incluso cuando me veía superior en la puerta.

32. Los santos soportan con gusto la injuria y evitan exigir estrictamente lo que se les debe. Era costumbre entre los antiguos que los ancianos se sentaran a la puerta para discernir, mediante examen judicial, las disputas de los que litigaban, de modo que los discordantes no entraran en la ciudad, donde era necesario vivir en concordia. Por eso, el Señor dice por medio del profeta: "Estableced juicio en la puerta" (Amós 5, 15). En este contexto, ¿qué se expresa con el término "puerta" sino lo que se realizaba en ella? Así como decimos que los campamentos combaten, refiriéndonos a que se combate desde los campamentos, de igual manera el juicio que solía llevarse a cabo en la puerta se denomina "puerta". Por tanto, quien se ve superior en la puerta es aquel que, por el mérito de la equidad en el juicio, se considera parte de la mejor causa. El bienaventurado Job, porque ni siquiera entonces alzó la mano contra el huérfano, cuando se vio superior por el mérito de la justicia, nos insinúa una regla de temor al decir: "Si levanté mi mano contra el huérfano, aun cuando me viera superior en la puerta". Como si dijera claramente: Ni siquiera entonces quise ejecutar con fuerza mis asuntos de utilidad contra el huérfano, cuando me vi superior en el juicio incluso por justicia. Los hombres santos, cuando enfrentan asuntos de contención con personas menores, temen agravar incluso en lo mínimo, y no rehúyen ser agraviados contra la justicia. Saben bien que toda justicia humana es reprochada como injusticia si es juzgada estrictamente por Dios. Por eso, evitan exigir vehementemente lo que les corresponde, para que sus acciones no sean examinadas sutilmente por la rectitud suprema. Pero, para poder ser hallados justos en el examen divino, a menudo se dejan agraviar y sufrir injustamente en los juicios humanos. El bienaventurado Job, narrando la grandeza de su vida, dijo muchas cosas admirables. Pero, como la mente humana a menudo se niega a creer en los bienes que no sabe realizar, inmediatamente se somete a la sentencia de maldición si no cumplió con lo que dijo, diciendo:

CAPÍTULO XXI [Rec. XVI].

VERS. 22.---Que mi hombro se desprenda de su articulación, y que mi brazo se rompa con sus huesos.

33. La concordia en la sociedad no puede perseverar sin paciencia. — Porque la acción corporal se realiza a través del hombro y el brazo, quien no cumple con las buenas palabras que ha pronunciado, desea que su hombro caiga y su brazo se rompa. Es como si dijera abiertamente: Si me niego a realizar lo que he dicho, perderé el miembro del cuerpo que se me ha dado para trabajar, de modo que caiga del cuerpo aquello que no quise ejercitar para el bien. Pero si esta sentencia de maldición se refiere a la comprensión espiritual, está claro que el brazo se une al cuerpo a través del hombro. Y así como el brazo representa la buena acción, el hombro representa la unión de la vida social. Por eso también el profeta, al contemplar a los santos pueblos de la Iglesia universal sirviendo a Dios en concordia, dice: Y le servirán con un solo hombro (Sofonías III, 9). Por lo tanto, al decir: Si levanté mi mano contra el huérfano, aun cuando me viera superior en la puerta, afirma haber mantenido una admirable virtud de paciencia, al no dejarse llevar por las personas más insignificantes, ni desviarse de lo que justamente le correspondía. Sin embargo, si no lo hizo, añade: Que mi hombro caiga de su articulación. Porque, ciertamente, quien desprecia mantener la paciencia, abandona más rápidamente la vida social por la impaciencia. En efecto, el hombro cae de la articulación cuando el ánimo, incapaz de soportar alguna adversidad, abandona la concordia fraterna; y es como si un miembro se separara del cuerpo, cuando quien podía realizar buenas

obras es apartado de la comunidad de todos los buenos. Pues la concordia nunca puede mantenerse sino solo a través de la paciencia. Con frecuencia, en la acción humana surge algo que separa las mentes de los hombres de su unidad y amor mutuo; y a menos que el ánimo se prepare para soportar las adversidades, sin duda el hombro no se adhiere al cuerpo. Por eso Pablo dice: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gálatas VI, 2). Por eso la Verdad misma dice: Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (Lucas XXI, 19).

[Vet. XVI.] 34. Sin paciencia unida a la caridad, las buenas obras perecen.---Con razón, al caer el hombro, se añade: Y que mi brazo con sus huesos se quiebre: porque, sin duda, toda nuestra acción, por más que parezca estar dotada de virtudes, se disuelve si no se conserva por el vínculo de la paciencia en la caridad. Pues quien se niega a soportar los males ajenos pierde sus propios bienes al obrar. En efecto, herido por el ardor del espíritu iracundo, cualquiera se aparta del amor, y cuando no tolera ser oprimido externamente, se oscurece internamente por la pérdida de la luz de la caridad; y ya no ve hacia dónde dirigir el pie de la buena obra, quien ha perdido el ojo del amor. Pero el hombro del hombre santo no se desprende de su unión, porque su amor no se aparta de la concordia de la vida social por la impaciencia. Y su brazo no se quiebra en absoluto, porque toda su acción se guarda en la unión del hombro, es decir, en la conexión de la caridad. Pero añade diciendo con qué consideración ha realizado estas grandes buenas obras y se ha abstenido de todos los males.

CAPÍTULO XXII [Rec. XVII].

VERS. 23.---Porque siempre temí a Dios como si fueran olas que se levantan sobre mí, y no pude soportar su peso.

35. La fuerza del temor de Dios para persuadir al desprecio de todo. Signos previos del juicio final.---Por el temor de tan grande semejanza, pensemos, si podemos, cuánta fue la fuerza del temor en el santo varón. Pues cuando las olas hinchadas amenazan desde arriba, y cuando la muerte que traen consigo es inminente, entonces para los navegantes no hay preocupación alguna por las cosas temporales, ni se recuerda ningún deleite de la carne; incluso arrojan de la nave aquellas cosas por las que emprendieron largos viajes; todas las cosas caen en el desprecio de la mente, por amor a la vida. Así pues, teme a Dios como si fueran olas hinchadas sobre él, quien, mientras desea la vida verdadera, desprecia todo lo que aquí posee y lleva. Pues como cuando somos sorprendidos por la tempestad arrojamos el peso de la nave, así removemos de la mente oprimida los deseos terrenales. Y sucede que la nave aligerada flota, la cual se hundía cargada, porque ciertamente las preocupaciones que en esta vida deprimen la mente la arrastran al abismo. Y la mente se eleva tanto más entre las olas de las tentaciones cuanto más se vacía de las preocupaciones de este mundo. Hay, sin embargo, algo más que debe observarse con atención sobre la conmoción del mar. Pues cuando se levanta la tempestad, primero se agitan las olas suaves, y luego se levantan mayores oleajes; finalmente, las olas se elevan a gran altura y con su misma altitud subvierten a los navegantes. Así, así ciertamente se apresura aquella tempestad final que derribará al mundo entero. Ahora, en efecto, nos muestra sus comienzos con guerras y desastres como ciertas olas, y cuanto más nos acercamos al fin cada día, tanto más vemos que se precipitan mayores oleajes de tribulaciones. Finalmente, cuando todos los elementos se conmuevan, el juez supremo viniendo traerá el fin de todo, porque ciertamente entonces la tempestad eleva las olas al cielo. Por lo cual se dice: Aún un poco, y yo moveré no solo la tierra, sino también el cielo (Aggeo II, 7). Y porque los santos varones vigilan atentamente esta tempestad, temen

diariamente las olas que se levantan sobre ellos, y por estas tribulaciones que golpean al mundo prevén lo que seguirá.

36. El juicio final es temido por los santos; cuánto más deberían temerlo los pecadores. Sin embargo, se añade acertadamente: Y no pude soportar su peso, ya que quien considera con mente atenta la llegada del juicio final, ciertamente ve que se avecina un terror tan grande, que no solo teme verlo entonces, sino que incluso ahora teme preverlo. Pues al considerar un terror tan grande, el alma tiembla de miedo, y desviando los ojos de su intención, se niega a mirar lo que prevé. Por lo tanto, se dice acertadamente: Y no pude soportar su peso, porque cuando el alma intenta investigar la fuerza de la majestad suprema que viene al juicio y el terror de tan gran examen, inmediatamente refugiándose en sí misma, se asusta de haberlo encontrado. Pero entre estas cosas, debe considerarse que el bienaventurado Job habla de sí mismo, alabado y azotado. Si, por lo tanto, fue golpeado de tal manera para el progreso de sus méritos quien así temió, ¿cómo será golpeado quien desprecia? ¿Cómo los juicios de Dios abatirán a aquellos que se elevan, si incluso deprimen temporalmente a quienes siempre los temen en humildad? ¿Cómo podrá soportar el peso de Dios quien lo desprecia, si incluso lo soportó en el castigo quien lo previó por temor? Por lo tanto, debemos temer en gran medida ese examen de tan gran severidad. Sin embargo, está claro que en esta vida, cuando golpea, si la corrección sigue al golpe, es la disciplina de un padre, no la ira de un juez; es el amor del que corrige, no la severidad del que castiga. Por lo tanto, a partir del presente castigo, deben considerarse los juicios eternos. De aquí debemos considerar en gran medida cómo se soportará aquello que reprueba, si apenas se puede soportar ahora su ira que purifica.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO. Se explica lo que quedaba del capítulo XXXI del libro de Job, y se encomiendan especialmente la humildad y moderación del espíritu, la paciencia, la caridad y la solicitud hacia los subordinados.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Para evitar la desesperación, es lícito recordar las buenas acciones realizadas.--- Lo que ya he dicho muchas veces, no me resulta pesado repetirlo con frecuencia, porque un predicador excelente dice: Escribirles lo mismo a ustedes no me es molesto, y para ustedes es necesario (Filipenses 3, 1). El bienaventurado Job narra sus virtudes realizadas porque, al ser sorprendido entre palabras de reproche y golpes de castigo, considera que su mente se tambalea en la confianza de la esperanza. En efecto, había escuchado de sus amigos que había cometido muchos males, y para que su mente, oprimida por las palabras y los azotes, no caiga en la desesperación, la reforma hacia la esperanza mediante el recuerdo de sus virtudes, de modo que no debe abatirse en la calamidad, quien en tiempos de tranquilidad recordaba haber realizado acciones tan sublimes. Dado que hemos mencionado la causa de su intención, queda por examinar detenidamente las virtudes que escuchó.

2. Una virtud sin las otras, o no es nada, o es mínima.---Lo primero que debe saberse es que cualquiera que se cree dotado de alguna virtud, verdaderamente lo está cuando no está sometido a vicios por otro lado. Pues si está sometido a vicios por otro lado, tampoco es sólido aquello donde se pensaba que se mantenía. Cada virtud es tanto menor cuanto más faltan las demás: Pues a menudo nos ha tocado ver a algunos castos, pero no humildes; a otros casi humildes, pero no misericordiosos; a algunos casi misericordiosos, pero de ninguna manera justos; y a otros casi justos, pero confiando más en sí mismos que en el Señor. Y es cierto que ni la castidad es verdadera en el corazón de aquel a quien le falta humildad, ya que, corrompido internamente por la soberbia, fornicia al amarse a sí mismo y alejarse del amor

divino. Ni la humildad es verdadera si no está unida a la misericordia, porque no debe llamarse humildad la que no sabe inclinarse ante la compasión por la miseria del hermano. Ni la misericordia es verdadera si está alejada de la rectitud de la justicia, porque la que puede ser contaminada por la injusticia, sin duda no sabe tener misericordia de sí misma. Ni la justicia es verdadera si no pone su confianza en el creador de todo, sino tal vez en sí misma o en las cosas creadas, porque al apartar su esperanza del creador, pervierte el orden principal de la justicia. Así pues, una virtud sin las otras, o no es nada en absoluto, o es imperfecta. Para hablar, como algunos han considerado, de las primeras cuatro virtudes, prudencia, templanza, fortaleza y justicia; cada una es tanto más perfecta cuanto más unidas están entre sí. Sin embargo, separadas no pueden ser perfectas, porque ni la prudencia es verdadera si no es justa, templada y fuerte, ni la templanza es perfecta si no es fuerte, justa y prudente, ni la fortaleza es íntegra si no es prudente, templada y justa, ni la justicia es verdadera si no es prudente, fuerte y templada.

3. Todos se reunieron en Job.---Así pues, el bienaventurado Job, al enumerar cada una de las virtudes, demuestra que no poseía una sin la otra, sino que las tenía unidas en sí mismo. Pues al insinuar la bondad de la castidad, dice: Si mi corazón se dejó seducir por una mujer (Cap. XXXI, 9). Y para mostrar que a esa misma castidad no le faltó en absoluto la gracia de la humildad, añade después de otras cosas: Si desprecié someterme a juicio con mi siervo (Vers. 13). Y para mostrar que a su humildad se unió la misericordia, dice poco después: Si negué a los pobres lo que deseaban (Vers. 16). Y para mostrar que su misericordia descendía de la raíz de la justicia, previamente afirmó un poco antes, diciendo: Si caminé en vanidad, y mi pie se apresuró en el engaño (Vers. 5). Y para mostrar cuán temeroso era de todo y cuán precavido en todo, afirma más abajo, diciendo: Pues siempre temí al Señor como si olas hinchadas se alzaran sobre mí (Vers. 25). Ciertamente, si él, estando en prosperidad y sostenido por la abundancia de bienes, hubiera puesto su esperanza en sus propios actos o en las cosas que lo rodeaban, no sería justo. Pero, ¿cuándo este hombre santo puso su esperanza en sí mismo, quien abiertamente dice: He aquí que no hay ayuda para mí en mí (Job. VI, 13)? [Vet. et Rec. II.] ¿Qué queda ahora, sino que se dé a conocer con qué mente poseía también las riquezas? Pues dice:

CAP. XXXI, VERS. 24.---Si he considerado el oro como mi fortaleza, y al oro fino he dicho, mi confianza.

CAPÍTULO II.

4. No en las riquezas pasajeras, sino solo en Dios se debe confiar. Llamamos oro puro al oro sin impurezas. Así, el hombre santo no creyó que el oro fuera su fortaleza, ni que poseer oro puro, es decir, una gran cantidad de oro en bruto, fuera su confianza, porque fijando su esperanza y deleite en la gracia del único Creador, no pecó ni por la cantidad de oro ni por su apariencia. Pues habría sido desesperar del Creador haber puesto la esperanza en la criatura. En las cosas inciertas, sin embargo, aquel rico había fijado su esperanza, quien decía: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años, descansa, come, bebe, regocíjate. Pero una voz celestial lo reprende, diciendo: Necio, esta noche te reclamarán el alma; lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII, 19, 20). Esa misma noche fue arrebatado, quien en la abundancia de cosas se había preparado para muchos tiempos, para que, al prever para sí mismo reuniendo provisiones a largo plazo, no viera ni siquiera un solo día siguiente. Pues es como poner un fundamento en aguas que fluyen querer solidificar la confianza de la esperanza en cosas pasajeras. Porque mientras Dios permanece para siempre, todo pasa. ¿Qué es entonces huir de lo que permanece, sino aferrarse a las cosas que pasan? ¿Quién ha podido

permanecer firme, arrastrado por los tumultuosos remolinos de los ríos que fluyen, mientras la corriente desciende? Por tanto, quien evita fluir, debe huir de lo que fluye, para que no se vea obligado a llegar a lo que evita por amar lo que ama. Porque quien se aferra a las cosas pasajeras, es arrastrado hacia donde se dirige lo que sostiene. Por lo tanto, primero se debe cuidar de no amar las cosas temporales, y luego de no poner la confianza en esas mismas cosas temporales que no retiene para su deleite, sino para su uso, ya que unido a lo que fluye, pronto el alma pierde su estabilidad. Pues las olas de la vida presente arrastran a quien levantan, y es muy insensato quien se revuelca en la ola e intenta fijar su pie. Pero hay muchos que, aunque no ponen su confianza en las cosas pasajeras, cuando tienen en abundancia lo necesario para sus usos, se alegran en silencio en su mente. En esto no hay duda de que cuanto menos duele la falta de lo eterno, más se alegra uno de que lo temporal esté presente; y quien menos duele por la falta de lo temporal, espera con más certeza que lo eterno esté presente. Así, el bienaventurado Job, testificando que no tenía este gozo de las cosas terrenales, añade diciendo:

CAPÍTULO III [Ant. III].

VERS. 25.---Si me he alegrado por mis muchas riquezas, y porque mi mano ha hallado abundancia.

5. Los santos comparten la carga de los bienes temporales ya sea distribuyéndolos o despreciándolos por completo. En efecto, los hombres santos, en la aflicción de esta peregrinación, dado que no se les permite aún contemplar la imagen de su Creador que anhelan, consideran toda la abundancia de la vida presente como pobreza, porque evidentemente nada fuera de Dios satisface a la mente que verdaderamente busca a Dios; y a menudo su propia abundancia se les hace sumamente onerosa, porque soportan con dificultad el llevar muchas cosas en el camino mientras se apresuran hacia la patria. Por lo tanto, sucede que comparten devotamente estas cosas con los prójimos necesitados, de modo que mientras uno toma lo que no tiene, el otro deposita lo que tenía en exceso; ni el compañero de viaje camina vacío, ni el peso excesivo retrasa a aquel que podría ser gravado en el camino. Por lo tanto, los elegidos no se alegran en absoluto de la gran abundancia, la cual, por amor a la herencia celestial, dispersan distribuyéndola o la abandonan despreciándola. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 26-28.---Si vi el sol cuando resplandecía, y la luna avanzando con claridad; y se alegró en secreto mi corazón, y besé mi mano con mi boca, lo cual es una iniquidad máxima, y negación contra Dios altísimo.

6. Coercen sus sentidos, y con estudio continuo se recogen dentro de su mente. No es incierto que ambas luminarias, asignadas a los ministerios humanos, son llamadas milicia del cielo. En cuyo culto, como atestigua la Escritura, muchos han caído, como está escrito: Adoraron a todo el ejército del cielo (IV Reg. XVII, 16). Y dado que el sol y la luna se ven de manera diferente para el uso y para la veneración, de la manera en que suelen ser venerados por sus adoradores, el bienaventurado Job no se atribuye haberlos visto, ni que su corazón se haya alegrado, ni que haya besado su mano con su boca. En este beso, ¿qué otra cosa se expresa sino la gracia de la veneración? Si alguna vez lo hubiera hecho, lo llama una gran iniquidad y negación de Dios. Pero después de haber narrado en los lugares superiores tales cumbres de virtudes sobre sí mismo, ¿qué maravilla ahora menciona, si manifiesta que no ha adorado al sol y a la luna? De donde se debe considerar que, después de haber testificado que no tenía

confianza en el oro, ni se alegraba en muchas riquezas, aún es llevado a cosas más sublimes, para que nos instruya tanto más cuanto más sutilmente narra sobre sí mismo. Pues dice: Si vi al sol cuando brillaba, y a la luna caminando claramente, y mi corazón se alegró en lo oculto. ¿Qué se dice ver en este lugar, sino mirar con deseo? De donde el salmista dice: Si he visto iniquidad en mi corazón, no me escuche Dios (Sal. LXV, 18). Esta iniquidad ciertamente no podría expresarse en la boca si no se contemplara en el corazón. Pero una cosa es ver por juicio, otra por apetito. Por lo tanto, el bienaventurado Job no se atribuye haber visto al sol brillante y a la luna caminando claramente, para demostrar que no deseaba la apariencia de la luz presente. Como si, después de despreciar la abundancia terrenal, insinuara claramente: ¿Qué diré, que no me he alegrado en el oro, quien tampoco me he deleitado en esta luz corporal? Pues los hombres santos, después de despreciar todos los placeres de la vida presente, por la dulzura interna de aquella luz, apartan su ánimo de esta luz exterior como de las tinieblas: y mucho se esfuerzan internamente para no ser arrebatados por el deleite de esta luz que brilla externamente. Porque la luz visible, si se ama imprudentemente, ciega el corazón de la luz invisible, ya que cuanto más se derrama el ánimo hacia afuera, tanto más se oscurece en las visiones internas. Por lo tanto, los prudentes, para no deslizarse demasiado hacia lo exterior con los sentidos corporales, con estudio continuo se recogen dentro de su mente con la disciplina de una custodia oculta, para que tanto más se encuentren íntegros interiormente, cuanto menos estén dispersos exteriormente. Pues con este vigor de disciplina había constreñido los secretos de su mente, quien, huyendo del apetito de la vida exterior, decía: No he deseado el día del hombre, tú lo sabes (Jerem. XVII, 16). Lo que, por lo tanto, se dice en el profeta: No he deseado el día del hombre, tú lo sabes, esto el bienaventurado Job lo afirma de sí mismo con otras palabras, porque no ha visto al sol brillante y a la luna caminando claramente, y no se ha alegrado de estas cosas en los secretos de su corazón, porque ciertamente no podía alegrarse de lo que no veía por deseo de deleite.

7. Se cuidan de no apoyarse en su propia prudencia.---Si, en verdad, examinamos todas estas cosas que discutimos según la historia a través de los misterios de la alegoría, ¿qué entendemos por oro en este lugar, sino el ingenio de un intelecto brillante; qué por oro refinado, sino la mente? La cual, mientras se purifica en el fuego del amor, siempre conserva en sí la claridad de la belleza mediante la renovación diaria del fervor. Pues la mente que se esfuerza por comenzar siempre a través del deseo no sabe envejecer por la pereza. De ahí que Pablo diga: Renovad el espíritu de vuestra mente (Efesios IV, 23). De ahí el Salmista, quien ya había alcanzado la cima de la perfección, decía como si comenzara: Dije, ahora comienzo (Salmo LXXVI, 11), porque evidentemente, si no queremos desfallecer en los bienes comenzados, es muy necesario que creamos que comenzamos cada día. No está en desacuerdo con el orden de la razón que digamos que el ingenio se designa con el oro, porque así como el oro se coloca en el ornamento para que el orden de las gemas se disponga encima, así los claros ingenios de los santos se someten humildemente a los dones divinos y reciben sobre sí los dones de las gracias distinguidas. Y si el oro no tuviera alguna similitud con la sabiduría, un sabio no habría dicho: Sabiduría oculta y tesoro invisible, ¿qué utilidad hay en ambos? (Eclesiástico XX, 32; XLI, 17). Sin embargo, los hombres santos no consideran su fuerza como oro, porque aunque brillen con cualquier ingenio, no piensan que son algo por sus propias fuerzas. Y aunque pueden comprender todo con valentía, primero desean entenderse a sí mismos, para que la luz del ingenio, al modo del sol, primero ilumine el lugar donde nace, y luego, al expandirse, los demás lugares, no sea que, al enfocarse en conocer a otros, se desconozcan a sí mismos, y el rayo del sol se oscurezca allí donde nace. Dirigen, por tanto, la virtud del ingenio a conocer su propia debilidad, y mejoran a partir del conocimiento de su propia debilidad. Por lo tanto, el oro no se considera fuerza si no se tiene confianza en el ingenio recibido. Lo que Salomón, advirtiéndolo bien, dice: Confía en el Señor

con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia (Proverbios III, 3). Diga, por tanto: Si consideré el oro como mi fuerza, y al oro refinado dije, mi confianza. Como si abiertamente confesara, diciendo: Ni lo que verdaderamente entendí lo atribuí a mi ingenio, ni a mi propia mente, si me ocurrió hacer algún bien, lo consideré principalmente. Quien, insinuando aún más sutilmente la humildad de su corazón, añade diciendo:

CAPÍTULO V [Rec. III].

VERS 25.---Si me he alegrado por mis muchas riquezas, y porque mi mano ha encontrado abundancia.

8. Es peligroso entender muchas cosas en las Sagradas Escrituras, a menos que, una vez entendidas, se guarden. ¿Qué creemos que se llama muchas riquezas por significación, sino la abundancia de agudezas de consejos? Que la mano del que busca encuentra, cuando esta reflexión del que medita engendra. Pues Salomón, contemplando estas riquezas de sabiduría, dice: La corona de los sabios son sus riquezas (Prov. XIV, 24). Y porque no llama riquezas a los metales terrenales, sino a la prudencia, inmediatamente añade por contraposición: La necedad de los insensatos es imprudencia (Ibid., 24). Pues si llamara corona de los sabios a las riquezas terrenales, sin duda alguna confesaría que la necedad de los insensatos es más bien pobreza que imprudencia. Pero al añadir que la necedad de los insensatos es imprudencia, indicó que las riquezas de los sabios son la prudencia. Pablo, contemplando en sí mismo estas riquezas de conocimiento, y humillando su contemplación con la consideración de la fragilidad humana, dice: Tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7). Así, encontramos muchas riquezas en nosotros cuando, investigando las sagradas palabras, percibimos los dones de la inteligencia abundante, y en ellas sentimos muchas cosas, aunque no diversas entre sí. Sin embargo, no es segura la alegría de conocer muchas o fuertes cosas en las páginas divinas, sino de guardar lo conocido. Pues quien entiende bien, reconoce lo que debe hacer al entender. Cuanto más se extiende el entendimiento, tanto más se obliga a cumplir las obras con mayor empeño. Por eso, en el Evangelio, la Verdad dice: A quien mucho se le dio, mucho se le exigirá; y a quien mucho se le confió, más se le pedirá (Luc. XII, 48).

[Vet. V.] 9. La inteligencia dada es como dinero prestado, que debe ser devuelto con interés. Consideremos, por tanto, la inteligencia dada como dinero prestado, porque cuanto más se nos confía por benevolencia, más nos sentimos deudores en la obra; y a menudo, el mismo dinero de la inteligencia recibido, cuando se da a los oyentes con intereses, se pierde, a menos que se distribuya con cautela. Pues no debe observarse negligentemente en el libro de los Reyes, que cuando los hijos de los profetas estaban cortando madera en el Jordán, a uno de ellos se le cayó el hacha del mango y desapareció en el fondo (IV Reg. VI). El hierro en el mango es el don de la inteligencia en el corazón. Cortar madera con él es reprender a los que actúan mal. Esto a veces se hace de manera descuidada, cuando no se evita la caída de la vana gloria en la misma ciencia recibida, el hierro se pierde en el agua, porque por una obra disoluta la inteligencia se vuelve insensata. Sabemos que esta inteligencia se da para que deba ser restituida ante los ojos del dador mediante una buena acción. Por eso, con razón, el que había perdido el hierro clamaba: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Señor mío, y esto mismo lo había tomado prestado (IV Reg. VI, 5). Los elegidos tienen esto como propio, que si alguna vez en su ciencia se infiltra la culpa furtiva de la vana gloria, rápidamente vuelven al corazón, y persiguen con lágrimas todo lo que encuentran en sí mismos condenable ante los ojos del juez estricto. Los que lloran no solo examinan cautelosamente los males que han cometido, sino también los bienes que debieron haber devuelto del don recibido, porque ciertamente se

sienten más pecadores cuanto más se consideran deudores por los bienes descuidados que pudieron haber hecho. Con razón, entonces, el que perdió el hierro clamaba: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! y esto mismo lo había tomado prestado. Como si dijera: Perdí por la disolución de la negligencia aquello que recibí de la gracia del acreedor para devolverlo mediante buenas obras. Pero Dios nunca abandona la mente que se reconoce verdaderamente en sus pecados. Por eso, inmediatamente viene Eliseo, arroja un trozo de madera y hace flotar el hierro, porque nuestro Redentor, mirándonos con piedad, humilla el corazón del pecador y le restaura la inteligencia que había perdido, sumerge la madera y eleva el hierro, porque aflige el corazón y repara la ciencia. Por eso, bien se dice en otra traducción que rompió la madera y la lanzó, y así levantó el hierro. Romper la madera es quebrantar el corazón de la altivez. Lanzar la madera hacia el fondo es humillar el corazón elevado en el reconocimiento, como dijimos, de la propia debilidad. Y de inmediato el hierro vuelve a la superficie, porque la inteligencia regresa al uso de la práctica anterior.

10. Por lo tanto, los justos temen más que se alegran del don que se les ha confiado. Así pues, dado que el don del entendimiento que se recibe apenas se conserva con tantas dificultades (es necesario cuidarlo para que no se adormezca en la ociosidad, y también para que no se desvanezca en la práctica de la obra por el vicio de la soberbia), los hombres santos no se regocijan cuando conocen lo que deben hacer, sino cuando hacen lo que han conocido; y si al entender se alegran por el don del dador, consideran con tristeza la deuda de la obra, para que, en efecto, paguen con la acción lo que se les ha concedido en el conocimiento. Pues es un deudor insensato el que recibe con alegría dinero prestado y no presta atención al momento en que debe devolverlo. Sin embargo, la alegría de recibir se modera cuando con previsión diligente también se considera el tiempo establecido para devolverlo. Por lo tanto, dado que los hombres justos no se exaltan con una alegría segura en lo que entienden vigilantes, se dice correctamente: Si me he alegrado por mis muchas riquezas, y porque mi mano ha encontrado muchas cosas. Como si se dijera abiertamente: De ninguna manera me creí rico en justicia por el hecho de que conocí muchas cosas rectas que debía hacer, ni la inteligencia elevó mi corazón, porque la consideración de la debida operación lo oprimió. [Vet. VI.] Sin embargo, es necesario saber que a menudo sucede que cuando se percibe la profundidad de la inteligencia, el alma se mantiene muy atenta a sí misma para evitar la caída de la soberbia. Pero cuando comienza a realizar las maravillas que entiende, a veces cae precisamente al mostrarse hacia afuera, y se gloria de adelantarse a los demás en sus acciones. Por lo tanto, el bienaventurado Job no se exaltó con el oro de la inteligencia, ni tampoco elevó ante los ojos humanos la luz de una operación maravillosa. Por eso añade adecuadamente:

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 26.---Si vi el sol cuando brillaba.

41. No se regocijan en el resplandor de sus buenas obras. No se absuelve al deudor que devuelve mucho, sino al que devuelve todo. Pues así como el sol brilla, así la buena obra se manifiesta. Está escrito: "Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5, 16). Y de nuevo: "Estén ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas" (Lucas 12, 33). Porque lo que en este lugar se designa con el sol resplandeciente, en el Evangelio se representa con lámparas encendidas. La buena obra, cuando brilla en medio de los infieles, es como una lámpara que arde en la noche; pero cuando resplandece en la Iglesia, el sol brilla en el día. La buena obra, si es tal que solo los malos la admiran, es como una lámpara en la noche; pero si

progresar de tal manera que puede ser admirada por los buenos y más perfectos, ciertamente es como el sol en el día. La buena obra, cuando brilla a través de la vida activa del cuerpo, resplandece como la luz de una lámpara desde un recipiente de barro. Pero cuando se eleva solo por la virtud de la mente en la contemplación, parece como la luz que viene del cielo, al modo del sol. Por tanto, como el bienaventurado Job había narrado muchos de los bienes de hospitalidad y misericordia que había hecho, que ciertamente eran aún mínimos en cuanto sabía que se habían realizado corporalmente, alzando el ojo de su mente al culmen de las virtudes espirituales, recordó su perfección y llamó sol a la luz de los ejemplos que dio a otros de sí mismo. [Reg. V.] Hay, sin embargo, algunos que, cuando hacen algún bien, inmediatamente olvidan sus iniquidades y fijan el ojo del corazón en la consideración de las buenas obras que exhiben; y se consideran ya santos en la medida en que, entre los bienes que realizan, declinan la memoria de sus males, en los cuales tal vez aún están implicados. Si atendieran vigilantes a la severidad del juez, temerían más por sus males que se regocijarían por sus bienes imperfectos, y observarían más que aún son deudores de lo que les queda por hacer, que lo que ya han pagado de su deuda al realizar algunas cosas. Pues no se absuelve al deudor que devuelve mucho, sino al que devuelve todo; ni llega al premio de la victoria quien corre velozmente en gran parte del espectáculo, si al llegar cerca de la meta falla en lo que queda. Tampoco a quienes emprenden un largo viaje les sirve de nada comenzar si no pueden también completarlo. ¿Qué somos, pues, los que buscamos la vida eterna, sino viajeros que recorremos ciertos caminos para llegar a la patria? Pero, ¿de qué sirve que recorramos tanto si descuidamos lo que queda para llegar?

12. No consideremos cuánto del camino ya se ha recorrido, sino cuánto queda por recorrer. Así, al modo de los viajeros, de ninguna manera debemos mirar cuánto camino hemos avanzado, sino cuánto queda por recorrer, para que lo que se contempla con temor como futuro se convierta en pasado por un momento. Por lo tanto, debemos examinar más los bienes que aún no hemos hecho que aquellos que ya nos alegramos de haber realizado. Pero la debilidad humana tiene la particularidad de que le agrada más contemplar lo que le complace en sí misma que lo que le desagrada. El ojo enfermo del corazón, temiendo esforzarse en su propia consideración, busca en el alma una especie de lecho de deleite donde pueda yacer suavemente; y por eso entiende qué beneficios ha obtenido de los bienes realizados, pero no sabe qué pérdidas sufre por lo que ha descuidado. Con frecuencia, incluso los elegidos son tentados por este vicio. A menudo se les sugiere en el corazón que recuerden los bienes que han hecho y se regocijen con la alegría de la seguridad ya alcanzada. Pero si verdaderamente son elegidos, apartan los ojos de la mente de aquello en lo que se complacen, reprimen toda alegría en sí mismos por los bienes realizados, y buscan tristeza por lo que entienden que han hecho menos, se consideran indignos, y casi solo ellos no ven sus propios bienes, que ofrecen a todos como ejemplo para ser vistos. De ahí que Pablo, al dejar de lado los bienes cumplidos en sí mismo y pensar solo en los que aún quedaban por cumplir, dijo: No pienso que lo haya alcanzado (Filipenses III, 13). De ahí que, para poder humillarse por los bienes que hacía, se esforzaba por traer a la mente los males pasados, diciendo: Que antes fui blasfemo, perseguidor e injurioso (I Timoteo I, 13).

[Vet. VII.] 13. Cuándo es lícito recordar o narrar las buenas obras realizadas.---¿Acaso no dijo en algún momento: He peleado el buen combate, he acabado la carrera, he guardado la fe (II Tim. IV, 7)? Es sumamente importante observar que lo mencionó en el momento en que ya sabía que estaba a punto de dejar el cuerpo. De hecho, antes había dicho: Porque yo ya estoy para ser derramado como libación, y el tiempo de mi partida está cercano (II Tim. IV, 6). Entonces, recordó la perfección de su obra cuando ya previó que no quedaba tiempo para la acción, sino para la recompensa. Así como, mientras vivimos, debemos apartar de nuestra

memoria nuestras buenas obras para no envanecernos, al acercarse la muerte, a menudo las recordamos para que nos den confianza y alivien el temor desesperado. Aunque enumeró sus buenas obras a los corintios, lo hizo para fortalecerlos, no para mostrarse a sí mismo. Pues demostró que no se fijaba en esas buenas obras en sí mismo, al revelar la tribulación de su propia tentación, cuando añadió: Por lo cual me complazco en mis debilidades (II Cor. XII, 10). Así, para instruir a sus discípulos, relataba lo más alto de sí mismo; pero para mantenerse en humildad, fijaba su mirada no en sus virtudes, sino en sus debilidades. Por lo tanto, los hombres santos tienen la particularidad de ver las buenas obras que realizan; y sin embargo, una vez realizadas, apartan sus ojos de ellas. Por eso, con razón se dice a través del bienaventurado Job: Si he visto al sol cuando resplandecía. Como si dijera abiertamente: Aunque mi obra diera luz a otros como ejemplo, no me fijé en ella con presunción, porque al temer envanecerme por ella, aparté mis ojos de contemplarla. Sigue:

CAPÍTULO VII.

IBID.---Y la luna avanzando con claridad.

14. La fama no debe buscarse a través de las buenas obras.---Después de haber puesto el sol, también colocó la luna que avanza claramente, porque evidentemente después de una buena obra, sigue una fama laudable, por la cual se posee un nombre célebre en esta noche de la vida presente. Si es cierto lo que algunos piensan, que la luna recibe su iluminación a través de un círculo oculto del rayo del sol, para poder mostrar luz en sus recorridos nocturnos, esta sospecha no está en desacuerdo con el orden de esta significación. La fama, en efecto, recibe su fuerza de la buena obra, y esparce la gracia del favor como la claridad de la luz. Hay también otro aspecto en la luna que se asemeja a la fama que difunde el bien. Su luz, incluso en tiempos de oscuridad, muestra el camino a los caminantes, porque cuando la luz de la alabanza brilla sobre la vida de otro, ilumina a otros hacia la práctica de buenas obras; y cuando se conoce claramente la buena reputación de alguien, se le ofrece a este, como a un viajero en el camino, la luz del ejemplo. Pero a veces, la obra que se toma de la opinión ajena se forma en el ánimo con un deseo menos puro. Pues las mentes débiles, cuando oyen cosas buenas de otros, a veces se encienden para actuar correctamente no por amor a la virtud, sino por el deleite de la alabanza. Y ciertamente está claro que así como es la naturaleza del sol encender y secar todo lo que toca, así es propio del fuego lunar quemar lo que toca, pero al quemar lo humedece. Por lo tanto, a una vida buena, algunos son movidos por el amor de Dios y el deseo de la obra recta, mientras que otros son inflamados por el amor a la alabanza. Pero cuando nos encendemos con el deseo de la obra recta, es como si el fuego del sol nos secara de la humedad de los vicios. Aquel a quien el amor a la alabanza incita a la buena obra, es tocado por la fama deseada, como la luna, porque enciende su ánimo y lo disuelve. Lo enciende para la práctica de la obra, pero lo disuelve en la concupiscencia del favor. Sin embargo, a menudo los ejemplos ajenos nos persuaden útilmente a realizar buenas obras. Y cuando con mente humilde acogemos la buena opinión ajena, producimos nuestras buenas obras hacia algo mejor, o transformamos lo malo en bueno. Y cuando el esplendor de la fama del prójimo nos ilumina, nuestra mente, como hemos dicho, que se dirige a obtener el camino de la virtud, pone sus pasos como en la luz de la luna. Pero así como progresamos por la opinión ajena, así a menudo, si nos enfocamos en las alabanzas de nuestra propia fama, nos vaciamos de virtud, porque cuando el alma se deleita en lo que se considera de sí misma externamente, olvida aquello por lo que suspiraba internamente.

[Vet. VIII.] 15. La inteligencia, las buenas obras, las alabanzas, no dañaron en nada a la humildad de Job (lo cual rara vez sucede).---Porque la inteligencia del conocimiento no

corrompió al santo varón, despreció alegrarse de las muchas riquezas. Y porque la magnitud de sus obras no lo infló, no vio el sol resplandeciente. Y porque la fama de las alabanzas no lo elevó, no prestó atención a la luna que avanzaba claramente. Hay algunos que caen en la soberbia precisamente porque, a través de una sutil inteligencia, conocen los bienes que no realizan. Estos, sin duda, se alegran de muchas riquezas cuando encuentran cualquier suma mediante la comprensión, y en su soberbia se corrompen con sus propios descubrimientos. Hay otros a quienes la inteligencia no eleva, pero la obra realizada los exalta. Estos, al considerar sus acciones, desprecian a los demás en su mente. Aunque no se alegran de muchas riquezas, ven el sol resplandeciente porque, al despreciar a otros, se enorgullecen solo de la magnitud de sus buenas obras. Y hay algunos a quienes ni siquiera su propia obra exalta; pero cuando comienzan a ser alabados por los hombres por esa misma buena obra, vencidos por los favores humanos, se consideran grandes en su pensamiento y se descuidan de la custodia del corazón. Estos, aunque no quisieron ver el sol resplandeciente, miran la luna que avanza claramente, porque en las tinieblas de esta vida, al fijar su ánimo en la claridad de su propia opinión, pierden la gracia de la humildad como si fuera una luz nocturna; y al mirar la luna, no se ven a sí mismos, pues comienzan a desconocerse al fijar los ojos de su mente en el favor transitorio.

16. Diversos progresos y grados hacia la virtud. Qué temer en cada uno.---El progreso de los hombres es como los crecimientos que observamos en los arbustos. La fuerza del futuro árbol está primero en la semilla, luego en el brote, y finalmente se desarrolla en ramas. Así, de manera similar, la virtud de cada uno crece con el trabajo. Se siembra en la inteligencia, brota en la acción, y al final se fortalece hasta alcanzar la gran amplitud del progreso. Pero cuando la inteligencia de alguien lo enaltece, el árbol que podía brotar en la semilla se pudre. Sin embargo, cuando después de una buena acción se corrompe por la peste de la arrogancia, se seca como si ya hubiera brotado. Cuando ni la inteligencia ni la acción lo corrompen, pero al crecer en magnitud, el favor de los que alaban lo sigue y desvía el ánimo del que obra bien de su estado, el árbol soporta los vientos de las lenguas, y toda la fortaleza que había crecido en él es arrancada de raíz por la tempestad de la fama. Pues cuanto más alto se eleva el árbol hacia las alturas, más intensamente siente la fuerza de los vientos, porque cuanto más se eleva alguien en buenas obras, más se fatiga por el soplo de los que alaban. Por lo tanto, si el árbol aún está en la semilla, se debe temer que se pudra por el conocimiento de la ciencia misma. Si ya ha brotado en un arbusto, se debe cuidar que la mano de la arrogancia no lo toque y lo seque de la frescura de su acción. Pero si ya se eleva con fuerte robustez hacia lo alto, se debe temer mucho que el viento más fuerte de la alabanza que se le acerca lo arranque de raíz.

[Vet. IX.] 706 17. Para protegernos del peligro de la fama y los elogios humanos, Dios permite que se nos opongan las detracciones.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que, para que no seamos arrancados por alabanzas desmedidas, a menudo se nos permite ser lacerados por detracciones, gracias al admirable control de nuestro guía. Así, cuando la voz del que alaba nos eleva, la lengua del que critica nos humilla, porque también el árbol que es empujado por el viento de un solo lado, al punto de parecer que está a punto de ser arrancado, es enderezado por el soplo de otro viento que viene en dirección opuesta, y el que ha sufrido una inclinación de un lado, regresa a su estado desde el otro. Por eso, aquel árbol profundamente enraizado permanecía firme entre vientos contrarios, el cual decía: Por gloria y deshonor, por mala fama y buena fama (II Cor. VI, 8). Pues a menudo, el elogio dirigido insolentemente a los oídos de quien actúa bien, mientras resuena externamente en palabras, genera internamente en la mente una cierta tempestad de vanidad en silencio: y sucede que lo que el alma disfruta de los favores humanos, no lo muestra fácilmente al exterior, pero sin embargo, siente no débilmente la fuerza de la corrupción internamente. Y hay algunos a

quienes el elogio infla de tal manera que los lleva hasta las palabras de vanidad. Sin embargo, algunos, como hemos dicho antes, se avergüenzan de mostrar que son elevados, y al escuchar sus alabanzas se exaltan; pero no llegan a las palabras de vanidad, y no muestran que se alegran en tales cosas. Por eso el bienaventurado Job, porque sabía que no era arrogante, no solo de ninguna manera en palabras, sino tampoco en pensamiento silencioso, después de haber dicho: Si vi al sol cuando brillaba, y a la luna avanzando clara, inmediatamente añadió:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 27.---Y se alegró en lo oculto mi corazón.

18. Prohibido alegrarse en silencio de sus propias alabanzas.---¿Qué se nos insinúa con esta advertencia, sino que es necesario un gran temor y precaución para que nuestra mente nunca se alegre en silencio de sus propias alabanzas? Porque quien contempla la magnitud de su fama como la claridad de la luna, y en secreto se regocija en su mente, ¿a quién se antepone sino al autor, de quien recibió el don para obrar bien, y sin embargo se alegra en su don por la gracia de su propia alabanza? Pues al despreciar el honor del creador, se demuestra que se ama más a sí mismo, ya que se regocija en sus elogios. Aunque a veces también los hombres santos se alegran de su buena reputación; pero cuando consideran que a través de ella los oyentes progresan hacia mejores cosas, ya no se alegran de su reputación, sino de la utilidad de los prójimos, porque una cosa es buscar favores, y otra es regocijarse en los progresos. En este asunto es necesario que, cuando no beneficia a la utilidad de los oyentes, la fama laudable no eleve nuestra mente, sino que la fatigue. Pues cuando somos alabados por el testimonio de la lengua humana, se nos examina con una pulsación oculta sobre lo que pensamos de nosotros mismos. Una mente soberbia se regocija incluso cuando se dicen falsos bienes de ella, porque no considera cómo vive ante Dios, sino cómo se da a conocer ante los hombres. Despreciando el juicio del Dios omnipotente sobre sí misma, y buscando solamente el de los hombres, se exalta entre las alabanzas escuchadas, y se alegra como si fuera la recompensa de su obra, que solo había buscado. Por el contrario, si el corazón es verdaderamente humilde, no reconoce los bienes que escucha de sí mismo, y teme porque se dicen falsedades; o ciertamente, si sabe que realmente los posee, teme que sean perdidos de la retribución eterna de Dios, al considerar que han sido divulgados entre los hombres, y teme vehementemente que la esperanza del futuro premio se convierta en la recompensa de un favor transitorio.

19. Los santos son atormentados por sus propias alabanzas.---De esto se deduce que el alma de los elegidos es atormentada por el gran fuego de sus alabanzas, y se purifica de toda la herrumbre de su pereza mediante el dolor de la reflexión. Pues con una cauta consideración, teme no sea que, en aquello por lo que es alabado y no lo es, encuentre un juicio mayor de Dios, o que, en aquello por lo que es alabado y lo es, pierda la recompensa adecuada. De ahí que a menudo suceda que, así como el injusto se contamina con su propia alabanza, así el hombre justo se purifica al escuchar su alabanza. Porque cuando reconoce que los hombres mencionan los bienes que ha hecho, teme, como se ha dicho, el sutil examen del juicio final, y temeroso recurre a su conciencia, y corrige cualquier cosa reprochable que haya en ella. Pues al temer que sus buenas obras se hayan hecho conocidas, temiendo la sutileza del examen futuro, elimina cualquier mal oculto que haya en él. Teme, en efecto, no ser al menos tal ante Dios como los hombres lo consideran, y no está contento con permanecer en lo que ha podido hacerse conocer. Pues ya estima que se le ha hecho una retribución por sus buenas obras, a menos que añada a ellas otras que los hombres desconocen. Por eso, bien se dice por Salomón: "Así como se prueba la plata en el crisol y el oro en el horno, así se prueba al

hombre por la boca del que lo alaba" (Prov. XXVII, 21). La plata o el oro, si es impuro, se consume en el fuego; si es puro, se declara en el fuego. Así es también el sentido del que obra. Pues se muestra cómo es en aquello por lo que es alabado. Si se ensalza al escuchar sus alabanzas, ¿qué otra cosa fue sino oro o plata impura, que el horno de la lengua consumió? Pero si al escuchar sus alabanzas, regresa a la consideración del juicio supremo, y teme no ser gravado por ellas ante el juez oculto, crece en la magnitud de la claridad como por el fuego de la purificación, y de donde soporta el incendio del temor, de allí resplandece más claramente. El bienaventurado Job, porque no se ensalzó por su obra, dice con confianza: "Si vi al sol cuando brillaba". Y porque la fama laudable no lo desvió de la mirada del juicio interior, añade: "Y a la luna caminando clara". Y porque no permitió que su ánimo se atara por la gracia de su opinión, ni siquiera en pensamiento oculto, inmediatamente añade: "Y si mi corazón se alegró en secreto". Y porque a menudo una mente inconsiderada, al no resistir el favor transitorio, es llevada hasta el punto de alabar lo que hace, se introduce como congruente la condición que se ha mencionado:

CAPÍTULO IX.

IBID.---Y besé mi mano con mi boca.

20. A Dios, no a sí mismos, atribuyen sus buenas obras. Gracia preveniente. — Pues la operación se designa por la mano, y la locución por la boca; como se dice por medio de Salomón: El perezoso esconde su mano bajo su axila, y le cuesta trabajo llevarla a su boca (Prov. XIX, 24). Para el perezoso es un esfuerzo llevar su mano a la boca, porque un predicador indolente no quiere ni siquiera hacer lo que dice. Llevar la mano a la boca es hacer que su obra concuerde con su palabra. Por tanto, besa su mano con su boca quien alaba lo que hace y se atribuye a sí mismo la virtud de la obra con el testimonio de su propia locución. ¿Quién es despreciado en esto, sino aquel que otorga los mismos dones de obrar? Por eso, bien se dice por medio del insigne predicador: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Los hombres santos saben que, tras la caída del primer padre, han sido engendrados de una estirpe corruptible, y que no por su propia virtud, sino por la gracia divina preveniente, han sido transformados a mejores deseos u obras; y cualquier mal que reconocen en sí mismos, lo consideran mérito de su linaje mortal; pero cualquier bien que ven en sí mismos, lo reconocen como don de la gracia inmortal, y se hacen deudores a ella por el don recibido, quien al prevenirles les dio el querer el bien que no querían, y al seguirles les concedió el poder hacer el bien que quieren. Por eso, bien se dice por medio de Juan: Adoraron al que vive por los siglos de los siglos, arrojando sus coronas ante el trono del Señor (Apoc. IV, 10). Arrojar sus coronas ante el trono del Señor es no atribuirse a sí mismos las victorias de sus combates, sino al autor, para que a Él refieran la gloria de la alabanza, de quien saben que recibieron las fuerzas para el combate. Por tanto, el bienaventurado Job, porque narra así los bienes que ha obrado, de modo que no los atribuye a su operación, sino que recurre a la alabanza del autor, niega haber besado su mano con su boca. Como si dijera claramente: No presento mis obras como si fueran mías, porque se demuestra que niega la gracia de su autor quien se atribuye a sí mismo lo que obra. Por eso, añade inmediatamente:

CAPÍTULO X.

VERS. 28.---Que es la mayor iniquidad, y una negación contra Dios altísimo.

21. Niega a Dios quien confía en sus propias fuerzas.---Es evidente que lo niega, ya que despreciando su gracia, se atribuye a sí mismo las fuerzas para obrar el bien. Esto también se llama con razón la mayor iniquidad, porque todo pecado que proviene de la debilidad no pierde la esperanza, ya que busca el perdón del juez supremo. Sin embargo, la presunción de la propia virtud es tanto más grave en la desesperación, cuanto más lejos está de la humildad. Y cuando se atribuye a sí mismo las fuerzas para obrar, no recurre a la ayuda del autor; y así sucede que el pecador peca más gravemente, porque incluso ignora que es pecador. Sigue:

CAPÍTULO XI [Rec. VI].

VERS. 29.---Si me he alegrado por la ruina de aquel que me odiaba, y he exultado porque le ha sobrevenido el mal.

22. Solo la caridad nos hace discípulos de Dios. Pruebas y señales de la caridad.---El ser discípulos del Dios omnipotente se prueba únicamente por la custodia de la caridad. De ahí que la Verdad misma diga: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros (Juan XIII, 35). Esta caridad, si verdaderamente llena nuestro corazón, suele manifestarse de dos maneras: si amamos a los amigos en Dios y a los enemigos por amor a Dios. Pero es necesario saber que el amor a los enemigos se guarda verdaderamente cuando no nos afligimos por su progreso ni nos alegramos por su caída. Pues a menudo el alma se engaña con la apariencia de amor hacia el enemigo, creyendo que lo ama si no se opone a su vida. Pero el verdadero y oculto poder del amor se pone a prueba por el progreso o la caída del enemigo. En este asunto, la mente humana no se conoce plenamente a sí misma, a menos que descubra que ha cambiado su actitud hacia aquel a quien considera adversario, ya sea en su fracaso o en su éxito. Si se aflige por su prosperidad y se alegra por la calamidad de quien lo odia, es evidente que no ama a quien no desea que mejore, y persigue con su deseo a quien se alegra de ver caer.

[Vet. XI] 709 23. Cómo podemos alegrarnos de la ruina del enemigo sin dañar la caridad, o dolernos de su gloria. Qué precauciones tomar en este asunto.---Pero en medio de esto, es necesario saber que a menudo sucede que, sin perder la caridad, nos alegra la ruina del enemigo, y nuevamente su gloria nos entristece sin culpa de envidia, ya que creemos que con su caída algunos se levantan bien, y con su progreso tememos que muchos sean injustamente oprimidos. En este asunto, nuestra mente no se eleva por su caída ni se somete por su progreso, si nuestra recta reflexión no se centra en lo que sucede en él, sino en lo que se hace de él en relación con otros. Pero para mantener esto, es muy necesario un examen de la más sutil discreción, para que no seamos engañados bajo la apariencia de utilidad ajena mientras ejecutamos nuestros odios. Pues si no fuera en absoluto motivo de alegría la muerte del enemigo, el salmista no diría: Se alegrará el justo cuando vea la venganza de los impíos (Salmo LVII, 11). Pero una cosa es el impío, y otra muy distinta el enemigo que se sufre. Porque hay muchos enemigos que no son impíos; y hay algunos impíos que no parecen ser nuestros enemigos en particular. Sin embargo, la mente humana considera impío e injusto a todo aquel que tolera como enemigo, porque la envidia exagera sus faltas en su pensamiento. Sin importar los delitos que lo opriman, se le considera menos injusto si no se le percibe como adversario. En este asunto, es necesario discernir que una cosa es lo que nuestro enemigo nos perjudica a nosotros, y otra lo que perjudica a sí mismo y a los demás. Pues si es bueno con otros, quizás no puede ser malo con nosotros sin nuestra culpa; y en absoluto debemos alegrarnos de su ruina, si es seguro que solo nosotros hemos soportado sus adversidades. Pero cuando nuestro enemigo y el de muchos es destruido, es necesario que el ánimo se alegre más por la liberación de los prójimos que por la muerte del enemigo.

24. Debemos compadecer la miseria del que perece y alegrarnos con la justicia del juez. Es necesario, pues, que al perecer el adversario, reflexionemos cuidadosamente sobre lo que debemos a la ruina del pecador y a la justicia que golpea. Porque cuando el Omnipotente hiere a un perverso, debemos compadecernos de la miseria del que perece y alegrarnos con la justicia del juez, de modo que para nosotros la pena de la muerte del prójimo sea motivo de duelo, y a su vez, la equidad mostrada por el juez divino sea motivo de alegría, para que no seamos adversarios del hombre que perece, ni ingratos con Dios que juzga. Por tanto, el bienaventurado Job, porque en la adversidad venció perfectamente todo odio, dice: Si me alegré por la ruina del que me odiaba, y exulté porque le sobrevino el mal; quien, amando incluso al enemigo, al compadecerse del adversario que perecía, creció él mismo en el bien a través de los males que aquel merecía, de modo que él creció en bondad a partir de los males que encontraron al otro.

Porque en verdad, a menudo algunos hieren con maldiciones a aquellos que consideran sus adversarios, ya que de ninguna manera pueden hacerlo con fuerza; en los cuales se manifiesta claramente qué males harían si pudieran, aquellos que no cesan de desear lo que no pueden hacer; el bienaventurado Job, mostrando que está libre incluso de la culpa de la maldición, añadió a continuación:

CAPÍTULO XII.

VERS. 30.---No he permitido que mi garganta peque, para que maldiciendo deseara su alma.

25. Abstenerse de las maldiciones.---Pecaría, sin duda, si deseara que Dios hiciera lo que él mismo no puede hacer, o si pudiera, no sería apropiado. Porque aquellos que atacan a su enemigo con maldiciones, ¿qué otra cosa quieren que haga Dios en él, sino lo que ellos mismos no pueden hacer o se avergüenzan de hacer? Desean la muerte del adversario, la cual, aunque pueden infligir, temen hacerlo, no sea que sean considerados culpables de homicidio o aparezcan como injustos incluso cuando lo son. ¿Qué es, entonces, decirle a Dios: Mata a quien odio, sino clamarle abiertamente: Haz a mi adversario lo que no me conviene hacerle como pecador? En estas palabras, ciertamente debemos considerar dónde este hombre había leído: Amad a vuestros enemigos (Luc. VI, 27, 35); dónde había leído: Bendecid, y no maldigáis (Rom. XII, 14); y de nuevo: No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición (I Pedro III, 9). Pero exteriormente no escuchaba los mandamientos de la gracia suprema, porque el soplo del Espíritu Santo escribía estas cosas en su mente. Sin embargo, sería menos que amara a los que estaban fuera, si no tolerara también a los adversarios familiares que vivían interiormente con él y con quienes conversaba diariamente. Por lo tanto, añade:

CAPÍTULO XIII [Rec. VII].

VERS. 31.---Si no dijeron los hombres de mi tienda: ¿Quién nos dará de su carne para que nos saciemos?

26. Debemos tolerar pacientemente a los domésticos y familiares que nos adversan. El sacrificio del altar. Las adversidades deben soportarse exteriormente con fortaleza e interiormente con clemencia. Esta sentencia, sin duda, también puede entenderse a través del misterio en la voz del Redentor. Los hombres de su tabernáculo desearon saciarse con sus carnes, ya sean los judíos que lo perseguían o los gentiles creyentes, porque aquellos

intentaron, al moler su cuerpo, extinguirlo como si lo consumieran, y estos desean saciar su mente hambrienta con el sacrificio diario de inmolación de sus carnes. Pero ahora, siguiendo solo la virtud de la historia, consideremos con cuánta fortaleza el alma del santo varón, inquieta por dentro y por fuera, se reparte para todo. Si alguna vez hubiera cedido en silencio a los que actuaban injustamente, o no hubiera contrariado con rectitud, ciertamente no habría tenido adversarios. Pero al mantener los caminos de la vida, encontró a quienes deseaban su muerte. Soportó adversarios manifiestos fuera y ocultos dentro. Sin embargo, es menor la virtud de ver fuera los males que se superan y no tener nada que tolerar dentro. La alabanza de la magnitud perfecta es soportar las adversidades exteriormente con fortaleza e interiormente con clemencia. Pues hay algunas cosas que en la misma convivencia de los familiares no pueden corregirse sin culpa del que corrige; y por eso, cuando contaminan al que corrige o gravan al que no actúa del todo, deben disimularse con gran arte de maestría, y ser toleradas con esta misma disimulación. Lo que se nos imputa, lo liberamos más rápidamente del corazón si reconocemos nuestros errores hacia los prójimos. Por eso, también se dice bien por Salomón: No prestes atención a todas las palabras que se dicen, no sea que oigas a tu siervo maldiciéndote. Pues tu conciencia sabe que tú también has maldecido a otros con frecuencia (Ecles. VII, 22, 23). Porque al considerar cómo hemos sido con otros, nos duele menos que otros sean así con nosotros, ya que la injusticia ajena en nosotros reivindica lo que nuestra conciencia justamente acusa en sí misma. Sigue:

CAPÍTULO XIV [Rec. VIII].

VERS. 32.---El peregrino no pasó la noche afuera; mi puerta estuvo abierta para el viajero.

27. Que la misericordia en perdonar sea sucedida por la misericordia en dar generosamente. Porque, según Pablo, la caridad se describe como paciente y benigna (I Cor. XIII, 4), soporta con ecuanimidad los males ajenos a través de la paciencia, y a través de la benignidad ofrece misericordiosamente sus propios bienes. De ahí que el bienaventurado Job soportó pacientemente a los de su casa que lo maldecían, y acogió benignamente a los viajeros y peregrinos en su hogar: a aquellos les ofrecía ejemplos de conducta, a estos les asistía con ayuda material; a aquellos, con mansedumbre, no se apresuraba a enojarse, a estos, con misericordia, estaba dispuesto a socorrer. Pues el hombre santo, contemplando al Redentor del género humano a través del espíritu de profecía, también observaba sus enseñanzas en la práctica, con las cuales nos amonesta, diciendo: Perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará (Luc. VI, 37). Dar, en efecto, se refiere a las cosas que poseemos exteriormente, mientras que perdonar se refiere a aliviar el dolor que hemos contraído internamente por culpa ajena. Pero es necesario saber que quien perdona y no da, aunque no ha obrado plenamente, ha mantenido la mejor parte de la misericordia. Sin embargo, quien da y no perdona en absoluto, no realiza ninguna misericordia, porque el don no es aceptado por el Dios omnipotente cuando se ofrece con un corazón atado a la malicia.

28. Condiciones meritorias de la limosna.---En efecto, primero debe purificarse el alma de quien ofrece limosna, porque todo lo que se da a Dios se valora según la intención del que da. Por lo tanto, toda mancha de malicia debe ser borrada de nuestro interior mediante un cambio de pensamiento, ya que la ofrenda no puede aplacar la ira del juez a menos que agrade por la pureza del oferente. Por eso está escrito: Dios miró a Abel y a sus ofrendas, pero no miró a Caín ni a sus ofrendas (Génesis IV, 4, 5). En efecto, la Sagrada Escritura no dice: Miró a las ofrendas de Abel, y no miró a las ofrendas de Caín; sino que primero afirma que miró a Abel, y luego añade, Y a sus ofrendas. Y nuevamente dice que no miró a Caín, y luego añade, Ni a sus ofrendas. Pues lo que se da se recibe del corazón del que da. Por eso, no fueron las

ofrendas de Abel las que agradaron, sino que las ofrendas agradaron por Abel. En efecto, se lee que el Señor miró primero a quien daba, antes que a lo que daba. Por eso, el bienaventurado Job, al hablar de su generosidad en la gracia de la hospitalidad, primero manifestó su paciencia y benignidad hacia sus adversarios: que no se alegró de la caída de su enemigo, que no atacó con palabras maldicientes a sus perseguidores, que soportó con ecuanimidad a los que lo agredían internamente, y solo entonces manifestó la munificencia de su hospitalidad; para que, al escuchar el orden de su narración, aprendamos que las ofrendas exteriores se preparan con la pureza interna del corazón, de modo que la coherencia de sus virtudes enseñe al lector cómo debe ser en su interior cuando proporciona bienes exteriores a otros.

29. En las buenas obras debe evitarse la soberbia.---¿Pero quién no se creería santo entre tantas cumbres de virtudes? ¿Quién no sería tentado, de alguna manera, por tantos méritos, para que, si alguna vez pecara como hombre, no quisiera que su falta se hiciera conocida por los hombres; y creería que es leve si peca en cosas pequeñas; y preferiría cubrir su culpa con el silencio antes que revelarla con la voz de la confesión? Pues a menudo sucede que un alma enaltecida por las virtudes, al saber que muchos de sus buenos actos son conocidos y valorados por los demás, no quiere que se reconozca si hace algo que merece reproche. Estas sombras del error las tolera la mente porque el orgullo pesa sobre el ojo del corazón. Por eso, el bienaventurado Job, entre tantas obras excelsas de virtudes, quien fue tan elevado en la acción, para mostrar cuán humilde era en su mente, añadió de inmediato:

CAPÍTULO XV [Ant. XIII, Rec. IX].

VERS. 33.---Si oculté mi pecado como un hombre, y guardé en mi seno mi iniquidad.

30. El argumento de la humildad es confesar su propia culpa; el de la soberbia, excusarla. Al excusar los pecados, los hacemos más graves. Estos son, en efecto, los verdaderos testimonios de la humildad: reconocer cada uno su iniquidad y, una vez reconocida, manifestarla con la voz de la confesión. Por el contrario, es un vicio común del género humano cometer el pecado ocultándolo, esconderlo negándolo y multiplicarlo defendiéndolo cuando es descubierto. Desde aquella caída del primer hombre, llevamos estos aumentos de maldad, de donde hemos extraído la misma raíz de la culpa. Así, cuando él tocó el árbol prohibido, se escondió de la faz del Señor entre los árboles del paraíso. En este escondite, puesto que no podía ocultarse de Dios, no se describe el efecto de ocultarse, sino que se señala el deseo. Cuando fue reprendido por el Señor por haber tocado el árbol prohibido, respondió de inmediato: "La mujer que me diste como compañera me dio del árbol, y comí" (Génesis III, 12). También la mujer, al ser interrogada, respondió diciendo: "La serpiente me engañó, y comí" (Ibid., 13). Fueron requeridos para que confesando borrarán el pecado que habían cometido al transgredir. Por eso, la serpiente persuasora, que no podía ser llamada al perdón, no fue requerida por su culpa. Así, el hombre fue interrogado sobre dónde estaba, para que reflexionara sobre la culpa cometida y, confesándola, reconociera cuán lejos estaba de la faz de su Creador. Pero ambos eligieron aplicar a sí mismos los consuelos de la defensa en lugar de la confesión. Y cuando el hombre quiso excusar su pecado a través de la mujer, y la mujer a través de la serpiente, aumentaron la culpa que intentaron defender: indirectamente, Adán tocó al Señor, sugiriendo que Él era el autor de su pecado por haber creado a la mujer; y Eva refirió la culpa al Señor, que había puesto a la serpiente en el paraíso. Porque, habiendo oído de la boca del diablo engañador: "Seréis como dioses" (Ibid., 5), al no poder ser semejantes a Dios en divinidad, intentaron hacer a Dios semejante a ellos

en culpa. Así, al intentar defender su culpa, añadieron que su pecado, al ser discutido, se hiciera más atroz de lo que había sido al ser cometido.

31. Muchos imitan a Adán, pensando en ocultar su pecado con hojas de árboles. El pecador sale del sepulcro mediante la confesión. Por lo tanto, ahora también las ramas del género humano extraen amargura de esta raíz, de modo que cuando alguien es acusado de su vicio, se esconde bajo palabras de defensa como bajo ciertas hojas de árboles, y como si huyera a ciertos oscuros secretos de su excusa, evita la presencia del Creador, mientras no quiere que se conozca lo que ha hecho. En esta ocultación, no se esconde del Señor, sino que esconde al Señor de sí mismo. Actúa para no ver al que todo lo ve, pero no para que él mismo no sea visto. Por el contrario, para cada pecador, el comienzo de la iluminación es la humildad de la confesión, porque ya se niega a perdonarse a sí mismo, quien no se avergüenza de confesar el mal que ha hecho; y quien pudo ser acusado al defenderse, se defiende rápidamente al acusarse a sí mismo. Por eso, al Lázaro muerto, que estaba oprimido por una gran piedra, no se le dice: Revive, sino: Sal fuera (Juan 11, 43). De esta resurrección, que se realizó en su cuerpo, se señala cómo resucitamos en el corazón, cuando al muerto se le dice: Sal fuera, para que el hombre muerto en su pecado, y ya sepultado por el peso de la mala costumbre, porque yace oculto en su conciencia por la maldad, salga de sí mismo mediante la confesión. Al muerto se le dice: Sal fuera, para que sea provocado a salir de la excusa y ocultación del pecado hacia su propia acusación con su propia boca. Por eso, el profeta David, reviviendo de la muerte de tan gran crimen, salió como fuera a la voz del Señor, cuando, corregido por Natán, acusó lo que había hecho (II Sam. 12, 13).

32. La culpa de ocultar el pecado ha crecido enormemente.---Dado que esta culpa de ocultación ha crecido enormemente en el género humano, bien dice el bienaventurado Job al afirmar: Si he ocultado mi pecado, añadió: como hombre. Pues observa que es propio del hombre, lo cual descende de la imitación del antiguo padre. Donde se añade apropiadamente: Y he ocultado en mi seno mi iniquidad. [Vet. XIV, rec. X.] La Sagrada Escritura, en efecto, suele usar el término seno para referirse a la mente, como se dice en voz de la Iglesia sobre nuestros perseguidores, quienes, aunque naturalmente están unidos a nosotros, están separados en vida, a través del Salmista: Devuelve a nuestros vecinos siete veces en su seno (Sal. LXXVIII, 12). Como si dijera abiertamente: Que reciban en su mente lo que operan con saña en nuestros cuerpos, para que mientras nos castigan exteriormente en parte, ellos sean castigados interiormente de manera perfecta. Dado que el seno se entiende como el secreto de la mente, ocultar la iniquidad en el seno es esconderla en los recovecos de la conciencia, no revelarla mediante la confesión, sino cubrirla con la defensa. En contra de esto, Santiago dice: Confesaos mutuamente vuestros pecados, y orad unos por otros, para que seáis salvados (Sant. V, 16). También Salomón dice: El que oculta sus delitos no prosperará; pero el que los confiesa y los abandona, alcanzará misericordia (Prov. XXVIII, 13).

33. La confesión del pecado es falsa sin humildad. Indicaciones de una confesión sincera.---Pero entre estas cosas, es necesario saber que a menudo las personas confiesan sus culpas y no son humildes. Pues conocemos a muchos que, sin que nadie los acuse, confiesan ser pecadores; pero cuando tal vez son corregidos por su culpa, buscan el amparo de la defensa para no parecer pecadores. Si realmente reconocieran con verdadera humildad que son pecadores cuando lo dicen por su propia voluntad, no negarían ser lo que confesaron cuando son reprendidos por otros. En esto, los indicios de una verdadera confesión son que, si alguien se dice pecador, no contradice a otro que dice lo mismo de él. Pues, como está escrito: El justo es el primero en acusarse a sí mismo (Prov. XVIII, 17), no busca parecer pecador, sino justo, cuando alguien confiesa ser pecador sin que nadie lo acuse, pero prueba

la verdad de su confesión cuando otro reprende el mal que hemos hecho. Si lo defendemos con soberbia, está claro que decíamos falsamente ser pecadores por nosotros mismos. Por lo tanto, es sumamente importante que confesemos voluntariamente los males que hemos hecho y que no los neguemos cuando otros nos los señalan. En efecto, es un vicio de la soberbia que lo que uno se digna confesar de sí mismo como si fuera por su propia voluntad, se niegue a que otros se lo digan.

34. La humildad de Job en la confesión del pecado. A menudo es un combate más arduo confesar los pecados que evitarlos. Así pues, el bienaventurado Job mostró cuán grande era su humildad, pues sabía que vivía entre adversarios y, sin embargo, no temía revelar sus culpas con la voz de la confesión. Pero es de notar que primero habla de sus virtudes y luego confiesa su pecado. Con esto demuestra claramente cuán veraz fue en lo que dijo sobre sus bondades, ya que no quiso callar sobre sus males. A veces indica sus virtudes, a veces su culpa, manifestando que cometió pecado y no lo ocultó. De ahí que aparezca con certeza cuán puro era a los ojos del Dios omnipotente, quien evitó los males para no cometerlos, y sin embargo, lo que le ocurrió cometer, no lo escondió a los hombres, de modo que para él sea gloria de justicia haber evitado el pecado, y custodia de justicia haber revelado lo que no pudo evitar. Este hombre puede parecer grande a cualquiera en sus virtudes, pero a mí ciertamente me parece sublime incluso en sus pecados. Que admiren en él quienes quieran la continencia de la castidad, que admiren la integridad de la justicia, que admiren las entrañas de la piedad; yo no admiro menos en él la confesión humilísima de sus pecados que sus tan sublimes gestas de virtudes. Pues sé que, por la vergüenza de la debilidad, a menudo es un combate más arduo revelar los pecados cometidos que evitar los no cometidos, y aunque cada mal se evite con más fuerza, sin embargo, se revela con más humildad. Bienaventurado, pues, Job, quien, sostenido por tantas grandes obras, no se avergonzó de confesar su culpa, mostró en sus virtudes cuán humilde fue. Pero como de la verdadera humildad siempre nace una autoridad segura, de modo que nada tema externamente, cuanto más el alma no anhela las cumbres de las cosas por el deseo de la exaltación, a la confesión expresa del pecado, se añade correctamente:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 34.---Si temí a la multitud numerosa, y el desprecio de los cercanos me aterrorizó; y no guardé silencio, ni salí por la puerta.

35. La libertad del corazón de la codicia de las cosas terrenales es una seguridad admirable. Sin embargo, esto no lo exime de la disciplina de la vigilancia. Grande es la seguridad del corazón que no tiene deseos de lo secular. Pues si el corazón ansía alcanzar lo terrenal, de ninguna manera puede estar seguro y tranquilo, porque o bien codicia lo que no tiene para poseerlo, o bien teme perder lo que ha conseguido; y mientras en la adversidad espera lo próspero, en la prosperidad teme la adversidad, y se ve arrastrado de un lado a otro como por ciertas olas, y se ve envuelto en la mutabilidad de las diversas formas de las cosas cambiantes. Pero si el alma se fija con firme estabilidad en el deseo de la patria celestial, se ve menos perturbada por las alteraciones de las cosas temporales. Pues de todos los movimientos externos busca su misma intención como un retiro secretísimo, y allí, adhiriéndose a lo inmutable y trascendiendo todas las cosas cambiantes, ya en la misma tranquilidad de su descanso está en el mundo fuera del mundo. Ciertamente supera todas las cosas bajas con la intención de las más altas, y siente que se eleva con cierta libertad sobre todas las cosas que no desea, y no soporta internamente la tempestad de las cosas temporales que observa externamente, porque todas las cosas terrenales, que podrían oprimir la mente si

fueran deseadas, yacen despreciadas debajo. Por eso bien se dice por el profeta: "Coloca para ti una atalaya" (Jeremías 31, 21), para que mientras uno observa lo más alto, se eleve sobre lo más bajo. De aquí también dice Habacuc: "Sobre mi guardia estaré" (Habacuc 2, 1). Pues está sobre su guardia quien, por la diligencia de la disciplina, no sucumbe a los deseos terrenales, sino que se eleva sobre ellos, de modo que mientras siempre desea la eternidad que permanece, todo lo que pasa está debajo de él.

36. Porque no excluye las debilidades y perturbaciones de la carne. Los santos, por el don de Dios, son imperturbables, pero por su propia debilidad están sujetos a perturbaciones. Sin embargo, por más que un hombre santo progrese en virtud, mientras esté en esta vida, la debilidad de la carne lo oprime desde fuera, como está escrito: Aunque el hombre camine en la imagen de Dios, sin embargo, se turba en vano (Salmo XXXVIII, 7). A menudo sucede que se turba exteriormente, pero permanece imperturbable interiormente; y lo que puede turbarse en vano es por la debilidad de la carne, aunque el hecho de que camine en la imagen de Dios es por la virtud de la mente, de modo que se fortalezca interiormente con la ayuda divina, y sin embargo, aún sea oprimido exteriormente por la carga humana. Por eso, Habacuc pronunció una sentencia que sirve para ambos aspectos. Dice: Y el temblor entró en mis huesos, y debajo de mí se turbó mi fuerza (Habacuc III, 16). Como si dijera: No es mi fuerza en la que permanezco imperturbable en lo alto, y es mi fuerza en la que me turbo en lo bajo. Así, él es imperturbable sobre sí mismo, perturbable bajo sí mismo, porque ascendió sobre sí mismo en cuanto fue arrebatado a las alturas; y estaba bajo sí mismo en cuanto aún arrastraba restos hacia lo más bajo. Él es imperturbable sobre sí mismo, porque ya había pasado a la contemplación de Dios; es perturbable bajo sí mismo, porque bajo sí mismo aún permanecía como un hombre débil. A esta sentencia concuerda el profeta David, diciendo: Yo dije en mi exceso de mente: Todo hombre es mentiroso (Salmo CXV, 2). A lo cual se podría responder: Si todo hombre, también tú, y ya será falsa la sentencia que tú mismo, siendo mentiroso, has pronunciado. Pero si tú no eres mentiroso, ya no será verdadera la sentencia, porque mientras tú eres veraz, no se reconoce que todo hombre es mentiroso. Pero es de notar lo que se prefiere: Yo dije en el exceso de mi mente. Por el exceso de la mente, incluso se trascendió a sí mismo, cuando definió sobre la cualidad del hombre. Como si dijera claramente: De la falsedad de todos los hombres he pronunciado una sentencia verdadera, desde donde yo mismo estuve por encima del hombre. Y en tanto él mismo es mentiroso, en cuanto hombre; pero en tanto no es mentiroso en absoluto, en cuanto por el exceso de la mente está por encima del hombre.

37. Estas cosas no obstaculizan la paz interna y la contemplación. Así, todos los que son perfectos, aunque todavía soporten algo de turbulencia debido a la debilidad de la carne, ya disfrutan internamente de un secreto muy tranquilo a través de la contemplación de la mente, de modo que cualquier cosa que suceda externamente, no los perturba en lo más mínimo internamente. Por eso, el bienaventurado Job, mostrando la seguridad de una mente santa, después de haber expuesto de sí mismo tantas virtudes, añadió lo que hemos mencionado antes. [Vet. XVI, Rec. XI.] Si temí ante una multitud inmensa, y el desprecio de los cercanos me aterrorizó; y no callé más, ni salí por la puerta. Como si dijera más claramente: Aunque otros se turbaron contra mí externamente, yo permanecí internamente imperturbable. ¿Qué debemos entender por puerta en este contexto sino la boca? Porque a través de ella, por así decirlo, salimos cuando con palabras revelamos los secretos de nuestro corazón; y tal como permanecemos internamente en la conciencia, así salimos al exterior a través de la lengua.

38. En tiempos de conmoción, los santos guardan silencio. No así los demás. Debemos callar, a menos que hablando podamos beneficiar a otros. Hay, sin embargo, algunos que temen ser

completamente despreciados y, para no ser considerados insignificantes, desean parecer sabios. Estos se ven obligados a salir de su refugio, porque, al ser golpeados por las injurias, revelan hablando cuán grandes son en su interior. Y mientras, vencidos por la impaciencia, revelan ciertas cosas de sí mismos que eran desconocidas, es como si salieran por la puerta de su boca. Por eso, el bienaventurado Job, al decir que no había salido por la puerta de su boca, bien dijo antes: "Callé", porque evidentemente, turbado por la impaciencia, habría salido de la casa de su conciencia si no hubiera sabido callar. Los hombres santos, en la tentación de la conmoción, rehúyen completamente mostrarse a sí mismos, y cuando no pueden beneficiar a los oyentes, prefieren ser despreciados en silencio, para no gloriarse en la ostentación de su sabiduría. Y cuando dicen algo con prudencia, no buscan su propia gloria, sino la vida de los oyentes. Pero cuando ven que no pueden ganar la vida de los oyentes hablando, ocultan su conocimiento en silencio. Corremos, pues, hacia la vida del Señor como hacia una señal propuesta para nosotros. Él mismo, al ver que Herodes no buscaba el progreso, sino que deseaba admirar señales o sabiduría, guardó silencio cuando fue interrogado por él, y porque guardó silencio con constancia, salió de allí siendo ridiculizado. Pues está escrito: "Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho; porque hacía mucho tiempo que deseaba verlo, ya que había oído muchas cosas sobre él, y esperaba ver alguna señal hecha por él" (Lucas 23, 8). Y se añade: "Le interrogó con muchas palabras, pero él no le respondió nada". El Señor, al guardar silencio, mostró cuán despreciado fue, cuando inmediatamente se añade: "Herodes, con su ejército, lo despreció y se burló de él". Este hecho debemos aprenderlo al escucharlo, para que, siempre que nuestros oyentes deseen conocer nuestras cosas como si fueran dignas de alabanza, pero no cambiar sus propios errores, guardemos completo silencio, no sea que, si hablamos la palabra de Dios por afán de ostentación, la culpa de ellos, que ya existía, no cese, y la nuestra, que no existía, se haga presente.

[Vet. XVII.] 39. De dónde se puede saber si los oyentes progresan con la doctrina de los predicadores. Qué significa hablar de Dios y ante Dios.---Quizás alguien diga: ¿Cómo sabemos con qué corazón escucha alguien? Pero hay muchas cosas que revelan el ánimo del oyente, especialmente si nuestros oyentes siempre alaban lo que escuchan, y nunca siguen lo que alaban. Este iluso deseo de gloria al hablar lo evitó el insigne predicador cuando decía: No somos como muchos, adulterando la palabra de Dios; sino que hablamos con sinceridad, como de parte de Dios, ante Dios en Cristo. Adulterar la palabra de Dios es o bien pensar de ella de manera diferente a lo que es, o buscar de ella no frutos espirituales, sino frutos adulterinos de alabanza humana. Hablar con sinceridad es no buscar en el discurso nada más allá de lo necesario. Habla como de parte de Dios quien sabe que no tiene de sí mismo, sino que ha recibido de Dios lo que dice. Habla ante Dios quien en todo lo que dice no busca favores humanos, sino que se dirige a la presencia del Dios omnipotente; no busca su propia gloria, sino la del autor. Pero quien sabe que ha recibido de Dios lo que dice, y sin embargo al decirlo busca su propia gloria, habla como de parte de Dios, pero no ante Dios, porque considera ausente a aquel a quien no pone en su corazón cuando predica. Pero los hombres santos hablan tanto de parte de Dios como ante Dios, porque saben que de Él tienen lo que dicen, y consideran que Él está presente como juez y oyente de sus palabras. Por eso, cuando reconocen que son despreciados por los prójimos y que sus palabras no benefician la vida de los oyentes, ocultan cuán grande es su virtud, para que si el secreto del corazón es revelado inútilmente por un discurso pronunciado, no se desborde hacia una vana gloria.

40. Job no fue impulsado por la soberbia ni la impaciencia a narrar sus virtudes. Así pues, el bienaventurado Job, entre mentes obstinadas, sin desear resplandecer por la revelación de su virtud, dice: Si el desprecio de los cercanos me aterrorizó, y no más bien callé, ni salí por la puerta. Pues aquel que, por su humildad, no temió ser despreciado, no fue vencido por la

impaciencia para que su lengua lo expulsara afuera. Donde bien se menciona antes: Si temí a la multitud excesiva, para que se reconozca de qué constancia fue, ya que evidentemente no le aterra exteriormente el número de hombres, a quien no devasta interiormente la multitud de vicios. En esta vida, quien no desea ninguna prosperidad, sin duda no teme ninguna adversidad.

41. Lo que Job narra de sí mismo, debe entenderse en referencia a Cristo.---Si llevamos estas palabras a un entendimiento místico, encontramos en ellas más rápidamente la obra de nuestro Redentor. Él no temió a la multitud excesiva, pues a sus perseguidores que venían con espadas y palos los derribó con una sola respuesta, diciendo: Yo soy (Juan XVIII, 6). No le aterrorizó el desprecio de los cercanos, quien, liberándonos de los suplicios eternos, recibió con ecuanimidad las bofetadas en el rostro. Él guardó silencio y no salió por la puerta, quien en la misma hora de la pasión, aunque sufría las debilidades de la humanidad, no quiso ejercer el poder de su divinidad. Para el Mediador entre Dios y los hombres habría sido como salir por la puerta, si, siendo retenido como hombre, hubiera querido mostrar el poder de su majestad y atravesar las debilidades de la carne asumida por la magnitud de su divinidad. Pues para que el hombre pudiera morir abiertamente, Dios permaneció oculto: Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). No salió, entonces, por la puerta, quien incluso cuando Pilato lo interrogó, guardó silencio; y entre las manos de los perseguidores ofreció el cuerpo a la pasión que había asumido por los elegidos, y no quiso mostrar a los que resistían lo que era. Por eso también se dice a través del salmista: Me pusieron por abominación a ellos, fui entregado, y no salí (Salmo LXXXVII, 9). Pues al ser despreciado porque parecía hombre, habría salido si hubiera querido mostrar su majestad oculta. Pero porque mostró debilidad, escondió su poder; en cuanto permaneció desconocido para sus perseguidores, no salió hacia ellos. Sin embargo, sale hacia los elegidos, porque revela la dulzura de su divinidad a los que la buscan. Por eso se le dice a través del profeta: Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus ungidos (Habacuc III, 13). Sigue:

CAPÍTULO XVII [Ant. XVIII, Rec. XIII].

718 VERS. 35.---¿Quién me dará un ayudante, para que el Omnipotente escuche mi deseo?

42. Nadie debe confiar en sus propios méritos. Cristo debe ser buscado como Ayudador y Mediador.---El hombre santo, después de haber narrado las sublimes hazañas de sus virtudes, sabiendo que no puede alcanzar lo más alto por sus propios méritos, busca un ayudador. ¿Y a quién contempla sino al unigénito Hijo de Dios, quien al asumir la naturaleza humana en esta mortalidad, la ayudó? Él ciertamente ayudó al hombre haciéndose hombre, para que, dado que al hombre puro no se le abría el camino de regreso a Dios, se convirtiera en el camino de regreso a través del hombre-Dios. Estábamos, en efecto, muy distantes del justo e inmortal, siendo nosotros mortales e injustos. Pero entre el inmortal y justo y nosotros, mortales e injustos, apareció el Mediador de Dios y de los hombres, mortal y justo, quien compartió la muerte con los hombres y la justicia con Dios, para que, dado que por nuestras bajasas estábamos muy distantes de las alturas, en sí mismo uniera las bajasas con las alturas, y así se nos hiciera el camino de regreso a Dios, al unir nuestras bajasas con sus alturas. Por tanto, el bienaventurado Job, hablando en representación de toda la Iglesia, busca al Mediador, quien, después de haber dicho: "¿Quién me dará un ayudador?", añadió apropiadamente: "Para que el Omnipotente escuche mi deseo". Sabía, en efecto, que las oraciones humanas no podrían ser escuchadas para el descanso de la liberación eterna sin su abogado. De quien se dice por el apóstol Juan: "Si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo el justo, y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solo por los nuestros, sino también por los de

todo el mundo" (1 Juan 2, 1-2). De quien el apóstol Pablo dice: "Cristo Jesús, quien murió por nosotros, más aún, quien resucitó, quien está a la derecha de Dios, quien también intercede por nosotros" (Rom. 8, 34). Porque para el Hijo unigénito interceder por el hombre es mostrar ante el Padre coeterno a sí mismo como hombre, y rogar por la naturaleza humana es haber asumido esa misma naturaleza en la altura de su divinidad. Por tanto, el Señor intercede por nosotros, no con voz, sino con misericordia, porque lo que no quiso que fuera condenado en los elegidos, lo liberó asumiéndolo. Se busca, pues, un ayudador para que el deseo sea escuchado, porque si la intercesión del Mediador no intercediera por nosotros, sin duda las voces de nuestras oraciones quedarían en silencio ante el oído de Dios.

43. No palabras, sino los deseos del corazón escucha Dios.---Debe notarse también que no se dice oraciones, sino que el Omnipotente escuche mi deseo. En efecto, la verdadera petición no está en las voces de la boca, sino en los pensamientos del corazón. Las voces más poderosas ante los oídos más secretos de Dios no las hacen nuestras palabras, sino los deseos. Porque si pedimos la vida eterna con la boca, pero no la deseamos con el corazón, clamando llamamos. Pero si la deseamos de corazón, incluso cuando la boca guarda silencio, clamamos en silencio. De ahí que en el desierto el pueblo alborote con voces, y Moisés calle del ruido de las palabras; y sin embargo, en su silencio es escuchado por el oído de la divina piedad, cuando se dice: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV, 15). Así, en el deseo interior hay un clamor secreto, que no llega a los oídos humanos, y sin embargo llena el oído del Creador. De ahí que Ana, yendo al Templo, calló con la boca, y sin embargo emitió tantas voces de su deseo (I Samuel I, 13). De ahí que en el Evangelio el Señor dice: Entra en tu habitación, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (Mateo VI, 6). En efecto, quien pide con la puerta cerrada en la habitación, derrama el afecto de su mente en presencia de la piedad suprema, mientras la boca calla. Y la voz se escucha en lo secreto, cuando se clama silenciosamente a través de santos deseos. Por eso, también se dice acertadamente por el Salmista: El Señor ha escuchado el deseo de los pobres; tu oído ha escuchado la preparación de su corazón (Salmo XIX, 17). Pero el bienaventurado Job revela a quién busca como ayudante en la escucha de su deseo, diciendo con palabras añadidas:

CAPÍTULO XVIII [Ant. XIX].

IBID.---Y que escriba el libro él mismo, quien juzga.

44. Cristo debe ser buscado como ayudador, quien es legislador y juez. Profecía de Ezequiel sobre él.---Porque la ley fue transmitida por un siervo al pueblo que aún temía, pero la gracia del Evangelio fue otorgada por el Señor a los hijos que aman, quien viniendo para nuestra redención estableció un nuevo testamento para nosotros. Sin embargo, al examinarnos sobre el mandato de este mismo testamento, a veces también viene como juez, no es necesario que se aclare mediante exposición que el mismo que juzga es quien escribe el libro. Pues la misma Verdad dice: El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan 5, 22). Será entonces el autor del juicio, quien ahora es el creador del libro, para que entonces exija estrictamente lo que ahora ordena con mansedumbre. Así, de hecho, vemos diariamente que los maestros imponen los elementos de las letras a los niños con suavidad, pero luego los exigen con severidad; y lo que dan con mansedumbre, lo requieren con castigo. Ahora las órdenes del divino discurso suenan suaves, pero serán sentidas como ásperas en su exigencia. La amonestación del que llama es ahora suave, pero entonces la justicia del juez será estricta, porque es cierto que nada, ni siquiera el más mínimo mandato, pasará sin examen. Por lo cual, está claro que el mismo que juzga escribió el libro. Este libro del Nuevo Testamento,

que el mismo Redentor del género humano establecería al final, lo anuncia bien el profeta Ezequiel, diciendo: He aquí que seis hombres venían por el camino de la puerta superior, que mira hacia el norte, y cada uno tenía en su mano un vaso de destrucción. También un hombre en medio de ellos, vestido de lino, y con un tintero de escriba en sus lomos (Ezequiel 9, 2). ¿Qué otra cosa se designa en los seis hombres que vienen sino las seis edades del género humano? Que vienen por el camino de la puerta superior, porque desde la condición del paraíso, como desde la entrada del mundo, se desarrollan desde las generaciones superiores. Esta puerta mira hacia el norte, porque la mente del género humano, abierta a los vicios, si no abandonara el calor de la caridad y buscara la frialdad de la mente, no habría salido a esta amplitud de mortalidad. Y cada uno tenía un vaso de destrucción en su mano, porque cada generación, desarrollada en sus respectivas edades, antes de la venida del Redentor, tenía en su operación aquello de lo que tomaba la pena de la condenación. También un hombre en medio de ellos, vestido de lino, porque nuestro Redentor, dignándose tener padres de la tribu sacerdotal según la carne, se dice que viene vestido de lino. O ciertamente porque el lino nace de la tierra, no como la lana de la carne corruptible, porque tomó el vestido de su cuerpo de una madre virgen, no de la corrupción de la mezcla, ciertamente vino a nosotros vestido de lino. Y con un tintero de escriba en sus lomos. En los lomos está la parte posterior del cuerpo. Y porque el mismo Señor, después de haber muerto por nosotros, resucitado y ascendido al cielo, entonces escribió el Nuevo Testamento por medio de los apóstoles, este hombre tenía un tintero en sus lomos. Pues quien estableció la escritura del Nuevo Testamento después de haber partido, llevó el tintero como desde atrás. Por lo tanto, se considera que este tintero está adherido al hombre vestido de lino, quien dice: Y el mismo que juzga escribirá el libro. Pero, ¿por qué, bienaventurado Job, deseas que el libro sea escrito por aquel que es juez? Sigue:

CAPÍTULO XIX [Ant. XX, Rec. XIV].

VERS. 36.---Para que lo lleve sobre mi hombro, y lo rodee como una corona para mí.

45. La Sagrada Escritura debe llevarse sobre el hombro mediante la acción, para que, como una corona, rodee por la recompensa. Llevar el libro en el hombro significa cumplir la Sagrada Escritura mediante la obra. Y es de notar cuán ordenadamente se describe, primero llevándose en el hombro y luego rodeando como una corona, porque, en efecto, los mandatos del sagrado discurso, si ahora se llevan bien en la obra, después nos presentan la corona de la victoria en la retribución. Pero, ¿por qué el bienaventurado Job pide que el libro sea escrito por el juez, si no podía llegar a los tiempos del Nuevo Testamento? Pero, como ya se ha dicho muchas veces, utiliza las voces de los elegidos y, a partir de su significado, pide lo que preveía que les sería útil en todo. Pues él, por el espíritu, ya tenía este libro consigo desde hace tiempo, el cual había recibido por la gracia de la inspiración y lo conocía viviendo y lo anunciaba previendo.

Pero entre estas cosas, es necesario saber que cuando meditamos en los preceptos de la misma sagrada palabra, y apartamos la mente del amor a la vida corruptible, nos apresuramos hacia el interior como con ciertos pasos del corazón. Sin embargo, nadie, al abandonar lo inferior, se convierte de repente en supremo, porque para obtener el mérito de la perfección, mientras la mente es llevada diariamente hacia lo alto, sin duda se alcanza esto como por ciertos grados de ascensión. Por lo tanto, aquí también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XX.

VERS. 37.---Por cada uno de mis pasos lo pronunciaré.

46. Hay varios grados hacia la perfección. Para avanzar hacia Dios, debemos alejarnos de nosotros mismos. De estos grados de méritos se dice a través del Salmista: "Caminarán de virtud en virtud" (Salmo 83, 8). Contemplando nuevamente a la santa Iglesia, dice: "Dios se reconoce en sus escalones, cuando la recibe" (Salmo 47, 4). Pues no se llega de repente a lo más alto, sino que la mente se conduce a la altura de las virtudes a través de incrementos. Por eso el mismo Profeta dice nuevamente: "Me ejercité, y mi espíritu desfalleció por un momento" (Salmo 76, 4). ¿Qué significa entonces lo que dice: "Mi espíritu", sino el espíritu del hombre, es decir, el espíritu de la soberbia? Y porque progresamos hacia el amor de Dios por una medida moderada desde lo alto, cuanto más crece en nosotros diariamente la virtud del espíritu de Dios, tanto más nuestro espíritu disminuye. Este espíritu de error, porque no se corta completamente de nosotros de inmediato, se dice bien que desfallece por un momento. Verdaderamente progresamos plenamente en Dios cuando hemos desfallecido completamente de nosotros mismos. Estas medidas crecientes de virtudes son llamadas grados por las voces de los hombres santos. Pues cada elegido comienza primero desde la ternura de su rudimento, y luego se fortalece en lo robusto y fuerte. Esto lo demuestra claramente la Verdad en el Evangelio, diciendo: "Así es el reino de Dios, como si un hombre echa semilla en la tierra, y duerme, y se levanta de noche y de día, y la semilla brota y crece, sin que él sepa cómo" (Marcos 4, 26). Anunciando los incrementos de esta semilla, añade: "Porque la tierra por sí misma da fruto, primero hierba, luego espiga, luego grano lleno en la espiga". También añade el fin de este progreso, diciendo: "Y cuando el fruto lo permite, enseguida mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega". He aquí que con la voz de la Verdad se distinguen los incrementos de los méritos por las cualidades de los frutos. Dice: "Primero hierba, luego espiga, luego grano lleno en la espiga". ¿Acaso no era aún hierba Pedro cuando fue influenciado de repente por una sola palabra de la boca de una criada, ya verde por la devoción, pero aún tierno por la debilidad? Fue encontrado como grano lleno en la espiga cuando resistía a los príncipes perseguidores, diciendo: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5, 29). Fue encontrado como grano lleno en la espiga cuando en la trilla de la persecución soportó tantos azotes, y sin embargo no fue disminuido como la paja, sino que permaneció como grano íntegro. Por un momento, por así decirlo, en cada alma, el humor de la gracia interna abunda, para que la hierba crezca en fruto. Por lo tanto, nadie debe desesperar del fruto cuando ve a cualquier prójimo aún como hierba. Pues a partir de las hojas de las hierbas, que caen suavemente de un lado a otro, se solidifican los granos que surgen de los frutos.

[Vet. XXI.] 47. Diversos grados de progreso expresados por Daniel.---El profeta Daniel, mientras el Señor le hablaba, se esforzó en insinuarnos la posición de su cuerpo, y así señaló estos incrementos de méritos. Dice: Escuché la voz de sus palabras, y al oírla yacía postrado sobre mi rostro, y mi cara estaba pegada a la tierra. Y he aquí que una mano me tocó, y me levantó sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos, y me dijo: Daniel, hombre de deseos, entiende las palabras que te hablo, y ponte en tu lugar; pues ahora he sido enviado a ti. Y cuando me dijo esta palabra, me puse de pie temblando, y me dijo: No temas (Dan. X, 9). Esta posición de su cuerpo, mientras escuchaba las palabras del que hablaba interiormente, no nos la expresaría con tanto cuidado si no supiera que está llena de misterios. En la Sagrada Escritura, lo que dicen los hombres justos es profecía, pero también, a menudo, lo que hacen. Así, el hombre santo, lleno de misterios internos, expresa también a través de la posición de su cuerpo la fuerza de la voz, y por el hecho de que primero yacía postrado en la tierra, luego se levantó sobre las palmas de sus manos y sus rodillas, y finalmente se puso de pie, aunque temblando, nos revela en sí mismo todo el orden de nuestro progreso. Escuchamos las palabras de Dios yaciendo en la tierra, cuando, situados en pecados, unidos a

la contaminación terrenal, conocemos los preceptos espirituales por la voz de los santos. A estos preceptos nos levantamos como sobre las rodillas y las palmas de nuestras manos, porque al alejarnos de las contaminaciones terrenales, ya elevamos la mente desde lo más bajo. Así como quien yace postrado está completamente adherido a la tierra, así quien se inclina sobre las rodillas y las palmas de sus manos, en un progreso inicial, ya está en gran parte suspendido de la tierra. Finalmente, nos ponemos de pie, aunque temblando, por la voz del Señor, cuando, elevados completamente de los deseos terrenales, cuanto más conocemos las palabras de Dios, más tememos. Aún yace en la tierra quien descuida elevarse a las cosas celestiales por los deseos terrenales. Sin embargo, quien ya abandona algunas contaminaciones, pero no contradice aún algunas obras terrenales, está como levantado, pero aún apoyado en manos y rodillas. Ya se pone de pie ante las palabras de Dios quien eleva perfectamente su mente a lo sublime y desprecia inclinarse por deseos impuros.

48. Del temor al amor y la caridad se debe llegar. --- Indica bien que se mantuvo temblando, porque cuanto más se avanza hacia el examen de la sutileza interna, más se teme. Donde apropiadamente se añade con voz divina: No temas, porque cuanto más reconocemos lo que debemos temer, más se nos infunde de Dios por la gracia interna lo que debemos amar; de modo que nuestro desprecio pase por un momento al temor, y el temor pase a la caridad, para que, ya que resistimos a Dios que nos busca por desprecio, huyamos por temor, y, dejando a un lado el desprecio y el temor, nos unamos a Él solo por amor. Pues por un momento también aprendemos a temerle, a quien nos adherimos por amor exclusivo. Así, puestos como ciertos escalones de nuestro progreso, primero colocamos el pie de la mente en lo bajo por temor, y luego lo elevamos a las alturas del amor por la caridad, para que de aquello por lo que uno se enorgullece, sea reprimido para temer, y de aquello que ya teme, sea elevado para atreverse. Sin embargo, no es de gran trabajo alcanzar estos grados de virtudes, cuando se pasa de una a otra.

49. Los grados de cada virtud son variados. Incrementos de la fe.---Pero la cuestión requiere una discusión muy sutil, cuando la mente se esfuerza por considerar en qué grados de progreso se eleva en una misma virtud. Pues, para hablar de los primeros elementos de las virtudes, a saber, la fe y la sabiduría, cada uno de ellos no puede obtenerse perfectamente, a menos que ascendamos hacia ellos de maneras distintas y ordenadas, como por ciertos grados. La misma fe, que nos prepara para alcanzar perfectamente otros bienes, a menudo en sus comienzos tanto vacila como es sólida; y ya se tiene con certeza, y sin embargo, aún se tiembla en duda sobre su confianza. Pues una parte de ella se recibe primero, para que después se complete perfectamente en nosotros. Si no progresara en la mente del creyente en un grado cierto, el padre del niño que debía ser sanado, al ser interrogado en el Evangelio, no habría dicho: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad (Marcos IX, 23). Aún ascendía hacia la fe que ya había percibido, quien al mismo tiempo clamaba que ya creía y aún dudaba por incredulidad. De ahí también que nuestros discípulos digan a nuestro Redentor: Auméntanos la fe (Lucas XVII, 5), para que lo que ya había sido recibido al principio, llegara a la perfección como por aumentos de grados.

[Vet. XXII.] 50. La sabiduría, maestra de las buenas obras, se concede por incrementos. Sus diversos grados.---La misma sabiduría, que suele ser maestra de las buenas obras, se concede a la mente anhelante por incrementos, de modo que sin duda se ascienda a ella por grados de gran moderación. Esto lo anuncia bien el profeta Ezequiel en una narración figurada, quien habla de aquel hombre que vio en un monte elevado diciendo: Midió mil codos, y me hizo pasar por el agua hasta los tobillos. Y nuevamente midió mil, y me hizo pasar por el agua hasta las rodillas. Y midió mil, y me hizo pasar por el agua hasta los lomos. Y midió mil, un

torrente que no pude atravesar, porque las aguas profundas del torrente habían crecido, que no se puede vadear (Ezequiel XLVII, 3, 4). ¿Qué se significa con el número mil sino la plenitud del don concedido? Así, el hombre que apareció mide mil codos, y el profeta es conducido por las aguas hasta los tobillos, porque nuestro Redentor, cuando nos volvemos a Él, nos concede la plenitud del buen comienzo, infundiendo en nosotros las primeras huellas de la obra espiritual. Llegar el agua hasta los tobillos es ya mantener, por la sabiduría recibida, las huellas de la rectitud deseada. Quien nuevamente mide mil, y el profeta es conducido por el agua hasta las rodillas, porque cuando se concede la plenitud de la buena obra, nuestra sabiduría se incrementa hasta el punto de no doblarse ya en actos perversos. De ahí que Pablo diga: Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced caminos rectos para vuestros pies (Hebreos XII, 12). El agua llega a las rodillas cuando la sabiduría recibida nos obliga perfectamente a la rectitud de la buena obra. Quien nuevamente mide mil, y el profeta es conducido por el agua hasta los lomos, porque entonces crece en nosotros la plenitud de la obra cuando la sabiduría recibida extingue en nosotros toda, en la medida de lo posible, delectación de la carne. Pues si la delectación de la carne no estuviera en los lomos, el salmista no habría dicho: Prueba mis lomos y mi corazón (Salmo XXV, 2). El agua llega a los lomos cuando la dulzura de la sabiduría también elimina los incentivos de la carne, de modo que los incendios de delectación que podían quemar la mente se enfrían. Quien aún midió mil, un torrente que el profeta no pudo atravesar, de lo cual también dice: Porque las aguas profundas del torrente han crecido, que no se puede vadear. Con la perfección de la obra recibida se llega a la contemplación. En esta contemplación, cuando la mente es elevada, ve en Dios, porque no puede penetrar lo que ve, y casi toca el agua del torrente, que no puede atravesar, porque contempla lo que desea, y sin embargo no puede contemplar perfectamente lo que desea. El profeta, por tanto, a veces llega al agua, que no atraviesa, porque cuando somos llevados al extremo de la contemplación de la sabiduría, su misma inmensidad, que por sí misma eleva al hombre, niega al alma humana el pleno conocimiento de sí misma, de modo que la ame tocándola, y sin embargo no la penetra atravesándola.

51. Tras haber pasado por estas etapas, se llega a la contemplación. Así pues, el bienaventurado Job, al observar que estos incrementos de virtudes son otorgados a los hombres de manera distinta por don celestial, los llamó grados, ya que a través de ellos se asciende para alcanzar las cosas celestiales. Por lo tanto, haciendo memoria de los libros sagrados, es decir, del divino discurso, dice: En cada uno de mis grados lo pronunciaré, porque ciertamente aquel asciende verdaderamente a la enseñanza de Dios, quien ha irrumpido para obtener esto mediante los grados de la santa operación. Y como si pronunciara el libro en cada uno de sus grados, demuestra que ha percibido su conocimiento no solo a través de palabras, sino también mediante obras. Por lo cual se añade:

VERS. 37.---Y como príncipe lo ofreceré.

Porque todo lo que ofrecemos, lo tenemos en las manos. Ofrecer un libro al príncipe que viene al juicio, por lo tanto, es haber mantenido las palabras de sus preceptos en acción. Sigue:

CAPÍTULO XXI [Ant. XXIII, Rec. XV].

VERS. 38-40.---Si contra mí mi tierra clama, y con ella sus surcos lloran; si he comido sus frutos sin pagar, y he afligido el alma de sus labradores; que en lugar de trigo me brote abrojo, y en lugar de cebada, espina.

52. Sobre la injusticia y los errores de los prelados, los menos perfectos claman y no se duelen; pero los perfectos callan y lloran. Los perfectos se duelen más por los daños ajenos cuanto menos por los propios. —¿Qué significa clamar la tierra, llorar los surcos y comer los propios frutos comprándolos? ¿A quién le es necesario comprar lo suyo? ¿Quién ha oído a la tierra clamar? ¿Quién ha visto a los surcos llorar? Y dado que los surcos de la tierra siempre son de la tierra, ¿qué es lo que, con pronunciación distinta, se niega que la tierra haya clamado y que sus surcos hayan llorado con ella? Pues, ya que el surco de la tierra no es otra cosa que tierra, no carece de gran distinción cuando se añade: Y con ella lloran sus surcos. En este asunto, como el orden de la historia falla, el entendimiento místico se nos muestra como con las puertas ya abiertas. Como si claramente clamase: Puesto que reconocéis que la razón de la letra ha fallado, ciertamente queda que volváis a mí sin duda. Pues todo aquel que gobierna una familia doméstica por derecho privado, o preside a los fieles por el bien común, en lo que posee los derechos de gobierno sobre los fieles encomendados, ¿qué otra cosa hace sino tener la tierra para ser cultivada? Porque cada uno es puesto por la divina disposición sobre los demás, para que el alma de los súbditos, como tierra labrada, sea fecundada con la semilla de su predicación. Pero la tierra clama contra el poseedor si la casa privada o la santa Iglesia murmuran algo justo contra quien les preside. Clamar la tierra es que los súbditos se duelan razonablemente contra la injusticia del gobernante. Donde correctamente se añade: Y con ella lloran sus surcos. Pues la tierra, aun sin ser cultivada, a menudo produce algún alimento para el uso del hombre, pero arada produce frutos en abundancia. Y hay algunos que, sin ser labrados por el arado de la lectura o la exhortación, producen algunos bienes, aunque mínimos, de sí mismos, como tierra aún no arada. Pero hay otros que, siempre atentos a escuchar y retener las santas predicaciones y meditaciones, desgarrados de la dureza anterior de la mente, como por un arado de lengua, reciben las semillas de la exhortación y devuelven los frutos de buenas obras a través de los surcos de la aflicción voluntaria. A menudo sucede que aquellos que presiden cometen alguna injusticia, y ocurre que dañan a los súbditos que deberían beneficiar. Cuando los inexpertos ven esto, se conmueven y murmuran contra el rector, pero no se duelen mucho por compasión hacia los próximos. Pero cuando aquellos que ya han sido labrados por el arado de la lectura y cultivados para el fruto de buenas obras ven que los inocentes son oprimidos incluso en lo mínimo, se convierten inmediatamente en lamentos por compasión, porque lloran como propios los sufrimientos injustos de los próximos. Pues los perfectos, al estar siempre movidos por lo espiritual, saben gemir por los daños corporales ajenos tanto como han aprendido a no dolerse por los propios. Por tanto, todo aquel que preside, si ejerce perversidades en los súbditos, contra él clama la tierra y lloran los surcos, porque contra su injusticia los pueblos inexpertos estallan en voces de murmuración, pero los perfectos se afligen en llanto por su mala obra, y lo que los inexpertos claman y no duelen, los súbditos de vida más probada lo lloran y callan. Por tanto, cuando la tierra clama, los surcos lloran, porque por aquello de lo que la multitud de fieles justamente se queja contra el rector, los hombres de vida más abundante llegan al lamento. Así, los surcos son de la tierra, y sin embargo se distinguen del vocablo de la tierra, porque aquellos que en la santa Iglesia cultivan su mente con el trabajo de la santa meditación, son tanto mejores que los demás fieles cuanto más fecundos devuelven los frutos de las obras por las semillas recibidas. Y hay algunos que, siendo prelados de los santos pueblos, obtienen los estipendios de la vida de la largueza eclesiástica, pero no cumplen con los ministerios debidos de exhortación. Contra los cuales, el ejemplo del santo varón se añade correctamente, cuando de él se infiere inmediatamente:

CAPÍTULO XXII [Rec. XVI].

VERS. 39.---Si su fruto se come sin dinero.

53. Cuánto pecan los prelados que devoran los bienes eclesiásticos en silencio. Cuánta solicitud deben tener hacia sus súbditos aquellos que están al frente. Pues comer los frutos de la tierra sin pagar es recibir los recursos de la Iglesia, pero no ofrecer a la misma Iglesia el precio de la predicación. Sobre esta predicación se dice con la voz del autor: "Debías haber puesto mi dinero en el banco, y al venir yo habría recibido lo mío con intereses" (Mateo 25, 27). Por lo tanto, come los frutos de la tierra sin pagar quien percibe los beneficios eclesiásticos para el uso del cuerpo, pero no ofrece al pueblo el ministerio de la exhortación. ¿Qué decimos a esto nosotros, los pastores, que anticipamos la llegada del juez estricto, asumimos el oficio de pregonero, pero devoramos en silencio los alimentos eclesiásticos? Exigimos lo que se debe a nuestro cuerpo, pero no damos lo que debemos al corazón de nuestros súbditos. He aquí un hombre santo, atado por tantas obligaciones en este mundo, que fue libre para el estudio de la predicación entre innumerables ocupaciones. Él nunca comió los frutos de la tierra sin pagar, porque ciertamente devolvió a sus súbditos la palabra de buena admonición, de quienes recibió los frutos del servicio corporal. Esto es lo que debe a Dios todopoderoso todo aquel que está al frente del pueblo, esto quien está al frente de muchos, esto quien está al frente de pocos, para que así exija los servicios debidos de sus súbditos, de modo que él mismo también esté siempre atento a lo que debe de admonición. Pues todos los que estamos unidos en el ministerio vicario bajo la dispensación del Creador, bajo un solo y verdadero Señor, ¿qué somos sino siervos unos de otros? Por tanto, cuando el que está debajo sirve en la obediencia, es indudable que el que está al frente debe servir con la palabra. Cuando el que está debajo obedece las órdenes, es necesario que el que está al frente imparta cuidado y piedad. Así, al esforzarnos ahora por servirnos mutuamente con amor, cuando sea, con el verdadero Señor, reinaremos con común exultación. Pero hay algunos que, al exhibir el oficio de la predicación, envidian a otros el bien que poseen, y por eso ya no lo poseen verdaderamente. A estos se les dice correctamente por medio de Santiago: "Pero si tenéis celos amargos y contiendas en vuestros corazones, no es esta la sabiduría que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica" (Santiago 3, 14). Por lo tanto, aquí también, cuando se ha dicho: "Si comí sus frutos sin pagar", correctamente se añade:

CAPÍTULO XXIII.

IBID.---Y afligí el alma de sus labradores.

54. El rector de las iglesias no debe envidiar a aquellos que cooperan con él en la predicación. En efecto, los agricultores de esta tierra son aquellos que, aunque ocupen un lugar menor, cooperan con el celo que poseen y con el esfuerzo que pueden, para la instrucción de la santa Iglesia en la gracia de la predicación. A estos agricultores de esta tierra no se les debe afligir, ni se debe envidiar sus labores, para que el rector de la Iglesia, al reclamar para sí solo el derecho de predicar, no contradiga, mordido por la envidia, a otros que predicar correctamente. La mente piadosa de los pastores, que no busca su propia gloria, sino la del Creador, desea ser ayudada por todos en lo que hace. Un predicador fiel desea, si es posible, que la verdad que él solo no puede expresar sea proclamada por la boca de todos. Por eso, cuando Josué quiso oponerse a los dos que permanecían en el campamento y profetizaban, se le dijo correctamente a través de Moisés: ¿Por qué sientes celos por mí? ¿Quién diera que todo el pueblo profetizara, y que el Señor les diera su espíritu? (Núm. XI, 29). Quiso que todos profetizaran, quien no envidiaba el bien que poseía: Por lo tanto, como el bienaventurado Job introdujo todas estas cosas en suspenso, y si no las hubiera hecho, se sometería a la sentencia de maldición, sigue:

CAPÍTULO XXIV [Rec. XVII].

VERS. 40.---Que en lugar de trigo me brote abrojo, y en lugar de cebada, espina.

55. A los prelados que usan mal su autoridad les surge, en lugar de trigo, el abrojo, y en lugar de cebada, la espina. Como si dijera abiertamente: Si he actuado injustamente hacia mis súbditos, si he exigido lo que se me debía y yo mismo no he dado lo que debía, si he envidiado a otros la práctica de buenas obras, que en el juicio se me retribuyan males que hieren en lugar de los bienes que eternamente restauran. En lugar de trigo surge el abrojo, y en lugar de cebada, la espina, cuando en la retribución final, donde se busca la recompensa del trabajo, se encuentra el dolor del sufrimiento. Y es de notar que así como el trigo se diferencia de la cebada, aunque ambos restauran, así el abrojo se diferencia de la espina, aunque ambos hieren, porque el abrojo es más suave y la espina siempre es más dura para herir. Dice, por tanto: Que en lugar de trigo me surja el abrojo, y en lugar de cebada, la espina. Como si dijera claramente: Sé que he hecho tanto grandes como pequeñas buenas obras, pero si no es así, que por los grandes bienes me respondan males pequeños, y por los pequeños bienes, males mayores. Aunque esto también puede entenderse de otra manera. En el trigo se figura la obra espiritual, que restaura la mente, y en la cebada, la administración de las cosas terrenales. En la cual, a menudo, mientras nos vemos obligados a servir a los débiles y carnales, preparamos como si fueran sus alimentos para los animales, y el uso de nuestras obras tiene algo de mezcla de paja, como la cebada. Y a menudo sucede que el rector que está al frente, mientras ejerce injusticias contra los súbditos, mientras no reconforta a los buenos con halagos, mientras, lo que es más grave, aflige a los que obran bien por envidia, también hace algunas buenas obras, como si sembrara trigo, y a veces se mezcla en la administración de las cosas terrenales no por avaricia, sino por la utilidad de los carnales, y así espera el fruto de ese trabajo como si fuera la cosecha de cebada. Pero los súbditos, por el hecho de que se ven gravados en lo máximo, no pueden alegrarse en sus pequeños bienes, porque ni esta obra agrada a Dios, ya que la injusticia de otra obra la contamina, ni se cree que la misma administración de las cosas terrenales se asuma por la utilidad de los súbditos, cuando el que está al frente parece anhelar por avaricia. Por lo cual sucede que incluso a esos pocos bienes, que consideran hechos entre muchos males, no devuelven alabanzas, sino gemidos; y murmuran debilitados, al considerar que lo que ven no es obra pura. Dice, por tanto: Si mi tierra clama contra mí, y con ella sus surcos lloran; si comí sus frutos sin pagar, y afligí el alma de sus labradores; que en lugar de trigo me surja el abrojo, y en lugar de cebada, la espina. Como si dijera abiertamente: Si no hice diligentemente las grandes cosas que debía, recibiré las punzadas del murmullo de los súbditos, incluso por el bien que hice. Si descuidé ofrecer lo que conforta, que justamente la lengua de ellos, lanzándose a la queja, me hiera.

56. Los prelados deben evitar dar malos ejemplos, y los súbditos deben cuidarse de emitir juicios temerarios. En este asunto, siempre debe considerarse con atención para que ni aquellos que están al mando den ejemplos de malas acciones a sus subordinados, extinguiendo su vida con la espada de su propia depravación; ni aquellos que están sujetos a la autoridad ajena se atrevan a juzgar fácilmente las acciones de sus superiores, y al murmurar contra quienes les han sido puestos por encima, no contradigan el orden divino que dispone todas las cosas, en lugar del orden humano. A estos se les dice: Mis ovejas se alimentaban de lo que vuestros pies habían pisoteado, y bebían lo que vuestros pies habían enturbiado (Ezequiel 34, 19). Las ovejas beben lo que ha sido enturbiado por los pies cuando los súbditos buscan como ejemplo de vida aquello que los prelados han pervertido con malas acciones. Por otro lado, los prelados escuchan: ¿Qué somos nosotros? No es contra nosotros

vuestro murmullo, sino contra el Señor (Éxodo 16, 8). Porque quien murmura contra la autoridad que le ha sido impuesta, claramente reprende a aquel que otorgó esa autoridad al hombre. Finalmente, hemos expuesto, con la ayuda de Dios, las sentencias llenas de mística virtud de Job, en las que respondió a las palabras de sus amigos; ahora queda que nos dirijamos a las palabras de Eliú, las cuales deben ser consideradas con mayor circunspección, ya que son pronunciadas con un espíritu más ferviente debido a la audacia de la juventud.

Parte quinta, CONTENIENDO SEIS LIBROS.

LIBRO VIGÉSIMO TERCERO. Se exponen los capítulos XXXII y XXXIII hasta el versículo 22, donde, al guardar silencio Job, el joven Eliú expone muchas cosas correctas y sanas, pero no con una intención recta y sana.

CAPÍTULO PRIMERO.

729 ¿Con qué propósito divino y de qué maneras fue probado Job? — Repito necesariamente la introducción de esta obra tantas veces como divido mi discurso en las pausas de los volúmenes, para que, al comenzar la lectura, se renueve primero en la memoria la causa de la lectura misma, y tanto más robustamente se eleve el edificio de la doctrina, cuanto más cuidadosamente se coloque en la mente el fundamento considerando el origen de la causa. El bienaventurado Job, conocido solo por Dios y por sí mismo, fue llevado a nuestro conocimiento en su tranquilidad al ser tocado por el azote, para que el aroma de sus virtudes se esparciera tanto más ampliamente, cuanto mejor fragara como los perfumes al ser quemados. Sabía gobernar piadosamente a los súbditos en los buenos tiempos y protegerse estrictamente de los malos. Sabía usar bien los bienes que poseía, pero no sabíamos si permanecería paciente al ser despojado de ellos. Sabía ofrecer sacrificios diarios a Dios por sus hijos sanos, pero era incierto si ofrecería un sacrificio de acción de gracias incluso al quedar despojado. Por lo tanto, para que ninguna falta quedara oculta por la salud, era digno que el dolor lo revelara. Así, se dio al enemigo astuto la licencia de tentar al santo varón. Quien, al desear destruir sus bienes conocidos por muchos, también mostró la bondad de la paciencia que estaba oculta; y a quien creyó angustiar persiguiéndolo, lo aumentó con azotes y lo ensanchó como ejemplo. No ejerció sin gran arte la licencia que recibió. Pues quemó los rebaños, extinguió las familias, sepultó a los herederos, golpeó la salud del cuerpo, y para lanzar el dardo de una tentación más grave, preservó la lengua de la esposa (Job I, II, IX, etc.), para que tal vez el fuerte y sólido pecho del santo varón fuera abatido por el dolor de las pérdidas materiales y perforado por la maldición de las palabras de su esposa. Pero cuantas heridas infligió el enemigo, tantas victorias sin saberlo proporcionó al santo varón. Pues el fiel siervo de Dios, atrapado al mismo tiempo entre heridas y palabras, soportó con ecuanimidad la carne doliente y reprendió prudentemente a la esposa insensata. Así, el antiguo enemigo, al dolerse de ser vencido en lo doméstico, buscó de inmediato lo exterior. Movié a sus amigos de diversos lugares, como si fuera para ejercer la caridad, y abrió sus bocas bajo la apariencia de consolación; pero a través de estas lanzó dardos de reproche, que tanto más duramente herían el corazón del oyente seguro, cuanto que, entre las sombras de una caridad mostrada pero no mantenida, herían de improviso. Después de estos, también Eliú, el joven, fue incitado a las injurias, para que al menos la ligereza de la juventud perturbara la tranquilidad de tanta mansedumbre. Pero contra tantas maquinaciones del antiguo enemigo se mantuvo la invicta constancia, se mantuvo la ecuanimidad inquebrantable. Pues al mismo tiempo opuso la prudencia a las palabras adversas, y la vida a las cosas. Por lo tanto, nadie debe considerar que el santo varón, aunque después de los azotes está escrito abiertamente sobre él: En todo esto no pecó Job con sus labios (Ibid., II,

10), haya faltado al menos posteriormente en la contienda con sus amigos. Satanás ciertamente buscó su tentación; pero Dios, que lo había alabado, aceptó en sí mismo su intención de lucha. Quienquiera que se queje de que el bienaventurado Job pecó en sus palabras, ¿qué otra cosa hace sino confesar que Dios, quien lo propuso, ha fallado?

2. Los Padres Antiguos son semejantes a los árboles frutales. Su fruto fue señalar a Cristo y a la Iglesia.---Así como los Padres Antiguos son semejantes a los árboles frutales, no solo son hermosos por su apariencia, sino también útiles por su abundancia, así debe considerarse su vida, de modo que al admirar la verdor en la historia, encontremos cuánta es la abundancia en la alegoría; para que, cuando lo que huele en las hojas es agradable, reconozcamos también cuán dulce es lo que se saborea en los frutos. Nadie, en efecto, ha tenido la gracia de la adopción celestial, sino aquel que la ha recibido por el conocimiento del Unigénito. Por lo tanto, es digno que Él resplandezca en la vida y en la lengua de aquellos a quienes ilumina para que merezcan resplandecer. Pues cuando en las tinieblas se enciende la luz de una lámpara, primero se ve la misma lámpara, que hace que se vean las demás cosas. Por lo tanto, es necesario que si realmente deseamos ver lo iluminado, nos esforcemos por abrir los ojos de la mente a la luz que ilumina. Esto también en los mismos discursos del bienaventurado Job, incluso eliminando las sombras de las alegorías, como si se disiparan las densas tinieblas de la noche, brilla como un relámpago que pasa, cuando se dice: Sé que mi Redentor vive, y en mi carne veré a Dios (Job XIX, 25). Esto, sin duda, en la noche de la historia, Pablo encontró la luz, cuando decía: Todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual. Bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo (I Cor. X, 2). Si, por lo tanto, la roca contenía la figura del Redentor, ¿por qué no insinuaría el bienaventurado Job su figura, quien lo señaló no solo con su voz, sino también con su sufrimiento? Por lo tanto, no sin razón se dice que Job, evidentemente doliente, expresa la imagen de aquel de quien por Isaías se anunció mucho antes que él llevó nuestros dolores (Isaías LIII, 4). También se debe saber que nuestro Redentor se mostró como una sola persona con la santa Iglesia, que asumió. De Él se dice: Quien es la cabeza, Cristo (Efesios IV, 15). Y nuevamente de su Iglesia está escrito: Y el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (Colosenses I, 24). El bienaventurado Job, que sostuvo el tipo del Mediador tanto más verdaderamente cuanto que profetizó su pasión, no solo hablando sino también sufriendo, cuando en sus palabras y hechos se apoya en la expresión del Redentor, de repente se deriva a la significación del cuerpo, para que lo que creemos que Cristo y la Iglesia son una sola persona, también lo veamos significarse en los actos de una sola persona.

3. La esposa de Job representa a los carnales de la Iglesia; los amigos, a los herejes.---Su esposa, que lo incita a maldecir, ¿qué otra cosa simboliza sino la depravación de los carnales? Aquellos que, dentro de la santa Iglesia, con costumbres incorrectas, oprimen más duramente la vida de los fieles cuanto más cerca están, porque al no poder ser evitados por los fieles como si fueran fieles, son tolerados tanto más gravemente cuanto más internamente. [Vet. II.] Sus amigos, que mientras parecen aconsejarlo lo atacan, representan la figura de los herejes, quienes bajo la apariencia de aconsejar actúan con el propósito de seducir. Por eso, cuando hablan a Job en nombre del Señor, son reprobados por el Señor, ya que evidentemente todos los herejes, al intentar defender a Dios, lo ofenden. Por eso, adecuadamente se les dice por el mismo hombre santo: "Quiero disputar con Dios, mostrándoos primero como fabricantes de mentiras y cultivadores de dogmas perversos" (Job XIII, 3, 4). Es evidente, por tanto, que ellos llevan el tipo de los herejes, a quienes el santo varón reprende por servir al culto de dogmas perversos. Dado que Job se interpreta como "doliente", con cuyo dolor se expresa tanto la pasión del Mediador como el trabajo de la santa Iglesia, que es atormentada por la

múltiple fatiga de la vida presente, sus amigos también indican por el nombre el mérito de su acción. Pues Elifaz en latín se dice "desprecio de Dios". ¿Y qué otra cosa hacen los herejes, sino que al tener falsos sentimientos sobre Dios, lo desprecian con soberbia? Baldad se interpreta como "sólo vejez". Y bien, todos los herejes en lo que hablan del Señor, al no buscarlo con intención recta, sino con el deseo de la gloria temporal, son llamados sólo vejez. Para hablar, no son incitados por el celo del hombre nuevo, sino por la depravación de la vida vieja. Sofar también en latín se dice "disipación de la vigilancia" o "disipando la especulación". Las mentes de los fieles se elevan para contemplar lo supremo; pero cuando los herejes, al pervertir las palabras, buscan contemplar lo recto, intentan disipar la vigilancia. En los tres nombres de los amigos de Job se expresan tres caídas de perdición en los herejes. Pues si no despreciaran a Dios, de ninguna manera tendrían sentimientos perversos sobre Él; y si no contrajeran la vejez, no errarían en la inteligencia de la nueva vida; y si no destruyeran la especulación de los bienes, de ninguna manera serían reprobados por los juicios supremos con tan estricto examen por la culpa de sus palabras. Despreciando, pues, a Dios, se retienen en la vejez; pero al retenerse en la vejez, con sus palabras perversas dañan la especulación de los rectos.

4. Eliú, figura de doctores fieles pero soberbios.---Después de estos, también se añade Eliú, el joven, en la reprensión del bienaventurado Job, de cuya persona se designa la apariencia de ciertos doctores fieles pero arrogantes. No entendemos fácilmente sus palabras, a menos que las consideremos a la luz de la corrección subsiguiente del Señor. Pues el Señor dice de él: "¿Quién es este que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento?" (Job 38, 2). Cuando dice "consejo", pero no añade inmediatamente de qué tipo, sin duda quiere que se entienda como bueno. Pues cuando se mencionan consejos, a menos que se diga que son malos, no pueden ser percibidos como tales. Siempre entendemos como buenos los consejos que se presentan sin la adición de reprobación, como está escrito: "El perezoso se cree más sabio que siete que sepan aconsejar" (Prov. 26, 16). Lo que se dice, que sus consejos están oscurecidos por palabras sin conocimiento, se muestra especialmente porque son pronunciados con la necedad de la arrogancia. En él hay una gran ignorancia al no saber decir humildemente lo que dice, y mezclar palabras de arrogancia con los sentidos de la verdad.

[Vet. III.] 5. A veces se dicen mal las cosas buenas y bien las malas.---Todo lo que se dice puede distinguirse por una cualidad cuádruple: si se dicen mal las cosas malas, bien las buenas, bien las malas, o mal las buenas. Se dice mal lo malo cuando se aconseja algo perverso, como está escrito: Bendice a Dios y muere (Job II, 9). Se dice bien lo bueno cuando se proclaman correctamente las cosas rectas, como dice Juan: Haced penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mat. III, 2). Se dice bien lo malo cuando, por la boca del que habla, se expresa un vicio para reprobarlo, como dice Pablo: Las mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza (Rom. I, 26). En ese lugar también añadió los execrables crímenes de los hombres; pero narró honestamente lo deshonesto, para que muchos fueran llevados a la forma de la honestidad narrando lo deshonesto. Sin embargo, se dice mal lo bueno cuando algo recto no se presenta con recta intención, como se dice que los fariseos dijeron al ciego iluminado: Tú sé su discípulo (Juan IX, 28). Lo dijeron, sin duda, con intención de maldecir, no con deseo de oración. O como dijo Caifás: Conviene que un hombre muera por el pueblo, para que no perezca toda la nación (Juan XI, 50). Ciertamente dijo algo bueno, pero no lo dijo bien, porque mientras deseaba la crueldad de la muerte, profetizaba la gracia de la redención. De este modo, también se reprende a Eliú por no decir bien las cosas buenas, porque en lo que dice verdaderamente se infla con arrogancia. Él señala en esto la apariencia de los arrogantes, al elevarse en palabras de soberbia por el sentido de rectitud.

733 6. En la reconciliación de los amigos de Job, se reconoce la conversión de los herejes. Sus sacrificios no agradan a Dios, sino los que son ofrecidos por la Iglesia.---Pero, ¿qué significa que la voz divina ordene reconciliar a los tres amigos mediante siete sacrificios, mientras que a Eliú lo deja con solo una reprensión, sino que a veces los herejes, colmados por la gracia divina, regresan a la unidad de la santa Iglesia? Esto se representa bien en la reconciliación de los amigos, por quienes, sin embargo, se ordena al bienaventurado Job que interceda, porque ciertamente los sacrificios de los herejes no pueden ser aceptos a Dios, a menos que sean ofrecidos por las manos de la Iglesia universal, para que encuentren el remedio de la salvación por sus méritos, a quienes herían atacando con las flechas de sus palabras. Por eso se mencionan siete sacrificios ofrecidos por ellos, porque al confesar que reciben el Espíritu de la gracia septiforme, son expiados como por siete oblaciones. De aquí que en el Apocalipsis de Juan, por el número septenario de las Iglesias, se designa a la Iglesia universal (Apoc. I, 11). De aquí que por Salomón se dice de la sabiduría: La sabiduría se edificó una casa, labró sus siete columnas (Prov. IX, 1). Así, por el mismo número de sacrificios, los herejes reconciliados expresan lo que antes fueron, quienes solo se unen a la perfección de la gracia septiforme al regresar. Bien se describe que ofrecieron toros y carneros por ellos. En el toro, ciertamente, se designa el cuello de la soberbia, y en el carnero, el liderazgo de los rebaños que siguen. ¿Qué significa, entonces, sacrificar toros y carneros por ellos, sino matar su liderazgo soberbio, para que piensen humildemente de sí mismos y ya no seduzcan los corazones de los inocentes que los siguen? Pues, con el cuello hinchado, se habían apartado de la universalidad de la Iglesia, y arrastraban tras de sí a los pueblos débiles como rebaños que los seguían. Que vengan, pues, al bienaventurado Job, es decir, que regresen a la Iglesia, y ofrezcan en sacrificio septenario los toros y carneros que deben ser sacrificados, para que, al unirse a la Iglesia universal, con la intervención de la humildad, maten todo lo que antes saboreaban de su liderazgo soberbio.

[Vet. IV.] 7. No se reconcilian aquellos que, predicando correctamente, sirven a la vana gloria, sino que muy a menudo son reprobados. Eliú, por quien los amantes de la vana gloria están señalados, está constituido dentro de la santa Iglesia, y aquellos que desprecian expresar humildemente lo que sienten correctamente, no se les manda reconciliarse por sacrificio alguno, porque, aunque son arrogantes, son fieles, y por el hecho de que ya están dentro, no pueden ser llamados de nuevo por siete sacrificios. Sin embargo, la sentencia divina los reprende bajo la figura de Eliú, y en ellos no reprueba las sentencias de la verdad, sino la mente y las palabras de la arrogancia. Esta reprensión, ¿qué otra cosa señala, sino que la increpación de la severidad suprema los corrige o los deja a su propio juicio a través del castigo? Tales personas, dentro de la santa Iglesia, predicán correctamente, pero, bajo el juicio de Dios, merecen escuchar adversidades, porque a través de los bienes que no son propios, no buscan la gloria de su autor, sino su propia alabanza. Por lo tanto, también debe considerarse cuidadosamente lo que se dice con la voz divina sobre Eliú: ¿Quién es este? (Job XXXVIII, 2). Tal pregunta es la primera reprensión. Pues no decimos ¿Quién es este?, sino de aquel a quien ciertamente no conocemos. No conocer, para Dios, es reprobar; por lo cual, a algunos a quienes reprueba, al final les dirá: No sé de dónde sois, apartaos de mí todos los obradores de iniquidad (Luc. XIII, 27). ¿Qué significa entonces preguntar sobre este arrogante: ¿Quién es este?, sino decir abiertamente: Yo no conozco a los arrogantes, es decir, no apruebo su vida en la virtud de mi sabiduría, porque mientras se inflan con alabanzas humanas, se vacían de la verdadera gloria de la retribución eterna. Aunque no rechaza sus sentencias, reprende a quien las pronunció, insinuando abiertamente: Conozco lo que dice, pero ignoro quién lo dice, porque apruebo lo que se dice verazmente, pero no reconozco a quien se enaltece por los bienes que profiere.

8. Imagen excelente del mejor predicador. Los bienes apenas se conocen sin peligro. Quien es sabio, debe esforzarse por serlo, no por parecerlo.---Para mostrar más claramente la jactancia de la arrogancia, primero debemos presentar la forma del buen predicador, para que desde el estado de esta rectitud se muestre claramente cuán torcida es la desviación de la curvatura incorrecta. Cualquier predicador espiritual de la santa Iglesia universal se examina con cuidadosa diligencia en todo lo que dice, para no elevarse por el vicio de la arrogancia en lo que predica correctamente; para que su vida no esté en desacuerdo con su lengua; para que no pierda la paz que anuncia en la Iglesia, mientras habla bien y vive mal. Pero se esfuerza al máximo por defender con palabras lo que vive contra los rumores maliciosos de los adversarios, y por adornar con su vida lo que dice. Y en todo esto no busca su propia gloria, sino la del autor; y estima que toda la gracia de la sabiduría que recibió para hablar no la obtuvo por sus propios méritos, sino por las intercesiones de aquellos por quienes habla. Así, mientras se humilla, se eleva, porque ciertamente beneficia más a su propia recompensa, al atribuir los bienes que puede ejercer a los méritos ajenos. Se juzga indigno de todos, incluso cuando vive más dignamente que todos. Pues sabe que los bienes que se hacen conocidos a los hombres apenas pueden estar sin peligro. Y aunque se siente sabio, sin embargo, desearía ser sabio, no parecerlo, y teme en todo lo que se revela al hablar; y si le fuera posible, preferiría callar, mientras ve que el silencio es más seguro para muchos, y considera más felices a aquellos a quienes un lugar inferior dentro de la santa Iglesia oculta por el silencio; y sin embargo, para defender la santa Iglesia, porque es impulsado a hablar por la fuerza de la caridad, acepta el oficio de hablar por necesidad, pero busca con gran deseo el ocio del silencio. Guarda esto por voto, ejerce aquello por ministerio. Sin embargo, los arrogantes ignoran esta fórmula de hablar. Pues no hablan porque surjan causas, sino que desean que surjan causas para hablar. Ahora, Eliú representa esta especie, quien en su discurso se exalta con el inmenso vicio de la arrogancia. Por lo tanto, terminados los discursos del bienaventurado Job, se añade:

CAP. XXXII, VERS. 7.---Pero estos tres hombres dejaron de responder a Job, porque él se consideraba justo a sí mismo.

[Vet. V, Rec. II.] Lo que se dice de él: Porque se consideraba justo, el autor sagrado de esta historia lo atribuyó al juicio de sus amigos, pero no reprobó al bienaventurado Job por el tumor de la arrogancia. Sigue:

CAPÍTULO II.

VERS. 2.---Y se enojó e indignó Eliú, hijo de Baraquel Buzita, de la familia de Ram.

9. A través de Eliú, su padre y su parentela, se representan los soberbios que se aferran a la verdadera fe.---Bien estos mismos nombres, ya sea de él, de su padre, del lugar o de la parentela, expresan la marca de su propia acción. Eliú, interpretado, significa "Dios mío este" o "Dios Señor". Por él, como dijimos anteriormente (Num. 7), se designa la fe recta de los arrogantes situados dentro de la Iglesia. Por eso, este mismo nombre le conviene. Pues aunque no vivan según los preceptos del Señor, reconocen que Dios es el Señor; porque en la verdad de la carne también entienden la forma de la Deidad, como se dice por el Profeta: "Reconoced que el Señor es Dios" (Salmo 99, 3). Barachel, por su parte, se interpreta como "bendición de Dios", y Buzita como "despreciable". Lo cual concuerda bien con los que predicar arrogantemente, porque en la elocuencia de la predicación perciben la bendición de la gracia divina, pero en sus costumbres altivas muestran que es despreciable. Pues los

mismos bienes que han recibido los hacen despreciables, ya que no saben usarlos bien. También se dice acertadamente de la parentela de Ram. Ram se interpreta como "elevado". Elevado es el pueblo fiel, que desprecia las cosas bajas y abyectas de esta vida. Elevados son los que saben decir con Pablo: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses 3, 20). Así, Eliú se dice de la parentela de Ram, porque cada predicador arrogante situado dentro de la Iglesia universal se asocia con los pueblos santos en la verdad de la fe, aunque se separe de su vida por la perversidad de la arrogancia. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 2, 3.---Se enojó, sin embargo, contra Job, porque se decía justo ante Dios. Además, se indignó contra sus amigos, porque no habían encontrado una respuesta razonable, sino que solamente habían condenado a Job.

10. Al mismo tiempo oprimen a los herejes predicando correctamente, y a la Iglesia con su soberbia.---Es necesario observar con astucia que se reprocha al bienaventurado Job por haberse declarado justo ante Dios; y a sus amigos se les reprende porque, al condenarlo, no le dieron una respuesta razonable. Con estos indicios se deduce claramente que a través de él se representa la apariencia de los amantes de la vana gloria. Job es reprendido por su justicia presuntuosa, y sus amigos por su respuesta insensata. Todos los seguidores de la vana gloria, mientras se anteponen a todos, reprenden a unos por sus pensamientos necios y a otros por sus méritos indignos; es decir, consideran que unos no saben nada y que otros no viven bien. Y aunque justamente reprenden a todos los que están fuera de la Iglesia por tener pensamientos erróneos, también desprecian a aquellos que están dentro por su desprecio hacia la vida, y se enorgullecen contra ellos por la magnitud de su recto pensar, y contra estos como si fuera por el mérito de vivir bien. [Vet. VI.] Sin embargo, Eliú se dice que increpa tanto al bienaventurado Job como a sus amigos, porque los amantes de la vana gloria, a veces situados dentro de la santa Iglesia, oprimen a los adversarios cuando predicán la verdad, y contradicen las costumbres de la misma santa Iglesia cuando se glorían de esa predicación. Oprimen a los adversarios con la virtud de lo dicho, oprimen a la santa Iglesia con la calidad de lo dicho. A aquellos los atacan con la predicación de la verdad, a esta con el vicio de la soberbia. Sigue:

VERS. 4, 5.---Por lo tanto, Eliú esperó a que Job hablara, ya que eran mayores los que estaban hablando. Pero cuando vio que los tres no podían responder, se enojó mucho.

11. No fue sino después de las contiendas con los herejes que surgieron los sentidos agudos y la investigación más compleja de las palabras. Aunque la santa Iglesia es sin duda anterior a sus adversarios, porque ellos salieron de ella, y no ella de ellos, como se dice de ellos por Juan: "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros" (I Juan II, 19); sin embargo, con razón se describe a Eliú como más joven que estos mismos adversarios, porque ciertamente después de que surgieron las guerras de los herejes, comenzaron a aparecer dentro de la santa Iglesia arrogantes inflados por el orgullo del conocimiento. Pues cuando surgieron las contiendas más graves de los enemigos, entonces se buscaron ciertamente los dardos más sutiles de los sentidos, entonces los obstáculos de los argumentos, entonces la investigación más compleja de las palabras. Lo cual, a menudo, los hombres fervientes de ingenio, cuando lo encuentran adecuadamente, se hinchan de arrogancia; y, lo que a menudo sucede por el vicio de la soberbia, son derribados por los mismos sentidos agudos con los que hieren al enemigo, mientras en lo que piensan correctamente de Dios, no buscan la gloria de Dios, sino la suya propia. Por lo cual, también Eliú dice muchas cosas correctamente, y sin embargo, es

reprendido por la voz divina, como si hubiera dicho cosas perversas. Cuando se dice que Eliú esperó a que Job hablara, porque eran mayores los que hablaban, se muestra claramente que reservó honor al bienaventurado Job no por su propia causa, sino por reverencia a sus amigos, porque evidentemente los arrogantes dentro de la misma santa Iglesia, a la que defienden, desprecian; y a menudo sucede que veneran más los ingenios de los mal sabios que la vida sencilla de los inocentes, reservan más a las lenguas de los que hablan fuera que a los méritos de los que están dentro, aunque se opongan a ambos de manera diversa, ya que discrepan tanto de aquellos en la rectitud de los sentidos, como de la santa Iglesia en la depravación de las costumbres. Sigue:

CAPÍTULO V.

VERS. 6, 7.---Y respondiendo Eliú, hijo de Baraquel Buzita, dijo: Soy joven en años, y vosotros sois ancianos; por eso, con la cabeza inclinada, temí manifestaros mi opinión. Pues esperaba que la edad prolongada hablara, y la multitud de años enseñara sabiduría.

12. Callar, a menudo es saber.---Todas estas cosas, que él expresa con la hinchazón de la soberbia, deben ser tratadas brevemente más que expuestas con atención. Pues lo que carece de la solidez de la gravedad, no necesita de la sutileza de la exposición. Pero creo que solo debe indicarse brevemente que Eliú, mientras calló por respeto a su edad, fue más sabio; pero cuando, prefiriéndose a sí mismo, desprecia en otros la multitud de años, muestra cuán infantilmente desvaría. Pues contra su opinión, tanto la edad más avanzada habla, como la sabiduría se enseña a través de la multitud de años, porque aunque la longevidad no proporciona sentido, sin embargo, ejercita intensamente con la experiencia. Sigue:

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 8.---Pero, como veo, hay un espíritu en los hombres, y la inspiración del Omnipotente da entendimiento.

13. Cuatro tipos de soberbia en los arrogantes: primero, creer que el bien lo poseen por sí mismos; segundo, pensar que se les ha dado por sus méritos. La gracia no se da por méritos. Tercero, atribuirse falsamente algún bien; cuarto, reclamarlo solo para sí, despreciando a los demás. — Esto lo diría correctamente si no se arrogara a sí mismo una comprensión superior a los demás. Pues no es una condena errónea gloriarse privadamente de un bien que se da comúnmente, saber de dónde se ha recibido el bien, y no saber cómo usar adecuadamente el bien recibido. [Vet. VII.] Hay, en efecto, cuatro tipos que demuestran toda la soberbia de los arrogantes, cuando creen que tienen el bien por sí mismos, o si creen que se les ha dado desde lo alto, piensan que lo han recibido por sus méritos; o ciertamente cuando se jactan de tener lo que no tienen; o, despreciando a los demás, desean parecer que tienen singularmente lo que poseen. Pues se jactaba de tener el bien por sí mismo aquel a quien el Apóstol dice: ¿Qué tienes que no hayas recibido? ¿Por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Nuevamente, para que no creamos que el bien de la gracia se nos da por nuestros méritos precedentes, el mismo Apóstol nos advierte, diciendo: Por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe (Efes. II, 8). Él mismo también dice de sí mismo: Yo que antes fui blasfemo, perseguidor e injurioso; pero alcancé misericordia (I Tim. I, 13). Con estas palabras declara abiertamente que la gracia no se otorga por méritos, ya que enseñó por sí mismo lo que mereció por su malicia y lo que recibió por benevolencia. Nuevamente, algunos se jactan de tener lo que no tienen, como se dice con voz divina por el profeta sobre Moab: Conozco su soberbia y su

arrogancia, y que no es conforme a su fuerza (Jer. XLVIII, 29). Y como se dice al ángel de la Iglesia de Laodicea: Porque dices que soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad; y no sabes que eres desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo (Apoc. III, 17). Nuevamente, algunos, despreciando a los demás, desean parecer que tienen singularmente el bien que poseen. Por eso el fariseo descendió del templo sin justificación (Luc. XVIII, 14), porque atribuyéndose a sí mismo los méritos de las buenas obras como si fueran singulares, se antepuso al publicano que oraba. También los santos apóstoles son llamados a evitar este vicio de la soberbia, quienes al regresar de la predicación, cuando decían con altivez: Señor, en tu nombre hasta los demonios se nos someten (Luc. X, 17), para que no se alegraran de esta singularidad de los milagros, el Señor les respondió de inmediato, diciendo: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Ibid., 18). Pues él, singularmente altivo, había dicho: Sobre las estrellas del cielo elevaré mi trono, me sentaré en el monte del testimonio, en los lados del norte, seré semejante al Altísimo (Isai. XIV, 13). Y maravillosamente el Señor, para reprimir la soberbia en los corazones de los discípulos, relató de inmediato el juicio de la caída que el mismo maestro de la soberbia recibió, para que en el autor de la soberbia aprendieran qué temer del vicio de la soberbia. En esta cuarta especie de arrogancia, el alma humana frecuentemente cae, para gloriarse singularmente de lo que tiene. En la cual, sin embargo, se aproxima más a la similitud diabólica, porque cualquiera que se alegra de tener un bien singularmente, cualquiera que busca parecer más sublime que los demás, imita a aquel que, despreciando el bien de la sociedad de los ángeles, colocando su trono hacia el norte, y deseando con soberbia la semejanza del Altísimo, intentó irrumpir hacia una cierta cumbre de singularidad por un deseo iniquo. Por tanto, aunque Eliú confiesa que la sabiduría es dada por el Señor, en esta especie de soberbia cae, al alegrarse de ser más sabio que los demás, y se exalta vanamente como si tuviera un bien singular. Lo indica con las palabras siguientes, diciendo:

CAPÍTULO VII.

VERS. 9-12.---No son los ancianos sabios, ni los viejos entienden el juicio. Por eso diré: Escuchadme, os mostraré mi sabiduría. Pues he esperado vuestras palabras, he escuchado vuestra prudencia, hasta que discutierais con palabras; y mientras pensaba que diríais algo, os observaba.

14. Algunos callan con soberbia; y los ancianos escuchan, no para aprender, sino para juzgar. En cuanto a la intención de la letra, el que habla, Eliú, indica cuán soberbiamente ha callado. Pues cuando dice: "Esperé vuestros discursos, y pensaba que diríais algo", declara abiertamente que ha guardado silencio más por el afán de juzgar las palabras de los ancianos que por el deseo de aprender. Aunque esto describe mejor la vida de los arrogantes, quienes, a veces situados dentro de la santa Iglesia, cuando observan a los adversarios de la misma santa Iglesia, no suelen considerar en ellos los años de experiencia, sino la intención de sus palabras. Pues, por más antiguos que sean los herejes para estos arrogantes, los reprimen audazmente, censurando en sus palabras los dogmas perversos. Sigue:

CAPÍTULO VIII [Ant. VIII].

VERS. 12, 13.---Pero, como veo, no hay quien pueda acusar a Job, ni responder a sus palabras de entre vosotros. No sea que digáis: Hemos hallado sabiduría, Dios lo ha rechazado, no el hombre.

15. Dios en esta vida concede consuelos a veces, sin detrimento de la vida eterna.---A menudo los herejes, debido a que suelen ser despreciables para los hombres, al ver que casi todas las naciones veneran a la santa Iglesia, intentan desgarrar su reputación con las calumnias que pueden, diciendo: Por eso se le conceden todas las cosas temporales, porque se le sustraen las recompensas de los dones eternos. A estas voces responde Eliú, diciendo: No sea que digáis: Hemos hallado sabiduría, Dios lo ha rechazado, no el hombre. Como si los arrogantes dentro de la santa Iglesia, pero aún fieles, dijeran contra los herejes: Por el hecho de que veis a la santa Iglesia florecer temporalmente en el honor de los hombres, no creáis que ha sido rechazada por el Señor. Pues su Redentor sabe tanto concederle consuelos en este camino, como reservarle premios celestiales al llegar a la patria eterna. En vano decís, por tanto, que Dios la ha rechazado y no el hombre, cuando veis que casi todos los hombres la veneran, porque así se le concede ayuda de gloria terrenal, para que por esto sea llevada aún más abundantemente a las cosas celestiales. Sigue:

CAPÍTULO IX.

VERS. 14.---No me ha hablado nada, y yo no le responderé según vuestras palabras.

16. Los soberbios, cuando son reprendidos, no escuchan o disimulan. — ¿Qué significa lo que dice: "Nada me ha dicho"? ¿Acaso la santa Iglesia, al observar a los arrogantes en su interior, omite instruir y reprender a través de sus justos predicadores? Ella ejerce esta función y no cesa de ejercerla diariamente. Pero Eliú, quien había escuchado al bienaventurado Job hablar públicamente, dice: "Nada me ha dicho", porque, en efecto, todos los arrogantes escuchan las voces de la santa Iglesia, pero disimulan que se les dirigen a ellos cuando desprecian corregir el vicio de la soberbia. Tampoco consideran que se les reprende por su orgullo, porque se creen humildes, incluso desprecian ser reprendidos, ya que se consideran más sabios que aquellos que los reprenden. En cuanto a lo que dice: "Y yo no le responderé según vuestras palabras", se dice bien que el bienaventurado Job no responde según sus palabras. Los arrogantes, situados dentro de la santa Iglesia, responden contra ella, pero no como los herejes situados fuera. No le contradicen predicando cosas erróneas, sino viviendo de manera perversa, ya que no tienen pensamientos indignos sobre Dios, como los herejes, pero sí tienen sobre sí mismos una opinión más elevada de lo necesario. Sigue:

VERS. 15.---Temieron, y no respondieron más, y apartaron de sí la palabra.

[Vet. IX.] Se dice que los amigos de Job temieron adecuadamente las palabras de Eliú, porque a veces los defensores arrogantes de la Iglesia, aunque no mantengan el orden al hablar, sin embargo, perturban a los adversarios con la misma fuerza de sus palabras. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 16.---739 Por tanto, esperé, y no hablaron; se quedaron de pie, y no respondieron más.

17. Los que corrigen a los errantes solo desean mostrar su propia sabiduría, no beneficiar a los demás. Los buenos predicadores, en cambio, actúan de manera diferente. El propósito de la locución de los sabios suele ser hablar hasta el punto de imponer silencio a los adversarios. No desean exhibirse, sino refrenar a los que enseñan errores. Después de que se dijo de los amigos de Job: "Temieron, y no respondieron más, y se quitaron la palabra de la boca"; Eliú, añadiendo, dijo: "Esperé, y no hablaron; se detuvieron, y no respondieron más". Y mientras ellos ya guardaban silencio, él aún multiplica sus palabras, porque, evidentemente, un hombre

arrogante, y que se fija en la forma de los arrogantes, no se apresura a superar las palabras de los adversarios, sino a mostrar su propia sabiduría. Por lo tanto, sigue:

VERS. 17.---Responderé también yo mi parte, y mostraré mi conocimiento.

Porque todo arrogante estima que esta es su parte, si no tanto tiene la ciencia como la muestra, ya que ciertamente todos los altivos no desean tener ciencia, sino mostrarla. En contraposición, bien se dice por Moisés: "El vaso que no tenga tapa ni ligadura encima, será impuro" (Núm. XIX, 15). La cubierta o ligadura es la censura de la disciplina, por la cual quien no es contenido, es considerado como un vaso impuro y contaminado. ¿Acaso no era un vaso sin tapa Eliú, quien consideraba que esta era su parte, si mostraba la ciencia que tenía? Pues como un vaso sin tapa o ligadura, se contamina quien, por afán de ostentación, se expone sin el velo del silencio. Los predicadores santos, sin embargo, consideran su parte si, por dentro, se alegran de su sabiduría, pero por fuera refrenan a otros del error; y no salen de sí mismos hablando de tal manera que pongan el gozo de su mente en la ostentación de una locución elocuente, sino que meditan el bien de la ciencia en el secreto del corazón, y allí se alegran donde lo perciben, no donde se ven obligados a hacerse notar entre tantos lazos de tentaciones, aunque cuando dan a conocer el bien que reciben, con la caridad mediando, se alegran por el progreso de los oyentes, y no por su propia ostentación. Los arrogantes, en efecto, cuando reciben ciencia, consideran que no han recibido nada si les toca tenerla oculta. Nunca ponen su gozo sino en la boca de los hombres. Por eso se dice que las vírgenes necias no llevaron aceite en sus vasijas (Mat. XXV, 3), porque todos los arrogantes, aunque tal vez se contengan de algunos vicios, no pueden tener el bien de la gloria dentro de sus conciencias. En su propia vasija había tomado Pablo el aceite, quien decía: "Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia" (II Cor. I, 12). Llevar, por tanto, un vasito vacío es buscar fuera, en el juicio de la boca humana, lo que falta en el corazón vacío. Así, Eliú, porque busca la gloria exteriormente y no tiene aceite dentro de su vasija, dice: "Responderé yo también mi parte, y mostraré mi ciencia". Por eso mismo, lo que sufre internamente por el fervor de la vana gloria, lo revela con las palabras siguientes, diciendo:

CAPÍTULO XI [Rec. V].

VERS. 18-20.---Estoy lleno de palabras, y me constriñe el espíritu de mi interior. He aquí, mi vientre es como vino nuevo sin respiradero, que rompe los odres nuevos. Hablaré, y respiraré un poco; abriré mis labios, y responderé.

18. La altitud de su locución, no la intención de utilidad, imitan los soberbios. A veces, hombres arrogantes, al ver a los santos predicadores ser venerados por su gran elocuencia, imitan la altitud de su locución y no la utilidad de su intención; no aman lo que aquellos buscan, sino que desean fervientemente ser mostrados como ilustres ante los hombres. Pues a menudo sucede que hombres sabios, al considerar que no son escuchados, imponen silencio a su boca; pero frecuentemente, al ver que las fechorías de los inicuos crecen mientras ellos callan y no corrigen, soportan una cierta presión en su espíritu para irrumpir en una locución de corrección abierta. De ahí que el profeta Jeremías, habiéndose impuesto silencio en la predicación, diciendo: No me acordaré de él, ni hablaré más en su nombre; inmediatamente añadió: Y fue en mi corazón como un fuego ardiente, encerrado en mis huesos, y desfallecí, no pudiendo soportarlo; pues escuché las injurias de muchos (Jeremías 20, 9). Porque al ver que no era escuchado, buscó el silencio; pero al ver el crecimiento del mal, no permaneció en ese silencio. Porque al callar exteriormente, soportó internamente el fuego del celo de la caridad debido al tedio de la locución. En efecto, los corazones de los justos se inflaman

cuando ven que las acciones de los malvados crecen sin corrección, y se creen partícipes de sus culpas al permitir que crezcan en iniquidad con su silencio. El profeta David, después de haberse impuesto silencio, diciendo: Puse guarda a mi boca, mientras el pecador estuviera contra mí; enmudecí, y me humillé, y callé acerca de lo bueno (Salmo 38, 2), en su mismo silencio, ardió con este celo de caridad, que inmediatamente añadió: Y mi dolor se renovó, mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encendió un fuego (Ibid., 3). Así, el corazón se calentó internamente, porque el ardor del amor se negó a manifestarse exteriormente a través de la advertencia de la locución. El fuego se encendió en la meditación del corazón, porque la reprensión de los delincuentes se enfrió al no proceder de la corrección de la boca. Pues el celo de la caridad se modera con una admirable consolación al aumentar, cuando se manifiesta contra las obras de los inicuos a través de la voz de la corrección, para que, aunque no pueda corregir, no deje de reprender, no sea que se haga partícipe de los delincuentes por el consentimiento del silencio.

[Vet. XI.] 19. Algunos vicios se disfrazan de virtudes.---Pero porque a menudo algunos vicios se disfrazan de virtudes, así como la prodigalidad a veces se presenta como misericordia, la avaricia como parsimonia, y la crueldad en ocasiones quiere parecer justicia, de igual manera, frecuentemente, la ansiedad de la vana gloria, que no puede contenerse en el silencio, inflama la mente hacia el impulso de hablar, como si fuera celo de caridad, y el deseo de mostrarse impulsa a la desenfrenada locución, y bajo el pretexto de aconsejar, surge el deseo de aparecer. Pues no se preocupa de lo que pueda beneficiar al hablar, sino de lo que pueda aparentar; ni se esfuerza por corregir el mal que observa, sino por mostrar el bien que siente. Por eso también Eliú, ensanchado por el espíritu de soberbia y no pudiendo contenerse dentro de los límites del silencio, dijo: Estoy lleno de palabras, y el espíritu de mi vientre me constriñe. He aquí que mi vientre es como vino sin respiradero, que rompe los odres nuevos.

20. La hinchazón de la exaltación a veces imita el celo inspirado por el Espíritu Santo. — Si debemos entender esto espiritualmente, en este lugar se refiere al seno del corazón como el vientre. En el mosto se toma el fervor del Espíritu Santo, del cual el Señor dice en el Evangelio: "Vino nuevo se pone en odres nuevos" (Mateo 9, 17). Cuando los apóstoles fueron repentinamente llenos de él (Hechos 2, 4), y hablaban en todas las lenguas, los judíos, aunque ignorantes, pero atestiguando la verdad, dijeron: "Estos están llenos de mosto" (Hechos 2, 13). Las pequeñas vasijas frágiles, que son las conciencias humanas o ciertamente estos vasos terrenales de los cuerpos, no se toman inadecuadamente, de los cuales el apóstol Pablo dice: "Tenemos este tesoro en vasos de barro" (2 Corintios 4, 7). Eliú, sin embargo, como dijimos anteriormente, se extiende por la hinchazón de la exaltación, como si fuera encendido para hablar por la gracia de la caridad con el ardor del Espíritu Santo, comparó el espíritu de su sentido en lo que calló, como mosto sin respiradero. Y bien dice: "Que rompe las pequeñas vasijas nuevas"; porque el fervor del Espíritu Santo no solo es difícil de contener en la vida antigua, sino también en la nueva. El mosto, por lo tanto, rompe las pequeñas vasijas nuevas, porque la potencia de su fervor trasciende incluso los corazones espirituales. "Hablaré, y respiraré un poco; abriré mis labios, y responderé." Bien dice: "Respiraré", porque así como es el trabajo de los justos ver lo incorrecto y no corregirlo, así es pesado el trabajo de los arrogantes si no muestran lo que saben. Apenas pueden soportar la fuerza que hierve internamente, si todo lo que sienten lo dan a conocer un poco más tarde. Por lo tanto, es necesario que cuando se realiza una buena acción, primero se venza su exaltación en el corazón, para que si surge de la raíz de una intención miserable, no produzca amargos frutos de maldad.

21. Aquellos que aún están sujetos a los vicios, no deben atreverse a gobernar a otros. Por lo tanto, aquellos que todavía están sometidos a la batalla de los vicios no deben, de ninguna manera, asumir el magisterio de los demás a través del uso de la predicación (Dist. 44, cap. Non liceat). De ahí que, según la voz de la disposición divina, los levitas sirven en el tabernáculo desde el año vigésimo quinto, pero a partir del quincuagésimo se convierten en guardianes de los vasos. ¿Qué se significa con el año vigésimo quinto, en el que florece la juventud, sino las mismas batallas contra cada vicio? ¿Y qué se expresa con el quincuagésimo, en el que se contiene el descanso del jubileo, sino la paz interna que se manifiesta tras la conquista de la batalla de la mente? ¿Y qué representan los vasos del tabernáculo, sino las almas de los fieles? Por lo tanto, los levitas sirven en el tabernáculo desde el año vigésimo quinto, y a partir del quincuagésimo se convierten en guardianes de los vasos, de modo que aquellos que aún soportan las luchas de los vicios que los atacan por el consentimiento de la delectación, no presuman asumir el cuidado de otros; pero cuando hayan sometido las batallas de las tentaciones, y estén seguros de la tranquilidad interna, se les confía la custodia de las almas. Pero, ¿quién puede someterse perfectamente a estas batallas de tentaciones, cuando Pablo dice: "Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado" (Rom. VII, 23)? Pero una cosa es soportar valientemente la batalla, y otra ser vencido débilmente por las batallas. En los primeros, la virtud se ejercita para que no se ensalce; en los segundos, se extingue por completo para que no subsista. Por lo tanto, quien sabe soportar valientemente la tentación del combate, y aunque es sacudido por la tentación, preside en la alta fortaleza de la paz, porque incluso en sí mismo ve las contiendas de los vicios bajo su control, a las cuales no consiente con ninguna delectación quebrantada. Sigue:

CAPÍTULO XII.

VERS. 21, 22.---No aceptaré la persona del hombre, y no igualaré a Dios con el hombre. Pues no sé cuánto tiempo subsistiré, y si después de un poco me llevará mi hacedor.

22. El tiempo de la vida presente es breve, porque no permanece. Una consideración correcta es que esto no iguala al hombre con Dios, ya que ignora cuánto tiempo permanecerá aquí o cuándo será llevado al juicio de Dios. Y bien dice: "Después de un poco, mi Creador me llevará", porque por muy largo que sea el tiempo de la vida presente, es breve precisamente porque no es permanente. Pues no es digno de ser considerado duradero aquello que está limitado por un fin. Pero entre estas sentencias que emite sólidamente desde la verdad, vuelve a estallar en palabras de exaltación, diciendo:

CAPÍTULO XIII [Rec. VII].

CAP. XXXIII, VERS. 12.---Escucha, pues, Job, mis palabras, y atiende a todos mis discursos. He aquí que he abierto mi boca, hable mi lengua en mi garganta.

23. Los soberbios no predicán la sana doctrina de manera sana, porque se ensoberbecen. Pensemos de qué altivez desciende el hecho de que el bienaventurado Job se advierte a sí mismo que debe escuchar, que se dice a sí mismo que ha abierto la boca, que promete que su lengua hablará en la garganta. Esto es propio de la doctrina de los arrogantes (Dist. 46, cap. Hoc habet), que no saben presentar humildemente lo que enseñan, y no pueden administrar correctamente lo que entienden correctamente. En sus palabras se revela que, cuando enseñan, se ven a sí mismos como si residieran en la cima de una cierta cumbre de superioridad, y miran a aquellos a quienes enseñan como si estuvieran muy por debajo de

ellos, casi en el fondo, a quienes no se dignan hablar aconsejando, sino apenas dominando. Con razón el Señor les dice a través del profeta: Vosotros, sin embargo, gobernabais con dureza y con poder (Ezequiel XXXIV, 4). Con dureza y poder gobiernan, aquellos que se apresuran a corregir a sus súbditos no razonando tranquilamente, sino inclinándolos ásperamente mediante el dominio.

[Vet. XIII.] 24. La verdadera doctrina huye de la soberbia.---Por el contrario, la verdadera doctrina evita con mayor vehemencia este vicio de la soberbia mediante la reflexión, cuanto más ardientemente persigue al mismo maestro de la soberbia con los dardos de sus palabras. Pues se cuida de no alabar con costumbres altivas a aquel a quien ataca en el corazón de los oyentes con sermones sagrados. Intenta mostrar la humildad, que es maestra y madre de todas las virtudes, tanto hablando como viviendo, para que entre los discípulos de la verdad la proclame más con sus costumbres que con sus palabras. Por eso Pablo, hablando a los Tesalonicenses, como si olvidara la cumbre de su propio apostolado, dice: Nos hicimos pequeños entre vosotros (I Tes. II, 7). De ahí que el apóstol Pedro, al decir: Estad siempre preparados para dar respuesta a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros (I Pe. III, 15), afirmó que en la misma ciencia de la doctrina debe mantenerse la calidad de la enseñanza, añadiendo: Pero con modestia y temor, teniendo buena conciencia (Ibid., 16). Sin embargo, lo que Pablo dijo al discípulo: Manda estas cosas y enséñalas con toda autoridad (I Tim. IV, 11; Tit. II, 15); no sugiere una dominación de poder, sino una autoridad de vida. Pues se enseña con autoridad lo que primero se hace antes de decirse. Porque la doctrina pierde confianza cuando la conciencia impide la lengua. Por tanto, no insinuó un poder de locución altiva, sino la confianza de una buena acción. Por eso también está escrito sobre el Señor: Porque enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas y fariseos (Mat. VII, 29). Singular y principalmente, solo Él habló con autoridad buena, porque de la debilidad mala no cometió nada. Pues de la potencia de su divinidad tuvo lo que nos ministró por la inocencia de su humanidad.

[Vet. XIV, Rec. VIII.] 25. Qué deben considerar los predicadores para evitar la soberbia.---Nosotros, siendo hombres débiles, cuando hablamos de Dios a los hombres, debemos primero recordar lo que somos, para que desde nuestra propia debilidad consideremos de qué manera debemos aconsejar a los hermanos débiles. Consideremos, pues, que o bien somos tales como algunos a quienes corregimos; o bien alguna vez lo fuimos, aunque ya no lo seamos por la gracia divina que actúa, para que corrijamos con un corazón humilde y moderado, en la medida en que nos reconocemos verdaderamente en aquellos a quienes enmendamos. Pero si no somos ni fuimos tales como aquellos a quienes nos preocupamos por corregir, para que nuestro corazón no se ensoberbezca y caiga peor por la misma inocencia, recordemos ante nuestros ojos otros bienes de ellos, cuyas faltas corregimos. Y si no hay ninguno, recurramos a los juicios ocultos de Dios, porque así como nosotros sin mérito alguno recibimos este bien que tenemos, así también la gracia de la virtud suprema puede infundir en ellos, de modo que, una vez despertados, puedan incluso superar los bienes que nosotros recibimos antes. ¿Quién hubiera creído que Saulo, por el mérito del apostolado, iba a preceder a Esteban, quien fue lapidado, cuando él guardaba las vestiduras de los que lo lapidaban? (Hechos VII, 57). Por tanto, el corazón debe primero humillarse con estos pensamientos, y solo entonces increpar la iniquidad de los que delinquen. Pero, como se ha dicho a menudo, se muestra que Eliú ignora este modo de hablar, quien en su discurso se infla con un tipo de soberbia, como si fuera por la potencia de cierta autoridad, diciendo: Escucha, pues, Job, mis palabras, y atiende todos mis discursos. He aquí que he abierto mi boca, hable mi lengua en mi garganta.

26. Algunos solo simulan modestia. — En realidad, hablar en la garganta es decir en silencio, y no vociferar con gritos. Con estas palabras se señala a los arrogantes situados dentro de la santa Iglesia. Pues se dice que estos hablan como en la garganta, cuando no claman contra los adversarios que viven fuera, sino que increpan a algunos dentro del seno de la santa Iglesia, como si fueran vecinos y estuvieran cerca. A menudo, los arrogantes muestran que huyen de la misma arrogancia que poseen; y mientras actúan de tal manera que nada quede oculto, narran estas cosas en privado a cada uno como si fuera en secreto: para que no solo se gloríen del sentido de la inteligencia, sino también del mismo desprecio de la arrogancia ante los hombres. Por eso ahora se dice: Que mi lengua hable en mi garganta. Como si se dijera abiertamente: Lo que prudentemente siento contra ti, he aquí que lo narro en silencio. Sin embargo, a veces saltan a tal exaltación de impudencia, que mientras otros callan, ellos mismos suelen alabar lo que dicen. Por eso añade:

CAPÍTULO XIV.

VERS. 3.---Con corazón sencillo mis palabras, y mis labios pronunciarán una sentencia pura.

27. Se glorían falsamente de la simplicidad.---La simplicidad en el habla es un gran elogio de la virtud. Como los arrogantes no la poseen, afirman con mayor insistencia que la tienen, para ser escuchados con más seguridad. Y anuncian que hablarán con pureza, temiendo que se descubra la malicia de su duplicidad. Sin embargo, a menudo mezclan lo falso con lo verdadero, para que se crea más fácilmente en su mentira, al reconocer en ellos una afirmación de verdad. Por lo tanto, dado que Eliú afirmó que hablaría con pureza y precedió sus palabras con sentencias para ganar favor, añade ahora la misma sentencia que prometió, diciendo:

CAPÍTULO XV [Ant. XV, Rec. IX].

VERS. 4.---El Espíritu de Dios me hizo, y el aliento del Omnipotente me dio vida.

28. La doctrina expuesta desordenadamente se vuelve estéril y contamina. — Antes de presentar la verdad, se adelantó con altivez; y al expresar lo que correctamente pensaba, primero mostró cuánto se envanecía. Así, ciertamente, las mentes de los arrogantes se desvarían, de modo que incluso en lo que piensan correctamente, se corrompen por la distorsión de su soberbia. Por lo tanto, sucede que ni siquiera instruyen a sus oyentes con lo correcto, porque en realidad los llaman al desprecio, no a la reverencia, a través de lo que piensan con altivez. Y cuando a las palabras prudentes se mezclan palabras de necedad, como la necedad es despreciada por el oyente, tampoco se retiene la prudencia. Por eso, a través de Moisés se dice: El hombre que tiene flujo de semen será impuro (Levítico XV, 10). ¿Qué es la palabra sino una semilla? Cuando se emite ordenadamente, la mente del oyente, como un útero que concibe, se fecunda para la prole de una buena obra. Pero si fluye de manera inoportuna, contaminando al que la emite, pierde la virtud de engendrar. Pues si la palabra no fuera semilla, los atenienses no habrían dicho de Pablo el predicador: ¿Qué quiere decir este sembrador de palabras? (Hechos XVII, 18). De quien también Lucas dice: Él era el guía de la palabra (Hechos XIV, 11). Así, la semilla dedicada al uso de la propagación, fluyendo inadecuadamente, contamina los demás miembros, cuando la palabra, por la cual debía nacer el conocimiento en los sentidos de los oyentes, si se emite desordenadamente, incluso lo que correctamente se pensó, lo contamina. Por eso, también Eliú mancha incluso lo que puede pensar correctamente, al ignorar a quién o qué habla; y como si sostuviera un flujo de semen, mueve la lengua adecuada a la utilidad con palabras de vana locución. Sin embargo, con buen

orden, se demuestra tanto hecho como animado. Se narra hecho por el espíritu y animado por el aliento. Pues al ser creado Adán, está escrito: Inspiró en su rostro aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente (Génesis II, 7). Pero escuchemos si lo que correctamente afirma lo ejecuta correctamente. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 5.---Si puedes, respóndeme y preséntate ante mí.

29. La jactancia insulsa de aquellos que se atribuyen más de lo justo.---He aquí que, mientras narra el orden de la verdadera condición, irrumpe de repente en la soberbia altivez del orgullo, y repite lo mismo con otras palabras, diciendo:

VERS. 6, 7.---He aquí que Dios me ha hecho a mí como a ti, y del mismo barro yo también he sido formado. Sin embargo, que mi milagro no te atemorice, que mi elocuencia no te sea pesada.

¿Qué es esto, que Eliú reconoce el orden de la verdadera condición, pero ignora el modo de la correcta locución? ¿Qué es, que se iguala al bienaventurado Job y se exalta al hablar, sino esto, que todos los arrogantes recuerdan que fueron creados igual que todos los hombres, pero por la soberbia del conocimiento desprecian que sus oyentes sean o puedan ser iguales a ellos, y se comparan con ellos por la condición de la naturaleza, pero se colocan por encima por la hinchazón del conocimiento? Se juzgan iguales al nacer, pero no iguales al vivir. Y en el hecho de que ya no son iguales al vivir, lo atribuyen a un mayor milagro, que fueron iguales al nacer. De ahí que el inflado Eliú diga: "He aquí que Dios me hizo a mí como a ti, y yo también fui formado del mismo barro. Sin embargo, que mi milagro no te aterre, y que mi elocuencia no te sea pesada". Los arrogantes tienen esto como propio, que antes de hablar, siempre piensan que dicen cosas maravillosas, y anticipan su locución admirándola, porque en los sentidos agudos ignoran cuánta es la necedad de la misma elevación. También es de notar que Pablo, mientras admirablemente amonestaba a los Hebreos, añadió: "Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación; pues os he escrito brevemente" (Hebreos 13, 22). Pero Eliú pronunció cosas vanas, y como consolando añadió: "Que mi milagro no te aterre, y que mi elocuencia no te sea pesada". Aquel llama a sus palabras palabra de exhortación, pero este llama a su elocuencia y milagro. He aquí cuán distintos sabores producen los frutos de la diversa raíz de los pensamientos. Aquel siente humildemente sobre cosas grandes, este se eleva vanamente sobre cosas pequeñas. ¿Qué, pues, entre estas cosas, sino que esto debe observarse con astucia, que los que van a ascender se consideran en lo bajo, y los que van a caer siempre están en lo alto? Como atestigua Salomón, quien dice: "Antes de la ruina se exalta el corazón, y antes de la gloria se humilla" (Proverbios 16, 18). Sigue:

VERS. 8-11.---Dijiste, pues, en mis oídos, y la voz de tus palabras escuché.

[Rec. X.]. Y añadiendo la misma voz, dijo: Soy puro, y sin mancha de delito, y no hay iniquidad en mí. Porque encontré quejas en mí, por eso pensó que yo era su enemigo. Puso mis pies en el cepo, vigiló todos mis caminos. Y enseguida, contra estas palabras que se dice que el bienaventurado Job pronunció, expresó su juicio, diciendo:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 12.---Por lo tanto, en esto no has sido justificado.

30. Prefieren reprender más que consolar. En efecto, el bienaventurado Job había dicho con verdad que fue azotado sin culpa. Esto mismo dijo el Señor al diablo sobre él: "Me incitaste contra él para que lo afligiera sin motivo" (Job 2, 3). Pero Eliú no creyó que, sin culpa, pudiera ser azotado también por gracia. No sabía que sus azotes no eliminaban un vicio, sino que aumentaban su mérito, y porque dijo que fue azotado sin delito, lo reprende con esta sentencia, diciendo: "Esto es, pues, en lo que no has sido justificado". Los arrogantes tienen esto como propio, que desean más reprender que consolar; y lo que saben que sucede a los hombres, lo atribuyen únicamente a sus iniquidades. No saben buscar con sutileza los juicios ocultos, ni investigar con humildad lo que no entienden, porque a menudo la misma altivez de su conocimiento los aparta de la investigación de los secretos juicios de Dios, mientras los eleva.

31. El obstáculo de la verdad es la soberbia de la mente. Efecto del verdadero conocimiento.--
-El obstáculo de la verdad es, en efecto, la soberbia de la mente, porque al inflarse, oscurece. Y aunque a veces parecen adquirir conocimiento, se alimentan como de una corteza de las cosas, y no de la médula de la dulzura secreta; con ingenios brillantes a menudo solo tocan lo exterior, pero desconocen el sabor interno, es decir, son agudos por fuera, pero ciegos por dentro. No sienten de Dios lo que sabe dulce en el interior, sino lo que resuena golpeado en el exterior. Y aunque perciben ciertos secretos al entenderlos, no pueden experimentar su dulzura; y si saben cómo son, ignoran, como dije, cómo saben. Y sucede a menudo que hablan con fuerza, pero no saben vivir de acuerdo con lo que dicen. Por eso, un sabio dijo bien: "Pero a mí, que Dios me conceda decir estas cosas con sentido" (Sab. VII, 15). Pues el sentido se llama así por el sentimiento. Y quien desea decir correctamente lo que entiende, no solo lo hace desde el conocimiento, sino también desde el sentimiento, deseando experimentar lo que dice. Pero la mente de los arrogantes no penetra el sentido de sus palabras, porque se aparta del gusto interno, del juicio recto, hacia los favores que ama externamente. Sin embargo, el verdadero conocimiento afecta, no ensalza; y no hace altivos a quienes llena, sino que los hace lamentarse. Quien se llena de él, primero desea conocerse a sí mismo; y ya consciente de sí, tanto más sabiamente se fortalece por él cuanto más verdaderamente se reconoce débil en él; y la misma humildad le abre un camino más amplio de este conocimiento; y mientras contempla su debilidad, el conocimiento de los secretos sublimes le revela los escondidos pliegues, y presionado por este conocimiento, se vuelve más sutil, para ser llevado a lo oculto. Por lo tanto, Eliú no encuentra una razón verdadera en los sufrimientos del bienaventurado Job, porque no sabe buscarla con humildad; y más dispuesto a reprender que a consolar, dice: "Esto es, pues, en lo que no has sido justificado".

32. Los soberbios a menudo mienten al reprender a otros.---También debe notarse que el bienaventurado Job dijo que su pie estaba puesto en un cepo, pero de ninguna manera recordó haber sido puro, sin pecado, inmaculado y sin iniquidad de la manera que se le acusa. Pero Eliú, mientras se esforzaba por reprender con severidad lo que se había dicho, añadió mintiendo lo que no se había dicho. Porque aquellos que siempre desean reprender y nunca consolar, a menudo mienten al reprender mucho. Pues, para parecer que reprenden con sabiduría, a veces inventan lo que deben reprobar; y cuando ellos mismos, al modo de un caballo, se lanzan al galope de su propia ostentación, preparan un campo en las invectivas contra sus subordinados con iniquidades ficticias. Además, debe saberse, como dije anteriormente (Núm. 31), que los hombres arrogantes a menudo mezclan palabras fuertes con sus discursos inflados, sin considerar a veces cómo viven, sino que estudian cuidadosamente qué enseñan. Ahora Eliú representa este tipo, quien no desea vivir rectamente, sino enseñar.

Por lo tanto, como habla con conocimiento pero con arrogancia, callemos ya sobre lo que vive con presunción y escuchemos lo que dice con solidez. Después de tantas palabras de altivez, comenzando finalmente a mostrar su conocimiento, dijo:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 12.---Te responderé que Dios es mayor que el hombre.

33. Lo que sufrimos de Dios, que es mejor que nosotros, creamos que es justo.---Quizás alguien diga: ¿Quién ignora esto, incluso sin escucharlo? Pero, sin duda, esta sentencia se considera trivial si no se evalúa desde la raíz de su intención. [Vet. XVIII.] Hablaba, evidentemente, a un flagelado, quien había recibido los golpes de la flagelación y desconocía las causas de los mismos. Por eso añadió: Responderé que Dios es mayor que el hombre, para que el hombre flagelado, al considerar que Dios es mayor que él, se someta en todo lo que sufre al juicio de Aquel a quien no duda que es menor; y lo que sufre de quien es mejor, lo crea justo, incluso si ignora las causas de esa justicia. Cualquiera que es golpeado por su pecado, si no se resiste murmurando, ya comienza a ser justo por el hecho mismo de no acusar la justicia de quien lo hiere. El hombre, en efecto, fue creado bajo Dios, y regresa al orden de su condición cuando antepone la equidad de su juez, incluso la que no entiende. Por tanto, se dice bien: Responderé que Dios es mayor que el hombre, para que, al considerar el poder del creador, se disipe la soberbia de la mente por el recuerdo de su condición. De ahí que el profeta David, cuando se vio obligado a estallar en voz por el peso de la flagelación, al recogerse en la consideración de su condición, dijo: Enmudecí y no abrí mi boca, porque tú lo hiciste (Salmo XXXVIII, 3). Pues consideró el orden de su condición y encontró la justicia de la flagelación, porque quien benigne creó a quien no existía, ciertamente no golpeó injustamente a quien ya existía. Sigue:

CAPÍTULO XIX [Rec. XI].

VERS. 13, 14.---Contiendes contra él porque no ha respondido a todas tus palabras. Dios hablará una vez, y no repetirá lo mismo por segunda vez.

34. En la Sagrada Escritura, Dios nos enseña todo lo que debemos saber. Es propio del corazón afligido que, al desear algo y sentir el orden de las cosas contrario, quiera que se le responda con voces divinas sobre por qué es así o no, para consultar a Dios sobre toda controversia y descansar al conocer la razón de su respuesta. Sin embargo, Eliú, previendo que el Señor establecería la Sagrada Escritura para responder a las preguntas públicas y ocultas de todos, dijo: "Contiendes contra Él porque no te ha respondido a todas tus palabras. Dios hablará una vez, y no repetirá lo mismo una segunda vez." Como si dijera: Dios no responde a los corazones individuales con voces privadas, sino que construye un discurso que satisface las preguntas de todos. En el discurso de su Escritura, si buscamos nuestras causas individuales, las encontramos, y no es necesario que cada uno busque una respuesta divina especial para lo que soporta particularmente. Allí se nos responde a todos en lo que sufrimos particularmente de manera común, allí la vida de los que precedieron se convierte en modelo para los que siguen. Para mencionar un ejemplo entre muchos, cuando somos afligidos por alguna pasión o molestia de la carne, quizás deseamos conocer las causas ocultas de esa pasión o molestia, para consolarnos en lo que sufrimos mediante el conocimiento de las cosas. Pero como no se nos responde individualmente sobre nuestras tentaciones particulares, recurrimos a la Sagrada Escritura. Allí encontramos que Pablo, tentado por la debilidad de la carne, escuchó: "Te basta mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (II Cor.

XII, 9). Esto se le dijo a él en su propia debilidad para que no se nos dijera a todos individualmente. En la Sagrada Escritura, por tanto, escuchamos la voz de Dios dirigida al afligido Pablo, para que cuando nosotros también estemos afligidos, no busquemos escucharla individualmente con una consolación privada. Por lo tanto, el Señor no nos responde a todas las palabras, porque hablará una vez y no repetirá lo mismo una segunda vez; es decir, se ha preocupado de instruirnos en lo que comunicó a nuestros padres a través de la Sagrada Escritura. Que lo digan, pues, los doctores de la santa Iglesia, y también los arrogantes, cuando ven a algunos trabajar con pusilanimidad, que Dios no nos responde a todas las palabras, porque "Dios hablará una vez, y no repetirá lo mismo una segunda vez"; es decir, no satisface ya las mentes o tentaciones individuales a través de las voces de los profetas ni de los oficios angélicos, porque en la Sagrada Escritura ha comprendido todo lo que puede suceder a cada uno, y en ella se ha preocupado de formar la vida de los que siguen mediante los ejemplos de los que precedieron.

35. Hablar de Dios es haber engendrado al Verbo.---Aunque lo que se dice: Dios hablará una vez, y no repetirá lo mismo por segunda vez, puede entenderse de manera más sutil, que el Padre ha engendrado al Hijo unigénito consustancial a Él. Hablar de Dios es haber engendrado al Verbo. Y hablar una vez de Dios es no tener otro Verbo aparte del unigénito. Por eso, se añade adecuadamente: Y no repetirá lo mismo por segunda vez, porque evidentemente este mismo Verbo, es decir, el Hijo, lo engendró como único. Pero el hecho de que no diga, Habló, sino hablará, no poniendo tiempo pasado, sino futuro, es claro para todos que a Dios no le corresponde ni el tiempo pasado ni el futuro. Por lo tanto, en Él se pone cualquier tiempo libremente, ya que ninguno verdaderamente. Pues no se podría decir cualquiera libremente, si al menos uno se dijera propiamente. Por lo tanto, es lícito decir audazmente cualquier tiempo en Dios, ya que en Él no es lícito decir propiamente ninguno. Porque el Padre engendró al Verbo sin tiempo.

36. Debemos admirar esta generación, no investigarla.---¿Y quién podría hablar dignamente de aquel nacimiento inefable, que siendo eterno nació coeterno, que existiendo antes de los siglos engendró a su igual, que al ser engendrado no es posterior al que engendra? Ciertamente podemos admirar estas cosas, pero no podemos contemplarlas plenamente. Sin embargo, ya podemos admirar, en cierta medida, la fuerza de aquel nacimiento. Pero, ¿cómo vemos lo que de ninguna manera comprendemos? Es algo que debemos trasladar del uso de la carne al sentido del espíritu. Pues si alguien yace en la oscuridad con los ojos cerrados, y de repente se enciende una lámpara ante él, sus ojos cerrados son golpeados por la llegada de la luz, de modo que se abren. ¿Por qué, entonces, se turban si cerrados no vieron nada? Sin embargo, no fue algo perfecto lo que pudieron ver estando cerrados. Pues si hubieran visto todo perfectamente, ¿por qué abiertos buscarían lo que ver? Así, así somos cuando intentamos contemplar algo de aquel nacimiento incomprensible. Porque al ser golpeada el alma por la admiración del resplandor, y casi ve lo que no puede ser visto, como estando en la oscuridad, ve la fuerza de la luz con los ojos cerrados. Pero como esta admiración de los secretos de la naturaleza divina no se revela fácilmente a las mentes ocupadas por deseos terrenales, la palabra de Dios insinúa adecuadamente cómo se nos manifiesta, diciendo:

CAPÍTULO XX [Ant. XX, Rec. XII].

VERS. 15.---Por un sueño en visión nocturna, cuando el sopor cae sobre los hombres, y duermen en su lecho.

37. La voz de Dios se escucha cuando, con mente tranquila, se descansa de las obras seculares. ¿Qué significa que la comunicación divina se nos revela en sueños, sino que no conocemos los secretos de Dios si permanecemos despiertos en los deseos terrenales? En el sueño, los sentidos exteriores duermen y se perciben los interiores. Si, por lo tanto, deseamos contemplar lo interno, debemos dormirnos de la implicación externa. La voz de Dios se escucha como en un sueño cuando, con mente tranquila, se descansa de la acción de este mundo, y en ese silencio de la mente se consideran los preceptos divinos. Pues cuando la mente se adormece de las acciones externas, entonces se reconoce más plenamente el peso de los mandamientos de Dios. Entonces la mente penetra más vivamente las palabras de Dios, cuando se niega a admitir el tumulto de las preocupaciones seculares. Sin embargo, el hombre vigila mal cuando el oleaje de los negocios seculares lo inquieta insolentemente. Pues la multitud de pensamientos terrenales cierra el oído del corazón mientras resuena, y en el secreto de la mente, cuanto menos se contiene el sonido de las preocupaciones tumultuosas, tanto menos se escucha la voz del juez que preside. Porque el hombre no es capaz de dividirse perfectamente entre ambas cosas, sino que, mientras desea ser instruido interiormente, pero se implica exteriormente, donde abre el oído exterior, allí se ensordece interiormente. Moisés, mezclado con los egipcios, estaba como despierto, y por eso no escuchaba la voz del Señor mientras estaba en Egipto (Éxodo II, 11, 12, sig.). Pero, tras matar al egipcio, cuando huyó al desierto, allí, mientras vivió cuarenta años, como si hubiera dormido de los tumultos inquietos de los deseos terrenales, mereció percibir la voz divina, porque por la gracia suprema, cuanto más se adormeció de los apetitos exteriores, tanto más verdaderamente vigiló para conocer los interiores. Nuevamente, al ser puesto al frente de las multitudes del pueblo israelita, para recibir los preceptos de la ley, es llevado al monte, y para penetrar lo interno, es ocultado de los tumultos externos (Éxodo XIX, 3).

[Vet. XXI.] 38. Los que sirven en los ministerios exteriores, deben refugiarse diligentemente en los secretos del corazón. Así, los hombres santos que se ven obligados por necesidad de oficio a servir en los ministerios exteriores, siempre se refugian diligentemente en los secretos del corazón; allí ascienden a la cima de la reflexión íntima y perciben la ley como en las montañas, mientras, dejando de lado los tumultos de las acciones temporales, en la cima de su contemplación investigan el juicio de la voluntad divina. De ahí que el mismo Moisés frecuentemente regrese al tabernáculo en asuntos dudosos, y allí consulte en secreto al Señor, y reconozca qué decisión cierta debe tomar. Pues dejar las multitudes y regresar al tabernáculo es, dejando de lado los tumultos exteriores, entrar en el secreto de la mente. Allí se consulta al Señor, y lo que debe hacerse públicamente afuera, se escucha en silencio adentro. Esto es lo que hacen diariamente los buenos rectores, cuando reconocen que no pueden discernir asuntos dudosos, regresan al secreto de la mente, como a un tabernáculo; al examinar la ley divina, como si estuvieran ante el arca, consultan al Señor, y lo que primero escuchan en silencio interiormente, lo manifiestan después actuando exteriormente. Para servir sin ofensa en los oficios exteriores, se preocupan incesantemente por recurrir a los secretos del corazón; y así escuchan la voz de Dios como en un sueño, mientras en la meditación de la mente se abstraen de los movimientos carnales. De ahí que la esposa en el Cantar de los Cantares escuchara la voz del esposo como en un sueño, diciendo: Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V, 2). Como si dijera: Mientras adormezco los sentidos exteriores de las preocupaciones de esta vida, con la mente libre conozco más vivamente lo interno. Duermo afuera, pero mi corazón vela adentro, porque mientras no percibo lo exterior, aprehendo diligentemente lo interior.

39. Solo de manera oscura y como en una visión nocturna, contemplamos lo divino e interno. Por eso, Eliú dice acertadamente que Dios habla a través de sueños, y añade apropiadamente:

En visión nocturna. La visión nocturna suele aparecer en la contemplación de la mente bajo ciertas imágenes. En la luz del día vemos con más certeza, pero en la visión nocturna vemos con vacilación. Y dado que todos los santos, mientras están en esta vida, contemplan los secretos de la naturaleza divina como bajo una cierta imaginación, ya que aún no los contemplan de manera más manifiesta como son, Eliú, después de decir que Dios nos habla a través de sueños, añade: En visión nocturna. La noche es, en efecto, la vida presente, en la cual, mientras estamos, al contemplar lo interno, nos oscurecemos bajo una imaginación incierta. El profeta, al ver al Señor, sentía que una cierta oscuridad lo oprimía, diciendo: Mi alma te ha deseado en la noche (Isaías 26, 9). Como si dijera: En esta oscuridad de la vida presente deseo verte, pero aún estoy circunscrito por la nube de la debilidad. David también, evitando la oscuridad de esta noche, esperando la claridad de la verdadera luz, dice: Por la mañana estaré ante ti, y veré (Salmo 5, 5). Aún en la noche se ve menos, quien desea ver a Dios en la mañana futura. Y como hemos dicho, cesar de la acción exterior es dormir, Eliú añade acertadamente: Cuando el sueño cae sobre los hombres. Y como los hombres santos, cuando no sirven a la acción exterior, descansan en los lechos de la mente, añade apropiadamente: Y duermen en su lecho. Para los hombres santos, dormir en el lecho es descansar en el lecho de su mente. Por eso está escrito: Los santos exultarán en gloria, se alegrarán en sus lechos (Salmo 149, 5). Se dice, entonces, que Dios nos habla una vez a través de sueños en visión nocturna, cuando el sueño cae sobre los hombres, y duermen en su lecho, porque ciertamente entonces reconocemos los secretos de la divinidad, cuando nos separamos de la tumultuosa concupiscencia de este mundo en los lechos de nuestra mente. Y como hemos dicho a menudo, el tumulto de los negocios mundanos cierra el oído del corazón, y el descanso de la consideración secreta lo abre, añade apropiadamente:

VERS. 16.---Entonces abre los oídos de los hombres, y al instruirlos, los enseña con disciplina.

40. Los que cesan de las obras exteriores son instruidos en la compunción. Pues cuando se apartan de las acciones externas, con oído atento escuchan las causas del examen interior. Al considerar con detalle tanto los castigos públicos como los juicios ocultos, no dejan de afligirse llorando. Por eso se ha dicho acertadamente: Y la disciplina que los instruye los educa, porque para la mente que reflexiona y se lacera a sí misma mediante la penitencia, los lamentos de la compunción son como ciertos golpes de azote. Por eso también Salomón, uniendo correctamente la fuerza de ambos golpes, dice: El cardenal de una herida limpia el mal, y las llagas en lo más íntimo del vientre (Prov. XX, 30). Pues a través del cardenal de la herida, insinúa la disciplina de la corrección corporal. Las llagas en lo más íntimo del vientre son las heridas internas de la mente, que se producen por la compunción. Así como el vientre lleno de alimentos se expande, de igual manera la mente, dilatada por pensamientos perversos, se eleva. Por lo tanto, limpian el mal tanto el cardenal de la herida como las llagas en lo más íntimo del vientre, porque la disciplina exterior diluye las culpas y la compunción de la penitencia atraviesa con venganza la mente expandida. Pero estas dos cosas difieren entre sí en que los golpes de las heridas duelen, mientras que los lamentos de la compunción son sabios. Aquellos afligen y atormentan, estos restauran mientras afligen. A través de aquellos hay tristeza en la aflicción, a través de estos hay alegría en la tristeza. Sin embargo, dado que la misma compunción lacera la mente, no es inapropiado llamar a esa compunción disciplina.

41. Cuatro maneras en que los justos son afectados por la compunción; demostrado con el ejemplo de Pablo y David.---Existen cuatro cualidades por las cuales el alma de los hombres justos es profundamente afectada en la compunción: cuando recuerdan sus males,

considerando dónde estuvieron; o temen la sentencia de los juicios de Dios, y reflexionan sobre dónde estarán; o cuando, observando atentamente los males de la vida presente, consideran con tristeza dónde están; o cuando contemplan los bienes de la patria celestial, que aún no han alcanzado, y lamentan dónde no están. Pablo recordaba sus males y se afligía por ellos, considerando dónde había estado, cuando decía: No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). Nuevamente, al considerar sutilmente el juicio divino, temía estar mal en el futuro, diciendo: Castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado (I Cor. IX, 27). También pensaba en los males de la vida presente cuando decía: Mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 6). Y: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 23). Y nuevamente consideraba los bienes de la patria eterna, diciendo: Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido (I Cor. XIII, 12). Y otra vez: Sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos (II Cor. V, 1). Contemplando los bienes de esta casa, dice a los Efesios: Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros, los que creemos (Ephes. II, 18). Considerando los males de la vida presente, el bienaventurado Job dice: La vida del hombre en la tierra es una tentación (Job. VI, 1). Por lo cual también David dice: Toda vanidad es todo hombre viviente (Psal. XXXVIII, 6). Y aunque el hombre camine a imagen de Dios, sin embargo, se turbará en vano. Quien nuevamente, contemplando la patria eterna, y considerando estos males en los que estaba, y aquellos bienes en los que aún no estaba, dice: ¡Ay de mí! porque mi peregrinación se ha prolongado (Psal. CXIX 5). Y, Dije en mi temor: he sido arrojado de la presencia de tus ojos (Psal. XXX, 23). Elevado en éxtasis, lo que nuestros intérpretes propiamente llamaron temor, vio que había sido arrojado de la presencia de los ojos de Dios. Después de la visión de la luz interna, que brilló en su alma por la gracia de la contemplación con un rayo de claridad, regresó a sí mismo; y al percibir el conocimiento, encontró tanto los bienes de los que carecía allí, como los males que aquí le acompañaban. Pues nadie puede ver los males de la vida presente tal como son, si aún no puede tocar los bienes de la patria eterna por el gusto de la contemplación. Por lo cual también reconoció que había sido arrojado de la presencia de los ojos de Dios. Elevado, vio lo que al regresar a sí mismo no podía ver de sí mismo aquí, y gimió.

42. Efectos de la compunción en los perfectos.---Esta compunción suele afectar de manera más íntima al alma perfecta, con la cual disipa todas las imaginaciones corporales que insolentemente se le presentan, y se esfuerza por fijar el ojo del corazón en el mismo rayo de luz incircunscripta. Estas formas de figuras corporales las ha atraído hacia sí desde la debilidad del cuerpo. Pero el alma perfectamente compungida vigila aquí con sumo cuidado, para que, cuando busca la verdad, la imaginación de una visión circunscripta no la engañe, rechazando todas las imágenes que se le presentan. Porque, al haber caído por ellas hacia abajo, intenta ir por encima de sí misma sin ellas; y después de haberse dispersado indebidamente en muchas cosas, se esfuerza por recogerse en una sola, para que, si prevalece con gran fuerza de amor, contemple lo que es uno e incorpóreo.

43. El sabor de la contemplación solo afecta la mente de manera fugaz. De aquí surgen los piadosos gemidos, aunque carecen de deleite. En ocasiones, se permite acceder a una dulzura inusitada del sabor interior, y de alguna manera, renovada por un espíritu ardiente, se siente

impulsada; y cuanto más saborea lo que ama, más anhela. Y dentro de sí misma desea aquello que siente dulce en su interior, porque, por el amor a esa dulzura, se ha vuelto insignificante ante sí misma; y después de haber podido percibirlo de alguna manera, descubre lo que había sido sin ello. Intenta aferrarse a ello, pero su debilidad aún la rechaza de su fortaleza; y como no puede contemplar su pureza, encuentra dulce llorar, y derrama lágrimas de su debilidad sobre sí misma al caer. Pues no puede fijar el ojo de la mente en lo que ha vislumbrado fugazmente en su interior, ya que el hábito de su antigüedad la obliga a descender. En medio de esto, suspira, se agita, intenta elevarse sobre sí misma, pero, vencida por el cansancio, recae en sus familiares tinieblas. Por lo tanto, el alma así afectada soporta una grave lucha contra sí misma, y como toda esta controversia sobre nosotros, aunque mezclada con deleite, produce no poco dolor, Eliú, después de haber dicho que Dios nos habla en sueños y que su locución abre nuestros oídos, con razón llama a esta apertura de oídos disciplina, porque al afectarnos más, nos quebranta, cuanto más el sonido de la inteligencia interna irrumpe en nosotros por la gracia oculta de su inspiración. Pues nadie lloraría externamente lo que es, si no pudiera sentir internamente lo que aún no es. Porque cuando nos miramos a nosotros mismos bien creados, pero engañados por la perniciosa persuasión diabólica, observamos en nosotros mismos que hay una diferencia entre lo que hemos hecho y lo que hemos llegado a ser; íntegros por condición, pero viciados por culpa. Por lo tanto, compungidos, deseamos evitar lo que hemos hecho, para ser reformados a lo que fuimos hechos. Por eso, sigue adecuadamente:

CAPÍTULO XXII [Al. XXII].

VERS. 17.---Para apartar al hombre de lo que ha hecho, y librarlo de la soberbia.

44. Con la compunción nos apartamos de los pecados cometidos anteriormente y nos liberamos del orgullo. ¿Qué ha hecho el hombre por sí mismo sino pecar? Y está escrito: El principio de todo pecado es el orgullo (Eclo. 10, 15). Por lo tanto, se dice bien que el hombre, al apartarse de lo que ha hecho, se libera del orgullo. Pues enorgullecerse contra el Creador es transgredir sus mandamientos pecando, ya que es como si rechazara el yugo de su dominio, al que desprecia someterse por obediencia. Pero, por el contrario, quien desea evitar lo que ha hecho, reconoce lo que ha sido hecho por Dios, y regresa humildemente al orden de su condición, mientras huye de sus propias obras, amándose tal como fue creado por Dios. Y dado que por esta comprensión se recibe la gloria eterna y se evitan los castigos eternos, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XXIII [Rec. XIV].

VERS. 18.---Librando su alma de la corrupción, y su vida, para que no pase al filo de la espada.

45. Así se libra el alma de la corrupción y de la espada del juicio divino. Todo pecador, en efecto, es obligado a pasar de esta corrupción de los vicios a la espada de los castigos, para que de aquello en lo que aquí se deleitó injustamente, allí sea justamente atormentado. Es de notar, por tanto, que Dios, al hablarnos en sueños, primero nos libera de la corrupción y luego de la espada, porque ciertamente arrebató allí la vida de la venganza del castigo a aquel cuya mente aquí aparta del deleite del pecado. Pues no tiene allí nada que temer de la espada de la sentencia, aquel a quien aquí, después de su enmienda, la corrupción de la culpa no ha contaminado. Por tanto, se dice bien: Librando su alma de la corrupción, y su vida, para que

no pase a la espada. Porque pasar de la corrupción a la espada es llegar a soportar los castigos después de haber cometido los vicios. Sigue:

CAPÍTULO XXIV [Ant. XXIII, Rec. XV].

VERS. 19.---También lo reprende a través del dolor en el lecho, y hace que todos sus huesos se consuman.

46. En la vida presente, todo descanso que nos preparamos está turbado por tentaciones. En cualquier retiro no podemos vivir sin tentaciones. En la Sagrada Escritura, el lecho, o camilla, o lecho, a veces se toma como el placer de la carne, a veces como el reposo en las buenas obras, a veces como el descanso temporal. ¿Qué significa cuando en el Evangelio el Señor dice a un cierto sanado: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa (Juan V, 8), sino que por la camilla se designa el placer del cuerpo? Y ciertamente se ordena que lo lleve sano, donde yacía enfermo, porque sin duda todo el que aún se deleita en los vicios, yace enfermo en los placeres de la carne. Pero el sanado lo lleva donde yacía enfermo, porque, rescatado por la ayuda divina de los vicios, posteriormente tolera las humillaciones de la misma carne, en cuyos deseos antes descansaba. Nuevamente, por el lecho o camilla se designa el reposo en las buenas obras. De donde en los Hechos de los Apóstoles, el apóstol Pedro dice: Eneas, el Señor Jesucristo te sana; levántate y haz tu cama (Hechos IX, 34). ¿Qué significa decir, Levántate, sino, abandona los males que perpetraste? Y ¿qué significa decir, Haz tu cama, sino, obra las causas de la recompensa en las que debes descansar? para que al levantarse abandone lo que hizo, y al hacer su cama encuentre lo que ha hecho. Lo cual el Profeta comprende brevemente, diciendo: Apártate del mal y haz el bien (Salmo XXXVI, 27). Apartarse del mal es levantarse de donde yacía; hacer el bien es preparar las obras de recompensa, en las que debe descansar. Porque quien se aparta del mal, pero aún no hace el bien, se ha levantado de donde yacía, pero aún no ha preparado donde debe descansar. Y nuevamente, el lecho o camilla se toma como descanso temporal, como está escrito: Has cambiado todo su lecho en su enfermedad (Salmo XL, 4). Pues cuando alguien, fatigado por las preocupaciones mundanas, es movido por la gracia divina a abandonar los caminos laboriosos de este mundo, suele pensar en cómo huir de los deseos de la vida presente y descansar de sus trabajos, y pronto busca el orden de la quietud deseada, y como un cierto lecho, así anhela encontrar un lugar de cesación de todos los trabajos. Pero porque en esta vida, aún estando el hombre en cualquier lugar de orden, en cualquier retiro secreto, no puede vivir sin tentaciones, a menudo en aquello que se construye para el descanso, se encuentra un mayor dolor de tentación. De donde rectamente se dice por el Profeta: Has cambiado todo su lecho en su enfermedad. Como si dijera: Todo lo que aquí se preparó para el descanso, lo has cambiado para él, por juicio oculto, en perturbación. Lo cual se hace por el piadoso consejo de Dios, para que en el tiempo de esta peregrinación la vida de los elegidos sea turbada.

[Vet. XXIV.] 47. Aquí, por el óptimo consejo de Dios, somos afligidos para que no amemos el camino más que la patria. En efecto, la vida presente es el camino por el cual nos dirigimos hacia la patria; y por eso, aquí, por un juicio oculto, somos frecuentemente perturbados para que no amemos el camino más que la patria. Sucede que algunos viajeros, al contemplar quizás prados hermosos en el camino, se demoran en continuar y se desvían de la rectitud del camino emprendido, y la belleza del camino retrasa sus pasos, mientras les deleita. Por lo tanto, el Señor hace áspero el camino de este mundo para sus elegidos que se dirigen hacia Él, para que, mientras cada uno se alimenta del descanso de la vida presente, como de la belleza del camino, no le agrada más seguir por mucho tiempo que llegar pronto; para que, mientras se deleita en el camino, no olvide lo que deseaba en la patria. Por lo tanto, ya que en

esta vida toda nuestra tranquilidad, que quizás hemos preparado, es turbada, se dice correctamente: También reprende con dolor en el lecho, es decir, en el descanso de la vida presente nos perturba con los estímulos de la tentación o con la aflicción del castigo. Pues a menudo el alma humana, aunque por breve tiempo esté sin tentación en buenos estudios, pronto se eleva por esos mismos estudios en los que se ejercita descansando, por esas mismas virtudes en las que se esfuerza por multiplicarse, mientras siente que progresa. Por lo cual, por la piadosa moderación de nuestro rector, es afectada por el impulso de la tentación, para que en ella se reprima la misma elevación de su progreso. Por eso, después de haber dicho: También reprende con dolor en el lecho, añadió adecuadamente [Rec. XVI]: Y hace que todos sus huesos se marchiten.

48. A través de la tentación conocemos qué podemos hacer con nuestras propias fuerzas y qué con el don divino. En la Sagrada Escritura, los huesos representan las virtudes, como está escrito: "El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrantado" (Salmo XXXIII, 21). Esto, por supuesto, no se refiere a los huesos del cuerpo, sino a las fuerzas de la mente. Pues ciertamente sabemos que los huesos de muchos mártires fueron quebrados corporalmente, y los perseguidores del Señor quebraron las piernas de aquel ladrón a quien se le dijo: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas XXIII, 43), al igual que las del otro ladrón en la cruz. Así, cuando nos reprende a través del dolor en el lecho, hace marchitar todos los huesos, porque cuando en ese descanso que nos preparamos de este mundo somos afligidos por el látigo de la tentación, aquellos que quizás podríamos habernos envanecido de nuestras virtudes, nos debilitamos por el tedio de nuestra conocida debilidad. Pues cuando progresamos hacia Dios como deseamos, si ninguna tentación golpeará nuestro progreso, creeríamos que somos de alguna fortaleza. Pero porque se actúa con nosotros por disposición celestial, para que recordemos nuestra debilidad cuando progresamos, tentados, y en nuestro progreso sepamos qué es del don divino, y en la tentación qué es de nuestras propias fuerzas. Ciertamente, la tentación nos arrastraría por completo, si la protección celestial no nos guardara. Pero golpea, no rompe; empuja, no mueve; sacude, no derriba, para que sintamos que es por nuestra debilidad que somos sacudidos, y por el don divino que permanecemos firmes. Y porque a menudo el alma, consciente de algún bien en sí misma, cuando recuerda sus virtudes, se alimenta con cierta delectación, y se engorda con una especie de gratulación de su propia plenitud, se dice bien que cuando la tentación golpea, los huesos se marchitan, porque cuando la tentación interroga y se reconoce la propia debilidad, toda esa gratulación de nuestras fuerzas, como si fuera una grasa verde, se seca de repente con la tristeza de la ansiedad, y aquellos que creíamos ser de algún valor al considerar nuestros bienes, golpeados un poco más, tememos ya perecer. Entonces toda la alegría de nuestros bienes se convierte en temor de penas. Entonces nos descubrimos inicuos, quienes poco antes creíamos ser santos. La mente se consume, los ojos se asombran, todo lo que antes parecía próspero se desvanece; la misma luz es fastidiosa, y solo las tinieblas del dolor se derraman en el alma; no se ve nada que deleite, todo lo que ocurre es triste. Por lo tanto, sigue adecuadamente:

CAPÍTULO XXV [Rec. XVII].

VERS. 20.--- El pan se le hace abominable en su vida, y el alimento antes deseable a su alma.

49. En la Sagrada Escritura, el pan significa muchas cosas: 1º Cristo; 2º la gracia; 3º la doctrina sagrada; 4º la predicación de los herejes; 5º el sustento de la vida presente; 6º el placer de la delectación humana. Como si dijera abiertamente: El alma afligida considera que todo lo que antes la saciaba con dulzura y gusto se convierte en amargura para ella. [Vet.

XXV.] En la Sagrada Escritura, el pan a veces se toma como el mismo Señor, a veces como la gracia espiritual, a veces como la enseñanza de la doctrina divina, a veces como la predicación de los herejes, a veces como el sustento de la vida presente, a veces como el placer de la delectación humana.

En el pan se signa el Señor, como Él mismo dice en el Evangelio: Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo (Juan 6, 51).

De nuevo, por el pan se recibe la gracia del don espiritual, como se dice por el profeta: "El que tapa sus oídos para no oír de sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal, éste habitará en las alturas: su refugio será la fortaleza de las rocas, se le dará pan" (Isaías 33, 15). ¿Qué significa tapar sus oídos para no oír de sangre, sino no prestar consentimiento a los pecados que, persuadiendo, nacen de la sangre y la carne? ¿Y qué significa cerrar los ojos para no ver el mal, sino no aprobar todo lo que es contrario a la rectitud? Éste habitará en las alturas, porque aunque la carne aún lo retiene en lo bajo, ya ha fijado su mente en lo alto. Su refugio será la fortaleza de las rocas, porque quien pisa los deseos despreciables de la vida terrena, se eleva hacia la patria celestial siguiendo el ejemplo de los padres precedentes. Y porque se sacia con la gracia espiritual a través del don de la contemplación, se añade apropiadamente: "Se le dará pan", es decir, percibe la renovación de la gracia espiritual, porque se suspende de los bienes inferiores esperando los celestiales. De aquí también el Señor dice por David sobre la santa Iglesia: "A sus pobres los saciaré de panes" (Salmo 131, 15), porque en ella las mentes de los humildes se llenan con la renovación de los dones espirituales.

De nuevo, el pan de la doctrina divina representa la instrucción, como se dice por el profeta: "Vosotros que habitáis en la tierra del Sur, salid al encuentro del fugitivo con panes" (Isaías XXI, 14). En la tierra del Sur habitan aquellos que, situados en la santa Iglesia, son inspirados por la caridad del Espíritu Santo. Huye, sin embargo, quien desea escapar de los males de este mundo. Por lo tanto, quien habita en la tierra del Sur debe salir al encuentro del fugitivo con panes, es decir, aquel que ya está lleno del Espíritu Santo dentro de la Iglesia debe consolar con palabras de instrucción a quien se esfuerza por evadir sus males. Salir al encuentro del fugitivo con panes significa ofrecer las enseñanzas sagradas como alimento a quien teme los castigos eternos, a veces reprimiendo el orgullo con temor, a veces aliviando el miedo con exhortación. Porque el pan como alimento de la Sagrada Escritura no se entiende inadecuadamente, se dice por el mismo profeta a los judíos que solo guardan la letra: "¿Por qué gastáis dinero en lo que no es pan?" (Isaías LV, 2). Como si dijera: Consideráis las palabras sagradas, pero no como alimento, porque al guardar solo la apariencia de la letra, perdéis la riqueza de la comprensión espiritual y la nutrición interna. Por eso, se añade adecuadamente: "Y vuestro trabajo no en saciedad" (Ibid.).

[Vet. XXVI.] Nuevamente, a través del pan de los herejes se designa la predicación, así como por medio de Salomón, la mujer que lleva el tipo de la iglesia herética, y convocando a los necios, dice: Comed con gusto los panes ocultos (Prov. IX, 17). O, como está escrito en nuestra traducción: Las aguas robadas son más dulces, y el pan escondido es más sabroso. Existen algunas herejías que temen abiertamente predicar lo que sienten, y en las mentes de los débiles aderezan sus palabras tanto más cuanto que las ocultan con mayor reverencia. Por lo tanto, no sin razón se dice: Comed con gusto los panes ocultos. Pues para los corazones miserables, las palabras ocultas de los herejes son tanto más sabrosas cuanto menos se comparten con los demás.

De nuevo, a través del pan se recibe el sustento de la vida presente, como cuando Jacob, al dirigirse a Labán, dijo: "Señor Dios, si me das pan para comer y vestido para vestir" (Génesis 28, 20). Y como en el Evangelio el Señor dice a las multitudes que lo seguían: "Me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado" (Juan 6, 26). Pues de siete panes habían sido saciados. Y a través de su persona, el Señor detesta a aquellos dentro de la santa Iglesia que, acercándose al Señor por los sagrados órdenes, no buscan en esos mismos órdenes los méritos de las virtudes, sino el sustento de la vida presente; ni piensan en qué deben imitar viviendo, sino en qué ganancias al recibir se saciarán. Seguir al Señor saciados de los panes es haber tomado de la santa Iglesia los alimentos temporales. Y no es por las señales que se busca al Señor, sino por los panes, anhelar el oficio de la religión, no para aumentar las virtudes, sino para buscar los subsidios.

De nuevo, a través del pan se recibe la alegría de la delectación humana. Por eso, el profeta Jeremías, mientras lamentaba las costumbres perdidas de la sinagoga, dijo: "Todo su pueblo gime y busca pan; dieron sus cosas preciosas por comida para reanimar el alma" (Lam. 1, 11). En efecto, el pueblo que gime busca pan, mientras la multitud de hombres perversos se aflige, porque no se sacia con la alegría de la vida presente según su deseo. Y también da sus cosas preciosas por comida, porque inclina las virtudes de la mente hacia el apetito de la delectación transitoria. Y se esfuerza por reanimar el alma, porque intenta satisfacer sus deseos perversos. Por eso, bien se añade inmediatamente la voz de esa multitud elegida: "Mira, Señor, y considera que me he vuelto vil" (Lam. 1, 11). En efecto, el pueblo de Dios se vuelve vil cuando, al crecer el número de los perversos, no sigue lo supremo y celestial, sino lo abyecto y terrenal.

[Vet. XXVII.] 50. Todo lo que tiene sabor, por la fuerza de la tentación se vuelve amargo. Así pues, ¿qué otra cosa llama Eliú pan sino la delectación de la vida presente? Después de expresar la fuerza de la tentación, inmediatamente añadió: "Le resulta abominable en su vida el pan, y el alimento antes deseable para su alma", porque evidentemente todo lo que antes de esa prosperidad de vivir sabía dulce, después por la fuerza de la tentación se vuelve amargo. A veces, en verdad, cualquier cosa que parecía favorecer la alegría o la virtud, de repente se pierde en el temor de la tentación, y como si despojado de esas mismas virtudes, el alma triste es poseída solo por la tristeza. Pues cuando es afectada un poco más intensamente por el impulso de la tentación, al no poder ejercer la fuerza de la fortaleza habitual, la lamenta como perdida, y sintiéndose vacía de sí misma, reconoce su debilidad por su propia inanidad. Por lo tanto, pronto se quiebra de toda alegría; y rechazando los manjares de la alegría anterior, se sacia con el luto que solo desea. Pues cada uno se alegra cuando la prosperidad de vivir bien le sonríe, y esa misma alegría refresca el alma como un alimento deseable. Pero cuando es golpeado por una tentación que se aproxima un poco más, todo gozo es rechazado de su mente por el hastío de la tristeza, que antes se alegraba como saciada por ese mismo gozo. Por lo tanto, cuando el hombre tentado rechaza de la boca del corazón todo alimento de delectación, y nada le deleita más que conocerse a sí mismo y llorar, se dice bien: "Le resulta abominable en su vida el pan, y el alimento antes deseable para su alma".

51. Utilidad de las tentaciones y de los castigos.---Pero, como dijimos anteriormente (Num. 48), por la moderación de una disposición oculta se nos permite ser tentados de tal manera, que quienes progresamos en virtud por don divino, también recordemos lo que somos por nuestra propia debilidad; y quienes, al recibir el don, realizamos obras de virtud, ofrezcamos el sacrificio de la humildad al recordar nuestra debilidad. Sin embargo, a veces, después del progreso en las fuerzas, no solo nos tientan los vicios, sino que también los castigos nos corrigen. Cuando somos tentados por los vicios, se actúa con piadosa disposición con

nosotros, para que no nos enorgullezcamos de las virtudes en las que progresamos. Pero cuando somos abatidos por los castigos, somos advertidos por los males que increpan para que no seamos seducidos por el mundo que halaga. Los vicios, al tentarnos, humillan las virtudes que progresan en nosotros; los castigos, al tentarnos, erradican los placeres del corazón de este mundo que surgen. A través de los vicios que nos tientan, aprendemos lo que somos; a través de los castigos que nos hieren, reconocemos de qué debemos huir en este mundo. Por aquellos somos restringidos, para que no nos enorgullezcamos internamente; por estos somos reprimidos, para que no deseemos nada externamente. Por tanto, mientras estamos en esta vida, es necesario ser abatidos por los castigos y, a veces, ser tentados por los vicios. Pues ya sea en los trabajos de los castigos o en la lucha contra los vicios, no solo se nos revela nuestra debilidad, sino que también reconocemos cuánta virtud hemos alcanzado. (Rec. XVIII.) Nadie, en efecto, conoce sus fuerzas en la paz. Si faltan las guerras, no se manifiestan las pruebas de las virtudes. Es un soldado imprudente el que se gloria de ser fuerte en la paz. (Vet. XXVIII.) Por lo tanto, ya que a menudo los méritos de las fuerzas se revelan a través de las adversidades de los castigos, Eliú añade apropiadamente, diciendo:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 21.---Se consumirá su carne, y los huesos que estaban cubiertos serán descubiertos.

32. Nadie sabe cuánto ha progresado, a menos que lo reconozca entre las adversidades. Pues cuando las aflicciones nos presionan y todo placer exterior se desvanece, se desnudan los huesos de la fortaleza interior. ¿Qué se entiende aquí por carne sino el mismo deleite carnal? ¿O qué se designa por huesos sino las virtudes del alma? Se debilita, por tanto, la carne y se desnudan los huesos, porque mientras la delectación carnal se atenúa por las aflicciones que nos corrigen, se manifiestan las fuertes virtudes que antes parecían ocultas bajo la carne. Nadie, en efecto, sabe cuánto ha progresado sino entre las adversidades. Pues cuando hay prosperidad, no se pueden ver las pruebas de la fuerza. Por eso está escrito en otro lugar: En el día mandó el Señor su misericordia, y de noche la declaró (Sal. XLI, 9); porque, evidentemente, cada uno recibe la gracia del don supremo en la tranquilidad de la paz, pero muestra cuánto ha recibido en la adversidad de la perturbación. Que se debilite, pues, la carne, para que se desnuden los huesos. Seamos golpeados por las correcciones paternas, para que reconozcamos cuánto hemos progresado. Pues con los azotes del Señor se debilita la gordura del deleite carnal, pero se manifiestan los huesos de nuestras virtudes. Nuestra gloria exterior se mancilla con la misma adversidad de este mundo, pero se muestra lo que en nosotros estaba oculto interiormente. Pues cuando los apóstoles fueron azotados, se les ordenó que no hablaran más en el nombre de Jesús, pero se alegraron con gran regocijo de haber sido considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús, y respondieron con confianza a sus adversarios: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hech. V, 29). He aquí que entre las adversidades resplandeció más vigorosamente la fortaleza de la fe; he aquí que se cortó la integridad de la carne, pero se revelaron los huesos de las virtudes. De ellos se dice en la Sabiduría: Dios los probó y los halló dignos de sí (Sab. III, 5). Fueron probados, en efecto, por la adversidad de los golpes, pero fueron hallados dignos por la desnudez de los huesos. Pues como esta es la prueba que se les aplica con los azotes, se declara abiertamente allí, cuando sigue: Como oro en el horno los probó, y como sacrificio de holocausto los aceptó (Sab. III, 6). Porque, por tanto, las fuerzas de cada uno no se manifiestan sino a través de las adversidades, se dice bien: Pues su carne se debilitará, y los huesos que estaban cubiertos se desnudarán. Pues la carne se debilita cuando todo lo que es fluido e inestable se desgasta con los azotes. Se desnudan los huesos cuando a través de esto se revela en nosotros incluso lo que estaba oculto y es fuerte. Porque, como se dijo

anteriormente, en la misma adversidad de la tentación no solo se descubre la fortaleza de la fortitud, sino que también se reconoce la debilidad de la humanidad, y cada tentado muestra cuánto ha progresado en Dios, pero en las mismas aflicciones de los azotes también reconoce cuánto es débil en sí mismo, porque no solo se desnudan los huesos, sino que también se debilita la carne, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XIX].

VERS. 22.--- Se acercará su alma a la corrupción, y su vida a los que causan la muerte.

53. Nos liberamos de la corrupción cuando parece más inminente en la tentación. Pues se dice que el alma de cada justo, cuando es tentada, se aproxima a la corrupción, ya que, para que la virtud no pueda elevarla, es obligada a sentir lo que es por su propia debilidad. Evidentemente, se aproxima a la corrupción porque no ignora que, por sus propias fuerzas, está cerca de la perdición, de modo que lo que está lejos de la perdición no lo atribuye a sí misma, sino al Señor. Se aproxima, en verdad, a lo mortal, porque debido a la debilidad de la carne se ve próxima a los pecados que traen la muerte, de los cuales, por el don divino, se aleja tanto más cuanto más se descubre próxima a ellos por sus propios méritos. David se había aproximado a la corrupción por la contemplación de su condición cuando decía: "Acuérdate, Señor, que somos polvo: el hombre, sus días son como la hierba" (Salmo 102, 15). También Pablo se había aproximado a lo mortal por la contemplación de su propia debilidad cuando decía: "Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Rom. 7, 23). Aproximarse, por tanto, a la corrupción y a lo mortal es, al considerar la debilidad de su humanidad, verse a sí mismo como pecador por sus propios méritos y no tener arrogancia en sus propias fuerzas. ¿Qué somos, en efecto, si somos abandonados por la protección de nuestro Creador? Esta protección, por cierto, se considera menos necesaria si siempre se tiene. Pero a menudo se retira de manera útil, para que el hombre se muestre a sí mismo cuánto es nada sin ella. La mano de Dios, por tanto, a veces nos insinúa a nosotros mismos a través de las adversidades, que incluso sin saberlo nos lleva en los momentos prósperos. Cuando somos privados de ella y comenzamos a caer, y sin embargo somos sostenidos, se convierte en enseñanza lo que tememos en la caída, y en custodia lo que permanecemos en el estado.

760 54. Nunca debemos confiar en nuestras propias fuerzas.---Por lo tanto, que nadie se considere poseedor de alguna virtud, incluso cuando puede hacer algo con valentía, porque si la protección divina lo abandona, de repente se derrumba débilmente allí donde se gloriaba de estar firmemente. ¿Qué es lo que el hombre de Dios, enviado a profetizar contra el altar de Samaria en presencia del rey, ejerció con autoridad de voz libre, y el brazo extendido del mismo rey fue milagrosamente paralizado, aunque pronto fue misericordiosamente restaurado a la salud (III Reyes XIII, 4)? ¿Quién, invitado a comer en su casa, se negó, porque guardó los mandamientos de la prohibición del Señor de no comer en el camino? Sin embargo, en el mismo camino fue seducido y comió, y después de haber comido, pereció. ¿Qué deducimos con una consideración sutil en este asunto, qué, por así decirlo, tememos sospechar, sino que tal vez en su interior se gloriaba en silencio de haber despreciado al rey por los mandamientos del Señor? Por lo cual, pronto fue sacudido desde su solidez interna; y de ahí le sobrevino la culpa en la obra, de donde surgió la gloria en su corazón, para que, engañado por las palabras del falso profeta, aprendiera que no fue por su propia fortaleza que resistió las palabras del rey. Sin embargo, recibió la sentencia de muerte de la boca de aquel por cuya seducción se desvió del mandamiento de vida, para que recibiera justamente el castigo de donde había

cometido la culpa con negligencia. Porque, por lo tanto, la gracia divina guarda y enseña más a cada uno de sus elegidos cuando, como si golpeará, parece abandonarlo, se dice correctamente: Se acercará su alma a la corrupción, y su vida a los mortales, para que, al considerarse cercano a la muerte por sus propias fuerzas a través de las adversidades, viva más sólidamente huyendo al refugio de la esperanza divina en todo lo que haya hecho con valentía.

LIBRO VIGÉSIMO CUARTO. Se exponen los últimos once versículos del cap. XXXIII, y los primeros dieciocho del cap. XXXIV, y se enseñan cosas notables sobre Cristo mediador, sobre la contemplación, sobre el orden de la conversión, y sobre el oficio pastoral.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Todos, incluso los elegidos, están sujetos a tentaciones.---Eliu, insinuando la fuerza de la disposición divina, mencionó la aflicción de cada uno de los elegidos, diciendo: Se acercará su alma a la corrupción, y su vida a los que causan la muerte. Y al mostrar a un hombre tentado, revela en qué tentación se encuentra toda la humanidad; y al narrar lo que ocurre específicamente en cada individuo, claramente indica lo que sucede en general en todos. Así expresó la tentación de algunos, propiamente de cada uno, para que pueda entenderse también universalmente de todos. Pues todo el género de los elegidos en esta vida se ve afectado por el tedio de este trabajo. Por lo tanto, inmediatamente añadió a esta pestilencia general el remedio general de la medicina, diciendo:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXIII, VERS. 23, 24.---Si hay un ángel que hable por él, uno de entre mil, para anunciar al hombre su rectitud, se apiadará de él.

[Rec. II.] 2. Cristo, Dios y hombre, intercede ante Dios por los hombres. Economía de la encarnación.---¿Quién es este ángel, sino aquel que es llamado por el profeta: Ángel del gran consejo (Is. IX, 6, según la LXX)? Porque en la lengua griega, evangelizar se dice anunciar, el Señor, anunciándose a sí mismo, es llamado ángel. Y bien dice: Si hubiera un ángel que hablara por él, porque, como dice el Apóstol, también intercede por nosotros (Rom. VIII, 34). Pero escuchemos qué dice por nosotros: Uno de los semejantes. Es costumbre en la medicina que a veces se curen los semejantes con semejantes, y otras veces los contrarios con contrarios. Pues a menudo lo caliente se cura con lo caliente, lo frío con lo frío; pero también a menudo lo frío se cura con lo caliente, y lo caliente con lo frío. Viniendo, pues, a nosotros desde lo alto, nuestro médico, encontrándonos oprimidos por tantas enfermedades, nos aplicó algo semejante y algo contrario. A los hombres vino como hombre, pero a los pecadores como justo. Se unió a nosotros en la verdad de la naturaleza, pero se diferenció de nosotros en el vigor de la justicia. Pues el hombre vicioso no podía ser corregido sino por Dios. Sin embargo, debía ser visto quien corregía, para que, ofreciendo un modelo de imitación, cambiaran su vida de malicia pasada. Pero Dios no podía ser visto por el hombre; por lo tanto, se hizo hombre, para que pudiera ser visto. [Vet. II.] Así, el justo e invisible Dios apareció como hombre visible semejante a nosotros, para que, al ser visto como semejante, curara como justo; y al concordar en la verdad del género con la condición, con la virtud del arte enfrentara la enfermedad.

3. El Señor viniendo en la carne, no asumió la culpa por vicio, ni el castigo por necesidad.---Porque, viniendo en la carne el Señor, no asumió nuestra culpa por vicio, ni el castigo por

necesidad (pues no estando manchado por ninguna mancha de pecado, no pudo ser retenido por la condición de nuestra culpa, y por eso, habiendo vencido nuestra muerte con toda necesidad, la asumió voluntariamente cuando quiso), se dice correctamente que este ángel habla como uno de los semejantes por el hombre tentado, porque no nació como los demás, ni murió así, ni resucitó así. Pues no fue concebido por la cooperación del coito, sino por la venida del Espíritu Santo (Luc. I, 33). Nacido, mostró las entrañas maternas fecundas y las conservó incorruptas. Nuevamente, todos nosotros morimos cuando no queremos, porque estamos constreñidos por la condición de nuestra culpa al pago de la pena; pero él, porque no se mezcló con ninguna culpa, no sucumbió a ninguna pena por necesidad. Pero porque sometió nuestra culpa dominándola, asumió nuestra pena por misericordia, como él mismo dice: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18). También dijo antes: Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Nuevamente, no fue resucitado como los demás, porque nuestra resurrección está diferida hasta el fin del mundo, pero la suya fue celebrada al tercer día. Y nosotros ciertamente resucitamos por él, pues él por sí mismo. Porque siendo Dios, no necesitaba de otro para poder ser resucitado. Por lo tanto, su resurrección difiere de la nuestra en que no resucitamos por nosotros mismos, como él. Porque, siendo simplemente humanos, necesitamos la ayuda superior para poder resucitar. Pero él, siendo Dios, mostró el poder de la misma resurrección con el Padre y el Espíritu Santo, que sin embargo percibió solo en su humanidad. [Vet. III.] Porque el Señor verdaderamente nació, verdaderamente murió, verdaderamente resucitó, en todo, sin embargo, difiere de nosotros en la grandeza del poder, pero solo concuerda con nosotros en la verdad de la naturaleza, se dice bien que este ángel habla como uno de los semejantes por nosotros. Pues aunque en todas sus obras nos trasciende con inmensa virtud, sin embargo, en una cosa no difiere de nosotros, es decir, en la verdad de la forma.

4. Habla al Padre por nosotros, cuando se muestra semejante a nosotros.---Por esto habla al Padre por nosotros, al mostrarse semejante a nosotros. Pues su hablar o interceder es demostrar que Él mismo se hizo hombre por los hombres. Y bien, cuando dijo: Uno de los semejantes habla, inmediatamente añadió: Para anunciar la equidad del hombre. Porque si Él no se hubiera hecho semejante a los hombres, el hombre justo no aparecería ante Dios. De ahí que anuncia nuestra equidad, desde el momento en que se dignó asumir nuestra debilidad. Todos nosotros, en efecto, fuimos contaminados por aquella persuasión enemiga en el contagio de la culpa desde la misma raíz (Génesis III, 5), y no había nadie que, hablando ante Dios por los pecadores, apareciera libre de pecado, porque a todos los nacidos de la misma masa los envolvía igual culpa (Romanos V, 11). Por tanto, vino a nosotros el Unigénito del Padre, asumió de nosotros la naturaleza, sin cometer culpa. Sin pecado, en efecto, debía ser quien pudiera interceder por los pecadores, porque ciertamente no limpiaría las manchas de la contaminación ajena si soportara las propias. Bien se dice, entonces, que en el hecho de aparecer semejante a nosotros, anunció la equidad a los hombres. Intercediendo por los pecadores, se mostró a sí mismo como el hombre justo que merecía indulgencia por otros. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 24.---Se apiadará de él, y dirá: Líbralo, para que no descienda a la corrupción, he hallado en qué serle propicio.

5. Solo Cristo nos ha liberado y ha propiciado a Dios. La fortaleza proviene de la humildad.--El Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, se compadece del hombre al asumir la forma humana (I Tim. II, 5; Filip. II, 7); con esta misericordia, por el hombre

redimido dice al Padre: Líbralo, para que no descienda a la corrupción. Como ya dijimos anteriormente, decir "Líbralo" es demostrar que la naturaleza humana es libre al asumirla. De la misma carne que asumió, también mostró libre a aquella que redimió. Esta carne redimida somos nosotros, que estamos atados por el reconocimiento de nuestra culpa. Pero por la equidad de tan gran Mediador somos liberados, como Él mismo dice: Si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres (Juan VIII, 36). Y bien se dice por este hombre redimido: Que no descienda a la corrupción. [Vet. IV.] Pues anteriormente se había dicho: Su alma se acercará a la corrupción; luego se dice: Que no descienda a la corrupción. Como si dijera: Porque al reconocer su debilidad, no ignora que está próximo a la corrupción, por eso no descienda a la destrucción de la corrupción. Pues justamente descendería a la corrupción si juzgara por sus propias fuerzas estar lejos de ella. Pero porque se acercó humildemente a la corrupción, debe ser liberado misericordiosamente de ella: para que sea fuerte contra los vicios que lo atacan, al reconocer que es débil por sus propios méritos. Porque quien se ensalza sobre sí mismo, se ve agobiado por el peso de su propia altivez; y se hunde en lo más bajo, al caer en el vicio de la soberbia, alejándose de aquel que es verdaderamente excelso; y más busca lo ínfimo, cuanto más se estima unido a lo supremo; como se dice por el profeta al alma que se ensalza: Cuanto más hermosa eres, desciende y duerme con los incircuncisos (Ezequiel XXXII, 19). Porque todo aquel que descuida considerar la fealdad de su debilidad, pero atiende a la gloria de su virtud por el orgullo de la altivez, cuanto más hermoso es, más desciende, porque al ensalzarse por sus méritos, cae en lo más bajo de la destrucción, desde donde se juzgó glorioso. Quien desciende duerme con los incircuncisos, porque en la muerte eterna perece con los demás pecadores. Por tanto, porque este hombre reconoció humildemente que estaba próximo a la corrupción, bien se dice de él: Líbralo, para que no descienda a la corrupción, para que más evada el castigo, cuanto menos dirige sus ojos a la culpa. Y como no había nadie por cuyos méritos el Señor debiera propiciarse con nosotros; el Unigénito del Padre, al asumir la forma de nuestra debilidad, apareció como el único justo, para interceder por los pecadores (Filip. II, 7).

6. Ningún hombre apareció como intercesor justo ante Dios por los hombres.---Y bien dice el ángel hablando a favor de este hombre redimido: He encontrado en quien ser propicio a él. Como si abiertamente el Mediador entre Dios y los hombres dijera: Porque no hubo hombre que apareciera como intercesor justo ante Dios por los hombres, me hice hombre para propiciar a los hombres, y al mostrarme como hombre, encontré en quien justamente ser propicio a los hombres. Y porque el Señor, al asumir la debilidad, soportó nuestra pena muriendo, transformó nuestra corrupción resucitando, bien este ángel añade los flagelos de nuestra mortalidad, y se compadece de ellos, diciendo:

CAPÍTULO IV.

VERS. 25.---Consumida está su carne por los suplicios; que vuelva a los días de su juventud.

7. Al apartarnos de Dios, no encontramos nada más que aquello que nos aflige. En efecto, cuando aquel primer hombre se apartó de Dios, fuimos expulsados de las alegrías del paraíso y caímos en esta miseria de la vida mortal, y sentimos el castigo de nuestra venganza por la grave culpa que cometimos por la persuasión de la serpiente (Génesis III, 23). Pues al caer aquí, no encontramos nada fuera de Dios, excepto aquello que nos aflige. Y porque seguimos la carne a través de la vista de los ojos, somos flagelados por esa misma carne que antepusimos a los mandamientos de Dios. En ella, de hecho, sufrimos diariamente gemidos, en ella sufrimos tormentos, en ella sufrimos la muerte, para que el Señor, en su admirable disposición, convirtiera en castigo aquello por lo que cometimos la culpa; y no hubiera otra

fuelle de censura del suplicio, sino de donde fue la causa del pecado, para que el hombre fuera instruido hacia la vida por la amargura de esa carne, cuya complacencia en la soberbia lo llevó a la muerte.

8. Cristo nos liberó de los sufrimientos de la vida carnal y nos renovó.---Puesto que el género humano estaba oprimido por innumerables sufrimientos de la vida carnal, pero con la venida de nuestro Redentor, tanto los vicios de nuestra corrupción como los tormentos fueron eliminados, se puede decir del hombre redimido: [Vet. V, Rec. IV.] Su carne ha sido consumida por los sufrimientos; que vuelva a los días de su juventud. Como si dijera: La pena de su mortalidad lo ha derribado en una especie de vejez de su antigüedad; que vuelva a los días de su juventud, es decir, que sea renovado en la integridad de su vida anterior, para que no permanezca en aquello en lo que cayó, sino que, redimido, regrese a aquello para lo que fue creado. La Sagrada Escritura a menudo acostumbra a usar la juventud como símbolo de la novedad de vida. Por eso se dice al esposo que viene: Las doncellas te amaron (Cant. I, 3); es decir, las almas de los elegidos renovadas por la gracia del bautismo, que no desfallecen en el uso de la vida antigua, sino que se adornan con la conducta del hombre nuevo. Aquel que decía: He envejecido entre todos mis enemigos (Sal. VI, 8) lamentaba la vejez del hombre viejo que se desmorona entre los vicios. En cambio, otro, exhortando a alegrarse en las virtudes, dice: Alégrate, joven, en tu juventud (Ecl. XI, 9). Como si dijera: Que cada uno fuerte se regocije en su renovación; es decir, que su alegría no se base en el placer de la vida antigua, sino en la virtud de la nueva conducta. Y dado que a esta fortaleza de novedad no somos llamados por nuestras propias fuerzas, sino por la intervención del Redentor, que el ángel interceda por este hombre flagelado diciendo: Que vuelva a los días de su juventud. Y porque mientras nuestro Redentor intercede ante el Padre por nosotros, también nosotros, sacudidos del letargo de la vida anterior, nos encendemos en el deseo de la oración, se añade apropiadamente sobre este hombre redimido:

CAPÍTULO V.

VERS. 26.---Suplicará a Dios, y Él le será propicio.

9. Cristo, al orar por nosotros, nos enciende para que oremos.---Primero menciona al ángel que pide, y luego al hombre, porque si el mismo Señor no hubiera intercedido ante el Padre a través de su encarnación, pidiendo por nuestra vida, nuestra insensibilidad nunca se habría despertado para solicitar lo que es eterno. Pero la oración precedió a su encarnación, para que el despertar de nuestra apatía le siguiera. [Vet. VI, Rec. V.] Y dado que, después de las tentaciones, a menudo después de inmensas amarguras, la luz de la verdad irrumpe en nuestra mente con un gozo oculto; es apropiado que se añada sobre este hombre tentado y suplicante:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y verá su rostro en la juventud.

10. Doble compunción, una que provoca lágrimas de tristeza, otra de alegría. De esta última surge un gozo indescriptible.---Se ha dicho anteriormente (Lib. XXIII, n. 40 y ss.) cómo Dios, al darse a conocer, afecta; ahora se dice cómo, al darse a conocer, alegra. Pues uno se siente compungido de manera diferente cuando, al mirar en su interior, se aterroriza por el miedo a sus males; y de otra manera se siente compungido cuando, al contemplar las alegrías celestiales, se fortalece con una cierta esperanza y seguridad. Aquella compunción provoca lágrimas afligidas y tristes, mientras que esta mueve lágrimas alegres. Se dice júbilo cuando

se concibe en la mente un gozo indescriptible, que no puede ser ocultado ni expresado con palabras; y sin embargo, se manifiesta con ciertos movimientos, aunque no se exprese con propiedades específicas. Por eso, el profeta David, al contemplar que las almas de los elegidos conciben en su mente un gozo tan grande que no pueden expresar con palabras, dice: Bienaventurado el pueblo que sabe aclamar (Salmo LXXXVIII, 16). No dice, el que habla; sino, el que sabe, porque el júbilo puede ser comprendido con el intelecto, pero no puede ser expresado con palabras. Se siente por él, en efecto, lo que está más allá del sentido. Y cuando apenas la conciencia del que siente es suficiente para contemplarlo, ¿cómo será suficiente la lengua del que habla para expresarlo? Porque, por tanto, la luz de la verdad se insinúa en nuestros corazones, a veces entristeciendo al mostrar la estricta justicia, a veces alegrando al revelar las alegrías internas; después de las amarguras de las tentaciones, después de los lutos de las tribulaciones, se añade adecuadamente: Verá su rostro con júbilo.

11. A eso no se llega sino después de haber purificado la mente con el fuego de la tribulación.---A nuestra mente, por la consideración de su propia ceguera, primero se le introduce el fuego de la tribulación, para que toda la herrumbre de los vicios sea consumida; y entonces, con los ojos del corazón purificados, se abre aquella alegría de la patria celestial, para que primero purguemos llorando lo que hemos hecho; y posteriormente contemplemos más claramente con gozo lo que buscamos. Primero, la niebla de los males interpuesta es eliminada por la tristeza abrasadora de la mente, y entonces, con el resplandor de la iluminación del rayo de luz infinito, es iluminada. Al contemplarlo de alguna manera, se absorbe en el gozo de una cierta seguridad, y como si después de la deficiencia de la vida presente fuera llevada más allá de sí misma, se recrea de alguna manera en una cierta novedad. Allí la mente es rociada por la infusión del rocío celestial de una fuente inmensa; allí contempla que no es suficiente para lo que ha sido llevada, y al sentir la verdad, ve que, por más grande que sea esa verdad, no la ve. Cuanto más se acerca a esa verdad, más lejos se considera de ella, porque si no la contemplara de alguna manera, no sentiría que no puede contemplarla.

12. El alma, al ser reflejada en la luz divina durante la contemplación, vuelve a sí misma. La contemplación no es una visión sólida y permanente. Así, el esfuerzo del alma, mientras se dirige hacia ella, es reflejado por la deslumbrante inmensidad que la rodea. Pues ella, llenándolo todo, lo rodea todo; y por eso nuestra mente no se expande para comprender la circunstancia ilimitada, porque su propia limitación la constriñe. De ahí que rápidamente regrese a sí misma, y al vislumbrar ciertos rastros de la verdad, sea llevada de nuevo a sus profundidades. Sin embargo, esta visión, aunque no sólida y permanente, lograda a través de la contemplación, es llamada, por así decirlo, una especie de imitación de la visión, el rostro de Dios. Porque, así como reconocemos a cualquiera por su rostro, no sin razón llamamos al conocimiento de Dios su rostro. Por eso Jacob, después de haber luchado con el ángel, dijo: "He visto a Dios cara a cara" (Génesis 32, 30). Como si dijera: He conocido al Señor, porque Él mismo se dignó a conocerme. Pablo testifica que este conocimiento se realizará plenamente al final, diciendo: "Entonces conoceré como soy conocido" (1 Corintios 13, 12). Así, después de las luchas y las olas de tentaciones, el alma a menudo es suspendida en éxtasis para contemplar el conocimiento de la presencia divina, presencia que puede sentir pero no puede cumplir completamente. Por eso, después de tantos trabajos, se dice de este hombre probado: "Verá su rostro con júbilo". Y dado que cuanto más contempla uno las cosas celestiales, más se corrige de las acciones terrenales, es apropiado que después de la gracia de la contemplación, se someta a la justicia de la acción, diciendo:

CAPÍTULO VII.

IBID. Y devolverá al hombre su justicia.

13. De qué manera se dice que la justicia es nuestra.---Se dice que la justicia es nuestra, no porque sea nuestra por nuestra propia naturaleza, sino porque por la generosidad divina se convierte en nuestra, tal como en la oración del Señor decimos: Danos hoy nuestro pan de cada día (Mat. VI, 11; Luc. XI, 3). He aquí que también decimos nuestro; y sin embargo, oramos para que nos sea dado. Pues se convierte en nuestro cuando lo recibimos, aunque es de Dios, porque es Él quien lo da. Por lo tanto, es de Dios por donación, y se convierte verdaderamente en nuestro por la aceptación. Así, en este contexto, el Señor devuelve al hombre su justicia, no la que tuvo por sí mismo, sino la que recibió al ser creado para tenerla, y en la cual, al caer, no quiso perseverar. Dios devolverá, por tanto, al hombre aquella justicia para la cual fue creado, para que le plazca adherirse a Dios, para que tema su sentencia amenazante, para que no crea ya en las promesas halagüeñas de la serpiente astuta.

14. Cada día el diablo intenta arrancar las palabras de Dios del corazón de los hombres. Lo que hizo en el paraíso (Génesis III, 5), el antiguo enemigo no cesa de hacerlo diariamente. Se esfuerza por arrancar las palabras de Dios del corazón de los hombres y plantar en ellos las falsas promesas de sus halagos; cada día minimiza lo que Dios amenaza y nos invita a creer en lo que falsamente promete. Promete falsamente cosas temporales para aliviar en las mentes humanas los castigos eternos que Dios amenaza. Pues cuando promete la gloria de esta vida presente, ¿qué otra cosa dice sino: "Gustad, y seréis como dioses"? [Vet. VIII.] Como si dijera abiertamente: Tocad la concupiscencia temporal y apareced sublimes en este mundo. Y cuando intenta apartar el temor de la sentencia divina, ¿qué otra cosa dice sino lo que dijo a los primeros hombres: "¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis de todo árbol del paraíso?" (Génesis III, 1). Pero como el hombre, redimido por el don divino, ha recuperado la justicia que había perdido al ser creado, ahora se ejercita con más fortaleza contra los halagos de la persuasión astuta, porque ha aprendido por experiencia cuánto debe obedecer al precepto. Y aquel a quien la culpa llevó al castigo, ahora su propio castigo lo restringe de la culpa, de modo que tanto más teme delinquir cuanto que, obligado por el suplicio, ya acusa lo que ha perpetrado. Por lo tanto, sigue:

CAPÍTULO VIII [Rec. VI].

VERS. 27---Mirará a los hombres, y dirá: He pecado.

766 15. Quien observa los ejemplos de los Santos Padres, se reconoce a sí mismo como pecador, lo cual es el inicio de la justicia. No se reconocería como pecador si no tuviera justicia. Pues nadie descubre su propia torcedura, a menos que haya comenzado a ser recto. Porque quien es completamente perverso, ni siquiera puede ver lo que es. Pero quien se entiende a sí mismo como pecador, ya ha comenzado a ser justo en alguna medida, y acusa lo que hizo injustamente por lo que es justo. Con esta autoacusación, comienza a adherirse a Dios, mientras emite un juicio recto contra sí mismo, condenando en sí lo que siente que desagrada a Él. Por lo tanto, al recibir su justicia, este hombre dice: He pecado. Y es de notar que se prefiere: Observa a los hombres; y luego se añade: Y dirá, He pecado. Porque algunos no saben que han pecado, ya que no prestan atención a los hombres. Pues si consideraran a los hombres, reconocerían más rápidamente cuánto han caído por el pecado por debajo de los hombres. Y aunque la Sagrada Escritura a veces suele referirse a los hombres como sabios en lo humano, como dice el Apóstol: Pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales? (I Cor. III, 3), y poco después añade, diciendo: ¿No sois hombres? Sin embargo, a

veces llama hombres a aquellos que la razón distingue de las bestias, es decir, a aquellos que no son arrastrados por el movimiento bestial de las pasiones. A estos, el Señor les dice por medio del profeta: Vosotros, mis ovejas, sois hombres (Ezequiel XXXIV, 31), porque el Señor alimenta a aquellos que no son afectados por el placer de la carne al modo de los animales. En cambio, aquellos que sucumben a la afección carnal, ya no son llamados hombres, sino bestias, como se dice de algunos que mueren en su pecado por medio del profeta: Los animales se pudrieron en su estiércol (Joel I, 17). Pudrirse los animales en su estiércol es que los hombres carnales terminen su vida en el hedor de la lujuria. No se les declara hombres, sino bestias, de quienes se dice por el profeta: Cada uno relinchaba tras la mujer de su prójimo (Jeremías V, 8). Y de quienes otro profeta dice: Como la carne de los asnos, su carne; y como el flujo de los caballos, su flujo (Ezequiel XXIII, 20). Por eso también se dice por David: El hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Salmo XLVIII, 13). Por lo tanto, cuando se llama hombres a aquellos que están sostenidos por la razón de la justicia, y se nombra bestias irracionales a aquellos que sirven a la delectación carnal, se dice correctamente de este penitente: Mirará a los hombres, y dirá: He pecado. Como si se dijera: Observa los ejemplos de los hombres santos, y al medirse con ellos, se descubre a sí mismo como injusto. Pues quien desea entender plenamente cómo es, debe observar a aquellos que no son como él, para medir cuánto se ha deformado al abandonar el bien. De aquellos a quienes el bien está plenamente presente, percibe correctamente lo que le falta, y en la belleza de ellos contempla su propia fealdad, que en sí mismo puede soportar y no puede sentir. Pues debe contemplar la luz quien quiere juzgar sobre las tinieblas, para que en ella vea qué debe pensar de las tinieblas, por las cuales se ve impedido de ver. El pecador, si se contempla a sí mismo sin conocer la vida de los justos, de ninguna manera se comprende como pecador. No puede verse a sí mismo, porque, al desconocer el resplandor de la luz, cuando se contempla a sí mismo, ¿qué otra cosa observa sino tinieblas? Por lo tanto, debemos contemplar la vida de los justos, para descubrir sutilmente la nuestra. La apariencia de ellos, en efecto, se nos propone como un modelo a imitar.

767 16. Los libros de los justos son aquellos por los cuales seremos juzgados. La vida de los buenos es una lectura viva; por lo tanto, no sin razón, los mismos justos son llamados libros en el sagrado discurso, como está escrito: "Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, que es el de la vida, y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros" (Apoc. XX, 12). El libro de la vida es la misma visión del juez que viene. En él está escrito, por así decirlo, todo mandamiento, porque quien lo vea, inmediatamente, con la conciencia como testigo, comprende lo que no hizo. También se mencionan los libros abiertos, porque entonces se contempla la vida de los justos, en la cual se ven impresos los mandamientos celestiales en sus obras. Y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, porque en la vida mostrada de los justos, como en la apertura de los libros, leen el bien que ellos mismos no quisieron hacer, y son condenados por la comparación con aquellos que lo hicieron. Para que, por lo tanto, cada uno no lamente al ver entonces lo que no hizo, ahora preste atención a lo que debe imitar en ellos. Esto es lo que los elegidos no dejan de hacer. Consideran la vida de los mejores y cambian su modo de vida de prácticas inferiores.

[Vet. X.] 17. Y los lirios entre los cuales debemos pastar.---Por eso, en la voz del esposo a la santa Iglesia en el Cantar de los Cantares se dice: Tus dos pechos son como dos crías gemelas de gacela, que se alimentan entre los lirios, hasta que despunte el día y se disipen las sombras (Cant. IV, 5). ¿Qué son los dos pechos, sino los dos pueblos que vienen de Judea y de los gentiles, que en el cuerpo de la santa Iglesia están fijados en el corazón por la intención de la sabiduría? De este pueblo, aquellos que son elegidos se comparan a crías de gacela porque,

por humildad, se reconocen pequeños y pecadores, pero al correr con caridad, si encuentran obstáculos de temporalidad, los superan, y con saltos de contemplación, ascienden a lo alto. Para hacer esto, contemplan los ejemplos de los santos que los precedieron. Por eso se dice que se alimentan entre los lirios. ¿Qué se declara por los lirios, sino la vida de aquellos que verdaderamente dicen: Somos el buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 15)? Los elegidos, para poder alcanzar lo supremo, se sacian al contemplar la vida fragante y pura de los justos. Ya anhelan ver al Señor, ya arden en deseos de saciarse con su contemplación por el fervor de la caridad. Pero, como en esta vida aún no pueden, se alimentan mientras tanto de los ejemplos de los Padres que los precedieron. Por eso, adecuadamente, se define allí el tiempo de este pasto entre los lirios, cuando se dice: Hasta que despunte el día y se disipen las sombras. Necesitamos ser alimentados con los ejemplos de los justos hasta que, al despuntar el día eterno, pasemos las sombras de esta mortalidad presente. Pues cuando la sombra de esta temporalidad se haya disipado al pasar esta mortalidad, ya no desearíamos arder en amor por él a través de los ejemplos de otros, porque veremos la luz interna de ese día. Ahora, sin embargo, como aún no podemos contemplarlo, es sumamente necesario que nos inspiremos en las acciones de aquellos que lo han seguido perfectamente. Contemplemos, pues, cuán hermosa es la agilidad de los que siguen, y veamos cuán fea es la pereza de los indolentes. Pues en cuanto observamos las obras de los que actúan bien, nos juzgamos a nosotros mismos con una íntima confusión que nos castiga: inmediatamente la vergüenza sacude la mente, inmediatamente la culpa, con justa severidad, nos condena; y nos desagrada intensamente incluso aquello que tal vez todavía nos gusta de manera vergonzosa.

18. El justo es el templo de Dios, ante cuya presencia nos avergonzamos de nuestras iniquidades. Por eso, se dice acertadamente a través de Ezequiel: Hijo de hombre, muestra a la casa de Israel el templo, para que se avergüencen de sus iniquidades y midan el diseño, y se sonrojen de todo lo que han hecho (Ezequiel 43, 10). En efecto, el templo de Dios se muestra a los hijos de Israel para su vergüenza, cuando el alma de cada justo, en la que Dios habita inspirándola, se les demuestra a los pecadores con cuánta santidad resplandece, para que vean en ella el bien que descuidan y se avergüencen en sí mismos del mal que cometen. Medir el diseño es considerar detenidamente la vida de los justos. Pero al medir el diseño, es necesario que nos avergoncemos de todo lo que hemos hecho, porque cuanto más detenidamente examinamos la vida de los buenos, tanto más severamente reprobamos en nosotros todo lo que hemos hecho injustamente. Bien se le dice al profeta que muestre el templo. Porque, ya que el pecador disimula al considerar la rectitud de los justos, al menos la reconozca por la voz del que predica. Mostrar el templo a los pecadores es narrar las obras de los rectos a quienes no quieren considerarlas por su propia voluntad. Por lo tanto, aquellos que, como hemos dicho, desean ser llevados a las alturas, siempre es necesario que presten atención a los progresos de los mejores, para que juzguen sus faltas con mayor rigor en sí mismos, cuanto más alto vean lo que admiran en ellos.

19. Los justos progresan al considerar a otros santos.---Pero, ¿qué decimos de los pecadores, cuando vemos que incluso los que practican la justicia son llevados a tal grado por esta disposición (I Cor. XII, 8, 9, 10 y 11)? Uno recibe el don de la ciencia, y sin embargo, no alcanza la virtud de una abstinencia admirable. Otro se ciñe con gran virtud de abstinencia, pero no se expande en la contemplación suprema de la ciencia. Otro, por el espíritu de profecía, puede prever todo lo que vendrá, pero no puede aliviar los males de la aflicción presente por la gracia de la curación. Otro alivia los males de la aflicción presente por la gracia de la curación, pero, como no tiene el espíritu de profecía, ignora lo que seguirá. Otro puede ya dar mucho de lo suyo a los necesitados, pero no puede enfrentarse libremente a los que actúan injustamente. Otro se enfrenta audazmente a los que actúan injustamente por

Dios, pero se niega a dar todo lo que tiene a los necesitados. Otro ya se restringe del discurso ocioso, superando la lascivia de la lengua, pero aún no domina perfectamente los impulsos de la ira que surgen. Otro ya doma perfectamente la ira que surge, pero aún relaja su lengua en la alegría. ¿Qué es esto, que uno carece del bien que otro posee; y aquel, aunque posea muchas cosas, considera que abunda en otros el bien que suspira por no tener, sino que se actúa con una disposición admirable con nosotros, para que, por lo que uno tiene y el otro no, uno se muestre mejor que el otro, de modo que cada uno progrese con más ardor hacia la humildad, cuanto más considera inferior a sí mismo a los que tienen los bienes que él no posee? Así, mientras uno mira en el otro lo que admira, los bienes distintos reprimen la altitud de la soberbia y encienden el estudio del progreso. Nos dedicamos con gran solicitud al cuidado de nuestra mejora, cuando vemos en otros la virtud que no tenemos. Por eso el profeta Ezequiel, después de describir a los animales voladores, añadió: Y oí detrás de mí una voz de gran conmoción: Bendita sea la gloria del Señor desde su lugar santo, y la voz de las alas de los animales golpeándose una a otra (Ezequiel III, 12). ¿Qué debemos entender por las alas de los animales, sino las virtudes de los santos? Quienes, al despreciar las cosas terrenales, se elevan volando hacia las celestiales. Por eso, con razón también se dice por Isaías: Los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas, tomarán alas como las águilas (Isaías XL, 31). Así, los animales voladores se golpean mutuamente con sus alas, porque las mentes de los santos, en lo que apetecen lo supremo, se excitan mutuamente al considerar las virtudes alternas. Me golpea con su ala quien, con el ejemplo de su propia santidad, me enciende a ser mejor. Y golpeo al animal vecino con mi ala, si alguna vez muestro a otro una obra buena que imitar.

20. Esto se confirma con el ejemplo de los santos apóstoles Pablo y Pedro.---Pero dado que hemos dicho que la vida de los santos está significada por estos animales, es conveniente elevar los ojos de la mente en el mismo vuelo de los animales y considerar con sutil reflexión cuán vigorosamente se estimulan mutuamente con el batir de sus alas. Pues Pablo, al superar con más esfuerzo la preocupación de los demás santos en la predicación, para no caer en la soberbia y nutrir sus fuerzas en el seno de la humildad, no olvidando su antigua crueldad, al contemplar la inocencia de todos los apóstoles, dice: Porque yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). Y sin embargo, el primero de todos los apóstoles, como si olvidara su primacía recibida, y como si él mismo supiera menos, admira la sabiduría en Pablo, diciendo: Como también nuestro querido hermano Pablo, según la sabiduría que le fue dada, os escribió, como también en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas en las cuales hay algunas difíciles de entender (II Pedro III, 15). He aquí que Pablo admira la inocencia en los apóstoles, he aquí que el príncipe de los apóstoles admira la sabiduría en Pablo. ¿Qué es esto, sino que los hombres santos, mientras se prefieren mutuamente a otros en la consideración de las virtudes, se tocan como animales voladores con el batir de sus alas, para elevarse más alto en el vuelo, cuanto más humildemente ven en el otro algo que admirar? De aquí, por lo tanto, se debe deducir con cuánta preocupación debemos observar la vida de los mejores, nosotros que yacemos en lo más bajo, si incluso aquellos que ya son tan sublimes en santidad, para avanzar a mayores alturas a través del paso de la humildad, todavía buscan en otros algo que admirar e imitar.

21. Los réprobos siempre se vuelven hacia los ejemplos de los peores.---Pero los réprobos no saben esto, porque siempre mantienen los ojos de su mente en las cosas más bajas, y si alguna vez llegan al camino del Señor, no se vuelven hacia las huellas de los mejores, sino siempre hacia los ejemplos de los peores. Pues no consideran la vida de aquellos a quienes deberían posponer humillándose, sino de aquellos a quienes se prefieren con soberbia. Miran a los peores, de quienes se glorían de ser mejores; y por eso no pueden avanzar hacia lo mejor,

porque piensan que es suficiente para ellos superar a los peores. ¡Oh miserables, avanzan en el camino, pero miran hacia atrás! Por la esperanza, ciertamente, avanzan un pie hacia adelante, pero al considerar a los hombres perversos, dirigen sus ojos hacia atrás. Desean parecer rectos, pero toman una regla torcida para encontrarse a sí mismos. Pues si desean conocerse tal como son, no deberían mirar los ejemplos de los peores, sino de los mejores. Por eso no entienden que son pecadores, porque no prestan atención a los hombres. Porque si prestaran atención a los hombres, descubrirían cuánto se alejan de los hombres buenos al pecar. Por lo tanto, sobre el penitente que considera los ejemplos de los buenos para darse cuenta de cuánto se ha alejado del bien, se dice acertadamente:

CAPÍTULO IX.

VERS. 27.---Mirará a los hombres y dirá: He pecado y verdaderamente he cometido una falta, y no he recibido lo que era digno.

22. Mientras falsamente se confiesan pecadores, desean ser adornados por la confesión del pecado, no humillados. Con frecuencia, incluso aquellos que no creen haber pecado se confiesan pecadores. Pues a menudo sucede que las personas admiten ser injustas, pero cuando escuchan a otros que verdaderamente les reprochan sus pecados, se defienden con gran empeño y tratan de parecer inocentes. Por lo tanto, cada uno, cuando es así, si dice que ha pecado, en realidad no lo dice, ya que no se declara pecador desde lo más profundo del corazón, sino solo de palabra. Porque está escrito: El justo es el primero en acusarse a sí mismo (Prov. XVIII, 17), este quiso ser adornado por la confesión del pecado, no humillado; por su acusación deseó parecer humilde, no serlo. Pues si al confesar el pecado verdaderamente deseara ser humilde, no atacaría a otros que le reprochan la comisión del pecado. Así, el justo, juzgando su vida por los ejemplos de los mejores, reconoce desde lo más profundo del corazón que es lo que dice. Pues dice: He pecado, y verdaderamente he faltado. Y añade sobre el mismo castigo que soporta: Y no he recibido lo que merecía.

23. Quien es azotado por sus pecados, reconozca que ha sido menos golpeado de lo que merece. La pena nos interroga, si verdaderamente reconocemos la culpa. Pues cada uno, al ser castigado, considera aún menos sus pecados, si estima que ha sido golpeado tanto o más de lo que merecía. Sin embargo, este, porque cuanto más considera los ejemplos de los mayores, tanto más se evalúa con un examen más riguroso, reconoce que ha sido menos golpeado de lo que merecía, porque en la justicia de ellos contempla cuán grave fue para él la culpa de haber errado; y por eso no siente que lo que padece sea severo, porque sabe evaluar estrictamente lo que hizo. Sin embargo, es muy fácil que cualquiera se confiese pecador, cuando no sufre nada por su pecado. Evidentemente, decimos con seguridad que somos inicuos, cuando no sentimos ninguna venganza por la iniquidad. Pues hablamos de ser pecadores en la tranquilidad, pero cuando somos corregidos por los mismos pecados mediante el castigo, murmuramos. Por lo tanto, la pena nos interroga, si verdaderamente reconocemos la culpa. Así, el hombre justo, porque considera estrictamente su culpa, incluso al ser castigado, diga: Y no he recibido lo que merecía. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 28.---Porque ha liberado su alma, para que no vaya a la perdición.

24. Concordia de la gracia preveniente y el libre albedrío subsiguiente.---Porque al preceder la gracia divina en la buena obra, nuestro libre albedrío sigue, se dice que nos liberamos a

nosotros mismos, ya que consentimos al Señor que nos libera. Por eso Pablo, cuando decía: He trabajado más que todos ellos (I Cor. XV, 10), para que no pareciera que atribuía sus trabajos a sí mismo, añadió inmediatamente: No yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues habiendo seguido la gracia proveniente de Dios en él a través del libre albedrío, añade apropiadamente, Conmigo: para no ser ingrato al don divino, y sin embargo, no quedar ajeno al mérito del libre albedrío. De esto, quien al reconocer a su libertador consintió, dice correctamente: Liberó su alma, para que no siguiera hacia la perdición. Sigue:

IBID.---Pero viviendo vería la luz.

La luz, es decir, la verdad que un corazón muerto no podría ver. O ciertamente, porque el Señor dijo: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12), también los muertos verán la luz, cuando todos los injustos lo contemplen venir al juicio en forma humana. Pero entonces ve la luz el que vive, quien con los ojos libres del corazón lo contempla en la forma de la divinidad. Sigue:

CAPÍTULO XI. [Rec. VII].

VERS. 29.---Todo esto lo realiza Dios tres veces por cada uno.

25. Los elegidos suelen ser afectados tres veces, primero por la tristeza, y después por el gozo. Sobre este hombre tentado y azotado se había dicho anteriormente: "El pan se le hace abominable en su vida; y su alma se acercó a la corrupción, y su vida a los mortales." Sin embargo, más adelante se añade: "Rogará a Dios, y Él le será propicio; y verá su rostro con júbilo, y liberará su alma para que no vaya a la perdición, sino que viva y vea la luz." En estas sentencias ya reunidas y acumuladas, se menciona arriba la amargura de la tristeza, y abajo se añade la alegría de la seguridad; y enseguida después de esto se dice: "Todo esto lo hace Dios tres veces por cada uno." Como si dijera: Lo que una vez dije de uno, esto se hace tres veces por cada uno. Pero es necesario observar con atención cuáles son esas tres veces en las que cada persona es afectada por la ansiedad de la tristeza, y después de la tristeza es inmediatamente devuelta a la seguridad de la alegría. Pues como ya he dicho, antes había narrado que primero una grave tristeza afecta, y después una gran alegría eleva. Por lo tanto, si observamos atentamente, encontramos que estas tres veces de tristeza y alegría se alternan en el alma de cada elegido de estas maneras: conversión, tentación y muerte.

26. 1. En la conversión, cuando el espíritu llama por un lado y la carne retrae por el otro.---En la primera etapa de la conversión que hemos mencionado, hay una profunda tristeza, cuando cada uno, al considerar sus pecados, desea romper las cadenas de las preocupaciones mundanas y caminar por el camino de Dios en un espacio de vida segura; desea desechar el pesado fardo de los deseos temporales y llevar el yugo ligero del Señor con una libertad servicial. Al reflexionar sobre esto, se enfrenta a su familiar deleite carnal, que, habiéndose arraigado desde hace tiempo, cuanto más tiempo lo ha retenido, tanto más estrechamente lo ata y más lentamente le permite alejarse. Y qué tristeza hay allí, qué ansiedad del corazón, cuando por un lado el espíritu llama y por el otro la carne retrae; por un lado el amor a la nueva vida invita, por el otro el hábito de la antigua perversidad combate; por un lado arde en deseo por la patria celestial, y por el otro soporta en sí mismo la concupiscencia carnal, que de algún modo incluso lo deleita a pesar de sí mismo. Por tanto, se puede decir correctamente de este hombre amargado: Le resulta abominable el pan en su vida; y su alma se acercó a la corrupción, y su vida a la muerte. Pero como la gracia divina no nos permite estar afligidos por estas dificultades por mucho tiempo, al romper las cadenas de nuestros pecados,

rápidamente nos lleva a la libertad de la nueva vida consolándonos, y la alegría que sigue a la tristeza anterior nos reconforta; de modo que el alma de cada convertido se regocija más al alcanzar su deseo, cuanto más recuerda haber sufrido y dolido por ello. El corazón experimenta una inmensa alegría, porque ya se acerca con esperanza segura a aquel a quien desea, de modo que se puede decir correctamente de esto: Rogará a Dios, y Él le será propicio; y verá su rostro con júbilo. O ciertamente: Ha liberado su alma para que no vaya a la destrucción, sino que viva y vea la luz.

27. 2. En el ejercicio de las tentaciones. Los estímulos de las tentaciones son más agudos después de la conversión.---Para que nadie, una vez convertido, crea ya ser santo, y para que no sea derribado por la misma seguridad que no pudo vencerlo en la lucha del dolor, Dios permite, en su providencia, que después de su conversión sea fatigado por los estímulos de las tentaciones. Ya, en efecto, por la conversión se ha cruzado el Mar Rojo; pero aún en el desierto de la vida presente los enemigos se presentan ante nosotros. Ya dejamos atrás los pecados pasados como a los egipcios extinguidos; pero aún nos enfrentamos a vicios nocivos, como si fueran otros enemigos, que intentan interrumpir el camino hacia la tierra prometida. Ya las culpas anteriores, como adversarios que nos perseguían, han sido derribadas solo por la divina virtud, pero los estímulos de las tentaciones, como otros enemigos, vienen de frente, y deben ser superados con nuestro esfuerzo. La conversión ciertamente genera seguridad, pero la seguridad suele ser madre de la negligencia. Para que la seguridad no genere negligencia, está escrito: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación (Ecli. II, 1). No dice, para el descanso, sino para la tentación, porque nuestro enemigo, mientras nos ve en esta vida, cuanto más nos ve rebelarnos contra él, tanto más se esfuerza por atacarnos. Descarta golpear a aquellos que siente poseer con derecho tranquilo. Contra nosotros, sin embargo, se incita más vehementemente, cuanto más es expulsado de nuestro corazón como de un derecho de habitación propia. Esto lo figuró el Señor en sí mismo bajo cierta dispensación (Mat. IV, 1), quien permitió que el diablo lo tentara solo después del bautismo, para darnos una señal de la futura conversión, que sus miembros, después de avanzar hacia Dios, soportarían entonces insidias más agudas de las tentaciones. Después de la primera experiencia de dolor y alegría, que cada uno reconoce a través del esfuerzo de la conversión, surge esta segunda, porque para que la negligencia de la seguridad no se disuelva, es afectado por el impulso de la tentación. Y ciertamente, cada uno en el mismo inicio de la conversión es recibido a menudo con gran dulzura de consolación, pero después experimenta el duro trabajo de la prueba.

[Vet. XIII.] 28. Tres grados de conversión.---Existen, en efecto, tres modos de los conversos: el inicio, la mediación y la perfección. En el inicio encuentran las caricias de la dulzura, en el tiempo intermedio las luchas de la tentación, y al final la perfección de la plenitud. Primero, por tanto, los reciben cosas dulces que los consuelan; después, cosas amargas que los ejercitan; y finalmente, cosas suaves y sublimes que los confirman. Pues también un hombre primero acaricia a su esposa con dulces caricias, pero ya unida a él, la prueba con reprensiones ásperas, y una vez probada, la posee con pensamientos seguros. Por eso, el pueblo israelita, cuando Dios lo llamó desde Egipto a las sagradas bodas de la mente, recibió primero, como prenda, las caricias de los signos; una vez unida, es ejercitada con pruebas en el desierto; y probada, es confirmada en la tierra de promisión con la plenitud de la virtud. Así, primero degustó en los milagros lo que deseaba, después fue tentada en el trabajo para ver si sabía guardar lo que había probado; y al final mereció recibir más plenamente lo que, probada por los trabajos, había guardado. Así, la vida de cada converso es acariciada por un inicio dulce, probada por una mediación áspera, y fortalecida por una perfección plena.

29. Las etapas iniciales de la conversión, sumamente pacíficas, son seguidas por graves tentaciones. Pues a menudo, aquellos que se han convertido, en el mismo umbral de su inicio, reciben ya sea la tranquilidad más pacífica de la carne, los dones de profecía, las enseñanzas de la doctrina, los milagros de señales, o la gracia de la curación (I Cor. XII, 10); pero después de esto, se ven fatigados por duras pruebas de tentaciones, de las cuales, cuando comenzaban, creían estar muy libres. Esto se lleva a cabo por la disposición de la gracia divina, para que no sean tocados por la aspereza de las tentaciones en su inicio, porque si la amargura de la tentación los recibiera al principio, regresarían tan fácilmente a lo que habían dejado como tampoco se habían alejado mucho; pues, despreciando primero los vicios, se verían envueltos de nuevo como si estuvieran cerca [Como si se reimplicaran, o se implicaran de nuevo]. Por eso está escrito: Cuando Faraón dejó ir al pueblo, el Señor no los condujo por el camino de la tierra de los filisteos, que está cerca, pensando que tal vez se arrepentiría si viera que se levantan guerras contra él, y regresaría a Egipto (Éxodo XIII, 17). Así, a los que salen de Egipto se les aparta de la guerra cercana, porque a los que abandonan el mundo se les muestra primero cierta tranquilidad, para que, perturbados en su misma ternura e inicio, no regresen aterrados a lo que han escapado. Primero, pues, sienten la dulzura de la seguridad, primero son nutridos en la quietud de la paz; después de conocer la dulzura, soportan ya más tolerablemente las luchas de las tentaciones, cuanto más profundamente han conocido en Dios lo que aman. Por eso, Pedro es llevado primero al monte, primero contempla la claridad de la transfiguración del Señor (Marcos IX, 1), y entonces se le permite ser tentado por la pregunta de una criada (Mateo XXVI, 70), para que, hecho consciente de su debilidad por la tentación, recurriera llorando y amando a lo que había visto; y cuando la ola del temor lo arrastrara al mar del pecado (Mateo XIV, 24), fuera la ancla de la dulzura anterior la que lo retuviera. Sin embargo, a menudo las luchas de las tentaciones son tan prolongadas como lo fueron las caricias de los inicios. A menudo se da más dulzura al inicio, y menos en el trabajo de la prueba. A menudo menos dulzura al inicio, y más en el trabajo de la prueba. Sin embargo, nunca sigue a la labor de la tentación una perfección de firmeza desigual, porque cada uno es recompensado con la plenitud de la perfección según la suma de la lucha. Sin embargo, a menudo uno cae en lo que, al ser recibido por ciertos dones de gracia, en la dulzura del inicio, cree haber recibido la confirmación de la perfección, y estima la consumación de la plenitud, que aún ignora que son caricias del inicio. Por lo tanto, cuando es tocado por la repentina tormenta de la tentación, sospecha que es despreciado por Dios y perdido. Si no creyera ciegamente en su inicio, aún en la prosperidad, prepararía su mente para la adversidad, y resistiría más firmemente a los vicios que vendrían después, cuanto más sagazmente los hubiera previsto. Lo que, si lo prevé, lo tolera más tranquilamente. Sin embargo, no evita en absoluto sus luchas, aunque las prevea, porque el curso de nuestro camino no se lleva a cabo sin el polvo de la tentación.

30. Por qué las tentaciones parecen más agudas después de la conversión que antes.---
Generalmente, cualquier persona convertida se ve agitada por tales estímulos de tentaciones, de los cuales no recuerda haber sido golpeada antes de la gracia de la conversión, no porque entonces faltara la misma raíz de la tentación, sino porque no aparecía. En efecto, el alma humana, ocupada por muchos pensamientos, a menudo permanece de algún modo desconocida para sí misma, de modo que ignora por completo lo que soporta, porque al dispersarse en muchas cosas, se aleja del conocimiento interno de sí misma. Pero si desea dedicarse a Dios y corta las ramas de los múltiples pensamientos, entonces contempla libremente lo que procede de la raíz íntima de la carne. Pues si un cardo nace en el camino, es pisoteado por los pies de los transeúntes, y por el mismo uso de los que pasan, su superficie se desgasta para que no aparezca. Pero aunque las espinas que brotan en la superficie no se vean, la raíz oculta debajo perdura. Sin embargo, si los pies de los transeúntes dejan de

pisotearlo y aplastarlo, pronto surge a la superficie, y a través de la espina se manifiesta públicamente todo lo que vivía oculto en la raíz. Así también, en el corazón de los mundanos, a menudo no aparece fácilmente la raíz oculta de ciertas tentaciones, porque, como si estuviera situada en el camino de las acciones, es pisoteada por el pie de los pensamientos, y es oprimida por innumerables preocupaciones, como por muchos transeúntes, para que no se vea. Pero si por la gracia de la conversión se remueve del camino del corazón la multitud de preocupaciones, de modo que ninguna insolencia de acciones la aplaste, ningún tumulto de pensamientos la oprima, entonces se reconoce lo que estaba oculto, entonces la espina de las tentaciones punza libremente desde la raíz de los vicios. Contra esto, se actúa con la mano del que vive bien para que, en la medida de lo posible, no se oculte lo que está oculto, sino que se arranque de raíz. Mientras esto no se logre, esta espina perturba tanto el ánimo de cada convertido, que a menudo siente que casi es superado por un golpe repentino, y teme mortalmente la herida infligida profundamente.

[Vet. XV.] 31. Las tentaciones, cuando se desprecian por su asiduidad, son peligrosas. Dios prueba con tentaciones, no reprueba.---Con frecuencia, los mismos estímulos de las tentaciones, al hacerse habituales, se expanden y no se vuelven más agudos, sino más prolongados. Duelen menos, pero infectan más, porque al adherirse más tiempo a la mente, se vuelven menos temidos cuanto más acostumbrados. En medio de esto, la mente atrapada se dispersa de un lado a otro, y se disipa en los múltiples ardores de las tentaciones, y a menudo, provocada de aquí y de allá, no sabe a qué vicio tentador oponerse primero. De ahí que a menudo suceda que, mientras los vicios que se levantan en exceso atormentan, mientras inclinan el ánimo del que resiste casi hacia una caída de desesperación, cada uno se asusta del mismo camino de elevación que elige como remedio, y tambalea como si estuviera en lo alto, quien en lo bajo estaba más firme. Así, verdaderamente, se angustia con los movimientos tumultuosos de las tentaciones, que se puede decir correctamente de él: "Le es abominable en su vida el pan, y el alimento antes deseable a su alma." O ciertamente: "Su alma se acercó a la corrupción, y su vida a los mortales." Pero como Dios misericordioso permite que seamos probados por tentaciones, no reprobados, como está escrito: "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis, sino que con la tentación dará también la salida, para que podáis soportar" (I Cor. X, 13), rápidamente nos socorre con la ayuda de la consolación, y mitiga los estímulos de las tentaciones que se levantan, y tranquiliza con paz interna los movimientos de pensamientos que atacan. Y pronto el alma percibe una inmensa alegría de la esperanza celestial, al contemplar el mal vencido que soportó, de modo que con justicia se puede decir de este hombre tentado y liberado: "Verá su rostro con júbilo"; y, "liberó su alma, para que no fuera a la destrucción, sino que viva y vea la luz." Así, después de haber pasado por estas dos etapas, es decir, de conversión y prueba, a través de la tristeza y la alegría, queda una tercera, en la cual aún soporta la tristeza y alcanza las alegrías.

[Vet. XVI.] 32. Por tercera vez, los justos son auxiliados por el temor de la muerte y el miedo al juicio final.---Después de las luchas de la conversión y las tribulaciones de la prueba, aún queda una dura tentación, porque no se puede llegar a las alegrías de la libertad eterna sin antes pagar la deuda de la condición humana. Cada convertido, cauteloso y solícito consigo mismo, no cesa de considerar en silencio cuán estricto vendrá el juez eterno, y diariamente contempla su fin, y ante la severidad de tan gran justicia, reflexiona sobre qué razones de su vida presentará. Aunque haya evitado todas las malas obras que pudo entender, al presentarse ante el juez estricto, teme más aquellas que no comprende en sí mismo. ¿Quién puede considerar cuántos males cometemos en los momentos del tiempo con los inconstantes movimientos de nuestros pensamientos? Es fácil evitar las obras perversas, pero es muy difícil limpiar el corazón de pensamientos ilícitos. Y sin embargo, está escrito: ¡Ay de

vosotros que pensáis lo inútil! (Miq. II, 1). Y de nuevo: En el día en que el Señor juzgará los secretos de los hombres (Rom. II, 16). También se ha dicho: Acusándose o defendiéndose mutuamente sus pensamientos (Ibid., 15). Y de nuevo: Labios engañosos en el corazón, y con el corazón hablaron maldades (Sal. XI, 3). Y de nuevo: En verdad, en el corazón obrabais iniquidades en la tierra (Sal. LVII, 3). El alma humana, una vez que abandona el estado de eternidad, al caer en el flujo de la temporalidad, debe soportar esta mutabilidad de movimientos alternantes, que al caer deseó voluntariamente, y al intentar levantarse, se ve obligada a tolerar a su pesar. De ahí que sea castigada por lo que le deleitó, porque de lo que perversamente buscó el gozo de la voluptuosidad, tiene ahora el trabajo del combate. [Vet. XVII.] A menudo, incluso a los elegidos, se les infiltra en el pensamiento lo que, aunque no desean, examinan diligentemente en sí mismos, y consideran ante los ojos de Dios cuán grande es su culpa; y aunque siempre temen los juicios estrictos por todas estas cosas, los temen más intensamente cuando, al acercarse a pagar la deuda de la condición humana, se ven aproximándose al juez estricto. Y el temor se hace más agudo cuanto más cercana está la retribución eterna. Ante los ojos del corazón, entonces, no pasa nada vano del fantasma del pensamiento, porque, eliminando todo lo demás, se consideran a sí mismos y a aquel a quien se acercan. El pavor crece con la cercana retribución de la justicia, y con la inminente disolución de la carne, cuanto más se siente el juicio estricto, tanto más se teme. Y si recuerdan que nunca omitieron lo que sabían, temen sin embargo lo que desconocen, porque evidentemente no pueden juzgarse ni comprenderse completamente a sí mismos, y con la salida inminente, se aterrorizan con un miedo más sutil. Por eso, nuestro Redentor, al acercarse a la disolución de la carne, y manteniendo la apariencia de sus miembros, en agonía, comenzó a orar más intensamente (Luc. XXII, 44). ¿Qué podría pedir por sí mismo cuando estaba en agonía, quien en la tierra otorgaba lo celestial con poder? Pero al acercarse la muerte, expresó en sí mismo el combate de nuestra mente, que sufrimos una cierta violencia de terror y miedo cuando, a través de la disolución de la carne, nos acercamos al juicio eterno. Porque no es sin razón que cualquier alma se aterroriza entonces, cuando después de este breve tiempo encuentra lo que no podrá cambiar por la eternidad.

[Vet. XVIII.] 33. Qué temer ante la muerte inminente.---Consideramos, en efecto, que no hemos podido transitar el camino de la vida presente sin culpa alguna, consideramos también que ni siquiera lo que hemos hecho de manera loable está exento de alguna culpa nuestra, si somos juzgados sin piedad. Pues, ¿quién de nosotros puede superar o siquiera igualar la vida de los padres que nos precedieron? Y sin embargo, David dice: No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia ningún viviente (Salmo 142, 2). Pablo, al decir: Nada me reprocha la conciencia, añadió cautelosamente: Pero no por esto soy justificado (1 Cor. 4, 4). Santiago dice: Porque todos ofendemos en muchas cosas (Sant. 3, 2). Juan dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1, 8). ¿Qué harán entonces las tablas, si tiemblan las columnas? ¿O cómo se mantendrán firmes los arbustos inmóviles, si en el torbellino de este temor incluso los cedros son sacudidos? Al acercarse a la disolución de la carne, a veces el alma del justo se turba por el terror de la venganza. Y aunque haya podido saborear algo de tranquilidad en esta vida, se estremece con la llegada del momento de la muerte, de modo que con razón se puede decir: Se le hace abominable el pan en su vida, y el alimento antes deseable a su alma. O ciertamente, debido al castigo del temor, lo que allí se añade: Se acercó su alma a la corrupción, y su vida a los que traen la muerte.

34. Las almas de los justos son purificadas de culpas leves por este temor.---Pero como las almas de los justos son purificadas de cualquier leve contaminación a menudo por el mismo temor de la muerte, y perciben ya desde la misma separación del cuerpo las alegrías de la

retribución eterna, muchas veces incluso se alegran con una cierta contemplación de la retribución interna antes de despojarse de la carne, y mientras pagan la deuda de la vejez, disfrutan ya de la alegría de un nuevo don, se dice correctamente: Verá su rostro con júbilo. O ciertamente: Ha liberado su alma, para que no vaya a la perdición, sino que viva y vea la luz. Así, el alma del justo contempla el rostro de Dios con júbilo, porque percibe tanta alegría interna como apenas puede soportar incluso con el cuerpo asumido. Allí, por tanto, ve la luz viviendo, porque fija su ojo espiritual en los rayos del sol eterno. Allí ve la luz viviendo, porque, habiendo ya pisoteado toda vicisitud de mutabilidad y sombra, se adhiere a la verdad de la eternidad; y al adherirse a ella, se eleva a la semejanza de la inmutabilidad de aquel a quien contempla, y al mirar en sí misma la forma inconvertible de su autor, la asume. Pues lo que por sí mismo cayó en la mutabilidad, al ver la inmutabilidad, se forma en el estado de inmutabilidad. Por lo tanto, Eliú, hablando de este hombre afligido y liberado, porque primero expresó la amargura del dolor y luego las alegrías de la consolación, añadió adecuadamente: Todas estas cosas las hace Dios tres veces por cada uno, a saber, en la conversión, la prueba y la muerte, porque por estas tres cosas, primero es afligido con los duros estímulos del dolor, y luego es reconfortado con las grandes alegrías de la seguridad. Y porque la mente de cada uno de los elegidos es afligida por estas mismas tres veces, es decir, por el trabajo de la conversión, la tentación de la prueba, o el temor de la disolución, y es liberada purificada por esa misma aflicción, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XII [Ant. XIX].

VERS. 30.---Para apartar sus almas de la corrupción, y para iluminarlas con la luz de los vivientes.

35. La luz presente es de los moribundos; la luz eterna, de los vivientes. En efecto, la luz de los moribundos es la que percibimos con los ojos corporales. Pero aquellos que aún viven en este mundo se oscurecen con la luz de los moribundos. Sin embargo, son iluminados por la luz de los vivientes, quienes, despreciando la luz temporal, recurren al resplandor de la claridad interna, para que vivan allí donde ven el verdadero lumen al sentirlo, donde la luz no es distinta de la vida, sino donde la misma luz es vida, donde la luz nos circunscribe exteriormente de tal manera que nos llena interiormente; así nos llena interiormente, que siendo incircunscripta nos circunscribe exteriormente. Son iluminados, por tanto, por esta luz de los vivientes, que tanto más sutilmente contemplan entonces, cuanto más puramente viven ahora para ella.

36. Los soberbios suelen mezclar lo vano y lo hinchado con lo verdadero y místico.---Eliu pronunció cosas grandes y muy fuertes, pero esto es algo que cada arrogante suele tener como propio, que mientras habla de cosas verdaderas y místicas, de repente, por la hinchazón de su corazón, mezcla algunas cosas vanas y soberbias. Pues busca agradar externamente en aquello que siente verdaderamente; y de ahí pronto se desvía de la verdad, de donde, por el tipo de elevación, se aleja de lo íntimo. Porque al buscar ser aprobado como docto exteriormente, pierde interiormente la plenitud con la que era enseñado. Por lo cual también Eliu, a quien ya hemos dicho muchas veces que representa el tipo de los arrogantes, después de haber expuesto muchas profundidades de sabiduría, de repente, tras esas mismas sentencias verdaderas y místicas, se exalta inflado por la soberbia del conocimiento, cuyo sentido pronto se deriva hacia palabras vanas por el mérito de su inflación. Pues añadió, diciendo:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 31-33.---Atiende, Job, y escúchame, y calla mientras yo hablo. Pero si tienes algo que decir, respóndeme: habla, pues deseo que aparezcas justo. Pero si no tienes, escúchame; calla, y te enseñaré sabiduría.

37. Cuando hablan con humildad, no perseveran mucho tiempo en esa apariencia de humildad.---Manifiesta cómo se comporta consigo mismo con esta expresión, cuando dice: Atiende, Job, y escúchame, y calla mientras yo hablo. Es una inmensa soberbia exigir reverencia de un mayor y ordenar silencio a alguien mejor que uno mismo. Porque los predicadores justos, cuando reprenden a cualquiera, a menudo por la gracia de la humildad regresan a lo más íntimo de sus pensamientos, y en lo mismo que reprenden, investigan para no ser engañados, y otorgan a los reprendidos la libertad de confesar si sienten algo más justo para sí mismos. Esto a veces también los arrogantes desean imitar. Por un momento, dejando de lado la altivez en sus palabras, buscan la justicia de aquellos a quienes reprenden, si acaso pueden encontrarla, no porque lo sientan así, sino porque desean adornarse con la apariencia de humildad. Temen que, siendo soberbios y altivos, lo parezcan. Por eso Eliú añadió inmediatamente, diciendo: Si tienes algo que decir, respóndeme; habla, pues quiero que aparezcas justo. Pero como no lo dijo de corazón, no esperó escuchar lo que había preguntado. Pues inmediatamente añadió: Pero si no tienes, escúchame; calla, y te enseñaré sabiduría. Porque quienes verdaderamente buscan escuchar lo que es justo, esperan con ecuanimidad escuchar lo que buscan. Sin embargo, Eliú, al no haber pronunciado verdaderamente palabras de búsqueda, no permitió que se dijera lo que había preguntado, sino que pronto estalló lo que llevaba dentro, y mostró cómo se veía a sí mismo, diciendo: Calla, y te enseñaré sabiduría. Porque los hombres arrogantes, cuando suenan humildes, no perduran mucho tiempo en esa apariencia de humildad. Cuando quizás buscan escuchar, pronto se oponen hablando para no ser enseñados, porque la intención de ostentación comprime rápidamente la superficie de la voz que habían emitido, que surge de la raíz del corazón, y prueban que esa misma forma de humildad tomada en apariencia es ajena, porque no pueden mantenerla por mucho tiempo. He aquí que Eliú, cuando busca justicia para aprender, promete enseñar. He aquí que, al buscar lo que es justo, su lengua sonó algo llano; pero pronto no pudo ocultar lo que su conciencia altiva hinchaba. Pues de repente añadió: Calla, y te enseñaré sabiduría. Porque todos los arrogantes, en lo que expresan, se inflan con el orgullo de la soberbia, y, como si estuvieran en lo alto, toman la apariencia de doctores como si sus palabras se derramaran desde el cielo con cierta dignidad sobre hombres indignos, bien se interpone un verso por el escritor de esta historia, donde se dice:

CAPÍTULO XIV [Vet. XXI, Rec. VIII].

CAP. XXXIV, VERS. 1.--- Pronunciando también Eliú, dijo lo siguiente.

38. Los justos hablan desde la raíz de la humildad; de manera contraria, los inicuos. ¿Qué se muestra con el término de esta pronunciación, sino la inflación de la arrogancia, de modo que las palabras, que venían de la alta raíz del orgullo, procedieran con cierta altitud y distinción? ¿Acaso no suelen predicar así todos los arrogantes? Pues con cierto desdén pronuncian lo que creen haber entendido de manera singular; y tal vez entonces predicán la humildad, cuando a través del orgullo muestran ejemplos de soberbia. De ahí que su predicación no pueda permanecer concorde consigo misma, porque lo que siembran hablando rectamente, lo combaten perversamente al hincharse. A los oyentes humildes apenas les conceden sus palabras, no con compasión, sino con desdén. Se consideran a sí mismos colocados en lo alto, y apenas se dignan inclinarse desde lo alto hacia esos mismos oyentes suyos, como si fueran

precedentes en la doctrina. En cambio, las palabras de los justos vienen de la raíz de la humildad, para que puedan dar fruto de piedad: y todo lo que puedan ofrecer de saludable, lo suministran no con altivez, sino con compasión. A través de las palabras de caridad, se transforman a sí mismos en sus oyentes, y a sus oyentes en ellos, como si aquellos enseñaran lo que escuchan a través de estos, y estos aprendieran lo que enseñan a través de aquellos. Por tanto, Eliú, manteniendo el tipo de los arrogantes y comenzando con ostentación de pronunciación, escuchemos lo que dice. Sigue:

CAPÍTULO XV.

VERS. 2, 3.---Escuchad, sabios, mis palabras, y vosotros, instruidos, prestadme atención. Porque el oído prueba las palabras, y el paladar juzga los alimentos por el gusto.

39. Los doctores soberbios no buscan hacer sabios a sus oyentes, sino mostrar su propia sabiduría. Como si dijera: Así como el oído no reconoce los alimentos, ni la garganta las palabras; tampoco cualquier necio entiende el sentido de un sabio. Por lo tanto, sabios y eruditos, escuchen lo que digo, ustedes que pueden comprender lo que se ha dicho. Veamos entonces cuánto se enorgullece aquel que considera que sus palabras solo deben ser escuchadas por los sabios. Sin embargo, el verdadero predicador de la sabiduría dice: Soy deudor a sabios e ignorantes (Rom. I, 14). En cambio, el arrogante en su predicación solo espera los oídos de los sabios, porque no predica para poder hacer sabios a cualquiera, sino que busca a los sabios para poder mostrar con soberbia lo que ha sentido. Pues como se dijo antes, no busca instruirlos, sino mostrarse a sí mismo; no le importa cuán justos se vuelvan los que escuchan, sino cuán docto aparezca él mismo cuando es escuchado por los doctos. Porque nadie aceptaría la predicación de los arrogantes si no mezclaran algo de la imagen de la humildad, Eliú, después de haberse exaltado con palabras altisonantes, nuevamente descende como si buscara la concordia de la igualdad, diciendo:

CAPÍTULO XVI

VERS. 4.---Elijamos un juicio para nosotros, y entre nosotros veamos qué es lo mejor.

40. A veces muestran humildad, pero fingida.---Sin embargo, si este juicio lo ha buscado con un corazón humilde, lo reconocemos fácilmente si consideramos sus palabras siguientes. Sigue:

VERS. 5, 6.---Porque Job dijo: Soy justo, y Dios ha trastornado mi juicio. Pues al juzgarme hay mentira; y mi herida es violenta sin haber cometido pecado alguno.

Acusan a los justos de falsos crímenes.---Se dice que el bienaventurado Job pronunció estas palabras, las cuales, sin embargo, la historia sagrada demuestra que no dijo en absoluto. Pero aquel que había buscado el juicio de manera equitativa, inmediatamente emite una sentencia basada en la culpa que inventó. Pues sigue:

VERS. 7, 8.---¿Quién es el hombre, como Job, que bebe el escarnio como agua, que camina con los que obran iniquidad, y anda con hombres impíos?

[Rec. IX.] He aquí que el juicio que buscaba juicio ha sido pronunciado, y después de su alegato, sin esperar sentencia alguna del bienaventurado Job, lo juzgó digno de condena desde la sociedad de los réprobos. Pues dice: ¿Quién es el hombre, como Job? Para que

entendamos, ciertamente, ninguno. Y añade: Que bebe el escarnio como agua. Ahora bien, el agua cuando se bebe, se toma tan fluidamente, que no se retrasa en ser absorbida por ninguna densidad. Beber el escarnio como agua es burlarse de Dios sin ningún obstáculo de pensamiento, de modo que en lo que la lengua o la conciencia se enorgullece, ninguna trepidación contradice. Sin embargo, conocemos cuánto se desvía esta sentencia suya sobre el bienaventurado Job del camino de la verdad, por aquel testimonio del Señor, cuando dice al diablo: ¿Acaso has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra? (Job 1, 8). He aquí que a quien la Verdad dice que es justo sin comparación, Eliú lo afirma pecador sin comparación. Pero esto suele ser propio de los predicadores arrogantes, que incluso desean corregir más estrictamente a sus oyentes afligidos, que consolarlos suavemente. Pues se esfuerzan más en reprender increpando los males, que en confirmar alabando los bienes. Desean parecer superiores, y se alegran más cuando la ira eleva su ánimo, que cuando la caridad lo iguala. Siempre desean encontrar algo que increpando hiera con dureza. Por lo cual está escrito: En la boca del necio hay una vara de soberbia (Prov. 14, 3), porque evidentemente sabe golpear con dureza, pero no sabe compadecerse humildemente.

41. Los santos predicadores, cuando van a corregir a otros, preceden con palabras amables. Como médicos expertos, primero palpan, luego hieren. Los predicadores justos suelen corregir a sus oyentes con reprensiones, suelen atacar con severas increpaciones sus vicios. De ahí que esté escrito: Las palabras de los sabios son como agujijones, y como clavos bien clavados (Ecl. XII, 11). Con razón sus palabras son llamadas clavos, porque no saben acariciar las faltas de los pecadores, sino punzarlas. ¿Acaso no eran clavos las palabras de Juan cuando decía: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Mat. III, 7)? ¿No eran clavos las palabras de Esteban cuando decía: Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo (Hech. VII, 51)? ¿No eran clavos las palabras de Pablo cuando decía: ¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó? (Gál. III, 1). Y de nuevo cuando decía a los corintios: Pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales y andáis según el hombre? (I Cor. III, 3). Pero es necesario que veamos con cautela cómo los justos predicadores, en aquellos a quienes corrigen, cuando encuentran algo de buena obra, descienden a las palabras de reprensión con cuánta discreción. He aquí que Pablo, enseñando a los corintios y viendo en ellos la culpa de la división, comenzó diciendo: Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús, porque en todo fuisteis enriquecidos en él (I Cor. I, 4). En verdad los alabó mucho al decir que eran ricos en todo en Cristo. Y he aquí que aún multiplica las palabras amables, diciendo: En toda palabra y en toda ciencia, así como el testimonio de Cristo ha sido confirmado en vosotros (Ibid., 5). Dijo que el testimonio de Cristo ha sido confirmado en vosotros, como si hubieran realizado en obra lo que aprendieron en doctrina. Y enseguida, en la culminación de la alabanza, añadió: De tal manera que no os falta ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Te ruego, Pablo, que insinúes hacia dónde te diriges con tantos favores. Y he aquí que poco después sigue: Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones. Porque me ha sido informado de vosotros, hermanos míos, por los de Cloe, que hay contiendas entre vosotros (Ibid., 10). De las cuales contiendas poco después añadió, diciendo: Pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales y andáis según el hombre? (I Cor. III, 3). He aquí con qué alabanzas descendió a las palabras abiertas de corrección; he aquí cómo en el corazón de los oyentes abrió el camino de la severa reprensión con la mano amable del favor. Primero, en efecto, se esforzó en atar los brazos de los soberbios con los lazos de las palabras amables, para que después pudiera cortar la herida de la soberbia con el hierro de la corrección. En los corintios había ciertamente cosas que debían ser alabadas, y cosas que debían ser reprendidas. Así, el médico experto primero palpó los miembros sanos que

rodeaban la herida alabándolos, y luego atravesó el seno podrido de la herida hiriéndolo. Por lo tanto, en los santos predicadores, la regla de la doctrina tiene su peso adecuado para ambas cosas, para nutrir lo recto favoreciéndolo, y para cortar lo perverso observándolo.

[Vet. XXIV, Rec. X.] 42. Es diferente golpear cuando la justicia estimula, que cuando la soberbia infla. ¿Cuál es el modo que debe guardarse en la corrección? Este lo ignoran los soberbios. Sin embargo, a veces incluso los predicadores justos golpean con severidad. Pero es distinto cuando la justicia estimula, que cuando la soberbia infla. Los justos, cuando corrigen con severidad, no pierden la gracia de la dulzura interna. Pues a menudo, para refrenar la inquietud de los perversos, asumen la dureza de un vigor estricto, pero internamente se derriten con el fuego de la caridad, y arden de amor por aquellos a quienes corrigen con aspereza; y también se humillan en secreto en su corazón ante aquellos a quienes castigan externamente con duros estímulos de amonestación, como si los despreciaran. Sin embargo, a menudo no desprecian despreciando, y no desesperan desesperando, para que cuanto más rápidamente los hagan temer y retroceder de la culpa, cuanto más ya casi les muestran la fosa de la muerte. A menudo también, con un cierto decente moderación, indican sus propias culpas ante los discípulos, para que estos, al escuchar, aprendan cómo reprenderse sutilmente a sí mismos por sus acciones. Sin embargo, se moderan con tanta discreción, que ni cuando se erigen son rígidos internamente, ni cuando se humillan son remisos externamente, porque en la disciplina guardan la humildad, y en la humildad la disciplina. Pablo mantuvo la disciplina cuando dijo a los corintios: Porque habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales y andáis según el hombre? (I Cor. III, 3). Pero no perdió la humildad en la disciplina, porque precedió suplicando, diciendo: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que todos digáis lo mismo, y que no haya entre vosotros divisiones (I Cor. I, 10). Nuevamente mantuvo la humildad, cuando hablando a los mismos corintios, quizás más extensamente de lo que hubiera querido, se reprendió a sí mismo, diciendo: Me he hecho insensato (II Cor. XII, 11). Pero no perdió la disciplina en esta humildad, porque inmediatamente añadió: Vosotros me obligasteis. Exhibió un ejemplo de gran humildad cuando dijo a los discípulos: Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por Cristo (II Cor. IV, 5). Pero en esta humildad no perdió la justicia de la disciplina, quien dice a los mismos que delinquen: ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara? (I Cor. IV, 21) y otras cosas. Saben, pues, los predicadores santos cómo moderar el arte del magisterio con ambos modos, y cuando encuentran la culpa de los que delinquen, saben a veces corregir severamente, a veces suplicar humildemente. Pero cuando los hombres arrogantes desean imitarlos, toman de ellos las palabras ásperas de corrección, y no saben tomar de ellos las súplicas de humildad. Pues pueden ser más terribles que amables; y por eso aprenden de dónde erigirse, y descuidan aprender a someter el ánimo. Y como no saben amonestar placenteramente a los que delinquen, por el uso excesivo del rigor, a través de la ira de la invectiva, incluso se desbocan contra los que actúan correctamente. De los cuales, este, tomando la apariencia de Eliú, no consuela al bienaventurado Job, sino que lo reprende, diciendo: ¿Quién es el hombre, como Job, que bebe el escarnio como agua, que camina con los que obran iniquidad, y anda con hombres impíos? [Vet. XXV.] Y porque la soberbia siempre es ajena a la verdad, pronto también se precipita hacia lo falso, diciendo:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 9.---Dijo: No agrada al hombre a Dios, aunque corra con Él.

43. La soberbia siempre está alejada de la verdad.---Ciertamente, quien haya leído las palabras del bienaventurado Job lo reconoce. Pero aquel que habla con el fin de exhibirse a sí mismo con soberbia, ¿qué maravilla es que invente en otro lo que debe reprobar? Pues, ¿cómo puede adherirse a la verdad en las palabras de reprensión, aquel a quien el orgullo de su mente lo separa internamente de esa misma verdad? Sigue:

VERS. 10.---Por tanto, hombres prudentes, escúchenme.

He aquí, nuevamente hinchado por la arrogancia del orgullo, busca únicamente a aquellos que, como si fueran dignos de entender, puedan alcanzarlo, y así lo que sentía estalla, diciendo:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 10 y 11.---Lejos de Dios la impiedad, y de el Omnipotente la iniquidad. Porque Él retribuirá al hombre según su obra, y conforme a los caminos de cada uno les restituirá.

782 44. Dios en esta vida no siempre retribuye a cada uno según sus obras. — Bien ha dicho, porque en el Dios omnipotente no hay iniquidad ni impiedad. Pero en esta vida no siempre sucede lo que añadió, que retribuye a cada uno según su obra y según sus propios caminos. Pues a muchos que cometen actos ilícitos y perversos, los previene gratuitamente y los convierte a obras santas, y a algunos dedicados a actos rectos los corrige con el flagelo, y así aflige a los que agradan como si desagradasen, como atestigua Salomón, quien dice: Hay justos a quienes les suceden muchas cosas, como si hubieran hecho obras de impíos; y hay impíos que están tan seguros, como si tuvieran las obras de los justos (Eccl. VIII, 14). Esto, sin duda, lo dispensa el Dios omnipotente con una piedad inestimable, para que los justos sean afligidos por los flagelos, para que no se enaltezcan por sus obras; y los injustos al menos vivan esta vida sin castigo, porque apresuran su camino hacia tormentos que no tienen fin al obrar mal. Pues, ya que a veces los justos no son flagelados según sus obras, esto mismo se muestra en la historia que tratamos. Porque el mismo bienaventurado Job no fue flagelado por culpa, quien antes del estímulo del flagelo fue alabado por el mismo juez que lo atestiguó. Por lo tanto, Eliú diría más verdaderamente si dijera: Porque en el Dios omnipotente no hay impiedad ni iniquidad, incluso cuando no parece retribuir a los hombres según sus propios caminos. Pues lo que no entendemos, se produce desde la no injusta balanza de un juicio oculto. Y como los predicadores arrogantes, mientras esparcen muchas cosas vanas, también a menudo pronuncian cosas verdaderas y sólidas, Eliú correctamente añade:

CAPUT XIX [Vet. XXVI].

VERS. 12.---Porque verdaderamente Dios no condenará en vano, ni el Omnipotente pervertirá el juicio.

45. Los juicios de Dios son justos, aunque ocultos.---El Señor dice al diablo: Me has incitado contra él para que lo aflija sin motivo (Job II, 3). Sin embargo, Eliú dice: Porque el Señor no condenará sin motivo. Esto parecería estar en desacuerdo con las palabras de la Verdad, a menos que se considere con sutil reflexión. Porque una cosa es condenar y otra afligir. Por lo tanto, aflige en cierto modo sin motivo, pero no condena sin motivo. ¿Acaso no afligió a Job sin motivo en cierto sentido, cuando no se eliminaba un vicio, sino que se aumentaba el mérito? No puede condenar sin motivo, porque la condenación no puede hacerse

parcialmente, ya que en el extremo castiga todo lo que aquí alguien haya cometido injustamente. Ni el Dios omnipotente subvierte el juicio, porque aunque lo que sufrimos pueda parecer menos recto, sin embargo, se decide rectamente en el examen oculto. Sigue:

CAPÍTULO XX [Rec. XI].

VERS. 13.---¿A quién ha puesto Él como otro sobre la tierra, o a quién ha establecido sobre el orbe que Él ha fabricado?

46. Aquel que creó el mundo por sí mismo, también lo gobierna por sí mismo.---Para que entiendas que no hay nadie más. En efecto, gobierna el mundo por sí mismo, al igual que lo creó por sí mismo; y no necesita ayudas ajenas para gobernar, quien no necesitó ayuda para crear. Pero estas cosas se reúnen para mostrar claramente que el Dios omnipotente, si no descuida gobernar por sí mismo lo que creó, ciertamente gobierna bien lo que bien creó, porque lo que creó con piedad no lo dispone impiamente; y quien cuidó de que existieran las cosas aún no hechas, no abandona las que ya están hechas. Por lo tanto, ya que está presente en el gobierno quien fue el autor en la creación, no pasa por alto nuestro cuidado. Por eso, añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 14.---Si dirige su corazón hacia él, atraerá hacia sí su espíritu y su aliento.

783 47. Curva los corazones de los hombres, cuando quiere, dirigiéndolos hacia Él. --- El corazón es curvo cuando desea lo bajo, se dirige cuando se eleva hacia lo alto. Si, por lo tanto, el hombre dirige su corazón hacia el Señor, el Señor atrae hacia Él su espíritu y su aliento. El espíritu, evidentemente, se refiere a los pensamientos internos, mientras que el aliento, que se toma a través del cuerpo, se refiere a las acciones externas. Que Dios atraiga hacia Él el espíritu y el aliento del hombre significa cambiar tanto nuestros deseos internos como externos hacia la conversión, de modo que ya nada externo deleite la mente, ni la carne busque obtener lo inferior; sino que todo lo que el hombre es, fervorosamente desee interiormente a Aquel de quien proviene, y exteriormente se constriña dominándose. Por lo tanto, adecuadamente añade:

CAPÍTULO XXII [Rec. XII].

VERS. 15.---Toda carne perecerá al mismo tiempo, y el hombre volverá al polvo.

48. Entonces la carne desfallece, y el hombre en humildad vuelve al polvo. Pues toda carne desfallece cuando ya no sirve a sus propios hábitos, porque el espíritu que la gobierna restringe todo lo que es pasajero en ella, y con la espada de su rigor mata todo lo que vivía mal en ella. Con esta espada de disciplina, Jeremías se había matado a sí mismo cuando decía: "Después que me convertiste, me arrepentí; y después que me mostraste, golpeé mi muslo" (Jeremías 31, 19). ¿Qué se entiende por muslo sino el placer de la carne? ¿Y qué significa cuando dice: "Después que me mostraste, golpeé mi muslo", sino que después de ver espiritualmente lo celestial, extinguió todo lo que vivía carnalmente en él, de modo que cuanto más se revelaban las cosas supremas, tanto más no liberaban las inferiores que había retenido? Pues cuanto más uno comienza a vivir en lo alto, tanto más comienza a morir en lo bajo. Según el afecto de la operación carnal, toda la carne de Pablo había muerto al mismo tiempo, cuando decía: "Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí" (Gálatas 2, 20).

[Ant. XXVII.] 49. El pecador olvida su mortalidad, a diferencia del justo.---Eliú añadió acertadamente en este lugar: Y el hombre volverá al polvo. En efecto, quien está en pecado olvida su mortalidad y no recuerda que es tierra, mientras aún se infla de soberbia. Pero después de la gracia de su conversión, cuando es tocado por el espíritu de humildad, ¿qué recuerda ser sino polvo? David ya había vuelto al polvo cuando decía: Recuerda, Señor, que somos polvo (Salmo 102, 15). Abraham había vuelto al polvo cuando decía: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Génesis 18, 27). Y aunque la muerte había disuelto la carne viviente en la tierra, sin embargo, eran lo que preveían sin duda que serían. De aquí se dice en otro lugar: Retirarás su espíritu, y perecerán, y volverán a su polvo (Salmo 103, 29). ¿Y qué espíritu, sino el espíritu de soberbia, se nombra? Que se retire, pues, su espíritu para que perezcan, es decir, al retirarse el espíritu de soberbia, reconozcan que no son nada por sí mismos. Y vuelvan al polvo, es decir, que se humillen por su frágil condición. Por este polvo, a cuya memoria son llamados aquellos que se consideran a sí mismos, se dice por la Sabiduría: Los justos brillarán, y correrán como chispas en un cañaveral (Sabiduría 3, 7). Pues los hombres santos, al mezclarse con los pecadores, los encienden con el fuego de sus ejemplos, y todo lo que brilla lo reducen a ceniza, porque consumidos por la llama de la piedad, al contemplar la debilidad de su condición, reconocen que no son más que ceniza, para que, liberados de la dureza de su soberbia, por penitencia digan lo que antes mencionamos: Recuerda, Señor, que somos polvo (Salmo 102, 15). Bien se dice, pues, que cuando el Señor atrae hacia sí el espíritu del hombre, toda carne perecerá al mismo tiempo, y el hombre volverá al polvo. [Rec. XIII.] Estas palabras de Eliú son verdaderas y grandes; pero como pronto se enorgulleció de lo que bien había sentido, lo revela en las palabras siguientes, diciendo:

CAPÍTULO XXIII [Ant. XXVIII].

VERS. 16.---Si tienes, pues, entendimiento, escucha lo que se dice y atiende la voz de mi elocuencia.

50. Los soberbios se oscurecen y se ciegan más al ver. Cuanto más sufrimos el vicio de la soberbia, menos vemos. Todos los arrogantes tienen esto en común: cuando perciben algo agudo, inmediatamente estallan en el vicio de la altivez, desprecian el juicio de todos en comparación con el suyo y se anteponen en su juicio a los méritos de los demás. A estos desdichados les sucede que se oscurecen más al ver, porque mientras atienden a lo sutil, no saben mirarse a sí mismos; y cuanto más agudamente perciben la inteligencia, peor caen por la soberbia. Bien podrían observar lo sutil, si se vieran en lo que expresan. Pues antes Eliú había dicho: Si tienes algo que decir, respóndeme: habla, porque quiero que aparezcas justo (Job XXXIII, 32). Ahora dice: Si tienes entendimiento, escucha lo que se dice. He aquí cómo la altivez progresa un poco a través del incremento de las palabras. Antes dudaba si el bienaventurado Job podría expresar lo que es justo; ahora discute si al menos puede escuchar lo que se dice. Allí dijo: Si tienes algo que decir, respóndeme. Como si dijera: Di algo, si es que puedes ser digno de decirlo. Aquí dice: Si tienes entendimiento, escucha lo que se dice. Como si dijera abiertamente: Escúchame, si es que puedes ser digno de escuchar. Estos son los defectos cotidianos que ocurren en los corazones de los reprobos, por los cuales descienden incesantemente a cosas peores, porque mientras descuidan imprudentemente las menores, irrumpen perniciosamente en las mayores. Ya era un acto de soberbia dudar que el bienaventurado Job pudiera hablar lo que es justo. Pero al descuidar considerarlo en sí mismo, llega a cosas peores, de modo que no solo duda que pueda decir lo que es justo, sino que también desespera de que pueda entender lo justo que se dice. Por lo tanto, el vicio de la

soberbia debe ser cortado de raíz inmediatamente, para que cuando surja secretamente, sea cortado vigilante, no sea que crezca con el progreso, no sea que se fortalezca con el uso. Es difícil para cualquiera detectar la soberbia envejecida en sí mismo, porque ciertamente cuanto más sufrimos este vicio, menos lo vemos. Así, la soberbia se genera en la mente como la niebla en los ojos. Cuanto más se extiende, más restringe la luz. Por lo tanto, la altivez crece un poco en el corazón, y cuando se extiende más ampliamente, cierra completamente el ojo de la mente oprimida, de modo que el alma cautiva puede tanto sufrir el tipo de altivez como no poder ver lo que sufre. Pero como los hombres arrogantes a veces, como hemos dicho, no perciben correctamente lo correcto, y saben encontrar lo bueno, pero desprecian expresarlo bien, Eliú, después del tipo de altivez, cuando dijo: Si tienes entendimiento, escucha lo que se dice, añade diciendo:

CAPUT XXIV [Vet. XXIX].

VERS. 17.---¿Acaso puede sanar quien no ama el juicio? ¿Cómo condenas tanto al que es justo?

51. En todo lo que decimos, debemos considerar qué, a quién, cuándo y cómo se dice. --- Aunque pronunció una buena sentencia, no debió ser dirigida al bienaventurado Job. En todo lo que se dice, es sumamente importante observar qué se dice, a quién se dice, cuándo se dice y cómo se dice. Eliú, sin embargo, prestó atención a lo que decía, pero no a quién se lo decía. El bienaventurado Job amaba el juicio, porque sabía ponderar sus causas con el Señor de manera sutil. No había condenado al justo, sino que, con humildad, se preguntaba por qué, sin pecado, había sido golpeado y puesto en el dolor. Ama el juicio quien examina sus caminos con sutileza y, entrando en el santuario del corazón, considera qué le otorga el Señor y qué le debe él al Señor. ¿Cómo no habría hecho esto el bienaventurado Job, quien ofrecía sacrificios tan frecuentes en expiación por los hijos, incluso por sus pensamientos? Por lo tanto, como Eliú dijo que quien no ama el juicio no puede ser sanado, acusando al bienaventurado Job de no amar el juicio, y porque había condenado al justo, inmediatamente añade la justicia de ese mismo justo, es decir, del Señor, diciendo:

CAPÍTULO XXV [Rec. XIV]

VERS. 18.---El que dice al rey: apóstata; el que llama impíos a los príncipes.

52. El apóstata es aquel que gobierna no para servir, sino para dominar. A menudo hemos observado que muchos de los que están al mando exigen un temor desmedido de sus subordinados, y desean ser venerados no tanto por el Señor como en lugar del Señor. En su interior, se elevan con la soberbia del corazón y desprecian a todos los subordinados en comparación consigo mismos; no los aconsejan condescendiendo, sino que los oprimen dominando, ya que se elevan con pensamientos altivos y no reconocen ser iguales a aquellos sobre quienes les toca presidir. Contra esta soberbia, se dice en el libro del Eclesiástico: "Te han constituido líder; no te ensalces, sino sé entre ellos como uno de ellos" (Eccl. 32, 1). El Señor, increpando a los pastores por medio del profeta, dice: "Pero vosotros los gobernabais con dureza y con poder" (Ez. 34, 4). Pues incluso las cosas buenas que dicen a los subordinados las presentan más dominando que aconsejando, porque consideran que decirles algo como iguales sería rebajarse. Se regocijan en la singularidad de su posición elevada, y no en la igualdad de condición. Pero como el Señor evalúa sutilmente estos corazones soberbios de los gobernantes, se dice bien contra ellos: "El que dice al rey, apóstata". Cada gobernante soberbio cae tantas veces en la culpa de la apostasía como se deleita en presidir

sobre los hombres y se regocija en la singularidad de su honor. No considera bajo quién está, y se exalta como si no fuera igual a sus iguales. ¿De dónde brota esta raíz de vicios en el corazón de los gobernantes, sino de la imitación de aquel que, despreciando la compañía de los ángeles, dijo: "Subiré sobre la altura de las nubes, y seré semejante al Altísimo" (Is. 14, 14)? Por tanto, cada vez que un gobernante se ensalza en lo que gobierna a otros, tantas veces se separa del servicio del supremo gobernante por la caída de la soberbia; y cuando desprecia a sus subordinados iguales, no reconoce el dominio de aquel bajo el cual todos son iguales, se dice correctamente: "El que dice al rey, apóstata".

[Vet. XXX.] 53. Es impío si, con el ejemplo de tu soberbia, arrastras a tus súbditos al precipicio.---Porque, en efecto, cuando dominan, arrastran a sus súbditos a la impiedad con el ejemplo de su soberbia, se añade apropiadamente: Quien llama a los líderes impíos. Pues conducirían por el camino de la piedad si mostraran a los ojos de sus súbditos ejemplos de humildad. [Rec. XV.] Un líder es impío cuando se desvía del camino de la verdad; y mientras él mismo se precipita, invita a los que le siguen a la ruina. Un líder es impío cuando, con ejemplos de arrogancia, muestra el camino del error. Pablo temía ser un líder de impiedad, cuando reprimía la grandeza de su poder, diciendo: Ni buscando gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos ser una carga, como apóstoles de Cristo, sino que nos hicimos pequeños entre vosotros (I Tesalonicenses II, 6). Se había hecho pequeño entre ellos, porque temía que si reclamaba entre los discípulos el honor de su grandeza, mostraría ejemplos de altivez. Temía, sin duda, que mientras él buscaba para sí el poder de la autoridad pastoral, el rebaño sometido lo siguiera hacia la ruina, y condujera a los seguidores a la impiedad, quien había asumido el oficio de la piedad.

54. Que resplandezca ante sus subordinados con el esplendor de las virtudes. Corrija sus faltas con prudencia y humildad. Por lo tanto, es necesario que quien está al mando preste atención diligente a los ejemplos que ofrece a sus subordinados; y sepa que vive para tantos como a quienes gobierna; y observe con cuidado no enorgullecerse por su posición; no exigir con exceso los derechos del poder debido; no convertir el derecho de la disciplina en el rigor de la soberbia; y que, en lugar de restringir a los subordinados de la perversidad, no pervierta más bien los corazones de los que observan; no sea que, como se ha dicho, se convierta en líder de impiedad bajo el pretexto de piedad. No debe asumir el liderazgo de los hombres quien no sabe precederlos con una buena vida; no sea que quien es elegido para corregir las faltas de otros, cometa él mismo lo que debería haber eliminado. Por lo tanto, quienes están al mando deben observarse a sí mismos, para vivir tanto para ellos como para sus subordinados, para que el bien que hacen lo guarden en el seno de su mente, y sin embargo, de él impartan ejemplos de recta operación para el progreso de los que siguen, para que corrijan las faltas de los subordinados que observan, pero sin enorgullecerse por la fuerza de esa observación, para que toleren algunas cosas corregidas con suavidad, pero sin que la misma suavidad disuelva los lazos de la disciplina, para que al tolerar algunas cosas no las disimulen, pero sin permitir que crezcan al disimularlas. Estas cosas son laboriosas, y a menos que la gracia divina las sostenga, son difíciles de mantener. Con razón se dice en el libro de la Sabiduría sobre la venida del juez estricto: "Aparecerá horrendo y rápidamente, porque el juicio más severo será para los que gobiernan" (Sab. VI, 6). Porque, a menudo, a través del poder del gobierno se cae en la culpa de la arrogancia, y ante el juez estricto esa misma arrogancia se considera impiedad, se dice bien del Señor a través de Eliú: "Él llama a los líderes impíos". Pues, mientras se enorgullecen de su liderazgo, con su ejemplo arrastran a sus subordinados a la impiedad.

55. Al juzgar a otros, debe presentarse continuamente ante el juicio supremo. El poder recibido no debe considerarse un honor, sino una carga. La ambición trae males infinitos. El cuidado pastoral no debe ser abrazado por codicia, ni rechazado por temor. Por lo tanto, es de suma importancia que quien está al frente del gobierno de los hombres, se siente en el trono de la humildad dentro del santuario de su mente. Y cuando otros le asisten externamente en su juicio, debe mirar con ojo vigilante a aquel ante quien él mismo deberá presentarse para ser juzgado por sus juicios, de modo que cuanto más ahora tiemble ante aquel a quien no ve, más seguro lo contemple cuando lo vea. Por lo tanto, quien apenas puede satisfacer al juez estricto con su propia alma, debe considerar que, al estar al frente de tantos súbditos, en el momento de rendir cuentas, por así decirlo, tiene tantas almas como personas a su cargo. Esta reflexión, si consume continuamente su mente, aplasta toda hinchazón de orgullo. Y un rector prudente no será llamado ni rey apóstata ni duque impío, en la medida en que, con pensamiento solícito, considere el poder recibido no como un honor, sino como una carga. Pues a quien ahora le agrada ser juez, no le agradará ver al juez entonces. No se pueden contar las culpas que se cometen por amor al poder. El poder solo se lleva bien cuando se retiene no por amor, sino por temor. Para que pueda ser administrado correctamente, es necesario que primero no lo imponga la codicia, sino la necesidad. Una vez recibido, no debe ser abandonado por temor, ni abrazado por lujuria; no sea que alguien, por falsa humildad, desprecie el orden de la divina dispensación al huir de él; o que rechace el yugo del supremo rector porque le agrada el gobierno privado sobre los demás. Por lo tanto, el poder, cuando se recibe, no debe ser amado por lujuria, sino tolerado con longanimidad, para que sea liviano en el juicio, donde ahora es conocido como pesado en el ministerio.

LIBRO VIGÉSIMO QUINTO. En la explicación del capítulo XXXIV, desde el versículo 19 al 30, se diserta sobre el castigo de los réprobos y los juicios ocultos de Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Error de aquellos que consideran en los hombres lo que tienen, no lo que son.---La misma cualidad de la condición humana indica cuán lejos supera a las demás cosas. Pues la razón comparada con el hombre afirma cuánto todo lo que carece de vida, de sentido o de razón, es superado por la naturaleza racional. Y sin embargo, porque cerramos los ojos a lo interno e invisible, y nos alimentamos de lo visible, a menudo veneramos al hombre no por lo que él es, sino por lo que lo rodea. Y como no miramos lo que él es, sino lo que puede en la aceptación de personas, no nos guiamos por las personas, sino por las cosas adyacentes. Así sucede que también aquel que es honrado externamente, viene a ser despreciado internamente por nosotros, porque mientras es considerado honorable por lo que lo rodea, en nuestro juicio es pospuesto por sus cosas. Pero el Dios omnipotente interroga la vida de los hombres solo por la calidad de sus méritos; y a menudo castiga más por aquello de lo que aquí se le confió más para el servicio, como atestigua la Verdad, que dice: A quien mucho se le dio, mucho se le exigirá (Luc. XII, 48). Por lo cual, bien se dice ahora por Eliú:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXIV, VERS. 19.---Que no hace acepción de personas con los príncipes, ni reconoce al tirano cuando disputa contra el pobre.

2. No hay acepción de personas ante Dios.---Sin embargo, se puede entender que el soberbio es representado por el príncipe o el tirano; mientras que el humilde es designado por el pobre. Por lo tanto, no reconoce al tirano que disputa contra el pobre, porque afirma no conocer a

todos los soberbios que ahora oprimen la vida de los humildes, diciendo: No sé de dónde sois (Luc. XIII, 25). Y porque destruye con poder cuando quiere, así como creó con poder cuando quiso, se añade adecuadamente razonando:

IBID.---Porque todos son obra de sus manos.

[Rec. II.] Y enseguida se añade:

CAPÍTULO III.

VERS. 20.---De repente morirán, y en medio de la noche se inclinarán los pueblos, y pasarán.

3. La muerte repentina de todos los inicuos, porque no es prevista. --- Por más tarde que sean arrebatados de esta vida los inicuos, son arrebatados de repente y súbitamente, porque no saben prever su fin pensando en él. Es repentino para el hombre aquello que no pudo prever antes. De repente fue arrebatado aquel rico, que dejó los graneros que preparaba, y encontró el lugar del infierno que no preveía. A otra cosa ejercitaba su alma mediante el pensamiento, pero a otra fue enviada por la sentencia; otra cosa contempló mientras vivía, otra experimentó mientras moría. Dejó, en efecto, las cosas temporales que había tratado por mucho tiempo, y encontró las eternas inesperadas. Por lo cual, debido a esta ignorancia de su ceguera, bien se le dice por la sentencia divina: Esta noche reclamarán tu alma de ti (Luc. XII, 20). En la noche, ciertamente, fue arrebatada, porque en la oscuridad del corazón fue perdida. En la noche fue arrebatada, porque no quiso tener la luz de la consideración, para prever lo que podía sufrir. Por lo cual, bien dice el apóstol Pablo a los discípulos que piensan en el futuro: Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas (I Tes. V, 4). Pues el día de la salida sorprende como ladrón en la noche, cuando expulsa las almas de los necios que no prevén el futuro. Por lo cual, aquí también se añade adecuadamente: Y en medio de la noche se inclinarán los pueblos, y pasarán. En medio de la noche se inclinan y pasan, los que, humillados por la oscuridad de su negligencia, son arrebatados. Entonces se inclinarán por la sentencia del juez, los que ahora descuidan inclinarse por la humildad del corazón. Sin embargo, los elegidos, para no ser forzados a inclinarse en la muerte, se inclinan voluntariamente en la humildad. Por lo cual, de la prole convertida de los perseguidores, se dice a la santa Iglesia: Vendrán a ti inclinados los hijos de aquellos que te humillaron (Isai. LX, 14).

4. La vida del hombre después del pecado es un tránsito: diferente de antes del pecado. Y bien, de los pueblos que mueren no se dice: Transitarán, sino que pasarán completamente, porque incluso viviendo temporalmente, cada día nos dirigimos al fin, y atravesamos la vida presente como si fuera un camino. Pues vivir para morir es como ir hacia la muerte. Y cuantos días de vida completamos, es como si nos acercáramos con cada paso al lugar propuesto. Los mismos aumentos son pérdidas de tiempo, porque los espacios de nuestra vida, por grandes que comiencen a ser, ya empiezan a no ser tanto. El primer hombre fue creado de tal manera que, mientras él permaneciera, los tiempos pasarían sin que él pasara con ellos. Permanecía mientras los momentos transcurrían, porque de ninguna manera se dirigía al término de la vida con el incremento de los días. Permanecía tanto más firmemente cuanto más estrechamente se adhería a lo eterno. Pero cuando ocurrió lo prohibido, inmediatamente, al ofender al creador, comenzó a ir con el tiempo. Perdido el estado de inmortalidad, el curso de la mortalidad lo absorbió (Génesis III, 4). Y mientras era llevado de la juventud a la vejez, y de la vejez a la muerte, aprendió al pasar lo que era al permanecer. Y

nosotros, porque nacemos de su descendencia, retenemos la amargura de la raíz como en un retoño. Pues, ya que de él tomamos origen, al nacer heredamos su curso, de modo que en ese mismo momento diario en que vivimos, incesantemente pasamos de la vida, y el espacio de vida que se cree que crece, de ahí decrece. Por lo tanto, ya que cada día nos dirigimos al fin de morir a través del incremento de vivir, bien se dice de los que mueren que no transitarán, sino que pasarán completamente, porque pasan incluso mientras viven, pero pasan completamente cuando mueren: Sigue.

CAPÍTULO IV [Rec. III].

Ibid.---Y quitarán al violento sin mano.

5. La mano de Dios no lleva a los inicuos al castigo sin previo aviso. — Se sobreentienden los juicios divinos. Sin embargo, será arrebatado sin mano aquel que fue violento con su mano. Será arrebatado sin mano, porque, evidentemente, es llevado de manera invisible por una salida repentina, él que arrebatava visiblemente. Él vio a aquellos a quienes arrebató, pero no ve quién lo arrebatará en la muerte. Por lo tanto, el violento es arrebatado sin mano, porque no ve a su raptor, y sin embargo es conducido. Cuanto más severa es la sentencia que lo sigue, tanto mayor es la paciencia que se le ha concedido al pecador, porque la severidad divina castiga más duramente al iniquo cuanto más tiempo lo ha soportado. A menudo sucede que, mientras la clemencia divina espera a los pecadores, estos caen en una mayor ceguera del corazón. Por eso está escrito: "¿O ignoras que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero tú, según tu dureza y tu corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (Rom. II, 4). Y he aquí que, mientras el violento arrebatava a quienes puede, oprime a los débiles, y durante mucho tiempo ejerce todo lo que codicia malvadamente, porque no es golpeado de inmediato, sino que su castigo se difiere hasta el final, no cree que su acción malvada sea vista por Dios. Por eso, después de narrar su destrucción, añade apropiadamente sobre el Señor, diciendo:

CAPÍTULO V.

VERS. 21.---Porque sus ojos están sobre los caminos de los hombres, y observa todos sus pasos.

6. El pecador necio e impío, a partir de la paciencia de Dios, piensa que sus maldades o no son vistas por Dios, o son aprobadas. El castigo abrirá los ojos que la culpa cerró. En efecto, no se creía que Dios considerara cuando este violento perpetraba todo el mal que podía sin ser castigado. Se pensaba que Dios no veía los actos del injusto, porque difería justamente en condenar; y su gran paciencia se consideraba como una especie de negligencia. El mismo iniquo creía tantas veces que no era visto por Dios en sus pecados, cuantas veces pecaba sin castigo. A quien un sabio le dice: No digas, he pecado, y ¿qué me ha sucedido de triste? (Eclo. V, 4). No quiere enmendar la maldad, por la cual no ha sufrido el castigo que merece; y cuanto más se le espera piadosamente, tanto más es incitado a pecar maliciosamente; y despreciando la longanimidad de la paciencia suprema, en lugar de corregir su culpa, la acumula, como dice Job: Dios le dio lugar para el arrepentimiento, y él lo abusa en soberbia (Job XXIV, 23). A menudo también, porque no recibe de repente el castigo que merece, no estima que lo que hace desagrada a Dios. [Vet. III.] Que vaya ahora, y presumiendo, se lance a cualquier blasfemia; que llene las iniquidades de sus placeres, que robe lo ajeno, que se sacie con la opresión de los inocentes, y porque aún no es golpeado, estime que sus caminos no son vistos por el Señor, o lo que es peor, que son aprobados. Vendrá ciertamente, vendrá

el castigo eterno y repentino; y entonces conocerá que todo es visto por Dios, cuando se vea condenado por la retribución de todos con una salida inesperada. Entonces abrirá los ojos en su castigo, que mantuvo cerrados por mucho tiempo en la culpa. Entonces sentirá que el verdadero juez ha considerado todo, cuando sienta que ya no puede evadir el mérito de sus males. Por lo tanto, el iniquo que fue esperado por mucho tiempo, es repentinamente quitado, porque los ojos del Señor están sobre los caminos de los hombres, y considera todos sus pasos. Como si dijera: Porque lo que observa pacientemente por mucho tiempo, en algún momento no lo dejará sin castigo. Pues he aquí que de repente arrebató al violento, y cortó sus males que soportó esperando. Que nadie diga, por lo tanto, que Dios no ve los hechos humanos, cuando ve a algún iniquo acumular libremente sus iniquidades. Pues de repente es quitado, quien es tolerado por mucho tiempo.

7. Los pasos del hombre que Dios considera, cuáles son.---Llama pasos del hombre, ya sea a las operaciones individuales en las que nos apoyamos, o a los movimientos alternantes de la íntima cogitación con los que, como con pasos, nos alejamos del Señor o nos acercamos piadosamente a Él. Pues la mente se acerca a Dios con tantos pasos como progresa con buenos movimientos. Y de nuevo, se aleja con tantos pasos como se deteriora con malas cogitaciones. Por lo tanto, a menudo sucede que el movimiento de la mente aún no se manifiesta en la obra, y sin embargo ya es una culpa perfecta por el mismo delito de la cogitación, como está escrito: "Mano sobre mano, no será inocente el malvado" (Prov. XI, 21). La mano suele unirse a la mano cuando descansa en el ocio y ningún uso de trabajo la ejercita. Por lo tanto, mano sobre mano, el malvado no será inocente. Como si dijera: Y cuando la mano cesa de la obra iniqua, el malvado no es inocente por la cogitación. Por lo tanto, ya que sabemos que estrictamente se consideran no solo los hechos, sino al menos los pensamientos, ¿qué haremos con el avance de la obra mala, si Dios juzga tan sutilmente los pasos del corazón? He aquí que los caminos ocultos de nuestra mente ningún hombre los ve, y sin embargo ante los ojos de Dios ponemos tantos pasos como afectos movemos. [Vet. IV.] Tantas veces caemos ante Él cuantas veces cojeamos con el pie débil de la cogitación del camino recto. Pues si este continuo tropiezo de nuestras mentes no creciera ante su vista, ciertamente no clamaría por medio del profeta: "Apartad el mal de vuestras cogitaciones de mis ojos" (Isai. I, 16). Al decir esto, testifica que no puede soportar la fuerza de nuestra malicia oculta. La cual no puede estar oculta para Él, porque evidentemente se impone importunamente a su vista todo lo que ilícitamente pensamos en secreto. Pues todo, como está escrito, está desnudo y abierto a sus ojos (Hebr. IV, 13). Por lo tanto, aquí también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 22.---No hay tinieblas, ni sombra de muerte, donde puedan esconderse los que obran iniquidad.

8. Nadie se oculta del juicio de Dios, quien ni olvida ni ignora nada. ¿Qué quiso designar con las tinieblas, sino la ignorancia, y con la sombra de la muerte, sino el olvido? De la ignorancia de algunos se dice: "Tienen el entendimiento oscurecido por las tinieblas" (Efesios IV, 18). Y nuevamente, sobre el olvido que ocurre en la muerte, está escrito: "En ese día perecerán todos sus pensamientos" (Salmo CXLV, 4). Porque, por la muerte, todo lo que se piensa en vida se entrega completamente al olvido, el olvido es como una sombra de la muerte. Así como la muerte, al intervenir, hace que no exista lo que fue en vida, de igual manera el olvido, al intervenir, hace que no exista lo que fue en la memoria. Por lo tanto, correctamente se le llama su sombra, porque parece surgir de ella misma, mientras imita su

poder adormeciendo los sentidos. Sin embargo, Dios, porque no ignora los males de los hombres ni los pensamientos ni los actos, a menos que sean borrados de sus ojos mediante el arrepentimiento, se ha dicho adecuadamente: "No hay tinieblas ni sombra de muerte donde se oculten los que obran iniquidad." Como si dijera: Por eso nadie se oculta de su juicio, porque de ninguna manera puede dejar de ver lo que hacemos, ni olvidar lo que ve.

9. Dios es ajeno a toda mutabilidad. No es hombre, no es ángeles. Aunque se pueda entender como tinieblas o sombra de muerte, también puede interpretarse de otra manera. Toda mutación es, en efecto, como una especie de imitación de la muerte. Pues lo que cambia, casi mata lo que era, para dejar de ser lo que fue y comenzar a ser lo que no era. Por lo tanto, la verdadera luz, es decir, nuestro creador, porque no se oscurece con ninguna vicisitud mutable, no se ve ensombrecida por ningún defecto de su naturaleza, sino que su ser resplandece sin mutabilidad, se dice que no tiene tinieblas ni sombra de muerte. Por eso está escrito en otro lugar: En quien no hay transmutación, ni sombra de vicisitud (Sant. I, 17). Y por eso el apóstol Pablo dice: El único que tiene inmortalidad y habita en luz inaccesible (1 Tim. VI, 16). Pero, aunque todos sabemos que tanto el alma humana como los espíritus angélicos han sido creados inmortales, ¿por qué el Apóstol afirma que solo Dios tiene inmortalidad, sino porque solo Dios verdaderamente no muere, ya que solo Él nunca cambia?

10. En efecto, el alma humana no habría caído en el pecado si no fuera mutable; y, habiendo sido expulsada de las alegrías del paraíso, si no fuera mutable, nunca podría regresar a la vida. En el mismo hecho de que se esfuerza por regresar a la vida, se ve obligada a soportar sus defectos debido a su constante mutabilidad. Por lo tanto, al haber sido creada de la nada, tiende por sí misma hacia abajo, a menos que sea sostenida por la mano de su creador en el estado de buen deseo. Así, por ser criatura, tiene la inclinación de descender. Pues considera que, por su propia virtud, puede precipitarse, pero se retiene con la mano del amor hacia su creador, para no caer, hasta que pase a la inmutabilidad, y viva verdaderamente de manera inmortal, en la medida en que viva inmutablemente.

11. También los espíritus angélicos fueron creados con una naturaleza mutable, de modo que podían caer por su propia voluntad o mantenerse firmes por elección. Pero como eligieron humildemente adherirse a aquel por quien fueron creados, han vencido esta misma mutabilidad en sí mismos con la inmutabilidad de permanecer firmes: de modo que, con mérito, trascendieron aquello a lo que, por el orden de su naturaleza, podrían haber estado sujetos a la mutabilidad. Porque, por tanto, es propio de la naturaleza divina no sufrir las sombras de la ignorancia y la mutabilidad, se dice correctamente: No hay tinieblas, y no hay sombra de muerte, para que se oculten allí los que obran iniquidad. La luz eterna, que es Dios, cuanto más inmutablemente resplandece, tanto más penetrantemente ve; y no desconoce lo oculto, porque todo lo penetra, ni olvida lo penetrado, porque permanece inmutable. Por lo tanto, cada vez que concebimos algo indigno en el corazón, pecamos en la luz, porque ella está presente para nosotros y no para sí misma, y al caminar perversamente tropezamos con ella, de la cual estamos lejos por mérito. Cuando creemos que no somos vistos, mantenemos los ojos cerrados al sol. Evidentemente, nos ocultamos a nosotros mismos de él, no a él de nosotros. Ahora, pues, mientras podemos, borremos de la vista del juez eterno tanto los pensamientos malvados como las acciones peores; recordemos ante los ojos del corazón todo lo que hemos hecho perversamente por la malicia de la presunción. Que nuestra debilidad no se adule a sí misma, y en lo que recuerda, no se acaricie delicadamente, sino que, cuanto más consciente sea de su mal, tanto más benigna y severa sea consigo misma, proponga contra sí el juicio futuro, y todo lo que sienta que debe ser estrictamente castigado por la sentencia del juez, lo castigue piadosamente en sí misma por la penitencia de

la conversión. Por lo tanto, apropiadamente, después de que se describe el castigo de este violento, sigue:

CAPÍTULO VII [Rec. V].

VERS. 23.---Porque ya no está en el poder del hombre venir a Dios en juicio.

12. Debemos anticipar el juicio de Dios juzgándonos a nosotros mismos.---Este versículo requiere una discusión tanto mayor cuanto más duele si se descuida lo que dice. Aquí, ciertamente, no se designa aquel juicio que castiga con retribución eterna, sino el que, concebido en la mente, se disuelve a través de la conducta. Pues no desea llegar a aquel juicio quien teme ser condenado por él. Por lo tanto, cuando se dice: "Ni está en el poder del hombre venir a Dios en juicio", se muestra claramente que hay un cierto juicio que incluso los condenados y reprobados desean en algún momento. ¿Y cuál es ese, sino aquel del que el apóstol Pablo dice: "Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados" (I Cor. XI, 31)? y del que se dice por el profeta: "No hay juicio en sus pasos" (Isaías LIX, 8); y del que David dice: "El honor del rey ama el juicio" (Salmo XCVIII, 4); es decir, quien ya honra a Dios con fe, juzga cuidadosamente lo que le debe en su acción. Por lo cual, nuevamente está escrito: "Juzga delante del Señor, y espéralo" (Job XXXV, 14). Se juzga delante del Señor, quien ve al Señor con el corazón y discierne sus actos bajo su presencia con una investigación cuidadosa. Cuanto más seguro espera a aquel, más examina su vida diariamente con sospecha. Pues quien llega a su juicio final, ya no es juzgado delante de Él, sino por Él. Sobre este juicio de la mente, el Señor dice a la alma olvidadiza a través del profeta: "Recuérdame, y juzguémonos juntos; narra si tienes algo, para que seas justificado" (Isaías XLIII, 26).

[Rec. VI.] 13. Orden de este juicio. La conciencia acusa, la razón juzga, el temor ata, el dolor atormenta.---La mente de cada uno debe examinar con diligente investigación tanto sus propias causas ante el Señor como las causas del Señor contra sí mismo; debe considerar cuidadosamente tanto los bienes que ha recibido de Él como los males que ha correspondido a esos bienes viviendo perversamente. Esto es algo que los elegidos no dejan de hacer diariamente. Por eso Salomón dice acertadamente: Los pensamientos de los justos son juicios (Prov. XII, 5). Se acercan al tribunal del juez dentro del seno del corazón: consideran cuán estrictamente puede golpear quien ha esperado pacientemente durante mucho tiempo; temen en lo que recuerdan haber hecho, y castigan llorando lo que entienden haber perpetrado; temen los juicios sutiles de Dios, incluso sobre aquello que tal vez no pueden entender en sí mismos. Ven que divinamente se percibe lo que ellos no ven en sí mismos por humanidad; contemplan al juez estricto, que cuanto más tarda en venir, más severamente golpea. También contemplan la asamblea de los santos padres que reside con Él, y se reprochan haber despreciado sus ejemplos o palabras, y en este secreto juicio interior, constreñidos por la ejecución de su propia mente, golpean con arrepentimiento lo que cometieron con soberbia. Allí, cada cosa se enfrenta a sí misma, enumeran: allí ante sus ojos acumulan todo lo que deben lamentar; allí consideran todo lo que pueda ser decretado por la ira del juez estricto; allí sufren tantos castigos como temen sufrir; y no falta en este juicio concebido en la mente todo el ministerio que debe castigar más plenamente a sus culpables. Pues la conciencia acusa, la razón juzga, el temor ata, el dolor atormenta. Este juicio castiga con mayor certeza cuanto más internamente se enfurece, porque evidentemente no proviene de lo exterior. Pues cuando cada uno comienza a abordar la causa de este examen contra sí mismo, él mismo es el actor que presenta, él mismo el acusado que es presentado; odia ser como recuerda haber sido, y él mismo, por sí mismo, persigue a aquel que fue, y se produce una cierta contienda en el alma del hombre contra sí mismo, engendrando paz con Dios. Esta contienda del corazón

es lo que el Señor buscaba cuando decía por medio del profeta: He atendido y escuchado, nadie habla lo que es bueno, no hay quien se arrepienta de su pecado, diciendo: ¿Qué he hecho? (Jer. VIII, 6). Esta contienda del corazón humano fue lo que aplacó al Señor cuando hablaba a su profeta sobre el rey Acab, quien se reprendía a sí mismo, diciendo: ¿Has visto a Acab humillado ante mí? Porque se ha humillado por mi causa, no traeré el mal en sus días (III Reg. XXI, 29).

14. Este juicio que los malos evitan, los justos siempre ejercen, cuán útilmente lo asumimos. Así somos renovados de la antigüedad del pecado. Por lo tanto, ya que ahora está en nuestro poder someter el juicio interno de nuestra mente contra nosotros mismos, reconociendo, acusémonos a nosotros mismos, y atormentémonos con arrepentimiento por lo que hemos sido; no cesemos mientras sea posible juzgar lo que hemos hecho, escuchemos con cautela lo que se dice: Porque ya no está en el poder del hombre venir a Dios en juicio. Pues es propio de los reprobados actuar siempre mal y nunca reconsiderar lo que han hecho. Todo lo que hacen lo pasan con mente ciega, y no reconocen su hecho hasta que han sido castigados. Pero, por el contrario, es propio de los elegidos examinar sus actos diariamente desde la misma fuente del pensamiento, y secar todo lo que fluye turbio desde lo más íntimo. Pues así como no sentimos cómo crecen los miembros, el cuerpo progresa, la apariencia cambia, la negrura del cabello se vuelve blanca en canas (todo esto se realiza en nosotros sin que lo sepamos), así nuestra mente se transforma a sí misma a través del uso de las preocupaciones en los momentos de vivir, y no lo reconocemos, a menos que, con una vigilancia atenta, residiendo en nuestro interior, consideremos diariamente nuestros progresos y defectos. Pues el mismo hecho de consistir en esta vida mortal es como ir hacia la antigüedad, y cuando la mente se deja sin examinar, se adormece en una especie de vejez de torpor, porque al ser negligente consigo misma, perdiendo insensiblemente la fuerza propuesta, envejece sin saberlo desde la forma de su fortaleza anterior. Por lo cual, también se dice a través del profeta bajo la figura de Efraín: "Los extranjeros devoraron su fuerza, y él no lo supo; también las canas se esparcieron sobre él, y él no lo supo" (Oseas II, 9). Pero cuando se busca a sí misma, y se examina sutilmente con arrepentimiento, se renueva de esta misma antigüedad suya lavada con lágrimas e incendiada con dolor, y lo que ya casi se había enfriado por la vejez, se calienta de nuevo por los esfuerzos del amor interno. Por lo cual, el apóstol Pablo advierte a los discípulos que envejecen por el uso de la vida mortal, diciendo: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente" (Efesios IV, 23).

[Rec. VII.] 15. Para que hagamos esto, nos amonestan los ejemplos de los Santos Padres y los divinos preceptos.---Pero para llevar a cabo estas acciones, los ejemplos de los padres y los preceptos del sagrado discurso nos ayudan mucho. Si observamos las obras de los santos y prestamos oído a las órdenes divinas, unas cosas que contemplamos y otras que escuchamos nos encienden, y nuestro corazón no se congela en la apatía, sino que es provocado por la imitación. Por eso se dice bien a Moisés: El fuego en el altar arderá siempre, el cual alimentará al sacerdote, poniendo leña cada mañana (Levítico VI, 12). El altar de Dios es, sin duda, nuestro corazón, en el cual se ordena que el fuego arda siempre, porque es necesario que de él ascienda incesantemente la llama de la caridad hacia el Señor. A este fuego, el sacerdote debe añadir leña cada día, para que no se extinga. Pues todo aquel dotado de la fe de Cristo se ha convertido en miembro del sumo sacerdote, como Pedro apóstol dice a todos los fieles: Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real (I Pedro II, 9). Y como Juan apóstol dice: Nos hiciste para nuestro Dios un reino y sacerdotes (Apocalipsis II, 6). Por lo tanto, el sacerdote que alimenta el fuego en el altar debe añadir leña diariamente, es decir, cada fiel, para que no falte en él la llama de la caridad, no debe dejar de acumular en su corazón tanto los ejemplos de los que le precedieron como los testimonios de la Sagrada Escritura. Pues es

como dar ciertos combustibles al fuego, proporcionar en la excitación de la caridad ya sea ejemplos de los padres o preceptos del Señor. Porque, en efecto, nuestra novedad interna se envejece cada día con la conversación de esta vida, este fuego debe ser alimentado con leña, para que, mientras se debilita por el uso de nuestra antigüedad, reviva por los testimonios y ejemplos de los padres. Y bien se ordena allí que la leña se acumule cada mañana. Esto no se hace sino cuando se extingue la noche de la ceguera. O ciertamente porque la mañana es la primera parte del día, dejando de lado las preocupaciones de la vida presente, cada uno de los fieles debe pensar en primer lugar en esto, para que lo que en él ya casi se extingue, con los esfuerzos que pueda, encienda el fervor de la caridad. Pues este fuego en el altar del Señor, es decir, en nuestro corazón, se extingue rápidamente, a menos que se restaure diligentemente con los ejemplos de los padres y los testimonios del Señor.

16. Así, encendidos por el fuego de la caridad, somos un holocausto para Dios. Bien se añade allí: Y puesto el holocausto encima, arderán las grasas de los pacíficos (Levítico VI, 12). Pues quien enciende en sí mismo este fuego de caridad, ciertamente se coloca a sí mismo como holocausto encima, porque consume todo vicio que vivía mal en él. Cuando considera el interior de sus pensamientos y corrige su vida reprochable con la espada de la transformación, se ha colocado en el altar de su corazón y lo enciende con el fuego de la caridad. De esta ofrenda de los pacíficos, las grasas exhalan fragancia, porque la impregnación interna de la nueva caridad, haciendo la paz entre nosotros y Dios, emite de nosotros un aroma suavísimo. Y dado que esta misma caridad permanece inextinguible en los corazones de los elegidos, se añade adecuadamente allí: Este es un fuego perpetuo, que nunca se apagará del altar (Ibid., 13). En verdad, este fuego nunca se apagará del altar, porque incluso después de esta vida, el fervor de la caridad crece en sus mentes. Pues en la contemplación eterna se logra que cuanto más se ve al Dios omnipotente, más se le ama.

[Vet. VIII.] 17. Ayudados por los preceptos divinos y los ejemplos de los santos, alcanzamos la libertad. — Que, ayudados por las advertencias divinas y los ejemplos de los que nos precedieron, seamos liberados de la profundidad de esta vida, también fue bien simbolizado por el profeta Jeremías cuando fue arrojado al pozo, y para sacarlo de allí, se le bajaron cuerdas y trapos viejos (Jeremías XXXVIII, 11). ¿Qué representan las cuerdas sino los preceptos del Señor? Porque, al encontrarnos en malas acciones, nos convencen y nos rescatan, como si nos ataran y nos arrastraran, nos constriñen y nos elevan. Pero para que no seamos heridos al ser arrastrados por estas cuerdas, también se bajan trapos viejos, porque para que los preceptos divinos no nos aterren, los ejemplos de los padres antiguos nos confortan, y al compararnos con ellos, presumimos que podemos hacer lo que tememos debido a nuestra debilidad. Si, por lo tanto, nos apresuramos a ser elevados de esta profundidad, seamos atados con cuerdas, es decir, seamos restringidos por los preceptos del Señor. Que también estén presentes los trapos viejos, con los cuales las cuerdas se sostienen mejor; es decir, seamos confortados por los ejemplos de los que nos precedieron, para que los preceptos sutiles no hieran a los débiles y temerosos mientras los elevan. Pablo apóstol añadía como ciertos trapos viejos, cuando al elevar a sus discípulos con preceptos espirituales, les proporcionaba ejemplos de los antiguos, diciendo: "Los justos experimentaron burlas y azotes, además de cadenas y cárceles: fueron apedreados, aserrados, tentados, murieron a filo de espada" (Hebreos XI, 36). Y poco después: "Teniendo, pues, tan gran nube de testigos alrededor nuestro, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante" (Hebreos XII, 1). Y de nuevo: "Acordaos de vuestros dirigentes, que os hablaron la palabra de Dios; considerando el resultado de su conducta, imitad su fe" (Hebreos XIII, 7). Evidentemente, al hablar de

preceptos espirituales, había lanzado cuerdas, pero luego, al recordar los ejemplos de los mayores, aplicaba como trapos viejos.

18. Volver del exterior al corazón.---Por tanto, despertados por tantas voces de mandamientos, ayudados por tantas comparaciones de ejemplos, volvamos a nuestros corazones, examinemos todo lo que hacemos, y acusemos todo lo que en nosotros ofende la regla de la rectitud divina, para que ante el juez estricto esa misma acusación nos excuse. En este juicio de nuestra mente, tanto más rápidamente somos absueltos cuanto más estrictamente nos consideramos culpables. No deben omitirse los tiempos para realizar estas acciones, cuando hay tiempo libre, porque después de esta vida no hay tiempo para realizarlas. No se dice en vano: Porque ya no está en el poder del hombre venir a Dios en juicio. Por eso se nos recuerda que entonces no podemos, para que ahora no descuidemos lo que podemos. Pero he aquí que los asuntos nos ocupan, los cuales, puestos ante nosotros incesantemente, desvían el ojo de nuestra mente de considerarnos a nosotros mismos. En estas cosas visibles que contempla, nuestro corazón se dispersa fuera de sí, y olvida lo que se hace en su interior mientras está ocupado en lo exterior. Sin embargo, la voz divina con sus terribles sentencias lo punza como con ciertas espinas para que despierte, para que el hombre, al menos golpeado por el terror, tema los juicios ocultos sobre sí mismo que, oprimido por la apatía, disimula. Pues como dijimos antes, la mente mal acostumbrada por el uso de la vida antigua se deprime, y en lo que mira exteriormente se adormece como dormida: una vez que se ha derramado hacia afuera para desear lo visible, desaparece de la contemplación de lo invisible en su interior. Por lo tanto, ahora es necesario que lo que se dispersa por lo visible sea herido por los juicios invisibles; y porque se postró deleitándose malamente en las cosas exteriores, al menos golpeada busque lo que abandonó. He aquí que la Sagrada Escritura atraviesa los corazones adormecidos con cierto terror, para que no se adhieran a lo que exteriormente fluye, sino a lo que interiormente han perdido eternamente. Indica qué sentencia oculta se decreta, para que no pensemos desmedidamente en estas cosas públicas. Dice qué se hace sobre nosotros de nosotros, para que de esta temporalidad pública recojamos el ojo del corazón hacia el secreto de la disposición interna. [Vet. IX.] Pues después de que se narran muchas cosas sobre el castigo de los malos, de repente se introduce el juicio oculto, que piadosa y justamente se dispone sobre nosotros, cómo unos pierden lo que parecían tener, y otros reciben lo que otros pierden por sus méritos. Dice:

CAPÍTULO VIII.

VERS. 24. Aplastará a muchos e innumerables, y hará que otros se levanten en su lugar.

19. Algunos pierden lo que parecían tener, otros recuperan lo que antes habían perdido. Ser rechazado hacia lo exterior es un signo de reprobación; así como ser atraído hacia lo interior es un signo de predestinación. Esto ocurre diariamente. Pero como aún no se ve el fin de ambas partes, se teme menos. Pues los réprobos nunca reconocen su culpa sino en el castigo. Y como el castigo se difiere, se desprecia la culpa. Verdaderamente, caen del estado de justicia, y al lugar de vida, al caer ellos, otros lo obtienen. Pero descuidan su caída porque no consideran la destrucción que les espera eternamente. Si dirigieran sus ojos hacia lo que sufrirán allí, temerían lo que hacen aquí. Sin embargo, es evidente para todos que en aquel último juicio, Dios omnipotente hará un examen público, para abandonar a unos al tormento y admitir a otros a la participación del reino celestial. Pero esto ahora se realiza diariamente en un juicio secreto, lo que entonces se demostrará públicamente. Pues examinando o disponiendo justa y misericordiosamente los corazones de cada uno, rechaza a unos hacia lo exterior, y atrae a otros hacia lo interior; enciende a estos para que deseen lo interno, y

abandona a aquellos para que piensen en lo exterior por sus placeres; eleva la mente de unos hacia lo supremo, y sumerge la soberbia de otros en deseos bajos. Sin embargo, los corazones ajenos están cerrados a los ojos humanos, y no se sabe quién es rechazado, porque no se puede penetrar lo que cada uno piensa. Pues a menudo, en un corazón perverso, la deliberación del pensamiento aún no ha llegado al efecto de la obra, y tal vez todavía está restringido internamente por el hábito, mientras ya vaga externamente en la mente. Pero tal persona ya ha caído ante los ojos del juez interno cuando ha salido por deseo de lo interior. Sin embargo, a veces otros, después de haber practicado malas acciones, reviven de repente con amor hacia la esperanza celestial; y quienes se habían dispersado en acciones perversas, se recogen a sí mismos increpándose en el seno de la reflexión interna. A estos, los hombres que aún los observan como los conocían en sus obras, los consideran iguales. Pero, por el contrario, ellos, a través del examen de una consideración estricta, persiguen la vida que recuerdan haber tenido, y se sabe qué fueron, pero no se sabe qué han comenzado a ser. En este tipo de personas, a menudo sucede que aquellos que parecen estar firmes ante el juicio humano ya yacen ante el juicio eterno; y quienes aún yacen ante los hombres, ya están firmes ante el juicio eterno. ¿Quién de los hombres podría haber estimado que Judas perdería su suerte de vida incluso después del ministerio del apostolado (Luc. XXIII, 40)? ¿Y quién, por el contrario, creería que el ladrón encontraría la causa de la vida incluso en el mismo momento de la muerte? Sin embargo, el juez oculto, presidiendo y discerniendo los corazones de ambos, estableció piadosamente a uno y justamente quebrantó al otro. A aquel lo rechazó estrictamente hacia lo exterior, a este lo atrajo misericordiosamente hacia lo interior. Por lo cual, bien también, anunciando a través del profeta que unos caerán en el tiempo de su pasión y otros resucitarán, dice: "Mezclaba mi bebida con llanto" (Sal. CI, 10). Pues la bebida se extrae de lo exterior hacia lo interior, mientras que el llanto emana de lo interior hacia lo exterior. Mezclar, por tanto, la bebida del Señor con llanto es atraer a unos de lo exterior hacia lo interior, y reprobar a otros de lo interior hacia lo exterior. [Vet. X, Rec. VIII.] Por lo tanto, quebrantará a muchos e innumerables, y hará que otros se mantengan firmes por ellos.

20. La reprobación primero se realiza internamente y luego se muestra externamente. El número de los elegidos es cierto y definido.---Como dijimos anteriormente, esta contrición primero se realiza internamente para luego mostrarse externamente. Con esta contrición, a veces las apariencias externas de algunos parecen sanas, pero ya sus interiores han podrido. Pues está escrito: Antes de la ruina se exalta el corazón (Prov. XVI, 18). Allí, por tanto, son heridos donde se enorgullecen. Por eso está escrito: He quebrantado su corazón fornicando y alejándose de mí (Ezequiel VI, 9). Porque fornicar internamente es deleitarse externamente con lo prohibido. Esta misma elevación del corazón del soberbio es una gran contrición. Pues precisamente por eso cae de la integridad de la salvación, por lo que la jactancia de cualquier virtud se hincha. Los soberbios desprecian a Dios y, dejando la gloria de su creador, buscan la propia. Para ellos, ya esto mismo es caer, al haber perdido el poder de su superior, han vuelto a sí mismos. También son quebrantados porque, dejando las cosas celestiales, buscan la tierra. ¿Y qué mayor contrición puede haber que buscar la criatura dejando al creador; anhelar las cosas bajas, dejando las alegrías celestiales? Por eso bien se dice por el Profeta: Humilla a los pecadores hasta la tierra (Salmo CXLVI, 6). Pues habiendo perdido las cosas celestiales, todo lo que desean es terrenal; y mientras más intentan parecer, menos es lo que desean. De ellos se dice correctamente por Jeremías: Los que se apartan de ti serán escritos en la tierra (Jeremías XVII, 13). En cambio, de los elegidos se dice: Alegraos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos (Lucas X, 20). Esta contrición, por tanto, primero se insinúa en la mente, para luego proceder en la obra; primero sacude los fundamentos del pensamiento, para luego derribar la estructura de la acción. Por eso, es de suma importancia esforzarse para evitarlo donde surge. Pues está escrito: Con toda diligencia

guarda tu corazón, porque de él mana la vida (Prov. IV, 23). Y nuevamente está escrito: Del corazón salen los malos pensamientos (Mateo XV, 18). Por tanto, debemos vigilar internamente para que la mente no caiga al elevarse. Internamente guardemos todo lo que hacemos externamente. Pues si una vez la podredumbre de la elevación consume la médula del corazón, rápidamente cae la corteza vacía de la visión externa. Sin embargo, es de notar que mientras algunos caen, otros se fortalecen para mantenerse en pie, mostrando así que el número de los elegidos es cierto y definido. Por eso también se dice a la Iglesia de Filadelfia por el ángel: Retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona (Apocalipsis III, 11).

[Vet. XI.] 21. La doctrina de la Iglesia sobre la predestinación y la reprobación nutre la esperanza de los humildes y reprime la soberbia de los orgullosos. Son innumerables los réprobos. — Por lo tanto, con esta sentencia, en la que se narra que algunos son elevados y la vida de otros es quebrantada, se nutre la esperanza de los humildes y se reprime la soberbia de los orgullosos, ya que aquellos pueden perder los bienes de los que se enorgullecen, y estos pueden recibir lo que, al no tenerlo, es despreciado. Temamos, pues, en lo que hemos recibido, y no desesperemos de aquellos que aún no lo han alcanzado. Pues sabemos lo que somos hoy, pero no sabemos lo que podemos ser después de un momento. Aquellos a quienes tal vez despreciamos pueden comenzar tarde y, sin embargo, superar nuestra vida con estudios más fervorosos. Por lo tanto, debemos temer que, incluso si caemos, se levante aquel que es ridiculizado por nosotros mientras estamos de pie; aunque ya no sabe estar de pie quien no sabe más que ridiculizar al que está de pie. Este temor a los juicios supremos lo inculca el apóstol Pablo en los corazones de los discípulos, diciendo: "El que se cree estar firme, mire que no caiga" (I Cor. X, 12). Pero al decir: "Conterit multos," inmediatamente añadió, "Innumerabiles," queriendo expresar la multitud de los réprobos, que supera el número de la razón humana; o ciertamente quiso indicar que todos los que perecen no se cuentan dentro del número de los elegidos, de modo que son innumerables porque corren fuera del número. Por eso el Profeta, al ver que tantos en este tiempo de la Iglesia creen solo en apariencia, tantos que ciertamente superan el número y la suma de los elegidos, dice: "Se han multiplicado más allá del número" (Sal. XXXIX, 6). Como si dijera: muchos entran en la Iglesia, incluso aquellos que vienen a la fe solo en apariencia, quienes son excluidos del número del reino celestial, porque con su multiplicidad superan la suma de los elegidos. Por eso también se dice a través del profeta Jeremías: "La ciudad será edificada para el Señor desde la torre de Ananeel hasta la puerta del ángulo, y se extenderá más allá de la norma de la medida" (Jer. XXXI, 38). Nadie ignora que la ciudad del Señor es la santa Iglesia. Ananeel se interpreta como la gracia de Dios. En el ángulo se unen dos paredes. Por lo tanto, se dice que la ciudad del Señor se edifica desde la torre de Ananeel hasta la puerta del ángulo, porque la santa Iglesia, comenzando desde la altura de la gracia suprema, se construye hasta la entrada y recepción de ambos pueblos, el judío y el gentil. Pero como en ella, al crecer la multitud, también se reúnen los réprobos, se añade adecuadamente: "Y se extenderá más allá de la norma de la medida," porque se extiende incluso hasta aquellos que, al transgredir la norma de la justicia, no están dentro del número de la medida celestial. Por eso también se dice a la misma Iglesia a través de Isaías: "A la derecha y a la izquierda te extenderás, y tu descendencia heredarán naciones" (Is. LIV, 3). En tanta multitud de naciones se extiende a la derecha, al recibir a algunos para ser justificados. También se dilata a la izquierda, al admitir a algunos que permanecerán en la iniquidad. Debido a esta multitud, que yace fuera del número de los elegidos, el Señor dice en el Evangelio: "Muchos son llamados, pero pocos elegidos" (Mat. XX, 16). Pero como esto, que unos son quebrantados por otros elegidos, es por el mérito del que padece, no por la iniquidad del que castiga: "No es injusto Dios, que inflige ira," se añade adecuadamente (Rom. III, 5).

CAPÍTULO IX [Rec. IX].

VERS. 25.---Porque conoce sus obras, y por eso traerá la noche, y serán destruidos.

22. Dios a veces castiga al pecador con la ceguera.---Es sumamente importante saber que todo iniquo es destruido de dos maneras en la noche: ya sea cuando es golpeado con la tribulación de un castigo exterior, o cuando es cegado interiormente por un juicio oculto. Cae en la noche cuando, por el juicio final, pierde para siempre la luz de la vida. De ahí que esté escrito: "Atadlo de pies y manos, y echadlo a las tinieblas exteriores" (Mateo XXII, 13). Entonces es arrojado a las tinieblas exteriores, porque ahora es cegado interiormente de manera voluntaria. Nuevamente, el iniquo es destruido en la noche cuando, condenado por la confusión de pecados anteriores, no encuentra la luz de la verdad y no reconoce qué debe hacer en adelante. Todo pecado, que no es borrado rápidamente por el arrepentimiento, es o bien pecado y causa de pecado, o pecado y castigo del pecado. Pues el pecado que no es diluido por la penitencia, por su propio peso, pronto lleva a otro. De ahí que no solo sea pecado, sino pecado y causa de pecado. De ese vicio surge la culpa subsiguiente, por la cual la mente cegada es llevada a ser atada peor por otro. Pero el pecado que surge del pecado no es ya solo pecado, sino pecado y castigo del pecado, porque por un juicio justo, el Dios omnipotente nubla el corazón del pecador, para que por el mérito del pecado anterior también caiga en otros. A quien no quiso liberar, lo golpeó abandonándolo. Por lo tanto, no sin razón se dice que es castigo del pecado, lo que, impuesto desde arriba con justa ceguera, se lleva a cabo como venganza del pecado anterior. Esto se realiza por una disposición ordenada desde arriba, pero confundida por la iniquidad desde abajo, de modo que la culpa precedente sea causa de la subsiguiente, y nuevamente la culpa subsiguiente sea castigo de la precedente. Esto lo vio bien Pablo en los infieles y volubles como una especie de semilla de error, cuando decía: "Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus razonamientos" (Rom. I, 21). Pero lo que brotó de esta semilla de error, lo añade de inmediato, diciendo: "Por lo cual Dios los entregó a los deseos de sus corazones, a la impureza, para que deshonren sus cuerpos entre sí" (Ibid., 24). Porque al conocer a Dios cometieron el pecado de soberbia al entender, son cegados para que no entiendan lo que cometen. Y quienes no quieren seguir su entendimiento, en el pecado y causa de pecado, pierden la misma luz del entendimiento en el pecado y castigo del pecado. Por el mérito del pecado anterior, la fosa de los pecados subsiguientes es cubierta, para que quien comete el mal a sabiendas, caiga justamente en otros también sin saberlo.

23. Las culpas son castigadas con culpas, para que con el incremento de los vicios se aumenten los castigos. Esto se hace para que las culpas sean golpeadas por las culpas, de modo que los mismos incrementos de los vicios se conviertan en castigos de los pecadores. Pues, dado que el Dios omnipotente concede tiempo para el arrepentimiento, que sin embargo la malicia humana tuerce para el uso de su iniquidad, ciertamente por el justo juicio de Dios se permite que la culpa aumente, para que en algún momento se acumule para ser golpeada más profundamente. De esto, el apóstol Pablo dice sobre algunos: Para que llenen siempre sus pecados (I Tes. II, 16). De aquí, con la voz del ángel se dice a Juan: El que hace daño, haga daño aún; y el que está en suciedad, ensúciese aún (Apoc. XXII, 11). De aquí, David dice: Añade iniquidad sobre su iniquidad, para que no entren en tu justicia (Sal. LXVIII, 28). De aquí, nuevamente, sobre el Señor, el mismo salmista dice: Envió por ángeles malos el camino de su ira (Sal. LXXVII, 49). El Señor permite justamente que un corazón, agravado por méritos anteriores, sea engañado también por las persuaciones de los espíritus malignos que le siguen, de modo que cuando es arrastrado dignamente en la culpa, su reato se acumula en el castigo. Por eso se dice que el Señor hizo un camino de su ira desde la senda. Pues el

camino es más ancho que la senda. Hacer un camino desde la senda de su ira es extender las causas de la ira juzgando estrictamente, para que quienes iluminados no quisieron actuar rectamente, justamente cegados, hagan aún aquello por lo que merezcan ser castigados más severamente. De aquí, por Moisés se dice: Aún no se han completado los pecados de los amorreos (Gén. XV, 16). De aquí, por el mismo Moisés, el Señor dice: Porque de la viña de Sodoma es su vid, y su propagación de Gomorra (Deut. XXXII, 32). Su uva es uva de hiel, y racimo de amargura en ellos. El furor de los dragones es su vino, y el furor de las áspides es insanable. ¿No están todas estas cosas reunidas en mí, y selladas en mis tesoros? En el día de la venganza les daré su pago (Ibid., 33, 34). Cuántos de sus males narró, y sin embargo, inmediatamente añade: En el tiempo en que su pie resbale (Ibid., 35). He aquí que se describen sus crímenes más atroces, y sin embargo, aún se contempla la caída subsecuente para el día de la venganza, con la cual se acumulen sus culpas. Ya tienen de qué ser castigados; pero se espera aún que el pecado crezca, para que un castigo más atroz pueda atormentar a los pecadores. Ya el pecado y la causa del pecado merecen castigo; pero se espera aún, para que el aumento del castigo sea añadido por el pecado, y el castigo del pecado.

24. El mismo pecado a veces es castigo y causa de pecado. Dios ciega al no liberar de la ceguera.---Con frecuencia, un mismo pecado es tanto pecado como castigo y causa de pecado. Esto lo mostraremos mejor si llevamos los hechos al centro de la discusión. Pues la desenfrenada glotonería incita al fervor de la lujuria por la plenitud de la carne. Sin embargo, la lujuria cometida a menudo se oculta con perjurio o homicidio, para no ser castigada por la venganza de las leyes humanas. Pongamos, pues, ante nuestros ojos que alguien se ha dejado llevar por la voracidad, y superado por esta voracidad, cometió adulterio; pero al ser descubierto en adulterio, mató en secreto al esposo de la adúltera para no ser llevado a juicio. Este adulterio, situado entre la voracidad y el homicidio, naciendo de aquella y generando este, es pecado, castigo y causa de pecado. Sin duda es pecado por sí mismo; es castigo del pecado porque aumentó la culpa de la voracidad; y es causa de pecado porque también engendró el homicidio subsiguiente. Un mismo pecado es, por tanto, castigo del precedente y causa de la culpa subsiguiente, porque al exagerar los pasados condena, y aún siembra los futuros que deben ser condenados. Así, porque por los pecados precedentes se ciega el ojo del corazón, esa misma ceguera que confunde el ánimo del pecador por la condena de la culpa pasada con razón se llama noche, porque por ella se oculta de los ojos del delincuente la luz de la verdad. Bien se dice, pues: Conoce sus obras, y por eso traerá la noche, y serán destruidos, porque, como se ha dicho a menudo, los males precedentes hacen que, al pecar de nuevo, se envuelvan en las tinieblas subsiguientes, de modo que ya no puedan ver la luz de la justicia, porque cuando podían verla no quisieron. Se dice que el Señor trae la noche, no porque Él introduzca las tinieblas, sino porque no ilumina misericordiosamente los corazones oscuros de los pecadores, de modo que cegar en la noche es no haber querido liberar de las tinieblas de la ceguera. Sigue:

CAPÍTULO X [Rec. X].

VERS. 26.---Como a impíos los hirió en el lugar de los que ven.

25. En el seno de la Iglesia, los que viven injustamente son golpeados por la divina venganza como si fueran impíos. Qué significa "como si" en las Escrituras. La Iglesia es el lugar de los que ven. En la Sagrada Escritura, "como si" a veces se utiliza para similitud, a veces para verdad. Se usa para similitud, como dice el Apóstol: "Como si tristes, pero siempre gozosos" (II Cor. VI, 10). Se usa para verdad, como dice Juan: "Vimos su gloria, gloria como del

unigénito del Padre" (Juan I, 14). En este caso, no importa si se usa para similitud o para verdad, porque de cualquier manera se señala claramente la vida perversa de los malvados. La Sagrada Escritura propiamente llama impíos a los infieles. Por esta diferencia se distinguen los pecadores de los impíos, porque aunque todo impío es pecador, no todo pecador es impío. Un pecador puede ser llamado también quien es piadoso en la fe. Por eso Juan dice: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos" (I Juan I, 8). Impío propiamente se llama a quien está separado de la piedad religiosa. De tales dice el profeta: "No resurgirán los impíos en el juicio" (Sal. I, 5). La santa Iglesia se llama el lugar de los que ven. En ella se está correctamente, para que se vea la verdadera luz, que es Dios. Por eso se dice a Moisés: "Hay un lugar junto a mí, y estarás sobre la roca cuando pase mi majestad" (Éxodo XXXIII, 21). Y poco después: "Quitaré mi mano y verás mis espaldas" (Ibid., 23). Por el lugar se figura la Iglesia, por la roca el Señor, y por Moisés la multitud del pueblo israelita, que no creyó al Señor predicando en la tierra. Ella, pues, estuvo sobre la roca, mirando las espaldas del Señor que pasaba, porque después de la pasión y ascensión del Señor, llevada dentro de la santa Iglesia, mereció recibir la fe de Cristo; y aunque no vio su presencia, conoció sus espaldas. Se diga, pues, de aquellos que la divina venganza encuentra dentro de la santa Iglesia perseverando en iniquidades, se diga de aquellos cuya vida nota el apóstol Pablo: "Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan" (Tito I, 16): "Como si fueran impíos los golpeó en el lugar de los que ven". Allí estaban, donde parecía que veían a Dios. Allí amaron las tinieblas, donde se contempla la luz de la verdad. Y aunque tenían los ojos abiertos en la fe, los mantuvieron cerrados en la obra. Por eso bien se dice de Judea: "Sus vigilantes son ciegos" (Isaías LVI, 10), porque no veían en la obra lo que discernían en la profesión. Por eso también está escrito de Balaam: "El que cae y tiene los ojos abiertos" (Números XXIV, 16). Cayendo en la obra, mantuvo los ojos abiertos en la contemplación. Así, pues, estos también abriendo los ojos en la fe, y no viendo en la obra, colocados dentro de la Iglesia con apariencia piadosa, fueron encontrados fuera de la Iglesia con conducta impía. De los cuales está bien escrito en otro lugar: "Vi a los impíos sepultados, que cuando vivían, estaban en el lugar santo, y eran alabados en la ciudad como si fueran de obras justas" (Eclesiastés VIII, 10).

Muchos falsos cristianos son ocultados por la paz de la Iglesia. Algunos buscan la gloria a través de la profesión de la religión cristiana. En efecto, muchos, obsesionados por la plaga de su propia depravación, son ocultados bajo el nombre cristiano por la misma tranquilidad de la paz eclesiástica. Sin embargo, si una ligera brisa de persecución los golpea, pronto son llevados fuera del área como paja. Algunos, por el contrario, son marcados con la vocación de la cristiandad porque, al ser exaltado el nombre de Cristo de manera sublime, casi todos ya parecen ser fieles; y porque ven que otros son llamados así, se avergüenzan de no parecer fieles, pero descuidan ser lo que se glorían en ser llamados. Toman, en efecto, la realidad de la virtud interna para el adorno de la visión externa; y quienes ante el juicio supremo permanecen desnudos en la infidelidad de su conciencia, ante los ojos humanos se cubren con la profesión santa solo de palabra.

27. Los fieles que viven de manera perversa a menudo, por juicio divino, pierden la fe. Muchos en la casa de la fe mueren sin fe. Para ellos, la sociedad de los fieles se convierte en un cúmulo de castigo. Sin embargo, algunos mantienen la fe profundamente, pero no se preocupan en absoluto por vivir fielmente. Persiguen con sus costumbres lo que veneran con credulidad. A estos, por juicio divino, a menudo les sucede que, debido a que viven perversamente, pierden también aquello que creen saludablemente. Pues continuamente se contaminan con acciones perversas y desconfían de que sobre esto pueda serles retribuida la venganza del justo juicio; y a menudo, cuando descuidan vivir bien, incluso sin que nadie los

persiga, caen en la perfidia. Porque aquellos que no creen que se avecina un juicio estricto, que sospechan que pecan sin castigo, ¿cómo pueden ser o llamarse fieles? Perder la fe es no creer que a las malas obras no corregidas se les pueda devolver un castigo merecido. Por lo tanto, como desprecian guardar las obras dignas de la fe, también pierden la fe que parecían tener. Sobre ellos bien se recuerdan las palabras del Profeta bajo la apariencia de los enemigos que destruyen Jerusalén, de quienes se dice: "Devastad, devastad hasta los cimientos en ella" (Salmo 136, 7). Pablo dice: "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús" (1 Cor. 3, 11). Por lo tanto, los enemigos que destruyen hasta el fundamento vacían Jerusalén, cuando los espíritus perversos, del corazón de los fieles, destruyendo primero el edificio de las buenas obras, también agotan la solidez de la religión. Pues así como sobre el fundamento se construye el edificio, así sobre la fe se construyen las obras. Vaciar hasta el fundamento, por lo tanto, es haber disipado, con la obra de vivir bien destruida, también la fortaleza de la fe. De aquí también se dice a Judea por Jeremías: "También los hijos de Menfis y Tafnes te han violado hasta la coronilla" (Jeremías 2, 16). Ser violado hasta la coronilla es, después del uso de la mala operación, corromperse incluso en la misma sublimidad de la fe. Pues cuando los espíritus más perversos envuelven el alma de cada uno en malas obras, pero no pueden viciar la integridad de la fe, es como si aún contaminaran los miembros inferiores, pero no alcanzan la coronilla. Sin embargo, quien se corrompe en la fe, ya es violado hasta la coronilla. Pues el espíritu maligno, como si desde los miembros inferiores alcanzara las alturas, cuando contaminando la vida activa, corrompe la casta elevación de la fe con la enfermedad de la desconfianza. Porque, por lo tanto, todas estas cosas están ocultas a los ojos humanos, pero son evidentes a los ojos divinos, y muchos en esta casa de la fe mueren sin fe, se dice correctamente: "Como a impíos los hirió en el lugar de los que ven". Pues se muestran como piadosos en la Iglesia a los hombres; pero como los juicios divinos no pueden ocultarse, son heridos como impíos. Esto les aumenta más el cúmulo de castigo, porque cada uno de ellos, mezclado con los fieles en la Iglesia, desprecia la verdad de la fe sabiendo; y cuanto más grave es la venganza que sigue, cuanto más por los ejemplos de los rectores también los acompaña el conocimiento de vivir bien. Pues cuantos hermanos rectos y fieles se les muestran ahora, tantos testigos los impugnarán en el juicio venidero. Saben, por lo tanto, lo que descuidan seguir. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XI [Ant. XVI, Rec. XI].

VERS. 27.--- Que como si intencionadamente se apartaron de él.

28. El pecado se comete por ignorancia, por debilidad o por intención deliberada, siendo esta última la más grave. Es una cosa no hacer el bien, otra no amarlo, y otra odiarlo.---Es necesario saber que el pecado se comete de tres maneras (De poenit., dist. 2, can., Sciendum). Se comete por ignorancia, por debilidad o por intención deliberada. Y es más grave pecar por debilidad que por ignorancia, pero mucho más grave es pecar por intención deliberada que por debilidad. Pablo pecó por ignorancia, cuando decía: "Yo, que antes fui blasfemo, perseguidor e insolente; pero alcancé misericordia porque lo hice por ignorancia en mi incredulidad" (I Tim. I, 13). Pedro, en cambio, pecó por debilidad, cuando toda la fortaleza de fe que había manifestado al Señor fue sacudida por la voz de una criada, y negó con su voz al Dios que mantenía en su corazón (Luc. XXII, 57). Pero como la culpa de la debilidad o de la ignorancia se borra más fácilmente, ya que no se comete por intención deliberada, Pablo corrigió lo que ignoraba con conocimiento, y Pedro fortaleció la raíz de su fe, que ya se había movido y casi secado, regándola con lágrimas. Pecaron deliberadamente aquellos de quienes el mismo Maestro decía: "Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado;

pero ahora no tienen excusa por su pecado" (Juan XV, 22). Y poco después: "Y me han visto y han odiado a mí y a mi Padre" (Ibid., 24). Porque es una cosa no hacer el bien, y otra odiar al maestro del bien; así como es diferente pecar por precipitación que por deliberación. Muchas veces se comete pecado por precipitación, que sin embargo se condena con consejo y deliberación. Por debilidad suele suceder que se ama el bien, pero no se puede cumplir. Pecar por intención deliberada es no hacer ni amar el bien. Así como a veces es más grave amar el pecado que cometerlo, también es más perverso odiar la justicia que no haberla hecho. Hay, por tanto, algunos en la Iglesia que no solo no hacen el bien, sino que también lo persiguen; y lo que ellos mismos descuidan hacer, lo detestan en los demás. El pecado de estos no se comete por debilidad o ignorancia, sino solo por intención deliberada, porque si quisieran cumplir el bien, aunque no pudieran, al menos lo amarían en los demás. Si al menos lo desearan, no odiarían las obras de los demás; pero como conocen el bien al escucharlo, lo desprecian al vivirlo, y lo persiguen al observarlo, se dice correctamente: "Se han apartado de él por intención deliberada". Por eso se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XII.

IBID.---Y no quisieron entender todos sus caminos.

29. Cuán gravemente delinquen aquellos que buscan la impunidad de pecar a través de su ignorancia. Una cosa es no haber sabido, otra es no haber querido saber. No dice: No entienden por debilidad, sino, no quisieron entender, porque a menudo desprecian no solo hacer, sino también saber. Pues está escrito: El siervo que no conoce la voluntad de su señor y hace cosas dignas de azotes, recibirá pocos; y el siervo que conoce la voluntad de su señor y no actúa conforme a ella, recibirá muchos azotes (Luc. XII, 47); consideran que la ignorancia es un remedio para la impunidad de pecar. Sin duda, se oscurecen solo por la niebla de la soberbia, y por eso no discernen que una cosa es no haber sabido, otra es no haber querido saber. No saber es ignorancia; no haber querido saber, soberbia. Y tanto menos pueden tener excusa por no saber, cuanto más se les presenta lo que deben conocer, incluso contra su voluntad. Por eso se dice a través de Salomón: ¿Acaso no clama la sabiduría, y da su voz la prudencia, en las cumbres y en los altos lugares, estando en medio del camino en las sendas? (Prov. VIII, 1). Quizás podríamos haber pasado por el camino de la vida temporal con su ignorancia, si esta misma sabiduría se hubiera situado en los rincones de los senderos.

30. Las vías de la divina sabiduría se abren a todos a través de la Encarnación. Comprender los caminos de Dios, qué significa. La humildad abre la luz de la inteligencia, la soberbia la cierra. --- Habría sido necesario investigar, si hubiera querido ocultarse. Pero después de que mostró públicamente los misterios de su encarnación, después de que ofreció ejemplos de humildad a los soberbios, se fijó a sí misma para nosotros como si pasara por en medio de los caminos, para que, evidentemente, tropecemos con ella, a la que no queremos buscar; y toquemos, al tropezar, lo que al pasar negligimos ver. Por tanto, se dice: Y no quisieron entender todos sus caminos. Pues todo acto de la sabiduría encarnada que realizó temporalmente es un camino. Sus caminos son los órdenes de vida que preparó para los que vienen a Él. Así, ofreció tantos caminos a los que vienen a Él, como ejemplos de buena vida mostró. El Profeta había contemplado sus caminos de humildad, cuando suspiraba, diciendo: En tus mandamientos me ejercitaré, y consideraré tus caminos (Salmo CXVIII, 15). De aquí se dice nuevamente de cada justo que se preocupa por caminar según los ejemplos del Señor: Por el Señor son dirigidos los pasos del hombre, y su camino le complace mucho (Salmo XXXVI, 23) [Vet. XVII]. Por lo tanto, como los soberbios desprecian las obras de la humildad del Señor, se dice correctamente: No quisieron entender sus caminos. Pues estos

caminos son despreciados por la visión, pero deben ser reverenciados por el entendimiento. Porque hay algo en ellos que se ve, y algo que se espera. ¿Qué mostró a los ojos de los que miran en esta vida sino humillación, escupitajos, burlas y muerte? Pero a través de estas cosas bajas se pasa a las más altas, a través de estas deshonras que preceden se nos prometen cosas eternas y gloriosas. Por lo tanto, los soberbios vieron los caminos de Dios, pero no quisieron entenderlos, porque mientras desprecian las cosas bajas que muestran en sí mismas, perdieron las cosas sublimes que prometen. Entender los caminos de Dios es tolerar humildemente lo transitorio y esperar perseverantemente lo que permanece, para que, siguiendo el ejemplo del Señor, se busque la gloria eterna comparada con los oprobios temporales, y no se enfoque en lo que aquí se tolera, sino en lo que se espera. Por tanto, los soberbios mantuvieron los ojos cerrados a estas cosas, porque mientras se enorgullecen en la gloria de la vida presente, no vieron la grandeza de la humildad del Señor. Pues la humildad abre la luz de la inteligencia, la soberbia la esconde. Porque es un secreto de piedad, y cuanto menos se alcanza, más se hincha el alma, porque es expulsada por el mismo hecho de ser inflada insensatamente. Sigue:

CAPUT XIII [Rec. XII].

VERS. 28.---Para que hicieran llegar hasta él el clamor del necesitado, y escuchara la voz de los pobres.

31. Que el clamor de los pobres llegue a Dios. Es un pastor falso quien, descuidando la predicación, se ocupa en cuidados mundanos. La necesidad de la confesión.---Porque cuando estos se enorgullecen, claman a Dios aquellos que son oprimidos por los mismos que se enorgullecen. O ciertamente se dice que hicieron llegar el clamor de los pobres a Dios, porque al caer estos, en su lugar son sustituidos por los pobres, es decir, los humildes de espíritu. Y porque esto se ha hecho por su caída, se dice que ellos lo hicieron, en ese modo de hablar en el que decimos que los campamentos luchan, porque se lucha desde ellos. O ciertamente porque todo lo que se ha dicho anteriormente también puede referirse a los rectores eclesiásticos, quienes, dejando de lado el estudio de la predicación, bajo la excusa del gobierno, se involucran en negocios terrenales, se añade adecuadamente: Para hacer llegar a Él el clamor de los necesitados, y escuchar la voz de los pobres; porque, sin duda, mientras ellos, ocupados en cuidados mundanos, abandonan el oficio de la predicación, obligan al rebaño sometido a estallar en un clamor de quejas, de modo que casi con derecho cada uno de los súbditos murmura sobre la vida del pastor falso, preguntándose por qué ocupa el lugar de maestro quien no ejerce el oficio. Aunque tal vez mejor se figuran por el orgullo de los poderosos la soberbia de los judíos, y por el clamor de los pobres los deseos de las naciones, así como, atestiguando la Verdad, el pueblo judío es designado por el rico que banquetea espléndidamente; asumiendo la abundancia de la ley no para la necesidad de la salvación, sino para la pompa de la elevación, y no alimentándose ordenadamente en las palabras de los preceptos, sino mostrándose jactanciosamente; y por el herido Lázaro, que se interpreta como ayudado, se expresa la forma del pueblo gentil, a quien la ayuda divina levanta tanto más cuanto menos confía en la facultad de sus propias fuerzas. Quien es descrito como pobre y lleno de heridas, porque la gentilidad, humilde de corazón, abrió las confesiones de sus pecados. Pues así como en una herida el veneno interno se extrae hacia la piel, así en la confesión del pecado, cuando los secretos se revelan en público, es como si los humores malos brotaran desde las entrañas más íntimas hacia afuera. Por lo tanto, al pecar ellos, se escucha el clamor de los pobres, porque mientras los judíos se enorgullecen contra Dios, las súplicas de los gentiles llegaron a Dios. Por lo cual, inmediatamente horrorizado por estos

mismos juicios inmensos y profundos, no se preocupa por discutirlos con razón, sino por venerarlos con admiración, y dice:

CAPÍTULO XIV [Rec. XIII].

VERS. 29.---Porque si Él concede la paz, ¿quién es el que condena? Desde que ha ocultado su rostro, ¿quién es el que puede contemplarlo?

32. Que nadie discuta por qué uno es llamado y atraído, y otro es rechazado.---Nadie, por tanto, discuta por qué, mientras el pueblo judío permanecía, la gentilidad yacía en la infidelidad; y por qué, al final, cuando la gentilidad se levantó, el pueblo judío fue abatido por la culpa de la infidelidad. Nadie discuta por qué uno es atraído por don, y otro es rechazado por mérito. Pues si te maravillas de la gentilidad asumida, con Él concediendo la paz, ¿quién es el que condena? Si te asombras de la pérdida de Judea, desde que ocultó su rostro, ¿quién es el que lo contempla? Así, el consejo de la suprema y oculta virtud se convierte en la satisfacción de la razón manifiesta. Por eso, en el Evangelio, el Señor, cuando hablaba de la causa de esta cuestión, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre (Mat. XI, 25). Y enseguida, como añadiendo una cierta razón de ocultación y revelación, dijo: Porque así fue tu agrado. Con estas palabras, ciertamente, recibimos ejemplos de humildad, para no atrevernos a discutir temerariamente los consejos divinos sobre la vocación de unos y el rechazo de otros. Pues cuando introdujo ambos, no dio inmediatamente una razón, sino que dijo que así agradó a Dios, mostrando con esto que no puede ser injusto lo que agradó al justo. Por eso, al devolver la recompensa a los que trabajaban en la viña, cuando igualó en el premio a algunos obreros desiguales en el trabajo, y buscó más en la recompensa quien más había trabajado, dijo: ¿No conviniste conmigo en un denario? Quiero dar a este último como a ti; ¿no me es lícito hacer lo que quiero? (Mat. XX, 13). En todo, por tanto, lo que se dispone exteriormente, la causa manifiesta de la razón es la justicia oculta de la voluntad. Por lo tanto, se diga: Pues con Él concediendo la paz, ¿quién es el que condena? desde que ocultó su rostro, ¿quién es el que lo contempla? [Vet. XIX.] Y porque así como lo mínimo como lo máximo, así Dios juzga cada cosa como todas, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XV.

IBID.---Y sobre la nación, y sobre todos los hombres.

33. Dios provee tanto a los pequeños como a los grandes; y a cada individuo como al conjunto. --- Como si se nos advirtiera claramente que debemos entender que este juicio, que se describe sobre una nación, también se celebra sobre todos los hombres mediante un examen invisible, de modo que uno es elegido, otro es rechazado en secreto, pero ninguno injustamente. Por lo tanto, lo que vemos que sucede en los grandes, también debemos temerlo cautelosamente en cada uno de nosotros. Así se aplican los juicios divinos sobre un alma, como sobre una ciudad; así sobre una ciudad, como sobre una nación; así sobre una nación, como sobre toda la multitud del género humano; porque el Señor atiende a cada uno como si no tuviera que ocuparse de todos; y atiende a todos como si no tuviera que ocuparse de cada uno. Pues quien llena todo administrando, gobierna llenando; no falta a todos cuando dispone de uno; ni falta a uno cuando dispone de todos, operando todo con la potencia de su naturaleza en reposo. ¿Qué, pues, es sorprendente en que no se estreche su atención, quien obra en reposo? Digamos, por tanto, que este juicio sutil se ejerce tanto sobre la nación como

sobre todos los hombres. [Rec. XIV.] Porque, habiendo pasado de la especie al género, ahora se convierte del género a la especie, y muestra lo que Judea merece propiamente, diciendo:

CAPÍTULO XVI [Ant. XX].

VERS. 30.---El que hace reinar al hombre hipócrita por los pecados del pueblo.

34. Aquellos que están sujetos a malos prelados deben atribuirlo a su propia culpa. Por los pecados de los pueblos, el Anticristo reinará. En verdad, el pueblo de Judea no quiso que un verdadero rey reinara sobre ellos, y por eso, debido a sus méritos, recibieron a un hipócrita, tal como la misma Verdad dice en el Evangelio: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me habéis recibido; si otro viene en su propio nombre, a ese recibiréis" (Juan 5, 43). Y como dice Pablo: "Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos, por eso Dios les enviará un poder engañoso, para que crean en la mentira" (II Tesalonicenses 2, 10). En lo que se dice: "El que hace reinar al hombre hipócrita por los pecados del pueblo", puede designarse al mismo Anticristo, cabeza de todos los hipócritas. Aquel seductor simula santidad para atraer a la iniquidad. Pero se le permite reinar por los pecados del pueblo, porque entonces son preordenados bajo su gobierno aquellos que, por sus pecados, son dignos de su dominio, y que, por sus pecados subsiguientes, exigen ser dispuestos bajo su juicio. Que entonces el Anticristo reine sobre los impíos no es por la injusticia del juez, sino por la culpa del que lo padece; aunque muchos no ven su principado, sin embargo, sirven a su dominio por la condición de sus pecados, porque incluso a quien no ven dominando sobre ellos, sin duda lo veneran viviendo perversamente. ¿No son sus miembros aquellos que, bajo la apariencia de santidad fingida, desean parecer lo que no son? Aquel principalmente toma la hipocresía, quien siendo un hombre condenado y un espíritu malvado, miente diciendo que es Dios. Pero sin duda, ahora surgen de su cuerpo aquellos que esconden sus iniquidades bajo el manto del honor sagrado, para que, por su profesión, deseen parecer lo que rehúsan ser por sus obras. Porque está escrito: "Todo el que comete pecado es esclavo del pecado", cuanto más libremente ahora realizan las perversidades que desean, tanto más están obligados a su servicio (Juan 8, 34). Pero nadie que sufre tal gobernante debe acusar a quien padece, porque sin duda fue su propio mérito estar sujeto al dominio de un gobernante perverso. Acuse, pues, más la culpa de su propia obra que la injusticia del gobernante. Porque está escrito: "Te daré reyes en mi furor" (Oseas 13, 11). ¿Por qué, entonces, despreciamos que nos gobiernen aquellos cuyo dominio sobre nosotros recibimos por el furor del Señor? Si, pues, con Dios airado recibimos gobernantes según nuestros méritos, en su acción recogemos lo que debemos considerar de nuestra propia estimación. Aunque a menudo también los elegidos están sujetos a los reprobados. Por eso David soportó a Saúl durante mucho tiempo (1 Samuel 18, 11); pero, al seguir el pecado de adulterio, se revela que entonces fue digno de ser oprimido por la severidad de tal superior.

35. Por los delitos del rebaño, a veces el buen pastor se pervierte. Así, según los méritos de los súbditos, se otorgan las personas de los gobernantes, de modo que a menudo quienes parecen buenos, al recibir el gobierno, se transforman; como la Sagrada Escritura dice de Saúl, que cambió su corazón con la dignidad. Por eso está escrito: "Cuando eras pequeño a tus propios ojos, te hice cabeza de las tribus de Israel" (1 Sam. 15, 17). Así, por las cualidades de los súbditos, se disponen los actos de los gobernantes, de modo que a menudo, por la maldad del rebaño, incluso la vida verdaderamente buena del pastor delinque. Aquel, alabado por Dios, aquel consciente de los misterios celestiales, el profeta David, inflado por el repentino orgullo, pecó al censar al pueblo, y sin embargo, el pueblo recibió el castigo mientras David pecaba (2 Sam. 24, 9). ¿Por qué esto? Porque evidentemente, según el mérito

de los pueblos, se disponen los corazones de los rectores. El justo juez corrigió el vicio del pecador por la advertencia de aquellos por cuya causa pecó. Pero como él, ciertamente, al enorgullecerse por su propia voluntad, no estuvo exento de culpa, también él recibió el castigo de la culpa. Pues la ira que, actuando físicamente, golpeó al pueblo, también abatió al rector del pueblo con un profundo dolor del corazón. Es cierto que los méritos de los rectores y de los pueblos están tan conectados entre sí, que a menudo por la culpa de los pastores se deteriora la vida de los pueblos, y a menudo por el mérito de los pueblos se transforma la vida de los pastores.

[Vet. XXI.] 36. Los súbditos deben tolerar incluso a los prelados malos, si pueden hacerlo sin comprometer su fe. La humildad es la maestra de la rectitud.---Pero dado que los rectores tienen su propio juez, es de gran cautela para los súbditos no juzgar temerariamente la vida de los gobernantes. Pues no en vano el Señor mismo expulsó a los cambistas y volcó las mesas de los que vendían palomas (Mat. XXI, 21); evidentemente significando que, aunque a través de los maestros se juzga la vida de los pueblos, es por sí mismo que examina las acciones de los maestros. Aunque también los vicios de los súbditos, que los maestros ahora disimulan o no pueden juzgar, sin duda se reservan para su juicio. Por lo tanto, mientras se actúe sin comprometer la fe, es un mérito de virtud tolerar lo que pertenece al superior. Sin embargo, debe sugerirse humildemente, si tal vez lo que desagrada pueda ser corregido. Pero se debe cuidar sumamente que la defensa desordenada de la justicia no se convierta en soberbia, no sea que, mientras se ama imprudentemente la rectitud, se pierda la humildad, que es la maestra de la rectitud; no sea que alguien desprecie a quien le preside, a quien tal vez le toque reprender en alguna acción. Contra este tumor de soberbia, la mente de los súbditos se doma para la custodia de la humildad, si se atiende incesantemente a la propia debilidad. Pues descuidamos examinar verdaderamente nuestras fuerzas; y porque creemos cosas más fuertes de nosotros mismos, por eso juzgamos estrictamente a aquellos que nos son superiores. Cuanto menos nos conocemos a nosotros mismos, más vemos a aquellos a quienes intentamos reprender. Todos estos son males que a menudo cometen los súbditos contra los prelados, y a menudo los prelados contra los súbditos, porque los que presiden consideran que todos los súbditos son menos sabios de lo que ellos mismos son, y a su vez, los que están sujetos juzgan las acciones de sus rectores, y si les tocara tener el gobierno, piensan que podrían haberlo hecho mejor. De ahí que a menudo sucede que los rectores ven menos prudentemente lo que debe hacerse, porque sus ojos son oscurecidos por la misma niebla de la altivez; y a veces el que está sujeto hace, cuando es prelado, lo que antes, siendo súbdito, criticaba; y por lo que realiza lo que había juzgado, al menos se avergüenza porque lo juzgó. Por lo tanto, así como los prelados deben cuidar que sus corazones no se eleven por la estimación de una sabiduría singular, así los súbditos deben prever que no les desagraden las acciones de sus rectores.

[Vet. XXII.] 37. Pastores malos deben ser honrados, no imitados.---Si la vida de los maestros es justamente criticada, es necesario que los subordinados los veneren, incluso cuando no les agradan. [Rec. XV.] Pero es importante observar con cuidado que no desees imitar a quien debes venerar, ni desprecies venerar a quien no deseas imitar. Se debe seguir un camino sutil de rectitud y humildad, de modo que los actos reprochables de los maestros desagraden, pero la mente de los subordinados no se aleje de la reverencia debida al magisterio. Esto se expresa bien en Noé embriagado, cuyos hijos buenos cubrieron sus partes vergonzosas al venir de espaldas (Génesis IX, 21). Se dice que rechazamos aquello que desaprobamos. ¿Qué significa entonces que los hijos cubran las partes vergonzosas del padre con un manto sobre sus espaldas, viniendo de espaldas, sino que a los buenos subordinados les desagradan los

males de sus superiores, pero los ocultan de los demás? Llevan el manto de espaldas, porque juzgando el hecho y venerando el magisterio, no quieren ver lo que cubren.

[Rec. XVI.] 38. Despreciar a los pastores que se ocupan de lo temporal es acusar a Dios. El poder de gobernar no puede ser administrado sin el cuidado de los asuntos temporales.---Hay algunos que, si comienzan un poco en la vida espiritual, al ver a sus superiores ocuparse de asuntos temporales y considerar lo terrenal, inmediatamente acusan el orden de la disposición divina, diciendo que no están bien preparados para gobernar, ya que muestran ejemplos de la vida más baja. Pero estos, al no abstenerse de criticar a sus superiores, debido a los méritos de su propia culpa, llegan hasta a criticar al Creador: cuya disposición es reconocida como más recta por los humildes, mientras que los altivos no la juzgan correctamente. Porque el poder de gobernar no puede ser administrado sin el cuidado de los asuntos temporales, a veces el Dios omnipotente, en una maravillosa disposición de piedad, para que las mentes espirituales tiernas estén separadas del cuidado terrenal, impone la carga del gobierno a corazones duros y laboriosos, para que aquellas se oculten más seguramente del mundo, en la medida en que estos se esfuerzan voluntariamente en las preocupaciones terrenales. En la ejecución de la carga asumida, también hay caminos difíciles de servidumbre mundana para el beneficio de los súbditos.

39. Cuánto debemos a aquellos que, dedicándose a las tareas temporales, nos liberan de ellas. Y a menudo, como se ha dicho, el Dios misericordioso, por el amor que tiene a los suyos, los esconde cuidadosamente de las acciones externas. Pues, frecuentemente, el padre de familia envía a los siervos a aquel trabajo del que aparta a sus hijos más delicados; y de ahí que los hijos se mantengan sin perturbación en su dignidad, mientras los siervos se ensucian en el polvo. Esto, que tan rectamente se realiza en la Iglesia por disposición divina, se simboliza en la construcción del tabernáculo. A Moisés se le ordena con voz divina que para cubrir el interior del sanctasanctorum se tejan velos de lino fino, escarlata y jacinto, y se le manda que para proteger el tabernáculo extienda velos de pelo de cabra y pieles, que soporten las lluvias, los vientos y el polvo (Éxodo XXVI, 1). ¿Qué entendemos, pues, por las pieles y los cilicios que cubren el tabernáculo, sino las mentes toscas de los hombres, que a veces, por el oculto juicio de Dios, aunque sean duras, son preferidas en la Iglesia? Y como no temen servir en las preocupaciones temporales, deben soportar los vientos y las lluvias de las adversidades de este mundo. ¿Qué se simboliza, en cambio, por el jacinto, la escarlata y el lino fino, sino la vida de los santos, tierna pero brillante? Mientras se oculta cuidadosamente en el tabernáculo bajo los cilicios y las pieles, su belleza íntegra se conserva. Pues para que en el interior del tabernáculo el lino fino resplandezca, la escarlata brille y el jacinto resplandezca con su color azul, las pieles y los cilicios soportan las lluvias, los vientos y el polvo. Aquellos que progresan con grandes virtudes en el seno de la santa Iglesia no deben despreciar la vida de sus superiores cuando los ven dedicados a asuntos exteriores, porque el hecho de que ellos penetren seguros en lo íntimo es gracias a la ayuda de aquellos que trabajan externamente contra las tormentas de este siglo. ¿Qué gracia de su blancura conservaría el lino fino si la lluvia lo tocara? ¿O qué fulgor y claridad mostrarían la escarlata o el jacinto si el polvo que recibieran los ensuciara? Que, por tanto, la textura del cilicio sea fuerte para el polvo, y que el color jacinto sea apto para el decoro. Que adornen la Iglesia quienes se dedican solo a las cosas espirituales, y que la protejan aquellos a quienes no les pesa el trabajo de las cosas corporales. Por lo tanto, no murmure contra su superior quien, dentro de la santa Iglesia, ya brilla espiritualmente. Si tú resplandesces seguro en el interior como la escarlata, ¿por qué acusas al cilicio que te protege?

[Vet. XXIII.] 40. Dios ordena los ejemplos corruptos de los prelados como castigo para los súbditos soberbios. Mientras los profetas parecen maldecir, en realidad predicen.---Pero algunos se preguntan por qué, cuando al menos por la utilidad de los súbditos los rectores se dedican en exceso a las preocupaciones temporales, muchos en la Iglesia se desalientan con su ejemplo. ¿Quién negaría que esto es muy cierto, cuando se ve que los pastores se preocupan más por lo terrenal que por lo celestial? Pero tampoco esto es injusto, si, como dijimos anteriormente, las cosas de los que presiden se disponen según los méritos de los súbditos. Pues las culpas cometidas en secreto y voluntariamente exigen que se presenten ejemplos corruptos incluso por parte de los pastores, para que, por un juicio justo, aquel que se desvía con soberbia del camino de Dios, tropiece también en el camino que sigue bajo la guía del pastor. Por eso, también se dice por el profeta con el afán de predecir, no con el deseo de maldecir: "Oscurézcanse sus ojos para que no vean, y encorva siempre su espalda" (Salmo LXVIII, 24). Como si dijera: Que aquellos que presiden sobre las acciones de la vida humana, como si fueran caminos que deben prever, no tengan la luz de la verdad, para que también los súbditos que los siguen, encorvados por el peso de sus iniquidades, pierdan toda posición de rectitud. Sin duda, sabemos que esto ocurrió en Judea, cuando en el mismo advenimiento de nuestro Redentor, la multitud de fariseos y sacerdotes cerró los ojos de su mente a la verdadera luz, y el pueblo, siguiendo el ejemplo de sus superiores, erró en las tinieblas de la infidelidad.

41. En qué sentido Dios hace reinar al hipócrita.---Sin embargo, razonablemente se puede preguntar cómo se dice en este lugar que el Señor hace reinar al hipócrita, cuando sobre este asunto se queja especialmente a través del profeta, diciendo: Ellos han reinado, pero no por mí; los príncipes han surgido, y no los he conocido (Oseas VIII, 4). Pues, ¿quién en su sano juicio diría que el Señor hace lo que no conoce en absoluto? Pero como conocer de Dios es aprobar, y no conocer es reprobar; por eso a algunos a quienes reprueba les dice: No sé de dónde sois, apartaos de mí todos los obradores de iniquidad (Lucas XIII, 25); y a veces hacer de Dios es aquello que prohíbe que se haga, permitiéndolo con ira; por eso también afirmó que el corazón del rey de Egipto se endureció (Éxodo IV, 21), porque evidentemente permitió que se endureciera; de manera maravillosa el Señor hace que los hipócritas reinen y no los conoce: los hace reinar permitiéndolo, no los conoce reprobándolos. Por lo tanto, es necesario que para todo lo que se desea en esta vida primero se busque la voluntad interna. Cuando el oído del corazón humano desea percibirla, debe saber que esta no suena con palabras, sino con hechos. Por lo tanto, cuando se ofrece el lugar de gobierno a quien debe gobernar, es necesario primero que cada uno examine en sí mismo si su vida es congruente con el lugar, si la acción no disiente del honor, para que el justo rector de todos no deje de escuchar las súplicas en la tribulación, porque también ignora los inicios del honor de aquel de quien surge la tribulación.

LIBRO VIGÉSIMO SEXTO. El santo Doctor expone los siete últimos versos del capítulo XXXIV, y el capítulo XXXV en su totalidad, junto con los veintiún primeros versos del capítulo XXXVI. Aquí se extiende ampliamente en los sentidos tanto alegóricos como morales.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. 811 Indicaciones de humildad falsa y verdadera.---En sus discursos, los hombres arrogantes suelen tener, entre otras cosas, la particularidad de preguntar a sus oyentes si acaso han dicho algo inapropiado, precisamente cuando saben que han dicho algo digno de alabanza. Esto lo hacen, no porque duden de sus palabras, sino porque buscan el favor del

juicio de quienes los escuchan. Pues fácilmente se podrá descubrir con qué ánimo preguntan, si alguien, al alabar sus buenas acciones, también critica las malas. Es cierto que, así como se envanecen con los elogios, se encienden con las correcciones; y cuando ven que alguien los reprende, incluso con justicia, inmediatamente buscan defender sus malas acciones. ¿Cómo, entonces, dudan humildemente de sus buenas acciones, si se esfuerzan por defender perversamente sus malas acciones? En verdad, es verdaderamente humilde en sus buenas acciones quien no es defensor en sus malas. Porque quien es reprendido por sus malas acciones y se enciende contra las palabras del que lo reprende, cuando duda de sus buenas acciones como si fuera humildemente, busca adornarse con la voz de la humildad, no ser instruido. Así, Eliú, señalando la vida de los arrogantes, después de haber expuesto muchas cosas internas y sublimes, he aquí que asume en sus palabras una forma de humildad, y proponiendo la equidad, bajo una cierta imagen de discipulado, se dirige al bienaventurado Job diciendo:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXIV, VERS. 31, 32.--- Porque yo he hablado a Dios, tampoco te prohibiré a ti. Si he errado, enséñame tú; si he hablado iniquidad, no añadiré más.

3. La máscara de la humildad pronto se desecha.---Así como a menudo sucede que los buenos hablan y también los malos, Eliú recordaba que había dicho muchas cosas fuertes un poco antes, y por eso, seguro de no haber errado, buscaba confirmación. Pues no buscaría confirmación si creyera que había errado. Es, como dije, un engaño propio de los arrogantes buscar confirmación de un error cuando saben que no han errado. Por el contrario, desprecian buscar o ser corregidos por un error cuando saben de antemano que han errado. No desean ser humildes, sino parecerlo; y asumen la apariencia de humildad al buscar confirmación, cuando son más alabados por esa misma búsqueda. Pero como es casi imposible que la altivez que reina en el corazón no se manifieste en la voz, los oyentes de los arrogantes, si esperan y consideran en silencio sus palabras por un momento, pronto descubren sus corazones a través de las palabras que siguen. No pueden permanecer mucho tiempo en la imagen de humildad que asumen solo en apariencia. Para las mentes soberbias, la humildad es elevada, y cuando intentan ascender a su forma, con los pasos del alma cansados, se deslizan como si estuvieran en caminos empinados y ásperos. Es ajeno a ellos lo que desean parecer, y por eso no pueden adherirse a su imagen por mucho tiempo. Consideran un peso pesado llevarla, aunque sea solo en apariencia, y hasta que la desechan, sufren una cierta violencia en el corazón, porque sirven mal al uso dominante de la altivez, y su imperio los obliga a revelar cómo son, para que no puedan parecer por mucho tiempo lo que no son. Por eso, también Eliú, después de pedir ser instruido sobre su error, después de prometer que no hablaría más iniquidad, de repente saltó de la apariencia de humildad a palabras de hinchada justificación. Pues añadió, diciendo:

CAPÍTULO III.

VERS. 33.---¿Acaso Dios te la exige a ti, porque te ha desagradado?

3. Los santos no temen el juicio humano, sino el divino, al cual también los malvados fingen apelar. Como si dijera: Yo ante el Señor presentaré mis razones de por qué ahora mi iniquidad es reprendida por ti, cuando es evidente que en el juicio no será requerida por ti. Los hombres rectos, cuando son injustamente atacados por otros, recurren al juicio supremo. Por eso también el bienaventurado Job dice: "He aquí, en el cielo está mi testigo, y mi

consciente en las alturas" (Job XVI, 19). Y porque desean agradarle sumamente, buscan solo su testimonio. Los perversos también, porque abandonan la vida de los justos, pero a veces siguen sus palabras, cuando son reprendidos por sus malas acciones, toman esto como argumento de defensa, lo que los justos presentan como testimonio de pureza. Por eso ya se ha convertido en costumbre para ellos que si alguien los acusa de sus hechos, busquen más el juicio de Dios que el de los hombres. Pues aunque saben que serán condenados por Dios, no temen ser juzgados por Él, y se avergüenzan de ser juzgados por los hombres. Proponen entonces lo mayor que no temen, para poder evitar lo menor que les avergüenza. Pues está escrito: "Cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios" (Rom. XIV, 12). Porque entonces la condenación de cada uno será manifiesta, de ahí que ahora los inicuos concluyen que incluso la acción perversa de cada uno está segura; para que ahora ningún justo la discuta reprendiéndola, de la cual es evidente que en el juicio será ajena. En cambio, las conciencias de los piadosos creen que se les concede un gran premio, cuando ahora son reprendidos por algunas de sus acciones ilícitas. Pues proponen ante los ojos del corazón que el estricto juicio de Dios será tanto más mitigado sobre ellos entonces, cuanto más ahora es prevenido por la reprensión del hombre; y consideran la ira temporal sobre ellos como una ganancia, por la cual no ignoran que pueden evadir la eterna. Eliú, por lo tanto, manteniendo el tipo de todos los arrogantes, y eligiendo más ser golpeado por la invectiva eterna que ser reprendido temporalmente, dice: "¿Acaso Dios te la exige, porque te desagradó?" Porque en verdad suelen ser más culpables aquellos que comienzan a hablar en contienda, que los que responden, añadió, diciendo:

CAPÍTULO IV.

IBID.---Porque tú comenzaste a hablar, y no yo.

4. En vano se consideran inocentes aquellos que responden con dureza cuando son atacados.--Se creyó inocente porque, al ser atacado, estalló; ciertamente ignorando que la inocencia no se defiende con el tiempo, sino con la razón. Pues, ¿qué se apoya en sus defensas, si bien no causó daño al que calla, sin embargo, respondió mal al que comenzó correctamente? Pero después, cuando se muestra en palabras de altivez, he aquí que de nuevo se disfraza bajo el velo de la justificación, y añade, diciendo:

IBID.---Pero si conoces algo mejor, dilo.

Aunque no dice: Porque sabes mejor, sino, Si sabes algo mejor, habla, esto mismo es demasiado soberbio, haber dudado del conocimiento de alguien mejor. Sin embargo, al concederle a Job el lugar para hablar, mostró que se comportaba con humildad. Pero, como se ha dicho antes, en la acción de los arrogantes, todo lo que se oculta con palabras superficiales se revela nuevamente cuando la intención de la altivez se manifiesta, Eliú pronto mostró con qué intención pidió hablar al bienaventurado Job. Pues sigue:

CAPÍTULO V [Rec. III].

VERS. 34, 35.---Que los hombres inteligentes me hablen, y que el hombre sabio me escuche. Job, sin embargo, ha hablado neciamente, y sus palabras no resuenan con disciplina.

5. No es lícito mentir por causa de la humildad. — He aquí que, al atribuirse hablar humildemente al bienaventurado Job, mostró lo que llevaba en su interior, diciendo: "Que los hombres inteligentes hablen conmigo"; desdeñando, evidentemente, que el bienaventurado

Job se atreviera a hablar, como si no pudiera entender sus palabras. Y porque no solo juzgó indigno al bienaventurado Job para hablar, sino también para escuchar, añadió de inmediato: "Que un hombre sabio me escuche". Como si dijera: A este se le concede injustamente hablar, quien ni siquiera merece escuchar las palabras de los sabios. Y enseguida manifiesta abiertamente lo despreciado que lo considera, diciendo: "Job ha hablado neciamente, y sus palabras no suenan a disciplina". Creyó que el bienaventurado Job había hablado sin disciplina, porque recordó que había sido justo en sus obras. Pero tal vez Eliú diría esto si no hubiera considerado que lo que el bienaventurado Job narró de sí mismo era lo mismo que el autor de la disciplina pensaba de él. Job, en efecto, afirmó inocentemente haber sido azotado, a quien Dios también declaró golpeado en vano (Job II, 3). ¿Qué, entonces, sonó de soberbio en la voz del golpeado, que de ninguna manera discrepó de la sentencia del que golpea? Son imprudentemente humildes (22, q. 2, c. Incaute) quienes se enredan en la mentira mientras evitan la arrogancia; más bien, mienten con soberbia, porque se levantan contra la verdad que abandonan. Pues quien, obligado por la necesidad, habla de sus verdaderas bondades, se une tanto más a la humildad cuanto más se asocia a la verdad. ¿Acaso no fue humilde Pablo cuando, por la emulación de la verdad, narró a sus discípulos tantas gestas valientes contra los falsos apóstoles (I Tim. II, 7; Hech. XX, 18, 19)? Quien, sin duda, se habría mostrado enemigo de la verdad si, ocultando sus propias virtudes, hubiera permitido que los predicadores del error prevalecieran.

Pero como los hombres arrogantes, al examinar con soberbia las palabras de los buenos, consideran más la superficie de las palabras que el orden de las cosas, Eliú creyó que las sentencias del bienaventurado Job no habían sonado con disciplina. [Vet. III.] Y dado que a menudo la aspereza de los soberbios se extiende hasta la dureza de la maldición, inmediatamente añade, como si hablara a Dios contra el bienaventurado Job:

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 36.---Padre mío, que Job sea probado hasta el final.

814 6. Los soberbios no saben compadecerse de los afligidos. En la corrección, las almas altivas deben ser reprimidas de tal manera que las heridas sean atendidas.---He aquí que lo que había concebido del tumor de la arrogancia lo exalta incluso en palabras de maldición. Pero tal vez desearía la fuerza de una prueba benévola, si hubiera juzgado que él se mantuvo firme en la prueba. Para que, por tanto, la malicia de su crueldad aparezca claramente, ruega que sea probado aún por los azotes, a quien ya se queja de haber caído entre los azotes. Ha anticipado lo que ha sentido, para que se conozca más claramente lo que ha deseado. Aún pide que sea herido a quien ya acusa de haber pecado bajo la mano del que hiere. Estos son los propios deseos de los arrogantes, que ruegan que la vida de los que sufren sea examinada con más rigor, porque cuanto más justos se consideran a sí mismos, tanto más duros son con los dolores ajenos. No saben, en efecto, llevar en sí mismos la pasión de la debilidad ajena, y así como se compadecen de sus propias debilidades, deberían también compadecerse de las del prójimo. Porque, en efecto, tienen un alto concepto de sí mismos, por eso no condescienden en absoluto con los humildes. Eliú cree que el bienaventurado Job fue golpeado por culpa, y por eso no consideró mostrarle entrañas de piedad ni siquiera entre tantos dolores. Sin embargo, los hombres verdaderamente santos, cuando reconocen que alguien es azotado incluso por culpa, aunque corrigen algunas de sus desórdenes, también se compadecen de algunos de sus dolores; y así saben reprimir las almas altivas, de modo que también saben atender las heridas, para que en ellos, cuando lo duro se suaviza, lo débil se fortalezca. [Vet. IV, Rec. V.] Pero, por el contrario, los hombres arrogantes, porque no tienen

entrañas de caridad, no solo no se compadecen de los justos que sufren, sino que además los afligen bajo la apariencia de una justa reprensión; y ya sea que exageren los pequeños males que hay en ellos, o que interpreten mal y cambien lo que verdaderamente es bueno.

7. Los santos doctores suelen exagerar los vicios de los delincuentes. Qué significa cavar en la pared del corazón.---Aunque también los doctores castos suelen exagerar a menudo los vicios de los delincuentes, y a partir de ciertos signos públicos indagar lo oculto, para poder conocer lo mayor a partir de lo menor. Por eso se dice a Ezequiel: Hijo de hombre, cava en la pared (Ezequiel VIII, 8). Donde inmediatamente añadió: Y cuando hube cavado en la pared, apareció una puerta, y me dijo: Entra y ve las abominaciones más perversas que estos hacen aquí. Y entré y vi; y he aquí toda clase de reptiles, y abominaciones de animales, y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared (Ibid., IX, 10). Por Ezequiel, ciertamente, se señala la persona de los superiores, y por la pared, la dureza de los súbditos. ¿Y qué es cavar en la pared, sino abrir la dureza del corazón con correcciones severas? Cuando se ha cavado, apareció una puerta, porque cuando la dureza del corazón se abre con correcciones severas, se muestra como una puerta por la cual se pueden ver todos los pensamientos internos de aquel que es corregido. Por eso sigue bien allí: Y me dijo: Entra y ve las abominaciones más perversas que estos hacen aquí. Es como si entrara para ver las abominaciones, quien, habiendo discutido ciertos signos que aparecen exteriormente, penetra así en los corazones de los súbditos, de modo que todo lo que allí se piensa le es revelado. Por eso añadió: Y entré y vi; y he aquí toda clase de reptiles, y abominaciones de animales. En los reptiles se señalan pensamientos completamente terrenales; en los animales, ya algo elevados de la tierra, pero aún buscando las recompensas de la retribución terrenal. Pues los reptiles se adhieren completamente a la tierra; los animales, sin embargo, están suspendidos del vientre de la tierra, pero siempre inclinados hacia ella por el apetito de la gula. Así, los reptiles están dentro de la pared cuando los pensamientos giran en la mente que nunca se elevan de los deseos terrenales. También los animales están dentro de la pared cuando, aunque ya se piensen cosas justas y honestas, aún sirven a las ganancias temporales y honores; y por sí mismos ya están como suspendidos de la tierra, pero aún se someten a lo bajo por la ambición, como por el deseo de la gula. Por eso sigue bien: Y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared. Pues está escrito: Y la avaricia, que es idolatría (Colosenses III, 5). Correctamente, pues, después de los animales se describen los ídolos, porque aunque se elevan de la tierra por una acción honesta, por una ambición deshonesta se deponen a la tierra. Bien se dice: Estaban pintados, porque mientras las especies de las cosas exteriores se atraen internamente, en el corazón se pinta como lo que se piensa con imágenes ficticias.

[Vet. V.] 8. La piadosa severidad del rector de las almas al escrutar las faltas del corazón. Quien cesa en la corrección, tema ser condenado.---Por lo tanto, es de notar que primero se ve un agujero en la pared, luego se percibe una puerta, y finalmente se revela la abominación oculta, porque ciertamente primero se muestran los signos externos de cada pecado, luego se abre la puerta de la iniquidad, y finalmente se descubre todo el mal que se oculta dentro. Por eso, los santos doctores suelen examinar minuciosamente las cosas pequeñas, para poder llegar de lo más externo a lo más oculto y grande. Las palabras de áspera reprensión conmueven, para erradicar las espinas del pensamiento mortal; y cuando actúan así, lo hacen con amor de caridad, no se hinchán con la soberbia de la arrogancia. Están dispuestos a morir por aquellos a quienes afligen como si fueran hasta la muerte. Guardan en su pensamiento lo que aman, toman en apariencia lo que persiguen. Insinúan lo bueno predicando, y advierten sobre lo malo, no deseando como Eliú. A veces, en la corrección de los que les han sido encomendados, arden como si no tuvieran tranquilidad; pero en el amor son tranquilos, como

si ningún fervor los encendiera. Temen mucho que si cesan en la corrección de los perversos, ellos mismos sean castigados por su condenación; y cuando se inflaman con palabras de invectiva, vienen a ellas a regañadientes, pero sin embargo, estas les preparan una defensa ante el juez estricto.

9. Orden de corrección y enseñanza hacia la penitencia y piedad de los transgresores.---Por eso, al mismo Ezequiel se le dice nuevamente: Hijo de hombre, toma un ladrillo y colócalo delante de ti, y describe en él la ciudad de Jerusalén, y ordena contra ella un sitio, y edifica fortificaciones, y levanta un terraplén, y coloca contra ella campamentos, y pon arietes alrededor. Y tú toma una sartén de hierro, y colócala como un muro de hierro entre ti y la ciudad (Ezequiel IV, 1, ss.). ¿De quién sino de los maestros es la figura que Ezequiel representa? A quien se le dice: Toma un ladrillo y colócalo delante de ti, y describe en él la ciudad de Jerusalén. Los doctores santos toman para sí un ladrillo cuando captan el corazón terrenal de los oyentes para enseñarles. Colocan ese ladrillo delante de ellos porque lo custodian con toda la intención de su preocupación. En el cual se les ordena describir la ciudad de Jerusalén, porque predicando a los corazones terrenales se esfuerzan en mostrar cuán grande es la visión de la paz celestial. A lo cual se dice bien también: Y ordena contra ella un sitio, y edifica fortificaciones. Los santos predicadores ordenan un sitio alrededor del ladrillo en el que está descrita la ciudad de Jerusalén, cuando a la mente terrenal, pero ya buscando la patria celestial, le demuestran cuánta adversidad de vicios la ataca en el tiempo de esta vida. Pues cuando se muestra cómo cada pecado acecha a la mente, es como si se ordenara un sitio alrededor de la ciudad de Jerusalén con la voz del predicador. Pero como no solo insinúan cómo los vicios acechantes atacan la mente, sino también cómo las virtudes custodiadas la fortalecen, se añade correctamente: Y edifica fortificaciones. El santo predicador edifica fortificaciones cuando no cesa de insinuar qué virtudes se oponen a qué vicios. Y porque con el crecimiento de las virtudes a menudo aumentan las batallas de la tentación, se añade correctamente: Y levanta un terraplén; y coloca contra ella campamentos, y pon arietes alrededor. Pues levanta un terraplén cuando el predicador indica la magnitud de la tentación creciente. Y erige campamentos contra Jerusalén cuando predice las insidias casi incomprensibles del enemigo astuto a la recta intención de los oyentes. Y coloca arietes alrededor cuando da a conocer los agujeros de las tentaciones que nos rodean por todas partes en esta vida y perforan el muro de las virtudes.

10. Cuán grande y necesario es el celo para esto.---Donde se añade bien: Y tú toma para ti una sartén de hierro, y ponla como un muro de hierro entre ti y la ciudad (Ezequiel IV, 3). Pues por la sartén se indica la fritura, y por el hierro, la fortaleza. ¿Qué es lo que fríe y atormenta tanto la mente del maestro y del doctor como el celo del Señor? Por eso Pablo ardía con la fritura de esta sartén cuando decía: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Cor. XI, 29). Y porque cualquiera que se enciende con el celo de Dios contra los pecadores, se fortalece con una custodia perpetua para no ser condenado por la negligencia en la predicación y el gobierno, se dice correctamente: Ponla como un muro de hierro entre ti y la ciudad (Ezequiel IV, 3). Pues la sartén de hierro se coloca como un muro de hierro entre el profeta y la ciudad, porque cuando ahora los doctores muestran un celo fuerte, ese mismo celo después se convierte en una fuerte defensa entre ellos y sus oyentes, para que no sean abandonados a la venganza si ahora han sido negligentes en la corrección. Este mismo profeta escuchaba que debía tomar esta sartén como un muro entre él y sus oyentes, cuando la voz divina le advertía, diciendo: Si tú anuncias al impío, y él no se convierte de su impiedad y de su camino impío, él morirá en su impiedad, pero tú habrás liberado tu alma (Ezequiel III, 19). Pablo había puesto esta sartén como un muro entre él y sus discípulos cuando decía: Estoy limpio de la sangre de todos vosotros;

porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios (Hechos XX, 26). Por lo tanto, ahora es necesario que los doctores deseen ser fritos por los ardores del cielo, para que no se vean obligados después a ser atormentados por el fuego del infierno debido a la pereza de la negligencia.

[Vet. VI.] 11. Con qué discreción debe ejercerse. No debe surgir de un odio oculto.---Pero es diferente lo que debemos a los injustos y subordinados, de lo que debemos a los justos y no subordinados. El temor debe encendernos para la corrección y custodia de los primeros, rindiendo cuentas; mientras que la equidad considerada debe inclinarnos a la veneración de los segundos. Pero los hombres arrogantes, al ignorar esta forma de discreción, ofrecen a los justos y no subordinados lo que ven que los buenos predicadores hacen a los injustos y subordinados. Cuando se lanzan injustamente al fervor de la invectiva, incluso exceden en palabras de maldición. Pues, al no amar a sus prójimos como a sí mismos, no dejan de desear para los prójimos lo que temen que les suceda a ellos mismos. De ahí que Eliú, exudando odio oculto en la manifestación de la maldición, diga: Padre mío, que Job sea probado hasta el fin, no ceses del hombre de iniquidad. Llama hombre de iniquidad a quien Dios declara justo sobre todos con testimonio supremo. Y dado que aún hay muchas cosas bajo esta indiscreción, considero que deben ser brevemente recorridas. Las palabras que carecen de gravedad no necesitan una exposición detallada. Sigue:

CAPÍTULO VII [Rec. VI].

VERS. 37.---Quien añadió a sus pecados la blasfemia.

12. Eliú representa a aquellos que, aunque parecen hablar en favor de la verdad, están alejados de ella. Lo acusa de haber merecido castigos por sus pecados y de haber pecado después de los castigos. Sin embargo, el Señor juzga de manera muy diferente, insinuando que fue castigado en vano y que después de los castigos le retribuye con bienes duplicados (Job 2, 3). Pues la pena se debe a la culpa, no el premio. Por lo tanto, se muestra que el bienaventurado Job habló sin culpa, ya que después de su discurso le siguen premios (Job 42, 10). Así, Eliú, al hablar en defensa del Señor, siente algo diferente sobre el bienaventurado Job que lo que siente el Señor, como si al multiplicar palabras en favor de la verdad, discordara de la verdad. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

IBID.---Entre nosotros, entretanto, que se restrinja, y entonces que provoque a Dios al juicio con sus palabras.

13. No solo se esfuerzan por decir cosas necias, sino muchas.---Como si dijera: Que se reconozca por nuestra afirmación que de ninguna manera es suficiente para el examen divino. Y dado que los hombres arrogantes no solo se esfuerzan por decir cosas necias, sino también muchas; el verso que sigue, se infiere frecuentemente de él de manera adecuada.

CAPÍTULO IX [Ant. y Rec. VII].

CAP. XXXV, VERS. 1.---Por lo tanto, Eliú habló de nuevo estas palabras.

14. La inmensa locuacidad de los soberbios.---Todo aquel que habla mucho, en su discurso siempre se esfuerza por comenzar, de modo que con ese mismo inicio mantenga a los oyentes

en suspenso, para que guarden silencio con más atención, esperando escuchar algo como si fuera nuevo. Eliú, sin embargo, termina unas cosas y comienza otras incesantemente, para que la inmensa locuacidad se continúe siempre a través de inicios añadidos. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 2.---¿Acaso te parece justa tu reflexión, al decir: Soy más justo que Dios?

15. Cómo los inocentes suelen ser acusados injustamente.---Todo aquel que lee el texto de la historia reconoce que el bienaventurado Job no dijo que era más justo que Dios, sino que afirmó: "Que presente la equidad contra mí, y mi juicio llegará a la victoria" (Job 23, 7). Considerando su vida y desconociendo las causas de su aflicción, como ya se ha dicho muchas veces, creyó que era azotado para expiar pecados y no para aumentar méritos; y por eso confiaba en que su juicio llegaría a la victoria, porque no encontraba en sí mismo culpa por la cual debiera ser golpeado. Esto mismo el Señor dijo al diablo sobre él: "Me incitaste contra él para que lo afligiera sin motivo" (Job 2, 3). ¿Qué pecado cometió al decir esto, si con tales palabras consintió, aunque sin saberlo, con la divina y oculta sentencia sobre él? ¿O qué importa si, a juicio humano, nuestras palabras parecen superficialmente desviarse de la rectitud de la verdad, cuando en el fondo del corazón están unidas en concordancia? Los oídos humanos juzgan nuestras palabras tal como suenan externamente (22, q. 5, c. Humanae); pero los juicios divinos las escuchan tal como se pronuncian desde lo más íntimo. Por tanto, el bienaventurado Job, al decir exteriormente lo que el Señor dijo interiormente, expresó con justicia todo lo que habló externamente, tanto como no se apartó piadosamente de la sentencia interna. Aunque lleno del espíritu profético, en lo que dijo: "Que presente la equidad contra mí, y mi juicio llegará a la victoria" (Job 23, 7), pudo contemplar la presencia de nuestro Redentor. Pues Él mismo, que es la virtud y sabiduría del Padre, también es adecuadamente considerado su equidad. Por eso está escrito: "El cual se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación" (1 Cor. 1, 30). Esta equidad, que Dios mostró encarnada contra los inicuos que huían, los llamó inmediatamente de vuelta de la iniquidad, y venció al antiguo adversario del género humano en aquel juicio en el que encontró la equidad de Dios oponiéndose a sus caminos. Sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 3.---Dijiste: No te agrada lo que es recto, o ¿qué te aprovechará si yo pecco?

16. O hablan falsedades, o si dicen la verdad, no es conveniente.---Si se considera toda la serie del libro, se muestra que el bienaventurado Job no dijo nada de esto. Pero los hombres arrogantes, como hemos dicho anteriormente, suelen tener esta característica propia, que al avanzar en una excesiva invectiva, también mienten al atacar; y cuando no pueden reprochar justamente lo que es, reprochan mintiendo lo que no es. Sigue:

VERS. 4.---Por lo tanto, yo responderé a tus palabras y a tus amigos que están contigo.

Habiendo narrado las palabras anteriores como si fueran culpables de parte del bienaventurado Job, y habiendo propuesto de ellas materia para hablar, con las palabras siguientes discute con gran agudeza aquello que falsamente había fingido como materia de discurso. Y ciertamente son fuertes las sentencias que siguen, pero no se ajustan a la persona del bienaventurado Job; y tanto no lo hieren los dardos de esta reprensión, cuanto injustamente se lanzan contra él. Sigue:

CAPÍTULO XII [Rec. VIII].

VERS. 5-7.---Mira el cielo, y observa, y contempla el firmamento que es más alto que tú. Si pecas, ¿qué le perjudicarás; y si tus iniquidades se multiplican, qué harás contra él? Pero si actúas con justicia, ¿qué le darás, o qué recibirá de tu mano?

17. Las huellas de Dios son las criaturas. Aunque estas palabras no deberían haber sido dichas a Job, quien conocía cosas mayores, son verdaderas al afirmar que nuestros pecados no dañan a Dios, ni nuestras buenas acciones le benefician. Por eso, se añade: VERS. 8.---Al hombre que es semejante a ti le perjudicará tu impiedad, y al hijo del hombre le ayudará tu justicia. Pero entre estas cosas, es importante observar cuidadosamente lo que dice: Mira al cielo, y contempla, y observa el firmamento que es más alto que tú. Al decir esto, claramente se concluye que uno debe considerar cuánto menos puede su acción beneficiar o dañar a Dios, quien no puede beneficiar o dañar la altura del cielo y del firmamento. Aunque en el cielo o en el firmamento podemos entender las potestades celestiales, siempre adheridas a la visión divina, al ver que los espíritus angélicos aún están lejos de nosotros, reconocemos cuán lejos estamos nosotros del creador y dominador de los espíritus, aunque no hay impedimento en entender aquí la materia corpórea del cielo y del firmamento. Pues si observamos atentamente las cosas exteriores, a través de ellas somos llevados a las interiores. Las obras maravillosas de la creación visible son las huellas de nuestro creador. Aún no podemos ver a Él mismo; pero ya nos dirigimos hacia su visión, si lo admiramos en lo que ha hecho. Por eso decimos que la creación son sus huellas, porque a través de lo que ha hecho, siguiéndolas, vamos hacia Él. Por eso Pablo dice: Lo invisible de Él, desde la creación del mundo, se percibe a través de lo que ha sido hecho, así como su eterna virtud y divinidad (Rom. I, 20). Y también está escrito en el libro de la Sabiduría: Porque por la grandeza y hermosura de las criaturas, se puede ver inteligiblemente al creador (Sab. XIII, 5). A nuestra mente, dispersa por su pecado hacia lo exterior, Dios aún no se le revela como es en su interior; pero al presentar la belleza de su obra afuera, nos insinúa con ciertos gestos lo que debemos seguir internamente, y de manera maravillosa nos conduce a lo interior a través de estas formas exteriores; insinúa con inmensa admiración lo que es, mostrando exteriormente estas maravillas que no son. De ahí que esté escrito sobre la sabiduría: En sus caminos se muestra a ellos con alegría, y con toda providencia les sale al encuentro (Sab. VI, 17).

18. Las vidas están dirigidas al Creador. Nos alejamos de Dios a través de lo visible; por lo mismo debemos volver a Dios. Las obras de la creación son caminos hacia el Creador. Al contemplar lo creado, admiramos el poder del Creador. En estos caminos, la providencia de toda sabiduría nos encuentra, porque se nos propone investigar la virtud del Creador en todo lo que parece hecho maravillosamente; y dondequiera que el alma se dirija, si presta atención vigilante, encuentra a Dios en las mismas cosas por las que se alejó; y reconoce nuevamente su poder a través de la consideración de aquello cuyo amor abandonó; y por lo que cayó perversamente, por eso mismo, al cambiar, es llamada de nuevo. Pues donde caímos, allí nos esforzamos por levantarnos; y como si al levantarnos fijáramos la mano de la consideración donde, al caer por el amor resbaladizo, yacíamos por negligencia. Porque al haber caído de lo invisible a través de lo visible, es justo que nos apoyemos nuevamente en lo visible para alcanzar lo invisible, para que por el mismo camino por el que el alma descendió a lo más bajo, regrese a lo más alto; y se levante por los mismos pasos por los que cayó, ya que, como se ha dicho, aquellas cosas bien consideradas nos llaman de nuevo a Dios, las cuales, mal elegidas, nos separaron de Él. Por lo tanto, Eliú, para aplicar la fuerza de la consideración y mostrar a partir de las cosas corporales cuán superior es Dios al hombre, bien dijo: "Mira el

cielo, y observa, y contempla el firmamento que es más alto que tú". Por las mismas cosas creadas y corporales reconocemos cuánto nos distanciamos de la sublimidad de nuestro Creador, porque por todo lo que vemos se nos recuerda ser humildes, de modo que la especie considerada de la creación sea como una lección para nuestra mente. Por tanto, diga: "Mira el cielo; y observa, y contempla el firmamento que es más alto que tú. Si pecas, ¿qué le harás daño? y si tus iniquidades se multiplican, ¿qué harás contra Él? Pero si actúas con justicia, ¿qué le darás, o qué recibirá de tu mano?" Como si dijera: De las mismas criaturas entiende, que ves corporalmente ser más altas que tú, cuánto te separas de la sublimidad del poder divino; y de esta consideración tuya concluye que ni ayudas a Dios viviendo bien, ni lo agravas con malas acciones.

19. Somos inferiores a los ángeles, ¡cuánto más a Dios! Si, como hemos dicho anteriormente, en el cielo o en el éter aceptamos las potestades celestiales, Eliú nos advierte con estas palabras que, dado que los espíritus angélicos no pueden contemplar plenamente el poder de nuestro creador, de quienes sin embargo es cierto que son superiores a nosotros precisamente porque no han caído a lo más bajo, debemos deducir cuánto más inferiores somos a Dios, a quien incluso las criaturas sublimes, aunque muy inferiores a Él, están sujetas. Como si dijera: Observa cuán separado estás de la excelsitud divina, de cuyo poder incluso aquellas potestades tiemblan con humildad, las cuales te superan con inmensa sublimidad, y cuánto más inferior eres tú, que te descubres inferior incluso a los inferiores. Mostrando lo supremo, nos lleva a lo igual, y dice:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 8.---A un hombre que es semejante a ti le hará daño tu impiedad, y al hijo del hombre le ayudará tu justicia.

20. El hombre puede dañar o beneficiar a otro hombre, no a los ángeles. (1, quaest. 4, can. Homini.) La impiedad humana daña a aquel a quien pervierte y contamina. Y, a su vez, nuestra justicia ayuda a aquel a quien transforma de acciones perversas. Pues no saben dañar ni ayudar aquellas cosas que no pueden corromper del bien ni cambiar del mal. Las potestades celestiales, por tanto, no pueden ser dañadas ni ayudadas, ya que han recibido el ser inmutables. Pero no pueden considerar estas cosas quienes están implicados en deseos terrenales. Pues a las mentes dispersas exteriormente les es difícil regresar a sí mismas, porque los caminos perversos, una vez capturadas, las retienen con tanto deleite, cuanto en ellos todo lo que desean les es permitido. Ningún muro de disciplina se opone para restringir, no se vislumbra ningún castigo de retribución que aterre, sino que, con los ojos del corazón cerrados, el alma se precipita hacia lo más bajo, cuanto más se oscurece de lo más alto; y tanto más seguramente perpetra males temporales, cuanto más desespera de los bienes eternos.

21. Los malos purifican a los buenos oprimiéndolos.---Pero esta maldad de los réprobos, al modo de una trilla, separa la vida de los elegidos como el grano de la paja, oprimiéndolos para purificarlos. En efecto, los malos liberan más a los buenos de los deseos de este mundo al afligirlos; porque al imponerles muchas cosas violentas aquí, los obligan a apresurarse hacia lo celestial. Esto se señaló bien en el pueblo israelita cuando Moisés llamaba y el rey Faraón se ensañaba (Éxodo III, 7). En efecto, Moisés fue enviado a llamar cuando Faraón ya había sido incitado a oprimir con duros trabajos, de modo que las mentes de los israelitas, adheridas de manera deforme a Egipto, fueran atraídas por uno que llamaba y empujadas por otro que se ensañaba; y el pueblo, fijado torpemente en la servidumbre, se moviera ya sea

provocado por los bienes o impulsado por los males. Esto se realiza diariamente, cuando al predicar las recompensas celestiales, se permite a los réprobos ensañarse con los elegidos, para que si descuidamos salir hacia la tierra de la promesa cuando somos llamados, al menos seamos impulsados por las presiones que nos asedian, y esta Egipto, es decir, la vida presente, que nos oprime halagando, nos ayude oprimiendo; y lo que al acariciar nos quebrantó con el yugo de la servidumbre, al torturarnos nos muestre el camino de la libertad. Esta es ciertamente la razón por la cual se permite que los justos sean afligidos por los injustos, para que al escuchar los bienes futuros que desean, sufran también los males presentes que aborrecen, y mientras el amor los provoca, el tormento los impulse hacia una salida más fácil. Por eso, Eliú, describiendo los mismos trabajos de los elegidos bajo las opresiones de los réprobos, dice:

CAPÍTULO XIV [Rec. X].

VERS. 9.---Por la multitud de calumniadores clamarán y se lamentarán por la violencia del brazo de los tiranos.

22. Son peores aquellos que, con malos ejemplos, nos despojan de las virtudes, que aquellos que nos quitan los bienes exteriores. Podemos llamar calumniadores a todos los inicuos, no solo a los que arrebatan los bienes exteriores, sino también a los que, con sus malas costumbres y el ejemplo de una vida reprobable, intentan disipar nuestros bienes internos. Aquellos buscan invadir lo que tenemos externamente, mientras que estos buscan saquearnos interiormente. Aquellos no cesan de codiciar por amor a las cosas, estos no cesan de atacar con odio a las virtudes. Aquellos envidian lo que poseemos, estos envidian nuestra forma de vivir. Aquellos se esfuerzan por arrebatarnos los bienes exteriores porque les agradan; estos se afanan por disipar los bienes interiores porque les desagradan. Por tanto, cuanto más la vida de las costumbres se diferencia de la sustancia de las cosas, tanto más grave es el calumniador que, con su mala visión, inflige daño a nuestras costumbres, que aquel que oprime violentamente causando daño a las cosas. Este no nos ha quitado nada de nuestro sustento, pero nos ha puesto ejemplos de perdición. Por lo tanto, ha infligido una calumnia más grave al haber perturbado un corazón tranquilo en la tentación. Aunque no nos haya persuadido con las obras de su acción, nos ha impuesto la lucha de la tentación. Sufrimos, por tanto, una grave calumnia de su vida, porque ciertamente padecemos lo que con esfuerzo vencemos. Y porque en este mundo abunda la vida de los malvados que nos atormenta, se dice con razón: Clamarán a causa de la multitud de los calumniadores.

23. Algunos persuaden a los demás a cometer vicios, otros los ordenan y los imponen con fuerza tiránica.---Porque, en verdad, aquellos que no pueden persuadir con palabras a veces intentan extorsionar con fuerzas desenfundadas, se añade apropiadamente: Y se lamentarán por la violencia del brazo de los tiranos. [Vet. X.] Pues quienquiera que nos obliga a vivir mal con su ejemplo, aún utiliza contra nosotros la voz del calumniador; pero quien intenta asustarnos para persuadirnos al pecado, ya nos ataca con el brazo de la tiranía. Es diferente persuadir a los vicios viviendo, que ordenar aterrizando. Así, cuando observamos ejemplos de malas acciones, es como si aún escucháramos el ruido del calumniador; pero cuando somos forzados a pecar por la violencia, ya soportamos al tirano en el corazón.

24. Sin embargo, las mentes de los elegidos resisten sus esfuerzos. Hay que dirigirse a Dios, no solo a través de lo suave, sino también a través de lo áspero. Pero las mentes de los fuertes, fijadas inamoviblemente en Dios, desprecian tanto estas cosas cuanto ven que crecen en contra de los preceptos del Creador. Esperando las recompensas de la eternidad, obtienen

fuerzas de las adversidades, porque, al intensificarse la lucha, no dudan que les espera una victoria más gloriosa. Así, los deseos de los elegidos, cuando son oprimidos, prosperan en la adversidad, como el fuego que es avivado por el viento para crecer; y de donde parece extinguirse, de allí se fortalece. En esto mostramos con cuánta ansia ardemos por el Señor, si no solo nos dirigimos a Él por caminos tranquilos y suaves, sino también por los ásperos y duros. De ahí que el profeta diga: "Él hizo mis pies como los de ciervos" (Salmo XVII, 34). Pues el ciervo, cuando asciende a las cumbres de las montañas, salta sobre todo lo áspero que ve y sobre lo que se le presenta enredado en espinas, y sin ningún obstáculo en su carrera se eleva a lo alto. Así también las mentes de los elegidos, al ver que en este mundo se les opone y se les enfrenta, lo trascienden con el salto de la contemplación, y al modo de los ciervos, despreciando las espinas de las cosas terrenales, se elevan a lo celestial. De ahí que nuevamente diga: "Y con mi Dios saltaré el muro" (Ibid., 30). El muro es todo lo que se interpone en nuestro camino para que no podamos llegar a aquel que amamos. Pero saltamos el muro cuando, por amor a la patria celestial, pisoteamos todo lo que se nos interpone en este mundo. De ahí que el Señor diga al alma que lucha a través del mismo Profeta: "Te escuché en el secreto de la tempestad, te probé junto a las aguas de la contradicción" (Salmo LXXX, 8). El secreto de la tempestad es cuando en el corazón contrito se levantan las olas de pensamientos tentadores, cuando los tumultos de las preocupaciones mundanas se estrellan contra los esfuerzos del amor santo. En el secreto de la tempestad se escucha, porque el clamor del que suplica es esta misma agitación de la tribulación. Y como no faltan aquellos que intentan persuadir con perversidades a los que buscan el bien, las aguas de la contradicción son los pueblos que resisten. Y porque el deseo se prueba cuando se le resiste con alguna adversidad, se dice correctamente: "Te probé junto a las aguas de la contradicción". Con estos esfuerzos de virtud, los fuertes prosperan en la adversidad, pero los débiles a menudo languidecen en sus deseos si se les presenta alguna oposición, y cuando son golpeados por una tribulación fuerte, desfallecen por la pusilanimidad. Por eso, Eliú, reprochando a Job por su pusilanimidad, después de mencionar las opresiones de los malvados, inmediatamente expone las pusilanimidades de los débiles, diciendo:

CAPÍTULO XV [Rec. XI].

VERS. 10.---¿Y no dijo, Dónde está Dios que me hizo?

25. Quien se quiebra ante la tentación, no considera seriamente la providencia de Dios. — Es costumbre de la Sagrada Escritura pasar repentinamente del número singular al plural, y frecuentemente volver del plural al singular. Por eso, cuando Eliú decía: Clamarán y se lamentarán, no añadió: No dijeron, ¿dónde está Dios? Sino que dijo: No dijo, ¿dónde está Dios? Al pasar del número plural al singular, se dirigió de repente a la persona de cada uno de los débiles, tal vez porque lo que se escucha decir de ellos singularmente es mejor reconocido por cada uno, para que cada cual vuelva a su corazón y reprenda en sí mismo lo que se dice de cada uno. Por lo tanto, mantuvo el número singular, diciendo: No dijo, ¿dónde está Dios que me hizo? Pues quien se quiebra por la tribulación de las adversidades no contempla a aquel por quien fue hecho. Porque quien hizo lo que no existía, no abandona lo hecho sin gobernarlo; y quien creó benignamente al hombre, de ninguna manera permite que sea injustamente atormentado; ni deja perecer negligentemente lo que es, quien incluso creó lo que no era para que existiera. Por tanto, cuando buscamos la causa de nuestra tribulación, y tal vez la encontramos tardíamente, está esta consideración, que no sufrimos nada injustamente, porque si somos por el autor que es Dios, quien no fuimos, no somos afligidos injustamente por el Dios que nos gobierna. Sigue:

CAPÍTULO XVI [Ant. XI, Rec. XII].

IBID.---A quien dio cánticos en la noche

26. Para que no seamos vencidos, Dios dispone las tribulaciones con consuelo. Un cántico en la noche es alegría en la tribulación, porque aunque somos afligidos por las presiones de la temporalidad, ya nos regocijamos con la esperanza de la eternidad. Pablo predicaba cánticos en la noche, diciendo: "Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación" (Rom. XII, 12). David había tomado un cántico en la noche, quien decía: "Tú eres mi refugio de la presión que me rodea, mi exaltación, redímeme de los que me rodean" (Sal. XXXI, 7). He aquí que llama noche a la presión, y sin embargo llama a su libertador exaltación en medio de las angustias. Fuera ciertamente era noche en la presión que lo rodeaba, pero dentro resonaban cánticos de consuelo y alegría. Porque no podemos regresar a los gozos eternos, sino a través de las pérdidas temporales, toda la intención de la Sagrada Escritura es que la esperanza de la alegría perdurable nos fortalezca entre estas adversidades transitorias. Por eso también el profeta Ezequiel testifica haber recibido un libro en el que estaban escritas lamentaciones, cántico y ay (Ezeq. II, 9). ¿Qué se figura en este libro, sino las palabras divinas? Que, porque nos prescriben lágrimas y lamentos, se refieren a las lamentaciones escritas en él. También contienen cántico y ay, porque así como predicán el gozo de la esperanza, sin embargo, en el presente inciden en presiones y angustias. Contienen cántico y ay, porque aunque allí deseamos lo dulce, primero es necesario que aquí toleremos lo amargo. El Señor predicaba cántico y ay a los discípulos, cuando decía: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz; en el mundo tendréis tribulación" (Juan XVI, 33). Como si dijera abiertamente: Tened en mí interiormente lo que os consuele y refresque, porque habrá del mundo exteriormente lo que os oprima gravemente con su furia. Porque, por tanto, cualquiera que es débil, cuando es oprimido, se cansa de la esperanza del gozo por excesiva pusilanimidad, y mientras soporta adversidades fuera, olvida interiormente aquello en lo que se regocijaba, bien se dice: "No dijo, ¿Dónde está Dios que me hizo, que dio cánticos en la noche?" Si dijera esto, moderaría la fuerza que padece; y al buscar dentro lo que ha de permanecer, no consideraría intolerable lo que soporta fuera como transitorio. Sigue:

CAPÍTULO XVII [Rec. XIII].

VERS. 11.---El que nos enseña más que a las bestias de la tierra, y nos instruye más que a las aves del cielo.

27. Dios nos enseña a evitar los placeres de la carne y la elevación del espíritu. Los animales de la tierra son aquellos que, por el uso de la vida carnal, buscan lo más bajo; las aves del cielo son aquellos que, por el afán de una curiosidad orgullosa, investigan lo sublime. Aquellos, al vivir, se rebajan por debajo de lo que son; estos, al indagar, se elevan más allá de lo que pueden. A aquellos, el placer de la carne los derriba a lo más bajo; a estos, la lujuria de la curiosidad los eleva como si estuvieran en lo alto. A aquellos se les dice a través de las sagradas escrituras: No os hagáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Salmo 31, 9); el trabajo orgulloso de estos es reprendido cuando se dice: No busques lo que es más alto que tú, ni indagues lo que es más fuerte que tú (Eclesiástico 3, 22). A aquellos se les dice: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, impureza, lujuria, mala concupiscencia (Colosenses 3, 5); a estos se les dice: Que nadie os engañe con filosofías y vanas falacias (Colosenses 2, 8). Dios, por lo tanto, nos enseña sobre los animales de la tierra y las aves del cielo, porque al reconocer lo que somos, ni la debilidad de la carne nos derriba, ni el espíritu de soberbia nos eleva; ni nos sometemos a lo bajo por fluir, ni nos

inflamamos de lo sublime por soberbia. Porque quien cae por la carne, es derribado por el apetito de los animales; pero quien se ensalza en la mente, se eleva como las aves, como si fuera levantado por el ala de la ligereza.

[Vet. XII.] 28. La soberbia es el semillero de la lujuria. La carne hunde a aquellos que la soberbia del conocimiento eleva. Justamente la mente pierde el dominio sobre la carne si se niega a servir a Dios. Pero si se atiende vigilante, para que se mantenga tanto la humildad de la mente como la castidad de la carne, pronto reconocemos que una se conserva a través de la otra. Pues para muchos, a menudo, la soberbia ha sido el semillero de la lujuria, porque mientras el espíritu los eleva como si fuera a lo alto, la carne los hunde en lo más bajo. Estos primero se elevan en secreto, pero luego caen públicamente, porque mientras se hinchan con movimientos ocultos del corazón, caen con caídas manifiestas del cuerpo. Así, así, los elevados fueron justamente castigados, para que, porque se prefieren a los hombres con soberbia, se degraden en la lujuria hasta la semejanza de las bestias. Pues el hombre, cuando estaba en honor, no entendió, fue comparado con las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Salmo XLVIII, 13). Pues como si una pluma de conocimiento los hubiera elevado a lo alto, de los cuales Pablo decía lo mismo que antes mencionamos: Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos (Rom. I, 21). Y cómo cayeron en la voluptuosidad de las bestias, o más que las bestias, añadió diciendo: Dios los entregó a los deseos de sus corazones, a la impureza (Ibid., 24). He aquí que la carne hundió a aquellos que la soberbia del conocimiento había elevado, y cayeron del vuelo de las aves más allá del apetito de las bestias; y así fueron postrados bajo lo que parecía que iban a superar. Por lo tanto, es necesario cuidar y con toda vigilancia guardar la mente del tumor de la soberbia. Pues nuestros pensamientos no vuelan vacíos ante los ojos de Dios; y ningún momento del tiempo pasa por el alma sin un estado de retribución. Dios ve, pues, en el interior lo que eleva la mente, y por eso permite que afuera prevalezca lo que la deprime. Primero se exalta en el interior, lo que luego es herido por la corrupción de la lujuria en el exterior. A la culpa oculta le sigue un castigo manifiesto, para que los males exteriores castiguen los interiores y el corazón caiga públicamente, lo que secretamente se hinchaba. Por eso, a través de Oseas se dice contra los israelitas: El espíritu de fornicación está en medio de ellos, y no conocieron al Señor (Ose. V, 4). Y para mostrar que la causa de la lujuria surgió de la culpa de la soberbia, añadió diciendo: Y la arrogancia de Israel responderá en su cara (Ibid., 5). Como si dijera: La culpa que por la soberbia de la mente permanecía oculta, respondió abiertamente por la lujuria de la carne. Por lo tanto, a través de la custodia de la humildad se debe conservar la pureza de la castidad. Pues si el espíritu se somete piadosamente a Dios, la carne no se eleva ilícitamente sobre el espíritu. El espíritu tiene, pues, el dominio encomendado sobre la carne, si reconoce bajo el Señor los derechos de la legítima servidumbre. Pues si desprecia a su autor con soberbia, justamente recibe la batalla de la carne sujeta. Por eso, aquel primer desobediente, tan pronto como pecó con soberbia, cubrió sus partes vergonzosas (Génesis III, 7). Porque al haber infligido una afrenta al espíritu de Dios, pronto encontró una afrenta en la carne. Y porque no quiso estar sujeto a su autor, perdió el derecho sobre la carne sujeta que gobernaba, para que en sí mismo redundara la confusión de su desobediencia, y vencido aprendiera lo que había perdido al elevarse.

[Vet. XIII.] 29. Si descuidamos la humildad del corazón, Dios desprecia la integridad de la carne. Por lo tanto, nadie, después de haber comenzado a aspirar a lo celestial, si es derribado por el placer de la carne, debe considerarse vencido solo cuando es abiertamente superado. Pues si a menudo el veneno de la lujuria nace de la raíz de la soberbia, entonces la carne ha vencido cuando el espíritu se ha hinchado en secreto: ya entonces el alma, por el origen de la culpa, ha caído en la petulancia de las bestias, cuando al exaltarse, al modo de las aves, ha

volado más allá de lo debido. De aquí que una larga continencia se disuelva de repente, de aquí que a menudo la virginidad conservada hasta la vejez se corrompa. Porque al descuidarse la humildad del corazón, el juez justo desprecia también la integridad del cuerpo; y a veces anuncia abiertamente el mal de los reprobos, a quienes antes toleraba en secreto como reprobos. Pues quien pierde de repente el bien que había guardado por mucho tiempo, mantenía dentro de sí otro mal, del cual surgió de repente otro por el cual también entonces estuvo alejado del Dios omnipotente, cuando mostraba adherirse a Él por la pureza del cuerpo. Por lo tanto, como la elevación de la mente conduce a la contaminación de la carne, el corazón de los reprobos se sumerge de un vuelo de aves a la petulancia de las bestias. Sin embargo, los hombres santos, para no ser arrastrados por un apetito bestial al abismo de la lujuria, custodian cuidadosamente los pensamientos de la mente del vuelo de la soberbia; y para no caer en lo más bajo por insensatez, todo lo que saben de manera sublime, lo reprimen con humildad. Por lo tanto, se dice correctamente: El que nos enseña sobre las bestias de la tierra, y nos instruye sobre las aves del cielo. Se sobreentiende, esto tampoco lo dijo.

30. En las adversidades desfallecemos, porque no sabemos usar moderadamente de las prosperidades. Por lo tanto, aquello que nos hace superiores a las bestias y a las aves, no se dice que se recuerde en la tribulación; como si dijera: Cualquiera que es débil no se fortalece en la perturbación, porque tampoco se modera en la tranquilidad; y por eso no sabe tolerar las adversidades, porque estando en la prosperidad no sabe, en su pensamiento, presionarse a sí mismo desde el vuelo de las aves, ni elevar los movimientos carnales desde la glotonería de las bestias. Pero esto se dice de manera tanto más inapropiada al bienaventurado Job, cuanto su vida se equilibra maravillosamente entre lo alto y lo bajo. Esto, sin embargo, puede entenderse de otra manera: El que nos enseña sobre las bestias de la tierra, y nos instruye sobre las aves del cielo. Pues así como con el término de las bestias se señala la vida de los hombres aún sometidos a los movimientos de la carne, de igual manera con la denominación de las aves se figura la elevación de los espíritus soberbios, de modo que por las bestias se designan los hombres terrenales, y por las aves, los demonios. Por lo tanto, cuando el Señor decía que las semillas cayeron junto al camino, añade: Vinieron las aves del cielo y las comieron (Mateo XIII, 4), señalando evidentemente por las aves a las potestades aéreas.

31. Los santos, al someterse a Dios, superan y desprecian todas las cosas transitorias. Los hombres santos, al no buscar los ejemplos más bajos de los hombres ni dejarse engañar por la sutileza demoníaca, se elevan por encima de las bestias de la tierra y de las aves del cielo por la virtud de su instrucción. Han sido instruidos sobre las bestias de la tierra porque desprecian todo lo que puede ser alcanzado en lo más bajo. También han sido instruidos sobre las aves del cielo porque comprenden todas las insidias de los espíritus impuros. Han sido instruidos sobre las bestias de la tierra porque no buscan nada en esta vida que pase. Han sido instruidos sobre las aves del cielo porque, aunque todavía soportan las potestades aéreas debido a la debilidad de la carne, ya las pisan con los méritos de su vida. Pablo ya había sido instruido sobre las bestias de la tierra, diciendo: "Muchos andan". Y poco después: "Cuyo fin es la perdición, cuyo dios es el vientre, y su gloria está en su confusión, quienes piensan en lo terrenal. Pero nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses III, 18, 19). Y nuevamente se sabía instruido sobre las aves del cielo cuando decía: "¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?" (I Cor. VI, 3). Veía las bestias bajo él, porque, evidentemente, aún estando en la tierra, pisoteaba las costumbres de los hombres que se comportan en lo más bajo. Y nuevamente había trascendido el vuelo de las aves por la dignidad de sus méritos, porque no ignoraba que, al ascender a lo celestial, juzgaría a los ángeles. En aquellos pisoteaba lo más bajo de los impuros, en estos lo más alto de los soberbios. Las mentes de los santos desprecian todas las cosas transitorias y contemplan bajo ellas todo lo que es soberbio y

pasajero; y como si estuvieran situadas en la cima de las cosas, ven que todo está bajo ellas en la medida en que se someten más verdaderamente al autor de todo; y así trascienden todo, desde donde se someten con verdadera humildad al creador de todo. Por tanto, diga: "El que nos enseña sobre las bestias de la tierra, y nos instruye sobre las aves del cielo". Como si dijera: El débil vencido por la pusilanimidad no dijo esto, y por eso la adversidad de la tentación lo golpeó, porque en el tiempo de tranquilidad no superó con perfección todas estas cosas transitorias. No temería las adversidades de esta vida si, por el mérito de la perfección, también hubiera pisoteado las cosas favorables. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Rec. IV].

VERS. 12.---Allí clamarán, y no serán escuchados a causa de la soberbia de los malvados.

32. Los justos son permitidos ser oprimidos para ser purificados, y para que la maldad de los opresores se consuma. Allí, en la tribulación, como está escrito sobre el gozo: Los hijos de tus siervos habitarán allí (Salmo CI, 29). Pero parece incierto si dice: No escuchará a causa del orgullo de los malvados; o, a causa del orgullo de los malvados clamarán. Sin embargo, se puede entender mejor que no son escuchados debido al orgullo de los malvados, más que referirse a que claman. Pues ya se ha dicho anteriormente que claman a causa del orgullo de los malvados, en el verso que dice: A causa de la multitud de los violentos clamarán. Algo, por lo tanto, se nos insinúa en este verso que debe ser considerado con más sutileza, porque a menudo algunos oprimidos, cuando claman, merecen ser escuchados por sí mismos, pero sus deseos se retrasan debido al orgullo de los opresores. En efecto, Dios justo permite que los suyos sean temporalmente oprimidos, y que la maldad de los violentos aumente perversamente, para que mientras la vida de estos se consume en purificación, la maldad de aquellos se consuma. [Vet. XV.] A menudo sucede que los justos, atrapados en la tribulación, perciben consuelo supremo incluso temporalmente, aunque no lo imploran temporalmente. Pues desean ser salvados no por sí mismos, sino por la salvación de sus adversarios, para que cuando el Dios omnipotente los libere de inmensos peligros mediante un milagro, su poder se haga conocido incluso a los perseguidores; y así redima a los adversarios para la eternidad, de donde salva temporalmente a los suyos, como también el Profeta, acogiendo la voz de los mártires, dice: Líbrame por mis enemigos (Salmo LXVIII, 19). Como si dijera: Por mí mismo no deseo ser librado de la tribulación temporal, pero sin embargo deseo ser librado por mis adversarios, para que cuando mi vida sea salvada de manera milagrosa, la dureza de mis enemigos se convierta al ver el milagro. Así como el Señor a menudo libra temporalmente la vida de los suyos para la conversión de los enemigos, así también a menudo no escucha las voces de los suyos para la condenación de los perseguidores, para que acumulen su culpa de donde se alegran perversamente de haber prevalecido. Pues quienes desprecian lo invisible, a veces pueden ser movidos por milagros visibles. Pero por eso a menudo no se realiza nada visible con los justos, porque sus adversarios no merecen ser iluminados invisiblemente. Por lo tanto, se dice: Allí clamaban, y no escuchará a causa del orgullo de los malvados. Como si dijera: La culpa de los opresores prohíbe escuchar las voces de los oprimidos. Y los justos no son librados visiblemente, porque los injustos no merecen ser salvados invisiblemente. Por lo cual, nuevamente se dice por el Profeta: Cuando vea a los sabios morir, el insensato y el necio perecerán juntos (Salmo XLVIII, 11). Pues a quienes ven morir visiblemente, no creen que puedan vivir invisiblemente; y acumulan la culpa de su infidelidad al desesperar de la eternidad al ver la muerte de los fieles. Por lo tanto, los violentos se debilitan más de donde exteriormente prevalecen contra la vida de los inocentes; y cuanto más la verdad íntima los expulsa de sí, más les permite temporalmente poder lo que desean contra los suyos.

33. La pena más grave para los malvados es la prosperidad. Es una clara señal de reprobación. Por lo tanto, cualquiera que persiga la vida de los buenos es condenado con una venganza peor cuando no se le opone ninguna adversidad; y está sujeto a los peligros de una ira más fuerte cuando lleva a cabo con éxito lo que desea maliciosamente, porque evidentemente la venganza del juicio supremo lo ha abandonado, reservándolo para futuros castigos, al no haber querido enfrentarse aquí al mal. De ahí que el Señor diga a través del Profeta: "Los dejé seguir los deseos de su corazón, y andarán en sus propios consejos" (Salmo 80, 13). De ahí que también se diga: "No está la vara de Dios sobre ellos" (Job 21, 9). De ahí que también esté escrito sobre su mismo líder: "Hará y prosperará" (Daniel 8, 12). De ahí que nuevamente se diga sobre el mismo: "Y el engaño en su mano será dirigido" (Daniel 8, 25). En la mano del Anticristo, el engaño es dirigido, porque en lo que ha propuesto contra los buenos, temporalmente no es impedido por ninguna adversidad. De ahí que nuevamente Salomón diga: "La prosperidad de los necios los destruirá" (Proverbios 1, 32). Es, por lo tanto, una clara señal de perdición cuando el efecto favorable sigue a las iniquidades deseadas, y ninguna contrariedad impide lo que la mente perversa ha concebido. Pues a menudo, cuando los deseos de los hombres perversos se retrasan, cambian; y cuando sienten la dificultad de la perfección, reconocen la culpa de la mala acción; y a quienes primero se les contradice a la fuerza, después voluntariamente se oponen a lo que habían concebido. Por lo tanto, ya que el Señor permite que los malvados prevalezcan cuando los abandona, y donde se perfecciona la maldad de los soberbios, allí se consuma la longanimidad de los humildes, se dice correctamente: "Allí clamarán, y no escuchará a causa de la soberbia de los malvados". Sigue:

CAPÍTULO XIX [Rec. XV].

VERS. 13.---Porque Dios no escuchará en vano, y el Omnipotente considerará las causas de cada uno.

34. Los deseos de los santos son escuchados con mayor plenitud cuanto más tardan en serlo.--
-Es de notar que se han dicho dos cosas: que escucha al que clama sin que sea en vano, y sin embargo, observa lo que sufre, y finge no escuchar las voces, y no ignora lo que cada uno tolera. Que nadie, por ser escuchado más tarde, crea que es descuidado por la atención divina. Muchas veces nuestros deseos son escuchados precisamente porque no se cumplen rápidamente; y lo que pedimos que se realice con prontitud, prospera mejor con la demora. A menudo, nuestra voz se realiza en la medida en que se difiere; y cuando superficialmente la petición parece ser ignorada, nuestros votos se cumplen más profundamente en la raíz de nuestros pensamientos: así como las semillas de las cosechas se fortalecen al ser presionadas por el hielo; y cuanto más tardan en salir a la superficie, más abundantes se levantan hacia la cosecha. Por lo tanto, nuestros deseos se extienden con la dilación para que prosperen; prosperan para que se fortalezcan para recibir lo que han de obtener; se ejercitan en la lucha para que sean recompensados con mayores premios en la retribución, el esfuerzo de la batalla se prolonga para que crezca la corona de la victoria. Así, el Señor, cuando no escucha rápidamente a los suyos, los atrae hacia Él, aunque parezca que los rechaza. En efecto, es un médico interno, y corta las infecciones de los pecados que reprueba profundamente en nosotros, extirpa el veneno de la putrefacción con el hierro de la tribulación; y cuanto más finge no escuchar las voces del enfermo, más procura el fin de la enfermedad. Por eso el Profeta dice: "Dios mío, clamaré de día, y no escucharás; y de noche, y no para mi insensatez" (Salmo XXI, 3). Como si dijera: No me resulta en insensatez que no me escuches continuamente cuando clamo de día y de noche, porque de donde parece que me abandonas en la tribulación temporal, de allí me instruyes más para la sabiduría eterna. Por eso también

dice: "Auxilio en las oportunidades, en la tribulación" (Salmo IX, 10). Pues al hablar de tribulación, precedió con oportunidades, porque a menudo somos quebrantados por la tribulación, y sin embargo, aún no es oportuno que se nos ayude a cumplir el deseo de liberación. Por lo tanto, se dirá: "No en vano escuchará Dios, y el Omnipotente considerará las causas de cada uno." Pero porque a menudo algunos se quiebran por la misma tardanza del auxilio, añade adecuadamente:

CAPÍTULO XX [Rec. XVI].

VERS. 14.---Incluso cuando digas: No lo considera, juzga ante él, y espéralo.

35. Cuando la tormenta de la desesperación se abate, deben recordarse los beneficios de Dios. Tal vez, mientras nuestro clamor parece ser ignorado, la esperanza que había en el corazón se debilita; y creemos que las ayudas divinas no llegarán porque las obtenemos con lentitud; y casi nos lamentamos de que Dios no considere lo que soportamos sin venganza. Pero cuando esta tormenta de desesperación nos perturba, la mente sacudida se coloca más rápidamente en el puerto de la esperanza, si considera cuidadosamente sus causas con el Señor, si recuerda sus bondades, si no excusa astutamente ante sí misma los males que ha devuelto por sus bondades, si pondera lo que justamente ha merecido de Él y lo que ha recibido con clemencia, si examina vivazmente su vida, si ante los ojos de Dios examina todo lo que hace sin ocultarse a sí misma, si recuerda que fue hecha lo que no era, si reconoce que fue iluminada y elevada cuando yacía en tinieblas. Así, reuniendo todo esto en sí misma, al considerar los bienes recibidos, no acusa las adversidades que soporta; ni se quiebra por la desesperación, sino que se fortalece con el consuelo de tantos dones, porque recibe esperanza de lo futuro al reconocer los beneficios pasados. Diga, pues: Incluso cuando digas: No considera, juzga ante Él, y espéralo. Como si dijera: Cuando por eso no se cree que Dios considere, porque tarda en compadecerse, entra en lo más íntimo de tu pensamiento, y allí ante sus ojos recibe el juicio de tu causa; y discierne lo que has aportado viviendo o lo que has recibido misericordiosamente; y entonces regresas a la confianza de la esperanza, mientras te sonrojas por los bienes de tanta benignidad, para que entre las adversidades esperes confiadamente a quien recuerdas propicio incluso después de las faltas. En efecto, se debían esperar las ayudas divinas, incluso si no hubieran precedido beneficios. Y se debe saber que Dios no desprecia injustamente al hombre que ha creado con bondad.

36. Quien considera los dones pasados, no debe desesperar de los futuros. Por lo tanto, se debe reflexionar sobre el gran peligro que representa observar los dones pasados y desesperar de los futuros; cuán peligroso es si en esta tormenta de tribulaciones nos rompemos en el naufragio de la desesperación, cuando estamos atados al puerto de la esperanza con los inmensos lazos de los dones pasados. Por lo tanto, se dice correctamente: Juzga delante de Él, y espéralo. Porque quien no se juzga a sí mismo delante de Dios, no lo espera cuando está afligido. Pues quien finge que sus bienes han precedido, desespera de que las ayudas puedan seguir; y cuando olvida lo pasado, también se priva de la abundancia de lo que sigue. Pero he aquí que mientras somos afligidos, mientras soportamos con paciencia la gracia de la consolación, los malos se precipitan a peores cosas, y progresan en la acumulación de iniquidad, cuanto más se les deja sin castigo. Y sin embargo, el Todopoderoso espera misericordiosamente a los pecadores, les concede tiempo para el arrepentimiento, lo cual, si no se convierten, se convierte en testimonio de una culpa más grave; retiene pacientemente su ira, que en algún momento derramará de manera irrevocable. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXI [Ant. XVIII, Rec. XVII].

VERS. 15.---Porque ahora no descarga su furor, ni se venga con gran maldad.

37. Dios aquí tolera por mucho tiempo a quienes va a condenar eternamente. En efecto, Dios tolera por mucho tiempo a quien condenará para siempre; y ahora disimula su furor, porque lo guarda para derramarlo sin fin en el futuro. Los elegidos son aquí afligidos, para que sean instruidos hacia las recompensas de la herencia eterna. Es nuestro destino recibir aquí los azotes, para que se nos reserve el gozo de la eternidad. Por eso está escrito: Azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6). Por eso se dice a Juan: Yo a los que amo, reprendo y castigo (Apocalipsis III, 19). Por eso Pedro dice: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios (I Pedro IV, 17). Donde inmediatamente añade con admiración: Y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios? (Ibid., 17). En efecto, la severidad divina no permite que los pecados queden impunes, sino que la ira del juicio comienza aquí con nuestra corrección, para que repose en la condenación de los réprobos. Vayan, pues, ahora los réprobos, y consuman los deseos de sus placeres con iniquidad impune; y no sientan los azotes temporales, ya que los castigos eternos los esperan. Bien está que la iniquidad impune de ellos sea señalada con el pecado de Cam, a quien su padre dice: Maldito sea Canaán, siervo será de sus hermanos (Génesis IX, 25). Canaán, evidentemente, hijo de Cam. ¿Y qué significa que, pecando Cam, su hijo Canaán recibe la sentencia de venganza? ¿Qué significa que no es golpeado en sí mismo, sino en su posteridad, sino que las iniquidades de los réprobos aquí permanecen impunes, pero en el futuro son castigadas? Digamos, pues: Ahora no inflige su furor, ni se venga mucho del crimen.

38. Sin embargo, a veces comienza a castigarlos en esta vida.---Es digno de notar lo que añadió, Valde, porque aunque algunas cosas las tolera con paciencia, otras las castiga incluso en esta vida y aquí a veces comienza a golpear, lo que culmina con la condenación eterna. Por lo tanto, golpea algunas cosas y deja otras sin castigo, porque si no corrigiera nada, ¿quién creería que Dios se preocupa por los asuntos humanos? Y, por otro lado, si aquí castigara todo, ¿de dónde quedaría el juicio final? Algunas cosas, por lo tanto, son castigadas para que temamos la preocupación de nuestro gobernante sobre nosotros; otras, sin embargo, se dejan sin castigo para que sintamos que aún queda el juicio. Por eso se dice bien: No castiga en gran medida el crimen, porque mientras se castiga un pequeño aspecto de la iniquidad, a las mentes no convertidas ya se les presenta la sentencia del juicio eterno.

39. Es una cosa hablar correctamente, y otra hablar con rectitud. Así, todo lo que dice Eliú es correcto, si se dijera con rectitud. Sabe lo que debe decir, pero ignora a quién se lo dice. En efecto, lo que ha dicho es verdadero, pero ajeno a las reprensiones del bienaventurado Job, porque no necesitaba tal corrección, ya que no había pecado por pusilanimidad. Sin embargo, porque para los hombres justos suele ser ocasión de virtudes la altivez de los soberbios, se actúa con el bienaventurado Job por un juicio oculto, para que, después de los azotes de los castigos, también crezca a través de las palabras de los arrogantes. Pues, cuanto más es despreciado por el ministro de la soberbia, tanto más es reconfortado internamente por la maestra verdad. Porque Eliú, después de reconocer que había dicho tantas cosas fuertes, reveló lo que llevaba de altivez, y despreció al bienaventurado Job al tener un alto concepto de sí mismo, diciendo:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 16.---Por tanto, Job abre su boca en vano, y multiplica palabras sin conocimiento.

40. Los vicios de los soberbios son la locuacidad y la impaciencia para escuchar. Al afirmar esto, asegura que el bienaventurado Job no sabía nada y que había dicho mucho; y mientras él mismo introduce lo que siente de manera locuaz, acusa a Job del vicio de la locuacidad. Pero también suele ser propio del vicio de los arrogantes que crean que han dicho mucho cuando han dicho poco, y que crean que se les ha dicho poco cuando se les ha dicho mucho. Porque, en efecto, siempre quieren hablar de lo suyo y no pueden escuchar lo ajeno; consideran que sufren una afrenta si no pueden expresar de manera desmedida lo que sienten desmesuradamente. Y aunque el bienaventurado Job guardó silencio ante sus palabras, Eliú encontró motivo de invectiva en la locución con la que Job había respondido a sus amigos, para poder así prolongar su propio silencio y, al responder él mismo con muchas palabras, afirmar que Job había multiplicado las suyas. Pues de inmediato comienza los inicios de una larga locución; y como si aún no hubiera dicho nada, intenta comenzar de nuevo. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XXIII [Ant. XX, Rec. XVIII].

CAP. XXXVI, VERS. 1, 2.---Añadiendo también Eliú, habló de esta manera: Espérame un poco, y te lo explicaré.

41. Miden su doctrina por la abundancia de palabras. Mientras se exhiben, pretenden hablar en nombre de Dios. — Ya había dicho mucho, y aún espera ser escuchado un poco más, porque evidentemente los arrogantes consideran que sufren un gran daño si limitan su conocimiento con la brevedad del discurso. Pues creen que se muestran más sabios cuanto más pueden desplegarse en la multiplicidad de su locuacidad. Pero como a menudo sienten que no se les concede la reverencia del silencio, a veces insinúan el poder del Señor sobre el cual supuestamente hablan, y bajo el pretexto de Él exigen para sí el silencio que de ninguna manera merecen; y mientras aparentemente mencionan a Dios, exigiendo ser escuchados por reverencia a Él, se esfuerzan más por mostrarse a sí mismos que por predicar sus obras. Por eso, Eliú añade, diciendo:

IBID.---Aún tengo algo que hablar en nombre de Dios.

831 Porque, en verdad, a veces los doctores santos repiten frecuentemente lo que dicen de manera más oscura, para que lo que predicán en secreto lo infundan en los corazones de los oyentes mediante la repetición de su voz. A menudo, los arrogantes desean imitar esto, y repiten insolentemente lo que han dicho, no porque deseen inculcar las cosas en los corazones de los oyentes, sino porque quieren ser considerados elocuentes por su juicio. Por eso, Eliú añade diciendo:

VERS. 3.---Repetiré mi conocimiento desde el principio. Pero como se mencionó el conocimiento, la hinchazón del corazón se hizo evidente en la voz; se reconoce claramente la arrogancia, si no se disimula rápidamente con algún velo. Por lo tanto, inmediatamente ocultando su arrogancia, introduciendo la justicia del Señor, dice:

IBID.---Y probaré que mi obrero es justo.

Para que, mientras habla como si fuera por la justicia de Dios, ante los juicios humanos se excuse cualquier cosa que fluya con arrogancia. Sigue:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 4.---Verdaderamente, sin mentira, son mis palabras.

42. No teniendo testimonio de Dios, lo buscan de los hombres. — Cuando se dan cuenta de que no pueden ser comprendidos por oyentes débiles, suelen los justos alabar las cosas buenas que dicen, no porque busquen sus propias alabanzas, sino para despertar en sus oyentes el interés por escuchar, de modo que, mientras sus palabras son pronunciadas, sean arrebatadas con mayor fervor por los corazones de aquellos. Por eso, después de haber dicho cosas admirables y muchas a los Corintios, Pablo añadió: "Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh Corintios, nuestro corazón se ha ensanchado" (II Cor, VI, 11). Pero los arrogantes, al desconocer el corazón de los buenos y a veces imitar solo las palabras, alaban lo que dicen, no porque les desagrade la apatía de los oyentes, sino porque se complacen en sí mismos con ansia. Imitan la voz de los justos, pero desconocen la fuerza de la voz. Ven lo que los justos expresan, pero no saben lo que buscan. Pues cuando los santos doctores exaltan la alabanza de la predicación, es como si con la mano de la voz levantaran los corazones de los oyentes de sus bajas reflexiones, para que, sacudidos rápidamente por las palabras que siguen, se encuentren como en un camino y los abracen con tanto más fervor de comprensión cuanto que ya los habían amado en la voz del que alaba antes de verlos. Pero esto, como he dicho, los arrogantes no lo saben. Porque, al buscar lo que está afuera, no pueden sentir lo que es deseable en el interior. De la Iglesia de los elegidos está escrito: "Toda la gloria de la hija del rey es interior" (Sal. XLIV, 14). Y se dice que las vírgenes prudentes llevan aceite en sus vasijas (Mat. XXV, 4). Por eso también se dice con la voz de los santos: "Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia" (II Cor. I, 12). Los arrogantes, sin embargo, al no tener el testimonio de su conciencia ante Dios, buscan el testimonio de la voz ajena ante los hombres; y cuando lo encuentran tarde, incluso irrumpen en la impudencia de su propio favor. Pues si no encuentran las voces de los hombres que esperan con ansia, ellos mismos proclaman alabando su propia sabiduría. Por eso también Eliú añade diciendo:

CAPÍTULO XXV.

IBID.---Y se te probará la ciencia perfecta.

43. La elevación del corazón, aunque oculta, es inexcusable; cuánto más aquella que estalla en palabras. Sin duda, sintió que iba a decir algo grande, pero con el corazón hinchado no pudo callar lo que pensó sublimemente de sí mismo: y por eso, se adelantó alabando lo que percibió como correcto, porque ya sería culpable ante el juicio divino si al menos hubiera sentido en silencio cosas grandiosas sobre sí mismo. Ante el sutil examen de la verdad, no estamos completamente seguros, incluso si ante el juicio humano no tenemos nada que deba ser reprochado en nosotros. Pues a menudo, al pensar con negligencia, somos golpeados por la elevación, que sin embargo reprimimos en silencio. Pero a menos que el tumor oculto sea sofocado en el mismo lecho del corazón donde surge, toda la virtud de nuestra acción se extingue ante el juez estricto. Por lo tanto, debe considerarse con cuánta severidad será condenada esa elevación del corazón que se nutre hasta la audacia de la voz, si ni siquiera es excusable aquella que surge latentemente en el corazón. También debe considerarse qué tipo de elevación reina internamente, que se ha mantenido hasta el punto de no avergonzarse de estallar hacia afuera. Eliú, por lo tanto, porque sintió cosas grandiosas, no supo moderarse humildemente, mantuvo la altura del conocimiento, rechazó la gracia de la humildad; y mientras perseguía el bien de hablar bien, perdió el bien de poder vivir bien. La ciencia, en

efecto, insiste, pero la caridad edifica (I Cor. VIII, 1). Pero ahora diga lo correcto, aunque no sepa decirlo correctamente. Pues después de haber exhalado los pensamientos inflados del alma a través de palabras de elevación, añadió una sentencia fuerte, diciendo:

CAPÍTULO XXVI [Ant. XXI, Rec. XIX].

VERS. 5.---Dios no rechaza a los poderosos, ya que Él mismo es poderoso.

44. La potestad temporal, aunque buena, está sujeta a la tentación de la soberbia. Quien se ve a sí mismo con más poder que los demás, fácilmente cree que sabe más. Este es similar a Satanás. En el uso de la vida mortal, algunas cosas son dañinas por sí mismas, y otras lo son por lo que las rodea. Algunas son dañinas por sí mismas, como los pecados y los crímenes. Otras, en cambio, a veces nos perjudican por lo que las rodea, como el poder temporal o el vínculo conyugal. El matrimonio es bueno, pero son malas las preocupaciones de este mundo que crecen a su alrededor. Por eso Pablo dice: "El que está casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su esposa" (1 Cor. VII, 33). Por eso, persuadiendo a algunos hacia cosas mejores, los aparta del matrimonio, diciendo: "Esto lo digo, no para poneros un lazo, sino para lo que es honesto y que os dé la oportunidad de suplicar al Señor sin impedimento" (Ibid., 35). Así, mientras se mantiene lo que no daña, a menudo se comete lo que daña por las cosas que están al lado; como cuando caminamos por un camino recto y limpio, y sin embargo, nos detenemos por las zarzas que crecen al lado del camino. En el camino limpio no tropezamos, pero lo que nos hiere nace al lado. También es grande el poder temporal, que tiene su mérito ante Dios por la buena administración del gobierno; sin embargo, a veces, por el mismo hecho de sobresalir sobre los demás, se infla con la soberbia del pensamiento; y mientras todo está sujeto a su uso, mientras las órdenes se cumplen rápidamente según su deseo, mientras todos los subordinados alaban lo que se ha hecho bien y no contradicen con autoridad lo que se ha hecho mal, mientras a menudo alaban lo que debieron reprender, el alma, seducida por lo que se le somete, se eleva sobre sí misma; y mientras externamente está rodeada de inmenso favor, internamente se vacía de verdad; y olvidándose de sí misma, se dispersa en voces ajenas; y se cree tal como escucha desde fuera, no como debería discernirse internamente; desprecia a los subordinados, y no reconoce que son iguales a él por el orden de la naturaleza; y a quienes ha superado por el destino del poder, cree haberlos superado también en méritos de vida; se estima más sabio que todos aquellos sobre quienes ve que tiene más poder. Se coloca en una cierta cumbre en sí mismo; y quien está constreñido por la misma condición natural que los demás, se niega a mirarlos como iguales; y así es llevado hasta la semejanza de aquel de quien está escrito: "Ve todo lo sublime, y él es rey sobre todos los hijos de la soberbia" (Job XLI, 25). Y de cuyo cuerpo se dice: "Generación cuyos ojos son altivos, y sus párpados levantados en lo alto" (Prov. XXX, 13). Es llevado a su semejanza, quien deseando una cumbre singular y despreciando la vida social de los ángeles, dijo: "Subiré sobre la altura de las nubes; seré semejante al Altísimo" (Isai. XIV, 14). Por un juicio admirable, encuentra dentro de sí el abismo de la caída, mientras se exalta en la cumbre del poder. Se hace semejante al ángel apóstata, mientras el hombre se niega a ser semejante a los hombres. Así Saúl, desde el mérito de la humildad, creció en la hinchazón de la soberbia en la cumbre del poder. Por la humildad fue elevado, por la soberbia fue reprobado, como atestigua el Señor que dijo: "¿No eras pequeño a tus propios ojos, y te hice cabeza de las tribus de Israel?" (1 Sam. XV, 17). Se veía pequeño antes del poder, pero, sostenido por el poder temporal, ya no se veía pequeño. Comparándose con los demás, se juzgaba grande ante sí mismo. De manera admirable, cuando era pequeño ante sí mismo, era grande ante el Señor; pero cuando era grande ante sí mismo, era pequeño ante el Señor. El Señor nos prohíbe ser grandes ante nosotros mismos, diciendo por el

profeta: "¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos!" (Isai. V, 21). Para que no seamos grandes ante nosotros mismos, Pablo nos advierte, diciendo: "No seáis prudentes ante vosotros mismos" (Rom. XII, 15). A menudo, mientras el alma se infla por la abundancia de los subordinados, se corrompe en el lujo de la soberbia, seducida por la misma cumbre del poder.

45. La potestad legítima es aquella que se erige sobre las culpas, no sobre los hombres. Ejemplo de San Pedro y San Pablo. — Pero una cosa es que los bienes no existan, y otra es no saber poseer bien los bienes. La potestad es buena en su orden, pero necesita de la vida cauta del que la gobierna. Por lo tanto, la ejerce bien quien sabe tanto retenerla como combatirla. La ejerce bien quien sabe erigirse sobre las culpas a través de ella, y sabe componerse con los demás en igualdad. La mente humana a menudo se ensalza, incluso cuando no se apoya en ninguna potestad; ¿cuánto más se eleva cuando también se le añade la potestad? Y sin embargo, se prepara con una ejecución apta para corregir los vicios de los demás. Por eso, también se dice por medio de Pablo: "Es ministro de Dios, vengador para castigar al que hace el mal" (Rom. XIII, 4). [Vet. XXII.] Cuando se asume el ministerio de la potestad temporal, se debe vigilar con sumo cuidado para que cada uno sepa tomar de ella lo que ayuda y combatir lo que tienta; y verse igual a los demás con ella, y sin embargo, preferirse a los pecadores con celo de venganza. Conocemos más plenamente esta discreción si también consideramos los ejemplos de la potestad eclesiástica. Pues Pedro, teniendo el principado de la Iglesia por mandato de Dios, al ser venerado de manera desmedida por Cornelio, quien actuaba bien y se postraba humildemente ante él, se negó a ser venerado en exceso y se reconoció semejante a él, diciendo: "Levántate, no lo hagas, yo también soy hombre" (Hech. X, 26). Pero cuando encontró la culpa de Ananías y Safira, mostró de inmediato cuánta potencia había crecido sobre los demás (Hech. V, 5, sig.). Pues con su palabra golpeó su vida, que había descubierto con el espíritu escrutador; y se recordó a sí mismo como el más alto dentro de la Iglesia contra los pecados, lo que no reconoció ante los hermanos que actuaban bien, a pesar del honor que se le había conferido vehementemente. Allí la santidad de la acción mereció la comunión de igualdad, aquí el celo de la venganza abrió el derecho de la potestad. Pablo no sabía que era superior a los hermanos que actuaban bien, cuando decía: "No porque dominemos sobre vuestra fe, sino que somos colaboradores de vuestro gozo" (II Cor. I, 23). Y de inmediato añadió: "Porque por la fe estáis firmes". Como si dijera: Por eso no dominamos sobre vuestra fe, porque estáis firmes en la fe. Pues somos iguales a vosotros, donde os reconocemos firmes. Casi no sabía que era superior a los hermanos, cuando decía: "Nos hicimos pequeños en medio de vosotros" (I Tes. II, 7), y, "Nosotros, vuestros siervos por Jesús Cristo" (II Cor. IV, 5). Pero cuando encontró una culpa que debía corregirse, de inmediato se recordó a sí mismo como maestro, diciendo: "¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara?" (I Cor. IV, 5).

46. Los prelados, al castigar las faltas con el derecho de su potestad, deben reconocerse iguales a aquellos que corrigen, mediante la custodia de la humildad. Incluso deben considerarse inferiores a ellos, por esta razón. Así, el lugar supremo se gobierna bien cuando quien preside domina más sobre los vicios que sobre los hermanos. La naturaleza, en efecto, nos ha creado a todos iguales; pero para que algunos sean encargados de gobernar a otros, no es la naturaleza, sino la culpa la que los coloca en una posición inferior. Por lo tanto, los rectores deben elevarse sobre los vicios, por cuya causa son preferidos; y cuando corrigen a los que delinquen, deben atender cuidadosamente a que, mediante la disciplina, golpeen las faltas con el derecho de su potestad, pero mediante la custodia de la humildad se reconozcan iguales a los hermanos que son corregidos. Aunque a menudo es digno que, en nuestro pensamiento silencioso, prefiramos a aquellos mismos que corregimos. Pues los vicios de

ellos son golpeados por el vigor de la disciplina a través de nosotros; pero en lo que nosotros mismos cometemos, no somos lacerados ni siquiera por la invectiva de una palabra de alguien. Por tanto, somos más obligados ante el Señor cuanto más pecamos impunemente ante los hombres. [Vet. XXIII.] Sin embargo, nuestra disciplina hace a los súbditos más libres ante el juicio divino, cuanto más aquí no abandona sus faltas sin venganza. Por lo tanto, debe guardarse la humildad en el corazón y la disciplina en la obra. Y entre estas cosas, debe observarse con cuidado que, mientras se custodia la virtud de la humildad de manera immoderada, no se relajen las leyes del gobierno; y que, mientras un prelado se rebaja más de lo que conviene, no pueda restringir la vida de los súbditos bajo el vínculo de la disciplina. Mantengamos, pues, exteriormente lo que asumimos para la utilidad de los demás, y mantengamos interiormente lo que sentimos sobre nuestra propia estimación. Sin embargo, es conveniente que, con ciertos signos manifiestos, aquellos que nos han sido encomendados no ignoren que somos tales ante nosotros mismos, para que vean lo que deben temer de nuestra autoridad y reconozcan lo que deben imitar de nuestra humildad. Conservada, sin embargo, la autoridad del gobierno, regresemos sin cesar a nuestro corazón y consideremos continuamente que hemos sido creados igualmente con los demás, no que temporalmente estamos por encima de los demás. Pues cuanto más la potestad se destaca exteriormente, tanto más debe ser oprimida interiormente, para que no venza el pensamiento, para que no arrastre el ánimo a la delectación de sí misma, para que la mente no pueda ya gobernarla, a la que se somete por la lujuria de dominar.

47. Ejemplo de poder administrado con humildad en David.---David sabía bien cómo gobernar el poder del reino, quien vencía la altivez de ese mismo poder oprimiéndose a sí mismo, diciendo: Señor, no se ha exaltado mi corazón (Salmo 130, 1). En efecto, para aumentar su humildad añadió: Ni se han envanecido mis ojos. Y agregó: Ni he andado en grandezas. Y aún examinándose a sí mismo con una investigación muy sutil, dijo: Ni en cosas maravillosas superiores a mí. Y agotando también todos sus pensamientos desde el fondo del corazón, añade, diciendo: Si no sentía humildemente, sino que exalté mi alma. He aquí que frecuentemente repite la ofrenda del sacrificio de humildad desde lo más íntimo del corazón, y no cesa de ofrecerla confesando una y otra vez; y hablando de ella de múltiples maneras, la muestra a los ojos de su juez. ¿Qué es esto? ¿Y cómo había conocido que este sacrificio agradaba a Dios, que lo inmolaba en su presencia con tanta reiteración de voz, sino porque la soberbia suele estar cerca de los poderosos, y casi siempre la altivez se asocia con la abundancia de bienes, ya que a menudo la abundancia de humedad da dureza al tumor?

[Rara humilitatis et potestatis societas.] 48. Es rara la unión de la humildad y el poder.---Es verdaderamente asombroso cuando en los corazones de los poderosos reina la humildad de costumbres. Por lo tanto, debe considerarse que cuando los poderosos piensan con humildad, alcanzan la cima de una virtud que es ajena y casi lejana, y con razón agradan al Señor rápidamente con esta virtud, porque le ofrecen humildemente ese sacrificio que los poderosos apenas pueden encontrar. En efecto, es un arte muy sutil de vivir el mantener la cima, reprimir la gloria; estar en el poder, pero no saber que se es poderoso; reconocerse poderoso para otorgar bienes, ignorar todo lo que puede hacer poderosamente para devolver el mal. Por lo tanto, se dice correctamente de tales personas: Dios no rechaza a los poderosos, ya que Él mismo es poderoso. Desea imitar a Dios quien, atento a las utilidades ajenas y no elevado por sus propias alabanzas, administra la cumbre del poder, quien, al ser preferido a los demás, busca beneficiar, no dominar. Porque la elevación del orgullo, no el orden del poder, es lo que está en el crimen. Dios otorga el poder, pero la elevación del poder la encuentra la malicia de nuestra mente. Por lo tanto, eliminemos lo que hemos aportado de lo nuestro, y

son buenos los bienes que poseemos por la generosidad de Dios. Porque no se condena el poder justo, sino la acción perversa, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XX].

VERS. 6.---Pero no salva a los impíos, y otorga justicia a los pobres.

49. Dios condena la soberbia del poder, no la grandeza. La Sagrada Escritura suele llamar a los pobres, humildes. De ahí que en el Evangelio se les mencione con la adición del espíritu, cuando se dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5, 3). Porque las riquezas muestran visiblemente a los poderosos, son pobres ante sí mismos aquellos que no están ensoberbecidos en sus conciencias. A los impíos los llama así, porque o bien están separados de la piedad de la fe, o bien contradicen con malas costumbres aquello que creen fielmente. Por lo tanto, ya que el Dios omnipotente condena la soberbia de la maldad, no la grandeza del poder, después de que se ha dicho: Dios no rechaza a los poderosos, siendo Él mismo poderoso, se añade correctamente: Pero no salva a los impíos, y otorga justicia a los pobres. Es decir, destruye a los altivos, pero a los humildes los libera mediante el juicio. O ciertamente otorga justicia a los pobres, porque aquellos que ahora son oprimidos malvadamente, serán entonces jueces sobre sus opresores.

50. Algunos de los réprobos son juzgados, otros no son juzgados.---Existen, en efecto, dos grupos: los elegidos y los réprobos. Pero cada uno de estos grupos se divide en dos órdenes. Algunos son juzgados y perecen, otros no son juzgados y perecen. Algunos son juzgados y reinan, otros no son juzgados y reinan. Son juzgados y perecen aquellos a quienes se les dice con la exclamación del Señor: "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis" (Mateo 25, 42-43). A estos se les dice previamente: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mateo 25, 41). Otros, en cambio, no son juzgados en el juicio final y perecen, de quienes el Profeta dice: "No se levantarán los impíos en el juicio" (Salmo 1, 5). Y de quienes el Señor dice: "El que no cree, ya ha sido juzgado" (Juan 3, 18). Y de quienes Pablo dice: "Los que pecaron sin ley, sin ley perecerán" (Romanos 2, 12). Resucitan, por tanto, también todos los infieles, pero para el tormento, no para el juicio. No se discute entonces su causa, porque se presentan ante la vista del juez severo ya con la condena de su infidelidad. Aquellos que retienen la profesión de fe, pero no tienen las obras de la profesión, son reprendidos para que perezcan. Aquellos que ni siquiera mantuvieron los sacramentos de la fe no escuchan la reprensión del juez en el examen final, porque, ya condenados por las tinieblas de su infidelidad, no merecen ser reprendidos por aquel a quien despreciaron. Al menos aquellos escuchan las palabras del juez, porque al menos retuvieron las palabras de su fe. Estos, en su condenación, no perciben ni siquiera las palabras del juez eterno, porque no quisieron guardar su reverencia ni siquiera de palabra. Aquellos perecen legalmente, porque pecaron estando bajo la ley; de estos, en su perdición, no se dice nada de la ley porque no intentaron tener nada de la ley. [Vet. XXV.] Pues el príncipe que gobierna el estado terrenal castiga de manera diferente al ciudadano que delinque internamente y al enemigo rebelde externo. En el primero, consulta sus leyes y lo somete bajo palabras de digna reprensión; contra el enemigo, en cambio, emprende guerras, ejerce instrumentos de perdición y le retribuye con tormentos dignos de su malicia, sin preocuparse de lo que la ley diga sobre su mal. Pues no es necesario que sea eliminado por la ley quien nunca pudo ser retenido por ella. Así, en el juicio final, la reprensión legal golpea a aquel que se desvió en acción de lo que profesó, y aquel que no está sujeto a la ley de la fe es eliminado sin reprensión del juicio.

51. También algunos de los elegidos son sometidos a juicio, mientras que otros no, sino que se sientan como jueces. De entre los elegidos, algunos son juzgados y reinan, aquellos que limpian las manchas de su vida con lágrimas, que redimen sus malas acciones pasadas con obras posteriores, cubriendo con la superabundancia de sus limosnas cualquier cosa ilícita que hayan hecho ante los ojos del juez. A estos, el juez, al venir, les dice mientras están a su derecha: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me recogisteis; estaba desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí" (Mateo 25, 35). A estos les precede diciendo: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Ibid., 34). Sin embargo, otros no son juzgados y reinan, aquellos que trascienden los preceptos de la ley con la perfección de sus virtudes, porque no se contentan con cumplir solo lo que la ley divina manda a todos, sino que, con un deseo más excelente, buscan ofrecer más de lo que pudieron escuchar en los preceptos generales. A estos se les dice con la voz del Señor: "Vosotros que habéis dejado todo y me habéis seguido, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mateo 19, 28). Y de ellos el profeta dice: "El Señor vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo" (Isaías 3, 14). Y de ellos Salomón, al hablar del esposo de la santa Iglesia, añade diciendo: "Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra" (Proverbios 31, 23). Por lo tanto, estos en el juicio final no son juzgados y reinan, porque vienen como jueces junto con su autor. Dejando todo, ejecutaron con más pronta devoción de lo que escucharon ser mandado generalmente. Pues con una orden especial a unos pocos más perfectos, y no a todos en general, se dice lo que el joven rico escuchó: "Ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme" (Mateo 19, 21). Si bajo este precepto una orden general obligara a todos, ciertamente sería una culpa poseer algo de este mundo. Pero una cosa es lo que se manda a todos en general por la Sagrada Escritura, y otra lo que se ordena especialmente a los más perfectos. Por lo tanto, estos no están sujetos correctamente al juicio general, quienes también han superado los preceptos generales viviendo. Así como no son juzgados y perecen aquellos que, persuadidos por la perfidia, desprecian ser sujetos a la ley, así tampoco son juzgados y reinan aquellos que, persuadidos por la piedad, avanzan incluso más allá de los preceptos generales de la ley divina. De ahí que Pablo, incluso trascendiendo los preceptos especiales, mostró más con su obra de lo que recibió por la institución de la permisión (1 Tesalonicenses 2, 7). Pues habiendo recibido que, predicando el Evangelio, viviera del Evangelio, y lo confirió a los oyentes del Evangelio, sin embargo, rehusó ser sostenido por los gastos del Evangelio. ¿Por qué, entonces, sería juzgado para reinar, quien recibió menos para guardar, pero encontró más para vivir? Se puede decir correctamente: "El juicio lo da a los pobres", porque cuanto más fueron despreciados en este mundo con gran humildad, tanto más entonces, al recibir sus asientos, crecen en el mayor pináculo de poder. Por lo tanto, sigue:

CAPÍTULO XXVIII [Rec. XXI].

VERS. 7.---No aparta sus ojos del justo, y coloca a los reyes en el trono para siempre, y allí son exaltados.

52. Dios mira más a los justos cuando son afligidos injustamente. Pues el Señor podría parecer que aparta sus ojos de los justos, ya que aquí son desgarrados sin venganza por las crueldades de los injustos; pero mira más a sus siervos cuando la maldad de los perseguidores los aflige injustamente. Porque al ver lo que aquí soportan humildemente, ciertamente ya prevé lo que allí les recompensará misericordiosamente. Por lo tanto, no aparta sus ojos del

justo. He aquí que uno gime humildemente, el otro se enorgullece y florece malvadamente. Uno quebranta su corazón, el otro se exalta en la gloria de la iniquidad. Entonces, ¿quién de estos está lejos de la mirada divina, el que sufrió la injusticia o el que la infligió a los que la padecen; el que mantuvo la gracia suprema en medio de las tinieblas del dolor, o el que perdió la luz de la justicia en medio de las alegrías exteriores?

[Vet. XXVI.] 53. Por qué los santos son llamados reyes en la Sagrada Escritura. Sentarse con Cristo en el trono es juzgar con su autoridad.---Bien dice la Sagrada Escritura que los santos varones son llamados reyes, porque, al estar por encima de todos los movimientos de la carne, a veces frenan el apetito de la lujuria, otras moderan el ardor de la avaricia, otras inclinan la gloria de la soberbia, otras aplastan la sugestión de la envidia, y otras extinguen el fuego de la ira. Son, por tanto, reyes, porque saben no sucumbir consintiendo a los impulsos de sus tentaciones, sino gobernando y presidiendo sobre ellas. Porque, al pasar de este poder de gobierno al poder de la retribución, se dice con razón: Coloca a los reyes en el trono para siempre. Pues al gobernarse a sí mismos, se fatigan por un tiempo, pero en el trono de la erección del reino eterno son colocados para siempre; y allí reciben la capacidad de juzgar dignamente a otros, porque aquí no saben perdonarse a sí mismos con malicia. De ahí que en otro lugar se dice: Hasta que la justicia se convierta en juicio (Salmo XCIII, 15). Pablo dice de sí mismo y de sus compañeros: Para que fuésemos hechos justicia de Dios en él (II Cor. V, 21). La justicia, por tanto, se convierte en juicio, porque aquellos que ahora viven justa e irreprochablemente, entonces adquieren el poder de juzgar. De ahí que el Señor diga a la Iglesia de Laodicea: Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono (Apoc. III, 21). El Señor, habiendo vencido, afirma que se sentó en el trono con el Padre, porque después de las pruebas de la pasión, después de la palma de la resurrección, mostró más claramente a todos que era igual al poder del Padre, y se dio a conocer como no diferente al haber vencido el aguijón de la muerte. Por eso también dice a María, que aún no creía que él era semejante al Padre: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre (Juan XX, 17). Para nosotros, sentarnos en el trono del Hijo es juzgar con la autoridad del mismo Hijo. Porque, al recibir el principado del juicio por su virtud, es como si nos sentáramos en su trono. [Vet. XXVII.] No está lejos de la verdad que en otro lugar testifica que los discípulos vendrán sobre doce tronos (Mat. XIX, 28), y aquí afirma que se sentarán en su trono. Pues a través de los doce tronos se muestra el juicio universal, y a través del trono del Hijo se muestra el singular culmen del poder judicial. Esto, por tanto, es lo que se designa con los doce tronos, lo que se designa con el único trono del Hijo, porque evidentemente el juicio universal se recibe por la intervención de nuestro Mediador. Por tanto, se dice: Coloca a los reyes en el trono para siempre.

54. La sesión de los santos es eterna. Primero humillados, serán exaltados.---Convenientemente, al añadir "en perpetuum", insinúa claramente lo que quiere decir. Pues si hablara del trono de un reino terrenal, de ninguna manera habría añadido "en perpetuum", porque quienes lo ocupan, ciertamente no permanecen en él para siempre, sino temporalmente. Bien añadió: "Y allí son exaltados". Como si insinuara al oyente: Porque aquí fueron humillados, allí serán exaltados. Para los santos varones, este lugar es de humildad, para que aquel sea de elevación. Por eso está escrito en otro lugar: "Los humillaste en el lugar de aflicción" (Salmo 43, 20). En efecto, el lugar de aflicción es la vida presente: Quienes, por tanto, se dirigen a la patria eterna, ahora se desprecian a sí mismos temporalmente en el lugar de aflicción, para que entonces sean verdaderamente elevados en el lugar de gozo. Sigue:

CAPÍTULO XXIX Rec. [XXII].

VERS. 8, 9. Y si estuvieren en cadenas, y fueren atados con las cuerdas de la pobreza, les indicará sus obras, y sus crímenes, porque fueron violentos.

55. Los santos se consideran atados con cadenas mientras viven aquí. Las cadenas de obligación son la misma retención de la peregrinación. Pablo se veía atado por estas cadenas cuando decía: "Tengo el deseo de partir y estar con Cristo" (Filipenses 1, 23). Se veía atado con las cuerdas de la pobreza cuando, contemplando las verdaderas riquezas, también las pedía para sus discípulos, diciendo: "Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos" (Efesios 1, 18).

Bien se añade después de esto: Les indicará sus obras y sus crímenes, porque han sido violentos. Pues cuando conocemos la gloria suprema amándola más, entonces sentimos que los males que hemos cometido han sido más graves. Por eso también Pablo, después de recibir la gracia de lo supremo, reconocía que los esfuerzos de virtud que había creído tener eran ya crímenes, diciendo: Yo que antes fui blasfemo, perseguidor e insolente; pero alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia en la incredulidad (I Tim. I, 13). O ciertamente: Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he considerado como pérdida por Cristo (Filip. III, 7). Por lo cual, adecuadamente se añade:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 10.--- También revelará su oro, para reprenderlos; y hablará, para que se aparten de la iniquidad.

56. El amor a la gloria celestial hace más graves los pecados cometidos anteriormente.--- Revelar el oído de la iniquidad es abrir el entendimiento del conocimiento. Con el oído revelado, cada uno es reprendido cuando percibe internamente el deseo de los bienes eternos y reconoce los males que ha cometido externamente.

Puede, en verdad, entenderse en las cadenas y cuerdas de la pobreza una pena de aflicción temporal, porque a menudo quienes no escuchan las palabras del que manda, son advertidos por los golpes del que castiga, para que al menos las penas los lleven a buenos deseos, a aquellos que las recompensas no invitan. Por eso, a través del Profeta se dice: Con freno y brida sujeta sus mandíbulas, los que no se acercan a ti (Salmo XXXI, 9). Pero si incluso desprecian los azotes, es evidente que allí sentirán los castigos de una venganza más grave, en la medida en que aquí desprecian la gracia de una mayor providencia. Por eso también sigue:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 11, 12.---Si escuchan y obedecen, completarán sus días en bien, y sus años en gloria. Pero si no escuchan, pasarán por la espada, y perecerán en su necesidad.

57. Cuán severamente deben ser castigados aquellos que ni siquiera son corregidos por los flagelos de los malos hábitos.---Por el bien se designa la acción recta, y por la gloria, la retribución celestial. Aquellos que, por tanto, se esfuerzan en obedecer los preceptos celestiales, completan sus días en el bien, sus años en la gloria, porque tanto el curso del tiempo presente lo realizan en obra recta, como su consumación la perfeccionan con feliz retribución. Si no escuchan, pasarán por la espada y serán consumidos por la necesidad, porque la venganza los golpea en la tribulación y el fin los concluye en insensatez. [Vet. XXVIII.]

Hay algunos a quienes ni siquiera los tormentos apartan de los malos hábitos. De ellos se dice por el profeta: Los golpeaste y no les dolió; los azotaste, y rehusaron recibir disciplina (Jeremías V, 3). Y de ellos se dice bajo la figura de Babilonia: Curamos a Babilonia, y no ha sido sanada (Jeremías LI, 9). De ellos se dice nuevamente: Maté y destruí a mi pueblo, y sin embargo no se han vuelto de sus caminos (Jeremías XV, 7). Estos a veces se vuelven peores por el castigo, porque golpeados por los dolores, o se vuelven más duros por obstinada terquedad, o, lo que es peor, se lanzan incluso a la exasperación de la blasfemia. Bien se dice, por tanto, que pasan por la espada y son consumidos por la necedad, porque los pecados que debieron corregir con los flagelos, los agravan con los flagelos. Y aquí ya sienten las penas del castigo, y allí no evaden los suplicios de la justa retribución. La insensatez de la necedad es que la iniquidad los ata de tal manera que ni siquiera el castigo los aparta de la culpa. Sigue:

CAPÍTULO XXXII [Rec. XXIII].

VERS. 13.---Los simuladores y astutos provocan la ira de Dios.

58. Imagen del simulador astuto.---Al hablar de simuladores, añade adecuadamente "astuto", porque si no tienen ingenio, no pueden simular adecuadamente lo que desean aparentar. Hay ciertos vicios que incluso los de entendimiento más lento pueden cometer fácilmente. Pues cualquiera, incluso con sentidos obtusos, puede hincharse de orgullo, ansiar con avidez, sucumbir al impulso de la lujuria; pero ejecutar la falsedad de la simulación, solo puede hacerlo quien tenga un ingenio más sutil. Cualquiera que sea así, se divide en dos para mantenerlos con continua observación, de modo que sepa astutamente ocultar lo que es y mostrar lo que no es; y ocultar los verdaderos males y mostrar los falsos bienes; no se exalta abiertamente en lo que parece, y, para mantener una mayor gloria, a menudo finge declinar la gloria. Porque al no poder alcanzarla siguiendo los ojos de los hombres, a menudo se esfuerza por mantener la gloria huyendo de ella. Estas cosas, por tanto, no son en absoluto adecuadas para los simples, porque si lo fueran, ya no serían simples.

59. No solo merecen la ira de Dios, sino que la provocan. — Sin embargo, al decir: Simuladores y astutos, no añadió que la merecen, sino que provocan la ira de Dios. Pues merecer la ira de Dios es pecar incluso sin saberlo. Provocar, en cambio, es contrariar sus mandamientos a sabiendas; conocer el bien, pero despreciarlo; poder hacer, pero no querer. Estos, por la perpetración de la maldad, se oscurecen interiormente, y por la ostentación de justicia, se blanquean superficialmente. A ellos se les dice con la voz del Señor: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia; así también vosotros, por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad. (Mateo XXIII, 27). Por fuera, pues, mostrando, guardan lo que viviendo por dentro combaten. Por dentro, pensando mal, exageran lo que por fuera, superponiendo otra cosa, ocultan. Ante el juez estricto, por tanto, ya no pueden tener excusa por ignorancia, porque mientras ante los ojos de los hombres muestran toda forma de santidad, ellos mismos son testimonio de que no ignoran cómo vivir bien. Por tanto, se dice correctamente: Simuladores y astutos provocan la ira de Dios. Lo que finalmente les sigue, lo añade diciendo:

CAPÍTULO XXXIII.

Ibid.---Ni clamarán cuando estén encadenados.

60. Incluso golpeado, se avergüenza de confesar sus pecados. Todo iniquo que, siendo iniquo, no desea parecer santo, cuando es sorprendido por el golpe del látigo, no se avergüenza de admitir que es iniquo. Pero aquel que, actuando inicuamente, intercepta los juicios humanos bajo la apariencia de santidad, incluso cuando es golpeado con el látigo, rehúsa revelarse como iniquo, porque está acostumbrado a parecer santo. Sin embargo, cuando se ve gravemente acorralado, apenas confiesa superficialmente que es iniquo, porque se avergüenza de descubrir su interior con una confesión veraz. Nos sentimos casi libres cuando no somos castigados con corrección; sin embargo, somos vencidos cuando nos atan con el látigo de la corrección. Por lo tanto, clamamos más alto cuanto más sinceramente confesamos nuestros pecados al ser golpeados. Porque ante los oídos de Dios, una confesión devota es una voz poderosa. Por lo tanto, los simuladores, incluso cuando son corregidos por los látigos de la corrección, no son llevados a una confesión sencilla (pues rehúyen ser conocidos como pecadores, ya que eran considerados santos por la opinión de todos), aunque al final los látigos los golpeen, aunque no ignoren que están siendo llevados a castigos eternos, desean permanecer ante los juicios humanos tal como siempre se esforzaron por mostrarse. Por lo tanto, incluso cuando son sorprendidos por el golpe del látigo extremo, porque descuidan hacer una confesión pura incluso en la aflicción, desprecian clamar como si estuvieran atados. Por eso se dice bien: No clamarán cuando estén atados.

61. Los hipócritas se consideran santos, no porque lo sean, sino porque así se les llama. Engañados por una vana esperanza, no recurren al remedio de la confesión ni siquiera en el último momento. A menudo, su corazón está lejos del hombre. — Aunque también puede entenderse de otra manera. Pues todo aquel que, siendo injusto, no teme ser llamado santo por los hombres, aunque en su pensamiento secreto se reprenda a sí mismo por ser injusto, sin embargo, cuando comienza a escuchar con frecuencia que se le llama santo, pierde lo que interiormente sabía de sí mismo. En efecto, derrama su corazón hacia afuera, y porque recibe con gusto un falso testimonio sobre sí mismo, no se preocupa por cómo es en su interior. De ahí que busque los estímulos de una alabanza vacía incluso cuando no los tiene, y olvidando lo que es, aspire a parecer lo que no es. [Vet. XXIX.] Por lo tanto, aquellos que son así, mientras simulan ser justos ante los juicios humanos, mientras muestran sus acciones como dignas de alabanza a los ojos de los observadores, se les aplica una justicia oculta, de modo que, al intentar engañar a otros externamente, también se engañan a sí mismos internamente. Pues pierden todo ojo de investigación cuidadosa sobre sí mismos. En efecto, disimulan examinar y escrutar su vida, pero piensan que son como los oyen, y se consideran santos, no porque vivan así, sino porque así se les llama. Sin embargo, el juicio de Dios es sutil, y descuidan mirarse a sí mismos, porque ponen su confianza en el mérito propio en el testimonio de la boca ajena. Pero cuando son golpeados por un golpe repentino, no pueden confesar verdaderamente que son injustos, ni descubrirse como son, porque evidentemente creyeron ser santos por la profesión humana. Por tanto, se dice bien: No clamarán cuando estén encadenados. Pues con una vana esperanza confían en presentarse ante el juicio supremo tal como saben que se han dado a conocer a los hombres; y los miserables no se descubren a sí mismos ni siquiera entre tormentos, y mientras contemplan el testimonio de una falsa alabanza, pierden el remedio de la verdadera confesión. También son llevados encadenados, y no claman, porque, vencidos por la importunidad de la alabanza humana, los miserables creen ser santos incluso cuando mueren en sus pecados. A quienes se les dice bien por el profeta: Volved, transgresores, al corazón (Isaías XLVI, 8). Pues si volvieran al corazón, no derramarían las palabras de la atestación exterior. Porque, ¿qué hay más cercano a nosotros que nuestro corazón? ¿Qué hay más cercano a nosotros que aquello que está dentro de nosotros? Y sin embargo, cuando se dispersa por pensamientos perversos, nuestro

corazón se aleja más de nosotros. Por tanto, el profeta envía lejos al transgresor cuando lo obliga a volver a su corazón, porque, al haberse derramado hacia afuera, apenas encuentra el camino para regresar a sí mismo. Y porque la mente de los simuladores, al dividirse de la única intención de la eternidad, se ve devastada por la inundación de múltiples pensamientos, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXXIV.

VERS. 14.---Morirá en la tempestad su alma.

842 62. Los hipócritas mueren en una tempestad repentina.---Parecían vivir tranquilamente, pues se preocupaban por disfrutar de la alabanza de la santidad. Pero en una tempestad repentina su alma muere, la cual se alegraba con la pésima tranquilidad de la alabanza humana. A menudo, una tempestad inesperada cambia todo lo que el cielo sereno halaga; y el peligro no puede evitarse, ya que no pudo preverse. Por eso se dice que los simuladores, que descuidan la custodia de su vida, mueren en la tempestad. De hecho, un torbellino repentino de percusión interna expulsa a aquellos que la arrogancia del favor externo eleva; y mientras abrazan en la alabanza lo que no son, de repente encuentran en la venganza lo que son. [Vet. XXX.] Bien se dice por Salomón: Como se prueba la plata en el crisol y el oro en el horno, así se prueba al hombre en la boca del que lo alaba (Prov. XXVII, 21). La alabanza propia atormenta a los justos, exalta a los inicuos. Pero a los justos, mientras los atormenta, los purifica; a los inicuos, mientras los alegra, los muestra reprobos. Estos se alimentan de su propia alabanza, porque no buscan la gloria de su autor. Sin embargo, aquellos que buscan la gloria del autor, se atormentan con su propia alabanza, para que no falte dentro lo que se dice fuera, para que, si también hay lo que se dice, no se vacíe ante los ojos de Dios con esos favores: para que la alabanza humana no ablande la fortaleza de la mente, y la derribe en su propia delectación; y lo que debe ser ayuda para aumentar la obra, ya sea retribución del trabajo. Pero cuando sienten que sus alabanzas tienden a la alabanza de Dios, también las abrazan deseablemente. Pues está escrito: Vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Se hacen camino para los hombres, cada vez que muestran en sí algo por lo cual Dios pueda ser conocido, porque no buscan fijar en sí la alabanza humana, sino que buscan que pase a través de ellos hacia la gloria del autor. Los arrogantes, sin embargo, prostituyen sus corazones blandos con alabanzas humanas, porque se corrompen con sus propios amores. De los cuales se dice en otro lugar: Serán amadores de sí mismos (II Tim. III, 2). Apropiadamente aquí se añade sobre esta corrupción de ellos:

CAPÍTULO XXXV.

IBID.---Y su vida entre los afeminados.

63. Se han afeminado aquellos que se corrompen con alabanzas humanas. Pues si vivieran con valentía, ninguna alabanza transitoria los corrompería. Por eso el Profeta persuade a los elegidos, diciendo: Actuad con valentía, y se fortalecerá vuestro corazón (Salmo 30, 25). Al decir Actuad con valentía, y se fortalecerá vuestro corazón, inmediatamente añadió, como si se preocupara de fortalecer el ánimo del corazón. En efecto, la mente lujuriosa se corrompe si se deleita en cosas transitorias. Por lo tanto, la vida de los simuladores muere entre los afeminados, porque se encuentra corrompida por la lujuria de la alabanza. Sin embargo, en otra traducción no se dice: Su vida entre los afeminados, sino, Su vida es herida por los ángeles. Aunque ambas difieren en palabras, concuerdan en razón, porque los ángeles hieren la vida de los afeminados, mientras los mensajeros de la verdad la atacan con los dardos de la

santa predicación. Así pues, ya que hemos escuchado lo que se hace con la condenación de los réprobos, escuchemos lo que sigue sobre la liberación de los humildes:

VERS. 15.---Librará al pobre de su angustia.

64. Los humildes, cuando mueren, son liberados de la angustia.---El pobre es liberado de su angustia cuando cada humilde es liberado de la aflicción de su peregrinación en este mundo. Pues aquí es oprimido por tribulaciones constantes, para ser impulsado a buscar el gozo de la verdadera consolación. Por lo tanto, sigue:

IBID.---843 Y revelará en la tribulación su oído.

Revelar el oído en la tribulación es abrir el oído del corazón a los golpes de las heridas. Pues cuando despreciamos los preceptos, se actúa con nosotros con piadosa severidad, para que temamos los castigos. La tribulación, por tanto, abre el oído del corazón, que a menudo la prosperidad de este mundo cierra. Porque a través de Salomón se dice: La desviación de los pequeños los matará, y la prosperidad de los necios los perderá (Prov. I, 32). Sigue:

CAPÍTULO XXXVI [Rec. XXIV].

VERS. 16.---Por lo tanto, te salvará de la boca angosta a un lugar muy amplio.

65. La costumbre del pecado es un pozo muy estrecho, del cual solo la gracia nos puede sacar. Todo aquel que, abandonando el camino de la vida, se arroja a las tinieblas del pecado, se sumerge a sí mismo como en un pozo o fosa. Pero si, por la prolongada práctica, también es oprimido por la costumbre de la iniquidad, de modo que ya no puede levantarse hacia lo alto, se ve constreñido como por la estrecha boca de un pozo. Por eso, el profeta David, bajo la figura de los pecadores, suplica diciendo: No me sumerja la tempestad de las aguas, ni me trague el abismo, ni cierre sobre mí su boca el pozo (Salmo 68, 16). Aquel a quien la iniquidad de una mala obra ha apartado de la estabilidad del bien, ha sido arrebatado como por una tempestad de agua; pero si aún no ha prevalecido la larga costumbre, no lo ha sumergido. Ya ha caído en el pozo quien ha cometido lo que la ley divina prohíbe. Pero si aún no lo oprime la larga costumbre, el pozo no ha cerrado su boca sobre él. Cuanto más fácilmente sale, tanto menos lo constriñe la costumbre. Por eso, el profeta Jeremías, al ver que Judea había sido sepultada por las iniquidades de larga costumbre, se lamenta bajo su figura, diciendo: Mi vida ha caído en el pozo, y han puesto una piedra sobre mí (Lamentaciones 3, 53). En efecto, la vida cae en el pozo cuando se mancha con la mancha de la iniquidad. Y se coloca una piedra encima cuando la mente es devorada por la dura costumbre del pecado, de modo que, aunque quiera levantarse, ya no puede, porque la carga de la mala costumbre la oprime desde arriba. Pero como está sujeta al poder divino, y después de la angustia de la mala costumbre es llamada de nuevo a la amplitud de la buena acción, por eso se dice: Te salvará de la boca estrecha a un lugar muy amplio. En efecto, es salvado de la boca estrecha a un lugar muy amplio quien, después del yugo de la iniquidad, es llevado de nuevo a la libertad de la buena obra mediante el arrepentimiento.

66. Cuánta angustia es querer levantarse de una mala costumbre opresora y no poder. En efecto, hay una especie de angustia de boca cerrada al querer levantarse de una mala costumbre opresora y no poder; ya con el deseo de tender hacia lo alto, pero aún permaneciendo en lo bajo con los actos; adelantarse con el corazón, pero no seguir con las obras, y sufrir en sí mismo una contradicción consigo mismo. Pero cuando el alma que así

tiende es ayudada por la mano de la gracia que la exalta, llega de la boca angosta a la amplitud, porque, vencidas las dificultades, realiza las buenas obras que desea. El profeta David había contemplado la conclusión de la boca angosta cuando decía: Has salvado mi alma de las necesidades, y no me has entregado en manos del enemigo (Salmo 30, 9). Y se sabía salvado ampliamente cuando añadía, diciendo: Has puesto mis pies en un lugar espacioso (Ibid.). En efecto, los pies están firmes en un lugar espacioso cuando tendemos a los bienes convenientes y no somos obstaculizados por ninguna dificultad. Pues es como si camináramos por un lugar amplio hacia donde queremos, porque no nos angustiamos por dificultades que se nos presenten.

844 67. Se cree que Job cayó en este pozo sin merecerlo.---Pero Eliú hablaría correctamente si su opinión coincidiera con la del bienaventurado Job. Pues creyó que fue castigado por culpa, y por eso juzgó que había caído en un estrecho abismo. Cuanto más vio que era afligido con golpes fuertes, más pensó que estaba cargado de peores iniquidades, sin saber en realidad que sus sufrimientos eran un aumento de mérito, no un castigo por pecado. Cuando admite que Job cayó en un estrecho abismo, prosigue describiendo con más amplitud la profundidad en la que Job se encuentra, diciendo:

CAPÍTULO XXXVII [Ant. XXXII].

IBID.---Y no teniendo fundamento debajo de sí.

68. Aquel a quien encierra el pozo estrecho de la mala costumbre, el infierno lo absorbe, y el abismo de la desesperación. Todo pecado no tiene fundamento, porque no subsiste por su propia naturaleza. El mal, en efecto, carece de sustancia. Sin embargo, de alguna manera, se consolida en la naturaleza del bien. Por lo tanto, se dice que la boca estrecha no tiene ningún fundamento debajo de sí, porque la contaminación del pecado no tiene derecho propio de subsistir. Y dado que se dice fundamento desde el fondo, también podemos aceptar sin inconveniente que fundamento se ponga por fondo, así como se dice audición desde el oído, y sin embargo, a menudo el mismo oído se designa con el nombre de audición. Así pues, cuando decía boca estrecha, queriendo llenar el abismo profundo, añadió: Y no teniendo fundamento debajo de sí. Porque a quien la iniquidad arrebató, el infierno lo absorbe. Y el infierno con razón se cree que no tiene fondo, porque quien es arrebatado por él, es devorado en un profundo inmenso. El profeta, queriendo expresar la inmensa amplitud de este, dice: El infierno ha ensanchado su alma, y ha abierto su boca sin límite alguno (Isaías V, 14). Así pues, se dice que está ensanchado sin límite quien atrae a muchos hacia sí, de la misma manera se cree no incongruentemente que es profundo sin fondo, porque a aquellos que recibe en sí, los absorbe como en un abismo de su inmensidad. Por lo tanto, cuando decía: Te salvará de la boca estrecha ampliamente, añadió adecuadamente: Y no teniendo fundamento debajo de sí. Como si dijera: Te salvará de la boca estrecha que no tiene fondo debajo de sí, porque al tenderse hacia el infierno por el pecado, a quien salva del pecado, lo libera de la boca estrecha. Y a quien arrebató de la boca estrecha, lo sustrae del profundo del infierno.

69. Sin embargo, también puede entenderse de otra manera. Pues así como quien se sumerge en un pozo es retenido por la profundidad del pozo, de igual modo el alma que cae, como si se detuviera en un cierto lugar del fondo, si una vez caída se mantuviera en alguna medida del pecado. Pero como no puede estar satisfecha con el pecado en el que cae, mientras diariamente se precipita a cosas peores, es como si en el pozo en el que ha caído no encontrara un fondo donde pueda fijarse. Sería el fondo del pozo si hubiera una medida del pecado; de ahí que bien se dice en otro lugar: El pecador, cuando llega al fondo de los males,

desprecia (Prov. XVIII, 3). Pues finge no regresar, porque desespera de que se le pueda tener misericordia. Pero al pecar más por desesperación, es como si le quitara el fondo a su pozo, para no encontrar dónde pueda ser retenido. Sigue:

CAPÍTULO XXXVIII.

IBID.---Y el descanso de tu mesa estará lleno de abundancia.

70. A quien la gracia rescata, lo llena con el deleite de la saciedad interna. El descanso de la mesa es la restauración de la saciedad interna; se dice que está llena de abundancia, porque se prepara en el deleite de la eterna bienaventuranza. El Profeta ansiaba las delicias de esta mesa cuando decía: Me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Salmo XVI, 15). Anhelaba las copas de esta mesa, diciendo: Mi alma tiene sed de Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Salmo XLII, 3). Así, Eliú, queriendo consolar a Job bienaventurado de los castigos temporales con la recompensa eterna, lo que justamente le correspondía por sus méritos, se lo promete como si fuera un don gratuito, diciendo: El descanso de tu mesa estará lleno de abundancia. Sigue:

CAPÍTULO XXXIX [Rec. XXV].

VERS. 17.---Tu causa ha sido juzgada como la de un impío, recibirás tu causa y juicio.

71. Los justos son castigados para que se despierten a una mayor vigilancia. La causa de los buenos es la justicia. Por esta causa, casi se les juzga como impíos, porque aquí su justicia es fatigada por el castigo paternal, para que sean enseñados a una vigilancia más amplia, no solo por la preceptiva de los mandamientos, sino también por la corrección de los golpes. Pero reciben la causa y el juicio, porque de esa justicia con la que ahora viven, entonces resplandecen en la cumbre del poder judicial, para que tanto más poderosamente juzguen todo entonces, cuanto más sutilmente se juzga todo en ellos ahora. Eliú introdujo esto como si fuera algo nuevo, lo cual el bienaventurado Job siempre mantuvo firmemente creyendo. [Vet. XXXIII.] Ciertamente, todos los arrogantes tienen esto como propio, que exageran el mal mintiendo, y si acaso dicen algo bueno, lo presentan como si fuera desconocido. Por lo cual, incluso se atreven a enseñar a los más doctos, porque evidentemente piensan que solo ellos saben tales cosas. Pero cuando descenden a algunas palabras de consolación, inmediatamente se consideran a sí mismos como de poco valor, y a través de la aspereza de una reprensión altanera, se reforman a sí mismos como si tuvieran un cierto ingenio, para que quienes parecían haber condescendido con palabras amables, sean temidos por la reprensión que surge de repente. Por lo cual, Eliú añadió de inmediato, diciendo:

CAPÍTULO XL. [Rec. XXVI].

VERS. 18-21.---No te dejes vencer por la ira, para que no oprimas a nadie; ni te dejes influenciar por la multitud de lugares. Deja a un lado tu grandeza sin tribulación, y a todos los fuertes con fortaleza. No prolongues la noche, para que los pueblos no asciendan por ellos. Ten cuidado de no inclinarte hacia la iniquidad; pues comenzaste a seguir esto después de la miseria.

72. Los soberbios critican todo lo que otros hacen correctamente. En la mayoría de los códigos encontramos "de los dones"; sin embargo, en unos pocos, pero más antiguos, encontramos "de los lugares". Pero como no necesita explicación si se dice: "Ni la multitud

de dones te incline", se ha preferido exponer lo que parece abrirse con alguna dificultad. Estas palabras son de tal altivez que el mismo que las formuló muestra su hinchazón. Pero como dijimos que Eliú representa a los arrogantes y el bienaventurado Job a los elegidos, si discernimos esto con más sutileza, también ahora demostramos cómo se aplican a los arrogantes dentro de la Iglesia. Los hombres santos admiran incluso las obras pequeñas de otros, mientras que desprecian incluso sus propias obras grandes. Por el contrario, los arrogantes desprecian incluso las grandes obras de otros, y admiran las suyas, aunque sean pequeñas; y a menudo consideran buenas sus malas acciones, mientras que no cesan de ver mal en las buenas acciones de otros. Pues, al buscar su propia gloria, se esfuerzan perniciosamente para que cualquier acto de virtud realizado por otros sea marcado con la nota de iniquidad, y convierten el peso de una buena acción en una mancha de crimen. A menudo, cuando ven que la Iglesia corrige estrictamente a los perversos, se quejan como si los inocentes fueran afligidos injustamente, y cambian el brillo de su disciplina por el nombre de maldad. Por eso, Eliú, manteniendo la figura de los arrogantes, como si amonestara al bienaventurado Job, dice: "No te deje vencer la ira, para que oprimas a alguien". [Vet. XXXIV.] Los arrogantes atribuyen al movimiento de la ira cualquier cosa que la santa Iglesia realiza bajo la censura de la disciplina. Y porque, por el deseo de alabanza humana, siempre buscan parecer benévolos, no consideran que nadie deba ser corregido con la severidad de la restricción. Por eso, también piensan que son oprimidos por los buenos rectores, como se dijo anteriormente, aquellos que ven obligados a ser contenidos de sus vicios.

73. La potencia temporal de la Iglesia en todas las partes del mundo. Los enemigos de la Iglesia le reprochan esto injustamente. Aunque algunos dentro de su seno se enorgullezcan de su gloria. Sin embargo, por mandato del Señor, ya que la santa Iglesia ha crecido en la cima de la religión en todas las partes del mundo, estos mismos, al criticar su poder temporal, que ciertamente utiliza bien, lo desvían hacia el vicio de la arrogancia. [Rec. XXVII.] Por eso Eliú añade, diciendo: "Que la multitud de lugares no te incline". Como si se dijera a la misma santa Iglesia, que conserva más bien la humildad en la prosperidad, con la voz de los arrogantes: "Porque eres venerada en todas partes por la reverencia de la fe, cuídate de no ser ensalzada por los mismos lazos de esa reverencia". Observan a algunos que, bajo el pretexto de la religión, se hinchan con el vicio de la arrogancia, y lo que justamente reprenden en algunos, injustamente lo llevan al crimen de todos: sin considerar en absoluto que hay en ella quienes, despreciando, saben perfectamente gobernar lo temporal, y amando lo eterno, esperan con plenos deseos; y llevan a cabo la administración del poder recibido, y guardan el ministerio de la humildad innata, de modo que ni por causa de la humildad descuidan el cuidado del gobierno asumido, ni por ocasión del gobierno la humildad en ellos se hincha. Aunque tal vez haya algunos dentro de ella que no sirven a la gloria de Dios sino a la suya propia bajo el pretexto de la religión, sin embargo, se esfuerza por corregirlos estrictamente, si puede, o, si no puede, tolerarlos con ecuanimidad; y ya sea corrigiéndolos, los abraza como hijos, o tolerándolos, se ejercita como por enemigos. Pues sabe que por su soberbia se lacera la vida de los justos, sabe que en su crimen se extiende todo lo que se peca por la depravación de tales, pero teme tanto menos soportar la mancha del crimen ajeno cuanto sabe que su cabeza ha tolerado tales cosas. De él está escrito: "Y fue contado con los inicuos" (Marcos XV, 28). De él se dice nuevamente: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores" (Isaías LIII, 4). Vayan, pues, los arrogantes, y con la estimación de los depravados muerdan la vida de los inocentes. La Iglesia de los elegidos sabe tolerar tanto las obras de aquellos como las palabras de estos, sabe convertir las mentes de los depravados mediante la tolerancia. Y aunque no puedan convertirse, sin embargo, soporta con ecuanimidad su ignominia. Pues considera que le beneficia para su doble recompensa el ser despreciada externamente por los méritos de aquellos cuya vida interior es lacerada.

74. Quien se exalta temporalmente, cae.---Es de notar que no dice: Que la multitud de lugares no te exalte, sino que dice: Que la multitud de lugares no te incline. Pues todo aquel que se exalta temporalmente, en el mismo acto de exaltarse se inclina, porque al erigirse exteriormente, cae interiormente. Eliú, observando la caída del corazón en la soberbia, dice: Que la multitud de lugares no te incline. Como si se dijera con la voz de los arrogantes de la santa Iglesia: Cuídate de que, si eres exaltado por la veneración del universo, no te desvíes de la intención interna. Sigue:

CAPÍTULO XLI [Rec. XXVIII].

VERS. 19.---Depón tu grandeza sin tribulación, y a todos los fuertes con fortaleza.

75. Cuando los apóstoles y los valientes de la Iglesia son llamados a las recompensas, Dios fortalece a los débiles en su lugar para los combates. ¿A quiénes consideramos como los fuertes de la santa Iglesia, sino a aquellos que se fortalecen para vencer los deseos de este mundo y logran progresos sublimes y completos? Por lo tanto, su grandeza reside en la vida de sus fuertes, porque se vuelve más gloriosa cuando, por la defensa de la verdad, se lucha hasta la muerte con constante virtud por parte de sus elegidos. Así, los hombres arrogantes, al ver que los apóstoles han sido llevados de este mundo, y los mártires han sido llevados a lo alto, y al observar que tal vez faltan en abundancia superiores más doctos y más fuertes, sospechan que han quedado solos dentro de la Iglesia. Por lo tanto, mientras se exaltan a sí mismos, se burlan de ella como si le aconsejaran, diciendo: Depón tu grandeza sin tribulación, y a todos los fuertes con fortaleza. Como si dijeran con reproches abiertos: No confíes en tener grandeza, porque al haber sido llevados los anteriores, ya no tienes padres de cuya vida puedas gloriarte. Dicen esto, ciertamente, sin saber que el Dios omnipotente no abandona a su Iglesia sin una administración digna. Pues cuando llama a los fuertes a la recompensa, fortalece a los débiles en su lugar para los combates; cuando recibe a aquellos para recompensarlos, proporciona a estos las fuerzas de trabajo que ha de recompensar. De quienes se dice a la misma santa Iglesia: Por tus padres nacieron hijos para ti, los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Salmo 44, 17). En efecto, en la virtud de los antiguos padres, son sustituidos aquellos que posteriormente son elevados, porque incluso cuando se cortan los árboles viejos, en su fortaleza crecen tiernos retoños. Pero los hombres arrogantes no creen que aquellos a quienes conocieron alguna vez como débiles puedan fortalecerse; y desprecian venerar a los que recuerdan haber sido despreciables.

[Vet. XXXV.] 76. En la Iglesia, los justos son mucho menos numerosos que los inicuos. Los pastores soberbios cosechan con júbilo lo que sus padres sembraron al morir.---Porque en ella ven que los justos son pocos y los inicuos son muchos, así como en la trilla de los granos la multitud de pajas es mayor, también desprecian la vida de los justos basándose en la estimación de los inicuos. Ven ciertamente que algunos de sus rectores, apoyados en el poder temporal, se alimentan de la exaltación de ese mismo poder. Ven que la reverencia religiosa, que los padres de este mundo preservaron al morir, estos la cosechan con júbilo en los placeres terrenales; y comprenden que son robustos, pero no por fortaleza. Pues al sostenerse en el poder temporal, se fortalecen como por una cierta debilidad. Cuanto más fuertes son exteriormente, tanto más se vacían interiormente de todas las fuerzas de la fortaleza. Y por eso se les dice a los arrogantes: Depone a los robustos de su fortaleza. Como si se dijera abiertamente: Aquellos verdaderamente robustos se adherían a ti, que en ti mantenían viviendo lo que enseñando hablaban; ahora bien, estos que te presiden son robustos en apariencia, no en fortaleza, porque no dejan de mostrarse honorables, pero son tanto más

débiles y despreciables cuanto temen que la gloria de su honor sea despreciada por la verdad. Lo que los arrogantes sienten verdaderamente sobre muchos, pero caen en el vicio de la arrogancia al pensar que todos los que ven presidir son tales. No debe el mal de muchos extenderse a la estimación de todos, porque aunque son inicuos aquellos que juzgan conociéndolos, sin embargo, hay algunos santos que ignoran. Es tiempo de trilla, y aún los granos están ocultos bajo las pajas. Por tanto, no se esperará fruto del área si se cree que solo hay en ella lo que se ve en la superficie. Así que, porque desprecian a los que ven, y en los órdenes de los antiguos padres desprecian a aquellos que conocen que han sido subrogados, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 20.---No prolongues la noche, para que el pueblo suba por ellos.

77. La noche de la Iglesia es cuando los lugares de los doctores y los fuertes son ocupados por los indoctos y los débiles. Como si abiertamente los arrogantes dijeran: No permitas que la oscuridad de tu ignorancia haga que en el lugar de los fuertes pongas la multitud de los débiles. En efecto, se designan con el nombre de pueblo a aquellos que, entregados a la costumbre vulgar, viven de manera desordenada en todo lo que desean. Prolongar la noche es permitir que el pueblo ascienda en lugar de los fuertes, si por negligencia se permite que los lugares de los doctores y los fuertes sean ocupados por los indoctos y los débiles. El pueblo asciende en lugar de los fuertes cuando aquellos que han aprendido a vivir injustamente ocupan los lugares de los pastores. Esto podría decirse correctamente si se dijera con humildad. Pues los arrogantes, incluso cuando amonestan con buenas intenciones, ejercen el vicio de su superstición. Porque, como se ha dicho anteriormente, buscan más herir con la reprensión que consolar con el alivio. Por lo tanto, inmediatamente se añade:

VERS. 21.--- No te desvíes hacia la iniquidad; pues comenzaste a seguirla después de la miseria.

Esto, sin duda, los arrogantes llaman miseria de la Iglesia, porque sospechan que su multitud es despreciada por Dios; y la desprecian con mayor altivez, cuanto más sospechan que es completamente despreciada por Dios.

Habiendo, por tanto, pasado por esta exposición figurada, ahora deben presentarse las cosas que se entienden moralmente, para que, conocida la figura de la Iglesia, que creemos expresada en general, escuchemos también qué podemos recoger de estas palabras en particular. Dice, pues:

CAPÍTULO XLIII [Ant. XXXVI].

CAP. XXXVI, VERS. 18.---No te domine, pues, la ira, para que oprimas a alguien.

78. SENTIDO MORAL.---En la corrección que se debe hacer, la ira debe estar presente, pero no dominar.---Cualquiera que deba corregir los vicios ajenos debe primero examinarse a sí mismo con diligencia, no sea que, mientras se venga de las faltas de otros, sea él mismo superado por la furia de la venganza. Pues a menudo, bajo el pretexto de la justicia, la inmensidad de la ira devasta la mente, y mientras parece actuar con celo de rectitud, satisface la rabia de su furor, y estima que actúa justamente, cuando en realidad sigue lo que la ira dicta de manera perversa. Por eso, a menudo se excede en la medida de la venganza, porque

no se frena con la medida de la justicia. Es digno, pues, que cuando corregimos a otros, primero midamos nuestras propias acciones, para que primero nuestra mente se calme de su propia agitación, y primero componga dentro de sí misma el ímpetu de su celo con tranquila equidad, no sea que, si somos arrastrados por una furia descontrolada al observar los vicios, pequemos al corregir el pecado, y al perseguir la culpa con juicio, actuemos de manera desmedida al castigar. No es ya corrección del delincuente, sino más bien opresión, si en la venganza la ira se extiende más allá de lo que la culpa merece. En la corrección de los vicios, la ira debe estar presente en la mente, pero no dominar, para que no preceda dominando la ejecución de la justicia, sino que la siga sirviendo, y cumpla el juicio conocido poseyendo, no precediendo. Bien se dice, por tanto: No te deje dominar la ira, para que oprimas a alguien. Porque, evidentemente, si quien intenta corregir es dominado por la ira, oprime antes de corregir. Pues, mientras se enciende más de lo debido, bajo el pretexto de una justa venganza, se desboca hacia la inmensidad de la crueldad. Esto sucede a menudo porque los corazones de los rectores están menos enfocados en el amor del único creador. Pues, mientras desean muchas cosas en esta vida, se dispersan en innumerables pensamientos; y cuando de repente encuentran las faltas de sus subordinados, no pueden juzgarlas dignamente con Dios, porque sus corazones, dispersos en preocupaciones transitorias, no pueden reunirse de repente en la cima de la severidad. Por lo tanto, cuanto menos buscan la balanza de la equidad para vengar los pecados, menos la encuentran en tiempos de tranquilidad. Por eso, cuando Eliú dijo: No te deje dominar la ira, para que oprimas a alguien, para expresar las mismas causas de la injusticia y de la ira dominante, inmediatamente añadió:

CAPÍTULO XLIV.

IBID.---Ni la multitud de lugares te incline.

79. Del pecado original surge la inquieta mutabilidad del hombre. No pudiendo satisfacerse con la calidad de las cosas, busca al menos saciarse con la variedad. En tantos lugares nos inclinamos como en tantas preocupaciones superfluas nos extendemos. Pues así como el lugar es el espacio corporal del cuerpo, así el lugar de la mente es cada intención del pensamiento. Cuando es impulsada de un lado a otro, si se ocupa voluntariamente con alguna delectación de su pensamiento, se coloca como en un cierto lugar para descansar. Porque cuantas veces, vencidos por el tedio, somos llevados de un pensamiento a otro, migramos con la mente fatigada de un lugar a otro. Así, tantos lugares inclinan la cumbre de la mente como pensamientos surgidos disipan la unidad de la buena intención. En efecto, la mente recta se mantendría firme si siempre se adhiriera a un único pensamiento al que debería. La mente recta se mantendría firme si no se postrara con innumerables movimientos por su mutable inconstancia. Pero mientras ahora trata estas cosas, ahora se desliza hacia otras, es como si se inclinara por la multitud de lugares desde el estado de su rectitud; y mientras se extiende por muchas cosas, se desvía de la única intención a la que debió adherirse. Sin embargo, este uso de la mutabilidad, derivado del vicio de la primera transgresión, ya ha llegado casi a ser natural. Pues cuando el alma se esfuerza por mantenerse en sí misma, de algún modo, incluso sin saberlo, se desvía de sí misma. Porque el alma humana es removida por el tedio de cada cosa a la que se dirige. Pero mientras ansiosamente desea lo que debe pensar, y de repente se hastía de lo pensado, muestra que depende de otro, ya que no descansa en ningún lugar donde se coloque. Está suspendida hacia Aquel de quien fue formada. Y porque fue hecha para desear solo a Dios, todo lo que desea por debajo es menos, y con razón no le basta lo que no es Dios. De ahí que se disperse de un lado a otro, y de cada cosa, como hemos dicho, sea removida por el tedio. Ávida de delectación, busca dónde descansar, pero ha perdido al único

que podía poseer suficientemente. Por lo cual ahora es llevada por muchas cosas, para que, no pudiendo con la calidad de las cosas, al menos se sacie con la variedad.

[Vet. XXXVII.] 80. Los santos, adhiriéndose a Dios, sanan esta ansiedad. Los hombres santos se guardan con observancia para no ser disueltos de manera mutable de su intención, y porque desean ser constantes, se atan diligentemente al pensamiento con el que aman a Dios. En la contemplación del Creador recibirán esto, que siempre disfrutarán de una estabilidad mental única. Ninguna mutabilidad los dispersa entonces, porque su pensamiento permanece siempre inalterable en sí mismo. Ahora, esforzándose con trabajo, imitan lo que después recibirán gozosos como don. A esta inmutabilidad se había atado el Profeta con la fuerza del amor cuando decía: Una cosa he pedido al Señor, esto buscaré, que habite en la casa del Señor (Salmo XXVI, 4). A esta unidad se había adherido Pablo con intención, diciendo: Una cosa hago, olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo (Filipenses III, 13). Pues si algo en su corazón se dispersa humanamente, una severa reflexión lo restringe de inmediato; y cuando el pensamiento se desliza como infantilmente, es refrenado de inmediato con una corrección juvenil. De ahí que recojan su mente dispersa de inmediato y la compongan en un solo pensamiento tanto como pueden. Por lo tanto, ya que el estado de la mente se curva por la mutabilidad de los pensamientos, correctamente dice Eliú: Que la multitud de lugares no te incline.

81. A los que se dedican a Dios, deben evitar la soberbia.---Pero a menudo, mientras el alma del hombre justo permanece en la misma cima de su intención, mientras se recoge de toda dispersión de la mutabilidad, mientras reprime todo lo que surge en él de manera superflua; es tocado por la gloria de su propia rectitud y se eleva en el orgullo de su propia presunción. Porque quien realiza grandes obras, aunque tenga pensamientos humildes sobre sí mismo, sabe sin embargo que lo que hace es grande. Pues si no supiera que son grandes, sin duda alguna no las custodiaría. Y al descuidar su custodia, o progresa menos en ellas, o las pierde por completo. Por lo tanto, mientras es necesario conocer nuestras buenas obras para custodiarlas, por el mismo conocimiento de ellas se abre la puerta a la soberbia, y se permite que la culpa toque el corazón del que obra, siendo devastado por ella. Sin embargo, se actúa con una disposición admirable, permitiendo que nuestro Creador sacuda el alma elevada por los éxitos con una tentación repentina, para que se vea a sí mismo más verdaderamente en su debilidad, y descienda del orgullo de la soberbia, mejorado ya no por sí mismo, sino por las virtudes que había adquirido. Por lo cual, bien se añade ahora:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 19.---Depón tu grandeza sin tribulación, y a todos los fuertes con fortaleza.

82. No confiemos en nosotros mismos, Dios permite que seamos golpeados por la tentación. En efecto, los movimientos del corazón son fuertes cuando no sienten más que lo que es de virtud. Pero dejamos de lado la grandeza y los movimientos fuertes cuando, al ser golpeados por el vicio, nos vemos obligados a considerar lo que somos. Dejamos de lado los movimientos fuertes cuando ya no nos elevamos por la virtud, sino que, al consentir en la culpa, tememos ser derribados por la misma debilidad que nos sacude. Pues el alma confía mucho en sí misma cuando ve que tiene fuerzas a su disposición según su deseo. Ya se atribuye la confianza de la santidad, ya se considera capaz incluso de alcanzar todas las cumbres de las virtudes que solo ha concebido en pensamiento. Pero cuando la tentación lo atraviesa de repente, perturba completamente esos pensamientos elevados que habían nacido

de las virtudes. Como un enemigo inesperado entra en una ciudad segura, y con una espada repentina se hieren los cuellos de los ciudadanos orgullosos. Entonces no se hace nada más que un continuo lamento, mientras la ciudad del alma, capturada, se vacía de la gloria de sus nobles por la intervención de la matanza. Por lo tanto, ahora se dice: Deja tu grandeza sin tribulación, y todos los fuertes con fortaleza. Como si se dijera abiertamente: Reprime todo lo que internamente habías hinchado por la buena acción, y deja de lado los movimientos del corazón que habías tenido fuertes por la obra recta, porque ya en la misma tentación de la adversidad consideras cuán en vano antes te estimabas grande. Esta grandeza, por cierto, se dice que debe ser dejada sin tribulación, porque, sin duda, cuando la humildad progresa a través de la tentación, esa misma adversidad es próspera, ya que guarda la mente de la elevación. Sin embargo, no se lleva a cabo sin gran tribulación, cuando la mente tranquila es turbada por la tentación que irrumpe como un enemigo repentino. Pues la misma adversidad de la tentación, al insertarse en la mente, genera en ella ciertas tinieblas, y la turba con la oscuridad de su amargura, que antes había brillado con la dulzura de las virtudes irradiando en ella. Por lo tanto, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XLVI.

VERS. 20.---No prolongues la noche para que el pueblo suba por ellos.

83. La tentación engendra tinieblas y suscita tormentas. En efecto, la noche se prolonga cuando la tristeza surgida de la tentación no se termina con el consuelo recibido. La noche se prolonga porque la tristeza del alma se alarga con pensamientos confusos. Pues, mientras la mente, puesta en tentación, considera que es apartada de la solidez original de su virtud, se ciega con las tristezas que la envuelven, como si fueran ciertas tinieblas, y su ojo se cierra a toda luz de alegría, mientras ansiosamente teme perder por completo lo que había comenzado a ser. Por eso, se dice bien que en esta noche ascienden los fuertes del pueblo, porque, en efecto, en esta tristeza de la tentación, en lugar de movimientos fuertes, surgen pensamientos indignos y múltiples en el corazón. Pues, al verse en la perturbación, ya casi ha perdido lo que era, acumula en sí misma innumerables olas y tumultos; a veces se duele porque ha perdido su tranquilidad; a veces teme caer hasta las malas obras; a veces recuerda en qué cumbre se había mantenido; a veces observa en qué profundo de vicios yace por la delectación; a veces se prepara para recobrar fuerzas; a veces, ya vencida y quebrantada, desespera de poder recobrarlas.

84. En esta noche, múltiples pensamientos como un tumulto de pueblo oprimen. Cuando, por lo tanto, sobre la mente afligida surgen tantos pensamientos, estos la oprimen como un pueblo que se levanta en la noche. Sin duda, el Profeta había presumido que podría someter a estos pueblos no por sí mismo, sino con la ayuda de la protección divina, cuando decía: Mi protector, y en él confiaré, sometiendo pueblos bajo mí (Salmo CXLIII, 2). En efecto, los pueblos son sometidos por las mentes santas cuando, por la presencia de una severidad estricta, las ideas necias se disipan, de modo que no arrastren por abruptos de fantasías, sino que, sometidas a la razón, reposen humildemente en el corazón. Por lo tanto, cuando el alma se encuentra en tentación, que en tiempos prósperos presumía de sí misma en exceso, soporta tumultos de esperanza y desesperación, se dice correctamente ahora: No prolongues la noche, para que los pueblos asciendan por ellos. Como si se dijera abiertamente: Atrapado en la tentación, corta rápidamente las tinieblas de la tristeza, no sea que, habiendo pensado en ti mismo en lo alto en la tranquilidad, también en la perturbación te confundas peor en la oscuridad de los pensamientos. Lo que Eliú diría correctamente, si supiera a quién se lo decía. Pues estas palabras son tanto menos adecuadas para el bienaventurado Job, cuanto más se le

conocen todas las cosas en lo alto. Pero, como hemos dicho a menudo, los arrogantes, mientras presumen enseñar a quienes no deben, se deslizan hasta palabras de reprensión insultante, se añade.

CAPÍTULO XLVII [Rec. XXIX].

VERS. 21.---Cuida de no inclinarte hacia la iniquidad; pues comenzaste a seguirla después de la miseria.

85. Entonces debe evitarse la impaciencia, que injustamente se atribuye a Job.---La iniquidad sigue a la miseria, quien después de los males que soporta por corrección se inflama con el ardor de la impaciencia. Esto es lo que Eliú creyó que había hecho el bienaventurado Job, quien lo escuchó hablar con palabras libres mientras estaba bajo el azote, sin saber que todo lo que dijo no lo expresó por la iniquidad de la impaciencia, sino por la virtud de la verdad, quien no erró en la sentencia del juez interno ni siquiera cuando se justificaba a sí mismo. [Vet. XXXIX.] Pero es muy importante considerar cómo, cuando decía: No te inclines hacia la iniquidad, inmediatamente añadió sobre la misma iniquidad: Pues comenzaste a seguir esto después de la miseria.

86. Los soberbios no saben mantener la moderación al reprender. ¿Qué significa esto, que mientras prohíben desviarse hacia ella, inmediatamente la condenan como si ya se hubiera desviado, sino que los hombres arrogantes desean más parecer jueces que consoladores? Por eso, a veces hieren con sentencias severas lo que sospechan que ha nacido en el corazón, y antes de que la culpa de los que han errado sea cierta, se pronuncia una invectiva severa de palabras; y se golpea con la sentencia antes de que salga a la luz lo que debe ser herido.

87. Discreción de los santos al corregir.---Aunque los hombres justos a menudo enfrentan pensamientos perversos y ocultos mediante la reprensión; sin embargo, cuando estas mismas ideas son demostradas por algunas acciones que las preceden, a menudo erradican de los corazones de sus oyentes esos vicios que aún no se han manifestado con la mano de la corrección, pero ya los ven seguir a partir de otras acciones que las preceden. Así como los médicos corporales encuentran que algunas enfermedades ya han llegado, mientras que otras las tratan para que no lleguen, así los doctores santos a veces restauran a la salud las heridas encontradas, y otras veces actúan en las mentes para que no sean heridas. En esto se debe observar con cuidado, porque así como a menudo reprenden con severidad lo cierto, también contradicen con tranquilidad los vicios inciertos; increpan golpeando lo cierto, evitan premuniendo lo incierto. Porque los hombres arrogantes desconocen esta regla de discreción, con los dardos de sus sentencias hieren tanto lo conocido como lo desconocido; tanto lo cierto como lo incierto. Por eso ahora se dice por Eliú: Cuida de no inclinarte hacia la iniquidad; pues comenzaste a seguirla después de la miseria. Y dado que lo que sigue se extiende en una alegación más larga, concluimos este librito con este fin, para que no se extienda de manera desmedida.

LIBRO VIGÉSIMO SÉPTIMO. Se exponen los doce últimos versos del capítulo XXXVI, junto con el capítulo XXXVII completo, con ingeniosas indagaciones para sostener tanto la doctrina como la ética cristiana en sus sentidos.

CAPÍTULO PRIMERO.

853 1. De las palabras correctas de los soberbios se debe tomar lo que es útil y rechazar lo que es dañino. Quienquiera que intente adquirir conocimiento de las grandes palabras de los arrogantes, debe prever con diligencia que no imite aquello en lo que su conocimiento se infla con altivez, para que no recoja los vicios de los comportamientos con las palabras de las virtudes, y en lo que adquiere conocimiento del hablar, no se traspase a sí mismo con la ignorancia del vivir. Pues cuando los escuchamos decir cosas fuertes, pero los vemos hincharse con sus palabras fuertes, es como si entráramos en un jardín de doctrina, tocamos las rosas entre las espinas. Por lo tanto, necesitamos una preocupación discreta, tanto para recoger lo que huele bien como para evitar lo que pincha, no sea que, si acaso se recoge imprudentemente la flor de las palabras, la mano incauta del lector sea lacerada por la espina de los comportamientos. Así, Eliú, docto y arrogante, a veces ofrece algo que huele bien, a veces algo que pincha. Por lo tanto, se debe tomar de su doctrina lo que fragancia, pero con cuidado de evitar lo que hiere por su altivez. Él, en efecto, introdujo muchas cosas moralmente antes, pero en las palabras siguientes se elevó solo a los arcanos de la profecía. Pues abandona las cosas bajas de la moralidad y asciende a las cumbres de la profecía.

2. A veces llenos de un espíritu de profecía soberbio.---No es de extrañar que un hombre arrogante pudiera ser llenado con el espíritu profético, ya que Saúl también estuvo entre los profetas (I Sam. X, 6). Pero, ¿por qué hablamos de Saúl, cuando sabemos que incluso un asno recibió palabras razonables de la visión de un ángel (Núm. XXII, 28)? Así como un animal irracional pronunció palabras de razón, sin embargo, no accedió a una transformación de su naturaleza racional, así también, a menudo, cualquier indigno recibe palabras santas por el espíritu de profecía, pero no alcanza la gloria de la santidad merecida, de modo que sobresale hablando por encima de sí mismo, y languidece viviendo por debajo de sí mismo. Por lo tanto, ahora Eliú contempla humildemente la venida de nuestro Redentor, y lo proclama profetizando, a quien combate con costumbres altivas, diciendo:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXVI, VERS. 22.---He aquí, Dios es excelso en su fortaleza, y no hay nadie semejante a Él entre los legisladores.

3. Cristo, humilde en la debilidad y excelso en la fortaleza, supera con creces a los demás legisladores. Como si dijera abiertamente: Quien parece humilde en la debilidad, permanece excelso en la fortaleza, como también lo atestigua Pablo, quien dice: Porque aunque fue crucificado por debilidad, vive por el poder de Dios (II Cor. XIII, 4). De quien se dice correctamente: Ninguno es semejante a él entre los legisladores. Moisés fue legislador, Josué fue legislador, también los profetas fueron legisladores; podemos llamar legisladores a todos aquellos que sabemos que han instruido al pueblo con la ley recta. Pero entre los legisladores, ninguno es semejante a este Mediador, porque estos fueron llamados gratuitamente de los pecados a la inocencia, y predicando, llevan a otros de lo que han experimentado en sí mismos. Sin embargo, nuestro Redentor es hombre sin pecado, hijo sin adopción, nunca cometió lo que reprochó, y así habla al mundo desde su humanidad, mientras que al mismo mundo antes de los siglos lo gobierna desde su divinidad. Algunos creyeron que este Mediador entre Dios y los hombres fue semejante a los legisladores. Pues al preguntar: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? los discípulos respondieron, diciendo: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; otros, Jeremías, o uno de los profetas (Mat. XVI, 13). Pero ciertamente a Pedro le reveló cuán excelso era en fortaleza, cuando mirándolo verdaderamente, lo distinguió de la igualdad con los legisladores, diciendo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Ibid., 16). Por lo cual, correctamente la esposa en el Cantar de los

Cantares dice de él: En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma; lo busqué, y no lo hallé (Cant. III, 1). Y poco después: Me encontraron los guardias que rondan la ciudad. De quienes nuevamente dice: Me hirieron, me quitaron mi manto. A quienes vuelve a preguntar, diciendo: ¿Habéis visto al que ama mi alma? Apenas los hube pasado, encontré al que ama mi alma (Cant. III, 3).

4. Quien es buscado en la noche, pero no se encuentra sino después de haber trascendido a los profetas y patriarcas. Pues el Amado es buscado en las noches en el lecho, porque dentro de los secretos del corazón se desea en la tribulación del espíritu. Sin embargo, la esposa que lo busca no lo encuentra, porque cualquier alma elegida ya arde con las llamas de su amor, pero aún se le niega la visión buscada, para que crezca el deseo del amante; y como si se le retirara el agua en la sed, para que aumente el ardor de esa misma sed, y cuanto más lo desea sedienta, más ávidamente lo tomará cuando lo encuentre. Pero los vigilantes encuentran a quien busca, la hieren y le quitan su manto, porque cuando los doctores solícitos encuentran a cualquier alma que ya busca la visión de su redentor, la hieren con las flechas del amor celestial a través de la palabra de la predicación, y si aún le queda algún manto de la antigua conducta, se lo quitan, para que, despojada del peso de este mundo, encuentre más rápidamente a quien busca. Bien se añade: "Un poco después de haberlos pasado, encontré a quien ama mi alma." Porque la mente ávida de su visión, si no trascendiera la estimación de los profetas, la grandeza de los patriarcas, la medida de todos los hombres, no encontraría a quien está por encima de los hombres. Pasar, por tanto, es dejar atrás a los vigilantes, incluso a aquellos que el alma admira, en comparación con él. Y entonces se ve a quien se buscaba, si se cree que es hombre, pero sin embargo fuera de las medidas de los hombres. Por eso bien se dice ahora: "Nadie es semejante a él entre los legisladores." Pero él, apareciendo a nuestros ojos a través de la debilidad de la carne, mientras reprueba a unos y llama a otros, mostró juicios admirables, que podemos pensar pero no comprender. Pues dice: "Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos" (Juan 9, 39). Y de nuevo: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños" (Mateo 11, 25). En estos juicios, sin duda, Judea es rechazada, y los gentiles son agregados. Este hecho, ciertamente, podemos admirarlo, pero de ninguna manera podemos investigarlo. Por eso bien se añade ahora por Eliú:

CAPÍTULO III.

VERS. 23.---¿Quién podrá escudriñar sus caminos? ¿O quién se atreverá a decirle: Has obrado iniquidad?

5. No debemos escudriñar, mucho menos reprobarnos, sus juicios.---Como si dijera: ¿De qué manera puede ser reprobada la acción de aquel cuya obra no puede ser investigada? Nadie juzga bien lo que ignora. Por tanto, debemos descansar en silencio bajo sus juicios, en la medida en que reconocemos que no podemos ver la razón de sus juicios. Por lo cual, se añade acertadamente:

CAPÍTULO IV [Ant. y Rec. II].

VERS. 24.---Recuerda que ignoras su obra, de la cual han cantado los hombres.

6. Los ángeles y los doctores, aunque alaben estas cosas, no las conocen del todo. En la Sagrada Escritura, a veces se menciona a los hombres como ángeles, y otras veces como

hombres de vida perfecta. Pues bien, porque a veces un hombre es llamado ángel, el profeta Daniel lo atestigua, diciendo: "He aquí el hombre Gabriel" (Dan. IX, 21). Nuevamente, porque con el nombre de hombres se expresan aquellos de vida perfecta, en los Proverbios la sabiduría habla, diciendo: "Oh hombres, a vosotros clamo" (Prov. VIII, 4). Por lo tanto, los hombres cantan del Señor, cuando su poder nos es dado a conocer ya sea por el espíritu celestial o por doctores perfectos. Sin embargo, su obra es desconocida, porque ciertamente incluso aquellos que lo predicán veneran sus juicios impenetrables. Así, conocen a quien predicán, pero desconocen sus obras, porque lo conocen por la gracia de aquel por quien fueron hechos, pero no pueden comprender sus juicios, que incluso sobre ellos son realizados por Él. Que el Dios omnipotente no es claramente visible en su acción, lo atestigua el salmista, diciendo: "Puso las tinieblas por escondite suyo" (Sal. XVII, 12). Y nuevamente: "Tus juicios son un abismo profundo" (Sal. XXXV, 7). Y otra vez: "El abismo como un manto es su vestidura" (Sal. CIII, 6). Por lo cual, también se dice acertadamente por Salomón: "Así como ignoras cuál es el camino del espíritu, y de qué manera se forman los huesos en el vientre de la que está encinta, así no conoces las obras de Dios, que es el creador de todo" (Ecle. XI, 5).

7. Ejemplo de los juicios ocultos de Dios en los niños que mueren sin bautismo o después del bautismo.---Para hablar de uno entre muchos, dos niños vienen a esta luz, pero a uno se le concede regresar a la redención a través del bautismo, mientras que el otro es retirado antes de que la onda regeneradora lo bañe. Y a menudo el hijo de fieles es arrebatado sin fe, mientras que el de infieles es renovado con el sacramento de la fe concedido. Pero tal vez alguien diga que Dios sabía que este actuaría mal incluso después del bautismo, y por eso no lo lleva a la gracia del bautismo. Si es así, los pecados de algunos sin duda se castigan antes de ser cometidos. Y ¿quién, pensando correctamente, diría que el Dios omnipotente, que libera a unos de los crímenes cometidos, condena en otros los no cometidos? Sus juicios son, por tanto, ocultos; y cuanto más no pueden ser vistos por su oscuridad, tanto más deben ser venerados con humildad. Diga, pues: Recuerda que ignoras su obra, de la cual cantaron los hombres. Como si dijera abiertamente: De lo que hablaron los fuertes, sus obras están ocultas a los ojos de tu mente, porque la medida de tu conocimiento es superada por el hecho mismo de que estás limitado por la humanidad. Sigue:

CAPÍTULO V [Rec. III].

856 VERS. 25.---Todos los hombres lo ven, cada uno lo contempla desde lejos.

8. Dios no se ve sino de lejos, incluso por los elegidos.---Todo hombre, por el hecho mismo de ser creado racional, debe deducir por la razón que quien lo creó es Dios. Verlo, por tanto, es contemplar su condenación razonando. Y cuando se dice: Todos los hombres lo ven, se añade correctamente: Cada uno lo contempla de lejos. Contemplarlo de lejos es no verlo ya en su esencia, sino aún considerarlo solo por la admiración de sus obras. Incluso los elegidos lo contemplan aquí de lejos, porque aún no aprehenden su claridad con la agudeza de la visión íntima. Aunque ya están cerca de Él por amor, todavía están separados de Él por el peso de la morada terrenal; y aunque se adhieren a Él viviendo bien, suspiran por estar lejos de la visión de su contemplación. Los réprobos, cuando lo vean venir al juicio, también lo contemplarán de lejos, porque no lo verán en la forma de su divinidad, sino solo en la humanidad que pudieron comprender, ya que sus malas acciones, traídas a la memoria, los deslumbran, y mientras ven su humanidad, cuya claridad divina no ven, de un modo asombroso se alejan de la visión de quien contemplan. [Vet. III.] Pero cuando se dice: Recuerda que ignoras su obra, y luego se añade: Todos los hombres lo ven, lo cual, como

hemos dicho, es deducir por la razón su esencia trascendente, es muy sorprendente que lo veamos y, sin embargo, ignoremos su obra. No estamos en duda sobre su esencia, y sin embargo permanecemos inciertos en sus juicios. Lo que es supremo se nos revela, lo que es mínimo se oculta. Sus obras son menos que Él; y vemos al agente, pero en la acción nos oscurecemos: porque, evidentemente, es incierto por qué se hace algo, pero no es incierto quién es el que hace estas cosas inciertas. Que diga, por tanto: Recuerda que ignoras su obra, de la cual cantaron los hombres: Todos los hombres lo ven, cada uno lo contempla de lejos, porque vemos por la razón que Él, cuyas sentencias no comprendemos, existe; a quien, sin embargo, aún vemos de lejos, porque estamos separados de su fortaleza por la nube de nuestra debilidad. Sigue:

CAPÍTULO VI [Rec. IV].

VERS. 26.---He aquí un Dios grande que supera nuestro conocimiento.

9. De Dios comenzamos a entender algo solo cuando sentimos que no podemos conocerlo dignamente. Anteriormente había dicho: "He aquí Dios excelso"; ahora nuevamente dice: "He aquí Dios grande". ¿Qué significa que al hablar de Dios dice "he aquí" y repite "he aquí", sino que decimos "he aquí" de aquello que mostramos en el presente? Y dado que Dios está presente en todas partes, cuando se dice "he aquí" de Él, se recuerda que está presente incluso para los que no lo ven. Sin embargo, narra bien que Él supera nuestro conocimiento, a quien había dicho que es visto por todos, porque aunque se percibe por la razón, su grandeza no es penetrada por la sutileza de nuestros sentidos. Pues todo lo que sabemos de la claridad de su grandeza está por debajo de Él; y somos alejados de su conocimiento tanto más cuanto más creemos haber comprendido su poder. Porque aunque nuestra mente sea elevada, es trascendida por la inmensidad de su grandeza. Algo de Él conocemos como en parte, cuando sentimos que no podemos conocerlo dignamente. Sigue:

CAPÍTULO VII.

Ibid.---El número de sus años es inestimable.

857 10. Dios, inmenso sin espacio, eterno sin principio ni fin.---Quiso expresar de alguna manera la eternidad, y llamó años a la misma longitud de la eternidad. Pues cuando deseamos extender la brevedad del tiempo, prolongamos los momentos por horas, las horas por días, los días por meses, y los meses por años. Por lo tanto, al querer expresar algo muy amplio, pero no encontrar cómo decirlo de manera más extensa, multiplicó los años en Dios sin estimación de número, diciendo: El número de sus años es inestimable, para que, al multiplicar lo que en sí mismo es extenso, la debilidad humana reconozca que no puede medir la longitud de la eternidad. Extiende, pues, la mirada hacia la eternidad, para que veas a Dios, ya sea desde el principio o hasta cuándo; y en ningún lugar hay un fin superior, porque no comienza a ser; en ningún lugar hay un fin inferior, porque no deja de ser. Dentro de Él, todo se estrecha, pero Él mismo se extiende alrededor de todo sin espacio, se dilata sin lugar. He aquí que todas las cosas que han sido hechas, con la misma limitación con la que fueron creadas, están rodeadas por un fin superior e inferior. Pues por su ley, ya que comienzan a ser desde la nada, se apresuran a no ser.

11. Algunas cosas serán eternas, pero no lo fueron. Sin embargo, algunas han recibido de manera maravillosa que, aunque un fin superior las inicia, un fin inferior no las constriñe; y aunque comiencen a existir, no dejan de existir para siempre. La eternidad de estas cosas es

diferente de la suma eternidad porque comenzaron a ser eternas. Cuando miramos hacia los extremos, no comprendemos el fin de estas cosas, que en absoluto existe; sin embargo, percibimos sus inicios cuando retrocedemos con la mente; y mientras dirigimos el espíritu hacia arriba y hacia abajo en ellas, no captamos en absoluto hasta dónde son, pero vemos desde cuándo. Dios, sin embargo, porque en Él hay algo que a través de la eternidad es largo, que no surge con un inicio ni termina con un fin, ni recibe en sí mismo desde cuándo ni hasta cuándo, se dice entonces: El número de sus años es inestimable. Por lo tanto, al decirse que el número de sus años es inestimable, se muestra que su ser es duradero. Por lo que se recuerda como inestimable, se demuestra que este ser es infinito e incomprensible. Pero porque lo hemos reconocido para que sea conocido por las mentes humanas, mientras todos los hombres lo ven; y porque admirando su grandeza lo percibimos, mientras el número de sus años se considera inestimable, queda ahora que también escuchemos qué hace. Sigue:

CAPÍTULO VIII [Ant. IV, Rec. V].

VERS. 27.---El que quita las estrellas de la lluvia, y derrama lluvias como torrentes.

12. Los santos patriarcas y profetas fueron estrellas que generaban lluvia.---En esta vida hay dos tipos de justos: uno, a saber, aquellos que viven bien, pero no enseñan; y otro, aquellos que viven rectamente y enseñan esa misma rectitud, así como en el firmamento algunas estrellas aparecen sin que las sigan lluvias, mientras que otras aparecen y riegan la tierra seca con grandes lluvias. Por lo tanto, cada vez que en la santa Iglesia algunos viven rectamente, pero no saben predicar esa misma rectitud, son ciertamente estrellas, pero nacidas en la sequedad del aire; porque pueden iluminar a los demás con el ejemplo de una buena vida, pero no pueden llover con la palabra de la predicación. Sin embargo, cuando en ella algunos viven rectamente y también influyen en otros con esa misma rectitud a través de las palabras de la predicación, es como si en el cielo se produjeran estrellas para traer lluvias, que brillan con los méritos de su vida y también llueven con el discurso de la predicación. ¿Acaso no fue Moisés una estrella de lluvia en este cielo, quien, al resplandecer desde lo alto, infundió en los corazones de los pecadores, como si fueran tierra seca, la lluvia de la santa exhortación para la fertilidad del germen? ¿Acaso no fue Isaías mostrado como una estrella de lluvia, quien, al prever y sostener la luz de la verdad, regó la sequedad de los infieles anunciando proféticamente? ¿Acaso no fueron Jeremías y los demás profetas, como estrellas de lluvia situadas en el cielo, quienes, elevados en la cumbre de la predicación, al atreverse a increpar libremente la depravación de los pecadores, presionaron el polvo de la ceguera humana regándolo con gotas de palabras? Cuyas almas, tomadas de esta carne corruptible, porque son llevadas de la vida presente a los juicios supremos, son como estrellas de lluvia retiradas de la faz del cielo, y regresan a lo oculto como astros, cuando, habiendo completado sus cursos, las almas de los santos son guardadas en los tesoros de la disposición íntima.

13. Con estos retirados, fueron enviados los apóstoles, quienes derramaron lluvias como torrentes. Pero porque la tierra se secaría si, al retirar las estrellas, cesaran por completo las lluvias de las alturas, se dice con razón: "Quien quita las estrellas de la lluvia, y derrama lluvias a modo de torrentes". Pues cuando retiró a los profetas, el Señor envió en su lugar a los apóstoles, quienes llovieron a semejanza de torrentes, después de que, al retirar a los antiguos Padres, callaran los preceptos exteriores de la ley. Por lo tanto, ocultó las estrellas de la lluvia y derramó lluvias a modo de torrentes, porque al llevar a los predicadores de la ley a lo secreto e íntimo, por las palabras de los sucesores emanó una más abundante fuerza de predicación.

[Vet. V.] 14. Después de los apóstoles, los santos Padres enriquecieron la doctrina sagrada.--- También pueden ser designados por las estrellas de las lluvias, los santos apóstoles, de quienes se dice a la Judea reprobada por Jeremías: "Fueron prohibidas las estrellas de las lluvias, y no hubo lluvia tardía" (Jeremías III, 3). Así, el Señor apartó las estrellas de la lluvia y derramó lluvias como torrentes, porque cuando retiró a los apóstoles predicadores de Judea, regó al mundo con la doctrina de la nueva gracia. Ambos hechos pueden entenderse sin inconvenientes en la Iglesia, porque cuando, al liberar los cuerpos, llevó las almas de los apóstoles a los secretos senos celestiales, ocultó las estrellas de la lluvia de la faz del cielo. Pero al retirar las estrellas de la lluvia, dio lluvias como torrentes, porque incluso al llevar a los apóstoles a las alturas, a través de las lenguas de los expositores que les siguieron, reveló con mayor abundancia los manantiales divinos de la ciencia que habían estado ocultos por mucho tiempo. Pues lo que ellos hablaron brevemente, estos lo enriquecieron exponiéndolo de múltiples maneras. Por lo cual, no sin razón, la misma predicación de los expositores se compara con torrentes: porque al reunir las palabras de muchos predecesores, ellos mismos se expanden más profundamente en lo que afirman. Pues al unir testimonios con testimonios, es como si de gotas hicieran torrentes. Y mientras la gentilidad es instruida diariamente por sus palabras, ya que la mente de los pecadores recibe la ciencia celestial, es como si, estando en la tierra, mostrara los torrentes de agua. Pero de ninguna manera los expositores deben preferirse a los mismos apóstoles en ciencia, aunque hablen más extensamente al exponer. Deben recordar constantemente, por quienes recibieron las invenciones de esa misma ciencia. Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO IX.

VERS. 28.---Que fluyen de las nubes.

15. Sin embargo, no deben ser preferidos a los apóstoles, los primeros transmisores de esta doctrina. Estos, en efecto, son como torrentes que fluyen de las nubes, porque si la comprensión no comenzara con los santos apóstoles, no se derramaría abundantemente a través de las palabras de los doctores. En la Sagrada Escritura, a veces las nubes representan a los hombres inconstantes, a veces a los profetas, y otras veces a los apóstoles. En efecto, las nubes expresan la inestabilidad de la mente humana, como dice Salomón: "El que observa el viento, no siembra; y el que considera las nubes, nunca cosecha" (Eclesiastés XI, 4). Sin duda, el viento se refiere al espíritu impuro, y las nubes a los hombres sujetos a él; a quienes empuja y retira de un lado a otro tantas veces como sus tentaciones alternan en los corazones con los soplos de sus sugerencias. Por lo tanto, el que observa el viento, no siembra, porque quien teme las tentaciones futuras, no dispone su corazón para las buenas obras. Y el que considera las nubes, no cosecha, porque quien tiembla ante el terror de la mutabilidad humana, se priva de la recompensa de la retribución eterna. Los profetas son figurados por las nubes, como dice el salmista: "Agua tenebrosa en las nubes del aire" (Salmo XVII, 12); es decir, la ciencia oculta en los profetas. Los apóstoles también son designados por las nubes, como dice Isaías: "Mandaré a las nubes que no derramen lluvia sobre ella" (Isaías V, 6). Ellos son las estrellas, porque brillan por los méritos de su vida; ellos son las nubes, porque riegan la tierra árida de nuestro pecho con el flujo de la inteligencia celestial. Si no fueran nubes, el profeta no habría dicho al mirarlos: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes?" (Isaías LX, 8). Así, los torrentes de lluvia fluyen de las nubes, porque las profundas predicaciones de la inteligencia de los seguidores tienen su origen en los santos apóstoles. De estas nubes se añade apropiadamente:

CAPÍTULO X.

IBID.---Que cubren todas las cosas desde arriba.

16. Por qué los apóstoles son llamados nubes.---Las nubes, cuando cubren el aire desde arriba, si levantamos los ojos al cielo, no vemos el cielo, sino a ellas; y nuestra vista no penetra las regiones etéreas, porque nuestra propia debilidad nos las oculta; y cuando el sol brilla desde el cielo, primero se alimenta del aire interpuesto, para luego contemplar los rayos del sol en el cielo. Porque, siendo hombres carnales, cuando nos esforzamos por desear lo celestial, es como si levantáramos los ojos al cielo y fijáramos nuestra mirada en él, ya que, presionados por el uso de las cosas corporales, intentamos enseñar lo espiritual. Pero como nuestro entendimiento no se permite pasar a lo divino, a menos que primero se forme por los ejemplos de los santos que nos precedieron, es como si nuestro ojo ya captara el conjunto, pero ve nubes, porque desea comprender las cosas de Dios, pero apenas puede admirar las que han sido otorgadas a los hombres. Por eso también se dice en otro lugar: Tú iluminas maravillosamente desde los montes eternos (Salmo 75, 5). Porque quien no puede contemplar el sol naciente, mira los montes iluminados, y comprende que el sol ha salido. Así, Dios nos ilumina desde los montes eternos, porque a través de la vida admirable de los Padres que nos precedieron, nos ilumina con el rayo de su claridad. He aquí que en el estudio de la devoción al Señor y de la caridad nos encendemos, pero en esta devoción y caridad nos formamos mejor con la contemplación de estas nubes. ¿Qué hay más devoto que Pedro (Mateo 14, 29)? ¿Qué más querido que Juan (Juan 13, 23)? Aquel, por devoción, no temió pisar las aguas del mar, este, por amor, descansó en el pecho de nuestro autor; y quien había venido a la cena corporal, tomó el alimento espiritual del seno del Redentor.

[Ver. VII.] 17. ¿Por qué los profetas y los antiguos Padres también son llamados nubes? Abraham nos enseña la obediencia; Isaac, la paciencia; Jacob, la vida laboriosa; José, la castidad; Moisés, la mansedumbre; Josué, la constancia; Samuel, la benignidad; David, la piedad y la humildad.---Pero dado que hemos dicho que los profetas también son señalados como nubes, es necesario que llevemos a colación los ejemplos de los Padres anteriores. He aquí que cuando deseamos someternos a los preceptos celestiales mediante la obediencia, somos ayudados al considerar las huellas de los antiguos padres. ¿Qué más obediente que Abraham, quien a una sola voz del Señor abandona a sus parientes y su patria, y no duda en sacrificar al heredero que había recibido siendo ya anciano y casi moribundo, para obtener la herencia eterna (Génesis XII, 4)? Cuando intentamos alcanzar la virtud de la paciencia, contemplamos los ejemplos de los que nos precedieron. ¿Qué más paciente que Isaac, quien lleva la leña, pregunta por el holocausto, y poco después es atado y no habla; es colocado sobre el altar y no se resiste (Génesis XXII, 7)? ¿Qué puede decirse más paciente que este hombre, quien es llevado como a un consuelo y pregunta; es atado para ser sacrificado y guarda silencio; pregunta por el holocausto que va a ofrecer, y calla al ser ofrecido en holocausto? Cuando nos esforzamos por soportar los trabajos, somos aliviados por los ejemplos de los que nos precedieron. ¿Qué más laborioso que Jacob, quien, siendo pariente por derecho de consanguinidad, trabajó durante tanto tiempo en casa de Labán, y sirvió como un siervo para disfrutar de las recompensas del heredero (Génesis XXX, 26)? Cuando nos esforzamos por ascender a la cima de la continencia y la castidad, somos aliviados por los ejemplos de los que nos precedieron. ¿Qué más casto que José, quien, ante el deseo de una señora lasciva, no pudo ser sometido al yugo de la lujuria, incluso siendo cautivo? Y aunque fue siervo de los hombres, contra la maldad dominante fue libre incluso en la servidumbre (Génesis XXXIX, 12). Cuando deseamos llenarnos de mansedumbre, somos ayudados por los ejemplos de los que nos precedieron. ¿Qué más manso que Moisés, quien soporta la sedición del pueblo que le fue confiado, y sin embargo intercede ante el Señor airado por esos mismos

perseguidores suyos, exponiéndose al furor divino por ellos, porque en su santo pecho incluso la persecución enciende la caridad (Éxodo XXXII, 32)? Cuando nos esforzamos por formar la constancia de la mente contra las adversidades del mundo, somos sostenidos por la consideración de los que nos precedieron. ¿Qué más constante que Josué, quien, enviado a explorar la calidad de las naciones, no temió ni la magnitud de su estatura ni la multitud de su número? Por eso, las mismas naciones que no temió al explorar, también las derrotó en combate (Josué X, 7). Cuando intentamos alcanzar la cumbre de la benignidad, somos instruidos por los ejemplos de los que nos precedieron. ¿Qué más benigno que Samuel, quien, depuesto del principado de gobernar al pueblo, busca humildemente un sucesor para sí mismo, y al encontrarlo, lo unge como rey, y pronto soporta al ungido como perseguidor (I Samuel X; XII, 1)? De quien teme morir, y sin embargo ruega para que el Señor no se enoje con él. Él mismo, cuando fue enviado, dijo: "Saúl oírás y me matará" (I Samuel XVI, 2). Y la Verdad misma le dice: "¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, si yo lo he desechado?" (Ibid., 1). ¿Qué puede decirse más benigno que este hombre, quien no quiere que sea divinamente herido aquel de quien teme ser asesinado? Cuando nos dirigimos hacia la altura de la piedad y la humildad, somos elevados por los ejemplos de los que nos precedieron. ¿Qué más misericordioso, qué más humilde que David, quien recibió insultos del rey reprobado por sus victorias, quien valientemente liberó al pueblo israelita de la mano enemiga, y sin embargo, él mismo huye como débil para no morir (I Samuel XVII, 18, 19); quien reconoce que fue elegido por el juicio divino, y que su perseguidor es reprobado, y sin embargo se somete a su perseguidor con la humildad de una frecuente satisfacción, quien toma la lanza del perseguidor, corta el borde de su manto, y rápidamente se dirige a la cima del monte, y al mismo tiempo muestra que tuvo el poder de matar, y ruega para no ser matado?

18. Más que las nubes extendidas sobre nosotros, leemos la vida de aquellos santos.---Porque en todo lo que espiritualmente deseamos somos formados por ejemplos precedentes, bien se dice de estas nubes: Que cubren todo desde arriba. Pues, al modo de las nubes extendidas sobre nosotros, somos cubiertos por la vida de los padres, para ser infundidos hacia el fruto de un germen fecundo. Y como mirando al cielo primero vemos las nubes, porque antes admiramos las obras de los buenos, y después penetramos experimentando las cosas celestiales. Pero porque de ninguna manera la vida y virtud de estas nubes, es decir, de los padres antiguos, nos sería manifiesta, si otras nubes, es decir, los santos apóstoles, no la revelaran con la luz de su predicación, volvamos a estas nubes que recorren el mundo predicando, y mostremos lo que el Señor ha hecho en el mundo a través de ellas. Sigue:

CAPÍTULO XI [Rec. VI].

VERS. 29, 30.---Si quisiera extender las nubes como su tienda, y resplandecer con su luz desde lo alto, también cubriría los confines del mar.

19. Las tiendas de los santos de Dios son aquellas en las que habita y camina entre nosotros. Cuando Pablo se dirigía a Roma, Dios iba oculto en su pecho como bajo una tienda. El Señor extendió las nubes, abriendo el camino de la predicación a sus ministros, y los dispersó por la amplitud del mundo. Bien se ha dicho: Como su tienda. La tienda, en efecto, suele colocarse en el camino. Y cuando los santos predicadores son enviados al mundo, preparan el camino para Dios. Por eso está escrito: He aquí que envío a mi ángel delante de ti, que preparará tu camino ante ti (Malac. III, 1). Y también se dice por el salmista: Preparad el camino al que asciende sobre el ocaso (Salmo LXVII, 5). Y nuevamente: Dios, cuando salías delante de tu pueblo, cuando atravesabas el desierto, la tierra se estremeció (Ibid., 8). Porque Dios, que por sí mismo está en todas partes no localmente, camina localmente por las partes del mundo a

través de sus predicadores. Por eso también se dice por el profeta: Y caminaré entre ellos (Lev. XXVI, 12; II Cor. VI, 16). Realiza su camino a través de ellos, infundiendo su palabra en los corazones humanos. Y en este camino, estas mismas almas de los santos son las tiendas de Dios, en las que se cubre como descansando en el camino, mientras, viniendo a las mentes de los hombres, realiza lo que ha dispuesto, y no se ve. De ahí que toda la sinagoga se llame tienda, cuando el Señor se queja por Jeremías de que los sacerdotes han cesado de predicar, diciendo: No hay quien extienda mi tienda, y levante mis pieles (Jeremías X, 20). De ahí que también se diga de su destrucción: Dispersó su tienda como un jardín, demolió su tabernáculo (Lamentaciones II, 6). Porque, en efecto, cuando el Señor se ocultaba entre los hombres en el culto de un solo pueblo, llamó a ese mismo pueblo su tienda. Por eso, ahora estas nubes se llaman justamente su tienda, porque Dios, viniendo a nosotros por gracia, se cubre dentro de las mentes de sus predicadores. ¿Acaso no era Pablo su tienda, cuando viniendo desde Jerusalén hasta Ilírico a los corazones de los mortales, el Señor descansaba en su mente (Rom. XV, 19)? Era nube para los hombres, tienda para Dios, porque al que predicaba, infundía en los oyentes, y a este retenía invisiblemente en su mente. Nuevamente, cuando Pablo, encadenado, se dirigía a Roma para conquistar el mundo, Dios iba oculto en su pecho como bajo una tienda (Hechos XXVIII, 15), porque, aunque oculto, no podía ser visto, y a través de las palabras de la predicación, revelado, realizaba sin cesar el camino de la gracia iniciada. Moisés fue su nube, cuando antes de guiar al pueblo israelita, permaneció cuarenta años en el desierto, deseando lo sublime, y vivió separado de la convivencia del pueblo. Pero se convirtió en tienda de Dios cuando fue enviado a Egipto para rescatar al pueblo (Éxodo III, 10), llevando la verdad invisible en su corazón, mientras el Dios omnipotente, que se manifestaba en la obra, permanecía oculto en el corazón. Y estando presente en todas partes, conteniendo todo, realizaba su camino viniendo a Egipto en su siervo. Por eso está escrito: Dios fue a Egipto para redimirse un pueblo (Éxodo XV, 13, según la LXX). He aquí que se dice que va, aquel cuya presencia incircumscripita contiene todo, porque el que está en todas partes por su majestad, como en camino pone sus pasos por la predicación.

20. Dios resplandece a través de los santos cuando realiza milagros. Estos son necesarios en los predicadores. Sin embargo, a esos mismos santos predicadores las palabras no les bastan para persuadir, a menos que también se añadan milagros. Por eso, cuando se dice: Si quiere extender las nubes como su tienda, correctamente se añade: Y resplandecer con su luz desde lo alto. ¿Qué debemos entender por relámpagos, sino milagros? de los cuales se dice a través del Salmista: Multiplicarás los relámpagos y los turbarás (Salmo CXLIII, 6, según la LXX). Por estas nubes, por tanto, resplandece con su luz desde lo alto, porque a través de los santos predicadores ilumina las tinieblas de nuestra insensibilidad incluso con milagros.

21. Conversión de los confines extremos del mundo. Britannia sometida a la fe.---Y cuando estas nubes llueven palabras, y cuando con milagros revelan la fuerza de la luz resplandeciente, convierten incluso los confines extremos del mundo al amor divino. Por lo tanto, se dice correctamente: También cubrirá los confines del mar. Esto que escuchamos que debía hacerse con las voces de Eliú, ya lo vemos realizado por la obra de Dios. Porque el Señor Omnipotente cubrió los confines del mar con nubes resplandecientes, ya que, con los milagros brillantes de los predicadores, llevó la fe incluso a los confines del mundo. He aquí que ya ha penetrado en los corazones de casi todas las naciones; he aquí que ha unido en una sola fe el límite del Oriente y del Occidente; he aquí que la lengua de Britannia, que no conocía otra cosa que el rugido bárbaro, ya hace tiempo comenzó a resonar el Aleluya hebreo en alabanzas divinas. He aquí que el Océano, antes altivo, ahora sometido, sirve a los pies de los santos, y sus movimientos bárbaros, que los príncipes terrenales no podían dominar con

hierro, ahora las bocas de los sacerdotes los atan con simples palabras por temor divino; y aquel que no temía a las tropas de combatientes infieles, ahora, siendo fiel, teme las lenguas de los humildes. Porque al recibir las palabras celestiales, y con los milagros resplandecientes, se le infunde la virtud del conocimiento divino, y es refrenado por el terror de esa misma divinidad, para que tema hacer el mal, y con todos sus deseos anhele alcanzar la gracia de la eternidad. Por lo tanto, aquí también se añade convenientemente:

CAPÍTULO XII.

VERS. 31.---Porque por estas cosas juzga a los pueblos, y da alimento a muchos mortales.

22. A través de esos mismos predicadores designados como nubes, se inflige terror y se da alimento. Por estas palabras de los predicadores, es decir, las gotas de las nubes, por estos relámpagos de milagros, Dios juzga a los pueblos, porque llama a sus corazones aterrados al arrepentimiento. Pues cuando escuchan lo celestial, cuando atienden a las obras maravillosas, pronto regresan a sus corazones, y afligiéndose por las maldades pasadas, temen los tormentos eternos. Pero por esas mismas nubes por las cuales se inflige terror, también se da alimento, porque es una gran dispensación de los predicadores saber afligir las mentes de los soberbios, de modo que también sepan nutrir a los afligidos con palabras de consuelo, para que tanto aterren a los pecadores con los castigos eternos, como alimenten a los penitentes con los gozos del reino celestial. Por lo cual, bien se ha mantenido el orden de la dispensación, para que Eliú dijera ordenadamente que por estas nubes primero juzga a los pueblos, y después ofrece alimento, porque ciertamente el Dios omnipotente, a través de sus predicadores, primero nos reprende por nuestras malas acciones, y luego nos nutre consolándonos con esperanza. Pues si la divina dispensación no ejerciera juicio ahora a través de estas nubes, de ninguna manera les habría dicho a esas mismas nubes: Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados; y a quienes se los retengáis, les son retenidos (Juan 20, 22). Y de nuevo, si no alimentara nuestros corazones hambrientos a través de ellas, de ninguna manera habría dicho el Señor a los discípulos sobre los pueblos hambrientos: Dadles vosotros de comer (Mateo 14, 16). Lo que creemos que entonces se hizo por sus manos, vemos que se hace sin cesar por sus palabras cada día. ¿Qué hace Pedro cuando habla a través de las epístolas, sino saciar nuestros corazones malamente hambrientos con el alimento de la palabra? ¿Qué hacen Pablo y Juan al hablar a través de las epístolas, sino que nuestras mentes perciban los alimentos celestiales y superen el hastío de su inanición que las mataba? Por tanto, se dice: Si quisiera extender las nubes como su tienda, y relampaguear con su luz desde arriba, también cubrirá los confines del mar. Pues por estas cosas juzga a los pueblos y da alimento a muchos mortales. Como si dijera abiertamente: Si extiende a sus santos en el ministerio de la predicación, y sus palabras son ayudadas por milagros, llama a los confines del mundo a la fe, por lo cual primero juzga a los soberbios, y después, nutriendo con la palabra de consuelo, fortalece en la esperanza a los humildes.

[Vet. IX.] 23. No a todos se les concede la fe.---Pero cuando se decía que se daría alimento a los mortales, es notable que no se dijo a todos, sino a muchos, porque está escrito: No todos tienen fe (II Tes. III, 2). Y a algunos se les dice: Por eso no escucháis, porque no sois de Dios (Juan VIII, 47). Y de nuevo: Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Juan VI, 44). Y de nuevo: El Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19). Por lo tanto, incluso en la misma santa Iglesia, muchos mantienen la fe, pero no viven la vida de la fe; reciben los sacramentos de la humildad del Señor, pero desprecian humillarse en la imitación del Señor; comparten las suaves enseñanzas del divino discurso, pero en su interior persisten

en la arrogancia. Por lo tanto, aquí también, después de que se ha señalado la amplitud de la Iglesia reunida a través de los confines del mar, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XIII [Rec. VII].

VERS. 32.--- Oculta la luz a los impíos.

24. A los soberbios se les niega el conocimiento de la verdad. Son verdaderamente feroces aquellos que se elevan con pensamientos altivos. Contra ellos, Isaías dice: "¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos!" (Isaías 5, 21). También Pablo dice contra ellos: "No seáis sabios en vuestra propia opinión" (Romanos 12, 16). Pero a estos feroces se les oculta la luz, porque, ciertamente, a los soberbios se les niega el conocimiento de la verdad. Por eso, la Verdad misma dice: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños" (Mateo 11, 25), llamando sabios y entendidos a los soberbios. Pues no añadió: "Las has revelado a los necios", sino a los pequeños, mostrando así que condenó la soberbia, no la agudeza. Por eso también se dice en otro lugar: "El Señor guarda a los pequeños" (Salmo 114, 6). Y para mostrar qué se llama esta misma pequeñez, se añade: "Fui humillado, y me libró" (Ibid., 6). Porque hay muchos en la Iglesia que desprecian ser pequeños, y aun en el lugar de la humildad no dejan de ser feroces ante sí mismos. A menudo se les ve exaltarse con honores, disfrutar de placeres, expandirse con la multiplicidad de bienes. Estos a menudo no desean nada más que estar por encima de los demás, se congratulan de ser temidos por muchos; descuidan vivir rectamente, y anhelan tener fama de vida recta; buscan adulaciones, se hinchán con favores. Y porque están bien provistos de bienes presentes, no buscan las alegrías futuras. Y cuando una acción múltiple los ocupa, incluso se muestran ajenos a sí mismos. Y sin embargo, si surge alguna tentación de fe, porque al menos en apariencia se contienen, la defienden con palabras, la defienden con trabajos, y reivindicán la patria celestial, pero no la aman.

25. Muchos luchan por la tierra de la promesa, pero apenas la aman. Ejemplo de los gaditas y rubenitas.---A quienes bien representan los hijos de Rubén y Gad, y la media tribu de Manasés ante Moisés, quienes, poseyendo muchos ganados y bestias, al desear las llanuras que vieron fuera del Jordán, no quisieron tener herencia en la tierra de la promesa, diciendo: La tierra que el Señor ha herido ante los hijos de Israel es una región muy fértil para el pasto de animales; y nosotros, tus siervos, tenemos muchos ganados y te rogamos, si hemos hallado gracia ante ti, que des a tus siervos esa tierra en posesión, y no nos hagas cruzar el Jordán (Núm. XXXII, 4). Así, quienes poseen muchos ganados rehúsan cruzar el Jordán, porque aquellos a quienes ocupan muchas ataduras del mundo no buscan la morada de la patria celestial. Pero la misma fe los reprende, para que no se adormezcan en la delectación del ocio, y con su ejemplo no debiliten a otros en la tolerancia del trabajo y el afán de la longanimidad. Por eso se les dice a través de Moisés: ¿Acaso vuestros hermanos irán a la guerra mientras vosotros os quedáis aquí sentados? ¿Por qué desalentáis las mentes de los hijos de Israel? (Ibid., 7). Pero como se avergüenzan de no defender lo que confiesan, se apresuran al combate por la misma fe que han profesado, y la reivindicán no para sí, sino para los prójimos. Por eso dicen a Moisés: Construiremos rediles para las ovejas y establos para los ganados, y para nuestros pequeños ciudades fortificadas; pero nosotros mismos, armados y ceñidos, iremos al combate delante de los hijos de Israel (Ibid., 16). Pronto vienen valientes por otros, liberan la tierra de la promesa de los enemigos y la dejan; y regresan a pastar los ganados fuera del Jordán. Muchos, aunque fieles, ocupados en las preocupaciones presentes, pastan los ganados fuera del Jordán, porque contra la fe del bautismo sirven con toda su

mente y deseo a las cosas perecederas. Sin embargo, como hemos dicho, cuando surge la tentación de la fe, se arman para la defensa. Vencen y matan a los enemigos de la fe, pero no aman la herencia de la tierra de la promesa, es decir, el fruto de la fe; así luchan por ella, pero dejan sus afectos fuera de ella. Porque tienen a sus pequeños fuera, no tienen afecto en su morada. Por eso regresan a las llanuras, porque se deslizan desde las altas cumbres de los montes, como desde la esperanza de las cosas celestiales, para nutrir animales brutos fuera de la tierra de la promesa, porque se esfuerzan en alimentar con varios deseos los movimientos irracionales del alma, ya que no conocen cuán grande es la claridad de la luz eterna quienes se ciegan con ocupaciones transitorias; y mientras se enorgullecen de las cosas terrenales, se cierran el acceso a la luz celestial.

[Vet. XI.] Por lo tanto, se dice correctamente ahora: Esconde la luz a los crueles. Sin embargo, a veces la gracia divina mira a estos crueles y los aflige con las ocupaciones de las cosas abundantes, y entre sus prosperidades introduce tribulaciones adversas pero útiles, para que, entristecidos, vuelvan a su corazón y reconozcan cuán vanamente están ocupados en cosas perecederas. Por eso, aquí también, después de que se dice que la luz ha sido retirada, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XIV.

IBID.---Y le ordena que regrese de nuevo.

26. La luz de la verdad, que se oculta a las mentes altivas y ocupadas, se revela a las afligidas y humilladas. Porque la luz de la verdad, que se oculta a las mentes altivas y ocupadas, se revela a las afligidas y humilladas. En efecto, la ley llega cuando la mente afligida reconoce las mismas tinieblas de tribulaciones que soporta por las cosas perecederas, porque si no percibiera algo de la luz interna, ni siquiera vería que había perdido la luz. Esto puede entenderse especialmente de los judíos, quienes por eso se atrevieron a contradecir a nuestro Redentor cuando vino en la carne, porque se mostraron crueles en sí mismos. Pero a estos crueles la luz se les ocultó, porque los soberbios, al perseguir la luz de la verdad, la perdieron. Pero como al final del mundo han de ser recibidos en la fe, con razón se añade: Y le ordena que vuelva de nuevo. Por lo cual también se dice por medio de Isaías: Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, solo un remanente se salvará (Isaías 10, 22). Entonces, en efecto, la luz regresa a ellos cuando ellos mismos regresan a confesar el poder de nuestro Redentor.

27. Dios, como quiere, oculta o revela la luz. Sin embargo, si tomamos "en manos" no como un solo nombre en caso dativo, sino como dos partes de la oración, se puede entender que la luz se oculta en las manos, cuando ante el juez justo los inicuos son cegados en sus obras. A estos, sin embargo, se les ordena que regresen, porque cuando los pecadores reconocen que no pueden salvarse por sus propias fuerzas, reciben la luz de la gracia y son iluminados por los rayos de la protección íntima, para que después amen con mayor ardor la patria celestial, de la que antes ardían en deleite terrenal. Pero esto lo decimos cuando hablamos de la patria celestial, en la que escuchamos que residen huestes de ángeles dotadas de maravillosa claridad, presidida por el creador de todas las cosas, que la llena con su visión, cuya verdadera herencia es la luz y no hay defecto de la misma luz. Nos volvemos a nosotros mismos y pensamos que llevamos miembros terrenales, consideramos que, nacidos en tinieblas y ajenos a los rayos de la luz íntima, hemos vivido tanto más malvadamente cuanto, entregados a las cosas corporales, hemos vivido más lejos de las espirituales. Con esta consideración, el corazón se conmueve, y consciente de su mal, tiembla, y desespera de poder

hacerse ciudadano de aquella patria que escucha. Por lo tanto, aquí también se añade adecuadamente, para que la mente temerosa recupere la confianza. Pues de esta luz se añade inmediatamente:

CAPÍTULO XV [Rec. VIII].

VERS. 33.---Anuncia a su amigo que es su posesión, y que puede ascender a ella.

28. A los hombres casi desesperados, Dios les promete la gloria celestial.---Es amigo de la verdad quien ama la acción recta. Por eso, la misma Verdad dice a sus discípulos: Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando (Juan 15, 14). En efecto, se dice que el amigo es el guardián del alma. Por lo tanto, no sin razón, quien se esfuerza por guardar la voluntad de Dios en sus mandamientos es llamado su amigo. De ahí que la Verdad diga de nuevo a los mismos discípulos: Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer (Ibid., 15). De esta luz de la patria eterna, Dios anuncia a su amigo que es su posesión, para que no desespere de la fragilidad de su debilidad, para que no considere lo que fue creado, sino lo que ha sido recreado, y para que sepa con mayor certeza que posee la claridad de esa luz, cuanto más ahora pisa verdaderamente las tinieblas de los vicios que lo asedian. Bien se añade en la promesa: Y pueda ascender a ella. Pues, ¿qué es más difícil que para un hombre nacido en la tierra, llevando miembros terrenales y frágiles, ascender a las alturas de los cielos, penetrar en los arcanos de los espíritus celestiales?

29. Cristo estableció la paz entre los ángeles y los hombres. Nos hizo iguales a los ángeles. Sin embargo, el Creador de esos mismos espíritus vino a nosotros, y se mostró como hombre incluso por debajo de ellos, como se dice de Él al Padre por el Profeta: Lo hiciste un poco menor que los ángeles (Salmo VIII, 6). Y porque encontró entre nosotros y esos mismos espíritus el escándalo de una vida discordante, con un poder admirable, y aún más admirable piedad, creando lo supremo, asumiendo lo ínfimo, unió lo bajo con lo alto. De ahí que, al nacer el mismo Rey, los coros de ángeles se presenten en su anunciación, canten un himno, y vencida la discordia de la vida perversa, reconozcan como ciudadanos a aquellos que antes despreciaban, proclamando con una sola voz: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). Como si dijeran abiertamente: Que la bondad nacida ahora en la tierra una a aquellos que la malicia nos había separado. De ahí que antes de su encarnación, en el Antiguo Testamento, se lea que un hombre adoró a un ángel, y sin embargo no se le prohíbe adorar (Génesis XVIII, 2); pero después de la venida del Mediador, cuando Juan se postró adorando al ángel, escuchó: Mira que no lo hagas, soy consiervo tuyo y de tus hermanos (Apocalipsis XIX, 10; XXII, 9). ¿Qué significa que antes se permitían ser adorados con ecuanimidad, y después los ángeles rechazan ser adorados por el hombre, sino que antes, al conocer al hombre entregado a corrupciones carnales, y no redimido de esas mismas corrupciones carnales, lo despreciaban con justicia por ser más abyecto; pero después ya no podían tener sujeta a la naturaleza humana, al ver que en su Creador había sido elevada incluso por encima de ellos mismos? Pues ya no debía ser despreciada en los miembros lo que mereció ser venerada en la cabeza de esos mismos miembros. Así, aquel que por nosotros fue menor que los ángeles, nos hizo iguales a los ángeles por la virtud de su disminución. Por eso, muriendo enseñó a no temer la muerte, resucitando a confiar en la vida, ascendiendo a gloriarse de la herencia de la patria celestial, para que donde ven que la cabeza ha precedido, allí se alegren de seguirle los miembros. Por eso, bien se dice de nuestra misma cabeza: Dondequiera que esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas (Mateo XXIV, 28). Por eso Pedro dice: A una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos (I

Pedro I, 4). Por eso Pablo dice: Sabemos que si nuestra morada terrestre de este tabernáculo se deshace, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (II Corintios V, 1).

30. Solo Cristo ascendió al cielo, que solo a sus miembros está abierto. Pero si también nosotros, que nacimos en la tierra, ascendemos al cielo, ¿dónde queda lo que nuevamente dice la Verdad: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan 3, 13)? A esta sentencia, sin duda, se opone inmediatamente lo que la misma Verdad dice: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan 17, 24). No hay discrepancia en sus palabras, sino que enciende el afán de nuestra mente para investigar estas aparentes discordancias. Porque todos nosotros que hemos nacido en su fe, sin duda somos su cuerpo. Porque, por la maravillosa disposición de su piedad, el Señor se ha hecho cabeza de sus miembros, y al rechazar a la multitud de los réprobos, está solo incluso con nosotros. Nadie, por tanto, sube al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan 3, 13), porque mientras ya hemos sido hechos uno con Él, de donde solo Él vino en sí mismo, allí solo regresa también en nosotros; y el que siempre está en el cielo, asciende diariamente al cielo, porque el que permanece en su divinidad sobre todas las cosas, se eleva diariamente a los cielos con la unión de su humanidad. No se desespere, por tanto, la fragilidad humana, considere la sangre del unigénito, y en su precio contemple cuán grande es lo que tanto vale. Considere cuidadosamente a dónde ha precedido la cabeza, y lo que está obligado a vivir por los preceptos, se fortalezca para esperar por el ejemplo; confíe en los cielos, espere la patria celestial, sepa que es compañera de los ángeles, y en su cabeza se regocije de ser preferida incluso a los ángeles. Por tanto, se diga correctamente de esta luz de la patria eterna: Anuncia a su amigo que es su posesión, y que puede ascender a ella. [Vet. XII.] Pero estas cosas son muy maravillosas, muy terribles, que el hombre nacido en la tierra, y condenado lejos de la patria celestial por sus méritos exigentes, no solo es devuelto al estado de su condición, sino que también es exaltado más gloriosamente, para que quien perdió el paraíso reciba el cielo; y no solo no lo retiene la deuda de su culpa, sino que después de la culpa, los dones se le acumulan más abundantemente, para que aquel que fue un despreciador de Dios, aquel imitador del diablo, si regresa al fruto del arrepentimiento, ascienda hasta la altura de contemplar la luz íntima. ¿De quién, por tanto, no saltará el corazón en admiración de esta piedad? ¿De quién no se estremecerá la apatía ante la elevación de tan gran consideración? Por lo cual, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVI [Rec. IX].

CAP. XXXVII, VERS. 1.---Sobre esto se estremeció mi corazón, y se movió de su lugar.

31. Considerada la luz de la patria eterna, la mente es llevada al éxtasis.---Porque el temor, al golpear la mente, la hace ajena a sí misma, a veces los intérpretes latinos llaman al éxtasis temor, como se dice a través del Salmista: Yo dije en mi temor, fui arrojado de la presencia de tus ojos (Salmo XXX, 23). Donde evidentemente no se podría decir temor, sino exceso; pero allí se pone temor por exceso, porque así como en el exceso, también en el temor el alma se aliena. Por lo tanto, aquí también, al considerar la luz de la patria eterna, se añade correctamente: Sobre esto se espantó mi corazón. Como si dijera: En el exceso de admiración se trasladó, y porque la mente fue inspirada por el espíritu de una nueva esperanza, se dejó a sí misma tal como había sido en el pensamiento antiguo.

32. El corazón, despreciando las cosas terrenales, suspira solo por las celestiales. Bien se dice: Y se movió de su lugar. El lugar del corazón humano es, en efecto, el deleite de la vida presente. Pero cuando es tocado por la aspiración divina, el lugar de nuestro corazón se transforma en amor por la eternidad. Así, con la consideración de la patria eterna, el alma se mueve de su lugar, porque, abandonando lo inferior, se sitúa en pensamientos superiores. Antes no conocía lo que era eterno, se adormecía en el deleite de lo presente, y al mismo tiempo, al pasar, se aferraba con amor a lo transitorio. Pero después de conocer lo que es eterno, después de tocar rápidamente los rayos de la luz suprema en contemplación, se elevó, despertado por la admiración de lo más alto, de lo inferior, de modo que ya no le agradan sino las cosas eternas, y, despreciando lo transitorio, busca solo lo que permanece. Bien se dice, por tanto: Sobre esto se espantó mi corazón, y se movió de su lugar, porque el corazón perezoso, dedicado durante mucho tiempo a pensamientos terrenales, cuando de repente se eleva a lo más alto por un exceso, cambia el lugar de su pensamiento inferior. Pero como la mente, por sí misma, postrada en el amor del siglo presente, duerme, y a menos que sea tocada por la aspiración de la gracia divina, permanece fría e insensible en sus deleites, es necesario que se añada cómo es tocada por la reflexión interna, o de qué manera se sensibiliza hacia lo espiritual. Sigue:

CAPÍTULO XVII [Ant. XIII, Rec. X].

VERS. 2.---Escuchará una audición en el terror de su voz, y el sonido que procede de su boca.

33. Dios primero nos castiga con el temor del juicio, luego nos reconforta con la consolación de la dulzura celestial. Es costumbre del lenguaje sagrado que, cuando insinúa que algo se escucha por el oído, diga que se escucha ese mismo oído, como dice Habacuc: Señor, he oído tu fama, y temí (Habacuc 3, 1). Por eso aquí también se dice: Oirá el rumor en el terror de su voz. Es de notar que la voz de Dios no se dice que se escuche en el gozo, sino en el terror, porque, ciertamente, cuando un pecador solo piensa en las cosas terrenales, cuando lleva su corazón oprimido por pensamientos bajos, si de repente es tocado por la inspiración de la gracia divina, entiende antes que nada que todo lo que hace será castigado por la estricta observación del juicio eterno. La audición de la voz de Dios primero se realiza en el terror, para que luego se convierta en dulzura, porque primero nos castiga con el temor del juicio estricto, para que, ya castigados, nos reconforte con la consolación de la dulzura celestial. Pues cuando la violenta delectación de las cosas temporales nos posee, y oprime los ojos de nuestra mente en el sueño del letargo, si somos despertados por la mano repentina de la mirada celestial, pronto abrimos esos mismos ojos de la mente, que estaban cerrados durante mucho tiempo, a la luz de la verdad, recordamos los males que hemos hecho, vemos cuán estricto juez viene contra ellos: se agita en la mente cuán grande es la llegada de tan gran juez, cuál será entonces la multitud de hombres y ángeles, con cuánta fuerza y ardor lucharán los elementos contra los réprobos, cuán terriblemente saldrá del estricto juez la sentencia eterna, cuando se diga a los réprobos: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25, 41). La pena de esos mismos réprobos se presenta ante los ojos, y se considera con grave amargura la oscuridad de la gehena. Por lo tanto, como el corazón soberbio primero es sacudido por el terror, para que, sacudido, se afiance en el amor, se dice correctamente ahora: Oirá el rumor en el terror de su voz. Donde también se añade bien: Y el sonido que procede de su boca.

34. Ambos dones los otorga el Espíritu Santo que procede de la boca del Señor. El sonido de la boca de Dios es la fuerza del temor que irrumpe desde la aspiración celestial, porque

cuando el Señor nos llena con su aliento sobre lo que ha de venir, sin duda nos aterra por las malas acciones pasadas. Sin embargo, por la boca de Dios, puede designarse al Hijo unigénito, quien, al igual que se le llama su brazo, porque por él el Padre realiza todas las cosas, de quien el profeta dice: "¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?" (Isaías 53, 1); así también se le llama boca. De ahí que el profeta diga: "Porque la boca del Señor ha hablado esto" (Isaías 58, 14). Por quien nos habla todo, como si con el nombre de boca se dijera claramente palabra, así como nosotros también solemos decir lengua por palabras, de modo que cuando decimos lengua griega o latina, mostramos palabras griegas o latinas. Por tanto, no sin razón tomamos al mismo como la boca del Señor. Por eso, la esposa en el Cantar de los Cantares le dice: "Que me bese con el beso de su boca" (Cantar 1, 1). Como si dijera: Que me toque con la dulzura de la presencia del unigénito Hijo, mi redentor. Por el sonido de la boca puede designarse al Espíritu Santo del mismo Señor. De ahí que en otra parte, en la significación de este Espíritu, está escrito: "De repente vino del cielo un sonido como de un viento impetuoso" (Hechos 2, 2). Así, el sonido procede de la boca del Señor cuando el Espíritu consustancial a él, viniendo a nosotros por el Hijo, rompe la sordera de nuestra insensibilidad, como de ese mismo sonido incircunscripto e incorpóreo la boca del Señor habla, diciendo: "Tomará de lo mío y os lo anunciará" (Juan 16, 15). Por tanto, puede entenderse tanto el terror de la voz como la dulzura de la consolación por el sonido de la boca, porque a quienes el Espíritu Santo llena, primero los aterroriza con la acción terrena, y luego los consuela con la esperanza celestial, para que tanto después se alegren confiando en las recompensas cuanto antes temían al contemplar solo los castigos. De ahí que Pablo diga del Espíritu del unigénito como de este sonido de la boca: "No habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: ¡Abba, Padre!" (Romanos 8, 15). De ahí que la Verdad misma diga: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos" (Juan 20, 22). He aquí que el terror de los convertidos se convierte en poder, porque mientras castigan sus males con arrepentimiento, ascienden hasta ejercer juicio; para que puedan recibir de Dios lo que antes temían de Dios. Se convierten en jueces quienes temieron perfectamente el juicio supremo, y comienzan a perdonar los pecados ajenos quienes antes temían que los suyos fueran retenidos. Pero como este mismo juicio que se realiza espiritualmente ahora no es visto por los carnales, hay algunos que no creen que Dios se ocupe de los asuntos humanos, y piensan que se llevan por movimientos fortuitos. Contra ellos, se añade correctamente:

CAPÍTULO XVIII [Rec. XI].

VERS. 3.---Bajo todos los cielos él observa, y su luz sobre los confines de la tierra.

35. La providencia de Dios sobre lo más alto y lo más bajo.---Como si se dijera abiertamente: Quien gobierna lo más alto, tampoco abandona lo más bajo, porque se dedica a lo más grande, sin que esta misma atención al gobierno se vea obstaculizada por lo pequeño. Pues quien está presente en todas partes y es igual en todas partes, tampoco es diferente a sí mismo en las cosas disímiles. Por lo tanto, contempla todo por igual, dispone todo por igual, quien está presente en todos los lugares, no está limitado localmente, ni se altera al cuidar de lo diverso. Pero si tomamos los cielos como los santos predicadores, con el testimonio del Profeta que dice: Los cielos proclaman la gloria de Dios (Salmo XVIII, 1), después de que se designa la venida del Espíritu Santo por el sonido de la voz, correctamente se añade: Él observa debajo de todos los cielos, y su luz sobre los confines de la tierra.

36. Milagros concedidos en los inicios de la Iglesia.---Hay algunos que, al escuchar las obras maravillosas de los apóstoles, que al recibir el Espíritu Santo resucitaban muertos con la palabra, expulsaban demonios de los poseídos, con su sombra alejaban enfermedades (Hechos V, 12 y ss.), predecían proféticamente lo que estaba por venir, y predicaban el Verbo unigénito de Dios hablando en las lenguas de todas las naciones (Hechos II, 4), al no ver ahora estas virtudes en la Iglesia, sospechan que la gracia celestial ha sido retirada de la Iglesia, sin saber considerar lo que está escrito: "Auxilio en las oportunidades, en la tribulación" (Salmo IX, 10). En efecto, la santa Iglesia necesitó de la ayuda de los milagros cuando la tribulación de la persecución la oprimía. Pues después de haber dominado la soberbia de la infidelidad, ya no requiere señales de virtudes, sino solo los méritos de las obras, aunque también las muestra a través de muchos cuando la oportunidad lo exige. Pues está escrito: "Las lenguas son señal no para los fieles, sino para los infieles" (I Cor. XIV, 22). ¿Dónde, entonces, todos son fieles, qué causa exige que se muestren señales? Por lo tanto, tal vez satisfacemos más rápidamente si recordamos algo de la misma dispensación apostólica.

37. Los signos no se dieron a los fieles, sino a los infieles. Pues Pablo, el insigne predicador, al llegar a Malta y sabiendo que la isla estaba llena de infieles, sanó al padre de Publio, aquejado de disentería y fiebre, mediante la oración (Hechos 28, 8). Sin embargo, al enfermo Timoteo le aconsejó, diciendo: "Usa un poco de vino a causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades" (1 Timoteo 5, 23). ¿Qué significa, Pablo, que devuelvas la salud al enfermo infiel mediante la oración, y cures a tu gran colaborador en el Evangelio como un médico a través de alimentos, sino que los milagros exteriores se realizan para llevar las mentes de los hombres a lo interior, de modo que por lo que se muestra visiblemente como maravilloso, se crean las cosas invisibles que son aún más admirables? El padre de Publio debía ser sanado por un signo de virtud, para que reviviera en su mente, mientras que por el milagro retornaba a la salud; pero a Timoteo no le era necesario un milagro exterior, porque ya vivía completamente en su interior. ¿Qué tiene de extraño, entonces, que, propagada la fe, los milagros no ocurran con frecuencia, cuando incluso los mismos apóstoles no los realizaron en algunos ya fieles? [Vet. XV.] Elevados, pues, los cielos, el Señor considera las cosas inferiores, porque incluso al retirar a los más grandes predicadores, cuida incesantemente de las más bajas de nuestras debilidades. Y como si su luz estuviera bajo los cielos, contempla los confines, porque después de la vida sublime de los que precedieron, también abarca con la iluminación de su gracia las costumbres y acciones de los pecadores. Y aunque ahora no manifieste frecuentemente signos de virtudes a través de la vida de los fieles, nunca se aleja de ellos mediante la virtud de las obras. También puede entenderse que su luz sobre los confines de la tierra significa que la predicación de la gracia celestial, al reunir a las naciones en la fe, ha encerrado dentro de sí misma los límites del mundo.

38. El milagro de la gracia divina en la conversión de los pecadores en sus últimos momentos. — O ciertamente los confines de la tierra son los límites de los hombres pecadores. Y a menudo sucede que muchos abandonan a Dios y gastan el tiempo de su vida en deseos carnales; pero sin embargo, al ser tocados por la gracia celestial en sus últimos momentos, regresan a Dios, conocen cuáles son los juicios eternos, y con lágrimas castigan todo lo que recuerdan haber hecho perversamente, y muestran verdaderamente que se persiguen a sí mismos con obras rectas. A quienes, con la justicia que les sigue, ciertamente se les perdona todo lo que antes habían delinquido. Por eso, por el espíritu de profecía, Ana dice: El Señor juzgará los confines de la tierra (I Sam. II, 10), porque ciertamente Dios no juzga la vida pasada, cuando ilumina los últimos momentos de los pecadores con la mirada de la piedad celestial. Por eso Moisés dice: Cambiarás el primogénito del asno por un cordero (Éxodo XIII, 13). Pues el asno representa la impureza, mientras que el cordero representa la

inocencia. Cambiar el primogénito del asno por un cordero es convertir los inicios de una vida impura en la simplicidad de la inocencia, de modo que después de que el pecador haya hecho aquellas cosas que el Señor rechaza como impuras, al hacer ahora lo que ofrece al sacrificio de Dios. Porque, por tanto, después de las malas obras, el pecador se convierte y a veces es llamado de las tinieblas de sus acciones hacia el final, se dice correctamente ahora: Y su luz sobre los confines de la tierra. Pero la misma gracia aflige con grave dolor, que después de los crímenes llena la mente. Pues trae a la memoria las malas acciones, y muestra al hombre cuán justamente debe ser condenado. De ahí que todo pecado que recuerda haber cometido, lo persigue con lágrimas diarias; y cuanto más puede ver ahora lo que es justo, más ardientemente desea castigarse a sí mismo con gemidos por lo injusto. Por lo cual se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XIX (Rec XII).

VERS. 4.---Después de él rugirá el sonido.

39. Con la gracia soplando y brillando, se escuchan los gemidos y rugidos de la penitencia. Porque a quien el Señor ha llenado iluminándolo, sin duda convierte su vida en lamento; y cuanto más insinúa a la mente iluminada los castigos eternos, tanto más la fatiga con gemidos por la maldad pasada; y el hombre se duele de lo que fue, porque comienza a ver el bien que no fue; odia cómo recuerda haber sido, ama cómo reconoce que debió haber sido, y ya solo ama la amargura de la penitencia, porque considera cautelosamente en cuántos placeres pecó con su deleite. Bien se dice, pues: Tras él rugirá un sonido, porque cuando Dios entra en la mente, es indudable que inmediatamente sigue el gemido de la penitencia, para que ya le plazca llorar saludablemente, quien antes se alegraba con júbilo de las iniquidades que debían llorarse. Pero cuanto más abundantemente se llora la culpa, más profundamente se alcanza el conocimiento de la verdad, porque para ver la luz interna, la conciencia antes contaminada se renueva bautizada con lágrimas. Por lo tanto, después del rugido de la penitencia, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XX [Rec. XIII].

IBID.---Elevó su voz con gran magnitud.

40. La voz de Dios que despierta al pecador adormecido, es semejante al trueno. Porque Dios truena con la voz de su grandeza cuando, ya bien preparados por el lamento, nos insinúa cuán grande es en las alturas. Es como si el trueno procediera del cielo cuando, adormecidos por la incuria y la negligencia, el respeto a la gracia nos golpea de repente con temor, y estando en la tierra escuchamos un sonido desde lo alto, porque pensando en cosas terrenales, de repente tememos la sentencia del terror celestial, y la mente, ya bien preocupada por las cosas supremas, tiembla, la cual antes, en las cosas bajas, adormecía malamente segura. Pero se desconoce de qué manera este terror de la visita oculta se nos insinúa; ni se comprende con la agudeza de la mente misma, cuya intención se transforma hacia lo mejor. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXI.

IBID.---Y no será investigado, cuando se haya escuchado su voz.

41. Se desconoce de qué manera esta voz se insinúa en los oídos del corazón. La voz del Señor se escucha cuando la inspiración de su gracia se concibe en la mente, cuando se rompe la insensibilidad de la sordera oculta, y el corazón es penetrado por el clamor de la virtud íntima, despertando al estudio del amor supremo. Pero ni siquiera la mente que ha sido iluminada por esta voz del Espíritu que se insinúa en los oídos del corazón puede investigarla. No se puede comprender por qué caminos invisibles fluye la virtud, de qué manera llega a nosotros o cómo se retira. Por eso, bien se dice por Juan: El Espíritu sopla donde quiere; y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va (Juan 3, 8). Escuchar la voz del espíritu es levantarse con la fuerza de la compunción íntima hacia el amor del Creador invisible. Pero nadie sabe de dónde viene, porque se ignora por qué medios se funda en nosotros a través de los predicadores. Y nadie sabe a dónde va, porque cuando muchos escuchan una misma predicación, no se puede entender a quién abandona y rechaza, o en el corazón de quién entra y reposa. Una misma cosa se realiza externamente, pero no penetra de la misma manera en los corazones de los que la contemplan, porque quien modifica invisiblemente lo visible, planta incomprensiblemente las semillas de las causas en los corazones humanos. De ahí que, al resucitar a Lázaro, algunos creyeron, pero muchos de los judíos se sintieron incitados al celo de la persecución por esta misma resurrección (Juan 11, 45). Un mismo milagro que ofreció a unos la luz de la fe, cegó a otros en las tinieblas de la envidia, alejándolos de la luz de la mente. De ahí que ambos ladrones vieron la misma muerte del Redentor, similar a la de ellos (Lucas 23, 39); pero uno, en su soberbia, no temió injurarlo, mientras que el otro lo honró con temor; y en una misma situación, no hubo un mismo pensamiento en ambos, porque el juez interno los distinguió modificándolos invisiblemente. Pero estos modos de inspiración oculta, al no poder ser comprendidos por nuestro pensamiento, ciertamente los vestigios de la voz divina son desconocidos. Por eso, bien se dice: Y no será investigada, cuando su voz haya sido escuchada. Por lo cual, aún se añade:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 5.---Dios hará resonar su voz de manera maravillosa.

42. Dios suena maravillosamente, porque con un poder celestial silencioso y oculto nos alimenta al mismo tiempo. Con su voz, Dios truena maravillosamente, porque con un poder oculto penetra incomprensiblemente nuestros corazones. Mientras oprime con movimientos ocultos en el temor y forma en el amor, de alguna manera clama silenciosamente cuánto ardor se debe seguir, y se produce un exceso de impulso en la mente, aunque no suene nada en la voz. Esto resuena más poderosamente en nosotros cuanto más hace que nuestro oído del corazón se ensordezca a todo ruido exterior. Por lo tanto, el alma, recogida en sí misma por este clamor íntimo, se maravilla de lo que escucha, porque percibe la fuerza de una compunción desconocida. Esta admiración se representa bien en Moisés cuando el maná descende del cielo (Éxodo 16, 15). El dulce alimento que se recibe de lo alto se llama manhu. Manhu se dice "¿Qué es esto?" Y decimos "¿qué es esto?" cuando admiramos sin saber lo que vemos. Por lo tanto, el alma percibe el maná celestial cuando, elevada por la voz de la compunción, se asombra ante la nueva forma de la refacción interna, de modo que, llena de la dulzura divina, responde con razón "¿Qué es esto?" porque, suspendida de la baja reflexión, se maravilla insólitamente de lo que contempla de lo alto. Y porque con esta voz se rompe la sordera de nuestra torpeza, el uso de la vida antigua se cambia de inmediato, de modo que el alma, inspirada por el espíritu celestial, tanto apetece en lo alto lo que despreciaba, como desprecia en lo bajo lo que apetecía, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXIII.

IBID.---El que hace cosas grandes e inescrutables.

43. Dios obra de manera maravillosa y asombrosa en la conversión del pecador. Pues, ¿quién podría considerar adecuadamente el poder de la voz celestial cuando un hombre, entregado a los usos terrenales y oprimido por deseos inicuos, de repente se enciende con lo nuevo y se enfría con lo acostumbrado, renuncia a las preocupaciones exteriores y anhela las contemplaciones internas? ¿Quién podría comprenderlo al considerarlo? Grandes son las obras que el Señor realiza a través de su voz, pero serían menos grandes si pudieran ser escrutadas. Por lo tanto, realiza cosas grandes e inescrutables, porque muestra externamente la perfección de su obra, pero la calidad misma de la operación permanece oculta en su interior. Su voz resuena externamente incluso a través de los apóstoles, pero es Él mismo quien ilumina interiormente los corazones de los oyentes, como atestigua Pablo, quien dice: Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento. Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III, 6). Aunque, por tanto, no sean ellos quienes proporcionen a nuestras mentes el oído de la voz celestial, han sido enviados para condescender con nosotros mediante palabras exteriores. Por lo tanto, se añade apropiadamente.

CAPÍTULO XXIV [Rec. XIV].

VERS. 6.---Él manda a la nieve que descienda a la tierra, y a las lluvias del invierno, y al aguacero de su fortaleza.

44. Los santos predicadores, cuya conversación está en los cielos, sin embargo, se condescienden a los hermanos débiles. Puesto que el Salmista dice: "Lávame, y seré más blanco que la nieve" (Salmo 50, 8), ¿qué entendemos aquí por nieve, sino los corazones de los santos, blancos por la luz de la justicia? Las aguas se acumulan en las alturas para convertirse en nieve. Pero cuando estas nieves descienden a la tierra, se transforman nuevamente en aguas líquidas. Las aguas, por tanto, son las mentes de los predicadores: que al elevarse para contemplar las cosas celestiales, se solidifican con un entendimiento más alto. Y cuando son arrebatadas en la consideración suprema, reciben la virtud de la confirmación. Pero como aún son retenidas en la tierra por el amor fraternal, moderan su alto entendimiento y, predicando humildemente a los débiles, como la nieve, riegan los corazones áridos al derretirse. Así, la nieve desciende del cielo a la tierra cuando los corazones sublimes de los santos, que ya se alimentan de la sólida contemplación, descienden por amor fraternal a las humildes palabras de la predicación. [Vet. XVIII.] Pues así como la nieve cubre la tierra cuando yace, y la riega cuando se derrite, así la virtud de los santos protege la vida de los pecadores ante Dios por su firmeza, y por su condescendencia, como derretida, infunde la tierra árida para que produzca frutos. Y porque el agua es primero atraída desde lo bajo para luego ser esparcida desde lo alto, los santos, incluso cuando están en la cima de las virtudes, consideran de dónde fueron elevados, para no despreciar la debilidad ajena. Así, las aguas regresan a la tierra de donde fueron elevadas, cuando los justos, condescendiendo, no dejan de recordar a los pecadores lo que fueron. Ciertamente, Pablo aún era agua en la tierra cuando entendía la ley carnalmente; pero llevado a lo celestial, se convirtió en nieve, porque lo que antes entendía débilmente lo transformó en la solidez de la verdadera inteligencia; y sin embargo, condescendiendo a los hermanos, como nieve, regresó a lo bajo, porque incluso después de la cumbre de las virtudes reconoce cuán indigno fue, diciendo: "Yo, que antes fui blasfemo y perseguidor" (1 Tim. 1, 13), etc. He aquí cómo recuerda clementemente su propia

debilidad, para soportar con ecuanimidad las debilidades de los demás. Pues como el agua regresó a la tierra de donde fue tomada después del cielo, cuando Pablo, después de los grandes misterios de su contemplación, se recuerda a sí mismo como pecador, para poder servir humildemente a los pecadores. Veamos, pues, cómo esta agua debe ser atraída a las alturas para convertirse en la solidez de la nieve. Dice: "Si nos hemos excedido en la mente, es para Dios" (2 Cor. 5, 13). Veamos cómo la nieve desciende a lo bajo, para que al derretirse infunda. Dice: "Si somos sobrios, es para vosotros" (Ibid.). Veamos con qué mano es conducida, para que, yaciendo, pueda ser elevada, y elevada, pueda ser llamada de nuevo. Dice: "Porque el amor de Cristo nos apremia" (Ibid., 14). Porque el amor de Cristo, que eleva las mentes de los santos a lo celestial, las forma también con piadosa moderación para la humildad de la condescendencia por amor fraternal, se dice correctamente: "Él manda a la nieve que descienda a la tierra". Donde también se añade apropiadamente: "Y a las lluvias del invierno y al aguacero de su fortaleza".

45. El invierno es la vida presente, en la cual abundan las lluvias de los santos predicadores. En efecto, el invierno es la vida presente, en la cual, aunque la esperanza ya nos eleva hacia lo celestial, todavía nos ata el frío letargo de nuestra mortalidad, porque está escrito: "El cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas" (Sab. IX, 15). Sin embargo, este invierno tiene lluvias, sin duda las predicaciones de los justos. De estas lluvias se dice a través de Moisés: "Espere mi palabra como la lluvia, y desciendan como el rocío mis palabras" (Deut. XXXII, 2). Estas lluvias ciertamente corresponden al invierno, cesarán en el verano, porque ahora que la vida celestial está oculta a los ojos carnales, es necesario que seamos rociados por las predicaciones de los santos. Pero cuando el calor del juicio eterno arda, nadie tendrá necesidad de las palabras de los predicadores, porque, al venir el juez, cada uno será llevado a su corazón, para que sienta lo santo que ya no puede hacer, y reconozca lo recto que debió seguir por el castigo de su torpeza. Por eso bien se dice por el profeta: "Congrégalos como rebaño para el sacrificio, y santifícalos en el día de la matanza" (Jerem. XII, 3). En el día de la matanza los réprobos son santificados, porque entonces sienten lo santo que debieron hacer, cuando ya no pueden evitar los castigos dignos de su maldad. Pero como las santas predicaciones cesarán con la vida presente, es decir, las lluvias con el invierno, correctamente se dice al alma que sale y se apresura hacia la felicidad eterna del verano, con la voz del esposo que persuade: "Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, y ven; porque ya ha pasado el invierno, la lluvia se ha ido y se ha retirado" (Cant. II, 10). En efecto, al pasar el invierno, la lluvia se retira, porque cuando se completa la vida presente, en la cual nos había atado el letargo de la carne corruptible por la nube de la ignorancia, todo el ministerio de la predicación cesa. Entonces veremos más claramente lo que ahora escuchamos más oscuramente en las voces de los santos. Por lo tanto, el Señor ordena a la nieve y a las lluvias del invierno que desciendan a la tierra, mientras que por la inspiración del espíritu santo, los corazones de los santos se humillan al ministerio de la predicación para corregir a los pecadores. Donde correctamente se añade: "Y a la lluvia de su fortaleza".

[Rec. XV.] 46.---La lluvia de fortaleza, la predicación de la divinidad; la lluvia de debilidad, la predicación de la humanidad de Cristo.---La lluvia de fortaleza de Dios es la predicación de la divinidad. Pues la lluvia de debilidad es la predicación de su encarnación, de la cual se dice por medio de Pablo: Lo que es debilidad de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25). Y de nuevo: Si fue crucificado por debilidad, pero vive por el poder de Dios (II Cor. XIII, 4). Así, los santos varones predicán las debilidades de su humanidad, para que también infundan en los corazones de sus oyentes las fortalezas de su divinidad. Escuchemos a través del trueno de la nube, la lluvia de fortaleza: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba

con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Escuchemos también la lluvia de debilidad: El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Ibid., 14). Escuchemos la lluvia de fortaleza: Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida (Ibid., 3). Escuchemos también la lluvia de debilidad: A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron (Ibid., 11). Por lo tanto, manda a la lluvia de su fortaleza que descienda a la tierra, porque por las voces de sus santos nos predica así las debilidades de su humanidad, para que también nos dé a conocer las maravillas y fortalezas de su divinidad. Pero cuando escuchamos el poder de nuestro creador, inmediatamente somos llevados a nuestros corazones por el temor que nos impulsa, y considerando sobre nosotros al juez, ponderamos lo que hemos hecho digna o indignamente. Por lo cual, bien se añade:

CAPÍTULO XXV [Rec. XVI].

VERS. 7.---Él sella en la mano de todos los hombres, para que cada uno conozca sus obras.

47. Al conocer a Dios, nos conocemos a nosotros mismos y nos juzgamos con mayor severidad. Los hombres desprecian considerar los males que cometen. Pero cuando escuchan sobre la virtud de la justicia divina, reconocen el peso de las malas acciones que los oprime. Al ser tocados por las palabras de la predicación, despiertan para considerar a qué castigos los lleva el mérito de sus acciones pasadas. Así, cuando la lluvia de fortaleza desciende sobre la tierra, se marca en la mano de cada uno, para que conozca sus obras, ya que al reconocer la virtud de la majestad incomprensible, cada uno evalúa su vida con mayor detalle.

48. Por la luz natural, como por una ley de la mente, se conocen lo malo y lo recto. --- Sin embargo, esto puede entenderse de otra manera. Pues el Creador omnipotente, distinto de todas las cosas insensibles e irracionales, creó al hombre como criatura racional, para que no pueda ignorar lo que hace. Porque por la ley de la naturaleza está obligado a saber si lo que hace es malo o recto. ¿Por qué, entonces, viene al juicio por sus acciones, si pudo ignorar lo que hizo? Así, incluso aquellos que desprecian ser instruidos por los preceptos del Señor, saben si lo que hacen es bueno o malo. Porque si no saben que hacen el bien, ¿por qué se glorían en la ostentación de algunos hechos? Y si ignoran que hacen el mal, ¿por qué evitan los ojos ajenos en esos mismos hechos? Ellos mismos son testigos de que saben que es malo lo que hacen, ya que temen ser vistos por otros. Pues si verdaderamente no creyeran que es malo, de ninguna manera temerían ser vistos por otros. Por eso, sabiamente se dice: "La maldad, siendo temerosa, da testimonio de su condenación" (Sab. XVII, 10). Porque cuando el temor, al golpear la conciencia por su hecho, lo reprende, da testimonio de que lo que hace es condenable. En cambio, se dice por Juan: "Si nuestro corazón no nos reprende, tenemos confianza ante Dios" (I Juan III, 21). Huyan, pues, los inicuos de los ojos humanos, pero ciertamente no pueden huir de sí mismos. Porque al conocer el mal que hacen, tienen como testigo a su conciencia, y como juez a su razón. En el pecado que cometen, primero encuentran el juicio de su razón contra sí mismos, y después son llevados al rigor del juicio eterno. Y esto es quizás lo que dice el Salmista: "Un abismo llama a otro abismo a la voz de tus cascadas" (Sal. XLI, 8). Porque, en el admirable orden de la disposición oculta, no se permite ignorar el mal que se hace, y el pecador ya se condena a sí mismo en su conciencia, y después de su propia condenación, se apresura a la sentencia del juez eterno. Invocar un abismo a otro abismo es, por tanto, pasar de un juicio a otro. Vayan, pues, los santos predicadores, reprendan los hechos de los pecadores, y los oyentes perversos desprecien las palabras de los justos, defiendan cuanto quieran sus maldades, y al defender impudicamente lo que hicieron, lo multipliquen con mayor impudencia: ciertamente, ellos mismos son testigos en su conciencia de que no son excusables. Pues en el mismo hecho de que Dios creó

al hombre como criatura racional, lo marca en la mano de todos los hombres, para que cada uno conozca sus obras.

876 Pero como Eliú pronunció un juicio sobre la depravación de cada uno, inmediatamente dirige la mirada de su mente hacia el mismo autor de la depravación, por quien surge cada mal, para que, habiendo señalado en un solo verso los miembros de la cabeza perversa, también describa brevemente esta misma cabeza de los miembros. O ciertamente, porque anteriormente (Num. XIX), había mencionado las virtudes de las nubes de Dios, ahora actúa para que también se conozcan las impugnaciones del adversario contra la vida de los buenos. Pues sigue:

CAPÍTULO XXVI [Ant. XIX, Rec. XVII].

VERS. 8.---La bestia entrará en su guarida y morará en su cueva.

49. El antro del diablo es el Anticristo, y todos los réprobos. ¿Quién más podría ser identificado con el nombre de la bestia, sino el antiguo enemigo, que atacó con ferocidad al primer hombre mediante el engaño, y desgarró la integridad de su vida con malas sugerencias? Contra él, los profetas prometen con sus voces la restauración de la santa Iglesia de los elegidos a su estado antiguo: Y la mala bestia no pasará por ella (Isaías 35, 9). Pero esta bestia, después del advenimiento del Redentor, después de las voces de los predicadores, como después del trueno de las nubes, al final del mundo invadirá a ese hombre condenado que es llamado Anticristo, ¿y qué otra cosa hace sino entrar en su guarida, para morar en su propio antro? Pues ese vaso del diablo es el antro y guarida de la bestia, para que, acechando a los hombres que recorren el camino de esta vida, se oculte en él y mate mediante señales y malicia. Sin embargo, ahora mismo posee los corazones de todos los réprobos, antes de aparecer abiertamente, y los tiene como su propio antro a través de una malicia oculta, y se esconde en sus mentes oscuras para todo lo que desea dañar a los buenos. ¿Acaso los corazones de los judíos perseguidores no fueron el antro de esta bestia, en cuyos consejos permaneció oculto por mucho tiempo, pero de repente estalló con las voces de los que clamaban: Crucifícalo, crucifícalo (Juan 19, 6)? Y como no pudo alcanzar la laceración de la mente intentando en nuestro Redentor (Mateo 4, 3), anheló la muerte de la carne. Esta bestia ciertamente ha tenido muchos corazones de los elegidos, pero el Cordero muriendo la expulsó de ellos. Por eso en el Evangelio se dice: Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera (Juan 12, 31). Quien, con un juicio admirable y justo, al iluminar y recibir las confesiones de los humildes, cerró los ojos de los soberbios abandonándolos. Por eso se le dice a través del Salmista: Pusiste tinieblas, y se hizo la noche, en ella pasarán todas las bestias del bosque; los cachorros de león rugen para arrebatar, y buscan de Dios su alimento (Salmo 103, 20, 21). El Señor pone tinieblas, cuando, retribuyendo con juicios a los pecados, retira la luz de su inteligencia. Y se hace noche, porque la mente de los perversos es cegada por los errores de su ignorancia. En la cual pasan todas las bestias del bosque, mientras los espíritus malignos, ocultos bajo la opacidad del fraude, recorren los corazones de los réprobos cumpliendo sus maldades. En la cual también rugen los cachorros de león, porque los ministros de los espíritus de potestades malvadas pero eminentes se levantan con tentaciones importunas. Sin embargo, buscan de Dios su alimento, porque ciertamente no pueden capturar almas, a menos que se les permita prevalecer por justo juicio divino. Donde también se añade apropiadamente: Salió el sol, y se reunieron, y se colocaron en sus guaridas (Salmo 103, 20). Porque, al aparecer la luz de la verdad en la carne, fueron expulsados de las mentes de los fieles, como si regresaran a sus guaridas, mientras solo retuvieron los corazones de los infieles. Por lo tanto, lo que allí se llama guarida de leones, aquí se llama antro de la bestia.

50. El diablo a veces entra en las mentes de los buenos, pero no permanece en ellas.--- Considero muy importante notar que esta bestia no solo entra en su cueva, sino que también se dice que mora en ella. A veces, de hecho, entra en las mentes de los buenos, sugiere cosas ilícitas, los fatiga con tentaciones, intenta desviar la rectitud del espíritu hacia el deleite de la carne, y se esfuerza por llevar el deleite al consentimiento, pero, sin embargo, al resistir con la ayuda divina, se le impide prevalecer. Por lo tanto, puede entrar en las mentes de los buenos, pero no puede morar en ellas, porque el corazón del justo no es la cueva de esta bestia. A quienes posee como si fuera su propia cueva, sin duda retiene sus mentes habitando en ellas, porque primero lleva sus pensamientos hasta deseos inicuos y después de los deseos inicuos hasta las obras más perversas. Los reprobos no se esfuerzan en rechazar sus sugerencias con la mano del juicio recto, ya que desean servir a sus voluntades con deleite sumiso. Y cuando algo perverso surge en sus corazones, pronto se nutre con el afán del deleite; y cuando no se le resiste, inmediatamente se fortalece con el consentimiento, y enseguida el consentimiento se lleva a la obra, y la obra incluso se agrava con la costumbre. Por lo tanto, esta bestia se dice correctamente que mora en su cueva, ya que retiene los pensamientos de los reprobos hasta que perfora su vida con el aguijón de la obra perversa. Por eso, el Señor dice bien a Judea por medio del profeta: "¿Hasta cuándo morarán en ti pensamientos nocivos?" (Jeremías IV, 14). No reprende que vengan, sino que moren. Porque incluso en los corazones buenos vienen pensamientos ilícitos, pero se les prohíbe morar, ya que los rectos, para no ofrecer la casa de su conciencia para ser capturada, expulsan al enemigo desde el mismo umbral del corazón. Y si alguna vez, por repentinas sugerencias, logra llegar hasta el primer vestíbulo, no alcanza, sin embargo, la puerta del consentimiento. A esta bestia, vencido por el impulso de un temor repentino, Pedro le abrió la puerta del corazón al negarlo, pero pronto resistió reconociendo su error, y llorando la cerró (Mateo XXVI, 70). [Vet. XX.] Pero como el antiguo enemigo no solo entró en los corazones de los perseguidores, sino que también los poseyó, se dice correctamente: "La bestia entrará en su guarida, y morará en su cueva." Aprendemos cuánto tiempo moró en las mentes de los judíos cuando escuchamos sus consejos en el testimonio de la narración evangélica. En ella se describe cómo, al ver a nuestro Redentor dar vida a los muertos, con cuánta ansiedad de crueldad enloquecían por su muerte, cuántos deseos perversos ardían por cumplir contra Él, pero temían al pueblo (Juan XI, 24, 49); cuántas ocasiones buscaban para matarlo, y no podían encontrarlas (Mateo XXVI, 3, 4); cuántas veces usaron las manos de extranjeros para cumplir su deseo de saña, porque a quien no podían matar legalmente, lo entregaron a los gentiles para que el gobernador romano hiciera por su sola autoridad lo que ellos anhelaban que se hiciera por pura malicia (Juan XVIII, 28). Por eso, se añade adecuadamente.

CAPÍTULO XXVII [Rec. XVIII].

VERS. 9.---De lo interior saldrá la tempestad, y del Ártico el frío.

51. Cristo sufrió persecución de judíos y gentiles. La Sagrada Escritura, al mencionar las interioridades en relación con Arcturo, designa una región diferente de las partes del Norte a las del Sur. Por eso, en este mismo libro se escribe: "El que hace el Arcturo, y las Oriónidas, y las interioridades del Sur" (Job IX, 9). Dado que las interioridades del Sur son dominadas por un sol más ardiente, mientras que en Arcturo no hay curso alguno, el nombre de las interioridades representa al pueblo judío, y el término Arcturo en este lugar expresa al pueblo gentil. Aquellos que conocían al único y invisible Dios, y al menos carnalmente servían a su ley, eran como quienes, bajo el sol meridiano, se mantenían fervientes en el calor de la fe. Los gentiles, sin embargo, al no haber alcanzado ningún conocimiento de la sabiduría

suprema, permanecían fríos bajo el Norte, como sin sol. Y dado que la tempestad empuja, mientras que el frío oprime con torpeza, ahora se dice correctamente: "De las interioridades saldrá la tempestad, y del Arcturo el frío". Como si se dijera abiertamente: De los judíos surge la malicia que persigue, y de los gentiles el poder que oprime. Pues la ley no prohibía que se realizaran milagros, y sin embargo, los judíos buscaban matar al Redentor del género humano por esos mismos milagros (Juan XI, 48). No pudiendo cumplir lo que habían comenzado, acudieron al pretorio de Pilato, para que él matara a aquel a quien ninguna ley injustamente matando podría detener (Juan XVIII, 28). Por lo tanto, de las interioridades salió la tempestad y del Arcturo el frío, ya que lo que Judea pidió por envidia, el juez gentil lo llevó a cabo con autoridad romana. Por eso, bien se añade contra esta misma envidia:

CAPÍTULO XXVIII [Ant. XXI].

VERS. 10.---Soplando Dios se forma el hielo.

52. Los corazones de los judíos se habían endurecido con el hielo de la envidia. — Porque cuanto más el Espíritu Santo inspiró a los corazones de los fieles, cuanto más grandes milagros de virtudes concedió, tanto más creció el letargo de la envidia en las mentes de los infieles, y así el pueblo infiel se endureció contra Dios, mientras que el pueblo humilde suavizó la dureza anterior con la que se había atado. Pues al soplar Dios, se habían convertido en hielo, aquellos que, al ver los milagros, decían con envidia: "He aquí que todo el mundo se va tras él" (Juan XII, 19). Contemplaban las señales, veían los milagros a través de sus ministros, preveían que todo el mundo seguiría ya los preceptos de la fe; y sin embargo, cuanto más el Espíritu Santo llenaba el mundo (Sab. I, 7), tanto más estrechamente la malicia de la envidia ataba sus mentes. Así que el agua se había convertido en hielo mientras, al ir el mundo tras Dios, Judea permanecía perezosa en la envidia. Pero como el poder supremo también asistió para disolver la dureza de tanta crueldad y derretir los corazones de los infieles para que lo amaran, después de este hielo, se añade bien:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Y de nuevo se derraman las aguas vastísimas.

53. Algunos de ellos, después, se ablandaron y se disolvieron en lluvia. En efecto, el Señor derramó aguas abundantes después del hielo, porque tras soportar la crueldad de los judíos hasta la muerte, inmediatamente ablandó sus corazones de la dureza de la infidelidad con la inspiración de su amor; de modo que cuanto más deseablemente corrían a obedecer, más obstinadamente se habían resistido antes a sus mandamientos. Por eso, acertadamente se dice por un sabio: "Como el hielo en tiempo sereno, así se disolverán tus pecados" (Ecli. III, 17). De este hielo del frío letargo deseaba liberarse el Profeta cuando decía: "Conviértenos, Señor, nuestra cautividad, como los torrentes en el sur" (Sal. CXXV, 4). De estas aguas, es decir, de los pueblos que concurren a Dios, se dice nuevamente: "Enviaré su palabra y los derretirá, soplaré su espíritu y correrán las aguas" (Sal. CXLVII, 18). Las aguas corren del hielo, porque muchos de los duros perseguidores se convierten en grandes predicadores. Así, el hielo se disuelve en agua cuando el letargo del frío interno se transforma en la irrigación de la predicación. ¿Acaso no era Pablo un hielo, quien, habiendo recibido cartas, se dirigía a Damasco (Hech. IX, 2), buscando restringir en el corazón de los fieles, como semillas de la palabra de Dios esparcidas en la tierra, para que no surgieran a la perfección de las obras? Pero este hielo se convirtió en agua, porque aquellos a quienes primero buscó oprimir persiguiéndolos, después los llenó con el flujo de su santa exhortación; de modo que cuanto

más abundante surgiera la cosecha de los elegidos, más la lluvia de Dios la regaría incluso desde la boca del perseguidor. Por eso, también se añade acertadamente.

CAPÍTULO XXX [Ant. XXII, Rec. XIX].

VERS. 11.---El grano desea las nubes.

54. Los elegidos son el trigo, al cual es necesaria la lluvia del Verbo divino. ¿Qué son, en efecto, los elegidos sino el trigo de Dios que ha de ser almacenado en los graneros celestiales? Ahora soportan la paja en la era de trilla, porque en esta purificación de la santa Iglesia soportan las costumbres contrarias de los réprobos, hasta que el agricultor interno los separe con el aventador del juicio, y reciba a sus elegidos en las moradas celestiales, como granos ya limpios, entregando las pajas a los fuegos eternos. Por eso se dice bien a través de Juan: "Su aventador está en su mano, y limpiará completamente su era, y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja con fuego inextinguible" (Mateo 3, 12). Pero este trigo, hasta que llegue a la perfección de los frutos, espera las lluvias de las nubes para crecer, porque la mente de los buenos es infundida con las palabras de los predicadores, para que no se seque por el sol de los deseos carnales, lejos de la humedad de la caridad. Este trigo el agricultor celestial lo había visto surgir en el mundo y desear las nubes, cuando decía: "La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies" (Mateo 9, 37). Así que los que aquí son trigo, allí son mies; y los que aquí son nubes, allí son obreros, porque los santos predicadores son tanto nubes como obreros; nubes por la doctrina, obreros por la vida; nubes porque influyen con sus palabras, obreros porque no cesan de hacer lo que dicen. Por eso se añade;

CAPÍTULO XXXI.

IBID., 6.---Y las nubes esparcen su luz.

55. Las nubes son los santos predicadores.--- En efecto, las nubes esparcen la luz, así como los santos predicadores difunden los ejemplos de vida tanto hablando como actuando. Pero aunque esparcen la luz de la proclamación interna, no llegan a convertir los corazones de todos aquellos que lo desean. Pues sigue:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 12.---Que recorren todo alrededor, a donde quiera que las lleve la voluntad del que las gobierna.

56. Recorren todo el universo, con Dios guiando su curso. A menudo, los santos predicadores desean exhortar a algunos, pero no pueden. A menudo desean evitar a otros, pero sin embargo, por el impulso de la instigación interna, se ven obligados a exhortarlos con insistencia. Veamos cómo la nube de Dios es conducida por la mano del que gobierna, y es llevada a donde no desea, y nuevamente es retenida por la mano del que gobierna de su propio impulso. Ciertamente, cuando Pablo, sacudiendo sus vestiduras, quiso apartarse de los corintios, escuchó: "No temas, sino habla, y no calles, porque yo estoy contigo, y nadie se opondrá a ti para hacerte daño, porque tengo mucho pueblo en esta ciudad" (Hechos 18, 9). Nuevamente, cuando quiso ir a los tesalonicenses, fue retenido, diciendo: "Quise ir a vosotros, yo Pablo, una y otra vez, pero Satanás me lo impidió" (1 Tes. 2, 18). Porque Satanás no pudo por sí mismo obstaculizar los caminos de tan gran apóstol, sino que,

sirviendo sin saberlo a los propósitos de la disposición oculta, mientras se oponía, permitió que Pablo, al querer acercarse a otros y no poder, sirviera mejor a aquellos de quienes no podía apartarse. Así, la nube de Dios recorre todo el circuito, porque ilumina los confines del mundo con la luz de la predicación. Pero, porque sometidas a los designios divinos no pueden cumplir lo que desean, no pueden ir a menos que la voluntad del que gobierna las conduzca. Por lo tanto, se añade aún:

CAPÍTULO XXXIII.

IBID.---A todo lo que les haya mandado sobre la faz de la tierra.

57. Y moderando los movimientos internos.---Pues a menudo son llevados conforme a la voluntad del que gobierna; desean actuar de una manera, pero son dispuestos de otra. Porque frecuentemente intentan corregir suavemente a algunos de sus oyentes, y sin embargo, su discurso se torna áspero. A menudo desean reprender severamente a algunos, pero su vigor es refrenado por el espíritu de mansedumbre. Así como no pueden ir a donde quieren, tampoco pueden actuar como desean. Porque así como el juez interno los sostiene cuando los envía, también los recibe moderándolos cuando los conduce, de modo que a veces disponen una cosa en el pensamiento, pero realizan otra en la obra; a veces comienzan de una manera, pero terminan de otra. Por lo tanto, ya que sirven conforme a lo que se les ordena, se dice correctamente: A donde quiera que la voluntad del que gobierna los lleve, a todo lo que les haya mandado sobre la faz de la tierra. Pues encuentran un camino más claro para la predicación, en la medida en que son guiados no por sus propios impulsos, sino por las indicaciones de su preceptor. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XXXIV [Rec. XX].

VERS. 13.---Ya sea en una tribu, ya sea en su tierra, o en cualquier lugar donde su misericordia haya ordenado que se encuentren.

58. No solo a los judíos, sino también a los gentiles se les concedió la predicación del Evangelio.---Sin duda, se entiende una tribu de Judá, que en la Sagrada Escritura se menciona de manera clara y múltiple por encima de las demás. Esta tribu recibió un don especial sobre todas las demás al haber dado de sí la carne de nuestro Redentor. Además, toda la tierra de Dios se llama Judea, porque fue la que entonces produjo el fruto de su fe, mientras el mundo entero erraba bajo el culto de ídolos, habiendo caído las naciones. El lugar de la misericordia de Dios es la misma gentilidad, cuyas culpas, si el juez estricto las hubiera considerado justamente, nunca habría llegado a la reconciliación de la gracia. Aunque no tenía méritos ante Dios, recibió la gracia de la reconciliación solo por misericordia. Por eso, bien se dice por Pablo: "Los gentiles, sin embargo, honran a Dios por su misericordia" (Rom. XV, 9). Por eso, también está escrito: "Vosotros que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, ahora habéis alcanzado misericordia" (I Pe. II, 10). Dios, por tanto, lleva sus nubes, ya sea en una tribu, ya sea en su tierra, o en cualquier lugar donde ordene que se encuentren, porque a veces confirió los predicadores del Antiguo y Nuevo Testamento solo a la tribu de Judá, y casi todo Israel fue reprobado por el mal gobierno de los reyes. A veces también hace que estas nubes lluevan en su tierra, porque después de la corrección y el cautiverio, devolvió al pueblo israelita a la antigua gracia. A veces quiso que brillaran desde el lugar de su misericordia, porque a través de santos predicadores mostró también a los gentiles los milagros de las virtudes, para que solo por misericordia los liberara del yugo del error, a quienes la ira de la infidelidad innata oprimía. [Vet. XXIII.] Pero he aquí que Eliú, porque

sintió el futuro por el espíritu profético, porque pronunció muchas cosas sublimes, hombre arrogante, cansado por el peso de su altivez, no puede soportar lo que dice. Pues por jactancia añade de inmediato:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 14.---Escucha esto, Job; detente y considera los milagros de Dios.

59. Qué significa considerar los milagros de Dios estando de pie, y qué significa hacerlo estando postrado. — Casi en comparación consigo mismo vio a alguien postrado, a quien exhortó a que se levantara ante las palabras de tan grande predicación. Aunque también al decir "Escucha", Eliú inflige una grave afrenta al bienaventurado Job, porque, como ya hemos dicho anteriormente sobre él (Libro XII, n. 38, y en varias ocasiones después), es arrogancia de un inferior querer forzar la atención de un superior. Pero aunque Eliú no sepa valorar a quién dirige sus buenas palabras, nosotros, que buscamos ser instruidos por todos, debemos indagar cuidadosamente las palabras de su doctrina. Pues se dice con gran arte de virtud: "Levántate y considera los milagros de Dios". Hay algunos que consideran los milagros de Dios estando postrados, porque admiran su poder sin seguir sus obras. Estar de pie es actuar correctamente. Por eso, a través de Pablo se dice: "El que se cree estar de pie, mire que no caiga" (I Cor. X, 12). Y a menudo admiran los juicios supremos, aman las promesas de la patria celestial cuando las escuchan, se asombran de las obras maravillosas de la disposición interna, pero sin embargo, descuidan levantarse hacia estas mismas obras amando y viviendo. Consideran los milagros de Dios estando postrados, quienes piensan en su poder conociéndolo, pero no lo aman viviendo. A través de la contemplación dirigen sus ojos en la consideración, pero sin embargo, por la intención no se levantan de la tierra. Por eso, bien se dice en reproche a Balaam: "El que cae tiene los ojos abiertos" (Num. XXII, 16). Pues había dicho muchas cosas sobre la venida del Redentor, y preveía lo que iba a suceder en los últimos tiempos, pero sin embargo, no quiso levantarse viviendo hacia aquel a quien predijo previendo. Estando postrado tuvo los ojos abiertos, cuando su mente y profecía se dirigían a las cosas celestiales, pero su avaricia lo retenía en la tierra. Estando postrado tuvo los ojos abiertos, porque pudo ver desde lo alto a aquel a quien, postrado en lo bajo, no amó. Eliú, por tanto, que no creyó que el bienaventurado Job hubiera mantenido viviendo lo que dijo, como exhortándole dice: "Levántate y considera los milagros de Dios". A quien aún discute sobre lo que vendrá, y como humillándolo por ignorancia añade:

CAPÍTULO XXXVI [Rec. XXI].

IBID. 15.---¿Acaso sabes cuándo ordenó Dios a las lluvias que mostraran la luz de sus nubes?

60. Inspirados por Dios, los predicadores riegan e iluminan. Si las nubes son los santos predicadores, las lluvias de las nubes son las palabras de las predicaciones. Pero cuando las nubes vuelan por el aire, si las lluvias no descienden, no se sabe cuánta inmensidad de aguas llevan. Si el sol resplandeciente no se abre paso entre las lluvias, no se puede entender qué claridad se oculta en ellas, porque ciertamente los santos predicadores, si callan y no muestran hablando cuánta es la claridad de la esperanza celestial que llevan en sus corazones, parecen a los demás hombres iguales o mucho más despreciables que ellos. Pero cuando comienzan a revelar a través de la predicación cuál es la recompensa de la patria celestial que guardan en su interior; cuando, oprimidos por la persecución, se da a conocer en qué cumbre de virtud han progresado, cuando, despreciados por la visión, hablando insinúan de dónde deben ser temidos, las mismas lluvias que fluyen de las nubes nos muestran la luz de esas

nubes. Pues a través de las palabras de los predicadores conocemos para venerar con gran humildad la claridad de vida que ellos buscan. Esta luz, sin duda, Pablo la mostraba a los discípulos cuando decía: Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos (Efesios 1, 18). Esta luz los corintios la reconocieron a través de las palabras escritas como a través de gotas de lluvia, cuando decían: Las cartas son graves y fuertes, pero la presencia del cuerpo es débil, y el discurso despreciable (II Corintios 10, 10). Pero a menudo los santos predicadores desean mostrarse a sí mismos para ser útiles, y sin embargo no pueden; a menudo desean ocultarse para estar en paz, y sin embargo no se les permite. Por tanto, nadie sabe cuándo las lluvias mostrarán la luz de las nubes, porque nadie comprende cuándo Dios otorga el poder de la predicación, para que la gloria de los predicadores resplandezca. Dice, pues: ¿Acaso sabes cuándo Dios ha ordenado a las lluvias que muestren la luz de sus nubes? Como si dijera abiertamente: ¿Acaso, si ya ves a los predicadores que vendrán al mundo, comprendes cuándo el Señor los impulsa a predicar con la plenitud del Espíritu Santo, o de qué maneras se dará a conocer al mundo la claridad de sus vidas? Por lo cual se añade adecuadamente.

CAPÍTULO XXXVII [Rec. XIII].

VERS. 16.---¿Acaso conoces las sendas de las grandes nubes y las ciencias perfectas?

61. La estricta doctrina de vivir bien no es un camino amplio, sino un sendero. Estas nubes tienen senderos muy sutiles, a saber, las vías de la santa predicación. En efecto, estrecha es la puerta que conduce a la vida (Mateo VII, 14). Por lo tanto, ellos restringen a través de los senderos a aquellos que no se desvían del camino de su intención por los amplios deseos del mundo. La estricta norma de vivir bien no es un camino amplio, sino un sendero, en el cual cada predicador se ve cuidadosamente constreñido, porque bajo la custodia de los preceptos se ve estrechamente limitado. ¿Acaso no es como una cierta estrechez del camino vivir en este mundo, pero no tener nada de la concupiscencia de este mundo, no desear lo ajeno, no retener lo propio, despreciar las alabanzas del mundo y amar las afrentas por Dios, huir de la gloria, seguir el desprecio, despreciar a los aduladores, honrar a los que desprecian, perdonar de corazón los males de los que hacen daño, y mantener en el corazón una gracia de amor inmutable hacia ellos? Todas estas son ciertamente sendas, pero grandes, porque cuanto más estrechas son en la vida presente por la custodia de vivir bien, tanto más se ensanchan en la retribución eterna. Por lo cual, bien se añade: Y los conocimientos perfectos.

62. La perfecta ciencia es saber que uno no es nada.---En efecto, la perfecta ciencia consiste tanto en realizar todas estas cosas con diligencia como en saber que uno no es nada por sus propios méritos. Por eso, las mismas nubes son instruidas sobre esta perfecta ciencia, cuando se les dice con la voz de la Verdad: Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Somos siervos inútiles (Luc. XVII, 10). La perfecta ciencia es saberlo todo, y sin embargo, de alguna manera, saber que uno no sabe, porque aunque ya conocemos los mandamientos de Dios, aunque ya ponderamos con atención el poder de sus palabras, aunque ya hacemos lo que creemos haber entendido, todavía no sabemos con qué rigor deben ser examinadas estas mismas acciones, aún no vemos el rostro de Dios, aún no contemplamos sus designios ocultos. ¿Cuán grande es, entonces, nuestra ciencia, que mientras está oprimida por el peso de la mortalidad, es cegada por la misma nube de su incertidumbre? De la cual se dice acertadamente por Pablo: El que cree saber algo, aún no ha aprendido como debe saber (I Cor. VIII, 2). Por lo tanto, mientras vivimos en este mundo, sabemos perfectamente lo que debe saberse cuando, progresando en la inteligencia, reconocemos que no sabemos nada

perfectamente. Dice, pues: ¿Acaso conoces las grandes sendas de las nubes y las ciencias perfectas? Como si dijera abiertamente: ¿Acaso ya contemplas las obras supremas de los predicadores, que después de elevarse a las alturas por la ciencia, se inclinan humildemente hacia abajo por el conocimiento de su ignorancia? Y como esto se realiza por el don del Espíritu Santo, para que el corazón humano sea instruido perfectamente no solo en la ciencia, sino también en su propia ignorancia, y arda con el calor del amor hacia lo alto, mientras considera que lo que ha conocido es menor en lo inferior, se añade con razón:

CAPÍTULO XXXVIII [Rec. XXIII].

VERS. 17.---¿Acaso no están calientes tus vestiduras cuando la tierra es azotada por el viento del sur?

63. Los que se adhieren a la Iglesia se encienden con el soplo del Espíritu Santo.---Hemos dicho ya que el bienaventurado Job a menudo sostiene la figura de la santa Iglesia. Las vestiduras de la Iglesia son todos aquellos que se unen a ella mediante la unión de la fe. Sobre los cuales el Señor dice a la misma Iglesia por medio del profeta: Vivo yo, que con todos estos te vestirás como con un ornamento (Isaías 49, 18). Por el Austro, que ciertamente es un viento cálido, no sin razón se designa al Espíritu Santo, por el cual, cuando alguien es tocado, se libera de la tibieza de su iniquidad. Por eso, bien se dice en el Cantar de los Cantares: Levántate, Aquilón, y ven, Austro, sopla en mi jardín, y fluyan sus aromas (Cantar 4, 16). Se ordena al Aquilón que se levante, para que huya el espíritu adversario que restringe los corazones de los mortales. Viene el Austro y sopla en el jardín, para que sus aromas se difundan, porque con la venida del Espíritu Santo, cuando la mente de los hombres se llena, de ella se esparce inmediatamente la fama de las virtudes, de modo que con razón la lengua de los santos, como un jardín soplado por el Austro, diga: Somos el buen olor de Cristo para Dios (2 Corintios 2, 15). Las vestiduras de la santa Iglesia son cálidas, cuando la tierra es soplada por el Austro, porque aquellos que se adhieren a ella por la fe, arden con fervientes estudios de caridad, cuando su mente es impregnada por el soplo del Espíritu Santo. Lo cual, de hecho, no impide entenderse también del mismo bienaventurado Job, porque así decimos estas cosas en general en la santa Iglesia, aunque las mantenemos especialmente a través de cada uno de sus miembros.

64. De la concordia mutua entre los doctores y los oyentes surge la caridad. Cada uno que vive rectamente y ha acostumbrado a enseñar esto a otros, tiene tantos vestidos como oyentes que le siguen en concordia. La naturaleza de los vestidos es que no pueden calentarse por sí mismos, pero al estar unidos al cuerpo viviente, al cubrir los poros exhalantes de los miembros, retienen el calor que emana de lo más íntimo, y con este calor los mismos vestidos se calientan, pero al calentarse, retienen el calor que han recibido y lo devuelven al cuerpo. ¿Qué se significa, pues, por los vestidos adheridos al cuerpo viviente sino la vida de los discípulos unida a los maestros que viven bien? Que recibe el calor como a través de los poros, porque se enciende en el amor de Dios tanto por el ejemplo de la acción como por el impulso de la exhortación. Que expulsa su propio frío al apartarse de la iniquidad pasada; retiene el calor que ha recibido, porque se fortalece en el fervor que ha tomado al predicar. Los doctores santos, al sentir que sus oyentes progresan en el amor de Dios, ellos mismos se encienden más en la virtud de la doctrina; y porque ven que arden y se encienden hacia las cosas más altas, se encienden más fuertemente para predicar los bienes de la patria celestial. Y si alguna vez, debido a que aún llevan una vida corruptible por la debilidad humana, son tentados por alguna culpa, aunque sea leve, en obra, en palabra, en pensamiento, contemplan el progreso de sus discípulos, y ellos mismos se avergüenzan de ser reprochables incluso en

lo mínimo, no sea que ofrezcan ejemplos de torpeza a aquellos a quienes llaman con la voz de la predicación a la regla de la rectitud interior. Así, cuando los oyentes son encendidos por la palabra de los doctores, es como si los vestidos se calentaran del cuerpo viviente. Pero cuando la vida de los docentes también progresa por el avance de los oyentes, es como si el calor regresara al cuerpo desde los vestidos calentados. Pero los doctores no deben atribuirse a sí mismos que los oyentes progresen hacia lo más alto por su exhortación, porque si el Espíritu Santo no llena sus corazones, la voz de los docentes suena en vano en los oídos del cuerpo. Pueden formar la voz del maestro exteriormente, pero no pueden imprimirla interiormente: Porque ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III, 7). Por tanto, se puede decir: ¿No están tus vestidos calientes cuando la tierra es soplada por el Austro? Porque entonces los oyentes que ya se adhieren a los doctores que viven bien reciben el calor del amor supremo, cuando son excitados por el sople del Espíritu Santo, como si dijera abiertamente al bienaventurado Job: En vano te atribuyes si contemplas que algunos han progresado en virtudes por ti, porque aquellos que crees que se han calentado por ti, si el fervor del Espíritu Santo no los tocara, permanecerían fríos en su insensibilidad. Después de haber dicho esto con firmeza, movido ligeramente por la arrogancia, añade inmediatamente palabras de burla, diciendo:

CAPÍTULO XXXIX [Rec. XXIV].

VERS. 18.---¿Acaso tú con él fabricaste los cielos, que son tan sólidos como si estuvieran fundidos en bronce?

65. Por los cielos, como si fueran de bronce fundido, se señalan los santos ángeles y las mentes de los elegidos. Pueden designarse por cielos aquellos espíritus angélicos que están establecidos en las cosas celestiales. Por eso, en nuestra oración, somos instruidos por la voz de la Verdad para decir: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Para que, ciertamente, la voluntad de Dios, así como es cumplida por la criatura superior, sea también observada en todo por la debilidad humana. De ellos se dice bien: Que son firmísimos como si fueran de bronce fundido (Mat. VI, 10). La naturaleza del bronce es difícil de corroer por el óxido. Y las virtudes angélicas, que permanecieron firmes en el amor divino, recibieron este don de retribución, que no sean mordidas por el óxido de la culpa que se infiltra, para que permanezcan en la contemplación del Creador sin fin de felicidad, y en lo que fueron creadas subsistan con estabilidad eterna. Esto lo atestiguan bien las palabras de la historia sobre el origen del mundo en Moisés (Gén. I, 6), cuando primero se dice que fue hecho el cielo, y luego se llama firmamento, porque la naturaleza angélica fue primero creada más sutilmente en las alturas, y después, para que nunca pudiera caer, fue confirmada de manera más maravillosa. También pueden expresarse por cielos, como hemos dicho a menudo, las mentes de los elegidos, suspendidas por amor íntimo de todas las contaminaciones terrenales. Aunque vivan en lo más bajo con el cuerpo, porque ya con el corazón se adhieren a lo más alto, dicen verdaderamente: Nuestra conversación está en los cielos (Fil. III, 20). Que son firmísimos como si fueran de bronce fundido, porque no son consumidos por el óxido de la mutabilidad en la integridad de la fortaleza comenzada. A quienes, mientras soportan valientemente las adversidades, se les dice con la voz del autor: Vosotros sois mis amigos, que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones. Pero aunque el docto y arrogante intente burlarse del hombre santo, mezcle palabras fuertes con su burla, sin embargo, siempre recae de las palabras fuertes a las palabras superfluas. Pues, burlándose de nuevo, añade:

VERS. 19.---Muéstranos qué debemos decirle, pues estamos envueltos en tinieblas.

885 66. Como si dijera: Tú, que ya disfrutas de la gran luz de la inteligencia, debes enseñarnos a nosotros, que estamos envueltos en las tinieblas de la ignorancia. Quien, inmediatamente, retrocediendo de la burla, añade con desdén:

VERS. 20.---¿Quién le contará lo que digo?

Como si dijera abiertamente: Lo que yo, percibiendo agudamente sus alabanzas, hablo no por haberlo oído, ¿quién puede narrar estas cosas o incluso después de haberlas escuchado? Pero dado que la doctrina y la arrogancia entran en conflicto en la morada de una sola mente, de la boca del que habla no solo resuena la ligereza de vivir, sino también la gravedad de sentir, después de que Eliú, por arrogancia, se hinchó ligeramente, diciendo: ¿Quién narrará lo que digo? Inmediatamente añadió con doctrina:

CAPÍTULO XL [Ant. XXVI, Rec. XXV].

IBID.---Aun si el hombre hablara, será devorado.

67. Hablar del hombre sobre Dios es como un ciego discutiendo sobre la luz. Todo lo que devora algo, al atraerlo hacia adentro, lo oculta de la vista de los que miran, y lleva al fondo lo que podía verse en la superficie. Por lo tanto, cuando el hombre guarda silencio sobre Dios, parece ser algo por la razón en la que fue creado. Pero si comienza a hablar de Dios, inmediatamente se muestra cuán insignificante es, porque es devorado por la inmensidad de Su grandeza, y como si fuera arrebatado a lo profundo, se oculta, porque al desear hablar de lo inefable, es tragado por la misma estrechez de su ignorancia. Pues la carne habla del espíritu, el espíritu limitado del ilimitado, la criatura del creador, el temporal del eterno, el mutable del inmutable, el mortal del vivificante; y al estar en tinieblas, sin conocer la luz interna tal como es, el hombre, deseando discutir sobre la eternidad, habla como un ciego sobre la luz. Si, por tanto, el hombre ha hablado, será devorado, porque si el hombre desea expresar la eternidad tal como es, incluso se le quita lo que siente de ella en silencio. Pero he aquí que la eternidad verdaderamente se dio a conocer a los hombres cuando se les mostró al asumir la humanidad. Y como aún no había sido revelada, correctamente se añade sobre esos mismos hombres:

CAPÍTULO XLI.

VERS. 21.---Pero ahora no ven la luz.

68. Por Cristo la luz resplandeció para los hombres.---De esta luz, ciertamente, también se dice por medio del Profeta: El pueblo que habitaba en tinieblas, vio una gran luz (Mat. IV, 16; Isa. IX, 2). Pero cómo esta misma luz es vista por los hombres, se insinúa cuando inmediatamente añade:

IBID.---De repente, el aire se condensará en nubes.

El aire, en efecto, se dispersa por su propia ligereza, de modo que no se solidifica con firmeza alguna. Las nubes, sin embargo, son tanto más firmes cuanto más densas. ¿Qué se designa, entonces, por el aire sino las mentes de los seculares, que, entregadas a los innumerables deseos de esta vida, se dispersan de aquí para allá al modo del aire fluido? Pero el aire se condensa en nubes cuando las mentes inestables se fortalecen con la solidez de la virtud por

la gracia del favor divino, de modo que se recogen en el seno del corazón al sentir rectamente, y no se disuelven en vanos pensamientos.

69. Pedro y los demás apóstoles fueron fortalecidos por la gracia en las nubes. Pedro era como el aire, disperso por los deseos terrenales, y como una brisa pasajera, se ocupaba de la pesca por el cuidado de la vida carnal (Mat. IV, 18). También los apóstoles eran como el aire, pues ya habían aprendido cosas elevadas por la ley, pero aún no comprendían firmemente por la fe (Ibid.). Sin embargo, de repente el aire se convirtió en nubes, porque por la gracia divina, los corazones inconstantes de los pescadores se transformaron en la solidez de los predicadores, de modo que sus pensamientos débiles se fortalecieron al comprender, y al igual que las nubes, captaron las aguas del conocimiento, y regaron la tierra subyacente con las palabras de la predicación, para luego, al completar su ministerio, regresar a los secretos del cielo y alcanzar el descanso eterno al finalizar su labor. Por eso, bien se añade a continuación:

CAPÍTULO XLII.

IBID.---Y el viento, al pasar, las ahuyentará.

70. Irrigado el mundo con la predicación del Evangelio, aquellas nubes fueron disipadas de nuestros ojos. En efecto, la vida presente es como un viento pasajero. Así, el viento pasajero disipa las nubes, porque la vida mortal que transcurre oculta corporalmente a los santos predicadores de nuestros ojos. El viento pasajero disipa las nubes, porque el curso de la vida temporal aparta a los apóstoles de la carne y los esconde de la superficie de la tierra en un descanso secreto, como en el eje de los cielos. Pero, como no dejan de predicar hasta la muerte, y el espacio de la vida presente transcurre al modo de las nubes con la lluvia de sus palabras, añade lo que se realiza con sus labores en la santa Iglesia, cuando inmediatamente dice:

CAPÍTULO XLIII [Rec. XXVI].

VERS. 22.---Del norte vendrá el oro.

La religión cristiana principalmente propagada entre los gentiles. ¿Qué se designa por el Aquilón, sino la gentilidad endurecida por el frío del pecado? A la cual mantuvo bajo el yugo de su tiranía aquel que, en su soberbia, dijo: Me sentaré en el monte del testamento, en los lados del Aquilón, subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Isaías XIV, 13, 14). ¿Qué se expresa con el nombre de oro, sino las almas fieles? De las cuales se dice por Jeremías: ¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha cambiado el color excelente? (Lamentaciones IV, 1). En efecto, el oro oscurecido se lamentó, porque en algunos vio la claridad de la inocencia transformada en la negrura de la culpa. Por tanto, se dice que el oro viene del Aquilón, porque por la gracia del Redentor, la gentilidad, antes fría por la tibieza de la perfidia, multiplica dentro de la santa Iglesia la vida preciosa de los fieles para Dios. En efecto, el oro viene del Aquilón cuando la verdadera fe en el Señor resplandece entre los mismos adoradores de ídolos. Pero, cuando las naciones se convierten a la fe, Judea se opone y se niega a aceptar en la retribución de las recompensas celestiales a aquellos que antes fueron adoradores de ídolos. Por lo cual, después de la conversión de las naciones, se dice a Pedro: ¿Por qué entraste a casa de hombres incircuncisos y comiste con ellos? (Hechos XI, 3). A lo cual, el Señor dice correctamente por Isaías: Diré al Aquilón: Da; y al Austro: No impidas (Isaías XLIII, 6). Pues así como por el Aquilón se señala la gentilidad, así por el

Austro se señala a Judea, que se calentó como con el sol meridiano, porque, al aparecer el Redentor en la carne, fue la primera en recibir el fervor de la fe. Por tanto, se dice al Aquilón: da, cuando se ordena a la gentilidad ofrecer a Dios los dones de su fe. Al Austro, sin embargo, se le ordena no impedir, porque se manda a los hebreos que permanecen en la fe no condenar rechazando la vida de las naciones. Por lo cual, aquí también, porque se ha dicho: Del Aquilón vendrá el oro, se añade adecuadamente:

IBID.---Y de Dios es temible la alabanza.

72. Sobre la conversión de los gentiles, los apóstoles y otros fieles de la circuncisión alabaron a Dios. Pues así se dice que la alabanza temerosa proviene de Dios, como si se dijera que proviene de aquellos que están de parte de Dios, es decir, de los fieles. Por lo tanto, cuando el oro viene del norte, surge una alabanza temerosa de Dios, porque cuando la gentilidad ofreció la claridad de su fe, la multitud de hebreos fieles alabó temiendo los juicios divinos. Pero cómo viene el oro del norte, cómo surge la alabanza temerosa de aquellos que están bajo Dios, nos lo muestra la misma historia del sagrado discurso. Pues está escrito: Cornelio, centurión de la cohorte llamada Itálica, religioso y temeroso de Dios, con toda su casa, haciendo muchas limosnas al pueblo y orando siempre a Dios, vio claramente en una visión, como a la hora novena del día, un ángel de Dios que entraba hacia él y le decía: Cornelio. Y él, mirándolo, lleno de temor, dijo: ¿Quién eres, Señor? Y él le dijo: Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria ante Dios (Hechos 10, 1 ss.). Por lo tanto, el oro vino del norte, cuando en la presencia de Dios la oración de los gentiles subió con limosnas. Cuando Pedro relató esto a los hermanos (Hechos 10, 12), cómo Cornelio había visto al ángel, o cómo él mismo había visto descender del cielo un lienzo con bestias reptiles y volátiles, o cómo el Espíritu Santo había llenado los corazones de los gentiles incluso antes del bautismo, lo cual nunca había sucedido en las mentes de los judíos sino después del agua del bautismo, inmediatamente está escrito: Al oír esto, callaron y glorificaron a Dios, diciendo: Entonces también a los gentiles ha dado Dios el arrepentimiento para vida (Hechos 11, 18). Por lo tanto, la multitud de fieles ofreció a Dios una alabanza temerosa, que, al salvarse los gentiles, se contuvo de su murmullo, admirando los dones de la gracia celestial. Por lo cual, el mismo Pedro se maravilló, diciendo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas (Hechos 10, 34).

73. Y temieron la reprobación de los judíos.---Pero cuando las naciones aceptan la fe, ¿por qué se dice que de aquellos que ya son fieles viene una alabanza temerosa, cuando más bien debería ser una alabanza alegre que temerosa? Pero precisamente porque las naciones se convierten, de los hebreos ya fieles surge una alabanza temerosa, porque ciertamente Judea fue justamente rechazada, mientras que los gentiles fueron piadosamente llamados; y temieron las pérdidas de su repulsión, al ver las ganancias de la vocación ajena. Por lo tanto, también nosotros cada día, cuando vemos a algunos inicuos ser elevados repentinamente a la inesperada altura de la vida, bajo los ocultos juicios de Dios tememos y nos alegramos, no sea que por juicios ocultos Dios abandone a algunos que se consideran dignos, mientras llama a aquellos que se estiman indignos. Sigue:

CAPÍTULO XLV.

VERS. 23.---No podemos encontrarlo digno.

74. De Dios, que es grande en fortaleza, juicio y justicia, no podemos tener un sentimiento digno. Y aunque ya podamos encontrarlo, no obstante, no de manera digna, porque todo lo

que sentimos en Él es por fe, y no por apariencia. Sin embargo, añade lo que ya considera haber encontrado, diciendo:

IBID.---Grande en fortaleza, juicio y justicia, y no se puede describir.

Grande es en fortaleza, porque vence a un adversario fuerte, y de la casa de este toma los vasos de deshonra y los transforma en vasos de misericordia. Grande en juicio, porque aunque aquí somete a sus elegidos a adversidades, en algún momento los eleva a la gloria de la prosperidad eterna. Grande en justicia, porque aunque aquí tolera por mucho tiempo, en algún momento condena a los réprobos sin fin. Bien se añade: Y no se puede narrar. Pues quien no puede ser sentido dignamente, ¿cuánto menos puede ser dicho? Pero mejor lo decimos de alguna manera, si bajo el temor de su consideración, admirando, callamos. Sigue:

CAPÍTULO XLVI [Rec. XXVII].

VERS. 24.---Por eso le temerán los hombres, y no se atreverán a contemplarlo todos los que se consideran sabios.

75. Los que predicán correctamente, pero no viven de acuerdo a ello, se convierten en heraldos de su propia condenación. En este pasaje, Eliú llama a aquellos hombres que son fuertes en entendimiento. Y es de notar que no dice: Y no se atreverán a contemplar a los sabios; sino, Los que se creen sabios. Con estas palabras insinúa a los expertos, pero arrogantes. Eliú, por lo tanto, aunque siente muchas cosas con firmeza, al final de su discurso se toca a sí mismo. Porque los hombres arrogantes y doctos que no viven correctamente, pero que sin embargo son obligados por la doctrina a decir lo correcto, se convierten de alguna manera en heraldos de su propia condenación, porque al predicar lo que rechazan hacer, proclaman con sus propias voces que están condenados. Contra ellos se dice bien a través del Salmista: Se volvieron como un arco engañoso (Salmo 77, 57). En efecto, un arco engañoso golpea al mismo que lo tensa. En sus palabras, las lenguas de los arrogantes son semejantes a un arco engañoso, porque al hablar contra la soberbia, clavan flechas en sus propios autores. Por lo tanto, se debe proveer con sumo cuidado que, al recibir la sabiduría, cuando ilumina las tinieblas de la ignorancia, no quite la luz de la humildad, y ya no pueda ser sabiduría. Aunque brille con la virtud de la elocuencia, sin embargo, el velo de la arrogancia oscurece el corazón del que habla.

76. Otros bienes son supremos, otros intermedios.---En efecto, hay bienes supremos y bienes intermedios. Los bienes supremos son la fe, la esperanza y la caridad. Cuando se poseen verdaderamente, no pueden ser desviados hacia el mal. Sin embargo, los bienes intermedios son la profecía, la doctrina, el don de curaciones, y otros (I Cor. XII, 10), que están situados de tal manera entre ambos que a veces se busca a través de ellos la patria eterna, y otras veces la gloria terrena. Llamamos, por tanto, virtudes intermedias a aquellas que inclinamos hacia cualquier cosa que la mente desea. Una vez adquiridas, el alma puede usarlas como las riquezas terrenales. Pues a través de las riquezas terrenales, unos se enorgullecen en la ostentación de la gloria, mientras que otros realizan obras de piedad hacia las necesidades de los prójimos. Así, cuando a través de la doctrina y la profecía se busca la alabanza exterior, se ambiciona el culmen de la gloria terrena como si fueran riquezas corporales. Pero cuando la doctrina y la profecía se emplean para ganar almas, es como si las riquezas recibidas se distribuyeran a los hermanos necesitados. Por lo tanto, dado que a menudo a través de estos dones, que el alma incauta se enorgullece de recibir, se aleja de la mano del dador, es necesario con una previsión vigilante asegurarse de que primero se sometan los vicios y luego

se mantengan los dones con circunspección. Porque si la mente se abandona imprudentemente en ellos, no es elevada por su ayuda, sino que es reprobada como si fuera recompensada por trabajos pasados. De ahí que también suceda que la virtud recibida, cuando se asume en el uso de la alabanza transitoria, al militar por el vicio, no sea virtud. Pues el origen de la virtud es la humildad, y aquella virtud verdaderamente florece en nosotros que perdura en su raíz propia, es decir, en la humildad. Si se corta de ella, se marchita, porque pierde en su interior el humor vivificante de la caridad.

77. Observa la gran humildad de David en lo más alto. Luchando contra los enemigos; al seguir la humildad, se venció a sí mismo. Pero porque a través de lo que dice Eliú, "No se atreverán a contemplar todos los que se consideran sabios", se reprueba la oculta altivez del corazón, es conveniente observar cuántos dones de virtudes había recibido David, y en todos ellos cómo se mantenía con fuerte humildad (I Reg. XVII, 36; XVIII, 25). ¿A quién no enaltecería romper las fauces de los leones, destrozar los brazos de los osos, ser elegido despreciando a sus hermanos mayores, ser ungido para el gobierno del reino tras ser rechazado el rey, derribar a Goliath con una sola piedra, recibir numerosas prepucios de los filisteos tras derrotarlos, y finalmente recibir el prometido reino, poseyendo sin contradicción alguna a todo el pueblo israelita (II Reg. III, 18)? Y sin embargo, cuando trae el arca de Dios a Jerusalén (Ibid., VI, 14), como si olvidara que había sido preferido sobre todos, se mezcla con el pueblo y danza ante el arca. Y porque se cree que danzar ante el arca era costumbre del pueblo, el rey se mueve en salto en el servicio divino. He aquí a quien el Señor singularmente prefirió, se desprecia a sí mismo bajo el Señor, igualándose a los más pequeños y exhibiéndose como insignificante. No recuerda el poder del reino, no teme volverse despreciable a los ojos de sus súbditos al danzar, no reconoce que ha sido honrado sobre los demás ante el arca de quien le dio el honor. Actuó vil o extremadamente ante Dios, para consolidar con humildad lo que había hecho valientemente ante los hombres. No sé qué piensan otros de sus acciones; yo me asombro más de David danzando que luchando. Porque al luchar sometió a los enemigos, pero al danzar ante el Señor se venció a sí mismo. A quien Micol, hija de Saúl, aún enloquecida por la soberbia de su linaje real, al despreciarlo humillado, le dijo: "¡Cuán glorioso fue hoy el rey de Israel, descubriéndose ante las siervas de sus servidores, y se desnudó, como si se desnudara uno de los bufones!" (Ibid., 20), inmediatamente escuchó: "Vive el Señor, que danzaré ante el Señor, quien me eligió a mí en lugar de tu padre." Y poco después añadió: "Y danzaré, y me haré aún más vil de lo que he sido, y seré humilde a mis propios ojos" (Ibid., 22). Como si dijera abiertamente: Anhele ser despreciado ante los hombres, porque busco mantenerme libre ante el Señor a través de la humildad.

78. Algunos, al tener un sentimiento humilde de sí mismos, temen ser despreciados; otros, deseando ser despreciados, se enorgullecen de su humildad. Sin embargo, hay algunos que tienen un sentimiento humilde de sí mismos, porque, aunque están en posiciones de honor, consideran que no son más que polvo y ceniza, pero rehúsan aparecer despreciados ante los hombres, y en contra de lo que piensan interiormente de sí mismos, se cubren exteriormente con una rígida apariencia de belleza. Y hay algunos que desean ser vistos como viles por los hombres, y desprecian todo lo que son mostrándose abatidos: pero, sin embargo, en su interior se enorgullecen como si fuera por el mismo mérito de la vileza mostrada, y tanto más se elevan en el corazón cuanto más reprimen la elevación en apariencia. David, con gran discernimiento, descubrió y superó con admirable virtud estas dos grandes batallas de una misma soberbia. Porque, al sentir humildemente de sí mismo en su interior, no busca el honor exterior, lo insinúa diciendo: "Bailaré y me haré más vil" (Ibid., 22). Y porque al mostrarse vil exteriormente, de ninguna manera se enorgullece interiormente, añade: "Y seré humilde

ante mis propios ojos" (Ibid., 22). Como si dijera: Tal como me muestro despreciado exteriormente, así también me considero interiormente. ¿Qué harán entonces aquellos a quienes la doctrina eleva, si David, que sabía que de su carne vendría el Redentor, y anunciaba sus alegrías profetizando, sin embargo, en sí mismo reprimía el orgullo del corazón con el fuerte talón de la discreción, diciendo: "Y seré humilde ante mis propios ojos"?

890 79. No pueden contemplar la sabiduría de Dios aquellos que se consideran sabios. Debe seguirse la loable insensatez.---Por tanto, bien se dice a través de Eliú: Por eso los hombres le temerán, y no se atreverán a contemplar todos los que se consideran sabios. No pueden contemplar la sabiduría de Dios quienes se creen sabios, porque están tan lejos de su luz como no son humildes en sí mismos, ya que en sus mentes, mientras crece el tumor de la soberbia, se cierra la agudeza de la contemplación; y de donde se estiman más iluminados que los demás, de ahí se privan del brillo de la verdad. Si, por lo tanto, deseamos ser verdaderamente sabios y contemplar la misma sabiduría, reconozcámonos humildemente como insensatos. Abandonemos la sabiduría nociva, aprendamos la loable insensatez. De aquí está escrito: Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios (I Cor. I, 27). De aquí se dice de nuevo: Si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio (Ibid., III, 18). De aquí las palabras de la historia evangélica testifican que Zaqueo, al no poder ver por la multitud, subió a un árbol sicómoro para ver al Señor que pasaba. El sicómoro, de hecho, se llama higuera loca. Así, el pequeño Zaqueo subió al sicómoro y vio al Señor (Luc. XIX, 4 ss.), porque quienes eligen humildemente la insensatez del mundo, contemplan sutilmente la sabiduría de Dios. La multitud, en efecto, impide nuestra pequeñez para ver al Señor, porque el tumulto de las preocupaciones mundanas oprime la debilidad de la mente humana, impidiendo que contemple la luz de la verdad. Pero prudentemente subimos al sicómoro si retenemos en la mente la insensatez que divinamente se nos ordena. Pues, ¿qué hay más insensato en este mundo que no buscar lo perdido, dejar lo poseído a los que lo arrebatan, no devolver injuria por injuria recibida, e incluso ofrecer paciencia con otras añadidas? Es como si el Señor nos mandara subir al sicómoro cuando dice: Al que te quite lo tuyo, no se lo reclames (Luc. VI, 30). Y de nuevo: Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra (Mat. V, 39). El Señor es visto pasando por el sicómoro, porque a través de esta sabia insensatez, aunque aún no sólidamente como es, ya por la luz de la contemplación la sabiduría de Dios se ve como en tránsito. Según las palabras de Eliú, no pueden verla quienes se consideran sabios, porque atrapados en la elevada multitud de sus pensamientos, aún no han encontrado el árbol del sicómoro.

Parte sexta, y última, QUE ABARCA OCHO LIBROS

LIBRO VIGÉSIMO OCTAVO. Se explican los once primeros versos del capítulo XXXVIII, en un sentido múltiple, especialmente moral.

891 PREFACIO.

Nada daña más gravemente al alma que la virtud consciente, a menos que sea ejercitada con correcciones. Job es el más grande, porque es menor solo que Dios.---Después de las pérdidas materiales, después de los funerales de sus seres queridos, después de las heridas del cuerpo, después de las palabras mal aconsejadas de su esposa, después de las palabras despectivas de los consoladores, después de haber soportado valientemente los dardos de tantos dolores, de tanta virtud de constancia, el bienaventurado Job habría sido alabado por el juez, si ya hubiera sido llamado de este mundo presente. Pero después de que aquí aún recibirá el doble,

después de que se le restituya a su salud original, para que pueda disfrutar más tiempo de sus bienes devueltos, no sea que su propia victoria lo derrote por la espada de la soberbia, debe el Dios omnipotente reprender con estricta justicia a quien preserva para la vida. ¿Qué hay, en efecto, que más frecuentemente mate al alma que la virtud consciente? Que mientras la infla con su consideración, la vacía de la plenitud de la verdad; y mientras sugiere que es suficiente para recibir premios, la desvía de la intención de mejorarse. Por tanto, Job fue justo antes de los azotes, pero permaneció más justo después de ellos; y alabado antes por la voz de Dios, posteriormente creció por el castigo. De hecho, como una trompeta de metal producida por el golpe, fue elevado en alabanza a Dios tanto más alto cuanto más severamente fue golpeado. Pero debía ser humillado aquel que, postrado por las llagas, permanecía firme en las virtudes. Debía ser humillado, no sea que las flechas de la soberbia perforaran un pecho tan robusto, que ciertamente se sabía que ni siquiera las heridas infligidas lo habían vencido. Sin duda, debía buscarse un hombre cuya comparación pudiera superarlo. Pero, ¿qué es lo que se dice de él con la voz del Señor: Has visto a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra (Job 1, 8; 2, 3)? ¿Por comparación con quién podría ser vencido, de quien se dice con el testimonio de Dios que no puede ser igualado por comparación con ningún hombre? ¿Qué se debe hacer, sino que el mismo Señor, en su propia persona, le narre sus virtudes y le diga: ¿Acaso haces salir al lucero en su tiempo, y haces que el atardecer se levante sobre los hijos de la tierra? Y de nuevo: ¿Acaso se te han abierto las puertas de la muerte, y has visto las puertas de la oscuridad? O ciertamente: ¿Acaso desde tu nacimiento has mandado a la mañana, y has mostrado a la aurora su lugar (Job 38, 32, 17, 12)? ¿Quién, en verdad, puede hacer esto sino el Señor? Y sin embargo, se interroga al hombre, para que reconozca que no puede hacer estas cosas, de modo que el hombre que ha crecido con tan inmensas virtudes, y no es vencido por el ejemplo de ningún hombre, no deba ser exaltado, sino superado por la comparación con Dios. ¡Oh, cuán poderosamente se eleva quien tan sublimemente es humillado! ¡Oh, cuán grande es la victoria del hombre, al perder por comparación con Dios! ¡Oh, cuánto mayor es para los hombres quien es convencido por testimonios de ser menor que Dios! En verdad, es muy poderoso quien es mostrado por tal interrogación que no es poderoso. Pero como somos llevados a disertar sobre cosas demasiado oscuras, vayamos ya a las palabras del mismo texto:

CAPÍTULO PRIMERO [Vet. et Rec. II].

CAP. XXXVIII, VERS. 1.---Pero el Señor respondió a Job desde el torbellino y dijo.

1. De cuántas maneras y de qué modos Dios habla a los hombres.---Observo que si se dijera que la comunicación se hizo de manera sana y sin daño, de ninguna manera se escribiría que el Señor habló desde el torbellino. Pero como habla al que es castigado, se describe que habló desde el torbellino. De una manera el Señor habla a sus siervos cuando los impulsa internamente a través de la compunción, y de otra manera cuando los reprime mediante la severidad para que no se ensalcen. A través de la suave comunicación del Señor se muestra la dulzura que debe ser amada; a través de la terrible, se manifiesta su poder que debe ser temido. En la primera, se persuade al alma para que progrese; en la segunda, se reprime a la que progresa. En la primera, aprende lo que debe desear; en la segunda, lo que debe temer. A través de la primera dice: Alégrate y regocíjate, hija de Sión, porque he aquí que vengo y habitaré en medio de ti (Zacarías 2, 10); a través de la segunda se dice: El Señor vendrá en la tempestad, y su camino será en el torbellino (Isaías 66, 15). En verdad, es amable quien viene para habitar en medio. Pero cuando se insinúa a través de la tempestad y el torbellino, ciertamente perturba los corazones que toca; y se manifiesta para domar la altivez, cuando se da a conocer como poderoso y terrible.

2. Dios habla ya sea a través de los ángeles o por sí mismo.---Es necesario saber además que la comunicación divina se distingue de dos maneras. Porque el Señor habla ya sea por sí mismo, o sus palabras se forman para nosotros a través de la criatura angélica. Pero cuando habla por sí mismo, se nos revela solo por la fuerza de la inspiración interna. Cuando habla por sí mismo, el corazón es instruido por su palabra sin palabras ni sílabas, porque su poder se reconoce mediante una cierta elevación interna. A la cual la mente plena se suspende, la vacía se agobia. Pues es un cierto peso que eleva toda alma que llena. Es una luz incorpórea que llena el interior y circunscribe lo lleno exteriormente. Es un discurso sin ruido, que abre el oído y no sabe tener sonido. Porque lo que está escrito sobre la venida del Espíritu Santo: De repente se produjo un sonido del cielo, como de un viento impetuoso que venía, y llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, y se posó sobre cada uno de ellos (Hechos II, 2); el Señor apareció a través del fuego, pero hizo la comunicación interiormente por sí mismo. Y ni el fuego es Dios, ni fue aquel sonido, sino que a través de lo que mostró exteriormente, expresó lo que realizó interiormente. Porque hizo a los discípulos internamente ardientes de celo y eruditos en la palabra, mostró externamente lenguas de fuego. Por lo tanto, los elementos fueron presentados en señal, para que los cuerpos sintieran el fuego y el sonido, pero los corazones fueran enseñados por el fuego invisible y la voz sin sonido. Así que, afuera fue el fuego que apareció, pero adentro el que dio conocimiento. Y cuando el eunuco de la reina Candace, sentado en el carro, emprendía el camino y tenía en sus manos a Isaías sin entenderlo, ciertamente el espíritu le había dicho a Felipe en el corazón: Únete al carro (Hechos VIII, 29). Y cuando Cornelio había enviado a los soldados temerosos de Dios para llamar a Pedro, sin duda en la mente Pedro escuchó del espíritu: He aquí tres hombres te buscan, levántate, desciende y ve con ellos (Hechos X, 19). Porque el Espíritu de Dios es como si nos dijera ciertas palabras, revelando con fuerza oculta lo que debe hacerse, y haciendo que el corazón del hombre ignorante, sin ruido y sin la lentitud del discurso, se vuelva de repente experto en lo oculto. Pues como el oído no comprende de inmediato todo lo que se dice, ya que percibe las causas a través de las palabras y las palabras en partes a través de las sílabas; pero nuestra vista, en lo que se dirige, lo aprehende todo de inmediato y al mismo tiempo; la comunicación de Dios hecha internamente a nosotros parece más bien ser vista que escuchada, porque al insinuarse a sí mismo sin demora del discurso, ilumina con luz repentina las tinieblas de nuestra ignorancia. Por lo cual también Baruc, hijo de Nerías, cuando fue preguntado cómo había escuchado las palabras del profeta Jeremías, dijo: Hablaba de su boca como leyendo, y yo escribía (Jeremías XXXVI, 18). Porque quien habla leyendo, se enfoca en una cosa, pero hace la palabra en otra, porque dice lo que ve. Por lo tanto, los profetas de Dios, porque ven sus palabras más en el corazón que las escuchan, hablan como leyendo.

3. Cómo suele hablar a través de los ángeles. A veces usando palabras; a veces cosas; a veces simultáneamente palabras y cosas; a veces imágenes mostradas a los ojos del corazón o del cuerpo.---Cuando el Señor indica su voluntad a través de un ángel, a veces la demuestra con palabras, a veces con cosas, a veces simultáneamente con palabras y cosas, a veces con imágenes mostradas a los ojos del corazón, a veces con imágenes asumidas temporalmente ante los ojos corporales desde el aire, a veces con sustancias celestiales, a veces con terrenales; a veces simultáneamente con terrenales y celestiales. Sin embargo, a veces también Dios habla a los corazones humanos a través de un ángel, de tal manera que el ángel mismo se presenta a la vista de la mente.

4. Porque Dios habla a través del ángel con palabras, cuando nada se muestra en imagen, sino que se escuchan las palabras de la locución celestial, como cuando el Señor dice: Padre,

glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti, inmediatamente se responde: Ya lo he glorificado, y de nuevo lo glorificaré (Juan XVII, 1). Pues Dios, que clama sin tiempo por la fuerza de un impulso íntimo, no emitió en el tiempo esa voz por su sustancia, la cual distinguió con palabras humanas circunscritas por el tiempo, sino que, ciertamente, hablando de las cosas celestiales, formó sus palabras, que quiso que fueran escuchadas por los hombres, mediante la administración de una criatura racional.

5. A veces Dios habla a través de los ángeles, cuando no se dice nada con palabras, sino que se anuncian las cosas futuras mediante imágenes tomadas de los elementos; como Ezequiel, que sin escuchar palabras, vio la apariencia de electro en medio del fuego; para que, al contemplar solo la apariencia, comprendiera lo que sucedería al final (Ezequiel 1, 4). En efecto, el electro se mezcla de los metales de oro y plata, en cuya mezcla la plata se vuelve más brillante, pero el resplandor del oro se modera. ¿Qué se muestra entonces en el electro sino el mediador entre Dios y los hombres? Quien, al componerse a sí mismo de naturaleza divina y humana, hizo la humana más brillante a través de la deidad, y moderó la divina a nuestros ojos a través de la humanidad. Porque, en virtud de su divinidad, su humanidad resplandeció con tantos milagros, de oro creció la plata; y el hecho de que Dios pudo ser conocido a través de la carne, y que a través de la carne soportó tantas adversidades, es como si el oro se hubiera moderado con la plata. Esto se muestra bien en medio del fuego, porque el misterio de su encarnación está acompañado por la llama del juicio venidero. Pues está escrito: El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo (Juan 5, 22).

[Vet. III.] 6. A veces Dios habla a través de los ángeles tanto con palabras como con hechos, insinuando con ciertos movimientos lo que narra con palabras. Pues Adán, después de la culpa, no pudo escuchar al Señor en la sustancia de la divinidad, sino que escuchó las palabras de reprensión a través de un ángel, de quien está escrito: Cuando oyó la voz del Señor Dios paseando en el paraíso al fresco de la tarde, se escondió entre los árboles del paraíso (Génesis III, 8). ¿Qué significa que después del pecado del hombre el Señor ya no permanece en el paraíso, sino que pasea, sino que, al irrumpir la culpa, se muestra alejado del corazón del hombre? ¿Qué significa al fresco de la tarde, sino que la luz más ardiente de la verdad se había retirado, y el alma pecadora era constreñida por los fríos de su culpa? Reprendió, pues, a Adán paseando, para que las mentes ciegas no solo percibieran su maldad con palabras, sino también con hechos, de modo que el hombre pecador escuchara lo que había hecho a través de las palabras, y a través del paseo, al haber perdido el estado de eternidad, percibiera la inconstancia de su mutabilidad, y a través del fresco, al haber sido expulsado el fervor de la caridad, notara su torpeza, y a través de la declinación del sol reconociera que se acercaba a las tinieblas.

[Vet. IV.] 7. A veces Dios habla a través de imágenes mostradas a los ojos del corazón por los ángeles, como cuando Jacob vio en sueños una escalera apoyada en el cielo (Génesis XXVIII, 12); como cuando Pedro, arrebatado en éxtasis, vio un lienzo lleno de reptiles y cuadrúpedos (Hechos X, 11), que si no los hubiera visto con ojos incorpóreos, no habría estado en éxtasis; como cuando a Pablo en una visión nocturna se le apareció un hombre macedonio (Hechos XVI, 9), quien le rogó que pasara a Macedonia. A veces Dios habla a través de imágenes asumidas temporalmente del aire ante los ojos corporales por los ángeles, como cuando Abraham no solo pudo ver a tres hombres, sino también recibirlos en su morada terrenal, y no solo recibirlos, sino también ofrecerles alimentos para su uso (Génesis XVIII, 2, y ss.). Pues si los ángeles no asumieran temporalmente cuerpos del aire para anunciarnos ciertas cosas internas, ciertamente no aparecerían a nuestros ojos exteriores; ni tomarían alimentos con Abraham, a menos que llevaran algo sólido del elemento celestial por nosotros.

No es de extrañar que allí los que fueron recibidos sean llamados a veces ángeles y a veces Señor, porque con el término ángeles se expresan los que ministraban exteriormente, y con la apelación de Señor se muestra quien presidía interiormente sobre ellos, para que por esto se manifestara el imperio del que preside, y por aquello el oficio de los que ministran.

[Vet. V.] 8. Diversos modos en los que Dios habla a los hombres.---A veces, Dios habla a través de las sustancias celestiales por medio de los ángeles, como está escrito que, cuando el Señor fue bautizado, una voz salió de la nube diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, 17). A veces, Dios habla a través de las sustancias terrenales por medio de los ángeles, como cuando reprendió a Balaam, formando palabras humanas en la boca de una asna (Num. XXII, 28). A veces, Dios habla simultáneamente a través de las sustancias terrenales y celestiales por medio de los ángeles, como cuando habló a Moisés en el monte, emitiendo las palabras de su mandato, uniendo fuego y zarza, y combinando lo superior con lo inferior (Éxodo III, 2). Esto, sin embargo, solo se realiza cuando algo se significa a partir de esa misma conjunción. Pues al hablar a Moisés a través de la zarza ardiente, ¿qué otra cosa mostró, sino que él sería el guía de su pueblo, que recibiría la llama de la ley y, sin embargo, no evitaría la espina del pecado; o que de ese pueblo saldría quien, en el fuego de la Deidad, recibiría los pecados de nuestra carne como las espinas de la zarza, y preservaría la sustancia de nuestra humanidad incluso en la misma llama de la divinidad?

[Ant. VI.] 9. Inspirados a veces los profetas por ángeles.---A veces, Dios infunde en los corazones humanos, incluso a través de los ángeles, el poder de su inspiración secreta con su presencia. Por eso Zacarías dice: Y el ángel que hablaba en mí me dijo (Zac. I, 14). Al decir que el ángel hablaba en él, aunque se dirigía a él, muestra claramente que quien le hablaba no estaba fuera de él en forma corpórea. Por eso, poco después añade: Y he aquí que el ángel que hablaba en mí salía (Ibid., II, 3). Muchas veces no aparecen externamente, sino que, como son espíritus angélicos, hacen conocer la voluntad de Dios a los sentidos de los profetas, y los elevan a lo sublime, y muestran las cosas futuras presentes en sus causas originales. Pues el corazón humano, gravado por el peso de la carne corruptible, soportando su propia corpulencia como un obstáculo, no penetra lo interno y yace pesadamente en lo exterior, porque no tiene una mano que lo eleve desde dentro. Por eso, como se ha dicho, la sutileza misma de la virtud angélica aparece a los sentidos de los profetas tal como es, y su mente, tocada por el espíritu sutil, se eleva; y ya no yace perezosa y torpe en lo bajo, sino que, llena de inspiraciones internas, asciende a lo alto, y desde allí, como desde una cima de las cosas, ve lo que ha de venir debajo de sí. Pero para que nadie piense que en las palabras mencionadas de Zacarías el ángel designado con ese nombre sea el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo, si considera el texto de la Sagrada Escritura, corrige rápidamente lo que siente, ya que nunca llama ángel al Padre, nunca al Espíritu Santo, y al Hijo solo lo llama ángel por la predicación de su encarnación. Por eso, en las palabras del mismo Zacarías se muestra claramente que en él hablaba verdaderamente un ángel, es decir, una criatura, cuando se dice: Y he aquí que el ángel que hablaba en mí salía (Zac. II, 3). E inmediatamente se añade: Y otro ángel salía a su encuentro, y le dijo: Habla a este joven, diciendo: Jerusalén será habitada sin muro (Ibid., II, 3). No es, por tanto, Dios el ángel que es enviado, al que se le ordena por otro ángel lo que debe decir. Pero como en la presencia del Creador los ministerios angélicos están ordenados por la posición de grados distintos, para que, por la felicidad común de la bienaventuranza, se alegren viendo a su Creador juntos, y sin embargo, por la disposición de la dignidad, unos sirvan a otros, un ángel envía a otro ángel al profeta, y a quien ve que se alegra con él de Dios en común, lo enseña y lo dirige, porque lo supera tanto por el conocimiento superior en virtud de la cognición, como por la gracia más excelente en la cumbre del poder.

10. Cómo respondió Dios a Job.---Estas cosas se han dicho para mostrar de qué maneras Dios habla a los hombres. Cuando se dice que el Señor respondió al bienaventurado Job desde el torbellino, se duda si le habló por sí mismo o a través de un ángel. Pues bien, las conmociones del aire pudieron ser causadas por un ángel, y las palabras que le siguieron pudieron serle transmitidas por él. Asimismo, el ángel pudo agitar el aire en el torbellino exteriormente, y sin embargo, el Señor pudo hacer resonar internamente en su corazón la fuerza de su sentencia sin palabras, de modo que se crea que las palabras del Señor que siguen fueron pronunciadas por él mismo, quien, lleno de Dios, las escuchó sin palabras. Así se dice:

CAPÍTULO II.

VERS. 2.---¿Quién es este que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento?

11. Los que piensan correctamente pero hablan con soberbia son reprobados. La primera insensatez del ángel fue la altivez.---Como ya dijimos en la parte anterior, la primera reprensión es tal interrogación, en la que se dice: ¿Quién es este? Eliú había hablado con arrogancia. Y no decimos ¿quién es este? sino de aquel a quien ciertamente no conocemos. Conocer, para Dios, es aprobar; no conocer es reprobar. Por eso, a algunos a quienes reprueba les dice: No sé de dónde sois; apartaos de mí, todos los obradores de iniquidad (Luc. XIII, 25, 27). ¿Qué significa entonces preguntar sobre este arrogante ¿Quién es este? sino decir abiertamente: Yo no conozco a los arrogantes, es decir, no apruebo su vida en la fortaleza de mi sabiduría. Porque mientras se inflan con alabanzas humanas, se vacían de la verdadera gloria de la retribución eterna. En lo que dice, Sentencias, y no añade cuáles, entendemos ciertamente buenas, las cuales afirma envueltas en discursos de ignorantes, porque fueron pronunciadas con palabras de jactancia. Es un defecto de la ignorancia no saber correctamente lo correcto, es decir, inclinar el don celestial al apetito de la alabanza terrenal. Así como a menudo sucede que tanto lo bueno se expresa mal como lo malo bien, así Eliú, arrogante, expresó correctamente lo correcto, pero no de manera correcta, porque no dijo humildemente las sentencias en defensa de Dios. Por eso, no sin razón, representa a aquellos que dentro de la Iglesia católica buscan la gloria vana: quienes, creyéndose más expertos que los demás, son reprendidos por el juicio divino por su ignorancia, porque como dice el Apóstol: Si alguno se cree que sabe algo, aún no ha conocido como debe saber (I Cor. VIII, 2). Porque la primera insensatez del ángel fue la altivez del corazón, la verdadera sabiduría del hombre se convierte en la humildad de su propia estimación. Quien, al saber mucho, abandona esto, se vuelve intensamente insensato, al no conocerse a sí mismo. Por eso Eliú pronunció sentencias y las envolvió en discursos de ignorantes, porque conocía lo correcto que debía decir sobre Dios, y sin embargo, la altivez insensata de sus palabras lo desvirtuaba. Así, desechado esto, las palabras se dirigen a instruir a Job:

CAPÍTULO III [Rec. IV.]

VERS. 3.---Ciñe, pues, tus lomos como hombre.

12. Debe reprimirse la lujuria no solo de la carne, sino también del corazón altivo. La Sagrada Escritura suele llamar hombres a aquellos que, sin duda, siguen los caminos del Señor con pasos firmes y no vacilantes. Por eso, el Salmista dice: Actúad varonilmente, y se fortalecerá vuestro corazón (Salmo 30, 25). Por eso Pablo dice: Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas (Hebreos 12, 12). Y también la Sabiduría en los Proverbios: A

vosotros, oh hombres, clamo (Proverbios 8, 4). Como si dijera abiertamente: No hablo a las mujeres, sino a los hombres, porque aquellos que tienen una mente inconstante no pueden percibir mis palabras. Ceñirse los lomos es refrenar la lujuria ya sea en la obra o en el pensamiento. Pues el deleite de la carne está en los lomos. Por eso se dice a los santos predicadores: Tened ceñidos vuestros lomos y encendidas las lámparas (Lucas 12, 35). Por los lomos se designa la lujuria, y por las lámparas, la claridad de las buenas obras. Se les ordena, por tanto, ceñir los lomos y tener lámparas. Como si escucharan abiertamente: Primero restringid la lujuria en vosotros mismos, y luego mostrad a otros ejemplos de buenas obras. Si sabemos que el bienaventurado Job estaba dotado de tanta castidad, ¿por qué después de tantos azotes se le dice: Ciñe como hombre tus lomos, es decir, como fuerte restringe la lujuria, sino porque hay una lujuria de la carne con la que corrompemos la castidad, y otra lujuria del corazón con la que nos gloriamos de la castidad? Se le dice, por tanto: Ciñe como hombre tus lomos, para que quien antes venció la lujuria de la corrupción, ahora restrinja la lujuria de la altivez, no sea que, enorgulleciéndose de su paciencia o castidad, se convierta en lujurioso ante los ojos de Dios, tanto peor cuanto más aparezca ante los ojos de los hombres como paciente y casto. Por eso bien se dice por Moisés: Circuncidad el prepucio de vuestro corazón (Deuteronomio 10, 16), es decir, después de extinguir la lujuria de la carne, también cortad los pensamientos superfluos. Sigue:

CAPÍTULO IV [Rec. V.]

IBID.---Te interrogaré, y respóndeme.

13. Dios nos interroga de tres maneras: castigando; ordenando cosas difíciles; ocultándonos algunas cosas. Nuestro Creador suele interrogarnos de tres modos: cuando nos golpea con el rigor del castigo, mostrando cuánta paciencia tenemos o nos falta; cuando nos ordena cosas que no deseamos, revelándonos nuestra obediencia o desobediencia; o cuando nos revela algunas cosas ocultas y nos oculta otras, dándonos a conocer la medida de nuestra humildad. Nos interroga con el castigo cuando, habiéndonos sometido a Él en tranquilidad, nos golpea con aflicciones, como se alaba a Job con el testimonio del juez, y sin embargo se le permite ser golpeado por el azotador (Job II, 3, 7), para que su paciencia resplandezca más verdaderamente cuanto más duramente fue puesta a prueba. Nos interroga ordenando cosas difíciles, como cuando a Abraham se le ordena salir de su tierra y dirigirse a un lugar desconocido (Gén. XII, 1), llevar a su único hijo al monte y sacrificarlo, a quien había recibido como consuelo en su vejez (Gén. XXII, 2). A quien, respondiendo bien a la interrogación, es decir, obedeciendo la orden, se le dice: Ahora sé que temes a Dios (Ibid., 12). O como está escrito: El Señor vuestro Dios os prueba, para saber si lo amáis (Deut. XIII, 3). Probar de Dios es interrogarnos con grandes mandatos. También es de su conocimiento saber que cumplimos con nuestra obediencia. Al revelarnos algunas cosas y ocultarnos otras, Dios nos interroga, como se dice a través del salmista: Sus párpados examinan a los hijos de los hombres (Sal. X, 6). Con los párpados abiertos vemos, con ellos cerrados no vemos nada. ¿Qué son, pues, los párpados de Dios, sino sus juicios? Que se cierran en parte a los hombres y se abren en parte, para que los hombres que no se conocen a sí mismos se hagan conscientes de sí mismos, de modo que, mientras comprenden algunas cosas, otras no pueden conocerlas en absoluto, y sus corazones se examinan en secreto, si los juicios divinos, cerrados, no los estimulan, o abiertos, no los inflan. Con esta interrogación fue probado Pablo, quien después de recibir la sabiduría interna, después de que se le abrieran las puertas del paraíso, después de ascender al tercer cielo, después de los misterios de la locución celestial, aún dice: No considero haberlo alcanzado (Filip. III, 13). Y de nuevo: Yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol (I Cor. XV, 9). Y de nuevo:

No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos; sino que nuestra competencia proviene de Dios (II Cor. III, 5). Con los párpados de Dios abiertos, Pablo respondió correctamente, quien alcanzó los secretos celestiales y, sin embargo, permaneció en la humildad del corazón. Quien, al discutir los secretos juicios de Dios sobre el rechazo de los judíos y la vocación de los gentiles, y no pudiendo alcanzarlos, fue interrogado como con los párpados de Dios cerrados. Pero dio una respuesta muy correcta, quien se inclinó ante Dios en su misma ignorancia, diciendo: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? (Rom. XI, 33). Pues bien, interrogado por los misterios ocultos como con los párpados cerrados, respondió de manera agradable y correcta, quien, golpeando la puerta del secreto, al no poder entrar por el conocimiento a los interiores, permaneció humildemente ante las puertas por la confesión; y lo que no pudo comprender dentro, lo alabó desde fuera con temor. Por lo tanto, ahora también el bienaventurado Job, después de la interrogación del castigo, es examinado por la interrogación del discurso, para que considere las cosas celestiales; y al no poder comprenderlas, regrese a sí mismo y reconozca cuán insignificante es en comparación con las cosas celestiales. Escuche, pues: Te interrogaré, y tú me responderás. Como si se dijera más claramente: Con mis palabras te incito a considerar las cosas sublimes, y al percibir que no conoces lo que está por encima de ti, te hago más consciente de ti mismo. Entonces verdaderamente me respondes, si comprendes lo que ignoras. Sigue:

CAPÍTULO V [Rec. VI.]

VERS. 4-6.---¿Dónde estabas cuando yo ponía los cimientos de la tierra? Indícame, si tienes inteligencia. ¿Quién fijó sus medidas, si lo sabes, o quién extendió sobre ella la cuerda de medir? ¿Sobre qué están asentadas sus bases?

14. Por los fundamentos de la Iglesia deben entenderse los apóstoles; por el fundamento, solo Cristo.---He aquí que todo se entrelaza como una narración histórica del origen del mundo. Sin embargo, de repente se añade algo que parece dicho no sobre la condición del mundo, sino sobre la de la Iglesia. Pues se dice:

¿O quién puso su piedra angular?

Por lo tanto, al no haber sido hecho en el origen del mundo, también se demuestra lo anterior, ya que no se dijo que fuera sobre el origen del mundo. Por eso, en las cosas claras y evidentes se mezclan algunas oscuras y disonantes, para que, a través de lo que discrepa del entendimiento literal, se busque mística lo que se dice según la letra. Pues así como conocemos otras cosas cerradas a partir de las cosas abiertas, también nos vemos obligados por las cosas cerradas a buscar con un entendimiento más elevado aquellas que creíamos abiertas. Diga, pues: ¿Dónde estabas cuando ponía los cimientos de la tierra? [Vet. IX.] En la Sagrada Escritura, ¿qué otra cosa entendemos por cimientos sino los predicadores? A quienes, al poner el Señor primero en la santa Iglesia, toda la estructura de la obra que sigue se levantó sobre ellos. Por eso, el sacerdote, cuando entra en el tabernáculo (Éxodo XXVIII, 17), es mandado a llevar doce piedras en el pecho, porque, evidentemente, nuestro pontífice, ofreciéndose a sí mismo como sacrificio por nosotros, al mostrar predicadores fuertes desde el principio, llevó doce piedras bajo la cabeza en la primera parte de su cuerpo. Así, los santos apóstoles son piedras en el pecho por la primera manifestación del ornamento, y cimientos en el suelo por la primera solidez del edificio. Por eso, cuando el profeta David vio

que la santa Iglesia se ponía y edificaba en las sublimes mentes de los apóstoles, dijo: Sus cimientos están en los montes santos (Salmo LXXXVI, 1). Pero cuando en el sagrado discurso no se dice cimientos, sino cimiento en singular, no se designa a otro sino al mismo Señor, por cuyo poder divino se fortalecen los corazones vacilantes de nuestra debilidad. De quien también Pablo dice: Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 11). Él es, en efecto, el fundamento de los fundamentos, porque es el origen de los que comienzan y la constancia de los fuertes. Por lo tanto, ya que nuestros cimientos son aquellos que llevaron el peso de nuestras iniquidades, para que el bienaventurado Job no se eleve en soberbia por el poder de sus virtudes, en la misma primera parte del discurso del Señor se discute la conmemoración de los santos predicadores, para que, al verlos venir tan admirables, se estime a sí mismo más humildemente en comparación con ellos. Esto se describe como ya pasado por el Señor, porque todo lo que será en la obra exterior ya está hecho en la predestinación interior. Se le dice, pues: ¿Dónde estabas cuando ponía los cimientos de la tierra? Como si se dijera abiertamente: Considera la virtud de los fuertes, y piensa en mí como su autor antes de los siglos; y cuando admiras a aquellos que he creado en el tiempo, reflexiona cuánto debes someterte a mí, a quien reconoces como el autor de maravillas sin tiempo. Sigue:

CAPÍTULO VI.

VERS. 4, 5.---Indícame, si tienes entendimiento, ¿quién estableció sus medidas, si lo sabes, o quién extendió sobre ella la cuerda de medir?

15. Por su mandato, los santos predicadores fueron enviados a ciertas partes del mundo, mientras que de otras fueron rechazados.---Las líneas de medida se extienden en la partición de tierras para que la equidad de la dimensión se mantenga a partir de la misma tensión de las líneas. En la carne, el Señor al venir a la Iglesia midió las tierras con líneas, porque distinguió los límites de la Iglesia con la sutileza de un juicio oculto. Las medidas o líneas ocultas de esta tierra se extendían cuando los santos predicadores, guiados por el Espíritu, eran llamados a ir a otras partes del mundo, mientras que de otras partes eran impedidos de acercarse. Pues el apóstol Pablo, cuando descuidaba predicar en Macedonia, se le apareció en visión un hombre macedonio que decía: "Pasa a Macedonia y ayúdanos" (Hechos 16, 9). Por el contrario, como está escrito: "Intentaban los apóstoles ir a Bitinia, y el Espíritu de Jesús no se lo permitió" (Ibid., 7). Así, mientras los santos predicadores son llamados a Macedonia y prohibidos de Asia, la línea de estas medidas ocultas se extiende allí y se retrae de aquí. Se extiende allí para que Macedonia sea recogida dentro de los espacios de la santa Iglesia; se retrae de aquí para que Asia quede fuera de los límites de la fe. Pues en ese tiempo había en ella quienes no debían ser recogidos, y según su propio mérito, al ser perdidos, ahora Asia ha sido recibida dentro de las medidas de la Iglesia por la gracia de Dios.

16. Dentro de las medidas establecidas por Cristo están los elegidos, fuera los réprobos. En la mano de Dios, no en la del hombre, está su disposición.---Dentro de estas medidas están todos los elegidos, fuera de ellas todos los réprobos, incluso si parecen estar dentro del límite de la fe. Por eso, en el Apocalipsis está escrito: "El atrio que está fuera del templo, échalo fuera, y no lo mides" (Apoc. XI, 2). ¿Qué otra cosa significa el atrio sino la amplitud de la vida presente? Y con razón están fuera del templo los que son designados por el atrio, y por eso no deben ser medidos, porque estrecha es la puerta que conduce a la vida (Mat. VII, 14), y la amplitud de la vida de los perversos no se admite en las medidas y reglas de los elegidos. Estas líneas espirituales se tendían con juicio oculto cuando a uno que decía: "Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas" (Mat. VIII, 19), se le respondió con la voz del mismo

maestro: "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza" (Ibid., 20). Estas medidas y líneas se tendían cuando a uno que decía: "Señor, permíteme primero ir a enterrar a mi padre" (Luc. IX, 59), se le respondió con la voz del mismo maestro: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve y anuncia el reino de Dios" (Ibid., 60). He aquí que uno promete seguir y es rechazado; otro pide ser liberado y es retenido. ¿De dónde viene esto, sino porque sobre los espacios ocultos del corazón se tendían las líneas de los juicios celestiales, de modo que estas medidas incomprensibles lo constriñeran dentro, y aquel quedara fuera sin injusticia? Pero como nadie ignora que Dios tiende estas líneas de juicios ocultos, ¿por qué se dice a Job: "Indícame, si tienes inteligencia, quién puso sus medidas, si lo sabes, o quién tendió sobre ella la línea?" ¿Acaso se requiere esto para que se recuerde lo que podía conocer, pero sin embargo podía omitir, para que pese con más cuidado el peso de los secretos de Dios, es decir, que la disposición del hombre no reside en las fuerzas humanas, sino en la mano del Creador, de modo que al considerar quién hace estas cosas invisiblemente, no atribuya nada a su propia virtud, ni se atreva ya a algo de sí mismo, cuando teme los juicios ocultos de Dios; sino que, al considerar las medidas y líneas tendidas incomprensiblemente desde arriba, tanto más permanezca en la humildad del temor, cuanto más ve que todo pende del poder del que mide. Sigue

CAPÍTULO VII.

VERS. 6.---¿Sobre qué están cimentadas sus bases?

17. Las bases de la Iglesia son los santos doctores y profetas. ¿Qué otra cosa entendemos por las bases de esta tierra sino los santos doctores de la Iglesia? En las bases se levantan las columnas, y sobre las columnas se erige el peso de toda la estructura. No sin razón, por tanto, los santos doctores son designados con el nombre de bases, porque al predicar rectamente y al concordar su vida con su predicación, sostienen todo el peso de la Iglesia con la firmeza de sus costumbres, soportan las duras tentaciones de los infieles; y lo que en los preceptos de Dios es temido como difícil por los fieles, lo muestran fácil con el ejemplo de sus obras. Por eso, cuando se figuraba el tabernáculo como tipo de la Iglesia, se dice a Moisés: Harás cuatro columnas, y sus bases las revestirás de plata (Éxodo 26, 32). En la plata, ¿qué otra cosa se entiende sino la claridad del divino sermón? como está escrito: Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego, probada en la tierra, purificada siete veces (Salmo 11, 7). Las bases revestidas de plata sostienen las cuatro columnas del tabernáculo, porque los predicadores de la Iglesia, adornados con el divino sermón, para ofrecerse como ejemplo a todos, llevan las palabras de los cuatro evangelistas tanto en su boca como en sus obras.

18. También pueden ser representados por las bases los profetas, quienes, al ser los primeros en hablar abiertamente sobre la encarnación del Señor, los vemos surgir como ciertas bases desde el fundamento y sostener el peso de la estructura superpuesta. Por eso, cuando el Señor ordenó a Moisés levantar las tablas del tabernáculo, mandó que sus bases fueran de plata (Éxodo 26, 32). ¿Qué se representa por las tablas sino a los apóstoles, extendidos por el mundo mediante la predicación, y qué por las bases de plata sino a los profetas? Ellos sostienen firmes y sólidos las tablas superpuestas, porque la vida de los apóstoles, al ser instruida por su predicación, también se solidifica con su autoridad. Por eso, se colocan dos bases unidas bajo cada tabla, porque cuando los santos profetas concuerdan en sus palabras sobre la encarnación del Mediador, edifican sin duda a los predicadores que les siguen en la Iglesia; y al no discrepar entre sí, los fijan en ellos con mayor firmeza. No sin razón se ordena que las bases que representan a los profetas deban ser de plata. La claridad de la plata se

conserva con el uso, pero sin uso se torna negra. Las palabras de los profetas antes de la venida del Mediador, al no estar en uso de la inteligencia espiritual y no poder ser vistas por su oscuridad, permanecían como negras. Pero después de que el Mediador, al venir, las limpió ante nuestros ojos con la mano de su encarnación, todo lo que de luz estaba oculto en ellas resplandeció, y puso en uso el sentido de los padres precedentes, porque explicó las palabras con los hechos. Así, ya sea que se refiera a los profetas o a los doctores que les siguen en los últimos tiempos con la denominación de bases, se dice: ¿Sobre qué están cimentadas sus bases? Se entiende, sino sobre mí, que sostengo maravillosamente todas las cosas y proporciono principalmente el origen a los bienes exteriores desde dentro. Porque quien se atribuye a sí mismo lo que es bueno, no es una base sólida, ya que al no apoyarse en el fundamento, se precipita hacia abajo por su propio peso. Pero cuando ya se han mencionado muchas cosas sobre la construcción de la santa Iglesia, la mente desea escuchar con qué virtud se han unido las naciones enemigas, es decir, con qué arte se armonizan las diversas edificaciones de esta casa. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

IBID.---¿O quién colocó su piedra angular?

19. Cristo, la piedra angular, en quien judíos y gentiles se unieron.---Ya por la gracia divina es evidente para todos a quién llama la Sagrada Escritura la piedra angular, ciertamente a aquel que, al acoger de un lado al pueblo judío y del otro al pueblo gentil, une en una sola estructura de la Iglesia como si fueran dos paredes, aquel de quien está escrito: "Él hizo de los dos uno" (Efesios II, 14). Quien se mostró como piedra angular no solo en lo terrenal, sino también en lo celestial, porque tanto en la tierra unió a las naciones gentiles con el pueblo israelita como a ambos con los ángeles en el cielo. Al nacer Él, los ángeles clamaron: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (Lucas II, 14). En el nacimiento del Rey, de ninguna manera ofrecerían a los hombres las alegrías de la paz si no hubiera discordia. De esta piedra se dice por el Profeta: "La piedra que desecharon los constructores, ha venido a ser la cabeza del ángulo" (Salmo CXVII, 22). El rey Jeconías sostuvo el tipo de esta piedra, a quien Mateo, al describir las catorce generaciones, contó por segunda vez (Mateo I, 11). Pues a quien puso al final de la segunda, lo insertó de nuevo al inicio de la tercera generación. Él mismo emigró a Babilonia con el pueblo israelita, y al ser llevado de un lugar a otro, no sin razón se cuenta por segunda vez como lado de ambas paredes. El giro de su migración designa la piedra angular. Donde el orden se desvía de la rectitud para ir en otra dirección, hace como un ángulo. Por tanto, pudo ser contado dos veces correctamente, porque a través de ambas paredes mostró en sí mismo como dos lados, de donde también sostuvo bien su imagen, quien nacido en Judea, reuniendo a los gentiles, vino como de Jerusalén a Babilonia, y tejó en sí mismo esta estructura de fe, antes desgarrada por el afán de discordia, con el arte de la caridad.

Pero estas cosas que se han dicho sobre el significado de la santa Iglesia conviene que se discutan moralmente con una breve réplica. Pues es digno que, a través de lo que sabemos que se dice al bienaventurado Job, seamos llamados a nuestros corazones, porque la mente entiende más verdaderamente las palabras de Dios cuando en ellas se busca a sí misma. He aquí que se dice:

CAPÍTULO IX.

VERS. 4.---¿Dónde estabas cuando yo ponía los cimientos de la tierra?

SENSUS MORALIS.---20. Siempre debemos considerar qué hemos sido, para no atribuirnos lo que somos por don de Dios.---Si el alma del pecador es como el polvo, que se eleva en la superficie y es arrastrado por el viento de la tentación, de donde está escrito: No así los impíos, no así, sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo I, 5), nada impide entender la tierra como el alma del justo, de la cual está escrito: Porque la tierra que bebe la lluvia que cae frecuentemente sobre ella, y produce hierba útil para aquellos por quienes es cultivada, recibe bendición de Dios (Hebreos VI, 7). [Vet. X.] Pero el fundamento de esta tierra es la fe. El fundamento de esta tierra se establece cuando en los secretos del corazón se inspira la primera causa de solidez, el temor divino. Aquel aún no cree en las cosas eternas que escucha; cuando se le da la fe, ya se pone el fundamento para la edificación de la obra subsiguiente. Aquel ya cree en las cosas eternas, pero no teme, desprecia el terror del juicio venidero, se envuelve audazmente en los pecados de la carne y del espíritu; a este, cuando de repente se le infunde el temor de lo futuro, para que se levante el edificio de la buena vida, ya se construyen los fundamentos. Puesto, pues, el fundamento del temor próspero, cuando la estructura de las virtudes se eleva, es necesario que cada uno, al progresar, mida cautelosamente sus fuerzas, para que cuando comience a ser grande por la construcción divina, se mire a sí mismo sin cesar lo que fue, de modo que, atendiendo humildemente a lo que fue encontrado por mérito, no se atribuya lo que fue hecho por gracia. Por eso, ahora el bienaventurado Job es llevado a sí mismo por la voz suprema, y para que no se atreva a gloriarse de sus virtudes, se le recuerda su vida pasada, y se le dice: ¿Dónde estabas cuando ponía los cimientos de la tierra? Como si la Verdad dijera abiertamente al pecador justificado: No te atribuyas las virtudes que has recibido de mí, no te exaltes contra mí por mi don. Recuerda dónde te encontré cuando puse en ti los primeros fundamentos de las virtudes con mi temor. Recuerda dónde te encontré cuando te solidifiqué con mi temor. Para que yo no destruya en ti lo que he construido, no dejes de considerar lo que encontré. ¿A quién encuentra la Verdad sino en delitos o en excesos? Pero después de esto, podemos conservar bien lo que somos, si nunca dejamos de pensar en lo que fuimos. Sin embargo, a veces la elevación clandestina suele infiltrarse incluso en los corazones solícitos, de modo que el pensamiento de los bienes, aunque sea sutil y apretado, cuando crece mucho en virtudes, olvidando su propia debilidad, no recuerda lo que fue en los vicios. Por eso, el Dios omnipotente, al ver que la debilidad puede aumentar incluso con los remedios de la salvación, impone una medida a nuestros propios progresos, para que tengamos algunos bienes de virtudes que nunca buscamos, y busquemos algunos, pero no podamos tenerlos, de modo que nuestra mente, al no poder tener lo que desea, entienda que no tiene de sí misma lo que posee, y por lo que está presente se consideren las cosas que faltan, y por lo que falta útilmente se conserven humildemente los bienes que están presentes. Por eso, correctamente se añade para la dispensación de esta tierra, es decir, del alma justa:

CAPÍTULO X.

VERS. 4, 5.---Indícame, si tienes entendimiento, ¿quién estableció sus medidas, si lo sabes, o quién extendió sobre ella la cuerda de medir?

21. Cuán sabiamente distribuye Dios sus dones, no todos a todos, sino cada uno a cada cual. ¿Quién sino nuestro creador establece las medidas de esta tierra (I Cor. XII, 8)? Él, con el secreto gobierno de su juicio interno, otorga a uno el don de la sabiduría, a otro el don de la ciencia, a otro la fe plena, a otro la gracia de la sanación, a otro la operación de milagros, a otro la profecía, a otro el discernimiento de espíritus, a otro la diversidad de lenguas, a otro la interpretación de discursos, de modo que en un mismo espíritu uno sobresale en la palabra de

sabiduría, pero no se apoya en el discurso de la ciencia, es decir, en la doctrina, porque le basta sentir y descubrir incluso lo que no ha aprendido mediante el estudio; otro brilla en el discurso de la ciencia, pero no se fortalece en la palabra de sabiduría, porque le basta cumplir con lo que ha aprendido, y sin embargo, no se eleva por sí mismo a percibir algo sutil. Uno manda a los elementos por la fe, pero no cura las enfermedades del cuerpo por la gracia de la sanación; otro elimina enfermedades con la ayuda de la oración, pero no devuelve la lluvia a la tierra seca con su palabra. Uno, mediante la operación de milagros, revive a los muertos para la vida presente, y sin embargo, al no tener el don de la profecía, ignora lo que le depara el futuro; otro contempla el futuro como si fuera presente, pero no se manifiesta en ninguna operación de señales. Uno, a través del discernimiento de espíritus, percibe sutilmente las mentes en los hechos, pero no conoce las lenguas de diverso género; otro examina las lenguas de diverso género, pero no considera los corazones disímiles en asuntos similares. Otro discute prudentemente el peso de los discursos en una lengua que conoce, interpretando, y sin embargo, carece pacientemente de los demás dones que no posee.

22. Así se cuida la humildad y la caridad.---Así pues, nuestro creador y organizador modera todo, de manera que quien podría enorgullecerse por el don que posee, se humille por la virtud que no tiene. Así modera todo, de modo que al elevar a cada uno por la gracia otorgada, también somete a uno a otro por la diferencia, y cada uno, al observar el don de otro, considere mejor a aquel que se le somete, y aunque sienta que supera a otros, se coloque por debajo de aquel a quien supera en otros aspectos. Así modera todo, de modo que mientras cada cosa pertenece a todos, mediante un vínculo de caridad, todo se convierta en propiedad de cada uno, y cada uno posea en el otro lo que no ha recibido, de manera que humildemente ofrezca al otro lo que ha recibido para que lo posea. [Vet. XI.] Por esto se dice a través de Pedro: Cada uno según el don que ha recibido, adminístrelo a los demás, como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios (I Pedro IV, 10). Entonces, la multiforme gracia de Dios se dispensa bien, cuando el don recibido se considera también del que no lo tiene, cuando se cree que se ha dado para aquel a quien se le otorga. Por esto se dice a través de Pablo: Servíos por amor los unos a los otros (Gálatas V, 13). Entonces, la caridad nos libera del yugo de la culpa, cuando nos sometemos mutuamente al servicio por amor, cuando creemos que los bienes ajenos son nuestros, y ofrecemos los nuestros a otros como si fueran suyos. Por esto, nuevamente se dice a través de Pablo: Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijera el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿acaso por eso no es del cuerpo? Y si dijera la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿acaso por eso no es del cuerpo? Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato? (I Corintios XII, 14, ss.) Y un poco después: Pero si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, pero uno solo el cuerpo (Ibid., 19).

23. En el cuerpo de la Iglesia, uno es el ojo, otro la mano, otro el pie, etc. ¿Qué es, en efecto, la santa Iglesia, sino el cuerpo de su cabeza celestial? En la cual uno es el ojo al ver lo alto, otro la mano al obrar rectamente, otro el pie al correr hacia lo que se le encomienda, otro el oído al entender la voz de los preceptos, otro la nariz al discernir el hedor de los males y la fragancia de los bienes. Estos, a semejanza de los miembros corporales, mientras se prestan mutuamente los oficios que les son propios, forman de todos ellos un solo cuerpo; y cuando realizan diversas acciones en la caridad, impiden que haya diversidad donde están contenidos. Pero si todos realizaran una sola cosa, ciertamente no serían el cuerpo que se compone de muchos, porque evidentemente no existiría compactado de múltiples maneras, si no lo mantuviera la diversidad concordante de los miembros. Por tanto, como el Señor distribuye los dones de las virtudes a los santos miembros de la Iglesia, establece las medidas de la

tierra. De donde Pablo dice nuevamente: A cada uno según la medida de fe que Dios le ha repartido (Rom. XII, 3). Y de nuevo: De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Efes. IV, 16).

24. Que cada miembro cumpla con los deberes que le han sido asignados, sin usurpar los ajenos. Pero cuando nuestro autor y organizador, con admirable sabiduría, otorga a uno lo que niega a otro, y niega a uno lo que otorga a otro, quien intenta superar los límites que le han sido impuestos se esfuerza en vano si intenta lograr más de lo que ha recibido. Es como si aquel a quien solo se le ha dado el don de explicar los misterios de los preceptos intentara también brillar con milagros, o aquel a quien el don de la virtud celestial fortalece solo para los milagros intentara también revelar los misterios de la ley divina. Pues quien no presta atención al límite de sus medidas se arriesga a caer. Y a menudo pierde incluso lo que podía lograr quien apresuradamente intenta alcanzar lo que no puede. Porque también usamos bien los servicios de nuestros miembros cuando les asignamos claramente sus funciones. Percibimos la luz con los ojos, y escuchamos la voz con los oídos. Pero si alguien, alterando el orden, asigna los ojos a la voz y los oídos a la luz, ambos quedan abiertos en vano. Si alguien quisiera discernir los olores con la boca y saborear con la nariz, destruye el servicio de ambos sentidos porque los pervierte. Pues al no ser adaptados a sus propios usos, abandonan sus funciones y no se elevan a lo ajeno.

25. Dentro de esas medidas se contuvieron David y Pablo. Así pues, el profeta David bien presionó el pie de su corazón dentro de las medidas recibidas por la generosidad divina, cuando decía: No anduve en grandezas, ni en cosas maravillosas que están por encima de mí (Salmo 130, 1). Pues ciertamente andaría en cosas maravillosas por encima de sí mismo, si buscara aparecer grande más allá de lo que podía. En efecto, se eleva por encima de sí mismo en cosas maravillosas quien intenta ser visto como apto para aquello para lo que no es suficiente. Bien dentro de estas medidas también se restringía Pablo en la misma amplitud de su predicación, cuando decía: No me atrevo a hablar de nada que Cristo no haya realizado por medio de mí (Romanos 15, 18). Sin embargo, la medida recibida se guarda correctamente cuando se contempla la vida de los hombres espirituales que se tiene ante los ojos. Por lo tanto, sigue:

CAPÍTULO XI.

VERS. 5.---¿O quién extendió sobre ella la línea?

26. De los santos se debe tomar la regla de vida. Pues sobre esta tierra se extiende una línea, cuando a cada alma elegida se le muestran los ejemplos de los padres precedentes para tomar la regla de vida, de modo que, al considerar su vida, sepa qué debe observar en sus acciones, para que, al seguir el camino del justo límite, no caiga por negligencia en lo mínimo, ni se extienda con soberbia más allá de lo máximo, ni intente cumplir menos de lo que es suficiente, ni tome más de lo que ha recibido, no sea que no alcance la medida que debe, o, abandonando esa medida, caiga fuera del límite. Porque estrecha es la puerta que conduce a la vida (Mateo VII, 14); y aquel que entra por ella es quien en todo lo que hace se restringe cuidadosamente con la sutileza de la discreción. Pues quien se expande con mente segura por sus propias voluntades, se condena a sí mismo al acceso de la puerta estrecha. Para que, por tanto, se conserve la medida de esta tierra, sobre ella se extiende divinamente una línea, porque para que nuestras obras, ya sean menores o mayores, progresen o se moderen, la vida

sutil de los santos se despliega ante nosotros a través de las sagradas escrituras, y se define, mostrando su discreción, qué y cuánto debemos hacer.

[Vet. XII.] 27. En los ejemplos de Pedro se propone la medida de la autoridad y la humildad.--He aquí que alguien, temiendo ya sea la pérdida de bienes o la aflicción del cuerpo, teme las amenazas del poder terrenal y no se atreve a defender la verdad contra la fuerza de los que resisten. A este, Pedro, al observar que en su temor se encuentra limitado, le muestra la línea de sus propios ejemplos, para que se dirija hacia la amplitud de la virtud. Pues él mismo, azotado por los príncipes del pueblo (Hechos V, 40), al ver que era liberado con el propósito de que cesara en su predicación, cuando se le prohibió hablar en el futuro, no cesó ni siquiera en el presente. Pues respondiendo de inmediato, dijo: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Ibid., IV, 29). Y de nuevo: No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído. Pero aquel que antes era débil y temía las pérdidas presentes, al contemplar ejemplos de tal fortaleza, sigue ahora la línea de autoridad de la palabra de Pedro, ya no teme la adversidad, ya desprecia a los poderes del siglo que resisten a Dios, incluso con la laceración del cuerpo. Sin embargo, cuanto más destruye las fuerzas de los perseguidores soportando valientemente, y cuanto más no cede ante los terrores en medio de las adversidades, tanto más a menudo, incluso en lo que siente entre los fieles, se antepone a los demás, elige sus propios consejos y confía más en sí mismo que en los otros. Este, ciertamente, al no ceder a objeciones injustas, se muestra en la virtud, pero al no aceptar los consejos correctos de los demás, extiende su pie fuera del límite. Pedro lo llama de nuevo dentro de la línea de la medida, quien después de haber oprimido la autoridad de los príncipes con la libertad de su voz, escuchó el consejo de Pablo sobre no circuncidar a los gentiles (Hechos XV, 7). Así, pues, se cuidaba de erigirse contra los adversarios con autoridad, pero no confiaba en sí mismo en lo que no sentía correctamente, de modo que superaba a los poderes hinchados con la libertad de la fortaleza, y con la humildad de la mansedumbre mostraba obediencia en el consejo correcto incluso a los hermanos menores, y a veces se oponía a otros por sí mismo, a veces a sí mismo con otros. En los hechos de Pedro, por tanto, se extiende ante nuestros ojos una línea de autoridad y humildad, para que nuestra mente no llegue a la medida por temor, ni exceda el límite por soberbia.

28. La discreción aconseja a veces ejercer las obras de la misma virtud, y a veces omitirlas.---Se ha dicho cómo se extiende la línea, para que no se pase de la fortaleza de una acción al vicio de otra causa; digamos ahora cómo en una misma virtud abandonamos la línea de la discreción, si no sabemos actuar en ocasiones y posponer en otras. Pues no siempre es la misma cosa la virtud, ya que a menudo los méritos de las acciones cambian con el paso del tiempo. De ahí que, cuando hacemos algo bien, muchas veces es mejor abstenernos de esa acción, y es más loable dejar temporalmente lo que en su momento la mente sostenía laudablemente. Porque si por nuestros pequeños bienes, con los cuales al actuar progresamos, pero al interrumpirlos no perecemos, se avecinan mayores males de trabajos para los prójimos, necesariamente posponemos el aumento de las virtudes, para no generar perjuicios de fe en los prójimos más débiles, no sea que lo que ya hacemos no sea virtud, en la medida en que por su ocasión se destruyen en los corazones ajenos los fundamentos de las virtudes.

29. Ejemplo de esta discreción en San Pablo.---Pablo trazó bien esta línea de discreción ante los ojos de quienes observan, ya que prohibió que los gentiles que venían a la libertad de la fe fueran circuncidados (Hechos XV, 2), y sin embargo, al pasar por Listra e Iconio, él mismo circuncidó a Timoteo, que había nacido de padre gentil (Hechos XVI, 3). Pues viendo que, a menos que mostrara que cumplía los mandatos de la letra, provocaría la rabia de los judíos incluso contra aquellos que entonces le acompañaban, pospuso la fuerza de su afirmación y,

sin daño para la fe, se protegió a sí mismo y a sus compañeros de la crueldad de la persecución. Hizo lo que por amor a la fe prohibió hacer, pero lo dirigió al servicio de la fe lo que aparentemente no hizo con fidelidad. Pues muchas veces la virtud, cuando se mantiene indiscretamente, se pierde; y cuando se omite discretamente, se conserva más. No es de extrañar si entendemos en lo incorpóreo lo que vemos que sucede en las cosas corpóreas. Porque el arco se tensa con esmero, para que en su momento se dispare con utilidad. Si no se le da un tiempo de relajación, pierde la fuerza de golpear por el mismo uso de la tensión. Así, a veces, en el ejercicio de la virtud, cuando se omite por discreción, se reserva, para que después golpee con más fuerza los vicios, cuanto más prudentemente se abstiene de golpear por el momento. Por lo tanto, se extiende una sutil línea de discreción sobre esta tierra, cuando, mostrando a cada alma los ejemplos de los padres precedentes, se enciende la virtud para la acción de manera útil, y a veces se modera de manera más útil.

[Vet. XIII.] 30. Debe evitarse que, bajo el nombre de discreción, se sirva a los propios intereses.---Pero cuando la fortaleza se aparta por un momento de la obra del celo, es necesario un alto grado de consideración, no sea que se cese en el ejercicio de la virtud, no por el consejo del bien común, sino por temor propio o por el afán de alguna ambición. Cuando esto se hace, ya no se sirve a la dispensación, sino a la culpa. Por lo tanto, es necesario cuidar con diligencia que, cuando alguien administra un asunto asumido con la cesación de la virtud, primero se examine a sí mismo en la raíz del corazón, no sea que por esto busque algo para sí mismo por avaricia, o que por esto obedezca solo a su propio temor; y que lo que sigue en la obra se vuelva perverso, porque no se genera a partir de la recta intención del pensamiento. Por eso, bien dice la Verdad en el Evangelio: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz. Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas (Mat. VI, 22). ¿Qué se expresa por el ojo, sino la intención del corazón que precede a su obra? que antes de ejercerse en la acción, ya contempla lo que desea. ¿Y qué se designa con la apelación del cuerpo, sino cada acción que sigue a su intención como un ojo que mira? La lámpara del cuerpo es, por tanto, el ojo, porque por el rayo de la buena intención se iluminan los méritos de la acción. Y si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz, porque si dirigimos rectamente nuestra intención con la simplicidad del pensamiento, se realiza una buena obra, incluso si parece ser menos buena. Y si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas, porque cuando algo se hace con intención perversa, aunque se vea brillar ante los hombres, sin embargo, ante el juicio interno del juez se oscurece. Por eso, correctamente se añade: Mira, pues, que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Si la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes serán las mismas tinieblas! (Ibid., 23) porque si lo que creemos hacer bien lo oscurecemos con mala intención, ¿cuán grandes son los males que sabemos que son malos incluso cuando los hacemos? Y si no vemos nada allí donde creemos tener la luz de la discreción, ¿con qué ceguera tropezamos en aquello que perpetramos sin discreción? Por lo tanto, con cuidadosa vigilancia, nuestra intención debe ser medida en todas las obras, para que no busque nada temporal en lo que hace, sino que se fije completamente en la solidez de la eternidad, no sea que si la estructura de nuestra acción se coloca fuera del fundamento, se desmorone al abrirse la tierra. Por eso, aquí también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XII.

VERS. 6.---¿Sobre qué están cimentadas sus bases?

31. Las bases del alma son las intenciones.---En efecto, las bases de cada uno son las intenciones de su alma. Así como una estructura se apoya en columnas, y las columnas en sus

bases, nuestra vida se sostiene en las virtudes, y las virtudes en la intención más profunda. Y puesto que está escrito: Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 11), las bases están en el fundamento cuando nuestras intenciones se fortalecen en Cristo. En vano las bases levantan sobre sí altos edificios si no se asientan en la solidez del fundamento, porque ciertamente realizan obras elevadas en vano si las intenciones del corazón se desvían de la certeza de la eternidad y no buscan las recompensas de la verdadera vida. Cuanto más altos son los edificios que levantan fuera del fundamento, tanto más graves son los daños de la ruina que construyen sobre sí, porque cuando no buscan las recompensas de la vida eterna, cuanto más se elevan en las virtudes, más profundamente caen en el abismo de la gloria vana. No debe considerarse, por tanto, qué sostienen las bases, sino dónde se sostienen, porque ciertamente los corazones humanos son escrutados divinamente, no solo por lo que hacen, sino por lo que buscan en sus obras. Por eso, cuando Pablo describía al juez estricto y narraba las buenas acciones, diciendo: Él pagará a cada uno según sus obras, a aquellos que, según la paciencia de la buena obra, buscan gloria y corrupción (Rom. II, 6); habiendo mencionado la paciencia de la buena obra como si hubiera descrito toda la estructura de la acción elegida, inmediatamente indagó sutilmente dónde se asentaban las bases de dicha estructura, diciendo: Gloria, honor e incorruptibilidad a los que buscan la vida eterna (Ibid., 7). Como si dijera abiertamente: Y si algunos muestran paciencia en la buena obra, no recibirán gloria e incorruptibilidad si no fijan las intenciones del corazón, es decir, las bases de la estructura, en el fundamento, porque evidentemente Dios no habita en el edificio de una vida honesta que no está sostenido por Él mismo.

32. Deben dirigirse hacia la esperanza de la eternidad.---Por lo tanto, dado que las intenciones elegidas de cada alma se basan en la esperanza de la eternidad, correctamente se dice con la voz del Señor sobre esta tierra: ¿Sobre qué están cimentadas sus bases? Como si dijera abiertamente: Si no es sobre mí. A quien toda alma justa se dirige, todo lo que hace temporalmente, sin duda lo construye en mí no temporalmente. Porque en verdad estamos más firmemente cimentados en el fundamento cuando seguimos las palabras de Dios tanto en los preceptos exteriores como en los sentidos internos, reflexionando con mayor sutileza, correctamente se añade:

CAPÍTULO XIII [Ant. XIV].

IBID.---¿O quién puso su piedra angular?

33. Cristo, la piedra angular, que unió en sí la vida activa y contemplativa. En las Sagradas Escrituras, la piedra angular tiene un doble significado. Se concede divinamente cuando no se ve atada por las tinieblas de la ignorancia, sino que disfruta de cierta libertad, al ser capaz de cumplir los mandamientos de Dios, ya sea actuando externamente o sintiendo internamente a través de la contemplación. Nuestro entendimiento nunca podría alcanzar esto si nuestro Creador no hubiera venido a asumir nuestra naturaleza. Se le llama piedra angular porque unió a dos pueblos en sí mismo; y también porque mostró ejemplos de ambas vidas, la activa y la contemplativa. La vida contemplativa está muy alejada de la activa; pero nuestro Redentor encarnado, al venir, mostró ambas y las unió en sí mismo. Pues cuando realizaba milagros en la ciudad y pasaba las noches en oración en el monte, ofrecía un ejemplo a sus fieles, para que no descuidaran el cuidado de los demás por el estudio de la contemplación, ni abandonaran el estudio de la contemplación por estar excesivamente atados al cuidado de los demás; sino que unieran ambas cosas en su mente, de modo que el amor al prójimo no impidiera el amor a Dios, ni el amor a Dios, por ser superior, rechazara el amor al prójimo. Por lo tanto, el Mediador entre Dios y los hombres apareció al corazón humano, que no sabía

qué hacer, para que, actuando, dispusiera lo transitorio y, contemplando, mostrara de dónde dependía todo. Por eso se dice con razón: "¿Quién puso su piedra angular?" Como si el Señor dijera abiertamente: "Si no fuera por mí, que mostré a los hombres el único que engendré sin tiempo, en cuya vida aprenderían que los diferentes modos de vida no discrepan". Y es de notar que no dice que la envió, sino que la dejó, porque ciertamente el Hijo, al asumir la naturaleza humana, vino de lo sublime a lo bajo. Y como los ángeles elegidos también se maravillaron de este misterio de la encarnación, aunque no fueron redimidos por él, se añade con razón:

CAPÍTULO XIV [Rec. VII].

VERS. 7.---Cuando me alababan juntas las estrellas de la mañana.

34. Por qué los ángeles son llamados estrellas de la mañana.---Porque se cree que la naturaleza de los espíritus racionales fue la primera en ser creada en el tiempo, no sin razón los ángeles son llamados estrellas de la mañana. Si esto es así, mientras la tierra era invisible y desordenada, mientras las tinieblas estaban sobre el abismo (Génesis I, 2), anticiparon la llegada del día del siglo venidero existiendo a través de la luz de la sabiduría. No debe pasarse por alto lo que se añade, Juntos, porque ciertamente las estrellas de la mañana también alaban el poder del Redentor junto con las vespertinas, mientras los ángeles elegidos glorifican la generosidad de la gracia suprema junto con los hombres redimidos al final del mundo. Pues ellos, para encendernos en la alabanza del Creador, clamaron lo que dijimos anteriormente, cuando la luz surgió en la carne: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). Por lo tanto, alaban juntos, porque acomodan sus voces de júbilo a nuestra redención. Alaban juntos; porque al vernos recibir, se alegran de que su número se complete. Y quizás por eso se les menciona como estrellas de la mañana, porque a menudo son enviados a exhortar a los hombres; y al anunciar la llegada de la mañana, ahuyentan de los corazones humanos las tinieblas de la vida presente. Pero he aquí que los ángeles alaban el poder divino, porque la visión misma los expande con tanta claridad. Pero nosotros, que somos redimidos, pero aún estamos agobiados por la corrupción de la carne, ¿con qué virtud alabamos el don que recibimos? ¿Cómo podrá la lengua decir lo que nuestra mente no alcanza a sentir? Sigue:

CAPÍTULO XV

IBID.---Y todos los hijos de Dios se regocijaron.

35. Qué es la jubilación y por qué conviene a los hombres, no a los ángeles.---La jubilación se dice cuando la alegría del corazón no es completada por la eficacia de la boca; sino que de ciertos modos se manifiesta el gozo, que el mismo que se alegra, ni puede ocultar, ni completar. Alaben, pues, los ángeles, que ya ven en las alturas la grandeza de tanta claridad. Pero júben los hombres, que aún soportan en lo bajo las limitaciones de su boca. Y porque el Señor conocía que estas cosas ciertamente sucederían, no tanto las insinúa como por hacer, sino que las narra como hechas. Pero, ¿qué hacemos, cuando los buenos se alegran por el misterio de su redención, y los malos se inflaman de envidia; mientras los elegidos progresan, los réprobos son incitados a la rabia del furor, y persiguen los bienes nacientes, porque no quieren imitarlos? Sin embargo, entre estas cosas, el que redimió no abandona. Pues está escrito: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis, sino que hará también con la tentación el camino para que podáis soportar (I Cor. X, 13). Pues nuestro creador sabe cuándo permitir que se levante la tormenta de la persecución, cuándo reprimirla

cuando se levanta. Sabe restringir por nuestra custodia lo que permite que salga contra nosotros para nuestra ejercitación, de modo que la tormenta furiosa nos lave, y no nos hunda. Por lo cual sigue:

CAPÍTULO XVI [Ant. XV, Rec. VIII].

VERS. 8.---¿Quién encerró con puertas el mar, cuando irrumpía, como saliendo de un vientre?

36. El siglo que se ensaña contra los santos está encerrado por Dios. Humillados los príncipes terrenales, el Señor elevó a la Iglesia sobre la cima del mundo a través de ellos.---¿Qué es el mar sino el siglo, qué es el vientre sino el concepto de la cogitación carnal? En este lugar, el nombre de vientre designa la cogitación carnal oculta y maliciosa. Este vientre no concibe la sustancia del cuerpo para dar a luz una prole, sino para cumplir la maldad, causa de dolor. De este vientre del corazón de los inicuos se dice en otro lugar: Concibió dolor y dio a luz iniquidad (Salmo VII, 15). Por este vientre los perversos conciben cuando piensan mal. Por este vientre dan a luz cuando realizan las malas acciones que han pensado. Así, el mar irrumpía como procedente de un vientre, cuando las olas de amenazas seculares, concebidas en la iniquidad de la cogitación carnal, se ensañaban en la destrucción de la santa Iglesia. Pero, con Dios como autor, este mar fue encerrado con puertas, porque contra los tumultos de los perseguidores se opusieron los santos varones como ciertas puertas, para que con sus milagros y reverencia se quebrara la ira de los perseguidores. Humillados, pues, los príncipes terrenales, el Señor elevó a la santa Iglesia sobre la cima del mundo a través de ellos, y contuvo el ímpetu del mar enfurecido con el poder creciente de la misma Iglesia. Pero escuchemos qué hizo el Señor con este mar enfurecido. Sigue:

CAPÍTULO XVII [Rec. IX.]

VERS. 9.---911 Cuando puse la nube como su vestidura, y lo envolví en oscuridad como con pañales de infancia.

37. Dios constriñó la malicia de los perseguidores, sabio en lo infantil.---El mar embravecido se viste de nube, porque la crueldad de los perseguidores se cubre con el velo de su necesidad. Pues, interponiendo la oscuridad de su infidelidad, no son capaces de ver la clara luz de la verdad; y lo que hacen por impulso de la crueldad, no lo reconocen por el mérito de su ceguera. Porque si lo hubieran conocido, como dice el Apóstol, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Esta nube no solo suele oprimir a los infieles que están fuera, sino que también oscurece a algunos que viven carnalmente dentro de la Iglesia. Por eso, los hombres santos, que incluso compadecen la negligencia ajena y consideran que sufren lo que sienten que otros padecen, orando a Dios dicen: Has puesto una nube para que no pase la oración (Lamentaciones III, 44). Como si dijeran abiertamente: A nuestra mente acostumbrada a los placeres terrenales le impones, con justo juicio, las fantasías de sus preocupaciones, con las cuales la confundes en la misma intención de su oración; y a la que no ignoras que está entregada a los deseos más bajos, justamente la apartas, cegada, de contemplar la claridad de tu luz, para que cuando se dirige a ti, sea reflejada por la misma nube de sus pensamientos; y lo que constantemente piensa en lo terrenal porque lo desea, también lo soporte en la oración cuando no lo desea. Por tanto, la misma malicia de los perseguidores es restringida por la disposición divina, para que no se desate contra los hombres santos tanto como quisiera, después de haber dicho: Cuando ponía la nube como su vestidura; adecuadamente añadió: Y lo envolvía en oscuridad como en pañales de infancia.

Pues los pañales de infancia atan los pies y los brazos, para que no se agiten con libertad desatada de un lado a otro. Porque los perseguidores de la santa Iglesia, inquietos por la inestabilidad de su corazón y entregados a este mundo, no son sabios en lo anciano, sino en lo infantil, quienes ciertamente son constreñidos por la oscuridad y la tiniebla, no por el entendimiento del juicio supremo, para que no puedan perseguir tanto como quieren, son referidos como envueltos en pañales de infancia, porque, como se ha dicho, son sabios en lo infantil, pero constreñidos por la disposición divina, no extienden sus brazos hasta donde quieren, y si desean perpetrar fácilmente todo mal, sin embargo, no se les permite cumplir todo lo que desean. Sigue:

VERS. 10.---Lo rodeé con mis límites.

El Señor rodea el mar con sus límites, porque modera la ira de los perseguidores con la disposición de sus juicios, de modo que la ola hinchada de furor se rompa en la playa llana de la disposición oculta. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Ant. XVI].

VERS. 10, 11.---Y puse el cerrojo y las puertas, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá, y aquí romperás tus hinchadas olas.

38. Los santos predicadores, como puertas colocadas frente al mar embravecido, fueron golpeados por las olas, pero no pudieron ser derribados, ya que Cristo los fortalecía. Estas puertas están abiertas para los humildes y cerradas para los soberbios. ¿Qué se designa por puertas sino a los santos predicadores, y qué por el cerrojo sino al Señor encarnado? Él, en efecto, opuso estas puertas contra el ímpetu del mar embravecido, haciéndolas tanto más fuertes cuanto más las fortaleció con su protección. Porque estas puertas de la santa Iglesia, reforzadas por la oposición de este cerrojo, pudieron ser golpeadas por las olas, pero no derribadas, de modo que la ola de la persecución las golpeará externamente, pero no penetrará en lo más íntimo de sus corazones. Y porque los santos doctores se abrieron a los que los seguían mediante la predicación, pero se cerraron con su autoridad a los que resistían, no sin razón se les llama puertas, es decir, abiertas a la conversación de los humildes y cerradas a los terrores de los soberbios. No sin razón se les llama puertas, porque abren el ingreso a los fieles y, a su vez, se oponen a los infieles para que no entren. Consideremos qué tipo de puerta de la Iglesia fue Pedro, quien recibió a Cornelio, que buscaba la fe, y rechazó a Simón, que buscaba milagros por dinero. A aquel le dijo: "En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas" (Hechos 10, 34), abriendo benignamente los secretos del reino. A este le dijo: "Tu dinero perezca contigo" (Hechos 8, 20), cerrando con la sentencia de una condena estricta el acceso a la corte celestial. ¿Qué son todos los apóstoles sino puertas de la santa Iglesia, cuando escuchan la voz de su Redentor: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados; y a quienes se los retengáis, les son retenidos" (Juan 20, 22)? Como si se les dijera abiertamente: Por vosotros entrarán a mí aquellos a quienes abríis; y serán rechazados aquellos a quienes cerráis. Así, mientras el mar se enfurece, el Señor opone el cerrojo y las puertas, porque mientras la tormenta de la persecución se extiende en el mundo desde corazones amargos y perversos, Dios exalta la gloria de su unigénito y la reverencia de sus predicadores; y mientras se dan a conocer los misterios de la fortaleza divina, rompe en los impíos las olas de la furia.

39. La divina providencia hace que la tormenta de la persecución o bien surja o bien se calme. Sin embargo, se dice acertadamente: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá.

Porque, sin duda, hay una medida del juicio oculto tanto para cuando la tormenta de la persecución surge como para cuando se calma, para que no suceda que, al no ser agitados, los elegidos no sean ejercitados, o que, al no ser moderada, se hundan en lo profundo. Pero cuando el conocimiento de la fe se extiende hasta los perseguidores, la hinchazón del mar turbulento se apacigua; y allí el mar rompe sus olas, porque al llegar al conocimiento de la verdad, se avergüenza de todo lo que ha hecho con maldad. En efecto, la ola rota se repliega sobre sí misma, porque la maldad vencida es acusada incluso por la reflexión de su propio corazón; y recibe como si fuera la misma fuerza que había infligido, porque siente los aguijones de su culpa por la maldad que había cometido. Por eso, a algunos se les dice por medio de Pablo: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? (Rom. VI, 21). Como si se dijera: ¿Por qué se elevaron tan alto las olas de vuestra maldad, que ahora, rotas en sí mismas, os confunden al haberos convertido de aquello que os había inflado perversamente? Por tanto, se dice acertadamente: Y aquí romperás tus olas hinchadas. Lo que se dice por segunda vez sobre las puertas en esta conclusión del mar, según el estilo del sagrado discurso, se repite para confirmación.

40. Por el mar se puede entender el siglo, al cual Dios ha puesto puertas, los preceptos de la ley y del Nuevo Testamento. Si en este lugar debemos entender por mar no específicamente a la multitud de perseguidores, sino en general al siglo, el Señor ha puesto puertas contra este mar por segunda vez, porque primero dio al género humano los preceptos de la ley, y después el testamento de la nueva gracia. Al poner las puertas por segunda vez, cerró el ímpetu de este mar, porque a aquellos que asumió para el servicio de su culto, primero los contuvo de los ídolos con la ley dada, y después los corrigió del entendimiento carnal con la gracia revelada. El mar recibió puertas por segunda vez, porque Dios primero prohibió al género humano de las obras de iniquidad, y después lo restringió también de la culpa del pensamiento. Veamos cómo el Señor impone puertas al mar que se hincha por primera vez. He aquí que por la Ley se dice: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio (Éxodo 20, 13-14). Veamos cómo el Señor cierra este mar con segundas puertas. He aquí que en el Evangelio dice: Habéis oído que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio; pero yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mateo 5, 27). Y nuevamente se dice: Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo; pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os odian (Ibid. 5, 43-44). Quien, por tanto, primero prohíbe las iniquidades de la obra, y después agota las culpas del corazón, ciertamente impone dos veces puertas al mar que se hincha, para que no sobrepase las costas de la justicia.

[Mundo XVII.] 41. En un mundo aún cercano a su origen, se establecieron leyes. Sin embargo, Dios aún no había iluminado al mundo. Bajo la oscuridad de la letra, el mundo estaba envuelto como en pañales de infancia. Primero atado por el temor, luego alcanzó la libertad. La ley antigua era imperfecta y débil. —Bien dijo: "¿Quién encerró con puertas el mar?" Inmediatamente añadió el tiempo, diciendo: "Cuando brotaba, como saliendo del vientre." Porque evidentemente entonces se encontró con la humanidad con los preceptos de la ley, cuando el mundo aún cercano a su origen, como saliendo de su propio nacimiento, avanzaba hacia el progreso de la vida carnal. Salir del vientre es aparecer carnalmente en la luz de la gloria presente. Y correctamente se añade: "Cuando ponía la nube como su vestidura." Porque ciertamente Dios no se presentó a los hombres con una manifestación abierta, sino que, mientras los rescataba del error de la infidelidad, no les reveló la claridad de su luz, como si los sacara de las tinieblas, pero aún los cubrió con una nube, para que dejaran las acciones depravadas del pasado, y sin embargo no vieran con certeza los bienes futuros. Por eso se añade adecuadamente: "Y lo envolvía con oscuridad como con pañales de

infancia." Pues al enseñar a los pueblos rudos no con una predicación abierta del espíritu, sino con un lenguaje figurado, los ató con los preceptos de la letra, aún envolvió a los débiles en la oscuridad de sus palabras como en pañales de infancia, para que, atados por mandatos más burdos, crecieran, no fuera que, siendo malamente libres, perecieran en sus placeres. A quienes, mientras no era aún el amor, sino el temor el que los ataba al camino de la justicia, la divina dispensación los presionó como para nutrirlos. Porque el pueblo débil, al soportar a regañadientes los pañales de los preceptos, llegó a un estado más firme a partir de su propia atadura. Porque el temor primero lo contuvo de la culpa, adecuadamente después salió a la libertad del espíritu. Estos pañales de infancia, que dio a los principiantes, el mismo Señor los reprendió a través del profeta, diciendo: "Les di preceptos no buenos" (Ezequiel XX, 25). Porque las cosas malas dejan de ser malas en comparación con las peores, y las buenas no son buenas en comparación con las mejores. Pues así como a la Judea que pecaba más se le dice de Sodoma y Samaria: "Justificaste a tus hermanas en todas tus abominaciones que cometiste" (Ezequiel XVI, 51), así los preceptos buenos que se dieron a los rudos se recuerdan como no buenos en comparación con los mejores preceptos del Nuevo Testamento que siguieron. Porque las mentes adheridas al uso de la vida carnal no podrían elevarse desde lo más bajo, a menos que progresaran con una predicación llevada gradualmente. De ahí que, estando en Egipto, se les condescendió con un moderado y justo gobierno a su latente concupiscencia, y se les ordenó partir llevándose los vasos de oro y plata de sus vecinos (Éxodo III, 22). Llevados al monte Sinaí, al recibir la ley, pronto escuchan: "No codiciarás la propiedad de tu prójimo" (Éxodo XX, 17). Y de ahí que en la misma ley se les ordena exigir ojo por ojo, diente por diente (Éxodo XXI, 24), y sin embargo, cuando se revela la gracia, se les ordena ofrecer la otra mejilla al que los golpea (Mateo V, 3). Porque siempre la ira exige más en la venganza de lo que la injuria recibió, al aprender a no devolver el mal multiplicado, alguna vez aprenderían a soportarlo incluso multiplicado voluntariamente. De ahí que a ese mismo pueblo rudo se le prohibió algunas cosas, pero se le permitió otras en su uso anterior, pero estas mismas se compusieron en figura de una vida mejor. Porque los animales brutos se sacrificaban a los ídolos en Egipto, y luego se les permitió el uso del sacrificio de animales, pero se prohibió el culto a los ídolos, para que, al perder algo de su uso, su debilidad se consolara con lo que aún conservaba de su uso. Sin embargo, con una maravillosa dispensación de consejo, lo que el Señor les permitió de su costumbre carnal, lo transformó poderosamente en figura del espíritu. ¿Qué significan los sacrificios de esos animales sino la muerte del unigénito? ¿Qué significan los sacrificios de esos animales sino la extinción de nuestra vida carnal? Por lo tanto, donde se condescendió a la debilidad del pueblo rudo, allí se le anuncia una mayor fortaleza del espíritu a través de las especies veladas de las alegorías. Por lo tanto, se dice correctamente: "Y lo envolvía con oscuridad como con pañales de infancia," porque de donde soportó las debilidades de su ternura, de allí hizo una alta nube de significaciones espirituales.

[Ant. XVIII.] 42. Los preceptos de la nueva vida, opuestos a los movimientos desordenados del alma, fortalecidos por los ejemplos de Cristo.---A quien, porque rodeó con el límite de los preceptos para contener las desviaciones desmedidas del alma, correctamente añade: "Lo rodeé con mis límites." Y porque contuvo los movimientos de este género humano enviando al Mediador, apropiadamente añade: "Y puse un cerrojo y puertas." En efecto, puso un cerrojo y puertas, porque al enviar a nuestro Redentor contra las culpas de los pecadores, fortaleció los fundamentos de la nueva vida. Las puertas cerradas se refuerzan con el cerrojo puesto. Por tanto, Dios puso un cerrojo, porque envió a su unigénito contra los movimientos lascivos del género humano, quien consolidó los preceptos espirituales que enseñó hablando, con su acción. Bien se añade: "Y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá, y aquí romperás tus olas hinchadas." Este mar había sobrepasado las puertas anteriores, porque la

ola del orgullo humano saltaba las barreras de la ley opuesta. Pero después de que el mundo encontró al unigénito opuesto a sí mismo, frenó el ímpetu de su arrogancia y no pudo pasar, porque en su fortaleza encontró cerrado el límite de su furia. Por lo cual, correctamente se dice por el Profeta: "El mar lo vio, y huyó" (Salmo 113, 3). También pueden entenderse no inconvenientemente como las pasiones abiertas sus puertas. A las cuales puso un cerrojo desde lo oculto, porque las fortaleció desde la divinidad invisible. Contra las cuales vienen las olas del mundo, pero se rompen y dispersan, porque los soberbios al verlas las desprecian, pero al experimentar sus fuerzas, las temen. Pues mientras el género humano primero se burló de las pasiones del unigénito, después las temió; como si viniera contra las puertas opuestas, al modo del mar que golpea, y elevado por el orgullo, vino y se rompió dispersándose por la virtud.

Pero porque esto se dice al bienaventurado Job, para que la gloria de tantas virtudes de su corazón sea contenida, no sea que tal vez se atribuya a sí mismo lo que sabe que se mantiene en lo alto, consideramos con cuánta edificación suya han sido dichas estas palabras, si también las discutimos moralmente. Diga, por tanto:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 8.---¿Quién encerró con puertas el mar?

43. El corazón humano es un mar ferviente, que solo Dios puede contener. ¿Qué es el mar, sino nuestro corazón agitado por la furia, amargo por las disputas, hinchado por la soberbia del orgullo, oscuro por la malicia del engaño? Quienquiera que entienda las tentaciones ocultas de sus pensamientos, se da cuenta de cuán ferozmente se agita este mar. He aquí que ya abandonamos lo perverso, ya nos aferramos a los deseos rectos, ya cortamos las malas obras externamente; pero, sin embargo, internamente nos fatigamos con la tormenta de la vida antigua con la que hemos venido aquí, la cual, a menos que las barreras del inmenso temor del juicio y del tormento eterno la contuvieran, habrían derrumbado por completo los cimientos de la obra edificada en nosotros. Pues si lo que por sugerencia se agita internamente, estallara externamente por deliberación, la estructura de nuestra vida habría quedado completamente destruida. Porque concebidos en iniquidad y nacidos en pecado (Salmo 50, 7), llevamos aquí la lucha con las molestias de la corrupción innata, que vencemos con esfuerzo. Por eso, correctamente se dice de este mar: "Cuando irrumpía, como saliendo del vientre." Pues el vientre de la mala cogitación es la adolescencia. De la cual el Señor dice por medio de Moisés: "Porque el sentido y el pensamiento del corazón humano están inclinados al mal desde su adolescencia" (Génesis 8, 21). El mal de la corrupción, que cada uno de nosotros toma desde el inicio de los deseos carnales, lo ejercita en el progreso de la edad; y a menos que la mano del temor divino lo reprima rápidamente, toda la bondad de la naturaleza creada es rápidamente devorada por la culpa. Nadie, por tanto, se atribuya la victoria sobre sus pensamientos, cuando la Verdad dice: "¿Quién cerró con puertas el mar, cuando irrumpía, como saliendo del vientre?" Porque si la gracia divina no retuviera desde el principio de la cogitación las olas del corazón, sin duda el mar agitado por las tentaciones habría cubierto la tierra de la mente humana, de modo que, empapada por las olas saladas, se secaría, es decir, deleitada por las perniciosas voluptuosidades de la carne, perecería. Solo el Señor cierra el mar con puertas, quien opone las barreras del temor inspirado a los movimientos perversos del corazón. Porque, aunque se nos prohíbe seguir lo que vemos, porque somos refrenados de la delectación de las cosas corporales, también deseamos elevar los ojos de la mente hacia lo invisible, y ver estas mismas cosas que se nos manda seguir. Pero, ¿qué hacemos? Aún no se nos revelan con ojos débiles. He aquí que somos llamados a

su amor, pero sin embargo se nos restringe de la visión, porque incluso si alguna vez miramos algo furtivamente y poco, aún vacilamos bajo una visión demasiado incierta. Por lo cual, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XX [Ant. XIX].

VERS. 9.---Cuando puse la nube como su vestidura, y lo envolví en oscuridad como con pañales de infancia.

44. Este mar está envuelto en tinieblas y oscuridad. Este mar tumultuoso, es decir, nuestro corazón fluctuante con pensamientos, está cubierto por una nube, porque se oscurece con la confusión de su propia inquietud, impidiéndole ver claramente la paz interior. Este mar está envuelto en oscuridad como en pañales de infancia, porque está atado por la debilidad de sus sentidos inmaduros, impidiéndole contemplar las cosas sublimes. Veamos a Pablo envuelto en una especie de oscuridad, como en pañales de infancia, cuando dice: Ahora vemos por espejo, en enigma; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido (1 Cor. XIII, 12). Si no se considerara a sí mismo como un niño en la comprensión de las cosas celestiales, de ninguna manera habría comparado su edad con estas cosas, diciendo: Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Entonces ascendemos a la fortaleza juvenil cuando, con un sentido fuerte, vemos la vida a la que aspiramos; pero ahora, porque la agudeza de nuestra intención se embota por su propia debilidad ante la luz interior, nuestra mente está atada por los pañales de la infancia. Donde apropiadamente se añade:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 10.---Lo rodeé con mis límites.

45. Los límites puestos a este mar.---El Señor rodea este mar con sus límites, porque nuestro corazón, aún agitado por la molestia y la preocupación de su corrupción, es humillado bajo la medida de la contemplación, de modo que, aunque desee más, no ascienda más allá de lo que se le concede. O ciertamente, el Señor rodea este mar con sus límites, porque mitiga nuestro corazón, hinchado por las tentaciones, con las ocultas distribuciones de dones, actuando de manera que la mala sugestión no llegue al deleite, o que el mal deleite no estalle hasta el consentimiento. Quien, por tanto, observa los movimientos ilícitos del corazón, y en algunos casos prohíbe que lleguen al consentimiento, y en otros incluso los restringe del deleite, sin duda impone límites al mar furioso, para que de ninguna manera salga en acción, sino que, murmurando dentro del seno de la mente, la ola de las tentaciones se choque. Y como esto se restringe poderosamente cuando se le enfrenta con el deleite de Dios y las virtudes inspiradas, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXII

VERS. 10, 11.---Y puse el cerrojo y las puertas, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá; y aquí romperás tus hinchadas olas.

46. Las virtudes son dispersadas por ese mar furioso, a menos que sean fortalecidas por la caridad. ¿Qué entendemos moralmente por las puertas, sino las virtudes; y por el cerrojo, sino la fortaleza de la caridad? Estas puertas, es decir, las virtudes de las acciones, son dispersadas por el mar furioso, a menos que la caridad, opuesta desde lo oculto de la mente, las ate. Todo

bien de las virtudes es fácilmente destruido por la tentación que irrumpe en el corazón, a menos que sea solidificado por la caridad fijada en lo más íntimo. Por eso Pablo, en sus predicaciones, al oponer ciertas puertas de virtudes al mar de la tentación, inmediatamente añadió a esas puertas como si fuera la fortaleza de un cerrojo, diciendo: "Por encima de todas estas cosas, tened caridad, que es el vínculo de la perfección" (Colosenses 3, 14). La caridad se llama vínculo de la perfección, porque todo bien que se hace, ciertamente por ella, se ata para que no perezca. Cualquier obra es rápidamente arrancada por el tentador, si se encuentra suelta del vínculo de la caridad; pero si la mente está constreñida por el amor a Dios y al prójimo, cuando los movimientos de las tentaciones le sugieren cualquier injusticia, el mismo amor se opone como obstáculo, y rompe las olas de la mala persuasión con las puertas de las virtudes y el cerrojo del amor íntimo. Porque el Señor, a través de la fortaleza de la caridad inspirada, reprime los vicios nacientes en el corazón, y contiene el ímpetu del mar que se levanta mediante las barreras cerradas. La ira tal vez exaspera en lo oculto; pero para que no se pierda la paz suprema, se sustrae a la perturbación de la mente el oficio de la lengua, para que no salga en voz lo que suena tumultuoso en el seno del corazón. La lujuria se enciende en pensamientos ocultos; pero para que la mente no pierda la pureza suprema, castiga los miembros que podrían servir a la impureza concebida, para que el hedor del corazón no exhale hasta la corrupción del cuerpo. La avaricia estimula; pero para que la mente no carezca del reino celestial, se liga a sí misma dentro de las barreras de la parquedad, contenta con lo propio, para que no se expanda en una obra mala, y hasta los actos exteriores sude el ardor de la concupiscencia interna. La soberbia infla; pero para que no pierda la verdadera altura, cada uno, considerando que es polvo, se humilla desde la altitud de la elevación concebida, esforzándose ciertamente para que lo que tolera en la sugerencia del pensamiento no estalle en la ejecución de la obra. Bien se dice, entonces: "Puse cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá, y aquí romperás tus hinchadas olas", porque mientras cada elegido es tentado por los vicios, y sin embargo resiste hacer lo que se le sugiere mal, es como si el mar estuviera contenido. Aunque golpea la mente con tumultuosas olas de pensamientos, no excede las costas establecidas de una buena vida. El mar se levanta en su hinchazón, pero cuando se estrella contra la deliberación fija del corazón, regresa quebrado. Por tanto, el bienaventurado Job, para que no se atribuya a sí mismo el hecho de que resiste valientemente las tormentas del corazón, escuche la voz divina: "¿Quién encerró con puertas el mar, cuando irrumpía, como saliendo del vientre?", y lo demás. Como si se le dijera abiertamente: En vano te consideras en las obras buenas exteriores, si no me consideras a mí en el interior, que calmo las olas de la tentación en ti. Para que puedas soportar las olas en la obra, es por mi virtud, que rompo las olas de la tentación en el corazón.

LIBRO VIGÉSIMO NOVENO. Se explican los versículos del capítulo XXXVIII, del doce al treinta y tres inclusive; se enseñan muchas cosas, especialmente sobre las artes y asechanzas de Satanás, sobre la gracia, la predestinación, la reprobación y los juicios ocultos de Dios.

CAPÍTULO PRIMERO

1. El Hijo de Dios, en su nacimiento eterno desconocido para nosotros, quiso nacer en el tiempo, para ofrecerse como ejemplo a seguir. Nuestro Señor Dios Jesucristo, en cuanto que es la virtud y sabiduría de Dios, nació del Padre antes de los tiempos (I Cor. I, 24); o más bien, porque ni comenzó a nacer ni dejó de hacerlo, digamos con más verdad que siempre ha nacido. Sin embargo, no podemos decir que siempre está naciendo, para que no parezca imperfecto. Pero para que pueda ser designado como eterno y perfecto, digamos siempre que ha nacido, de modo que el nacimiento pertenezca a la perfección, y el siempre a la eternidad, para que de alguna manera esa esencia sin tiempo pueda ser designada temporalmente con

palabras; aunque al decir perfecto, nos alejamos mucho de la expresión de esa verdad, porque lo que no ha sido hecho no puede ser llamado perfecto. Y sin embargo, condescendiendo a las palabras de nuestra debilidad, el Señor dice: Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (Mat. V, 48). En ese nacimiento divino no podía ser conocido por el género humano; por lo tanto, vino en la humanidad para ser visto, quiso ser visto para ser imitado. Ese nacimiento de la carne fue despreciado por los sabios del mundo; despreciaron las debilidades de su humanidad, juzgándolas indignas de Dios. Cuanto más el hombre fue deudor, tanto más Dios aceptó incluso lo indigno por él. Porque el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación (I Cor. I, 21). Como si dijera: Como el mundo no encontró a Dios, que es sabiduría, por su propia sabiduría, agradó que conociera a Dios hecho hombre por la locura de la humanidad, para que su sabiduría descendiera a nuestra necedad, y nuestra ceguera, iluminada por la luz de la prudencia suprema, viera el barro de su carne. Nacido, pues, del Padre sin tiempo, se dignó nacer de una madre en el tiempo, para que al concluir su origen entre el principio y el fin, abriera a los ojos de la mente humana un origen que no se toma con principio ni se estrecha con fin. Por lo tanto, ahora se dice bien al bienaventurado Job:

CAPÍTULO II [Rec. II.]

VERS. 12.---¿Acaso desde tu nacimiento has mandado a la mañana, y mostrado a la aurora su lugar?

2. Al levantarse el Señor, la Iglesia se transforma como la aurora, pasando de las tinieblas a la luz. — Se sobreentiende como yo. El nacimiento de su divinidad no tiene ni principio ni fin. Pues, mientras su existencia es eterna, abarca todo lo que transcurre y encierra dentro de sí mismo el curso del tiempo. Sin embargo, el nacimiento de su humanidad, porque tuvo un comienzo y un fin, recibió de la temporalidad un antes y un después. Pero, dado que Él asumió las sombras de nuestra temporalidad, nos infundió la luz de su eternidad, con razón, después de este nacimiento que el Creador se otorgó en el tiempo, la aurora reconoció su lugar fuera del tiempo. Porque, en efecto, el amanecer o la aurora se transforma de las tinieblas a la luz, no sin razón toda la Iglesia de los elegidos es designada como el amanecer o la aurora. Pues, al ser conducida de la noche de la infidelidad a la luz de la fe, se abre como la aurora al día, después de las tinieblas, con el esplendor de la claridad celestial. Por eso, bien se dice en el Cantar de los Cantares: "¿Quién es esta que surge como la aurora?" (Cant. VI, 9). La Santa Iglesia, deseando los premios de la vida celestial, es llamada aurora, porque al abandonar las tinieblas del pecado, resplandece con la luz de la justicia.

[Vet. II.] 3. Mientras vivamos, es aurora, no día perfecto.---Sin embargo, tenemos algo más sutil que considerar al reflexionar sobre la cualidad del amanecer o la aurora. La aurora o el amanecer anuncian que la noche ha pasado, pero no muestran aún la claridad completa del día; sino que, al alejar la noche, reciben el día, manteniendo una luz mezclada con tinieblas. ¿Qué somos, entonces, en esta vida todos los que seguimos la verdad, sino aurora o amanecer? Porque ya realizamos algunas cosas que pertenecen a la luz, y sin embargo, en algunos aspectos aún no estamos libres de los restos de las tinieblas. Pues a Dios se le dice por medio del Profeta: No se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. 142, 2). Y nuevamente está escrito: En muchas cosas ofendemos todos (Sant. 3, 2). Pablo también dice: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros (Rom. 7, 23). Donde la ley del pecado contiene con la ley de la mente, ciertamente aún es aurora, porque la luz que ya ha brillado no ha suprimido completamente las tinieblas que pasan. Aún es aurora, porque mientras la ley de la carne

golpea a la ley de la mente, y la ley de la mente a la ley de la carne, la luz y la sombra luchan entre sí. Por eso, nuevamente Pablo, al decir: La noche ha pasado (Rom. 13, 12), no añadió, El día ha llegado, sino El día se ha acercado. Pues quien insinúa que, después de la partida de la noche, el día no ha llegado aún, sino que se ha acercado, demuestra sin duda que está aún en la aurora, antes del sol, después de las tinieblas.

4. Llegará el día en que no quedarán sombras de pecado. Entonces, la Iglesia de los elegidos, completamente santa, será un día pleno, cuando ya no haya sombra de pecado mezclada con ella. Será un día pleno cuando resplandezca con el fervor perfecto de la luz interior. Será un día pleno cuando, sin tolerar ningún recuerdo tentador de sus males, oculte de sí misma incluso los restos de las tinieblas. Por eso, esta aurora se muestra bien como si aún estuviera en tránsito, cuando se dice: Y mostraste a la aurora su lugar. Pues a quien se le muestra su lugar, ciertamente es llamado de un lugar a otro. ¿Qué es el lugar de la aurora, sino la claridad perfecta de la visión eterna? Cuando haya llegado a ese lugar, ya no tendrá nada de las tinieblas de la noche pasada. Ahora, sin embargo, aún soportando las molestias de las tentaciones, porque la Iglesia se apresura hacia otro lugar por la intención del corazón, la aurora se dirige a su lugar. Si no lo viera con la mente, permanecería en la noche de esta vida. Pero cuando cada día se esfuerza por perfeccionarse y crecer en la luz, ya vislumbra su lugar y busca que el sol le ilumine plenamente. La aurora considera su lugar cuando el alma santa arde por contemplar la imagen de su Creador. La aurora se esforzaba por alcanzar su lugar cuando David decía: Mi alma tiene sed de Dios vivo, ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Salmo XLI, 3). La verdad de la aurora mostraba su lugar cuando decía a través de Salomón: ¿Qué tiene el sabio más que el necio, y qué el pobre, sino que vaya allí donde está la vida? (Eclesiastés VI, 8). Este lugar, ciertamente, el Señor lo mostró a los padres que precedieron a su encarnación después de su nacimiento, porque si no conocieran al rey de la patria celestial que iba a encarnarse por el espíritu de profecía, no verían cuán deseables eran los bienes de esa misma patria. La verdad de la aurora reveló su lugar cuando pidió al Padre ante los discípulos, diciendo: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 24). Mostró el lugar de la aurora cuando dijo: Dondequiera que esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas (Mateo XXIV, 28). La aurora se apresuraba a llegar a este lugar que había conocido, cuando Pablo decía tener el deseo de partir y estar con Cristo: Y de nuevo, Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia (Filipenses I, 21). Y de nuevo: Sabemos que si nuestra morada terrestre de este tabernáculo se deshace, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (II Corintios V, 4). Bien se dice que la aurora mostró su propio lugar después de su nacimiento, porque la bienaventuranza de la futura retribución, antes de hacerse conocida a través del cuerpo, la mantuvo en el entendimiento de unos pocos. Pero cuando asumió las debilidades de la naturaleza humana, expandió el conocimiento de la futura claridad en el amor de una multitud innumerable. Pero cuando la misericordia lleva a cabo el misterio de la obra divina de tal manera que también la ira acompaña, para que el juez oculto redima a unos mirando y pierda a otros abandonándolos, ya que sabemos cómo ilumina a los elegidos a través de su encarnación, escuchemos ahora cómo condena a los réprobos. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 13.---¿Acaso has sostenido los confines de la tierra sacudiéndolos, y has expulsado a los impíos de ella?

5. El Señor eligió a los despreciados y humildes.---El Señor sostuvo los confines de la tierra, porque en el fin de los tiempos vino a la sinagoga ya desolada y sometida a reyes extranjeros;

y de ella expulsó a los impíos, porque rechazando los preceptos espirituales de la fe, también los apartó de la gloria del sacrificio carnal. O ciertamente sostuvo los confines de la tierra, porque de Judea eligió a unos pocos despreciados y humildes (Mat. IV, 18, ss.). Sostuvo los confines de la tierra, porque abandonando a los doctores de la ley, tomó a los pescadores. Y mientras sostiene sus confines, de ella expulsa a los impíos, porque mientras fortalece a los fieles débiles, condena a los fuertes infieles en ella. Con razón también añadió sacudiendo, porque con su venida conmovió con inmenso temor incluso los corazones de los réprobos. Fueron sacudidos, en efecto, aquellos que decían: No ganamos nada, he aquí que todo el mundo va tras él (Juan XII, 19). Pero una cosa que se sacude, llevada de un lado a otro, se fatiga. Por tanto, Judea había sido sacudida, que decía de Cristo por unos: Que es bueno (Juan VII, 12). Y por otros resistía, diciendo: No, sino que engaña a las multitudes (Ibid.). Por unos decía: Si este no fuera de Dios, no podría hacer nada (Juan IX, 33). Y al final por otros clama: Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado (Juan XVIII, 30). Los réprobos fueron ciertamente sacudidos, pero no derribados, cuando a veces contemplaban los milagros con asombro, a veces despreciaban e insultaban las afrentas de la debilidad. ¿Acaso no fueron sacudidos, los que decían: ¿Hasta cuándo nos tienes en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente (Juan X, 24). O ciertamente sacudió y sostuvo los confines de la tierra, porque cuando aterrizó con piadoso temor los corazones débiles de los humildes, de ninguna manera los abandonó con juicio severo. De allí, en efecto, la multitud de creyentes en Dios se mantuvo más firmemente, de donde, humillada en sí misma, tembló. Pues porque Dios sostiene a quien sacude, lo insinúa por el profeta, diciendo: ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras? (Isaías LXVI, 2, según LXX). Porque se indica que sostiene a quien sacude, como atestigua Salomón, porque dice: Bienaventurado el hombre que siempre teme; pero el que es de mente dura, caerá en el mal (Prov. XXVIII, 14). Por tanto, porque el Señor sostuvo los confines de Judea en los apóstoles, y de ella reprobó a los escribas y fariseos y a los pontífices por el mérito de su impiedad, escuchemos qué más se añade sobre su condenación. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 14.---Será restaurado como el barro del sello, y se mantendrá como un vestido.

6. Los judíos, liberados primero del trabajo de ladrillos, al pensar en cosas terrenales, volvieron de nuevo a los ladrillos. ¿Qué otra cosa encontró el Señor en el pueblo israelita sino barro, cuando lo halló en Egipto, entregado a los servicios de los gentiles y sirviendo con ladrillos? Cuando lo condujo con tantos milagros a la tierra de la promesa (Éxodo V, ss.), cuando lo llenó con el conocimiento de su sabiduría, cuando le confirió tantos secretos arcanos a través de la profecía, ¿qué otra cosa hizo de él sino el sello del misterio de la salvación? La misma profecía divina contuvo de manera oculta todo lo que la Verdad reveló al final. Pero después de tantos secretos divinos, después de tantos milagros percibidos, en la llegada de su Redentor, amó más la tierra que la verdad, diciendo a través de los sacerdotes: Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos quitarán nuestro lugar y nuestra nación (Juan XI, 48), como si hubiera vuelto a los ladrillos que había dejado en Egipto; y lo que ya había sido hecho sello de Dios, se volvió de nuevo a lo que había abandonado; y se mostró como barro después de ser un sello ante los ojos de la verdad, cuando por la malicia de la impiedad perdió los misterios de la palabra recibida, y eligió saber solo de las cosas terrenales que contaminan.

7. Solo las letras sirviendo a Dios por caridad no quisieron adherirse.---Donde se añade apropiadamente: Y estará como vestimenta. Pues las vestimentas toscas y gruesas, incluso

cuando son vestidas, porque no se adhieren bien a los miembros de quien las lleva, se dice que están de pie. Por lo tanto, Judea, en cuanto al conocimiento de la verdad, incluso cuando parecía servir, estuvo como una vestimenta, porque mostró servir al Señor a través de los mandamientos exteriores, pero no quiso adherirse a Él por la inteligencia de la caridad. Mientras mantenía solo la letra de los preceptos de Dios, y de ninguna manera se unió a Él por el espíritu en sus sentidos íntimos, no se adhirió a quien la vestía. Donde también se añade apropiadamente:

CAPÍTULO V.

VERS. 15.---Será quitada su luz a los impíos.

8. Han perdido el conocimiento de la ley porque se negaron a creer en la verdad.---Porque al negarse a creer en la verdad, pierden el conocimiento de la ley para siempre; y mientras se enorgullecen de la ley que han recibido, sin duda son cegados por la gloria de su propia ciencia. Pues está escrito: Que se oscurezcan sus ojos, para que no vean (Salmo 68, 24). Y de nuevo está escrito: Ciega el corazón de este pueblo, y endurece sus oídos (Isaías 6, 10). Y nuevamente está escrito: Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan 9, 39). Y porque se exaltaron a sí mismos por las obras de la ley contra el creador de la ley, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y el brazo excelso será quebrantado.

9. Reprobación de la observancia orgullosa de la ley.---En efecto, el brazo altivo es quebrantado cuando, al proclamarse la gracia de la fe, se reprueba la operación orgullosa de la ley, como se dice: Por las obras de la ley no se justificará ninguna carne (Rom. III, 20).

10. Que Dios tanto sostenga como sacuda los confines de la Iglesia.---Sin embargo, todas estas cosas pueden entenderse de otra manera. La Sagrada Escritura suele llamar tierra a la Iglesia. Por lo tanto, el Señor sostiene y sacude los confines de la tierra, porque permite que los últimos tiempos de su Iglesia sean perturbados por la persecución más feroz con la llegada del Anticristo, pero al permitirlo, no la abandona. A veces el Señor sostiene esta tierra y no la sacude; a veces la sostiene y la sacude, porque en ocasiones la posee en la tranquila paz de la fe, y en otras ordena que sea conmovida por el ímpetu de la persecución.

11. En las persecuciones de la Iglesia, los falsos cristianos son sacudidos como la paja.---Bien dijo: ¿Acaso has sacudido los confines de la tierra?, y de inmediato añadió: ¿Y has sacudido a los impíos de ella? Pues, como atestigua Pablo, muchos en ella son los que confiesan conocer a Dios, pero lo niegan con sus hechos (Tit. I, 16). El Señor, por tanto, sacude a los impíos de ella, porque aquellos que ahora son poseídos por vicios internos, entonces caerán en el abismo de la infidelidad manifiesta; y pasan al montón de paja cuando son movidos por el viento de esa tentación. Y aunque ahora se oculten bajo la apariencia de fe dentro del seno de la era, entonces, sin duda, serán expulsados fuera del montón de granos por el aventador del juicio riguroso.

[Rec. IV.] 922 12. En ellos, el sello de la fe se convierte en lodo. Por eso, se añade adecuadamente: "Se restituirá como lodo el sello". Como si dijera abiertamente: Aquellos que ahora parecen ser un sello en el seno de la Iglesia, entonces ante los ojos de todos serán

restituidos como lodo, es decir, los juicios de los hombres sobre la profesión de la religión no engañan, sino que se demuestra que tienen inclinaciones terrenales. Pues la Sagrada Escritura suele llamar sello a la fe y lodo a la iniquidad. Porque el hijo menor que, habiendo consumido su sustancia, regresó al padre (Luc. XV, 22), recibió un anillo como regalo. El pueblo gentil, que, habiendo perdido la inmortalidad, regresa a Dios arrepintiéndose, es fortalecido por el sello de la fe. Por eso, también se dice a la Iglesia por su esposo: "Ponme como un sello sobre tu corazón" (Cant. VIII, 6). Por tanto, el sello se coloca en las cosas para que no sean profanadas por la presunción de los saqueadores. Así, el esposo es puesto como un sello en el corazón cuando el misterio de su fe se imprime en la custodia de nuestro pensamiento, para que aquel siervo infiel, nuestro adversario, al considerar los corazones sellados por la fe, no se atreva a irrumpir en ellos tentando. Por el lodo, en cambio, se demuestran las contaminaciones terrenales, como atestigua el salmista que dice: "Me sacaste del pozo de la miseria y del lodo del cieno" (Sal. XXXIX, 3). Porque muchos, hallados en contaminaciones terrenales, llevados a la Iglesia, son sellados por el sacramento de la fe celestial, y sin embargo no se apartan de las obras iniquas, y ahora se cubren con el velo de la fe, pero cuando encuentran la oportunidad, muestran verdaderamente lo que son, se dice correctamente: "Se restituirá como lodo el sello". Aquellos que ahora creemos fieles, entonces los encontraremos enemigos de la fe; y aunque parezcan no ser tentados como sello, sin duda serán tentados como lodo. Por eso, se dice correctamente, "Se restituirá", porque tal como pudo ser su conciencia antes de la fe, así los convence después su vida reprobable. De los cuales se añade adecuadamente: "Y estará como vestimenta".

13. La Iglesia ahora se adorna con muchas vestiduras, de las cuales será despojada cuando arda la persecución. La santa Iglesia se viste ahora con tantas vestiduras como fieles la decoran con su veneración. Por eso, al mostrarse a los gentiles, el Señor le dice a través del profeta: "Vivo yo, dice el Señor, que con todos estos te vestirás como con un ornamento" (Isaías 49, 18). Sin embargo, ahora se viste con muchos fieles solo en apariencia, pero cuando golpee el ímpetu de la persecución, será despojada de ellos y quedará desnuda; de cuya suerte se dice aquí: "Y estará como vestidura". Estar, en este contexto, se refiere a persistir en el pecado. Por eso está escrito: "Y en el camino de los pecadores no se detuvo" (Salmo 1, 1). O ciertamente, se dice que cada réprobo está como una vestidura, para mostrar que no puede permanecer, porque así como una vestidura puesta se extiende sobre el cuerpo en la apariencia de su visión, pero al ser despojada se pliega rota, así cada uno que se aparte del estado de la santa Iglesia, estuvo tenso y decoroso como si estuviera vestido, pero después de ser despojado, yacerá roto y rechazado. Si entendemos estar como perdurar, cada réprobo está como una vestidura que en esta vida que ama dura brevemente. Por eso, también se dice por el Profeta: "Todo como vestidura se envejecerá, y como un manto los cambiarás, y serán cambiados" (Salmo 102, 28). Así, lo que se introdujo correctamente en la nube de las alegorías, ahora se da a conocer con palabras más claras, añadiendo:

CAPÍTULO VII.

VERS. 15.---Será quitada su luz a los impíos.

14. A los que creen y viven mal se les quitará la luz de la fe, especialmente en el tiempo de la persecución del Anticristo. Pues ahora tampoco la luz de Dios ilumina a aquellos que encubren la malicia de su iniquidad con el nombre de la fe. Porque mientras descuidan vivir según la predicación de la fe, y sin embargo veneran esa misma fe solo en apariencia, buscan el honor de la vida presente bajo el nombre de la religión, y esto es lo que les ilumina de la fe, que la fe los reconforta ante los hombres. Hay, sin embargo, algunos que creen

verdaderamente en las cosas eternas que oyen, y sin embargo contradicen con su mala vida la fe que profesan. Estos también tienen su luz en las tinieblas, porque mientras actúan perversamente, y sin embargo tienen rectas creencias sobre Dios, para que no se oscurezcan completamente, son iluminados en parte por el resplandor de la luz. Estos, al amar más las cosas terrenales que las celestiales, más lo que ven que lo que oyen, cuando llega el momento de la persecución, pierden lo que parecían creer correctamente. Esto ocurre más frecuentemente en aquel tiempo, cuando, al levantarse la cabeza de los inicuos, en la última persecución contra la santa Iglesia, su fortaleza avanza con todas sus fuerzas. Allí entonces se muestra el corazón de cada uno, donde se revela todo lo que estaba oculto; y aquellos que ahora son piadosos de palabra, pero impíos de corazón, caen al hacerse pública su malicia, y pierden la luz de la fe que solo en apariencia habían mantenido. Pero entre estas cosas es necesario que cada uno de nosotros regrese al secreto de su corazón, y tema las pérdidas de sus acciones, no sea que, por sus méritos, caiga en el número de tales hombres por la estricta justicia de los juicios de Dios.

[Rec. VI.] 15. Ya en sus miembros vive y actúa el Anticristo.---Nadie, sin embargo, se adule imprudentemente a sí mismo y crea que está exento de tal caída, porque no considera que llegará a la tormenta de esa tempestad. Oh, cuántos no han visto los tiempos de esa tentación, y sin embargo, se encuentran en la tormenta de su tentación. Caín no vio el tiempo del Anticristo, y sin embargo, fue miembro del Anticristo por su mérito (Génesis IV). Judas ignoró la crueldad de esa persecución, y sin embargo, sucumbió a las fuerzas de su crueldad, persuadido por la avaricia (Mateo XXVI, 15). Simón estuvo muy alejado de los tiempos del Anticristo, y sin embargo, se unió a su soberbia, deseando perversamente el poder de los milagros (Hechos VIII, 19). Así, el cuerpo inicuo se une a su cabeza, así se unen miembros a miembros, cuando no se conocen por el entendimiento, y sin embargo, se vinculan por la acción perversa. Pues ni Pérgamo conocía los libros o las palabras de Balaam, y sin embargo, siguiendo su maldad, escuchaba la voz de la reprensión celestial: Tienes allí a los que sostienen la doctrina de Balaam, quien enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer y fornicar (Apocalipsis II, 14). También la iglesia de Tiatira estaba separada de Jezabel por conocimiento, tiempos y lugares; pero porque la misma culpa de vida la ataba, se dice que Jezabel estaba en ella, y persistía en obras perversas, atestiguando el ángel, quien dice: Tengo contra ti algunas cosas; porque permites que la mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos, a fornicar y a comer de lo sacrificado a los ídolos (Ibid., 20). He aquí que pudieron encontrarse quienes siguieron la vida de Jezabel con acción reprobable, se menciona que Jezabel fue hallada allí, porque evidentemente los hábitos perversos hacen un solo cuerpo, incluso si los lugares o tiempos los separan. De ahí que en sus imitadores perversos permanece cualquiera que ya ha pasado, y en sus operadores aparece ya el autor de los inicuos, quien aún no ha venido. De aquí que Juan dice: Ahora muchos se han hecho Anticristos (I Juan II, 18), porque todos los inicuos ya son sus miembros, que evidentemente, por su vida perversa, han precedido a su cabeza. De aquí que Pablo dice: Para que se revele a su tiempo; porque el misterio de la iniquidad ya está en acción (II Tesalonicenses II, 6). Como si dijera: Entonces el Anticristo se verá manifiesto; porque en los corazones de los inicuos ya opera ocultamente sus secretos. Pues para no hablar de crímenes más evidentes, he aquí que uno envidia en silencio a su hermano en su corazón, y si encuentra la ocasión, intenta suplantarlo; ¿de quién es miembro, sino de aquel de quien está escrito: Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sabiduría II, 24)? Otro, creyéndose de gran mérito, por la soberbia de su corazón se prefiere a todos, y considera a todos inferiores a sí mismo; ¿de quién es miembro, sino de aquel de quien está escrito: Todo lo sublime ve, y él es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job XLI, 25)? Otro busca el poder de este mundo, no para beneficiar a otros, sino para no estar sometido a otro; ¿de quién

es miembro, sino de aquel de quien está escrito: Él dijo: Me sentaré en el monte del testimonio, en los lados del norte; subiré sobre la altura de las nubes; seré semejante al Altísimo (Isaías XIV, 18)? Pues solo el Altísimo domina sobre todo de tal manera que no puede estar sometido a otro. El diablo quiso imitarlo perversamente, buscando su propio dominio, se negó a estar sometido a Él. Por lo tanto, imita al diablo quienquiera que desee su poder porque desprecia estar sometido a aquel que le ha sido puesto por ordenación suprema.

[Vet. IV.] 16. Son culpables de infidelidad aquellos que niegan la verdad.---Además, hay muchas cosas que denuncian como infieles a algunos que están establecidos en la misma paz de la Iglesia. Pues veo que algunos asumen el papel de poderoso de tal manera que, al ser requeridos por él, no dudan en negar la verdad en el caso del prójimo para obtener su favor. ¿Y quién es la verdad, sino aquel que dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6)? Porque Juan el Bautista no fue requerido por la confesión de Cristo, sino por la verdad de la justicia, y murió (Marcos VI, 28); pero como Cristo es la verdad, llegó hasta la muerte por Cristo, es decir, por la verdad. Pongamos, pues, ante nuestros ojos que alguien, al ser interrogado, asumió el papel de poderoso y, para no sufrir siquiera la injuria de la palabra, negó la verdad. ¿Qué haría, pregunto, este en el dolor de los castigos, quien se avergonzó de Cristo entre los azotes de las palabras? He aquí que después de esto, ante los ojos de los hombres, aún es cristiano, y sin embargo, si el Señor ha dispuesto juzgarlo estrictamente, ya no lo es.

17. Y quienes, aunque están obligados, descuidan corregir. No faltan en la paz de la Iglesia las tentaciones del Anticristo. — Sin embargo, veo a otros, a quienes se les ha confiado el deber de exhortar y reprender desde su posición de magisterio, que ven que se comete algo ilícito, y sin embargo, por temor a ofender la gracia de algunos poderosos, no se atreven a reprender. Quienquiera que sea, ¿qué otra cosa hace, sino que ve venir al lobo y huye (Juan 10, 12)? Huye, porque calló; calló, porque, despreciando la gracia eterna, amó más la gloria temporal. He aquí que ante la presencia del poderoso se esconde en las sombras de su silencio, y así como a la persecución pública, también dio lugar al temor oculto. Bien se dice de tales personas: Amaron más la gloria de los hombres que la de Dios (Juan 12, 43). Por tanto, quienquiera que sea así, si estas cosas se juzgan estrictamente, aunque faltó la persecución pública, sin embargo, al callar negó a Cristo. No faltan, pues, ni siquiera en la paz de la Iglesia, las tentaciones del Anticristo. Que nadie, por tanto, tema solo aquellos tiempos de persecución extrema. Pues entre los inicuos, diariamente se lleva a cabo la obra del Anticristo, porque en sus corazones su misterio ya ahora, oculto, opera. Y si muchos ahora, en apariencia, están constituidos dentro de la Iglesia, simulando ser lo que no son, en la venida del juez se revelará lo que son: de quienes bien dijo Salomón: Vi a los impíos sepultados, que aun cuando vivían, estaban en el lugar santo, y eran alabados en la ciudad, como si fueran obras de justos (Eclesiastés 8, 10). Por tanto, después de que se ha dicho de los inicuos: Se restaurará como el barro el sello, y se mantendrá como vestimenta, y se les quitará a los impíos su luz, lo cual ciertamente ha de hacerse en aquella persecución del Anticristo, enseguida, consolándonos sobre la perdición de ese mismo Anticristo, dice.

CAPÍTULO VIII.

VERS. 15.---Y el brazo excelso será quebrantado.

18. La soberbia y caída del Anticristo. El ángel y el hombre cayeron porque quisieron ser semejantes a Dios por el poder, no por la justicia. ¿Qué otra cosa se entiende por brazo excelso, sino la altivez soberbia del Anticristo, que se eleva sobre las mentes reprobadas de

los hombres con el orgullo de la gloria secular, de tal manera que el hombre pecador, aunque despreciado, se atreve a mentir diciendo que es Dios sobre los hombres? Por eso el apóstol Pablo dice: "De modo que se sienta en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios" (II Tes. II, 4). Para mostrar más plenamente su arrogancia, añadió: "El cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto" (Ibid.). Pues bien, a veces se puede llamar Dios al hombre, como se dice a Moisés: "Mira, te he constituido Dios para el faraón" (Éxodo VII, 1). Pero un hombre puro no puede ser objeto de culto como Dios. Porque el Anticristo se exalta sobre todos los santos hombres y sobre el mismo poder de la divinidad, intentando apropiarse del nombre de gloria, tanto en lo que se llama Dios como en lo que se adora a Dios. Es de notar en qué abismo de soberbia ha caído aquel que no permaneció en la medida de la ruina en la que cayó. El diablo y el hombre cayeron de su estado original por su mente elevada, de modo que aquel dijo: "Subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo" (Isaías XIV, 13); o este, al escuchar, creyó: "Se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses" (Génesis III, 5). Por eso ambos cayeron, porque desearon ser semejantes a Dios no por la justicia, sino por el poder. Pero el hombre, liberado por la gracia, que había caído al desear perversamente la semejanza con Dios, reconociendo que es muy inferior a Dios en la culpa de su crimen, clama: "Señor, ¿quién es semejante a ti?" (Salmo LXXXVIII, 8). El diablo, sin embargo, abandonado en la caída de su crimen justo, no permaneció en la medida de su ruina; sino que cuanto más tiempo estuvo privado de la gracia del Omnipotente, tanto más acumuló la culpa de su crimen. Pues aquel que cayó porque quiso ser semejante a Dios en un orden perverso, fue llevado hasta el punto de que, viniendo en el Anticristo, se niega a parecer semejante a Dios, y aquel a quien no pudo tener como igual, en su soberbia lo considera inferior. Pues cuando se dice de él lo que ya hemos mencionado: "Exaltándose sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto" (II Tes. II, 4), se muestra claramente que al desear la semejanza con Dios, quiso erigirse junto a Dios, pero al crecer en la culpa de la soberbia, ya se exalta sobre todo lo que se llama y se adora como Dios. Porque esta soberbia suya será castigada con la llegada del juez estricto, como está escrito: "A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la manifestación de su venida" (Ibid., 8), se dice con razón: "Y el brazo excelso será quebrantado."

9. Cuanto más se desgasta la palabra divina, más se incrementa su virtud.---Sin embargo, todas estas cosas, que han sido discutidas dos veces, aún pueden entenderse de otra manera. Las palabras de Dios son como ciertos pigmentos de nuestra ayuda. Y así como el pigmento, cuanto más se muele, más aumenta su virtud en el vaso, de igual manera las palabras divinas, cuanto más las exponemos y desgastamos, más ayudamos a los oyentes, como si bebieran. [Vet. V.] Porque, por lo tanto, el Dios misericordioso tolera durante mucho tiempo los pecados de los hombres, y cuando ya contempla el fin cercano, a menudo cambia las mentes de los pecadores, correctamente, insinuando la fuerza de tanta piedad, dice de sí mismo:

CAPÍTULO IX.

VERS. 13.---¿Acaso has sostenido los confines de la tierra sacudiéndolos, y has expulsado a los impíos de ella?

20. Dios no abandona al hombre, y en los últimos momentos purifica con más cuidado a los elegidos.---Por la tierra, el hombre que piensa en cosas bajas es designado, a quien pecando se le dijo: Eres polvo, y al polvo volverás (Génesis III, 19). Pero como el piadoso Creador no abandona su creación, tolera los males de los hombres con su sabiduría, y a veces los alivia mediante su conversión. Sin embargo, cuando observa mentes duras e insensibles, las atemoriza a veces con amenazas, a veces con castigos, a veces con revelaciones, para que

aquellas que se han endurecido con una seguridad perniciosa se ablanden con un temor saludable, de modo que al menos regresen tarde, y al menos se avergüencen de haber sido esperados tanto tiempo. Así, el Señor juzga más los últimos momentos de nuestra vida, y por eso purifica con más cuidado a sus elegidos al final. Pues está escrito: Dios juzgará los confines de la tierra (I Samuel II, 10). Por tanto, vigila con más atención nuestros últimos momentos, ya que considera que en ellos penden los inicios de la vida siguiente. Y porque lo hace misericordiosamente, mostrando su piedad, con la que incluso recibe a los pecadores que se convierten tarde, instruye sobre la justicia del bienaventurado Job, diciendo: ¿Acaso has sostenido sacudiendo los confines de la tierra, y has sacudido a los impíos de ella? Entiendes, entonces, que a menudo sacudo a los pecadores en sus últimos momentos atemorizándolos, los sostengo convirtiéndolos, y arranco de sus corazones los movimientos impíos de sus pensamientos. Y correctamente el Señor insinúa al bienaventurado Job cómo convierte a los pecadores cerca del final. Como si dijera abiertamente: Observa el poder de mi misericordia, y reprime la altivez de tu justicia. Porque los últimos momentos del hombre, incluso cuando se convierte a través de la muerte de la carne, están acompañados por la venganza de la antigua culpa, lo insinúa de inmediato, cuando dice.

CAPÍTULO X.

VERS. 14.---Será restaurado como el barro del sello, y se mantendrá como un vestido.

21. El hombre, sello e imagen de Dios, por el castigo de la soberbia, se convierte en tierra y ceniza a través de la muerte. El Señor hizo al hombre, a quien creó a su semejanza, como un sello de su poder. Sin embargo, será restituido como barro, porque aunque pueda evitar los castigos eternos mediante la conversión, es condenado a la muerte de la carne como retribución por la soberbia cometida. El hombre fue formado del barro y, al recibir la razón de la mente, adornado con la semejanza de la imagen divina, al hincharse de orgullo, olvidó que fue formado de lo más bajo. Por lo tanto, en la admirable justicia del Creador, se dispuso que, ya que se envaneció por el sentido que recibió como racional, volviera a ser tierra por la muerte, lo cual no quiso considerar humildemente; y porque al pecar perdió la semejanza de Dios, al morir regresa a la materia de su limo, se dice con razón: Será restituido como un sello de barro. Y porque del cuerpo, cuando el espíritu es llamado, se despoja de una especie de envoltura de su carne, se añade apropiadamente del mismo barro: Y permanecerá como un vestido. Nuestro barro, al igual que un vestido, permanece vacío y despojado hasta el tiempo de la resurrección. Pero como este castigo de la soberbia no pasa para aquellos que, viviendo humildemente, vencen esa misma soberbia; se añade cuál es el castigo especial de los soberbios, diciendo:

CAPÍTULO XI.

VERS. 15.---Será quitada su luz a los impíos, y el brazo elevado será quebrantado.

22. La muerte que devuelve a los elegidos a la luz, priva a los réprobos de la luz, es decir, de la gloria de la vida presente. La muerte de la carne, que devuelve a los elegidos a su luz, priva a los réprobos de su luz. Porque la gloria de la vida presente es la luz del que se enorgullece. Esa luz le es entonces retirada, cuando por la muerte de la carne es llamado a las tinieblas de sus retribuciones. Allí entonces se quiebra el brazo altivo, porque la altivez del corazón, arrebatada violentamente más allá del orden de la naturaleza, es disipada por el peso de la justicia divina, para que, habiéndose elevado perversamente por un breve tiempo, reconozca que ha sido quebrantada eternamente por el peso del juicio. Sin embargo, ninguno de

nosotros conocería lo que seguiría después de la muerte, si el creador de nuestra vida no hubiera venido hasta el castigo de nuestra muerte. Porque si Él no descendiera misericordiosamente a lo más bajo, de ninguna manera nos llamaría justamente a lo más alto después de haber sido perdidos a su imagen. Por lo cual, con razón se añade:

CAPÍTULO XII [Rec. VII].

VERS. 16.---¿Acaso has penetrado en las profundidades del mar, y has caminado en los abismos más recónditos?

23. El Señor no solo descendió al mundo, sino también al infierno por nosotros. Como si dijera: Para que yo, que no solo busqué el mar, es decir, el siglo, mediante la carne y el alma humana asumidas, sino que también, por medio de ellas, puestas voluntariamente en la muerte, descendí hasta lo más profundo del infierno, como a las profundidades del mar. Pues si el mar, según el modo del divino discurso, debe entenderse como el siglo, nada impide que las profundidades del mar se sientan como las prisiones del infierno. El Señor buscó esa profundidad del mar cuando entró en lo más recóndito del infierno para liberar las almas de sus elegidos. Por eso, también se dice por el profeta: "Pusiste el camino en lo profundo del mar, para que pasaran los liberados" (Isaías 51, 10). Esta profundidad del mar, antes de la venida del Redentor, no era un camino, sino una cárcel, porque encerraba en sí incluso las almas de los buenos, aunque no en lugares de castigo. Sin embargo, el Señor puso ese profundo como camino, porque al venir allí, permitió que sus elegidos pasaran de las prisiones del infierno a los cielos. Por eso, también se dice adecuadamente allí: "Para que pasaran a la libertad" (Ibid., 10). Lo que había llamado la profundidad del mar, lo llama, repitiendo con otras palabras, lo más recóndito del abismo, porque así como el abismo de las aguas no se comprende con nuestra visión, así los secretos del infierno no se penetran con ningún sentido de nuestro conocimiento. Pues vemos a quienes son retirados de allí, pero no vemos qué retribución de castigos les espera según su mérito.

[Vet. VI.] 24. En el infierno deambuló, porque libre vino a los atados.---Al vigilante le corresponde considerar con cuidado que se dice haber deambulado en lo más profundo del abismo. Deambular, en efecto, es propio de los libres, no de los atados. Pues a quien las cadenas atan, sus pasos igualmente impiden. Por lo tanto, ya que el Señor no sufrió ninguna cadena de pecado, en el infierno deambuló. Libre vino a los atados. De donde está escrito: Me he convertido como un hombre sin ayuda, entre los muertos libre (Salmo LXXXVII, 5). En lo más profundo del abismo, entonces, deambular el Señor es no encontrar en el lugar de la condenación nada que lo retenga, como atestigua Pedro, quien dice: Soltando los dolores del infierno, ya que era imposible que él fuera retenido por él (Hechos II, 24). O ciertamente, porque al deambular somos llevados de un lugar a otro, aquí y allá nos encontramos presentes; se dice que el Señor deambuló en el infierno, para mostrar que estaba presente con las almas elegidas en cada lugar por el poder de la divinidad. Por lo cual también se describe al espíritu de sabiduría como móvil (Sabiduría VII, 4), para que por esto, al no faltar en ningún lugar, se nos designe que en todas partes nos encuentra. El Señor considera su descenso tanto más admirable cuanto más frecuentemente lo infunde al hombre redimido. Pues aún replicando añade:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 17.---¿Acaso se te han abierto las puertas de la muerte, y has visto las puertas de la oscuridad?

25. Las puertas de la muerte, es decir, las potestades adversas, fueron superadas. Porque las puertas de la muerte son potestades adversas. El Señor, al descender, las abrió, porque superó su fortaleza muriendo. Estas también se llaman puertas tenebrosas, porque, al no ser vistas por las insidias de su ocultación, abren el camino de la muerte a las mentes engañadas. El Señor ve estas puertas tenebrosas, porque observa y reprime la malicia fraudulenta de los espíritus inmundos. Si Él no las prohibiera viéndolas sin que nosotros lo supiéramos, nuestra mente no conocería nada de sus insidias y, capturada por ellas, perecería. También nosotros vemos estas puertas tenebrosas cuando somos iluminados por los rayos de la luz celestial. Por eso, a través del profeta se dice: El Señor es mi ayudador, y yo veré a mis enemigos (Salmo 117, 7). Por lo tanto, Él ve a nuestros enemigos, quien con su don los hace visibles para nosotros. O ciertamente, el Señor vio las puertas tenebrosas cuando, penetrando las barreras del infierno, golpeó a los espíritus crueles y condenó a los príncipes de la muerte muriendo. Esto no se dice aquí aún como algo futuro, sino ya como algo pasado, porque lo que iba a hacer en la obra, ya lo había hecho en la predestinación. Y dado que después de su muerte y resurrección la Iglesia creció y se extendió entre todas las naciones, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XIV [Ant. VII].

VERS. 18.---¿Acaso has considerado la amplitud de la tierra?

26. La muerte de Cristo hizo crecer a la Iglesia. Como Sansón, mató a más enemigos muriendo que viviendo. Pues mientras el Señor enfrentaba las angustias de la muerte, expandió su fe entre las naciones y extendió la santa Iglesia a innumerables corazones de creyentes. A ella se le dice por el profeta: "Ensancha el lugar de tu tienda, y extiende las cortinas de tus moradas, no te detengas, alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas; porque te extenderás a la derecha y a la izquierda, y tu descendencia heredarán naciones" (Isaías 54, 2). Esta amplitud de la tierra ciertamente no se lograría, si Él primero no hubiera despreciado la vida que conocemos muriendo, y no hubiera mostrado la vida que no conocemos resucitando. En su muerte, abrió los ojos de nuestra mente y mostró cuál es la vida que sigue. Por eso, siguiendo este orden en el Evangelio, dice a los discípulos: "Así estaba escrito que el Cristo debía padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se predicara el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todas las naciones" (Lucas 24, 46). Pues pocos del pueblo israelita creyeron mientras Él predicaba; pero innumerables pueblos gentiles siguieron el camino de la vida cuando Él murió. Soportó a los soberbios mientras vivía en su naturaleza pasible, pero al morir en esa naturaleza, los abatió. Esto lo expresó bien Sansón en sí mismo de manera figurada (Jueces 16, 30), quien mató a pocos mientras vivía; pero al destruir el templo, mató a innumerables enemigos al morir, porque ciertamente el Señor, mientras vivía, soportó a pocos por la soberbia, pero al destruirse el templo de su cuerpo, abatió a muchos (Juan 2, 19); y a los elegidos de entre las naciones que soportó viviendo, los abatió a todos muriendo. Por tanto, después de enseñar que penetró en los infiernos, añadió inmediatamente la consideración de la amplitud de la tierra: "¿Has considerado la amplitud de la tierra?" Como si dijera al hombre flagelado: Considera lo que he soportado y piensa en lo que he comprado; no te quejes del castigo, mientras no sepas qué recompensas te esperan en la retribución. Entre estas palabras del Creador, creo que vale la pena, si apartamos un poco la mirada del bien común y público, y observamos lo que actúa secretamente en cada uno de nosotros. Dice:

CAPÍTULO XV [Rec. VIII].

VERS. 16.---¿Acaso has penetrado en las profundidades del mar?

27. Dios entra en la profundidad del mar cuando visita la mente del pecador. En efecto, el mar es la mente humana, cuyas profundidades Dios penetra cuando, a través de su conocimiento, se perturba por los lamentos de la penitencia desde los pensamientos más íntimos, cuando trae a la memoria las iniquidades de la vida pasada y sacude el alma que fluctúa en su confusión. Dios penetra en la profundidad del mar cuando transforma incluso los corazones desesperados. Él mismo entra en el mar cuando humilla el corazón mundano, penetra en la profundidad del mar cuando no desdeña visitar las mentes incluso oprimidas por los crímenes. Por eso, con razón se pregunta: ¿Y has caminado en los confines del abismo? ¿Qué es el abismo, sino la mente humana, que, al no poder comprenderse a sí misma, se oculta en todo lo que es, como un abismo oscuro? Por eso, bien se dice por el profeta: El abismo dio su voz, desde la altura de su fantasía (Habacuc III, 10), porque cuando la mente humana no se penetra a sí misma, en comparación consigo misma, alaba más humildemente el poder de la naturaleza divina que no puede comprender.

28. En los últimos confines del abismo deambula, cuando convierte los corazones de los más malvados. Así pues, deambular Dios en los últimos confines del abismo es también convertir los corazones de los hombres más malvados, y reformar maravillosamente las mentes desesperadas tocándolas con las huellas de su visita. Pues cuando, después de inmensos crímenes, cada uno se siente compungido, ¿qué otra cosa parece sino que Dios deambula en los últimos confines del abismo? Porque Dios deambula como en un abismo, cuando penetrando el corazón oscuro, pisa las olas invisibles de los vicios. Muchas veces lamentamos cosas pasadas, y somos acosados por otras presentes, de modo que a veces nos fatiga la tentación de la soberbia, a veces la ira, a veces la lujuria, a veces la avaricia. Pero cuando el Señor reprime todo esto en nuestro corazón con el temor de su visita oculta, ¿qué otra cosa hace sino poner sus pasos en el abismo? Vemos esos pasos con la mente, cuando consideramos cómo los dones de su temor se oponen a los vicios que se levantan. El Profeta había contemplado esos pasos cuando decía: "Fueron vistos tus pasos, oh Dios, los pasos de mi Dios, de mi rey, que está en su santuario" (Salmo 67, 25). Pues quien ve que los movimientos desordenados del alma son reprimidos en sí mismo por la memoria de los juicios divinos, ve como los pasos del Señor deambulando en él. Por tanto, se dice al bienaventurado Job: "¿Acaso has penetrado en las profundidades del mar, y has deambulado en los últimos confines del abismo?" Entiendes como yo, que con maravillosa misericordia piso en los corazones de los pecadores a veces la ira, a veces la lujuria, a veces la avaricia, a veces la soberbia que surge. Como si se le dijera abiertamente: Si ves que solo yo reprimo los vicios ocultos del corazón, dejarás de enaltecerte por tu propia justificación. Y porque cuando somos visitados divinamente, también somos llevados a la confesión de los movimientos ocultos e ilícitos de la mente, se añade con razón:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 17.---¿Acaso se te han abierto las puertas de la muerte?

29. Las puertas de la muerte son los pensamientos perversos, que revelamos a Dios mediante la confesión.---En efecto, las puertas de la muerte son los pensamientos perversos, que revelamos a Dios cuando los confesamos llorando en penitencia. Él también observa los no confesados, pero entra en los confesados. En verdad, se abre camino en las puertas de la muerte cuando, al liberar los pensamientos perversos, viene a nosotros después de la

confesión. Estas puertas de la muerte son llamadas así porque, ciertamente, el camino hacia la perdición siempre se abre a través de pensamientos inicuos. Esto se reitera cuando se añade:

IBID.---¿Y has visto las puertas tenebrosas?

30. Las puertas tenebrosas son los males ocultos de la mente.---Las puertas tenebrosas son los males ocultos de la mente, que pueden estar presentes en el interior, pero no pueden ser vistas por otros. Sin embargo, el Señor las ve, cuando las destruye con el secreto respeto de la gracia. Pues está escrito: El rey que se sienta en el trono del juicio disipa todo mal con su mirada (Prov. XX, 8). Y porque todo vicio constriñe, mientras que toda virtud ensancha el alma, después de destruir los vicios, se añade correctamente: ¿Has considerado la amplitud de la tierra? Porque si la virtud no ensanchara el alma, Pablo no diría a los Corintios: Dilataos también vosotros, y no os unáis en yugo desigual con los infieles (II Cor. VI, 13). Es de observar con atención lo que se dice:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 18.---¿Has considerado la amplitud de la tierra?

31. Los santos, cuando son oprimidos exteriormente por las angustias, se dilatan interiormente. Pues la amplitud de los bienes interiores no se comprende de ninguna manera, a menos que se considere con cuidado. Porque a menudo la pobreza los humilla exteriormente, el tormento de las penas los angustia; pero, sin embargo, entre estas cosas, la fortaleza interior siempre se dilata hacia la esperanza de las cosas celestiales. Los apóstoles fueron oprimidos exteriormente cuando soportaban los azotes; pero estaban en gran amplitud interiormente, libres, quienes entre ellos mismos habían convertido esos mismos azotes en alegría. Pues está escrito: "Los apóstoles se iban gozosos de la presencia del concilio, porque habían sido considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús" (Hechos 5, 41). Esta amplitud entre las angustias la había encontrado Pablo, quien decía: "Quiero que sepáis, hermanos, que lo que me ha sucedido ha redundado más bien en el progreso del Evangelio, de modo que mis cadenas se han hecho manifiestas en todo el pretorio" (Filipenses 1, 12). Esta amplitud la obtenía David entre las angustias, diciendo: "En la tribulación me has ensanchado" (Salmo 4, 2). Así pues, esta tierra, es decir, la conciencia de los santos, se dilata cuando es oprimida exteriormente por las adversidades de este mundo. Pues cuando es apartada de la seguridad de la vida presente, se impulsa hacia sí misma, para tender hacia la esperanza de lo celestial. Y cuando no se le permite vagar exteriormente, como si fuera llamada de nuevo a su seno, se dilata. Nosotros, sin embargo, vemos las adversidades que los hombres buenos soportan, pero no vemos cuánto se alegran interiormente. Conocemos la amplitud de su mente considerando a veces sus palabras, a veces sus obras, pero no obstante ignoramos cuánta es la amplitud de esa misma amplitud en ellos. Escuche, pues, la sabiduría humana, y aprenda que es insensata: "¿Acaso has considerado la amplitud de la tierra?" Como si dijera: yo, que solo considero plenamente la alegría oculta de los justos, ceñida de azotes, porque solo yo formo misericordiosamente. O ciertamente, por eso se pregunta si el bienaventurado Job ha considerado la amplitud de la tierra, para que se humille con el ejemplo de la amplitud ajena. Como si se le dijera abiertamente: considera a aquellos que innumerables males de la vida presente no pueden angustiar, y deja de gloriarte del estado de tu corazón entre los azotes. Sigue:

CAPÍTULO XVII [Ant. y Rec. IX].

VERS. 18-20.---Indícame, si lo sabes todo, ¿en qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas, para que conduzcas a cada una a sus límites, y comprendas las sendas de su morada?

32. Por la luz se designa la justicia, por las tinieblas la iniquidad. Nos es desconocido quiénes perseverarán en la justicia o quiénes morirán en pecado. El bienaventurado Job es examinado con una grave cuestión, para que se investigue tanto el camino de la luz como el lugar de las tinieblas; para que cada cosa sea llevada a sus términos y se comprendan los senderos de su casa. ¿Qué se entiende por el nombre de luz, sino la justicia? ¿Y qué se designa por las tinieblas, sino la iniquidad? Por eso, a algunos convertidos de la maldad de los pecados se les dice: "En otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Efesios 5, 8). Y de algunos que permanecen en pecado se recuerda: "Los que duermen, de noche duermen" (1 Tesalonicenses 5, 7). Así, al bienaventurado Job se le dice: "Indícame si lo sabes todo, ¿en qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas?" Como si se le dijera: Si sospechas que tienes pleno conocimiento, di en qué corazón vendrá la inocencia que ahora falta, o en qué corazón perseverará la malicia que ahora está. "¿En qué camino habita la luz?", es decir, ¿qué mente llenará la justicia al venir? "¿Y cuál es el lugar de las tinieblas?", es decir, ¿en quién perdurará la ciega iniquidad? "Para que lleves cada cosa a sus términos", es decir, para que juzgues si aquel que ahora se ve iniquo terminará su vida en iniquidad; o si aquel que se ve justo concluirá el final de su vida con la perfección de la justicia. "Y entiendas los senderos de su casa", es decir, consideres y disciernas si una buena acción perseverante le otorgará una morada eterna en el reino, o a quién una acción mala, constriñéndolo hasta su fin, lo condenará a un castigo eterno. La casa, en efecto, se pone por morada, el sendero por acción. El sendero, por tanto, conduce a la casa, porque la acción lleva a la morada. Pero, ¿quién de los hombres puede decir esto después de haberlo examinado? ¿Quién puede siquiera escucharlo sin temor? Vemos a muchos cada día que resplandecen con la luz de la justicia, y sin embargo, al final de su vida, son oscurecidos por la oscuridad de la maldad; y vemos a muchos envueltos en las tinieblas de los pecados, y sin embargo, cerca del final de su vida, de repente son liberados para la luz de la justicia. También conocemos a muchos que han mantenido sin mancha el camino de la justicia una vez encontrado hasta la muerte, y hemos observado a muchos que han acumulado sin cesar los crímenes comenzados una vez hasta su final.

33. Los juicios de Dios son nublados, impenetrables para los rayos de nuestra mente. ¿Quién, en medio de estas nubes de juicios ocultos, puede enviar el rayo de su mente para discernir con alguna consideración si alguien perseverará en el mal, o si alguien perseverará en el bien, o si alguien se convertirá de lo más bajo a lo más alto, o si alguien regresará de lo más alto a lo más bajo? Estas cosas están ocultas a los sentidos humanos, y nada se conoce sobre el fin de cualquiera, porque el abismo de los juicios divinos no puede ser penetrado por el ojo de la mente humana. Vemos, por ejemplo, que aquella gentilidad adversa a Dios ha sido iluminada con la luz de la justicia, y que Judea, una vez amada, ha sido cegada por la noche de la perfidia. Sabemos también que un ladrón pasó del patíbulo al reino (Luc. XXIII, 43), y Judas cayó de la gloria del apostolado al tártaro (Matth. XXVII, 5). Y nuevamente, porque a veces los destinos que han comenzado no cambian, sabemos que otro ladrón llegó al suplicio, y sabemos que los apóstoles alcanzaron el reino que deseaban. ¿Quién, entonces, puede discernir en qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas, para llevar cada cosa a sus límites y entender las sendas de su morada? Veo a Pablo, llamado de aquella ferocidad de persecución a la gracia del apostolado (Act. IX, 1, sig.), y sin embargo, así teme entre los juicios ocultos, que teme ser reprobado, incluso después de haber sido llamado. Pues dice: Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo

mismo sea reprobado (I Cor. IX, 27). Y nuevamente: No creo haberlo alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, al premio de la suprema vocación de Dios en Cristo Jesús. Prosigo para ver si logro asir aquello para lo cual fui asido (Philip. III, 13). Y ciertamente ya se había dicho de él con voz del Señor: Es un vaso de elección para mí (Act. IX, 15); y sin embargo, aún castigando su cuerpo, teme ser reprobado.

34. Nuestra esperanza debe estar acompañada más por el temor que por la seguridad. ¡Ay de la vida que se considera loable, si se juzga sin piedad! ¡Ay de nosotros, miserables, que aún no hemos escuchado la voz de Dios sobre nuestra elección, y ya nos adormecemos en la inactividad como si estuviéramos seguros! En la esperanza debe haber no solo seguridad, sino también temor en la conducta, para que aquella aliente a los que luchan y este aguijonee a los que se adormecen. Por eso, correctamente se dice por el profeta: Los que temen al Señor, esperen en el Señor (Salmo 113, 11). Como si dijera abiertamente: Quien rehúsa temer a Dios en sus obras, presume en vano de la esperanza. Pero, ¿por qué se interroga al bienaventurado Job sobre una cuestión tan compleja, que es completamente desconocida para los hombres, como para comprender el destino de los justos y los inicuos, sino para que, al no poder conocer el fin de los demás, se vuelva al suyo propio, ya que, al igual que el de los demás, también desconoce el suyo, y al desconocerlo, tema, y al temer, se humille, y humillado ya no deba exaltarse por sus obras, y no elevado, permanezca en la cima de la gracia? Por tanto, dígamele: Indícame, si tienes entendimiento, en qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas; para que conduzcas cada cosa a sus límites. Como si se dijera: Así como no sabes quiénes se convierten del mal al bien, o quiénes regresan del bien al mal, tampoco entiendes lo que se hace contigo según tus méritos. Y así como no comprendes el destino ajeno, tampoco puedes prever el tuyo. Ya sabes cuánto has progresado, pero no sabes qué pienso de ti en secreto. Ya consideras los actos de tu justicia, pero ignoras cuán estrictamente son ponderados ante mí. ¡Ay de la vida loable de los hombres, si se juzga sin piedad, porque al ser examinada estrictamente, se derrumba ante los ojos del juez desde donde se sospecha que agrada! Por eso, correctamente se dice a Dios por el Profeta: No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia ningún ser viviente (Salmo 142, 2). Por eso, bien se dice por Salomón: Son justos y sabios, y sus obras están en la mano de Dios, y sin embargo, el hombre no sabe si es digno de amor o de odio, sino que todo se guarda incierto para el futuro (Eclesiastés 9, 1). De aquí que nuevamente por el mismo Salomón se dice: ¿Quién de los hombres podrá entender su camino? (Proverbios 20, 24). Y, sin embargo, se conoce a quien hace el bien o el mal con la conciencia como testigo. Pero se dice que su camino es desconocido para los hombres, porque incluso si alguien entiende que realiza obras rectas, bajo un examen estricto, ignora hacia dónde se dirige. [Vet. et Rec. X.] Por lo tanto, después de haberlo aterrorizado con esta consideración de su fin, regresa a examinar su comienzo; y para que no se queje de por qué no conoce su fin, se le recuerda también que no entiende con qué inicio llegó aquí. Pues sigue:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 21.---¿Sabías entonces que ibas a nacer, y conocías el número de tus días?

35. Ningún hombre conoce su principio ni su fin.---Como si dijera abiertamente: ¿Qué maravilla hay en que no comprendas tu término, si tampoco comprendes tu principio? Y si ignoras con qué inicio has venido aquí, ¿qué maravilla hay en que no sepas con qué fin serás retirado? Si, por tanto, fue mi voluntad traerte desde lo oculto a lo manifiesto al principio, también será mi voluntad devolverte de lo manifiesto a lo oculto. ¿Por qué te quejas de la

disposición de tu vida, si, sin saberlo, estás en manos del artífice? Por lo tanto, no debes enaltecerte más en lo que haces, cuanto más, estando encerrado en el seno de la eternidad, no reconoces ni con qué orden has venido aquí, ni cuándo o cómo serás llevado de aquí.

36. De esta ley Cristo está exento. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera: ¿Sabías entonces que ibas a nacer y conocías el número de tus días? Se sobreentiende como yo, que sabía que iba a nacer, porque incluso antes del origen de la humanidad viví siempre sustancialmente en la divinidad. En efecto, los hombres comienzan a existir cuando nacen en el vientre de sus madres. Pues incluso la concepción se llama nacimiento, según lo que está escrito: Lo que en ella ha sido engendrado, del Espíritu Santo es (Mateo I, 20). Y por eso no saben que van a nacer, porque ni siquiera existen antes de ser creados. Pero Dios, que siempre ha existido sin principio, previó de sí mismo esto que tomó inicio en el vientre de la Virgen; y porque lo previó, lo dispuso; porque lo dispuso, ciertamente no toleró nada en forma humana sin su voluntad. Por lo tanto, que se convenza el hombre de por qué se queja de sus flagelos, si no pudo prever su propio nacimiento, si incluso aquel que, previendo su nacimiento, dispuso prepararse entre los hombres para los flagelos. Sigue:

CAPÍTULO XX [Rec. XI].

VERS. 22, 23.---¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la batalla y de la guerra?

37. Los impíos son conservados para la prueba de los justos. — ¿Qué otra cosa representan la nieve o el granizo, sino los corazones fríos y duros de los malvados? Así como el fervor representa la caridad, en el lenguaje sagrado el frío suele designar la malicia. Pues está escrito: "Como la cisterna enfría su agua, así enfría su alma la malicia" (Jeremías VI, 7). Y de nuevo: "Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos" (Mateo XXIV, 12). En el frío de la nieve, o en la dureza del granizo, ¿qué puede entenderse más apropiadamente que la vida de los malvados, que se enfría por el letargo y golpea por la malicia de su dureza? Sin embargo, el Señor tolera su vida, porque los conserva para la prueba de sus justos. Por eso, acertadamente añade: "Que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la batalla y de la guerra". De modo que cuando nuestro adversario, el diablo, intenta tentarnos, utiliza sus costumbres como armas contra nosotros. A través de ellos, nos atormenta y nos purifica sin saberlo. Pues por nuestros pecados, ellos se convierten en látigos, y al ser golpeados por su vida tal, somos liberados de la muerte eterna. Así se logra que la vida perdida de los réprobos también beneficie la vida de los elegidos, y que, por una maravillosa disposición, la perdición de ellos sirva a nuestra utilidad, de modo que para los elegidos de Dios no se pierda nada, incluso lo que perece.

[Vet. XI.] 38. Algunos de ellos fueron elegidos y llamados a grandes cosas.---Esto también puede entenderse de otra manera, de modo que, al parecer estar vinculado a las palabras precedentes, no discrepe de la exposición del verso anterior. Pues, habiendo indicado que tanto los buenos pueden convertirse al mal como los malos al bien, inmediatamente añadió: ¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la batalla y de la guerra? En la nieve o en el granizo, fríos o duros, como se ha dicho, entendemos los corazones de los perversos. Pero como el Dios omnipotente elige a sus santos de entre tales, y sabe cuántos elegidos tiene aún reservados entre la vida de los perversos, se dice apropiadamente que tiene tesoros en la nieve o en el granizo. El tesoro, de hecho, se nombra ἀπὸ τῆς θέσεως, es decir, por su

posición. Y observa a muchos que permanecen ocultos en una vida fría durante mucho tiempo, a quienes, cuando lo ordena, saca a la luz y muestra resplandecientes en la justicia por la gracia celestial. Pues está escrito: Me lavarás, y seré más blanco que la nieve (Salmo 50, 9). A quienes, preparados para el día de la batalla y de la guerra, los guarda durante mucho tiempo en el seno de su presciencia; pero cuando de repente los saca, golpea los corazones de los adversarios con las palabras y reproches de ellos como con ciertos granizos. Por eso está escrito en otro lugar: Ante su resplandor pasaron las nubes, granizo y carbones de fuego (Salmo 17, 13). Porque ante el resplandor pasan las nubes, ya que los santos predicadores recorren todos los espacios del mundo con la claridad de los milagros. También son llamados granizo y carbones de fuego, porque hieren con la corrección y encienden con la llama de la caridad. La misma libre reprensión de los santos se expresa convenientemente con la naturaleza del granizo. Pues el granizo, al venir, golpea, y al derretirse, riega. Los santos hombres hieren los corazones de los oyentes tanto aterrizándolos como infundiéndoles suavidad. Pues el Profeta testifica cómo hieren, diciendo: Hablarán del poder de tus hechos terribles, y contarán tu grandeza (Salmo 144, 6). Y cómo infunden suavidad, añade: Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad, y cantarán con júbilo tu justicia (Ibid., 7). Por tanto, en la nieve o en el granizo se encuentran los tesoros, porque muchos, fríos por la iniquidad, al ser asumidos por la gracia celestial, resplandecen en la luz de la justicia en la santa Iglesia, y golpean con los golpes de su doctrina la perversa sabiduría de los adversarios. Por eso se añade apropiadamente: Que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la batalla y de la guerra. [Vet. XII.] Saulo, de hecho, era nieve o granizo por su fría insensibilidad; pero se convirtió en nieve y granizo contra los corazones de los adversarios, ya sea por el resplandor de la justicia o por la corrección de su severo discurso. ¡Oh, qué tesoro tuvo en la nieve y el granizo, cuando el Señor lo vio oculto entre la vida de los perversos, ya entonces como su elegido! ¡Oh, cuántos corazones de adversarios fueron golpeados por este granizo que tomó en su mano, por el cual derribó tantos corazones que le resistían!

39. Nadie se ensalce, nadie desespere.---Por tanto, que nadie se ensalce por sus obras, ni desespere de aquellos que aún ve fríos, porque no ve los tesoros de Dios en la nieve y el granizo. ¿Quién hubiera creído que por la gracia del apostolado precedería a Esteban, quien fue apedreado, aquel que en su muerte guardó las vestiduras de todos los que lo apedreaban (Hechos VII, 57)? Si, por lo tanto, recurrimos a estos dones o juicios ocultos, no desesperamos de nadie en absoluto, ni nos preferimos en nuestro corazón a aquellos a quienes por el momento hemos sido preferidos, porque aunque ya veamos cuánto hemos avanzado, no sabemos cuánto seremos superados cuando comiencen a correr. Por tanto, bien se dice al bienaventurado Job: ¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que he preparado para el tiempo del enemigo, para el día de la batalla y la guerra? Como si se dijera abiertamente: No te prefieras a nadie por tus obras, porque de aquellos que ves aún fríos por la culpa, ignoras cuántos haré operadores de justicia y defensores de la fe recta. Y puesto que esto se realiza por la venida del Mediador, correctamente se añade:

CAPÍTULO XXI [Rec. XII].

VERS. 24.---¿Por qué camino se difunde la luz?

40. Por la venida del Mediador se esparce la luz. Él mismo es el camino, quien dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14, 6). Por este camino, pues, se esparce la luz, porque por su presencia toda la gentilidad es iluminada. Sin embargo, dijo convenientemente "esparce", porque por las voces de los apóstoles la luz de la predicación brilló no de manera

angosta y limitada, sino resplandeciendo ampliamente. Porque, en verdad, al recibir la luz de la conversión, arde internamente la fuerza del amor, de modo que los males pasados se lloren con ansiedad, o los bienes futuros se busquen con ardor extremo, se añade convenientemente:

CAPÍTULO XXII.

IBID.---Se divide el calor sobre la tierra.

41. De esta luz arde el fervor de la caridad y el calor de la persecución. Pues, al esparcirse la luz, el calor se divide sobre la tierra, porque, al predicarse abiertamente la justicia, la ansiedad del corazón por buscar a Dios se expande en virtud mediante el ejercicio, de modo que uno brille en el discurso de la sabiduría, otro en el discurso de la ciencia; este en la gracia de las curaciones, aquel en la operación de las virtudes; y mientras cada uno recibe los dones del Espíritu Santo de manera desigual, todos necesariamente se encienden unánimemente unidos (I Cor. XII, 8). Pero después de que se dice que la luz se esparce, se puede entender convenientemente que por el calor se designa la persecución, porque cuando la luz de la predicación brilló, inmediatamente se encendió el ardor de la persecución en los corazones de los infieles. Pues que la persecución se expresa por el calor, lo testifica el sermón del Señor, al hablar de las semillas esparcidas sobre la tierra pedregosa, diciendo: Al salir el sol, se quemaron todas, y como no tenían raíz, se secaron (Mat. XIII, 6). Lo cual poco después, al explicarlo, llamó al calor persecución. Por tanto, al esparcirse la luz, el calor se dividió sobre la tierra, porque al brillar la vida de los fieles, se encendió la crueldad de los infieles. El calor estaba dividido, cuando ahora en Jerusalén, ahora en Damasco, ahora en otras regiones lejanas, la persecución se ensañaba. Pues está escrito: Aquel día se desató una gran persecución contra la Iglesia que estaba en Jerusalén, y todos fueron dispersados por la región de Judea y Samaria (Hech. VIII, 1). Y nuevamente está escrito: Saulo, aún respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se acercó al sumo sacerdote y le pidió cartas para llevar a las sinagogas de Damasco, para que si encontraba a algunos hombres o mujeres de este camino, los llevara atados a Jerusalén (Hech. IX, 1, sig.). Porque, por tanto, ahora aquí, ahora allá, la persecución había crecido, aquellos que habían reconocido la luz de la verdad, jadeaban como bajo el ardor de un calor dividido.

42. La luz es la justicia, que no se difunde sino sucesivamente. — Pero dado que hemos escuchado que el bienaventurado Job fue interrogado sobre los juicios ocultos en los dichos anteriores, es necesario que examinemos con más detalle lo que se ha dicho sobre la luz dispersa o el calor dividido. Pues aún se investiga con una profunda interrogación, para que al menos, al no saber, sea instruido, y se le diga: ¿Por qué camino se dispersa la luz, se divide el calor sobre la tierra? ¿Qué se designa con el nombre de luz, sino la justicia? De la cual está escrito: El pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz (Isaías IX, 2). Todo lo que se dispersa, no se lanza de manera continua, sino con cierta interrupción. Y por eso se dice que la luz se dispersa, porque aunque ya percibimos algunas cosas tal como son, otras no las vemos como deben ser vistas. El corazón de Pedro estaba sostenido por la luz dispersa, quien brilló con tanto fulgor de fe y de milagros, y sin embargo, cuando imponía el peso de la circuncisión a los gentiles convertidos, no sabía qué era lo correcto. Por lo tanto, la luz en esta vida se dispersa, porque no se tiene de manera continua la comprensión de todas las cosas. Pues cuando comprendemos algo tal como es y desconocemos otra cosa, vemos como con luz dispersa y en parte, y en parte permanecemos en la oscuridad. Pero entonces la luz ya no se nos dispersará, cuando nuestra mente, arrebatada completamente hacia Dios, resplandezca.

43. Ignoramos de qué manera se insinúa al corazón humano. Y porque esta misma luz se ignora de qué manera se insinúa al corazón humano, se dice correctamente en la pregunta: ¿Por qué camino se esparce la luz? Como si se dijera abiertamente: Dime de qué manera infundo mi justicia en los recónditos senos de los corazones, cuando no soy visto al acercarme, y sin embargo, invisiblemente transformo las obras visibles de los hombres, cuando ilumino una misma mente ahora con esta, ahora con aquella virtud, y sin embargo, al esparcir la luz, permito que en parte alguna permanezca aún en las tinieblas de la tentación. Que el hombre que no sabe por qué camino se esparce la luz se pregunte, como si se dijera claramente: Mientras ablando los corazones duros, mientras doblo los rígidos, mientras suavizo los ásperos, mientras enciendo los fríos, mientras fortalezco los débiles, mientras estabilizo los errantes, mientras confirmo a los vacilantes, observa, si puedes, por qué conductos los ilumino viniendo de manera incorpórea. Pues todas estas cosas las vemos hechas, pero ignoramos cómo se realizan interiormente. La Verdad nos muestra en el Evangelio que este camino de la luz es invisible para nosotros, diciendo: El Espíritu sopla donde quiere; y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va (Juan 3, 8).

[Vet. XIV.] 44. Con el aumento de esta luz, las tentaciones crecen.---Pero dado que cuando la luz se esparce, inmediatamente el adversario oculto hace crecer las tentaciones contra la mente resplandeciente, se dice acertadamente: Se divide el ardor sobre la tierra. Pues el enemigo astuto, al ver que aquellos brillan con la luz de la justicia, se esfuerza por inflamar sus mentes con deseos ilícitos, de modo que a menudo sienten que son más acosados por las tentaciones que cuando no veían los rayos de la luz interior. Por eso, los israelitas, después de ser llamados, se quejan contra Moisés y Aarón por el trabajo creciente, diciendo: Mire el Señor y juzgue, porque habéis hecho que nuestro olor sea aborrecible ante Faraón y sus siervos, y le habéis dado una espada para que nos mate (Éxodo 5, 21). Pues a los que querían salir de Egipto, Faraón les había quitado la paja, y sin embargo, exigía el mismo número de trabajos. Así, la mente murmura contra la ley, después de cuyo conocimiento lleva los estímulos de las tentaciones más agudos; y cuando ve que sus trabajos crecen, en lo que desagrada al adversario, se lamenta de ser aborrecible ante los ojos de Faraón. Por lo tanto, después de la luz sigue el ardor, porque después de la iluminación del don divino, se incrementa la lucha de la tentación.

45. Cada enemigo nos tienta hacia el mal según la índole de cada uno. Con razón se dice también que el oleaje se divide, porque no todos se ven fatigados por los mismos vicios, sino que algunos se ven afectados por vicios cercanos y próximos. Primero, el antiguo adversario observa la disposición de cada uno y luego coloca las trampas de la tentación. Uno se encuentra con un carácter alegre, otro con uno triste, otro con uno temeroso, y otro con uno altivo. Por lo tanto, para que el adversario oculto pueda capturar fácilmente, prepara engaños cercanos a las disposiciones. Porque, en efecto, el placer de la alegría está cerca, propone la lujuria a los de carácter alegre. Y porque la tristeza fácilmente se desliza hacia la ira, ofrece la copa de la discordia a los tristes. Porque los temerosos temen los castigos, intenta aterrorizar a los que tienen miedo. Y porque ve que los altivos se exaltan con alabanzas, los atrae con favores halagadores hacia lo que desea. Así, acecha a cada persona con los vicios que le son convenientes. Pues no capturaría fácilmente si ofreciera recompensas a los lujuriosos o prostitutas a los avaros, si atacara a los voraces con la gloria de la abstinencia o a los abstemios con la debilidad de la gula, si buscara atrapar a los mansos mediante el afán de la contienda o a los iracundos mediante el miedo al terror. Por lo tanto, como en el ardor de la tentación acecha astutamente a cada uno escondiendo trampas cercanas a sus costumbres, se dice con razón: Se divide el oleaje sobre la tierra.

46. Dios modera las tentaciones, para que no sean ni muchas ni excesivas. — Pero cuando se menciona primero: Por el camino se esparce la luz. E inmediatamente se añade: Se divide el calor sobre la tierra. Sin duda, por el mismo camino por el cual se esparce la luz, también se indica que el calor se divide. En efecto, la alta e incomprensible gracia del Espíritu Santo, al irradiar nuestras mentes con su luz, también modera las tentaciones del adversario, dispensándolas de tal manera que no vengan muchas a la vez, o que solo toquen el alma ya iluminada por Dios aquellas que se pueden soportar, de modo que, aunque nos atormenten con el ardor de su contacto, no nos consuman con el fuego de la perfección; como atestigua Pablo, quien dice: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar, sino que con la tentación dará también la salida, para que podáis soportarla (II Cor. X, 13). Este calor, por tanto, lo divide de manera diferente el astuto engañador y el misericordioso creador. Aquel lo divide para destruir más rápidamente, este para hacerlo tolerable. Y porque nos fatigamos con la tentación, no solo somos instruidos por el espíritu interno de Dios, sino que también somos ayudados por las palabras externas de los predicadores, con razón, después de dividir el calor, se añade:

CAPÍTULO XXIII. [Ant. XV, Rec. XIII].

VERS. 25.---938 ¿Quién dio curso al impetuoso aguacero?

47. Con el aumento de la persecución, creció el fervor de los apóstoles y de los santos predicadores. La predicación, sin la gracia, no llega al corazón. Si, como dijimos anteriormente (Num. 41), la persecución en las regiones de Judea se designa con el nombre de "aestus" (calor), porque la aspereza de la persecución, con la ayuda del don divino, no detuvo a los santos predicadores en su ministerio de predicación por ningún temor, se añade apropiadamente: ¿Quién dio curso al aguacero vehemente? Como si dijera: sino yo. Dividir el "aestus" y dar curso al aguacero vehemente es fortalecer el ímpetu de la predicación en medio de las angustias de la persecución, de modo que cuanto más crecía la virtud de los predicadores, más se oponía la crueldad de los perseguidores, para que las gotas de lluvia infundieran en los corazones áridos de los oyentes y regaran abundantemente la sequedad de la infidelidad, de modo que aunque el calor de la saña se encendiera contra ellos, la voz de la gracia no callara por medio de ellos. Este calor de la persecución lo soportaba y regaba Pablo cuando decía: Trabajo hasta las cadenas, como un malhechor, pero la palabra de Dios no está encadenada (II Tim. II, 9). De este aguacero se dice en otro lugar: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella (Isai. V, 6). De este curso del aguacero que se realiza en los corazones de los elegidos, el salmista da testimonio, diciendo: Su palabra corre velozmente (Psal. CXLVII, 15). Muchas veces hay aguacero, pero no tiene curso, porque la predicación llega a los oídos, pero, sin la gracia interna, no pasa a los corazones de los oyentes. De las palabras de esta predicación se dice por los elegidos: En verdad, tus flechas han pasado (Psal. LXXVI, 19). Las flechas de Dios pasan cuando las palabras de su predicación descienden de los oídos a los corazones. Y como esto se realiza solo por el don divino, el Señor testifica que Él ha dado el curso al aguacero.

48. La eficacia de la palabra divina persuade a dejarlo todo, a tolerarlo todo. — Pero veo que se debe notar que llama a la misma lluvia no vehemente, sino vehementísima. La lluvia vehemente es una gran fuerza, pero la lluvia vehementísima es una fuerza inmensa de la predicación. En efecto, la lluvia era vehemente cuando los santos predicadores persuadían a creer en las alegrías eternas. Sin embargo, la lluvia era vehementísima cuando, por la esperanza, exhortaban a abandonar las cosas, a despreciar todo lo visible por lo invisible, y a tolerar las penas y tormentos del siglo presente por las alegrías escuchadas. Pero cuando,

conocida la fe, en el ardor de la persecución, tantos elegidos dejaron lo que poseían, olvidaron el afecto carnal, y por el gozo del espíritu expusieron sus miembros a los tormentos, ¿qué otra cosa hizo el Señor, sino que también proporcionó el curso de la lluvia vehementísima, que hasta la ejecución de los más altos preceptos regó con palabras invisibles del cuerpo el corazón? Donde también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXIV [Ant. XVI].

IBID.--- Y el camino del trueno resonante.

49. Aquí se menciona algo similar al trueno. Solo Dios abre los corazones por la gracia. ¿Qué se entiende por trueno, sino la predicación del terror divino? Cuando los corazones humanos perciben este terror, se estremecen. A veces, en el trueno se figura al mismo Señor encarnado, quien, conforme a la profecía de los antiguos padres, fue dado a conocer a nosotros como si surgiera de la conjunción de las nubes. Él, apareciendo visiblemente entre nosotros, proclamó con gran estruendo las cosas que estaban sobre nosotros. Por eso, los mismos santos apóstoles, nacidos de su gracia, fueron llamados Boanerges, es decir, hijos del trueno (Marcos 3, 17). Sin embargo, a veces, como se ha dicho, el trueno se entiende como su misma predicación, a través de la cual se escucha el terror de los juicios celestiales. Pero dado que cualquier predicador puede ofrecer palabras a los oídos, no puede abrir los corazones; y a menos que por la gracia interna el Dios omnipotente conceda invisiblemente acceso a los corazones de los oyentes a través de las palabras de los predicadores, la predicación se percibe en vano por el oído del oyente, ya que se le prohíbe llegar a lo más íntimo de un corazón sordo. El Señor afirma que da camino al trueno resonante, quien, al otorgar las palabras de la predicación, conmueve los corazones con terror. Este camino lo buscaba Pablo, el predicador insigne, al ver que no podía tenerlo por sí mismo mientras proclamaba terriblemente los misterios celestiales, y advertía a los discípulos, diciendo: Orando también por nosotros, para que Dios nos abra la puerta de la palabra, para hablar del misterio de Cristo (Colosenses 4, 3). Así, quien hablaba de misterios, pero rogaba al Señor que abriera la puerta de esos mismos misterios en el corazón de los oyentes, ya tenía el trueno, pero buscaba que se le diera el camino desde lo alto. Juan sabía que no podía dar este camino, quien decía: No tenéis necesidad de que alguien os enseñe, sino que la unción misma os enseña acerca de todas las cosas (1 Juan 2, 27). Pablo nuevamente indicaba quién daba este camino, diciendo: Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (1 Corintios 3, 7). Escuchemos, pues, qué hace esta lluvia y trueno una vez que se ha recibido el camino. Sigue:

CAPÍTULO XXV [Rec. XIV].

VERS. 26.---Para que llueva sobre la tierra sin hombre en el desierto, donde ningún mortal habita.

50. La gentilidad es un desierto, rociado por la gracia celestial como si fuera lluvia. Llover sobre la tierra sin hombre en el desierto es predicar la palabra de Dios a la gentilidad. La cual, al no haber mantenido ningún culto a la Divinidad, ni mostrado en sí misma ninguna apariencia de buena obra, evidentemente fue un desierto. En la cual, porque no hubo legislador, ni quien racionalmente buscara a Dios, fue como si no hubiera hombres, y como si estuviera ocupada solo por bestias, permaneció vacía de mortales. De esta tierra desértica se dice en otro lugar: "Puso camino en el desierto" (Isaías 43, 19). De esta predicación concedida a la gentilidad, el salmista testifica diciendo: "Puso ríos en el desierto" (Salmo 106, 33). [Vet. XVII.] Es de notar que después de que el calor se dividió sobre la tierra, la lluvia

más vehemente tomó su curso para llover en el desierto, porque después de que en Judea la aspereza de la persecución se intensificó, de modo que no solo no recibiera la fe, sino que también la combatiera con espadas, cualquier predicador enviado a Israel se desvió para llamar a las naciones. Por lo cual, los santos apóstoles, perseguidos por los hebreos, a quienes abandonan, dicen: "A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles" (Hechos 13, 46). Dividido, pues, el calor, la tierra desierta y sin hombre es regada, porque dispersada en las regiones de Judea la persecución de los fieles, la gentilidad, abandonada desde hace tiempo y como si estuviera ajena a la infusión de la razón, es rociada con las gotas de la predicación. Esta gentilidad se muestra como si aún fuera encontrada por los predicadores, cuando se añade:

VERS. 27.---Para llenar el camino desierto y desolado.

Lo que realmente ha devuelto la ablución, se muestra cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXVI.

IBID.---Y producirá hierbas verdes.

51. Antes inaccesible a la profecía, se abrió a la gracia. En efecto, la gentilidad fue durante mucho tiempo inaccesible, ya que el camino de Dios no se manifestó a través de la palabra. Con la venida de nuestro Redentor, recibió la vocación de la gracia de tal manera que en ella no había antes un camino de profecía. También fue llamada desolada con razón, ya sea por la falta de consejo o por la ausencia de frutos de buenas obras. Entonces el Señor dio curso a una lluvia muy intensa y al camino de un trueno resonante, para que lloviera en el desierto y llenara lo inaccesible y desolado, y produjera hierbas verdes; es decir, otorgó a la predicación exterior una inspiración interior, para que los corazones áridos de los gentiles reverdecieran, los cerrados se abrieran, los vacíos se llenaran, y los infecundos germinaran.

[Vet. XVIII.] 52. Germinó las obras y la doctrina de la vida eterna.---En la Sagrada Escritura, la hierba a veces se interpreta como la gloria temporal, a veces como el alimento del diablo, a veces como el sustento de los predicadores, a veces como la buena obra, y a veces como la ciencia y doctrina de la vida eterna. La gloria temporal se entiende como hierba, tal como dice el Profeta: "Por la mañana pasa como la hierba, por la mañana florece y pasa" (Salmo 89, 6). Florecer y pasar como la hierba por la mañana es que el esplendor de la gloria temporal de este mundo se marchita rápidamente. La hierba se toma como alimento del diablo, como se dice de él por el Señor: "Los montes le llevan hierbas" (Job 40, 15). Como si dijera: Los soberbios y altivos, al elevarse con pensamientos y acciones ilícitas, lo alimentan con sus iniquidades. La hierba se muestra como sustento de los predicadores cuando se dice: "Produce en los montes heno, y hierba para el servicio de los hombres" (Salmo 104, 14). En los montes se produce heno y hierba para el servicio de los hombres, cuando los nobles de este mundo, llamados al conocimiento de la fe, ofrecen a los santos predicadores alimentos transitorios en el camino de esta vida. La hierba se pone como buena obra, como está escrito: "Produzca la tierra hierba verde" (Génesis 1, 11). Aunque sostenemos que esto se hizo históricamente en la creación del mundo, no es inconveniente aceptar que la tierra figuró a la Iglesia, que germinó hierba verde al producir obras fecundas de misericordia a la palabra de Dios. A veces tomamos la hierba como la ciencia y doctrina de la eterna verdor, como se dice por Jeremías: "Los onagros se detuvieron en las rocas, aspiraron vientos como dragones, sus ojos fallaron, porque no había hierba" (Jeremías 14, 5). Con esta expresión se profetizó la

persecución soberbia y malvada de los judíos. Ellos fueron llamados onagros por la elevación de su mente, y dragones por su pensamiento virulento. Se detuvieron en las rocas, porque confiaron no en Dios, sino en las altas potestades de este mundo, diciendo: "No tenemos rey sino a César" (Juan 19, 15). Aspiraron vientos como dragones, porque inflados por el espíritu de soberbia, se hincharon con maliciosa altivez. Sus ojos fallaron, porque su esperanza cayó de aquello a lo que aspiraban. Amando lo temporal, descuidaron esperar lo eterno, y perdieron lo terrenal porque lo antepusieron a Dios. Dijeron: "Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos quitarán nuestro lugar y nación" (Juan 11, 48). Temieron perder su lugar si el Señor no era muerto, y sin embargo, lo perdieron al matarlo. Pero ¿por qué les sucedió esto a los miserables? Se añade: "Porque no había hierba"; es decir, porque en sus corazones faltó la ciencia de la eternidad, y no los alimentó ningún pasto de la doctrina interna de la verdor. En este lugar, ¿qué otra cosa entendemos por hierbas verdes sino la ciencia de la doctrina santa o las operaciones congruentes? La tierra desierta es regada para que de ella broten hierbas verdes, porque cuando la gentilidad recibió la lluvia de la santa predicación, germinó la hierba de las obras de vida y de la doctrina. Esta verdor se promete a la tierra desierta con voz profética, cuando se dice: "En los cubiles donde antes habitaban los dragones, brotará el verdor del junco y del carrizo" (Isaías 35, 7). ¿Qué se entiende por carrizo sino los predicadores, y por junco, que siempre nace junto a la humedad del agua, sino los pequeños y tiernos oyentes de la sagrada palabra? En los cubiles de los dragones brota el verdor del carrizo y del junco, porque en esos pueblos que la malicia del antiguo enemigo poseía, se acumula tanto la ciencia de los doctores como la obediencia de los oyentes.

[Vet. XIX.] 53. Los corazones de cada uno son como un desierto, antes de ser fecundados por la lluvia de la gracia.---Sin embargo, si observamos con atención lo que se ha dicho en general sobre la gentilidad, vemos que se realiza en cada individuo dentro del seno de la santa Iglesia. Hay muchos que son muy insensibles a las palabras de Dios, que aunque son considerados bajo el nombre de la fe, escuchan las palabras de vida con sus oídos, pero no permiten que lleguen al interior de su corazón. ¿Qué son estos sino tierra desierta? Esta tierra, ciertamente, no tiene hombre, porque su mente carece del sentido de la razón. Y ningún mortal habita en esta tierra, porque incluso cuando en su conciencia llegan pensamientos de sentidos racionales, no persisten. Pues los deseos perversos encuentran asiento en sus corazones, mientras que los rectos, si alguna vez llegan, pasan como si fueran empujados. Pero cuando el Dios misericordioso se digna dar paso a su lluvia y al camino del trueno resonante, compungidos por la gracia interna, abren los oídos del corazón a las palabras de vida. Y la tierra inhóspita se llena, porque al prestar oído a la palabra, se colma de misterio. Y produce hierbas verdes, porque infundida por la gracia de la compunción, no solo recibe con gusto las palabras de la predicación, sino que también las devuelve abundantemente, de modo que lo que no podía escuchar ahora desea hablar; y lo que, al no escuchar, se había secado incluso internamente, ahora al hablar de lo que es santo, alimenta con su verdor a cualquiera que tenga hambre. Por eso, bien se dice por el profeta: Envía tu espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra (Salmo CIII, 30). Así, la faz de la tierra se transforma por la virtud de la renovación, cuando la mente, antes seca, es empapada por la gracia venidera, y tras la aridez anterior, como si produjera hierbas, se viste con el verdor del conocimiento. Esta gracia de nuestro Creador se nos recomienda aún más profundamente cuando se añade:

CAPÍTULO XXVII [Ant. XX, Rec. XV].

VERS. 28.---¿Quién es el padre de la lluvia? ¿O quién engendró las gotas del rocío?

54. Esta lluvia voluntaria no se da por nuestros méritos. A veces gotea como el rocío, a veces fluye abundantemente como la lluvia. Como si dijera que soy yo quien riega gratuitamente la tierra seca del corazón humano con gotas de conocimiento. De esta lluvia se dice en otro lugar: "Lluvia voluntaria separarás, Dios, para tu heredad" (Salmo 67, 10). En efecto, el Señor separa la lluvia voluntaria para su heredad, porque no nos la concede por nuestros méritos, sino como un don de su bondad. Y por eso en este lugar se le llama padre de la lluvia, porque la predicación celestial no se genera por nuestro mérito, sino por su gracia. Las gotas de rocío son los santos predicadores, que infunden la gracia de la generosidad celestial en los campos de nuestro corazón, áridos entre los males de la vida presente, como en las tinieblas de la noche seca. De estas gotas se dice a la contumaz Judea: "Por eso se prohibieron las gotas de lluvia, y no hubo lluvia tardía" (Jeremías 3, 3). Estas mismas gotas de rocío son las gotas de lluvia. Cuando moderan la predicación con alguna disposición, esparcen un rocío suave. Pero cuando hablan con la fuerza que prevalecen sobre lo que perciben de lo alto, derraman una lluvia abundante. Pablo esparcía rocío cuando decía a los Corintios: "No juzgué saber algo entre vosotros, sino a Cristo Jesús, y a este crucificado" (1 Corintios 2, 2). Y nuevamente derramaba lluvia, diciendo: "Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh Corintios, nuestro corazón se ha ensanchado" (2 Corintios 6, 11). De ahí que Moisés, quien sabía que iba a decir tanto cosas fuertes para los fuertes como tiernas para los débiles, decía: "Espere mi palabra como la lluvia, y desciendan mis palabras como el rocío" (Deuteronomio 32, 2).

Pero he aquí que hemos escuchado con qué misión se llama a los gentiles; escuchemos ahora con qué severidad se rechaza a los judíos. Hemos oído cómo cultiva los desiertos, cómo riega lo árido; escuchemos ahora cómo expulsa aquello que parece ser interno. Pues no recoge a los elegidos sin también juzgar a los reprobados; ni perdona las culpas de algunos sin también castigar a otros. Porque está escrito: Misericordia y cólera son de Él (Eclesiástico 5, 7). Por lo tanto, aquí también, después de haber otorgado tantos dones de gracia, no oculta los juicios de su ira. Pues sigue:

CAPÍTULO XXVIII [Ant. XXI].

VERS. 29.---¿De cuyo vientre salió el hielo, y quién engendró la escarcha del cielo?

55. Los judíos reprobados, como expulsados del seno de la misericordia divina, aunque descendientes de los santos patriarcas. ¿Qué otra cosa entendemos por hielo o escarcha sino los corazones fríos y endurecidos por la perfidia de los judíos? Que en otro tiempo, por la recepción de la ley, por la custodia de los mandamientos, por los ministerios del sacrificio, por los misterios de la profecía, estaban así dentro del seno de la gracia, como dentro del vientre del creador. Pero porque, al venir el Señor, endurecidos por el frío de la perfidia, perdieron el fervor de la fe y la caridad, fueron expulsados del secreto seno de la gracia, como el hielo, salieron del vientre del creador: ¿Y quién engendró la escarcha del cielo? ¿Qué otra cosa debe entenderse aquí por cielo, sino la vida sublime de los santos? A este cielo se dice: Atiende, cielo, y hablaré (Deut. XXXII, 1). No hablaba a una criatura insensible, sino racional. De este cielo el Señor dice: El cielo es mi trono (Isaías LXVI, 1). De este trono está escrito en otro lugar: El alma del justo es el trono de la sabiduría. Porque, entonces, si la sabiduría es Dios, si el trono de Dios es el cielo, y el alma del justo es el trono de la sabiduría, el cielo es ciertamente el alma del justo. Abraham fue cielo, Isaac fue cielo, Jacob fue cielo. Pero porque los perseguidores del Señor, los pontífices de los judíos, fríos por el torpor de la perfidia, surgieron de la progenie de esos padres, como si la escarcha saliera del cielo, porque de la sublime descendencia de los santos surgió el pueblo frío de los infieles. Pues cuando de

Abraham nació Caifás, ¿qué otra cosa sino la escarcha salió del cielo? Sin embargo, el Señor dice que engendró esta escarcha, porque permitió que los judíos, a quienes naturalmente creó buenos, salieran fríos de Él por su justo juicio a causa de su malicia. El Señor es autor de la naturaleza, no de la culpa. Engendró, entonces, creando naturalmente a aquellos que permitió vivir inicuos, tolerándolos pacientemente. Y porque aquellos corazones judíos, antes tiernos y penetrables por la fe, se endurecieron posteriormente en la obstinación de la perfidia, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 30.---En semejanza de piedra, las aguas se endurecen.

943 56. De los hijos de Abraham se hicieron piedras, debido a la dureza de su corazón; y los gentiles, que antes eran como piedras, se convirtieron en hijos de Abraham. Ya he explicado en varias ocasiones que las aguas simbolizan a los pueblos. En cuanto a las piedras, por su misma dureza, a veces representan a los pueblos gentiles. Ellos mismos adoraron piedras. Y sobre ellos se dijo por el profeta: "Semejantes a ellos sean los que los hacen, y todos los que confían en ellos" (Salmo XIII, 8). Por eso, al ver Juan que los judíos se enorgullecían de su linaje y previendo que los gentiles se convertirían en la descendencia de Abraham por el conocimiento de la fe, dijo: "No penséis decir dentro de vosotros: Tenemos por padre a Abraham. Porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras" (Mateo III, 9); llamando piedras duras a los gentiles por su infidelidad. Porque primero Judea creyó en Dios, mientras que todos los gentiles permanecían en la obstinación de su infidelidad; pero después, los corazones de los gentiles se ablandaron hacia la fe, y la infidelidad de los judíos se endureció, bien se dijo: "Las aguas se endurecen como piedra". Como si dijera: Aquellos corazones blandos y penetrables de los judíos hacia la fe se convierten en la insensibilidad de los gentiles. Pues cuando el misericordioso Dios atrajo a los gentiles, rechazó a Judea con ira. Y sucedió que, así como antes la gentilidad estaba endurecida para recibir la fe, así después, al ser acogida en la fe, el pueblo de Judea se endureció en la torpeza de su infidelidad. Por eso el apóstol Pablo dice a los mismos gentiles: "Como en otro tiempo vosotros no creísteis a Dios, ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos; así también estos no han creído en vuestra misericordia, para que también ellos alcancen misericordia. Porque Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos" (Rom. XI, 30). Esta sentencia suya, primero sobre la vocación de los judíos y el rechazo de los gentiles, y después sobre la vocación de los gentiles y el rechazo de los judíos, la consideró cuidadosamente, y al darse cuenta de que no podía comprender los juicios ocultos de Dios, exclamó: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Ibid., 33). Por eso, aquí también, cuando el Señor hablaba de la infidelidad de los judíos: "Las aguas se endurecen como piedra", para demostrar que sus juicios son ocultos en su rechazo, añadió apropiadamente:

CAPÍTULO XXX [Ant. XXII].

IBID.---Y la superficie del abismo se contrae.

57. Los juicios de Dios son un abismo profundo.---Porque, al haberse colocado un cierto velo de ignorancia sobre nosotros, el ojo de la mente humana no puede penetrar en la incomprensibilidad del juicio divino. Pues está escrito: Tus juicios son un abismo profundo (Salmo 35, 7). Que nadie, por tanto, desee investigar por qué uno es rechazado mientras otro

es elegido; o por qué, cuando uno es elegido, otro es rechazado; porque la superficie del abismo está cerrada, y, como atestigua Pablo: Sus juicios son inescrutables, y sus caminos son ininvestigables (Rom. 11, 33).

58. Las palabras sobre la dureza y reprobación de los judíos pueden entenderse en relación con Satanás.---Por lo que se ha dicho: ¿De qué vientre salió el hielo, y quién engendró la escarcha del cielo?, también se puede entender a Satanás en el hielo y la escarcha. Él, en efecto, salió como hielo del vientre de Dios, porque, alejado del calor de sus secretos, salió frío por la torpeza de la maldad, como maestro de la iniquidad. Él es engendrado como escarcha del cielo, porque, al endurecer los corazones de los réprobos, se le permitió caer de lo alto a lo bajo. Bien establecido en los cielos, al caer, endureció las mentes de sus seguidores en el frío de la culpa, como escarcha. Al venir a la tierra, lo que hizo en los hombres se cumple cuando se añade: Las aguas se endurecen como piedra. Por las aguas se designan los pueblos, y por la piedra se designa la dureza de ese mismo Satanás. Así, al descender a lo bajo, las aguas se endurecieron como piedra, porque los hombres, al imitar su maldad, perdieron las entrañas tiernas de la caridad. Sus consejos fraudulentos, que no pueden ser descubiertos por los hombres seducidos, se describen correctamente con: Y la superficie del abismo se congela. Algo diferente yace en su interior y otra cosa muestra en el exterior. Se transfigura como ángel de luz (II Cor. XI, 14), y con el arte astuto de la decepción, a menudo propone cosas loables para llevar a lo ilícito. Por lo tanto, la superficie del abismo se congela, porque mientras la apariencia de su persuasión se muestra como sólida escarcha desde arriba, su maldad latente en lo profundo no se ve.

59. Y sobre los soberbios que se envanecen por los dones recibidos.---Sin embargo, podemos entender todo esto de otra manera, si lo investigamos moralmente. Las mentes de los hombres, cuando el Dios omnipotente las forma en su temor, es como si las concibiera, y cuando las lleva a virtudes manifiestas, las engendra; pero si se enaltecen por las virtudes recibidas, las abandona. Y a menudo hemos conocido a algunos que, al considerar sus males, se sienten compungidos, arden con el temor divino, y a través de los inicios del temor llegan hasta la cumbre de las virtudes; pero cuando se enaltecen por esas mismas virtudes que reciben, atrapados en el lazo de la vana gloria, regresan a su antiguo letargo. Por tanto, con razón el Señor dice cuando los rechaza: ¿De qué vientre salió el hielo? Pues es como si el hielo saliera del vientre de Dios, cuando aquellos que ya habían ardido en su interior por el don de las virtudes se enfrían; y entonces, buscando la gloria exterior en su letargo, desean lo que deberían haber anhelado ardientemente para amar lo interior. Mientras uno se destaca por los signos, otro por la ciencia, uno por la profecía, otro por grandes obras, y a través de estos dones busca agradar a los hombres, todo lo que antes ardía en su interior, al amar la alabanza exterior, se convierte en letargo. Por tanto, es como si el hielo saliera del vientre, cuando después de los beneficios de los dones se separa de las entrañas de la piedad suprema. ¿Acaso no son hielo aquellos que en las virtudes que reciben buscan alabanzas de los hombres? Y sin embargo, al juez que viene, recordando sus dones, dicen: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas virtudes? (Mateo 7, 22). Pero el Señor muestra cómo rechaza este hielo, diciendo: No sé de dónde sois, apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad (Ibid.). Este hielo ahora lo lleva el Señor en su vientre, porque lo tolera dentro del seno de la Iglesia. Pero entonces lo expulsa abiertamente, cuando tales son rechazados de los secretos celestiales por el juicio extremo y público. ¿Qué se logra abiertamente con estas palabras, sino que el bienaventurado Job se humille en sus más altas virtudes, para que no se enfríe en lo que había ardido viviendo bien, y sea expulsado del vientre de la Divinidad, si en el seno de su corazón se enaltece con soberbia?

[Vet. XXIV.] 60. La pena del orgullo, la endurecimiento. En qué sentido se dice que Dios endurece.---Y porque, con justo juicio, permite que las mentes orgullosas se desvíen hacia la culpa a partir de la virtud recibida, se añade correctamente: ¿Y quién ha engendrado el hielo del cielo? Pues muchas veces otorga la ciencia del sagrado discurso, pero cuando quien la recibe se ensoberbece por ella, la ira del juez estricto lo ciega en ese mismo sagrado discurso, de modo que, siguiendo los favores exteriores a través de él, ya no ve sus aspectos internos; y quien podía permanecer cálido en su interior, al salir se enfría, y endurecido cae a lo más bajo, quien antes, siendo dócil al conocimiento de Dios, permanecía en lo alto, fluido. ¿Acaso el sagrado discurso no es el cielo, que al abrirnos el día de la inteligencia, nos ilumina con el sol de la justicia, y que, mientras la noche de la vida presente nos envuelve, nos resplandece con las estrellas de los mandamientos? Pero porque es necesario que haya herejías, para que se manifiesten los aprobados (I Cor. XI, 19), cuando la mente orgullosa es rechazada del sano entendimiento, por la venganza del juez estricto se genera el hielo del cielo, de modo que, mientras la misma Escritura sagrada calienta en los corazones de los elegidos, emite fríos a aquellos que desean saber con soberbia. Allí precisamente yerran donde debieron corregir sus errores; y mientras, resplandeciendo con la inteligencia superior del discurso, endurecidos ellos mismos y seduciendo a otros, caen, llegando a lo más bajo como el hielo, y constriñen a otros. Sin embargo, el Señor se atribuye a sí mismo engendrar este hielo, no porque Él forme las mentes de los perversos hacia la culpa, sino porque no las libera de la culpa, como está escrito: Yo endureceré el corazón del faraón (Éxodo X, 27). Lo cual, porque no quiso misericordiosamente ablandar, ciertamente anunció que lo endureció estrictamente.

61. Perdida la virtud, a menudo se retiene la imagen de la virtud. Porque cuando se pierde la virtud del temor divino que ha comenzado, se retiene la imagen de la virtud por las alabanzas humanas, con razón se añade: Se endurecen como piedra las aguas, y se congela la superficie del abismo. Pues las aguas se endurecen en la superficie por el hielo, pero permanecen fluidas en lo profundo. ¿Y qué entendemos por aguas sino los corazones inconstantes de los réprobos? Que cuando abandonan la virtud por decisión propia, se muestran fuertes en las buenas obras por hipocresía; y mientras en su interior se deslizan hacia los vicios, exteriormente se fingen imitadores de los santos y fuertes, las aguas se endurecen como piedra, y se congela la superficie del abismo, porque por la apariencia de santidad que proyectan, su conciencia inestable y fluctuante se oculta a los hombres. Pues aunque en su interior son viles para sí mismos, ante los ojos ajenos se visten con una cierta apariencia de vida antigua.

63. Dios, en su sabiduría, retiene los frutos prematuros de la virtud.---Pero para que nadie interprete estas palabras del Señor en un sentido favorable, debemos también instruir a quienes buscan, de modo que no se nos juzgue por haber descuidado lo que debía ser examinado. En el versículo anterior se dice: ¿Quién es el padre de la lluvia o quién ha engendrado las gotas del rocío? Y enseguida se añade: ¿De cuyo vientre ha salido el hielo, y quién ha engendrado la escarcha del cielo? Si, por lo tanto, la sentencia siguiente se une a las palabras precedentes sin un sentido diferente, ciertamente se nos revela su comprensión en un sentido favorable sin obstáculo de dificultad. Porque cuando la tierra es regada, las semillas sembradas en ella se ligan más fértilmente. Pero, si la lluvia la riega en exceso, transforma la riqueza y la virtud del trigo en el tallo. Sin embargo, si la semilla sembrada es oprimida por el hielo después de la lluvia, cuanto más se le impide aparecer rápidamente en el exterior, más fecundamente se arraiga en el interior; y cuanto más se le prohíbe progresar, más se ve obligada a multiplicarse, porque cuando se restringe su brote prematuro, se llena más abundantemente de fruto debido a la tardanza de su concepción. ¿Qué significa entonces que el Señor primero se insinúe como el padre de la lluvia, y luego narre que el hielo sale de su

vientre, y se proclame a sí mismo como el que engendra la escarcha del cielo, sino que de manera maravillosa infunde la tierra de nuestro corazón para recibir las semillas de la palabra, primero a través de la lluvia de la gracia oculta, y luego, para que no fluya en exceso en las virtudes concebidas, la disciplina de la disposición interna la oprime, de modo que la lluvia de la gracia recibida la riega, y también el rigor de la disciplina la restringe, para que no convierta los frutos en hierba si las virtudes concebidas se manifiestan antes de tiempo o más de lo necesario? Porque a menudo, cuando los principiantes muestran una buena obra antes de lo debido, se vacía de la perfección del grano, y a menudo las virtudes, cuando exuberan más de lo necesario, se desvanecen. Por eso, el Señor a menudo niega los deseos de sus elegidos antes de tiempo, o nuevamente en el momento adecuado oprime el progreso más allá de la medida, para que no caigan en el defecto de la soberbia por la magnitud de su progreso si avanzan antes de lo debido o más de lo debido. Porque cuando el corazón se compunge después de los pecados, la tierra que estaba seca se riega con la infusión de la lluvia; y cuando, dejando las iniquidades, se propone ejecutar buenas obras, es como si recibiera la semilla después de la infusión. Y muchos, cuando conciben deseos santos, arden en el deseo de ejercitarse ya en las virtudes supremas, de modo que no solo la culpa no manche la operación, sino que ni siquiera toque el pensamiento. Y aunque todavía están en el cuerpo, ya no quieren sufrir nada de la comunión de la vida presente; desean imitar por la intención interna la estabilidad de la mente, pero son repelidos por las tentaciones que intervienen, para que recuerden su debilidad y no se enorgullezcan de las virtudes que reciben. Cuando esto se realiza mediante la maravillosa represión de la disciplina, ¿qué otra cosa se genera que el hielo del cielo sobre la tierra infundida? ¿Qué otra cosa se produce del vientre de Dios que el hielo, cuando la disposición sale del secreto interno y nuestras voluntades son frenadas incluso en los buenos deseos?

63. Lo cual se confirma con el ejemplo de San Pablo.---Veamos cómo Pablo, al estar inmerso en la tierra, es oprimido por el hielo de la disciplina, cuando dice: "Querer está a mi alcance, pero no encuentro cómo hacer el bien" (Rom. VII, 18). Pues quien afirma tener la voluntad, ya muestra por la infusión de la gracia las semillas que yacen ocultas en él. Pero al no encontrar cómo hacer el bien, ciertamente indica cuán grande es el hielo de la disposición celestial que lo oprime. ¿Acaso este hielo no oprimía los corazones de aquellos a quienes decía: "Para que no hagáis lo que queráis" (Gal. V, 17)? Como si dijera abiertamente: Las semillas ocultas de vuestro corazón ya buscan salir a fruto, pero son oprimidas por el hielo del gobierno celestial, para que salgan más fecundas después, cuanto más pacientemente soporten el peso opresor del juicio divino.

[Vet. XXVI.] 64. De ahí surgen graves tentaciones, que se superan con la costumbre de vivir bien. Y porque frecuentemente los corazones humanos, al no poder alcanzar las virtudes que desean, se fatigan con los estímulos de las tentaciones al retroceder de la perfección de su intención, sin embargo, reprimen esas mismas tentaciones de pensamientos y se disponen, mediante el uso de la práctica, en una cierta rigidez de vida. Bien se añade: Se endurecen a semejanza de una piedra en el agua. Porque aunque los pensamientos fluctuantes los acosen interiormente, de ninguna manera los arrastran hasta el consentimiento de una obra mala. Pero la mente, bajo la costumbre adquirida de vivir bien, oculta exteriormente como bajo una cierta dureza todo lo que interiormente se ablanda por el golpe de la tentación. Por eso, bien se añade: Y la superficie del abismo se congela. Porque el mal pensamiento, aunque llegue hasta la sugerencia, no salta hasta el consentimiento, ya que los movimientos fluctuantes del ánimo son reprimidos por la firmeza de la santa deliberación.

65. La adversidad hace más fuertes a los santos. También puede designarse la adversidad de la vida presente con el hielo o la escarcha, que al comprimir con su aspereza a los santos, los hace más fuertes. Pues cuando el Dios omnipotente permite que seamos ejercitados por las molestias y nos lleva a un estado de vida mejor mediante la tristeza que interviene, con un consejo admirable produce hielo y escarcha sobre el fruto futuro, para que cada elegido en esta vida, como en invierno, soporte las adversidades de los vientos y los fríos, y como en la serenidad del verano, muestre después los frutos que aquí ha concebido. Por eso, con la voz del esposo se dice a cada alma que se apresura hacia las delicias de la eternidad después de las tempestades de este mundo: Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, y ven; porque ya ha pasado el invierno, la lluvia se fue y se retiró (Cant. II, 10). Y porque si solo nos acompañan las cosas prósperas nos debilitamos, pero por las adversidades nos consolidamos mejor en las virtudes, se añade acertadamente: [Vet. XXVII.] Se endurecen a semejanza de piedra por el agua. Las mentes que habían fluido suavemente por las cosas prósperas se endurecen al ser constreñidas por las adversidades; y se lleva a semejanza de piedra el agua, cuando cada débil, por la tolerancia recibida de lo alto, imita las pasiones de su Redentor. En semejanza de piedra se había endurecido el agua, cuando aquel que antes era un perseguidor impaciente, luego Pablo, decía: Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo (Colosenses I, 24).

66. Y más solícitos en guardar los dones internos. — Y porque cuando son abatidos por las adversidades, guardan con más diligencia los dones internos, se añade correctamente: Y la superficie del abismo se constreñe. Pues la alegría suele abrir los secretos de la mente, y al abrirlos, los pierde; mientras que las adversidades, al abatirnos exteriormente, nos hacen más cautelosos interiormente. Después del hielo o la escarcha, la superficie del abismo se constreñe, porque nuestra mente, para conservar los profundos dones que ha recibido, se fortalece con las adversidades. Isaías había constreñido la superficie de su abismo cuando decía: Mi secreto para mí, mi secreto para mí (Isaías 24, 16). Pablo había constreñido la superficie de su abismo, quien, sudando en tantos peligros y adversidades, bajo el pretexto de hablar de sí mismo, dice: Oí palabras secretas, que no es lícito a un hombre pronunciar (II Cor. 12, 4). Y de nuevo: Pero me abstengo, para que nadie me estime por encima de lo que ve en mí, o escucha algo de mí (Ibíd., 6). Quien, por tanto, soportando adversidades externas, temía abrir sus secretos para no caer en alabanzas, ¿qué otra cosa hacía sino presionar el abismo de sus secretos a través de una superficie constreñida? Sigue:

CAPÍTULO XXXI [Rec. XVI].

VERS. 31.---¿Acaso podrás unir las brillantes estrellas de las Pléyades, o dispersar el giro del Arcturo?

948 67. ¿Qué son las Pléyades y Arcturus? Al considerar la omnipotencia de Dios, se nos recuerda nuestra debilidad. Las Pléyades son estrellas llamadas así por su pluralidad. Fueron creadas de tal manera que, aunque están cercanas y divididas, están juntas pero no pueden unirse de ninguna manera, de modo que están unidas por proximidad, pero separadas por el tacto. Arcturus, por su parte, ilumina las noches de tal manera que, situado en el eje del cielo, se mueve por diferentes lugares sin llegar a ponerse. No corre fuera de su curso, sino que, estando en su lugar, se inclina hacia todas las partes del mundo sin caer. ¿Qué es, entonces, lo que el hombre, hecho de tierra y puesto en la tierra (Génesis II, 7), discute sobre la administración celestial, ya que no puede unir las Pléyades, que ve creadas cercanas y casi unidas entre sí, ni puede deshacer el giro de Arcturus, que, sin embargo, puede ver casi deshecho por su propia rotación? ¿No será que, al considerar en estos ministerios el poder del

Creador, recuerde su propia debilidad y, al no poder ver aún a Dios en su majestad, comprenda cuán inestimable es en el mismo gobierno de los ministerios celestiales?

SENSUS MYSTICUS.---Con el nombre de las Pléyades se designan los santos.---68. Pero, ¿por qué hablamos de esto, nosotros que somos impulsados por el estímulo de la razón, para que reconozcamos estas palabras cargadas de sentidos místicos? [Vet. XXVIII.] ¿Qué significan las brillantes Pléyades, que son siete, sino todos los santos, quienes, en medio de las tinieblas de la vida presente, nos iluminan con la luz de la gracia del Espíritu septiforme, quienes desde el mismo origen del mundo hasta su fin han sido enviados a profetizar en diversos tiempos, y están unidos en cierto modo y separados en otro? Las estrellas de las Pléyades, como se ha dicho antes, están unidas por su proximidad, pero separadas por el contacto. Están situadas juntas, y sin embargo, emiten sus rayos de luz individualmente. Así, todos los santos, apareciendo en diferentes tiempos para predicar, están separados por la visión de su imagen, y unidos por la intención de su mente. Brillan juntos, porque predicán lo mismo; pero no se tocan entre sí, porque se distribuyen en tiempos distintos.

69. Todos, incluso los que precedieron a Cristo, lo proclaman, y el misterio de la Trinidad. ¿Qué diferentes tiempos vieron la aparición de Abel, Isaías y Juan! Ciertamente estuvieron separados en el tiempo, pero no en la proclamación. Pues Abel, significando la pasión de nuestro Redentor, ofreció un cordero en sacrificio (Génesis IV, 4), sobre cuya pasión Isaías dice: "Como cordero llevado al matadero, y como oveja muda ante sus trasquiladores, no abrió su boca" (Isaías LIII, 7). De quien también Juan dice: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan I, 29). He aquí que, aunque enviados en tiempos diferentes, sin embargo, coinciden en la inocencia de nuestro Redentor, hablando del mismo cordero: Juan mostrándolo, Isaías previéndolo, Abel ofreciéndolo; y a quien Juan mostró, a quien Isaías habló, a este Abel lo sostuvo en sus manos significándolo.

70. Así pues, como hemos dicho que las estrellas de las Pléyades armonizan con la humanidad del Redentor, demos ahora cómo brillan en concordia al mostrar la unidad de la Trinidad. En diferentes tiempos aparecieron en este mundo David, Isaías y Pablo; sin embargo, ninguno de ellos sintió algo diferente del otro, porque aunque no se conocían personalmente, aprendieron lo mismo a través del conocimiento divino. David, para mostrar a Dios como el autor de todo en la Trinidad, dijo: "Bendíganos Dios, nuestro Dios, bendíganos Dios" (Salmo 66, 8). Y para que no se pensara que al nombrar a Dios tres veces hablaba de tres dioses, inmediatamente insinuó la unidad de la misma Trinidad añadiendo: "Y teman a Él todos los confines de la tierra" (Ibid.). Pues al decir "a Él" y no "a ellos", indicó que los tres que había mencionado son uno. Isaías, al abrir la alabanza sobre la unidad de la Trinidad, expresando las voces de los Serafines, dijo: "Santo, santo, santo" (Isaías 6, 3); y para que al nombrar "santo" tres veces no pareciera dividir la unidad de la sustancia divina, añadió: "Señor Dios de los ejércitos". Así, al no añadir "señores dioses", sino "Señor Dios", indicó que lo que había llamado santo tres veces es uno. Pablo, para mostrar la operación de la santa Trinidad, dijo: "De Él, por Él y en Él son todas las cosas" (Romanos 11, 36). Y para insinuar la unidad de la misma Trinidad, añadió de inmediato: "A Él sea la gloria por los siglos de los siglos, amén" (Ibid.). Al decir "a Él" y no "a ellos", dio a conocer que naturalmente es uno, tres según las personas, lo que antes había dicho tres veces. Así, las Pléyades están situadas en un solo lugar, porque piensan concordemente sobre Dios, y sin embargo no se tocan entre sí, porque, como se ha dicho, se distribuyen en diferentes tiempos de este mundo.

71. Todos los santos están unidos por la unanimidad de la fe y las virtudes. Esto lo describe bien y brevemente el profeta Ezequiel, quien, al decir que veía animales de diferentes tipos,

añadió: "Y estaban unidas sus alas una con otra" (Ezequiel 1, 9). En efecto, las alas de los animales estaban unidas una con otra, porque aunque son diferentes las acciones que realizan, las voces y virtudes de los santos se asocian con un mismo y único sentido. Y aunque uno, actuando racionalmente en todo, sea hombre; otro, fuerte en las pasiones, no tema las adversidades del mundo como un león; otro, ofreciendo a sí mismo como víctima viva a través de la abstinencia, sea un becerro; y otro, elevándose en el vuelo de la contemplación, sea un águila, sin embargo, al volar, sus alas se tocan, porque se unen tanto en la confesión de las voces como en la unanimidad de las virtudes. Y puesto que es solo por la virtud divina que se puede unir a los enviados en la predicación de la fe en tiempos disjuntos, y unir con el resplandor de la intención a aquellos dotados de virtudes disímiles, se dice correctamente: "¿Acaso puedes unir las brillantes estrellas de las Pléyades?" Como si dijera: yo, que lleno todo como uno solo, y al llenar las mentes de los elegidos en el sentido de la unidad, las uno.

72. Arcturus significa a toda la Iglesia. Enseña la necesidad de la fe y de las buenas obras. En Arcturus, que con su giro ilumina las noches sin llegar a ocultarse, no se representa la vida de los santos de manera fragmentada, sino que se designa a toda la Iglesia, que sufre fatigas pero no se inclina hacia la decadencia de su estado propio: soporta el ciclo de trabajos, pero no se apresura hacia el ocaso con el tiempo. Pues Arcturus no es llevado a las profundidades del polo con la noche, sino que mientras él gira, la noche termina, porque mientras la santa Iglesia es sacudida por innumerables tribulaciones, la sombra de la vida presente se termina; y mientras ella permanece, la noche pasa, porque al perdurar en su integridad, la vida de esta mortalidad transcurre. [Vet. XXIX.] Hay en Arcturus algo que podemos observar con más atención. Pues gira en siete estrellas, y a veces eleva tres hacia lo alto y inclina cuatro hacia abajo, y a veces eleva cuatro hacia arriba y presiona tres hacia abajo. La santa Iglesia también, cuando a veces predica el conocimiento de la Trinidad a los infieles, y a veces las cuatro virtudes, es decir, prudencia, fortaleza, templanza, justicia a los fieles, como si con el giro de la predicación cambiara de alguna manera la apariencia de su estado. Pues cuando a algunos que se glorían de sus obras les vacía la confianza en su propio trabajo y exalta la fe en la Trinidad, ¿qué otra cosa hace sino elevar tres estrellas de Arcturus e inclinar cuatro? Y cuando prohíbe a algunos que no tienen buenas obras presumir solo de la fe, sino que les ordena trabajar con más empeño en lo que se les ha mandado, ¿qué otra cosa hace Arcturus sino elevar cuatro estrellas y deponer tres? Veamos cómo eleva tres y deprime cuatro. He aquí que por Pablo se dice contra los que se enorgullecen de las obras en detrimento de la fe: Si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no ante Dios (Rom. IV, 2). Pues ¿qué dice la Escritura? Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 6). Veamos cómo eleva cuatro y deprime tres. He aquí que por Santiago se dice contra los que se enorgullecen de la fe en detrimento de las obras: Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (Sant. II, 26). Arcturus, por tanto, gira, porque la santa Iglesia se mueve en el arte de la predicación según las mentes de sus oyentes. Arcturus gira, porque se rota en las tribulaciones de esta noche. Pero el Señor disipa a veces este giro de Arcturus, porque transforma los trabajos de la Iglesia en descanso. Entonces también une más plenamente a las Pléyades, cuando destruye el giro de Arcturus, porque entonces, ciertamente, todos los santos se unen incluso en la visión, cuando al final del mundo la santa Iglesia es liberada de los trabajos que ahora soporta. Diga, pues: ¿Podrás unir las brillantes estrellas de las Pléyades, o disolver el giro de Arcturus? Entiéndase que yo, que entonces uno la vida de los santos incluso en apariencia, cuando disuelvo corporalmente el giro de la Iglesia universal. ¿Y quién de los hombres ignora que esto es solo virtud divina? Pero para que el hombre reconozca lo que él mismo es, recuerde continuamente lo que solo el Señor puede hacer.

73. Nuevamente, la ley antigua se simboliza a través de Arcturo, y la gracia del Nuevo Testamento a través de las Pléyades. Aún podemos tener otra interpretación sobre las estrellas Pléyades y Arcturo. Las Pléyades surgen del Oriente, mientras que Arcturo se levanta desde el Norte. Sin importar hacia dónde se gire Arcturo en su órbita, las Pléyades se muestran; y cuando la luz del día ya se aproxima, el orden de sus estrellas se despliega. Por lo tanto, Arcturo, que nace de la región fría, puede representar la ley; mientras que las Pléyades, que surgen del Oriente, pueden designar la gracia del Nuevo Testamento. Es como si la ley viniera del Norte, que aterrorizaba a los súbditos con la severidad de su rigidez. Pues, mientras ordenaba que algunos fueran lapidados por sus culpas y otros castigados con la muerte por la espada, la región helada, y como si estuviera alejada del sol de la caridad, oprimía más las semillas de sus preceptos por el frío que las nutría por el calor. Pedro temía el peso de esta opresión cuando decía: "¿Por qué tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar?" (Hechos XV, 10). No es de extrañar que el Antiguo Testamento se exprese a través de las siete estrellas de Arcturo, ya que el séptimo día fue venerable por la veneración de la ley, y durante toda la semana se ofrecían los votos del sacrificio establecido. Las Pléyades, que también son siete, como dijimos anteriormente, indican con mayor claridad la gracia del Nuevo Testamento, ya que todos vemos claramente que el Espíritu Santo ilumina a sus fieles con la luz del don septiforme. Por lo tanto, dondequiera que Arcturo se gire, las Pléyades se muestran, porque en todo lo que el Antiguo Testamento habla, las obras del Nuevo Testamento se anuncian. Bajo el texto de la letra se oculta el misterio de la profecía. Y es como si Arcturo se inclinara y mostrara, porque cuando se inclina hacia el entendimiento espiritual, la luz de la gracia septiforme se revela a través de lo que significa. Y al acercarse la luz del día, el orden de sus estrellas se despliega, porque después de que la Verdad se nos dio a conocer por sí misma, liberó los preceptos de la letra de las obligaciones carnales.

Cristo solo tuvo en sí todas las operaciones del Espíritu Santo. Nuestro Redentor, al venir en la carne, unió las Pléyades, porque tuvo en sí mismo todas las operaciones del Espíritu septiforme, tanto juntas como permanentes. De Él se dice por medio de Isaías: "Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un vástago de sus raíces florecerá. Y reposará sobre Él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu del temor del Señor" (Isaías 11, 1). De Él dice Zacarías: "Sobre una piedra hay siete ojos" (Zacarías 3, 9). Y de nuevo: "Y en el candelabro de oro hay siete lámparas" (Ibid., 4, 2). Ningún hombre ha tenido todas las operaciones del Espíritu Santo juntas, excepto el único Mediador entre Dios y los hombres, cuyo es el mismo Espíritu, que procede del Padre antes de los siglos. Por eso se dice bien: "Sobre una piedra hay siete ojos". Porque tener siete ojos en esta piedra es retener en la operación toda la virtud del Espíritu de gracia septiforme. Pues uno recibe la profecía, otro la ciencia, otro las virtudes, otro los géneros de lenguas, otro las interpretaciones de discursos según la distribución del Espíritu Santo (1 Corintios 12, 8); pero nadie alcanza a tener todos los dones del mismo Espíritu. Sin embargo, nuestro Creador, al asumir nuestras debilidades, demostró que por el poder de su divinidad tenía en sí todas las virtudes del Espíritu Santo, uniendo sin duda las brillantes Pléyades. Al unir las Pléyades, disipa el giro de Arturo, porque al manifestar que, hecho hombre, tenía todas las operaciones del Espíritu Santo, resolvió el trabajo de la letra en el Antiguo Testamento, para que cada fiel entienda ahora con la libertad del espíritu aquello a lo que antes servía con temor entre tantos peligros. Escuche, pues, el bienaventurado Job: "¿Podrás unir las brillantes estrellas de las Pléyades?" Como si se dijera abiertamente: Puedes tener las luces de algunas virtudes, pero ¿acaso puedes ejercer todas las operaciones del Espíritu Santo a la vez? Contempla, pues, en mí, que uno las Pléyades en todas las virtudes, y refrena tu orgullo por las pocas que tienes. Escucha lo que se dice: "¿O

podrás disolver el giro de Arturo?" Como si se le dijera abiertamente: Y si ya sientes lo que es recto, ¿acaso con tu virtud destruyes también en los corazones ajenos el trabajo de una inteligencia más tosca? Considérame, pues, a mí, que corrijo la necedad de los carnales, mientras me manifiesto a través de la necedad de la carne, para que humilles tanto más lo que crees fuerte en tus virtudes, cuanto menos alcanzas las huellas de mi debilidad. Porque en el mismo misterio de la encarnación del Señor, a unos se les muestra la luz de la verdad, mientras que los corazones de otros se oscurecen por el escándalo, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXXII [Rec. XVII].

VERS. 32.---¿Acaso haces salir al lucero en su tiempo, y haces que el ocaso se levante sobre los hijos de la tierra?

75. Cristo es el verdadero lucero, especialmente en la resurrección; mientras que el Anticristo es el ocaso. A este justamente se someten los hombres entregados a la tierra. Pues el Padre en su tiempo produjo al lucero, porque, como está escrito: "Cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, hecho bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley" (Gálatas IV, 4). Quien nacido de la Virgen, apareció como lucero entre las tinieblas de nuestra noche, porque, disipada la oscuridad del pecado, nos anunció la mañana eterna. Se dio a conocer como lucero, porque al amanecer resucitó de la muerte, y con el resplandor de su luz disipó la oscuridad de la tierra de nuestra mortalidad. A él se le dice acertadamente por Juan: "Estrella brillante y matutina" (Apocalipsis XXII, 16). Apareciendo vivo después de la muerte, se convirtió para nosotros en estrella matutina, porque al ofrecernos en sí mismo el ejemplo de la resurrección, indicó qué luz seguir. Sin embargo, el Señor hace que el ocaso se levante sobre los hijos de la tierra, porque permite que el Anticristo domine en los corazones infieles de los judíos, mereciéndolo ellos justamente. Por eso, son justamente sometidos a este ocaso por el Señor, porque ellos voluntariamente quisieron ser hijos de la tierra. Buscando lo terrenal y no lo celestial, fueron cegados para no ver la claridad de nuestro lucero; y mientras desean que el ocaso los gobierne, se sumergen en la noche eterna de la condenación que sigue. De ahí que en el Evangelio el Señor dice: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me habéis recibido; otro vendrá en su propio nombre, y a él recibiréis" (Juan V, 43). De ahí que Pablo dice: "Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos, por eso Dios les enviará una operación de error, para que crean en la mentira, para que sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad, sino que consintieron en la iniquidad" (II Tesalonicenses II, 10). Por lo tanto, el ocaso no se levantaría sobre ellos si hubieran querido ser hijos del cielo. Pero mientras desean lo visible, perdiendo la luz del corazón, se oscurecen bajo el guía de la noche.

[Sermón XXXI.] 76. La Palabra de Dios, que es lucero para los elegidos, se convierte en ocaso para los reprobados. — Sin embargo, si lo analizamos moralmente, encontramos cómo se realiza diariamente, ya que, ciertamente, el lucero surge para los elegidos, y el ocaso, con el permiso de Dios, domina a los reprobados. Pues una y la misma Palabra de Dios está en la boca del predicador. Mientras unos la escuchan con alegría y otros con envidia, convierten para sí la claridad del lucero en las tinieblas del ocaso. Mientras unos reciben humildemente la voz de la santa predicación, abren los ojos del corazón como a la luz de una estrella; mientras que aquellos que envidian al que bendice, y no buscan la causa de la salvación, sino la gloria de la exaltación, cierran los ojos al sueño de la muerte con el ocaso de su iniquidad. Por un juicio oculto, entonces, aquel que es lucero para los elegidos se convierte en ocaso para los oyentes reprobados, porque con la santa exhortación que hace que los buenos regresen a la vida, los malos mueren más gravemente en su culpa. Por eso, bien se dice por

Pablo: Somos buen olor de Cristo para Dios en los que se salvan y en los que perecen; para unos, ciertamente, olor de muerte para muerte, y para otros, olor de vida para vida (II Cor. II, 15). Así, vio que su palabra es lucero y ocaso para los oyentes, por la cual unos son despertados de la iniquidad y, al contrario, otros son adormecidos en la iniquidad. Y como esto se realiza por los juicios ocultos de Dios, que en esta vida no pueden ser comprendidos por los hombres, correctamente añadió: ¿Y para estas cosas quién es suficiente? (Ibid., 16). Como si dijera: Somos suficientes para considerar estas cosas porque suceden, pero no somos suficientes para investigar por qué suceden. Por lo tanto, aquí también el Señor, porque había dicho que para unos surge el lucero y para otros el ocaso, para que el hombre no se atreva a escrutar los juicios ocultos de Dios, inmediatamente añade:

CAPÍTULO XXXIII [Ant. XXXII, Rec. XVIII].

VERS. 33.---¿Acaso conoces el orden del cielo, y establecerás su razón en la tierra?

77. Las causas de los juicios y la predestinación de Dios nadie las conoce; nadie debe investigarlas. Conocer el orden del cielo es ver las ocultas predestinaciones de las disposiciones celestiales. Poner su razón en la tierra es abrir ante los corazones humanos las causas de tales secretos. Poner la razón del cielo en la tierra es discutir o manifestar los misterios de los juicios celestiales, lo cual nadie puede hacer en esta vida. Para pasar de lo pequeño a lo grande, ¿quién entiende cuál puede ser la razón de los secretos, que a menudo un hombre justo no solo no es vengado en el juicio, sino que incluso regresa castigado, y su adversario injusto no solo no es castigado, sino que también se va victorioso? ¿Quién entiende por qué vive alguien que acecha la muerte de sus prójimos, y muere otro que sería beneficioso para la vida de muchos? Uno alcanza la cumbre del poder, que solo se esfuerza por dañar; otro solo desea defender a los agraviados, y sin embargo yace oprimido. Uno desea estar libre, y se ve envuelto en innumerables negocios; otro desea involucrarse en negocios, y se ve obligado a estar libre. Uno que comienza mal es arrastrado a peores cosas hasta el final de su vida; otro que comienza bien progresa a lo largo del tiempo en el aumento de sus méritos. Por el contrario, uno que vive mal es reservado por mucho tiempo para corregirse, mientras que otro parece vivir bien, pero en esta vida dura hasta que estalla en perversidad. Uno nacido en el error de la infidelidad muere en el error, otro nacido en la rectitud de la fe católica se consume en la rectitud de la fe católica. Por el contrario, otro nacido del vientre de la madre católica es devorado cerca del final de su vida por el abismo del error, mientras que otro consume su vida en la piedad católica, habiendo absorbido el veneno del error con la leche de su madre al nacer en la perfidia. Uno desea y puede aspirar a la altura de vivir bien; otro ni lo desea ni puede. Uno lo desea, pero no puede; otro puede, pero no lo desea. ¿Quién, entonces, discutirá estos secretos de los juicios celestiales? ¿Quién entenderá la balanza secreta de la equidad oculta? Nadie asciende para conocer estos recovecos de los juicios secretos. Por lo tanto, dígame al hombre que reconozca que no sabe; reconozca que no sabe para que tema; tema para que se humille; se humille para que no presuma de sí mismo; no presuma de sí mismo para que busque la ayuda de su Creador; y quien confiando en sí mismo está muerto, buscando la ayuda de su Autor viva. Escuche, pues, el hombre justo, ya consciente de sí mismo, pero aún ignorante de lo que está por encima de él: ¿Acaso conoces el orden del cielo, y pondrás sus razones en la tierra? es decir, ¿comprendes los órdenes ocultos de los juicios celestiales, o eres capaz de revelarlos a los oídos humanos? Por lo tanto, se interroga al bienaventurado Job sobre la investigación de los juicios incomprensibles, como si se le dijera abiertamente: Cuanto más ignorante eres de los secretos celestiales, más pacientemente debes soportar todo lo que sufres, ya que no sabes por qué lo padeces.

LIBRO TRIGÉSIMO. Contiene la exposición de los últimos ocho versículos del capítulo XXXVIII, y otros tantos del capítulo XXXIX. Donde el santo Doctor explica piadosa y eruditamente, especialmente sobre la predicación del Evangelio.

955 [Antiguo y Nuevo Testamento I.] 1. Por qué Job es interrogado por Dios sobre tantas y tan grandes cosas.---Se pregunta si el bienaventurado Job hizo tales cosas, siendo interrogado por el Señor, cosas que ciertamente el hombre no puede hacer, para que al darse cuenta de que no puede hacerlas, busque refugio en aquel que entiende que solo Él puede hacer tales cosas, y así aparezca más poderoso ante los ojos de su juez, si reconoce más verdaderamente su propia debilidad. Por lo tanto, lo que no se ignora que es maravillosamente hecho por el Señor, se pregunta sobre ello con la voz divina de Job; y se le dice:

CAPÍTULO PRIMERO.

CAP. XXXVIII, VERS. 34.---¿Acaso elevarás tu voz a la nube, y el ímpetu de las aguas te cubrirá?

2. En la niebla se esparce la palabra de Dios, mientras se anuncia a los infieles. En efecto, el Señor eleva su voz en la niebla cuando, a través de las lenguas de sus predicadores, forma una exhortación para los corazones oscuros de los infieles; y el ímpetu de las aguas lo cubre, mientras sus miembros que obran bien son oprimidos por la multitud de pueblos resistentes. De ahí que esté escrito: La palabra del Señor vino a Jeremías diciendo: Ponte en el atrio de la casa del Señor, hablando a todas las ciudades de Judá, de las cuales vienen, para que adoren en la casa del Señor, todas las palabras que te mandé (Jeremías XXVI, 2). Y poco después: Y oyeron los sacerdotes y los profetas y todo el pueblo a Jeremías hablando estas palabras en la casa del Señor. Y cuando Jeremías terminó de hablar, los sacerdotes y los profetas y todo el pueblo lo apresaron, diciendo: Que muera, ¿por qué ha profetizado en el nombre del Señor? (Ibid., 7). He aquí que el Señor elevó su voz en la niebla, porque el profeta corrigió las mentes oscuras de los soberbios directamente. He aquí que el ímpetu de las aguas lo cubrió de inmediato, porque de los pueblos insurgentes, y provocados por su corrección, él en Jeremías soportó todo, quien mandó las palabras de corrección. También el Señor elevó su voz en la niebla por sí mismo, cuando, presentándose incluso con cuerpo asumido, predicó muchas cosas a sus perseguidores, pero veladas con figuras de enigmas. Elevó su voz en la niebla, porque su verdad resonó como a través de la oscuridad para los infieles que no lo seguirían. Por eso está bien escrito en los libros de los Reyes: La niebla llenó la casa del Señor, y los sacerdotes no podían ministrar a causa de la niebla (III Reyes VIII, 10, 11). Pues, debido a sus méritos, mientras los soberbios pontífices de los judíos escuchan los misterios divinos a través de parábolas, los sacerdotes en la casa del Señor no pudieron ministrar como si fuera a causa de la niebla. Y en el Antiguo Testamento, mientras desprecian investigar los sentidos místicos cubiertos por el velo de la letra entre las oscuras nieblas de las alegorías, perdieron el ministerio debido a su fe a causa de la niebla. A quienes ahora también el Señor en la niebla de su doctrina les ha pronunciado su voz, cuando incluso de sí mismo narró abiertamente. ¿Qué hay más claro que: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30)? ¿Qué más claro que decir: Antes de que Abraham existiera, yo soy (Juan VIII, 58)? Pero como la niebla de la infidelidad llenaba las mentes de los oyentes, era como si una nube interpuesta ocultara el rayo emitido del sol.

[Ant. II.] 3. Los predicadores de la palabra divina son cubiertos por el ímpetu de las aguas cuando los infieles se ensañan contra ellos. Pues bien, a esta elevación de la voz, el ímpetu de

las aguas lo cubrió de inmediato, porque contra él se levantó enseguida la turba enfurecida de los pueblos. Está escrito: Por eso los judíos buscaban matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios (Juan 5, 18). De este ímpetu de las aguas clama el Profeta: Me rodearon como agua todo el día, me rodearon todos juntos (Salmo 87, 18). Y de nuevo: Sálvame, Dios, porque las aguas han llegado hasta mi alma (Salmo 68, 2). Estas aguas ciertamente las soportó en sí mismo antes de la muerte, y en los suyos también después de la ascensión. De ahí que clame desde lo alto: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos 9, 4). He aquí que ya había ascendido al cielo, y sin embargo Saulo aún lo perseguía con el ímpetu de las aguas de los infieles, y la ola más hinchada que las demás lo tocaba. Él es quien habla rectamente a través de los buenos, él es quien es lacerado en la pasión de los buenos. Así, para mostrar el Señor con la maravillosa unidad de la caridad que es él quien predica a los oyentes indignos a través de la boca de sus santos, dice: ¿Acaso elevarás tu voz en la nube? Y para mostrar que es él quien sufre todas las adversidades en sus santos, añadió: ¿Y el ímpetu de las aguas te cubrirá? entiendes como a mí, a quien todos los inicuos ni entienden hablando a través de los santos predicadores, ni ven sufriendo a través de los que mueren. Narra, pues, el Señor lo que padece de los hombres, para que se mitigue el dolor del hombre afligido, como si le dijera abiertamente: Considera cuidadosamente lo mío, y soporta con ecuanimidad lo tuyo. Pues es mucho menos soportar las heridas humanas que las mías.

4. Incluso los corazones de los justos se oscurecen ante las inspiraciones secretas de Dios. Sin embargo, podemos examinar estas palabras con más detalle si consideramos cuidadosamente nuestros corazones entre los dones celestiales. Ya somos fieles, ya creemos en lo que escuchamos de lo alto, ya amamos lo que creemos. Pero mientras estamos agobiados por ciertas preocupaciones superfluas, nos oscurecemos con una confusión que nos cubre; y cuando el Señor nos insinúa cosas maravillosas sobre sí mismo, como si levantara su voz en la niebla. Cuando habla a nuestras mentes oscuras, es como si fuera escuchado en la niebla, aunque no se le vea. Porque lo que conocemos de Él es supremo, pero aún no lo vemos en la secreta inspiración con la que somos instruidos. Así, quien ofrece a nuestros corazones su palabra, pero oculta su apariencia, forma su voz como en la niebla. Pero he aquí que ya escuchamos las palabras de Dios que habla de sí mismo en nuestro interior, ya reconocemos con qué continuidad y dedicación debemos adherirnos a su amor, y sin embargo, desde la cima de la consideración interna, recaemos en nuestras costumbres debido a la mutabilidad de esta mortalidad, y somos tentados por la importunidad maliciosamente diligente de los pecados inminentes. Por lo tanto, cuando insinúa cosas sutiles sobre sí mismo a nuestras mentes ciegas, levanta su voz en la niebla.

5. Cuando las tentaciones oscurecen nuestro entendimiento de Dios, Él mismo parece estar cubierto por las aguas. Dios no nos abandona, ni siquiera cuando es rechazado. Cuando nuestro entendimiento de Dios es oprimido por la tentación de los vicios, Dios parece estar cubierto por el ímpetu de las aguas en su voz. Tantas aguas arrojamos sobre Él como pensamientos ilícitos albergamos en nuestro corazón después de la inspiración de su gracia. Sin embargo, no nos abandona ni siquiera cuando estamos oprimidos, pues inmediatamente regresa a nuestra mente, disipa las nubes de las tentaciones, infunde la lluvia de la compunción y devuelve el sol de la inteligencia sutil; y así nos muestra cuánto nos ama, quien no nos abandona ni siquiera cuando es rechazado, para que al menos así la conciencia humana, una vez instruida, se avergüence de admitir las tentaciones, ya que su Redentor no cesa de amarla incluso cuando se desvía. Esto lo soporta en nosotros por sí mismo, y lo lleva diariamente a través de sus predicadores entre los infieles. Pues su don es rechazado cuando surge la tentación en nosotros, y sin embargo, no se detiene de infundir su don interiormente

debido a nuestra debilidad. Sus palabras son públicamente rechazadas, y sin embargo, ninguna iniquidad de los infieles lo detiene de otorgar la abundancia de su gracia. Porque cuando los hombres perversos desprecian las enseñanzas, Él añade también milagros para que sean venerados. Por eso, después de la voz emitida, después del ímpetu de las aguas que inundan, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO II [Rec. II].

VERS. 35.---¿Acaso enviarás los relámpagos, y ellos irán, y al regresar te dirán: Aquí estamos?

6. De Dios salen los santos predicadores y a Él regresan, atribuyendo solo a Él los milagros con los que resplandecen. Pues los relámpagos salen de las nubes, así como las obras maravillosas se muestran a través de los santos predicadores. Estos, como hemos dicho a menudo, son llamados nubes porque resplandecen con milagros y llueven con palabras. Y porque los corazones humanos, después de no haber sido movidos por la predicación, se perturban con estos resplandores de milagros, aprendemos del testimonio del Profeta, que dice: Multiplicarás los relámpagos y los perturbarás (Salmo XVII, 15). Como si dijera: Cuando no escuchan las palabras de tu predicación, se perturban por los milagros de los predicadores. De donde está escrito en otro lugar: En la luz irán tus flechas, en el resplandor del fulgor de tus armas (Habacuc III, 11). Las flechas de Dios ir en la luz significa que sus palabras resuenan con verdad manifiesta. Pero porque a menudo los hombres desprecian las palabras de vida incluso cuando las entienden, se añaden también los milagros. De donde allí añadió: En el resplandor del fulgor de tus armas. Pues el resplandor de las armas es la claridad de los milagros. Con las armas nos defendemos, con las flechas destruimos a los adversarios. Las armas, por tanto, con las flechas son los milagros con las predicaciones. Los santos predicadores hieren a sus adversarios con sus palabras como con ciertas flechas; con las armas, es decir, con los milagros, se defienden a sí mismos, para que tanto se escuche su importancia por el ímpetu de las flechas, como se manifieste su reverencia por las armas de los milagros. Se dice, por tanto, al bienaventurado Job: ¿Acaso enviarás los relámpagos, y ellos irán, y al regresar te dirán, Aquí estamos? entiéndase como a mí. Pues los relámpagos van cuando los predicadores resplandecen con milagros y atraviesan los corazones de los oyentes con reverencia celestial. Al regresar dicen, Aquí estamos, cuando no atribuyen a sí mismos, sino a las fuerzas de Dios, todo lo que reconocen haber hecho con fortaleza. ¿Qué es, entonces, decir a Dios, Aquí estamos? En esta palabra se declara una cierta obediencia. Por lo tanto, decir los predicadores santos al regresar, aquí estamos, es tributar alabanza a la gracia de Aquel de quien sienten haber recibido la victoria de la batalla, para no atribuirse a sí mismos lo que obran. Y ciertamente los relámpagos pueden ir obrando, pero no pueden regresar con soberbia.

7. Esto lo realizó Pedro.---Veamos, pues, el relámpago que avanza; a un cierto cojo le dice Pedro: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo, eso te doy: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda. Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó, y al instante se fortalecieron sus pies y tobillos, y de un salto se puso de pie y caminaba (Hechos III, 6). Pero cuando por este hecho se había agitado la multitud de los judíos, veamos ahora el relámpago que regresa, lo que dice: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto, o por qué nos miráis, como si por nuestro propio poder o virtud hubiéramos hecho andar a este? El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su Hijo Jesús (Ibid., 12). Y poco después: De quien nosotros somos testigos, y en la fe de su nombre, a este, que habéis visto y conocéis, su nombre lo ha confirmado, y la fe que es por él

ha dado esta salud completa en presencia de todos vosotros. Así que el relámpago avanzó cuando Pedro realizó el milagro, regresó cuando no se atribuyó a sí mismo, sino al autor lo que hizo. Los relámpagos avanzan cuando los predicadores santos muestran obras maravillosas, pero regresan diciendo que están presentes, cuando en lo que hacen recurren al poder del autor.

8. Los predicadores enviados a la obra pública deben procurar regresar al secreto de la contemplación. Esto, sin embargo, puede entenderse de otra manera. En efecto, como se ha dicho anteriormente, los hombres santos son enviados como relámpagos y van cuando salen del secreto de la contemplación a la obra pública. Son enviados y van cuando se difunden desde el escondite de la especulación íntima a la amplitud de la vida activa. Pero al regresar dicen a Dios: "Aquí estamos", porque después de las obras exteriores que realizan, siempre recurren al seno de la contemplación para reavivar allí la llama de su ardor y encenderse como por el toque de la claridad celestial. Pues rápidamente se enfriarían entre las mismas buenas obras exteriores, si no regresaran incesantemente con intención diligente al fuego de la contemplación. Por eso, bien se dice por Salomón: "Al lugar de donde salen los ríos, regresan para fluir de nuevo" (Eclesiastés I, 7). Ellos son llamados ríos allí, quienes aquí son llamados relámpagos. Porque riegan los corazones de los oyentes, son ríos; y porque encienden, son recordados como relámpagos. De los cuales está escrito en otro lugar: "Los ríos, Señor, han elevado; los ríos han elevado sus voces" (Salmo XCII, 3). Y de nuevo: "Sus relámpagos iluminaron el mundo" (Salmo XCVI, 4). Por lo tanto, regresan al lugar de donde salen los ríos, porque los hombres santos, aunque salen de la presencia de su Creador, cuya claridad intentan contemplar con la mente, vienen afuera por nosotros al ministerio de la vida activa, pero incesantemente recurren al santo estudio de la contemplación, y si en su predicación se vierten exteriormente en nuestros oídos a través de palabras corporales, con la mente silenciosa siempre regresan a considerar la misma fuente de luz. De los cuales también se dice bien: "Para que fluyan de nuevo". Pues si no recurrieran siempre con mente diligente a contemplar a Dios, ciertamente la sequedad interna también secaría las palabras exteriores de su predicación. Pero mientras tienen sed incesante de ver a Dios, como ríos que van a fluir afuera, siempre surgen dentro, para que allí, amando, tomen de donde fluyan hacia nosotros predicando. Por lo tanto, se dice correctamente: "¿Enviarás relámpagos, y ellos irán, y al regresar te dirán: 'Aquí estamos'?" Se entiende que yo, que dispongo a mis predicadores cuando quiero, después de la gracia de la contemplación, para el ministerio de la vida activa; a quienes, sin embargo, siempre llamo de las buenas obras exteriores al culmen interno de la contemplación, para que, a veces enviados, salgan a realizar obras, y a veces llamados, vivan más familiarmente conmigo en el estudio de la especulación. Por lo tanto, al regresar dicen "Aquí estamos", porque aunque en las acciones exteriores parezca faltarles algo de contemplación, por el ardor del deseo, que encienden continuamente en su mente, muestran su presencia a Dios obedeciendo. Decir "Aquí estamos" es mostrar que están presentes amando. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 36.---¿Quién puso en las entrañas del hombre la sabiduría? ¿O quién dio al gallo la inteligencia?

9. A los predicadores, simbolizados por el gallo que anuncia el día con su canto, se les concede inteligencia por Dios. ¿Por qué los lomos de este gallo están ceñidos? ¿Quiénes son designados aquí con el nombre de gallo, sino los mismos santos predicadores, repetidos de otra manera, que en las tinieblas de la vida presente se esfuerzan por anunciar la luz venidera,

como si cantaran? Dicen: La noche ha pasado, el día se ha acercado (Rom. XIII, 12). Con sus voces sacuden el sueño de nuestra pereza, clamando: Ya es hora de levantarnos del sueño (Rom. XIII, 11). Y de nuevo: Despertad, justos, no pequéis (I Cor. XV, 34). [Vet. V.] De este gallo está escrito: Tres cosas hay que caminan bien, y una cuarta que avanza con felicidad: el león, el más fuerte de las bestias, que no teme el encuentro con nadie; el gallo con los lomos ceñidos, y el carnero, y no hay rey que le resista (Prov. XXX, 29). En este lugar se menciona al león del que está escrito: Ha vencido el león de la tribu de Judá (Apoc. V, 5). Se le llama el más fuerte de las bestias, porque en él lo que es débil de Dios es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25). No teme el encuentro con nadie. Dice: Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan XIV, 30). El gallo con los lomos ceñidos, es decir, los santos predicadores que anuncian la verdadera mañana en las tinieblas de esta noche. Están ceñidos de lomos porque restringen de sus miembros los flujos de la lujuria. En los lomos reside la lujuria. Por eso el Señor les dice: Tened ceñidos vuestros lomos (Luc. XII, 35). Y el carnero, y no hay rey que le resista. ¿A quién más entendemos aquí como carnero sino al primer orden de sacerdotes dentro de la Iglesia? De quienes está escrito: Ofreced al Señor hijos de carneros (Sal. XXVIII, 1); que con sus ejemplos guían al pueblo que avanza, como un rebaño de ovejas que les sigue. A quienes, viviendo espiritualmente y rectamente, ningún rey puede resistir, porque cualquier perseguidor que se les oponga no puede impedir su intención. Saben que hacia aquel a quien desean, corren ansiosamente y, muriendo, llegan. Se menciona, por tanto, primero al león, segundo al gallo, tercero al carnero. Apareció Cristo, luego los santos predicadores apóstoles, y finalmente los padres espirituales, los superiores de las Iglesias, es decir, los líderes de los rebaños, porque son los maestros de los pueblos que les siguen.

10. El Anticristo, elevado a lo sublime, aparecerá como un necio. En esta vida, no todo lo que es bueno es feliz, ni todo lo que es feliz es bueno. --- Pero afirmamos esto aún mejor si exponemos también el resto del mismo pasaje. Pues, porque después de esto también aparecerá el Anticristo, añadió allí el cuarto, diciendo: Y el que apareció como necio, después de haber sido elevado a lo sublime. Porque si hubiera entendido, habría puesto su mano sobre su boca (Prov. XXX, 32). Él ciertamente será elevado a lo sublime, cuando mienta diciendo que es Dios. Pero elevado a lo sublime, aparecerá como un necio, porque en esa misma elevación suya fallará por la venida del verdadero juez. Si hubiera entendido, habría puesto su mano sobre su boca; es decir, si hubiera previsto su castigo cuando comenzó a enorgullecerse, no habría sido elevado a tal jactancia de soberbia. No debe preocuparnos lo que se dijo anteriormente: El cuarto que avanza felizmente (Ibid., 29). Pues dijo que tres avanzan bien, y el cuarto felizmente. No todo lo que es feliz es bueno; ni en esta vida todo lo que es bueno es feliz. Porque el león, el gallo y el carnero avanzan bien, pero no aquí felizmente, porque sufren persecución y guerras. Pero el cuarto avanza felizmente, y no bien, porque el Anticristo caminará en su engaño, pero según el breve tiempo de la vida presente, ese engaño le prosperará, como se dijo de él bajo la figura de Antíoco por Daniel: Se le dio poder contra el sacrificio perpetuo, a causa de los pecados, y la verdad será echada por tierra, y hará y prosperará (Dan. VIII, 12). Lo que Salomón dice: Avanza felizmente, Daniel lo dice prosperará. Según este testimonio que se dice por Salomón: Gallo ceñido de lomos (Prov. XXX, 31), también aquí tomamos al gallo como los santos predicadores. Refiriéndose a sí mismo, el Señor dice: ¿Quién puso en el interior del hombre la sabiduría? ¿O quién dio al gallo la inteligencia? Como si dijera: ¿Quién infundió en el corazón del hombre la gracia de la sabiduría suprema? ¿O quién, sino yo, dio inteligencia a los mismos santos predicadores, para que sepan cuándo o a quiénes deben anunciar la llegada del amanecer? Por eso, saben cuándo y qué hacer, porque lo conocen internamente por mi revelación. Es de notar que la sabiduría inspirada divinamente en el interior del hombre, porque ciertamente en cuanto al número de los elegidos se refiere, no se da solo en las palabras, sino también en los sentidos,

para que según lo que habla la lengua viva la conciencia, y su luz resplandezca tanto más claramente en la superficie cuanto más verdaderamente arde en el corazón.

[Rec. IV.] 11. Cuánta discreción necesitan los rectores de las almas.---Es un gran trabajo lo que se añade: ¿O quién dio al gallo la inteligencia?, que requiere una exposición aún más sutil. La inteligencia de los doctores debe ser tanto más sutil cuanto más se ejercitan en penetrar lo invisible, cuanto menos discuten lo material, y cuanto, al hablar a través de la voz del cuerpo, trascienden todo lo que es del cuerpo. Esta inteligencia, en verdad, no sería adecuada para los más altos, a menos que el mismo Creador de los más altos la ministrara al gallo que canta, es decir, al doctor que predica. El gallo también recibió inteligencia para que primero discierna las horas del tiempo nocturno y luego emita la voz de la excitación, porque, evidentemente, todo santo predicador considera primero la calidad de vida en sus oyentes y luego forma la voz adecuada de la predicación para instruir. Como si discernir las horas de la noche fuera juzgar los méritos de los pecadores, como si discernir las horas de la noche fuera corregir las tinieblas de las acciones con una voz adecuada de reprensión. Por lo tanto, al gallo se le concede inteligencia desde lo alto, porque al doctor de la verdad se le ministra divinamente la virtud de la discreción, para que sepa a quién, qué, cuándo o cómo impartir.

[Vet. VI.] 12. Exhortación que a algunos beneficia y a otros perjudica.---No es que una misma exhortación convenga a todos, porque tampoco a todos les ata la misma calidad de costumbres. A menudo, lo que beneficia a unos, perjudica a otros. Pues las hierbas que alimentan a ciertos animales, matan a otros; el suave silbido calma a los caballos, pero incita a los cachorros; el medicamento que disminuye una enfermedad, fortalece otra; y el pan que robustece la vida de los fuertes, mata a los pequeños. Por lo tanto, el discurso de los doctores debe formarse según la calidad de los oyentes, y debe adecuarse a cada uno, sin apartarse nunca del arte de la edificación común. ¿Qué son las mentes atentas de los oyentes, sino como ciertas tensiones de cuerdas extendidas en una cítara? El artista que las toca, para que no produzcan una melodía disonante, las pulsa de manera diferente. Y por eso las cuerdas devuelven una modulación consonante, porque son golpeadas con un mismo plectro, pero no con el mismo impulso. Por lo tanto, cada doctor, para edificar a todos en la única virtud de la caridad, debe tocar los corazones de los oyentes con una sola doctrina, pero no con una misma exhortación.

13. Según la cualidad de cada uno, deben darse diversas advertencias. De una manera deben ser advertidos los hombres, de otra las mujeres; de una manera los jóvenes, de otra los ancianos; de una manera los pobres, de otra los ricos; de una manera los alegres, de otra los tristes; de una manera los súbditos, de otra los prelados; de una manera los siervos, de otra los amos; de una manera los sabios de este mundo, de otra los necios; de una manera los impúdicos, de otra los pudorosos; de una manera los insolentes, de otra los pusilánimes; de una manera los impacientes, de otra los pacientes; de una manera los benevolentes, de otra los envidiosos; de una manera los simples, de otra los impuros; de una manera los sanos, de otra los enfermos; de una manera los que temen los castigos y por eso viven inocentemente; de otra manera los que se han endurecido tanto en la iniquidad que ni siquiera los castigos los corrigen; de una manera los demasiado callados, de otra los que se entregan al mucho hablar; de una manera los tímidos, de otra los audaces; de una manera los perezosos, de otra los precipitados; de una manera los mansos, de otra los iracundos; de una manera los humildes, de otra los altivos; de una manera los pertinaces, de otra los inconstantes; de una manera los dados a la gula, de otra los abstinentes; de una manera los que misericordiosamente dan lo suyo, de otra los que se esfuerzan por arrebatarse lo ajeno; de una manera los que ni arrebatan lo ajeno ni dan lo suyo, de otra los que dan lo que tienen y no dejan de arrebatarse lo ajeno; de

una manera los discordantes, de otra los pacíficos; de una manera los que siembran discordias, de otra los pacificadores; de una manera deben ser advertidos los que no entienden correctamente las palabras de la ley sagrada, de otra los que las entienden correctamente pero no las expresan humildemente; de una manera los que, aunque pueden predicar cosas dignas, temen por excesiva humildad, de otra los que la imperfección o la edad les prohíbe predicar, y sin embargo la precipitación los impulsa; de una manera los que prosperan en lo que temporalmente desean, de otra los que codician las cosas del mundo pero se fatigan con el trabajo de la adversidad; de una manera los obligados por el matrimonio, de otra los libres de los lazos del matrimonio; de una manera los que han experimentado la unión carnal, de otra los ignorantes; de una manera los que deploran los pecados de las obras, de otra los de los pensamientos; de una manera los que lamentan lo cometido pero no lo abandonan, de otra los que lo abandonan pero no lo lamentan; de una manera los que alaban lo ilícito que hacen, de otra los que acusan lo malo pero no lo evitan; de una manera los que son superados por la concupiscencia repentina, de otra los que están atados al pecado por consejo; de una manera los que, aunque hacen cosas mínimas, frecuentemente hacen lo ilícito, y de otra los que se guardan de lo pequeño pero a veces se hunden en lo grave; de una manera los que no inician el bien, de otra los que no consuman lo iniciado; de una manera los que hacen el mal en secreto y el bien en público, de otra los que ocultan el bien que hacen y, sin embargo, permiten que se piense mal de ellos públicamente por ciertos hechos. Y ciertamente debimos insinuar sutilmente cuál es el orden de la admonición para cada uno, pero nos vemos impedidos por el temor a la prolijidad del discurso. Sin embargo, con la ayuda de Dios, el ánimo desea completar esto en otra obra, si aún queda algo de tiempo en esta vida laboriosa.

[Vet. VII.] 14. Los inicuos deben ser reprendidos con voces altas y fuertes, mientras que aquellos que se han apartado de la iniquidad deben ser amonestados con palabras suaves y amables.---Tenemos, sin embargo, otra cosa que debemos considerar sobre la inteligencia de este gallo, ya que suele emitir cantos más fuertes y prolongados en las horas más profundas de la noche, pero cuando se acerca el tiempo matutino, sus voces se vuelven más suaves y breves. En esto, la inteligencia de este gallo nos muestra la discreción de los predicadores. Cuando predicán a mentes aún iniquas, anuncian con voces altas y fuertes los terrores del juicio eterno, porque, en efecto, claman como en las tinieblas de la noche profunda. Pero cuando reconocen que la luz de la verdad ya ha llegado a los corazones de sus oyentes, transforman la magnitud de su clamor en la suavidad de la dulzura, y no proclaman tanto lo que es terrible sobre los castigos, sino lo que es amable sobre las recompensas. También cantan entonces con voces más breves, porque al acercarse la mañana predicán cosas sutiles sobre los misterios, para que sus seguidores escuchen cosas más delicadas sobre lo celestial, a medida que se acercan a la luz de la verdad, y aquellos que fueron despertados por el largo clamor del gallo, encuentren deleite en el canto más breve mientras vigilan; de modo que a cualquiera que haya sido corregido le plazca conocer sutilmente las dulzuras del reino, quien antes temía las adversidades del juicio. Esto se expresa bien a través de Moisés, cuando se ordena que las trompetas suenen más brevemente para convocar al ejército. Pues está escrito: Hazte dos trompetas de plata labrada (Núm. X, 2). Y poco después: Cuando suene el toque breve, se moverán los campamentos (Ibid, 5). Porque el ejército es conducido por dos trompetas, ya que el pueblo es llamado al combate de la fe por los dos preceptos de la caridad. Se ordena que sean de plata para que las palabras de los predicadores brillen con el resplandor de la luz, y no confundan la mente de los oyentes con ninguna oscuridad. Además, deben ser labradas, porque es necesario que aquellos que predicán la vida venidera crezcan con los golpes de las tribulaciones presentes. Se dice bien: Cuando suene el toque breve, se moverán los campamentos (Núm. X, 5), porque, sin duda, cuando el discurso de la

predicación se lleva a cabo de manera más sutil y breve, los corazones de los oyentes se excitan con mayor ardor contra las pruebas de las tentaciones.

15. Los que exhortan a otros por oficio, primero deben ejercitarse en buenas obras.---Hay aún otra cosa que observar con atención en el gallo, ya que cuando se dispone a cantar, primero sacude sus alas y, golpeándose a sí mismo, se hace más vigilante. Esto lo vemos claramente si observamos atentamente la vida de los santos predicadores. Ellos, cuando pronuncian palabras de predicación, primero se ejercitan en acciones santas, para no, estando ellos mismos inactivos en la obra, despertar a otros solo con la voz; sino que primero se sacuden a sí mismos con hechos sublimes, y entonces hacen que otros se preocupen por obrar bien. Primero se golpean a sí mismos con las alas de sus pensamientos, porque descubren con investigación diligente todo lo que en ellos inútilmente languidece, y lo corrigen con estricta consideración. Primero se preocupan por castigar sus propias faltas con lágrimas, y luego denuncian lo que debe ser castigado en los demás. Por lo tanto, primero hacen sonar sus alas antes de emitir el canto, porque antes de pronunciar palabras de exhortación, proclaman con obras todo lo que van a decir; y cuando vigilan perfectamente en sí mismos, entonces llaman a otros dormidos a la vigilia.

16. Para que los predicadores y doctores cumplan correctamente con su deber, lo tienen de Dios.---Pero, ¿de dónde proviene tanta inteligencia en el doctor, que no solo vigila perfectamente sobre sí mismo, sino que también llama a los que duermen a las vigiliass con ciertos clamores, que primero disipa cautelosamente las tinieblas del pecado y luego muestra discretamente la luz de la predicación, que se adapta a cada uno según el modo y el tiempo, y al mismo tiempo muestra a todos lo que les sigue? ¿De dónde se alcanza tanto y con tanta sutileza, si no es enseñado internamente por aquel que lo creó? Porque, por tanto, la alabanza de tanta inteligencia no es virtud del predicador, sino del autor, correctamente se dice por el mismo autor: ¿O quién dio al gallo la inteligencia? Como si dijera: A menos que yo, que maravillosamente instruí las mentes de los doctores, que admirablemente creé de la nada, para entender lo que está oculto. Por lo tanto, bien para mostrar que en las palabras de los predicadores no solo es el inspirador de la inteligencia, sino también el autor de la locución, añade:

VERS. 37.---¿Quién narrará la disposición de los cielos?

[Rec. V.] Sin embargo, porque sus palabras, cuando se nos muestra bajo una apariencia, se retira, añadió inmediatamente:

CAPÍTULO IV.

IBID.---¿Y quién hará que el concierto del cielo duerma?

17. Cuando Dios se revele en su majestad, la predicación cesará. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, coeterno con ambos. En esta vida, el Señor no se ha manifestado a nuestra debilidad con la apariencia abierta de su majestad, sino que ha hablado a través de la voz de sus predicadores, para que los corazones aún carnales sean tocados por un lenguaje carnal, y tanto más fácilmente perciban lo inusual cuanto lo escuchen a través del sonido de una voz familiar. Pero después de que la carne se disuelva en polvo por la muerte, y el polvo sea animado por la resurrección, entonces no buscaremos escuchar palabras sobre Dios, porque ya veremos el Verbo de Dios que llena todo a través de su apariencia. Esto nos resuena tanto más profundamente cuanto penetra nuestras mentes con la fuerza de una iluminación interna.

Porque, al eliminar las palabras fuertes y mortales, la imagen misma de la visión interna se convierte en una especie de sonido de eterna predicación. Por eso, con razón, el Señor dice ahora al bienaventurado Job: ¿Quién narrará la razón de los cielos, y quién hará callar el concierto del cielo? ¿Qué se entiende por la razón de los cielos, sino la visión suprema de los secretos? ¿Qué se significa por el concierto del cielo, sino el discurso concordante de los predicadores? Así, cuando nuestro Creador comience a narrar la razón de los cielos, hará callar el concierto del cielo, porque cuando ya se nos muestra a través de la apariencia, ciertamente las palabras de los predicadores se retiran. Por eso, el Señor dice a través de Jeremías: No enseñará más cada uno a su prójimo, ni cada uno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor. Porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor (Jeremías 31, 34). De ahí que Pablo diga: Las profecías se acabarán, las lenguas cesarán, el conocimiento será destruido (1 Corintios 13, 8). O ciertamente, la razón de los cielos es la misma virtud vivificadora que forma los espíritus de los ángeles. Porque Dios, así como es la causa de las causas, la vida de los vivientes, también es la razón de las criaturas racionales. Entonces, el Señor narra la razón de los cielos cuando nos muestra cómo gobierna a los espíritus elegidos. Entonces narra la razón de los cielos cuando, al borrar la oscuridad de nuestra mente, se manifiesta con una visión clara. Por eso, en el Evangelio, el Señor dice: Viene la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que os anunciaré claramente acerca del Padre (Juan 16, 25). Asegura que anunciará claramente acerca del Padre, porque entonces, a través de la apariencia revelada de su majestad, mostrará cómo procede el Espíritu de ambos, coeterno con ambos. Entonces veremos claramente cómo lo que es por generación no es posterior a aquel de quien procede, y cómo aquel que es producido por procesión no es precedido por quienes lo producen. Entonces veremos claramente cómo lo que es uno es divisiblemente tres, y cómo lo que es tres es indivisiblemente uno. La lengua de Dios narrante será entonces la claridad vista que eleva. Y el concierto del cielo dormirá entonces, porque al aparecer en el juicio el retribuidor de las obras, las palabras de exhortación cesarán. Por eso, el tiempo de la resurrección se añade claramente, cuando inmediatamente se proclama:

CAPÍTULO V.

VERS. 38.---Cuando se fundaba el polvo en la tierra, y se compactaban los terrones.

18. El tiempo de la resurrección previsto y anunciado por Job.---Porque el discurso divino describe como ya pasados los eventos futuros, manteniendo en sí mismo lo que se dice a través de él: El que hizo lo que ha de venir (Isaías XLV, 11, según la LXX). Así, el polvo entonces se deposita en la tierra, porque se reduce a miembros sólidos. Y los terrones se compactan, porque ciertamente los cuerpos firmes recogidos del polvo se levantan. Pero después de haber explicado cómo deben entenderse estas palabras del Señor sobre el futuro, indiquemos ahora también lo que insinúan sobre el presente.

[Vet. IX.] 19. A los réprobos se les ocultan las cosas celestiales, se revelan a los elegidos.---¿Quién narrará la razón de los cielos, y quién hará dormir el concierto del cielo? El Señor narra la razón de los cielos, mientras ahora, insinuando los secretos supremos, ilumina las mentes de sus elegidos. En verdad, hace dormir el concierto del cielo, mientras oculta con justo juicio los himnos concordantes de los ángeles y aquellas alegrías de las virtudes celestiales a los corazones de los réprobos. Este concierto del cielo, aunque en sí mismo está vigilante internamente, sin embargo, en la ignorancia de los réprobos, duerme externamente. Por lo tanto, se narra la razón del secreto celestial, y sin embargo, se permite que el concierto

del cielo duerma, porque a unos se les revela la ciencia de la retribución suprema por inspiración, y a otros se les oculta cuál es la suavidad de la alabanza interna.

20. Los visibles retienen aquí a los réprobos, pero a los santos los impulsan hacia cosas mejores. Se narra la disposición de los cielos, porque a las mentes de los elegidos se les revela continuamente cuál es la recompensa de los celestiales, para que, sin duda, progresen sin cesar y, al pasar por lo visible, se extiendan hacia lo invisible. Pues todo lo visible que en esta vida fija a los réprobos, a los elegidos los impulsa hacia otras cosas, porque al contemplar los bienes que han sido hechos, arden en amor hacia aquel por quien fueron creados; y tanto más lo aman cuanto consideran que él precede a lo que él mismo ha creado como bueno. Esto les habla internamente con la silenciosa voz de la lengua invisible de la compunción. Cuanto más plenamente la escuchan en su interior, más perfectamente se apartan del ruido de los deseos exteriores. Por tanto, el concierto de los cielos no duerme en ellos, porque su mente, con el oído del amor atento, reconoce cuál es la dulzura de la alabanza suprema. En su interior oyen lo que desean, y son instruidos sobre las recompensas de los bienes celestiales por el mismo deseo de la Divinidad. Por lo cual, soportan la vida presente no solo cuando es adversa, sino incluso cuando es favorable, con gran pesadumbre, porque todo lo que se ve les resulta oneroso, mientras son apartados de lo que oyen en su interior. Consideran pesado todo lo que tienen a su disposición, porque no es aquello a lo que anhelan; sin cesar, su mente, fatigada por los trabajos de la temporalidad, se suspende en ese gozo celestial que ha de ser retomado, mientras, al irrumpir en el oído del corazón el concierto de los cielos, esperan cada día la sociedad de los ciudadanos celestiales. Este concierto de la alabanza suprema había irrumpido en el oído de aquel que decía: Entraré en el lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios, con voz de júbilo y de confesión, sonido de la ciudad festiva (Salmo XLI, 5). Quien, por tanto, había oído en su interior la voz de júbilo y de confesión y el sonido de la ciudad festiva, ¿qué otra cosa lo excitaba sino el concierto de los cielos?

21. El concierto de los cielos no es escuchado por los perversos.---Este concierto, sin embargo, permanece dormido para los réprobos, porque no se manifiesta en sus corazones a través de la voz de la compunción. No se esfuerzan en considerar aquella deseable multitud de los ciudadanos celestiales, no contemplan con ningún rayo de ardor las fiestas internas de esa solemnidad, no se elevan con ninguna ala de contemplación en su interior. Pues sirven solo a las cosas visibles, y por eso no escuchan nada de la dulzura celestial en su interior, porque, como dijimos antes, el tumulto sordo de las preocupaciones mundanas los oprime en el oído del corazón. Porque, por la disposición oculta del juicio, lo que se revela a unos se cierra a otros, lo que se descubre a unos se oculta a otros, se dice correctamente: ¿Quién narrará la razón de los cielos, y quién hará dormir el concierto del cielo? Esto, sin embargo, se nos hizo más conocido cuando nuestro Redentor, apareciendo por el misterio de la dispensación, ofreció misericordia a los indignos y excluyó de sí a aquellos que parecían dignos. Por lo tanto, aquí también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO VI [Vet. X, Rec. VI].

VERS. 38.---Cuando se fundaba el polvo en la tierra, y se compactaban los terrones.

22. Los pecadores, semejantes al polvo, son arrastrados por cualquier sopro de tentación. La gracia del Espíritu Santo los fortalece y los une en la caridad. ¿A quién entendemos por polvo sino a los pecadores, que no están fortalecidos por el peso de la razón y son arrastrados por cualquier sopro de tentación? De ellos está escrito: No así los impíos, no así, sino como el

polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo I, 5). El polvo, por tanto, se asienta en la tierra cuando los pecadores llamados en la Iglesia son fortalecidos por la razón de la fe transmitida, de modo que quienes antes eran levantados por la inconstancia de la brisa de la tentación, después permanecen inmóviles contra las tentaciones, y adhiriéndose perseverantemente a Dios, mantienen el peso firme de vivir bien. Los terrones se coagulan con humedad y polvo. En esta tierra, pues, los terrones están compactados, porque los pecadores llamados e infundidos por la gracia del Espíritu Santo están unidos en la colección de la caridad. Estos terrones están compactados en la tierra cuando los pueblos que antes pensaban de manera diversa, como en la dispersión del polvo, después, al recibir la gracia del Espíritu Santo, se reunieron en aquella concordia de unanimidad pacífica, de modo que, siendo tres mil, o nuevamente cinco mil, según testifica la Escritura, se decía que tenían un solo corazón y una sola alma (Hechos IV, 32). El Señor compone diariamente estos terrones en la tierra, de un solo polvo pero distinguidos por diversa magnitud, porque, manteniendo la unidad del sacramento, reúne en la Iglesia a los pueblos fieles según la variedad de costumbres y lenguas. El Señor ya designó estos terrones cuando mandó que se recostaran en grupos de cincuenta o de cien para comer el pan y los peces (Mateo XIV, 19, 20).

23. En la Iglesia hay diversos órdenes.---Sin embargo, si consideramos estas parcelas en la Iglesia desde la diversidad de méritos, tal vez podamos distinguirlas aún más sutilmente. Pues mientras hay un orden de predicadores, otro de oyentes; uno de gobernantes, y otro de súbditos; uno de cónyuges, otro de continentes, otro de penitentes, otro de vírgenes; es como si de una misma tierra se distinguiera una forma diversa de parcelas, mientras en una misma fe, en una misma caridad, se demuestran los méritos dispares de los que obran bien. Estas parcelas fueron significadas por aquel pueblo que, para la construcción del tabernáculo, ofreció diversos dones con un mismo propósito, de lo cual está escrito: Todo lo que era necesario para el culto del tabernáculo y para las vestiduras sagradas, los hombres junto con las mujeres lo ofrecieron, brazaletes y pendientes, anillos y pulseras, todo vaso de oro fue separado como ofrenda al Señor. Si alguien tenía jacinto, púrpura, carmesí teñido dos veces, lino fino y pelos de cabra (Éxodo 35, 22), etc.

24. Cada uno ofrece dones para cumplir con el culto de la Iglesia. Por lo tanto, en la ornamentación del tabernáculo, los hombres ofrecen dones junto con las mujeres, porque en el cumplimiento del culto de la santa Iglesia se cuentan tanto las obras sublimes de los fuertes como las acciones extremas de los débiles. ¿Qué se representa por las pulseras que rodean los brazos sino las obras de los superiores que trabajan con vigor? ¿Y qué se expresa por los pendientes sino la obediencia de los subordinados? ¿Qué se simboliza por los anillos sino el sello de los secretos? A menudo, los maestros sellan lo que consideran que no puede ser comprendido por los oyentes. ¿Y qué se recuerda por los brazaletes sino los ornamentos de la primera operación? ¿Qué se entiende por el vaso de oro separado para las ofrendas del Señor sino la inteligencia de la divinidad, que se separa tanto del amor de las cosas inferiores cuanto se eleva para amar solo lo que es eterno? ¿Qué se simboliza por el jacinto sino la esperanza de las cosas celestiales? ¿Qué se representa por la púrpura sino la sangre y la tolerancia de las pasiones ofrecidas por amor al reino eterno? ¿Y qué se demuestra por el carmesí teñido dos veces sino la caridad, que se tiñe dos veces por perfección, porque se adorna con el amor a Dios y al prójimo? ¿Qué se simboliza por el lino fino sino la incorruptibilidad inmaculada de la carne? ¿Y qué se designa por los pelos de cabra, de los cuales se teje la aspereza de los cilicios, sino la dura aflicción de los penitentes? Mientras unos ejercen un fuerte magisterio a través de las pulseras y los anillos, otros muestran devota obediencia y recta operación a través de los pendientes y los brazaletes, otros poseen una inteligencia de Dios clara y más sutil a través del vaso de oro separado; otros, a través del jacinto, la púrpura y el carmesí, no

dejan de esperar, creer y amar las cosas celestiales escuchadas, incluso aquellas que aún no conocen con un intelecto más sutil; otros ofrecen la incorruptibilidad de la carne a través del lino fino; otros lamentan con aspereza lo que cometieron voluntariamente a través de los pelos de cabra; como si de una sola tierra se produjeran innumerables terrones, porque de un solo y mismo servicio surgen obras dispares de los fieles. Estos terrones ciertamente no se levantarían compactados del polvo, si el polvo no recibiera primero agua y se solidificara con la humedad recibida, porque si la gracia del Espíritu Santo no infundiera a los pecadores, la unidad de la caridad de la fe no los mantendría unidos en las obras. Cuando el Señor relate la razón de los cielos, o haga callar la armonía del cielo, que lo revele. Dice: Cuando se fundaba el polvo en la tierra, y se compactaban los terrones. Como si dijera: Entonces, primero con una vocación y discreción manifiesta, revelé secretos espirituales no sin misericordia a unos, y no sin justicia los cerré a otros, cuando rechazaba a unos y unía a otros dentro de la Iglesia con la concordia de la caridad. Esta santa Iglesia, porque fue rechazada por la perfidia de los judíos, se dirigió a las naciones para atraerlas y convertirlas en su cuerpo, lo cual no hizo con sus propias fuerzas, sino con las del Señor, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO VII [Ant. XI, Rec. VII].

VERS. 39.---¿Acaso capturarás la presa para la leona, y llenarás el alma de sus cachorros?

25. La Iglesia es una leona, cuyos cachorros fueron los apóstoles. Sin duda, esta es la leona de la que hablaba Job, cuando veía a la orgullosa Judea ser dejada de lado por la predicación de la Iglesia: No la pisaron los hijos de los mercaderes, ni pasó por ella la leona (Job 28, 8). A esta leona, por tanto, el Señor le toma la presa, para llenar el alma de sus cachorros, porque para el crecimiento de esta Iglesia arrebató innumerables almas de entre los gentiles, y a través del lucro de las almas sació los deseos hambrientos de los apóstoles. Estos cachorros fueron llamados así por la ternura de su mente y la debilidad de su temor, porque, después de la pasión del Señor, permanecían con las puertas cerradas, como está escrito de ellos: Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas donde los discípulos se encontraban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús y se puso en medio de ellos (Juan 20, 19). Por lo tanto, aquí también se añade apropiadamente sobre estos mismos cachorros:

CAPÍTULO VIII.

VERS. XL.---Cuando yacen en las cuevas, y acechan en las grutas.

26. En las cuevas primero se recostaron, desde donde saltaron al mundo para hacer presas. Pues cuando los santos apóstoles no se levantaban aún con la voz de la libre predicación contra los miembros del diablo, y aún no fortalecidos por la efusión del Espíritu Santo después de la pasión del Señor, no proclamaban a su Redentor con firme autoridad, todavía acechaban a sus adversarios como en cuevas. Con las puertas cerradas, como en ciertas grutas ocultas, los cachorros que habrían de arrebatarse al mundo se recostaban, para luego, presumiendo, saquear la presa de las almas, de las cuales entonces es seguro que temían el ímpetu del mundo incluso ocultándose a sí mismos. Con aquellas puertas cerradas, estos cachorros acecharon la muerte de nuestra muerte, para matar nuestra culpa y destruir toda vida de pecado en nosotros. A este primer cachorro hambriento, pero ya fuerte, se le muestra la gentilidad a través de un lienzo, como si se le mostrara una presa, y se le dice: Mata y come (Hechos 10, 13). A estos cachorros, aún débiles, se les ordena que permanezcan en las cuevas, cuando se les dice con la voz del Señor: Quedaos aquí en la ciudad hasta que seáis

revestidos de poder desde lo alto (Lucas 24, 49). ¿No se les llama correctamente cachorros de leona, quienes nacidos en la Iglesia arrebataron al mundo adverso con su boca?

27. Los doctores perfectos imitan a aquellos. Sabe hablar correctamente quien sabe callar ordenadamente.---Y estas acciones de los santos apóstoles conocemos, estas mismas vemos ahora realizadas por los doctores perfectos. Pues ellos, aunque son padres de los pueblos que les siguen, sin embargo, son hijos de los que les precedieron; por lo cual, no sin razón, se les llama cachorros. O ciertamente, aunque son maestros de algunos fieles, se glorían de ser discípulos de la Iglesia universal. Así pues, el Señor toma la presa de la leona, porque con la fuerza de su inspiración arrebató de su error la vida de los que delinquen; y llena las almas de sus cachorros, porque con la conversión de muchos satisface los piadosos deseos de los doctores. De estos cachorros se dice bien: Cuando yacen en las cuevas, y acechan en las guaridas. Pues no todos los tiempos son adecuados para la doctrina. Porque a menudo se pierde la fuerza de las palabras si se pronuncian intempestivamente. Muchas veces, lo que se dice suavemente se anima con el tiempo adecuado. Por lo tanto, sabe hablar correctamente quien también sabe callar ordenadamente. ¿De qué sirve corregir a alguien enojado en un momento en que, con la mente alterada, no solo no puede percibir palabras ajenas, sino que apenas puede tolerarse a sí mismo? Quien corrige a un furioso con invectivas, es como si impusiera golpes a un ebrio que no siente. Por lo tanto, para que la doctrina pueda llegar al corazón del oyente, debe considerar los momentos adecuados de los tiempos. Bien se dice de estos cachorros: Cuando yacen en las cuevas, y acechan en las guaridas. Los santos doctores, cuando ven lo que debe ser corregido y, sin embargo, se retienen en sus pensamientos en silencio, es como si se ocultaran en guaridas y se cubrieran en cuevas, porque se ocultan en sus corazones. Pero cuando encuentran el momento oportuno, de repente saltan, no callan lo que debe ser dicho, y con la mordida de una áspera reprensión sujetan el cuello de los soberbios. Así, ya sea a través de los apóstoles o de los doctores, a quienes el Señor ha puesto en lugar de los apóstoles, diariamente el Señor toma la presa de esta leona, y a través de aquellos que ha capturado no cesa de capturar a otros. Pues los justos arrebatan a los pecadores de este mundo, para que a través de los convertidos también otros sean arrebatados del mundo. Por lo cual, esa misma gemitividad, que fue arrebatada por la piadosa boca de los apóstoles, ahora tiene tanta hambre de otros como reconoce que fue deseada por los apóstoles. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO IX [Ant. XII, Rec. VIII].

VERS. 41.---¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman a Dios, vagando porque no tienen comida?

28. La gentilidad convertida es un cuervo, cuyos polluelos son los santos predicadores. ¿Qué se designa con el nombre de cuervo y sus polluelos sino la gentilidad ennegrecida por los pecados? De la cual se dice por el Profeta: "Él da su alimento a los animales y a los polluelos de los cuervos que lo invocan" (Salmo 146, 9). Los animales reciben alimento cuando las mentes, antes brutas, se sacian con el sustento de la Sagrada Escritura. A los polluelos de los cuervos, es decir, a los hijos de las naciones, se les da alimento cuando su deseo se satisface con nuestra conversación. Este cuervo fue alimento cuando la santa Iglesia lo buscaba. Pero ahora recibe alimento, porque él mismo busca la conversión de otros.

29. Saben que por su propia virtud no pueden nada.---Cuyos polluelos, es decir, los predicadores nacidos de él, no confían en sí mismos, sino en las fuerzas de su Redentor. Por eso se dice acertadamente: Cuando sus polluelos claman a Dios. Pues saben que por su propia

virtud no pueden nada. Y aunque con piadosos deseos anhelan el fruto de las almas, desean que esto se realice por aquel que obra todo desde dentro. Porque comprenden con verdadera fe que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III, 7).

30. Arden en celo por ganar almas. --- Lo que se ha dicho: vagantes porque no tienen alimentos, en esta vagancia no se señala otra cosa que los deseos de los predicadores ardientes. Quienes, al aspirar a recibir a los pueblos en el seno de la Iglesia, encendidos con gran fervor, envían su deseo ahora hacia unos, ahora hacia otros para reunirlos. Pues la misma agitación del pensamiento es como una especie de vagancia; y pasan a diversos lugares con movimientos cambiantes, mientras, con una mente hambrienta, discurren en innumerables modos y en diversas direcciones para reunir almas.

[Vet. XIII.] 31. La preocupación de Pablo por casi todas las iglesias. La caridad, que dividida une, dividía el corazón de Pablo en muchos. Esta vagancia de los polluelos de los cuervos, es decir, los hijos de los gentiles, la aprendieron del mismo maestro de los gentiles. Él, en efecto, arde con una caridad tan fuerte que se mueve de un lugar a otro con gran frecuencia; desea pasar de un lugar a otro, porque la misma caridad que lo llena lo impulsa. Pues, estando lejos de los romanos, escribe: "Hago siempre memoria de vosotros en mis oraciones, rogando que de alguna manera, por fin, tenga un próspero viaje en la voluntad de Dios para venir a vosotros; pues deseo veros" (Rom. I, 9, 10). Retenido en Éfeso, escribe a los corintios: "He aquí que por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros" (II Cor. XII, 14). Nuevamente, permaneciendo en Éfeso, habla a los gálatas, diciendo: "Quisiera estar ahora con vosotros y cambiar mi voz" (Gal. IV, 20). También en Roma, encerrado en la custodia de la cárcel, porque no se le permite ir a los filipenses por sí mismo, promete enviar a su discípulo, diciendo: "Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al conocer lo que sucede con vosotros" (Filip. II, 10). Incluso estando atado con cadenas y retenido en Éfeso, escribe a los colosenses: "Porque si bien estoy ausente en cuerpo, en espíritu estoy con vosotros" (Colos. II, 5). He aquí cómo vaga con santo deseo: aquí es retenido en cuerpo, allá es llevado en espíritu; y muestra el afecto del amor paternal a estos presentes, y a aquellos ausentes; a los que están presentes les dedica obras, a los que escuchan les expresa votos, estando eficazmente presente con aquellos con quienes estaba, y sin embargo no ausente con aquellos con quienes no estaba. Conocemos mejor su vagancia si consideramos aún sus palabras a los corintios. Dice: "Iré a vosotros cuando haya pasado por Macedonia. Pues pasaré por Macedonia; pero quizás me quede con vosotros, o incluso pase el invierno" (I Cor. XVI, 5). Consideremos, por favor, qué es esta vagancia. He aquí que permanece en un lugar, dice que irá a otro, y promete desviarse a otro. ¿Qué es lo que lo hace dividirse tan ansiosamente por tantos lugares, sino que está unido a todos por una sola caridad? Pues la caridad, que dividida suele unir, obliga a un solo corazón de Pablo a dividirse en muchos. Sin embargo, cuanto más se recoge en Dios, más se esparce por santos deseos. Predicando, Pablo quiere decirlo todo a la vez, amando quiere ver a todos a la vez, porque permaneciendo en la carne quiere vivir para todos, y al pasar de la carne por el sacrificio de la fe quiere beneficiar a todos. Que vaguen, pues, los polluelos de los cuervos, es decir, que los hijos de los gentiles imiten a su maestro, sacudan la pereza de la mente, y cuando no encuentran el lucro de las almas, es decir, su alimento, no descansen; que se extiendan hacia el progreso desde los avances, y, ardiendo en la utilidad de muchos, busquen su propia restauración como si vagaran hambrientos. Porque, en verdad, al discurrir por las obras de la predicación, no cesan de saciar con la restauración de la fe a la gentilidad, se dice correctamente: "¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman a Dios, vagando porque no tienen comida?"

[Vet. XIV.] 32. También el nombre de cuervos se utiliza para significar al pueblo judío. Al ver la conversión de los gentiles, un día se arrepentirá y se avergonzará de su necedad. También puede designarse al pueblo judío con el nombre de cuervos por el mérito de su infidelidad. Pues se dice que sus crías claman a Dios, para que al mismo cuervo el Señor le prepare alimento, porque ciertamente los santos apóstoles, nacidos de la carne del pueblo israelita, mientras ofrecían oraciones al Señor por su gente, alimentaron al pueblo que los engendró carnalmente con inteligencia espiritual, como crías de cuervos. Así, mientras sus crías claman, se prepara alimento para el cuervo, porque mientras los apóstoles oran, el pueblo antes infiel es conducido al conocimiento de la fe, y se sacia de la predicación de los hijos como de la voz de las crías. Sin embargo, debemos observar cuidadosamente en este verso que a este cuervo se le dice que el alimento se prepara primero cuando las crías claman y luego cuando vagan. Pues el alimento fue preparado para el cuervo cuando las crías clamaban, cuando Judea, escuchando a los apóstoles predicar la palabra de Dios, fue saciada con inteligencia espiritual, a veces en tres mil, a veces en cinco mil. Pero cuando, por la multitud de los reprobos, ejercía su crueldad contra los predicadores, y casi mataba la vida de las crías, esas mismas crías fueron dispersadas por todo el mundo. Por lo cual, a esos mismos padres carnales que resistían la predicación espiritual, les dicen: "A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles" (Hechos XIII, 46); sabiendo ciertamente que después de que los gentiles creyeran, también Judea vendría a la fe. Por lo cual está escrito: "Hasta que la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel sería salvo" (Rom. XI, 25). Porque, en efecto, los santos apóstoles se esforzaron mucho primero en predicar a los que escuchaban, y luego en mostrar ejemplos de la conversión de los gentiles a los que resistían, como crías hambrientas que buscaban su alimento para este cuervo primero clamando y luego vagando. De donde las crías vagan, de allí el cuervo encuentra su alimento, porque mientras el pueblo judío observa la conversión de los gentiles a Dios por el trabajo de los predicadores, al final alguna vez se avergüenza de la necedad de su infidelidad; y entonces entiende las sentencias de las Sagradas Escrituras, cuando primero reconoce que se dieron a conocer a los gentiles antes que a ellos, y, completada la vagación de las crías, abre el corazón para recibir las sagradas palabras; porque, después de los recorridos de los apóstoles por el mundo, tarde las percibe espiritualmente: aquellas de las que se había privado por mucho tiempo debido a su infidelidad. Y como todo esto lo opera la virtud de la sola potencia divina, se dice correctamente: "¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus crías claman a Dios, vagando porque no tienen comida?" A menos que sea yo, que tolero al pueblo infiel por mis hijos que oran, y lo alimento con los que predicán, y al final sostengo que será convertido por los que vagan.

[Vet. XV.] 33. Los maestros expertos retiran el alimento de la doctrina más elevada a los discípulos que no tienen una opinión suficientemente humilde de sí mismos.---Hay aún otra cosa que se puede entender moralmente del cuervo. Se dice que, al criar a sus polluelos, finge no proporcionarles alimento completo hasta que, al cubrirse de plumas, se oscurecen, y los deja sufrir hambre hasta que en ellos se vea su semejanza a través del color negro de las plumas. Estos vagan de un lado a otro en el nido y piden con la boca abierta el sustento de los alimentos. Pero cuando comienzan a oscurecerse, el cuervo busca con más ardor proporcionarles alimento, cuanto más tiempo ha tardado en alimentarlos. En verdad, el cuervo es cualquier predicador instruido, que clama con gran voz mientras lleva la memoria de sus pecados y el reconocimiento de su propia debilidad como una especie de negrura de color. A él le nacen discípulos en la fe, pero tal vez aún no saben considerar su propia debilidad, tal vez apartan la memoria de los pecados pasados, y por esto no muestran la negrura de humildad que debe asumirse contra la gloria de este mundo. Estos abren la boca

como para recibir alimento cuando buscan ser instruidos en secretos sublimes. Pero su maestro les concede menos los alimentos de las doctrinas sublimes, cuanto menos dignamente los ve llorar sus pecados pasados. Espera y amonesta para que primero se oscurezcan por el brillo de la vida presente a través de los lamentos de la penitencia, y entonces reciban los adecuados nutrientes de la predicación más sutil. El cuervo observa las bocas abiertas de los polluelos, pero primero busca que sus cuerpos se vistan con la negrura de las plumas. Así también, el maestro discreto no ministra los misterios internos a los sentidos de aquellos que aún no considera que se han apartado de este mundo. Por tanto, cuanto menos negros son los discípulos exteriormente por el cultivo de la vida presente, tanto menos se llenan interiormente con el alimento de la palabra; y en la medida en que no se vacían de la gloria corporal, ayunan de la refección espiritual.

34. De otro modo, si en la confesión de los pecados se humillan. --- Pero si en la confesión de la vida pasada expresan sus lamentos como plumas ennegrecidas, inmediatamente el doctor, en contemplación, vuela para traer alimento de las alturas, pensando en la nutrición de los polluelos, y devuelve el alimento a sus bocas abiertas, mientras proporciona a los discípulos hambrientos el sustento de la vida a través de la enseñanza de la inteligencia que ha adquirido. Cuanto más ardientemente los alimenta con lo celestial, más verdaderamente reconoce que se oscurecen por el lamento de la penitencia, alejándose del brillo del mundo.

35. Cuanto mayor es la humildad, mayor también es la esperanza de progreso. Así como los polluelos, mientras se visten con el color negro de sus plumas, prometen volar, porque cuanto más los discípulos se sienten insignificantes, cuanto más se afligen despreciándose a sí mismos, tanto más prometen la esperanza de su progreso hacia lo alto. Por eso, el maestro se apresura a alimentar a aquellos que ya, por ciertos indicios, prevé que pueden ser útiles a otros. De ahí que Pablo advierta a Timoteo, como a polluelos que empiezan a emplumar, a nutrirlos con mayor cuidado, cuando dice: Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encomienda a hombres fieles, que sean idóneos para enseñar también a otros (II Tim. II, 2). Esta discreción en la enseñanza, cuando es cuidadosamente guardada por el predicador, le otorga divinamente una mayor abundancia de predicación. Pues al saber compadecerse con amor de los discípulos afligidos, al entender con discreción el tiempo adecuado para la enseñanza, él mismo recibe mayores dones de inteligencia, no solo para sí, sino también para aquellos a quienes dedica sus esfuerzos. Por eso, aquí también se dice adecuadamente: ¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman a Dios, vagando porque no tienen comida? Pues cuando los polluelos claman para ser saciados, se prepara alimento para el cuervo, porque cuando los buenos oyentes tienen hambre de la palabra de Dios, se otorgan a los maestros mayores dones de inteligencia para nutrirlos. Sigue:

CAPÍTULO X [Ant. XVI, Rec. IX].

CAP. XXXIX, VERS. 1.---¿Acaso conoces el tiempo en que las cabras monteses dan a luz en las rocas, o has observado a las ciervas pariendo?

36. Por qué los maestros espirituales están simbolizados en las cabras montesas y los ciervos. Descripción de las cabras montesas. Qué ciervos cruzan los ríos. Lo que hacemos ante Dios crece más cuanto más disminuye en nosotros por la humildad.---La parte meridional llama ibices a las aves que habitan en las corrientes del Nilo. Sin embargo, la región oriental y occidental llama ibices a pequeños cuadrúpedos que tienen la costumbre de dar a luz en las rocas, porque no saben habitar sino en las rocas. Si alguna vez caen desde las altas cumbres de las rocas, se reciben ilesas en sus cuernos. Pues al caer golpean con la cabeza, y al oponer

sus cuernos, todo el cuerpo queda a salvo de la caída. La costumbre de los ciervos es extinguir las serpientes que encuentran y desgarrar sus miembros con mordiscos. Se dice que cuando cruzan los ríos, colocan el peso de sus cabezas sobre los lomos de los que van delante, y sucediéndose unos a otros, no sienten en absoluto el esfuerzo del peso. ¿Qué significa entonces que el bienaventurado Job discuta sobre el parto de las cabras montesas y los ciervos, sino que en los ciervos y las cabras montesas se simboliza la figura de los maestros espirituales? Ellos, como las cabras montesas, dan a luz en las rocas, porque en la doctrina de los padres, que son llamados rocas por su solidez, engendran almas para la conversión. Ellos, como las cabras montesas, no sienten el daño de ninguna caída, ya que se reciben en sus cuernos, porque cualquier ruina temporal que les sobrevenga, se acogen en los testamentos de la Sagrada Escritura, y son salvados como por la recepción de los cuernos. De estos testamentos se ha dicho: "Cuernos hay en sus manos" (Habacuc III, 4). A la consolación de las Escrituras se refugian cuando son golpeados por alguna pérdida de caída temporal. ¿No se acogía Pablo, como las cabras montesas, en sus cuernos, cayendo en las adversidades de este mundo, cuando decía: "Todo lo que fue escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, para que por la paciencia y consolación de las Escrituras tengamos esperanza" (Rom. XV, 4)? También ellos son llamados ciervos, como se dice por Jeremías de los doctores que abandonan imprudentemente a los hijos que han engendrado: "La cierva en el campo dio a luz y dejó" (Jer. 14, 5). Ellos, al modo de los ciervos, viven con los vicios muertos, como serpientes extinguidas, y de esa misma extinción de los vicios, arden más intensamente hacia la fuente de la vida. De donde el salmista dice: "Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma te desea a ti, Dios" (Sal. XLI, 1). También ellos, mientras cruzan los momentos fugaces de esta temporalidad como ciertos ríos, compasivos por la caridad, se colocan sus cargas unos a otros, porque con cauta observación guardan lo que está escrito: "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gál. VI, 2). Porque después de la venida del Señor, los maestros espirituales se esparcieron por el mundo, quienes pudieron engendrar almas de oyentes en la conversión predicando, y porque ese mismo tiempo de la encarnación del Señor no fue conocido antes por las voces de los profetas, aunque la futura encarnación fue preconocida por todos los elegidos, bien el bienaventurado Job discute sobre el tiempo del parto de las cabras montesas y los ciervos, y se le dice: "¿Acaso conoces el tiempo del parto de las cabras montesas en las rocas, o has observado a las ciervas pariendo?" Como si se le dijera: ¿Crees que has hecho algo sublime porque aún no prevés el tiempo en que los maestros espirituales enviados al mundo engendran hijos por la doctrina de los antiguos padres, y con sus trabajos me traen ganancias de almas? Pues si vieras el fruto de ellos como el parto de las cabras montesas y los ciervos, sentirías muy humildemente sobre tu virtud. En efecto, consideramos grandes las cosas que hacemos como mínimas, cuando las ponderamos por ejemplos más fuertes. Pero entonces crecen ante Dios por el mérito, cuando disminuyen en nosotros mismos por la humildad.

[Vet. XVII.] 37. Por las ciervas, los doctores; por las cabras montesas, los oyentes pueden ser entendidos. Ejemplos de santos a considerar. La humildad y paciencia del rey David. Creía que las palabras injuriosas no eran insultos, sino ayudas. A estas se les debe más gracia que ira.---Pueden, en verdad, los doctores ser entendidos por la significación de las ciervas, y por la denominación de las cabras montesas, que son animales pequeños, los oyentes. En las rocas, en verdad, las cabras montesas paren, porque son fecundadas para realizar obras santas a través de los ejemplos de los padres precedentes, de modo que cuando tal vez escuchan preceptos sublimes, y, conscientes de su propia debilidad, desconfían de poder cumplirlos, contemplan la vida de los mayores, y en la fortaleza considerada de ellos depositen el fruto de las buenas obras. Para hablar de pocas cosas entre muchas, de modo que el lector estudioso entienda mucho en pocas, aquel, oprimido por las injurias de las palabras, cuando no es

suficiente para mantener la virtud de la paciencia, recuerde el hecho de David, a quien, cuando tantos insultos de Semei lo acosaban, y los príncipes armados se esforzaban por vengarse, dijo: ¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Dejadlo que maldiga; porque el Señor le ha mandado que maldiga a David; y ¿quién es el que se atreverá a decir por qué lo ha hecho así? (II Reg. XVI, 10). Y poco después: Dejadlo que maldiga según el mandato del Señor, si acaso el Señor ve mi aflicción, y me devuelve bien por esta maldición de hoy (Ibid., 12). Con estas palabras, en efecto, indica que por el crimen perpetrado con Betsabé, huyendo del hijo que se levantaba contra él, recordó el mal que había cometido, y soportó con ecuanimidad lo que escuchó; y creyó que las palabras injuriosas no eran tanto insultos como ayudas, con las cuales juzgó que podía ser purificado y que se le podía tener misericordia. Entonces, en efecto, soportamos bien los insultos infligidos, cuando en el secreto de la mente recurrimos a los males perpetrados. En verdad, parecerá leve lo que sufrimos por la injuria, mientras en nuestra acción observamos que es peor lo que merecíamos; y así se hace que a los insultos se les deba más gracia que ira, por cuya intervención, con Dios como juez, se confía que una pena más grave puede ser evitada.

[Ant. XVIII.] 38. Cómo José venció la lujuria. Convirtamos la gracia recibida de los dones exteriores de Dios en armas de virtudes. Avergoncémonos de luchar contra Dios con sus propios beneficios.---He aquí que otro, mientras progresa en los éxitos de este mundo, siente que es tentado por los estímulos de la lujuria, con la alegría halagadora del corazón; pero recuerda el hecho de José y se mantiene en la fortaleza de la castidad. Cuando vio que su señora le sugería la pérdida de la pureza, dijo: "He aquí que mi señor, habiéndome confiado todo, no sabe lo que tiene en su casa, y no hay nada que no esté bajo mi poder, excepto a ti, que eres su esposa; ¿cómo, pues, podría yo cometer este mal y pecar contra mi señor?" (Génesis XXXIX, 8). Con estas palabras se muestra que de repente trajo a la memoria los bienes que había alcanzado y venció el mal que lo acosaba; y porque recordó la gracia recibida, quebró la fuerza de la culpa inminente. Pues cuando el placer resbaladizo tienta en la prosperidad, estas mismas prosperidades deben oponerse al aguijón de la tentación, para que nos avergoncemos de cometer lo incorrecto, recordando que hemos recibido bienes gratuitamente de Dios, y convirtamos la gracia recibida de los dones exteriores en armas de virtudes, para que tengamos ante los ojos lo que hemos recibido y sometamos lo que nos atrae. Porque el placer mismo nace de la prosperidad, debe ser herido por la consideración de esa misma prosperidad, de modo que nuestro enemigo muera de donde surge. Debemos considerar, por tanto, no convertir el don recibido en vicio, para que el favor de la vida no nos absorba en el abismo de la maldad. Encendemos inextinguiblemente la ira del juez supremo contra nosotros, si luchamos contra su benignidad incluso con su propia generosidad.

39. A la contemplación anhelante, Daniel debe ser imitado. El sabor de lo carnal debe ser reprimido. A quien cohibe la dispersión de lo exterior, se le abre el retiro interior.---Otro, buscando la dulzura de la ciencia interna, aunque no logra alcanzar sus secretos, contempla la vida de Daniel para imitarla y alcanza la cumbre deseada de la ciencia. Aquel que posteriormente es llamado por la voz angélica, por su deseo de conocimiento interno, varón de deseos (Dan. X, 11), se recuerda que primero dominó en sí mismo los deseos de la carne en la corte real, para no tocar nada de los manjares deleitables, sino que prefería alimentos más duros y ásperos a los más lujosos y suaves (Dan. I, 12), de modo que al sustraerse a las blandicias del alimento exterior, llegara a los deleites del sustento interior; y tanto más ávidamente recibiera el gusto de la sabiduría en su interior, cuanto más robustamente reprimiera el sabor de la carne por esa misma sabiduría. Pues si cortamos de la carne lo que nos place, pronto encontramos en el espíritu lo que deleita. A la intención del alma, si se le cierra la dispersión exterior, se le abre el retiro interior. Porque cuanto menos puede la mente

dispersarse fuera de sí por disciplina, tanto más puede enfocarse sobre sí misma por progreso, ya que el árbol se ve obligado a crecer hacia lo alto cuando se le prohíbe extenderse por las ramas; y cuando obstruimos los riachuelos de una fuente, provocamos que las corrientes se eleven hacia lo superior. Por lo tanto, mientras los estudiosos contemplan la vida de los santos para imitarla, ponen sus crías como las cabras montesas en las rocas. De ahí que Pablo exhortara a sus oyentes a dar a luz como cabras montesas en las rocas, cuando, enumerando las virtudes de los mayores, decía: Teniendo tan grande nube de testigos alrededor nuestro, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante (Hebr. XII, 1). Y de nuevo: Considerando el resultado de su conducta, imitad su fe (Hebr. XIII, 7).

[Vet. XIX.] 40. Cuando concebimos los preceptos divinos, no los damos a luz de inmediato. — Pero cuando concebimos los preceptos divinos en el corazón, no los damos a luz de inmediato como si ya estuvieran sólidamente pensados. Por eso, el bienaventurado Job no es interrogado sobre el parto en sí, sino sobre el tiempo del parto. Este tiempo, si apenas lo comprendemos en nosotros mismos, mucho menos lo conocemos en la mente ajena. Primero, las semillas del temor divino, recibidas en el útero del corazón, se coagulan a través de la meditación del estudio para que permanezcan; luego, fijadas con la estricta intención del pensamiento, mientras tienden hacia la razón de la discreción, se forman como en la distinción de los miembros; después, confirmadas por el uso de la perseverancia, llegan como a la solidez de los huesos; y finalmente, fortalecidas por la autoridad perfecta, proceden como en un parto. Nadie considera estos incrementos de las semillas divinas en la mente ajena, excepto el que las crea. Pues aunque reconozcamos que alguien ya ha concebido la fuerza de la concupiscencia divina por el testimonio de ciertas cosas, ignoramos cuándo estallará en el parto.

41. Algunos fetos son abortivos porque son prematuros. La alabanza humana inmadura extingue el bien. A menudo, las semillas concebidas en la mente no pueden llegar a la perfección porque nacen antes de tiempo. Y como aún no están completamente formadas en el pensamiento, aparecen ante los ojos humanos y mueren como abortos. Los bienes aún tiernos, a menudo, la lengua humana, al alabarlos como si ya fueran fuertes, los extingue. Cuanto más rápidamente se exponen al conocimiento del favor, más rápido perecen. A veces, nuestro pensamiento imperfecto, aún no fortalecido, cuando se muestra prematuramente a los hombres, se disipa por la adversidad de los que resisten; y cuando intenta parecer que es antes de tiempo, actúa para no ser. Sin embargo, los hombres santos, porque se esfuerzan en que todo lo que piensan bien crezca en secreto, y como si fueran fetos que van a salir, primero los forman dentro del útero de la mente, Job el bendito es correctamente discutido sobre el tiempo del parto, que evidentemente solo el creador sabe cuándo es adecuado para cada uno. Él, al mirar los secretos del corazón, comprende cuándo nuestros bienes deben nacer adecuadamente al conocimiento humano. Por lo tanto, se dice bien: ¿Conoces el tiempo del parto de las cabras montesas en las rocas? Como si dijera abiertamente: Yo, que hago vivaces los fetos de los elegidos porque los produzco en el tiempo previsto. Y después de completar el feto de los oyentes, se añade: ¿Has observado a las ciervas pariendo? Observar a las ciervas pariendo es considerar con cautela los trabajos de los padres que generan hijos espirituales.

42. Las almas de los predicadores que dan a luz, qué dolores, qué dones.---Es necesario observar con atención que este discurso se imprime con tanta vigilancia, que se dice, has observado, porque ciertamente son muy pocos los que consideran qué trabajo hay en las predicaciones de los padres; con cuántos dolores, como con ciertos esfuerzos, dan a luz las

almas en la fe y en la conversación; con qué cautela se observan a sí mismos para ser fuertes en los preceptos, compasivos en las debilidades, terribles en las amenazas, amables en las exhortaciones, humildes al mostrar su magisterio, dominantes en el desprecio de las cosas temporales, rígidos en tolerar las adversidades, y sin embargo, mientras no atribuyen sus fuerzas a sí mismos, débiles; cuán grande es su dolor por los que caen, cuán grande su temor por los que permanecen; con qué fervor desean alcanzar unas cosas, con qué temor conservan otras ya alcanzadas. Porque, por tanto, son muy pocos los que consideran esto, bien se le dice: ¿O has observado a las ciervas que dan a luz?

[Vet. XX.] 43. Quienes son padres por el vigor de la disciplina, sean madres por las entrañas de la piedad.---Nada impide, en verdad, que al hablar Dios de los doctores, los designe no con la figura de ciervos, sino de ciervas, porque ciertamente son verdaderos doctores aquellos que, siendo padres por el vigor de la disciplina, saben ser madres por las entrañas de la piedad. Quienes soportan los trabajos de la santa concepción y llevan en el seno de la caridad a los hijos que han de ser presentados a Dios. Pues en la procreación, las madres trabajan más, ya que sostienen la concepción que crece en el seno durante largo tiempo de meses, y que al salir del vientre, no la deponen sin grandes dolores. Por lo cual, aquí se añade con adecuada consideración:

CAPÍTULO XI [Rec. X].

VERS. 2.---¿Has contado los meses de su concepción?

44. Durante el tiempo adecuado, la descendencia concebida debe ser llevada en el útero del corazón para que viva. Los hombres santos, cuando piensan en el progreso de sus oyentes, llevan la concepción como si ya estuviera en el útero. Pero cuando posponen algunas cosas que deben decirse y buscan el momento adecuado para sus exhortaciones, se dilatan en la prolongación de los meses, como si fuera un parto que desean realizar. Y a menudo, cuando no quieren decir intempestivamente a los oyentes ciertas cosas que sienten, en la misma tardanza de expresar su juicio, se fortalecen con un consejo más profundo, ya sea para lo que debe ser aconsejado o para lo que debe ser reprendido. Y mientras se piensa en la vida de los hijos, y sin embargo la lengua no expulsa el consejo de la mente antes de tiempo, es como si la descendencia ya concebida creciera dentro del útero, para que la sentencia del corazón salga al conocimiento de los oyentes cuando, al ser pronunciada útilmente, viva como un parto en el tiempo adecuado. Y porque los hombres ignoran cuándo o cómo se realizan estas cosas en la mente de los maestros, pero Dios, para la gloria de la retribución, no solo considera el efecto, sino que también marca los momentos de las reflexiones, se dice correctamente al bienaventurado Job: ¿Has contado los meses de su concepción? Entiendes que yo, que en los santos predicadores no solo cuento los frutos de las obras exteriores, sino también las mismas reflexiones prolongadas, las guardo para la retribución.

Los que se preparan para predicar, primero se renuevan interiormente con virtudes. — Pueden entenderse los meses como días acumulados, también como virtudes multiplicadas. En los meses, además, la luna renace; y nada impide que por los meses se señale la nueva criatura de la regeneración. De la cual el apóstol Pablo dice: En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la nueva criatura (Gálatas V, 6; VI, 15). Por lo tanto, los hombres santos, cuando se preparan para predicar, primero se renuevan interiormente con virtudes, para que lo que enseñan hablando, lo concuerden viviendo. Primero consideran su interior, y se purifican de todas las inmundicias de los vicios, cuidando con el mayor esmero que resplandezcan con la luz de la paciencia contra la ira, que brillen con la pureza del

corazón contra la lujuria de la carne, que ardan con celo contra la pereza, que resplandezcan con serena gravedad contra los movimientos confusos de la precipitación, que luzcan con verdadera humildad contra la soberbia, que brillen con los rayos de la autoridad contra el temor. Porque, por tanto, acumulan en sí mismos tales estudios, se convierten en meses de virtudes en el concepto de la santa predicación. Estos meses solo el Señor los enumera, porque esos mismos bienes en sus corazones solo los valora quien los dio. Y porque según la medida de las virtudes también sigue el efecto de los frutos, correctamente se añade:

CAPÍTULO XII.

IBID.---¿Y conociste el tiempo de su parto?

46. La medida de las virtudes sigue la razón de los frutos.---Se sobreentiende, como yo, que mientras enumero los meses en la contemplación de las virtudes, sé cuándo podrán cumplir lo que llaman realizar, porque ciertamente, mientras contemplo los secretos del corazón, considero el futuro efecto externo de la obra en el peso de la reflexión interior. Sigue:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 3.---Se inclinan hacia el fruto, y dan a luz, y emiten rugidos.

47. Los predicadores no pueden engendrar espiritualmente sin lágrimas. Rugen, pues, mientras, a través de su propia humillación, engendran las almas de los oyentes en la luz, porque no pueden apartarnos de los castigos eternos sin llorar y dolerse. Los predicadores santos ahora siembran en lágrimas, para que después cosechen la mies de los gozos. Ahora son como ciervas en el dolor del parto, para que después sean fecundos con prole espiritual. Para hablar de uno entre muchos, veo a Pablo como una cierva que emite rugidos de gran dolor en su parto. Dice: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, quisiera estar ahora con vosotros y cambiar mi tono, porque estoy perplejo en cuanto a vosotros (Gálatas 4, 19). He aquí que quiere cambiar su voz en su parto, para que la palabra de la predicación se convierta en el rugido del dolor. Quiere cambiar su voz, porque a quienes ya había engendrado predicando, los volvía a engendrar gimiendo al reformarlos. ¡Qué rugido emitía esta cierva al parir, cuando se veía obligada a exclamar a los mismos que volvían tras ella, diciendo: Oh gálatas insensatos, ¿quién os fascinó? ¿Tan necios sois, que habiendo comenzado por el Espíritu, ahora acabáis por la carne? (Gálatas 3, 1) o ciertamente: Corríais bien, ¿quién os impidió obedecer a la verdad? (Gálatas 5, 7) ¡Qué rugido hubo en el parto de esta cierva, que dio a luz a los hijos concebidos con tantas dificultades, y a veces reconoció que los nacidos habían vuelto al vientre de la malicia! Consideremos cuánto dolor tuvo, cuánto trabajo, que incluso después de haber podido dar a luz a los concebidos, se vio obligada a resucitar a los que habían muerto.

[Vet. XXII.] 48. Si no descendieran y se inclinaran hacia nuestra debilidad, no engendrarían hijos en la fe. Deben ser sobrios en su sabiduría.---Es sumamente importante notar que estas ciervas se inclinan para dar a luz, porque si permanecieran erguidas, no podrían parir. Pues si los santos predicadores no descendieran de esa inmensidad de contemplación interna que alcanzan, hacia nuestra debilidad con una predicación humildísima, como una especie de inclinación, nunca engendrarían hijos en la fe. No podrían beneficiarnos si persistieran en la elevación de su altura. Pero veamos a la cierva inclinándose para parir: "No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo os di leche para beber, no

alimento" (I Cor. III, 1). Y enseguida expone las causas de esa inclinación, diciendo: "Aún no podíais, ni aún ahora podéis" (Ibid., 2). Pero veamos, por favor, a esta cierva que se ha inclinado por nosotros, erguida. Dice: "Hablamos sabiduría entre los perfectos" (I Cor. II, 6). Y de nuevo: "Si nos excedemos en mente, es para Dios" (II Cor. V, 13). Cuando se excede en mente hacia Dios, no podemos comprender en absoluto su exceso. Para ganarnos, se inclina hacia nosotros. Por eso añade adecuadamente: "Si somos sobrios, es para vosotros" (Ibid.). Si los santos varones quisieran predicarnos lo que comprenden cuando se embriagan en la contemplación celestial, y no moderaran y templaran su conocimiento con cierta sobriedad, ¿quién podría captar en el estrecho seno de la inteligencia esos flujos del manantial celestial? Sin embargo, estas ciervas inclinadas, también llamadas cielos, de las cuales se dice: "Señor, inclina tus cielos y desciende" (Sal. CXLIII, 5). Porque cuando los cielos se inclinan, desciende el Señor, ya que cuando los santos doctores se atraen en su predicación, infunden el conocimiento de la divinidad en nuestros corazones. De ninguna manera descendería el Señor hacia nosotros si sus predicadores permanecieran inflexibles en la rigidez de la contemplación. Por lo tanto, los cielos se inclinan para que descienda el Señor, las ciervas se inclinan para que nazcamos en la nueva luz de la fe. Estas ciervas inclinadas en el Cantar de los Cantares son llamadas los pechos de la esposa, como está escrito: "Tus pechos son mejores que el vino" (Cant. I, 1). Estos son los pechos que, fijados en el arca del pecho, nos alimentan con leche, porque ellos, adheridos a los secretos de la suprema contemplación, nos nutren con una predicación sutil. Para retirarnos del eterno gemido y dolor, ahora se inclinan las ciervas, y en el parto emiten rugidos. Y como aquellos que nacen por la santa predicación de los Padres, a veces preceden a sus maestros sufriendo, para que, mientras ellos aún duran en esta vida, ya sean consumados por el martirio, sigue adecuadamente:

CAPÍTULO XIV [Rec. XI].

VERS. 4.---Se separan sus hijos y van a pastar; salen y no regresan a ellas.

49. Los hijos de ellos se dirigen al alimento de la Sagrada Escritura. La Palabra los ilumina por la naturaleza de la divinidad. La Sagrada Escritura llama a ese alimento el pasto de la eterna verdor, donde ya nuestra restauración no se marchitará por la aridez de ningún defecto. De este pasto se dice a través del Salmista: El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace descansar (Salmo XXII, 2). Y de nuevo: Nosotros somos su pueblo, el rebaño que él guía (Salmo XCIV, 7). De estos pastos, la Verdad dice por sí misma: Si alguno entra por mí, se salvará; entrará y saldrá, y encontrará pastos (Juan X, 9). Por lo tanto, se dirigen al pasto, porque al salir de los cuerpos encuentran esos alimentos de la verdor interna. Salen y no regresan a ellos, porque en aquella contemplación de los gozos recibidos, ya no necesitan en absoluto escuchar las palabras de los que enseñan. Así que, habiendo salido, ya no regresan a ellos, porque al evadir las angustias de la vida presente, no requieren más recibir la predicación de la vida de los maestros. Entonces se cumple lo que está escrito: Ya no enseñará más cada uno a su prójimo, ni cada uno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor (Jeremías XXXI, 34). Entonces se cumple lo que la Verdad dice en el Evangelio: Claramente os anunciaré acerca de mi Padre (Juan XVI, 25). El Hijo anuncia claramente acerca del Padre, porque, como dijimos antes, por ser el Verbo, nos ilumina por la naturaleza de la divinidad. Pues entonces no buscan las palabras de los que enseñan, como ciertos riachuelos del lenguaje humano, cuando ya se derivan de la misma fuente de la verdad.

Por lo tanto, después de que se narraron muchas cosas sobre la virtud de los maestros mediante la figurada inclinación de las ciervas, ahora las palabras se dirigen a la vida de

aquellos que desean los secretos de una conversación apartada: quienes también alcanzan el ocio del descanso, no por sus propias fuerzas, sino con la ayuda divina, de ellos se dice por el Señor:

CAPÍTULO XV [Ant. XXIII, Rec. XII].

VERS. 5.---¿Quién dejó libre al onagro, y quién desató sus ataduras?

50. Los onagros libres se entienden como aquellos que, liberados de la servidumbre de las cosas seculares, se dedican a la soledad. — Se sobreentiende "a menos que yo". El onagro, que habita en la soledad, no incongruentemente representa la vida de aquellos que se mantienen alejados de las multitudes populares. También se le llama adecuadamente libre, porque grande es la servidumbre de los asuntos seculares, que agotan intensamente la mente, aunque en ellos se sude voluntariamente. Estar libre de esta condición de servidumbre es no desear ya nada en el mundo. Pues las cosas prósperas oprimen como un cierto yugo de servidumbre cuando se desean, y las adversas oprimen cuando se temen. Pero si alguien ha sacudido de una vez por todas el yugo de los deseos temporales de su mente, ya disfruta de una cierta libertad incluso en esta vida, mientras no se ve afectado por ningún deseo de felicidad, ni constreñido por ningún terror de adversidad. Este pesado yugo de servidumbre el Señor lo vio impreso en los cuellos de los seculares cuando dijo: Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os daré descanso. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mateo XI, 28). En efecto, es un yugo áspero y un peso de dura servidumbre, como hemos dicho, estar sometido a lo temporal, ambicionar lo terrenal, retener lo que se desvanece, querer permanecer en lo que no permanece, desear lo que pasa, pero no querer pasar con lo que pasa. Pues mientras todo huye contra el deseo, lo que antes afligía la mente por el deseo de adquisición, después oprime por el miedo a la pérdida. Por lo tanto, se libera a quien, habiendo pisoteado los deseos terrenales, se descarga de la búsqueda de las cosas temporales con la seguridad de la mente. ¿Y quién desata sus cadenas? Se sobreentiende "a menos que yo".

51. Con la ayuda divina se rompen las ataduras de los deseos carnales.---En verdad, se desatan las cadenas de cada uno cuando, con la ayuda divina, se rompen las ataduras internas de los deseos carnales. Pues cuando una intención piadosa llama a la conversión, pero aún la debilidad de la carne aparta de esta intención, el alma se ve impedida como si estuviera atada por ciertas cadenas. Muchas veces vemos a muchos desear una vida de santa conversación; pero para que puedan alcanzarla, a veces temen los inminentes infortunios, a veces los futuros adversos. Mientras prudentemente prevén males ciertos, imprudentemente permanecen retenidos en las cadenas de sus pecados. Ponen muchas cosas ante sus ojos, y si les sucedieran en la conversación, temen no poder resistir. De ellos dice bien Salomón: El camino de los perezosos es como un seto de espinas (Prov. XV, 19). Pues cuando desean el camino de Dios, las sospechas opuestas de sus temores los hieren como espinas de setos que obstruyen. Y como esto no suele impedir a los elegidos, bien añade a continuación: El camino de los justos es sin tropiezo (Ibid.). Los justos, en efecto, en su conversación, cualquiera que sea la adversidad que les salga al paso, no tropiezan, porque los obstáculos de la adversidad temporal los trascienden con el salto de la esperanza eterna y la contemplación interna. Así, Dios desata las cadenas del onagro, cuando rompe los nudos de las débiles reflexiones en el ánimo de cada elegido, y propicio disipa todo lo que ataba la mente seducida. Sigue:

CAPÍTULO XVI.

VERS. 6.---A quien di una casa en la soledad, y sus tabernáculos en tierra de salinidad.

52. Doble soledad, del corazón y del cuerpo. Una sin la otra no es útil.---¿Debemos entender aquí la soledad del cuerpo o la soledad del corazón? Pero, ¿de qué sirve la soledad del cuerpo si falta la soledad del corazón? Porque quien vive apartado físicamente, pero se inserta en los tumultos de la conversación humana con pensamientos de deseos terrenales, no está en soledad. Si, por el contrario, alguien está físicamente rodeado de multitudes, pero no sufre en su corazón los tumultos de las preocupaciones mundanas, no está en la ciudad. Por lo tanto, a los que bien se comportan, primero se les concede la soledad de la mente, para que repriman el ruido interno de los deseos terrenales que surge, para que, por la gracia del amor supremo, contengan las preocupaciones que brotan desde lo más bajo del corazón, y alejen todos los movimientos de pensamientos ligeros que se presentan inoportunamente, como si fueran moscas revoloteando alrededor de los ojos de la mente, con la mano de la gravedad, y busquen un cierto secreto con el Señor dentro de sí mismos, donde, cesando el ruido exterior, hablen en silencio con Él a través de deseos internos.

[Vet. XXIV.] 53. El silencio de la contemplación, en esta vida no puede ser perfecto.---Sobre este secreto del corazón se ha dicho en otro lugar: Se hizo silencio en el cielo, como por media hora (Apoc. VIII, 1). En efecto, la iglesia de los elegidos es llamada cielo, que mientras se dirige hacia las cosas eternas y sublimes mediante la elevación de la contemplación, reprime los tumultos que surgen de las más bajas de las cogitaciones, y dentro de sí misma hace un cierto silencio para Dios. Este silencio de la contemplación, porque en esta vida no puede ser perfecto, se dice que se hizo por media hora. Pues cuando al alma que no lo desea se le imponen los tumultuosos ruidos de las cogitaciones, incluso a quien se dirige a lo sublime, de nuevo lo arrastran violentamente a mirar las cosas terrenales con el ojo del corazón. Por eso está escrito: El cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Bien, entonces, este silencio se describe no como una hora completa, sino como media hora, porque aquí la contemplación no se perfecciona, aunque se inicie con ardor. Esto también se expresa adecuadamente por el profeta Ezequiel (Ezequiel XL, 5), quien testifica haber visto en la mano de un hombre una caña de seis codos y un palmo, como medida de la ciudad edificada en el monte. En efecto, la iglesia de los elegidos está situada en el monte, porque no está fundada en deseos bajos. ¿Qué se muestra por el codo, sino la operación; qué por el número seis, sino la perfección de la operación, porque se recuerda que el Señor completó todas las obras en el sexto día? ¿Qué, entonces, insinúa el palmo sobre los seis codos (Génesis II, 1), sino la fuerza de la contemplación, que ya muestra los inicios del descanso eterno y séptimo? Porque la contemplación de las cosas eternas aquí no se perfecciona, la medida del séptimo codo no se completa. Por lo tanto, la iglesia de los elegidos, porque perfecciona todas las cosas que deben ser realizadas, se muestra como una ciudad situada en el monte en seis codos. Pero porque aquí aún solo contempla los inicios, del séptimo codo no toca más que un palmo.

54. No se alcanza la cumbre de la contemplación si no nos liberamos de la opresión de las preocupaciones exteriores.---Es necesario saber que de ninguna manera alcanzamos la cumbre de la contemplación si no cesamos de la opresión de las preocupaciones exteriores. No nos miramos a nosotros mismos para saber que hay en nosotros algo racional que gobierna y algo animal que es gobernado, a menos que, recurriendo al secreto de este silencio, nos aquietemos de toda perturbación exterior. Este silencio nuestro también lo figuró

bien Adán durmiendo (Ibid.), de cuyo costado salió enseguida la mujer, porque quienquiera que es arrebatado a entender las cosas interiores, cierra los ojos a las cosas visibles; y entonces en sí mismo distingue lo que debe presidir virilmente y lo que puede someterse débilmente, de modo que en él haya algo que pueda gobernar como varón y algo que sea gobernado como mujer. En este silencio del corazón, mientras vigilamos interiormente por la contemplación, exteriormente como que dormimos. Por lo tanto, porque los hombres alejados, es decir, ajenos a los deseos carnales, habitan este silencio de la mente, el Señor dio a este onagro una casa en la soledad, para que no sea oprimido por la multitud de deseos temporales.

[Vet. XXV.] 55. Los santos, mientras viven, arden en deseo por la patria celestial.---Sigue: Y sus tabernáculos en tierra de sal. La salinidad suele encender la sed. Y puesto que los hombres santos, mientras habitan en los tabernáculos de esta vida, son encendidos diariamente por el deseo de la patria celestial, se dice que tienen sus tabernáculos en tierra de sal. Sin cesar, en efecto, son encendidos para que tengan sed, tienen sed para ser saciados; como está escrito: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). Sigue:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 7.---Desprecia la multitud de la ciudad.

56. Desprecian seguir a la multitud de los hombres terrenales.---Despreciar la multitud de la ciudad es evitar los estudios perversos de la conversación humana, de modo que ya no se desee imitar las costumbres perdidas de los hombres terrenales, que son muchos por la abundancia de iniquidad. Pues desean entrar con pocos por la puerta estrecha, y no con muchos por los caminos anchos que conducen a la perdición (Mat. VII, 13). Con perspicacia contemplan de quién y para qué han sido creados, y con una recta consideración de la imagen recibida, desprecian seguir a la multitud del vulgo. Por eso, con la voz del esposo a la esposa en el Cantar de los Cantares se dice: Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal y sigue las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos (Cant. I, 7). Pues se reconoce a sí misma como la que es hermosa entre las mujeres, cuando cualquier alma elegida, incluso colocada entre pecadores, recuerda que ha sido creada a imagen y semejanza de su autor (Gén. I, 26), y avanza según el orden de la semejanza percibida. Si no se reconoce a sí misma, sale, porque expulsada del secreto de su corazón, se disipa en las concupiscencias exteriores. Y una vez salida, sigue las huellas de los rebaños, porque abandonando su interior, es conducida por el camino ancho, y sigue los ejemplos de los pueblos. Ya no apacienta corderos, sino cabritos, porque no se dedica a pensamientos inocentes de la mente, sino a nutrir los movimientos perversos de la carne. Por lo tanto, como cada elegido y continente desprecia ir tras las huellas de los rebaños, se dice correctamente: Desprecia la multitud de la ciudad. Donde también se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XVIII [Rec. XIII].

IBID.---No escucha el clamor del recaudador.

57. Cierran los oídos a las tentaciones más vehementes del diablo y a los clamores del vientre. ¿Quién puede ser entendido como el cobrador, sino el diablo, que una vez en el paraíso entregó al hombre la moneda de la mala persuasión (Génesis III, 6 y ss.), y diariamente busca exigirle la deuda de esta culpa? El discurso de este cobrador es el inicio de

una mala sugerencia. El clamor de este cobrador ya no es suave, sino una tentación violenta. Este cobrador clama cuando tienta con fuerza. No escuchar el clamor del cobrador es no consentir en absoluto a los violentos impulsos de las tentaciones. Pues lo escucharía si hiciera lo que sugiere. Pero cuando desprecia actuar perversamente, se dice con razón: No escucha el clamor del cobrador.

[Vet. XXVI.] 58. Algunos, sin embargo, quieren entender en este lugar que el cobrador se refiere al vientre. Pues él nos exige una especie de deuda, ya que busca por naturaleza que el fruto diario del trabajo humano se le dedique. Los hombres abstinentes, que en este lugar son figurados con el término onagro, al reprimir violentamente los deseos de la gula, desprecian las palabras del cobrador que clama. Pero, dado que al hombre continente le esperan muchas luchas de virtudes contra innumerables vicios, ¿por qué, al despreciar el clamor del cobrador, se dice aquí solo del vientre que restringe su ímpetu e impulso, si no es porque nadie alcanza la palma de la lucha espiritual, que no haya vencido primero en sí mismo los incentivos de la carne mediante la aflicción de la concupiscencia del vientre? Pues no se asciende al conflicto del combate espiritual, si primero no se doma dentro de nosotros mismos al enemigo interno, es decir, el apetito de la gula, porque si no abatimos lo que nos es más cercano, ciertamente pasamos en vano a combatir lo que está más lejos. En vano se libra la guerra en el campo contra enemigos exteriores, si dentro de las mismas murallas de la ciudad se tiene un ciudadano acechante. La mente misma del combatiente es repelida bajo la pesada deshonra de la confusión de la confrontación del combate espiritual, cuando es vencida, herida por las espadas de la gula en la débil batalla de la carne. Pues cuando se ve derribada por cosas pequeñas, se avergüenza de luchar contra las mayores.

59. Los que no se preocupan por dominar la gula, imprudentemente se levantan para las batallas espirituales. Algunos, ignorando el orden del combate, descuidan dominar la gula y ya se levantan para las batallas espirituales. A veces realizan muchas cosas que son de gran fortaleza, pero, dominados por el vicio de la gula, a través de la tentación de la carne, pierden todo lo que han hecho con valentía; y mientras el vientre no se restringe, por la concupiscencia de la carne, todas las virtudes se ven arrasadas. Por eso está escrito sobre Nabucodonosor vencedor: El príncipe de los cocineros destruyó los muros de Jerusalén. ¿Qué expresa la Escritura al significar con los muros de Jerusalén, sino las virtudes del alma, que tiende a la visión de la paz? ¿O quién es el príncipe de los cocineros, sino el vientre, al que se le presta el más diligente cuidado por parte de los cocineros? Así, el príncipe de los cocineros destruye los muros de Jerusalén, porque las virtudes del alma se pierden cuando el vientre no se restringe. De ahí que Pablo, al luchar contra los muros de Jerusalén, restaba fuerzas al príncipe de los cocineros, cuando decía: Castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado (I Cor. IX, 27). Por eso también dijo antes: Así corro, no como a la ventura; así peleo, no como quien golpea el aire (Ibid., 26). Porque cuando restringimos la carne, con los mismos golpes de nuestra abstinencia no golpeamos el aire, sino a los espíritus inmundos; y cuando sometemos lo que está dentro de nosotros, damos golpes a los adversarios que están fuera. Por eso, cuando el rey de Babilonia ordena encender el horno (Dan. III), manda que se añada una mezcla de nafta, estopa, pez y leña; pero, sin embargo, el fuego no consume a los jóvenes abstinentes, porque el antiguo enemigo, aunque presente innumerables concupiscencias de alimentos ante nuestros ojos, con las cuales crezca el fuego de la lujuria, a las buenas mentes les susurra la gracia del Espíritu supremo, para que perduren ilesas de los ardores de la concupiscencia carnal, de modo que, aunque la llama arda hasta la tentación del corazón, la tentación no queme hasta el consentimiento.

[Vet. XXVII.] 60. La gula nos tienta de cinco maneras. No es el alimento, sino el apetito lo que está en el vicio.---Es necesario saber además que el vicio de la gula nos tienta de cinco maneras (De consecr., d. 5, c. Quinque modis). A veces anticipa los tiempos de necesidad; otras veces no anticipa el tiempo, pero busca alimentos más exquisitos; a veces exige que cualquier cosa que se deba consumir sea preparada con más esmero; otras veces, aunque concuerde con la calidad de los alimentos y el tiempo, excede en la cantidad la medida de una moderada refección. A veces, incluso, lo que desea es más despreciable, y sin embargo, peca más gravemente por el ardor de un deseo inmenso. Jonatán mereció la sentencia de muerte de su padre porque adelantó el tiempo establecido para comer al probar la miel (I Reg. XIV, 27). Y el pueblo sacado de Egipto pereció en el desierto porque, despreciando el maná, pidió alimentos de carne, que consideró más exquisitos (Num. XXI, 5). Y la primera culpa de los hijos de Elí surgió porque, según su deseo, el joven sacerdote no quería recibir las carnes cocidas del sacrificio, como era la antigua costumbre, sino que buscaba crudas, para prepararlas con más esmero (I Reg. II, 12, seq.). Y cuando se dice a Jerusalén: Esta fue la iniquidad de tu hermana Sodoma, soberbia, saciedad de pan y abundancia (Ezequiel XVI, 49), se muestra claramente que por eso perdió la salvación, porque con el vicio de la soberbia excedió la medida de una moderada refección. Y Esaú perdió la gloria de los primogénitos porque, con gran ardor de deseo, codició un alimento vil, a saber, lentejas (Génesis XXV, 33); al preferirlas incluso a la venta de su primogenitura, mostró con qué apetito anhelaba aquello. Pues no es el alimento, sino el apetito lo que está en el vicio. Por eso, a menudo consumimos alimentos más exquisitos sin culpa, y degustamos los más despreciables no sin remordimiento de conciencia. Este mismo Esaú, que mencionamos, perdió su primogenitura por las lentejas, y Elías en el desierto conservó la fuerza del cuerpo comiendo carne (III Reg. XVII, 6). Por eso, el antiguo enemigo, al entender que no es el alimento, sino la concupiscencia del alimento la causa de la condenación, sometió al primer hombre no con carne, sino con una manzana (Génesis III, 6), y al segundo no con carne, sino con pan (Mateo IV, 3). De aquí que a menudo se comete la culpa de Adán, incluso cuando se consumen cosas despreciables y viles. Pues no solo Adán recibió el mandato de la prohibición para abstenerse del fruto prohibido. Porque cuando Dios indica que ciertos alimentos son contrarios a nuestra salud, nos prohíbe de ellos como por sentencia. Y cuando, deseándolos, tocamos lo nocivo, ¿qué otra cosa hacemos sino degustar lo prohibido?

61. Se debe consumir lo que la necesidad requiere, no lo que el deseo sugiere. Cuánta discreción es necesaria para esto. Por lo tanto, se deben tomar aquellas cosas que la necesidad de la naturaleza requiere, y no lo que el deseo de comer sugiere. Pero es un gran trabajo de discreción tanto conceder algo a este exigente como negarle algo; restringir la gula no dando, y nutrir la naturaleza dando. Tal vez esta discreción se insinúa cuando se dice: No escucha el clamor del exigente. La palabra de este exigente es la petición necesaria de la naturaleza. Su clamor es el apetito de la gula que excede la medida de la necesidad. Así, este onagro escucha la palabra de este exigente, pero no su clamor, porque el hombre discreto y continente satisface su estómago hasta la necesidad moderada, y se restringe del placer.

[Vet. XXVIII.] 62. El placer se disfraza bajo la apariencia de necesidad.---Es necesario saber que el placer se disfraza de tal manera bajo la necesidad, que apenas alguien perfecto puede discernirlo. Pues mientras la necesidad exige que se cumpla una obligación, el placer ofrece satisfacer el deseo; y arrastra la gula con más seguridad hacia el precipicio cuanto más se oculta bajo el honesto nombre de la necesidad a satisfacer. Sin embargo, a menudo en el mismo acto de comer, el placer se añade furtivamente; a veces incluso intenta preceder descaradamente. Es fácil detectar cuando el placer precede a la necesidad, pero es muy difícil discernir cuando se oculta en el mismo acto necesario de comer. Pues como sigue al apetito

natural que precede, parece venir más lentamente desde atrás. En el momento en que se satisface la necesidad, como el placer se mezcla con la necesidad a través del acto de comer, se ignora qué es lo que la necesidad exige y qué, como se ha dicho, el placer ofrece. A menudo, sin embargo, lo discernimos; y como sabemos que ambas están unidas, en aquello en lo que somos llevados más allá de los límites, nos complace ser engañados a sabiendas; y mientras la mente se halaga a sí misma por la necesidad, es engañada por el placer. Pues está escrito: No os preocupéis de la carne en sus deseos (Rom. XIII, 14). Lo que, por tanto, se prohíbe hacer en el deseo, se permite en la necesidad.

63. Deseos de la carne, no la carne debe ser destruida. Debemos tener cuidado de no, mientras perseguimos al enemigo, matar al ciudadano que amamos. Sin embargo, a menudo, mientras descuidadamente nos adaptamos a la necesidad, servimos a los deseos. A veces, al intentar oponernos desmesuradamente a los deseos, aumentamos las miserias de la necesidad. Así, es necesario que cada uno mantenga la fortaleza de la continencia, de modo que no mate la carne, sino los vicios de la carne. Pues, a menudo, cuando la carne se restringe más de lo justo, incluso se debilita para la práctica de buenas obras, de modo que no es suficiente para la oración o la predicación, mientras se apresura a sofocar completamente los incentivos de los vicios en sí misma. Porque tenemos como ayudante de nuestra intención interna a este hombre que llevamos externamente, y en él residen los movimientos de la lascivia, y a él le corresponden los efectos de la buena obra. A menudo, mientras perseguimos al enemigo en él, también matamos al ciudadano que amamos; y a menudo, mientras perdonamos al conciudadano, alimentamos al enemigo para la batalla. Porque con los mismos alimentos los vicios se enorgullecen, con los que las virtudes nutridas viven. Y cuando se alimenta la virtud, a menudo se aumentan las fuerzas de los vicios. Pero cuando la inmensa continencia debilita las fuerzas de los vicios, incluso la virtud deficiente jadea. Por lo tanto, es necesario que el hombre interior, nuestro justo árbitro, presida entre sí mismo y el que lleva externamente, de modo que su hombre exterior siempre sea suficiente para servir al debido ministerio, y nunca contradiga con altivez de cuello libre; ni se mueva si murmura sugiriendo algo, siempre que lo oprima con el talón de la dominación superpuesta. Así, se logra que, mientras sufrimos que los vicios reprimidos se resistan a nosotros, sin embargo, prohibimos que estos luchen con nosotros en igualdad de condiciones, ni los vicios prevalezcan contra la virtud, ni la virtud sucumba con la extinción total de los vicios. En esta cuestión, solo la altivez se extingue completamente, porque aunque sirve a la victoria, sin embargo, se nos conserva una lucha continua para dominar la soberbia de los pensamientos. Por lo tanto, aquí se dice bien, porque cada hombre continente se adapta a la necesidad debida y contradice al placer violento, con la voz del Señor: No escucha el clamor del acreedor. Porque, sin embargo, el hombre discreto se eleva a comprender las cosas superiores, en la medida en que castiga en sí mismo los incentivos de la carne, correctamente después del desprecio del clamor del acreedor se añade.

CAPÍTULO XIX [Rec. XV].

VERS. 8.---Contempla los montes de sus pastizales.

64. Para comprender las cosas sublimes, es útil elevarse quien ha castigado los incentivos de la carne. Los montes de los pastos son las altas contemplaciones de la reflexión interna. En efecto, los hombres santos, cuanto más se rebajan despreciándose exteriormente, tanto más se alimentan interiormente con la contemplación de las revelaciones. Por eso está escrito: "Dispuso en su corazón subir por el valle de las lágrimas" (Salmo 83, 6-7), porque a quienes exteriormente los contiene el valle de la humildad en llanto, a esos los eleva interiormente el

ascenso de la contemplación. [Vet. XXIX.] Los montes de los pastos son también las sublimes virtudes de los ángeles. Las cuales, al ministrarnos y ayudarnos aquí, nos alimentan porque allí se enriquecen con el rocío de la contemplación interna. Y como, por la gracia de Dios, nos protegen en toda lucha, se dice con razón que nos rodean. Pues por todas partes percibimos que están presentes, cuya defensa nos protege contra los adversarios desde todos los lados. Aún pueden entenderse los montes de los pastos como las altas sentencias de la Sagrada Escritura, de las cuales el salmista dice: "Montes altos para los ciervos" (Salmo 103, 18), porque aquellos que ya saben dar saltos de contemplación, ascienden a las altas cumbres de las sentencias divinas, como a las cimas de los montes, a las cuales ciertamente los débiles no pueden llegar, y con razón se añade allí: "La roca es refugio para los erizos" (Ibid.), porque evidentemente a los débiles no los ejercita la inteligencia sublime, sino que solo la fe en Cristo los contiene humildemente. Sigue:

CAPÍTULO XX.

IBID.---Busca todas las cosas verdes.

65. Despreciando lo transitorio, se desean las cosas que permanecerán para siempre. En efecto, todo lo que ha sido creado temporalmente se seca, como por el sol del verano, con el fin venidero de la alegría de la vida presente. Sin embargo, son verdes las cosas que han sido llamadas, las cuales no se marchitan con el paso del tiempo. Por lo tanto, para este onagro, buscar lo verde es, para cada hombre santo, desear lo que permanecerá para siempre, despreciando las cosas transitorias.

Todo esto que se ha dicho sobre el onagro también puede entenderse de otra manera. Lo explicamos repitiendo el verso anterior, para que dejemos al juicio del lector lo que crea que debe elegirse. Así pues, después de que la dispensación de los predicadores ha sido descrita bajo el pretexto de las ciervas, para mostrar por quién se otorga esta misma virtud de la predicación, inmediatamente se añade la conmemoración de la encarnación del Señor, para que se diga:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 5.---¿Quién dejó libre al onagro?

SENTIDO ALEGÓRICO.---66. Cristo con razón se compara al onagro.---Nadie debería considerar indigno que el Señor encarnado pueda ser figurado por tal animal, ya que es evidente para todos que, por una cierta significación, en la Sagrada Escritura se menciona tanto al gusano como al escarabajo, como está escrito: Pero yo soy un gusano, y no un hombre (Salmo XXI, 7). Y como se dice a través del profeta en la traducción de los Setenta: El escarabajo clamó desde la madera (Habacuc II, 2). Así, cuando se le figura con cosas tan abyectas y viles, ¿qué se dice de Él de manera despectiva, de quien se sabe que propiamente nada se dice? Se le llama cordero, pero por su inocencia. Se le llama león, pero por su poder. A veces también se le compara con la serpiente, pero por la muerte o la sabiduría. Y por eso, a través de todas estas cosas se puede hablar figuradamente, porque de todas ellas no se puede creer nada esencialmente. Pues si cualquiera de estas cosas existiera esencialmente, la otra ya no podría decirse. Porque si se dijera propiamente cordero, ya no podría llamarse león. Si se dijera propiamente león, no podría ser señalado por la serpiente. Pero decimos todas estas cosas en Él tanto más ampliamente en figura, cuanto más lejos de la esencia. Por lo tanto, el onagro puede designar al Señor encarnado. El onagro es ciertamente un animal

salvaje. Y porque el Señor encarnado benefició más a la gentilidad que a Judea, al asumir un cuerpo animal, vino como no a una casa, sino más bien a un campo. De este campo de la gentilidad se dice por el salmista: La belleza del campo está conmigo (Salmo XLIX, 11). Así, el Señor encarnado, que en forma de Dios es igual al Padre, en forma de siervo es menor que el Padre, y también menor que Él mismo (Filipenses II). [Vet. XXX.] Por lo tanto, que se diga del Padre sobre el Hijo según la forma de siervo: ¿Quién dejó libre al onagro, y quién desató sus ataduras? Porque todo el que peca es esclavo del pecado (Juan VIII, 35). Y porque el Señor encarnado se hizo partícipe de nuestra naturaleza, no de la culpa, se dice que fue dejado libre, porque no está bajo el dominio del pecado. De quien en otro lugar está escrito: Entre los muertos libre (Salmo XXXVII, 5). Se dice que fue dejado libre, porque al asumir nuestra naturaleza, de ninguna manera está sujeto al yugo de la iniquidad. Aunque la mancha de nuestra culpa no lo tocó, sin embargo, la pasión de nuestra mortalidad lo ató. Por lo tanto, después de que se dice que fue dejado libre, correctamente se añade sobre Él:

CAPÍTULO XXII.

IBID.---¿Y quién desató sus cadenas?

67. Las ataduras de este onagro fueron desatadas cuando las debilidades de la pasión se transformaron en la gloria de la resurrección. En efecto, sus ataduras fueron desatadas cuando las debilidades de su pasión se transformaron en la gloria de la resurrección. El Señor tuvo, por así decirlo, ciertas ataduras, aquellas que sufrimos por el mérito de nuestra maldad, las debilidades de nuestra mortalidad, a las cuales quiso voluntariamente atarse hasta la muerte, y que maravillosamente desató por la resurrección. Pues el hambre, la sed, el cansancio, ser apresado, flagelado, crucificado, fueron ataduras de nuestra mortalidad. Pero cuando, cumplida la muerte, el velo del templo se rasgó, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron, las puertas del infierno se abrieron; ¿qué otra cosa se muestra con tantos argumentos de tan gran poder, sino que aquellas ataduras de nuestra debilidad se desataban, para que aquel que había venido a asumir la forma de siervo, en esa misma forma de siervo, liberado de las ataduras del infierno, regresara libre al cielo incluso con sus miembros? De estas ataduras tuyas da testimonio el apóstol Pedro diciendo: A quien Dios resucitó, desatados los dolores del infierno, ya que era imposible que fuera retenido por él (Hechos 2, 24). Y porque después de su muerte y resurrección se dignó llamar a la gentilidad a la gracia de la fe, después de que se dice que sus ataduras fueron desatadas, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXIII.

VERS. 6.---A quien di en la soledad una casa, y su tabernáculo en tierra de salinidad.

68. A quien se le dio un lugar en la soledad y en tierra de sal, cuando la gentilidad lo recibió. En la gentilidad, donde no hubo patriarca, no hubo profeta; para entender a Dios, quien usara la razón, casi no había hombre. De esta soledad se dice por Isaías: "Se alegrará el desierto y la tierra seca, y exultará la soledad, y florecerá como el lirio" (Isaías 35, 1). Y nuevamente de la Iglesia se dice: "Convertirá su desierto en delicias, y su soledad en el jardín del Señor" (Isaías 51, 3). La tierra de sal es esta misma soledad repetida, que antes de conocer la verdadera sabiduría de Dios, producía sal, porque no produciendo ninguna verdor de buen entendimiento, pensaba perversamente. Por lo tanto, recibió una casa en la soledad y un tabernáculo en tierra de sal, porque Dios encarnado por los hombres, dejando Judea, poseyó los corazones de la gentilidad. Por eso, con la voz del Padre, se le dice por el profeta: "Pídeme, y te daré las naciones como herencia, y como posesión los confines de la tierra"

(Salmo 2, 8). Quien, según lo que es Dios, da todo con el Padre, pero según lo que es hombre, recibe del Padre entre todo, como está escrito: "Le dio poder y juicio, porque es el Hijo del Hombre" (Juan 5, 27). Y nuevamente está escrito: "Sabendo que el Padre le había dado todo en sus manos" (Juan 13, 1). O como él mismo dice: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí" (Juan 6, 37). Ahora bien, si se pregunta qué diferencia hay entre casa y tabernáculo, la casa es para habitar, el tabernáculo es para el camino. Así que tuvo los corazones de los gentiles como ciertos tabernáculos al venir, pero al afirmarlos por la justicia, hizo de ellos una casa habitando. Y porque despreció imitar la vida de aquellos a quienes había venido, correctamente se añade:

CAPÍTULO XXIV.

VERS. 7.---Desprecia la multitud de la ciudad.

69. No siguió los ejemplos de la multitud, sino que propuso los suyos propios para ser seguidos. La vida presente no debe ser amada por sí misma, sino soportada por la futura. Es decir, desprecia las costumbres de la conversación humana. Pues, hecho hombre entre los hombres, no quiso seguir el uso de los hombres. Por eso se hizo hombre entre nosotros, no solo para redimirnos con su sangre derramada, sino también para cambiarnos con su ejemplo mostrado. En nuestra conversación, al venir encontró unas cosas y al vivir enseñó otras. Todos los nacidos de la soberbia estirpe de Adán se esforzaban por buscar los bienes de la vida presente, evitar las adversidades, huir de los oprobios, seguir la gloria. Vino entre ellos el Señor encarnado buscando las adversidades, despreciando los bienes, abrazando los oprobios, huyendo de la gloria. Pues cuando los judíos quisieron constituirlo como rey, rehusó ser hecho rey (Juan VI, 15). Pero cuando intentaron matarlo, voluntariamente se dirigió al patíbulo de la cruz (Ibid., XVIII, 4). Huyó, pues, de lo que todos desean, buscó lo que todos huyen. Pero al huir de lo que todos desean y buscar lo que todos huyen, hizo lo que todos admirarían, para que él mismo resucitara muerto y con su muerte resucitara a otros de la muerte. [Vet. XXXI.] Hay dos vidas del hombre que permanece en el cuerpo, una antes de la muerte, otra después de la resurrección: de las cuales todos conocían una por experiencia, la otra no la conocían; y el género humano solo se enfocaba en esta que conocía. Vino el Señor en la carne, y al asumir una, mostró la otra. Al asumir esta que nos es conocida, mostró aquella que nos es desconocida. Pues muriendo ejerció la vida que tenemos, resucitando abrió la que debemos buscar, enseñándonos con su ejemplo que esta vida que llevamos antes de la muerte no debe ser amada por sí misma, sino soportada por la otra. Por tanto, ya que usó una nueva conversación entre los hombres, no siguió las costumbres de Babilonia, bien está escrito de él: Desprecia la multitud de la ciudad.

70. Cristo abandonó a la multitud que vagaba por el camino espacioso.---O ciertamente, que abandonó a muchos que vagaban por el camino espacioso, y eligió a los pocos que caminaban por el estrecho. Pues despreciar a la multitud de la ciudad es rechazar de la suerte de su reino a la parte del género humano que entra por el camino ancho (Mat. VII, 13), que también es numerosa por la abundancia de iniquidad. Sigue:

CAPÍTULO XXV.

IBID.---No escucha el clamor del recaudador.

71. No escuchó el clamor del exactor, es decir, del diablo.---Como se ha dicho anteriormente, ¿quién puede ser considerado exactor en este contexto sino el diablo? Él, al persuadir

maliciosamente, ofreció la esperanza de la inmortalidad, pero engañando exige el tributo de la muerte; al persuadir, introdujo la culpa, y al ser cruel, exige el castigo. El discurso de este exactor es la persuasión astuta antes de la muerte del hombre, pero su clamor es el violento saqueo después de la muerte. A quienes antes de la muerte intercepta secretamente, a estos después de la muerte los arrebató violentamente hacia la compañía de su suplicio. Pero como el Señor, al venir a la muerte, no temió los violentos ataques de este exactor, como Él mismo dice: "Viene el príncipe de este mundo y en mí no tiene nada" (Juan 14, 30), se dice acertadamente: "No escucha el clamor del exactor". En efecto, el exactor del género humano vino a Él, porque lo vio como hombre. Pero a quien creyó un hombre despreciado por su debilidad, lo sintió por su virtud por encima del hombre.

[Rec. XVI.] 72. El tipo de este exactor es Labán; de Cristo, Jacob; de la Iglesia, Raquel.---El tipo de este exactor ciertamente lo representa Labán, cuando vino con furia a buscar sus ídolos en casa de Jacob (Génesis XXXI, 1 y ss.). Labán, en efecto, se interpreta como blanqueo. Y el blanqueo no inadecuadamente se entiende como el diablo; quien, aunque es oscuro por mérito, se transfigura en ángel de luz (II Cor. XI, 14). A este sirvió Jacob, es decir, el pueblo judío reprobado, del cual, según la carne, vino el Señor encarnado. También puede expresarse por Labán este mundo, que persigue con furia a Jacob, porque intenta oprimir persiguiendo a los elegidos, que son miembros de nuestro Redentor. La hija de este, es decir, del mundo o del diablo, Jacob la tomó cuando Cristo se unió a la Iglesia de entre los gentiles. Y la saca de la casa de su padre, porque a ella le dice por el Profeta: Olvida a tu pueblo y la casa de tu padre (Salmo XLIV, 11). ¿Qué se designa en los ídolos, sino la avaricia? Por eso, a través de Pablo se dice: Y la avaricia, que es idolatría (Colosenses III, 5). Labán, por tanto, viniendo a buscar ídolos en casa de Jacob, no los encontró, porque al mostrarle los tesoros del mundo, el diablo no halló en nuestro Redentor huellas de concupiscencia terrena. Pero lo que Jacob no tenía, Raquel lo cubrió sentándose. Por Raquel, que también se llama oveja, se figura la Iglesia. Sentarse es desear la humildad de la penitencia, como está escrito: Levantaos después de haberos sentado (Salmo CXXVI, 2). Raquel, por tanto, cubrió los ídolos sentándose, porque la santa Iglesia, siguiendo a Cristo, cubrió los vicios de la concupiscencia terrena con penitencia. De esta cobertura de los vicios se dice por el Salmista: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Salmo XXXI, 1). Nosotros, por tanto, somos señalados por aquella Raquel, que presionamos los ídolos sentándonos, si condenamos las culpas de la avaricia con penitencia. Esta avaricia no suele ocurrir a aquellos que corren virilmente por el camino del Señor, a quienes se les dice: Actúa virilmente, y se fortalezca vuestro corazón (Salmo XXX, 25), sino principalmente a aquellos que, caminando con paso afeminado, se disuelven por las seducciones del mundo. Por eso, también allí se dicen estas palabras de Raquel: Según la costumbre de las mujeres, ahora me ha sucedido (Génesis XXXI, 35). En casa de Jacob, por tanto, Labán no encontró ídolos, porque el exactor astuto no halló nada que reprochar en nuestro Redentor. De este exactor, al Redentor nuestro que libera a los gentiles de su dominio, se dice por el profeta: Porque el yugo de su carga, y la vara de su hombro, y el cetro de su exactor has quebrantado, como en el día de Madián (Isaías IX, 4). Al liberar a los gentiles, el Señor superó el yugo de su carga, cuando con su venida los liberó de aquella servidumbre de la tiranía demoníaca. Superó la vara de su hombro, cuando contuvo el golpe de aquella que, por la obra perversa, gravemente oprimía al género humano redimido. Superó el cetro de su exactor, cuando destruyó del corazón de los fieles el reino de ese mismo diablo, que por la pestilente perpetración de los vicios solía exigir las debidas tribulaciones de las penas.

[Vet. XXXII, Rec. XVII.] 73. La insolente batalla de Gedeón contra los madianitas prefiguró el combate de Cristo.---Pero escuchemos cómo se llevaron a cabo estos hechos. Inmediatamente se añade: Como en el día de Madián. No creo que esté fuera de lugar si alguna vez discutimos más ampliamente esta guerra de los madianitas, que en comparación con la venida del Señor fue introducida diligentemente por el profeta. En el libro de los Jueces (Jueces VII, 1 y ss.), se describe que Gedeón luchó contra los madianitas. Cuando él llevaba al ejército en gran número a la batalla, por advertencia divina se le ordenó que, al llegar al río, apartara del conflicto bélico a todos aquellos que viera beber agua de rodillas. Y así sucedió que solo trescientos hombres, que habían bebido el agua de pie con las manos, permanecieron. Con estos se dirigió a la batalla, y los armó no con armas, sino con trompetas, lámparas y cántaros (Ibid., 19 y ss.). Pues, como está escrito allí, colocaron las lámparas encendidas dentro de los cántaros, y sostuvieron las trompetas en la mano derecha y los cántaros en la izquierda; y al acercarse a sus enemigos, tocaron las trompetas, rompieron los cántaros, aparecieron las lámparas; y los enemigos, aterrorizados por el sonido de las trompetas y el resplandor de las lámparas, huyeron. ¿Qué significa esto, que tal batalla es traída a colación por el profeta y la victoria de esta lucha se compara con la venida de nuestro Redentor? ¿Acaso el profeta quiso indicarnos que la victoria de esa batalla bajo el mando de Gedeón prefiguró la venida de nuestro Redentor contra el diablo? Sin duda, allí se realizaron acciones que, cuanto más trascienden el uso común de la guerra, tanto más no se apartan del misterio profético. ¿Quién alguna vez ha ido a la batalla con cántaros y lámparas? ¿Porque al enfrentarse a las armas, abandonó las armas? Sin duda, esto nos habría parecido ridículo si no hubiera sido aterrador para los enemigos. Pero, como lo atestigua la misma victoria, aprendemos a no considerar insignificantes estos hechos. Así, Gedeón, al ir a la batalla, señala la venida de nuestro Redentor, de quien está escrito: Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla (Salmo XXIII, 7). Aquí, no solo profetizó a nuestro Redentor con sus acciones, sino también con su nombre. Gedeón se interpreta como "el que rodea en el vientre". Pues nuestro Señor, por el poder de su majestad, abarca todo, y sin embargo, por la gracia de la dispensación, vino tomando humanidad en el vientre de la Virgen. ¿Quién es entonces el que rodea en el vientre, sino el Dios omnipotente que nos redime con su dispensación, abarcando todo con su divinidad y tomando humanidad en el vientre? En ese vientre fue encarnado y no fue confinado, porque estuvo en el vientre por la sustancia de la debilidad, y fuera del mundo por el poder de la majestad. Madián, por su parte, se interpreta como "del juicio". Pues para que sus enemigos fueran repelidos y destruidos, no fue por el vicio del que repele, sino por el juicio del que juzga justamente. Y por eso se les llama "del juicio", porque, ajenos a la gracia del Redentor, llevan incluso en el nombre el mérito de una justa condenación.

[Vet. XXXIII.]. 74. Qué significan los trescientos soldados que luchan con Gedeón.---Contra estos, Gedeón avanza hacia la batalla con trescientos. Suele entenderse en el número centenario la plenitud de la perfección. ¿Qué se designa, entonces, por el número centenario multiplicado por tres, sino el perfecto conocimiento de la Trinidad? Con estos, en efecto, nuestro Señor destruye a los adversarios de la fe, con estos desciende a las batallas de la predicación, quienes pueden conocer lo divino, quienes saben sentir perfectamente sobre la Trinidad, que es Dios. Es de notar que este número de trescientos está contenido en la letra tau, que tiene la apariencia de la cruz. Si sobre la línea transversal se añadiera lo que sobresale en la cruz, ya no sería la apariencia de la cruz, sino la cruz misma. Por lo tanto, como este número de trescientos está contenido en la letra tau, y por la letra tau, como hemos dicho, se muestra la apariencia de la cruz, no sin razón en estos trescientos que siguen a Gedeón están designados aquellos a quienes se les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí,

niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Luc. IX, 23). Quienes siguiendo al Señor llevan la cruz con más verdad, cuanto más severamente se dominan a sí mismos y se crucian con la compasión de la caridad hacia sus prójimos. Por lo cual también se dice por el profeta Ezequiel: Marca con una tau las frentes de los hombres que gimen y se lamentan (Ezequiel IX, 4). O ciertamente en estos trescientos, que están contenidos en la letra tau, se expresa que el hierro de los enemigos es superado por la madera de la cruz. Y fueron llevados al río para beber agua, y cualquiera que recogió agua con las rodillas dobladas fue apartado de la intención bélica. Por las aguas, la doctrina de la sabiduría; y estando de pie la rodilla, se designa la recta operación. Por lo tanto, quienes al beber agua se dice que se arrodillaron, fueron apartados del combate de las guerras, porque con aquellos Cristo avanza hacia la batalla contra los enemigos de la fe, quienes al recoger las corrientes de la doctrina, no doblan la rectitud de sus obras. Se narra que todos bebieron agua, pero no todos permanecieron con la rodilla recta. Fueron rechazados aquellos que doblaron las rodillas mientras bebían agua; porque, como atestigua el Apóstol: No son justos ante Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen serán justificados (Rom. II, 13). Porque, como hemos dicho, la disolución de las obras se señala en la misma curvatura de las rodillas, correctamente se dice de nuevo por Pablo: Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced caminos rectos para vuestros pies (Hebr. XII, 12). Estos, por lo tanto, avanzan a la guerra con Cristo como guía, quienes muestran con obras lo que anuncian con la boca, quienes recogen espiritualmente las corrientes de la doctrina, y sin embargo no se inclinan carnalmente en obras perversas, porque como está escrito: No es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Eccli. XV, 9).

75. Qué significan las trompetas, las lámparas y las vasijas con las que fueron a la batalla y derrotaron a los enemigos. Así pues, se fue a la batalla con trompetas, con lámparas, con vasijas. Este fue, como dijimos, un orden inusual de combatir. Tocaron las trompetas, y las vasijas se sostenían con la mano izquierda: dentro de las vasijas se colocaron lámparas; al romperse las vasijas, las lámparas fueron mostradas, y con el resplandor de su luz, los enemigos aterrados se dieron a la fuga. Se designa, por tanto, en las trompetas el clamor de los predicadores, en las lámparas, la claridad de los milagros, en las vasijas, la fragilidad de los cuerpos. Así pues, nuestro líder llevó consigo a la batalla de la predicación a aquellos que, despreciando la salvación de sus cuerpos, derribaron a sus enemigos muriendo, y superaron sus espadas no con armas, no con espadas, sino con paciencia. Nuestros mártires vinieron armados bajo su líder a la batalla; pero con trompetas, con vasijas, con lámparas. Sonaron las trompetas, mientras predicaban; rompieron las vasijas, cuando en su pasión ofrecieron sus cuerpos a las espadas enemigas; resplandecieron con lámparas, cuando después de la disolución de sus cuerpos brillaron con milagros. Y enseguida los enemigos se dieron a la fuga; porque al ver los cuerpos de los mártires muertos resplandecer con milagros, quebrados por la luz de la verdad, creyeron en lo que combatieron. Tocaron, pues, las trompetas, para que se rompieran las vasijas; las vasijas se rompieron, para que aparecieran las lámparas; aparecieron las lámparas, para que los enemigos se dieran a la fuga; es decir, los mártires predicaron, hasta que sus cuerpos se disolvieran en la muerte; sus cuerpos se disolvieron en la muerte, para que resplandecieran con milagros; resplandecieron con milagros, para que derribaran a sus enemigos con la luz divina, de modo que no resistieran erguidos a Dios, sino que, sometidos, lo temieran.

76. Los predicadores de la fe lograron más con su muerte que con su predicación.---Y es de notar que los enemigos se mantuvieron firmes ante las jarras, pero huyeron ante las lámparas, porque, en efecto, los perseguidores de la santa Iglesia resistieron a los predicadores de la fe mientras aún estaban en el cuerpo; pero después de la disolución de sus cuerpos, al aparecer los milagros, se dieron a la fuga, porque, aterrorizados por el miedo, cesaron en la

persecución de los fieles. Es decir, con la predicación de las trompetas, al romperse las jarras de los cuerpos, temieron al ver las lámparas de los milagros.

[Vet. XXXIV.] 77. Aquel a quien le preocupa más el cuerpo que la predicación, debe temer la reprobación.---También debe considerarse lo que está escrito allí, que en la mano derecha sostuvieron las trompetas, pero en la izquierda las jarras. Se dice que tenemos en la derecha lo que consideramos de gran valor; y en la izquierda lo que consideramos sin importancia. Por tanto, está bien escrito allí que sostuvieron las trompetas en la derecha y las jarras en la izquierda, porque los mártires de Cristo valoran en gran medida la gracia de la predicación, pero consideran de poco valor la utilidad del cuerpo. Pues quien da más importancia a la utilidad del cuerpo que a la gracia de la predicación, sostiene la trompeta en la izquierda y la jarra en la derecha. Si en primer lugar se atiende a la gracia de la predicación, y en segundo lugar a la utilidad del cuerpo, es cierto que las trompetas se sostienen en la derecha y las jarras en la izquierda. De aquí que el Señor en el Evangelio dice: No encienden una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero (Mat. V, 15). En el celemín se entiende el beneficio temporal, y en la lámpara la luz de la predicación. Poner la lámpara debajo del celemín es esconder la gracia de la predicación por un beneficio temporal, lo cual ninguno de los elegidos hace. Y bien se añade allí: Sino sobre el candelero. En el candelero se designa el estado del cuerpo, sobre el cual se coloca la lámpara, cuando se antepone el cuidado de la predicación al cuerpo mismo. Por tanto, bien se dijo por el Profeta: Has quebrado el cetro del opresor, como en el día de Madián (Is. IX, 4). Pero como nos hemos desviado mucho para explicar el testimonio profético, volvamos al orden de nuestra obra. Así pues, después de que se dijo: No escuchó el clamor del opresor, porque el Señor, manifestado en la carne, despreció las insidias del antiguo enemigo, correctamente añade lo que hizo también con sus elegidos, diciendo:

CAPÍTULO XXVI.

VERS. 8.---Contempla los montes de sus pastizales.

78. Cristo también ha transformado a los soberbios en sus miembros. Convierte a aquellos a quienes mira.---Entendemos por montes a todos los altivos de este siglo, que se han hinchado en su corazón con la altitud terrena. Pero como también tales personas el Señor las incorpora al cuerpo de su Iglesia, y transformándolos de su anterior altivez, los convierte en sus miembros, estos montes son sus pastos, porque ciertamente se sacia de la conversión de los errantes y de la humildad de los soberbios, como él mismo dice: Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió (Juan IV, 34). Y como mandó a los apóstoles enviados a la predicación, diciendo: Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna (Juan VI, 27). De estos montes se dice por el Profeta: No rechazará el Señor a su pueblo, porque en su mano están todos los confines de la tierra, y las alturas de los montes él las contempla (Salmo XCV, 4). Las alturas de los montes son ciertamente las altiveces de los soberbios. A quienes el Señor se dice que contempla, es decir, que los cambia de su iniquidad a algo mejor. Porque el Señor convierte a aquel a quien mira. De donde está escrito: El Señor vuelto miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra del Señor como había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces; y saliendo fuera, lloró amargamente (Lucas XXII, 61). Y como dice Salomón: El rey que se sienta en el trono de juicio, disipa todo mal con su mirada (Proverbios XX, 8). De esta mirada a los montes se dice de nuevo por el profeta: Los montes se derretieron como cera ante la faz del Señor (Salmo XCVII, 5), porque después de la dureza de su perversidad, derretidos por el temor divino, fueron sometidos de aquel tumor rígido.

79. Se alimenta de las buenas obras de los convertidos. Mateo hizo un gran banquete para Cristo, o más bien, fue un gran banquete. También es digno de observar que no dice que inspecciona, sino que circunspecciona los montes de su pasto. En efecto, el Señor se encarnó en Judea, que estaba situada en medio de las naciones. Y por eso circunspeccionó los montes, porque reunió a los elevados de este mundo, situados alrededor, de la universalidad del paganismo. En estos montes, pues, se alimenta, porque se sacia con las buenas obras de los convertidos, como con hierbas verdes. De ahí que se le diga con la voz de la esposa en el Cantar de los Cantares: Indícame dónde pastas, dónde reposas al mediodía (Cant. I, 6). En efecto, el Señor se alimenta cuando se deleita con nuestras buenas acciones. Y reposa al mediodía, cuando encuentra refrigerio en los corazones ardientes de sus elegidos, entre los deseos carnales de los reprobos, con el buen pensamiento. Mateo, en efecto, era un cierto monte cuando se ensalzaba en las ganancias del telonio; de quien también está escrito que, después de creer, invitando al Señor a su casa, hizo un gran banquete (Luc. V, 29). Este monte, pues, produjo para este onagro las hierbas del pasto verde, porque lo alimentó tanto externamente con el banquete como internamente con las viandas de las virtudes. Lo cual se cumple aún más plenamente cuando se añade:

CAPÍTULO XXVII.

IBID.--- Busca todas las cosas verdes.

80. Cristo abandona los corazones secos; busca aquellos que florecen en fe y esperanza. En efecto, abandona los secos y busca diligentemente los que florecen. Los corazones secos son los de aquellos hombres que, plantados en la esperanza perecedera de este mundo, no tienen confianza en la eternidad. En cambio, florecen aquellos que se adhieren a la herencia de la que habla el apóstol Pedro: "A una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible" (I Pe. I, 4). Pues tanto más verdaderamente florecen aquellos que fijan la raíz de su pensamiento en la suerte de la herencia inmarcesible. Por tanto, quien teme secarse interiormente, debe huir de los deseos secos de este mundo exterior. Quien desea ser buscado por el Señor, anhelando la patria eterna, debe florecer en la plantación interna del corazón.

81. La modestia y humildad de San Gregorio.---Lo expuesto sobre el onagro bajo un doble entendimiento es suficiente. Se deja al juicio del lector decidir qué interpretación considera más adecuada. Y si acaso desprecia la comprensión de ambas exposiciones, con gusto seguiré al lector que perciba más sutil y verdaderamente, como un discípulo sigue a su maestro, porque creo que se me ha dado propiamente todo lo que reconozco que él percibe mejor que yo. Todos los que, llenos de fe, nos esforzamos por expresar algo sobre Dios, somos instrumentos de la verdad; y está en el poder de esa misma verdad decidir si resuena a través de mí para otro, o a través de otro para mí. Pues ella, en medio de nosotros, es igual para todos, incluso si no todos viven de la misma manera, y a menudo toca a uno para que escuche bien lo que ha resonado a través de otro; y a menudo toca a otro para que lo que se escucha de otros resuene bien.

82. A menudo se le atribuye la palabra al maestro ya sea por el mérito del oyente, o se le retira por la culpa de este. A menudo se le concede la palabra al maestro por la gracia del oyente, y a menudo se le retira el discurso al maestro por la culpa del oyente. Por lo tanto, en lo que el maestro predica abundantemente, no debe enorgullecerse, no sea que su lengua se llene no por su propio mérito, sino por la gracia del oyente; y en lo que el maestro dice de manera estéril, el oyente no debe enojarse, no sea que la lengua del maestro se entorpezca no

por su propia culpa, sino por la reprobación del oyente. Pues por la gracia del buen oyente, también se da la palabra a los malos maestros, como pudieron tener los fariseos las palabras de la predicación, de quienes está escrito: "Haced, pues, y guardad todo lo que os digan; pero no hagáis conforme a sus obras" (Mateo 23, 3). Por la reprobación de los oyentes, también se le retira la palabra a los buenos maestros, como se dice a Ezequiel contra Israel: "Haré que tu lengua se pegue a tu paladar, y quedarás mudo, y no serás como un hombre que reprende, porque es una casa rebelde" (Ezequiel 3, 26).

83. A veces, por el mérito o la culpa del doctor y de los oyentes, se concede o se niega. Nadie debe enorgullecerse de lo recibido. Que la esperanza esté acompañada del temor. A veces, sin embargo, el discurso de la predicación se da por ambos, y a veces se retira por ambos. Se da por ambos, como se dice con la voz divina a Pablo en Corinto: No temas, sino habla (Hechos XVIII, 9). Y poco después: Porque tengo mucho pueblo en esta ciudad (Ibid. 10). Se retira por ambos, como cuando el sacerdote Elí conoció la mala acción de sus hijos y no ejerció la voz de la reprensión; cuando ciertamente habría de suceder que en el castigo de la muerte se castigara tanto a ellos por el delito de su crimen, como a él por la pena de su silencio (I Reyes III, 12, sig.). Entre estas cosas, pues, cuando ignoramos si el discurso se da o se retira por alguien, hay un único remedio saludable: no enorgullecernos de lo que hemos recibido más que otros, ni burlarnos de lo que otro ha recibido menos; sino avanzar con el pie firme de la humildad, gravemente y con constancia, porque en esta vida somos tanto más verdaderamente instruidos cuanto más reconocemos que la doctrina no puede provenir de nosotros mismos. ¿Por qué, entonces, alguien habría de enorgullecerse de la doctrina, si ignora por juicio oculto a quién y cuándo se da, o cuándo y a quién se retira? Aunque el temor siempre parece estar lejos de la seguridad, para nosotros no hay nada más seguro que temer siempre bajo la esperanza, no sea que la mente incauta, ya sea por desesperación, se precipite en los vicios, o por enaltecimiento caiga por los dones. Ante los ojos del juez estricto y piadoso, cuanto más humildemente tiembla uno de sí mismo bajo la esperanza, tanto más firmemente se sostiene en Él.

LIBRO TRIGÉSIMO PRIMERO. Se explica el versículo noveno junto con los restantes del capítulo XXXIX, omitiendo solo los tres últimos; y se demuestra especialmente la eficacia de la gracia divina en la predicación del Evangelio y la conversión de los pecadores.

CAPÍTULO PRIMERO.

995 1. La herida infligida al hombre por el diablo soberbio, sanada por la humildad de Dios--- En el paraíso, el diablo, envidiando al hombre sano, le infligió la herida de la soberbia, para que quien había sido creado sin conocer la muerte, mereciera, al enaltecerse, caer (Génesis III). Pero como a la potencia divina le es posible no solo crear bienes de la nada, sino también reformar aquellos males perpetrados por el diablo, contra esta herida infligida por el diablo soberbio apareció entre los hombres la medicina de la humildad de Dios, para que, siguiendo el ejemplo del Creador, se levantaran humillados aquellos que, por imitar al enemigo, habían caído en la soberbia. Por tanto, contra el diablo soberbio apareció entre los hombres Dios hecho hombre humilde. Los poderosos de este mundo, es decir, los miembros del diablo soberbio, lo consideraron despreciable precisamente porque lo vieron humilde. Pues cuanto más se hinchó la herida de su corazón, tanto más despreciaron el suave remedio. Rechazada, pues, la medicina de nuestra herida por los soberbios, llegó a la herida de los humildes: Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (I Cor. I, 27); y se realizó entre los pobres lo que después incluso los ricos admirarían. Pues al contemplar en ellos nuevas virtudes, se asombraron de los milagros de aquellos cuya vida antes habían despreciado. De ahí que,

pronto, temerosos, volviendo a sus corazones, temieron la santidad en los milagros, que habían despreciado en los preceptos. Por lo tanto, lo fuerte fue confundido por lo débil, porque mientras la vida de los humildes se elevaba en veneración, la altivez de los soberbios caía. Así pues, como el bienaventurado Job representa el tipo de la santa Iglesia, y el Dios omnipotente previó que en los comienzos de la Iglesia naciente, los poderosos de este mundo rechazarían con la dura cerviz de su corazón aceptar su yugo ligero, diga:

CAPÍTULO IX.

CAP. XXXIX, vers. 9.---¿Acaso querrá el rinoceronte servirte?

2. Por el rinoceronte se entienden los altivos y poderosos que son domados por Cristo y obligados a servir a la Iglesia. Su soberbia fue quebrantada por milagros. El rinoceronte, en efecto, es de naturaleza completamente indomable; de tal manera que, si alguna vez es capturado, no puede ser retenido de ninguna manera. Impaciente, como se dice, muere de inmediato. Su nombre, interpretado en lengua latina, significa "cuerno en la nariz". ¿Y qué otra cosa se designa en la nariz sino la necedad, y en el cuerno sino la altivez? Pues bien, que en la nariz se suele entender la necedad, lo aprendemos con el testimonio de Salomón, quien dice: "Anillo de oro en las narices de un cerdo, mujer hermosa y necia" (Prov. XI, 22). Vio que la doctrina herética resplandece con el brillo de la elocuencia, pero no se ajusta al adecuado entendimiento de la sabiduría, y dice: "Anillo de oro en las narices de un cerdo", es decir, una locución hermosa y adornada en los sentidos de una mente necia, a la que le cuelga oro de la elocuencia, pero que, sin embargo, por el peso de la intención terrenal, al modo de los cerdos, no mira hacia lo alto. Lo cual explicó a continuación, diciendo: "Mujer hermosa y necia"; es decir, doctrina herética: hermosa por la palabra, necia por el entendimiento. En el cuerno, porque la altivez frecuentemente se entiende, lo aprendemos con el testimonio del Profeta, quien dice: "Dije a los inicuos: no obréis inicuamente, y a los delincuentes: no levantéis el cuerno" (Sal. LXXIV, 5). ¿Qué se designa, pues, en este rinoceronte sino a los poderosos de este siglo, o las mismas potestades supremas de los principados, que, elevados por la necedad de la jactancia, mientras se inflan exteriormente con falsos honores, se vacían interiormente de verdaderas miserias? A quienes se les dice bien: "¿Qué tienes de soberbio, tierra y ceniza?" (Ecli. X, 9). En los mismos inicios de la naciente Iglesia, mientras el poder de los ricos se alzaba contra ella, y anhelaba su muerte con la inmensidad de tanta crueldad, mientras, angustiada por tantos tormentos, oprimida por tantas persecuciones, sucumbía, ¿quién pudo entonces creer que ella sometería a sí misma los cuellos rectos y ásperos de los soberbios, y, domada por el yugo del santo temor, los ataría con las riendas de la fe? Durante mucho tiempo, en sus comienzos, fue sacudida por el cuerno de este rinoceronte, y casi fue golpeada para ser destruida por completo. Pero, disponiendo la gracia divina, y ella, muriendo, fue vivificada y fortalecida, y este rinoceronte, al golpear su cuerno, se cansó e inclinó; lo que fue imposible para los hombres, no fue difícil para Dios, quien quebrantó las rígidas potestades de este mundo no con palabras, sino con milagros. Pues bien, cada día reconocemos que los rinocerontes sirven, mientras vemos que los poderosos de este mundo, que antes confiaban en la necia altivez de sus fuerzas, ahora se someten a Dios. Como de un cierto rinoceronte indomable hablaba el Señor cuando decía: "Es difícil que un rico entre en el reino de los cielos" (Mat. XIX, 23). Y cuando se le respondió: "¿Y quién podrá salvarse?", añadió de inmediato: "Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible" (Ibid., 26). Como si dijera: Este rinoceronte no puede ser domado por fuerzas humanas, pero puede ser sometido por milagros divinos. Por lo cual, también aquí se dice adecuadamente al bienaventurado Job, que sostiene el tipo de la santa Iglesia: "¿Acaso querrá el rinoceronte servirte?" [Rec. II.] Se sobreentiende: Como a mí, que permití que resistiera durante mucho

tiempo a las predicaciones de los hombres, pero que, sin embargo, de repente, cuando quise, lo sometí con milagros. Como si dijera más claramente: ¿Acaso aquellos que se enorgullecen con necia altivez se someten a tu predicación sin mis ayudas? Considera, pues, por quién prevaleces, e inclina el sentido de la altivez en todo lo que prevaleces. O ciertamente se lleva al conocimiento del bienaventurado Job, para humillar su virtud, lo que a veces se hace maravillosamente por los apóstoles, quienes someten el mundo a Dios, y doblegan ante él la soberbia de los poderosos de este siglo, para que el bienaventurado Job se estime menos a sí mismo, cuanto más ve que almas tan difíciles se agregan a Dios por otros. Diga, pues: "¿Acaso querrá el rinoceronte servirte?" Se sobreentiende: Como por aquellos a quienes envío, me servirá a mí. Sigue:

CAPÍTULO III [Ant. II].

997 IBID.---¿O se demorará en tu pesebre?

3. Cristo alimenta a estos rinocerontes con el sustento de la Sagrada Escritura.---En este contexto, el pesebre se puede interpretar adecuadamente como la misma Sagrada Escritura, en la cual los animales santos se sacian con el alimento de la palabra, de los cuales se dice por el Profeta: "Tus animales habitarán en ella" (Salmo 67, 11). De aquí también que el Señor nacido sea encontrado por los pastores en el pesebre (Lucas 2, 16), porque su encarnación se conoce en la escritura de los Profetas que nos nutre. Así pues, este rinoceronte, es decir, todo aquel que se ensalza en los inicios de la naciente Iglesia, cuando escuchaba las palabras de los patriarcas, los misterios de los profetas, los secretos del Evangelio, se burlaba, porque despreciaba ser encerrado y saciado en el pesebre de los predicadores, mientras que, abandonado a sus propias voluptuosidades, ocupaba el campo de su desesperación. Pablo insinúa bien este campo de los soberbios, diciendo: "Quienes, desesperando, se entregaron a la impudicia para cometer con avidez toda clase de impureza" (Efesios 4, 19). Pues cuanto más se relaja uno en los males presentes, tanto más desespera de alcanzar los bienes eternos después de esta vida. Pero Dios omnipotente soportó durante mucho tiempo a este rinoceronte vagando por el campo de la voluptuosidad perversa, y sin embargo, cuando quiso, de repente lo ató a su pesebre, para que bien encerrado reciba el alimento de la vida, no sea que, libre de manera incorrecta, pierda la vida por completo. Pues ya vemos que los poderosos de este siglo, y sus príncipes, escuchan con gusto las enseñanzas del Señor, las leen con constancia, y no se alejan del pesebre, porque los preceptos de Dios, que conocen ya sea leyendo o escuchando, de ninguna manera los transgreden viviendo; sino que soportan con ecuanimidad estar como encerrados ante el alimento de la palabra, para que comiendo y permaneciendo engorden. Cuando vemos esto actuando Dios, ¿qué otra cosa vemos sino a este rinoceronte permaneciendo en el pesebre? Y puesto que después de recibir el alimento de la predicación este rinoceronte debe mostrar el fruto de la obra, se añade correctamente:

CAPÍTULO IV [Ant. y Rec. III].

VERS. 10.---¿Acaso atarás al rinoceronte para arar con tu yugo?

4. Los príncipes del siglo proclaman los preceptos divinos a los que están sujetos y se aseguran de que se cumplan. Los preceptos de disciplina de la Iglesia son como riendas. Arar es, en efecto, mediante el estudio de la predicación, labrar la tierra del corazón humano con el arado de la lengua. Este rinoceronte, antes orgulloso y rígido, ahora está atado con las riendas de la fe; y es llevado desde el pesebre a arar, porque intenta dar a conocer a otros la predicación con la que él mismo ha sido alimentado. Sabemos que este rinoceronte, es decir,

el príncipe terrenal, antes se ensañaba con gran crueldad contra el Señor, y ahora, con la intervención del Señor, vemos cuánta humildad le muestra. Este rinoceronte no solo está atado, sino también atado para arar, porque, sujeto con las riendas de la disciplina, no solo se abstiene de obras perversas, sino que también se ejercita en las predicaciones de la santa fe. Pues bien, como se ha dicho anteriormente, cuando vemos a los mismos gobernantes y príncipes de los asuntos humanos temer a Dios en sus acciones, ¿qué otra cosa vemos sino que están atados con riendas? Y cuando no cesan de proclamar, mediante leyes promulgadas, la fe que antes perseguían combatiéndola, ¿qué otra cosa hacen sino sudar en los trabajos del arado?

5. Admirable consenso entre el poder secular y la humildad cristiana.---Es grato contemplar a este rinoceronte, es decir, al príncipe terrenal atado con las riendas de la fe, cómo lleva el cuerno por el poder del mundo y soporta el yugo de la fe por amor a Dios. Este rinoceronte podría ser muy temido, si no estuviera atado. Ciertamente tiene un cuerno, pero está atado. Tienen, por tanto, en sus riendas lo que los humildes aman, tienen en su cuerno lo que los altivos temen. Pues bien, atado con riendas, mantiene la piedad de la mansedumbre, pero apoyado en el cuerno de la gloria terrenal ejerce el dominio del poder. Sin embargo, a menudo, cuando es llevado a golpear por la ira exigente, es devuelto por el temor divino. Y ciertamente, a través de un poder exasperado, se eleva en furia; pero porque recuerda al juez eterno, atado por el cuerno se inclina. A menudo recuerdo haber visto que cuando este rinoceronte se encendía gravemente para golpear, y como con el cuerno elevado amenazaba con muertes, exilios y condenas a las pequeñas bestias sometidas a inmensos terrores, de repente, al imprimirse el signo de la cruz en su frente, extinguía todo incendio de furia en sí mismo, cambiaba y dejaba las amenazas; y porque no podía avanzar hacia lo deliberado, reconocía que estaba atado. Y no solo domina las iras en sí mismo, sino que también se apresura a insertar en los sentidos de los súbditos todo lo que es recto, para que todos veneren a la santa Iglesia desde lo más profundo de su pensamiento, demostrando él mismo con el ejemplo de su humildad. Por tanto, se dirá al bienaventurado Job: ¿Acaso atarás al rinoceronte para arar con tu rienda? Como si dijera abiertamente: ¿Acaso diriges a los poderosos de este siglo, confiando en su vana altivez, al trabajo de la predicación y los restringes bajo los vínculos de la disciplina? Se sobreentiende: Como yo, que lo hice cuando quise, que a mis perseguidores, a quienes antes soporté como enemigos, después los hice defensores de la fe recta. Sigue:

CAPÍTULO V [Ant. IV].

IBID.---¿O romperá los terrones de los valles detrás de ti?

6. Los que antes fueron perseguidores de la fe, después se convirtieron en predicadores y defensores.---Las tierras cultivadas suelen ser cubiertas por terrones que aplastan las semillas esparcidas y asfixian lo que nace. Estos terrones representan aquí a aquellos que, por su dureza y vida perniciosa, ni reciben las semillas de la palabra ni permiten que otros lleven fruto de las semillas recibidas. Pues cada santo predicador que viene al mundo, evangelizando a los pobres, ha arado como si fueran tierras fértiles de los valles; pero la Iglesia, al no poder romper la dureza de algunos soberbios, los soportaba como terrones que oprimían su labor. Muchos, confiando en la infidelidad de los príncipes terrenales, oprimían a la Iglesia naciente con el peso de su mala vida, destruyendo a quienes podían, ya sea con ejemplos condenables, amenazas o halagos, para que la tierra del corazón de los oyentes no llegara a dar fruto de la semilla espiritual cultivada. Pero cuando el Dios omnipotente sometió a este rinoceronte con sus riendas, rompió de inmediato la dureza de los terrones a través de él.

Pronto sometió el principado terrenal a su fe, quebrantó los duros corazones de los perseguidores, de modo que los terrones quebrados ya no oprimieran endurecidos, sino que, disueltos, germinaran las semillas de la palabra recibida. Por eso dice ahora con razón: ¿O romperá los terrones de los valles detrás de ti? Como si dijera, así como después de mí, que una vez que entro en la mente de cualquier poder elevado, no solo la hago sumisa a mí, sino que también la ejercito para quebrantar a los enemigos de la fe, para que los poderosos de este siglo, atados con las riendas de mi temor, no solo permanezcan creyendo en mí, sino que también, por mí, rompan con celo la dureza del corazón ajeno.

7. En su seno, la Iglesia tiene muchos enemigos, contra los cuales busca la ayuda de los príncipes terrenales. Esto que hemos dicho de los infieles, lo vemos también en muchos que se consideran parte de la fe. Muchos, situados entre los humildes hermanos, mantienen la fe solo de palabra, pero mientras no abandonan la soberbia de la arrogancia, mientras oprimen con violencia a quienes pueden, mientras otros fructifican y ellos no reciben de ninguna manera las semillas de la palabra, sino que apartan el oído del corazón de la voz del que exhorta, ¿qué son estos sino terrones endurecidos que yacen en los surcos arados? Son tanto más malvados cuanto que no producen el fruto de la humildad y, lo que es peor, oprimen a los humildes que lo producen. Para disolver la dureza de estos, a veces la santa Iglesia, porque no basta con su propia virtud, busca la ayuda de este rinoceronte, es decir, del príncipe terrenal, para que él triture los terrones que la humildad de las Iglesias lleva como llanura de los valles. Así, el rinoceronte pisa y desmenuza estos terrones, porque la dureza de los perversos y poderosos, a la que la humildad eclesiástica no puede resistir, es disuelta por la autoridad del poder principal. Y como esto se realiza solo por la virtud divina, para que las cumbres del reino terrenal se inclinen hacia el progreso del reino celestial, se dice correctamente ahora: ¿O romperá los terrones de los valles detrás de ti? Para que el bienaventurado Job sienta humildemente sobre sus virtudes y aún reconozca las alturas de los poderes de este mundo bajo el nombre del rinoceronte, sigue:

CAPÍTULO VI.

VERS. 11.--- ¿Acaso tendrás confianza en su gran fortaleza, y le dejarás tus trabajos?

8. Cristo obliga a la potestad del príncipe temporal a servirle, y a él le confió y encomendó su Iglesia. El Señor afirma tener confianza en la fortaleza del rinoceronte, porque las fuerzas que temporalmente confirió al príncipe terrenal, las inclinó hacia el culto de su veneración, de modo que del poder recibido, por el cual antes se había envanecido contra Dios, ahora ofrezca un servicio religioso a Dios. Pues cuanto más puede en el mundo, tanto más prevalece por el autor del mundo. Porque al ser temido por sus súbditos, persuade con mayor facilidad, cuanto más indica con poder quién debe ser verdaderamente temido. Por tanto, se puede decir: ¿Tendrás confianza en su gran fortaleza? Como si se dijera: Como yo, que veo que las fuerzas de los príncipes terrenales servirán a mi culto. Pues tanto más estimo menores las cosas que ahora haces, cuanto ya preveo que también las mayores potestades de este mundo se inclinarán ante mí. Bien se añade: ¿Y dejarás a él tus trabajos? El Señor dejó sus trabajos a este rinoceronte, porque al príncipe terrenal convertido le confió la Iglesia que adquirió con su muerte: porque evidentemente en su mano confió con cuánta solicitud debe mantenerse la paz de la fe. Sigue:

CAPÍTULO VII [Ant. V, Rec. IV].

VERS. 12.---¿Acaso confiarás en él para que te devuelva la semilla y recoja tu era?

9. Promulga leyes para la Iglesia; quien antes la perseguía con ferocidad. ¿Qué otra semilla, sino la palabra de la predicación, se entiende? como dice la Verdad en el Evangelio: "Salió el sembrador a sembrar" (Mat. XIII, 3); y como dice el profeta: "Bienaventurados los que siembran junto a todas las aguas" (Isaías XXXII, 20). ¿Qué otra cosa debe entenderse por era sino la Iglesia? de la cual se dice con la voz del Precursor: "Y limpiará su era" (Mat. III, 12). ¿Quién, entonces, al inicio de la naciente Iglesia creería, mientras aquel indomable principado de la tierra la atacaba con tantas amenazas y torturas, que este rinoceronte devolvería a Dios la semilla, es decir, recompensaría con obras la palabra de la predicación recibida? ¿Quién podría entonces creer, entre los débiles, que él reuniría su era? He aquí que ahora promulga leyes para la Iglesia, quien antes la perseguía con diversos tormentos. He aquí que puede llevar a cualquier nación a la gracia de la fe persuadiéndolas; y les indica la vida eterna, a quienes, una vez capturados, preserva en el presente. ¿Por qué esto? Porque ahora reúne la era, que alguna vez dispersaba con su orgulloso cuerno. Escuche, pues, el bienaventurado Job lo que hacen los príncipes de la gentilidad, y no se ensalce en su interior por la gloria de su gran virtud. Escuche también el rey poderoso, cómo los reyes más poderosos de este mundo sirven a Dios con gran devoción, y no caiga en el vicio de la soberbia por su singularidad, teniendo en otros un ejemplo, porque aunque entonces el Señor no vio a nadie semejante a él, previó a muchos por los cuales refrenaría su gloria.

10. Aquellos que, por temor a los príncipes terrenales, no se atreven a hostigar abiertamente a la Iglesia, recurren a diversos argumentos de fraude. La Iglesia no puede estar sin enemigos. Así pues, dado que los príncipes terrenales se someten a Dios con gran humildad, los hombres perversos que antes, en su infidelidad, atacaban abiertamente a la Iglesia, ahora se vuelven hacia otros argumentos de fraude. Pues al ver que aquellos veneran la religión, ellos mismos asumen el culto de la religión y oprimen la vida de los buenos bajo vestiduras despreciadas con costumbres iniquas. Son, en efecto, amantes del mundo, y muestran en sí mismos aquello que los hombres veneran, y se unen no en mente, sino en vestimenta, a aquellos que verdaderamente se desprecian a sí mismos. Porque, al no poder alcanzar la gloria presente que aman, la siguen como si la despreciaran. Mostrarían lo que sienten contra los buenos si encontraran un momento oportuno para su malicia. [Vet. VI.] Pero estos argumentos de los perversos también sirven para la purificación de los elegidos. La Santa Iglesia no puede pasar sin el trabajo de la tentación durante los tiempos de peregrinación, que, aunque no tiene enemigos abiertos fuera, soporta dentro a hermanos falsos. Pues siempre está en batalla contra los vicios, y tiene su guerra incluso en tiempos de paz; y tal vez se aflige más gravemente cuando es atacada no por los golpes de extraños, sino por las costumbres de los suyos. Así que, ya sea en un tiempo o en otro, siempre está en trabajo. Pues en la persecución de los príncipes teme que los buenos pierdan lo que son, y en la conversión de los príncipes soporta que los malos finjan ser buenos, lo que no son. Por lo cual, el Dios omnipotente, habiendo dicho que este rinoceronte está atado con correas, inmediatamente añadió la hipocresía de los perversos, diciendo:

CAPÍTULO VIII [Rec. V].

VERS. 13.---La pluma del avestruz es similar a las plumas de la garza y del halcón.

11. Los hipócritas son como el avestruz que tiene plumas, pero no vuelo. ¿Quién no sabe que el halcón y el águila superan a las demás aves con la velocidad de su vuelo? El avestruz, en cambio, tiene la apariencia de sus plumas, pero no la rapidez de su vuelo. No puede elevarse de la tierra, y levanta las alas como si fuera a volar, pero nunca se suspende en el aire. Así

son todos los hipócritas, que mientras simulan la vida de los buenos, tienen la apariencia de una visión santa, pero no la verdad de una acción santa. Tienen las plumas para volar en apariencia, pero reptan por la tierra en sus acciones, porque extienden las alas en figura de santidad, pero, cargados por el peso de las preocupaciones mundanas, de ninguna manera se elevan de la tierra. El Señor, al reprobar la apariencia de los fariseos, critica la pluma del avestruz, que en la obra hace una cosa y en el color muestra otra, diciendo: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos; así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de avaricia e iniquidad" (Mateo XXIII, 27). Como si dijera: La apariencia de la pluma parece elevaros, pero el peso de la vida os hunde en lo más bajo. De este peso se dice por el Profeta: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón?" (Salmo IV, 3). El Señor promete convertir la hipocresía de este avestruz, cuando dice por el profeta: "Me glorificarán las bestias del campo, los dragones y los avestruces" (Isaías XLIII, 20). ¿Qué se expresa con el nombre de dragones, sino las mentes maliciosas que siempre reptan por la tierra en pensamientos bajos? ¿Y qué se designa con el vocablo de avestruces, sino aquellos que se fingen buenos, que retienen la vida de santidad como la pluma del vuelo en apariencia, pero no la ejercen en sus obras? Así, el Señor afirma que será glorificado por el dragón o el avestruz, porque a menudo convierte a su servicio tanto a los malos abiertamente como a los buenos fingidos desde lo más íntimo de su pensamiento. O ciertamente, las bestias del campo, es decir, los dragones y los avestruces glorifican al Señor, cuando la fe que está en Él exalta a la gentilidad, que en este mundo había sido miembro del diablo. A la cual reprocha por su malicia con el nombre de dragones, y por su hipocresía con el vocablo de avestruces. Pues la gentilidad recibió como plumas, pero no pudo volar, ya que tenía la naturaleza de la razón, pero ignoraba la acción de la razón.

12. Los elegidos tienen aquí pocas cosas que los depriman, muchas que los eleven; al contrario de los réprobos.---Todavía tenemos que considerar atentamente en esta reflexión sobre el avestruz, el halcón y la garza. En efecto, los cuerpos del halcón y la garza son pequeños, pero sostenidos por plumas más densas, y por eso vuelan con rapidez, porque tienen poco que los pese y mucho que los eleve. En cambio, el avestruz está cubierto de plumas escasas y se ve agobiado por un cuerpo inmenso, de modo que, aunque desee volar, la escasez de plumas no puede sostener en el aire la masa de su cuerpo tan grande. Por tanto, en la garza y el halcón se representa bien la figura de los elegidos, quienes, mientras están en esta vida, no pueden estar sin algún contagio de culpa. Pero, aunque tienen poco que los deprima, poseen mucha virtud de buena acción que los eleva a lo alto. En cambio, el hipócrita, aunque hace pocas cosas que lo eleven, comete muchas que lo agobian. Pues el hipócrita no deja de hacer algunas cosas buenas, pero comete muchas perversas que lo deprimen. Por lo tanto, las pocas plumas no elevan el cuerpo del avestruz, porque el poco bien del hipócrita es agobiado por la multitud de acciones malas. Además, la pluma del avestruz tiene semejanza de color con las plumas de la garza y el halcón, pero no tiene semejanza de virtud. Las de estos últimos son cerradas y más firmes, y pueden presionar el aire con la fuerza de su solidez. En cambio, las plumas del avestruz, al estar sueltas, no pueden tomar vuelo, porque son superadas por el aire que deberían presionar. ¿Qué vemos, entonces, en esto, sino que las virtudes sólidas de los elegidos vuelan, de modo que presionan los vientos del favor humano? Pero la acción de los hipócritas, por más recta que parezca, no es suficiente para volar, porque la brisa de la alabanza humana atraviesa la pluma de su virtud inconstante.

1002 [Vet. VII.] 13. Los verdaderos cristianos se distinguen de los falsos por sus frutos.--- Pero he aquí que cuando observamos el mismo comportamiento en los buenos y en los malos, cuando vemos la misma apariencia de profesión en los elegidos y en los reprobados, ¿de dónde puede nuestra inteligencia obtener la capacidad para distinguir a los elegidos de los reprobados, a los verdaderos de los falsos? Sin embargo, lo reconocemos más rápidamente si recordamos las palabras de nuestro Maestro, quien dijo: Por sus frutos los conoceréis (Mat. VII, 20). Porque no se deben evaluar las cosas que muestran en apariencia, sino las que mantienen en acción. Por eso, después de haber introducido aquí la apariencia de este avestruz, inmediatamente añade los hechos, diciendo:

CAPÍTULO IX.

VERS. 14.---Que abandona sus huevos en la tierra.

14. Los hipócritas que engendran, descuidan fomentar y nutrir con buenos ejemplos. ¿Qué se expresa con los huevos, sino la prole aún tierna, que debe ser cuidada por mucho tiempo para convertirse en un ser viviente? Los huevos, en sí mismos, son insensibles, pero al ser calentados, se transforman en seres vivos. De manera similar, es cierto que los oyentes y los hijos pequeños permanecen fríos e insensibles, a menos que sean calentados por la exhortación diligente de su maestro. Para que no queden abandonados en su insensibilidad y se adormezcan, deben ser fomentados con la voz constante de los maestros, hasta que puedan vivir por la inteligencia y volar por la contemplación. Sin embargo, los hipócritas, aunque siempre actúan de manera perversa, no dejan de hablar correctamente; al hablar bien, engendran hijos en la fe o en la conversación, pero no pueden nutrirlos viviendo bien. Por eso, se dice correctamente de este avestruz: Que abandona sus huevos en la tierra. El hipócrita descuida el cuidado de sus hijos, porque por amor íntimo se somete a las cosas exteriores, en las cuales, cuanto más se exalta, menos se aflige por la falta de su prole. Abandonar los huevos en la tierra es no suspender a los hijos nacidos por conversión de los actos terrenales mediante el nido de la exhortación. Abandonar los huevos en la tierra es no ofrecer a los hijos ningún ejemplo de vida celestial. Porque los hipócritas no se calientan con las entrañas de la caridad, no se duelen por el letargo de su prole, es decir, por el frío de sus huevos; y cuanto más se insertan con gusto en los actos terrenales, más negligentemente permiten que aquellos a quienes engendran actúen de manera terrenal. Pero como el cuidado supremo no abandona a los hijos de los hipócritas, a algunos de ellos, incluso de entre estos, los calienta con la elección íntima y la gracia otorgada, se añade correctamente:

CAPÍTULO X [Rec. VI].

IBID.---¿Quizás los calentarás en el polvo?

15. La gracia de Dios calienta a los hijos de los malvados y de los buenos maestros.---Como si dijera: Así como yo caliento aquello que está en el polvo, es decir, enciendo con el fuego de mi amor las almas de los pequeños, situadas en medio de los pecadores. ¿Qué es el polvo, sino el pecador? Por eso, aquel enemigo se sacia con la perdición de este pecador, de quien se dice por el profeta: "El polvo será su alimento" (Isaías 65, 25). ¿Qué se demuestra por el polvo, sino la misma inestabilidad de los inicuos? De la cual David dice: "No así los impíos, no así, sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra" (Salmo 1, 4). Por lo tanto, el Señor calienta los huevos abandonados en el polvo, porque enciende con el fuego de su amor las almas de los pequeños, desprovistas de la solicitud de sus predicadores, incluso situadas en medio de los pecadores. De aquí que vemos a muchos vivir en medio de los

pueblos, y sin embargo, no seguir la vida del pueblo adormecido. De aquí que vemos a muchos no huir de las multitudes de los malvados, y sin embargo, arder con un fervor celestial. De aquí que vemos a muchos, por así decirlo, calentar en el frío. ¿De dónde, pues, algunos, situados en la apatía de los hombres terrenales, arden con los deseos de la esperanza celestial, y entre corazones fríos están encendidos, sino porque el Dios omnipotente sabe calentar los huevos abandonados incluso en el polvo, y disipando la insensibilidad del frío anterior, animar con el sentido del espíritu vital, para que no permanezcan inertes en lo más bajo; sino que, convertidos en aves vivas, se suspendan contemplando, es decir, volando, hacia las cosas celestiales? Es de notar que en estas palabras no solo se reprueba la acción perversa de los hipócritas, sino que también se reprime la posible soberbia de los buenos maestros. Pues cuando el Señor dice de sí mismo que él calienta los huevos abandonados en el polvo, claramente indica que él opera internamente a través de las palabras del maestro, quien también sin las palabras de ningún hombre calienta a quienes quiere en el frío del polvo. Como si dijera abiertamente a los maestros: Para que sepáis que soy yo quien obra a través de vosotros hablando, he aquí que cuando quiero hablo a los corazones de los hombres incluso sin vosotros. [Vet. VIII.] Humillado, pues, el pensamiento de los maestros, el discurso se dirige a expresar al hipócrita, y se indica más plenamente con el hecho del avestruz cuán neciamente permanece adormecido. Pues sigue:

CAPÍTULO XI [Rec. VII].

VERS. 15.---Olvida que el pie las pisotea, o que la bestia del campo las aplasta.

16. Los doctores perversos no se preocupan por su prole, a diferencia de los buenos. ¿Qué se entiende por pie, sino el tránsito de la acción? ¿Qué se simboliza en el campo, sino este mundo? Del cual en el Evangelio el Señor dice: "El campo es el mundo" (Mateo XIII, 38). ¿Qué se expresa en la bestia sino el antiguo enemigo, que acechando con los saqueos de este mundo, se sacia diariamente con la muerte humana? De la cual, por el Profeta, con la promesa del Señor, se dice: "Y la mala bestia no pasará por él" (Isaías XXXV, 9). Así pues, el avestruz al abandonar sus huevos olvida que el pie los puede pisotear, porque evidentemente los hipócritas abandonan a aquellos que engendran como hijos en la conversación, y no se preocupan en absoluto, para que, desprovistos de la solicitud de la exhortación o de la custodia de la disciplina, no sean pervertidos por los ejemplos de malas obras. Pues si amaran los huevos que engendran, ciertamente temerían que alguien, mostrando obras perversas, los pisoteara. Este pie temía Pablo para sus discípulos débiles, como si fueran huevos que había puesto, cuando decía: "Muchos andan, de los cuales os decía muchas veces, y ahora también llorando lo digo, enemigos de la cruz de Cristo" (Filipenses III, 18). Y de nuevo: "Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros" (Ibid., 2). Y de nuevo: "Os mandamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la tradición que recibieron de nosotros" (II Tesalonicenses III, 6). Este pie temía Juan para Cayo, quien después de haber mencionado muchos males de Diótrefes, añadió: "Amado, no imites lo malo, sino lo que es bueno" (III Juan 11). Este pie temía el líder de la Sinagoga para su débil rebaño, diciendo: "Cuando entres en la tierra que el Señor tu Dios te dará, cuídate de no querer imitar las abominaciones de esas naciones" (Deuteronomio XVIII, 9). También olvida que la bestia del campo los puede aplastar, porque evidentemente si el diablo, rugiendo en este mundo, arrebató a los hijos nacidos en buena conversación, el hipócrita no se preocupa en absoluto. Esta bestia del campo temía Pablo para los huevos que había puesto, diciendo: "Temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestros sentidos de la caridad que está en Cristo Jesús" (II Corintios XI, 3). Esta bestia del campo

temía Pedro para sus discípulos, cuando decía: "Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; resistidle firmes en la fe" (I Pedro V, 8). Por lo tanto, los verdaderos maestros tienen entrañas de temor sobre sus discípulos por la virtud de la caridad: pero los hipócritas tanto menos temen por los que les han sido confiados, cuanto que ni siquiera para sí mismos descubren qué deben temer. Y porque viven con corazones endurecidos, ni siquiera reconocen con la piedad del amor debido a los hijos que engendran. Por lo cual, aún bajo la figura del avestruz, se añade:

CAPÍTULO XII.

VERS. 16.---Se muestra duro con sus hijos, como si no fueran suyos.

17. Ardiendo en caridad hacia los hijos, no ellos. Porque a quien la gracia de la caridad no infunde, mira a su prójimo, incluso si él mismo lo ha engendrado para Dios, como a un extraño, tal como son todos los hipócritas, cuyas mentes, al desear siempre lo exterior, se vuelven insensibles por dentro; y en todo lo que hacen, al buscar siempre lo suyo, no se ablandan con ninguna compasión de caridad hacia el afecto del prójimo. ¡Oh, cuán tiernas entrañas llevaba Pablo, cuando anhelaba con tanto ardor de amor a sus hijos, diciendo: Nosotros vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor (I Tes. III, 8). Y, Dios me es testigo de cómo os deseo a todos en las entrañas de Cristo Jesús (Fil. I, 8). También dice a los Romanos: Dios me es testigo, a quien sirvo en mi espíritu en el Evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago siempre memoria de vosotros en mis oraciones, rogando que de alguna manera, al fin, tenga un próspero viaje por la voluntad de Dios para venir a vosotros; pues deseo veros (Rom. I, 9, sig.). También dice a Timoteo: Doy gracias a mi Dios, a quien sirvo desde mis antepasados con conciencia pura, porque sin cesar tengo memoria de ti en mis oraciones, noche y día deseando verte (II Tim. I, 3). Indicando también su amor a los Tesalonicenses, dice: Pero nosotros, hermanos, desolados de vosotros por un tiempo, de vista, no de corazón, con mucho más deseo nos apresuramos a ver vuestro rostro (I Tes. II, 17). Apretado por duras persecuciones, y sin embargo preocupado por la salvación de los hijos, añadió: Enviamos a Timoteo, nuestro hermano y ministro de Dios en el Evangelio de Cristo, para confortaros y exhortaros en vuestra fe, para que nadie se conmueva en estas tribulaciones. Vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos (I Tes. III, 2). También dice a los Efesios: Ruego que no desfallezcáis en mis tribulaciones por vosotros, que son vuestra gloria (Efes. III, 13). He aquí que, puesto en tribulación, exhorta a otros, y en lo que él mismo sufre, fortalece a otros. No había olvidado a sus hijos al modo del avestruz, sino que temía mucho que sus discípulos, al ver en su predicador tantas afrentas de persecuciones, despreciaran la fe en él, contra la cual prevalecían innumerables afrentas de pasiones. Y por eso dolía menos en los tormentos, pero temía más por los hijos la tentación de sus tormentos. Despreciaba en sí las heridas del cuerpo, mientras temía en los hijos las heridas del corazón. Él mismo, sufriendo, recibía las heridas de los tormentos, pero consolando a los hijos, curaba las heridas de los corazones. Pensemos, pues, de qué caridad era, temer por otros entre sus propios dolores, pensemos de qué caridad era, buscar la salvación de los hijos entre sus propias pérdidas, y mantener el estado de la mente en los prójimos incluso desde su propia caída.

1005 [Vet. IX.] 18. Porque por la concupiscencia se inclinan hacia los bienes exteriores. La mente que no está completamente en sí misma, no puede reflexionar sobre sí misma.---Pero los hipócritas desconocen las entrañas de la caridad, porque cuanto más su mente se disuelve en los exteriores por la concupiscencia del mundo, tanto más se endurece interiormente por su falta de afecto; y se enfría internamente con un letargo insensible, porque se ablanda

externamente por un amor condenable; y no puede considerarse a sí misma, porque apenas se esfuerza en reflexionar sobre sí misma. En verdad, la mente no puede reflexionar sobre sí misma si no está completamente en sí misma. Sin embargo, no basta con estar completamente en sí misma, porque por cuantas concupiscencias es arrastrada, por tantas especies se disipa de sí misma, y yace dispersa en lo más bajo, cuando, si quisiera, recogida podría elevarse a lo más alto.

19. Observa la perspicacia de los justos reunidos en sí mismos. Así, la mente de los justos, al ser restringida por la disciplina del apetito del flujo de todas las cosas visibles, se integra internamente en sí misma; y contempla plenamente cómo debe ser ante Dios o el prójimo, porque no deja nada suyo en el exterior; y cuanto más se aparta de las cosas exteriores, más se inflama en su interior; y cuanto más arde, más brilla para descubrir los vicios. Por eso, los hombres santos, al recogerse en sí mismos, con una mirada asombrosa y penetrante, descubren incluso los pecados ocultos de otros. De ahí que, acertadamente, se diga por el profeta Ezequiel: "La semejanza de una mano extendida me tomó por el mechón de mi cabeza, y el espíritu me elevó entre la tierra y el cielo, y me llevó a Jerusalén en una visión de Dios, junto a la puerta interior que miraba al norte, donde estaba el ídolo de los celos, para provocar la emulación" (Ezequiel 8, 3). ¿Qué es el mechón de la cabeza, sino los pensamientos recogidos de la mente, para que no se dispersen, sino que permanezcan firmes por la disciplina? Así, una mano se extiende desde lo alto, y el profeta es elevado por el mechón de su cabeza, porque cuando nuestra mente se recoge por la custodia, la fuerza suprema nos eleva desde lo más bajo. Bien dice que se afirma elevado entre la tierra y el cielo, porque cualquier santo, estando en la carne mortal, aún no llega plenamente a lo supremo, pero ya deja lo inferior. En la visión de Dios es llevado a Jerusalén, porque cada uno, progresando por el celo de la caridad, contempla cómo debe ser la Iglesia. También se añade acertadamente: "Junto a la puerta interior, que miraba al norte", porque, ciertamente, los hombres santos, al mirar a través del acceso de la contemplación interna, descubren que se hacen más cosas malas dentro de la Iglesia que rectas; y como si dirigieran sus ojos hacia el norte, es decir, hacia la izquierda del sol, se encienden con los estímulos de la caridad contra los fríos de los vicios. Donde también se añade correctamente: "Porque allí estaba el ídolo de los celos para provocar la emulación". Pues cuando dentro de la santa Iglesia consideran que algunos, solo en apariencia fieles, cometen robos y vicios, ¿qué otra cosa ven sino un ídolo en Jerusalén? Este ídolo se llama de los celos, porque a través de él se provoca la emulación suprema contra nosotros: y tanto más estrictamente hiere a los que delinquen, cuanto más nos ama nuestro Redentor.

[Vet. X.] 20. La apatía de los hipócritas hacia las cosas celestiales, el fervor hacia las terrenales.---Los hipócritas, por lo tanto, al no recoger los pensamientos de la mente, no son retenidos por el rizo de la cabeza. ¿Y cómo pueden reconocer las faltas de los que les han sido encomendados si no conocen las suyas propias? Así, se muestran apáticos hacia las cosas celestiales, en las que deberían arder; y arden ansiosamente por las cosas terrenales, de las que deberían haberse desentendido laudablemente. Dejando de lado el cuidado de los hijos, a menudo se les ve prepararse para enfrentar peligros con inmenso esfuerzo, cruzar mares, acudir a juicios, golpear a los poderosos, irrumpir en palacios, participar en las disputas de las multitudes, y defender con laboriosa vigilancia sus patrimonios terrenales. Si acaso se les pregunta: ¿Por qué hacen esto, ustedes que han dejado el mundo? responden de inmediato que temen a Dios, y por eso se esfuerzan tanto en defender sus patrimonios. Por lo tanto, se añade acertadamente sobre el necio esfuerzo de este avestruz:

CAPÍTULO XIII [Rec. VIII].

VERS. 16.---En vano trabajó, sin que ningún temor lo obligara.

21. La negligencia en la custodia de los hijos, los daños temporales o las disputas menores se repelen con discusiones. No sabemos con qué mente poseemos lo que tenemos, a menos que lo perdamos. Allí temieron con miedo, donde no había miedo (Salmo XIII, 5). Pues he aquí que la voz divina ordena: Si alguien te quita la túnica y quiere litigar contigo, déjale también el manto (Mateo V, 40). Y de nuevo: Si alguien te quita lo que es tuyo, no lo reclames (Lucas VI, 30). El apóstol Pablo, deseando que sus discípulos desprecien lo exterior para que puedan guardar lo interior, les advierte diciendo: Ya es una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros, ¿por qué no preferís sufrir la injusticia, por qué no preferís ser defraudados? (I Cor. VI, 7). Y sin embargo, el hipócrita, asumiendo el hábito de la santa conversación, abandona la custodia de los hijos y busca defender las cosas temporales incluso con disputas. No teme perder sus corazones con su ejemplo, y como si fuera por negligencia, teme perder los patrimonios terrenales. El discípulo cae en el error, y sin embargo, el corazón del hipócrita no se hiere con ningún dolor. Ve a los que le han sido confiados caer en el abismo de la iniquidad, y pasa por alto esto como si no lo hubiera oído; pero si percibe que se le inflige un daño temporal leve, de repente se enciende en ira de venganza desde lo más profundo. Pronto se rompe la paciencia, pronto el dolor del corazón se desborda en palabras, porque mientras soporta con ecuanimidad los daños de las almas, se apresura a rechazar la pérdida de las cosas temporales incluso con la conmoción del espíritu, indicando verdaderamente a todos, con el testimonio de la perturbación de su mente, lo que ama. Allí, en efecto, está el gran esfuerzo de defensa, donde también es más fuerte la fuerza del amor. Pues cuanto más ama las cosas terrenales, tanto más teme ser privado de ellas. Porque no aprendemos con qué mente poseemos algo en este mundo, sino cuando lo perdemos. Sin dolor se pierde lo que se posee sin amor. Lo que amamos ardientemente cuando lo tenemos, lo suspiramos gravemente cuando se nos quita. ¿Quién no sabe que el Señor creó las cosas terrenales para nuestro uso, pero las almas de los hombres para sí mismo? Por lo tanto, se demuestra que ama más a Dios quien, descuidando lo que es de Él, protege lo propio. Pues los hipócritas no temen perder lo que es de Dios, es decir, las almas de los hombres, y temen perder lo que es suyo, a saber, las cosas que pasan con el mundo, como si fueran a rendir cuentas a un juez estricto, como si encontraran aplacado a aquel a quien, habiendo perdido las cosas deseadas, es decir, las racionales, conservan las insensibles y no buscadas. Queremos poseer algo en este mundo, y he aquí que la Verdad clama: Si alguien no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Lucas XIV, 33).

22. Con qué ánimo, cuando la necesidad y la caridad obligan a litigar.---¿Cómo debe, entonces, el perfecto cristiano defender las cosas terrenales en disputa, las cuales no se le manda poseer? Así pues, cuando perdemos nuestras posesiones, si seguimos a Dios perfectamente, en el camino de esta vida nos vemos aliviados de una gran carga. Pero cuando la necesidad del mismo camino nos impone el cuidado de las cosas, algunos, mientras las arrebatan, deben ser simplemente tolerados; otros, conservando la caridad, deben ser impedidos, no solo por la preocupación de que nos quiten lo nuestro, sino para que, al arrebatarse lo que no es suyo, no se pierdan a sí mismos. Debemos temer más por los mismos ladrones que afanarnos en defender cosas irracionales. Pues estas, incluso si no son arrebatadas, las perdemos al morir, mientras que con ellos, por el orden de la condición, aunque se esfuercen en corregirse, después de recibir el don, somos uno. ¿Quién no sabe que debemos amar menos lo que usamos y más lo que somos? Si, por tanto, hablamos también por la utilidad de los ladrones, ya no reclamamos solo para nosotros lo que es temporal, sino también para ellos lo que es eterno.

23. Con qué moderación se debe litigar.---En este asunto, es necesario observar con cuidado que, por miedo a la necesidad, no se infiltre el deseo de las cosas, y que la prohibición, encendida por el celo, no se extienda con un ímpetu desmedido hasta estallar en la vergüenza de una contienda odiosa. Y mientras por una cuestión terrenal se rompe la paz del corazón con el prójimo, queda claro que se ama más la cosa que al prójimo. Pues si no tenemos entrañas de caridad incluso hacia el prójimo que nos despoja, nos perseguimos a nosotros mismos peor que el propio ladrón, y nos devastamos más gravemente de lo que otro podría, porque al abandonar voluntariamente el bien de la caridad, perdemos internamente algo de nosotros mismos, mientras que de él solo perdíamos lo exterior. Pero el hipócrita ignora esta forma de caridad, porque amando más lo terrenal que lo celestial, se inflama en su interior con un odio inmenso contra aquel que le arrebatara lo temporal.

[Vet. XI.] 24. Algunos difieren de los hipócritas defendiendo con más fervor los bienes temporales. Con qué cautela deben ser reprendidos.---Es necesario saber que hay algunos a quienes la madre Iglesia, nutriéndolos en el seno de la caridad, tolera hasta que los conduzca al crecimiento de la edad espiritual, quienes a veces mantienen el hábito de la santidad, pero no pueden alcanzar el mérito de la perfección. No se elevan a los dones espirituales y, por lo tanto, sirven a aquellos que están unidos a ellos para proteger lo que es terrenal, y a veces exceden en la ira de esa misma defensa. No se debe creer de ninguna manera que incurren en el número de los hipócritas, porque es diferente pecar por debilidad que por malicia. Esto, pues, es lo que distingue a estos de los hipócritas: que estos, conscientes de su debilidad, prefieren ser reprendidos por todos por su culpa, que ser alabados por una santidad fingida; aquellos, sin embargo, están seguros de que obran iniquamente, y sin embargo se enorgullecen ante los juicios humanos por el nombre de la santidad. Estos no temen desagradar a los hombres perversos incluso por una buena acción, mientras agraden solo a los juicios supremos; aquellos, sin embargo, nunca consideran qué hacen, sino cómo pueden agradar a los hombres con cualquier acción. Estos, según la medida de su inteligencia, también militan en las cosas del mundo por las causas de Dios; aquellos, sin embargo, sirven a la intención del mundo a través de las causas de Dios, porque incluso entre las mismas obras que muestran como santas, no buscan la conversión de los hombres, sino los vientos de favores.

25. Por lo tanto, cuando vemos a ciertos hombres de vida no despreciable defender con ira o excesivamente las cosas terrenales, debemos reprenderlos por caridad, sin desesperar de ellos, porque a menudo en una misma persona coexisten cosas censurables que son evidentes y grandes virtudes que permanecen ocultas. En nosotros, a menudo, las grandes virtudes se manifiestan abiertamente, mientras que lo que es censurable se oculta. Por lo tanto, debe humillarse la altivez de nuestra mente, ya que las debilidades de ellos son públicas y las nuestras secretas; y, a su vez, las fortalezas de ellos son secretas y las nuestras se divulgan en público. A quienes reprendemos por una debilidad evidente, debemos venerarlos por la estimación de su fortaleza oculta; y si nuestra mente se eleva por una debilidad evidente, al considerar sus propias debilidades ocultas, debe humillarse. A menudo, algunos obedecen muchos preceptos y pasan por alto unos pocos, mientras que nosotros omitimos muchos cuando observamos unos pocos. Por lo tanto, sucede a menudo que, al ver que otros pasan por alto lo que sabemos observar, nuestra mente se eleva en altivez, olvidando cuántas cosas omite, siendo muy pocas las que observa. Es necesario, por lo tanto, que en aquello en lo que reprendemos a otros, inclinemos la altivez de nuestra mente vigilante, porque si nuestra alma se ve a sí misma como superior a los demás, llevada casi al precipicio de la singularidad, cae

peor. Pero, ¿por qué el hipócrita, abandonando las ganancias celestiales, se esfuerza por las terrenales? Aún bajo el nombre del avestruz, añade diciendo:

CAPÍTULO XIV [Rec. IX].

VERS. 17. Dios la privó de sabiduría, ni le otorgó inteligencia.

26. Dios endurece el corazón, no porque confiera dureza, sino porque, debido a los pecados cometidos, no lo ablanda. Aunque privar y no dar son cosas distintas, repitió esto añadiendo, No dio, lo que antes dijo, Privó. Como si dijera: Lo que dije, Privó, no quitó injustamente la sabiduría, sino que justamente no la dio. Por eso se describe que el Señor endureció el corazón del faraón, no porque Él mismo le confirió dureza, sino porque, debido a sus méritos, no lo ablandó con la sensibilidad del temor infundido desde lo alto. Pero ahora el hipócrita (Éxodo VII, 3), que se finge santo, que bajo la apariencia de una buena obra se oculta, es oprimido por la paz de la santa Iglesia, y por eso ante nuestros ojos se viste con la apariencia de la religión. Si alguna tentación de fe surge, de inmediato la mente rabiosa del lobo se despoja del hábito de piel de oveja; y cuanto más persigue a los buenos, más demuestra su saña. Por lo tanto, con razón se añade:

CAPÍTULO XV.

VERS. 18.---Cuando llega el momento, alza sus alas en lo alto; se burla del jinete y de su montura.

27. El hipócrita no solo se burla de los santos, sino del mismo Dios. ¿Qué entendemos por las alas de este avestruz, sino los pensamientos del hipócrita que en este momento están como plegadas? Cuando llega el momento, las eleva en alto, porque al encontrar la oportunidad, las manifiesta con soberbia. Elevar las alas en alto es abrir los pensamientos a través de una soberbia desenfrenada. Ahora, sin embargo, como se hace pasar por santo, guarda para sí mismo lo que piensa, como si plegara las alas en el cuerpo por humildad. [Vet. XII.] Es de notar que no dice: Se burla del caballo y del jinete, sino del jinete y de su montura. El caballo es, en efecto, el cuerpo de cada alma santa, que sabe restringir con el freno de la continencia de lo ilícito, y nuevamente, por el impulso de la caridad, relajar en la práctica de la buena obra. Por lo tanto, con el nombre de jinete se expresa el alma del hombre santo, que gobierna bien el cuerpo sometido. Así también el apóstol Juan, al contemplar al Señor en el Apocalipsis, dice: Y los ejércitos que están en el cielo le seguían en caballos blancos (Apoc. XIX, 14). Llama con razón ejército a la multitud de santos que se esforzó en esta batalla de martirio: quienes, por tanto, se dice que están sentados en caballos blancos, porque sus cuerpos brillaron con la luz de la justicia y el candor de la castidad. Por lo tanto, el hipócrita se burla del jinete, porque cuando él mismo ha irrumpido abiertamente en la iniquidad, desprecia la santidad de los elegidos, y llama necios a aquellos a quienes, presionado por la paz de la fe, simulaba con astucia. ¿Y quién más es el jinete de este jinete, sino el Dios Omnipotente, que previó y creó lo que no existía, y posee y gobierna lo que existe? Sube al jinete, porque posee el alma de cada hombre justo, poseyendo bien sus miembros. Por lo tanto, para este hipócrita, burlarse del jinete es despreciar a los santos; pero burlarse del jinete es lanzarse hasta la injuria del creador.

28. En las caídas se comienza por lo mínimo, y se llega a cosas más graves. La Iglesia tolera a muchos malos ocultos. Por qué en la Iglesia los malos están mezclados con los buenos. Bajo el nombre de rinoceronte o unicornio se debe entender al pueblo judío. Cómo se amansa

un rinoceronte.---Porque en cada caída siempre se comienza por lo mínimo, y con defectos crecientes se llega a cosas más graves, con razón la iniquidad de este hipócrita se distingue por pérdidas supuestas, para que se diga que primero muestra ser bueno cuando no lo es, luego desprecia abiertamente a los buenos, y finalmente llega hasta la injuria del Creador. Pues nunca el alma yace donde ha caído, porque una vez caída voluntariamente, es impulsada por el peso de su iniquidad hacia cosas peores, de modo que al caer en el abismo, siempre se hunde aún más profundamente. Que el hipócrita, pues, vaya y ahora busque sus alabanzas; luego oprima la vida de los prójimos, y en algún momento se ejercite en la burla de su Creador, para que cuanto más altos sean sus pensamientos, más se sumerja en castigos atroces. Oh, cuántos tales ahora tolera la santa Iglesia, a quienes cuando el tiempo lo revela, la tentación abierta manifiesta. Quienes no ejercen ahora sus voluntades contra ella, como si mantuvieran temporalmente plegadas las alas de sus pensamientos. Porque esta vida se lleva en común por buenos y malos, ahora la Iglesia se congrega visiblemente de ambos grupos, pero es discernida por Dios que juzga invisiblemente, y en su salida se separa de la sociedad de los réprobos. Ahora bien, en ella no pueden estar los buenos sin los malos, ni los malos sin los buenos. Pues en este tiempo ambas partes unidas necesariamente se complementan, para que los malos se transformen por los ejemplos de los buenos, y los buenos se purifiquen por las pruebas de los malos. Y por eso el Señor, después de haber introducido muchas cosas sobre la reprobación de los hipócritas bajo la figura del avestruz, pronto convierte sus palabras hacia la suerte de los elegidos, para que quienes en aquellos escucharon lo que deben tolerar huyendo, en estos escuchen lo que deben amar imitando. Sigue [Rec. X]. ¿Acaso darás al caballo su fuerza, o rodearás su cuello con un relincho?

29. Pero tal vez, antes de que discutamos la fortaleza y el relincho de este caballo, algunos preguntan que, dejando de lado la moralidad, se exponga también la virtud del rinoceronte y la insensatez de este avestruz. En efecto, el maná es la palabra de Dios, y lo que la voluntad del receptor desea, eso es lo que realmente saborea en la boca del que come. (Éxodo XVI). La tierra es la palabra de Dios, que cuanto más esfuerzo requiere del que la busca, tanto más abundantemente devuelve fruto. Por lo tanto, el entendimiento de la sagrada escritura debe ser examinado con una investigación múltiple, porque también la tierra, que se voltea frecuentemente al arar, se adapta más abundantemente al fruto. Así que lo que pensamos de manera diferente sobre el rinoceronte y el avestruz, lo resumimos brevemente, porque nos apresuramos a desentrañar aquellas cosas que son más obligatorias. Este rinoceronte, que también se llama monoceronte en los ejemplares griegos, se dice que es de tal fortaleza que no puede ser capturado por ninguna fuerza de cazadores; pero, como afirman aquellos que han sudado en la ardua investigación de describir las naturalezas de los animales, se le presenta una joven virgen, que abre su regazo al acercarse él, en el cual, dejando de lado toda ferocidad, deposita su cabeza, y así, por aquellos que buscan capturarlo, de repente se encuentra como desarmado. También se describe de color boj, y cuando se enfrenta a los elefantes en combate, se dice que con el cuerno que lleva singularmente en la nariz, hiere el vientre de los adversarios, de modo que al herir lo que es más blando, fácilmente derriba a los que lo atacan. Por lo tanto, a través de este rinoceronte, o ciertamente monoceronte, es decir, unicornio, se puede entender a aquel pueblo que, al recibir la ley, no tomó obras, sino solo elevación entre todos los hombres, como si llevara un cuerno singular entre las demás bestias. De donde el Señor, anunciando su pasión, dice a través del profeta: Líbrame de la boca del león, y de los cuernos de los unicornios mi humildad (Salmo XXI, 22). En ese pueblo hubo tantos unicornios, o ciertamente rinocerontes, que, confiando en las obras de la ley contra las predicaciones de la verdad, con una elevación singular y fatuo, se dice al bienaventurado Job, que sostiene el tipo de la santa Iglesia:

CAPÍTULO XVI.

CAP. XXXIX, VERS. 9.---¿Acaso querrá el rinoceronte servirte?

30. De los judíos feroz, Saulo fue domado por Cristo.---Como si se dijera más claramente: ¿Acaso inclinas bajo el poder de tu predicación a ese pueblo que consideras soberbio en la muerte de los fieles por su necia altivez? Se sobreentiende que yo, que veo cómo se levanta contra mí con un cuerno singular, sin embargo, lo someto de inmediato cuando quiero. Pero mostramos esto mejor si pasamos del género a la especie. Por lo tanto, que sea traído ante nosotros Pablo, quien de este pueblo, primero en soberbia y luego como testigo principal en humildad, mientras se levantaba contra Dios como si ignorara la custodia de la ley, llevaba un cuerno en la nariz. Por lo cual, inclinando después este mismo cuerno de la nariz por humildad, dice: "Yo, que antes fui blasfemo, perseguidor e injurioso; pero alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia" (I Tim. I, 13). Llevaba un cuerno en la nariz, quien confiaba en agradar a Dios por su crueldad, como él mismo después, reprochándose, dice: "Y progresaba en el judaísmo sobre muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres" (Gál. I, 14). Todo cazador temía la fortaleza de este rinoceronte, porque cada predicador temía la ferocidad de Saulo. Pues está escrito: "Saulo, aún respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se acercó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas en Damasco, para que si encontraba a algunos de este camino, hombres y mujeres, los llevara atados a Jerusalén" (Hech. IX, 1). Cuando el aliento se exhala por la nariz, se llama respiración, y a menudo percibimos por el olor de la nariz lo que no vemos con los ojos. Este rinoceronte, por lo tanto, llevaba un cuerno en la nariz con el que golpeaba, porque respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, después de haber matado a los presentes, buscaba a los ausentes. Pero he aquí que todo cazador se esconde ante él, es decir, todo hombre racional y sabio huye por la opinión de su temor. Para capturar a este rinoceronte, la virgen, es decir, la sabiduría de Dios, inviolada en la carne, extiende su seno. Pues está escrito que cuando iba a Damasco, de repente lo rodeó una luz del cielo al mediodía, y se oyó una voz que decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Él, postrado en tierra, respondió: "¿Quién eres, Señor?" A lo que se le dice de inmediato: "Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues" (Hech. IX, 4, 5, sig.). Sin duda, la virgen abrió su seno al rinoceronte cuando la sabiduría incorrupta de Dios reveló a Saulo el misterio de su encarnación desde el cielo hablando; y el rinoceronte perdió su fortaleza, porque postrado en el suelo, perdió todo lo que hinchaba su soberbia. Cuando, privado de la luz de sus ojos, es llevado de la mano a Ananías, ya se ve a este rinoceronte atado con las riendas de Dios, porque evidentemente en un solo tiempo es atado por la ceguera, la predicación y el bautismo. También permaneció en el pesebre de Dios, porque no desdeñó rumiar las palabras del Evangelio. Pues dice: "Subí a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Subí, sin embargo, según una revelación, y expuse con ellos el Evangelio" (Gál. II, 1, 2). Y quien antes había oído en ayunas: "Duro te es dar coces contra el aguijón" (Hech. IX, 9, 5), presionado después por la admirable virtud del que preside, obtuvo fuerzas del alimento de la palabra y perdió el talón de la soberbia.

31. Este rinoceronte atado al campo del Señor para arar---No solo es restringido de su ferocidad por las riendas de Dios, sino que, lo que es aún más admirable, es atado para arar, de modo que no solo no ataca a los hombres con su cuerno de crueldad, sino que también, sirviendo a su sustento, tira del arado de la predicación. Él mismo, de hecho, habla de los evangelizadores como de los que aran: "Debe arar con esperanza el que ara; y el que tritura, con la esperanza de recibir fruto" (I Cor. IX, 10). Así, quien antes infligía tormentos a los fieles, y después por la fe lleva con gusto los azotes, quien en sus cartas predica humilde y

despreciado lo que antes atacaba con terror; ciertamente bien atado suda bajo el arado hacia la cosecha, quien vivía en el campo malamente libre del temor. De quien se dice con razón:

CAPÍTULO XVII [Ant. XIV].

VERS. 10.---¿O romperá los terrones de los valles detrás de ti?

32. Rompió, esto es, la dureza de las mentes. Ya el Señor había entrado en las mentes de algunos, quienes verdaderamente creían en Él como el redentor del género humano. Sin embargo, como no se apartaban de la antigua observancia y guardaban los duros preceptos de la letra, el insigne predicador les dice: Si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada (Gál. V, 2). Así pues, Él, al refutar la dureza de la ley en la mente humilde de los fieles, ¿qué otra cosa hizo sino romper los terrones en el valle tras el Señor? para que, evidentemente, los granos de las semillas que el surco del corazón, abierto por el arado de la fe, recibiera, no perecieran aplastados por la custodia de la letra. De lo cual se añade bien:

CAPÍTULO XVIII.

VERS. 11. ¿Acaso tendrás confianza en su gran fortaleza, y le dejarás tus trabajos?

33. En su fortaleza, en la que Dios ha puesto su confianza.---Dios ha puesto su confianza en la fortaleza de este rinoceronte, porque cuanto más cruelmente soportó las dificultades que se infligió a sí mismo, tanto más previó que soportaría con constancia las adversidades por Él. A él le dejó los trabajos que Él mismo había soportado en la carne, porque lo atrajo, una vez convertido, hasta la imitación de su propia pasión. Por eso, a través de este mismo rinoceronte se dice: Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo (Colosenses 1, 24). De lo cual aún se añade:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 12.---¿Acaso confiarás en él para que te devuelva la semilla y recoja tu era?

34. Primero dispersó el Arca de Dios, luego la reunió.---Consideremos quién fue Saulo, cuando desde su juventud se convirtió en ayudante de los que lapidaban, cuando devastaba otros lugares de la Iglesia, y habiendo recibido cartas, buscaba devastar otros, cuando ninguna muerte de los fieles le era suficiente, sino que siempre anhelaba la destrucción de otros después de haber extinguido a algunos (Hechos VII); y ciertamente reconocemos que ninguno de los fieles creía entonces que Dios sometería la fuerza de tal altivez al yugo de su temor. Por eso, incluso Ananías, después de haber oído la voz del Señor sobre su conversión, temió, diciendo: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén (Hechos IX, 13). Sin embargo, él, repentinamente transformado, se convierte de enemigo en predicador, y en todas las partes del mundo proclama el nombre de su Redentor, soporta sufrimientos por la verdad, se regocija en padecer lo que había infligido; a unos los llama con halagos, a otros los devuelve a la fe con terrores. A estos les promete el reino de la patria celestial, a aquellos les amenaza con el fuego del infierno. A unos los corrige con autoridad, a otros los conduce al camino de la rectitud con humildad, y en todo momento se inclina a la mano de su guía, y con tanta habilidad reúne la era de Dios, como antes la dispersaba con altivez.

[Vet. XV] 35. Pablo, castigando su cuerpo con abstinencia, reprende a los entregados al vientre.---Tampoco es ajeno a Pablo que el rinoceronte se describa de color de boj y se dice que golpea con su cuerno los vientres de los elefantes. Porque, acostumbrado a vivir bajo el rigor de la ley, en él se ha arraigado más estrictamente que en otros la custodia de cada virtud. ¿Qué se expresa con el color de boj, sino el pálido color de la abstinencia? A la cual él mismo testifica adherirse firmemente, diciendo: Castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo resulte reprobado (I Cor. IX, 27). Dotado de la enseñanza de la ley divina, mientras reprende la glotonería de otros, golpea con su cuerno el vientre de los elefantes. Golpeó, en efecto, el vientre de los elefantes cuando decía: Muchos andan, de los cuales os decía a menudo; ahora también lo digo llorando, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición, cuyo dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Filip. III, 18). Y de nuevo: Los tales no sirven a Cristo Señor, sino a su propio vientre (Rom. XVI, 18). Con su cuerno, por tanto, este rinoceronte no golpea ya a hombres, sino a bestias, cuando Pablo, con la fortaleza de su doctrina, no ataca a los humildes que no deben ser destruidos, sino que mata a los soberbios adoradores del vientre. Lo que hemos conocido escrito en Pablo, resta que lo creamos hecho también en otros. Muchos, en efecto, se convirtieron a la gracia de la humildad desde la altivez de ese pueblo, cuya ferocidad el Señor domó bajo el yugo del temor inspirado, sometiendo así a su fortaleza la del rinoceronte. Pero como hemos escuchado lo que la admirable potencia de Dios ha hecho con los elegidos, ahora escuchemos lo que su admirable paciencia ha tolerado en aquellos a quienes reprueba:

CAPÍTULO XX.

VERS. 13.---La pluma del avestruz es similar a las plumas de la garza y del halcón.

36. La sinagoga es semejante al avestruz, que tiene alas pero se arrastra por el suelo. ¿Qué se significa con el nombre de avestruz, sino la sinagoga? Que tenía las alas de la Ley, pero arrastrándose con el corazón en lo más bajo, nunca se elevó de la tierra. ¿Qué se expresa verdaderamente por el herodión y el halcón, sino los antiguos padres, que pudieron volar también viviendo hacia lo que pudieron percibir entendiendo? La pluma del avestruz, por lo tanto, es similar a las plumas del herodión y del halcón, porque la voz de la sinagoga mantuvo la doctrina de los antiguos al hablar, pero no supo vivirla. Por lo cual, la Verdad advierte a los pueblos de la misma sinagoga sobre los fariseos y escribas, diciendo: "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan, pero no hagáis conforme a sus obras" (Mateo XXIII, 2). Podríamos decir muchas cosas sobre la vida del herodión; pero como solo se recuerda su pluma, se nos prohíbe hablar de su vida.

CAPÍTULO XXI [Ant. XVI].

VERS. 14.--- Cuando abandona sus huevos en la tierra, ¿acaso los calientas tú en el polvo?

37. A los apóstoles que engendró, los abandonó, vivificados después por la gracia de Cristo. En los huevos hay algo que se ve y algo que se espera; y la esperanza no puede ser vista, como atestigua Pablo cuando dice: "Pues lo que uno ve, ¿cómo lo espera?" (Rom. VIII, 24). ¿Qué, pues, se designa por los huevos del avestruz sino a los apóstoles nacidos de la carne de la Sinagoga, quienes, mientras se muestran despreciados y humildes en el mundo, enseñan a esperar la gloria en lo alto? Rechazados y considerados de poca importancia por los altivos, yacieron en la tierra como huevos; pero en su interior se ocultaba aquello de lo que vivirían, y elevados por las alas de la esperanza volarían hacia lo celestial. El avestruz deja sus huevos

en la tierra, porque la Sinagoga, despreciando escuchar a los apóstoles que había engendrado en la carne, los abandonó a la gentilidad que debía ser llamada. Sin embargo, el Señor, con su admirable poder, calienta estos mismos huevos en el polvo, porque resucitó a los vivos frutos de los apóstoles en aquella gentilidad antes despreciada; y aquellos que la sinagoga había despreciado como insensatos y sin vida, ahora viven y vuelan en la veneración de las naciones a través del magisterio de la doctrina. El avestruz deja sus huevos en el polvo, porque a todos los que la Sinagoga engendró predicando, no los apartó de los deseos terrenales. Y estos deseos, que el antiguo enemigo encuentra concebidos en el corazón, llevan a las mentes obsesionadas incluso a los crímenes. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 15.---Olvida que el pie las pisotea, y que la bestia del campo las aplasta.

38. Los corazones humanos, mientras piensan y desean cosas terrenales, se tienden para ser aplastados por el diablo. Así, los huevos son pisoteados y la bestia del campo los aplasta cuando son abandonados en la tierra, porque, en efecto, los corazones humanos, mientras siempre piensan en lo terrenal y siempre desean actuar en lo más bajo, se tienden para ser aplastados por la bestia del campo, es decir, por el diablo, de modo que, cuando han sido arrojados durante mucho tiempo en pensamientos bajos, en algún momento también se rompen por la perpetración de crímenes mayores. Por lo tanto, la sinagoga descuidó elevar los huevos que engendró, viviendo bien. Pero el Dios omnipotente encontró a muchos de sus hijos, aunque muertos y fríos en deseos terrenales, y sin embargo los animó con el calor de su amor. Pero la vida que la sinagoga no dio a sus hijos, luego la envidió, mientras intentaba extinguir persiguiendo a aquellos que no recordaba haber engendrado fomentando buenas obras. Por lo tanto, adecuadamente se añade sobre este avestruz:

VERS. 16.---Se comporta con sus hijos como si no fueran suyos.

39. Crueldad de la sinagoga hacia sus hijos.---Como si no fueran suyos, desprecia a aquellos que descubre viviendo de manera diferente a lo que ella misma enseñó, y con una saña creciente, les infunde terror, se ejercita en sus tormentos y, encendida por las llamas de la envidia, se esfuerza para que aquellos a quienes no ayudó a vivir, deban perecer. Y cuando persigue a los miembros del Señor, sospecha que con esto agrada al Señor. Por eso, la Verdad les dice a estos mismos con los huevos del avestruz: "Viene la hora en que todo el que os mate pensará que rinde servicio a Dios" (Juan XVI, 2). Porque, entonces, mientras la sinagoga es llevada a perseguir por la crueldad, cree que actúa bajo el impulso del temor divino, correctamente se añade:

IBID.---En vano trabajó, sin que lo obligara ningún temor.

40. Así, creyó que al actuar con violencia estaba sirviendo a Dios. En efecto, no fue el temor, sino la crueldad, lo que la impulsó a ansiar la labor de la persecución. Pero, dado que los vicios, a menudo disfrazados con el color de las virtudes, son tanto más perniciosos cuanto menos se reconocen como vicios, la sinagoga se mostró más dura en la persecución, al considerar que se hacía más religiosa con la muerte de los fieles; y por eso no pudo discernir en absoluto lo que hacía, porque cerró para sí misma la luz de la inteligencia por la objeción de la soberbia. Por lo tanto, bien se añade:

VERS. 17.---Dios la privó de sabiduría, ni le otorgó inteligencia.

41. Perdió la luz de la inteligencia por la soberbia. En efecto, el juicio de la retribución oculta es severo, y porque perdió la humildad a sabiendas, también perdió sin saberlo la inteligencia de la verdad. Sin embargo, las heridas que infligió a los fieles en la venida del Redentor son mucho menores que aquellas con las que aún intenta herir a la santa Iglesia a través de la venida del Anticristo. Pues se prepara para ese tiempo, para oprimir la vida de los fieles con fuerzas acumuladas. Por lo tanto, se añade adecuadamente:

CAPÍTULO XXIII [Ant. XVII].

VERS. 18.---Cuando llega el momento, levanta sus alas en lo alto; se burla del jinete y de su montura.

42. La sinagoga primero clama contra Dios en secreto, luego abiertamente.---El avestruz levanta sus alas en lo alto, cuando la Sinagoga no solo teme a su Creador como antes, sino que ahora le contradice abiertamente con resistencia. Al convertirse en miembro del diablo y creyendo que un hombre de mentira es Dios, se eleva tanto contra los fieles como se gloria de ser el cuerpo de Dios. Y porque no solo desprecia la humanidad del Señor, sino también su divinidad, no solo se burla del jinete, sino también del que monta al jinete. Pues, manteniendo la unidad de la persona, se puede entender que el Verbo de Dios montó al jinete cuando formó para sí carne animada en el vientre de la Virgen. Montó al jinete cuando sometió al culto divino al alma humana que presidía su propia carne, creándose a sí mismo. La divinidad asumió la carne mediante el alma, y por esto sostuvo al jinete en su totalidad, porque en sí mismo no solo ató a aquella que era gobernada, sino también a esta que gobernaba. Así, Judea, capturada por el lazo de seducción del Anticristo que se enorgullece, porque desprecia a nuestro Redentor por haber sido humilde entre los hombres, se burla del jinete, y porque contradice su divinidad en todo, se burla igualmente del que monta. Pero nuestro Redentor es uno y el mismo, tanto jinete como el que monta al jinete; y cuando vino al mundo, presentó predicadores fuertes contra el mundo; y cuando al final del mundo tolera el engaño del Anticristo, suministra fuerza a los que luchan por él; para que cuando el antiguo enemigo sea liberado en su libertad que pronto terminará, nuestros fieles reciban tanto mayores fuerzas cuanto luchan contra el adversario liberado. Por lo tanto, aquí cuando se describe al avestruz elevando sus alas, burlándose del que monta y del jinete, inmediatamente se evoca la memoria de los predicadores fuertes, y se dice:

CAPÍTULO XXIV [Antiguo XVIII].

VERS. 19.---¿Acaso darás al caballo su fuerza, o vestirás su cuello con crines?

43. En la Sagrada Escritura, el nombre de los caballos significa muchas cosas: la inestabilidad; la dignidad temporal; el presente siglo, cuyo extremo oprime la serpiente del Anticristo. La preparación de la recta intención; los santos predicadores.---En la Sagrada Escritura, bajo el nombre de caballos, a veces se expresa la vida inestable de los malvados, a veces la dignidad temporal, a veces este mismo siglo presente, a veces la preparación de la recta intención, a veces el santo predicador.

Porque en efecto, bajo el nombre de caballos se señala la vida resbaladiza de los perversos, como está escrito: No os hagáis como el caballo y el mulo (Salmo 31, 9). Y como se dice por otro profeta: Amantes de caballos, y se han convertido en emisarios, cada uno relinchaba hacia la esposa de su prójimo (Jeremías 5, 8).

La dignidad temporal se entiende bajo el nombre de caballos, como atestigua Salomón, quien dice: Vi siervos a caballo, y príncipes que andaban como siervos sobre la tierra (Eclesiastés X, 7). Porque todo el que peca es esclavo del pecado, y los siervos están a caballo cuando los pecadores son exaltados con las dignidades de esta vida presente. En cambio, los príncipes andan como siervos cuando muchos, llenos de la dignidad de las virtudes, no son elevados por ningún honor, sino que aquí la máxima adversidad los oprime hacia abajo como si fueran indignos. De aquí se dice nuevamente: Se adormecieron los que montaron a caballo (Salmo LXXV, 7); es decir, en la muerte del alma cerraron los ojos de la mente a la luz de la verdad, aquellos que confiaron en el honor de esta vida presente.

En el nombre del caballo se designa este mismo siglo presente, tal como se dice en la voz de Jacob: "Sea Dan una serpiente en el camino, una víbora en la senda, mordiendo los talones del caballo, para que caiga su jinete hacia atrás" (Génesis XLIX, 17). En este testimonio mostramos mejor lo que significa el caballo, si también exponemos con un poco más de detalle lo que lo rodea. Algunos afirman que el Anticristo vendrá de la tribu de Dan, porque en este lugar se menciona a Dan como serpiente y mordedor. Por eso, no sin razón, cuando el pueblo israelita recibía tierras en la partición de los campamentos, Dan fue el primero en acampar al norte (Números II, 25); señalando a aquel que en su corazón decía: "Me sentaré en el monte del testimonio, en los lados del norte; ascenderé sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo" (Isaías XIV, 13). De quien también se dice por el profeta: "Desde Dan se oyó el resoplido de sus caballos" (Jeremías VIII, 16). No solo se le llama serpiente, sino también víbora. *Képara* en griego significa cuernos en latín, y se dice que esta serpiente es cornuda, por la cual dignamente se afirma la venida del Anticristo, porque contra la vida de los fieles se arma con el mordisco de la predicación pestilente y también con los cuernos del poder. ¿Quién no sabe que la senda es más estrecha que el camino? Dan se convierte en serpiente en el camino, porque en la amplitud de la vida presente provoca a caminar a aquellos a quienes parece halagar con indulgencia; pero muerde en el camino, porque a aquellos a quienes otorga libertad, los consume con el veneno de su error. Se convierte en víbora en la senda, porque a los que encuentra fieles, y que se constriñen a los estrechos caminos del precepto celestial, no solo los ataca con la malicia de la persuasión astuta, sino que también los oprime con el terror del poder, y en la angustia de la persecución, después de los beneficios de una dulzura fingida, ejerce los cuernos del poder. En este lugar, el caballo insinúa este mundo, que por su elevación espuma en el curso de los tiempos que pasan. Y porque el Anticristo intenta apoderarse del final del mundo, se dice que esta víbora muerde los talones del caballo. Morder los talones del caballo es golpear los extremos del siglo. "Para que caiga su jinete hacia atrás" (Génesis XLIX, 17). El jinete del caballo es cualquiera que se exalta en las dignidades del mundo. Se dice que cae hacia atrás, y no de cara, como se recuerda que cayó Saulo (Hechos IX, 4). Caer de cara es reconocer cada uno sus culpas en esta vida y llorarlas con arrepentimiento. Pero caer hacia atrás, donde no se ve, es partir repentinamente de esta vida, e ignorar a qué suplicios se es llevado. Y porque Judea, atrapada en las trampas de su error, espera al Anticristo en lugar de a Cristo, Jacob, en el mismo lugar, se convierte repentinamente en la voz de los elegidos, diciendo: "Tu salvación esperaré, Señor" (Génesis XLIX, 18); es decir, no como los infieles al Anticristo, sino a aquel que vendrá para nuestra redención, creo fielmente que es el verdadero Cristo.

El nombre del caballo se toma como preparación de la recta intención, como está escrito: El caballo se prepara para el día de la batalla, pero el Señor es quien da la salvación (Prov. XXI, 31), porque aunque el alma se prepara contra la tentación, si no es ayudada, no lucha con éxito.

Bajo el nombre de caballos se entiende a cada santo predicador, como atestigua el profeta, quien dice: Enviaste tus caballos al mar, perturbando muchas aguas (Habacuc III, 15). En efecto, las aguas estaban quietas, porque las mentes humanas han estado largo tiempo adormecidas por la pereza de sus vicios. Pero el mar se agitó con los caballos de Dios, porque al enviar a los santos predicadores, todo corazón que había estado adormecido por una seguridad perniciosa, se estremeció con el impulso del temor saludable. Por lo tanto, en este pasaje, bajo el nombre de caballos se entiende al santo predicador, cuando se dice al bienaventurado Job: ¿Acaso darás al caballo su fuerza, o rodearás su cuello con un relincho?

44. El predicador debe tener de Dios la fortaleza, como un caballo, para actuar correctamente; y el relincho, para enseñar de la mejor manera. Pero, ¿por qué el Señor afirma que primero da fortaleza a este caballo y luego rodea su cuello con el relincho? El relincho expresa la voz de la predicación. Todo verdadero predicador primero recibe fortaleza y luego el relincho, porque cuando ha extinguido primero los vicios en sí mismo, entonces viene a la voz de la predicación para salvar a otros. Este caballo tiene fortaleza porque soporta adversidades con constancia. Tiene relincho porque llama dulcemente a las cosas celestiales. El Señor testifica que da tanto fortaleza como relincho a este caballo, porque en su predicador, si la vida y el discurso no coinciden, de ninguna manera aparecerá la virtud de la perfección. No sirve de mucho si está sostenido por la operación de una vida sublime, si al hablar no puede incitar a otros a lo que siente. O, ¿de qué sirve encender a otros con buenas palabras, si se muestra a sí mismo como alguien que ha languidecido viviendo mal? Por lo tanto, en el predicador es necesario que ambas cosas se unan para la perfección; el Señor da a su caballo tanto el relincho de la voz con la fortaleza de la acción, como la fortaleza de la acción con el relincho de la voz. Y es de notar por qué se dice que el relincho, que ciertamente se lleva por dentro a través de la garganta, se rodea al cuello del caballo, es decir, se lleva como en un círculo por fuera, porque la voz de la predicación emana de lo interno, pero rodea por fuera. Pues cuanto más incita a otros a vivir bien, tanto más liga a las obras del predicador para que la acción no se desvíe del discurso, para que la vida no contradiga a la voz. Por lo tanto, el relincho se lleva alrededor del cuello del caballo, porque para que no se desvíe hacia obras perversas, la vida del predicador también es cercada por sus voces. De ahí que a los que combaten poderosamente en su oficio se les da un collar, para que, al portar signos de virtudes, siempre realicen mayores obras y teman incurrir en el crimen de la debilidad, mientras en sí mismos ya tienen el premio de la fortaleza que muestran. Por eso, correctamente en la alabanza de la sabiduría se dice a cualquier oyente por medio de Salomón: Recibirás una corona de gracias en tu cabeza y un collar de oro en tu cuello (Prov. I, 9). Sigue:

CAPÍTULO XXV [Rec. XII].

VERS. 20.---¿Acaso lo levantarás como a las langostas?

45. Sobre las langostas, qué deben entenderse. El pueblo judío. Dio algunos saltos y enseguida cayó en tierra. Bajo el nombre de langostas, a veces se designa al pueblo judío, a veces a los gentiles convertidos, a veces a la lengua de los aduladores, y a veces, por comparación, a la resurrección del Señor o a la vida de los predicadores.

Porque el pueblo de los judíos es representado por las langostas, la vida de Juan lo señala, de quien está escrito: "Comía langostas y miel silvestre" (Mateo 3, 4). Juan, en efecto, proclama con la autoridad de la profecía a aquel a quien anuncia, incluso a través de la apariencia de sus alimentos. En sí mismo designó al Señor, a quien precedió. Pues al venir para nuestra

redención, porque tomó la dulzura infructuosa de la gentilidad, comió miel silvestre. Y porque en su cuerpo convirtió en parte al pueblo de los judíos, tomó langostas como alimento. Las langostas, en efecto, significan aquellos que dan saltos repentinos, pero que inmediatamente caen al suelo. Daban saltos cuando prometían cumplir los mandamientos del Señor; pero caían rápidamente al suelo cuando, por sus malas obras, negaban haberlos escuchado. Veamos en ellos como un cierto salto de langostas: "Todas las palabras que ha hablado el Señor, las haremos y escucharemos" (Éxodo 24, 3). Veamos, sin embargo, cómo rápidamente caen al suelo: "Ojalá hubiéramos muerto en Egipto, y no en este vasto desierto. Ojalá perezcamos, y no nos introduzca el Señor en esta tierra" (Números 14, 3). Eran, pues, langostas, porque tenían el salto por la voz, y la caída por la acción.

[Vet. XX.] 46. Los gentiles significados por las langostas, y las lenguas adulatoras que devastan los frutos de las buenas obras. --- También bajo el nombre de langostas se designa la gentilidad, como atestigua Salomón, quien dice: Florecerá el almendro, se engordará la langosta, se disipará el alcaparro (Ecles. XII, 5). En efecto, el almendro muestra su flor antes que todos los árboles. ¿Y qué se designa en la flor del almendro sino los inicios de la santa Iglesia? que en sus predicadores abrió las primeras flores de las virtudes, y para ofrecer los frutos de las buenas obras, precedió a los santos venideros, como los arbustos que siguen. En la cual pronto la langosta se engordó, porque la sequedad de la esterilidad de la gentilidad fue infundida con la gordura de la gracia celestial. El alcaparro se disipa, porque cuando la gentilidad, llamada, alcanzó la gracia de la fe, Judea, permaneciendo en su esterilidad, perdió el orden de vivir bien. De aquí que nuevamente por el mismo Salomón se dice: La langosta no tiene rey, y sale toda por sus escuadrones (Prov. XXX, 27), porque evidentemente la gentilidad abandonada existió durante mucho tiempo ajena al gobierno divino, pero sin embargo, ordenada posteriormente, avanzó a la guerra de la fe contra los espíritus adversarios.

47. El término "langostas" se expresa en la lengua de los aduladores: lo cual es atestiguado por las plagas de Egipto enviadas desde el cielo, que, debido a los méritos exigidos, fueron infligidas corporalmente una vez; pero que señalaron espiritualmente los males que diariamente hieren las mentes perversas. Pues está escrito: Un viento abrasador levantó las langostas, que subieron sobre toda la tierra de Egipto, y cubrieron toda la faz de la tierra, devastando todo. Así fue devorada la hierba de la tierra, y todo fruto de los árboles (Éxodo 10, 13-14). Egipto fue afectado por estas plagas, en las cuales, conmovido por el golpe exterior y doliente, consideraba qué daños de devastación soportaba interiormente por negligencia, para que, al ver perecer externamente las cosas más pequeñas, pero más queridas, por su apariencia sintiera más gravemente lo que había soportado internamente. ¿Qué, pues, simbolizan las langostas, que más que otros pequeños animales dañan las cosechas humanas, sino las lenguas de los aduladores, que corrompen las mentes de los hombres terrenales cuando ven que producen algún bien, alabándolos desmesuradamente? El fruto de los egipcios es la obra de los vanidosos; que las langostas exterminan, cuando las lenguas adulatoras inclinan el corazón del que obra hacia la búsqueda de alabanzas pasajeras. Las langostas comen la hierba, cuando los aduladores exaltan con favores las palabras de los que hablan. También devoran los frutos de los árboles, cuando con vanas alabanzas debilitan las obras de algunos que ya son casi fuertes.

48. La langosta también significa la resurrección de Cristo y a los predicadores, quienes a veces saltan a la vida contemplativa y a veces retroceden.---Con el nombre de langosta, por comparación, se designa la resurrección de nuestro Redentor. [Vet. XXI.] Por eso, en su voz a través del Profeta se dice: Fui sacudido como langosta (Salmo CVIII, 23). Pues soportó ser

retenido por los perseguidores hasta la muerte; pero fue sacudido como una langosta, porque de sus manos voló con el salto de la resurrección repentina.

49. Esto también puede referirse al número de predicadores. En ellos, en efecto, como la langosta fue sacudida, porque cuando Judea arremetía con su persecución, al huir en diferentes direcciones, dieron como ciertos saltos de retirada. Pero aquel predicador se eleva a la cumbre de la perfección, quien no solo se fortalece con la vida activa, sino también con la vida contemplativa; con razón la misma perfección de los predicadores se expresa con las langostas, que cada vez que intentan elevarse al aire, primero se impulsan con las patas y luego vuelan con las alas. Así son ciertamente los hombres santos, que mientras desean lo celestial, primero se apoyan en las buenas obras de la vida activa, y solo entonces se suspenden volando hacia lo sublime con el salto de la contemplación. Fijan las patas y extienden las alas, porque se estabilizan actuando rectamente y se elevan viviendo hacia lo alto. Quienes, estando en esta vida, no pueden permanecer mucho tiempo en la contemplación divina, sino que, al modo de las langostas, se recogen en sus patas después del salto que han dado, cuando regresan de las alturas de la contemplación a las obras necesarias de la vida activa, y sin embargo no están contentos de permanecer en esa misma vida activa. Sino que, mientras saltan deseosos hacia la contemplación, como si volvieran a buscar el aire volando; y llevan su vida como langostas que ascienden y descienden, mientras sin cesar siempre ambicionan ver lo más alto, y se revuelven hacia sí mismos por el peso de la naturaleza corruptible.

50. En la paz de la Iglesia, humildes; en la persecución, fuertes y erguidos. Hay aún otra cosa que los santos predicadores tienen en común con las langostas. En las horas de la mañana, es decir, en tiempos de tibieza, apenas se levantan de la tierra; pero cuando el calor se intensifica, vuelan tanto más alto cuanto más ágilmente. Sin embargo, cada santo predicador, cuando contempla tiempos tranquilos de fe, es visto como humilde y despreciado, y al igual que las langostas, apenas se eleva de la tierra. Pero si el ardor de la persecución se enciende, aferrándose con el corazón a las cosas celestiales, muestra de inmediato cuán grande es su elevación; y es llevado a lo alto, golpeado por las alas, quien parecía haber languidecido en lo más bajo durante la calma. Por lo tanto, sobre este caballo, es decir, su predicador, el Señor dice al bienaventurado Job: "¿Lo levantarás como a las langostas?" Entiendes que soy yo quien lo elevo a alturas mayores, permitiendo que sea atormentado por el ardor más grave de la persecución, para que entonces despierte en él una virtud más robusta, cuando la crueldad más ardiente de los infieles se abalanza sobre él.

Pero cuando el santo predicador sufre muchas cosas externamente, cuando es atormentado por la cruel persecución, ¿quién puede comprender lo que ve en su interior, quien no siente sus propias pérdidas externas? Porque si no hubiera maravillas que lo alimentaran saludablemente por dentro, sin duda los tormentos que se le presentan externamente llegarían hasta su corazón. Pero el alma se eleva en la fortaleza de la esperanza, y por eso no teme las flechas del asedio que se le presentan. Por lo tanto, en este lugar el Señor, para mostrar cuán dulces son las cosas internas que este caballo ya percibe, cuando sufre tantas adversidades externamente, correctamente añade:

CAPÍTULO XXVI.

IBID.---El esplendor de sus narices es terror.

51. Cuando sufren tantas adversidades exteriores, perciben interiormente el maravilloso aroma de la eterna bienaventuranza. En la Sagrada Escritura, el término "narices" a veces se entiende como necedad, otras veces como la instigación del antiguo enemigo, y en ocasiones como presciencia. Las narices designan la necedad, como ya hemos enseñado anteriormente con el testimonio de Salomón, quien dice: "Como un anillo de oro en las narices de una mujer hermosa y necia" (Prov. XI, 22). El término "narices" se refiere a las insidias y la instigación del antiguo enemigo, lo cual el Señor atestigua en este mismo libro, diciendo: "De sus narices sale humo" (Job XLI, 11). Como si dijera: De su perversa instigación surge en los corazones humanos la oscuridad del pensamiento más malvado, por la cual los ojos de los que ven se oscurecen. Las narices también designan la presciencia, como se dice por el profeta: "Dejad al hombre, cuyo espíritu está en sus narices, porque él es considerado excelso" (Isai. II, 22). A menudo comprendemos por el olor lo que no vemos, de modo que algunas cosas, aunque estén lejos, nos son conocidas por la fragancia de su cualidad, y mientras inhalamos por las narices, a menudo prevemos algunas cosas invisibles. Por lo tanto, se dice que el espíritu de nuestro Redentor está en sus narices, para que su conocimiento se designe en la presciencia, porque lo que se dio a conocer que sabía en la naturaleza de la humanidad, ciertamente lo prescibió desde la divinidad antes de los siglos. Él, de quien se dice que tiene el espíritu en sus narices, inmediatamente añadió por el profeta, diciendo: "Porque él es considerado excelso" (Isai. II, 22). Como si dijera: Prescibió desde lo alto lo que vendría en lo inferior, porque vino a lo bajo desde lo celestial. Los hombres santos, porque creyeron lo que oyeron de él, también ya presciben lo que vendrá; y mientras sirven fielmente a sus preceptos, esperan con cierta esperanza su advenimiento. Por lo tanto, en este lugar, las narices de este caballo designan la presciencia y la espera del santo predicador. Pues cuando desea que se manifieste el juicio final, que se revele la patria celestial, que se paguen las recompensas a los justos, es como si inhalara por las narices el espíritu de lo que está por venir.

52. De donde el justo se gloria, el pecador se aterra. Pero la gloria de sus narices es terror, porque la visión del juez estricto, que el justo espera con vehemencia, el injusto teme que llegue. Pues aquel, considerando sus trabajos, busca la recompensa de la retribución; y conociendo el mérito de su causa, desea la presencia del juez, y anhela con gran ardor que venga en llama de fuego, dando venganza a los impíos, y llevando la apariencia de su contemplación en retribución a los piadosos. En cambio, aquel que recuerda su injusticia, se horroriza de venir al juicio, y teme que sus actos sean examinados, porque sabe que será condenado si son examinados. Por lo tanto, la gloria de sus narices es terror, porque el justo se gloria de aquello de lo que el pecador es condenado. Veamos cómo el caballo ya respira por las narices sobre lo que aún no ve, veamos cuánta gloria se eleva cuando ya espera lo que ha de venir. He aquí que, contemplando sus trabajos, el predicador egregio dice: Ya estoy siendo derramado, y el tiempo de mi partida está cerca. He peleado el buen combate, he terminado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia que el Señor, el justo juez, me dará en aquel día (II Tim. IV, 6, 7, 8). Donde también añade adecuadamente: No solo a mí, sino también a todos los que aman su venida (Ibid., 8). Como si dijera: Y también a todos los que son conscientes de su buena obra. Porque no aman la venida del juez, sino aquellos que saben que tienen mérito de justicia en su causa. Por lo tanto, ya que de lo que el justo se gloria, de eso se aterra el injusto, se dice correctamente Gloria de sus narices es terror. Pero este santo predicador, mientras espera la gloria venidera, mientras se esfuerza por venir ante la presencia del juez, y mientras aún se difiere la recompensa de su trabajo, escuchemos qué hace mientras está en esta vida. Sigue:

CAPÍTULO XXVII [Rec. XIII].

VERS. 21.---La tierra cava con la pezuña.

53. El deber del predicador es desenterrar los pensamientos terrenales en los oyentes y en los escritos.---Se suele reconocer la fortaleza del trabajo en la pezuña del caballo. ¿Qué se designa, entonces, por la pezuña sino la perfección de las virtudes en el santo predicador? Con esta pezuña cava la tierra, cuando expulsa de los corazones de los oyentes los pensamientos terrenales con el ejemplo de sus obras. La pezuña cava la tierra, porque vacía los corazones de los oyentes de las preocupaciones mundanas, cuando el buen maestro muestra con su obra el desprecio del mundo. Veamos cómo Pablo cava la tierra del corazón de los oyentes con la pezuña de la virtud mostrada. Él mismo dice a los discípulos: Pensad en estas cosas, las que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, hacedlas, y el Dios de paz estará con vosotros (Filip. IV, 8, 9, 10). Y de nuevo: Sed imitadores míos, hermanos, como yo lo soy de Cristo (Ibid., III, 17). Quien, por tanto, corrige a otros con el ejemplo de su obra, ciertamente cava la tierra con la pezuña. [Vet. XXII.] Tenemos algo más que tratar aún más sutilmente sobre la excavación de esta pezuña. Los hombres santos, aunque con el ojo atento de la mente vigilen en lo alto, aunque pisen con el pie del desprecio firme todo lo que fluye en lo bajo; sin embargo, por la corrupción de la carne terrenal, a la que todavía están ligados, a menudo sufren el polvo de los pensamientos en el corazón. Y mientras persuaden a otros externamente a desear las cosas celestiales, siempre se examinan a sí mismos internamente con una investigación sutil, para que no se contaminen con algún pensamiento bajo que permanezca en ellos por mucho tiempo. Este caballo, por tanto, cava la tierra con la pezuña cuando cada predicador discute con fuerte investigación los pensamientos terrenales en sí mismo. El caballo cava la tierra con la pezuña cuando aquel a quien el Señor ya preside considera qué carga se acumula en él por el pensamiento antiguo, y no cesa de vaciarse de ella llorando. De donde bien se describe que Isaac cavó pozos en tierra ajena (Gén. XXVI). Con cuyo ejemplo aprendemos que, puestos en esta aflicción de peregrinación, penetremos en las profundidades de nuestros pensamientos; y hasta que el agua de la verdadera inteligencia nos responda, de ninguna manera la mano de nuestra investigación debe adormecerse en vaciar la tierra del corazón. Sin embargo, estos pozos son llenados por los filisteos que acechan (Ibid.), porque ciertamente los espíritus impuros, cuando nos ven cavar el corazón con diligencia, nos arrojan pensamientos de tentaciones acumuladas. Por lo tanto, siempre debe ser vaciada, y cavada incesantemente: no sea que, si se deja sin examinar, la tierra de los pensamientos se acumule sobre nosotros hasta el punto de la hinchazón de las obras perversas. De aquí que se dice a Ezequiel: Hijo de hombre, cava en la pared (Ezequiel VIII, 8); es decir, rompe la dureza del corazón con frecuentes golpes de escrutinio. De aquí que el Señor dice a Isaías: Entra en la roca, escóndete en el polvo, ante el temor del Señor y la gloria de su majestad (Isaías II, 10). Entramos en la roca, ciertamente, cuando penetramos la dureza de nuestro corazón; y nos escondemos en el polvo ante el temor del Señor, si, expulsando los pensamientos terrenales, nos ocultamos de la ira del juez severo en la humildad de nuestra mente. Pues cuanto más se proyecta la tierra cavando, tanto más se muestra el pavimento siempre inferior. Por lo tanto, si expulsamos con más diligencia los pensamientos terrenales de nosotros mismos, encontramos más humildemente dónde escondernos en nosotros mismos.

54. Sobre el inminente día del juicio según la sentencia de San Gregorio. --- He aquí que el día del juicio divino se acerca, y casi ya se manifiesta el rostro de su temor; y tanto más es necesario que cada uno lo tema con mayor terror, cuanto más se aproxima la gloria de su majestad. ¿Qué, pues, se debe hacer, o a dónde huir? ¿Dónde puede esconderse alguien de Aquel que está en todas partes? Pero he aquí que se nos ordena entrar en la roca, ocultarnos en un hoyo en la tierra, para que, rompiendo la dureza de nuestro corazón, evitemos así la ira

invisible, retirándonos en nuestro interior del amor a las cosas visibles, de modo que, al expulsar la tierra de la mala cogitación, la mente se esconda en sí misma tanto más segura cuanto más humilde (Deut. XXIII, 12). Por eso, al pueblo israelita se le ordena por el Señor a través de Moisés, que cuando salga a las necesidades de la naturaleza, lleve una estaca en el cinturón y oculte en un hoyo en la tierra lo que haya sido expulsado. Pues, cargados con el peso de la naturaleza corruptible, de nuestro vientre mental surgen ciertos pensamientos superfluos como cargas del vientre. Pero debemos llevar una estaca en el cinturón, para que, siempre preparados para reprendernos a nosotros mismos, tengamos un agudo estímulo de compunción que incesantemente perfore la tierra de nuestra mente con el dolor del arrepentimiento, y oculte lo que de nosotros surge fétido. La evacuación del vientre se cubre con una estaca en un hoyo en la tierra, cuando la superfluidad de nuestra mente, discutida con sutil reproche, se oculta ante los ojos de Dios por el estímulo de su compunción. Por lo tanto, los hombres santos no cesan de reprender y juzgar cualquier pensamiento inútil, y el Señor dice de su caballo: "La tierra la cava con la pezuña", es decir, lo que ve que en su mente se mueve terrenalmente, lo rompe con los duros golpes de la penitencia superpuesta. Y cuando se juzgan a sí mismos con estricta sutileza interior, ya no hay nada que temer exteriormente. Tanto menos temen los males presentes, cuanto más se preparan plenamente para los bienes futuros. Por eso se añade:

CAPÍTULO XXVIII [Ant. XXIII, Rec. XIV].

Ibid.---Exulta audazmente, avanza al encuentro de los armados.

55. Un hombre santo no es derribado por las adversidades, ni corrompido por la prosperidad. La exultación de los apóstoles en medio de los flagelos, especialmente la de Pablo. Los herejes buscan el patrocinio de los poderes seculares. El desprecio de las cosas terrenales es una señal de virtud inquebrantable. Exulta audazmente, porque no se quiebra con las adversidades, así como tampoco se eleva con la prosperidad. Las adversidades no derriban a quien ninguna prosperidad corrompe. Este caballo es tanto fuerte como está bajo control. Para que no sea oprimido por las adversidades, tiene la fuerza de la fortaleza; para que no se eleve con la prosperidad, tiene el peso de quien lo monta desde arriba. Los tiempos pasan, pero por eso no pueden arrastrar al justo, porque no pueden elevarlo. Arrastran a aquellos a quienes elevan; los iracundos derriban a quienes los halagos levantan. Sin embargo, el hombre bien sometido a Dios sabe mantenerse firme entre lo transitorio, sabe fijar el paso de su mente entre los deslices de los tiempos que pasan, sabe no elevarse hacia lo que está debajo, ni temblar ante lo que está delante. Muchas veces, porque sabe que es más útil ejercitarse en los trabajos de su contrición, se alegra en las adversidades, y mientras sufre constantemente por la verdad, se regocija en el mérito de la virtud que se le aumenta. Por eso leemos que los apóstoles exultaron cuando les tocó soportar flagelos por Cristo, como está escrito: "Salieron del consejo gozosos de haber sido considerados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús" (Hechos 5, 41). Por eso Pablo, cuando fue oprimido por duras persecuciones en Macedonia, al insinuar que estaba afligido, también muestra que estaba gozoso, diciendo: "Porque cuando llegamos a Macedonia, nuestra carne no tuvo descanso" (2 Cor. 7, 5). Como si dijera abiertamente que el espíritu tuvo descanso mientras el cuerpo soportaba los suplicios de las persecuciones por el progreso del alma. Contra este caballo, los adversarios de la santa Iglesia preparan espadas del dolor de las penas, preparan armas de los patrocinios de los poderes seculares. Los herejes suelen protegerse con las defensas de los poderosos del mundo, como con ciertas armas; todos los infieles suelen atacar la predicación de la fe incluso con los poderes del mundo excitados. Pero el caballo de Dios exulta audazmente y no teme los tormentos exteriores, porque busca la delectación interna, no teme

la ira de los poderes del mundo, porque también pisa el deseo de esta vida presente por el exceso de la mente. Por eso se dice por medio de Salomón: "Nada afligirá al justo, cualquiera que sea lo que le suceda" (Prov. 12, 21). Por eso está escrito de nuevo en él: "El justo, confiado como un león, estará sin temor" (Prov. 28, 1). En el encuentro con las bestias, el león no tiembla porque sabe que prevalece sobre todas. Por eso la seguridad del hombre justo se compara correctamente con la del león, porque cuando ve que cualquiera se levanta contra él, vuelve a la confianza de su mente; y sabe que supera a todos los adversarios, porque ama solo a aquel a quien de ninguna manera perderá contra su voluntad. Quienquiera que desee las cosas exteriores, que también se le quitan a quien no las quiere, se somete voluntariamente al temor ajeno. Sin embargo, la virtud inquebrantable es el desprecio de la concupiscencia terrena, porque la mente se coloca en lo alto cuando se eleva por el juicio de su esperanza de las cosas bajas, y es tanto menos alcanzada por todos los adversarios cuanto más segura se sitúa en lo alto.

56. El justo enfrenta sin temor a los adversarios. Así pues, este caballo no solo no teme a los que vienen contra él, sino que también avanza para enfrentarlos. Por eso, se añade acertadamente aquí: Avanza al encuentro de los armados. A menudo, permanecemos tranquilos e inmutables si no nos preocupamos por enfrentar a los malvados por la justicia. Pero si el deseo de la vida eterna ha inflamado el alma, si ya contempla la verdadera luz interiormente, si ha encendido en sí mismo la llama del fervor santo, en la medida en que el lugar lo permite, en la medida en que la causa lo exige, debemos exponernos en defensa de la justicia y enfrentar a los perversos que irrumpen en la injusticia, incluso cuando no somos buscados por ellos. Pues cuando hieren la justicia que amamos, nos hieren a nosotros con sus golpes, incluso si parecen venerarnos. Por lo tanto, ya que el hombre santo se opone a los malvados y a los que actúan mal, incluso cuando no es buscado, se dice correctamente del caballo de Dios: Avanza al encuentro de los armados.

57. Ejemplo de San Pablo.---Es digno de contemplar cómo, incitado por los estímulos de su fervor, Pablo se lanzaba contra los enemigos armados, tal como el ardor lo encendía cuando en Éfeso la llama del celo lo arrebatava para irrumpir en las multitudes del teatro. Pues está escrito: Se llenaron de ira y exclamaron diciendo: ¡Grande es Diana de los Efesios! Y la ciudad se llenó de confusión, y se lanzaron unánimes al teatro, llevándose a Cayo y Aristarco, macedonios, compañeros de Pablo (Hechos 19, 28-29). Y enseguida se añade: Pero queriendo Pablo entrar al pueblo, no se lo permitieron los discípulos. Algunos de los principales de Asia, que eran amigos suyos, enviaron a él, rogándole que no se presentara en el teatro (Ibid., 30-31). En estas palabras reconocemos con qué ímpetu se lanzaría contra las filas adversarias, si no lo hubieran contenido las riendas de la caridad a través de amigos y discípulos.

58. Sin embargo, a veces es prudente evitar el peligro si de ese peligro se espera un fruto escaso. Pablo enseñó esto con su ejemplo. Pero si debemos enfrentar a los enemigos, si debemos buscar la lucha por nuestra propia iniciativa, si debemos siempre dejarnos llevar por el fervor de nuestro camino, ¿qué significa lo que el mismo predicador ilustre confiesa de sí mismo, diciendo: "En Damasco, el gobernador del rey Aretas guardaba la ciudad de los damascenos para capturarme, y por una ventana fui descolgado en un cesto por el muro, y así escapé de sus manos" (II Cor. XI, 32, 33)? ¿Qué significa que este caballo a veces ataca voluntariamente las filas de los armados, y a veces se esconde de los enemigos armados como si estuviera asustado, sino que es necesario que en su virtuosa destreza aprendamos a veces a buscar la lucha con los adversarios con constancia, y a veces a evitarla con prudencia? [Vet. XXIV.] Es necesario, en efecto, que en todo lo que hacemos, puesto en la balanza de la mente, estimemos de un lado el peso y del otro el fruto de nuestro trabajo; y cuando el peso

supera al fruto, cualquiera puede evitar el trabajo sin culpa, siempre que se ejercite en otras cosas en las que el peso del trabajo sea superado por el beneficio de los frutos. Pero cuando, bajo la cantidad subsiguiente de frutos, la medida del trabajo se iguala o supera, el trabajo no se evita sin grave culpa. Por eso, el santo predicador, al ver en Damasco las mentes muy obstinadas de los perseguidores, no quiso enfrentarse a su adversidad, porque vio que él mismo, a quien conocía como útil para muchos, podía fallar, y que allí no podría beneficiar a nadie o a pocos. Por lo tanto, buscó retirarse del combate y se reservó para luchar más felizmente en otras batallas. No fue la virtud la que faltó al lugar, sino el lugar a la virtud; y por eso, el soldado más valiente buscó el campo de batalla desde la angustia del asedio. Pero cuando vio muchos cuellos de adversarios que debían ser sometidos a su propio rey, no temió entrar en la batalla, incluso con la muerte; como él mismo, cuando se dirigía a Jerusalén, y los discípulos, al prever su pasión por profecía, lo prohibieron, se atestiguó a sí mismo, diciendo: "Estoy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús" (Hechos XXI, 13). "Ni considero mi vida más valiosa que a mí mismo" (Ibid., XX, 24). Así que, quien aquí buscó las filas enemigas incluso con su pasión prevista, allí demostró que fue por disposición, no por temor, que huyó.

59. Debemos evitar huir más por miedo que por una prudente disposición. En este asunto, se debe considerar que aquel que, por juicio de disposición, evita laudablemente ciertos trabajos, es el mismo que soporta valientemente otros mayores por Dios. Pues a menudo, el temor débil de los hombres se llama prudente disposición; y afirman que han evitado el ímpetu con prudencia, cuando, huyendo, son vergonzosamente heridos por la espalda. Por lo tanto, es necesario que, en la causa de Dios, cuando se trata de disposición, el miedo del corazón se mida con la más sutil ponderación, para que no se infiltre el temor por debilidad y se finja razón bajo la apariencia de disposición, para que la culpa no se llame prudencia; y que el ánimo no regrese al arrepentimiento, cuando lo que realiza injustamente lo llama virtud. Por lo tanto, queda que, en situaciones dudosas, cuando cualquier adversidad se avecina, cada uno luche primero dentro de sí mismo contra el miedo y la precipitación, para que no se retire temerosamente ni se oponga precipitadamente. Pues es muy precipitado quien siempre se enfrenta a las adversidades, y muy temeroso quien siempre se esconde.

60. Un líder experto no siempre acerca su ejército al enemigo, ni siempre lo retira. --- Pero aprendemos mejor estas cosas en las guerras espirituales, si tomamos la forma de ejercicio de las guerras corporales. No es sabio aquel líder que siempre lanza precipitadamente su ejército contra las filas enemigas; ni es fuerte aquel líder que siempre lo retira cautelosamente de la cara del enemigo. Pues el líder debe saber cuándo retirar cautelosamente su ejército del ataque enemigo, y cuándo rodear y acorralar al enemigo con sus alas. Esto es precisamente lo que muestran diligentemente los predicadores perfectos, cuando, a veces, al evitar la furia de la persecución, saben ceder sabiamente pero no débilmente; y otras veces, al despreciar el ímpetu de la persecución, saben enfrentarlo con valentía, pero no precipitadamente. Porque el hombre santo, cuando lo considera oportuno, expone su pecho a los golpes, y aun muriendo, detiene los dardos que vienen, se dice correctamente: Avanza al encuentro de los armados. De lo cual aún se añade bien:

CAPÍTULO XXIX.

VERS. 22.---Desprecia el temor, ni cede ante la espada.

1025 61. Pablo despreció todo temor, todo ataque hostil.---Veamos cómo desprecia el temor, enumerando y pisoteando las mismas espadas de los adversarios. Pues dice: ¿Quién nos

separará del amor de Dios? ¿La tribulación o la angustia, o el hambre, o la persecución? (Rom. VIII, 35). En el temor se teme el castigo futuro, pero con la espada ya se siente el dolor de la herida presente. Por lo tanto, el hombre santo no teme las adversidades futuras, desprecia el temor; y como tampoco es vencido por el golpe que sobreviene, de ninguna manera cede ante las espadas. Contra este caballo, pues, hay tantas espadas de los enemigos como tipos de persecuciones; las cuales, enfrentándolas todas, supera, porque por amor a la vida se prepara para la muerte. Pero como hemos escuchado cómo un pecho tan robusto se enfrenta a los dardos, ahora escuchemos lo que hacen los adversarios. Sigue:

CAPÍTULO XXX.

VERS. 23.---Sobre él resonará la aljaba.

62. Los enemigos vencidos recurren a engaños, pero en vano. En la Sagrada Escritura, el término "aljaba" a veces designa el justo y oculto designio de Dios, y otras veces la maquinación clandestina de los perversos. La aljaba expresa el justo y oculto designio de Dios, como el mismo bienaventurado Job testifica en una parte anterior, diciendo: "Abrió su aljaba y me afligió" (Job 30, 11). Es decir, reveló su oculto designio y me hirió con un golpe público. Así como las flechas están en la aljaba, así las sentencias están ocultas en el designio de Dios; y como una flecha se saca de la aljaba, cuando Dios lanza una sentencia abierta desde su oculto designio. El término "aljaba" también designa la maquinación de los perversos, como se dice por el profeta: "Prepararon sus flechas en la aljaba, para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón" (Salmo 10, 3). Los inicuos, cuando ocultan con maquinaciones secretas los engaños que tramán contra los buenos, preparan las flechas como en una aljaba, y en esta oscuridad de la vida presente, como en la penumbra, hieren a los rectos de corazón, porque sus maliciosos dardos pueden sentirse por la herida, pero no pueden ser detectados al venir. Por lo tanto, ya que el caballo de Dios no se aterra por ninguna adversidad, y cuanto más se le enfrenta, más fervientemente es conducido por la fuerza de su intención contra los enemigos armados, sus perseguidores, que se sienten vencidos incluso al herirlo, perturbados, recurren al consejo, preparan engaños y ocultan las heridas como si las lanzaran desde lejos. Por eso ahora se dice con razón: "Sobre él sonará la aljaba", para que lo hieran desde una maquinación oculta a distancia, a quien se acercan en vano con enfrentamientos abiertos. Esta aljaba sonó entonces sobre el caballo de Dios, cuando cuarenta hombres que habían conspirado para matarlo buscaban sacar a Pablo de la cárcel (Hechos 23, 16), para matarlo con los golpes de sus consejos, como con el engaño de flechas secretas, a quien no podían superar con la persecución pública. Por lo tanto, sonó la aljaba, porque la causa de la maquinación oculta llegó a Pablo.

63. A veces ocultan sus artes, a veces las muestran para infundir terror. Sin embargo, si buscamos con atención, encontramos algo más sutil en el sonido del carcaj. A menudo, los adversarios tramán planes contra los buenos, se apoyan en invenciones perversas, se dedican a idear engaños, pero son ellos mismos quienes deben revelar esos engaños a los buenos, los mismos que los instituyen, los transmiten secretamente, de modo que la preparación de los castigos, al hacerse conocida casi furtivamente, sea más temida, y las heridas sospechadas perturben más el ánimo del oyente que las percibidas. En el carcaj, las flechas, mientras están ocultas y suenan, anuncian la muerte incluso sin ser vistas. Por lo tanto, el carcaj emite sonido contra el caballo, cuando la oculta maquinación de los perversos revela su consejo contra el predicador santo, que cubre fraudulentamente, de manera aún más fraudulenta, para que las amenazas previas, como el sonido del carcaj, infundan terror, mientras que el predicador de Dios no teme las contumelias abiertas como dardos que hieren de cerca. Pero

cuando no se le intimida con esas amenazas, la crueldad de los perseguidores pronto se lleva a cabo en castigos manifiestos. Por eso, después de haber dicho: Sobre él sonará el carcaj, inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXXI.

IBID.--- Vibrará la lanza.

64. Los ministros se precipitan hacia los castigos manifiestos.--- Contra el predicador de Dios, después del sonido de las flechas, se lanza la lanza, cuando después de mostrar terrores, se presenta de cerca el castigo manifiesto que hiere. Sin embargo, los santos predicadores, cuando sufren castigos por la defensa de la fe, no cesan de atraer a la misma fe a quienes pueden, incluso entre los golpes; y cuando pacientemente reciben las heridas, prudentemente lanzan las flechas de la predicación contra los corazones de los infieles. Por lo tanto, a veces sucede que aquellos que persiguen no se lamentan tanto de que no logran ablandar el corazón del predicador, sino de que, por sus palabras, incluso pierden a otros. Porque, al no poder vencerlo hiriéndolo, para que no suceda que también otros que lo escuchan lo abandonen, inmediatamente preparan el escudo de la respuesta contra las palabras del que habla. Por eso, cuando decía: "Vibrará la lanza", correctamente añade:

IBID.---Y el escudo.

65. También buscan las razones que puedan oponer. Pues el perseguidor, después de golpear con suplicio el cuerpo del predicador, protege el corazón de los oyentes como con un escudo de las palabras de su propia argumentación. Así, el hombre santo debe ser herido, se lanza la lanza; pero para que no pueda ser escuchado, se interpone el escudo. Los defensores de Dios tienen en la batalla sus flechas, que cuanto más rápidamente las lanzan al corazón de los oyentes, más las tensan desde el arco espiritual, es decir, desde la íntima tensión del corazón. Con estas armas se había armado Pablo en la batalla de la fe, cuando decía: "Trabajo hasta las cadenas como un malhechor, pero la palabra de Dios no está encadenada" (II Tim. II, 9). Como si dijera: Soy herido con la lanza de los suplicios, pero no dejo de lanzar las flechas de las palabras. Recibo las heridas de la crueldad, pero traspaso el corazón de los infieles hablando la verdad. Por tanto, se dirá: "Sobre él sonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo." Contra el caballo de Dios, porque resuenan los consejos de los perversos, suena la aljaba, porque se busca el castigo abierto, se lanza la lanza; y porque también se le resiste con argumentación, se antepone el escudo. Pero, ¿acaso se detiene su fervor por estas cosas? Pues el hombre santo, cuanto mayor es la persecución que sufre, tanto más se siente impulsado a predicar la verdad con mayor ardor; y mientras pacientemente tolera a los perseguidores, se apresura ardientemente a atraer a los oyentes hacia sí. Por eso, bien se añade aún sobre el caballo de Dios:

CAPÍTULO XXXII.

VERS. 24.---Ardiendo y resoplando devora la tierra, y no considera el sonido del clamor de la trompeta.

66. Despreciando sus esfuerzos, el piadoso predicador siempre se dedica a la conversión de los pecadores. Pues al primer hombre pecador se le dijo: Eres polvo, y al polvo volverás (Génesis III, 19). Sin embargo, las trompetas suenan cuando los poderes de este mundo prohíben a los santos hablar de manera aterradora. Por lo tanto, el predicador, inflamado por

el celo del Espíritu Santo, incluso en medio de los suplicios, no deja de atraer a cualquier pecador hacia sí; sin duda, ferviente, absorbe la tierra, y porque no teme en absoluto las amenazas de los perseguidores, no considera el sonido de la trompeta. Pues la trompeta, que anuncia el peligro de la guerra, ¿qué es sino la voz de los poderes seculares, que, despreciada, prepara la lucha de la muerte para los que resisten?

67. Ejemplo de los Apóstoles, especialmente de San Pablo.---Esta trompeta había sonado por los príncipes de los sacerdotes, cuando prohibían a los apóstoles hablar de Dios después de haberlos azotado, como está escrito: "Después de azotarlos, les ordenaron que no hablaran en el nombre de Jesús" (Hechos 5, 40). Pero veamos cómo el sonido de la trompeta de Dios no aterra al caballo. Pedro dice: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5, 29). Y también dice a otros que los persiguen: "No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hechos 4, 20). Por lo tanto, el caballo de Dios no teme el sonido de la trompeta, porque el predicador insigne, despreciando los poderes del mundo, no teme ningún sonido de amenazas.

68. Veamos cómo otro caballo de Dios devora la tierra, cómo ningún terror de trompeta lo alcanza (Hechos XIV, 18, 19, 20, 21). Está escrito: Llegaron algunos judíos de Antioquía e Iconio, y persuadieron a las multitudes, apedrear a Pablo y lo arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto. Pero rodeándolo los discípulos, se levantó y entró en la ciudad, y al día siguiente partió con Bernabé hacia Derbe. Y después de haber evangelizado aquella ciudad y enseñado a muchos, regresaron a Listra, Iconio y Antioquía, confirmando las almas de los discípulos. Consideremos, pues, qué amenazas podrían detener a este caballo, cuando ni siquiera la muerte misma puede apartarlo de su propósito. He aquí que es apedreado, y sin embargo no se aparta del discurso de la verdad. Puede ser asesinado, pero no vencido; es arrojado fuera de la ciudad como si estuviera muerto, pero al día siguiente se le encuentra ileso predicando dentro de la ciudad. ¡Oh, cuán fuerte es la debilidad en este hombre! ¡Oh, cuán victoriosa es la pena! ¡Oh, cuán dominante es la paciencia! Es impulsado a actuar por el rechazo, es levantado para predicar la salvación por los golpes, es reconfortado en el cansancio del trabajo por el sufrimiento. ¿Qué adversidad, entonces, puede superar a aquel a quien el sufrimiento fortalece? Pero este caballo de Dios desprecia las flechas de la aljaba, porque desprecia los consejos de la malicia; supera la lanza lanzada, porque fortalece su pecho contra las heridas de la persecución abierta; rompe el escudo opuesto, porque somete con razonamiento la disputa de los que resisten; devora la tierra, porque convierte a los pecadores en su cuerpo exhortándolos; no considera el sonido del clamor de la trompeta, porque pisa cualquier voz de prohibición terrible. Sin embargo, es poco lo que se dice, porque persevera fuerte en los trabajos, aún más, lo que es mayor, se regocija en las adversidades. De donde sigue:

CAPÍTULO XXXIII [Rec. XVI].

VERS. 25.---Cuando escuche la trompeta, dice ¡Ay!

69. Los santos, al acercarse el combate, aunque se estremezcan por el temor a la muerte, se alegran por la recompensa futura.--- Con estas palabras, ciertamente, también se muestra que en este lugar el Señor no dice nada sobre el caballo irracional. Pues un animal bruto no puede decir "¡ay!"; pero al afirmarse que dice lo que en absoluto puede decir, se insinúa a quién se designa. "¡Ay!" es una expresión de júbilo. Así, el caballo, al escuchar la trompeta, dice "¡ay!" porque cada predicador valiente, al considerar que el combate de la pasión se le aproxima, se regocija en el ejercicio de la virtud; no se aterra por el peligro de la lucha,

porque se alegra en el triunfo de la victoria. Por lo tanto, decir "¡ay!" es para el caballo, como para el predicador santo, alegrarse por la pasión venidera. [Vet. XXVI.] Pero si un predicador valiente desea la gloria de la pasión, si busca con alegría enfrentar el peligro de la muerte por el Señor, ¿qué significa que a ese predicador fortísimo, que extrajo la virtud de un corazón robusto en su nombre, la Verdad le dijo a Pedro: "Cuando envejecas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras" (Juan 21, 12)? ¿Cómo se alegra de la pasión quien, ceñido por otro, no querrá ir a donde es llevado? Pero si consideramos cómo el ánimo se estremece ante la pasión inminente y el temor a la muerte, y sin embargo se alegra por la recompensa del reino venidero, entendemos cómo deseando no desear enfrentar el peligro del glorioso combate, porque en la muerte considera lo que temiendo soporta, y en el fruto de la muerte ve lo que deseando busca.

70. Pablo ama lo que rehúye, parece huir de lo que ama. Veamos cómo Pablo ama lo que rehúye y cómo rehúye lo que ama. Dice: "Deseo partir y estar con Cristo" (Filipenses 1, 23). Y, "Para mí, vivir es Cristo y morir es ganancia" (Ibid., 21). Sin embargo, dice: "Los que estamos en esta tienda gemimos agobiados, porque no queremos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida" (II Corintios 5, 4). He aquí que desea morir, y sin embargo teme ser despojado de la carne. ¿Por qué esto? Porque aunque la victoria alegra eternamente, no obstante, el sufrimiento presente perturba; y aunque el amor del premio futuro prevalece, el dolor toca el alma no sin tristeza. Así como un hombre valiente, cuando se prepara para la batalla cercana, palpita y se apresura, tiembla y se enfurece, parece temer por su palidez, pero se impulsa con vehemencia por la ira; así el hombre santo, cuando ve que se acerca a la pasión, se estremece por la debilidad de su naturaleza, y se fortalece por la solidez de su esperanza; y aunque teme la muerte cercana, se regocija porque al morir vivirá verdaderamente. Pues no puede pasar al reino sin que medie la muerte; y por eso, confiando, parece dudar, y dudando, confía; y gozoso teme, y temiendo se alegra, porque sabe que no llegará al premio del descanso sin superar con esfuerzo lo que se interpone. Así nosotros, cuando deseamos repeler las enfermedades del cuerpo, tomamos con tristeza el amargo cáliz de la purificación, pero con certeza de la salud futura nos alegramos. Porque el cuerpo no puede llegar a la salud de otra manera, en la bebida se acepta incluso lo que desagrade. Y cuando el alma ve que en la amargura hay vida, se alegra turbada por la tristeza. Por tanto, se dice: "Cuando oiga la trompeta, dice ¡Ay!", porque el predicador valiente, al conocer el anuncio de la batalla, aunque como hombre teme la violencia de la persecución, por la certeza de la esperanza se regocija en el premio de la recompensa. Pero no podría permanecer firme en esta guerra de la pasión, si no la hubiera anticipado meditando con atención. Pues el mal que se anticipa con consejo, se somete a la mente que lucha contra él con razón, porque cuanto menos se vence a alguien por la adversidad, más preparado se encuentra al preverla. Muchas veces el peso grave del temor se aligera con la experiencia, muchas veces la muerte misma, así como perturba cuando es inesperada, alegra cuando se anticipa con deliberación. Por eso, con razón se añade sobre este caballo:

IBID.---1029 De lejos se percibe el olor de la guerra.

71. Para obtener la victoria, se debe prever el combate. --- Como si se dijera más claramente: Por eso supera cualquier combate, porque prepara la mente para el combate antes del combate. En efecto, prever la guerra de lejos es conocer de antemano, mediante la reflexión, las adversidades que aún están lejos, para que no puedan sorprendernos y vencer. Pablo aconsejaba a sus discípulos prever esta guerra de lejos cuando decía: Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe, probaos a vosotros mismos (II Cor. XIII, 5). Como si claramente ordenara, diciendo: Traed a la mente los combates de las persecuciones, y considerando los

secretos y lo íntimo de vuestro corazón, descubrid cómo podríais comportaros en medio de los suplicios. Los santos hombres prevén esta guerra de lejos, cuando, aun estando en la paz de la Iglesia universal, contemplan las guerras de los herejes o los tormentos de las persecuciones inminentes por parte de los infieles. Quienes viven rectamente, a menudo reciben males por los bienes, soportan con ecuanimidad las injurias de las calumnias, para que, si se presenta la ocasión de persecución, los enemigos abiertos los encuentren tanto más fuertes cuanto que las flechas de los falsos hermanos dentro de la Iglesia no los vencen. Pues quien cae del estado de paciencia ante las heridas de las lenguas, es testigo de sí mismo de que no resistirá contra las espadas de la persecución manifiesta. Por lo tanto, ya que el hombre de Dios, ejercitado en lo presente contra lo futuro, y ejercitado en lo mínimo contra lo mayor, se esfuerza, con razón se dice del caballo de Dios que huele la guerra de lejos. Sigue:

CAPÍTULO XXXIV.

IBID.---Exhortación de los líderes y clamor del ejército.

72. Es necesario prever qué pueden llegar a hacer los autores de los errores y la multitud que les sigue. Los líderes de la parte adversa son los autores del error, de los cuales se dice en el Salmo: "Se derramó contienda sobre sus príncipes, y los sedujeron con sus vanidades, y los hicieron errar en el desierto, y no en el camino" (Salmo CVI, 40). De ellos, la Verdad misma dice: "Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo" (Mateo XV, 14). A estos líderes les sigue el ejército de los perversos, es decir, la multitud que sirve a sus iniquas órdenes. También se debe notar que a los líderes se les exhorta, mientras que al ejército se le describe como aullando, porque aquellos que presiden sobre los infieles o herejes persuaden con razonamientos los errores que ordenan mantener. La multitud que les sigue, al no juzgar sus palabras, se describe como aullando con una mente bestial, ya que clama con confusión insana. El aullido es propio de los lobos. Y porque las hordas de los reprobados se lanzan contra la vida y las costumbres de los fieles con pura rapacidad, claman como si aullaran. [Vet. XXVII.] Así, el caballo de Dios percibe de lejos la exhortación de los líderes y el aullido del ejército, cuando cada santo predicador considera de antemano qué pueden ordenar los autores del error contra los elegidos, o cuán ferozmente puede enloquecer la multitud que les sigue. Pablo percibía esta exhortación de los líderes cuando decía: "Con dulces palabras y bendiciones seducen los corazones de los inocentes" (Rom. XVI, 18). Percibía este aullido del ejército cuando decía: "Después de mi partida, entrarán en medio de vosotros lobos feroces" (Hechos XX, 29). Pedro percibía la exhortación de los líderes cuando advertía a los discípulos sobre algunos, diciendo: "En su avaricia, con palabras fingidas, harán mercadería de vosotros" (II Pedro II, 3). También percibía el aullido del ejército cuando decía: "Y muchos seguirán sus lujurias, por los cuales el camino de la verdad será blasfemado" (Ibid., 2).

[Rec. XVII.] 73. A los fieles se les aplican las palabras dichas sobre los predicadores y doctores.---Por lo tanto, dado que hemos narrado cómo cada santo predicador y líder de la fe en la batalla de la persecución puede presentarse, ahora bajo la figura de este caballo describamos a cada soldado de Cristo, para que incluso aquel que considera no haber alcanzado aún la cumbre de la predicación, reconozca que está expresado por esta voz del Señor, si ya ha comenzado a vivir bien, de modo que de aquí deduzca cuánto es conocido por Dios, si ha llegado a cosas mayores, a quien Dios no deja de mencionar ni siquiera en las cosas más pequeñas. Repasando, pues, cada cosa que se ha dicho sobre el caballo, indiquemos cómo el soldado de Dios progresa desde la conversación primigenia, cómo crece

de lo mínimo a lo mayor, o por qué pasos asciende de lo más bajo a lo supremo. Digamos, pues:

CAPÍTULO XXXV.

VERS. 19.---¿Acaso darás al caballo su fuerza, o vestirás su cuello con crines ondulantes?

74. El soldado de Dios primero se arma con la fe.---A cada alma, a la que el Señor misericordiosamente preside, ante todo le proporciona la fortaleza de la fe, de la cual Pedro dice: Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar; resistidle firmes en la fe (I Pe. V, 8). A esta fortaleza se une el clamor, cuando se cumple lo que está escrito: Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10). Sigue:

CAPÍTULO XXXVI [Ant. XXVIII].

VERS. 20.---¿Acaso lo levantarás como a las langostas?

75. La indulgencia de Dios hacia los principiantes.---Cada uno que sigue a Dios, en su mismo comienzo es levantado como una langosta, porque aunque en algunas acciones se aferra a la tierra con las rodillas dobladas al modo de las langostas, en otras, sin embargo, se suspende en el aire con las alas extendidas. En efecto, los inicios de las conversiones están mezclados con buenas y malas costumbres, mientras que ya se actúa con nueva intención, y la vida antigua aún se retiene por costumbre. Sin embargo, tanto menos nos dañan los males mezclados por el momento, cuanto más luchamos contra ellos diariamente sin cesar. Y la culpa ya no nos reclama como suyos, cuando nuestra mente responde diligentemente a su mal uso. Por lo tanto, las obras terrenales nos afectan menos a nosotros que comenzamos, porque se les prohíbe demorarse más tiempo en nosotros. Por consiguiente, ya que en el mismo inicio de nuestra conversión el Señor piadosamente tolera algunas debilidades en nosotros, para que algún día nos lleve a las cosas celestiales con perfección, nos levanta como langostas en el comienzo, porque aunque nos eleva en el vuelo de la virtud, no desespera de la caída de la obra terrenal. Sigue:

CAPÍTULO XXXVII.

IBID.---El esplendor de sus narices es terror.

76. Comenzando entre la esperanza y el temor, debido a las luchas de la carne, que por ello dominan con fortaleza.---Porque la cosa no vista se percibe por el olor, no sin razón las narices expresan los pensamientos de nuestra esperanza, por los cuales prevemos el juicio venidero, que aunque aún no lo vemos con los ojos, ya lo anticipamos con esperanza. Todo aquel que comienza a vivir bien, al escuchar que en el juicio final los justos son llamados al reino, se alegra; pero como considera que aún le quedan algunos males, teme que se acerque ese mismo juicio del que empieza a regocijarse. Contempla su vida mezclada de bienes y males, y de alguna manera confunde sus pensamientos con esperanza y temor. Pues cuando escucha cuáles son las alegrías del reino, inmediatamente su mente se eleva con alegría; y de nuevo, cuando considera cuáles son los tormentos del infierno, inmediatamente el miedo perturba su mente. Por tanto, con razón se dice que el terror es la gloria de sus narices, porque, situado entre la esperanza y el temor, mientras contempla el juicio futuro en su mente, teme aquello de lo que se gloria. Su propia gloria es su terror, porque, habiendo

comenzado ya los bienes, se alegra con esperanza del juicio; y al no haber terminado aún todos los males, no está completamente seguro. Pero entre estas cosas, vuelve solícitamente a su mente, y rechazando las tormentas de tan gran temor, disponiéndose en la tranquilidad de la paz única, se esfuerza con todas sus fuerzas por ser hallado libre por el juez estricto. Pues considera servil temer la presencia del Señor; y para no temer la vista del Padre, actúa de manera que se reconozca como hijo. Aprende, por tanto, a amar al juez con toda expectativa, y, por así decirlo, al temer, rehúsa temer. Considera que surge en su corazón el temor por la acción carnal, y por ello antes que nada castiga la carne con fuerte dominio. Por lo cual, después de haber dicho: La gloria de sus narices es el terror, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXXVIII.

VERS. 21.---La tierra con la pezuña cava.

77. Pues cavar la tierra con la uña es como someter la carne con estricta abstinencia. Cuanto más se mortifica la carne, tanto más el alma se regocija con seguridad en la esperanza celestial. Por eso, tras cavar la tierra, se añade apropiadamente: Exulta audazmente. Porque al reprimir con valentía lo que ataca, exulta audazmente por aquello que desea en la paz eterna; y tanto mejor se dispone la mente para aspirar a lo celestial, cuanto más se somete el cuerpo a lo ilícito. Por eso, con razón se dice por medio de Salomón: Cultiva diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa (Prov. XXIV, 27). Pues bien edifica la casa de la mente quien primero purga el campo del cuerpo de las espinas de los vicios, no sea que si las zarzas de los deseos prosperan en el campo de la carne, toda la estructura de las virtudes se destruya por el hambre de buenas obras que crece en el interior. Y en el mismo combate de la guerra, cada uno percibe con mayor sutileza el engaño de los enemigos, cuanto más estrictamente somete su propio cuerpo como si fuera un aliado del enemigo. Por eso, después de la contrición del cuerpo, tras la alegría del corazón, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXXIX.

IBID.---Se dirige al encuentro de los armados.

78. Los enemigos exploran las insidias y los engaños desde el inicio, y los previenen incluso en los corazones ajenos. Los enemigos armados son espíritus inmundos, equipados con innumerables fraudes contra nosotros. Cuando no pueden persuadirnos de la iniquidad, nos la presentan bajo la apariencia de virtudes, y se cubren como bajo ciertas armas, para que no los veamos desnudos en su malicia. Nos dirigimos al encuentro de estos enemigos armados cuando prevemos sus insidias desde lejos. Así pues, avanzar hacia los enemigos armados tras haber excavado la tierra, es, con el orgullo de la carne sometido, explorar maravillosamente los engaños de los espíritus inmundos. Avanzar hacia los enemigos armados tras haber excavado la tierra, es, vencida la malicia carnal, emprender la lucha contra los vicios espirituales. Pues quien aún lucha débilmente consigo mismo, en vano suscita guerras externas contra sí. Porque quien se somete a los deseos carnales, ¿cómo puede resistir a los vicios espirituales? O ¿cómo desea triunfar en el esfuerzo de la lucha externa, quien aún sucumbe en sí mismo a la guerra doméstica de la lujuria?

[Vet. XXIX.] 79. O ciertamente nos dirigimos al encuentro de los enemigos armados, cuando a través del esfuerzo de la exhortación prevenimos sus insidias en el corazón ajeno. Pues es como si viniéramos de un lugar en el que estuvimos a otro para encontrarnos con los enemigos, cuando, dejando ordenadamente de lado nuestro propio cuidado, impedimos el

acceso de los espíritus inmundos a la mente del prójimo. De ahí que a menudo sucede que los enemigos astutos intentan al soldado de Dios, ya victorioso de la guerra interna, con tanto más terror de sí mismo, cuanto más lo ven prevalecer fuertemente contra ellos y en el corazón ajeno; de modo que, al llamarlo para que se defienda, invaden más libremente los corazones ajenos que eran protegidos por su exhortación. Y aunque no puedan superarlo, al menos intentan ocuparlo; de manera que, mientras el soldado de Dios es sacudido por sí mismo, no sea él, sino aquel a quien solía defender, quien sea destruido. Pero la mente fijada inamoviblemente en Dios desprecia las flechas de las tentaciones, ni teme los dardos de cualquier terror. Pues confiando en la ayuda de la gracia celestial, cura así las heridas de su propia debilidad, sin abandonar las ajenas. Por lo cual, bien se añade sobre este caballo:

CAPÍTULO XL.

VERS. 22.---Desprecia el temor, ni cede ante la espada.

80. Los que comienzan desprecian las amenazas del enemigo.---Desprecia el temor, porque no se aterroriza hasta el punto de callar por el miedo a ninguna tentación. Tampoco cede ante la espada, porque aunque una tentación violenta lo golpee, no se aparta del cuidado del prójimo. Por eso, Pablo, insinuando un ejemplo de conversación invicta, nos dice qué espadas recibe del enemigo y muestra cómo no cede ante ellas. Habiendo ya superado toda lucha de obras carnales, había recibido del enemigo la espada de la tentación carnal, quien decía: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros (Rom. VII, 23). Pero no cedía ante la misma espada que había vencido en sí mismo, ni tampoco en otros, cuando ciertamente decía a los prójimos: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos (Rom. VI, 12). Y de nuevo: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, impureza, pasión, malos deseos (Col. III, 5). Una grave espada de tentaciones lo hería, de las cuales él mismo dice: En trabajos más abundantes, en cárceles más, en azotes sin medida, en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces recibí cuarenta azotes menos uno; tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué, una noche y un día estuve en lo profundo del mar (II Cor. XI, 23), y otras cosas que él pudo soportar y nosotros nos cansamos de enumerar. Pero cómo no cede ante la misma espada en el amor al prójimo, él mismo añade después de muchas cosas: Además de las cosas exteriores, mi preocupación diaria, la solicitud por todas las Iglesias (Ibid., 28). Así, el caballo de Dios es golpeado por la espada, pero no es detenido en su curso por el mismo golpe, mientras el fuerte soldado del combate espiritual recibe heridas del enemigo y, sin embargo, se esfuerza por la salvación de otros. Pero contra el duro corazón del soldado celestial, el antiguo enemigo busca dardos más afilados cuanto más robustamente se ve despreciado. Por eso sigue:

CAPÍTULO XLI [Ant. XXX].

VERS. 23.---Sobre él resonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo.

81. A menudo, quienes están al frente del gobierno de otros son sometidos a tentaciones más graves por parte del diablo: a veces con fuerza abierta, a veces con fraude y engaño, y en ocasiones con ambos, fuerza y engaño. Pues al ver el diablo que el esfuerzo de una mente santa le perjudica y beneficia a otros, se esfuerza por hierla con tentaciones multiplicadas. De ahí que a menudo suceda que aquellos que están al frente del gobierno de otros sufran combates de tentaciones más fuertes, de modo que, al igual que en las guerras corporales, cuando el líder mismo se vuelve a la fuga, la compacta unanimidad del ejército resistente se

disipe sin esfuerzo. Así, el astuto enemigo, buscando diversas heridas de golpes contra el soldado celestial, a veces lo hiere con una flecha por medio de insidias, y a veces agita una lanza ante su rostro, ya que, en efecto, oculta vicios bajo la apariencia de virtudes, y otros los presenta abiertamente ante sus ojos. Pues donde ve que el soldado de Dios es débil, no requiere velos de fraude. Pero donde considera que es fuerte para resistirle, sin duda prepara engaños contra sus fuerzas. Porque cuando ve a alguien débil en la tentación de la carne, abiertamente le presenta ante sus ojos la apariencia de un cuerpo que pueda desearse. Pero si acaso lo ve fuerte contra la avaricia, insistentemente sugiere a sus pensamientos la escasez de sus allegados, de modo que, mientras la mente se inclina piadosamente hacia el cuidado de la provisión, sea seducida furtivamente y arrastrada injustamente hacia la ambición de las cosas. Así, el enemigo astuto ataca al soldado de Dios con una flecha por medio de insidias, cuando le oculta un vicio bajo la apariencia de virtud. Pero lo hiere de cerca con una lanza, cuando lo tienta con maldad manifiesta, incluso siendo consciente.

82. A menudo, al soldado celestial se le presentan ambos peligros al mismo tiempo por parte del enemigo, para que en un solo golpe pueda ser abatido. El adversario engañoso intenta herir simultáneamente, atacando abiertamente y acechando en emboscadas, de modo que, mientras se teme la flecha oculta, se tema menos la lanza visible; o mientras se resiste a la lanza visible, no se vea la flecha que viene de oculto. Con frecuencia, propone la tentación de la lujuria y, cesando de repente de manera más engañosa, sugiere la soberbia por la castidad conservada. Y hay algunos que, al ver a muchos caer desde la fortaleza de la castidad en el abismo de la soberbia, descuidando la vigilancia de su vida, se sumergen en la impureza de la lujuria. Por otro lado, hay algunos que, al huir de la impureza de la lujuria, caen en el abismo de la soberbia a través de la cumbre de la castidad. Así, el pecado derivado del vicio es como una lanza que hiere abiertamente, y el pecado derivado de la virtud es como una flecha que hiere desde lo oculto. Pero el caballo de Dios supera la lanza visible cuando pisa la lujuria, y vigila la flecha lateral cuando se guarda de la soberbia en la pureza de la castidad. Por eso, al que lucha entre ambos peligros, se le dice sabiamente a través de Salomón: El Señor estará a tu lado y guardará tu pie para que no caigas (Prov. III, 26). El pie tiende hacia adelante. Sin embargo, quien observa lo que está al lado no ve lo que está adelante. Y, a su vez, quien prevé la custodia del pie y ve lo que está adelante, abandona la vigilancia del lado. Cuando actuamos en virtud de lo que está delante, es como si previéramos dónde debe ponerse el pie; pero cuando del mismo modo surge furtivamente el pecado de la virtud, es como si, al mirar hacia adelante, se expusiera el lado a la flecha. A menudo, al temer el pecado que surge, evitamos la virtud que debe realizarse; y es como si, al vigilar el lado, no se viera cómo debe ponerse el pie hacia adelante. Por tanto, se dice bien: El Señor estará a tu lado y guardará tu pie para que no caigas, porque el soldado de Dios, protegido por el escudo de la gracia divina, considera vigilante lo que puede surgir del lado, y no cesa de avanzar con paso firme hacia adelante. El enemigo engañoso, envidiando esto, al ver que no puede prevalecer con flecha y lanza, interpone un escudo, para que, si no perfora el pecho del que resiste, al menos con ciertas objeciones interrumpa el camino del que progresa. Presenta algunas dificultades a sus mismos esfuerzos; y cuando no puede superar, al menos resiste. Pero escuchemos qué hace el caballo de Dios contra tantos argumentos de guerra:

CAPÍTULO XLII.

VERS. 24.---Ardiendo y resoplando devora la tierra, y no considera el sonido del clamor de la trompeta.

83. A ambos se les resiste mediante el santo fervor y el cuidado de progresar.---Contra el caballo resuena el clamor de la trompeta, cuando la mente de los elegidos, en lo que actúa valientemente, es terriblemente tentada por alguna culpa cercana. Pero el ferviente y rugiente devora la tierra, porque con excesivo ardor se examina a sí mismo; y todo lo terrenal que encuentra en sí, lo consume diariamente progresando. Y no considera que suena el clamor de la trompeta, porque con fuerte consideración evita solícitamente todo vicio que nace de la gloria de la virtud. Consideraría que suena el clamor de la trompeta, si tal vez temiera hacer otras cosas rectas por algo que surge incorrectamente. Por lo tanto, como no tiembla ante las tentaciones que resuenan antes de realizar acciones valientes, en su fervor no teme el clamor de la trompeta. Sin embargo, a menudo, cuando se ve prosperar en virtudes, se alegra de ser golpeado por tentaciones para que esa misma prosperidad de virtudes no lo eleve. Por lo cual, adecuadamente se añade:

CAPÍTULO XLIII.

VERS. 25.---Cuando escuche la trompeta, dice ¡Ay!

84. Porque a muchos la paz prolongada los vuelve inertes, los santos se alegran de ser tentados. Pues a muchos su propia felicidad los ha derribado peor, a muchos la paz prolongada los ha vuelto inertes; y por eso el enemigo inesperado los ha golpeado más gravemente, porque los encontró negligentes debido al largo hábito de la quietud. Por lo tanto, los hombres santos, cuando consideran que progresan mucho en la prosperidad de las virtudes, se regocijan al ser ejercitados también por las tentaciones, por una cierta moderación de la disposición suprema, porque tanto más vigorosamente custodian la gloria de las virtudes recibidas, cuanto más humildemente reconocen su debilidad al ser sacudidos por el impulso de la tentación. Así pues, el caballo, al oír la trompeta, dice "¡vah!", porque evidentemente el guerrero de Dios, cuando ve que se cierne la fuerza de la tentación, considerando la utilidad de la disposición suprema, confía más firmemente en la misma adversidad. Las luchas de esta adversidad no lo superan, porque nunca lo tientan de manera imprevista. De hecho, prevé de lejos, en cada cosa, de qué vicio crecerá la lucha. Por lo tanto, sigue:

CAPÍTULO XLIV.

IBID.---De lejos se percibe el olor de la guerra.

85. Nada los toma por sorpresa; por lo tanto, no son superados. Pues bien, prever la guerra es reconocer las causas precedentes que siguen a las luchas de los vicios. Porque, como ya se ha dicho muchas veces, se conoce una cosa no vista por su olor; prever la guerra es, como con el aliento de las fosas nasales, investigar las maldades ocultas mediante la previsión de los pensamientos. Sobre este sentido del olfato, el Señor dice acertadamente en las alabanzas de su Iglesia: Tu nariz es como una torre que está en el Líbano (Cant. VII, 4). A través de la nariz también discernimos los olores y los feto. ¿Y qué se designa por la nariz, sino la discreción previsor de los santos? La torre de vigilancia se coloca en lo alto para que el enemigo que viene pueda ser visto desde lejos. Por lo tanto, correctamente se dice que la nariz de la Iglesia es semejante a una torre en el Líbano, porque la discreción previsor de los santos, al observar cuidadosamente a su alrededor desde lo alto, detecta la culpa antes de que llegue, y al preverla con vigilancia, la evita con fortaleza. De aquí que Habacuc diga: Me mantendré en mi puesto de guardia (Habac. II, 1). De aquí que Jeremías, advirtiéndolo al alma de cada elegido, diga: Coloca para ti una atalaya, pon para ti amarguras (Jerem. XXXI, 21).

Colocarse una atalaya es prever las futuras batallas de los vicios desde una alta consideración. Y el alma del elegido se pone amarguras cuando, incluso establecida en la paz de las virtudes, al observar los males acechantes, no consiente en descansar con seguridad.

86. Primero, debemos asegurarnos de no hacer el mal, y en segundo lugar, de no hacer el bien de manera imprudente. A menudo, de los bienes nacen males.---Primero, se debe evitar cualquier mal, y en segundo lugar, se debe considerar no hacer el bien de manera imprudente; y una vez que se han sometido las cosas incorrectas, también se esfuerza por someter las correctas, para que, si superan el dominio de la mente, no se conviertan en culpa de vanagloria. Porque, como se dijo anteriormente, a menudo de los bienes nacen males por el vicio de la negligencia, contempla con estudio vigilante cómo de la doctrina surge la arrogancia, de la justicia la crueldad, de la piedad la indulgencia, del celo la ira, de la mansedumbre la apatía. Y cuando realiza estos bienes, observa cómo estos enemigos pueden levantarse contra él a través de ellos. Pues cuando se esfuerza por adquirir los estudios de la doctrina, prepara cuidadosamente su mente contra la lucha de la arrogancia. Cuando desea castigar justamente las faltas de los delincuentes, evita sagazmente que la crueldad de la venganza supere el límite de la justicia. Cuando se esfuerza por moderarse con piedad, prevé con destreza que no sea vencido por alguna disolución de la disciplina. Cuando se excita con los estímulos del celo recto, provee con sumo cuidado que no se encienda más de lo necesario con la llama de la ira. Cuando se temple con gran tranquilidad de mansedumbre, observa vigilante que no se enfríe por la apatía. Por lo tanto, ya que el soldado espiritual percibe con su pensamiento todo vicio antes de que pueda infiltrarse, se dice correctamente del caballo de Dios: Huele la batalla desde lejos. También considera qué multitud de iniquidades se precipitaría si permitiera que incluso pocos males ingresaran a él. Por lo tanto, sigue:

CAPÍTULO XLV.

IBID.---Exhortación de los líderes y clamor del ejército.

87. El ejército del diablo tiene como líder a la soberbia, de la cual nacen los siete pecados capitales. Los vicios que nos asedian, que luchan invisiblemente bajo el mando de la soberbia reinante, algunos avanzan como líderes, otros los siguen como un ejército. No todas las culpas ocupan el corazón de la misma manera. Pero mientras los vicios mayores y menos numerosos se adelantan a una mente descuidada, los menores y numerosos se lanzan sobre ella en masa. La soberbia, reina de los vicios, cuando ha conquistado completamente el corazón, lo entrega a los siete pecados capitales, como si fueran sus líderes, para que lo devasten. A estos líderes les sigue un ejército, ya que de ellos, sin duda, surgen multitud de vicios molestos. Esto lo mostramos mejor si enumeramos, en la medida de lo posible, a estos líderes y su ejército. La soberbia es la raíz de todo mal, de la cual, según atestigua la Escritura, se dice: "El principio de todo pecado es la soberbia" (Eccl. 10, 15). Sus primeras descendencias, los siete pecados capitales, brotan de esta raíz venenosa, a saber: la vanagloria, la envidia, la ira, la tristeza, la avaricia, la gula y la lujuria. Y porque nos dolió ser capturados por estos siete vicios de la soberbia, por eso nuestro Redentor vino al combate espiritual de la liberación lleno del espíritu de la gracia septiforme.

88. Cada uno de los vicios capitales tiene su propio ejército.---Pero cada uno de estos vicios tiene su ejército contra nosotros. Pues de la vanagloria surgen la desobediencia, la jactancia, la hipocresía, las contiendas, la obstinación, las discordias y las presunciones de novedades. De la envidia nacen el odio, la murmuración, la detracción, la exultación en las adversidades del prójimo y la aflicción en las prosperidades. De la ira se derivan las riñas, la hinchazón de

la mente, las injurias, el clamor, la indignación y las blasfemias. De la tristeza nacen la malicia, el rencor, la pusilanimidad, la desesperación, la pereza respecto a los preceptos y la divagación de la mente hacia lo ilícito. De la avaricia surgen la traición, el fraude, la falsedad, el perjurio, la inquietud, las violencias y las endurecimientos del corazón contra la misericordia. De la gula del vientre se propagan la alegría insensata, la bufonería, la impureza, la locuacidad y la torpeza de los sentidos respecto a la inteligencia. De la lujuria se generan la ceguera de la mente, la falta de consideración, la inconstancia, la precipitación, el amor propio, el odio a Dios, el afecto por el siglo presente y el horror o la desesperación del futuro. Por tanto, como los siete vicios principales producen de sí mismos una multitud tan grande de vicios, cuando llegan al corazón, arrastran consigo como tropas de un ejército que les sigue. De estos siete, cinco son espirituales y dos carnales.

89. Cada vicio surge de otro.---Pero cada uno de ellos está unido por tal parentesco que no se manifiesta sino uno a partir del otro. La primera descendencia de la soberbia es la vanagloria, que al corromper la mente oprimida, pronto engendra la envidia, porque, ciertamente, al desear el poder de un nombre vano, se consume para que nadie más pueda alcanzarlo. La envidia también genera ira, porque cuanto más el alma es herida por la llaga del rencor, tanto más se pierde la mansedumbre de la tranquilidad; y porque se siente como un miembro dolorido al ser tocado, por eso la mano de la acción opuesta se siente como si estuviera más presionada. De la ira también surge la tristeza, porque la mente turbada, al agitarse desordenadamente, se confunde al someterse: y cuando ha perdido la dulzura de la tranquilidad, nada la alimenta sino el dolor que sigue a la perturbación. La tristeza también se deriva hacia la avaricia, porque cuando el corazón confundido ha perdido internamente el bien de la alegría, busca fuera de sí mismo de dónde consolarse; y tanto más desea adquirir bienes exteriores cuanto no tiene la alegría a la que recurrir internamente. Después de esto, quedan dos vicios carnales, a saber, la gula y la lujuria. Pero es evidente para todos que de la gula nace la lujuria, ya que en la misma disposición de los miembros, los genitales parecen estar subordinados al vientre. Por lo tanto, cuando uno se sacia desordenadamente, el otro sin duda se excita hacia las ofensas.

[Vet. XXXII.] 90. Argumentos falaces con los que los vicios capitales intentan engañar la mente.---Bien se ha dicho que los líderes exhortan, y el ejército ulula, porque los primeros vicios se insertan en la mente engañada como si fuera bajo cierta razón, pero los innumerables que siguen, mientras arrastran a esta hacia toda locura, confunden como un clamor bestial. En efecto, la vana gloria suele exhortar al corazón vencido como si fuera por razón, cuando dice: Debes aspirar a cosas mayores, para que, al poder superar a muchos en poder, también puedas beneficiar a muchos. La envidia también suele exhortar al corazón vencido como si fuera por razón, cuando dice: ¿En qué eres menor que aquel o aquel otro? ¿Por qué, entonces, no eres igual o superior a ellos? ¿Cuánto vales que ellos no valen? Por lo tanto, no deben ser superiores a ti, ni siquiera iguales. La ira también suele exhortar al corazón vencido como si fuera por razón, cuando dice: Lo que se hace contra ti no puede ser soportado con ecuanimidad, más bien tolerarlo pacientemente es un pecado, porque si no se resiste con gran exasperación, se acumulan contra ti sin medida. La tristeza también suele exhortar al corazón vencido como si fuera por razón, cuando dice: ¿Qué tienes de qué alegrarte, cuando llevas tantas desgracias de los prójimos? Considera con qué pesar deben ser mirados todos los que se vuelven contra ti con tanta amargura. La avaricia también suele exhortar al ánimo vencido como si fuera por razón, cuando dice: No es en absoluto culpa desear tener ciertas cosas, porque no buscas multiplicar sino temes carecer; y lo que otro retiene mal, tú lo gastas mejor. La glotonería también suele exhortar al corazón vencido como si fuera por razón, cuando dice: Dios creó todo puro para comer, y quien rechaza saciarse con

comida, ¿qué otra cosa hace sino contradecir el don concedido? La lujuria también suele exhortar al corazón vencido como si fuera por razón, cuando dice: ¿Por qué no te expandes ahora en tu placer, cuando no sabes qué te seguirá? No debes perder el tiempo aceptado en deseos, porque no sabes cuán rápidamente pasará. Pues si Dios no quisiera que el hombre se mezclara en el placer del coito, no habría hecho al hombre y a la mujer en el mismo principio del género humano (Génesis I, 27). Esta es la exhortación de los líderes, que cuando se admite incautamente en el secreto del corazón, persuade más familiarmente lo iniquo. A la cual sigue el ejército ululante, porque el alma infeliz, una vez capturada por los vicios principales, mientras se convierte en locura por las iniquidades multiplicadas, ya es devastada por una ferocidad fatal.

91. Qué se debe hacer para que los vicios no dañen.---Pero el soldado de Dios, porque se esfuerza en prever con destreza las batallas de los vicios, percibe la guerra desde lejos, ya que, al considerar con pensamiento atento los males que se aproximan, reconoce con la sagacidad del olfato la exhortación de los líderes. Y porque al prever desde lejos la confusión de las iniquidades que siguen, contempla como si fuera el aullido del ejército al percibirlo con el olfato.

Por lo tanto, ya que hemos conocido al predicador de Dios, o a cualquier soldado del combate espiritual, descrito a través de la narración del caballo, ahora veámoslo de nuevo en el significado del ave, para que, así como aprendimos su fortaleza a través del caballo, también aprendamos su contemplación a través del ave. Porque, en efecto, al escuchar sobre la magnitud descrita del caballo, entendimos cuánto tolera el hombre santo contra las luchas de los vicios mediante la paciencia; ahora, a través de la especie de las aves, reconozcamos cuánto vuela mediante la contemplación. Sigue:

CAPÍTULO XLVI [Rec. XVIII].

VERS. 26.---¿Acaso por tu sabiduría se cubre de plumas el halcón, desplegando sus alas hacia el sur?

92. La gracia de Dios nos despoja del hombre viejo. Algunas observaciones sobre el halcón son dignas de mención.---Casi nadie ignora que cada año el halcón arroja su vieja pluma al nacer una nueva, y que muda sin interrupción. Sin embargo, no se refiere aquí al tiempo de la pluma cuando se viste en el nido, ya que entonces, siendo aún un polluelo, no puede extender sus alas hacia el sur, sino a esa pluma anual que se describe, que se renueva al soltarse la pluma vieja. Y, de hecho, para que los halcones domésticos muden mejor, se requieren lugares húmedos y templados. En cambio, los halcones salvajes tienen la costumbre de extender sus alas cuando sopla el viento del sur, de modo que el calor del viento calienta sus miembros para soltar la pluma vieja. Cuando el viento falta, extienden y golpean sus alas contra los rayos del sol, creando así una brisa cálida para sí mismos, y de esta manera, con los poros abiertos, las plumas viejas caen o las nuevas crecen. ¿Qué significa entonces que el halcón mude en el sur, sino que cada uno de los santos, tocado por el soplo del Espíritu Santo, se calienta y, desechando el uso de la antigua conducta, toma la forma del hombre nuevo? Lo que Pablo advierte, diciendo: Despojándoos del hombre viejo con sus actos, y vistiéndoos del nuevo (Colosenses III, 9). Y de nuevo: Aunque nuestro hombre exterior se corrompa, el interior se renueva de día en día (II Corintios IV, 16). Arrojar la pluma vieja es abandonar los hábitos envejecidos de acción engañosa, y tomar la nueva pluma es mantener un sentido manso y sencillo viviendo bien. La pluma de la antigua conducta pesa, y la pluma de la nueva transformación eleva, para que el vuelo sea tanto más ligero cuanto más nuevo.

[Vet. XXXIII.] 93. Para esta renovación es necesaria la confesión.---Y bien dice: Extiende sus alas hacia el Sur. Extender nuestras alas hacia el Sur es, en efecto, abrir nuestras pensamientos confesando con la llegada del Espíritu Santo, de modo que ya no deseemos cubrirnos defendiéndonos, sino publicarnos acusándonos. Entonces, por tanto, el halcón se cubre de plumas, cuando ha extendido sus alas hacia el Sur, porque entonces cada uno se viste con las plumas de las virtudes, cuando confiesa sus pensamientos al Espíritu Santo. Pues quien no descubre lo antiguo confesándolo, de ninguna manera produce las obras de una nueva vida; quien no sabe lamentar lo que pesa, no puede manifestar lo que alivia. La misma fuerza de la compunción abre los poros del corazón y derrama las plumas de las virtudes; y cuando la mente se reprocha diligentemente de su perezosa antigüedad, rejuvenece con una nueva agilidad. Por tanto, dígame al bienaventurado Job: ¿Acaso por tu sabiduría se cubre de plumas el halcón, extendiendo sus alas hacia el Sur? es decir, ¿Acaso has conferido a cualquier elegido la inteligencia, para que, soplando el Espíritu Santo, extienda las alas de sus pensamientos, de modo que deseche los pesos de la antigua conducta y tome las plumas de las virtudes para el uso de un nuevo vuelo? Para que de aquí recoja que no tiene en sí mismo la vigilancia del sentido, quien de ninguna manera puede conferirla a otros. También puede designarse por este halcón la gentilidad renovada, como si se dijera abiertamente al bienaventurado Job: Mira las futuras plumas de virtudes en la gentilidad, y pierde las plumas de la soberbia antigua. Sigue:

CAPUT XLVII [Rec. XIX].

VERS. 27.---¿Acaso se elevará el águila a tu mandato, y pondrá su nido en las alturas?

94. Qué significa el nombre del águila en la Sagrada Escritura. Los insidiosos espíritus, el poder terrenal, la sutil inteligencia de los santos, o la ascensión de Cristo.--- En la Sagrada Escritura, el término águila a veces designa a los malignos espíritus raptos de almas, a veces a los poderes de este mundo presente, y en ocasiones a la sutilísima inteligencia de los santos, o al Señor encarnado que rápidamente sobrevuela las cosas bajas y pronto regresa a las alturas.

Bajo el nombre de águilas se expresan los espíritus insidiosos, como atestigua Jeremías, quien dice: Nuestros perseguidores son más veloces que las águilas del cielo (Lamentaciones IV, 19). En efecto, nuestros perseguidores son más veloces que las águilas del cielo, ya que los hombres malignos hacen tanto contra nosotros, que incluso parecen adelantarse a las mismas potestades aéreas con sus invenciones de malicia.

También con la palabra águila se figura el poder terrenal. Por eso, a través del profeta Ezequiel se dice: "Un águila grande, de grandes alas, de largo alcance de miembros, llena de plumas y variedad, vino al Líbano y tomó la médula del cedro, y arrancó la cima de sus ramas" (Ezequiel XVII, 3). ¿Qué otra cosa representa esta águila sino Nabucodonosor, rey de Babilonia? Se describe con grandes alas por la inmensidad de su ejército, con largo alcance de miembros por la duración de los tiempos, llena de plumas por sus muchas riquezas, y llena de variedad por la innumerable composición de su gloria terrenal. Vino al Líbano y tomó la médula del cedro, y arrancó la cima de sus ramas, porque al dirigirse a la grandeza de Judea, se llevó la nobleza de su reino, como si fuera la médula del cedro; y al capturar a la tierna descendencia de los reyes desde la cumbre de su reino, arrancó la cima de sus ramas.

La sutil inteligencia de los santos, o la ascensión de Cristo. El águila fija sus ojos en el sol.--- Con el término águila se expresa tanto la sutil inteligencia de los santos como el vuelo de la ascensión del Señor. Por eso, el mismo profeta, al describir que vio a los cuatro evangelistas bajo la figura de animales (Ezequiel X, 1), testifica que se le aparecieron con rostro de hombre, león, buey y águila, designando sin duda alguna al cuarto animal, Juan, a través del águila, quien al volar dejó la tierra, porque mediante su sutil inteligencia penetró los misterios internos al ver el Verbo. A esta sentencia profética no disiente el mismo Juan en su revelación sobre sí mismo, diciendo: El primer animal era semejante a un león, el segundo animal semejante a un becerro, el tercer animal tenía rostro como de hombre, el cuarto animal era semejante a un águila volando (Apocalipsis IV, 7). Y aunque cada uno de estos se aplica correctamente a cada evangelista, mientras uno insinúa el orden de la natividad humana, otro, a través del sacrificio del mundo, como la muerte del becerro, otro insinúa la fortaleza del poder como el clamor del león, otro, al contemplar la natividad del Verbo, mira el sol naciente como el águila, sin embargo, estos cuatro animales pueden señalar a su propia cabeza, de la cual son miembros. Él mismo es hombre, porque verdaderamente asumió nuestra naturaleza, y becerro, porque pacientemente murió por nosotros; y león, porque por la fortaleza de su divinidad rompió el vínculo de la muerte asumida; y finalmente águila, porque regresó al cielo de donde había venido. Por lo tanto, fue llamado hombre al nacer, becerro al morir, león al resucitar, águila al ascender a los cielos. [Vet. XXXIV.] Pero en este lugar, el nombre de águila figura la sutil inteligencia de los santos y su sublime contemplación. En efecto, la agudeza visual del águila supera a la de todas las aves, de modo que el rayo del sol, al fijarse en sus ojos, no los cierra con el resplandor de su luz. Por lo tanto, el águila se eleva al mandato de Dios, cuando obedeciendo a los mandamientos divinos, la vida de los fieles se suspende en lo alto. Y se dice que pone su nido en las alturas, porque despreciando los deseos terrenales, ya se nutre con la esperanza de las cosas celestiales. Pone su nido en las alturas, porque no construye la morada de su mente en una vida baja e inferior. De ahí que se dice en la profecía de Balaam sobre el Cineo: Tu morada es fuerte, pero si pones tu nido en la roca (Números XXIV, 21). Cineo se interpreta como poseedor. ¿Y quiénes son los que poseen lo presente, sino aquellos que son astutos en la sabiduría secular? Estos verdaderamente construyen para sí una morada fuerte, si por la humildad, hechos pequeños en sí mismos, se nutren en la sublimidad de Cristo; si se sienten débiles y ponen la confianza de su mente para ser alimentada en la excelsa humildad del Redentor conocido; si no desean lo bajo, si con el vuelo del corazón trascienden todo lo que pasa.

95. Pablo es semejante a un águila.---Veamos al águila construyendo su nido de esperanza en las alturas. Dice: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses 3, 20). Y de nuevo: Nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales (Efesios 2, 6). Tiene su nido en las alturas, porque ciertamente fija su propósito en lo alto. No quiere que su mente descienda a lo bajo, no quiere habitar en lo más bajo por la degradación de la vida humana. Tal vez Pablo estaba en prisión cuando testificaba que estaba sentado con Cristo en los lugares celestiales. Pero estaba allí donde ya había fijado su ardiente mente, no allí donde su cuerpo aún perezoso lo retenía por necesidad.

96. Los elegidos desprecian todas las cosas terrenales. Esto es, de hecho, una característica especial de los elegidos, que saben recorrer el camino de la vida presente de tal manera que, a través de la certeza de la esperanza, ya se reconocen a sí mismos como habiendo alcanzado las alturas, de modo que ven que todo lo que pasa está por debajo de ellos, y pisan con amor de eternidad todo lo que en este mundo se destaca. Por eso, el Señor dice a las almas que le siguen a través del profeta: Te elevaré sobre las alturas de la tierra (Isaías 58, 14). Porque hay ciertas cosas inferiores de la tierra, como las pérdidas, las injurias, la pobreza, el desprecio,

que incluso los amantes del mundo, mientras caminan por la llanura del camino ancho, no dejan de pisar al evitarlas. Pero las alturas de la tierra son las ganancias de las cosas, los halagos de los súbditos, la abundancia de riquezas, el honor y la sublimidad de las dignidades; que cualquiera que aún camina con deseos bajos, estima como altas, porque las considera grandes. Pero si el corazón se fija una vez en las cosas celestiales, pronto se percibe cuán despreciables son las que parecían altas. Pues así como quien sube a una montaña, cuanto más avanza hacia las alturas, más desprecia las cosas que quedan abajo, así quien se esfuerza por fijar su intención en las cosas más altas, al descubrir con su esfuerzo que ninguna gloria de la vida presente es valiosa, se eleva sobre las alturas de la tierra; y lo que antes, estando en deseos bajos, creía que estaba por encima de él, después, al ascender y progresar, reconoce que está por debajo de él. Lo que el Señor promete hacer allí, diciendo: Te elevaré sobre las alturas de la tierra (Ibid.), testifica que solo puede hacerlo en el bienaventurado Job, diciendo: ¿Acaso a tu mandato se elevará el águila y pondrá su nido en las alturas? Como si dijera: Así como a mi mandato, lo que ordeno exteriormente, lo inspiro interiormente con la gracia de una generosidad oculta. Sigue:

CAPÍTULO XLVIII.

VERS. 28.---Permanece en las piedras.

97. En las rocas, es decir, en la altura y constancia de los santos padres, ponen su nido. En la Sagrada Escritura, cuando se menciona la roca en singular, ¿quién más podría ser sino Cristo? Así lo atestigua Pablo, quien dice: "La roca era Cristo" (I Cor. X, 4). Pero cuando se habla de rocas en plural, se refiere a sus miembros, es decir, a los hombres santos, que están fortalecidos por su poder. A estos, sin duda, el apóstol Pedro llama piedras, diciendo: "Vosotros, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual" (I Pet. II, 5). Por lo tanto, se dice que esta águila, que ha elevado los ojos de su corazón a los rayos del verdadero sol, habita en las rocas, porque se establece en la mente con las palabras de los padres antiguos y fuertes. En efecto, trae a la memoria la vida de aquellos que ve que han precedido en el camino de Dios, y esforzándose en la altura de su fortaleza, construye para sí un nido de santa meditación. Y cuando medita en silencio sobre sus actos y palabras, cuando considera cuán insignificante es la gloria de la vida presente en comparación con la excelencia eterna, observa, como si estuviera por encima de las profundidades de la tierra, residiendo en las rocas.

[Piedras XXXV.] 98. Bajo el nombre de piedras se designan las potestades del cielo.--- También pueden entenderse las piedras como las sublimes potestades de las virtudes celestiales, que ya no son inclinadas aquí y allá por el viento de nuestra mutabilidad, como los árboles, porque, como piedras situadas en lo alto, están ajenas a todo movimiento de mutabilidad y, fijadas en la solidez de la altura, han endurecido por la misma eternidad a la que se adhieren. Así, el hombre santo, cuando desprecia las cosas terrenales, se eleva como un águila hacia lo alto y, elevado por el espíritu de la contemplación, espera la gloria perenne de los ángeles, y siendo huésped en este mundo, al desear lo que contempla, ya se fija en las alturas. Por tanto, se dice correctamente: Permanece en las piedras, es decir, reside con la intención del corazón entre aquellas virtudes celestiales, que, por la fortaleza de su eternidad, ya están fijadas con tal solidez que no se doblan en ningún aspecto de culpa por la variedad de la mutabilidad. Por lo cual, sigue adecuadamente:

CAPÍTULO XLIX.

IBID.---Y habita en los escarpados peñascos, y en las inaccesibles rocas.

99. En Cristo han sido restauradas todas las cosas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra. ¿Quiénes son, pues, esas rocas escarpadas, sino los más fuertes coros de ángeles, que, aunque no íntegros, permanecieron en su propio estado cuando el diablo cayó con sus ángeles? Son escarpados porque una parte de ellos cayó y otra parte permaneció. Permanecen íntegros por la calidad del mérito, pero escarpados por la cantidad del número. El Mediador vino a restaurar esta ruptura para que, al redimir al género humano, reparara esas pérdidas angélicas y tal vez llenara más abundantemente la medida de la patria celestial. Por esta ruptura se dice del Padre: "Propuso en él, en la dispensación de la plenitud de los tiempos, restaurar todas las cosas en Cristo, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra en él" (Efesios 1, 9-10). En él se restauran las cosas que están en la tierra, cuando los pecadores se convierten a la justicia. En él se restauran las cosas que están en los cielos, cuando los hombres humillados regresan allí de donde los ángeles apóstatas cayeron por su soberbia. Y cuando dice: "En rocas inaccesibles", ciertamente las rocas escarpadas son esas rocas inaccesibles. Porque la claridad de los ángeles es muy inaccesible al corazón de los hombres pecadores, ya que cuanto más cayeron hacia las cosas corporales bellas, más cerraron sus ojos a la forma espiritual. Pero quienquiera que sea arrebatado en la contemplación de tal manera que, elevado por la gracia divina, inserte su intención ya entre los coros de ángeles, y fijo en las alturas, se suspenda de toda acción baja, no le basta con contemplar la gloria de la claridad angélica, a menos que también pueda ver a aquel que está por encima de los ángeles. Pues solo su visión es el verdadero alimento de nuestra mente. Por eso, después de haber dicho que esta águila permanece en las rocas, y habita en las escarpadas y en las inaccesibles, inmediatamente añadió:

CAPÍTULO L [Rec. XX].

VERS. 29.---Desde allí contempla el alimento.

100. La visión de Dios es el alimento de nuestra mente. Es decir, desde esos coros angélicos, el ojo de la mente se dirige a contemplar la gloria de la majestad suprema, la cual, no vista aún, provoca hambre, y finalmente, al ser vista, sacia. Pues está escrito: "Por el trabajo de su alma verá y quedará satisfecho" (Isaías 53, 11). Y nuevamente: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo 5, 6). Qué es el alimento de nuestra mente se indica claramente cuando se dice: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Ibid., 8). Y porque, al estar gravados por la interposición de la carne corruptible, no podemos ver a Dios tal como es, se añade correctamente:

CAPÍTULO LI.

IBID.---Sus ojos miran de lejos.

101. A Dios aquí, no lo vemos sino de lejos. Por mucho que alguien progrese en esta vida, aún no ve a Dios cara a cara, sino a través de un enigma y un espejo. Sin embargo, cuando miramos de cerca, vemos con más claridad; pero cuando extendemos nuestra mirada más lejos, nos confundimos bajo una visión incierta. Por lo tanto, dado que los hombres santos se elevan a una alta contemplación y, sin embargo, no pueden ver a Dios tal como es, se dice bien de esta águila: Sus ojos miran de lejos. Como si dijera: Extienden con fuerza la mirada de su intención, pero aún no ven de cerca a aquel cuya grandeza de claridad no pueden penetrar de ninguna manera. Porque la oscuridad de nuestra corrupción nos oscurece ante la

luz incorruptible; y aunque puede ser vista de alguna manera, sin embargo, la luz misma, tal como es, no puede ser vista, lo cual indica cuán lejos está. Si la mente no la percibiera de alguna manera, no vería que está lejos. Pero si ya la percibiera perfectamente, ciertamente no la vería como a través de una oscuridad. Por lo tanto, porque no se ve completamente, ni tampoco se deja de ver completamente, se ha dicho correctamente que Dios se ve de lejos.

102. Testimonio de Isaías sobre este asunto. Se asciende desde los grados de la vida activa hasta la cumbre de la contemplación.---Es grato llevar las palabras de Isaías al centro y señalar cómo estas y aquellas son pronunciadas con un mismo espíritu. Cuando expresaba las virtudes de la vida activa, diciendo: "El que camina en justicia y habla verdad, el que rechaza la avaricia de la calumnia y sacude sus manos de todo soborno, el que tapa sus oídos para no oír sangre y cierra sus ojos para no ver el mal" (Isaías XXXIII, 15), inmediatamente añadió desde los grados de esa vida activa a qué cumbres de contemplación se asciende, diciendo: "Este habitará en las alturas, la fortaleza de las rocas será su refugio, se le dará pan, sus aguas serán seguras. Sus ojos verán al Rey en su hermosura, contemplarán la tierra de lejos" (Ibid., 16). Habitar en las alturas es poner el corazón en las cosas celestiales. Y la fortaleza de las rocas es nuestra sublimidad, cuando miramos los preceptos y ejemplos de los padres fuertes y nos separamos de los pensamientos bajos. La fortaleza de las rocas es nuestra sublimidad, cuando con la mente nos unimos a los coros y campamentos celestiales, y combatimos a los espíritus malignos que acechan, como si estuvieran debajo, desde la fortaleza del corazón. Entonces también se nos da el pan, porque la intención elevada en las cosas superiores se refresca con la contemplación de la eternidad. Nuestras aguas son seguras, porque la doctrina de Dios lo que aquí promete por esperanza, allí lo ofrece como don. La sabiduría de este mundo es infiel, porque no perdura después de la muerte. Nuestras aguas son seguras, porque las palabras de vida lo que insinúan antes de la muerte, también lo demuestran después de la muerte. Nuestros ojos ven al Rey en su hermosura, porque nuestro Redentor en el juicio será visto como hombre por los reprobos, pero solo los elegidos son elevados para contemplar la altura de su divinidad. Pues ver una cierta fealdad del Rey es ver solo la forma servil en la que fue despreciado por los inicuos. Pero el Rey es visto en su hermosura por los elegidos, porque arrebatados más allá de sí mismos, fijan los ojos del corazón en el resplandor de la divinidad. Y porque mientras están en esta vida, no pueden ver la patria de los vivientes tal como es, se añade correctamente: "Contemplarán la tierra de lejos" (Ibid., 17). Lo que aquí se dice: "Se elevará como águila y pondrá su nido en lo alto", allí se dice: "Habitará en las alturas". Lo que aquí se dice: "Permanece en las rocas y habita en los escarpados peñascos e inaccesibles riscos", allí se añade: "La fortaleza de las rocas será su refugio". Lo que aquí se infiere: "Desde allí contempla su alimento", allí también se añade: "Se le dará pan, sus aguas serán seguras, sus ojos verán al Rey en su hermosura". Y lo que aquí se añade: "Sus ojos miran de lejos", allí se añade adecuadamente: "Contemplarán la tierra de lejos".

[Vet. XXXVI.] 103. Pablo, cuán sublime águila.---Consideremos cuán sublime águila fue Pablo, quien voló hasta el tercer cielo (II Cor. XII, 2), pero sin embargo, estando en esta vida, aún desde lejos contempla a Dios, quien dice: Ahora vemos por espejo, en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12). Y de nuevo: No creo haberlo alcanzado (Filip. III, 13). Pero aunque contempla las cosas eternas mucho menos de lo que son en sí mismas, aunque reconoce que no puede conocerlas perfectamente, no puede infundir a los oyentes débiles, mediante la predicación, aquellas mismas cosas que puede ver al menos por espejo e imagen. De sí mismo, como si hablara de otro, dice: Oyó palabras secretas que no le es lícito al hombre pronunciar (II Cor. XII, 4). Por lo tanto, aunque las cosas internas parezcan mínimas y extremas, para los predicadores fuertes son lo máximo, pero para los oyentes débiles son incapaces de comprender. Por eso, los santos predicadores, cuando ven que sus oyentes no

pueden captar la palabra de la divinidad, descienden solo a las palabras de la encarnación del Señor. Por eso, aquí, mientras se dice que el águila elevada en las alturas ve de lejos, inmediatamente se añade:

CAPÍTULO LII [Rec. XXI].

VERS. 30.---Sus polluelos lamen la sangre.

104. Debemos alimentarnos con la meditación de la Pasión de Cristo.---Como si se dijera abiertamente: Se alimenta de la contemplación de la divinidad, pero como sus oyentes no pueden percibir los misterios de la divinidad, se sacian conociendo la sangre del Señor crucificado. Pues lamer la sangre es venerar humildemente la Pasión del Señor. De ahí que el mismo Pablo, quien, como dijimos un poco antes, había volado a los secretos del tercer cielo, decía a sus discípulos: No me propuse saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a éste crucificado (I Cor. II, 2). Como si esta águila dijera abiertamente: Yo, en verdad, contemplo de lejos el poder de su divinidad como mi alimento, pero a vosotros, que aún sois pequeños, os entrego solamente la sangre de su encarnación para que la lamáis. Pues quien, a través de su predicación, enseña a los oyentes débiles solo sobre la sangre de la cruz, ¿qué otra cosa hace sino ofrecer sangre a los polluelos? Y porque el alma de cada santo predicador, una vez despojada de la corrupción de la carne, es llevada inmediatamente a aquel que por nosotros cayó voluntariamente en la muerte y resucitó de la muerte, se añade apropiadamente sobre esta águila:

CAPÍTULO LIII.

IBID.---Y dondequiera que esté el cadáver, allí se reunirá.

105. Cristo, reinando en los cielos, reúne a los elegidos consigo. --- En efecto, un cadáver se llama así por su caída. Y no sin razón el cuerpo del Señor se llama cadáver debido a la caída de la muerte. [Rec. XXII.] Pero lo que aquí se dice de esta águila: Dondequiera que esté el cadáver, inmediatamente está presente (Mat. XXIV, 28), la Verdad prometió que esto sucederá con las almas que salen, diciendo: Dondequiera que esté el cuerpo, allí se congregarán las águilas. Como si dijera abiertamente: Yo, vuestro Redentor encarnado, que presido en la sede celestial, cuando libere las almas de los elegidos con la carne, las elevaré a los cielos.

[Vet. XXXVII.] 106. Todo pecador es un cadáver; hacia el cual vuelan las águilas, es decir, los piadosos predicadores que anhelan la salvación de los pecadores. Esta es la razón del vuelo de Pablo recorriendo el mundo. Pero lo que se dice de esta águila: Dondequiera que esté el cadáver, inmediatamente está presente, también puede entenderse de otra manera. Pues todo aquel que ha caído en la muerte del pecado, no inadecuadamente puede ser llamado cadáver. Porque yace como inanimado, quien no tiene el espíritu vivificante de la justicia. Por lo tanto, todo santo predicador, donde considera que hay pecadores, vuela ansiosamente allí, para mostrar la luz de la vivificación a los que yacen en la muerte del pecado, bien se dice de esta águila: Dondequiera que esté el cadáver, inmediatamente está presente. Es decir, se dirige allí donde ve la utilidad de la predicación, para que, de lo que ya vive espiritualmente, beneficie a otros que yacen en su muerte, a quienes corrigiendo como si los comiera, pero transformándolos de la iniquidad a la inocencia, los convierte en sus miembros como si los comiera. He aquí, él mismo, a quien ya hemos llevado muchas veces como testimonio, Pablo, cuando ahora buscaba Judea, ahora Corinto, ahora Éfeso, ahora Roma, ahora España, para

anunciar la gracia de la vida eterna a los que yacen en la muerte del pecado, ¿qué otra cosa demostraba ser sino un águila; que volando rápidamente sobre todo, buscaba donde yacía el cadáver, para que, al hacer la voluntad de Dios ganando pecadores, encontrara como su alimento en el cadáver? Pues el alimento de los justos es la conversión de los perversos, de la cual se dice: Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna (Juan VI, 27). Al escuchar, por tanto, tantas virtudes de los santos, se entiende que el bienaventurado Job quedó asombrado, y en el terror de la admiración guardó silencio. Pues sigue:

CAPÍTULO LIV [Rec. XXIII].

VERS. 31, 32.---Añadió el Señor y habló a Job: ¿Acaso el que disputa con Dios se aquieta tan fácilmente? Ciertamente, quien acusa a Dios debe también responderle.

107. La piadosa y moderada reprensión de Dios a Job.---El hombre santo no consideró que con tal severidad del castigo se aumentaran sus méritos, sino que se corrigieran sus defectos. Como no reconoció ninguno en sí mismo, creyó que había sido golpeado injustamente, y acusar al que golpea es murmurar de la herida. Sin embargo, el Señor, al ver que lo que había dicho no provenía de la soberbia, sino de la calidad de su vida, lo reprende piadosamente diciendo: ¿Acaso quien contienda con Dios se aquieta tan fácilmente? Ciertamente, quien acusa a Dios debe también responderle. Como si dijera más claramente: Tú que has hablado tanto de tus acciones, ¿por qué callaste al escuchar la vida de los santos? Me correspondía a mí ser acusado, dudar si mi castigo fue justo. Y aunque expusiste tus bondades con verdad, no supiste hacia dónde se dirigían estos castigos, porque aunque ya no tienes nada que corregir, aún tienes en qué crecer. En cuán alta cima de virtud elevo a muchos, lo has conocido ahora con mi relato. Considerabas tu propia virtud, pero desconocías la grandeza de otros. Al escuchar las virtudes de los demás, si tienes algo que valga, responde con las tuyas. Sabemos que quien apaga el ojo de su corazón con las tinieblas de la soberbia, al actuar rectamente, descuida considerar los méritos de los mejores. En cambio, ilumina sus obras con el gran rayo de la humildad quien pondera cuidadosamente las bondades de los demás, porque al observar lo que otros han hecho externamente, reprime el tumor de la soberbia que intenta surgir de la singularidad interior. Por eso, con la voz de Dios se dice a Elías, quien se consideraba solo: Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal (III Reyes XIX, 18), para que al reconocer que no estaba solo, pudiera evitar la gloria de la soberbia que podría surgirle de su singularidad. Así, el bienaventurado Job no es reprendido por haber actuado perversamente, sino que se le enseña sobre las buenas acciones de otros, para que al considerar que tiene iguales y otros, se someta humildemente a quien es singularmente supremo.

LIBRO TRIGÉSIMO SEGUNDO. Explicados los dos últimos versículos del capítulo XXXIX, se exponen los catorce primeros del capítulo XL; y se enseña mucho tanto sobre la infinita potencia de Dios como sobre los nocivos consejos de Satanás hacia los hombres.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los santos, cuanto más dignos se hacen, más indignos se consideran a sí mismos.---Cuanto más avanzan los hombres santos en la dignidad de las virtudes ante Dios, más sutilmente se descubren indignos, porque al acercarse a la luz, encuentran lo que en ellos mismos estaba oculto; y tanto más deformes se ven por fuera, cuanto más hermoso es lo que ven en su interior. Pues cada uno, al ser iluminado por el toque de la verdadera luz, se le revela a sí

mismo; y de donde reconoce qué es la justicia, de allí se instruye para ver qué es la culpa. De ahí que a menudo nuestra mente, aunque fría, se adormece en la acción de la conversación humana, aunque en algunas cosas peque y no lo sepa, aunque considere ciertos pecados como si no fueran nada; sin embargo, cuando se eleva a desear lo sublime por la compunción de la oración, vuelve más vigilante a observarse a sí misma después del llanto, estimulada por el ojo de su propia compunción. Pues cuando se abandona a sí misma descuidada, y se adormece en un calor nocivo, cree que las palabras ociosas o los pensamientos inútiles son de menor culpa en todo sentido. Pero si, calentándose con el fuego de la compunción, despierta de su tibieza, tocada de repente por el soplo de la contemplación, aquellas cosas que poco antes consideraba leves, pronto las aborrece como graves y mortíferas. Pues huye de todo lo nocivo, incluso en lo más mínimo, como si fuera lo más atroz, porque, evidentemente, embarazada por la concepción del espíritu, no permite que entre en ella nada vano. Pues por lo que ve en su interior, siente cuán horrendas son estas cosas que resuenan exteriormente; y cuanto más se eleva y progresa, tanto más rehúye lo inferior, en lo que caída desfalleció. Nada la alimenta sino lo que ha visto en su interior; y tanto más gravemente tolera lo que se le impone desde fuera, cuanto más no es aquello que vio en su interior, sino que de estas cosas interiores que pudo ver rápidamente, toma la regla para juzgar las exteriores que tolera. Pues es arrebatada sobre sí misma cuando contempla lo sublime; y viéndose ya más libremente al excederse, comprende más sutilmente todo lo que de ella misma queda bajo ella misma. De lo cual se actúa de manera maravillosa, que, como se dijo antes, cuanto más digna se hace, más indigna se ve a sí misma, y entonces siente que está lejos de la rectitud, cuando se acerca. Por eso Salomón dice: "Probé todo con sabiduría, y dije: Me haré sabio, pero ella se alejó más de mí" (Eclesiastés 7, 24). Pues se dice que la sabiduría buscada se aleja, porque al que se acerca le parece más alta. Aquellos que no la buscan, se consideran tanto más cercanos a ella, cuanto más ignoran la regla de su rectitud, porque sentados en las tinieblas no saben admirar la claridad de la luz, que nunca han visto; y como no se esfuerzan por alcanzar la forma de su belleza, en sí mismos se vuelven cada día más deformes con gusto. Pues a quien es tocado por sus rayos, se le muestra más claramente su propia torcedura; y tanto más verdaderamente encuentra cuánto se desvía en el vicio, cuanto, considerando sagazmente lo supremo, ve cuánto dista de lo recto. Por eso el bienaventurado Job, superando al género humano en virtudes, superó a sus amigos hablando; pero al hablar Dios, instruido más sublimemente, al conocerse a sí mismo, guardó silencio. Pues a aquellos que hablaban injustamente los sometió, pero al escuchar las palabras de la locución íntima, se reconoció justamente culpable. Y aunque no sabe por qué fue flagelado, sin embargo, al no haber venerado los flagelos, se reprocha a sí mismo en silencio. Pues los juicios divinos, cuando no se conocen, no deben discutirse con audaz discurso, sino venerarse con temeroso silencio, porque incluso cuando el Creador de las cosas no revela las causas en el flagelo, las indica justas, al demostrar que quien es sumamente justo las hace. Así, el hombre santo, reprendido tanto por su locución como por su silencio, deja ver qué siente de sí mismo. Dice:

CAPÍTULO II.

CAP. XXXIX, VERS. 34.---¿Qué puedo responder, yo que he hablado a la ligera?

2. Ni siquiera los santos pueden ser excusados por una palabra ociosa. Pero se esfuerzan por cubrir las faltas de la lengua con los méritos de la vida.---Como si dijera: Defendería mi discurso, si lo hubiera pronunciado con el peso de la razón. Pero después de que se demuestra que la lengua ha sido usada con ligereza, ¿qué queda sino que sea refrenada con el silencio? Sigue:

IBID.---Pondré mi mano sobre mi boca.

El uso del sagrado discurso en la mano suele entenderse como la operación, y en la boca como la locución. Por lo tanto, poner la mano sobre la boca es cubrir con la virtud de una buena obra las faltas de una locución imprudente. ¿Quién, por más perfecto que sea, puede encontrarse que no peque con palabras ociosas? Como atestigua Santiago, quien dice: "No os hagáis muchos maestros, porque todos ofendemos en muchas cosas" (Santiago 3, 1). Y de nuevo: "Ningún hombre puede domar la lengua" (Ibid. 8). Cuyas faltas la Verdad misma reprende, diciendo: "Pero os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio" (Mateo 12, 36). Pero los hombres santos ante los ojos de Dios se esfuerzan por cubrir las faltas de la lengua con los méritos de la vida, se esfuerzan por oprimir con el peso de las buenas obras las palabras desmedidas. Por lo tanto, en la santa Iglesia se pone la mano sobre la boca, mientras que en sus elegidos diariamente el vicio de la locución ociosa se cubre con la virtud de la buena acción. Pues está escrito: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos" (Salmo 31, 1). Pero de nuevo, cuando está escrito: "Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel" (Hebreos 4, 13), ¿cómo pueden cubrirse las cosas que a sus ojos, a quien nada puede ocultarse, no pueden esconderse? Pero porque lo que cubrimos, lo ponemos debajo, y lo que usamos para cubrirlo, evidentemente lo superponemos, para que lo que está debajo quede cubierto, decimos que cubrimos los pecados que, como si los pusiéramos debajo, los rechazamos, y les superponemos otra cosa, cuando elegimos la obra de buena acción para preferirla. Quien, por lo tanto, abandona los males anteriores y hace el bien después, por lo que añade, cubre la maldad pasada, a la que superpone los méritos de la buena obra. Por lo tanto, el bienaventurado Job, manteniendo el tipo de la santa Iglesia, y alegando en sus palabras lo suyo, designando lo nuestro, diga de sí mismo, diga de nosotros: "Pondré mi mano sobre mi boca"; es decir, lo que considero que ha desagradado al juez estricto de mi discurso, lo escondo ante sus ojos bajo el velo de la obra recta. Sigue:

CAPÍTULO III.

VERS. 35.---He dicho una cosa, que ojalá no hubiera dicho; y otra, a la cual no añadiré más.

3. Job confiesa humildemente haber pecado ante la reprensión de Dios.---Si examinamos las palabras pasadas del bienaventurado Job, no encontramos que haya dicho nada con malicia. Sin embargo, si torcemos sus palabras, que fueron pronunciadas con verdad y libertad, hacia algún vicio de soberbia, ya no serán solo dos, porque serán muchas. Pero dado que nuestro hablar es revelar a los hombres el sentido oculto con palabras, mientras que nuestro hablar ante los oídos divinos es mostrar el movimiento de la mente incluso con la expresión de la acción, el bienaventurado Job, al ponderarse en la balanza de un examen muy sutil, confiesa por segunda vez haber errado en su locución. Pues una cosa es hablar ilícitamente al realizar acciones dignas de castigo, y otra cosa es hablar murmurando incluso sobre el castigo. Así, quien antes de la reprensión del Señor fue preferido por los hombres en toda obra, al progresar con la misma reprensión elevada, reconoció que era menos recto antes en la obra y menos paciente después en el castigo. Por lo cual se reprende a sí mismo, diciendo: Una cosa he hablado, que ojalá no hubiera dicho; y otra, a las que no añadiré más. Como si dijera: Me creí recto entre los hombres; pero, al hablar tú, me encontré perverso antes de los castigos y rígido después de ellos. A las que no añadiré más, porque ahora, cuanto más te entiendo hablando con sutileza, tanto más humildemente me examino a mí mismo.

[Vet. II, Rec. IV.] 4. El objeto de la penitencia son los bienes descuidados y los males cometidos. La vida activa es de muchos, la contemplativa de pocos.---Y dado que el bienaventurado Job representa el tipo de la santa Iglesia, estas palabras tuyas pueden ser adecuadas para todos los elegidos, quienes, al conocer al Señor, sienten que han fallado en una y otra cosa, porque entienden que han pecado ya sea en pensamiento y obra, o en el amor descuidado a Dios y al prójimo. A estos se les promete no añadir nada más, porque mediante la gracia de la conversión se esfuerzan en purgar diariamente incluso lo pasado a través de la penitencia. Sin embargo, al reconocer el bienaventurado Job que se reprocha a sí mismo por dos cosas en su penitencia, muestra claramente que todo pecador debe tener un doble lamento en la penitencia, a saber, porque no hizo el bien que debía y porque hizo el mal que no debía. De ahí que, a través de Moisés, se diga sobre aquel que pronunció un juramento, ya sea para hacer algo malo o bueno, y lo olvidó: Ofrezca un cordero del rebaño o una cabra, y el sacerdote orará por él y por su pecado. Si no puede ofrecer un animal, ofrezca dos tórtolas o dos pichones de paloma, uno por el pecado y el otro en holocausto (Levítico 5, 6, 7, 8). Pronunciar un juramento es atarnos con un voto al servicio divino. Y cuando prometemos buenas obras, nos comprometemos a hacer el bien. Pero cuando prometemos abstinencia y mortificación de nuestra carne, juramos hacernos mal a nosotros mismos en el presente. Pero como nadie en esta vida es tan perfecto que, por más devoto que sea a Dios, no peque en sus piadosos votos, se ordena ofrecer un cordero del rebaño o una cabra por el pecado. ¿Qué se significa por el cordero sino la inocencia de la vida activa, y por la cabra, que a menudo se alimenta en las cumbres y los extremos de los riscos, sino la vida contemplativa? Quien se ve a sí mismo no cumpliendo las promesas y propósitos, debe prepararse más diligentemente para el sacrificio de Dios, ya sea con la inocencia de las buenas obras o con el elevado pasto de la contemplación. Y es correcto que se ordene ofrecer un cordero del rebaño, pero no una cabra, porque la vida activa es de muchos, la contemplativa de pocos. Y cuando hacemos lo que vemos que muchos hacen y han hecho, es como si diéramos un cordero del rebaño. Pero cuando la virtud del oferente no es suficiente para el cordero y la cabra, se añade como remedio para el penitente que se ofrezcan dos pichones de paloma o dos tórtolas. Sabemos que los pichones de paloma o las tórtolas tienen gemidos en lugar de canto. ¿Qué se designa entonces por los dos pichones de paloma o las dos tórtolas, sino el doble lamento de nuestra penitencia, para que cuando no nos levantamos a ofrecer buenas obras, nos lamentemos doblemente, porque no hicimos lo correcto y obramos mal? Por eso se ordena que una tórtola se ofrezca por el pecado y la otra en holocausto. El holocausto se llama así porque es totalmente consumido por el fuego. Ofrecemos una tórtola por el pecado cuando damos un lamento por la culpa; hacemos un holocausto de la otra cuando, por haber descuidado el bien, nos consumimos completamente, ardiendo en el fuego del dolor. Por lo tanto, dado que se debe un doble lamento en la penitencia, el bienaventurado Job, progresando por la reprensión de la voz divina y creciendo en su propia corrección, confiesa que se arrepiente de una cosa y de otra, como si dijera abiertamente: Y en cuanto a los bienes, por negligencia me adormecí, y hacia los males, por audacia me precipité.

CAP. XL, VERS. 1, 2.---Pero el Señor respondió a Job desde el torbellino, y dijo: Ciñe, pues, tus lomos como un hombre; te preguntaré, y tú me lo harás saber.

[Vet. III, Rec. V.] Qué significa que el Señor responda desde el torbellino, qué significa que el bienaventurado Job se ciña los lomos, qué significa interrogar a Dios, qué significa indicar al hombre, ya se ha tratado en el primer discurso del Señor (Sup. lib. XXVIII, n. 1 y ss.). Por lo tanto, como evitamos el tedio del lector, nos esforzamos al máximo para no repetir lo dicho. Sigue:

CAPÍTULO IV.

VERS. 3.---¿Acaso invalidarás mi juicio y me condenarás para justificarte a ti mismo?

1049 5. Job fue justamente corregido, para que, incluso sin saberlo, se sometiera a los juicios ocultos de Dios.---Cualquiera que intente defenderse contra los azotes del Señor, trata de invalidar el juicio del que azota. Pues cuando niega ser golpeado por su culpa, ¿qué otra cosa hace sino acusar de injusticia al que golpea? Por lo tanto, el bienaventurado Job no fue golpeado por los azotes celestiales para extinguir sus culpas, sino más bien para aumentar sus méritos, de modo que, quien había brillado en tanta santidad en tiempos de tranquilidad, también se revelara, a través de los golpes, la virtud de la paciencia que en él yacía oculta. Aunque no encontraba culpa en sí mismo entre los azotes, y tampoco percibía que esos mismos azotes fueran causa de aumentar su mérito, creyó ser injustamente golpeado, ya que no hallaba en sí mismo qué debía ser corregido. Pero para que su misma inocencia no se inflara en el tumor de la soberbia, es corregido por la voz divina, y su mente, libre de iniquidad pero presionada por los golpes, es llevada de nuevo a los juicios ocultos, para que la sentencia suprema, aunque no sea conocida, no se crea injusta; sino que al menos crea justo todo lo que padece, ya que es evidente que lo padece por voluntad de Dios. Pues la gran satisfacción de la percusión es la voluntad justa del Creador. Que, aunque no suele hacer nada injusto, se reconoce justa incluso si permanece oculta. Porque cuando somos golpeados por el pecado de la injusticia, si en nuestra percusión nos unimos a la voluntad divina, inmediatamente nos liberamos de nuestra injusticia por esa misma unión. Pues quien ya tolera la percusión, pero aún ignora las causas de la percusión, si creyendo justo este mismo juicio contra sí mismo lo acepta, por eso mismo ya ha sido corregido de su injusticia, al alegrarse de ser justamente golpeado. Pues al unirse a Dios en su venganza, se levanta contra sí mismo; y ya es gran justicia que concuerde con la voluntad del juez en el castigo, con la que discrepó en la culpa. Por lo tanto, el hombre santo, porque en ninguna culpa discrepó con Dios, casi con dificultad concordaba con Él entre los suplicios. Pues no creía que los azotes, que suelen extinguir los vicios, en él solo aumentarían los méritos. Por lo cual ahora es justamente corregido, para que, incluso sin saberlo, se sometiera a los juicios ocultos, y se le dice: ¿Acaso invalidarás mi juicio, y me condenarás para justificarte a ti mismo? Como si se dijera abiertamente: Consideras bien tus obras, pero ignoras mis juicios ocultos. Si, por tanto, disputas contra mis azotes basándote en tus méritos, ¿qué otra cosa haces sino apresurarte a acusarme de injusticia al justificarte a ti mismo? Sigue:

CAPÍTULO V [Ant. IV, Rec. VI].

VERS. 4.---Si tienes un brazo como Dios, y si con voz semejante truenas.

6. Contemplada la santidad de Dios, incluso los más santos son llamados a la humildad.---Porque el género humano el bienaventurado Job superaba en méritos, el piadoso creador y maestro lo invita a considerar la semejanza de su grandeza, para que, al reconocer tan gran disimilitud, se humille a sí mismo.

7. Dios, aunque carece de cuerpo, se compara con cosas corporales. Herejía de los antropomorfitas. Por qué se atribuyen ojos y hombros a Dios. Recordar en qué sentido se dice. Qué son las alas de Dios.---Pero cuando se habla de voz y brazo en Dios, es sumamente importante evitar que la mente sospeche algo corporal en Él. Caer en la herejía de los antropomorfitas es encerrar a Aquel que llena y abarca todo sin límites dentro de contornos corporales. Pero el Dios omnipotente, atrayéndonos hacia Él, se humilla hasta nuestro nivel, y

para insinuar cosas elevadas, condesciende a lo humilde, de modo que el alma de los pequeños, nutrida por cosas conocidas, se eleve a investigar lo desconocido, y al escuchar ciertas cosas de Aquel que está muy por encima de sí mismo, se mueva hacia Él como si fuera con ciertos pasos. Por eso, a través de su Escritura, a veces toma de los cuerpos humanos, a veces de las mentes, a veces de las aves, y a veces incluso de cosas inanimadas, ciertas similitudes muy disímiles a Él. Pues frecuentemente toma similitud de los cuerpos humanos, como dice el profeta a los israelitas: "El que os toca, toca la niña de su ojo" (Zacarías II, 8). Y como se dice de nuevo a un hombre esperanzado por el Profeta: "Te cubrirá con sus plumas" (Salmo XC, 4). Es evidente que en su naturaleza Dios no tiene ni ojo ni hombros, pero porque nosotros vemos con el ojo, y en los hombros llevamos cargas, Dios, que todo lo ve, se dice que tiene ojo; y porque nos tolera, y al tolerarnos nos guarda, se dice que nos cubre con sus hombros. Dice: "Te cubrirá con sus plumas". Como si dijera al hombre pecador, y después del pecado al que implora perdón: El Señor te protege con la misma piedad con la que te toleró. Te cubre con sus hombros, porque mientras te lleva, te defiende. A veces toma similitud de las mentes, como dice a Israel por el profeta: "Me acordé de ti, compadecido de tu juventud" (Jeremías II, 2). Y de nuevo, hablando por comparación de la esposa, dice: "Y si ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti" (Isaías XLIX, 15). ¿Quién no sabe que la memoria de Dios no se rompe por el olvido, ni se repara por el recuerdo? Pero cuando deja de lado algo, se dice que olvida al modo de las mentes; y cuando después de mucho tiempo visita lo que quiere, se le llama recordado por la costumbre de nuestra mutabilidad. ¿Cómo puede el olvido disipar la fuerza de su divinidad, a la que ni siquiera la memoria laudable esencialmente concuerda? Pues nada se recuerda sino lo pasado o lo ausente. ¿Cómo, entonces, Dios recuerda lo pasado, cuando lo que pasa en sí mismo siempre está presente a su voluntad? ¿O cómo recuerda lo ausente, cuando todo lo que es le está presente, porque está en Él? Si no le estuviera presente, no existiría en absoluto; pues viendo lo que no existe, lo crea, y viendo lo que existe, lo contiene. Todo lo que el creador no ve, carece de la esencia de existir. A veces, sin embargo, se toma similitud de las aves, como se dice por Moisés: "Extendió sus alas y los tomó" (Deuteronomio XXXII, 11). Y el profeta dice: "Protégeme bajo la sombra de tus alas" (Salmo XVI, 9). Porque al protegernos nos nutre como a pequeños, y no con una protección pesada y onerosa, sino ligera y suave, al desplegar sobre nosotros sus misericordias, extiende sus alas sobre nosotros al modo de las aves. A veces incluso se compara con cosas inanimadas, por nuestra debilidad, con alta condescendencia, como dice por el profeta: "He aquí que crujiré sobre vosotros, como cruje un carro cargado de heno" (Amós II, 13). Porque la vida de los carnales es heno, como está escrito: "Toda carne es heno" (Isaías XL, 6), en que el Señor soporta la vida de los carnales, testifica que lleva heno al modo de un carro. Bajo la carga de heno, crujir es tolerar con queja los pesos e iniquidades de los pecadores. Por lo tanto, cuando toma en sí similitudes muy disímiles, es necesario observar con atención que algunas cosas se dicen en Dios a veces por el efecto de la obra, y otras veces para indicar su sustancia de majestad. Pues cuando en Dios se nombran ojo, hombros, pie y alas, se muestra el efecto de su operación. Pero cuando se dice mano, brazo, diestra o voz en Dios, por estos vocablos se demuestra el Hijo consustancial a Él. Él mismo es la mano y la diestra, de cuya ascensión el Padre habla por Moisés, diciendo: "Levantaré mi mano al cielo, y juraré por mi diestra" (Deuteronomio XXXII, 40). Él es el brazo, del cual el profeta dice: "¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?" (Isaías LIII, 1). Él es la voz, porque el Padre al engendrarlo dijo: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy" (Salmo II, 7). Y de quien está escrito: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I, 1). Por este Verbo, David afirma que el Padre hizo todo, diciendo: "Dijo, y fue hecho" (Salmo XXXII, 9). Tener brazo en Dios es engendrar al Hijo operante, y tronar con voz es demostrar terriblemente al Hijo consustancial al mundo. Por lo tanto, cuando el Señor dice al bienaventurado Job: "Si tienes

brazo como Dios, y si con voz semejante truenas", con admirable disposición de piedad lo exalta mientras lo reprende, porque al superarlo con su comparación, lo muestra superior a todos. A lo cual en esta proposición añade:

CAPÍTULO VI [Rec. VII].

VERS. 5.---Cíñete de decoro, elévate a lo sublime, y sé glorioso, y vístete con vestiduras espléndidas.

8. Los ángeles y la Iglesia son el adorno y ornamento de Dios. — Se entiende, como yo. Pues Él mismo se reviste de belleza, de la cual está escrito: El Señor reina, se ha vestido de majestad (Salmo XCII, 1). Él se eleva entre nosotros, cuando se muestra a nuestras mentes como impenetrable en su naturaleza. Él es verdaderamente glorioso, quien al deleitarse en sí mismo, no necesita de alabanzas externas. Él se viste con ropajes espléndidos, porque ha asumido para su propio adorno los coros de los santos ángeles que creó, y presenta a la Iglesia como una vestidura gloriosa, sin arruga ni mancha (Efesios V, 27). Por eso, a través del profeta se le dice: Te has vestido de alabanza y de majestad, cubierto de luz como de un manto (Salmo CIII, 2). Aquí se viste de alabanza, allí de majestad, porque a quienes aquí ha hecho confesores por la penitencia, allí los mostrará resplandecientes con la belleza de la justicia. Está, por tanto, vestido de luz como de un manto, porque a todos los santos, a quienes se les ha dicho: Vosotros sois la luz del mundo (Mateo V, 14), los revestirá en aquella gloria eterna. Por eso, también se dice en el Evangelio que, cuando el Señor se transfiguró en el monte, sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve (Mateo XVII, 2). ¿Qué otra cosa se anuncia en esta transfiguración sino la gloria final de la resurrección? En el monte, sus vestiduras se volvieron como la nieve, porque en la cumbre de la claridad celestial, todos los santos se adherirán a Él resplandeciendo con la luz de la justicia. [Vet. VI.] Pero, así como insinúa cómo se une a sí mismo a los justos bajo el nombre de vestiduras espléndidas, también muestra cómo separa de sí a los injustos. Sigue:

CAPÍTULO VII.

VERS. 6.---Dispersa a los soberbios en tu furor.

9. Dios se enoja tranquilamente.---Se entiende que, al igual que yo, los tolero unidos contra mí en tiempos de tranquilidad, y cuando vengo con severidad, los disperso en mi furia. Pero entre estas cosas, es necesario observar con atención que se comete un grave error de perfidia si alguien piensa que en la sustancia de la divinidad hay variación entre furia y tranquilidad. El Creador de todo es sumamente inmortal, ya que no es mutable como las criaturas. De ahí que se diga de Él por medio de Santiago: "En quien no hay cambio ni sombra de variación" (Sant. I, 17). De ahí que también esté escrito: "Pero tú, Señor, juzgas con tranquilidad" (Sab. XII, 18). De ahí que el profeta diga: "La tierra quedó desolada ante la ira de la paloma, ante la furia del Señor" (Jer. XXV, 38). Pues lo que había predicho como la ira de la paloma, lo añadió como la furia del Señor. La paloma es un animal muy simple; y como en Dios no se infiltra ninguna desigualdad de furia, llamó a la furia del Señor la ira de la paloma. Para demostrar la fuerza imperturbable de la divina severidad, dijo ira y paloma, como si dijera más claramente: El juicio severo lo ejerce sin conmovirse, quien permaneciendo manso castiga a los injustos. Por eso, en el juicio final, permaneciendo inmutable en sí mismo, no se varía por ningún cambio o mutabilidad, pero sin embargo, no se muestra de la misma manera a los elegidos y a los reprobados, porque aparecerá tranquilo a los justos y enojado a los injustos. Pues con la conciencia como testigo, llevan dentro de sí mismos, de modo que sus

mentes miran igualmente a uno, pero no se modifican de igual manera, porque a estos les muestra benigno la justicia pasada, y a aquellos terrible la culpa. ¿Quién puede explicar el temor de ellos, cuando a los miserables les toca ver sus culpas dentro de sí y al justo juez delante de ellos? Esto, sin duda, se realiza diariamente en la vida presente, para que los corazones de los mortales sean enseñados sobre la calidad del juez venidero. Pues cuando dos van al juicio, uno consciente de su inocencia, otro de su culpa, antes de que se pronuncie la sentencia, ambos ven al juez aún en silencio, y sin embargo, el deudor de culpa sospecha una grave ira contra él en ese mismo silencio del juez. Esa ira no se la anuncia la perturbación del juez, sino el recuerdo de su maldad, porque aunque la sentencia aún no clama al reo desde fuera, sin embargo, la conciencia lo acusa gravemente desde dentro. Por el contrario, el amigo de la justicia contempla el rostro del que decide, pero se alegra internamente con el testimonio de un buen recuerdo, y como no tiene nada que temer en sí mismo, ve todo lo que le concierne como amable. En este lugar, la furia del Señor se dice no como perturbación de la sustancia divina, sino como el examen de la justa venganza sobre los pecadores conscientes de su maldad. Aunque lo vean tranquilo en el juicio, sin embargo, como no dudan que serán golpeados por Él, piensan que está perturbado en sus movimientos. Sigue:

CAPÍTULO VIII.

IBID.---Y mirando a todo arrogante, lo humilla.

10. Todo arrogante o reconoce su culpa arrepintiéndose, o percibe su castigo pereciendo.--- Como si dijera yo. Sin embargo, adecuadamente al orden de la venganza, se antepone la culpa de los soberbios arrogantes, porque ciertamente no es la soberbia la que surge de la arrogancia, sino que la arrogancia se genera de la soberbia. De dos maneras, además, es mirado cada pecador por el Señor, cuando o se convierte del pecado, o es castigado por el pecado. Pues sobre la mirada de conversión se dice: Porque el Señor miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra de Jesús y lloró amargamente (Luc. XXII, 61). Sobre la mirada de la venganza, se dice de nuevo: Pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria (Sal. XXXIII, 17). De ambas maneras, el arrogante es abatido en humildad, porque o reconoce su culpa arrepintiéndose, o percibe su castigo pereciendo:

CAPÍTULO IX [Ant. VII].

VERS. 7.---Mira a todos los soberbios, y confúndelos, y destruye a los impíos en su lugar.

1053 11. Los soberbios son abatidos cuando se elevan.---Se sobreentiende "como yo". Los soberbios, al ser confrontados por el Señor, quedan confundidos, ya sea aquí, al reconocer y condenar sus crímenes por piedad, o allí, al experimentar los castigos por justicia. El lugar de los impíos es la misma soberbia, porque, como está escrito: El principio de todo pecado es la soberbia (Eclesiástico X, 15), de donde surge la impiedad, allí se contiene, aunque la impiedad no se diferencia en nada de la soberbia. Pues es un gran acto de soberbia tener pensamientos impíos sobre el Creador. Por lo tanto, el impío es destruido en su propio lugar, porque la misma soberbia con la que se eleva lo oprime; y cuando, al exaltarse en sus pensamientos, se levanta, oculta para sí mismo la luz de la justicia que debería haber encontrado. Sin embargo, a menudo, mientras progresa exteriormente en una falsa gloria contra Dios, se vacía interiormente en una verdadera miseria. Por eso el Profeta dice: Los derribaste cuando se elevaban (Salmo LXXII, 18). No dice: Los derribaste después de que se elevaron, sino cuando se elevaban, porque para los soberbios ser abatidos interiormente es lo mismo que ser elevados exteriormente en una falsa gloria. Pues, por el juicio divino, no es

aquí para ellos una cosa la culpa y otra el castigo, sino que su culpa se convierte en castigo, de modo que para los que se elevan con el orgullo de la soberbia, caer verdaderamente en su interior es lo mismo que parecer haber progresado exteriormente. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 8.---Escóndelos en el polvo, y sumerge sus rostros juntos en la fosa.

12. Dios permite que los corazones de los soberbios sean oprimidos por los negocios y deseos terrenales.---Como si dijera yo. Pues el Señor, en su justo juicio, esconde en el polvo a los soberbios e impíos, porque permite que sus corazones sean oprimidos por los negocios terrenales que eligen, despreciando el amor del Creador. Por eso, cuando examina sus vidas en el juicio final, no las reconoce como si estuvieran ocultas para Él, diciendo: No sé quiénes sois (Luc. XIII, 27). La vida de los malvados se esconde bajo el polvo, porque se ve agobiada por deseos bajos e innobles. Quien aún desea las cosas del mundo, no aparece ante la luz verdadera, porque ciertamente se oculta bajo el polvo del pensamiento terrenal. La mente oprimida soporta este polvo de pensamientos perversos, que trae el viento de la tentación más maligna. Por eso, de cada alma agobiada por deseos terrenales se dice bajo la figura de Efraín por el profeta: Efraín se ha convertido en un pan cocido al rescoldo, que no se voltea (Oseas VII, 8). Por naturaleza, se nos ha dado una intención bien dispuesta que se eleva hacia Dios; pero por una costumbre malvada de vida, hay un placer que nos oprime en el presente siglo. El pan cocido al rescoldo es más puro en la parte que oculta abajo, y más sucio en la parte que soporta la ceniza arriba. Por tanto, quien descuida la intención con la que debería buscar a Dios, oprime la parte más pura como el pan cocido al rescoldo, y cuando soporta con gusto las preocupaciones del mundo, lleva la ceniza acumulada arriba. El pan cocido al rescoldo se voltearía si rechazara la ceniza de los deseos carnales y mostrara arriba la buena intención que antes había oprimido al despreciarla. Pero se niega a voltearse cuando la mente, presionada por el amor a las preocupaciones mundanas, descuida desechar la carga de la ceniza superpuesta, y al no desear elevarse hacia la buena intención, oprime la parte más pura debajo.

13. Mientras que, al enorgullecerse, buscan cosas más altas, son empujados hacia lo más bajo.---Apropiadamente se añade: También sumerge sus rostros en el foso. Como si dijera, Como yo. Pues con justo juicio el Señor sumerge el rostro de los soberbios en el foso, porque la intención de su corazón, que se eleva por encima de los hombres, la arroja hacia abajo. Pues mira hacia lo más bajo aquel cuyo rostro se fija en el foso. Y bien se dice de los soberbios que sus rostros se sumergen en el foso, porque buscan lo más bajo, mientras que al enorgullecerse desean lo más alto; y cuanto más se elevan en su altivez, más tienden a caer hacia lo inferior. Buscan, en efecto, la gloria terrenal, y son cosas bajas las que contemplan, mientras que al enorgullecerse persiguen lo alto. Por lo tanto, de manera maravillosa y diversa se actúa, de modo que los humildes buscan el cielo, mientras se rebajan; los soberbios desean lo más bajo, mientras que al despreciar a los demás se elevan como si estuvieran en lo alto. Estos, al despreciarse, se unen a lo celestial; aquellos, al elevarse, se separan de lo superior, y, por así decirlo, aquellos que se elevan se deprimen, estos que se deprimen se elevan. Y bien se dice de los soberbios por el Salmista: Humilla a los pecadores hasta la tierra (Salmo CXLVI, 6), porque al buscar lo que está abajo, mientras se elevan en su altivez, al perder el cielo, ¿qué otra cosa buscan sino la tierra? Para ellos, esto mismo ya es haber caído en lo más bajo, al haber dejado lo superior y haber buscado lo inferior. Por lo tanto, se dice correctamente que sus rostros se sumergen en el foso, porque al seguir lo más bajo, tienden al abismo del infierno. Pues con justo juicio se actúa, de modo que aquellos a quienes aquí ciega

la aversión voluntaria, allí el foso del castigo merecido los oculta de la visión de la verdadera luz. Por lo tanto, porque el hombre santo fue sacudido por el terror de la divina potencia, hasta el punto de que se le dijo: Si tienes un brazo como Dios, y si con voz similar truenas, dispersa a los soberbios en tu furor, y humilla a todo arrogante que veas, y las demás cosas que Dios puede hacer, pero que el hombre apenas puede escuchar, todo esto que el Señor ha anticipado con intención, lo muestra al final de la conclusión añadida, diciendo:

CAPÍTULO XI [Ant. IX, Rec. VIII].

VERS. 9.---Y yo confesaré que tu diestra puede salvarte.

14. Error de los pelagianos que confían en poder salvarse por sus propias fuerzas.---Como si dijera abiertamente: Si puedes hacer estas cosas terribles, todo el bien que has hecho lo atribuyo a ti y no a mí. Pero si no puedes perder a otros mirando a los pecadores, está claro que no puedes liberarte del pecado con tu propia fuerza. He aquí que se dice con voz divina al bienaventurado Job que su diestra no lo salvará, y sin embargo, algunos hombres, que están muy lejos de las fuerzas de este varón, desprecian la ayuda de Dios y confían en poder salvarse con su propia fortaleza. Por ellos, ¿qué más debemos suplicar, sino que si ya han recibido los dones de las buenas obras, reciban también este don, para que aprendan de quién los han recibido? Y como el Señor introdujo la potencia de su grandeza con las palabras anteriores, ahora en las siguientes muestra la maldad del antiguo enemigo, para que el buen siervo, habiendo escuchado primero las virtudes del Señor, supiera cuánto debía amar, y, conociendo después la astucia del diablo, aprendiera cuánto debía temer. Por eso bien se dice por el profeta: ¿Rugirá el león, y no temerá el pueblo? El Señor Dios ha hablado, ¿quién no profetizará? (Amós III, 8). Pues después de que le fue revelada la virtud de su Creador, no debían ocultársele las fuerzas del adversario, para que se sometiera más humildemente a su defensor cuanto más sutilmente reconociera las maldades de su enemigo, y buscara con más ardor a su protector cuanto más terrible conociera al enemigo que debía evitar. Ciertamente es seguro que menos ama a su libertador quien menos entiende el peligro del que ha escapado, y considera un consuelo insignificante al defensor quien piensa que la fuerza del adversario es débil. Por eso bien atribuyendo su liberación al Señor, el profeta decía: Te amo, Señor, mi fortaleza (Salmo XVII, 1), diciendo claramente: Te amo más, porque al sentir mi propia debilidad, reconozco que tú eres mi fortaleza. De aquí que también dice: Muestra tus maravillosas misericordias, tú que salvas a los que en ti esperan (Salmo XVI, 7), porque entonces, sin duda, las misericordias del Señor se vuelven maravillosas para nosotros mismos que somos liberados, cuando por esas mismas misericordias se reconocen cuán graves fueron los peligros que hemos evitado.

15. Las fuerzas y engaños de nuestro enemigo son descritos.---Y puesto que en el discurso anterior el Señor reveló al bienaventurado Job las obras admirables de los santos que le seguirían, para que al escucharlas aprendiera a sentir humildemente sobre la cumbre de sus virtudes, ahora se le muestra con qué enemigo ha de librar batalla, y se le indican con mayor detalle sus fuerzas y engaños, para que, habiendo sido llevado al diálogo con su Creador, conozca abiertamente las estrategias del adversario. En las palabras que siguen, el Señor insinúa a su fiel siervo todas las maquinaciones del astuto enemigo: todo lo que oprimiendo arrebató, todo lo que acechando rodea, todo lo que amenazando aterroriza, todo lo que persuadiendo halaga, todo lo que desesperando quiebra, todo lo que prometiendo engaña. Por tanto, inicia todas las contiendas de su tergiversación, diciendo:

CAPÍTULO XII [Ant. X, Rec. IX].

VERS. 10.---He aquí Behemot, al cual hice contigo.

16. Todas las cosas fueron creadas simultáneamente según la sustancia, no según la especie. ¿A quién insinúa bajo el nombre de Behemoth sino al antiguo enemigo, que interpretado del hebreo, en latín significa animal? Cuya parte inferior, cuando se somete la malicia, claramente se muestra la persona. Pero, dado que está escrito sobre Dios que hizo todas las cosas al mismo tiempo (Eclesiástico XVIII, 1), ¿por qué indica que hizo este animal junto con el hombre, cuando se sabe que hizo todo simultáneamente? Nuevamente, se debe preguntar cómo Dios creó todo al mismo tiempo, cuando Moisés describe que fueron creadas distintamente en el cambio de seis días (Génesis I, 32). Sin embargo, lo reconocemos más rápidamente si investigamos sutilmente las mismas causas de los orígenes. La sustancia de las cosas fue creada simultáneamente, pero la especie no fue formada al mismo tiempo, y lo que existió simultáneamente por la sustancia de la materia no apareció simultáneamente por la especie de la forma. Pues cuando se describe que el cielo y la tierra fueron hechos al mismo tiempo, se indica que simultáneamente fueron hechos lo espiritual y lo corporal, todo lo que surge del cielo, y todo lo que se produce de la tierra. El sol, la luna y las estrellas se dice que fueron hechos en el cielo el cuarto día, pero lo que apareció el cuarto día en especie existió el primer día en la sustancia del cielo por la condición. Se dice que la tierra fue creada el primer día, y el tercer día se establecieron los arbustos, y se describen todas las cosas verdes de la tierra; pero lo que el tercer día se manifestó en especie, sin duda fue establecido el primer día en la misma sustancia de la tierra de la cual surgió. De ahí que Moisés relató distintamente todo lo creado por días individuales, y sin embargo añadió que todo fue creado simultáneamente, diciendo: Estas son las generaciones del cielo y de la tierra, cuando fueron creadas en el día en que el Señor hizo el cielo y la tierra, y todo arbusto del campo, antes de que brotara en la tierra, y toda hierba de la región (Génesis II, 4, 5). Pues quien había narrado que el cielo y la tierra, el arbusto y la hierba fueron creados en días diferentes, ahora manifiesta que fueron hechos en un solo día, para mostrar claramente que toda criatura existió simultáneamente por la sustancia, aunque no procedió simultáneamente por la especie. De ahí que también está escrito: Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los hizo (Génesis I, 27). Pues aún no se describe que Eva haya sido hecha, y ya se dice que el hombre es varón y hembra. Pero como sin duda la mujer iba a proceder del costado de Adán, ya se cuenta en él por la sustancia, de quien iba a ser producida por la forma. Sin embargo, podemos considerar estas cosas incluso en lo más pequeño, para que de lo pequeño pensemos en lo más grande. Pues cuando se crea la hierba, aún no se muestra en ella el fruto, ni la semilla de su fruto. Sin embargo, está presente incluso cuando no aparece el fruto y la semilla, porque sin duda están simultáneamente en la sustancia de la raíz, aunque no surgen simultáneamente por los incrementos del tiempo.

17. En qué sentido el ángel y el hombre fueron creados simultáneamente. El ángel desertor, al pecar, perdió los dones de la gracia, no los de la naturaleza. Se rechazan los dos principios de los maniqueos.---Pero dado que decimos que estas cosas fueron creadas simultáneamente en cuanto a su sustancia, y encontramos que unas proceden de otras, ¿cómo se afirma que Behemoth fue creado junto con el bienaventurado Job, cuando ni la sustancia del ángel y del hombre es la misma, ni el hombre procede del ángel, ni el ángel del hombre? Si, en verdad, se dice que Behemoth fue hecho junto con el bienaventurado Job porque no se duda que toda criatura fue creada simultáneamente por el Creador, quien en su acción no se extiende en el tiempo, ¿por qué se dice de Behemoth en particular lo que se tiene en común con todas las criaturas en general? Pero si examinamos con sutil discernimiento las causas de las cosas, reconocemos que el ángel y el hombre fueron hechos simultáneamente, no en unidad de

tiempo, sino en conocimiento de razón; simultáneamente por la imagen recibida de la sabiduría, y no simultáneamente por la sustancia unida de la forma. Pues está escrito sobre el hombre: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Génesis I, 26). Y a través de Ezequiel se dice a Satanás: "Tú, sello de semejanza, lleno de sabiduría y perfecto en hermosura, estabas en las delicias del paraíso de Dios" (Ezequiel XXVIII, 12). Por tanto, en toda la creación, el hombre y el ángel fueron creados simultáneamente porque procedieron distintos de toda criatura irracional. Porque en toda la creación de las cosas no hay ningún animal racional excepto el ángel y el hombre, todo lo que no puede usar la razón no fue hecho con el hombre. Así pues, se diga del hombre, se diga del ángel, que aunque perdió el poder de la sublimidad, no perdió la sutileza de la naturaleza racional: "He aquí Behemoth, que hice contigo". Para que, al considerar el hombre que aquel que fue hecho con él en razón ha perecido, tema para sí mismo la caída cercana de la soberbia por la misma perdición de su prójimo. En estas palabras, además, debe observarse con atención que claramente se reprueba con la voz del Señor la nefasta doctrina maniquea, que al hablar de dos principios, intenta afirmar que la raza de las tinieblas no fue hecha. Pues, ¿cómo se dice que una raza tan malvada no fue hecha, cuando el Señor testifica que hizo a este Behemoth, es decir, al autor de la maldad, bien constituido por naturaleza? Pero ya que hemos oído con quién fue hecho este Behemoth, escuchemos qué hace ahora que está perdido. Sigue:

CAPÍTULO XIII [Rec. X].

IBID.---Comerá heno como el buey.

18. El diablo desea principalmente socavar la vida espiritual pura. Si examinamos cuidadosamente las palabras de los profetas, encontramos que estas y aquellas son pronunciadas por un mismo espíritu. Pues Isaías, al ver que la vida de los pecadores es devorada desde antiguo por el enemigo insaciable, dice: "El león, como el buey, comerá paja" (Isaías XI, 7). ¿Qué se significa con el nombre de heno y paja sino la vida carnal? De la cual se dice por el profeta: "Toda carne es heno" (Isaías XL, 6). Así que el que aquí es Behemoth, allí es león; el que aquí es heno, allí es paja. Pero la mente se esfuerza por investigar por qué en Isaías es llamado león, y aquí con la voz del Señor es llamado Behemoth, en la ingestión de heno o paja, en ambos lugares, no se compara con el caballo, sino con el buey. Sin embargo, lo reconocemos más rápidamente si consideramos cuál es la diferencia de alimento en ambos animales. Pues los caballos comen heno por muy sucio que sea, pero solo beben agua limpia. Los bueyes, en cambio, beben agua por muy sucia que sea, pero solo se alimentan de heno limpio. ¿Qué significa entonces que este Behemoth se compare con el buey, que se alimenta de pasto limpio, sino lo que se dice de este antiguo enemigo por otro profeta: "Su comida es escogida" (Habacuc I, 16)? Pues no se complace en arrebatarse aquellos que, implicados en acciones perversas y sucias, ve que yacen voluntariamente en lo profundo con él. Por lo tanto, desea comer heno como el buey, porque busca triturar con el diente de su sugestión la vida espiritual pura.

19. Muchos parecen ser elegidos, y no lo son. --- Pero veo que es necesario preguntar cómo se dice que este Behemoth, comiendo hierba como un buey, consume la vida de los espirituales, cuando, como se ha dicho anteriormente, con el nombre de hierba se designa la vida de los carnales. Su alimento tampoco será elegido si, comiendo hierba, arrebatase al carnal. Pero a esto se responde rápidamente, porque algunos hombres son hierba ante Dios, y ante los hombres son considerados con el nombre de santidad, cuando ante los ojos humanos la vida muestra una cosa, y ante los juicios divinos la conciencia muestra otra. Así, ante los juicios humanos son elegidos, pero ante el sutil examen del Señor son hierba. ¿Acaso no era

hierba ante los ojos divinos Saúl, de quien el profeta Samuel decía al pueblo: "Ciertamente veis a quien ha elegido el Señor" (1 Sam. 10, 24); y de quien poco antes se dice: "Elegido y bueno"? Pues el pueblo pecador lo mereció, y ante Dios fue reprobado, y sin embargo, por el orden de las causas, fue elegido y bueno. Porque muchos son hierba, y se sospechan elegidos por la estimación humana, bien dice Salomón: "Vi a los impíos sepultados, que aun viviendo estaban en lugar santo, y eran alabados en la ciudad como si fueran de obras justas" (Ecl. 8, 10). Porque muchos son hierba, pero sin embargo están rodeados por el favor de la santidad, bien lo indica un sabio, diciendo: "Pasa, huésped, y adorna la mesa" (Eccl. 29, 33). Pues al pasar, el huésped se dice que adorna la mesa, porque si alguien puesto en el altar de Dios busca su propia gloria a través de buenas obras, y por la ostentación de su santidad se extiende la alabanza del altar, y sin embargo, él mismo no es contado entre los ciudadanos ante Dios. La opinión de otros le beneficia, y sin embargo, él mismo pasa como extraño ante Dios. Así que adornó la mesa al pasar, porque no quiso permanecer en lo sagrado quien, en todo lo que se esforzó por hacer, corrió con la mente hacia alabanzas humanas. Porque, por tanto, algunos llevan una vida pura por esfuerzo, pero no desean agradar interiormente a partir de ella, con razón se dice que su alimento es elegido, y sin embargo, se dice que este Behemoth come hierba como un buey. Pues como si ante la boca de este Behemoth la hierba pura yace en la tierra y en lo bajo, cuando la vida se lleva como inocente por la custodia de los mandamientos, y sin embargo, durante la acción que se muestra buena, el corazón no se eleva a desear lo sublime. ¿Qué utilidad tiene, por tanto, quien guarda en sí la pureza de vida, si por una intención baja se deja encontrar en la tierra en la boca de este Behemoth? Porque, por tanto, el Dios omnipotente insinúa lo que hace nuestro enemigo, ahora se dé a conocer cómo prevalece, para que cuanto más claramente se conozca la malicia de su astucia, más fácilmente sea superada. Sigue:

CAPÍTULO XIV [Rec. XI].

VERS. 11.---Su fortaleza está en sus lomos, y su vigor en el ombligo de su vientre.

20. El diablo domina a menudo a ambos sexos humanos a través de la lujuria. Se dice que los seminarios de la cópula están en los lomos de los hombres, y en el ombligo de las mujeres. Por eso, la Verdad dice a los discípulos: "Estén ceñidos vuestros lomos" (Luc. XII, 35). De ahí que Pedro, al restringir la lujuria del corazón, aconsejaba diciendo: "Ceñidos los lomos de vuestra mente" (1 Pet. I, 13). Asimismo, Pablo, al hablar del sacerdocio de Melquisedec siendo diezmado en el tiempo de Leví a través del sacrificio de Abraham, mostrando dónde Leví estaba entonces oculto en el cuerpo de Abraham, dice: "Aún estaba en los lomos de su padre" (Hebr. VII, 10). Porque el seminario de la lujuria en las mujeres se contiene en el ombligo, lo testifica el profeta, quien, bajo la figura de una mujer prostituta, increpando la petulancia de Judea, dice: "En el día de tu nacimiento no fue cortado tu ombligo" (Ezequiel XVI, 4). En el día del nacimiento, cortar el ombligo es, en el tiempo de la conversión, cortar la lujuria de la carne. Porque es difícil corregir lo mal comenzado y reformar en mejor lo que una vez fue deformado, Judea es reprendida desde su nacimiento, ya que, nacida en Dios, retuvo el ombligo sin cortar, porque no cortó el flujo de la lujuria. Por lo tanto, dado que el poder del diablo somete en gran medida a ambos sexos por la debilidad de la lujuria, se dice que su fortaleza está en los lomos contra los hombres, y su poder contra las mujeres en el ombligo.

[Vet. XII.] 21. El espíritu de soberbia suele seguir a la corrupción de la carne. — Pero, ¿por qué, cuando Behemoth mencionó que comía hierba, añadió los primeros argumentos de su engaño a los daños de la lujuria, si no es porque está claro para todos que, una vez que el

espíritu del hombre es capturado por la soberbia, pronto se extiende a la corrupción de la carne? Esto lo reconocemos también en los primeros hombres, quienes, después de cometer la soberbia, cubrieron sus miembros vergonzosos, indicando claramente que, después de intentar alcanzar las alturas en su interior, pronto sufrieron vergüenza en la carne (Génesis III, 7). Así, este Behemoth, que actúa insaciablemente y busca devorar al hombre entero, a veces eleva la mente a la soberbia, y otras veces corrompe la carne con el placer de la lujuria. Sin embargo, no se dice que su fortaleza esté en los lomos o el ombligo de aquellos que son derribados, sino que su fortaleza está en sus lomos, y su poder en el ombligo de su vientre. Como si se dijera abiertamente: Su fortaleza está en sus propios lomos, y su poder en el ombligo de su propio vientre, porque ciertamente se convierten en su propio cuerpo aquellos que, engañados por las seducciones de las sugerencias impuras, sucumben a él por los excesos de la lujuria. Sigue:

CAPÍTULO XV [Rec. XII].

VERS. 12.---Ajusta su cola como un cedro.

22. El diablo, atado por el poder divino, será liberado en el futuro y realizará muchos signos a través del Anticristo. Hay mucho en estos textos que puede ser utilizado para instruir en la moral; pero primero discutimos la violencia de este Behemoth, para luego descubrir con más sutileza sus astucias. En la Sagrada Escritura, el nombre del cedro a veces expresa la alta excelencia de la gloria celestial, y otras veces designa la rígida altivez de los malvados. El nombre del cedro expresa la altura de la gloria celestial, como testifica el Salmista: "El justo florecerá como la palma, se multiplicará como el cedro del Líbano" (Salmo 91, 13). Nuevamente, el nombre del cedro designa la soberbia potencia de los malvados, como se dice por el mismo Profeta: "La voz del Señor quebranta los cedros" (Salmo 28, 5). ¿Qué es la cola de este Behemoth, sino el extremo de aquel antiguo enemigo; cuando, en efecto, entra en su propio vaso, ese hombre perdido que es especialmente llamado Anticristo? Y puesto que se le permite ser elevado a la altivez del poder, ya sea por los honores del mundo o por los signos y prodigios de una santidad fingida, con razón la voz del Señor compara su cola con un cedro. Pues así como el cedro supera a los demás árboles al crecer en altura, así el Anticristo, obteniendo temporalmente la gloria del mundo, superará las medidas de los hombres tanto en la cumbre del honor como en el poder de los signos. En él está el espíritu que, aunque caído, no ha perdido el poder de su naturaleza. Por eso su fuerza no se muestra ahora, porque está atado por la disposición de la fortaleza divina. De ahí que se diga por Juan: "Vi a un ángel descendiendo del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en su mano; y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años, y lo arrojó al abismo, y lo cerró y selló sobre él" (Apocalipsis 20, 1-3). Se dice que fue atado y arrojado al abismo, porque, recluso en los corazones de los malvados, está restringido por el poder de la disposición divina, para que no se desate en la medida en que puede hacer daño, de modo que, aunque actúe ocultamente a través de ellos, no estalle en violentos saqueos de soberbia. Pero allí se indica cómo será liberado al final del mundo, cuando se dice: "Y cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá y engañará a las naciones" (Ibid., 7). Pues el número mil expresa todo el tiempo de la Iglesia santa en su perfección. Una vez cumplido esto, el antiguo enemigo, entregado a sus fuerzas, será liberado por un corto tiempo, pero con gran poder contra nosotros.

23. Se ensañará, pero por breve tiempo.---Aunque su crueldad se extienda hasta la brutalidad, la misericordia divina acorta los días en su brevedad. Pues la Verdad misma dice: Habrá entonces una gran tribulación, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta

ahora, ni la habrá (Mateo XXIV, 21). Y nuevamente dice: Si aquellos días no hubieran sido acortados, no se salvaría nadie (Ibid., 22). Porque el Señor, al vernos tanto soberbios como débiles, llama misericordiosamente breves a los días que singularmente introdujo como malos, ciertamente para que la soberbia se atemorice por la adversidad del tiempo, y la debilidad se consuele por la brevedad de los días.

[Ant. XIII.] 24. Más temible por los signos que hará que por los castigos que infligió a los mártires.---Pero es muy importante considerar que cuando este Behemoth levanta su cola como un cedro, se manifiesta entonces más atroz que ahora. ¿Qué tipos de castigos conocemos que no hayamos ya visto ejercitar con gozo por la fortaleza de los mártires? A unos, la espada sumergida en el cuello los derribó con un golpe inesperado; a otros, el patíbulo de la cruz los fijó, donde la muerte es provocada y repelida, y repelida, provocada. A otros, la sierra de dientes ásperos los desgarró; a otros, la garra armada de hierro los desgarró; a otros, la rabia bestial los destrozó con mordiscos; a otros, la fuerza de los golpes, presionando desde las entrañas, rompió la piel; a otros, la tierra excavada los cubrió vivos; a otros, sumergidos en lo alto, la caída los rompió hasta la muerte; a otros, el agua los absorbió al ser lanzados en ella; a otros, la llama devoradora los consumió hasta las cenizas. Cuando este Behemoth extiende su cola más perversamente al final del mundo, ¿qué es lo que entonces crecerá más atrozmente en estos tormentos, sino lo que la Verdad dice por sí misma en el Evangelio: Surgirán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios; de modo que, si fuera posible, incluso los elegidos serán llevados al error (Mat. XXIV, 24)? Ahora, nuestros fieles hacen maravillas cuando sufren perversiones; pero entonces, los satélites de este Behemoth, incluso cuando infligen perversiones, harán maravillas. Pensemos, pues, cuál será la tentación de la mente humana cuando el piadoso mártir somete su cuerpo a tormentos, y sin embargo, ante sus ojos, el torturador hace milagros. ¿Qué virtud no será sacudida desde el fondo mismo de los pensamientos, cuando aquel que tortura con látigos resplandece con señales? Por tanto, se dice correctamente: Levanta su cola como un cedro, porque ciertamente será alto en la veneración del prodigio y duro en la crueldad del tormento.

[Vet. XIV.] 25. El Anticristo engañará a unos con virtudes fingidas, a otros los vencerá por la fuerza. No se levantará entonces solo con poder, sino que también se apoyará en la manifestación de señales. Por eso, se dice a través de David: Acecha en lo oculto, como león en su guarida (Salmo IX, 30, o Salmo X, 9). Pues para un poder manifiesto habría bastado que fuera como un león, incluso si no acechara; y nuevamente, para las astucias ocultas habría bastado que acechara y capturara, incluso si no fuera un león. Pero como este antiguo enemigo se desata en todas sus fuerzas, se le permite atacar por ambos medios, para que contra los elegidos se desate en combate tanto con fraude como con poder, con poder por la fuerza, con fraude por las señales. Por tanto, con razón se le llama león y acechador: acechador por la apariencia de milagros, león por la fortaleza secular. Pues para atraer a aquellos que son abiertamente inicuos, muestra poder secular; y para engañar incluso a los justos, simula santidad con señales. A aquellos les sugiere la elevación de la grandeza, a estos los engaña con la apariencia de santidad. De esta cola del Behemoth bajo la apariencia del dragón se dice por Juan: Y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó a la tierra (Apocalipsis XII, 4). El cielo es la Iglesia que, en esta noche de la vida presente, mientras contiene en sí innumerables virtudes de los santos, resplandece con estrellas radiantes desde lo alto. Pero la cola del dragón arroja las estrellas a la tierra, porque esa extremidad de Satanás, erguida por la audacia del hombre asumido, muestra como reprobados a algunos que encuentra en la Iglesia como si fueran elegidos de Dios. Así, que

las estrellas caigan del cielo a la tierra significa que algunos, abandonando la esperanza celestial, bajo su guía, aspiran al deseo de la gloria secular.

26. Por Antíoco fue prefigurado. Así, Daniel bajo la figura de Antíoco habla contra esta cola del dragón, diciendo: Derribó de la fortaleza, y de las estrellas, y las pisoteó, y hasta el príncipe de la fortaleza se engrandeció, y de él quitó el sacrificio perpetuo, y derribó el lugar de su santificación. Y se le dio fuerza contra el sacrificio perpetuo, a causa de los pecados; y la verdad será echada por tierra, y hará, y prosperará (Dan. VIII, 10-12). Derriba de la fortaleza y de las estrellas, cuando quiebra a algunos que resplandecen con la luz de la justicia y son fuertes en la virtud de las obras. Se engrandece hasta el príncipe de la fortaleza, porque se exalta contra el mismo autor de la virtud. Quita el sacrificio perpetuo, porque interrumpe el empeño de la vida de la Iglesia en aquellos a quienes ha capturado. La fuerza le es dada contra el sacrificio perpetuo a causa de los pecados, porque si los méritos de los que perecen no lo exigieran, el adversario de ninguna manera podría obtener a aquellos que se creían rectos. La verdad es echada por tierra, porque la fe en las cosas celestiales se inclina entonces hacia el deseo de la vida temporal. Y hará, y prosperará, porque entonces no solo en las mentes de los réprobos, sino también en los cuerpos de los elegidos, con una crueldad inestimable, sin ninguna objeción se extenderá. De aquí que nuevamente por Daniel se dice: Surgirá un rey insolente de rostro, y entendido en enigmas, y su fortaleza se fortalecerá, pero no con sus propias fuerzas (Dan. VIII, 23). La fortaleza de ese hombre no se fortalece con sus propias fuerzas, porque se eleva a la gloria de la perdición con el poder de Satanás. De aquí que nuevamente dice: Matará a los fuertes y al pueblo de los santos según su voluntad, y el engaño se dirigirá en su mano (Ibid., 24, 25). Mata a los fuertes, cuando vence corporalmente a aquellos que son invictos en mente. O ciertamente mata a los fuertes y al pueblo de los santos según su voluntad, cuando atrae a aquellos que se creían fuertes y santos al capricho de su voluntad. En cuya mano se dirige el engaño, porque en él el fraude es ayudado por la obra. Pues lo que dice engañando, lo afirma haciendo maravillas; ya que todo lo que la lengua mentirosa simula, la mano de la obra lo muestra como si fuera verdad.

27. Daniel y Pablo enseñan lo mismo sobre el Anticristo.---De aquí dice nuevamente: Contra el príncipe de los príncipes se levantará, y sin mano será destruido (Ibid., 25). De aquí Pablo dice: De modo que se siente en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios (II Tes. II, 4). De aquí nuevamente dice: A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la manifestación de su venida. Porque lo que fue dicho por Daniel: Contra el Príncipe de los príncipes se levantará (Dan. VIII, 25), esto es dicho por Pablo: De modo que se siente en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios. Y lo que se añade por Daniel: Sin mano será destruido (Ibid., 25), esto es expresado por Pablo: A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca (II Tes. II, 8). Sin mano será destruido, porque no será por la guerra de los ángeles, ni por la lucha de los santos, sino que por la venida del juez será herido con muerte eterna solo por el espíritu de su boca. Sobre la arrogancia de este Behemoth también se dice por Pablo: Que se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto (Ibid., 4). De lo cual Daniel, al describir la cuarta bestia sostenida por diez cuernos, inmediatamente añadió: Consideraba los cuernos, y he aquí que otro cuerno pequeño surgió de entre ellos, y tres de los primeros cuernos fueron arrancados de su rostro; y he aquí que en este cuerno había ojos como ojos de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas (Dan. VII, 8). Se describe que es el undécimo cuerno de esta bestia, porque el poder de su reino se fortalece con la iniquidad. [Vet. XV.] Todo pecado es undécimo, porque al actuar perversamente, transgrede los preceptos del decálogo. Y porque el pecado se lamenta en cilicio, de ahí que en el tabernáculo se hacen once velos de cilicio (Éxodo XXVI, 7). De ahí que en el undécimo Salmo se dice: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo (Sal. XI,

1). De ahí que, temiendo Pedro permanecer en el número undécimo, buscó a Matías como duodécimo, echando suertes (Hechos I, 26). Pues si no viera que el undécimo señalaba la culpa, no se preocuparía tan apresuradamente de completar el número de los apóstoles con el duodécimo. Porque, por tanto, la transgresión se expresa por el undécimo, el cuerno undécimo de esta bestia indica al mismo autor de la transgresión. Que ciertamente surge pequeño, porque nace como un hombre puro: pero crece inmensamente, porque progresa hasta la fuerza angélica unida a él. Que arranca tres cuernos que están ante su rostro, porque somete a su dominio tres reinos vecinos. Sus ojos son como ojos de hombre, pero su boca habla grandes cosas, porque en él se ve una forma humana, pero sus palabras lo elevan por encima de los hombres. Lo que, por tanto, se dice por Pablo: Exaltándose sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto, esto lo testifica el profeta Daniel, diciendo: Una boca que habla grandes cosas (II Tes. II, 4). Lo que Daniel dice que habla grandes cosas, o Pablo afirma que se exalta sobre el culto de la Deidad, es lo que en el bienaventurado Job se compara con el cedro por el divino elocuente. Porque, como el cedro, se esfuerza desde lo alto, prosperando en toda la altivez del engaño, y en la fortaleza de la virtud y la elevación del culmen. Bien se dice que aprieta la cola, porque toda su fuerza se concentra y densifica en ese hombre condenado, para que haga cosas fuertes y maravillosas a través de él, tanto como lo instiga con sus fuerzas reunidas. Pero como hemos escuchado qué tipo de cabeza es la de los inicuos, ahora reconozcamos qué miembros se adhieren a esta cabeza. Sigue:

CAPÍTULO XVI [Rec. XIII].

VERS. 12.---Los nervios de sus testículos están entrelazados.

28. Argumentos complejos de los predicadores del diablo. Muchos ya son los testigos del Anticristo.---Este Behemoth tiene tantos testigos como predicadores de su iniquidad posee. ¿Acaso no son sus testigos aquellos que, con persuasiones perversas, corrompen los corazones de los hombres al sembrar las semillas embriagadoras de su error? Se dice adecuadamente que los nervios de sus testículos están enredados, porque los argumentos de sus predicadores están entrelazados con afirmaciones engañosas, de modo que simulen ser rectos lo que en realidad es perverso, y la implicación de sus alegaciones, como la complejidad de los nervios, aunque pueda parecer visible, no puede ser resuelta. Los testículos tienen nervios enredados, porque las agudezas de sus predicadores se ocultan bajo argumentos dobles. A menudo, mientras infectan los corazones con palabras, muestran inocencia en sus obras. Pues no atraerían a los buenos con su persuasión si se mostraran perversos también en sus acciones. Pero como son testigos de esta bestia, y están ligados por nervios enredados, se muestran rectos para ocultarse, y predicán lo perverso para corromper, imitando claramente a su cabeza, que como un león acecha en emboscadas y actúa con la potencia del poder terrenal, y halaga con la apariencia de santidad. Pero ojalá esta bestia solo actuara así entonces, y no tuviera ahora también estos testículos de lujuria para corromper las entrañas de los fieles. Pues el mal no se infunde solo con la locución de la boca, sino que se propaga peor y a más personas con el ejemplo de las obras. ¿Cuántos no han visto al Anticristo, pero sin embargo son sus testículos, porque corrompen los corazones de los inocentes con el ejemplo de sus acciones? Porque quien se ensalza en la soberbia, quien se atormenta con deseos de avaricia, quien se disuelve en los placeres de la lujuria, quien se enciende con los látigos de la ira injusta e immoderada, ¿qué otra cosa es sino un testigo del Anticristo? Quien, al implicarse voluntariamente en sus usos, con su ejemplo proporciona a otros los frutos del error. Este actúa mal, aquel se adhiere a los que actúan mal, y no solo no se opone, sino que también favorece. ¿Qué otra cosa es sino un testigo del Anticristo, quien, habiendo perdido la autoridad de la fe prometida a Dios, da testimonio al error? Sin embargo,

si alguien los reprende, inmediatamente se ocultan bajo una especie de velo de defensa, porque sus nervios están enredados y mal implicados, y no pueden ser resueltos por la corrupción. Sigue:

CAPÍTULO XVII [Ant. XVI, Rec. XIV].

VERS. 13.---Sus huesos son como tubos de bronce.

29. Quiénes son los huesos del Anticristo.---En el cuerpo, los huesos son los que contienen los miembros y los que son contenidos. Por lo tanto, esta bestia tiene carne, y también tiene huesos, porque hay inicuos que son retenidos en el error por otros, y hay otros más malvados que retienen a otros en el error. ¿Qué otra cosa entendemos por los huesos del Anticristo sino a aquellos que son más poderosos en su cuerpo? En cuyo corazón la iniquidad se ha endurecido tanto que toda la estructura de su cuerpo subsiste a través de ellos. Muchos en este mundo parecen ricos, que mientras están apoyados por bienes y riquezas, se fortalecen como por fortaleza; pero al distribuir estos mismos bienes con los que están sostenidos, atraen a otros a su error. A veces seducen a algunos para que se vuelvan malvados con regalos, a veces atan a otros para que permanezcan malvados con dádivas. ¿Qué son estos sino los huesos del Anticristo, que al multiplicar a los malos al contenerlos, llevan carne en su cuerpo? A veces, en el engaño de los oyentes, exhiben la dulzura de la lengua, porque también las espinas producen flores; y en ellos aparece lo que huele bien, pero se oculta lo que pincha. Mezclan lo dulce con lo amargo, lo agradable con lo nocivo, y desean ser admirados por su poder, pero con el arte del engaño, a través de conversaciones relajadas, se presentan como humildes, y a través de su discurso insinúan lo que niegan con su comportamiento.

30. Por qué se comparan con flautas de bronce.---Por lo tanto, correctamente se comparan los huesos de este Behemoth con flautas de bronce, porque, al igual que el metal insensible, tienen el sonido de hablar bien, pero no tienen el sentido de vivir bien. Esto lo afirman casi humildemente al hablar, lo que desprecian al vivir con altivez. Por eso, Pablo dice acertadamente: Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad, soy como bronce que resuena o címbalo que retiñe (I Cor. XIII, 1). Hablando cosas buenas, pero no siguiendo las mismas cosas buenas por amor, emite sonido como el bronce o el címbalo, porque él mismo no siente las palabras que pronuncia. [Vet. XVII.] Hay, sin embargo, algunos en el cuerpo de esta bestia que no son de alto rango, no están respaldados por riquezas, no están adornados con la apariencia de virtudes, ni son expertos en la ciencia de la astucia, pero sin embargo, ambicionan parecer lo que no son, y por eso se vuelven más malvados contra la vida de los buenos, de los cuales se sigue:

CAPÍTULO XVIII [Rec. XV]

IBID.---El cartílago de él, como láminas de hierro.

31. Los que son más débiles en el cuerpo del Anticristo, son más malvados para perpetrar el mal. Pues el cartílago tiene la apariencia de un hueso, pero no tiene la fortaleza de un hueso. ¿Qué significa entonces que su cartílago se compara con láminas de hierro, sino que aquellos que son más débiles en él, son más malvados para perpetrar el mal? En efecto, los demás metales son cortados por el hierro, y su cartílago se dice que es similar al hierro, porque aquellos que en su cuerpo no son suficientes para la demostración de virtudes, se encienden más ferozmente contra la muerte de los fieles. Porque al considerar que no pueden hacer

señales y prodigios con él, se prueban a sí mismos fieles a él mediante la crueldad; y porque no pueden corromper los corazones de los inocentes persuadiendo, se glorían más que los demás en extinguir los cuerpos de los buenos. Por tanto, se dice bien: Su cartílago es como láminas de hierro, porque en su cuerpo lo que cada uno cree más débil, es lo que más malvadamente ataca. Quienes correctamente no solo se comparan con el hierro, sino con láminas de hierro, porque mientras buscan expandirse por todas partes en crueldad, es como si se extendieran en láminas de hierro.

[Rec. XVI.] 32. Es grato examinar con mayor rigor estas mismas palabras del Creador, que ya parecen haber sido discutidas, para distinguirlas y aportar frutos más abundantes de inteligencia para la instrucción de las costumbres. Pues, ya que hemos oído lo que el antiguo enemigo hace contra los hombres a través del hombre asumido, resta ahora explorar lo que también intenta en los hombres por sí mismo, sin el hombre. He aquí que se dice:

CAPÍTULO XIX.

VERS. 12.---Ajusta su cola como un cedro.

33. La primera sugestión del diablo es tenue y fácilmente se puede destruir. Pero después su fuerza se vuelve intolerable. El pecado se admite de tres maneras.---En primer lugar, la sugestión de la serpiente es suave y tierna, y fácilmente debe ser aplastada con el pie de la virtud, pero si se permite negligentemente que esta crezca y se le da acceso libremente al corazón, se magnifica con tal fuerza que, oprimiendo la mente capturada, crece hasta una fuerza intolerable. Por lo tanto, se dice que aprieta su cola como un cedro, porque una vez que su tentación es recibida en el corazón, domina como por derecho en todo lo que posteriormente introduce. Así, la cabeza de este Behemoth es hierba, la cola es cedro, porque de la primera sugestión se presenta halagadora, pero al fortalecerse con el uso, al final de la tentación, se robustece. Todo lo que sugiere al principio es superable, pero de ahí sigue que apenas puede ser vencido. Primero, como aconsejando, habla dulcemente al alma; pero cuando una vez ha clavado el diente de la delectación, con la costumbre violenta se anuda casi insolublemente. Por eso se dice bien que aprieta la cola. Pues hierde con el diente, ata con la cola, porque con la primera sugestión golpea, pero la mente golpeada, para que no pueda escapar, la ata con el final creciente de la tentación. Porque el pecado se admite de tres maneras, a saber, cuando se lleva a cabo con la sugestión de la serpiente, la delectación de la carne, y el consentimiento del espíritu, este Behemoth, primero sugiriendo lo ilícito, saca la lengua; después, llevando a la delectación, clava el diente; y finalmente, poseyendo por el consentimiento, aprieta la cola. De aquí que algunos reprenden en sí mismos los pecados cometidos por largo uso, y huyen de ellos por juicio, pero no pueden evitarlos luchando en la obra, porque mientras no aplastan la cabeza de este Behemoth, a menudo son atados por la cola aun sin querer. Esta se endurece como un cedro contra ellos, porque creció desde el placer suave del principio hasta la violencia de la retención. Por lo tanto, se dice: Aprieta su cola como un cedro, para que cada uno deba huir de los inicios de la tentación tanto como entiende que su final no puede ser resuelto rápidamente.

[Vet. XVIII.] 34. El diablo, cuando el fin de la vida se aproxima, sugiere entonces tentaciones más graves.---También se debe saber que, a menudo, a aquellos que ha capturado, les impone culpas más graves cuando reconoce que se acercan al término de la vida presente; y cuanto más considera que su tentación está por consumarse, tanto más les acumula el peso de las iniquidades. Behemoth, por lo tanto, sujeta su cola como un cedro, porque a aquellos que ha capturado por malos comienzos, los hace peores al final, para que sus tentaciones, cuanto más

pronto estén por cesar, tanto más poderosamente se completen. Pues, en efecto, se esfuerza por igualar su castigo con sus penas, y antes de la muerte se afana ardientemente en exagerar todo pecado. Sin embargo, a menudo este Behemoth ya posee un corazón mal sometido, pero la gracia divina lo rechaza, y la mano de la misericordia expulsa a quien la voluntad cautiva ha introducido. Y cuando es expulsado del corazón, intenta infligir estímulos de iniquidades más agudos, para que la mente, atacada por él, sienta las olas de tentaciones que incluso no conocía cuando estaba poseída. Esto se expresa bien en el Evangelio, cuando se narra que el espíritu inmundo sale del hombre por mandato del Señor. Pues cuando el niño endemoniado fue presentado, está escrito: Jesús reprendió al espíritu inmundo, diciendo: Espíritu sordo y mudo, yo te ordeno, sal de él, y no entres más en él. Y clamando, y desgarrándolo mucho, salió de él (Marcos IX, 24). He aquí que no lo desgarró cuando lo tenía, pero al salir lo desgarró, porque ciertamente entonces desgarró peor los pensamientos de la mente, cuando ya, obligado por la virtud divina, se aproxima a la salida. Y a quien había poseído mudo, lo dejaba con clamores, porque a menudo, cuando posee, inflige tentaciones menores; pero cuando es expulsado del corazón, perturba con una infestación más aguda. Por lo tanto, se dice bien: Sujeta su cola como un cedro, porque tanto poseyendo el corazón siempre crece en malicia desde lo posterior, como al abandonar el corazón lo golpea con estímulos de pensamientos más vehementes. [Rec. XVII.] Aún más, los argumentos más astutos de este Behemoth se revelan por la admirable piedad del Creador, cuando se añade:

CAPÍTULO XX.

IBID.---Los nervios de sus testículos están entrelazados.

36. Los pecados están tan entrelazados que, al evitar uno, casi siempre caemos en otro. La Iglesia se compone de tres órdenes. Los nervios de sus testículos son los argumentos pestilentes de las maquinaciones (Dist. 13, can. 2). Pues a través de ellos, levanta las fuerzas de su astucia y corrompe los corazones inestables de los mortales. Sus testículos son las sugerencias perversas, con las cuales hierve en la corrupción de la mente y engendra en el alma mancillada la progenie de la obra inicua. Pero los nervios de estos testículos están entrelazados, porque los argumentos de sus sugerencias están ligados con invenciones complejas, de modo que hacen pecar a muchos, de tal manera que, si acaso desean huir del pecado, no pueden escapar sin caer en otro lazo de pecado; y cometen una culpa al evitarla, y no pueden liberarse de una sin consentir en ser atados por otra. [Vet. XIX.] Esto lo mostramos mejor si presentamos ejemplos de esta atadura a partir de la conducta de los hombres. Pues bien, la santa Iglesia se compone de tres órdenes: los casados, los continentes y los rectores; de donde Ezequiel vio a tres hombres liberados, a saber, Noé, Daniel y Job (Ezequiel XIV, 14, sig.); y en el Evangelio, el Señor, al referirse a unos en el campo, otros en la cama y otros en el molino (Lucas XVII, 34, 35), sin duda muestra tres órdenes en la Iglesia; satisfacemos claramente si examinamos cada uno de ellos por separado.

36. Tentaciones de los que militan en el siglo.---He aquí que alguien, al buscar las amistades de este mundo, se compromete bajo juramento a guardar en secreto la vida de otro que lleva una vida similar a la suya; pero aquel a quien se le ha jurado es conocido por cometer adulterio, al punto de intentar incluso matar al esposo de la adúltera. Sin embargo, quien ha prestado el juramento vuelve en sí y es atacado por diversas reflexiones, temiendo guardar silencio, no sea que al callar se convierta en cómplice tanto del adulterio como del homicidio; y teme revelar el secreto, no sea que se ate con la culpa de perjurio. Por lo tanto, está atado con los nervios de los testículos enredados, porque teme que, al inclinarse hacia cualquier parte, no quede libre del contagio de la transgresión.

37. Servir a Dios mediante la obediencia a los superiores.---Otro, abandonando todas las cosas del mundo y buscando en todo quebrantar sus propias voluntades, desea someterse al gobierno ajeno, pero discierne con menos cautela a aquel que debe presidir sobre él ante Dios. Quizás aquel que es elegido sin juicio, cuando comienza a presidir, prohíbe hacer lo que es de Dios y ordena lo que es del mundo. Así, el súbdito, considerando tanto la culpa de la desobediencia como la contaminación de la vida secular, vacila entre obedecer y no obedecer, temiendo que, al obedecer, abandone a Dios en sus preceptos, o que, al no obedecer, desprecie a Dios en el superior elegido; y que, al obedecer lo ilícito, ejerza contra Dios lo que desea por Dios, o que, al no obedecer, someta a su juicio a aquel que había buscado como su juez. Por lo tanto, claramente este se ve atado por el vicio de su indiscreción con los nervios de los testículos enredados, porque, ya sea obedeciendo o ciertamente no obedeciendo, queda ligado en la culpa de la transgresión. Se esforzaba por quebrantar sus propias voluntades, y se preocupa por consolidarlas incluso despreciando al superior. Decidió abandonar el mundo por completo, y se ve obligado a regresar a las preocupaciones del mundo por voluntad ajena. Los nervios, por tanto, están enredados cuando los argumentos del enemigo nos atan de tal manera que los nudos de las culpas, que se buscan desatar, nos atan más fuertemente.

38. Otro, descuidando el peso del honor eclesiástico, asciende al lugar de gobierno mediante recompensas. Pero, dado que todo lo que aquí se destaca se ve más afectado por las penas que se alegra por los honores, mientras el corazón es oprimido por las tribulaciones, se recuerda la culpa, y lamenta haber llegado al trabajo con culpa, y reconoce, quebrantado por la misma dificultad, cuán injusto es lo que ha cometido. Así, reconociéndose culpable con las recompensas obtenidas, desea abandonar el lugar de la sublimidad alcanzada, pero teme que sea un delito más grave haber dejado la custodia del rebaño asumido; desea cuidar del rebaño asumido, pero teme que sea una culpa peor poseer el gobierno de la gracia pastoral comprado. Por lo tanto, se ve atrapado por la culpa en la ambición del honor. No ve cómo estar sin la culpa del crimen en ninguno de los dos casos, si el rebaño asumido se abandona, o si la acción sagrada comprada secularmente se mantiene. Teme por todas partes, y sospecha de todo lado, no sea que, permaneciendo en el gobierno comprado, no lamente dignamente lo que no corrige al no abandonar; o ciertamente, al abandonar el gobierno, mientras intenta llorar por una cosa, cometa otra por la misma deserción del rebaño. Por lo tanto, ya que este Behemoth ata con nudos tan inexplicables, que a menudo la mente, llevada a la duda, se ata más estrechamente en la culpa de donde intenta liberarse, se dice correctamente: Los nervios de sus testículos están entrelazados. Pues los argumentos de sus maquinaciones, como si se aflojaran para dejar ir, se enredan más para retener.

[Ant. XX.] 39. Cuando no hay salida sin pecado, qué se debe hacer. El concúbito de los casados para satisfacer la lujuria no está exento de culpa.---Sin embargo, hay algo que se puede hacer útilmente para destruir sus astucias, de modo que cuando la mente se ve constreñida entre pecados menores y mayores, si no hay absolutamente ninguna salida sin pecado, siempre se elijan los menores, porque así como quien está encerrado por un muro por todos lados para que no escape, se precipita en fuga por donde el muro es más bajo. Y Pablo, al ver a algunos incontinentes en la Iglesia, concedió lo mínimo para que evitaran lo mayor, diciendo: Por causa de la fornicación, cada uno tenga su propia esposa (I Cor. VII, 2). Y porque los cónyuges solo están sin culpa en la unión cuando no se mezclan para satisfacer la lujuria, sino para concebir hijos, para mostrar que incluso lo que había concedido no estaba sin culpa, aunque mínima, añadió de inmediato: Esto lo digo como concesión, no como mandato (Ibid., 6). Pues no está exento de vicio lo que se perdona y no se ordena. Sin duda

vio el pecado, que previó poder perdonar. Pero cuando estamos constreñidos en dudas, nos sometemos útilmente a lo mínimo, para no pecar gravemente sin perdón. Así, a menudo se resuelve la complejidad de los nervios de este Behemoth cuando se pasa a las virtudes máximas a través de los pecados menores cometidos. Sigue:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 13.---Sus huesos son como tubos de bronce.

40. Cuán grande es el peligro que acecha por los astutos consejos del diablo. ¿Qué se designa por los huesos de este Behemoth, sino los consejos? Pues así como en los huesos reside la estructura y la fuerza del cuerpo, de igual manera en los consejos fraudulentos se erige toda su malicia. No oprime a nadie con fuerza, sino que mata con la astucia de una persuasión pestilente. Y nuevamente, así como los huesos son fortalecidos por la médula que los riega, así sus consejos son robustecidos por la sutileza del ingenio infundida por el poder de la naturaleza espiritual. En verdad, sus testículos se distinguen de los huesos, es decir, las sugerencias de los consejos, porque a través de aquellas introduce abiertamente lo nocivo, mientras que por estos, como si aconsejara bien, lleva a la culpa; por aquellas vence combatiendo, por estos engaña como si aconsejara. Por eso, bien se comparan sus huesos, es decir, estos mismos consejos, a las flautas de bronce. Las flautas de bronce suelen adaptarse a cantos sonoros, que al acercarse a los oídos, mientras entonan sutilmente una melodía suave, atraen el interior de la mente hacia los placeres exteriores; y mientras lo que suena a los oídos es dulce, debilitan la fortaleza del corazón en el flujo del placer. Y cuando el oído es atraído hacia el deleite, el sentido se debilita desde su estado de fortaleza. Así también, sus astutos consejos, mientras parecen aconsejar con una previsión amable, desvían el corazón de su fuerte intención; y mientras resuenan dulcemente, inclinan hacia lo nocivo. Por tanto, son como flautas de bronce, que al ser escuchadas con agrado, desvían el ánimo de la intención interna hacia el deleite de la vida exterior. Este Behemoth se esfuerza grandemente en ejecutar el engaño, de modo que mientras muestra su consejo de perversidad como útil, pueda sonar suavemente lo que dice, para que, mostrando utilidad, acaricie la mente, y con la iniquidad oculta, la corrompa.

[Vet. XXI.] 41. Los ejemplos lo hacen evidente. Con qué arte sugiere esforzarse en adquirir riquezas.---Lo que mostramos más claramente en todos los aspectos, si exponemos brevemente algunos argumentos de sus consejos. He aquí que un hombre, contento con sus propios bienes, decidió no involucrarse en las ocupaciones de este mundo, temiendo mucho perder las ventajas de su tranquilidad, y despreciando mucho acumular ganancias con pecados. A este hombre, el astuto enemigo se acerca para socavar la intención de su buena devoción, ofreciendo un consejo aparentemente útil, diciendo: Lo que tienes, ciertamente, es suficiente por ahora, pero ¿qué harás cuando esto falte? Si después de esto no se provee nada, hay cosas que deben gastarse en el presente para los hijos, pero sin embargo, deben prepararse cosas que se guarden. Lo que está presente puede faltar rápidamente si la preocupación previsoramente cesa de preparar lo que falta. ¿Acaso no se puede realizar una acción terrenal y, sin embargo, evitar la culpa en la acción, de modo que provea sustento exterior y, sin embargo, no desvíe la rectitud interna? Mientras tanto, insinúa esto con halagos, y por separado ya oculta en el negocio terrenal que provee los lazos del pecado. Así pues, sus huesos son como flautas de bronce, porque sus perniciosos consejos halagan al oyente con la suavidad de la voz del que aconseja.

42. Y aparta al que medita enviar un mensaje al mundo. --- Otro también ha decidido no buscar los bienes terrenales, sino incluso renunciar a todo lo que posee para que, en el discipulado de la enseñanza celestial, se ejercite con mayor libertad, tanto más expedito cuanto que, al abandonar lo que podría oprimir al poseedor, lo desprecia. El enemigo, acechando su corazón, lo aborda con una sugestión oculta, diciendo: ¿De dónde ha surgido esta audacia de tal temeridad, que te atreves a creer que subsistirás dejando todo? El Creador te formó de una manera, y tú te dispones de otra; te haría más fuerte y robusto si quisiera que siguieras sus huellas en la necesidad de la pobreza. ¿Acaso no hay muchos que no abandonan sus patrimonios terrenales y, sin embargo, a través de obras de misericordia, compran los bienes eternos de la suerte celestial? Esto lo sugiere con halagos, pero por separado, en las mismas cosas que aconseja retener, presenta ante los ojos del que retiene deleites pestilentes, engañando, para que el corazón seducido se deje llevar por los halagos exteriores y pervierta sus votos de perfección interior. Así, sus huesos son como flautas de bronce, porque sus consejos engañosos, mientras emiten un sonido dulce desde el exterior, introducen una pérdida perniciosa desde el interior.

43. Máxime si tiende hacia la cumbre de la perfección monástica. --- Otro, habiendo dejado todas las posesiones exteriores, para alcanzar el orden de un discipulado más sublime, se prepara también para quebrantar sus propias voluntades internas, sometién dose a las voluntades más rectas de otro, no solo renunciando a los deseos perversos, sino también, para alcanzar la cúspide de la perfección, renunciando incluso a los buenos deseos propios, y observando todo lo que debe hacer según el juicio ajeno. A este, el enemigo astuto le habla con tanta más suavidad cuanto más ardientemente intenta derribarlo desde un lugar más elevado, y pronto, halagándolo con sugestiones venenosas, le dice: ¡Oh, cuántas maravillas podrías realizar por ti mismo, si no te sometieras al juicio de otro! ¿Por qué disminuyes tu progreso bajo el estudio de la mejora? ¿Por qué rompes el bien de tu intención, al intentar extenderlo más allá de lo necesario? Pues, ¿qué cosas perversas perpetraste cuando usaste tu propia voluntad? Tú, que por completo te bastas para vivir bien, ¿por qué buscas el juicio ajeno sobre ti? Estas cosas insinúa halagando, pero en secreto prepara en sus propias voluntades las causas para ejercitar la soberbia; y mientras alaba el corazón por su rectitud interna, investiga astutamente dónde podría derrumbarlo en la perversidad. Así, sus huesos son como flautas de bronce, porque sus consejos clandestinos, que de alguna manera deleitan el alma con halagos, desde allí disipan perniciosamente la recta intención.

44. Cómo intentan desviar de los deberes de la caridad.---Otro, con su voluntad completamente quebrantada, ha corregido ya muchos vicios del hombre viejo mediante un cambio de vida y el lamento del arrepentimiento; y se enciende con mayor celo contra los pecados ajenos cuanto más muerto está para sí mismo, no estando atado a sus propias iniquidades. A este, el astuto enemigo, al reconocer que su celo por la justicia también beneficia a los demás, lo ataca con palabras que parecen prósperas para los que buscan consejo, diciendo: ¿Por qué te demoras en cuidar de lo ajeno? Ojalá pudieras considerar lo tuyo. ¿Acaso no te das cuenta de que cuando te extiendes hacia lo ajeno, te encuentras menos dispuesto a cuidar de lo que es tuyo? ¿Y de qué sirve limpiar la sangre de la herida ajena y descuidar la putrefacción de la propia? Mientras dice esto como si aconsejara, quita el celo de la caridad y extingue todo bien que podría surgir de la caridad con la espada del letargo introducido. Pues si se nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos (Mat. XIX, 19; XXII, 39), es digno que ardamos con el mismo celo contra los vicios de ellos como contra los nuestros. Por lo tanto, cuando aconseja suavemente, desvía la mente de su propia intención, se dice correctamente: Sus huesos son como flautas de bronce. Porque cuando suena dulcemente en el ánimo del oyente con consejos fraudulentos, es como si cantara con una

flauta de bronce, para que donde halaga, allí engañe. Pero este Behemoth mueve la contienda de manera mucho más suave cuando se ejercita en las insidias bajo el pretexto de la debilidad. Sin embargo, excita tentaciones más duras cuando oculta los lazos de la iniquidad ante los ojos del tentado bajo la apariencia de virtud. Por lo cual, correctamente se añade:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 13.---Su cartílago es como láminas de hierro.

45. Provoca tentaciones más duras cuando oculta trampas bajo la apariencia de virtud. ¿Qué se entiende por cartílago, sino su simulación? El cartílago muestra la apariencia de un hueso, pero no tiene la firmeza de un hueso. Y hay ciertos vicios que muestran en sí mismos la apariencia de rectitud, pero surgen de la debilidad de la depravación. La malicia de nuestro enemigo se disfraza con tal arte que a menudo ante los ojos de la mente engañada finge culpas como virtudes, de modo que uno espera recompensas de donde es digno de encontrar tormentos eternos. A menudo, en la venganza de los vicios se actúa con crueldad, y se considera justicia, y la ira desmedida se cree mérito de celo justo; y cuando los pecadores deben ser corregidos con cautela de sus costumbres torcidas, se rompen con una inflexión violenta. A menudo, la indulgencia disoluta se considera mansedumbre y piedad; y mientras se perdona temporalmente más de lo que conviene a los delincuentes, se les reserva cruelmente para los castigos eternos. A veces, la prodigalidad se cree misericordia, y mientras es culpa guardar mal, no se teme que lo recibido se disperse peor. A veces, la tacañería se considera parsimonia, y mientras es un grave vicio no dar, se cree virtud retener lo recibido. A menudo, la obstinación de los malos se llama constancia, y mientras la mente no se deja desviar de su depravación, se gloria como si defendiera lo recto. A menudo, la inconstancia se considera como flexibilidad, y cuanto menos alguien mantiene la fe íntegra a nadie, tanto más se estima amigo de los hombres. A veces, el temor inapropiado se cree humildad, y cuando alguien, presionado por el miedo temporal, calla en la defensa de la verdad, cree que según el orden de Dios se muestra humilde ante los superiores. A veces, la soberbia de la voz se estima verdadera libertad, y cuando por arrogancia se contradice la verdad, la procacidad al hablar se considera defensa de la verdad. A menudo, la pereza se considera como la continencia de la quietud, y mientras es una grave culpa no actuar rectamente con diligencia, se cree mérito de gran virtud cesar solo de la acción incorrecta. A menudo, la inquietud del espíritu se llama vigilancia solícita; y cuando alguien no tolera la quietud, al hacer lo que desea, cree que cumple el ejercicio de la virtud debida. A menudo, la precipitación imprudente en lo que debe hacerse se cree fervor de estudio laudable; y cuando el bien deseado se corrompe por una acción intempestiva, se estima que se hace mejor cuanto más rápido. A menudo, la tardanza en acelerar el bien se considera consejo; y cuando se espera que se mejore con la reconsideración, esta demora insidiosa lo suplanta. Por lo tanto, cuando la culpa se ve como virtud, es necesario considerar que cuanto más tarde la mente abandona su vicio, tanto más lo que hace no le avergüenza; y cuanto más tarde la mente abandona el vicio, tanto más, engañada por la apariencia de virtud, busca incluso la retribución de premios por ello. Sin embargo, la culpa se corrige fácilmente cuando se siente vergüenza de que sea culpa. Por lo tanto, ya que el error cuando se cree virtud es más difícil de corregir, se dice correctamente: Su cartílago es como láminas de hierro. Este Behemoth, que bajo el pretexto del bien exhibe su astucia de manera más fraudulenta, retiene la mente en la culpa con mayor dureza.

46. Aquellos que buscan el camino de la santidad, a veces caen en error y se corrigen más lentamente. Con mentes frías se vuelven aún más fríos. — De ahí que, a veces, aquellos que

buscan el camino de la santidad, al caer en error, se corrigen más lentamente. Consideran recto lo que hacen, y así como a la virtud cultivada, también al vicio le añaden perseverancia. Creen que lo que hacen es correcto, y por eso sirven con más empeño a su propio juicio. Por eso, Jeremías, al decir: "Sus nazareos eran más blancos que la nieve, más resplandecientes que la leche, más rubicundos que el marfil antiguo, más hermosos que el zafiro; su rostro se ha ennegrecido más que el carbón, y no se les reconoce en las calles", añadió de inmediato: "Su piel se ha adherido a sus huesos, se ha secado y se ha vuelto como madera" (Lamentaciones 4, 7). ¿Qué se significa con el nombre de nazareos, sino la vida de los abstemios y continentes, que se dice más resplandeciente que la nieve y la leche? La nieve se congela del agua que viene de arriba, mientras que la leche se extrae de la carne que se nutre en lo inferior. ¿Qué se demuestra, entonces, por la nieve sino el candor de la vida celestial, y por la leche sino la administración de la dispensación temporal? Y porque a menudo los hombres continentes en la Iglesia realizan obras tan maravillosas que parecen superar a muchos que han llevado una vida celestial y a muchos que han administrado bien las cosas terrenales, se dice que son más blancos que la nieve y más resplandecientes que la leche. También, porque a veces parecen superar la vida de los padres antiguos y fuertes por el fervor del espíritu, se añade correctamente: "Más rubicundos que el marfil antiguo". Pues al imprimirse el nombre de rubor, se señala la llama del santo deseo. No ignoramos que el marfil es el hueso de grandes animales. Por lo tanto, son más rubicundos que el marfil antiguo, porque a menudo ante los ojos humanos son más fervorosos en su estudio que algunos padres precedentes. De quienes, para mostrarlo todo a la vez, se añade: "Más hermosos que el zafiro". El zafiro es de color etéreo. Y porque parecen superar a muchos que los preceden y tienden a lo alto por su conversación celestial, se dice que han sido más hermosos que el zafiro. Pero a menudo, cuando la abundancia de virtudes prospera más de lo que conviene, la mente es llevada a una cierta confianza en sí misma, y engañada por su propia presunción, de repente se oscurece al ser sorprendida por el pecado; por eso se añade correctamente: "Su rostro se ha ennegrecido más que el carbón". Se vuelven negros después del candor, porque, al perder la justicia de Dios, cuando confían en sí mismos, caen en pecados incluso en lo que no entienden; y porque después del fuego del amor llegan al frío de la apatía, se comparan con carbones apagados. Pues a veces, al abandonar el temor de Dios por su confianza en sí mismos, se vuelven aún más fríos que las mentes frías. De quienes se añade correctamente: "No se les reconoce en las calles". La palabra "calle" en griego se dice por su amplitud. ¿Qué es más estrecho para la mente humana que romper las propias voluntades? De esta ruptura, la Verdad dice: "Entrad por la puerta estrecha" (Mateo 7, 13). ¿Y qué es más amplio que no resistir a las propias voluntades y dejarse llevar sin retractarse por dondequiera que el impulso del juicio lo conduzca? Aquellos que, por la confianza en su santidad, siguen su propio juicio dejando de lado el de los mejores, es como si caminaran por las calles. Pero no se les reconoce en las calles, porque mostraron otra cosa de su vida cuando, rompiendo sus propias voluntades, se mantenían en el estrecho camino. Y se añade bien: "Su piel se ha adherido a sus huesos". ¿Qué se expresa en el hueso sino la dureza de la fortaleza, y en la piel sino la suavidad de la debilidad? Se dice que la piel se adhiere a sus huesos, porque para ellos, que tienen pensamientos erróneos, la debilidad del vicio se considera la dureza de la virtud. Pues lo que hacen es débil, pero, engañados por la confianza en su elevación, lo unen a sospechas fuertes, y cuanto más grandes se sienten de sí mismos, tanto más desprecian corregirse de su maldad. Por eso se añade correctamente: "Se ha secado y se ha vuelto como madera". La culpa de ellos se vuelve tanto más insensible cuanto más se considera laudable entre ellos. Lo que correctamente se afirma seco, porque no reverdece con ningún pensamiento propio. Lo que en Jeremías se dice por la debilidad de la piel, en el bienaventurado Job se dice por la fragilidad del cartílago; y lo que allí se menciona como huesos por su dureza, aquí se recuerda como láminas de hierro. [Vet. XXIV.] Pero este

Behemoth, que en el tiempo final se ejercita con tanta astucia de iniquidad contra los elegidos de Dios, que también se exhibe a sí mismo en tanta tergiversación de insidias para engañar las mentes, escuchemos de qué naturaleza, de qué condición es. Pues no podría hacer cosas tan maravillosas ni en operación maligna, si no subsistiera de una gran condición. Por eso, de inmediato, el Señor, con admirable piedad, como si diera las causas de tanta astucia y fortaleza, añadió diciendo:

CAPÍTULO XXIII [Rec. XVIII].

VERS 14.---Él es el principio de los caminos de Dios.

47. La primera y más noble criatura fue el ángel que cayó. — Como si dijera abiertamente: Por eso es capaz de tantas cosas con fortaleza, porque al crear la naturaleza de las cosas, el Creador lo hizo primero en sustancia. Pues, ¿qué entendemos por los caminos de Dios, sino sus acciones? De las cuales dice a través del profeta: No son mis caminos como vuestros caminos (Isaías 55, 8). Y Behemoth es llamado el principio de los caminos de Dios (De poenit., dist. 2, c. 44), porque ciertamente, al crear todas las cosas, lo hizo primero a él, a quien hizo más eminente que los demás ángeles. El profeta contempla la eminencia de su primacía cuando dice: Los cedros no fueron más altos que él en el paraíso de Dios; los abetos no igualaron su altura; los plátanos no fueron iguales a sus frondas; ningún árbol del paraíso de Dios se asemejó a él y a su belleza, porque lo hizo hermoso con muchas y densas frondas (Ezequiel 31, 8-9). Pues, ¿quiénes pueden ser entendidos en los cedros, abetos y plátanos, sino aquellos ejércitos de virtudes celestiales de elevada altura plantados en la verdor de la eterna alegría? Aunque fueron creados excelsos, no fueron ni preferidos ni igualados a él. Se dice que fue hecho hermoso con muchas y densas frondas, porque, siendo preferido a las demás legiones, tanta belleza lo hizo más hermoso, cuanta multitud de ángeles subordinados lo adornó. Este árbol en el paraíso de Dios tuvo tantas frondas densas como legiones de espíritus celestiales colocadas bajo él. Por eso, al pecar, fue condenado sin perdón, porque fue creado grande sin comparación. De ahí que nuevamente se le diga a través del mismo profeta: Tú, sello de la semejanza de Dios, lleno de sabiduría y perfecto en belleza, estuviste en las delicias del paraíso de Dios (Ezequiel 28, 12-13). Pues, al hablar mucho de su grandeza, abarcó todo con la primera palabra. ¿Qué bien no tuvo, si fue el sello de la semejanza de Dios? Del sello del anillo se expresa imaginadamente tal semejanza, como la que esencialmente se tiene en el mismo sello. Y aunque el hombre fue creado a semejanza de Dios (Génesis 1, 27), al ángel, sin embargo, otorgándole algo mayor, no dice que fue creado a semejanza de Dios, sino que es el sello de la semejanza de Dios, para que, siendo más sutil en naturaleza, se crea que en él la semejanza de Dios está expresada más plenamente.

[Vet. XXV]. 48. Su primacía en los nueve órdenes de ángeles. Qué significa querubín.---De aquí que insinuando aún la potencia de su primacía, el mismo profeta añade: Toda piedra preciosa era tu vestidura: sardio, topacio y jaspe, crisólito, ónice y berilo, zafiro, carbunclo y esmeralda (Ezequiel XXVIII, 13). Dijo nueve tipos de piedras, porque ciertamente hay nueve órdenes de ángeles. Pues cuando en las sagradas escrituras se mencionan abiertamente ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, virtudes, principados, potestades, querubines y serafines, se muestra cuán diversas son las distinciones de los ciudadanos celestiales. Con los cuales, sin embargo, se describe que este Behemoth estaba cubierto, porque los tenía como vestidura para su adorno, y al superar su claridad, fue más brillante en comparación con ellos. De cuya descripción allí aún añade: El oro de tu obra de adorno y tus engastes fueron preparados en el día en que fuiste creado (Ibid., 13). El oro fue la obra de su adorno, porque resplandeció con la claridad de la sabiduría que bien recibió al ser creado. Los engastes se

hacen en las piedras para que, unidos por el oro en la composición del adorno, no se separen, y el oro interpuesto, llenando los engastes, los liga. Por tanto, los engastes de esta piedra fueron preparados en el día de su creación, porque fue creado capaz de caridad. Si hubiera querido llenarse de ella, podría haber permanecido adherido a los ángeles, como piedras puestas en el adorno del rey. Si se hubiera mostrado penetrable al oro de la caridad, asociado con los santos ángeles, habría permanecido como una piedra fija en el adorno regio, como hemos dicho. Por tanto, esta piedra tenía engastes, pero por el vicio de la soberbia no fueron llenados con el oro de la caridad. Pues, dado que se ligan con oro para que no caigan, por eso cayó, porque aunque perforado por la mano del artífice, despreció ser ligado con los lazos del amor. Ahora, sin embargo, las otras piedras, que fueron perforadas de manera similar, están ligadas entre sí por la caridad penetrante, y en este don, al caer este, merecieron no ser ya soltadas del adorno regio por caída. Contemplando aún la altura de su principado, el mismo profeta añade: Tú, querubín extendido y protector en el monte santo de Dios, en medio de las piedras de fuego caminaste perfecto (Ezequiel XXVIII, 14). Querubín, en efecto, se interpreta como plenitud de ciencia; y por eso se dice que este es un querubín, porque no se duda que superó a todos en ciencia. Quien caminó perfecto en medio de las piedras de fuego, porque entre los corazones de los ángeles encendidos por el fuego de la caridad, resplandeció con la gloria de su condición. Bien se dice que es extendido y protector. Todo lo que protegemos extendiéndonos, lo cubrimos. Y porque se cree que con la comparación de su claridad cubrió la claridad de los demás, se dice que fue extendido y protector. Cubrió a los demás como sombreándolos, quien con su mayor excelencia superó su magnitud. Por lo tanto, lo que allí se dice hermoso en muchas ramas, lo que allí se dice sello de semejanza, lo que allí se dice querubín, lo que allí se dice protector, aquí con voz del Señor se llama a este Behemoth el principio de los caminos de Dios.

[Vet. XXVI.] 49. Del caso del ángel, aprenda el hombre a no ser soberbio. — De quien, por tanto, se insinúan tan maravillosas cosas en las que estuvo y las que perdió, para mostrar al hombre aterrorizado lo que él mismo sufrirá por la culpa de su altivez, si no quiso perdonar al que, al crearlo, elevó a la gloria de tan gran claridad. Considere, pues, el hombre lo que merece el altivo en la tierra, si incluso el ángel, preeminente entre los ángeles en el cielo, es derribado. Por lo cual, bien se dice por el profeta: Mi espada se ha embriagado en el cielo (Isaías XXXIV, 5). Como si dijera abiertamente: ¿Qué ira infligiré a los soberbios de la tierra, si incluso a aquellos que creé junto a mí en el cielo no perdoné por el vicio de la altivez? Habiendo escuchado tantas virtudes del antiguo enemigo, y conocida la grandeza de su condición, ¿quién no se derrumbaría con inmenso temor? ¿Quién no sucumbiría al golpe de la desesperación? Pero así como la potencia de nuestro enemigo mostrada reprime nuestra altivez, también el Señor, al revelar la dispensación de su gracia, sostiene nuestra debilidad. Por lo cual, cuando lo llamó el principio de sus caminos, inmediatamente añadió:

CAPÍTULO XXIV [Rec. XIX].

IBID.---Quien lo hizo, aplicó su espada.

50. Dios restringe el poder de los ángeles apóstatas.---La espada de este Behemoth es, en efecto, la misma malicia de hacer daño. Pero por aquel por quien fue creado bueno por naturaleza, su espada es aplicada, porque su malicia es restringida por la disposición divina, para que no se le permita herir las mentes de los hombres tanto como desea. Por lo tanto, dado que nuestro enemigo tiene mucho poder, pero golpea menos, la piedad del Creador restringe su espada, para que, replegada dentro de su conciencia, permanezca oculta, y su malicia no se extienda en las muertes de los hombres más allá de lo que se dispone

justamente desde lo alto. Lo que prevalece fuertemente en muchas cosas, lo hace por el principio de una gran condición, pero lo que es vencido por algunos, su espada es ciertamente replegada por el autor. Este Behemoth, que es el principio de los caminos de Dios, cuando recibió la licencia de la tentación contra el hombre santo, movió a las naciones, se llevó los rebaños, hizo descender fuego del cielo, perturbó el aire y levantó vientos, derribó la casa sacudiéndola, extinguió a los hijos que estaban de fiesta, ejerció la mente de la esposa en el engaño de una mala persuasión, perforó la carne del marido con heridas infligidas (Job 1, 13 y ss.); pero su espada es replegada por el Creador cuando se dice: Guarda su alma (Ibid., II, 6). Cuán débil es con la espada replegada, se describe con el testimonio del evangelista, porque no pudo permanecer en el hombre poseído, ni tampoco se atrevió a invadir a los animales brutos sin ser ordenado, diciendo: Si nos echas, envíanos al hato de cerdos (Mat. VIII, 31). Se muestra cuán replegada está la espada de su malicia, a quien, si el poder supremo no le otorgara licencia, no podría ni siquiera atacar al hato de cerdos. ¿Cuándo, entonces, se atrevería a dañar por su propia voluntad a los hombres hechos a imagen de Dios, de quien ciertamente se sabe que no se atreve a tocar ni siquiera a los cerdos sin ser ordenado?

51. La herejía de Arrio es refutada.---También es de notar que, al ser llamado Behemoth el principio de los caminos de Dios, el insensato dogma de Arrio se disipa con clara razón. Pues Arrio afirma que el Hijo es una creación de Dios, y he aquí que Behemoth se muestra como el primero creado en la obra de las cosas. Por lo tanto, queda que Arrio o no predique que el Hijo es creado, o que, neciamente, piense que fue hecho después de Behemoth. Porque, en verdad, todo lo que se aplica a sí mismo se reduce a sí mismo, con razón se dice que Behemoth es una espada aplicada. Pues su malicia se consume en sí misma, ya que no ejerce contra la vida de los elegidos lo que le está prohibido según su deseo. Sin embargo, se le permite herir a muchos, según lo exigen sus méritos, para que, al abandonar a Dios, sirvan al enemigo condenado. Pero es vencido con más fuerza por los elegidos, cuanto más humildemente se someten al único autor de todo. Porque, por lo que se dice que es el principio de los caminos de Dios, y por lo que se demuestra que es muy intolerable con el permiso del Señor, conocemos claramente con qué enemigo luchamos. Por lo tanto, queda que cada uno de nosotros se someta más plenamente al autor, cuanto más verdaderamente considere las violentas fuerzas del adversario contra sí mismo. ¿Qué somos nosotros sino polvo? ¿Y qué es él, sino uno de los espíritus celestiales, y, lo que es aún mayor, el más alto? ¿Qué, entonces, puede atreverse a hacer con su propia fuerza, cuando el polvo lucha contra el príncipe de los ángeles? Pero, como el creador de los espíritus celestiales asumió un cuerpo terrenal, con razón ahora el humilde polvo vence al ángel soberbio. Pues al adherirse a la verdadera fortaleza, recibe fuerzas que el espíritu desertor, al seguirse a sí mismo, perdió. Y es justo que sea vencido por el polvo, quien se creyó fuerte al abandonar al creador; para que, al ser superado, encuentre que falló por su altivez. Sin embargo, respira con furia, porque mientras él es atormentado en lo más bajo, el hombre asciende a lo más alto; porque en aquella altura permanece la carne elevada, de la cual él, siendo un gran espíritu, yace arrojado sin fin. Pero el orden de los méritos ha cambiado los lugares de las mentes. Así, así mereció la soberbia ser derribada, así la humildad ser exaltada, para que el espíritu celestial, al elevarse, soporte el tártaro, y la tierra humilde reine sin fin sobre los cielos.

LIBRO TRIGÉSIMO TERCERO. Presenta la exposición del versículo decimoquinto y de los restantes del capítulo XL, así como de los doce primeros del cap. XLI, donde se descubren varias artes del demonio, se enseña la predestinación gratuita y se concilia con el libre albedrío.

1075 [Vet. et Rec. I.] 1. Los soberbios sirven más íntimamente al diablo.---Al antiguo enemigo, que bajo el nombre de Behemoth es descrito por la voz del Señor, todos los soberbios le sirven tanto más íntimamente cuanto más se enorgullecen en sí mismos por los éxitos de esta vida. Pues a estos, cuando la gloria aumenta, también se incrementa la altivez, y con la altivez se añade la preocupación, y su mente se extiende de un lado a otro, porque los deseos crecen con las cosas. Y cuando sus pensamientos innumerables brotan como la hierba del campo, alimentan con esos mismos pensamientos, como con un ansiado pasto, el hambre de este Behemoth. Por lo tanto, ahora se dice con razón:

CAPÍTULO PRIMERO.

VERS. 15.---A este, los montes le ofrecen hierbas.

2. Qué significa el monte o los montes en la Sagrada Escritura.---En la Sagrada Escritura, cuando se menciona un monte en singular, a veces se refiere al Señor encarnado, a veces a la santa Iglesia, a veces al testamento de Dios, a veces al ángel apóstata, y a veces a cualquier hereje. Sin embargo, cuando se mencionan montes en plural, a veces se expresa la grandeza de los apóstoles y profetas, y otras veces la soberbia de los poderes seculares. El monte, en efecto, designa al Señor, como está escrito: Y acontecerá en los últimos días que el monte de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes (Isaías II, 2). El monte en la cima de los montes es el Señor encarnado, que trasciende la grandeza de los profetas. Nuevamente, el monte designa a la santa Iglesia, como está escrito: Los que confían en el Señor son como el monte Sion (Salmo CXXIV, 1). Sion, de hecho, se llama especulación, por la cual la Iglesia, contemplando a Dios, es figurada. Nuevamente, el monte expresa el testamento de Dios, como dice Habacuc: Dios vendrá de Líbano, y el santo del monte umbroso y denso (Habacuc III, 3). Porque quien prometió venir a través de las páginas de su testamento, como si viniera de allí, donde se mantuvo bajo promesa. Este testamento, en efecto, se llama bien monte umbroso y denso, porque está oscurecido por las densas oscuridades de las alegorías. Nuevamente, el monte designa al ángel apóstata, como se dice bajo la figura del rey de Babilonia sobre el antiguo enemigo a los predicadores: Levantad un estandarte sobre el monte oscuro (Isaías XIII, 2). Los predicadores santos levantan un estandarte sobre el monte oscuro cuando exaltan la virtud de la cruz contra la soberbia de Satanás, quien a menudo se esconde bajo la nube de la simulación. Nuevamente, el monte expresa a cualquier hereje, como dice el Salmista en la voz de la Iglesia: En el Señor confío, ¿cómo decís a mi alma, Huye al monte como un pájaro? (Salmo X, 1). Porque cuando se dice que el alma fiel, abandonando la unidad, confía en la doctrina inflada del predicador hereje, se le persuade a abandonar al Señor y huir al monte. Nuevamente, los montes designan la grandeza de los apóstoles y profetas, como está escrito: Tu justicia es como los montes de Dios (Salmo XXXV, 7). Y en la voz de Pablo se dice: Para que fuésemos hechos justicia de Dios en él (II Cor. V, 21). O como nuevamente dice el Salmista en la voz de la Iglesia esperanzada: Levanté mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi ayuda? (Salmo CXX, 1). Nuevamente, los montes expresan la soberbia de los poderes seculares, de los cuales dice el Salmista: Los montes se derritieron como cera ante la presencia del Señor (Salmo XCVI, 5), porque muchos que antes se habían hinchado con alta rigidez, al aparecer Dios en la carne, se derritieron con gran temor por el arrepentimiento. O como el mismo Profeta dice nuevamente: Suben los montes, y descienden los valles (Salmo CIII, 8). Muchos perseguidores del Señor vienen con soberbia contra él, pero regresan humildes. Suben los montes por la hinchazón del poder, pero descienden a los valles, hechos planos por el reconocimiento de la culpa.

[Vet. II.] 3. Los soberbios alimentan a los demonios con sus malas acciones.---Pero como algunos permanecen en la altitud de su soberbia y se niegan humildemente a inclinarse ante los servicios divinos, debido a que, según el deseo del antiguo enemigo, no dejan de pensar y realizar acciones perversas, con razón se dice en este lugar de Behemoth: Los montes le ofrecen hierbas. Los soberbios del mundo ofrecen hierbas a este Behemoth, porque lo alimentan con lo que malvadamente obran. Ofrecen hierbas a este Behemoth, porque le ofrecen sus placeres efímeros y engañosos. Serán, dice el Apóstol, hombres amadores de sí mismos (II Tim. III, 2). De quienes hizo una descripción, diciendo: Amadores de los placeres más que de Dios (Ibid., 4). ¿Qué es, pues, la hierba de los montes, sino el placer efímero que nace del corazón de los soberbios? Si no despreciaran a Dios con su soberbia, de ninguna manera cometerían tantas acciones lascivas y resbaladizas. Con estas hierbas, sin duda, se alimenta este Behemoth, porque, hambriento de la pena de la muerte eterna, se sacia con las costumbres perdidas de ellos. Los soberbios de este mundo, aunque a veces, impedidos por el orden de la disposición celestial, cesan de realizar obras perversas, multiplican sin embargo pensamientos perversos, ya sea para mostrarse más poderosos que los demás en bienes y honores, ya sea para ejercer su poder en el afán de dañar a otros, ya sea para, llevados por movimientos engañosos, disolverse en acciones y placeres ligeros. Cuando piensan en actuar no rectamente, sino perversamente, con los bienes recibidos de Dios, ¿qué otra cosa hacen sino luchar contra Dios con sus dones? Porque, por tanto, este Behemoth siempre reconoce sus deseos en las mentes de los soberbios, es como si encontrara hierbas en los montes, con las que llena el vientre de su malicia. Bien se añade:

CAPÍTULO II [Rec. II].

IBID.---Todas las bestias del campo jugarán allí.

4. El juego de los demonios es hacer girar las mentes humanas de un vicio a otro. ¿Qué se designa por las bestias sino los espíritus inmundos, y por el campo sino el presente siglo? De ahí que se diga del mismo príncipe de los espíritus malignos contra Efraín: "La bestia del campo los desgarrará" (Oseas XIII, 8). O como dice Isaías: "Y la mala bestia no subirá por él" (Isaías XXXV, 9). Que el nombre de campo se tome por el mundo, lo atestigua la palabra del Señor en el Evangelio, que dice: "El campo es el mundo" (Mateo XIII, 38). Las bestias del campo juegan en las hierbas de los montes, porque los demonios, arrojados de las alturas, se deleitan en este mundo con las obras perversas de los soberbios. Las bestias juegan en las hierbas cuando los espíritus reprobos arrastran los corazones humanos a pensamientos ilícitos. ¿No es acaso jugar para los espíritus inmundos engañar las mentes de los hombres, creadas a imagen de Dios, a veces con promesas ficticias, a veces burlándose con terrores vacíos, a veces imprimiendo en ellos alegrías transitorias como si fueran duraderas, a veces aliviando penas duraderas como si fueran transitorias? Sin duda, temía la ilusión de estas bestias quien decía: "Dios mío, en ti confío, no seré avergonzado; ni se burlen de mí mis enemigos" (Salmo XXIV, 2). Porque el corazón de los soberbios se inclina a todo vicio, para que se prepare con pensamientos perversos a cualquier espíritu maligno que irrumpa, con razón se dice de las hierbas de los montes: "Todas las bestias del campo jugarán allí". Porque, en efecto, los soberbios no pasan por alto ningún mal en sus pensamientos, no hay bestia del campo que no se sacie con las hierbas de estos montes. Pues aunque a veces huyen de la lujuria de la carne, cometen el vicio de la lujuria interior al gloriarse de su castidad. Si en algún momento no arrebatan nada con avaricia exterior, no están libres de la tentación de la avaricia, porque aunque no ambicionen bienes, intentan arrebatar la alabanza de la continencia con el favor de los hombres. Por tanto, a este Behemoth los montes le ofrecen hierbas, y todas las bestias del campo juegan allí, porque en el corazón de los soberbios

cualquier espíritu maligno se alimenta más ampliamente, ya que todo vicio se genera de la soberbia. [Vet. III.] Pero como hemos oído qué come este Behemoth, ahora es necesario escuchar dónde reposa mientras tanto con su deseo perverso. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 16.---Duerme a la sombra en el secreto del junco, en lugares húmedos.

5. Qué significa la sombra en la Escritura.---En el lenguaje sagrado, la sombra a veces se refiere a la encarnación del Señor o al alivio de la mente del fervor de los pensamientos carnales, de modo que bajo el término de sombra, por la protección celestial, se suele insinuar este mismo alivio del corazón. Sin embargo, a veces la sombra, cuando la caridad se retira, se entiende como el letargo de una mente fría. Pues que la encarnación del Señor, manteniendo la verdad histórica, se señale con el término de sombra, lo atestigua el mensaje del ángel, quien dijo a María: "La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Luc. I, 35). Porque la sombra no se expresa de otra manera que por la luz y el cuerpo, la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra, porque en su vientre la luz incorpórea tomó cuerpo. De esta sombra, en efecto, toda mente recibió en sí misma refrigerio. Nuevamente, por la sombra de la protección celestial se expresa el refrigerio del corazón, como dice el salmista: "Protégeme bajo la sombra de tus alas" (Sal. XVI, 9). O como la esposa en el Cantar de los Cantares, esperando la llegada del esposo, anuncia diciendo: "Bajo su sombra, a quien deseaba, me senté" (Cant. II, 3). Como si dijera: Del ardor de los deseos carnales, descansé bajo la protección de su llegada. Nuevamente, por la sombra, cuando la caridad se retira, se expresa el letargo de una mente fría, como está escrito sobre el hombre pecador, que siguió la sombra (Gén. III). Huyendo del calor de la caridad, el hombre abandonó el sol de la verdad y se escondió bajo la sombra del frío interior. Por eso, con la voz de la misma Verdad se dice: "Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos" (Mat. XXIV, 12). Por eso, el primer hombre después de la culpa se encuentra escondido entre los árboles del paraíso al soplo de la brisa de la tarde (Gén. III, 8). Porque habiendo perdido el calor meridiano de la caridad, ya bajo la sombra del pecado, languidecía como bajo el frío de la brisa.

6. Satanás en aquellos a quienes enfría, fácilmente reposa como bajo una sombra. En ellos yace seguro. Este Behemoth, por lo tanto, porque encuentra en ellos una especie de descanso, al enfriarlos al apartarlos del ardor del verdadero sol, se dice que duerme bajo la sombra. Sin embargo, a veces, por sombra, si se coloca con la adición de muerte, se expresa la muerte de la carne o cualquier réprobo que imita las tinieblas del antiguo enemigo mediante la práctica de acciones perversas. Por eso, con la voz de los mártires, el salmista dice: Nos humillaste en el lugar de la aflicción, y nos cubrió la sombra de la muerte (Salmo 43, 20). La sombra de la muerte cubre a los elegidos de Dios cuando la muerte de la carne, que es imagen de la muerte eterna, los separa de esta vida, porque así como aquella separa el alma de Dios, esta separa el cuerpo del alma. O ciertamente la sombra de la muerte los cubre, porque está escrito del antiguo enemigo: Su nombre es muerte (Apocalipsis 6, 8). Por lo tanto, la sombra de la muerte son todos los réprobos, porque imitan la maldad de su soberbia; y expresan su imagen como una sombra, mientras atraen en sí la semejanza de su malicia. Cubren a los elegidos de Dios, mientras prevalecen temporalmente contra ellos en la atrocidad de la persecución. En este lugar, sin embargo, la sombra de la maldad se toma como torpor, en la cual este Behemoth duerme, porque vigila solícito contra los corazones que arden en caridad, pero yace seguro en las mentes frías. No puede dormir en las mentes de los santos, porque incluso si en algún momento se coloca en ellos por un breve instante, el ardor de los deseos celestiales lo fatiga, y es como si tantas veces fuera herido para que se retire, cuantas veces

suspiran por lo eterno con amor íntimo. Voces tan grandes lo despiertan, como grandes son las santas meditaciones que claman al cielo desde sus mentes. Por lo tanto, aterrorizado por las armas de las buenas acciones y herido por los dardos de los suspiros, huye y regresando a los corazones fríos de los réprobos, busca la sombra de maldad que posee seguro. Se muestra dónde se encuentra por él, cuando inmediatamente se añade: En el secreto del cañaveral.

[Vet. IV.] 7. Diversas significaciones del cálamo y la caña en la Sagrada Escritura.---En el lenguaje sagrado, la denominación de cálamo o caña a veces se refiere a la palabra permanente, a veces a la habilidad de los doctores, a veces a la movilidad de la mente, y a veces al brillo de la gloria temporal. En efecto, por el cálamo se designa la eternidad del Verbo, cuando se dice con la voz del Padre a través del Salmista: Mi lengua es cálamo de escriba que escribe velozmente (Salmo XLIV, 2). Porque lo que hablamos pasa, lo que escribimos permanece, la lengua del Padre se llama cálamo del escriba, porque de Él es el Verbo coeterno, generado sin transición. Nuevamente, por el cálamo se expresa la doctrina de los escritores, como el profeta promete sobre la santa Iglesia, diciendo: En los lugares donde antes habitaban los dragones, brotará el verdor del cálamo y del junco (Isaías XXXV, 7). En esta sentencia, como dijimos mucho antes en esta obra (Sup. lib. XXIX, n. 51), por el cálamo se expresa la doctrina de los escritores, por el junco la frescura de los oyentes. Nuevamente, por el cálamo, o ciertamente la caña, se designa la movilidad de la mente, como se dice a las multitudes de los judíos en alabanza de Juan por el Señor: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿una caña agitada por el viento? (Mateo XI, 7), para que se entienda que no. Juan, en efecto, no era una caña agitada por el viento, porque su mente, sólida por el Espíritu Santo, no era inclinada por ningún soplo de lenguas en diversas direcciones. Nuevamente, por el cálamo o la caña se expresa el brillo de la gloria temporal, como se dice de los justos por la Sabiduría: Resplandecerán los justos, y como chispas correrán por el cañaveral (Sabiduría III, 7). El cañaveral, en efecto, se refiere a la vida de los seculares, que al modo de las cañas, por la gloria temporal, parecen avanzar hacia lo alto exteriormente, pero internamente carecen de la solidez de la verdad. Por eso, el reino de los judíos se compara con un cálamo, cuando por el profeta, al aparecer el Señor en la verdad de la carne, se dice: No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea (Isaías XLII, 3). ¿Qué se anuncia con el nombre de cálamo, sino el reino temporal del pueblo judío, brillante por fuera, pero vacío por dentro? Y porque en ese pueblo ya había desaparecido la estirpe real, y su reino era poseído por extranjeros, adecuadamente llama a ese mismo reino cálamo cascado. ¿Y qué se expresa por el lino, sino su sacerdocio, que usaba vestiduras de lino? Porque en la venida del Señor perdió el ardor de la caridad, como si, habiendo perdido ya el fuego de la fe, no ardía, sino que humeaba. Sin embargo, el Señor encarnado no quebró la caña cascada, ni apagó el pábilo que humea, porque el reino de Judea, que ya estaba casi destruido, y su sacerdocio, que no mantenía el fuego de la fe, no lo golpeó con el poder del juicio, sino que lo toleró con la longanimidad de la paciencia.

8. Las mentes dedicadas a la gloria temporal de los mundanos, semejantes a una caña.---¿Qué otra cosa se designa en este lugar con la apelación de caña, sino las mentes de los mundanos dedicadas a la gloria temporal? Cuanto más se vacían interiormente en sí mismos, más altos y brillantes se muestran exteriormente, porque al fluir hacia la gloria exterior a través de la superficie, no se consolidan con ninguna firmeza interior. Al igual que la caña, están vacíos por dentro debido a su necedad, pero por fuera son bellos por su apariencia y ostentación; pero cuanto más buscan con afán la gloria exterior, más sus corazones son agitados por los graves estímulos de sus pensamientos. Por eso, con razón se dice ahora que este Behemoth duerme en el secreto de la caña, porque mueve los deseos de aquellos hacia el apetito del brillo y la altura temporal, y en silencio posee sus corazones; y como si él mismo descansara

allí, no permite que aquellos a quienes posee descansen. Pues mientras ambicionan superar a los demás en la altura de los bienes, mientras, al modo de la caña, superan la apariencia de los justos por el brillo de la limpieza exterior, como si fuera la corteza de árboles sólidos, en el hecho de que ellos mismos permanecen vacíos interiormente, ofrecen un lugar a este Behemoth donde debe descansar. [Vet. V.] Por eso, en el Evangelio el Señor dice que el espíritu que sale y no encuentra descanso en lugares áridos y sin agua, porque encuentra la casa que había dejado vacía y barrida, entra en ella con más fuerza (Mat. XII, 43, ss.). Porque la tierra que se inunda se vuelve inestable, los corazones de los justos son lugares áridos y sin agua, que por la fortaleza de la disciplina se secan de toda humedad de la concupiscencia carnal. Por lo tanto, aquí también se demuestra dónde duerme este Behemoth, cuando inmediatamente se añade: En lugares húmedos.

1080 9. Los hombres carnales son semejantes a lugares húmedos. El diablo domina a los hombres a través de la soberbia o la lujuria. Los lugares húmedos son las mentes de los hombres terrenales, que, al estar llenas del humor de la concupiscencia carnal, se vuelven fluidas. En ellas, este Behemoth de iniquidad imprime sus huellas tanto más profundamente cuanto más su paso descende en esas mentes como en tierra blanda. Los lugares húmedos son, en efecto, las obras voluptuosas. El pie no resbala en tierra seca, pero apenas se sostiene en lo resbaladizo. En lugares húmedos, por tanto, hacen su camino en la vida presente aquellos que no pueden mantenerse firmes en la justicia. En estos lugares húmedos, Behemoth duerme, porque reposa en la operación resbaladiza de los hombres reprobados. Algunos, sin embargo, sospechan que los lugares húmedos son los miembros genitales. Si es así, ¿qué otra cosa se designa abiertamente con los lugares húmedos sino la lujuria, de modo que tanto el cálamo exprese la gloria de la soberbia como los lugares húmedos la lujuria del cuerpo? Estos son dos vicios que dominan inmensamente al género humano, uno del espíritu y otro de la carne. La soberbia eleva el espíritu, la lujuria corrompe la carne. Así, el antiguo enemigo oprime al género humano principalmente por la soberbia o por la lujuria, y duerme en el secreto del cálamo y en los lugares húmedos, porque mantiene al hombre condenado bajo el dominio de su poder, ya sea por la soberbia del espíritu o por la corrupción de la carne. A algunos los posee en ambos, porque cuando el espíritu de soberbia los eleva, ni siquiera la vergüenza de la corrupción los inclina desde la hinchazón de su altitud. Pero, ¿acaso no vigilan constantemente dentro de la santa Iglesia los maestros de las virtudes contra estos? ¿Acaso cesan de reprender las bajas voluptuosidades y de persuadir sobre los gozos de la patria celestial? Pero las mentes de los perversos no escuchan las cosas sublimes con tanta obstinación cuanto más estrechamente se han adherido a las bajas. Y esto no les basta, que ellos mismos perezcan, sino que, lo que es peor, cuando ven que cualquiera es reprendido y corregido, se oponen a las increpaciones de los justos, para que al menos otros no se corrijan. Por lo cual, bien se añade:

CAPÍTULO IV [Rec. IV].

VERS. 17.---Las sombras protegen su sombra.

10. Las sombras del diablo son los pecadores que se protegen mutuamente. El crimen, mientras se defiende, se incrementa.---En efecto, son sombras del diablo todos los inicuos: quienes, al servir a la imitación de su iniquidad, parecen tomar la forma de su imagen de su cuerpo. Así como sus sombras son en plural los reprobos, de igual manera, en singular, su sombra es cada pecador. Pero mientras los malos contradicen la doctrina de los justos, mientras no permiten que cualquiera de ellos sea corregido en su iniquidad, las sombras de este Behemoth protegen su sombra, porque los pecadores, en aquello en lo que son

conscientes de su maldad, defienden a otro que peca en lo mismo. Las sombras protegen su sombra, mientras los hechos de los más perversos son defendidos por patrocinos aún más perversos. Esto lo hacen, sin duda, con el propósito de que, mientras la culpa en la que ellos mismos están implicados se corrige en otros, no se llegue alguna vez a ellos. Así, se cubren a sí mismos mientras protegen a otros, porque prevén que su vida será atacada desde donde consideran que otros son confundidos por una corrección libre. Y así sucede que el cúmulo de crímenes, mientras se defiende, se incrementa, y la maldad de cada uno es tanto más fácil de perpetrar cuanto más difícil de castigar. En efecto, los crímenes de los pecadores perciben un incremento tanto mayor cuanto más tiempo son tolerados sin castigo por la defensa de los poderosos. Pero tales personas, ya sea que se encuentren fuera o dentro de la santa Iglesia, se muestran como enemigos más abiertos de Dios cuanto mayores son los defensores de los vicios. En efecto, luchan con sus defensas contra aquel a quien desagradan las cosas que multiplican al defenderlas. Esto lo reprende bien el Señor a través del profeta bajo la figura de Babilonia, diciendo: "Brotarán en sus casas espinas y ortigas, y cardos en sus fortalezas" (Isaías 34, 13). ¿Qué entendemos por ortigas sino las comezones de los pensamientos, y por espinas sino las punzadas de los vicios? En las casas de Babilonia, por tanto, brotan ortigas y espinas, porque en la confusión de la mente reprobada surgen los deseos de pensamientos que irritan y los pecados de obras que punzan. Pero quienes hacen estas cosas tienen también a otros defensores aún más perversos. Por eso, allí se añade adecuadamente: "Y cardos en sus fortalezas". En efecto, el cardo se densifica con tal circunferencia de espinas que apenas puede tocarse por su aspereza. Así, en el interior nacen la ortiga y la espina, pero ambas son protegidas exteriormente por el cardo, porque evidentemente los inicuos menores cometen cualquier mal, pero los mayores más perversos los defienden. Por eso, se dice bien aquí: "Protegen las sombras su sombra". Pues cuando un mal peor defiende, como sombra a sombra, oscurece para que no sea iluminado por la luz de la verdad. Sigue:

CAPÍTULO V [Ant. VI, Rec. V].

IBID.---Lo rodearán los sauces del torrente.

11. Malos semejantes a los sauces: ciertamente reverdecen, pero no dan fruto.---Los sauces son árboles infructuosos; sin embargo, son de tal verdor que apenas pueden secarse o ser arrancados de raíz y arrojados. Por eso, en el lenguaje sagrado, el nombre de los sauces a veces se usa para designar la vitalidad del bien, y otras veces para la esterilidad, los reprobados. Pues si no expresaran la vida de los elegidos a través de la constancia de su verdor, el profeta no habría dicho de los hijos de la santa Iglesia: "Brotarán entre la hierba, como sauces junto a corrientes de agua" (Isaías 44, 4). Los hijos de la santa Iglesia brotan entre la hierba como los sauces, mientras perduran entre la vida marchita de los hombres carnales, tanto en número como en la perpetua vitalidad de la mente. Se dice bien que brotan junto a corrientes de agua, porque cada uno de ellos recibe abundancia para dar fruto de la doctrina del sagrado lenguaje, que transcurre temporalmente. Y nuevamente, si la vida de los pecadores no se señalara por la esterilidad de los sauces, el salmista no habría dicho contra Babilonia: "En los sauces en medio de ella colgamos nuestros instrumentos" (Salmo 136, 2). Se describe que en medio de Babilonia hay sauces, porque ciertamente los infructuosos y ajenos al amor de la patria celestial están arraigados con todo el corazón en esta confusión del mundo. Por eso, los santos predicadores no ejercen sus instrumentos en estos sauces, sino que los cuelgan, porque cuando ven mentes infructuosas y reprobadas, no muestran el poder de su predicación, sino que más bien guardan silencio con lamento. ¿Qué se expresa también por el torrente, sino el curso de esta vida mortal? De lo cual nuevamente se dice por el Profeta: "Beberá del torrente en el camino, por eso levantará la cabeza" (Salmo 109, 7), porque

evidentemente nuestro Redentor tocó en cierto tránsito la pena de la vida mortal, y por eso no permaneció mucho tiempo en esa muerte a la que se sometió voluntariamente. Por lo cual, al tercer día levantó la cabeza resucitando lo que había puesto al morir. ¿Qué significa entonces que se dice de este Behemoth: "Lo rodearán los sauces del torrente", sino que los amantes de la vida mortal, ajenos a las buenas acciones como a los frutos, se adhieren a él tanto más estrechamente cuanto más abundantemente la delectación del placer transitorio los inunda? Pues el torrente los riega como en las raíces, mientras el amor de la vida carnal embriaga sus pensamientos. Que ciertamente, al modo de los sauces, no dan frutos, sino que reverdecen en las hojas, porque a veces pronuncian palabras de honestidad que no son difíciles de decir, pero no muestran ningún peso de vida por las buenas obras. Por tanto, se dice bien: "Lo rodearán los sauces del torrente", porque los infructuosos, mientras sirven al amor de la vida temporal, obedecen más familiarmente al antiguo enemigo con costumbres perversas. [Vet. VII.] Pero como hemos escuchado lo que le ofrecen sus seguidores, ahora también escuchemos lo que él mismo hace en ellos. Sigue:

CAPÍTULO VI [Rec. VI].

VERS. 18. Absorberá el río, y no se maravillará, y tiene confianza en que el Jordán fluya hacia su boca.

12. Satanás absorbió a casi todos los hombres antes del Redentor; y después, no pocos devoró. ¿Qué se designa en este lugar con el nombre de río sino el curso del género humano, que surge como desde el origen de su fuente al nacer, pero que, como fluyendo hacia lo bajo, pasa al morir? ¿Y quiénes son designados con el nombre de Jordán sino aquellos que ya han sido imbuidos con el sacramento del bautismo? Porque nuestro Redentor se dignó ser bautizado en este río, todos los bautizados deben ser expresados con su nombre, en el cual se inició este mismo sacramento del bautismo. Por lo tanto, ya que este Behemoth, desde el origen del mundo, arrastró al género humano hacia lo bajo, como un río en sí mismo, con pocos elegidos escapando, hasta los tiempos de la redención, se dice bien ahora: Absorberá el río, y no se maravillará. Y porque incluso después de la venida del Mediador, arrebata a algunos fieles que descuidan vivir rectamente, se añade correctamente: Y tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca. Como si se dijera abiertamente: Antes del Redentor del mundo, absorbió al mundo sin maravillarse, pero, lo que es más grave, incluso después de la venida del Redentor, confía en poder devorar a algunos que han sido marcados con el sacramento del bautismo. Devora a algunos que están bajo el nombre de cristianismo, porque los suplanta en el error de la fe. A otros no los desvía de la rectitud de la fe, pero los inclina al uso de una operación perversa. A otros, no puede inclinarlos cuanto quiere en la operación de la impureza, pero los tuerce internamente en el estudio de la intención, de modo que, al dividir la mente de la caridad, nada de lo que operan externamente es recto. Y mantienen la fe, pero no la vida de la fe, porque o bien hacen abiertamente lo ilícito, o lo que hacen es perverso desde un corazón torcido, incluso si parece santo. Porque algunos son fieles confesando, no viviendo, de ahí que con la voz de la Verdad se dice: No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos (Mat. VII, 21). De ahí que nuevamente dice: ¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que digo? (Luc. VI, 46). De ahí que Pablo dice: Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan (Tit. I, 16). De ahí que Juan dice: El que dice que conoce a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso (I Juan II, 4). De ahí que el Señor se queja de su propio pueblo, diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Marc. VII, 6, de Isaías XXIX, 13). De ahí que también el salmista dice: Lo amaron con su boca, y con su lengua le mintieron (Sal. LXXVII, 36). Pero no fue de extrañar que este Behemoth, antes del agua del lavacro, antes de los

sacramentos celestiales, antes de la presencia corporal del Redentor, absorbiera el río del género humano con la persuasión profunda de su boca; pero esto es muy asombroso, esto es muy terrible, porque recibe con la boca abierta a muchos incluso después del conocimiento del Redentor, después del agua del lavacro los contamina, después de los sacramentos celestiales los arrastra a la profundidad del infierno. Por lo tanto, que se diga, que se diga terriblemente con la voz de la Verdad: Absorberá el río, y no se maravillará, y tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca. Porque el diablo no consideró gran cosa llevarse a los infieles; pero ahora se levanta con todo esfuerzo hacia la muerte de aquellos que, regenerados contra él, languidecen. Que nadie confíe en que la fe sin obras pueda ser suficiente, ya que sabemos que está escrito: La fe sin obras está muerta (Jac. II, 20). Que nadie piense que ha escapado completamente de la mordedura de Behemoth solo por la confesión de la fe, porque ya absorbió el río, pero aún tiene sed del Jordán; y tantas veces fluye el Jordán en su boca, cuantas veces un cristiano se desliza hacia la iniquidad. Ya huimos de su boca con la fe que nos eleva, pero es necesario cuidar con gran diligencia que no nos deslicemos en esto con una operación resbaladiza. Si se descuida la cautela al caminar, en vano se mantiene el camino recto creyendo, porque el camino de la fe conduce a la patria celestial, pero no lleva a los que tropiezan.

[Vet. VIII.] 13. A aquellos que gozan de buena salud, especialmente, les acecha. Si no aplican la máxima vigilancia, caen desde lo alto de manera más grave. Aún tenemos algo que considerar con mayor sutileza en este asunto. Aquellos que dijimos que se expresan a través del Jordán, pueden ser designados por el río. Pues quienes ya han reconocido la fe de la verdad, pero descuidan vivir fielmente, pueden ser llamados río, ya que evidentemente fluyen hacia abajo. El Jordán, en hebreo, se llama "descenso de ellos". Y hay algunos que, deseando el camino de la verdad, se rechazan a sí mismos y descienden de la altivez de la vida antigua; y cuando desean lo eterno, se vuelven muy ajenos a este mundo, ya que no solo no desean lo ajeno, sino que también abandonan lo propio, y no solo no buscan la gloria en ello, sino que incluso la desprecian cuando se les ofrece. Por eso, con la voz de la Verdad se dice: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo (Luc. IX, 23). Se niega a sí mismo quien, pisoteando el orgullo de la soberbia, demuestra ante los ojos de Dios ser ajeno a sí mismo. De ahí que el salmista diga: Me acordaré de ti desde la tierra del Jordán y de Hermón (Sal. XLI, 7), pues el Jordán, como dije, significa descenso, y Hermón significa anatema, es decir, alienación. Por lo tanto, se acuerda de Dios desde la tierra del Jordán y de Hermón, quien, al humillarse a sí mismo y volverse ajeno a sí mismo, es llevado a la memoria de su Creador. Pero el antiguo enemigo no considera esto como algo grande, ya que mantiene bajo el dominio de su tiranía a aquellos que buscan lo terrenal. Pues, como atestigua el profeta, sabemos que su alimento es escogido (Habac. I, 16). No es de extrañar que absorba a aquellos que son elevados por la soberbia, consumidos por la avaricia, dilatados por el placer, angustiados por la malicia, inflamados por la ira, separados por la discordia, ulcerados por la envidia, y muertos por la lujuria contaminante. Por lo tanto, absorberá el río y no se maravillará, porque no considera como algo grande devorar a aquellos que, por los afanes de su vida, corren hacia abajo; pero se esfuerza enormemente por arrebatarse a aquellos que, despreciando los afanes terrenales, ya contempla unidos a las cosas celestiales. [Vet. IX.] Por eso, después de absorber el río, se añade correctamente: Y tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca, porque desea arrebatarse, acechando, a aquellos que, por amor a la patria celestial, se reconocen a sí mismos como caídos de la gloria de la vida presente. Algunos, en efecto, abandonan el mundo, dejan las vanidades de los honores pasajeros, y, deseando la profundidad de la humildad, trascienden el modo de la conversación humana viviendo bien; y progresan en tal cúspide de estudios, que ya obran virtudes de señales; pero, porque descuidan cubrirse observándose a sí mismos, heridos por el dardo de la vana gloria, caen

desde lo alto de manera más grave. Por eso, el juez eterno, que examina los secretos del corazón, predice la caída de esta ruina, cuando dice: Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas virtudes? Y entonces les confesaré que nunca os conocí, apartaos de mí los que obráis iniquidad, no sé quiénes sois (Mat. VII, 22, 23). También por el profeta se dice: El Señor llamó al juicio al fuego y devoró el gran abismo, y comerá parte de la casa del Señor (Amós VII, 4). El juicio se llama al fuego, cuando la sentencia de justicia se muestra ya para el castigo de la eterna cremación. Y devora el gran abismo, porque quema las mentes iniquas e incomprensibles de los hombres, que ahora se ocultan a los hombres incluso bajo los milagros de las señales. Pero se come parte de la casa del Señor, porque también el infierno devora a aquellos que ahora, como en actos santos, se glorían de ser del número de los elegidos. Por lo tanto, aquellos que aquí son el Jordán, allí son llamados parte de la casa del Señor. El antiguo enemigo, por tanto, tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca, porque a veces mata con las insidias de su astucia incluso a aquellos que ya se consideran elegidos. [Vet. X.] Pero, ¿qué corazón no se perturbará con estas palabras del Señor? ¿Qué constancia de mente no se sacudirá desde las raíces más íntimas de los pensamientos, cuando se demuestra que nuestro enemigo tiene tanta fortaleza contra nosotros? ¿No habrá ningún auxilio de consolación? Ciertamente lo habrá, pues se añade:

CAPÍTULO VII [Rec. VII].

VERS. 19.---En sus ojos lo atraparé como con un anzuelo.

14. El diablo, deseando devorar a Cristo, fue atrapado como con un anzuelo.---Es muy importante notar que Dios, moderando misericordiosamente las palabras de su Escritura, a veces nos asusta con incitaciones severas, y otras veces nos reconforta con dulces consolaciones, mezclando el terror con el consuelo, y el consuelo con el terror, de modo que, mientras ambos se equilibran con maravillosa habilidad pedagógica, no nos encontremos desesperados por el miedo, ni imprudentemente seguros. Pues después de haber indicado las astutas trampas y las fuerzas desenfrenadas de Behemoth con múltiples sentencias, inmediatamente encomienda la venida de su Hijo unigénito, nuestro Redentor, y sugiere cómo este Behemoth será destruido por él, para que, al haber perturbado nuestro corazón con la narración de su poder, alivie rápidamente nuestra tristeza con la indicación de su perdición. Así, después de haber dicho: "Absorberá el río y no se asombrará, y tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca", anuncia de inmediato la venida de la encarnación del Señor, diciendo: "A sus ojos lo atraparé como con un anzuelo". ¿Quién no sabe que en el anzuelo se muestra el cebo y se oculta el aguijón? El cebo provoca para que el aguijón pinche. Así, nuestro Señor, viniendo para la redención del género humano, hizo de sí mismo un anzuelo para la muerte del diablo. Tomó un cuerpo, para que en él este Behemoth deseara injustamente la muerte de la carne como su cebo. Al desear injustamente esa muerte en él, perdió a aquellos a quienes tenía como suyos con justicia. Fue atrapado, pues, en el anzuelo de su encarnación, porque al desear el cebo del cuerpo, fue traspasado por el aguijón de la divinidad. Allí estaba la humanidad que atraía al devorador, allí la divinidad que lo perforaba, allí la debilidad manifiesta que lo provocaba, allí la virtud oculta que traspasaba la garganta del raptor. Fue atrapado en el anzuelo, porque pereció por lo que devoró. Y ciertamente este Behemoth conocía al Hijo de Dios encarnado, pero no conocía el orden de nuestra redención. Sabía que el Hijo de Dios se había encarnado para nuestra redención, pero no sabía en absoluto que nuestro Redentor lo traspasaría muriendo. Por eso se dice bien: "A sus ojos lo atraparé como con un anzuelo". Decimos que tenemos ante nuestros ojos lo que vemos colocado delante de nosotros. El antiguo enemigo del género humano vio al Redentor puesto

ante él, a quien, reconociéndolo, confesó y temió, diciendo: "¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a atormentarnos?" (Mateo VIII, 29). Fue atrapado en sus ojos como con un anzuelo, porque lo conoció y lo mordió; y primero reconoció a quien temía, y sin embargo, después no temió, cuando en él deseó la muerte de la carne como su propio cebo. [Vet. XI.] Así que, habiendo escuchado lo que nuestra cabeza hizo por sí misma, ahora escuchemos lo que hace a través de sus miembros. Sigue:

CAPÍTULO VIII [Rec. VIII].

IBID.---Y con estacas perforará sus narices.

15. Al descubrir sus astutas insidias, los santos perforan sus narices como con estacas. ¿Qué otra cosa entendemos por estacas, es decir, palos que se afilan para ser clavados, sino los agudos consejos de los santos? Estos perforan las narices de este Behemoth, al vigilar y superar sus astutas insidias. Por las narices se percibe el olor, y al exhalar se logra reconocer incluso lo que está lejos. Por lo tanto, las astutas insidias de Behemoth se designan por sus narices, mediante las cuales intenta sagazmente conocer los ocultos bienes de nuestro corazón y dispersarlos con malas persuasiones. Así, el Señor perfora sus narices con estacas, porque penetra y debilita sus astutas insidias con los agudos sentidos de los santos. A menudo, rodea con tal arte las sendas de los buenos, que busca una entrada a la malicia a través de lo que ha conocido que han hecho bien. Pues, cuando ve a uno dar algo, enciende a otro en la llama de la discordia; y cuando ve a uno compadecerse, persuade a otro a enojarse, de modo que, al insinuar que el bien no se hizo en común, corta los ánimos concordes del bien de la gracia común. Porque, al no poder quebrantar las mentes de los justos persuadiéndolas al mal, se esfuerza por sembrar el mal entre ellos a través de sus buenas acciones. Pero los santos hombres vencen sus insidias tanto más rápidamente cuanto más sutilmente las descubren. Lo mostramos mejor si llamamos como testigo a uno de los muchos defensores de la verdad, Pablo, bajo quien un cierto corintio, habiendo cometido un acto incestuoso, fue entregado a Satanás para la destrucción de la carne como satisfacción de penitencia, y su espíritu fue reservado para el día del Señor (I Cor. V, 5). Con gran arte del magisterio, fue entregado a la pena a la que se había sometido voluntariamente en la culpa, de modo que quien había sido autor del vicio de la maldad, se convirtiera en el látigo de la disciplina. Sin embargo, habiendo realizado bien la penitencia, cuando supo que los corintios ya se habían movido misericordiosamente hacia él, dijo: A quien perdonasteis algo, también yo; porque también yo lo que perdoné, si algo perdoné, fue por vosotros en la persona de Cristo (II Cor. II, 10). Pensando en la gracia de la comunión, dijo: A quien perdonasteis algo, también yo. Como si dijera: No disiento de vuestro bien, sea mío lo que hicisteis. Y añadió de inmediato: Y yo, si algo perdoné, fue por vosotros. Como si dijera: A vuestros actos añadí el bien, lo que misericordiosamente hice por vosotros. Vuestra es la utilidad de mi bondad, mía es la utilidad de vuestra bondad. Y uniendo de inmediato esa misma unión de corazones, en la que así se mantiene, añadió: En la persona de Cristo. Como si nos atreviéramos a preguntar: ¿Por qué te unes tan cautelosamente a los discípulos? ¿Por qué conformas a ellos o a sus acciones con tan solícita mente? Inmediatamente añadió: Para que no seamos engañados por Satanás (Ibid., 11). Insinúa con qué agudo sentido traspasa sus astutas insidias al añadir: No ignoramos sus pensamientos. Como si dijera con otras palabras: Somos estacas agudas por el Señor, y penetramos las narices de este Behemoth observando sutilmente, para que lo que la mente inicia bien, él no lo convierta en un fin de malicia.

[Vet. XII.] 16. Al explorar la divinidad de Cristo, quedó atrapado y confuso por sus palabras.--Las palabras de sabiduría manifestada a través de la carne pueden ser simbolizadas por

estacas afiladas, de modo que, así como el olor se percibe por la nariz, la exploración del antiguo enemigo a través de las narices de Behemoth se figura. Este, al dudar de que Dios se había encarnado, quiso conocerlo poniendo a prueba con milagros solicitados, diciendo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes (Mat. IV, 3). Por lo tanto, como deseaba conocer el aroma de su divinidad a través de las señales de los milagros, es como si inhalara su aliento por la nariz. Pero cuando se le responde de inmediato: No sólo de pan vive el hombre. Y: No tentarás al Señor tu Dios (Ibid., 4, 7), la verdad, con el filo de sus sentencias, golpeó la indagación del antiguo enemigo, perforando sus narices como con estacas. Pero como este Behemoth se extiende a través de varios argumentos de fraude, aún se le nota con otro nombre añadido: pues se añade:

CAPÍTULO IX [Rec. IX].

VERS. 20.---¿Podrás sacar al Leviatán con un anzuelo?

17. La divinidad en la carne, como un anzuelo en el cebo, atravesó a Satanás. Leviatán, en efecto, es llamado el añadido de ellos. ¿De quiénes, si no de los hombres? A quienes una vez les impuso la culpa de la transgresión, y esta hasta la muerte eterna la extiende diariamente con sus peores sugerencias. Mientras multiplica la deuda con el interés del pecado, sin duda acumula castigos sin cesar. Leviatán también puede ser llamado por burla. Al primer hombre, con persuasión astuta, le prometió añadirle divinidad, pero le quitó la inmortalidad (Génesis III, 5). Por tanto, puede ser llamado el añadido de los hombres por burla, ya que mientras prometía añadirles lo que no eran, les quitó engañándolos incluso lo que eran. Pero este Leviatán fue capturado con un anzuelo, porque en nuestro Redentor, mientras por sus secuaces mordía el cebo del cuerpo, el aguijón de la divinidad lo perforó. Como un anzuelo, en efecto, retuvo las fauces del que engulle, mientras en Él se mostraba el cebo de la carne, que el devorador deseaba, y la divinidad permanecía oculta en el tiempo de la pasión, que lo mataría. En este abismo de aguas, es decir, en esta inmensidad del género humano, ansiando la muerte de todos, devorando la vida de casi todos, este cetáceo se movía con la boca abierta de un lado a otro, pero para la muerte de este cetáceo, el anzuelo en esta profundidad oscura de las aguas fue suspendido con una disposición maravillosa. La línea de este anzuelo es la descendencia de los antiguos padres mencionada por el Evangelio. Pues cuando se dice: Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob (Mateo I, 2); y cuando los demás sucesores se describen hasta María la virgen desposada, con el nombre de José interpuesto, se traza como una línea en cuyo extremo el Señor encarnado, es decir, este anzuelo, se ataría, al que en estas aguas del género humano este cetáceo con la boca abierta desearía, pero al morderlo por la crueldad de sus secuaces, ya no tendría fuerzas para morder más. Para que este cetáceo, acechando las muertes humanas, no devorara a quienes quisiera, este anzuelo retuvo las fauces del raptor y mordió al que lo mordía. Indicando, pues, Dios la encarnación del Hijo unigénito a su fiel siervo, dice: ¿Podrás sacar a Leviatán con un anzuelo? Entiendes que yo, que envió al Hijo unigénito encarnado para la muerte del raptor, en quien mientras se ve la carne mortal y no se ve el poder de la inmortalidad, como un anzuelo mata al devorador desde donde oculta el filo del poder con el que lo atraviesa. Sigue:

CAPÍTULO X.

IBID.---Y con una cuerda atarás su lengua.

18. El Señor ató su lengua, mientras obligó a callar los errores. — Se sobreentiende como yo. Pues la Sagrada Escritura a veces acostumbra a designar con la cuerda las suertes de las

dimensiones, a veces los pecados, a veces la fe. Porque debido a las suertes hereditarias de las dimensiones se dice: "Las cuerdas cayeron para mí en lugares deleitosos; en verdad, la herencia es hermosa para mí" (Salmo XV, 6). Las cuerdas caen en lugares deleitosos, mientras por la humildad de la vida las suertes nos acogen en una patria mejor. Nuevamente, porque los pecados se señalan con la cuerda, se dice por el profeta: "¡Ay de los que arrastran la iniquidad con cuerdas de vanidad!" (Isaías V, 18). La iniquidad se arrastra con cuerdas de vanidad, mientras por el aumento la culpa se prolonga. Por eso también se dice por el salmista: "Las cuerdas de los pecadores me rodearon" (Salmo CXVIII, 61). Porque la cuerda se tuerce añadiendo para crecer, no sin razón el pecado se figura en la cuerda, que con un corazón perverso a menudo, mientras se defiende, se multiplica. Nuevamente, la fe se expresa con la cuerda, atestiguando Salomón, quien dice: "La cuerda triple no se rompe fácilmente" (Eclesiastés IV, 12), porque la fe, que se teje desde el conocimiento de la Trinidad por la boca de los predicadores, permaneciendo fuerte en los elegidos, se disipa solo en el corazón de los reprobos. Por lo tanto, en este lugar no hay obstáculo para entender por el nombre de cuerda ya sea el pecado o la fe. Encarnado en efecto nuestro Señor ató con cuerda la lengua de Leviatán, porque apareció en semejanza de carne de pecado, y condenó todos los argumentos de sus errores (Romanos VIII, 3). Por eso, atestiguando Pablo, se dice: "Y por el pecado condenó al pecado" (Ibíd.). Ató con cuerda la lengua, porque por la semejanza de carne de pecado destruyó de los corazones de sus elegidos todos los argumentos de sus falacias. He aquí que al aparecer en carne el Señor, la lengua de Leviatán fue atada, porque al conocerse su verdad, aquellas doctrinas de falsedad callaron.

19. Los Académicos y Matemáticos son refutados.---¿Dónde está ahora el error de los Académicos, que ciertamente intentan afirmar que nada es seguro, quienes con desvergonzada frente exigen fe en sus afirmaciones de parte de los oyentes, mientras atestiguan que nada es verdadero? ¿Dónde está la superstición de los Matemáticos que, mientras observan el curso de los astros, suspenden las vidas de los hombres en los momentos de las estrellas? Cuya doctrina es claramente desmentida a menudo por el nacimiento de gemelos, que aunque nacen en el mismo momento de la hora, no perduran en una misma calidad de vida. ¿Dónde están tantas categorías de falsedad, que evitamos enumerar, para no alejarnos mucho del orden de la exposición? Pero toda doctrina de error ya ha enmudecido, porque el Señor ató la lengua de Leviatán con la cuerda de su encarnación. Por lo cual bien se dice también por el profeta: Y el Señor devastará la lengua del mar de Egipto (Isaías XI, 15). La lengua del mar es, sin duda, la ciencia de la doctrina secular. Bien se llama mar de Egipto, porque está oscurecido por la oscuridad del pecado. Por lo tanto, el Señor devastó la lengua del mar de Egipto, porque destruyó la falsa sabiduría de este mundo al mostrarse en la carne. Así, la lengua de Leviatán es atada con una cuerda, porque la predicación del antiguo pecador está ligada por la semejanza de la carne del pecado.

20. Con la difusión de la fe en la santísima Trinidad, la ciencia secular guardó silencio. Si la fe se representa con una cuerda, se nos sugiere el mismo entendimiento, porque cuando la fe en la Trinidad se dio a conocer en el mundo a través de los santos predicadores, la doctrina del mundo dejó de atacar las mentes de los elegidos. Por eso, bien se dice al Señor por medio del profeta: Tú rompiste las fuentes y los torrentes, tú secaste los ríos de Ethan (Salmo 73, 15). Ethan se interpreta como fuerte. ¿Y quién es este fuerte, sino aquel de quien el Señor dice en el Evangelio: Nadie puede entrar en la casa del fuerte y saquear sus bienes, si primero no ata al fuerte (Marcos 3, 27)? Así, el Señor rompió las fuentes y los torrentes cuando abrió en los corazones de sus apóstoles los manantiales de la verdad. De los cuales, nuevamente, se dice por otro profeta: Sacaréis agua con alegría de las fuentes del Salvador (Isaías 12, 3). A su doctrina acudimos sedientos, para llevar de regreso nuestras vasijas llenas de la verdad en

nuestros corazones. Pero al emanar sus fuentes, Ethan secó los ríos, cuando la doctrina del fuerte y maligno espíritu se secó al mostrarse el rayo de su verdad. Por tanto, Leviatán es atado con la lengua de una cuerda, porque, extendida la fe en la Trinidad, los argumentos de error guardaron silencio. Pero como ya no puede elevarse abiertamente, va de un lado a otro mordiendo con insidias. [Vet. XIV.] Sin embargo, el Señor, con admirable misericordia, vela por nosotros contra él, y lo combate incluso en lo que intenta con sus engaños. Por eso se añade:

CAPÍTULO XI [Rec. X].

VERS. 21.---¿Acaso pondrás un anillo en sus narices?

21. El círculo en las narices del diablo es la omnipotencia de la virtud divina. Así como las insidias se perciben por las narices, de igual manera, la omnipotencia de la virtud divina se representa por el círculo. Esta, al impedir que seamos atrapados por las tentaciones, rodea y contiene las insidias del antiguo enemigo con maravillosos órdenes. Por lo tanto, se le coloca un círculo en las narices, cuando su sagacidad es retenida por la fortaleza de la protección celestial, para que no prevalezca contra la debilidad de los hombres tanto como explora secretamente los argumentos de perdición. También puede designarse con el nombre de círculo la ayuda del juicio oculto, que se coloca en las narices de este Behemoth, cuando es refrenado de su astuta crueldad. Por eso, bien se dice por el profeta, cuando se le prohíbe dañar a los israelitas, al rey de Babilonia: "Pondré un círculo en tus narices" (Isaías 37, 29). Como si se dijera abiertamente: Conspiras suspirando insidias; pero al no poder cumplir lo que deseas, llevas el círculo de mi omnipotencia en tus narices, de modo que cuando anhelas ardientemente la muerte de los buenos, regresas vacío de sus vidas. Lo que en este lugar se llama círculo, la Sagrada Escritura a través de Juan en el Apocalipsis lo llama hoz. Dice: "Vi, y he aquí una nube blanca, y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del hombre, que tenía en su cabeza una corona de oro, y en su mano una hoz afilada" (Apocalipsis 14, 14). Porque el poder del juicio divino, al apretar por todas partes, se llama círculo; y porque abarca todo dentro de sí al cortar, se designa con el nombre de hoz. En la hoz, todo lo que se corta, se dobla hacia adentro. Y porque el poder del juicio supremo no se puede evitar de ninguna manera, estamos dentro de él, por más que intentemos huir, correctamente cuando se muestra al juez venidero, se dice que sostiene una hoz, porque al enfrentar poderosamente todo, rodea cortando. El Profeta se vio dentro de la hoz del juicio cuando dijo: "Si subo al cielo, allí estás; si desciendo al infierno, allí estás. Si tomo mis alas al amanecer, y habito en los confines del mar, incluso allí tu mano me guiará, y tu diestra me sostendrá" (Salmo 138, 8-10). Se vio dentro de una hoz cuando reconoció que no había lugar para escapar, diciendo: "Porque ni del oriente, ni del occidente, ni de los desiertos de las montañas" (Salmo 74, 7); se sobreentiende que no hay camino para huir, y enseguida, añadiendo la comprensión total de la potencia suprema, dice: "Porque Dios es el juez". Como si dijera: No hay camino para huir por ningún lado, porque juzga aquel que está en todas partes. Así, los juicios divinos se señalan con la hoz, porque al rodear cortan, y se expresan con el círculo, porque aprietan por todas partes. En las narices de Leviatán, por lo tanto, el Señor coloca un círculo, porque la potencia de su juicio se restringe en sus insidias para que no prevalezca tanto como desea. Se dirá entonces: "¿Pondrás un círculo en sus narices?" Se sobreentiende como yo, que con mi juicio omnipotente constriño sus astutas insidias, para que no tiene tanto como desea, ni capture tanto como tienta. Sigue:

CAPÍTULO XII.

IBID.---¿O perforarás su quijada con un anillo?

22. A muchos que ha devorado, los arranca de sus fauces.---El intelecto del círculo no difiere del brazalete, ya que este también, donde se coloca, aprieta rodeando. Pero como el brazalete se extiende más ampliamente, por el brazalete se designa una protección más intensa de su juicio oculto hacia nosotros. Por lo tanto, el Señor perfora la mandíbula de este Leviatán con el brazalete, porque con la potencia de su inefable misericordia enfrenta la malicia del antiguo enemigo, de modo que a veces incluso pierde a aquellos que ya había capturado; y casi caen de su boca, aquellos que después de cometer culpas regresan a la inocencia. ¿Quién, una vez arrebatado por su boca, escaparía de su mandíbula, si no estuviera perforada? ¿Acaso no tenía a Pedro en su boca cuando negó (Mat. XXVI, 71)? ¿No tenía a David en su boca cuando se sumergió en tal abismo de lujuria (II Sam. XI, 4)? Pero cuando ambos regresaron a la vida por medio de la penitencia, este Leviatán los perdió de alguna manera, como si fuera a través de los agujeros de su mandíbula. Por el agujero de la mandíbula fueron sustraídos de su boca aquellos que, después de perpetrar tanta maldad, regresaron arrepentidos. ¿Quién de los hombres escapará de la boca de este Leviatán, para no cometer nada ilícito? Pero de aquí conocemos cuánto le debemos al redentor del género humano, quien no solo nos prohibió entrar en la boca del Leviatán, sino que también nos permitió regresar de su boca; quien no quitó la esperanza al pecador, porque perforó su mandíbula para otorgar un camino de escape, para que al menos después de la mordida huya, quien antes, imprudente, no temía ser mordido. Por lo tanto, en todas partes nos encontramos con la medicina celestial, porque dio al hombre preceptos para que no peque, y sin embargo, dio remedios para pecar, para que no desespere. Por lo tanto, se debe tener sumo cuidado de que nadie sea arrebatado por la boca de este Leviatán por la delectación del pecado, y sin embargo, si ha sido arrebatado, no debe desesperar, porque si lamenta perfectamente el pecado, aún encuentra un agujero en su mandíbula por el cual escapar. Ya está siendo triturado por los dientes, pero aún si se busca una vía de escape, se encuentra un agujero en su mandíbula. Incluso el capturado tiene por dónde salir, quien no quiso prever para no ser capturado. Por lo tanto, quien aún no ha sido capturado, que evite su mandíbula; quien ya ha sido capturado, que busque el agujero en la mandíbula. Porque nuestro creador es piadoso y justo.

[Vet. XV.] 23. Antes de la culpa, la justicia de Dios debe ser temida; después de la culpa, se debe esperar en la misericordia. La caída de los mayores debe ser una advertencia para los menores.---Pero que nadie diga: Porque es piadoso, peco venialmente. Y nadie que haya pecado diga: Porque es justo, desespero del perdón del pecado. Pues Dios perdona el crimen que se lamenta, pero cada uno debe temer cometer lo que no sabe si podrá lamentar dignamente. Antes de la culpa, por lo tanto, tema la justicia, pero después de la culpa, confíe en la piedad; y no tema tanto la justicia que no se recupere con el consuelo de la esperanza; ni confíe tanto en la misericordia que descuide aplicar a sus heridas el remedio de una penitencia digna; sino que quien presume que se le perdonará piadosamente, siempre piense también que será juzgado estrictamente. Bajo la piedad de Dios, la esperanza del pecador debe alegrarse, pero bajo su severidad, la corrección del penitente debe temblar. Así, la esperanza de nuestra presunción debe tener también el aguijón del temor, para que la justicia del juez nos aterre a corregir los pecados, a quien la gracia del que perdona invita a la confianza del perdón. Por eso, un sabio dice: No digas, Las misericordias del Señor son muchas, no se acordará de mis pecados (Eccl. V, 6). Pues inmediatamente añade su piedad y su justicia, diciendo: Porque de él son la misericordia y la ira (Ibid., 7). Así, la clemencia divina perforando la quijada de este Behemoth, en todas partes se presenta al género humano tanto misericordiosa como poderosamente, porque no ha callado la advertencia de precaver al libre, ni ha retirado el remedio de huir al cautivo. Por eso, en la Sagrada Escritura se han

consignado los pecados de tales hombres, es decir, de David y Pedro, para que la caída de los mayores sea una advertencia para los menores. Y por eso también se insinúa allí tanto la penitencia como el perdón de ambos, para que la esperanza de los que perecen sea la recuperación de los perdidos. Por lo tanto, nadie se enorgullezca por la caída de David de su estado. Tampoco nadie desespere por el levantamiento de David de su caída. He aquí cómo la Sagrada Escritura, de manera admirable, con la misma palabra oprime a los soberbios y levanta a los humildes. Pues relató un solo hecho, y de manera diversa llamó a los soberbios al temor de la humildad, y a los humildes a la confianza de la esperanza. ¡Oh, inestimable medicina de nuevo género, que colocada en el mismo orden, seca lo hinchado oprimiendo, y llena lo árido levantando! Nos aterrorizó con la caída de los mayores, pero nos fortaleció con su reparación.

24. En vano espera misericordia quien no teme la justicia. Así, en efecto, la misericordia de la divina dispensación siempre nos reprime cuando nos enorgullecemos, y nos sostiene para que no caigamos en la desesperación. Por eso, también a través de Moisés nos advierte, diciendo: No tomarás en prenda la muela superior ni la inferior (Deut. XXIV, 6). Pues a veces decimos tomar por quitar. De ahí que aquellas aves que son ávidas de rapiñar otras aves se llamen halcones. Por eso el apóstol Pablo dice: Soportáis si alguien os devora, si alguien os toma (II Cor., XI, 20). Como si dijera, si alguien os arrebatara. La prenda del deudor es la confesión del pecador. Pues se toma prenda del deudor, cuando se retiene la confesión del pecado del pecador. La muela superior e inferior son la esperanza y el temor. La esperanza, en efecto, eleva a lo alto, mientras que el temor oprime el corazón hacia abajo. Pero la muela superior e inferior están unidas de tal manera que una sin la otra se tiene inútilmente. En el corazón del pecador, por tanto, deben unirse incesantemente la esperanza y el temor, porque en vano espera misericordia si no teme también la justicia; en vano teme la justicia si no confía también en la misericordia. Por lo tanto, se prohíbe quitar en prenda la muela superior o inferior, porque quien predica al pecador debe componer su predicación con tal disposición que no quite el temor dejando la esperanza, ni lo deje solo en el temor quitando la esperanza. Pues se quita la muela superior o inferior si, por la lengua del predicador, en el corazón del pecador se divide el temor de la esperanza o la esperanza del temor.

25. Por qué Dios no guarda a los elegidos ilesos de los vicios carnales. La soberbia es un pecado mayor que la lujuria. El hombre hace de la medicina una herida, Dios hace de la herida una medicina.---Pero, dado que, por la causa que lo exige, hemos traído a colación a David, hemos recordado un crimen tan grande, el ánimo del lector tal vez se conmueva, preguntándose por qué el Dios omnipotente, que ha elegido a algunos para siempre, que los ha elevado a la cumbre de los dones espirituales, no los guarda ilesos de los vicios corporales. Por lo tanto, porque creemos que se debe satisfacer rápidamente, respondemos brevemente. Algunos, en efecto, caen en el vicio de la soberbia a través de los dones recibidos de las virtudes, a través de la gracia otorgada de las buenas obras, pero no reconocen en qué han caído. Por consiguiente, contra ellos, el enemigo antiguo, porque ya domina interiormente, también se le permite atacar exteriormente, para que aquellos que se han elevado en pensamiento sean derribados por la lujuria de la carne. Sabemos, sin embargo, que a veces es menos grave caer en la corrupción del cuerpo que pecar en pensamiento con deliberada altivez; pero como la soberbia se considera menos vergonzosa, se evita menos. La lujuria, en cambio, avergüenza más a los hombres, ya que todos la conocen como vergonzosa. Por lo tanto, sucede a menudo que algunos, después de caer en la soberbia, caen en la lujuria, y por la caída abierta se avergüenzan del mal de la culpa oculta; y entonces corrigen incluso las cosas mayores, cuando, derribados en las menores, se confunden más gravemente. Se ven a sí mismos como culpables en las cosas menores, quienes se creían libres en las más graves. Por

la piadosa disposición del Señor, a veces este Behemoth, al ser soltado, arrastra de culpa en culpa, y mientras golpea más, pierde a aquel que había capturado, y de donde parecía haber vencido, es superado. Es digno de considerar cuánto nos sostiene Dios dentro del refugio fortificado de la gracia con su favor misericordioso. He aquí que quien se enorgullece de la virtud regresa a la humildad a través del vicio. [Vet. XVI.] Quien se enorgullece de las virtudes recibidas, no es herido por la espada, sino, por así decirlo, por la medicina. ¿Qué es la virtud, sino una medicina? ¿Y qué es el vicio, sino una herida? Porque nosotros hacemos de la medicina una herida, Él hace de la herida una medicina, para que quienes somos heridos por la virtud, seamos curados por el vicio. Nosotros torcemos los dones de las virtudes para el uso de los vicios, Él toma las seducciones de los vicios en el arte de las virtudes, y golpea el estado de salvación para preservarlo, para que quienes huimos de la humildad corriendo, al menos nos aferremos a ella al caer. Pero entre estas cosas, se debe saber que muchos hombres, cuanto más caen en muchas cosas, más estrechamente son atados; y cuando este Behemoth los golpea con un vicio para que caigan, también los ata con otro para que no se levanten. Considere, pues, el hombre con qué enemigo libra la guerra; y si ya percibe que ha fallado en algo, al menos tema ser arrastrado de culpa en culpa, para que se eviten diligentemente las heridas, con las cuales frecuentemente mata, porque es muy raro que nuestro enemigo sirva a la salvación de los elegidos incluso con heridas.

26. La tentación a veces es una custodia de los méritos. El diablo, al tentar a los santos, los guarda para el reino a pesar suyo. Sin embargo, la mandíbula de este Behemoth puede entenderse de otra manera, de modo que se diga que retiene en su boca no a aquellos que ya ha implicado completamente en el pecado, sino a aquellos a quienes todavía tienta con las persuasiones del pecado, de manera que morder a cualquiera sea tentarlo con el deleite del pecado. Recibió el mandato de morder, pero no de devorar a Pablo, cuando después de tantas sublimes revelaciones lo agitaba con el aguijón de la carne (II Cor. XII, 7). Entonces, cuando recibió la licencia de tentarlo, lo sostuvo en su mandíbula, pero perforada. Aquel que podía perecer por su altivez, fue tentado para que no pereciera. Por lo tanto, aquella tentación no fue un abismo de vicios, sino una custodia de méritos, porque este Leviatán, al fatigarlo en la aflicción, lo trituró, pero no lo devoró capturándolo en culpa. No perdería a los hombres elevados en santidad, si no los tentara. En efecto, no serían santos aquellos que se enorgullecieran de la gloria de la santidad, y caerían tanto bajo su dominio cuanto se elevaran en sus virtudes. Pero, en un admirable orden de dispensación, mientras son tentados, son humillados, y mientras son humillados, dejan de ser suyos. Por lo tanto, bien se dice que la mandíbula de este Behemoth está perforada, porque a los elegidos de Dios, de donde los tritura, de allí los pierde; de donde los tienta para perderlos, actúa de manera que no perezcan. Así, el antiguo enemigo, sirviendo a las ocultas dispensaciones de Dios, tienta a las almas de los santos hacia la perdición queriendo, pero al tentarlos los guarda para el reino a pesar suyo. Por lo tanto, su mandíbula está perforada, porque a aquellos que tritura tentando, es decir, mordiendo, los pierde como si los devorara. Y esto no se hace por providencia humana, sino divina, para que la misma astucia del antiguo adversario contribuya a la utilidad de los justos, de modo que cuando tienta a los elegidos, al tentarlos más los custodia, bien se dice al bienaventurado Job: ¿O perforarás con un anillo su mandíbula? Entiendes como yo, que disponiendo todo con providencia, guardo más robustamente en integridad a mis elegidos de donde permito que sean de alguna manera sacudidos de su integridad por la mandíbula de este Leviatán. Sigue:

CAPÍTULO XIII [Ant. XVIII, Rec. XII].

VERS. 22.---¿Acaso multiplicará sus súplicas ante ti, o te hablará con palabras suaves?

1093 27. Satanás, ya sea por sí mismo o a través de sus miembros, es decir, los réprobos, dirigió súplicas a Cristo. —Se sobreentiende: para mí. Pues si estas palabras se refieren a la persona del Hijo, le hablaba con suavidad al encarnado cuando decía: Sé que eres el santo de Dios (Luc. IV, 34). A quien este Leviatán multiplicó las súplicas, cuando a través de la legión sometida a él dijo: Si nos echas, envíanos al hato de cerdos (Mat. VIII, 31). Aunque se puede entender más claramente que multiplica las súplicas al Señor, cuando en el último día del juicio los inicuos, que son su cuerpo, suplican ser perdonados, cuando sus miembros, es decir, los réprobos, clamando tarde dicen: Señor, Señor, ábrenos (Luc. XIII, 25). A quienes inmediatamente se les dice: No sé de dónde sois. Entonces también hablará suavemente al Señor a través de sus miembros, cuando muchos de su cuerpo dirán: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? (Mat. VII, 22). En verdad, suplicando dicen cosas suaves, cuando replican en su nombre lo que hicieron, pero con corazón duro, al hacerlo, lo tomaron para su propia alabanza. Por lo cual pronto oyen: No sé quiénes sois (Ibid., 23). Sigue:

CAPÍTULO XIV [Rec. XIII].

VERS. 23.---¿Acaso hará un pacto contigo? Se sobreentiende como conmigo: Y lo tomarás como siervo eterno.

28. Los santos son probados para su utilidad y conforme a la voluntad de Dios.---Se sobreentiende que yo también. Pero es muy importante observar con atención que este Leviatán hace un pacto con el Señor para ser su siervo eterno. En un pacto, se cumple la voluntad de las partes en desacuerdo, de modo que cada una alcanza su deseo y las disputas se concluyen con el fin deseado. Así, el antiguo enemigo, encendido por la malicia de su propia maldad, discrepa de la sinceridad de la divina inocencia, pero incluso en su discordia no se aparta del juicio de Dios; pues siempre desea maliciosamente tentar a los hombres justos, pero el Señor permite que esto ocurra ya sea misericordiosamente o justamente. Esta misma licencia de tentación se llama pacto, en la cual se lleva a cabo el deseo del tentador, y sin embargo, de manera maravillosa, se cumple la voluntad del justo dispensador. Porque, como dijimos recientemente, el Señor a menudo somete a sus elegidos al tentador para instruirlos, como después de las puertas del paraíso, después de los secretos del tercer cielo, para que Pablo no pudiera enorgullecerse por la grandeza de las revelaciones, se le dio un ángel de Satanás (II Cor. XII, 7). Pero, como hemos dicho antes, esta misma tentación se dispone de tal manera que aquellos que podrían perecer por su altivez, sean salvados de la perdición por su humildad. Por el orden secreto de la dispensación, donde se permite que la iniquidad del diablo actúe, allí se perfecciona piadosamente la benignidad de Dios. Y bien se dice que de este pacto que se hace con el Señor, se recibe un siervo, porque obedece a los impulsos de la gracia suprema, desde donde ejerce la ira de su malvada voluntad. [Vet. XIX.] Por lo tanto, es siervo por el pacto, quien, mientras se le permite cumplir su voluntad, está atado por la voluntad del consejo supremo, para que, como se ha dicho, quiera tentar a los elegidos de Dios, y al tentar, sin saberlo, los pruebe.

29. La pena de los réprobos sirve a la gloria de los elegidos de Dios.---Pero, dado que en esta vida sirve a los usos de los elegidos mientras pueda ejercer la malicia de su iniquidad a través de tentaciones, y en este lugar se dice que es recibido por el Señor no solo como siervo por pacto, sino como siervo eterno, nos vemos obligados a investigar cómo demostrar que sirve al Señor perpetuamente incluso después del fin de la vida presente. Pues no se le permite entonces tentar a los justos, que resplandecen con felicidad celestial, ya que ante sus ojos es

entregado a los fuegos eternos del infierno, porque en aquella patria celestial no han de ser instruidos por tentaciones, donde ya son recompensados por los trabajos de las tentaciones. Pero entonces este Leviatán, con su cuerpo, es decir, con todos los réprobos, es entregado a las llamas vengadoras, en las cuales será atormentado sin fin. Y mientras los justos contemplan estos tormentos, crecen en alabanzas a Dios, porque ven en sí mismos el bien con el que han sido recompensados, y en ellos observan el suplicio que han evitado. Así, entonces, será hermosa la totalidad, mientras el infierno castiga justamente a los impíos, y la felicidad eterna recompensa justamente a los piadosos. Pues así como el color negro se coloca en una pintura para que el blanco o el rojo superpuestos se muestren más hermosos, así también Dios, ordenando bien a los malos, exhibe alegrías más felices de los bienaventurados, mostrando ante sus ojos los suplicios de los réprobos. Y aunque esa visión del Señor no sea lo que aumente su gozo, sin embargo, se sienten más deudores a su Creador cuando ven el bien que justamente reciben como recompensa y el mal que, ayudados misericordiosamente, han vencido. [Rec. XIV] Por lo tanto, si la tentación de este Leviatán aquí, y su condenación allí, beneficia a la utilidad de los justos, es un siervo eterno mientras sirve inconscientemente a las alabanzas de Dios, y allí su pena es justa, y aquí su voluntad es injusta. Sigue:

CAPÍTULO XV [Ant. XX].

VERS. 24.---¿Acaso te burlarás de él como de un ave?

30. El diablo es un animal cuadrúpedo por la insensatez de su acción impura; un dragón por su malicia dañina; un ave por su altivez. ¿Por qué nuestro adversario es llamado primero Behemoth, luego Leviatán, y ahora se compara con un ave en la ilusión de su perdición? Behemoth, como hemos dicho, se interpreta como bestia, que se muestra cuadrúpeda, ya que se dice que come hierba como un buey. Leviatán, en cambio, porque se captura con un anzuelo, sin duda se conoce como una serpiente en las aguas. Ahora se asemeja a un ave, cuando se dice: "¿Acaso lo engañarás como a un ave?" Indaguemos, pues, por qué se le llama bestia, o animal, por qué dragón, por qué ave. Conocemos más rápidamente sus nombres si exploramos sutilmente la astucia de su tergiversación. Pues vino del cielo a la tierra, y ya no se eleva con ninguna esperanza celestial. Por la insensatez de su acción impura, es un animal irracional y cuadrúpedo; un dragón por su malicia dañina; un ave por la ligereza de su naturaleza sutil. Porque ignora lo que actúa en su contra, es una bestia con sentido bruto; porque desea maliciosamente hacernos daño, es un dragón; porque se enorgullece soberbiamente de la sutileza de su naturaleza, es un ave. Nuevamente, porque en lo que actúa inicua es poseído por la virtud divina para nuestra utilidad, es un animal; porque muerde de manera oculta, es una serpiente; y porque a veces, por su indomable soberbia, incluso se simula como ángel de luz, es un ave. Pues aunque desafía al género humano con un arte de iniquidad inexplicable, nos tienta mucho con tres vicios, para someter a unos por la lujuria, a otros por la malicia, y a otros por la soberbia.

31. Según esas diversas formas, intenta de diferentes maneras. Satanás muestra el cebo, Cristo oculta la trampa. Por lo tanto, no sin razón, en lo que intenta hacer, se le llama por el nombre de sus acciones, cuando se le dice bestia, dragón o ave. En aquellos a quienes incita a la necedad de la lujuria, es una bestia; en aquellos a quienes inflama con la malicia de hacer daño, es un dragón; en aquellos a quienes eleva en el orgullo de la soberbia, como si fueran sabios en lo alto, es un ave; y en aquellos a quienes contamina simultáneamente con lujuria, soberbia y malicia, es a la vez bestia, dragón y ave. Pues se introduce en el corazón de los engañados con tantas formas como maldades les ha implicado. Por lo tanto, se le llama con el

nombre de muchas cosas, porque se transforma en diversas formas ante las mentes de los engañados. Pues cuando tienta a alguien a través de la lujuria de la carne, y sin embargo no lo supera, cambia su sugerencia e inflama su corazón con malicia. Porque, al no poder llegar a él como bestia, viene como dragón. No puede corromperlo con el veneno de la malicia, pero sin embargo le opone sus bienes ante sus ojos y eleva su corazón en soberbia. Por lo tanto, al no poder acercarse a él como dragón, pero al atraerlo con la fantasía de la vana gloria, voló ante los ojos de su mente como un ave. Esta ave, sin duda, se eleva contra nosotros con mayor ferocidad cuanto menos está impedida por la debilidad de su naturaleza. Porque no está oprimida por la muerte de la carne, y vio a nuestro Redentor en carne mortal, se hinchó con un orgullo más alto; pero cuando levantó el ala de la soberbia contra su Creador, allí encontró la trampa de su muerte. Pues fue derribado por la muerte de esa carne que, en su altivez, había deseado; y allí encontró la trampa, donde había codiciado la muerte del justo como cebo para su malicia. [Vet. XXI.] Por lo tanto, se dice: ¿Acaso lo engañarás como a un ave? Pues el Señor lo engañó como a un ave, cuando en la pasión de su Hijo unigénito le mostró el cebo, pero ocultó la trampa. Porque vio lo que percibiría con la boca, pero no vio lo que lo atraparía en la garganta. Pues aunque había confesado que era el Hijo de Dios, sin embargo, creyó que moriría como un simple hombre, y a cuya muerte incitó los ánimos de los judíos perseguidores (Mat. VIII, 29). Pero se entiende que ya tarde, en el momento de su traición, reconoció que él mismo sería castigado por esa muerte. Por eso también aterrizó en sueños a la esposa de Pilato, para que su marido cesara en la persecución del justo (Mat. XXVII, 19). Pero ninguna maquinación pudo oponerse a lo dispuesto por la interna dispensación. Pues convenía que la muerte del justo, muriendo injustamente, liberara la muerte de los pecadores que mueren justamente. Y como este Leviatán ignoró esto hasta el tiempo de su pasión, fue engañado como un ave, y sufrió la trampa de su divinidad, mientras mordía el cebo de su humanidad. Sigue:

CAPÍTULO XVI [Rec. XV].

IBID.---O lo atarás a tus siervas.

32. Cristo, eligiendo lo débil del mundo, venció la fortaleza del diablo. La casa de la sabiduría es el cuerpo de Cristo y la Iglesia. Para predicar el Evangelio, solo fueron elegidos aquellos que por sí mismos no serían idóneos. — Se sobreentiende como yo. En los siervos, aunque la condición sea despreciada, la valentía prevalece; en las siervas, sin embargo, junto con la condición, el sexo también yace. Por tanto, el Señor afirma que atará a este Leviatán no con sus siervos, sino con sus siervas, porque al venir para nuestra redención y enviar a sus predicadores contra la soberbia del mundo, eligió a los insensatos dejando a los sabios, a los débiles dejando a los fuertes, a los pobres dejando a los ricos. Así, el Señor ató la fortaleza de este Leviatán con sus siervas, porque, como atestigua Pablo: Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (1 Cor. I, 27). Por eso, bien se dice por Salomón: La sabiduría edificó su casa, labró sus siete columnas, inmoló sus víctimas, mezcló su vino, dispuso su mesa, envió a sus siervas para que llamaran a la ciudadela y a las murallas de la ciudad (Prov. IX, 1, 2, 3). En efecto, la sabiduría se construyó una casa cuando el Hijo unigénito de Dios, en sí mismo, dentro del vientre de la Virgen, mediante el alma, creó para sí un cuerpo humano. Así, el cuerpo del Unigénito se llama casa de Dios, como también se llama templo; de tal manera que el mismo es el Hijo de Dios y del hombre, quien habita y es habitado. Sin embargo, esto también se puede entender correctamente de otra manera, si la casa de la sabiduría se llama Iglesia. Esta se labró siete columnas, porque levantó las mentes de los predicadores, separadas del amor del siglo presente, para sostener la estructura de la misma Iglesia. Estas, por estar apoyadas en la virtud de la perfección, se designan con el número

siete. Inmoló víctimas, porque permitió que la vida de los predicadores fuera sacrificada en la persecución. Mezcló vino, porque nos predicó igualmente los misterios de su divinidad y humanidad. También dispuso la mesa, porque al abrírnos los manjares de la Sagrada Escritura, nos los preparó. Envío también a sus siervas, que nos llamaran a la ciudadela y a las murallas de la ciudad, porque se preocupó por tener predicadores débiles y despreciados, que reunieran a los pueblos fieles hacia las edificaciones celestiales de la patria espiritual. Por eso, en el Evangelio, el Señor alaba a Natanael (Juan I, 47), pero no lo cuenta entre los predicadores, porque para predicar debían venir aquellos que no tenían nada de alabanza propia, para que tanto más sólidamente se reconociera que lo que hacían era de la verdad, cuanto más claramente se viera que no habrían sido idóneos por sí mismos para hacerlo. Así, para que el poder admirable resplandeciera a través de las lenguas de los predicadores, primero se hizo más admirable que el mérito de esos mismos predicadores fuera nulo. Por tanto, el Señor envió a las siervas y ató la fortaleza de este Leviatán, porque presentó al mundo predicadores débiles, y restringió bajo el vínculo de su terror a los poderosos, que eran su cuerpo. Y en sí mismo, este Leviatán es atado por las siervas, cuando, al predicar los débiles, resplandeciendo la luz de la verdad, al antiguo enemigo no se le permite saquear tanto como quisiera contra las mentes de los elegidos; sino que, para que no mantenga a todos los que desea bajo la cautividad de la infidelidad, es constreñido por signos y virtudes. Él, por tanto, hace esto poderosamente por sí mismo, quien no otorga fuerzas a los fuertes contra él. Pero como el Señor insinúa a quienes envía contra él, ahora también añade lo que deben hacer aquellos que son enviados. Sigue:

CAPÍTULO XVII [Ant. XXII, Rec. XVI].

VERS. 25.---Lo despedazarán sus amigos, lo repartirán los mercaderes.

33. Los miembros del diablo son cortados cuando los pecadores son separados de su cuerpo para ser unidos a Cristo. Los predicadores son negociantes. Este Leviatán es cortado tantas veces como sus miembros son separados de él por la espada de la palabra divina. En efecto, los inicuos, cuando escuchan la palabra de la verdad y, golpeados por el santo temor, se apartan de la imitación del antiguo enemigo, él mismo es dividido en su cuerpo, del cual son sustraídos aquellos que se habían adherido perversamente. A estos mismos los llama amigos, a quienes anteriormente llamó siervos; también los llama negociantes, a quienes había llamado amigos. En efecto, los santos predicadores primero son siervos por temor, luego amigos por fe, y finalmente negociantes por acción. A estos, cuando son débiles, se les dice: No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino (Luc. XII, 32). A estos, cuando se fortalecen, se les dice: Vosotros sois mis amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer (Juan XV, 15). A estos, cuando finalmente avanzan en la operación del negocio, se les ordena: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura (Marcos XVI, 15). En la predicación de la fe se lleva a cabo como un cierto negocio, mientras se da la palabra y se recibe la fe de los oyentes. Realizan como un cierto negocio, quienes ofrecen la predicación y reciben la fe de los pueblos. Imparten la fe y toman de inmediato su santa vida. Pues si la predicación de los justos no fuera un negocio, ciertamente el salmista no diría: Tomad el salmo y dad el pandero (Salmo LXXX, 2). En el pandero, en efecto, el cuero se seca para que suene. ¿Qué significa entonces decir: Tomad el salmo y dad el pandero, sino recibid el cántico espiritual del corazón y devolved la maceración temporal del cuerpo? Si la predicación celestial no fuera un negocio, de ninguna manera Salomón bajo la figura de la mujer fuerte diría de la santa Iglesia: Hizo una túnica de lino y la vendió, y entregó un cinturón al cananeo (Prov. XXXI, 24). ¿Qué se significa por la tela de lino, sino la sutil textura de la santa predicación? En la cual se descansa suavemente,

porque la mente de los fieles se refresca en ella con la esperanza celestial. Por eso a Pedro se le muestran los animales en un lienzo (Hechos X, 11), porque las almas de los pecadores, misericordiosamente reunidas, se contienen en la suave quietud de la fe. Esta túnica, por tanto, la Iglesia la hizo y la vendió, porque la fe que había tejido creyendo, la dio hablando, y de los infieles recibió la vida de recta conversación. Y entregó un cinturón al cananeo, porque por el vigor de la justicia demostrada, ató las obras inestables de la gentilidad, para que lo que se ordena se mantenga viviendo: Ceñid vuestros lomos (Luc. XII, 35). Por tanto, el Señor buscando a sus predicadores los encuentra siervos, los transforma en amigos, y los exhibe como negociantes enriquecidos. Pues quienes antes temieron las amenazas del mundo como débiles, después ascienden a conocer los consejos divinos. Enriquecidos con virtudes, son llevados hasta ejercer el negocio de la fe, para que corten los miembros de este Leviatán con mayor severidad al increpar y persuadir, cuanto más se unen a sí mismos al amor de la verdad como amigos, y sustraen las almas de los pecadores de él con mayor rapidez, cuanto más se muestran como negociantes idóneos en sí mismos con vastos almacenes de virtudes. Pues porque por los predicadores de Dios se divide muy laudablemente la posesión de este Leviatán, la voz de la verdad lo promete por el profeta, diciendo: Y si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca (Jeremías XV, 19). En efecto, separa lo precioso de lo vil, quien separa las mentes humanas de la reprobable imitación del antiguo enemigo. Con razón se le llama boca de Dios, porque por él sin duda se forman las palabras divinas. Sigue:

CAPÍTULO XVIII [Rec. XVII].

VERS. 26. ¿Acaso llenarás las redes con su piel, y las cestas de peces con su cabeza?

34. En la red de la Iglesia primero fueron capturados pescadores, luego a través de ellos, retóricos y filósofos. ¿Qué se designa con las redes o el vivero de peces sino a las comunidades de fieles que forman la única Iglesia católica? Por eso está escrito en el Evangelio: "El reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, que recoge toda clase de peces" (Mateo XIII, 47). El reino de los cielos, es decir, la Iglesia, es llamado así porque el Señor eleva sus costumbres hacia lo celestial, y ya reina en el Señor a través de una vida celestial. Esta se compara adecuadamente a una red echada al mar, que recoge toda clase de peces, porque, lanzada en este mundo gentil, no rechaza a nadie; sino que captura a los malos con los buenos, a los soberbios con los humildes, a los iracundos con los mansos, y a los necios con los sabios. En la piel del Leviatán, tomamos a los necios de su cuerpo, y en la cabeza, a los prudentes. O ciertamente, la piel, que está en el exterior, representa a los súbditos que sirven en estas cosas extremas, y la cabeza, a los superiores. Y el Señor, guardando el orden, afirma que llenará estas redes o vivero de peces, es decir, su Iglesia y los votos de los fieles, primero con su piel y luego con su cabeza, porque, como dijimos anteriormente (Sup., c. 16 de este libro, n. 32), primero eligió lo débil para luego confundir lo fuerte. Eligió, en efecto, lo necio del mundo para confundir a los sabios (I Cor. I, 27). Primero reunió a los indoctos, y luego a los filósofos; y no enseñó a los pescadores a través de oradores, sino que con un poder admirable sometió a los oradores a través de los pescadores. Dice, por tanto: "¿Llenarás las redes con su piel, o el vivero de peces con su cabeza?" Entiendes, como yo, que dentro de la Iglesia de los fieles primero recojo como piel a los extremos y más bajos del diablo, y luego someto su cabeza, es decir, a los prudentes adversarios míos. Sigue: "¿Pondrás tu mano sobre él?" Es decir, como yo, que reprimiéndolo con fuerte poder, no permito que se ensañe más de lo conveniente, y su saña, en la medida que lo permito, la vuelvo en beneficio de mis elegidos. O ciertamente, poner la mano sobre él es superarlo con el poder de la virtud. Por lo tanto, al bienaventurado Job se le dice mediante una pregunta:

VERS. 27.---¿Pondrás tu mano sobre él?

[Vet. XXIII.] ¿Acaso se diría abiertamente? ¿Acaso lo reprimirás con su propia virtud? Por lo cual, adecuadamente se añade enseguida:

CAPÍTULO XIX.

IBID.---Recuerda la guerra, y no hables más.

35. Con cuánta alta disposición Dios oprime a sus siervos ya sea con amenazas o incluso con azotes.---La alta disposición de los juicios de Dios a menudo ataca a sus siervos bien merecidos ya sea con amenazas, los oprime con azotes, los carga con ciertos pesos superpuestos, o los involucra en ocupaciones laboriosas, porque con su maravillosa potencia prevé que si permanecieran en tranquilidad, quietos y libres, no podrían soportar las tentaciones del adversario, y caerían abatidos por las heridas de la mente. Por lo tanto, mientras los ocupa externamente con azotes o cargas que deben soportar, los oculta de recibir internamente los dardos de las tentaciones. Es costumbre de la medicina atraer a menudo el ardor de las entrañas hacia el prurito de la piel, y muchas veces cura internamente desde donde hiere externamente. Así, a veces, se actúa con el remedio de la disposición divina para que los dolores exteriores eliminen la herida interna, y con las secciones de los azotes se repela la podredumbre interior de los vicios que podría ocupar la mente; y sin embargo, a menudo, mientras los hombres no son conscientes de la culpa manifiesta, y ya sea que se vean atormentados por dolores o deprimidos por trabajos, se lanzan en quejas contra el juez justo y omnipotente, mirando menos de lo que deberían contra qué fuerte adversario están librando la batalla. Si observaran cuidadosamente sus fuerzas intolerables, de ninguna manera murmurarían sobre lo que soportan externamente.

36. Estas dificultades no parecen graves si consideramos las batallas más pesadas del enemigo oculto. No temamos el látigo del padre, sino la espada del enemigo. Sin embargo, nos parecen graves porque no queremos considerar las batallas más pesadas del adversario oculto. De estas batallas, como hemos dicho, a menudo somos defendidos mientras somos castigados, y somos ocultados mientras somos afligidos. Porque nuestra carne, antes de ser fortalecida por la incorruptibilidad de la resurrección, si no es afectada por el dolor, se desenfrena en las tentaciones. ¿Quién no sabe que es mucho mejor arder con la llama de la fiebre que con el fuego de los vicios? Y sin embargo, cuando somos atacados por la fiebre, murmuramos por el golpe, porque descuidamos considerar el ardor de los vicios que podría habernos ocupado. ¿Quién no sabe que es mucho mejor estar sometido a hombres duros en el servicio que a espíritus demoníacos aduladores? Y sin embargo, cuando somos oprimidos por el alto juicio de Dios bajo el yugo de la condición humana, nos quejamos, porque prestamos menos atención al hecho de que si ninguna condición de servidumbre nos oprimiera, tal vez nuestra mente, libre, serviría peor a muchas iniquidades. Por lo tanto, creemos que estas cosas que soportamos son graves, porque no vemos cuán duras e intolerables son las batallas del enemigo astuto contra nosotros. Todo peso se volvería insignificante para nuestra mente si considerara las batallas del enemigo oculto que podrían oprimirla. ¿Qué pasaría si el Dios omnipotente aliviara las cargas que sufrimos, pero retirara su ayuda y nos dejara entre las tentaciones de este Leviatán? ¿A dónde iríamos con un enemigo tan feroz si no fuéramos defendidos por las protecciones de nuestro Creador? Porque el bienaventurado Job no era consciente de culpa en sí mismo, y sin embargo soportaba duros castigos, para que no excediera en el vicio de la murmuración, se le recuerda que tema, y se le dice: Recuerda la

batalla, y no añadas más palabras. Como si se le dijera abiertamente: Si consideras la guerra del enemigo oculto contra ti, no acusas nada de lo que sufres de mí. Si ves la espada del adversario que te ataca, de ninguna manera temes el látigo del padre. Porque ves con qué látigo te golpeo, pero descuidas mirar de qué gran enemigo te libero al castigarte. Recuerda, pues, la batalla, y no añadas más palabras, es decir, muéstrate en silencio ante la disciplina del padre, tanto como te ves débil ante las batallas del enemigo. Por lo tanto, mientras eres golpeado por mi corrección, para que lo soportes con ecuanimidad, recuerda a tu enemigo, y no consideres duro todo lo que sufres, mientras eres liberado de las pasiones internas por los tormentos externos. Pero como este Leviatán se halaga a sí mismo con una falsa promesa de la misericordia divina, después de haber introducido el terror de su fortaleza, y haber movido el ánimo del bienaventurado Job en su consideración, diciendo: Recuerda la batalla, y no añadas más palabras; para mostrar la irremisible culpa de él, inmediatamente añadió:

CAPÍTULO XX [Ant. XXIV, Rec. XIX].

VERS. 28.--- He aquí, su esperanza lo defraudará.

37. La condenación eterna del diablo y de todos los réprobos será proclamada ante todos los elegidos.---Esto debe entenderse de tal manera que también pueda referirse a su cuerpo, porque todos los inicuos que no temen la severidad de la justicia divina se halagan en vano con la misericordia. Y volviendo inmediatamente a nuestra consolación, anuncia la futura destrucción en el juicio final, diciendo:

Y será precipitado a la vista de todos.

Porque a la vista de todos será precipitado, ya que entonces, con el eterno juez apareciendo terriblemente, estando presentes las legiones de ángeles, asistiendo todo el ministerio de las potestades celestiales, y con todos los elegidos llevados a este espectáculo, esta bestia cruel y fuerte es llevada cautiva al medio, y con su cuerpo, es decir, con todos los réprobos, es entregada a los eternos incendios del infierno, cuando se dice: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25, 41). ¡Oh, qué espectáculo será aquel, cuando esta bestia inmensamente feroz sea mostrada a los ojos de los elegidos, que en este tiempo de guerra podría haberlos aterrorizado demasiado, si se hubiera visto! Pero se actúa según el consejo oculto y maravilloso de Dios, para que ahora, por su gracia, sea vencida sin ser vista por los combatientes, y entonces sea vista ya cautiva por los victoriosos alegres. Entonces los justos reconocen más plenamente, con la ayuda divina, cuánto deben, cuando vean a la bestia tan fuerte que ahora, siendo débiles, han vencido, y en la inmensidad de su enemigo contemplan cuánto deben a la gracia de su defensor. Porque nuestros soldados regresan de esta batalla trayendo los trofeos de las virtudes; y habiendo recuperado sus cuerpos, cuando ya en aquel juicio obtienen la entrada al reino celestial, primero contemplan las fuerzas inmensamente grandes de este antiguo serpiente, para que no consideren insignificante lo que han escapado. Bien se dice, pues: Y a la vista de todos será precipitado, porque la vista de su muerte entonces ofrece alegría, cuya vida soportada ahora mueve guerra diariamente a los justos en sus sufrimientos. Pero al escuchar estas cosas, como si inmediatamente nos quejáramos, diciendo al Señor: Señor, que no ignoras que este Leviatán es de tanta fortaleza, ¿por qué lo suscitas en el combate de nuestra debilidad? inmediatamente añadió:

CAP. XLI, VERS. 1.---No lo despertaré como si fuera cruel.

[Vet. XXV, Rec. XX.] Y como si inmediatamente se nos preguntara la razón. ¿Cómo no lo despiertas como si fuera cruel, a quien sabemos que permites invadir y devorar a tantos? inmediatamente añadió, diciendo:

CAPÍTULO XXI.

VERS. 1, 2.---¿Quién podrá resistir a mi rostro? ¿Y quién me ha dado algo primero, para que yo le restituya?

38. Gracia de Dios gratuita.---Con estos dos versículos ha cumplido tanto con la virtud de su poder como con todo el peso de la razón. Pues por la potencia dijo: ¿Quién podrá resistir a mi rostro? Y por la razón añadió: ¿Quién me ha dado algo primero, para que yo le devuelva? Como si dijera: No lo despierto como un cruel, porque de su fortaleza poderosamente rescato a mis elegidos, y nuevamente a los reprobos no los condeno injustamente, sino razonablemente; es decir, puedo maravillosamente rescatar a aquellos que elijo con benevolencia, y no dejo injustamente a aquellos que rechazo. Nadie, en efecto, ha contribuido algo a Dios para que la gracia divina lo siga. Pues si nosotros precedemos a Dios con buenas obras, ¿dónde queda lo que dice el Profeta: Su misericordia me precederá (Salmo LVIII, 11)? Si hemos dado algo de buena obra para merecer su gracia, ¿dónde queda lo que dice el Apóstol: Por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, sino que es don de Dios, no por obras (Efesios II, 8)? Si nuestro amor precede a Dios, ¿dónde queda lo que dice el apóstol Juan: No porque nosotros hayamos amado a Dios, sino porque él nos amó primero (I Juan IV, 10)? ¿Dónde queda lo que el Señor dice por medio de Oseas: Los amaré espontáneamente (Oseas XIV, 5)? Si seguimos a Dios por nuestra virtud sin su don, ¿dónde queda lo que la Verdad proclama en el Evangelio, diciendo: Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5)? ¿Dónde queda lo que dice: Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Juan VI, 43)? ¿Dónde queda lo que nuevamente dice: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros (Juan XV, 16)? Si al menos precedemos los dones de las buenas obras con nuestra virtud pensando bien, ¿dónde queda lo que nuevamente se dice tan saludablemente por Pablo, para que toda confianza de la mente humana sea cortada desde la raíz del corazón, cuando dice: No porque seamos suficientes para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia es de Dios (II Corintios III, 5)? Nadie, por tanto, precede a Dios con méritos, para tenerlo como deudor; sino que de manera maravillosa el justo creador de todos, elige a algunos y justamente deja a otros en sus malos hábitos.

1101 39. Ni a los elegidos se les muestra piedad sin justicia, ni a los reprobados justicia sin misericordia.---Sin embargo, a sus elegidos no les muestra piedad sin justicia, porque aquí los somete a duras aflicciones; ni tampoco ejerce justicia sin misericordia con los reprobados, porque aquí tolera con ecuanimidad a quienes en algún momento condenará eternamente. Si, por lo tanto, los elegidos siguen la gracia que los precede, y los reprobados reciben según lo que merecen, los elegidos encuentran en la misericordia algo que alabar, y los reprobados no tienen en la justicia algo que acusar. Por lo tanto, se dice bien: ¿Quién me dio primero, para que yo le devuelva? Como si se dijera abiertamente: No estoy obligado por ninguna razón a perdonar a los reprobados, porque no soy deudor de ellos por sus acciones. Por eso no reciben los premios eternos de la patria celestial, porque ahora, cuando podían merecerlos, los despreciaron por su libre albedrío. Este libre albedrío se forma en el bien para los elegidos, cuando su mente es suspendida de los deseos terrenales por la gracia que inspira.

[Vet. XXVI.] 40. El bien que hacemos es tanto de Dios como nuestro.---El bien que hacemos es tanto de Dios como nuestro: de Dios por la gracia que nos precede, nuestro por la libre

voluntad que obedece. Pues si no es de Dios, ¿por qué le damos gracias eternamente? Y si no es nuestro, ¿por qué esperamos recibir recompensas? Por lo tanto, ya que no sin razón damos gracias, sabemos que somos precedidos por su don; y nuevamente, ya que no sin razón buscamos retribución, sabemos que con libre albedrío obediente elegimos los bienes que haríamos. Sigue: Todo lo que está bajo el cielo es mío. Es evidente para todos que no solo las cosas que están bajo el cielo, sino también aquellas que se llaman celestiales, creadas sobre los cielos, sirven a su voluntad, de quien recuerdan haber sido creadas. ¿Por qué, entonces, hablando solo de las cosas inferiores, dice?

CAPÍTULO XXII.

IBID.---¿Todo lo que está bajo el cielo es mío?

41. Todo sirve a Dios.---Pero como habla de Leviatán, que ya no se encuentra en la sede del cielo etéreo, afirma que todo lo que está bajo el cielo le pertenece, para mostrar que incluso aquel que cayó del cielo sirve a su poder, como si dijera: Este Leviatán ciertamente perdió mi bienaventuranza, pero no escapó de mi dominio, porque incluso los poderes que se me oponen con acciones perversas me sirven. Sigue:

VERS. 3.---No le perdonaré con palabras poderosas, y para suplicar bien compuestas.

[Rec. XXI.] 42. De qué manera se dice que el diablo suplica a Dios.---¿Quién podría pensar, sin haberlo leído, que el diablo va a pedir perdón por sus culpas? Pero tal vez se refiera a aquel hombre, a quien este Leviatán convierte en su propio instrumento al final del mundo, a quien, según atestigua Pablo, el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca y destruirá con la manifestación de su venida (II Tes. II, 8), aterrorizado por la presencia de tan gran majestad, al no poder ejercer sus fuerzas, se inclina a la súplica. Sin embargo, esto se puede entender más adecuadamente de su cuerpo, es decir, de todos los inicuos, que tardíamente recurren a las palabras de petición, porque ahora desprecian ejecutar las obras. Por eso, la Verdad dice en el Evangelio: Finalmente, vienen las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos (Mat. XXV, 11). A las cuales se les responde inmediatamente: En verdad os digo, no os conozco (Ibid., 12). Pero cuando se dice que compone palabras poderosas para suplicar, nos urge más sentir en este tiempo lo que hemos dicho sobre su cuerpo en el futuro.

Las oraciones son vanas cuando no las sigue una vida piadosa. Para algunos, la oración se convierte en un instrumento de negocio. La verdadera oración se compone de gemidos sinceros, no de palabras elaboradas. Dentro de la santa Iglesia hay quienes tienen largas oraciones al Señor, pero no llevan la vida de quienes oran; pues las promesas celestiales las siguen con sus peticiones, pero las evitan con sus obras. A veces incluso derraman lágrimas en la oración, pero cuando después de orar su mente es asaltada por la soberbia, inmediatamente se hinchan de orgullo; cuando la avaricia los incita, arden con pensamientos codiciosos; cuando la lujuria los tienta, suspiran por deseos ilícitos; cuando la ira los aconseja, la llama de la locura consume la mansedumbre de su mente. Así, como hemos dicho, derraman lágrimas en la oración, y sin embargo, una vez concluidas las oraciones, cuando son asaltados por la sugestión de los vicios, no pueden afirmar que lloraron por el deseo del reino eterno. Esto lo mostró claramente Balaam, quien al contemplar las tiendas de los justos, dijo: "Muera mi alma la muerte de los justos, y sea mi fin como el de ellos" (Núm. XXIII, 10). Pero cuando pasó el tiempo de la compunción, aconsejó contra la vida de aquellos a quienes había deseado parecerse incluso en la muerte; y cuando encontró la ocasión por la avaricia, olvidó inmediatamente todo lo que había deseado de la inocencia. Por

lo tanto, la oración no tiene el peso de la virtud si no la sostiene la perseverancia de un amor continuo. En contraste, se dice bien de Ana, que lloraba: "Y su rostro no volvió a cambiar" (1 Sam. I, 18), porque su mente no perdió con una alegría inapropiada lo que había buscado con el rigor de sus gemidos durante su oración. Para algunos, el esfuerzo de la oración se convierte en un instrumento de negocio. De ellos dice la Verdad en el Evangelio: "Devoran las casas de las viudas con el pretexto de largas oraciones. Estos recibirán un juicio más severo" (Marcos XII, 40). Por lo tanto, como no se perdona de ninguna manera a las peticiones de los inicuos, que son el cuerpo de este Leviatán, cuando sus oraciones son destruidas por sus obras, se dice correctamente ahora: "No le perdonaré por sus palabras poderosas y compuestas para suplicar". Aunque también por el hecho de que se mencionan palabras poderosas y compuestas para suplicar, se muestra claramente la vanidad de la oración. Orar verdaderamente es resonar con gemidos amargos en compunción, y no con palabras compuestas. Pero como el antiguo enemigo, cuanto más se le combate, más se extiende con múltiples argumentos, cuyas insidias el Señor, cuanto más sutilmente las ve ocultarse, más misericordiosamente nos las manifiesta, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXIV [Rec. XXII].

VERS. 14.---¿Quién revelará el rostro del vestido?

44. Satanás tienta de manera diferente a las mentes religiosas y a las dedicadas al mundo. Este Leviatán tienta de manera distinta a las mentes religiosas de los hombres y a las dedicadas a este mundo; pues a los malvados les presenta abiertamente los males que desean, pero a los buenos les acecha de manera oculta, burlándose bajo la apariencia de santidad. A aquellos, como si fueran sus familiares, se insinúa más abiertamente con iniquidad; a estos, como si fueran extraños, se disfraza con un cierto pretexto de honestidad, para que los males que no puede introducir públicamente, los infiltre bajo el velo de una acción buena. Por eso, sus miembros, cuando no pueden dañar con maldad manifiesta, adoptan el hábito de una acción buena; y se muestran en verdad malvados en sus obras, pero mienten con apariencia de santidad. Porque si los inicuos fueran abiertamente malos, no podrían ser recibidos en absoluto por los buenos; pero adoptan algo de la apariencia de los buenos, para que, mientras los hombres buenos en ellos reciben la apariencia que aman, también tomen el veneno mezclado que evitan. Por eso, el apóstol Pablo, al observar a algunos que servían al interés del vientre bajo el velo de la predicación, dice: Porque el mismo Satanás se transforma en ángel de luz (II Cor. XI, 14). ¿Qué, pues, de extraño tiene que sus ministros se transformen como ministros de justicia? Josué temió esta transformación cuando, al ver al ángel, preguntó de qué parte era, diciendo: ¿Eres de los nuestros o de nuestros adversarios? (Josué V, 13), para que, si era de la fuerza adversa, al reconocerlo como sospechoso, pudiera evitar la ilusión. Por lo tanto, ya que este Leviatán, en lo que trama la obra de iniquidad, a menudo se viste con apariencia de santidad; y porque sus vestiduras de simulación no pueden ser descubiertas sino por la gracia divina, se dice acertadamente: ¿Quién revelará el rostro de su vestidura? Entiéndase, sino yo, que inspiro en las mentes de mis siervos la gracia de la más sutil discreción, para que, al revelarse la malicia, vean su rostro desnudo, que él oculta bajo el hábito de santidad. Y porque a veces intenta corromper las mentes de los fieles con su manifestación, y a veces con su sugestión (pues actúa a veces con obras, a veces con persuasión), se añade correctamente:

CAPÍTULO XXV.

IBID.---¿Y quién entrará en medio de su boca?

45. Dios revela la astucia de los elegidos.---Se entiende que, a menos que yo, que a través de las mentes discretas de los elegidos discierno las palabras de sus sugerencias, y manifiesto que no son como sonaron. Pues parecen prometer el bien, pero conducen a un fin perdido. Entrar, por tanto, en medio de su boca es penetrar las palabras de su astucia, de modo que no se considere qué resuenan, sino hacia dónde se dirigen. Adán no quiso entrar en medio de su boca cuando descuidó considerar cautelosamente la intención de su persuasión; pues creyó que recibiría la divinidad a través de él, y perdió la inmortalidad (Génesis III). Por lo tanto, de donde permaneció imprudentemente fuera del entendimiento de sus palabras, allí mismo se ofreció completamente para ser devorado por su boca. Sigue:

CAPÍTULO XXVI. [Rec. XXIII].

VERS. 5.---¿Quién abrirá las puertas de su rostro?

46. Las puertas de Leviatán son llamadas falsos predicadores. El Señor las abre, manifestando a los maestros del error. Las puertas de su rostro son los doctores inicuos, quienes son llamados así porque a través de ellos cualquiera entra, de modo que este Leviatán parece estar en el principado de su poder. Así como la Sagrada Escritura acostumbra llamar puertas de Sion a los hombres santos (pues Sion se interpreta como "especulación", y no sin razón llamamos puertas de Sion a los santos predicadores, porque a través de su vida y doctrina entramos en los misterios de la contemplación celestial), así también las puertas de este Leviatán son los maestros del error, cuya predicación perversa, al ser recibida, abre el camino de la perdición a los desdichados oyentes. Pero estas puertas, ante los ojos de los hombres, a menudo están abiertas para introducir, pero cerradas para ser descubiertas, porque presentan lo recto en apariencia, pero persuaden con obras perversas. Por tanto, están cerradas para ser descubiertas, porque para no ser conocidas internamente, se protegen con simulación exterior. Sin embargo, el Señor las abre con su admirable poder, porque hace comprensibles las mentes de los hipócritas a sus elegidos. ¿Quién abrirá, entonces, las puertas de su rostro? Se sobreentiende, sino yo, que manifiesto con clara comprensión a mis elegidos los maestros del error ocultos bajo la apariencia de santidad. Y porque el Anticristo, al venir, obtendrá incluso los más altos poderes de este siglo, quien, con doble error, intenta atraer hacia sí los corazones de los hombres enviando predicadores y, al agitar los poderes, inclinarlos, el Señor bien añadió sobre este Leviatán, diciendo:

CAPÍTULO XXVII [Ant. XXIX].

IBID.---Alrededor de sus dientes hay temor.

47. Los dientes del Leviatán son los mismos falsos doctores.---Cambiano el nombre, quiso insinuar de otra manera estos dientes suyos, a los que anteriormente llamó puertas. En efecto, los predicadores perversos son sus puertas, porque abren la entrada a la perdición. Son sus dientes, porque a aquellos que capturan en el error, los rompen de la solidez de la verdad. Pues así como en la santa Iglesia consideramos dientes a aquellos que con sus predicaciones quiebran la dureza de los pecadores, por lo cual se le dice a ella por medio de Salomón: Tus dientes son como rebaños de ovejas trasquiladas que suben del lavadero (Cant. IV, 2); que no sin razón se comparan a ovejas trasquiladas y lavadas, porque al tomar una vida inocente, en el lavacro del bautismo han dejado las viejas lanas de su vida anterior; así también los dientes de este Leviatán figuran a los maestros del error, porque desgarran mordiendo la vida de los réprobos, y a aquellos que han sido apartados de la integridad de la verdad los sacrifican en el

altar de la falsedad. La predicación de estos ciertamente podría ser fácilmente despreciada por los oyentes, pero el terror de las potestades seculares, añadido antes de los juicios humanos, la exalta.

48. Las potestades del siglo los protegen. Unos con palabras, otros con espadas se ensañan. Las insidias del Anticristo provienen de falsos milagros. Por tanto, se dice correctamente: Alrededor de sus dientes hay temor, es decir, las potestades perversas de este siglo protegen a los predicadores inicuos del Anticristo. Pues a quienes ellos intentan seducir hablando, muchos poderosos se esfuerzan en aterrorizar con violencia. Alrededor de sus dientes, por tanto, hay temor, como si se dijera abiertamente: Por eso estos predicadores perversos destruyen a algunos persuadiendo, porque alrededor de ellos hay otros que aterrorizan y afligen las mentes de los débiles. ¿Cómo, entonces, aparecerá aquel tiempo de persecución, cuando para pervertir la piedad de los fieles unos cercan con palabras y otros con espadas? Pues, ¿quién, incluso débil, no despreciaría los dientes de este Leviatán, si no los rodeara el terror de las potestades seculares? Pero se actúa contra ellos con doble astucia, porque lo que unos les dicen con palabras halagadoras, otros lo imponen con espadas hirientes. Esta acción de ambos, es decir, de los poderosos y de los que hablan, está comprendida en una breve sentencia del Apocalipsis de Juan, donde se dice: El poder de los caballos estaba en su boca y en sus colas (Apoc. IX, 19). En la boca de los doctores, se figura la ciencia; en la cola, en cambio, se figura la potencia de los seculares. Por la cola, que está detrás, se designa la temporalidad de este siglo que debe ser postergada, de la cual el apóstol Pablo dice: Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante (Filip. III, 13). Pues todo lo que pasa está detrás, y todo lo que viene y permanece está delante. Por tanto, en estos caballos, es decir, en los predicadores más inicuos, que corren por todas partes con impulso carnal, hay poder en la boca y en la cola, porque ellos predicán persuadiendo perversamente, pero apoyados por potestades temporales, se exaltan por las cosas que están detrás. Y porque ellos pueden parecer despreciables, exigen reverencia de sus inicuos oyentes a través de aquellos por cuyos patrocinios se sostienen. Por lo tanto, aquí también no sin razón se describe que hay temor alrededor de sus dientes, porque se actúa con muchos terrores, para que en sus predicaciones perversas, si no se teme el juicio de la verdad, al menos se tema la potencia temporal. Por eso el mismo Anticristo fue bien descrito por el Salmista, diciendo: Bajo su lengua hay trabajo y dolor, se sienta al acecho con los ricos en oculto (Sal. IX, 28). Pues debido a los dogmas perversos, bajo su lengua hay trabajo y dolor; debido a la apariencia de milagros, se sienta al acecho; y debido a la gloria de la potestad secular, con los ricos en oculto. Porque usa simultáneamente el fraude de los milagros y el poder terrenal, se dice que se sienta en oculto y con los ricos.

CAPÍTULO XXVIII [Rec. XXIV].

VERS. 6.---Su cuerpo es como escudos fundidos.

49. Los malvados oponen el escudo de la excusa a quienes los reprenden. La Sagrada Escritura suele usar el término escudo a veces en un sentido favorable, otras en uno adverso. A menudo, la defensa del escudo se presenta como protección divina, pero en ocasiones se menciona como resistencia humana. Se presenta como protección divina, como dice el Salmista: "Con el escudo de tu buena voluntad nos coronaste" (Salmo 5, 13). Se dice que el Señor nos corona con un escudo, porque a quienes protege ayudándolos, los corona recompensándolos. Nuevamente, el escudo se presenta como resistencia humana por el mismo Profeta, como dice en otro lugar: "Allí quebró los cuernos, el arco, el escudo, la espada y la guerra" (Salmo 75, 4). En los cuernos se representa la altivez de los soberbios, en

el arco las insidias de los que atacan de lejos, en el escudo la obstinada dureza de las defensas, en la espada el golpe cercano, y en la guerra el mismo movimiento de la mente contra el Señor. Todo esto se quiebra en la santa Iglesia, cuando las mentes de los que resisten a Dios son domadas bajo el yugo de la humildad. De ahí que nuevamente el mismo Salmista diga: "Quebrará el arco, romperá las armas y quemará los escudos con fuego" (Salmo 46, 10). El Señor quiebra el arco cuando disuelve las maquinaciones ocultas de los insidiosos. Rompe las armas cuando destruye las defensas humanas que se levantaron contra Él. Quema los escudos con fuego cuando enciende con el calor del Espíritu Santo las mentes de los pecadores que se defienden con obstinada dureza, llevándolas al ardor de la penitencia y la confesión. [Vet. XXX.] El hecho de que en este lugar el cuerpo de este Leviatán se compare con escudos fundidos nos sugiere que debemos examinarlo, ya que todo lo que es fundido suele ser duro, pero frágil cuando cae. Los escudos, si son fundidos, son robustos para recibir el impacto de las flechas, pero frágiles al caer. Por lo tanto, el cuerpo de este Leviatán, es decir, todos los inicuos, se compara con escudos fundidos porque son duros por su obstinación, pero frágiles en su vida. Cuando escuchan las palabras de la predicación, no permiten que ninguna flecha de corrección los penetre, porque en todo pecado que cometen, oponen el escudo de una defensa soberbia. Pues cuando alguno de ellos es acusado de la culpa de su iniquidad, no piensa inmediatamente en cómo corregir su falta, sino en qué oponer en ayuda de su defensa. Ninguna flecha de la verdad los penetra, porque reciben las palabras de la santa corrección en el escudo de una defensa soberbia. Por eso, bien se dice de los judíos que se defendían con soberbia contra los preceptos del Señor, a través de Jeremías: "Devuélveles, Señor, según las obras de sus manos" (Lamentaciones 3, 64). Y enseguida añadió más explícitamente: "Les darás como escudo el trabajo de tu corazón" (Ibid., 65). El trabajo del Señor, visible entre los hombres, fue su humanidad pasible, que los judíos, sabiéndose soberbios, despreciaron al verla; y se negaron a creer que era inmortal, al verlo mortal por naturaleza pasible. Y al contemplar su humildad, endurecidos por la soberbia, se esforzaron con gran cuidado para que las palabras santas de los predicadores no penetraran sus mentes. Así, cuando el Señor les devolvió la retribución de sus malas obras, les dio como escudo el trabajo de su corazón, porque con justo juicio los mostró obstinados contra Él, por aquello mismo por lo que Él trabajó en su debilidad por nosotros. Rechazaron las palabras de los predicadores, porque se negaron a aceptar en el Señor las debilidades de las pasiones. Así, tuvieron el trabajo del Señor como escudo del corazón contra el mismo Señor, porque a los sabios soberbios les pareció despreciable en aquello en lo que fue humilde por ellos.

[Vet. XXXI.] 50. Este escudo usaron Adán y Eva.---Este escudo, como ya dijimos anteriormente, lo sostuvo el primer pecador, quien, al ser interrogado por el Señor sobre por qué había tocado el árbol prohibido, no asumió la culpa, sino que respondió que lo había recibido de la mujer que el Señor le había dado (Génesis III, 12); de modo que, indirectamente, trasladaba su culpa al autor, quien le había dado a la mujer que le persuadió de tal acción. Este escudo también sostuvo la mujer cuando fue interrogada, ya que tampoco asumió la culpa, sino que la atribuyó a las persuasiones de la serpiente, diciendo: La serpiente me engañó, y comí (Ibid., 13), de manera que ella también, indirectamente, trasladaba su culpa al creador, quien había permitido que la serpiente entrara allí para persuadir tales cosas. La serpiente, en cambio, ya no es interrogada, porque tampoco se buscaba su penitencia. Sin embargo, aquellos cuya penitencia fue buscada, presentaron el escudo de la defensa más maliciosa contra las palabras de la corrección más justa (Génesis III). De ahí que hasta ahora se arrastra en el uso de los pecadores, para que la culpa, cuando es acusada, sea defendida; y de donde debería terminar la culpa, allí se acumula. Por tanto, se dice acertadamente: Su cuerpo es como escudos fundidos, porque todos los inicuos, para que no lleguen a ellos las

palabras de los que corrigen, preparan escudos de defensa como contra los dardos de los adversarios. Lo cual, evidentemente, su cuerpo aún nos revela claramente, al añadir:

CAPÍTULO XXIX.

IBID.---Compacto con escamas que se presionan entre sí.

51. Cubiertos de escamas, los réprobos resisten a los dardos de la verdad. Se dice que el cuerpo del dragón está cubierto de escamas para que no sea fácilmente penetrado por los dardos. De manera similar, todo el cuerpo del diablo, es decir, la multitud de los réprobos, cuando es reprendido por su iniquidad, intenta excusarse con las tergiversaciones que puede, y presenta como si fueran escamas de defensa, para que la flecha de la verdad no pueda atravesarlos. Pues quien, al ser reprendido, prefiere excusar su pecado en lugar de lamentarlo, está cubierto de escamas cuando es atacado por la espada de la palabra de los santos predicadores. Tiene escamas, y por eso la flecha de la palabra no tiene camino para llegar a su corazón. Es repelido por la dureza carnal, para que la espada espiritual no se le incruste.

52. Las escamas que endurecían el corazón de Saulo se abrieron a las flechas de la gracia. Saulo se había endurecido con la sabiduría carnal contra Dios, cuando ninguna flecha de la predicación evangélica penetraba su corazón. Pero después de ser herido por una fuerte reprensión celestial y cegado por una visión divina (pues perdió la vista para recibir la luz), al llegar a Ananías fue iluminado. En esta iluminación, al perder la dureza de sus defensas, está bien escrito sobre él: "Cayeron como escamas de sus ojos" (Hechos 9, 18). La dureza de su cubierta carnal lo oprimía, y por eso no veía los rayos de la verdadera luz. Pero después de que sus soberbias resistencias fueron vencidas, las escamas de sus defensas cayeron. Estas cayeron de sus ojos corporales bajo las manos de Ananías, pero ya antes habían caído de los ojos de su corazón bajo la reprensión del Señor. Pues cuando yacía herido por el dardo de una alta inectiva, con el corazón ya humilde y penetrado, preguntaba: "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hechos 11, 6). Repelidas las escamas, la flecha de la verdad ya había llegado a las entrañas de su corazón, cuando, dejando de lado la altivez de la soberbia, confesando al Señor a quien había combatido, y sin saber qué hacer, preguntaba. Es digno de ver dónde está aquel feroz perseguidor, aquel lobo rapaz. He aquí que ya se ha convertido en oveja, quien pregunta por el camino del pastor que debe seguir. Y es notable que cuando decía: "¿Quién eres, Señor?" (Hechos 22, 8), no se le responde desde el Señor: "Yo soy el unigénito del Padre, yo soy el principio, yo soy el Verbo antes de los siglos." Porque Saulo despreciaba creer en el Señor encarnado, y menospreciaba la debilidad de su humanidad, desde el cielo oyó lo que despreciaba: "Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues" (Ibid., 8). Como si dijera: "Escucha de mí desde lo alto lo que desprecias de mí desde lo bajo. Despreciaste al autor del cielo que vino a la tierra, por lo tanto, reconoce al hombre de la tierra desde el cielo, para que temas más los misterios de mi debilidad, cuanto más pruebas que estos han sido llevados a la excelencia del poder celestial. Por lo tanto, al postrarte, no te afirmo que soy Dios antes de los siglos; sino que escuchas de mí lo que te dignas creer de mí. Después de que dijo 'Jesús', aún añadió 'Nazareno' en expresión de su morada terrenal; como si se dijera más claramente: Acepta las debilidades de mi humildad y pierde las escamas de tu soberbia."

53. En los hipócritas, esas escamas son más duras. Las mentes maliciosas son semejantes a los erizos.---Sin embargo, se debe saber que estas escamas de defensa, aunque cubren casi todo el género humano, oprimen especialmente las mentes de los hipócritas y de las personas astutas. Pues ellos rehúsan confesar sus culpas con mayor vehemencia, cuanto más tontamente se avergüenzan de ser vistos como pecadores por los hombres. Así, cuando se

corrige la simulación de santidad y se descubre la malicia oculta, arrojan las escamas de la defensa y repelen la espada de la verdad. Por eso, bien se dice a través del Profeta contra Judea: Allí se acostó la lamia y encontró descanso para sí, allí tuvo su guarida el erizo (Isaías 34, 14-15). Por la lamia se designan los hipócritas, y por el erizo, los maliciosos que se cubren con diversas defensas. La lamia se dice que tiene rostro humano, pero cuerpo bestial. Así también todos los hipócritas, en la primera apariencia, lo que muestran es como si fuera por razón de santidad; pero el cuerpo que sigue es bestial, porque son muy iniquas las cosas que traman bajo la apariencia de bien. El nombre del erizo designa la defensa de las mentes maliciosas, porque, en efecto, cuando el erizo es capturado, se ve su cabeza, se ven sus pies y se contempla todo su cuerpo; pero tan pronto como es capturado, se recoge a sí mismo en una esfera, retrae sus pies hacia adentro, esconde su cabeza; y dentro de la mano del que lo sostiene, todo a la vez se pierde, lo que antes se veía todo a la vez. Así, ciertamente, son las mentes maliciosas cuando son comprendidas en sus excesos. Se ve la cabeza del erizo, porque se percibe cómo al principio el pecador se acercó a la culpa. Se contemplan los pies del erizo, porque se reconoce con qué pasos se perpetró la maldad; y sin embargo, al presentar de repente excusas, la mente maliciosa recoge sus pies hacia adentro, porque esconde todas las huellas de su iniquidad. Retrae la cabeza, porque con extrañas defensas no muestra haber comenzado algo perverso; y queda como una esfera en la mano del que lo sostiene, porque el que corrige, perdiendo de repente todo lo que ya conocía, retiene al pecador envuelto en su conciencia, y quien ya había visto todo al descubrirlo, engañado por la tergiversación de la defensa perversa, ignora todo por igual. Por lo tanto, el erizo tiene su guarida en los reprobos, porque la mente maliciosa se recoge en sí misma y se esconde en las tinieblas de la defensa. Pero en esto, en que el pecador se excusa, en esto, en que nubla con defensas oscuras el ojo fijo del que corrige, el divino sermón nos muestra también cómo se apoya en los semejantes. Sigue:

CAPÍTULO XXX [Ant. XXXIII].

VERS. 7.---Una se une a otra, y ni siquiera el aire pasa entre ellas.

54. Los inicuos se defienden mutuamente. Estas escamas de los pecadores están endurecidas y unidas para que no sean penetradas por ningún resquicio de vida desde la boca de los predicadores. Aquellos a quienes une una culpa similar, también se agrupan en una defensa perversa con pertinaz concordia, de modo que se protegen mutuamente de sus fechorías con una defensa alterna. Cada uno teme por sí mismo cuando ve que el otro es amonestado o corregido; y por eso se levantan unánimemente contra las palabras de los que corrigen, porque se protegen a sí mismos en el otro. Por tanto, se dice bien: Una se une a otra, y ni siquiera un resquicio pasa entre ellas, porque en sus iniquidades, mientras se protegen mutuamente con una defensa orgullosa, no permiten de ninguna manera que los resquicios de la santa exhortación entren en ellos. Aún más claramente añadió sobre su pestífera concordia, diciendo:

CAPÍTULO XXXI.

VERS. 8.---Uno se adherirá al otro, y los que se sostienen no se separarán de ninguna manera.

55. ¿Aquellos que divididos apenas podían ser corregidos, cómo serán enmendados unidos? Porque los que divididos podían ser corregidos, en la obstinación de sus iniquidades unidos perseveran, y cada día son más separados del conocimiento de la justicia, cuanto más no se

separan entre sí por ninguna reprensión. Pues así como suele ser nocivo si la unidad falta entre los buenos, así es pernicioso si no falta entre los malos. La unidad, en efecto, fortalece a los perversos cuando concuerdan; y tanto más incorregibles los hace cuanto más unánimes los vuelve. De esta unidad de los réprobos se dice por el Sabio: "La estopa recogida, la sinagoga de los pecadores" (Eclesiástico XXI, 10). De esta unidad habla el profeta Nahum: "Como espinas se entrelazan, así es el banquete de los que beben juntos" (Nahum I, 10). El banquete de los réprobos es el deleite de los placeres temporales. En este banquete, ciertamente, beben juntos aquellos que se embriagan concordemente con las seducciones de su deleite. Por lo tanto, porque los miembros de este Leviatán, es decir, todos los inicuos, a quienes la palabra de Dios compara con las uniones de las escamas, se unen para su defensa por igual culpa, se dice bien: "Una a otra se adherirán, y no se separarán las que se sostienen". Las que se sostienen no pueden separarse, porque están mutuamente unidas para su defensa, al recordar que son semejantes en todo. Descrito así su cuerpo, el discurso se reduce a la cabeza, y se anuncia lo que el antiguo enemigo ejercerá por sí mismo en el tiempo de la última persecución. Pues sigue:

CAPÍTULO XXXII [Ant. XXXIV, Rec. XXV].

VERS. 9.---El estornudo de él es el resplandor del fuego.

56. Cuánta conmoción se avecina por las señales y virtudes del Anticristo.---Lo explicamos mejor si primero investigamos cómo se realiza el estornudo. En el estornudo, en efecto, surge una inflación desde el pecho, que al no encontrar poros abiertos para salir, toca el cerebro, y al salir acumulada por las narices, sacude inmediatamente toda la cabeza. En este cuerpo de Leviatán, es decir, ya sea en los espíritus malignos o en los hombres reprobos que se adhieren a él por similitud de iniquidad, surge como una inflación desde el pecho, cuando la elevación se levanta desde el poder del siglo presente. Que no encuentra poros para salir, porque en esto que se exalta contra los justos, por disposición de Dios, se le prohíbe prevalecer tanto como desea. Sin embargo, al surgir, toca y sacude el cerebro, porque la acumulada elevación de Satanás golpea más intensamente el sentido al final del mundo, y turba la cabeza, cuando excita más vehementemente al mismo autor de los espíritus malignos a través de aquel que es llamado Anticristo en la persecución de los fieles. Entonces, la inflación acumulada sale por sus narices, porque toda la iniquidad de su soberbia se demuestra con los abiertos soplos de malicia. Por tanto, como el estornudo sacude principalmente la cabeza, el estornudo de este Leviatán se llama aquella extrema conmoción suya con la que entra en el hombre condenado, y a través de él gobierna a los reprobos. Que entonces se mueve con tal fuerza, que si fuera posible, perturbaría incluso a los miembros elegidos del Señor; utiliza tantos signos y prodigios, que con la potencia de los milagros parece resplandecer como con una especie de luz de fuego. Por tanto, como la cabeza conmovida de él se esfuerza por brillar con milagros, con razón su estornudo se llama esplendor de fuego. Pues en lo que se mueve para perseguir a los justos, brilla ante los ojos de los reprobos con las virtudes de los signos. Y porque los sabios del mundo se adhieren a su tiranía, y con sus consejos ejerce todo lo que maquina perversamente, con razón se añade:

CAPÍTULO XXXIII [Ant. XXXV].

IBID.---Y sus ojos como los párpados del amanecer.

57. Sus ojos, es decir, sus consejeros, ¿por qué se comparan con los párpados del amanecer?--
-Por los ojos, que adheridos a la cabeza sirven a la utilidad de la visión, no sin razón se

designan sus consejeros, quienes, al prever las maquinaciones perversas sobre cómo deben llevarse a cabo, proporcionan a sus malignos operarios un camino casi mostrado a sus pies. Que correctamente se comparan con los párpados del amanecer. Pues tomamos los párpados del amanecer como las últimas horas de la noche, en las que casi la noche abre los ojos, mientras muestra ya los inicios de la luz venidera. Los prudentes del mundo, adheridos a los perversos consejos de la malicia del Anticristo, son como los párpados del amanecer, porque la fe que encuentran en Cristo la afirman como la noche del error, y prometen que la veneración del Anticristo es la verdadera mañana. Pues prometen repeler las tinieblas y anunciar la luz de la verdad con signos resplandecientes, porque no pueden persuadir lo que desean, a menos que admitan que ofrecen algo mejor. De ahí que esta misma serpiente, hablando en el paraíso a los primeros hombres (Génesis III, 5), al simular que proveía algo mejor, casi abrió los párpados del amanecer, cuando en las mentes inocentes reprendió la ignorancia de la humanidad y prometió el conocimiento de la divinidad. Pues casi repelía las tinieblas de la ignorancia y anunciaba la divina mañana del conocimiento eterno, diciendo: Se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal (Ibid.). Así, viniendo en aquel hombre entonces condenado, sus ojos se comparan con los párpados del amanecer, porque los sabios de aquel tiempo rechazan la simplicidad de la verdadera fe como las tinieblas de la noche pasada, y muestran sus signos engañosos como los rayos del sol naciente. Pero como este Leviatán no solo tiene ojos que prevén perversamente con malignos consejos, sino también una boca que abre para pervertir las mentes de los hombres, ya que a través de predicadores perversos enciende los corazones de los oyentes para amar la falacia del error, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO XXXIV [Rec. XXVI].

VERS. 10.---De su boca salen lámparas.

58. Los Anticristos son sus predicadores.---Porque los que ven son llamados ojos, pero los que predicán son llamados boca. Pero de esta boca salen lámparas, porque encienden las mentes de los oyentes hacia el amor de la perfidia; y de donde parecen brillar por sabiduría, sin duda queman por maldad. Pero qué clase de luz es esa sabiduría de ellos se muestra, cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXXV [Ant. XXXVI].

IBID.---Como antorchas de fuego encendidas.

59. Arden por la malicia, lucen por la simulación de virtud.---He aquí que ya se describe abiertamente la hipocresía de aquellos cuya predicación se compara con las antorchas de las lámparas. Pues la antorcha, cuando se enciende, tiene un olor ciertamente suave, pero una luz oscura. Así estos predicadores del Anticristo, porque se arrogan la apariencia de santidad, pero sin embargo ejercen obras de iniquidad, es como si lo que emiten fuera agradable, pero lo que iluminan es oscuro. Huelen por la simulación de justicia, pero arden oscuramente por la perpetración de la maldad. Juan comprende la malicia de su simulación en el Apocalipsis con una breve descripción, diciendo: Vi otra bestia que subía de la tierra, que tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, y hablaba como un dragón (Apoc. XIII, 11). Ya había narrado la bestia anterior, es decir, al Anticristo en una descripción anterior; después del cual se dice que sube también esta otra bestia, porque después de él la multitud de sus predicadores se gloria en el poder terrenal. Pues subir de la tierra es enorgullecerse de la gloria terrenal. Que tiene dos cuernos semejantes a los de un cordero, porque por la

hipocresía de santidad miente que posee en sí misma la sabiduría y la vida que el Señor tuvo verdaderamente de manera singular. Pero porque bajo la apariencia de cordero infunde a los oyentes reprobos el veneno serpentino, correctamente se añade allí: Y hablaba como un dragón. Esta bestia, es decir, la multitud de predicadores, si hablara abiertamente como un dragón, no parecería semejante a un cordero; pero asume la apariencia de un cordero, para ejercer la operación del dragón. Lo cual aquí se expresa por las lámparas de las antorchas, porque arden oscuramente por el efecto de la malicia, y como si fuera, emiten un olor suave por la simulación de vida.

60. Ya existen muchos predicadores del Anticristo. Su vida debe ser examinada como la moneda. Que concuerde con las enseñanzas de los antiguos padres. --- Pero no se debe pensar que solo entonces aparecerán los predicadores del Anticristo, y que ahora están ausentes de los engaños humanos. Pues ahora, antes de que él mismo aparezca, algunos lo predicán con palabras, pero muchos más con sus costumbres. ¿Acaso no son predicadores de su simulación aquellos que, aunque poseen los sagrados órdenes de Dios, retienen el mundo con todos sus deseos mientras huyen; que muestran como virtudes lo que hacen, pero todo lo que realizan es vicio? [Vet. XXXVII.] Pero cuanto más la mente de los elegidos se adhiere a la luz interna, tanto más sutilmente ve cómo debe discernir las virtudes de los vicios. ¿Y qué maravilla es que hagamos espiritualmente lo que diariamente vemos que los cambistas hacen corporalmente? Cuando reciben una moneda, primero examinan su calidad, luego su figura, y finalmente su peso, para que no se oculte cobre bajo la apariencia de oro, o que lo que es verdaderamente oro sea deshonrado por la figura de una moneda falsa; o que lo que es oro y de figura correcta no tenga el peso íntegro. Por lo tanto, cuando contemplamos las obras admirables de personas desconocidas, debemos residir en la balanza de nuestra mente como cambistas hábiles, para que primero la discreción examine el oro, no sea que bajo la virtud se oculte el vicio, y lo que se hace con mala intención se disimule con la apariencia de rectitud. Si se aprueba la calidad de su intención, inmediatamente se debe buscar la figura de la forma impresa, si se deriva de los probados monetarios, es decir, de los antiguos padres, y no se vicia con ningún error de la similitud de su vida. Cuando se conoce tanto la calidad por la intención como la figura correcta por el ejemplo, queda por investigar su peso íntegro. Pues el bien que resplandece por signos y milagros, si no tiene la suma de la perfección, debe ser ponderado cuidadosamente con la cautela de la circunspección, no sea que, al ser aceptada una cosa imperfecta como si fuera perfecta, se convierta en daño para el que la recibe. ¿Cómo, pues, los predicadores del Anticristo mantienen la verdadera calidad de la moneda, si en lo que hacen no conocen la fuerza de la intención recta, porque a través de esto no buscan la patria celestial, sino el culmen de la gloria temporal? ¿Cómo no difieren de la figura de la moneda, si persiguiendo a los justos, discrepan de toda piedad de los justos? ¿Cómo muestran en sí el peso de la integridad, si no solo no han alcanzado la perfección de la humildad, sino que ni siquiera han tocado su primera puerta? Por lo tanto, que los elegidos reconozcan cómo deben despreciar los signos de aquellos cuya acción ciertamente impugna todo lo que se recuerda que fue hecho por los piadosos padres. Pero también los elegidos, mientras contemplan tantos signos, mientras horrorizados por tantos milagros de su vida, sufren una especie de nube de duda en su corazón, porque mientras su malicia se eleva por sus prodigios, en ellos de alguna manera la visión más cierta se oscurece. Por lo tanto, se añade correctamente:

CAPÍTULO XXXVI [Rec. XXVII].

VERS. 11.---De sus narices sale humo.

61. Al ver los prodigios del Anticristo, los elegidos se turbarán y vacilarán. No es posible que sean completamente atrapados en el error. La agudeza de los ojos se hiere con el humo. Por tanto, se dice que el humo procede de sus narices, porque de las insidias de sus milagros se genera momentáneamente una duda oscura incluso en el corazón de los elegidos. El humo sale de las narices de Leviatán, porque sus prodigios mentirosos confunden con una niebla de temor incluso los ojos de las mentes buenas. Entonces, en los corazones de los elegidos, al ver las señales terribles, se forma un pensamiento oscuro. Por eso, lo que ya hemos mencionado antes se dice con la boca de la verdad a través del Evangelio: Surgirán falsos cristos y falsos profetas, y darán señales y prodigios, de modo que, si fuera posible, incluso los elegidos sean inducidos al error (Marcos XIII, 22). En este asunto, es muy necesario preguntarse cómo pueden ser inducidos al error aquellos que son elegidos, o por qué se añade "si fuera posible" como si fuera con duda, cuando el Señor, que todo lo prevé, espera lo que debe hacerse. Pero como el corazón de los elegidos se sacude con un pensamiento temeroso, y sin embargo su constancia no se mueve, el Señor abarcó ambos aspectos en una sola sentencia, diciendo: De modo que, si fuera posible, incluso los elegidos sean inducidos al error. Pues ya es errar vacilar en el pensamiento; pero inmediatamente se añade "si fuera posible", porque sin duda no es posible que los elegidos sean completamente atrapados en el error. Además, en esta niebla de humo también se expresa el fervor de los ánimos cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXXVII.

IBID.---Como una olla encendida y hirviente.

62. Cuánto entonces arderán de celo. Qué hace el diablo con el humo de su aliento pestilente en los corazones humanos. Dios no puede ser conocido sino por un corazón tranquilo. Pues cada alma es entonces como una olla hirviente, soportando el ímpetu de sus pensamientos como las espumas de olas ardientes, que el fuego del celo agita, y la misma opresión temporal retiene cerradas en su interior al modo de una olla. Por eso también Juan, cuando narraba las señales de esta bestia, añadió: De tal manera que hace descender fuego del cielo (Apoc. XIII, 13). Hacer descender fuego del cielo es hacer emanar las llamas del santo celo de las almas celestiales de los elegidos. Porque este Leviatán no solo se llama serpiente, sino también régulo, ya que gobierna sobre los espíritus inmundos o los hombres reprobos, como dice Isaías: De la raíz de la serpiente saldrá un régulo (Isai. XIV, 29), debemos examinar con sumo cuidado cómo el régulo mata, para que, a partir de la operación del régulo, se nos haga más claramente conocida su malicia. Pues el régulo no mata con mordedura, sino que consume con su aliento. A menudo también afecta el aire con su aliento, y lo que sea que toque, aunque esté lejos, lo descompone solo con la inspiración de sus narices.

63. Por lo tanto, nos vemos obligados a considerar, a partir de lo que se dice que el humo sale de sus narices, incluso antes de que se manifieste abiertamente, lo que diariamente opera en los corazones humanos con el humo de una exhalación pestilente. Porque, como dijimos anteriormente, ya que el humo debilita la agudeza de los ojos, no sin razón se afirma que el humo sale de sus narices, cuyas inspiraciones nocivas generan pensamientos perversos en los corazones humanos, por los cuales se embota la agudeza de la mente, impidiendo que se vea la luz interna. Es como si emitiera oscuridad con el aliento de sus narices, porque en los corazones de los réprobos acumula, con las aspiraciones de sus insidias, el ardor de múltiples pensamientos por el amor a la vida temporal. Y multiplica como globos de humo, porque amontona en la mente de los hombres terrenales las preocupaciones más vanas de la vida presente. Este humo que sale de sus narices a veces toca por un tiempo incluso los ojos de los

elegidos. Este humo interior lo sufría el Profeta cuando decía: "Mi ojo está turbado por la ira" (Salmo VI, 8). Estaba oprimido por esta inundación, diciendo: "Mi corazón está turbado dentro de mí, y la luz de mis ojos no está conmigo" (Salmo XXXVII, 11). Este humo embota la agudeza del corazón, porque con la nube de su oscuridad perturba la serenidad de la quietud interna. En verdad, Dios no puede ser conocido sino con un corazón tranquilo. Por eso, el mismo profeta dice: "Estad quietos y sabed que yo soy Dios" (Salmo XLV, 11). Sin embargo, la mente no puede estar tranquila si está oprimida por las inundaciones de este humo, porque en ella se acumulan volúmenes de pensamientos terrenales por el amor a la vida presente. Por lo tanto, la luz de la quietud interna se pierde con este humo, porque el ojo del corazón se oscurece al confundirse con el prurito de las preocupaciones.

64. Este humo perturba de manera diferente las mentes de los elegidos y ciega de otra forma los ojos de los réprobos. Este humo, en efecto, perturba de manera distinta los ánimos de los elegidos y ciega de otra forma los ojos de los réprobos. Pues de los ojos de los buenos es dispersado por el soplo de los deseos espirituales, para que no se condense al prevalecer el pensamiento miserable. En las mentes de los réprobos, sin embargo, cuanto más se acumula libremente a través de pensamientos oscuros, tanto más les quita por completo la luz de la verdad. Este humo, en los corazones de los réprobos, se hincha ante ellos como en tantos globos, según los deseos ilícitos que introduce.

[Vet. XXXIX.] 65. En el alma carnal, unas nubes de humo de concupiscencia se disipan en la parte superior, mientras que otras surgen en la parte inferior. Los vicios suceden a los vicios. Y ciertamente conocemos las nubes de humo, porque cuando unas se disipan en la parte superior, otras surgen en la parte inferior; así también en el pensamiento carnal, aunque algunos deseos depravados pasan, otros los suceden. A menudo, la mente miserable ve lo que ya ha pasado, pero no ve dónde aún está retenida. Se alegra de algunos vicios porque ya no está sujeta a ellos, y descuida precaverse y lamentarse, porque en su lugar han sucedido otros, a los cuales tal vez sucumbe de manera más perversa; y así sucede que, mientras unos vicios pasan y siempre otros los suceden, el corazón de los reprobados es retenido sin cesar por esta serpiente. Por eso bien se dice por el profeta Joel: Lo que dejó la oruga, lo comió la langosta; y lo que dejó la langosta, lo comió el pulgón; y lo que dejó el pulgón, lo comió el tizón. Despertad, borrachos, y llorad (Joel 1, 4-5). ¿Qué se designa por la oruga, que se arrastra por la tierra con todo su cuerpo, sino la lujuria? que contamina el corazón que posee, de tal manera que no puede elevarse al amor de la pureza superior. ¿Qué se expresa por la langosta, que vuela con saltos, sino la vana gloria, que se exalta con presunciones vanas? ¿Qué se figura por el pulgón, cuyo cuerpo casi entero se recoge en el vientre, sino la glotonería? ¿Qué se insinúa por el tizón, que al tocar quema, sino la ira? Lo que dejó la oruga, lo comió la langosta, porque a menudo cuando el vicio de la lujuria se retira de la mente, le sucede la vana gloria. Pues ya que no se abate por amor del corazón, se gloria como santa por su castidad. Y lo que dejó la langosta, lo comió el pulgón, porque a menudo cuando se resiste a la vana gloria, que parecía venir de la santidad, se entrega desmedidamente al vientre o a cualquier deseo de ambición. La mente que desconoce a Dios es llevada a cualquier ambición tanto más ferozmente cuanto menos se refrena por el amor de la alabanza humana. Lo que dejó el pulgón, lo consume el tizón, porque a menudo mientras la glotonería del vientre se restringe por la abstinencia, la impaciencia de la ira domina más agudamente; que al modo del tizón, como quemando, devora la cosecha, porque la llama de la impaciencia consume el fruto de las virtudes. Así, cuando los vicios suceden a los vicios, otra plaga devora el campo de la mente, mientras otra lo deja.

[Antiguo XL.] 66. Están ebrios aquellos que, turbados por el amor de este mundo, no sienten los males que padecen. — Bien se añade allí: Despertad, ebrios, y llorad (Ibid.). En efecto, se les llama ebrios a aquellos que, confundidos por el amor de este mundo, no sienten los males que padecen. ¿Qué significa entonces decir: Despertad, ebrios, y llorad (Joel I, 5), sino sacudid el sueño de vuestra insensibilidad y, en la devastación del corazón por tantas plagas de vicios que se suceden, enfrentad con vigilantes lamentos? Por tantos globos de las narices de Leviatán se eleva el humo, por cuantas plagas, sin duda, consume la cosecha del corazón reprobado con secreta aspiración. El Señor expresa cuidadosamente la fuerza de este humo cuando inmediatamente añade: Como de una olla encendida y hirviente. Pues la olla se enciende cuando la mente humana es instigada por las sugerencias del maligno enemigo. La olla hierve cuando ya, incluso por el consentimiento, se enciende en los deseos de la perversa persuasión. Y lanza tantas olas como, al hervir, extiende sus iniquidades hasta las obras exteriores. Este fervor de la conciencia carnal, es decir, el hervor de la olla, proveniente del humo de Leviatán, lo había contemplado el profeta cuando decía: Veo una olla encendida, y su rostro desde el norte (Jeremías I, 13). Pues desde el rostro del norte se enciende la olla del corazón humano, cuando por la instigación del adversario se inflama con deseos ilícitos. Aquel que dijo: Me sentaré en el monte del testimonio, en los lados del norte (Isaías XIV, 13), enciende la mente que ha capturado con los soplos malignos de su persuasión, como si le hubiera puesto fuego debajo, para que, no contenta con lo presente, arda incesantemente en deseos, de modo que desee lo que debe despreciar, y desprecie lo que ha obtenido: que a veces codicie sus propios beneficios, a veces contradiga los bienes ajenos incluso con su propio detrimento, a veces satisfaga las lujurias de la carne, a veces, como arrebatada en una especie de cumbre por la soberbia del pensamiento, dejando de lado el cuidado carnal, se eleve completamente en el orgullo de la altivez. Por tanto, como el corazón es desviado por varios deseos, que se inflama con las instigaciones de este Leviatán, con razón se dice que su humo es semejante a una olla encendida y hirviente, porque la conciencia, inflamada por sus tentaciones, se eleva por tantos hervores como pensamientos se hinchan dentro de sí. La verdad se explica aún más claramente con otras palabras cuando se añade:

CAPÍTULO XXXVIII [Rec. XXVIII].

VERS. 12.---Su aliento hace arder las brasas.

67. La mente carnal, como un carbón encendido por el sople del diablo. ¿Qué otra cosa son los carbones sino las mentes de los hombres reprobados, encendidas en concupiscencias terrenales? Arden cuando desean cualquier cosa temporal, porque ciertamente son deseos que no permiten que el alma esté tranquila y entera. Así, cada vez que Leviatán sopla sobre los carbones, enciende tantas veces las mentes humanas con su sugestión oculta hacia deleites ilícitos. En ocasiones inflama con las antorchas de la soberbia, otras con las de la envidia, otras con las de la lujuria, y otras con las de la avaricia. Puso la antorcha de la soberbia en la mente de Eva cuando la instigó a despreciar las palabras del mandato divino (Génesis III, 5). También encendió la llama de la envidia en el ánimo de Caín, cuando se dolió del sacrificio aceptado de su hermano, y por ello llegó al crimen de fratricidio (Génesis IV, 8). Con las antorchas de la lujuria consumió el corazón de Salomón, a quien sometió a tal amor por las mujeres que, llevado hasta la veneración de ídolos, al seguir el deleite de la carne, olvidó la reverencia al Creador (III Reyes XI, 4). También con el fuego de la avaricia quemó el ánimo de Acab, cuando lo impulsó con deseos impacientes a codiciar la viña ajena, y por ello lo llevó hasta la culpa de homicidio (III Reyes XXI). Así, este Leviatán sopla tanto sobre los carbones, cuanto con el esfuerzo de su sugestión oculta inflama las mentes humanas hacia lo ilícito. Por eso, bien se añade a continuación:

CAPÍTULO XXXIX [Ant. XLI]

IBID.---Y una llama sale de su boca.

68. Por el Anticristo arderá con mayor furia. No quema sino madera, heno, paja. Sus lágrimas extinguen su llama. Pues la llama de su boca es la misma instigación de la locución oculta. Las palabras de su persuasión perversa afectan el ánimo de cada uno, pero es llama lo que sale de su boca, porque el alma arde en deseos cuando es instigada por sus sugerencias. Esto lo sugiere diariamente, esto no deja de sugerirlo hasta el fin de la vida presente; pero entonces se extiende más maliciosamente, cuando viniendo a través de ese hombre condenado, se muestra más abiertamente en la gloria de este mundo. Entonces de sus narices sale un humo más vasto, porque los corazones humanos, aterrados por la admiración de sus señales, son golpeados por una instigación más amplia. Entonces su aliento hace arder más intensamente las brasas, porque las mentes de los réprobos, que ya encuentra calientes por el amor a la gloria temporal, las incendia con los soplos de su sugestión hasta la maldad de ejercer la crueldad. Entonces de su boca sale la llama, porque todo lo que habla por sí mismo, todo lo que habla por sus predicadores, es fuego con el que se queman las maderas infructuosas. La mente de aquellos que no desean convertirse en metales preciosos es tocada por el fuego de la concupiscencia terrenal. Por tanto, quien no quiere ser afectado por la llama de su boca, según la sentencia del verdadero doctor, debe procurar ser encontrado no como madera, heno, paja, sino como oro, plata y piedra preciosa (I Cor. III, 12), porque tanto más el fuego de su persuasión incendia, cuanto más blando se muestre uno para consentirle. Pero como de ninguna manera se concede que la mente puesta en esta carne corruptible no sea tocada por el ardor de su persuasión, queda que, quemada por los malignos soplos, se convierta sin cesar al auxilio de la oración. Pues la llama de sus sugerencias se extingue rápidamente con la onda de las lágrimas.

LIBRO TRIGÉSIMO CUARTO. Se expone el versículo 13 del capítulo XLI con los restantes, especialmente sobre la soberbia del diablo y las persecuciones más crueles del Anticristo contra los santos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Al envejecer el mundo, las tribulaciones crecen con los tiempos. El diablo se enfurece tanto más cuanto más se acerca a la consumación de su castigo. Puesto que llevamos un cuerpo de este mundo, consideremos el fin del universo desde la parte que nos corresponde. En efecto, reconocemos más rápidamente cuál será el fin del mundo si observamos con atención lo que llevamos de él. Nuestra edad florece con más vigor en los años juveniles, pero en la vejez se consume con enfermedades crecientes; y mientras se prolonga para subsistir, cada día se debilita en el vivir, como si muriera. Así también, el tiempo del mundo, al aumentar con los años, se ve afectado por males crecientes; y de donde percibe el aumento de su edad, siente la pérdida de su salud. Las tribulaciones crecen con los tiempos, y cuanto más débilmente soporta las pérdidas de la vida, más parece durar como si avanzara hacia la vida. El enemigo antiguo se desata con todas sus fuerzas contra él, quien, aunque ya ha perecido por haber perdido la bienaventuranza de la condición celestial, será extinguido más plenamente cuando, apartado de la licencia de tentar, sea atado a los fuegos eternos. Por eso, se dispone a tentar más ferozmente al final del mundo, porque se vuelve más ferviente en su crueldad cuanto más se siente cercano al castigo. Considera que está próximo a perder la licencia de su malvada libertad, y cuanto más se angustia por la brevedad del tiempo, tanto

más se expande en la multiplicidad de su crueldad, como se dice de él con voz angélica a Juan: "¡Ay de la tierra y del mar, porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo!" (Apoc. XII, 12). Entonces se expande en el fervor de su gran ira, para que, al no poder permanecer en la bienaventuranza, no caiga en el abismo de su condenación con pocos. Entonces busca con más astucia todo lo que pueda lograr maliciosamente; entonces levanta más alto el cuello de su soberbia, y a través del hombre condenado que lleva, muestra maliciosamente todo lo que temporalmente prevalece. Por eso, con razón se dice ahora con voz divina:

CAPÍTULO II [Rec. II].

VERS. 13.---En su cuello residirá la fortaleza.

2. A la soberbia del Anticristo se le concederá el poder para cumplir su maldad. ¿Qué significa el cuello de este Leviatán, sino la extensión de la arrogancia? Alzándose contra Dios, se exalta con la simulación de santidad y con el orgullo del poder. Porque la soberbia se expresa a través del cuello, como lo atestigua el profeta Isaías, quien reprende a las hijas de Jerusalén, diciendo: "Anduvieron con el cuello extendido" (Isaías 3, 16). Por lo tanto, se dice que la fortaleza de este Leviatán reside en su cuello, porque a su arrogancia se le añade el poder que la apoya. Pues todo lo que entonces se exalta con soberbia, todo lo que maquina con astucia, lo ejecuta también con la fuerza del poder secular. El profeta Daniel, al observar esto, dice: "El engaño prosperará en su mano" (Daniel 8, 25). En efecto, el engaño en su mano es la astucia en el poder, porque todo lo que desea con maldad, puede ejecutarlo con fuerza por un tiempo. Se dice que su engaño prospera, porque la malicia de su fraude no encuentra dificultad que la impida. Esto es lo que este Leviatán o sus vasallos suelen tener como propio, que para colmar su iniquidad, pueden cumplir con mayor maldad lo que desean con malicia.

3. Es un don divino hacia los elegidos que no puedan llevar a cabo un pensamiento maligno. Porque aunque los elegidos a veces se debilitan y caen en deseos ilícitos, generalmente son retenidos por la mano del don divino, de modo que no encuentran efectos de su voluntad miserable. Y cuando surge una fuerte oposición a sus deseos, a menudo se corrigen por la misma imposibilidad, y por un orden admirable de disposición interna, la conversión sigue a la mutación de la mala voluntad, mientras que por la debilidad se les niega la perfección. De ahí que, bajo la apariencia de cada alma, del debilitante Judá y caminando por caminos perversos, el Señor diga por el profeta: "He aquí que cercaré tu camino con espinas, y la cercaré con un muro, y no encontrará sus sendas, y seguirá a sus amantes, y no los alcanzará, y los buscará, y no encontrándolos dirá: Iré y volveré a mi primer marido, porque entonces me iba mejor que ahora" (Oseas II, 6). Pues los caminos de los elegidos son cercados con espinas, cuando encuentran el dolor de la punzada en lo que temporalmente desean. Casi como un muro interpuesto se opone a sus caminos, cuyos deseos son ciertamente atacados por la dificultad de la perfección. Las almas de estos buscan a sus amantes y no los encuentran, mientras que siguiendo a los espíritus malignos, no alcanzan los placeres de este mundo que desean. Sin embargo, se añade bien que por la misma dificultad pronto dice: "Iré y volveré a mi primer marido, porque entonces me iba mejor que ahora" (Mateo XII, 44). Pues el primer marido es el Señor, quien unió a sí mismo un alma casta con el amor interpuesto del Espíritu Santo. A quien entonces desea la mente de cada uno, cuando encuentra múltiples amarguras como ciertas espinas en aquellas delicias que temporalmente desea. Porque cuando el alma comienza a ser mordida por las adversidades del mundo que ama, entonces entiende más plenamente cuánto mejor le iba con su primer marido.

4. A quienes la voluntad perversa desvía, a menudo la adversidad corrige.---Por lo tanto, a aquellos a quienes la voluntad perversa desvía, generalmente la adversidad corrige. De ahí que se deba temer mucho que sigan las cosas prósperas cuando se desean las injustas, porque es más difícil corregir el mal que se sostiene incluso con la prosperidad de la perfección. Así pues, este Leviatán, que con sus miembros está destinado a tormentos eternos, y el engaño se dirige en su mano, y la fortaleza reside en su cuello, porque lo que temporalmente desea con voluntad perversa contra los buenos, lo consume con facultad aún más perversa, de modo que nada le obstaculiza en la adversidad presente, tanto como nada le queda de la prosperidad en el futuro. Y porque todo aquel que se da a conocer por sus amistades con costumbres perversas primero pierde las verdaderas riquezas de la mente, se añade apropiadamente:

CAPÍTULO III [Ant. II, Rec. III].

IBID.---Y la pobreza precederá su rostro.

5. La pobreza de los elegidos es haber perdido las riquezas celestiales. En efecto, el rostro suele designar el conocimiento. De ahí que esté escrito: "Y mi rostro te precederá" (Éxodo 33, 14), es decir, el conocimiento ofrecerá guía. Sin embargo, es necesario saber que la indigencia en el sagrado discurso se presenta de manera diferente para los elegidos y para los reprobados. La indigencia de los elegidos ocurre cuando las verdaderas riquezas de la patria celestial regresan a su alma, y, situados en este exilio penoso de la vida presente, recuerdan que son pobres. Suspirando sin cesar por aquellas riquezas de las que Pablo dice: "Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos" (Efesios 1, 18). Y porque aún no las contemplan, gimen diligentemente en la aflicción de esta pobreza. Sin duda, Jeremías había contemplado esta pobreza cuando decía: "Yo soy el hombre que ha visto mi pobreza bajo la vara de su indignación" (Lamentaciones 3, 1). La vara de la indignación de Dios es el golpe de la severidad. Esa indignación la sufrió el hombre cuando, expulsado del paraíso, perdió las verdaderas riquezas del gozo interior (Génesis 3, 24). Pero como los elegidos contemplan incesantemente que en la penuria de la vida presente han caído desde aquella facultad de poder innato, se dice acertadamente: "Yo soy el hombre que ha visto mi pobreza" (Lamentaciones 3, 1). Pues quien aún desea estas cosas visibles, no comprende el mal de su peregrinación, y no sabe ver lo que padece. Contemplando esta pobreza, el profeta David dice: "Se ha debilitado mi fuerza en la pobreza" (Salmo 30, 11). En efecto, se dice que la fuerza se debilita en la pobreza, porque el alma, caída en esta peregrinación y golpeada por las molestias de su corrupción, se ve impedida de contemplar lo que ha perdido.

6. Esta pobreza los réprobos no la conocen. Se vacían de las riquezas de las virtudes, ni lo entienden. Pero esta pobreza los réprobos no saben considerarla, porque mientras siguen lo que ven, descuidan pensar en las cosas invisibles que han perdido. Por eso se dice propiamente que es su indigencia, porque mientras se llenan de vicios, se vacían de las riquezas de las virtudes. A menudo les sucede que, elevados por la locura de la arrogancia, al no considerar los daños de su ruina, no reconocen que también carecen de buenas acciones. Por eso, con voz angélica, se dice al predicador de Laodicea: Dices que soy rico, y me he enriquecido, y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un miserable, y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo (Apoc. III, 17). Se afirma casi rico, quien se exalta por la arrogancia de la santidad, pero se le acusa de ser pobre, ciego y desnudo. Pobre, ciertamente, porque no tiene las riquezas de las virtudes; ciego, porque no ve la pobreza que sufre; desnudo, porque perdió la primera estola, pero peor, porque ni siquiera reconoce que la ha

perdido. Porque, como dijimos, la indigencia de los réprobos es la defraudación de los méritos, con razón se dice de Leviatán: La indigencia precederá su rostro. Nadie se une a su conocimiento, a menos que primero se despoje de las riquezas de las virtudes. Primero sustrae los buenos pensamientos, y entonces les infunde un conocimiento más claro de su iniquidad. Por lo tanto, se dice que la indigencia precede su rostro, porque primero se pierde la facultad de las fuerzas, para que luego, por así decirlo, se conozca su conocimiento por familiaridad. O ciertamente porque a muchos se les infiltra tan fraudulentamente, que de ninguna manera puede ser detectado por ellos, y así evacua sus virtudes, de modo que no muestra la malicia de su astucia, se dice que la indigencia precede su rostro, como si se dijera abiertamente, que cuando tienta insidiosamente, despoja antes de ser visto. De ahí que se diga por el profeta de Efraín: Comieron extraños su fuerza, y él no lo supo (Oseas VII, 9). Los extraños suelen entenderse como los ángeles apóstatas, que comen la fuerza, mientras consumen la virtud de la mente pervirtiéndola. Lo que Efraín sufrió y no supo, porque en la tentación de los espíritus malignos perdió la fuerza del alma, y no entendió que la había perdido. Por lo tanto, la indigencia precede el rostro de Leviatán, porque despoja las mentes de los negligentes antes de que el que es tentado reconozca sus insidias. Por lo tanto, en lo que se ha dicho: En su cuello morará la fortaleza, se muestra la virtud de la violencia. Pero en lo que se añade: Y la indigencia precederá su rostro; se designa la sutileza del fraude.

7. Antes del advenimiento del Anticristo, los signos de las virtudes serán retirados de la Iglesia, o quedarán pocos. Aunque sabemos que su rostro será precedido por la escasez, hay algo más que, sin embargo, debemos exponer con tristeza. En un terrible orden de disposición oculta, antes de que este Leviatán aparezca en el hombre condenado que asume, los signos de las virtudes son retirados de la santa Iglesia. Pues la profecía se oculta, la gracia de las curaciones se quita, la virtud de la abstinencia prolongada se disminuye, las palabras de la doctrina enmudecen, los prodigios de los milagros se eliminan. Sin embargo, la dispensación celestial no los retira completamente, pero no los muestra de manera abierta y múltiple como en tiempos anteriores. Esto se hace con una maravillosa dispensación, para que en un solo acto se cumpla tanto la piedad como la justicia divina. Pues cuando los signos de las virtudes son retirados, la santa Iglesia parece más despreciable, y aumenta la recompensa de los buenos, que la veneran por la esperanza de lo celestial y no por los signos presentes, y la mente de los malos se revela más rápidamente contra ella, ya que descuidan seguir lo que promete lo invisible, mientras no son retenidos por signos visibles. Así, cuando la humildad de los fieles parece desprovista de la multitud y manifestación de signos, en el terrible examen de la disposición oculta, la misericordia se otorga más abundantemente a los buenos, mientras que la justa ira se acumula sobre los malos. Por lo tanto, antes de que este Leviatán venga de manera manifiesta y visible, los signos de las virtudes cesan en gran parte en la santa Iglesia, y correctamente se dice ahora: Su rostro será precedido por la escasez. Pues antes, las riquezas de los milagros son retiradas de los fieles, y entonces el antiguo enemigo se muestra contra ellos a través de prodigios abiertos, para que cuanto más se exalte él por los signos, tanto más robusta y laudablemente sea vencido por los fieles sin signos. Aunque también a los fieles no les faltarán signos en su combate, pero los de él serán tantos, que los nuestros parecerán pocos o ninguno. Sin embargo, su virtud es superior a todos los signos, cuando todo lo que ven que él hace terriblemente, lo aplastan con la firmeza interna. Pero el maligno enemigo se muestra contra ellos con tanta mayor ferocidad cuanto más le duele ser despreciado incluso con los milagros que realiza. Por lo tanto, reúne todo su ser para su destrucción, y une a todos los réprobos en la muerte de los fieles con una crueldad unánime, para ejercer su saña tanto más robustamente cuanto que en lo que perversamente desea hacer, ningún miembro de su cuerpo está en discordia. Por lo tanto, correctamente se dice:

CAPÍTULO IV [Rec. IV].

VERS. 14.---Los miembros de su carne están unidos entre sí.

8. La nociva concordia de los réprobos con Satanás y entre ellos mismos.---Las carnes de este Leviatán son todos los réprobos, que no se elevan al entendimiento de la patria espiritual por el deseo. Los miembros de estas carnes son aquellos que se unen a los que actúan perversamente y se preceden en la iniquidad, así como, por el contrario, se dice a través de Pablo al cuerpo del Señor: Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros de miembro (I Cor. XII, 27). Pues una cosa es ser miembro del cuerpo, y otra ser miembro de un miembro. Un miembro del cuerpo es una parte del todo, mientras que un miembro de un miembro es una parte de una parte. Un miembro de un miembro es el dedo respecto a la mano, la mano respecto al brazo; pero un miembro del cuerpo es todo esto junto respecto al cuerpo entero. Así como en el cuerpo espiritual del Señor llamamos miembros de miembro a aquellos que en su Iglesia son gobernados por otros, de igual manera, en esa reprobada congregación del Leviatán, son miembros de las carnes aquellos que se unen en obra inicua a algunos más malvados. Pero como el enemigo maligno concuerda consigo mismo en la obra perversa desde el principio hasta el final, el divino sermón menciona en él los miembros de las carnes que se adhieren entre sí. Así, pues, sienten perversamente de manera unánime, de modo que no se dividen por ninguna disputa entre ellos. Ninguna altercación de diversidad los divide entonces, y por eso prevalecen vehementemente contra los buenos, porque se mantienen concordes en el mal. [Vet. III.] Pues como ya dijimos anteriormente (Lib. XXXIII, num. 55), así como es pernicioso si falta la unidad entre los buenos, es aún más pernicioso si no falta entre los malos. La unidad de los réprobos obstaculiza el camino de los buenos tanto más duramente cuanto más duramente se le opone por su unión.

9. Es lícito disolver esta unidad, a ejemplo de Pablo.---Pablo había observado esta unidad perniciosa de los réprobos cuando, hallándose entre los saduceos y fariseos, decía: "De la esperanza y de la resurrección de los muertos soy juzgado" (Hechos 23, 6). Al oír estas palabras, la multitud que lo escuchaba se dividió inmediatamente en su contra. Y cuando la multitud tumultuosa se divide en dos partes, se abre un camino de escape para Pablo, porque la turba unida que lo perseguía, al dividirse, lo liberaba. Así, los justos son rescatados cuando los injustos se dividen, y los deseos de los elegidos se cumplen cuando las huestes de los réprobos se confunden por la discordia. Esto también se representa bien con la división del Mar Rojo (Éxodo 14, 21 y ss.). Pues cuando las aguas se dividen en dos partes, el pueblo elegido avanza hacia la tierra prometida, porque cuando la unidad de los malvados se rompe, las mentes buenas son llevadas a lo que desean. Si la unidad de los malvados no fuera nociva, la divina providencia no habría dispersado las lenguas de los soberbios en tanta diversidad (Génesis 11, 8). Si la unidad de los malvados no fuera nociva, el Profeta no diría de los enemigos de la santa Iglesia: "Precipita, Señor, y divide sus lenguas" (Salmo 54, 10). Por lo tanto, este Leviatán se desata contra los elegidos de Dios en sus fuerzas, y se le permite tener unidad en los réprobos para aumentar su malicia, de modo que ejerza sus fuerzas contra nosotros con más robustez, no solo atacándonos con el golpe de su fortaleza, sino también con el peso de su unión. Pero, ¿quién puede resistir esto? ¿Qué mente no tiembla desde la raíz misma de sus pensamientos ante el peso de tal elevación y unión? Por lo tanto, al ver que temblamos por nuestra debilidad, la divina clemencia inmediatamente añade lo que hace por sí misma. Pues sigue:

CAPÍTULO V [Rec. V].

IBID.---Enviaré contra él rayos, y no serán llevados a otro lugar.

16. Serán destruidos por el rayo en el juicio, mientras los justos permanecen ilesos y gozosos. — ¿Qué se designa con la apelación de rayos sino aquellas terribles sentencias del juicio final? Se llaman rayos porque, en efecto, aquellos a quienes hieren los incendian para siempre. Pablo había visto venir rayos sobre él cuando decía: "A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca y destruirá con la manifestación de su venida" (II Tes. II, 8). Sin embargo, estos rayos que se lanzan sobre él no se dirigen a otro lugar, porque mientras los justos se alegran, solo hieren a los reprobos. Pues después de la trilla de la vida presente, en la que ahora el trigo gime bajo la paja, así se distingue con el aventador del juicio final entre el trigo y la paja, que ni las pajas pasan al granero del trigo, ni los granos del granero caen en el fuego de las pajas. Por lo tanto, esos rayos no tocan otro lugar, porque con su fuego no incendian los granos, sino las pajas. Pero como el castigo no corrige a este Leviatán, se insinúa cuando se añade:

CAPÍTULO VI [Rec. VI].

VERS. 15.---Su corazón se endurecerá como una piedra.

11. La impenitencia de Satanás. Se dice muy bien que es semejante a un yunque.---Pues el corazón del antiguo enemigo se endurecerá como una piedra, porque nunca será ablandado por el arrepentimiento de la conversión. Y porque será preparado para los golpes del sol de la eterna venganza, se añade correctamente a continuación:

IBID.---Y será apretado como el yunque del herrero.

1121 El herrero, en efecto, fija el yunque para que sea apto a los golpes. Pues el yunque se coloca para ser golpeado con frecuentes martillazos. Así, Leviatán es sujetado como el yunque del herrero, porque será constreñido con las cadenas del infierno, para ser golpeado continuamente con el castigo eterno. Ahora también es golpeado, mientras los justos, con él acechando, pero consumiéndose en dolores, son salvados. En el yunque se forman otros recipientes, pero el mismo yunque no se transforma en otro recipiente a pesar de tantos golpes. Por tanto, Leviatán es comparado acertadamente con el yunque, porque nosotros somos formados mientras él nos persigue, pero él siempre es golpeado y nunca se transforma en un recipiente útil. Lo dejamos a él para el castigo eterno, y nosotros, golpeados por la mano del artífice supremo en su tentación, pasamos como vasijas formadas por él. En él somos golpeados, pero para que lleguemos al uso de la casa celestial. Él, sin embargo, es sujetado como un yunque, porque aunque ahora recorre el mundo tentando, puesto en el infierno, ya no vaga bajo el golpe de la sentencia. Sigue:

CAPÍTULO VII [Rec. VII].

VERS. 16.---Cuando sea elevado, los ángeles temerán, y aterrados serán purificados.

12. Al caer los ángeles reprobos, los buenos se aterrorizaron y se fortalecieron con el temor. La Sagrada Escritura a veces mezcla el tiempo pasado y el futuro, de modo que en ocasiones usa el futuro por el pasado, y en otras el pasado por el futuro. Usa el futuro por el pasado cuando a Juan se le muestra una mujer que dará a luz un varón, quien regirá a las naciones con vara de hierro (Apoc. XII, 5). Esto, porque ya había sucedido con la venida del Señor encarnado, se anunciaba como un hecho realizado. Nuevamente, usa el pasado por el futuro,

como cuando el Señor habla a través del salmista, diciendo: Han horadado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos (Sal. XXI, 18). Con estas palabras, la apariencia de la pasión del Señor se describe como si ya hubiera pasado, pero sin embargo se anuncia que aún está por venir en el futuro. Por lo tanto, en este lugar donde se dice: Cuando sea levantado, los ángeles temerán, nada impide entender que bajo la forma del tiempo futuro se describen cosas pasadas. No abandonamos el sentido de la recta inteligencia si creemos que, al caer Leviatán desde la cima de la bienaventuranza, incluso los ángeles elegidos se espantaron con su caída, de modo que cuando este fue expulsado de su número por su caída en la soberbia, el mismo temor fortaleció a los otros para mantenerse firmes. De donde sigue: Y aterrados, se purificaban.

13. De qué manera fueron entonces purificados. Mientras unos caían, a los demás se les concedió que no pudieran caer. Fueron purificados, porque al salir estas legiones de réprobos, solo permanecieron en las moradas celestiales aquellos que vivirían bienaventurados por la eternidad. Así, la caída de estos los aterrorizó y purificó: los aterrorizó para que no despreciaran con soberbia a su Creador; los purificó porque, al salir los réprobos, se dispuso que solo los elegidos permanecieran. Y dado que Dios, el artífice de todo, sabe utilizar bien la mala acción de los réprobos para la custodia de los buenos, convirtió la caída de los que caían en el progreso de los que permanecían; y de donde fue castigada la culpa de los soberbios, allí se encontraron y consolidaron los méritos de los ángeles humildes. Pues al caer estos, a aquellos se les concedió como don que no pudieran caer en absoluto. Los santos ángeles, al contemplar en estos los daños de su naturaleza, permanecen en sí mismos ya con más cautela y fortaleza. De ahí que, bajo la dirección del Señor, autor de todas las cosas, todo se ordene maravillosamente, de modo que incluso las pérdidas de su ruina beneficien a la patria de los espíritus elegidos, ya que de donde fue en parte destruida, allí se construyó más firmemente.

14. Los santos predicadores son llamados ángeles.---Pero dado que a menudo la Sagrada Escritura suele designar con el nombre de ángeles a los predicadores de la Iglesia, porque anuncian la gloria de la patria celestial, podemos en este contexto considerar a los ángeles como santos predicadores. De ahí que Juan, escribiendo a las siete Iglesias en el Apocalipsis, se dirija a los ángeles de las Iglesias, es decir, a los predicadores de los pueblos (Apoc. I, 4). De ahí que el profeta diga: Y los ángeles de la paz llorarán amargamente (Isaías XXXIII, 7). De ahí que nuevamente el profeta Malaquías diga: Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca buscan la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos (Malaquías II, 7). De ahí que Pablo diga: Grande es el misterio de la piedad, que fue manifestado en la carne, justificado en el espíritu, apareció a los ángeles, fue predicado a las naciones, creído en el mundo, asumido en gloria (I Tim. III, 16). Por lo tanto, después de decir que el misterio de la dispensación apareció a los ángeles, añadió que fue predicado a las naciones, designando ciertamente con el nombre de ángeles a los santos predicadores, es decir, a los mensajeros de la verdad.

15. Con la caída y el castigo de los ángeles se aterrorizan y se purifican. — Si, por lo tanto, lo que se dice: Cuando sea quitado, los ángeles temerán, y aterrorizados se purificarán, se refiere al tiempo futuro, con la llegada del juez severo, aquí se designa la condenación final de este Leviatán, porque es quitado de este mundo por la ira del juicio, quien ahora es tolerado con la admirable longanimidad de la mansedumbre. Sin embargo, se sacude con tal peso de terror, que incluso la fortaleza de los santos predicadores se turba; Porque cuando sea quitado, los ángeles temerán, porque cuando es arrebatado por el torbellino del juicio, aquellos que puedan ser encontrados en cuerpos, sacudidos por un inmenso terror, incluso los mensajeros de la patria celestial tiemblan. Aunque ya son fuertes y perfectos, todavía; porque

están en la carne, no pueden ser sacudidos por el torbellino de tal terror sin ningún temor. Pero cuando este Leviatán es arrebatado, y cuando todos los elementos se sacuden en su destrucción, a los santos predicadores, a quienes, como dije, ese tiempo de juicio aún encontrará en sus cuerpos, la esperanza de la cercanía del reino los alegra, y la debilidad de la carne se perturba por la manifestación de la ira. Habrá, por lo tanto, en ellos de alguna manera un temblor alegre, y un temor seguro, porque están ciertos de ser recompensados con el reino celestial, y tiemblan por el miedo de tal torbellino debido a la debilidad de la carne.

16. Para los justos que tiemblan, ¡cuán grande será la conmoción de los réprobos! Consideremos, por tanto, cómo entonces se sacude la conciencia de los inicuos, cuando incluso la vida de los justos se turba. Aquellos que odian la venida del juez, ¿qué harán, si el terror de tan gran juicio espanta incluso a quienes lo aman? Y porque en los santos predicadores este temor purifica, si alguna vez pudo haber en ellos la herrumbre de leves vicios, después de haber dicho: Cuando sea levantado, los ángeles temerán, adecuadamente añadió: Y aterrados serán purificados. Pero como hemos conocido esto sobre el fin de este Leviatán, escuchemos mientras tanto qué hace antes de que perezca. Sigue:

CAPÍTULO VIII [Rec. VIII].

VERS. 17.---Cuando lo alcance la espada, no podrá resistir ni la lanza, ni la coraza.

17. Anticristo se le llama correctamente la espada del diablo. En la Sagrada Escritura, a veces la espada representa la santa predicación, a veces la condenación eterna, a veces la tribulación temporal, y a veces la ira o persuasión del antiguo enemigo. La espada se utiliza para la santa predicación, como dice Pablo: "Y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Efesios VI, 17). Con el nombre de espada se designa la condenación eterna, como está escrito sobre el predicador herético: "Si se multiplican sus hijos, serán para el gozo" (Job XXVII, 14), porque por más que aquí se multipliquen en número, son consumidos por la condenación eterna. La espada se toma como tribulación temporal, como se dice a María sobre las tribulaciones futuras: "Y a tu propia alma la atravesará una espada" (Lucas II, 35). Nuevamente, la ira o persuasión del maligno enemigo se expresa por la espada, como dice el Salmista: "Tú que libraste a David, tu siervo, de la espada maligna" (Salmo CXLIII, 10). La espada de la santa predicación es benigna, con la cual somos heridos para morir al pecado. Pero la espada de la persuasión diabólica es maligna, con la cual uno es herido para extinguirse de la vida de rectitud. Por lo tanto, la espada del antiguo enemigo es aquel hombre condenado, asumido para el uso de su ministerio. Él mismo la afila a través de la malicia del engaño y atraviesa los corazones de los débiles. Esta espada, entonces, es tomada por el Leviatán de este, cuando su hombre condenado lo recibe. Pero si con el nombre de espada se designa su ira, correctamente no se describe como tomando la espada, sino como siendo tomado por la espada. Entonces se convierte en tal locura, que deseando dominar a todos, de ninguna manera domina su propia ira. Nosotros, cuando asumimos la ira en el uso de la justicia, sostenemos la espada, porque la poseemos moderándola bajo la equidad del juicio. Sin embargo, él, porque es arrastrado por los arrebatos de la furia, no se dice que tome la espada, sino que es tomado por la espada. No posee la ira sosteniéndola, sino que es sostenido por la ira en su furia.

[Vet. V.] 18. De qué manera la lanza y la coraza ceden a esta espada.---Es evidente para todos que con la lanza herimos al adversario, mientras que con la coraza nos protegemos del adversario. Con la lanza infligimos heridas, con la coraza nos cubrimos para no ser heridos. ¿Qué se designa, entonces, por la lanza sino el dardo de la predicación, y por la coraza sino la

fortaleza de la paciencia? Este Leviatán, por lo tanto, porque se desboca en la ira de toda crueldad a través del hombre réprobo asumido, se dice que es capturado por la espada. Pues mediante la manifestación de una inmensa fortaleza exhibe todo lo que puede hacer con maldad. Y ni la lanza ni la coraza podrán resistir, porque viniendo en el Anticristo, aparecerá de tal poder que, si falta la ayuda celestial, embotará la agudeza de los predicadores y destruirá la longanimidad de los pacientes. Porque si la vida de los justos no es fortalecida por la gracia celestial, la lanza no resiste, ya que la virtud de los predicadores se quiebra; la coraza no resiste, porque la paciencia de los constantes es penetrada y rota. Por lo cual se añade:

CAPÍTULO IX.

VERS. 18.---Considerará el hierro como paja, y el bronce como madera podrida.

19. Durante el asedio del Anticristo, la virtud de los predicadores y la constancia de los más fuertes se verán en peligro. Lo que anteriormente se mencionó como lanza, se repite aquí bajo el nombre de hierro; y lo que se presentó como coraza, se señala nuevamente con la mención del bronce. El hierro se afila para herir al adversario, mientras que el bronce casi no se consume por el óxido. Por lo tanto, el hierro representa los dardos de la predicación, y el bronce, la constancia de la longanimidad. De ahí que, bajo la figura de Aser, se dice de la santa Iglesia a través de Moisés: "El hierro y el bronce serán su calzado" (Deut. XXXIII, 25). En la Sagrada Escritura, el calzado se interpreta como la protección de la predicación, como está escrito: "Calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz" (Efes. VI, 16). Así, dado que el hierro expresa la virtud y el bronce la perseverancia, se dice que su calzado es de hierro y bronce, ya que su predicación está protegida tanto por el filo como por la constancia. Pues con el hierro penetra los males adversos, y con el bronce conserva pacientemente los bienes propuestos. Su perseverancia se insinúa más claramente cuando dice: "Como los días de su juventud, así será su vejez" (Deut. XXXIII, 25). [Rec. IX.] Pero cuando este Leviatán tome aquella espada que las sagradas escrituras llaman Anticristo para ejercer su iniquidad, considerará el hierro como paja y el bronce como madera podrida, porque, a menos que la gracia divina proteja, consumirá las fuerzas de los predicadores como paja con el fuego de su maldad, y reducirá la constancia de los pacientes a polvo, como madera podrida. Así, tanto el filo del hierro como la fortaleza del bronce fallan, mientras que por la violencia de su poder se embota el sentido de la predicación y se disipa la longanimidad de la paciencia.

20. Y si Dios no presta ayuda, desfallecerán. — Por tanto, si la ayuda divina no fortalece a sus elegidos, ¿dónde estarán entonces los débiles, si los fuertes son considerados como paja? ¿Qué hará entonces este Leviatán con la paja, si considera el hierro como paja? ¿Qué hará con la madera podrida, si disolverá la fortaleza del bronce como si fuera madera podrida? Pero, ¡oh, cuántos, que en sus propias fuerzas se consideran hierro o bronce, descubren en ese fuego de tribulación que son paja! Y cuántos, que por su propia debilidad temen ser paja, sostenidos por la ayuda divina, se fortalecen en la solidez del hierro y del bronce, para que sean tanto más fuertes en Dios contra su adversario, cuanto más recuerdan que son débiles en sí mismos. Pero cuanto más alto se eleva este Behemoth contra los elegidos de Dios a través de milagros, tanto más vehementemente los santos se aferran a las palabras de la predicación contra él. Sin embargo, posee las mentes de los réprobos de tal manera que no las abandona, aunque sean atravesadas por los dardos de la verdad. Por lo cual se añade:

IBID. 19.---No lo ahuyentará el hombre arquero.

21. La santa predicación no expulsa a Satanás de los corazones de los réprobos. ¿Qué son las flechas, sino las palabras de los predicadores? Que, al ser pronunciadas por la voz de quienes viven rectamente, atraviesan los corazones de los oyentes. Con estas flechas fue herida la santa Iglesia, que decía: "Estoy herida de amor" (Cantar de los Cantares II, 5). De estas flechas se narra en la voz del salmista: "Las flechas de los pequeños se convirtieron en sus heridas" (Salmo LXIII, 8), porque las palabras de los humildes penetraron en las almas de los soberbios. A este defensor que viene se le dice de estas flechas: "Tus flechas son agudas, poderosísimo, los pueblos caerán bajo ti en el corazón" (Salmo XLIV, 6). Por lo tanto, es un hombre arquero quien, a través del arco de la santa intención, clava en los corazones de los oyentes las palabras de la recta exhortación. Así pues, como este Leviatán desprecia las palabras de los predicadores, y cuando ha mordido las mentes de los réprobos con malas sugerencias, no las abandona en absoluto, se dice correctamente: "No lo ahuyentará el hombre arquero". Como si se dijera abiertamente: La flecha del santo predicador no lo expulsa de los corazones de los réprobos, porque quien es atrapado por él ya desprecia escuchar las palabras de los predicadores. Por lo tanto, enojado por los pecados precedentes, el Señor dice a través del profeta sobre aquellos que abandona en manos del antiguo enemigo: "Enviaré contra vosotros serpientes áspides, a las que no hay encantamiento" (Jeremías VIII, 17). Como si dijera: Con justo juicio os entregaré a tales espíritus inmundos, que no podrán ser expulsados de vosotros por la exhortación de los predicadores, como si fuera el discurso de encantadores. Y dado que este Leviatán no es movido de los corazones de los réprobos por los dardos de la santa predicación, también se añade el desprecio hacia los hombres santos, cuando inmediatamente se infiere:

CAPÍTULO XI [Ant. VI].

IBID.---En paja se convirtieron para él las piedras de la honda.

22. Contra él y el Anticristo, la fortaleza de los santos parece paja. Sin embargo, nada puede contra su alma. ¿Qué se figura por la honda, sino la santa Iglesia? Pues la honda, al ser lanzada en círculo, de ella salen piedras que hieren los corazones de los adversarios; así la santa Iglesia, al ser llevada por el giro de los tiempos a través del circuito de las tribulaciones, de ella salen hombres fuertes que con golpes como de piedra golpean los corazones de los inicuos. Por eso el Señor dice al profeta sobre los buenos doctores: Devorarán y someterán con piedras de honda (Zacarías IX, 15). Los santos doctores que instruyen a otros en la virtud devoran a los enemigos, al transformarlos dentro de su cuerpo por la fuerza de la conversión. A quienes someten con piedras de honda, porque al instituir hombres fuertes en la santa Iglesia, por ellos rompen los duros corazones de los adversarios soberbios. Por eso también Goliat, el más inmenso, muere por una piedra de honda (1 Samuel XVII, 49), porque la altitud diabólica es superada por la singular piedra de la santa Iglesia. Así, este Leviatán, porque, al asumir a ese hombre condenado, desprecia a los fuertes de la Iglesia como si fueran débiles, y oprime temporalmente sus fuerzas, se dice correctamente ahora: En paja se han convertido para él las piedras de la honda. Como si se dijera abiertamente: La fortaleza de los santos la reduce a la blandura de la paja, cuya lengua antes golpeó su pecho con duros golpes. Pues ejerciendo entonces toda la fortaleza de su iniquidad, cuanto más se duele de ser vencido espiritualmente por ellos, tanto más atrozmente prevalece corporalmente contra ellos. Y porque considera que nada puede prevalecer contra su espíritu, en su carne consume todos los argumentos de su crueldad. [Vet. VII.] Pero, ¿qué maravilla si desprecia las fuerzas humanas, quien incluso los eternos tormentos del juicio supremo en sí mismo desprecia? Por eso se añade:

CAPÍTULO XII.

VERS. 20.---Considerará el martillo como si fuera paja.

23. El orgulloso desprecia la venganza de Dios.---Como si dijera: Incluso menosprecia el peso de su castigo, que lo golpea desde lo alto a través del suplicio. En la Sagrada Escritura, a veces el diablo es designado con el nombre de martillo, por medio del cual ahora se castigan las culpas de los delincuentes; otras veces se refiere a la percusión celestial, por la cual los elegidos sienten los golpes celestiales para corregirse de sus caminos perversos, o la justa ira golpea a los réprobos, mostrando, al anticipar los castigos eternos, lo que merecerán en el futuro. Pues, dado que el antiguo enemigo se expresa con la apelación de martillo, el profeta lo testifica cuando contempla sobre él la fuerza del juicio final, diciendo: ¿Cómo ha sido quebrantado y destruido el martillo de toda la tierra? (Jeremías 50, 23). Como si dijera: ¿Quién puede medir con qué torbellino, al venir el juicio final, el Señor rompe en condenación eterna a aquel por quien golpea sus vasijas para ser formadas en uso ministerial? Nuevamente, la percusión celestial se expresa a través del martillo, lo cual se señala cuando Salomón edificaba el templo, al decirse: La casa, cuando fue edificada, fue construida de piedras labradas y perfectas, y no se oyó en la casa ni martillo ni hacha, ni ningún instrumento de hierro, mientras se edificaba (1 Reyes 6, 7). ¿Qué otra cosa figuraba aquella casa sino la santa Iglesia, que el Señor habita en los cielos? Para cuya edificación se traen las almas de los elegidos, como ciertas piedras pulidas. Cuando se edifica en los cielos, allí ya no resuena el martillo de la disciplina, porque somos llevados allí como piedras labradas y perfectas, para ser dispuestas en lugares adecuados según el mérito. Aquí, en cambio, somos golpeados para llegar allí sin reproche. Aquí resuena el martillo, aquí el hacha, aquí todos los instrumentos de percusión. Pero en la casa de Dios no se oyen golpes, porque en la patria eterna todos los ruidos de percusión ya se han silenciado. Allí el martillo no golpea, porque ninguna corrección aflige. Allí el hacha no corta, porque ninguna sentencia de severidad expulsa a los que han sido recibidos. Allí no resuenan los instrumentos, porque ya no se sienten ni siquiera los más mínimos castigos. Por lo tanto, dado que el peso de la percusión celestial se expresa a través del martillo que viene de lo alto, ¿qué significa que este Leviatán desprecia el martillo, sino que se niega a temer los golpes de la corrección celestial? Y considera el martillo como paja, porque se prepara para los pesos de la ira justa como si fueran terrores muy leves. Por lo cual, se añade aún más expresamente:

CAPÍTULO XIII [Rec. XI].

IBID.---Y se burlará de la lanza vibrante.

24. Se burla de la amenaza del juicio futuro, volviéndose así más cruel.---Porque el Señor blande la lanza contra Leviatán, ya que en su destrucción amenaza con un juicio severo. Blandir la lanza es prepararle la muerte eterna con una severa retribución. Pero el espíritu apóstata, despreciando al autor de la vida incluso con su propia muerte, se burla de la lanza que se blande, porque no teme sufrir cualquier cosa grave o horrible que prevea del juicio severo; sino que, al ver que no puede escapar de los tormentos eternos, se levanta más endurecido en la práctica de la maldad. Cuando muchos de los sabios de este mundo consideran que está tan fuertemente atado en todo lo que desea con tanta pertinacia y fortaleza, inclinan sus corazones al servicio de su tiranía, y todo lo que saben por la gracia de Dios, lo desvían contra Él al servicio de su enemigo. Por lo tanto, con razón se añade:

CAPÍTULO XIV [Rec. XII].

IBID. 21.---Bajo él estarán los rayos del sol.

25. A ellos se les subordinan algunos que parecían brillar en la Iglesia por su doctrina o santidad. En la Sagrada Escritura, cuando se menciona el sol de manera figurada, a veces se refiere al Señor, a veces a la persecución, a veces a la manifestación de una visión clara, y otras veces a la inteligencia de los sabios. El sol representa al Señor, como se menciona en el libro de la Sabiduría, donde todos los impíos, al conocer su condenación en el día del juicio final, dirán: "Nos hemos desviado del camino de la verdad, y la luz de la justicia no brilló para nosotros, y el sol no se levantó para nosotros" (Sab. V, 6). Como si dijeran abiertamente: El rayo de la luz interior no resplandeció para nosotros. Por eso Juan dice: "Una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies" (Apoc. XII, 2). En el sol se toma la iluminación de la verdad, y en la luna, que mengua con sus fases, se toma la mutabilidad de lo temporal. La Santa Iglesia, protegida por el esplendor de la luz celestial, está vestida como de sol, y porque desprecia todas las cosas temporales, pone la luna bajo sus pies. Nuevamente, el sol representa la persecución, como dice la Verdad en el Evangelio, que las semillas nacidas sin raíces se secaron cuando salió el sol (Mat. XIII, 6), porque las palabras de vida, que momentáneamente florecen en el corazón de los hombres terrenales, se secan con el ardor de la persecución. Nuevamente, el sol representa la manifestación de una visión clara, como el Profeta anuncia al Señor apareciendo ante los ojos de todos, diciendo: "En el sol puso su tabernáculo" (Sal. XVIII, 6). Como si dijera: Mostró el misterio de la humanidad asumida en la luz de una visión clara. Y como se dice al mismo Profeta por la voz divina a través de Natán: "Tú lo hiciste en secreto, pero yo haré esto en presencia de todo Israel y a la vista del sol" (II Reg. XII, 12). ¿Qué significa a la vista del sol, sino la insinuación de la cognición de una visión clara? Nuevamente, el nombre del sol expresa la inteligencia de los sabios, como está escrito en el Apocalipsis: "El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, y se le dio poder para quemar a los hombres con fuego" (Apoc. XVI, 8). Derramar la copa sobre el sol significa infligir castigos de persecución a los hombres que brillan con el esplendor de la sabiduría: "Y se le dio poder para quemar a los hombres con fuego", porque cuando los hombres sabios, vencidos por los tormentos, son tocados por el error de actuar mal, los débiles, persuadidos por su ejemplo, arden en deseos temporales. Las caídas de los fuertes proporcionan aumentos a las perdiciones de los débiles. Porque el sol designa la agudeza de la sabiduría, también se dice por comparación de Salomón: "El sabio permanece como el sol, el necio cambia como la luna" (Ecli. XXVII, 12). En este lugar, ¿qué se demuestra por los rayos del sol sino las agudezas de los sabios? Porque muchos que parecían resplandecer con la luz de la sabiduría en la santa Iglesia, entonces, capturados por persuasiones, aterrorizados por amenazas, o quebrantados por tormentos, se someten a esta sedición de Leviatán, se dice correctamente: "Bajo él estarán los rayos del sol". Como si se dijera abiertamente: Aquellos que dentro de la santa Iglesia parecían esparcir rayos de luz por la agudeza de la sabiduría y resplandecer por la autoridad de la rectitud desde lo alto, se someten al poder de este Leviatán con una operación injusta, de modo que ya no brillan desde lo alto predicando lo recto, sino que le sirven perversamente obedeciendo. Por lo tanto, los rayos del sol están bajo él, cuando incluso hombres sabios no elevan libremente las agudezas de su sabiduría, sino que las inclinan a los pies de este Leviatán con la perversidad de sus obras y el halago de la adulación, de modo que la inteligencia, que para ellos era como el sol desde lo alto por don celestial, se somete a los pies del antiguo enemigo por codicia terrenal. Por eso, ahora, cuando cualquiera de los sabios y doctos, por conveniencia o gloria de la vida temporal, se somete a las potestades terrenales que actúan mal por la caída de la adulación, es como si se postrara con los rayos del sol bajo los pies del Anticristo venidero. Y como si Behemoth se

humillara la luz del cielo, al pisotear las mentes de los sabios con un consentimiento pestilente. Los rayos del sol se someten tantas veces a los pies de este Leviatán, cuantas veces aquellos que parecen resplandecer con la luz de la doctrina, sienten erróneamente con agudeza desmedida en el sagrado discurso, y se someten a sus errores con sentidos perversos, porque al erigirse contra los fieles predicamentos de la verdad, sirven a los pies de este Leviatán sintiendo falsamente. Los rayos del sol están bajo él tantas veces, cuantas veces los doctos, y aquellos que sobresalen en la luz de la inteligencia, o desprecian a los demás y se erigen en altivez; o posponen las cosas supremas que saben, y se contaminan con deseos carnales sórdidos; o olvidan las cosas celestiales y ambicionan las terrenales; o no recordando que son tierra, se glorían vanamente en el conocimiento de las cosas celestiales. Por eso, correctamente se añade allí:

CAPÍTULO XV [Rec. XIII].

IBID.---Extenderá el oro como el lodo.

26. Qué significa el oro en la Sagrada Escritura.---Bajo la denominación de oro en el sagrado discurso, a veces se entiende la claridad de la divinidad, a veces el esplendor de la ciudad celestial, a veces la caridad, a veces el brillo de la gloria secular, y a veces la belleza de la santidad. En efecto, con el nombre de oro se designa la misma claridad íntima de la divinidad, como se describe la apariencia del esposo en el Cantar de los Cantares: Su cabeza es oro finísimo (Cant. V, 11). Porque la cabeza de Cristo es Dios, y nada en los metales es más resplandeciente que el oro, la cabeza del esposo se llama oro, porque su humanidad nos gobierna con la claridad de su divinidad. Nuevamente, con el nombre de oro se entiende el esplendor de la ciudad celestial, como Juan testifica haberla visto, diciendo: La misma ciudad es de oro puro, semejante a vidrio puro (Apoc. XXI, 18). El oro del que consta esa ciudad se dice semejante al vidrio, para que se designe clara por el oro y transparente por el vidrio. Nuevamente, con el nombre de oro se insinúa la caridad, como el Ángel que Juan vio hablarle (Apoc. I, 13), lo vio ceñido con un cinto de oro alrededor del pecho, porque, sin duda, los corazones de los ciudadanos celestiales, ya no sujetos al temor penal y sin disolverse entre sí por ninguna división, se constriñen solo por la caridad. Tener un cinto de oro alrededor del pecho es restringir todos los movimientos de pensamientos cambiantes por los lazos del amor. Nuevamente, con el nombre de oro se expresa el brillo de la gloria temporal, como se dice por el Profeta: Copa de oro es Babilonia (Jerem. LI, 7). ¿Qué se designa con el nombre de Babilonia, sino la gloria de este mundo? Que se llama copa de oro, porque al mostrar que las cosas temporales son hermosas, embriaga las mentes necias en su concupiscencia, para que deseen las cosas temporales hermosas y desprecien las invisibles bellas. Con esta copa de oro, Eva fue embriagada por su propia voluntad, de la cual la historia de la verdad dice que, al desear el árbol prohibido, vio que era hermoso a la vista, agradable al aspecto y comió (Gén. III, 6). Por tanto, Babilonia es una copa de oro, porque al mostrar la belleza exterior, sustrae el sentido de la rectitud interna. Nuevamente, con el nombre de oro se entiende el esplendor de la santidad, como Jeremías deplora al pueblo judío cambiado del esplendor de la justicia a las tinieblas de la maldad, diciendo: ¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha cambiado el color excelente? (Lam. IV, 1). Como dijimos anteriormente, el oro se oscurece cuando, con las tinieblas de las iniquidades que siguen, se abandona la belleza de la justicia. El color excelente se cambia cuando el esplendor de la inocencia se convierte en la fealdad de la culpa.

[Vet. IX.] 27. ¿Qué es el lodo?---Con el nombre de lodo, en el lenguaje sagrado, a veces se designa la multiplicidad de las cosas terrenales, a veces la doctrina impura que sabe a

iniquidad, y a veces la seducción del deseo carnal. En efecto, la multiplicidad de las cosas terrenales se figura por el lodo, como se dice por el profeta Habacuc: ¡Ay de aquel que multiplica lo que no es suyo! ¿Hasta cuándo se agravará contra sí mismo con denso lodo? (Habacuc II, 6). Pues se agrava con denso lodo quien, multiplicando cosas terrenales por avaricia, se oprime con el peso de su pecado. Nuevamente, con el nombre de lodo se designa la doctrina que sabe a impureza, como se dice al Señor por el mismo profeta: Hiciste camino en el mar con tus caballos, en el lodo de muchas aguas (Habacuc III, 15). Como si dijera: Abriste camino a tus predicadores entre las doctrinas de este siglo que saben a impureza y terrenalidad. También se expresa el deseo de la voluptuosidad impura por el lodo, como dice el salmista suplicando: Líbrame del lodo, para que no quede adherido (Salmo LXVIII, 15). Adherirse al lodo, en efecto, es mancharse con los deseos impuros de la concupiscencia carnal.

28. El antiguo enemigo engaña a unos bajo la apariencia de santidad, a otros los atrae con vicios vergonzosos. En este contexto, el oro se entiende como la claridad de la santidad, mientras que el lodo puede interpretarse como la avaricia de las cosas terrenales, la contaminación de doctrinas erróneas o las impurezas de los placeres carnales. Porque este Leviatán somete a muchos, que parecían resplandecer con el brillo de la justicia dentro de la santa Iglesia, ya sea por la concupiscencia de las cosas terrenales, la contaminación de doctrinas erróneas o los placeres carnales, y sin duda extiende el oro ante sí como si fuera lodo. Extender el oro como lodo es pisotear la pureza de vida en algunos mediante deseos ilícitos, de modo que aquellos que antes brillaban con el esplendor de las virtudes ahora sirven a sus huellas sucias. Así, el antiguo enemigo engaña a unos bajo la apariencia de santidad, mientras que a otros los intercepta mediante los vicios vergonzosos de la vida carnal. Pero entonces actuará abiertamente a través de estas cosas, mientras que ahora domina ocultamente en los corazones de muchos, como dice el Apóstol Pablo: "Para que se revele a su debido tiempo, pues el misterio de la iniquidad ya está en acción" (II Tes. II, 6). Por tanto, ahora también somete el oro como si fuera lodo cada vez que derriba la castidad de los fieles mediante los vicios de la carne. Pisa el oro como lodo cada vez que disipa el sentido de los continentes mediante deseos impuros. Esto lo realiza entonces con mayor vehemencia, cuanto más, entregado a su libertad perdida, lleva a cabo desenfrenadamente lo que desea.

29. Aquellos que se someten al diablo, aunque parezcan oro, son barro. Y tal vez a alguien le intrigue por qué el Dios misericordioso permite que sucedan estas cosas, que este Leviatán, ya sea ahora a través de sugerencias astutas, o entonces a través de aquel hombre condenado que llena, someta a los rayos del sol, es decir, a los doctos y sabios, o al oro, es decir, a los hombres resplandecientes en santidad, como si fueran barro, manchándolos con vicios. Pero respondemos rápidamente que el oro que pudo ser sometido como barro por sus malas persuasiones, nunca fue oro ante los ojos de Dios (De poenit., dist. 2, c. Citius). Porque aquellos que pueden ser seducidos sin posibilidad de retorno, parecen perder ante los ojos de los hombres la santidad que alguna vez tuvieron; pero nunca la tuvieron ante los ojos de Dios. A menudo, el hombre está envuelto en muchos pecados ocultos y parece grande en alguna virtud. Esa misma virtud también se desvanece, porque cuando se hace conocida a los hombres, sin duda es alabada, y su alabanza se busca con avidez. Por lo tanto, sucede que esa virtud no es virtud ante los ojos de Dios, mientras oculta lo que desagrada y muestra lo que agrada. ¿Qué méritos pueden ser ante Dios, cuando los males son ocultos y los bienes son públicos? A menudo, como hemos dicho, la soberbia se oculta, y la castidad se hace conocida; y por eso, la castidad mostrada se pierde al final de la vida, porque la soberbia oculta se mantiene sin corregir hasta el final. Otro se dedica a las limosnas, distribuye sus bienes; pero sin embargo, sirve a muchas injusticias, o tal vez ejercita su lengua en

detracciones. Y sucede a menudo que aquel que fue misericordioso, cerca del final de su vida, se enciende con los estímulos de la rapacidad y la crueldad. Esto se hace con un juicio muy justo, para que pierda ante los hombres aquello por lo que agradó a los hombres, quien nunca se preocupó por corregir aquello por lo que desagradó a Dios. Otro se dedica a la paciencia; pero mientras no evita envidiar a otros y guardar malicia en su corazón, a veces se vuelve impaciente, quien durante mucho tiempo permaneció oculto sufriendo. Así, estos son oro en algo y barro en algo. Y este oro se somete como barro, cuando, debido a pecados ocultos, incluso la virtud que brilló públicamente se disipa. Pero creemos que vale la pena considerar más detenidamente en estos casos la virtud del orden supremo.

[Vet. X.] 30. Dios tolera los males ocultos de algunos, para que los bienes que hacen en público beneficien a los elegidos.---A menudo, el Dios omnipotente tolera los males ocultos de algunos, para que los bienes manifiestos de ellos sean dispensados para el beneficio de sus elegidos. Pues algunos, no abandonando el mundo por completo, no perseveran en tomar el camino estrecho, pero con su ejemplo encienden a aquellos que perseverarán en buscar el camino angosto. De ahí que a menudo sucede que lo que parece ser una buena vida, no lo viven para sí mismos, sino más bien para los elegidos, ya que con sus ejemplos provocan a otros a perseverar en el estudio de vivir bien, aunque ellos mismos no perseveren. A menudo vemos a algunos emprender el camino, apresurarse hacia el lugar propuesto, y otros, al verlos avanzar, los siguen; y juntos buscan el mismo lugar. Pero sucede a menudo que, al surgir algún obstáculo, regresan aquellos que iban delante, y llegan al lugar aquellos que los seguían. Así, ciertamente, hay quienes emprenden el camino de la santidad sin perseverar. Por eso, inician el camino de la virtud sin llegar a su fin, para mostrar a aquellos que sí llegarán por dónde deben caminar. Incluso su caída sirve, con no poca utilidad, al progreso de los elegidos, porque al ver su caída, tiemblan por su propio estado; y la ruina que los condena a ellos, humilla a estos. Aprenden a confiar en la protección del auxilio divino, al ver a muchos caer por confiar en sus propias fuerzas. Por tanto, cuando los réprobos parecen actuar bien, muestran un camino llano a los elegidos que los siguen; y cuando caen en la maldad, muestran a los elegidos que los siguen la fosa de la soberbia que deben evitar. Así era este Leviatán, y somete los rayos del sol a sí mismo, y el oro lo somete como el lodo. Sabe el Dios omnipotente usar bien el mal de los réprobos para consuelo de sus elegidos, cuando aquellos que llegarán a Él progresan con sus propios méritos, y a menudo son corregidos en lo que piensan con soberbia por las caídas ajenas. Pero si este Leviatán actúa así incluso en aquellos que alguna virtud muestra como claros, ¿qué hará con aquellos cuya mente no ha sido elevada en parte alguna de las concupiscencias terrenales? A quienes, sin embargo, la palabra divina expresa abiertamente, al añadir:

CAPÍTULO XVI [Rec. XIV].

VERS. 22.---Hará hervir el mar profundo como una olla.

31. En la última persecución, la ira de los réprobos hervirá contra los Santos. ¿Qué se expresa por el mar sino la vida de los mundanos, y qué por la profundidad sino sus pensamientos altos y ocultos? Este Leviatán hace hervir el profundo mar como una olla, porque es evidente que en el tiempo de la extrema persecución se esforzará por excitar los ánimos de los réprobos contra la vida de los elegidos mediante la llama de la crueldad. Entonces el profundo mar hierve como una olla, cuando enciende con fuerte ardor los corazones de los amantes del mundo, y lo que en este tiempo de paz permanecía oculto dentro de su malicia, entonces hierve en el calor de la más inmensa persecución, y a través de la abrupta licencia de la crueldad abierta, exhalan los odios del antiguo rencor que habían reprimido durante mucho

tiempo. Pero, persuadidos por el error pestilente, sirven así al Anticristo, que entonces creen más verdaderamente ofrecer servicio a Cristo, después de que dijo: Hará hervir el profundo mar como una olla, adecuadamente añadió:

CAPÍTULO XXVII [Ant. XI]

IBID.--- Lo pondrá como cuando los ungüentos hierven.

32. Los que militen con el Anticristo contra los santos creerán que están rindiendo servicio a Dios. En efecto, cuando los ungüentos hierven, desprenden una fragancia de suavidad. Así, este Leviatán seducirá los corazones de los réprobos, de modo que todo lo que hagan en la iniquidad de su perfidia lo consideren como si lo hicieran por la verdad de la fe recta, como si les oliera bien lo que ejercen con celo religioso. Por eso, en el Evangelio, la Verdad dice a los discípulos: "Todo aquel que os mate, pensará que rinde servicio a Dios" (Juan XVI, 2). Así, como una olla hierve, ellos persiguen cruelmente; pero para ellos, esa misma persecución tiene la fragancia de los ungüentos, mientras su mente, engañada por vanas sospechas, estima que está rindiendo servicio a Dios. En la Sagrada Escritura, la opinión de las virtudes suele ser señalada por los olores de los ungüentos. Por eso, la esposa en el Cantar de los Cantares, deseando al esposo, dice: "Corremos tras el olor de tus ungüentos" (Cant. I, 3). Y por eso, el apóstol Pablo, sabiendo que fragua en la alabanza de las virtudes, dice: "Somos buen olor de Cristo para Dios" (II Cor. II, 15). Así, porque este Leviatán intercepta a sus ministros perdidos en las obras de crueldad bajo la apariencia de alabanza y el pretexto de virtud, después de haber dicho: "Hará hervir el mar profundo como una olla", correctamente añade: "Lo pondrá como cuando los ungüentos hierven". Porque lo que hace hervir el mar por el incendio de la crueldad, lo muestra en el juicio de aquellos que son incitados por el falso nombre de virtud, como si los ungüentos hirvieran, para que se vuelvan tanto más atroces en la crueldad cuanto más piensan que merecen premios por el celo de la religión. Y esto es justo en el juicio divino, para que quienes descuidan percibir y guardar la fuerza de la piedad, sean engañados por el olor de su sospecha. Por eso, y para aumentar la ilusión, a ellos, perpetrando crueldades, también les siguen señales y prodigios, como correctamente se añade:

CAPÍTULO XVIII [Ant. XII, Rec. XV].

VERS. 23.---Después de él brillará el sendero.

33. La senda del Anticristo brillará con milagros.---Se dice que la senda de Leviatán brilla, porque dondequiera que pasa, deja una admiración excesiva por la claridad de sus milagros; y ya sea por sí mismo o por sus ministros, resplandece con señales engañosas. Por eso, lo que ya hemos mencionado a menudo, la Verdad en el Evangelio dice: Surgirán falsos cristos y falsos profetas, y darán señales y prodigios, de tal manera que, si fuera posible, incluso los elegidos caerán en el error (Marcos XIII, 22). Así, la senda después de Leviatán brilla, porque penetra en los corazones de aquellos cuyas obras ilumina con prodigios, para mantener sus mentes en las tinieblas del error, tanto más cuanto que a través de ellos muestra exteriormente una luz poderosa de milagros. Pero hay algunos que, recordando las palabras proféticas y los preceptos evangélicos, saben que las señales que exhibe son falsas y que los castigos a los que engañando conduce son verdaderos. Los corazones de estos, Leviatán no los intercepta con la ostentación de santidad, sino que se les presenta con otra ilusión. A algunos que saben esto, pero que sin embargo aman la vida presente, los observa, y de inmediato aligera en sus

mentes los castigos futuros, afirmando que los juicios de rigor terminarán algún día, y astutamente los lleva a los placeres presentes. Por eso, adecuadamente se añade:

CAPÍTULO XIX [Rec. XVI].

IBID.---Considerará el abismo como si estuviera envejeciendo.

34. Los réprobos, inducidos al error por el diablo, no creen en la eternidad de las penas. Se responde a sus falsas razones. El Salmista testifica que los juicios eternos e incomprensibles suelen designarse con el nombre de abismo, diciendo: Tus juicios son un abismo inmenso (Salmo 35, 7). La vejez, en ocasiones, se utiliza para indicar la proximidad del fin. Por eso el Apóstol dice: Lo que se envejece y se hace viejo, está próximo a desaparecer (Hebreos 8, 13). Así, este Leviatán considerará el abismo como envejecido, porque infatua los corazones de los réprobos, infundiéndoles la sospecha de que el juicio venidero casi se terminará. Pues quien piensa que el abismo envejece, estima que la retribución suprema en los suplicios tendrá un fin en algún momento. Por lo tanto, este antiguo seductor, en sus miembros, es decir, en las mentes de los inicuos, aligera las penas futuras, que determina con un fin cierto, para extender sus culpas sin término de corrección; y tanto más aquí no terminan sus pecados, cuanto aquí consideran que las penas de los pecados han de terminar.

35. Hay también ahora quienes, por esta razón, descuidan poner fin a sus pecados, porque sospechan que los juicios futuros sobre ellos tendrán algún día un fin. A estos les respondemos brevemente: Si algún día han de terminar los suplicios de los réprobos, entonces también algún día han de terminar las alegrías de los bienaventurados. Pues la Verdad misma dice: "E irán estos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna" (Mateo 25, 46). Si, por lo tanto, no es verdad lo que amenazó, tampoco es verdad lo que prometió. Pero dicen: Por eso amenazó con un castigo eterno a los pecadores, para contenerlos de cometer pecados, porque debía amenazar a sus criaturas con suplicios eternos, no infligirlos. A estos les respondemos rápidamente: Si amenazó con falsedades para corregir la injusticia, también prometió falsedades para provocar a la justicia. ¿Y quién puede tolerar esta locura de ellos, que al afirmar que los suplicios de los réprobos tendrán fin, con su afirmación también confunden las recompensas y premios de los elegidos? ¿Quién puede tolerar esta locura de ellos, que intentan sostener que no es verdad lo que la Verdad amenazó sobre el fuego eterno, y mientras se esfuerzan por presentar a Dios como misericordioso, no temen proclamarlo engañoso?

36. Los pecadores son condenados a penas eternas más de lo que sería justo.---Pero dicen: No debe ser castigada eternamente una culpa que tuvo fin. Sin duda, Dios omnipotente es justo, y lo que no fue cometido como pecado eterno, no debe ser castigado con tormento eterno. A lo cual respondemos rápidamente que dirían correctamente, si el juez justo y estricto al venir, no pesara los corazones de los hombres, sino sus acciones. Pues los inicuos pecaron con fin porque vivieron con fin. En efecto, habrían querido vivir sin fin, para poder permanecer sin fin en sus iniquidades. Porque desean más pecar que vivir; y por eso desean siempre vivir aquí, para nunca dejar de pecar mientras vivan. Por lo tanto, corresponde a la justicia del juez estricto que nunca carezcan de castigo aquellos cuya mente en esta vida nunca quiso carecer de pecado; y no se dé al iniquo un término de venganza, porque mientras pudo, no quiso tener un término para su crimen.

[Vet. XIII.] 37. Los justos, al ver los tormentos de los malvados y los castigos que han evitado, se sienten impulsados a alabar a Dios.---Pero dicen: Ningún justo se deleita en las

crueldades, y el siervo delincuente es castigado por su justo señor para corregir su maldad. Por lo tanto, es castigado con un propósito, aunque su señor no se deleite en los tormentos. ¿Con qué fin arderán eternamente los inicuos entregados a los fuegos del infierno? Y dado que es cierto que el Dios piadoso y omnipotente no se deleita en los tormentos de los inicuos, ¿por qué son atormentados los miserables si no se expían? A esto respondemos rápidamente que el Dios omnipotente, porque es piadoso, no se deleita en el tormento de los miserables; pero porque es justo, no se apacigua eternamente con la venganza sobre los inicuos. Sin embargo, todos los inicuos son castigados con un suplicio eterno debido a su propia iniquidad; y, sin embargo, son consumidos con un propósito, a saber, para que todos los justos vean en Dios las alegrías que reciben, y en ellos contemplen los castigos que han evitado, de modo que reconozcan ser eternamente más deudores de la gracia divina, cuanto más contemplan que los males son castigados eternamente, los cuales pudieron evitar con la ayuda de Dios.

38. Por qué los santos ya no oran por sus enemigos condenados al infierno.---Pero, dicen: ¿Y dónde está que son santos, si no orarán por sus enemigos, a quienes entonces verán arder, a quienes ciertamente se les dijo: Orad por vuestros enemigos (Mat. V, 44)? Pero respondemos rápidamente: Oran por sus enemigos en el tiempo en que pueden convertir sus corazones a una penitencia fructífera, y con esa conversión salvarlos. Pues, ¿qué otra cosa se debe orar por los enemigos, sino lo que el Apóstol dice: Que Dios les conceda el arrepentimiento, y se liberen de los lazos del diablo, por quien están cautivos, para hacer su voluntad (II Tim. II, 25, 26)? ¿Y cómo se orará por ellos entonces, cuando ya de ninguna manera pueden ser cambiados de la iniquidad a las obras de justicia? La misma razón por la cual no se ora entonces por los hombres condenados al fuego eterno, es la misma razón por la cual ahora no se ora por el diablo y sus ángeles destinados al suplicio eterno. Es también la misma razón por la cual los santos hombres no oran ahora por los hombres infieles e impíos fallecidos, quienes ciertamente saben que están destinados al suplicio eterno y evitan que el mérito de su oración sea anulado ante la vista de ese justo juez. Si incluso ahora los justos vivientes no compadecen a los injustos muertos y condenados, cuando aún saben que ellos mismos deben soportar algo juzgable en su carne, ¿cuánto más estrictamente observarán entonces los tormentos de los inicuos, cuando, despojados de todo vicio de corrupción, se adherirán más cercana y estrechamente a la justicia? Así, pues, sus mentes, al adherirse al juez más justo, son absorbidas por la fuerza de la severidad, de modo que en absoluto les agrada nada que disuene de la sutileza de esa regla interna.

Pero dado que, al surgir la oportunidad, hemos dicho brevemente estas cosas contra los Origenistas, volvamos al orden de exposición que hemos dejado de lado. Después de que el misericordioso Señor reveló las astutas maquinaciones de este Leviatán, prediciendo claramente todo lo que oprime fuertemente a los elegidos desde el exterior, todo lo que infunde suavemente a los réprobos con su sugestión interior, inmediatamente insinuando brevemente la inmensidad de su poder, añade:

CAPÍTULO XX [Ant. XIV, Rec. XVII].

VERS. 24.---No hay sobre la tierra poder que se le compare.

39. El diablo, aunque perdió la felicidad, conservó la grandeza de su naturaleza angélica. Se dice que su poder sobre la tierra es superior a todos, porque aunque por el mérito de su acción cayó por debajo de los hombres, sin embargo, supera a todo el género humano por la condición de su naturaleza angélica. Pues aunque perdió la bienaventuranza de la felicidad

interna, no perdió la grandeza de su naturaleza, con cuyas fuerzas aún supera a todos los humanos, aunque está sujeto a los santos hombres por la depravación de sus méritos. Por lo tanto, el mérito de la retribución de estos santos crece cuando luchan contra él, ya que es vencido por ellos, quien se gloria de superarlos por derecho debido al poder de su naturaleza. Sigue:

CAPÍTULO XXI.

IBID.---Quien fue hecho para no temer a nadie.

40. El primer ángel fue creado de tal manera que temiera a Dios castamente. Lo ató la libertad que deseó. Así, ciertamente, fue hecho por naturaleza para que debiera temer castamente a su creador, con un temor sobrio y seguro; no con el temor que la caridad expulsa, sino con el temor que permanece por los siglos de los siglos (1 Juan 4, 18), es decir, el que engendra la caridad. Pues de manera diferente teme la esposa amante a su esposo, que la sirva pecadora a su señor. Así, por tanto, fue creado este ángel, de modo que con un temor alegre amara y temiera a su autor, y temiendo lo amara. Pero por su perversidad se convirtió en tal que no temía a nadie. Despreció someterse a aquel por quien había sido creado. Pues Dios está sobre todo, de manera que Él no está sometido a nadie. Este Leviatán, al contemplar la cumbre de su grandeza, deseó perversamente la libertad de ser superior a los demás y no estar sometido a nadie, diciendo: Subiré sobre la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo (Isaías 14, 14). Perdió su semejanza con Él precisamente al desear ser soberbiamente semejante en grandeza. Pues quien debía imitar su caridad, ambicionó su grandeza y perdió lo que podía imitar, alzándose con orgullo. Sin duda, habría sido grande si hubiera querido adherirse a quien verdaderamente es grande. Habría sido grande si se hubiera contentado con la participación de la verdadera grandeza. Pero al desear con soberbia una grandeza privada, perdió justamente la participada. Al abandonar el principio al que debía adherirse, deseó ser de algún modo su propio principio. Al abandonar a quien verdaderamente podía bastarle, juzgó que podía bastarse a sí mismo; y tanto más cayó por debajo de sí mismo cuanto más se alzó contra la gloria de su creador. Pues la servidumbre libre que lo exaltaba, lo derribó la libertad cautiva. Con esta libertad ahora se desenfrena para no temer a nadie, pero se restringe gravemente por su propio desenfreno. Pues, por el juicio supremo que ordena maravillosamente todas las cosas, lo ató la libertad que deseó, porque ahora, de ninguna manera temiendo, está sujeto a todos los castigos, quien incluso podría haber estado por encima de los elementos, si hubiera querido temer a uno solo. Ciertamente, poseería todo temiendo a uno solo, quien ahora, no temiendo a uno, sufre todo.

41. Perdió el temor de Dios. ¡Cuánto daño para sí mismo!---Se volvió, por tanto, de tal manera que no temía a nadie, evidentemente, porque ni a Dios, ni tampoco temía lo que habría de sufrir. A quien, sin duda, le habría sido más feliz evitar los castigos por temor que soportarlos sin temor. Así, transformó su deseo de grandeza en dureza de mente, de modo que ya no siente que ha actuado mal, quien buscaba estar al frente por la gloria. Pues, como no obtuvo el derecho del poder buscado, encontró en la insensibilidad una especie de remedio para su orgullo; y como no pudo superar todo por avance, se preparó contra todo por desprecio. [Vet. XV.] Su orgullo aún se describe cuidadosamente, cuando inmediatamente se añade:

CAPÍTULO XXII.

VERS. 25.---Ve todo lo sublime.

42. La inmensa soberbia del diablo y de sus miembros. Saúl fue rechazado por su altivez. La humildad de David en la suprema dignidad.---Es decir, mira a todos como si estuvieran por debajo de él, casi desde lo alto, porque al esforzarse contra el Creador, se niega a considerar a cualquiera como su igual. Esto también se aplica adecuadamente a sus miembros, porque todos los inicuos, elevados por la soberbia del corazón, desprecian con arrogancia a todos los que ven; y si alguna vez muestran veneración exterior, en el secreto de su corazón, donde se consideran grandes, desprecian la vida y el mérito de todos, mirándolos como inferiores, porque se han colocado en la cima de una cierta altitud por la altivez de sus pensamientos. A estos se les dice acertadamente por el profeta: ¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos! (Isaías V, 21). De aquí también Pablo dice: No seáis sabios en vuestra propia opinión (Rom. XII, 16). A Saúl se le dice con reprensión divina: ¿No eras pequeño a tus propios ojos, y te hice cabeza de las tribus de Israel? (I Sam. XV, 17). En efecto, es pequeño a sus propios ojos quien, al considerarse a sí mismo, se juzga inferior a los méritos ajenos. Pues quien se extiende sobre los méritos ajenos con altivez de pensamiento se ve a sí mismo como grande. Saúl, sin embargo, fue rechazado porque no permaneció en el bien que había comenzado, ya que se hinchó con la soberbia del poder recibido. [Vet. XVI.] En cambio, David, siempre pensando humildemente de sí mismo y poniéndose por debajo de Saúl en comparación, después de encontrar la oportunidad de herirlo, perdonó a su adversario furioso y se postró con humilde profesión, diciendo: ¿A quién persigues, rey de Israel? ¿A quién persigues? ¿A un perro muerto, a una pulga? (I Sam. XXIV, 15). Y ciertamente ya había sido ungido como rey, ya había aprendido, con Samuel orando y derramando aceite sobre él, que la gracia divina lo reservaba para gobernar el reino, habiendo sido Saúl rechazado, y sin embargo, se sometía con humildad de mente al adversario que lo perseguía, a quien sabía que había sido preferido por juicio divino. Así, se postraba humildemente ante aquel a quien sabía que era incomparablemente mejor por la gracia de la elección. Aprendan, por tanto, cómo deben humillarse ante sus prójimos, aquellos que aún no saben en qué lugar están ante Dios, si así se humillan los elegidos incluso ante aquellos a quienes ya se reconocen superiores por juicios internos.

43. Propia humildad de los elegidos.---Este suele ser el distintivo propio de los elegidos, que siempre se consideran a sí mismos por debajo de lo que son. De ahí que David diga: Si no pensaba humildemente, sino que exalté mi alma (Salmo 130, 2). Por eso Salomón llama a los pequeños a la sabiduría, diciendo: Si alguno es pequeño, venga a mí (Proverbios 9, 4). Porque quien aún no se desprecia a sí mismo, no ha alcanzado la humilde sabiduría de Dios. De ahí que en el Evangelio el Señor diga: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños (Mateo 11, 25). De nuevo, el salmista dice: El Señor guarda a los pequeños (Salmo 114, 6). Por eso el maestro de las naciones dice: Nos hicimos pequeños en medio de vosotros (1 Tesalonicenses 2, 7). Advirtiendo a los discípulos, dice: Considerándose superiores unos a otros (Filipenses 2, 3). Pues, dado que cualquier iniquo considera inferior a todo aquel que conoce, por el contrario, el justo se esfuerza en considerar superior a cualquier prójimo. Y para que, mientras uno se humilla ante otro, la humillación no se convierta en exaltación para el otro, bien advirtió a ambas partes, diciendo: Considerándose superiores unos a otros, para que en los pensamientos del corazón yo lo prefiera a él, y él a mí, de modo que, al ser el corazón oprimido por ambas partes, nadie se eleve por el honor recibido.

44. Esta forma de humildad no la mantienen los réprobos, sino que la desprecian. Los réprobos, porque son miembros de este Leviatán, desprecian conocer o mantener esta forma de humildad, ya que, aunque a veces se muestran humildes en apariencia, descuidan

internamente la fuerza de la humildad. A menudo les sucede que, si en algún momento realizan un bien, aunque sea mínimo, apartan inmediatamente su mente de todos sus males, y siempre contemplan con toda su intención ese bien que han hecho, aunque sea el más pequeño, y se consideran ya casi santos, olvidando todos los males que han cometido, recordando solo su único bien, que tal vez ni siquiera pudieron realizar perfectamente. Esto suele suceder en contraste con los elegidos, a quienes, aunque sobresalgan en muchas virtudes, un solo vicio, por pequeño que sea, los golpea con gran fatiga, de modo que, al considerar que son débiles en un aspecto, no se enorgullecen de las virtudes en las que sobresalen; y mientras tiemblan por su debilidad, también mantienen con humildad aquello en lo que son fuertes. Por lo tanto, a menudo los réprobos, al contemplar imprudentemente su único o mínimo bien, no reconocen los muchos y graves males en los que están sumergidos. Y a menudo, a los elegidos, al temer su más pequeño mal, se les concede, por una maravillosa disposición, no perder los grandes bienes a los que han sido llevados.

45. Los elegidos son ayudados por los males, a los réprobos los bienes les perjudican. El réprobo usa mal el bien, y el justo usa bien el mal. Por lo tanto, se dispone la medida del justo y oculto examen, de modo que a unos los males les ayuden y a otros los bienes les pesen, mientras que estos utilizan los males leves para el progreso del bien, y aquellos utilizan los bienes mínimos para el aumento del mal. Estos, en efecto, progresan más perfectamente en el bien, de donde son tentados por el mal; aquellos, sin embargo, decaen hacia un mal mayor, de donde se glorían del bien. Así, pues, el réprobo usa mal el bien, y el justo usa bien el mal; como sucede a menudo que uno, al tomar desordenadamente un alimento saludable, incurre en la peste de la enfermedad; otro, al aplicar el veneno de la serpiente en la confección ordenada de un medicamento, vence la molestia de la enfermedad. Aquel, por tanto, que no quiso usar correctamente el alimento saludable, muere perniciosamente de lo que otros viven saludablemente; este, sin embargo, que estudió usar cautelosamente el veneno de la serpiente, vive saludablemente de lo que otros mueren perniciosamente. Por lo tanto, no llamamos veneno de la serpiente a la maldad misma, sino a la sugestión de la maldad, por la cual a menudo somos tentados contra nuestra voluntad. Esto se convierte en medicina cuando la mente, elevada por las virtudes, se humilla al ver las tentaciones contra sí misma. Los inicuos y réprobos del examen interno, hagan las obras que hagan, brillen en las virtudes que brillen, ignoran por completo el sentido de la humildad, porque ciertamente son miembros de Leviatán, de quien se dice con voz suprema, [Rec. XVIII.] "Ve todo lo sublime", porque no solo por sí mismo, sino también a través de los corazones de aquellos que ha capturado, mira desde lo alto a todos los demás como inferiores.

[Vet. XVII.] 46. La soberbia se muestra a través de los ojos como por ciertas ventanas.---Es de notar que este Leviatán, que se representa por una bestia corpórea, se describe como viendo desde lo alto, porque la soberbia del corazón, cuando se extiende exteriormente hasta el cuerpo, primero se indica por los ojos. En efecto, estos, por la hinchazón del orgullo, miran como desde lo alto, y cuanto más se rebajan, más se elevan. Pues si la soberbia no se mostrara a través de los ojos como por ciertas ventanas, el Salmista no habría dicho a Dios: "Salvas al pueblo humilde, y humillas los ojos de los soberbios" (Salmo XVII, 28). Si la soberbia no se manifestara a través de los ojos, tampoco Salomón habría dicho sobre la altivez de Judá: "Generación cuyos ojos son altivos, y cuyos párpados están levantados hacia lo alto" (Proverbios XXX, 13). Por lo tanto, dado que este Leviatán se representa por un animal corpóreo, y la soberbia que se extiende hasta el cuerpo se manifiesta más claramente en los ojos, el antiguo enemigo se describe como viendo a todos desde lo alto. Pero como se han presentado muchas cosas para mostrar al enemigo del género humano, la mente desea

mucho que al final de la locución del Señor, se exprese algo más manifiesto, de donde se nos muestren sus miembros con una breve designación. Sigue:

CAPÍTULO XXIII.

IBID.---Él es el rey sobre todos los hijos de la soberbia.

47. La raíz de los vicios y de todos los males es la soberbia. — Para que este Leviatán cayera en todo lo que se ha dicho anteriormente, solo la soberbia lo derribó. Pues no se secarían todas esas ramas de vicios, si primero no se pudriera en la raíz por esta. Porque está escrito: El principio de todo pecado es la soberbia (Eclesiástico 10, 15). Por esta misma razón él sucumbió, y por esta derribó al hombre que lo seguía. Con esta arma atacó la salvación de nuestra inmortalidad, con la que extinguió la vida de su propia bienaventuranza. Pero por eso el Señor la incluyó al final de su discurso, para que al mencionar la soberbia de este Leviatán después de todos los males, indicara qué es lo peor de todos los males. Aunque también por el hecho de que se coloca al final, se muestra que es la raíz de los vicios. Así como la raíz está oculta debajo, pero de ella se extienden las ramas hacia afuera, así la soberbia se oculta internamente, pero de ella brotan abiertamente los vicios. Ningún mal saldría a la luz pública, si esta no constriñera la mente en secreto. Esta es la que hace que el sentido de este Leviatán hierva como una olla. Por eso sacude las mentes humanas en un cierto fervor de locura, pero a través de obras manifiestas muestra cómo derrumba el alma que ha sacudido. Pues primero hierve internamente en la exaltación, lo que luego espuma externamente en la obra.

[Vet. XVIII.] 48. No ataca solo una virtud, como los demás vicios, sino todas.---Pero dado que se ha presentado la ocasión de discutir sobre la soberbia, debemos examinarla con más detalle y cuidado, y mostrar cuán grande o de qué tipo es cuando llega a las mentes humanas, y de qué manera se infiltra en ellas. Otros vicios atacan únicamente las virtudes que los destruyen, como la ira que combate la paciencia, la gula que ataca la abstinencia, y la lujuria que desafía la continencia. Sin embargo, la soberbia, que hemos llamado raíz de los vicios, no se contenta con la extinción de una sola virtud, sino que se levanta contra todos los miembros del alma, y como una enfermedad general y perniciosa, corrompe todo el cuerpo, de modo que cualquier acción que se realice bajo su influencia, aunque parezca una virtud, no sirve a Dios, sino solo a la vana gloria. Pues cuando la soberbia irrumpe en la mente, es como un tirano que toma una ciudad sitiada; y cuanto más rica es la persona que captura, más dura se vuelve su dominio, porque cuanto más se actúa en virtud sin humildad, más ampliamente domina. Quienquiera que acepte su tiranía con una mente cautiva, sufre primero la pérdida de la equidad del juicio, ya que, con el ojo del corazón cerrado, todo lo que otros hacen bien le desagrade, y solo le complacen las cosas que él mismo hace, aunque sean incorrectas. Siempre desprecia las obras ajenas, siempre admira lo que él hace, porque cree que todo lo que realiza lo hace de manera única, y en lo que exhibe por deseo de gloria, se favorece a sí mismo en sus pensamientos, y cuando se estima superior a los demás en todo, pasea en silencio por los amplios espacios de sus pensamientos, clamando sus propias alabanzas. A veces, la mente es llevada a tal exaltación que, en su hinchazón, incluso se desboca en la ostentación de su discurso. Pero cuanto más impudicamente se exalta alguien, más fácilmente sigue la caída. De ahí que esté escrito: Antes de la ruina se exalta el corazón (Dan. IV, 26). Por eso, a través de Daniel se dice: El rey paseaba por el palacio de Babilonia, y respondió diciendo: ¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado como casa del reino, con la fuerza de mi poder, para la gloria de mi majestad? (Prov. XVI, 18). Pero cuán rápidamente fue reprimida esta hinchazón por la venganza, lo añadió de inmediato, diciendo: Mientras aún estaba la palabra en la boca del rey, una voz cayó del cielo: A ti se te dice, rey

Nabucodonosor: El reino pasará de ti, y serás expulsado de entre los hombres, y tu morada será con las bestias y fieras; comerás hierba como los bueyes, y pasarán sobre ti siete tiempos (Ibid., 28). He aquí que, porque la hinchazón de la mente se extendió hasta las palabras abiertas, la paciencia del juez estalló de inmediato hasta la sentencia; y cuanto más severamente lo golpeó, más desmedidamente se había elevado su soberbia; y porque enumeró los bienes en los que se complacía, escuchó enumerados los males con los que sería herido.

[Vet. XIX.] 49. La elevación surge de unas cosas seculares y de otras espirituales. Una es la soberbia de los prelados, otra es la humildad, madre de las virtudes de los súbditos. Solo para la ruina crece lo que edifican los soberbios.---Es necesario saber que esta misma elevación de la que tratamos posee a unos por cosas seculares y a otros por cosas espirituales. Pues uno se enorgullece del oro, otro del elocuente discurso, otro de las cosas ínfimas y terrenales, y otro de las virtudes supremas y celestiales; sin embargo, ante los ojos de Dios se realiza una misma cosa, aunque al llegar a los corazones humanos se disfraza con diverso atuendo en su percepción. Porque cuando aquel que antes se enorgullecía de la gloria terrenal luego se exalta por la santidad, su corazón no ha sido abandonado por la elevación, sino que, al llegar a él de manera acostumbrada, para no ser reconocida, ha cambiado de vestimenta.

1139 50. También se debe saber que estas tentaciones afectan de manera diferente a los superiores y a los subordinados. Al prelado, en efecto, le sugiere en sus pensamientos que ha sobresalido sobre los demás solo por el mérito de su vida; y si alguna vez ha realizado alguna buena obra, se la presenta insistentemente a su mente; y al insinuarle que ha complacido a Dios de manera singular, para persuadirlo más fácilmente de lo sugerido, llama como testimonio la recompensa del poder conferido, diciendo que si el Dios omnipotente no te considerara mejor que estos hombres, no te habría dado a todos ellos bajo tu gobierno; y de inmediato eleva su mente, mostrando como viles e inútiles a aquellos que están sujetos, de tal manera que ya no considera a nadie digno de ser tratado con equidad. Por lo tanto, la tranquilidad de su mente se convierte en ira, porque al despreciar a todos, al criticar sin moderación el juicio y la vida de todos, se expande en ira tanto más desenfrenadamente cuanto más considera indignos a aquellos que le han sido confiados.

[Vet. XX.] 51. Pero, por el contrario, cuando la soberbia incita el corazón de los súbditos, se esfuerzan enormemente en actuar de tal manera que descuidan por completo considerar sus propios actos, y siempre se convierten en jueces de su superior en sus pensamientos silenciosos; quienes, mientras miran con insistencia lo que deben reprochar en él, nunca ven lo que deben corregir en sí mismos. Por lo tanto, perecen tanto más atrozmente cuanto más apartan sus ojos de sí mismos, porque en el camino de esta vida tropiezan y caen mientras miran hacia otro lado. Y ciertamente se declaran pecadores, pero no tanto como para ser entregados a una persona tan dañina en el gobierno. Y mientras desprecian sus acciones, mientras desobedecen sus preceptos, caen en tal locura que no consideran que Dios se ocupe de los asuntos humanos, porque les duele estar encomendados a alguien que, según ellos, es justamente reprochable. Así, mientras se enorgullecen contra su superior, también se hinchan contra los juicios del Creador; y mientras juzgan la vida de su pastor, también atacan la misma sabiduría de quien dispone todas las cosas. A menudo, sin embargo, se oponen obstinadamente a las palabras de su superior, y llaman libertad a esa misma soberbia de voz. Así, la altivez se presenta como si fuera rectitud de libertad, al igual que a menudo el temor se presenta como humildad. Pues así como muchos callan por temor, y sin embargo creen que callan por humildad, así también algunos hablan por impaciencia de altivez, y sin embargo creen que hablan por libertad de rectitud. A veces, sin embargo, los súbditos no revelan obstinadamente lo que sienten; y aquellos cuya locuacidad apenas se puede contener, a veces

enmudecen solo por la amargura de su rencor interno. Quienes, por el dolor de su mente, retiran las palabras de su insolencia, cuando suelen hablar mal, callan peor, porque cuando escuchan algo sobre corrección, suspenden indignados incluso las palabras de respuesta. Cuando se actúa con dureza con ellos, a menudo saltan a la voz de la queja por esa misma dureza. Pero cuando sus maestros los previenen con suavidad, se indignan más gravemente por esa misma humildad con la que fueron prevenidos, y su mente se enciende tanto más vastamente cuanto más cuidadosamente se juzga su debilidad. Estos, sin duda, porque no conocen la humildad, que es madre de las virtudes, pierden el fruto de su trabajo, incluso si parecen realizar algunas buenas obras, porque la robusta altura de un edificio en construcción no se fija, ya que no se solidifica en la roca por la fortaleza del fundamento. Por lo tanto, lo que construyen solo crece para la ruina, porque no procuran los cimientos de la humildad antes de la masa del edificio. A quienes bien revelamos desde lo íntimo, si mostramos en pocas cosas lo exterior.

52. Imagen del soberbio.---En todos aquellos que se hinchan con pensamientos soberbios, hay clamor en su habla, amargura en su silencio, disolución en su alegría, furia en su tristeza, deshonestidad en su acción, honestidad en su apariencia, altivez en su andar, rencor en su respuesta. La mente de estos siempre es fuerte para infligir insultos, débil para soportarlos; perezosa para obedecer, pero inoportuna para provocar a otros; perezosa para hacer lo que debe y puede, pero dispuesta para lo que no debe ni puede hacer. En aquello que no desea por sí misma, no se deja persuadir por ninguna exhortación, pero en lo que secretamente desea, busca ser obligada, porque al temer deshonorarse por su propio deseo, prefiere soportar la fuerza en su propia voluntad.

[Vet. XXI.] 53. Exhortación a la humildad.---Por lo tanto, ya que hemos dicho que los ánimos humanos son tentados de manera diferente por las cosas carnales y por las espirituales, escuchen aquellos: Toda carne es hierba, y su gloria como la flor de la hierba (Isaías XL, 6). Escuchen también estos, lo que se dice a algunos después de los milagros: No sé de dónde sois, apartaos de mí, todos los obradores de iniquidad (Lucas XIII, 27). Escuchen aquellos: Si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas (Salmo LXI, 11). Escuchen estos porque las vírgenes necias, que vienen con vasijas vacías, son excluidas de las bodas internas (Mateo XXV, 12). Nuevamente, ya que hemos mencionado que los prelados son tentados de manera diferente a los súbditos, escuchen aquellos lo que dice un sabio: ¿Te han constituido líder? No te ensalces, sino sé entre ellos como uno de ellos (Eclesiástico XXXII, 1). Escuchen estos: Obedeced a vuestros superiores y someteos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta (Hebreos XIII, 17). Escuchen aquellos, cuando se glorían del poder recibido, lo que se dice con voz ardiente al rico por Abraham: Recuerda, hijo, que recibiste bienes en tu vida (Lucas XVI, 25). Escuchen estos, cuando se lanzan en quejas contra sus gobernantes, lo que se responde al pueblo murmurante por las voces de Moisés y Aarón: No es contra nosotros vuestro murmullo, sino contra el Señor. Pues, ¿qué somos nosotros? (Éxodo XVI, 8). Escuchen aquellos: Se turbarán ante él, padre de los huérfanos y juez de las viudas (Salmo LXVII, 5). Escuchen estos lo que se dice contra la contumacia de los súbditos: Quien resiste a la autoridad, resiste a la ordenación de Dios (Romanos XIII, 2). Escuchen todos juntos: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6). Escuchen todos: Es inmundo ante Dios todo el que ensalza su corazón (Proverbios XVI, 5, según el texto hebreo y LXX). Escuchen todos: ¿Por qué te ensoberbeces, tierra y ceniza? (Eclesiástico X, 9). Contra la peste de esta enfermedad, escuchemos todos lo que la Verdad maestra enseña diciendo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo XI, 29).

[Vet. XXII.] 54. Dios humilde enseña que el hombre no debe ser soberbio.---Para esto, el unigénito Hijo de Dios asumió la forma de nuestra debilidad, para esto el invisible no solo apareció visible, sino también despreciado, para esto soportó las burlas de las injurias, los oprobios de las irrisiones y los tormentos de las pasiones, para enseñar al hombre a no ser soberbio, siendo Él un Dios humilde. ¿Cuánta es, por tanto, la virtud de la humildad, por cuya sola enseñanza verdadera aquel que es inmensamente grande se hizo pequeño hasta la pasión? Porque, en efecto, la soberbia del diablo ofreció el origen de nuestra perdición, y la humildad de Dios se encontró como el instrumento de nuestra redención. Pues nuestro enemigo, grande entre todas las criaturas, quiso ser visto elevado sobre todas ellas. Sin embargo, nuestro Redentor, permaneciendo grande sobre todas las cosas, se dignó hacerse pequeño entre todas ellas.

55. Qué enseña el autor de la muerte, qué el creador de la vida.---Pero mejor detectamos la causa de la arrogancia y revelamos los fundamentos de la humildad, si con una breve mención recordamos qué dice el autor de la muerte y qué el creador de la vida. Aquel dice: Subiré al cielo (Isa. XIV, 13); este, sin embargo, a través del Profeta dice: Mi alma está llena de males, y mi vida se acerca al infierno (Sal. LXXXVII, 4). Aquel dice: Exaltaré mi trono sobre las estrellas del cielo (Isa. XIV, 13); este dice al género humano expulsado de las sedes del paraíso: He aquí que vengo pronto, y habitaré en medio de ti (Zac. II, 10). Aquel dice: Me sentaré en el monte del testamento, en los lados del norte (Isa. XIV, 13); este dice: Yo soy un gusano, y no un hombre, oprobio de los hombres y desprecio del pueblo (Sal. XXI, 7). Aquel dice: Subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo (Isa. XIV, 14); este, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6); y habla a través de sus miembros diciendo: Señor, ¿quién es como tú? (Sal. XXXIV, 10). Aquel habla a través de sus miembros, diciendo: No conozco al Señor, y no dejaré ir a Israel (Éxod. V, 2). Este dice por sí mismo: Si dijera que no lo conozco, sería un mentiroso como vosotros; pero lo conozco, y guardo su palabra (Juan VIII, 55). Aquel dice: Míos son los ríos, y yo los hice (Ezeq. XXIX, 9); este dice: No puedo hacer nada por mí mismo (Juan V, 30), y de nuevo: Mi Padre, que permanece en mí, él hace las obras (Juan XIV, 10). Aquel, mostrando todos los reinos, dice: Te daré todo este poder y la gloria de ellos, porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy (Luc. IV, 6); este dice: Mi cáliz, en verdad, beberéis, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío darlo, sino para quienes está preparado por mi Padre (Mat. XX, 23). Aquel dice: Seréis como dioses, conociendo el bien y el mal (Gén. III, 5); este dice: No os corresponde a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha puesto en su potestad (Hech. I, 7). Aquel, para que la voluntad divina sea despreciada y la propia pueda ser persuadida, dice: ¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis de todo árbol del paraíso? (Gén. III, 1). Y poco después: Pues sabe Dios que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos (Ibid. 5); este dice: No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Juan V, 30). Aquel habla a través de sus miembros, diciendo: No haya prado que no atraviere nuestra lujuria; coronémonos con rosas antes de que se marchiten, dejemos por todas partes señales de nuestra alegría (Sab. II, 8); este predice a sus miembros, diciendo: Lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará (Juan XVI, 20). Aquel no enseña a las mentes sometidas a él otra cosa que desear la cumbre de la grandeza, superar todo con la hinchazón del orgullo, pasar por encima de la sociedad de todos los hombres con alta arrogancia, y erigirse contra el poder del creador, como se dice de ellos a través del Salmista: Pasaron a la disposición del corazón, pensaron y hablaron maldades, hablaron iniquidad en lo alto (Sal. LXXII, 6, 7, 8); este, viniendo a los escupitajos, a las bofetadas, a los golpes, a la corona de espinas, a la cruz, a la lanza, y a la muerte, advierte a sus miembros, diciendo: Si alguno me sirve, sígame (Juan XII, 26).

[Vet. XXIII.] 56. El signo más evidente de la reprobación es la soberbia; de la elección, la humildad.---Puesto que nuestro Redentor gobierna los corazones de los humildes, y este Leviatán es llamado rey de los soberbios, reconocemos claramente que el signo más evidente de los reprobados es la soberbia, mientras que la humildad es el de los elegidos. Así, cuando se conoce lo que cada uno posee, se descubre bajo qué rey milita. Pues cada uno lleva como un título de su obra, que muestra fácilmente bajo qué poder de gobernante sirve. Por eso, también se dice en el Evangelio: Por sus frutos los conoceréis (Mateo VII, 16). Para que no nos engañen los miembros de este Leviatán con sus maravillas, el Señor ha mostrado un signo claro por el cual pueden ser descubiertos, diciendo: Él es el rey sobre todos los hijos de la soberbia. Aunque a veces asuman una apariencia fingida de humildad, no pueden ocultarse en todo, porque su soberbia, que no soporta permanecer oculta por mucho tiempo, se revela en una acción cuando se cubre en otra. Pero aquellos que militan bajo el rey de la humildad, siempre temerosos y cautelosos por todos lados, luchan contra los dardos de la altivez, y como si se protegieran de los golpes venideros, cuidan especialmente su ojo en su propio cuerpo, mientras defienden principalmente la humildad en sí mismos.

LIBRO TRIGÉSIMO QUINTO, Y ÚLTIMO. En el cual, mediante una recapitulación, se recuerdan muchas cosas ya dichas, y esta inmensa obra se concluye con la más humilde confesión de la debilidad humana.

[Vet. et Rec. I.] 1143 1. Qué debe lograrse con este libro.---Puesto que este es el último libro de esta obra, y habiendo tratado los pasajes más difíciles, lo que queda es menos oscuro, nos complace recorrerlo con más indulgencia y relajación. Pues, como si hubiéramos cruzado un gran mar, ya divisamos la costa, y al bajar las velas de nuestra intención, no somos llevados con el mismo ímpetu que antes, pero aún avanzamos por el impulso del viento anterior. Casi ha cesado el viento de nuestra ansiedad, pero su fuerza, ya más tranquila por sí misma, nos empuja hasta el puerto de la costa. Por lo tanto, después de que el Señor mostró a su fiel siervo el Leviatán, su enemigo, cuán fuerte y astuto es, al revelar sutilmente sus fuerzas y engaños, el bienaventurado Job respondió a ambos, diciendo:

CAPÍTULO PRIMERO [Rec. II].

CAP. XLII, VERS. 2.---Sé que todo lo puedes, y ningún pensamiento se oculta de ti.

2. A las fuerzas del diablo se opone la omnipotencia de Dios, a sus maquinaciones la infinita Sabiduría. --- Contra sus inmensas fuerzas, en efecto, se interpuso: Sé que todo lo puedes; y contra sus ocultas maquinaciones añadió: Y ningún pensamiento se te oculta. Por lo cual, de inmediato, le reprocha Leviatán, diciendo:

VERS. 3.---¿Quién es este que oscurece el consejo sin conocimiento?

Porque sin conocimiento, Leviatán oculta el plan; pues aunque se esconda con muchas artimañas contra nuestra debilidad, sin embargo, por la santa inspiración de nuestro protector, se nos revela. Sin conocimiento oculta el plan, porque aunque permanezca oculto para los tentados, no puede ocultarse al protector de los tentados. Por lo tanto, habiendo escuchado la fortaleza y astucia del diablo, y también el poder de nuestro creador, que lo reprime con fuerza y nos protege con misericordia, te rogamos, bienaventurado Job, que no nos ocultes lo que sientes de ti mismo. Sigue:

CAPÍTULO II.

IBID.---Por eso he hablado insensatamente, y de cosas que excedían en gran medida mi conocimiento.

3. Todo lo que en las cosas creadas se compara con Dios, se vuelve vano y nada.---Toda sabiduría humana, por más aguda que sea, comparada con la sabiduría divina, es insensatez. Porque todo lo humano, lo que es justo, lo que es bello, comparado con la justicia y la belleza de Dios, ni es justo ni es bello, ni siquiera existe. Así, el bienaventurado Job creería que había hablado sabiamente, si no escuchara las palabras de una sabiduría superior. En comparación con la cual, todo lo que consideramos sabio es necedad. Y quien había hablado sabiamente a los hombres, al escuchar las sentencias divinas, reconoce que no es sabio. De ahí que Abraham, en medio de las palabras del Señor, no se viera a sí mismo más que como polvo, diciendo: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Génesis XVIII, 27). De ahí que Moisés, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, al escuchar al Señor hablar, se descubriera a sí mismo como de lengua más torpe y lenta, diciendo: Te ruego, Señor, no soy elocuente; desde ayer y anteayer, desde que hablaste a tu siervo, soy de lengua más torpe y lenta (Éxodo IV, 10). De ahí que Isaías, después de ver al Señor sentado sobre un trono alto y elevado, después de ver a los serafines cubrirse el rostro con dos alas, los pies con otras dos, y volar con otras dos, después de escuchar a uno clamar al otro: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos (Isaías VI), volviendo en sí, dijo: ¡Ay de mí, porque he callado, ya que soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros! (Ibid., 5). Y enseguida, añadiendo de dónde había conocido esa impureza, dijo: Y al rey, al Señor de los ejércitos, lo he visto con mis ojos (Ibid.). De ahí también que Jeremías, al escuchar las palabras divinas, reconoció que no tenía palabras, diciendo: ¡Ah, Señor Dios, he aquí que no sé hablar, porque soy un niño! (Jeremías I, 6). [Vet. II.] De ahí que Ezequiel, hablando de los cuatro animales, dice: Cuando se producía una voz sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas, se detenían y bajaban sus alas (Ezequiel I, 25). ¿Qué se designa por el vuelo de los animales, sino la sublimidad de los evangelistas y doctores? ¿O qué son las alas de los animales, sino las contemplaciones de los santos que los elevan a las cosas celestiales? Pero cuando se produce una voz sobre el firmamento, que está sobre sus cabezas, al detenerse bajan sus alas, porque al escuchar la voz interna de la sabiduría suprema, como que bajan las alas de su vuelo, ya que reconocen que no pueden contemplar plenamente la altura de la verdad. Por lo tanto, bajar las alas ante la voz que viene de lo alto es, al reconocer el poder supremo, humillar las propias virtudes y, en la consideración del creador, no sentir de sí mismos más que lo que es despreciable. Así, los santos varones, al escuchar las sentencias de la divinidad, cuanto más progresan en la contemplación, tanto más, al despreciar lo que son, reconocen que no son nada o casi nada. Que el bienaventurado Job responda, pues, a los discursos divinos, y al progresar sabiamente, se descubra a sí mismo como insensato, diciendo: Hablé insensatamente, y cosas que excedían en gran medida mi conocimiento. He aquí que se reprocha a sí mismo tanto más cuanto más progresa, y creyó que su conocimiento había excedido en gran medida, porque en las palabras del Señor reconoció más secretos de su sabiduría de lo que había estimado. Sigue:

CAPÍTULO III [Rec. III].

VERS. 4.---Escucha, y yo hablaré; te interrogaré, y tú me responderás.

4. Qué significa que el hombre interroge a Dios; y qué significa que Dios responda al hombre.---Escuchar, para nosotros, es prestar el oído a un sonido que viene de otro lugar.

Pero, al contrario, para Dios, que no tiene nada fuera de sí, escuchar es percibir nuestros deseos que surgen bajo su propia esencia. Hablar a Dios, quien conoce incluso los corazones de los que callan, no es manifestar con palabras lo que sentimos, sino anhelar con deseos sinceros hacia Él. Y dado que cada uno pregunta para poder aprender lo que ignora, para el hombre, interrogar a Dios es reconocerse ignorante ante su presencia. Responder de parte de Dios es instruir con inspiraciones ocultas a quien humildemente se reconoce ignorante. Por eso dice el bienaventurado Job: Escucha, y yo hablaré. Como si dijera: Percibe misericordiosamente mis deseos, para que, al ser percibidos y ayudados por tu piedad, se multipliquen hacia ti. En efecto, los buenos deseos, cada vez que alcanzan su cumplimiento, se multiplican. Por eso está escrito en otro lugar: Clamé, porque me escuchaste (Salmo XVI, 6). No dice: Porque clamé, me escuchaste; sino clamé, porque me escuchaste. Pues quien había sido escuchado al hablar, clamaba con deseos que progresaban: Te interrogaré, y respóndeme. Como si dijera: Me reconozco ignorante a partir de la contemplación de tu sabiduría. Por tanto, responde al que pregunta, es decir, enseña al que humildemente reconoce su propia necesidad. Porque él preguntaba desde el deseo de humildad, y buscaba que Dios le respondiera desde la enseñanza de la inspiración, lo cual se declara en las palabras siguientes. Pues se mostró dispuesto a preguntar, pero no añade nada preguntando. Ya que, sintiendo solo cosas humildes sobre sí mismo, y reconociendo lo que misericordiosamente ha percibido del Señor, inmediatamente añade:

CAPÍTULO IV [Rec. IV].

VERS. 5.---De oídas te había oído, pero ahora mis ojos te ven.

5. Cuánto Job progresó en el conocimiento de Dios y de sí mismo a través de los castigos.--- Con estas palabras claramente indica que así como la visión es superior al oído, tanto difiere de lo que antes existía, y esto es lo que posteriormente progresó a través de los castigos. Y porque con el ojo interno había contemplado más intensamente la luz de la verdad, juzgando las tinieblas de su humanidad, veía más. Por lo tanto, sigue:

CAPÍTULO V [Rec. V].

VERS. 6.---Por eso me reprendo a mí mismo.

6. Cuanto más se ve uno a sí mismo, más se desagrada. Cuanto menos se ve uno a sí mismo, menos se desagrada; y cuanto más percibe la luz de la gracia, tanto más se reconoce como reprochable. Pues cuando se eleva interiormente por todo lo que es, se esfuerza por conformarse a la norma que ve por encima de sí. Y porque aún la debilidad humana lo impide, percibe que en gran parte disiente de ella; y todo lo que no es conforme a la norma interna le resulta oneroso. Esta norma la recibe el bienaventurado Job, progresando después de los flagelos, y disiente de sí mismo en una gran autocrítica, diciendo: Por eso me reprendo a mí mismo. Pero como no hay conocimiento de la reprensión si no siguen también los lamentos del arrepentimiento, correctamente después de la reprensión se añade:

CAPÍTULO VI.

IBID.---Y hago penitencia en polvo y ceniza.

7. Vana es nuestra comprensión si no la sigue la penitencia. En el cilicio y la ceniza de la penitencia, ¿qué se debe considerar?---Hacer penitencia en ceniza y polvo es, al contemplar

la esencia suprema, reconocerse a sí mismo como nada más que polvo y ceniza. Por eso, en el Evangelio, el Señor dice a la ciudad reprobada: Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotros, hace tiempo que habrían hecho penitencia en cilicio y ceniza (Mateo XI, 21). En el cilicio, ciertamente, se muestra la aspereza y la punzada de los pecados, y en la ceniza, el polvo de los muertos. Y por eso se suele emplear ambos para la penitencia, para que en la punzada del cilicio reconozcamos lo que hemos hecho por culpa, y en el polvo de la ceniza consideremos lo que hemos llegado a ser por juicio. Considérense, pues, en el cilicio los vicios punzantes, considérese en la ceniza la justa pena de los vicios que sigue a la sentencia de muerte. Porque, en efecto, después del pecado se levantaron las afrentas de la carne, que el hombre vea en la aspereza del cilicio lo que hizo al enorgullecerse, vea en la ceniza hasta dónde llegó al pecar. También puede designarse con el cilicio la misma punzada de los dolores por el recuerdo y la penitencia. Pues lo que dice el bienaventurado Job: Me reprendo a mí mismo, es como si fuera punzado por un cilicio, mientras en su mente se frota con los ásperos estímulos de las recriminaciones. Hace penitencia en la ceniza, porque, desde el primer pecado, observa atentamente lo que ha llegado a ser por justo juicio, diciendo: Hago penitencia en polvo y ceniza. Como si dijera abiertamente: No me enorgullezco de ningún don de mi creador, porque, tomado del polvo, reconozco que por la sentencia de muerte impuesta debo volver al polvo.

[Vet. III.] 8. Juicio de Dios sobre Job y sus amigos.---Habiendo escuchado, por tanto, todos los discursos de Job, y conocidas también las respuestas de sus amigos, deseamos dirigir la atención de nuestra mente al juicio interno y decirle: He aquí, Señor, hemos escuchado ambas partes de los que discuten en tu presencia, y hemos visto a Job en esta contienda repasar los hechos de su virtud, y a sus amigos defender contra él la gloria de tu justicia. Sin embargo, reconoces lo que nuestra mente siente en medio de esto. Pues no podemos reprochar las palabras de aquellos que sabemos que sirven a la defensa de tu causa. Pero he aquí que las partes están presentes, esperando el juicio; por tanto, Señor, emite desde la regla invisible el examen más sutil de tu discreción, y muestra quién ha hablado con mayor rectitud en esta contienda. Sigue:

VERS.---Después de que el Señor hubo hablado estas palabras a Job, dijo a Elifaz de Temán: Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado rectamente delante de mí, como mi siervo Job.

9. Él es absuelto, ellos son condenados. ¿Por qué? —Oh Señor, la sentencia de tu juicio indica cuánto nuestra ceguera difiere de la luz de tu rectitud. He aquí que, bajo tu juicio, reconocemos que el bienaventurado Job es vencedor, a quien creíamos haber pecado al hablar de ti. Bajo tu juicio, son condenados aquellos que creyeron que sus méritos superaban a los de Job al hablar por ti. Por lo tanto, ya que hemos comprendido por la sentencia divina qué debemos pensar de las partes, ahora consideremos un poco más detenidamente las palabras de esa misma sentencia. Pues, ¿cómo es que anteriormente se reprende al bienaventurado Job, si en comparación con su rectitud se menciona que sus amigos no hablaron rectamente ante el Señor? ¿Acaso se confirma aún aquella sentencia sobre él, en la que se dice al antiguo enemigo: "¿Has visto a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra?" (Job 1, 8). Pero, ¿qué significa esto, que es alabado ante el enemigo y reprendido en sí mismo? Es reprendido en sí mismo, y sin embargo, es preferido a sus amigos que hablaban, a menos que el santo varón trascienda a todos en virtud de sus méritos; pero por el hecho de ser humano, no pudo estar sin reproche ante los ojos de Dios. En efecto, en un hombre santo que habita en esta vida temporal, la regla del examen divino aún tiene algo que juzgar, aunque ya tenga algo que alabar en comparación con los demás hombres. El bienaventurado Job creyó que era

castigado por culpa, y no por gracia; pensó que se le cortaban los vicios, no que se aumentaban los méritos. Y es reprendido en esto, que sospechó que la intención del castigo era otra, y sin embargo, fue preferido por la definición del juicio interno a los amigos que se le oponían. De donde se deduce claramente cuánta justicia había en él al afirmar la inocencia de su obra contra las palabras de los amigos, quien por el juicio divino es preferido incluso a los defensores de ese mismo juicio divino. Al inicio de este libro, reconocimos que Satanás había dicho al Señor sobre él: "Extiende tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no te maldice en tu cara" (Job 2, 5). A esta petición, se permite que el bienaventurado Job sea tocado por pérdidas, orfandad, heridas y escándalos de palabras, porque ciertamente quien lo había alabado estaba seguro de que el santo varón no caería en la culpa de la maldición según la afirmación del diablo. Así pues, como dijimos anteriormente, quien estime que el bienaventurado Job pecó en su discurso después de los castigos, juzga abiertamente que el Señor falló en su afirmación. Y aunque el Señor, al hablar con el diablo, prefirió sus bienes presentes, no garantizó su perseverancia; sin embargo, se debe saber que no habría permitido que su justicia fuera puesta a prueba si no hubiera previsto que él podría permanecer justo en la tentación. Por lo tanto, al diablo se le permitió divinamente en su tentación, y quien piense que él sucumbió en la tentación, acusa de ignorancia al que permitió.

10. Otros son los juicios de Dios, otros los de los hombres.---Aprobemos, pues, en sus palabras a Job con verdad, para no acusar a Dios maliciosamente en su providencia. Y ciertamente, en cuanto a los juicios humanos, se creería que en sus palabras sus amigos dijeron muchas cosas más correctamente que él; pero la verdad, sacando otra regla desde lo oculto, dice: No habéis hablado rectamente delante de mí, como mi siervo Job. Delante de mí, dice, es decir, en el interior, donde a menudo la vida de muchos desagrada, aunque exteriormente agrade a los hombres. De ahí que se haya dicho con mucha cautela en alabanza de los justos esposos: Eran justos ambos ante Dios (Luc. I, 6). Pues no es una alabanza segura aparecer justos ante los hombres. A menudo, de hecho, el juicio humano aprueba como grande a alguien en Dios; pero este, el Dios omnipotente, que se aprueba como si fuera de sí mismo, lo ignora. De ahí que el Salmista vigilante ore, diciendo: Dirige en tu presencia mi camino (Sal. V, 9). Sin duda, porque a menudo ante los hombres se cree que el camino es recto, incluso cuando se desvía del camino de la verdad. Y es de notar que no se dice: No habéis hablado rectamente delante de mí como Job, sino, como mi siervo Job, para que, con la interposición de la servidumbre, al recordarlo como bajo una cierta peculiaridad, muestre que todo lo que dijo en su defensa, lo dijo no con soberbia contumaz, sino con humilde verdad. Pero como Dios es justo y misericordioso, a sus amigos los reprende estrictamente por justicia, y por misericordia los convierte benignamente. Pues sigue:

CAPÍTULO VIII [Rec. VII].

VERS. 8.---Tomad para vosotros siete toros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced un holocausto por vosotros. Mi siervo Job orará por vosotros; aceptaré su rostro, para que no se os impute la necesidad.

11. Dios reprende a los amigos de Job por la justicia y los convierte por la misericordia. He aquí un Dios justo y misericordioso que no abandona las culpas sin reprensión, ni deja el pecado sin conversión. Porque, siendo un médico interno, primero revela la putrefacción de la herida y luego indica los remedios para alcanzar la salud. Sin embargo, hemos dicho a menudo que los amigos del bienaventurado Job representan a los herejes, quienes, al intentar defender a Dios, lo ofenden, ya que en sus palabras son rebeldes a la verdad, a la cual creen servir con sus falsas afirmaciones. Por lo tanto, dado que el Dios omnipotente a menudo los

incorpora al cuerpo de la santa Iglesia mediante el conocimiento de la verdad, también su conversión, que frecuentemente se realiza con misericordia, se representa a través del perdón que reciben los amigos de Job.

12. Los herejes no pueden aplacar a Dios con el sacrificio que ofrecen por sí mismos. No pueden reconciliarse sino a través de la Iglesia.---Es muy importante notar que se les ordena ofrecer el sacrificio de su conversión al Señor no por sí mismos, sino a través de Job. En efecto, los herejes, cuando regresan del error, no pueden aplacar la ira del Señor hacia ellos con el sacrificio ofrecido por sí mismos, a menos que se conviertan a la Iglesia católica, que es significada por el bienaventurado Job, para que obtengan su salvación por las oraciones de aquel cuya fe atacaban con afirmaciones perversas. Pues dice: Mi siervo Job orará por vosotros; aceptaré su rostro, para que no se os impute la necedad. Como si claramente dijera a los herejes: No acepto vuestros sacrificios, no escucho las palabras de vuestras peticiones, a menos que sea por la intercesión de aquel cuyas palabras de profesión reconozco como verdaderas sobre mí. Y vosotros ciertamente lleváis toros y carneros para ofrecer los sacrificios de vuestra conversión, pero pedidme vuestra salvación a través de la Iglesia católica, que amo. Pues quiero perdonar lo que contra mí habéis cometido en ella, para que esta obtenga vuestra integridad, la cual sufría por vuestra debilidad.

[Vet. VI.] 13. Prerrogativas de la Iglesia.---Es la única por la cual el Señor acepta el sacrificio con agrado (24, q. 1, c. 22, § Sola quippe), la única que intercede con confianza por los que yerran. Por eso también el Señor mandó acerca de la víctima del cordero, diciendo: En una casa se comerá, y no sacaréis de su carne fuera (Éxodo XII, 46). En una sola casa se come el cordero, porque en una sola Iglesia católica se inmola la verdadera víctima del Redentor. La ley divina prohíbe sacar fuera de su carne, porque prohíbe dar lo santo a los perros (Mateo VII, 6). Es la única en la que la obra buena se realiza fructuosamente, por lo cual solo quienes trabajaron dentro de la viña recibieron la recompensa del denario (Mateo XX, 8). Es la única que guarda a los que están dentro de ella con el vínculo de una caridad fuerte. Por eso el agua del diluvio elevó el arca a lugares más altos, pero extinguió a todos los que encontró fuera del arca (Génesis VII, 20, 21, ss.). Es la única en la que contemplamos verdaderamente los misterios celestiales. Por eso el Señor dice a Moisés: Hay un lugar junto a mí, y estarás sobre la roca (Éxodo XXXIII, 21). Y poco después: Quitaré mi mano, y verás mis espaldas (Ibid., XXIII, 24). Porque solo en la Iglesia católica se contempla la verdad (Q. 1, c. 22), el Señor afirma que hay un lugar junto a Él desde donde se puede ver. Moisés es puesto sobre la roca para contemplar la apariencia de Dios, porque quien no mantiene la solidez de la fe no reconoce la presencia divina. De esta solidez el Señor dice: Sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mateo XVI, 18). ¿Qué significa entonces decir a los amigos de Job: Id a Job, sino ascended a la roca? ¿Qué significa, Aceptaré su rostro por vosotros, para que no se os impute la necedad, sino lo que allí se dice: Verás mis espaldas (Éxodo XXXIII, 23)? es decir, entenderás los misterios de la encarnación que han de venir.

14. Qué se debe hacer para que los herejes regresen a la Iglesia.---Los herejes, por despreciar estar sobre la roca, no contemplan las espaldas del Señor que pasa, porque al estar fuera de la Iglesia, no reconocen los misterios de su encarnación tal como son. Como dijimos anteriormente, la cerviz de la soberbia se expresa a través de los toros, mientras que el liderazgo se representa por los carneros, que son guiados por los herejes, quienes persuaden a los pueblos como si fueran rebaños seducidos. De los herejes soberbios se dice que corrompen las mentes de los débiles con malas persuasiones: "Concilium taurorum inter vaccas populorum" (Salmo 67, 31). Y porque arrastran a los pueblos que los siguen como rebaños, a veces se les llama carneros. Los carneros, en efecto, guían al rebaño. Por eso,

Jeremías dice en tono de reproche: "Tus príncipes son como carneros" (Lamentaciones 1, 6). Así, cuando los herejes regresan a la santa Iglesia, abandonan la altivez de la soberbia y ya no conducen a los pueblos como rebaños hacia la perdición, se les ordena a los amigos del bienaventurado Job ofrecer toros y carneros. Ofrecer toros y carneros en sacrificio es matar el liderazgo soberbio con la humildad de la conversión, para que aprendan a seguir obedeciendo con la cerviz domada de la soberbia, aquellos que antes intentaban liderar enseñando. Con razón, esta soberbia de ellos se expía con siete sacrificios, porque los herejes que regresan a la Iglesia reciben, a través del sacrificio de la humildad, los dones del Espíritu de gracia septiforme, para que aquellos que se habían marchitado por la antigüedad de su altivez, sean renovados por la novedad de la gracia.

15. El número siete es perfecto. ¿Qué significa? La perfección de la eternidad, el tiempo de la vida presente, la universalidad de la Iglesia.---El número siete, según los sabios de este mundo, se considera perfecto por una razón particular, ya que se compone del primer número par y del primer número impar. El primer impar es el tres, y el primer par es el cuatro. De estos dos se forma el siete, que multiplicado por sus partes se eleva al doce. Pues ya sea que multipliquemos tres por cuatro, o cuatro por tres, llegamos al doce. Pero nosotros, que recibimos las enseñanzas de la verdad por don celestial, despreciamos estas consideraciones desde la altura de la ciencia, manteniendo con fe inquebrantable que aquellos a quienes el Espíritu de gracia septiforme llena, los perfecciona, y no solo les otorga el conocimiento de la Trinidad, sino también la operación de las cuatro virtudes, es decir, prudencia, templanza, fortaleza y justicia. En aquellos a quienes entra, de alguna manera se multiplica, ya que a través del conocimiento de la Trinidad se recibe la acción de las cuatro virtudes, y mediante la operación de las cuatro virtudes se llega a la manifestación clara de la Trinidad. Así, para nosotros, el siete es perfecto, pero de manera muy diferente, porque se eleva plenamente y no vanamente al doce, ya que a través de la fe se realizan obras, y nuevamente a través de las obras se perfecciona la fe. Los santos apóstoles, llenos del Espíritu de gracia septiforme, fueron doce elegidos. Pues fueron enviados a dar a conocer la Trinidad, que es Dios, en las cuatro partes del mundo. Doce fueron elegidos para que, incluso por la razón de este número, se hiciera evidente la causa de que a través de las cuatro partes inferiores se predicaran las tres superiores.

16. Sea, por tanto, por esta razón o por cualquier otra, en la Sagrada Escritura el número siete a veces designa la segura paz de la eternidad, a veces la totalidad de este tiempo presente, y a veces la totalidad de la santa Iglesia. En efecto, el número siete sugiere la perfección de la eternidad, cuando el séptimo día es llamado santo y consagrado al descanso del Señor (Génesis II, 2). A este día no se le atribuye ya la tarde, porque el descanso de la eterna bienaventuranza no está limitado por ningún término. De ahí que, al darse la ley, se ordena que el séptimo día sea de descanso (Éxodo XX, 11), para que a través de él se designe el descanso eterno. De ahí que en el transcurso de los años, el número siete multiplicado por siete, con la adición de una unidad, lleva al cincuenta, para que, señalando la eterna bienaventuranza, se observe el santísimo descanso del jubileo (Levítico XXV, 8, 9). De ahí que el Señor resucitado, apareciendo frecuentemente (Juan XXI), se describe en su última cena comiendo con siete discípulos, porque aquellos que ahora son perfectos en Él, son saciados por su eterna refección.

[Vet. VII.] 17. Nuevamente, a través del número siete se comprende esta totalidad de la temporalidad. Pues es por esto que todo el tiempo de la vida presente se desarrolla en siete días. De aquí que, en el símbolo de la santa Iglesia, que predicando recorre este mundo en todo tiempo, el arca del Señor, con las trompetas resonando, derribó los muros de Jericó al

ser rodeada durante siete días (Josué VI, 20). De aquí que el Profeta dice: Siete veces al día te alabo (Salmo CXVIII, 164). Lo cual él mismo, significando que lo decía por todo el tiempo de su súplica, dice: Su alabanza estará siempre en mi boca (Salmo XXXIII, 1). Que por el número siete se designa la totalidad de la vida presente, se muestra aún más cuando después de él también se introduce el ocho. Pues cuando al siete le sigue otro, se expresa por su mismo aumento que la temporalidad que ha de terminar se concluye con la eternidad. Por esto es que Salomón advierte, diciendo: Da parte a siete, y también a ocho (Eclesiastés XI, 2). Pues por el número siete expresó este tiempo presente que se realiza en siete días; y por el ocho designó la vida eterna, que el Señor nos abrió con su resurrección. Resucitó, en efecto, el día del Señor, que al seguir al séptimo día, es decir, el sábado, se encuentra como el octavo desde la creación. Bien se dice: Da parte a siete, y también a ocho, porque no sabes qué mal vendrá sobre la tierra (Ibid.). Como si claramente se dijera: Dispón lo temporal de tal manera que no olvides desear lo eterno. Es necesario que preveas bien para el futuro actuando correctamente, ya que ignoras cuánta tribulación seguirá al juicio venidero. De aquí que el templo se asciende en quince escalones, para que de su misma ascensión se aprenda a disponer cuidadosamente la acción temporal por siete y ocho, y se busque con previsión la morada eterna. De aquí también que cuando la unidad se eleva al diez, el Profeta cantó ciento cincuenta salmos. Por este número siete que señala lo temporal, y el ocho lo eterno, el Espíritu Santo se derramó sobre ciento veinte fieles reunidos en el cenáculo (Hechos II). Pues por siete y ocho se componen quince, y si numeramos gradualmente desde uno hasta quince, llegamos al número ciento veinte. Con esta efusión del Espíritu Santo aprendieron a pasar soportando lo temporal y a desear con ansia lo eterno.

18. Nuevamente, el número siete designa la universalidad de la santa Iglesia. Por eso Juan escribe a las siete Iglesias en el Apocalipsis (Apoc. I, 4); pero, ¿qué otra cosa quiso significar con ellas sino la Iglesia universal? Esta Iglesia universal, para ser marcada con la plenitud del Espíritu de gracia septiforme, se describe a Eliseo soplando siete veces sobre el niño muerto (IV Reg. IV, 34). En efecto, el Señor, viniendo sobre el pueblo extinto, como si soplara siete veces, le otorga misericordiosamente los dones del Espíritu de gracia septiforme. Dado que a menudo la universalidad de la santa Iglesia se figura con el número siete, que los amigos de Job vengan a él y ofrezcan el holocausto ordenado por Dios. Pero que guarden con atención los misterios del número siete, de modo que aquellos que están fuera primero se unan a la universalidad de la santa Iglesia, y solo entonces busquen el perdón por la culpa de su antigua soberbia. Ofrezcan siete sacrificios por su culpa, porque no recibirán la purificación de su culpa a menos que, por el Espíritu de gracia septiforme, se agreguen a la paz universal de la que habían sido separados. Por tanto, se dirá: Tomad para vosotros siete toros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros; mi siervo Job orará por vosotros; aceptaré su rostro, para que no se os impute la necedad. Como si se dijera abiertamente a los herejes que regresan: Uníos a la Iglesia universal mediante la humildad de la penitencia, y obtened de mí, por las oraciones de aquel a quien no sois dignos por vosotros mismos, el perdón, y al aprender a discernir verdaderamente a través de ella, borráis ante mí la necedad de vuestra anterior sabiduría. Sigue:

CAPÍTULO IX [Ant. VIII].

VERS. 8.---Porque no habéis hablado de mí con rectitud, como mi siervo Job.

19. La repetición de las sentencias en las Sagradas Escrituras es un argumento de su inmutabilidad.---El Señor ya había expresado esto poco antes, y sin embargo, al repetirlo, lo añade nuevamente. ¿Qué significa esto, sino que la sentencia que una vez pronunció al

juzgar, la confirma al repetirla? Y para que se demuestre más claramente la justicia del bienaventurado Job y la injusticia de sus amigos, su alabanza y la reprensión de ellos se proclaman con voz repetida, para que, al ser repetidas externamente, se manifiesten tan firmemente como se mantienen internamente. Pues cuando el rey de Egipto conoció los terribles tiempos de la futura hambruna bajo la apariencia de bueyes y espigas en una doble visión, escuchó de la voz del santo intérprete: Lo que viste en un sueño repetido sobre el mismo asunto es un indicio de firmeza (Génesis XLI, 32). De lo cual se deduce claramente que todo lo que se repite en el discurso divino se confirma con mayor solidez. Pero como hemos escuchado lo que el juez decretó, escuchemos también lo que deben hacer los que están sujetos. Sigue:

CAPÍTULO X.

VERS. 9.---Entonces fueron Elifaz de Temán, Bildad de Súaj, y Zofar de Naamat, e hicieron como el Señor les había dicho, y el Señor aceptó la oración de Job.

20. Orden de la penitencia.---Nos abstenemos de interpretar estos nombres porque recordamos haber discutido sobre ello más extensamente al inicio de esta obra. Sin embargo, es importante observar que el orden de la penitencia recibida se mantiene con tanto cuidado, como se había mencionado antes, que en los sacrificios se dice que el Señor no aceptó el rostro de ellos, sino el del bienaventurado Job. Pero dado que quien intenta interceder por otros, más bien se beneficia a sí mismo por esa misma caridad, se añade correctamente:

CAPÍTULO XI.

VERS. 10.---El Señor también se volvió hacia el arrepentimiento de Job, cuando oraba por sus amigos.

21. Somos escuchados más rápidamente cuando oramos por nosotros, si nuestra oración está sazónada con el amor al prójimo y, sobre todo, al adversario. Ya se muestra que fue escuchado anteriormente por sus amigos, cuando se recuerda lo que predijimos: Hicieron como el Señor les había dicho, y el Señor aceptó el rostro de Job. Pero cuando inmediatamente se añade: El Señor también se volvió hacia la penitencia de Job, cuando oraba por sus amigos, se muestra claramente que incluso al hacer penitencia por sí mismo, mereció ser escuchado más rápidamente, cuanto más devotamente intercedió por los demás. Pues hace que sus oraciones valgan más por sí mismo, quien también las ofrece por los demás. Con mayor agrado se acepta el sacrificio de la oración, que se sazona con el amor al prójimo ante el juez misericordioso. Esto se acumula verdaderamente cuando alguien lo ofrece incluso por sus adversarios. Por eso la Verdad maestra dice: Orad por los que os persiguen y calumnian (Luc. VI, 28). Por eso también dice: Cuando estéis de pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguien, para que vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestros pecados (Marc. XI, 25). Cuánto obtuvo para sí mismo, quien intercedió por los demás, se demuestra inmediatamente cuando se añade:

CAPÍTULO XII [Rec. VIII].

Ibid.---El Señor añadió a Job todo lo que había tenido, duplicándolo.

22. Según el peso de la aflicción se dispone la medida de la consolación. Todo lo que había perdido lo recibió doble, porque por la piedad del benigno juez, la pérdida de nuestra

tentación es superada por los auxilios de las consolaciones. Sin embargo, la prueba tienta menos de lo que la remuneración consuela, para que, por el mérito de la retribución, reconozca que fue leve lo que soportó, quien por el peso de la aflicción juzgaba que soportaba algo grave. Por eso, también a la afligida Judea se le dice: Por un momento en poco te abandoné, y con grandes misericordias te recogeré (Isaías 54, 7). A veces, sin embargo, según el peso de la aflicción se dispone la medida de la consolación. Por eso, en otro lugar está escrito: Según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus consolaciones alegraron mi alma (Salmo 93, 19). Pues indica que fue consolado en la misma medida en que fue afligido, quien clama que fue alegrado según la multitud de sus dolores. No obstante, el lector no es poco instruido si contempla el mismo orden de la remuneración. En efecto, el exceso es seguido por la corrección, la corrección por la penitencia, la penitencia por el perdón, y al perdón le siguen los dones. Pero como, por la permisión de la divina dispensación, fue golpeado y también afligido por las palabras de los amigos, consolado por los dones de la divina piedad, también debe ser reconfortado por la caridad humana; para que por todas partes le respondan las alegrías de la consolación, a quien por todas partes le laceraban las tristezas y adversidades de los dolores. Por eso se añade:

CAPÍTULO XIII.

VERS. 11. Vinieron a él todos sus hermanos, y todas sus hermanas, y todos los que le conocían antes; y comieron con él pan en su casa, y movieron la cabeza sobre él.

23. No solo las divinas, sino también las humanas.---¿Qué se designa en el comer del pan sino la caridad, y qué en el movimiento de la cabeza sino la admiración? Sin embargo, se añade adecuadamente:

IBID.---Y lo consolaron por todo el mal que el Señor había traído sobre él.

Porque consolar el dolor es alegrarse por el perdón después del golpe. Pues cuanto más se ve a alguien alegrarse por la salud restaurada del prójimo, tanto más indica que sufrió por su pérdida.

CAPÍTULO XIV [Rec. IX].

IBID.---Y le dieron cada uno una oveja, y un pendiente de oro.

24. La Iglesia recibirá alguna vez el doble. Aunque todas estas cosas se han dicho verdaderamente según la historia, sin embargo, con las ofrendas presentadas, nos vemos obligados a recurrir al misterio de la alegoría. No debemos aceptar sin más que ofrecieron una oveja, que era una, y un pendiente de oro, que era uno. Y si tal vez según la letra no es sorprendente que se ofrezca una oveja, ¿por qué una? Sin embargo, es muy sorprendente que se ofrezca un pendiente, ¿por qué uno? ¿Qué tiene que ver la oveja con el pendiente, o qué tiene que ver el pendiente con la oveja? Por lo tanto, por el mismo fin de las ofrendas, nos vemos obligados a investigar también los primeros elementos, que superficialmente pasamos según la historia, en los misterios de la alegoría. Porque, ya que Cristo y la Iglesia, es decir, la cabeza y el cuerpo son una sola persona, hemos dicho a menudo que el bienaventurado Job designa a veces la figura de la cabeza, a veces la del cuerpo [Vet. IX]. Conservando, por lo tanto, la verdad de la historia, sintamos bajo el tipo de la santa Iglesia lo que está escrito: El Señor añadió todo lo que había sido de Job al doble. Pues la santa Iglesia, aunque ahora pierde a muchos por el golpe de la tentación, al final de este siglo recibe el doble de lo que es

suyo, cuando, habiendo recibido plenamente a las naciones, toda la que entonces se encuentre, incluso Judea, consiente en correr hacia su fe. De ahí que esté escrito: Hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI, 25). De ahí que en el Evangelio también la Verdad dice: Elías vendrá, y él restaurará todo (Mat. XVII, 11). Ahora, en efecto, la Iglesia ha perdido a los israelitas, a quienes no pudo convertir predicando, pero entonces, con la predicación de Elías, mientras recoge a todos los que encuentre, recibe como más plenamente lo que perdió.

25. Antes de la resurrección, los santos reciben una sola estola, y dos después de la resurrección. --- O ciertamente, el recibir el doble al final de la santa Iglesia es para que cada uno de nosotros se regocije tanto en la bienaventuranza del alma como en la incorruptibilidad de la carne. De ahí que el profeta diga de los elegidos: "En su tierra poseerán el doble" (Isaías 61, 7). De ahí que el apóstol Juan diga de los santos que buscan el fin del mundo: "Se les dieron a cada uno estolas blancas, y se les dijo que descansaran un poco más de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos" (Apocalipsis 6, 11). Como dijimos mucho más arriba (a saber, en el prefacio, c. 10, n. 20), antes de la resurrección los santos reciben una sola estola, porque disfrutaban únicamente de la bienaventuranza de las almas; pero al final del mundo tendrán dos, porque poseerán la gloria de la carne junto con la bienaventuranza del espíritu.

26. Conversión de los judíos al final del mundo anunciada.---Pero lo que sigue a continuación, más bien testifica que anuncia la conversión del pueblo judío al final de este siglo. Pues se añade: "Vinieron a él todos sus hermanos, y todas sus hermanas, y todos los que lo conocían antes, y comieron con él pan en su casa." Entonces, en efecto, sus hermanos y hermanas vienen a Cristo, cuando de entre el pueblo judío todos los que han sido llevados se convierten. De ese pueblo tomó la materia de la carne. Entonces, por tanto, sus hermanos y hermanas se acercan a él, cuando de ese pueblo que está unido a él por parentesco, ya sean los que serán fuertes, como hermanos, o los débiles, como hermanas, se acercan a él con devota gratitud por el conocimiento de la fe. Entonces le ofrecen un banquete de festividad muy célebre, cuando ya no lo desprecian como a un mero hombre, recordando su parentesco, se alegran de adherirse a su divinidad. Entonces comen pan en su casa, cuando, dejando de lado la observancia de la letra subyacente, se alimentan en la santa Iglesia con la médula del elocuente misterio como si fuera fruto [Vet. X]. Bien se añade: "Todos los que lo conocían antes." Antes, en efecto, lo conocían, a quien en su pasión despreciaron como si fuera desconocido. Pues nadie que haya aprendido plenamente la ley ignoró que Cristo nacería. Por eso el rey Herodes, aterrorizado por la llegada de los magos, se esforzó en preguntar diligentemente a los sacerdotes y príncipes dónde sabían que Cristo nacería; a lo que respondieron de inmediato: "En Belén de Judea" (Mat. II, 5). Antes, por tanto, lo conocían, a quien en el tiempo de su pasión, mientras lo despreciaban, ignoraban. Su conocimiento anterior y su ignorancia posterior están bien y brevemente simbolizados por Isaac cuando, al bendecir a Jacob, preveía lo que sucedería en el futuro, pero no sabía quién estaba presente ante él (Gén. XXVII). Así fue el pueblo de Israel, que recibió los misterios de la profecía, pero tenía los ojos ciegos en la contemplación, porque no vio al presente, de quien previó tanto en el futuro. No pudo ver al que estaba ante él, cuya potencia de advenimiento anunció mucho antes. Pero he aquí que al final del mundo vienen, y reconocen a quien conocían antes. He aquí que comen pan en su casa; porque en la santa Iglesia se alimentan del fruto del sagrado elocuente, y sacuden toda insensibilidad del antiguo letargo. Por eso se añade: "Y movieron la cabeza sobre él." ¿Qué se entiende por cabeza, sino el principal de la mente? como dice el salmista: "Ungiste mi cabeza con aceite" (Sal. XXII, 5). Como si se dijera abiertamente: Has regado mi mente, árida en sus pensamientos, con la unción de la caridad.

Por tanto, la cabeza se mueve cuando, tocada por el temor de la verdad, la mente se sacude de su insensibilidad. Que vengan, pues, los parientes al banquete, y sacudiendo el letargo, muevan la cabeza, es decir, aquellos que estaban unidos a nuestro Redentor por la carne reciban alguna vez la nutrición de la palabra en la fe, y pierdan la dureza de la insensibilidad anterior. Por eso bien se dice por Habacuc: "Sus pies se detuvieron, y la tierra se movió" (Habac. III, 5). Pues cuando el Señor está de pie, sin duda la tierra se mueve, porque cuando imprime en nuestro corazón las huellas de su temor, todo pensamiento terrenal en nosotros tiembla. Así que en este lugar mover la cabeza es sacudir la inmovilidad de la mente, y acercarse a la comprensión de la fe con pasos de credulidad.

27. Cuánta consolación para la Iglesia proviene de su conversión. Lo que los convertidos deben ofrecer a Cristo.---Pero dado que la santa Iglesia ahora sufre por la aversión de los hebreos, y entonces se alivia con su conversión, correctamente se añade [Vet. XI]: Y lo consolaron por todo el mal que el Señor había traído sobre él. Consolan, en efecto, a Cristo, consuelan a la Iglesia, aquellos que se arrepienten del error de su infidelidad pasada y abandonan la depravación de vida, por la cual se oponían a quienes enseñaban rectamente. ¿Acaso no es un gran pesar predicar infructuosamente a corazones duros, esforzarse en mostrar la verdad, pero no encontrar fruto alguno del trabajo en la conversión de los oyentes? Por el contrario, es una gran consolación para los predicadores el progreso subsiguiente de los oyentes. Pues el alivio del que enseña es la transformación del que progresa. Y es de notar que no quisieron consolarlo en el castigo, sino que vienen a consolarlo después del castigo, porque ciertamente en el tiempo de su pasión los hebreos, despreciando las enseñanzas de la fe, desestimaron creer que aquel hombre, a quien habían probado muerto, era Dios. Por eso, a través del salmista, el Señor dice: Esperé a quien se entristeciera conmigo, y no hubo; busqué quien me consolara, y no lo hallé (Salmo LXVIII, 21). En efecto, no encontró consuelo en su pasión, porque incluso en el desprecio de la muerte soportó a los mismos enemigos, por quienes vino a morir. Después de los castigos, por tanto, los cercanos vienen a consolar, porque ahora también el Señor sufre en sus miembros; pero en el tiempo final todos los israelitas concurren a la fe, reconociendo la predicación de Elías, y regresan a la protección de aquel a quien habían huido, y entonces se celebra aquel banquete excelso con la múltiple congregación de pueblos. Entonces, después de los castigos, Job se muestra como sano, cuando por los convertidos y creyentes después de su pasión y resurrección, el Señor se sabe vivir inmortal en los cielos por la certeza de la fe. Entonces, Job se ve como recompensado, cuando en la potencia de su majestad se le cree como Dios, y aquellos que antes resistían se someten a su fe. Al final del mundo, por tanto, los hebreos creyentes se reunirán, y al redentor del género humano en la potencia de la divinidad le ofrecerán sus votos como a un Job sano [Vet. XII]. Por eso, bien se añade: Y le dieron cada uno una oveja y un pendiente de oro. ¿Qué se designa por la oveja sino la inocencia, y por el pendiente sino la obediencia? Pues por la oveja se expresa el alma sencilla, y por el pendiente se expresa el adorno del oído con la gracia de la humildad.

[Rec. X.] 28. Recomendación de la obediencia. La obediencia debe mantenerse hasta la muerte.---Pero dado que se ha presentado una ocasión oportuna para mostrar la virtud de la obediencia, es conveniente examinarla con un poco más de atención y cuidado, y demostrar cuán grande es su mérito. La obediencia es la única virtud que inserta las demás virtudes en la mente y las conserva una vez insertadas. Por eso, el primer hombre recibió un mandamiento que debía guardar (Génesis II, 1), al cual, si hubiera querido someterse obedientemente, habría alcanzado la eterna bienaventuranza sin esfuerzo. De aquí que Samuel diga: "Mejor es la obediencia que los sacrificios, y escuchar más que ofrecer la grasa de los carneros, porque como pecado de adivinación es la rebeldía, y como crimen de idolatría el no querer

someterse" (I Reyes XV, 22). En efecto, la obediencia se antepone justamente a los sacrificios (8, q. 1. can. sciendum, § Obedientia), porque a través de los sacrificios se inmola la carne ajena, pero a través de la obediencia se inmola la propia voluntad. Por tanto, cada uno agrada a Dios más rápidamente cuanto más reprime ante sus ojos la soberbia de su propio juicio y se inmola con la espada del mandamiento. Por el contrario, el pecado de adivinación se llama desobediencia, para mostrar cuán grande es la virtud de la obediencia. Así, se demuestra mejor desde el lado opuesto lo que se piensa de su alabanza. Pues si como pecado de adivinación es la rebeldía, y como crimen de idolatría el no querer someterse, es la única que posee el mérito de la fe, sin la cual cualquiera es convencido de ser infiel, aunque parezca ser fiel. De aquí que a través de Salomón, en la manifestación de la obediencia, se diga: "El hombre obediente habla de victorias" (Proverbios XXI, 28). En efecto, el hombre obediente habla de victorias, porque mientras nos sometemos humildemente a la voz ajena, nos superamos a nosotros mismos en el corazón. De aquí que en el Evangelio la Verdad diga: "Al que viene a mí, no lo echaré fuera, porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan VI, 37). ¿Qué, pues? Si hiciera su propia voluntad, ¿habría rechazado a los que vienen a él? Pero, ¿quién no sabe que la voluntad del Hijo no difiere de la voluntad del Padre? Pero como el primer hombre, al querer hacer su propia voluntad, salió del gozo del paraíso (Génesis III, 24), el segundo, viniendo para la redención de los hombres, al mostrar que hace la voluntad del Padre y no la suya, nos enseñó a permanecer dentro. Así que, cuando hace no su voluntad sino la del Padre, no echa fuera a los que vienen a él, porque al someternos a la obediencia con su ejemplo, nos cierra el camino de salida. De aquí que nuevamente diga: "No puedo yo hacer nada por mí mismo, sino que juzgo según oigo" (Juan V, 30). En efecto, se nos manda guardar la obediencia hasta la muerte. Pero si él juzga según oye, también obedece cuando viene como juez. Para que, por tanto, la obediencia no nos parezca laboriosa hasta el fin de la vida presente, nuestro Redentor indica que él también la guarda cuando viene como juez. ¿Qué, pues, es de extrañar si el hombre pecador se somete a la obediencia en la brevedad de la vida presente (11, q. 3, c. Quid ergo), cuando el mediador entre Dios y los hombres, incluso cuando recompensa a los obedientes, no la abandona?

[Vet. XIII.] 19. Nunca se debe hacer el mal por obediencia, pero a veces se debe interrumpir el bien.---Es necesario saber que nunca se debe hacer el mal por obediencia, pero a veces se debe interrumpir el bien que se hace por obediencia. Pues no existió en el paraíso un árbol malo, del cual Dios prohibió al hombre tocar (Génesis II). Pero para que el hombre, bien creado, creciera mejor por el mérito de la obediencia, era digno que también se le prohibiera el bien, de modo que cuanto más verdaderamente lo que hiciera fuera una virtud, tanto más humildemente se mostrara sometido a su autor, al cesar incluso del bien. Pero es de notar lo que allí se dice: De todo árbol del paraíso comeréis, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no toquéis (Ibid., 16). Pues quien prohíbe a sus súbditos de cualquier bien, es necesario que conceda muchos, para que la mente del obediente no perezca por completo, si se ve completamente privada de todos los bienes. Sin embargo, el Señor concedió para comer todos los árboles del paraíso, cuando prohibió uno, para que su criatura, a la que no quería extinguir, sino promover, se restringiera más fácilmente de uno, cuanto más ampliamente se le permitiera a todos los demás.

30. Cuando la obediencia no tiene mérito alguno, cuando tiene el mínimo.---Pero dado que a veces se nos ordenan las cosas prósperas de este mundo, y otras veces las adversas, es sumamente importante saber que la obediencia, en ocasiones, si tiene algo de sí misma, no es nada; y en otras ocasiones, si no tiene nada de sí misma, es mínima (8, q. 1, c. Sciendum). Pues cuando se ordena el éxito en este mundo, cuando se impone un lugar superior, aquel que

obedece para recibir estas cosas, anula para sí la virtud de la obediencia, si también suspira por ellas desde su propio deseo. Porque no se dirige bajo la obediencia quien, para recibir las prosperidades de esta vida, sirve a la lujuria de su propia ambición. De nuevo, cuando se ordena el desprecio del mundo, cuando se mandan adquirir afrentas y humillaciones, si el ánimo no las desea por sí mismo, disminuye para sí el mérito de la obediencia, porque descende a lo que en esta vida es despreciado de manera involuntaria y renuente. Pues la obediencia se lleva a las pérdidas, cuando la mente no acompaña con sus propios deseos en parte alguna al recibir las afrentas de este siglo. Por lo tanto, la obediencia debe tener algo de sí misma en las adversidades, y de nuevo, en las prosperidades, no tener absolutamente nada de sí misma, para que en las adversidades sea tanto más gloriosa cuanto más se une al orden divino también por deseo, y en las prosperidades sea tanto más verdadera cuanto más se separa completamente de la gloria presente que percibe divinamente.

31. Aprendemos a enfrentar las situaciones favorables solo por mandato, y las adversas también por devoción, con el ejemplo de Moisés y Pablo. — Pero mostramos mejor este peso de la virtud si recordamos los hechos de dos hombres de la patria celestial. Moisés, cuando apacentaba ovejas en el desierto, fue llamado por el Señor a través de un ángel que hablaba en el fuego, para que presidiera la liberación de toda la multitud de los israelitas (Éxodo III). Pero, como era humilde de mente, temió de inmediato la gloria ofrecida de tan gran gobierno, y pronto recurrió a la defensa de su debilidad, diciendo: "Te ruego, Señor, no soy elocuente; desde ayer y anteayer, desde que comenzaste a hablar a tu siervo, me he vuelto de lengua torpe y lenta" (Éxodo IV, 10). Y, dejándose a un lado, pidió a otro, diciendo: "Envía a quien has de enviar" (Éxodo IV, 13). He aquí que habla con el autor de la lengua, y alega ser mudo para no asumir el poder de tan gran gobierno. Pablo también había sido advertido divinamente de que debía subir a Jerusalén, como él mismo dice a los Gálatas: "Luego, después de catorce años, subí de nuevo a Jerusalén, llevando conmigo a Bernabé y Tito; pero subí según una revelación" (Gálatas II, 1). Y en el camino, cuando encontró al profeta Ágabo, escuchó cuánta adversidad le esperaba en Jerusalén (Hechos XXI). Pues está escrito que el mismo Ágabo, tomando el cinturón de Pablo y atando sus propios pies, dijo: "Al hombre de quien es este cinturón, así lo atarán en Jerusalén" (Hechos XXI, 11). Pero Pablo respondió de inmediato: "Estoy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre de Jesús, pues no considero mi vida más preciosa que a mí mismo" (Hechos XXI, 13). Por lo tanto, yendo a Jerusalén por mandato de la revelación, conoce las adversidades, y sin embargo las desea con gusto; escucha lo que debe temer, pero anhela con más ardor enfrentarlas. Moisés, entonces, no tiene nada propio en lo favorable, porque se resiste con oraciones a ser preferido sobre el pueblo israelita. Pablo es llevado a lo adverso también por su propio deseo, porque percibe el conocimiento de los males inminentes, pero con devoción del espíritu se enciende incluso hacia lo más duro. Aquel quiso declinar la gloria del poder presente por mandato de Dios; este, disponiendo Dios lo áspero y duro, se esforzó en prepararse para lo más grave. Por lo tanto, guiados por la inquebrantable virtud de ambos líderes, somos instruidos para que, si verdaderamente nos esforzamos por alcanzar la palma de la obediencia, luchemos en las cosas favorables de este siglo solo por mandato, y en las adversas también por devoción.

1158 [Vet. XIV.] 32. La obediencia es el ornamento de la inocencia.---Es de notar que en este pasaje se ofrece un arete con la oveja, porque ciertamente a las mentes inocentes siempre se les une el ornamento de la obediencia; como atestigua el Señor, quien dice: Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen (Juan 10, 27). Por lo tanto, a Job el Bendito nadie le ofreció un arete sin oveja, ni una oveja sin arete, porque ciertamente no obedece a su Redentor quien no es inocente; y no puede ser inocente quien desprecia obedecer. Pero dado

que la obediencia misma debe ser guardada no por temor servil sino por afecto de caridad, no por el terror del castigo, sino por el amor a la justicia, se dice que todos los que vienen al banquete han ofrecido un arete de oro, para que en la obediencia que se exhibe, resplandezca la caridad, que trasciende a todas las virtudes como el oro a los demás metales.

33. No puede haber ni inocencia ni obediencia, sino en la única verdadera Iglesia.---Pero como no puede haber inocencia ni verdadera obediencia en las múltiples divisiones de los herejes, los que llegan al conocimiento de la fe ofrezcan una oveja, pero una sola; ofrezcan un pendiente, pero uno solo; es decir, que vengan tales personas que persistan inocentes y obedientes en la unidad de la santa Iglesia. Porque lo que es uno no puede dividirse en números, ya que este mismo uno que decimos no es un número. Ofrezcan, pues, una oveja, pero una sola; ofrezcan un pendiente, pero uno solo; es decir, al venir a la santa Iglesia con inocencia y obediencia, traigan esa disposición que las divisiones de las sectas no dividan.

34. Cuán grande será el gozo en la Iglesia por la futura conversión de los judíos, y la celebración de un banquete en algún momento.---Es grato abrir los ojos de la fe y contemplar aquel último banquete de la santa Iglesia por la acogida del pueblo israelita. A este banquete, sin duda, se convoca al gran Elías como invitador de los comensales; y entonces los parientes, entonces los conocidos vienen a él con regalos, a quien poco antes, en su aflicción, despreciaron. Pues al acercarse el día del juicio, ya sea por las voces del precursor o por ciertos signos que estallan, la misma virtud del Señor que se aproxima les resplandece de alguna manera. Al apresurarse a anticipar su ira, aceleran el tiempo de su conversión. Convertidos, vienen con regalos, porque a aquel a quien poco antes se burlaron en su pasión, entonces lo veneran ofreciendo obras de virtud como regalos, cumpliendo sin duda con esta ofrenda suya lo que vemos en gran parte ya realizado, y aún creemos que se hará perfectamente: Adorarán a él las hijas de Tiro con regalos (Salmo 44, 13). Entonces, las hijas de Tiro lo adoran más plenamente con regalos, cuando las mentes de los israelitas, ahora sometidas a los deseos de este mundo, al reconocerlo a él, a quien negaron con soberbia, le llevan ofrendas de confesión. Y aunque en esos tiempos en que se acerca el Anticristo, la vida de los fieles pueda parecer de menor virtud, aunque en el conflicto con ese hombre perdido incluso los corazones de los fuertes se vean constreñidos por el miedo: fortalecidos por la predicación de Elías, no solo los fieles permanecen firmes en la solidez de la santa Iglesia, sino que, como dijimos antes, muchos de los infieles también se convierten al conocimiento de la fe; de modo que los restos del pueblo israelita, que antes fueron completamente rechazados, concurren al seno de la madre Iglesia con toda devoción piadosa. Por lo tanto, bien se añade ahora:

CAPÍTULO XV [Ant. XVI].

VERS. 12.---1159 El Señor bendijo los últimos días de Job más que su principio.

35. Dios bendecirá a la Iglesia en los últimos tiempos con una abundante recolección de almas.---Creemos que esto ha sucedido históricamente, y esperamos que mística y espiritualmente se realice. Job es bendecido más en sus últimos días que al principio, porque en lo que respecta a la aceptación del pueblo israelita, al acercarse el fin de este siglo presente, el Señor consuela el dolor de la santa Iglesia con una abundante recolección de almas. Cuanto más se enriquezca, más evidente será que la temporalidad de la vida presente se acerca a su fin. El salmista había visto a los predicadores de la santa Iglesia enriquecerse con la bendición del tiempo final, cuando decía: Aún se multiplicarán en la vejez fecunda, y serán bien pacientes, para anunciar (Salmo 91, 15). Se multiplican en la vejez fecunda,

porque aunque su vida se prolongue, siempre se fortalece para mejor, y con el paso del tiempo también crecen sus ganancias de méritos. Son bien pacientes para anunciar, porque al predicar las cosas celestiales, soportan las adversidades con más fortaleza, y por su paciencia obtienen más abundantemente los beneficios de las almas. Sigue:

CAPÍTULO XVI [Rec. XI].

VERS. 12, 13.---Y tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas; y tuvo siete hijos y tres hijas.

36. En la duplicación de los rebaños y ganados de Job, se designa la congregación universal de los fieles: los inocentes, aquellos que antes se enorgullecían en los vicios, los sometidos al yugo de la ley, los gentiles. La introducción de esta misma historia muestra que tenía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas antes de la prueba de la aflicción; que, habiéndolos perdido por el flagelo, ahora le son restituidos en doble cantidad. Sin embargo, se le devuelven el mismo número de hijos que había perdido. Tuvo siete hijos y tres hijas, y ahora se describe que ha recibido siete hijos y tres hijas, para demostrar que también aquellos que habían perecido viven. Pues cuando se dice: "El Señor añadió a Job todo lo que tenía en doble" (Job I), y sin embargo le restituyó el mismo número de hijos que había perdido, le añadió hijos de manera doble, ya que le restituyó diez en la carne, mientras que los diez que había perdido los reservó en la vida oculta de las almas [Vet. XVII]. Si alguien, dejando de lado el sentido literal de la historia, desea alimentarse del fruto de los misterios como un animal intelectual, es necesario que reconozca lo que sentimos. Podemos entender que en estos animales se designa la congregación universal de los fieles. De ahí que el Salmista diga al Padre sobre el Hijo: "Todo lo sujetaste bajo sus pies, ovejas y bueyes, y también las bestias del campo" (Salmo VIII, 8). De ahí que el mismo profeta, al contemplar que la santa Iglesia está habitada por los sencillos, diga: "Tus animales habitarán en ella" (Salmo LXVII, 11).

37. ¿Qué representan, entonces, las ovejas sino los inocentes, qué los camellos sino aquellos que pasan por alto los males de los demás con la pesada carga de los vicios desbordantes, qué los bueyes uncidos sino los israelitas sometidos a la ley, qué los asnos sino las mentes simples de los gentiles? Pues que los inocentes son designados con el nombre de ovejas, lo testifica el Salmista, quien dice: Nosotros somos su pueblo y las ovejas de su prado (Salmo 94, 7). Porque aquellos que descuidan mantener la inocencia no se sacian con la renovación de los pastos internos.

38. En el sagrado discurso, el nombre de camello a veces representa al Señor, y otras veces la soberbia de los gentiles, como un tumor que se eleva y se retuerce. Porque el camello se humilla voluntariamente para recibir cargas, no sin razón representa la gracia de nuestro Redentor, quien, al dignarse a cargar con los pesos de nuestra debilidad, descendió voluntariamente de la altura de su poder. Por eso, en el Evangelio dice: "Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla" (Juan 10, 18), "y nadie me la quita". Y de nuevo dice: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos" (Mateo 19, 24). ¿Qué se significa con el nombre de rico sino a cualquiera que esté ensoberbecido, y con la apelación de camello, sino la propia condescendencia? El camello pasó por el ojo de la aguja cuando nuestro mismo Redentor, hasta la aceptación de la muerte, entró por las angustias de la pasión. Esta pasión fue como una aguja, porque perforó el cuerpo con dolor. Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos, porque si Él no hubiera primero, al cargar con los pesos de

nuestra debilidad, mostrado el camino de la humildad a través de su pasión, nuestra rígida soberbia nunca se habría inclinado hacia esa humildad. Nuevamente, el nombre de camello designa la tortuosa y viciosa gentilidad, como se dice por Moisés que, al inclinarse el día, Rebeca vio a Isaac saliendo al campo sentado en un camello, y de inmediato descendió del camello y se cubrió con un velo por vergüenza ante su visión (Génesis 24, 64). ¿A quién más designaba Isaac, al salir al campo al final del día, sino a aquel que, viniendo al final de este mundo, como al final del día, salió al campo? Porque siendo invisible, se mostró visible en este mundo. Rebeca lo vio sentada en un camello, porque la Iglesia, viniendo de los gentiles, mientras aún estaba apoyada en vicios y no en movimientos espirituales, lo contempló. Pero de inmediato descendió del camello, porque abandonó los vicios en los que antes se había ensoberbecido, y se preocupó por cubrirse con un velo, porque, al ver al Señor, se avergonzó de la debilidad de sus acciones, y aquella que antes se movía libremente en el camello, descendiendo después, se cubre con pudor. Por eso, a esa misma Iglesia, convertida de su anterior altivez, a través de la voz apostólica, como a Rebeca descendiendo del camello y cubriéndose con un velo, se le dice: "¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis?" (Romanos 6, 21).

[Vet. XVIII.] 39. En los bueyes, a veces se expresa la locura de los lujuriosos, a veces la fortaleza laboriosa de los predicadores, y a veces la humildad de los israelitas. Porque el nombre de buey, por comparación, designa la locura de los lujuriosos, como indica Salomón, quien después de mencionar la petulancia de la mujer que aconseja mal, añadió: "Y al instante la sigue, como buey llevado al sacrificio" (Prov. VII, 22). Nuevamente, porque el nombre de buey expresa el trabajo del predicador; las palabras de la ley lo testifican, que dicen: "No pondrás bozal al buey que trilla" (Deut. XXV, 4). Como si dijera abiertamente: No prohibirás a los predicadores del verbo la percepción de sus estipendios. Nuevamente, porque el nombre de buey figura al pueblo israelita, el profeta afirma, quien anunciando la venida del Redentor dice: "Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor" (Isai. I, 3), señalando claramente al pueblo israelita sometido al yugo de la ley por el buey, e indicando al pueblo gentil, entregado a los placeres y más bruto, por el asno.

40. También, bajo el nombre de asnos y asnas, a veces se designa la petulancia de los lujuriosos, a veces la mansedumbre de los simples, y a veces, como hemos dicho antes, la necedad de los gentiles. Pues que la petulancia de los lujuriosos se expresa por comparación con el nombre de los asnos, se declara abiertamente cuando por el profeta se dice: Cuya carne es como la carne de los asnos (Ezequiel XXIII, 20). Nuevamente, porque la vida de los simples se figura bajo el nombre de las asnas, se recuerda que nuestro Redentor, cuando se dirigía a Jerusalén, se sentó sobre una asna. Jerusalén, en efecto, se llama visión de paz. ¿Qué significa, pues, que el Señor conduzca a Jerusalén sentado sobre una asna, sino que, al poseer las mentes simples presidiendo sobre ellas, las lleva hasta la visión de la paz con su sagrada presencia? Nuevamente, porque la necedad de los gentiles se designa bajo el nombre de los asnos, el profeta lo atestigua, diciendo: Bienaventurados los que sembráis junto a todas las aguas, dejando sueltos el pie del buey y del asno (Isaías XXXII, 20). Sembrar junto a todas las aguas es predicar las palabras fructíferas de vida a todos los pueblos. Y dejar sueltos el pie del buey y del asno es atar los caminos del pueblo israelita y gentil con los vínculos de los preceptos celestiales.

[Vet. XIX.] 41. La letra de la Sagrada Escritura refiere el pasado y predice el futuro.---Por lo tanto, manteniendo la verdad de las letras, creemos no sin razón que bajo el nombre del bienaventurado Job se designan a los pueblos de la santa Iglesia con todos estos animales, de modo que lo que está escrito, con la disposición del Espíritu Santo ordenando

maravillosamente todo, nos refiera lo pasado y prediga lo futuro. Reconozcamos, pues, en las ovejas a los pueblos fieles e inocentes de Judea, saciados antaño con los pastos de la ley. Reconozcamos en los camellos a los sencillos que vienen a la fe desde la gentilidad, quienes antes, bajo un rito sacrílego, se mostraban muy feos, como con cierta deformidad de miembros, a saber, por la fealdad de los vicios. Y porque a menudo, como hemos dicho, las sagradas escrituras se preocupan de repetir lo que afirman, pueden nuevamente ser entendidos los israelitas en los bueyes, como oprimidos por el yugo de la ley; y los pueblos gentiles, como se ha dicho, pueden ser designados en los asnos, quienes, mientras se inclinaban a adorar piedras, con una mente no resistente, como con un lomo neciamente sometido, servían a cualquier ídolo con un sentido bruto. La santa Iglesia, que en sus inicios, oprimida por innumerables tentaciones, perdió tanto al pueblo israelita como a muchos de los gentiles, a saber, aquellos que no pudo ganar, recibe al final el doble, porque en ella crece un número más grande de fieles de ambas naciones. También pueden ser entendidos los predicadores por los bueyes uncidos. Por lo tanto, cuando el Señor los enviaba a anunciar, según el testimonio del Evangelio (Marcos VI, 7), se describe que los envió de dos en dos, para que, ya sea porque hay dos preceptos de la caridad, o porque no puede haber sociedad con menos de dos, los santos predicadores reconocieran por la misma cualidad de su misión cuánto amaban la concordia de la sociedad. Pueden, como hemos dicho, ser designadas las mentes de los sencillos por las asnas. La santa Iglesia recibe bueyes y asnas dobles, porque los santos predicadores, que, oprimidos por el miedo, habían callado en su tentación, y las mentes de los sencillos, que, vencidas por los terrores, temían confesar su verdad, ahora ejercen sus voces con más robustez en la confesión de la verdad, cuanto más débilmente antes temieron.

42. Misterios ocultos en diversos números y en los nombres de las tres hijas de Job.---Hemos hablado brevemente sobre esto en relación con la significación de la Iglesia: recordamos haberlo explicado más extensamente al inicio de esta obra (Prefacio, num. 14). Por lo tanto, quien desee una satisfacción más completa sobre estos temas, debería dignarse leer el segundo libro de esta obra (Especialmente num. 43). Ahora bien, si se nos pregunta por qué también discutimos sobre el número de los animales, por qué se cuentan mil yuntas de bueyes, mil asnas, seis mil camellos y catorce mil ovejas, podemos decir brevemente que, en la ciencia secular, el número mil se considera perfecto porque el cuadrado del número diez da un resultado sólido. Diez multiplicado por diez da cien, que ya es una figura cuadrada, pero plana. Para que se eleve en altura y se haga sólida, cien se multiplica nuevamente por diez, y son mil. El número seis es perfecto porque es el primero en los números que se completa con sus partes, es decir, con su sexta parte, su tercera y su mitad, que son uno, dos y tres, que sumados dan seis. No se encuentra otro número antes del seis que, al dividirse en sus partes, complete toda su suma. [Vet. XX, Rec. XII.] Pero como trascendemos todo esto al avanzar en la altura de la Sagrada Escritura, encontramos allí por qué el seis, el siete, el diez y el mil son perfectos. El número seis es perfecto en la Sagrada Escritura porque, en el origen del mundo, el Señor completó en el sexto día las obras que comenzó el primer día (Génesis II, 2). El siete es perfecto en ella porque toda obra buena se realiza a través de las siete virtudes del Espíritu, para que la fe y las obras se completen juntas. El número diez es perfecto en ella porque la ley se concluye en diez mandamientos, y toda culpa no se restringe más que por diez palabras, y, según la Verdad, los trabajadores de la viña son remunerados con un denario (Mateo XX, 10, 11). En el diez se unen tres a siete. El hombre, que consta de alma y cuerpo, se contiene en siete cualidades. Pues espiritualmente se vigoriza en tres, y corporalmente en cuatro. En el amor a Dios se excita espiritualmente con tres cualidades, cuando se le dice por la ley: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (Mateo XXII, 37). Corporalmente se contiene en cuatro cualidades, porque se compone de

materia caliente y fría, húmeda y seca. Por lo tanto, el hombre que consta de siete cualidades se dice que es remunerado con un denario, porque en esa percepción de la patria celestial nuestras siete se unen a las tres eternas, para que el hombre reciba la contemplación de la Trinidad y viva consumado por la remuneración de la obra como con un cierto denario. O ciertamente porque hay siete virtudes con las que se trabaja en esta vida, y cuando en la remuneración se devuelve la contemplación de la Trinidad, la vida de los que trabajan se remunera con un denario. Pero cualquier perfecto también recibe un denario en esta vida, cuando a esas siete virtudes se une la esperanza, la fe y la caridad. El número mil también se considera perfecto en el sagrado discurso porque su apelación designa la universalidad. Por lo tanto, está escrito: La palabra que mandó a mil generaciones (Salmo CIV, 8). Pues cuando no se debe creer que el mundo se extiende a cien generaciones, ¿qué otra cosa se figura con mil generaciones sino la universalidad de las generaciones? El bienaventurado Job recibió catorce mil ovejas. Porque en la santa Iglesia la perfección de las virtudes se lleva a ambos sexos, el número siete se duplica en ella. Y seis mil camellos, porque en ella reciben la plenitud de la obra aquellos que antes perecieron por la fealdad de sus vicios. También recibió mil yuntas de bueyes y mil asnas, porque asume a israelitas y gentiles, doctos y simples, a la cumbre de la perfección después de las caídas de las tentaciones. [Rec. XIII.] También recibió siete hijos y tres hijas, porque a las mentes de aquellos que engendró con siete virtudes les une la esperanza, la fe y la caridad para que se regocije tanto más verdaderamente en su prole cuanto más piense que a sus fieles no les falta nada de virtud. [Vet. XXI.] Pero como hemos pasado por esto brevemente, ahora también enfoquémonos en investigar los nombres de las hijas. Sigue:

CAPÍTULO XVII.

VERS. 14.---Y llamó al nombre de la primera Día, y al nombre de la segunda Casia, y al nombre de la tercera Cornustibio.

43. Estos nombres, por el hecho de que se derivan de virtudes, el traductor se ha encargado adecuadamente de no colocarlos tal como se encuentran en el idioma árabe, sino de traducirlos al lenguaje latino para demostrarlo más claramente. ¿Quién no sabe que Día o Casia son vocablos latinos? Sin embargo, en Cornustibii (aunque no se dice cornus, sino cornu, ni la flauta de los cantantes se llama Tibium, sino tibia) en la lengua latina, sin guardar el género del discurso, prefirió, creo, revelar el asunto, y perdurar en la propiedad de la lengua de la que estaba traduciendo. O porque a través de cornu y tibia compuso una sola palabra de ambas, transfirió ambas palabras a una sola parte del discurso en la lengua latina y las llamó con el género que quiso. [Vet. XXII.] ¿Qué significa entonces que la primera hija del bienaventurado Job se llame Día, la segunda Casia, y la tercera Cornustibii, sino que todo el género humano, que es elegido por la benignidad del creador y la misericordia del mismo redentor, se designa con estos nombres? El hombre, de hecho, brilló como el día desde su creación, porque su autor lo roció con el esplendor de la inocencia innata. Pero al caer voluntariamente en las tinieblas del pecado, al abandonar la luz de la verdad, se escondió en la noche del error, porque se dice que siguió la sombra. Pero como a nuestro autor no le faltó la generosidad de su bondad, incluso contra las tinieblas de nuestra iniquidad, aquel a quien primero creó poderosamente para la justicia, lo redimió más poderosamente después, llamándolo de nuevo del error. Y como después de su caída le faltó aquella firmeza original de su condición, lo fortaleció contra las batallas internas de la corrupción rebelde con múltiples virtudes de sus dones. Estas virtudes, ciertamente, de los que progresan, fraguan en el conocimiento de los demás hombres como la suavidad de los aromas. De ahí que Pablo diga: Somos el buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 15). De ahí que la santa Iglesia, al

percibir en sus elegidos una cierta fragancia de suavidad, hable en el Cantar de los Cantares, diciendo: Mientras el rey está en su lecho, mi nardo dio su olor (Cantar I, 11). Como si dijera abiertamente: Mientras el rey está oculto en el descanso de su secreto celestial ante mis ojos, la vida de los elegidos se ejercita en admirables aromas de virtudes, de modo que, aunque aún no ve al que desea, arde más intensamente por el deseo. Pues cuando el rey está en su lecho, el nardo da su olor, mientras el Señor reposa en su beatitud, la virtud de los santos en la Iglesia nos administra la gracia de una gran suavidad. Por lo tanto, como el género humano brilló con la luz de la inocencia y, redimido, asperjó el olor de la suavidad con el ejercicio de buenas obras, la primera hija se llama correctamente Día, y la segunda, no incongruentemente, Casia. Bien se dice Casia, que se expande en el olor de una vida tan sublime. En su mismo origen, en la que el hombre justo fue creado, no necesitaba tantas virtudes como ahora, porque si quisiera permanecer como fue creado, podría vencer al enemigo colocado fuera sin dificultad. Pero después de que el adversario irrumpió en el interior por el consentimiento del hombre, ya es más laborioso expulsar al vencedor, que aún atacando podría ser repelido sin esfuerzo.

44. Necesitamos muchas virtudes que no habrían sido necesarias en el paraíso. Ahora, de hecho, se requiere la virtud de la paciencia, la ardua enseñanza de la doctrina, la mortificación del cuerpo, la constancia en la oración, la confesión de los pecados, la abundancia de lágrimas; de todas estas cosas, el hombre creado en el bien no necesitaba, porque recibió el bien de la salvación desde su misma creación. Al enfermo se le ofrece una poción amarga para que, al eliminar la enfermedad, sea devuelto al estado de salud. Sin embargo, al sano no se le prescribe qué debe tomar para recuperarse, sino de qué debe cuidarse para no enfermar. Ahora, por lo tanto, empleamos mayores esfuerzos, ya que no conservamos la salud que teníamos, sino que nos esforzamos por recuperar la que hemos perdido. Y dado que todos estos esfuerzos de nuestra reparación tienen gran estima dentro de la santa Iglesia, el nombre de la segunda hija resuena como casia por su mérito, de modo que, así como la primera hija fue como el día por la dignidad de la creación, la segunda es casia por la fragancia de la fortaleza gracias a la redención. Por eso, al Redentor que viene se le dice a través del Profeta: "Mirra, áloe y casia de tus vestiduras, desde los palacios de marfil, de los cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor" (Salmo 44, 9). ¿Qué se designa con el nombre de mirra, áloe y casia sino la dulzura de las virtudes? ¿Qué se expresa con los palacios de marfil sino el ascenso brillante con gran fortaleza de los que progresan? El Redentor, por lo tanto, al venir, usa mirra, áloe y casia en su vestimenta, porque de sus elegidos, con quienes se reviste misericordiosamente, esparce la fragancia de la virtud de la mirra. En ellos, este aroma se lleva a los palacios de marfil, porque en ellos la reputación de las virtudes no se genera por la ostentación de la simulación, sino por el ascenso de una obra verdadera y sólida. Bien se añade: "De los cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor". Las almas santas, nacidas de los antiguos padres para el conocimiento de la verdad, deleitan a su Redentor en su honor, porque no reclaman nada para su propia alabanza de lo que hacen bien. Y porque en el tercer orden el género humano, renovado también en la resurrección de la carne, es asumido en ese concierto de alabanza eterna, la tercera hija se llama Cornustibii. ¿Qué se expresa por Cornustibii sino el canto de los que se alegran? Allí se cumple verdaderamente lo que ahora se dice por el Profeta: "Cantad al Señor un cántico nuevo" (Salmo 149, 1). Allí se cumple verdaderamente, donde el cántico de alabanza a Dios ya no se cantará desde la fe, sino desde la visión contemplada. Allí nuestro Creador recibe de nosotros los verdaderos cantos de sus alabanzas, quien hizo al género humano creando el día, redimiendo con casia y asumiendo con cornustibii. Porque fuimos luz al ser creados, y ahora somos casia redimidos, seremos algún día cornustibii, asumidos en la exultación de la alabanza eterna. Pero antes de que la esposa llegue al tálamo nupcial, rechaza de sí toda la

fealdad de la vida, y preparándose para el amor del esposo, se adorna y embellece con las formas de las virtudes. Se esfuerza, de hecho, por agradar al juicio del árbitro interno, y, elevada por deseos íntimos, trasciende las costumbres feas de la conversación humana. Por eso, bien se añade sobre estas hijas del bienaventurado Job:

CAPÍTULO XVIII [Rec. XIV].

VERS. 15.---No se encontraron mujeres tan hermosas como las hijas de Job, en toda la tierra.

45. La belleza de los elegidos.---Las almas de los elegidos, en efecto, trascienden con el esplendor de su belleza a todo el género humano que vive en la tierra según el hombre; y cuanto más se desprecian a sí mismos afligiéndose exteriormente, tanto más verdaderamente se embellecen interiormente. De ahí que a la santa Iglesia, que se adorna con la belleza de los elegidos, se le dice a través del Salmista: El rey codició tu hermosura (Salmo 44, 12). De la cual poco después se añade: Toda la gloria de la hija del rey está en su interior (Ibid., 14). Pues si buscara la gloria exterior, no tendría en su interior la belleza que el rey codiciara. [Vet. XXIV.] En la cual, aunque muchos brillen con el esplendor de las virtudes y superen los méritos de los demás por la perfección de su vida, algunos, sin embargo, porque no son capaces de alcanzar cosas más altas, conscientes de su debilidad, son contenidos en el regazo de su piedad. Estos, en la medida en que pueden, evitan el mal, aunque no logren cumplir los bienes más altos que desean. Sin embargo, el Señor los acoge con benevolencia y los admite ante Él según el grado de retribución digna. Por lo cual sigue:

CAPÍTULO XIX.

IBID.---Y su padre les dio herencia entre los hermanos de ellas.

46. Cristo admite a los fuertes y perfectos, así como a los débiles y humildes, a la herencia celestial. Así, las mujeres son mencionadas como hermosas por el mérito de los perfectos, y también, como si fueran un tipo de los imperfectos, reciben la herencia entre los hermanos como si fueran débiles. En la vida antigua no era costumbre que las mujeres recibieran herencia entre los hombres, porque la severidad de la ley elegía a los fuertes y despreciaba a los débiles, prefiriendo sancionar con rigor más que con benevolencia. Pero con la venida de nuestro piadoso Redentor, nadie consciente de su debilidad debe desesperar de recibir la herencia del patrimonio celestial. Pues nuestro Padre otorga a las mujeres derechos de sucesión entre los hombres, porque admite a los fuertes y perfectos, así como a los débiles y humildes, a la herencia celestial. Por eso, la misma Verdad dice en el Evangelio: En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan 14, 2). En efecto, en la casa del Padre hay muchas moradas, porque en esa vida de bienaventuranza cada uno recibe un lugar diferente según su mérito desigual, pero no siente el daño de esa desigualdad, porque lo que recibe le basta. Así, las hermanas vienen a la herencia con los hermanos, porque los débiles son admitidos allí con los fuertes, de modo que si alguien, por imperfección, no es el más alto, no quede excluido de la herencia por su humildad. Pablo insinúa bien estas moradas distribuidas a cada uno según sus méritos, cuando dice: Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas. Porque una estrella difiere de otra en claridad (1 Cor. 15, 41). Sigue:

CAPÍTULO XX [Rec. XV].

VERS. 16.---Vivió Job después de estos flagelos ciento cuarenta años; y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación; y murió anciano y lleno de días.

47. Quiénes son llamados llenos de días en las sagradas escrituras. Job, restaurado a su estado original, con bienes aumentados, es un tipo de la Iglesia.---En la Sagrada Escritura, no se dice fácilmente que alguien esté lleno de días, a menos que su vida sea alabada por la misma escritura. En efecto, está vacío de días quien, aunque haya vivido mucho, ha consumido los tiempos de su vida en vanidad. Por el contrario, se dice que está lleno de días aquel cuyos días no pasan en vano, sino que, después de haber transcurrido, son reservados ante el justo juez por la recompensa diaria de las buenas obras.

[Vet. XXV.] 48. Pero dado que hay quienes desean interpretar esto también como un símbolo de la santa Iglesia, a cuyos deseos se debe obedecer tanto más cuanto que se debe alegrar con su inteligencia espiritual, si multiplicamos catorce por diez, llegamos al número ciento cuarenta. Y correctamente se calcula la vida de la santa Iglesia multiplicada por diez y cuatro, porque guardando ambos Testamentos, y viviendo tanto según el decálogo de la ley como según los cuatro libros del Evangelio, se extiende hasta la cumbre de la perfección. Por eso también el apóstol Pablo, aunque escribió quince Epístolas, la santa Iglesia no retiene más que catorce, para mostrar con el mismo número de Epístolas que el doctor insigne había investigado los secretos de la ley y del Evangelio. Bien se dice que el bienaventurado Job vive después de los azotes, porque también la santa Iglesia primero es golpeada por el azote de la disciplina, y luego se fortalece con la perfección de la vida. Que también contempla a sus hijos y a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación, porque en esta era que se desarrolla en los cuatro tiempos del año, contempla diariamente a los descendientes que nacen para ella hasta el fin del mundo a través de las bocas de los predicadores. No está lejos de la verdad decir que los tiempos se designan por generaciones. ¿Qué es cada sucesión sino una cierta propagación del linaje? Y el copero del rey de Egipto, cuando vio un sueño que llevaba tres sarmientos (Gén. XL, 12), José, dotado en la interpretación de sueños, anuncia que los tres sarmientos designan tres días. Si, por lo tanto, a través de tres sarmientos se expresa el espacio de tres días, ¿por qué no también a través de cuatro generaciones se figuran los cuatro tiempos del año? Así, la santa Iglesia ve a sus hijos cuando contempla la primera descendencia de los fieles. Ve a los hijos de sus hijos cuando reconoce que de esos mismos fieles nacen hijos para la fe. Que también muere anciana y llena de días, porque, con la luz que sigue como recompensa de las obras diarias, al dejar el peso de la corrupción, se transforma en la incorruptibilidad de la patria espiritual. Muere llena de días, ya que los años que pasan no transcurren, sino que se consolidan con la retribución de los actos permanentes. Muere llena de días, ya que a través de estos tiempos transitorios obra lo que no transita. Por eso también se dice a los apóstoles: Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna (Juan VI, 27). Así, la santa Iglesia, incluso cuando abandona la vida presente, no pierde sus días, porque en sus elegidos encuentra multiplicada su luz tanto más cuanto ahora se guarda en ellos con mayor cautela y solicitud de toda tentación. La Iglesia no pierde sus días, porque no descuida vigilarse diariamente en esta vida, y no se adormece con ninguna inercia para hacer todo lo que puede hacer correctamente. De ahí que se diga de ella a través de Salomón: Considera los caminos de su casa, y no come el pan de la ociosidad (Prov. XXXI, 27). Considera los caminos de su casa, porque investiga sutilmente todos los pensamientos de su conciencia. No come el pan de la ociosidad, porque lo que ha percibido al entender el sagrado elocuente, lo muestra con obras ante los ojos del juez eterno. Se dice que muere, porque cuando la contemplación de la eternidad la absorbe, se extingue completamente de esta vicisitud de su mutabilidad, de modo que en ella ya no vive nada que impida de alguna manera la agudeza de la visión interna. Tanto más verdaderamente entonces contempla lo interno, cuanto más plenamente sucumbe a todas las cosas externas. Creemos, por tanto, que esta muerte, esta plenitud de días, se realizó en el bienaventurado Job, un

miembro de la Iglesia, y esperamos que se realice en toda la Iglesia en conjunto, para que así se mantenga la Verdad del hecho realizado, sin que se anule la profecía del hecho por realizar. Porque los bienes que conocemos de la vida de los santos, si carecen de verdad, no son nada; si no tienen misterios, son mínimos. Por lo tanto, la vida de los buenos que se describe por el Espíritu Santo, que brille para nosotros a través del entendimiento espiritual, y sin embargo, que el sentido no se aparte de la fe de la historia, para que el ánimo permanezca tanto más firme en su entendimiento, cuanto que este, como constituido en un cierto medio, está ligado tanto por la esperanza hacia el futuro como por la fe hacia el pasado.

[Vet. XXVI, Rec. XVI.] 49. Conclusión de toda la obra. Cuán temible es que quienes hablan de Dios, o digan mal inadvertidamente, o bien no lo hagan bien. La intención de agradar a Dios se ve interferida por la intención de la alabanza humana.---Concluida esta obra, me parece que debo volver a mí mismo. 1168 Pues nuestra mente, incluso cuando intenta hablar correctamente, se dispersa fuera de sí misma. La integridad del alma se ve disminuida cuando se piensa en cómo deben ser pronunciadas las palabras, ya que estas la arrastran desde dentro. Por lo tanto, es necesario regresar del ámbito público de la locución al tribunal del corazón, para convocar en una especie de consejo de consulta las reflexiones de la mente, de modo que allí pueda ver si he dicho inadvertidamente algo malo, o algo bueno no de manera adecuada. Porque el bien se dice bien cuando quien lo dice busca agradar únicamente a aquel de quien lo ha recibido. Y aunque no encuentro que haya dicho algo malo, no defiendo que no haya dicho nada en absoluto. En cuanto a los bienes que, recibéndolos divinamente, he dicho, confieso que por mi defecto los he dicho menos bien. Pues al regresar a mi interior, dejando de lado las hojas de las palabras y las ramas de las sentencias, al examinar sutilmente la raíz misma de mi intención, reconozco que he querido agradar a Dios con ella, pero a esa misma intención con la que busco agradar a Dios, de alguna manera se le infiltra furtivamente la intención de la alabanza humana. Cuando ya después y tardíamente lo discierno, descubro que actúo de manera diferente a como había comenzado. Así, a menudo nuestra intención, que comienza correctamente ante los ojos de Dios, es alcanzada en secreto por la intención de la alabanza humana, que se le une como si la atrapara en el camino, de la misma manera que el alimento se toma por necesidad, pero en el acto de comer, al infiltrarse furtivamente la gula, se mezcla el placer de comer. Por lo tanto, a menudo sucede que la refección del cuerpo, que comenzamos por causa de la salud, la completamos por causa del placer. Debemos admitir, entonces, que nuestra intención recta, que busca agradar solo a Dios, a veces es acompañada insidiosamente por una intención menos recta, que busca agradar a los hombres con los dones de Dios. Pero si somos examinados estrictamente por lo divino sobre estas cosas, ¿dónde queda el lugar para la salvación, cuando nuestros males son puros males, y los bienes que creemos tener no pueden ser puros bienes? Pero creo que vale la pena que a los oídos fraternos revele sin vacilación todo lo que en mí mismo repruebo en secreto. Pues al exponer, no oculté lo que sentí, y al confesar, no escondo lo que padezco. A través de la exposición he manifestado los dones, a través de la confesión descubro las heridas. Y dado que en este gran género humano, no faltan los pequeños que deben ser instruidos por mis palabras, ni los grandes que pueden tener misericordia de mi conocida debilidad, a través de ambas cosas ofrezco cuidado a otros hermanos tanto como puedo, y de otros espero. A aquellos les he dicho exponiendo lo que deben hacer, a estos les revelo confesando para que perdonen. A aquellos no les sustraigo los remedios de las palabras, a estos no les oculto la laceración de las heridas. Por lo tanto, ruego que quien lea esto, ante el juez estricto me ofrezca el consuelo de su oración, y con lágrimas limpie todo lo que encuentre impuro en mí. Y con la virtud de la oración y la exposición ofrecida, mi lector me supera en recompensa, si al recibir palabras de mí, devuelve lágrimas por mí.